
Taylor
Institution Library
OXFORD
PRESENTED BY
The Estate of Miss K. Pond
Vet. Span. III c. 52



BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA,

LA COMPUESTA, ENMENDADA Y AÑADIDA

POR EL PADRE MARIANA,

CON LA CONTINUACION DE MINIANA;

COMPLETADA

CON TODOS LOS SUCESOS QUE COMPRENDEN

EL ESCRITO CLÁSICO SOBRE EL REINADO DE CARLOS III, POR EL CONDE DE FLORIDABLANCA, LA HISTORIA DE SU LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION, POR EL CONDE DE TORENO, Y LA CONTEMPORÁNEA.

HASTA NUESTROS DIAS.

Adornada con 250 láminas.

TOMO II.

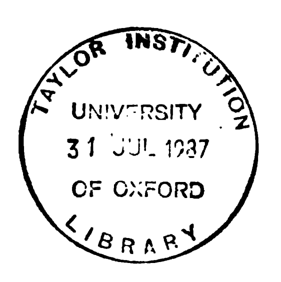


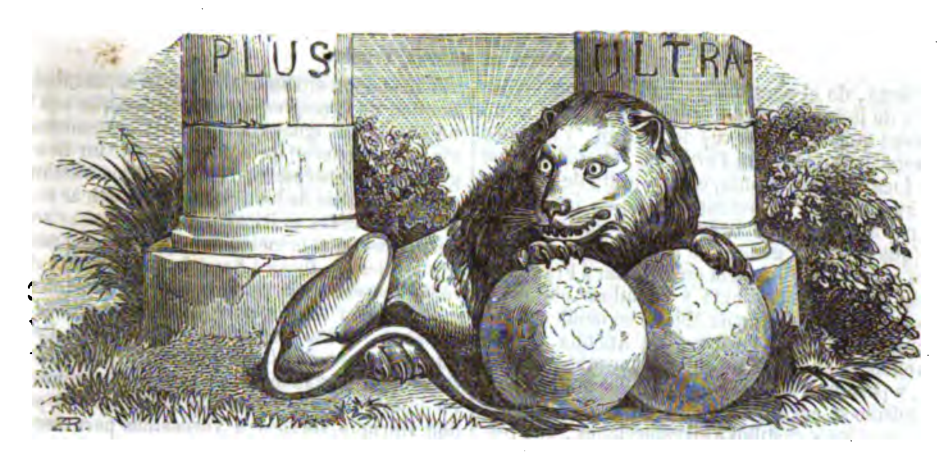
MADRID.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,

calle del Príncipe núm. 4.

1852





HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

LIBRO VIGESIMOSEGUNDO.

CAPITULO I.

Del estado en que las cosas estaban.

Mejor se encaminaban las cosas y partido de los españoles en Italia, que en España. Las condiciones y naturales de la gente eran casi los mismos, de aragoneses y castellanos : los sucesos y la fortuna conforme á la calidad, ingenio y valor de los que gobernaban. El rey de Aragon tenia el ánimo muy levantado mayor deseo de honra que de deleites : velaba, trabajaba, hallábase en todos los lugares y negocios, no se cansaba con ningun trabajo, y era igualmente sufridor de calor y de frio : con las cuales virtudes, y con la clemencia y liberalidad, y condicion fácil y humana en que no tenia par, no cesaba de granjear las voluntades de la una y de otra nacion española y italiana, como el que no ignoraba, que en la benevolencia de los vasallos consiste la seguridad de los señores y del estado, en el miedo el peligro, y en el odio su perdicion.

En Castilla los desafueros y mando de don Alvaro con su ausencia no cesaban, antes mudado solo el sugeto, continuaban los males. El rey de Navarra no pretendió quitar los descontentos y reformar los desórdenes; sino en lugar de don Alvaro apoderarse del rey de Castilla, que nunca salia de pupilaje, y siempre se gobernaba por otro : grande desgracia y causa de nuevas revueltas. Tenia el rey de Castilla algunas buenas partes, mas sobrepujaban en él las faltas. El cuerpo alto y blanco, pero metido de hombros y las facciones del rostro desgraciadas. Ejercitábase en estudios de poesía y de música, y para ello tenia ingenio bastante. Era dado á la caza, y deleitabase en hacer justas y torneos : por lo demás era de corazon pequeño, menguado, y no á propósito para sufrir y llevar los cuidados del gobierno, antes le eran intolerables. Con pocas palabras que oia, concluia cualquier negocio por grave que fuese ; y parece que tenia por el principal fruto de su reinado darse al ocio, flojedad y deportes. Sus cortesanos, en especial aquel á quien él daba la mano en las cosas, oian las embajadas de los príncipes, hacian las confederaciones, daban las honras y cargos, y por decillo en una palabra reinaban en nombre de su amo, pues eran los que gobernaban; en el tiempo de la paz y de la guerra daban leyes, y hacian ordenanzas: vergonzosa flojedad del príncipe y torpeza muy fea.

El buen natural, las virtudes y valor que los antiguos reyes de Castilla tenian, descaecia de todo punto: no de otra manera que los sembrados y animales, la raza de los hombres y casta con la propiedad del cielo y de la tierra, sobre todo con el tiempo, se muda y se embastarda, en especial cuando mudan lugar y cielo ; así el ingenio ardiente de los príncipes muchas veces con la abundancia de los regalos se apaga en sus descendientes y desfallece, si los vicios no se corrigen con la buena enseñanza, y la sangre floja y muelle no se recuece y se reforma, y vuelve en su antiguo estado con dalles por mujeres doncellas escogidas de alguna nacion y linaje mas robusto y varonil, con que en los hijos se repare la molicie y blandura de sus padres. En los grandes imperios ninguna cosa se debe menospreciar ; y el atrevimiento de los cortesanos antes que se arraigue y eche hondas raices, en el mismo principio se ha de reprimir, porque si se envejece, cobra fuerzas grandemente, y no se remedia sino á grande costa de muchos, y á las veces toma debajo á los que le quieren derribar. Cosa superflua fuera tachar las faltas pasadas, si de las menguas ajenas no se tomasen avisos para ordenar y reformar la vida de los príncipes, y es justo que por ejemplo de dos poderosísimos reyes de España, comparando el uno con el otro, se entienda cuánto se aventaje la fuerza del ánimo á la flojedad.

El rey de Aragon despues de tomada Nápoles, y sujetadas á su señorío las demás ciudades y castillos que se tenian por los angevinos, concluida la guerra, entró en Nápoles á veinte y seis dias del mes de febrero del año 1443 con triunfo á la manera y traza de los antiguos romanos, asentado en un carro dorado que tiraban cuatro caballos muy blancos con otro que iba adelante asimismo blanco. Acompañaban el carro á pié los señores y grandes de todo el reino : los elesiásticos delante con sus cruces y pendones cantaban alabanzas á Dios y á los santos : el pueblo derramado por todas partes á voces pedia para su rey un largo, feliz y dichoso imperio y vida. No se puso corona ni guirnalda en la cabeza : decia que aquella honra era debida á los santos, con cuyo favor el ganara la victoria ; las calles sembradas de flores, las paredes colgadas de ricas tapicerías, todas las partes llenas de suavidad de olores, de perfumes y de fragancia. Ningun dia amaneció mas alegre y mas claro así para los vencidos como para los vencedores.

Restaba solo un cuidado de ganar al pontífice Eugenio que á la sazon no estaba muy inclinado á los franceses. Tratóse de hacer con él asiento en la ciu-

dad de Sena, do el pontífice se hallaba; concluyóse á quince de julio con estas condiciones; Que el reino de Nápoles quedase por el rey de Aragon, y despues dél le heredase su hijo don Fernando, el cual aunque habido fuera de matrimonio, en una junta de grandes señaló su padre por su heredero, solo en aquel estado: el rey de Aragon pechase cada un año ocho mil onzas (que es cierto género de moneda) al pontífice romano, y pusiese diligencia en reprimir á Francisco Esforcia, que ensoberbecido y orgulloso por estar casado con hija del duque de Milan, se habia apoderado en gran parte de la Marca de Ancona. Hecha esta avenencia en lo que tocaba á la guerra, cumplió el rey, y pasó mas adelante de lo que se obligó, porque él mismo se encargó della, y en la Marca quitó muchos pueblos y castillos á los esforcianos, que restituyó al pontífice; cuyos nombres y el suceso de toda la guerra no es de nuestro propósito referirlo en este lugar. Tambien á instancia de los ginoveses se asentó la paz con ellos, con condicion que cada un año presentasen al rey don Alonso mientras que viviese, una fuente de oro bien grande; la cual como acostumbrase á recebir delante del pueblo como trofeo de la victoria ganada contra aquella ciudad, por parecelles á los ginoveses cosa pesada no duró la confederacion mucho tiempo, ni pagaron las parias adelante de cuatro años.

En Castilla otrosí el rey de Navarra usaba del poder que tenia usurpado, con alguna aspereza, por donde su mando no duró mucho tiempo, como quier que las cosas templadas se conservan, y las demasías presto se acaban. Tenia como preso al rey de Castilla, que fue un señalado atrevimiento y resolucion estraornaria: en reino ajeno, en tiempo de paz, á tan gran príncipe quitalle la libertad de hablar con quien quisiese. Púsole por guardas á don Enrique hermano del almirante, y á Rodrigo de Mendoza mayordomo de la casa real para que notasen las palabras y aun los meneos de los que entraban á hablalle. Estaban metidos en el mismo enredo el almirante y el conde de Benavente como personas obligadas por la afinidad contraida con los infantes; y aun el príncipe de Castilla y la reina andaban en los mismos tratos.

Visitaba el rey de Castilla á Ramaga, á Madrigal y á Tordesillas, pueblos de Castilla la vieja. Fray Lope de Barrientos, ya obispo de Avila movido por la indignidad del caso, y porque de secreto favorecia á don Alvaro, pensó era buena ocasion aquella para volvelle en su privanza. Resolvióse sobre el caso de hablar con Juan Pacheco: lloró con él el estado en que las cosas andaban, maldecia la locura de los aragoneses. Decia que todo el desacato que se hiciese al rey, era mengua del príncipe don Enrique, que en fin tal cual fuese, era su padre: si no era bastante para el gobierno, que no era razon, echado don Alvaro, que sucediesen en su lugar hombres estraños, sino que el mismo príncipe supliese la flojedad y mengua de su padre, y comenzase á gobernar. «¿Qué »presta alegrarnos de la caida de don Alvaro, si »quitado él todavía nos tratan como á esclavos, y »nos hacen sufrir gobierno mas pesado, por la mayor »aspereza de los que mandan y por su ambicion mas »desenfrenada? ¿Por ventura pensais que los arago»neses se han de contentar con tener solo el gobierno »como lugar-tenientes? segun el corazon de los hom»bres es insaciable, creedme que pasarán adelante. »Ganado el reino de Nápoles, es tanta su soberbia »que tratan de adquirir nuevos reinos en España. »¿Cuidais que están olvidados de don Enrique el »Segundo? tienen muy asentado en sus ánimos que »se apoderó de Castilla contra razon. Pretenden aba»tir la familia real de Castilla, y están determinados »de aventurar las vidas en la demanda.»

Movíase Juan Pacheco con el razonamiento del obispo: sabia muy bien que decia verdad, y que su amonestacion era saludable, pero espantábale la dificultad de la empresa, y recelábase que sus fuerzas no se podrian igualar á las de los aragoneses; todavía se resolvieron de acometer á dar un tiento á los grandes, y entender si tenian ánimo bastante para abatir la tiranía de los aragoneses y chocar con ellos. A fin que estas práticas anduviesen mas secretas, persuadieron al príncipe don Enrique que partido de Tordesillas, se fuese á Segovia con muestra de quererse recrear en la caza. Desde allí escribieron sus cartas á don Alvaro para comunicar con él lo que trataban. Acaso los condes de Haro y de Ledesma, que por merced del rey ya se intitulaba conde de Plasencia, juntándose en Curiel, trataban de poner en libertad al rey: esto fue causa que el príncipe don Enrique volviese á Tordesillas para ver lo que se podria hacer. Verdad es que los intentos de aquellos señores fueron por los aragoneses desbaratados, y ellos forzados á huir: principios todos y zanjas que se abrian de nuevas alteraciones.

Las bodas del rey de Navarra con su esposa se hicieron en Lobaton primero de setiembre del año del Señor de 1444: asistieron casi todos los príncipes y las dos reinas, es á saber la de Castilla y la de Portugal. El infante don Enrique por el mismo tiempo, celebrado que hobo sus bodas en la ciudad de Córdova, con diligencia afirmaba en el Andalucía las fuerzas de su parcialidad. Diego Valera fué por embajador al rey de Francia con intento de alcanzar diese libertad al conde de Armeñaque, al cual poco antes prendió el delfin, y don Martin hijo de don Alonso conde de Gijon. Achacábanle que tenia tratos con los ingleses. Diérole libertad con condicion que si en algun tiempo faltase en la fidelidad debida, fuese despojado de los pueblos de Ribadeo y de Cangas que poseia en las Asturias por merced de los reyes de Castilla, ó por habellos heredado. Fuera desto se obligó el rey de Castilla en tal caso de le hacer guerra con las fuerzas de Vizcaya cercana á su estado. Con el príncipe don Enrique á un mismo tiempo unos trataban de destruir á don Alvaro de Luna, otros de volvelle y restituille en su autoridad. El rey de Navarra persudia que le destruyesen, y que para este efecto juntasen sus fuerzas: el obispo Barrientos y Juan Pacheco juzgaban era bien restituille en su lugar, y darse priesa antes que se descubriesen estas práticas; con este intento para entretener al rey de Navarra y engañarle se comenzó á tratar de hacer confederacion y liga con él.

En el entretanto el príncipe don Enrique se volvió á Segovia: dende solicitó á los condes, el de Haro, el de Plasencia y el de Castañeda, para que juntasen con él sus fuerzas; llegáronseles otrosí el conde de Alva don Fernan Alvarez de Toledo con su tio el arzobispo de Toledo, y Iñigo Lopez de Mendoza señor de Hita y Buitrago. Hecho esto, como les pareciese tener bastantes fuerzas para contrastar á los aragoneses, los confederados se juntaron en Avila por mandado del príncipe que se fué á aquella ciudad. Tenian mil y quinientos caballos, mas nombre de ejército y número que fuerzas bastantes: vino eso mismo don Alvaro de Luna. La mayor dificultad para hacer la guerra era la falta del dinero para pagar y socorrer á los soldados. Partiéronse desde allí para Burgos donde estaban los otros grandes sus cómplices. Los contrarios enviaron al rey de Castilla á la villa de Portillo, y al conde de Castro para que le guardase. Comenzó el de Navarra á hacer arrebatadamente levas de gente, juntó dos mil de á caballo: con esta gente marchó contra los grandes, que de cada dia se hacian mas fuertes con nuevas gentes que ordinarinariamente les acudian. Junto á Pampliega en tierra de Burgos se dieron vista los unos á los otros: asentaron á poca distancia cada cual de las partes sus reales; pusieron otrosí sus haces en

campo raso en ordenanza con muestra de querer pelear. Acudieron personas religiosas y eclesiásticas movidos del peligro: comenzaron á tratar de concertallos: tenian el negocio para concluirse, cuando una escaramuza ligera al principio desbarató estos intentos, que por acudir y cargar soldados de la una y de la otra parte paró en batalla campal. Era muy tarde, sobrevino y cerró la noche, con que dejaron de pelear.

El rey de Navarra por entender que no tenia fuerzas bastantes, ayudado de la escuridad dió la vuelta á Palencia, ciudad fuerte. Sucedióle otra desgracia, que el rey de Castilla se salió de Portillo en son de ir á caza, comió en el lugar de Mojados con el cardenal de San Pedro: hecho esto, despidió al conde de Castro que le guardaba, y él se fué á los reales en que su hijo estaba. La libertad del rey fue causa de gran mudanza: cayéronse los brazos y las fuerzas á los contrarios. El de Navarra se fué á su reino para recoger fuerzas y las demás cosas necesarias, con intento de llevar adelante lo comenzado: los señores aliados cada cual por su parte se fueron á sus estados. Con esto los pueblos de los infantes, que tenian en Castilla la Vieja, venieron en poder de los confederados y del rey, en particular Medina del Campo, Arévalo, Olmedo, Roa y Aranda. Don Enrique de Aragon dió la vuelta del Andalucía á la su villa de Ocaña: el príncipe don Enrique y el condestable don Alvaro salieron contra él, mas por estar falto de fuerzas se huyó al reino de Murcia; allí Alonso Fajardo adelantado de Murcia, que seguia aquella parcialidad, le dió entrada en Lorca, ciudad muy fuerte en aquella comarca. Por esta via entonces escapó del peligro, y pudo comenzar nuevas práticas para recobrar la autoridad y poder que tenia antes. Sucedieron estas cosas al fin del año.

En el mismo año á cinco de julio don Fernando tio del rey de Portugal falleció en Africa: sepultáronle en la ciudad de Fez; de allí los años adelante le trasladaron á Aljubarrota entierro de sus padres. Fue hombre de costumbres santas y esclarecido por milagros: así lo dicen los portugueses, nacion que es muy pía y muy devota, y aficionada grandemente á sus príncipes, si bien no está canonizado. Entre otras virtudes se señaló en ser muy honesto, jamás se ensució con tocamiento de mujer, ninguna mentira dijo en su vida, tuvo muy ardiente piedad para con Dios. Estas virtudes tenian puesto en admiracion á Lazeracho, un moro que le tenia en su poder. Este sabida su muerte, primero quedó pasmado, despues: digno (dice) era de loa inmortal, si no fuera tan contrario á nuestro profeta Mahoma: maravillosa es la hermosura de la virtud, su estima es muy grande y sus prendas, pues á sus mismos enemigos fuerza que la estimen y alaben.

CAPITULO II.

De la batalla de Olmedo.

Parecia que las cosas de Castilla se hallaban en mejor estado, y que alguna luz de nuevo se mostraba despues de echados del gobierno y de la córte los infantes de Aragon: mas las sospechas de la guerra y los temores todavía continuaban. Tuviéronse córtes en Medina del Campo, y mandaron de nuevo recoger dinero para la guerra, no tanto como era menester, pero cuanto podian llevar los pueblos cansados con tantos gobiernos y mudanzas, y que aborrecian aquella guerra tan cruel. Acudieron al mismo lugar el príncipe don Enrique y el condestable don Alvaro, despues que tomaron á don Enrique de Aragon muchos pueblos del maestrazgo de Santiago. Tratóse de apercebirse para la guerra que veian seria muy pesada. En particular el de Navarra por tierra de Atienza, en el cual pueblo tenia puesta guarnicion, hizo entrada por el reino de Toledo con cuatrocientos de á caballo, y seiscientos de á pié: pequeño número, pero que ponia grande espanto por do quiera que pasaba, á causa que los naturales parte dellos eran parciales, los mas sin poner á peligro sus cosas querian mas estar á la mira que hacerse parte: así el de Navarra se apoderó de Torija y de Alcalá de Henares con otros lugares y villas por aquella comarca.

El rey de Castilla, puesto que tenia pocas fuerzas para alteraciones tan grandes, todavía porque de pequeños principios como suele no se aumentase el mal, juntadas arrebatadamente sus gentes, pasó al Espinar para esperar le acudiesen de todas partes nuevas banderas y compañías de soldados. Poco despues desto á diez y ocho de febrero del año que se contó 1445, falleció la reina de Portugal doña Leonor en Toledo: siguióla pocos dias despues doña María reina de Castilla, que murió en Villacastin tierra de Segovia. Sospechóse les dieron yerbas, por morir en un mismo tiempo y ambas de muerte súpita, demás que el cuerpo de la reina doña María despues de muerta se halló lleno de manchas. Dióse crédito en esta parte á la opinion del vulgo, porque comunmente se decia dellas que no vivian muy honestamente. La reina de Portugal enterraron en Santo Domingo el Real, monasterio de monjas en que moraba, desde allí fue trasladada á Aljubarrota: el enterramiento de la reina de Castilla se hizo en Nuestra Señora de Guadalupe.

Por el mismo tiempo falleció don Lope de Mendoza arzobispo de Santiago, en cuyo lugar fue puesto don Alvaro de Isorna á la sazon obispo de Cuenca: y á don Lope Barrientos en remuneracion de los servicios que hiciera, trasladaron de Avila á Cuenca: á don Alonso de Fonseca dieron la iglesia de Avila, escalon para subir á mayores dignidades; era este prelado persona de ingenio y natural muy vivo, y de mucha nobleza. Don Alvaro de Isorna gozó poco de la nueva dignidad, en que le sucedió don Rodrigo de Luna sobrino del condestable.

Desde el Espinar pasó el rey á Madrid, y poco despues á Alcalá llamado por los moradores de aquella villa. Tenia el de Navarra por allí cerca alojada su gente, que con la venida de su hermano don Enrique creció en número, de manera que tenia mil y quinientos de á caballo: con esta gente se fortificó en las cuestas de Alcalá la Vieja, que son de subida ágria y dificultosa, con determinacion de no venir á las manos si no fuese con ventaja de lugar, por saber muy bien que no tenia fuerzas bastantes para dar batalla en campo raso. Desde allí envió á Ferrer de Lanuza justicia de Aragon por embajador á su hermano el rey de Aragon para suplicalle, pues era concluida la guerra de Nápoles, se determinase de volver á España quier para ayudalles en aquella guerra, quier para componer y asentar todos aquellos debates. El rey de Castilla hiciera otrosí lo mismo, que le despachó sus embajadores personas de cuenta á quejarse de los agravios que le hacian sus hermanos. No hobo encuentro alguno cerca de Alcalá, ni los del rey acometieron á combatir, ó desalojar los contrarios: así los aragoneses por el puerto de Tablada se dieron priesa para llegar á Arévalo: Siguiólés el rey de Castilla por las mismas pisadas, resuelto en ocasion de combatillos: marchaban á poca distancia los unos escuadrones y los otros, tanto que en un mismo dia llegaron todos á Arévalo.

El de Navarra se apoderó por fuerza de la villa de Olmedo, que por entender que el socorro de Castilla venia cerca, le habia cerrado las puertas. Los principales en aquel acuerdo fueron justiciados: su grande lealtad les hizo daño, y el amor demasiado y fuera de sazon de la patria. El rey de Castilla pasó

á media legua de Olmedo, y barreó sus estancias junto á los molinos que llaman de los Abades. Eran sus gentes por todas dos mil caballos y otros tantos infantes. Acudieron con los demás el príncipe don Enrique, don Alvaro de Luna, Juan Pacheco, Iñigo Lopez de Mendoza, el conde de Alva y el obispo Lope de Barrientos. Por otra parte con los aragoneses se juntaron el almirante, el conde de Benavente, los hermanos Pedro, Fernando y Diego de Quiñones, el conde de Castro y Juan de Tovar, con que se les llegaron otros mil caballos. Habláronse los príncipes de la una parte y de la otra para ver si podian concertar : todo maña del obispo Barrientos para entretener á los contrarios hasta tanto que llegase el maestre de Alcántara, con cuya venida reforzados de gente los del rey se pusieron en órden de pelea.

Los aragoneses ni podian mucho tiempo sufrir el cerco por falta de vituallas, y no se atrevian á dar la batalla por no tener fuerzas competentes. Resolviéronse en lo que les pareció necesario, de enviar á los reales del rey á Lope de Angulo y al licenciado Cuellar canciller del de Navarra. Y como les fuese dada audiencia, declararon las razones porque los infantes lícitamente tomaran las armas. Que no era por voluntad que tuviesen de hacer mal á nadie, sino de defender sus personas y estados, y de poner el reino en libertad, que veian estar puesto en una miserable servidumbre : «Si echado don Alvaro, como »tenia acordado vuestra alteza, quisiere por su vo»luntad gobernar el reino, no pondremos dificultad »ninguna, ni dilacion en hacer las paces con tal »que las condiciones sean tolerables : que si no dais »oido á tan justa demanda, la provincia y vuestros »vasallos padecerán robos, talas, sacos y violencias; »males que se pondrán á cuenta del que no los escu»sare, y que protestamos delante de Dios y de los »hombres con toda verdad deseamos por nuestra »parte y procuramos atajar: avisamos otrosí que esta »embajada no se envia por miedo, sino con el deseo »que tenemos de que haya sosiego y paz.»

Dichas con grande fervor estas palabras, presentaron un memorial en que llevaban por escrito lo mismo en sustancia : respondió el rey que lo miraria mas de espacio. En el entretanto que andaban los tratos de paz, acaso, un dia miércoles que se contaba diez y nueve de mayo; vinieron por un accidente á las manos y se dió la batalla. Pasó así, que el príncipe don Enrique con el brió de mozo se acercó al muro con cincuenta de á caballo para escaramuzar con el enemigo. Salieron del pueblo otros tantos, pero con espaldas de los hombres de armas. Espantáronse los del príncipe con ver tanta gente, y vueltas las espaldas, se pusieron en huida. Siguiéronles los aragoneses hasta las mismas trincheas de los reales. Pareció grande desacato y atrevimiento : salen las gentes del rey en guisa de pelear. En la avanguardia iba el condestable don Alvaro de Luna por frente, y á los costados los reyes de armas, y por sus capitanes don Alonso Carrillo obispo de Sigüenza, y su hermano Pedro de Acuña, Iñigo Lopez de Mendoza y el conde de Alva. En el cuerpo de la batalla iba el príncipe don Enrique con quinientos y cincuenta hombres de armas, que debajo del gobierno de don Gutierre de Sotomayor maestre de Alcántara cerraban el escuadron. El rey y en su compañía don Gutierre arzobispo de Toledo y conde de Haro guiaban y regian la retaguardia, cuyos costados fortificaban de una parte el prior de San Juan y don Diego de Zúñiga; de otra Rodrigo Diaz de Mendoza mayordomo de la casa real, y Pedro de Mendoza señor de Almazan.

Estuvieron en esta forma gran parte del dia sin que de la villa saliese ni se moviese nadie. Apenas quedaban dos horas de sol cuando mandaron que la gente se recogiese á los reales. Entonces los aragoneses salieron con grande alarido á cargar en los contrarios. Pensaban que la escuridad de la noche que estaba cercana, si fuesen vencidos, los cubriria, y si venciesen, no los estorbaria por ser pláticos de la tierra y por sus muchos caballos. Cerraron los primeros los caballos ligeros. Acudieron los demás, conque la pelea se avivó. Las gentes de Aragon iban en dos escuadrones, el uno que llevaba por caudillo al infante don Enrique, acometió á los del condestable don Alvaro : el de Navarra cargó contra el príncipe don Enrique su yerno. Pelearon valientemente por ambas partes. Adelantáronse el maestre de Alcántara y Iñigo Lopez de Mendoza para ayudar á los suyos que andaban apretados : muchos de ambas partes huian, en quien el miedo podia mas que la vergüenza. En especial los aragoneses eran en menor número, y por la muchedumbre de los contrarios comenzaban á ciar. Cerraba la noche : el de Navarra, y don Enrique su hermano cada cual con su banda particular, discurrian por las batallas, socorrian á los suyos, cargaban á los contrarios dondequiera que los veian mas apiñados, acudian á todas partes; mas no podian por estar alterados los suyos ponellos á todos en razon y en ordenanza, ni ser parte para que con la escuridad de la noche que todo lo cubre y lo iguala, no se pusiesen en huida.

Los infantes, desbaratados y huidos los suyos, se retiraron á Olmedo : el de Benavente y el almirante se acogieron ó otros lugares; el conde de Castro y don Enrique hermano del almirante, y Hernando de Quiñones fueron presos en la batalla y con ellos otros doscientos : los muertos fueron pocos, treinta y siete murieron en la pelea y de los heridos mas. Los infantes de Aragon por no fiarse en la fortaleza del lugar la misma noche se partieron á Aragon, sin entrar en poblado porque no los detuviesen. El de Navarra sin lesion, don Enrique en breve murió en Calatayud de una herida que le dieron en la mano izquierda: entendióse le atosigaron la llaga, con que se le pasmó el brazo. Fue hombre de grande ánimo, pero bullicioso y que no podia estar sosegado : su cuerpo sepultaron en aquella ciudad. Del segundo matrimonio dejó un hijo de su mismo nombre, que no dará en lo de adelante mucho menos en que entender que su padre. Los vencedores recogieron los despojos, y luego escribieron cartas á todas partes, con que avisaban como ganaran la jornada. Demás desto en el lugar que se dió la batalla, por voto del rey y por su mandado levantaron una ermita con advocacion del Espíritu Santo de la batalla para memoria perpétua desta pelea muy memorable.

CAPITULO III.

De las bodas de don Fernando, hijo del rey de Aragon y de Nápoles.

Mejor y mas prósperamente procedian las cosas de Aragon en el reino de Nápoles en Italia. El rey don Alonso, en gracia del padre santo, quitó la Marca de Ancona á la gente de Francisco Esforcia. Ellos aunque despojados de las ciudades y pueblos de que contra razon estaban apoderados, partido el rey, no se sosegaban por estar ensoberbecidos con la memoria de las cosas que hicieran, muchas y grandes en Italia. Revolvió el rey de Aragon, á instancia del pontífice Eugenio, y llegado con sus gentes á la Fontana del Populo, pueblo no lejos de la ciudad de Theano, mandó que acudiesen allí los señores. Vino con los demás Antonio Centellas, marqués de Girachi con trescientos de á caballo. Era de parte de padre de los Centellas de Aragon, de parte de madre de los Veintemillas de Nápoles, y en la guerra pasada sirvió muy bien, y ayudó á sujetar lo de Calabria, Basilicata y Cosencia con su buena maña, y con

gran suma de dineros que vendidas sus particulares posesiones juntó para pagar á los soldados.

Queria el rey que Enricota Rufa, hija del marqués de Croton, y heredera de aquel estado, casase con Iñigo Dávalos: casamiento con que pretendia premialle sus servicios. Cometió este negocio á Antonio Centellas para que le efectuase: ganó él por la mano y quiso mas para sí aquel estado, y casó con la doncella. Aumentó con esto el poder, y creció tambien en atrevimiento. Disimulóse por entonces aquel desacato; pero poco despues en esta sazon fue castigado por todo. Achacábanle que trató de dar la muerte á un cortesano muy poderoso y muy querido del rey: él por miedo del castigo se partió de los reales que tenian cerca de la Fontana del Populo, y no paró hasta llegar á Catanzaro, pueblo de su jurisdiccion.

Alterado el rey (como era razon) por este caso, envió á la Marca á Lope de Urrea y otros capitanes, y él mismo porque con disimular aquellos principios no cundiese el mal (ca temia si pasaba por aquel desacato, no le menospreciasen los naturales en el principio de su reinado, y con la esperanza de no ser castigados creciese el atrevimiento) dió la vuelta á Nápoles, desde donde para justificar mas su causa envió personas que redujesen á Antonio Centellas; pero él hacíase sordo á los que le amonestaban lo que le convenia. Vinieron á las armas: el mismo rey pasó á Calabria y de su primera llegada tomó á Rocabernarda y á Bellicastro. Croton sufrió el cerco algunos dias: despues por miedo de mayor mal, abrió las puertas y se rindió. Desde allí marchó el rey la vuelta de Catanzaro, do Antonio Centellas se hallaba con su mujer y hijos, y todo el menaje y repuesto de su casa. No se vino á las manos á causa que perdida la esperanza de defenderse, y por ver que los otros grandes no se movian en su ayuda, bien que en prometer liberales, mas mostrábanse recatados en el peligro, trató de pedir perdon y alcanzóle con condicion que se rindiese á sí y á sus cosas á voluntad del rey. Hízose así: mandó el rey le entregase aquella ciudad y el castillo de Turpia, y él fue enviado á Nápoles con su mujer y hijos y toda su recámara: que fue un grande aviso para entender que en la obediencia consiste la seguridad, y en la contumacia la total perdicion.

El principal movedor desta alteracion fue un milanés por nombre Juan Muceo que á la sazon residia en Cosencia. Tuvo el rey órden para habelle á las manos: perdonóle al tanto; si bien poco despues pagó con la cabeza sus malas mañas, ca el duque de Milan, do se acogió, le hizo dar la muerte por otra semejante deslealtad. Por esta manera se conoció la providencia y poder de Dios en castigar los delitos; y aquellas grandes alteraciones que tenian suspensa y á la mira toda Italia, tuvieron remate breve y fácil. Festejóse y aumentóse la alegría de haber sosegado todo aquel reino con las bodas de don Fernando, hijo del rey, que casó en Nápoles á treinta de mayo dia domingo con Isabel de Claramonte, con la cual antes estaba desposado. Pretendíase con aquellas bodas ganar de todo punto al príncipe de Taranto, tio de parte de madre de aquella doncella, porque hasta entónces parecia andar en balanzas.

En medio destos regocijos vinieron nuevas, tristes y de mucha pesadumbre, esto es, que las dos reinas hermanas del rey y don Enrique de Aragon, fallecieron, como queda dicho. Demás desto que vencido el de Navarra, le echaran de toda Castilla: tal es la condicion de nuestra naturaleza, que ordinariamente las alegrías se destemplan con desastres. Al embajador que envió el rey de Navarra para avisar desto, y de su parte hacia instancia que el de Aragon volviese á España, dió por respuesta que la guerra de la Marca estaba en pié, por tanto que ni su fe, ni su devocion sufria desamparar al pontífice y faltar en su palabra: acabada la guerra, que él iria á España, pero avisaba que de tal manera se asegurasen de su ida, que no dejasen por tanto de apercebirse de todo lo necesario: que nombraba en lugar de la reina para el gobierno al rey de Navarra, y por sus consejeros á los obispos de Zaragoza y de Lérida y otras personas principales: que no seria dificultoso con las fuerzas de Navarra y de Aragon resistir á las de Castilla: en conclusion otorgaba que con los moros de Granada (lo cual pedia asimismo el rey de Navarra) se concertasen treguas y confederacion por un año: ciudad y nacion en que por el mismo tiempo hobo mudanza de reyes. Dado que Mahomad por sobrenombre el Izquierdo con las guerras civiles de Castilla, tuvo sosiego algunos años, de la paz como es ordinario resultaron entre los moros grandes discordias. Los tiempos eran tan estragados, que no podian sosegar por largo espacio: si faltaban enemígos de fuera, nacian dentro de casa. Fue así que dos primos hermanos, hijos que eran de dos hermanos del rey moro, el uno llamado Ismael, ó por miedo de la tempestad que amenazaba, ó temiendo la ira de su tio, se fué al rey de Castilla para servílle en la guerra, con cuya ayuda esperaba podria recobrar su patria, sus riquezas y la autoridad que antes tenia. El otro que se llamaba Mahomad el Cojo, porque renqueaba de una pierna, en la ciudad de Almería, do era su residencia, se hermanó con algunos moros principales, con esta ayuda se apoderó del castillo de Granada que se llama el Alhambra: hobo otrosí á las manos al rey su tio y le puso en prision. Hecho esto, se alzó con todo el reino y se quedó por rey.

Esto fue por el mes de setiembre: mes que aquel año, conforme á la cuenta de los árabes, fue el que llama aquella gente iamad el segundo. Dividiéronse con esto los moros en bandos. Andilbar, gobernador que era de Granada, con sus deudos y aliados se apoderó de Montefrio, que era un castillo muy fuerte no lejos de Alcalá la Real, y por tener poca esperanza de restituir y librar al rey viejo que preso estaba, convidó con el reino á Ismael: apresuróse él para tomalle, con ayuda que le dió el rey de Castilla de dinero y de gente. La esperanza que tenia de salir con su intento, era alguna: el miedo era mayor á causa de sus pocas fuerzas, y que le convenia contrastar con la mayor parte de aquella nacion, que los mas quién de voluntad, quién por contemporizar procuraban ganar la gracia del rey Mahomad, y por este camino entretenerse y mirar por sus particulares. Mas esto sucedió al fin deste año: volvamos á contar lo que se nos queda atrás.

CAPITULO IV.

Que D. Alvaro de Luna fue hecho Maestre de Santiago.

Ganada la batalla de Olmedo, sobre lo que debian hacer, se tuvo consejo en la tienda de don Alvaro de Luna, que salió herido de la refriega en la pierna izquierda. Allí determinaron por comun acuerdo de todos que los bienes y estados de los conjurados fuesen confiscados: tomaron la villa de Cuellar, y pusieron cerco sobre Simancas. El príncipe don Enrique queria que el almirante don Fadrique fuese exceptuado de aquella sentencia, y que se le diese perdon; los demás eran de parecer contrario. Decian que su causa no se podia apartar de la de los demás, antes juzgaban de comun consentimiento y tenian su delito por mas grave y calificado por ser el primero y principal, y que movió á los demás á tomar las armas. Por esta causa el príncipe se fué á Segovia: el rey su padre alterado por su partida, y por recelo no fuese este principio de nuevos alborotos dejó á Pedro Sarmiento el cuidado de apoderarse de los de-

más pueblos de los alborotados, y él mismo se fué á Nuestra Señora de Nieva con deseo de sosegar á su hijo.

Para obedecer pidió el príncipe que para sí le diesen á Jaen, á Logroño y á Cáceres, y á Juan Pacheco á Barcarrota, Salvatierra y Salvaleon, pueblos á la raya de Portugal: condescendió el rey con él; mas qué se podia hacer? desta manera por lo que era razon fueran castigados, les dieron premio: tales eran los tiempos. Fuera desto en Medina de Rioseco se dió perdon al almirante con tal que dentro de cuatro meses se redujese al deber, y en el entretanto doña Juana reina de Navarra su hija estuviese detenida en Castilla como en rehenes. Tomado este asiento, el castillo de aquella villa que se tenia por el almirante, se entregó al rey: los demás pueblos de Castilla la Vieja que eran de los alterados, en breve tambien vinieron á su poder. Al principio desta guerra por consejo de don Alvaro, dado que al conde de Haro y otros grandes no les parecia bien, envió el rey de Castilla por gente de socorro á Portugal: acordó con esta demanda el gobernador don Pedro, duque de Coimbra. Juntó dos mil de á pie y mil y seiscientos caballos, y por general á su hijo don Pedro, que si bien no pasaba de diez y seis años por muerte del infante don Juan su tio poco antes le habia nombrado por condestable de Portugal.

Llegó esta gente á Mayorga, do el rey estaba: su venida no fue de efecto alguno por estar ya la guerra concluida; sin embargo, festejaron al general, regalaron á los capitanes, y les presentaron magníficamente segun que cada cual era. No resultó algun otro provecho desta venida y deste ruido solamente don Alvaro secretamente y sin que el mismo rey lo supiese, segun se dijo, concertó de casalle segunda vez con doña Isabel, hija de don Juan, maestre de Santiago en Portugal, con el cual don Alvaro tenia grande alianza y muchas prendas de amor: tan grande era la autoridad y mano que don Alvaro se tomaba, tan rendido tenia al rey. Decia que aquel parentesco seria de mucho provecho por el socorro de gente que les vendria de aquel reino, fuera de que hacian suelta por este respeto de gran suma de dineros que se gastaron en la paga de los soldados ya dichos.

Despedido el socorro de Portugal, pasó la córte á Burgos: allí muy fuera de lo que se pensaba, á los condes de Benavente y de Castro (1) se dió perdon á tal que por espacio de dos años ni el de Castro saliese de Lobaton, ni el de Benavente se partiese de aquella su villa de Benavente. A otros grandes hicieron crecidas mercedes, mayores al cierto que sus servicios: don Iñigo Lopez de Mendoza fue hecho marqués de Santillana y conde de Manzanares: Villena se dió á don Juan Pacheco con nombre tambien de marqués: demás desto en Avila don Alvaro de Luna fue elegido por voto de los caballeros de aquella órden en maestre de Santiago: parece que la fortuna le subia tan alto para con mayor caida despeñarle. A don Pedro Giron mas por respeto de don Juan Pacheco su hermano, que por sus méritos, pues antes siguiera el partido de Aragon, dieron el maestrazgo de Calatrava: para este efecto depusieron á don Alonso de Aragon; cargábanle que siguió á su padre en la guerra pasada.

No faltó quien tachase aquellas dos elecciones como no legítimas, de que resultaron debates y competencias. Contra don Alvaro pretendia don Rodrigo Manrique, ayudado (como se dirá luego) del favor del príncipe don Enrique: contra don Pedro Giron se oponia don Juan Ramirez de Guzman comendador mayor de Calatrava, que desde la eleccion pasada pretendia algun derecho, y en la presente tuvo algunos votos por su parte, de que resultaron grandes alteraciones y discordias. Alburquerque se tenia todavia por los aragoneses: acudió el rey en persona á rendir la villa y la fortaleza, que finalmente le entregó su alcaide Fernando Dávalos. Dió el rey la vuelta á Toledo, y allí removió á peticion de la ciudad, de la tenencia del alcázar y del gobierno del pueblo á Pero Lopez de Ayala, y puso en su lugar á Pero Sarmiento: acuerdo poco acertado por lo que avino adelante, y aun de presente se disgustó asaz el príncipe don Enrique por el mucho favor que hacia al depuesto Pero Lopez de Ayala.

Al fin deste año á los cuatro de diciembre, finó en la su villa de Talavera don Gutierre, arzobispo de Toledo: su cuerpo sepultaron en el sagrario al cierto de aquella iglesia colegial. Sobre si le trasladaron á la villa de Alva, como él mismo lo dejó dispuesto en su testamento, hay opiniones diferentes: quién dice que nunca le trasladaron, y que yace en el mismo lugar sin lucillo y sin letra, solo un capelo verde, que cuelga de la bóveda en señal de aquel entierro: otros porfian que los de su casa le pasaron á Alva, sin señalar cuándo, ni cómo: solo consta que en San Leonardo, convento de gerónimos de aquella villa, hay un sepúlcro de mármol blanco suyo, que de en medio de la capilla mayor en que estaba, le pasaron al lado del Evangelio; pero sin alguna letra que declare si están dentro los huesos. En suma, en lugar de don Gutierre alcanzó aquella dignidad don Alonso Carrillo, obispo á la sazon de Sigüenza por principio del año 1446. Su padre Lope Vazquez de Acuña, que de Portugal se vino á Castilla: sus hermanos Pedro de Acuña, señor de Dueñas y Tariego, y otro Lope Vazquez de Acuña; demás desto era tio de don Juan Pacheco, y hombre de gran corazon, pero bullicioso y desasosegado, de que son bastante prueba las alteraciones largas y graves que en el reino se levantaron, y él las fomentó.

Hizóse consulta sobre lo que quedaba por concluir de la guerra. Atienza y Torija solamente se tenian por el de Navarra en toda Castilla; pero fortificadas para todo lo que podia suceder, guarnecidas de buen número de soldados, que salian á correr los campos comarcanos, hacer presas de ganados y de hombres. Demás desto crecia la fama de cada dia, y venian avisos que el de Navarra se aprestaba para volver de nuevo á la guerra: cosa que ponia en cuidado á los de Castilla, tanto mas que el rey moro con intento de ganar reputacion y á instancia de los aragoneses, con una entrada que hizo por las fronteras del Andalucia, tomara por fuerza á Benamaruel y Benzalema pueblos fuertes en aquella comarca: afrenta mayor que el miedo y que el daño. No se podia acudir á ambas partes: marcharon las gentes del rey contra los aragoneses por el mes de mayo, y despues que tuvieron cercada á Atienza por espacio de tres meses, se trató de hacer paces. Concertaron que aquellos dos pueblos se pusiesen en tercería, y estuviesen en poder de la reina de Aragon doña María, hasta tanto que los jueces nombrados de comun consentimiento determinasen á quién se debian entregar.

Hecha esta avenencia, el rey de Castilla fue recebido dentro del pueblo á doce de agosto. Hizo abatir ciertas partes de la muralla y poner fuego á algunos edificios. Los vecinos pretendian se quebrantaran las condiciones del concierto y asiento tomado y así no le quisieron recebir en el castillo. Por esto sin acabar nada fue forzado volver atrás, y irse á Valladolid, solamente dejó ordenado que el nuevo arzobispo de Toledo y don Carlos de Arellano quedasen con gente para reprimir los insultos de los aragoneses por aquella parte y en ocasion se apoderasen de aquellos pueblos. No por esto los aragoneses quedaron amedrentados, antes desde aquellos lugares hacian de ordinario correrías y cabalgadas por todos

(1) La *Crónica* no dice que se perdonase sino al almirante y al conde de Benavente.

aquellos campos hasta Guadalajara, do el de Toledo y Arellano residian.

Algunos de los parciales andaban al tanto por toda la provincia esparcidos y mezclados con los demás que á la sorda alteraban la gente, y eran causa que resultasen nuevas sospechas entre los grandes de Castilla: maña en que el de Navarra tenia mayor fiucia que en las armas. Demás desto don Alvaro y don Juan Pacheco cada cual por su parte con intento de aprovecharse del daño ajeno sembraban con chismes y reportes semilla de discordias entre el rey y su hijo el príncipe, que debieran con todas sus fuerzas atajar: cruel codicia de mandar y ciego ímpetu de ambicion, ¡cuán grandes estragos haces! en un delito ¡cuán gran número de maldades se encerraban! Pasaron tan adelante en estas discordias, que por ambas partes hicieron levas de soldados. En cierto asiento que se hizo entre el rey y el príncipe su hijo, hallo que el rey perdona al conde de Castro, y á sus hijos manda se les vuelvan sus estados y bienes.

Don Rodrigo Manrique confiado en estas revueltas mas que en su justicia, por nombramiento del pontífice Eugenio; y á persuasion del rey de Aragon, sin tener el boto de los caballeros se llamó maestre de Santiago. Pretendia él por las ármas apoderarse de los lugares del maestrazgo, don Alvaro le resistia; de que resultaron daños de una parte, y de otra muertes y robos por todas aquellas partes. Estas alteraciones y revueltas fueron causa que pocos cuidasen de lo que más importaba: asi los moros por principio del año 1447 hicieron entrada en nuestras tierras; llevaron presas de hombres y de ganados, quemaron aldeas, talaron los campos, las rozas y las labranzas, y en particular ganaron de los nuestros los pueblos de Arenas, Huesca, y los dos Velez, el Blanco y el Rojo, que están en el reino de Murcia poco distantes entre sí. No tenian bastante número de soldados, ni estaban bastecidos de vitualias ni de almacen: así no pudieron mucho tiempo sufrir el ímpetu de los enemigos. Esto y las sospechas que todos tenian de mayores males, eran los frutos que de las discordias que andaban entre los grandes, resultaron.

CAPITULO V.

De la guerra de Florencia.

No será fuera de propósito (como yo pienso) declarar en breve las causas y el suceso de la guerra de Florencia que por el mismo tiempo se emprendió en Italia. Blanca hija de Philipo duque de Milan casó con Francisco Esforcia: el dote sesenta mil escudos, y entretanto que se la pagaban, en prendas á Cremona ciudad rica de aquel ducado; la cual el yerno con esperanza que tenia de suceder en aquel estado, aunque le ofrecia el dinero no quiso restituir á su suegro, confiado en la ayuda de venecianos, en aquella sazon por sí mismos, y por la liga que tenian con florentines y ginoveses, poderosos por mar y por tierra. Envió Philipo por su embajador al obispo de Novara para que tratase con el rey don Alonso y moviese guerra á los florentines para con esto recobrar él á Cremona sin embargo del favor que daban á su yerno los venecianos. El pontífice Eugenio era contrario á los venecianos y á sus aliados y intentos, y por el contrario amigo del duque Philipo. Por esta causa atizaba y persuadia al rey hiciese esta guerra, dado que no era menester por lo mucho que él mismo debia al duque: así hizo mas de lo que le pedian. Envió por una parte al estado de Milan á Ramon Buil, escelente capitan y de fama en aquella era; él mismo por otra sin mirar que era invierno, pasó á Tibur cerca de Roma.

Entre tanto que allí se entretuvo para ver como las cosas se encaminaban, y que los florentines hacian buenas ofertas por divertir la guerra de su casa, los venecianos con las armas se apoderaron de gran parte del ducado de Milan. Por esta causa fue forzado el duque de recebir á su yerno en su gracia: lo mismo hizo el rey don Alonso á su instancia y aun envió al duque dinero prestado. Hallábanse las cosas en este estado, cuando súbitamente mudado el duque de voluntad convidó al rey de Aragon y lé llamó para entregalle el estado de Milan. Resistió el rey á esto, y no aceptó la oferta por juzgar era cosa indigna que príncipe tan grande se redujese á vida particular y dejase el mando.

Estas demandas y respuestas andaban, cuando el papa Eugenio que era tanta parte para todo, falleció en Roma á veinte y dos de febrero: apresuróse el cónclave, y salió por pontífice dentro de diez dias el cardenal Tomas Sarzana natural de Luca en Toscana, con nombre en el pontificado de Nicolao Quinto; buen pontífice, y que la bajeza de su linaje, que fue grande, ennobleció con grandes virtudes: y por haber sido el que puso en pié y hizo se estimasen las letras humanas en Italia, es justo que los doctos le amen y alaben. Fue admirable en aquella edad no solo en la virtud, sino en la buena dicha con que subió á tan alto estado, tan amigo de paz cuanto su predecesor de guerra.

En el estado de Milan se hacia la guerra con diferentes sucesos. El duque Philipo pasado que hobo con su ejército el rio Abdua, congojado de cuidados y desconfiado de sus fuerzas, trató de veras con Ludovico Dezpuch embajador del rey don Alonso de renunciar aquel estado y entregalle á su señor, ca estaba determinado de trocar la vida de príncipe, llena de tantos cuidados y congojas, con la de particular mucho mas aventurada: sobre todo deseaba castigar los desacatos de su yerno. Decia que á causa de su vejez ni el cuerpo podia sufrir los trabajos, ni el corazon los cuidados y molestias: que seria mas á propósito persona de mas entera edad y mas brio, para que con su esfuerzo y buena dicha reprimiese la lozania y avilenteza de los venecianos. En el entretanto que Ludovico con este recado vá y vuelve, el duque Philipo falleció en el castillo de Milan á los trece de agosto de calenturas y cámaras, y principalmente de la pesadumbre que le sobrevino con aquellos cuidados que le apretaron en lo postrero de su edad: aviso que la vida larga no siempre es merced de Dios. ¿Mas qué otra cosa sujetó á aquel príncipe poco antes tan grande á tantas desgracias sino los muchos años? de manera que no siempre se debe desear vivir mucho, que los años sujetan á las veces los hombres á muchos afanes, y el fallecer en buena sazon se debe tener por gran felicidad.

Aquel mismo mes se celebraron las bodas del rey de Castilla y doña Isabel en Madrigal: las fiestas no fueron grandes por las alteraciones que andaban todavia entre los grandes. La suma es que entre el rey y la reina sin dilacion se trató de la manera que podrian destruir á don Alvaro de Luna, negocio que aun no estaba sazonado, dado que él mismo por no temblarse en el poder caminaba á grandes jornadas á su perdicion: este fue el galardon de ser casamentero en aquel matrimonio. El rey don Alonso, como lo tenian tratado fue por el duque Philipo nombrado en su testamento por heredero de aquel estado. En esta conformidad Ramon Buil, uno de los comisarios del rey en Lombardía, en cuyo poder quedó el un castillo de aquella ciudad, hizo que los capitanes hiciesen los homenajes y juramento al rey don Alonso como duque de Milan: la muchedumbre del pueblo con deseo de la libertad acudió á las armas con tan grande brio que se apoderaron de los dos castillos que tenia Milan, y sin dilacion los echaron por tierra y los arrasaron. Don Alonso no podia acudir por estar ocupado en la guerra de Florencia que ya tenia comenzada, en que se apoderó por las armas de Ripa,

Marancia, y de castellon de Pescara en tierra de Volterra.

Los florentines alterados por esta causa llamaron en su ayuda á Federico señor de Urbino, y á Malatesta señor de Arimino. El rey puso cerco sobre Piombino; y se apoderó de una isla que le está cercana, y se llama del Lillo. Los de Piombino asentaron que pagarian por parias cada un año una taza de oro de quinientos escudos de peso; los florentines otrosí se concertaron con el rey debajo de ciertas condiciones, con que dejadas las armas se partió para Sulmona. Quedaron por él en lo de Toscana la isla del Lillo y Castellon de Pescara. Erale forzoso acudir á lo de Milan, y aquella guerra. Hobo diversos trances: venció finalmente Francisco Esforcia, mozo de grande ánimo, pues pudo por su esfuerzo y con ayuda de venecianos quitar la libertad á los milaneses y al rey don Alonso el estado que le dejara su suegro: cepa de do procedió una nueva línea de príncipes en aquel ducado de Milan, y ocasion de nuevas alteraciones y grandes, en que Francia con Italia, y con ambas España se revolvieron con guerras que duraron hasta nuestro tiempo, variables muchas veces en la fortuna y en los sucesos, como se irá señalado en sus propios lugares.

CAPITULO VI.

Que muchos señores fueron presos en Castilla.

Las cosas de Castilla aun no sosegaban: de una parte apretaba el rey moro, ordinario y fervienteenemigo del nombre de Cristo; de otra estaba á la mira el de Navarra, que tenia mas confianza que en sus fuerzas, en la discordia que andaba entre los grandes de Castilla. Este era el mayor daño. El de Toledo, y Iñigo Lopez de Mendoza que fue puesto en lugar de Arellano, con un largo cerco con que apretaron á Torija, la forzaron á rendirse á partido que dejasen ir libres á los soldados que tenia de guarnicion. Este daño que recibió el partido de Aragon, recompensaron los soldados de Atienza con apoderarse en tierra de Soria de un castillo que se llama Peña de Alcázar. El rey de Castilla irritado con esta nueva pérdida, desde Madrigal do estaba, partió por el mes de setiembre para Soria: seguíanle tres mil de á caballo, número bastante para hacer entrada por la frontera y tierras de Aragon.

Por el mismo tiempo en Zaragoza se tenian córtes de Aragon para proveer con cuidado en lo de la guerra que les amenazaba. Entendian que tantos apercebimientos como en Castilla se hacian, no serian en vano. Hiciéronse diligencias estraordinarias para juntar gente: mandaron y echaron bando que todos los naturales de diez uno, sacados por suertes, fuesen obligados á tomar las armas y alistarse: resolucion que si no es en estremo peligro, no se suele usar ni tomar. No obstante esta diligencia, enviaron por sus embajadores á Soria á Iñigo Bolea y Ramon de Palomares para que preguntasen cuál fuese el intento del rey, y lo que con aquel ruido y gente pretendia, y le advirtiesen se acordase de la amistad y liga que entre los dos reinos tenian jurada: si confiaba en sus fuerzas, que tomadas las armas, lo que era cierto, se hacia dudoso y se aventuraba: que comenzar la guerra era cosa fácil, pero el remate no estaria en la mano del que le diese principio, y fuese el primero á tomar las armas.

A esta embajada respondió el rey á veinte de setiembre en una junta mansamente y con disimulacion, es á saber que él tenia costumbre de caminar acompañado de los grandes y de su gente: que los aragoneses hicieron lo que no era razon, en ayudar al de Navarra con consejo y con fuerzas; si no lo enmendaban, lo castigaria con las armas. Envió junto con esto sus reyes de armas, llamados Zurban y Carabeo, para que en las córtes de Zaragoza se quejasen destos desaguisados; los aragoneses asimismo tornaron á enviar al rey otra embajada. Entretanto que estas demandas y respuestas andaban, los soldados de Castilla de sobresalto se apoderaron del castillo de Verdejo que está en tierra y en el distrito de Calatayud: con esto desistieron de tratar de las paces, y luego vinieran á las manos, si un nuevo aviso que vino de que los grandes en lo interior y en el riñon de Castilla se conjuraban y ligaban entre sí, no forzara al rey de Castilla á dar la vuelta á Valladolid. En aquella villa tuvo las pascuas de Navidad, principio del año de 1448. En el mismo tiempo un escuadron de gente navarra tomó la villa de Campezo, y el gobernador de Albarracin se apoderó de Huelamo, pueblo de Castilla á la raya de Aragon, y que está asentado en la antigua Celtiberia no lejos de la ciudad de Cuenca. Desta manera variaban las cosas de la guerra: así es ordinario.

El mayor cuidado era de apaciguar á los grandes, y reconciliar con el rey al príncipe su hijo, ca por su natural liviano nunca sosegaba del todo, ni era en una cosa constante. La ambicion de don Alvaro y de Juan Pacheco era impedimento para que no se pudiese efectuar cosa alguna en esta parte. Menudeaban las quejas; cada cual de los dos pretendia derribar al otro y por este medio subir él al mas alto grado. Entendió esto don Alonso de Fonseca obispo de Avila, persona de ingenio sagaz: procuró concordallos y hacellos amigos; deciales que si se aliaban, tendrian mano en todo el gobierno, la discordia seria causa de su perdicion. Tomóse por espediente para atajar las conjuraciones de los grandes prender muchos dellos en un dia señalado. Para poner esto en ejecucion tuvieron habla el rey y el príncipe su hijo entre Medina del Campo y Tordesillas á once de mayo, sábado víspera de pascua de Espíritu Santo. Como se concertó, así se hizo; que don Alonso Pimentel conde de Benavente, y don Fernan Alvarez de Toledo conde de Alba, don Enrique hermano del almirante, los dos hermanos Pedro y Suero de Quiñones fueron presos. Al de Benavente, don Enrique y á Suero llevaron á Portillo; al de Alba y Pedro de Quiñones á Roa para que allí los guardasen.

Achacábanles que trataban de hacer volver al rey de Navarra á Castilla: como los hombres naturalmente se inclinan á creer lo peor, decia el vulgo que á nadie perdona, era todo invencion para aplacar el odio del pueblo concebido por aquellas prisiones. El almirante y el conde de Castro como no les hobiesen podido persuadir que viniesen á la córte, avisados de lo que pasaba, se retiraron á Navarra: lo que era consiguiente, tomáronles los estados sin dificultad por no tener quien los defendiesen, ni estar los pueblos apercebidos de vituallas; estos fueron Medina de Ruyseco, Lobaton, Aguilar, Benavente, Mayorga con otro gran número de pueblos y castillos. Diego Manrique de su voluntad entregó los castillos de Navarrete y de Treviño como en rehenes y para seguridad que guardaria lealtad á su rey. Todas estas trazas á los malos dieron gusto, los buenos las aborrecian; y no se sanaron las voluntades; sino antes se exasperaron mas, y comenzaron nuevas sospechas de mayor guerra.

Continuábanse todavía las córtes de Zaragoza, en que por el mes de abril entre Aragon y Castilla se concertaron treguas por seis meses; que las paces ó no pudieron, ó no quisieron concluillas. De los dos señores que se huyeron de Castilla, el conde de Castro se quedó en Navarra, el almirante llegó á Zaragoza á veinte y nueve de mayo: en aquella ciudad trató con el rey de Navarra de lo que debian hacer; acordóse que el almirante pasase en Italia para informar de todo lo que pasaba como testigo de vista. Estaba el rey don Alonso á la sazon sobre Piombino (co-

mo queda dicho antes) cuando en un mismo tiempo el almirante y don Garci Alvarez de Toledo hijo del de Alba por diversos caminos llegaron allí. El de Aragon los recibió muy bien, y les dió muy grata audiencia: demás de esto prometió de les acudir y ayudallos; dióles cartas que escribió á los grandes, desta sustancia: »Amigos y deudos, de vuestro desastre »nos ha informado nuestro primo el almirante: cuan»ta pena nos haya dado, no hay para que decillo; el »tiempo en breve declarará cuanto cuidamos de vos »y de vuestras cosas, y que no escusaremos por el »bien de Castilla ningun gasto ni peligro que se ofrez»ca. Dios os guarde. De los reales de Piombino á diez »de agosto.»

En este comedio en Castilla se gastaron algunos meses en apoderarse de los estados y lugares de los grandes. El rey y el príncipe su hijo, comunicados los negocios entre sí, acordaron se pusiesen guarniciones en las fronteras del reino en lugares convenientes, en especial contra los moros. Resuelto esto, Alonso Giron primo de Juan Pacheco fue nombrado para que estuviese en Hellin y en Humilla por frontero con doscientos de á caballo y cuatrocientos infantes, con que acometió cierto número de moros que entraron por aquella parte, y los desbarató. Mostró en este caso mayor ánimo que prudencia, ca los enemigos se recogieron en un collado que cerca caia: dende de repente con grande alarido cargaron sobre los cristianos que con gran seguridad y descuido recogian los despojos, y por estar esparcidos por todo el campo los destrozaron, sin poder huir, ni tomar las armas, ni hacer ni proveer nada. Los mas fueron muertos, algunos pocos con el capitan se salvaron por los piés perdidas las armas y los estandartes.

Sobre las demás desgracias de Castilla este nuevo revés alteró el ánimo del rey, tanto mas que por el mismo tiempo el príncipe don Enrique, ofendido de nuevo contra don Alvaro de Luna, desde Madrid do estaba con su padre, se retiró á Segovia: causa de nuevo sentimiento para el rey. Determinóse para remedio de tantos males, y buscar algun camino para atajallos, de juntar córtes en Valladolid. El príncipe don Enrique por órden de su padre se llegó á Tordesillas: antes que el rey tambien fuese á verse con él, como estaba acordado, en una junta que tuvo, declaró ser su voluntad reconciliase con su hijo y perdonalle; á los caballeros conforme á los méritos de cada cual premiallos ó castigallos, en particular dijo que queria hacer merced y repartir los pueblos y estados de los parciales entre los leales. Los procuradores de las ciudades, cada cual á porfía loaba el acuerdo del rey: quien mas podia, mas le adulaba; que es una mala manera de servicio y de agrado tanto mas perjudicial cuanto mas á los príncipes gustoso.

Solo Diego Valera procurador de la ciudad de Cuenca á instancia de su compañero y por mandado del rey tomó la mano; y aunque con cierto rodeo, claramente amonestó al rey no permitiese que los grandes, personas de tanta nobleza y de tan grandes méritos suyos y de sus antepasados, fuesen condenados sin oirlos primero: dijo que de otra manera seria injusto el juicio, dado que sentenciasen lo que era razon. Hernando de Ribadeneyra, hombre suelto de lengua y arrojado amenazó á Valera: dijo que le costaria caro lo que habló. El rey mostró mal rostro contra aquel atrevimiento: salióse luego de la junta, con que dió á entender cuanto le desagradaron las palabras de Ribadeneyra. Ocho dias despues Valera escribió al rey una carta en esta sustancia: »Dad paz »señor en nuestros dias. Cuantos males hayan traido »á la república las discordias domésticas, no hay pa»ra que declarallo: nuestras desventuras dan bastan»te testimonio de todo, las mas graves que los hom»bres se acuerdan: todo está destruido, asolado, de»sierto, y la miserable España la tercera vez se va á »tierra, si con tiempo no es socorrida. Quiero con »los profetas antiguos llorar el daño y destruicion de »la patria; pero quejarse y sospirar solamente, y no »poner otro remedio á los males fuera de las lágri»mas téngolo por cosa vana. Esto es lo que me ha for»zado á escribir. En vuestra prudencia, señor, des»pues de Dios están puestas todas nuestras esperanzas: »si no os muevo nuestra miseria, á lo menos la des»ventura de vuestro reino os punce: si en alguna »cosa se errare, el daño será comun de todos, la afren»ta solo vuestra; que la fama y la fortuna de los hom»bres corren á las parejas. Este es el peligro de los »que reinan: las prosperidades pertenecen á todos, »las cosas adversas y reveses á solo el príncipe se im»putan. Con premio y con castigo, severidad y cle»mencia se gobiernan los reinos: así lo enseña la »esperiencia y grandes varones lo dejaron escrito. »Cierto término debe haber en esto y guardar cierta »medida, bien así como en lo demás. No es mi inten»to de disputar en este lugar de cosa tan grande: »traer ejemplos así antiguos como modernos por la »una y por la otra parte, ¿qué presta? á muchos le»vantó la clemencia, la severidad á pocos, por ven»tura á ninguno: poned los ojos en Alejandro, Cesar, »Salomon, Roboam, en los Nerones. Las partes que »la aspereza y el rigor por ventura necesario, pero »usado fuera de tiempo, tienen enconadas, con la »blandura se han de sanar, y con echar por diverso »camino que el que hasta aquí se ha tomado. En con»clusion cuatro cosas conviene hacer; este es mi pa»recer, ojalá tan acertado como es el deseo que de »acertar tengo. Conviene apaciguar al príncipe, lla»mar á los desterrados, soltar á los que están presos, »y establecer un perpétuo olvido de las enemigas pa»sadas. La facilidad en el perdonar dirá alguno se»ria causa de desprecio: verdad es, si el príncipe »pudiese ser despreciado que tiene valor y ánimo; »cosa peligrosa es quererse autorizar con la sangre »de sus vasallos. La falta de castigo dirá otro hará »hombres atrevidos, y las leyes mandan sea castiga»do el desacato y la deslealtad: es así, pero la propia »loa de los reyes es la clemencia, y toda grande ha»zaña es forzoso tenga algo que se pueda tachar; que »si en algo se quebrantaren las leyes, el bien y la sa»lud pública lo recompensarán y soldarán todo. Quie»ro últimamente hacer mis plegarias. Ruego á Dios »que de mis palabras, salidas de corazon muy llano, »esté lejos toda sospecha de arrogancia, y que vues»tro entendimiento para determinar cosas tan gran»des sea alumbrado con luz celestial que os enseñe »lo que convendra hacer.» Esta carta dió pesadumbre á don Alvaro de Luna; al rey y á todos los buenos fue muy agradable. El conde de Plasencia, leida esta carta, gustó tanto del ingenio de Valera y de su libertad, que le recibió en su servicio, y le entregó su hijo mayor para que le criase y amaestrase.

CAPITULO VII.

De las bodas del rey de Portugal.

La prision de tan grandes señores y la huida de otros que fueron forzados á salirse de toda Castilla alteró mucho la gente y acarreó graves daños. Tratábase dentro y fuera del reino de poner á los presos en libertad, y hacer que los huidos volviesen á su tierra. El temor los entretenia y enfrenaba, maestro no duradero ni bueno de lo que conviene, ca mudadas las cosas algun tanto, se atrevieron los que esto pensaban, á procurallo y ponello por obra. El conde de Benavente huyó de la prision: dióle lugar para ello Alonso de Leon por grandes dádivas de presente, y mayores promesas que le hizo para adelante; del cual Diego de Rivera alcaide del castillo hacia grande confianza. Este dió entrada á treinta soldados en el castillo, que acompañaron al conde en caballos que

para esto tenian apercebidos en un pinar allí cerca, y le llevaron á Benavente. Con su venida los moradores de aquella villa echaron la guarnicion de soldados que tenian puestos por el rey: luego despues acudieron á Alba de Liste que estaba cercada por los del rey, y los forzaron á alzar el cerco; junto con esto se apoderaron de otros pueblos de menos cuenta.

Esta nueva fue de mucha alegría para los buenos, y comunmente para el pueblo. El rey alterado con ella, dejó á don Alvaro en Ocaña con órden de apercebir lo necesario para la guerra de Aragon, y él á grandes jornadas se fué á Benavente; desde donde por hallar aquel pueblo apercebído pasó á Portugal, que halló alegre por las bodas de su rey que poco antes celebró con doña Isabel, hija de don Pedro su tio y gobernador del reino, con quien siete años antes estaba desposado. Fue esta señora de costumbres muy santas, y de apostura muy grande. Deste casamiento nacieron don Juan que murió niño, y doña Juana su hermana que murió sin casar, y otro don Juan que vivió largos años, y heredó el reino de su padre. Era el rey todavía de tierna edad, y no bastante para los cuidados del reino. Don Pedro su suegro estaba muy apoderado del gobierno de mucho tiempo atrás, cosa que los demás grandes la tenian por pesada, y la comenzaban á llevar mal.

La muchedumbre del pueblo como quier que sea amiga de novedades, huelga con la mudanza de los señores por pensar siempre que lo venidero será mejor que lo presente y pasado. El que mas se señalaba en tratar de derribar á don Pedro, era don Alonso conde de Barcelos, sin tener ningun respeto á que era su hermano, ni tener memoria de la merced que poco antes le hiciera, que por muerte de don Gonzalo señor de Berganza, que falleció sin hijos poco antes, le nombró y dió título de duque de Berganza: así suelen los hombres muchas veces pagar grandes beneficios con alguna grave injuria; la ambicion y la envidia quebrantan las leyes de la naturaleza. Tenia poca esperanza de salir con su intento, si no era con maldad y engaño: persuadió al rey, que era mozo y de poca esperiencia, tomase él mismo el gobierno, y que el agravio y injuria que su suegro



Castillo de Portillo.

hizo á su madre en echalla primero del reino, despues acaballa con yerbas (como él decia que lo hizo) la vengase con dalle la muerte: que hasta entonces siempre gobernó soberbia y avaramente, y robó la república; que segun el corazon humano es insaciable, se podia temer que sin contentarse de lo que es lícito, pretenderia pasar adelante, y de dia y de noche pensaria como hacerse rey, para lo cual solo el nombre le faltaba.

Alterado el rey con estos chismes y murmuraciones trató de vengarse de don Pedro: él avisado de lo que pasaba, porque en aquella mudanza tan súbita de las cosas no le hiciesen algun desaguisado á él ó á los suyos, y tambien para esperar en qué paraban, y qué término tomaban aquellas alteraciones, se fortificó dentro de Coimbra. Sufren mal los grandes ánimos cualquiera injuria, y mas cuando no tienen culpa: así con intento de apoderarse de Lisboa se concertó con los ciudadanos de aquella ciudad que se la entregasen; pero como quier que cosa tan grande no pudiese estar secreta, en el camino en que iba para allá con número de soldados, le pararon una celada, con que le fue forzoso venir á las manos. Dióse esta batalla año de nuestra salvacion de 1449: sobre el mes no concuerdan los autores, y hay diversas opiniones; la suma es que en ella murió el mismo don Pedro con muchos de los suyos. Sus émulos y gente curiosa de cosas semejantes decian fue castigo del cielo, ca le hirieron en el corazon con una saeta enarbolada; de la herida murió: persona digna de mejor suerte y de mas larga vida, si bien vivió cincuenta y siete años. Fue de grande ánimo, de aventajada prudencia por la grande esperiencia que tuvo de las cosas. Díjose que el rey sintió mucho la muerte de su tio y suegro: la fama mas ordinaria y el suceso de las cosas convence ser esto engaño, pues por mucho tiempo le fue negada la sepultura; verdad es que adelante le enterraron en Aljubarrota entierro de los reyes, y le hicieron sus honras y exequias. Su hijo don Diego fue preso en la batalla, y adelante

se fué á Flandes : desde allí su tia la duquesa doña Isabel le envió á Roma para que fuese cardenal; doña Beatriz su hermana pasó otrosí á Flandes, y casó con Adolfo duque de Cleves.

Despues desto en Portugal gozaron de una larga paz : el rey entrado en edad gobernó el reino sábiamente, si bien fue mas afortunado en la guerra que hizo contra los moros mas mozo, que en la que tuvo contra Castilla en lo postrero de su edad. Mostróse muy señalado en la piedad : en el rescate de los cautivos que tenian los moros presos en Africa, gastó y derramó grande parte de sus rentas y tesoros, si se puede decir que la derramó, y no mas aina que la empleó santisimamente en provecho de muchos. Táchanle solamente que se entregó á sí y á sus cosas al gobierno de sus criados y cortesanos ; creo que fue mas por llevarlo así aquellos tiempos, y por alguna fuerza secreta de las estrellas que por falta particular suya : daño que fue causa de grandes desgustos y desastres así bien en las otras provincias como en la de Portugal.

CAPITULO VIII.

Del alboroto de Toledo.

Quedóse don Alvaro de Luna en Ocaña, segun se ha tocado, para apercebir lo necesario para la guerra de Aragon. Trataba con gran cuidado de juntar dineros, de que tenian la mayor falta. Ordenó que Toledo ciudad grande y rica acudiese con un cuento de maravedís por via de empréstito repartido entre los vecinos ; cantía y imposicion moderada asaz, sino



De un códice que está en las casas consistoriales de Barcelona, copiamos exactamente este dibujo, que representa el rey don Alonso entre los Consellers de Barcelona el dia 2 de Abril de 1448, en el acto que hace entrega de los *Usatges de Marquilles*.

que cosas pequeñas muchas veces son ocasion de otros muy grandes. Dió cuidado y cargo de recoger este dinero á Alonso Cota hombre rico, vecino de aquella ciudad. Opusiéronse los ciudadanos : decian no permitirian que con aquel principio las franquezas y privilegios de aquella ciudad fuesen quebrantados. Avisaron á don Alvaro : mandó que sin embargo se pasase adelante en la cobranza. Alborotóse el pueblo, y con una campana de la iglesia Mayor tocaron al arma.

Los primeros atizadores fueron dos canónigos llamados el uno Juan Alonso, y el otro Pedro Galvez; el capitan del populazo alborotado fue un odrero (1), cuyo nombre no se sabe: el caso es muy averiguado. Cargaron sobre las casas de Alonso Cota, y pegáronles fuego, con que por pasar muy adelante se quemó el barrio de la Madalena, morada en gran parte de los mercaderes ricos de la ciudad: saqueáronles las casas, y no contentos con esto, echaron en prision á los que allí hallaron, gente miserable, sin tener respeto ni perdonar á mujeres, viejos y niños. Sucedió este feo y cruel caso á veinte y seis de enero. Unos ciudadanos maltrataban á otros no de otra manera que si fueran enemigos, que fue un cruel espectáculo y daño de aquella noble ciudad; en especial se enderezó el alboroto contra los que por ser de raza de judíos el pueblo los llama cristianos nuevos. El odio de sus antepasados pagaron sin otra causa los descendientes. El alcalde Pero Sarmiento, y su teniente el bachiller Marcos García, á quien por desprecio llama el vulgo hasta hoy Marquillos de Mazarambroz, quien debieran sosegar la gente alborotada, antes los atizaban y soplaban la llama. Tras la revuelta se siguió el miedo de ser castigados: por entender les harian guerra cerraron las puertas de la ciudad, que fue lo que solo restaba para despeñarse del todo y remediar un delito con otro mayor; así en breve la alegría que tenian por lo hecho, se les trocó en pesadumbre y les acarreó muchos daños.

Don Alvaro no tenia bastantes fuerzas ni autoridad para sosegar aquellas alteraciones tan grandes, y castigar á los culpados, especial que el dicho Pero Sarmiento le era contrario. Dió aviso al rey de lo que pasaba, el cual á instancia suya y habiéndose en este medio tiempo apoderado de Benavente, acudió á pagar aquel fuego por temor que tenia de aquellos principios no resultasen mayores daños. Por negalle la entrada se alojó en el hospital de San Lázaro. Tiráronle algunas balas desde aquella parte de la ciudad que llaman la Granja, con un tiro de artillería que allí pusieron. Cuando disparaban decian: tomad esa naranja que os envian desde la Granja: desacato notable. Con la venida del rey tomó Pero Sarmiento ocasion de hacer nuevas crueldades y desafueros: prendió muchos ciudadanos con color que trataban de entregar al rey la ciudad. Púsolos á cuestion de tormento, en que algunos por la fuerza del dolor confesaron mas de lo que les preguntaban. Robáronles sus bienes, y á muchos dellos quitaron las vidas: cruel carnicería, hacer delito y castigar como á tal la lealtad y el deseo de quietud y reposo, cosa que entre amotinados de ordinario se suele tener y contar por alevosía y gravísima maldad.

El rey se fué á Torrijos. Allí fueron algunos caballeros enviados por la ciudad (cuyos nombres aquí se callan) para que le dijesen en nombre de Toledo y de las demás ciudades que si no apartaba de sí á don Alvaro de Luna, y mandaba que á las ciudades se guardasen sus franquezas, darian la obediencia y alzarian por señor al príncipe don Enrique su hijo. Fue grande este desacato, y el sentimiento que causó en el rey no menor: así sin dar alguna respuesta despidió aquellos caballeros. Mandó poner sitio sobre la ciudad: los naturales llamaron en su ayuda al príncipe, con cuya llegada se alzó el cerco; pero sin embargo de habellos librado del peligro, y habelle acogido en la ciudad, no le entregaron las llaves de las puertas ni del alcázar. La muchedumbre del pueblo alborotado nunca se sabe templar; ó temen ó espantan, y proceden en sus cosas desapoderadamente. Hicieron á los seis de junio un estatuto en que vedaban á los cristianos nuevos tener oficios y cargos públicos, en particular mandaban que no pudiesen ser escribanos ni abogados ni procuradores, conforme á una ley ó privilegio del rey don Alonso el Sabio, en que decian y pretendian otorgó á la ciudad de Toledo que ninguno de casta de judíos en aquella ciudad ó en su tierra pudiese tener ni oficio público ni beneficio eclesiástico. En todo se procedia sin tiento y arrebatadamente, no daban lugar las armas y fuerza para mirar qué era lo que por las leyes y costumbres estaba establecido y guardado: solo una grave tiranía se ejercitaba, y atroces agravios.

Un cierto dean de Toledo natural de aquella ciudad, cuyo nombre y linaje no es necesario declarar aquí, confiado en sus riquezas y en sus letras, en especial en la cabida que tenia en Roma, ca fue datario y adelante obispo de Coria (como algunos dicen habello oido á sus antepasados y es así) se retiró á la villa de Santolalla: allí puso por escrito con mayor coraje que aplauso, un tratado en que pretendia que aquel estatuto era temerario y erróneo. Ofrecióse demás desto de disputar públicamente, y defender siete conclusiones que en aquel propósito envió á la ciudad. No contento con esto sobre el mismo caso enderezó una disputa mas larga á don Lope de Barrientos obispo de Cuenca, en que señala por sus nombres muchas familias nobilísimas con parientes del mismo y otros de semejante ralea emparentadas; si de verdad, si fingidamente por hacer mejor su pleito, no me parece conviene escudriñallo curiosamente. Basta que no paró en esto su desgusto y alteracion, antes fue causa (como yo pienso) que el pontífice Nicolao espidiese una bula en que reprueba todas las cláusulas y capítulos de aquel estatuto el tercero año de su pontificado, es á saber el mismo en que sucedió el alboroto de Toledo de que vamos tratando, cuya copia no me pareció seria conveniente poner en este lugar; solo diré que comienza por estas palabras traducidas de latin en castellano: «El »enemigo del género humano luego que vió caer en »buena tierra la palabra de Dios, procuró sembrar »zizaña para que ahogada la semilla no llevase fruto »alguno.» La data desta bula fue en Fabriano año de la Encarnacion de mil y cuatrocientos y cuarenta y nueve á veinte y cuatro de setiembre.

Otra bula que espidió el mismo pontífice Nicolao dos años adelante á veinte y nueve de noviembre, tampoco será necesario engerilla aquí por ser sobre el mismo negocio y conforme á la pasada. Tampoco quiero poner los decretos que consecutivamente hicieron en esta razon los arzobispos de Toledo don Alonso Carrillo en un sínodo de Alcalá, y el cardenal don Pero Gonzalez de Mendoza en la ciudad de Victoria algunos años despues deste tiempo de la misma sustancia. Casi todo esto que aquí se ha dicho de la revuelta y estatuto de Toledo, dejaron los coronistas de contar, creo con intento de no hacerse odiosos; pareció empero se debia referir aquí por ser cosa tan notable, tomado de ciertos memoriales y papeles de una persona muy grave. Cuál de las partes tuviese razon y justicia, y cuál no, no hay para que disputallo: quede al lector el juicio libre para seguir lo que mas le agradare, que podrá por lo que aquí queda dicho, y por otros tratados que sobre este negocio por la una y por la otra parte se han escrito, sentenciar este pleito á tal que sea con ánimo sosegado y sin aficion demasiada á ninguna de las partes.

CAPITULO IX.

De otras nuevas revueltas de los grandes de Castilla.

No cesaba el de Navarra de solicitar á los grandes de Castilla para que se alborotasen. Las ciudades de Murcia y de Cuenca no se mostraban bien afectas para con su rey, de que alguna esperanza tenian el

(1) Por el cual se dijo: *soplará el odrero, y alborotarse ha Toledo.*

de Navarra y los otros sus parciales de recobrar sus antiguos estados. Hacian los de Aragon diversas correrías en tierras de Castilla: y en la comarca de Requena robaron gran copia de ganados. Demás desto los moradores de aquella villa como saliesen á buscar los enemigos con mayor ánimo que prudencia, fueron vencidos en una pelea que trabaron; sin embargo la esperanza que tenian los contrarios de apoderarse de Murcia, les salió vana. Acometieron los aragoneses á entrar en Cuenca debajo de la conducta de don Alonso de Aragon hijo del rey de Navarra. Llamólos Diego de Mendoza alcaide de la fortaleza que en aquel tiempo se veia en lo mas alto de la ciudad: al presente hay solamente piedras y paredones, muestra y rastros de edificio muy grande y muy fuerte. Estos intentos salieron tambien en vacío en esta parte á causa que el obispo Barrientos defendió con grande esfuerzo la ciudad.

Pasado este peligro, en Aragon se movieron nuevos tratos con ocasion de la vuelta del almirante de Castilla, de quien se dijo que pasó en Italia. Convocaron los procuradores de las ciudades y los demás brazos para que se juntasen en Zaragoza: leyéronse los órdenes é instrucciones y mandatos que el rey de Aragon enviaba, y conforme á ellos pretendian que se juntasen las fuerzas del reino y se abriese la guerra con Castilla. Esquivaban los procuradores el rompimiento: decian no estaba bien al reino trocar fuera de sazon la paz que tenian con Castilla, con la guerra, especial ausente el rey, y los tesoros del reino acabados; por esto intentaron otros medios y ayudas: tratóse de casar al príncipe de Viana con hija del conde de Haro; procuraron otrosí que los grandes de Castilla tuviesen entre sí habla, y sobre todo y lo mas principal convidaron al príncipe de Castilla don Enrique para ligarse con los que fuera del reino y dentro andaban descontentos. Atreviéronse á intentar esta prática por no haberse aun el príncipe reconciliado con su padre, antes en su deservicio estaba apoderado de Toledo.

La muchedumbre del pueblo le entregó la ciudad: los movedores del alboroto pasado querian darse al rey; por esto y por sus deméritos grandes fueron presos dentro de la iglesia Mayor donde se retrajeron. A los principales alborotadores, que eran los dos canónigos de Toledo, enviaron presos á Santorcaz, para que en aquella estrecha cárcel (que lo es mucho la que en aquel castillo hay) pagasen su pecado: no les quitaron las vidas como merecian, por respeto que eran eclesiásticos. Marcos Garcia, y Hernando de Avila uno de los pricipales delincuentes, fueron arrastrados por las calles, y de muchas maneras maltratados hasta dalles la muerte: agradable espectáculo para los ciudadanos, cuyas casas y bienes ellos robaron, castigo muy debido á sus maldades.

La soltura de los moros á la sazon era grande: con ordinarias cabalgadas que hacian, trabajaban, quemaban y robaban los campos del Andalucía á su reino comarcanos; hicieron grandes presas, llegaron hasta los mismos arrabales de Jaen y de Sevilla, que fue grande befa, afrenta de los nuestros y mengua del reino. Su orgullo era tal que el rey moro prometió al de Navarra, el cual hacia gente en Aragon, que si por otra parte acometia á las tierras de Castilla, no dudaria de asentar sus reales y ponerse sobre Córdova, sin cesar de combatilla hasta della apoderarse. Dió el Navarro las gracias á los embajadores por aquella voluntad, pero dilatóse por entonces la ejecucion, sea por no ser buena sazon, sea por no hacer mas odioso aquella su parcialidad, si pasaba tan adelante.

En Coruña cerca de Soria se juntaron muchos grandes de Castilla á veinte y seis de julio: halláronse presentes los marqueses de Villena y de Santillana, el conde de Haro, el almirante de Castilla y don Rodrigo Manrique que se intitulaba maestre de Santiago; no falta otrosí quien diga que se halló en esta junta el príncipe de Castilla don Enrique. Quejáronse del mal gobierno de don Alvaro: que por su causa la nobleza de Castilla andaba unos desterrados, otros en prisiones despojados de sus estados: que en ningun tiempo tuvo con el rey tanta cabida y privanza como al presente tenia: si no se ligaban entre sí, ninguna esperanza les quedaba ni á los afligidos, ni á los demás, para que no viniesen á perecer todos por el atrevimiento de don Alvaro, que de cada dia se aumentaba. Acordaron que hasta mediade el mes de agosto cada cual por su parte con las mas gentes que pudiese juntar, acudiese á los reales del príncipe don Enrique; pero aunque al tiempo señalado estuvieron puestos cerca de Peñafiel villa de Castilla la Vieja, los grandes se iban poco á poco sin hacer mucha diligencia para acudir á lo que tenian concertado.

Detenia á cada uno su particular temor, acordábanse de tantas veces que semejantes deseños les salieron vanos: demás que no se fiaban bastantemente del príncipe don Enrique, por ser poco constante en un parecer; y aun el rey de Navarra que acaudillaba á los demás descontentos, sabian estar por el mismo tiempo embarazado en sus cosas propias y en las de Francia. Poseia este príncipe en la Guiena un castillo llamado Maulison, que le entregó el rey de Ingalaterra, y tenia puesto en su lugar para guardalle su mismo condestable. Este castillo acometió á tomar el conde de Fox con un grueso ejercito, en que se contaban doce mil hombres de á pié y tres mil de á caballo. Fortificó sus estancias en lugares á propósito con sus fosos y trincheas: comenzó luego despues desto á batir las murallas.

El de Navarra con las gentes que arrebatadamente pudo juntar, acudió al peligro. Puso sus reales en un llano poco distante de los del contrario. Hobo habla entre el yerno y el suegro, pero por mucho que supo decir el de Navarra, no persuadió al de Fox que levantase el cerco: escusábase que tenia dada palabra y prometido al rey de Francia de servílle en aquella empresa: que no podia alzar el cerco antes de salir con su intento y tomar el castillo. Por esta manera como quier que el de Navarra se volviese á España, los cercados fueron forzados á rendirse á partido que dejase ir á los soldados de guarnicion libres á sus casas. La tardanza del rey de Navarra y poco brio de los grandes dió en Castilla lugar á tratar de reconciliar al príncipe don Enrique con su padre. Con la esperanza que se concluiria la paz, derramaron las gentes que por una y otra parte tenian levantadas: tras esto concertaron las diferencias entre los dos príncipes padre y hijo.

Hecho esto, el rey se quedó en Castilla la Vieja, el príncipe don Enrique volvió á Toledo, do fue recebido con grande aplauso del pueblo con danzas y regocijos á la manera de España: allí finalmente Pero Sarmiento porque trataba de dar aquella ciudad al rey, y por no poner fin y término á los robos y agravios que hacia, fue privado de la alcaidia del alcázar, y del gobierno de la ciudad por principio del año 1450. Quejábase él mucho de su desgracia, imploraba la fe y palabra que el príncipe le diera: no le valió para que no se ejecutase la sentencia y saliese de la ciudad. Llevaba consigo en doscientas acémilas cargados los despojos que robara, tapices, alhombras, paños ricos, bajilla de oro y de plata; hurto vergonzosísimo, demasías y cohechos exorbitantes: bramaba el pueblo y decia era justo le quitasen por fuerza lo que á tuerto robó. No pasaron de las palabras y quejas á las manos: nadie se atrevió á dalle pesadumbre por llevar seguridad del príncipe; verdad es que parte de la presa le robaron en el camino: lo mas dello en Gumiel, do su mujer y hijos estaban, poco despues por mandado del rey fue confiscado.

El mismo Sarmiento se retiró á Navarra, y adelante alcanzado que hobo perdon de sus desórdenes, en la Bastida pueblo de la Rioja cerca de la villa de Haro, el cual solo de muchos que tenia, le dejaron, pasó la vida sujeto á graves enfermedades y miedos, torpe por las fealdades que cometió, despojado de sus bienes y tierras por mandado del padre santo, con quien este negocio se comunicó. Los compañeros que tuvo en los robos, fueron mas gravemente castigados: en diversas ciudades los prendieron y con estraordinarios tormentos justiciaron: castigo cruel; pero con la muerte de pocos pretendieron apaciguar el pueblo alterado, aplacar la ira de Dios, y reprimir tan graves maldades y escesos; juntamente se dió aviso á los demás puestos en gobierno, que en semejantes cargos no usen de violencia: ni empleen su poder en cometer desafueros y desaguisados.

CAPITULO X.

De las cosas de Aragon.

Apenas se habia sosegado la ciudad de Toledo, cuando en Segovia, donde el príncipe don Enrique era ido, se levantó un nuevo alboroto por esta ocasion: á don Juan Pacheco marqués de Villena achacó un delito y esceso por el cual merecia ser preso, Pedro Portocarrero que comenzaba á tener cabida con el príncipe: ayudábanle y deponian lo mismo el obispo de Cuenca y Juan de Silva alferez del rey y el mariscal Pelayo de Rivera. Avisaron al príncipe que usase de toda diligencia, y que mirase por sí: el castigo dado á don Juan Pacheco seria á los demás aviso para que no recompensasen con deslealtad mercedes tan grandes como tenia recibidas. Aprobado este consejo, se acordó fuese preso: era tan grande su poder que no era cosa fácil ejecutallo; y él mismo, avisado del enojo del príncipe, se apoderó de cierta parte de la ciudad y en ella se barreó para hacer resistencia á los que le acometiesen. Recelábanse que el negocio no pasase adelante, y no fuese necesario venir á las armas, con que se ensangrentasen todos: permitiéronle se fuese á Turuegano pueblo de su jurisdiccion. Desde allí procuró ganar á Pedro Portocarrero: para esto le dió una hija suya bastarda por nombre doña Beatriz por mujer, y en dote á Medellin, villa grande en Estremadura y cerca de Guadiana; con esta maña enflaqueció el poder de sus enemigos, y la ira del príncipe comenzó á amansar.

La guerra con los aragoneses se continuaba, bien que no con mucho calor y cuidado, ni con mucha gente por estar todos cansados de tan largas diferencias. El castillo de Bordalua en la frontera de Aragon tomaron á los aragoneses, que ellos de nuevo y en breve recobraron. El enojo que se tenia contra el rey de Navarra, era mayor por ser causa y movedor de todos estos males: ofrecíase coyuntura para tomar del enmienda con ocasion de algunas diferencias que resultaron en aquel reino. Fue así que muchos inducian al príncipe de Viana se apoderase del reino: decian que era de su madre; y su padre hacia agravio á él pues tenia ya bastante edad para gobernar, y á toda la nacion, pues siendo extranjero, sin ningun derecho ni razon queria ser y llamarse rey de Navarra: estas eran las zanjas que se abrian de grandes alteraciones que adelante se siguieron. Estaba el rey de Navarra en Zaragoza, donde se tuvieron córtes de Aragon, entrado bien el verano: tratóse de los pesquisidores, que solian ser como tenientes del justicia de Aragon, y fue acordado que el oficio destos se templase y limitase con ciertas leyes que ordenaron para que no abusasen en agravio de nadie del poder que para bien comun se les daba. Determinóse otrosí que los bienes sobre que hobiese pleito, se pusiesen en tercería en poder de un depositario general, á propósito que los jueces por tenellos en su poder no dilatasen las sentencias y alargasen los pleitos.

El rey don Alonso de Aragon, dado que ocupado y entretenido en Nápoles, todavía cuidaba de las cosas de España. Despachó embajadores á los príncipes con que los exortaba á la paz, resuelto (si hobiese guerra) de acudir con fuerzas y consejo á su hermano y á sus vasallos. Por lo demás parecia estar olvidado de su patria, en tanto grado que nunca le pudieron persuadir volviese á España, puesto que muchas veces lo procuraron. Las grandes comodidades de que así por mar como por tierra goza aquella provincia y ciudad de Nápoles, le detenian en Italia, donde queria mas ser el primero en poder y autoridad, que en España ser contado como era forzoso por segundo. El fruto de sus trabajos era una grande paz de que gozaba, y renombre del mas afamado entre los príncipes de su tiempo: los de cerca y los de lejos á porfía pretendian su amistad con embajadas que para este efecto le enviaban.

En especial los emperadores griegos se señalaban en esto por estar trabajados de los turcos, que ensorbebecidos con tantas victorias por todas partes los rodeaban y apretaban ordinariamente, y aun se recelaban que ya se acercaba el fin de aquel imperio nobilísimo. La poca esperanza que quedaba á los griegos de sustentarse, estribaba en la fortaleza y grandeza de sola la ciudad de Constantinopla, cabeza y asiento de aquel imperio; pero era esta ayuda muy flaca. Así se determinaron buscar socorros de fuera, y en particular Demetrio Paleologo, príncipe de la Atica y del Peloponeso, que hoy se llama la Morea, y hermano del emperador Constantino (que así se llamaba) con una embajada que envió al rey de Aragon, le ofreció si le ayudaba, que concluida la guerra de los turcos, le daria en premio provincias muy grandes: lo mismo hizo Aranito conde de Epiro, que vulgarmente se llama Albania.

Pero entre las demás embajadas no es razon dejar de referir la que le envió Georgio Castrioto, por las grandes virtudes y esfuerzo deste varon, y por sus hazañas y proezas contra los turcos muy señaladas; antes será bien decir de aquel príncipe en este lugar algunas cosas que podrán dar luz para lo que adelante se ha de contar. En su tierna edad le entregó á Amurates emperador de los turcos su padre Juan Castrioto, que tenia su estado en aquella parte de Epiro en que antiguamente estaba Emathia, y se le dió en rehenes: así desde mozo fue enseñado en la ley de Mahoma, y llamado Scanderberchio, que es lo mismo en lengua turquesta que Alejandro. Llegado á mayor edad dió tal muestra de sí, que parecia seria muy valiente capitan, porque en todas las contiendas y pruebas se aventajaba á sus iguales, y se la ganaba. Era alto de cuerpo, membrudo, de buen rostro, de grande ánimo, mas deseoso de gloria que de deleites: de manera tal que por su valor en breve muchas veces se acabaron empresas muy grandes.

En medio de esta prosperidad solo le afligia el amor que tenia á la Religion Cristiana, y el deseo de recobrar el estado de su padre, que á sin razon le quitáran: deseaba pasarse á los nuestros con ocasion de alguna hazaña señalada que hiciese en favor de los cristianos. Ofreciósele acaso buena coyuntura para ejecutar lo que pensaba. Juan Huniades en una batalla que se dió memorable á la ribera del rio Morava, desbarató un ejército de turcos. Georgio como quier que hobiese escapado de la rota y huido, acordó fingir ciertas letras en nombre del emperador en que mandaba al gobernador le entregase la ciudad de Croia cabeza del estado de su padre: obedeció el gobernador al engaño; con que Georgio se apoderó de aque-

la ciudad, y lo mismo hizo de las ciudades y pueblos comarcanos.

Avisado el gran turco de lo que pasaba, sintió mucho aquel caso: anduvieron cartas de la una á la otra parte. Perdida la esperanza que de voluntad se hobiese de reportar, acudieron los turcos á las armas. Diéronse muchas batallas, en que muchas veces grandes huestes de enemigos fueron por pocos cristianos desbaratadas: tanto importa el esfuerzo de un solo varon, y la determinacion á los que tienen la razon de su parte; sobre todo lo que los santos patrones de aquella tierra favorecian aquella empresa; que de otra nanera, como pudieran por fuerzas humanas y por consejo defenderse tanto tiempo, y desbaratar tantas veces huestes invencibles de enemigos? Seria cosa muy larga referir todos los particulares; basta que con la gloria de su nombre pareció igualarse á los antiguos capitanes: su esfuerzo respondia bien al nombre de Scanderberchio, pues no tuvo menos ánimo ni mucho menor felicidad que Alejandro. Las fuerzas eran pequeñas, y no bastantes para empresas tan grandes: por esto se determinó buscar socorros de fuera. Hizo liga con los venecianos: pidió ayuda á los papas, en particular enderezó una embajada al rey de Aragon, que llegó á Gaeta, do el rey estaba, al principio del año 1451, en que le ofrecia (si le ayudaba para aquella guerra con soldados y dineros) que aquella provincia le estaria sujeta, y le pagaria cada un año el tributo y parias que acostumbraban pechar al gran turco. Respondió el rey á esta demanda benignamente, y con obras ca envió gente de socorro; pero cuan poco era todo esto para contrastar con el gran poder de los enemigos, que bramaban por ver que en aquella parte durase tanto la guerra.

Fue este año muy dichoso para España, por nacer en él la infanta doña Isabel, á la cual el cielo por muerte de sus hermanos aparejaba el reino de Castilla. Princesa sin par, y que con la grandeza de su ánimo y perpétua felicidad sanó las llagas de que la flojedad de sus antecesores fuera causa: honra perpétua y gloria de España. Nació en Madrigal, donde sus padres estaban, á veinte y tres del mes de abril: asimismo don Enrique hermano del almirante, de quien se dijo fue preso tres años antes deste junto con otros grandes, huyó de la torre de Langa, en que le tenian preso, cerca de Santisteban de Gormaz. Para librarse se valió de la astucia que aquí se dirá. Avisó á los suyos secretamente lo que pretendia hacer, y que para ello le enviasen entre cierta ropa un ovillo de hilo de apuntar: hecho esto, una noche compuso su vestidura en la cama de manera que parecia hombre dormido, con su bonete de acostar, que puso tambien sobre la ropa. Despues desto salióse secretamente del aposento, y subióse á lo mas alto de una torre. El alcaide (como lo tenia de costumbre) visitó el aposento, y por entender que el preso dormia, cerró la puerta sin ruido y fuese á reposar. Don Enrique como vió que todos dormian y reposaban, con el hilo de aquel ovillo que tenia, subió una cuerda con ñudos á cierta distancia, que su gente le tenia apercebida, con que se guindó y descolgó poco á poco, y ayudándose de los piés y de las manos, hizo tanto que con estraordinaria fortaleza de ánimo escapó por este medio, muy alegre y regocijado no menos por el buen suceso de aquel riesgo á que se puso, que por la libertad que cobró. En Portugal se concertó doña Leonor hermana de aquel rey con el emperador Federico que por sus embajadores la pedia: hiciéronse los desposorios en Lisboa á nueve de agosto dia lunes: poco despues la doncella por mar con una larga y dificultosa navegacion llegó á Pisa, y desde allí á Sena, ciudades de Toscana la una y la otra bien conocidas en Italia.

CAPITULO XI.

De la guerra civil de Navarra.

Con nuevas alianzas que algunos grandes de Castilla hicieron, se desbarató la avenencia que entre algunos dellos se tramara poco antes. Por esta causa y por la alteracion del príncipe de Viana el rey de Navarra se hallaba sin fuerzas así de los suyos como de los estraños. Lo uno y lo otro se encaminó por industria y sagacidad de don Alvaro de Luna, á cuya cabeza amenazaban todas aquellas tempestades y borrascas. Valiuse para prevalecer en todos los peligros de sus mañas, como siempre lo acostumbraba; pero lo que otras veces le sucedió prósperamente, al presente le acarreó su perdicion, ca los engaños y invenciones no duran, y es justo juicio de Dios que se atajen con el castigo del que dellos se vale. Fue así que á su instancia se hizo cierta apariencia de confederacion entre los reyes de Castilla y de Navarra, con que se concertó otrosí que el almirante y el conde de Castro y otros señores fuesen perdonados, y les volviesen sus estados: demás desto acordaron que á don Alonso hijo del rey de Navarra se restituiria el maestrazgo de Calatrava; mas esto no tuvo efecto á causa que don Pedro Giron se apercibió de soldados y vituallas, y se hizo fuerte en la villa de Almagro para hacer resistencia á quien le pretendiese enojar: así á don Alonso de Aragon que acudió á su pretension, sin efectuar cosa alguna fue forzoso dar la vuelta á Aragon.

Llevó muy mal esto el de Navarra, que con engaño le hobiesen burlado, y que les pareciese de tan poco entendimiento que no calaria aquellas tramas. Allegóse otro nuevo desgusto, y fue que por consejo de don Alvaro el príncipe don Enrique se reconcilió del todo finalmente con su padre, y se apartó de la alianza que tenia puesta con su suegro el de Navarra. Lo que fue sobre todo pesado, que en Navarra se despertó una guerra larga, civil y muy cruel por esta causa: estaba aquella gente de tiempo antiguo dividida en dos bandos, los biamonteses y los agramonteses, nombres desgraciados y dañosos para Navarra traidos de Francia, en que se envolvieron familias y casas muy nobles, y aun de sangre real, como fueron los condes de Lerin y los marqueses de Cortes cabezas destas dos parcialidades. Los agramonteses seguian al rey de Navarra, los biamonteses atizaban al príncipe de Viana, que sabian estar descontento de su padre, para que tomase las armas: decian que le hacia agravio en tenelle ocupado el reino, y quebrantaba en ello las leyes divinas y humanas, y era razon que se acudiese á este agravio; que si las fuerzas humanas le faltasen, Dios favoreceria una causa y querella tan justa.

Lo primero hicieron confederacion con los reyes de Castilla y de Francia: el de Castilla prometió de acudir con tal que el príncipe de Viana públicamente se declarase y tomase las armas; lo mismo prometió el francés, que por haber quitado la Guiena á los ingleses podia desde cerca con mucha facilidad ayudar aquellos intentos, especial que por el mismo tiempo se apoderó de Bayona, y venció á los ingleses en una batalla muy señalada. Al tiempo que se daba, dicen que una cruz blanca apareció en el cielo quier fuese verdadera figura y apariencia que en las nubes se puede formar, quier se les antojase: de su vista sin duda se tomó pronóstico que las cosas adelante les sucederian mejor, y ocasion de trocar los franceses la banda roja de que solian usar en las guerras, en una cruz blanca, divisa que traen hasta el dia de hoy. Ganada esta jornada; ninguna cosa quedó por los ingleses en tierra firme, fuera de Calés y su territorio que no es muy grande.

Luego que la guerra civil se comenzó entre los

navarros, los biamonteses se apoderaron de diversas ciudades y pueblos, entre los demás de Pamplona cabeza del reino, y de Olite y de la villa de Ayvar; todavía la mayor parte quedó por el rey á causa que con recelo desta tempestad encomendara el gobierno y las guarniciones á los que tenia por mas leales, y con grande diligencia estaba apercebido para todo lo que podia resultar, tanto que el mismo principado de Viana le tenia en su poder. Acudió don Enrique príncipe de Castilla (como tenian concertado) puso cerco sobre Estella, pueblo muy fuerte: acudió asimismo el rey su padre. Hallóse dentro la reina de Navarra: el rey su marido movido del peligro que sus cosas corrian, desde Zaragoza se apresuró para dar socorro á los cercados; llegó á diez y nueve de agosto, pero con poca gente: por donde y porque ni aun tampoco los agramonteses tenian bastantes fuerzas para sosegar aquellas alteraciones, le fue necesario dar la vuelta á Zaragoza con intento de levantar mas número de gente de Aragon.

Con su vuelta el rey de Castilla y su hijo á instancia del príncipe don Carlos, como si la guerra quedara acabada, se volvieron á Burgos sin dejar hecho efecto de importancia. Hízole daño á don Carlos su buena, sencilla y mansa condicion. Su padre como artero con soldados y número de gente que juntó mas fuerte y esperimentada en la guerra que mucha en número, puso sus reales sobre la villa de Ayvar que se tenia por los contrarios, fortificada con buen número de soldados y baluartes: acudió el hijo á dar socorro á los cercados, asentó los reales á vista de los de su padre. A tres de octubre sacaron los unos y los otros sus gentes y ordenaron sus batallas en forma de pelear. Pretendian personas religiosas y eclesiásticas, á quien parecia cosa grave y abominable que parientes y aliados viniesen entre sí á las manos, en especial el hijo contra su padre, ponellos en paz y hacellos dejar las armas. El príncipe don Carlos daba de buena gana oido á lo que le proponian, á tal que su padre perdonase á todos sus secuaces y al mismo don Luis de Biamonte, que era conde de Lerin y condestable, y que á él le restituyese el principado de Viana, y le dejase la mitad de las rentas reales con que sustentase su vida y el estado de su casa; en conclusion que el rey de Castilla aprobase esta confederacion, ca tenia jurado el príncipe don Carlos que no se haria concierto sin su voluntad.

El rey de Navarra pasaba por algunas condiciones, otras no le contentaban: el príncipe feroz con la esperanza de la victoria, ca tenia mas gente que su padre, dió señal de pelear; lo mismo hicieron los contrarios. Encontráronse las haces con tanto denuedo de los biamonteses que hicieron retirar el primer escuadron del rey de Navarra; solo Rodrigo Rebolledo que era su camarero mayor, huidos los demás, detuvo y sufrió el ímpetu de los enemigos que ferozmente se iban mejorando, con cuyo esfuerzo animados los demás escuadrones se adelantaron á pelear. Los mismos que al principio volvieron las espaldas, procuraban con el esfuerzo y coraje recompensar la falta y mengua pasada: fue tan grande la carga que no los pudieron sufrir los contrarios, y se pusieron en huida los primeros los caballos del Andalucía que tenian de su parte. Eran los del príncipe gente allegadiza, mas número que fuerzas; los soldados de su padre viejos y esperimentados. Los muertos no fueron muchos, los cautivos en gran número: el mismo príncipe de Viana, rodeado por todas partes de los enemigos, y puesto en peligro que le matasen, entregó la espada y la manopla á don Alonso su hermano en señal de rendirse.

Fue esta batalla de las mas señaladas y famosas de aquel tiempo: los principios tuvo malos, los medios peores, y el remate fue miserable. No escriben el número de los que pelearon; ni de los que fueron muertos; ni aun concuerdan los escritores en contar y señalar el órden con que se dió la batalla, ni tampoco en qué tiempo: vergonzoso descuido de nuestros coronistas. El príncipe don Carlos por mandado de su padre fue llevado primero á Tafalla, y despues á Monroy. Dícese que por todo el tiempo de su prision tuvo grande recelo que le querian dar yerbas, y que despues de la batalla no se atrevió á gustar la colacion que trujeron hasta tanto que su mismo hermano le hizo la salva. El de Navarra alegre con esta victoria dió la vuelta á Zaragoza, y con él la reina su mujer, que en breve se hizo preñada. Los biamonteses no dejaron por ende las armas, ni perdieron el ánimo, en especial que el príncipe don Enrique en odio de su suegro acudió luego á les ayudar. Demás desto los señores de Aragon favorecian al príncipe don Carlos, y comenzaban á mover tratos para ponelle en libertad. Era miserable el estado de las cosas en Navarra: por los campos andaban sueltos los soldados á manera de salteadores, dentro de los pueblos ardian en discordias y bandos, de que resultaban riñas, muertes y andar todos alborotados.

En el Andalucía las cosas mejoraban, en particular cerca de Arcos reprimieron los fieles cierto atrevimiento de los moros: fue así que seiscientos moros de á caballo y ochocientos de á pié hicieron entrada por aquella parte. Acudió menor número de los nuestros, que los desbarataron y pusieron en huida á nueve de febrero del año que se contaba de nuestra salvacion 1452: el capitan desta empresa, y que apellidó la gente y la acaudilló, don Juan Ponce conde de Arcos y señor de Marchena. Mayor estrago recibieron el mes luego siguiente en el reino de Murcia seiscientos moros de á caballo y mil y quinientos peones que entraron á robar: en un encuentro que tuvieron cerca de Lorca, los desbarataron y quitaron la presa que era muy grande, de cuarenta mil cabezas de ganado mayor y menor, trescientos de á caballo de los cristianos y dos mil infantes: los caudillos Alonso Faxardo adelantado de Murcia, y su yerno García Manrique y con ellos Diego de Ribera á la sazon corregidor de Murcia. Desta manera por algun tiempo quedaron reprimidos los brios y orgullo de los moros, y se trocó la suerte de la guerra: además que los moros cansados del gobierno del rey Mahomad el Cojo, comenmenzaban á tratar de hacer mudanza en el estado y en el reino, y revolverse entre sí.

No aconteció en España en este año alguna otra cosa memorable fuera de que al rey don Juan de Navarra nació un hijo á diez dias del mes de marzo en un pueblo llamado Sos, que está á la raya de Navarra y de Aragon. Iba la reina de Sangüesa adonde el rey su marido estaba, cuando de repente le dieron los dolores de parto. Parió un hijo que se llamó don Fernando, al cual el cielo encaminaba grandísimos reinos y renombre inmortal por las cosas señaladas y escelentes que obró adelante en guerra y en paz. En Sena ciudad de Toscana se vieron y juntaron el emperador Federico que venia de Alemania, y doña Leonor su esposa enviada por mar desde Portugal. Allí se ratificaron los desposorios: hizo la ceremonia Eneas Sylvio, persona á la sazon señalada por la cabida que con aquel príncipe alcanzó y su mucha erudicion. En Roma los veló y coronó de su mano el pontífice, en Nápoles consumaron el matrimonio: las fiestas fueron grandes, y los regocijos tales que los vivos no se acordaban de cosa semejante.

CAPITULO XII.

Como don Alvaro de Luna fue preso.

Sin razon se quejan los hombres de la inconstancia de las cosas humanas, que son flacas, perecederas, inciertas, y con pequeña ocasion se truecan y revuelven en contrario, y que se gobiernan mas por la te-

mentidad de la fortuna que por consejo y prudencia, como á la verdad los vicios y las costumbres no concertadas son los que muchas veces despeñan á los hombres en su perdicion. ¿Qué maravilla si á la mocedad perezosa se sigue pobre vejez? ¿si la lujuria y la gula derraman y desperdician las riquezas que juntaron los antepasados? ¿si se quita del poder á quien usa del mal? ¿si á la soberbia acompaña la envidia y la caida muy cierta? La verdad es que los nombres de las cosas de ordinario andan trocados: dar lo ajeno y derramar lo suyo, se llama liberalidad: la temeridad y atrevimiento se alaba, mayormente si tiene buen remate: la ambicion se cuenta por virtud y grandeza de ánimo; el mando desapoderado y violento se viste de nombre de justicia y de severidad. Pocas veces la fortuna discrepa de las costumbres: nosotros como imprudentes jueces de las cosas escudriñamos y buscamos causas sin propósito de la infelicidad que sucede á los hombres, las cuales si bien muchas veces están ocultas y no se entienden, pero no faltan.

Esto me pareció advertir antes de escribir el desastrado fin que tuvo el condestable y maestre don Alvaro de Luna. De bajos principios subió á la cumbre de la buena andanza: della le despeñó la ambicion. Tenia buenas partes naturales, condicion y costumbres no malas: si las faltas, si los vicios sobrepujasen, el suceso y el remate lo muestra. Era de ingénio vivo y de juicio agudo, sus palabras concertadas y graciosas, usaba de donaires con que picaba, aunque era naturalmente algo impedido en la habla: su astucia y disimulacion grande; el atrevimiento, soberbia y ambicion no menores: el cuerpo tenia pequeño, pero recio y á propósito para los trabajos de la guerra; las facciones del rostro menudas y graciosas con cierta magestad.

Todas estas cosas comenzaron desde sus primeros años, con la edad se fueron aumentando. Allegóse el menosprecio que tenia de los hombres: comun enfermedad de poderosos. Dejábase visitar con dificultad, mostrábase áspero, en especial de media edad adelante fue en la cólera muy desenfrenado; exasperado con el odio de sus enemigos, y desapoderado por los trabajos en que se vió, á manera de fiera que agarrochean en la leonera y despues la sueltan, no cesaba de hacer riza: ¿qué estragos no hizo con el deseo ardiente que tenia de vengarse? con estas costumbres no es maravilla que cayese, sino cosa vergonzosa que por tanto tiempo se conservase. Muchas veces le acusaron de secreto y achacaron delitos cometidos contra la magestad real. Decian que tenia mas riquezas que sufria su fortuna y calidad, sin cesar de acrecentallas; en particular que derribada la nobleza, estaba asimismo apoderado del rey y lo mandaba todo: finalmente que ninguna cosa le faltaba para reinar fuera del nombre, pues tenia ganadas las voluntades de los naturales, poseia castillos muy fuertes, y gran copia de oro y de plata, con que tenia consumidos y gastados los tesoros reales.

No ignoraba el rey ser verdad en parte lo que le achacaban, y aun muchas veces con la reina se quejaba de aquella afrenta, ca no se atrevia á comunicallo con otros: parecia como en lo demás estaba tambien privado de la libertad de quejarse. Ofrecióse una buena ocasion y cual se deseaba para derriballe: esta fue que don Pedro de Zúñiga conde de Plasencia se habia retirado en Bejar pueblo de su estado por no atreverse á estar en la córte en tiempos tan estragados; don Alvaro persuadido que se ausentaba por su causa, se resolvió de hacelle todo el mal y daño que pudiese. Está cerca de Bejar un castillo llamado Piedrahita, desde donde don García hijo del conde de Alba nunca cesaba de hacer correrías y robos en venganza de su padre que preso le tenian: don Alvaro fue de parecer que le sitiasen con intento de prender tambien al improviso con la gente que juntasen, al conde de Plasencia.

Esto pensaba él; Dios el mal que aparejaba para los otros, volvió sobre su cabeza, y un engaño se venció con otro: fue así que el conde de Haro y el marqués de Santillana á instancia del conde de Plasencia trataron entre sí y se hermanaron para dar la muerte al autor de tantos males. El rey de Burgos, era venido á Valladolid para próveer á la guerra que se hacia entre los navarros. Enviaron los grandes quinientos de á caballo á aquella villa con órden que les dieron de matar á don Alvaro de Luna, que estaba descuidado de esta trama. Para que el trato no se entendiese, echaron fama que iban en ayuda del conde de Benavente contra don Pedro de Osorio conde de Trastamara, con quien tenia diferencias. Súpose por cierto aviso lo que pretendian aquellos grandes: por esto la córte á persuasion de don Alvaro dió la vuelta á Burgos, que fue acelerar su perdicion por el camino que pensaba librarse del peligro, y de aquella zalagarda.

Era Iñigo de Zúñiga alcaide del castillo de aquella ciudad: con esta comodidad el rey que cansado estaba de don Alvaro, acordó llamar al conde de Plasencia su hermano del alcaide, con órden que viniese con gente bastante para atropellar á don Alvaro su enemigo declarado. Importaba que el negocio fuese secreto: por esto envió la reina á la condesa de Ribadeo señora principal y prudente, y sobrina que era del mismo conde de parte de madre, para que mas le animase y le hiciese apresurar. Hizo ella lo que le mandaron: avisó á su tio que don Alvaro quedaba metido en la red y en el lazo; que como á bestia fiera era justo que cada cual acudiese con sus dardos, y vengasen con su muerte las injurias comunes y daños de tantos buenos. El conde no pudo ir por estar enfermo de la gota: envió en su lugar á su hijo mayor don Alvaro, que paró en Curiel pueblo no lejos de Burgos para juntar gente de á caballo.

Avisó el rey á don Alvaro de Luna que se fuese á su estado, pues no ignoraba cuanto era el odio que le tenian: que él pretendia gobernar el reino por consejo de los grandes. Debia el rey estar arrepentido del acuerdo que tomara de hacer morir á don Alvaro, ó temia lo que de aquel negocio podia resultar. Escusábase don Alvaro, y no venia en salir de la córte sino fuese que en su lugar quedase el arzobispo de Toledo: lo peor fue que por sospechar de las palabras del rey (que entendia no les dijera sin causa) le tenian puestas algunas asechanzas, hizo una nueva maldad con que parecia quitalle Dios el entendimiento, y fue que mató en su posada á Alonso de Vivero, y desde la ventana de su aposento le hizo echar en el rio que corria por debajo de su posada, sin tener respeto á que era ministro del rey y su contador mayor, ni al tiempo, que era viernes de la semana santa á treinta de marzo año de 1453.

Este esceso hizo apresurar su perdicion, y que el rey enviase á toda priesa un mensaje para acuciar á don Alvaro de Zúñiga. Llegó a la ciudad arrebozado: seguíanle de trecho en trecho hasta ochenta de á caballo. Como fue de noche, llamaron algunos ciudadadanos al castillo, y los avisaron que con las armas se apoderasen de las calles de la ciudad. No pudo todo esto hacerse tan secretamente que no corriese la fama de cosa tan grande y se dijese que el dia siguiente querian prender á don Alvaro; ninguno empero le avisaba del peligro en que se hallaba, que parecé todos estaban atónitos y espantados. Solo un criado suyo llamado Diego de Gotor le avisó de lo que se decia, y le amonestaba que pues era de noche se saliese á un meson del arrebal. No recibió él este saludable consejo; que por estar alterado con diversos pensamientos no hallaba traza que le contentase. A la verdad ¿dónde se podria recoger? ¿dónde estar escon-

dido? ¿de quién se podia fiar? en la ciudad no tenia parte segura, muy lejos sus castillos en que se pudiera salvar por ser muy fuertes.

Despedido Gotor, se resolvió á esperar lo que sucediese: fiaba en sí mismo, y menospreciaba sus enemigos: lo uno y lo otro cuando alguno está en peligro, demasiado y muy perjudicial. Ya que todo estaba á punto, á cinco de abril, que era jueves, al amanecer cercaron con gente armada las casas de Pedro de Cartagena en que don Alvaro de Luna posaba. No pareció usar de fuerza, bien que algunos soldados fueron heridos por los criados de don Alvaro que les tiraban con ballestas desde las ventanas de la casa. Anduvieron recados de una parte á otra: por conclusion don Alvaro de Luna, visto que no se podia hacer al, y que le era forzoso, demás que el rey por una cédula firmada de su mano que le envió, le prometia no le seria hecho agravio, que era todo dalle buenas palabras, finalmente se rindió. En las mismas casas de su posada fue puesto en prision, las cuales vino el rey á comer despues de oida misa. El obispo de Avila don Alonso de Fonseca venia al lado del rey. Don Alvaro como le viese desde una ventana, puesta la mano en la barba dijo: «Por estas, cleriguillo, »que me la habeis de pagar.» Respondió el obispo: pongo señor á Dios por testigo, que no he tenido parte alguna en este consejo y acuerdo que se ha tomado, no mas que el rey de Granada: aun no tenia sus brios amansados con los males.

Acabada la comida, y quitadas las mesas, pidió licencia para hablar al rey: no se la dieron; envióle un billete en esta sustancia: «Cuarenta y cinco años »há que os comencé, señor, á servir; no me quejo »de las mercedes, que antes han sido mayores que mis »méritos, y mayores que yo esperaba, no lo negaré. »Una cosa ha faltado para mi felicidad que es retirar»me con tiempo. Pudiera bien recogerme á mi casa y »descanso, en que imitara el ejemplo de grandes va»rones que así lo hicieron. Escogí mas aina servir »como era obligado, y como entendí que las cosas lo »pedian: engañéme, que ha sido la causa de caer en »este desman. Siento mucho verme privado de la li»bertad; que por darla á vuestra alteza no una vez »he arriscado vida y estado. Bien se que por mis »grandes pecados tengo enojado á Dios, y tendré por »grande dicha que con estos mis trabajos se aplaque »su saña. No puedo llevar adelante la carga de las ri»quezas, que por ser tantas me han traido á este »término. Renunciáraslas de buena gana, si todas »no estuviesen en vuestras manos. Pésame de haber»me quitado el poder de mostrar á los hombres que »como para adquirir las riquezas, así tenia pecho »para menospreciallas y volvellas á quien me las dió. »Solo suplico que por tener cargada la conciencia á »causa de la mucha falta de los tesoros reales en diez »ó doce mil escudos que se hallarán en mi recámara »y en mis cofres, se dé órden como se restituyan en»teramente á quien yo los tomé; lo cual si no alcanzo »por mis servicios, tales cuales ellos han sido, es »justo que lo alcance por ser la peticion tan justa y »razonable.»

A estas cosas respondió el rey. «Cuanto á lo que »decia de sus servicios y de las mercedes recebidas, »que era verdad que eran mayores que ningun rey ó »emperador en tiempo alguno hobiese hecho á alguna »persona particular. Que si le ayudó á recobrar la li»bertad que por su respeto le quitaran, no merecia »por esta causa menos reprehension que alabanza. »A la pobreza y falta de dinero, pues él fue della la »principal causa, fuera mas justo que ayudara con »sus riquezas que con agraviar á nadie; pero que sin »embargo se tendria cuenta con que de sus bienes se »hiciese la satisfaccion que decia, en que se tendria »mas cuenta con la conciencia que con los enojos y »desacatos pasados.» Es cosa maravillosa digna de considerar que entre tantos como tenia obligados don Alvaro con grandes beneficios y favores, ningu»no le acudió en este trabajo: la verdad es que todos desamparan á los miserables, y perdida la gracia del rey, luego todo se les muda en contrario. Lleváronle preso á Portillo, y por su guarda Diego de Zúñiga hijo del mariscal Iñigo de Zúñiga.

Este año tan señalado para los españoles por la justicia que se ejecutó en un tan gran personaje, fue en comun á los cristianos muy desgraciado, y en que se derramaron muchas lágrimas por la pérdida de la ciudad de Constantinopla de que los turcos se apoderaron. Fue así que el gran turco Mahomad ensoberbecido por las muchas victorias que de los nuestros ganara, despues que se apoderó de las demás ciudades y pueblos de la Thracia (que hoy se llama Romanía) asentó sus reales junto á Constantinopla, nobilísima ciudad, que fue por espacio de cincuenta y cuatro dias batida por mar y tierra con toda manera de ingenios y de trabucos hasta tanto que un dia á veinte y nueve de mayo un ginovés por nombre Longo Justiniano dió entrada á los turcos en la ciudad. Algunos señalan el año pasado, y dicen fue el lunes de páscua de Espíritu Santo, si bien en el dia del mes concuerdan con los demás: sospecho se engañan. La suma es que en los miserables ciudadanos se ejecutó todo género de crueldad y fiereza bárbara, sin hacer diferencia de mujeres, niños y viejos.

Pone grima traer á la memoria las desventuras de aquella nacion, y nuestra afrenta; en qué manera las riquezas y poder de aquel imperio que antiguamente fue muy florido, en un momento de tiempo se asolaron. Bien que tenia asaz merecido este castigo por la fe que en el concilio Florentino dieron de ser católicos junto con su emperador Juan Paleólogo, y poco despues la quebrantaron. Muerto él los dias pasados, sucedió en el imperio su hermano Constantino. Este príncipe como viese entrada la ciudad, por no ser escarnecido, si le prendian, dejada la sobreveste imperial, se metió en la mayor carga y priesa de los enemigos y allí fue muerto: antepuso la muerte honrosa á la servidumbre torpe; muestra que dió de su esfuerzo en aquel trance. Sus hermanos Demetrio y Tomás escaparon con la vida, pero para ser mas afrentados con trabajos y desastres que les avinieron adelante. Alteró como era razon esta nueva los ánimos de todos los cristianos: derramaban lágrimas, aflígianse fuera de sazon y tarde despues de tan grande y tan irreparable daño. Desde aquel tiempo aquella ciudad ha sido silla y asiento del imperio de los turcos, conocida asaz y señalada por nuestros males.

Don Carlos príncipe de Viana fue llevado á Zaragoza y á instancia de los aragoneses le perdonó su padre, y le puso en libertad á veinte y dos de junio. La suma del concierto fue que el príncipe obedeciese á su padre, y que de las ciudades y castillos que por él se tenian, quitase la guarnicion de soldados. Para cumplir esto dió en rehenes á don Luis de Biamonte conde que era de Lerin y condestable de Navarra, y con él á sus hijos y otros hombres principales de aquel reino. La alegría que hobo por este concierto, duró poco, ca en breve se levantaron nuevos alborotos. La codicia del padre y poco sufrimiento del hijo fueron causa que el reino de Navarra por largo tiempo padeciese trabajos y daños, segun que adelante se apuntará en sus lugares.

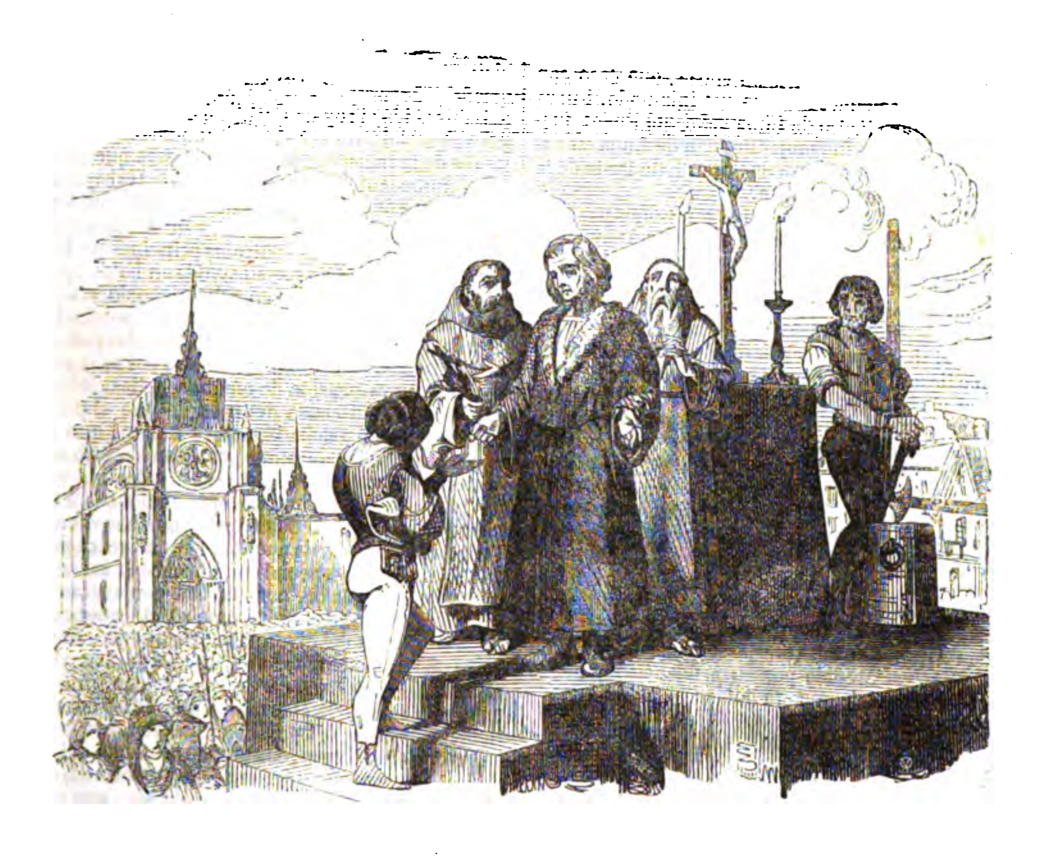
CAPITULO XIII.

Como se hizo justicia de don Alvaro de Luna.

En un mismo tiempo el rey de Castilla se apoderaba del estado y tesoros de don Alvaro de Luna, y él mismo desde la cárcel en que le tenian, trataba de descargarse de los delitos que le achacaban, por tela

de juicio, del cual no podia salir bien pues tenia por contrario al rey, y mas irritado contra él por tantas causas. Los jueces señalados para negocio tan grave, sustanciado el proceso y cerrado, pronunciaron contra él sentencia de muerte. Para ejecutalla, desde Portillo do le llevaron en prision, le trajeron á Valladolid. Hiciéronle confesar y comulgar: concluido esto, le sacaron en una mula al lugar en que fue ejecutado, con un pregon que decia: «Esta es la justi»cia que manda hacer nuestro señor el rey á este »cruel tirano por cuanto él con grande orgullo y so»berbia, y loca osadía, y injuria de la real magestad, »la cual tiene lugar de Dios en la tierra, se apoderó »de la casa y córte y palacio del rey nuestro señor, »usurpando el lugar que no era suyo, ni le perteneȣcia: é hizo é cometió en deservicio de nuestro señor »Dios é del dicho señor rey, é menguamiento y aba»jamiento de su persona y dignidad, y del estado y »corona real, y en gran daño y deservicio de su co»rona y patrimonio, y perturbacion y mengua de la »justicia muchos y diversos crímenes y escesos, de»litos, maleficios, tiranías, cohecho: en pena de lo »cual le mandan degollar, porque la justicia de Dios y del rey sea ejecutada, y á todos sea ejemplo que »no se atrevan á hacer ni cometer tales ni semejan»tes cosas. Quien tal hace, que así lo pague.»

En medio de la plaza de aquella villa tenian levantado un cadalso, y puesta en él una cruz con dos antorchas á los lados y debajo una alhombra. Como subió en el tablado, hizo reverencia á la cruz, y da»dos algunos pasos, entregó á un paje suyo que allí estaba, el anillo de sellar y el sombrero con estas palabras: Esto es lo postrero que te puedo dar.» Alzó el mozo el grito con grandes sollozos y llanto, ocasion que hizo saltar á muchos las lágrimas, causadas de los varios pensamientos que con aquel espectáculo se les representaban. Comparaban la felicidad pasada con la presente fortuna y desgracia, cosa que aun á sus enemigos hacia plañir y llorar. Hallóse presente Barrasa caballerizo del príncipe don Enrique: llamóle don Alvaro y díjole: «Id y decid al »príncipe de mi parte que en gratificar á sus criados »no siga este ejemplo del rey su padre.» Vió un garfio de hierro clavado en un madero bien alto: preguntó al verdugo para qué le habian puesto allí, y á qué propósito. Respondió él que para poner allí su cabeza luego que se la cortase. Añadió don Alvaro, »despues de yo muerto, del cuerpo haz tu á voluntad



»que al varon fuerte ni la muerte puede ser afrento»sa, ni antes de tiempo y sazon al que tantas honras »ha alcanzado.» Esto dijo, y juntamente desabrochado el vestido, sin muestra de temor abajó la cabeza para que se la cortasen á cinco del mes de julio. Varon verdaderamente grande, y por la misma variedad de la fortuna maravilloso. Por espacio de treinta años poco mas ó menos estuvo apoderado de tal manera de la casa real, que ninguna cosa grande ni pequeña se hacia sino por su voluntad, en tanto grado que ni el rey mudaba vestido ni manjar ni recibia criado si no era por órden de don Alvaro y por su mano. Pero con el ejemplo deste desastre quedarán avisados los cortesanos que quieran mas ser amados de sus príncipes que temidos, porque el miedo del señor es la perdicion del criado, y los hados, cierto Dios apenas permite que los criados soberbios mueran en paz.

Acompañó á don Alvaro por el camino y hasta el lugar en que le justiciaron, Alonso de Espina fraile de San Francisco, aquel que compuso un libro llamado *Fortalitium fidei*, magnífico título, bien que poco elegante: la obra erudita y escelente por el conocimiento que da y muestra de las cosas divinas y

de la escritura sagrada. Quedó el cuerpo cortada la cabeza por espacio de tres dias en el cadalso, con una bacía puesta allí junto para recoger limosna con que enterrasen un hombre que poco antes se podia igualar con los reyes : así se truecan las cosas. Enterráronle en San Andrés, enterramiento de los justiciados : de allí le trasladaron á San Francisco, monasterio de la misma villa, y los años adelante en la iglesia Mayor de Toledo en su capilla de Santiago sus amigos por permision de los reyes le hicieron enterrar. Dícese comunmente que don Alvaro consultó á cierto astrólogo que le dijo su muerte seria en cadalso : entendió él no que habia de ser justiciado, sino que su fin seria en un pueblo suyo que tenia de aquel nombre en el reino de Toledo, por lo cual en toda su vida no quiso entrar en él : nos destas cosas (como sin fundamento y vanas) no hacemos caso alguno.

Estaban á la sazon los reales del rey sobre Escalona, pueblo que despues de la muerte de don Alvaro le rindió su mujer á partido que los tesoros de su mando se partiesen entre ella y el rey por partes iguales. Todo lo demás fue confiscado; solo don Juan de Luna hijo de don Alvaro se quedó con la villa de Santistevan que su padre le diera, cuya hija casó con don Diego hijo de Juan Pacheco, y por medio de este casamiento se juntó el condado de Santistevan que ella heredó de su padre, con el marquesado de Villena. Tuvo don Alvaro otra hija legítima por nombre doña María, que casó con Iñigo Lopez de Mendoza duque del Infantado. Fuera de matrimonio á Pedro de Luna señor de Fuentidueña, y otra hija que fue mujer de Juan de Luna su pariente, gobernador que era de Soria. Esto baste de la caida y muerte de don Alvaro.

En Granada el moro Ismael (que los años pasados fue de nuevo enviado por el rey á su tierra) ayudado de sus parciales que tenia entre los moros, y con el favor que los cristianos le dieron, despojó del reino á su primo Mahomad el Cojo. No se señala el tiempo en que esto sucedió, del caso no se duda. Las desgracias que el año pasado sucedieron á los moros, habian hecho odioso al rey Mahomad para con aquella nacion, de suyo muy inclinada á mudanza de príncipes. Ismael apoderado del reino no guardó mucho tiempo con los cristianos la fe y lealtad que debiera : cuando era pobre, se mostraba afable y amigo, despues de la victoria olvidóse de los beneficios recebidos. En Portugal se acuñaron de nuevo escudos de buena ley que llamaron cruzados: la causa del nombre fue que por el mismo tiempo se concedió jubileo á todos los portugueses que con la divisa de la cruz fuesen á hacer la guerra contra los moros de Berberia. El que alcanzó esta cruzada del sumo pontífice Nicolao Quinto, fue don Alvaro Gonzalez obispo de Lamego, varon en aquel reino esclarecido por su prudencia, y por la doctrina y letras de que era dotado.

CAPITULO XIV.

Como falleció el rey don Juan de Castilla.

Con la muerte de don Alvaro de Luna poco se mejoraron las cosas, mas aina se quedaron en el mismo estado que antes, dado que el rey estaba resuelto (si la vida le durara mas años) de gobernar por sí mismo el reino, y ayudarse del consejo del obispo de Cuenca y del prior de Guadalupe fray Gonzalo de Illescas, varones en quella sazon de mucha entereza y santidad, con cuya ayuda pensaba recompensar con mayores bienes los daños, y soldar las quiebras pasadas; á la diligencia muy grande de que cuidaba usar, ayuntar la severidad en el mandar y castigar, virtud muchas veces mas saludable que la vana muestra de clemencia : con esta resolucion los llamó á los dos para que viniesen á Avila, adonde él se fué desde Escalona. Pensaba otrosí entretener á sueldo ordinario ocho mil de á caballo para conservar en paz la provincia y resistir á los de fuera : demás desto dar el cuidado á las ciudades de cobrar las rentas reales, para que no hobiese arrendadores ni alcabaleros, ralea de gente que saben todos los caminos de allegar dinero, y por el dinero hacen muy grandes engaños y agravios.

Por otra parte los portugueses comenzaban á descubrir con las navegaciones de cada un año las riberas esteriores de Africa en grandísima distancia, sin parar hasta el cabo de Buena Esperanza, que (adelgazándose las riberas de la una parte y de la otra en forma de pirámide) se estiende de la parte de la Equinocial por espacio de treinta y cinco grados. Con estas navegaciones destos principios llegó aquella nacion á ganar adelante grandes riquezas, y renombre no menor. El primero que acometió esto, fue el infante don Enrique tio del rey de Portugal por el conocimiento que tenia de las estrellas, y por arder en deseo de ensanchar la Religion Cristiana : celo por el cual merece inmortales alabanzas. El rey de Castilla pretendia que aquellas riberas de Africa eran de su conquista, y que no debia permitir que los portugueses pasasen adelante en aquella demanda : envió por su embajador sobre el caso a Juan de Guzman; amenazaba que si no mudaban propósito, les haria guerra muy brava. Respondió el rey de Portugal mansamente que entendia no hacerse cosa alguna contra razon, y que tenia confianza que el rey de Castilla antes que aquel pleito se determinase por juicio, no tomária las armas.

Habíase ido el rey de Castilla á Medina del Campo y á Valladolid para ver si con la mudanza del aire mejoraba de la indisposicion de cuartanas que padecia, que aunque lenta, pero por ser larga le trabajaba. Por el mismo tiempo Juan de Guzman volvió con aquella respuesta de Portugal, y la reina de Aragon con intento de hacer las paces entre los príncipes de España llegó á Valladolid. No fue su venida en balde, porque con el cuidado que puso en aquel negocio y su buena maña, demás que casi todas las provincias de España se hallaban cansadas y gastadas con guerras tan largas, se efectuó lo que deseaba, sin embargo de la nueva ocasion de ofension y desabrimiento que se ofrecia á causa del repudio que el príncipe don Enrique dió á doña Blanca su mujer, que envió á su padre con achaque que por algun hechizo no podia tener parte con ella. Este era el color : la verdad y la culpa era de su marido, que aficionado á tratos ilícitos y malos (vicio que su padre muchas veces procuró quitalle) no tenia apetito, ni aun fuerza para lo que le era lícito, especial con doncellas : así se tuvo por cosa averiguada, por muchas conjeturas y señales que para ello se representaban. El que pronunció la sentencia del divorcio la primera vez, fue Luis de Acuña administrador de la iglesia de Segovia por el cardenal don Juan de Cervantes : confirmó despues esta sentencia el arzobispo de Toledo por particular comision del pontífice Nicolao, que le envió su breve sobre el caso, con grande maravilla del mundo que sin embargo del repudio de doña Blanca el príncipe don Enrique se tornase á casar, que parece era contra razon y derecho.

A trece de noviembre nació al rey de Castilla en Tordesillas un hijo que se llamó don Alonso, el cual si bien murió de poca edad, fue á los naturales ocasion de una grave y larga guerra, como se verá adelante. A instancia pues de la reina de Aragon se trató de hacer las paces entre Castilla y Aragon : lo mismo procuraba se hiciese en Navarra entre los príncipes padre y hijo. Para resolver las condiciones que se debian capitular, concertaron treguas por todo el año siguiente. Estaba todo esto para concluirse cuando la dolencia del rey de Castilla se le agravó de tal suerte que recebidos todos los sacramentos finó en Valladolid á veinte de julio año de 1454. Mandóse enterrar

en el monasterio de la Cartuja de Burgos fundacion de su padre, y que él le dió á los frailes cartujos: allí se hizo adelante su entierro; por entonces le depositaron en San Pablo de Valladolid. Fue el enterramiento muy solemne, y en las ciudades y pueblos se le hicieron las honras y exéquias como era justo. Hasta en la misma ciudad de Nápoles el mes luego siguiente se hizo el oficio funeral y honras, en que entre los demás enlutados el embajador de Venecia pareció vestido de grana y carmesí: espectáculo, que por ser tan estraordinario fue ocasion que las lágrimas se mudaron en risa. Sucedió otra cosa notable, que con las muchas hachas y luminarias se quemó gran parte del túmulo que para la solemnidad tenian de madera en medio del templo levantado.

Mandó el rey en su testamento que al infante don Alonso su hijo que poco antes le nació, se diese en administracion el maestrazgo de Santiago: nombróle otrosí por condestable de Castilla: dignidades la una y la otra que vacaron por muerte de don Alvaro de Luna. Señaló por sus tutores al obispo de Cuenca y al prior de Guadalupe, y á Juan de Padilla su camarero mayor. Si no fuera por su poca edad, y por miedo de mayores alborotos, le nombrára por sucesor en el reino, por lo menos trató de hacello: tan grande era el desabrimiento que con el príncipe tenia cobrado. A la infanta doña Isabel mandó la villa de Cuellar y gran suma de dineros: á la reina su mujer á Soria, Arévalo, Madrigal, con cuyas rentas sustentase su estado y llevase las incomodidades de la viudez y soledad.

CAPITULO XV.

Como el príncipe don Enrique fue alzado por rey de Castilla.

Con la muerte del rey don Juan de Castilla el reino, como era justo, se dió á don Enrique su hijo. Hízose la ceremonia acostumbrada en una junta de grandes, parte de los cuales se hallaban á la sazon presentes en Valladolid, parte acudieron de nuevo, sabida la muerte del rey. Cuatro dias adelante tomó las insignias reales, y levantaron por él los estandartes de Castilla. Luego pusieron en libertad á los condes de Alba y de Treviño, con que se hizo la fiesta de la coronacion muy mas regocijada; los demás grandes que fueron con ellos presos por diversas ocasiones y accidentes, estaban ya libres: continuaron en sus oficios todos los ministros de la casa real de su padre. Comenzóse asimismo de nuevo á tratar de la paz por parte de la reina de Aragon, que para ello tenia poderes bastantes de su marido y cuñado los reyes de Aragon y de Navarra; concluyóse finalmente con estas condiciones: el rey de Navarra, don Alonso su hijo, don Enrique hijo del infante de Aragon don Enrique, dejen la pretension de los estados y dignidades que en Castilla pretenden; en recompensa el rey de Castilla cada un año les señale y pague enteramente ciertas pensiones, en que se concertaron: el almirante de Castilla y don Enrique su hermano, y Juan de Tovar señor de Berlanga, con los demás que siguieron el partido y voz de Navarra, puedan volver á su patria y á sus estados.

Era ya fallecido el conde de Castro don Diego Gomez de Sandoval en la mayor calor de la pretension que traia sobre la restitucion que pedia se le hiciese de los estados que por causa de las revueltas pasadas le quitaron á tuerto, como sus letrados alegaban: su cuerpo enterraron en Borgia. Antes que falleciese, en premio de la lealtad que guardó á los aragoneses, le dieron á Denia en el reino de Valencia, y á Lerma en Castilla la Vieja. Estos pueblos dejó á don Fernando su hijo, el cual con algunos otros de los forajidos quedó escluido del perdon para que no volviese á Castilla sin particular licencia del nuevo rey. Demás desto acordaron que los castillos que se tomaron de una parte y de otra durante la guerra en las fronteras de Castilla y Aragon, se restituyesen enteramente á sus dueños; por Atienza en particular dieron al rey de Navarra quince mil florines á cuenta de lo que en defender aquella plaza gastara. Concluida en esta forma la paz entre Castilla y Aragon, se intentó de sosegar los bullicios de Navarra: negocio mas dificultoso, y que en fin no tuvo efecto por ser entre padre y hijo, ca ordinariamente cuanto el deudo y obligacion es mayor, tanto la enemiga cuando se enciende, es mas grave.

Entretanto que los príncipes interesados en la confederacion de que se ha tratado, firmaban las condiciones y acuerdo tomado, se concertó alargasen las treguas por otro año. Asentado esto, la reina de Aragon se volvió á su reino. Don Juan Pacheco marqués de Villena sin competidor quedó en Castilla el mas poderoso de todos los grandes por sus riquezas y privanza que alcanzaba con el nuevo rey de Castilla; el cual y don Ferrer de Lanuza que vino en compañía de la reina de Aragon, y don Juan de Biamonte hermano del condestable de Navarra (estos tres señores con poderes de los tres príncipes sus amos el rey don Enrique y el rey de Navarra, y el príncipe don Carlos de Viana) se juntaron en Ágreda por principio del año 1455, lugar que está en Castilla y á la raya de Navarra y de Aragon, en lo cual fuera de la comodidad que era para todos, tambien se tuvo consideracion á dar ventaja y reconocer mayoría al rey de Castilla don Enrique. Llevaban comision de concertar al rey de Navarra con su hijo. Junta que fue de poco efecto.

El de Navarra y su parcialidad no aprobaban las condiciones que por la otra parte se pedian. Entendíase que don Juan Pacheco de secreto procuraba impedir la paz de Navarra entre el padre y el hijo, por miedo que si las cosas del todo se sosegaban, él no tendria tanto poder y autoridad. Solo se concertaron treguas que durasen hasta todo el mes de abril. Esto en lo que toca á Navarra. En Castilla las esperanzas que los naturales tenian que las cosas con la mudanza del gobierno mejorarian, salieron del todo vanas. El reino á guisa de una nave trabajada con las olas, vientos y tempestad, tenia necesidad de hombre y de piloto sabio, que era lo que hasta allí principalmente les faltara. El nuevo rey salió en el descuido semejable á su padre, y en cosas peor. No echaba de ver los males que se aparejaban, ni se apercebia bastantemente para las tempestades que le amenazaban, si bien era de vivo ingenio y ferviente, pero de corazon flaco, y todo él lleno de torpezas; en particular el cuidado del gobierno y de la república le era muy pesado. Don Juan Pacheco lo gobernaba todo con mas recato que don Alvaro de Luna y mas templanza, ó por ventura fue mas dichoso pues se pudo conservar por toda la vida.

Tenia el rey don Enrique la cabeza grande, ancha la frente, los ojos zarcos, las narices no por naturaleza sino por cierto accidente romas, el cabello castaño, el color rojo y algo moreno, todo el aspecto fiero y poco agradable, la estatura alta, las piernas largas, las facciones del rostro no muy feas, los miembros fuertes y á propósito para la guerra: era aficionado asaz á la caza y á la música, en el arreo de su persona templado: bebia agua, comia mucho, sus costumbres eran disolutas, y la vida estragada en todas maneras de torpeza y deshonestidad; por esta causa se le enflaqueció el cuerpo, y fue sujeto á enfermedades: muy inconstante y vario en lo que intentaba. Llamáronle vulgarmente el Liberal y el Impotente el un sobrenombre le vino por la falta que tenia natural, el otro nació de la estrema prodigalidad de que usaba, en tanto grado que en hacer mercedes de pueblos y derramar sin juicio, y por tanto sin que se lo agradeciesen, los tesoros que con codicia demasiada

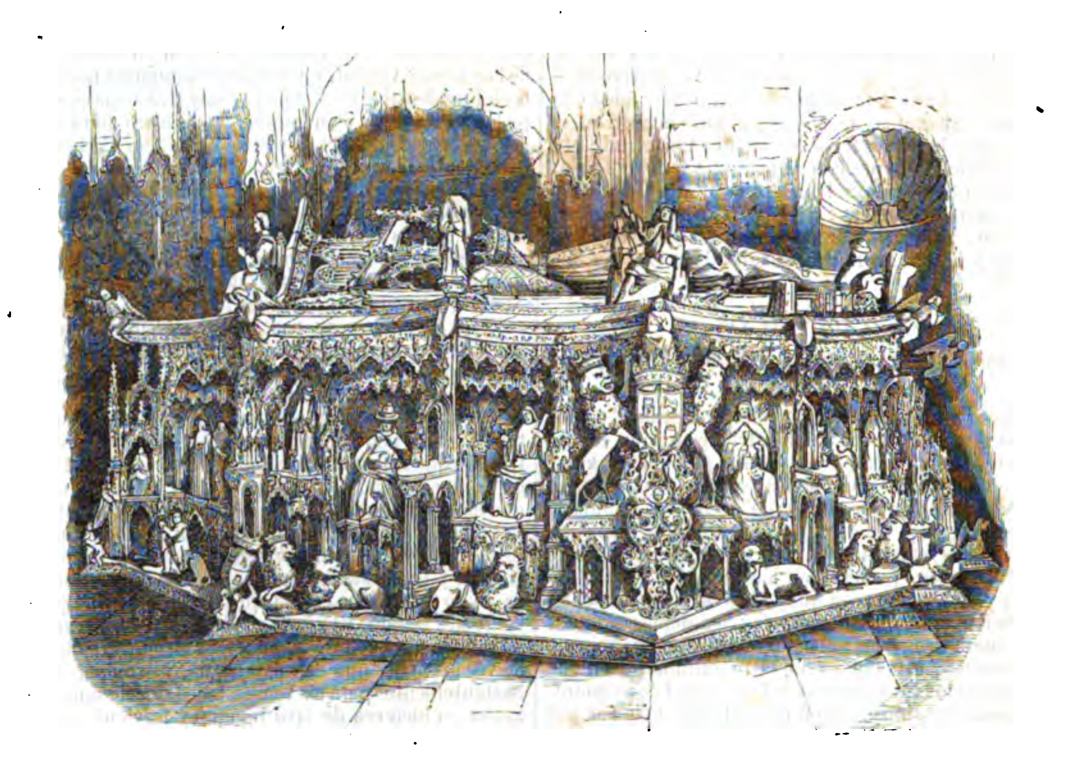
juntaba, parecia aventajarse á todos sus antepados. Disminuyó sin duda por esta via y menoscabó la magestad de su reino y las fuerzas.

Era codicioso de lo ajeno y pródigo de lo suyo, vicios que de ordinario se acompañan: olvidábase de las mercedes que hacia, y tenia memoria de los servicios y buenos obras de sus vasallos, que solia pagar con mas presteza que si fuera dinero prestado. Sus palabras eran mansas y corteses, á todos hablaba benigna y dulcemente, en la clemencia fue demasiado: virtud que si no se templa con la severidad, muchas veces no acarrea menores daños que la crueldad, ca el menosprecio de las leyes, y la esperanza de no ser castigados los delitos, hacen atrevidos á los malos. Esta variedad de costumbres que tuvo este rey, fue causa que en ningun tiempo las revueltas fuesen mayores que en el suyo: reinó por espacio de veinte años, cuatro meses, dos dias. Faltóle en conclusion la prudencia y la maña bien asi para gobernar á sus vasallos en paz, como para sosegar los alborotos que dentro de su reino se levantaron.

CAPITULO XVI.

De la paz que se hizo en Italia.

Emprendióse una brava guerra en Italia tres años antes deste con esta ocasion: Francisco Esforcia despues que se apoderó del estado de Milan, requirió á los venecianos le entregasen ciertos pueblos que él tenian en su poder por la parte que corre el rio Abdua; y porque no lo hacian, acordó valerse de las armas: convidó á los florentines para que le ayudasen; vinieron en ello, y hicieron entre si una liga secreta. Llevaron esto mal los venecianos, y lo primero mandaron que todos los florentines saliesen de aquella señoria, y no pudiesen tener en ella contratacion



Sepulcro del rey D. Juan II.

Tras esto por medio de Leonello marqués de Ferrara trataron de hacer alianza con el rey de Aragon: representáronle que si él movia guerra á los florentines en sus tierras, Esforcia quedaria para contra ellos sin fuerzas bastantes.

Hecha esta nueva liga, Guillermo marqués de Monferrat con cuatro mil caballos y dos mil infantes al sueldo de Aragon fue enviado para que hiciese entrada, y comenzase la guerra contra el duque por la parte de Alejandria de la Palla. A don Fernando hijo del rey de Aragon (1), duque de Calabria, que ya tenia tres hijos, cuyos nombres éran don Alonso, don Fadrique y doña Leonor, dió su padre cargo de acometer á los florentines, todo á propósito que se hiciese la guerra con mas autoridad y se pusiese mayor espanto á los contrarios. Dióle seis mil de á caballo y dos mil infantes, acompañado otrosí de dos muy señalados capitanes Neapoleon Ursino y el conde de Urbino. Entraron por la comarca de Cortona y Arezo: talaron los campos, saquearon y quemaron las aldeas, y ganaron por fuerza á Foyano pueblo principal. Demás desto vencieron en batalla á Astor de Faenza, que á instancia de los florentines el primero de todos les acudió, con que de nuevo algunos otros castillos se ganaron. Por otra parte Antonio Olcina en la comarca de Volterra, apoderado de otro pueblo llamado Vado, desde allí no cesaba de hacer correrias por los campos comarcanos de la jurisdiccion de florentines, y robar todo lo que hallaba: en el estado de Milan se hacia la guerra no con menor coraje.

Por el contrario Francisco Esforcia convidó á Renato duque de Anjou á pasar en Italia desde Francia: prometiale que acabada la guerra de Lombardia, juntaria con él sus fuerzas para que echados los Aragoneses, recobrase el reino de Nápoles. Halló Renato tomados los pasos de los Alpes por el de Saboya y el marqués de Monferrat, ca á instancia de venecianos ponian en esto cuidado. Por esta causa fue forzado á

(1) Hijo natural que heredó el reino de Nápoles.

pasar á Genova en dos naves : llevaba poco acompañamiento, y su casa y criados de poco lustre : comenzaron por esto á tenelle en poco : muchas veces cosas pequeñas son ocasion de muy grandes, y mas en materia de estado. Verdad es que el Delfin de Francia Ludovico, que fue despues rey de Francia el Onceno de aquel nombre, por tierra llegó con sus gentes y entró en favor del duque de Milan y de Renato hasta Asta : alegria y esperanza que en breve se escureció porque pasados tres meses, no se sabe con que ocasion de repente aquellas gentes dieron la vuelta y se tornaron para Francia. Murmuraban todos de Renato, y juzgábanle por persona poco á propósito para reinar.

Hallábanse en grande riesgo los negocios, porque desamparados los milaneses y florentines de de sus confederados no parecia tendrian fuerzas bastantes para contrastar á enemigos tan bravos como tenian. El desastre ajeno fue para ellos saludable. La triste nueva que vino de la pérdida de Constantinopla, comenzó á poner voluntad en aquellas gentes de acordarse y hacer paces mayormente que se rugia que aquel bárbaro emperador de los Turcos, ensoberbecido con victoria tan grande, trataba de pasar en Italia, y pareciales con el miedo que ya llegaba. Simon de Camerino fraile de San Agustin, persona mas de negocios que docta, andaba de unas partes á otras, y no perdonaba ningun trabajo por llevar al cabo este intento ; su diligencia fue tan grande que el año próximo pasado á nueve de abril se concertó la paz en la ciudad de Lodi entre los venecianos, milaneses y florentines con condiciones que á todos venian muy bien : poco adelante se asentó entre los mismos liga en Venecia á treinta de agosto.



Calixto III, Papa.

Llevó mal el rey de Aragon todo esto, que sin dalle á él parte se hobiese concluido la liga y confederacion; quejábase de la inconstancia y deslealtad (como él decia) de los venecianos : así mandó á su hijo don Fernando que dejada la guerra que á florentines hacia, se volviese al reino de Nápoles. Para aplacar á un rey tan poderoso, y que para todo podia su desgusto y su ayuda ser de grande importancia, le despacharon los venecianos, milaneses y florentines embajadores, personas principales, que disculpasen la presteza de que usaron en confederarse entre sí sin dalle parte por el peligro que pudiera acarrear la tardanza : que sin embargo le quedó lugar para entrar en la liga, ó por mejor decir ser en ella cabeza y principal : por conclusion le suplicaban perdonase la ofensa, cualquiera que fuese, y que en su real pecho prevaleciese como lo tenia de costumbre el comun bien de Italia contra el desabrimiento particular.

Para dar mas calor á negocio tan importante el pontífice juntó con los demás embajadores su legado, que fue cardenal de Fermo, por nombre Dominico Capranico, persona de grande autoridad por sus partes muy aventajadas de prudencia, bondad y letras. Fuése el rey á la ciudad de Gaeta para allí dar audiencia á los embajadores. Tenia el primer lugar entre los demás el cardenal, como era razon y su dignidad lo pedia : así el dia señalado tomó la mano, y á solas sin otros testigos habló al rey en esta sustancia : «Una »cosa fácil, antes muy digna de ser deseada, venimos, »señor á suplicaros : esto es que entreis en la paz y »liga que está concertada entre las potencias de Italia, »negocio de mucha honra, y para el tiempo que corre necesario, en que nos vemos rodeados de un gran »llanto por la pérdida pasada, y de otro mayor miedo »por las que nos amenazan. Nuestra flojedad ó por me»jor decir nuestra locura ha sido causa desta llaga y »afrenta miserable. Basten los yerros pasados : sirvan »de escarmiento los males que padecemos. Los desór»denes de antes mas se pueden tachar que trocar: »esto es lo peor que ellos tienen. Pero si va á decir ver»dad, mientras que anteponemos nuestros particu»lares, al bien público, en tanto que nuestras diferen»cias nos hacen olvidar de lo que debiamos á la piedad »y á la religion, el un ojo del pueblo cristiano y una »de las dos lumbreras nos han apagado : grave dolor »y quebranto; mas forzosa cosa es reprimir las lágri»mas y la alteracion que siento en el ánimo, para »declarar lo que pretendo en este razonamiento. Cosa »averiguada es que la concordia pública ha de remediar »los males que las diferencias pasadas acarrearon:

»esta sola medicina queda para sanar nuestras cuitas, y remediar estos daños que á todos tocan en comun y á cada uno en particular. El cruel enemigo de »cristianos con nuestras pérdidas se ensoberbece y se »hace mas insolente: las provincias de Levante están »puestas á fuego y á sangre: la ciudad de Constantinopla, luz del mundo y alcázar del pueblo cristiano, súbitamente asolada. Póneseme delante los ojos y representáseme la imágen de aquel triste dia, el furor y »rabia de aquella gente cebada en la sangre de aquel »miserable pueblo, el cautiverio de las matronas, la huida de los mozos, los denuestos y afrentas de las vírgenes consagradas, los templos profanados. Tiembla el »corazon con la memoria de estrago tan miserable, mayormente que no paran en esto los daños: los mares »tienen cuajados de sus armadas; no podemos navegar »por el mar Egeo, ni continuar la contratacion de Levante. Todo esto si es muy pesado de llevar, debe despertar nuestros ánimos para acudir al remedio y á la »venganza. Mas á qué propósito tratamos de daños ajenos los que á la verdad corremos peligro de perder »la vida y libertad? el fúror de los enemigos no se »contenta con lo hecho, antes pretende pasar á Italia, »y apoderarse de Roma, cabeza y silla de la Religion »Cristiana: osadía intolerable. Sino me engaño, y no »se acude con tiempo, no solo este mal cundirá por »toda Italia, sino pasados los Alpes, amenaza las provincias del Poniente. Es tan grande su soberbia y »sus pensamientos tan hinchados que en comparacion de lo mucho que se prometen, tienen ya en »poco ser señores del imperio de los griegos. Lo que »pretenden, es oprimir de tal suerte la nacion de los »cristianos que ninguno quede aun para llorar y endechar el comun estrago. Hácenles compañia gentes de la Scythia, de la Suria, de Africa en gran número y muy ejercitadas en las armas. Por ventura »no será razon despertar, ayudar á la Iglesia en peligro semejante, socorrer á la patria y á los deudos, »y finalmente á todo el género humano? Si suplicáramos solo por la paz de Italia, era justo que benignamente nos concediérades esta gracia, pues ninguna »cosa se puede pensar ni mas honrosa, si pretendemos »ser alabados, y si provecho, mas saludable, que con »la paz pública sobrellevar esta nobilísima provincia »afligida con guerras tan largas; mas al presente no »se trata del sosiego de una provincia, sino del bien »y remedio de toda la cristiandad. Esto es lo que todo »el mundo espera, y por mi boca os suplica. Y por »cuanto es necesario que haya en la guerra cabeza, »todas las potencias de Italia os nombran por general »del mar, que es por donde amenaza mas brava guerra, honra y cargo antes de agora nunca concedido »á persona alguna. En vuestra persona concurre todo »lo necesario, la prudencia, el esfuerzo, la autoridad »el uso de las armas, la gloria adquirida por tantas »victorias habidas por vuestro valor en Italia, Francia y Africa. Solo resta con este noble remate y esta »empresa dar lustre á todo lo demás, la cual será tanto mas gloriosa cuanto por ser contra los enemigos »de Cristo será sin envidia y sin ofension de nadie. »Poned, señor, los ojos en Carlos llamado Magno por »sus grandes hazañas, en Jofre de Bullon, en Sigismundo, en Huniades, cuyos nombres y memoria »hasta el dia de hoy son muy agradables. Por qué otro »camino subieron con su fama al cielo, sino por las »guerras sagradas que hicieron? No por otra causa »tantas ciudades y príncipes, de comun consentimiento dejadas las armas, juntan sus fuerzas, sino »para acudir debajo de vuestras banderas á esta santísima guerra, para mirar por la salud comun y vengar las injurias de nuestra religion. Esto en su nombre os suplican estos nobilísimos embajadores y yo »en particular por cuya boca todos ellos hablan. Esto »os ruega el pontífice Nicolao (el cual lo podia mandar), viejo santísimo, con las lágrimas que todo el »rostro le bañan. Acuérdome del llanto en que le dejé. Sed cierto que su dolor es tan grande que me maravillo pueda vivir en medio de tan grandes trabajos y penas. Solo le entretiene la confianza que »fundada la paz de Italia, por vuestra mano se remediarán y vengarán estos daños: esperanza que si (lo »que Dios no queria) le faltase, sin duda moriria de »pesar: no os tengo por tan duro que no os dejeis vencer de voces, ruegos y sollozos semejantes.»

A estas razones el rey respondió que ni él fue causa de la guerra pasada, ni pondria impedimento para que no se hiciese la paz: que su costumbre era buscar en la guerra la paz, y no al contrario: «No quiero, »dice, faltar al comun consentimiento de Italia. El »agravio que se me hizo en tomar asiento sin darme »parte, cualquiera que él sea, de buena gana le perdono por respeto del bien comun. La autoridad del »padre santo, la voluntad de los pueblos y de los príncipes estimo en lo que es razon, y no rehuso de ir »á esta jornada sea por capitan, sea por soldado.»

Despues de la respuesta del rey se leyeron las condiciones de la confederacion hecha por los venecianos con Francisco Esforcia y con los florentines deste tenor y sustancia: Los venecianos, Francisco Esforcia y florentines y sus aliados guarden inviolablemente por espacio de veinte y cinco años, y mas si mas pareciere á todos los confederados, la amistad que se asienta, la alianza y liga con el rey don Alonso para el reposo comun de Italia, en especial para reprimir los intentos de los turcos que amenazan de hacer grave guerra á cristianos.

Las condiciones desta confederacion serán estas: el rey don Alonso defienda (como si suyo fuese y le perteneciese) el estado de venecianos, de Francisco Esforcia y de florentines y sus aliados contra cualquiera que les hiciere guerra, hora sea italiano, hora extranjero. En tiempo de paz para socorrerse entre sí, si alguna guerra acaso repentinamente se levantare, el rey, los venecianos y Francisco Esforcia cada cual tengan á su sueldo cada ocho mil de á caballo y cuatro mil infantes, los florentines cinco mil de á caballo y dos mil de á pié, todos á punto y armados. Si aconteciere que de alguna parte se levantare guerra, á ninguna de las partes sea licito hacer paz si no fuere con comun acuerdo de los demás, ni tampoco pueda el rey ó alguno de los confederados asentar liga ó hacer avenencia con alguna nacion de Italia, si no fuere con el dicho comun consentimiento. Cuando á alguna de las partes se hiciere guerra. cada cual de los ligados le acuda sin tardanza con la mitad de su caballería y infanteria, que no hará volver hasta tanto que la guerra quede acabada. Si aconteciere que por causa de alguna guerra se enviaren socorros á alguno de los nombrados, el que lo recibiere, sea obligado á señalalles lugares en que se alejen, y dalles vituallas y todo lo necesario al mismo precio que á sus naturales. Si alguno de los susodichos moviere guerra á cualquiera de los otros, no por eso se tenga por quebrantada la liga cuanto á los demás, antes se quede en su vigor y fuerza que darán socorro al que fuere acometido, no con menor diligencia que si el que mueve la guerra no estuviese comprendido en la dicha confederacion. Si se hiciere guerra á alguno de los nombrados, á ninguno de los otros sea licito dar por sus tierras paso á los contrarios ó probeellos de vituallas, antes con todo su poder resistan á los intentos del acometedor.

Estas condiciones, reformadas algunas pocas cosas, fueron aprobadas por el rey. Comprendian en este asiento todas las ciudades y potentados de Italia, escepto los ginoveses, Sigismundo Malatesta y Astor de Faenza, que los esceptuó el rey: los ginoveses porque no guardaron las condiciones de la paz que con ellos tenia asentada los años pasados, Sigismundo y Astor porque sin embargo de los dineros que reci-

bieron, y les contó el rey de Aragon para el sueldo de la gente de su cargo en tiempo de las guerras pasadas, se pasaron á sus contrarios.

CAPITULO XVII.

Del pontífice Calixto.

Toda Italia y las demás provincias entraron en una grande esperanza que las cosas mejorarian, luego que vieron asentadas las paces generales, cuando el pontífice Nicolao, sobre cuyos hombros cargaba principalmente el peso de cosas y práticas tan grandes, apesgado de los años y de los cuidados, falleció á veinte y cuatro de marzo; y con su muerte todas estas trazas comenzadas se estorbaron y de todo punto se desbarataron. Juntáronse luego los cardenales para nombrar sucesor, y porque los negocios no sufrian tardanza, dentro de catorce dias en lugar del difunto nombraron y salió por papa el cardenal don Alonso de Borgia, que tenia hecho antes voto por escrito, si así saliese nombrado por papa, de hacer la guerra á los turcos. Llamábase en la misma cédula Calixto, tanta era la confianza que tenia de subir á aquel grado, concebida desde su primera edad (como se decia vulgarmente) por una profecia y palabras que siendo él niño, le dijo en este propósito fray Vicente Ferrer, al cual quiso pagar aquel aviso con ponelle en el número de los santos: lo mismo hizo con San Emundo de nacion inglés.

Fue este pontífice natural de Játiva ciudad en el reino de Valencia; en su menor edad se dió á las letras, en que ejército su ingenio, que era escelente y levantado, y capaz de cosas mayores. Los años adelante corrió y subió por todos los grados y dignidades: al fin de su edad alcanzó el pontificado romano: sus principios fueron humildes, en él ninguna cosa se vió baja, ninguna poquedad: mostróse en especial contrario el rey de Aragon por celo de defender su dignidad, ó por el vicio natural de los hombres, que á los que mucho debemós, los aborrecemos y miramos como acreedores: así aunque le suplicaron espidiese nueva bula sobre la investidura del reino de Nápoles en favor del rey don Alonso y de su hijo, no se lo pudieron persuadir. Tuvo mas cuenta con acrecentar sus parientes que sufria aquella edad y la dignidad de la persona sacrosanta que representaba; que es lo que mas se tacha en sus costumbres. Nombró por cardenales en un mismo dia (que fue cosa muy nueva) dos sobrinos suyos hijos de sus hermanas, de doña Catalina á Juan Milá, y de doña Isabel á Rodrigo de Borgia. A Pedro de Borgia hermano que era de Rodrigo, nombró por su vicario general en todo el estado de la Iglesia. El pontífice Alejandro y el duque Valentin, personas muy aborrecibles en las edades adelante por la memoria de sus malos tratos, procedieron como frutos deste árbol y deste pontificado.

Entre Castilla y Aragon se confirmaron las paces, y conforme á lo capitulado el rey de Navarra desistió de pretender los pueblos que en Castilla le quitaron. En recompensa segun que lo tenian concertado, le señalaron cierta pension para cada un año. Los alborotos de Navarra aun no se apaciguaban, por estar la provincia dividida en parcialidades: gran parte de la gente se inclinaba á don Carlos príncipe de Viana por ser su derecho mejor, como juzgaban los mas. Favorecíale otrosí con todas sus fuerzas su hermana doña Blanca, con tanta ofension del rey de Navarra por esta causa que trató con el conde de Fox su yerno de traspasalle el reino de Navarra, y desheredar á don Carlos y á doña Blanca: parecíale era causa bastante haberse rebelado contra su padre; y fuera así, si él primero no los hobiera agraviado. Para mayor seguridad convidaron al rey de Francia que entrase en esta pretension, y les ayudase á llevar adelante esta resolucion tan estraña. El rey de Castilla don Enrique hacia las partes del príncipe don Carlos: corria peligro no se revolviese por esta causa Francia con España, puesto que el rey don Enrique por el mismo tiempo se hallaba embarazado en apercebirse para la guerra de Granada, y para efectuar su casamiento que de nuevo se trataba.

Tuviéronse córtes en Cuellar, en que todos los estados del reino, los mayores, medianos y menores, se animaron á tomar las armas, y cada uno por su parte procuraba mostrar su lealtad y diligencia para con el nuevo rey. Quedaron en Valladolid por gobernadores del reino en tanto que el rey estuviese ausente, el arzobispo de Toledo y el conde de Haro. Hecho esto, y juntado un grueso ejército en que se contaban cinco mil hombres de á caballo, sin dilacion hicieron entrada por tierra de moros: llegaron hasta la vega de Granada. Asimismo poco despues con otra nueva entrada pusieron á fuego y á sangre la comarca de Málaga con tanta presteza que apenas en tiempo de paz pudiera un hombre á caballo pasar por tan grande espacio.

Estaba desposada por procurador con el rey de Castilla doña Juana hermana de don Alonso rey de Portugal: celebráronse las bodas en la ciudad de Córdova á veinte y uno de mayo: fueron grandes, los regocijos del pueblo y de los grandes que de toda la provincia en gran número concurrieron para aquella guerra. Hiciéronse justas y torneos entre los soldados, y otros juegos y espectáculos: algunos tenian por mal agüero que aquellas bodas y casamiento se efectuasen en medio del ruido de las armas: sospechaban que dél resultarian grandes inconvenientes, y que la presente alegría se trocaria en tristeza y llanto. Veló los novios el arzobispo de Turon que era venido por embajador á Castilla de parte de Carlos rey de Francia, con quien tenian los nuestros amistad, con los ingleses discordias por ser como eran mortales enemigos de la corona de Francia.

A la fama que volaba de la guerra que se emprendia contra moros, acudian nuevas compañias de soldados, tanto que llegaron á ser por todos catorce mil de á caballo, y cincuenta mil de á pié: ejército bastante para cualquiera grande empresa. Con estas gentes hicieron por tres veces entradas en tierras de moros hasta llegar á poner fuego en la misma vega de Granada á vista de la ciudad. Mostrábanse por todas partes los enemigos, pero no pareció al rey venir con ellos á batalla, por tener acordado de quemar por espacio de tres años los sembrados y los campos de los moros, con que los pensaba reducir á estrema necesidad y falta de mantenimiento. Los soldados como los que tienen el robo por sueldo, la codicia por madre, llevaban esto muy mal: gente arrebatada en sus cosas y suelta de lengua. Echábanlo á cobardia y amenazaban que pues tan buenas ocasiones se dejaban pasar, cuando sus capitanes quisiesen y lo mandasen, ellos no querrian pelear. Los grandes otrosí se comunicaban entre sí de prender al rey, y hacer la guerra de otra suerte.

La cabeza desta conjuracion, y el principal movedor era don Pedro Giron maestre de Calatrava. Iñigo de Mendoza hijo tercero del marqués de Santillana dió aviso al rey, y le aconsejó que desde Alcaudete donde le querian prender, con otro achaque se volviese á la ciudad de Córdova, sin declaralle por entonces lo que pasaba. Llegado el rey á Córdova, fue avisado de lo que trataban: por esto y estar ya el tiempo adelante despidió la gente para que se fuesen á invernar á sus casas, con órden de volver á las banderas y á la guerra luego que los frios fuesen pasados, y el tiempo diese lugar. Los señores al tanto fueron enviados á sus casas, y los cargos que tenian en aquella guerra, se dieron á otros; que fue castigo de su deslealtad, y muestra que eran descubiertos sus tratos. El mismo rey se

partió para Avila: desde allí pasó á Segovia para recrearse y ejercitarse en la caza, si bien tenia determinacion de dar en breve la vuelta y tornar al Andalucía: en señal de lo cual tomó por divisa y hizo pintar por orlo de su escudo y de sus armas dos ramos de granado travados entre sí, por ser estas las armas de los reyes de Granada. Queria con esto todos entendiesen su voluntad, que era de no dejar la demanda antes de concluir aquella guerra contra moros y desarraigar de todo punto la morisma de España,

En Nápoles al principio del año siguiente que se contó de 1456, don Alonso de Aragon príncipe de Capua, y doña Leonor su hermana, nietos que eran del rey de Aragon casaron á trueco con otros dos hermanos hijos de Francisco Esforcia, don Alonso con Hipólita, y doña Leonor con Esforcia María, parentesco con que parecia grandemente se afirmaban aquellas dos casas. El pontífice Calixto se alteró por esta alianza que era muy contrario á sus intentos, mayormente que todo se enderezaba para asegurarse dél. El rey de Castilla volvió con nuevo brio á la guerra de los moros, pero sin los grandes: siguió la traza y acuerdo de antes, y así solo dió la tala á los campos, y se hicieron presas y robos sin pasar adelante, por la cual causa los soldados estaban desgustados, y porque no les dejaban pelear, á punto de amotinarse.

El rey para prevenir mandó juntar la gente, y les habló en esta manera: «Justo fuera, soldados, que »os dejáredes regir de vuestro capitan, y no que le »quisiérades gobernar; esperar la señal de la pelea, »y no forzar á que os la den. Las cosas de la guerra »mas consisten en obedecer que en examinar lo que »se manda; y el mas valiente en la pelea, ese antes »della se muestra mas modesto y templado. A vos per»tenecen las armas y el esfuerzo, á nos debeis dejar »el consejo y gobierno de vuestra valentia; que los »enemigos mas con mañas que con fuerzas se han de »vencer, género de victoria mas señalada y mas no»ble. Por todas partes estais rodeados de enemigos »poderosos y bravos. Cuán grande gloria será con»servar el ejército sin afrenta, sin muertes y sin san»gre, y juntamente poner fin y acabar guerra tan »grande? mucho mayor que pasar á cuchillo innume»rables huestes de enemigos. Ninguna cosa, soldados, »estimamos en mas que vuestra salud: en mas tengo »la vida de cualquiera de vos, que dar la muerte á »mil moros.» Con este razonamiento los soldados mas reprimidos que sosegados, fueron llevados á Córdova, y despedidos, cada cual por su parte se partieron para sus casas, otros repartieron por los invernaderos; el rey otrosí por fin deste año se fue para la villa de Madrid.

En este tiempo el rey de Portugal envió una gruesa armada la vuelta de Italia para que se juntase con la de la liga. Llegó en sazon que el fervor de las potencias de Italia se halló entibiado, y que nuevas alteraciones en Génova y en Sena ciudades de Italia se levantaron muy fuera de tiempo: así la armada de Portugal dió la vuelta á su casa sin hacer efecto alguno; cuya reina doña Isabel falleció en Ebora á los doce de diciembre: sospechóse y averiguóse que le ayudaron con yerbas. Hizo dar crédito á esta sospecha el grande amor que en vida la tuvieron sus vasallos, de que dió muestra el lloro universal de la gente por su muerte. El rey dado que quedaba en el vigor y verdor de su edad, por muchos años no se quiso casar.

Fue este año no menos desgraciado para la ciudad de Nápoles y todo aquel reino por los temblores de tierra con que muchos pueblos y castillos cayeron por tierra ó quedaron maltratados. El estrago mas señalado en Irsenia y en Brindez: en lo postrero de Italia algunos edificios desde sus cimientos se allanaron por tierra, otros quedaron desplomados; hundióse un pueblo llamado Boiano, y quedó allí hecho un lago para memoria perpetua de daño tan grande. Muchos hombres perecieron dícese que llegaron á sesenta mil almas: el papa Pio Segundo y San Antonino quitan de este cuanto la mitad ca dicen que fuera treinta mil personas; de cualquier manera, número y estrago descomunal.

CAPITULO XVIII.

Como el rey de Aragon falleció.

No podia España sosegar, ni se acababa de poner fin en alteraciones tan largas. Los navarros andaban alborotados con mayores pasiones que nunca: los vizcainos sus vecinos por la libertad de los tiempos tomaron entre sí las armas y se ensangrentaban de cada dia con las muertes que de una y otra parte se cometian, los nobles y hidalgos robaban el pueblo, confiados en las casas que por toda aquella provincia á manera de castillos poseen las cabezas de los linajes, gran número de las cuales abatió el rey don Enrique, que de presto desde Segovia acudió al peligro y á sosegar aquella tierra con gente bastante. Esto sucedió por el mes de febrero del año de 1457. Desta manera con el castigo de algunos pocos se apaciguaron aquellos albotos, y los demás quedaron avisados y escarmentados para no agraviar á nadie. En esta jornada y camino recibió el rey en su casa un mozo natural de Durango, que se llamó Perucho Munzar, en adelante muy privado suyo,

Deseaba el rey, por hallarse cerca de Navarra, ayudar al príncipe don Carlos su amigo y confederado: dejólo de hacer á causa que por el mismo tiempo el príncipe huyó y desamparó la tierra por no tener bastantes fuerzas para contrastar con las de Aragon y del conde de Fox, en especial que se decia tenia el rey de Francia parte en aquella liga, causa de mayor miedo. Esto le movió á pasar á Francia para reconciliarse con aquel rey tan poderoso; pero mudado de repente parecer por su natural facilidad, ó por fiarse poco de aquella nacion, ca estaba ya prevenida de sus contrarios que ganaran por la mano, se determinó pasar á Napoles para verse con su tio el rey de Aragon que por sus cartas le llamaba, y con determinacion que si movido de su justicia y razon no le ayudaba, de pasar su vida en destierro. De camino visitó al pontífice, al cual se quejó de la aspereza de su padre y de su ambicion: ofrecia que de buena gana pondria en manos de su santidad todas aquellas diferencias y pasaria por lo que determinase; no se hizo algun efecto.

Partió de Roma por la via Apia, y en Nápoles fue recebido bien, y tratado muy regaladamente. Solo le reprendió el rey su tio amorosamente por haber tomado las armas contra su padre; que si bien la razon y justicia estuviese claramente de su parte, debia obedecer y sujetarse al que le engendró, y disimular el dolor que tenia, conforme á las leyes divinas, que no discrepan de las humanas. A todo esto se escusó el príncipe en pocas palabras de lo hecho y en lo demás dijo se ponia en sus manos, presto de hacer lo que fuese su voluntad y merced. «Cortad, Señor, por »donde os diere contento: solamente os acordad que »todos los hombres cometemos yerros, hacemos y »tenemos faltas: este peca en una cosa y aquel en »otra. Por ventura los viejos no cometisteis en la mo»cedad cosas que podian reprender vuestros pa»dres? piense pues mi padre que yo soy mozo, y que »él mismo en algun tiempo lo fue.» Despues desto un hombre principal llamado Rodrigo Vidal, enviado de Nápoles sobre el caso á España, trataba muy de veras de concertar aquellas diferencias. Desbarató estos tratados un nuevo caso, y fue que los parciales del príncipe sin embargo que estaba ausente, le alzaron por rey en Pamplona, que fue causa luego que se supo, de dejar por entonces de tratar de la paz.

El rey de Castilla á instancia del de Navarra, que

para el efecto entregó en rehenes á su hijo don Fernando, se partió de la ciudad de Victoria por el mes de marzo: y tuvo habla con él en la villa de Alfaro. Halláronse presentes las reinas de Castilla y de Aragon. Los regocijos y fiestas en estas vistas fueron grandes. Asentáronse paces entre los dos reyes. Demás desto por diligencia de don Luis Dezpuch maestre de Montesa, que de nuevo venia por embajador del rey de Aragon, y á su persuasion se revocó la liga que tenian asentada entre el de Fox y el Navarro, y todas las diferencias de aquel reino de Navarra por consentimiento de las partes y por su voluntad se comprometieron en el rey de Aragon como juez árbitro. La esperanza que todos destos principios concibieron de una paz duradera despues de tantas alteraciones, y que con tanto cuidado se encaminaba, salió vana y fue de poco efecto, como se verá adelante.

En el Andalucía los reales de Castilla y la gente estaban cerca de le frontera de los moros. El rey don Enrique, despedidas las vistas, llegó allá por el mes de abril. Con su venida se hizo entrada por tierra de moros no con menor ímpetu que antes, ni con menor ejército. Llegaron hasta dar á la misma ciudad de Granada. Talaban los campos, y ponian fuego á los sembrados. Sin esto cierto número de los nuestros se adelantó sin órden de sus capitanes para pelear con los enemigos, que por todas partes se mostraban. Eran pocos, y cargó mucha gente de los contrarios: así fueron desbaratados con muerte de algunos, y entre ellos de Garci Lasso, que era un caballero de Santiago de grande valor y esfuerzo. Este revés y la pérdida de persona tan noble irritó al rey de suerte que no solo quemó las mieses (como lo tenia antes de costumbre) sino que puso fuego á las viñas y arboledas á que no solian antes tocar. Demás desto en un pueblo que tomaron por fuerza llamado Mena (1) pasaron todos los moradores á cuchillo sin perdonar á chicos ni á grandes, ni aun á las mismas mujeres; que fue grande crueldad, pero con que se vengaron del atrevimiento y daño pasado.

Con estos daños quedaron tan humillados los moros que pidieron y alcanzaron perdon. Concertaron treguas por algunos años, con que pagasen cada un año de tributo doce mil ducados, y pusiesen en libertad seiscientos cautivos cristianos, y si no los tuviesen, supliesen el número con dar otros tantos moros. Erales afrentosa esta condicion; pero el espanto que les entró, era tan grande que les hizo allanarse y pasar por todo. Añadióse en el concierto que sin embargo quedase abierta la guerra por las fronteras de Jaen, do quedó por general don García Manrique conde de Castañeda con dos mil hombres de á caballo. Para ayuda á esta guerra envió el papa Calixto al principio deste año una bula de la cruzada para vivos y muertos, cosa nueva en España. Predicóla fray Alonso de Espina, que avisó al rey en Palencia do estaba, que el dinero que se llegase, no se podia gastar sino en la guerra contra moros. Traia facultad para que en el artículo de la muerte pudiese el que fuese á la guerra, ó acudiese para ella con doscientos maravedis, ser absuelto por cualquier sacerdote de sus pecados, puesto que perdida la habla, no pudiese mas que dar señales de alguna contricion; item que los muertos fuesen libres de purgatorio: concedióse por espacio de cuatro años. Juntáronse con ella casi trescientos mil ducados: cuán poco de todo esto se gastó contra los moros!

Concluida la guerra, vino de Roma á Madrid un embajador que traia al rey de parte del papa un estoque y un sombrero, que se acostumbra de bendecir la noche de Navidad, y enviar en presente á los grandes príncipes cual se entendia por la fama era don Enrique: traia tambien cartas muy honoríficas para el rey. No hay alegria entera en este mundo: á la sazon vino nueva que el conde de Castañeda como fuese en busca de cierto escuadron de moros, cayó en una celada, y él quedó preso y gran número de los suyos destrozados. Pusieron en su lugar otro general de mas ánimo, mas prudencia y entereza. El conde fue rescatado por gran suma de dinero, y las treguas mudaron en paces, que fue el remate desta guerra de los moros y principio de cosas nuevas.

En Italia estaba la ciudad de Génova puesta en armas, dividida en parcialidades: el rey de Aragon favorecia á los Adornos; Juan duque de Lorena hijo de Renato duque de Anjou, que se llamaba duque de Calabria, era venido para acudir á los Fregosos bando contrario. El cuidado en que estos movimientos pusieron, fue tanto mayor porque el rey de Aragon adoleció á ocho de mayo del año de 1458 de una enfermedad que de repente le sobrevino en Nápoles. Della estuvo trabajado en Castelnovo hasta los trece de junio: agravábasele el mal, mandóse llevar á Castel del Ovo; las bascas de la muerte hacen que todo se pruebe: no prestó nada la mudanza del lugar, rindió el alma á veinte y siete de junio al quebrar del alba: príncipe en su tiempo muy esclarecido, y que ninguno de los antiguos le hizo ventaja; lumbre y honra perpetua de la nacion española.

Entre otras virtudes hizo estima de las letras, tuvo tanta aficion á las personas señaladas en erudicion, que aunque era de grande edad, se holgaba de aprender dellos y que le enseñasen. Tuvo familiaridad con Laurencio Valla, con Antonio Panhormita y con Georgio Trapezuncio, varones dignos de inmortal renombre por sus letras muy aventajadas. Sintió mucho la muerte de Bartolomé Faccio, cuya historia anda de las cosas deste rey, que falleció por el mes de noviembre próximo pasado. Como una vez oyese que un rey de España era de parecer que el príncipe no se debe dar á las letras, replicó que aquella palabra no era de rey, sino de buey. Cuéntanse muchas gracias, donaires y dichos agudos deste príncipe para muestra de su grande ingenio, elegante, presto y levantado, mas no me pareció referillos aquí. Poco antes de su muerte se vió un cometa entre Cancro y Leon con la cola que tenia la largura de dos signos ó de sesenta grados: cosa prodigiosa, y que segun se tiene comunmente, amenaza á las cabezas de grandes príncipes.

Otorgó su testamento un dia antes de su muerte. En él nombró á don Juan su hermano rey que era de Navarra, por sucesor en el reino de Aragon: el de Nápoles como ganado por la espada mandó á su hijo don Fernando, ocasion en lo de adelante de grandes alteraciones y guerras. De la reina su mujer no hizo mencion alguna. Hobo fama, y así lo atestiguan graves autores, que trató de repudialla y de casarse con una su combleza llamada Lucrecia Alania. Hállase una carta del pontífiee Calixto toda de su mano para la reina, en que dice que le debia mas que á su madre, pero que no conviene se sepa cosa tan grande. Que Lucrecia vino á Roma con acompañamiento real, pero que no alcanzó lo que principalmente deseaba y esperaba, porque no quiso ser juntamente con ellos castigado por tan grave maldad.

El mayor vicio que se puede tachar en el rey don Alonso fue este de la incontinencia y poca honestidad. Verdad es que dió muestras de penitencia en que á la muerte confesó sus pecados con grande humildad, y recibió los demás sacramentos á fuer de buen cristiano. Mandó otrosí que su cuerpo sin túmulo alguno, sino en lo llano y á la misma puerta de la iglesia, fuese enterrado en Poblete, entierro de sus antepasados, que fue señal de modestia y humildad. Falleció por el mismo tiempo don Alonso de Cartagena obispo de Burgos, cuyas andan

(1) La villa de Jimena del reino de Jaen segun las *Crónicas*.

algunas obras como de suso se dijo: una breve historia en latin de los reyes de España, que intituló *Anacephaleosis*, sin los demás libros suyos, que la Valeriana refiere por menudo, y aquí no se cuentan. Por su muerte en su lugar fue puesto don Luis de Acuña.

CAPITULO XIX.

Del pontífice Pio Segundo.

Con la muerte del rey don Alonso se acabó la paz y sosiego de Italia, las fuerzas otrosí del reino de Nápoles fueron trabajadas, que parecia estar fortificadas, contra todos los vaivenes de la fortuna. Una nueva y cruelísima guerra que se emprendió en aquella parte, lo puso todo en condicion de perderse, con cuyo suceso mas verdaderamente se ganó de nuevo, que se conservó lo ganado. Tenia el rey don Fernando de Nápoles ingenio levantado, cultivado con los estudios de derechos, y era no menos ejercitado en las armas: dos ayudas muy á propósito para gobernar su reino en guerra y en paz. No reconocia ventaja á ninguno en luchar, saltar, tirar, ni en hacer mal á un caballo: sabia sufrir los calores, el frio, la hambre, el trabajo; era muy cortés y modesto, á todos recogia muy bien, á ninguno desabría, y á todos hablaba con benignidad. Todas estas grandes virtudes no fueron parte para que no fuese aborrecido de los barones del reino, que conforme á la costumbre natural de los hombres deseaban mudanza en el estado.

Cuanto á lo primero don Carlos príncipe de Viana fue inducido por muchos á pretender aquel reino como á él debido por las leyes: decian que don Fernando era hijo bastardo, que no fue nombrado y jurado por votos libres del reino, antes por fuerza y miedo fueron los naturales forzados á dar consentimiento. Daba él de buena gana oido á estas invenciones, y mas le faltaban las fuerzas que la voluntad, para intentar de apoderarse de aquel reino: algunos se le ofrecian, pero no se fiaba, por ver que es cosa mas fácil prometer que cumplir, especial en semejantes materias. No pudieron estos tratos estar secretos. Recelóse del nuevo rey, y así determinó en ciertas naves de pasar á Sicilia para esperar allí qué término aquellos negocios tomarian. En el tiempo que anduvo desterrado por aquellas partes, tuvo en una mujer baja llamada Capa dos hijos que se dijeron el uno don Felipe, y el otro don Juan; demás destos en María Armendaria mujer que fue de Francisco de Barbastro, una hija que se llamó doña Ana, y casó con don Luis de la Cerda primer duque de Medinaceli. Sin embargo de los tratos dichos, doce mil ducados de pension que el rey don Alonso dejó en su testamento cada un año á este príncipe desterrado, su hijo el rey don Fernando mandó se le pagasen.

Con la ida del príncipe don Carlos á Sicilia no se sosegaron los señores de Nápoles, antes el príncipe de Taranto y el marqués de Cotron enviaron á solicitar á don Juan, el nuevo rey de Aragon, para que viniese á tomar aquel reino. El fue mas recatado; que contento con lo seguro, y con las riquezas de España, no hizo mucho caso de las que tan lejos le caian. Partió de Tudela, y sabida la muerte de su hermano, llegado á Zaragoza por el mes de julio, tomó posesion del reino de Aragon, no como vicario y teniente, que ya lo era, sino como propietario y señor. La tempestad que de parte del pontífice Calixto (de quien menos se temía) se levantó, fue mayor. Decia que no se debia dar aquel reino feudatario de la iglesia Romana á un bastardo, y pretendia que por el mismo caso recayó en su poder y de la silla apostólica. Sospechábase que eran colores, y que buscaba nuevos estados para don Pedro de Borgia que habia nombrado por duque de Espoleto ciudad en la Umbria: ambicion fuera de propósito, y poco decente á un viejo que estaba en lo postrero de su edad olvidado del lugar de que Dios le levantó: parecia con esto que Italia se abrasaria en guerra; temian todos se renovasen los males pasados.

Deseaba el rey don Fernando aplacar el ánimo apasionado del pontífice, y ganalle; con este intento le escribió una carta deste tenor y sustancia: «Estos »dias en lo mas recio del dolor, y de mi trabajo, avisé »á vuestra santidad la muerte de mi padre: fue bre »ve la carta como escrita entre las lágrimas. Al pre»sente, sosegado algun tanto el lloro, me pareció »avisar que mi padre un dia antes de su muerte me »encargó y mandó ninguna cosa en la tierra es»timase en mas que vuestra gracia y autoridad: con »la santa Iglesia no tuviese debates, aun cuando »yo fuese el agraviado, que pocas veces suceden »bien semejantes desacatos. A estos consejos muy »saludables, para sentirme mas obligado se allegan »los beneficios y regalos que tengo recebidos, ca »no me puedo olvidar que desde los primeros años »tuve á vuestra santidad por maestro y guia: que »nos embarcamos juntos en España, y en la misma »nave llegamos á las riberas de Italia, no sin provi»dencia de Dios que tenia determinado para el uno »el sumo pontificado, y para mí un nuevo reino, y »muestra muy clara de nuestra felicidad y de la con»cordia muy firme de nuestros ánimos. Así pues de»seo ser hasta la muerte de á quien desde niño me »entregué, y que me reciba por hijo, ó mas aina que »pues me tiene ya recebido por tal, me trate con »amor y regalo de padre; que yo confio en Dios en »mí no habrá falta de agradecimiento, ni de respeto »debido á obligaciones tan grandes. De Nápoles pri»mero de julio.»

No se movió el pontífice en alguna manera por esta carta y promesas, antes comenzó á solicitar los príncipes y ciudades de Italia para que tomasen las armas: grandes alteraciones y práticas, que todas se deshicieron con su muerte. Falleció á seis de agosto, muy á proposito y buena sazon para las cosas de Nápoles. Fue puesto en su lugar Eneas Silvio natural de Sena, del linaje de los Picolominis, que cumplió muy bien con el nombre de Pio Segundo que tomó, en restituir la paz de Italia, y en la diligencia que usó para renovar la guerra contra los turcos. Nombró por rey de Nápoles á don Fernando; solamente añadió esta cortapisa, que no fuese visto por tanto perjudicar á ninguna otra persona. Convocó concilio general de obispos y príncipes de todo el orbe cristiano para la ciudad de Mantua con intento de tratar de la empresa contra los turcos.

No se sosegaron por esto las voluntades de los neapolitanos ya una vez alterados. Los calabreses tomaron las armas, y Juan duque de Lorena con una armada de veinte y tres galeras, llamado de Génova do á la sazon se hallaba, aportó á la ribera de Nápoles. El principal atizador deste fuego era Antonio Centellas marqués de Girachi y Cotron, que pretendia con aquella nueva rebelion vengar en el hijo los agravios recebidos del rey don Alonso su padre, sin reparar por satisfacerse de anteponer el señorio de franceses al de España, si bien su descendencia y alcuña de su casa era de Aragon: tanto pudo en su ánimo, la indignacion y la rabia que le hacia despeñar. Fueron estas alteraciones grandes y de mucho tiempo, y seria cosa muy larga declarar por menudo todo lo que en ellas pasó. Dejadas pues estas cosas, volveremos á España con el órden y brevedad que llevamos.

En Castilla el rey don Enrique levantaba hombres bajos á lugares altos y dignidades: á Miguel Lucas de Iranzu natural de Belmonte villa de la Mancha, muy privado suyo, nombró por condestable, y le hizo demás desto merced de la villa de Agreda y de los castillos de Veranton y Bozmediano. A Gomez de Solís

su mayordomo, que se llamó Cáceres del nombre de su patria, los caballeros de Alcántara á contemplacion del rey le nombraron por maestre de aquella orden en lugar de don Gutierre de Sotomayor. A los hermanos destos dos dió el rey nuevos estados: á Juan de Valenzuela el priorado de San Juan. Pretendia con esto de oponer así estos hombres como otros de la misma estofa á los grandes que tenia ofendidos, y con subir unos abajar á los demás: artificio errado, y cuyo suceso no fue bueno. El mismo rey en Madrid (do era su ordinaria residencia) no atendia á otra cosa sino á darse á placeres sin cuidado alguno del gobierno, para el cual no era bastante. Su descuido demasiado le hizo despeñarse en todos los males, de que da clara muestra la costumbre que tenia de firmar las provisiones que le traian, sin saber ni mirar lo que contenian. Estaba siempre sujeto al gobierno de otro, que fue gravísima mengua y daño, y lo será siempre. Las rentas reales no bastaban para los grandes gastos de su casa y para lo que derramaba.

Avisóle desto en cierta ocacion Diego Arias su tesorero mayor. Dijole parecia debia reformar el número de los criados, pues muchos consumian sus rentas con salarios que llevaban, sin ser de provecho alguno, ni servir los oficios á que eran nombrados. Este consejo no agradó al rey: así luego que acabó de hablar, le respondió desta manera: «Yo tambien »si fuese Arias, tendria mas cuenta con el dinero que »con la benignidad. Vos hablais como quien sois, yo »haré lo que á rey conviene, sin tener algun miedo »de la pobreza, ni ponerme en necesidad de inventar »nuevas imposiciones. El oficio de los reyes es dar y »derramar, y medir su señorio no con su particular, »sino enderezar su poder al bien comun de muchos, »que es el verdadero fruto de las riquezas: á unos »damos porque son provechosos, á otros porque no »sean malos.» Palabras y razones dignas de un gran príncipe, si lo demás conformara, y no desdijera tanto de la razon. Verdad es que con aquella su condicion popular ganó las voluntades del pueblo de tal manera que en ningun tiempo estuvo mas obediente á su príncipe; por el contrario se desabrió la mayor parte de los nobles.

Quitaron á Juan de Luna el gobierno de la ciudad de Soria, y le echaron preso: todo esto por maña de don Juan Pacheco, que pretendia por este camino para su hijo don Diego una nieta de don Alvaro de Luna que dejó don Juan de Luna su hijo ya difunto y al presente estaba en poder de aquel gobernador de Soria por ser pariente y su mujer tia de la doncella. Pretendia con aquel casamiento, por ser aquella señora heredera del condado de Santistevan, juntar aquel estado como lo hizo con el suyo. Asimismo con la revuelta de los tiempos el adelantado de Murcia Alonso Fajardo se apoderó de Cartagena y de Lorca, y de otros castillos en aquella comarca. Envió el rey contra él á Gonzalo de Saavedra, que no solo le echó de aquellas plazas, sino aun le despojó de los pueblos paternos, y tuvo por grande dicha quedar con la vida.

Falleció á la misma sazon el marqués de Santillana. Dejó estos hijos: don Diego que le sucedió, don Pedro que era entonces obispo de Calahorra, don Iñigo, don Lorenzo y don Juan, y otros de quien decienden linajes y casas en Castilla muy nobles. Tambien la reina viuda de Aragon falleció en Valencia á cuatro de setiembre: su cuerpo enterraron en la Trinidad monasterio de monjas de aquella ciudad. El entierro ni fue muy ordinario, ni muy solemne: el premio de sus merecimientos en el cielo y la fama de sus virtudes en la tierra durarán para siempre. Poco adelante el rey de Portugal con una gruesa armada que apercibió, ganó en Africa de los moros á diez y ocho de octubre dia miercoles, fiesta de San Lucas, un pueblo llamado Alcázar cerca de Ceuta. Acompañáronle en esta jornada don Fernando su hermano duque de Viseo, y don Enrique su tio. Duarte de Meneses quedó para el gobierno y defensa de aquella plaza, el cual con grande ánimo sufrió por tres veces grande morisma que despues de partido el rey y con encuentros que con ellos tuvo, quebrantó su avilenteza y atrevimiento: caudillo en aquel tiempo señalado, y guerrero sin par.

De Sicilia envió don Carlos príncipe de Viana embajadores á su padre para ofrecer, si le recebia en su gracia, se pondria en sus manos, y le seria hijo obediente; que le suplicaba, perdonase los yerros de su mocedad como rey y como padre. No eran llanas estas ofertas; en el mismo tiempo solicitaba al rey de Francia y á Francisco duque de Bretaña hiciesen con él liga: liviandad de mozo, y muestra del intento que tenia de cobrar por las armas lo que su padre no le diese. Esto junto con recelarse de los sicilianos que le mostraban grande aficion, no le alzasen por su rey, hizo que su padre le otorgó el perdon que pedia, con que á su llamado llegó á las riberas de España por principio del año 1459. Desde allí pasó á Mallorca para entretenerse y esperar lo que su padre le ordenaba: no tenia ni mucha esperanza ni ninguna que le entregaria el reino de su madre. La muerte que le estaba muy cerca, como suele, desbarató todas sus trazas. Los trabajos continuados hacen despeñar á los que los padecen, y á veces los sacan de juicio.

Pedia por sus embajadores, que eran personas principales, que su padre le perdonase á él y á los suyos, y pusiese en libertad al condestable de Navarra don Luis de Biamonte con los demás que le dió los años pasados en rehenes: que le hiciese jurar por príncipe y heredero, y le diese libertad y licencia para residir en cualquier lugar y ciudad que quisiese fuera de la córte: que sus estados de Viana y de Gandía acudiesen á él con las rentas, y no se las tuviese embargadas; debajo desto ofrecia de quitar las guarniciones de las ciudades y castillos que por él se tenian en Navarra: llevaba muy mal que su hermana doña Leonor mujer del conde de Fox estuviese puesta y encargada del gobierno de aquel reino, y así pedia tambien se mudase esto. Gastóse mucho tiempo en consultar: al fin ni todo lo que pedia le otorgaron, ni aun lo que le prometieron, se lo cumplieron con llaneza. Decíase y creia el pueblo que todo procedia de la reina, que como madrastra aborrecia al príncipe y procuraba su muerte, por temer y recelarse no le iria bien á ella ni á sus hijos, si el príncipe don Carlos llegase á suceder en los reinos de su padre.

CAPITULO XX.

De ciertos pronósticos que se vieron en Castilla.

La semilla de grandes alteraciones que en Castilla todavía duraba, en breve brotó y llegó á rompimiento. El rey demás de su poco órden se daba á locos amores sin tiento, y sin tener cuidado del gobierno: primero estuvo aficionado á Catalina de Sandoval, la cual dejó porque consintió que otro caballero la sirviese; sin embargo poco despues la hizo abadesa en Toledo del monasterio de monjas de San Pedro de las Dueñas, que estuvo en el sitio que hoy es el hospital de Santa Cruz. El color era que tenian necesidad de ser reformadas: buen título, pero mala traza, pues no era para esto á propósito la amiga del rey; á su enamorado Alonso de Córdova hizo cortar la cabeza en Medina del Campo. En lugar de Catalina de Sandoval entró doña Guiomar, con quien ninguna fuera de la reina se igualaba en apostura, de que entre las dos resultaron competencias: á la dama favorecia don Alonso de Fonseca, que ya era arzobispo de Sevilla; á la reina el marqués de Villena. Con esto toda la gente de palacio se dividió en dos bandos, y la criada se ensoberbecia y engreia contra su ama. Llegaron á malas

palabras y riñas : dijéronse baldones y afrentas, sin que ninguna dellas pusiese nada desu casa ; llegó el negocio á que la reina un dia puso las manos con cierta ocasion en la dama, y la mesó malamente, cosa que el rey sintió mucho, y hizo demostracion dello.

Añadióse otra torpeza nueva, y fue que don Beltran de la Cueva mayordomo de la casa real y muy querido del rey, á quien el rey diera riquezas y estado, halló entrada á la familiaridad de la reina sin tener ningun respeto á la magestad ni á la fama. El pueblo que de ordinario se inclina á creer lo peor, y á nadie perdona, echaba á mala parte esta conversacion y trato : algunos tambien se persuadian que el rey lo sabia y consentia para encubrir la falta que tenia de ser impotente (1) : torpeza increible y afrenta. Puédese sospechar que gran parte desta fábula se forjó en gracia de los reyes don Fernando y doña Isabel cuando el tiempo adelante reinaron; y que le dió probabilidad la flojedad grande y descuido deste príncipe don Enrique, junto con el poco recato de la reina y su soltura. Los años adelante creció esta fama cuando por la venida de un embajador de Bretaña don Beltran en un torneo que se hizo en Madrid y el Pardo, fue mantenedor, y acabado el torneo, hizo un banquete mas espléndido y abundante que ningun particular le pudiera dar : de que recibió tanto contento el rey don Enrique, que en el mismo lugar en que hicieron el torneo, mandó para memoria edificar un monasterio de frailes gerónimos; del cual sitio, por ser mal sano, se pasó al en que de presente está cerca de Madrid.

A ejemplo de los príncipes el pueblo y gente menuda se ocupaba en deshonestidades sin poner tasa ni á los deleites, ni á las galas. Los nobles sin ningun temor del rey se hermanaban entre sí, quién por sus particulares intereses, quién con deseo de poner remedio á males y afrentas tan grandes. Hobo en un mismo tiempo muchas señales que pronosticaban, como se entendia, los males que por estas causas amenazaban. Estas fueron una grande llama que se vió en el cielo, que dividiéndose en dos partes, la una discurrió hácia Levante y se deshizo, la otra duró por un espacio. Item en el distrito de Burgos y de Valladolid cayeron piedras muy grandes, que hicieron grande estrago en los ganados. En Peñalver pueblo del Alcarria en el reino de Toledo se dice que un infante de tres años anunció los males y trabajos que se aparejaban, si no hacian penitencia y se enmendaban. Entre los leones del rey en Segovia hobo una grande carnicería, en que los leones menores mataron al mayor, y comieron alguna parte dél : cosa estraordinaria asaz. No faltó gente que pensase y aun dijese, por ser aquella bestia rey de los otros animales, que en aquello se pronosticaba que el rey seria trabajado de sus grandes.

El pueblo atemorizado con todas estas señales y pronósticos hacia procesiones y votos para aplacar la saña de Dios. Lo que importa mas, las costumbres no se mejoraron en nada, en especial era grande la disolucion de los eclesiásticos : á la verdad se halla que por este tiempo don Rodrigo de Luna arzobispo de Santiago de las mismas bodas y fiestas arrebató una moza que se velaba, para usar della mal : grande maldad, y causa de alborotarse los naturales debajo de la conducta de don Luis Osorio hijo del conde de Trastamara : en enmienda de caso tan atroz despojaron aquel hombre facineroso y malvado de su silla y de todos sus bienes. Su fin fue conforme á su vida y á sus pasos : lo que le quedó de la vida pasó en pobreza y torpezas, aborrecido de todos por sus vicios, y infame por aquel esceso tan feo. Desta forma en breve penó el breve gusto que tomó de aquella maldad, con gravísimos y perpétuos males, con que por justo juicio de Dios fue como lo tenia bien merecido rigurosamente castigado.

(1) Acusaban al rey de impotente, y decian que don Beltran tenia tratos ilícitos con la reina, y que la infanta doña Juana era hija suya, por cuyo motivo la llamaban la Beltraneja. Para desvanecer esta voz, con que querian escluirla de la sucesion al trono y asegurarla en el infante don Alfonso, mandó el rey que se hiciera informacion jurídica sobre su aptitud para el matrimonio, dando para este efecto comision á don Lupo de Rivas, obispo de Cartagena, y á don García de Toledo, obispo de Astorga, los cuales oyeron entre muchos testigos al doctor Juan Fernandez de Soria, médico de S. M., el cual dijo que no habia reconocido defecto alguno en el rey don Enrique desde su nacimiento hasta los doce años de su edad; y que despues de este tiempo en una ocasion de que tenian noticia el obispo Barrientos su preceptor, Pedro Fernandez de Córdova, su ayo, y Ruy Diaz de Mendoza, habia perdido la aptitud para el uso del matrimonio por maleficio, por cuya razon no lo habia podido consumar con la infanta doña Blanca de Navarra ; pero que despues habia recobrado la aptitud, y que no debia dudarse que la infanta doña Juana fuera hija suya. Vista esta informacion, declararon que la impotencia de que se acusaba al rey, era una impostura y un pretesto para turbar la tranquilidad del reino. El lector podrá dar á esta declaracion la importancia que le parezca.

LIBRO VIGESIMO TERCIO.

CAPITULO I.

Del concilio de Mántua.

Las cosas ya dichas pasaban en España en sazon que el pontífice Pio enderezaba su camino para la ciudad de Mántua, do á su llamado de cada dia acudian prelados y príncipes en gran número. De España enviaron por embajadores para asistir en el concilio el rey de Castilla á Iñigo Lopez de Mendoza señor de Tendilla, el rey de Aragon á don Juan Melguerite obispo de Elna en el condado de Ruysellon, y á su mayordomo Pedro Peralta. Solicitaba el pontífice los de cerca y los de lejos para juntar sus fuerzas contra el comun enemigo. David emperador de Trapisonda ciudad muy antigua, y que está asentada á la ribera del mar mayor que llaman Ponto Euxino, y Ussumcassam rey de Armenia, y Georgio que se intitulaba rey de Persia, prometian (por ser ellos los que estaban los mas cerda del peligro) de ayudar á esta empresa con grandes huestes de á caballo y de á pié, y por mar con una gruesa armada. El padre santo no se aseguraba mucho que tendrian efecto estas promesas. De las naciones y provincias del Occidente se podia esperar poca ayuda, por las diferencias domésticas y civiles que en Italia, Francia y España prevalecian, por cuyo respeto y en su comparacion no hacian mucho caso de la causa comun del nombre cristiano. Es así que el desacato de la religion y daño público causa poco sentimiento, si punza el deseo de vengar los particulares agravios.

Sin embargo de todas estas dificultades no desmayó el pontífice, antes determinado do proballo todo y hacer lo que en su mano fuese, en una junta muy grande de los que concurrieron al concilio de todo el mundo, hizo un razonamiento muy á propósito del tiempo, cosa á él fácil por ser persona muy elocuente, y que desde su primera edad profesó la retórica y arte del bien hablar. Declaró con lágrimas la caida de aquel nobilísimo imperio de Grecia, tantos reinos oprimidos, tantas provincias quitadas á los cristianos : donde Cristo hijo de Dios por tantos siglos fue santísimamente acatado, de donde gran número de varones santísimos y eruditísimos salieron allí prevalecia la impiedad y superstícion de Mahoma: «Si va á decir verdad, no por otra causa sino por ha»bellos nosotros desamparado, se ha recebido este

»daño y esta llaga tan grande; á lo menos ahora con»servad estas reliquias medio muertas de cristianos. »Si la afrenta pública no basta á moveros, el peligro »que cada uno corre, le debe despertar á tomar las »armas. Conviene que todos nos juntemos en uno »para que cada cual por sí, si nos descuidamos, no »seamos robados, escarnecidos y muertos. Tenemos »un enemigo espantable, y qué por tantas victorias »se ha hecho mas insolente: si vence, sabe ejecutar »la victoria, y sigue su fortuna con gran ferocidad: »si es vencido, renueva la guerra contra los vence»dores no con menos brio que antes: tanto mas nos »debemos despertar. No podrá ser bastante contra las »fuerzas de los nuestros, si se juntan en uno; ma»yormente que Dios, al cual tenemos airado por »nuestras ordinarias diferencias, á los que fueren »concordes, será favorable. Poned los ojos en los an»tiguos caudillos, y en las grandes victorias que en »la Suria los nuestros unidos y conformes ganaron »contra los bárbaros. Los que somos fuertes y dies»tros para las diferencias civiles y domésticas, por »ventura seremos cobardes y descuidados para no »acudir al peligro comun y vengar la afrenta de la Re»ligion Cristiana? ¿hay alguno que se ofresca por »caudillo para esta guerra sagrada? ¿hay quien lleve »delante en sus hombros el estandarte de la cruz de »Cristo hijo de Dios para que le sigan los demás? hay »quien quiera ser soldado de Cristo? Ofrezcámonos »por capitanes, que no faltarán varones fuertes y »diestros, y soldados muy nobles que se conformen »en su valor y esfuerzo, y parezcan á sus antepasa»dos. Determinado estoy, si todos faltaren, ofrecerme »por alferez y caudillo en esta santa guerra. Yo con »la cruz entraré y romperé por medio de las haces y »huestes de los enemigos, y con nuestra sangre, si »no se ganare la victoria, por lo menos aplacaré la »ira de Dios, y inflamaré con mi ejemplo vuestros »ánimos para hacer lo mismo; que resuelto estoy de »hacer este postrer esfuerzo y servicio á Cristo y á »la Iglesia, á quien debo todo lo que soy y lo que »puedo.»

Movíanse los que se hallaron presentes con el razonamiento del pontífice; mas los embajadores de los príncipes gastaban el tiempo en sus particulares contiendas y controversias, y así todo este esfuerzo salió vano; en especial Juan duque de Lorena, hijo de Renato duque de Anjou, se quejaba mucho que el papa hobiese confirmado el reino de Nápoles, y dado la investidura de aquel estado á don Fernando su enemigo: á causa destos debates no se pudo en la principal empresa pasar adelante; de palabra solamente se decretó la guerra sagrada. El papa asimismo publicó una bula en que al contrario de lo que sintió en conformidad de los padres de Basilea antes que fuese papa, proveyó que ninguno pudiese apelar de la sentencia del romano pontífice para el concilio general: con esto se disolvió el concilio el octavo mes despues que se abrió. Los embajadores de Aragon, despedido el concilio, fueron á Nápoles á dar el parabien del nuevo reino al rey don Fernando. Iñigo Lopez de Mendoza alcanzó del pontífice un jubileo para los que acudiesen con cierta limosna: del dinero edificó en su villa de Tendilla un principal monasterio de frailes Isidros con advocacion de Santa Ana. En este comedio á su hermano don Diego de Mendoza quitaron la ciudad de Guadalajara, de que sin bastante título se apoderara: el comendador Juan Fernandez Galindo caudillo de fama con seiscientos caballos que el rey le dió, la tomó de sobresalto. Agraviáronse desto los demás grandes: ocasion de nuevos desabrimientos, y de que se ligasen entre sí de nuevo en deservicio de su rey.

El almirante don Fadrique atizaba los desgustos: convidó á su yerno el rey de Aragon para se juntar con los grandes desgustados y alterados y mover guerra á Castilla. Entraban en este acuerdo el arzobispo de Toledo y don Pedro Giron maestre de Calatrava, y los Manriques, linaje poderoso en riquezas y aliados; y ahora de nuevo se les ayuntaron los Mendozas por estar irritados con este nuevo (que llamaban) agravio. El color y voz que tomaron, era honesto, es á saber, reformar el estado de las cosas, estragado sin duda en muchas maneras. Estos intentos y tratos no podian estar secretos: don Alonso de Fonseca arzobispo de Sevilla dió aviso de lo que pasaba al rey don Enrique; el premio que le dieron por este aviso, fue la iglesia de Santiago, que á la sazon vacó por muerte de don Rodrigo de Luna, y se dió á un pariente suyo llamado tambien don Alonso de Fonseca dean que era de Sevilla. Estaba apoderado de los derechos de aquella iglesia (como poco antes queda dicho) don Luis Osorio, confiado en el poder de don Pedro su padre conde de Trastamara: era menester para reprimille persona de autoridad; por esto los dos arzobispos permutaron sus iglesias, y con consentimiento del rey don Alonso de Fonseca el mas viejo pasó de Sevilla á ser arzobispo de Santiago. La iglesia de Pamplona por muerte de don Martin de Peralta se encomendó al cardenal Besarion, griego de nacion, persona de grande erudicion y de vida muy santa, para que sin embargo de estar ausente la gobernase, y gozase de la renta de aquella dignidad y obispado.

CAPITULO II.

Como Scanderberchio pasó en Italia.

Las alteraciones de Nápoles eran las que principalmente entretenian los intentos del pontífice Pio, que de noche y dia no pensaba sino en como daria principio á la guerra sagrada contra los turcos. El fuego se emprendia de nuevo entre Juan hijo de Renato, y el nuevo rey don Fernando: las voluntades de Italia estaban divididas entre los dos, y la mayor parte de la nobleza neapolitana cansada del señorío de Aragon se inclinaba á los angevinos: ¿con qué esperanza? ¿con qué fuerzas? el ciego ímpetu de sus corazones hizo que antepusiesen lo dudoso á lo cierto. El primero que tomó las armas, fue Antonio Centellas marqués de Croton: con la mudanza de los tiempos alcanzara la libertad, y ardia en deseo de vengarse; mas el rey ganó por la mano, desbarató sus intentos, y púsole de nuevo en prision con gran presteza. Quedaba Martin Marciano duque de Sessa, que sin respeto del deudo que tenia con el rey (ca estaba casado con doña Leonor su hermana) se hizo caudillo de los rebeldes. Fue grande este daño: muchos movidos por su ejemplo se juntaron con esta parcialidad y entre ellos el príncipe de Taranto, primero de secreto y despues descubiertamente, y con él Antonio Caldora y Juan Paulo duque de Sora: el número de los nobles de menor cuantía no se puede contar.

Francisco Esforcia duque de Milan en el tiempo que se celebraba el concilio de Mántua do vino en persona, aconsejó al pontífice hiciese liga con el rey don Fernando; que echados los franceses de Italia, se allanaria todo lo demás que impedia el poner en ejecucion la guerra contra los turcos. Al pontífice pareció bien este consejo; mas no era fácil ejecutalle á causa que el rey don Fernando, cercado dentro de Barleta ciudad de la Pulla, se hallaba sin fuerzas bastantes para defenderse en aquel trance y peligro que de repente le sobrevino. Estaba muy lejos, y el enemigo apoderado de los pasos: por esto no podia el pontífice envialle socorro por tierra. Determinó despachar sus embajadores al Epiro ó Albania para llamar en ayuda del rey á Georgio Scanderberchio, que era en aquel tiempo por las muchas victorias que ganara

de los turcos, capitan muy esclarecido. El sabida la voluntad del pontífice, y movido por los ruegos del rey de Nápoles que envió por su parte á pedir le asistiese, no le pareció dejar pasar ocasion tan buena de servir á la Religion Cristiana y mostrar su buen deseo.

Envió delante á Coyco Strofio, pariente suyo, acompañado de quinientos caballos albanenses. El mismo se aprestaba con intento de ir en persona á aquella empresa: para hacello le daban lugar las treguas que tenia asentadas con los turcos por tiempo de un año. Juntada pues una armada, pasó á Ragusa, ciudad que se entiende llamaron los antiguos Epidauro: desde allí aportó á Barleta, por ser la travesía del mar muy breve. Fue su venida tan á propósito que los enemigos no se atrevieron á aguardar, antes sin dilacion alzado el cerco se fueron de allí bien lejos. Con este socorro don Fernando, y con gentes que todavía le vinieron de parte del pontífice y del duque de Milan, despues de algunas escaramuzas y encuentros que tuvo con los enemigos, asentó sus reales cerca de Troya, ciudad de la Pulla, que se tenia por los rebeldes. Tenian los contrarios hechas sus estancias en Nucera, ciudad distante ocho millas. Enmedio desta distancia y espacio se levanta el monte Legiano: quien dél primero se apoderase, parecia se aventajaria á sus contrarios; asi en un mismo tiempo Scanderberchio por una parte, y Jacobo Picinino, un principal caudillo de los angevinos, por otra parte partieron para tomalle. Adelantáronse los albaneses por ser mas ligeros y haberse puesto en camino antes que amaneciese; que la diligencia es importante y mas en la guerra.

Luego que llegó el dia, cada cual de las partes ordenó sus haces para pelear: dióse la señal de acometer: cerraron los unos y los otros con igual denuedo, duró la pelea hasta la tarde sin reconocerse ventaja; mas en fin vencidos, desbaratados y puestos en huida los angevinos, el campo y la victoria quedaron por los aragoneses, y juntamente el reino, corona y cetro: en breve las ciudades y pueblos que se tenian por los enemigos, se recobraron. Hecho esto Scanderberchio un año despues que vino, con grandes dones que el rey le dió, volvió á su tierra con sus soldados alegres y contentos por el buen tratamiento y los despojos que tomaron á los enemigos. En particular dió el rey á Scanderberchio por juro de heredad la ciudad de Trani, y los castillos de San Juan el Redondo y el de Siponto, en que está el famoso templo de San Miguel arcangel, todo en el reino de Nápoles. Despues desto vuelto á su tierra ganó nuevas victorias de los turcos, con que se hizo mas esclarecido y sin par por la perpétua felicidad que tuvo. Falleció siete años adelante, agravado de una dolencia que le sobrevino en Alesio pueblo de su estado. Dejó un hijo llamado Juan debajo de la tutela de venecianos. Sin embargo le dejó mandado que hasta tanto que fuese de edad bastante para recobrar aquel estado y gobernalle se entretuviese en el reino de Nápoles con los pueblos y estado que el rey don Fernando le dió en premio de lo que le sirvió y ayudó. Desta cepa procedió la familia y alcuña nobilísima en Italia de los Castriotos, marqueses que fueron de Civita de Santangelo, puesta en aquella parte del reino de Nápoles que se llama el Abruzo. Uno de estos señores bisnieto del grande Escanderberchio, y á él muy semejante en el rostro y en el valor de su ánimo, Fernando Castrioto marqués de Civita de Santangel, murió en la famosa batalla de Pavía que se dió el año de mil y quinientos y veinte y cinco. Descuidóse de llevar cadenas en las riendas que le cortaron, y el caballo le metió entre los enemigos sin poderse reparar. Las cosas de Albania luego que Scanderberchio murió, fueron de caida: tan grande es el reparo que muchas veces hace el esfuerzo y prudencia de un solo capitan, y en tanto grado es verdad que un hombre presta mas que muchos.

En España don Carlos príncipe de Viana, alcanzado de su padre perdon para sí y para los suyos, y con pacto que le darian cada un año cierta renta con que se sustentase, de Mallorca llegó á Barcelona á los veinte y dos de marzo año de 1460: no entendia el pobre príncipe que se le apresuraba su perdicion. Tratábase por medio de embajadores que de ambas partes se enviaron, de casalle con doña Catalina hermana del rey de Portugal: ya que el negocio estaba para concluirse, don Enrique rey de Castilla le desbarató con una embajada que le despachó, en que iban el electo obispo de Ciudad-Rodrigo fraile de profesion, cuyo nombre no hallo, y Diego de Ribera su aposentador mayor. Estos persuadieron á don Carlos antepusiese al casamiento de Portugal el de doña Isabel hermana del rey don Enrique, especial que le ofrecian por medio de las fuerzas de Castilla alcanzaria de su padre, que tan duro se mostraba, todo lo que desease. Daba él de buena gana oidos á estas práticas, y parecíale que este partido le venia mas á cuento: por tanto cesó y se dejó de tratar del casamiento de Portugal.

La infanta doña Catalina, perdida aquella esperanza, ó lo mas cierto por su mucha santidad, se entró en el monasterio de Santa Clara de Lisboa, y en él estuvo hasta que murió á tiempo que de nuevo se trataba de casalla con el rey de Ingalaterra Eduardo Cuarto deste nombre: el cuerpo desta señora fue enterrado en la misma ciudad en San Eulogio. Dejó por su albacea á Jorge de Acosta que fue su ayo desde su primera edad, principio para subir á grandes dignidades, en particular de cardenal: falleció en Roma los años adelante. Al rey de Aragon avisó el almirante don Fadrique de lo que su hijo el príncipe don Carlos pretendia, y los tratos que con el de Castilla traia: llamóle á Lérida, do á la sazon se tenia las córtes de Cataluña, y las de Aragon en Fraga: algunos le persuadian que no fuese, que se recelase de alguna zalagarda; pero él se determinó á obedecer. Su padre le recibió con semblante alegre y rostro ledo, y le dió paz en el rostro; mas luego le mandó llevar preso, que fue á dos de diciembre. Sintió esto mucho el príncipe, tanto mas que le sucedió muy fuera de lo que pensaba.

Suelen las últimas miserias dar ánimo para hablar libremente «Donde (dice) está la fe real y la seguridad dada en particular á mí, y concedida en comun á todos los que vienen á las córtes generales? »¿qué quiere decir darme paz por una parte y por »otra ponerme en hierros y á prisiones? ¿Las ofensas »pasadas, cualesquiera que hayan sido, ya me han »sido perdonadas: ¿qué delito he cometido de nuevo? »¿qué cosa he hecho para tratarme así? ¿por ventura »es justo que el padre se vengue del hijo, y con nues»tra sangre ensucie sus manos? Afuera tan gran mal»dad: afuera tan gran deshonra y afrenta de nuestra »casa.» Decia estas cosas con ojos encendidos, grandes gritos y descomunales para que le oyesen todos, y mover á los circunstantes; pero sin dejalle pasar adelante le llevaron á la prision. Bramaba el pueblo, murmuraba y decia que eran embustes de su madrastra: los señores se hermanaban entre sí, y prometian de no desistir hasta ver á su príncipe puesto en libertad.

CAPITULO III.

De la muerte de don Carlos príncipe de Viana.

Las paces que se asentaron con los moros y duraron al pié de tres años, al presente se quebrantaron con esta ocasion. Tenia Ismael rey de Granada dos hijos principales sobre los demás: el uno se llamaba Albohacen, y el otro Boabdelin. El Albohacen por no

sufrir el ócio, y con deseo de dar muestra de su esfuerzo, juntado que hobo un ejército de dos mil y quinientos de á caballo y quince mil infantes, entró por las tierras del Andalucía: en todo el distrito de Estepa hizo grandes talas y daños, y robó gran número de ganado. Avisado del daño don Rodrigo Ponce, hijo del conde de Arcos, acudió al peligro junto con Luis de Pernia capitan de la guarnicion que tenia Osuna. Recogieron hasta docientos y sesenta de á caballo y seiscientos de á pié: con tanto fueron á verse con el enemigo, que iba cargado con la presa, y sin cuidado ninguno como quien tal cosa no temia, resueltos de quitársela y aun en ocasion combatille.

Las fuerzas de los nuestros eran pequeñas, y parecia locura pelear con tan grande morisma: ofrecióse una buena ocasion, que parte de los moros con la presa habia pasado el rio de las Yeguas, y en el postrer escuadron quedaba sola la caballería: advirtió esto don Rodrigo desde un ribazo cercano; y dado que los suyos temian la pelea, mandó tocar las trompetas y dar seña de pelear: arremetieron con gran vocería los cristianos; los contrarios, divididos en tres partes, los recibieron no con menor constancia: duró mucho la pelea; pero en fin los moros fueron desbaratados con muerte de mil y cuatrocientos de los suyos: de los nuestros perecieron treinta de á caballo, ciento y cincuenta de á pié. Alojáronse los vencedores aquella noche en un lugar llamado Fuente de Piedra: el dia siguiente á tiempo que recogian los despojos, ven volver los ganados á manadas: cuidaron al principio que fuese algun engaño, y por la polvareda que se levantaba, sospechaban eran los enemigos que revolvian sobre ellos; mas luego se entendió que huidas las guardas por el miedo, los ganados por cierto instinto de la naturaleza se volvian á las dehesas y pastos acostumbrados: tanto fue mas alegre la victoria y la presa mas rica. En las ciudades y pueblos hicieron procesiones en accion de gracias, y regocijos por el buen suceso. Quebrantada por esta manera la confederacion y las paces, de una y de otra parte se hicieron correrias sin que sucediese cosa notable. Solamente Juan de Guzman, primer duque de Medina Sidonia y conde de Niebla, trataba y se apercebia para cercar á Gibraltar, pueblo que está puesto á la boca del estrecho: el desastre pasado de su padre y grande desgracia, que murió en aquella demanda, ántes le animaba que espantaba.

La guerra que se levantó contra el rey de Aragon en su mismo estado, era mas grave: los catalanes enviaron embajadores á su rey para le suplicar que el príncipe de Viana fuese puesto en libertad: no quiso otorgar con esta demanda; de las palabras acudieron á las armas, salieron gran número dellos de Barcelona, apoderáronse de Fraga pueblo puesto en la raya de Aragon. Dió grande ánimo á la muchedumbre alterada Gonzalo de Saavedra, que le envió el rey de Castilla en ayuda de los catalanes á su instancia con mil y quinientos de á caballo. El general de todo el ejército catalan era don Juan de Cabrera conde de Módica, ciudad de Sicilia: por otra parte don Luis de Biamonte se mostraba á la frontera de Navarra con gente armada á punto de entrar en Aragon, si á peticion tan justa el rey no quisiese condescender.

Forzado pues de la necesidad dió libertad á su hijo á primero de marzo del año 1461, con órden que desde Morella, do estaba detenido, la reina su madrastra le llevase á Villafranca. Allí le entregó á los catalanes, que sin embargo no quisieron consentir que la reina entrase en Barcelona, porque puesto que con la libertad del príncipe dejaron las armas, los ánimos no quedaban del todo sosegados; antes llegaron á tanto que contra voluntad de su padre acordaron de jurar al príncipe por heredero de aquel principado: demás desto alcanzaron que de voluntad ó por fuerza le nombrase por vicario y gobernador de todos sus estados, cargo que se acostumbra dar á los hijos mayores de los reyes. En particular sacaron por condicion que en el principado de Cataluña fuese señor absoluto, sin que dél se pudiese apelar. Su padre llevaba muy mal que le quedase á él solamente el nombre de príncipe, y diesen á su hijo una parte tan principal de sus estados; que era despojalle en vida, quitalle las fuerzas y juntamente afrentalle. Pero fuele forzoso venir en todo esto porque los catalanes, como gente feroz y de ingénios determinados, si no se les concedia, nunca acabaran de sosegarse; que fue causa de que en asentar estas condiciones y capitular se gastó mucho tiempo.

En este comedio se tornó á tratar de nuevo con mas veras y diligencia del casamiento entre el príncipe don Carlos y la infanta doña Isabel: llegaron á término que se tuvo el negocio por concluido, tanto que el príncipe envió á Castilla por sus embajadores para que de su parte visitasen á la infanta y á su madre, á don Juan de Cabrera y á Martin Cruilles personas principales, que fueron hasta Arévalo á hacer aquel oficio.

Emprendióse á la misma sazon guerra en Navarra con esta ocasion: Carlos Artieda luego que vino el aviso de la libertad del príncipe don Carlos, se apoderó en su nombre de Lumbier pueblo de Navarra: acudió don Alonso (el que fue duque de Villahermosa) por mandado del rey su padre, y cercó aquel pueblo, y comenzó á batille con todos los ingénios y pertrechos que pudo. La parcialidad del príncipe no tenia muchas fuerzas: el rey de Castilla envió á Rodrigo Ponce y Gonzalo de Saavedra con gente en su ayuda para que hiciesen alzar el cerco: hízose así. Todavía se hacian mayores aparejos para continuar aquella guerra, cuando vino nueva, y se divulgó, que la reina de Castilla que á la sazon se hallaba en Aranda de Duero, quedaba preñada. Esta nueva agradó asaz, tanto mas que era fuera de lo que comunmente se esperaba; y aun por ser naturalmente los hombres inclinados á creer lo peor, no faltaba quien dijese que aquel preñado era de don Beltran de la Cueva: habla que por entonces se rugia, y despues se confirmó esta opinion al tiempo que don Fernando de Aragon reinaba en Castilla; si con verdad ó en gracia suya, aun cuando el negocio estaba fresco, no se pudo averiguar.

En Valladolid don Pedro de Castilla antes obispo de Osma, y á la sazon de Palencia falleció por ocasion de una caida que dió de la escalera de su casa. En su lugar fue puesto don Gutierre de la Cueva por contemplacion de su hermano don Beltran, que en aquel tiempo alcanzaba mas privanza que todos con el rey y mas mano en la casa real. El arzobispo don Alonso de Fonseca fue enviado de la córte con muestra de honralle para que estuviese en Valladolid por gobernador en tanto que el rey se ocupaba en la guerra que pensaba hacer en Navarra. Atizó este consejo su mismo competidor el marqués de Villena: pretendia con esto quedar solo, y enseñorearse del rey como lo tenia comenzado. Para salir con su intento con mas facilidad prometia su diligencia, si don Alonso de Fonseca se ausentaba, para ganar á los grandes que andaban apartados de su servicio, en especial el arzobispo de Toledo y el almirante; que el maestre de Calatrava ya estaba apartado del número de los desabridos, y alistaba gente para acudir á lo de Navarra.

Luego pues que don Alonso de Fonseca partió á Valladolid, el marqués de Villena fue al reino de Toledo, y á la misma sazon el maestre de Calatrava llegó á Aranda de Duero acompañado de dos mil y quinientos de á caballo. Con estas gentes el rey de Castilla marchó la vuelta de Almazan: el espanto de los aragoneses fue grande, mas el ímpetu de la guerra y el ejército revolvió contra Navarra, y por el mes de

mayo llegó á Logroño pueblo principal de la Rioja. Desde allí engrosado el campo con las gentes que de todas partes acudian, entraron por las tierras de Navarra : entregáronse las villas de San Vicente y de la Guardia. Pusieron cerco sobre Viana, que despues de combatilla muchos dias al fin la rindió Pedro Peralta á cuyo cargo estaba, y á la sazon era condestable de Navarra; la villa de Lerin no se pudo tomar por ser muy fuerte : desta manera se hacia la guerra en Navarra, cuándo prósperamente, cuándo al contrario. Don Alonso hijo del rey de Aragon por otra parte tomó por fuerza la villa de Avarzuza, con muerte y prision de la guarnicion de Castilla que en ella tenian.

Todo este ruido y aparato se desbarató con una enfermedad mortal que sobrevino en Barcelona á don Carlos príncipe de Viana, ocasionada de las pesadumbres y cuidados y congojas que contínuamente le trabajaron; así lo entendieron, y así debió ser : entre los biamonteses se tuvo por cosa cierta y averiguada que murió de yerbas que le dieron en la prision, que lentamente le acabasen y á la larga. Falleció á veinte y tres de setiembre miércoles fiesta de Santa Tecla. Al tiempo de su muerte pidió perdon á su padre. Fue



D. Enrique IV.

sepultado en Poblete. Vivió cuarenta años, tres meses y veinte y seis dias. Príncipe mas señalado por sus contínuas desgracias que por otra cosa alguna: no alcanzó tanta ventura cuanta era su erudicion, y otras buenas partes merecian. Tuvo por familiar á Osías Marco, poeta en aquella era muy señalado y de fama en la lengua limosina ó de Limoges : su estilo y palabras groseras, la agudeza grande, el lustre de las sentencias y de la invencion aventajado.

Traia el príncipe don Carlos por divisa dos sabuesos muy bravos pintados en su escudo, que sobre un hueso peleaban entre sí, representacion y figura de los reyes de Francia y de Castilla, por cuya porfía y codicia le tenian casi consumido el reino de Navarra. Murieron asimismo otros príncipes : Carlos Seteno rey de Francia, al cual sucedió Luis Onceno su hijo. El infante don Enrique tio del rey de Portugal finó por este mismo tiempo sin haberse jamás

casado, y sin llegar á mujer: vivió setenta y siete años; su muerte fue á trece de noviembre en el Algarve en un pueblo de su estado que se llama Sagra. Depositáronle en Lagos entonces: desde allí adelante le trasladaron á Aljubarrota. Quedaba de todos sus hermanos don Alonso el bastardo duque de Berganza, que falleció tambien el año siguiente: de doña Beatriz su mujer hija del condestable Nuño Pereyra dejó un hijo llamado don Fernando, de quien sin que haya faltado la línea, descienden los duques de Berganza, señores los mas principales y ricos en el reino de Portugal.

CAPITULO IV.

De las alteraciones que hobo en Cataluña.

Con la muerte del príncipe don Cárlos, si bien cesó a causa de las diferencias y debates, no quedaron as discordias apaciguadas. Don Fernando hermao del muerto fue luego jurado por príncipe y heredero de los estados de su padre primero en Calatayud en las córtes de Aragon que allí se juntaron, despues en Barcelona donde la reina su madre le llevó; pero toda la esperanza que por esta causa tenian de que todo se apaciguaria, salió vana á causa que la gente catalana de repente tomó las armas, y los nobles por estar desabridos con el rey de Aragon pretendian, y aun decian en secreto y en público que por engaños de su madrastra el príncipe su antenado fue muerto: maldad muy indigna y impiedad intolerable. El que mas encendia el pueblo, era fray Juan Gualves de la órden de Santo Domingo: persuadíales en sus sermones sediciosos que con las armas se satisfaciesen de aquel esceso tan grave y feo: que cuando ellos disimulasen, el cielo en la sangre del pueblo tomaria sin duda venganza; que debian aplacar á Dios con castigar ellos primero delito tan atroz.

Alterada la muchedumbre y el pueblo, la reina se salió de Barcelona: el color era sosegar ciertos alborotos de Ampurias, la verdad que no se atrevia á salir en público, ca temia no le perdiesen el respeto los que tan alterados andaban; acordó de reparar en la ciudad de Girona, que está en lo postrero de Cataluña, hasta ver qué término tomaban las cosas. El rey de Aragon por otra parte, vista la tempestad que se levantaba, convidaba á los príncipes estraños que se confederasen con él, en particular pedia al rey de Francia le ayudase, y al de Castilla que á lo menos no le hiciese daño; que pues don Carlos en cuyo favor tomó las armas, era muerto, sacase las guarniciones de soldados que tenia puestos en Navarra. Hallábase á la sazon el rey don Enrique en Madrid, deshecho su campo, y alegre por la preñez de la reina su mujer, que hizo traer allí en hombros porque con el movimiento no recibiese cual que daño. Al principio pues del año 1462 le nació una hija que se llamó doña Juana; luego todos los estados del reino la juraron por princesa y heredera de Castilla: gran mengua, engerir en la sucesion real la que el vulgo estaba persuadido fuese habida de mala parte, tanto mas que para honrar á don Beltran y gratificalle sus servicios le hizo á la sazon el rey conde de Ledesma, que fue nueva ofension y ocasion de mas murmurar. En su lugar fue puesto por mayordomo en la casa real Andrés de Cabrera, grande amigo suyo y aliado: principio de do como de escalon vino á alcanzar adelante grandes riquezas, no sin ofension de muchos y sin envidia de los que llevaban mal que un hombre poco antes particular subiese en breve tan alto.



Trajes militares de la época tomados de un retablo existente en la iglesia de Caldes de Mombuy.

Estaba á la sazon en la córte el conde de Armeñaque, que vino por embajador del rey de Francia para tratar de hacer paces y confederacion entre los dos reyes. El arzobispo de Toledo reconciliado á la sazon con el rey era el que todo lo mandaba, tanto que cada semana se tenia en su casa consejo y audiencia de los oidores para determinar los pleitos y negocios. Los embajadores de Aragon por la mucha instancia que hicieron, en fin concertaron se hiciese confederacion á veinte y tres de marzo con las capitulaciones infrascritas: Que entre Castilla y Aragon hobiese paz: el rey de Castilla retuviese como en rehenes y por resguardo los castillos de la Guardia y de San Vicente, Arcos, Raga y Viana, y volviese todo lo

demás que tenia en Navarra: demás desto que en la raya de Aragon y de Navarra pusiese en tercería á Jubera y á Cornago, y en el reino de Murcia á Lorca: los depositarios fuesen el arzobispo de Toledo y el maestre de Calatrava y Juan Fernandez Galindo, para efecto que si el rey de Castilla quebrantase la alianza, entregasen estos pueblos al rey de Aragon; el cual en Olite donde se hallaba para desde allí acudir á todas partes, puso su confederacion con el rey de Francia á doce de abril. Asentaron que el rey de Francia enviase al Aragonés de socorro setecientos hombres de armas, y docientos mil ducados para pagar el sueldo á su gente; y que el rey de Aragon entretanto que no pagase esta suma, diese en prendas lo de Cerdania y Ruysellon, y todavía por las rentas de aquellos estados no se desfalcase parte alguna del principal.

Para que esta avenencia tuviese mas fuerza, se concertó habla entre los reyes de Francia y Aragon en Salvatierra pueblo de Bearne. Juntamente al conde de Fox por la instancia que sobre ello hacia, concedió que doña Blanca hermana del príncipe don Carlos (á quien pertenecia el reino de Navarra) fuese puesta en su poder: notable agravio, quitalle el reino, y despojalla de la libertad; ¿pero qué no hace la codicia desenfrenada de reinar? Luego que tomaron este acuerdo, desde Olite con grande desgusto suyo la llevaron á Bearne. Quejábase mucho á los santos y á los hombres de un desafuero tan grande. Escribió al rey don Enrique una carta en la cual le pedia tuviese compasion de su suerte; que sobre las otras desgracias le quitaban la libertad, y en breve le quitarian la vida, si él no le daba alguna ayuda y la mano: suplicábale á lo menos vengase la muerte de su hermano y sus desventuras, como era justo: que se membrase del amor antiguo, que aunque desgraciado, al fin era de marido y mujer. Pusiéronla en el castillo de Ortés del estado de Fox: allí no mucho despues fue muerta con yerbas que le dieron, sin que ninguno saliese á la venganza; la fama de su muerte tan injusta y cruel por mucho tiempo estuvo secreta. En fin los desastres de su vida tuvieron aquel desgraciado remate; que cuando la miseria persigue á uno, ó fuerza mas alta, no para hasta acaballe: su cuerpo enterraron en la ciudad de Lescar.

Estaba el rey de Aragon en Tudela, y el rey don Enrique por Segovia y Aranda pasó á Alfaro, pueblo no muy lejos de Tudela. Allí con intervencion del marqués de Villena los dos reyes firmaron las capitulaciones del concierto que en Madrid tenian acordadas, á la misma sazon que los catalanes á treinta del mes de mayo cercaron á la reina de Aragon dentro de Girona, mas congojada por el riesgo que corria su hijo el príncipe, que por su mismo peligro. El caudillo de la comunidad era Hugo Roger conde de Pallas: el principal que defendia la ciudad por el rey, Luis Dezpuch maestre de Montesa. Entraron la ciudad los comuneros: acometieron el castillo viejo que se llamaba Gironela, do la reina se recogió. Salieran los catalanes con su intento, sino sobreviniera la caballería francesa, con cuya ayuda no solo cesó el peligro, pero aun echaron de la ciudad á los levantados. Acudió al tanto el rey de Aragon con presteza, como al que el cuidado que tenia de su mujer y hijo le punzaba: hobo muchos encuentros y refriegas, en que los levantados, como gente recogida de todas partes, no se igualaban á los soldados viejos. El rey despues de haber reducido á su obediencia muchas ciudades y pueblos llegó á poner sus estancias junto á Barcelona. La reina de Castilla malparió en esta sazon en Aranda con gran riesgo de su vida. Por la vidriera de cierta ventana el rayo de sol que entraba, le comenzó á quemar el cabello, y le ocasionó aquel sobresalto y daño. La tristeza que causó esta desgracia en la corte, en breve se trocó en alegría á causa que don Beltran conde de Ledesma casó con la hija menor del marqués de Santillana: las bodas se celebraron en Guadalajara con grandes fiestas; halláronse á ellas presentes el rey y la reina. Acabadas las fiestas, la reina se fué á Segovia, y el rey se partió para Atienza con intento de darse á la caza por ser aquella comarca muy á propósito para ella. Allí vino un caballero llamado Copones en nombre y como embajador de Barcelona: ofrecíanle aquel estado de Cataluña, si les enviase gente de socorro y los recibiese debajo de su amparo.

Era este negocio muy grave: habido su acuerdo y aceptada la oferta, les envió el rey de socorro dos mil y quinientos caballos, que por caminos estraordinarios llegaron á Cataluña: con este socorro aquella muchedumbre levantada se animó, confiada que por aquel camino se podria defender y sustentar. En cumplimiento de lo asentado levantaron los pendones por el rey don Enrique: apellidáronle conde de Barcelona, y batieron con su cuño y armas la moneda de aquel estado; por esta manera se despeñaban loca y temerariamente en su perdicion. Alegróse con esta nueva el rey de Castilla don Enrique, pero mucho mas con saber que don Juan de Guzman duque de Medina Sidonia quitó á Gibraltar á los moros, y el maestre de Calatrava á Archidonia. Mandóse poner entre los otros títulos reales al principio de las provisiones el de Gibraltar á ejemplo de Abomelique, el cual era de linaje de los Merines, y como arriba queda dicho se llamó rey de Gibraltar.

CAPITULO V.

De una habla que tuvieron los reyes, el de Castilla y el de Francia.

Entraron otras bandas de soldados de Castilla por tierras del reino de Valencia y Aragon: el miedo y el espanto fue grande, si bien aquel rey acudió luego al peligro. Pudiéranle quitar el reino por estar gastado y sin sustancia él y sus vasallos, si cuan grandes eran las fuerzas de Castilla, tan grande brio y ánimo tuviera el rey don Enrique: por esto el de Aragon ponia gran cuidado en reconciliarse con él. Para este efecto vino por embajador del rey de Francia Juan de Rohan señor de Montalban y almirante de Francia: llegó á Almazan, donde el rey don Enrique se hallaba, por principio del año 1463: fue muy bien recebido y festejado con convites muy espléndidos, con bailes y con saraos. Danzaban entre sí los cortesanos, y sacaban á danzar á las damas de palacio; en particular la reina, presente el rey y por su mandado, salió á bailar con el embajador francés: él acabado el baile, juró de no danzar mas en su vida con mujer alguna en memoria de aquella honra tan señalada como en Castilla se le hizo.

Acordóse por medio desta embajada que los reyes de Castilla y de Francia se viesen y hablasen para tratar en presencia de todas las diferencias que tenian, y componer sus haciendas. Como se concertó, así se hizo, que aquellos príncipes tuvieron su habla por el fin del mes de abril cerca de la villa de Fuenterabía. Vinieron con el Francés los dos Gastones padre y hijo, condes que eran de Fox, el duque de Borbon, el arzobispo de Turon y el almirante de Francia. Al de Castilla acompañaban el arzobispo de Toledo, y los obispos de Burgos, Leon, Segovia, y Calahorra, el marqués de Villena, el maestre de Alcántara y el gran prior de San Juan, todos y cada cual arreados muy ricamente, y con libreas y mucha representacion de magestad. Entre todos se señalaba el conde de Ledesma, gran competidor del de Villena: salió arreado de vestidos muy ricos, recamados de oro y sembrados de perlas. El vestido y traje de los franceses era muy ordinario, especial el del rey,

que era causa á los castellanos de burlarse de ellos, y de motejallos con palabras agudas y motes.

Pasaron los nuestros en muchas barcas el rio Vedaso ó Vidasoa. Puédese sospechar se hizo esto por reconocer ventaja á la magestad de Francia: nuestros historiadores dicen otra causa, que todo aquel rio pertenece al señorío de España; y consta por escrituras públicas, acordadas en diferentes tiempos entre los reyes de Castilla y Francia, y de lo procesado en esta razon, en que se declara que pasando el rey don Enrique el rio Vidasoa en un barco, llegó hasta donde llegaba el agua, y allí puso el pié, y al tiempo que quiso hablar con el rey Luis, tenia un baston en la mano: desembarcado en la orilla y arenal donde el agua podia llegar en la mayor creciente, dijo que allí estaba en lo suyo, y que aquella era la raya dentre Castilla y Francia, y poniendo el pié mas adelante, dijo, ahora estoy en España y Francia; y el rey Luis respondió en su lengua: Il est vrai, decís la verdad.

En estas vistas y habla se leyó de nuevo la sentencia que poco antes pronunció en Bayona el rey de Francia elegido por juez árbitro entre Castilla y Aragon, en que se contenian estas principales cabezas: Que las gentes de Castilla saliesen de Cataluña, y se quitasen las guarniciones que tenian en Navarra: la ciudad de Estella con toda su merindad quedase en Navarra por el rey don Enrique: la reina de Aragon y su hija estuviesen en Raga en poder del arzobispo de Toledo para seguridad que se guardaria lo concertado. Esta sentencia ofendia mucho á la una nacion y á la otra, á los de Castilla y de Aragon, sobre todo á los de Navarra; quejábanse que aquel asiento y sentencia era en gran perjuicio suyo: ningun otro provecho se sacó de juntarse estos príncipes.

Pero de todo esto, y aun de toda esta manera de juntas y hablas entre los príncipes será propósito referir aquí lo que siente Philipe de Comines historiador muy señalado de las cosas de Francia que pasaron en esta era, y que se puede comparar con cualquiera de los antiguos. Sus palabras traducidas de francés en castellano dicen así: «Neciamente lo »hacen los príncipes de igual poder cuando por sí »mismos se juntan á habla, en especial pasados los »años de la mocedad, cuando en lugar de los juegos »y burlas (á que aquella edad es aficionada) entra la »envidia y emulacion: ni carecen de peligro juntas »semejantes; y si esto nó, ningun otro provecho re»sulta della sino encenderse mas la ira y el odio; de »manera que tengo por mas acertado concertar las »diferencias entre los reyes, y cualquier otro negocio »que haya, por sus embajadores que sean personas »prudentes. Muchas cosas me ha enseñado la espe»riencia, de las cuales tengo por conveniente poner »aquí algunos ejemplos. Ningunas provincias entre »cristianos están entre sí trabadas con mayor confe»deracion que Castilla con Francia, por estar asentada »con grandes sacramentos amistad de reyes con re»yes, y de nacion con nacion. Fiados desta amistad »el rey Luis Onceno de Francia poco despues que se »coronó por rey, y don Enrique rey de Castilla, se »juntaron á la raya de los dos reinos. Don Enrique »llegó á Fuente-Rabía rodeado de grande acompaña»miento; seguíanle el gran maestre de Santiago y el »arzobispo de Toledo, y el conde de Ledesma, que »entre todos se señalaba por ser su gran privado. El »rey de Francia paró en San Juan de Angelin, acom»pañado como es de costumbre de muchos grandes. »Gran número de la una nacion y de la otra alojaba »en Bayona, los cuales luego que llegaron, se bara»jaron malamente. Hallóse presente la reina de Ara»gon, que tenia diferencias con el rey don Enrique »sobre Estella y otros pueblos de Navarra que dejaran »en manos del rey. Una ó dos veces se hablaron, y »vieron á la ribera del rio que divide á Francia de »España; pero brevísimamente cuanto pareció al »maestre de Santiago y al arzobispo de Toledo que lo »gobernaban todo, y por esto fueron por el rey de »Francia festejados grandemente en San Juan de An»gelin cuando allí le visitaron. El conde de Ledesma »pasó el rio en una barca que llevaba la vela de bro»cado, el arreo de su persona era conforme á esto, »en particular llevaba unos hermosos borceguíes »sembrados de pedrería. Don Enrique era feo de ros»tro: la forma del vestido sin primor, y que descon»tentaba á los franceses. Nuestro rey se señalaba por »el hábito muy ordinario: el vestido corto, sombrero »comun, con una imágen de plomo en él cosida, oca»sion de mofas y remoquetes: los españoles echaban »aquel traje á poquedad y avaricia. Desta manera se »acabó la junta, sin que della resultase otro prove»cho mas de conjuraciones y monipodios que entre »los unos y otros grandes se forjaron, por las cuales »yo mismo ví al rey don Enrique envuelto en gran»des trabajos y afanes que se continuaron hasta su »muerte, desamparado de sus vasallos, y puesto en »un estado miserable.»

Hasta aquí son palabras de Philipe de Comines; lo demás que dice se deja por abreviar. Este año, á los doce de noviembre, pasó desta vida á la eterna el santo fray Diego en el su monasterio de franciscos de Alcalá de Henares que fundó don Alonso Carrillo arzobispo de Toledo. Fue natural de San Nicolás diócesi de Sevilla. Su vida tal, y los milagros que Dios por él hizo, tantos que el papa Sixto Quinto le canonizó á los dos de julio año del Señor de mil y quinientos y ochenta y ocho.

CAPITULO VI.

Los catalanes llamaron en su ayuda á don Pedro condestable de Portugal.

Halláronse presentes á la junta destos príncipes dos embajadores de Barcelona, llamados el uno Cardona y el otro Copones: quejáronse al de Castilla que se hacia agravio á su nacion en desamparallos contra lo que tenian capitulado. Estas quejas no fueron de efecto alguno; las orejas destos príncipes es-



Sello de don Enrique IV de Castilla.

taban cerradas á sus ruegos por respetos que mas á ellos les importaban. En Tolosa pueblo de Guipúzcoa el comun del pueblo mató á seis de mayo á un judío llamado Gaon: fue la ocasion que por estar el rey

cerca, entretanto que se entretenia en Fuente-Rabía, comenzó el judío á cobrar cierta imposicion que se llamaba el Perdido, sobre que antiguamente hobo grandes alteraciones entre los de aquella nacion, y al presente llevaban mal que se les quebrantasen sus privilegios y libertades.

No se castigó este delito, y esta muerte, antes poco despues en Segovia, do se fue el rey don Enrique, hobo entre dos frailes y se encendió una grave reyerta. El uno afirmaba en sus sermones que muchos cristianos se volvian judíos, en que pretendia tachar el libre trato que con los de aquella nacion y con los moros se tenía; y era así que muchos de aquellas naciones enemigos de Cristo libremente andaban en la casa real y por toda la provincia: el otro fraile lo negaba todo mas en gracia de los príncipes, como yo creo, que por ser así verdad.

Nunca sin duda en España se vió mayor estrago de costumbres, ni corrieron tiempos mas miserables; en particular el pueblo en Sevilla andaba muy alborotado en gran manera, á causa que don Alonso de Fonseca el mas viejo pedia que le fuese restituida aquella iglesia, que diera los años pasados en confianza á su pariente llamado tambien don Alonso de Fonseca; alegaba que así estaba establecido por los derechos y recebido por la costumbre, y que así lo mandaba el padre santo. El pueblo, y la nobleza, divididos en parcialidades, unos favorecian al pretensor, otros al contrario; de que resultaban alteraciones y corria riesgo no viniesen á las manos. Acudió á grandes jornadas el rey don Enrique, y con su venida entregó la iglesia á don Alonso de Fonseca el mas viejo, y pagaron con las cabezas y con la vida seis personas que fueron los principales movedores de aquel motin y alboroto.

El rey de Portugal á la sazon con una gruesa armada volvió á Africa: iban en su compañía don Fernando su hermano, y don Pedro su primo que era condestable de Portugal. Los catalanes desamparados de la ayuda de Castilla, y visto que los franceses é italianos los tenian prevenidos por el rey de Aragon, acordaron (lo que solo les faltaba y quedaba) llamar socorros de mas lejos: con este acuerdo enviaron á convidar á don Pedro condestable de Portugal para que desde Ceuta viniese á tomar posesion de aquel principado, que decian le pertenecia por su madre, que era la hija mayor del conde de Urgel: en mal pleito ninguna cosa se deja de intentar. Parecíale al condestable buena ocasion esta: hízose á la vela, llegó á la playa de Barcelona, y surgió en ella á veinte y uno de enero principio del año 1464. Allí sin dilacion fue llamado conde de Barcelona y rey de Aragon: acometimiento que por falta de fuerzas salió en vano, y la honra le acarreó la muerte demás de otros daños que resultaron: lo primero con la partida de don Pedro las fuerzas de Portugal se enflaquecieron en Africa, por donde de Tanger que pretendian tomar, fueron con daño rechazados los fieles por los moros, y algunas entradas que se hicieron en los campos comarcanos, no fueron de consideracion ni de algun efecto notable; solo junto al monte Benasa en un encuentro que tuvieron con los enemigos, el mismo rey de Portugal estuvo á gran riesgo de perderse con toda su gente. Duarte de Meneses como quier que por defender á su rey se metiese con gran de ánimo entre los enemigos, fue muerto en la pelea y otros con él. El conde de Villareal defendió aquel dia la retaguardia, por lo cual mereció mucha loa por testimonio del mismo rey que despues de la pelea le dijo: «Hoy en vos solo ha quedado la fe.»

El rey don Enrique desde Sevilla fué á Gibraltar: allí á su instancia y por sus ruegos aportó el rey de Portugal á la vuelta de Africa y de Ceuta. Estuvieron en aquel pueblo por espacio de ocho dias: despues dellos el de Portugal se volvió á su reino. El rey don Enrique por la parte de Ecija rompió por el reino de Granada, sin desistir de la empresa hasta tanto que le pagaron el tributo que tenian antes concertado, y le hicieron otros presentes de grande estima: con esto por Jaen, do residia Miguel Iranzu su condestable por frontero, pasó el rey de priesa á Madrid. Queria recebir y festejar otra vez al de Portugal que por voto que tenia hecho, se encaminaba para visitar á Guadalupe, casa de mucha devocion: viéronse los dos reyes y habláronse en la Puente del Arzobispo raya del reino de Toledo: hallóse presente la reina de Castilla que en compañía de su marido iba para verse con su hermano el rey de Portugal.

En esta junta se concertaron dos casamientos, uno del rey de Portugal con doña Isabel hermana del rey don Enrique, y otro de doña Juana su hija con el príncipe y heredero de Portugal: dilatáronse para otro tiempo las bodas, y al fin la tardanza hizo que no surtiesen efecto. Estaba del cielo determinado que los aragoneses, reino mas á propósito que el de Portugal, viniesen á la corona de Castilla, bien que no sin grandes y largas alteraciones de España: males que parece pronosticó un torbellino de vientos que en Sevilla se levantó, el mayor que la gente se acordaba, tanto que llevó por el aire un par de bueyes con su arado, y de la torre de San Agustin derribó y arrojó muy lejos una campana; arrancó otrosí de cuajo muchos árboles muy viejos, y los edificios en muchas partes quedaron maltratados. Viéronse en el cielo como huestes de hombres armados que peleaban entre sí, quier fuese verdadera representacion, quier engaño como se puede pensar, pues refieren que solamente las vieron los niños de poca edad: finalmente tres águilas con los picos y uñas en el aire combatieron por largo espacio; el fin de aquella sangrienta pelea fue que cayeron todas en tierras muertas. Los hombres movidos destos prodigios y señales hacian rogativas, plegarias y votos para aplacar, si pudiesen, la ira del cielo que amenazaba, y alcanzar el favor de Dios y de los santos.

CAPITULO VII.

De una conjuracion que hicieron los grandes de Castilla.

El rey don Enrique comenzaba á mirar con mala cara al arzobispo de Toledo y al marqués de Villena por entender que en las diferencias de Aragon no le sirvieron con toda lealtad: por esto ni le hicieron compañía cuando fue al Andalucía, ni se hallaron en la junta que tuvieron los reyes en la Puente del Arzobispo, antes por temer que se les hiciese alguna fuerza, ó dallo así á entender, desde Madrid se fueron á Alcalá; luego se juntaron con ellos el almirante de Castilla y el linaje de los Manriques, y don Pedro Giron maestre de Calatrava. Allegáronseles poco despues los condes de Alba y de Plasencia por persuasion del marqués de Villena, que fue secretamente para esto á verse con ellos: el rey de Aragon asimismo por grandes promesas que le hicieron, se arrimó á este partido. Estos fueron los principios y cimientos de una cruel tempestad que tuvo á toda España por mucho tiempo muy gravemente trabajada. Era necesario buscar algun buen color para hacer esta conjuracion: pareció seria el mas á propósito pretender que la princesa doña Juana era habida de adulterio, y por tanto no podia ser heredera del reino.

Procuraron para salir con este intento apoderarse de los infantes don Alonso y doña Isabel hermanos del rey, que residian en Maqueda con su madre, por parecelles á propósito para con este color revolvello todo; verdad es que á instancia del rey, y con rehenes que le dieron para seguridad, el marqués de Villena don Juan Pacheco volvió á Madrid. Todo era fingido, y él iba apercebido de mentiras y engaños con que apartar á los demás grandes del rey y de su

servicio. Para este efecto le dió por consejo hiciese prender á don Alonso de Fonseca arzobispo de Sevilla, que á menos desto él no podria andar en la córte seguramente. Despues que tuvo persuadido al rey, con trato doble avisó á la parte del peligro en que estaba: dió él crédito á sus palabras, huyóse y ausentóse; traza con que forzosamente se hobo de pasar á los alterados.

Con esto quedó mas soberbio don Juan Pacheco, en tanta manera que estando la córte en Segovia al tiempo de los calores, cierto dia entró con hombres armados en el palacio real para apoderarse del rey y de sus hermanos. Pasó tan adelante este atrevimiento, que quebrantó las puertas del aposento real, y por no poder salir con su intento á causa que el rey y don Beltran de la Cueva con aquel sobresalto se retiraron mas adentro en el palacio y en parte que era mas fuerte, determinó de noche (que fue nueva insolencia) llevar adelante su maldad. Ya era llegada la hora, y los sediciosos se aparejaban con sus armas para ejecutar lo que tenian acordado; mas el rey y los suyos fueron avisados: con que las asechanzas no pasaron adelante. Estaba don Juan Pacheco autor de todo esto á la sazon en palacio: los mas persuadian al rey y eran de parecer que le debian echar la mano y prenderle. Era tan grande el descuido del rey, que antepuso una vana muestra de clemencia á su salud y vida: decia que no era justo quebrantalle la seguridad que le diera; con que escapó entonces de aquel peligro, y las cosas se empeoraron de cada dia mas, mayormente que por el mismo tiempo por bula del sumo pontífice, don Beltran de la Cueva fue nombrado por maestre de Santiago, cosa que al pueblo dió mucha pesadumbre por el agravio que se hacia al infante don Alonso en quitalle aquella dignidad. Las demasías de don Juan Pacheco no parecia se podian castigar mejor que con levantar por este medio á su contrario y competidor don Beltran.

Intentó de nuevo el dicho marqués de Villena si podia salir con su pretension, y con asechanzas y tratos apoderarse del rey: con este deseño le hizo fuese á Villacastin para tener allí habla; descubrióse tambien el engaño, y con esto se previno y remedió el daño. Desde Búrgos los conjurados, juntados al descubierto y quitada la máscara; escribieron al rey de comun acuerdo una carta muy desacatada, las principales cabezas y capítulos eran: Que los moros andaban libres en su córte sin ser castigados por maldad alguna que cometiesen: que los cargos y magistrados se vendian: que el maestrazgo de Santiago injustamente y contra derecho se habia dado á don Beltran: la princesa doña Juana como habida de adulterio no debia ser jurada por heredera; que si estas cosas se reformasen, de buena gana dejarian las armas, prestos de hacer lo que su merced fuese.

Recibió el rey y leyó esta carta en Valladolid, sin que por ella mucho se alterase: ciega sin duda el entendimiento la divina venganza cuando no quiere que se emboten los filos de su espada. A la verdad este príncipe tenia con los deleites feos y malos enflaquecidas las fuerzas del cuerpo y del alma. Hallóse presente don Lope de Barrientos obispo de Cuenca, que pretendia con grande instancia se debia con las armas castigar aquel desacato; pero no aprovechó nada, dado que le protestaba, pues no queria seguir el consejo saludable que le daba, que vendria á ser el mas miserable y abatido rey que hobiese tenido España: que se arrepentiria tarde y sin provecho de la flojedad que de presente mostraba. Tratóse de nuevo de concierto, pues lo de la guerra no contentaba: para esto entre Cabezon y Cigales pueblos de Castilla la Vieja don Juan Pacheco, ¿con qué cara? ¿con qué vergüenza? en fin en un campo abierto y raso habló por grande espacio con el rey don Enrique. Resultó de la habla que se concertaron y hicieron estas capitulaciones: El infante don Alonso heredase el reino á tal que se casase con la pretensa princesa doña Juana: don Beltran renunciase el maestrazgo de Santiago: que se nombrasen cuatro jueces, dos por cada una de las partes, y por quinto fray Alonso de Oropesa general que era de los gerónimos; lo que sobre las demás diferencias determinase la mayor parte destos jueces, aquello se ejecutase.

Tomada esta resolucion, el infante don Alonso que era de edad de once años, de Segovia fue traido á los reales del rey: allí le juraron todos por príncipe y heredero del reino; quedó en poder de los grandes, de que resultaron nuevos daños. A don Beltran de la Cueva dió el rey la villa de Alburquerque con título de duque, y juntamente le hicieron merced de Cuellar, Roa, Molina y Atienza demás de ciertos juros que en el Andalucía le señalaron para cada un año en recompensa de la dignidad y maestrazgo que le quitaban. Los alterados señalaron por jueces árbitros á don Juan Pacheco y al conde de Plasencia; el rey á Pero Hernandez de Velasco y Gonzalo de Saavedra, enemigos declarados de don Juan Pacheco. El arzobispo de Toledo y el almirante se reconciliaron con el rey: la amistad duró poco, ó como decia el vulgo, fue invencion y querer temporizar. Andaban los cuatro jueces árbitros alterados, y entendíase que si llegaban á pronunciar sentencia, dejarian á don Enrique solo el nombre de rey y le quitarian todo lo demás: por esto mandó él de secreto al maestre de Alcántara y al conde de Medellin, personas de quien mucho se fiaba, que con las mas gentes que pudiesen, se viniesen á él, y desbaratasen aquellos intentos.

Gonzalo de Saavedra, que era uno de los jueces, y Alvar Gomez secretario del rey, al cual hiciera merced en la comarca de Toledo de Maqueda y de Torrejon de Velasco y de S. Silvestre, fueron por el rey llamados. Pusiéronles algunos grandes temores así á ellos como al maestre de Alcántara don Gomez de Solís y al conde de Medellin: avisáronlos que los querian prender, y que sus malos tratos eran descubiertos; con esto les persuadieron se declarasen, y públicamente con sus gentes se pasasen á los conjurados. El rey avisado de todo esto, puso tachas á los jueces árbitros, y alegó que los tenia por sospechosos; mandó otrosí á Pedro Arias ciudadano de Segovia (cuyo padre fue su contador mayor) que por fuerza se apoderase de Torreion: así lo hizo, y dejó aquella villa á los condes de Puñonrostro sus descendientes. Pedro de Velasco se juntó tambien con los conjurados, dado que su padre el conde de Haro se quejaba mucho desta su liviandad, tanto que ni con soldados ni con dineros le ayudaba, y le era forzoso andar entre los otros grandes muy desacompañado y desautorizado.

Por este mismo tiempo á catorce de agosto falleció en Ancona ciudad de la Marca el papa Pio Segundo: pretendia, despues de convocados los príncipes de todo el mundo para tomar las armas contra los turcos, pasar el mar Adriático y ser caudillo en aquella guerra sagrada, que fue una grande determinacion; y con este intento, bien que doliente, se hizo llevar á aquella ciudad: atajóle la muerte y cortóle sus pasos. Duróle poco tiempo el pontificado, solo espacio de seis años: su renombre por sus virtudes y pensamientos altos, y por sus letras será inmortal: con su muerte todos aquellos apercebimientos se deshicieron. Pusieron en su lugar con grande presteza al cardenal Pedro Barbo de nacion veneciano á treinta del mismo mes de agosto: llamóse Paulo Segundo; era de cuarenta y siete años cuando fue electo en lo mejor de su edad. Mostróse muy aficionado á las cosas de España, y así ayudó con su autoridad y diligencia al rey don Enrique en sus grandes trabajos.

CAPITULO VIII.

De las guerras de Aragon.

Con la venida á Barcelona de don Pedro condestable de Portugal los catalanes cobraron mas ánimo que conforme á las fuerzas que alcanzaban: mayor era el miedo todavía que la esperanza, como de gente vencida contra los que muchas veces los maltrataron: la obstinacion de sus corazones era muy grande, que mas que todos los sustentaba. La ciudad de Lérida despues que por el rey estuvo cercada largo tiempo, y despues que la talaron y robaron los campos al derredor, finalmente fue forzada á entregarse. En muchas partes en un mismo tiempo la llama de la guerra se emprendia con daño de los pueblos y de los campos, rozas y labranzas: miserable estado de toda aquella provincia. El principal caudillo en esta guerra era don Juan arzobispo de Zaragoza, que fue otro hijo bastardo del rey de Aragon, mas á propósito para las armas que para la mitra y roquete.

Philipo duque de Borgoña por el contrario envió á don Pedro una banda de borgoñones, ayuda de poco momento para negocio tan grande. Con su venida la gente y compañías de catalanes se juntaron en la villa de Manresa hasta en número de dos mil infantes y sobre seiscientos de á caballo. Estaba el conde de Prades por parte del rey de Aragon puesto sobre Cervera: el cerco se apretaba, y los cercados forzados de la hambre y falta de otras cosas trataban de rendirse; para prevenir este daño y por la defensa determinó don Pedro de ir en persona á socorrellos. La gente del rey de Aragon, lo principal de su ejército y la fuerza, se tenia á la raya de Navarra á propósito de sosegar las alteraciones de aquella nacion: mandó el rey á su hijo el príncipe don Fernando que con parte del ejército marchase á toda priesa para juntarse con el conde de Prades. Era don Fernando de muy tierna edad, tenia solos trece años: la necesidad forzó á que en aquella guerra comenzase su padre á valerse dél, y él á ejercitarse en las armas; por esto no tuvo tiempo para aprender las primeras letras bastantemente: sus mismas firmas muestran ser esto verdad.

Llegaron los del condestable de Portugal á un lugar llamado los Prados del rey con determinacion de dar la batalla: así lo avisaban las espías. El príncipe don Fernando que cerca se hallaba, apercibidas todas las cosas y aparejadas fue en busca del enemigo. Hizo alto en un ribazo, de do se veian los reales de los catalanes. El Portugués hizo al tanto, que se mejoró de lugar, y trincheó los reales en un collado cercano. Parecia queria escusar la batalla, bien que ordenó sus haces en forma de pelear. En la avanguardia iba Pedro de Deza con espaldas de los borgoñones, que cerraban aquel escuadron: en el segundo escuadron iban por capitanes de los soldados navarros y castellanos Beltran y Juan Armendarios; el cuidado de la retaguardia llevaba el mismo don Pedro de Portugal. Las gentes de don Fernando eran menos en número, que no pasaban de setecientos caballos y mil infantes: ordenáronlas desta manera: la avanguardia se encomendó al conde de Prades: Hugon de Rocaberti, Castellan de Amposta y Matheo Moncada fortificaban los costados; don Enrique hijo del infante de Aragon don Enrique quedó de respeto para socorrer donde fuese necesario: en el postrer escuadron iba el príncipe don Fernando acompañado de muchos nobles; Bernardo Gascon natural de Navarra con la infanteria de su cargo llevó órden de tomar la parte de la montaña para que no les pudiesen acometer por aquel lado.

Antes que se diese la señal de pelear, el príncipe don Fernando armó caballeros algunas personas nobles. Comenzaron á pelear los adalides, que iban delante, con grande voceria que levantaron: cargaron los demás, y en breve espacio el primero y segundo escuadron de los portugueses fueron forzados á retirarse, y en fin todos se desbarataron por el esfuerzo de los aragoneses. Con tanto atemorizados los demás que pusieron en la retaguardia, en que se hallaba el mismo don Pedro de Portugal y la fuerza del ejército, poca resistencia pudieron hacer. Volvieron las espaldas, y huyeron desapoderadamente la gente de á pié por los montes cercanos, los de á caballo por los llanos. Don Pedro de Portugal se valió de maña para escapar: quitóse la sobreveste, y mezclado con los vencedores, el dia siguiente sin ser conocido se puso en salvo. Los Borgoñones á los cuales se dió la primera carga, casi todos quedaron en el campo: peleaban entre los primeros, y conforme á su costumbre tienen por cosa muy fea volver el pié atrás. De los demás muchos fueron presos, y entre ellos el conde de Pallas, principal atizador de toda esta guerra. Dióse esta batalla postrero dia de febrero del año 1465. La victoria fue tanto mas alegre que de los aragoneses pocos quedaron heridos, ninguno muerto. Don Pedro de Portugal se volvió á Manresa; Beltran Armendario sin embargo fortificó con gente el lugar de Cervera, en que metió parte del ejército, bien que desbaratado, no con menor ánimo que si ganara la victoria.

De allí pasó la fuerza de la guerra á la comarca de Ampurias, en que llevaban siempre lo mejor los aragoneses, y los portugueses lo peor. Parecia que todas las cosas eran fáciles á los vencedores, tanto mas que los alborotos de Navarra estaban casi acabados, y los biamonteses reducidos á la obediencia del rey con el perdon que otorgó á don Luis y á don Carlos hijos de don Luis ya difunto conde de Lerin y condestable de Navarra, y juntamente les fueron restituidos sus bienes, cargos y dignidades que solian tener: lo mismo se hizo con don Juan de Biamonte hermano del dicho condestable, prior que era de San Juan de Navarra. Declararon otrosí por herederos de aquel reino á Gaston conde de Fox y doña Leonor su mujer, que ya se intitulaban príncipes de Viana.

Ismael rey de Granada gozaba de tiempo atrás de una paz muy sosegada, cuando le sobrevino la muerte á siete de abril, que fue domingo, año de los árabes ochocientos y sesenta y nueve á diez dias del mes de xavan. Sucedióle Albohacen su hijo, varon de grande ánimo y de grande esfuerzo en las armas. Tuvo este rey dos mujeres, la una mora de nacion, cuyo hijo fue Boabdil que adelante se llamó el rey Chiquito, la otra era cristiana renegada, por nombre Zoroyra della tuvo dos hijos llamados el uno Cado y el otro Nacre, los cuales en tiempo del rey don Fernando el Católico, cuando se ganó Granada, se volvieron cristianos: el mayor se llamó don Fernando y el menor don Juan; su madre al tanto movida del ejemplo de sus hijos se redujo á nuestra fe, y se llamó doña Isabel. En tiempo deste rey Albohacen hobo por algun tiempo paz con los moros: por frontero á la parte de Jaen estaba Iranzu el condestable, por la parte de Ecija don Martin de Córdova.

Por el mismo tiempo don Fernando rey de Nápoles vencidos y desbaratados sus enemigos así los de dentro como los de fuera, afirmaba su imperio en Italia. Despues que en una batalla muy señalada que se dió cerca de Sarno en tierra de Labor, quedó vencido, se rehizo de fuerzas, y ayudado de nuevos socorros del papa y duque de Milan, y de Scanderberchio (como arriba queda dicho) el año siguiente despues que perdió aquella jornada, humilló al enemigo que soberbio quedaba, en una batalla que le ganó cerca de Troya ciudad de la Pulla. No paró hasta tanto que forzó á Juan duque de Lorena á retirarse á la isla de Ischia, de donde sosegadas las alteraciones de los Barones y apaciguada la provincia, perdida toda esperanza, fue forzado con poca honra á dar la vuelta

á Francia : era este príncipe igual en esfuerzo á sus antepasados, y dejó gran fama de su mucha bondad; la fortuna y el cielo no le fueron mas que á ellos favorables.

Desta manera el rey don Fernando, puesto fin á la guerra de los barones de Nápoles, que fue muy dudosa y muy larga, entró en Nápoles como en triunfo de sus enemigos á catorce del mes de setiembre: grande magnificencia y aparato, concurso del pueblo y de los nobles estraordinario, que le honraron á porfía con todas sus fuerzas, regocijos y alegrías que se hicieron muy grandes. La reina doña Isabel su mujer como quier que atribuia la victoria á Dios y á los santos, visitaba las iglesias con sus hijos pequeños que llevaba delante de sí, arrodillábase delante los altares, cumplia sus votos, hacia sus plegarias: hembra que era muy señalada en religion y bondad, y que merecia gozar de mas larga vida para que el fruto de la victoria fuera mas colmado. Todo lo atajó la muerte : falleció casi al mismo tiempo que el reino quedaba apaciguado.

El rey don Fernando su marido, fundada la paz y ordenadas las demás cosas á su voluntad, tuvo el reino mas de treinta años. Emprendió en lo de adelante y acabó muchas guerras felizmente en ayuda de sus amigos y confederados. Fuera desto á los turcos, que se apoderaron pasados algunos años de Otranto y de buena parte de aquella comarca, desbarató y echó de Italia por su mandado don Alonso su hijo duque de Calabria : en conclusion si este rey en el tiempo de la paz continuara las virtudes con que alcanzó y se mantuvo en el reino, como fue tenido por muy dichoso, así se pudiera contar entre los buenos príncipes y en virtud señalados; mas hay pocos que en la prosperidad y abundancia no se dejen vencer de sus pasiones, y sepan con la razon enfrenar la libertad.

CAPITULO IX.

Que el infante don Alonso fue alzado por rey de Castilla.

No sosegaron las alteraciones de Castilla por quedar el infante don Alonso en poder de los grandes, antes fue para mayor daño lo que se pensó seria para remediar los males : como fueron los intentos y consejos errados, así tuvieron los remates no buenos. El rey de Cabezon, cerca de donde fue la junta y la habla que tuvo con don Juan Pacheco, se partió para el reino de Toledo; los grandes se fueron á Plasencia. El maestre de Calatrava don Pedro Giron, que en Castilla la Vieja era señor de Ureña, se partió para el Andalucía, do tenia tambien la villa de Osuna, con intento de mover los andaluces y persuadilles que tomasen las armas contra su rey. Era el maestre hombre vario, y no de mucha constancia, ni muy firme en la amistad, y que tenia mas cuenta con llevar adelante sus pretensiones y salir con lo que deseaba, que con lo que era honesto y santo. Quitaron el priorado de San Juan á don Juan de Valenzuela, y al obispo de Jaen despojaron de sus bienes y rentas no por otra causa sino porque eran leales al rey : delito que se tiene por muy grave entre los que están alborotados y amotinados. Por toda aquella provincia trató de levantar la gente, en especial de meter en la misma culpa á los señores y nobles : prometia á cada cual conforme á lo que era y á su calidad, cosas muy grandes, con que muchos se alentaron y resolvieron de juntarse con los alborotados, en particular las comunidades y regimientos de Sevilla y de Córdova, y el duque de Medina Sidonia y conde de Arcos y don Alonso de Aguilar.

El rey don Enrique vista la tempestad que se aparejaba y armaba, en Madrid hizo una junta para tratar del remedio. Preguntó á los congregados lo que les parecia se debia hacer, si acudir á las armas, ó pues las cosas no se encaminan como se pensó, si seria bien tornar á mover tratos de paz. Callaron los demás : el arzobispo de Toledo dijo que su parecer era debian procurar que el infante don Alonso volviese á poder del rey, porque quién seria mas á propósito para guardalle como prenda de la paz, y para seguridad del casamiento poco antes concertado, que su mismo hermano, y que poco despues seria su suegro? que si no obedeciesen, en tal caso se podria acudir á las armas y á la fuerza, y castigar la contumacia de los que mas se desmandasen; para lo cual debia la córte con brevedad pasarse á Salamanca, por estar aquella ciudad cerca de donde los conjurados se hallaban, y por esta causa ser muy á propósito para asentar la paz ó hacer la guerra. Parecia á algunos que estas cosas las decia con llaneza : así vinieron los demás en el mismo parecer, sin que ninguno de los que mejor sentian, se atreviese á chistar; todo procedia no por razon y justicia sino por fuerza y violencia.

Envióse pues por una parte embajada á los grandes, y por otra mandaron que las compañías de soldados acudiesen á Salamanca : pasó el rey á Castilla la Vieja y á Salamanca, y con las gentes que llevaba y allí halló, puso cerco sobre Arévalo que se tenia por los alborotados. Desde allí el arzobispo de Toledo quitada la máscara se fué á Avila, ciudad que tenia en su poder; que poco antes le dió el rey así aquella tenencia como la de la Mota de Medina : á Avila acudieron los conjurados, llamados por el arzobispo; asimismo el almirante (como lo tenia acordado) se apoderó de Valladolid, do estos señores pensaban hacer la masa de la gente. Con estas malas nuevas, y por el peligro que corria de mayores males, despertado el rey de su grave sueño, á solas y las rodillas por tierra, las manos tendidas al cielo habló con Dios segun se dice desta manera : «Con humildad, »Señor, Cristo Hijo de Dios, y rey por quien los reyes »reinan, y los imperios se mantienen, imploro tu »ayuda, á ti encomiendo mi estado y mi vida : sola»mente te suplico que el castigo (que confieso ser »menor que mis maldades) me sea á mí en particular »saludable. Dame, Señor, constancia para sufrille, y »haz que la gente en comun no reciba por mi causa »algun grave daño.» Dicho esto, muy de priesa se volvió á Salamanca.

Los alborotados en Avila acordaron de acometer una cosa memorable : tiemblan las carnes en pensar una afrenta tan grande de nuestra nacion, pero bien será se relate para que los reyes por este ejemplo aprendan á gobernar primero á sí mismos, y despues á sus vasallos, y adviertan cuantas sean las fuerzas de la muchedumbre alterada, y que el resplandor del nombre real y su grandeza, mas consiste en el respeto que se le tiene, que en fuerzas : ni el rey (si le miramos de cerca) es otra cosa que un hombre con los deleites flaco : sus arreos y la escarlata de qué sirve sino de cubrir como parche las grandes llagas y graves congojas que le atormentan? si le quitan los criados, tanto mas miserable; que con la ociosidad y deleites mas sabe mandar que hacer, ni remediarse en sus necesidades. La cosa pasó desta manera. Fuera de los muros de Avila levantaron un cadalso de madera en que pusieron la estátua del rey don Enrique con su vestidura real y las demás insignias de rey, trono, cetro, corona : juntáronse los señores, acudió una infinidad de pueblo. En esto un pregonero á grandes voces publicó una sentencia que contra él pronunciaban, en que relataron maldades y casos abominables que decian tenia acometidos. Leíase la sentencia, y desnudaban la estátua poco á poco, y á ciertos pasos, de todas las insignias reales : últimamente con grandes baldones le echaron del tablado abajo.

Hízose este auto un miércoles á cinco de junio.

Con esto el infante don Alonso que se halló presente á todo, fue puesto en el cadalso, y levantado en los hombros de los nobles, le pregonaron por rey de Castilla, alzando por él como es de costumbre los estandartes reales. Toda la muchedumbre apellidaba como suele : Castilla, Castilla por el rey don Alonso; que fue meter en el caso todas las prendas posibles y jugar á resto abierto. Como se divulgase tan grande resolucion, no fueron todos de un parecer : unos alababan aquel hecho, los mas le reprendian. Decian, y es así, que los reyes nunca se mudan sin que sucedan grandes daños : que ni en el mundo hay dos soles, ni una provincia puede sufrir dos cabezas que la gobiernen: llegó la disputa á los púlpitos y á las cátedras. Quién pretendia que fuera de herejía, por ningun caso podrian los vasallos deponer al rey; quién iba por camino contrario. Hizo el nuevo rey mercedes asaz de lo que poco le costaba, en particular á Gutierre de Solís por contemplacion del maestre de Alcántara su hermano, dió la ciudad de Coria con título de conde.



Mujer de Toledo.

Las ciudades de Burgos y de Toledo aprobaron sin dilacion lo que hicieron los grandes; al contrario no pocos señores comenzaron á mostrarse con mas fervor por el rey don Enrique : teníanle muchos compasion, y parecíales muy mal á todos que le hobiesen afrentado por tal manera; pensaban otrosí que en lo de adelante daria mejor órden en sus costumbres y eso mismo en el gobierno. Don García de Toledo conde de Alba, ya reconciliado con el rey, acudió luego con quinientas lanzas y mil de á pié. La reina y la infanta doña Isabel fueron enviados al rey de Portugal para alcanzar por su medio le enviase gentes de socorro. Habláronle en la ciudad de la Guardia á la raya de Portugal; pero fuera del buen acogimiento que les hizo, y buenas palabras que les dió, no alcanzaron cosa alguna. Las gentes de los señores acudieron á Valladolid, las del rey á Toro, mas en número que fuertes.

Los rebeldes muy obstinados en su propósito cargaron sobre Peñaflor: defendiéronse los de dentro animosamente; que fue causa de que tomada la villa, le allanasen los muros: querian con este rigor espantar á los demás. Acudieron á Simancas : el rey para su defensa despachó al capitan Juan Fernandez Galindo desde Toro con tres mil caballos. Con su llegada cobraron los cercados tanto brio y pasaron tan adelante que como por escarnio y en menosprecio de los contrarios los mochileros se atrevieron á pronunciar sentencia contra el arzobispo de Toledo, y arrastrar por las calles su estátua, que últimamente quemaron : pequeño alivio de la afrenta hecha al rey en Avila, y satisfaccion muy desigual así por la calidad de los que hicieron la befa, como del á quien se hacia. Alzaron los conjurados el cerco por la resistencia que hallaron, especial que se sabia haberse juntado en Toro un grueso ejército de gentes que acudian al rey de todas partes, hasta ochenta mil de á pié, y catorce mil de á caballo.

Con estas gentes marcharon la vuelta de Simancas: en el camino cerca de Tordesillas fue en una escaramuza y encuentro herido y preso el capitan Juan Carrillo que seguia la parte de los grandes. Ya que estaba para espirar, llamó al rey y le avisó de cierto tratado para matalle : declaróle otrosí en particular y en secreto los nombres de los conjurados; mas el rey don Enrique los encubrió con perpetuo silencio por sospechar, como se puede creer, que aquel capitan aunque á punto de muerte, fingia aquel aviso ó por odio que tenia contra los que nombraba, ó para congraciarse con el mismo rey. Llegó pues á poner sus reales junto á Valladolid : no pudo ganar aquella villa por estar fortificada con muchos soldados, demás que en la gente del rey se veia poca gana de pelear, y á ejemplo del que los gobernaba, una increible y vergonzosa flojedad y descuido.

Tornaron en aquel campo á mover tratos de concierto: acordaron de nuevo de hablarse el rey don Enrique y el marqués de Villena. Fue mucho lo que se prometió, ninguna cosa se cumplió: solamente persuadieron al rey que pues sus tesoros no eran bastantes para tan grandes gastos, deshiciese el campo; que en breve el infante don Alonso, dejado el nombre de rey, con los demás grandes se reduciria á su servicio. Desta manera derramaron los soldados por ambas partes; y á los grandes que estaban con el rey, aunque no sirvieron, ó poco, se dieron en Medina del Campo premios muy grandes. Particularmente á don Pedro Gonzalez de Mendoza obispo de Calahorra hizo el rey merced de las tercias de Guadalajara y toda su tierra: al marqués de Santillana su hermano dió la villa de Santander en las Asturias, al conde de Medinaceli dió á Agreda, al de Alba el Carpio, al de Trastamara la ciudad de Astorga en Galicia con nombre de marqués, sin otras muchas mercedes que á la misma sazon se hicieron á otros señores y caballeros.

Los alborotados se partieron para Arévalo: con su ida Valladolid volvió al servicio del rey. Tenian al infante don Alonso como preso, y porque trataba de pasarse á su hermano, le amenazaron de matalle: miserable condicion de su reinado! dél estaban apoderados sus súbditos, y él en lugar de mandar forzado á obedecellos. Con todo se tornó á tratar de hacer paces: prometian los alterados que si la infanta doña Isabel casase con el maestre de Calatrava, se rendirian así el maestre con su hermano el de Villena, en cuyas manos y voluntad estaba la guerra y la paz. Daba este consejo el arzobispo de Sevilla don Alonso de Fonseca. El rey vino en ello, y con esta

determinacion despidieron de la córte al duque de Alburquerque y al obispo de Calahorra por ser muy contrarios al dicho maestre, que para el dicho efecto hicieron llamar.

La infanta sentia esta resolucion lo que se puede pensar: su pesadumbre grande, sus lágrimas contínuas: consideraba y temia una cosa tan indigna. Su camarera mayor llamada doña Beatriz de Bovadilla con la mucha privanza que con ella tenia, le preguntó cual fuese la causa de tantas lágrimas y sollozos. «No veis (dice ella) mi desventura tan grande; que »siendo hija y nieta de reyes, criada con esperanza »de suerte mas alta y aventajada, al presente (ver»güenza es decillo) me pretenden casar con un »hombre de prendas en mi comparacion tan bajas? »ó grande afrenta y deshonra! no me deja el dolor »pasar adelante. No permitirá Dios, señora, tan »grande maldad (respondió doña Beatriz) no en mi »vida, no lo sufriré. Con este puñal (que le mostró »desenvainado) luego que llegare, os juro y aseguro »de quitalle la vida cuando esté mas descuidado.» Doncella de ánimo varonil! mejor lo hizo Dios.

Desde su villa de Almagro se apresuraba el maestre para efectuar aquel casamiento cuando en el camino súbitamente adolesció de una enfermedad que le acabó en Villarrubia por principio del año de nuestra salvacion de 1466: su cuerpo sepultaron en Calatrava en capilla particular. Díjose vulgarmente que las plegarias muy devotas de la infanta, que aborrecia este casamiento, alcanzaron de Dios que por este medio la librase: estábale aparejado del cielo casamiento mas aventajado y muy mayores estados. En los bienes y dignidades del difunto sucedieron dos hijos suyos: don Alonso Tellez Giron el mayor conforme al testamento de su padre quedó por conde de Ureña; don Rodrigo Tellez Giron el segundo hobo el maestrazgo de Calatrava por bula del papa que para ello tenia alcanzada; sin estos tuvo otro tercer hijo llamado don Juan Pacheco, todos habidos fuera de matrimonio. Poco antes de la muerte del maestre se vió en tierra de Jaen tanta muchedumbre de langostas que quitaba el sol: los hombres atemorizados, cada uno tomaba estas cosas y señales como se le antojaba conforme á la costumbre que ordinariamente tienen de hacer en casos semejantes pronósticos diferentes, movidos unos por la esperiencia de casos semejantes, otros por liviandad mas que por razones que para ello haya.

En este tiempo Rodrigo Sanchez de Arévalo Castellano que era en Roma del castillo de Santangel, escribia en latin una historia de España mas pia que elegante, que se llama Palentina, por su autor que fue adelante obispo de Palencia. Dióle aquella iglesia á instancia del rey don Enrique, al cual intituló aquella historia, el pontífice Paulo Segundo, con quien puesto que era español, el dicho Rodrigo Sanchez tuvo mucho trato y familiaridad.

CAPITULO X.

De la batalla de Olmedo.

Muy revueltas andaban las cosas en Castilla, y todo estaba muy confuso y alterado: no la modestia y la razon prevalecian, sino la soberbia y antojo lo mandaban todo; veíanse robos, agravios y muertes sin temor alguno del castigo, por estar muy enflaquecida la autoridad y fuerza de los magistrados. Forzadas por esto las ciudades y pueblos se hermanaron para efecto que las insolencias y maldades fuesen castigadas: á las hermandades (con consentimiento y autoridad del rey) se pusieron muy buenas leyes para que no usasen mal del poder que se les daba y se estragasen. Comunmente la gente avisada temia no se volviese á perder España, y los males antiguos se renovasen por estar cerca de los moros de Africa, como en tiempo del rey don Rodrigo aconteció. La ocasion no era menor que entonces, ni menos el peligro á causa de la grande discordia que reinaba en el pueblo, y la deshonestidad y cobardía de la gente principal. Pasaron en esto tan adelante que vulgarmente llamaban por baldon al arzobispo de Toledo don Oppas; en que daban á entender le era semejable, y que seria causa á su patria de otro tal estrago cual acarreó aquel prelado.

Estas discordias dieron avilenteza al conde de Fox, que con las armas pretendia apoderarse del reino de Navarra como dote de su mujer, y que se le hacia de mal aguardar hasta que su suegro muriese. Conforme al comun vicio y falta natural de los hombres hacia él lo que en su cuñado culpaba, el príncipe don Carlos; y aun pasaba adelante con su pensamiento, ca queria hacer guerra á Castilla y forzar al rey don Enrique le entregase los pueblos de Navarra en que tenia puestas guarniciones castellanas. De primera entrada se apoderó de la ciudad de Calahorra y puso cerco sobre Alfaro. Para acudir á este daño despachó el de Castilla á Diego Enriquez del Castillo su capellan y su coronista, cuya crónica anda de los hechos deste rey. Llegado acometió con buenas razones á reportar al conde; mas como por bien no acabase cosa alguna, juntadas que hobo arrebatadamente las gentes que pudo, le forzó á que alzado el cerco de priesa, se volviese y retirase: asimismo la ciudad de Calahorra volvió á la obediencia del rey, ca los ciudadanos echaron della la guarnicion que el de Fox allí dejó. Desta manera pasaban las cosas de Navarra con poco sosiego.

En Cataluña se mejoraba notablemente el partido aragonés: los contrarios en diversas partes y encuentros fueron vencidos, y muchos pueblos se recobraron por todo aquel estado. Lo que hacia mas al caso, don Pedro el competidor yendo de Manresa á Barcelona, falleció de su enfermedad en Granolla un domingo á veinte y nueve de junio: su cuerpo enterraron en Barcelona en Nuestra Señora de la Mar con solemne enterramiento y exequías. El pueblo tuvo entendido que le mataron con yerbas, cosa muy usada en aquellos tiempos para quitar la vida á los príncipes: yo mas sospecho que le vino su fin por tener el cuerpo quebrantado con los trabajos, y el ánimo aquejado con los cuidados y penas que le acarreó aquella desgraciada empresa. Este fue solo el fruto que sacó de aquel principado que le dieron, y él aceptó poco acertadamente, como lo daba á entender un alcotan con su capirote que traia pintado como divisa en su escudo y blason en sus armas, y debajo estas palabras: molestia por alegria. Dejó en su testamento á don Juan príncipe de Portugal su sobrino hijo de su hermana aquel condado en que tan poca parte tenia; además que los aragoneses con la ocasion de faltar á los catalanes cabeza se apoderaron de la ciudad de Tortosa y de otros pueblos.

Para remedio deste daño los catalanes en una gran junta que tuvieron en Barcelona, nombraron por rey á Renato duque de Anjou, perpétuo enemigo del nombre aragonés; resolucion en que siguieron mas la ira y pasion que el consejo y la razon: á la verdad poca ayuda podian esperar de Portugal; y llamado el duque de Anjou, era caso forzoso que los socorros de Francia desamparasen al rey de Aragon, y por andar el conde de Fox alterado en Navarra entendian no tendria fuerzas bastantes para la una y la otra guerra. Por el contrario por miedo desta tempestad el rey de Aragon, convidó al duque de Saboya y á Galeazo en lugar de su padre Francisco Esforcia, ya difunto, duque de Milan para que se aliasen con él. Representábales que Renato con aquel nuevo principado que se le juntaba, si no se proveia, era de temer se quisiese aprovechar de Saboya que cerca le

caia, y de los milaneses por la memoria de los debates pasados.

Acometió asimismo á valerse por una parte de los ingleses, por otra al principio del año de nuestra salvacion de 1467 envió á Pedro Peralta su condestable á Castilla para que procurase atraer á su partido, y hacer asiento con los señores confederados y conjurados contra su rey. Y para mejor espedicion le dió comision de concertar dos casamientos de sus hijos doña Juana y don Fernando con el infante don Alonso hermano del rey don Enrique, y con doña Beatriz hija del marqués de Villena: tan grande era la autoridad de aquel caballero poco antes particular; que pretendia ya segunda vez mezclar su sangre y emparentar con casa real: ayudábale para ello el arzobispo de Toledo, clara muestra de la grande flaqueza y poquedad del rey don Enrique; verdad es que ninguno destos casamientos tuvo efecto.

Al infante don Alonso asimismo poco antes le sacaron de poder del arzobispo de Toledo con esta ocasion: el conde de Benavente don Rodrigo Alonso Pimentel, reconciliado que se hobo con el rey don Enrique, alcanzó dél le hiciese merced de la villa de Portillo, de que en aquella revuelta de tiempos estaba ya él apoderado: deseaba servir este beneficio y merced con alguna hazaña señalada. El infante don Alonso y el arzobispo de Toledo, donde algun tiempo estuvieron; pasaban á Castilla la Vieja. Hospedólos el conde en aquel pueblo: el aposento del infante se hizo en el castillo, á los demás dieron posadas en la villa. Como el dia siguiente tratasen de seguir su camino, dijo no daria lugar para que el infante estuviese mas en poder del arzobispo. Usar de fuerza no era posible por el pequeño acompañamiento que llevaban, y ningunos tiros ni ingenios de batir: sujetáronse á la necesidad.

El rey don Enrique alegre por esta nueva en pago deste servicio le dió intencion de dalle el maestrazgo de Santiago que el rey tenia en administracion por el infante su hermano: merced grande, pero que no surtió efecto por la astucia del marqués de Villena, con quien el de Benavente comunicó este negocio y puridad. Pensaba por estar casado con hija del marqués que no le pondria ningun impedimento: engañóle su pensamiento, ca el marqués quiso mas aquella dignidad y rentas para sí que para su yerno; y no hay leyes de parentesco que basten para reprimir el corazon ambicioso. De aquí resultaron entre aquellos dos señores odios inmortales, y asechanzas que el uno al otro se pusieron. El marqués era mañoso: hizo tanto con el conde que restituyó el infante don Alonso á los parciales; con esto la esperanza de la paz se perdió, y volvieron á las armas.

El rey don Enrique sintió mucho esto por ser muy deseoso de la paz, en tanto grado que sin tener cuenta con su autoridad de nuevo tornó á tener habla con el marqués de Villena primero en Coca villa de Castilla la Vieja, y despues en Madrid; y aun para mayor seguridad del marqués puso aquella villa como en tercería en poder del arzobispo de Sevilla. No fueron de efecto alguno estas diligencias, dado que doña Leonor Pimentel mujer del conde de Plasencia acudió allí, llamada de consentimiento de las partes por ser hembra de grande ánimo, y muy aficionada al servicio del rey; por este respeto juzgaban seria á propósito para reducir á su marido y á los demás alterados, y concertar los debates. Tenia el marqués de Villena mas maña para valerse, que el rey don Enrique recatado para guardarse de sus trazas. Concertaron nueva habla para la ciudad de Plasencia. Los grandes que andaban en compañía del rey llevaban mal estos tratos: temian algun engaño, y decian no era de sufrir que aquel hombre astuto se burlase tantas veces de la magestad real.

De Madrid pasó el rey á Segovia al principio del estío, los rebeldes se apoderaron de Olmedo: entrególes aquella villa Pedro de Silva capitan de la guarnicion que allí tenia. La Mota de Medina se tenia por el arzobispo de Toledo: los moradores de aquella villa por el mismo caso eran molestados, y corria peligro de que los señores no se apoderasen della. El rey don Enrique, movido por el un desacato y por el otro, mandó hacer grandes levas de gente: llamó en particular á los grandes; acudió el conde de Medinaceli, el obispo de Calahorra y el duque de Alburquerque don Beltran, que hasta entonces estuvo fuera de la córte. Asimismo Pero Hernandez de Velasco, alcanzado perdon de su yerro pasado, fue enviado por su padre con setecientos de á caballo, y un fuerte escuadron de gente de á pié. Por este servicio alcanzó se le hiciese merced de los diezmos del mar: así se dice comunmente, y es cierto que se los dió. Era tanto el miedo del rey, y el deseo que tenia de ganar á los grandes, que para asegurar en su servicio al marqués de Santillana puso en su poder á su hija la princesa doña Juana, y así la llevaron á su villa de Buitrago: grande mengua. Todos los grandes vendian lo mas caro que podian su servicio á aquel príncipe cobarde: persuadíanse que con aquello se quedarian que alcanzasen y apañasen en aquellas revueltas.

Despues que el rey tuvo junto un buen ejército, enderezó su camino la vuelta de Medina: llegó por sus jornadas á Olmedo; los conjurados con intento de impedir el paso á la gente del rey salieron de aquella villa puestos en ordenanza. El rey don Enrique deseaba escusar la batalla: su autoridad era tan poca y los suyos tan deseosos de pelear que no les pudo ir á la mano: la batalla, que fue una de las mas señaladas de aquel tiempo, se dió á veinte de agosto dia de San Bernardo. Encontráronse los dos ejércitos, pelearon por grande espacio, y despartiéronse sin que la victoria del todo se declarase, dado que cada cual de las dos partes pretendia ser suya: la escuridad de la noche hizo que se retirasen. Los parciales se volvieron á Olmedo con el infante don Alonso: las gentes del rey que eran dos mil infantes, y mil y setecientos caballos, prosiguieron su camino y pasaron á Medina del Campo.

El rey don Enrique no se halló en la batalla: Pedro Peralta le aconsejó, ya que estaban para cerrar las haces, se saliese del peligro: algunos cuidaron fue engaño y trato doble á causa que de secreto favorecia á los conjurados, á los cuales habia venido por embajador; en particular era amigo del arzobispo de Toledo, á cuyo hijo llamado Troilo dió poco antes por mujer á doña Juana su hija y heredera de su estado. Tampoco se halló presente el marqués de Villena por estar embarazado en el reino de Toledo á causa de la junta y capítulo que tenian los Treces de Santiago, que por el mismo tiempo le nombraron por maestre de aquella órden; debió ser con beneplácito del rey: tal fue su diligencia, su autoridad y su maña. Con esto él creció grandemente en poder, y el recelo y temor de los demás grandes, pues con ser él el principal autor de toda aquella tragedia, al tiempo que otro fuera castigado, de nuevo acumulaba nuevas dignidades y juntaba mayores riquezas.

En Navarra tenia el gobierno por su padre doña Leonor condesa de Fox en el tiempo que por diligencia de don Nicolás Echavarri obispo de Pamplona recobraron los navarros á Viana, que hasta entonces quedó en poder de castellanos. Un hijo desta señora llamado Gaston como su padre, de madama Madalena su mujer hermana que era de Luis rey de Francia, hobo á esta sazon un hijo llamado Francisco, al cual por su grande hermosura le dieron sobrenombre de Phebo: otra hija del mismo, que se llamó doña Catalina, por muerte de su hermano juntó por casamiento el reino de Navarra con el estado de Labrit,

que era una nobilísima casa y linaje de Francia, como se declara en su lugar.

Hacia de ordinario su residencia el rey de Aragon en Tarragona para proveer desde allí á la guerra de Cataluña; y dado que era de grande edad, y tenia perdida la vista de ambos ojos, todavía el espíritu era muy vivo y el brio grande. En aquella ciudad concertó de casar una hija suya bastarda llamada doña Leonor con don Luis de Biamonte conde de Lerin: desposólos á veinte y dos de enero del año 1468 don Pedro de Urrea arzobispo de aquella ciudad, y patriarca de Alejandría. Señaláronle en dote quince mil florines, todo á propósito de ganar aquella familia poderosa y rica en el reino de Navarra: buen medio, si la deslealtad se dejase vencer con algunos beneficios.

Hacíanse las córtes de Aragon en la ciudad de Zaragoza: presidia en ellas la reina en lugar de su marido; allí de enfermedad que le sobrevino, falleció á trece de febrero (1) con grande y largo sentimiento del rey. Doliase que siendo él viejo, y su hijo de poca edad, les hobiese faltado el reparo de una hembra tan señalada. A la verdad ella era de grande y constante ánimo, no menos bastante para las cosas de la guerra que para las del gobierno. Poco antes de su muerte tuvo habla con doña Leonor su antenada condesa de Fox en Ejea á la raya de Aragon, do pusieron alianza en que espresaron que los mismos tuviesen las dos por amigos y por enemigos: palabras de ánimo varonil; y mas de soldados que de mujeres; su cuerpo fue sepultado en Poblete. De sola una cosa la tachan comunmente, que fue la muerte del príncipe don Carlos su antenado: así lo hablaba el vulgo. Añaden que la memoria deste caso la aquejó mucho á la hora de su muerte, sin que ninguna cosa fuese bastante para aseguralla y sosegar su conciencia muy alterada: las revoluciones y parcialidades dan lugar á hablillas y patrañas.

CAPITULO XI.

Como falleció el infante don Alonso.

Llegó la fama de las alteraciones de Castilla Roma; en especial el rey don Enrique por sus cartas hacia instancia con el pontífice Paulo Segundo para que privase á los obispos sediciosos de sus dignidades, y pusiese pena de descomunion á los grandes, si no sosegaban en su servicio. Por esta causa Antonio Venerio obispo de Leon enviado á Castilla por Nuncio con poderes bastantes, despues de la batalla de Olmedo en que se halló presente, primero fue á hablar al rey don Enrique en Medina del Campo teniendo en esto consideracion á su autoridad real; despues como procurase hablar con los conjurados, apenas pudo alcanzar que para ello le diesen lugar, antes le despidieron primera y segunda vez con palabras afrentosas, y pusieran en él las manos sino fuera por tener respeto á su dignidad. Como amenazase de descomulgallos, respondieron que no pertenecia al pontífice entremeterse en las cosas del reino. Juntamente interpusieron apelacion de aquella descomunion para el concilio próximo: condicion muy propia de ánimos endurecidos y obstinados en la maldad, que siempre se adelanta en el mal hasta despeñarse, y quiera remediar un daño con otro mayor sin moverse por algun escrúpulo de conciencia.

Sucedió un nuevo inconveniente para el rey que mucho le alteró, y fue que don Juan Arias obispo de Segovia por satisfacerse de la prision que se hizo en la persona de Pedro Arias su hermano contador mayor sin alguna culpa suya, por engaño del arzobispo de Sevilla olvidado de las mercedes recebidas y que su hermano ya estaba puesto en libertad, se determinó entregar aquella ciudad de Segovia á los parciales. Ayudáronle para ello Prejano su vicario, y Mesa prior de San Gerónimo con quien se comunicó. Es aquella ciudad fuerte y grande puesta sobre los montes con que Castilla la Vieja parte término con la Nueva, que es el reino de Toledo. Acudieron todos los grandes como tenian concertado. Fue tan grande el sobresalto, que la reina que allí se halló, y la duquesa de Alburquerque, apenas pudieron alcanzar les diesen entrada en el castillo á causa que Pedro Munzares el alcaide de secreto era tambien uno de los parciales. La infanta doña Isabel como sabidora de aquella revuelta y trato se quedó en el palacio real, y tomada la ciudad, se fue para el infante don Alonso su hermano con intento de seguir su partido.

Estas nuevas y fama llegaron presto á Medina del Campo, do el rey don Enrique se hallaba, con que recibió mas pena que de cosa en toda su vida, por haber perdido aquella ciudad, ca le tenia como por su patria, y en ella sus tesoros y los instrumentos y aparejos de sus deportes. Desde este tiempo por hallarse no menos falto de consejo que de socorro, comenzó á andar como fuera de sí: no hacia confianza de nadie: recelábase igualmente de los suyos y de los enemigos, de todos se recataba, y de repente se trocaba en contrarios pareceres; ya le parecia bien la guerra, poco despues queria mover tratos de paz: cosa que por su natural descuido y flojedad siempre prevalecia. Señaló la villa de Coca para tener habla de nuevo con el marqués de Villena magüer que los suyos se lo disuadian, y como no fuesen oidos, los mas le desampararon: en Coca no se efectuó cosa alguna; pareció se tornasen á ver en el castillo de Segovia: allí se hizo concierto con estas capitulaciones, que no fue mas firme y durable que los pasados, las condiciones eran: El castillo de Segovia se entregue al infante don Alonso (2): el rey don Enrique tenga libertad de sacar los tesoros que allí están, mas que se guarden en el alcázar de Madrid, y por alcaide Pedro Munzares: la reina para seguridad que se cumplirá esto, esté en poder del arzobispo de Sevilla: cumplidas estas cosas, dentro de seis meses próximos los grandes restituyan al rey el gobierno y se pongan en sus manos.

Vergonzosas condiciones, y miserable estado del reino: cuan torpe cosa que los vasallos para allanarse pusiesen leyes á su príncipe, y tantas veces hiciesen burla de su magestad! la mayor afrenta de todas fue que la reina en el castillo de Alahejos, do la hizó llevar el arzobispo conforme á lo concertado, puso los ojos en un cierto mancebo, y con la conversacion que tuvieron, se hizo preñada; que fue grave maldad y deshonra de toda España, y ocasion muy bastante para que el poco crédito que se tenia de su honestidad, pasase muy adelante, y la causa de los rebeldes ya pareciese mejor que antes. El rey cercado de trabajos y menguas tan grandes, desamparado casi de todos, y como fuera de sí, andaba por diversas partes casi como particular, acompañado de solos diez de á caballo. Acordó por postrer remedio de hacer prueba de la lealtad del conde de Plasencia, y entrarse por sus puertas y ponerse en sus manos. Fue allí muy bien recebido, y entretúvose en el alcázar de aquella ciudad por espacio de cuatro meses. En este tiempo por muerte del cardenal Juan de Mela, que despues de don Pedro Lujen tuvo encomendada la iglesia de Sigüenza, aquel obispado se dió á don Pedro Gonzalez de Mendoza sin embargo que don Pedro Lopez dean de Sigüenza desde los años pasados, como elegido por votos del cabildo, pretendia y traia pleito contra el dicho cardenal Mela.

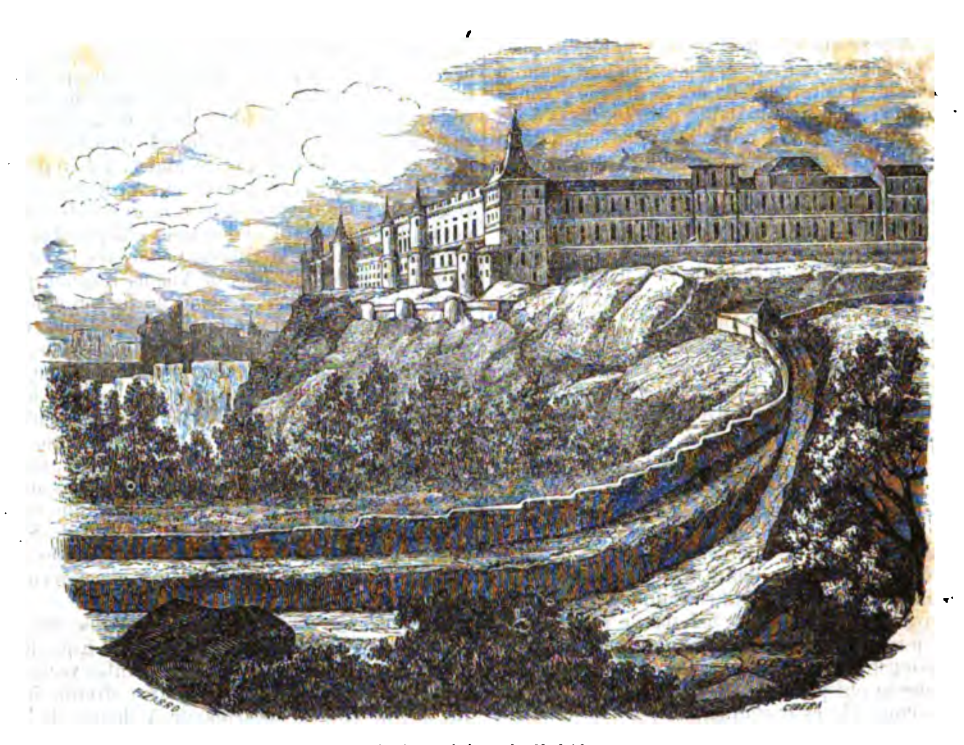
Envió el papa un nuevo nuncio para convidar á los

(1) Zurita dice que falleció en Tarragona.

(2) Se entregó al marqués de Villena.

grandes que se redujesen al servicio de su rey, y porque no obedecian, últimamente los descomulgó. No se espantaron ellos por esto ni se emendaron, bien que lo sintieron mucho, tanto que enviaron á Roma sus embajadores; mas no les fue dado lugar para hablar con el pontífice, ni aun para entrar en la ciudad antes que hiciesen juramento de no dar título de rey al infante don Alonso. Ultimamente en consistorio el papa con palabras muy graves los reprendió y amonestó que avisasen en su nombre á los rebeldes procederia con todo rigor contra ellos, si no se emendaban: que semejantes atrevimientos no pasarian sin castigo; si los hombres se descuidasen, debian temer la venganza de Dios. Añadió que sentia mucho que aquel príncipe mozo por pecados ajenos seria castigado con muerte antes de tiempo: no fue vana esta profecía, ni falsa.

Con esta demostracion del pontífice las cosas del rey don Enrique se mejoraron algun tanto; en especial que por el mismo tiempo se redujo á su obediencia la ciudad de Toledo en esta ocasion. Era Pero Lopez de Ayala alcalde de aquella ciudad: su cuñado fray Pedro de Silva de la órden de Santo Domingo, obispo de Badajoz, á la sazon estaba en Toledo; el cual comunicado su intento con doña María de Silva su hermana mujer del alcalde, dió al rey aviso de lo que pensaba hacer, que era entregalle la ciudad. Acudió él sin dilacion, y en dos dias llegó desde Plasencia á Toledo para prevenir con su presteza no hiciese el pueblo alguna alteracion: entró muy de noche, hospedóse en el monasterio de los dominicos que está en medio y en lo mas alto de la ciudad. Luego que se supo su llegada, tocaron al arma con una campana: acudió el pueblo alborotado. Pero Lopez



Antiguo alcázar de Madrid.

de Ayala, como supo lo que pasaba, pretendia que el rey don Enrique no saliese en público, ni se pasase adelante en aquella traza: alegaba que le perderian el respeto; así pasada la media noche, cuando el alboroto estaba sosegado, se salió de la ciudad.

Partióse el rey muy triste y en su compañía Perafan de Ribera hijo de Pelayo de Ribera y dos hijos de Pero Lopez de Ayala, Pedro y Alonso. Al salir de la ciudad reconoció el rey el cansancio de su caballo, que habia caminado aquel dia diez y ocho leguas: pidió á uno de los que le acompañaban, le diese el suyo; no quiso. Vista esta cortedad los dos hijos de Pero Lopez de Ayala á priesa se arrojaron de sus caballos, y de rodillas suplicaron al rey se sirviese dellos, del uno para su persona, del otro para su paje de lanza: el rey los tomó y partió de la ciudad acompañándole á pié aquellos caballeros que le dieron los caballos. Llegados á Olías, hizo el rey merced á Pero Lopez de Ayala de setenta mil maravedis de juro perpétuo cada un año: el obispo asimismo fue forzado á dejar la ciudad. Todo lo cual se trocó en breve: los ruegos, importunaciones y lágrimas de su mujer pudieron tanto con el alcalde, que arrepentido de lo hecho, dentro de cuatro dias tornó á llamar al rey: volvió pues, y halló las cosas en mejor estado que pensaba; solo por la instancia que hizo el pueblo y por su importunidad les confirmó sus antiguos privilegios y les otorgó otros de nuevo. A Pero Lopez de Ayala en remuneracion de aquel servicio dió título de conde de Fuensalida, y de nuevo le encomendó el gobierno de aquella ciudad; con que el rey se partió para Madrid. Allí hizo prender al alcaide Pedro Munzares por no estar enterado de su lealtad: contentóse de quitalle la alcaidía, y con tanto poco despues le soltó de la prision.

Alteró grandemente la pérdida de Toledo á los parciales, tanto que salieron de Arévalo, do tenian la masa de su gente, con intento de poner cerco á aquella ciudad. Marchaba la gente la vuelta de Avila, cuando un desastre y revés no pensado desbarató sus pensamientos: esto fue que en Cardeñosa, lugar que está en el mismo camino dos leguas de Avila, sobrevino de repente al infante don Alonso una tan grave dolencia que en breve le acabó. Falleció á cin-

en de julio : su cuerpo vuelto á Arévalo le sepultaron en San Francisco : dende los años adelante le trasladaron al monasterio de Miraflores de cartujos de la ciudad de Burgos. De la manera y causa de su muerte hobo pareceres diferentes : unos dijeron que murió de la peste que por aquella comarca andaba muy brava; los mas sentian que le mataron con yerbas en una trucha, y que se vieron desto señales en su cuerpo despues de muerto.

Alonso de Palencia en la historia deste tiempo, y en sus décadas que compuso como coronista del mismo infante, con la libertad que suele, no dudó de contar esto por cierto, hasta señalar por autor de aquella maldad y patricidio al marqués de Villena maestre de Santiago; lo que yo no creo. Porque ¿á qué propósito un señor tan principal habia de mancillar su sangre y casa con hecho tan afrentoso? ó ¿qué ocasion le pudo dar para ello un mozo que apenas era de diez y seis años? Sospecho que las grandes alteraciones y la corrupcion de los tiempos dieron ocasion á que la historia en alabar á unos y murmurar do otros conforme á las aficiones de cada cual ande por este tiempo estragada.

CAPITULO XII.

Que el principe de Aragon don Fernando fue nombrado por rey de Sicilia.

Renato duque de Anjou sin dilacion aceptó el principado que de su voluntad los catalanes le ofrecian. Moviale á aceptar la ambicion sin propósito, enfermedad ordinaria y el deseo que tenia de vengar en España los agravios que los aragoneses le hicieron en Italia. Verdad es que él por su larga edad no pudo ir allá : envió á su hijo llamado Juan, duque que era de Lorena, de quien arriba se dijo fue echa-



Trajes de esta época, sacados de un retablo.

do de Italia para apoderarse de aquel estado : pretendia ayudarse de sus fuerzas y de los socorros de Francia. El rey francés, pospuesta la confederacion que tenia con Aragon asentada, le envió alguna ayuda despues que hobo puesto fin á la guerra civil y muy áspera que tuvo con su hermano el duque de Berri y con Cárlos duque de Borgaña : parte poco adelante le trajo Juan conde de Armeñac, con quien el de Lorena no solo tenia puesta confederacion, sino tambien asentada hermandad para acudirse el uno al otro en las cosas de la guerra.

Con tantas ayudas como tuvo, el de Lorena dió alegre principio á esta empresa : el remate fue diferente. La ciudad de Barcelona luego que vino, le abrió las puertas. Tratóse de la guerra, y acordaron hacer el mayor esfuerzo por la parte de Ampurias. Acudió el rey de Aragon á la defensa, aunque viejo y ciego : cerca de Rosas en un encuentro fue desbaratada cierta banda de aragoneses. La fuerza del ejército francés marchó la vuelta del Girona con intento, si Pedro de Rocaberti que tenia el cargo de la guarnicion, y los demás capitanes saliesen de la ciudad, presentalles la batalla; si se defendiesen dentro de los muros, tenian esperanza con cerco de apoderarse de aquella ciudad fuerte y rica. Sacaron los aragoneses su gente con grande ánimo : hobo algunos encuentros, siempre con mayor daño de los de fuera que de los de dentro : acudió el príncipe don Fernando, metió todas sus gentes dentro de la ciudad; con tanto hizo que se alzase el cerco.

En breve aquella alegria se destempló y trocó en grave pesadumbre : salió don Fernando de la ciudad, y en una batalla que se dió cerca de un pueblo llamado Villademar le desbarató cierta parte del ejército francés, y muertos muchos de los aragoneses, el príncipe se salvó por los piés : quedó preso y en poder de los enemigos Rodrigo Rebolledo capitan de gran nombre, cuya diligencia que hizo, y esfuerzo de que usó en la defensa del príncipe, fue grande. Los primeros ímpetus de los franceses mas fuertes que de varones, con maña y dilacion mas que con fuerza se han de rebatir : tomaron este acuerdo, y por estar cerca el invierno pusieron guarniciones en lugares á propósito, y dejaron á don Alonso de Aragon para que tuviese cuidado de aquella guerra.

Hecho esto, el príncipe don Fernando se partió para Zaragoza, do se tenian córtes á los aragoneses, y se halló presente á la enfermedad de su madre la reina y á su muerte, de que queda hecha mencion. Difunta su madre, y por estár su padre ciego y en

edad de setenta años, fue necesario que las cosas de la paz y de la guerra cargasen sobre los hombros del príncipe don Fernando, que aunque de poca edad, daba grandes muestras de virtudes y de un natural escelente. Era menester que tuviese autoridad para gobernar cosas tan grandes: por esto en aquella ciudad fue nombrado por rey de Sicilia como compañero de su padre en aquella parte. Esto sucedió casi á los mismos dias y tiempo en que el infante don Alonso de Castilla pasó desta vida, como queda dicho. El cielo le aparejaba mayor imperio en Italia y en España, y la gloria de deshacer el reino de los moros de Granada.

Sabida que fue en Zaragoza la muerte del infante don Alonso, luego fue Pedro Peralta con muy bastantes poderes enderezados á los grandes parciales de Castilla para pedilles diesen á la infanta doña Isabel por mujer á don Fernando. Su padre el rey de Aragon se quedó en Zaragoza, y él se volvió á Cataluña á continuar la guerra, que se hacia por mar y por tierra con gran riesgo del partido de Aragon. Lo que mas deseaba el de Lorena, era apoderarse de Girona, por entender, tomada aquella ciudad, en todo lo demás no hallaria resistencia. Con esta resolucion se volvió á Francia para hacer nuevas juntas de gentes, como lo hizo con tanta diligencia que solo en lo de Ruysellon y lo de Cerdania levantó quince mil hombres: fuerzas contra las cuales juntas con las gentes que antes tenia, los aragoneses no eran bastantes, tanto que no pudieron meter en Girona, que de nuevo la tenian cercada y con gran porfía la batian, ni vituallas ni socorros. Verdad es que por el esfuerzo y diligencia de don Juan Melguerite obispo de aquella ciudad y de los otros capitanes que dentro estaban, magüer que el peligro fue grande, la ciudad se defendió.

Entretanto que combatian á Girona, el rey don Fernando volvió sus fuerzas á otra parte, y se apoderó de un pueblo llamado Verga por entrega de los de dentro que le hicieron á diez y siete de setiembre: con esta toma, aunque no de mucha importancia, se comenzaron á mejorar las cosas, mayormente que el rey de Aragon á la misma sazon recobró la vista, cosa de milagro. Fue así que un judío natural de Lérida llamado Abiabar, gran médico y astrólogo, se encargó de la cura, y mirado el aspecto de las estrellas, á once de setiembre con una aguja le derribó la catarata del ojo derecho con que de repente comenzó á ver. Rehusaba el judío volver á probar cosa tan peligrosa como aquella: decia que el aspecto de las estrellas ni era ni seria en mucho tiempo favorable, y que bastaba servirse del un ojo: ¿á que propósito intentar con peligro lo que escedia las fuerzas humanas? Parecia bien lo que decia á los mas prudentes; pero como quier que el rey hiciese instancia á doce de octubre se volvió á la misma cura, con que quedó tambien sano el ojo izquierdo. Esta alegria que por la salud del rey fue como era razon muy grande, se aumentó mucho y en breve por alzarse el cerco de Girona que tenia á todos puestos en mucho miedo. Fue la causa sobrevenir el invierno, y la falta que los enemigos tenian de cosas necesarias: así la prontitud y alegria con que los franceses vinieron, parecia haberse caido, y que cada dia la empresa se hacia mas dificultosa.

En Portugal se desposó el príncipe don Juan, con doña Leonor su prima olvidado del concierto hecho con Castilla de casar con doña Juana. La poca honestidad y poco recato de aquella reina confirmaban mucho la opinion de los que decian que su hija era habida de mala parte. El padre de la desposada doña Leonor, que era don Fernando duque de Viséo, apercebida una armada en que pasó á Africa, ganó allí algunas victorias de los moros, y vuelto á su tierra, de su mujer doña Beatriz hija de don Juan, maestre que fue de Santiago en Portugal, le nació un hijo llamado don Emanuel, que los años adelante por voluntad de Dios vino á heredar el reino de Portugal. Cuentan los portugueses que en su nacimiento se vieron señales en el cielo que pronosticaban la gloria de aquel infante y su magestad, como gente muy aficionada á sus reyes, y que gusta de hallar cualquier camino y motivo para honrallos.

CAPITULO XIII.

Que ofrecieron el reino de Castilla á la infanta doña Isabel.

La muerte del infante don Alonso fue ocasion que muchos se redujesen al servicio del rey don Enrique; pero la paz duró poco, y la guerra que luego resultó, fue larga y grave, con que las fuerzas de España quedaron quebrantadas. La ciudad de Burgos volvió á la obediencia del rey don Enrique á ejemplo de Toledo y á persuasion de Pero Fernandez de Velasco: juntamente en Madrid el arzobispo de Sevilla, el conde de Benavente y otros grandes le hicieron de nuevo sus homenajes. Los parciales por verse de repente despojados de la ayuda y arrimo del mal logrado infante, para tener persona en cuyo nombre ellos reinasen, trajeron á la infanta doña Isabel desde Arévalo á la ciudad de Avila: allí se resolvieron de ofrecelle el nombre de reina y las insignias reales. Tomó el arzobispo de Toledo la mano y cuidado de persuadille aceptase el reino que de derecho y razon decia era suyo: relató por menudo la afrenta de la casa real, la cobardia, el descuido, la deshonestidad, los partos adulterinos, con peligro que los que no debian, heredasen el reino ajeno, las infamias perpétuas de toda la nacion; para cuyo remedio era menester su autoridad, su sombra y su amparo: que no era justo rehusase ponerse á cualquier trabajo y peligro por el bien comun de la patria.

A todo esto respondió ella: «Yo os agradezco mucho esta voluntad y aficion que mostrais á mi servicio, y deseo poder en algun tiempo gratificalla; pero aunque la voluntad es buena, que estos vuestros intentos no agradan á Dios dá bien á entender la muerte de mi hermano mal logrado. Los que desean cosas nuevas y mudanza de estado, ¿qué otra cosa acarrean al mundo sino males mas graves, parcialidades, discordias, guerras? Por los evitar no será mejor disimular cualquier otro daño? Ni la naturaleza de las cosas, ni la razon de mandar sufre que haya dos reyes. Ningun fruto hay temprano y sin sazon que dure mucho: yo deseo que el reino me venga muy tarde para que la vida del rey sea mas larga, y su magestad mas durable. Primero es menester que él sea quitado de los ojos de los hombres que yo acometa á tomar el nombre de reina. Volved pues el reino á don Enrique mi hermano, y con esto restituireis á la patria la paz. Este tendré yo por el mayor servicio que me podeis hacer, y este será el fruto mas colmado y gustoso que desta vuestra aficion podrá resultar.»

Forzó aquella modestia á que no solo aprobasen su determinacion, sino que la alabasen, maravillados todos los que presentes estaban, de la grandeza de su corazon, que menospreciaba lo que por alcanzar otros se meten por el fuego y por las espadas: por el mismo caso la juzgaban por mas digna del nombre real que le ofrecian. Pero era pesada á todos tan larga tempestad de discordias, y así se comenzaron á inclinar á la paz; mayormente que el rey don Enrique por sus embajadores les ofreció perdon si se reducian á su servicio. Con este intento el arzobispo de Sevilla á ruegos de los grandes y por permision del rey fué á Avila: por cuyo medio, é ayudado tambien por su parte de Andrés de Cabrera mayordomo de la casa real, se asentó la paz con es-

tas capitulaciones : la infanta doña Isabel sea declarada y jurada por heredera del reino y por princesa: para su acostamiento le entreguen las ciudades de Avila y Ubeda, las villas de Medina del Campo, Olmedo y Escalona, que son pueblos muy apartados entre sí, con tal condicion que jure de no casarse sin consentimiento del rey : con la reina se hará divorcio con beneplácito del papa : hecho esto, ella y su hija sean enviadas á Portugal : á los conjurados sea dado perdon, y restituidos todos sus bienes y oficios y cargos que en tiempo de las revueltas les quitaron : para que todas estas cosas se efectuasen señalaron tiempo de cuatro meses.

Estas capitulaciones no contentaron al marqués de Santillana y á sus hermanos que por el mismo tiempo eran venidos á Madrid, y juzgaban les era mas á propósito tener en su poder á la pretensa princesa doña Juana, tanto mas que por el mismo tiempo la reina con ayuda de Luis de Mendoza del castillo en que la tenian, se fué una noche á Buitrago á verse y estar con su hija : el sentimiento del arzobispo de Sevilla, que la tenia encomendada, por esta causa fue grande. En el tiempo que estuvo detenida, parió dos hijos (1) á don Fernando y á don Apostol: tiénese por averiguado que secretamente los criaron en Santo Domingo el real monasterio de monjas de Toledo. Tomó la prelada de aquel convento este cuidado por ser parienta de don Pedro padre de aquellas criaturas, y el mismo don Pedro muy cercano deudo del arzobispo de Sevilla.

Sin embargo se señaló el monasterio de Guisando, que está entre Cadalso y Cebreros, y á la mitad del camino que hay desde Madrid á la ciudad de Avila, para que allí los grandes alterados tuviesen habla con el rey. En aquella habla se hicieron muchos conciertos, y sacaron grandes condiciones y partidos : todos se persuadian se quedarian con todo lo que en aquella sazon cada cual alcanzase, y que el rey y su hermana vendrian en cualquier partido por estar muy cansados de la guerra, y deseosos grandemente de la paz. Refieren otrosí que el rey y marqués de Villena tuvieron habla en secreto sin que se sepa lo que en ella acordaron; solo por lo que adelante sucedió, entendieron se enderezó todo á asegurar sus cosas el de Villena y aumentar su casa y estados. El obispo Antonio Venerio nuncio del papa absolvió a los grandes del homenaje hecho al infante don Alonso, demás que pretendian por su muerte, alteradas las cosas, cesar la obligacion que le tenian. Con esto hicieron de nuevo sus homenajes al rey don Enrique; y la infanta doña Isabel de comun consentimiento fue jurada tambien por princesa heredera del reino : lo uno y lo otro se hizo á los diez y nueve de setiembre dia lunes. A los demás conjurados se dió perdon.

El enojo que el rey tenia muy mayor contra los dos hermanos Arias que estaban apoderados de la ciudad de Segovia, ejecutó con aquella ocasion de haber concertado las paces y restituídole las ciudades, en que al momento les quitó el alcázar de Segovia que tenian á su cargo, y el gobierno de aquella ciudad, y le entregó á Andres de Cabrera : ocasion y escalon para alcanzar adelante gran poder y muchas riquezas. Por este tiempo en tierra de Toledo en un lugar que se llama Peromoro, corrió de los haces que ciertos hombres segaban, gran copia de sangre : cosa que al presente causó gran maravilla, y adelante se entendió era anuncio y pronóstico de los grandes males que sobre los pasados avinieron á España.

El marqués de Villena, vuelto á la privanza de antes, se comenzó de nuevo á apoderar de todo con disgusto de los demás grandes (gran descuido y poquedad del rey don Enrique) tanto mas que á persuasion del marqués, y en su compañía su hermana la infanta doña Isabel, se fue á Ocaña casi al principio del año 1469. Tenia el de Villena intento de casar la infanta con el rey de Portugal, y á su persuasion vino por embajador sobre el caso don Alonso de Noguera arzobispo de Lisboa, acompañado de otras personas principales. Por el contrario el arzobispo de Toledo pretendia casarla con don Fernando rey de Sicilia; y despues de partido Pedro Peralta embajador de Aragon no cesaba de hablarla en este propósito, á que ella de suyo se inclinaba; y aun como la hablasen en el casamiento de Portugal, respondió llanamente que no era su voluntad ni le queria. Aconsejaba el de Villena que le hiciesen fuerza, y por mal la constriñesen á conformarse. El rey don Enrique dudoso de lo que haria, en fin se resolvió en lo que le pareció ser mas seguro, de despedir por entonces los embajadores de Portugal con color que el negocio no estaba sazonado, y que adelante se podria tratar dél; en especial que se ofrecia un nuevo partido asaz considerable.

El cardenal Atrebatense vino por embajador de Luis Onceno rey de Francia á pedir que la infanta doña Isabel casase con su hermano Carlos duque de Berri : nueva ocasion para que los grandes se dividiesen y tuviesen sobre este negocio diversos pareceres. Todo era sementera de nuevas discordias, sin estar apenas sosegadas las pasadas; en particular el Andalucía no se quietaba, ni queria dejar las armas. Por muerte de don Juan duque de Medina Sidonia sucedió en aquel rico estado don Enrique su hijo bastardo, como heredero no solo de sus bienes, sino tambien de sus parcialidades y enemistades. Seguíanle el conde de Arcos y don Alonso de Aguilar, que todos en nombre de la infanta doña Isabel alborotaban aquella tierra. Pareció convenia acudir al rey en persona á sosegar estos bullicios en sazon que el marqués de Villena renunció en su hijo don Diego Lopez Pacheco el marquesado de Villena con intento que el rey y el papa le confirmasen á él el maestrazgo de Santiago, y gozar sin contraste de aquella rica dignidad. Quedóse la infanta en Ocaña : hiciéronla jurar de nuevo no casaria, ni trataria dello sin que el rey su hermano lo supiese y sin su voluntad. El conde de Benavente y Pero Hernandez de Velasco fueron á Valladolid para gobernar el reino durante la ausencia del rey.

CAPITULO XIV.

Del casamiento y bodas de los príncipes doña Isabel y don Fernando.

Asentadas las cosas en la manera que dicho es, el rey don Enrique enderezó su camino para el Andalucía. Iban en su compañía el maestre de Santiago y los prelados de Sevilla y de Sigüenza : llegaron á pequeñas jornadas á Ciudad-Real : allí se quedó enfermo el de Sevilla. En Jaen fue el rey muy bien recebido y festejado por su condestable Iranzu : luego despues desto redujo á su servicio la ciudad de Córdova por entrega que della le hizo con ciertas condiciones don Alonso de Aguilar : sosegados los alborotos que allí andaban entre este caballero y el conde de Cabra don Pedro de Córdova, venido el estío, pasó á Sevilla. Sucedió lo mismo allí, que por autoridad del rey y con su presencia se sosegaron las alteraciones de los señores que moraban en aquella ciudad, y se compusieron sus diferencias.

Los moros estaban quietos, cosa que hacia maravillar, por andar los nuestros tan revueltos y alterados, que no se aprovechasen de la ocasion que se les presentaba. Estaban los fronteros que eran capitanes de grande esfuerzo, mayormente el condestable ya dicho, alerta y en vela, y no les daban lugar para

(1) Ferreras la tiene por una calumnia sin mas fundamento que la malicia del vulgo.

hacer algun insulto. Las discordías asimismo que entre los moros se levantaran de nuevo, los embarazaban para no acudir á la guerra de fuera. Fue así que Alquirzote gobernador de Málaga, hombre muy esperimentado en la guerra, y de gran renombre y fama, como se viese apoderado de aquella ciudad, se reveló contra el rey Albohacen, ayudado de muchos que se tenian por agraviados del rey, demás que de ordinario aquella gente por ser de ingenio mudable gusta que haya mudanza en el estado. Vinieron á las armas, y dióse la batalla: llevó Alquirzote lo peor por ser sus fuerzas mas flacas; trató de confederarse con el rey don Enrique. Señalaron para tener habla á Archidona, que está á la raya del reino de Granada: vino allí el moro muy alegre con grandes presentes que traia; partióse con no menor confianza por la palabra que el rey le dió de envialle socorros y ayuda que fue ocasion para que Albohacen con las armas hiciese este añó y el siguiente muchas veces entradas, y rompiese por tierra de cristianos: llevaron los moros grandes cabalgadas de hombres y de ganados, quemaron campos y poblados: era tan grande su indignacion y su avilenteza tal que hacian lo último de poder, y pasaron muy mas adelante de lo que antes solian en las talas, quemas y robos. Pero aunque fue grande el estrago, y que se podia comparar con los antiguos, ningun pueblo señalado tomaron á los nuestros; solo diversos escuadrones de soldados moros por todo el Andalucía y por el reino de Murcia hacian correrías mas á manera de salteadores que de guerra concertada.

Volvamos con nuestro cuento á la infanta doña Isabel, que se quedó en Ocaña: muchos y grandes príncipes la pedian á un mismo tiempo por mujer. Tenia grandes partes de virtudes, honestidad, hermosura, edad á propósito, sobre todo el dote que era grandísimo, no menos que el reino de su hermano. A los demás pretensores, es á saber, al de Portugal que era viudo, y al duque de Berri, mozo estranjero, se la ganó finalmente el rey don Fernando no sin voluntad y providencia del cielo. Ayudó mucho la diligencia del rey de Aragon su padre: con muchos presentes que dió, y mayores promesas para adelante (manera la mas segura de negociar y la mas eficaz) granjeó los criados de la infanta. El que mas podia con ella y mas privaba era Gutierre de Cárdenas su maestresala, y con él Gonzalo Chacon tio del mismo de parte de madre, mayordomo que era y contador de la princesa: á este prometieron la villa de Casarruvios y Arroyomolinos; á Gutierre de Cárdenas la villa de Maqueda, fuera de otras grandes dádivas de presente, y promesas de oficios, encomiendas y juros para adelante.

Por medio de los dos y del arzobispo de Toledo, que entraba á la parte, se concertó el casamiento con ciertas condiciones que todas se enderezaban á que en tanto que viviese el rey don Enrique, se le guardase todo respeto: que despues de su muerte la infanta doña Isabel tuviese todo el gobierno de Castilla, sin que el rey don Fernando pudiese hacer alguna merced por su propia autoridad, ni tampoco diese los cargos á estraños ni quebrantase en alguna manera las franquezas, derechos y leyes del reino; en conclusion que si no fuese con voluntad de su mujer, no se entremetiese en ninguna parte del gobierno. Todas estas capitulaciones y el casamiento se concertaron secretamente; don Fernando sin embargo se detuvo á causa de la guerra de Cataluña, en que los enemigos de nuevo tenian puesto sitio sobre Girona, y al fin la forzaron á rendirse.

Demás desto en Navarra se levantó otra tempestad. El obispo de Pamplona don Nicolás en el camino de Tafalla (que iba á verse con la infanta doña Leonor y á su llamado) fue muerto por órden de Pedro Peralta. Enviáronse personas que pidiesen justicia al rey de Aragon, y le hiciesen instancia para que mandase castigar tan grave maldad. Recelábanse no creciese el atrevimiento por falta de castigo, y aquel sacrilegio, si no se castigaba, fuese causa que todo el pueblo lo pagase con alguna plaga que les viniese del cielo. Quejábanse que el matador por engaño se apoderó de Tudela: demás desto estrañaban que el mismo rey concediese franquezas á muchos lugares con mucha liberalidad como de hacienda ajena; pedian fuese servido de recobrar á Estella con todo su distrito, de que todavía estaban apoderados los de Castilla. El conde de Fox con el deseo de mandar andaba otrosí inquieto, y parecia que todo esto pararia en alguna guerra, por lo cual no menos era aborrecido del rey de Aragon su suegro que poco antes lo fue el príncipe don Carlos.

El rey respondió á los embajadores blandamente y conforme á lo que el tiempo pedia, que era temporizar y entretener: á Pedro de Peralta no se dió por ende castigo ninguno por el delito tan atroz como cometió. La infanta doña Isabel se hallaba congojada y suspensa: temia no la hiciesen fuerza, si se detenia en Ocaña mas tiempo. Partióse para Castilla la Vieja, y por no darle entrada en Olmedo, que la tenia en su poder el conde de Plasencia, se fue para Madrigal do residia su madre. Cosas tan grandes no podian estar secretas: escribió el maestre de Santiago sobre el caso al arzobispo de Sevilla, que despues de convalecido de la dolencia ya dicha se entretenia en Coca; encargábale grandemente se apoderase de la persona de la infanta: intentos que desbarató la presteza con que el de Toledo y el almirante la acudieron con buen número de caballos. Lleváronla á Valladolid para que estuviese allí mas segura, por ser el pueblo tan grande y estar de su parte el arzobispo de Toledo y en su compañía.

No era menor la congoja con que don Fernando se hallaba, y recelo que tenia no le burlasen sus esperanzas. Así en lo mas recio de la guerra de Cataluña se partió para Valencia con intento de recoger el dinero que conforme á lo asentado se obligó de contar á su esposa para el gasto de su casa y córte. Desde allí dado que hobo la vuelta á Zaragoza, porque el negocio no sufria tardanza, en hábito disfrazado y solo con cuatro personas que le acompañaban, pasó á Castilla. En Osma encontró con el conde de Treviño don Diego Manrique que tenia parte en aquel trato de su casamiento. Dende acompañado del mismo conde y docientos de á caballo pasó á Dueñas, villa que era de don Pedro de Acuña conde de Buendia, hermano del arzobispo de Toledo. Allí se vió con su esposa, y apercebidas todas las cosas, en Valladolid en las casas de Juan de Vivero, en que al presente está la audiencia real, se desposaron un miércoles á diez y ocho de octubre: luego el dia siguiente se velaron con dispensacion del papa Pio Segundo en el parentesco que tenian, así hallo que el arzobispo de Toledo dijo estaban dispensados, creo por conformarse con el tiempo para que no se reparase en aquel impedimento: invencion suya, como se deja entender por la bula que los años adelante sobre esta dispensacion espidió el papa Sixto Cuarto.

Era don Fernando de poca edad, que apenas tenia diez y seis años, pero de buen parecer y de cuerpo grande y robusto. Escribieron los nuevos casados sus cartas al papa y al rey don Enrique, y á los demás príncipes y grandes: la suma era escusarse de haber apresurado sus bodas. El aparato no fue grande, la falta de dinero tal que les fue necesario buscalle para el gasto prestado. Por el mismo tiempo don Enrique hijo del infante don Enrique de Aragon fue hecho duque de Segorve por merced del rey de Aragon su tio, que dió tambien á don Alonso su hijo bastardo con título de conde á Ribagorza, ciudad de Cerdania á los confines y á la raya de Francia. A los seis de di-

ciembre finó en Roma don Juan de Carvajal, cardenal y obispo de Plasencia su natural: yace en San Marcello de Roma. Fue auditor de Rota, despues legado de tres papas á diversas partes, hombre de negocios, de vida y casa ejemplar. En la Estremadura labró sobre Tajo una famosa puente que hoy se llama del cardenal.

CAPITULO XV.

Que doña Juana se desposó con el duque de Berri.

Ocupábase el rey en Sevilla en asentar las diferencias que traian alterada aquella ciudad, cuando el maestre de Santiago desde Cantillana, donde se quedó cerca de aquella ciudad, le envió aviso del casamiento de su hermana: el desabrimiento que dello recibió, fue en demasia grande; sin dilacion mandó aprestar lo necesario para ir á Trujillo. Pretendia entregar aquel pueblo, que está á los confines del Andalucía, y hacer dél merced á don Alonso de Zúñiga conde de Plasencia, en remuneracion de lo mucho que en el tiempo de sus trabajos le sirvió. Cosa tan grande no pudo estar secreta: los moradores, hombres que son animosos y esforzados, comunicado el negocio con Gracian Sesse alcaide del castillo, se determinaron á contradecillo. Su resolucion era tal que se resolvieron de defender con las armas la libertad que sus antepasados les dejaron. No era cosa segura usar con ellos de fuerza: así el rey se resolvió en dar al conde en trueco la villa de Arévalo, que está en Castilla la Vieja no lejos de Avila, á la ribera del rio Adaja, la cual villa tenia el conde empeñada, que se la dió en prendas el infante don Alonso hasta que le hiciesen pagado de cierta suma de dineros que le prestara, y porque el trueco era desigual y Arévalo no valia tanto, diósele por alguna recompensa título y armas de duque de aquella villa.

En aquella ciudad de Trujillo se otorgó perdon al maestre de Alcántara, ca siguió la voz del infante don Alonso, y á Gutierre de Cáceres y Solís su hermano hizo el rey merced de la ciudad de Coria, ó se la restituyó como la tenia del infante su hermano: tal era la condicion del rey don Enrique, que muchos por lo que merecian ser castigados, eran remunerados con grande liberalidad y demasía. Demás desto le vinieron cartas de la infanta doña Isabel su hermana comedidas, pero graves. En ellas despues de contar como no quiso admitir el reino que le ofrecian por la muerte de don Alonso su hermano, se escusaba por su edad y por el olvido del rey de haber apresurado sus bodas: que por grandes razones debió anteponer el casamiento de Aragon á los demás que le traian: decia asimismo que no queria hacer mencion, antes poner en olvido los agravios que ella y su madre muchos y graves recibieran: ofrecia que ella y su marido le sirvirian como hijos, si fuese servido de tratallos con amor y obras de padre.

Leidas estas cartas en una junta, no se les dió otra respuesta sino que llegado que el rey fuese á Segovia, para donde caminaba, tendria cuenta con lo que se le representaba: desta manera fue despedido el mensajero. Tornaron de nuevo á enviar otros embajadores á Segovia al principio del año 1470 para que hiciesen instancia con el rey don Enrique que diese licencia á los nuevos casados para podelle hacer reverencia: prometian de recompensar el disgusto pasado con señalados servicios, y ayudar con todas sus fuerzas á remediar los daños del reino el tiempo pasado trabajado y afligido. Tampoco á estos embajadores se dió otra respuesta sino que negocio tan grave se debia comunicar con los grandes. Este era el color que tomó, como quier que en hecho de verdad por tenerse por ofendido de doña Isabel tenia vuelta su aficion á doña Juana su hija (como él la nombraba) la cual con una nueva embajada que el rey Luis de Francia le envió, pedia por mujer para Carlos su hermano, que poco antes en lugar de los estados que tenia de Bria y de Campaña, hizo duque de Guiena. Las cabezas desta embajada eran el cardenal Albigense, que primero se llamaba Atrebatense, y el conde de Boloña. Demás desto pedia al rey don Enrique juntase con él sus fuerzas para hacer un concilio de obispos de todo el orbe cristiano contra el papa Paulo con quien andaba encontrado.

En esto llanamente no quiso venir el rey de Castilla por ser muy cierto principio y seminario de discordias, y fuente de algun scisma desgraciado, de que los años pasados se vieron muchos ejemplos; á lo del casamiento dió por respuesta le parecia se difiriese para otro tiempo, creo por miedo de nuevas alteraciones. Los grandes y el pueblo por las pasadas tan graves se hallaban muy cansados, en especial que no estaban del todo apaciguadas: á la verdad en e-mismo tiempo que estos tratos andaban en Segovia, don Alonso de Aguilar en Córdova puso las manos en el mariscal don Diego de Córdova que venia descuidado al regimiento; y esto sin tener cuenta con la amistad que á instancia del rey pusiera poco antes con el conde de Cabra padre del agraviado. Mariscal conforme á lo antiguo era lo que hoy es maestre de campo. Llevóle pues preso: él despues que á instancia del rey fue puesto en libertad, por pensar que á causa de su poca autoridad y su natural descuido no haria castigar aquel esceso tan grave, se retiró á Granada. Allí con consentimiento del rey moro retó á su contrario á hacer campo con él, confiado en su mocedad, y deseoso de vengarse; señaló para el combate la vega de Granada, y aplazó el dia en que le esperaria en el palenque.

El dia señalado como don Diego hasta puesta de sol hobiese esperado con las armas, y el contrario no compareciese, arrastró á la cola de su caballo por afrenta su estátua: tras esto envió cartas á todas partes afrentosas contra don Alonso, y un retrato que por ultrage representaba todo lo que pasó. Por otra parte los caballeros de Alcántara no querian obedecer á su maestre: llegó el negocio al rompimiento y á las armas. El maestre no tenia bastantes fuerzas para contrastar él solo con tantos: hizo recurso á la ayuda de Gutierre de Solís su hermano. Faltábales dinero para el sueldo: prestóles don Garci Alvarez de Toledo conde de Alva, con quien emparentaran, cierta suma, y en prendas hasta que se la contasen la ciudad de Coria. Con esta ocasion los condes de Alva (que despues se llamaron duques) adquirieron el señorío de aquella ciudad, que con aprobacion de los reyes hasta este tiempo se ha conservado en su casa.

En aquella guerra no sucedió cosa alguna memorable fuera de que las gentes del maestre no pudieron pasar el rio Tajo por la resistencia que les hicieron los contrarios: con esto poco despues sin hacer algun efecto se desbandaron. El maestre despojado de su estado, y afligido de una enfermedad que le ocasionó aquella congoja y desabrimiento, en breve falleció los años siguientes. En su lugar por voto de los caballeros, cuya mayor parte granjearon con dádivas ó con amenazas, fue puesto don Juan de Zúñiga hijo del duque de Arévalo, que fue el postrero en la cuenta de los maestres de Alcántara por la cesion que hizo adelante de aquella dignidad en la persona del rey don Fernando. El maestre de Santiago don Juan Pacheco por el mismo tiempo se entretenia en Ocaña á causa de una dolencia de cuartanas que le aquejaba: la privanza y autoridad era mayor que jamás, tanto que se decia tenia enhechizado al rey, cosa que aunque era mentira, se hacia probable por causa que despues de tantos deservicios y agravios como le hizo se ponia á sí y á sus cosas en sus manos para que él lo gobernase todo; y aun se rugia y murmuraba pasó la córte á Madrid solo para tenelle mas cerca, por lo

menos el mismo rey salió á recibir al maestre cuando volvia á la córte despues de su enfermedad. Hízole otrosí de nuevo merced de la villa de Escalona; y como los moradores no le quisiesen recebir por señor, sin tener cuenta con la autoridad de su persona él mismo fue hasta allá para entregársela de su mano, muestra de mayor amor.

El conde de Armeñac vino á Madrid huido de Francia por miedo que tenia no le matasen por casarse como se casó por amores con hija del conde de Fox sin dar dello parte á su padre. Recibióle el rey muy bien, é hízole mucha honra. Volvió á su tierra poco despues con seguridad que en nombre del rey de Francia le dió el cardenal Albigense: sus pecados le llevaban para que pagase en breve con la vida, segun que adelante se verá. Los vizcainos de tiempo muy antiguo divididos en dos parcialidades, Oñez y Gamboas, por este tiempo gravemente se alborotaron. Para sosegarlos envió el rey á Pero Fernandez de Velasco, el cual por muerte de su padre (que tenia el mismo nombre y fue enterrado en Medina de Pomar) poco antes sucedió en el condado de Haro. Este caballero luego que partido de Madrid llegó á Vizcaya, apaciguó aquella provincia que de mucho tiempo atrás andaba alborotada. Acordó para sosegallo todo desterrar de toda la tierra las cabezas de los dos bandos, que se llamaban el uno Pedro de Avendaño y el otro Juan de Mojica.

Concedió el papa Paulo Segundo en esta sazon jubileo y perdon de los pecados á los que acudiesen con cierta limosna, los ricos de cuatro reales, los medianos de tres, y los mas pobres de dos: del dinero que se juntase, las dos partes queria fuesen para el edificio de la iglesia Mayor de Segovia, la tercera parte se reservaba para el mismo papa. Publicóse el jubileo en Segovia: acudió desde Madrid el rey don Enrique para ganalle, que fue devocion señalada. En Portugal en la villa de Setubal falleció el duque de Viséo á ocho de setiembre en edad de treinta y siete años. Dejó por heredero á su hijo don Diego. Su cuerpo del monasterio de San Francisco de aquella villa en que le depositaron, trasladaron á Beja, ciudad puesta á la raya de Portugal: allí le sepultaron en la iglesia de la Concepcion, la cual con un monasterio de monjas que tenia pegado, á su costa fundó la duquesa doña Beatriz su mujer.

En Valladolid á la misma sazon un grande alboroto se levantó: el pueblo tomó las armas contra los que venian de raza de judíos, dado que fuesen bautizados. Acudieron desde la villa de Dueñas el rey don Fernando y doña Isabel para enfrenar los alborotados: poco faltó que no les perdiesen el respeto los amotinados, y les hiciesen algun desaguisado. La parte mas flaca, y que era mas aborrecida por ser de linaje de judíos, llamó en su favor al rey don Enrique, que fue medio para reducir á su servicio aquel pueblo. Para su gobierno y seguridad nombró al conde de Benavente: hízole otrosí merced de las casas de Juan de Vivero, persona que por favorecer grandemente á la otra parcialidad, y seguir con grande aficion el partido de doña Isabel y de don Fernando, tenia muy ofendido al rey don Enrique.

Volviéronse los príncipes á Dueñas: en aquella villa doña Isabel á dos de octubre parió una hija que tuvo su mismo nombre. Los embajadores que tornaron de Francia, volvieron á hacer instancia sobre el casamiento de que se trató antes: vino el rey en que se hiciese; el marqués de Santillana ya que lo tenian todo á punto, trajo consigo á la princesa doña Juana. Por este servicio, y habella guardado, le hizo el rey la merced de Alcocer, Valdolivas y Salmeron, villas muy principales del infantado. Pertenecian al marqués de Villena como dote que eran de la condesa de Santistevan su mujer: en recompensa le dieron y en trueque la villa de Requena con los derechos del puerto, que son de mucho interés por estar aquel pueblo á la raya del reino de Valencia.

Para concluir los desposorios señalaron el valle de Lozoya, que está entre Segovia y Buitrago, y en él el monasterio muy señalado y muy rico de Cartujos, que se llama el Paular. Acudieron allí (como lo te-



Aldeano de Cantabria.

nian concertado) el rey y la reina con su hija: demás desto el maestre de Santiago, el arzobispo de Sevilla, el duque de Arévalo, el obispo de Sigüenza y sus hermanos; el acompañamiento y libreas muy lucidas y costosas. Como estuvieron juntos, en un público auto que para esto se hizo, renunciaron todos los presentes los homenajes hechos á la infanta doña Isabel. Tras esto se celebraron los desposorios de la princesa doña Juana un dia viernes á veinte y seis de octubre: el rey y la reina juraron que era su hija legítima: los grandes otrosí le hicieron pleito homenaje, con que quedó jurada por princesa y por heredera del reino. Desposóse como procurador y en nombre del duque Carlos con la doncella y pretensa princesa el conde de Boloña. Hizo la ceremonia y desposólos el cardenal Albigense.

Concluida toda la solemnidad, y despedida la junta se levantó un torbellino al volver á Segovia de vientos, de agua y de nieves tan grande que los embajadores de Francia se vieron en peligro de perder la vida y murieron algunos de sus criados. Algunos pronosticaban por esto que aquel desposorio seria desgraciado, gente curiosa y dada á semejantes vanidades. Desde Segovia los embajadores alegres por dejar concluido lo que pretendian, se volvieron á Francia: para mas honrallos los acompañó hasta Burgos el obispo de Sigüenza don Pero Gonzalez de Mendoza por órden del rey. Todo era abrir las zanjas para una nueva y gravísima guerra que resultara entre España y Francia, si los santos desde el cielo con

ojos piadosos no desbarataran aquella tempestad. Fue así que al rey de Francia poco antes desto nació un hijo que se llamó Carlos, con que el duque de Guiena perdió la esperanza que tenia de suceder en el reino de su hermano: y aun poco adelante, que no pasaron dos años, perdió él mismo tambien la vida: con que se desbarataron estas tramas, segun que se tornará á referir en su propio lugar.

CAPITULO XVI.

De la muerte de tres principes.

En un mismo tiempo las fuerzas de Aragon se aumentaron con el casamiento de Castilla, y en otras partes andaban trabajadas porque la guerra de Cataluña continuaba en su mayor fuerza, la isla de Cerdeña y el reino de Navarra se alborotaron de nuevo: la ocasion fue diferente, la porfía y rabia semejante. Los sardos se movian á contemplacion, y debajo de la conducta de Leonardo de Alagon, hijo que era de Artal de Alagon señor de Pina y de Sástago, y de parte de su madre Benedicta Arborea venia de los Arboreas, casa antigua y poderosa en aquella isla. Fundado pues en este derecho, por muerte del marqués de Oristan Salvador Arborea que falleció sin hijos, tomó las armas para apoderarse de aquel estado, por no asegurarse de podelle alcanzar por las leyes y en juicio. Hobo en la prosecucion desto encuentros en diversos lugares, con que ganó al rey y á otros señores muchos pueblos y castillos. Era virey Nicolás Carroz, persona de mas autoridad que de fuerzas y poder para sosegar aquellos movimientos, que fue causa de alargarse la guerra.

En Navarra el conde de Fox con codicia de reinar acudió á las armas, y ayudado de los biamonteses se apoderó de gran parte de la tierra, y tenia sus estancias puestas sobre Tudela con tan gran determinacion, que perdida la esperanza de que por su voluntad hobiese de desistir, el rey envió delante con gentes al arzobispo de Zaragoza. No pareció bastante esta prevencion para allanar al conde: el mismo rey de Aragon, sin embargo de su edad, acompañado de buen número de soldados, acudió al peligro, y forzó al yerno á levantar el cerco. Tratóse de concertarse por medio de embajadores que de ambas partes se enviaron; en fin en Olite se hizo la avenencia, y se dejaron las armas.

Quedó el de Aragon conforme á lo que concertaron con el nombre y título solo de rey de Navarra, el gobierno se encargó para siempre al conde de Fox y á su mujer, cuando una muy triste nueva que vino de Francia alteró grandemente á la una y á la otra parte, como desgracia que á todos tocaba. Esto fue que entre los demás regocijos que Carlos duque de Guiena hacia por sus desposorios concertados con la princesa doña Juana, banquetes, juegos y saraos, en una justa que se tuvo, hirió grave y mortalmente á Gaston hijo del conde de Fox una astilla que de su misma lanza, que quebró en los pechos del contrario, se le entró por la bisera: sucedió este desastre á veinte y tres de noviembre dia viernes. Murió en edad de veinte y seis años: su cuerpo de Liburna, donde falleció, por mandado de su cuñado el duque de Guiena, fue llevado á Burdeos, y sepultado en San Andrés, que es la iglesia Mayor de aquella ciudad. Dejó dos hijos de su mujer madama Madalena, el uno se llamó Francisco Phebo y la hija madama Catarina, entonces de poca edad, y adelante consecutivamente reyes de Navarra.

Todo esto ponia en gran cuidado, y aquejaba el corazon del rey de Aragon: sobre todo le atormentaba el peligro en que via puesto á su hijo don Fernando, porque ni era seguro dejalle en Castilla, do tenia muchos contrarios y al rey por enemigo, ni era á propósito llamalle por no estar segurado el derecho de su sucesion, ni saberse en qué pararian aquellos debates, en especial que se rugia que el arzobispo de Toledo, persona de tanta importamcia para todo, andaba desabrido. Por su mucha ambicion y deseo que tenia de mandallo todo llevaba mal que don Fernando se aconsejase y comunicase sus puridades con Gutierre de Cárdenas y con el almirante don Alonso Enrique su tio: además que en cierta ocasion como mozo se dejó una vez decir que estaba determinado no sufrir que nadie se le calzase y le gobernase, cosa que á otros príncipes acarreó mucho daño y afrenta. Esta palabra penetró mas hondo en el pecho del arzobispo de lo que fuera razon: estaba con resolucion de ausentarse. El rey de Aragon avisado del desgusto, con maña procuró apartalle de aquel propósito y voluntad con una carta que escribió á su hijo, en que le reprendia, y mandaba que en todas las cosas hiciese mas caso del consejo y parecer del arzobispo que de todos los demás á quien decia debia respetar y regalar como á padre: no fue de mucho efecto esta diligencia por estar muy irritado el arzobispo, sin querer de todo punto recebir satisfaccion alguna.

Por otra parte las cosas de Aragon en Cataluña mejoraban, y parecia que en breve se acabaria la guerra, por la muerte que sobrevino á Juan duque de Lorena, que finó (muy á propósito) de una enfermedad á diez y seis de diciembre en Barcelona, do habia ido á invernar: su cuerpo sepultaron en la iglesia Mayor con enterramiento y honras muy moderadas. Verdad es que los alterados no por faltalles aquella cabeza y ayuda perdieron el ánimo, antes acordaron llamar en su socorro al rey francés, que entendian no dejaria de aceptar el partido para juntar con los de Ruysellon y Cerdania todo aquel principado. Con este intento publicaron un decreto y echaron bando en que mandaban que ninguno en los castillos y ciudades que se hallaban sin cabeza, fuese recebido por gobernador, ó alcaide, si no viniese en persona ó el mismo Renato duque de Anjou, ó Nicolás su nieto hijo del difunto, que ya se intitulaba príncipe de Aragon y duque de Calabria, apellidos vanos y sin provecho. Buscaban ocasion de descompadrar para con buen color quitalles la obediencia y el mando, y ayudarse de brazo mas fuerte, por ser la edad del uno, y del otro poco á propósito para la guerra, y las fuerzas no muy grandes.

En Castilla tenia el rey de Aragon diversas práticas para granjear los grandes: á don Juan Pacheco prometian muy mayor estado, de que era muy codicioso: al arzobispo de Toledo, que parecia y se mostraba muy inclinado á mudar partido, aseguraban que á sus hijos Troylo y Lope se darian rentas y lugares, y se les harian otras ventajas, lo mismo hacian con los demás, que conforme á como los sentian aficionados, á unos conquistaban con promesas de dineros, á otros de diversas mercedes; mas ni don Juan Pacheco ni el arzobispo se cebaron de esperanzas semejantes para dejarse engañar. Trataba de lo mismo el rey don Enrique, en especial pugnaba de traer á su servicio al de Toledo. No se podia entender de su condicion le vencerian con benignidad: pareció seria acertado usar de alguna fuerza; asi Vasco de Contreras por órden del rey, ó con intento de servílle, le tomó un su pueblo llamado Perales. El arzobispo como era de gran coraje con gentes que llegó en su arzobispado, acudió á valer sus vasallos: púsose sobre aquella villa, y en su compañía don Juan Arias obispo de Segovia.

Acordó el rey atajar aquellos bullicios, porque de aquel principio no se emprendiese alguna llama: partió luego para Madrid por año nuevo de 1471. Dende acudió al cerco acompañado de ochocientos de á caballo: por esto el arzobispo dió la vuelta, alzado el cerco, á Alcalá, el rey á Madrid. Buscóse una nueva traza para sosegar los prelados alborotados,

en particular al de Toledo y al de Segovia. Ganó el rey dos bulas del padre santo : en la una citaba al de Segovia para que dentro de noventa dias despues de la notificacion de aquellas letras pareciese personalmente en Roma; por el otro breve mandaba al arzobispo que se enmendase, y obedeciese al rey don Enrique, y en caso que no cumpliese lo que le mandaba, cometia sus veces á cuatro canónigos de Toledo para que sustanciasen el proceso y cerrado se lo enviasen á Roma.

Fueron estos cuatro jueces nombrados y señalados como en el breve se contenia, por el cabildo de la santa iglesia de Toledo; pero el maestre de Santiago con sus mañas hizo tanto que no pasaron adelante; y era cosa maravillosa que en aquella sazon no se tenia por afrenta jugar á dos hitos y usar de tratos dobles, especial entre los grandes, para cuyo acrecentamiento era provechoso que las cosas anduviesen revueltas, sin respeto alguno á lo que era honesto: tan grande era su codicia, y tal su ambicion. Así todo el reino parecia estar dado en presa, y cada cual de los señores se apoderaba de todo lo que podia. El rey hizo merced al maestre de Santiago de la ciudad de Alcaraz, á don Rodrigo Ponce conde de Arcos dió la isla de Cádiz con nombre de marqués á instancia del mismo maestre de Santiago, y como por dote del público, porque en aquella sazon muerto el conde su padre, casó con doña Beatriz hija del maestre: parentesco enderezado y á propósito para hacer rostro al duque de Medina Sidonia, con quien el maestre y el conde tenian grande enemiga.

Vizcaya se volvió á alborotar por causa que las dos cabezas de los bandos Avendaño y Mojica, tornaron del destierro á la patria por el favor que el conde de Treviño les dió. Hizo él de mejor gana este oficio por estar encontrado con el conde de Haro Pero Fernandez de Velasco que los desterró. Acudieron estos dos señores cada cual con sus gentes, y entraron en Vizcaya movidos de aquellos alborotos : vinieron á las manos cerca de un pueblo llamado Monguia á veinte y siete de abril; fue la pelea muy reñida. El de Treviño tenia mas infantería, gente mas á propósito que la caballería, por la aspereza de la tierra que es fragosa y doblada : los naturales otrosí tenian de su parte gente valiente, y conforme á la calidad y aspereza de los lugares sufridora de trabajos : así los contrarios fueron desbaratados y puestos en huida con muerte de algunos, mayormente de los hidalgos y gente noble y prision de muchos mas.

El rey don Enrique avisado del peligro y de lo que pasaba, sin dilacion se partió para Burgos, de allí pasó á Orduña á grandes jornadas. Con su venida todo se apaciguó : mandó á los unos y á los otros los desembarazasen la tierra, y pusiesen entre sí treguas entretanto que se trataba de concertar todos aquellos debates; y en particular hizo que á los que prendieron en el encuentro pasado, los pusiesen en libertad. Tras esto en todo el reino de Castilla se hicieron grandes levas de gentés, en especial fueron llamados los grandes : todo se enderezaba á forzar á don Fernando y á doña Isabel á que saliesen de todo el reino. Verdad es que por consejo del maestre de Santiago se dejó este intento : decia seria mas á propósito vencellos por maña que con fuerza : que aquel género de victoria era mas escelente, y necesario para la república trabajada con tantos males. Este parecer prevaleció, que ninguno se atrevió á contradecille, ni aun el mismo rey, dado que entendia lo contrario.

Toledo y Sevilla a un mismo tiempo se alborotaron por estar de tiempo antiguo divididas en parcialidades : los de Toledo en Ayalas y Silvas; cabeza de los Silvas era el conde de Cifuentes, y de los Ayalas el de Fuensalida. Para remedio deste daño á instancia del obispo fray Pedro de Silva casó el conde de Cifuentes con doña Leonor hija del conde de Fuensalida : lo que pensaban seria para sosegarse, fue ocasion de mayor revuelta por haber dado entrada contra la voluntad del rey en aquella ciudad no solo al conde de Cifuentes, sino á don Juan de Ribera su tio de parte de madre, que venian el uno á desposarse, y el otro á hallarse en los regocijos y honrar la fiesta. Los Silvas por hallarse con su cabeza tomaron las armas contra sus contrarios con tanta rabia que el rey don Enrique fue forzado á acudir con toda presteza, y pacificado el alboroto, quitó al conde de Fuensalida el gobierno de la ciudad en que por muchos años continuara, y puso en su lugar á Garci Lopez con nombre de asistente para que la gobernase.

En Sevilla el marqués de Cádiz fue echado por el duque de Medina Sidonia de aquella ciudad. El marqués en venganza en cierto encuentro mató dos hermanos bastardos de su contrario, y junto con esto tomó por fuerza á Medina Sidonia. Resultó desta reyerta una guerra formada, la cual don Iñigo Lopez de Mendoza conde de Tendilla enviado para este efecto sosegó mas por maña que por fuerza y severidad. Medina Sidonia al tanto se restituyó á cuya era. Hizo grande falta para todo lo de Castilla la muerte del papa Paulo Segundo : falleció á veinte y cinco de julio. En el tiempo de su pontificado concedió grandes bienes y favores á toda nuestra nacion. Sucedió en su lugar á nueve del mes de agosto el cardenal Francisco de la Ruvere fraile de la Orden de los menores: llamóse Sisto Cuarto; persona de no menor bondad que el pasado, ni menos aficionado á nuestra España. A la misma sazon un escuadron de moros rompió por la parte del Andalucía la tierra adentro, y hizo grandes estragos en la comarca de Alcántara : fue tan grande la presa y los despojos, que apenas los moros por ir tan cargados podian marchar en ordenanza. Para satisfacerse deste daño, y para divertir al enemigo, por mandado del rey el marqués de Cádiz con sus gentes tomó en el reino de Granada por fuerza de armas la villa de Cardella : dejó en ella poca gente de guarnicion, y así en breve tornó á perderse y á poder de los moros.

CAPITULO XVII.

Como falleció Carlos duque de Guiena.

Fue este año dichoso para los portugueses, y no menos para el reino de Aragon. En Portugal el rey don Alonso con una gruesa armada que juntó de no menos que trecientos bajeles entre mayores y menores, desde Lisboa se hizo á la vela mediado el mes de agosto con intento de volver á la guerra de Africa. Llevaba en su compañía al príncipe don Juan su hijo para que en aquella guerra sagrada diese principio al ejercicio de las armas, y con él de todo el reino lo mas granado y mas noble : todo el ejército era como de treinta mil hombres. Con estas gentes de su primera llegada tomó por fuerza á los moros la villa de Arcilla : murieron dos mil enemigos demás de cinco mil que vendieron por esclavos, con que se juntó buena suma de dineros. Costó la victoria sangre á los portugueses, ca murió mucha gente noble, en particular los condes, el de Montesanto llamado don Alvaro de Castro, y el de Marialva por nombre don Juan Coutiño; cuyo cuerpo muerto como el rey le viese, vuelto á su hijo : «Ojalá (dijo) Dios te haga tal y tan grande soldado.» Con el aviso de lo que pasó en Arcilla, espantados los moros de Tánger, á la hora desamparada la ciudad se huyeron : encomendóla el rey á Rodrigo Merlo para que la guardase. En Arcilla y en Alcázar dejó á don Enrique de Meneses conde de Valencia, y concluidas en breve tiempo cosas tan grandes, volvió triunfante con su armada entera á su tierra. Hizo en esta jornada á don Alonso Basconcelo

conde de Penella en recompensa de muchos servicios que le hizo.

En Cataluña la ciudad de Girona despues de la muerte del duque de Lorena volvió á poder del rey de Aragon por entrega de los ciudadanos. Los enemigos que restaban, cuyos principales capitanes eran Reyner hijo bastardo del duque de Lorena, y Jacobo Galeoto, fueron parte apretados con cerco que los de Aragon pusieron sobre un pueblo llamado San Adrian á la ribera del rio Bese: otra parte yendo desde Barcelona que cae cerca, á dar socorro á los cercados, fue en una pelea muy brava vencida y desbaratada por don Alonso de Aragon, que era general en aquella guerra por su padre. El rey aunque se hallaba en tan larga edad, no cesaba de perseguir á los enemigos con gran diligencia en la comarca de Ampurias. Tenia sus reales cerca de Toroella: vió en sueños segun dicen la imágen de un valiente soldado que murió en aquella guerra; amonestábale no moviese de allí sus reales, que de otra manera corria peligro.

El rey por no hacer caso de cosas semejantes, como casuales, partió de allí con sus gentes, y ganado que hobo á Roses, en el cerco que tenia sobre la villa de Paralada, de noche en una encamisada con que dió sobre él el conde de Campobasso capitan de los contrarios, estuvo á punto de perecer. La priesa y sobresalto fue tal que muertas las centinelas, desarmado y medio desnudo fue forzado á recogerse para salvarse, dentro de la villa de Figueras; sin embargo el dia siguiente volvió al cerco, y dió la tala á los campos, con que últimamente los cercados fueron forzados á rendirse. Allanada toda aquella comarca, pasó con sus reales sobre Barcelona: fue este cerco de la ciudad de Barcelona muy largo. El de Aragon estaba determinado de no usar de fuerza, y antes ganar aquella gente con maña; ¿mas qué le prestará destruir, saquear y quemar aquella nobilísima ciudad? ¿á qué propósito darla en prenda á los soldados y no mas aina con la clemencia, y conservar la vida y riquezas de sus ciudadanos, ganar para sí gloria inmortal y provecho muy colmado?

En Castilla la Vieja los reyes don Fernando y doña Isabel procuraban atraer á sí muchos pueblos: algunos se les entregaron, y entre ellos Sepúlveda. Determinaron con esto de llamar al arzobispo de Toledo que se entretenia en Castilla la Nueva; y conforme á lo que mandó su padre el rey de Aragon, le prometian de poner así y á sus cosas en sus manos; y para mas obligalle luego que le tuvieron aplacado, en su compañía con buen número de caballos que le seguian, se fueron á Tordelaguna, villa del mismo arzobispado en el reino de Toledo, de sitio y tierra apacible.

Carlos duque de Guiena en esta sazon sin hacer caso del casamiento de doña Juana por no saberse cuya hija era, y andar el dote en balanzas, trataba de casarse con hija del duque de Borgoña á instancia del padre de la doncella, y tambien por su voluntad. Así luego que esto vino á noticia del rey don Enrique, desde Segovia do estaba, al principio del año 1472 enderezó su camino á Badajoz para verse con el rey de Portugal. El conde de Feria en cuyo poder estaba aquella ciudad, por odio del maestre no quiso dar en ella entrada al rey; que fue una grande mengua y desacato. El suceso de todo el viaje no tuvo mejor efecto. La habla con el rey de Portugal fue entre aquella cudad y la de Yelves: trataron en en ella que el rey de Portugal casase con la princesa doña Juana, que era la principal causa de aquella jornada. No quedó asentada cosa alguna.

El portugués no se aseguraba ni del rey por su condicion fácil, ni del maestre de Santiago por estar acostumbrado á fácilmente seguir el partido que á él en particular mejor le venia, mayormente que de cada dia crecia la aficion que la gente tenia á los príncipes don Fernando y doña Isabel, á que ayudaban mucho así sus virtudes, y ser de suyo muy amables, como la industria del arzobispo de Toledo que no cesaba de granjear todas las ciudades que podia. Disimulóse por entonces con el conde de Feria y con su desacato, pero no mucho despues el rey don Enrique desde Madrid, do volvió despues de la habla que tuvo con el rey de Portugal, enderezó de nuevo su camino para el Andalucía con intento de reprimir los señores de aquella tierra y castigar á quien lo mereciese. Llegó á Córdova: á Sevilla no quiso pasar á causa que el duque de Medina Sidonia estaba apoderado de aquella ciudad con buen número de gente de á caballo por miedo, como él decia, del maestre que en muchas ocasiones se le mostrara contrario. Por esta causa, y porque la ciudad de Toledo de nuevo andaba alborotada, se volvió el rey sin hacer en el Andalucía cosa de momento.

La revuelta de Toledo fue por esta ocasion: el conde de Cifuentes se apoderó del alcázar de San Martin que á la sazon era muy fuerte, y juntamente prendió al asistente. Apenas se sosegaron estas alteraciones de Toledo (que fueron grandes) con la presencia del rey y por el esfuerzo y armas de los canónigos de Toledo, cuando vino aviso que Segovia asimismo ardia en llamas de discordias: nueva que puso al rey en mucho cuidado, y le forzó á acudir luego allá por causa de sus tesoros y recámara que volviera á aquella ciudad. Ningun género de mal se puede pensar que no padeciese aquel reino en aquellos tiempos tan miserables: robos, muertes, agravios; la disolucion en todas maneras de deshonestidades, y libertad para todo género de maldades andaban sueltas y volaban por todas partes: las cosas sagradas eran menospreciadas no menos que las profanas; la moneda ó era falsa, ó baja de ley, cosa de gran perjuicio para los mercaderes y para la contratacion.

Muchas veces se daban al rey memoriales para suplicalle atendiese al remedio destos daños; pero cualquier diligencia era en vano. Llegó esto á tanto que Hernando del Pulgar hombre conocido en aquel tiempo por su ingenio, y por lo que escribió, trovó unas copias muy artificiosas, que se llaman de Mingo Revulgo, en que callado su nombre por el peligro que le corriera, en persona de dos pastores en lengua castellana á manera de égloga, y con libertad y agudeza de sátira, se lamenta del descuido y flojedad de don Enrique, de las mañas de los grandes, y de los trabajos que todo el reino padecia. Los nombres de los pastores, Domingo y Gil, debajo de semejanza y de que hablan entre sí de sus ganados y haciendas, con aquella parábola dan razon del estado miserable de la república y males que padecia.

Este mismo año falleció á doce de mayo Carlos duque de Guiena en Burdeos en coyuntura que se apercebia para emprender una nueva guerra junto con los duques de Borgoña y Bretaña, hecha liga entre sí contra el rey de Francia. Con la muerte deste príncipe se desbarataron grandes tramas, los casamientos, las guerras, las alianzas: asimismo la Guiena volvió á poder del Francés y se puso en su sujecion, dado que el de Borgoña por hacelle odioso le achacaba mató con yerbas á su hermano por medio de sus mismos criados que tenia para este efecto negociados. Llegó el desgusto á que el rey y el Borgoñon volvieron de nuevo á las armas, y de una y de otra parte se tomaron algunas plazas de poca importancia, y acometieron aunque en vano, otros mayores lugares. El Borgoñon se mostraba mas enojado, el rey de Francia tenia mas fuerzas y mas maña: muchas veces asentaron treguas, y muchas las quebrantaron antes del dia señalado: mas el suceso de toda esta guerra, y como destos principios el duque

de Borgoña se despeñó en su perdicion, y últimamente cinco años adelante fue desbaratado y muerto en una batalla que trabó con los esguizaros en Lorena junto á la ciudad de Nanci, dejaremos para que se entienda de los historiadores franceses como cosa propia de su nacion.

Gaston conde de Fox pertenecé á la historia de España por la pretension que tenia de ser rey de Navarra por parte de doña Leonor su mujer, si viviera mas tiempo: atajóle empero la muerte, y falleció este año en Roncesvalles al pasar de Francia á Navarra; príncipe que fue de los muy señalados en esta era por las muchas guerras en que se halló en Francia, y por aumentar mucho su estado. Tuvo un hermano que se llamó Pedro, vizconde de Lautreque, de igual esfuerzo y renombre, que le acompañó, y ayudó en todas las guerras, y fue principio y cabeza de la casa y linaje nobilísimo de Lautreque. Falleció en Miranda pueblo de Francia los años pasados, y dejó su mujer preñada de un hijo que se llamó Juan. Este tuvo dos hijos, el uno llamado Odeto, y el otro Andrés Esparroso, ambos capitanes señalados y de fama. El postrero se señaló en la guerra de Navarra al tiempo que despues de la muerte del rey don Fernando el Católico se levantaron las comunidades en Castilla; el primero se aventajó mucho en las guerras que los franceses hicieron en Italia. Fuera destos dos tuvo el dicho Juan otro tercero hijo llamado Tomás Lescuño, que no menos se señaló en las guerras de Francia. Odeto tuvo un hijo llamado Enrique, que vivió mas tiempo que otros sus hermanos y llegó hasta cerca de nuestra edad.

CAPITULO XVIII.

Cómo el cardenal don Rodrigo de Borgia vino por legado á España.

El obispo de Sígüenza pretendia por medio del rey alcanzar del papa le hiciese cardenal, honra debida á su nobleza y á sus servicios notables: la tardanza que en esto hobo le desgustó de suerte que comenzó á mostrarse muy desabrido. Llegó á tanto, que aunque de ordinario hacia su residencia en la córte, no quiso acompañar al rey ni en la jornada de Portugal, ni en la del Andalucía. Trataron de aplacalle por ser persona de tanta importancia para los negocios, y tener muchos hermanos y deudos muy ricos y poderosos. El maestre de Santiago por muerte de su primera mujer viuda casó segunda vez con hija del conde de Haro y de doña María de Mendoza: así con este casamiento emparentó con los Velascos y con los Mendozas, y los volvió de su parte, en particular los Mendozas dejaron al duque de Medina Sidonia con quien estaban muy aliados. Con esto el maestre como hombre astuto que era, y de ingenio muy diestro para granjear los hombres y evitar cualquier peligro, se aseguró mucho contra la envidia de los que llevaban mal que él solo pudiese mas que todos.

Para facilitar estos tratos dieron al de Sigüenza grande esperanza del capelo luego que llegase el cardenal don Rodrigo de Borgia, valenciano de nacion, de quien tenian aviso venia por legado del nuevo pontífice, y que llegó á la ciudad de Valencia, antigua patria suya y de sus pasados, á los veinte de junio. Fue en aquella ciudad muy festejado: de allí por tierra pasó á Tarragona para hablar con el rey de Sicilia don Fernando, que por el mismo tiempo era ido á Barcelona á verse con su padre, y despues que le habló, volvia do dejó su mujer. Allí le entregó el legado la dispensacion sobre su matrimonio, que el papa Sixto cometia al arzobispo de Toledo. Desta jornada de don Fernando se dijeron muchas cosas: la verdadera causa fue el deseo que tenia de avisar á su padre cómo se trataba de casar á don Enrique duque de Segorve con la princesa doña Juana, negocio que el hijo pretendia se debia atajar y desbaratar. El padre no lo creia como viejo esperimentado y muchas veces engañado con reportes y nuevas falsas, además que tenia aficion á don Enrique por ser su sobrino y huerfano, hijo de su hermano.

En conclusion, don Fernando desde Tarragona pasó á Valencia: de allí se apresuró para volver á Castilla por recelo que con ausencia alguna mala gente, que eran asáz y en gran número, no alterasen mas las cosas. El cardenal legado llegó á Barcelona á verse con el rey de Aragon á tiempo que los cercados, bien que cansados con los trabajos de tan largo cerco, y afligidos por la falta de todas las cosas, no aflojaban en su obstinacion como hombres cabezudos y animosos contra los males: muchas veces los convidaron á que se redujesen; ellos hacíanse sordos á amonestaciones tan saludables. Visto esto, el rey de Aragon por último remedio acordó escribilles una carta para muestra de su buen ánimo y de su clemencia: en ellas les decia que pues las cosas se hallaban en tal término que ni con sus fuerzas ni con las ajenas podian conservarse mas tiempo, era justo se moviesen por el peligro que corria de ser destruida, quemada y saqueada aquella hermosa ciudad, cabeza de aquella nacion, y que no daba ventaja á ninguna de las de España en nobleza, hermosura y arreo: que estaba determinado de no usar de miedo ni de fuerza si no fuese forzado de la necesidad, de lo cual y deste su buen ánimo para con ellos ponia por testigo á Dios: que nunca los tuvo sino en lugar de hijos, ni los tendria jamás en otra figura; antes determinaba, si ellas no lo impedian, remediar los daños de aquella provincia y principado con todas las fuerzas suyas y de su reino.

Ablandados los de la ciudad con esta carta, y perdida la esperanza de poderse defender, acordaron de entregarse. Señalaron personas que hiciesen las capitulaciones, y determinasen todas las diferencias: la guarnicion de franceses con su capitan el hijo del duque de Lorena dejaron ir libremente: otorgóse perdon general á todos los que en aquella guerra tomaron las armas contra el rey; solo quedó escluido deste perdon el conde de Pallas, el cual desde ciertos lugares que tenia en las cumbres de los Pirineos, y con ayuda de Francia dió por largo tiempo en que entender, y se conservó en aquella parte. Todas las cosas que los ciudadanos hicieron por espacio de diez años, y todo lo decretado por ellos despues que se dió principio á aquella guerra, las ratificó el rey y las aprobó. Desta manera y con estas condiciones se rindió aquella ciudad. El perdon se dió á los postreros de octubre: señalado ejemplo de clemencia y de templanza que este rey dejó á sus descendientes, en conservar aquella ciudad que le hizo tantos servicios: trofeo y blason mas esclarecido que todos los demás que ganó; á la verdad arrepentido de la muerte de su hijo el príncipe don Carlos consideraba que si tomaron las armas, fue con buen ánimo, primero por la defensa, despues en venganza de su hijo y no en favor de gente estraña.

En Nápoles se concertaron dos casamientos, de don Fadrique hijo de don Fernando rey de Nápoles con doña Juana hija del rey de Aragon, que adelante no tuvo efecto: asentóse otrosí que doña Leonor, de quien dijimos la tenian concertada con Galeazo María Esforcia, casase sin embargo con Hércules de Este duque de Ferrara. Esto en Nápoles. En Navarra la princesa doña Leonor residia en Sangüesa pueblo de Navarra. Allí despues de la muerte de su marido, que sucedió como antes queda dicho, á persuasion del rey de Francia le entregó los castillos de Navarra, por entender era esto muy á propósito para asegurar en aquel estado la sucesion de sus nietos, que tam-

bien á él le tocaban por ser sus sobrinos, hijos de su hermana.

Esta negociacion dió mucho desabrimiento al rey de Aragon. Por esto, y por los demás agravios que por todo el tiempo de la guerra de Cataluña recibió de Francia, determinó tomar las armas para efecto de recobrar lo de Ruysellon y de Cerdania. Partió con esta resolucion de Barcelona á los veinte y nueve de diciembre, fin de este año en que vamos, y principio del siguiente 1473. Elna y Perpiñan luego que llegó, le abrieron las puertas. Estaba comunmente aquella gente cansada del gobierno y mando de Francia, y por las victorias ganadas casi todos favorecian al rey de Aragon. Deste principio entendian que los demás pueblos harian lo mismo y se le rendirian sin dificultad.

El cardenal legado partió de aquellos estados para Castilla. En Madrid le recibieron con grande acompañamiento y solemnidad debajo de un palio: los grandes y prelados iban delante, y el rey le llevaba á su mano derecha; cortesía conforme á la costumbre de España de mucha honra. Tratóse de cierta suma de dineros que el pontífice queria se recogiese de las rentas eclesiásticas para gastalla en la guerra contra los turcos. Ofrecíanse en esto graves dificultades, y la principal que con la revuelta de los tiempos todos se hallaban gastados y pobres; todavía el legado salió con lo que pretendia, por su buena diligencia y maña, y porque el rey le ayudaba. Decretóse, pues, el subsidio que pedia el pontífice, si bien algunos murmuraban ser aquella concesion en perjuicio de la libertad de las iglesias, y principio para llevar las riquezas de España fuera della. La ignorancia se apoderara de los eclesiásticos en España en tanto grado que muy pocos se hallaban que supiesen latin, dados de ordinario á la gula y deshonestidad, y lo menos mal á las armas. La avaricia se apoderara de la Iglesia, y con sus manos robadoras lo tenia todo estragado: comprar los beneficios en otro tiempo se tenia por simonía, en esto por granjería; no entendian los príncipes ciegos y los prelados que esta sacrílega manera de contratacion mucho enoja y ofende á Dios, así bien el desimulallo, como el hacello.

En la junta que se hizo de los eclesiáticos para acudir á lo que el legado pedia, se trató de poner remedio á estos daños. Entre otras cosas acordaron de hacer instancia con el papa para que en las iglesias catedrales se proveyesen por voto del obispo y del cabildo dos canonicatos, el uno á un jurista y el otro á un teólogo. La demanda era tan justificada que el padre santo otorgó con ella; sobre que espidió una bula suya, que ingiriéramos aquí de buena gana, si la primera que se ganó, se hallara, y si un pedazo que della está en otra segunda que dos años adelante se espidió sobre el mismo caso, y le pusimos en nuestra historia latina, se pudiera cómodamente trasladar en lengua castellana con todos los requisitos y condiciones que en los proveidos y provision manda miren y guarden.

CAPITULO XIX.

Del cerco de Perpiñan.

La diligencia de que el cardenal legado usó para apaciguar y sosegar las alteraciones y diferencias de Castilla, muy grande, fue toda de poco efecto por estar las voluntades enconadas, y él mismo como era cosa natural de secreto mas aficionado al partido de don Fernando, que con todas sus fuerzas pretendia adelantar. Con este intento partió para Alcalá, do estaban el rey don Fernando y doña Isabel su mujer con el arzobispo de Toledo. Desde allí pasó á Guadalajara no con otro deseño sido de granjear la casa de los Mendozas, y apartallos del rey don Enrique y de maestre de Santiago. Iba confiado de salir con esto por su grande ingenio acostumbrado á fingir y disimular, propio término de cortesanos.

A un mismo tiempo en las ciudades y pueblos se levantaron alborotos contra los que descendian de judíos, hombres que eran dados á la codicia y acostumbrados á engaños y embustes. Comenzóse esta tempestad en Córdova. El pueblo furioso se embraveció contra aquella miserable gente sin miedo alguno del castigo. Hiciéronse robos y muertes sin número y sin cuento. Las personas prudentes echaban esto y decian era castigo de Dios por causa que muchos dellos de secreto desampararon y apostataron de la Religion Cristiana que antes mostraron abrazar. A Córdova imitaron otros pueblos y ciudades del Andalucía: lo mas recio desta tempestad cargó sobre Jaen. El condestable Iranzu pretendió amparar aquella gente miserable para que no se les hiciese allí agravio, y hacer rostro al pueblo furioso: esto fue causa que el odio y envidia de la muchedumbre revolviese contra él de tal guisa que con cierta conjuracion que hicieron, un dia le mataron en una iglesia en que oia misa: la rabia y furia fue tan arrebatada y tal el sobresalto que apenas dieron lugar para que doña Teresa de Torres su mujer y sus hijos se recogiesen al alcázar. Por su muerte se repartieron sus oficios: el de canciller mayor que tenia, se dió al obispo de Sigüenza: el conde de Haro Pero Fernandez de Velasco, fue nombrado por condestable, dignidad que como antes se acostumbrase á dar á diferentes casas y linajes, en lo de adelante siempre se ha continuado en los sucesores dé aquel su estado y en su linaje. Fue está una gran lástima, y el rey don Enrique perdió una grande ayuda para sus cosas por la señalada y muy constante lealtad de Iranzu y su valor.

Por la industria del maestre de Santiago don Juan Pacheco se buscaron otros reparos: uno fue concluir que don Enrique duque de Segorve viniese desde Aragon, como lo hizo, por tierras del reino de Valencia á Castilla con intencion cierta que le dieron de casalle con la princesa doña Juana: venia en su compañía su madre doña Beatriz Pimentel. Salióle al encuentro hasta Requena el mismo maestre para recicille y acompañalle: no respondió la prueba á lo que de su persona pensaban. Esto fue causa que al que por la fama estimaban, luego que le vieron, le menospreciasen, en especial le notaron de asáz arrogante, pues á los grandes que llegaban á hacerle mesura, estendia la mano para que se la besasen, sin estar efectuado lo que pretendia, y sin recelarse él de que las cosas podrian trocarse.

De aquí procedió que por industria del mismo maestre se impidió aquel casamiento, junto con que de secreto no estaba nada aficionado á don Enrique por entender que si venia á ser rey, recobraria los pueblos que fueron de su padre: recelábase asimismo del conde de Benavente tio de don Enrique, el cual se tenia por muy agraviado á causa del maestrazgo que le quitó. Estas eran las verdaderas causas, dado que usaba de otros colores, como era decir tenian necesidad de algun gran príncipe, y de mayores fuerzas para sosegar las alteraciones del reino. Al rey parecia cosa recia faltar en su palabra y hacer burla de aquel príncipe: á esto replicaba el maestre que por lo menos para hacer la guerra seria necesario apercebirse de mucho dinero; esto se enderezaba á armar otro lazo á Andrés de Cabrera, que tenia á su cargo en el alcázar de Segovia los tesoros reales. En aquella ciudad antes desto por industria del maestre, y á ejemplo de la Andalucía se levantó un alboroto contra los que descendian de judíos. Procuró Andrés de Cabrera atajalle; y apenas con su buena maña pudo sosegar la canalla, no sin riesgo de su persona y grande ofension del pueblo encarnizado. Al obispo de Sigüenza trajo el capelo un embajador particular que para este efecto envió el papa; dióselo

en Madrid, y para que la merced fuese mas cumplida, vino el rey en que se llamase cardenal de España.

Al duque de Segorve don Enrique no dejaron entrar en Madrid, antes se le dió órden que en Getafe una aldea muy larga allí cerca puesta en el camino por do se va á Tóledo, se entretuviese. En el campo de aquel lugar habló con el rey, acordóse en la habla que de Getafe se pasase á Odon, que es otra aldea no lejos de allí. Estaban mudados de parecer: tomaron por achaque y por color para dilatar el casamiento que era menester que el padre santo dispensase en el parentesco, por ser los casamientos que se hacen entre deudos, no solo inválidos sino desgraciados. Desta manera quedó burlada la esperanza de aquel príncipe llamado vulgarmente por esta desgracia don Enrique Fortuna.



Aldeano de Vizcaya.

El rey don Enrique se partió para Segovia. Pretendia proveerse de dinero á causa de que Andrés de Cabrera acudia con escaseza por dar en esto desgusto al maestre de Santiago, de quien sabia muy bien pretendia para sí el alcázar de Segovia, como poco antes le quitara el de Madrid con color de asegurarse; además que de secreto se inclinaba á don Fernando así de su voluntad, como por estar casado con doña Beatriz de Bobadilla, que se crió en servicio de la infanta doña Isabel. El nuevo cardenal asimismo creció en renta y autoridad por la muerte de don Alonso de Fonseca prelado de grande ingenio y de ánimo ardiente: falleció en Coca, villa en que dejó fundado el mayorazgo asaz rico de los Fonsecas y á instancia y por suplicacion del rey el cardenal fue nombrado en su lugar por arzobispo de Sevilla con retencion de la iglesia de Sigüenza, que fue cosa nueva y ejemplo no de alabar: la soltura de aquel tiempo y el estrago era tal, que lo que á cada cual se le antojaba, eso le parecia ser lícito, y si podia lo ejecutaba.

En el condado de Ruysellon sobre la villa de Perpiñan á nueve de abril se puso un ejército francés, en que se contaban como veinte mil infantes y mil hombres de armas debajo de la conducta de Philipo de Saboya. El rey de Aragon se metió dentro, determinado de ponerse á cualquier riesgo antes que desamparar aquella plaza, que es muy fuerte y está á la entrada de Francia. Para animar mas á los cercados los juntó en la iglesia, y allí les hizo juramento de no partirse ni dejallos antes que el cerco se alzase: grande resolucion y demasiada confianza para aquella su edad, y hecho que no sé yo si se debe aprobar, pues en el riesgo de su persona le corria todo aquel estado si fuera preso por el enemigo dentro de aquel pueblo: el favor del cielo ayudó para escusar aquel daño, y los moradores se señalaron en esfuerzo: todos por estar á vista del rey hacian con todas sus fuerzas lo que podian.

La lealtad de Pedro de Peralta condestable de Navarra en este caso se señaló mucho, que en hábito de fraile Francisco, y ayudado de la lengua francesa que sabia muy bien, por medio del ejército y reales de los enemigos pasó y entró en aquella villa para hacer compañía al rey en aquel peligro y trance: era justo, de quien tenia todo lo que era y valia, por su servicio lo aventurase. De los tres hijos del rey de Aragon don Alonso acompañaba á su padre, el arzobispo de Zaragoza se puso en la ciudad de Elna que está allí cerca, con buen número de soldados á propósito de hacer lo que le fuese mandado. El rey don Fernando avisado de lo que pasaba, partió de Talamanca con cuatrocientos de á caballo que de Castilla llevó de socorro: por el camino se le juntaron otros ciento. Con esta gente por el mes de junio llegó á ponerse sobre Ampurias: el miedo que con esto puso á los enemigos, fue tal que alzado el cerco, y poco despues hechas treguas que durasen hasta el mes de octubre, desembarazaron la tierra.

Por esta manera concluida esta guerra, el rey de Aragon hizo finalmente su entrada en Barcelona á manera de triunfo debajo de un palio en un carro cubierto de brocado morado tirado de cuatro caballos blancos: acompañábanle al uno y al otro lado la nobleza y magistrados con grande muchedumbre del pueblo que salió á este espectáculo, y se derramó por aquellos caminos y campos. Entró por la puerta de San Daniel: su aspecto muy venerable por sus canas, y por la vista recobrada, y por sus grandes hazañas; el cuerpo sin fuerzas sustentaba el brio y valor de su ánimo. Su hijo el rey don Fernando era partido para Tortosa con intento de tener córtes á los aragoneses y presidir en lugar de su padre, pero desistió deste intento por una dolencia que le sobrevino, y porque de Castilla en que resultaban muchas novedades, le hacian grande instancia que apresurase la vuelta. Por el mismo tiempo los huesos de don Fernando maestre de Avis, de quien se dijo murió cautivo en Africa, cierto moro de la ciudad de Fez en que estaban, los hurtó y los trajo á Portugal. Diéronles sepultura en Aljubarrota entre los sepulcros de sus antepasados: las exequias y honras que le hicieron á la manera que entre cristianos se usa y acostumbra, fueron solemnes y grandes.

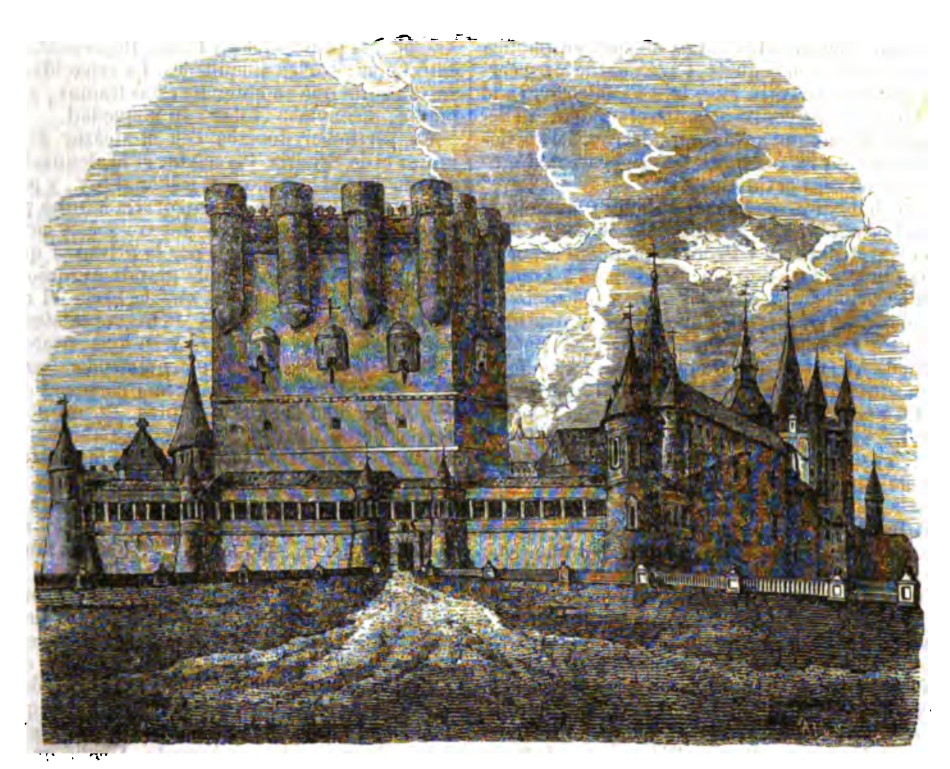
CAPITULO XX.

Del concilio que se tuvo en Aranda.

En las demás provincias de España á esta sazon ninguna cosa aconteció que de contar sea, salvo lo que es mas importante, que gozaban de una grande y alegre paz; solo el reino de Castilla no sosegaba,

antes cada dia resultaban nuevos miedos y asonadas de guerra. Las diferencias contínuas de los grandes eran ordinarias: el pueblo, perdida por su ejemplo la modestia y todo buen respeto, se alteraba; las villas y ciudades andaban divididas en bandos. Las fuerzas de don Fernando y de doña Isabel iban en aumento, muchos se les arrimaban y seguian su partido: las del rey don Enrique desfallecian y se disminuian por su poquedad y por tener al pueblo disgustado. Sin duda como en el cuerpo así en la república aquella enfermedad es la mas grave que se derrama y tiene su principio de la cabeza. En Vizcaya se veian alteraciones á causa que el nuevo condestable pretendia reducir aquella gente feroz y constante al servicio del rey don Enrique; por el contrario el conde de Treviño por estar aficionado al partido de Aragon le hacia resistencia, al cual y á su casa de tiempo antiguo tenian los vizcainos mas aficion: con esto se hacian talas y robos por toda aquella tierra de suyo estéril y falta.

En Toledo se levantaron nuevos alborotos. El conde de Fuensalida confiado en que el maestre de Santiago le hacia espaldas, y con intento que tenia de apoderarse de aquella ciudad, se resolvió de entrar en Toledo con gente armada para echar della á Hernando de Rivadeneira, mariscal, y aficionado al servicio del rey don Enrique. Este atrevimiento reprimió el pueblo con las armas, y la venida del rey que avisado del peligro acudió á gran prisa para atajar el alboroto: así las alteraciones del pueblo se sosegaron; dióse perdon á los culpados, con que los malos quedaron mas animados. Despues deste caso el maestre don Juan Pacheco con deseo de quietud se partió para Peñafiel donde tenia su mujer, además que por los muchos años que anduvo de ordinario en la córte, sospechaba (como era la verdad) que tenia á muchos cansados, enfado que queria remediar con ausentarse. En su lugar envió á su hijo don Diego, en cuya persona (como arriba queda dicho) tenia renunciado y traspasado el marquesado de Villena. Recibió el rey



Alcázar de Segovia.

al marqués con tan grandes muestras de amor como si su padre le hubiera hecho señalados servicios: tenia buen parecer, la edad en su flor, y el trato y arreo era conforme á sus riquezas.

De Toledo volvió á Segovia el rey: allí se aumentó el amor y privanza con el trato y familiaridad ordinaria. Llegó esto á tanto que en persona iba cada dia á visitar al marqués, que tenia su aposento en el Parral de Segovia, monasterio de gerónimos. Tratóse con don Andrés de Cabrera se reconciliase con los Pachecos, y que se pusiese en las manos del rey, y entregase el alcázar de Segovia con los tesoros que allí tenia: en recompensa le ofrecian la villa de Moya, que está cerca de la raya de Valencia y no lejos de Cuenca, patria y natural de don Andrés. Daba él de buena gana orejas al partido; pero como se entendiese esta negociacion, los de aquella villa se agraviaron y alborotaron. Pasaron en esto tan adelante, que hicieron venir en su defensa y recibieron soldados aragoneses de guarnicion, cuyo capitan Juan Fernandez de Heredia acudió del reino de Valencia, y se apoderó de aquell villa en nombre de la princesa doña Isabel. Recibió desto pesadumbre el rey don Enrique.

Doña Isabel en ausencia de su marido desde Tordelaguna villa en el reino de Toledo acudió á Aranda de Duero, llamada de comun consentimiento por los moradores de aquella villa por el aborrecimiento que tenian á la reina doña Juana cuya era antes, por su poca honestidad, de que todo el reino se ofendia, y el mismo rey mas que nadie, como al que aquella mengua mas tocaba; pero hay personas que si bien se ofenden de la maldad, no tienen ánimo para reprimirla ni castigarla: tal fue la condicion deste prín-

cipe por todo el tiempo de su vida. Tenian á esta sazon á la reina y á su hija doña Juana en el alcázar de Madrid á cargo del marqués de Villena y en su poder. Agreda, que es una villa situada cerca del sitio en que antiguamente estuvo otro pueblo de los pelendones llamado Augustobriga, movida por el ejemplo de Aranda que no lejos le cae, se entregó tambien á la infanta doña Isabel. El sentimiento del rey se dobló, y en particular del conde de Medinaceli, á quien tenia hecha merced de aquel pueblo.

En esta misma sazon don Alonso Carrillo arzobispo de Toledo que acompañó en esta jornada á la infanta, convocó para aquella villa de Aranda un concilio provincial de los obispos sus sufragáneos. Despachó sus edictos y cartas en esta razon: acudieron los obispos y arciprestes de toda la provincia sin otro gran número de personas, así eclesiásticas como seglares. La voz corria que se juntaban para reformár las costumbres de los eclesiásticos, muy estragadas con vicios y ignorancias por la revuelta de los tiempos: puédese sospechar que el principal intento fue afirmar con aquel color la parcialidad de Aragon, y granjear las voluntades de los que allí se hallasen. A los cinco de diciembre promulgaron cuatro decretos solos (1), que fueron estos: «Los obispos en público »siempre anden con roquete. Cada cual de los sacer»dotes por lo menos diga misa tres ó cuatro veces al »año. Los eclesiásticos no asienten el servicio, ni lle»ven gajes de ningun señor fuera del rey. Los bene»ficios curados y las dignidades no se provean á nin»guno que no sepa gramática.»

Apenas habian despedido el concilio, cuando el rey don Fernando llegó á Almazan y Berlanga: allí el conde de Medinaceli y Pedro de Mendoza señor de Almazan mucho le festejaron. Dende pasó á Aranda: con su presencia pretendia dar calor á sus aficionados y adelantar su partido. Fallecieron en este mismo año en Castilla el almirante don Fadrique y el maestre de Alcántara don Gomez de Cáceres y Solís, á quien sucedió (como queda dicho) don Juan de Zúñiga. En Francia finó otrosí Nicolao hijo de Juan duque de Lorena. Quedaba todavía en vida Renato su abuelo, cuyo nieto hijo de una hija suya, llamado asimismo Renato sucedió en el ducado de Lorena por parte de su abuela materna, mujer que fue del mismo Renato. Este nuevo duque de Lorena alcanzó gran renombre mas que por otra cosa, por una famosa batalla que ganó de los flamencos cerca de Nanci, ciudad de aquel su estado, en que quedó vencido y muerto Carlos duque de Borgoña que llamaron el Atrevido.

Juan conde de Armeñaque despues que se huyó á España (como queda dicho) nunca entró en gracia de su rey, ni dél se hizo confianza. Por este despacho con ayudas y gentes del duque de Borgoña hizo guerra en la Guinea, y en ella prendió la persona de Pedro de Borbon gobernador de aquel ducado por trato que tuvo con los suyos. Este insulto ofendió mucho mas al dicho rey, mayormente que no le quiso soltar antes de ser restituido en su villa de Lectorio, de que el tiempo pasado le despojaron. El cardenal Albigense con gentes que le dieron, recobró á Lectorio, y le echó por tierra; y al mismo conde sin embargo que se le rindió á partido le hizo morir. Dió este caso mucho que decir, si bien los pareceres eran diferentes: todos concordaban comunmente en que tenia muy merecido aquel desastre y castigo. Sus delitos y desórdenes eran muy feos: uno en particular, y muestra de su soltura, que con bulas falsas del papa en razon de dispensar con él se casó con su misma hermana, y della se aprovechó: torpeza vergonzosa, y afrenta digna y merecedora por justo juicio de Dios de aquella su muerte desgraciada.

(1) Veinte y nueve decretos se hicieron como se ve en la coleccion de Aguirre.

LIBRO VIGESIMOCUARTO.

CAPITULO I.

La infanta doña Isabel se reconcilia con el rey su hermano.

No sosegaban las pasiones entre los grandes y nobles de Castilla. El partido de Aragon todavía se adelantaba en fuerzas y reputacion. El maestre de Santiago no se descuidaba en allegar riquezas, poder y vasallos, y apercebirse de los mayores reparos que pudiese; crecia con el aumento la codicia de tener mas: dolencia ordinaria y sin remedio. El miedo le aquejaba grandemente si los aragoneses viniesen á tener el mando y el gobierno, que á él seria forzoso partir mano de gran parte de su estado como de herencia que fue de aquellos infantes de Aragon, y por el mismo caso de sus hijos. Por este recelo pretendió desbaratar el casamiento de los príncipes don Fernando y doña Isabel, y al presente intentaba lo mismo del que tenian concertado entre don Enrique de Aragon y la princesa doña Juana. Representaba para entretener grandes dificultades. La capacidad del rey era tan corta que no entendia estas tramas; si las entendia, disimulaba: tal era su poquedad.

En particular deseaba con el alcázar de Madrid juntar el de Segovia. Pareciale, si lo alcanzaba, tendria en su poder como con grillos al rey, y para todo lo que podia suceder se aseguraria mucho por este camino. Este era su mayor deseo: solo y principalmente Andrés de Cabrera por la privanza que tenia con el rey, y ser persona de grande ingenio, y que no fiaba de las promesas que le hacia el maestre, bien que eran muy grandes, le hacia resistencia; de donde resultaron sospechas y se aumentaron entre ellos los disgustos. Cada cual trataba de usar de maña y derribar al contrario, como personas que eran el uno y el otro sagaces y astutos. El maestre tenia mas poder y fuerzas: Andrés de Cabrera fue mas venturoso y acertado. Puso todas sus fuerzas y la mira en reconciliar á doña Isabel con el rey don Enrique su hermano. Venia muy á propósito para esto la ausencia de su competidor, que su hijo el marqués de Villena por su edad no era persona de tantas mañas y astucia.

Al contrario don Andrés asistia mucho con el rey, y con servicios que le hacia conforme al tiempo, le ganaba de cada dia mas la voluntad. Sucedió que cierto dia tuvo comodidad para persuadille con muchas palabras mandase llamar á la infanta doña Isabel, y diese lugar para que le visitase: cosa que decia seria saludable para la república, y para el rey en particular provechosa y honesta. Añadió que ninguno ignoraba dónde iban á parar los intentos del maestre, que era con la revuelta del reino acrecentar las riquezas de su casa, codicia y ambicion intolerable. «De su poca lealtad y firmeza dan muestras clara»mente, aunque yo lo calle, las alteraciones graves »y largas de que él mismo ha sido causa, como hom»bre que es compuesto de malicias y engaño. Bien »veo que el amor de la princesa impide esto, y que »parece cosa indigna despojar su inocente edad de la »herencia paterna. Verdad es esto; pero si va á de»cir verdad, ¿cómo podremos persuadir al pueblo »desenfrenado en sus opiniones que sea vuestra hija? »Los príncipes prudentes no deben pretender en la »república cosa alguna de que los vasallos no son ca»paces. No se puede hacer fuerza á los corazones »como á los cuerpos; y los imperios y mando se con»servan y caen conforme á la opinion de la muche»dumbre y conforme á la fama que corre. Mas en esto »(sea lo que fuere) ¿por ventura para dotar á la her-

»mana y á la hija no bastarán las riquezas grandes »deste nobilísimo reino, repartidas conforme al concierto que se hiciere entre ambas? Que si parece »cosa pesada disminuir la magestad del reino y sus »fuerzas, muy mas grave será enredarle con una »guerra civil, y despeñarle en los daños perpétuos »que della resultarán. Este sin duda es el camino, ó »ninguno otro hay, para escusar tantos males; en »que si hay alguna cosa contraria á los intentos par»ticulares, entiendo se debe disimular por el deseo »de la paz y amor de la patria. Cuántos males hayan »de resultar de la discordia civil, es razon conside»rarlo con tiempo, y con eficacia evitarlos.»

Movióse con este razonamiento el ánimo del rey don Enrique, como persona que fue por toda la vida de una maravillosa inconstancia en sus acciones y consejos, indigno del nombre de rey y afrenta de la silla real. Pasó adelante Andrés de Cabrera, y en otras ocasiones que se le presentaron, por su buena diligencia y amonestaciones persuadió al rey hiciese llamar á su hermana. Hecho esto, dió órden que doña Beatriz de Bobadilla su mujer se partiese para la villa de Aranda, y para que todo fuese mas secreto, disfrazada, en un jumento, y traje de aldeana. Hízose así: habló ella con la infanta doña Isabel, y la persuadió que sin dar parte á nadie se fuese lo mas presto que pudiese á Segovia: avisóle de la ficion que el rey su hermano la mostraba; y que si se trocase, estaria en el alcázar segura para que nadie la hiciese agravio: decia que dado que corriese cual que peligro, en cosas grandes era forzoso aventurarse: en aquella ocasion convenia usar de presteza, que cualquiera detenimiento seria dañoso, pues muchas veces en poco espacio se hacen grandes mudanzas.

Concertado el negocio, doña Beatriz se volvió á su marido, en pos della á poca distancia la princesa doña Isabel entró en el alcázar de Segovia á veinte y ocho de diciembre, principio del año del Señor de 1474. Sabida su venida, los ánimos de todos se alteraron, así de los ciudadanos como de los cortesanos, unos de una manera, otros de otra, conforme á la aficion que cada uno tenia. El marqués de Villena, por sospechar algun engaño y tratado, en un caballo muy de priesa, y con mucho miedo se fue á recoger á Ayllon que es un pueblo por allí cerca. El rey don Enrique en el bosque de Balsain se entretenia en el ejercicio de la caza cuando le vino esta nueva: acudió luego á Segovia, y fué á visitar á su hermana. Las muestras de alegría con que se saludaron y abrazaron, fueron grandes, tanto con mayor aficion que de mucho tiempo atrás no se vieran. Gastaron mucho tiempo en hablar en puridad. Por la despedida la infanta doña Isabel encomendó sus negocios á su hermano, y su derecho que dijo entendia ser muy claro. Respondió el rey que miraria en lo que le decia. Desta manera se despidieron ya muy tarde.

El dia siguiente cenó el rey en el alcázar con su hermana; y el tercero la infanta salió á pasear por las calles de la ciudad en un palafren que él mismo tomó de las riendas para mas honralla. Ningun dia amaneció mas claro así para aquellos ciudadanos, como para toda España, por la cierta esperanza que todos concibieron de una concordia muy firme, despedido el miedo que por la discordia tenian de grandes males. Aumentóse esta esperanza, y confirmóse con que el mismo rey don Fernando de Turuégano, do estaba alerta y á la mira por ver en qué paraba esto, vino tambien á Segovia movido de la fama de lo que pasaba, y persuadido por las cartas de su mujer. El dia de los reyes don Enrique, don Fernando y doña Isabel salieron á pasear juntos por la ciudad, que fue un acompañamiento muy lucido, y espectáculo muy agradable para los ojos de todos. Despues del paseo yantaron juntos y á una mesa en las casas obispales, en que Andrés de Cabrera les tenia aparejado un banquete muy regalado. Diego Enriquez del Castillo dice que comió con ellos don Rodrigo de Villandrando conde de Ribadeo en virtud de un privilegio que se dió á su padre (como arriba queda dicho) que todos los primeros dias del año se asentase y comiese á la mesa del rey. Alzadas las mesas, hobo músicas y saraos, y por remate trajeron colacion de conservas varias y muy regaladas.

La alegría de la fiesta se enturbió algun tanto con la indisposicion del rey don Enrique, que le retentó un dolor de costado de tal manera que le fue forzoso irse á su palacio. Lo que sucedió acaso (como lo juzgan los mas prudentes) el vulgo inclinado siempre á lo peor, y que en todo y con todos entra á la parte, lo echaba á que le dieron algo: opinion y sospecha que se aumentó por la poca salud que en adelante siempre tuvo, y la muerte que le sobrevino antes de pasado el año. La perpétua felicidad de aquellos príncipes don Fernando y doña Isabel, y la grandeza de las cosas que hicieron, dan bastante muestra que por lo menos si hobo alguna cosa, no tuvieron ellos parte: ni es de creer diesen principio á su reinado con una tan grande maldad como sus contrarios les achacaban. Los odios encendidos que andaban, y la grande libertad que se veia en decir unos de otros mal, dieron lugar á sospechar esta y otras semejantes fábulas. Hiciéronse por la salud del rey muchas procesiones, votos, rogativas y plegarias para aplacar á Dios, con que mejoró algun tanto por entonces de aquel accidente.

CAPITULO II.

De la muerte del maestre don Juan Pacheco.

Luego que el rey convaleció, se comenzó á tratar de concertar aquellos príncipes y hacer capitulaciones para ello. Pedia doña Isabel que todos los estados del reino la jurasen por heredera, pues tenia derecho para ello; si esto se hacia, que ella y su marido perpétuamente estarian á obediencia del rey: ofrecia otrosí que por seguridad daria su hija en rehenes para que estuviese como en terceria en el alcázar de Avila y en poder de Andrés de Cabrera. Por el contrario el conde de Benavente pedia con instancia que la princesa doña Juana casase con don Enrique de Aragon. Sentido de la burla que hicieron á su primo, amenazaba que si esto no se hacia, desbarataria el asiento que se pretendia tomar entre los dos reyes, y pondria impedimento para que no pasase mas adelante, como el que podia mucho por andar al lado del rey don Enrique, y agradarle mas por el mismo caso que esto pedia.

Los otros grandes no eran de un parecer, ni de una misma voluntad. Los cortesanos y palaciegos parte favorecian á doña Juana, los mas se inclinaban á doña Isabel, y mas los que tenian mas cabida y mas privanza en la casa real, cosa que mucho ayudó á mejorarse su partido. Todos se gobernaban por aficion sin hacer mucha diferencia entre lealtad y deslealtad; en particular la casa de Mendoza se comenzó á inclinar á esta parte, señores muchos en número, muy poderosos en riquezas y en aliados. Por el mismo caso el arzobispo de Toledo comenzaba á divertirse, y aficionarse á la parcialidad contraria de doña Juana, de quien le parecia se podian esperar mayores premios y mas ciertos. El rey don Enrique se hallaba muy dudoso de lo que debia hacer. El maestre don Juan Pacheco con cartas que de secreto le envió, le persuadia que de noche se apoderase de la ciudad, y prendiese y pusiese en su poder á don Fernando y á doña Isabel, pues se le presentaba tan buena ocasion de tenerlos como dentro de una red metidos en el alcázar: para efectuallo le prometia su ayuda y su industria.

Cosa tan grande como esta no pudo estar secreta,

ni desbaratarse por fuerzas humanas el consejo divino y lo que del cielo estaba determinado: luego pues que se supo lo que se trataba, don Fernando se fué arrebatadamente á Turuégano; la infanta doña Isabel se quedó en el alcázar de Segovia, resuelta de ver en qué paraban aquellos intentos, y no dejar la posesion de aquel alcázar nobilísimo, en que tenian los tesoros y las preseas mas ricas de la casa real, y de donde entendia tomaria principio y se abriria la puerta para comenzar á reinar: hembra de grande ánimo, de prudencia y de constancia, mayor que de mujer y de aquella edad se podian esperar.

Despues que el rey don Enrique y don Fernando se apartaron, se tornaron á juntar por un nuevo accidente. Fue así que el conde de Benavente alcanzó del rey don Enrique los años pasados con la revuelta de los tiempos que le diese á Carrion; villa principal en Castilla la Vieja. Hecha la merced la fortificó con muros y con reparos. Llevaba esto mal el marqués de Santillana á causa que aquella villa de tiempo antiguo estaba á su devocion por la naturaleza que la casa de Mendoza tenia en ella por los de la Vega y Cisneros, linajes incorporados en el suyo. Demás desto movido por sus ruegos y lágrimas persuadió al conde de Treviño que al improviso se apoderase con gente de aquella villa. Hízolo él como lo concertaron: para socorrerle el marqués de Santillana se partió de priesa de Guadalajara con golpe de soldados. El conde de Benavente para vengar por las armas aquel agravio hizo lo mismo desde Segovia, do le tomó la nueva. Con esto, y por estar divididos los demás grandes, y acudir con sus gentes unos á una parte, otros á otra, corria peligro que sucediese algun desman señalado por cualquiera de las partes que la victoria quedase.

Acudieron por diversas partes los reyes mismos don Fernando para asistir al marqués de Santillana, bien acompañado por si fuesen menester las manos, don Enrique para poner paz como lo hizo, que puestas sus estancias en medio de los dos reales contrarios y entre las dos huestes, apenas y con trabajo pudo alcanzar que dejasen las armas. El conde de Benavente se puso de todo punto en las manos del rey. Dióle el arzobispo de Toledo en recompensa el lugar de Magan, y con tanto vino en que abatiesen el castillo de Carrion y le echasen por tierra, que era la principal causa porque aquel pueblo estaba alterado, y la villa volvió á la corona real. Hechas las paces, el de Santillana se vió con doña Isabel en Segovia: dende se volvió á Guadalajara ya determinado de todo punto de tomar nuevo partido y seguir nuevas esperanzas así él como los suyos.

El rey don Enrique despues de visitar á Valladolid, y detenerse algun tanto en Segovia, á persuasion y por consejo del maestre don Juan Pacheco para comunicar y tratar cosas muy importantes se partió para Madrid: tal era la voz. Hízole grande instancia y al fin le persuadió que tratase de casar á la princesa doña Juana con el rey de Portugal, y que para poner esto en efecto se partiese, si bien tenia poca salud, hasta la raya de aquel reino. Este era el color que se tomó para este viaje; el mayor y mas verdadero cuidado del maestre era de apoderarse de Trujillo: grande codicia y deseo de amontonar riquezas y estados. Conformáronse los moradores con la voluntad del rey por tener el maestre granjeada gran parte del regimiento, y seguir el pueblo lo que la nobleza queria; solo el castillo por su fortaleza les era impedimento, que el alcaide Gracian de Sesse no le queria entregar hasta tanto que le gratificasen lo que en él gastara, que era mucha parte de su hacienda, y le tomasen las cuentas.

El rey don Enrique con la tardanza, y por ser aquellos lugares mal sanos y el tiempo poco á propósito, agravada la indisposicion se volvió á Madrid. El maestre algo mejor de una enfermedad que asimismo le sobrevino, se hizo llevar á Trujillo en hombros: llegó con este intento á Santa Cruz de la Sierra, que es una aldea dos ó tres leguas á la parte de mediodía de aquella ciudad. Trataba de persuadir al alcaide que entregase la fortaleza, y de ganalle, cuando en medio destas práticas murió de repente: la ocasion fue que se le hinchó una mejilla, y un corrimiento con que mucha sangre se le cuajó en la garganta, que le salia por la boca y por las narices. Dicen que á las postreras boqueadas ninguna otra cosa preguntaba á los que presentes tenia, y le ayudaban á bien morir, salvo si quedaba entregado el alcázar: pensamiento poco á propósito para quien se hallaba tan cercano á la muerte; bien que sin duda fue gran persona, de mucho valor, de maña y ingenio notable. Tuvieron secreta su muerte hasta tanto que el alcázar se entregó: en recompensa dieron al alcaide Gracian el lugar de San Feliz en Galicia por juro de heredad; dádiva para él muy desgraciada, porque en una revuelta (no se sabe por qué causa) los vecinos de aquel pueblo le apedrearon y mataron: venganza del cielo por dejarse granjear con dádivas, como el vulgo lo decia muy inclinado á semejantes dichos y hablas, y á creer y decir de ordinario lo peor.

CAPITULO III.

Como el rey don Fernando fué á Barcelona.

Los franceses y aragoneses tenian diferencia y contienda sobre lo de Ruysellon y Cerdania: los aragoneses pretendian recobrar aquellos sus estados; los franceses se escusaban con que los tenian empeñados por el dinero que prestó su rey al aragonés, y el que gastaron en el sueldo de los soldados con que ayudaron en la guerra de Barcelona, y aun no estaba pagado. No se conformaron, y así las armas que se dejaron por causa de las treguas que concertaron, las tornaban á tomar y á mover la guerra. El temor de los nuestros no era menor que la esperanza, por ser la guerra contra las riquezas de Francia, y contra aquel rey muy poderoso, sin estar sosegadas las pasiones de Castilla; de que asimismo resultaban muchas y grandes dificultades.

Procuróse componer estas diferencias, y con este intento se enviaron embajadores á Paris para tratar de concierto, personas de gran cuenta. Estos fueron don Juan Folch conde de Cardona, y Hugon de Rocaberti Castellan de Amposta; para que tuviesen mas autoridad, llevaron grande acompañamiento y repuesto. Pretendian dar razon por donde no parecia se debiese pagar el dinero que pedian, lo uno que los socorros de Francia para la guerra de Barcelona ni se enviaron á tiempo, ni fueron de provecho; lo otro que contra las capitulaciones del concierto Juan duque de Lorena fue ayudado con gentes de Francia. Volvianse los embajadores sin concluir cosa alguna: detuviéronlos en Leon contra el derecho de las gentes y las leyes divinas y humanas. Por quedar estos señores arrestados en Francia y como en rehenes, los aragoneses no se atrevian por el peligro que sus personas corrian, á hacer grande resistencia, magüer que por el mismo tiempo al principio del verano quinientos caballos franceses debajo de la conducta de Juan Alonso señor de Aluda entraron en son de guerra por la parte de Ruysellon, y juntándose con las demás guarniciones y gentes francesas, se pusieron sobre la ciudad de Elna, cuya parte mas baja desampararon á la hora los ciudadanos por ser flaca.

El rey de Aragon en Barcelona tenia córtes á los catalanes: allí se apercebia para la guerra, bien que se hallaba en lo postrero de su larga edad y doliente de cuartanas. Tenia sus fuerzas gastadas: determinó buscar socorros de fuera; envióle el rey don Fernando

de Nápoles su sobrino por el mar quinientos hombres de á caballo, pequeña ayuda para guerra tan larga. Don Fernando su hijo por el mes de junio se apoderó de Tordesillas, que es una buena villa en Castilla la Vieja: los vecinos le llamaron para valerse de sus fuerzas contra Pedro Mendavia alcaide de Castro Nuño, que hacia mal y daño por los pueblos y campos comarcanos con una compañía de salteadores, de los que en gran número andaban por todo el reino desmandados. Hecho esto y vuelto á Segovia, do quedó su mujer, avisado del peligro y poca salud de su padre determinó irse á ver con él, como lo hizo. Púsose en camino á dos de julio: de pasada visitó en Alcalá al arzobispo de Toledo que estaba allí retirado: pretendia con aquella cortesía quitalle el disgusto que tenia grande, y ganalle si pudiese. Desde allí pasó á Guadalajara para visitar al tanto al marqués de Santillana, y obligalle mas con esto. Llegó por sus jornadas á Zaragoza y á Barcelona, do halló á su padre, viejo de mucha prudencia y que nunca reposaba.

Sucedieron á la misma sazon muy fuera de tiempo alteraciones en el reino de Valencia. Fue así que Segorve y Ejerica, dos pueblos principales en aquella comarca, tomaron las armas y se alborotaron á un mismo tiempo. La porfía fue igual, los intentos contrarios: los de Ejerica para librarse del señorío de Francisco Sarsuela, que pretendian les tenia hechos grandes agravios y demasías; los de Segorve por conservarse contra la voluntad del rey en la obediencia de don Enrique de Aragon. Fueron estas alteraciones mas largas que grandes, sin que en ellas sucediese cosa memorable mas de que al fin se hizo lo que el rey quiso y era razon, que Segorbe quedó confiscada, y Ejerica volvió á cuya antes era.

Don Fernando en Barcelona consultaba con su padre sobre la guerra de Ruysellon cuando le vino aviso de Castilla que el maestre de Santiago don Juan Pacheco era pasado desta vida á cuatro de octubre. Por su muerte andaba mayor alboroto que nunca entre los grandes: muchos señores pretendian aquel maestrazgo, la diligencia era igual y la ambicion, los caminos diversos y el color que para su pretension cada cual alegaba. El de Alburquerque, el de Benavente, el de Santillana, el de Medina Sidonia confiaban mas en sus riquezas que en alguna otra cosa. Por votos de los caballeros fueron nombrados dos, cada cual en uno de los principales conventos de la órden, donde los caballeros, unos en una parte, otros en otra se juntaron. En el de Leon fue elegido don Alonso de Cárdenas comendador mayor que era de Leon; en Uclés nombraron á don Rodrigo Manrique conde de Paredes.

El marqués de Villena por tener el favor del rey y ser sus fuerzas muy grandes pretendia despojar los dos, y alegaba que el pontífice en vida de su padre le hizo gracia de aquella dignidad; pero como quier que no presentase bulas ni testimonio alguno de la voluntad del papa, los mas sospechaban era invencion á propósito de tener tiempo para usar de mayor diligencia y ganar del papa aquella dignidad. Andaba en su pretension con poco recato: iba camino del Villarejo de Salvanés para hablar con el conde de Osorno comendador mayor de Castilla: echáronle mano, y llevaronle preso á Fuentidueña. Fue grande esta afrenta y resolucion: conque el rey don Enrique irritado, y por no parecer que el conde de Osorno obedeceria á sus mandatos, determinó acudir á las armas, y dado que andaba con poca salud, se puso con gente sobre Fuentidueña.

Acudiéronle los prelados de Toledo y de Burgos, el de Benavente, el condestable y el de Santillana sin otros señores, todos deseosos de servir á su rey, y alterados contra un hecho tan atroz. Erales muy pesada la tardanza por irse agravando la enfermedad del rey, y ser el tiempo poco á propósito. Acordaron valerse de un engaño contra otro: esto fue que Lope Vazquez de Acuña hermano del arzobispo de Toledo, á quien no menos pesaba que á los demás del agravio que se hizo al marqués de Villena, con muestra que queria tener habla con la mujer del conde de Osorno, la prendió á ella y á un hijo suyo, y los llevó á la ciudad de Huete: con esta maña, vencido el ánimo de su marido, puso al de Villena en libertad. Desta manera se desbarataron los intentos del conde de Osorno; que por aquel camino y prision pretendia ganar la gracia de don Fernando y con su ayuda quitar el maestrazgo de Santiago á todos los demás, mayormente que la princesa doña Juana se tenia en Escalona, apartada de su madre por su poca honestidad, y en poder del dicho marqués de Villena.

Sabidas todas estas cosas en Barcelona, el rey don Fernando dejó el cuidado de la guerra á su padre que pretendia luego marchar la vuelta de Ampurias, y él se volvió á Zaragoza con intento, si las cosas de Castilla diesen lugar, juntar allí córtes de los aragoneses para efecto de allegar dinero de que tenian grande falta; tanto mas que de cada dia acudian nuevas compañías de franceses, y estaban ya juntos sobre Elna novecientos caballos y diez mil infantes, con que el cerco de aquella ciudad se apretó de suerte, que por falta de mantenimientos y de todo lo necesario los cercados se rindieron un lunes á cinco de diciembre á partido que la guarnicion de soldados y los capitanes saliesen libres, sin embargo que durante el cerco tuvieron entre sí mas diferencias que ánimo, para contra los enemigos. Con la pérdida de Elna tenian gran miedo no se perdiese tambien Perpiñan por caelle muy cerca, y estar rodeada aquella villa por todas partes de guarniciones de enemigos, además que el mismo castillo de Perpiñan estaba en poder de franceses: por todo esto se recelaban que no se podria mantener largo tiempo.

Fué este año memorable, particularmente en Sicilia, por el estrago grande que en las ciudades y pueblos se hizo de los judíos. La muchedumbre del pueblo sin saberse la causa como furiosos tomaban las armas, sin tener cuenta ni respecto á los mandatos y autoridad del virey don Lope de Urrea, ni aun enfrenallos la justicia que hizo de algunos de los culpados: mataron muchos de aquella gente miserable, y les saquearon y robaron sus casas. Los moros de Granada á este tiempo tenian sosiego, ni trataban los nuestros de hacelles guerra por la grande revuelta y alteracion en que las cosas se hallaban. En Navarra andaban alborotos entre los biamonteses, que seguian el partido de la princesa doña Leonor, y los agramonteses de muy antiguo aficionados al servicio del rey de Aragon. El pueblo seguia el ejemplo de los principales en semejantes locuras, y en hacerse unos á otros desaguisados.

CAPITULO IV.

De la muerte del rey don Enrique.

Agravábase de cada dia la dolencia del rey don Enrique, que de algun tiempo atrás le traia trabajado; y con el movimiento de aquel viaje que hizo, y los cuidados pesados y desabridos se hizo mortal. Ordenaron los médicos que volviese á Madrid: confiaban que con aquellos aires mejoraría; ni la bondad del cielo muy saludable de que goza aquella villa, ni muchos remedios que le aplicaron, fueron parte para que aflojase el dolor del costado; antes se embraveció de manera que perdida la esperanza y recebidos los sacramentos como buen cristiano, á once de diciembre, dia domingo á la segunda hora de la noche, rindió con reposo el alma al fin del año cua-

renta y cinco de edad (1), reinó veinte años, cuatro meses, veinte y dos dias.

No otorgó algun testamento; solo hizo escribir algunas cosas á Juan de Oviedo, su secretario de quien mucho se fiaba. Nombró por ejecutores de lo que ordenaba al cardenal de España y al marqués de Villena. Preguntado por fray Pedro de Mazuelos, prior de San Gerónimo de Madrid, que le confesó en aquel trance, á quien dejaba y nombraba por sucesor, dijo que á la princesa doña Juana que dejó encomendada á los dos ejecutores de su testamento, y junto con ellos al de Santillana, al de Benavente, al Condestable y al duque de Arévalo de quien mas que de otros hacia confianza (2). Su cuerpo por la larga dolencia, estaba tan flaco que sin embalsamalle le depositaron en San Gerónimo de Madrid. El enterramiento y honras que le hicieron no fueron muy grandes, ni tampoco muy pequeñas: despues en cumplimiento de lo que él mismo mandó á la hora de su muerte, le sepultaron en la iglesia de Guadalupe junto al sepulcro de su madre.

Fue este príncipe señalado en ninguna cosa mas que en la manera torpe de su vida, en su descuido y flojedad: faltas con que desdoró mucho su reinado. No dejó hijo alguno varon, y fue en línea y alcuña de los varones que descendieron del rey don Enrique el bastardo, el postrero como en el tiempo y cuento así bien en la fama: punto asáz de advertir, y que hace maravillar sea la inconstancia de las cosas tan grande como se ve, y su mudanza tal que no solo mueren los hombres sino tambien se acaba el vigor y fuerza de los linajes, y mas en sucesion de los príncipes en que convenia mas continuarse. Cada uno de los particulares estamos sujetos á esto: las propiedades y virtud asimismo de las plantas, yerbas y animales en comun tienen sus nacimientos y aumentos, y en fin se envejecen y faltan.

Tuvo el rey don Enrique, tronco y principio deste linaje, el natural muy vivo, y el ánimo tan grande que suplia la falta del nacimiento. Don Juan su hijo fue persona de menos ventura, y de industria y ánimo no tan grande ni valeroso. Don Enrique su nieto tuvo el entendimiento encendido y altos pensamientos, el corazon capaz del cielo y de la tierra: la falta de salud y lo poco que vivió, no le dejaron mostrar mucho tiempo el valor que su aventajado natural y su virtud prometian. El ingenio de don Juan el Segundo deste nombre era mas á propósito para letras y erudicion que para el gobierno. Finalmente, en su hijo don Enrique, cuyas obras y vida y muerte acabamos de relatar, desfalleció de todo punto la grandeza y loa de sus antepasados, y todo lo afeó con su poco órden y traza: ocasion para que la industria y virtud se abriese por otra parte camino para el reino de Castilla y aun casi de toda España, con que entró en ella una nueva sucesion y línea de grandes y señalados príncipes. Del derecho en que fundaron su pretension por entonces, se dudó: el provecho que adelante su valor acarreó, fue sin duda muy grande y aventajado.

CAPITULO V.

Como alzaron á don Fernando y doña Isabel por reyes de Castilla.

Con la muerte del rey don Enrique todas las cosas en Castilla se trocaron: la mayor parte acudió á doña Isabel hermana del difunto: algunos, y no pocos, perseveraron en el servicio de doña Juana la princesa, en especial el marqués de Villena y el duque de Arévalo le acudiéron con sus deudos y aliados como los primeros y principales entre los que quedaron nombrados para el amparo de aquella señora. Persuadianse que ella tendria el nombre de reina, y ellos la mano en todo, y se apoderarian del gobierno; el marido seria el que les pareciese mas apropósito para sus intentos particulares, que era su principal cuidado. Seguian á estos dos grandes todos los pueblos y comarca que hay desde Toledo hasta Murcia, y juntamente la mayor parte de la nobleza de Galicia hasta tomar las armas contra el arzobispo de Santiago don Alonso de Acevedo y de Fonseca, porque en esto no se conformaba con los demás, antes andaba muy declarado por la parte contraria.

En la plaza de Segovia en un tablado que se levantó de madera, los que se hallaron en aquella ciudad, en público juraron á doña Isabel, que presente estaba, por reina, puesta la mano como es de costumbre sobre los Evangelios. Hecho esto, levantaron los estandartes en su nombre con un faraute que en alta voz dijo: Castilla, Castilla por el rey don Fernando y la reina doña Isabel. El pueblo con grande alarido y aplauso repetia las mismas palabras. Acudieron todos á besalle la mano y hacelle homenaje: así como estaba con vestidos reales puesta en un palafren la llevaron á la iglesia Mayor para dar gracias á Dios por aquel beneficio, y rogar fuese servido continuallo y llevar adelante lo comenzado. Halláronse entonces muy pocos titulados en Segovia, y ningunos grandes. Los primeros que muy de priesa acudieron para dar muestra de su lealtad y aficion, fueron el cardenal de España y el conde de Benavente don Rodrigo Alonso Pimentel: poco despues el arzobispo de Toledo, el marqués de Santillana, don García Alvarez de Toledo duque de Alba, el Condestable, el Almirante y el duque de Alburquerque: otros enviaron sus procuradores para que en su nombre hiciesen los homenajes y jurasen á la reina doña Isabel.

No pareció se hiciese el pleito homenaje por entonces á su marido el rey don Fernando hasta tanto que personalmente jurase, como su mujer la reina lo hizo, el pro del reino y guardalles como es de costumbre sus franquezas y privilegios. Hallábase á la sazon en Zaragoza ocupado en las córtes de Aragon y con intento de allegar dinero para la guerra de Ruysellon. Esto iba á la larga: así sabida la muerte del rey don Enrique, sin dilacion se partió para Castilla por entender que ninguna cosa hay mas segura en revueltas y mudanzas semejantes que la presteza. Dejó en su lugár para presidir en las córtes á doña Juana su hermana, que tenian concertada con don Fernando, rey de Nápoles, viudo de su primera muger. Los señores de Castilla no se podian granjear sino á poder de grandes dádivas y mercedes, por estar acostumbrados á vender sus servicios y lealtad lo mas caro que podian.

Luego que el rey llegó á Almazan, le envió el conde de Medinaceli don Luis de la Cerda á representar por medio de Francisco de Barbastro, que el reino de Navarra pertenecia á doña Ana su mujer como á hija que era de don Carlos príncipe de Viana, legítima así por casarse despues el príncipe con su madre, como por dispensacion del papa, de todo lo cual presentaba escrituras; si verdaderas ó falsas, no se sabe: de cualquiera manera era grande su determinacion, y el negocio y pretension en que entraba pedia mayores fuerzas que las suyas. Decia que si el rey don Fernando no le ayudaba para alcanzar aquel reino, no le faltaria ayuda de otra parte, que era en suma amenazar con la guerra de Francia: demasía fuera de sazon.

Despedido pues el que vino con esta embajada sin respuesta, continuó el rey su camino: llegado á

(1) Fue el 49, porque nació el 5 de enero de 1425, y murió el 11 de diciembre de 1474.

(2) Las historias antiguas no dicen sino que se ficiese de la princesa su fija lo que el cardenal de España, el marqués de Santillana, el duque de Arévalo, etc., acordasen se debia facer.

Turuégano, allí se entretuvo hasta tanto que en la ciudad de Segovia le aparejasen el recibimiento necesario. Hizo su entrada un dia despues de año nuevo de 1475. En aquel dia puesto todo á punto, fue recebido en la ciudad con todas las demostraciones de alegria: todos los estados le hicieron sus homenajes y besaron la mano como á su rey. Sobre la manera que se debia tener en el gobierno, hobo alguna diferencia y debate: los criados de la reina decian que no podia ni debia entremeterse el rey don Fernando en el gobierno, ni aun intitularse rey de Castilla; de lo cual demás de las capitulaciones matrimoniales traian algunos ejemplos tomados del reino de Nápoles donde en tiempo de las dos reinas por nombre Juanas sus maridos no tomaron apellido de reyes, antes se contentaron con el casamiento y con la honra que á cada cual daba la reina su mujer: hicieron grandes letrados informaciones y alegaron sobre el caso.

Los aragoneses por el contrario pretendian que por no quedar ningun hijo varon del rey don Enrique el reino volvia á don Juan rey de Aragon como al mayor del linaje; pero esto que en Francia conforme á las costumbres de aquel reino se guardaba, facilmente lo rechazaban con muchos ejemplos así antiguos como modernos de Ormesinda, de Odisinda, de doña Sancha, de doña Urraca y de doña Berenguela, que mostraban claramente como muchas hembras los tiempos pasados heredaron el reino de Castilla. Desistieron pues desta empresa, y entre marido y mujer se concertaron estas capitulaciones: Que en los privilegios, escrituras, leyes y moneda el nombre de don Fernando se pusiese primero, y despues el de doña Isabel; al contrario en el escudo y en las armas las de Castilla estuviesen á man derecha en mas principal lugar que las de Aragon: en esto se tenia consideracion á la preeminencia del reino, en lo primero á la de marido. Que los castillos se tuviesen en nombre de doña Isabel, y que los contadores y tesoreros le hiciesen en su nombre juramento de administrar bien las rentas reales. Las provisiones de los obispados y beneficios rezasen en nombre de ambos, pero que se diesen á voluntad de la reina y á personas en doctrina aventajadas. Cuando se hallasen juntos, de consuno administrasen justicia á los de cerca y á los de lejos; cuando en diversas partes, cada cual administrase justicia en su nombre en el lugar en que se hallase. Los pleitos de las demás ciudades y provincias determinase el que tuviese cerca de sí los oidores del consejo, órden que asimismo se guardase en la eleccion de los corregidores.

Mostró sentimiento don Fernando que sus vasallos en lugar de obedecer le quisiesen dar leyes, todavía le pareció disimular: consideraba que con un poco de sufrimiento y disimulacion él se arraigaria en el gobierno y todo estaria en su mano. Juntamente la reina doña Isabel, como princesa muy discreta, se dice que aplacó la pesadumbre que su marido tenia con un razonamiento que le hizo á este propósito deste tenor: «La diferencia que se ha levantado sobre el derecho del reino, no menos que á vos me ha desgustado. ¿Qué necesidad hay de deslindar los derechos entre aquellos cuyos cuerpos, ánimos y haciendas el amor muy casto, y el vínculo del santo matrimonio tiene atados? Sea á las otras mujeres lícito tener alguna cosa propia y apartada de sus maridos: á quien yo he entregado mi alma, por ventura será razon ser escasa en franquear con él mismo la autoridad, riquezas y ceptro? ¿qué fuera esto sino cometer delito muy grave contra el amor que se deben los casados? Seria yo muy necia, si á vos solo no estimase en mas que á todos los reinos. Donde yo fuere reina, vos sereis rey, quiero decir gobernador de todo sin límite ni escepcion alguna. Esta es nuestra determinacion, y será para siempre: ojalá tan bien recibida como en mi pecho asentada. Alguna cosa era justo disimular por el tiempo, y mostrar haciamos caso de los letrados que con sus estudios tienen ganada reputacion de prudentes; mas si por esta porfía los cortesanos y señores pensaron haberse adelantado para tener alguna parte en el gobierno, ellos en breve se hallarán muy burlados: si no fuere con vuestra voluntad, no alcanzarán cosa alguna, sean honras, cargos ó gobiernos. Verdad es que dos cosas en este negocio han sucedido á propósito, la primera que se ha mirado con esto por nuestra hija y asegurado su sucesion; la cual, si vuestro derecho fuera cierto, quedaba escluida de la herencia paterna, cosa fuera de razon, y que á nos mismos diera pena: queda otrosí proveido para siempre que los pueblos de Castilla sean gobernados en paz; que dar las honras del reino y los castillos, las rentas y los cargos á estraños, ni vos lo querreis, ni se podria hacer sin alteracion y desabrimiento de los naturales; que si esto mismo no os da contento, vuestra soy, de mí y de mis cosas haced lo que fuere vuestra voluntad y merced. Esta es la suma de mi deseo y determinada voluntad.» Aplacado con estas palabras el rey don Fernando volvió su pensamiento al remedio del reino, que por la alteracion de los tiempos pasados y el peligro evidente que corria de nuevas revueltas, se hallaba grandemente trabajado.

CAPITULO VI.

Como el rey de Portugal tomó la proteccion de doña Juana su sobrina.

Parecia que el marqués de Villena en un mismo tiempo se burlaba del rey don Fernando y de don Alonso rey de Portugal, pues juntamente traia sus inteligencias con los dos. Era de no menor ingenio que su padre, y todos se persuadian que se inclinaria á la parte de que mayor esperanza tuviese de acrecentar su estado y riquezas de su casa, conforme al humor que entonces corria, y aun siempre corre, sin respeto alguno de lo que las gentes dirian, ni de lo que por la fama se publicaria. Del rey don Fernando pretendia que despojados los dos competidores en el maestrazgo con achaque que las elecciones no fueran válidas, él fuese legítimamente entronizado y nombrado por maestre de Santiago. Era esta demanda pesada, que persona de quien no tenia bastante seguridad; creciese tanto en poder y riquezas, y que juntase con los demás aquella dignidad tan rica y de tanta renta: sin embargo le dió buena respuesta; que es su prudencia conformarse con el tiempo. Prometióle que si pusiese á doña Juana en tercería para casalla conforme á su calidad, vendria y le ayudaria en lo que pedia: á esto replicó él que en ninguna manera lo haria, ni quebrantaria la fe y palabra que dió al rey don Enrique de mirar por su hija.

Junto con esto envió personas de quien hacia confianza, para persuadir al rey de Portugal tomase á su cargo la proteccion de su sobrina, pues por ser el pariente mas cercano le pertenecia á él en primer lugar, y como tal queria se encargase del gobierno de Castilla. Reprendia sus miedos, sus recatos y demasiada blandura: protestábale y amonestábale pues era rey tan poderoso y tan rico. Que en Castilla hallaria muchos aficionados á aquel partido así bien del pueblo como de la nobleza, los cuales presentada la ocasion se mostrarian en mayor número de lo que podia pensar; que mas le faltaba caudillo que voluntad para seguir aquel camino. Hallábase el de Portugal en Estremoz á la raya de su reino al tiempo que falleció el rey don Enrique. Hizo consulta sobre este negocio, y sobre lo que el de Villena representaba. Los pareceres fueron diferentes: los mas juzgaban se debia abrir la guerra, y sin dilacion romper con las armas por las tierras de Castilla: hombres habla-

dores, feroces, atrevidos, ni buenos para la guerra ni para la paz. Hacian fieros, y alegaban que tenian grandes tesoros allegados con la larga paz, huestes de á pié y de á caballo, y grandes armadas por la mar.

El principal autor deste consejo, y atizador de la guerra desgraciada, era don Juan príncipe de Portugal, el cual conforme al natural atrevimiento que da la juventud, se arrojaba mas que los otros; solo don Fernando duque de Berganza, como al que su larga edad hacia mas recatado y mas prudente (lo que otros atribuian á miedo ó amor que tenia á doña Isabel por el parentesco y ser nieta de su hermano) sentia lo contrario, que no se debian ligeramente tomar las armas: que el de Villena y sus aliados eran los mismos que poco antes alzaron por rey al infante don Alonso contra don Enrique su hermano, y juntamente sentenciaron que doña Juana era hija bastarda; lo cual con qué cara ahora, con qué nueva razon lo mudan, sino por ser personas que se venderian al que diese mas, y que volverian las proas adonde mayor esperanza se les representase? ¿Qué castillos daban por seguridad que no se mudarian con la misma ligereza que de presente se mudaban, si don Fernando les prometiese cosas mas grandes? En qué manera podrian desarraigar la opinion que el pueblo tenia concebida en sus corazones que doña Juana era ilegítima? cosa que el mismo rey don Alonso confirmó cuando pidió por mujer á doña Isabel, y no quiso aceptar en manera alguna el casamiento que le ofrecian de doña Juana. «Mintiendo sin duda, y haciendo »fieros, y gloriándose de las fuerzas que no tienen, »hinchan á los otros con el viento de vanas esperan»zas, y ellos mismos están hinchados. Los perros »cuanto mas medrosos ladran mas, y los pequeños »arroyos muchas veces hacen mas ruido con su »corriente que los rios mas caudalosos. Afirman que »los señores y las ciudades seguirian su opinion, de »quien sabemos cierto que con la misma lealtad con »que sirvieron al rey don Enrique, abrazarán el par»tido de doña Isabel. Ojala pudiera yo poner delante »de vuestros ojos el estado en que las cosas están: »ojalá como los cuerpos, así se pudieran ver los co»razones, entendiérades el poco caso que se debe »hacer de las vanas promesas del marqués de Vi»llena.»

Bien advertian las personas mas prudentes que todo esto era verdad; todavía prevaleció el parecer de los mas: desórden muy perjudicial que en la consulta no se pesen los votos, sino se cuenten de ordinario, y se esté por los mas votos, aun cuando los reyes están presentes, por cuyo parecer todos pasan, y en cuyo poder está todo. Verdad es que primero que se declarasen, Lope de Alburquerque que enviaron para mirar el estado en que todo se hallaba, llevó firmas de muchos señores de Castilla que prometian al rey de Portugal que á la sazon era ido á Ebora, y le daban la fe, si casaba con doña Juana, que á su tiempo no le faltarian.

Para encaminar estas trazas venia muy á cuenta el desabrimiento del arzobispo de Toledo, que con color que residiera muchos años en la córte (enfado que á los grandes personajes hace perder el respeto y que la gente se canse dellos) y con muestra que queria descansar, se salió de Segovia á veinte de febrero. Este era el color, la verdad que claramente se tenia por agraviado de los nuevos reyes: querellábase le entretenian con falsas esperanzas sin hacelle alguna recompensa de sus servicios y de su patrimonio que tenia consumido, y hechos grandes gastos para dar de su mano el reino á aquellos príncipes ingratos: sobre todo llevaba mal la privanza del cardenal, que iba en aumento de suerte que los reyes todos sus secretos comunicaban con él, y por él se gobernaban. Procuraron aplacalle, pero todo fue en vano: amenazaba haria entender á sus contrarios lo que era agraviar al arzobispo de Toledo, y mostraria cuan grandes fuesen sus fuerzas contra los que le enojasen. Tampoco fueron los ruegos de efecto mezclados con amenazas de su hermano don Pedro de Acuña conde de Buendía, en que le protestaba no empeciese á sí y á sus deudos, y por esperanzas dudosas no se despeñase en peligros tan claros; antes como el que de suyo era soberbio de condicion, suelto de lengua, mas se irritaba con las amonestaciones que le hacian, mayormente que un Hernando de Alarcon que por ser de semejante condicion tenia mas cabida con él que otro alguno, como le andaba siempre á las orejas, con sus palabras henchia su pecho cada dia de mayor pasion y saña.

CAPITULO VII.

Como el rey de Portugal se llamó rey de Castilla.

La partida del arzobispo y su desabrimiento tan grande alteró á los nuevos reyes y los puso en cuidado: temian, si se declaraba por la parte contraria, no revolviese el reino conforme lo tenia de costumbre, por ser persona de condicion ardiente, de ánimo desasosegado, demás de su mucho poder y riquezas. Esto les despertó para que con tanto mayor cuidado buscasen ayudas de todas partes así del reino como de fuera: sobre todo procuraron sosegar á los grandes y ganallos. El primero que redujeron á su servicio, fue don Enrique de Aragon con restituille sus estados de Segorve y de Ampurias, y dalle perdon de todo lo pasado: camino con que quedó otrosí muy ganado el de Benavente su primo. Fue esto tanto mas fácil de efectuar, que tenia él perdida la esperanza de que aquel casamiento que tenian concertado, pasase adelante y se efectuase, á causa de que á doña Juana desde Escalona la llevaron á Trujillo para casalla con el rey de Portugal, al cual pretendia el marqués de Villena contraponelle á las fuerzas de Aragon, á la sazon divididas por la guerra de Francia y las alteraciones de Navarra.

La villa de Perpiñan se hallaba muy apretada con el largo cerco que le tenian puesto, tanto que por estar muy trabajada, y no tener alguna esperanza de ser socorrida se rindió á los catorce de marzo á partido que se diese libertad á los embajadores que detuvieron en Francia (como queda dicho) y á los vecinos de aquella villa de irse ó quedarse como fuese su voluntad: concertaron otrosí treguas por seis meses entre la una nacion y la otra. Envió el rey don Fernando al de Francia para pedir paces, y que con ciertas condiciones restituyese lo de Ruysellon, cierta embajada. El rey de Francia dió muy buena respuesta, y prometió grandes cosas, si venia en que su hija casase con el delphin de Francia: prometia en tal caso que le ayudaria con tanta gente y dinero cada un año cuanto fuese menester para sosegar las alteraciones de Castilla y apoderarse del reino, en particular que se concertaria sobre el principado de Ruysellon, estaria á justicia y pasaria por lo que los jueces árbitros ordenasen; para tratar esto envió por su embajador desde Francia á un caballero llamado Guillelmo Garro.

Los reyes don Fernando y doña Isabel daban de buena gana oidos á estos tratos, si bien el rey de Aragon recibia gran pesadumbre, y los acusaba por sus cartas que moviesen sin dalle á él parte cosas tan grandes: sobre todo le congojaba que el arzobispo de Toledo estuviese desabrido; temia por ser hombre voluntario, y su condicion vehemente, no intentase de nuevo á poner en Castilla rey de su mano, y dar la corona como fuese su voluntad. Venia este consejo tarde por estar las voluntades muy estragadas, y mostrarse ya el Portugués á la raya del reino con un grueso campo en que se contaban cinco mi caba-

llos y catorce mil infantes, todos bien armados y con grande confianza de salir con la victoria. Perdida pues la esperanza de concertarse, lo que se seguia, y era forzoso, los nuevos reyes acudieron á las armas. Andrés de Cabrera lo que hasta entonces dilatara para que el servicio fuese mas agradable cuanto mas necesario, y las mercedes mayores, les entregó los tesoros reales: ayuda de grande momento para la guerra que se levantaba. En recompensa le hicieron merced de la villa de Moya pueblo principal, aunque pequeño, á la raya de Valencia con título de marqués: diéronle otrosí en el reino de Toledo la villa de Chinchon con nombre de conde, y por añadidura la tenencia de los alcázares de Segovia para él y sus herederos y sucesores; que fueron todos premios debidos á sus servicios, y á su lealtad y constancia, ca si va á decir verdad, gran parte fue don Andrés para que don Fernando y doña Isabel alcanzasen el reino y se conservasen en él.

Partidos los reyes de Segovia con intento de apercibirse para la guerra, pusieron en su obediencia á Medina del Campo, mercado á que los mercaderes concurren, y en sus tratos y ferias que allí se hacen, la mas señalada y de las ricas de España, y por el mismo caso á propósito para juntar dinero de entre los mercaderes. El de Alba con deseo de señalarse en servir á los nuevos reyes, luego que llegaron, les entregó el castillo de aquella villa que se llama la Mota de Medina, y la tenia en su poder. Hacíase la masa de las gentes en Valladolid: fueron allá los nuevos reyes; cada dia les venian nuevas compañías de á pié y de á caballo, con que se formó un ejército ni muy pequeño, ni muy grande.

Repartieron los reyes entre sí el cuidado, de suerte que don Fernando quedó en Castilla la Vieja, cuya gente les era mas aficionada y la tenian de su parte: doña Isabel pasó los puertos para intentar si podria sosegar al arzobispo de Toledo; mas él no quiso verse con ella, antes por evitar esto desde Alcalá se fue á Brihuega, pueblo pequeño, pero fuerte por el sitio y por sus muros: alegaba para hacer esto que por una carta que tomó, constaba trataban de matalle: asimismo el condestable Pero Hernandez de Velasco que envió la reina para el mismo efecto, no pudo con él acabar cosa alguna. Todavía este viaje de la reina fue de provecho, porque aseguró la ciudad de Toledo con guarnicion que puso en ella conforme á lo que el negocio y tiempo pedia, y con hacer salir fuera al conde de Cifuentes y á Juan de Ribera, parciales y aliados del arzobispo de Toledo. No entró la reina en Madrid por estar el alcázar por el marqués de Villena. Concluidas estas cosas, volvió á Segovia para acuñar y hacer moneda toda la plata y oro que se halló en el tesoro real así labrado como por labrar.




Moneda de Isabel la Católica.

En el mismo tiempo el rey don Fernando aseguró la ciudad de Salamanca, bien que con su venida saquearon las casas de los ciudadanos de la parcialidad contraria, que eran en gran número. Zamora al tanto con la misma facilidad le abrió luego que llegó las puertas: entrególe primero Francisco de Valdés una torre que tenian sobre la puente con guarnicion de soldados, principio para allanar los demás; el alcánzar principal no le quiso entregar su alcaide Alonso de Valencia por el deudo que tenia con el marqués de Villena; usar de fuerza pareció cosa larga. Tampoco no quiso el rey ir á Toro, ciudad que está cerca de Zamora por no asegurarse de la voluntad de Juan de Ulloa ciudadano principal, y que se mostraba aficionado á los portugueses no tanto por su voluntad, como por miedo del castigo que merecia la muerte que dió á un oidor del consejo real, y otros muchos y feos casos de que le cargaban.

Vueltos que fueron los reyes á Valladolid, la ciudad de Alcaráz se puso en su obediencia: los ciudadanos por no ser del marqués de Villena tomaron las armas y pusieron cerco á la fortaleza: acudieron á los ciudadanos el conde de Paredes y don Alonso de Fonseca señor de Coca con el obispo de Avila, que era del mismo nombre. El de Villena por el contrario, sabido lo que pasaba, vino con gente en socorro del alcázar; mas como no se sintiese con bastantes fuerzas, desistió de aquella su pretension de hacer alzar el cerco y recobrar la ciudad. Esta pérdida le encendió tanto mas en deseo de persuadir al de Portugal que apresurase su venida, con cartas que le escribió en este propósito. Decíale que en tal ocasion mas necesaria era la ejecucion que el consejo que toda dilacion empeceria grandemente; que con sola su ayuda, aunque los demás se estuviesen quedos y aflojasen, venceria á los contrarios. El agravio que juzgaba le hacian, le aguijoneaba para desear que luego se acudiese á las armas y á las manos.

Hallábase el rey de Portugal á la frontera de Badajoz por el mes de mayo: en el mismo tiempo es á saber á los diez y ocho de aquel mes dia jueves le nació en Lisboa un nieto, que de su nombre se llamó don Alonso. Vivió poco tiempo, y así no vino á heredar el reino, dado que le juraron por príncipe y heredero de Portugal, aun en caso que su padre el príncipe don Juan falleciese antes que su abuelo. Por el nacimiento deste niño en esta sazon algunos de los portugueses pronosticaban que la empresa seria próspera, y que del cielo estaba determinado gozase del reino de Castilla, como hombres que eran livianos los que esto decian, y vanos, y que creian demasiado á sus esperanzas mal fundadas. Estaba en Badajoz el conde de Feria con gente, y era muy aficionado al rey don Fernando: demás que se apoderó de un lugar de aquella comarca que se llama Jerez, que quitó á los contrarios.

Debieran los portugueses echar á man derecha, y romper por el Andalucía, en que tenian de su parte á Carmona, á Ecija y á Cordova, para que ganada Sevilla, ninguna cosa les quedase por las espaldas que les pudiese dar cuidado; torcieron el camino á man izquierda, en que grandemente erraron, y por tierra de Alburqurque y por Estremadura llegaron á Plasencia, ciudad pequeña y que goza de muy alegre cielo, si bien el aire y sitio por su puesto es algo mal sano. En aquella ciudad se desposó el rey de Portugal con doña Juana; y dado que no se efectuó el matrimonio, por pretender antes de hacerlo alcanzar del pontífice dispensacion del parentesco, que era muy estrecho, coronáronlos por reyes, y alzaron los estandartes de Castilla en su nombre como es de costumbre. En esta sazon y en medio destos regocijos nombró aquel rey á Lope de Alburquerque y le dió título de conde de Penamacor, recompensa debida á sus servicios y trabajos que pasó en granjear las voluntades de los señores de Castilla. Pusieron otrosí por escrito los derechos en que fundaban la pretension de doña Juana, y enviaron traslados y copias á todas partes, bien largos, y en que iban palabras afrentosas y picantes claramente contra los reyes sus contrarios. Sucedieron estas cosas á los postreros

del mes de mayo: consultaron asimismo como se haria la guerra, y sobre qué parte primeramente debian cargar.

CAPITULO VIII.

Que el rey de Portugal tomó á Zamora.

La llama de la guerra á un mismo tiempo se emprendió en muchos lugares: la fuerza y porfía era muy grande y estrema como entre los que debatian sobre un reino tan poderosa. Villena con las villas que le estaban sujetas, comenzó á ser trabajada por gentes del reino de Valencio. Por esta causa y á persuasion del conde de Paredes, tomadas las armas de comun acuerdo, los naturales de aquella ciudad se pasaron al servicio del rey don Fernando: para hacerlo sacaron por condicion que perpetuamente quedasen incorporados en la corona real. Al maestre de Calatrava quitaron á Ciudad Real, de que se habia apoderado sin tener otro derecho mas del que pueden dar las armas. En el Andalucía y en Galicia hacian unos contra otros correrías y robaban la tierra en gran perjuicio mayormente de los labradores y gente del campo. Pedro Alvarado se apoderó de la ciudad de Tuy en nombre del rey de Portugal; al contrario los ciudadanos de Burgos acometieron y apretaron con cerco á Iñigo de Zúñiga alcaidede aquella fortaleza y al obispo don Luis de Acuña, que seguian el partido de Portugal.

Estaba suspenso aquel rey y muy dudoso, sin resolverse á qué parte debia primeramente acudir: unos le llamaban á una parte, otros le convidaban á otra, conforme á la necesidad y aprieto en que cada cual se hallaba. Los señores acudian escasamente con lo que largamente prometieran, es á saber dineros, soldados, mantenimientos. Los pueblos aborrecian aquella guerra como desgraciada y mala, y por ella á los portugueses; y aun ellos comenzaban á flaquear en especial por ver que el rey don Fernando que apenas tenia quinientos de á caballo al principio y al tiempo que los portugueses rompieron por las tierras de Castilla, ya le seguia un muy bueno y grueso ejército, en que se contaban diez mil de á caballo, y treinta mil de á pié. Cerca de Tordesillas pasaron alarde, do tenian asentados sus reales, todos con un deseo encendido de hacer el deber y venir á las manos.

El rey de Portugal resuelto en lo que debia hacer, pasó primero á Arevalo, villa que tenia su voz. Desde allí fué á Toro, llamado de Juan de Ulloa, con esperanza de apoderarse como lo hizo de aquella ciudad, y tambien de Zamora que cae cerca. Movióle á intentar esto ser aquella comarca muy á propósito para proveerse de mantenimientos, ca están aquellas ciudades á la raya de Portugal. Al contrario el rey don Fernando, alterado por este daño, sin dilacion marchó con su gente sin parar hasta hacer sus estancias cerca de Toro donde estaba el enemigo. Pretendia socorrer el castillo de aquella ciudad que todavia se tenia por él. No vinieron á las manos, ni aquella ida fue de algun efecto, solo el rey don Fernando desafió por un rey de armas á los portugueses á la batalla. Ellos bien que son hombres valerosos y arriscados, estuvieron muy dudosos: pareciales que si salian al campo, correrian peligro muy cierto por ser menos en número, que no pasaban de cinco mil de á caballo, y veinte mil de a pié, aunque era la fuerza y lo mejor de Portugal, demás de las ayudas y gentes de Castilla que seguian este partido: si rehusaban la pelea, perdian reputacion, y el coraje de los soldados se debilitaria, y su brio que es en la guerra tan importante.

Para acudir á todo el de Portugal, como príncipe recatado; por una parte se escusó de la pelea con decir que tenia derramadas sus gentes, por otra parte para no mostrar flaqueza se ofreció de hacer campo de persona á persona con el rey su contrario, todo á propósito de entretener y acreditarse; que nunca lleganá efecto con diversas ocasiones desafíos y rieptos semejantes, y así no se pasó adelante de las palabras. Con esto el rey don Fernando despues que tuvo en aquel lugar sus estancias por espacio de tres dias, visto que ningun provecho sacaba de entretenerse pues no podia dar socorro al castillo que al fin se rindió, y mas que padecia falta de dinero para pagar los soldados, y de mantenimientos para entretenerlos por tener el enemigo tomados los pasos y alzadas las vituallas, dió la vuelta á Medina del Campo. En las córtes que se tenian en aquella villa, de comun acuerdo los tres brazos del reino le concedieron para los gastos de la guerra prestada la mitad del oro y de la plata de las iglesias, á tal que se obligase á la pagar enteramente luego que el reino se sosegase: con esta ayuda partió para poner cerco sobre el castillo de Burgos.

Muchas cosas se dijeron sobre la retirada que el rey don Fernando hizo de Toro: los mas decian que fue de miedo, y lo echaban á que sus cosas empeoraban, por lo menos fue ocasion al arzobispo de Toledo para de todo punto declararse; y aunque era de mucha edad, pasados los montes se fué con quinientos de á caballo á juntar con el rey de Portugal. No queria que acabada la guerra, le culpasen de haber desamparado aquel partido, cuyo protector principal se mostrara. Hizo esto con tanta resolucion que no tuvo cuenta con las lágrimas del conde su hermano, ni de sus hijos don Lope que era adelantado de Cazorla, y don Alonso por respeto del tio promovido en obispo de Pamplona, Fernando y Pedro de Acuña hermanos de los mismos: todos sentian mucho que su tio temerariamente se fuese á meter en peligro tan claro.

Llegado el arzobispo, fue de parecer así él como el duque de Arévalo, que el rey de Portugal con mil y quinientos de á caballo y buen número de infantes fuese en persona á socorrer el castillo de Burgos que cercado le tenia. Hízolo así, y de camino rindió el castillo de Baltanás, que está entre Pisuerga y Duero asentado en lugares ásperos y montuosos, y al conde de Benavente que allí halló, envió preso á Peñafiel: con esto el Portugués sea por parecelle habia ganado bastante reputacion, sea por no tener fuerzas bastantes para contrastar y dar la batalla á don Fernando, alegre y rico con grandes presas que hizo, de repente dió la vuelta sin pasar adelante en la pretension que llevaba de dar socorro al castillo de Burgos. Quedáronse doña Juana en Zamora, y doña Isabel en Valladolid: la primera fuera del nombre poco prestaba; doña Isabel como princesa de ánimo varonil y presto, sabido el peligro de su marido y lo que los portugueses pretendian, con las gentes que pudo de presto recoger, pasó á Palencia, resuelta si fuese menester de acudir luego á lo de Burgos. Todo esto y el cuidado de la gente que andaba á la mira de lo en que paraban cosas tan grandes, se sosegó con la vuelta que sin pensar dieron los portugueses.

Los reyes de Castilla y de Aragon enviaron á Roma sus embajadores, personas de gran cuenta, los cuales por el mes de julio en consistorio relataron sus comisiones, y dieron la obediencia en nombre de sus príncipes: oficio debido, pero que hicieron dilatar hasta entonces las grandes alteraciones y guerras civiles de aquellos reinos. El pontífice respondió benignamente á estas embajadas, ca estaba muy aficionado á los aragoneses á causa que Leonardo su sobrino, hijo de su hermana, prefecto que era de Roma, casó con hija bastarda de don Fernando rey de Nápoles. Esta acogida tan graciosa del pontífice dió pesadumbre á los embajadores de Portugal. Alegaban y decian que antes que se determinase aquella diferencia y se oyesen las partes, era justo que el papa estuviese neutral y á la mira; si ya no queria interpo-

ser su autoridad para componer aquellos debates, que no se mostrase parte. Por esta causa declaró el pontífice lo que en semejantes casos se suele hacer, que aceptaba aquellos embajadores, y recebia la obediencia que por parte de Castilla le daban, sin perjuicio de ningun otro príncipe y de cualquier derecho que otro pudiese pretender en contrario.

El principal entre los embajadores de Aragon era Luis Dezpuch maestre de Montesa, persona muy conocida en todo el mundo por la fama de su esfuerzo y prudencia que mostró, en particular que en las guerras de Italia en que se halló en tiempo del rey don Alonso de Aragon y de Nápoles. Convidáronle con el vireinado de Sicilia, vaco por muerte de don Lope de Urrea, que finó por el mes de setiembre y se gobernó en aquel cargo con mucha loa. No quiso el maestre aceptar en manera alguna aquel gobierno por estar determinado de recogerse en algun monasterio, y partir mano bien así de las cosas de la guerra como de todo lo al, y allí acabar lo que le quedaba de la vida en servicio de Dios y aparejarse para la partida.

En el castillo de Albalate á la ribera de Segre á diez y nueve de noviembre falleció asimismo don Juan de Aragon arzobispo de Zaragoza hijo del rey de Aragon, y de parte de su madre persona noble: prelado de grande autoridad y que tuvo gruesas rentas. Fue este año muy señalado en todo el mundo por el jubileo universal que publicó en Roma el pontífice Sixto por una nueva constitucion, en que ordenó que cada veinte y cinco años se celebrase y otorgase á todos los que visitasen aquellos santos lugares, como quier que de antes se ganase de cincuenta años. Muchos acudieron á Roma para ganar esta gracia, entre los demás don Fernando rey de Nápoles con la edad mas devoto (al parecer) y religioso que solia ser los años pasados.

CAPITULO IX.

Como el rey don Fernando recobró á Zamora.

Al fin deste año el rey de Aragon tuvo córtes á los aragoneses en Zaragoza: viejo de mucha prudencia y sagacidad, las fuerzas del cuerpo eran flacas, el animo muy grande. Poníale en cuidado la guerra que hacia el rey de Portugal, y no menos la de Francia, porque un capitan de ciertas compañías de franceses llamado Rodrigo Trahiguero sin respeto de las treguas que tenian asentadas, por la parte de Ruysellon hizo entrada en tierras de Cataluña, y tomado un pueblo llamado San Lorenzo, puso espanto en toda la provincia y comarca, en tanto grado que lo que no se suele hacer sino en estremos peligros, mandaron en Cataluña por edictos que todos los que fuesen de edad se alistasen y acudiesen á la guerra.

En Castilla el partido de Portugal y las armas prevalecian: la esperanza que les daban de que en Francia se apercebian nuevas gentes en su ayuda, como lo tenian asentado, los alentaba. Avisaban que para acudir mas fácilmente el inglés y el francés, que hasta entonces tuvieron grandes guerras, en una puente que hicieron en la comarca de Amiens, se hablaron y concertaron paces en que comprendian los duques de Bretaña y de Borgoña. Fue esto en sazon que el de Borgoña entregó al rey de Francia el condestable de Francia Luis de Lucemburg, que andaba huido en Flandes: estraña resolucion, si bien el condestable tenia merecida la muerte que le dieron, por su incostancia, y por estar acostumbrado á no guardar la fe mas de cuanto era á propósito para sus intentos, con que parecia burlarse de todos; esto dicen los mas, otros afirman que padeció sin razon. Los que tienen mucho poder, riquezas y mando, de unos son envidiados (que la prosperidad cria de ordinario mas enemigos que la injuria) otros los defienden: así pasan las cosas, y tales son las opiniones de los hombres.

Para acudir á estas guerras no eran bastantes las fuerzas de Aragon por estar consumidas con los gastos de una guerra tan larga, y ser la provincia no muy grande. Determinó pues el rey de Aragon usar de maña, y por el mes de noviembre concertó treguas con los franceses por lo de Aragon, y por espacio de siete meses. Para la guerra de Portugal procuró tener habla con el arzobispo de Toledo: escribióle con este intento una carta muy comedida. Decíale que muy bien sabia cuán grandes eran los servicios que habia hecho á la casa de Aragon: que le pesaba mucho no se le hobiese acudido como era razon; todavía si olvidados por un poco los enojos se quisiese ver con él, que en todo se daria córte y se enmendarian los yerros á su voluntad. No quiso el arzobispo aceptar los ruegos del rey, por ser hombre voluntario, y estar determinado de morir en la demanda, ó salir con la empresa: su coraje llegaba á que muchas veces se desmandaba en palabras hasta amenazar y decir: Yo hice reina á doña Isabel, yo la haré volver á la rueca.

Los reyes de Castilla no hacian mucho caso de su enojo ni de sus fieros: recelábanse que si él volvia, el cardenal de España que tanto les ayudaba, se podria desabrir, mayormente que ellos de cada dia crecian en poder y fuerzas, y su partido se mejoraba. Y aun en este tiempo el marqués de Villena y el maestre de Calatrava de Castilla la Vieja se partieron para Almagro con intento, segun se entendia, de pasar á Baeza, cuyo castillo tenian cercado sus contrarios. Con esta ocasion los de Ocaña se alborotaron, villa que se tenia por el marqués: desde Toledo el conde de Cifuentes y Juan de Ribera con las gentes que llevaron en favor de los alzados, echaron la guarnicion del marqués, y quedó la villa por el conde de Paredes maestre que se llamaba de Santiago. El rey don Fernando desde Burgos secretamente acudió á Zamora por aviso de Francisco de Valdés, alcaide que era de las Torres y le prometia darle entrada en la ciudad: hízose así, y el rey luego se apoderó de la ciudad. Restaba de combatir el castillo, que sin embargo se tenia por Portugal: púsosele sitio con resolucion de no desistir antes de tomarle.

Tratóse á esta sazon que el rey de Aragon y don Fernando su hijo se viesen, y que se hallase á la habla la princesa doña Leonor: todo á propósito de sosegar las alteraciones de Navarra, que resultaban de las parcialidades y bandos que andaban entre biamonteses y agramonteses, y se aumentaban por tener mujer el gobierno. Asimismo les ponian en cuidado los socorros que les avisaban venian de Francia á los portugueses debajo la conducta de un capitan valeroso llamado Ivon: sospechaban que por la parte de Navarra pretendia entrar en Castilla y juntarse con los contrarios. De Vizcaya que les caia mas cerca, la aspereza de la tierra y falta de vituallas, y tambien el esfuerzo de los naturales aseguraban que los franceses no acometerian á romper por aquella parte.

Estaba el rey don Fernando ocupado en lo de Zamora, cuando el castillo de Burgos, perdida toda la esperanza de poderse entretener, por el esfuerzo de don Alonso de Aragon y su buena maña (que poco antes llegara de Aragon con cincuenta hombres de armas escógidos) por principio del año 1476 se rindió á la reina doña Isabel, que avisada del concierto acudió á la hora para este efecto desde Valladolid. Fue de grande importancia para todo echar con esto de todo punto los portugueses de aquella ciudad real, y de su fortaleza. Quedó por alcaide Diego de Ribera, persona á quien la reina tenia buena voluntad porque fue ayo de su hermano el infante don Alonso.

A la misma sazon falleció en Madrid á diez y siete de enero la reina doña Juana, mujer que fue del rey

don Enrique, y madre de la que se llamaba reina doña Juana, quien dice que el año pasado á trece de junio. Su cuerpo enterraron en San Francisco en un túmulo de mármol blanco, que se ve con su letrero junto al altar mayor. Para este efecto quitaron de allí los huesos de Rodrigo Gonzalez de Clavijo, persona que los años pasados fue con una embajada al gran Tamorlan. Vuelto labró á su costa la capilla mayor de aquel templo para su entierro: así se truecan las cosas, y es ordinario que á los mas flacos, aun despues de muertos, no falta quien les haga agravio. Muchas cosas se dijeron de la muerte desta reina y del achaque de que murió: su poco recato dio ocasion á las hablillas que se inventaron. Entre los coro-



Don Pedro Gonzalez de Mendoza, Gran Cardenal de España. *(Sillería del coro de la catedral de Toledo).*

nistas los mas dicen que secretamente y con engaño le hizo dar yerbas su hermano el rey de Portugal. Alonso Palentino se inclina á esto, y añade corrió la fama que falleció de parto: tal es la inclinacion natural que tiene el vulgo de echar las cosas á la peor parte y mas infame.

CAPITULO X.

De la batalla de Toro.

Quedóse el príncipe don Juan en Portugal para tener cuenta con el gobierno: el brio que le ocasionaba su edad y su condicion era grande. Avisado pues de lo que en Castilla pasaba, y como el partido de los suyos se empeoraba á causa que los grandes de aquel reino ayudaban poco, hizo nuevas levas y juntas de gentes: recogió hasta dos mil de á caballo y ocho mil infantes, los mas número, mal armados y poco á propósito y de poco provecho contra el mucho poder de los contrarios: con estas gentes acordó de acudir á su padre. Pasada la puente de Ledesma, acometió de camino á tomar un pueblo llamado San Felices: no pudo forzarle ni rendirle. Llegó á Toro á nueve dias del mes de febrero, do halló á su padre con tres mil y quinientos de á caballo, y veinte mil peones alojados y repartidos en los invernaderos de los lugares comarcanos. La gente que venia de nuevo, como juntada de priesa daba mas muestra de ánimo y brio que esperanza de que podrian mucho ayudar.

El rey don Fernando estaba sobre el castillo de Zamora con menor número de gente, ca tenia solamente dos mil y quinientos caballos, dos tantos infantes: hizo llamamiento de gentes de todas partes por estar muy cierto que los portugueses no pararian antes de hacer alzar el cerco, ó venir á batalla. El de Aragon por sus cartas y mensajeros avisaba que en todas maneras se escusase, y amonestaba al rey que por el fervor de su mocedad se guardase de aventurarlo todo y ponerlo al trance de una jornada: ¿á qué propósito poner en peligro tan grande el reino de que estaba apoderado? ¿á qué propósito despeñar las esperanzas muy bien fundadas por tan pequeño interés, aunque la victoria estuviera muy cierta? que enfrenase el brio de su edad con el consejo y con la razon, y obedeciese á las amonestaciones de su padre, á quien la larga esperiencia hacia mas recatado.

Acompañaban al rey don Fernando el cardenal de España, el duque de Alba, el almirante con su tio el conde de Alba de Liste, el marqués de Astorga y el conde de Lemos: todos á porfía procuraban señalarse en su servicio. Sin estos en Alahejos alojaban con buen número de gente don Enrique de Aragon primo del rey, y don Alonso hermano del mismo, y con

ellos el conde de Treviño, todos prestos para acudir á Zamora que cerca está. Hasta la misma reina doña Isabel para desde mas cerca dar el calor y ayuda mayor que pudiese, de Búrgos se volvió para Tordesillas. El de Portugal puesto que se hallaba acrecentado de nuevo con las gentes que su hijo le trajo, como sabia bien que las fuerzas no eran conformes al número, se hallaba suspenso sin saber que acuerdo tomase, si debia socorrer al castillo, si seria mejor escusar aquel peligro: vacilaba con estos pensamientos; en fin se resolvió en lo que era mas honroso, que era socorrer el castillo, á lo menos dar muestra de quererlo hacer.

En la parte de Castilla la Vieja que los antiguos llamaron los Vaceos, hay dos ciudades asentadas á la ribera del rio Duero, sus nombres son Toro y Zamora.



D. Fernando y doña Isabel Reyes Católicos.

Muchos han dudado qué apellidos antiguamente tuvieron en tiempo de los romanos: los mas concuerdan en que Toro se llamó Sarabis, y Zamora Sentica, cuyo parecer no me desagrada. Son los campos fértiles, la tierra fresca y abundante; en el cielo saludable de que gozan, no reconocen ventaja á ciudad alguna de España; el número de los moradores no es grande, y aunque su asiento es llano, son fuertes por sus muros y castillos. Zamora es catedral: en esto se aventaja á Toro, que es de su diócesi; en lo demás en policía, número de gente y riquezas entre las dos hay muy poca diferencia: báñalas el rio por la parte de mediodia con sentidas puentes con que se pasa.

Salió pues el rey de Portugal de Toro: dió muestra de ir por camino derecho á verse con el enemigo; mas como mudado de repente el parecer pasó la puente, y por aquella parte fue á poner sus reales junto al monasterio de San Francisco que está en frente de Zamora, de la otra parte del rio. A la en-

trada de la puente por donde desde la ciudad se podia pasar á sus estancias, contrapuso y plantó su artillería: desta manera ni podia impedir la batería del castillo, ni daba lugar á la pelea. En altercar de palabras, en demandas y respuestas se pasaron trece dias sin hacer efecto alguno: despues desto un viernes primero de marzo, antes de amanecer, recogido el bagaje, dió la vuelta. Para que el enemigo no le siguiese en aquella retirada, rompió primero una parte de la puente: don Fernando avisado de lo que su contrario pretendia, se determinó ir en pos dél con toda su gente. Adobado el puente, en que se gastó mucho tiempo, á la hora dió órden á Alvaro de Mendoza que con trecientos caballos ligeros picase la retaguardia de los enemigos y los entretuviese. Desta manera, y por ir el de Portugal poco á poco á causa del carruaje, tuvo tiempo el rey don Fernando de alcanzar á los contrarios como legua y media de Toro, pasada cierta estrechura que en el camino se hace y se remata en una llanura bien grande.

Era muy tarde y el sol iba á ponerse. Todavía el enemigo no pudo escusar la pelea por estar don Fernando tan cerca, y á causa de la estrechura de la puente que les era forzoso pasar. Revolvió pues sus haces, puso sus gentes en ordenanza: ayudaba el lugar, la ciudad cerca y el socorro por el mismo caso en la mano, y si fuesen vencidos segura la acogida, además de la noche, que por estar cercana les podia en tal caso mucho servir. Todo esto daba ánimo á los portugueses, y por el contrario ponia en cuidado al rey don Fernando: los mas prudentes de entre los suyos esquibaban la batalla. Luis de Tovar encendido en deseo de pelear en voz alta: «O hemos de dejar »el reino (dice) ó venir á las manos. Con la reputa»cion y con la fama mas que con las fuerzas, se »ganan los señoríos: ¿á qué propósito llegamos hasta »aquí sino para pelear? ¿Qué otra cosa dará á enten»der el escusar la batalla, sino que tuvimos miedo? »Buen ánimo, señor, no hay que dudar: apenas ha»bremos venido á las manos, cuando veremos des»baratarse los enemigos que están medrosos y turba»dos, si bien por fuerza y por no poderlo escusar se »aparejan para la batalla.» Esto dijo: juntamente consultaron los grandes y los capitanes, fueron de aquel parecer.

Dióse la señal de acometer: la gente de á caballo que llevaba don Alvaro, se adelantaron los primeros y cerraron. Recibiólos don Juan príncipe de Portugal, que tenia en la avanguardia ochocientos hombres de armas y entre ellos mezclados arcabuceros, cuya carga el escuadron de Alvaro de Mendoza no pudo sufrir, antes se desbarataron y pusieron en huida. Los dos reyes iban cada cual en el cuerpo de su batalla: allí cargó lo mas recio y la mayor furia de la pelea, que duró algun tanto y estuvo un rato en peso sin declararse la victoria por ninguna de las partes. Combatian no á manera de batalla: no guardaban sus ordenanzas, antes como en rebato y de tropel cada uno peleaba con el que podia. Sobre el estandarte del rey de Portugal hobo gran debate: Pero Vaca de Sotomayor le tomó por fuerza al alferez que le llevaba, llamado Duarte de Almeyda; acudieron soldados de ambas partes que le hicieron pedazos. El mesmo Almeyda quedó preso, otros dicen muerto: sus armas en lugar del estandarte pusieron despues por memoria en la iglesia Mayor de Toledo para memoria desta victoria, que son las que hoy se ven colgadas en la capilla de los Reyes Nuevos.

Por conclusion los portugueses se pusieron en huida, y el mismo rey con algunos pocos se recogió á los montes sin parar hasta que llegó á Castronuño: no quedó rastro ni nuevas dél, y así entendieron que era muerto entre los demás. No pudieron los vencedores seguir el alcance por las tinieblas y escuridad de la noche: don Enrique conde de Alba de Liste llegó en seguimiento de los que huian hasta la puente de Toro; á la vuelta fue preso por cierta banda de los enemigos, que con don Juan príncipe de Portugal sin ser desbaratados se estuvieron en un altozano en ordenanza hasta muy tarde. No pareció el rey don Fernando, que hizo alto en otro ribazo allí cerca, de acometerlos, por andar los suyos esparcidos por todo el campo, y estar ocupados en recoger los despojos: así á vista los unos de los otros se estuvieron en el mismo lugar algunas horas; los portugueses guardaron mas tiempo su puesto, que fue algun alivio para el revés y para la afrenta recebida.

Los historiadores portugueses encarecen mucho este caso, y afirman que la victoria quedó por el príncipe don Juan; así venzan los enemigos del nombre cristiano. Don Fernando se volvió á Zamora, y despues de su partida los portugueses se fueron á Toro. Hallóse en esta batalla el arzobispo de Toledo, que no se apartó del lado del príncipe don Juan. La matanza fue pequeña respecto de la victoria, y aun el número de los cautivos no fue grande; la presa mayor, ca saquearon en gran parte el bagaje de los portugueses. Despues desta victoria pasó el rey don Fernando á Medina del Campo: allí á instancia del condestable que tenia su hija desposada con el conde de Ureña, le perdonó y recibió en su gracia á él y á su hermano el maestre de Calatrava, si bien no del todo acababan de allanarse; antes así ellos como otros muchos señores estaban á la mira de lo en que las cosas paraban, resueltos de seguir el partido que fuese mas á cuenta de sus particulares.

CAPITULO XI.

Que el rey de Portugal se volvió á su tierra.

En muchos lugares á un mismo tiempo andaba la guerra y se hacia sin quedar parte alguna del todo libre destos males, de que resultaba como suele acontecer muchedumbre de malhechores, y gran libertad en las maldades, en particular los de Fuenteovejuna una noche del mes de abril se apellidaron para dar la muerte á Fernan Perez de Guzman comendador mayor de Calatrava: estraño caso, que se le empleó bien por sus tiranías y agravios que hacia á la gente por sí y por medio de los soldados que tenia allí por órden de su maestre, y el pueblo por el rey de Portugal. La constancia del pueblo fue tal que magüer atormentaron muchos, y entre ellos mozos y mujeres, no les pudieron hacer confesar mas de que Fuenteovejuna cometió el caso, y no mas. Por toda la provincia andaban soldados descarriados, por las ciudades, pueblos y campos hacian muertes y robos, ensuciábanlo todo con fuerzas y deshonestidades, prestos para cualquier mal. Los jueces prestaban poco, y eran poca parte para atajar estos daños.

Esto fue causa que entre las ciudades (como dijimos arriba que se hizo los tiempos pasados) se renovasen las hermandades viejas á propósito de castigar los insultos, y se ordenasen otras nuevas: para esto tenian soldados pagados con dineros que para este efecto se recogian. El inventor deste saludable consejo fue Alonso de Quintanilla tesorero mayor del rey, persona prudente y de valor. Ordenáronse muy buenas leyes para el gobierno destas hermandades, que se continuaron en su vigor por espacio de veinte años, cuando vencidos los enemigos de fuera y sosegadas las discordias de dentro, acabó la gente de sosegarse. Esto fue adelante: al presente la mayor fuerza de la guerra acudió á lo postrero de Vizcaya. En aquella parte que vulgarmente se llama Guipúzcoa, en lo postrero de España está una fortaleza contrapuesta á las fronteras de Francia, inespugnable por el sitio que tiene, y por estar rodeada de

mar : llámase Fuente-Rabía : está muy fortificada de reparos á propósito de impedir las entradas de los franceses, que muchas veces trabajan aquella comarca con sus robos y correrías. Este pueblo acometieron primeramente las gentes de Francia con intento que las fuerzas del rey don Fernando al tiempo que se puso sobre el castillo de Zamora, con este ardid y astucia se divirtiesen á otra parte. Apretaron el cerco, y con la artillería (de que son grandes maestros los franceses así de su fundicion como de jugarla) abatieron gran parte de los adarves, con lo cual y con henchir los fosos de las piedras que de las ruinas cayeron, quedó la bateria muy llana, y la entrada muy fácil por ser pocos los de dentro, y esos con las contínuas velas y trabajos muy cansados.

Visto esto, don Diego Sarmiento conde de Salinas, á cuyo cuidado estaba aquella guerra, se metió en aquel castillo para con su peligro (como lo hizo) dar ánimo á los cercados, gente que por la aspereza de los lugares ellos al tanto son de corazones fuertes, y los cuerpos muy sufridores de trabajos. Animados con tal ayuda hicieron una salida en que pasados los reparos de los enemigos, les quemaron y desbarataron todas sus máquinas. Con este tan buen principio y con nuevas gentes que les acudieron, se determinaron pelear en campo y aventurarse : el daño que hicieron no fue menor que el que recibieron, ni bastó para que el cerco se desbaratase. Esto en Vizcaya.

Por otra parte el alcázar de Madrid se tenia por el marqués de Villena, y era de grande momento para aquella parcialidad : sitiáronle los moradores de aquella villa. Pedro Arias y Pedro de Toledo hombres principales en aquel pueblo apellidaron la gente, y para que tuviesen mas fuerza, la reina por una parte les envió gente de ayuda, y por otra les acudió el marqués de Santillana. Por el mismo tiempo tenian puesto cerco sobre Trujillo y sobre Baeza en nombre del rey don Fernando, ciudades la una del Andalucía y la otra de Estremadura. En el marquesado de Villena, Chinchilla y Almansa llamaron gente de Valencia, y se alzaron contra el marqués, que fuera un daño notable, si salieran con su intento; pero él por entonces se dió tan buena maña, que los sosegó y redujo á su servicio.

Todo lo demás sucedia á los aragoneses prósperamente, y á los portugueses al contrario. El castillo de Zamora se rindió al rey don Fernando á diez y nueve de marzo con toda la artillería, municiones y pertrechos de guerra : ayudó mucho para salir con esto la venida de don Alonso de Aragon, por la mucha esperiencia y destreza que tenia en empresas semejantes. Esta pérdida nueva quitó el ánimo á los portugueses en tanto grado que el príncipe don Juan por miedo del peligro llevó á Portugal con cuatrocientos caballos de guarda á la princesa doña Juana, causa que era de la guerra. Con otros tantos caballos partió el arzobispo de Toledo para su arzobispado : la voz era de sosegar algunos caballeros y señores que por allí andaban alborotados y trataban de reconciliarse con el rey don Fernando; la verdad, que se retiraba cansado y harto de la guerra, y por no tener esperanza de salir con la demanda.

El rey don Fernando pasó adelante en su empresa: puso cerco sobre Cantalapiedra, que es un castillo en tierra de Segovia, en que los portugueses tenian buen número de valientes soldados. Desistió empero del cerco, y hizo treguas por espacio de medio año á condicion que restituyesen al conde de Benavente tres pueblos suyos, Villalva, Mayorga, y Portillo, que él entregara los dias pasados como en rehenes por alcanzar libertad y que le soltasen. Don Rodrigo Manrique conde de Paredes se nombraba maestre de Santiago, y se apoderara de la villa de Uclés cabeza de aquella órden : tenia asimismo sitiado el castillo que se tenia por el marqués de Villena. Acudieron él y el arzobispo de Toledo en socorro de los cercados: no pudieron hacer efecto, antes fueron rechazados con afrenta y peligro por el esfuerzo así del mismo don Rodrigo, como de don Jorge Manrique su hijo, mozo de prendas, y que en esta guerra dió grandes muestras de su valor. Vivió poco, que fue causa de no poder por mucho tiempo ejercitar ni manifestar al mundo sus virtudes, y la luz de su ingenio, que fue muy señalado como se referirá en otro lugar.

Desta manera se hacia la guerra por tierra en tantos y tan diferentes lugares : tampoco por el mar sosegaban; Andrés Sunier con algunas galeras aragonesas andaba haciendo daño por las riberas de Portugal. Con tantas adversidades se enflaquecieron los ánimos así del rey de Portugal como de los grandes de Castilla de su valía. No ignoraban cuán grandes fuerzas perdieran en las desgracias pasadas junto con la aficion de la gente, que era muy menor que antes. Estos reveses fueron causa á los de Castilla de aborrecer aquella milicia desgraciada, y de que la mayor parte dellos tratase de reducirse á mejor partido. El primero el duque de Arévalo por medio de Rodrigo de Mendoza, á quien dió en recompensa deste trabajo la villa de Pinto en tierra de Toledo, se reconcilió y hizo sus homenajes á la reina doña Isabel en Madrigal. Con esto en lugar del castigo que tenia merecido, le fueron hechas grandes mercedes, en particular ultra de confirmarle lo que antes tenia, hicieron que don Juan de Zúñiga hijo del duque quedase con el maestrazgo de Alcántara sobre que traia pleito con don Alonso de Monroy clavero de aquella órden. Luego despues hizo lo mismo doña Beatriz Pacheco condesa de Medellin como mujer mas recatada que su hermano el marqués de Villena, bien que en esto no tuvo mucha constancia.

A la misma sazon á cuatro del mes de mayo se concertó casamiento entre don Fernando nieto del rey de Nápoles, y doña Isabel hija del rey don Fernando de Castilla : señalaron por dote para la doncella docientos mil escudos que prometió el rey de Nápoles, y ciento y cincuenta mil que le prometió su padre en caso que tuviese hijo y heredero varon. La principal causa de dar orejas á este concierto fue una gran suma de dineros que ofrecieron al rey don Fernando, cosa de grande importancia para todo lo que restaba, por la gran mengua que dél tenian y estar consumidos los tesoros reales.

Todo esto movió al rey de Portugal y la fama destas trazas y ayudas, que suele de ordinario aumentarse, para que perdida la esperanza de la victoria, se resolviese de desamparar á Castilla y dar la vuelta á su reino. Remedió el daño pasado de comenzar la guerra con otro, que fue desamparar la empresa, si bien llevaba intento de buscar socorros de fuera, y procurar que gente de Francia viniese á hacer guerra en España, pues sus fuerzas no eran bastantes, y los señores sus parciales poco le podian ó querian ayudar. Antes que se resolviese en su partida, movió tratos de paz : ofrecia de poner todas estas diferencias en las manos del rey de Aragon y del arzobispo de Toledo : venia este partido y acuerdo muy tarde á tiempo que la guerra la tenian casi del todo acabada. Dejó en Toro al conde de Marialva con guarnicion de soldados; y él triste y avergonzado por tantas adversidades se partió para Portugal á trece de junio. Hiciéronle compañía algunos caballeros de Castilla resueltos de continuar en su devocion y servicio, más por no tener esperanza de alcanzar perdon del vencedor, que por voluntad que tuviesen al Portugués, ni esperanza de mejorar por aquel camino su partido.

CAPITULO XII.

El rey de Portugal se partió para Francia.

Con la ida del rey de Portugal y su salida de Castilla sus cosas se fueron mas empeorando. En lo de Ruysellon y Cerdania andaban los franceses alterados sin respeto de la confederacion y treguas que tenian asentadas. Pasaron tan adelante que forzaron á que se les rindiese Salsas, que es un castillo muy fuerte contrapuesto á Narbona, como baluarte de España contra los intentos y fuerzas de Francia: pusieron otrosí cerco en el principado de Ampurias sobre un pueblo llamado Lebia. Allegóse á esto otra grande incomodidad de que fueron causa los mismos naturales, y fue que los soldados de Luis Mudarra, que sirvieron muy bien en el cerco de Perpiñan, se amotinaron no con voluntad de hacer daño, sino porque no les daban las pagas que les debian de muchos meses. Apoderáronse de muchos lugares, y comenzaron por su parte á hacer guerra como si enemigos fueran; en lo cual se temia otro peligro, no se concertasen con los franceses y se aviniesen con ellos.

No se pudo esta tempestad sosegar antes que los que se hallaban por la parte del rey en la ciudad de Lérida, con prendas y bastante caucion que les dieron, los aseguraron que en breve les seria pagado todo lo que les debian. Con esto se sosegaron aquellos soldados; pero no podian impedir las correrías de franceses por tener gastadas las fuerzas y el rey de Aragon hallarse muy lejos, es á saber en Navarra, ca las revueltas de aquellas parcialidades no aflojaban en manera alguna: llevaban en estas reyertas lo mejor los biamonteses por estar apoderados de Pamplona cabeza del reino, y tener cercada á Estella. Favorecia este bando el rey don Fernando, de que mucho se sentia su padre, y era menester proveer que no se abriese entrada por aquella parte á los franceses, y se despertase y revolviese otra nueva tempestad. Persuadíase aquella gente que la princesa doña Leonor y su padre el rey de Aragon traian tratos para entregar el reino de Navarra al rey don Fernando, y escluir á Francisco Phebo, hijo (como se ha dicho) de Gaston conde de Fox, y nieto de la misma infanta doña Leonor.

Para sosegar estas alteraciones, y por el peligro que corria Fuente-Rabía, pasó el rey don Fernando á Vizcaya: para acudir á lo de Fuente-Rabía pretendia juntar socorros, y una armada de que dió cargo á don Ladron de Guevara persona de mucha nobleza; para asentar lo de Navarra envió á suplicar á su padre se allegase á la ciudad de Vitoria, que deseaba verse con él. Habíase quedado la reina doña Isabel en Tordesillas, villa puesta á la ribera de Duero y á propósito para impedir las correrías que hacian los portugueses de Toro. Hallábase allí don Alonso de Aragon su cuñado con trecientos hombres de á caballo: pretendia le restituyesen el maestrazgo de Calatrava, que le quitaron los años pasados. No tenia mucha esperanza de salir con esta pretension, por no querer los reyes desabrir á los dos hermanos Girones á quien poco antes perdonaran.

Cansado pues don Alonso, con tardanza tan larga, aunque era entrado en edad, se casó con Leonor de Soto, dama de la reina, de quien andaba enamorado: para hacello alcanzó dispensacion del papa del voto de castidad, con que como maestre de aquella órden estaba ligado. Para el sosiego de Castilla era esto muy á propósito por cesar con tanto aquella su pretension tan fuera de sazon: al rey de Aragon su padre dió tal pesadumbre que le quitó á Ribagorza y á Villahermosa, y las dió en su lugar á don Juan hijo bastardo del mismo don Alonso: estados que pretendia ser suyos don Jaime de Aragon, como pertenecientes á su padre don Jaime y á su abuelo don Alonso duque de Gandía. No tenia esperanza que le harian justicia y razon: como se adelantase á valerse de las armas sobre el caso, perdió la pretension con la vida que en castigo del desacato le quitaron: tal fue el pago que se dió á los servicios de sus antepasados.

Los ciudadanos de Segovia se alborotaron á la misma sazon, y con las armas acudieron á cercar el alcázar en que tenian la hija de los reyes la princesa doña Isabel, y aun corria fama que le habian tomado. El movedor deste alboroto fue Alonso Maldonado por el desabrimiento que tenia con don Andrés de Cabrera que le quitó la tenencia de aquel alcázar. Ayudábanle para esto don Juan Arias obispo de aquella ciudad, y un ciudadano principal llamado Luis de Mesa. Acudió con presteza la reina doña Isabel no mas por el cuidado en que le ponia su hija, que por no perder aquella fuerza tan importante: con su venida todo se sosegó; algunos de los alborotadores huyeron, de otros se hizo justicia.

Sucedió esto por el mes de agosto, en el cual mes el rey de Aragon como se hobiese hasta entonces detenido por un pié que tenia malo, al fin llegó á Vitoria. Ningun dia tuvo aquel viejo mas alegre en su vida: parecíale no le quedaba que desear mas, pues llegara á ver su hijo rey de Castilla, de donde él fuera antes echado con deshonra y afrenta, y despojado de todos sus bienes. «Santos (dijo) bienaventu- »rados, no permitais que dia tan alegre como este y »tan sereno le escurezca algun nublado ó algun de- »sastre le enturbie; y porque la prosperidad cuando »encumbra suele volver atrás y mudarse, otorgadme, »si yo he cometido algun pecado y le quereis casti- »gar, que en particular yo sienta esta mudanza, y »no padezcan ni los vasallos ni mis hijos muy amados »alguna calamidad.» Dichas estas palabras con muchas lágrimas que le bañaban el rostro, juntamente abrazó á su hijo y le dió paz. Dióle en todo el primer lugar: no consintió que le besase la mano, si bien él acometió á hacello como era razon, antes le llevó á su mano derecha, y le acompañó hasta su posada; en todo esto se tuvo respeto á la dignidad, preeminencia y magestad de Castilla.

Hallóse presente la infanta doña Leonor, gran parte deste agradable espectáculo y de la comun alegría y fiesta. Consultaron entre sí sobre las cosas del gobierno y que á todos tocaban; y aun escriben que el rey de Aragon estuvo determinado de renunciar en su hijo la corona de Aragon. Hacen esto verisímil su larga edad, y el deseo que tenia de descansar; dicen empero que desistió deste propósito por no estar las cosas de Castilla de todo punto sosegadas; en especial que Colora, general que era de una armada francesa, despues que acometió las marinas de Vizcaya y las de Galicia, era pasado á Portugal con intento de llevar en aquella flota al rey de Portugal á Francia, que en Lisboa donde estaba, se aprestaba de todo lo que era necesario para aquel viaje.

Cuando todo estuvo á punto se embarcó: pasó primero en Africa para dar calor á aquella conquista y afirmar aquellas plazas que allí tenia. Iban con él dos hermanos del duque de Berganza, el conde de Penamacor su gran privado y el prior de Ocrato. Acompañóle otrosí Juan Pimentel hermano del conde de Benavente: llevaba dos mil y quinientos soldados para dejallos de guarnicion en Tánger y en Arcilla. En Ceuta se tornó á hacer á la vela: llegó á Colibre por el mes de setiembre, puerto que se tenia por Francia; dende fué á Perpiñan y á Narbona, que le recibieron con aparato real. Con su venida se avivó la guerra de Ruysellon por entrambas las partes: los de Aragon recobraron la villa de San Lorenzo, los franceses hicieron muchos daños, quemas y robos en la comarca de Ampurias. Lo que era peor, los naturales andaban entre sí alborotados y divididos en bandos: así no podian acudir á hacer resistencia á los enemigos estraños.

En el mismo tiempo el rey de Aragon desde Vitoria dió la vuelta á Tudela pueblo de Navarra, ca tenia muy gran deseo de sosegar los alborotos de aquella nacion. Doña Juana su hija quedó por gobernadora de Cataluña en ausencia de su padre. Por conocer las pocas fuerzas que tenia, deseaba escusar la guerra: enviáronse embajadores de una y de otra parte para pedir satisfaccion de los daños y restitucion de lo que tomaron. No tuvo efecto lo que pedian, solo concertaron que las treguas que antes tenian puestas, pasasen adelante. El rey de Portugal llegado que fue á Francia, como queda dicho, enderezó por tierra su camino á Turon do el rey de Francia á la sazon residia. Recibiéronle solemnemente y regaláronle con mucho cuidado.

Despues en dia señalado, hechas sus cortesías entre los dos reyes, el de Portugal, se dice, habló en esta sustancia: «Soy forzado á ser cargoso antes de »hacer algun servicio, cosa que para mí es muy pe»sada. Porque dado que en el tiempo de nuestra »prosperidad diversas veces dimos muestras de áni»mo agradecido, sabemos y confesamos que nuestras »obras fueron menores que la deuda, y no iguales á »nuestra voluntad. Esto se quedará á parte, que no »está bien á los miserables y caidos hacer alarde de »sus cosas. Yo no tengo alguna enemiga con el rey de »Sicilia en particular, ni perseguimos la nacion »aragonesa, sino sus maldades, sino sus latrocinios. »El haber quitado á doña Juana mi esposa y sobrina »el estado y riquezas de su padre, afrenta é indigni»dad para vengarse con las armas de todas las nacio»nes, esto me puso en necesidad de dar principio á »esta guerra desgraciada. Así lo ha querido Dios y »los santos del cielo, que muchas veces acostumbran »á trocar los principios tristes en un alegre remate. »Todo está puesto en vuestras manos, vos solo po»deis remediar y aplacar nuestro dolor justo y razo»nable, y de camino satisfaceros de vuestros daños »y dar el fin que se desea á la guerra de Ruysellon y »de Vizcaya, demás de librar por esta via de la gar»ganta de aquel tirano muy codicioso el reino de »Navarra. Por ventura cuidais faltarán razones para »apoderarse de aquel estado al que el reino y dote »ajeno acometió y tomó con las armas sin otro mejor »derecho, ó poder para usurpar aquel reino tan pe»queño y cercado de las tierras de Castilla y de Ara»gon? engáñase quien piensa que á la ambicion se »puede poner término alguno. Bien sabemos que »Francia tiene abundancia de oro y de gente muy »escogida: las fuerzas de toda España aunque se »junten en uno, nunca le fueron iguales; además »que nuestro partido no está del todo desamparado y »caido, dado que hemos tomado tan gran trabajo »para implorar vuestra ayuda. Las fuerzas de Portu»gal quedan enteras, en Castilla muchos aficionados, »algunos al descubierto, los mas de secreto, y que »con la ocasion y cuando las cosas mejoraren, se de»clararán. Solo deseamos que con vuestra ayuda y en »vuestro nombre se prosiga la guerra que ya está »comenzada. Ninguna vanidad hay en nuestras pala»bras: fuera de que dar ayuda á los reyes afligidos, »acudir al remedio de los males públicos, anteponer »el deber y lo que es honesto y justo, á cualquiera »interés aunque ninguno hobiese, cuanto mas que le »hay muy grande, ¿á quién pertenece todo esto sino »á los grandes príncipes y soberanos?»

Oyó el francés estas razones con buen talante: respondió en pocas palabras que tendria cuenta con lo que le representaba, y que procuraria no pareciese acudió en vano á pedir su ayuda. Las obras no correspondieron á las palabras, antes en Paris para donde se partieron, y el rey de Portugal hizo de nuevo instancia, se escusó con dos guerras á que le era forzoso acudir. Era así que el duque de Borgoña y el rey de Ingalaterra con mayor ímpetu que antes volvian á tomar las armas; demás desto decia que por ser aquel casamiento inválido á causa del deudo que tenia con su esposa, no le parecia se podia hacer la guerra lícitamente para llevalle adelante; escusas con que quedó burlada la pretension del rey de Portugal, dado que se fue á ver con el duque de Borgoña por ser su primo y su confederado: pretendia ser medianero, y procurar hiciese la paz con Francia; no tuvo esto mejor suceso que lo demás. Desto y de las nuevas guerras que en Francia se emprendieron, resultó otra nueva comodidad para Castilla, que los franceses que sitiaban á Fuente-Rabía, avisados de lo que pasaba, concertaron treguas con los de Vizcaya primero de poco tiempo y solamente por tierra, despues á instancia del cardenal de España mas largas y sin aquella limitacion.

CAPITULO XIII.

Que la ciudad de Toro se tomó á los portugueses.

Los reyes padre é hijo despues que partieron de Victoria, de nuevo se tornaron á juntar á dos de octubre en Tudela para ver si podrian sosegar las alteraciones de Navarra. Era dificultosa esta empresa á causa que (mal pecado) cada una de las partes tenia sus aficionados y valedores dentro y fuera del reino, hasta en los mismos palacios de aquellos príncipes andaban aquellas pasiones. Acudieron á la junta el conde de Lerin y el condestable Pedro Peralta cabezas que eran de aquellas parcialidades: prometieron de ponerse á sí y á los suyos en las manos de los reyes, y que tendrian por bien lo que ellos determinasen. Sobre esta razon hicieron pleito homenaje; y para mayor seguridad los biamonteses pusieron á Pamplona como en tercería en poder del rey don Fernando, los contrarios otrosí entregaron otros castillos al rey de Aragon.

Hallóse presente don Alonso Carrillo hermano del conde de Buendía y sobrino del arzobispo de Toledo, que era obispo de Pamplona. Hicieron un compromiso con término de diez y seis meses para nombrar jueces árbitros y componer aquellos debates. Tuvo gran sentimiento destas práticas madama Madalena mujer que fue de Gaston el mas mozo conde de Fox: con el cuidado de madre sospechaba que algun engaño y trama se urdia á propósito de escluir á su hijo de la herencia de su padre. Para sosegalla le enviaron por embajador á Berenguel de Sos dean de Barcelona, que le declarase las causas y capitulaciones de aquella concordia, y le dijese debia tener buen ánimo y esperar de los reyes padre é hijo todo favor y proteccion: advertíanle del mayor peligro que le podria correr de Francia; por tanto no se dejase engañar, ni juntase sus fuerzas con aquella nacion para acometer á España: que si bien el Francés era su hermano, pero que con el rey de Aragon y con sus hijos tenia mas trabado deudo y alianza. Residia aquella señora á la sazon en Pau ciudad de Bearne: respondió á esta embajada que agradecia mucho el amor que le mostraban, que nunca ella dudara de aquella voluntad: que el rey y su hermano nunca trató de hacer liga con ella, ni ella haria por donde pareciese estar olvidada del parentesco que tenia con ambas las partes; y que por lo que á ella tocaba y estuviese en su mano, mas ama seria causa de la paz que de la guerra.

Ocupábanse los reyes en apaciguar el reino de Navarra cuando se ofreció causa de otra nueva alegría: esto fue que á cinco de octubre se firmaron en aquel mismo lugar las condiciones del casamiento que ya tenian concertado entre don Fernando rey de Nápoles y doña Juana hija del rey de Aragon. Celebráronse los desposorios en Cervera pueblo de Cataluña, cuyo gobierno la desposada tenia: así en adelante la llamaron reina de Nápoles. Quedó desembarazada aque-

lla casa real para estas nuevas bodas con la partida de doña Beatriz hija del rey de Nápoles, que él envió en una armada á Matías rey de Hungría con quien en ausencia la desposaran. Fue esta señora de mucha bondad y honestidad, pero mañera: ni deste matrimonio tuvo hijos, ni del rey Ladislao, con quien casó segunda vez; y él algunos años adelante sucedió en lugar del dicho Matías, aunque no se le igualó en el esfuerzo, ni en sus cosas fue tan concertado.

No estaba entretanto ociosa la reina doña Isabel, antes la ciudad de Toro fue entrada de noche por las gentes y soldados de Castilla debajo la conducta de don Alonso de Fonseca obispo de Avila y de don Fadrique hijo que era de Rodrigo Manrique conde de Paredes. Un pastor llamado Bartolomé les dió aviso, y mostró que podian escalar cierta parte del muro que se llamaban las barrancas de Duero, y por estar fortificada de un barranco tenia menos guarda. Hízose así, y juntamente sitiaron el alcázar: con la nueva la reina á toda priesa acudió desde Segovia, do se hallaba ocupada en apaciguar el alboroto pasado y sosegar los ciudadanos; con su venida doña María mujer de Juan de Ulloa, perdida la esperanza de poderse tener, rindió aquella fuerza á diez y nueve de octubre. El conde de Marialva su yerno, y capitan de aquella tierra por los portugueses, desamparado otro castillo cerca de Toro por nombre Villalfonso, con la poca gente que le guardaba, á grandes jornadas se recogió á Portugal por caminos y senderos estraordinarios. Fue todo esto de grande importancia. Quedaba Castro Nuno, desde donde Pedro de Mendavia hacia grandes robos y correrías en gran daño de aquella comarca: hombre de un ánimo ardiente y muy ejercitado en las armas. Por esta causa luego que la ciudad de Toro se tomó, acudieron los del rey y se pusieron sobre este castillo. Plantaron la artillería y los demás pertrechos para batir que llevaron con trabajo de algunos dias: tomaron este trabajo de buena gana por la esperanza que tenian que tomada aquella fuerza, toda aquella comarca quedaria en paz.

Por otra parte se movian tratos para reducir al de Villena y al arzobispo de Toledo: el marqués se mostraba mas blando, y parecia se sujetaria al servicio del rey don Fernando, pero con algunas condiciones, sobre todo queria le restituyesen á Villena, y mas de veinte villas que por aquella comarca le quitaran: el arzobispo se mostraba mas duro, puesto que el rey de Aragon no cesaba de amonestar que procurasen ganar persona tan principal con cualquier partido, aunque fuese desaventajado: que se acordasen de las mudanzas de la fortuna, que á veces suele de lo mas alto volver atrás, y aun despeñarse: que se tuviese consideracion á los grandes servicios que antes hizo, y por ellos perdonasen las ofensas que de nuevo cometiera; mirasen que con solo ganalle quedaria por el suelo el partido de Portugal. Aun no estaba este negocio sazonado, dado que se iba madurando. Comenzaron por el marqués de Villena: prometieron de le perdonar y restituille todo su estado á tal que rindiese los alcázares de Madrid y de Trujillo que todavía se tenian por él: lo mismo ofrecieron el arzobispo de Toledo; don Lope de Acuña su sobrino entregó á los reyes la ciudad de Huete, que con título de duque le dió el rey don Enrique en aquellos tiempos estragados y revueltos.

Por el mismo tiempo dos grandes príncipes fueron violentamente muertos, es á saber los duques de Borgoña y el de Milan. Galeazo duque de Milan en la iglesia de San Esteban de aquella ciudad oia misa por ser la festividad de aquel santo: en aquel tiempo y lugar le dieron la muerte algunos que estaban conjurados contra él con intento de vengar sus particulares agravios y la mucha soltura de aquel príncipe en materia de deshonestidad. El duque de Borgoña llamado Carlos el Atrevido fue muerto en batalla en sazon que tenia puesto sitio sobre Nanci ciudad de Lorena ya la segunda vez, si bien el tiempo no era á propósito, y el invierno era muy áspero, y los suyos desgustados. Por todo esto el rey de Portugal, que á la sazon se fue á ver con él como queda apuntado, le persuadia desistiese de aquella empresa: no prestó su diligencia, así á cinco de enero fue desbaratado y muerto por Renato duque de Lorena y por los esguízaros, cuyo nombre desta gente desde entonces ha sido muy conocido y su esfuerzo señalado. Ayudólos mucho para la victoria Nicolao Campobasso que servia al Borgoñon, y con trato doble daba avisos á los contrarios, y en lo mas recio de la batalla con los italianos que tenia, desamparó á su señor.

Una sola hija que quedó deste príncipe llamada María, casó adelante con Maximiliano duque de Austria. Cuán grandes guerras resultaran deste casamiento para España! El rey Luis de Francia por la muerte del duque luego se apoderó del ducado de Borgoña y restituyó á su corona á San Quintin y á Perona con otros pueblos que están á la ribera del rio Soma, y el de Borgoña los tenia en empeño; sobre todo lo cual se movieron grandes diferencias y guerras primero con la casa de Borgoña, y despues con España, sin que se haya recobrado lo que entonces les tomaron. Tuvo Maximiliano en madama María su mujer tres hijos, que fueron don Philipe, doña Margarita y Francisco. Falleció la duquesa al cuarto año despues que casó; el achaque fue una mortal caida que dió de un caballo por estar preñada. El duque Galeazo dejó un hijo por nombre Juan Galeazo, que casó con Isabel nieta de don Fernando rey de Nápoles, aunque él era de poca edad y no bastante para el gobierno de aquel estado. Demás deste dejó dos hijas, que se llamó la una Blanca María, con quien Maximiliano ya emperador casó la segunda vez, pero no dejó deste casamiento sucesion alguna: la otra hija del duque Galeazo se llamó Ana.

CAPITULO XIV.

De otros castillos que se recobraron en Castilla.

La reina doña Isabel con mucha prudencia apaciguó un nuevo debate que fuera de sazon se levantó sobre el maestrazgo de Santiago con esta ocasion: don Rodrigo Manrique conde de Paredes y maestre que se llamaba de Santiago, falleció en Uclés por el mes de noviembre: caballero que fue muy noble y muy principal, y que ganó los años pasados de los moros la villa de Huescar en el reino de Granada, con que se hizo muy nombrado. Su cuerpo sepultaron en aquel pueblo, do falleció, en la capilla Mayor con enterramiento y honras que le hicieron muy principales. Su hijo don Jorge Manrique en unas trovas muy elegantes, en que hay virtudes poéticas, y ricos esmaltes de ingenio y sentencias graves, á manera de endecha lloró la muerte de su padre. Don Alonso de Cárdenas con ocasion de la muerte de su competidor se determinó á ir á Uclés con gente y soldados resuelto de usar de fuerza, si los Trece, á cuyo cuidado incumbia la eleccion, no le diesen aquella dignidad. Otros muchos señores pretendian lo mismo, quién con buenos medios, quién con malos: cosa peligrosa y que podria parar en alguna revuelta.

Por este recelo, ó con codicia de haber para sí un estado tan grande, en la ciudad de Toro los reyes consultaron entre sí lo que en aquel caso debian hacer: usar de fuerza era cosa larga, y ni muy segura ni muy justificada, determinaron ayudarse de maña. El rey se quedó en Toro, la reina se enderezó para Ocaña y Uclés con tanta priesa, que segun lo refiere Hernando de Pulgar, en solo tres dias desde Vallado-

lid llegó á Uclés. En aquella villa trató con los caballeros que para mayor concordia se fuesen con ella á Ocaña, que por ser el pueblo mayor y mas fuerte podrian con mas seguridad resolverse en lo que les pareciese mas acertado y cumplidero: que á ninguno pareciera novedad, pues muchas veces semejantes juntas el tiempo pasado se hicieron allí en el palacio del maestre.

Vinieron en esto los caballeros: la reina por medio de don Alonso de Fonseca obispo de Avila y de su secretario Hernando Alvarez de Toledo les amonestó que para escusar alborotos viniesen en que aquella órden y dignidad con consentimiento del pontífice por cierto tiempo se diese en administracion al rey don Fernando su marido, que para sosegar las voluntades de los caballeros y apaciguallo todo no era menester ni bastaria menos autoridad y fuerzas que las suyas. Tuvieron los caballeros su acuerdo sobre esto; y en fin se resolvieron de venir en lo que la reina pedia, muchos por ganar con esto su gracia, los mas á fin que sus contrarios no saliesen con lo que pretendian: abuso grande pero ordinario en semejantes elecciones. Este fue el principio de enflaquecer el poder y fuerzas de aquella caballería, y ejemplo que en breve pasó á las órdenes de Calatrava y de Alcántara, dado que poco despues los reyes concedieron á don Alonso de Cárdenas que fuese maestre de Santiago con cargo de cierta pension para la guerra de los moros, no sin gran pesadumbre de los otros señores, que se agraviaban fuese este caballero antepuesto á los demás, sin tener mas méritos que los otros, ni mejor derecho, ni ser de tanta nobleza, como ellos decian.

El rey don Fernando asentadas las cosas de Castilla la Vieja, y puestas treguas con los contrarios, se fué á Ocaña en sazon que comenzaba el año de nuestra salvacion de 1477; en el cual tiempo tornó de nuevo á dar perdon y recebir en su gracia al conde de Ureña don Juan Tellez Giron, que parecia reducirse al servicio del rey con entera voluntad. Desde Ocaña fue junto con la reina á visitar á Toledo, donde por voto que los reyes hicieran si vencian al de Portugal, mandaron edificar el muy suntuoso monasterio de franciscos, que hoy se ve en aquella ciudad con nombre de San Juan de los Reyes, en las casas de Alonso Alvarez de Toledo contador mayor que fue de los reyes pasados. De Toledo pasaron á Madrid: allí se tuvo aviso que diversas compañías de portugueses trabajaban las tierras de Badajoz y de Ciudad-Rodrigo con grande daño y molestia de los naturales. Para remedio y hacer resistencia á aquella gente, enviado que hobo delante don Gomez de Figueroa conde de Feria, trató con la reina que repartidos los negocios entre los dos, ella acudiese (como lo hizo) á las fronteras de Portugal á dar color en la defensa de aquella tierra.

El rey don Fernando se detuvo algunos dias en Madrid con esperanza que tenia de ganar al arzobispo de Toledo; al cual aunque le ofrecieron poco antes y dieron perdon, su feroz ánimo no le dejaba reposar. No quiso verse con el rey; tan grande era su contumácia; así el rey á veinte y cuatro de marzo dia lunes se partió para Castilla la Vieja con deseo de apaciguar los navarros, que de nuevo se tornaban á alterar aquellas parcialidades, y los agramonteses poco antes se apoderaron de Estella, y la princesa doña Leonor pretendia volvella á recobrar con sus fuerzas y las de Castilla.

Al mismo tiempo un nuevo miedo puso á los reyes en mucho cuidado, y fue que Albohacen rey de Granada sin respeto de las treguas que se continuaban de algunos años atrás, rompió de repente por el reino de Murcia con cuatro mil de á caballo y hasta treinta mil de á pié. Causó aquel acometimiento mucho espanto, en especial por estar los fieles seguros y descuidados. Tanto fue el miedo mayor, que á seis de abril dia de pascua de Resurreccion tomó por fuerza en aquella comarca un pequeño lugar llamado Ciesa, que quemó y derribó pasados á cuchillo los moradores. Demás desto hizo grandes presas de ganado mayor y menor, con que los moros dieron la vuelta á su tierra sin recebir algun daño, dado que Pedro Fajardo adelantado de Murcia salió á la defensa. El interés y daño no era de tanta consideracion cuanto el peligro y molestia que sin estar apaciguados los alborotos de dentro se ofreciese ocasion de nueva guerra, y necesidad de vengar aquel agravio.

Deseaban para todo abreviar con lo de Castilla. Los dos castillos que todavía se tenian por los portugueses, el de Cantalapiedra y el de Castro Nuño, fueron de nuevo cercados y combatidos con toda la fuerza posible sin cesar hasta que se rindieron, primero Cantalapiedra á veinte y ocho de mayo, porque Castro Nuño por el esfuerzo de su capitan Mendavia se tuvo mas tiempo; pero al fin hizo lo mismo. Era tan grande el desgusto de los naturales por los daños que de aquel castillo recibieron, que acudieron, y porque no fuese en algun tiempo acogida de ladrones por ser de sitio muy fuerte, le abatieron por tierra. A los soldados destos dos castillos se dió licencia conforme á lo capitulado para que libremente y con su bagaje se fuesen á Portugal, demás desto á Mendavia le contaron siete mil florines: capitan en lo demás esforzado, y que en particular ganó y merece gran renombre por haber defendido aquel castillo tanto tiempo contra el poder y voluntad de reyes tan poderosos.

La reina ponia no menor diligencia en sujetar á Trujillo, cuyo alcázar se tenia por el marqués de Villena. Avisaron á Pedro de Baeza, que tenia allí por alcaide, rindiese aquella fuerza: respondió al principio que no lo haria, si no fuese á tal que al marqués su señor restituyesen á Villena con las otras villas de aquel estado, segun que tenian antes concertado; en que dió muestras de persona de mucha constancia y valor. La reina no rehusaba poner aquellos pueblos en tercería en poder del quien el alcaide nombrase, para que pasados seis meses se entregasen al marqués de Villena; mas él por sospechar algun engaño se entretenia, y no venia en hacer la entrega: finalmente por contentar á la reina el mismo marqués de Villena entró en el alcázar y apenas pudo acabar con él hiciese la entrega que pedia la reina. Grande fue el desgusto que desta resolucion y mandato recibió el alcaide: no miraba su particular, sino por el deseo que tenia del pro y autoridad de su señor, Llegó á tanto, que hecha la entrega, se despidió del marqués y de su servicio enfadado de su mal término: quejábase que ni se movia por lo que á él le tocaba, ni tenia cuidado de la vida y libertad de los suyos; esto decia porque con la priesa no se acordó de capitular que al dicho alcaide y á sus soldados no se les hiciese daño.

Deseaba el rey don Fernando por una parte ir al Andalucia para dónde la reina doña Isabel le llamaba, por otra visitar á doña Juana su hermana antes que se embarcase para Italia: las cosas de Navarra le entretenian, y no le daban lugar para alzar dellas la mano. Hízose á la vela aquella señora por el mes de agosto en la playa de Barcelona en una armada en que vinieron para llevarla don Alonso su antenado, y don Pedro de Guevara marqués del Basto, y otras personas principales: tocaron á Génova, en que fue muy festejada; últimamente aportó á Nápoles: allí celebraron las bodas con toda suerte de juegos, convites, regocijos y galas á porfía así bien los ciudadanos, como los cortesanos. En Sigüenza fundó un colegio de trece colegiales, y un monasterio de gerónimos, título de San Anton, Juan Lopez de Medinaceli arcediano de Almazan y canónigo de Toledo, criado que fue del cardenal Pedro Gonzalez

de Mendoza prelado á la sazon de Sevilla y de Sigüenza.

CAPITULO XV.

Como el Andalucia se apaciguó.

Las demás partes de Castilla apenas sosegaban: las alteraciones de Andalucia todavía continuaban á causa que los señores cada cual por su parte se apoderaban de ciudades y castillos, y conforme á las fuerzas que tenia, robaba la gente y parece se burlaban de la magestad real. El duque de Medina Sidonia tenia á Sevilla, el marqués de Cádiz á Jerez, don Alonso de Aguilar estaba apoderado de Córdova. El color que tomaban, era afirmarse contra los intentos de sus contrarios, y hacer resistencia á los portugueses por caelles aquel reino cerca. Lo que á la verdad pretendian, era acrecentar sus estados con los despojos y daños de la provincia: cosa que ordinariamente acaece cuando los temporales andan revueltos, que se disminuyen las riquezas públicas, y crecen las particulares. Resultaba asimismo otro daño, que dentro de aquellas ciudades andaba la gente dividida en parcialidades: en la ciudad de Sevilla unos seguian al duque de Medina Sidonia, otros al marqués de Cádiz; en Córdova traia bandos don Alonso de Aguilar y el conde de Cabra, muy grandes y muy pesados. La reina doña Isabel, aunque muchos se lo desaconsejaban por no tener bastante gente para si fuese necesario usar de fuerza, acudió primero á Sevilla: allí se apoderó del castillo de Triana y de las Atarazanas que tenia el duque de Medina Sidonia, con mayor ánimo y esfuerzo que de mujer se esperaba.

El rey don Fernando, desamparadas las cosas de Navarra, y en alguna manera asentadas las de Castilla la Vieja, nombró por gobernador de Galicia á Pedro de Villandrando conde de Ribadeo: de lo demás de Castilla á su hermano don Alonso de Aragon y al condestable. Hecho esto, se resolvió de ir en persona al Andalucia para dar en todo el órden que convenia. De camino en nuestra señora de Guadalupe hizo sus votos y devociones: dió otrosí órden al duque de Alba y al conde de Benavente fuesen en su compañía; ca se recelaba dellos y tenia aviso que entre sí y con otros grandes trataban de poner sus alianzas. Llegó á Sevilla á trece de setiembre: allí halló que se sentia mal del marqués de Cádiz, y se decia que se inclinaba á dar favor á los portugueses, y con este intento á los ojos de los reyes tenia puesta guarnicion en Alcalá de Guadayra. Tratóse de ganalle y sosegalle: para hacello de noche tuvo á solas habla con el rey. Tratóse que entregase las fortalezas que tomara: dijo que no lo podria hacer sino fuese que el duque de Medina entregase al tanto á Nebrija y á Utrera, y otros castillos; que sin esto despojalle á él de sus fuerzas no serviria sino para que el poder y riquezas de su contrario se aumentasen. Pareció pedia razon, y así el uno y el otro entregaron sus castillos al rey, y á su ejemplo fácilmente vinieron en lo mismo los otros señores y grandes, especial que á la misma sazon con el rey de Granada, en quien aquellos señores ponian gran parte de su confianza, se concertaron de nuevo treguas por industria de don Diego de Córdova conde de Cabra, persona señalada en lealtad, y que con aquel rey bárbaro tenia mucha familiaridad y trato.

Desta manera se hallaban las cosas del Andalucia no lejos de asentarse del todo. Las de Navarra se empeoraban sin alguna esperanza de reparo, á causa de las parcialidades antiguas que nunca sosegaban. La princesa doña Leonor hacia instancias por remedio, y avisaba que ya casi eran pasados los diez y seis meses señalados en el compromiso que se hizo para concertar todas aquellas diferencias, al tiempo que los reyes se juntaron en Tudela juntamente protestaba que pues ni en su padre, ni en su hermano hallaba ayuda bastante, que acudiria al socorro de otra parte; culpa de que quedarian cargados los que á hacello la necesitaban: que si no prevenian y se adelantaban, todo aquel reino se hallaba á punto de perderse. Las cuitas, cuando son estremas, hacen que los miserables hablen con libertad; sin embargo las orejas parecia estar sordas á sus peticiones tan justificadas, por hallarse los reyes lejos, y á causa de las grandes dificultades que los tenian enredados.

Al de Aragon, fuera de la guerra de Ruysellon, ponian en cuidado las cosas de Cerdeña y de Sicilia. Era virey de Sicilia don Ramon Folch conde de Cardona, que fue en compañía de la reina doña Juana á Nápoles, y de allí pasó á su cargo al tiempo que por muerte de don Juan de Cabrera que falleció de poca edad, su condado de Módica, herencia de sus antepasados, recayó en su hermana doña Ana: muchos pretendian aquel estado, unos la escluian de aquella herencia, otros se querian casar con ella. El rey de Aragon por ser de importancia que tomase marido á propósito, por sus muchas riquezas y estados, estuvo determinado de casalla con don Alonso de Aragon hijo bastardo de su hijo el rey don Fernando. No tuvo esto efecto, antes adelante don Fadrique hijo y heredero del almirante de Castilla se la ganó á todos, y por medio deste casamiento juntó con su casa y metió en ella aquel principal condado.

En Cerdeña comenzó á alborotarse Leonardo de Alagon marqués de Oristan: nunca del todo sosegara, y de nuevo alegaba agravios que el virey Nicolás Carroz de Arborea le habia hecho sin respeto de las condiciones y del asiento antes tomado. Ni la flaca y larga edad del rey de Aragon, ni tan grandes cuidados eran parte para quebrantalle, antes como desde una atalaya proveia á todas partes. Fue puesta acusacion al marqués de Oristan, y por sentencia que se dió en Barcelona á los quince de octubre, le privaron de aquel estado. Demás desto para ayuda se envió una nave con soldados: socorro ni grande ni fuerte para aquella guerra; así duró muchos dias.

Al rey don Fernando despues que apaciguó el Andalucía, dodavía le ponia en cuidado lo de Portugal: la esperanza y el temor le aquejaban. De una parte se alegraba que el rey de Portugal, si bien era vuelto por el mar á su reino con dispensacion que el pontífice Sixto últimamente le dió para casar con doña Juana, pero no traia algunos socorros de fuera. Por otra le congojaba que el arzobispo de Toledo, segun se decia, le tornaba á llamar: temia no hobiese de secreto alguna zalagarda y trato. Verdad es que aquel prelado por su larga edad no tenia mucha advertencia en lo que hacia, en especial la ira enemiga de consejo, y la ambicion enfermedad desapoderada, le hacian despeñarse y le cegaban los ojos para que no advirtiese cuan pocas fuerzas tenia el rey de Portugal. Decíase dél por fama, y era así, que perdida toda esperanza de ser socorrido, despechado de noche se partió de Paris para ir en romería á Roma y á Jerusalén, y meterse fraile en aquellas partes mas por el desgusto que tenia, que de entera voluntad.

Prosiguió su viaje algunos dias: desde el camino de tres criados que solos llevaba, á uno de ellos envió con una llave para que abriese un escritorio que dejó en Paris: hallaron en él dos cartas, la una para el rey de Francia, en que le daba cuenta de su intento; en la otra amonestaba á su hijo que sin esperar mas se coronase por rey: que no tuviese algun cuidado dél, pues de los santos y de los honbres se hallaba desamparado: que confiaba en Dios le perdonaria sus pecados, y para adelante se aplacaria y tomaria en cuenta de penitencia aquel su trabajo y afrenta; que era todo lo que podia desear.

Su hijo, leida esta carta, magüer que con sollozos y lágrimas, en fin se coronó por rey á once de noviembre, cinco dias, y no mas, antes que su padre á deshora llegase á Cascais. Fue así que el rey de Francia á toda diligencia envió tras él personas que le hicieron volver. Venido le aconsejó que mudado parecer, volviese á su tierra, como lo hizo: venia triste y flaco estraordinariamente. Su hijo le salió á recebir con muestra de grande alegría, y á la hora le restituyó el reino y la corona. Este suceso tuvo aquel viaje del rey de Portugal y sus intentos, cuyos ímpetus al principio fueron muy bravos, por conclusion quedaron burlados.

El año siguiente, que se contaba 1478, fue señalado y alegre porque en él á veinte y tres de enero en Flandes de madama María heredera de Carlos el Atrevido, mujer que era de Maximiliano duque de Austria, nació don Philipe que adelante fue dichoso por los grandes estados que alcanzó y por la sucesion que dejó, dado que poco le duró la prosperidad á causa de su muerte que le arrebató en la flor de su juventud. Poco despues por el mes de abril sucedió en Florencia, ciudad á la sazon libre, que en el templo de Santa Librada ciertos ciudadanos conjurados contra los dos hermanos Médicis por entender querian tiranizar aquella ciudad, al uno llamado Julian de Médicis mataron; el otro llamado Lorenzo de Médicis se salvó dentro de la sacristía de aquella iglesia. Alteráronse los ciudadanos por este hecho, y acudieron á las armas. Prendieron á Salviato arzobispo de Pisa, sabidor y participante de aquella conjuracion, en el palacio de la Señoría, donde acudió para desde allí mover al pueblo á que defendiesen su libertad: llevaba el rostro turbado, echáronle mano, y sabido lo que pasaba, le ahorcaron de una ventana; que fue un espectáculo cruel y de poca piedad por ser la persona que era.

El cardenal de San Jorge que se hallaba en Florencia, y se decia favorecia á los conjurados, corrió gran peligro de que con el mismo ímpetu le maltratasen. Valióle el miedo que tuvieron del papa su tio, y el respeto que mostraron á su dignidad. De que resultó una nueva guerra, con que por algun tiempo fueron trabajados los florentines por las armas y fuerza del papa y de Nápoles. Quedaron los de Florencia descomulgados por la muerte del arzobispo. Hizo instancia el rey de Francia por la absolucion: alcanzó lo que pedia del papa, mas por miedo que de grado, á causa que en una junta que se hacia en Orliens, trataba de restituir y poner en uso la pragmática sancion en gran perjuicio de la Sede Apostólica. Finalmente se les dió la absolucion, y se concertaron las paces sin que por entonces se tocase en la libertad de aquella ciudad.

CAPITULO XVI.

Nació el príncipe don Juan hijo del rey don Fernando.

La guerra se hacia en Cerdeña cruel, sangrienta y dudosa, las fuerzas de aquella isla divididas en dos partes iguales, los revoltosos peleaban con mas coraje que los del rey, como los que aventuraban en ello la vida y la libertad. La esperanza de la victoria consistia en las fuerzas y socorro de fuera: los ginoveses, á los cuales corria obligacion de ayudar al marqués de Oristan por las antiguas alianzas que tenia con ellos, se detuvieron á causa de ciertas treguas que se concertaron en Nápoles entre aquellas dos naciones, aragoneses y ginoveses. Por el contrario desde Aragon y desde Sicilia acudieron nuevos socorros á los reales, tanto que el mismo conde de Cardona virey que era de Sicilia, se embarcó en una armada para acudir al peligro. Hobo algunos encuentros y escaramuzas en muchas partes: últimamente se juntaron los campos de una parte y de otra cerca de un castillo llamado Machómera; allí se dió la batalla, en que el marqués quedó muerto y su campo desbaratado. Su hijo llamado Artal como quier que pretendiese huir por la mar en una barca que halló á la ribera, cayó en manos de dos galeras aragonesas, y preso, le llevó á España Villamarin general de la armada.

Fue puesto él en el castillo de Játiva, y sus estados quedaron confiscados con todos sus pueblos, que los tenia muchos y grandes en Cerdeña y tambien en tierra firme. En particular los marquesados de Oristan y de Gociano se aplicaron para que estuviesen siempre en la corona real, y desde entonces se comenzaron á poner en las provisiones reales entre los otros títulos y nombres de los principados reales. Dióse esta batalla á diez y nueve de mayo. La victoria no solo de presente fue alegre, sino para adelante causa que todo se asegurase: con que aquella isla, sobre la cual tantas veces y con tanta porfía con los de fuera y con los de dentro se debatiera, de todo punto quedó sujeta al señorío de Aragon.

El rey don Fernando sin embargo que no tenia de todo punto asentadas las cosas del Andalucía, y que su mujer quedaba preñada, fue forzado dar la vuelta al reino de Toledo por dos causas: la primera para reducir al arzobispo de Toledo, y acabar con él no hiciese entrar de nuevo al rey de Portugal en el reino, como se rugia que lo trataba; la segunda para dar calor á las hermandades que para castigar los robos y muertes (como queda dicho) los años pasados se ordenaron entre las ciudades y pueblos. El ejercicio de las hermandades aflojaba, y la gente se cansaba por el mucho dinero que era menester para el sueldo de los soldados, que se repartia por los vecinos sin esceptuar á los hidalgos. Graveza mala de llevar, pero de que resultaba gran provecho para la gente, ca no solo por esta via se reprimian las maldades, sino tambien en ocasion acudian al rey con sus fuerzas y gentes en las guerras que se ofrecian. Por esta causa se tuvieron córtes generales en Madrid, en que de comun consentimiento y acuerdo se confirmaron las dichas hermandades por otros tres años. Con el arzobispo de Toledo no sucedió tan bien, dado que se puso diligencia en quitalle la sospecha que tenia de que se tratara de matalle.

Despedidas las córtes, el rey don Fernando dió la vuelta á Sevilla: la reina doña Isabel le hacia instancia por estar en dias de parir. Allí vinieron embajadores de parte del rey de Granada para pedir tornase á conceder las treguas que antes entre las dos naciones se concertaron: la respuesta fue que no se podrian hacer, si demás de la obediencia y homenaje no pechasen el tributo que antiguamente se acostumbraba. Despachó el rey sus embajadores á Granada para tratar este punto: respondió aquel rey bárbaro que los reyes que pagaban aquel tributo, muchos años antes eran muertos; que de presente en las casas de moneda de la ciudad de Granada no acuñaban oro ni plata, sino en su lugar forjaban lanzas, saetas y alfanges. Ofendióse el rey don Fernando con respuesta tan soberbia: no obstante esto, forzado de la necesidad otorgó las treguas que le pedian, que es gran cordura acomodarse con el tiempo.

En tanto que estas cosas se trataban, á la reina sobrevinieron sus dolores de parto, de que nació un niño que llamaron el príncipe don Juan, á veinte y ocho de junio domingo una hora antes de medio dia, que heredara los estados de sus padres y abuelos si por lo que Dios fue servido, no le arrebatara la muerte cruel y desgraciada en la flor de su edad, como se relatará adelante: bautizóle el cardenal don Pero Gonzalez arzobispo de aquella ciudad. El rey de Aragon aunque cansado no solo de negocios sino de vivir, con el grande vigor que siempre tuvo, pedia le enviase este niño para que se criase á la manera y

conforme á las costumbres de Aragon; además que por su larga esperiencia se recelaba que si le entregaban á alguno para que le criase (lo que sucedió los años pasados) no fuese ocasion que en su nombre se revolviesen las cosas en Castilla.

Tenia el mismo rey de Aragon otro debate muy grande sobre la iglesia de Zaragoza. Pretendia por estar vaca por la muerte de don Juan de Aragon se diese á don Alonso su nieto, al cual su hijo el rey don Fernando en Cervera pueblo de Cataluña hobo de una mujer fuera de matrimonio. Ofrecíanse dos dificultades, la una que no era legítimo, y por esta fácilmente pasaba el pontífice Sixto; la segunda su pequeña edad, que no tenia mas que seis años, en ninguna manera la queria suplir. Entre las demandas y respuestas que andaban sobre el caso, por el mucho tiempo que aquel arzobispado vacaba, le coló el papa al cardenal Ausias Dezpuch: entendia que el rey lo llevaria bien, atento los grandes servicios de su deudo el maestre de Montesa; no fue así, antes mostró sentirse en tanto grado que se apoderó de los bienes y rentas del cardenal, y maltrató á sus deudos. Con esto, y por la instancia que el rey de Nápoles hizo por tener gran cabida con el pontífice, el de Aragon salió últimamente con lo que pretendia, que aquella iglesia se diese á don Alonso su nieto con título de administracion perpétua: ejemplo malo, y principio de una perjudicial novedad.

La importunidad del rey venció la constancia del pontífice: daño que siempre se tachará, y siempre resultará, por querer los príncipes meter tanto la mano en los derechos de la Iglesia, en especial que en aquel tiempo tenian introducida una costumbre, que ningun obispo fuese en España elegido sino á suplicacion de los reyes y por su nombramiento: ocasion con que poco despues resultó otra contienda sobre la iglesia de Tarazona. Por muerte del cardenal Andres Ferrer la dió el pontífice á uno llamado Andres Martinez: hizo resistencia el rey don Fernando con intento que revocada aquella eleccion, se diese aquel obispado al cardenal de España, como últimamente se hizo. Acabóse este pleito con otra reyerta semejante: el pontífice Sixto confirió cuatro años adelante el obispado de Cuenca que vacaba, á Rafael Galeoto pariente suyo: opúsose el rey don Fernando, y en fin acabó que se diese aquella iglesia de Cuenca á don fray Alonso de Burgos su confesor que ya era obispo de Córdova. Juntamente se espidió una bula en que concedió el papa á los reyes de Castilla para siempre que en los obispados fuesen elegidos los que ellos nombrasen y pidiesen, como tambien cuatro años antes deste en que vamos, á instancia del rey don Enrique él mismo otorgó otra bula en que mandó no se diesen de allí adelante á extranjeros espectativas para los beneficios de aquel reino, pleito sobre que de atrás hobo grandes reyertas.

Diego de Saldaña embajador de aquel rey fue el que alcanzó esta gracia, segun que consta por la misma bula, cuyo traslado no me pareció poner aqui. Fue este caballero persona muy principal: pasóse á Portugal con la pretensa princesa doña Juana, cuyo mayordomo mayor fue, y dél hay hoy descendientes en aquel reino, fidalgos principales. Don fray Alonso de Burgos, de Cuenca trasladado últimamente al obispado de Palencia, edificó en Valladolid el monasterio muy célebre de San Pablo de su órden de Santo Domingo, si bien en tiempo del rey don Alonso el Sabio, y mas adelante con ayuda de su nuera la reina doña María señora de Molina se comenzó. La iglesia sin duda que hoy tiene, la fabricó los años pasados el cardenal Juan de Turrecremata, hijo que fue de aquel convento y casa.

CAPITULO XVII.

El santo oficio de la Inquisicion se instituyó en Castilla.

Mejor suerte y mas venturosa para España fue el establecimiento que por este tiempo se hizo en Castilla de un nuevo y santo tribunal de jueces severos y graves á propósito de inquirir y castigar la herética pravedad y apostasía, diversos de los obispos á cuyo cargo y autoridad incumbia antiguamente este oficio. Para esto les dieron poder y comision los pontífices romanos, y se dió órden que los príncipes con su favor y brazo los ayudasen. Llamáronse estos jueces inquisidores, por el oficio que ejercitaban de pesquisar y inquirir: costumbre ya muy recebida en otras provincias, como en Italia, Francia, Alemania y en el mismo reino de Aragon. No quiso Castilla que en adelante ninguna nacion se le aventajase en el deseo que siempre tuvo de castigar escesos tan enormes y malos. Hállase memoria antes desto de algunos inquisidores que ejercian este oficio, á lo menos á tiempo; pero no con la manera y fuerza que los que despues se siguieron.

El principal autor y instrumento deste acuerdo muy saludable fue el cardenal de España, por ver que á causa de la grande libertad de los años pasados, y por andar moros y judíos mezclados con los cristianos en todo género de conversacion y trato, muchas cosas andaban en el reino estragadas. Era forzoso con aquella libertad que algunos cristianos quedasen inficionados: muchos mas, dejada la Religion Cristiana que de su voluntad abrazaran convertidos del judaismo, de nuevo apostataban y se tornaban á su antigua supersticion, daño que en Sevilla mas que en otra parte, prevaleció; así en aquella ciudad primeramente se hicieron pesquisas secretas y penaron gravemente á los que hallaron culpados. Si los delitos eran de mayor cantía, despues de estar largo tiempo presos, y despues de atormentados los quemaban; si ligeros, penaban á los culpados con afrenta perpetua de toda su familia.

A no pocos confiscaron sus bienes, y los condenaron á cárcel perpétua: á los mas echaban un Sambenito, que es una manera de escapulario de color amarillo con una cruz roja á manera de aspa, para que entre los demás anduviesen señalados, y fuese aviso que espantase y escarmentase por la grandeza del castigo y de la afrenta; traza que la esperiencia ha mostrado ser muy saludable, magüer que al principio pareció muy pesada á los naturales. Lo que sobre todo estrañaban era que los hijos pagasen por los delitos de los padres: que no se supiese ni manifestase el que acusaba, ni le confrontasen con el reo, ni hobiese publicacion de testigos; todo contrario á lo que de antiguo se acostumbraba en los otros tribunales. Demás desto les parecia cosa nueva que semejantes pecados se castigasen con pena de muerte, y lo mas grave, que por aquellas pesquisas secretas les quitaban la libertad de oir y hablar entre sí, por tener en las ciudades, pueblos y aldeas personas á propósito para dar aviso de lo que pasaba: cosa que algunos tenian en figura de una servidumbre gravísima y á par de muerte.

Desta manera entonces hobo pareceres diferentes: algunos sentian que á los tales delincuentes no se debia dar pena de muerte; pero fuera desto confesaban era justo fuesen castigados con cualquier otro género de pena. Entre otros fue deste parecer Hernando de Pulgar, persona de agudo y elegante ingenio, cuya historia anda impresa de las cosas y vida del rey don Fernando: otros, cuyo parecer era mejor y mas acertado, juzgaban que no eran dignos de la vida los que se atrevian á violar la religion, y mudar las ceremonias santísimas de los Padres; antes que debian ser castigados, demás de dalles la muerte, con perdimiento de bienes y con infamia sin tener

cuenta con sus hijos, ca está muy bien proveido por las leyes que en algunos casos pase á los hijos la pena de sus padres, para que aquel amor de los hijos los haga á todos mas recatados: que con ser secreto el juicio se evitan muchas calumnias, cautelas y fraudes, además de no ser castigados sino los que confiesan su delito, ó manifiestamente están dél convencidos: que á las veces las costumbres antiguas de la Iglesia se mudan conforme á lo que los tiempos demandan; que pues la libertad es mayor en el pecar, es justo sea mayor la severidad del castigo. El suceso mostró ser esto verdad y el provecho que fue mas aventajado de lo que se pudiera esperar.

Para que estos jueces no usasen mal del gran poder que les daban, ni cohechasen el pueblo, ó hiciesen agravios, se ordenaron al principio muy buenas leyes y instrucciones el tiempo y la esperiencia mayor de las cosas ha hecho que se añadan muchas mas. Lo que hace mas al caso, es que para este oficio se buscan personas maduras en la edad, muy enteras y muy santas, escogidas de toda la provincia, como aquellas en cuyas manos se ponen las haciendas, fama y vida de todos los naturales. Por entonces fue nombrado por inquisidor general fray Tomás de Torquemada de la órden de Santo Domingo, persona muy prudente y docta, y que tenia mucha cabida con los reyes por ser su confesor, y prior del monasterio de su órden de Segovia. Al principio tuvo solamente autoridad en el reino de Castilla: cuatro años adelante se estendió al de Aragon, ca removieron del oficio de que allí usaban á la manera antigua, los inquisidores fray Cristóval Gualbes, y el maestro Ortes de la misma órden de los predicadores.

El dicho inquisidor mayor al principio enviaba sus comisarios á diversos lugares conforme á las ocasiones que se presentaban, sin que por entonces tuviesen algun tribunal determinado: los años adelante el inquisidor mayor con cinco personas del supremo consejo en la córte, do están los demás tribunales supremos, trata los negocios mas graves tocantes á la religion; las causas de menos momento y los negocios en primera instancia están á cargo de cada dos ó tres inquisidores repartidos por diversas ciudades. Los pueblos en que residen los inquisidores en esta sazon y al presente, son estos: Toledo, Cuenca, Murcia, Valladolid, Santiago, Logroño, Sevilla, Córdova, Granada, Ellerena; y en la corona de Aragon, Valencia, Zaragoza, Barcelona.

Publicó el dicho inquisidor mayor edictos en que ofrecia perdon á todos los que de su voluntad se presentasen: con esta esperanza dicen se reconciliaron hasta diez y siete mil personas entre hombres y mujeres de todas edades y estados; dos mil personas fueron quemadas, sin otro mayor número de los que se huyeron á las provincias comarcanas. Deste principio el negocio ha llegado á tanta autoridad y poder que ninguno hay de mayor espanto en todo el mundo para los malos, ni de mayor provecho para toda la cristiandad: remedio muy á propósito contra los males que se aparejaban, y con que las demás provincias poco despues se alteraron; dado del cielo, que sin duda no bastara consejo ni prudencia de hombres para prevenir y acudir á peligros tan grandes como se han esperimentado y padecen en otras partes.

CAPITULO XVIII.

De la muerte del rey don Juan de Aragon.

Partieron de Sevilla los reyes don Fernando y doña Isabel. Antes de la partida dejaron mandado al duque de Medina y al marqués de Cádiz que no pudiesen entrar en aquella ciudad: con tanto quitadas las cabezas de las parcialidades, todo quedó apaciguado. Por otra parte Lope Vasco portugués de nacion se apoderó en nombre del rey don Fernando del castillo de Mora, cuyo alcaide era: está situada esta fuerza en Portugal á la raya de Castilla. Hecho esto, dió aviso para que le enviasen socorro. Tenia el rey don Fernando gran deseo de hacer en persona guerra á Portugal por parecelle que con esto ganaba reputacion, pues mostraba en ello tener tantas fuerzas y ánimo, que no solo defendia su reino sino acometia las tierras de sus contrarios: intento que ni al rey de Aragon su padre, ni á los mas prudentes pareció bien, porque á qué propósito sin gran esperanza poner á riesgo su persona? ¿á qué fin aventurar su estado, de que tenia pacífica posesion, y ponello todo al trance de una batalla? Encargó pues el cuidado de aquella guerra al maestre de Santiago don Alonso de Cárdenas: dióle mil y quinientos caballos y quince mil infantes, esto por el mes de agosto. El ruido fue mayor que el provecho, mayormente que don Juan príncipe de Portugal recobró á Mora, con que todos aquellos intentos se desbarataron. Importaba mas confirmar en su servicio á Trujillo: á esta causa despues por Córdova los reyes pasaron allá.

En este tiempo en Francia en un pueblo llamado Laudo en la comarca de Cahors, á once de setiembre por medio de embajadores que se enviaron sobre el caso, se concertó casamiento entre don Fadrique hijo segundo del rey de Nápoles y madama Ana hija de Amadeo duque de Saboya. El rey de Francia á la desposada por ser hija de su hermana señaló en dote un estado principal en Francia, y entretanto que no se le daba, y hasta que el rey de Aragon pagase el dinero sobre que tenian diferencias, ofreció de dalle en prendas lo de Ruysellon y Cerdania. Dió este negocio gran desabrimiento á los reyes padre y hijo: sobre todo se ofendieron del rey de Nápoles, que sin respeto de ser tan parientes parecia hacer mas caso de la amistad de Francia que de la de España, y sentian mucho aceptase, aunque se los ofreciesen, aquellos estados sobre que ellos traian pleito y guerra, mayormente que el tiempo de las treguas que tenian con el rey de Francia, espiraba, y corria peligro no volviesen á las armas en sazon muy poco á propósito para la una nacion y la otra.

El Francés ocupado en apoderarse de Flandes parecia no hacer caso de todo lo demás. En Castilla aun no estaban del todo las cosas apaciguadas á causa que el rey de Portugal se apercebia de nuevo para la guerra, y la condesa de Medellin doña Beatriz Pacheco mujer de ánimo varonil juntamente con el clavero de Alcántara Alonso de Monroy andaban alborotados. Por esto Juan de Gamboa gobernador de Fuente-Rabía, y el arcediano de Almazan por mandado del rey don Fernando trataron con los embajadores de Francia que vinieron á Bayona, de asentar una nueva confederacion. Diéronse tan buena maña en ello, y apretaron el tratado de suerte que á diez de octubre concertaron que las treguas se mudasen en paces con las mismas condiciones que antes de aquella guerra de tiempo antiguo hobo entre aquellas dos casas reáles: comprendieron tambien en las paces al rey de Aragon; lo cual qué otra cosa era sino hacer burla dél, pues no le restituian el estado sobre que era el debate? Asentaron empero que se nombrasen por cada parte dos jueces para componer esta diferencia y las demás que quedasen por determinar.

El alegría que toda Castilla recibió por esta causa, se aumentó con otras dos ocasiones: la una fue que don Enrique conde de Alba de Liste y tio del rey vino á Trujillo puesto en libertad de la prision en que le tenian desde la batalla de Toro; la otra que el arzobispo de Toledo forzado de la necesidad, ca le tenian embargadas todas sus rentas y tomados los mas de sus lugares, se redujo últimamente al servicio del rey don Fernando, y para mas seguridad entregó todos sus castillos, que se tuviesen por el rey. Achacábanle que de nuevo traia inteligencias con el rey de Por-

tugal, y que le atizaba para que entrase en Castilla; todavía el arcediano de Toledo llamado Tello de Buendía, hombre docto y grave, y que adelante murió obispo de Córdova, enviado para descargar al arzobispo su amo, con su buena diligencia alcanzó de los reyes que le diesen perdon, quier fuese verdadero, quier falso aquel cargo.

Demás desto en Roma el pontífice Sisto revocó la dispensacion que dió al rey de Portugal para casar con su sobrina doña Juana, en que al parecer de algunos se tuvo mas cuenta con dar gusto al rey de Nápoles que hacia sobre esto grande instancia, que con la constancia y autoridad pontifical: así por el mes de diciembre envió un breve á España en este propósito. Para dar órden en todo, y sobre todo para asentar las paces con Francia trataban los reyes padre y hijo de tener habla entre sí, y á este fin ir á Molina y á Daroca, cuando al rey de Aragon sobrevino en Barcelona una dolencia de que murió un martes á diez y nueve de enero, principio del año de nuestra salvacion de 1479: su cuerpo enterraron en Poblete. Su pobreza era tal que para el gasto del enterramiento fue menester empeñar las alhajas de la casa real. Vivió ochenta y un años, siete meses y veinte dias: tuvo siempre el cuerpo recio y á propósito para los trabajos de la guerra y de la caza, el ánimo vivo y despierto, y que por la grandeza y variedad de las cosas que hizo, junto con los muchos años que reinó, se puede igualar con los grandes reyes, verdad es que afeó lo postrero de su edad con el apetito que tenia mas que fuerzas para la deshonestidad, ca puso los ojos y su aficion en una moza de buen parecer llamada Francisca Rosa, que trató el tiempo pasado de casarla con don Jaime de Aragon, aquel de quien se dijo que hizo justiciar en Barcelona.

En su testamento que tenia hecho diez años antes deste, dió órden se hiciesen muchas obras pías, muestra de su cristiandad, en particular que se edificasen dos templos y monasterios de la órden de San Gerónimo, que son al presente muy señalados en



El Gran Cardenal dón Pedro Gonzalez de Mendoza.

santidad y devocion, el uno de Santa Engracia en Zaragoza, que está pegado con el muro de la ciudad, el otro en Cataluña, su advocacion de Santa María de Belpuche; su hijo cumplió enteramente lo que en esta parte dejó ordenado. Mandó otrosí que heredasen el reino de Aragon los nietos del rey don Fernando su hijo, aunque fuesen de parte de hija, en caso que no tuviese hijo varon. Item que los tales nietos fuesen preferidos á las hijas del mismo: ordenacion bien estraña. Así ruedan, y muchas veces por voluntad de los reyes, se mudan y truecan los derechos de reinar y de la sucesion real.

CAPITULO XIX.

De doña Leonor reina de Navarra.

Por la muerte del rey de Aragon (como era necesario, y como él lo dejó proveido en su testamento) se dividieron sus estados: lo de Aragon quedó por el rey don Fernando, la princesa doña Leonor por parte de su madre heredó el reino de Navarra. Estaba viuda de siete años antes, y por el mismo caso sujeta á contínuas y muy grandes desgracias: aquella gente andaba como furiosa, dividida en sus antiguas parcialidades, que parece era castigo y pena de la muerte impía dada á don Nicolás obispo de Pamplona, y no castigada como fuera justo; llevaban lo mejor los biamonteses, contrarios á la nueva reina. Demás de la culpa ya dicha castigaba Dios á aquella familia y generacion destos príncipes, y congojaba sus ánimos en venganza de las injustas muertes que se dieron á don Carlos príncipe de Viana y á doña Blanca su hermana, sin dejar reposar á los culpados, ni quedar alguno que no fuese castigado.

El reinado de doña Leonor fue muy breve, que aun no duró mes entero. En hijos y sucesion fue mas afortunada que en su vida: tuvo cuatro hijos, Gaston, el mayor, Juan, Pedro, Jacobo; cinco hijas,

María, Juana, Margarita, Catarina y Leonor: de todos y en particular de cada uno se dirá alguna cosa como príncipes de quien se deducen los linajes de muchas y grandes casas. Gaston murió como queda dicho: dejó dos hijos, que fueron Francisco Phebo y Catarina, reyes el uno en pos del otro de Navarra. Juan fue señor de Narbona, ciudad que su padre compró con dineros: tuvo por hijos á Gaston y á doña Germana; Gaston murió en la de Rávena en que era general por el rey Luis Doceno de Francia, doña Germana casó con el rey don Fernando el Católico, viudo de su primer matrimonio. Pedro se dió á las letras y á los ejercicios de la piedad, y el pontífice Sisto le hizo cardenal. Jacobo se ejercitó con grande ánimo



Patio y escalera del hospital de Toledo, fundado por el Gran Cardenal.

en la guerra sin casarse en toda la vida, bien que tuvo algunos hijos fuera de matrimonio, ni muy señalados, ni tampoco de poca cuenta.

María la hija mayor casó con Guillermo marqués de Monferrat. Juana con el conde de Armeñac, llamado Juan. Con Francisco duque de Bretaña casó Margarita, y deste matrimonio quedaron dos hijas llamadas Ana y Isabel: Ana como heredera de su padre juntó aquel estado con la casa de Francia, porque casó con Carlos Octavo, y muerto este con Luis Doceno, reyes que fueron de Francia. Catarina, cuarta hija de doña Leonor, casó con Gaston de Fox conde de Candalla: parió dos hijos, y una hija que se llamó Ana y casó con el rey Ladislao de Hungría. Leonor la menor de las hijas desta nueva reina falleció doncella en edad de casar.

La cepa de toda esta generacion, que fue esta reina doña Leonor, por tener el cuerpo quebrantado con los trabajos, y el corazon aquejado con las penas, falleció á doce de febrero en Tudela do comenzó á reinar. Mandó en su testamento que en Tafalla de su hacienda se edificase una iglesia de franciscos, y que allí fuese enterrado su cuerpo y trasladados los huesos de la reina doña Blanca su madre que depositaron los años pasados en la iglesia de nuestra Señora de Nieva, pueblo en Castilla la Vieja no lejos de Segovia. Fue tanta su pobreza, por estar consumidas las rentas reales á causa de los alborotos y parcialidades, que por falta de dineros era forzada para sustentar su casa á vender las joyas de su persona.

Sucedióle en el reino su nieto Francisco en edad de solo once años: por su estremada hermosura le llamaron Fhebo por sobrenombre. Encargáronse del gobierno hasta tanto que fuese de edad conveniente madama Madalena su madre y el cardenal su tio llamado Pedro: cargo que ejercitaron prudentemente segun los tiempos tan estragados. Tuvo la reina difunta poca ayuda en sus trabajos del rey de Castilla su hermano: por esto no le nombró en su testamento; antes por su mandado, y por ser ellos de nacion franceses comenzaron los gobernadores á inclinarse á la parte de Francia: cosa muy perjudicial para ellos, y ocasion que en breve perdiesen aquel su antiguo reino. Esto era lo que se hacia en Navarra.

En Castilla andaban algunas opiniones nuevas en materia de religion. Fue así que Pedro Oxomense lector que era de teología en Salamanca, hombre de ingénio atrevido y malo, publicó un libro lleno de muchas mentiras, que no será necesario relatar aquí por menudo, basta saber que principalmente se enderezaba contra la magestad de la iglesia Romana, y el sacramento de la confesion: por una parte decia que el sumo pontífice en sus decretos y determinaciones puede errar, por otra porfiaba que los sacerdotes no tenian poder para perdonar los pecados, y que la confesion no era institucion de Cristo, sino remedio inventado por los hombres, aunque provechoso para enfrenar la maldad y la libertad de pecar. Para reprimir este atrevimiento el arzobispo de Toledo por mandado del papa Sisto juntó en Alcalá,

donde era su ordinaria residencia, personas muy doctas, con cuya consulta condenó aquellas opiniones, y puso pena de descomunion á su autor, si no las dejaba y retrataba: pronuncióse esta sentencia á veinte y cuatro de mayo, y poco despues el pontífice Sisto la confirmó en una bula suya. Escribió contra el dicho Pedro un libro asaz grande Juan Prejano, teólogo señalado en aquella edad, y adelante obispo de Ciudad-Rodrigo: su estilo es grosero, conforme al tiempo, el ingénio agudo y escolástico.

Hacíase la guerra sobre el estado de Villena, ca el marqués porque no cumplian con él, acudió á las armas, y en sazon que la gente del rey se puso sobre Chinchilla, el marqués de Villena vino á dalle socorro, y con su venida forzó á los contrarios á alzar el cerco. Demás desto de los dos capitanes principales que hacian la guerra por el rey, Pero Ruiz de Alarcon fue desbaratado cerca del Alverca por Pedro de Baeza, y don Jorge Manrique en una nueva refriega que tuvo con el mismo Pedro de Baeza cerca de Cañavete, salió herido, de que poco despues murió: gran lástima que tal ingénio faltase en lo mejor de su edad. El marqués de Villena quedaba por el mismo caso cargado de haber tomado las armas contra la gente del rey: él se escusaba con las insolencias de aquellos capitanes que le forzaron á defenderse; alegaba otrosí que no tenia otros nuevos tratos ni con el rey de Portugal, ni con el arzobispo de Toledo. Estas escusas, sean verdaderas, sean aparentes, últimamente le valieron para que no fuese mas maltratado, ni se procediese con mas aspereza contra él.

Sucedió en esta guerra un caso estraordinario y digno que se sepa. Los del rey hicieron ahorcar á seis de los muchos prisioneros que tenian: en venganza desto Juan Berrio capitan por el marqués mandó que se hiciese otro tanto con los cautivos que tomara de los contrarios. Echaron suerte entre todos para se ejecutar: tenian presos dos hermanos, el uno que tenia mujer y hijos, el otro mancebo, cuyos nombres no se saben, el caso es muy cierto; cupo la triste suerte al casado, y ejecutárase si no fuera por la instancia del otro hermano que se ofreció en su lugar para ser puesto en el palo, como al fin se hizo despues de muchas lágrimas y porfía que hobo entre los dos, con grande lástima de todos los que se hallaron presentes á un tan triste y tan cruel espectáculo.

CAPITULO XX.

De las paces que se hicieron entre Castilla y Portugal.

A los reyes don Fernando y doña Isabel vino nueva de la muerte del rey don Juan, y de la herencia que por el mismo caso les venia de la corona de Aragon en sazon que en Estremadura se ocupaban en apaciguar los alborotos que en aquella tierra causaban la condesa de Medellin doña Beatriz Pacheco y el clavero de Alcántara don Alonso de Monroy. La condesa era de ánimo mas que de mujer, pues tuvo preso algunos años á su mismo hijo don Juan Portocarrero, y por remate le echó de su casa; que fue la causa para tomar las armas, ca temia no la forzasen por justicia á restituir á su hijo aquel condado como herencia de su padre, sobre lo cual le tenia puesta demanda: pretendia otrosí no le quitasen la ciudad de Mérida, en que tenia puesta guarnicion de soldados. El clavero sentia mucho que le hobiesen injustamente, como él se quejaba, quitado el maestrazgo de su órden por dársele á don Juan de Zúñiga. Con este color se apoderaba con las armas de muchos lugares de aquella órden. Demás desto trataban los reyes de apercebirse para la guerra de Portugal, que se temia seria mas brava que antes. Pero como quier que todos se hallasen cansados, y entendiesen cuan miserable cosa sea la guerra civil, que hace á los hombres furiosos, y al vencedor por gratificar á los que le ayudan, pone en necesidad de hacer muchos desaguisados contra su voluntad, acordaron de mover tratos de paz; de que tanto mayor deseo tenian los portugueses que junto al Albufera dos leguas de Mérida quedaron rotos en una batalla señalada que les dió el maestre de Santiago á los veinte y cuatro de febrero. El destrozo fue tan grande que pocos pudieron salvarse en Mérida, que como se ha dicho se tenia por la condesa de Medellin.

En esta batalla el maestre se mostró muy prudente y esforzado; con él otros capitanes, entre los demás Diego de Vera, que mató al alferez real y le tomó el estandarte. El premio al maestre quitalle la pension de tres cuentos que le pusieron cuando los reyes le dieron el maestrazgo: á Diego de Vera y á otros capitanes diferentes mercedes. Con esta ocasion doña Beatriz, tia que era de la reina doña Isabel de parte de madre, y duquesa de Viseo, viuda, y tambien suegra de don Juan príncipe de Portugal, señora por todo esto de grande autoridad, y prudencia no menor, tomó la mano para concertar estas diferencias entre Portugal y Castilla.

Era cosa muy larga para el rey don Fernando esperar el remate en que estas práticas paraban, por el deseo que tenia de ir á tomar posesion del reino de su padre, en que resultaban novedades en tanto grado que para enfrenar el orgullo de los navarros, que en aquel reino se habian apoderado de algunos castillos mal apercebidos, y no dejaban de hacer robos y cabalgadas en la tierra, los aragoneses convocaron córtes sin dar al nuevo rey dello parte: resolucion que si bien no se tiene por ilícita conforme á los fueros de Aragon, era muy pesada, y convenia atajalla. Todo esto le puso en necesidad de remitir á la reina el cuidado de tratar y concluir las paces con su tia. Para este efecto se acordó entre las dos habla en la villa de Alcántara. Esto concertado, él se fué á Guadalupe para de camino visitar aquella santa casa, y hacer en ella sus votos y plegarias. Desde allí por Santolalla, villa no lejos de Toledo, y por Hariza y Calatayud entró en Aragon.

En Zaragoza hizo su entrada á veinte y ocho de junio con toda solemnidad y grande aplauso de la ciudad y concurso del pueblo que le salió al encuentro. Iba á su lado Luis Naia, el principal y cabeza de los jurados: el rey quitado el luto, á caballo debajo de un pálio, vestido de brocado y con un sombrero muy rico. El pueblo á voces pedia á Dios fuese su reinado dichoso y de muchos años. Ocupóse en aquella ciudad en hacer justicia y dar grata audiencia á todos los que se tenian por agraviados. Poco despues pasó á Barcelona. Allí trató de recobrar lo de Ruysellon y de Cerdania, si bien por entonces no tuvo efecto: no estaba aun el negocio sazonado, dado que no andaba muy lejos de madurarse; solo por entonces se nombraron los cuatro jueces para concertar todas las diferencias que resultaban entre el rey de Francia y el de Aragon, conforme al acuerdo que en Bayona se tomó. De Barcelona dió el rey vuelta á Valencia; allí fue recebido con las mismas muestras de alegría que en los otros estados. En aquella ciudad atendió á sosegar ciertos alborotos nuevos que se levantaron á causa que don Jimeno de Urrea vizconde de Viota, con mano armada al improviso prendió á don Jaime de Pallas vizconde de Chelva, y con él á su mujer: el achaque era que le pertenecian á él los pueblos de Chelva y de Manzanera que su contrario poseia. El que pudiera seguir su justicia, por acudir á las armas y usar de fuerza perdió su pretension, como era justo. Lo primero por mandado del rey dejaron las armas: despues á cabo de tres años que duró el pleito, los jueces movidos por el atrevimiento de don Jimeno dieron contra él la sentencia, y adjudicaron aquellos pueblos á su contrario don Jaime de Pallas.

En el mismo tiempo la reina doña Isabel y doña Beatriz su tia se juntaron en Alcántara. Gastáronse dias en demandas y respuestas. Por conclusion pusieron por escrito estas capitulaciones: Que el rey de Portugal no se intitulase rey de Castilla, ni trajese en sus escudos las armas de aquel reino; lo mismo hiciese el rey don Fernando en lo tocante al reino de Portugal: que la pretensa princesa doña Juana casase con el príncipe don Juan hijo del rey don Fernando luego que él tuviese edad bastante: que si el príncipe llegado á los años de discrecion no viniese en aquel casamiento, pagasen en tal caso sus padres á doña Juana cien mil ducados: que todavía ella tuviese libertad, si le pareciese mucha la tardanza y no quisiese aguardar, de meterse monja: item que con don Alonso nieto del rey de Portugal y su heredero casase doña Isabel hija de los reyes de Castilla: á los nobles de Castilla no se les diese acogida en Portugal por ser ocasion de revueltas y alteraciones: de la navegacion y descubrimiento y conquista de las riberas de Africa á la parte del mar Océano, acordaron quedase para siempre por los reyes de Portugal, sin que nadie les pusiese en ello impedimento: últimamente para seguridad que todas estas capitulaciones se cumplirian, la misma doña Juana y doña Isabel hija del rey don Fernando, y don Alonso nieto del rey de Portugal fuesen puestos como en rehenes para que la duquesa misma doña Beatriz los tuviese en su poder en el castillo de Mora; demás desto el rey de Portugal á la raya de Castilla diese en prendas de que guardaria lo concertado, otros cuatro castillos. Desta manera se dejaron las armas, y cesó la guerra que duró tanto tiempo en gran daño de las dos naciones, mayor de la portuguesa. Los regocijos y procesiones que por estas paces el mes de octubre se hicieron en toda España, fueron estraordinarios. La una nacion y la otra, que antes se hallaban temerosas y cuidadosas del suceso y remate de aquella guerra, trocaban el temor en alegría, y concebian en sus ánimos mejor esperanza para adelante. Todos alababan mucho la prudencia y valor de la duquesa de Viseo doña Beatriz.

El mismo rey don Fernando desde Valencia, do le tomó esta alegre nueva, acudió á Toledo al fin deste año. Doña Isabel su mujer reina mas esclarecida que antes, y de mayor crédito por las paces que hizo tan en ventaja suya, le aguardaba en aquella ciudad. Allí se dobló aquella alegría á causa que la reina doña Isabel parió á seis de noviembre una hija que se llamó doña Juana, la cual tenia determinado el cielo heredase finalmente los reinos de sus padres y de sus abuelos. Poco despues desto la pretensa princesa doña Juana vista la burla que della se hizo, bien que con muestra de querella honrar, se metió monja en Santa Clara de Coimbra: manera de vida que si bien la tomó forzada de la necesidad, perseveró en ella muchos años en mucha virtud hasta lo postrero de su vida, enfadada de la inconstancia y variedad de las cosas que por ella pasaron. Sin embargo los infantes doña Isabel y don Alonso (segun que dejaron acordado) fueron entregados á doña Beatriz para seguridad que las demás condiciones se cumplirian. Juntamente la condesa de Medellin y el clavero de Alcántara de su voluntad se redujeron á mejor partido. Lo mismo hicieron otros nobles de Castilla que eran la principal fuerza del partido de Portugal.

El marqués de Villena otrosí mudadas algunas condiciones de las que antes le ofrecieran, volvió otra vez en la gracia de los reyes, que fue por principio del año 1480. En virtud del nuevo asiento el marqués se quedó con los estados de Escalona y Belmonte: Villena y Almansa con las demás villas de aquel estado quedaron por los reyes. Pasó por esto el marqués por entender fuera poco acierto trabajar en lo que no podia alcanzar, y por pretender recobrar lo perdido poner á riesgo lo que le quedaba. Desta manera se enflaquecieron las fuerzas y poder del de Villena: por el mismo caso la concordia tuvo mas seguridad.

Renato duque de Anjou, príncipe señalado así por sus adversidades como por su larga vida, falleció en Francia por el mes de enero. Hasta el fin de su vida se intituló rey de Aragon, de Sicilia y de Jerusalén, apellidos de solo título, vanos y sin fruto alguno, ni esperanza de recobrallos. Nombró por su heredero universal en su testamento á Carlos su sobrino hijo de Carlos su hermano: á Renato duque de Lorena nieto suyo de parte de madre dejó el ducado de Bari, estado principal que él mismo poseia en Francia.

CAPITULO XXI.

Que el rey de Portugal falleció.

Tuviéronse en Toledo córtes generales de Castilla: concurrieron á ellas muchas gentes, los votos fueron libres, y muchas las quejas. Los pueblos pretendian que los nobles robaban las haciendas de los pobres, y que su avaricia tenia los tesoros reales consumidos, las rentas públicas enagenadas, de que resultaba necesidad de intentar cada dia nuevas imposiciones en grave perjuicio de los que las pagaban. Tratóse de remedio: nombráronse jueces que oidas las partes pronunciaron que las donaciones hechas imprudentemente por el rey don Enrique, ó ganadas como por fuerza por la revuelta de los tiempos no fuesen válidas. El atrevimiento de los nobles y sus demasías con todo esto no se podian refrenar, ni hacer que los magistrados y leyes tuviesen autoridad, por estar todo muy estragado; solamente por el mes de mayo todos los tres brazos juraron á don Juan hijo de los reyes por príncipe y heredero de sus padres y de sus estados para despues de sus dias, todo á propósito de ganar mas autoridad y asegurar mas el reino. Parecia que con aquel nuevo vínculo del juramento sosegarian las voluntades dudosas de los naturales en su servicio.

Desta manera asentadas las cosas de Castilla la Nueva pasaron los reyes á Medina del Campo y á Valladolid: hiciéronse en aquellas partes algunos castigos señalados de personas nobles por delitos que cometieron, con que otros quedaron escarmentados. Los gallegos por ser gente feroz todavía no sosegaban, antes las ciudades de Lugo, Orense, Mondoñedo y tambien Bivero y la Coruña no querian obedecer ni allanarse á los reyes. Despacharon á Hernando de Acuña, y un jurista llamado García de Chinchilla para quietar aquellos movimientos. Estos con una junta que hicieron de aquella gente en Santiago, y con justiciar al mariscal Pedro Pardo y otros hidalgos revoltosos pusieron en todos grande espanto.

Desta manera la autoridad de los reyes quedó en aquella provincia en su punto, y las leyes y magistrados despues de mucho tiempo cobraron las fuerzas que antiguamente tenian, sin embargo que el rey don Fernando se hallaba ausente, y era ido á Cataluña, que es lo postrero de España, con esta ocasion. El gran turco Mahomete soberbio por las muchas victorias que ganara, combatia la isla de Rhodas, que era un fortísimo baluarte por aquella parte de todo el imperio de los cristianos: teníala cercada por mar y por tierra; gastó en esto en balde tres meses á causa que aquellos caballeros se defendieron valerosamente, y que el rey de Nápoles les envió dos naves cargadas de municiones, vituallas y soldados. Con este socorro los turcos, perdida la esperanza de salir con la empresa, alzado el cerco parte dellos por mar se fueron á la Bellona ciudad de Macedonia, puesta sobre el golfo de Venecia enfrente de la Pulla provincia del reino de Nápoles.

Con esta armada el Basa llamado Acomates pasó en Italia, y tomó por fuerza la ciudad de Otranto á trece de agosto: el estrago fue grande: no perdonaron aquellos bárbaros á ninguna persona, fuese soldado, ó de otra calidad. Desde allí hacian correrías por toda la Pulla, y todo lo ponian á fuego y á sangre: lo demás de Italia por el mismo caso estaba con gran miedo, y aun las naciones estrañas no se aseguraban. Este recelo movió á los reyes cristianos á juntar sus fuerzas para acudir á apagar aquel fuego; en particular el rey don Fernando envió á Gonzalo Beteta por su embajador al papa Sixto que á la sazon parecia estar algo desabrido y desgustado con el rey, de que se vieron muchas muestras; y de nuevo se confirmó esta sospecha á causa que sin dar al rey parte nombró al arzobispo de Toledo, sin embargo de su condicion, por su legado en España.

El comun peligro que todos corrian, pudo mas que los particulares desgustos para que tratasen de poner remedio en aquel daño. Con este intento de nuevo envió otrosí á don Juan Melguerite obispo de Girona desde Barcelona, por el mes de febrero del año 1481, á los príncipes de Italia para hacer liga con ellos. Junto con esto el rey en Barcelona para acudir con sus fuerzas hizo juntar una armada de treinta y cinco bajeles entre mayores y menores: lo mismo hizo el rey de Portugal, que armó para este efecto veinte naves. Iban estos socorros muy despacio: así don Alonso duque de Calabria con las fuerzas de Italia que juntó, aunque con dificultad, en fin apretó á aquellos bárbaros con un cerco que puso á aquella ciudad.

Pudiera durar mucho tiempo la guerra y el cerco, y tener grandes dificultades, si no sobreviniera nueva de la muerte del gran turco Mahomete, que falleció en Nicomedia de Bithynia á tres de mayo. Los turcos con este aviso el quinto mes despues que el cerco se puso, rindieron la ciudad á partido que los dejasen ir libres. Quedóse el duque de Calabria con parte de aquella gente, que serian hasta mil y quinientos turcos, para ayudarse dellos contra florentines. Decíase comunmente que se les empleaba bien este daño, por ser ellos los que hicieron venir aquella gente á Italia; si bien muchos sospechaban era invencion de don Alonso á propósito de cargar á sus enemigos el odio que contra él de entretener esta gente resultaba.

Por la muerte de Mahomete se levantaron en Constantinopla grandes alteraciones: unos querian por emperador á Bayacete hijo mayor del difunto, otros á Gemes su hermano con color que su padre le hobo ya que era emperador. Llegó el negocio á las armas y á las manos. Bayacete venció á su hermano junto á Prusia ciudad de Bithynia, y le forzó á huirse primero á Egipto y despues á Rhodas. Los caballeros de Rhodas, recebido que le hobieron y tratado muy bien, entre muchos y príncipes que le pidieron, le enviaron como en presente al rey de Francia. Los socorros de Aragon y de Portugal fueron de poco efecto á causa que nuestras armadas llegaron á aquellas riberas despues que Otranto se rindió. Desta tardanza, demás de caer aquellas partes tan lejos de España, fueron ocasion otras ocupaciones en que aquellos dos reyes se hallaban embarazados; el rey don Fernando en las córtes de Aragon que se tenian en Calatayud, adonde la reina doña Isabel por mandado de su marido trajo á su hijo el príncipe don Juan: quedó encomendado el gobierno de Castilla al almirante don Alonso Enriquez y al condestable Pero Hernandez de Velasco. Lo que pretendian los reyes, era que los aragoneses le jurasen por príncipe y heredero de aquel reino, como lo hicieron á veinte y nueve de mayo: lo mismo se hizo poco despues en Barcelona por lo que tocaba al principado de Cataluña.

Demás desta ocupacion un nuevo cuidado sobrevino al rey don Fernando de parte del reino de Navarra. Fue así que dos tios del nuevo rey, es á saber el cardenal Pedro y Jacobo su hermano vinieron á Zaragoza: allí habida audiencia, en una larga plática que tuvieron, pusieron delante los ojos al rey las miserias de aquella nacion: que los alborotados estaban apoderados de las ciudades y pueblos, los biamonteses de Pamplona, los contrarios de Estella, Sangüesa y Olite: que al rey de Navarra no le quedaba mas que el nombre, sin autoridad, ni fuerzas. Para movelle á compasion de aquellos daños alegaban el deudo muy estrecho y la flaqueza de aquel príncipe mozo. Quejáronse de don Luis conde de Lerin, que como hombre que era bullicioso y atrevido, no cesaba de hacer muertes, quemas y robos en sus contrarios, y por engaño diera la muerte á Pedro de Navarra, y Philipe su hijo mariscales de Navarra: que por la muerte del condestable Pedro de Peralta se apoderó por fuerza de aquel oficio, y con él hacia mayores desaguisados; por tanto le suplicaban acorriese á aquel reino miserable, y le librase de la boca de aquella codicia y furia infernal: que Troylo Carrillo yerno de Pedro de Peralta, y heredero de su casa por via de su mujer, no tenia bastantes fuerzas para resistir al atrevimiento de su contrario el conde de Lerin que solo en comun y en particular podia mas que todo el resto.



Mujer de Navarra.

Oyó esta embajada el rey don Fernando: prometió tendria cuidado de las cosas del rey Francisco, y para muestra desta su voluntad envió con estos príncipes personas á propósito para que de su parte avisasen á los alborotados que se templasen, y prestasen el vasallaje debido á su rey. Hízose en Tafalla

una junta y córtes de aquel reino: los embajadores representaron á los presentes lo que les fue mandado; respondieron los navarros que si el rey no habia tenido libre entrada en el reino, no era por culpa de todos, sino de algunos pocos que alteraban el reino: qué si él viniese, los pueblos no faltarian en ninguna cosa de las que deben hacer buenos vasallos. Esta respuesta dió contento, y así se trató con el rey don Fernando que el rey Francisco viniese á Pamplona. Pareció debia venir guarnecido de soldados para que en aquella revuelta de tiempos alguno no se le atreviese.

Esto se trataba en los mismos dias que al rey de Portugal sobrevino la muerte en Sintra: á veinte y ocho de agosto falleció en el mismo aposento en que nació; su cuerpo llevaron á Aljubarrota. Sucedióle en su reino y estado su hijo don Juan Segundo deste nombre: por la grandeza de su ánimo y gloria de sus hazañas tuvo renombre de Grande. Este príncipe por toda su vida tuvo grande enemiga con los reyes de Castilla como tambien su padre: el padre procedió mas al descubierto y á la llana, el hijo mas astutamente, y por tanto con mayor rabia descargó la saña sobre algunos señores de su reino que sospechaba favorecian el partido de Castilla, como luego se dirá. Por lo demás en la clemencia, piedad, severidad contra los malhechores, en agudeza de ingenio, presta y tenaz memoria igualó á los demás reyes de su tiempo, y aun se aventajó á muchos dellos. Suya fue aquella sentencia: «El reino ó halla á los príncipes prudentes, ó los hace», por el perpetuo trato que tienen con hombres de grandes ingenios, aventajados en todo género de saber, cuales son muchos de los que andan en los palacios reales, además que los que tratan con los príncipes, usan de palabras muy estudiadas á propósito de salir con lo que pretenden y dar muestra de lo que saben.

CAPITULO XXII.

De la muerte de tres príncipes.

En tres años contínuos fallecieron continuadamente otros tantos príncipes: en Marsella al fin deste año falleció Carlos duque de Anjou; dejó por su heredero al rey de Francia. Cuántos torbellinos y tempestades se levantarán contra Italia por esta causa? por la muerte deste príncipe al cierto se juntaron con el reino de Francia dos estados muy principales, el de Anjou y el de la Provenza, sin otras pretensiones que turbaron el mundo. El año luego siguiente de 1482 á primero de julio falleció don Alonso Carrillo y de Acuña arzobispo de Toledo: bien que de larga edad, siempre de ingenio muy despierto y á propósito no solo para el gobierno sino para las cosas de la guerra: retiróse los años postreros forzado de la necesidad, y por desabrimiento mas que de su propia voluntad.

Sepultáronle en la capilla Mayor de la iglesia de San Francisco, monasterio que él mismo á su costa edificó en Alcalá de Henares, donde pasó lo postrero de su edad en mejores ejercicios. Erigió otrosí la iglesia de Sant Iuste parroquial de aquella villa en colegial, siete dignidades, doce canónigos, siete racioneros. Fue muy dado al alchimia, y murió pobre; todavía se dice dejó cantidad de dinero llegado para reparar la escuela de Alcalá, de que se ayudó despues el cardenal fray Francisco Jimenez para lo mucho que allí hizo los años adelante. A mano izquierda del sepulcro del arzobispo sepultaron asimismo el cuerpo de Troylo su hijo; mas el cardenal don fray Francisco Jimenez por ser cosa fea que hobiese memoria tan pública de la incontinencia de aquel prelado, hizo que el dicho sepulcro se quitase de allí, y le pasasen al capítulo de los frailes. Deste Troylo y de su hijo don Alonso, que fue condestable de Navarra, descienden los marqueses de Falces, señores conocidos en aquel reino: su apellido de Peralta.

Sucedió en la iglesia de Toledo y en aquel arzobispado el cardenal de España, gran competidor de don Alonso Carrillo, y que acompañó á los reyes en el viaje de Aragon. Sus padres Iñigo Lopez de Mendoza marqués de Santillana y doña Catalina de Figueroa: sus hermanos Diego Hurtado de Mendoza primer duque del Infantado, Lorenzo y Iñigo, condes el primero de Coruña, el otro de Tendilla, y otros. Fue este prelado gran personaje no mas por la nobleza de sus antepasados que por sus grandes partes y virtudes: con aquella dignidad le quisieron pagar sus servicios y la voluntad que siempre tuvo de ayudar al público; á don Iñigo Manrique obispo de Jaen trasladaron en lugar del cardenal al arzobispado de Sevilla.

En Navarra despues de una larga alegría se siguió un trabajo y revés muy grande: que así se aguan los contentos y se destemplan. El rey Francisco desde Francia (ca se entretuvo allí por las revueltas grandes y largas de Navarra) últimamente, como tenian concertado, en compañía de su madre y de sus tios, y de muchos nobles que de Francia y de Navarra le acompañaban, llegó á Pamplona. Recibiéronle los naturales con grande aplauso y solemnidad, y en la iglesia Mayor de aquella ciudad se coronó por rey y se alzaron los pendones reales por él á tres dias de noviembre. Estaba en la flor de su edad, era de quince años, su belleza por el cabo, de muy buenas inclinaciones. Lo primero que hizo, fue mandar sopena de muerte que ninguno se llamase de allí adelante ni biamontés ni agramontés, apellidos de bandos odiosos y perjudiciales en aquel reino. A don Luis conde de Lerin hizo condestable, como antes se lo llamaba, y juntamente le hizo merced de Lárraga y otros pueblos; deseaba con esto ganalle por ser hombre poderoso y granjear los de su valía: acuerdo muy avisado, vencer con beneficios á los rebeldes. Visitó el reino, castigó los malhechores, estableció y dió órden que los magistrados fuesen obedecidos.

Trataban de casalle para tener sucesion. El rey don Fernando pretendia desposalle con su hija doña Juana: el de Francia era de parecer que casase con la otra doña Juana de Portugal, bien que ya era monja profesa. Queria por esta via con las armas de Francia recobrar en dote el reino de Castilla: á esto se inclinaba mas madama Madalena madre deste rey, mujer ambiciosa y inclinada á las cosas de Francia. Por esto y por recelo de alguna fuerza ó engaño persuadió á su hijo que pasase los montes, do tenia grande estado: apenas era llegado, cuando en la ciudad de Pau, ó de San Pablo, en Bearne á treinta de enero año de nuestra salvacion de 1483 le sobrevino una dolencia, y della la muerte, envidiosa, triste y fuera de sazon. Desta manera cayó por tierra la flor de aquella mocedad: como derribada con un torbellino de vientos, al tiempo que se comenzaba á abrir y mostrar al mundo su hermosura: su cuerpo enterraron en Lescar, ciudad asimismo de Bearne. Sucedióle en el reino su hermana Catarina como era razon. Con su casamiento poco adelante pasó aquel reino á los franceses, que no les duró, ni del gozaron mucho tiempo: de que resultaron forzosamente alborotos, intentos descaminados de aquella gente, y en fin tiempos aciagos, como se puede entender por heredar aquel reino una moza de poca edad, cuya madre era francesa de nacion, y por el mismo caso poco aficionada á las cosas de España.

CAPITULO XXIII.

De una conjuracion que se hizo contra el rey de Portugal.

En Portugal el rey don Juan castigaba algunos de sus grandes que se conjuraron entre sí para dalle la

muerte, y con la sangre de algunos se satisfacia de aquella celada que contra él tenian parada, á que el mismo rey dió ocasion por ser de condicion áspera, y por su rigor en hacer justicia, y sobre todo por la soltura en el hablar. Esto tenia ofendido á los grandes: sobre todo los desgustaba que contra lo que antiguamente se acostumbraba, los alguaciles del rey con el favor y alas que les daba, y porque así se lo mandaba, se atrevian en sus estados contra su voluntad á prender y castigar á los malhechores. Consultaron entre sí lo que debian hacer, y por la poca esperanza que tenian de ser por bien desagraviados, se resolvieron en defender si fuese menester con las armas la libertad y privilegios que sus antepasados por sus servicios ganaron y dejaron á sus sucesores.

Las principales cabezas en estos tratos eran los duques don Fernando de Berganza, y don Diégo de Viseo por su nobleza, que eran de sangre real, y por sus estados los mas poderosos de aquel reino. Juntábanse con ellos otros muchos como fueron el marqués de Montemayor, el conde de Haro, los hermanos del duque de Berganza, don García de Meneses arzobispo de Ebora, y su hermano don Fernando: Item don Lope de Alburquerque conde de Penamacor. La ocasion con que se descubrió esta conjuracion fue esta. Hacíanse córtes de aquel reino en la ciudad de Ebora: ordenáronse algunas cosas muy buenas, y en particular que los señores no pudiesen libremente agraviar ni maltratar al pueblo, ni tuviesen ellos mas fuerza que las leyes y la razon. Quejábase el duque de Berganza que por este camino los desaforaban, y quebrantaban los privilegios y autoridad concedidos á sus antepasados: ofrecíase á mostrar esto por escrituras bastantes, otorgadas por los reyes en favor de los duques de Berganza. Buscaba por su órden estos papeles Lope Figueredo su contador mayor; halló á vueltas otros por donde constaba de algunos tratos que el duque traia con el rey de Castilla en gran perjuicio de aquel reino. Llevólos él con toda puridad y mostrólos al rey: él enterado de la verdad le mandó dejar traslado, y volver los originales donde los halló.

Aconteció que la reina á la primavera del año mil y cuatrocientos y ochenta y tres estaba en Almerin doliente de parto. Viniéronla á visitar su hermano el duque de Viseo y su cuñado el duque de Berganza: acogiólos el rey muy bien, y regalólos con mucho cuidado. Deseaba sin rompimiento remediar el daño: un dia despues de oir misa, habló en secreto con el de Berganza en esta sustancia: «Duque primo, yo »os juro por la misa que hemos oido, y por el sagra»do altar delante del cual estamos, que os trato ver»dad en lo que os quiero decir: yo tengo muy averi»guados los tratos que en nuestro deservicio habeis »traido con el rey de Castilla, afrentosos para vos, y »muy fuera de lo que yo esperaba. Apenas acabo de »creer lo que sé muy cierto, que con hecho tan feo »hayais amancillado vuestra casa, trocado en des»lealtad los servicios pasados: ¡con cuánta pena os »digo esto! Sea lo que fuere, yo estoy determinado »de borrallo perpetuamente de la memoria, y haceros »mas crecidas mercedes, y honraros mas que antes, »con tal que os emendeis y querais estar de nuestra »parte. Dios fue servido que yo tuviese la corona, y »vos despues de mí el lugar mas preeminente en es»tado y autoridad, y riquezas poco menos que de »rey, demás del casamiento en que me igualais, pues »estamos casados con dos hermanas. ¿Quién rompe»rá tan grandes ataduras de amistad? ó de quién po»dreis esperar mayores mercedes y mas colmadas? »El dolor sin falta os ha cegado: pero si en nuestro »nuevo reinado usamos de alguna demasía, si nues»tros jueces han hecho algun desaguisado, fuera ra»zon que con vuestra paciencia diérades ejemplo á »los otros: yo tambien avisado de buena gana emen»daré lo pasado; que para el bien y en pro del reino »fuera justo que me ayudárades no solo con consejo »sino con las armas, lo que os torno á encargar ha»gais con aquella aficion y lealtad que estais obli»gado.»

Alteróse el duque con las razones del rey. Suplicóle no diese oidos ni crédito á los malsines, gente que quiere ganar gracia con hallar en otros faltas: que no amancillaria su casa con semejante deslealtad: que las mercedes eran mayores que los agravios: nunca Dios permitiese que él hiciese maldad tan grande, cosa que ni aun por el pensamiento le pasaba; todo lo cual afirmaba con grandes sacramentos: con esto se puso fin á la plática. El rey se fué á Santaren, los duques á sus estados, los ánimos en ninguna manera mudados.

Entretanto que esto pasaba, fray Hernando de Talavera prior de Prado, monasterio que es de gerónimos junto á Valladolid, y confesor de los reyes de Castilla, por su mandado fué á Portugal para confirmar de nuevo las avenencias puestas, y tratar que los infantes que pusieron en rehenes, fuesen vueltos á sus padres, como se hizo; solamente mudaron en las capitulaciones de antes y concertaron que con el príncipe de Portugal don Alonso casase doña Juana la hija menor del rey don Fernando, por ser los dos de una edad: con esto la infanta doña Isabel por fin del mes de mayo volvió á Castilla á poder de sus padres, y el príncipe don Alonso al de los suyos. Acompañóle el duque de Berganza para muestra de su voluntad hasta Ebora, en que la córte se hallaba: allí fue preso, ca se tenia aviso que por medio de Pedro Iusarte de nuevo volvia á los tratos de antes que tenia con el rey don Fernando. Descubriólo Gaspar Iusarte hermano de Pedro Iusarte, y en premio deste aviso y oficio fueron adelante ambos honrados y galardonados, en particular á Pedro se hizo merced de un pueblo llamado Arroyuelo.

Pusieron acusacion al de Berganza, y oidos sus descargos, por no parecer bastantes le sentenciaron á muerte, como quien cometió delito contra la magestad. La sentencia se ejecutó á veinte y dos de junio: aviso para los demás que pocas veces las novedades paran en bien, antes son perjudiciales, y mas para los mismos que les dieron principio; juntamente con el duque justiciaron otros seis hidalgos que hallaron culpados en aquel tratado. El condestable de Portugal con otros se salieron de aquel reino, y los hermanos del duque de Berganza con presteza se ausentaron: asimismo la duquesa doña Isabel luego que le vino la triste nueva de la prision de su marido, envió á Castilla sus tres hijos Philipe, Diego y Dionisio por no asegurarse que les valdria su inocencia si venian á las manos del rey sañudo y airado. Destos don Philipe falleció en Castilla sin casarse, don Diego volvió á Portugal con perdon que adelante se le dió, don Dionisio casó en Castilla con hija heredera del conde de Lemos. Al duque de Viseo valió su poca edad; solo el rey otro dia despues de justiciado el de Berganza le avisó y reprehendió de palabra sin pasar adelante.

Ni el castigo del un duque, ni la clemencia que con el otro se usó, fueron parte para que los conjurados amainasen y desistiesen de sus intentos; antes de secreto se quejaban de tiempos tan miserables, que eran tratados como esclavos, y por estar algunos pocos apoderados de todo, no se hacia caso alguno de los demás: que el duque de Berganza por no poder disimular con aquellas insolencias pagó con la cabeza: lo que con él hicieron, ¿quién los aseguraria que no se ejecutase con los que quedaban? «Has»ta cuando señores sufriremos cosas tan pesadas? Si »no ganamos por la mano, y no prevenimos tan ma»los intentos, todos juntamente pereceremos. Por »qué no vengamos aquella muerte con matar, y con

»la sangre del tirano hacemos las exequias y honras »de aquel príncipe inocente y bueno?» Acordaron que se hiciese así, y que muerto el rey, pondrian en su lugar al duque de Viseo: intento atrevido, porfía pertinaz, miserable remate. Esperaban solamente coyuntura para ejecutar lo concertado; mas antes que lo pudiesen hacer, toda la conjuracion fue descubierta por esta manera.

Tenia Diego Tinoco una hermana amiga del arzobispo de Ebora: esta mujer, sabido lo que pasaba, y el peligro que corria el rey, lo descubrió á su hermana, y él al rey en hábito de fraile francisco, con que fué á Setubal á hablalle y dalle el aviso para que fuese mas secreto: lo mismo le avisó Vasco Coutiño, cuyo hermano llamado Gutierre Coutiño era cómplice en la prática; en premio, pasado el peligro, le hizo merced del condado de Barba y de Estremoz.

Salió el rey un dia de aquella villa con intento de visitar una iglesia muy devota que estaba allí cerca: iban en su compañía los conjurados, alegres por parecelles que en tantos dias no habian sido descubiertos, determinados al salir el rey de la iglesia acometelle y matalle; quiso su ventura que su camarero llamado Faria le avisó á la oreja del riesgo que le amenazaba. Habló á los conjurados cortesmente, con que ellos reprimieron algun tanto su rabia; sin embargo, como no se tuviese por seguro, se entró en otro templo que se dice de nuestra Señora la Antigua, y está en el arrabal de aquella villa hácia el mar. Hizo esto disimuladamente por entretenerse hasta tanto que le acudiese mayor número de cortesanos: para esto de propósito alargaba la plática que tenia con Vasco Coutiño. Pesábales á los conjurados de aquella tardanza: temian que si perdian aquella ocasion, alguno de tantos como eran participantes por ventura los descubriria, y querria ganar gracias á costa de los otros. Cuando esto sucedió era viernes veinte y siete de agosto.

El rey libre de aquel peligro envió con otro achaque á llamar al duque de Viseo, que se hallaba con la duquesa su madre en Palmela á la mira de en que paraba lo que tenian los conjurados tramado: el peligro á que se ponia en obedecer aquel mandato era grande; pero en fin se resolvió, confiado en que ninguno le habria faltado, á ir al llamado del rey. Engañóle su pensamiento: luego que llegó, y entró en el aposento del rey, en presencia de algunos pocos que allí se hallaron, él mismo le dió de puñaladas. Díjole solamente estas palabras: «Andad, decid al duque »de Berganza el fin en que ha parado la tela que dejó »comenzada.» Era el duque de Viseo como de treinta años cuando acabó desta manera. Los astrólogos por el aspecto de las estrellas le tenian pronosticado que seria rey: gente vanísima, cuyas mentiras bien que muchas, y conocidas de todos, en todas las naciones han siempre corrido y correrán.

Su estado todo fue luego dado á don Emanuel su hermano, salvo que mudado el apellido le llamaron duque de Beja. El cielo le tenia aparejado el reino de Portugal, lo cual dió á entender y pronosticó como decian una esfera que traia acaso en su escudo por divisa y blason: á su ayo Diego de Silva en premio de sus servicios hizo el mismo adelante merced de Portalegre con título de conde. Los demás conjurados unos fueron presos, como el arzobispo de Ebora y don Fernando su hermano y Gutierre Coutiño: los mas en Castilla vivieron desterrados, pobres y miserables. Por el mismo tiempo el rey Luis Onceno de Francia falleció en un bosque en que se entretenia junto á la ciudad de Turon, á treinta dias de agosto: dejó en su testamento mandado que lo de Ruysellon y Cerdania se restituyese á cuyo solia ser. Sucedióle su hijo Cárlos Octavo en edad de trece años, enfermizo, de muy poca salud, y mal talle. Su padre le hizo criar en Amboesa, sin dar lugar á que le hablasen, ni conversasen fuera de unos pocos criados que le señaló. El retiramiento fue tal que aun no quiso estudiase gramática: decia que bastaba supiese en latin estas tres palabras solas: el que no sabe fingir, no sabe reinar. Pero nuestro cuento ha pasado en el tiempo muy adelante: será forzoso volver á relatar las cosas de Castilla, y tomar el agua de un poco mas atrás.

LIBRO VIGESIMOQUINTO.

CAPITULO I.

Del principio de la guerra de Granada.

Principio de una nueva narracion, y fin deseado de toda esta obra será la famosa guerra de Granada, la cual debajo la conducta y por mandado de los reyes don Fernando y doña Isabel se continuó por espacio de diez años, llena de varios y maravillosos trances, y en cuyo discurso se dieron batallas muy bravas: su remate últimamente alegre y dichoso para España y para todo el orbe cristiano, pues por esta manera cayó por tierra de todo punto el reino de los moros que en aquellas partes se conservó por mas de setecientos años: grande mengua y afrenta de nuestra nacion. Llegamos á vista de tierra despues de una larga y dificultosa navegacion: queremos caladas las velas tomar puerto, y con un nuevo aliento y fuerzas de nuestro ingenio poner fin á este trabajo: el socorro y ayuda del cielo y de los santos confiamos que como hasta aquí no nos faltará.

El reino de Granada está puesto entre el de Murcia y el Andalucía, parte de la antigua Bética y de la provincia cartaginense. Tiene en ruedo setecientas millas, que hacen casi docientas leguas, y es mas largo que ancho. Desde Ronda hasta Huescar se cuentan sesenta leguas por el largo: por el ancho desde Cambil hasta Almuñecar solas veinte y cinco. Sus aledaños á la parte de Levante el reino de Murcia, por la parte del Mediodía le baña el mar Mediterráneo, por las demás partes del Poniente y del Septentrion le ciñen las otras tierras de la Andalucía. Goza de cielo muy alegre y suelo muy apacible. Sus campos son muy fértiles y abundantes en todo género de frutos y esquilmos tanto como los mejores de España. La tierra doblada por la mayor parte: los mismos montes empero por las muchas aguas con que se riegan, son á propósito para ser cultivados y criar toda suerte de árboles, por donde perpétuamente están verdes y muy frescos. De aquí resulta ser el aire templado en invierno y en verano, cosa muy saludable para los cuerpos, mayormente en la ciudad de Granada, cabeza del reino, una de las mas nobles, abastadas y mas grandes de toda España, de cuyo nombre toda la provincia se llama el reino de Granada, y la ciudad se llamó así de una cueva que llega hasta una aldea llamada Alfahar, en que hay fama que antiguamente los naturales se ejercitaban en el arte de nigromancia. Gar en lengua arábiga es lo mismo que cueva, y cierto número de soldados que venia en compañía de Tarif á la conquista de España, naturales de una ciudad de la Suria llamada Nata, acabada aquella guerra desgraciada, hicieron su asiento en aquella parte. De Gar y de Nata se forjó el nombre de Granada, como lo sienten y dicen personas de prudencia y erudicion: otros traen otras etimologías deste nombre, en que no hay para qué gastar tiempo, ni ser pesados con referir diversas opiniones y derivaciones de vocablos, mayormente inciertas. Averíguase al cierto que en aquel reino á la sazon que se comenzó esta guerra, y cuando últimamente quedaron vencidos los moros y sujetos, se contaban catorce ciudades y noventa y siete villas. Las mas principales ciudades, fuera de la ya dicha, eran Al-

mería, Málaga, y Guadix, Plinio la llamó Acci: todas tres tienen iglesias catedrales y buen número de ciudadanos.

Muchas causas se ofrecian para emprender esta guerra: el odio comun contra aquella gente, la diversidad en la religion, y haberse fundado aquel reino en España á sin razon, y conservado por largo tiempo con vergüenza y afrenta de los cristianos, muchos y grandes agravios de la una y de la otra parte como suele acontecer entre reinos comarcanos. La flaqueza de nuestros reyes fue causa que las reliquias de aquella gente, aunque reducidas á un rincon de España, se conservaron tanto tiempo por estar dividida España en muchos principados, poco unidos entre sí a propósito de destruir los enemigos de cristianos. Es así de ordinario que tanto sentimos los daños públicos, y no mas, cuanto se mezclan con nuestros particulares. El amor de la religion poco mueve cuando punza el deseo de vengar otras injurias, ó la codicia de acrecentar el estado. Si alguna vez como era justo se concertaban para destruir los moros, impedian las fuerzas de Africa que cae cerca de do tenian cierta esperanza de socorros; además que muchas veces innumerables gentes, pasado el mar, á manera de rio arrebatado se derramaron y rompieron por España con espanto de todos los cristianos.

Esta fue la causa que el imperio de aquella gente, que ellos fundaron en menos de tres años, se conservó tanto tiempo: así fue la voluntad de Dios que castigó con este daño los pecados de nuestra nacion. Quien tiene el cielo ofendido, ¿qué maravilla que su trabajo é intentos salgan vanos? y al contrario todo sucede prósperamente cuando tenemos á Dios y á los santos aplacados. Así se vió en este tiempo. Ordenado que se hobo el santo oficio de la Inquisicion en España, y luego que los magistrados cobraron la debida fuerza y autoridad, sin la cual á la sazon estaban, para castigar los insultos, robos y muertes, al momento resplandeció una nueva luz, y con el favor divino las fuerzas de nuestra nacion fueron bastantes para desarraigar y abatir el poder de los moros.

Estas eran las causas antiguas que justificaron esta guerra, á las cuales se añadió una nueva insolencia. Esto fue que la villa de Zahara asentada entre Ronda y Medina Sidonia, pueblo bien fuerte, estaba en poder de cristianos desde que el infante don Fernando abuelo del rey don Fernando la ganó de los moros, como arriba queda declarado. Hernando de Saavedra que tenia cuidado de aquella plaza, por no recelarse de cosa semejante no se hallaba bastantemente apercebido de soldados, almacen y vituallas: falta de proveedores, aprovechamiento de capitanes acarrean estos daños. Vino este descuido á noticia del rey moro Albohacen: acudió con gente de los suyos, y de noche al improviso escaló aquel pueblo á veinte y siete de diciembre principio del año 1481; ayudábale la noche, que era muy tempestuosa de lluvias y vientos. Los moradores atemorizados sin saber á qué partido acudir, fueron muertos todos los que se atrevieron á hacer resistencia con las armas; los demás á manera de ganados los llevaron delante los vencedores á Granada sin tener compasion á viejos, niños ni mujeres de cualquier estado y calidad que fuesen.

El pueblo quedó por los moros, y ellos le fortificaron muy bien: á los nuestros pareció que este daño era grande, y tal la afrenta, que no se debia disimular; algunos asimismo se alegraban por verse puestos en necesidad de vengar las injurias pasadas y la presente, y destruir aquella gente malvada. Los reyes don Fernando y doña Isabel desde Medina del Campo, do tuvieron aviso de lo que pasaba, mandaron á los que tenian cargo de las fronteras, y á las ciudades comarcanas que se apercibiesen para la guerra, y que no aflojasen en el cuidado y vigilancia: que el daño recebido les debia hacer mas recatados, y avisar que los moros en ninguna cosa guardan la fe y la palabra. Verdad es que ellos se escusaban con la costumbre que tenian durante el tiempo de las treguas, de hacer los unos y los otros cabalgadas y correrías; y aun se tomaban lugares con tal que la batería no pasase de tres dias, y que no asentasen ni fortificasen cerca del pueblo que batian, sus reales. Desta misma licencia y color se aprovecharon los moros al principio del año siguiente 1482 para acometer á Castellar y á Olbera, mas no los pudieron tomar.

Los nuestros movidos destos daños tan ordinarios se determinaron á vengallos: juntaron en Sevilla buen número de gente y todo lo al que era necesario; consultaban entre sí por qué parte seria bueno hacer entrada en tierra de moros cuando les vino aviso que la villa de Alhama tenia pequeña guarnicion y flaca, y las centinelas poco cuidado; que seria á propósito acometer á tomalla. Diego de Merlo asistente de Sevilla, y que tenia el cargo de la guerra, trató esto con el marqués de Cádiz don Rodrigo Ponce: acordaron de acudir á toda priesa de noche y por caminos estraordinarios. Llevaban dos mil y quinientos de á caballo y cuatro mil peones: llegaron en tres dias á un valle rodeado por todas partes de recuestos y collados mas altos. Allí los capitanes avisaron á los soldados que venian cansados del camino, que Alhama no distaba mas que media legua, que era justo de buena gana llevasen el trabajo restante para vengarse de los moros, perpétuos enemigos de cristianos, demás desto les avisaron de la presa y saco.

Trecientos escogidos y pláticos entre todos los soldados se adelantaron: estos llegado que hubieron muy de noche, como vieron que nadie se rebullia en el castillo, puestas sus escalas, subieron á la muralla; el primero se llamaba Juan de Ortega, y despues del otro Juan natural de Toledo, y Martin Galindo, todos tres soldados muy denodados y animosos. Mataron las centinelas que hallaron dormidas, y degollados algunos otros, abrieron la puerta del castillo que sale al campo, por la cual entraron los demás soldados. Los del pueblo, espantados con aquel sobresalto, acuden á las armas: hicieron reparos y palizadas para que del castillo no les pudiesen entrar el pueblo, que luego al reir del alba probaron los nuestros á ganar. No pudieron salir con su intento, antes Sancho de Avila alcaide de Carmona, y Martin de Rojas alcaide de Arcos como quier que fuesen los primeros al arremeter, pagaron su osadía con las vidas: en la misma puerta del castillo cayeron muertos por los tiros, flechas, dardos y piedras que les arrojaron.

El negocio no sufria tardanza. Está aquel lugar distante de Granada solamente ocho leguas: corrian peligro que toda la reputacion ganada con la toma del castillo la perdiesen si luego no se apoderaban del pueblo. La dificultad por entrambas partes era grande: algunos pretendian que seria bien abatir y quemar el castillo y con esto volver atrás; los mas atrevidos y arriscados, gente acostumbrada á poner su vida á riesgo por la esperanza de la victoria y codicia de la ganancia, eran de contrario parecer, que no se alzase la mano hasta salir con la empresa: así se hizo; á un mismo tiempo acometieron á entrar por diversas partes. Algunos de fuera escalaron el muro: acudió contra ellos la fuerza de los moros de la villa, que dió lugar á los que estaban dentro del castillo de entrar el pueblo por aquella parte. Peleóse valientemente por las calles: los fieles se aventajaban en el esfuerzo, el número de los moros era mayor; y dado que era gente flaca, por la mayor parte mercaderes, y el regalo de los baños (que los hay en aquella villa muy buenos) les tenia debilitadas las fuerzas, todavía la misma desesperacion, arma muy fuerte en el

peligro, los hacia muy animosos. Duró la pelea hasta la noche, cuando contra la obstinacion de los enemigos prevaleció la constancia de los nuestros: los que se recogieron á la mezquita que fueron muchos en número, parte degollaron, y los demás tomaron por esclavos.

Desta manera la pérdida de Zahara se recompensó, y del agravio se tomó la debida satisfaccion: mas perdieron los moros que ganaron, y su insulto se rebatió con hacerles mayor daño. Estos fueron los primeros principios de aquella larga guerra y sangrienta. Sobre la toma de Alhama anda un romance en lengua vulgar, que en aquel tiempo fue muy loado, y en este en que los ingenios están mas limados, no se tiene por grosero, antes por elegante y de buena tomada. Ganóse Alhama á postrero de febrero. Esta pérdida puso grande espanto en los moros, y á los fieles en grande cuidado. Los moros por ver que los contrarios llegaron tan cerca de la ciudad de Granada, se recelaban de mayores daños, y temian no fuese venido el fin de aquel principado y reino. Congojábanles algunas señales vistas en el cielo: y un viejo adevino luego que los moros tomaron á Zahara, refieren dijo en Granada á gritos; «Las ruinas deste pueblo (ojalá yo mienta) »caerán sobre nuestras cabezas. El ánimo me da que »el fin de nuestro señorío en España es ya llegado.»

Todo esto fue causa que con mayor diligencia hiciesen gente por toda aquella provincia: el mismo rey Albohacen apresuradamente acudió la vuelta de Alhama con tres mil de á caballo que llevaba, y como cincuenta mil de á pié. Atemorizaba á los nuestros este ejército tan grande: las cosas las tenian tan adelante que no podian sin daño y mengua desistir de aquella empresa, ni volver atrás. Despacharon mensajeros á todas partes á pedir y requerir les socorriesen, y en el entretanto ni de noche ni de dia no cesaban de fortificar aquella plaza, y reparar las partes de la muralla que ó de nuevo quedaron maltratadas por la batería pasada, ó de antes eran flacas. Dióles la vida que los enemigos por la priesa no trajeron artillería ni los demás ingenios á propósito de batir: así toda su porfía salió en vano, ca los nuestros desde la muralla se defendian valientemente, tiraban dardos, saetas, piedras y todo lo demás que les venia á las manos. El mayor debate fue cerca del rio que por allí pasa: los del lugar á causa que no tenian dentro fuentes ni cisternas, eran forzados á salir al rio á proveerse de agua; los moros al contrario pretendian sacarle de madre y echarle por otra parte con que (no sin dificultad y sangre de muchos que les hirieron y mataron) últimamente salieron.

La gente del Andalucía movida por el riesgo que los suyos corrian, acudieron al socorro; en particular desde Córdova mil caballos y tres mil infantes debajo de la conducta de don Alonso de Aguilar. Tenian los enemigos tomados los pasos y atajados los caminos: así fueron forzados á volver atrás. La esperanza quedaba en don Enrique de Guzman duque de Medina Sidonia, bien que flaca á causa que demás de las enemistades particulares que tenia con el marqués de Cádiz, de nuevo le irritaran con intentar cosa tan grande como era aquella sin darle parte. El amor de la patria prevaleció en su noble ánimo, y la grandeza del peligro comun hizo que se uniesen los que antes andaban discordes y desgustados. Determinó pues de ir á socorrer á los cercados: sacó el estandarte de Sevilla, y juntóse con otros señores, en especial con don Rodrigo Giron maestre de Calatrava y don Diego Pacheco marqués de Villena. Llevaban cinco mil de á caballo, y como cuarenta mil infantes que de todas partes les acudieron en gran número por el gran deseo que tenian de pelear contra los moros enemigos de Dios.

El rey don Fernando el mismo dia que tuvo aviso de la toma de Alhama y del riesgo de los nuestros, de Medina del Campo, dejado órden que la reina fuese en pos dél, se partió para allá á grandes jornadas. Escribió á los grandes que en su ausencia no innovasen ni entrasen en tierra de moros, que era necesario llevar mayores fuerzas y mayor número de gente: el negocio le tenian tan adelante que no podian seguir este órden, mayormente que en la tardanza corrian gran peligro los cercados por la gran falta de agua que padecian; fue este acuerdo que tomaron saludable y acertado. Los bárbaros no esperaron á que los nuestros llegasen, antes sin venir á las manos alzaron el cerco: los cercados, idos los enemigos salieron á recebir á los que les venian de socorro. Saludáronse y abrazáronse con lágrimas que por la alegría les saltaban. El marqués de Cádiz fue el primero á abrazar al duque de Medina Sidonia: dijéronse palabras muy corteses, con que se sosegaron las diferencias que por muchos años traian entre sí aquellas dos casas.

Dichoso principio de que algunos pronosticaban, que conforme á él seria el remate próspero y alegre de toda la guerra; sin embargo faltó poco para no enturbiarse aquella alegria por un debate que se levantó entre los soldados. La gente que vino de socorro, queria tener parte en los despojos que se ganaron en aquel pueblo: decian era justo participasen del fruto de la victoria los que se pusieron á tanto riesgo para socorrer á los cercados. De las palabras llegaran á las manos, si el duque avisado del peligro no amansara los ánimos de los suyos con pocas palabras que les dijo: «Quédense (dijo) soldados con los despojos »aquellos á quien la fortuna los dió: nos por la honra »y por la salud comun hemos trabajado. Este sea el »fruto de presente, que para adelante, pues se ha »de proseguir la guerra, yo os aseguro serán vuestras »con vuestro esfuerzo y valor todas las riquezas de »los moros y el reino de Granada.» Con estas palabras se sosegó la riña: dejaron nueva guarnicion en el pueblo de soldados, y con tanto las demás gentes volvieron atrás.

No faltó el moro á la ocasion que se le presentaba, antes volvió luego al cerco con mayor corage que antes, ansimismo diversas bandas de moros entraron á robar por los campos comarcanos del Andalucía. La parte mas alta de Alhama por su sitio y ser la subida agria fue ocasion de descuidarse en guardalla: los contrarios convidados desta ocasion una noche á veinte de abril al amanecer la subieron. Despertaron los cristianos: acudieron al peligro, pelearon valientemente, y cargaron sobre los contrarios con tal furia que algunos de los bárbaros perdieron las vidas, otros por las salvar se echaron de los adarves abajo: desta manera escaparon los nuestros deste gran peligro. Los que mas se señalaron en esta refriega y rebate, fueron dos ciudadanos de Sevilla llamados el uno Pedro Pineda, y el otro Alonso Ponce.

CAPITULO II.

Como el rey Albohacen fue echado de Granada.

Al mismo tiempo que Alhama estaba cercada, y los moros la batian con todas sus fuerzas, en Córdova los reyes luego que llegaron, comenzaron á tratar de la manera como se debia hacer aquella guerra. Los mas recatados eran de parecer que desamparasen á Alhama por estar rodeada de enemigos y los socorros lejos, además que de ordinario el suceso de la guerra es dudoso y sus trances variables. La reina con ánimo varonil juzgó la debian defender: hacíasele de mal desamparar aquella plaza por ser la primera que en su tiempo se ganó de moros; qué otra cosa seria hacerlo, sino dar muestra de miedo muy feo, con que los enemigos se animarian y al contrario los nuestros perderian el brio? Este parecer prevaleció; y aun para ganar mayor reputacion acordaron de tomar una nueva empresa, y si bien en esto

los pareceres tambien eran diferentes, siguieron el de Diego de Merlo, de quien el rey hacia mucho caso, y fue poner cerco sobre Loja, ciudad muy fuerte en aquella comarca, y que no cae muy lejos de Alhama.

Dióse órden que la masa del ejército se hiciese en Ecija: juntáronse cinco mil de á caballo y ocho mil infantes: número pequeño para intento tan grande. Con parte destas gentes, ya partidos los moros, llegó el rey á Alhama á veinte y nueve de abril, guarnecióla de nuevos soldados, y por su general á don Luis Portocarrero señor de Palma, guerrero de fama y de cuenta en aquel tiempo. Luego despues desto, talado que hobo la vega de Granada, sin recebir daño alguno se volvió á Córdova para dar órden en las demás cosas que eran necesarias para la guerra, mayormente que la reina estaba cercana al parto, y queria hallarse presente. Parió dos criaturas á veinte y nueve de julio (1), la una en tiempo que se llamó doña María, la otra por nacer antes de tiempo no vivió. El vulgo tomó desto ocasion para hablar diversamente, y hacer pronósticos sobre aquella guerra, unos de una manera y otros de otra, como á cada cual se le antojaba.

El temor que muchos tenian, se aumentó por una tristeza estraordinaria que se veia en los que llevaban los estandartes reales á la iglesia Mayor para que allí fos bendijesen: otros se burlaban de todo esto como de cosas vanas y que suceden acaso. El dia siguiente el rey partió para Ecija acompañado de muchos señores: casi ninguna persona de cuenta habia que no desease ayudar en aquella empresa. Conforme á lo que tenian acordado y pretendian, fueron sobre Loja. Llegados á aquella ciudad, asentaron sus estancias, y la barrearon junto á los arrabales entre los olivares por la parte que pasa el rio Genil tan cogido y acanalado que apenas se puede vadear, y por sus riberas que son muy altas; el lugar era estrecho y no á propósito para estenderse la caballería, y por estar los ciudadanos apoderados de la puente con dificultad podian pasar de la otra parte del rio.

Está allí cerca un ribazo ó cuesta llamada de Albohacen, de que por ser á propósito para impedir las salidas de los enemigos, y por enseñorear la ciudad, se dió cuidado al maestro de Calatrava y á los marqueses de Villena y de Cádiz que se apoderasen della, y allí hiciesen sus estancias. Dentro de la ciudad tenian hasta tres mil de á caballo con un valiente capitan llamado Alatar: estos hicieron diversas salidas, en especial un sábado animados con nuevas compañías que les acudian, y con la esperanza que en breve serian socorridos por el mismo rey moro que desde Granada venia con gente, divididos en dos escuadrones acometieron el cuerpo de guardia que tenian los nuestros en aquel ribazo; con el sobresalto las guardas dieron las espaldas, los demás que allí alojaban salieron á pelear, pero sin órden de batalla y sin dejar alguna guarnicion en los reales. Vino esto á noticia de los contrarios: así el uno de los escuadrones casi sin poner mano á las armas se apoderó dellos, que fue ocasion de gran miedo y espanto para los que peleaban. Volvieron á la defensa de sus estancias, y tornaron á pelear con grande ánimo; apretábanlos los enemigos por frente y por las espaldas, que fue causa de perderse los nuestros; murió en la pelea el maestre de Calatrava con dos saetas, la una le acertó debajo del brazo, cuya herida fue mortal, Su muerte causó gran compasion por ser personaje tan grande, y estar en la flor de su edad que no pasaba de veinte y cuatro años: otros muchos fueron muertos con él, los demás se salvaron por los piés.

El rey alterado por este revés como era justo, y entendiendo, aunque tarde, ser verdad lo que su hermano el duque de Villahermosa le tenia avisado que los reales se asentaron mal, y que no tenia fuerzas bastantes para empresa tan grande, juntamente con la nueva que le vino que el campo enemigo marchaba, el dia siguiente recogido el bagaje volvió atras sin parar hasta que llegó á la Peña de los Enamorados, que está de Loja distante siete leguas: ayudó mucho para que no recibiesen grande daño, que se retiraron en ordenanza. A los moros, que no cesaban de picar en la retaguardia, hizo rostro el marqués de Cádiz con los suyos: el denuedo y la carga fue tal que por no poderla los moros sufrir se recogieron á la ciudad.

Este fue el suceso desta empresa mal trazada. No faltaron rumores de gente que publicaba que por asechanzas que su misma gente puso al rey don Fernando, le fue forzoso dejado el cerco retirarse; mas él en cartas que despachó á todas partes, se escusaba de la retirada por el pequeño número de soldados que tenia, en especial que muchos desamparaban las banderas, con que las compañías quedaban muy flacas, por ser gente allegadiza, y enviada de las comunidades, y que no tiraba sueldo del rey: cosa á que la necesidad de los tiempos y falta de dinero forzaba, por lo demás sujeta á grandes inconvenientes como aconteció entonces.

De pequeños principios suelen resultar grandes tropiezos y daño: así los moros ensoberbecidos por lo que sucedió, volvieron á poner cerco sobre Alhama no con menor resolucion que antes, ni con menor coraje. El rey don Fernando movido del peligro de los cercados acudió en persona á catorce de agosto, y con su ida les proveyó de vituallas para nueve meses, señaló otrosí para la tenencia de aquella plaza á don Luis Osorio, que si bien era electo obispo de Jaen, sabia mucho de la guerra y era persona de grande ánimo. Demás desto para que la reputacion fuese mayor, de nuevo dió la tala á la vega de Granada, y en ella quemó y robó todos aquellos campos. Salieron de Granada, seiscientos moros de á caballo para hacer resistencia: el conde de Cabra y el comendador mayor de Calatrava les hicieron rostro, mataron buen número, y forzaron á los demás á recogerse á la ciudad; grandes daños para los moros, y sobre todos el mayor y mas perjudicial la discordia y bandos que tenian entre sí, por la cual causa gran número de los ciudadanos de Granada tomadas las armas forzaron á Albohacen que se saliesen de Granada.

Achacábanle que tiranizaba la gente, y que por su mal órden y locura dió causa para que se emprendiese aquella guerra tan brava: pusieron en su lugar á su mismo hijo Mahomad Boabdil, llamado vulgarmente el rey Chiquito; otros le llaman Hali Muley Alcadurbil: por el rey Albohacen quedaron todavía Málaga y Baza con otras ciudades. Desta manera aquella nacion se dividió en dos parcialidades, que no les daban menos trabajo, ni los tenian puestos en menor aprieto que los enemigos de fuera: estado miserable y revuelto, como se puede pensar, cuando dos se llaman reyes, y mas en una provincia pequeña. Lo que hace maravillar es, que dado que andaban tan revueltos, ninguna de las partes llamó á los fieles en su socorro; antes consta, que en lo mas recio de aquella guerra civil hicieron diversas entradas y cabalgadas en tierra de cristianos y aun tomaron la villa de Cañete que está asentada á la frontera de aquel reino: muestra en aquella ocasion de ánimo muy grande y resolucion notable.

CAPITULO III.

De la rota que los moros dieron á los cristianos en los montes de Málaga.

Los reyes por cosas que sobrevinieron, fueron forzados á desistir por un poco tiempo de la guerra

(1) Zurita dice que de junio.

de los moros y dar la vuelta al reino de Toledo. Por su ausencia encargaron la frontera de Ecija á don Pedro Manrique, al cual poco antes de conde de Treviño intitularon duque de Nájara: á don Alonso de Cardenas maestre de Santiago dejaron por frontero en Jaen: á don Juan de Silva conde de Cifuentes encomendaron el gobierno de Sevilla por muerte de Diego de Merlo que falleció en aquel cargo á este tiempo. Compuestas las cosas en esta forma, se fueron á Castilla: llegaron á Madrid á la boca del invierno. En aquella villa se tuvieron córtes á propósito de reformar con nuevas leyes las hermandades que se ordenaron los años pasados (como queda dicho) para que no usasen mal del poder y de la mano que tenian; querian otrosí que ayudasen para los gastos de la guerra. Acordaron de acudir para ayuda de la guerra de los moros, y se ofrecieron á proveer diez y seis mil bestias de carga para las vituallas y el bagaje de los soldados.

Fuera desto el pontífice Sixto mandó contribuir á las iglesias con cien mil ducados por una vez: concedió asimismo la cruzada á todos los que á su costa fuesen á la guerra, por lo menos ayudasen con ciertos maravedís para los gastos, lo cual se tornó á conceder el tercer año adelante; y deste principio, que se continuó adelante, ya todos los años se recoge por este medio gran dinero para los gastos reales: camino que inventaron en aquella sazon personas de ingenio, y que por semejantes arbitrios pretenden adelantarse y ganar la gracia de los príncipes y ayudar á sus necesidades: demás desto tomaron de los cambios y de otros particulares gran suma de dineros prestada.

Los aragoneses no querian recebir por virey á don Ramon Folch conde de Cardona que el rey tenia señalado para este cargo: decian era contra sus fueros poner en el gobierno de su reino hombre extranjero. Hobo demandas y respuestas, mas al fin el rey temporizó con ellos, y nombró por virey á su hijo don Alonso de Aragon arzobispo de Zaragoza. Las cosas de Portugal asimismo y las de Navarra ponian en mayor cuidado á los reyes: recelábanse no se revolviese y armase tan fuera de sazon alguna guerra por aquellas partes. El rey de Portugal trataba de casar á doña Juana su prima, hija de don Enrique rey de Castilla, con el rey de Navarra don Francisco Phebo, que á esta sazon aun no era muerto: los de Navarra se inclinaban á la parte de Francia.

Para ganar al rey de Portugal los rey y reina, le despacharon á Lope Datouguia portugués de nacion, y á don Juan de Ortega obispo de Coria; al reino de Navarra fue Rodrigo Maldonado en sazon que ya aquel rey mozo era muerto, para tratar que la reina doña Catalina sucesora de su hermano casase con el príncipe don Juan hijo del rey don Fernando. Llevó órden que con todos los medios posibles granjease á todos los que le pareciese ser á propósito, mayormente que se valiese de la parcialidad de los biamonteses, en cuyo poder estaba la ciudad de Pamplona y la mayor parte del reino; que los reyes mas tenian el nombre de sello que autoridad alguna para mandar, si bien tenian puesto por virey á monsieur de Abena de nacion francés, persona de gran prudencia y grande esperiencia de negocios. Madama Madalena madre de la reina dió muestras de alegrarse mucho con la embajada de Castilla, quier fuesen verdaderas, quier fingidas: la respuesta fue que ningun partido se le podia ofrecer mejor; que por su parte no habria dificultad ninguna en efectuar aquel casamiento.

En Galicia el condestable y el conde de Benavente y los aliados de ambos andaban alborotados: cada cual de las partes pretendia apoderarse de los castillos de los obispos para desde allí hacer mal y daño á los contrarios. El rey don Fernando por atajar estos inconvenientes y bullicios mandó á don Hernando de Acuña, su gobernador en aquellas partes, que ganando por la mano se apoderase de aquellas fuerzas. Resultó que como tuviese el gobernador puesto cerco sobre el castillo de la ciudad de Lugo, don Pedro de Osorio conde de Lemos acudió con gentes en ayuda de su hermano que era obispo de aquella ciudad: ocasion de nueva guerra, que puso en necesidad al rey don Fernando de salir de Madrid á los once de febrero del año 1483: no paró hasta llegar á Galicia; queria con su presencia dar asiento en todas las cosas.

En el mismo viaje le vino nueva de la muerte del conde de Lemos: dejó por su heredero á don Rodrigo su nieto, el cual su hijo don Alonso hobo fuera de matrimonio; su abuelo con dispensacion del pontífice le legitimó, y puso durante su vida en posesion de aquel estado. Resultaron desto nuevos debates á causa que doña Juana hija del dicho conde difunto, y casada con don Luis hijo del conde de Benavente pretendia para así aquel condado. Andaban alborotados sobre el caso, hasta venir á las manos: el rey llegado á Galicia para sosegallos les mandó que dejadas las armas, cada uno siguiese su derecho por la vía de justicia, con apercebimiento de maltratar al que no se allanase, si bien se inclinaba mas á la parte que poseia, es á saber al nieto del difunto.

Andaba ocupado en estos negocios en sazon que los moros cerca de Málaga hicieron grande estrago en los nuestros, que fue el desman mayor que sucedió en toda aquella guerra. Pedro Enriquez adelantado del Andalucía, recobrado que hobo con la ayuda del marqués de Cádiz á Cañete villa de su estado, procuró de reparalla, y deseaba vengarse de los moros: por otra parte don Alonso de Aguilar y el maestre de Santiago con un buen escuadron de los suyos, animados por algunas cosas que hicieron á su gusto, se determinaron entrar en tierra de moros. Asimismo don Juan de Silva conde de Cifuentes, asistente de Sevilla, acometió á ganar á Zahara con la gente de á caballo de aquella ciudad. Esta su pretension no tuvo efecto; despertólos empero para que con ocasion de la gente que junta tenian, se concertasen todos estos capitanes, divididos en tres escuadrones de hacer entrada en los campos de Málaga, tierra muy rica por los ingenios y trato de la seda. Cuidaban por esta causa seria la presa y cabalgada muy grande: el interés los punzaba, y mas á los soldados que tienen el robo por sueldo y la codicia por adalid; el suceso fue conforme á los intentos que llevaban, y el remate muy triste.

Hay cerca de Málaga unos montes que llaman Ajarquía, fragosos y ásperos por las peñas y matorrales que tienen: por aquella parte hicieron su entrada; talaron los campos, robaron gentes y ganados, pusieron fuego á las alquerias y á las aldeas sin perdonar á cosa alguna, con tanto ánimo y denuedo que algunos de nuestra gente de á caballo con el fervor de su mocedad no pararon hasta dar vista y llegar á las mismas puertas de Málaga: atrevimiento no solo temerario, sino loco, con que irritados los ciudadanos de Málaga, y juntamente los que moraban en aquellas montañas, gente endurecida por la aspereza de los lugares, y embravecida por el daño, se apellidaron, y se derramaron y los cercaron por todas partes.

Quisieran los fieles retirarse, si les dieran lugar. Dos caminos se ofrecian para volver atrás: el mas llano por la ribera del mar era mas largo, y por el castillo de Málaga que está por aquella parte, y los esteros que por allí hace el mar, peligroso; el otro por do vinieron era mas corto, pero fragoso á causa de los bosques y montañas que se traban unas de otras, en especial hay dos montes que de tal manera se cierran y encadenan, que hacen en medio un valle muy hondo, con un rio que pasa por medio y los divide en dos

partes. Abajaron los nuestros á aquel valle llenos de miedo, y embarazados con la presa que llevaban, cuando por una parte se vieron acometer por los moros que les venian á las espaldas, y por otra parte oyeron grande alarido de gente que les tenia atajado el paso, causa de mayor espanto: además del cansancio con que venian por el camino de dos dias y falta de comer, no podian pasar adelante, ni les era lícito volver atrás. Hirieron los moros y mataron muchos de nuestra gente con saetas y pelotas de arcabuces que les tiraban como los que estaban muy ejercitados en la punteria y tirar al blanco.



Trajé doméstico de mora en el reino de Granada.

Venida la noche, fue mayor el miedo por la escuridad que todo lo hace mas espantable, y por la griteria continua que los enemigos daban. Entonces el maestre: «Hasta cuándo (dijo) soldados nos dejaremos degollar como reses mudas? Con el hierro, y con el esfuerzo hemos de abrir camino: procurad á lo menos de vender caro las vidas y no morir sin vengaros.» Dichas estas palabras comenzó á subir la cuesta: llegaron con dificultad á lo mas alto; allí fue la pelea mas brava, y la matanza en especial de los nuestros muy grande: entre otros murieron personas muy señaladas por su linaje y hazañas. Al de Cádiz ciertas guias que halló, encaminaron por senderos estraordinarios, y le pusieron en salvo por otra parte. El escuadron del conde de Cifuentes que era el postrero, recibió mayor daño: él mismo y su hermano Pedro de Silva fueron presos y llevados á Granada. Parecia que todos pasmaban, y que tenian entorpecidos los miembros sin podellos menear: de dos mil y setecientos de á caballo que llevaban, fueron muertos ochocientos, y entre ellos tres hermanos del marqués de Cádiz, es á saber Diego, Lope y Beltran, sin otros deudos suyos. El número de los cautivos fue casi doblado: entre ellos cuatrocientos de lo mas nobles de España. Algunos pocos con el maestre se salvaron por los desiertos y matorrales, que con afan llegaron á Antequera: otros cada cual segun le guiaba la esperanza ó temor, fueron á parar á diversas partes. Sucedió este desastre señalado á veinte y uno de marzo dia de San Benito, que por entonces de alegre se mudó en triste y desgraciado para España: la mengua se igualó al daño. El caudillo de los moros llamado Abohardil hermano del rey Albohacen, y gobernador de Málaga, con el buen suceso desta empresa ganó gran crédito y reputacion de esforzado y prudente entre los de su nacion, y aun para los cristianos.

CAPITULO IV.

Que el rey Mahomad Boabdil fue preso.

Los ánimos de los cristianos en breve se conhortaron de la gran tristeza y lloro que les causó aquel desastre, por otro mayor daño que hicieron en los moros, con que su atrevimiento se enfrenó. Peleaban entre si los dos reyes moros Albohacen y Boabdil con grande pertinacia y porfia; solamente concordaban en el odio implacable y deseo que tenian de hacer mal á los cristianos. Ponian la esperanza de aventajarse contra la parcialidad contraria en perseguir y hacer daño á los nuestros, y por esta via ganar las voluntades y favor del pueblo. Por esto y por la victoria susodicha que ganó su padre, Boabdil en competencia se resolvió de acometer por otra parte las tierras de cristianos. Juntó un buen número de gente de á caballo y de á pié así de los suyos como de la parcialidad contraria: hizo entrada por la parte de Ecija; llevaba intento y esperanza de apoderarse de Lucena, villa mas grande y rica que fuerte. Dióle este consejo Alatar su suegro: persona que de muy bajo suelo tanto que fue mercero (á lo menos esto significa su nombre) por su gran esfuerzo pasó por todos los grados de la milicia, y llegó á aquella honra de tener por yerno al rey, además de las muy grandes riquezas que habia llegado; y estaba acostumbrado á hacer presas en tierra de cristianos, en particular en la campiña de Lucena.

Diego Fernandez de Córdova alcaide de los Donceles, que era señor de aquel pueblo junto con otros lugares que por allí tenia, luego que supo lo que los moros pretendian, advirtió á su tio el conde de Cabra del peligro que corria. A causa del estrago pasado quedaba muy poca gente de á caballo por aquella comarca, fuera de que los moradores de Lucena estaban amedrentados, y los muros no eran bastantes para resistir á los bárbaros. Llegaron los moros á veinte y uno de abril. El alcaide recogió los moradores á la parte mas alta del lugar. Fortificó otrosí con pertrechos, guarneció con soldados, que llegó hasta docientos de á caballo y ochocientos de á pié de los lugares comarcanos, lo mas bajo de la villa por entender que los moros acometerian por aquella parte. Fue mucho el esfuerzo de los soldados, tanto que los enemigos perdieron la esperanza de ganar la villa; mas por alguna gente que perdieron en el combate, y otros que les hirieron, en venganza volvieron su rabia contra los olivares.

Demás desto Hamete Abencerrage con trecientos de á caballo dió la tala á la campiña de Montilla. Tenia este con el alcaide de Lucena Diego de Córdova conocimiento y familiaridad á causa que los años pasados los Abencerrages echados de Granada estuvieron en Córdova mucho tiempo. Hecho pues lo que le encomendaron, vuelto á Lucena convidó al alcaide para tener habla con él con intento debajo de color de amistad de ponelle asechanzas y engañarle. Un engaño fue burlado con otro: dió esperanza el alcaide

de rendir el pueblo, con que entretuvo al enemigo hasta tanto que llegase el conde de Cabra. Como el bárbaro supo que se acercaba, alzados sus reales, comenzó á retirarse la vuelta de su tierra con la presa que era muy grande. Los cercados avisados de lo que pasaba, salieron de la villa: acometieron á la retaguardia para impedilles el camino y entretenellos.

Entretanto como llegase el conde de Cabra, se determinó cargar á los enemigos, que iban turbados con el miedo, revueltos entre sí y sin ordenanza. Apenas los venideros creerán esto, que con ser los moros diez tantos en número, no pudieron sufrir la primera vista de los contrarios. Dios les quitó el entendimiento y la fama, como de ordinario acontece, de que el número de los nuestros era mucho mayor, los hizo atemorizar. Está un arroyo legua y media de Lucena en el mismo camino real de Loja, las riberas frescas con muchos fresnos, sauces y tarays, y á la sazon por las lluvias del verano llevaba mucha agua: la gente de á pié pasado el arroyo se pusieron en huida sin otro ningun cuidado mas de llevar la presa delante; la gente de á caballo, aunque atemorizada por la misma causa, hizo rostro. El rey bárbaro procuró animallos, díjoles: «Dónde vais soldados? qué furor os ha cegado los en»tendimientos? por ventura estais olvidados que estos »son los mismos que poco ha fueron vencidos por me»nor número de los nuestros? Tendreis pues vos y



Don Fernando El Católico en el sitio de Ronda. *(Silleria del coro de la catedral de Toledo.)*

»ellos en esta pelea los ánimos que suelen tener los »vencedores y vencidos. Mirad por la honra, por vos»otros mismos y por lo que dirá la fama: pensais qué á las »manos entorpecidas pondrán en salvo los piés?»

Poco aprovecharon estas palabras. Marcharon á priesa los cristianos; acometió por el un costado don Alonso de Aguilar, que desde Antequera con cuarenta de á caballo y algunos pocos peones mezclados acudió á la fama del peligro. Los bárbaros sea que sospechasen que el número era mayor, ó (lo que yo mas creo) por haberlos amedrentado Dios, dieron las espaldas y se pusieron en huida. El rey se apeó de un caballo blanco en que iba aquel dia; procuró esconderse entre los árboles y matas de aquel arroyo con deseo de escapar si pudiese; halláronle allí tres peones, y él mismo porque no le matasen, dió aviso de quién era; así le prendieron, y el alcaide que seguia el alcance, le mandó llevar á Lucena. El estrago que hicieron los nuestros hasta la noche en los que huian, fue tal que mataron mas de mil de á caballo, y entre ellos al mismo Alatar viejo de noventa años, y como cuatro mil peones parte quedaron muertos, parte presos: juntamente les quitaron la presa.

Con el aviso desta victoria los reyes que á la sazon se hallaban en Madrid, acordaron partir entre sí los negocios, que eran muy grandes. La reina doña Isabel fué á la raya de Navarra para apresurar lo del casamiento de su hijo, por el gran deseo que tenian de impedir á los franceses la entrada en España y la posesion del reino de Navarra: el rey don Fernando se partió al Andalucía para cuidar de la guerra. Salió de Madrid á veinte y ocho de abril: llegado á Córdova, se trató de hacer la guerra con mayores fuerzas y apercebimientos que antes, en especial que los moros por la prision del rey Chiquito se tornaron á unir debajo de su rey Albohacen; que volvió al señorío de Granada, dado que muchos de los ciudadanos (aunque sin cabeza) todavía perseveraban en su primera aficion: personas á quien ofendia la vejez, crueldad y avaricia de aquel rey.

Juntaron los nuestros á toda diligencia seis mil de á caballo y hasta cuarenta mil infantes: con este ejército volvieron á la guerra: iba por su caudillo el mismo rey don Fernando, hizo destruir los arrabales de Illora, y tomó por fuerza y echó por el suelo á Tajara pueblo cerca de Granada, en cuya batería don Enrique Enriquez tio del rey y mayordomo de la casa real fue herido, y para curalle le enviaron á Alhama. Despues desto llegaron á la vega de Granada, en que hicieron grande destrozo: quemaron y talaron todo lo que hallaban, y, para mayor seguridad de los gastadores asentaron los reales en un puesto fuerte, desde donde los enviaban guarnecidos de soldados y con escolta á hacer daño en los campos comarcanos con tanto menor peligro suyo y mayor perjuicio de los enemigos.

El rey Albohacen por no fiarse de los ciudadanos no se atrevió á salir de la ciudad, solo algunos pocos soldados se mostraban por los campos con intento de prender á los que se desmandasen, y pelear á su ventaja. Envió otrosí aquel rey desde Granada sus embajadores: prometia si le entregaban á Boabdil su hijo, que daria en trueque al conde de Cifuentes y otros nueve de los mas principales cautivos que tenia: otras condiciones ofrecia para hacer confederacion, pero insolentes y demasiadas; era de su natural feroz, y ensoberbecíale mas la victoria que poco antes ganara. El rey don Fernando rechazó las condiciones, ca decia no ser venido para recebir leyes, sino para dallas, y que no habia que tratar de paz en tanto que no dejaba las armas. Los nuestros eran aficionados á Boabdil: el favor y la misericordia tienen á las veces ímpetus vehementes; el marqués de Cádiz y otros no cesaban de persuadir al rey que le pusiese en libertad: que por este medio sustentase los bandos y parcialidades entre aquella gente, cosa muy perjudicial para ellos y muy á propósito para nuestros intentos.

Acabadas pues las talas, y puesta guarnicion en Alhama, y por cabeza don Iñigo Lopez de Mendoza conde de Tendilla con órden no solo de defender el pueblo sino tambien de hacer salidas y robar las tierras comarcanas, el rey don Fernando volvió á Córdova. Allí por su mandado trajeron al rey preso del castillo de Porcuna, pueblo que los antiguos llamaron Obulco: como él se vió en presencia del rey, hincó la rodilla y pidióle la mano para besalla. Abrazóle el rey y hablóle con mucha cortesía: parecióle era justo tenelle respeto y horalle como al rey, dado que fuese bárbaro y su prisionero. Trataron de concertarse: finalmente se hizo con estas condiciones: que Boabdil diese en rehenes á su hijo mayor con otros doce hijos de los mas principales moros para seguridad que no faltaria en la devocion, obediencia y homenaje del rey de Castilla: mandáronle otrosí que pagase cada un año doce mil escudos de tributo, y viniese á las córtes del reino cuando fuese avisado; demás desto que por espacio de cinco años pusiese en libertad cuatrocientos esclavos cristianos. Con esto le otorgaron libertad y licencia de quedarse en su secta y le enviaron á su tierra.

El rey don Fernando puestas nuevas guarniciones por aquellas partes, y señalado Luis Fernandez Portocarrero para que en lugar del maestre de Santiago tuviese el gobierno de Ecija y cargo de aquella frontera: se partió de Córdova, para do la reina le esperaba. En la misma sazon mil y quinientos moros de á caballo y cuatro mil de á pié debajo la conducta de Bexir gobernador de Málaga rompieron por la campiña de Utrera; mas fueron rechazados por el esfuerzo de Portocarrero y del marqués de Cádiz que les salieron al encuentro, y los desbarataron cerca de Guadalete con grande estrago que en ellos hicieron. Para memoria de aquel servicio se despachó un privilegio en que se concedió á los marqueses de Cádiz para siempre jamás que todos los años hubiesen el vestido que los reyes vistiesen el dia de Nuestra Señora de setiembre: premio muy debido á sus hazañas y lealtad, mayormente que dentro del mismo mes no solo desbarató á los moros (como queda dicho) sino tambien recobró á Zahara que la tomó de sobresalto.

Fueron los reyes don Fernando y doña Isabel á la ciudad de Victoria: tenian poca esperanza de efectuar aquel casamiento que pretendian. Madama Madalena á persuasion del rey de Francia su hermano se escusaba con la edad de los novios que era muy desigual, ca el príncipe era niño y su hija casadera: decia que semejantes casamientos pocas veces salen acertados. En aquella ciudad el conde de Cabra y el alcaide de los Donceles por mandado de los reyes fueron recebidos solemnemente, y para mas honrallos en compañia del cardenal de Toledo don Pero Gonzalez de Mendoza les salieron al encuentro toda la nobleza y todos los prelados, honra que muy bien se les empleaba. En particular hicieron merced al conde de Cabra de cien mil maravedis de juro por toda su vida: concediéronle otrosí que á sus armas antiguas añadiese y pintase en su escudo la cabeza de un rey coronado, y al derredor por orlo nueve banderas en señal de otras tantas que ganó de los moros cuando de sobre Lucena se retiraban: todo á propósito de gratificar aquel servicio, y despertar á otros á emprender cosas grandes por la patria y por la religion.

Cayóse con las aguas del invierno de repente gran parte de la muralla de Alhama: los soldados por miedo trataban de desamparar aquella plaza. El conde de Tendilla con prudente y presto consejo hizo tender un lienzo en toda aquella abertura pintado de tal manera que parecia no faltar cosa alguna: con esto antes que el enemigo advirtiese el engaño y fuese avisado de lo que pasaba, tuvieron lugar de reparar lo caido y asegurarse. Hizo otrosí por la grande falta de dinero para pagar y entretener los soldados monedas de cartones, de una parte su firma, y por la otra el valor de cada cual de las monedas, con promesa de trocallas con buena moneda y legal, pasado aquel aprieto y necesidad: traza notable y usada de grandes personajes. Este año á quince de noviembre dió el papa el capelo al obispo de Girona don Juan de Melguerite embajador por su rey en aquella córte. Escribió de los reyes de España una breve historia que intituló Paralipómena: pocos meses gozó de aquella dignidad; yace sepultado en Roma en Nuestra Señora del Pópulo.

CAPITULO V.

De las cosas de Navarra.

Los navarros no sosegaban: demás de las parcialidades antiguas al presente por el poco caso que hacia la gente de los que gobernaban, los odios tenian menos enfrenados y reprimidos, sin que se pudiese entre ellos asentar una paz firme y duradera; muchas veces se dejaron las armas, y muchas las tornaron á tomar. Estaban las cosas de tal manera trabajadas que apenas se pudieran reparar con una larga paz, cuando se emprendió de otra parte una nueva guerra. Juan vizconde de Narbona tio de la reina doña Catalina pretendia aquel reino con achaque que cuando murió la reina doña Leonor su madre, él debia suceder como pariente mas cercano que los nietos, además que no podia mujer heredar aquella corona: concluia que contra derecho y justicia aquella señora tomó la posesion de aquel reino.

Esto decia y alegaba: la verdadera causa del daño era el poco caso que hacia de la reina por ser mujer y por su poca edad, que de otra suerte qué derecho podia pretender, pues constaba que muchas veces los nietos se preferian á los hijos menores, y aquel reino recayó en hembras diversas veces? La mudanza de los príncipes y sus muertes dan ocasion á semejantes pretensiones y la insaciable códicia de reinar no se

mueve por alguna razon, ni se enfrena. No tenia esperanza de alcanzar por bien y por via de justicia su pretension: con las armas hizo que todo el condado de Fox le reconociese por señor, castillos y pueblos, parte de su voluntad, parte por fuerza. Los mas favorecian sus intentos por la memoria que tenian de los señores pasados, y por el miedo y odio de sujetarse por medio del casamiento de la reina á algun señor extranjero.

Para sosegar estos bullicios tenian necesidad de mayores fuerzas, y las cosas pedian algun varon que las gobernase. Pareció apresurar el casamiento de la reina, sobre que resultaron nuevas dificultades. Madama Madalena su madre se inclinaba á la casar en Francia: los navarros pretendian tener por costumbre que se tratase y determinase en los estados y córte del reino del casamiento de sus reyes: que los matrimonios que sin dalles parte ó contra su volutad se efectuaban, siempre salieron desgraciados; en particular los moradores de Tudela protestaron que si de otra forma se hiciese se entregarian al rey don Fernando, el cual á la sazon en Tarazona tenia córtes de Aragon por principio del año 1484, sin que haya sucedido cosa memorable sino que los catalanes al principio rehusaron de hallarse en ellas: alegaban que conforme á sus fueros no era lícito llamarlos fuera de su provincia, pero al fin se conformaron con la voluntad del rey.

En el entretanto doña Catalina reina de Navarra se casó con Juan de Labrit hijo de Alano persona muy noble, y que tenia grandes estados en Francia, es a saber lo de Perigueux, lo de Limoges, lo de Dreux, sin otros pueblos y señorios: deste casamiento resultaron nuevas alteraciones en Navarra. El rey don Fernando con intento de aprovecharse del temporal turbio para ensanchar su estado, y vengar la poca cuenta que dél se tuvo (al contrario de lo que antes hizo) él se quedó en aquella comarca, y envió á la reina á la Andalucía para aprestar lo necesario para continuar la guerra de los moros. Las cosas no daban lugar á descuidarse, ca tenian aviso que todavía el poder de Albohacen iba en aumento, y que tenia debajo de su obediencia casi toda aquella nacion: que su hijo apenas dentro de la ciudad de Almería, que la tenia por suya, y con poca gente que se le arrimaba, conservaba el nombre de rey. La principal causa desta mudanza era que aquella gente le aborrecia como renegado, por lo menos aficionado á los cristianos. Los predicadores que su padre envió por todas partes, no cesaban de maldecille, y declaralle al pueblo por blasfemo y descomulgado.

De nuestra parte las gentes de Córdova y de Sevilla en número de mas de diez mil hombres por el mes de abril por toda la campiña de Málaga talaron las mieses que estaban ya para segarse, con que pusieron grande espanto; y con los grandes daños que hicieron, se satisfacieron en el mismo lugar del que se recibió el año pasado. Sobre todo pretendian y confiaban que los moros cansados con tantos males en fin se vendrian á sujetar, pues de Africa no les venia socorro ninguno, á lo menos de importancia, sea por estar aquella gente embarazada en sus guerras, sea porque tos nuestros con sus armadas como señores que eran del mar, no daban lugar á los contrarios de rebullirse.

Esto dió ocasion y avilanteza á los ginoveses para que debajo de la conducta de un cosario llamado Iordieto Doria trabajasen las riberas de Cataluña y de Valencia, que se hallaba sin armada: robaron, quemaron y mataron todo lo que hallaban. Fueron los ginoveses antiguamente competidores por el mar de los catalanes, y al presente les dió lugar para desmandarse cierta discordia que resultó en aquella ciudad, y la poca autoridad que por esta causa aquella república tenia. Fue así que á Pedro Fregoso duque de aquella señoría echó de la ciudad y despojó de su dignidad Paulo Fregoso arzobispo de Génova y cardenal, sin tener consideracion al parentesco que los dos tenian: cargabale que llamaba á los duques de Milan para entregalles aquella ciudad.

Erales al pueblo muy pesado que los milaneses, malos antes de sufrir, volviesen á gobernallos; además que por haber gustado una vez la libertad no podian llevar el señorío de ninguno, puesto que fuese muy blando, ni sabian templarse en sus pasiones. Lo que resultó fue que se aparejó á costa de aquel reino en Valencia una nueva armada, y por su capitan Mateo Escribá, á propósito de reprimir el orgullo de los cosarios y defender nuestras riberas. Demás desto las cosas eclesiásticas andaban tambien revueltas en aquellos estados y corona: para todo era necesaria la presencia del rey don Fernando.

El caso pasó desta manera: Por la muerte del maeste de Montesa Luis Dezpuch, persona en aquella era de gran fama, prudencia y valor, bien así como cualquier otro de los muy nombrados, los caballeros de aquella órden pusieron en su lugar á don Philipe Boil. Alegaban contra esta eleccion el rey don Fernando que el sumo pontífice le concediera una bula en que disponia que sin su voluntad no pudiese ser elegido de nuevo ningun maestre: las voluntades de los reyes son vehementes, así fue necesario que depuesto el nuevo electo, sucediese en su lugar don Philipe de Aragon sobrino del rey, hijo de don Carlos príncipe de Viana, que aunque señalado por arzobispo de Palermo, se contentó de trocar aquella dignidad con el maestrazgo de Montesa.

Demás desto el pontífice Sixto por la muerte de don Iñigo Manrique arzobispo de Sevilla dió aquella iglesia al cardenal Rodrigo de Borgia, cosa que sintió mucho el rey don Fernando, hasta mandar prender á Pero Luis duque de Gandía hijo que era de aquel cardenal: torcedor con que al fin alcanzó que revocada la primera gracia, don Diego de Mendoza obispo que era de Palencia, fuese hecho arzobispo de Sevilla por contemplacion de su hermano el conde de Tendilla y de su tio el cardenal de España. Por esta eleccion don Alonso de Burgos que era obispo de Cuenca, pasó al obispado de Palencia, á Cuenca don Alonso de Fonseca obispo de Avila: el obispado de Avila se dió á fray Hernando de Talavera prior de Valladolid de Nuestra Señora de Prado; desta manera en España los reyes pretendian fundar el derecho de nombrar los prelados de las iglesias. La revuelta que andaba en Italia, fue causa que en muchas cosas se disimulase con los príncipes: y aun en esta misma sazon se emprendió entre los venecianos y napolitanos una nueva guerra. La ocasion fue ligera, la alteracion grande por acudir los demás príncipes de Italia, unos á una parte, otros á otra. El principio y causa desta guerra fue que los venecianos pretendian maltratar á Hércules duque de Ferrara, y los de Nápoles acudieron á su defensa por estar casado con una hija de don Fernando rey de Nápoles.

En lo mas recio desta guerra falleció el papa Sixto á doce de agosto. Sucedióle el cardenal Juan Bautista Cibo, natural de Génova, con nombre que tomó de Inocencio Octavo. En el mismo tiempo pasó otrosí desta vida don Iñigo Dávalos hijo del condestable don Ruy Lopez Dávalos. Tuvo este caballero gran cabida con los reyes de Nápoles, alcanzó grandes riquezas, y fue muy señalado bien así como cualquier otro en las armas. De su mujer Antonela hija de Bernardo conde de Aquino y marqués de Pescara dejó muchos hijos: el mayor se llamó don Alonso y le sucedió en el marquesado, demás dél á Martin, Rodrigo, y Iñigo que fue marqués del Vasto: fuera destos á Emundo y una hija llamada doña Constanza, personas de quien descienden muchos príncipes de Italia.

En especial don Fernando marqués de Pescara hijo

de don Alonso con sus muchas hazañas que obró en tiempo de nuestros padres, y con su valor hinchó á Italia y á todo el mundo de su fama, ca fue grande caudillo en la guerra, y se pudo comparar con muchos de los antiguos. Iñigo Dávalos fue padre de don Alonso marqués del Vasto, que ganó asimismo gran fama por su esfuerzo, y por morir su primo sin hijos heredó aquel estado, y junto con el suyo le dejó á sus descendientes con tal condicion que alternativamente el uno de los sucesores se llamase marqués de Pescara y el siguiente marqués del Vasto, y que esto se guardase perpetuamente, como vemos que hasta hoy se guarda.

CAPITULO VI.

Que Abohardil se alzó con el reino de Granada.

A esta misma sazon los soldados de Andalucía y los capitanes así de su voluntad como por mandado de la reina trataban con mucho calor de hacer guerra á los moros. Persuadianse que pues los principios procedian prósperamente y casi sin tropiezo, que lo demás sucederia como deseaban. Con este intento no cesaban de espiar los intentos de los enemigos, sus pretensiones y caminos, sin aflojar ni descuidarse en cosa alguna, ni dejar á los enemigos alguna parte segura. No descansaban de dia ni de noche, ni en invierno ni en verano, antes ordinariamente hacian correrías, y todo mal y daño en todos los lugares que podian. Tratábase en Córdova de hacer una nueva jornada, y consultaban por qué parte seria mejor acometer. Y dado que el maestre de Santiago era de contrario parecer, los mas se conformaron con el marqués de Cádiz que debian acometer á Alora, que es un pueblo puesto casi en medio del camino que hay desde Antequera á Malaga, un rio pequeño que pasa junto á él, algunos piensan que los antiguos le llamaron Saduca; era esta villa mas fuerte por su sitio, ca está por la mayor parte asentada sobre peñas, que por las murallas ú otra fortificacion.

Estaba el ejército con esta resolucion á punto de marchar cuando el rey don Fernando que partió de Tarazona á postrero de mayo, continuado su camino, sobrevino para hallarse en persona en aquella guerra por ser su presencia de tan grande importancia para todo. Parecióle bien el acuerdo que los suyos tomaron, si bien para mayor disimulacion y desmentir á los contrarios que no entendiesen su intento, dió muestra de ir de nuevo á guarnecer á Alhama de gente. Como llegó á Antequera, torció el camino y dió al improviso con todas sus gentes sobre Alora: fue grande el miedo de los moradores y la turbacion. Púsose sitio: combatieron las puertas y murallas de aquel lugar, y con la artillería abatieron parte de los adarves con tanto mayor espanto de los moros que no estaban acostubrados á cosa semejante; rindiéronse á partido que los dejasen ir libres y llevar todas sus alhajas.

La toma deste pueblo fue á veinte y uno de junio: la alegría y provecho mas colmado á causa que ningunos de los nuestros fueron muertos, y que los moros se pudieran entretener mucho tiempo; que no les podian quitar el agua del rio por ir cogido entre peñas, y por estar la gente acostumbrada á sustentarse con poco, y usar de la comida y de la bebida mas para sustentar la vida que para regalo y deleite: venciéronse estas dificultades mas con ayuda del cielo que por industria humana. Acometieron otros pueblos comarcanos, y por el demasiado brio cerca de un lugar llamado Cazarabonela, do vinieron á las manos con cierto número de enemigos, en un rebate mataron á don Gutierre de Sotomayor conde de Benalcazar en la flor de su edad (y que tenia por mujer una dueña parienta del rey) con una saeta enerbolada que le tiraron. Despues desto dejaron en Alhama trecientos caballeros de Calatrava por cuenta de Garci Lope de Padilla maestre de aquella órden, al cual eligieron en lugar de Rodrigo Tellez Giron, y por su muerte, con gravámen que se encargase de la defensa de aquel pueblo.

El rey con la demás gente pasó hasta dar vista á Granada: allí asentó sus reales en un lugar fuerte; tenia seis mil de á caballo, los infantes apenas eran diez mil. En la ciudad se decia tenian setenta mil combatientes, gran número y que no se puede creer: siempre es mas lo que se dice en estas cosas que la verdad; la misma mentira empero da á entender que la muchedumbre era grande. Sin embargo el rey don Fernando talado que hubo toda aquella vega y puesto grande espanto á toda la morisma, gastados en esto cincuenta dias, volvió con su ejército sano y salvo, y alegre por los despojos de los moros que llevaba á tierra de cristianos. Para la defensa de Alora dejó á Luis Fernando Portocarrero, y por general de las armadas y del mar nombró á don Alvaro de Mendoza conde de Castro persona de grande esfuerzo y prudencia. Pretendia con esto que de Africa no pudiese venir socorro á los moros; que por pequeños descuidos se suelen perder empresas muy grandes.

Pasados los calores del estío, volvieron á la guerra con el mismo denuedo que antes: batieron un castillo cerca de Málaga llamado Septenil, fuerte y enriscado. Sucedió lo mismo que en Alora, que espantados los de dentro con el ruido y estruendo de la artillería, rindieron la plaza, con libertad que se les dió para irse donde quisiesen con el dinero que les dieron por el trigo y los bastimentos que allí dejaban, conforme á lo que ciertas personas señaladas juzgaron que podia todo valer. Tras esto se enderezaron los nuestros la vuelta de Ronda, ciudad puesta entre montes muy altos y ásperos, y por esta causa, aunque pequeña, inaccesible y fuerte, en especial que la mayor parte está rodeada del rio que por allí corre, y lo restante de peñascos enriscados. Los moradores de aquella ciudad eran diferentes en el traje y vivienda de los demás: moros muy feroces y arriscados, y para todo lo que sucediese, guarnecidos de soldados y de armas, bastecidos de vitualias, tanto que á los lugares comarcanos que son de la misma aspereza, proveian ellos de todo lo necesario para su defensa y guarnicion.

Todo esto ponia en los fieles mayor deseo de acometer aquella ciudad por entender que quitado aquel baluarte, todo lo demás hasta Málaga quedaria muy llano. Llegaron á vista de los muros y de aquel sitio tan bravo: dieron el gasto á los olivares y huertas, que las hay por allí muy buenas. No continuaron estos buenos principios; la falta del dinero para hacer las pagas les forzó á no detenerse mucho en aquel lugar: daño que muchas veces impide y desbarata grandes empresas.

Enviada la gente á los invernaderos, el rey y la reina se partieron para Sevilla: llegaron á aquella ciudad á dos del mes de octubre, alegres por los buenos sucesos y por la esperanza que tenian de dar fin á aquella empresa cual todos deseaban: era tan grande este deseo que en medio del invierno por el mes de enero año de 1485 tornaron á la guerra. El invencible ánimo del rey no sabia sosegar: tenia esperanza de tomar la ciudad de Loja de rebato y de noche; mas desistió desta empresa por las muchas aguas y temporales del invierno que forzaron á los nuestros á volver atrás, además que un soldado muy plático llamado Juan de Ortega les avisó no solo ser temeridad sino locura intentar cosa semejante. Cada dia acudian nuevas compañías de Castilla y señores: entre otros el condestable Pero Fernandez de Velasco, el duque de Alburquerque don Beltran de la Cueva, Pedro de Mendoza adelantado de Cazorla, don Juan de Zúñiga maestre de Alcántara, cada cual con su

particular banda de gente; acudieron otrosí el maestre de Santiago y el duque de Nájara que se hallaron en las empresas pasadas. Con estos socorros llegaron á nueve mil de á caballo y veinte mil infantes. Pareció, pues el ejército era tal, volver á la guerra con mayor denuedo y resolucion que antes.

Al mismo tiempo los ciudadanos de Almería tomaron las armas contra su rey Boabdil : aborrecíale aquella gente como á renegado, y decian que por su cobardía sucedieran los males pasados. Acometieron el palacio, y en él mataron un hermano de Boabdil, y prendieron á su madre, principal causa y atizadora de aquella discordia tan perjudicial que entre padre y hijo antes se levantó : el mismo rey moro por estar á la sazon ausente de aquella ciudad, luego que le avisaron de aquel desastre, perdida toda esperanza de prevalecer, con algunos pocos que le acompañaron, se fué á Córdova.

Por otra parte los moradores de Ronda que eran pocos, y menos que ser solian, tenian cobrado gran miedo: un moro llamado Juzeph Jerife dió desto aviso al marqués de Cádiz; pareció seria conveniente acudir en primer lugar á aquella empresa, bien que primero acometieron otros lugares como fue Cohin, que caia cerca de Alora, el cual pueblo tomaron por fuerza, y le echaron por tierra porque á causa de ser muy ancho el circuito de los muros era dificultoso ponelle en defensa : murió en la batería Pedro Ruiz de Alarcon, que en esta guerra dió muestra como antes en la de Villena de esfuerzo singular, y acabó grandes hazañas. Ganaron otrosi á Cartama : pueblo que conserva su apellido antiguo solamente mudada una letra, ca en tiempo de romanos se llamaba Cartima, y dél toma nombre todo aquel valle en que este pueblo está, que se llama el valle de Cartama: rindióse á Pedro de Mendoza, y dióse el cargo de defendelle al maestre de Santiago á pedimento del mismo.

Hecho esto, con todo el ejército pasaron á Málaga, do residia Albohardil hermano de Albohacen, en quien y en su valor hallo que en aquella sazon tenian los moros puesta su esperanza, por la grande reputacion que ganó cuando en el Ajarquia (que así se llaman los montes de Málaga) destrozó como se dijo gran número de cristianos. Poco efecto se hizo en aquella parte, fuera de cierta escaramuza de menor cuenta; dieron pues la vuelta por el mismo camino que fueron, y revolvieron sobre Ronda. Para cercar la ciudad por todas partes dividieron las gentes en cinco reales ó estancias. El mismo rey con la mayor parte del éjercito se puso enfrente del castillo. Atajaron con gente de guarda, que llaman atajadores, todos los caminos para que no les pudiesen entrar socorro ni prevision de parte alguna. Lo que hizo mucho al caso, que se hallaban pocos dentro á causa que parte de los ciudadanos eran idos á hacer correrías por los campos comarcanos del Andalucía.

Por esta ocasion los moros movidos del grande riesgo en que se veian, y de los sollozos y lágrimas de las mujeres, y atemorizados por la diligencia de los cristianos que de dia ni de noche no reposaban, se hobieron de rendir á veinte y tres dias de mayo á partido: entre otras cosas y condiciones á los mas principales ciudadanos dieron ciertas tierras y posesiones en Sevilla, de Gonzalo Pizon (1) y de otros, cuyos bienes tenian los inquisidores por sus deméritos confiscados. Hecho esto, pusieron guarnicion en aquella ciudad. Rindiéronse al tanto otros pueblos por aquella serranía, entre ellos los mas principales fueron Cazarabonela, y Marbella que está cerca del mar.

Era grande el espanto que habia entrado en los moros : en sus reyes tenian poca ayuda, el uno andaba huido, y Albohacen por su vejez, enfermedad y poca vista poco les podia prestar. Forzados deste peligro se determinaron de nombrar por su rey á Muley Abohardil que residia en Málaga, hombre de gran corazon y prudencia. La nacion de los moros es mudable y desleal, y no se refrena ni por beneficios ni por miedo, ni aun tiene respeto á las leyes y derecho natural : así el Moro luego aceptó la corona que le ofrecian. Partióse para Granada con este intento. Llegó mas soberbio que antes, por matar de camino noventa hombres de á caballo de los contrarios : salieron estos de Alhama á robar, y llegados hasta la Sierra Nevada, estaban alojados con mucho descuido, que fue causa de su perdicion. Hizo pues su entrada en Granada á manera de triunfo : los ciudadanos luego que llegó, con gran voluntad y grandes gritos le apellidaron y alzaron por rey. Albohacen al principio desta revuelta se partió para Almuñecar do tenia sus tesoros : allí su cruel hermano le hizo matar no por otro delito mas de por tener nombre y corona de rey, y por la aficion que todavia le tenian algunos, los que aborrecian la deslealtad del tirano y su ambicion, y por compasion de aquel viejo trataban de acudille. Para librarse deste peligro y cuidado cometió aquel parricidio, en que se mostró no menos cruel que desleal.

(1) Zurita le llama Gonzalo Hernandez Pichon.

CAPITULO VII.

Que nació la infanta doña Catalina hija del rey don Fernando.

Quedó el Moro muy ufano despues que, muerto su mismo hermano, se hobo alzado con su reino. La fama del caso se estendió por todas partes: el poder y mando alcanzado por malos medios y con crueldad suele ser poco durable, y semejantes maldades pocas veces pasan sin castigo. Los cristianos cuanto era mayor la esperanza que tenian de echar por tierra las fuerzas de aquel estado, tanto se encendian mas en deseo de salir con ello. Recelábanse que con la mudanza del caudillo los enemigos no recobrasen nuevos brios y la guerra por esta causa se hiciese mas dificultosa. Acordó el rey don Fernando para acudir á todo esto emprender una nueva jornada, y hacer prueba del ánimo que los suyos tenian y de sus fuerzas : los mas eran de contrario parecer, y pretendian convenia dejar descansar á los soldados por estar aquejados con tan contínuos trabajos. Todas las dificultades venció la constancia del rey, y el ejemplo del esfuerzo que daba á todos en no escusar él mismo ningun afan ni riesgo, antes era el primero que salia á la pelea, y el primero que acudia á la fortificacion de los reales : es así que á los hombres desagrada comunmente que les manden de palabra, y todos obedecen fácilmente al caudillo que con el ejemplo les va delante.

Ordenó que la masa de las gentes se hiciese en Alcalá la Real por estar aquel pueblo cerca de la frontera: él mismo se partió para allá desde Córdova á primero de setiembre, si bien los calores eran grandes por ser aquella region mas cálida que lo demás de España. El conde de Cabra encendido en deseo de acometer alguna grande hazaña, movido asi de su esfuerzo como de las muchas cosas en que los otros señores se señalaran, hizo instancia de ser el primero á entrar en tierra de moros, como lo hizo, con las gentes de su regimiento y banderas de su cargo, que eran setecientos caballos y hasta tres mil infantes. Dióseie órden que llevase en su compañía á Martin Alonso de Montemayor, y que se pusiese sobre Moclin, que es un pueblo cerca de Granada fuerte por su sitio y murallas : prometió el rey para asegurallos que les acudiria con todo el ejército.

El conde de dia y de noche apresuró su camino por tomar de sobresalto al nuevo rey Abohardil, de quien tenia aviso que tenia sus alojamientos allí cerca con mil y quinientos de á caballo y mayor número de gente de á pie. No se le encubrió estei ntems al ene-

migo, antes avisado dél, pasó sus gentes á un collado, y al amanecer entre ciertos caminos ásperos y estrechos dió sobre los cristianos con tal furia que murieron en el rebate los mejores soldados y la mayor parte del peonaje. El conde entre los demás perdió á don Gonzalo su hermano, y él mismo, recebidas algunas heridas, con algunos de á caballo se fue huyendo hácia do entendia hallaria á Garci Lopez de Padilla maestre de Calatrava, que iba en pos de los que se adelantaron.

El rey don Fernando luego que supo el estrago de los suyos, por la tristeza estuvo algun tiempo retirado; despues sosegada la pasion: «Por la imprudencia (dice) del conde y demasiada confianza de los »demás se ha recebido este revés, pero yo pretendo »con presteza satisfacerme y recompensalle aventa»jadamente: con vuestro esfuerzo, soldados, tomaré »venganza de la muerte de nuestros ciudadanos y »soldados, varones esforzados mas que venturosos.» Caian junto á la frontera de los enemigos por la parte de Jaen dos castillos y pueblos, el uno llamado Cambil y el otro Albahar; el rio Frio pasa por enmedio de ambos, que aunque lleva poca agua, especial en aquel tiempo del año, por ser las riberas muy estrechas con dificultad se puede vadear. Sobre estos dos pueblos se puso toda la gente con intento de tomallos.

Albahar que está de la otra parte del rio, tiene un padrastro ó montecillo que se levanta á manera de pirámide: sobre aquel montecillo por mandado del rey, bien que con grande trabajo se plantó la artillería. Puso esto tanto espanto á los cercados que sin dilacion rindieron los castillos y pueblos á veinte y tres de setiembre, el mismo dia en que en tiempo del rey don Pedro los moros se apoderaron de aquellas plazas como ciento y veinte años antes deste tiempo. El rey don Fernando ganadas tantas victorias, y tomados tantos lugares y los mas sin derramar sangre, comenzó á ser mas temido y nombrado: no se hablaba de otra cosa en todas partes. Envió á invernar el ejército, y con tanto él y la reina se partieron para Alcalá de Henares.

En este viaje en Linares á las aldas de Sierramorena, falleció don Alonso de Aragon duque de Villahermosa, y hermano del rey don Fernando, caudillo esclarecido en aquel tiempo tanto como el que mas, como quier que se halló en muchas guerras. Su cuerpo fue primero depositado en Baeza, despues le trasladaron á Poblete entierro de sus antepasados. Dejó muchos hijos: en Maria Iunques fuera de matrimonio tuvo á don Juan conde de Rivagorza y á doña Leonor: de otras concubinas á don Alonso, que fue los años adelante obispo de Tortosa y despues arzobispo de Tarragona; tambien á don Fernando y á don Enrique. Fuera destos de su legítima mujer tuvo á don Alonso y á doña Marina: la hija casó con Roberto principe de Salerno, y deste matrimonio nació don Fernando, que fue el postrer príncipe de Salerno, y por su mal órden vivió en trabajos, desgracias y destierro hasta nuestra edad, don Alonso fue duque de Villahermosa, cepa de que descienden aquellos duques de Villahermosa y condes de Ribagorza.

En Toledo á los que dejada la Religion Cristiana que recibieron, se tornaban a la secta judáica, castigaban los inquisidores con mucho rigor y severidad; verdad es que á otro mayor número desta gente, porque se redujeron, pidieron misericordia y confesaron sus culpas, les fue otorgado perdon: estos se llaman hoy los de la gracia. Tratamos los hechos de España sin salir de ella; á las veces empero es forzoso por la trabazon que las cosas tienen entre sí y para cumplir con lo que se pretende en esta obra, tocar asimismo algunas de fuera.

Abrasábanse los señores napolitanos con una guerra que levantaron contra don Fernando su rey, conjurándose y haciendo liga entre sí con intento de vengar los agravios muy graves y ordinarios que pretendian les hacia: ayudábalos el pontífice Inocencio y animábalos, si bien mas los favoreció con el nombre que con fuerzas, á causa de su vejez y de otros cuidados que dél cargaban. Las cabezas de la conjuracion eran tres príncipes, el de Salerno llamado Antonelo, y el de Besiñano que se llamaba Gerónimo, y el de Altamura por nombre Pirro Baucio: demás destos Pedro de Guevara marqués del Vasto y otros sin embargo de estar muy obligados por las muchas mercedes que recibieron del rey. Llegó á tanto que por la fama cargaban asimismo á don Fadrique hijo del rey de que con esperanza de suceder en el reino favorecia de secreto á los parciales: cosa que si fue verdad ó mentira, aun entonces no se pudo averiguar. La principal causa del odio que se levantó contra el rey, era don Alonso su hijo duque de Calabria por sus malas costumbres y soltura tan grande en todo que igualmente en deshonestidad y crueldad mucho se señalaba.

El rey por su grande prudencia y mucha esperiencia de cosas determinó sosegar aquellas alteraciones mas con maña que con fuerzas: así á instancia del pontífice que veia las cosas no sucedian prósperamente, y de Pedro cardenal de Fox, el cual con este intento se partió para Roma al llamado del papa para terciar en el caso, fue dado perdon general á los alborotados. Desde España otrosí el rey don Fernando envió para sosegar aquellas alteraciones por su embajador al conde de Tendilla, que para asegurar á los barones en nombre de su rey y debajo de su palabra real con pleito homenaje que hizo, recibió en su salvaguarda y debajo de su amparo aquellos señores alborotados á tal que dejadas las armas se redujesen á la obediencia.

Mas el rey de Nápoles luego que calmó la tempestad, hizo poco caso de aquellas promesas, su larga edad le inclinaba á creer lo peor, su condicion ejecutiva á vengarse de los que se le atrevian, confiado para todo lo que le podia suceder, en las muchas riquezas que le dejó su padre y él mismo con el mucho tiempo de su reinado las aumentó mucho mas. Determinado pues (despues de tomado el asiento) de castigar á sus contrarios, con ocasion de ciertas bodas que se celebraron en Castelnovo (1), hizo prender al conde de Sarno que era uno de los parciales, con algunos otros que todos pagaron con las cabezas. Otros muchos en diversos tiempos y en diversas coyunturas y ocasiones, entre ellos los príncipes de Altamura y de Besiñano, le vinieron á las manos: á estos hizo morir en prision.

El rey de Castilla don Fernando no dejaba de agraviarse por sus embajadores, y protestar que no permitiria que ninguno hiciese burla de su palabra y de su fe: menudeaban las quejas, mas ninguna cosa bastaba para doblegar el ánimo obstinado del rey de Nápoles olvidado de la inconstancia de las cosas, y muy descuidado de lo que sucedió adelante; que á la verdad la muerte destos señores y el odio que resultó por esta causa en los naturales, abrian las zanjas y echaban los cimientos de su daño, y de perder aquel reino, como se vió algunos años adelante. Volvamos la pluma atrás.

En Alcalá de Henares la reina doña Isabel á diez y seis de diciembre parió una hija, que se llamó doña Catalina, muy conocida por casar con dos hermanos hijos del rey de Ingalaterra, y por las desgracias que últimamente le sobrevinieron, y duraron siempre así á ella como por esta ocasion á toda la nacion inglesa. Cuán grandes olas de desventuras padecerá solo por la torpe deshonestidad de su marido y su

(1) Las bodas se fingieron para coger descuidados á los contrarios.

deslealtad? Padecerá y llevará la pena de la culpa ajena: tal fue la voluntad de Dios; las discordias de aquella nacion y las maldades abrieron camino para males tan grandes. Fue así que presos y muertos Eduardo y Ricardo, legítimos herederos de aquella corona, Ricardo tio de aquellos mozos se apoderó violentamente del reino: los medios y remates de su reinado fueron conformes á estos principios, su gobierno tiránico. Por esta causa Enrique conde de Rechèmonda que primero estuvo preso en Bretaña, despues puesto en libertad venció al tirano en batalla y le quitó la vida: con que él mismo se quedó en su lugar con el reino que adquirió con este medio. Hijo deste Enrique fue Enrique Octavo, rey de Ingalaterra, muy conocido por sus desórdenes. El repudio que dió á la dicha doña Catalina su mujer, y juntamente el apartarse como se apartó de la religion católica de sus antepasados, además de sus grandes torpezas, hicieron que su nombre y su memoria para siempre sea aborrecible y detestable.

CAPITULO VIII.

De las alteraciones de Aragon.

En Aragon hobo algunas ligeras alteraciones: los alborotos que en Cataluña se levantaron fueron mayores, con mayor porfía y de mayor riesgo. La prudencia del rey don Fernando y su mucha autoridad hizo que todo se allanase. La ciudad de Zaragoza está sentada en un llano á la ribera del rio Ebro, en hermosura de edificios, muchedumbre de ciudadanos, riquezas, arreos, gala y anchura igual ó casi á cualquiera otra de España, guarnecida de armas, soldados y murallas, acostumbrada á un gobierno muy templado, y por ende muy leal para con sus reyes, si no le quebrantan sus fueros y sus libertades que le dejaron sus antepasados; ca por guardar su libertad hallamos haberse muchas veces alborotado con un increible coraje y furor encendido. Están aquellos ciudadanos recatados por lo que han visto en otros, y por entender que de pequeños principios muchas veces resultan grandes tropiezos y accidentes muy pesados, como aconteció en este tiempo.

Juan de Burgos alguacil del rey (como es esta suerte de gente insolente) dijo ciertas palabras descomedidas á Pedro Cerdan cabeza de los jurados y del senado: acudieron otros y prendieron al alguacil. Puéstale acusacion, y sustanciado su proceso, por sentencia le ahorcaron, sin tener respeto al desacato que en aquello se cometia contra la magestad real. Tenia el rey á punto su gente para hacer entrada en el reino de Granada (como queda dicho que la hizo al principio deste año) cuando avisado de lo que pasaba, mandó á Juan Hernandez de Heredia gobernador de la general gobernacion del reino que castigase aquel atrevimiento con severidad y rigor en los que hallase culpados. Sin embargo á los embajadores que vinieron de parte de la ciudad sobre el caso, despidió con palabras blandas: díjoles que mandaba no se les hiciese algun agravio, como príncipe que era astuto y sagaz y de un ingenio muy hondo para disimular y fingir todo lo que le parecia á su propósito.

No pudieron prender á la cabeza de los jurados, que le amparó el justicia de Aragon que conforme á sus fueros y leyes tienen en esta parte suprema y mayor autoridad: hicieron justicia los ministros del rey de Martin Pertusa que era y tenia el segundo lugar entre los jurados, y fue el que mas se señaló en hacer se diese la muerte al alguacil real. La ejecucion fue presta y sin tardanza, sacáronle á justiciar con las cartas del rey, que llevaban en una lanza para efecto de reprimir el pueblo que se alborotaba, y queria en su defensa tomar las armas: el castigo de uno puso escarmiento en los demás, y los hizo advertir que los ímpetus de los reyes son bravos y grandes sus fuerzas. Con esto se sosegó esta revuelta; mas poco despues se revolvió aquella ciudad y alteró por una maldad mas grave que la pasada.

Hacia oficio de inquisidor en aquella ciudad Pedro Arbue, y conforme á lo que hallaba, castihaba á los culpados. Ciertos hombres homicianos de mala raza con color de volver por la libertad, ó aquejados de su mala conciencia y por temer de ser castigados, se resolvieron entre sí de dar la muerte al dicho inquisidor. Pensaron primero matalle de noche en su cama: no pudieron salir con esto á causa que las ventanas por do pretendian forzar el aposento tenian muy buenas rejas de hierro que no pudieron arrancar. Acordaron ejecutar su rabia en la iglesia Mayor á la hora de los maitines en que acostumbraba á hallarse. Un miércoles catorce de setiembre (quien quita deste número un dia, quien le añade, de cuyas opiniones nos hace apartar la razon del cómputo eclesiástico) como pues estuviese de rodillas delante del altar mayor junto á la reja le dieron de puñaladas. El primero que le hirió en la cerviz, fue Vidal Duranso, gascon, uno de los sacomanos, que con rostro muy fiero y encendido y palabras descompuestas le acometió: acudiéronle los otros con sus golpes hasta acaballe: no falleció hasta la noche siguiente del jueves á los quince, en el cual espacio no se ocupó en otra cosa sino en alabanzas de Dios. Hiciéronle muy solemnes honras y enterramiento: su cuerpo sepultaron en el mismo lugar en que le dieron las heridas. Díjose que su sangre derramada hervia por todo aquel tiempo, si ya no fue que los ojos se engañaron y se les antojaba á los que miraban.

Poco despues por mandado de la ciudad fue puesta una lámpara sobre su sepulcro, honra que no se suele hacer sino con los santos canonizados: así el emperador Carlos Quinto procuró adelante que se hiciese con autoridad del papa Paulo III y que se el celebrase fiesta á los quince de setiembre, como hoy se hace todos los años; todo á propósito que la virtud y méritos de aquel notable varon fuesen honrados como era justo. Los que le mataron, hombres perdidos y malos, dentro de un año todos con diversas ocasiones sin faltar uno perecieron; que fue justo juicio de Dios, y muestra de su venganza de que aquellos malos hombres no pudieron escapar, magüer que no cayeron en manos de jueces ni fueron por ellos justiciados: además que la conciencia de los malos tiene dentro de sí no sé que verdugos, ó ella misma es el verdugo que quita á los hombres el entendimiento. Resultó que en adelante para seguridad de los inquisidores les fue concedido que morasen dentro del alcázar que se llama del Aljafería. Esto en el reino de Aragon.

En el principado de Cataluña, y particularmente en la comarca de Ampurias, los vasallos que vulgarmente llamaban pageses, eran maltratados de sus señores poco menos que si fueran esclavos: desafuero que no se podia sufrir entre cristianos. Las imposiciones que los moros al tiempo que eran señores mandaban pechar á los cristianos, que eran muy graves en demasía, hacian aquellos señores que se las pagasen á ellos: valíanse para esto y alegaban la costumbre inmemorial. Sentíase mal comunmente de lo que en aquella provincia pasaba. Las historias catalanas no declaran qué imposiciones eran estas, tampoco es razon adevinar; solamente dicen que por ser muy graves las llaman los Malos usos, y que ninguno se podia eximir si no compraban la libertad á dineros como si fueran esclavos. Por esta causa muchas veces los naturales tomadas las armas intentaban ó librarse de aquella servidumbre, ó con la muerte poner fin á miserias tan grandes.

Los ímpetus que nacen de la fuerza y necesidad, son muy bravos; por el contrario la muchedumbre sin fuerzas y sin cabeza comunmente tiene poca efi-

cacia en sus intentos, presto se cansa y amaina. Acudieron á pedir justicia á los reyes, primero á don Alonso que fue tambien rey de Nápoles, despues á don Juan su hermano, y últimamente á don Carlos príncipe de Viana: todos mandaron que aquellas imposiciones se moderasen en cierta forma.

No bastaba (mal pecado) su autoridad y mandado para refrenar el atrevimiento y codicia de la nobleza, que estaba determinada á defender con las armas lo que sus antepasados les ganaron y dejaron por juro de heredad; era menester para allanarlos las fuerzas y autoridad del rey don Fernando: él visto que se continuaban ya algunos años los alborotos de aquella gente, con la ventura que tuvo en lo demás, su prudencia y buena maña lo sosegó todo, y con el buen órden que dió en aquellos debates. Hallábase en Alcalá de Henares en este tiempo. Desde allí pasó con la reina su mujer á Segovia y á Medina del Campo: en este viaje visitó en Alba á don Garcia de Toledo que ya se llamaba duque de Alba por merced del rey, y por su edad se retiró á aquella su villa, en su lugar para que sirviese en la guerra de Granada, quedó don Fadrique su hijo. Pretendia el rey en esto fuera de honrallo reconcilialle, como lo hizo, con el condestable Pero Fernandez de Velasco, al cual y á don Alonso de Fonseca, que ya era arzobispo de Santiago, pensaba dejar para el gobierno de Castilla, resuelto de volver en persona á la guerra de Granada.

Con esta determinacion pasó á Nuestra Señora de Guadalupe. Allí á veinte y ocho de abril pronunció sentencia en el negocio de los pageses y en favor suyo, en que declaró ser aquella servidumbre muy pesada para cristianos, y que no se usaba en ninguna nacion: por tanto mandaba que se revocase y se mudase en otra cosa mas llevadera. Esto fue, que cada cual de los vasallos pagase á su señor cada un año sesenta sueldos barceloneses, tributo aunque muy grave, pero que aceptó aquella gente de muy buena gana, tanto mas que les dieron libertad de poder franquearse, y redimir esta carga con pagar de una vez á razon de veinte por uno. Desta manera despues de largas alteraciones que en aquella parte de España largamente continuaron, todo se sosegó.

En Portugal con la muerte de aquellos señores conjurados (de que arriba se habló) las cosas se hallaban en sosiego, y el rey ocupado en ennoblecer su reino; en particular Azamor, que es una ciudad de la Mauritania Tingitana, puesta á la ribera del océano Atlántico al salir de la boca del estrecho de Cádiz á mano izquierda, plaza que algunos piensan los antiguos llamaron Thymiaterium, como quier que los años pasados fuese tributaria á los reyes de Portugal, de nuevo hizo juramento de estar á su devocion y obediencia, y en señal de homenaje pecharia y enviaria á Portugal por parias cada un año diez mil alosas, cierto género de pescado de que hay allí mucha abundancia: reconocimiento muy honroso para aquella nacion y para sus príncipes, pues no solo por las armas y esfuerzo pudieron los años pasados mantenerse en libertad y fundar aquel reino, á que no tenian derecho muy claro, sino que de presente se adelantaron á sujetar naciones y ciudades apartadas, y se abrieron camino para alcanzar mayor gloria y mayores riquezas que antes.

CAPITULO IX.

Que muchos pueblos se ganaron de los moros.

Iban las cosas de los moros de caida: trabajábanlos no menos las discordias de dentro que el miedo de fuera. En la misma ciudad de Granada Boabdil, llamado por la gente de su parcialidad, se apoderó del Albaycin, y con su llegada vinieron á las manos en las mismas calles de la ciudad unos ciudadanos contra otros con grande coraje y rabia. Todavía cuando los nuestros les hacian guerra, se concertaban entre sí, y acudian á la defensa: el miedo de mayor peligro los hacia apaciguarse; pasada la tempestad, luego volvian á sus acostumbrados debates y á las puñadas. Estaban las cosas en este término cuando un alfaquí llamado Mozer, hombre tenido por santo, como por divina inspiracion andaba dando voces por las calles y plazas. «Hasta cuando (decia) »loqueareis? hasta cuándo sereis frenéticos? que es »locura mas grave. Será justo que por ayudar á las »codicias de otros y á la ambicion os mostreis olvi»dados de vos mismos, de vuestras mujeres, hijos »y patria? Cosa es pesada decillo, pero si no lo ois »de mí, qué remedio tendrán nuestros males? por »qué no volveis vuestros ánimos á lo que es razon? »y si no os mueve la infamia, á lo menos muévaos el »riesgo en que todo está. Por ventura teneis por le»gítimos estos reyes que apoderados del reino mal»vadamente no son parte para remediar estos males, »y fuera del nombre vano de reyes ni tienen valor ni »fuerza? por ventura la sombra destos vos amparará? »si no sacudis de presto esta cobardía, yo os anuncio »que está muy cerca vuestra perdicion.»

Moviase el pueblo con estas palabras: los mismos que no quisieran las dijera, juzgaban que decia verdad. A instancia pues así deste alfaquí como de otros de la misma calidad que acudieron á concertar los reyes, se hizo entre ellos avenencia con estas condiciones: Que el tio se quedase con Granada y con Almería y con Málaga, y todo lo demás fuese de Boabdil su sobrino; el cual yo entiendo que se tenia en esta sazon en el Albaycin, dado que las historias lo callan por el gran descuido de los que las escribieron. Lo que principalmente se pretendia en esta confederacion, era que por cuanto el rey Chiquito tenia confederacion con el rey don Fernando, quedasen á su cargo y en su poder todas aquellas plazas sobre que se entendia los nuestros darian primeramente.

Entendieron este artificio los cristianos. Juntadas de todas partes sus gentes, acordaron de ir sobre Loja con mayor esperanza de ganalla que antes, y mayor deseo de vengar el daño pasado. Boabdil sea forzado de la necesidad de conservar su reputacion entre los suyos, ó con intento de mudar partido, con quinientos de á caballo (1) salió de aquella ciudad para impedir el paso á los nuestros que iban por caminos fragosos; pero no obstante estas dificultades llegaron á los arrabales, do tuvieron una escaramuza con los moros, y con muerte de algunos dellos forzaron á los demás á retirarse dentro de la ciudad. Para cerrar mas el cerco asentaron sus reales en tres partes: demás desto rompieron la puente de la ciudad para que los enemigos no pudiesen hacer salidas; y por dos puentes que fabricaron de madera, podian los cristianos libremente pasar de la una y de la otra parte del rio con toda comodidad.

Plantaron la artillería, con que derribaron parte de la muralla: aparejábanse para dar el asalto y entrar por la batería la ciudad, cuando los cercados el noveno dia despues que el cerco se puso, se rindieron á partido de salir libres, y sacar y llevar consigo todo lo que pudiesen de sus bienes y preseas. Salió Boabdil á los reales, y puestos los hinojos en tierra protestó tuvo siempre el mismo ánimo, que no era razon le cargasen por lo sucedido de desleal, y pensasen hacia de voluntad lo que era necesidad y fuerza. Aceptáronse estas escusas, y fuele dado perdon especial que aunque fuera culpado, era muy á propósito disimular con él para fomentar las discordias que entre los moros andaban.

Hecho esto, el rey don Fernando fortificó aquella ciudad. Dió el cargo de guardalla á Alvaro de Luna señor de Fuentidueña, nieto que era del condestable

(1) Zurita añade 4000 infantes.

don Alvaro de Luna: con que pasó á combatir otros pueblos. En algunos pocos hicieron resistencia los moros, mas en vano, y los mas se rendian sin dificultad: entre los otros tomó á Illora á veinte y ocho de junio, y consiguientemente á Zagra, á Baños y á Moclin. Fue mucho lo que se obró, á causa que algunos destos pueblos eran tan fuertes por su sitio y murallas que se pudieran entretener largo tiempo, y estaban á la vista de Granada ó muy cerca della, de donde podian ser socorridos; pero el miedo era mayor que las causas de temer, Illora se encargó á Gonzalo Fernandez de Córdova hermano de don Alonso de Aguilar: destos principios tan flacos cuán grande y señalado capitan en breve será en Italia? Solian los ciudadanos de Granada llamar á Illora el ojo derecho, y á Moclin el escudo de aquella ciudad; y así con la pérdida destos lugares casi de todo punto perdieron la esperanza de poderse valer, mayormente que los vencedores pusieron fuego en la vega de Granada y la corrieron: los lloros, muertes y estragos por todas partes eran sin cuento.

Todavía Abohardil envió parte de su caballería á la puente de los Pinos, muy conocida por los muchos daños que en nuestra gente hicieron los moros en aquel lugar los años pasados, y esto para que impidiesen á los fieles el paso del rio Genil: quedóse él mismo en la ciudad por recelo no sucediese alguna novedad dentro della No pudieron impedir los moros el paso de aquel rio, solamente con gran vocería (á su costumbre) cargaron sobre el postrer escuadron de los que quedaban por pasar, en que iba por capitan don Iñigo de Mendoza duque del Infantado. Defendiéronse los nuestros valientemente, mas como estuviesen rodeados de gran morisma, que eran no menos que mil de á caballo y diez mil de á pié, y se hallasen muy apretados, fueron ayudados de los demás escuadrones que acudieron á socorrellos. Retiráronse con tanto los moros, y como los nuestros les fuesen picando por las espaldas, de nuevo se encendió la pelea en los olivares de la ciudad. En esta refriega don Juan de Aragon conde de Ribagorza se señaló de muy valiente, y fue gran parte para que la victoria se ganase: acudia á todas partes con su caballo y armas resplandecientes, que eran ocasion de que todos los contrarios le pretendiesen herir; libróle Dios, si bien le mataron el caballo, y por lo mucho que hizo aquel dia, pareció á todos igualar en el esfuerzo y valor á su padre.

Estaba ya el estío muy adelante, cuando el rey don Fernando, puestas guarniciones en las plazas que se tomaron, nombró por gobernador para las cosas de la guerra y de la paz á don Fadrique su primo, hijo del duque de Alba, para quitar la competencia que los señores del Andalucía tuvieran entre sí, y el agravio que formaran, si cualquiera dellos fuera antepuesto á los demás. Los gallegos á esta sazon se alteraban á causa que el conde de Lemos sin embargo de lo que el rey le tenia mandado, y contra su voluntad se apoderó de Ponferrada villa muy fuerte en aquella comarca, y echó della la guarnicion que la tenia por el rey. Esto forzó á los reyes, dejadas las cosas del Andalucía, de acudir á sosegar estos bullicios. Hízose así: luego que allí llegaron, los vecinos de aquella villa les abrieron las puertas. Los soldados se escusaban con el conde, que les dió á entender lo hecho era órden del rey y su voluntad: aceptóse su escusa, y juntamente al conde fue dado perdon porque acudió en persona, y se puso en manos del rey; solo le penó en quitalle aquel pueblo y algunos otros que quedaron por la corona real.

Desta manera á un mismo tiempo los moros eran combatidos con gran fuerza, y los señores por lo que al conde pasó, quedaron escarmentados, y comenzaron á allanarse para no hacer como lo tenian de costumbre, fuerzas, robos ni agravios. Sobre todo los reyes despues de cumplidas sus devociones en la ciudad y iglesia del Apóstol Santiago, vueltos á Salamanca en que se detuvieron algunos dias, al principio del año de 1487 acordaron de poner en Galicia una nueva audiencia con sus oidores y presidente, y suprema autoridad, á propósito de reprimir aquella gente de suyo presta á las manos y mover bullicios sin hacer caso de las leyes ni de los jueces ordinarios.

En este medio don Fadrique hijo del duque de Alba ardia en gran deseo de mostrarse y ganar reputacion, acometer alguna hazaña señalada. Gran número de cristianos que tenian encerrados en las mazmorras en el castillo de Málaga, daban intencion que si los fieles sobreviniesen, quebrantarian las prisiones, y les darian entrada en aquella plaza: seiscientos de á caballo que envió para este efecto, por ir los rios muy crecidos á causa de las contínuas aguas no pudieron pasar adelante, ni salir con lo que pretendian. Dentro de la ciudad de Granada andaba no menos debate que antes entre los dos reyes moros, tanto que Abohardil con soldados que hizo venir de Guadix y Baza, acometió el Albaycin y le entró: acudió Boabdil al peligro y rebate con los suyos, y forzó al enemigo á retirarse. Pelearon con gran fuerza en la plaza de la mezquita mayor: ensangrentóse la ciudad malamente, murieron muchos de la una y de la otra parte; llegó á esta sazon el rey don Fernando de Salamanca, y entró en Córdova á dos de marzo. Desde allí sabido el aprieto en que se hallaba aquel rey su confederado, le envió gente de socorro con el capitan Hernando Alvarez de Gadea alcaide de Colomera: con esta ayuda cobró tanto ánimo que no cesaba no solo de defender su partido sino tambien de acometer al enemigo con gran ventaja suya y espanto de los contrarios, y no menos estrago de los ciudadanos, que pagaban á su costa la locura de aquellos dos reyes con la pasion desatinados y sandios.

CAPITULO X.

La ciudad de Málaga se ganó.

Tratábase en Córdova, y consultábase sobre la manera que se debia tener en hacer la guerra á los moros. Los pareceres eran diferentes: unos decian que fuesen sobre Baza, otros que sobre Guadix. El rey se resolvió de marchar la vuelta de Málaga por ser aquella ciudad á propósito para venir á los moros socorros de Africa, como les venian, á causa que el mar es angosto, y el paso estrecho por aquella parte. Con esta resolucion sin dar á entender lo que pensaba hacer, salió de Córdova á siete de abril: llevaba doce mil de á caballo y cuarenta mil infantes. Llegados que fueron á tierra de moros, el rey descubrió lo que pretendia: dijo en pocas palabras á los soldados que los llevaba á do tenian la victoria cierta, á causa que hallarian los enemigos desanimados por la discordia que tenian entre sí y por el miedo, y las fuerzas que les quedaban, las tenian repartidas en muchas guarniciones. Que si con la alegría acostumbrada y su buen talante se diesen priesa sin duda saldrian con aquella empresa muy honrosa para todos y de aventajado interés; lo cual hecho, y sujetada con esta traza gran parte de aquella provincia, demás de los otros pueblos y ciudades que ya les pagaban tributos y les reconocian homenaje, ¿qué le quedaria al enemigo últimamente fuera del nombre de rey? que por sí mismo caeria, aunque ninguno le hiciese fuerza; y con todo eso la gloria de dar fin á cosa tan grande se atribuiria á los que se hallasen en la conclusion y remate. Mirasen cuánto era el aplauso y cuan gran concurso de gente acudian á animallos para aquella jornada; y era así, que por do quiera que iban, hombres, niños, mujeres les salian

al encuentro de todas partes por aquellos campos, y les echaban mil bendiciones: llamábanlos amparo de España, vengadores de las injurias hechas á la Religion Cristiana y de los ultrajes: que en sus manos derechas y en su valor llevaban puesta la salud comun y la libertad de todos: que Dios les diese bueno y dichoso viaje, y muy presto la victoria deseada de sus enemigos.

Hacian sus votos y plegarias á los santos para tenellos propicios, y á ellos convidaban á porfía, y cada uno les hacia instancia que tomasen dél lo que les fuese necesario; al contrario la modestia de los soldados era tan grande, que ni querian ser cargosos, ni detenerse, ni apartarse de las banderas para recebir refresco ni regalo. Sabida pues la voluntad del rey y su determinacion, con mayor esfuerzo y alegría respondieron que los llevase á la parte que fuese su voluntad y merced, que por su mandado y debajo de su conducta no esquivarian de acometer cualquier peligro y afan. Comenzó á marchar el ejército: pareció que debian primero combatir á Velez, que es un buen pueblo cerca de Málaga: con esta resolucion hicieron sus estancias junto al rio que por allí pasa. Salieron á escaramuzar los del pueblo, y dieron sobre los gallegos, gente aunque endurecida con los trabajos y poco regalo de su tierra, pero no acostumbrada á pelear en ordenanza, sino repartidos por diversas partes y de tropel como sucedia juntarse; así fueron maltratados: acudieron otros á su defensa, con que los del pueblo mal su grado se retiraron dentro de las murallas. Ganaron los arrabales, y plantaron la artillería para batir los adarves: acudieron los aldeanos del contorno para dar socorro á los cercados: mas fue el ruido que el provecho.

Abohardil luego que supo en Granada el intento de los cristianos, determinó socorrer aquella ciudad, en cuyo peligro consideraba se ponia á riesgo todo su estado: con esta resolucion envió á Roduan Vanegas gobernador de Granada y capitan valeroso para que fuese delante, y con él algunas banderas de soldados á la ligera, y espaldas de trecientos de á caballo (1); prometióles que dentro de pocos dias iria él mismo en persona y los seguiria. Hízose así. Pretendia Roduan de noche sin ser sentido dar sobre los nuestros y enclavar la artillería: no pudo salir con su intento. Acudió el rey moro, y asentó sus reales en cierta fragura que hay cerca de aquella villa; tenia veinte mil hombres de á caballo, y de á pié otros tantos (2). Todavía su ejército ni era tan grande ni tan fuerte como el contrario; confiaba empero se podria sustentar con la fortaleza del lugar en que se puso: no le valió su traza á causa que los cristianos cargaron sobre él, y le entraron los reales y saquearon el bagaje. El rebato fue tal que todos los moros se pusieron en huida, cada cual como pensó ó pudo salvarse: lo que fue peor, que como vieron á este rey vencido, los que le eran aficionados, le desampararon, y porque volvia sin su ejército, los de Granada cerraron las puertas al miserable y desgraciado. Hecho esto, alzaron por rey de comun consentimiento y dieron la obediencia á Boabdil su competidor; que á los que huyen, todos les faltan. Los de Velez, perdida toda esperanza de poderse defender, por medio de Roduan y á su persuasion (ca tenia familiaridad con el conde de Cifuentes desde el tiempo que estuvo preso en Granada) se rindieron á veinte y siete de abril á partido y con condicion que tuviesen libertad de irse do les pluguiese, y llevar consigo sus bienes.

Luego que los nuestros quedaron apoderados de aquella plaza sin derramar sangre ni perder gente, un pueblo llamado Bentome que cae allí cerca, á ejemplo de Velez se entregó y recibió dentro guarnicion de soldados: el gobierno y guarda deste pueblo se entregó á Pedro Navarro, hombre que de bajo suelo y marinero que fue, salió capitan señalado, mayormente los años adelante. Con esto los de Málaga cobraron gran miedo: dudaban de poder entretenerse mucho tiempo á causa que no tenian esperanza, á lo menos muy poca, de que les viniese socorro; así el alcaide y gobernador llamado Abenconnixa salió de la ciudad á tratar de rendirse por intervencion de Juan de Robles, que estuvo mucho tiempo cautivo en Málaga.

Tuvieron noticia destos tratos y práticas cierto número de soldados berberiscos que allí tenian de guarnicion para defender aquella ciudad: temian no les entregasen á los enemigos, y juntamente indignados de que sin dalles parte se tratase de cosa semejante, acometieron el castillo principal que está sobre aquella ciudad, y se llama el Alcazaba, y se apoderaron dél: echaron fuera y degollaron los soldados que tenia de guarnicion, y entre ellos un hermano del mismo Abenconnixa. Tras esto acuden á las murallas, cierran las puertas para que nadie de los ciudadanos pudiese tener habla con los cristianos: si alguno se desmandaba, pagaba con la vida; castigo con que pretendian escarmentar á los demás.

Perdida pues esta esperanza, el rey hizo traer tiros mas gruesos de Antequera, y con ellos adelantó sus reales y los puso á quince de mayo á vista de Málaga. Está aquella ciudad asentada en un llano sino es por la parte que se levanta un recuesto en que están edificados dos castillos: el mas bajo se llama Alcazaba, y el que está en lo mas alto, se llama Gebalfaro: la ciudad es pequeña de circuito, pero muy hermosa y conforme á su grandeza llena de gente. Tiene puerto y atarazanas por la parte que es bañada del mar; por las espaldas se levantan ciertos montes y collados plantados de viñas y de huertas, en que los ciudadanos tienen muchas casas de placer. Del un castillo al otro van dos muros tirados con que se juntan entre sí, y se pasa del uno al otro. La campiña es hermosa, el cielo alegre, la vista del mar muy ancha, y en aquel tiempo era rica y muy noble por el comercio y contratacion de Africa y de Levante.

Hallábanse en los reales del rey y en su compañía el maestre de Santiago, el almirante de Castilla, el de Villena, el de Benavente, el maestre de Alcántara, y don Andrés de Cabrera marqués de Moya: demás destos casi todos los señores del Andalucía, y muy buenos socorros que acudieron de aragoneses. Pareció cercar aquella ciudad de mar á mar con foso, con trincheas y albarradas, y poner golpe de gente en el collado en que está el castillo menor: hízose lo uno y lo otro; dióse cuidado de los que pusieron en el collado al marqués de Cádiz. La reina otrosí vino al cerco, y en su compañía el cardenal don Pero Gonzalez de Mendoza, y fray Hernando de Talavera por su buena y santa vida de fraile de San Gerónimo (como queda dicho) promovido en obispo de Avila.

Antes que se acabasen los fosos y valladar, salieron algunas veces á escaramuzar los moros, al contrario los cristianos asimismo acometian las murallas. En unos destos rebates fue muerto Juan de Ortega, soldado que se señaló mucho en esta guerra así bien en la toma del castillo de Alhama como en muchas otras empresas memorables. A veinte y nueve de mayo salieron tres mil moros de la ciudad con intento de acometer las estancias del marqués de Cádiz: mataron las escuchas, rompieron el primer cuerpo de guarda, y hecho esto entraron en los reales. El marqués de Cádiz, sin perder el ánimo por aquel sobresalto, con su gente puesta en ordenanza salió al encuenrro á los enemigos: la pelea fue brava: muchos de los fieles cayeron muertos, el mismo marqués quedó herido; el estrago de los enemigos fue ma-

(1) Zurita añade 4000 de á pié.
(2) Zurita solo pone mil de á caballo.

yor, si bien los mas escaparon por tener la acogida cerca.

Sucedió que en la ciudad por la gran cuita en que se veian puestos, algunos se resolvieron de matar al rey, en particular un moro tenido por santo entre aquella gente para salir con este dañado intento se dejó prender: pidió le llevasen al rey. Fue Dios servido que á la sazon reposaba: mandó la reina le llevasen á la tienda del marqués de Moya: el moro por el arreo y riquezas que veia, se persuadió que era aquella la tienda real. Puso mano á un alfanje que por poca advertencia no le quitaron, y con él se fue denodado, feroz y con aspecto y rostro espantable para don Alvaro de Portugal, que acaso estaba hablando con la marquesa doña Beatriz de Bovadilla: don Alvaro, abajado el cuerpo, huyó el golpe; el moro fue preso, y muerto por la gente que acudió al ruido. Desta manera por merced de Dios se evitó este peligro.

Aumentóse el número de la gente con la venida del duque de Medina Sidonia: asimismo desde Flandes Maximiliano duque de Austria, que poco despues fue César y rey de romanos, envió dos naves gruesas cargadas de todos los pertrechos y municiones de guerra, y por capitan á don Ladron de Guevara. El número de los enemigos asimismo se acrecentó á causa que algunos moros por los reparos que caian junto al mar, se metieron en la ciudad para socorrer á los cercados. Apretábalos la hambre, y con todo esto los berberiscos no se doblegaban á querer partido: los ciudadanos, cuyo así riesgo como miedo era mayor, se inclinaban á rendirse. Uno dellos persona en autoridad y riquezas de los mas principales, llamado Dordux, salió á los reales á tratar de conciertos: respondió el rey que en ningun partido vendria si no fuese que entregasen la ciudad á su voluntad. Esto en público; mas de secreto y en puridad prometió á Dordux que si terciaba bien y lealmente, daria libertad á él y á todos sus parientes sin que recibiesen algun mal, demás de las mercedes que le haria muy grandes. Dió el moro la palabra de hacello así: llevó consigo gente del rey, y dióles entrada en el castillo y puso el estandarte real en lo mas alto de la torre del homenaje.

El espanto de los ciudadanos por esta causa y de los africanos fue grande, bien que mezclado con alguna esperanza: persuadíanse los mas que lo que se asentara con Dordux, guardarian los vencedores con los otros; con esta persuasion enfardelaban, resueltos de partirse. Engañóles su pensamiento: acudieron los nuestros, y los quitaron todos sus bienes junto con la libertad: lo mismo se ejecutó con los soldados que tenian de guarnicion en los castillos, y por semejante yerro para irse se salieron al mar; en particular los africanos con su capitan Zegri fueron presos. Los que de los cristianos se pasaran á los moros, que eran muchos, pagaron con las vidas: á los judíos, que despues de bautizados apostataron de la Religion Cristiana, quemaron; á los demás así judíos como moros naturales de aquella ciudad se les hizo gracia que se librasen por un pequeño rescate y talla.

La toma de aquella nobilísima ciudad sucedió á los diez y ocho de agosto: hiciéronse alegrías en toda España por esta victoria, procesiones y rogativas para dar gracias por tanta merced á Dios Nuestro Señor. Averiguóse que aquella ciudad en tiempo de los godos tuvo obispo propio, y así con bula que para ello se ganó del pontífice Inocencio, le fue restituida aquella dignidad. Enturvióse algun tanto esta alegría con un aviso que vino de Levante que el gran turco Bayacete con una gruesa armada que tenia junta, pretendió bajar á Sicilia para divertir las fuerzas de España y hacer que aflojasen en la guerra de Granada, y aun se rugía que para este efecto y quedar desembarazado hizo paces con el gran soldan de Egipto.

CAPITULO XI.

En Aragon se asentó la hermandad entre las ciudades.

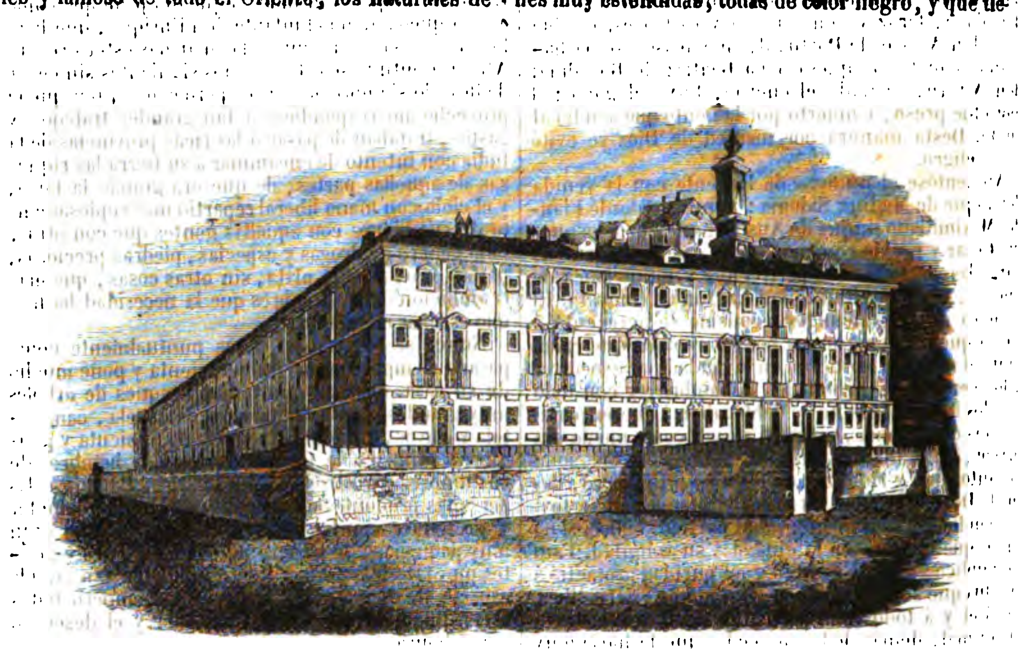
Los moros de Granada se hallaban apretados y á punto de perderse por la guerra que les hacia el rey don Fernando. Los portugueses por el contrario con las navegaciones que hacian, y flotas que enviaban cada un año, se abrian camino para las provincias de Levante: empresa grande, á que dió principio como arriba queda dicho el infante don Enrique, que hizo los años pasados descubrir las marinas esteriores de Africa. Continuóse esto los años siguientes sin cesar de llevallo siempre adelante; pero como quier que el provecho no respondiese á tan grandes trabajos y gastos, trataban de pasar á las ricas provincias de la India con intento de encaminar á su tierra las riquezas de aquellas partes, de que era grande la fama; y el cielo con mano liberal repartió mas copiosamente de sus bienes con aquellas gentes que con otras, todo género de drogas y especias, piedras preciosas, perlas, oro, marfil, plata, sin otras cosas, que mas la ambicion de los hombres que la necesidad ha hecho estimar en mucho.

Nunca se refieren las cosas puntualmente como pasan: siempre la fama las acrecienta y pone mucho de su casa. Decíase que tenian bosques de árboles muy grandes y en estremo altos de canela, cañafístola y clavos, grande abundancia de pimienta y gengibre, animales de formas estrañas, y hombres de costumbres y rostros estraordinarios. Parecia á las personas prudentes cosa de grande locura acometer y pretender con las fuerzas de Portugal que eran muy pequeñas, de pasar á aquellas regiones y gentes puestas en lo postrero del mundo por tan grande espacio de tierra y de mar; vencia empero todas estas dificultades la codicia de tener y el deseo de ganar honra.

Con esta resolucion los años pasados el rey de Portugal envió á Bartolomé Diaz piloto muy esperimentado para que fuese al cabo de Buena Esperanza, en que hácia la parte de Mediodia muy adelante de la Equinoccial adelgazándose las riberas por la parte de Poniente y por la otra de Levante, se remata la grande provincia de Africa, tercera parte del mundo. Este pues pasado aquel cabo, llegó hasta un rio que llamaron el rio del Infante: fue este grande acometimiento y porfía estraordinaria. Fray Antonio, de la órden de San Francisco, iba en compañía de Bartolomé Diaz, y era persona diligente, sagaz y atrevida. Este desde allí por tierra, considerada gran parte de la Africa y de la Asia, llegó á Jerusalén; últimamente él por tierra, y Bartolomé Diaz por el mar, vueltos á Portugal, dieron aviso al rey y á los portugueses de lo que vieron por los ojos: animados pues con tan buen principio cobraron mayor ánimo para llevar al cabo lo comenzado. Para mejor ejecutar esto escogieron dos personas de grande ánimo y esperiencia, y sobre todo muy diestros y ejercitados en la lengua arábiga, para que pasasen adelante; el uno se llamaba Pedro Covillan, y el otro Alonso Payva. Por escusar el gran gasto que se hiciera si los enviaran por el mar con armada, les ordenaron que por la tierra fuesen á ver y atalayar las partes mas interiores de Africa y de Asia. Con este órden salieron de Lisboa á los quince de mayo, pasaron á Nápoles, tocaron á Rhodas, visitaron á Jerusalén, dieron vuelta á Alejandría, y llegaron al Cayro, ciudad la mas principal de Egipto. Allí se apartaron, Pedro Covillan para Ormuz, que es una isla á la boca del seno Pérsico; donde pasó á Calicut: Alonso de Payva tomó cuidado de mirar y calar las partes interiores de Ethiopia, en que le sobrevino la muerte.

Por esta causa y por cartas que vinieron de su rey á Pedro Covillan en que le mandaba no volviese á su tierra antes de tomar noticia de todas aquellas provincias, pasó á Ethiopia. Pagáronse de sus costumbres y su ingenio Alejandro, al cual vulgarmente llaman Preste Juan, y Nahu y David sus sucesores; no le dejaron por onde partir, antes le casaron, heredaron y dieron con que se sustentase. Visto que no podia volver, desde allí envió por escrito al rey de Portugal una informacion de todo lo que vió y halló. Avisaba que Calicut era una plaza y mercado el mas rico y famoso de todo el Oriente, los naturales de color bazo y de membrillo, poco valientes, y de costumbres muy estravagantes. Que de la cinta arriba andaban desnudos, vestidos solo de la cintura abajo, los mas con mucho oro y seda, y los brazos cargados de perlas, de los hombros fiada una cimitarra, con que peleaban: lo que mas espanta, que una mujer casaba y casa con muchos maridos, por la cual causa como quier que nadie conozca su padre, ni sepa con certidumbre quien le engendró, los hijos no heredan, sino los sobrinos hijos de hermanas.

Avisaba otrosí que en Ethiopia hay muchas naciones muy estendidas, todas de color negro, y que tie-



Aljafería de Zaragoza.

nen nombre de cristianos, la antigua religion en gran parte estragada y mezclada con ceremonias de judíos y errores de herejías. Todas obedecen á un rey muy poderoso, que tiene grandes ejércitos de á pié y de á caballo, y siempre se aloja en los pabellones y reales. Que cuidaba se podria reducir aquella gente, si con embajadas que se enviasen de la una á la otra parte, se asentase con aquellos reyes alguna confederacion; pero lo mas desto sucedió los años siguientes.

Volvamos con nuestro cuento al rey don Fernando. Despues de tomada Málaga, ya que pretendia pasar adelante, las alteraciones de Aragon le forzaron á ir allá para atajar grandes insultos, robos y muertes que se hacian. Particularmente en Valencia don Philipe de Aragon maestre de Montesa, vuelto de la guerra de Granada, mató á Juan de Valterra mozo de grande nobleza, y que era su competidor en los amores de doña Leonor marquesa de Cotron hijo de Antonio Centellas. Desta muerte resultaron grandes alborotos en aquella ciudad. Para acudir á todo esto los reyes don Fernando y doña Isabel partieron de Córdova. Por sus jornadas llegaron á Zaragoza á los nueve de noviembre. En aquella ciudad se mudó la manera de nombrar los oficiales y magistrados: antiguamente lo hacia el regimiento y el comun del pueblo, del que resultaban debates. Ellos mismos pidieron les quitasen aquella autoridad, y la tomase el rey en sí, á propósito de evitar los alborotos que sobre los nombramientos se levantaban: demás desto á ejemplo de Castilla se ordenaron ciertas hermandades entre las ciudades que acudiesen cada cual por su parte con dineros para la paga de ciento y cincuenta de á caballo que anduviesen por toda la tierra y reprimiesen por temor, y castigasen con severidad los insultos y maldades. Sacóse otrosí por condicion que el capitan y superior de toda esta hermandad le nombrase el rey; pero que fuese uno de tres ciudadanos de Zaragoza que señalase el consejo y regimiento. Diéronles asimismo ordenanzas para que se gobernasen, en razon que no usasen mal de aquel poder que se les daba.

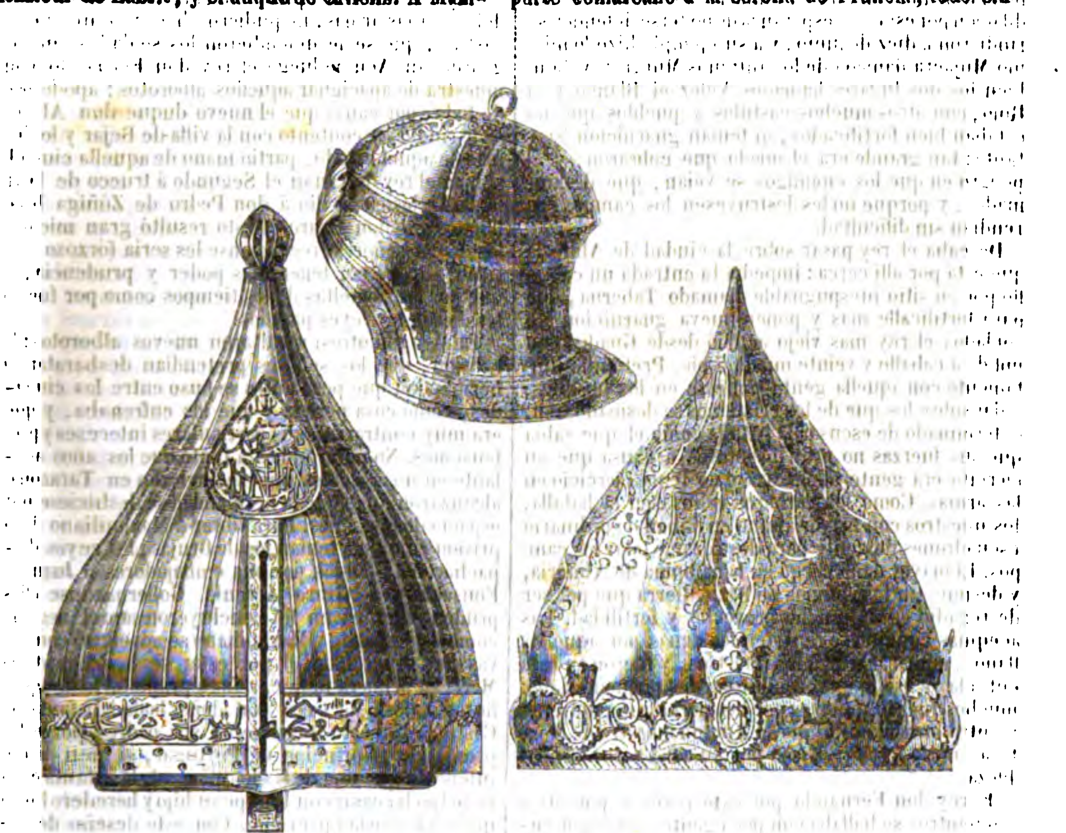
Esto se efectuó por principio del año siguiente de 1488 en los mismos dias que un embajador del rey de Nápoles llamado Leonardo Tocco, griego de nacion, y del linaje de los emperadores griegos (al cual los turcos quitaron un gran estado y forzaron á huirse de Italia) vino á tratar del casamiento que los años pasados se concertó entre don Fernando príncipe de Capua y nieto del rey de Nápoles, y la infanta doña Isabel hija del rey don Fernando. Esta demanda no hobo lugar, ni se efectuó el casamiento á causa que el rey pensaba casar su hija con el rey de Francia ó con el príncipe de Portugal para que fuese (como se persuadian) un vínculo perpétuo de concordia entre aquellas naciones; bien que ofrecieron en su lugar á la infanta doña María, con tal que desistiesen aquellos príncipes del primer concierto, y los primeros desposorios se diesen por ningunos.

De Zaragoza pasaron los reyes á Valencia: sobrevino sin pensallo Alano padre de Juan de Labrit rey de Navarra. El deseño y intento era que el rey les ayudase para defender su estado del rey de Francia que les tomara gran parte dél pasados los montes, y para sosegar á los navarros de aquende que andaban alborotados. En particular los biamonteses estaban

apoderados de gran parte de Navarra sin dar lugar á los reyes que pudiesen entrar en su reino, si bien tres años antes tomaron asiento con el conde de Lerin, por el cual á él y á sus deudos y aliados fueron dados los cargos y pueblos que tuvieron sus antepasados, y aun le añadieron de nuevo otros muchos para ganalle; pero la deslealtad y ambicion no se doblega por ningunas mercedes.

Demás desto pretendia que el rey amparase á Francisco duque de Bretaña, con cuya hija llamada Ana por no tener hijo varon muchos deseaban casar; en especial Carlos Octavo rey de Francia le hacia guerra por esta causa: de parte del duque estaba el dicho monsieur de Labrit, y el duque de Orliens. A Maximiliano que ya era César y rey de romanos, tenian preso con guardas que le pusieron los de Brujas, ciudad de Flandes con grande atrevimiento le acometieron y prendieron dentro de su mismo palacio. Ponia esto en nuevo cuidado, porque aquel príncipe era amigo de los españoles; y el dicho Lebrit que venia á dar aviso de todo esto, su confederado.

Por conclusion é instancia de Alano, que no rehusaba cualesquier condiciones que le pusiesen, se hizo entre el rey y él alianza y liga contra todos los príncipes, escepto solo el rey de Francia: no estaba seguro que Alano y su hijo se le mostrasen contrarios al descubierto por tener su estado todo parte sujeto, parte comarcano á la corona de Francia; todo era



Cascos moriscos (Armería Real de Madrid).

disimulacion, la intencion verdadera de valerse de las fuerzas de España contra Francia. Púsose por condicion entre otras que se hiciese una armada, y se levantase gente en las marinas de Vizcaya, que se envió finalmente á Bretaña debajo de la conducta y regimiento de Miguel Juan Gralla maestresala del rey, de nacion catalan. Otorgáronse las escrituras de toda esta confederacion y capitulaciones á veinte y uno de marzo, cuyo traslado no me pareció poner aquí.

CAPITULO XII.

Que volvieron á la guerra de los moros.

Comenzaron los reyes á tener córtes del reino de Valencia en aquella ciudad que se acabaron en la ciudad de Orihuela: pretendian por este camino castigar los insultos y maldades que se hacian en aquella provincia no con menor libertad que en Aragon. Sosegadas estas alteraciones, el rey don Fernando se apresuraba para pasar por el reino de Murcia que caia cerca de tierra de moros. Haciánse nuevos aparejos para proseguir aquella guerra hasta tomar aquel reino, donde Abohardil con grande dificultad sustentaba el nombre de rey, si bien se hallaba con mayores fuerzas que su sobrino, por tener debajo su jurisdiccion á Guadix, Almería y Baza, con toda la serranía de Granada que llega hasta el mar, de que podia recoger mayores intereses á causa que la guerra por ser la tierra tan fragosa no habia llegado á aquellos lugares, demás de los grandes provechos que se sacaban del artificio de la seda, que era y es la mas fina de toda España.

Allegábase que los naturales andaban desabridos con Boabdil: teníanle por cobarde y enemigo de su secta; decian era moro de solo nombre, y de corazon cristiano. Demás desto Abohardil ganara reputacion y crédito con una entrada que por bosques y lugares ásperos hizo en la campiña de Alcalá la Real: la presa y cabalgada fue grande que llevó á Guadix, de ganados mayores y menores, por estar la gente descuidada, y no pensar en cosa semejante á causa que todo lo que caia por allí de moros, se tenia por Boabdil amigo y confederado: atrevimiento de que muy en

breve se satisfizo Juan de Benavides, á cuyo cargo quedó aquella frontera: quemólos campos de Almería y hizo otros muchos daños.

Los apercebimientos para la guerra no se hacian con el calor que quisiera el rey don Fernando, por cuanto la tierra del Andalucía estuvo trabajada con peste este año y el pasado; por lo demás muy deseosos todos de hacer el postrer esfuerzo y concluir con guerra tan larga. Por este respeto mandó que acudiesen todas las gentes á la ciudad de Murcia, do él quedaba, con resolucion de combatir á Vera, que es una villa á la ribera del mar, y se entiende que es la que Pomponio Méla llamó Vergi, ó Antonino Varea. No hobo dificultad alguna en tomarla: los moradores sin dilacion por estar sin esperanza de poderse defender se rindieron á diez de junio, y á su ejemplo hizo lo mismo Mujacra llamada de los antiguos Murgis: y tambien los dos lugares llamados Velez el Blanco y el Rojo, con otros muchos castillos y pueblos que no estaban bien fortificados, ni tenian guarnicion bastante: tan grande era el miedo que cobraron, y el peligro en que los enemigos se veian, que desanimados, y porque no les destruyesen los campos, se rendian sin dificultad.

Deseaba el rey pasar sobre la ciudad de Almería que está por allí cerca: impedia la entrada un castillo por su sitio inespugnable llamado Taberna, que para fortificalle mas y poner nueva guarnicion de soldados el rey mas viejo acudió desde Guadix con mil de á caballo y veinte mil de á pié. Pretendia juntamente con aquella gente ponerse en los bosques, y dar sobre los que de los cristianos se desmandasen, determinado de escusar la batalla como el que sabia que sus fuerzas no eran bastantes á causa que su ejército era gente allegadiza y no tenia ejercicio en las armas. Como los bárbaros rehusasen la batalla, los nuestros con mayor ánimo enviaban de ordinario escuadrones de gente para destrozar y talar los campos. El mayor daño cargó en la campiña de Almería, y despues en los campos de Baza, tierra que por ser de regadío es de mucho provecho y fertilidad. Las acequias con que se reparten las aguas por aquellos llanos, embarazaron á los nuestros, y fueron en esta entrada ocasion que recibiesen no pequeño daño: muchos fueron muertos por los moros que acudieron y entre otros don Philipe de Aragon maestre de Montesa, mozo feroz y brioso por su edad y por su nobleza.

El rey don Fernando por este revés y por otros encuentros se hallaba con poca gente: puso por entonces guarniciones en lugares á propósito, y con tanto se fue primero á Huescar, pueblo que está cerca de Baza; despues por la ribera abajo del rio Segura pasó á Murcia, desde allí á Toledo con intento de pasar á Castilla la Vieja, ca le forzaban ir allá ocasiones que se ofrecian. Con su partida el rey moro cargó sobre los pueblos que le tomaron, y los redujo todos á su obediencia parte con promesas, parte con amenazas.

En este comedio los moradores de Gausin, que era un pueblo muy fuerte cerca de Ronda, cansados del señorío de cristianos, ó por su acostumbrada ligereza y poca lealtad, se conjuraron entre sí para matar los soldados, como lo hicieron, los que tenian de guarnicion, y que andaban por el pueblo descuidados de cosa semejante. No les duró mucho la alegría deste hecho: los moros comarcanos para mostrar que no tenian parte en aquel insulto, y por temor de ser castigados, se apellidaron para tomar emienda de aquel caso, y cercaron á Gausin; acudieron con nuevas gentes desde Sevilla el marqués de Cádiz y el conde de Cifuentes, y recobrado que hobieron aquella plaza, á todos los moradores en venganza del aleve pasaron á cuchillo, ó los dieron por esclavos.

Llegó á Valladolid el rey don Fernando un sábado á seis de setiembre: allí se le ofreció una nueva ocasion para recobrar la ciudad de Plasencia, que la poquedad de los reyes pasados la enajenó y puso en poder de la casa de Zúñiga. Fue así que por muerte de don Alvaro de Zúñiga que falleció en aquella sazon, sucedió en aquel estado un nieto suyo del mismo nombre, hijo de su mayorazgo que falleció en vida de su padre. Pretendia tener mejor derecho Diego de Zúñiga tio del sucesor por estar en grado mas cercano al defunto. Los deudos y aliados estaban repartidos y divididos entre los dos. Con esto tuvieron ocasion los Carvajales que eran el bando contrario y muy seguidos en aquella ciudad, para apoderarse della con las armas: no pudieron hacer lo mismo del castillo, que se le defendieron los soldados que le guardaban. Acudió luego el rey don Fernando con muestra de apaciguar aquellos alborotos: apoderóse de todo, por causa que el nuevo duque don Alvaro se le rindió, y contento con la villa de Bejar y lo demás de aquel estado, partió mano de aquella ciudad, si bien el rey don Juan el Segundo á trueco de la villa de Ledesma la dió á don Pedro de Zúñiga bisabuelo deste don Alvaro. Desto resultó gran miedo á los demás señores: receláb anse les seria forzoso restituir al rey, por tener mas poder y prudencia, lo que por las revueltas de los tiempos como por fuerza les dieron los reyes pasados.

En Aragon otrosí resultaron nuevos alborotos: la ocasion, que los señores pretendian desbaratar la hermandad que poco antes se puso entre las ciudades, como cosa pesada y que los enfrenaba, y que era muy contraria á sus particulares intereses y pretensiones. No pararon hasta tanto que los años adelante en unas córtes que se tuvieron en Tarazona, alcanzaron que aquella hermandad se deshiciese por espacio de diez años. Para librar á Maximiliano de la prision en que le tenian los de Brujas, los reyes despacharon á Flandes por sus embajadores á Juan de Fonseca y á Alvaro Arronio. Gobernáronse ellos prudentemente; en fin concluyeron aquel negocio como se deseaba, y Maximiliano se apaciguó con sus vasallos. Pretendia él por estar viudo de madama María su primera mujer, señora propietaria de aquellos estados, de casar con doña Isabel infanta de Castilla. En esto no vinieron sus padres por estar prometida al príncipe de Portugal, si bien dieron intencion que una de las hermanas de la infanta doña Isabel podia casar con Philipe su hijo y heredero luego que tuviese edad para ello. Con este deseño de casarle en España su abuelo el emperador Federico en aquella sazon le dió título de Archiduque de Austria, como quier que los señores de aquel estado antes deste tiempo solamente se intitulasen duques.

En Roma hacian oficio de embajadores por los reyes católicos acerca del papa el doctor Medina, y el protonotario Bernardino de Carvajal, poco despues obispo de Astorga en lugar de don García de Toledo, y adelante el dicho Bernardino fue cardenal y obispo de Osma, de Badajoz, de Cartagena, de Sigüenza y de Plasencia sucesivamente. Mandaron los reyes á estos embajadores que por cuanto Maximiliano rey de Romanos envió sus embajadores al papa fuera de lo que se acostumbraba, como algunos pretendian, por ser vivo el emperador su padre, que les diesen el primer lugar solamente en caso que los embajadores de Francia hiciesen lo mismo: que advirtiesen no los dejasen asentar en medio de los de Francia y ellos, sino que si los de Francia precedian, ellos al tanto tomasen mejor lugar.

Ayudó mucho para poner en libertad á Maximiliano el recelo que los de Brujas tuvieron de la armada que el señor de Labrita parejaba en las marinas de Vizcaya como quedó concertado. Pasó á Bretaña la armada: la pérdida y daño que allí se recibió fue gran-

de: el duque de Orliens y sus confederados quedaron desbaratados por las gentes del rey de Francia en una batalla que se dió junto á San Albin; el duque y Juan Gralla que era capitan de los españoles, vinieron en poder de los vencedores, desbaratada y destrozada gran parte de la gente que llevaban, como se dirá algo mas adelante.

CAPITULO XIII.

Tres ciudades se ganaron de los moros.

En un mismo tiempo y sazon la corona de Castilla se aumentaba con nuevas riquezas y estados, y los turcos enemigos contínuos y grandes de cristianos ponian gran temor por el gran poder que tenian por mar y por tierra. Al fin deste año falleció don Garci Lopez de Padilla maestre de Calatrava: el letrero de su sepulcro que está en la capilla mayor de la iglesia de aquella villa, señala el año pasado. Por su muerte como quier que muchos pretendiesen aquella dignidad, el rey don Fernando por bula del pontífice Inocencio la tomó para sí en administracion, y la incorporó en su corona con todas sus rentas y estado: principio que pasó adelante á los demás maestrazgos por la misma órden y traza, con que se aumentó el poder de los reyes; pero la autoridad de aquellas órdenes y fuerzas se enflaquecieron á causa que los premios que se acostumbraban dar á los soldados esforzados, y que servian la guerra, mudadas las cosas, se dan por la mayor parte á los que siguen la córte. Las revueltas y pretensiones que resultaban en las elecciones de los maestres y los tesoros reales que estaban gastados, dieron ocasion á esto. Verdad es que ordinariamente de buenos principios las cosas con el tiempo desdicen algun tanto; y do quiera hay lisongeros que dan color á todo lo que se hace. Mejor será pasar por esto, aunque quién podrá dejar de sentir que las riquezas que los antepasados dieron para hacer la guerra á los enemigos de cristianos se derramen y gasten en otros usos diferentes? cuán gran parte de la tierra y del mar se pudiera con ellas conquistar?

De Levante venian nuevas que el gran turco Bayacete juntaba grandes gentes de á caballo y de á pié, y que tenia cubierto y cuajado el mar con una gruesa armada: recelábanse no volviese sus fuerzas contra las tierras de cristianos, y era así que no le faltaba voluntad de estender su imperio hácia el Poniente, y vengar el sentimiento que tenia por no le entregar (como él lo pretendia) á Gemes su hermano. Lo que le detenia, era el soldan de Egipto, al cual pesaba mucho que el poder y mando de los turcos creciese tanto: volvió pues sus fuerzas contra el soldan. Solas once galeotas de cosarios, apartados de la demás armada, fueron sobre la isla de Malta, y toda casi la pusieron á saco y la robaron hasta los mismos arrabales de la ciudad. Esta isla por tener dos puertos es capaz de cualquiera armada por grande que sea.

Divide estos dos puertos una punta de tierra que llaman de Santelmo: pareció seria bien edificar allí un fuerte y castillo á propósito de impedir que los enemigos con sus armadas no se apoderasen de aquella isla, y desde allí acometiesen á nuestras riberas, como lo comenzaban á hacer. De Sicilia fue una armada contra estos cosarios; pero llegó tarde el socorro en sazon que el enemigo era ya partido con la presa. De España al tanto enviaron una nueva armada, por general Fernando de Acuña que iba de nuevo á ser virey de Sicilia. Pretendian con esto no solo defender nuestras riberas, sino acometer asímismo las de Africa. Demás desto el rey don Fernando puso confederacion y hizo de nuevo liga con los reyes de Ingalaterra y casa de Austria contra las fuerzas del rey de Francia. Todas estas práticas se enderezaban para apoderarse por las armas del reino de Nápoles: con que los señores Neapolitanos que andaban desterrados de su tierra, unos convidan al rey don Fernando, otros al francés, en quien hacian mas fundamento por ser mayores sus fuerzas, y mayor el odio contra los de Aragon.

Pasó esto tan adelante, que al principio del año siguiente que se contaba de nuestra salvacion 1489, fueron desde España mil caballos, y dos mil infantes en socorro de Bretaña contra el poder y intentos del rey de Francia, y en defensa de madama Ana que por muerte de su padre el duque habia heredado aquel estado. Iba por capitan desta gente don Pedro Sarmiento, conde de Salinas: atendíase á esta como quier que la guerra de los moros de Granada ponia en mayor cuidado; y cuanto mayor era la esperanza y mas de cerca se mostraba de deshacer aquel reino, tanto crecia mas el fervor y el ánimo.

Así los reyes partieron de Medina del Campo, á veinte y siete de marzo para el Andalucía, con intento de volver á las armas y á la guerra. Hacíase la masa del ejército en Jaen. Llegados allí los reyes, despues de pasar por Córdova, hicieron alarde de la gente: hallaron que eran doce mil de á caballo, y cincuenta mil infantes, los mas escogidos y animosos soldados de todo el reino. Un buen golpe de gente vino de sola Vizcaya y los lugares comarcanos: provincia que por ser gobernada con mucha blandura es muy leal á sus reyes, y por tener los cuerpos endurecidos por la aspereza y falta de la tierra es muy á propósito para los trabajos de la guerra. Pareció ir con esta gente sobre Baza: en la entrada para que no les hiciese algun embarazo, se apoderaron de un pueblo llamado Cujar, aunque pequeño, pero de sitio muy fuerte. Hecho esto, por principio del mes de junio se pusieron nuestras gentes sobre Baza, cuyo sitio despues que el rey don Fernando le consideró bien, con pocas palabras animó á los soldados y los mandó apercebirse para el combate.

Esta ciudad está asentada á la ladera de un collado por do y la llanura que está debajo dél, pasa un rio pequeño, las otras partes tiene rodeadas de otros recuestos: teníanla guarnecida de hombres y armas, bastecida de almacen y de trigo para quince meses. El sitio no daba lugar para arrimarse á la muralla con mantas ni con otros pertrechos de guerra: salieron de la ciudad los soldados de guarnicion, con que se trabó una escaramuzá muy brava en el llano. Cada cual de las partes peleaba con grande ánimo: los nuestros á causa de las acequias por do va el agua encañada, y fosos encubiertos, andaban embarazados, y no se podian aprovechar del enemigo; acudiéronles nuevas compañías de refresco de los reales con que cobraron ánimo, y forzaron á los enemigos á retirarse dentro de la ciudad con mayor daño del que hicieron, por ser mucho menos en número, que no pasaban de mil de á caballo y dos mil peones.

Desta manera otras muchas veces con los moros que salian á pelear, se hicieron delante de los reales otras escaramuzas. Los nuestros talaban los sembrados y las huertas con gran sentimiento de los ciudadanos. Murió en estas refriegas don Juan de Luna, hijo de don Pedro de Luna, señor de Yllueca, mozo de poca edad y muy privado del rey, y por sus buenas prendas entre todos señalado, como lo testifica Pedro Mártir Angleria, hombre natural de Milan, que estuvo mucho tiempo en España, y como testigo de vista compuso comentarios desta guerra. Los cristianos, tantos á tantos, no eran iguales á los moros en las escaramuzas y rebates por estar aquella gente acostumbrada á retirarse y volver las espaldas, y luego con una increible presteza revolver sobre los contrarios, herir en ellos y matallos: ayudábales el lugar en que eran pláticos, y la manera del pelear;

los cristianos eran mas en número, y se aventajaban en el esfuerzo.

Desta manera el cerco se alargaba mucho tiempo, tanto que el rey congojado de la tardanza pensaba si seria bien desistir de aquella empresa, pues no se hacia nada, si esperar el remate, que muchas veces sin embargo de dificultades semejantes le habia sucedido prósperamente. Lo que mayor espanto le ponia, eran las muchas enfermedades y muerte de los suyos á causa de ser el tiempo caluroso, y los manjares de que se sustentaban no muy sanos; demás que la infeccion de la peste que anduvo los años pasados, no quedaba de todo punto apagada.

El marqués de Cádiz, al cual por aquellos dias se dió título de duque, era de parecer que se alzase el cerco: decia que no era justo comprar con el riesgo de tan grande ejército aquella pequeña ciudad: «Es »así que cuando los premios y lo que se interesa, es »igual al peligro, si la empresa sucede bien, el pro»vecho es mayor, y si mal, menor la pena y descon»suelo. Si el cerco durase hasta el invierno, cuando »los rios van crecidos, como se podrán retirar? For»zosa cosa será que todos perezcamos, si no mira»mos con tiempo lo que conviene. Pone espanto solo »el pensallo, y el decillo es atrevimiento: parece, »señor, que haceis poco caso de vuestra salud, con »la cual todos vivimos y vencemos.»

Todos entendian que el de Cádiz tenia razon; sin embargo venció la constancia del rey, y Dios que en las dificultades acudia á su buen ánimo. Resolviéronse pues de llevar adelante lo comenzado, y para apretar mas el cerco rodear todas las murallas con un foso y con su valladar, y nueve castillos que levantaron á trechos, y en ellos gente de guarda, á



Armas antiguas de Granada.

propósito todo que los enemigos no pudiesen de sobresalto hacer alguna salida: las demás gentes se repartieron por los lugares y puestos que parecian mas convenientes, en particular el de Cádiz con cuatro mil de á caballo se encargó de guardar la artillería. Desta manera no podian entrar en la ciudad socorros de fuera, si bien tenia mucha abundancia de vituallas; al contrario en los reales padecian falta de trigo para sustentarse, y de dinero para socorrer y hacer las pagas á los soldados, puesto que de cada dia sobrevenian nuevas compañías.

Por el mes de octubre llegaron los duques don Pedro Manrique de Nájara, y don Fadrique de Alva vestido de luto por su padre que falleció poco antes: el almirante don Fadrique asimismo acudió, y el marqués de Astorga; pocos dias despues llegó la reina con la infanta doña Isabel, su hija, y en su compañía el cardenal de Toledo y otros prelados. La venida de la reina (como yo pienso) fue causa que los cercados perdiesen el ánimo y el brio por entender se tomaba el cerco muy de propósito. Trocóse pues de repente el gobernador de la ciudad llamado Hacen el Viejo, que tenia tambien cuidado de la guerra. Por una plática que con él tuvo Gutierre de Cárdenas comendador mayor de Leon, dado que se pudiera entretener mucho tiempo, se inclinó á concertarse: comunicó el negoció con su rey que estaba en Guadix; acordaron de rendir la ciudad muy fuera de lo que los cristianos cuidaban.

Concluidas las capitulaciones y concierto, que fue á cuatro de diciembre, el dia siguiente el rey y la reina con mucha fiesta á manera de triunfo entraron en aquella ciudad: la guarda y gobierno della encomendaron á Diego de Mendoza adelantado de Cazorla y hermano del cardenal de España. Puso esto mucho espanto á los comarcanos, y fue ocasion que muchos lugares de su voluntad se rindieron; y para mas seguridad dieron rehenes, y proveyeron de trigo y de todo lo necesario en abundancia: entre estos lugares los principales fueron Taberna y Seron. Lo que es mas, Guadix y Almería, ciudades que cada una dellas pudiera sufrir un muy largo cerco, cosa maravillosa, sin probar á defenderse se entregaron: el mismo rey Abohardil vino en ello, que junto á Almería, donde acudió el campo, salió á verse con el rey don Fernando que le recibió muy bien y le hizo grande fiesta. Demás de esto dos castillos fortísimos, cerca el uno del otro y ambos puestos sobre el mar se ganaron, el uno llamado Almuñecar en que solian estar los tesoros de los reyes moros y su recámara, el otro fue Salobreña que los antiguos llamaron Selambina, puesto en los pueblos llamados Bastulos sobre el mar Ibérico en un sitio muy áspero y muy fortificado, á propósito de tener como tenian los moros allí guar-

dados los hijos y hermanos de los reyes á manera de cárcel.

La tenencia deste castillo se encomendó á Francisco Ramirez, natural de Madrid, general que era de la artillería: caudillo que se señaló de muy esforzado así bien en esta guerra como en la de Portugal: señalóse otrosí y aventajóse entre los demás en el cerco de Baza, Martin Galindo, ciudadano de Ecija, que pretendia en esfuerzo y valor semejar á su padre Juan Fernandez Galindo, caudillo de fama, y uno de los mas valientes soldados de su tiempo. Concluidas cosas tan grandes, en Guadix se hizo alarde del ejército á postrero de diciembre, entrante el año de nuestra salvacion de 1490. Hallaron conforme á las listas que faltaban veinte mil hombres, los tres mil muertos á manos de los moros, los demás de enfermedad. No pocos por la aspereza del invierno se helaron de puro frio, género de muerte muy desgraciado: los mas que murieron desta manera era gente baja, forrajeros y mochilleros, así fue menor el daño.

CAPITULO XIV.

Que don Alonso, príncipe de Portugal, casó con la infanta doña Isabel.

El fin y destruicion de aquella gente bárbara, y de aquel reino que contra razon se fundó en España, se llegaba muy de cerca. Apretábalos el rey don Fernando sin faltar punto á la buena ocasion que el cielo le presentaba, como príncipe animoso, diligente, astuto y recatado, feroz en la guerra, y despues de la victoria manso y tratable. Por medio de Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de Leon, que sirvió muy bien y con mucho esfuerzo en esta guerra, se tomó asiento y se hicieron las capitulaciones con aquel rey bárbaro, humillado y caido. En virtud del concierto le hizo merced de la villa de Fandarax que está en la sierra de Granada, con otras alquerías, aldeas y posesiones por allí que rentaban hasta en cantidad de diez mil ducados con que pudiese sustentar: pequeña recompensa y consuelo de la pérdida de un reino; tanto menos digno era de tenelle compasion por dar (como dió) principio á su reinado por la muerte cruel de su mismo hermano. A los moros de nuevo conquistados se concedió que poseyesen sus heredades como antes; pero que no morasen dentro de las ciudades, sino en los arrabales, á propósito que no se pudiesen fortificar ni alborotarse: para lo mismo les quitaron tambien toda suerte de armas. Publicáronse estas capitulaciones y concierto en Guadix.

Los reyes por fin de diciembre se partieron de allí, y por Ecija fueron á Sevilla. Por todo el camino los pueblos los salian á recebir, y los miraban como á príncipes venidos del cielo; y ellos con haber concluido en tan breve tiempo cosas tan grandes representaban en sus rostros y aspectos mayor magestad que humana. Los príncipes extranjeros, movidos por la fama de hechos tan grandes, les enviaban sus embajadores á dar el parabien, y á porfía todos pretendian su amistad. Sobre todos el rey de Portugal, cosa tratada de antes, pretendia para el príncipe don Alonso su hijo á la infanta doña Isabel, hija mayor de los reyes, como prenda muy cierta de una paz perpetua que resultaria por aquel medio entre aquellas dos coronas. Envió para este efecto á Fernando Silveyra, justicia de Portugal, y á Juan Tejeda, su canciller mayor, por cuya instancia en Sevilla á diez y ocho de abril se concertó este casamiento que á todos venia bien y á cuento, mayormente que la esperanza de efectuar el casamiento de Francia faltaba á causa que aquel rey queria casarse con madama Ana, duquesa de Bretaña.

Las alegrías que se hicieron en el un reino y en el otro por estos desposorios, fueron grandes, menores en Portugal, por ocasion que el mes siguiente falleció en Avero, la infanta doña Juana, hermana de aquel rey, sin casar por no querer ella, bien que muchos la pretendieron y ella tenia partes muy aventajadas: la hermosura de su alma fue mayor y sus virtudes muy señaladas, de que se cuentan cosas muy grandes. Tampoco la alegría de Castilla les duró mucho, si bien la doncella desde Constantina partió á Portugal á once de noviembre. En su compañía el cardenal de España y don Luis Osorio, obispo de Jaen, los maestres de Santiago y de Alcántara, los condes, el de Feria, don Gomez de Figueroa, y el de Benavente, don Alonso Pimentel con otra mucha nobleza, todo á propósito de representar magestad; que parece aquellas dos naciones andaban á porfía sobre cual se aventajaria en arreo, libreas y galas.

A la ribera del rio Caya, que corre entre Badajoz y Yelves, se hizo la entrega de la novia á los señores portugueses que salieron para recibirla y acompañarla; el principal el duque don Emanuel que sucedió adelante en aquel casamiento y en el reino: así lo tenia el cielo determinado. Acudieron el rey de Portugal y su hijo á Estremoz, pueblo de aquel reino: para mas honrar la esposa la hicieron sentar en medio, y el suegro á la mano izquierda. Allí se hicieron los desposorios á veinte y cuatro de noviembre que fue miércoles, y el dia siguiente se velaron por mano del arzobispo de Braga, que es la principal dignidad de Portugal. Los regocijos y alegrías de la boda por espacio de medio año se continuaron en Ebora y en Santaren, do fueron los príncipes.

No hay gozo puro ni duradero entre los mortales, segun se vió en este caso: todos estos regocijos se trocaron en lloro y en duelo por un desastre no pensado. Salió el rey en aquella villa una tarde á la ribera del rio Tajo: el príncipe don Alonso que iba en su compañía, quiso con Juan de Meneses correr en sus caballos á la par; en la carrera su caballo que era muy brioso, tropezó, y con su caida maltrató al príncipe de manera que en breve espiró. Cuán grande haya sido el llanto de sus padres, de su esposa, y de todo el reino, no hay para que decillo: quejábanse con lágrimas muy verdaderas que tantas esperanzas y tantos regocijos en un dia y un momento se trocasen en contrario. Su cuerpo sepultaron entre los sepulcros de sus antepasados. Las honras se le hicieron á la costumbre de la tierra muy grandes: acompañaron su cuerpo el rey y toda la nobleza enlutados. La princesa doña Isabel sin gozar apenas del principio de su desposorio, y que en tan breve tiempo se veia desposada, casada y viuda, en una litera cubierta y cerrada se volvió á sus padres y á Castilla. Desta manera las cosas de yuso, y los gozos en breve tiempo se revuelven, y truecan los temporales.

La tristeza que cargó del rey su suegro, fue tal que della le sobrevino una enfermedad lenta de que cuatro años adelante falleció. Fundó en Lisboa poco antes de su muerte el hospital real, que es un principal edificio, y él mismo se halló á echar la primera piedra, y debajo della se pusieron ciertas medallas de oro como se acostumbra en señal de perpetuidad. No dejó hijo legítimo; solo quedó don Jorge habido en una dama llamada doña Ana de Mendoza, el cual bien que muy niño, procuró y hizo quedase nombrado por maestre de Avis y de Santiago en Portugal. Por su muerte comenzó en aquel reino una nueva línea de reyes: don Emanuel primo del rey muerto, y hijo de don Fernando duque de Viseo como pariente mas cercano sin contradicion sucedió en aquella corona. Hijo deste fue el rey don Juan el Tercero, nieto el príncipe don Juan, que por morir muy mozo no llegó á heredar el reino: así sucedió en él á su abuelo el rey don Sebastian hijo deste príncipe; el cual por su muerte, que los moros le dieron en Africa, dejó el

reino de Portugal primero al cardenal don Enrique su tio mayor, y despues dél á don Philipe Segundo rey de Castilla sobrino tambien del cardenal, y nieto del rey don Emanuel por parte de su madre la emperatriz doña Isabel: tal fue la voluntad de Dios, á quien ninguna cosa es dificultosa; todo lo que le aplace se hace y cumple. Dejado esto para que otros lo relaten con mayor cuidado y á la larga, volvamos con nuestro cuento á la guerra de Granada.

CAPITULO XV.

Que los nuestros talaron la vega de Granada.

Deseaba el rey don Fernando concluir la guerra de los moros que traia en buenos términos. Una dificultad muy grande impedia sus intentos: esta era que demás de la fortaleza de la ciudad de Granada, guarnecida, municionada y bastecida asaz, tenia empeñada su palabra en que prometió los años pasados al rey Boabdil que él y todos los suyos no recibirian agravio ni daño alguno. Ofrecíase una muy buena ocasion para sin contravenir al concierto sujetar aquella ciudad: esto fue que los ciudadanos sin tener cuenta con el peligro que de fuera les corria, tomadas las armas (como muchas veces lo acostumbraban) cercaron á su rey dentro del Albaycin, y le apretaron tanto que muy poca esperanza le quedaba no solo de conservar el reino que sin obediencia no era nada, sino de la vida y de la libertad. El pueblo se mostraba tan indignado que bramaba y amenazaba de no desistir hasta dalle la muerte.

No era razon desamparar en aquel peligro aquel príncipe confederado, mayormente que él mismo pedia le socorriesen. Esto en sazon que de Levante se representaban nuevos temores: el gran soldan de Egipto amenazaba que si el rey don Fernando no desistia de perseguir, como comenzara, á los moros que eran de su misma secta, él en venganza desto haria morir todos los cristianos sus vasallos en Egipto y en la Suria. El guardian de San Francisco de Jerusalén llamado fray Antonio Millan, que envió en este mensaje, de camino se vió con el rey de Nápoles: vino á España, declaró su embajada, y aun el mismo rey de Nápoles le dió cartas en la misma razon: príncipe (como se entendia) mas aficionado á los moros de lo que era honesto y lícito á cristianos. La suma era que pues ningun agravio recibiera de los moros, no debia tampoco hacer ni intentar cosa de que resultasen mayores males: que si bien aquella gente era de otra secta, no seria razon maltratalla sin alguna justa causa.

El rey don Fernando ni se espantó por las amenazas del bárbaro, ni le plugo el consejo del rey de Nápoles, dado que acabada la guerra envió por su embajador á Pedro Mártir para que diese razon al soldan de todo lo que en aquella conquista pasó, y con palabras comedidas le aplacase. Al rey de Nápoles en particular ya que se aprestaba para comenzar esta nueva jornada y romper, escribió cartas en que le avisaba de las causas que tuvo para emprender aquella guerra: decíale que era justo deshacer aquel reino, que antiguamente se fundó contra derecho, y de nuevo nunca cesaba de hacer grandes insultos y agravios á sus vasallos: que le ponia en cuidado el riesgo que corrian los cristianos de aquellas partes; todavía cuidaba que aquellos bárbaros, sabida la verdad, templarian el sentimiento, y por el deseo de vengarse no querian perder las rentas muy gruesas y tributos que aquella nacion les pechaba.

El guardian por su oficio de embajador, y por el crédito de santidad que tenia, no solo no fue mal visto, antes muy regalado, y con mucha honra que se le hizo, y dones que le presentaron, le enviaron contento. Junto con esto el rey don Fernando envió á avisar á los ciudadanos de Granada, que si, dejadas las armas, quisiesen entregarse, serian tratados de la misma manera que los demás que se le habian rendido. Movió este aviso á ambas las parcialidades para que sosegados los odios tratasen de lo que á todos tocaba, tanto mas que el rey moro sabia muy bien que el rey don Fernando, aunque de palabra se mostraba por él, todavía mas querria pretender para sí, y que no desistiria hasta tanto que se viese apoderado de aquella ciudad. Los alfaquíes y otras personas tenidas por venerables entre aquella gente no dejaban de exhortar ya los unos, ya los otros á la paz, rogallos y amonestallos lo que les convenia, es á saber que hora pretendiesen volver á las armas, hora concertarse con los cristianos, un solo reparo les quedaba que era tener ellos paz entre sí: si la discordia iba adelante, los unos y los otros se perderian: con esta diligencia se tomó cierto acuerdo y se hizo cierto asiento entre los moros.

Los fieles sin embargo entraron en la vega de Granada á robar y talar debajo la conducta del rey; que la reina se quedó en Moclin. Destruyeron y quemaron los sembrados con gran sentimiento de los ciudadanos, que temian no los tomasen por la hambre y necesidad. El príncipe don Juan acompañó en esta jornada á su padre, que para mas animalle le armó caballero en aquella sazon. Volvieron á Córdova con la presa contentos de la gran cuita en que los moros quedaban, y con la esperanza que ellos cobraron de concluir con aquella empresa. El cuidado de la frontera quedó encomendado al marqués de Villena en recompensa de que en aquella jornada perdió á don Alonso su hermano, y de una lanzada, que por librar como príncipe valeroso, y que tenia gran esperiencia en las armas, á uno de los suyos rodeado de moros le dieron, de que el brazo derecho le quedó manco.

Apenas los moros se vieron libres deste miedo, cuando debajo de la conducta de Boabdil ya declarado por enemigo de cristianos acometieron el castillo de Alhendin, en que los nuestros poco antes dejaron puesta guarnicion, y tomado, le echaron por tierra. Este atrevimiento vengó el rey con una nueva entrada que hizo para destrozar el panizo y el mijo, semillas tardías en que solamente los de Granada tenian puesta la esperanza para sustentar la vida el año siguiente. Esta tala se hizo el mes de setiembre por espacio de quince dias. Por otra parte los moros de Guadix se alborotaron, y tomadas las armas pretendian matar á los que quedaron en el castillo de guarnicion. Salieron sus intentos vanos: acudió muy á tiempo el marqués de Villena, daba muestra de ir contra Fandarax que estaba alzado contra Abohardil, pero revolvió sobre Guadix con buen número de gente de á pié y de á caballo. Entró dentro, y con color de querer hacer alarde de los moros, los sacó fuera de la ciudad y los cerró las puertas, con que de presente y para adelante se remedió aquel peligro.

Tornó otra vez el rey don Fernando al fin deste año á dar la tala y destruir los campos de Granada; al contrario Boabdil tenia puesto cerco sobre Salobreña, que le defendió Francisco Ramirez con gran esfuerzo y diligencia; entendíase otrosí queria el rey don Fernando acudir á dar socorro: así el moro fue forzado á alzar el cerco y volverse á Granada. Demás desto porque los vasallos de Abohardil andaban alborotados y no le querian obedecer, el rey don Fernando conforme á lo capitulado, de grado vino en que se pasase en Africa con muchas riquezas y tesoros que le dió en recompensa de lo que dejaba.

CAPITULO XVI.

Del cerco de Granada.

Pasaron los reyes el invierno en Sevilla: llegada la primavera, volvieron á la guerra. La reina con sus

hijos se quedó en Alcalá la Real para acudir á todo y proveer de lo necesario, y en breve (como lo hizo) pasar adelante, y ser participante de la honra y del peligro de aquella empresa: acudieron los grandes; los concejos y comunidades de las ciudades enviaron compañías de soldados á su sueldo, con que y las demás gentes el rey don Fernando en tres dias llegó á vista de Granada un sabado á veinte y tres de abril año de nuestra salvacion de 1491. Asentó su campo y sus reales á los ojos de Guetar que es una aldea legua y media de Granada: desde allí envió al marqués de Villena con tres mil de á caballo para correr los montes que allí cerca están; prometióle de seguille él mismo con la fuerza del ejército para socorrelle, si los moros de aquellos montes gente endurecida en las armas, ó los de la ciudad por las espaldas le apretasen. Cumplió la promesa: adelantóse hasta llegar á Padul, y rechazó los moros que salieron de la ciudad para cargar el escuadron del marqués: con tanto el marqués pudo ejecutar fácilmente el órden que llevaba sin tropiezo; quemó nueve aldeas de moros, y cargado de mucha presa se volvió para el rey.

Pareció que conforme aquel principio seria lo demás. Acordaron de pasar juntos adelante, y hacer la tala en lo mas adentro de la sierra. Hízose así: todo sucedió prósperamente; dieron sacomano, quemaron y abatieron otras quince aldeas. Demás desto buen golpe de moros de á pié y de á caballo, que por ciertos senderos en lugares estrechos y á propósito pretendian atajar al paso á los nuestros, fueron desbaratados y echados de allí. La presa fue muy grande por estar aquella gente rica á causa que de las guerras pasadas no les habia cabido parte, ni de sus daños; y por ser la tierra á propósito para proveer á la ciudad de bastimentos era forzoso procurar no lo pudiesen hacer.

Concluidas estas cosas sin recebir algun daño y sin sangre, dentro de tres dias volvieron los soldados alegres al lugar de do salieron: en aquel puesto fortificaron sus reales con foso y trinchera por entonces. Pasaron alarde diez mil de á caballo y cuarenta mil infantes, la flor de España, juntada con grande cuidado, gente de mucho esfuerzo y valor. En la ciudad asimismo se hallaba gran número de gente de á pié y de á caballo, soldados de grande esperiencia en las armas, todos los que escaparan de las guerras pasadas. La muchedumbre de los ciudadanos poco podian prestar, gente que comunmente bravean y se muestran feroces en tiempo de paz, mas en el peligro y á las puñadas cobardes.

La ciudad de Granada por su sitio, grandeza, fortificacion, murallas y baluartes parecia ser inespugnable. Por la parte de Poniente se estiende una vega como de quince leguas de ruedo, muy apacible, y muy fértil así de sí misma, como por la mucha sangre que en ella se derramara por espacio de muchos años, que la engrasaba á fuer de letame; y por regarse con treinta y seis fuentes que brotan de aquellos montes cercanos, mas fresca y provechosa de lo que fácilmente se podria encarecer. Por la parte de Levante se empina la sierra de Elvira, en que antiguamente estuvo asentada la ciudad de Iliberris, como lo da á entender el mismo nombre de Elvira: la sierra Nevada cae á la banda de Mediodía, que con sus cordilleras trabadas entre sí llega hasta el mar Mediterráneo; sus laderas y haldas no son muy ásperas, y así están muy cultivadas y pobladas de gentes y casas. La ciudad está asentada parte en llano y parte sobre dos collados, entre los cuales pasa el rio Darro, que al salir de la ciudad se mezcla y deja su agua y su nombre en Genil, rio que corre por medio de la vega y la baña por el largo. Las murallas son muy fuertes con mil y treinta torres á trechos, muy de ver por su muchedumbre y buena estofa. Antiguamente tenia siete puertas, al presente doce. No se puede sitiar por todas partes por ser muy ancha y los lugares muy desiguales. Por la parte de la vega, que es lo llano de la ciudad, y por do la subida es muy fácil, está fortificada con torres y baluartes. En aquella parte está la iglesia Mayor, mezquita en tiempo de moros de fábrica grosera, al presente de obra muy prima, edificada en el mismo sitio. Por su magestad y grandeza muy venerada de los pueblos comarcanos: señalada é ilustre no tanto por sus riquezas, cuanto por el gran número y bondad de los ministros que tiene. Cerca deste templo está la plaza de Bivarrambla y mercado, ancho doscientos piés y tres tanto mas largo: los edificios que la cercan tirados á cordel; las tiendas y oficinas cosa muy hermosa de ver, la calle del Zacatin, la Alcaycería. De dos castillos que tiene la ciudad, el mas principal está entre Levante y Mediodía, cercado de su propia muralla y puesto sobre los demás edificios: llámase el Alhambra, que quiere decir roja, del color que la tierra por allí tiene, y es tan grande que parece una ciudad. Allí la casa real y monasterio de San Francisco, sepultura del marqués don Iñigo de Mendoza primer alcaide y general. Las zanjas deste castillo abrió el rey Mahomad llamado Mir: prosiguieron la obra los reyes siguientes: acabóla de todo punto el rey Juzeph por sobrenombre Bulhagix, como se entiende por una letra que se lee en arábigo sobre la puerta de aquel castillo en una piedra de mármol, que dice se acabó aquella obra en tiempo de aquel rey año de los moros setecientos y cuarenta y siete, conforme á nuestra cuenta el año del Señor de mil y trecientos y cuarenta y seis. Este mismo rey hizo la muralla del Albaycin, que está enfrente deste castillo. El gasto fue tal que por no parecer á la gente bastaban sus rentas y tesoros, corrió fama que se ayudó del arte del alchimia para proveerse de oro y plata. Entre estos dos castillos del Alhambra y del Albaycin está puesto lo demás de la ciudad, el arrabal de la Churra y calle de los Gomeles por la parte del Alhambra: por la opuesta la calle de Elvira y la ladera de Zenete: de mala traza lo mas, las calles angostas y torcidas, por la poca curiosidad y primor que tenian los moros en edificar. Fuera de la ciudad el hospital real y San Gerónimo, suntuoso sepulcro del gran capitan Gonzalo Fernandez. Refieren tenia sesenta mil casas, número descomunal que apenas se puede creer. Lo que pone mas maravilla, es lo que los embajadores de don Jaime el Segundo rey de Aragon se halla certificaron al pontífice Clemente Quinto en el concilio de Viena, es á saber que docientas mil almas que á la sazon moraban en Granada, apenas se hallaban quinientos que fuesen hijos y nietos de moros; en particular decian tenia cincuenta mil renegados, y treinta mil cautivos cristianos. De presente sin duda hay en aquella ciudad veinte y tres parrochias y colocaciones. Del número de vecinos por la grande variedad no hay que tratar ,mayormente que en esto siempre la gente se alarga. Tambien es cierto que en tiempo de los reyes moros las rentas reales que se recogian de aquella ciudad y de todo el reino, llegaban á setecientos mil ducados, gran suma para aquel tiempo, pero creible á causa de los tributos é imposiciones intolerables. Todos pagaban al rey la setena parte de lo que cogian y de sus ganados. Del moro que moria sin hijos, el rey era su heredero: del que los dejaba, entraba á la parte de la herencia, y llevaba tanto como cualquiera dellos.

Este era el estado y disposicion en que se hallaban las cosas de Granada. El cerco entendian iria á la larga: así la reina con sus hijos vino á los reales ca el rey don Fernando venia resuelto de poner el postrer esfuerzo y no desistir de la empresa hasta sujetar aquella ciudad. Con este intento hacia de ordinario talar los campos á fin que los de la ciudad no tuviesen como se proveer de vituallas; y en el lugar

en que asentaron los reales, hizo edificar una villa fuerte, que hasta hoy se llama de Santa Fe. La presteza con que la obra se hizo, fue grande, y todo se acabó muy en breve. Dentro de las murallas tenian sus tiendas y alojamientos repartidos por su órden, sus cuarteles con sus calles y plazas á cierta distancia con una traza admirable.

En el mismo tiempo diversas bandas de gente que se enviaban á robar, muchas veces escaramuzaban con los moros que salian contra ellos de la ciudad. En una refriega pasaron tan adelante que ganaron á los moros la artillería, prendieron á muchos, y forzaron á los demás á meterse en la ciudad. El denuedo de los cristianos fue tal que se arriscaron á llegar á la muralla de mas cerca que antes solian, y apoderarse de dos torres que servian á los contrarios de atalayas y de baluartes por tener en ellas puesta gente de guarnicion. El alegría que por estos sucesos recibieron los del rey, se hobiera de destemplar por un accidente no pensado. Fue así que á diez de julio de noche en la tienda del rey se emprendió fuego, que puso á todos en gran turbacion por el miedo que tenian de mayor mal. Los alojamientos por la mayor parte eran de enramadas, que por estar secas corrian peligro de quemarse: la reina acaso se descuidó en dejar una candela sin apagar; así la tienda del rey como las que le caian cerca, comenzaron de tal manera á abrasarse que no se podia remediar. El rey sospechó no fuese algun engaño y ardid de los enemigos que se querian aprovechar de aquella ocasion: en los ánimos sospechosos aun lo imposible parece fácil. Salió en público desnudo embrazada una rodela y su espada.

Para prevenir que los moros con tan buena ocasion no acometiesen los reales, el marqués de Cádiz se adelantó con parte de la caballería, y estuvo toda la noche alerta en un puesto por do los moros habian forzosamente de pasar. La turbacion y ruido fue mayor que el peligro y que el daño: así el dia siguiente volvieron á las talas; los dias adelante asimismo diversas compañías fueron á los montes á robar. No dejaban de reposar á los enemigos, ni le quedaba cosa segura, si bien en todas partes se defendian valientemente irritados con la desesperacion, que es muy fuerte arma.

La cuita de los moros por todo esto era grande, tanto que cansados con tantos males, y visto que nunca aflojaban, se inclinaron á tratar de partido. Bulcacin Mulch gobernador y alcaide de la ciudad salió á los reales á tratar de los conciertos y capitular. Señaló el rey para platicar sobre ello á Gonzalo Fernandez de Córdova que despues fue gran capitan, y á Hernando de Zafra su secretario. Ventilado el negocio algunos dias, finalmente fueron de acuerdo, y pusieron por escrito estas capitulaciones, que se juraron por ambas partes á veinte y cinco de noviembre: dentro de sesenta dias los moros entreguen los dos castillos, las torres y puertas de la ciudad: hagan homenaje al rey don Fernando, y juren de estar á su obediencia y guardalle toda lealtad: á todos los cristianos cautivos pongan en libertad sin algun rescate: entretanto que estas condiciones se cumplen, den en rehenes dentro de doce dias quinientos hijos de los ciudadanos moros mas principales: quédense con sus heredades, armas y caballos, entreguen solamente la artillería: tengan sus mezquitas, y libertad de ejercitar las ceremonias de su ley: sean gobernados conforme á sus leyes, y para esto se les señalarán de su misma nacion personas, con cuya asistencia y por cuyo consejo los gobernadores puestos de parte del rey harán justicia á los moros: los tributos de presente por espacio de tres años se quiten en gran parte, y para adelante no se impongan mayores de lo que acostumbraban de pagar á sus reyes: los que quisieren pasar á Africa, puedan vender sus bienes, y sin fraude ni engaño se les hayan de dar para el pasage naves en los puertos que ellos mismos nombraren: concertaron otrosí que á Boabdil restituyesen su hijo y los demás rehenes que el tiempo pasado dió al rey, pues entregada la ciudad, y cumplido todo lo al del asiento, no era necesaria otra prenda ni seguridad; en cumplimiento los trajeron del castillo de Moclin en que los tenian, para se los entregar. Hobo la iglesia de Pamplona á los doce de setiembre César Borgia por muerte de don Alonso Carrillo su prelado.

CAPITULO XVII.

De un alboroto que se levantó en la ciudad.

Concertóse la entrega de Granada con las capitulaciones que acabamos de contar; lo cual todo puso en cuentos de desbaratarse cierta ocasion que avino, ni muy ligera ni muy grande. El vulgo, y mas de los moros, es de muy poca fe y lealtad, mudable, amigo de alborotos, enemigo de la paz y del sosiego, finalmente poco basta para alteralle. Un cierto moro, cuyo nombre no se refiere, como si estuviera frenético y fuera de sí, con palabras alborotadas no cesaba de persuadir al pueblo que tomase las armas. Decia que debajo de capa de amistad y de mirar por ellos les tramaban traicion, engaño y asechanzas: que Boabdil y los principales de la ciudad solo tenian nombre de moros, que de corazon favorecian á los contrarios. «Yugo de perpétua esclavonía es el que ponen sobre »vos y sobre vuestros cuellos: mirad bien lo que haceis, »catad que os engañan y se burlan de vos. Que si es »cosa pesada sufrir las miserias, cuitas y peligros »presentes, mayor mengua será por no sufrir un po»co de tiempo los trabajos trocar los menores y breves »males con los que han de durar para siempre y son »mas pesados. ¿Mas qué seguridad dan que nos guar»darán lo que prometen y la palabra? No trato de los »bienes que con la misma vanidad dicen no los deja»rán, como si los nuevos ciudadanos se hobiesen de »sustentar de otras heredades. ¿Por ventura ignorais »cuánta sed tienen de vuestra sangre? ¿dejarán de »vengar los padres y parientes que en gran parte han »perdido en el discurso destas guerras? No quiero »tratar de lo pasado: un año ha que nos tienen cer»cados, y si nos han aquejado, ellos no han sufrido »menores daños. Muchas veces han quedado tendidos »en el campo, y no menos han estado ellos cercados »dentro de sus estancias que nos en la ciudad, y aun »para defenderse han tenido necesidad de edificar un »nuevo pueblo. Serian insensibles y de piedra si en»tregada la ciudad no hiciesen las exequias de sus »muertos con derramar vuestra sangre, de que están »muy sedientos á manera de fieras muy bravas. La »verdad es que no somos hombres, y si lo somos, su»framos un poco, que Dios nos ayudará, y nuestro »profeta Mahoma. Las profecías antiguas y las estre»llas nos favorecen, pero si mostramos esfuerzo; que »contra los cobardes las piedras se levantan. Si decís »que hay falta de mantenimiento, con repartille por »tasa, y hacer cala y cata de lo que los particulares »tienen escondido, nos podemos entretener muchos »dias; y acabadas todas las vituallas, qué inconve»niente hay que nos sustentemos de los cuerpos y »carne de la gente flaca que no son á propósito para »pelear? Direis seria cosa nueva, grande y espanta»ble maldad. Respondo que si no tuviesemos ejemplo »de los antiguos, que se valieron desto en semejante »peligro, yo juzgaria seria muy bueno dar principio »y abrir camino para que nuestros descendientes en »otro tal aprieto nos imitasen. Mi resolucion es que »si no podemos evitar ni escusar la muerte, escuse»mos siquiera los tormentos y afrentas que nos ame»nazan. Yo á lo menos no veré tomar, saquear y po»ner á fuego y á sangre mi patria, ser arrebatadas

»las madres, las doncellas, los niños para ser esclavos y para otras deshonestidades; que si os contenta »esto mismo, sed hombres, tomad las armas, desbaratad este mal concierto. No debeis usar de recato, »ni dilacion, donde el detenerse es mas perjudicial »que el resolverse y arrojarse.»

Predicaba estas cosas con ojos encendidos, con rostro espantable y á gritos por las calles y plazas: con que amotinó veinte mil hombres, que tomaron las armas y andaban como locos y rabiosos: no se sabia la causa del daño, ni lo que pretendian, que hacia mas dificultoso el remedio. Boabdil, llamado el rey Chiquito, por no tener ya autoridad ninguna, y temer en tan gran revuelta no le perdiesen el respeto, se estuvo dentro del Alhambra. La muchedumbre y canalla tiene las acometidas primeras muy bravas, mas luego se sosiega, mayormente que estaba sin cabeza y sin fuerzas, y sus intentos por ende desbaratados: así el dia siguiente algun tanto sosegada aquella tempestad pasó al Albaycin, do tenia la gente aficionada. Juntó los que pudo y hablóles desta manera. «Por vuestro respeto, no por el mio (como »algunos con poca vergüenza han sospechado) he »venido á amonestaros lo que vos está bien, de que »es bastante prueba que con tener en mi poder el »castillo de Alhambra, no quise llamar al enemigo y »entregaros en sus manos, magüer que me lo teníades bien merecido. Ni aun antes de ahora en tanto »que con vuestras fuerzas os defendíades, ó esperábades socorro de otra parte, ni en tanto que en la »ciudad duró la provision, os persuadí que tratásedes de paz. Bien confieso haber en muchas cosas »errado, en fiarme del enemigo y en alzarme con el »reino contra mi padre, pecados que los tengo bien »pagados. Perdida toda la esperanza, hizo asiento »con el enemigo, si no aventajado, á lo menos conforme á tiempo y necesario. No puedo entender qué »alegan estos hombres locos y sandíos para desbaratar la paz que está muy bien asentada. Si de alguna »parte hay remedio, yo seré el primero á quebrantar »lo concertado; pero si todo nos falta, las fuerzas, »las ayudas, la provision y casi el mismo juicio, á »qué propósito con locura, ó ajena si os descontenta, »ó vuestra si venís en este dislate, quereis despeñaros en vuestra perdicion? De dos inconvenientes; »cuando ambos no se pueden escusar, que se abrace »el menor aconsejan los sabios, cuales yo me persuadiria sois los que presentes estais, si el alboroto »pasado no me hiciera trocar parecer. Todo lo que »teneis, es del vencedor: la necesidad aprieta; lo »que dejan, debeis de pensar es gracia, y os lo hallais. No trato si los enemigos guardarán la palabra, »yo confieso que muchas veces la han quebrantado: »el hacer confianza es causa que los hombres guarden fidelidad, especial que para seguridad podemos »pedir nos den en rehenes castillos ó personas principales; que con el deseo que el enemigo tiene de »concluir la guerra, no reparará en nada.»

Con este razonamiento los ánimos alterados del pueblo se sosegaron: muchas veces así los remedios de semejantes alteraciones, como las causas son fáciles. Qué se haya hecho del moro que amotinó el pueblo, no se dice: puédese entender que huyó. Consta que el rey Chiquito avisado por el peligro pasado, y por miedo que entretanto que los dias que tenian concertados para entregar la ciudad, se pasasen, podrian de nuevo resultar revoluciones y novedades, sin dilacion envió una carta al rey don Fernando con un presente de dos caballos castizos, una cimitarra y algunos jaeces: avisábale de lo que pasara en la ciudad, del alboroto del pueblo, que convenia usar de presteza para atajar novedades; viniese aina, pues pequeña tardanza muchos veces suele ser causa de grandes alteraciones: finalmente que muy en buena hora, pues así era la voluntad de Dios, el dia siguiente le entregaria el Alhambra y el reino como á vencedor de su mano misma; que no dejase venir como se lo suplicaba.

CAPITULO XVIII.

Que Granada se ganó.

Esta carta llegó á los reales el dia de año nuevo, la cual como el rey don Fernando leyese, bien se puede entender cuanto fue el contento que recibió. Ordenó que para el dia siguiente (que es el que en Granada se hace la fiesta de la toma de aquella ciudad) todas las cosas se pusiesen en órden. Él mismo, dejado el luto que traia por la muerte de su yerno don Alonso príncipe de Portugal, vestido de sus vestiduras reales y paños ricos se encaminó para el castillo y la ciudad con sus gentes en ordenanza, y armados como para pelear, muy lucida compañía, y para ver. Seguíanse poco despues la reina y sus hijos: los grandes arreados de brocados y sedas de gran valor. Con esta pompa y repuesto al tiempo que llegaba el rey cerca del alcázar, Boabdil el rey Chiquito le salió al encuentro acompañado de cincuenta de á caballo. Dió muestra de quererse apear para besar la mano real del vencedor: no se lo consintió el rey. Entonces puestos los ojos en tierra, y con rostro poco alegre: »Tuyos (dice) somos rey invencible: esta ciudad y »reino te entregamos, confiados usarás con nosotros »de clemencia y de templanza.» Dichas estas palabras, le puso en las manos las llaves del castillo. El rey las dió á la reina y la reina al príncipe su hijo: del las tomó don Iñigo de Mendoza conde de Tendilla, que tenia el rey señalado para la tenencia de aquel castillo y por capitan general en aquel reino, y á don Pedro de Granada por alguacil mayor de la ciudad, y á don Alonso su hijo por general de la armada de la mar.

Entró pues con buen golpe de gente de á caballo en el castillo: seguíale un buen acompañamiento de señores y de eclesiásticos; entre los que mas se señalaban, eran los prelados de Toledo y de Sevilla, el maestre de Santiago, el duque de Cádiz, fray Hernando de Talavera, de obispo de Avila electo por arzobispo de aquella ciudad, el cual hecha oracion como es de costumbre en accion de gracias, juntamente puso el guion que llevaba delante de sí el cardenal de Toledo como primado, en lo mas alto de la torre principal y del homenaje, á los lados dos estandartes, el real y el de Santiago: siguióse un grande alarido, y voces de alegria, que daban los soldados y la gente principal. El rey puestos los hinojos con grande humildad dió gracias á Dios por quedar en España desarraigado el imperio y nombre de aquella gente malvada, y levantada la bandera de la Cruz en aquella ciudad, en que por tanto tiempo prevaleció la impiedad con muy hondas raices y fuerza: suplicábale que con su gracia llevase adelante aquella merced, y fuese durable y perpétua.

Acabada la oracion, acudieron los grandes y señores á dalle el parabien del nuevo reino, é hincada la rodilla, por su órden le besaron la mano: lo mismo hicieron con la reina y con el príncipe su hijo. Acabado este auto, despues de yantar se volvieron con el mismo órden á los reales por junto á la puerta mas cercana de la ciudad. Dieron al rey Chiquito el valle de Purchena, que poco antes se ganó en el reino de Murcia de los moros, y señaláronle rentas con que pasase, si bien no mucho despues se pasó á Africa; que los que se vieron reyes, no tienen fuerzas ni paciencia bastante para llevar vida de particular. Quinientos cautivos cristianos, segun que tenian concertado, fueron sin rescate puestos en libertad: estos en procesion luego el otro dia despues de misa se presentaron con toda humildad al rey. Daban gracias á los soldados por aquel bien que les vino por su me-

dio : alababan lo mucho que hicieron por el bien de España, por ganar prez y honra, y por el servicio de Dios; llamábanlos reparadores, padres y vengadores de la patria.

No pareció entrar en la ciudad antes de estar para mayor seguridad apoderados de las puertas, torres, baluartes y castillos; lo cual todo hecho, el cuarto dia adelante por el mismo órden que la primera vez, entraron en la ciudad. En los templos que para ello tenian aderezados; cantaron himnos en accion de gracias : capitanes y soldados á porfía engrandecian la magestad de Dios por las victorias que les dió unas sobre otras, y los triunfos que ganaron de los enemigos de cristianos. Los reyes don Fernando y doña Isabel con los arreos de sus personas, que eran muy ricos, y por estar en lo mejor de su edad, y dejar concluida aquella guerra, y ganado aquel nuevo reino, representaban mayor magestad que antes. Señalábanse entre todos, y entre sí eran iguales : mirábanlos como si fueran mas que hombres, y como dados del cielo para la salud de España.

A la verdad ellos fueron los que pusieron en su punto la justicia, antes de su tiempo estragada y caida. Publicaron leyes muy buenas para el gobierno de los pueblos y para sentenciar los pleitos. Volvieron por la religion y por la fe, fundaron la paz pública, sosegadas las discordias y alborotos así de dentro como de fuera. Ensancharon su señorío no solamente en España, sino tambien en el mismo tiempo se estendieron hasta lo postrero del mundo. Lo que es mucho de alabar, repartieron los premios y dignidades, que los hay muy grandes y ricos en España, no conforme á la nobleza de los antepasados, ni por favor de cualquier que fuese, sino conforme á los méritos que cada uno tenia; con que despertaron los ingenios de sus vasallos para darse á la virtud y á las letras. De todo esto cuanto provecho haya resultado, no hay para que decillo; la cosa por sí misma y los efectos lo declaran. Si va á decir verdad, en qué parte del mundo se hallarán sacerdotes y obispos ni mas eruditos, ni mas santos? ¿dónde jueces de mayor prudencia y rectitud? Es así que antes destos tiempos pocos se pueden contar de los españoles señalados en ciencia : de aquí adelante ¿quién podrá declarar cuán grande haya sido el número de los que en España se han aventajado en toda suerte de letras y erudicion? Eran el uno y el otro de mediana estatura, de miembros bien proporcionados, sus rostros de buen parecer, la magestad en el andar y en todos los movimientos igual, el aspecto agradable y grave, el color blanco, aunque tiraba algun tanto á moreno. En particular el rey tenia el color tostado por los trabajos de la guerra, el cabello castaño y largo, la barba afeitada á fuer del tiempo, las cejas anchas, la cabeza calva, la boca pequeña, los labios colorados, menudos los dientes y ralos, las espaldas anchas, el cuello derecho, la voz aguda, la habla presta, el ingenio claro, el juicio grave y acertado, la condicion suave, y cortés y clemente con los que iban á negociar. Fue diestro para las cosas de la guerra, para el gobierno sin par : tan amigo de los negocios que parecia con el trabajo descansaba. El cuerpo no con deleites regalado, sino con el vestido honesto y comida templada acostumbrado y á propósito para sufrir los trabajos. Hacia mal á un caballo con mucha destreza : cuando mas mozo se deleitaba en jugar á los dados y naipes: la edad mas adelante solia ejercitarse en cetrería, y deleitábase mucho en los vuelos de las garzas. La reina era de buen rostro, los cabellos rubios, los ojos zarcos, no usaba de algunos afeites, la gravedad, mesura y modestia de su rostro singular. Fue muy dada á la devocion, y aficionada á las letras; tenia amor á su marido, pero mezclado con zelos y sospechas. Alcanzó alguna noticia de la lengua latina, ayuda de que careció el rey don Fernando por no aprender letras en su pequeña edad; gustaba empero de leer historias y hablar con hombres letrados. El mismo dia que nació el rey don Fernando, segun que algunos lo refieren, en Nápoles cierto fraile carmelita tenido por hombre de santa vida dijo al rey don Alonso su tio : «Hoy en el reino de Aragon ha »nacido un infante de tu linaje : el cielo le promete »nuevos imperios, grandes riquezas y ventura : será »muy devoto, aficionado á lo bueno, y defensor es»celente de la cristiandad.»

Entre tantas virtudes casi era forzoso, conforme á la fragilidad de los hombres, tuviese algunas faltas. El avaricia de que le tachan, se puede escusar con la falta que tenia de dineros y estar enajenadas las rentas reales. Al rigor y severidad en castigar de que asimismo le cargan, dieron ocasion los tiempos y las costumbres tan estragadas. Los escritores estraños le achacan de hombre astuto, y que á veces faltaba en la palabra, si le venia mas á cuento. No quiero tratar si esto fue verdad, si invencion en odio de nuestra nacion: solo advierto que la malicia de los hombres acostumbra á las virtudes verdaderas poner nombre de los vicios que le son semejables, como tambien al contrario engañan y son alabados los vicios que se semejan á las virtudes; además que se acomodaba al tiempo, al lenguaje, al trato y mañas que entonces se usaban. Emparentó con los mayores príncipes de todo el orbe cristiano, con los reyes de Portugal y Ingalaterra, y duques de Austria. Tenia deudo con otros muchos, ca era tio de madama Ana duquesa de Bretaña, hermano de su abuela materna, primo hermano de don Fernando rey de Nápoles, tio mayor de doña Catalina reina de Navarra, hermano asimismo de su abuela. En esto cargan sobre todo lo al al rey don Fernando, que sin tener respeto al parentesco, solo por la demasiada codicia de ensanchar sus estados, los años adelante echó á esta señora y á su marido del reino que heredaron de sus antepasados y los forzó á retirarse á Francia; otros le escusan con color de religion, y con la voluntad del sumo pontífice que así lo mandó de que todavía resultaron grandes y largas alteraciones. Enrique Labrit hijo destos señores pretendió recobrar el reino de sus padres con mayor porfía que ventura: tuvo en madama Margarita hermana que era del rey Francisco de Francia, una hija y heredera de sus estados llamada Juana que casó con Antonio Borbon duque de Vandoma, madre de aquel Enrique que casó con madama Margarita hermana de tres reyes de Francia, Francisco el Segundo, Carlos y Enrique; y por ser el pariente mas cercano por línea de varon, y por faltar todos sus cuñados sin sucesion quedó por sucesor de aquella corona, sin embargo que abrazó desde su tierna edad las nuevas herejías desamparada la religion verdadera de sus antepasados, y que los señores y pueblos de Francia pretendian no podia poseer aquella corona persona manchada con opiniones semejantes, y que en su lugar se debia nombrar otro sucesor: pleito que ya el papa le ha determinado.

Nos llegados al puerto y puesto fin á este trabajo, calaremos las velas, y haremos fin á esta escritura en este lugar. Concluyo con decir que con la entrada de los reyes en Granada, y quedar apoderados de aquella ciudad, los moros por voluntad de Dios dichosamente y para siempre se sujetaron en aquella parte de España al señorío de los cristianos, que fue el año de nuestra salvacion de 1492 á seis de enero, dia viernes; conforme á la cuenta de los árabes el año ochocientos y noventa y siete de la Egira, á ocho del mes que ellos llaman Rahib Haraba. El cual dia como quier que para todos los cristianos por costumbre antigua es muy alegre y solemne por ser fiesta de los reyes y de la Epifanía, así bien por esta nueva victoria no menos fue saludable, dichoso y alegre para

toda España, que para los moros aciago; pues con desarraigar en él y derribar la impiedad, la mengua pasada de nuestra nacion y sus daños se repararon, y no pequeña parte de España se allegó á lo demás del pueblo cristiano, y recibió el gobierno y leyes que le fueron dadas: alegría grande de que participaron asimismo las demás naciones de la cristiandad.

En particular se escribieron en esta sazon cartas al pontífice Inocencio y á los reyes, y despacharon embajadores que les diesen aquellas nuevas tan alegres, y avisasen que la guerra de los moros quedaba acabada, muertos y sujetados los enemigos de Cristo, puesto el yugo á Granada, ciudad antiguamente edificada y soberbia con los despojos de cristianos. Por conclusion, que toda España con esta victoria quedaba por Cristo Nuestro Señor, cuya era antes. Las ciudades y provincias así las comarcanas como las que caian lejos, festejaban esta nueva con regocijos, fuegos y invenciones. Así hombres como mujeres de cualquiera edad y ó calidad que fuesen, acudian en procesiones á los templos, y postrados delante los altares daban gracias á Dios por merced tan señalada.

Estaba Roma alegre por las paces que tres dias antes se asentaran entre el pontífice y los reyes de Nápoles, cuando llegó de España primer dia de febrero Juan de Estrada embajador del rey don Fernando, y con la nueva de aquella victoria colmó y aumentó la alegría pasada. Para muestra de contento y para reconocer aquella merced por de quien era, el papa, cardenales y pueblo romano ordenaron y hicieron una solempne procesion á la iglesia de Santiago de los españoles. Allí se celebraron los oficios, y en un sermon á propósito del tiempo alabó el predicador y engrandeció como era justo á los reyes y toda la nacion de España, sus proezas, su valor y sus victorias notables.

LIBRO VIGESIMOSESTO.

CAPITULO I.

Que los judíos fueron echados de España.

Concluida la guerra de Granada con tanta honra y provecho de toda España, y echado por tierra el señorío de los moros á cabo de tantos años que en ella duraba; los reyes don Fernando y doña Isabel volvieron su pensamiento á nuevas empresas mayores y mas gloriosas que las pasadas. Valerosos príncipes y grandes, pues ni de dia ni de noche sabian reposar, ni pensaban sino como pasarian adelante, y por el camino que habian tomado, llevarian al cabo sus intentos muy santos, que todos se enderezaban á la gloria de Dios y al ensalzamiento de la Religion Cristiana; y no era razon que con la paz tan deseada de España su valor y grandeza de ánimo reposasen, ni que sus nobles soldados, que por causa de las guerras pasadas tenian muchos y muy señalados, con los deleites y el ocio, fruto muy ordinario de la abundancia y prosperidad, se marchitase; antes que pues en sus tierras no quedaba en qué mostrar su esfuerzo, los empleasen lejos dellas, y los enviasen á conquistar gentes y reinos estraños, como sucedió al presente; camino y traza por donde el nombre y valor de España conocido de pocos, y apretado dentro de los angostos términos de España, en breve pasó tan adelante que con gran gloria suya se derramó no solo por Italia y por Francia y Berbería, sino llegó hasta los últimos fines de la tierra; de manera que de Levante á Poniente no quedó parte alguna do no hayan puesto los trofeos y blasones de sus victorias y esfuerzo.

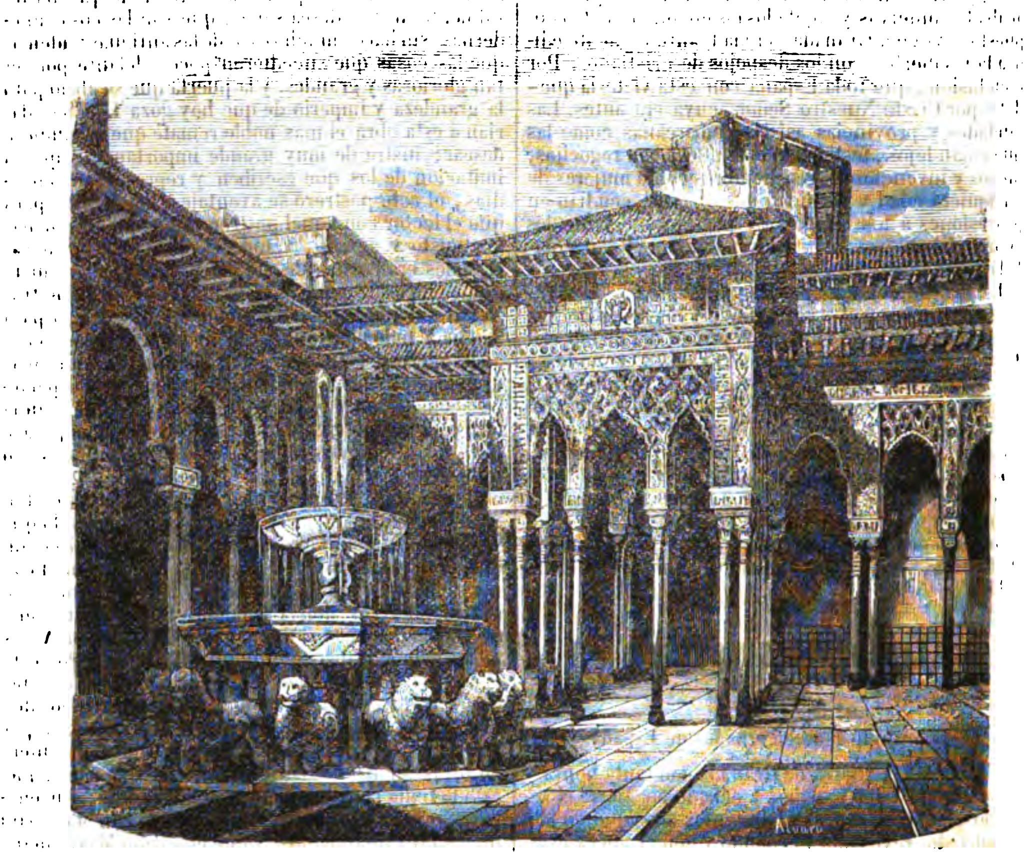
Grande balumba de cosas se nos pone delante, y mayor peso que tan pequeñas fuerzas puedan llevar inmenso piélago y hondura que con dificultad podrán apear aun los grandes ingenios. Por lo cual estaba resuelto, como se dijo en la prefacion latina desta obra, de hacer punto en la guerra de Granada y no pasar adelante, pues es justo que cada uno se mida con el trabajo que emprende, y haga balanzo de sus fuerzas, fuera de otras dificultades que se ofrecian y en el mismo lugar se apuntaron. Pero deste parecer me hicieron apartar algun tanto personas doctas y graves, las cuales pretendian que esta obra sin lo de adelante quedaba imperfecta y falta de lo que naturalmente mas se desea saber, que son las cosas modernas, sin hacer mucho caso de las antiguas: además que las cosas que sucedieron poco adelante por ser tan gloriosas y grandes, y la puerta que se abrió para la grandeza y imperio de que hoy goza España, darian á esta obra el mas noble remate que se pudiese desear; lustre de muy grande importancia, que á imitacion de los que escriben y representan comedias, el acto postrero se aventaje á los demás, para que el lector con aquel postrer y dejo quede con mayor gusto y agrado, y toda la obra mas hermosa. Razones eran estas de mucho peso. ¿Qué era justo que yo hiciese? ó qué partido debia seguir y qué traza? Resolvíme en condescender algun tanto, y para acudir á todo continuar esta historia algunos pocos años adelante, en que acontecieron las cosas mas grandes y dignas de memoria que jamás los españoles acometieron y acabaron; ni aun sé yo que alguna otra nacion en el mundo en tan breve espacio pasase tan adelante, ni ensanchase tanto los términos de su imperio.

Pero antes que pongamos la mano á cosas tan grandes, es bien que el lector se acuerde de lo que arriba queda apuntado, es á saber que Francisco duque de Bretaña casó con Margarita hija de doña Leonor reina que fue de Navarra, y por el mismo caso sobrina del rey don Fernando. Deste matrimonio quedaron dos hijas, sus nombres de la mayor Ana y de la menor Isabel, y ningun hijo varon. Por esta causa muchos príncipes pretendian casar con estas doncellas, mayormente con la mayor. Entre los demás Carlos Octavo rey de Francia se aventajaba por tener mas fuerzas y caer mas cerca de Bretaña, fuera de otras alianzas y correspondencia que con aquel estado tenia como moviente de su corona, sin embargo que de años antes se concertara con Margarita hija del rey de romanos, y que el mismo Maximiliano por estar viudo de María su primera mujer pretendia para sí este casamiento, y aun le tuvo concertado. Al Francés ni faltaban mañas ni fuerzas, y con ocasion que algunos señores de su reino, en particular Luis duque de Orliens su cuñado, casado con Juana su hermana menor, por ciertos disgustos se recogió á Bretaña por ser aquel duque su primo hermano hijo de Margarita hermana de Carlos padre del de Orliens, determinó tomar las armas contra el duque, y por medio de aquel torcedor traelle á lo que deseaba.

El Breton en este aprieto acudió á Ingalaterra y Alemania para que le valiesen, y en particular hizo recurso á España: para esto Alano de Labrit padre del rey de Navarra con intencion que se le dió de aquel casamiento tan pretendido, los años pasados se vió en Valencia con el rey don Fernando, y dél alcanzó enviase en su compañía una buena armada que se juntó en San Sebastian, y por su capitan á Miguel Juan Gralla su maestresala. Hobo diversos encuentros que no son de nuestro propósito: finalmente junto á San Albin se vino á batalla, en que los bretones quedaron vencidos, y presos el general de la armada española y el duque de Orliens, y Juan Chalon príncipe de Oranges que asistia al duque de Bretaña por ser su sobrino hijo de Catharina su hermana. Dióse esta batalla, que fue en aquel tiempo

muy famosa, por el mes de agosto del año que se contaba de 1488.

Despues se tomó asiento con el Francés, que soltó los presos aunque no en un mismo tiempo ni por la misma ocasion; y el Breton se obligó de no casar sus hijas sin su consentimiento: condicion que él cumplió porque sin disponer dellas falleció luego el año siguiente. Dejó por tutor de sus hijas, y gobernador de aquel estado al mariscal de Bretaña, persona aficionada al casamiento de monsieur de Labrit, como lo tenian concertado aun antes del asiento que se tomó con Francia. Pero el conde de Dunois y el canciller de Bretaña le eran de todo punto contrarios, y mas al príncipe de Oranges, que como deudo tan cercano se apoderó de la duquesa y su hermana. Acudieron por socorros el mariscal á Ingalaterra, y el de Oranges al rey de romanos y á España. Vinieron gentes de todas partes, y en particular de España por mar envió el rey don Fernando mil hombres de armas y ginetes de socorro debajo la conducta y



Patio de los Leones en la Alhambra.

gobierno de don Pedro Gomez Sarmiento conde de Salinas, que desembarcó con su gente en Bretaña al principio del año 1490.

Este socorro fue de poco efecto, por sospechas que nacieron entre los naturales y los españoles; demás que la duquesa se inclinaba á casar con el rey de romanos, y aun se trató y concertó el casamiento. Por esto el mismo Labrit, perdida la esperanza de casar con aquella señora, ó de que un hijo suyo (que tambien lo pretendia) casase con la hermana menor que falleció por este mismo tiempo, y con promesa que le hicieron de nombrallo por condestable de Francia, resuelto de mudar partido entregó á Nantes cabeza de aquel ducado, plaza que tenia en su poder, al Francés. El rey don Fernando otrosí hizo salir su gente de Bretaña por lo poco que allí hacian, y con esperanza que se le dió de restituille lo de Ruysellon y Cerdania, conforme á lo que el rey Luis Onceno de Francia dejó dispuesto en su testamento movido de su conciencia y á persuasion de fray Francisco de Paula fundador de los mínimos, al cual hiciera venir desde lo postrero de Italia, de do era natural, con esperanza que por su medio recobraria la salud que le faltó mucho tiempo, á lo postrero de su vida; y persuadido de sus razones antes de su muerte enviara al obispo de Lombes y al conde de Dunois para que hiciesen la entrega de Perpiñan; mas como el rey falleciese á la sazon, los que gobernaban el reino, les mandaron dar la vuelta sin efectuar el órden que llevaban.

Con la salida de los españoles el Francés tuvo comodidad de apoderarse de la mayor parte de aquel estado, y Ana, madama de Borbon, su hermana mayor, que todo lo gobernaba á su voluntad, tuvo órden y se dió tan buena maña, que el rey su hermano, dejada Margarita su esposa con color de su poca edad, finalmente casó con la duquesa de Bretaña. Con este matrimonio las fuerzas y poder de Francia se adelantaron, y sosegadas las alteraciones de aquel reino, los franceses tuvieron comodidad de acometer lo de Italia.

En España los reyes don Fernando y doña Isabel luego que se vieron desembarazados de la guerra de los moros, acordaron de echar de todo su reino á los judios. Con esta resolucion en Granada, do estaban, por el mes de marzo del año 1492 hicieron pregonar

un edicto en que se mandaba á todos los de aquella nacion que dentro de cuatro meses desembarazasen y saliesen de todos sus estados y señoríos, con licencia que se les daba de vender en aquel medio tiempo sus bienes, ó llevallos consigo. Luego el mes siguiente de abril fray Tomás de Torquemada primer inquisidor general por otro edicto y mandato vedó á todos los fieles, pasado aquel tiempo, el trato y conversacion con los judíos, sin que á ninguno fuese lícito de allí adelante dalle mantenimiento, ni otra cosa necesaria so graves penas al que hiciese lo contrario, que fue causa de que una muchedumbre innumerable desta nacion se embarcase en diversos puertos: unos pasaron á Africa, otros á Italia, y muchos tambien á las provincias de Levante, do sus descendientes hasta el dia de hoy conservan el lenguaje castellano, y usan dél en el trato comun.

Gran número desta gente se quedó en Portugal con licencia del rey don Juan el Segundo, que les dió con condicion que cada uno dellos pagase ocho escudos de oro por el hospedaje, y que dentro de cierto tiempo que se les señaló, saliesen de aquel reino con apercebimiento que pasado dicho término serian dados por esclavos, como muchos dellos lo fueron dados adelante, y despues por el rey don Manuel les fue restituida su libertad luego al principio de su reinado.

El número de los judíos que salieron de Castilla y Aragon no se sabe: los mas autores dicen que fueron hasta en número de ciento y setenta mil casas, y no falta quien diga que llegaron á ochocientas mil almas: gran muchedumbre sin duda, y que dió ocasion á muchos de reprender esta resolucion que tomó el rey don Fernando en echar de sus tierras gente tan provechosa y hacendada, y que sabe todas las veredas de llegar dinero; por lo menos el provecho de las provincias adonde pasaron fue grande, por llevar consigo gran parte de las riquezas de España, como oro, pedrería, y otras preseas de mucho valor y estima. Verdad es que muchos dellos por no privarse de la patria, y por no vender en aquella ocasion sus bienes á menos precio, se bautizaron, algunos con llaneza, otros por acomodarse con el tiempo y valerse de la máscara de la Religion Cristiana; los cuales en breve descubrieron lo que eran, y volvieron á sus mañas como gente que son compuesta de falsedad y de engaño.

CAPITULO II.

De la eleccion del papa Alejandro Sesto.

En este medio falleció en Roma el papa Inocencio Octavo á veinte y cinco de julio. Juntáronse luego el dia siguiente los cardenales para nombrar sucesor, divididos en dos parcialidades: la una seguia al cardenal de San Pedro Julian de la Rovere sobrino de Sixto Cuarto, el cual se inclinaba á acudir con sus votos á don Jorge de Costa cardenal de Portugal; de la otra parte eran cabezas los cardenales Ascanio Esforcia hermano del duque de Milan, y don Rodrigo de Borgia Vicecanciller, personas poderosas y ricas, aunque el de Borgia tenia mas que dar; y finalmente sea con buenos medios, sea con malos salió con el pontificado y en él se llamó Alejandro Sesto. Ayudóle mucho el cardenal Ascanio: así en recompensa (segun se entendió) de lo mucho que trabajó en granjear las voluntades del cónclave, le dió luego el oficio de vicecancelario, y en el primer consistorio que tuvo, dió su capelo á don Juan de Borgia su sobrino arzobispo de Monreal.

Muchas cosas siniestras se dijeron deste pontífice: puédese sospechar que algunas fueron verdaderas, otras impuestas; y que por el odio que como á extranjero le tenian, por lo menos que sus faltas no fueron tan graves como las encarecen, lo cierto es que fue natural de Valencia: sus padres se llamaron Jofre Lenzo y Isabel Borgia. Luego que se supo la eleccion de su tio el papa Calixto, se partió á toda priesa para Roma con cierta esperanza que llevaba del capelo. Hecho cardenal, en una moza romana llamada Zanocia, ó Vanocia, hobo cuatro hijos, á Pedro Luis el mayor, á César, á Juan y á Jofre, y una hija por nombre Lucrecia. Era tan rico que compró el ducado de Gandía, y le puso en cabeza de Pedro Luis su hijo mayor, que falleció antes que su padre subiese al pontificado, y en su lugar puso á Juan su tercero hijo, al cual dió por mujer á doña María Enriquez hija de don Enrique Enriquez mayordomo mayor de los reyes Católicos y de doña María de Luna su mujer, de quien nació el duque don Juan padre de don Francisco de Borgia varon santo, pues renunciado el estado que heredó de su padre y abuelo, e vimos primero religioso, y despues prepósito general de nuestra compañía; que fue una de las cosas notables de nuestra edad.



Cristobal Colon.

La creacion de Alejandro se hizo á once dias de agosto, y á los veinte y siete del mismo se coronó. En el mismo dia confirmó la ereccion hecha pocos dias antes de la iglesia de Valencia en metrópoli, y juntamente nombró por arzobispo de aquella iglesia á don César su hijo segundo que era ya obispo de Pamplona; el año siguiente en las témporas de setiembre salió nombrado cardenal, con provanza de muchos testigos que juraron no era hijo del papa, sino de Dominico Ariñano marido que era de Zanocia: probanza que pasó por Rota y por el consistorio, sin

que casi persona se atreviese á hacer contradiccion: tal era el poco miramiento de aquel tiempo. El hijo menor de todos se llamó Jofre, á quien por ciertos conciertos que el papa tuvo con don Alonso el Segundo rey de Nápoles, en lo postrero de Calabria hicieron príncipe de Esquilache.

Lucrecia casó primero con el señor de Pésaro por nombre Juan Esforcia, despues con Luis Alonso de Aragon hijo bastardo del dicho don Alonso rey de Nápoles; y muerto este á manos de César su cuñado, que renunciado el capelo se llamaba el duque Valentin, últimamente casó con Alonso de Este, hijo mayor de Hércules duque de Ferrara. En el pontificado de Alejandro se dió el capelo á catorce españoles: entre los demás fue uno don Bernardino de Carvajal obispo que fue de diversas iglesias de Castilla como se dijo de suso sucesivamente, y á la sazon embajador de Roma por don Fernando rey de España. Su promocion fue agradable así por sus buenas partes de ingénio asaz despierto, como por la memoria del cardenal de Santangel su tio don Juan de Carvajal, que fue notable prelado. Destos principios ¡cuán grandes inconvenientes se seguirán!

Lo de Navarra andaba muy alterado por dos causas: la primera que Juan vizconde de Narbona tio de la reina de Navarra pretendia tener derecho á aquella corona, fundado en que su hermano mayor Gaston de Fox falleció en vida de su madre doña Leonor reina que era propietaria de Navarra; decia que por su muerte debia él ser antepuesto á los nietos que era grado mas apartado, pleito tantas veces ventilado. Por otra parte el conde de Lerin condestable de Navarra con los de su valia traia desasosegado aquel reino, en que estaba apoderado de la ciudad de Pamplona y poco adelante tomó la villa de Olite, sin otras plazas que tenia á su mano. Acudieron de todas partes al rey don Fernando como á príncipe á quien tanto tocaban las cosas de aquel reino, para alegar cada cual de las partes de su derecho y valerse de las fuerzas del rey de España. En lo del vizconde el rey declaró que asistiria á aquellos reyes, y no permitiria se les hiciese fuerza ni agravio, como á los que tenian su derecho mas fundado.

Con esta respuesta el de Narbona acudió por una parte á las armas, y en el condado de Fox se apoderó de algunos lugares, por otra seguia su pleito en el parlamento de Paris; pero finalmente se vino á concierto, y desistió por algun tiempo de aquella demanda. Cuanto á lo del conde de Lerin, el mismo rey don Fernando interpuso su autoridad, y en cierto asiento que se tomó con aquellos reyes, entre otras condiciones se puso una que el conde restituyese las plazas que tenia usurpadas, y nombradamente la villa de Olite, y juntamente saliese de Navarra desterrado por toda su vida junto con don Luis y don Fernando sus hijos. Para facilitar este acuerdo se le dió en recompensa la villa de Huescar en el reino de Granada con título de marqués, sin otras ventajas y vasallos que para adelante le prometieron: concierto que se trató el año siguiente, y se ejecutó tres años adelante. Volvamos á lo que queda atrás.

CAPITULO III.

Del descubrimiento de las Indias occidentales.

La empresa mas memorable, de mayor honra y provecho que jamás sucedió en España, fue el descubrimiento de las Indias occidentales, las cuales con razon por su grandeza llaman el Nuevo Mundo: cosa maravillosa, y que de tantos siglos estaba reservada para esta edad. La ocasion y principio desta nueva navegacion y descubrimiento fue en esta manera. Cierta nave desde la costa de Africa, do andaba ocupada en los tratos de aquellas partes, arrebatada con un recio temporal aportó á ciertas tierras no conocidas. Pasados algunos dias, y sosegada la tempestad, como diese la vuelta, muertos de hambre y mal pasar casi todos los pasajeros, y marineros, el maestre con tres ó cuatro compañeros últimamente llegó á la isla de la Madera. Hallábase acaso en aquella isla Cristoval Colon ginovés de nacion, que estaba casado en Portugal y era muy ejercitado en el arte de navegar, persona de gran corazon y altos pensamientos. Este albergó en su posada al maestre de aquel navio, y como falleciese en breve, dejó en poder de Colon los memoriales y avisos que traia de toda aquella navegacion. Con esta ocasion ora haya sido la verdadera, ó sea por la astrología en que era ejercitado, ó como otros dicen, por aviso que le dió un cierto Marco Polo médico florentin, él se resolvió en que de la otra parte del mundo descubierto y de sus términos hácia do se pone el sol, habia tierras muy grandes y espaciosas.

Este pensamiento suyo comunicó primero con el rey de Portugal, despues con Enrique Seteno rey de Ingalaterra; pero como al uno y al otro pareciesen sueños lo que decia, con todo esto no desistió de su empresa; antes se fue á la córte del rey de España don Fernando. Allí como no le diesen mas oidos que los demás, con sufrimiento que tuvo de siete años, últimamente alcanzó al mismo tiempo que el reino de Granada se acababa de conquistar, que á costa del rey le armasen tres navios con que hiciese prueba si salia verdadero lo que prometia. Es cosa notable que con solos diez y siete mil ducados que por estar los reyes tan gastados tomaron prestados, se emprendió una cosa tan grande, y que habia de ser de tanto interés.

Hízose pues Colon á la vela á tres de agosto de Palos de Moguer do se aprestaron las naves, y vencidas las olas del mar Atlántico, primero aportó á las islas Canarias, desde allí tomando la derrota del Poniente, á cabo de muchos dias y de grandes dificultades que pasó, descubrió ciertas islas que llamó las islas del Príncipe. Reparó por aquellas partes algunos dias, y dejados en un castillo que hizo allí, algunos compañeros de los suyos, y por capitan á Diego de Arana, dió la vuelta con las nuevas y muestras de las riquezas que dejaba descubiertas, y fue muy bien recibido en España. Prosiguió en descubrir con nuevas navegaciones que hizo los años siguientes, otras muchas islas; entre las mas principales y mayores fueron la Española y la Cuba. Demás desto costeó gran parte de la tierra firme, que corre entre el polo Antártico y el polo Artico desde el estrecho de Magallanes hasta el cabo de Bacallao, con marinas y riberas que se estienden por espacio de mas de cinco mil leguas. Verdad es que las dichas marinas con una grande ensenada que hacen, como á la mitad de todas ellas se ciñen de tal manera, que desde el puerto del Nombre de Dios que está en nuestro mar, hasta Panamá puerto del mar opuesto que llaman del Sur, apenas hay distancia y camino de diez y ocho leguas; y bien que las riberas del uno y del otro mar hácia la parte de Septentrion por grande espacio con diligencia increible de los nuestros han sido descubiertas, hasta ahora no se ha podido entender bastantemente si la India occidental se continua con la oriental, ó si mas arriba del Catayo puerto de la China, y mas arriba del Japon, isla que algunos llamaron Cipangri, haya algun estrecho de mar con que se aparten la una de la otra. Falleció Colon el año de nuestra salvacion mil y quinientos y seis: varon digno de inmortal renombre. Fue hecho almirante de las Indias y duque Veraguas: merced debida á sus grandes méritos y servicios.

Continuaron otros estas navegaciones así en vida de Colon como principalmente despues dél muerto, y á su ejemplo descubrieron al Poniente diversas islas y riberas. Entre estos Américo Vespucio de nacion

florentin por mandado del rey de Portugal don Manuel el año de mil y quinientos primeramente descubrió todo el Brasil, parte sin duda del Nuevo Mundo y de aquella tierra firme. Despues de corridas casi todas las riberas hácia nuestro mar del Norte con diversas navegaciones que se emprendieron por personas diferentes, entre ellas Vasco Nuñez Balboa natural de Badajoz, varon de gran corazon, fue el primero que descubrió el estrecho que hay de tierra, á causa de aquella grande ensenada que hace el mar desde el puerto del Nombre de Dios hasta Panamá, y halló el mar del Sur el año de mil y quinientos y trece para grande honra y provecho de nuestra España.

Resultó de las navegaciones de Colon y de Américo cierta diferencia entre Castilla y Portugal á causa que el Portugués pretendian pertenecelle por concesion de los pontífices, y en particular de Eugenio Cuarto, todo el descubrimiento del Nuevo Mundo. El rey de Castilla en contra alegaba una bula de Alejandro Sesto, en que el año de mil y cuatrocientos y noventa y tres le concedió que tirada con la imaginacion una línea de polo á polo, cien leguas mas adelante de las islas Hespérides que hoy se llaman del Cabo Verde, todo lo que desde aquella línea se descubriese hácia el Poniente fuese suyo, y que al Portugués quedase todo lo demás. La cual concesion poco despues modificó con otra nueva bula, en que mandó que la dicha línea de la demarcacion se señalase otras trescientas y setenta leguas mas adelante hácia el Poniente, y esto para efecto que el Brasil de nuevo descubierto se comprendiese dentro de la conquista de Portugal.

Gerónimo Osorio obispo de Silves en la vida del rey don Manuel afirma que la dicha línea se señaló por la imaginacion treinta y seis grados al Poniente mas adelante del meridiano de Lisboa. Lo cierto es que deste asiento que tomaron, resultó otra nueva contienda, porque los castellanos pretendian que las islas Malucas, de donde viene la especería, se comprendian en la mitad del mundo que les fue consignado en aquel repartimiento. Los portugueses niegan todo esto, y por los eclipses de la luna que es el solo camino que hay para medir la longitud de la tierra, dicen estar observado que la boca del rio Indo dista de Lisboa por espacio de noventa grados y no mas, desde do hasta el meridiano, que se señala con la imaginacion por lo postrero de las Malucas, hay cuarenta y dos grados. A la cual suma, si añadimos los treinta y seis grados mas adelante de Lisboa principio de la conquista de Portugal, aun no vendremos á cerrar con los ciento y ochenta grados que tiene la mitad deste grande globo y mundo; cuya longitud se divide en trecientos y setenta grados.

Y consta que Fernando de Magallanes de nacion portugués por queja que tuvo de su rey de no le haber recompensado bastantemente los servicios hechos en la India oriental en que estuvo largo tiempo, despues de la muerte del rey don Fernando el Católico persuadió al rey don Cárlos su nieto, que siguiendo la derrota entre Poniente y Mediodía, se podria pasar á las Malucas por diferente camino. Ofreció su industria para ejecutar este aviso, y con cinco naves que le dieron, se hizo á la vela desde Sevilla año de nuestra salvacion de mil y quinientos y diez y nueve. Aportó primero á las Canarias: desde allí á vista del Brasil costeadas todas aquellas riberas, halló un estrecho de mar cincuenta y tres grados mas adelante de la equinoccial, el cual de su nombre llamaron el estrecho de Magallanes. A la entrada de aquel estrecho una de las naves dió en ciertos riscos y se abrió: otra cansada de aquella tan larga y tan pesada navegacion de noche alzó las velas y dió la vuelta á Sevilla.

Con las otras tres naves pasó el estrecho, y despues de muchos dias en una isla que descubrieron, llamada Zubu, fue muerto alevosamente por los bárbaros con algunos otros sus compañeros. Los demás por falta de marineros y járcias, puesto fuego á la una de las tres naves, con las otras dos últimamente apostaron á las Malucas. Hicieron su carga en la isla de Tidor para muestra de las riquezas que allí hallaron, y porque la una de las dos naves hacia agua, se perdió. La otra sola que quedaba, por diferente camino que habia traido, pasado el cabo de Buena Esperanza, llegó á Sevilla tres años despues que de allí partiera. La nave se llamaba Victoria, el maestre Juan Sebastian Cano, vizcaino de nacion ó guipuzcoano, natural de un pueblo llamado Guetaria, que por su grande constancia y dicha nunca oida de haber rodeado todo el mundo, merece que su nombre quede inmortalizado.

Probaron otros los años siguientes una, segunda y tercera vez á hacer aquella navegacion; pero porque el provecho no era conforme al trabajo, últimamente desistieron della, especial que el rey don Juan de Portugal prestó al emperador don Carlos trecientos y cincuenta mil ducados con condicion que así él como sus descendientes se apartasen de aquella demanda hasta en tanto que hobiesen restituido aquel empréstito. En este tiempo del todo se ha sosegado esta contienda por haber toda España reducídose debajo del poder y mando de un monarca y señor universal.

Pasado aquel estrecho de tierra que dijimos hacia el mar del Sur, á la mano derecha está situada la Nueva España con su ciudad de Méjico, asentada á la sazon en una laguna y cabeza de aquellas provincias. Donde y en las provincias comarcanas era muy poderoso y muy gran señor de muchos y de muy grandes reinos el emperador Motezuma, al cual Hernan Cortés el año de mil y quinientos y veinte prendió dentro de su mismo palacio: notable resolucion. Y muerto que fue por los suyos con una piedra que acaso le tiraron á una ventana á que se asomó para apaciguallos, sujetó aquellas muy anchas provincias al emperador don Carlos: para sí ganó inmortal renombre; á sus descendientes los marqueses del Valle dejó en aquellas partes de Méjico aquel muy rico estado.

A mano izquierda del estrecho y de Panamá Francisco Pizarro el año mil y quinientos y veinte y cinco descubrió el Perú, y seis años adelante con prision y muerte que dió á Atabalipa señor de aquellas tierras, le sujetó; que es la mas rica provincia de minas de oro y de plata de cuantas se han descubierto, en tanto grado que todo el menaje de las casas hasta las ollas y las calderas eran destos ricos metales. El despojo que fue muy grande, y la presa dividió Pizarro con Diego de Almagro su principal compañero en aquella conquista, y con los demás no como fuera razon; y sin embargo á cada uno de los soldados ordinarios cupieron nueve mil ducados, que fue la mayor presa y botin que jamás se ganó: los soldados eran como trecientos, que en una batalla vencieron á mas de cien mil indios. De la abundancia nació la soberbia y demasías, ca Hernando Pizarro hermano de Francisco Pizarro por entender que Almagro públicamente se quejaba del agravio, y trataba de vengarse, le dió la muerte. Un hijo de Almagro habido fuera de matrimonio en una india por nombre don Diego acometió en Lima las casas en que Francisco Pizarro posaba, y dentro dellas le mató en venganza de su padre. Fue este atrevimiento muy grande. Por vengalle se juntaron el gobernador Cristobal Vaca de Castro, y Gonzalo Pizarro otro hermano de Francisco, y con sus gentes vencieron en batalla y dieron la muerte al dicho don Diego.

Con esta victoria y por sus muchas riquezas quedó Gonzalo Pizarro tan ufano, que pretendió hacerse señor de aquella tierra. Acudió desde España por mandado del emperador primero Blasco Nuñez Vela con nombre de virey y al cual prendieron y mataron en el Perú los mismos españoles. Despues el licenciado Pe-

dro de la Gasca, dado que era clérigo de profesion y del consejo de la general Inquisicion, sosegó aquellos movimientos mas por maña que con fuerzas: castigó é hizo morir á Gonzalo Pizarro y las demás cabezas principales de aquellas revueltas. Hecho esto, volvió á España, donde fue obispo primero de Palencia, y despues de Sigüenza hasta lo postrero de su edad que fue muy larga. Hernando Pizarro, que solo de los tres hermanos quedaba vivo, estuvo mucho tiempo preso en España, ca antes que su hermano se levantase, vino para dar razon de la muerte de Almagro, primera ocasion de aquellas revueltas. Por esta manera castigó Dios la muerte dada contra razon la emperador Atabaipa, sin dejar ninguno de sus enemigos que no fuese castigado, y las riquezas mal ganadas perecieron juntamente con sus dueños.

Las costumbres de todas estas gentes que descubrieron en aquellas partes, eran estrañas, y todas las mas cosas muy estraordinarias. Los animales, las aves que se crian de muchas raleas y muy vistosos colores: los peces, los árboles, las yerbas todo estraño y de lo de acá diferente. No tenian letras: notable mengua. No usaban de moneda ni de peso. No sabian fabricar naves con sus jarcias, velas y gobernalle: solo navegaban en barcas como artesas, cavadas en un solo madero, que llaman ellos canoas. Para el vestido y arreo no tenian lino, lana, ni seda: sus telas y ropa de algodon, que se da muy bien en la tierra sin teñillo de diferentes colores. Carecian del uso del hierro, de las armas y herramientas que dél se forjan: de trigo y de molinos para moler su maiz, que es el grano de que se sustentan. Faltábales aceite y vino de uvas, si bien las producia de suyo la tierra, y ellos usaban de otros brebages de diversas maneras para sus borracheras á que son muy dados. Del sebo y de la cera no sabian hacer candelas para alumbrarse. Ningunas bestias de carga ni para cabalgar, no carros ni literas. Sacrificaban hombres cautivados en guerra y esclavos en número tan grande que se tiene por cierto en sola la ciudad de Méjico pasaban de veinte mil por año, cuya carne comian sin asco ninguno. Casaban con muchas mujeres, y sin escrúpulo usaban del pecado nefando: tan sucios y deshonestos eran. Su traje muy diferente, y por la mayor parte desnudos. Gran bien les hizo Dios y gracia en traellos á poder de cristianos, y para que los buscasen y conquistasen, repartir con ellos con larga mano el oro y la plata en tanta abundancia: cebo para codiciosos; sobre todo dalles su conocimiento para que dejada la vida de salvajes viviesen cristianamente: mas merced fue sujetallos, que si continuaran en su libertad.

Adelante se descubrió el Chille hácia el mar del Sur y polo Antártico, do hallaron indios belicosos y malos de sujetar; y hácia nuestro mar, pasado el Brasil y el rio de la Plata, el Paraguay y el Tucuman que se estiende hasta el estrecho de Magallanes. Las Philipinas, islas no lejos de la China, con diversas ocasiones se descubrieron; y llamaron así del nombre de don Philipe Segundo rey de España. La de Luzon que es la cabeza, con su ciudad Manila conquistó el adelantado Miguel Lopez de Legaspi á diez y ocho de mayo año de mil y quinientos y setenta y dos.

Últimamente el año mil y quinientos y noventa y ocho de Méjico salió un buen número de soldados y su general el adelantado don Juan de Oñate á la conquista del Nuevo Méjico. Cae esta provincia hácia nuestro polo en altura de mas de treinta grados: la tierra fértil, la gente mas politica que lo demás de las Indias, las casas de tres, cuatro y siete sobrados. Teníase della noticia desde el tiempo de Hernan Cortés, y diversas veces acometieron á conquistalla, pero esta fue la de mas consideracion. Del suceso della y todo el efecto que se hizo, que para tanto ruido fue corto, el capitan Gaspar de Villagra que se halló presente, escribió un libro en metro castellano. De la conquista toda de las Indias han resultado provechos y daños. Por lo menos las fuerzas flaquean por la mucha gente que sale, y por estar tan derramadas: el sustento que la tierra nos daba, y no mal con sus frutos, ya todos los años le esperamos en gran parte de los vientos y de las olas del mar: el príncipe mas necesidades que antes, por acudir forzosamente á tantas partes: la gente muelle por el mucho regalo en comidas y trajes.

CAPITULO IV.

De la restitucion que se hizo de Ruysellon.

Ardia Carlos Octavo rey de Francia en un vivo deseo de acometer la conquista del reino de Nápoles, para lo cual pretendia tener derecho muy fundado, sin otras causas diferentes que á ello le movian. No le faltaban gentes ni riquezas para llevar al cabo una empresa tan grande solo se recelaba por una parte del rey de romanos, que le tenia malamente agraviado con quitalle su esposa la duquesa de Bretaña, y dejar á su hija Margarita con quien estaba concertado. Por otra temia al rey don Fernando no le acometiese por la parte de España en defensa de los reyes de Nápoles, que eran de la casa de Aragon. Por esta causa le pareció en primer lugar de hacer confederacion con el dicho rey de España y para este efecto se trataba muy de veras por comisarios que de una y otra parte se nombraron, de restituir los estados de Ruysellon y Cerdania que tenia en su poder el Francés por empeño que se hizo los años pasados.

Apretábase muy mucho este tratado, tanto que los reyes don Fernando y doña Isabel para estar mas cerca y procurar la conclusion de cosa que tanto deseaban, con dejar á don Iñigo Lopez de Mendoza conde de Tendilla por alcaide del Alhambra, y capitan general de aquel nuevo reino, por principio del mes de junio partieron de Granada la vuelta de Aragon. Llevaban en su compañía sus hijos el príncipe y las infantas. Entraron en aquel reino por la parte de Borgia para donde tenian concertada la junta de la hermandad. De allí pasaron á Zaragoza, donde dieron órden que los jurados y otros oficiales del regimiento fuesen puestos en aquellos oficios no por eleccion de los ciudadanos, como antes se acostumbraba, sino por nombramiento del rey, órden que no duró mucho.

Llegaron á Barcelona por el mes de octubre. Allí sucedió un caso atroz: tenia costumbre el rey don Fernando de dar audiencia pública por lo menos un dia en la semana. Sucedió que un viernes á siete de diciembre se entretuvo en ella mas de lo acostumbrado. Al salir de la audiencia un hombre llamado Juan Canamares catalan de nacion natural de Remensa sin ser sentido se llegó al rey, y con la espada desnuda le tiró un golpe para matalle, del cual quedó herido debajo de la oreja. Fue grande la turbacion de la ciudad: prendieron al malhechor por saber si alguno se lo habia aconsejado. Averiguóse que estaba loco, y que acometió aquel caso por haber soñado que muerto el rey, le sucederia en la corona; sin embargo le atenacearon vivo, y despues de muerto le quemaron. Tenia el rey grande deseo de concluir el asiento que se trataba con Francia. Juntáronse los comisarios diversas veces, que eran los principales, por Francia Luis de Amboesa obispo de Albi, y por España el secretario Juan de Coloma. Tratóse de las condiciones primero en Figueras en los confines del Ampurdan y Ruysellon, despues en la ciudad de Narbona: allí últimamente á diez y ocho del mes de enero del año 1493 se asentó amistad entre España y Francia; y della escluian á todos los demás príncipes, escepto solo el pontífice romano. Las condiciones fueron que el rey don Fernando no pudiese casar sus

hijas con ningun príncipe sin consentimiento del rey de Francia, y que con esto el Francés le restituyese lo de Ruysellon y Cerdania; sin embargo en la ejecucion hobo algunas dificultades y se entretuvieron algunos meses antes que se efectuase.

Restaba solamente al Francés concertarse con el rey de romanos Maximiliano de Austria que aunque con dificultad al fin se hizo con restituille á su hija Margarita, que todavía se la entretenian en Francia, y el condado de Artoes dote de aquella señora, y con seguridad que le dieron de volvelle el condado de Borgoña y lo demás del ducado que por fuerza y contra razon le tenian usurpado: cosa muchas veces tratada y concertada, pero que nunca se cumplió de todo punto. Concertóse esta paz en sazon que el emperador Federico se hallaba muy al cabo, de una pierna que se le encanceró y al fin fue menester cortársela, de que en breve murió á diez y nueve del mes de agosto. Por su muerte le sucedió en el imperio y en los demás estados su hijo Maximiliano que ya era rey de romanos.

Luis Esforcia duque de Bari, tio de Juan Galeazo duque de Milan, con increible tiranía é inhumanidad por apoderarse del estado de su sobrino trataba con el nuevo César que casase con Blanca María hermana del dicho duque Juan Galeazo, con tal que le diese para él y sus sucesores la investidura de Milan y de todo aquel estado: ambicion ciega y perjudicial que fue ocasion de revolver á toda Italia. Por esta investidura y por el dote se obligó á Luis Esforcia, y lo que mas es, hizo obligar al duque su sobrino contra quien se enderezaba toda esta trama, de dar cuatrocientos mil ducados al emperador Maximiliano. El color que se tomó para cosa tan exorbitante fue que ni Francisco Esforcia, ni Galeazo su hijo fueron por los emperadores investidos de aquel estado y por tanto como vaco le daba al dicho Ludovico.

Entreteníase en este tiempo el rey don Fernando en las partes de Aragon y Cataluña hasta tanto que como tenian asentado le restituyeron por el mes de setiembre lo de Ruysellon y Cerdania, y las gentes francesas que tenian de guarnicion salieron de aquellos estados: resolucion que dió á muchos que decir, y que los historiadores extranjeros, y particularmente los franceses nunca acaban de reprender que aquel rey por esperanza incierta se desposeyese de aquellos estados: muchos cargan al obispo de Albi que se dejó cohechar con el oro de España.

CAPITULO V.

Que los tres maestrazgos militares se incorporaron en la corona real de Castilla.

Por el mismo tiempo que el rey don Fernando recobró lo de Ruysellon, en la otra parte opuesta y mas distante de España se apoderó de la isla de Cádiz con su puerto, que es uno de los mas señalados del mundo. El rey don Enrique el Cuarto los años pasados con la facilidad que tenia en hacer mercedes, la habia dado con título de marqués á don Juan Ponce de Leon conde de Arcos; por cuya muerte, que sucedió algunos meses despues de la toma de Granada, quitaron aquella isla á don Rodrigo Ponce su nieto que le sucedió en sus estados, y volvió á la corona real, si bien en recompensa le dieron la villa de Casares en Africa, y que en lugar de conde de allí adelante se intitulase duque de Arcos. Asimismo la isla de Palma que es una de las Canarias, ganó Alonso de Lugo que enviaron los reyes á aquella conquista. Pero la cosa de mayor consideracion que en este año sucedió, fue apoderarse el rey de los maestrazgos de las tres órdenes militares de Castilla. Eran los maestres exentos de la jurisdiccion real: tenian tanto poder y parte en el reino á causa de sus muchas riquezas y aliados, que se hacian temer de los mismos reyes. Por esto el papa Inocencio Octavo concedió al rey Católico don Fernando que tuviese en administracion aquellos maestrazgos. Ganóse esta bula por el mismo tiempo que don García de Padilla maestre de Calatrava pasó desta vida, que fue el fin del año mil y cuatrocientos y ochenta y siete, y porque en el presente falleció el maestre de Santiago don Alonso de Cárdenas, tomó asimismo posesion de aquel maestrazgo; y por concluir luego el año siguiente se negoció y acabó con el maestre de Alcántara don Juan de Zúñiga que renunciase en favor del rey, y permutase aquella dignidad con el arzobispado de Sevilla, con esto el rey quedó maestre de aquellas tres órdenes por todo el tiempo de su vida; y aun el papa Alejandro le dió por compañera y con derecho de suceder en esta administracion á la reina doña Isabel.

Ultimamente el papa Adriano los años adelante por contemplacion del rey don Carlos su discípulo le concedió á él y á sus sucesores autoridad de presentar los obispos de España que antes se proveian á suplicacion de los reyes: asimismo sin limitacion de tiempo les concedió perpétuamente la dicha administracion de los maestrazgos que fue una notable resolucion. A este maestre postrero de Alcántara que fue despues cardenal, dedicó su diccionario el maestro Antonio de Nebrija, varon de inmortal renombre, y digno que quede su memoria en las historias de España así por el principio que dió á todo lo que en su tiempo de la lengua latina se supo en España, como por los muchos libros que escribió llenos de erudicion y doctrina. Entre otros dejó escritas en latin dos guerras; la de Granada y la de Navarra que sucedió algunos años adelante, si bien en las dichas historias usó de mas diligencia y verdad que elegancia Al mismo tiempo que fallecieron el marqués de Cádiz, y el maestre de Santiago, murieron don Enrique de Guzman duque de Medina Sidonia y don Pedro Enriquez adelantado del Andalucía. Al duque sucedió su hijo don Juan: poco antes al condestable Pero Hernandez de Velasco habia sucedido su hijo Bernardino de Velasco, que casó con doña Juana de Aragon hija bastarda del rey don Fernando.

CAPITULO VI.

Del principio de la guerra de Nápoles.

Ninguna cosa por estos tiempos sucedió mas notable, ni que en mayor confusion pusiese las cosas de Italia y aun de toda la Europa, que la guerra muy famosa de Nápoles, que emprendió Carlos Octavo rey de Francia con los preparamentos que arriba quedan apuntados; de la cual será bien declaremos de raiz por qué vias se haya encaminado. El papa Urbano Sesto desde Hungría hizo pasar en Italia con gente á Carlos príncipe de Durazo contra Juana reina de Nápoles que habia favorecido la eleccion de Clemente Sétimo su competidor, con que en gran manera se perturbó la paz de la Iglesia. Ella para su defensa llamó desde Francia á Ludovico duque de Anjou hijo menor de Juan rey de Francia. Para esto le adoptó por hijo para que le sucediese en aquel estado. Hijo deste Ludovico fue otro de su mismo nombre que hizo guerra con Ladislao rey de Nápoles hijo del sobredicho Carlos; pero no con mayor ventura que su padre, ca el uno y el otro fueron en aquella guerra desgraciados. El nieto que asimismo se llamó Ludovico, fue llamado por el papa Martino Quinto contra Juana la mas moza, hermana de Ladislao, y reina de Nápoles. Este Ludovico echó de aquel reino á don Alonso rey de Aragon, al cual la dicha Juana habia primero adoptado por hijo, y despues arrepentida de lo hecho revocado aquella adopcion. A Ludovico por fallecer sin hijos sucedió Renato su hermano,

con quien el rey don Alonso por largo tiempo tuvo guerra con mejor ventura que la pasada, tanto que forzó á su contrario á que se volviese en Francia. Hijo deste Renato fue Juan duque de Lorena, el que despues que en la guerra de los barones revolvió grandemente el reino de Nápoles y puso en grande aprieto al rey Fernando de Nápoles, adelante en la guerra de Cataluña fue capitan de los catalanes alzados contra el rey de Aragon don Juan, y por su muerte que sucedió en Barcelona, como queda dicho, vino á suceder en los estados de Renato Carlos sobrino suyo hijo de su hermano. Carlos en su testamento nombró por su heredero á Ludovico Onceno rey de Francia, por parecelle que Renato duque de Lorena sobrino suyo, y nieto de parte de madre de Renato duque de Anjou, no tenia bastantes fuerzas contra los aragoneses y su poder. Este fue el primer principio de la guerra de Nápoles. Allegóse otra segunda causa, y fue que por la muerte de Galeazo Esforcia duque de Milan, que le mataron sus vasallos los años pasados, Luis Esforcia su hermano se apoderó del gobierno de aquel estado con color que Juan Galeazo hijo del muerto por su pequeña edad no era bastante para gobernar. Estaba casado Luis Esforcia con Beatriz hermana de Hércules duque de Ferrara. Item don Alonso duque de Calabria hijo del rey de Nápoles tenia por mujer á Hipólita hermana del susodicho Luis Esforcia; del cual matrimonio nacieron don Fernando y doña Isabel: don Fernando fue rey de Nápoles despues de su abuelo y padre: doña Isabel casó con Juan Galeazo verdadero duque de Milan. Esta señora por ver á su marido desposeido, dado que ya tenia dos hijos en ella, por sus cartas persuadió á su padre que fuese parte para que quitado aquel estado al tirano, su marido tomase la posesion de aquel señorío de sus antepasados. Luis Esforcia vista la tempestad que desde Nápoles se le armaba, por sus embajadores y cartas convidó á Carlos Octavo rey de Francia para que tomase aquella empresa del reino que decia pertenecelle de derecho. Ayudaba á esto Estéphano de Vers gran privado de aquel rey, que le hizo Senescal de Belcayre, y Guillen Brissoneto obispo de San Maló: allegábanseles muchos barones de Nápoles, que desterrados de su patria por la crueldad de Fernando rey de Nápoles buscaban algun remedio para volver á sus casas y estados. Eran los principales Antonelo y Bernardino de Sanseverino, príncipes de Salerno y de Bisiñano. Fue así, como lo testifica Philipe de Comines, que aunque aquellos señores fueron bien vistos y recogidos en Francia, el tratamiento no fue tal que no pasasen muchas necesidades y menguas; por donde fueron forzados á hacer tambien recurso á España para suplicar al rey don Fernando tomase aquella empresa por ser su derecho mas cierto á causa de la bastardía de los que poseian aquel reino de Nápoles; pero el rey por entender que aquellos barones pretendian solamente sus particulares, y que acudirian con sus fuerzas al que primero llegase, no quiso por entonces embarazarse en aquella guerra: solo pretendia con buenos medios y sin rompimiento divertir al Francés de aquella conquista; mas teníanla tan adelante que con gran dificultad se pudiera volver atrás.

Acudieron de una y de otra parte á buscar valedores é ayudas. El Francés y el de Milan para ofender se confederaron con todos los demás potentados de Italia, fuera de los florentines que al principio estuvieron de parte de los aragoneses, y los venecianos que conforme á su costumbre quisieron mas estarse á la mira que mostrarse por ninguna de las partes. Asimismo el pontífice Alejandro, si bien al principio se mostró averso de aquellos reyes de Nápoles, últimamente con intencion que se le dió, y concierto que se hizo poco adelante de heredar á sus hijos en aquel reino, y acudir al mismo papa con cierta pension cada un año, acordó mudar partido, y mostrarse por los que le tenian tan obligado.

Por otra parte los reyes de Nápoles no se descuidaban en aprestarse para la defensa, y solicitar á todos lo que podian, para que les valiesen en aquel peligro; en particular con un embajador que enviaron á España, hicieron instancia con el rey Católico para que se declarase contra Francia. Alegaban para movelle el deudo grande, que era ser primo hermano y juntamente cuñado del rey de Nápoles don Fernando. Proponíanle el peligro que correria lo de Sicilia, si los franceses se viesen señores de Nápoles. Todo esto no bastó para que el rey Católico rompiese con Francia; solo se determinó de enviar al papa á Garcilaso de la Vega para asegurallé en la proteccion y buena voluntad que mostraba á los reyes de Nápoles, y á don Alonso de Silva hermano del conde de Cifuentes y clavero de Calatrava despachó para Francia con intento de divertir aquel rey del propósito que tenia, y avisalle que si otra cosa hiciese, él no podia desamparar á sus deudos y aliados.

Todo esto pasó al principio del año de nuestra salvacion de 1494, cuando los reyes don Fernando y doña Isabel, que hasta entonces se habian entretenido en Aragon, de Zaragoza, do estaban partieron para Tordesillas, y desde allí pasaron á Valladolid y á Medina del Campo: allí les llegó aviso que el rey don Fernando de Nápoles era pasado desta vida. Falleció á veinte y cinco de enero cargado de años y cuidadoso del remate de aquella guerra: desgraciado por una parte á causa del peligro en que dejaba sus cosas ocasionado principalmente de su áspera condicion, por otra parte dichoso por no haber visto echado por tierra aquel su reino poco antes muy florido y muy rico. Sucedióle don Alonso su hijo en ninguna cosa mas agradable á sus vasallos que lo fue su padre. Coronóle el cardenal Juan de Borgia, al cual el papa su tio para este efecto envió por su legado á Nápoles.

Asimismo el papa este año concedió por su bula á los reyes de Castilla perpétuamente las tercias no solo de Castilla y de Leon sino tambien del nuevo reino de Granada con condicion que se gastasen en la guerra contra los moros. En Tordesillas á siete del mes de junio se tomó asiento sobre la diferencia que tenian Castilla y Portugal en sus navegaciones de las Indias, de tal manera que la conquista y descubrimiento de los castellanos comenzase treinta y seis grados mas adelante de Lisboa hácia el Poniente: desde allí todo el medio mundo hácia Levante perteneciese á Portugal, como queda arriba tocado. Asimismo en la conquista de Africa sobre que tenian tambien diferencia, se dió traza por este tiempo que la conquista del reino de Fez, perteneciese á Portugal, y á Castilla la del reino de Tremecen; si bien no se señaló la línea por do se dividiesen, que fue ocasion de nuevos debates.

CAPITULO VII.

Que el rey de Francia se apoderó del reino de Nápoles.

Juntaba el rey de Francia todas sus fuerzas resuelto de pasar en persona á Italia: haciase la masa del ejército en Leon de Francia. Acudió allí desde Ostia, do por miedo del papa estaba retirado, el cardenal de San Pedro para dar calor á aquella empresa. Por el contrario don Alonso de Silva conforme al órden que llevaba, hizo de parte de su rey sus protestaciones para que no pasasen adelante; sin embargo el Francés, dejando por gobernador de Francia á Pedro duque de Borbon su cuñado, partió con toda su gente de aquella ciudad un martes á veinte y dos de julio: llevaba en su compañía toda la nobleza de Francia. El ejército era de hasta veinte mil infantes y cinco mil caballos: para pagar esta gente tomó di-

neros prestados de los señores, de mas de ciento y cincuenta mil francos que recibió de un cambio ginovés: pequeña suma para gastos, é intentos tan grandes.

Acometió el rey don Alonso á alterar el estado de Génova con una gruesa armada que envió para este efecto, y por almirante á su hermano don Fadrique: por tierra despachó á su hijo el duque de Calabria para que hiciese la guerra en las tierras de Milan. Todo le sucedió al revés, porque don Fadrique no hizo cosa de momento, y al de Calabria no dejaron pasar de la Romaña las gentes de Francia y de Milan que acudieron á estorballe el paso. El rey de Francia no paró hasta que por sus jornadas pasó los Alpes, y llegó á la ciudad de Aste á nueve de setiembre, principio del estado de Milan, y sujeta al duque de Orliens, que entre los demás iba á aquella empresa, y pretendia tener derecho muy cierto á todo aquel estado. Andaba el embajador de España don Alonso en aquella córte muy desfavorecido y mal mirado, tanto que en Viena de Francia le mandaron despedir; pero él pasaba por todo con gran disimulacion como persona que era muy sagaz, puesto que pasaron tan adelante que en la ciudad de Aste no le dieron aposento, y le fue forzado salirse de aquella córte, y partirse para Génova; desde do trató con Luis Esforcia, que ya comenzaba á estar arrepentido de lo hecho, que se confederase con el rey Católico con intencion que le dió de que una de las infantas casaria con su hijo mayor, atento que no podian casar con otros príncipes por el asiento que se puso con Francia.

Cebóse Luis Esforcia tanto con esta plática que desde entonces se resolvió en mudar partido, dado que acudió á Aste para festejar al rey de Francia, y le dió cantidad de dinero para el sueldo de la gente de guerra. Con tanto y con dejar en Aste al duque de Orliens, que pretendia aprovecharse de aquella buena ocasion para apoderarse del estado de Milan, el rey pasó con su gente á Pavía: allí visitó al duque Juan Galeazo que se hallaba muy al cabo de una grave enfermedad, y era su primo hermano: porque las madres de los dos eran hermanas, hijas de Luis duque de Saboya. Partido el rey la via de Placencia, falleció el duque á veinte y uno de octubre con claras señales del veneno que le dieron: cosa que, fuese verdad ó mentira, aumentó en gran manera el odio que tenian contra su tio. Todos condenaban y maldecian un caso tan atroz, pues no contento con haberle quitado el estado le despojó de la vida con tanta crueldad.

Llegó el rey de Francia á Placencia el mismo diá que murió el duque, y en su compañía el mismo Luis Esforcia; mas sabida la muerte de su sobrino, á la hora dió la vuelta á Milan. Allí públicamente y sin ningun empacho tomó el nombre é insignias de duque de aquella ciudad, sin embargo que su sobrino dejaba un hijo de cinco años llamado Francisco Esforcia, y otras dos hijas, y la mujer preñada. ¡Cuán poderosa es y perjudicial la desenfrenada codicia de mandar! todo lo atropella sin tener temor de Dios, ni vergüenza de las gentes, en tanto grado que el mismo dia escribió al rey don Alonso sobre la muerte de su sobrino, en que le avisaba que la nobleza y pueblo de Milan le habian forzado á llamarse duque: que entendia le daria esta nueva contento, pues sabia con cuanta voluntad acudiria á las cosas suyas y de aquel reino.

De Placencia pasó el rey á Toscana: acudíanle de todas partes embajadores, en particular los venecianos le enviaron los suyos para ofrecelle toda buena amistad; y el papa le envió por su legado al cardenal de Sena que llegó hasta Pisa, pero el rey no le quiso ver. Los florentines despacharon á Pedro de Médicis para el mismo efecto, el cual como sin guardar la comision que llevaba, concertase de entregar al Francés á Sarazana, Sarazanela y á Piedra Santa, fuerzas que tenia aquella señoría en el Apenino, y los castillos de Pisa y de Liorna, con otras cargas muy graves; fue tan grande la indignacion del pueblo que le desterraron á él y á sus hermanos el cardenal Juan de Médicis y Julian con tan grande furia que pusieron á saco sus casas, y les confiscaron sus bienes que eran muy grandes.

Llegó el rey á Pisa, donde se detuvo algunos dias, y á instancia de los ciudadanos dió libertad á aquella ciudad, y la sacó de la sujecion de florentines en que la tenian de muchos años atrás. En Florencia hizo su entrada el mismo dia que Pico Mirandula falleció en ella en edad de treinta y cuatro años: persona de raro ingenio y escelente erudicion, por donde le dieron renombre de Fenix. Concertóse el rey con los florentines en que acabada aquella guerra le restituiria sus fortalezas, y que ellos por contemplacion suya perdonarian á Pedro de Médicis y á sus hermanos, y para el gasto de la guerra contribuirian con ciento y veinte mil florines.

Estaba á la sazon Roma muy alborotada, los cardenales poco conformes, la nobleza dividida porque Próspero y Fabricio Colona seguian el partido de Francia, y Virginio Ursino el de Nápoles, y los coloneses junto con el cardenal Ascanio Esforcia se habian los dias pasados apoderado de la ciudad de Ostia, por donde tenian á Roma puesta en grande aprieto y falta de bastimentos, que no le podian entrar por el mar. Todos tenian entendido que el papa se concertaria con él rey de Francia, ó que pretendia salirse de Roma: por esto el pueblo comenzó á alterarse, y el papa fue forzado en consistorio á desengañar los cardenales y caballeros romanos con decilles que su intento era favorecer la justicia, y si el rey de Francia porfiase á entrar con el ejército en Roma, hacelle rostro y defendérselo hasta morir en la demanda. Todas sus razones eran de poco momento para animar la gente, que tenian atemorizada las nuevas que cada dia venian de la llegada del rey, y de los pueblos de la Iglesia de que los franceses continuamente se apoderaban.

El mismo pontífice visto que no era parte para defender la entrada a enemigo tan poderoso ni con sus fuerzas, ni con las de Nápoles, dado que don Fernando duque de Calabria estaba á la sazon aposentado en el Burgo con buen número de gente, despedido el duque porque no le fuese hecho algun agravio se retiró al castillo de Santangel. Finalmente el rey con toda su gente entró en Roma postrero de diciembre, principio del año 1495 con grandes demostraciones que todo aquel pueblo y aun algunos de los cardenales hicieron de alegría y contentamiento. Aposentóse en el palacio de San Marcos.

En esta sazon el cardenal de España don Pedro Gonzalez de Mendoza falleció en Guadalajara á once dias del mes de enero en edad de sesenta y siete años y tres meses; persona de mucha nobleza y partes aventajadas, y que todo el tiempo que vivió tuvo gran mano en el gobierno del reino. En vida edificó un colegio en Valladolid: en su testamento mandó se fundase á sus espensas un hospital en Toledo y le nombró por su heredero; el título de ambas fábricas, de Santa Cruz. Vacó por su fin la iglesia de Toledo. Quisiérala el rey para don Alonso su hijo arzobispo de Zaragoza: la reina no vino en ello: ofrecióla al doctor Pedro de Oropesa del su consejo, persona de virtud muy aventajada, natural de Torralva aldea de Oropesa; no aceptó por mucha instancia que sobre ello le hicieron. Finalmente se dió á fray Francisco Jimenez de Cisneros, fraile menor, de virtud muy conocida y de altos pensamientos: su natural Tordelaguna, sus padres pobres: estudió derechos, adelante fue capellan mayor, y provisor

de Sigüenza por el cardenal de España. Tomó el hábito de San Francisco en San Juan de los Reyes en Toledo: vivió tiempo en el Castañar y en la Saceda, monasterios recoletos de aquella órden. Cuando le nombraron por arzobispo era confesor de la reina: algunos años adelante le dieron el capelo y le hicieron cardenal.

En Roma se trataba de concierto entre el papa y el rey de Francia: intervinieron personas de autoridad, por cuyo medio se concertó que el cardenal de Valencia fuese en compañía del rey con título de legado, y que le entregase el hermano del gran turco, y que se pusiesen en su poder los castillos de Civitavieja, Terracina y Espoleto para que durante aquella guerra se tuviesen por él. Con esto se obligó al rey, fenecida aquella guerra, de hacer restituir la ciudad de Ostia á la Iglesia, y que antes de su partida daria en persona la obediencia al papa, como lo hizo pocos dias adelante en el palacio de San Pedro. Ayudó mucho á facilitar estos conciertos el capelo que se dió entonces á Brissoneto obispo de San Maló.

Hecho esto, el rey partió de Roma á veinte y ocho dias de enero la vía de Nápoles, donde tenia aviso que la ciudad del Aguila y otros muchos lugares sin ponerse en resistencia, ni esperar los enemigos, se le habian rendido y alzado por él banderas. El rey don Fernando avisado de lo que pasaba, y particularmente del poco respeto que se tuvo al papa, determinó declararse: para este efecto desde Ocaña, do estaba fin del año pasado, despachó á Antonio de Fonseca y á Juan de Albion para requerir al Francés que desistiese de hacer guerra á Roma y á las tierras de la Iglesia, pues sabia que en el asiento que se tomó el año pasado; esceptuaron la persona del papa y sus cosas. Juntamente despachó al conde de Trivento para que fuese general del armada que tenia aprestada en Alicante: por otra parte enviaba á Gonzalo Fernandez de Córdova con quinientas lanzas para que hiciese la guerra por tierra.

Los embajadores llegaron á Roma el mismo dia que partió el rey de Francia: sin detenerse le siguieron, y como le hallaron en el campo á caballo, le presentaron las cartas que llevaban de creencia, y le protestaron no pasase adelante sin satisfacer primero á la Iglesia. Turbóse el rey con esta embajada: respondió que llegado á Velitre les daria audiencia. En aquel lugar declararon mas por estenso su embajada: la suma era quejarse de los agravios y desacatos hechos al papa; y en cuanto á la empresa del reino protestalle no pasase adelante sin que primero por términos de justicia se declarase á quién pertenecia. Hobo demandas y quejas de una y otra parte: por conclusion el rey se resolvió, y dió por respuesta que tenia las cosas tan adelante que no se podia volver atrás: que conquistado aquel reino, holgaria se viese por términos de justicia el derecho de cada cual. Entonces Antonio de Fonseca replicó: «Pues »vuestra magestad así lo quiere, y sin dar lugar á la »razon determina proceder por via de fuerza, Dios »nuestro Señor que está en el cielo, y suele volver »por la inocencia, será el juez desta causa: por lo »menos el rey mi señor con hacer esto ha cumplido »con lo que debe, y de aquí adelante quedará libre »para disponer de sí y de sus cosas, y acudir con sus »fuerzas donde y como le pareciere.» Esto dijo y juntamente en presencia del rey y de su consejo rasgó la escritura de la concordia que se concertara últimamente: grande osadía, y que faltó poco para que no pusiesen en él las manos; pero en fin los dejaron volver á Roma. Fue esta embajada de grande efecto porque el papa se animó con ella, y se determinó de no pasar por el concierto hecho con el Francés; y la noche siguiente el cardenal de Valencia se salió disfrazado de Velitre, aunque no tomó el camino de Roma porque no se entendiese huia con órden del papa, sino fuese á Espoleto ciudad de la Iglesia muy fuerte.

CAPITULO VIII.

Que el rey de Francia entró en Nápoles.

Al mismo tiempo que el Francés estaba en Roma, don Alonso rey de Nápoles, perdida la esperanza de poderse defender, trataba de renunciar aquella corona que aun no habia tenido un año entero. Juntó para esto los grandes de su reino y los principales de su consejo; juntos les habló en esta manera: «Bien »veis, amigos y parientes, el aprieto en que están »las cosas: el enemigo poderoso y bravo á las puer»tas, en los nuestros poca seguridad; no se dan mas »priesa á entrar los franceses, que los del reino á »rendirse y alzar por ellos las banderas. Los socor»ros de fuera están lejos; y los que eran mas obliga»dos á valernos, muestran cuidar menos de nuestra »afrenta. No pretendo quejarme de nadie, ni mos»trar en esta parte flaqueza: mis pecados son, bien »lo veo, y es justo que lo laste quien lo hizo. La vida »no está en poder y en mano de los hombres: Dios »es el que alarga y acorta sus plazos como es servido. »Con lo que yo puedo satisfacer, es con esta corona »que quito de mi cabeza, como indigno de traella, »y la paso á la del duque mi hijo de las esperanzas »y valor que todos sabeis: trueque de mucha ga»nancia, pues en lugar de un viejo y enfermo os »doy un rey mozo, valiente, y que tiene fuerzas y »ánimo para poner el pecho al trabajo. Mucho qui»siera que las cosas estuvieran en estado con que »pudiera mostrar al mundo cuan poco caso hago de »sus grandezas. Esto fuera muestra de valor; y no »lo será de menor prudencia rendirme á la necesi»dad, cuyas fuerzas son muy grandes, pues no to»das veces el sabio piloto debe contrastar á las olas »y al viento, antes caladas las velas dejar pasar la »tormenta. Finalmente esta es mi determinada re»solucion; y pues no puedo ayudar en este aprieto, »quiero aunque lo siento á par de muerte salirme »desterrado de mi cara patria siquiera por no ver los »trabajos de mi casa y de mi reino. Por ventura con »este sacrificio que yo hago de mí mismo, se aplaca»rá Dios, y alzará la mano del castigo, y los hom»bres movidos á compasion acudirán con mayor vo»voluntad á nuestra defensa. No será menester en»comendar á los que presentes estais, ni á los au»sentes, que guardeis la lealtad acostumbrada al »nuevo rey; ni á él que tenga cuidado con sus súb»ditos, y con remunerar vuestros servicios, que »confieso han sido muchos y muy grandes.»

Hízose este auto de renunciacion á los veinte y tres de enero en el castillo del Ovo, do se recogió para este efecto el rey don Alonso. Desde allí con su recámara que era muy rica, se embarcó para Sicilia, determinado de pasar en Mazara, ciudad que era de la reina doña Juana su madrastra, lo restante de su vida en hábito clerical. Escribió á los príncipes en razon de lo que hizo, y en particular al rey don Fernando decia que su edad y poca salud le habian forzado á tomar aquella resolucion, y el escrúpulo de la conciencia por voto que tenia hecho de partir mano del gobierno y dejar la corona. La verdad era que por ser muy aborrecido de los suyos, y su hijo muy bien quisto entendió con aquella traza reparar algun tanto el peligro. Vivió poco tiempo, aun no año entero, despues desto ocupado en ejercicios virtuosos. Su cuerpo está enterrado en la iglesia y capilla Mayor de Mecina al lado del Evangelio con un letrero en dos versos latinos muy agudos, que hacen este sentido:

DE ALONSO HUYES MIENTRAS LAS ARMAS MUEVE,
MATAS AL DESARMADO. QUE PREZ? QUE LOA,
MUERTE, DE MUERTE TAL? O GRANDE ALEVE.

El nuevo rey luego que se encargó del gobierno, salió en paseo por toda la ciudad, y para granjear mas las voluntades mandó soltar gran número de presos así de la nobleza como del pueblo: solo quedaron presos Juan Bautista Marzano, hijo de Marino Marzano príncipe de Rofano y duque de Sessa, y el conde del Pópulo que estaban en prision desde que se acabó la guerra de los barones, y eran enemigos mortales de la casa de Aragon. Con esto salió de Nápoles para volver á su ejército que quedó en San German á los confines del reino, por donde parte término con las tierras de la Iglesia. Dejó en el gobierno de Nápoles á don Fadrique su tio príncipe de Altamura.

Llegó el rey de Francia con su ejército á ponerse sobre San German: por esto al pueblo fue forzoso rendirse, y al nuevo rey retirarse á Capua, ciudad que tenian puesta en defensa, pero con la misma facilidad se dió luego al Francés por trato de Tribulcio capitan de fama, natural de Milan, el cual á la sazon desamparó el partido de Nápoles, y pasó al de Francia, y aun fue ocasion que Virginio Ursino y el conde de Pitillano otros dos caudillos principales fuesen presos por los franceses dentro de Nola. Estando el rey de Francia en Capua, murió el hermano del gran turco, otros dicen que en Nápoles, para donde partió en breve, y con la misma facilidad sin hallar resistencia alguna entró en aquella nobilísima ciudad un domingo á veinte y dos de febrero.

El nuevo rey don Fernando antes que llegasen los franceses, desamparada la ciudad y las demás fuerzas que en ella tenia, se recogió á Castelnovo, do ya estaba la reina viuda doña Juana y su hija, y don Fadrique su tio con otros señores. De allí por no asegurarse bastantemente se pasó al castillo del Ovo, aunque estrecho, muy fuerte por estar asentado en un peñasco rodeado de mar por todas partes. Pretendia recogerse con los suyos en las galeras que allí tenia, con intento de pasar á la isla de Iscla, y de allí si fuese necesario, encaminarse á Sicilia, como lo hizo, con esperanza que las cosas en breve tomarian otro camino, dado que los franceses procedian tan prósperamente que en menos de quince dias desde los primeros confines del reino hasta la postrera punta de Italia todo se puso debajo su obediencia; hasta los mismos castillos de Nápoles dentro de pocos dias asimismo se rindieron por traicion de los que á su cargo los tenian. Tambien se ganó el castillo de Gaeta por combate, fuerza que es y era de las principales de aquel reino. Yo dudo que empresa tan grande se haya jamás acabado en tan poco tiempo. Solo quedaban por el rey don Fernando algunos lugares en Calabria: reparo de poco momento, porque como el rey se entretenia en Iscla sin podelles enviar socorro, cada dia se le iban rindiendo al enemigo. El mismo riesgo corria Rijoles, que al fin se entregó, si bien está á vista de Mecina, y allí se tenia la armada de España, pero sin órden de lo que se debia hacer.

CAPITULO IX.

De la liga que se hizo contra el rey de Francia.

Luego que casi todo lo de Nápoles quedó por los franceses, los demás príncipes así de Italia, como de fuera della, comenzaron á considerar y comunicar entre sí cuán pesado seria el señorío de aquella nacion, si se arraigase en Italia. El rey don Fernando de España era el que corria mayor riesgo por lo de Sicilia, ca tenia aviso que concluido lo de Nápoles, pretendian pasar allá los franceses á instancia principalmente del príncipe de Salerno, uno de los forajidos, y el mayor enemigo de la casa de Aragon. Para prevenirse deseaba que los demás príncipes se ligasen y juntasen sus fuerzas contra Francia. Para este efecto los meses pasados envió á Lorenzo Suarez de Figueroa á Venecia á mover esta prática con aquella señoría; y de nuevo al duque de Milan despachó otro caballero por nombre Juan Deza con órden de dar á aquel príncipe intencion no solo de casar una de las infantas con su hijo, sino de hacelle rey de Lombardía: cosas á que él daba orejas de buena gana.

Trataba asimismo que el emperador y el Inglés entrasen en la liga, con quien de veras pretendia emparentar, y en especial el tratado que de dias antes se traia, de casar á trueque el príncipe don Juan y la infanta doña Juana con el archiduque don Philipe y Margarita su hermana, se apretó de tal manera que en fin se concluyeron los conciertos por medio de Francisco de Rojas que para este efecto pasó á Flandes. Para el gasto de la guerra en Castilla y en Aragon se procuraba allegar dinero. En Aragon (1) se juntaron córtes para esto, en que pretendió el rey presidiese la infanta doña Catalina, pero no salió con ello, y hobo de venir el rey en persona á hacello.

Fue tanta la diligencia que en fin se hizo la liga en Venecia, donde concurrieron los embajadores de los príncipes por fin de marzo, entre el papa, el emperador y rey de España con la señoría de Venecia y duque de Milan. Concertóse que esta liga, que llamaron santísima, durase por espacio de veinte y cinco años; y que entre todos se juntase un ejército de treinta y cuatro mil de á caballo y veinte y ocho mil infantes, repartidos conforme á la posibilidad de cada una de las partes. La voz era para defender la Iglesia y cada cual sus estados; el intento para echar á los franceses de Italia. Adelantóse este negocio con tanto secreto que el mismo embajador de Francia Philipe de Comines señor de Argenton, persona de gran prudencia y esperiencia, que se hallaba en Venecia, no supo nada, y quedó de tal manera espantado que dándole la razon de lo hecho el duque de Venecia Augustin Barbadico, como fuera de sí le preguntó si el rey su señor podria volver seguro á Francia. Mucho se trocaron las cosas despues desto, mayormente que los neapolitanos se arrepentian de lo hecho á causa de los malos tratamientos y agravios que de ordinario recibian de franceses, cuyas demasías por todas partes eran grandes. Asimismo el duque de Milan se via apretado por haberse el duque de Orliens apoderado de la ciudad de Novara, además que tenia aviso que el Francés por medio de su armada pretendia alteralle y sacar de su obediencia lo de Genova, tanto que le fue forzoso acudir con toda humildad á venecianos para que le ayudasen.

El rey de Francia avisado de lo que pasaba, porque no le atajasen el camino, determinó con toda brevedad dar la vuelta. Antes de su partida nombró por virey de Nápoles á Gilberto duque de Mompensier príncipe de la sangre: con él dejó parte de su ejército y otros capitanes de fama. Por otra parte envió á pedir al papa la investidura de Nápoles, y que deseaba pasar por Roma para comunicar algunas cosas con su santidad. Cuanto á la investidura, respondió el papa que estaba aparejado á hacer justicia, y dar la sentencia conforme á lo que hallase: en lo de la ida de Roma, que no podria ser sin grande escándalo por estar el pueblo muy indignado contra los franceses.

Con esta respuesta que no fue nada gustosa, apresuró el rey su partida. Salió de Nápoles á veinte de mayo: llegó en breve á Roma; no halló allí al papa que por no asegurarse de la voluntad del Francés se retiró á Perosa. Pasó el rey de Toma á Toscana: detúvose algunos dias en Sena y sin tocar á Florencia llegó á Pisa. Pretendian los florentines les entregase aquella ciudad como se lo tenia prometido.

(1) En la ciudad de Calatayud.

La instancia y lágrimas de los pisanos, que le suplicaban los conservase en la libertad que les dió, fueron tantas que le movieron á no determinarse. Partió de allí á Lombardía. Acudió para atajalle el camino Francisco marqués de Mantua, al cual la señoría de Venecia nombrara por general de sus gentes. El Francés rehusaba por su poca gente de venir á las manos con los contrarios, y se apresuraba para juntarse con el duque de Orliens, pero no pudo escusar la batalla.

Juntáronse los campos á las riberas de Tarro, rio que pasa á una legua de la ciudad de Parma. El de venecianos alojaba junto á Fornovo, aldea asentada á la raiz de los montes. El Francés se puso á la entrada de aquel valle: allí rompieron los ejércitos, y se dió la batalla, que fue una de las mas famosas de Italia, en que los italianos desbarataron los primeros escuadrones de los franceses; mas como por tener la victoria por suya se embarazasen en robar el carruaje y tomar la artillería, los franceses tuvieron lugar de recogerse y volver en ordenanza con tal denuedo que rompieron á los contrarios con gran matanza que en ellos hicieron. Vióse el rey en gran peligro porque le mataron la gente de su guarda, y aunque vencedor, no pudo alcanzar de los contrarios le diesen treguas de tres dias; por donde fue forzado á cencerros atapados partirse para Aste. Ayudóle para no recebir algun daño y revés grande que aquel rio con su creciente impidió á los italianos que no le pudiesen tan presto seguir, aunque de los caballos ligeros que se adelantaron, y de la gente de la comarca, que pretendian atajalle los pasos, recibió algun daño. En la batalla murieron pasado de cuatro mil italianos. El de Mantua sin dilacion se puso sobre Novara, donde tuvo al de Orliens muy apretado.

CAPITULO X.

Que el rey don Fernando entró en Nápoles.

Apenas el Francés era salido de Nápoles, cuando las cosas comenzaron á trocarse en gran manera. La armada de España estaba en el puerto de Mecina, y por su general el conde de Trivento. Acudieron allí los reyes desposeidos don Alonso y don Fernando, y la reina viuda doña Juana. Gonzalo Fernandez de Córdova á causa del tiempo contrario con la gente que llevaba, se detuvo algunos dias en Mallorca y en Cerdeña; en fin aportó á Mecina á los veinte y cuatro de mayo en sazon que ya el rey don Fernando se apoderara de Rijoles con su fortaleza y otros lugares comarcanos de Calabria: provincia en que por órden del rey de Francia quedó por gobernador Everardo Estuardo señor de Aubeni, un capitan muy valeroso y de fama.

A Gonzalo Fernandez se entregaron Rijoles, Cotron y Amantia con otras plazas de aquella comarca para que conforme á lo que tenia tratado, las tuviese en nombre de su rey hasta tanto que se le pagasen los gastos que en aquella guerra se hiciesen, y tambien para asegurar lo de Sicilia. Hobo alguna diferencia entre el nuevo rey y Gonzalo Fernandez á causa que el rey con todas sus fuerzas pretendia, pospuesto todo lo al, ir luego á Nápoles, para donde le convidaban aquellos ciudadanos aun desde antes que el rey de Francia partiese de aquella ciudad. Gonzalo Fernandez no queria desamparar lo de Calabria do tenia aquellas fuerzas, y aun confiaba que todo lo demás tomaria la voz de España por la aficion que mostraban de estar debajo del amparo del rey Católico.

Acordaron de ir á Semenara, pueblo que tenian muy apretado los franceses. El señor de Aubeni con su gente se puso en un sitio por do los nuestros forzosamente habian de pasar. Vinieron á las manos: fue vencido el rey, y aun fuera muerto, ó preso, porque le mataron el caballo, si un caballero de su casa llamado Juan Andrés de Altavila no le socorriera con el suyo, con que el rey escapó, y el caballero quedó muerto en el campo: grande leatad para tiempos tan estragados. Dióse esta batalla que fue al cierto muy famosa, á los veinte y uno de julio. Recogiéronse los nuestros á Semenara. Desde allí el rey se partió para Sicilia con determinacion de pasar á Nápoles antes que la nueva de aquella desgracia allá llegase.

Gonzalo Fernandez, desamparado aquel pueblo por no poderse defender, se fue con sus gentes á otras partes de Calabria, donde en breve se apoderó de diversas plazas y lugares sin parar hasta que allanó toda aquella provincia. El rey con sesenta naves que halló en el puerto de Mecina, casi sin otra gente mas que los marineros, alzó velas, y en breve llegó á vista de Nápoles: entró en la ciudad el mismo dia que se dió la batalla de Tarro, es á saber á los seis de julio. Fue grande el alegría de los neapolitanos: alzaron las banderas por su rey. El pueblo tomó las armas, saquearon las casas de los príncipes de Salerno y Bisiñano: el de Mompensier se recogió á Castelnovo, y en su compañía el de Salerno. Los de Capua hicieron lo mismo que los de Nápoles, y todo lo de la Pulla se entregó al nuevo rey; Salerno y otras ciudades sin número.

Asimismo con la nueva que llegó de la batalla de Tarro, Próspero y Fabricio Colona capitanes de gran nombre, y cabezas de aquella casa tan poderosa, se concertaron con el rey de Nápoles, y dejado el partido de Francia, se pasaron al suyo. Por el contrario los Vrsinos se pusieron de la parte de Francia cuyos prisioneros eran el conde de Pitillano y Virginio Ursino: Los castillos de Nápoles todavia quedaban por los franceses: apretábanlos los contrarios; un moro que estaba dentro del monasterio de Santa Cruz, que le tenian tambien por Francia, dió aviso á don Alonso Dávalos marqués de Pescara que le daria entrada en aquel monasterio: acudió el marqués de noche para hacer el concierto á un portillo de la muralla, donde aquel hombre alevosamente le hirió de muerte con un pasador.

Esta desgracia se tuvo por muy grande, por ser este caballero de gran valor, y general por su rey en aquella guerra. Dejó un hijo muy pequeño que se llamó don Fernando y adelante fue capitan muy señalado: en su lugar nombró el rey por su general á Próspero Colona. Los castillos al fin se rindieron, y poco antes el de Mompensier y el de Salerno en la armada que allí tenian, se fueron á Salerno, ciudad que habia tornado á estar por Francia. En esta guerra de Nápoles se descubrió una nueva manera de enfermedad que se pegaba principalmente por la comunicacion deshonesta: los italiauos le llamaron mal Francés: y los franceses mal de Nápoles; los africanos mal de España. La verdad es que vino del Nuevo Mundo, do este mal de las bubas es muy ordinario; y como se hobiese desde allí derramado por Europa como lo juzgan los mas avisados, por este tiempo los soldados españoles le llevaron á Italia y á Nápoles.

La isla Tenerife una de las Canarias se sujetó este año á la corona de los reyes de España por gentes y soldados que para este efecto se enviaron. El rey de aquella isla traido á España, de allí le enviaron á Venecia en presente á aquella señoría. A Alonso de Lugo en premio de lo que trabajó en la conquista desta isla y de Palma, se dió título de adelantado de Canaria. Con esto todas aquellas islas se acabaron de conquistar y sujetar á la corona de Castilla, empresa que se comenzó muchos años antes deste tiempo.

CAPITULO XI.

De la muerte del rey de Portugal.

Procuraba el rey Católico con todo cuidado que los reyes de Portugal y de Ingalaterra entrasen en la

liga que los demás príncipes tenian hecha contra el rey de Francia: escusóse el de Portugal por estar de tiempo antiguo muy aliado con Francia, y poco satisfecho del papa por no venir como él lo procuraba en legitimar á su hijo don Jorge, habido fuera de matrimonio en una noble dueña; al cual él pretendia por este medio nombrar por su sucesor, tanto que juntamente trató con el emperador que era su primo, renunciase en él el derecho que decia tener al reino de Portugal, que era todo abrir la puerta para grandes revueltas. Del Inglés no solo pretendia que entrase en la liga, sino que emparentase con España por medio de una de las infantas que casase con el heredero de aquel rey. Hízose lo uno y lo otro, pero adelante.

El rey de Portugal andaba en esta sazon muy doliente de hidropesia: con deseo de tener salud se fue al Algarve para usar de los baños, que los hay allí los mejores de Portugal. No prestó nada este remedio, antes en breve le apretó el mal y falleció en Alvor á los catorce de setiembre. Nombró en su testamento por sucesor suyo á don Manuel duque de Beja su primo hermano hijo de don Fernando su tio: verdad es que si muriese sin hijo, sustituia en su lugar á don Jorge, al cual encomendaba diese de presente el maestrazgo de Christus, y le hiciese duque de Coimbra, y del descienden los duques de Avero. Tuvo sin duda este príncipe de bueno y de malo. Favoreció á los hombres virtuosos y de valor: fue amigo de justicia, de agudo natural, y de muy altos pensamientos. Traia en la boca siempre: no merece nombre de rey el que por otro se deja gobernar. La mucha sangre que derramó le hizo mal quisto con los suyos, si bien por divisa usaba de un pelicano, ave que con su sangre da la vida á sus pollos. Su cuerpo enterraron en la iglesia Mayor de Silves: de allí le trasladaron al monasterio de la Batalla, enterramiento de aquellos reyes.

Por su muerte sin contradicion alzaron por rey de Portugal al dicho don Manuel en Alcázar de Sal, do á la sazon se hallaba con la reina, sin embargo que el emperador Maximiliano pretendia le debia ser preferido por causa que era el varon de mas edad entre los primos hermanos del rey difunto. Derecho harto aparente, que no se tenga cuenta con la cepa de que procede el que debe suceder, sino con el grado de parentesco, y con la persona cuando no sucede por recta línea, sino de través y de lado, prevaleció empero el consentimiento del pueblo y las buenas partes de aquel príncipe, en que ninguno de los de su tiempo le hizo ventaja.

Don Enrique Enriquez conde Alba de Liste, que estaba por frontero de Francia, por la parte de Ruysellon por mandado de su rey hizo entrada en Francia por tierra de Narbona: lo mismo don Pedro Manrique por la parte de Guipúzcoa. Pero fuera de robos no hicieron cosa de consideracion; solo fueron ocasion que el Francés que se entretuvo algun tiempo en Aste hasta el fin del otoño, para acudir á lo de España se diese priesa en concluir el concierto que se trataba con el duque de Milan. Las condiciones fueron: que Novara se entregase al de Milan: que el Castellete de Génova se pusiese en tercería en poder del duque de Ferrara, con paso libre para la gente de Francia y ayuda para recobrar á Nápoles: demás desto al de Orliens de contado dió el duque de Milan cincuenta mil escudos. Hecho esto, el de Francia al fin del otoño con sus gentes dió la vuelta á Francia.

Quejábase el rey de Nápoles que con aquel concierto le desamparaba el duque: y desbarataba sus intentos, sin tener cuenta que era su tio: él se escusaba con la poca ayuda que los otros príncipes le daban, y con el riesgo que corria de perderse si no se concertara. Para apercebirse de socorros pretendia el de Nápoles casar con una de las hijas del rey Católico por tenelle mas obligado: como esto fuese á la larga, al fin se resolvió á persuasion de la reina viuda de casar con su hija doña Juana, sin embargo que era su tia, hermana de su padre. Por otra parte trató con venecianos que le ayudasen. Hobo en esto algunas dificultades: finalmente se resolvieron de enviar en su ayuda buen número de gente de á caballo y de á pié debajo de la conducta del marqués de Mántua demás de quince mil ducados que le dieron en dinero. En prendas de este socorro puso el rey en poder de venecianos á Brindez, Otranto y Trana, tres ciudades de la Pulla que mucho deseaba aquella señoría para que sirviesen de escalas de la contratacion de Levante: todas eran tramas y principios de otras nuevas tempestades.

Por otra parte el rey don Fernando en España se apercebia para la guerra que tenia rompida por Ruysellon. Tocaba esta empresa á la corona de Aragon, y por esta causa juntó córtes de los aragoneses el año pasado en Tarazona. (1) Allí visto lo que importaba llevar adelante lo comenzado, acordaron de servir á su rey para esta guerra por tiempo de tres años con docientos hombres de armas y trecientos ginetes repartidos en siete compañías, y que el rey nombrase los capitanes: con esto el rey vino en que los oficios del reino se proveyesen por las matrículas como antes se acostumbraba.

Despues desto en Tortosa se tuvieron córtes de los catalanes, que se continuaron hasta principio del año siguiente de 1496. La pretension era la misma, y el efecto semejante, tanto mas que lo de Ruysellon es parte de aquel principado. Haciase juntamente instancia que los matrimonios con la casa de Austria se efectuasen á causa que el archiduque no venia bien en ellos, y como mozo andaba desasosegado, y se mostraba poco obediente á su padre.

CAPITULO XII.

Que los franceses fueron echados del reino de Nápoles

La guerra se continuaba en el reino de Nápoles, y puesto que los franceses eran pocos, todavía tenian algunas fuerzas de importancia. Gaeta tenia cercada el nuevo rey. En Calabria Gonzalo Fernandez andaba muy pujante, y de cada dia se apoderaba de castillos y de lugares, y traia muy apretado el partido de Francia. Sin embargo los señores de Persi y de Aubeni se concertaron que el de Aubeni quedase en Calabria para hacer rostro á los españoles, y el de Persi con parte de la gente se fuese al principado para juntarse con el de Mompensier y hacer la guerra por aquella parte. Hízolo así, y de camino se le rindieron muchos lugares: junto á Eboli desbarató cuatro mil neapolitanos, que por órden del rey le salieron al encuentro debajo de la conducta del conde de Matalon.

Con esta victoria ganaron los franceses tanta reputacion que quedaron señores del campo sin hallar quien les hiciese rostro. Para juntar dineros acordaron de pasar á la Pulla y cobrar la aduana de los ganados, que es una de las mas gruesas rentas de aquel reino. Tenia el rey á la sazon divididas sus gentes en diversas partes, y él estaba en Benevento, de donde por impedir aquel daño pasó hasta Fogia. Acudiéronle el marqués de Mántua con las gentes de venecianos. Fabricio con seiscientos suizos que tenia en Troya, pretendia hacer lo mismo: atajáronles los franceses el camino, y matáronlos casi todos; con que cobraron tanta avilanteza, que llegados delante de Fogia presentaron al rey la batalla. Rehusóla él por no tener junta su gente, dado que salió á escaramuzar con los contrarios, en que hobo prisioneros y

(1) Se celebraron desde los primeros de setiembre hasta los últimos de octubre no de 1494 sino 95.

muertos de ambas partes. Los franceses pasaron adelante por cobrar el aduana: parte cobraron ellos, parte el rey, y otra se perdió que no se pudo cobrar.

Era de grande importancia rebatir por esta parte el orgullo de los franceses. Gonzalo Fernandez traía en buenos términos lo de Calabria, tanto que tenia en su poder casi toda aquella provincia hasta la misma ciudad de Cosencia, y el castillo de aquella ciudad muy apretado: el señor de Aubeni en lo postrero de la baja Calabria arrinconado sin ser parte para hacer resistencia; sin embargo avisó el rey á Gonzalo Fernandez que pospuesto todo lo demás, se viniese á juntar con él por lo que importaba acudir á la cabeza de la guerra. Determinó hacello así: dejó en su lugar al cardenal don Luis de Aragon primo hermano del rey: su padre fue don Enrique de Aragon, hijo natural de don Fernando el primero rey de Napoles.



Garcilaso de la Vega.

Acudieron los villanos de la tierra para atajalle el paso, cosa que era fácil por la fragura de aquella tierra; mas como quiera que los españoles venian acostumbrados á pelear con los moros de las Alpujarras en lugares semejantes, cerraron con los villanos y hicieron en ellos gran matanza junto á un lugar de Calabria llamado Muran. Allí se supo que muchos barones de la parte Augevina alojaban cerca de allí en otro lugar llamado Layno con intento que tenian de dar socorro al castillo de Cosencia. Caminó toda la noche con su gente, y al amanecer se puso sobre el lugar: entróle por combate con muerte de gran parte de aquella nobleza; otros fueron presos que envió por mar el rey, los principales el conde de Nicastro y Honorato de Sanseverino hermano del príncipe de Bisiñano.

Pusieron cerco los franceses sobre Jercelo, diez millas de Benevento: acudió el rey, y puso cerco sobre Frangito que tenia guarnicion francesa. Vino el campo francés al socorro á tiempo que los del rey entraron la villa y la quemaron por no detenerse en el saco. Estuvieron los dos campos á vista el uno del otro en dos cerros con un valle de por medio, que ninguna de las partes se atrevió á pasalle. Iban de caida las fuerzas de los franceses, y sin embargo el rey, habido su consejo, se resolvió en no dar la batalla sino muy á ventaja suya, y para esto dar lugar á que llegase Gonzalo Fernandez con su gente: él se apresuró, y si bien el de Mompensier salió para impedille el paso, no fue parte para ello. Andaba el rey en seguimiento del campo francés que ya rehusaba la batalla. Metiéronse los enemigos en Atela (por otro nombre Aversa) pueblo principal, y que era del príncipe de Melfi: no pudo el rey impedir que los franceses no se apoderasen de aquella plaza; púsose todavía con su gente sobre ella. Allí le halló Gonzalo Fernandez, y se juntó con él el mismo dia de San Juan. Luego que llegó, miró la disposicion de aquel sitio, y visto que lo hubo bien todo, primero de julio con su gente acometió la guarnicion que el enemigo tenia en defensa de los molinos de que se mantenian los cercados: hízolo con tal denuedo que echados los suizos de allí, les rompió y desbarató los molinos. Fue tan grande la reputacion que con esto ganó, además de las victorias pasadas, que los mismos italianos le comenzaron á dar renombre de Gran Capitan; y así fue que los demás caudillos, llegado él, no parecian sus iguales sino sus inferiores, y él como general de todos.

Hobo en este cerco diversos encuentros; y los príncipes de Salerno y Bisiñano con los demás de su valía juntaban en sus tierras gente de á pié y de á caballo para esforzar su partido. Prestaron poco todas estas diligencias: el cerco se apretó de manera que el de Mompensier y Virginio Ursino y el de Persi acordaron de rendirse á partido. Las condicione fueron que si dentro de treinta dias no les viniese socorro de Francia, sacarian sus gentes del reino con sus bienes, armas y caballos, y rendirian todas las demás tierras, escepto Gaeta, Venosa y Taranto que se reservaban, además de los lugares que tenian en su poder el señor de Aubeni y el duque de Monte: con esto se obligaba el rey á dalles paso seguro por tierra y por mar.

Todo esto se concertó por el mes de julio, y adelante se ejecutó como lo concertaron. En las escrituras que otorgaron, es cosa notable que llaman á Gonzalo Fernandez y le dan el título ya dicho de Gran Capitan. Sin embargo pocos de los franceses llegaron á su tierra: el mismo señor de Mompensier falleció en Puzol de su enfermedad; y aun con Virginio Ursino no se guardó lo capitulado, antes por órden del pápa fue preso con Juan Jordan su hijo y otros señores italianos. Mucho le pesó al rey de no cumplir su palabra y lo que tenia jurado de ponellos en libertad; no se atrevió empero á desobedecer al papa que con tanta resolucion se lo mandaba, cuyo sobrino el cardenal don Juan de Borgia obispo de Melfi, diferente del otro del mismo nombre que queda ya nombrado, se halló en esta guerra por su legado, y el duque de Gandía vino por capitan de las gentes del papa.

Las cosas de Calabria con la partida del Gran Capitan se habian empeorado: por tanto otro dia despues que se tomó el asiento con los franceses se partió la vuelta de Calabria. Con su llegada de tal suerte apretó á los contrarios que ya estaban enseñoreados de lo mas de aquella provincia, que el señor de Aubeni fue forzado á pasar por el concierto que se tomó sobre Aversa, y dejado el reino, volverse á Francia con reputacion de valiente caudillo, pero poco venturoso por el gran contrario que tuvo en el Gran Capitan.

Al mismo tiempo que las cosas de Nápoles se mejoraban, en España pasó desta vida mediado el mes de agosto la reina doña Isabel madre de la reina de España: su cuerpo depositaron en Arévalo, do pasó

lo postrero de su edad turbado el entendimiento; de allí los años adelante le trasladaron á la Cartuja de Burgos, templo en que su marido el rey de Castilla don Juan el Segundo estaba sepultado. Su nieta la infanta doña Juana á veinte y dos del mismo mes en una armada que tenian aprestada en Laredo, partió para casarse, como tenian concertado, con Philipe archiduque de Austria. Acompañóla la reina su madre hasta el puerto: el almirante don Fadrique Enriquez hasta Flandes donde fue muy festejada.

Asimismo en este año dió el pontífice al rey don Fernando de España sobrenombre de Católico, segun y como Pio Segundo los años antes dió título de Cristianísimo á Luis Onceno rey de Francia; esto es que como antes se acostumbrase á escribir en los breves pontificios: Al rey de Castilla ilustre, se comenzó á decir: Al rey de las Españas Católico. Fue grande el sentimiento que por esta causa mostraron los portugueses: alegábase por su parte en contrario que aquellos reyes poseian buena parte de España: y que el rey don Fernando no era señor de toda ella debate que se continuó hasta nuestra edad todo el tiempo que hobo propios reyes de Portugal. Mayor debió ser el desabrimiento de Francia, si es verdad



El duque de Alva.

lo que Philipe de Comines dice que se trató de dalle el apellido de Cristianísimo: todo se hace creible por la grandeza de las cosas que este príncipe llevó al cabo.

CAPITULO XIII.

De las cosas de Portugal.

Luego que el rey don Manuel tomó la posesion del reino de Portugal, juntó córtes de todos los estados en Montemor no lejos de Ebora para dar órden en muchas cosas tocantes al buen gobierno. Allí vino don Jorge hijo del rey difunto, que andaba á la sazon en catorce años: hízole compañía su ayo don Diego de Almeida prior de San Juan. Recibióle muy amorosamente el rey con lágrimas que derramó muchas por la memoria de cuyo hijo era: ofrecióle que le tendria en lugar de hijo, y le trataria como á tal. Despachó luego embajadores á los reyes de Castilla para avisalles de su coronacion, y al papa Alejandro para dalle como es de costumbre la obediencia. Tenian con el nuevo rey gran cabida su ayo, que se llamaba don Diego de Silva, y un su hermano de leche por nombre don Juan Manuel, hijo que era de don Juan obispo de la Guardia, y de Justa Rodriguez ama de leche de este rey. A don Diego hizo conde de Portalegre en gratificacion de sus servicios; á don Juan recibió por su camarero mayor, cuya privanza fue adelante tan grande que ninguno se le igualaba.

Publicóse un edicto por el cual puso en libertad á los judíos que su predecesor, como queda apuntado, habia dado contra razon por esclavos: juntamente se acudió á las cosas de Africa con gentes y municiones. Los portugueses poseian en aquellas partes á Ceuta, que está en el estrecho y la ganó el rey don Juan el Primero, y á Tánger y Arcilla plazas mas al Poniente, y que á las riberas del mar Océano quitó á los moros el rey don Alonso tio del rey don Manuel. El capitan de Arcilla don Juan de Meneses porque ciertos casares comarcanos no acudian con el tributo acostumbrado, junto con el capitan de Tánger salió contra ellos. Encontráronse sin pensar con Barraja y Almandarino dos caudillos moros, con cuyo escuadron si bien traian mucho mayor número de gente, pelearon con tanto valor que los vencieron y destrozaron: fue esta victoria muy alegre y prin-

cipio de otras mayores. Todo esto sucedió antes que se acabasen las córtes de Montemor.

No se pudo pasar adelante en los negocios, que restaban muchos y muy graves, á causa que picaba la peste por aquellas partes, tanto que el rey fue forzado salirse de allí al principio deste año, y por carnestolendas se fue á Setubal á verse con sus dos hermanas viudas la reina doña Leonor, y doña Isabel duquesa de Berganza. Allí se trató muy de veras que don Alvaro hermano del duque de Berganza y los hijos del dicho duque que andaban desterrados en Castilla sin hallarse culpa alguna contra ellos en lo que culparon al duque, volviesen á Portugal, y les fuesen restituidos sus bienes y estados. Hacia sobre esto instancia el rey don Fernando de España, las hermanas con lágrimas lo suplicaban al nuevo rey, y en especial la duquesa como mas lastimada por las desgracias tan grandes de su casa.

Sobre todos la duquesa de Viseo doña Beatriz le importunaba con lágrimas como á rey, y como madre se lo mandaba. «No pienses (decia) que te ha »Dios hecho rey para tí solo, sino para tu madre, »para tus hermanas y parientes, finalmente para »todos aquellos que tienen puestas en tí sus espe»ranzas: á todos es razon quepa parte de tu prospe»ridad. Todos tenemos derecho á desfrutar el árbol »de nuestra casa, que de otra manera si esto nos »falta y nuestra esperanza nos miente, dónde ire»mos? á cuya ayuda nos acogeremos y amparo? será »bien des ocasion á los tuyos con tu sequedad para »que nos pese de verte puesto en tan alto lugar? »Cuando eras particular quejábamonos de nuestro »desastre solamente, ahora demás de nuestra des»gracia nos podremos agraviar de la injuria que á tu »madre, y á todos tus deudos haces; por donde, si »tienes cuenta con lo que es razon, y con lo que »debes á la que te engendró y crió, y te acuerdas del »mucho amor que siempre te he mostrado, vuelve á la »madre su hija, sus hijos á la hermana, y los nietos »á la abuela: finalmente haz que yo toda sea vuelta »á mí misma, y que todos mis miembros tan destro»zados y apartados se junten en uno; y ten por el »mayor fruto de tu reinado poder hacer esta mara»villa en tu casa.»

Habia dificultad en esto por no dar muestra que tan presto mudaba lo establecido por su antecesor, y temia de ofender á los que tenian en su poder los bienes de los desterrados; pero en fin venció la piedad y los justos ruegos de sus deudos y madre: á los que fueron desposeidos, recompensó con otras mercedes de manera que ninguno quedase quejoso. Tratábase de casar al rey, que tenia cuando heredó la corona edad de veinte y seis años. Ningun partido se ofrecia mas aventajado que el de Castilla: venian aquellos reyes bien en ello; no le querian empero dar por esposa la hija mayor, la segunda era ida á Flandes, y juntamente doña Catalina la tenian concertada en Ingalaterra. Ofrecíanle á la infanta doña María: él tenia por agravio que ningun otro príncipe le fuese antepuesto, además que se pagó mucho de la infanta doña Isabel el tiempo que estuvo en Portugal.

Andaban las prácticas deste casamiento, y con esta ocasion el rey Católico le pedia que entrase en la liga contra el rey de Francia; la infanta que echase los moros y los judíos de Portugal, que no queria por esposo á quien daba favor y acogida á gente tan mala. A la demanda del rey se escusó con la amistad que tenia Portugal con Francia de tiempo muy antiguo: bien venia en ligarse para la defensa de España, mas no queria ofender ni empacharse en querellas estrañas. Lo que la infanta pedia, puesto que tenia algunas dificultades y muchos lo contradecian, al fin por ser cosa tan justificada se hizo por un edicto que á los postreros deste año se publicó, en que se mandaba á los moros y judíos que dentro de cierto tiempo saliesen de aquel reino so pena que pasado el plazo que les señalaban serían dados por esclavos.

Los moros sin contraste se pasaron en Africa: en lo de los judíos hobo mayor dificultad, porque el rey poco despues acordó que les quitasen los hijos de catorce años abajo, y que los bautizasen por fuerza: resolucion estraordinaria, y que no concordaba con las leyes y costumbres cristianas. Quieres tú hacer á los hombres por fuerza cristianos? pretendes quitalles la libertad que Dios les dió? no es razon; y tampoco que para esto quiten los hijos á sus padres. Sin embargo los malos tratamientos que hicieron á los demás, fueron de tal suerte, que era lo mismo que forzallos; y aun así se tiene comunmente que la conversion de los judíos de Portugal tuvo mucho de violenta, y los efectos lo han mostrado. Fue grande el número de los judíos que en esta coyuntura se bautizó, algunos se ayudaron de la necesidad para hacer lo que era razon, otros disimularon, y adelante dieron muestra de lo que en sus pechos tenian encubierto.

Alcanzóse otrosí del papa que los comendadores de las tres órdenes de Portugal que de nuevo profesasen en aquellas órdenes, no fuesen obligados á guardar castidad, salvo la conyugal, que era dalles licencia para casarse. Grandes ocasiones hobo para hacer esta mudanza tan grande; todavía no faltó quien la murmurase como sucede en todas las cosas nuevas, y no hay duda sino que con esto se abrió puerta para que las rentas de aquellas órdenes se gastasen muy diferentemente de lo que antes desto se acostumbraba, y aquellos caballeros en lugar de las armas se diesen á deleites y ociosidad, que fueron daños notables.

CAPILULO XIV.

De la muerte del rey don Fernando de Nápoles.

Las cosas de Italia aun no acababan de sosegar. E Inglés con el parentesco que tenia concertado con España, se resolvió de entrar en la liga contra Francia. El emperador pasaba adelante, y publicaba de querer pasar en Italia y dar órden en las cosas de Lombardía y de Toscana. Con esto el duque de Milan se inclinó al tanto á dejar el partido de Francia, particularmente que por este tiempo falleció el delfin de Francia niño de muy pocos años, y por la poca salud de aquel rey se temia que aquella corona rocayese en el duque de Orliens su mayor contrario: por esto no queria desasirse de los otros príncipes. En el reino de Nápoles los venecianos poseian su parte en la Pulla. El Gran Capitan tenía por el rey Católico á Rijoles y la Amantia y otras fuerzas de la Calabria: los angevinos sin embargo del concierto quedaban apoderados de algunas plazas. Para allanarlo todo el rey de Nápoles envió á don César de Aragon hermano no legítimo de su padre á Taranto; y al duque de Urbino que le ayudó en esta guerra, mandó reparar en el Abruzo, desde donde, allanada en breve casi toda aquella parte, se fue á Roma con Próspero Colona.

Lo de Gaeta por ser fuerza tan grande los tenia en mayor cuidado, porque dado que el conde de Tribento y galeras de venecianos le apretaban por mar, no hacia mucho efecto, tratábase de sitialla por tierra, cuando al rey don Fernando en Soma sobrevino la enfermedad de cámaras de que falleció en Nápoles, do le llevaron, á siete de octubre. Qué le aprovechó su edad? qué los contentos? qué tantas victorias ganadas? todo lo desbarató la muerte que le sobrevino muy fuera de sazon. Por su fin don Fadrique su tio desde Castellon, do supo lo que pasaba, acudió á Nápoles, y el mismo dia que falleció su sobrino el rey, alzaron por él los estandartes reales, y él se concertó con los príncipes de Salerno y Bisiñano, y

los condes de Lauria y Melito, que eran los mayores enemigos de la casa de Aragon.

A muchos príncipes se levantaron los pensamientos, y en particular por parte del rey Católico en Roma y en Nápoles se hicieron diligencias para fundar su derecho y llevarle adelante, que por entonces no prestaron nada, ca el papa y los otros potentados mas querian: tener por vecino un rey de pocas fuerzas que el poder de España; y el Gran Capitan que pudiera acudir á esto, todavía se hallaba ocupado en el cerco que tenia sobre el castilo de Cosencia, que pensaba rendir en breve y con esto asegurar todo lo de aquella provincia; verdad es que dentro de pocos dias allanado lo de Calabria, y rendida aquella fortaleza, pasó á Nola, y dejadas allí sus gentes, fue á visitar las reinas y consolallas de la muerte del rey.

Púsose el nuevo rey sobre Gaeta con toda su gente: sucedió que el señor de Aubeni, que por tierra iba la via de Roma, llegó allá en sazon que los de dentro se hallaban muy apretados; entró pues, é hizo que se rindiesen á partido. Saliéronse los franceses en un galeon y dos naves cargadas de los despojos y plata de las iglesias: la una nave con tormenta se perdió, la otra junto á Tarracina dió al través, que se tuvo por castigo de Dios. Por otra parte el César como tenian acordado pasados los Alpes entró en Lombardía con mil de á caballo y con cinco mil infantes. Juntósele con su gente el duque de Milan: llamó desde Aste á los duques de Saboya y marqués de Monferrat como feudatarios del imperio: su reputacion era tan poca, que no le quisieron acudir; lo mismo el duque de Ferrara, que le tenia obligado por lo de Módena y Regio, ciudades y feúdos del imperio.

Lo que pretendia el César era defender lo de Génova, que no se apoderase de aquel estado el Frances, como lo intentó por medio de una armada que envió allá para este efecto, y con inteligencias que tenia con el cardenal de San Pedro y algunos otros naturales, esperaba llevar al cabo aquel desiño. Demás desto cuando el Francés pasó por Pisa, de camino que iba á Nápoles, puso aquella ciudad en libertad, sacándola del señorío de florentines que la tenian de tiempo atrás en su poder. Para defender esta libertad los pisanos acudieron á valerse de los otros príncipes de Italia, y en especial de venecianos que fueron los que mas se señalaron en su defensa. El duque de Milan deseaba grandemente enseñorearse de aquella ciudad, y quitar aquella presa á los venecianos. Para esto persuadió cautelosamente al César que ayudase á los pisanos, é hiciese la guerra á florentines: con este intento el César en persona sitió á Liorna; el cerco no fué de efecto alguno, y al fin se hobo de levantar.

Andaba muy vario en sus deliberaciones y fiábase poco de los príncipes que le llamaron: por esto trataba de veras de dar la vuelta para Alemaña con menos reputacion de lo que se esperaba. Tuvo sobre el caso junta en Pavía, en que se hallaron el duque de Milan y el cardenal Bernardino de Carvajal, que en Lombardía era legado del papa para adelantar las cosas de la liga. Este prelado persuadió al César se entretuviese algun tiempo, y acudiese á lo de Génova que corria gran peligro por el esfuerzo que hacia el rey de Francia para apoderarse della, cuando vino nueva que lo desbarató todo, é hizo que el emperador apresurase su partida, es á saber que los reyes de España y de Francia tenian entre sí concertadas treguas, que entendian era principio para concordarse del todo.

El caso pasó en esta manera: al mismo tiempo que la guerra de Nápoles se hacia con mas fervor, en España tenian recelos de guerra á causa de diversas entradas y correrías que se continuaban á hacer en Francia por la parte de Ruysellon; y por los grandes apercibimientos que en Francia se hacian, temian no quisiese aquel rey satisfacerse de tantos agravios. Por esta causa el rey Católico se acercó por aquellas fronteras, y por algun tiempo estuvo en Girona acompañado de muy buena gente que tenia allí juntada de todas partes; pero como el otoño se pasase, y él estuviese deseoso de volver á Castilla y á Burgos, donde tenia dado órden fuese la reina para celebrar las bodas del príncipe, despedida la mayor parte de la gente, dió la vuelta. El rey de Francia, avisado de lo que pasaba, hizo con gran presteza juntar un ejército de pasados diez y ocho mil combatientes. Carlos de Albonio señor de Santander tenia á su cargo aquellas fronteras por el duque de Borbon gobernador de Lenguadoc: así con esta gente rompió por lo de Ruysellon, y un viernes siete de octubre se puso sobre Salsas llave de aquel condado, bien que mal pertrechada, porque aunque tenia muchos y buenos soldados, la cerca era vieja y muy delgada; que fue ocasion que el dia siguiente la villa fue entrada por combate, y el castillo rendido á partido con muerte de muchos de los de dentro.

Acudió el conde don Enrique Enriquez con la gente que pudo llevar; reparó en Ribasaltas á una legua de Salsas á tiempo que el daño estaba hecho. Siguió al enemigo, que desamparó el lugar por no poder dejalle en defensa, y se retiró á la sierra que está sobre Salsas con intencion de no venir á las manos. Estuvieron los campos algunos dias á una legua el uno del otro: moviéronse tratos de concierto, y al fin se asentaron treguas por aquella parte que durasen hasta diez y siete dias de enero del año luego siguiente de 1497. Resultó gran sospecha deste concierto en los príncipes confederados, que se recelaban que el rey Católico los queria desamparar y tomar consejo á parte; y fue ocasion que el emperador alzase mano de lo de Italia, y diese en breve vuelta á Alemaña sin dejar hecho efecto que fuese de consideracion.

CAPITULO XV.

De la muerte del duque de Gandía.

Despues que por órden del papa prendieron en Nápoles sobre concierto á Virginio Ursino y á su hijo, hecho de muy mala sonada, el papa movió guerra á las tierras y estados de aquel linaje de los Ursinos, que eran muy grandes. Nombró por capitanes de sus gentes á los duques de Gandía y de Urbino y á Fabricio Colona, que al principio se apoderaron de algunos lugares, y últimamente se pusieron sobre la fortaleza de Brachano. Carlo Ursino y Vitelocio con dinero que trujeron de Francia, levantaron buen número de gente de á pié y de á caballo: acudieron al socorro de aquella fuerza con trecientos hombres de armas, cuatrocientos caballos ligeros, y dos mil y quinientos infantes; para divertir á los contrarios pusiéronse sobre Vasano villa de la Iglesia.

Los enemigos dado que no eran tantos en número, alzado su campo fueron en busca de los Ursinos. Trabóse la batalla, que fue á veinte y cuatro de enero, en que al principio la gente de la Iglesia forzaron á los contrarios á retirarse, y subir un montecillo para mejorarse de lugar. Fabricio Colona con parte de la gente acordó subir por el otro lado para dar en los enemigos por las espaldas. Los Ursinos antes que llegase á do pretendia, revolvieron sobre la demás gente del papa con tal denuedo que ligeramente los desbarataron y pusieron en huida. El duque de Gandía salió herido en el rostro y el de Urbino fue preso. Con esta victoria los Ursinos recobraron los lugares que les habian tomado, y el papa fue forzado recebillos en su gracia y concertarse con ellos. Tuvo en este concierto gran parte el Gran Capitan, en que se gobernó de tal suerte que los Ursinos quedaron muy obligados al rey Católico.

Vino en esta sazon el Gran Capitan á Roma con su gente para ayudar al papa en esta guerra, si bien la de Nápoles no quedaba de todo punto acabada: Hecho el concierto con los Ursinos, á ruegos del pontífice fue á cercar á Ostia, fuerza que todavia se tenia por Francia debajo del gobierno de Menaut de Guerri, por donde Roma padecia grande falta de bastimentos, no de otra manera que si estuviera cercada, y tuviera los enemigos á las puertas. La empresa era dificultosa, pero los españoles se dieron tan buena maña que dentró de ocho dias la tomaron á escala vista; sin embargo el capitan francés fue recebido á merced y tratado con mucha humanidad. Ayudó mucho en este cerco la buena industria de Garcilasso embajador que era por el rey Católico en córte romana.

Tenia el Gran Capitan deseo de dar presto la vuelta para acabar de ganar ciertas fuerzas que se tenian en el reino por el cardenal de San Pedro muy parcial de Francia. Al despedirse como quier que en el discurso de la plática el papa dijese que sus reyes le tenian muchos cargos, y que no respondian á lo que era razon, que nadie los conocia como él: le respondió con grande libertad que creia bien los conocia, pues era su natural; pero en lo que decia que no les tenia cargo, parecia notoria ingratitud, pues sabia muy bien que con su favor se sustentaba en aquel grado sin embargo de la libertad de su persona y de toda su casa: que le suplicaba atendiese á reformar todo esto antes que el rey su señor por escrúpulo de que con su sombra se escandalizase la Iglesia, fuese forzado á desamparalle: trájole á la memoria otras cosas particulares y cargos á que el papa no supo responder.

A la verdad la disolucion era tan grande que dió la libertad á un hombre de capa y espada para perdelle el respeto, y forzó á los príncipes, en particular á los reyes de Castilla y de Portugal, á hacelle instancia sobre lo mismo con diversos embajadores que sobre esto le enviaron. Ninguna diligencia bastó, tanto que poco despues en un consistorio en que se trató de dar la investidura del reino de Nápoles á don Fadrique, juntamente propuso de dar en cierta forma al duque de Gandía la ciudad de Benevento, patrimonio de la Iglesia en aquel reino: además que tenia concertado de hacer suelta del tributo con que aquellos reyes acudian á la Iglesia cada un año, por cien mil ducados que aquel rey ofrecia de dar en cierto estado al dicho duque. Contradijo lo de Benevento el embajador Garcilasso, con protesto que hizo que no se lo permitiria el rey su señor.

Ninguna cosa bastara para enfrenalle si no desbaratara todas sus tramas la muerte que en breve sobrevino al duque de Gandía muy desgraciada. Una noche catorce de junio venian de un jardin en que cenaron el duque y los cardenales de Valencia y de Borgia; apartóse el duque solo con un lacayo que envió despues por unas armas: á la vuelta el lacayo no halló á su señor, ni en todo otro dia se pudo saber algun rastro dél mas que de que en la via del Pópulo hallaron la mula en que iba. Hiciéronse mas diligencias, y un barquero dijo que á media noche vió que en una mula dos hombres á los lados y otro á las ancas llevaban cierta persona, y que llegados á la postrera puente do él estaba, le echaron en el rio; y el que iba á las ancas preguntó si se iba á fondo: respondieron los otros que sí, y con tanto se fueron.

Buscaron el lugar que señaló el barquero: hallaron el cuerpo con nueve heridas, con sus vestidos y joyas sin que le faltase nada. Nunca se pudo averiguar quien fuese el matador: unos decian que los Ursinos le hicieron matar por estar muy agraviados del papa, otros que el cardenal Ascanio: la voz comun del pueblo fue que su hermano el cardenal de Valencia don César cometió aquel caso tan atroz por estar muy sentido que siendo menor que él, se le hubiese antepuesto en el ducado de Gandía. La verdad quién la podrá averiguar? quién enfrenar el vulgo que no hable? el odio que al papa tenian, entiendo yo fue la causa que en lo que le tocaba, siempre se dijese y creyese lo peor. Dejó el duque un hijo que se llamó don Juan como su padre, y le sucedió en aquel estado de Gandía.

CAPITULO XVI.

Del casamiento del príncipe don Juan.

En la misma armada que llevó á Flandes á la infanta doña Juana, vino á España, aunque despues de algunas dilaciones, la princesa Margarita hermana del archiduque para casar á trueque como tenian acordado con el príncipe don Juan: aportó al puerto de Santander por el mes de marzo. Saliéronla á recibir el rey y el príncipe con grande acompañamiento: viéronse en Reinosa, do los desposados se tomaron las manos. Veláronse en Burgos principio del mes de abril con las mayores fiestas y regocijos que jamás se vieron en España: velólos el arzobispo de Toledo; los padrinos fueron el almirante don Fadrique y su madre doña María de Velasco. No quiso la reina que se hiciese alguna mudanza en la casa de la princesa, sino que tuviese sus mismos criados que traia, y se sirviese á su voluntad.

Tratábase de concierto entre los reyes de España y de Francia: para este efecto fue á Francia Hernan duque de Estrada: y para que allí hiciese oficio de embajador. La paz no se podia concluir tan en breve: acordaron principio deste año en Leon de Francia que se asentasen treguas generales, que comenzasen en España á cinco dias del mes de marzo, y para los otros príncipes de la liga á veinte y cinco de abril; y que para todos durasen hasta primero de noviembre. Esta fue la causa que el Gran Capitan se apresurase para dar la vuelta de Roma á Nápoles por apoderarse de aquella fuerza del cardenal de San Pedro antes que comenzase á correr la tregua y por ella fuesen forzados á sobreseer en las armas. No lo pudo efectuar como lo deseaba é hiciera sino fuera por cierto motin de sus soldados.

Proseguíase el tratado de la paz. Habíase propuesto diversas veces por parte de Francia que pues era cosa averiguada que el rey don Fadrique por la bastardía de su padre no tenia algun derecho al reino de Nápoles, era forzoso que aquel reino perteneciese á uno de los dos reyes, es á saber de Francia ó de España, que seria bien se concertasen entre sí. Daba á esto oidos el rey Católico, y venia de buena gana en que se comprometiese la diferencia en el César, con seguridad que pasarian por lo que él determinase. Al Francés no contentaba este partido por tener como él decia su derecho por muy claro; pero ofrecia al rey Católico que si le dejase aquel reino libre, le daria recompensa en dinero ó de otra manera, hasta ofrecer de dalle el reino de Navarra: del cual el rey Católico y de sus príncipes tenia poca satisfaccion por estar muy avenidos con Francia el señor de Labrit y los otros señores de la casa de Fox.

Altercábase sobre este negocio en Medina del Campo, do vinieron á verse con el rey y resolver esto los embajadores de Francia. Pasaron tan adelante en este tratado que ofrecian de parte de su rey la provincia de Calabria, á tal que si conquistado lo demás, su rey la quisiese para sí, cumpliese con dar al rey Católico lo de Navarra, y mas treinta mil ducados cada un año por lo que mas valia y rentaba Calabria que Navarra: todavía el rey Católico se inclinaba mas á que se escusase la guerra, y que el rey don Fadrique se quedase con el reino con dar al Francés dinero por los gastos hechos y cierto tributo cada un año; ofrecia otrosí que el duque de Calabria

casaria con la hija del duque de Borbon sobrina del Francés, que era camino para dejar aquella demanda muy honrosamente.

Con esto se despidieron los embajadores, y sin embargo porque pasadas las treguas se entendia que volverian á las armas, el rey Católico trataba de asegurarse por la parte de Navarra por do se mostraban asonadas de guerra: pretendia que aquellos reyes le diesen seguridades de homenaje y castillos, y nombró por general de aquella frontera á su condestable don Bernardino de Velasco. El mismo recelo tenian por la parte de Ruysellon. Avino que en cierta revuelta que se levantó en Perpiñan entre los vecinos de aquella villa y los soldados, el general don Enrique por salir á despartillos fue herido con una piedra que tiraron de un terrado, de que murió. Por esta causa fue puesto por general de aquella frontera el duque de Alba, y aun se dió órden á la armada de España que acudiese á aquellas marinas, cuyo capitan era don Iñigo Manrique. Estos apercibimientos se hacian por la parte de España.

En Italia el rey don Fadrique no se descuidaba, ca en primer lugar procuraba ganar al duque de Milan; y porque estaba viudo de Hipólita su mujer que falleció el año pasado, para mas aseguralle ofreció de casalle con Carlota su hija habida en su primera mujer hija del duque de Saboya; y para el hijo mayor del duque ofrecia á doña Isabel de Aragon su hija y de la reina doña Isabel su segunda mujer hija del príncipe de Altamura: partidos honestos que al fin no se efectuaron por la grande caida que en breve dieron aquellas dos casas. Por otra parte hacia instáncia con el papa para que le diese la investidura del reino, con lo que parecia aseguraba del todo su derecho; y para esto hacia muchas comodidades á los Borgias, que era el camino para salir con lo que deseaba: pretension que en fin alcanzó, y el cardenal de Valencia poco despues fue enviado para coronar á don Fadrique, como se hizo con solemnidad y fiestas muy estraordinarias; en fin como en tiempo de paz y en ciudad tan populosa, noble y rica como es Nápoles, y que en esto echó el resto.

Coronóse por mano del legado: asistió el arzobispo de Cosencia, mostróse el rey muy liberal con los que le habian servido. Acabada la misa, mandó publicar por duque de Trageto y conde de Fundi á Próspero Colona, y á Fabricio Colona por duque de Tallacozo: al Gran Gonzalo de Córdoba hizo duque de Monte Santangel; y á don Iñigo hermano del marqués de Pescara que mataron, marqués del Vasto, sin otros títulos que dió á barones y caballeros del reino. El príncipe de Salerno Antonelo de Sanseverino no se halló en esta festividad, sin embargo del perdon pasado y que se hizo llamamiento general de los barones del reino: todo se enderezaba á nuevo rompimiento, porque demás deste esceso se entendia que fortalecia sus castillos y se pertrechaba de municiones y de armas.

CAPITULO XVII.

Que los portugueses pasaron á la India oriental.

En el mismo tiempo que las otras provincias de Europa, y particularmente Italia, estaban trabajadas con los males que de presente padecian, y mas por las sospechas que de mayores daños amenazaban; Portugal que es la postrera de las tierras hácia donde el sol se pone, con la grande y larga paz de que gozaba y con ella de toda prosperidad y abundancia, trataba de ensanchar por otras partes muy apartadas su imperio, y llevar la luz del Evangelio á lo postrero del mundo y á la misma India oriental: empresa que al principio pareció temeraria, y adelante fue de gran gloria, y no menos interés para todo Portugal. Don Enrique hermano del rey don Duarte fue el primero que entró en esta imaginacion, y con armadas que enviaba por la parte de Mediodia, acometió á descubrir nuevas tierras é islas por las costas de Africa. Atajóle la muerte los pasos, que le sobrevino el año que se contaba de nuestra salvacion de mil y cuatrocientos y sesenta, en edad de sesenta y siete años. Ilustre príncipe y de renombre inmortal así por las demás virtudes, y la castidad que guardó sin ensucialla por toda la vida, como principalmente por el principio que dió á cosas tan grandes.

Desistió desta empresa el rey don Alonso su sobrino no tanto de su voluntad, cuanto por las muchas guerras y desgraciadas con que estuvo embarazado. Su hijo el rey don Juan el Segundo, como era príncipe de pensamientos muy altos, vuelto á esta demanda con armadas que envió diversas veces descubrió gran parte de las costas de Africa y de Ethiopia, sin parar hasta llegar de la otra parte de la equinoccial, y averiguar que todas aquellas marinas se remataban en un cabo ó promontorio, que los marineros llamaron de las Tormentas por las muchas que en aquellas costas y mares muy altos se levantan, y él le llamó de Buena Esperanza, como hoy dia se llama, por la que cobró de pasar con sus armadas por aquella parte á las costas de Asia y de la India, y por aquel camino participar de sus grandes riquezas.

Para mejor informarse envió por tierra á Pedro Covillan y Alonso Payva, como en su lugar queda dicho, para que calasen los secretos de aquellas tierras, y trujesen relacion verdadera de aquellas costas de Asia y Africa por la parte de Levante. Murió en la demanda el Payva: Covillan andado que hobo todas aquellas marinas, dió vuelta hácia el Cairo, y sabida la muerte de su compañero, determinó de pasar á las tierras del Preste Juan. Desde allí envió á su rey entera relacion de todo lo que dejaba averiguado. De Ethiopia ni pudo volver á Portugal, que no le dejaron ni tuvo comodidad de enviar mas aviso. Así le tuvieron por muerto hasta que adelante se supo la verdad.

En este medio falleció el rey don Juan: su sucesor el rey don Manuel se inclinaba á llevar adelante esta empresa. Tratóse el negocio en su consejo: los pareceres fueron varios. Quién de todo punto condenaba aquellas navegaciones tan peligrosas y tan largas, encarecia los peligros que eran ciertos, los intereses pequeños, y la esperanza muy incierta: que harto mar tenian descubierto, y que seria mejor abrir y labrar los baldíos de Portugal, y no permitir que con semejantes ocasiones se hiciese la gente holgazana. Quién al contrario decia que debian pasar adelante, pues ni hasta entonces tenian de que arrepentirse de lo hecho, como lo daba á entender el aumento de las rentas reales por el trato de Africa: que siempre las cosas grandes tienen al principio dificultades que las vence el generoso corazon y el pusilánime queda en ellas atollado: el temor y recato demasiado nunca hicieron cosa honrosa; á los valientes ayuda Dios, á los cobardes todo se les deshace entre las manos. Algunos eran de parecer que se continuase la conquista y descubrimiento de Africa, y que no pasasen adelante, pues lo razonable tiene término, la codicia desordenada con ninguna cosa se harta hasta tanto que despeña en su perdicion al que le da lugar y por ella se gobierna: que para las fuerzas de Portugal bastaban algunos millares de leguas que tenian las costas de Africa.

Entre esta diversidad de pareceres prevaleció el que era de mas honra y reputacion. Resuelto pues el rey de seguir aquella empresa mandó aprestar cuatro naves, y por general nombró á Vasco de Gama hombre de gran corazon; y bien le fue menester para abrir el viaje mas largo y mas dificultoso que jamás se intentó en el mundo. Iban en su compañia su hermano Paulo de Gama y Nicolás Coello sin otros hombres de cuenta. Entre marineros y soldados todos no

pasaban de ciento y sesenta. Bendijeron el estandarte real en una iglesia de Nuestra Señora que estaba á la marina, fundacion del infante don Enrique, donde despues edificó el rey don Manuel el monasterio muy nombrado de Belén. Desde allí con acompañamiento muy grande de gente, que los lloraban no de otra manera que si los llevaran á enterrar, se hicieron á la vela este año á los nueve de julio.

Tomaron la derrota de las Canarias, y de allí pasaron á las islas de Cabo Verde que los antiguos llamaron Hespérides. Pasadas estas islas, y la de Santiago que es la principal dellas, volvieron las proas á Levante por un golfo muy grande, en que por las grandes tormentas y altos mares pasaron tres meses antes que descubriesen tierra, hasta que diez grados de la otra parte de la equinoccial descubrieron un rio muy fresco y de grandes arboledas, do surgieron para hacer agua y tomar refresco. La gente era negra, el cabello corto y encrespado. Contrataron con ella por señas porque nadie entendia su lengua, y con cosillas de rescate que les dieron, proveyeron sus naves de fruta de la tierra y de carne, que lo traian los naturales. Pusieron al golfo nombre de Santa Elena, y el rio llamaron de Santiago.

Pasaron adelante con intento de doblar el cabo de Buena Esperanza, pero cargó tanto el tiempo que diversas veces se tuvieron por perdidos. Aquí fue bien menester el valor del capitan, porque le protestaron sus compañeros volviese atrás, y no quisiese locamente pelear con el cielo y con el mar, ni llevallos á que todos se perdiesen: no bastaron ruegos ni lágrimas para doblegalle. Concertáronse de dalle la muerte: avisóle su hermano; prendió á los maestres, y él mismo tomó cargo de gobernar su navío. Con esta porfia llegó á lo postrero del cabo, que comenzaron á doblar á veinte de noviembre cuando en aquellas partes era primavera.

Como cincuenta leguas mas adelante está un golfo que llaman de San Blas y en medio dél una isla pequeña que hallaron llena de lobos marinos. Abordaron á ella para hacer agua. Los moradores de aquella parte eran semejantes á los de la otra costa de Africa que mira al Poniente: andan desnudos, traen sus miembros en unas vainas de palo. La tierra tiene elefantes y bueyes, de que se sirven como de bestias de carga; ciertas aves que llaman sotilicarios, grandes como gansos, sin plumas y con las alas como de murciélago, de que no se sirven para volar sino para correr con gran velocidad. Pasaron adelante, y aunque despacio por las corrientes contrarias, llegaron á una tierra que se llama Zanguebar, y ellos por dia en que allí abordaron, llamaron aquel golfo de Navidad; y á un rio grande que por aquellas riberas descarga en el mar, llamaron rio de los Reyes porque tal dia salieron á tomar en él agua.

Continuaban las corrientes y las maretas del mar: por esto se engolfaron tanto que sin tocar á Zofala, que es el lugar de mas consideracion de aquellas riberas por las minas de oro que tiene, de la otra parte descubrieron una tierra donde los moradores no eran tan negros como los pasados, y andaban mas arreados, y en su trato mostraban ser mas humanos y mansos: en los brazos traian ajorcas de cobre, y los varones puñales con las empuñaduras de estaño. La lengua no se entendia, mas de que entre los demás vino uno que en arábigo les dijo que no lejos de allí habia naves semejantes á las que traian los nuestros, y en ellas negociaban hombres blancos. Entendieron por esto que la India caia cerca: dieron gracias á Dios, y en memoria de nueva tan alegre al rio que por allí se mete en el mar, llamaron el rio de Buenas Señales. Levantaron en aquella ribera una columna con título del arcangel San Rafael, que dió nombre á aquellas riberas, y de diez hombres condenados á muerte, que llevaban de Portugal para este efecto, dejaron allí dos para que aprendiesen la lengua, y tomasen noticia de aquella gente, de sus costumbres y riquezas.

Fue grande el contento que todos recibieron por entender cuán al cabo tenian su viaje, dado que el alegria se aguó con los muchos que cayeron enfermos: hinchábanseles las encías, de que no pocos murieron. Unos atribuian esto á ser la tierra mal sana, otros á los manjares salados, de que tanto tiempo se sustentaron. Un mes se detuvieron en aquella costa con harto peligro y trabajo. Desde allí pasaron á Mozambique, que es una ciudad asentada en una de cuatro islas muy pegadas á la tierra firme, quince grados de la otra parte de la equinoccial, y veinte mas adelante de la punta postrera del cabo de Buena Esperanza: es tierra de mucho trato por el buen puerto que tiene. Los moradores eran moros, de color bazo, vestidos ricamente de seda y oro, en las cabezas turbantes de lienzo muy grandes, de los hombros colgaban sus cimitarras, y en los brazos sus escudos: con este traje vinieron en sus barcas á reconocer nuestras naves. Fueron bien recebidos y tratados: supieron dellos que aquella ciudad era sujeta al rey de Quiloa por nombre Abrahem, que está mas adelante en aquel paraje, y que allí tenia puesto un gobernador que en arábigo llaman Jeque, y él se decia Zacoeya; con el cual con presentes que le dieron, pusieron su amistad, y él les dió dos pilotos que los encaminasen á la India. Al principio los naturales entendieron que los nuestros eran moros de Poniente, que fue la causa del buen tratamiento que les hicieron: despues sabido que eran cristianos, pretendieron hacelles el mal que pudiesen; los mismos pilotos se les huyeron á nado. Descargaron ellos su artillería contra la ciudad, con que mataron algunos de los que en la ribera andaban.

El miedo de la gente fue grande por no estar acostumbrados á aquellos truenos y relámpagos, humillóse el gobernador, y ofreció toda satisfaccion; contentáronse ellos y su capitan con que les diese un piloto; este con la misma deslealtad que los otros, pretendió entregar á los nuestros en poder del rey de Quiloas: decíales que los moradores de aquella ciudad eran cristianos de los abisinos, y que en ella se podrian proveer de todo lo necesario. Ayudóles Dios, porque cargó el tiempo y no pudieron tomalla, que á ser de otra suerte, correrian peligro por ser aquella ciudad poderosa, y estar aquel rey indignado por las nuevas que tenia de lo que pasó en Mozambique.

El piloto moro sin embargo no desistió de su intento, antes los persuadió fuesen á Mombaza, ciudad puesta en un peñasco, rodeada casi por todas partes de un seno de mar que forma un puerto muy bueno. Saliéronles al encuentro gentes de la ciudad, con los cuales trató el piloto la traicion que traia pensada. Saliera con su intento, si no fuera que al entrar en el puerto Vasco de Gama por temor no diese su nao en ciertos bajíos que hay allí cerca, mandó de repente calar las velas y echar áncoras. El piloto por su mala conciencia temió que era descubierto: echóse en el mar para salvarse, y lo mismo hicieron algunos de la tierra que todavia quedaban en las naves, que en esta sazon eran tres, ca la cuarta que traía los bastimentos, por estar ya consumidos y faltar marineros, la habian antes desto pegado fuego.

Dieron los nuestros gracias á Dios por les haber librado de un peligro tan manifiesto: proveyóles su Magestad de guia en esta manera. Partidos de allí tomaron dos bajeles de moros, y en ellos trece cautivos, que los demás se echaron al mar: destos supieron que caia cerca Melinde, ciudad casi puesta debajo de la equinoccial, cuyo rey era muy humano y muy cortés con los extranjeros. Determinaron ir allá, y hallaron ser verdad lo que los cautivos dijeron. Holgó mucho el rey con su venida: no pudo por

su vejez y enfermedad ir á las naves en persona; envió á su hijo que hizo á los portugueses gran fiesta y dellos fue festejado. Dióles guia para la India, y el capitan le hizo presente de los trece cautivos moros: cosa que dió á aquel príncipe mucho contento. Proveyéronse de lo necesario, y despidiéronse con promesa de volver por allí, porque queria enviar sus embajadores para tramar amistad con el rey don Manuel.

Era ya pasada la pascua de Resurreccion: tomaron la derrota de Calicut que dista de Melinde casi setecientas leguas, que navegaron en veinte y un dias. Descubrieron la tierra deseada á veinte de mayo y poco despues echaron anclas á media legua de Calicut. No tiene aquella ciudad puerto, y el tiempo no era nada á propósito, porque en aquella sazon comenzaba en aquellas partes el invierno, que es una de las grandes maravillas del mundo, y que en el entendimiento humano se agota. Dividen la provincia de Malabar, do está Calicut, unos montes muy empinados que se rematan en el cabo de Comorin, dicho antiguamente promontorio Cori. La una y la otra parte están en la misma altura, y entrambas hácia nuestro polo; y sin embargo desta parte de los montes por el mes de mayo comienzan las lluvias y el invierno, cuando de la otra parte se abrasan con los calores del verano y del estío cosa maravillosa y grande. ¿Quién podrá dar razon desta diversidad? quién apear el abismo de la sabiduría divina? Todos los entendimientos quedarán cortos en este punto y en esta dificultad.

CAPITULO XVIII.

De lo que Vasco de Gama hizo en Calicut.

Antes que declaremos lo que á Vasco de Gama pasó en Calicut, será bien poner delante los ojos la grandeza de aquellas provincias y tierras tan estendidas de Asia. La India tiene por aledaños por la parte del Poniente las provincias de Arachosia y Gedrosia con las Paropomissadas. Hácia el Levante llega hasta los confines del gran reino de la China. Al Septentrion tiene el monte Imao, que es parte del monte Cáucaso. Por la parte del Mediodia la bañan las aguas del Océano. Divídelas en dos partes, en la de aquende y allende, el muy nombrado rio Ganges. Verdad es que los nuestros llaman India sola la tierra que abrazan por una parte el rio Indo, y por otra el rio Ganges. Los naturales llaman toda esta tierra Indostan. En medio destos dos rios corren unas cordilleras de montes, que se rematan en el cabo de Comorin. Muchas naciones son las que están derramadas por estas marinas: las principales cambaya, que se estiende desde la boca del rio Indo; y tras ella hasta el dicho cabo de Comorin se tienden por muchas leguas los Malabares. En medio destas dos naciones está en una isleta la famosa ciudad de Goa en el reino de Decan: cércanla por frente el mar, por los dos lados y por las espaldas el rio con sus dos brazos.

Hay entre los malabares cuatro calidades ó grados de gente: los nobles, que llaman caymales: los sacerdotes, que son los brachmanes, y tienen grande autoridad: los soldados llaman nayres; y el pueblo, que son los labradores y oficiales: los mercaderes comunmente son extranjeros. De la cintura arriba andan desnudos, lo demás cubren con paños de seda ó algodon, y sus cimitarras que traen atadas del hombro derecho y colgadas. Los ritos y costumbres desta gente son estrañas: basta decir para conocer lo demás que las mujeres se casan con cuantos hombres quieren; por esto los hijos no heredan á los padres por no tener certidumbre cuyos son, sino los hijos de las hermanas.

Están divididos los malabares en muchos reyes: el principal, y á quien los demás reconocen como á señor, y por esta causa le llaman zamorin que es tanto como emperador, es el rey de Calicut, ciudad rica y grande, y que está casi en medio de aquella nacion no lejos del mar. Las casas no están contínuas, sino muy apartadas, con huertas y arboledas que cada cual tiene: solas las casas del rey y los templos son de piedra, las demás de madera, pajas y cubiertas de hojas de palma; que no se permite á los particulares, quier sean nobles, quier plebeyos, levantar edificios mas suntuosos.

En este estado se hallaban las cosas de Calicut, tales eran sus costumbres, cuando Vasco de Gama aportó á aquellas partes: acudieron luego muchas barcas por ver gente tan estraña. Gama echó en tierra uno de los desterrados que llevaba. Fue grande el concurso de la gente que le cercó por todas partes. Habia entre los demás dos mercaderes moros de Túnez; estos por el traje como entendiese que era español, el uno por nombre Monzayda en lengua española le preguntó de qué parte de España fuese, respondió de Portugal. Llevóle á su casa, y informado de todo, se fue á ver con el capitan. Allí le declaró como en el tiempo que el rey don Juan de Portugal enviaba á Túnez para proveerse de armas, él le sirvió con mucha lealtad. Juntamente le dijo lo que quiso saber de aquella tierra, y le ofreció serviria de buena gana en lo que se le ofreciese.



Vasco de Gama.

El dia siguiente envió Gama con Monzayda dos embajadores para avisar al rey de su venida, que sin su licencia no queria desembarcar: si se la daba, le llevaria las letras que le traia de su rey y cosas de importancia que comunicalle. Estaba el rey á la sazon en Pandarane, un pueblo á dos millas de la ciudad. Allí recibió muy bien á los embajadores, res-

pondió que oiria de buena gana á su capitan: que entretanto por cuanto el lugar do surgió era en aquella sazon poco seguro, llegase las naves al abrigo de Pandarane. Hízose así, y pasados algunos dias, le envió el gobernador de la ciudad, que es como alcalde, y le llaman catual, para que le hiciese compañía hasta su palacio.

Dejó Gama en su lugar á su hermano, al cual y á Nicolás Coello avisó que pues no podia escusar de verse con aquel rey dado que el riesgo era grande, si sucediese algun desman á su persona, pospuesto todo lo demás, alzadas las velas, se volviesen á Portugal para dar aviso al rey de su viaje; y sin embargo para todo lo que pudiese suceder, le tuviesen siempre á la marina los esquifes aprestados. Llevó consigo doce compañeros lo mas en órden que pudo. No usaban en aquella sazon en la India de caballos ni jumentos: lleváronle desde la ribera en hombros gente señalada para esto hasta la casa real. Luegó que llegó le recibieron algunos de los caymalles para honralle mas, y con ellos el principal de los brachmanes vestido de lienzo blanco. Este tomó á Gama por la mano, y le metió por gran número de salas; la puerta de cada una de ellas tenia diez guardas.

Llegaron á un aposento muy grande que tenia el suelo cubierto de alhombras de seda verde, y en las paredes colgaduras de seda y oro labradas: alrededor tenia ciertas gradas á manera de teatro, que era el asiento de los grandes. El rey en un estrado, vestido de una ropa de algodon blanca sembrada de rosas de oro, en la cabeza un bonete de tela de oro á manera de mitra, los brazos y piernas desnudos á la costumbre de la tierra, pero con ajorcas de oro. En los dedos de piés y manos muchos anillos, y en todo sembradas y engastadas piedras y perlas de gran valor. El color del rey era bazo, el cuerpo grande, y el semblante que representaba magestad.

Gama luego que saludó al rey, y le mandó asentar á él y á sus compañeros, le habló en esta manera: «El rey de Portugal don Manuel, principe muy escelente y de pensamientos muy altos, con el deseo »que tiene de saber muchas y grandes cosas, y trabar amistad con los príncipes que en valor y grandeza se aventajan, movido por la fama que de la »grandeza deste reino y en particular de vuestra magestad vuela por todas partes, desde lo último de »las tierras do el sol se pone me ha enviado para saludaros de su parte y asentar entre los dos amistad. No hay cosa mas eficaz para unir las voluntades »que la semejanza en el valor, mayormente en los »reyes cuya dignidad mucho se allega á la grandeza »de Dios, y cuanto ellos son mayores tanto deben »estender sus voluntades á mas partes. Séanos de »provecho haber sido los primeros á pretender esta »alianza, pues es cosa muy natural y mas de los nobles corazones no dejarse vencer en amor y cortesia, y responder á la voluntad de los que se adelantaron en mostralla. Lo cual yo no dudo sino que »será de mucho provecho para todos, por la comunicacion de dos naciones tan distantes. Por lo menos »será cosa muy honrosa cuando en todo el mundo se »sepa, que de tierras tan estrañas venimos á pretender con la vuestra tener comunicacion y trato.» Esto dicho, presentó las cartas que traia escritas en las lenguas arábiga y portuguesa, junto con los presentes que llevaba.

Holgó mucho aquel rey con esta embajada. Dijo que le placia tener trato y alianza con su hermano el rey don Manuel. Preguntó muchas cosas de la navegacion que habian traido, y de las cosas de Portugal. Con esto mandó aposentar muy bien al capitan y á todos sus compañeros. Los mercaderes moros sabido lo que pasaba, se juntaron, y con el temor grande no les quitasen los portugueses sus ganancias, además del odio que tiene aquella gente á todos los cristianos, acudieron al rey y á sus cortesanos para con mentiras y invenciones ponellos mal con los portugueses: decian que eran cosarios, enemigos del género humano, que si aquella gente tuviese entrada en Calicut, á ellos les seria forzoso ir á buscar otras partes donde vivir y contratar. Que mirasen si les estaba á cuenta por unos pocos ladrones perder amigos tan antiguos como ellos eran, y que les traian con sus tratos tan grandes intereses.

Son los malabares gente fácil, de poca constancia y verdad. Persuadidos por los moros acordaron de buscar traza para dar la muerte á los portugueses. Avisó Mozayda al capitan de lo que se tramaba. Recogióse lo mas ocultamente que pudo, aunque no sin dificultad y peligro á las naves. Alargóse al mar, y desde allí con un indio escribió al rey grandes quejas, principalmente contra el catual, que con falsas muestras de amor sabia que trataba de hacelle todo el mal que pudiese. Juntamente le suplicó le mandase restituir ciertos portugueses y mercadurías que quedaban en tierra. Respondió el rey con buenas palabras sin cumplir lo que se le pedia. Gama determinado de usar de fuerza, tomó la primera nave que por allí llegaba, y en ella cautivó seis hombres principales con algunos criados. Envió el rey por habellos los portugueses y mercadurías con sus cartas en respuesta de las que Gama le trajo; y sin embargo el capitan no quiso restituir los malabares, porque le parecian muy á propósito para llevallos por muestra á Portugal para que mas en particular informasen de las cosas de aquellas partes.

CAPITULO XIX.

Como Vasco de Gama volvió á Portugal.

Antes que Vasco de Gama alzase las velas para dar la vuelta á Portugal, Monzayda se recogió á sus naves por miedo no le costase la vida la conversacion que con los portugueses tuvo. Dejó su hacienda en Calicut, ca por la priesa no la pudo recoger, y en Portugal se bautizó y pasó la vida como buen cristiano. No pudo el rey satisfacerse de Gama á causa que por ser invierno tenia su armada sacada á tierra. Verdad es que con setenta barcas que pudieron varar y armar, acometieron á las naves; pero con un recio temporal que cargó, las barcas se desbarataron, y los nuestros que por faltalles viento iban muy despacio, tuvieron lugar de alejarse hasta perder de vista á Calicut, y llegar á unas islas pequeñas que por allí están. Encontraron con ocho fustas de un cosario llamado Timoya, tomaron una y desbarataron las demás.

De allí pasaron á otra isla que se llama Anchediva para rehacer las naves y repararllas lo mejor que pudiesen. Dista esta isla como setenta leguas de Calicut, y de tierra firme no dista mas de una legua; que fue ocasion para que muchos de la tierra pasasen á ver las naves. Entre los demás vino uno que saludó á Gama en italiano. Este les avisó que allí cerca caia la ciudad de Goa, y que el señor della que se llamaba Zabaio, con quien él tenia mucha cabida, holgaria de conocellos y les haria toda amistad. Preguntóle Gama de donde era: dijo que italiano, y que navegando la vuelta de Grecia, cayó en poder de cosarios, y de mano en mano le fue forzoso servir aquel príncipe moro. Gama por el semblante, y porque las respuestas todas veces no concertaban, con sospecha que era espía, le puso á cuestion de tormento. Entonces confesó la verdad, que era judio y natural de Polonia, y que el Zabaio su señor le envió para espiar aquella armada; que con la suya pretendia acometellos.

Gama con este aviso, lo mas presto que pudo, partió de allí para seguir su viaje. Llevó consigo el judío, que en Portugal se bautizó, y se llamó Gaspar,

y sirvió al rey don Manuel en cosas de importancia. La navegacion iba despacio por falta de viento: en fin hicieron tanto que pudieron doblar el primer cabo de Africa que se llama de Guardafuy, no lejos de la boca del mar Bermejo. Llegaron á la ciudad de Magadajo que está allí cerca; por saber que los moradores eran moros, no quisieron allí parar mas de cuanto con la artillería maltrataron los edificios, y echaron á fondo algunos bajeles que vieron en aquel puerto. Pasados de allí encontraron con ocho velas de moros que desbarataron con mucha facilidad.

En Melinde fueron de aquel rey recebidos con mucho amor. Proveyéronse de lo necesario, y como tenian tratado llevaron consigo un embajador que aquel príncipe envió á Portugal para asentar amistad con el rey don Manuel. La nave en que Paulo de Gama iba por capitan, por estar muy maltratada, fuera de que tenian falta de marineros y jarcias, acordaron de pegalle fuego, y que Paulo de Gama se pasase á la capitana. Siguieron su viaje. Descubrieron la isla de Zanzibar de muchas frescuras y arboledas de todo género de drogas, distante de la costa de Africa seis leguas, y que cae entre Melinde y Quiloa cerca de Mombaza. En Mozambique levantaron una columna de las que para este efecto llevaban. Tocaron en la bahía de San Blas para hacer agua y leña. Doblaron el cabo de Buena Esperanza á los veinte y seis de abril. Finalmente pasaron las islas de cabo Verde, y de allí con un gran rodeo á las Terceras, donde falleció Paulo de Gama de una enfermedad que muchos dias atrás le traia trabajado.

Llegaron á Lisboa por el mes de setiembre, pasados dos años despues que de allí partieron. Grande fue el alegría que recibió el rey con su venida, grande el contento de toda la ciudad. No se hartaban de oir cosas tan nuevas, peligros y tempestades tan grandes como pasaron, ni de ver las muestras que traian de las mercadurías y riquezas de Levante. Los hombres otrosí que venian con ellos de aquellas partes, causaban no menos maravilla por sus gestos, lengua y trajes tan estraños. Parecian Gama y sus compañeros como venidos del cielo, y mayores que los demás hombres, dado que de cuatro naves que partieron volvieron solas las dos, y de la gente que en ellas fue, poco mas de la tercera parte. Todo no bastó para que muchos no deseasen continuar aquel viaje, y con la esperanza de honra y provecho poner el pecho á todas aquellas dificultades que en empresa tan larga y trabajosa se representaban.

CAPITULO XX.

De la navegacion que hoy se hace á la India oriental.

De la manera que queda dicho hizo esta navegacion Vasco de Gama, que fue la mas señalada del mundo sea por su largura, sea por las dificultades y peligros que en ella hobo, tanto mayores que por no saber entonces ni la derrota que debian tomar, ni el tiempo de las mociones de aquellos anchísimos mares, fueron casi á ciegas y á tiento. El tiempo y la esperiencia ha facilitado mucho aquella navegacion, de suerte que cuando á la sazon para comenzalla, y cuanto á la derrota que siguen, se han mudado muchas cosas, que quiero en suma poner aquí para que el curioso lector tenga alguna noticia de cosa tan grande. Ante todas cosas será bien poner delante los ojos y pintar todas aquellas marinas muy estendidas y grandes.

Pasada la boca del estrecho de Cádiz á mano izquierda corre la costa de Africa por gran número de leguas desta parte y de la otra de la linea equinoccial. Lo primero el monte Atlas muy famoso con sus cordilleras muy altas corta de Levante á Poniente gran parte de Africa, y hace su primera punta y cabo en el mar Océano. Mas adelante está el cabo que los portugueses llamaron Non por estar antiguamente persuadidos que el que le pasaba, no volvia. Luego el cabo del Boyador en altura de veinte y ocho grados enfrente de la isla de Palma, que es una de las Canarias. Son todos estos tres cabos puntas del ya dicho monte Atlas. Síguese en la misma costa el cabo Blanco, en altura de veinte y un grados: tras él está la isla pequeña de Argin que da nombre á todo aquel golfo, ca le llaman golfo de Argin. Desde allí se pasa á cabo Verde y á sus islas, que son diez en número, la principal tiene nombre de Santiago: los antiguos la llamaron Hespérides, si bien algunos pretenden que debajo deste nombre antiguamente se comprendian todas las islas que se han nuevamente descubierto, y están á la banda de Poniente. Está cabo Verde en altura de diez y seis grados; y antes dél entra en el mar el rio Sanaga, y pasado el cabo, otro al cual por sus muchas aguas llamaron el rio Grande. Sospechan (lo cierto no se sabe) que son dos brazos de un mismo rio, y añaden que es el rio Nigir, celebrado de los antiguos porque nace de las mismas fuentes del Nilo. Por lo menos tienen estos rios sus crecientes al mismo tiempo que el Nilo, y como él crian crocodilos y caballos marinos.

Pasado el rio Grande, que tiene de altura once grados, se empina en ocho grados la sierra Leona, asi dicha por los muchos truenos, relámpagos y fuegos que en ella se ven, por su altura; y porque los naturales salen á sus labores de noche con luces (como se toca en otra parte) parece que todo arde en vivas llamas. Quieren que este monte sea el que Ptolomeo llamó Carro de los Dioses, dado que él le demarca en elevacion de cinco grados solamente. Debajo de la equinoccial está la isla de Santo Thomé no lejos de la ribera de tierra firme, y de Portugal algo mas de mil leguas: los aires son mal sanos, el provecho por los azúcares que en ella se dan, mucho. A seis grados de la otra parte de la línea cae la Mina, asi dicha por el oro muy acendrado que della se saca. Mas adelante está el rio de Santiago, y el golfo de Santa Elena donde Gama abordó para hacer agua. Otros particulares rios y cabos, y islas hay, como es forzoso en tan grande distancia; pero los susodichos son los de mas cuenta y mas nombre.

El cabo de Buena Esperanza; que es la postrera punta de Africa, y está distante de Portugal como dos mil leguas, se mete hácia el otro polo por espacio de treinta y cinco grados. Este cabo doblado, corren aquellas riberas muy estendidas, con cabos que hacen, y rios diferentes que tienen. El de San Blas y el de Navidad, y el rio de Buenas Señales, son los principales hasta dar en Zofala, que es una de las mas notables poblaciones de aquellas marinas por las minas de oro que tiene. Algunos se persuaden que Zofala sea Tharsis, donde como lo dice la Divina Escritura Salomon por el mar Rojo enviaba sus flotas para traer oro y otras riquezas; y aun los naturales afirman que así lo tienen en sus libros y memorias: otros quieren que sea el promontorio Prasio de Ptolomeo, que él pone quince grados pasada la línea; Zofala está mas de veinte.

Adelante de Zofala á mano derecha cae la gran isla de San Lorenzo, que los naturales llaman Madagascar, y á mano izquierda está Mozambique, puerto de gran trato, en quince grados de altura; el cual pasado, casi en iguales distancias están Quiloa y Mombaza con la isla de Zanzibar y Melinde casi debajo la línea. Magadaxo está desta parte cinco grados, y en diez grados el cabo postrero de Africa, hácia la boca del mar Rojo, al cual hoy llaman Guardafuy, y Ptolomeo le llama Aromata; junto al cual está la isla de Zocotora que se halló poblada de cristianos, aunque muy estéril y falta de toda comodidad. Algunos piensan que es la que Ptolomeo llama Dioscorides. Poco distante está la boca del mar Rojo, ó sino Arábico:

dentro della por la parte de África cae el puerto de Ercoco del reino de Barganaso, y sujeto al Preste Juan. Fuera en la costa de Arabia está Aden, fuerza muy grande, y casi la llave de aquel golfo.

Entre el seno Arábico y Pérsico Arabia la feliz, y en medio del lomo por donde la baña el mar Océano tiene el promontorio Siagro, que hoy llaman el cabo de Escafallat, ó Fartaque; y la postrera punta hácia la boca del sino Pérsico, es el cabo Rosalgate, que fue antiguamente el promontorio Corodano. A la boca del sino Pérsico por la parte de dentro está la isla de Ormuz, pequeña y de suyo estéril, pero por el trato que es grande, muy rica: tiene veinte y seis grados de altura. Casi en la misma elevacion mas hácia el Levante á la boca del rio Indo está la isla y fortaleza de Diu, muy conocida por el valor con que los portugueses la han defendido primero de los soldanes de Egipto, y despues de las fuerzas del gran turco. Pasado Diu, y Bazain, que cae allí cerca, las riberas revuelven muy hácia Mediodia hasta que se rematan en el cabo de Comorin, ó promontorio Cori, en cuyo lado occidental están la ciudad de Goa en altura de diez y seis grados, y en doce Calicut. Entre las dos cae la ciudad de Cananor, y junto al cabo Cochin y Coulan, ciudades todas del Malabar, y do está el trato mas principal de toda la especeria. Desde el cabo de Buena Esperanza hasta Goa cuentan los que navegan mil y doscientas y cuarenta leguas.

Enfrente del Malabar están las islas de Maldivar, así dichas del nombre de la principal dellas que así se llama: son en número pasadas de mil, pequeñas, y á las veces tan pegadas entre sí que apenas se puede navegar por aquellas estrechuras. La cosa mas principal que tienen, es la palma que lleva los cocos, árbol tan provechoso que dél se sustentan y visten. Por el lado de Levante tiene el cabo de Comorin casi pegada la rica isla de Zeylan, de do viene el golpe mayor de la canela. Síguense los reinos de Narsinga y del Pegu, y en medio dellos el de Bengala, que da nombre á aquella ensenada de mar y golfo, que es muy grande. Remátase en la ciudad de Malaca, que tiene muy cerca la isla de Somatra puesta debajo de la equinoccial.

Los mas entre gente docta tienen que Somatra es la Trapobana de Ptolomeo, y Malaca la Aurea Chérsoneso del mismo, sin faltar quien tenga por cierto que Malaca es la antigua Ophir, donde Salomon enviaba sus armadas para traer oro y plata, y aun los del reino del Pegu, que cae por aquellas partes se tienen por decendientes de los Judíos que Salomon envió condenados para beneficiar las minas de Ophir, que si hoy allí no se hallan estos metales, hallábanse antiguamente, como lo dan á entender el nombre de Aurea Chérsonesus. Gastaban tres años las naves de Salomon en ida y vuelta, como lo dice la Escritura en particular de la navegacion de Tharsis, á causa de ir tierra á tierra sin engolfarse por no estar aun descubierto el uso del aguja del marear, con que los navegantes se alargan mucho á mar y las navegaciones se han facilitado mucho.

Desde Malaca á man derecha, la vuelta de Levante, se navega á las islas Malucas, que las principales son cinco, y dellas se traen los clavos, cosa de grande ganancia: en lo demás son estériles y faltas de todo lo necesario para la vida: así repartió sus bienes la naturaleza. A mano izquierda hácia nuestro polo van al grande y rico reino de la China, y á la isla de Macan, estancia que tienen los portugueses á la entrada de aquel reino por no dejallos entrar dentro de la China. Ponen desde Goa á la China mil y trecientas leguas, las ochocientas hasta Malaca, y desde allí á Macan otras quinientas. Desde Macan hácia el Norte llegan á lo postrero de lo que los portugueses tienen descubierto, que es Japon, distante del puerto de la China como trecientas leguas. Divídese Japon en tres islas principales, sin otras muchas pequeñas que tienen junto á las tres: corre entre Poniente y Norte de los treinta grados de altura á los cuarenta de largo docientas leguas, y por lo mas ancho no pasa de ochenta. Tiene muchos reyes y reinos, y es gente de valor en las armas, y de ingenio asaz para las letras.

La navegacion de Portugal á la India se hace desta manera. Parten de Lisboa por el mes de marzo, ó á principio de abril; llegan á la isla de la Madera que está distante ciento y cincuenta leguas, y desde á las Canarias que están trecientas. Pasan de allí al cabo Blanco, y á las islas de cabo Verde. Desde allí dejan la costa de Africa, y por los contínuos vientos que á la sazon corren de Mediodia, siguen á orza la derrota entre Poniente y Mediodia hasta llegar á las veces á vista del Brasil, donde si los vientos no les dan lugar á tomar el cabo de San Agustin, que está diez grados de la otra parte de la línea, se vuelven sin poder por aquel año continuar su navegacion. Si le pasan, dan la vuelta para doblar el cabo de Buena Esperanza, y siguen la derrota entre Mediodia y Levante. Para escusar las tormentas ordinarias que en aquel cabo se levantan, suben hasta cuarenta grados hácia el otro polo. Con esto doblan el cabo, y tocan en Zofala ó Mozambique, do si la navegacion no es muy próspera, se quedan á invernar; de otra manera pasan aquel golfo y la línea hasta llegar en pocos dias á Goa.

Tiénese por muy próspera la navegacion que se acaba en cinco ó seis meses, ca de ordinario pasa de año entero. De Goa para Malaca y las demás partes mas orientales navegan á sus tiempos determinados. para volver á España esperan las mociones del fin del mes de diciembre cuando de ordinario corren lestes ó solanos, muy á propósito para la vuelta. Doblan el cabo por el mes de marzo ó abril. Pasan por la isla de Santa Elena, que parece proveyó la naturaleza como una venta en mares tan anchos para refresco de los que navegan, por las frutas, caza y pescado que hallan, sin que haya en ello quien more ni la cultive por ser tan estrecha que de traviesa no tiene mas de cuatro leguas, y estar tan adentro en el mar. Desde allí por las islas Terceras llegan finalmente las naves á Lisboa de ordinario por los meses de agosto y setiembre.

LIBRO VIGESIMOSETIMO.

CAPITULO I.

De la muerte del príncipe don Juan.

A un mismo tiempo las cosas de los españoles en Italia se aventajaban; en España conforme á la costumbre y naturaleza de las cosas humanas iban mezcladas de dulce y de amargo. Concertáronse los casamientos de dos hijas del rey don Fernando de España, es á saber de la infanta doña Catalina con Artus príncipe de Gales heredero de Enrique Seteno rey de Ingalaterra, y el de la princesa doña Isabel no solo se acabó de concertar despues de algunas dificultades y dilaciones, sino se concluyó y efectuó con don Manuel rey de Portugal. Era negocio muy importante tener con estos casamientos y con los de Austria trabados con deudo tan estrecho príncipes tan poderosos y grandes, con que las cosas dentro y fuera de España grandemente se aseguraban. El casamiento de Ingalaterra se acabó de concertar dia de la Asuncion de Nuestra Señora deste año de 1497; y el doctor Ruy Gonzalez de Puebla como procurador de la infanta en el palacio de Wodestochio en presencia del rey y reina y otros grandes señores de Ingalaterra hizo los autos y ceremonias que en semejante solemnidad se acostumbran. Para apretar las práticas que se traian sobre el casamiento de Portugal, vino

á Castilla por aquel rey su hermano de leche y muy privado don Juan Manuel. Con su venida se acordó que los reyes don Fernando y doña Isabel llevasen á la princesa su hija á la raya de Portugal, y que allí viniese el rey don Manuel para concluir aquel matrimonio postrero de setiembre. Concertóse primero que los reyes se juntasen en Ceclamin; despues por ser aquella comarca muy estéril señalaron á Valencia de Alcántara que seria mas á propósito, donde los reyes estuvieron juntos tres dias.

Aguóse mucho la alegría de la fiesta con la nueva que vino de la enfermedad del príncipe don Juan, el cual á cabo de tres dias que con la princesa su mujer llegó á Salamanca, adoleció de una fiebre que le acabó en trece dias. Partió el rey de Valencia á toda priesa, y llegó á Salamanca á tiempo que el príncipe le pudo conocer: en fin falleció á cuatro dias de octubre, que fue grande dolor y lástima no solo para sus padres sino para todo el reino. Dejó la princesa preñada: alivio pequeño, por causa que dentro de poco tiempo malparió. El cuerpo del príncipe llevaron á Avila para le sepultar en el monasterio muy célebre de dominicos llamado de Santo Tomás. Llegaron las nuevas deste triste caso á Valencia en tiempo que la alegría de las bodas, que se celebraron despues de partido el rey don Fernando, se continuaba. El rey don Manuel pidió á la reina su suegra no dijese nada á la princesa ya reina de Portugal; y así partió luego con ella para la ciudad de Ebora. Allí al fin fue avisada de la muerte del príncipe su hermano, cosa que le dió pena muy grande como era razon por el amor que le tenia, y por la grande falta que hacia á toda España. Sus padres como príncipes tan cristianos y prudentes llevaron este golpe con señalada paciencia, en que mostraron no menor valor que en las muchas victorias que ganaron de sus enemigos; y es cosa muy natural que lo que es mortal perezca, y lo que es frágil se quiebre; y muy justo que dejemos á Dios hacer de nuestras cosas, que mas verdaderamente son suyas, lo que á su magestad agradare.

El reino de Nápoles no sosegaba del todo á causa que el príncipe de Salerno con los de su valía y casa no se fiaban del nuevo rey, y ponian en defensa sus castillos y plazas. La primera muestra que el príncipe dió desta mala voluntad, fue que como quier que se hallase presente cuando en Nápoles alzaron por rey á don Fadrique, no quiso acudir á su coronacion: el color, que se hallaba muy gastado. Solo el príncipe de Bisiñano acudió un dia despues para dar razon de sí, y se interpuso por medianero para concertar al de Salerno con el rey y traelle á su servicio. No aprovecharon ningunas de las muchas diligencias que se hicieron, hasta tanto que el rey con su gente hobo de salir contra él y cercalle dentro de Diano, que era una muy fuerte plaza de las muchas que aquel príncipe tenia.

Trataba el Gran Capitan á la sazon de volverse á España por tener aquella guerra de Nápoles por concluida. Con este intento habia dado vuelta á Calabria, y pasado á Sicilia: al presente vino á Nápoles para despedirse de aquel rey y reinas. Hiciéronle instancia se fuese á hallar en aquel cerco, en que resultaban dificultades á causa de los muchos que dentro el lugar tenia, y de la poca lealtad con que los naturales servian á su rey. Recogió pues el Gran Capitan como quinientos españoles, y con otros tantos alemanes que el rey le dió, se arrimó tanto á la muralla que él se puso á mucho peligro, y apretó tanto á los cercados que el príncipe fue forzado á rendirse. Capitularon que el príncipe saliese seguro del reino y todos los que quisiesen ir con él, con facultad de llevar consigo sus bienes: que todos los castillos y estado del príncipe se entregasen al rey á tal que pagase la artillería y bastimentos que tenian. Con esto se entregó Diano á los veinte y ocho dias de diciembre, y el príncipe se puso en poder del duque de Melfi para que le llevase seguro á Senagalla, ciudad del prefecto en la Marca, que seguia las partes del rey de Francia. De sus aliados los condes de Conza y Lauria le hicieron compañía; el de Capacho por ser muy viejo se quedó á merced del rey.

En este mismo año por el otoño don Juan de Guzman duque de Medina Sidonia envió una armada á Africa para poblar á Melilla, que está enfrente de Almería, y los moros por ciertos respetos la habian despoblado: hízose asi, y dióse esta plaza por juro de heredad y por merced del rey á aquel duque y sus sucesores en recompensa del gasto que hicieron en poblalla. Asimismo el jeque de los gelves, que se habia levantado contra el rey de Tunez su señor, por valerse de los nuestros entregó aquella isla y puerto al rey Católico, y en su nombre á Juan de Lanuza que á la sazon era virey de Sicilia, principio que fue de grandes cosas que los años adelante se hicieron en Africa. Quedó el capitan Margarit con gente española para guarda de aquella isla.

CAPITULO II.

De la muerte de Carlos Octavo, rey de Francia.

Continuábanse las práticas para concertarse los reyes de Francia y de España, y para este efecto vino de Francia una solemne embajada, cuya cabeza era el señor de Clarius, en sazon que los reyes Católicos se hallaban en Alcalá de Henares. La suma era que con las fuerzas de entrambos reinos hiciesen la guerra á toda Italia, y que cuanto al reino de Nápoles, quedase por el rey Católico lo de Calabria con tal que cada y cuando que el Francés le diese en trueque el reino de Navarra, y treinta mil ducados cada un año por lo que mas valia Calabria, fuese obligado á dejársela: cuanto á lo demás, que lo de Milan y Génova quedase por el Francés, y los otros potentados se repartiesen igualmente entre los dos. El rey Católico, si bien daba orejas á lo de Nápoles, en lo demás no queria entremeterse, en especial sin dar parte al César que tanto derecho pretendia á las cosas de Italia; en fin se resolvió que el rey Católico enviaria sus embajadores á Francia para proseguir lo desta concordia. Esto era en el mismo tiempo que con todas sus fuerzas procuraba que los monasterios claustrales de España se redujesen á la observancia, y se hizo en toda Castilla. Los dominicos y agustinos y carmelitas fácilmente vinieron en lo que era razon; los franciscos hicieron resistencia, pero en fin pasaron por lo que los demás.

Despachó el rey desde Alcalá conforme á lo que tenian acordado, á Hernan duque de Estrada con otros dos compañeros para tratar y concluir lo de la concordia con Francia. Llegaron en sazon que se tuvo por cierto el Francés pretendia con todas sus fuerzas romper por lo de Ruysellon, y ponerse sobre la villa de Perpiñan: miedos y revoluciones que atajó la muerte que le sobrevino en su villa de Amboesa á los siete de abril del año 1498. Falleció de aplopegía que le sobrevino viendo jugar á la pelota. Era de veinte y siete años: no dejó hijo alguno. Sucedió por ende en aquella corona el duque de Orliens como pariente mas cercano por via de varon: llamóse Luis Doceno. Pretendió Ana, madama de Borbon, que debia suceder á su hermano en aquel reino como la parienta mas cercana. La gente como tan aficionada á la ley sálica no daba lugar á esta demanda: por esto apretaba que á lo menos en lo que no pertenecia á la corona, antes de nuevo en tiempo de su padre y abuelo se habia ayuntado á los demás estados, debia ser preferida, como en el ducado de Anjou y condado de Proenza.

Fueron los embajadores del rey Católico á Bles

do estaba el nuevo rey. Allí y en Orliens se trató de la concordia, á que él se mostraba muy inclinado, y á todos daba muy buenas respuestas, y los entretenia con intencion de arraigarse en el reino, y que de ninguna parte se le hiciese contradicion en el divorcio que pensaba efectuar con su mujer hermana del rey muerto, por casar con la duquesa de Bretaña, que muerto su marido, trataba de volverse á su casa y estado; todo lo cual al fin se ejecutó como aquel rey lo pensaba y deseaba. Las razones que por parte del rey para el divorcio se alegaban, eran que el rey su suegro le sacó de pila, y que si casó con su hija, fue por temor y fuerza. En la duquesa de Bretaña no tuvo mas que dos hijas, la mayor fue Claudia que casó con Francisco su sucesor; la menor Renata casó con el duque de Ferrara, y vivió muchos años en Francia viuda, grande favorecedora de la secta de Calvino.

Antes que falleciese el rey Carlos de Francia, se trataba muy de veras que César Borgia renunciase el capelo y estado eclesiástico: nueva y estraña resolucion, encaminada para resolver á Italia y escandalizar á todo el mundo. Venia bien aquel rey en ello como mozo, y con deseo de granjear al papa le ofrecia estado en Francia; y aun se movió plática de sacar de la Iglesia el condado de Aviñon para dársele. Juntamente prometia de casalle con Carlota hija del rey don Fadrique de Nápoles y de su primera mujer,



Caravela *Santa Maria* (Museo Naval.)

En ella hizo Colon su primer viaje para el descubrimiento del Nuevo Mundo: está representada contemplando su tripulacion la primera isla que avistaron.

que la tenia á la sazon en Francia. El padre de la doncella avisado desto no quiso venir en deudo que tan mal le estaba, mayormente que pretendian le diese en dote el principado de Taranto, con intento á lo que se entendia, de apoderarse de todo el reino de Nápoles. El duque de Milan y el cardenal Ascanio su hermano hacian grande instancia sobre ello con aquel rey: decian que debia contentar al papa porque no tuviese ocasion de hacer que los franceses otra vez volviesen á Italia, que seria sin duda su total ruina, como al fin lo fue.

El rey Católico no aprobaba estos intentos, si bien se le dió intencion que proveeria á su voluntad las iglesias de Pamplona y Valencia que tenia en su cabeza el dicho César Borgia: la primera la proveyó el papa Inocencio Octavo, como queda tocado; y la segunda el mismo Alejandro se la traspasó luego que salió con el pontificado. Todo el mundo se escandalizaba que se intentase una cosa tan fea, especial que pocos años antes en tiempo de Inocencio no quisieron dar licencia al cardenal de Aleria para que renunciado el capelo se metiese fraile, y agora pretendian se diese á un cardenal de órden sacro libertad para casarse. A la verdad la disolucion de la córte romana era tan grande que daba lugar á todo desórden, y ocasion á los que tenian celo, de pensar y aun hablar mal. Así Gerónimo Savanarola fraile de Santo Domingo, y que tuvo gran parte en el gobierno de la ciudad de Florencia los años pasados, por la grande libertad con que mucho tiempo predicó contra los desórdenes del pontífice, por su mandado fue con dos compañeros quemado públicamente en la plaza de aquella ciudad el mismo domingo de Ramos, que fue otro dia despues que falleció el rey de Francia: si con razon, ó á tuerto, aun entonces no se pudo del todo averiguar: muchos hasta el dia de hoy en Florencia le tienen por mártir, y otros condenan su atrevimiento, cuyo parecer tengo por mas acertado.

Basta que no solo en Florencia pasó esto, sino en sus propias barbas del pontífice el embajador del rey Católico Garci Lasso reprendió en presencia del papa aquellos desórdenes, y le requirió con una carta de

su rey sobre el caso los reformase; mas qué presta querer sanar á quien Dios desampara, y por sus justos juicios le da en presa de sus apetitos desordenados? El papa se alteró grandemente de aquellas amonestaciones, sin que se sacase otro fruto; antes poco despues el mismo cardenal César Borgia en público consistorio propuso que por fuerza tomó el órden de diácono, y suplicó dispensasen con él, y aceptasen la renunciacion que hacia del capelo y de las iglesias y beneficios que tenia.

Muchos de los cardenales eran de parecer que fuera muy justo no por via de renunciacion, que era muy honrosa, condescender con él, sino privalle por sentencia de aquellas dignidades quier fuese por la mala entrada que tuvo cuando se le dió el capelo, quier por su mala vida y notorias deshonestidades, que aun para lego eran muy grandes, como solia decir el embajador de España; ninguno empero se atrevió achistar por la fuerza del pontífice, y por los tiempos tan miserables. Finalmente aquella renunciacion se aceptó por el colegio, y el nuevo rey de Francia le dió en el delfinado el condado de Valencia con título de duque: estado que en un tiempo fue de la iglesia Romana, y está cerca de Aviñon, y de años atrás le poseian los reyes de Francia. Desta Valencia se llamó adelante el duque Valentin, como de la de España se llamaba antes el cardenal de Valencia.

Con esto y con intencion que todavía le daban de casalle con la hija del rey don Fadrique, mudado el hábito, aunque no mejorado en costumbres, se partió para Francia, dado que lo del casamiento salió incierto á causa que la doncella nunca quiso venir en él; de que estuvo muy despechado y á punto de salirse de aquella córte: al fin le aplacaron con dalle en trueco por mujer á Carlota de Fox hija del señor de Labrit y hermana del rey de Navarra, con buen dote y acostamiento que le señalaron, sin otras ventajas que le hicieron. Deste matrimonio dejó una hija, que



Trajes civiles y militares, tomados de un retablo del renacimiento.

los años adelante por muerte de su padre quedó en poder del rey de Navarra su tio. Este mismo año el Gran Capitan al fin del verano en una armada que juntó en Nápoles, se hizo á la vela para volver á España: gran gloria de nuestra nacion por su mucho valor y grandes victorias que ganó hasta dejar aquel reino allanado y compuestas todas sus revueltas.

CAPITULO III.

De la muerte de la princesa doña Isabel.

Luego que falleció el príncipe don Juan, los reyes sus padres entraron en gran cuidado de asegurar la sucesion destos reinos, como cosa en que tanto iba. Entreteníalos la preñez de la princesa Margarita para ver en qué paraba: aumentóseles el dolor y el cuidado cuando en Alcalá de Henares, donde tuvieron el invierno, malparió una hija. Con esto avisaron al rey de Portugal del derecho que por razon de su mujer tenia á la sucesion destos reinos, y le instaron viniese luego con ella á Castilla para ser jurados como era de costumbre. Juntamente porque el archiduque y su mujer se intitulaban príncipes de Castilla, sin que se sepa con qué fundamento, les avisaron desistiesen de aquella pretension y apellido, pues conforme á las leyes destos reinos solo pertenece aquel título al hijo ó hija mayor y herederos de los reyes.

Entraron pues los reyes de Portugal en Castilla por Badajoz, do los esperaban los duques de Medina Sidonia y Alba con otros muchos señores. De allí fueron á tener la semana santa en Guadalupe, y entraron en Toledo á veinte y seis de abril, do los esperaban los reyes Católicos, y por su órden el domingo luego siguiente, que fue á los veinte y nueve, los juraron con las ceremonias y homenajes que se acostumbran en semejante caso (1). Lo de Aragon no parecia tan llano á causa que el infante don Enrique

(1) Los juraron en las córtes que para este fin, se convocaron, segun consta de la carta que se halla en el archivo de la misma ciudad.

duque de Segorve era vivo, y pretendia que conforme á las leyes de Aragon no podia entrar mujer en aquella corona, y por el consiguiente él y su hijo don Alonso eran los que tenian derecho á la sucesion como nieto y bisnieto que eran del rey don Fernando de Aragon por via de varon, es á saber por su padre que fue del mismo nombre que él, y uno de los que en Castilla llamaron infantes de Aragon.

Para prevenir esta y otras dificultades, y allanar las voluntades de todos, los reyes Católicos y los de Portugal fueron á Zaragoza con toda brevedad. Allí á catorce del mes de junio se hizo la proposicion, y el rey Católico declaró la obligacion y necesidad que corria de jurar á los reyes sus hijos por príncipes de Aragon. Hobo sobre esto grande alteracion, ca los aragoneses pretendian que nunca en aquel reino mujer fue jurada por princesa, antes que por la disposicion de muchos reyes no debian ser admitidas á la sucesion: que si bien en esto se hallaba diversidad, por lo menos por el testamento del rey don Juan el Postrero constaba que las hijas y nietas no debian ser admitidas á la corona, sino en caso que su hijo, que fue el rey don Fernando, muriese sin dejar nietos, aunque fuesen por via de mujer; y que pues no se sabia lo que Dios haria en este caso, no se debian apresurar, sin aguardar la disposicion divina. Particularmente ponian dificultad en jurar por príncipe al rey de Portugal por los inconvenientes que en Navarra resultaron de hacerse lo mismo con el rey don Juan, por estar casado con doña Blanca heredera y infanta de aquel reino.

Otros eran de contrario parecer, y pretendian que las mujeres podian heredar aquella corona, de que era bastante ejemplo la reina doña Petronila hija de don Ramiro el Monge, junto con el testamento del rey don Alonso su hijo, en que se hizo ley perpétua sobre este punto, y se admitieron las mujeres á la sucesion. Entre los demás un famoso jurista aragonés por nombre Gonzalo García de Santa María, escribió un tratado en esta sustancia, y le presentó al rey don Fernando. En estas alteraciones se gastaba tiempo: la reina doña Isabel lo llevaba con tanta impaciencia, que un dia se dejó decir seria mas honesto conquistar aquel reino que aguardar sus córtes y sufrir sus desacatos. Hallóse presente á estas palabras Alonso de Fonseca, replicó con libertad: «No tengo »yo señora que los aragoneses hagan mal en mirar »por sus privilegios, y procurar de mantenerse en la »libertad que sus mayores les dejaron; antes como »son considerados en lo que deben jurar, así son en »guardar lo que juran constantes, y en el servicio »de sus reyes muy leales; que como es esta la prime»ra vez que juran hija de rey por princesa, no es »maravilla si reparan algun tanto, y se recelan de »introducir cosa que para adelante les pueda perju»dicar.»

Fue Nuestro Señor servido que la princesa á los veinte y tres de agosto dia jueves parió un hijo que llamaron don Miguel, y del parto murió ella dentro de una hora; que fue alegría mezclada con mucho acibar. El arzobispo de Toledo, que acompañó á los reyes en esta jornada, se halló presente al parto y á la muerte, y con muy prudentes razones la confortó en aquel aprieto. Luego el rey su marido se partió para su reino. El cuerpo de la princesa se depositó en San Francisco, y de allí le llevaron á Toledo, y sepultaron en Santa Isabel, monasterio de monjas fundado por el rey su padre en unas casas que fueron de su abuela materna. Hechas las exequias de la princesa, se volvió á lo del juramento, y sin dificultad sea por la compasion que tuvieron al rey, sea porque las objecciones propuestas cesaban en gran parte, á los veinte y dos de setiembre juraron todos los estados aquel niño por príncipe de Aragon entretanto que el rey Católico no tuviese hijos varones; que en tal caso daban desde entonces aquel juramento por ninguno y de ningun valor y efecto: poco despues le juraron asimismo en Ocaña por príncipe de Castilla.

Antes que el rey Católico partiese para Zaragoza, despachó á don Alonso de Silva clavero de Calatrava para dar el parabien al nuevo rey de Francia, y para que junto con los demás embajadores que allí tenia, apretase lo de la concordia; en que se dieron tan buena maña que en breve la asentaron: lo mismo hizo el archiduque por su parte, que sin comunicallo con su suegro y padre hizo sus capitulaciones y acuerdos con aquel rey. Mucho ayudó para concluir estos conciertos Luis de Amboesa arzobispo de Ruan por la gran cabida que tenia con el rey de Francia. El papa por el mes de setiembre le hizo cardenal por contemplacion de aquel rey, que mucho deseaba, compuestas las demás cosas, pasar á Italia, por el derecho que pretendia tener al ducado de Milan principalmente, y tambien al reino de Nápoles.

Desde Zaragoza otrosí envió el rey á Iñigo de Córdoba hermano del conde de Cabra, y al doctor Philipe Ponce para que requiriesen al papa restituyese á la Iglesia la ciudad de Benevento, y reformase los abusos de aquella córte, y la disolucion de su casa que era grande. El rey de Portugal, vuelto á su reino, á persuasion de su suegro despachó á Roma para el mismo efecto á don Rodrigo de Castro y don Enrique Coutiño. Hicieron ellos, llegados á Roma, sus diligencias y sus requerimientos segun el órden que llevaban, y llegaron á término que en cierto auto el mismo Garci Lasso hizo oficio de notario apostólico para testificar el instrumento y dar fe de lo protestado.

El papa se sintió mucho desto, y amenazó de castigar aquella insolencia; pero en fin respondió que Benevento, si bien tenia el consentimiento del consistorio para dalle al duque de Gandía, no le tenia enajenado ni lo queria hacer. Cuanto á la reformacion de su casa, aunque se mostró áspero en la respuesta, dentro de pocos dias con cierta ocasion salieron del sacro palacio y de Roma (á lo que se entendió, por órden del papa) el príncipe de Esquilache y su hermana Lucrecia con su mujer y marido que eran tambien hermanos, es á saber hijos del rey don Alonso de Nápoles; y su disolucion y la de César Borgia era lo que mucho al pueblo escandalizaba. Fue tanto el odio que el papa concibió contra Garci Lasso por estas libertades, que hobo de salirse de Roma; y aun los embajadores de Portugal se partieron poco adelante al principio del año 1499 de aquella córte con disgusto asaz de lo poco que allí negociaron. Los del rey Católico se entretuvieron algun tanto hasta que llegase Lorenzo Suarez de Figueroa, que venia nombrado en lugar de su hermano Garci Lasso para hacer allí el oficio de embajador como en Venecia le hacia con mucha satisfaccion por su mucho valor y conocida prudencia.

CAPITULO IV.

Que Ludovico, duque de Milan, fue despojado de aquel estado.

Muchos y graves cuidados cercaban al rey Católico por todas partes. Lo de Italia corria gran peligro por las pretensiones tan viejas y á su parecer tan fundadas que tenia el rey de Francia. Soplábanle por una parte el pontífice de secreto con intento de satisfacerse del rey don Fadrique que le tenia ofendido, y de aumentar y engrandecer los de su casa, en particular al duque Valentin: por otra al descubierto los venecianos resabiados grandemente contra el duque de Milan primero compañero en la defensa de Pisa, y despues contra ella amigo de florentines y fautor suyo, hicieron liga con el dicho rey, y se obligaron

de ayudalle con mil y docientos hombres de armas, y seis mil suizos ó alemanes contra el duque de Milan. El rey ofreció de dalles á Cremona y la Geradada, pueblos principales de aquel estado. El duque visto el peligro que sus cosas corrian, y la poca ayuda que entre cristianos podia tener, acudió al gran turco, y negoció con él que con su armada hiciese daño en tierras de venecianos : cosa que puso en cuidado á toda la cristiandad, y al duque hizo muy odioso. Sucedió en el mismo tiempo que Antonelo príncipe de Salerno falleció en el estado del duque de Urbino que era su deudo. Sucedióle en el título y pretension de aquel estado, y en el odio contra la casa de Aragon Roberto su hijo.

En España por el mes de julio en Zaragoza se cometió cierto insulto contra Gonzalo García de Santa María letrado insigne : no se pudo averiguar quién lo hizo, dado que todos cargaban al vizconde de Ebol por grandes conjeturas que resultaban. Demás desto los reyes de Navarra movieron una nueva demanda al rey Católico. Fue así que cuando se vieron cerca de Bayona Luis Onceno rey de Francia y Enrique el Cuarto rey de Castilla, el Francés como juez árbitro nombrado por las partes para componer ciertas diferencias que andaban entre los reyes de Castilla y Navarra, por su sentencia mandó que por los gastos que en defensa de don Carlos príncipe de Viana hizo el de Castilla y su padre el rey don Juan, á la paga de los cuales se obligó el dicho príncipe don Carlos, se diese al rey de Castilla la ciudad de Estella con toda su merindad : verdad es que la ciudad nunca se entregó, y otros lugares se recobraron por los navarros; solo quedaron por Castilla los Arcos, y la Guardia y San Vicente. Estos pretendian aquellos reyes se los entregasen por razones que para ello alegaban, es á saber que la sentencia fue en sí ninguna, y que el rey Católico los años pasados dió intencion de restituir aquellas plazas.

Temíase algun rompimiento por la parte de Francia con aquella ocasion; pero el Francés con la pretension de Italia no tenia lugar de entrar en otras contiendas, ca por el mismo tiempo un grueso ejército de Francia pasó los Alpes, y llegó á la ciudad de Aste, que de años atrás era de los duques de Orliens : dióla á Carlos duque de Orliens el duque de Milan Philipe su tio porque le ayudase en la guerra con que al fin de su vida venecianos le trabajaron. Desde allí por el mes de agosto del año 1499 salieron á hacer la guerra aquellas gentes, y por generales el señor de Aubeni y Juan Jacobo Tribulcio : todo lo hallaron fácil, y en pocos dias se apoderaron de Alejandría, y de Pavía y Placencia con otros muchos lugares. Por otra parte los venecianos no con menos prosperidad hacian la guerra : tomaron á Cremona y la Geradada, y á Lodi y todo lo que del ducado de Milan por aquella parte caia : con esto el comun de Milan se alborotó, tocaron al arma, y el pueblo comenzó á apellidar el nombre de Francia.

El duque por no poder mas, se retiró al castillo: desde allí envió con su vicecanciller y el cardenal su hermano sus hijos y tesoros á Alemaña, y poco despues á dos de setiembre de noche sin dar parte á su gente él mismo los siguió, que parece le faltó el entendimiento y traza en todo. Iban en su compañía el cardenal de Este y Galeazo de Sanseverino general de sus gentes. Tras esto á seis de setiembre se entregó Génova al vencedor sin ponerse en resistencia. Acudió el rey de Francia desde Leon, do se quedó, á gozar de la victoria y componer las cosas de Italia. Hízole compañía el duque Valentin, al cual para la guerra que pretendia hacer en la Romaña, ofreció ayudar con trecientas lanzas á su costa debajo de la conducta de monsieur de Alegre, y cuatro mil suizos al sueldo del papa. Concertóse asimismo de ayudar á los florentines para recobrar á Pisa.

Concluida aquella empresa de Milan tan á voluntad del Francés, luego puso la mira en conquistar el reino de Nápoles : empresa á que demás de estar de suyo muy inclinado, el papa mucho le animaba, dado que para rehacerse de fuerzas primero quiso dar la vuelta á Francia. Dejó en Génova por gobernador á Philipe Ravestain (1), y en Milan á Juan Jacobo Tribulcio. Llevó consigo al hijo de Juan Galeazo, verdadero duque de Milan, que se llamó Francisco, y hecho clérigo los años adelante murió en Borgoña de la caida de un caballo, en que andaba á caza. El rey Católico procuraba con todas sus fuerzas estorbar las guerras de Italia, y ofrecia al Francés cualquier buen partido de parte del rey don Fadrique, y como quier que no bastase diligencia alguna, se resolvió de volver á las pláticas que los años pasados se movieron por parte de Francia, es á saber que pues el rey don Fadrique por la bastardía de su padre no tenia derecho á aquel reino, los dos reyes de España y Francia se concertasen y le conquistasen y repartiesen entre sí. Estaba el rey Católico en Granada en sazon que por el mismo tiempo su hermana la reina de Nápoles doña Juana que venia de Italia, le halló allí, y la princesa doña Margarita partió para su tierra y pasó por Francia : acompañóla hasta la raya de España don Alonso de Fonseca arzobispo de Santiago. Desde allí despachó el rey un contínuo de su casa con instruccion que junto con Miguel Juan Gralla su embajador á la sazon en Francia moviesen como de suyo esta plática. Hízose así, y el cardenal de Ruan que podia mucho con aquel rey, la oyó de muy buena gana. Monsieur de Clarius, que podia tambien mucho, terció bien en todo con intencion que se le dió de entregalle á Cotron en Calabria, cuyo marquesado pretendia, y aun se llamaba marqués de Cotron. Túvose por cierto que con tales medios en breve se concluiria esta concordia, sin embargo que el rey don Fadrique amenazaba que si el de Francia le acometia, traeria la armada de los turcos contra Italia para valerse dellos. Y por otra parte intentó de concertarse con el papa hasta ofrecer al duque Valentin el principado de Theano y ducado de Sessa que eran del duque de Gandía, con una gran suma de dineros; y á don Alonso de Aragon su sobrino, y yerno del papa, queria dar á Salerno y Sanseverino con título de príncipe : partidos aventajados, pero desbaratólos el duque Valentin que escribió al papa desde Francia, do era ido, la alteracion que halló habia causado la plática de aquella concordia movida tan fuera de sazon. Al fin deste año nació en Flandes doña Leonor hija primogénita del archiduque, que fue primero reina de Portugal y despues de Francia.

CAPITULO V.

Los moros de las Alpujarras se levantaron.

Al tiempo que los reyes Católicos partieron para Granada, el arzobispo de Toledo se quedó en Alcalá con intento de fundar en aquella villa una universidad á la traza y modelo de la de París, que salió con el tiempo obra muy señalada. Abriéronse las zanjas del colegio mayor que se llama de San Ildefonso, y echóse la primera piedra á catorce del mes de marzo. El trazador se llamó Pedro Gumiel, famoso en aquella arte, dado que la obra por entonces fue toda de tapiería; y despues se edificó la delantera de piedra blanca muy hermosa.

Los reyes deseaban con cuidado asegurar aquel nuevo reino : parecióles importaria para todo si los moros que eran muchos, se hiciesen cristianos. Para dar órden en esto llamaron al dicho arzobispo, y ordenado lo que se debia de hacer, le dejaron allí, y ellos se fueron á Sevilla. Juntáronse para adelantar

(1) Zurita dice que Scipion Barvara.

la conversion de los moros los dos arzobispos de Toledo y Granada, como personas que eran muy semejantes en la reformacion de sus vidas y en el celo del servicio de Dios. Súpose que cierto número de moros, que llamaban Elches, fueron primero cristianos: trataron con permision de los inquisidores á quién tocaba este caso, de proceder contra ellos, y en particular de tomalles los hijos pequeños, y por fuerza bautizallos. Por otra parte trataron con mucha blandura con los alfaquíes; los cuales vencidos de aquella benignidad, y mas de lo que les daban, persuadieron á muchos se hiciesen cristianos.

De todo esto se alteraban mucho los moros del Albaycin que eran muchos: tomaron las armas que tenian escondidas, barrearon sus calles, y salieron un dia ya tarde á cercar al arzobispo de Toledo en sus casas: fue grande el temor de aquella noche, y el alboroto de la gente. Venida el alba, el conde de Tendilla, como el que era capitan general del reino y alcaide del Alhambra, dió órden que entrasen en la ciudad soldados de fuera para que ni de la parte de los cristianos ni de la otra de los moros no se pudiesen hacer daño. Avisaron á los reyes de aquel peligro, en que avino una cosa notable. Dió el arzobispo de Toledo las cartas á un negro, que le dijeron las llevaria á las veinte leguas, que fue un yerro muy grande, ca el negro en la segunda ó tercera venta comió y bebió de tal manera que se estuvo durmiendo un dia sin pasar adelante. Las nuevas llegaron por otra via: los reyes se maravillaban como el arzobispo no avisaba: la reina estaba corrida, que le favoreció para subir á aquella dignidad. El rey enfadado desto, ca pretendió aquella dignidad para su hijo don Alonso de Aragon, como de suso se tocó, dijo á la reina sobre el caso palabras pesadas.

En fin el negro llegó; y el arzobispo corrido envió á su compañero fray Francisco Ruiz para que por menudo relatase todo el suceso, porque todos le cargaban que su mal órden fue ocasion de aquel desman. En Granada y en Toledo se hace fiesta de la conversion de tres mil moros que se bautizaron á diez y ocho del mes de diciembre. Envió el rey un pesquisidor para que hiciese informacion del caso, y averiguada la verdad castigase á los mas culpados; por otra parte mandó pregonar perdon general á los que se volviesen cristianos. Este justició algunos, prendió á otros, que le enviaron á decir querian ser cristianos, y á ejemplo destos todos los del Albaycin hicieron lo mismo, y sus mezquitas fueron bendecidas en iglesias: lo mismo hizo otro barrio de moros en Granada y los de las alquerías, por todos hasta en número de cincuenta mil almas.

Los moros de las Alpujarras como se publicase entre ellos que por fuerza los mandaban bautizar, se alborotaron: los primeros á levantarse fueron los de Huejar, que están en lo mas fragoso de la sierra. Acudieron con presteza el conde de Tendilla y el Gran Capitan que á la sazon se halló allí: tomaron por fuerza aquel lugar con muerte de algun número de los alzados; los mas alzada su ropilla, se recogieron á la sierra. Tomaron los nuestros otras plazas; no pudieron empero sosegar aquellos movimientos á causa que poco á poco todas las Alpujarras se levantaron. Pusiéronse los moros sobre Marjena, que era una fortaleza del comendador mayor. Don Pedro Fajardo, que á la sazon asistia en Almería; con poca gente se puso sobre Alhumilla, pueblo que está cerca de Marjena: ganóles la vida por fuerza y la fortaleza, que fue ocasion que los moros se levantasen de sobre Marjena.

Esto sucedió en el principio del año que se contaba de nuestra salvacion de 1500 justamente, en sazon que el rey Católico, dejando á la reina en Sevilla, dió la vuelta á Granada con deseo de allanar aquellos alborotos, que le tenian en cuidado así por miedo no sucediese algun mal en España por aquella parte que tiene á Africa muy cercana, de donde los levantados se pensaban valer, como porque le podian embarazar sus empresas y fines en lo de Italia. Hizo pues llamamiento general de los pueblos y caballeros del Andalucía, con que se juntó un ejército muy grande; y con él partió el mismo rey en persona primero de marzo la vuelta de Lanjaron, que está en un sitio muy áspero.

Los moros estaban obstinados sin dar muestra de quererse allanar: fue aquel lugar entrado por fuerza y puesto á saco. El conde de Lerin y otros caballeros se derramaron por la sierra y tomaron á los moros otras plazas, que fue ocasion de rendirse los alzados. (1) Fueron recebidos á misericordia con condicion que dentro de cuatro dias entregarian á Castil de Ferro, á Adra y Buñol, fortalezas de que se apoderaron al principio de las revueltas, y aunque flacas, las pusieran en defensa; y entregarian todas las armas ofensivas y defensivas, y que en dos pagas contarian cincuenta mil ducados: para cumplimiento desto pusieron en poder del Gran Capitan hasta treinta y cuatro de los mas principales y ricos moros. Hecho esto el rey despidió y derramó la gente. Entretúvose en Granada por dar calor á la conversion, y así poco adelante los moros de las Alpujarras, los de Almería, Baza y Guadix y los de otros lugares se bautizaron.

Enviáronse predicadores por todas partes con gente de respeto que los guardase: esto, y tornarse á publicar que los hacian cristianos por fuerza, dió ocasion á los moros de Belefique y Nixar, que están en lo mas áspero de las Alpujarras, de se levantar el invierno adelante. Por el atrevimiento destos hicieron lo mismo los mas lugares de aquella serranía. Nombró el rey, que todavia asistia en Granada, por general contra ellos al alcaide de los Donceles, el cual juntó sus gentes, y con otros señores y caballeros se puso sobre la villa y fortaleza de Belefique. Defendiéronse los de dentro muy valerosamente: murieron muchos de los nuestros, y entre ellos hombres de cuenta: duró el cerco algunos meses hasta tanto que por la falta de agua que padecian los cercados, se rindieron á partido que les dejasen las vidas, y que las haciendas y libertad quedasen á merced del rey. Atemorizados con esto los de Nixar hicieron lo mismo, que se rindieron y entregaron las armas y pertrechos, las haciendas y libertad á merced del rey, pero que se pudiesen rescatar por precio de veinte y cinco mil ducados. Con esto y con la diligencia que se ponia en la conversion, se bautizaron mas de diez mil moros de Seron, Tijola y otros lugares comarcanos.

Por otra parte los moros de las serranías de Ronda

(1) La *Crónica* manuscrita refiere el suceso de la manera siguiente: «El año 1499 dieron órden los reyes Católicos para que los moros se hiciesen cristianos; y así en Granada fue la mezquita mayor consagrada en iglesia catedral, »y en ella y su comarca se bautizaron mas de cincuenta mil »personas, y todas las mezquitas se volvieron en iglesias. »Aunque presto se rebelaron, porque el año siguiente de 1500 »los moros Mudejares de las Alpujarras haciendo grande alboroto lo pusieron por obra. Fue allá el rey Católico en »persona, y lo allanó todo tomando por esclavos á los moros »de Andarax, Lanjaron y Huesca ó Huescar, porque hicieron mayor resistencia. Continuándose la conversion, se »bautizaron los moros de las Alpujarras, de Almería, Baza »y Guadix. Los de Belifique, Nijar y Guejar que tambien »se habian rebelado fueron conquistados el año 1501, y matando á todos los que podian tomar las armas, los demás »y las mujeres tomaron por esclavos, escepto los de once »años abajo, mandando que fuesen cristianos. El mismo año »se revelaron por el mes de enero los de la serranía de Ronda, Sierra-Bermeja y Villa-Luenga. Enviaron los reyes sus »capitanes contra ellos, y siendo muerto don Alonso de Aguilar en la Sierra-Bermeja fué el rey allá, y en breves dias »allanó la tierra enviando los moros á Africa.» El año siguiente de 1502 mandaron salir á los demás moros.

y de Villaluenga, tierra no menos fragosa, se alzaron. El rey para acudir á todo, si bien mandó pregonar que los moros de aquellas serranías que andaban levantados, dentro de diez dias saliesen de la tierra y se fuesen á Castilla, de secreto ordenó que los que de su voluntad se volviesen cristianos, quedasen en sus casas y haciendas. Por otra parte se dió órden al conde de Ureña y á don Alonso de Aguilar hermano mayor del Gran Capitan, y á don Juan de Silva conde de Cifuentes, á la sazon asistente de Sevilla, que hiciesen la guerra á aquella gente: los moros de la tierra fácilmente se sosegaran; pero los gandules que andaban entre ellos, moros de Berbería, procuraban que no se rindiesen: con todo eso muchos vinieron á Ronda, y se bautizaron por miedo de no ser maltratados; los otros, especial los que vivian en lugares flacos, se recogieron á la sierra Bermeja, que es muy áspera. Acudieron los nuestros hácia aquella parte, y asentaron su real cerca de Monarda, pueblo muy fuerte al pié de aquella sierra: los moros se pusieron en una ladera para defender el paso.

Algunos cristianos sin órden ni concierto tomaron una bandera, y con intento de robar pasaron un arroyo que allí está, y comenzaron á subir la sierra: siguiéronles los demás porque no recibiesen algun daño. Los moros pretendian defendelles la subida, y peleaban con grande esfuerzo: cuando se veian apretados mejorábanse de lugar y recogíanse á ciertas partes que tenian allanadas como fuertes: los nuestros los apretaban, y los moros se retiraban hasta un gran llano que está en lo mas alto de la sierra, en que tenian sus mujeres, hijos y haciendas. Como allí llegaron, sin mucha resistencia los moros desampararon el puesto por la parte que los nuestros cargaban sobre ellos. Iban en la delantera don Alonso de Aguilar y el conde de Ureña con sus dos hijos, matando y hiriendo en los que huian: entretanto la demás gente se puso á robar los despojos sin cuidado de seguir la victoria.

Era ya muy tarde, cerró la noche. Acaudillaba los demás un moro muy valiente y diestro, que llamaban el Feri de Benastepar. Este moro recogió los que huian, y visto el mal órden de los cristianos, habló á los suyos en esta sustancia: «Amigos y soldados, »¿donde vais? ¿dónde dejais vuestras haciendas, »mujeres y hijos? Si no os valen vuestras manos, »¿quién os podrá remediar? ¿dónde ireis que no os »alcancen? Locura es poner la esperanza en los piés »los que tienen espadas en sus manos: á los valien»tes todo es fácil; los cobardes de todo se espantan. »Mirad el desorden de vuestros contrarios (acaso un »barril de pólvora de los nuestros se encendió que »dió lugar á que se viese lo que pasaba): cerraos »pues y herid en los que están derramados y carga»dos de vuestras haciendas. Yo iré delante de todos »y os abriré el camino: si en mi no viéredes obras, »nunca mas creais á mis palabras.»

Animados con esto los moros vuelven á la pelea y cierran con los cristianos. El caudillo acometió á don Alonso que solo con pocos todavía peleaba: tenia las corazas desenlazadas, así el moro le hirió por los pechos malamente. Acudieron otros y cargaron sobre él tantos golpes que apenas despues pudieron reconocer el cuerpo muerto que quedó en poder de los moros: con él fueron muertos mas de docientos hombres, y entre ellos Francisco Ramirez vecino de Madrid, caudillo muy valeroso, y que sirvió mucho en toda aquella conquista de Granada. Apenas pudieron sacar á don Pedro de Córdoba hijo de don Alonso de aquella matanza para recogelle á las banderas del conde de Ureña, que reparó con mas gente para hacer resistencia. El conde de Cifuentes con el pendon de Sevilla reparó un poco mas bajo en la ladera de la sierra. Allí se recogieron muchos de los que huian: él los detuvo y animó, y hizo rostro á los moros que venian en su seguimiento, hasta tanto que venida la mañana los moros se recogieron á lo alto de la sierra. Desta manera pereció uno de los mas valerosos caballeros que tuvo España en este tiempo: los enemigos le quitaron la vida, la fama de su valor nunca perecerá.

Estaba el rey á la sazon en Ronda: trató de ir en persona á castigar aquella gente. Representábanselo dificultades: en fin se resolvió que el duque de Nájara fuese sobre Daydin que era mas fácil de combatir, y los condes de Ureña y Cifuentes diesen muestra de querer volver á subir la sierra por la parte que antes subieron. Los moros que se vieron perdidos, acordaron de mover concierto. Asentóse que los que quisiesen, pasasen allende con seguro y embarcacion que se les dió en el puerto de Estepona, con tal condicion que por cabeza pagasen diez doblas, los demás que se volviesen cristianos. Hízose así, muchos fueron los que se pasaron á Berbería, muchos mas los que quedaron, puesto que recebido el bautismo, tan malos como los que se ausentaron. Con esto se concluyó esta guerra que fue larga, y amenazaba mayores males, y tenia puesta á toda España en mucho cuidado. La muerte de don Alonso sucedió el año siguiente. Volvamos á lo que se queda atrás conforme á la razon de los tiempos.

CAPITULO VI.

De las cosas de Milan

Al mismo tiempo que los moros de las Alpujarras andaban alborotados, el rey Católico mandó aprestar con toda diligencia una armada y por su general el Gran Capitan: esto para ayudar á Venecianos contra la armada del Turco que los apretaba y amenazaba á lo demás de Italia. El duque de Milan y rey de Nápoles le habian llamado, segun se decia, para valerse dél contra sus enemigos y defender sus estados. Era asimismo necesario acudir á lo de Sicilia, do decian se enderezaba principalmente esta tempestad.

El duque Valentin al tanto con gentes de á pié y de á caballo que trajo de Francia, hacia la guerra en la Romaña como general de la Iglesia para quitar los tiranos que de diversas ciudades de aquella comarca estaban apoderados: tomó á Imola y á Forli, cuya condesa hobo en su poder. Enderezábase principalmente contra el Señor de Pésaro, que estuvo casado con su hermana: él visto el peligro que corria, puesta en defensa la ciudad, se ausentó y puso en salvo. Principios de grandes revueltas fueron estas, tanto mas que Ludovico Esforcia procuraba con todas sus fuerzas de recobrar su estado: solicitó al emperador y príncipes de Alemaña que le ayudasen. Juntó gentes de suizos y grisones, y con ellos envió delante por el mes de enero al cardenal Ascanio su hermano, que lo halló todo muy llano, tanto que á porfía se le rendian pueblos y castillos por todo el camino, hasta la ciudad de Como con todos los pueblos que están junto á aquel lago.

A la fama desto los milaneses tomaron las armas en favor del duque, y forzaron á Tribulcio á retirarse al castillo, de donde al tercero dia se salió con la gente de á caballo la via de Pavía. Aquel mismo dia entró el cardenal en Milan, y tras él el duque con grande alegría de todo el pueblo, dado que el castillo se tenia por Francia. Pavía, Lodi, Bertona y Placencia hicieron lo mismo, por lo menos trataban de rendirse al duque y echar las guarniciones que tenian de franceses. La fuerza del ejército francés se recogió en Novara con intento de reforzarse, y si pudiesen, hacer rostro al duque. Allí acudieron al tanto las gentes de Francia que andaban en la Romaña, despidiéndose del duque Valentin, que fue la causa de no proseguir aquella empresa por entonces ni tomar á Pésaro, antes se fue á Roma, do ya eran vueltos

sus hermanos. El papa se le mostraba tan rendido, que ninguna cosa se hacia sino lo que ordenaba ó aprobaba el duque Valentin : era un estado miserable de las cosas.

En Gante la infanta doña Juana parió á don Carlos hijo mayor del archiduque el mismo dia de Santo Mathía : el cielo le tenia aparejados muy grandes estados y señoríos. Ocho dias despues de su nacimiento llegó á Gante la princesa Margarita, y le sacó de pila junto con la duquesa Margarita segunda mujer que fue del duque Carlos. Diéronle título de duque de Lucemburg, como quier que antes los hijos mayores de los duques de Borgoña se intitulasen condes de Caroloes. Esta nueva dió en España mucha alegría, y la reina Católica dijo : caido ha la suerte sobre Mathía. Aludió al dia de su nacimiento, y tambien á la poca salud que tenia el príncipe don Miguel, que falleció poco adelante en Granada; por cuya muerte el archiduque y su mujer quedaron por príncipes de Castilla y de Aragon.

Despues de la vuelta de Vasco de Gama para continuar la navegacion de la India partió de Lisboa á los ocho del mes de marzo con una flota de trece naves Pedro Alvarez Cabral. Descubrió de camino el Brasil. Fue bien recebido en Calicut al principio : despues vino á las manos con aquella gente por su poca lealtad. Un hijo bastardo de don Diego duque de Viseo hizo el rey don Manuel su tio condestable de Portugal, que murió mozo, y una sola hija que dejó casó adelante con el conde de Villareal.

La guerra de Lombardía se continuaba, y el duque poco á poco se hacia señor de todo. Alzóse por él Alejandría y tomó á Novara, do estaba primero la masa del ejército francés. Deseaba dar la batalla á los enemigos, y concluir de una vez : con este intento sacó su gente fuera de aquella ciudad, que eran todos suizos y alemanes, hasta el número de diez y seis mil. Ordenadas las haces, al romper en los contrarios, los suizos no quisieron pelear contra los franceses y contra los que de su nacion seguian su partido. Retiróse el duque á la ciudad para persuadilles diesen la batalla : ellos con grande deslealtad le tenian ya vendido por gran dinero á los franceses; y así se le entregaron, y fue llevado á Francia, en que pasó lo que le quedó de la vida en duras prisiones.

Con esta triste nueva el cardenal Ascanio su hermano alzado el cerco que tenia sobre el castillo de Milan, con quinientos de á caballo tomó la via de Placencia. Encontróse con Carlos Ursino, caudillo de la gente que andaba de venecianos en aquella comarca: fueron los del cardenal rotos y él preso; estuvo algun tiempo en poder de venecianos, y al fin le entregaron al rey de Francia, que le puso primero en prision en Burges, y despues en libertad algunos años adelante. Los hijos del duque, Maximiliano y Francisco, residian á la sazon en Alemaña, y en la córte del César: esto les valió para que por entonces no participasen de la ruina y desastre de su padre y de su casa y estado, que quedó con gran facilidad todo por Francia. Las ciudades que con tanta facilidad se dieron al duque, fueron castigadas en dineros; que era proveer á los franceses del sueldo necesario para se apoderar de lo que restaba de Italia, y hacerse ella á sí misma la guerra con sus mismas armas.

El cardenal de Ruan residia en Milan : desde allí gobernaba todo lo de Italia á su voluntad. El papa por tenerle de su parte le concedió la legacía del reino de Francia, sacada Bretaña, por tiempo de año y medio. De los reyes de Navarra tenia el rey Católico sospechas por la aficion que mostraban á Francia, y las muchas alianzas que tenian con aquella gente. Por tanto los años pasados fuera de los homenajes que se concertó hiciesen los alcaides de las fortalezas de aquel reino á los reyes de Castilla, para mas seguridad se pusieron en tercería por espacio de cinco años las villas de Sangüesa y Viana; los cuales pasados, pretendian aquellos reyes se les restituyesen, y el rey Católico se entretenia.

Para concertar esto y allanar otras malas satisfacciones el rey de Navarra por el mes de abril vino en persona á Sevilla, do asistian los reyes Católicos. Con su venida todo se allanó : las plazas que pedian, se restituyeron, y al conde de Lerin que andaba desterrado en Castilla, recibió aquel rey en su gracia, y le restituyó la mayor parte de su estado, y juntamente el oficio que solia tener de condestable, dado que don Alonso de Peralta conde de Santistevan que tenia aquella dignidad, mostró gran sentimiento que se la quitasen sin algun demérito suyo y sin dalle recompensa, de que se temian nuevos daños y turbaciones. Para mayor seguridad destos conciertos se acordó que la infanta doña Madalena hija del Navarro, aunque muy pequeña, se criase en la casa y córte de la reina doña Isabel : prenda muy segura de la buena voluntad de sus padres.

CAPITULO VII.

Que el Gran Capitan volvió á Italia.

Era este año de Jubileo, en que concurrió á Roma para ganar la indulgencia gran número de gente de todo el mundo : los de cerca y los de lejos pretendian hallarse en un tiempo tan santo en aquella ciudad, cabeza de la religion y maestra de la verdad. La disolucion de las costumbres era grande, y mas en los eclesiásticos; que parece quiso Nuestro Señor castigar con un caso estraordinario que sucedió á la persona del papa. Fue así que el dia de San Pedro y San Pablo cuatro horas despues de medio dia se levantó un recio temporal de agua y granizo : el viento tan furioso y bravo, y el torbellino tan grande, que abatió un cañon de una chimenea sobre una sala en que se halló el papa, que llamaban de los pontífices, y posaba encima el duque Valentin. Cayó con el golpe el enmaderamiento del aposento del duque, y de tres florentines que allí esperaban al duque para que les pagase cierta deuda, los dos con el segundo suelo cayeron muertos delante del papa, y el otro muy mal herido. Muchos ladrillos y tablas dieron delante del papa, que hacian menos golpe por dar en la vuelta del dosel do estaba asentado; y aun para que el polvo no le ahogase le valió cubrirse la cabeza con el mismo dosel. Con todo eso le hallaron sin sentido, y mal herido en la cabeza y en una mano. El cardenal de Capua y Mosen Po, que solos le acompañaban, se salvaron en los arcos y huecos de las ventanas.

Muchas cosas se dijeron, y grandes misterios sobre el caso, como suele el pueblo discurrir largamente en materias semejantes, y mas en Roma. Era el papa de setenta años, y las heridas empeoraban: así todos le tuvieron por muerto, y el duque Valentin se pretendia apercebir de gentes de Francia y otros de otras partes para sacar papa á su modo. Quiso Dios que las heridas sanaron: con que todos aquellos ruidos cesaron en tiempo que el Gran Capitan con veinte y siete naves, veinte y cinco carabelas, algunas galeras y fustas, en que llevaba cuatro mil infantes y trecientos hombres de armas, se hizo á la vela del puerto de Málaga. Iban en su compañía hombres de cuenta, y entre los demás don Diego Lopez de Mendoza hijo del cardenal de España, y don Alonso de Silva, clavero de Calatrava.

Tocaron en Mallorca y en Cerdeña, tuvieron muchas calmas; en fin llegaron al puerto de Mecina en Sicilia á diez ocho de julio. Allí le acudieron los soldados españoles que estaban en Italia, gente muy escogida, y se proveyó de algunos otros bajeles. La armada del Turco tenia sitiada á Modon, ciudad de venecianos en la Morea, que hacian grande instancia al Gran Capitan se fuese á juntar con ellos. Sin em-

bargo no pudo partir hasta los veinte y siete de setiembre en sazon que ya Modon era perdida. Trataba con el Gran Capitan el jeque de los gelves y hacia instancia se le enviase mas gente de socorro, porque los naturales estaban desabridos con los soldados de Margarit por agravios que les hacian, y toda Berbería alterada contra él por haber llamado á los cristianos. No le acudieron, y así tuvo órden de prender á Margarit con toda su gente; bien que despues los soltó, y quedó apoderado del castillo y isla de los gelves.

Llegó pues la armada española á la isla de Corfu, que era de venecianos, el segundo dia de octubre: con su venida los turcos mudaron el propósito que tenian de venir sobre aquella isla y se determinaron de ir sobre Nápoles de Romanía. Esto era en el mismo tiempo que se asentaron las paces entre España y Francia con muy honestas condiciones. Cuanto al reino de Nápoles concertaron que le quitasen al rey don Fadrique, y la Pulla y Calabria quedasen por el rey Católico, lo de Abruzo y Campaña por el de Francia: que la aduana del ganado se repartiese por partes iguales; y aun de todas las demás rentas reales hecha una masa, llevase el uno tánto como el otro: confederacion que no podia durar mucho ni ser firme.

El color que tomaron para hacer este asiento, demás del derecho que alegaban aquel reino, fue que pretendian hacer la guerra á los turcos, y para esto despojar aquel rey para que no les impidiese tan santos intentos, por estar confederado con ellos y tratar de valerse de sus armadas. Al principio se tuvo este asiento muy secreto, despues se dió parte dél al papa, que holgó mucho dél y dió á cada uno de los reyes la investidura de su parte, al Francés con título de rey de Nápoles y Jerusalén, al rey Católico de duque de Pulla. Vino el papa en esto sea por el odio que tenia al rey don Fadrique, sea por la esperanza á rio vuelto de aumentar su casa, de que se le daba tambien intencion de hacelle parte en la presa.

De Corfu pasó la armada de España á la isla de Zazintho, do llegó á los siete de octubre, allí vino la armada veneciana para juntarse con la nuestra; vinieron al tanto dos carracas de Francia con ochocientos soldados, por haber aquel rey prometido enviaria socorro á venecianos cuando le entregaron al cardenal Ascanio. Los turcos, que por mar y por tierra tenian muy apretada á Nápoles de Romanía, se levantaron del cerco sea por estar el tiempo muy adelante, sea por temor de los nuestros; y la armada turquesca que solia invernar, por estar mas cerca de Italia y tierras de venecianos, en el golfo de Lepanto, se recogió al canal de Negroponte de la otra parte de la Morea.

En aquella isla de Zazintho ó Zante hobo diversos acuerdos sobre lo que se debia hacer. El Gran Capitan se inclinaba á acometer á Modon, y le parecia la empresa fácil. La resolucion fue que echasen los turcos de Cephalonia, isla que boja ciento y cincuenta millas, y tiene á la parte de Poniente uno de los mejores puertos del mundo: está puesta entre las islas de Corfu y Zante enfrente de la boca del golfo de Lepanto. Hízose así, y partidos los franceses de Zante con color que no les pagaban, los demás se pusieron sobre San Jorge, el pueblo mas principal de Cephalonia. Tenia dentro trecientos turcos gente escogida, que se defendieron con mucho esfuerzo, y en el combate que se dió el mismo dia que asentaron sus estancias, algunos de los fieles quedaron heridos, y el lugar no se pudo entrar.

El tiempo era muy áspero; así el cerco se prolongó algunas semanas hasta tanto que un dia que fue vigilia de Navidad, se dió al lugar un muy bravo combate, con que se entró, en espacio de una hora. Murieron en él ciento y setenta turcos, y cincuenta que se hicieron fuertes en una torre, al fin se rindieron á merced del Gran Capitan. El primero que entró en el lugar, fue el capitan Martin Gomez, y aunque le hirieron al entrar, peleó muy bien con los turcos y los echó del portillo que guardaban. Fue aquella isla de Leonardo Tocco griego de nacion: á un hermano de este la quitaron los veneccianos los años pasados y la dieron al Turco. Al presente el Gran Capitan la dejó á aquella señoría á causa que cae muy lejos de España, y era muy á propósito para las armadas de venecianos, especial despues que Modon se perdió. Con tanto el Gran Capitan lo mas presto que pudo, dió la vuelta á Sicilia; y aunque por ser el tiempo tan recio algunas naves se derrotaron, él con la mayor parte llegó á Siracusa, donde despues se recogió lo demás de la armada. Los venecianos por el servicio que el Gran Capitan hizo á aquella señoría, le enviaron á Sicilia título de gentilhombre de Venecia, y un rico presente de vajilla y telas de precio: el presente envió á su rey sin tomar para sí cosa alguna, contento con la honra que ganara, y la que de nuevo le hacia de aquella ciudad.

Todo esto pasaba á tiempo que el duque Valentin despues que en Roma mató malamente á su cuñado don Alonso de Aragon duque que era de Viseli, vuelto á la guerra andaba muy pujante en la Romaña, en que Pésaro y Arimiño sin ponerse en defensa se le rindieron. Faenza hizo grande resistencia con favor de Juan de Ventivolla y por su contemplacion: estaba apoderado de Boloña, y porque no le hiciesen guerra, queria entretener al duque fuera de su casa. Asimismo el papa sentenció este año en favor del divorcio que Ladislao rey de Hungría los años pasados hizo con doña Beatriz de Aragon, mujer que fue primero de Matías predecesor de Ladislao, y hija de don Fernando el Primero rey de Nápoles, y por lo mismo sobrina del rey católico. Hecho esto, Ladislao casó con Ana hija de Gaston de Fox señor de Candala, que era sobrina tambien del rey Católico, nieta de la reina doña Leonor de Navarra su hermana.

CAPITULO VIII.

Del casamiento del rey de Portugal.

De cuatro hijas que los reyes Católicos tuvieron, quedaba la infanta doña María por poner en estado, que era la menor de todas (1). Pretendíala el rey don Fadrique para su hijo el duque de Calabria con intento de asegurar con este nuevo deudo aquel su reino, que andaba en balanzas. Pedíala asimismo el rey de Portugal, magüer que estuvo casado con su hermana. Este casamiento parecia mas á propósito, bien que la dispensacion era dificultosa por ser en primer grado de afinidad. El papa que en otras cosas era liberal, en esta se mostraba tibio con color que de parte del rey de Francia se hacia instancia que no la diese. Decia que no vendria en dalla, si el rey Católico no le aseguraba de cualquier mal y daño que por esta ocasion se le pudiese recrecer. Andaban estas práticas, demandas y respuestas muy á la larga, en que se gastó harto tiempo.

El rey Católico pretendia que el duque de Calabria casase con su sobrina la reina doña Juana viuda del rey don Fernando el Segundo de Nápoles, la cual se quedó en aquel reino: su padre la dejó dotada en cuatrocientos mil ducados. El rey don Fadrique venia en este casamiento que le estaba bien para no pagar dote tan grande; pero queria que en caso que se hiciese, el rey Católico le recibiese debajo de su amparo: en esto no venia el rey Católico por las práticas que sobre aquel reino tenia movidas con Francia; las cuales luego que estuvieron para concluirse,

(1) La menor fue doña Catalina que nació en Alcalá de Henarés el 15 ó 16 de diciembre de 1485, pues doña María habia nacido en Córdova el 4 de junio de 1482.

como se concluyeron, aunque el rey don Fadrique venia llanamente en aquel casamiento, no quiso el rey Católico que se hiciese. Queria otrosí el rey don Fadrique asegurarse de la parte de Francia, y ofrecia grandes partidos para apartar aquel rey de la pretension de Nápoles. El Francés pedia que para seguridad de la concordia le diese e castillo de Gaeta, y que su hijo fuese á estar en su córte, y casase con Germana hija del señor de Narbona, ó con una hermana de monsieur de Angulema: demás de esto queria le diese un millon de presente, y veinte y cinco mil ducados de tributo cada un año: todas condiciones muy pesadas, y que aquel rey no las quiso otorgar, dado que venia en dar el millon que se pedia; en fin ninguno de estos casamientos se concluyeron, y el papa últimamente vino en dispensar en el casamiento de Portugal.

En Granada por el mes de agosto se celebró el desposorio de la infanta: don Alvaro de Portugal hizo oficio de procurador por su rey; no se hicieron por ende fiestas, ni otra ceremonia ni demostracion alguna. En aquella ciudad á los doce de setiembre acordaron los reyes que el dia de Santa Lucía todos los años se diese á los marqueses de Moya la copa con que el rey bebiese, en memoria de que en tal dia don Andrés de Cabrera primer marqués de Moya les entregó los tesoros del rey don Enrique que él tenia en su poder en los alcázares de Segovia: servicio que despues de Dios fue gran parte para que quedasen con el reino.

Acompañaron á la infanta hasta Portugal don Diego Hurtado de Mendoza arzobispo de Sevilla y patriarca de Alejandría; y á la sazon le dieron el capelo y se llamó cardenal de España como su tio, y era hermano del conde de Tendilla: fueron asimismo en compañía de la infanta el marqués de Villena y otros muchos señores. Salió á recibilla hasta la raya el duque de Berganza, si bien andaba desabrido por el mucho favor que el rey don Manuel hacia á don Jorge de Portugal, ca le hizo duque de Coimbra y le casó con doña Beatriz de Melo hija de don Alvaro de Portugal y doña Philipa de Melo su mujer: iban con el duque de Berganza otros muchos señores. La entrada en aquel reino fue un martes á veinte del mes de octubre y á los treinta del mismo mes se celebraron en el alcázar del Sal, villa en que el rey la esperaba, las bodas con grandes fiestas y regocijos. Fue este matrimonio muy fecundo en generacion y nacieron dél muchos hijos, como se señalará en sus lugares.

Poco adelante se concertó y casó la princesa doña Margarita con Filiberto duque de Saboya: señora poco dichosa en casamientos, pues tambien este marido le vivió poco tiempo. El soldan de Babilonia se mostraba estar sentido contra los reyes Católicos por la guerra que hicieron á los moros de Granada: temíase no maltratase los cristianos que vivian en aquellas provincias, é impidiese la romería que se hacia á la casa santa de Jerusalén. Determinaron envialle una embajada para dalle razon de todo. Para esto escogieron á Pedro Mártir de Anglería su capellan, de nacion Milanés: hizo él prudentemente aquel mandado, y alcanzó del soldan todo lo que pidió; en ida y vuelta gastó un año: hiciéronle dean de Granada. Allí los años adelante falleció, y se mandó sepultar puesto en una silla con una casulla hecha de una ropa rica que le dió el soldan. Escribió decadas de la guerra de Granada y de su embajada, y del descubrimiento de las Indias, mas verdaderas que elegantes.

CAPITULO IX.

De los capitanes que se nombraron para la empresa de Nápoles.

Suspensas estaban todas las provincias y con cuidado del fin que tendria la empresa nueva de Nápoles, y la guerra en que se empeñaban las fuerzas de España y de Francia en perjuicio del rey don Fadrique, y para despojalle de aquel reino noble y rico. El rey Católico desde Granada envió al Gran Capitan aviso de esta resolucion primero de marzo del año 1501: en consecuencia le mandó desistiese de la guerra contra el Turco, y do quiera que se hallase, volviese luego con su armada al puerto de Mecina. Poco despues le envió título de su lugar-teniente en los ducados de Pulla y de Calabria. Para hacer rostro al Turco negoció que el rey de Portugal enviase su armada á aquellas partes como lo hizo, y por capitan don Juan de Meneses su mayordomo mayor y conde de Taroca, que intentó de camino apoderarse del puerto de Mazalquivir junto á Oran; y como no pudiese salir con ello pasó adelante, y sin hacer nada, de la isla de Corfu dió la vuelta á Portugal.

Lo mismo se trató con el rey de Francia, que enviase su armada contra los turcos; mas él por otra parte para la empresa de Nápoles nombró por su general á Luis de Armeñac duque de Nemurs y conde de Armeñac y de Guisa. No quiso dar este cargo á Luis de Lucemburg conde de Liñi que mucho le pretendia, porque no fuese ocasion de alguna revuelta, á causa del derecho que pensaban tener al principado de Altamura por estar casado con hija de Gisota, la hija mayor de Pyrrho de Baucio, á quien por causa de la guerra de los barones el rey don Fernando el Primero despojó de aquel estado, y le dió á su hijo don Fadrique, que casó segunda vez con doña Isabel hija menor del mismo Pyrrho. El duque de Nemurs se entretuvo en Francia. Por esto el señor de Aubeni, que ya era gran condestable de Nápoles, movió desde Lombardía con la gente francesa la vuelta de Nápoles, en su compañía el conde de Gayazo persona principal y foragido de Nápoles. En esta sazon fue por embajador á Roma en lugar de Lorenzo Suarez Francisco de Rojas, que era un caballero muy sagaz. Acerca del emperador hacia el mismo oficio de años atrás don Juan Manuel persona de mucha cuenta, aunque algo bullicioso. En la córte de Francia todavía residia Juan Miguel Gralla: y Juan Claver era embajador del rey Católico en Nápoles.

Acudió el Gran Capitan á Mecina con su armada conforme al órden que tenia: de allí pasó á Palermo para dar órden con el virey Juan de Lanuza en recoger la gente y dinero que pudiesen en aquella isla, para ayudar á la nueva conquista; en fin para dar traza en todo. No faltaron repuntas entre los dos, como ni el tiempo pasado, que el mandar no sufre superior ni aun igual; pero al fin se allanaron al servicio de su rey, y el Gran Capitan recogido el socorro que pudo, en breve dió la vuelta á Mecina, do se juntaba la masa de toda la gente. Tenia el Gran Capitan en la Pulla el ducado de Monte de Santangel por gracia que dél le hizo el rey don Fadrique cuando, acabada la guerra pasada, hizo merced á muchos caballeros italianos y españoles que le sirvieron, de diversos estados: acordó antes que se diese principio á aquella conquista, enviar á Nápoles al capitan Gonzalo de Foces para que le escusase con aquel rey, y en su nombre renunciase la fidelidad que por aquella merced le habia prestado, y juntamente le restituyese aquel estado. Dióle el rey por libre, y no quiso admitir la renunciacion, antes le dijo que le daba el estado, y quisiera fuera mayor por lo mucho que su persona merecia, con condicion empero que de aquellos castillos no le hiciese guerra ni dañase á sus vasallos.

Con esto, y con el aviso que sus embajadores le enviaron de España, que el rey Católico no le queria acudir en manera alguna, acabó de entender el rey don Fadrique cuan cerca y cuan cierta le estaba su perdicion: volvíase á todas partes, y no hallaba ni

en los suyos lealtad, ni en su reino fuerzas, ni en los de fuera arrimo ni esperanza. Acordó enviar á su hijo don Fernando á Taranto, que es plaza muy fuerte en lo postrero de la Pulla y de Italia; y aun se decia le enviaba á la Belona para solicitar el socorro que pretendia del Turco para contra aquella tempestad. Juntó otrosí la gente que pudo, que eran ochocientos hombres de armas y cuatro mil infantes: mandó fortificar á Capua donde puso á Fabricio Colona y don Hugo de Cardona con docientos hombres de armas y mil y seiscientos infantes.

El Gran Capitan como quier que era tan diestro y considerado, advirtió que aquel asiento entre los dos reyes no podia ser durable así por la condicion de los franceses que es altiva, como por dificultades que forzosamente se ofrecerian en aquel repartimiento: además que el mando é imperio nunca sufre compañero, ni un reino puede sufrir dos señores. Parecióle que importaba mucho apresurarse para ganar por la mano á los franceses que no le pudiesen estorbar su conquista. Dióse grande priesa, y envió la mayor parte de la armada á las costas de la Pulla, y por general á don Diego de Mendoza para estorbar que los turcos no pasasen al reino: la de Portugal no le acudió en tiempo conforme al órden que llevaba. Con la otra parte de la armada envió á Napoles á Iñigo Lopez de Ayala con órden que llevase en ella la viuda doña Juana reina de Nápoles á Sicilia. El rey don Fadrique la dejó ir, por verse tan apretado, si bien no queria antes venir en ello para con esta prenda mover al rey Católico su tio á que los ayudase.

Pasó el Gran Capitan el faro de Mecina con su gente, que eran trecientos hombres de armas y otros tantos ginetes, y tres mil y ochocientos infantes: sin estos el embajador de Roma le envió otros seiscientos españoles, de los que en la Romaña sirvieron al duque Valentin: en Sicilia al tanto quedó órden que de la tierra le enviasen otras cuatrocientas lanzas escogidas. Con esta gente allanó lo de Calabria en breves dias, que fuera de Girachi y Santa Agatha, plazas muy fuertes, todos los demás lugares alzaron banderas por España. Pasó la gente española á Calabria á los cinco de julio; y á los ocho los franceses por la via de Roma en el reino de Nápoles. Todos los lugares se les rendian sin ponerse en defensa hasta llegar á Capua, sobre la cual se pusieron. En el Abruzo no hubo mas defensa que en lo demás, todo se allanaba á los franceses que fueron por aquella parte. Pudiérase Capua defender mucho tiempo si no fuera que el conde de Palena natural de aquella ciudad dió entrada á los franceses, que pusieron á saco la ciudad y prendieron á Fabricio Colona y don Hugo con todos los demás capitanes que en ella se hallaron. Llegó esta nueva á Nicastro, do el Gran Capitan se estaba, á los veinte y nueve de julio, que le fue ocasion de apresurarse para tomar el castillo de Cosencia. Hízolo así, y dejó en guarda de aquella ciudad á Luis Mudarra y por gobernador de Calabria nombró al conde de Ayelo con intento de partirse para la Pulla, y allanar aquella provincia antes que los franceses acabasen con lo de Nápoles. En lo demás halló poca dificultad, que todos los pueblos á porfia se le rendian: últimamente se puso sobre Taranto, do se tenia el duque de Calabria, en sazon que ya Nápoles estaba en poder de franceses.

El duque Valentin apoderado que se hobo de Faenza en la Romaña, y en la Toscana de Pomblin, vino á servir en esta jornada al rey de Francia, cuyo tan servidor se mostraba que se llamaba don César Borgia de Francia, y en el cuartel provincial de sus armas traia las flores de lis; por el contrario se mostraba del todo averso de España. Concertaron los generales franceses con el rey don Fadrique por fin de julio les rindiese á Nápoles y Gaeta con sus castillos, demás de sesenta mil ducados en que le penaban para los gastos: que con esto le dejarian ir con su tesoro y criados á Iscla, con término que le señalaron de seis meses para que dentro dellos determinase de su persona lo que por bien tuviese, y se fuese á la parte que mas le agradase. Todo se ejecutó como lo concertaron. Recogióse aquel rey con su mujer é hijos á aquella isla, en su compañía la reina de Hungría y la duquesa de Milan. Allí acudieron Próspero y Fabricio Colona, ya rescatados por dineros: con que los franceses quedaron apoderados de todo lo que en el repartimiento de aquel reino les pertenecia. Tras esto luego pusieron los ojos en lo demás; ¿por que quién podrá enfrenar la gente de guerra? ¿quién poner tasa á la codicia de mandar? En Castilla por este tiempo hobo grandes diferencias entre doña María Pacheco condesa de Benavente y el conde don Alonso de Pimentel su hijo sobre la tutela y casamiento de la marquesa de Villafranca nieta de la condesa. Pretendian este casamiento los duques del Infantado y de Alba para sus hijos, y el mismo conde de Benavente tio de la doncella para sí. En fin despues de muchas demandas y conciertos acordaron que doña Beatriz hija de la condesa casase con don García de Toledo hijo mayor del duque de Alba; y con don Pedro de Toledo hermano de don García casase la marquesa, y así se hizo.

CAPITULO X.

Descripcion del reino de Nápoles.

Luego que los franceses se apoderaron de Nápoles, resultaron nuevos debates como era necesario entre españoles y franceses sobre algunas provincias de aquel reino que no venian espresadas en el repartimiento. Estas eran la Capitinata, la Basilicata, y el Principado de aquende y allende. Los franceses iban tan resolutos en sus cosas que sin hacer ningun comedimiento á los confederados enviaron un hijo del conde de Capacho para que en aquel estado, que es en la Basilicata, hiciese alzar las banderas por Francia; y sobre el principado de Melfi, que está en la misma provincia, se concertaron con aquel príncipe, y aun el rey de Francia tenia hecha donacion de aquel estado ó Juan Jacobo Tribulcio. Salieron otrosí de prision algunos señores que tenian presos los reyes de Nápoles, y entre ellos Juan Bautista Marzano á cabo de casi cuarenta años de prision; el cual con ánimo denodado intentó de apoderarse del principado de Rosano que fue de su padre en Calabria. Lo mismo hizo Luis de Arsi capitan del rey de Francia, que con poder del señor de Liñi hizo alzar por él en la Pulla el principado de Altamura; que eran todas ocasiones de desabrimientos y gana de venir á las puñadas.

Tratóse de atajar estos desgustos primero con el señor de Aubeni, y despues con el duque de Nemurs, que llegó acabada la guerra y tomada Nápoles. Acordaron que en las provincias en que no habia duda, ninguna de las partes se entremetiese en lo de los otros; y sobre las provincias que se dudaba, en tanto que la diferencia se determinase, los lugares que tuviesen alzadas banderas por Francia, alzasen juntamente las de España y al contrario: en el gobierno y rentas dieron asimismo órden que poco se guardó. Para que mejor se entienda esta diferencia, y por cual de las partes corria la justicia, será bien hacer una breve descripcion del reino de Nápoles y de sus partes.

El reino de Nápoles comprehende toda la tierra que desde Tarracina, ó Fundi, que están á las riberas del mar Mediterráneo, y desde el rio Truento que descarga en el golfo de Venecia, corre hasta los postreros términos de Italia. Corta este reino por medio, como todo lo restante de Italia, el monte

Apenino que se desgaja de los Alpes. Luego que se entra en el reino, á man derecha de aquel monte hácia nuestro mar está la parte mas principal de todo él, que se llama Campania, ó tierra de labor, de los Liborios pueblos antiguos. Allí están Gaeta, Nola, Capua y la misma ciudad de Nápoles, cabeza de las demás y de todo el reino. Antiguamente todo lo que hay desde el rio Tibre á Nápoles; se llamaba Campania; al presente la tierra desde Roma hasta la raya de aquel reino se llama Marema. A mano izquierda está el Abruzo, que comprende muchas de las naciones antiguas, es á saber los Sabinos, do está Ascoli; los Marrucinos, donde está Theate; y los Pelignos y Vestinos, donde caen las ciudades del Aguila y de Sulmona: los Marsos en que está el lago Fucino, y el ducado de Tagliacozo, y parte de los Samnites, pueblos muy nombrados en la historia romana, tendidos hasta lo de Campania. Los mas modernos dividen el Abruzo en el de aquende y el de allende por el rio de Pescara que pasa por medio, y es aledaño de las dos partes. Estas provincias se adjudicaron en la particion al rey de Francia. En el mismo lado del Abruzo mas adelante está la Pulla, que se divide en la Capitinata, y tierra de Bari (que tiene muchas ciudades, entre las demás Trani y Monopoli) y tierra de Otranto, que corre desde Brindez hasta Taranto, ciudad principal puesta en la postrera punta de Italia, y en los confines de Calabria entre Mediodia y Levante. Por el otro lado, pasada Nápoles entra el Principado, cuya cabeza es Salerno. Síguese hácia los montes la Basilicata, que fue Lucania antiguamente, y lo que se llama Calabria al presente, que antiguamente fueron los Brucios, tendidos la mayor parte por las riberas de nuestro mar. Allí está Cosencia, ciudad la mas principal de Calabria, y Rhegio sobre el estrecho de Sicilia. Lo mas adentro se llamó Magna Grecia, á la parte que caen Rosano, Catanzaro y Cotron.

Del Principado pudo formarse con razon duda si se comprende en Calabria. En lo de Basilicata corria la misma razon, y así veo que los reyes venian en que se dividiesen estas provincias, dado que algunos pretendian que esta comarca, por estar en los montes que confinan con la Pulla y Calabria, no hacia provincia distinta de las dos, sino que la parte que caia hácia Levante, pertenecia á la Pulla, y la que caia hácia Poniente, á Calabria. Están en la Basilicata Melfi, Atela, Barleta y otras ciudades. La Capitinata es lo que desde el rio Fertoro, término del Abruzo, llega hasta el rio Aufido ó Lofanto. En esta parte está Manfredonia, y el monte de Santangel y Troya. Quedóle este nombre de tiempo que los griegos poseian aquella parte de Italia, cuyo gobernador llamaron Catapan, y la provincia se dijo Catapania: de allí se formó el nombre que ahora tiene, y asimismo el nombre de capitan tan usado. No hay duda sino que aquella parte se contenia en la Apulia antigua, pues Ptolemeo el monte Gargano que allí está, famoso por el templo de San Miguel, le pone en Apulia, y los modernos siempre entendieron que la Pulla comenzaba desde el fin del Abruzo, y se dividia en tres partes ó comarcas que ya quedan señaladas; y aun los autores que yo he visto, siempre cuentan la Capitinata por una de las provincias de la Pulla; y siempre la aduana de los ganados de la Pulla se cobró en aquella provincia: cuestion en que cada cual podrá sentir lo que por bien tuviere. Para nuestro propósito basta que de aquí tomaron asa y ocasion los españoles y franceses para venir á las manos, y averiguar por el trance y filo de la espada lo que sus reyes nunca acababan de resolver por mucha instancia que se les hizo para que lo determinasen antes de venir á rompimiento: en que daban á entender que no se contentaban con la parte, y que cada cual de los reyes bastantemente se confiaba de sus soldados y fuerzas; pero á esto se volverá adelante.

Por el presente el rey don Fadrique despues que se pasó á Iscla como quedó asentado, por la mala satisfaccion que tenia del rey Católico, se concertó con el de Francia: con treinta mil francos que le prometió para sustentar su casa, se fué á poner en sus manos y meter por sus puertas, y en su compañía su mujer é hijos, y el cardenal Luis de Aragon su sobrino. Su hermana doña Beatriz reina de Hungría se quedó en aquella isla, que despues fue á Sicilia. Su sobrina doña Isabel, que fue casada con Juan Galeazo verdadero duque de Milan, de allí se fue á Bari en la Pulla.

Al tiempo que andaban estas inteligencias entre los dos reyes don Fadrique y el de Francia, en Flandes se hacia grande instancia con el archiduque para que él y su mujer viniesen á España á ser jurados por príncipes como era de costumbre. Nació este año al archiduque una hija que se llamó Isabel. El rey su suegro pretendia traelle á España para que aprendiese las costumbres de los naturales, y para quitalle algunos siniestros que de sus criados se le pegaron como mozo; mas ellos acostumbrados á la libertad de Flandes y gobernallo todo á su voluntad, no querian que el príncipe tuviese cerca de su persona á quien debiese respeto. Fue para solicitar esta venida don Juan de Fonseca obispo de Córdova y capellan mayor de los reyes; y de parte del rey de Francia se le hizo grande instancia para que pasase por su reino, como al fin lo hizo.

De España partió en una armada que se aprestó en la Coruña, la infanta doña Catalina para casar en Ingalaterra como lo tenian concertado. Salió de Granada, do sus padres quedaron con grande acompañamiento. Hízose á la vela á los veinte y cinco de agosto. Pasaron con ella á Ingalaterra don Alonso de Fonseca arzobispo de Santiago, el conde y condesa de Cabra con otra gente de cuenta. Despues que salieron del puerto, cargó tanto el tiempo que las naves se derrotaron, y dado que algunas llegaron al puerto de Antona en Ingalaterra, las mas se recogieron á Laredo: dende á dos de setiembre siguieron su viaje, y con buen tiempo llevaron la infanta á Ingalaterra. Celebráronse las bodas con Artus su esposo en Lóndres muy solemnemente. ¡Cuán poco durará este gozo! ¡cuántos trabajos, inocente doncella, te quedan por pasar solo por la locura de un hombre desaforado!

Este mismo mes concertó la reina doña Isabel que don Rodrigo Enriquez Osorio conde de Lemos casase su hija doña Beatriz de Castro con don Dionís hermano del Duque de Berganza don Diego, é hijo del duque don Fernando el que mató el rey don Juan el Segundo de Portugal. Para facilitar este matrimonio los reyes les hicieron merced de Sarria, Castro, Otero, villas á que el conde de Lemos pretendia tener derecho. Por el mes de octubre en la ciudad de Trento se hicieron paces entre el César y rey de Francia, cuya principal capitulacion fue que Carlos, hijo del archiduque casase con Claudia hija del Francés: casamiento que otras veces se trató y concertó y al fin nunca se concluyó.

CAPITULO XI.

De la venida del archiduque á España.

Las armadas que de Portugal y de Francia fueron á Levante á persuasion del rey Católico en defensa de venecianos contra el turco, no hicieron cosa de momento. La de Portugal llegó á Corfu, y de allí en breve dió la vuelta: la de Francia pasó sobre la isla de Chio, que era de ginoveses, y sin hacer otra cosa mas de embarazar el tributo que de allí llevaba el turco, padecieron de pestilencia y del tiempo y de enemigos

tanta mortandad que apenas de toda ella quedaron mil hombres: acudieron á la Pulla que cae cerca, do fueron muy bien tratados por órden del Gran Capitan: los venecianos asimismo se recogieron, que traian veinte y cinco galeras mal armadas. Hizo mucho al caso para todo que el Turco este año no sacó su armada, que de otra suerte hallara poca resistencia.

En España por una parte los reyes Católicos pregonaron un edicto por el cual mandaron que los moros, que estaban esparcidos de años atrás por Castilla ó por Andalucía, y se llamaban mudejares, ó se bautizasen ó desembarazasen la tierra; por otra parte al fin de este año hobo algun ruido de guerra, que si no se atajara con tiempo, pudiera revolver el reino. Fue así que el duque de Medinaceli don Luis de la Cerda estando para morir se casó con su manceba por legitimar un hijo que ella tenia por nombre don Juan. Pretendia suceder en aquel estado don Iñigo de la Cerda hermano del duque cuyo hijo llamado don Luis casara con hija del duque del Infantado que muerto el duque de Medinaceli, juntó su gente, y en favor de su yerno se puso sobre Cogolludo con intento de apoderarse de aquel estado; pero el rey le hizo avisar que derramase aquella gente, que siguiese su justicia, y no le alborotase el reino, con apercibimiento, si no se reportase, que se pondria el remedio como mas conviniese. Hobo de obedecer el duque, y don Juan quedó pacífico en el estado de su padre.

Sosegados estos movimientos, se tuvo nueva que el archiduque y su mujer venian por Francia, y que su llegada seria en breve. Fueron muy festejados por todo el camino: en París los recibieron con grande honra y fiesta; allí por entrambas partes á trece de diciembre se juraron las paces que poco antes se concertaron en Trento, y el archiduque hizo todos los actos necesarios para reconocer aquel rey por superior suyo como conde de Flandes: la princesa estuvo muy sobre sí para no hacer acto en que mostrase reconocer alguna superioridad al rey de Francia. De allí enderezaron su camino, y por Guiena llegaron á Fuente-Rabia á los veinte y nueve de enero del año de nuestra salvacion de 1502. Estaban allí para recebillos por órden de los reyes Católicos el condestable de Castilla, el duque de Nájera y el conde de Treviño su hijo, y con ellos el comendador mayor don Gutierre de Cárdenas. Para muestra de mayor alegría, y que la gente estuviese para recebillos mas lucida, se dió licencia para que los que podian traer jubones de seda, sacasen tambien sayos de seda; y aun se dió á entender que holgarian los reyes que los que se vistiesen de nuevo, hiciesen los vestidos de colores que todo es muestra de la modestia de aquellos tiempos.

En principio deste año casó Lucrecia de Borgia con el hijo heredero del duque de Ferrara: llevó en dote cien mil ducados sin otras ventajas y lugares. Los príncipes de Vizcaya llegaron á Burgos, á Valladolid, Medina, y por Segovia pasaron los puertos y llegaron á Madrid: los reyes del Andalucía y de Granada, do asistian, por Estremadura vinieron á Guadalupe. Allí hicieron merced al duque Valentin por ganalle para su servicio, y por contemplacion del papa, de la ciudad de Andria con título de príncipe, y de otras muchas tierras en el reino de Nápoles. Tratóse otrosí que los reyes el Católico y el de Francia acomodasen de rentas y vasallos al rey don Fadrique y á su hijo.

Llegaron los reyes á Toledo á los veinte y dos de abril: hicieron asimismo en aquella ciudad su entrada los príncipes á siete de mayo, ca por indisposicion del archiduque se detuvieron algunos dias en Olías. Allí fueron jurados (1) sin dificultad alguna en presencia del rey y de la reina por príncipes de Castilla y de Leon en la iglesia Mayor de aquella ciudad á veinte y dos de aquel mes. Halláronse presentes el cardenal don Diego Hurtado de Mendoza, el arzobispo de Toledo con otros muchos prelados; el condestable don Bernardino de Velasco, los duques de Alburquerque, Infantado, Alba y Bejar, el marqués de Villena con otros muchos señores. Púsose por condicion que caso que sucediesen en aquellos reinos, los gobernarian conforme á las leyes y costumbres de la patria.

Por este mismo tiempo que España por la venida destos príncipes estaba muy regocijada, en Ingalaterra se derramaban muchas lágrimas por la muerte que sobrevino al príncipe Artus. Quedó la infanta su mujer á lo que se entendió, doncella dado que cinco meses hicieron vida de casados; pero el príncipe era de catorce años solamente, y de complexion tan delicada que dió lugar á que esto divulgase y se tuviese por verdad. Enviaron los reyes Católicos á Hernan duque de Estrada para visitar al rey Enrique de Ingalaterra, y tratar que la princesa casase con el hijo segundo de aquel rey; él empero ni restituia el dote de la princesa, ni acababa de efectuar aquel matrimonio, que fue despues tan desgraciado. Vino esta nueva de la muerte deste príncipe en sazon que poco despues, es á saber á seis de julio, en Lisboa la reina doña María parió un hijo que se llamó don Juan, y vino á heredar como primogénito la corona de su padre: grande y valeroso príncipe que fue los años adelante.

CAPITULO XII.

Que el duque de Calabria fue enviado á España.

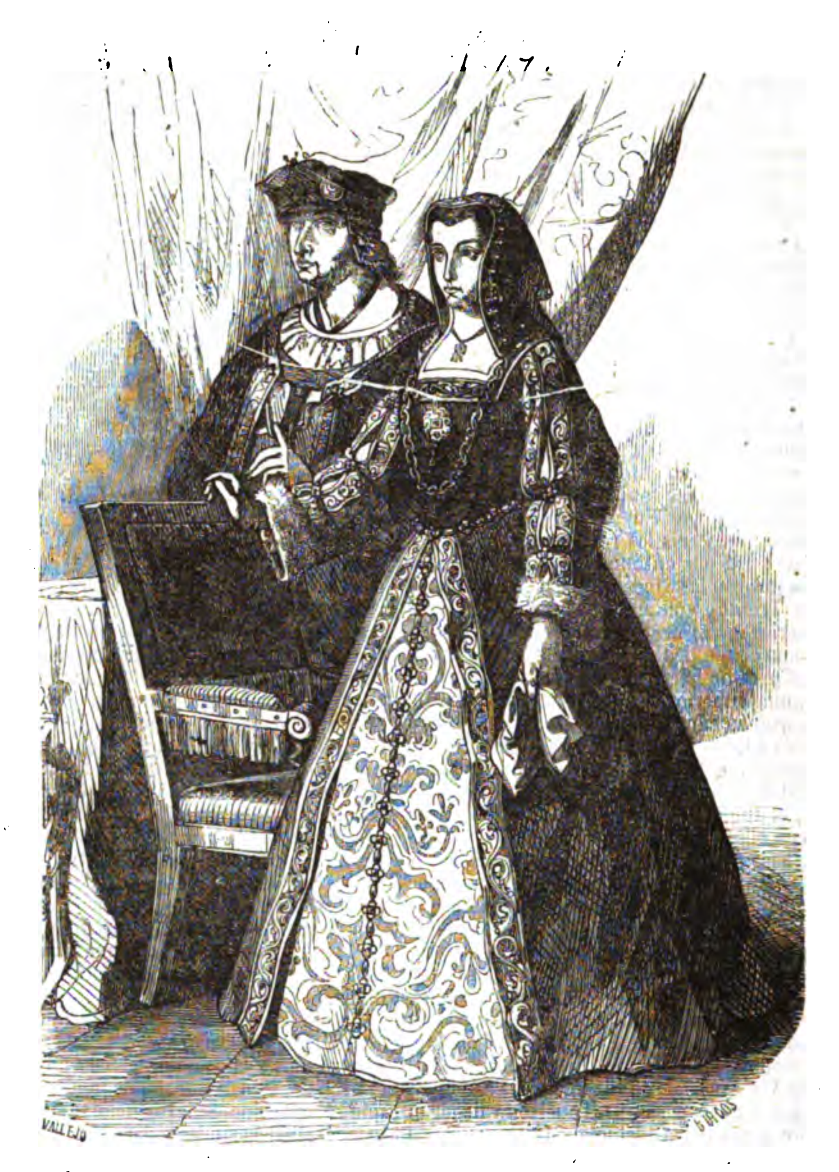
Púsose el Gran Capitan sobre Taranto los meses pasados, como queda dicho: hallábase dentro asáz fortificado el duque de Calabria. Todavía el mismo dia que asentó su campo, trataron de tomar asiento, y al fin el duque por medio de Octaviano de Santis concertó treguas por dos meses para consultar al rey su padre, con seguridades que se dieron de no alterar cosa alguna. Despues por causa que los mensajeros enviados al rey don Fadrique no volvieron al tiempo señalado, se prorogó la tregua hasta fin del año pasado con las mismas condiciones, Este término pasado, porque la resolucion del rey don Fadrique no venia, acordaron que la tregua se continuase otros dos meses, y la ciudad se pusiese en tercería en poder de Bindo de Ptolomeis vasallo del rey Católico, y de cuya persona el Gran Capitan hácia mucha confianza, con promesa que pasado aquel nuevo plazo se daria la ciudad sin tardanza; pero que la persona del duque fuese libre y asegurada con todos sus bienes y servidores.

En el mismo tiempo el castillo de Girachi que está á tres leguas de la marina, y era de mucha importancia, se dió; y el príncipe de Salerno vino á verse con el Gran Capitan para tratar de mudar de partido, á tal que á él y al príncipe de Bisiñano se les restituyesen sus estados. Pedia asímismo para sí el condado de Lauria, y cinco mil ducados de renta que sus antecesores tiraban de los reyes pasados; que eran demasías fuera de sazon, y muestra que los ánimos no sosegaban. Por el contrario muchos barones que con el rey don Fadrique se recogieron á Iscla, se vinieron al Gran Capitan: dellos acogió los que le parecieron mas importantes para el servicio del rey, y entre ellos á Próspero y Fabricio Colona, porque le certificaban que venecianos los pretendian haber á su sueldo. Junto con esto don Diego de Mendoza y Iñigo de Ayala hobieron el castillo y ciudad de Manfredonia por trato con el alcaide, que se tenia por rey don Fadrique, si bien el señor de Alegre vino con gente á socorrer los cercados.

La ciudad de Taranto en fin conforme al concierto se entregó con sus castillos al Gran Capitan; y porque entre las condiciones del concierto una era que

(1) En las córtes que para este efecto se juntaron en Toledo, como era de costumbre.

el duque de Calabria pudiese libremente ir donde quisiese, por el presente se fue á Bari que todavía se tenia por su padre (bien que la ciudad no era fuerte y el castillo casa llana) para esperar allí lo que él le mandase, ca no queria apartarse de su voluntad. El Gran Capitan tenia gran deseo de concertalle con el rey Católico porque no se fuese á Francia, de que podrian resultar inconvenientes. Moviéronse tratos sobre ello, y ofrecíale treinta mil ducados de renta perpétua en vasallos parte del reino de Nápoles, parte de España; que era todo lo que él pedia, y podia desear en el estado en que se hallaba. Veia el duque que le venia bien aquel partido, mas no se resolvia sin la voluntad de su padre. Poco adelante la viuda



Doña Juana y Felipe el Hermoso.

duquesa de Milan su prima por no ir á Sicilia, do la convidaban que fuese con la reina de Hungría su tia, se recogió en aquella ciudad. Esta señora pudo tanto con el duque que le hizo escribir una carta de su mano al Gran Capitan, en que le pedia que sin embargo de la libertad que tenia concertada para su persona, por ver que la intencion de su padre era otra de lo que á él le convenia le rogaba le enviase al servicio de los reyes Católicos, que esta era su determinada voluntad, dado que por respeto de su padre no se atrevia á publicalla.

No parece que el duque perseveró mucho en este propósito, porque demás que su padre hizo grande esfuerzo con cartas y embajadas que envió al Gran Capitan para que conforme al asiento dejase ir libre á su hijo, que no era de caballero faltar en su palabra, y que se debia acordar de la amistad que le hizo en tiempo de su prosperidad; el Gran Capitan que le tenia puestas guardas para que no se fuese, por atraelle á lo que deseaba, fuera de la renta que le ofreció antes, de nuevo le prometia de parte del rey Católico de casalle ó con la reina de Nápoles su sobrina, ó con su hija la princesa de Gales: el uno y el otro partidos muy aventajados. Sospechóse que el conde de Potencia don Juan de Guevara, que andaba siempre á su lado, le mudaba del color que queria. Andaba el duque por aquellos pueblos de la Pulla, aunque parecia libre, tan guardado que no se podia ir á parte nin-

guna, tanto que apenas podia salir á caza. Por conclusion este negocio se rodeó de manera que volvieron al duque á Taranto. Desde allí se dió órden á Juan de Conchillos que en una galera le llevase á Sicilia y á España, por entender que en presencia las partes mejor acordarian todas sus haciendas, y el duque se conformaria mejor en el servicio y aficion del rey Católico que tanto en deudo le tocaba. No parece se le guardó lo que tenian asentado: en la guerra quién hay que de todo punto lo guarde? en la guerra, y no tambien en la paz, y mas en negocio de estado?

CAPITULO XIII.

Del principio de la guerra de Nápoles.

Los generales de Francia y España puestos en el reino de Nápoles comunicaban entre sí y con sus reyes la forma que se podria tener en concordar aquellas diferencias para que se conservarse la concordia, y no llegasen á rompimiento. Sobre esto poco antes que jurasen al archiduque por príncipe de Castilla, vino á Toledo de parte del rey de Francia el señor de Corcon. La suma de su pretension era que las provincias que se adjudicaron á Francia rentaban menos que la Pulla y Calabria, y que pues era razon se hiciese recompensa, quedase la Capitinata por Francia. A esto respondió el rey Católico que si el rey de Francia se tenia por agraviado en la particion, seria contento que trocasen las provincias, y que si todavia queria recompensa, se hiciesen en el Principado y Basilicata que restaban por partir: que la Capitinata era la mejor de la Pulla, y no era razon que se desmembrase della; en conclusion que holgaria de dejar aquella diferencia al juicio y determinacion del papa y de los cardenales.

El Francés no venia en ninguno destos partidos, y el trueque no le estaba bien por no privarse de la ciudad de Nápoles y del título de rey de Nápoles y Jerusalém que conforme á la concordia hecha le pertenecian, y amenazaba que usaria de fuerza, tanto que un dia como los embajadores de España en este propósito le dijesen que el rey su señor guardaba todo lo asentado, respondió que él hacia lo mismo, y que sobre esto, si fuese menester, hacia campo con el rey de España, y aun con el rey de romanos. Respondió Gralla que el rey su señor tan justo príncipe como en el mundo le hobiese; y cuando fuese conveniente lo defenderia por su persona á quien quiera que fuese. Replicó el rey: el rey de España no ha de ser mas que yo. Gralla respondió: ni vos mas que el rey mi señor. La verdad es que el rey Católico se mostró inclinado á la paz, y escribió á su general que por todas vías la procurase; que en esto le haria mas servicio que si con guerra le diese conquistado todo el reino.

El primer principio que se dió para venir descubiertamente á las manos, fuera de otras cosas menudas, fue cuando el señor de Alegre que se intitulaba lugarteniente de Capitinata, entró con gente de guerra para desbaratar el cerco que los españoles tenian sobre Manfredonia, como queda apuntado, y no contentos con esto en el tiempo que el Gran Capitan se ocupaba en lo de Taranto, se apoderaron de la ciudad de Troya en la Capitinata y de otras plazas; que si bien los requirieron las restituyesen, y no contraviniesen á lo concertado, no hicieron caso. Antes que se pasase mas adelante, acordaron los dos generales de venir á habla. Para esto el Gran Capitan compuestas que tuvo las cosas de Taranto, vino á Atela, el duque de Nemurs á Melfi, pueblos de la Basilicata. Está en medio del camino una ermita de San Antonio; allí acordaron de verse. Llevaron el uno y el otro sus letrados que alegasen del derecho de cada una de las partes. Los franceses decian que la parte de España rentaba setenta mil ducados mas que la de Francia, y que era justo conforme á lo acordado hobiese recompensa. Los españoles replicaban que debian ante todas cosas ser restituidos en la Capitinata, de que á tuerto los despojaran, y que hecho esto, serian contentos de cumplir con lo demás que tenian asentado. Despidiéronse sin concluir nada, dado que entre los generales hobo toda muestra de amor y todo género de cumplimiento.

Visto que ningunas diligencias eran bastantes para acordarse, determinaron encomendarse á sus manos. Escribieron á sus reyes esta resolucion: hicieron instancia cada cual de las partes para prevenirse de socorros de gente y dineros. Junto con esto el Gran Capitan por la falta que padecia de mantenimientos, repartió parte de sus gentes por las tierras del principado. El capitan Escalada con su compañía llegó al lugar de Tripalda: echó algunos franceses que allí alojaban, y se apoderó de aquella villa que está treinta millas de Nápoles; otros capitanes españoles se apoderaron al tanto de otras plazas por aquella comarca. Este tuvieron los franceses por gran befa, tanto que llegó á oidos del rey de Francia, y mandó embargar todos los bienes que los españoles tenian en aquel su reino: resolucion que parecia muy nueva y exorbitante, que sin pregonar la guerra, ni dar término á los españoles para salirse de Francia, les quitasen sus bienes y mercadurías.



Gonzalo Fernandez de Córdoba, apellidado el Gran Capitan.

El rey Católico hacia todavia instancia que los suyos se concertasen, aunque fuese necesario dejar á los franceses lo que tenian en la Capitinata, que era la mayor parte. Tornaron pues los generales á juntarse de nuevo en aquella ermita de San Antonio: nombraron personas que hiciesen el repartimiento de nuevo, de manera que los franceses mostraban contentarse, ca entraban en division el Principado, Basilicata y Capitinata, que era todo lo que podian desear. Mientras este repartimiento se hacia, los franceses reforzaron su campo de mil suizos y dos cientas lanzas que les vinieron de Francia, junto cocantidad de dineros para paga y socorro de la gente crecióles con tanto el brio. Acordaron con este so-

corro de romper la guerra de nuevo: apoderáronse de Venosa (1) en que estaba el capitan Pedro Navarro, que á instancia de sus soldados rindió aquella plaza á partido; tomaron á Quarata, que se la entregó Camillo Caracciolo: el uno y el otro pueblo están á doce millas de Barleta, do á la sazon se hallaba el Gran Capitan con la mayor parte de su gente. En el mismo tiempo se rebeló Visceli, pueblo del principado de Altamura. Acudiéron los españoles á recobralle con las galeras; pero ya que le habian entrado por fuerza, fueron rebatidos por los franceses, que sobrevinieron en defensa de aquel lugar.

El estío en esta sazon iba muy adelante, y el campo francés en Quarata padecia falta de agua y de mantenimientos, ca nuestra caballería les tomaba los pasos por donde les venian. Acordaron salir dende, y por la via que antes llevaran, volvieron á ponerse á la ribera del rio Ofanto. Allí por estar muy cerca de Barleta á los últimos de agosto el Gran Capitan con su gente muy en órden les presentó la batalla. Como no saliesen á ella, antes continuasen su camino la vuelta de Melfi, algunos capitanes de caballos les fueron picando en la retaguardia, de manera que les mataron alguna gente, y les tomaron buena parte del fardaje, y parte de la recámara del duque de Nemurs y señor de Aubern caudillos y principales de aquel campo.

Esperaban los franceses otros mil suizos que eran llegados á Nápoles, y cuatrocientas lanzas que llegaran á Florencia, y hasta su venida no se querian aventurar. El Gran Capitan para prevenirse hacia instancia con el rey le enviase con su armada gente y dineros, en particular pedia cuatrocientos ginetes y dos mil gallegos y asturianos: al embajador don Juan Manuel avisó en todo caso le encaminase dos mil alemanes para mezclallos con los españoles; y para recibillos y encaminallos por el mar Adriatico envió á Ancona á Micer Malferit. El rey Católico no se descuidaba, antes mandó aprestar una armada, y por su general á Bernardo de Vilamarin, para que llevase dineros y gente, en particular docientos hombres de armas y otros tantos ginetes en algunas galeras, de las cuales le nombró por almirante. Por otra parte persuadia al César hiciese la guerra en Italia á que tenia tanto derecho, y pusiese en posesion de Milan uno de los hijos del duque despojado, que andaban desterrados y pobres en su córte. Venia otrosí en que pusiese en Florencia al duque Valentin para que tuviese aquel estado por el império con título de rey: esto por tener al papa de su parte, que sumamente lo deseaba con quien el rey Católico pretendia por medio de su embajador aliarse.

CAPITULO XIV.

Que el archiduque partió para Flandes.

Entretúvose el rey Católico algunos dias en Toledo para festejar á los príncipes sus hijos que dejó allí con la reina, y él con intento de allanar los aragoneses partió la via de Zaragoza á los ocho del mes de julio. Tenia convocadas córtes de aragoneses para los diez y nueve del mismo mes; desde el camino envió prorogacion dellas. Hallábase en Zaragoza por principio del mes de setiembre. Allí por la priesa que el Gran Capitan daba por la armada, dió órden que se acabase de aprestar otra de nuevo á toda diligencia, y que con parte della partiese Manuel de Benavides, y en su compañía cuatrocientas lanzas por mitad hombres de armas y ginetes, y trecientos infantes. Poco adelante mandó que con el resto de la armada partiese Luis Portocarrero señor de Palma, caballero que mucho sirvió en toda la guerra de Granada para que con igual poder al Gran Capitan ayudase en aquella gente. Fueron en su compañía en aquella jornada trecientos hombres de armas y cuatrocientos ginetes, y tres mil infantes. Todo fue necesario por el mucho aprieto en que las cosas estaban en aquel reino, especial en Calabria. Junto con esto trató el rey de ligarse con venecianos, que mostraban inclinarse mucho á ello. Para mejor espedicion deste particular tornó á enviar á Lorenzo Suarez de Figueroa á Venecia para que lo concluyese, y ofreciese á aquella señoría de su parte ayuda para lo de Milan ó del Abruzo, provincias de que mucho deseaban apoderarse.

Hízose la proposicion de córtes en Zaragoza el dia señalado. Pidió el rey que pues el príncipe don Miguel era muerto, jurasen por príncipes á la archiduquesa doña Juana como hija mayor suya, y á su marido. Asimismo pedia le sirviesen para la guerra de Nápoles pues era tan propia de aquella corona. Vinieron los aragoneses fácilmente en lo que se les proponia. Entretanto que se trataba de la ayuda para la guerra, proveyó al rey que los príncipes apresurasen su venida, que aun no eran llegados. Fueron recebidos con mucha alegría, y á los veinte y siete dias de octubre les hicieron el homenaje con las ceremonias y prevenciones que los aragoneses acostumbran. Así la princesa doña Juana fue la primera mujer que en Aragon hasta entonces se juró por heredera, ca la reina doña Petronila no fue jurada por princesa, ni entonces se usaba, sino recebida por reina.

Partióse poco despues el archiduque para Madrid, y tras él la princesa; hízola el rey compañía. Para presidir en las córtes de Aragon hasta que se concluyesen, nombró á su hermana la reina de Nápoles, la cual de meses atrás publicó querer pasar á Italia, y con este intento se partió de Granada donde á la sazon residian los reyes. Acordaron que todo el tiempo que en Aragon se detuviese, fuese gobernadora de aquel reino como antes lo era don Alonso de Aragon, arzobispo de Zaragoza hijo del rey Católico. El archiduque de mala gana se detenia en España; y de peor sus cortesanos, por los cuales se dejaba gobernar, en especial por el obispo de Besanzon, que le hizo compañía en este viaje, y falleció en España los dias pasados, y por el señor de Vere personas de aficion muy franceses. Tomó color para partirse que Flandes quedó á su partida desapercebida de gente: que por causa del rompimiento entre España y Francia podria recibir algun daño, si él no asistiese.

Procuraron los reyes apartalle deste propósito, mayormente que la princesa se hallaba muy preñada. No bastó diligencia alguna ni para detenelle, ni para que no pasase por Francia en tiempo tan revuelto. Decia él que seria parte con aquel rey para que se viniese á concordia, de que por el mismo tiempo habia dado intencion, y propuesto se restituyese el rey don Fadrique en su reino con ciertas condiciones y tributo que queria le pagase; donde no, que los dos reyes renunciasen sus partes, el Católico en su nieto don Carlos, y el de Francia en su hija Claudia, para que le llevase en dote y se efectuase el casamiento entre los dos como lo tenian concertado. Todo esto pareció entretenimiento, y á propósito para descuidar al rey Católico y tomar á sus capitanes desapercebidos. En conclusion, el archiduque partió de Madrid, donde dejó con sus padres á la princesa: tomó el camino de Aragon y de Cataluña y por la villa de Perpiñan. Vínole allí el salvo conducto del rey Ludovico, con que entró en Francia y siguió su camino hasta Leon en que á la sazon se hallaba el rey de Francia y el cardenal de Ruan legado del papa; pero esto fue al fin deste año y principio del siguiente, volvamos á la guerra de Nápoles.

(1) Se apoderaron de Canosa defendida con el mayor valor, pues Venosa estaba ya abandonada.

CAPITULO XV.

Si fuera conveniente que el rey Católico pasara á Italia.

Continuábase en esta sazon la guerra en el reino de Nápoles, y el fuego se emprendia por todas partes. La mayor fuerza cargaba en lo de la Pulla y en Calabria. Los príncipes de Salerno y de Bisiñano y Rosano, y el conde de Melito estaban en aquella parte muy declarados por Francia. Acordaron los franceses de acudir á aquella provincia con mas fuerzas: para esto, que en la Capitinata quedase el señor de Alegre con trecientas lanzas, en tierra de Bari monsieur de la Paliza con otras trecientas, y mil soldados; para guarda de la Basilicata nombraron á Luis de Arsi con cuatrocientas lanzas y alguna gente de á pié. El duque de Nemurs pretendia ir á Calabria con docientas lanzas y mil infantes, y que monsieur de Aubeni quedase en Espinazola con toda la demás gente á veinte y cuatro millas de Barleta. Porfió el de Aubeni que le consignasen lo de Calabria, ca pretendia el ducado de Terranova, de que hiciera merced el rey Católico al Gran Capitan. Por esta porfia concertaron que ambos se enderezasen hácia la parte de Calabria; con todo el de Aubeni fué primero á la tierra de Bari con ciento y cincuenta lanzas y mil infantes.

El de Nemurs dado que publicaba ir á Calabria, revolvió la vía de Taranto. Tomó de camino á Matera y Castellaneta pueblos de poca defensa, y desbarató al conde de Matéra y al obispo de Mazara que halló en Matera con alguna gente. Con esto se puso sobre Taranto, do pensó hallar al duque de Calabria, que nueve dias antes de su llegada era ya partido para Sicilia. Salieron algunas compañías de españoles que alojaban en aquella ciudad, cargaron con tal denuedo, y dieron sobre las estancias de los contrarios, que los forzaron á levantar con vergüenza el campo, y pasalle á una casa fuerte distante á veinte y dos millas de Taranto, y esto con intento de revolver sobre el territorio de Bari, y allí juntarse con el de Aubeni y apoderarse de Bitonto ó encaminarse á Calabria.

Sucedió que los franceses que alojaban en la Basilicata, que era el mayor golpe del campo francés, enviaron á Barleta un trompeta en terezado á don Diego de Mendoza, con un cartel en que once caballeros franceses desafiaban otros tantos españoles para hacer con ellos el dia siguiente á hora de nona campo. Señalaron lugar entre Barleta y Viseli, asegurándole. Ponian por condicion que los vencidos quedasen por prisioneros de los vencedores. Aceptó el desafio el Gran Capitan, si bien el término era muy breve. Escogieronse los once, y entre los demás el muy famoso Diego García de Paredes, que como muy valiente que era, sirvió en esta guerra muy bien, y al principio della pasó en Calabria por coronel de seiscientos soldados. El dia siguiente luego por la mañana se pusieron en órden. El Gran Capitan para animallos delante Fabricio y Próspero Colona y el duque de Termens y otros muchos caballeros les habló en esta manera: «La primera cosa que en el hecho de las »armas deben los caballeros hacer, es justificar su »querella. Desta no hay que dudar, sino que la jus»ticia de nuestros reyes es muy clara, y que por el »consiguiente será muy cierta la victoria. Concertaos »por tanto muy bien, y ayudaos en el pelear como lo »sabeis hacer, y acordaos que el trance desta pelea »se aventura la reputacion y honra de nuestra patria, »el servicio de nuestros reyes, y el bien y alegría de »todos los que aquí estamos: títulos que cada cual »dellos obliga al buen soldado á posponer la vida y »derramar por ellos la sangre. Que si no es con la vic»toria, ¿con qué rostro volvereis soldados? ¿quién »os mirará á la cara?» A estas palabras respondieron todos que estaban prestos á perder las vidas antes que faltar al deber.

Salieron con cuatro trompetas y sendos pajes. Entraron en la liza una hora antes que los contrarios. El combate fue muy bravo, el suceso que de los franceses quedó uno muerto, y otro rendido, y nueve heridos, y muertos otros tantos caballos. De los españoles uno rendido, y dos heridos, y tres caballos muertos. Llegó el combate hasta la noche, no pudieron los españoles rendir á los franceses que peleaban á pié, porque se hicieron fuertes entre los caballos muertos: así aunque el daño que recibieron fue mayor, todos salieron del palenque por buenos; de que el Gran Capitan mostró mucho descontento, que pretendia salieran del campo los españoles mas honrados, y no desistieran hasta tanto que á todos los contrarios tuvieran rendidos y quedara por ellos el campo.

A esta sazon el rey de Francia para dar mas calor á aquella guerra, y acudir de mas cerca á todo lo necesario, se determinó pasar en Italia, puesto que se detuvo en Lombardía, lo mismo pretendia hacer el rey Católico, y este intento llevaba cuando fué á Zaragoza, á que le convidaban los ejemplos de sus antepasados los reyes de Aragon, que con su presencia en Cerdeña, Sicilia y Nápoles acabaron cosas que por sus capitanes no pudieran, ó con gran dificultad. Era este negocio muy grave; consultóse con grandes personajes; los pareceres como suele acontecer eran diferentes y contrarios. El comendador mayor don Gutierre de Cárdenas, persona muy anciana y de grande esperiencia, en una consulta que se tuvo sobre el caso, hizo un razonamiento en presencia del rey desta sustancia: «Yo quisiera señor en negocio »tan grave oir antes que hablar; pero pues soy man»dado, diré lo que siento con toda verdad. Todo hom»bre que quiere emprender alguna cosa grande, de»be hacer balanzo de lo que en aquella pretension se »puede ganar, con lo que se aventura á perder: porque como no acometer empresas dificultosas es de »bajo corazon, así es temeridad por las de poco mo»mento poner á riesgo lo que es mas. En este negocio »si miro la reputacion, que importa mucho conser»var, veo que será mayor si vuestros capitanes salen »con la victoria, y si se pierde, menos daño que »ellos sean vencidos que su señor. Principalmente »que la guerra podrá estar concluida cuando lleguemos »allá, que forzaria á dar la vuelta con mengua y sin »hacer nada, pues si por los nuestros estuviese la »victoria, será suya la honra, y nuestro trabajo en »balde; y si fuesen vencidos, ¿qué fuerzas bastarán »á comenzar de nuevo el pleito, aunque se halla»sen juntas todas las de España? Las potencias de »Italia están á la mira, inclinadas á seguir el partido »de España: si se persuaden hay flaqueza de nuestra »parte, y que no bastan las fuerzas, sino que es ne»cesaria la presencia del rey, podrán tomar otro ca»mino. Yo no soy de parecer que los príncipes pasen »en ociosidad, su vida, pero tampoco deben poner á »peligro sus personas en casos no necesarios. ¿Quién »no ve los peligros del mar en navegacion tan larga? »¿quién no mira cuán grande es por la mar el poder »de ginoveses, y cuán pujantes están, en especial »si con ellos se juntan las armadas de Francia, como »se puede temer para hacer rostro á las nuestras? »¿Quién será de parecer que la vida y salud del rey »se aventure en el trance de una batalla naval, donde »tanta fuerza tiene la ventura y tan poco el valor? como »se puede considerar en vuestro tio el rey don Alonso »cuando fue vencido y preso con sus hermanos por »pocas naves de Génova. No digo nada del desgusto »de los grandes, que podrán alterar el reino, si se »ausenta el que los enfrena y tiene á raya. Cuando »todo lo demás cesase, ¿cómo podreis dejar á la reina »que está doliente, y sentirá á par de muerte seme»jante viaje? Si algunos reyes de Aragon pasaron el

»mar, los tiempos y ocasiones eran diferentes, y no »siempre nuestros mayores en sus hechos acertaron. »Que deseeis vestir arnés y hallaros en la guerra, no »me maravillo, pues os criasteis en ella desde vuestra »niñez; pero mi parecer es que si esto pretendeis, la »rompais por España, y forceis al enemigo á volver »sus fuerzas á estas partes, traza con que enflaque»cerá en lo de Nápoles, y aun pondrá á riesgo lo de »Milan. Este, señor, es mi parecer, si acertado, »sean á Dios las gracias, si contra el vuestro, merece »perdon mi lealtad: lo que vos determináredes, eso »será lo mejor y mas acertado; y si fuere de ir á Ita»lia, yo seré el primero que con esta edad y canas os »haré compañía, ca resuelto estoy de aventurar vida »y hacienda antes que faltar en lo que soy obligado; »mas el que es consultado, debe libremente decir lo »que siente, y el que consulta, oir con paciencia y »de buena gana al que habla.»

Grande fue el aplauso que los que se hallaron presentes dieron á las razones del comendador mayor, que parecieron muy concertadas y dignas de persona tan avisada. Divulgose este parecer, y un prelado, cuyo nombre no se dice, sin ser consultado sobre el caso dió al rey escrito un papel en esta sustancia: »El atrevimiento que tomo de dar consejo sin ser lla»mado, merece perdon pues el negocio es comun, »todos tenemos licencia de hablar. Si los inconve»nientes y peligros se deben considerar tan por me»nudo como el comendador mayor dicen los ha enca»recido, nadie acometerá hecho alguno que tenga »dificultad. Ni el labrador se pondrá al trabajo de la »sementera, ni el piloto á los peligros del mar, ni el »soldado embrazará las armas con riesgo de su vida, »finalmente nadie cumplirá con su oficio. Esta es la »miseria de los hombres, que ninguna cosa grande »da Dios ó la naturaleza á los mortales sino á costa »de mucho afan. No hay duda sino que el primer ofi»cio y mas propio de los reyes es el cuidado de la »guerra, de juntar y gobernar sus huestes sea para »defenderse, sea para acometer cuando es necesario; »y nadie puede negar sino que esto se hace mejor en »presencia del rey, que por otro, sea quien fuere. Acú»denle sus vasallos y acompáñanle: los pequeños, los »medianos y los mayores tienen por cosa vergonzosa »quedarse en casa cuando su cabeza y su rey se ponen »al trabajo. Nadie se desdeña de seguille, como quier »que muchos tengan por afrenta ser gobernados por los »que son menos que ellos. El ejemplo está en la mano. »¿Cuál de los grandes, decidme, es ido á la guerra »de Napoles, con tener el general partes tan aventa»jadas en todo? Fuera desto el dinero, municiones y »todo lo demás se despacha mas en breve. Las deter»minaciones en las dificultades son mas acertadas »cuando el rey ve por sus ojos lo que pasa. Lo que »viene de tan lejos determinado y proveido, tarde »llega, y muchas veces fuera de sazon, por no decir »que las mas veces va errado. El amor de los solda»dos para con su príncipe es la cosa mas importante »en la guerra: este nace del conocimiento, porque »son como los perros (y así los llama Platon) que ha»lagan á los que conocen y ladran á los estraños. En »presencia de su príncipe que los ha de premiar, los »valientes se hacen leones, y los cobardes se aver»güenzan. Homero aludió á esto cuando finge que »los mismos dioses se hallaban en las batallas, y que »el rey Agamenon llamaba por sus nombres á todos »los soldados. Por cierto Alejandro y César nunca »hazañas tan grandes acabaran, si quedándose en su »regalo se encomendaran á sus capitanes. ¿Quién »echó por el suelo la grandeza del imperio romano? »los príncipes que se contentaron de dar órden en »las cosas de la guerra desde su casa? Y por dejar »cuentos antiguos, yo creo, señor, que los moros se »estuvieran hoy en España, si vos mismo no fuérades »á la conquista de Granada. Carlos rey de Francia »¿cuán en breve allanó con su presencia todo lo de »Nápoles? su ausencia fue causa que se volviese á »perder lo ganado. Los trabajos no son grandes á »causa que á los reyes nunca falta el regalo y el ser»vicio; y el aplauso que todos les dan, hace que se »sientan menos las incomodidades. ¿Pues qué diré »de los peligros del mar? ¿cuándo vimos algun rey »ahogado? por cierto muy raras veces; y si el rey »don Alonso quisiera escusar aquella batalla naval »con que nos espantan, nadie le forzara á dalla. La »mucha confianza de sí, el desprecio de los enemigos »fueron ocasion de aquel desastre: del cual salió »tambien por el respeto que á su persona se tuvo »como rey, que fue casi el todo para allanar sus »contrarios. Que si todavía parece duro que el rey se »halle en las batallas y ponga á riesgo su vida, por lo »menos podrá ir á Sicilia, visitará aquel su reino, y »dará asiento en sus cosas, y con mas calor se acu»dirá como de tan cerca á la guerra de Calabria y »Pulla. Esto es lo que yo siento en el caso presente: »bien sé que mi parecer no agradará á todos; mas »no son peores las medicinas que no dan gusto al »paladar.»

El voto del obispo, aunque libre, pareció á muchos muy acertado, aun á los mismos que deseaban lo contrario, y si no se conformaban con él, mas era por falta de voluntad que por no aproballe. Siguióse pues el del comendador mayor, que era mas á gusto de todos y mas recatado; en especial que se le arrimaron don Enrique Enriquez tio del rey, don Alvaro de Portugal presidente del consejo real, Garci Lasso de la Vega, Antonio de Fonseca y Hernando de la Vega personas de grande autoridad y conocida prudencia. El mismo Gran Capitan por sus cartas se conformaba con esto, y aun daba por muy cierta la victoria: seguridad que en los grandes capitanes no se suele tener por acertada. A la verdad las asonadas de guerra que por las fronteras de Francia se mostraban, no daban lugar á que la persona del rey se ausentase.

CAPITULO XVI.

Que los españoles segunda vez presentaron la batalla á los franceses.

Al mismo tiempo que en Zaragoza se trataba de la jura de los príncipes archiduques, el partido de España iba muy de caida en Calabria. Acudió el virey á Mecina, juntó la gente extranjera que pudo para socorrer á los suyos. De Roma don Hugo y don Juan de Cardona hermanos del conde de Golisano, dejado el cómodo que tenian muy honrado acerca del duque Valentin en la Romaña, á persuasion del embajador Francisco de Rojas llevaron á la misma ciudad docientos y cuarenta soldados, gente escogida. Luego que llegaron al puerto de Mecina, con su gente y la demás que pudieron recojer, pasaron el faro á tiempo que el conde de Melito hermano del príncipe de Bisiñano, tomada Terranova, sitiaba el castillo y le tenia muy apretado. Don Hugo hizo marchar la gente hácia aquella parte, y desbaratado el conde que le salió al encuentro, hizo alzar el cerco, y aun los príncipes de Salerno y de Bisiñano que estaban sobre Cosencia, fueron forzados, dejado aquel cerco, por reparar el daño á bajar á la llanura de Terranova.

Sucedió este encuentro cuatro dias antes que Manuel de Benavides llegase con la gente que traia en quince naves al puerto de Mecina. Entre los demás capitanes vino Antonio de Leyva soldado muy bravo, y capitan muy prudente, y mas en lo de adelante: pasaron lo mas en breve que pudieron á Calabria para juntarse con don Hugo y con los demás. Acordaron los príncipes, que se recogieron en Melito, que el conde con setecientos suizos y algunos caba-

llos y gente de la tierra fuese á ponerse sobre Cosencia. Llegó á alojar á la Mota de Calamera que está tres millas de Rosano, do alojaba la mayor parte de los españoles, que amanecieron sobre aquel lugar, y como era flaco y abierto le entraron. De los contrarios unos fueron muertos, otros huyeron, algunos con el conde se retiraron al castillo. Y porque se tuvo nueva que el señor de Aubeni con todo su poder iba en socorro del conde, los españoles dieron la vuelta á Rosano.

Por el mismo tiempo Fabricio de Gesualdo hijo del conde de Conza y yerno del príncipe de Melfi, que era frontero de Taranto, fue á correr la tierra de aquella ciudad. Salieron contra él Luis de Herrera y Pedro Navarro capitanes de la guarnicion en Taranto: esperaron en cierto paso á los contrarios, en que todos fueron presos ó muertos, que no escaparon sino tres; el mismo Fabricio quedó cautivo. En lo demás de la Pulla se hacia la guerra tanto con mayor calor que cada cual de las partes pretendia cobrar la aduana de los ganados, que es una de las mas gruesas rentas de aquel reino. Los encuentros fueron diversos, que seria largo el relatallos por menudo; el daño de los naturales muy grande: españoles y franceses hacian presas en los ganados de la gente miserable.

Por atajar estos daños, acordó el duque de Nemurs en Canosa, do estaba, de venir con todo su campo á romper una puente del rio Ofanto, distante cuatro millas de Barleta. Parecíale que quitada aquella comodidad, los contrarios no podrian con tanta facilidad pasar á hacer correrías en la Pulla, en especial al tiempo que aquel rio con las lluvias coge mucha agua. Asimismo el señor de Aubeni luego que entró en la Calabria fué sobre los contrarios que se hallaban en Terranova. El lugar era flaco y falto de bastimentos; acordaron dejalle, y por la sierra pasar á la Retromarina. Atajáronles los pasos los franceses: así en aquellas fraguras hicieron huir de los españoles la gente de á pié, y de los caballos prendieron hasta cincuenta, parte hombres de armas, parte ginetes, los mas de la compañía de Antonio de Leyva que en aquella apretura peleó con mucho esfuerzo; los mas empero se retiraron á Girachi y otras fuerzas de aquella comarca.

Con esta rota, que fue segundo dia de Navidad, ganó tanta reputacion el Señor de Aubeni, que casi toda la Calabria se tuvo luego por él. Cuatro dias adelante el de Nemurs, como lo tenia acordado, vino con su campo sobre la puente de Ofanto, y con la artillería abatió el arco de en medio junto con una torre que á la entrada de aquella puente quedó medio derribada desde que los dias pasados pasó otra vez por allí. Tuvo el Gran Capitan aviso de la venida del duque de Nemurs. Hizo venir la gente que tenia en Andria, que era buen golpe. Tardaron algun tanto, pero en fin pudo salir á tiempo que descubrió los contrarios; mas ellos no quisieron aguardar, antes volvieron por el camino que eran idos. Envió el Gran Capitan á decir al duque con un trompeta que ya él iba, que le aguardase: respondió que cuando Gonzalo Fernandez estuviese tan cerca de Canosa como él llegó de Barleta, le daba la palabra de salir á dalle la batalla.

A este mismo tiempo por la via de Alicante llegó á Madrid, do los reyes se hallaban, el duque de Calabria, y magüer que iba preso, el tratamiento y recibimiento que se le hizo, fue como á hijo de rey. Por otra parte el duque Valentin hacia la guerra en la Romaña con grande pujanza, ca el primer dia de enero del año de 1503 se le entregó Senagalla, que era del hijo del prefecto sobrino del cardenal Julian de la Ruvere. Sobre seguro prendió allí á Francisco Ursino, duque de Gravina, que se fue á ver con él, junto con Pablo Ursino, Vitelocio y Oliveroto de Fermo.

El papa avisado desto al tanto hizo luego en Roma prender al cardenal Ursino. Todo se enderezaba á ejemplo de los coloneses que andaban desterrados y pobres por la violencia del papa, á destruir asimismo la casa de los Ursinos y apoderarse de sus estados, sin embargo que poco antes hiciera una estrecha confederacion con ellos. Poco despues cobró el mismo á Perosa y Civita Casteli, y aun pretendia apoderarse de las repúblicas de Sena, Luca y Pisa. Solo enfrenaba esta su codicia demasiada el temor del rey de Francia, que tenia estas ciudades debajo de su proteccion; con que podia desde Francia enviar sus gentes hasta Nápoles como por su casa sin que nadie le pusiese impedimento, dado que la guerra entre Florencia y Pisa se continuaba, y los pisanos por valerse del rey Católico pretendian poco antes deste tiempo ponerse debajo de su amparo. No quiso él por entonces tratar dello por respetos que tuvo; cuando quiso volver á la plática, era pasada la coyuntura. De Portugal dos primos Alonso y Francisco de Alburquerque con cada tres naves partieron para la India oriental.

CAPITULO XVII.

Que el señor de la Paliza fue preso.

El Gran Capitan en Barleta do tenia sus gentes se hallaba en grande aprieto y era combatido de contrarios pensamientos. Por una parte no queria salir al campo hasta tanto que asegurase su partido con la venida de los alemanes y el socorro que de España venia, que aguardaba por horas. Por otra parte la falta de bastimentos le ponia en necesidad de desalojar el campo, y ir en busca del enemigo, que tenia su gente repartida en Monorbino, donde el general estaba, y Canosa y Ciriñola, pueblos mas proveidos de mantenimientos. En esta perplejidad siguió el camino de en medio, que fue enviar diversas compañías y escuadrones á correr la comarca: traza muy á propósito para juntamente conservar la reputacion, ejercitar su gente y entretenerse con las presas.

Con esta resolucion á quince de enero salió de Barleta. Envió delante al comendador Mendoza con trecientos ginetes para que corriesen la tierra hasta Labelo, distante veinte y cinco millas de allí, y que alcanzaba buena parte de la aduana: él con la demás gente se puso á cuatro millas de Monorbino para hacer rostro si los franceses saliesen contra los suyos. Arrancaron los corredores en aquella salida mas de cuarenta mil ovejas. Salieron de la Ciriñola docientos hombres de armas, y otros tantos arqueros para juntarse con otros tantos que alojaban en Canosa, y ir juntos á quitalles la presa. La gente del Gran Capitan los quiso atajar, pero con mal órden, que fue causa que se pudiesen entrar en Canosa aunque con pérdida de alguna gente. No salió el de Nemurs, y así los nuestros se pudieron recoger con la presa que llevaban.

Cuatro dias despues por aviso que tuvieron que el señor de la Paliza salia con quinientos caballos á correr lo de Barleta, salieron el Gran Capitan y don Diego de Mendoza á ponerse en dos pasos por donde los franceses forzosamente habian de pasar. Cayó el de la Paliza con su caballo al salir, que fue causa de quedarse con la mas gente; solo fue un su teniente por nombre Mota con setenta parte hombres de armas, parte arqueros á hacer la correría; cayeron en la celada, y de todos no se salvaron sino dos que no fuesen muertos ó presos.

Entre los demás quedó en poder de don Diego de Mendoza, Mota teniente del capitan: este en pláticas que tenia, se adelantó á decir mal de la nacion italiana. Volvia Iñigo Lopez de Ayala por los italianos, y defendíalos con buenas razones: el Francés con el

calor y porfía se arrojó á decir que si diez italianos quisiesen hacer armas con otros tantos franceses, que él seria uno dellos, y les probaria ser verdad lo que decia. Llegó esta plática á orejas de los italianos que estaban allí en servicio de España: quejáronse al Gran Capitan, y pidieron licencia para volver por su nacion. El se la dió de buena gana. Hobo demandas y respuestas sobre asegurar el campo, y sobre el número de combatientes: en fin señalaron el campo entre Andria y Quarata; juntamente acordaron que de cada parte peleasen trece. Salieron á los trece de febrero los unos y los otros y el Gran Capitan por lo que pudiese suceder, se puso con toda su gente cerca de Andria.

Los jueces señalaron los puestos á los unos y á los otros. Hacia grande viento y ayudaba á los italianos. Pidieron los franceses que el viento se dividiese; no se acordaron los jueces en esto. Encontráronse con las lanzas, y dado que casi á todos los franceses se les cayeron por el gran viento, ningun caballo fue muerto, ni caballero derribado. Vinieron á los estoques y hachas, en que los italianos se aventajaron tanto que en espacio de una hora á los franceses todos echaron del campo y los rindieron: quedó uno dellos muerto, y otro muy mal herido; de los italianos uno solo quedó herido ligeramente. Con esta victoria entraron aquellos caballeros aquella noche en Barleta, los doce prisioneros delante. Fue grande el contento de todos, y mas del Gran Capitan, que para mas honrallos los hizo cenar consigo. A la misma sazon salieron de Taranto Luis de Herrera y Pedro Navarro con su gente: tomaron por trato á Castellaneta y otros muchos lugares por aquella comarca.

Ofrecíase otra empresa de mayor importancia. Alojaban el señor de la Paliza que se llamaba virey del Abruzo, y el lugarteniente del duque de Saboya en un pueblo que se llama Rubo, diez y ocho millas distante de Barleta: tenian pasados de quinientos soldados entre hombres de armas y arqueros. Deseaba el Gran Capitan dar sobre ellos. Tuvo aviso que el duque de Nemurs iba á recobrar á Castellaneta, y que con el príncipe de Melfi quedaba en Canosa la fuerza del ejército francés, y que de nuevo otros ciento y cincuenta soldados eran idos á Rubo por asegurar mas aquella plaza. Con este aviso un miércoles á veinte y dos de febrero salió al anochecer el Gran Capitan con mil caballos y tres mil infantes y algunas piezas de artillería.

Con esta gente y aparato amaneció sobre Rubo. Asestaron la artillería. Los soldados antes que el muro estuviese abatido del todo, sin órden acometieron con deseo de tomar el pueblo á escala vista. Fueron por los de dentro rebatidos, y retiráronse, aunque sin daño. Prosiguieron la batería y derribada buena parte del muro, tornaron los de España á acometer. Los de dentro se defendian muy bien, y el combate fue muy sangriento; mas en fin los de España entraron por fuerza. Murieron docientos franceses, y quedaron heridos otros muchos. El señor de la Paliza con una herida en la cabeza, al salir del lugar, ca pretendia salvarse, fue preso. El teniente del duque de Saboya se retiró al castillo para defenderse hasta que llegase el socorro; pero como se plantase la artillería para batille, se rindió á merced. Fueron asimismo presas otras personas de cuenta que hacian grande falta en el campo francés. De los vencedores murieron pocos: don Diego de Mendoza á la entrada fue herido en la cabeza con una piedra que le sacó de sentido; pero todo el daño quedó en el almete.

Con esta victoria y con el saco se retiraron luego los nuestros porque no cargase la gente francesa que no estaba lejos, mayormente que el de Nemurs, avisado que fue de la resolucion del Gran Capitan, sin tomar á Castellaneta dió la vuelta para juntarse con el príncipe de Melfi y acorrer á Rubo. Su venida fue tarde, por donde ni en lo uno ni en lo otro hizo algun efecto; y desde este tiempo sus cosas comenzaron á ir de caida, en especial que un Perijuan caballero de San Juan, provenzal de nacion, el cual con cuatro galeras y dos fustas era venido de Rhodas en fabor de franceses, y impedia á los nuestros las vituallas, y aun tomaba los bajeles que andaban desmandados por aquellas riberas de la Pulla, fue desarmado por los nuestros.

Lezcano cabo de cuatro galeras que andaban por aquellas costas de Pulla, hombre diestro en el mar, las reforzó de remeros y puso en ellas quinientos soldados para acometer al enemigo. Fue en su busca la vuelta de Brindez: él aunque tenia mas número de bajeles, no se atrevió á pelear, metióse en el puerto de Otranto fiado en el amparo de venecianos. Lezcano no se curó desto; tomó primero una nao y una carabela que halló fuera del puerto con otros bajeles: con esto fue tanto el miedo de Perijuan, que, sin aventurar á defenderse, de noche sacó la gente y la ropa que pudo, y echó á fondo las galeras y fustas con la artillería porque dellas no se aprovechasen los enemigos. El almirante Vilamarin se tenia en el puerto de Mecina con algunas galeras para asegurar aquella costa y acudir á la parte que fuese necesario. Para reforzarse aguardaba la venida de Luis Portocarrero. Por otra parte pretendia el Gran Capitan viniese á surgir en algun puerto de la Pulla, porque no se detuviese en lo de Calabria, como lo hizo Manuel de Benavides contra el órden que él tenia dado, es á saber que fuese á juntarse con él. Este mismo órden se dió á Luis de Herrera y Pedro Navarro que guardaban á Taranto, y á Lezcano (que desarmado el contrario, luego desembarcó los quinientos soldados) y al obispo de Mazara que estaba en Galipoli, que con sus gentes acudiesen á Barleta: todo á proposito de rehacerse de fuerzas para dar la batalla de poder á poder á los franceses, y de una vez concluir con aquella guerra.

CAPITULO XVIII.

Que el marqués del Vasto se declaró por España.

El mismo cuidado de rehacerse de fuerzas tenia el duque de Nemurs en Canosa, tanto mas que los españoles en diversos encuentros le mataban mucha de su gente, ca en San Juan Redondo el capitan Arriaran que se tenia en Manfredonia, pasó á cuchillo docientos franceses; Luis de Herrera y Pedro Navarro cerca de las Grutallas mataron otros docientos, y prendieron cincuenta que les tenian tomado un paso al salir de Taranto, segun que les fuera ordenado. Mas adelante estos dos capitanes y Lezcano entre Conversano y Casamaxima desbarataron y prendieron al marqués de Bitonto, el cual con obra de quinientos hombres de á pié y de á caballo se iba á juntar con el duque de Nemurs: murieron en la refriega entre otros muchos Juan Antonio Aquaviva tio del marqués, y un hijo suyo. Lo mismo sucedió al capitan Oliva, que se encontró con una compañía de franceses y los desbarató con muerte de treinta dellos. Don Diego de Mendoza dió sobre cincuenta caballos y setenta de á pié que salieron de Viseli contra los forrageros del campo español en cuya guarda él iba. Los caballos se retiraron á Viseli, los de á pié á una torre en que fueron combatidos y muertos.

Movidos destos y otros semejantes daños el duque de Nemurs envió á avisar al señor de Aubeni y á los príncipes de Salerno y Bisiñano que dejado el mejor órden que pudiesen en Calabria, se viniesen á juntar con él para dar la batalla á los contrarios: no obedecieron ellos por entonces á este órden por causas que para ello alegaron. El Gran Capitan tenia el mismo

deseo de venir á las manos, y los unos y los otros eran forzados á aventurarse por la gran falta de bastimentos que padecian; y retirarse de los alojamientos en que estaban, fuera perder reputacion, que temian que la tierra se les rebelase.

Verdad es que una nave de venecianos á esta sazon llegó á Trana cargada de trigo que vino á poder de los nuestros, y otras cinco en dos veces arribaron de Sicilia con seis mil salmas de trigo: ayuda con que el Gran Capitan se pudo entretener algun tiempo junto con las presas que de ordinario de ganados se hacian. Traia de dias atrás sus inteligencias con las ciudades del Abruzo, y en particular con la ciudad del Aguila: por otra parte Capua, Castelamar, Aversa y Salerno se le ofrecian; acordó con todas que luego que saliese en campaña, se levantarian por España. Recibió á concierto al conde de Muro, dado que fue el primero á alzarse por los franceses en Basilicata do tenia su estado. El de Salerno trató de pasar á la parte de España, y aun ofrecia de casar con hija del Gran Capitan. Poco se podia fiar de su constancia, ni de la del príncipe de Melfi, que al tanto daba muestra de querer reducirse.

La cosa de mas importancia que en este propósito se hizo, fue que don Iñigo Dávalos se declaró del todo por el rey Católico con la isla de Iscla en que se entretenia á la sazon. Era el orígen deste caballero de España, ca don Iñigo Dávalos hijo del condestable don Ruy Lopez Dávalos, gran camarlengo del reino de Nápoles, casó con Antonela de Aquino hija heredera de Bernardo Gaspar de Aquino marqués de Pescara. Deste matrimonio nació don Alonso Dávalos marqués de Pescara, al que mató sobre seguro un negro en un fuerte de Nápoles, y dejó un hijo niño que se llamó don Fernando. Nació asimismo don Iñigo, á quien el rey don Fadrique hizo marqués del Vasto, y le dió por toda su vida el gobierno de la isla de Iscla con la tenencia de la fortaleza, rentas de la isla y minas de los alumbres. Hermana destos dos caballeros fue doña Constanza Dávalos condesa de la Cerra, y despues duquesa de Francavila. Tuvieron asimismo otro hermano que se llamó don Martin y fue conde de Montedorosi, sin otros dos que se nombraron en otro lugar. Concertó el Gran Capitan que se le daria al marqués todo lo que antes tenia, y de nuevo se le hizo merced de la isla de Prochita, demás de una conducta que le ofrecieron de cien lanzas, y docientos caballos ligeros, y á su sobrino se concedió el marquesado de Pescara y el oficio de gran camarlengo; además que si los españoles fuesen echados de aquel reino, se les prometia recompensa de sus estados en España, condiciones todas muy aventajadas. Gastóse algunos meses en concedellas, y por esto tardó tanto el marqués en declararse, como en lo demás fuese muy español de aficion y muy averso de Francia. Hijo deste marqués fue don Alonso, muy valeroso capitan los años adelante, y que heredó el marquesado de Pescara por muerte de su primo don Fernando que no dejó hijo alguno. Nieto del mismo fue don Fernando Dávalos marqués de Pescara, al cual los años pasados vimos virey de Sicilia casado con hermana del duque de Mantua.

Alzó el marqués en Iscla las banderas por España el mismo dia de pascua de Resurreccion. Por el mismo tiempo que el marqués se pasó á la parte del rey Católico, el comendador Aguilera desembarcó en Cotron con trecientos soldados que envió últimamente desde Roma el embajador de socorro. El comendador Gomez de Solis al tanto socorrió el castillo de Cosencia, y entró por fuerza la ciudad: echó al conde de Melito que allí estaba con cuatro tanta gente que la que él llevaba. Sobre los prisioneros que se tomaron en Rubo, hobo duda; y entre franceses y españoles anduvieron demandas y respuestas. Tenian concertado que se hiciesen guerra cortés, y para esto entre otras cosas acordaron que los prisioneros de á caballo perdiesen armas y caballo, y se rescatasen por el cuartel del sueldo que ganaban.

Prendieron los franceses los dias pasados en cierto encuentro á Teodoro Bocalo capitan de albaneses, y á Diego de Vera que tenia cargo de la artillería, y á Escalada capitan de infantería española con otros hasta en número de treinta. Soltaron á los demás conforme á lo concertado: detuvieron los tres con color que eran capitanes, y que no se comprendian en el concierto, ni era justo que pasasen por el órden que los otros. Sin embargo al presente hacian instancia que los prisioneros de Rubo se rescatasen conforme á lo que los demás tenian asentado, sin mirar que eran los mas gente muy principal y muchos capitanes. Avisaron al Gran Capitan que aquella ley guardada en la milicia neapolitana cuanto á los prisioneros de á caballo, que se rescatasen por el cuartel de su sueldo, no se estendia á los que en batalla campal eran presos, ó en lugar que se tomase por fuerza de armas. Consultóse el caso con soldados y caballeros ancianos de la tierra, y como quier que todos conformasen en este parecer, conforme á él se respondió á los franceses, y los prisioneros quedaron para rescatarse cada cual segun su posibilidad y como se concertasen con los que los rindieron y los tenian en su poder. El principal intento fue entretenellos para que no pudiesen servir al duque de Nemurs en la batalla, que segun el término en que las cosas se hallaban, se entendia no se podia escusar.

CAPITULO XIX.

De las paces que el archiduque asentó con Francia.

Al tiempo que el archiduque partió de Madrid hizo grande instancia con el rey su suegro para que le declarase su determinada voluntad en lo que tocaba á tomar algun medio de paz con Francia, y que le diese comision para tratar della, caso que el rey de Francia viniese en lo que era razon. Rehusó el rey Católico de hacer esto al principio, sea por no fiarse del todo de su yerno, y menos de los que tenia á su lado que eran tenidos por muy franceses, ó por no desanimar á los que se tenian de su parte en Italia, si se entendiese que el archiduque por su órden y con su beneplácito pasaba por Francia. Sin embargo la instancia fue tal que finalmente le dió la comision con una instruccion muy limitada que prometió de no esceder en manera alguna, y aun despues con fray Bernardo Boyl, abad de San Miguel de Cuxa, le envió el poder para concluir con nueva instruccion. Dióle órden que no diese parte á nadie que llevaba aquel poder, sino solo al archiduque debajo de juramento que lo tendria secreto; y que si no se guardase la instruccion, no diese el poder hasta dar aviso de todo lo que pasaba.

Llegó el archiduque á Leon por el mes de marzo en sazon que la guerra se hacia en la Pulla y Calabria con el calor que queda mostrado, y en Alcalá de Henares la princesa parió un hijo que se llamó don Fernando á los diez de aquel mes: bautizóle el arzobispo de Toledo, fueron padrinos el duque de Nájara y el marqués de Villena. Estaba en Leon el legado del papa el cardenal de Ruan y el mismo rey. Comenzóse á tratar del negocio, pero muy diferente de la instruccion que llevaban de España. El abad avisó al archiduque que no se debia pasar adelante sin avisar primero á su rey. No dieron lugar á ello, ni comodidad de despachar un correo como lo pedia; antes le pusieron tales temores que le convino entregar el poder que tenia, y aun al príncipe estrecharon tanto sobre el caso que buenamente no se pudo escusar por estar en poder del rey de Francia, y porque los de su consejo eran de parecer que concluyese sin tener cuenta con la instruccion que llevaba: creyóse

que los franceses con dinero que les dieron, los cohecharon y ganaron.

La suma desta concordia fue que se tomasen uno de dos medios, ó que el rey Católico renunciase la parte que le pertenecia del reino de Nápoles en su nieto don Carlos, y el de Francia la suya en su hija Claudia que tenia concertados: que entretanto que los dos no se casaban, la parte del rey Católico se pusiese en tercería en poder del archiduque y de los que él nombrase, y la otra quedase en poder de franceses; ó que el Católico tuviese su parte, y el de Francia la suya, y la Capitinata sobre que contendian, se pusiese en tercería. Eran estos medios muy fuera de propósito, pues por el primero los franceses se quedaban con su parte, y quitaban al rey Católico la suya, pues le forzaban á sacar los españoles de aquel reino, y por el segundo se quedaban las cosas en la misma reyerta que antes.

Esto se trataba en sazon que el rey Católico era vuelto á Zaragoza para dar conclusion en las córtes que allí se continuaban. En ellas al principio del mes de abril en presencia suya fue acordado que Aragon sirviese para aquella guerra por tres años con docientos hombres de armas, y trecientos ginetes á sus espensas, con tal que los capitanes y gente fuesen naturales del reino. Pusiéronse en breve en órden, y fue acordado que marchasen la via de Ruysellon, por asonadas de guerra que de Francia se mostraban, para defender aquella frontera si intentasen de romper los franceses por aquella parte como se temia á causa que el mariscal de Bretaña capitan general de Francia, y el señor de Dunoes y el gran Escuyer se acercaban á Carcasona con los pensionarios del rey; y otras muchas gentes se esperaban allí de diversas partes.

Por esto el rey proveyó que su gente se acercase á Figueras, y don Sancho de Castilla capitan general de Ruysellon apercebia todas aquellas plazas para que no le hallasen descuidado. El mismo rey acordó acercarse á aquellas fronteras. Llegó á Poblete cuando por una del abad fray Boyl tuvo aviso de la premia que al príncipe se hacia, para que asentase la concordia contra el órden que llevaba. Respondióle el rey lo que debia hacer. Todo no prestó nada, que las paces se publicaron y archiduque despachó á Juan Edin su aposentador mayor, y el rey de Francia un Eduardo Bulloto ayuda de cámara para que cada cual por su parte avisasen al Gran Capitan y al de Nemurs como quedaban las paces concluidas, y que por tanto sobreseyesen, y no se pasase mas adelante en la guerra. Con tanto el archiduque se partió de Leon la via de Saboya para verse con su hermana madama Margarita con quien y con aquel duque tuvo las fiestas de Pascua.

Apresuraron Juan Edin y Eduardo su camino por Roma publicando que las paces eran hechas. Llegaron á Barleta en sazon que los dos generales se aprestaban á toda furia para venir á las manos, en especial el Gran Capitan, despues que dos mil y quinientos alemanes que se embarcaron en Trieste y sin contraste pasaron por el golfo de Venecia, á los diez de abril aportaron á Manfredonia: socorro que esperaba con grande deseo. Dióle Juan Edil la carta que le llevaba del archiduque, en que le encargaba y mandaba de parte del rey que sobreseyese él y todos los demás en todo auto de guerra porque esto era lo que convenía.

Estaba el Gran Capitan prevenido por cartas de su rey en que le avisaba de la ida del archiduque por Francia, y porque della podria resultar que se hiciese algun asiento de paz ó tregua, le ordenaba que puesto que el archiduque le escribiese alguna cosa en este propósito, no hiciese lo que le ordenase sin su especial mandato: así respondió que no se podia cumplir aquel órden sin que primero el rey su señor fuese informado del estado en que las cosas de aquel reino se hallaban: que los franceses rompieron la guerra á tuerto, y que al presente que tenian perdido el juego, no podia ni debia aceptar semejante paz: que él sabia bien lo que debia hacer, y en persona iria á dar la respuesta al duque de Nemurs. Como lo dijo, así lo cumplió. El rey Católico asimismo no quiso venir en esta concordia, si bien para cumplir con todos tornó á mover la plática de restituir el reino al rey don Fadrique; mas el Francés no quiso oir al embajador que para este efecto le enviaron, antes le despidió afrentosamente por el sentimiento que tenia grande de que la concordia no se guardase.

CAPITULO XX.

Que el señor de Aubeni fue vencido y preso.

Con la armada que se aprestó en Cartagena, partió Luis Portocarrero mediado de febrero. La navegacion conforme al tiempo fue trabajosa en el golfo de Leon, y despues en el paraje de la costa de Palermo tuvieron dos tormentas muy bravas. Llegaron en veinte dias al puerto de Mecina con la armada entera y junta dado que hombres y caballos padecieron mucho. Tratóse allí á qué parte del reino irian á desembarcar: algunos eran de parecer que conforme á los avisos del Gran Capitan, pasasen á la costa de la Pulla para juntarse con la masa del ejército Español; á Luis Portocarrero pareció que la navegacion era muy larga para gente que venia cansada y maltratada del mar. Pasó á Rijoles con su armada con intento de hacer la guerra por la Calabria conforme al órden que traia de España.

El señor de Aubeni, despues de la rota que dió á Manuel de Benavides y á don Hugo de Cardona, tenia sus alojamientos en la Mota Bubalina con esperanza de tomar por hambre á Girachi que está distante tres leguas, y buena parte de los vencidos despues de la rota se recogió á aquella plaza. Era ido el príncipe de Bisiñano á su estado, y el de Salerno y conde de Melito se partieran para Nápoles. Determinó Portocarrero de salir en campaña, y con este intento hizo alarde de su gente en Rijoles cuando le sobrevino una fiebre mortal. Antes de que falleciese fue avisado que algunos capitanes de cuenta se entraron en Terranova, lugar que con otros muchos desampararon los franceses luego que supieron que la armada era llegada. Supo mas, que el de Aubeni, sabida la enfermedad, acudió á ponerse sobre ellos, y los tenia muy apretados por ser aquel lugar flaco. Con este aviso Luis Portocarrero nombró en su lugar á don Fernando de Andrada para que con la gente de á pié y de á caballo, fuese á socorrer á los cercados, y al almirante Vilamarin dió órden que enviase sus galeras delante Ioya para desmentir á los franceses, que entendiesen iba el socorro por mar y por tierra.

Apresuráronse los españoles, porque tenian entendido que los de Terranova padecian gran falta de bastimento. Llegaron á Semenara: tuvo el de Aubeni noticia del socorro que iba, alzóse del Burgo de Terranova do alojaba y pasóse á los Casales. Don Fernando contento de haber socorrido á los cercados, se detuvo en Semenara: allí le acudieron otras compañías de gente, en particular Manuel de Benavides, Antonio de Leyva, Gonzalo Dávalos, don Hugo y don Juan de Cardona, cada cual con su gente, con que se formó un buen ejército bastante para romper al enemigo al tiempo de retirarse la via de Melito. Deste parecer era don Hugo que le acometiesen, pues todas las veces que se reconoce notable ventaja, los prudentes capitanes se deben aprovechar de la ocasion, que si la dejan pasar, pocas veces vuelve, mas don Fernando se escusó con el órden que llevaba de no dar en manera alguna la batalla.

Falleció finalmente Portocarrero: su cuerpo depositaron en la iglesia Mayor de Mecina enfrente de la sepultura de don Alonso Segundo, rey de Nápoles. Por su muerte resultó alguna diferencia entre los capitanes, sobre quien debia ser general: acordaron de remitirse al virey de Sicilia, el cual se conformó con la voluntad del difunto y tornó á nombrar, á don Fernando de Andrada. Sintiéronse desto y agraviáronse don Hugo y don Juan de Cardona, que un caballero mozo y de poca esperiencia fuese antepuesto á los que en nobleza no le reconocian ventaja y en las cosas de la guerra se la hacian muy conocida; pero no por eso dejaron de acudir con los demás, ca venció el deseo de servir á su rey y hacer lo que debian, al sentimiento y pundonor.

Tenia toda la gente española mucho deseo de venir á las manos: las estancias muy cerca de las de los contrarios. El de Aubeni mostraba no menor voluntad de querer la batalla, y envió un trompeta á requerilla. Los españoles la rehusaban por el órden que tenian. Cobró avilenteza con esto, y por entender que nuestros soldados estaban descontentos, porque no les pagaban. Salió de Rosano y Ioya para acercarse á los contrarios, tanto que se adelantó á dar vista á Semenara: pasó el rio, y entró por la vega adelante, que fue grande befa. Habian estado los gallegos poco antes amotinados por que no le pagaban. Podíase temer algun desman: el virey de Sicilia con algun dinero, y los capitanes con las joyas y plata que vendieron, los aplacaron en breve.

Los franceses eran trecientos hombres de armas y seiscientos caballos ligeros, y mil y quinientos infantes y mas de tres mil villanos. Los españoles con buen órden salieron de Semenara en número ochocientos caballos, y cerca de cuatro mil peones. Retiróse el de Aubeni á Ioya sin atreverse á esperar la batalla. Siguiéronle los contrarios con intento de combatir el lugar. Pasaron algunas cosas de menor cuenta hasta que un viernes de mañana á veinte y uno de abril los unos y los otros como si la batalla estuviera aplazada, sacaron sus gentes al campo. El de Aubeni animaba á los suyos, traíales á la memoria la victoria que los años pasados ganaran en aquel mismo lugar y puesto del rey don Fernando de Nápoles y del Gran Capitan: «Si contra ejército tan pujante, y capitanes los mas valerosos de Italia salistes con la victoria, y distes muestra de la ventaja »que hacen los franceses á las demás naciones; será »razon que contra unos pocos y mal avenidos soldados perdais el ánimo? perdais el prez y gloria que »poco há ganastes? no lo permitirá Dios, ni vuestros corazones tal sufrirán: morir sí, pero no volver atrás: acordaos de vuestra nobleza, del nombre »y gloria de Francia.» Esto decia el de Aubeni.

Adelantábanse los campos por aquella llanura al son de sus atambores y tropetas. Cada parte pretendia aventajarse en tomar el sol. Pasaron los de España con este intento el rio un poco mas arriba. Antojóseles á los franceses que se retiraban. Arremetieron con poco órden, y con menos dispararon el artillería antes que la contraria, que no hizo daño alguno ni desbarató la ordenanza que los de España llevaban; los cuales á la mano izquierda pusieron la infantería, á la derecha los ginetes, en medio los hombres de armas. Rompieron los caballos con tanto denuedo en los contrarios que casi no quedó hombre de ellos á caballo: con esto el segundo escuadron de los enemigos en que iba la gente de á pié, sin aventurarse se puso luego en huida: siguieron los españoles el alcance hasta las puertas de Ioya, do la mayor parte de los vencidos se retiraron. Fueron presos casi todos los capitanes de los franceses, y dentro de Ioya se rindieron Honorato y Alonso de Sanseverino, el primero hermano y el segundo primo del príncipe de Bisiñano: al de Aubeni en la Roca de Angito, donde se retiró, apretaron de manera que se rindió al tanto por prisionero. Con esta victoria, que fue una de las mas señaladas que se ganaron en toda aquella guerra, toda la Calabria en un momento quedó llana por España.

CAPITULO XXI.

De la gran batalla de la Cirinola.

Hallábase el Gran Capitan en tal aprieto por falta de vituallas que no tenia provision para mas que tres dias, ni órden para proveerse y traellas de otra parte: temia no se rebelasen los lugares de aquella cocomarca forzados de la hambre que todos padecian igualmente. Acordó de salir á buscar al enemigo, y en primer lugar enderezarse contra la Cirinola, pueblo muy flaco, pero que tenia en el castillo bastante número de soldados, y alojado á seis millas todo el campo francés, por donde seria forzoso venir á las manos. Antes de partir socorrió á los hombres de armas con cada dos ducados, y á los infantes con cada medio: los soldados estaban muy animados, y no hacian instancia por ser pagados. El primer dia por bajo de la famosa Cannas á la ribera del rio Ofanto se fueron á poner á tres millas del campo francés. El dia siguiente prosiguieron su viaje la vuelta de la Cirinola muy en órden por tener los enemigos tan cerca. Fabricio Colona y Luis de Herrera iban con los corredores que eran hasta mil caballos ligeros: la avanguardia se dió á don Diego de Mendoza con dos mil infantes españoles; con los alemanes y algunos hombres de armas y caballos ligeros quedó el Gran Capitan en la retaguardia para hacer rostro á los contrarios, si los quisiesen seguir. La tierra era muy seca, el dia muy caluroso, la jornada larga; fatigóse tanto la gente que murieron de sed algunos hombres de armas y peones de los alemanes y españoles.

Tuvieron los franceses aviso desta incomodidad: acordaron aprovecharse de la ocasion, y sacar la gente de su fuerte en que se tenian muy pertrechados á dar la batalla. Eran los franceses quinientos hombres de armas, dos mil caballos ligeros y cuatro mil suizos y gascones repartidos en esta forma. El príncipe de Salerno llevaba en la avanguardia docientos hombres de armas y dos mil infantes: la retaguardia se dió al príncipe de Melfi con una compañía de hombres de armas, mil villanos y algunos gascones; con lo demás en la batalla iba el duque de Nemurs. Los de España se aventajaban en la infantería, si no fuera tan fatigada: los contrarios se señalaban en la caballería, que la tenian muy buena y muy lucida. Con este órden comenzaron los franceses á picar en nuestra retaguardia. Parecia cosa imposible llegar los de España á la Cirinola, do tenian fortificados sus reales, sin perder el carruaje, y aun mucha parte de la infantería, que quedaban tendidos por el suelo, por la sed y calor grande. En este aprieto el Gran Capitan no perdió el ánimo; antes hizo que los de á caballo tomasen en las ancas los peones que tenian necesidad, y él mismo hacia lo que ordenaba á los otros, y daba con su mano de beber á los que padecian mas sed.

Con este órden llegaron al fin á sus estancias sin que se recibiese algun daño dos horas antes que se pusiese el sol. En esto asomó la caballería enemiga. Los de España sin dificultad dentro de sus trincheas se pusieron en ordenanza: el miedo muchas veces puede mas que el trabajo. Entonces el Gran Capitan comenzó á animar á los suyos con estas razones: «La »honra y prez de la milicia, señores y soldados, con »vencer á los enemigos se gana. Ninguna victoria señalada se puede ganar sin algun afan y peligro. Los »que estais acostumbrados á tantos trabajos, no debeis desmayar en este dia, que es el en que habeis »de coger el fruto de todo el tiempo pasado. La causa »que defendemos, es tan justificada, que cuando nos

»hicieran ventaja en la gente, se pudiera esperar »muy cierta la victoria, cuanto mas que en todo nos »adelantamos, y mas en el esfuerzo de vuestros co»razones acostumbrados á vencer : la gana que mos»trábades de venir á las manos y el talante será razon »que en tal ocasion la perdais? Este dia si sois los »que debeis y soleis, dará fin á todos nuestros afa»nes.»

Tras esto se comenzó la batalla. El de Nemurs por ser tan tarde quisiera dejalla para el otro dia : el señor de Alegre hizo instancia que no se dilatase, ca tenia por cierta la victoria. De cada parte habia trece piezas de artillería : los franceses jugaron la suya primero sin hacer algun daño en nuestros escuadrones; la española, que como de lugar mas alto sojuzgaba á los contrarios, hizo en ellos grande estrago. No pudo tirar sino una vez por causa que un italiano pensando que los españoles eran vencidos, puso fuego á dos carros de pólvora que llevaban. La turbacion de la gente fue grande, y la llama se esparció tanto que se entendió eran todos perdidos. Estuvo el Gran Capitan sobre sí en este trance, que dijo á los que con él estaban con rostro alegre : «Buen anuncio amigos, que »estas son las luminarias de la vitoria que tenemos »en las manos.»

Por el daño que nuestra artillería hizo, el duque de Nemurs quiso luego trabar la pelea : arremetió con ochocientos hombres de armas contra los que estaban en ordenanza, la infantería por frente y los hombres de armas por los costados. Tenian el arce y la cava delante, reparo que los franceses no advirtieron; por donde les fue forzoso sin romper lanza dar el lado para volver á enristrar. Entonces los arcabuceros alemanes que cerca se hallaron, descargaron de tal manera sobre los contrarios, que hicieron grande estrago en aquel escuadron. Seguíase tras los hombres de armas el señor de Chandea coronel de suizos y gascones con su infantería. Contra estos salieron los españoles, y les dieron tal carga que al punto desmayaron. Adelantáronse los príncipes de Salerno y Melfi que venian este dia en la retaguardia: recibiólos el Gran Capitan con su escuadron como convenia. Finalmente los de España por todas partes cargaron de tal suerte que los contrarios fueron desbaratados y puestos en huida. Siguiéronlos los vencedores hiriendo y matando hasta meter los franceses por sus reales, que tenian seis millas distantes, y fueron con el mismo ímpetu entrados y ganadas las tiendas con la cena que aparejada hallaron, y era bien menester para los que aquel dia tanto trabajaron y tenian tanta falta de vituallas. El despojo y riquezas que se hallaron, fue grande.

Dióse esta batalla, de las mas nombradas que jamás hobo en Italia, un viernes á veinte y ocho de abril. Murió en ella á la primera arremetida el duque de Nemurs general, cuyo cuerpo mandó el Gran Capitan sepultar con toda solemnidad en Barleta en la iglesia de San Francisco : murieron otrosí el señor de Chandea, el conde de Morcon, y casi todos los capitanes de los suizos; los príncipes de Salerno y Melfi y marqués de Lochito salieron heridos. Perdieron toda la artillería y casi todas las banderas. Muy mayor fuera el daño, si la noche que sobrevino y cerró, con su escuridad no impidiera la matanza. Reposaron los vencedores aquella noche : el dia siguiente se entregó Cirinola, y todos los que en el pueblo tenian de guarnicion, se rindieron á merced; lo mismo hicieron trecientos que de los vencidos se recogieron al castillo. Canosa asimismo alzó banderas por España. Los que en esta batalla se señalaron, fueron los españoles, ca los alemanes fuera de la rociada que dieron á los hombres de armas franceses, no pusieron las manos en lo demás. Entre todos ganaron grande honra, de los italianos el duque de Termens, de los españoles don Diego de Mendoza, de quien dijo el Gran Capitan que aquel dia obró como nieto de sus abuelos. Mandaron enterrar los muertos. Hallóse que de la parte de Francia murieron tres mil y setecientos, y de los españoles no faltaron sino nueve en la pelea, y ninguno persona de cuenta. Verdad es que en el camino muchos de los del campo español murieron de sed; y aun mil y quinientos no se pudieron sacar del agua que hallaron en ciertos pozos, ni fueron de provecho alguno aquel dia : por lo cual la batalla fue muy dudosa, y la victoria por el mismo caso mas alegre y mas señalada, y de mayor gloria para los vencedores.

LIBRO VIGESIMO-OCTAVO.

CAPITULO I.

Que la ciudad de Nápoles se rindió al Gran Capitan.

Despues que los españoles ganaron la batalla de la Cirinola, casi todo lo demás de aquel reino se les allanó con facilidad. El Gran Capitan no se descuidaba con la victoria como el que sabia muy bien que la grande prosperidad hace á los hombres aflojar, por donde suele ser víspera de algun desastre; y que es menester ayudarse cuando sopla el viento favorable, sin perdonar á diligencia ni á trabajo hasta tanto que la empresa comenzada se lleve al cabo, tanto mas que un dia despues que ganó aquella victoria, le llegaron cartas de la batalla que los suyos vencieron junto á Semenara, y de la prision del señor de Aubeni. No llegaron estas nuevas antes á causa que don Fernando de Andrada no se tenia por sujeto al Gran Capitan por haber sucedido en aquel cargo á Luis Portocarrero; de que él se sintió tanto que envió á pedir licencia para volverse á España. El rey Católico mandó á don Fernando desistiese de aquella pretension, y el Gran Capitan le diese una compañía de hombres de armas para que ayudase en lo que restaba.

Con la nueva destas dos victorias, y con enviar diversos barones á sus tierras para que allanasen lo que restaba alzado, muy en breve se redujeron la Capitinata y Basilicata casi todas, y aun en el Principado muchos barones y pueblos se declararon por España. De los que escaparon de la batalla, la mayor parte se retiró la vuelta de campaña con intento de fortificarse en Gaeta, ciudad de sitio inespugnable, ca todo lo demás lo daban por perdido. Siguiólos Pedro de Paz con algun número de caballos. Con ocasion de su ida por aquella comarca Capua alzó banderas por España, y aun gente de aquella ciudad ayudó á seguir los franceses, de los cuales antes que entrasen en Gaeta, mataron y prendieron hasta cincuenta hombres de armas que alcanzaron. El marqués de Lochito luego que llegó á su casa, aunque maltratado de la pelea, con su mujer y la hacienda que pudo recoger, se partió la via de Roma para el cardenal de Sena su tio hermano de su madre: otros se redujeron á otras partes en especial monsieur de Alegre y el príncipe de Salerno se recogieron á Melfi, de donde el dia siguiente se partieron la via de Nápoles. El conde de Montela al pasar estos señores por su estado les mató y prendió mas de docientos caballos de quinientos que llevaban.

Luis de Arsi se fortificó en Venosa confiado en el castillo que tenia muy bueno. Acudió luego el Gran Capitan con su campo : hizo sus estancias en la leonesa que está cerca de aquellos dos pueblos, Melfi y Venosa. Allí se movieron tratos con el príncipe de Melfi para que se rindiese, como lo hizo á condicion que le dejasen residir en otra villa de su estado, hasta entender si el rey Católico le recebia en su servicio con las condiciones que tenian tratadas, magüer que de su ingenio se pudo presumir tenia tambien

puestos los ojos en lo que pararía el partido de Francia.

Fabricio Colona y los condes del Pópulo y Montorio fueron enviados al Abruzo para dar calor á los que en aquella provincia se declaraban por España, y para allanar lo restante: al almirante Vilamarin se envió órden que con sus galeras y los demás bajeles que pudiese juntar, partiese con toda presteza la vuelta de Nápoles para do el Gran Capitan se pensaba encaminar, y con este intento fué con su gente á Benevento, y de allí pasó á Gaudelo. Desde este pueblo escribió una carta muy comedida á la ciudad de Nápoles, en que ofrecia á aquellos ciudadanos todo buen tratamiento y cortesía, y les rogaba no diesen lugar para que su gente entrase en su territorio de guerra y hiciese algunos daños. Salieron á tratar con él el conde de Matera y los síndicos de aquella ciudad. Hicieron sus capitulaciones, y con tanto ofrecieron de entregarse. A la sazon monsieur de Vanle hijo del señor de Labrit avisado del destrozo de los franceses pidió licencia al duque Valentin, ca le servia en la guerra que continuaba contra los Ursinos, para acudir al reino de Nápoles. Diósela el duque, y con docientos caballos y alguna gente de á pié que pudo recoger, se fué á juntar con el campo de los franceses: los cuales con la gente que de la Pulla y Calabria y del Abruzo se les allegó, formaron cierta manera de campo, y se alojaron junto al Garellano.

Por esta causa se pusieron á las espaldas en Capua y en Sessa de los españoles hasta cuatrocientos de á caballo. Al presente acordó el general enviar toda la demás gente para el mismo efecto de hacer rostro á los enemigos y asegurarse por aquella parte, y quedarse solo con mil soldados que le parecia bastaban para el cerco de los castillos de Nápoles. Los soldados españoles con el deseo que tenian de verse en Nápoles, la noche antes se desmandaron á pedir la paga que decian les prometiera el Gran Capitan de hacelles en Nápoles. Mostrábanse tan alterados que por escusar mayores inconvenientes fue forzado el general de llevar consigo la infantería española, y se contentó con enviar á Sessa los hombres de armas y caballos ligeros y los alemanes, con órden que le aguardasen allí que muy en breve seria con ellos, ca no pensaba detenerse en aquella ciudad.

La entrada del Gran Capitan en Nápoles fue á diez y seis de mayo con tan grande aplauso y triunfo como si entrara el mismo rey. Llevaba delante la infantería y las banderas de España. Los barones y caballeros de la ciudad le salieron al encuentro. Todo el pueblo, que es muy grande, derramado por aquellos campos con admiracion miraban aquel valeroso capitan, que tantas veces venció y domó sus enemigos. Acordábanse de las hazañas pasadas y proezas suyas en tiempo y favor de sus reyes don Fernando y don Fadrique, y comparábanlas con las victorias que de presente dejaba ganadas. Parecíales un hombre venido del cielo, y superior á los demás. Lleváronle por los sejos, como se acostumbraba llevar á los reyes



Corona de doña Isabel la Católica. *(Armería Real de Madrid.)*

cuando se coronaban, por las calles ricamente entapizadas, el suelo sembrado y cubierto de flores y verduras: los perfumes se sentian por todas partes; todo daba muestra de contento y alegría. Los mas aficionados á Francia eran los que en todo género de cortesía mas se señalaban y mas alegres rostros mostraban con intento de cubrir por aquella manera las faltas pasadas.

La ciudad de Nápoles, que dió nombre á aquel reino, es una de las mas principales, ricas y populosas de Italia. Su asiento á la ribera del mar Mediterráneo, y á la ladera de un collado que poco á poco se levanta entre Poniente y Septentrion. Las calles son muy largas y tiradas á cordel, sembradas de edificios magníficos á causa que todos los señores de aquel reino, que son en gran número, tienen por costumbre de pasar en aquella ciudad la mayor parte del año, y para esto edifican palacios muy costosos como á porfía y competencia. Los mas nombrados son el del príncipe de Salerno y el del duque de Gravina. Convídales á esto la templanza grande del aire, la fertilidad de los campos, y los jardines maravillosos y frescos que tiene por todas partes; así no hay ciudad en que vivan de ordinario tantos señores titulares. Está la ciudad dividida en cinco sejos, que son como otras tantas casas de ayuntamientos en que la nobleza y los señores de cada cuartel se juntan á tratar de lo que toca al bien de la ciudad, de su gobierno y provision. Los templos, monasterios y hospitales muchos y muy insignes, especialmente el hospital de la Anunciata cada un año de limosnas que se recogen, gasta en obras pias mas de cincuenta mil ducados. Los muros son muy fuertes y bien torreados, con cuatro castillos que tiene muy principales: el primero es Castelnovo, muy grande y que parece inespugnable, puesto á la marina cerca del muelle grande que sirve de puerto: el segundo la puerta Capuana, que está á la parte del Septentrion, y antiguamente fue una fuerza muy señalada; al presente está dedicada para las audiencias y tribunales reales: el castillo del Ovo en el mar sobre un peñol pequeño: pero inaccesible: el de Santelmo se ve en lo mas alto de la ciudad, que la sojuzga, y de años á esta parte está muy fortificado. Destas cuatro

fuerzas las dos se tenian á la sazon por los franceses, es á saber Castelnovo, do tenian de guarnicion quinientos soldados, y Castel del Ovo.

Luego que el Gran Capitan se apeó en su posada, fue con Juan Claver y otros caballeros á reconocer aquellos castillos y dar órden en el cerco, que se puso luego sobre Castelnovo. Batíanle con grande ánimo y minábanle: los de dentro se defendian muy bien. Llegó Vilamarin con su armada siete dias despues que el Gran Capitan entró en Nápoles: surgió cerca de Nuestra Señora de Pié de Gruta. Esto era en sazon que en Roma postrero de mayo creó el papa nueve cardenales, los cinco del reino de Valencia. Apretaron los españoles á los cercados por tierra y



Entrada del Gran Capitan en Nápoles

por mar; y en fin despues de muchos combates se entró el castillo por fuerza, y fue dado á saco á los doce de junio. El primero al entralle Juan Pelaez de Berrio natural de Jaen, y gentilhombre del Gran Capitan. Los que mucho se señalaron en el combate, fueron los capitanes Pedro Navarro, escelente en minar cualquiera fuerza, y Nuño de Ocampo, al cual en renumeracion se dió la tenencia de aquel castillo.

Entre los otros prisioneros se halló en aquel castillo Hugo Roger conde de Pallas, que por mas de cuarenta años fue rebelde al rey Católico y al rey don Juan su padre: Enviáronle al castillo de Játiva, prision en que feneció sus dias. Venian algunas naves francesas y ginovesas de Gaeta en favor de los cercados; pero llegaron tarde. dado que duró aquel cerco mas de tres semanas. Túvose aviso que la armada francesa venia, que era de seis carracas y otras naves gruesas, y cinco galeras, sin otros bajeles menores. Vilamarin por no ser bastante á resistir se retiró al puerto de Iscla. Allí estuvo cercado de la armada contraria; defendióse empero muy bien de suerte que muy poco daño recibió: hallóse presente el marqués del Vasto, que acudió muy bien á la defensa de la isla y de la armada.

Restaba el Castel del Ovo: no pudo esperar el Gran Capitan que se tomase. Dejó el cuidado principal de combatille á Pedro Navarro y Nuño de Ocampo. Ellos con ciertas barcas cubiertas de cuero se arrimaron para minar el peñasco por la parte que mira á Picifalcon: con esto y con la batería que dieron al castillo, mataron la mayor parte de los que le defendian; solos veinte que quedaron vivos, al fin se rindieron á condicion de salvalles las vidas. Dióse la tenencia á Lope Lopez de Arriaran que se halló con los demás en el cerco, y se señaló en él de muy esforzado. Con esto la ciudad de Nápoles se aseguró y quedó libre de todo recelo al mismo tiempo que Fabricio Colona con ayuda de ochocientos soldados que le vinieron de Roma, enviados por el embajador Francisco de Rojas, entró por fuerza la ciudad del Aguila cabeza del Abruzo; con que se allanó lo mas de aquella provincia. Fracaso de Sanseverino; y Gerónimo Gallofo cabeza de los Angevinos en aquella ciudad se escaparon y recogieron á las tierras de la Iglesia.

CAPITULO II.

Del cerco de Gaeta.

Partió el Gran Capitan de Nápoles á los diez y ocho de junio la vuelta de San German con intento

de hacer rostro á los franceses que alojaban con su campo de la otra parte del rio Garellano llamado antiguamente Lyris, y de allanar algunos lugares de aquella comarca que todavía se tenian por Francia. Pasó por Aversa y por Capua á instancia de aquellas ciudades que le deseaban ver, y mostrar la aficion que tenian á España. Entretanto que se detenia en esto, por su órden se adelantaron Diego García de Paredes y Cristóbal Zamudio con mil y quinientos soldados para combatir á San German. Rindiéronse aquella ciudad y su castillo brevemente, si bien en Monte Casino que está muy cerca, se hallaba Pedro de Médicis con golpe de gente, francesa; mas desconfiado de poderse allí defender, se partió arrebatadamente, y docientos soldados que dejó en aquel monasterio, se concertaron con los de España y le rindieron. Por otra parte el Gran Capitan rindió á Roca Guillerma que era plaza muy fuerte, y á Trageto que está sobre el Garellano, y otros lugares por aquella comarca. En particular se rindieron Castellon y Mola, pueblos que cae nmuy cerca de Gaeta, y se tiene que el uno de los dos sea el Formiano de Ciceron.



Traje de hombre de Granada

Hecho esto, el Gran Capitan pasó adelante con su campo, que le asentó en el Burgo de Gaeta primero de julio. Es aquella ciudad muy fuerte por estar rodeada de mar casi por todas partes; solo por tierra tiene una entrada muy estrecha y áspera, y sobre la ciudad el monte de Orlando, de subida asimismo muy ágria, en que los franceses tenian asentada mucha artillería de suerte que no se podia llegar cerca. Tenian dentro cuatro mil y quinientos hombres de guerra, los mil y quinientos de á caballo, recogidos allí de diversas partes. Sobre todo eran señores del mar por la armada francesa que era superior á la de España: así no se podia impedir el socorro ni las vituallas, dado que Vilamarin acudió allí con sus galeras y el Gran Capitan hizo traer la artillería que dejó en Nápoles, para combatir el monte de donde los suyos recebian notable daño por tener sus estancias á tiro de cañon, y estar descubierta gran parte del campo español y sojuzgada del monte.

Fueron muchos los que mató el artillería, y entre los demás gente de cuenta, en particular murió don Hugo de Cardona caballero de grandes partes. Los de dentro padecian falta de mantenimientos, y mas de harina por no tener con que moler el trigo. Llególes socorro á seis de agosto de vituallas, y mil y quinientos hombres en dos carracas y cuatro galeones y algunas galeras en qué iba el marqués de Saluzes, nombrado por visorey en lugar del duque de Nemurs. El mismo dia que llegó este socorro, Rabastein coronel de los alemanes que tiraba sueldo de España, fue muerto de un tiro de falconete. Por todo esto el dia siguiente el Gran Capitan retiró su campo á Castellon, que es lugar sano y está cerca, y no podian ser ofendidos del artillería enemiga. En tantos dias no se hizo de parte de España cosa de consideracion á causa que ni se pudo acometer la ciudad, si bien la artillería derribó buena parte de la muralla, que fortificaron muy bien los de dentro, ni los cercados salieron á escaramuzar. Solo el mismo dia que se retiró nuestro campo, salieron de Gaeta dos mil y quinientos soldados á dar en la retaguardia de los alemanes: dejáronlos que se cebasen hasta sacallos á lugar mas descubierto y tenellos mas lejos de la ciudad; entonces revolvieron sobre ellos tan furiosamente cuatrocientos españoles, que los hicieron volver luego las espaldas sin parar hasta metellos por las puertas de Gaeta, con muerte de hasta docientos que á la vuelta despojaron muy de espacio.

A la sazon que esto pasaba en Gaeta, por la una parte y por la otra se hacian todos los apercebimientos posibles: el rey de Francia procuró que el señor de la Tramulla fuese en favor de Gaeta con seiscientas lanzas francesas y ocho mil suizos, sin otros cuatro mil franceses que eran llegados por mar á Liorna y Telamon y Puerto Hércules. Hacíase esta masa de gente en Parma: acudieron allí el duque de Ferrara y marqués de Mantua y otros personajes italianos. El canciller de Francia y el baylío de Mians que se halló en la batalla de la Cirinola, de Gaeta fueron á Roma para solicitar que el campo francés se apresurase. Pretendíase que el marqués de Mantua fuese junto con el de la Tramulla por general de aquella gente, y si bien al principio se escusó por persuasion y diligencia que usó Lorenzó Suarez que estaba en Venecia y solicitaba que aquella señoría se declarase por España; en fin como se supo que el de la Tramulla por enfermedad que le sobrevino, no podia ir, se encargó de servir al rey de Francia.

Por el contrario el rey Católico envió á Nápoles seis galeras con dineros y gente, y por su general á don Ramon de Cardona. Con su venida la armada de España aun no igualaba la de Francia, que llegaba entre naves y galeras y otros bajeles á treinta velas: por otra parte el Gran Capitan procuraba con todas sus fuerzas traer los Ursinos al servicio del rey Católico, plática que se movió primero por el conde de Pitillano que era el mas principal de aquella casa, y ofrecia de servir con cuatrocientas lanzas; lo cual se concluyó, y fue por capitan de los Ursinos Bartolomé de Albiano, caudillo que los años adelante se señaló grandemente en las guerras de Italia, y en las cosas prósperas y adversas que por él pasaron dió muestra de valor. Tratábase asimismo que el César rompiese la guerra por Lombardía: para facilitar le ofrecian cantidad de dineros, y juntamente se procuraba que el papa se declarase por España, ca en este tiempo se mostraba neutral: negociacion que la traian muy

adelante, si se podia tener alguna confianza del ingénio del duque Valentin.

Desbaratólo la muerte del papa, que le sobrevino á los diez y ocho de agosto de veneno con que el duque Valentin pensaba matar algunos cardenales en el jardin del cardenal Adriano Corneto, donde cierto dia cenaron y conforme al tiempo se escanció asaz. Fue asi que por yerro los ministros trocaron los frascos, y del vino que tenian inficionado, dieron á beber al papa y al dicho cardenal. El duque luego que se sintió herido, ayudado de algunos remedios y por su edad escapó: en particular dicen que le metieron dentro del vientre de una mula recien muerta, aunque la enfermedad le duró muchos dias. El papa y cardenal como viejos no tuvieron vigor para resistir á la ponzoña. Tal fue el fin del pontífice Alejandro que poco antes espantaba al mundo, y aun le escandalizaba. Muchas cosas se dijeron y escribieron de su vida, si con verdad, ó por odio, no me sabria determinar, bien entendido que todo no fue levantado, ni todo verdad. Con su muerte nuevas esperanzas y pretensiones se tramaron, y muchos acudieron para sucedelle en aquel alto lugar, que hacian mas fundamento en la negociacion que en las letras y santidad.

Sucedió esto en el mismo tiempo que el rey don Fadrique se vió en Macon con el de Francia, do se le dieron grandes esperanzas de volvelle su reino, y las mismas pláticas se movian por parte de España: palabras que todas salieron al cabo vanas. Secretario del rey don Fadrique y compañero en el destierro fue Actio Sincero Sanazario insigne poeta deste tiempo. Este y Joviano Pontano, que fue asimismo secretario de los reyes pasados de Nápoles, escribieron con la pasion muchos males y vituperios del papa Alejandro. El rey de Francia hizo muchos favores á Sanazario, y por su intercesion se le restituyeron los bienes que por seguir á su señor en el destierro dejó perdidos; y alcanzó finalmente licencia de volver al reino de Nápoles.

CAPITULO III.

Del cerco que los franceses pusieron sobre Salsas.

Grandes recelos se tenian que la guerra no se emprendiese en España por la mucha gente que de Francia acudia á las partes de Narbona. Con este cuidado el rey Católico fue á Barcelona para desde mas cerca proveer en todo lo necesario; y para la defensa alistaba toda la gente que podia, y aun nombró por general de Ruysellon á don Fadrique de Toledo duque de Alba. No faltaba quien aconsejase al rey que ganase por la mano, y con sus huestes hiciese la guerra en Francia. La poca satisfaccion que de los rey y reina de Navarra se tenia, todavía continuaba á causa que toda aquella casa era muy francesa, tanto que el señor de Vanes hermano de aquel rey seguia con su gente el partido de Francia en el reino de Nápoles, y su padre el señor de Labrit de nuevo fue nombrado por gobernador de la Guiena, que era hacelle por aquella parte frontero de España. Demás desto el señor de Lussa con gente que tenia junta, pretendia entrar en el valle de Anso, que es parte de Aragon, para combatir el castillo de Verdun; lo cual no podia hacer, si no le daban entrada por el val de Roncal que pertenece á Navarra.

Pretendian aquellos reyes descargarse de todo lo que se les oponia; y para quitar aquella mala satisfaccion enviaron (como queda apuntado) á su hija la infanta doña Madalena para que se criase en compañía de la reina doña Isabel; bien que esta prenda no era ya de tanta consideracion, por cuanto este mismo año les nació hijo varon, que se llamó Enrique, y les sucedió adelante en aquellos estados. Por esta mala satisfaccion proveyó la reina Católica desde Madrid do residia, que el condestable de Castilla y duque de Nájara con sus vasallos, y quinientos caballos que de nuevo les envió, se acercasen á las fronteras de aquel reino, dado que don Juan de Ribera que de tiempo pasado tenian allí puesto, no se descuidaba, antes ponia en órden todo lo necesario; ca todos tenian por cierto que la guerra se emprenderia por estas partes.

Así fue que el rey de Francia determinó de juntar todas las fuerzas de su reino, y con ellas hacer todo el mal y daño que pudiese por la parte de Ruysellon, que pensaba hallar desapercibido para resistir á un ejército tan grande que llegaba á veinte mil combatientes entre la gente de ordenanza y de la tierra, bien que toda la fuerza consistia en diez mil infantes y mil caballos. El general de toda esta gente mon sieur de Rius mariscal de Bretaña, luego que le tuvo junto, en fin de agosto asentó su campo en los confines de Ruysellon en un lugar que se llama Palma. Detuviéronse algunos dias en aquel alojamiento. Desde allí tomaron la via de Salsas, la infantería por la sierra y los caballos por lo llano: dejaban guardados los pasos porque los nuestros no les atajasen las vituallas que les venian de Francia. Con este órden se pusieron sobre el castillo de Salsas sábado á diez y seis dias de setiembre.

Era ya el duque de Alba llegado á Perpiñan: tenian mil ginetes y quinientos hombres de armas, y seis mil peones; y otro dia despues que llegó don Sancho de Castilla, que era antes general de aquella frontera, se fue á meter dentro de Salsas. Salieron los del duque por su órden á reconocer el campo del enemigo y dalles algun rebate y alarma: el mismo duque con su gente salió de Perpiñan y se fue á poner en Ribasaltas sobre Salsas y sobre el campo francés. No podia allí ser ofendido por la fragura del lugar, y estaba alerta para no perder cualquiera ocasion que se ofreciese de dañar al enemigo, ó dar socorro á los cercados hasta llegar á presentar la batalla al enemigo, que fue arriscarse demasiado por tener mucho menos gente, si los franceses la aceptaran; verdad es que el lugar en que el duque se puso era muy aventajado.

A la sazon que los franceses se pusieron sobre el castillo de Salsas, y hacian todas sus diligencias para ganar aquella plaza, los cardenales en Roma se cerraran en su cónclave para elegir sucesor en lugar del papa Alejandro. Muchos eran los que pretendian, y la negociacion andaba muy clara. El cardenal de Ruan se adelantaba mucho así por causa del campo francés que marchaba la vuelta de Roma, como porque de Francia trajo en su compañía para ayudarse dellos á los cardenales de Aragon y Ascanio Esforcia, que hizo con este intento poner del todo en libertad. El cardenal de San Pedro Julian de la Rovere se le oponia, dado que en lo demás era muy francés; queria empero mas para sí el pontificado que para otro. Asimismo al cardenal don Bernardino de Carvajal daba la mano el Gran Capitan; y para este efecto hizo que el cardenal Juan de Colona que se hallaba en Sicilia por la persecucion del papa Alejandro contra aquella su casa, viniese al cónclave; y juntamente despachó con gente desde Castellon á Próspero Colona y don Diego de Mendoza con voz que no permitiesen que por la parte de Francia se hiciese alguna fuerza á los cardenales.

Ninguno destos pretensores, ni el cardenal de Nápoles que asimismo estuvo adelante, pudo salir con el pontificado, si bien detuvieron la eleccion por espacio de treinta y cinco dias. Concertaron los cardenales entre sí que cualquiera que saliese papa, dentro de dos años fuese obligado de juntar concilio general para reparar los daños, y despues se celebrase cada tres años perpetuamente. Juraron esta concordia todos los cardenales. Hecho esto, se conformó la ma-

por parte del colegio de nombrar por pontífice al cardenal de Sena Francisco Picolomino, que tenia muy buena fama de persona reformada. Hízose la eleccion á los veinte y dos de setiembre: llamóse Pio Tercero en memoria de su tio el papa Pio Segundo hermano que fue de su madre. Tuvo gran deseo de reformar la Iglesia, y en particular la ciudad de Roma y la curia: con este intento en una congregacion que juntó antes de coronarse, declaró su buena intencion, además que para juntar concilio no queria esperar los dos años, sino dar priesa desde luego para que con toda brevedad se hiciese.

Sus santos intentos atajó su poca salud y la muerte que le sobrevino muy en breve al cabo de veinte y seis dias despues de su eleccion. A los demás dió contento la eleccion deste pontífice, y les parecia muy acertada para reparar los daños pasados, en particular al rey Católico: otros sentian de otra manera, y entre ellos el Gran Capitan, que se recelaba por lo que tocaba al marqués de Lochito su sobrino, no se pusiese de la parte de Francia, con que las cosas de España en el reino de Nápoles empeorasen. En este cónclave tuvo poca parte el duque Valentin á causa de su indisposicion que le trabajó muchos dias; y aun los señores de la Romaña y barones de Roma que tenia despojados, con tan buena ocasion hicieron sus diligencias para recobrar sus estados, y salieron con ello. Los venecianos asimismo se apoderaron de algunas de aquellas plazas, de suerte que en pocos dias no quedó por el duque en la Romaña sino solo los castillos de Forli y de Arimino, ó poco mas; que lo mal adquirido de ordinario se pierde tan presto y mas que se gana.

CAPITULO IV.

Que se alzó el cerco de Salsas.

Hacian los franceses sus minas, y con la artillería batian los muros del castillo de Salsas con tanta furia que derribaron una parte de la torre maestra y de un baluarte que no tenian aun acabado. Cegaron las cavas, con que tuvieron lugar de llegar ú picar el muro. Grande era el aprieto en que los de dentro estaban: acordaron desamparar aquel baluarte; pero en ciertas bóvedas que tenian debajo, pusieron algunos barriles de pólvora con que le volaron á tiempo que le vieron mas lleno de franceses, que fue causa que murieron mas de cuatrocientos dellos parte quemados, parte á manos de los que salieron á dar en ellos. Acudian al duque de Alba cada dia nuevos soldados, con que llegó á tener cuatrocientos hombres de armas, mil y quinientos ginetes, y hasta mil infantes. Con esta gente, un viernes á trece de octubre llegó á ponerse junto al real de los franceses, y estuvo allí hasta puesta del sol. No quisieron los contrarios dejar su fuerte, ni salir á dar la batalla: por ende nuestra artilleria descargó sobre ellos, y les hizo algun daño.

En esta sazon el rey acudió á Girona para recoger la gente que le venia de Castilla, no menos en número que los que tenia en Perpiñan, y mejor armados que ellos. Publicaba que queria acometer á los franceses dentro de su fuerte, si no querian salir á la batalla. Tenía asimismo apercebida en aquellas marinas una armada para acudir á lo de Ruysellon, y por su general Estopiñan, que aun no era llegado por falta de tiempo. Como las fuerzas del rey acudian á aquella parte, diez y nueve fustas de moros tuvieron lugar de hacer daño en las costas de Valencia y de Granada. Encontró con ellas Martin Hernandez Galindo general por mar de la costa de Granada: pelearon cerca de Cartagena, los moros quedaron vencidos, y las fustas tomadas ó echadas á fondo.

El rey alegre con esta nueva partió de Girona con su gente: llegó á Perpiñan un jueves diez y nueve de octubre. Allí visto el aprieto en que los cercados se hallaban, acordó abreviar, y que parte de su ejército se pusiese por las espaldas de los contrarios á la parte de Francia, resuelto con la demás gente de combatillos por la otra banda. Para que esto mejor se hiciese, el mismo dia que llegó, hizo combatir un castillo de madera que los franceses tenian levantado en el agua para impedir á los contrarios el paso porque no les atajasen las vituallas que de Francia les venian. La pérdida de aquel castillo, la llegada y resolucion del rey puso gran espanto en los franceses, tanto que aquella noche sin ruido y sin que los del rey lo pudiesen entender, sacaron su artillería al camino de Narbona, y el dia siguiente levantaron su campo, dejando parte de sus municiones y bagajes; y dado que bajaron á lo llano, y dieron muestra de querer la batalla, mas luego revolvieron la vuelta de Narbona. Acometieron la retaguardia los ginetes de Aragon y gente de á caballo de Cataluña, diéronles tal carga que les fue forzado desamparar parte de la artillería, de las municiones y tiendas que llevaban.

Acudió el rey con todo su campo: los franceses llevaban ventaja y se daban priesa, y la acogida que tenian cerca, así no les pudo dar alcance, si bien se metió dentro de Francia, donde los nuestros ganaron á Leocata y otros lugares de aquella comarca. Esto era en sazon que la infanta doña Isabel nació en Lisboa á los veinte y cuatro dias de octubre, que fue emperatriz adelante y reina de España. Pocos dias despues vinieron embajadores de Francia, por cuyo medio se concertaron treguas por espácio de cinco meses entre los dos reyes y sus reinos, fuera de lo que tocaba al reino de Nápoles: con esto se dejaron las armas. Quedó por general de aquella frontera don Bernardo de Rojas, marqués de Denia, y en su compañía mil hombres de armas, dos mil ginetes y tres mil peones: por alcaide de Salsas don Dimas de Requesens.

Hecho esto, el rey dió la vuelta á Barcelona. Dende despachó á Francia por sus embajadores á Miguel Juan Gralla y Antonio Augustin por estar así tratado, y juntamente para que procurasen tomar algun asiento en las cosas del reino de Nápoles, que tenian puesto en mucho cuidado al rey Católico por el socorro que iba de franceses, y sobre todo por las nuevas que le vinieron de la muerte del papa Pio Tercero, y de la eleccion del cardenal de San Pedro en pontífice, que fue á primero de noviembre, y se llamó en su pontificado Julio Segundo. Era ginovés de nacion, de aficion muy francés, y de ingenio bullicioso: temíase no fuese parte para revolver á Italia. Tuvo gran parte en esta eleccion el duque Valentin: por la mala voluntad que tenia al cardenal don Bernardino Carvajal, y entender que tenia parte en los votos, procuró con los que eran hechura del papa Alejandro, que sacasen por papa al que salió.

Esto era en sazon que el archiduque partió de Saboya para ir á verse con su padre, que le persuadió no insistiese en llevar adelante la paz que se concertó en Francia: ofrecia otrosí, si el rey Católico le proveia de dinero, de hacer la guerra por la parte de Lombardía; empresa sobre que le hacian instancia don Juan Manuel y Gutierrez Gomez de Fuensalida embajadores del rey Católico en Alemaña. El rey Católico no se aseguraba de la condicion del César ni de su constancia; y hacia mas fundamento en su dinero para todo lo que sucediese, que en el socorro que por aquella parte le podia venir: con esto sin concluir nada se pasaba el tiempo en demandas y respuestas.

En la princesa doña Juana se veian grandes muestras de tener ya turbado el juicio, que fue una de las cosas que en medio de tanta prosperidad dió mayor pena á sus padres, y con razon: cuán pobre de contento es esta vida! Daba grande priesa que se queria

ir á su marido: entreteníala su madre con buenas razones por no ser el tiempo á propósito. Llegó tan adelante que un dia se quiso salir á pié de la Mota de Medina do la entretenian: no tuvieron otro remedio sino alzar el puente. Ella visto quo no podia salir, se quedó en la barrera; y en una cocina allí junto dormia y comia sin tener respeto al frio ni al sereno que era grande. Ni fueron parte don Juan de Fonseca obispo de Córdova que se halló en su compañía, ni el arzobispo de Toledo que para este efecto sobrevino, para que volviese á su aposento hasta tanto que vino la reina, que estaba doliente en Segovia. Desde allí al fin por contentalla y aplacalla mandó aprestar una armada en Laredo para llevalla luego que el tiempo abriese, á Flandes, do ya era llegado su marido el archiduque á cabo de tantos meses que en Francia y en Saboya se entretuvo.

CAPITULO V.

De las rotas que dieron los de España á los franceses junto al Garellano.

El campo francés que estaba en Italia marchaba la vuelta del reino muy despacio. Pasó por Florencia y por Sena sin hallar impedimento alguno. Llevaba por general al marqués de Mantua. El de la Tramulla por estar doliente de cuartanas se quedó atrás, si bien seguia á los demás con parte de la gente. Apretóle la indisposicion, y no pasó adelante de Roma; en la cual ciudad no acogieron el campo francés, solo dieron lugar que pasase el Tiber por el puente Molle, que está á dos millas de Roma. El Gran Capitan se hallaba en gran cuidado cómo podria continuar el cerco de Gaeta, y atajar el paso á aquella gente que le venia de socorro. Acudióle muy á tiempo el embajador Francisco de Rojas con dos mil soldados que pudo recoger en Roma entre españoles, alemanes é italianos, y cien caballos ligeros; y puso en órden otros docientos alemanes y quinientos italianos para enviallos en pos de los primeros. Iba con esta gente don Hugo de Moncada, que dejó una conducta de cien hombres de armas que tenia del duque Valentin, con deseo de servir á su rey y acudir en aquel aprieto. Fue este socorro muy á tiempo por cuanto el cerco de Salsas impedia que de España no pudiese acudir alguna ayuda de gente ni de dineros.

El Gran Capitan luego que supo que los enemigos eran pasados de Roma, y que llegaban á los confines del reino, arrancó con todo su campo de Castellon en busca dellos. Llegó el primer dia á ponerse en la ribera del Garellano. Dejó allí á Pedro de Paz con buen golpe de gente para guarda de cierto paso, y él fué adelante camino de San German. Llegó en sazon que el campo francés alojaba en Pontecorvo, lugar de la iglesia, distante de allí solas seis millas. Era fama que en él se contaban hasta mil almetes, dos mil caballos ligeros, y nueve mil infantes la mayor parte italianos. Tenian treinta y seis piezas de artillería, las diez y seis gruesas, las demás girifaltes y falconetes. Adelantóse con parte de la gente Pedro Navarro para combatir el castillo de Monte Casino, que todavía se tenia por los franceses. Tomóse por fuerza de armas, que fue gran befa para los franceses por estar á vista de su campo y no se atrever á socorrelle.

Publicóse que el de Mantua se jactaba que deseaba verse en campo con aquella canalla ó marranalla. El Gran Capitan con su hueste se puso á una milla de Mantua y á su vista. Envióle desde allí á requerir con la batalla, pues tanto mostraba deseaIla. El respondió que en el Garellano se verian, que él pasaria á su pesar. Este famoso rio tiene su nacimiento en el Abruzo, y pasa por entre San German y las tierras de la iglesia muy recogido. Lleva tanta agua que apenas se puede vadear. No tenia por allí otra puente sino la de Pontecorvo. Hace con su corriente grandes revueltas y muchas, por donde con estar Gaeta desta parte del rio como se va de Roma, para socorrella por camino mas breve era menester pasalle por dos veces.

Acudió desde Gaeta el señor de Alegre con hasta tres mil hombres para juntarse con el campo francés. Daba él priesa que pasasen el rio, y viniesen á las manos, sin quedar escarmentado de la batalla de la Cirinola como queda apuntado. Pasó pues el campo de los franceses el rio por el vado de Ceprano un domingo mediado octubre. El primer lugar que encontraron de los que se tenian por España pasado el rio, era Rocaseca. Estaban en él de guarnicion los capitanes Cristoval Villalva, Pizarro y Zamudio con mil y docientos soldados. Con esta gente dieron en la avanguardia de los franceses que venian mal ordenados, y mataron y prendieron mas de trecientos dellos. Acudieron los franceses á combatir aquella plaza. Los de dentro mostraban tanto ánimo, que no contentos con defender el lugar salieron á pelear con los franceses, y aun dellos mataron sobre docientos y á los demás hicieron retirar dentro de sus reparos. Otro dia les entraron tres mil hombres de socorro con Próspero Colona y Pedro Navarro.

Por otra parte marchaba el Gran Capitan con todo su campo para acudir á los cercados. Los enemigos si bien hicieron ademan de querer volver al combate, por miedo de perder la artillería si les sucediese algun desman, y por ser el tiempo muy lluvioso, alzado su campo, volvieron á alojarse de la otra parte del rio. Desde á dos dias segunda vez pasaron el rio, y fueron á asentar su campo en Aquino que está seis millas de San German, donde era vuelto con su gente el Gran Capitan. La tempestad de agua era tan grande que impidió que no se viniese á las manos. Retrajéronse los franceses hacia Pontecorvo. El Gran Capitan por atajulles el paso del rio, que pretendian ponelle de por medio, caminó en su seguimiento hasta de la otra parte de Aquino, do les tornó á presentar la batalla. Ellos se cerraron en un sitio asáz fuerte con la artillería, y los de España fueron forzados á dar la vuelta á San German.

Los franceses tornaron á pasar el Garellano en sazon que entrado noviembre se concertaron los Ursinos con los Coloneses en Roma en servicio del rey Católico por medio de los embajadores de España y de Venecia, ca á los venecianos desplacia la prosperidad de Francia, y no querian tener por vecino príncipe tan poderoso. Obligáronse los Ursinos de servir con quinientos hombres de armas á tal que el rey Católico les acudiese con sesenta mil ducádos por año. Por su parte Bartolomé de Albiano principal entre los Ursinos, y que se halló en toda esta faccion del Garellano, ofrecia de servir en aquella guerra con tres mil de á caballo y de á pié.

Fabricio Colona con golpe de gente española que le dieron, combatió y tomó por fuerza á Roca de Vandra con grande afrenta del campo francés que lo veia, y no pudo socorrer á los cercados; antes rio abajo se fue á poner diez y ocho millas de San German, y doce no mas de Gaeta con intento de pasar el rio por una puente de piedra que allí hay. Pedro de Paz puesto para guardar aquel paso con mil y docientos infantes y algunos ginetes, con su gente y con otros docientos que llegaron de socorro, peleó tres dias y tres noches con los franceses sin que le pudiesen ganar la puente. En esto llegó el Gran Capitan con todo el campo, y con su llegada hizo pegar fuego á una parte de la puente que era de madera, y asentó su real junto á su entrada. Aquí hobo gran desórden en la gente de España, que por ser el tiempo tan recio, y no estar los soldados pagados, se desmandaban en robar por los poblados y caminos, demás que muchos así de los hombres de armas, como de la infantería desamparaban las banderas; y aun

los mas principales capitanes eran de parecer que el campo se retirase. Un dia llegó el negocio á tanto rompimiento que un soldado sobre el caso puso la pica en los pechos al Gran Capitan; pero él llevaba todo esto con grande esfuerzo y corazon. Juntó el dinero que pudo, con que socorrió á cada soldado con cada dos ducados; y á los capitanes que le instaban en una junta con grande porfía que se retirase, respondió: «Yo sé muy bien lo que al servicio del rey »importa esta jornada, y estoy determinado de ganar »antes un paso, aunque sea para mi sepultura, que »volver atrás, aunque fuese para vivir cien años. »Aquí se ha de rematar esta contienda como fuere la »voluntad de Dios y como pluguiere á su Magestad: »nadie pretenda otra cosa.»

Los coloneses fueron los que hicieron mas instancia que el campo se retirase. Sospechóse y díjose que por inteligencias secretas que traian con los franceses, de que resultaron desgustos y enemistades formadas. Todavía se fue mucha gente del campo español, y quedó muy menguado: con que los franceses tuvieron lugar de echar sin ser sentidos una puente bien trabada sobre ciertas galeras y barcos, por la cual hasta mil y quinientos franceses pasaron los primeros, y por estar los de España descuidados y tomalles de sobresalto, les ganaron un reparo como fuerte. Dieron alarma en el campo, que era todo de pocos caballos y como cinco mil infantes. Subió el Gran Capitan en un caballo, y puesta en órden su gente se apeó, y con una alabarda fue el primero que comenzó á pelear con los contrarios, que ya eran pasados hasta en número de cinco mil, y continuaban á pasar con muy buen órden, y la artillería francesa que tenian plantada de la otra parte del rio, no cesaba de jugar contra los nuestros. Sin embargo fue tanto el denuedo de la infantería española y su coraje, y cargaron tan furiosamente sobre los contrarios, que les forzaron á dar las espaldas y recogerse á la puente. Con la priesa de pasar quedaron muertos y ahogados mas de mil y cuatrocientos hombres. Llegó el Gran Capitan sin miedo de la artillería hasta la entrada de la puente, y aun algunas de sus banderas y compañías á vuelta de los franceses pasaron de la otra parte del rio. Al retirarse recibieron algun daño de la artillería enemiga, en que murieron algunos hombres de cuenta, á otros hirieron, en particular el capitan Zamudio quedó mal herido de un tiro. Sobre todos es de alabar el ánimo del alferez Hernando de Illescas, que perdida de un tiro la mano derecha, tomó con la izquierda el estandarte, y llevada de otro tiro tambien la izquierda, se abrazó con los brazos dél, sin moverse de un lugar hasta tanto que los franceses fueron echados. Varon digno de inmortal renombre, y de las mercedes que su rey le hizo grandes á instancia y por informacion del Gran Capitan.

Esta rota desanimó mucho á los franceses, tanto que no se tenian por seguros con tener el rio de por medio: guardaban con cuidado la puente, no para pasar ellos, sino porque los contrarios no pasasen de la otra parte do ellos alojaban. Demás desto por diferencias que resultaron entre el marqués de Mantua y el señor de Alegre, el marqués se resolvió de dejar el campo y oficio de general, y volver atrás con color que no podia sufrir la arrogancia de los franceses, que allegaban á desmandarse en palabras y llamalle bougre, nombre de injuria muy grave entre los franceses, si ya no fue capa, que no quiso aventurarse por ver el juego mal parado. En su lugar hasta tanto que su rey fuese avisado, y proveyese como fuese su voluntad, nombraron los capitanes por general al marqués de Saluzes, que era venido á esta empresa en favor de Francia con cargo de visorey.

Tras esto el Gran Capitan, si bien tenia menos gente que los contrarios, se resolvió de pasar el rio y dalles la batalla. Para ejecutarlo mandó labrar una puente, y echalla siete millas mas arriba de la que tenian los franceses sobre ciertas barcas y carros. Dió cuidado de hacer esto á Bartolomé de Albiano. Luego que la puente estuvo en órden, salió de Sessa en que alojaba, y un jueves veinte y ocho de diciembre pasó con dos mil peones españoles y mil y quinientos alemanes. Dejó otrosí órden á don Diego de Mendoza y don Fernando de Andrada que recogiesen aquella noche la caballería que tenian alojada por aquella comarca, y con ella al amanecer estuviesen con él. Luego que los de España pasaron el rio, los franceses se retiraron de sus estancias y tomaron una loma de una sierra. Rindiéronse Suy y Castelforte, que se tenian en aquella ribera del rio por los franceses. Quedóse aquella noche nuestra gente en el campo delante de Monforte, y el dia siguiente fue el rio abajo con intento de dar la batalla. Los franceses con parte de la artillería enviaron á Pedro de Médicis para que en unas barcas la llevase á Gaeta. Llegó á la boca del rio, quiso pasar adelante puesto que el mar andaba alto: porfía perjudicial, hundiéronse las barcas con la artillería, y él mesmo se ahogó. La demás gente una hora antes del dia desamparado el puente y la artillería gruesa, las tiendas y parte del fardaje, se apresuraron por meterse en Mola que está junto á Gaeta.

Supo el Gran Capitan el camino é intento que llevaban: envió delante á Próspero Colona con los caballos ligeros para que los detuviesen hasta tanto que llegase la infantería. Luego que llegó al puente de Mola, se trabó la pelea, que no fue muy larga. En breve espacio los contrarios fueron rotos, y se pusieron en huida Siguieron los vencedores el alcance, y ejecutáronle hasta las puertas de Mola y de Gaeta, donde parte de los vencidos se recogió. Muchos quedaron muertos en todo el camino: perdieron treinta y dos piezas de artillería: tomáronles mil y quinientos caballos. Una parte de los franceses que echaron por la via de Fundi, y otros que por allí alojaban, fueron muertos y presos de los villanos de la tierra, que salieron contra ellos y les atajaron los pasos de suerte que fueron muy pocos los que dellos se salvaron. Señaláronse mucho de valerosos en estos encuentros y toda esta jornada Bartolomé de Albiano, y don Hugo de Moncada.

CAPITULO VI.

Que la ciudad de Gaeta se rindió.

Quisiera el Gran Capitan aprovecharse de la turbacion y miedo de los franceses para subir con su gente, que iba en el alcance, en el monte Orlando que está sobre Gaeta y la sojuzga. El dia fue tan áspero por lo mucho que llovia, y los soldados venian tan fatigados del camino y de la hambre por no haber comido la noche pasada ni todo aquel dia (que parece solo el herir y matar los sustentaba) que le fue forzoso desistir por entonces de aquel intento, y volver con su campo á Castellon do antes alojaba. Tenian los franceses acordado de fortificarse en Mola con la artillería menuda que les quedaba, por temor no les acometiesen ante todas cosas en aquel lugar; pero el Gran Capitan luego que tuvo la gente refrescada y descansada, revolvió sobre Gaeta que era lo mas principal por aprovecharse del miedo y desmayo que tenian los contrarios. El combate fue aun mas fácil de lo que se pensaban, ca por la batería que la artillería hizo los meses pasados, se halló tan poca resistencia que sin dificultad les ganaron el monte, y los que le guardaban, apenas se pudieron recojer á la ciudad. Con esto acabaron de perder lo que les quedaba de la jornada pasada. Tomáronles otros mil caballos, y dos cañones que hicieron todo el daño á los nuestros en el primer cerco. Lo que mas es, per-

dieron de todo punto el ánimo, en especial cuando vieron que los de España pasaron sus alojamientos junto á los adarves de la ciudad sin que les pudiesen ir á la mano. Salieron luego á rendirse cincuenta hombres de armas de Lombardía, cuyo capitan era el conde de la Mirandula. Tras esto aquella misma noche acudieron de la ciudad tres personajes á tratar de parte del marqués de Saluzes de algun concierto. Pidieron en primer lugar que los prisioneros se rescatasen por dineros: respondió el Gran Capitan que no se podia hacer. Pasaron adelante con la plática: vinieron á ofrecer que por los prisioneros franceses é italianos serian contentos de entregar la ciudad y castillo de Gaeta, y la Roca de Mondragon plaza asentada en las ruinas de la antigua Sinuessa, demás de dar libertad á los prisioneros españoles é italianos que tenian de nuestra parte.

El Gran Capitan, oyó de buena gana esta oferta. Todavía no venia en soltar los prisioneros italianos, en especial al marqués de Bitonto, Mateo de Acuaviva, y Alonso de Sanseverino primo del príncipe de Bisiñano, cuyas culpas y deslealtad eran mas notables, y pretendia reservar al rey Católico el conocimiento de su causa. Anduvieron demandas y respuestas; y los franceses en lo que tocaba á los prisioneros italianos aflojaron. Al fin á primero de enero del año de nuestra salvacion de 1504 fueron de acuerdo que el señor de Aubeni con los demás franceses se pusiesen en libertad: cuanto á los italianos, que no se pudiese hacer justicia de ninguno dellos, ni el rey Católico determinase sus causas antes que el de Francia tuviese lugar de enviar á España embajador sobre el caso para interceder por ellos. Con esto se permitió á los soldados que se fuesen con sus bagajes y armas: á los naturales de Gaeta, que quedasen con sus haciendas; y que á todas las demás ciudades de aquel bando no fuese en algun tiempo imputado, ni parase perjuicio el haber seguido el partido de Francia.

Tomado este asiento, á la hora se comenzaron á embarcar á toda priesa los que querian ir por mar: Teodoro Tribulcio salió luego con la gente italiana y francesa que pretendia ir por tierra. Hecho esto, miércoles á tres de enero se hizo la entrega de la ciudad y castillo de Gaeta, y los prisioneros de nuestra parte se pusieron en libertad. El cargo del castillo y gobierno de aquella ciudad se encomendó á Luis de Herrera, premio muy debido á sus servicios, la tenencia de Taranto que él tenia, se dió á Pero Hernandez de Nicuesa. Dos dias despues de la entrega llegó allí monsieur de Aubeni y hasta mil y docientos prisioneros franceses: el de Aubeni se embarcó luego, los demás con salvo conducto se encaminaron por tierra. Los mas murieron en el camino: el mismo marqués de Saluzes falleció en Génova. El señor de la Paliza uno de los prisioneros franceses no entró en esta cuenta por estar ya puesto en libertad á trueque de don Antonio de Cardona hermano de don Hugo, que prendieron los franceses los meses pasados. Fue don Antonio muy buen caballero, y sirvieron él y sus hermanos muy bien: por esto el rey Católico le hizo merced de la Padula que era del conde de Capacho, con título de marqués. Algunos fueron de parecer que el Gran Capitan no se debiera apresurar tanto con el asiento que tomó, y que no fue buen consejo por una ciudad poner en libertad tan gran número de prisioneros, y entre ellos personas de mucha calidad. A la verdad ¿quién podrá contentar á todos? enfrenar los juicios y lenguas de tantos? decian que con paciencia, pues era señor del campo, pudiera sujetar aquella plaza y las demás, y no ponerse al riesgo de que tales capitanes podia ser ocasion, si la guerra se renovase. A esto el Gran Capitan respondia que de pólvora y balas se gastaria mas de lo que importaba aquel peligro: que era mas conveniente cerrar aquella llaga presente, que recelar las que el de Aubeni y los otros prisioneros podrian hacer con sus lanzas: que perro muerto no ladra, y huido no hace mal: que de ser muertos, ó idos, no podrian los prisioneros escapar; en fin los grandes caudillos tienen sus razones que les hacen fuerza, y nadie sabe donde les aprieta el calzado. Las razones principales que se puede entender le movieron, eran: la primera la falta de dinero para pagar y socorrer á los soldados, y de bastimentos para sustentallos; recelábase por esta causa de alguna nueva borrasca, y deseaba concluir y asegurar su partido: la segunda que el papa era muy francés y en Civitavieja tenia armadas dos naves para enviar á los cercados municiones y bastimentos, fuera de otras dos carracas que estaban á la cola de Aguasmuertas para lo mismo, sobre todo se sabia que daba todo favor á los Angevinos, y que tenia enviado el marqués del Final á Francia con intento de casar el hijo del duque de Lorena con una hija suya, y procuraba por el derecho que pretendia, tomase la conquista del reino: y para ello le ofrecia de ayudalle hasta echar los españoles de todo él y aun para cobrar á Sicilia: cuando este casamiento no se concertase, remontaba en su fantasía de casar el prefecto su sobrino con hija del rey don Fadrique, con oferta de ayudalle para recobrar el reino. La postrera consideracion y mas grave fue que se tuvo por cierto se concluiria la plática tantas veces movida entre los dos reyes, de la restitucion del rey don Fadrique que el papa apretaba con todas sus fuerzas, nueva que para las cosas de aquel reino hizo increíble daño, ca los aficionados á la parte de España se encogian, y aun se retiraban, como los que pensaban tener en breve otro dueño; y los aversos se desenfrenaban en palabras y aun en obras; sobre todo que los pagamentos se detenian á causa que las comunidades y oficiales querian reservar aquel dinero para el rey don Fadrique, si allá volviese: así la falta y necesidad apretaba de cada dia mas.

Por esto, concluido lo de Gaeta, con deseo de acabar antes que hobiese alguna novedad que desbaratase todo lo hecho, luego despachó al duque de Termens para gobernar el Abruzo, y allanar en él las tierras del marqués de Bitonto: á Bartolomé de Albiano contra Luis de Arsi que todavía se hacia fuerte en Venosa; contra el conde de Conversano fueron el conde de Matera y Pedro de Paz. Sitiaron dentro de Laurino al conde de Capacho Gil Nieto y Pedro Navarro, que le dieron licencia para que con su mujer, hijos y ropa comun de su casa se fuese á Trana que se tenia por venecianos; pero que dejase los ganados, artillería y municiones. En Calabria Gomez de Solís despojó al príncipe de Rosano de su estado: solo le quedaba Sanseverina y la ciudad de Rosano, sobre la cual estaba la gente de España y en ella le tenian cercado. Pretendia otrosí el Gran Capitan acometer el estado que el prefecto tenia en el reino. Previno él este daño, ca luego se vino á reducir, é hizo alzar las banderas de España en todos sus lugares. Recibióle el Gran Capitan en su gracia, si bien entendia cuán francés era; y que venia á dar la obediencia mas forzado que de grado; en que no se tuvo respeto á sus deméritos, sino á ganar ó entretener al papa su tio para que no hiciese algun daño. La ciudad de Rosano al fin se rindió á partido por los naturales, donde fue preso el príncipe con otros muchos barones. Sanseverina hizo poco despues lo mismo: á Conversano tomó Pedro de Paz por combate. Con esto toda la Calabria quedó llana: para gobernalla nombraron en lugar del conde de Ayelo poco á propósito por su vejez á don Hugo de Moncada.

CAPITULO VII.

De las treguas que se asentaron entre España y Francia.

Dado que hobo asiento á las cosas de Gaeta, y dejado órden que aquella ciudad por escusar el gasto de guardalla, que fuera mucho, se poblase de españoles; el Gran Capitan se fue sin dilacion á Nápoles, donde le recibieron con tan pública alegría y fiesta como si fuera su rey natural muy amado, y que entrara victorioso. Allí hizo llamamiento general de los barones del reino y universidades, porque muchos aunque dieron obediencia al rey, no prestaron los homenajes. A los que sirvieron bien en aquella guerra, daba las gracias y los gratificaba, en particular á Bartolomé de Albiano señaló en el principado de Bisiñano ocho mil ducados de renta, y entre sus deudos repartió otros dos mil y doscientos conforme á los méritos de cada cual. Estos favores que hacia á los Ursinos, escocian á los Coloneses grandemente, tanto que entraron en algunos desgustos: mas enemigos engendra la envidia que la injuria. Pasó esto tan adelante que Próspero Colona se determinó ir á España para dar allí sus quejas y hacer mudar el gobierno. Fabricio desde Roma envió á pedir al Gran Capitan licencia para servir á la señoría de Florencia. El la dió, porque no se la tomase y fuese mayor el rompimiento. Tratóse muy deberas de poner en órden lo que tocaba á la buena ejecucion de la justicia: negocio muy necesario, porque las revueltas, enemistades y roturas del tiempo pasado dieran ocasion á que se hiciesen muchos agravios y grandes. Procuraba con agrado de los pueblos que el rey fuese servido con alguna suma de dineros para ayuda de los grandes gastos pasados y presentes, y pagar la gente que pretendia conservar y entretener, y la repartia por los lugares en que cuidaba darian menos molestia. Algunas compañías de españoles que sabia era gente muy perdida y de poco provecho, y costaban mucho, envió en dos naves á España con algun dinero que les dió y las vituallas necesarias; que fue descargar aquel reino, como cuerpo enfermo, de malos humores.

Juntamente con esto entendia en reparar los daños de la guerra, igualar los muros, fortificar los castillos, en especial los de Nápoles, en que puso gran cuidado y el de Gaeta. A Capua fortificaba de tales reparos y baluartes que se tenia por mas fuerte que si la ciñeran de muros: todo á propósito de estar apercibido, si los enemigos de nuevo acometiesen alguna novedad en aquel reino, en que tenia tanta autoridad que todo lo hallaba fácil, y salia con todo lo que intentaba; y aun en toda Italia ganara tanta reputacion que á porfía las ciudades della se le ofrecian para pasarse al servicio de España; en especial Génova en conformidad de las dos parcialidades de Adornos y Fregosos queria concertase con España, y con dos mil soldados que le enviase, ofrecian levantarse contra Francia. Julian de Médicis hermano de Pedro de Médicis el que se ahogó en el Garellano, ofrecia por ser restituido en Florencia, de donde andaba forajido, de servir cada un año entre él y los suyos con cien mil ducados.

La comunidad de Pisa por defenderse de florentines, con quien traian guerra, ofrecia darse por vasallos, ó meterse debajo de la proteccion del rey Católico, como él mas quisiese. Lo mismo pretendia la ciudad de Arezo en Toscana por salir de sujecion de florentines; y aun por este tiempo el señor de Pombiin se puso y fue recebido en la proteccion de España: ciudad aunque pequeña, importante, llave y escala para la defensa del reino. Finalmente Pandolfo de Petrucis por sí y por Sena su ciudad, y Pablo Ballon por sí y por Perusa movieron los mismos tratos. Hasta de Milan se le ofrecieron seiscientos ciudadanos della de ayudar y servir, si quisiese conquistar aquel estado y hacer guerra en Lombardía. Pero todas estas pláticas se atajaron con la tregua que los embajadores Gralla y Anton io Augustino asentaron en Francia por espacio de tres años, en que se comprendia el reino de Nápoles. Juróla el rey Católico en la Mejorada do estaba por fin de enero.

Asentóse entre otras cosas que la dicha tregua se pregonase en Nápoles á los veinte y cinco de febrero; no se hizo empero á causa que el Gran Capitan quiso se notificase primero á los que quedaban rebeldes. El príncipe de Rosano no la quiso aceptar, antes porque el comendador Solís, sabido el asiento, aflojó en el cerco de Rosano, él se fue con su gente á poner sobre Cherintia, en que hizo daños y robos. Luis de Arsi sin embargo que aceptó la tregua, robó los ganados de Andria y Barleta, y tomó los prisioneros que pudo. Pretendian los nuestros que conforme á las capitulaciones de la tregua se podia tomar emienda de los barones que de nuevo hiciesen algun esceso, asi apretaron al uno y al otro, y tomaron á Venosa con su castillo con facilidad á causa que Luis de Arsi les dejó poco recado cuando pocos dias antes determinó retirase á Trani y de allí por mar á Francia, lo cual hizo con sus soldados, banderas tendidas, y á son de sus cajas y pífanos para muestra de braveza. Quedaban con esto por Francia solos seis pueblos en aquel reino, todos apartados de la marina.

El rey de Francia pretendia que todo lo que tomaron los españoles despues del dia señalado para pregonar la tregua, se debia volver como lugares mal ganados, y sospechaba que la dilacion del pregon se hiciera con malicia, y que no era razon les valiese; en conclusion se tenia por cosa cierta que en todas maneras no guardaria la tregua, y que solo pretendia entretener á los contrarios para tomallos desapercibidos. Todo se podia muy bien presumir á causa que al mismo tiempo que se tomó aquel concierto, nombró por su general en Italia á Juan Jacobo Tribulcio, persona que ninguna cosa menos deseaba que la concordia. Esperábanse cinco mil suizos, y quinientas lanzas que traian de Francia el de Aubeni y el de Alegre. El marqués de Mantua y el duque de Ferrara alistaban toda la gente italiana que podian. El Gran Capitan en esta sazon se hallaba muy aquejado de una dolencia que le puso á punto de muerte. Con esto, y con la nueva que se tornó á divulgar de la restitucion del rey don Fadrique, y aun se decia que el papa pretendia viniese por general del campo francés, se dió ocasion á largos discursos en materia de estado y revoluciones; y brotaron no pocos desgustos, que muchos tenian contra el Gran Capitan en sus pechos cubiertos, particularmente los Coloneses se dejaron decir palabras y razones descompuestas; pero todo se sosegó, ó reprimió, con la mejoria que tuvo el Gran Capitan : con que atendió luego á hacer todas las provisiones que pudo y le parecieron necesarias para la guerra que á juicio de todos muy brava amenazaba á aquel reino, donde y por toda Italia y España se padeció grande hambre; y á cinco de abril, que fue viernes santo, hobo en Castilla y Andalucía grandes temblores de tierra que hicieron notable estrago en los edificios: la mayor fuerza destos daños cargó en algunos pueblos que están ribera de Guadalquivir. De Lisboa partió para la India con una gruesa armada Lope Suarez Alvarenga para llevar adelante aquella navegacion y trato.

Este mismo año el rey Católico hizo su mayordomo mayor á don Bernardo Sandoval y Rojas marqués de Denia en lugar de don Enrique tio que era del mismo rey, y suegro del marqués, donde por cuanto diversas veces se hace mencion de los señores desta casa, será bien poner en este lugar su descendencia; cuyo principio tomaremos no desde los tiempos muy antiguos, sino desde algunos años y no pocos antes deste en que vamos. Fernan Gutierrez de Sandoval,

que dicen fue comendador mayor de Castilla, casó con doña Inés de Rojas hermana de don Sancho de Rojas arzobispo de Toledo. Deste matrimonio nació don Diego Gomez de Sandoval primer conde de Castro y adelantado mayor de Castilla, caballero muy conocido por su valor y tambien por sus desgracias. Casó con doña Beatriz de Avellaneda: sus hijos don Fernando, don Diego, don Pedro, don Juan, doña María, doña Inés, don Fernando el mayor de sus hermanos, y la cepa de su casa, casó con doña Juana Manrique de la casa de los condes de Treviño, de do vienen los duques de Nájara. Deste matrimonio nació don Diego Gomez de Sandoval, á quién el rey don Fernando dió título de marqués de Denia, estado que ya ántes poseián sus antepasados. Casó con doña Catalina de Mendoza de la casa de Tendilla y de Mondejar: sus hijos don Bernando, el que se dijo fue mayordomo del dicho rey don Fernando, en que sirvió hasta la muerte del mismo rey, y aun adelante lo fue en Tordesillas de la reina doña Juana: sus hermanas doña Elvira y doña Madalena. Casó el dicho don Bernardo con doña Francisca Enriquez: sus hijos don Luis, don Enrique don Diego, don Fernando y seis hijas. Demás destos tuvo fuera de matrimonio en una vizcaina natural de Fuente Rabia (donde algun tiempo residió el dicho marqués) á don Cristóbal de Rojas y Sandoval, que por sus partes fue y murió arzobispo de Sevilla. Hijo de don Luis hijo mayor del marqués don Bernardo fue don Francisco conde de Lerma que murió en vida de su padre; pero dejó á don Francisco Gomez de Sandoval hoy duque de Lerma y cardenal de Roma, de quién se hablará en otro lugar. Don Fernando el menor de los hijos del dicho marqués tuvo muy noble generacion, muchos hijos; entre los demás á don Bernardo de Rojas y Sandoval cardenal y arzobispo benemérito de Toledo. Débele mucho su iglesia y su dignidad por la restitucion que le hizo del adelantamiento de Cazorla á cabo de tantos años.

CAPITULO VIII.

Que el duque Valentin fue preso y enviado á España.

Tenian los veneciados diversas ciudades de la Romaña, de que se apoderaron luego que murió el papa Alejandro, y aspiraban á las demás. El duque Valentin como quier que se viese desamparado del favor de la Sede Apostólica, y no tuviese bastantes fuerzas para resistir á venecianos, contrató con el papa Julio que le entregaria las fuerzas que se tenian por él. Hízose el asiento; y con este intento enviaron de comun acuerdo á Pedro de Oviedo cubiculario que era del papa, y que fuera ministro del duque, con los contraseños para que aquellas fuerzas se le entregasen. El duque era muy vario. Arrepintióse luego de lo concertado, y con trato doble escribió al alcaide que tenia en Cesena, que se llamaba Diego de Quiñones, que prendiese á Oviedo y le ahorcase. Hízolo así. El papa tuvo esto por gran desacato, como lo era. Mandó detener al duque en palacio hasta que con efecto se entregasen aquellas fuerzas, en especial las de Cesena, Forlí y Bertinoro. Movióse de nuevo aquella plática, y el papa ofreció de poner en libertad la persona del duque luego que aquellas plazas se entregasen á sus nuncios. Entretanto que esto se cumplia, acordaron estuviese detenido en Ostia en poder del cardenal don Bernardino de Carvajal: el mismo duque pidió que así se hiciese, ca no se aseguraba en otra parte ni poder, por los muchos y poderosos enemigos que tenia; que eran los principales Guido de Montefeltro duque de Urbino, y el prefecto sobrino del papa. Concertóse que el papa, entregadas las fuerzas, le diese dos galeras para pasarse á Francia y caso que no se entregasen, la persona del duque se restituyese en poder del papa.

El Gran Capitan luego que supo estos conciertos, envió á Ostia á Lezcano para que tratase con el cardenal, y le advirtiese que seria de grande importancia si pudiese persuadir al duque se fuese á Nápoles por escusar que aquel tizon no pasase á otra parte, do do hiciese mas daño; que á la verdad el duque Valentin tenia mejor que nadie entendidos y calados los humores de Italia, era temido de todos, y muy estimado de la gente de guerra, en especial de los mas atrevidos y arriscados. Ofreció el cardenal de hacer sus diligencias: con tanto Lezcano le entregó un salvo conducto que traia para el efecto dèl Gran Capitan. En este medio Cesena y Bertinoro se entregaron sin dificultad: el alcaide de Forli, que se llamaba Gonzalo de Mirafuentes, y era de nacion navarro, no quiso entregar aquel castillo, sino le contaban quince mil ducados.

El duque por verse libre, especial que supo tratahan sus enemigos de matalle, libró en Venecia aquella suma de dineros: con tanto el cardenal le puso en su libertad, y él á su persuasion, dejado el camino de Francia, se fue á Nápoles y se puso en poder del Gran Capitan. Recibióle él muy bien, y regalóle; sin embargo como era bullicioso y inquieto, y tenia tanto crédito con la gente de guerra, luego que llegó á Nápoles, trató de enviar gente y dinero para defender el castillo de Forli, que aun no estaba entregado: tramaba otrosí en un mismo tiempo por diversos caminos de apoderarse de Pomblin y de Perosa, y aun de Pisa, dado que estaba en la proteccion del rey Católico, y de Nápoles para su defensa se le enviara gente de á pié y de á caballo; comenzó asimismo á sonsacar las compañías de alemanes y españoles que residian en el reino de Nápoles, con muchas ventajas que les ofrecia.

Supo el Gran Capitan estas tramas: hizo las prevenciones necesarias para que no fuesen adelante y atajar aquel mal. El duque mandó poner caballos en sus parajes para salirse del reino por la posta muy arrepentido de aquella resolucion que tomó de ir á Nápoles, principalmente cuando supo que dos dias despues de su partida de Ostia llegó á Roma el marqués del Final con órden que traia de atraelle al servicio del rey de Francia; y para esto ofrecelle partidos muy honrosos y aventajados. Para atajar todos estos deseños que podian acarrear nuevos daños, el Gran Capitan mandó detener la persona del duque en Castelnovo, do estuvo á buen recaudo algun tiempo, si bien el papa pretendia que se volviese á poner en la prision de Ostia, ó en su poder, con color que el castillo de Forli no se entregaba como quedó concertado. Pero el Gran Capitan obró tanto que para contentar al papa alcanzó del duque con buenas palabras que con efecto hiciese entregar aquella fuerza. Para ejecutallo enviaron un camarero del duque llamado Artes y don Juan de Cardona, enderezados al embajador Francisco de Rojas para que siguiesen su órden. Finalmente aquella fuerza, bien que con alguna dilacion, se entregó al papa.

Poco tiempo adelante el Gran Capitan acordó que don Antonio de Cardona y Lezcano llevasen al duque Valentin á España por quitarse de cuidado, y escusar las novedades que por su ocasion se pudieran intentar en Italia. De la prision del duque y de envialle á España se dijeron muchas cosas: los mas cargaban la fe y palabra del Gran Capitan, y aun el rey Católico al principio estuvo muy dudoso, y le pesó que se hobiese empeñado en negocio semejante. Los daños que pudieran resultar, si el duque estuviera en libertad, fueran notables: por esto mas quiso el Gran Capitan como tan prudente que era, tener cuenta con lo que convenia para el bien comun, sin hacelle agravio, que con su fama, ni con lo que las gentes podian imaginar y decir: resolucion que los grandes príncipes deben tener en sus pechos muy asentada

obrar lo que conviene y es justo, sin mirar mucho á la fama y qué dirán.

Mucho sintió el rey de Francia la prision del duque por la falta que hacia en sus cosas y luego que le avisaron de su ida á España, dijo: de aquí adelante la palabra de españoles y la fe cartaginesa podrán correr á las parejas, pues son del todo semejables. Tratábase en esta sazon por el rey y reina de Navarra con una solemne embajada que sobre ello enviaron á Castilla, que Enrique de Labrit su hijo príncipe de Viana casase con doña Isabel hija segunda del archiduque. Los reyes Católicos dieron oidos al principio de buena gana á esta demanda; y parecia medio conveniente para asegurarse de aquella parte de Navarra que tanto cuidado les daba: tanto mas que poco despues falleció en Medina del Campo doña Madalena infanta de Navarra puesta como en rehenes de las alianzas que los años pasados concertaron entre sí los reyes de Castilla y los de Navarra.

Don Juan Manuel, embajador del rey Católico acerca del emperador, por mandado del archiduque y por su órden vino á Flandes. Adelante tuvo con aquel príncipe gran cabida, y de presente se ordenó que todos los negocios de España se le comunicasen: acuerdo que dió mas contento al emperador que pensaba por su medio componer algunas diferencias que con su hijo tenia, que al rey Católico que pretendia viniese don Carlos su nieto á España por muchas razones y convenientes que para ello representaba. El César y su hijo entretenian su venida por el deseo que tenian que se efectuase el casamiento con Claudia hija del Francés, de antes tan tratado, por parecelles este camino el mejor para componer todas las diferencias que entre España, Francia y Borgoña andaban; demás que el rey de Francia ofrecia que los estados de Orliens, Bretaña, Milan y Borgoña los jurarian como legítimos sucesores, y para seguridad de todo ofrecia las prendas que pareciesen necesarias. La reina madre de la novia mas se inclinaba á que casase con Francisco Valoes duque de Anguiema que sucedia en aquel reino; y ningun medio bastaba para asegurar bastantemente que hobiese de permitir, hecho rey, se desmembrasen de aquella corona tantos y tales estados, sino era que desde luego se entregasen en poder de los desposados, de que no se podia tratar.

CAPITULO IX.

Que los poderes del Gran Capitan se reformaron.

En medio de tanta prosperidad y honra como el Gran Capitan tenia ganada, no le faltaron sus azares y borrascas, por ser cosa natural que tras la bonanza se siga la tempestad, y muy ordinario que los particulares armen lazos de calumnias y de envidia á los que les van delante, y que los príncipes paguen con ingratitud los servicios de los hombres valerosos, especial cuando son tan grandes que apenas se pueden bastantemente recompensar: míranlos como deudas pesadas, y huelgan de hallar ocasion para alzarse con la paga. No era posible satisfacer á todos los que en aquella guerra sirvieron, especialmente que cada cual se adelanta y engaña en estimar sus cosas y servicios mas de lo que son. Estos formaron grandes quejas contra el Gran Capitan, y por ellos acudieron al rey Católico quién con sus personas, quién por memoriales que enviaron á España, que hallaron mas entrada de la que fuera por ventura razon.

Los capítulos que le pusieron fueron muchos, los mas notables eran: lo primero que ayudó al cardenal Julian de la Rovere para que saliese con el pontificado, por lo menos que tuvo noticia que se trataba por cartas que se tomaron, y por una firma en blanco que el dicho cardenal le envió con grandes promesas de acudir al servicio del rey Católico, y en particular del interés de su persona, que le prometia muy grande si salia con su pretension. La verdad en esto era que él pretendió saliese papa el cardenal don Bernardino de Carvajal, y el embajador Francisco de Rojas el de Nápoles, que era no menos francés que el de la Rovere, porque le prometió, segun se dijo, de dalle el capelo. Como no salió el uno ni el otro, sino el que menos era á propósito para las cosas de España, tuvieron ocasion los maliciosos de cargar al que por ventura no tuvo parte alguna en aquella eleccion. El segundo cargo era que la gente de guerra hacia muchos desafueros y que no eran castigados, por donde la nacion española era muy aborrecida en aquel reino, de que se podia temer algun desman. Respondia el Gran Capitan: que él no podia alabar aquella gente de religiosos, pues los mas eran tales que por sus delitos no los podian sufrir en España, y les fue forzado desembarazalla; todavía que la principal causa de sus desórdenes era no tenellos pagados, y que antes era maravilla como en tantos trabajos, hambre y desnudez estuvieron tan obedientes, en particular en el Garellano y sobre Gaeta, sazon en que llegaron á deberseles catorce pagas, sin que ningun motin se levantase; sin embargo que si hacian algun desafuero, eran castigados, sin permitir algun insulto que no llevase su pago: que acudir á todo en tiempo de guerra era imposible, y mas enfrenar las lenguas de tanta diversidad de gentes. Cargábanle en tercer lugar que se tenia poca cuenta con la hacienda del rey, y que por poco recado se desperdiciaban y robaban grandes sumas de dinero, pues ni las rentas reales que eran muy gruesas en aquel reino, ni las confiscaciones que eran muchas y grandes, y todas aplicadas para los gastos de la guerra, no bastaban para pagar á la gente: sobre todo le cargaban que no se hallaba cuenta del dinero que se le remitió de España. Mas esta culpa era de Francisco Sanchez despensero mayor del rey, y de otros oficiales en cuyo poder entraba el dinero, y por cuya mano se gastaba. Las rentas reales de Nápoles en limpio no pasaban de cuatrocientos y cincuenta mil ducados, y en solas las pagas de la gente se gastaron en un año pasados de ochocientos mil ducados. De las confiscaciones no se pudo sacar tanto dinero á causa de las gratificaciones y mercedes que forzosamente se hicieron á tanta gente principal como sirvió en aquella guerra. De que resultaba otro cargo contra el Gran Capitan, y el mayor de todos y que mas se sentia, es á saber que repartia pueblos y estados y tenencias como si en efecto fuera dueño de todo: que enviaba al papa suplicaciones para proveer las iglesias á quien le parecia; cosas que todas pertenecian al príncipe, y no al que tenia su lugar. Por otra parte decian no ejecutaba las mercedes que el rey hacia, como á Juan Claver, que no le dejaba tomar posesion del estado de Alonso de Sanseverino, de que el rey le hizo gracia: lo mismo en otros órdenes particulares que se le enviaban, no los obedecia ni ejecutaba; que si las cosas no daban lugar á ello, por lo menos debiera dar cuenta y razon de las causas y motivos que para suspendellos tenia. La verdad era que en esto pudo tener algun descuido el Gran Capitan; y como su buen pecho y mucha lealtad le aseguraba, por ventura se estendió mas de lo que la malicia de los tiempos sufria, y la condicion de los príncipes, que quieren se cumpla enteramente su voluntad y que se les dé cuenta de todo; en fin no hay hombre que no tenga faltas. Estos capítulos encarecieron mucho los Coloneses, y en particular Próspero Colona, que se partió para España con intento de quejarse al rey de los agravios que pretendia recibió, y alcanzar que se mudase el gobierno por razones que representaba para que se enviase otro en lugar del Gran Capitan. Lo que mas sentia, era que Bartolomé de Albiano tuviese mejor conducta que él ni su primo Fabricio Colona, y que se le hiciesen mas

ventajas. El Gran Capitan en esto aconsejaba al rey que enviase contento á Próspero cuando volviese, mas que fuese sin agravio de los Ursinos; por lo mucho que importaba conservar en su servicio aquellas dos casas. En suma las quejas contra el Gran Capitan menudeaban.

Pasaron tan adelante que el rey se determinó envialle un caballero criado de la reina, llamado Alonso Deza, para avisalle de todos estos cargos que le hacian, encargalle y mandalle que en adelante se proveyese que la hacienda real fuese bien administrada, la gente de guerra reprimida, que mandaba sacar en buena parte para servirse della en la guerra de Africa que pensaba hacer. La ejecucion de la justicia queria se redujese á los términos que solia tener; y que Juan Bautista Espinelo no usase del oficio de conservador por ser aquel nombre muy odiado en aquel reino. Finalmente que se abstuviese de entremeterse en otras cosas sino en aquellas que tocaban al cargo de virey. Esto postrero sintió mucho el Gran Capitan, que al que conquistó aquel reino con tanta reputacion y gloria de España, redujesen á las reformaciones y ordenanzas ordinarias, y que atasen las manos al que con tanta fatiga les ganó victorias tan señaladas. Agravióse otrosí grandemente que la tenencia de Castelnovo que él tenia dada á Nuño de Ocampo, se mandase dar á Luis Peijo sin dalle parte dello, que fue novedad y disfavor notable.

Tratábase en Francia de mudar la tregua en paces. Tornóse otrosí á mover plática de la restitucion del rey don Fadrique, á que mas se inclinaba el rey Católico; pero á tal que el duque de Calabria casase con su sobrina doña Juana la reina de Nápoles. El Francés queria que si este medio de la restitucion se tomaba, el duque casase con Germana de Fox su sobrina, dado que le parecia mejor se volviese á lo del matrimonio de don Cárlos hijo del archiduque con Claudia su hija. Sobre todo hacia mucha fuerza en que los españoles saliesen de Nápoles; y el reino se pusiese en tercería y en poder del archiduque. En estos tratados se gastaron algunos meses. El de Francia queria dejar aquellas diferencias en manos del papa: el rey Católico venia en que con el papa juntasen el colegio de los cardenales. En fin en ningun medio se conformaban; mas ¿cómo podian? La mayor dificultad que se ofrecia para tomar cualquiera destos medios, era la restitucion que se habia de hacer á los Angevinos, ca el rey de Francia por escritura pública que otorgó á los príncipes de Salerno, Bisiñano y Melfi, cuando vencidos y despojados vinieron á su córte, se obligó que no se harian paces con España en ningun tiempo sin que primero les fuesen vueltos sus estados. Anduvieron demandas y respuestas.

Por conclusion como quier que no se hacia nada en aquello, y por otra parte llegó nueva que Pisa tenia alzadas banderas por España, indignado el rey de Francia desto mandó despedir de su córte á los embajadores Gralla y Antonio Augustin. Visitaron ellos á la reina y al legado: otro dia con el rey don Fadrique pasaron muchas razones en que le aseguraron de la buena voluntad que el rey Católico tenia á sus cosas; que por lo que pasaba podia entender quién era la causa, y por quién quedaba que no volviese á su reino. Hecho esto, se salieron de aquella córte á los veinte y seis de agosto camino de España.

CAPITULO X.

De una liga que se hizo contra venecianos.

Una de las principales causas porque de Francia fueron despedidos los embajadores del rey Católico, era porque no impidiesen la concordia que se trataba muy de veras de asentar entre el César y el archiduque su hijo con el rey de Francia. Del cual intento fue bastante indicio que pocos dias despues de su partida se juntaron en Bles los embajadores de los dos príncipes padre y hijo, y á los veinte y dos de setiembre concertaron en su nombre con el rey de Francia una liga, que ellos llamaron verdadera y indisoluble amistad de amigo de amigo, de enemigo de enemigo. Las capitulaciones principales eran que el César no intentase ni emprendiese cosa alguna en el ducado de Milan, ni en los estados de los señores de Italia confederados de Francia, antes que les perdonase todos los escesos que contra el imperio tenian cometidos despues que el rey Cárlos pasó las Alpes hasta aquel dia; pero que si de allí adelante hiciesen lo que no debian, pudiesen ser castigados sin que el rey de Francia los defendiese. Que la investidura de Milan se diese dentro de tres meses al rey de Francia para sí y para sus sucesores, con cargo que por ella pagase al César docientos mil francos. Que el de Francia no tomaria con España algun asiento sobre el reino de Nápoles si no fuese con voluntad y consentimiento del César y que caso que no quisiese el rey Católico concordarse, el César acudiria y daria ayuda al rey de Francia, para recobralle. Que á los hijos de Ludovico Esforcia postrero duque de Milan se diesen tierras y rentas en Francia cada y cuando que allá fuesen á residir. Item que se volviesen sus bienes á los desterrados de aquel ducado, y el rey los recibiese en su gracia.

Señalaron cuatro meses para que el rey Católico pudiese entrar en esta amistad; con tal que renunciase desde luego en su nieto don Carlos el reino de Nápoles con las condiciones tratadas otras veces, y que dentro de tres meses cada cual de las partes señalase sus confederados para que se comprendiesen en esta alianza. Fue cosa de maravilla, y aun de mala senada, que ni el César ni el archiduque nombraron al rey Católico entre los suyos, que dió ocasion á muchos de hablar y al rey de desabrimiento. Esta confederacion se trató y concluyó muy en público. De secreto el mismo dia se asentó otra nueva liga de los tres príncipes susodichos y del papa. La voz era para juntar las fuerzas contra las del Turco en defensa de la Religion Cristiana: el intento verdadero se enderezaba contra la señoría de Venecia para que cada cual de las partes recobrase con ayuda de los demás lo que venecianos les tenian ocupado injustamente, á lo que decian. La sede apostólica pretendia á Rávena, Servia, Faenza, Arimino, Cesena y otros lugares de Imola, de la mayor parte de los cuales se apoderaron venecianos despues de la muerte del papa Alejandro y prision del duque Valentin. El César queria recobrar á Roverето, Verona, Padua, Vicencia, Treviso y el Friuoli, ciudades que pertenecian al imperio y casa de Austria. Del ducado de Milan tenian usurpadas á Bresa, Crema, Bergamo, Cremona y Geradada con todos sus territorios en que el de Francia debia ser restituido. Grande borrasca y torbellino se armaba contra aquella nobilísima señoría. Muchos juzgaban que se les empleaba muy bien cualquiera desman por la atencion que siempre tenian á solo engrandecer y ensanchar su señorío. Avisóles Lorenzo Suarez Figueroa destas tramas con intencion que se ligase con España por lo que tocaba á las cosas del reino.

El enemigo era poderoso, y el rey Católico se hallaba muy gastado, por cuyos libros se averiguó que hasta los trece de octubre tenia remitidos para la guerra de Levante en este segundo viaje pasados de trecientos y treinta y un cuentos. Pero ellos ni acababan de creer lo de la liga, ni de resolverse, antes conforme á su costumbre pretendian conservarse neutrales, y estar á la mira para como los negocios se encaminasen, seguir el partido que mejor les estuviese; mas hay quien no lo haga así? Y aun en el

mismo tiempo trataban muy de veras con el soldan de Egipto de impedir á los portugueses la navegacion de la India por el mar Océano y el trato de la especería, de que su república recebia perjuicio notable por quitárseles en gran parte el trato de Alejandría en que consistia buena parte de sus riquezas. Para esto enviaron de secreto al Cayro un embajador, y maestros que fundiesen artillería y labrasen navíos á nuestro modo: demás desto gran copia de metal para que todo se encaminase al rey de Calicut, donde es el mayor mercado de la especería de todo el Oriente, y que con aquella ayuda echasen los portugueses de aquellos mares. Trataron otrosí con el rey Católico que en estas diferencias se interpusiese con los portugueses, y los acordase; pero como era negocio de tanto interese, no se podia hallar camino para concordarse; así con acuerdo del mismo Lorenzo Suarez su embajador en Venecia disimuló, y no quiso interponer su autoridad entre venecianos y portugueses: resolucion muy acertada y prudente.

CAPITULO XI.

Que el rey don Fadrique y la reina doña Isabel fallecieron.

Poco contento tenian los mas de los príncipes de suso nombrados; que tal es la condicion desta vida. El César pobre y poco avenido con su hijo: la princesa mujer del archiduque no tenia el juicio cabal. A la reina doña Isabel apretaba cierta enfermedad fea, prolija y incurable que tuvo á lo postrero de su vida, de que se decia acabaria muy en breve; con su muerte se temian daños y revoluciones, por lo menos mudanza en el gobierno. El rey de Francia qué reposo podia tener viéndose despojado de un reino tan principal que por tan suyo tenia?

El rey don Fadrique no cesaba de revolver en su pensamiento trazas para volver á su casa y corona; de que resultó como quier que todos le faltasen, y le entretuviesen con buenas esperanzas solamente, que (mal pecado) cargó sobre él tan mal humor que enfermó de cuartanas, y con ellas de Bles, despues de partidos los embajadores del rey Católico, volvió á Turs su residencia mas ordinaria. Afligíale verse pobre y de todos desamparado, y en poder de sus mortales enemigos: entendia que era imposible concordarse los dos reyes de Francia y el Católico, y que en lo de su restitucion no procedian con llaneza; antes por mostrar voluntad de lo que no pensaban hacer, y por este modo engañar al mundo y entretenelle á él, ponia cada cual de las partes condiciones que sabian muy bien no se aceptarian por la otra parte; que todo era burlarse de su mala suerte y traelle al retortero.

Lo que mas sentia, era que en su hijo el duque de Calabria no se veia aquel valor y maña y virtudes que eran necesarias para salir del aprieto en que estaban; y persuadíase que muerto él, se acomodaria con el estado presente sin trabajarse mucho para pasar mas adelante. Sobre el cual, sujeto á los postreros dias de su vida, le escribió una carta larga y discreta, llena de avisos para que se supiese gobernar conforme al estado presente, y aspirase con valor á mas, sin envilecerse con los deleites, ni acobardarse por las dificultades que se representaban. Encomiéndale que se muestre animoso y liberal, y ejercite su cuerpo en obras militares y de caballería. Por estas razones se ve que á este príncipe ni le faltó cordura ni ánimo: su desastrada suerte le redujo á aquellos términos; que como acontece á los desgraciados le siguió tanto, que una noche se quemaron las casas en que posaba, con tanta furia que apenas él, su mujer y hijos se pudieron salvar desnudos.

Este accidente la agravó la enfermedad, de que falleció en aquella ciudad á los nueve de noviembre. Dejó de su primera mujer una hija que tenia casada en Francia: de la segunda cinco hijos, es á saber doña Isabel, doña Julia, don Alonso y don César, y el mayor don Fernando duque de Calabria, que á la sazon que llegó la nueva de la muerte de su padre, estaba en Medina del Campo, do la córte se hallaba. Mandó el rey á Próspero Colona que de su parte se la llevase y le consolase, bien que el mismo rey se hallaba muy congojado por la dolencia de la reina que le traia muy al cabo. Daba ella mucha priesa para que el archiduque y su mujer viniesen á España con toda brevedad, y Gutierre Gomez de Fuensalida embajador de Flandes hacia sobre ello grande instancia: escusóse el archiduque con la guerra que le hacia el duque de Güeldres; la verdad era que no gustaba de venir, y mostraba tener en poco la sucesion de tan grandes estados.



Traje de mujer de Granada.

Agravóse la enfermedad, y falleció la reina en aquella villa á los veinte y seis de noviembre. Su muerte fue tan llorada y endechada cuanto su vida lo merecia, y su valor y prudencia y las demás virtudes tan aventajadas, que la menor de sus alabanzas es haber sido la mas escelente y valerosa princesa que el mundo tuvo no solo en sus tiempos sino muchos siglos antes. Mandóse enterrar en Granada. Allí porque la capilla real no la tenian labrada, como se pretendia hacer, su cuerpo se depositó en el Alhambra. Mandó que en su entierro y por su muerte nadie se vistiese de jerga como se acostumbraba; y desde aquel tiempo se desusó aquel luto tan estraño. En su testamento revocó algunas donaciones que en perjuicio de la corona real se hicieron mas por fuerza que de grado, al principio de su reinado. Item declaró que la donacion que se hizo á don Andrés de Cabrera y á su mujer del marquesado de Moya,

procedió de su voluntad por los servicios muy señalados que le hicieron.

Nombró por su heredera á su hija la princesa doña Juana, y con ella al archiduque su marido. Pero por su poca salud y ausencia, en conformidad de lo que por córtes dos años antes le suplicaron sus vasallos, mandó y ordenó que si la princesa su hija por su ausencia, ó por otro respeto, no pudiese ó no quisiese entender en el gobierno de sus reinos, en tal caso el rey don Fernando tuviese la administracion dellos por su hija la princesa hasta tanto que su nieto el infante don Carlos fuese de veinte años cumplidos. Demás desto mandó que ultra de la administracion de los maestrazgos que tenia por concesion de la Sede Apostólica el rey don Fernando, llevase la mitad de los proventos que se resultasen de las islas y tierra firme que tenian descubierta, sin otros diez cuentos que le mandó cada un año situados en las alcabalas de los maestrazgos.

Nombró por testamentarios al rey y al arzobispo de Toledo, y á don Diego de Deza, obispo de Palencia, Antonio de Fonseca y Juan Velazquez, sus contadores mayores, y á su secretario Juan Lopez de Lezerraga. No faltaron personas señaladas que no embargante esta disposicion de la reina aconsejaban al rey se tuviese por legítimo sucesor de aquellos reinos, pues descendia por línea de varones de la casa real de Castilla: que este era camino mas derecho y mas firme que la via de la administracion: que los pueblos le amaban mucho, y con quitar algunas bravezas y premáticas odiosas á la gente ninguno de aquella corona le faltaria. El rey sin embargo en este punto estuvo tan sobre sí, que con estar ofendido de su yerno en muchas maneras, y la princesa tan impedida, y tener el camino muy llano para apoderarse de todo, el mismo dia que falleció la reina, salió á la tarde, y en un cadalso que se armó en la plaza de aquella villa, mandó alzar los pendones reales por doña Juana su hija como reina propietaria de Castilla, y por el rey don Philipe como su marido: alzó los estandartes el duque de Alba don Fadrique de Toledo.

En las demás ciudades y villas en que se acostumbra alzar los pendones, solo se nombraba la reina doña Juana sin hacer memoria de su marido: lo mismo en los pregones y provisiones que por todo el reino se hacian, todo con fundamento que el archiduque les debia primero jurar sus privilegios y leyes; señaladamente querian asegurar que en los consejos y audiencias, y gobiernos y tenencias no se sirviese de extranjeros sino de naturales, como tambien la reina Isabel lo dejó espresado en su testamento. En este mes y en el siguiente de diciembre y aun mas adelante cargaron tanto las aguas, que los sembrados se perdieron, y se padeció grande hambre así bien el año siguiente como el presente se padecia.

CAPITULO XII.

De las diferencias que hubo sobre el gobierno de Castilla.

La muerte de la reina doña Isabel dió ocasion de disgustos y diferencias. El rey don Fernando conforme á la cláusula del testamento de la reina pretendia mantenerse en el gobierno de Castilla, atento que la impotencia y enfermedad de la reina doña Juana su hija era muy notoria, hasta tenella en Flandes recogida. Para salir con este intento usó de dos medios, el uno fue escribir al rey archiduque su yerno, y avisalle que no se le permitiria entrar en Castilla sin su mujer: que los del reino deseaban conocer por las obras si era falso el impedimento que se decia, ó si daba lugar para poder gobernar y reinar; el otro fue que convocó córtes del reino para la ciudad de Toro. Allí á los once de enero del año 1550 Garci Laso de la Vega comendador mayor de Leon, que presidia en las córtes, y los procuradores vieron la cláusula del testamento de la reina doña Isabel que tocaba á la sucesion en aquellos sus reinos, y á la administracion dellos, y conforme á ella de comun consentimiento juraron por reyes á doña Juana como á reina propietaria de Castilla y heredera legítima de su madre, y al rey archiduque como á su marido, y al rey Católico como administrador dellos.



Infante de la guardia de Felipe *el Hermoso.*

Pocos dias adelante se declaró por las mismas córtes el impedimento notorio de la reina doña Juana: por tanto suplicaron al rey Católico que conforme á lo dispuesto en el dicho testamento se encargase del gobierno de aquellos reinos, y no los desamparase. En conformidad desto despacharon sus mensajeros á Flandes con cartas en que avisaban de todo lo hecho su data á los once de febrero. Sin embargo se levantaron grandes contradicciones sobre la administracion. Los grandes, conforme á condicion del ingenio humano, deseaban mudanza en el gobierno, y en particular por estar á la sazon desabridos con el rey Católico, quién por lugares que les quitara, de que el rey don Enrique les hiciera merced, quién por no haber salido con lo que pretendian, y todos porque los enfrenaba, y con administrar igualmente justicia impedia que no pudiesen agraviar á los pequeños.

El que entre todos mas se adelantó y señaló, fue don Pedro Manrique duque de Nájara, que con sus deudos y aliados hacia en palabras y en obras toda la contradicion que podia. Despues dél se mostró mucho don Diego Lopez Pacheco marqués de Villena, por tenerse por agraviado á causa de los pueblos de aquel marquesado que le quitaron los años pasados, y á rio vuelto se prometia los recobraria. Los demás grandes casi todos eran del mismo parecer, si bien

contemporizaban y no se declaraban tanto; solo el duque de Alba don Fadrique de Toledo estuvo siempre de parte del rey Católico. El nuevo rey otrosí y los del su consejo formaban agravio y quejas contra el gobierno del rey Católico: decian que á qué habia de venir á Castilla el rey, ó á qué propósito se lo llamaban? pues llamalle rey y no tener reino, ó venir al reino de que se llamaba rey, y no mandar en él como rey, qué seria sino burla y juego de niños?

A las unos y á los otros incitaba y encendia don Juan Manuel, caballero aunque pequeño de cuerpo, muy vivo, de grande ingenio y dichos muy agudos. Pretendió el rey Católico apartalle del rey archiduque por prevenir este daño: mandóle primero volviese á Alemaña para servir en oficio de embajador acerca del César. El rey archiduque no quiso venir en ello ni lo consintió, antes hizo en adelante mas caso dél y le dió parte de todas sus cosas sin encubrille alguna de sus puridades. Despues visto que este medio no salia, procuró el rey Católico ganalle con grandes ofrecimientos que hizo á doña Catalina de Castilla su mujer señora de muy gran punto: prometia para él y para sus hijos grandes ventajas. Todo no prestó ni fue de provecho, ca él como sagaz mas caso hacia de la privanza de un príncipe mozo y dadivoso que de las promesas de un viejo astuto y limitado.

No pararon estas alteraciones en esto, antes llegaron á Italia, tanto que el rey Católico comenzó á tener grandes recelos del Gran Capitan: temia no se inclinase á la parte de su yerno y del César, por donde el reino de Nápoles se pusiese en balanzas. Atizaba estas sospechas Próspero Colona, sin embargo que para sí y para sus sobrinos alcanzó con su venida á España todo lo que pretendia, en particular que



Guardia de á caballo de Felipe *el Hermoso*.

la conducta de Bartolomé de Albiano, que era de cuatrocientas lanzas, se reformase á docientas. Demas desto mandó el rey Católico que para guarda del reino de Nápoles quedasen mil y docientos hombres de armas, y seiscientos ginetes y tres mil infantes españoles; y se enviasen á España otros dos mil, y se despidiesen los alemanes: todo á propósito de escusar gastos y enflaquecer las fuerzas de aquel reino, que no le pudiesen con ellas empecer, si las cosas viniesen á rompimiento. Formóse otrosí consejo particular en córte de Castilla para la provision de las cosas de gobierno y de justicia de aquel reino. En él intervenian Micer Tomás Malferit que presidia en el consejo de Aragon, el licenciado Luis Zapata, Luis Sanchez tesorero general, Juan Bautista Espinelo, y por secretario Miguel Perez de Almazan.

De Navarra enviaron aquellos reyes á Ladron de Mauleon para tratar se renovasen las alianzas que tenian concertadas, y se confirmasen con el matrimonio del príncipe de Viana con hija del rey archiduque. Hacian otrosí instancia por la libertad del duque Valentin preso en la Mota de Medina, que pro-

curaba asimismo gran número de cardenales como hechuras que eran del papa Alejandro. El rey fue contento que las alianzas con Navarra se renovasen, y dió intencion del casamiento que se pedia: cuanto á la persona del duque respondió que por entonces no habia lugar, dado que en su pecho vacilaba mucho, y por la desconfianza que tenia concebida del Gran Capitan, pensaba á las veces de servirse del duque para las cosas de Italia: los ánimos sospechosos se suelen remontar á medios estraños. Solo queria seguridad que le serviria y acudiria: plática que se llevó tan adelante, que Alonso de Este duque de Ferrara su cuñado (ca su padre falleció por este tiempo) se ofrecia á la seguridad.

De Portugal el rey don Manuel envió al obispo de Portu don Diego de Seusa y á Diego Pacheco para dar la obediencia al pontífice Julio. Junto con esto despues que los años pasados envió á la India diversas armadas para el trato de la especería, acordó de enviar uno con nombre y autoridad de gobernador á quien todos obedeciesen, y él con su valor adelantase lo comenzado. Nombró para este cargo á Francisco de Almeida, y mandó aprestar una gruesa armada en que fuese. No carecia este negocio demás de ser la navegacion tan larga de grandes dificultades: una era la contradiccion que venecianos hacian como queda dicho, otra que el soldan de Babilonia sea á instancia de aquella señoría, sea de su voluntad, tomó aquel negocio por propio. Despachó al guardian de Jerusalén, que se llamaba Mauro, para estè efecto con cartas enderezadas al sumo pontífice, en que daba grandes quejas contra él rey Católico por lo que tocaba á la conquista del reino de Granada y á la conversion de los moros, que decia se hizo por fuerza, y contra el rey de Portugal á causa que con sus navegaciones quitaba á los suyos el trato de la India, y le tomaba á él sus naves. Rogábale se interpusiese para que esto no pasase adelante: donde no, amenazaba de destruir el santo sepulcro, y dar la muerte á todos los cristianos que moraban en sus reinos.

Movieron estas amenazas al papa: el mismo religioso con sus cartas y con las del soldan envió á España para que los reyes á quien esto tocaba, le avisasen de su parecer y de lo que seria bien responder al soldan. Lo que el rey Católico respondió, no se sabe; como las quejas contra él eran viejas, debió disimular. El rey de Portugal contra quien esta embajada se enderezaba principalmente, escribió al papa con el mismo religioso una carta de este tenor: «Recibí la de vuestra santidad con la copia de la del »soldan, y ví las quejas que forma contra el rey mi »señor y contra mí, que son alabanzas mas verdade»ramente que baldones, porque qué mayor gloria »puede ser á un príncipe cristiano que ser aborrecido »su nombre de la morisma? Las amenazas que añade, »se enderezan á hacernos desistir del intento que »tenemos de ensalzar el nombre de Cristo. Yo no »tengo que responder por el rey mi señor: él mis»mo responderá por sí como se puede esperar de su »mucha prudencia. De mí sé decir con verdad que »quisiera haber dado ocasion al soldan de mucho »mayores quejas; y aseguro que mi principal inten»to, cuando hice abrir el viaje de la India, fue echar »por tierra y asolar la casa de Meca do está el sepul»cro de Mahoma; lo cual espero con la gracia de Dios »que algun dia se pondrá en efecto. Entonces se po»drá el soldan quejar de veras, y no ahora que los »daños son tan pequeños. Lo que amenaza de dar la »muerte á los cristianos y destruir el santo sepulcro, »no le tengo por tan inconsiderado que se quiera »privar de las rentas tan gruesas que le pagan los »cristianos, ni por tan temerario que quiera irritar »contra sí todo el Cristianismo, y forzallos á que se »junten para vengar semejantes injurias. Por esto »yo suplico á vuestra santidad ponga su pensamien»to en unir los príncipes cristianos para que con sus »fuerzas deshagan aquella malvada secta y su memo»ria: cosa que algunos príncipes suplicaron al papa »Alejandro, y por ventura Dios, padre santo, reser»va esta gloria para vuestro tiempo. Lo que será »bien responder al soldan, verá vuestra prudencia »junto con ese sacro colegio; que no es razon yo in»terponga en esto mi juicio. Lo que deseo y preten»do hacer con el ayuda divina, sin tener cuenta con »amenazas ni espantos, me pareció declarar en estos »pocos renglones.»

CAPITULO XIII.

Los desgustos entre el rey Católico y su yerno fueron adelante.

En estas córtes de Toro se publicaron las leyes de Toro que quedaron ordenadas desde antes que la reina doña Isabel falleciese. Despidiéronse las córtes, y sin embargo se detuvo el rey Católico en aquella ciudad hasta fin del mes de abril con intento de enterarse, como de tan cerca, si acudiria bien á sus cosas el rey don Manuel, y se recibiria bien lo de su gobierno. Los grandes por la mala voluntad que le tenian, divulgaron que traia tratos de casarse con doña Juana hija del rey don Enrique para seguir su derecho que tanto antes contradijo, y por este camino en despecho de los nuevos reyes sus hijos no solo mantenerse en el gobierno de Castilla, sino en el título de rey que antes tenia. No se puede pensar cuanto se encenaron los ánimos de muchos con estas hablillas: las revueltas dan siempre ocasion que se digan, y aun se crean falsamente muchas patrañas, cual parece fue esta.

Averíguase que su vicecanciller Alonso de la Caballería pretendia fundar y aun persuadille que dejase el nombre de gobernador, y tomase el nombre de administrador y usufructuario, como de derecho lo son los padres de los bienes de sus hijos que heredan de sus madres antes de ser emancipados; y aun despues han parte en el usufructo. Que la reina doña Juana no era emancipada, y cuando lo fuera, se podia tener en la misma cuenta de menor edad, fuese por su indisposicion, ó por tenella su marido oprimida y sin libertad. Junto con esto que se debia llamar rey de Castilla así por el título de usufructuario, como porque fue marido de la inclita reina doña Isabel. Alegaba á este propósito el ejemplo del rey don Juan su padre, que despues de muerta su primera mujer se continuó á llamar y fue verdadero rey de Navarra, si bien quedaron hijos del primer matrimonio y el reino era de la madre. Decia que título de gobernador era flaco y movible: que para bien gobernar era necesario llamarse rey: que don Enrique conde de Trastamara hasta que se llamó rey, tuvo muy poca parte en el reino y muy pocos le siguieron.

Los grandes de Castilla y los del consejo del rey archiduque iban por camino muy diferente: pretendian que la administracion del reino le pertenecia como á marido de la reina propietaria, y que esto no se lo podian quitar: decian que no era razon viniesen los nuevos reyes para no gobernar, sino ser gobernados; y que no era conveniente, ni podrian sufrir que dos gobernasen, ni seria posible concertallos: que el rey Católico acertaria mucho en comedirse con tiempo, y hacer de grado lo que seria forzoso, es á saber retirarse á su reino de Aragon, y desde allí ayudar á sus hijos en lo que él pudiese y ellos quisiesen. En lo que tocaba á los reinos de Nápoles y Granada, tampoco se concordaban los pareceres: el rey Católico pretendia tener parte en el de Granada como bienes adquiridos durante el matrimonio, y ser suyo el de Nápoles por el derecho que la casa de

Aragon tenia á aquella corona; y sentia mucho que su yerno en los asientos que tomaba con Francia, dispusiese dél como si fuera cosa suya, sin dar parte al que pretendia ser el todo. Por el mismo caso se recelaba del Gran Capitan, que era castellano, especial que fue requerido por un secretario del César que fue á Nápoles para saber su intencion en caso de rompimiento, y el papa le hizo preguntar caso que se ligase con el César y rey de Francia contra el rey Católico, á quien pensaba acudir. Respondió al César y á sus ofertas con palabras generales, al papa muy resolutamente que no debia su santidad saber quien eran los suyos, y la obligacion que tenian al rey su señor y á nó hacer vileza ni cosa que no debiesen.

Partió el rey Católico de Toro, y por Arévalo pasó á Segovia. Desde allí envió á Flandes á don Juan de Fonseca que ya era obispo de Palencia, para que hiciese compañía á la reina su hija; y á Lope de Conchillos deudo del secretario Miguel Perez de Almazan para que le sirviese de secretario. Asimismo de parte del César y de su hijo vinieron por embajadores al rey Católico Andrea del Burgo Cremones, y Filiberto, señor de Vere, que tenia mucha cabida con el rey archiduque, y mucha noticia de las cosas de Castilla. Con este comunicó sus quejas el rey Católico, y pretendió de nuevo apartar á don Juan Manuel del archiduque; pero él no obedeció, antes se envió á despedir del servicio del rey Católico, que eran nuevos desabrimientos; además que el archiduque mandó echar en prision á Lope de Conchillos en que le tuvo mucho tiempo muy apretado. La causa fue que la reina le mandó escribiese al rey su padre que era su voluntad tuviese el gobierno de sus reinos, conforme á lo que su madre dejó ordenado. Esta carta vino á poder del archiduque, de que recibió mucho enojo: mandó prender al secretario, y ordenó que ninguno de sus criados españoles la pudiesen hablar. La reina su mujer tomó tanta pena destas cosas que se alteró en gran manera, por do su indisposicion se le aumentó tanto que fue necesario recogella.

No se descuidaba el Gran Capitan en lo que tocaba á Italia, antes con mil soldados españoles de los que por órden del rey Católico se mandaban despedir, envió á Nuño de Ocampo para la defensa de Pomblin y de Pisa. Cercaron los florentines á Pisa: Nuño de Ocampo con los suyos se fue desde Pomblin á meter dentro della; con que los florentines se enfrenaron de manera que les convino alzar el cerco que tenian muy apretado sobre aquella ciudad, y no pudieron tomalla, como sin duda á faltalle este socorro lo hicieran. Instaban los Coloneses se reformase la conducta de Bartolomé de Albiano. El Gran Capitan le entretenia por conocer el valor y condicion de aquel caballero: despues por entender que tenia sus inteligencias con el papa en deservicio de España, y que pretendia hacer guerra á los florentines en favor de los Médicis, se hizo la reformacion, lo cual luego que vino á su noticia, trató de apoderarse de Pomblin; mas por estar dentro Nuño de Ocampo pretendió entrarse en Pisa con color de defendella.

Tuvieron aviso desto por una parte el Gran Capitan, por otra los florentines: el Gran Capitan le envió á mandar no pasase mas adelante so pena de perder la conducta y estado que tenia del rey Católico: los florentines debajo la conducta de Hércules Bentivolla se pusieron en cierto paso junto á la torre de San Vicente cinco millas distante de Campilla, pueblo del estado de Pomblin. Allí le desbarataron é hirieron; y en Nápoles porque no obedeció, se mandó ejecutar la pena incurrida; que todo fue ocasion de declararse y seguir diferente partido. No se podia presumir otra cosa de su natural en demasía bullicioso é inquieto. La gente de guerra española que se debia despedir conforme á lo mandado por el rey, puesto que se dió voz que la enviaban á la conquista de los gelves, se amotinó de manera que puso al Gran Capitan en mucho cuidado; mas él usó de tal maña que los apaciguó, y envió á España conforme al órden que tenia.

CAPITULO XIV.

De diversas confederaciones que se hicieron con el rey de Francia.

Deseaba el rey archiduque que la concordia que el año pasado se asentó en Bles con el rey de Francia, la confirmase el César su padre, para esto concertó de verse con él en Haghenau ciudad del imperio. Acudieron allí el César y el rey archiduque, que llevó consigo al cardenal de Ruan Jorge de Amboesa, que era por quien en todas las cosas se gobernaba el de Francia, con poderes bastantes que llevaba de su señor. Acordóse que se diese la investidura de Milan, como pusieron, al rey de Francia para sí y sus hijos varones; y á falta dellos para Claudia y Carlos de Austria su esposo. Púsose por condicion que si por culpa del rey de Francia no se efectuase aquel matrimonio, cayese del derecho que pretendia á aquel ducado, y recayese en los de Austria: declaróse otrosí que la investidura que se le daba, era sin perjuicio del derecho de tercero. En esto segundo hicieron fundamento los hijos de Ludovico Esforcia para ser restituidos en aquel estado. Por la primera condicion pretendió el dicho príncipe don Carlos, ya que era emperador, que despues de la muerte de los Esforcias se podia quedar con aquel ducado; verdad es que en tal caso se mandaban volver al rey de Francia los docientos mil francos que dió por la investidura. Hizo el juramento y homenaje de fidelidad en nombre de su rey el cardenal de Ruan por ser aquel estado feudo del imperio. Del reino de Nápoles no se trató cosa nueva en estas vistas; mas en confirmar como lo acordaron que el matrimonio del príncipe don Carlos y Claudia se efectuase, se entendia le debian llevar por dote, segun que entre los tres lo tenian acordado.

Sintió mucho el rey Católico todas estas tramas, que claramente se enderezaban contra él. Quejóse gravemente de los malos consejeros que su yerno tenia, y que sin dalle parte se concluyesen cosas tan grandes. Lo que mas era, que saneaban los derechos de Francia en lo de Milan sin que se saneasen los suyos así en lo de Borgoña como en lo que tocaba el reino de Nápoles. Revolvia en su pensamiento la forma que podria tener para ganar de su parte al rey de Francia, y por este medio prevenirse para todo lo que le podria suceder. Parecióle que el mejor camino de todos seria casar en Francia con Germana de Fox, que era sobrina de aquel rey hijo de su hermana. Envió para tratar esto á fray Juan de Enguerra de la órden de San Bernardo, é inquisidor en Cataluña.

Gustó mucho el Francés deste casamiento, tanto que por contemplacion dél renunciaba el derecho que tenia al reino de Nápoles en su sobrina y en sus hijos varones y hembras junto con el título de rey de Nápoles y Jerusalén. Por el contrario el rey Católico vino en que, caso que no tuviesen hijos, aquel reino volviese al rey de Francia y á sus herederos: demás que se obligó de pagalle por los gastos de la guerra quinientos mil ducados en término de diez años por pagas iguales: item que á los varones Angevinos se volverian sus estados, cosa muy dificultosa, y los prisioneros que tenia en su poder el Gran Capitan se pondrian en libertad, nombradamente el príncipe de Rosano y marqués de Bitonto; solo se esceptuaron el duque Valentin y el conde de Pallas. Con esto el rey de Francia se obligaba de asistir al rey Católico contra el César y su hijo, caso que intentasen á removelle de la gobernacion de Castilla. El Guiciardino

dice que se concertó asimismo ayudaria el rey Católico á Gaston de Fox su cuñado á conquistar el reino de Navarra, á que pretendia tener derecho: item que el de Francia enviaria á España la viuda reina de Nápoles con sus hijos; y si no quisiese venir, la despediria de su reino. Los unos conciertos y los otros se hicieron este verano y estío; y desde Segovia á los veinte y cinco de agosto se enviaron á Francia para concluir don Juan de Silva conde de Cifuentes, Micer Tomás Malferit y el mismo fray Juan de Enguerra, que llevaron las provisiones para libertar á los prisioneros de Nápoles, y seguridad para que los desterrados pudiesen ir á sus casas.

En particular se trató de casar á Roberto de Sanseverino príncipe de Salerno, cabeza de los forajidos de Nápoles, con doña Marina de Aragon hija de don Alonso de Aragon duque de Villahermosa y conde de Ribagorza, y hermana de don Alonso duque de Villahermosa y de don Juan conde de Ribagorza: trazas que dieron mucho contento al rey de Francia, tanto que procuró impedir que el rey archiduque no viniese á España, y se le envió á requerir con un su secretario que hasta que las diferencias que tenia con su suegro se determinasen, no se pusiese en camino: para necesitalle á ello trató con el duque de Gueldres que con mas gente hiciese la guerra en Flandes.

Este asiento por una parte causó gran turbacion en el reino de Nápoles, y los varones que poseian las tierras de los forajidos, se apellidaron para defenderse unos á otros, en particular Próspero Colona, que se salió del reino, y llegó á ofrecer al papa que si el rey de Francia le renunciase el derecho que pretendia á aquel reino, él y los suyos se le conquistarian; por otra alteró de nuevo á los grandes de Castilla, tanto mas que se publicaba que la reina Católica para dejar al rey Católico por gobernador de sus reinos le tomó primero juramento que no se casaria; y procuraron estorbar al conde de Cifuentes que no fuese con aquella embajada so pena que le tendrian por mal castellano. Algunos cargaban al Gran Capitan de que no se declarase por el rey archiduque, pues por aquel matrimonio del rey Católico con doña Germana se quitaba la sucesion del reino de Nápoles al príncipe don Carlos, ora tuviesen hijos, ora no.

El rey archiduque asimismo sintió mucho que le quitasen del todo lo de Nápoles, y le pusiesen en condicion la corona de Aragon, si el rey su suegro tuviese hijo varon. El rey Católico por prevenir desgustos despachó á Flandes al protonotario don Pedro de Ayala, que fue antes embajador en Ingalaterra, para que juntamente con Gutierre Gomez de Fuensalida embajador ordinario avisasen al rey su yerno de aquellas paces y conciertos, é hiciesen de su parte instancia que Lope de Conchillos fuese puesto en libertad, ca le tenian en Villaborda muy apretado. Hicieron ellos lo que les fuera mandado, y el rey archiduque en lo que tocaba al matrimonio, dijo con palabras generales que se holgaba dél, que el rey su señor era libre, y se podia casar donde mas gusto le diese; en lo de Lope de Conchillos dió por respuesta que era su criado y tenia acostamiento de su casa; que por sus deméritos le tenia preso, y no le pensaba dar libertad.

Venecianos en todas estas tramas se estaban á la mira sin echar de ver la borrasca que se les armaba; verdad es que se concertaron con el papa de manera que se quedaron en la Romaña con lo de Faenza y Arimino, y le restituyeron lo que tenian de los condados de Imola y de Cesena. Con esto tomaban en su proteccion al duque de Urbino y al prefecto de Roma sobrino del papa, á quien el duque tenia adoptado, y para que le sucediese en aquel estado, le casó con hija del marqués de Mántua su cuñado.

Al Gran Capitan se envió aviso de las paces que el rey Católico hizo con el rey de Francia, con órden se viniese luego á España para dar asiento en cosas que pedian la presencia de su persona; y de secreto tuvo al arzobispo de Zaragoza nombrado para el gobierno de Nápoles. El Gran Capitan mostró holgar de las paces, y las hizo pregonar y regocijar en Nápoles: cuanto á su venida respondió que estaba presto y que muy en breve se partiria; mas ya el tiempo, ya las cosas no dieron á ello por entonces lugar. Por esto las sospechas que se tenian dél, se aumentaban: menudeaban los chismes, y cada cual tomaba ocasion de pensar y decir lo que le parecia, dado que él envió á su secretario Juan Lopez de Vergara á dar razon de sí y de todo lo que pasaba.

CAPITULO XV.

Que Mazalquivir se ganó en Africa de moros.

No se apartaba del lado del rey Católico el arzobispo de Toledo, antes en todas estas diferencias le acudió siempre con gran lealtad, y fue gran parte para que muchos reprimiesen sus malas voluntades. Era este prelado de gran corazon, y pensamientos mas altos que segun el bajo estado en que se crió. Persuadia al rey y hacia grande instancia, aun en vida de la reina, que acabada la guerra de Nápoles la hiciese en Berbería contra los moros. Llegó el negocio tan adelante que el rey dió órden como buena parte de los soldados españoles que tenian en Nápoles, para acometer esta empresa volviesen á España, y así se hizo. Por otra parte el conde de Tendilla se ofrecia con cuarenta cuentos de maravedís que el rey le consignase, de dar conquistada á Oran y su puerto de Mazalquivir y otras villas comarcanas: que si de aquel dinero sobrase algo, se volviese al rey, y si faltase, lo supliria él de su casa.




Moneda de doña Juana, *la Loca*, y Felipe, *el Hermoso*.

Este asiento que estuvo muy adelante, se desbarató con la muerte de la reina; mas porque del todo no cesase este intento, y los soldados de Nápoles no estuviesen ociosos, el arzobispo prestó al rey once cuentos para ayuda al gasto. Con esto en las costas del Andalucía se aprestó una armada, primero con intencion de ganar por trato que se traia, un pueblo de Berbería que se llamaba Tedeliz, y está sobre el mar entre Bugia y Argel, despues por entender que no era lugar importante, ni plaza que se debiese sustentar, acordaron acometer á Mazalquivir, que quiere decir en arábigo puerto grande: nombre que tenian antiguamente, y así le llama Ptolomeo *Portus magnus*. Está muy cerca de Oran, contrapuesto á la ciudad de Almería, bien que algo mas á Levante.

Luego que la armada estuvo á punto, en que iban seis galeras y gran número de carabelas y otros bajeles que llevaban hasta cinco mil hombres, don Diego Fernandez de Córdoba alcaide de los Donceles caballero de mucho valor, que estaba nombrado por general de aquella empresa, de la playa de Málaga se hizo á la vela un viernes á veinte y nueve de agosto. Llevaba cargo de las cosas del mar don Ramon de Cardona: tuvieron tiempo contrario, y fuéles forzoso entretenerse en el puerto de Almería. Desde allí

alzadas las velas se partieron, y á once de setiembre con toda la armada surgieron en aquel puerto de Mazalquivir. Tenia en la punta el puerto un baluarte con mucha artillería y sus traveses y torreones, debajo de la cual entraron los nuestros. Acudieron ciento y cincuenta caballos y tres mil peones para estorbar que no saltasen en tierra. El desembarcadero era malo, y el dia muy tempestuoso.

Todas estas dificultades venció el grande esfuerzo de los cristianos: el primero que saltó en tierra, fue Pero Lopez Zagal un muy valiente soldado. Pelearon con los moros; hiciéronlos retirar á Oran, y quedaron solos cuatrocientos soldados en la fuerza de Mazalquivir: combatiéronlos, y en el primer combate fue muerto de un tiro de artillería el alcaide de aquel castillo con otros muchos, y les descabalgaron los mejores tiros que tenian asestados. Desanimados con esto los moros se rindieron al tercero dia á partido, y se alzaron en aquella fuerza las banderas de España. Túvose á gran ventura lo uno el detenerse la armada, ca con la nueva que era salida de Málaga, cargó gran morisma por aquellas partes: pero á cabo de ocho dias por faltalles provision y entender que nuestra armada iba á otra parte, se derramó aquella gente: lo otro que el mismo dia que el castillo se rindió, por la sierra acudió gran muchedumbre de moros para dar socorro á los cercados, que hicieran mucho daño si no llegaran tan tarde. Estos se juntaron con los de Oran, y salieron al campo con intencion á lo que parecia venir á las manos; no se atrevieron empero, dado que el alcaide de los Donceles sacó su hueste en órden para dalles la batalla. Solo hobo algunas escaramuzas con los nuestros, que salian con escolta á hacer agua ó leña, de que padecian falta. Dióse la tenencia de aquella fortaleza con cargo de capitan general de la conquista de Berbería al alcaide de los Donceles: con tanto don Ramon de Cardona con su armada dió la vuelta á Málaga á veinte y cuatro del dicho mes. Los que quedaron en guarda de aquel puerto, trataron con los de Oran y tomaron con ellos su asiento en que concertaron treguas para poder contratar unos con otros: cosa que á los moros les venia muy bien para no perder la contratacion de Levante, que se les comunicaba por medio de las galeazas venecianas que traian á aquel puerto y por todas las costas de Africa, España, Francia, Flandes y Dinamarca la especería de que en Alejandría cargaban. Grande fue la reputacion que con esta empresa ganó el rey Católico, pues no contento con lo que en Italia hizo, volvia su pensamiento á la conquista de Africa y al ensalzamiento del nombre cristiano. Verdad es que los maliciosos se persuadian que debajo aquel color juntaba sus fuerzas no contra los infieles, sino para resistir al rey su yerno, si pretendiese venir á Castilla y quitalle el gobierno. El arzobispo de Toledo con tan buen principio se animó mucho para ayudar á llevar adelante aquella santa empresa, y gastar en ella buena parte de sus rentas, hasta revolver en su pensamiento de pasar en persona á Africa para dar mayor calor á aquella conquista, como lo hizo poco adelante.

Mediado este mes parió en Bruselas la reina doña Juana una hija que llamó doña María. Para visitalla envió el rey Católico un caballero de su casa que se decia Carlos de Alagon, con órden de avisar algunas cosas al rey don Philipe enderezadas á que entendiese cuanto mejor le estaba la concordia que venir á rompimiento. El rey don Manuel se retiró á Almerin por huir la peste que por este mismo tiempo comenzó á picar en Lisboa do con su córte residia. En Castilla otrosí la cancillería de Ciudad-Real se pasó este año á Granada, y por su presidente fue nombrado el obispo de Astorga.

CAPITULO XVI.

De la concordia que se asentó entre los reyes suegro y yerno.

Entretúvose el rey Católico en Segovia y en el bosque de Balsain algunos meses hasta tanto que á los veinte de octubre partió de allí para Salamanca. Allí mandó pregonar las paces que tenia asentadas con Francia, que en Castilla comunmente no fueron tan bien recebidas como en Aragon. Lo mismo que á los unos daba pesadumbre, es á saber que los reinos se dividiesen, á los otros era causa de grande contento, que deseaban tener rey propio y natural: así van las cosas. Todo se enderezaba á enfrenar las demasías del rey archiduque y hacelle resistencia, si llegasen á rompimiento, por cuanto en esta sazon desde Bruselas mandaba apercebir los grandes de Castilla para que le acudiesen, en especial el marqués de Villena, duque de Nájara, Garci Lasso de la Vega, duque de Medina Sidonia, conde de Ureña; y aun el almirante y condestable de Castilla, sin embargo el deudo que tenia con el rey Católico, andaban en balanzas. Don Juan Manuel con sus cartas atizaba este fuego, puesto que siempre daba á entender que deseaba y procuraba la concordia, y que sería fácil concertar las diferencias: si el rey Católico se pusiese en lo que era razon, y se contentase con lo suyo y dejar á sus hijos desembarazado el reino y el gobierno, todas las cosas se encaminarian bien; donde no, perderia lo que tenia en Castilla, y aun pondria en condicion lo de Aragon: que la venida del rey archiduque seria muy cierta y muy en breve, quier fuese con voluntad de su suegro, quier sin ella. En conformidad desto aprestaban una armada en Gelanda, en que tenian ya juntas sesenta naves; y si bien el rey de Francia por dos veces envió á requerir al rey archiduque no emprendiese aquel viaje antes de concertarse con su suegro, á ocho de noviembre partió de Bruselas junto con la reina para ir á Gelanda. Dilatóse la embarcacion, y todo iba despacio: así se tuvo entendido que se pretendia se declarasen primero los que habian de dar favor á su venida y entrada en Castilla, cuya cabeza que era el marqués de Villena, como en esta sazon entrase en Toledo, se tuvo por cierto llevaba poderes del rey don Philipe para apoderarse de aquella ciudad: de que el pueblo se alteró, y los Silvas, que eran muy aficionados al servicio del rey Católico, se juntaron con el corregidor don Pedro de Castilla para hacelle resistencia; mas el marqués acordó de partirse sin intentar novedad alguna.

Fuera de los Silvas y el duque de Alba y el arzobispo de Toledo, los que mas se señalaban por el rey Católico, eran don Bernardo de Rojas marqués de Denia, don Gutierre Lopez comendador mayor de Calatrava, Antonio de Fonseca y Hernando de Vega, que eran muy aceptos al rey y de su consejo. Estos eran de parecer que se debia impedir en todas maneras la entrada del nuevo rey, si intentase de venir á Castilla antes de componer y asentar aquellas diferencias. El rey Católico se resolvia en esto, dado que se le hacia muy de mal usar de fuerza y tomar las armas contra sus hijos, y no se aseguraba que los pueblos llevarian bien que se usase de aquel término contra sus reyes naturales.

Todavía al mismo tiempo que las cosas estaban para romper, el rey archiduque se inclinó á que se diese algun corte en aquellos negocios, y para ello envió poderes bastantes á sus embajadores. Conforme á esto en veinte y cuatro de noviembre se asentó en Salamanca concordia y amistad entre los dos reyes con las capitulaciones siguientes: que todos tres los dos reyes y la reina juntamente gobernasen; y con las firmas de todos tres y en sus nombres se despachasen las provisiones y cartas reales, y al refrenda-

llas se dijese : Por mandado de sus altezas; lo mismo se guardase en los pregones. Que luego que los reyes don Philipe y doña Juana llegasen á estos reinos, fuesen jurados por reyes y por gobernador el rey Católico, y don Cárlos por príncipe y sucesor en los reinos de Castilla, de Leon y de Granada. Item que las rentas y servicios de los dichos reinos, pagados los gastos ordinarios y estraordinarios, se dividiesen en dos partes iguales, la una parte al rey Católico, y la otra para sus hijos. Lo mismo ordenaron se hiciese en los oficios; que se proveyesen por mitad : capítulo que estendian asimismo á las encomiendas de las tres órdenes, dado que la administracion de ellas sin contradicion pertenecia al rey Católico. Con estas condiciones se concluyó esta confederacion.

Para cumplimiento de lo capitulado nombraron por conservadores al papa y al César, y á los reyes de Ingalaterra y Portugal. Declaróse demás desto que si la reina no quisiese entender en el gobierno, las provisiones se espidiesen en nombre de los tres, y con las firmas de los dos reyes; y en caso de ausencia de cualquiera de los dos los negocios se despachasen con la firma solo del uno. Enviaron á Flandes una copia destas capitulaciones, que descontentaron al rey archiduque y á los suyos; mas sin embargo la concordia se aceptó y juró, ca el favor del rey de Francia era gran torcedor para los de Flandes, además que tenian por cierto que con su llegada á España todo se haria como fuese su gusto. Con esto soltaron al secretario Lope de Conchillos que hasta entonces tuvieron en muy esquiva prision.

Pregonóse esta confederacion en Salamanca á los seis de enero principio del año 1506; y dos dias adelante se hicieron á la vela desde Gelanda los nuevos reyes. El tiempo no era á propósito para meterse en el mar; cargó tan gran tormenta que algunas naves se perdieron, y con las demás les fue forzoso tomar un puerto en Ingalaterra que se llama Weymouth. Con aquella ocasion se vieron los reyes don Philipe y el de Ingalaterra en Windsor, do hicieron sus alianzas, y se concertó que Margarita de Austria viuda del duque de Saboya casase con el Inglés, y con María hija del mismo don Cárlos de Austria : casamientos que despues no se efectuaron. Entregó el archiduque al Inglés el duque de Suffolck, que le tenia en poder, y él se habia fiado de su palabra : estraña resolucion. En esto y en fiestas que se hicieron, se detuvieron hasta por todo el mes siguiente que volvieron al puerto de Flamua para embarcarse. El rey Católico luego que tuvo aviso de la tormenta que sobrevino á sus hijos en el mar, mandó recoger las mejores naves en las marinas de España para enviárselas, y por general á don Cárlos Enriquez de Cisneros, que por este mismo tiempo junto con su mujer doña Ana de Sandoval fundó el mayorazgo que hoy poseen los de su casa en Portugalete, los bienes en el arciprestazgo de San Roman merindad de Saldaña, su hijo mayor Philipe Enriquez de Cisneros.

Al tiempo que la concordia se asentó en Salamanca escribió el rey Católico á don Juan Manuel que procurase con el rey archiduque se olvidasen las cosquillas pasadas, y se reconciliasen las voluntades como era razon y el estrecho deudo lo pedia. La respuesta que hizo á esta carta, será bien poner aquí para que se conozca la libertad y viveza deste caballero : «Recebí la de vuestra alteza, y cumpliré lo que en ella me »manda, que es procurar cuanto en mí fuere que los »desgustos se olviden, y la concordia asentada vaya »adelante; pues no se puede negar sino que de tal »escuela como la de vuestra alteza y tales discípulos »como los reyes, todos esos reinos recebirán mucho »bien. Lo cual Dios y mi conciencia son buenos tes»tigos he siempre procurado con todas mis fuerzas, »si bien algunos, y por ventura vuestra alteza, por »el mal tratamiento que se me ha hecho, podrá ha»ber juzgado diversamente; pero no se pueden enfre»nar las lenguas, ni los juicios, ni yo pretendo por »este oficio algun galardon. Bastaríame que mis ser»vicios y fatigas pasadas no estuviesen puestos en »olvido de la manera que están; que me parece por »mi vejez y por la poca cuenta que dello se tiene, que »vuestra alteza no me quiere pagar en este mundo »sino en oraciones para cuando esté en el otro. La »cual paga yo no pretendo, pues muchas veces he »oido decir que un príncipe puede llevar sus minis»tros al infierno, y nunca que algun rey, aunque sea »tan cristianísimo como el de Francia, haya sacado »algun privado suyo del purgatorio. Yo por esto no »dejaré de hacer lo que debo, ni de suplicar á vuestra »alteza para que la concordia sea mas firme, que en »lo que della queda por declarar, use de la bondad y »prudencia que suele en todas sus cosas.»

CAPITULO VII.

Que el rey Católico se casó segunda vez.

Envió el rey Católico sus embajadores para dar aviso á los príncipes que se nombraron por conservadores de la concordia que asentó con el rey su yerno, en particular hizo recurso al rey de Portugal don Manuel para entender lo que tendria en él, si todavía no se guardase lo capitulado. Respondió por palabras generales, y secamente, por tener trabada estrecha amistad con el rey don Philipe; para cuyo recebimiento (que se entendia desembarcaria en el Andalucía, y pensaba haria escala en algunos de sus puertos) se apercibió con grande cuidado, y hacia labrar mucha plata ora fuese para festejarle, ora para se la presentar, dado que la peste le tenia puesto en cuidado, que cundia por su reino, y picaba en Santaren. Por esto, de Almerim, do estaba, se fué á Abrantes, pueblo asentado en un altozano, y que goza de aires limpios.

Allí parió la reina á tres de marzo al infante don Luis, príncipe que fue de gran valor, señalada virtud y piedad, especialmente á lo postrero de su vida que no fue larga; verdad es que en su mocedad de una mujer baja tuvo un hijo bastardo por nombre don Antonio, que fue prior de Ocrato, famoso asaz á causa que por la muerte de su tio el rey y cardenal don Enrique los años adelante se llamó rey de Portugal, y fue á su patria ocasion de grandes males. Bautizaron el infante el octavo dia de su nacimiento : los padrinos el duque de Berganza y el conde de Abrantes, la madrina la duquesa de Berganza la vieja. Esta alegría se aguó con un alboroto que se levantó en Lisboa muy grande por una causa ligera.

En la iglesia de Santo Domingo estaba un crucifijo que sobre la llaga del costado tenia puesto un viril. Los que oian cierto dia allí misa, pensaron que el resplandor del vidrio era milagro. Contradíjolo uno de los que allí se hallaron, nuevamente convertidos del Judaismo, con palabras algo libres. El pueblo como suele en semejantes ocasiones furioso é indignado que tal hombre hablase de aquella manera, echaron mano dél, y sacado de la iglesia, le mataron y quemaron en una hoguera que allí hicieron. Acudióles un fraile de aquel monasterio, que hizo al pueblo un razonamiento en que los animó á vengar las injurias que los judíos hicieron y hacian á Cristo; que fue añadir leña al fuego, y acuciar á los que estaban furiosos, para que llevasen adelante su locura. Apellidáronse unos á otros : arremeten á las casas de los conversos : llevaban una cruz delante dos frailes de aquella órden como estandarte. La furia fue tal que en tres dias que duró el alboroto, dieron la muerte á pasadas de dos mil personas de aquella nacion; y aun á vueltas por yerro ó por enemistades fueron muertos algunos cristianos viejos. Acudieron flamencos y alemanes de las naves que surgian en el puerto, á participar del saco que en las cosas se hacia.

Tuvo el rey aviso deste desórden: envió á Diego de Almeida y á Diego Lopez para que hiciesen pesquisa sobre el caso: los dos frailes caudillos de los demás fueron muertos y quemados, y sin ellos justiciados otros muchos; los extranjeros alzadas velas, escaparon con la presa que llevaban muy gruesa. Por esta manera se alteró y sosegó aquella nobilísima ciudad; que tan fáciles son los remedios como ligeras las causas de alborotos semejantes.

En Castilla por una parte se esperaba por horas la venida de los nuevos reyes, por otra se festejaban las bodas del rey Católico y de doña Germana. Fueron desde Salamanca á Fuente-Rabía á recebir y acompañar á la novia el arzobispo de Zaragoza y otras nobles dueñas y caballeros. El rey y con él las reinas de Nápoles madre y hija, y el duque de Calabria sin otros muchos señores fueron otrosí á Valladolid, y dende á Dueñas: allí á los diez y ocho de marzo se hicieron las velaciones. Era la reina sobrina del rey Católico, nieta de su hermana doña Leonor reina que fue de Navarra: dispensó el papa, aunque con dificultad por la contradicion que el César y su hijo hicieron. Venian en compañía de la reina Luis de Amboesa obispo de Albi, Hector Piñatelo y Pedro de Santandrea por embajadores de Francia: venian asimismo los príncipes de Salerno y Melfi y otros muchos varones Angevinos con deseo de tomar asiento en sus cosas.

Con todo este acompañamiento luego otro dia despues que las bodas se hicieron, dieron los reyes la vuelta para Valladolid. El rey en aquella villa hizo solemne juramento en presencia de gran número de prelados y de señores, y se obligó por sí y por sus sucesores de cumplir y guardar todo lo contenido en los capítulos de la paz y concordia que tenia asentada con Francia. Algunos dias despues los varones Angevinos por sí y en nombre de los ausentes hicieron pleito homenaje al rey y reina como á verdaderos y legítimos reyes de Nápoles.

Acabadas las fiestas, el rey se partió para Burgos con intento de recebir á los nuevos reyes, que pensó aportarian á Laredo, ó á alguno de los puertos de aquella costa. Iban en su compañía los arzobispos de Toledo y Sevilla, el duque de Alba, condestable y almirante, y el conde de Cifuentes: todos dispuestos á lo que mostraban, á procurar que lo que la reina doña Isabel dejó establecido acerca del gobierno de aquellos reinos, se guardase. Era el rey Católico llegado á Torquemada cuando le vino aviso que los reyes sus hijos desembarcaron en la Coruña, que fue á los veinte y ocho de abril. La causa de llegar tan tarde fue que en Ingalaterra se detuvieron mucho, primero en las vistas con aquel rey y fiestas, despues en esperar tiempo en el puerto de Flamua, en que estuvieron detenidos muchos dias.

Desembarcaron en la Coruña, por estar el rey don Philipe persuadido que le convenia entrar en Castilla lo mas lejos que pudiese de donde el rey su suegro se hallase, con intento de saber en su ausencia lo que en los grandes y pueblos tendria, para acomodarse y acomodar las cosas segun la disposicion que hallase y la manera que le acudiesen; ca resuelto venia de no pasar por las capitulaciones de la concordia hecha en Salamanca, si no fuese á mas no poder. Esto le aconsejaba don Juan Manuel, y por lo mucho que con él podia, se lo persuadió; y aun pretendió con este intento llevalle á desembarcar al Andalucía, y lo hiciera, si el tiempo diera lugar. Por este tiempo Gonzalo Mariño de Ribera alcaide y capitan de Melilla por el duque de Medina Sidonia por trato se apoderó de la villa de Cazaza, que está situada en el reino de Fez con un buen puerto á cinco leguas de Melilla; la cual villa como era razon quedó en poder del mismo duque de Medina.

CAPITULO XVIII.

Que el rey Católico procuró verse con el rey archiduque.

La venida del rey Philipe, que debiera ser causa de contento y sosiego universal, pudiera reducir las cosas á total rompimiento; si la prudencia y sufrimiento del rey Católico no supliera las faltas, y apagara este fuego de desabrimientos que se emprendia por todas partes. Los humores y trazas de los dos reyes eran diferentes, y aun de todo punto contrarios. Luego que llegó el rey don Philipe, envió á requerir á los condes de Benavente y Lemos y otros señores de Galicia, y á los grandes de Castilla para que se declarasen por sus servidores y parciales; lo cual qué otra cosa era sino comenzar á sembrar disensiones y alborotos en lugar de paz? Como vió que esta primera diligencia le sucedia á su propósito, y que comenzaban con gran voluntad á declararse por él muchos; lo segundo que hizo fue declararse que no estaria por la concordia que se asentó en Salamanca. Comenzó otrosí á desfavorecer á los criados del rey su suegro en tanto grado que un dia habló á don Pedro de Ayala, y le avisó que advirtiese que si bien disimuló lo que en Flandes y Ingalaterra trató en deservicio suyo, que de allí adelante no lo sufriria; que pues era su vasallo, mirase como se gobernaba.

A los alcaldes y alguaciles de córte que por órden del rey Católico vinieron á la Coruña á servir sus oficios como era razon, despidió y no se quiso servir dellos por imaginar que su suegro le queria poner en su casa y córte oficiales de su mano. Venia muy advertido de no sufrir tutor alguno ni padrastro como decia don Juan Manuel. Los suyos publicaban grandes quejas contra el rey Católico, y la mas grave era sobre el casamiento con la reina doña Germana y las condiciones dél, en que decian hizo grave daño á sus hijos y nietos por desmembrar el reino de Nápoles; en que parece tenian alguna razon, por lo menos apariencia della, si su mal término no pusiera en necesidad al rey Católico de valerse por aquel camino del rey de Francia y sacar un clavo con otro.

Por el contrario luego que el rey Católico tuvo aviso de la venida de sus hijos, envió á don Ramon de Cardona y á Hernando de Vega á visitallos de su parte, y él mismo dió la vuelta camino de Leon para ir en persona á verse con ellos, si bien reparó en Astorga hasta saber su voluntad. Al marqués de Villena que era llegado á Burgos con grande acompañamiento, y al duque de Nájara que juntaba sus deudos y mucha gente para ir en son de guerra á la Coruña, avisó dejasen aquel camino, y fuesen con su acompañamiento ordinario; que semejantes asonadas y juntas siempre fueron prohibidas, y al presente no eran necesarias pues todos iban de paz. Con su yerno hizo instancia por medio de don Pedro de Ayala para que despidiese dos mil alemanes que traia en su compañía: recelábase por aquella novedad no fuese ocasion de que los naturales se ofendiesen y escandalizasen. Por otra parte envió á su secretario Almazan para que se juntase con don Ramon y Hernando de Vega, don Pedro de Ayala y Gutierre Gomez de Fuensalida sus embajadores para concertar las vistas con sus hijos, que deseaba él mucho abreviar, y los del rey don Philipe las dilataban cuanto podian.

Tratóse que se viesen en Sarria primero, despues en Ponferrada; ningun lugar empero contentaba á los que las aborrecian, ni á don Juan Manuel, que todo lo meneaba, y se recelaba mucho que si los dos reyes se viesen, por ser el uno muy sagaz y el otro muy fácil, además del deudo y sangre y respeto de padre que suele allanar grandes dificultades, muy fácilmente se concertarian, que era lo que sobre todo aborrecia y desviaba, tanto que un dia dijo á don Pedro de Ayala que el rey Católico se desengañase de

tres cosas, sobre que al parecer armaba grande edificio: la primera que en las vistas no se trataria de negocio alguno: la segunda que seria en el campo, y no con igual acompañamiento, antes con grande ventaja de gente de parte del rey su hijo: la tercera que el rey Católico no hiciese fundamento en el favor de la reina su hija, porque no se daria á ello lugar, y se hallaria burlado.

Tornaron de nuevo á acometer á don Juan Manuel con grandes ofrecimientos para él y para sus hijos: su brio era tan grande que no fue de efecto alguno. Era esto en sazon que en Valladolid por el mes de mayo falleció Cristobal Colon almirante de las Indias, primer descubridor del Nuevo Mundo. Por otra parte el marqués de Villena y conde de Benavente, y el duque de Nájara eran llegados á la Coruña, y cada dia se juntaba mas gente y venian mas señores, como el duque de Bejar, los marqueses de Astorga y de Aguilar, y Garci Lasso de la Vega, y últimamente el duque del Infantado, con que á los parciales del rey don Philipe crecia mas el ánimo para pretender aventajar su partido.

El rey Católico se detuvo en Astorga hasta los quince de mayo: desde allí se partió para el Ravanal con intento de irse á Santiago, y que allí fuesen las vistas. Algunos de su consejo eran de parecer que no se apresurase, porque con la tardanza, como suele acontecer en las trazas mal encaminadas, se descubriria la hilaza, y resultarian tales desabrimientos de los grandes entre sí y con los privados de aquel príncipe por su grande ambicion y deseo que cada cual llevaba de gobernallo todo, que el nuevo rey se veria presto en tales dificultades y aprietos que le harian entender mal su grado la necesidad que tenia de ser ayudado y aconsejado de su suegro. En este estado se hallaban las cosas de Castilla, que fuera de rompimiento no podia ser peor.

Los potentados de Italia y las otras naciones estaban á la mira de lo que resultaria de la venida del rey don Philipe: parecia á todos que por lo menos el rey Católico que era tan temido, desta hecha quedaria descompuesto y sin fuerzas. Movíales mucho á pensar esto, entre otras cosas, ver que el Gran Capitan contra el órden de su rey se entretenia en Nápoles, y no acababa de arrancar: y por su gran valor y prudencia pensaban que no carecia esto de algun grande misterio; mas el Gran Capitan advertido destas sospechas envió delante sus caballos y recámara, y juntamente á Pedro Navarro para que le descargase con el rey Católico, y le diese informacion de todo y las causas verdaderas porque se detenia, que era dejar en órden los presidios, y contentar la gente de guerra que andaba alborotada por falta de dinero.

Por el contrario Juan Bautista Espinelo se partió juntamente para España para dar quejas contra el Gran Capitan, y poner dolencia en todo lo que hacia: intento que era fácil por tener cabida y crédito con el rey Católico. La calumnia á las veces tiene mas fuerza que la verdad, á lo menos sus primeros encuentros son muy bravos: así las cosas se pusieron en términos que el rey Católico se resolvió en todas maneras de sacar de Nápoles al Gran Capitan. El negocio llegó tan adelante que tuvo nombrado y despachado á su hijo el arzobispo de Zaragoza para que con toda brevedad fuese á tomar el cargo de aquel reino: por otra parte con Juan Lopez de Vergara, secretario del Gran Capitan le envió una cédula en que le prometía debajo de juramento y de su real palabra de dalle luego que llegase á España, el maestrazgo de Santiago: parecia á muchos que para engañalle; porque por el contrario dió órden á Pedro Navarro, á quien diera el condado de Olivito, y de quien hacia mucha confianza, que fuese en compañía del arzobispo y con su buena traza y valor le prendiese dentro de Castelnovo: estraña resolucion, que desbarató Dios porque no se descompusiese por este modo un caballero que era la honra de España. La causa de mudar parecer y templarse fue una carta que á la sazon llegó del Gran Capitan en que con muy discretas razones, y sobre todo con la verdad, que al cabo tiene gran fuerza para convencer, aseguró al rey; y lo juró como cristiano y hizo pleito homenaje como caballero de guardalle toda lealtad, y en cualquiera ocurrencia acudille y tener en su nombre aquel reino; sin embargo prometia que seria muy presto en España: con que sosegó por entonces esta nueva borrasca de que podian resultar grandes males.

CAPITULO XIX.

Que el rey Católico mandó juntar gente para poner á su hija en libertad.

Apenas los grandes y señores llegaron á la Coruña, cuando entre ellos mismos nacieron competencias y repuntas, y con los flamencos envidias y poca conformidad. El marqués de Villena se adelantaba á los demás, y como mayordomo mayor, cuando el rey don Philipe oia misa se ponia junto á la cortina de la una parte, y de la otra monsieur de Vere como mayordomo mayor por Flandes. En las vistas de los reyes no se concordaban: los castellanos pretendian impedillas, porque los reyes no se concertasen; los flamencos como gente mas sin doblez juzgaban que seria bien se viesen sin dar lugar á tantos misterios. El que mas en esto se señalaba y insistia, era el señor de Vere, bien que los maliciosos entendian que lo hacia por la envidia que tenia á don Juan Manuel y á su privanza con aquel príncipe, dado que él daba mas muestras de descontento en esta sazon que de privanza, y con la ida de tantos grandes andaba como turbado y deslumbrado, y parecia temer no le echase alguno el pié adelante, y le hiciese caer.

En lo que todos se concordaban, era en dar quejas del rey Católico: quién tenia por cosa grave que quisiese llevar la mitad de las rentas reales, y no trajese á particion lo que rentaban los maestrazgos: quién encarecia que cómo se podian sufrir tres reyes en Castilla? y aun don Juan Manuel mostraba una escritura otorgada en Francia en que el rey Católico se intitulaba rey de Castilla: quién estrañaba que las fortalezas y guardas se tuviesen en nombre del rey Católico, sin que el rey don Philipe en mucho tiempo pudiese proveer ninguna de aquellas plazas, y que él mismo continuase á proveer corregidores en diversas ciudades. Sobre todo estrañaban que hacia levas de gente con voz de poner en libertad la reina su hija, ca por su indisposicion la tenian muy retirada sin dar lugar que persona alguna la viese; el cual cargo era verdadero, que el rey Católico con este color despachó sus cartas á diversas partes para apercebirse de gente en caso que llegasen á rompimiento; y aun el duque de Alba tenia levantado golpe de gente en el reino de Leon para acudir al rey Católico; que solo entre todos los grandes se tuvo siempre por él, si bien veia el peligro que sus cosas corrian por esta causa, y que todos desamparaban al rey Católico: hasta el mismo condestable que era su yerno, y almirante que era su primo, acordaron que les estaba mejor acudir al rey don Philipe y hacelle compañia. No se contentó el rey Católico con intentar de hacer juntas de gentes en Castilla, sino que despachó un caballero aragonés por nombre Jaime Albion para dar cuenta de todo lo que pasaba al rey de Francia, y le pedir que por medio del duque de Gueldres y obispo de Lieja diese á su yerno guerra en Flandes, para con este torcedor hacer se humanase mas en lo que tocaba á Castilla y á las diferencias que con él tenia.

Sin embargo de todo esto se continuaba la plática de las vistas. La resolucion se dilataba. El rey don Philipe se determinó de salir de la Coruña la via de Santiago:

las compañías de los alemanes marchaban delante con su artillería tan en órden como si entraran por tierra de enemigos y de conquista. Aquel mismo dia, que fue á los veinte y ocho de mayo, partieron el rey Católico y la reina para Betanzos. Estaba don Alonso de Fonseca arzobispo de Santiago declarado de parte del rey Católico tanto como el que mas: por esta causa los del rey archiduque no vinieron en que allí fuesen las vistas, ni se quisieron detener allí mucho, antes tomaron la via de Orense, que era torcer el camino y el rey Católico reparó en Villafranca. Entonces el rey don Philipe envió á decir al rey su suegro que si le enviase al arzobispo de Toledo con poderes, esperaban se asentarian bien y á gusto los negocios: hízose así y el arzobispo trabajó lo que pudo para concordar las diferencias; pero poco se hacia por la contradicion que halló en los grandes, á quien pesaba que aquellos príncipes se concertasen.

El rey Católico de Villafranca se pasó á la Bañeza, y de allí á la Matilla en sazon que muchos de los prelados y de los caballeros que iban con él, le dejaron inducidos por los grandes que se monstraban muy declarados contra él. Esta soledad y desamparo hizo que el rey Católico perdiese la esperanza de poder resistir, si las diferencias llegaban á rompimiento: así procuró por cualquier manera concertarse con su yerno. Con este intento le escribió una carta en que le pedia que sin dar lugar á mas pláticas y malicias tuviese por bien que se viesen. Lo que respondió, fue dar grandes quejas como de que juntaba el rey Católico gente contra él, y ponia mala voz en sus cosas con decir que traia presa á la reina, y que ponia estorbo en el ejercicio del oficio de la Inquisicion y favorecia á los deudos de los que ella tenia presos: todo á propósito de hacelle malquisto con los pueblos y con sus vasallos. El punto de la dificultad de las vistas consistia en que los del rey don Philipe querian saber el pecho del rey Católico en lo que tocaba á la concordia, y si vendria en que se alterasen algunos capítulos de la de Salamanca, y cuales; en fin que todo esto estuviese asentado antes de las vistas. El rey Católico iba en esto muy recatado sin descubrir su pecho á nadie antes de verse con su yerno.

CAPITULO XX.

De las vistas que hobo entre los reyes suegro y yerno.

Trataban el arzobispo de Toledo por una parte, y por la otra monsieur de Vila y don Juan Manuel, y conferian entre sí por comision de sus príncipes de conformallos, y tomar algun asiento en las diferencias que tenian. Las intenciones eran muy diversas, y así no se acababan de concertar. El arzobispo procedia con sinceridad y verdad como lo pedia su dignidad y la buena fama de su vida; los otros con cautela pretendian hacer la concordia muy á ventaja de su amo, por lo menos entretener el tiempo, que segun eran muchos los que acudian al nuevo rey, tenian por cierto que el rey Católico se veria en breve tan solo que le seria forzoso dejar el reino desembarazado y retirarse á su tierra. Llegó el arzobispo por la poca confianza que tenia de concluir cosa alguna, á aconsejar al rey Católico se retirase al reino de Toledo: ofrecia le mandaria allí entregar todos sus lugares y castillos: que segun la distancia, y tiempo que seria menester para llegar allá, y el sobrado vicio de aquellas gentes, que conforme á su costumbre escanciaban muy largo, el calor y falta de otros mantenimientos seria causa que recibiesen mucho daño: y aunque no fuese sino de la enemistad que cada dia se descubria mas entre castellanos y flamencos, haria mucho efecto; en fin que el tiempo y dilacion suelen adobar muchos daños.

El rey Católico no venia en esto, y aun sospechaba no quisiese el arzobispo como los demás faltalle y acomodarse con el tiempo; que esto aventuran á ganar los que tercian en semejantes negocios. Resolvióse de verse en todas maneras con su yerno, que en este tiempo era llegado á Verin: dende envió á don Diego de Guevara al rey Católico que esperaba en Rionegro, para rogalle sobreseyese en su ida por cuanto esto era lo que convenia para los negocios. Mas no dejó el rey Católico persuadirse, antes persistia en lo que tenia determinado: decia que su yerno no se podia agraviar de que le fuese á ver, pues iba desarmado, y él venia á punto de guerra. Vista esta resolucion, desde Nellasa, do era llegado el rey don Philipe, determinaron monsieur de Vila y don Juan Manuel de ir á verse con el rey Católico, y concertar el dia y lugar para las vistas, pues no se podian escusar. Para seguridad de don Juan fue enviado el duque de Alba al rey don Philipe, si bien la voz era que iba para ayudar á dar buena conclusion y córte en los negocios. Pasáronse en el entretanto los reyes don Philipe á la Puebla de Sanabria y el Católico á Asturianos, que están distantes poco mas de dos leguas. Venidos don Juan y monsieur de Vila á Asturianos, el rey les habló dulce y amorosamente sin dar queja alguna ni muestra de sentimiento. En lo de la concordia y particulares della respondió de manera que se entendió no quedaria por él que no se concluyese muy á gusto de su yerno. Acordaron que las vistas fuesen otro dia en un robledal que está entre la Puebla de Sanabria y Asturianos cerca de una alquería que se llama Remessal.

Partieron los reyes de sus posadas segun que dejaron acordado, bien que con muy diferente acompañamiento: el rey Católico con los suyos que eran hasta docientos, en traje de paz y en mulas y desarmados; el rey don Philipe á punto de guerra. A la parte de la Puebla quedaban en ordenanza hasta dos mil picas, sin la gente de la tierra y buen golpe de gente de á caballo de los que fueron en compañía de los grandes. Pasaron delante hasta mil alemanes como para reconocer el campo. Despues desto seguian los cortesanos del rey don Philipe, y él á la postrer en un caballo y con armas secretas. A su mano derecha venia el arzobispo de Toledo, y á la siniestra don Juan Manuel. Antes que él llegase, el rey Católico se puso en un alto para ver los que pasaban. Llegaron los grandes y señores á besalle la mano, que él recogia de muy buena gracia. Echó los brazos al conde de Benavente: sintió que iba armado, díjole riendo: conde ¿cómo habeis engordado tanto? él respondió: Señor, el tiempo lo causa. A Garci Lasso dijo: García, y ¿tú tambien? él respondió: Señor, por Dios así venimos todos. En esto llegó el rey don Philipe, que aunque con semblante de algun sentimiento hizo muestra de querer echarse del caballo y besar la mano á su suegro: él le previno y abrazó y besó con muestra de mucho amor, y la boca llena de risa.

Para hablarse se entraron en una ermita que allí estaba, y en su compañía el arzobispo de Toledo y don Juan Manuel. El arzobispo con la resolucion que solia tener, dijo á don Juan. «No es buen comedimiento que los particulares se hallen presentes á la »habla de sus príncipes: vamos de aquí entrambos.» Don Juan no osó replicar. Como estuviesen junto á la puerta, díjole el arzobispo que se saliese, que él queria servir de portero: con esto cerró la puerta, y asentóse en un poyo que allí halló.

Los reyes despues de las palabras ordinarias de cumplimiento entraron en materia: tomó la mano el rey Católico como era razon, y habló en esta sustancia: «Si yo mirara solo mi contento y sosiego, y »no lo que era mas pro y cumplidero, no me hobiera »puesto á la afrenta y desvios que he pasado; pero »el amor, y mas de padre es muy sufrido, y pasa por »todo á trueque que sus hijos sean mejorados. Lo »que yo y la reina mi mujer pretendimos, ella, en

»encargarme del gobierno destos reinos, y yo en »conformarme á tiempo con su voluntad, no fue de»seo de hacienda, que Dios loado no tenga falta della, »ni de desautorizar á nadie; porque ¿qué se podia »interesar en hacer mal á nuestros hijos? Vuestra »edad y la poca esperiencia que teneis de los humo»res desta gente, nos hizo temer no os engañasen y »usasen mal de vuestra noble condicion para acre»centarse, y enriquecer á costa de estos reinos y »vuestra á los suyos, de que resultasen disensiones »y revueltas semejables á las que por la facilidad de »los reyes se levantaron los años pasados. Mas pues »esta nuestra voluntad no se recibe como fuera razon, »lo que yo siempre pretendí hacer encaminadas las «cosas, muy fácilmente alzaré desde luego la mano »del gobierno, ca mas estimo la paz que todo lo al; »que no falta á que acudir, cosas no menos forzosas »y que piden nuestra presencia. Solo os quiero ad»vertir y amonestar que desde luego pareis mientes »quienes son los de que debeis hacer confianza; que »si esto no mirais con tiempo, sin duda os vereis »(lo que yo no querria) en aprietos y pobrezas muy »grandes. Este arzobispo he hallado siempre hombre »de buen celo, y bien intencionado y de valor: dél »y de otros semejantes os podeis servir seguramente; »y advertir que no es oro todo lo que lo parece, ni vir»tud todo lo que se muestra y vende por tal.»

El rey don Philipe respondió en pocas palabras como venia enseñado de sus privados: mostró estimar los consejos que le daba el rey su suegro; y con tanto se despidieron, sin que en dos horas que estuvieron solos, ni el rey Católico hiciese mencion de su hija por escusar desabrimientos, ni el rey don Philipe le ofreciese que la viese: sequedad estraña que dió mucho que maravillar, y aun que murmurar; y fue ocasion que se despidieron y volvieron á los pueblos de que salieron, mas disgustados que antes. Fueron estas vistas un sábado á veinte del mes de junio deste año en que vamos.

CAPITULO XXI.

Que los reyes se vieron segunda vez en Renedo.

Prosiguieron los reyes su camino á tres y cuatro leguas el uno del otro. Llegó el rey don Philipe á Benavente la víspera de San Juan; el rey Católico por su camino apartado no dejaba de solicitar que el tratado de la concordia se continuase y concluyese. Concordaron los comisarios en que el rey Católico desembarazase el gobierno á su yerno, y se fuese á Aragon con retencion de los maestrazgos; y que se cumpliesen los demás legados que le hizo la reina doña Isabel: con esto hacian confederacion entre sí de amigo de amigo, y enemigo de enemigo sin alguna escepcion. Juró esta concordia el rey Católico en Villafafila, donde estuvo á los veinte y siete de junio, presentes el arzobispo de Toledo, don Juan Manuel, el de Vila, y luego otro dia la juró el rey su yerno en Benavente: asiento para él muy aventajado, tanto mas que de secreto hicieron y firmaron una escritura en que se declaraba la impotencia de la reina para gobernar, que era lo mismo que alzarse el rey su marido con todo, y quedar él solo con el gobierno sin competidor.

Hizo sus protestaciones el rey Católico de secreto, presentes Tomas Malferit y Juan Cabrero, y su secretario Miguel Perez de Almazan, declarando que venia forzado en aquel concierto por estar en poder de su yerno sin armas, y él rodeado de gente de guerra, y no poder hacer otra cosa. Hecho esto, se partió para Tordesillas. Desde allí despachó sus cartas, y las publicó, su data á primero de julio, en que daba cuenta de su recta intencion, y que siempre la tuvo de dejar á sus hijos el gobierno luego que llegasen á Castilla: que en conformidad, y para muestra desta su voluntad se salia destos reinos para tener cuenta con los que á su cargo estaban y por su ausencia padecian. Envióle el rey don Philipe á avisar antes que partiese de Tordesillas, diversas cosas que pasaron entre él y la reina en Benavente, y á suplicalle mandase como padre poner en ello remedio: á esta embajada por ser materia tan peligrosa, y tener entendido que el rey don Philipe la pretendia encerrar, no quiso responder en particular cosa alguna mas de remitirse á su virtud y conciencia; que si él era padre, él era su marido, y ella madre de sus hijos, y por todos respetos terná por muy cierto escogeria lo mejor y mas honesto, lo cual le rogaba afectuosamente.

De Tordesillas se pasó el rey Católico á una aldea junto de Valladolid, que se llama Tudela, y el rey don Philipe se fue á Mucientes. Procuraba por el camino atraer los grandes á su opinion, y sacaba dellos firmas para encerrar á la reina. Envió á pedir al almirante hiciese lo mismo: respondióle que si su alteza mandaba firmase aquel papel, le dejase ver la causa con que se justificaba aquella resolucion, y para esto le diese lugar de ver y hablar á la reina. Respondió que decia muy bien, y así fueron el almirante y el conde de Benavente á la fortaleza de Mucientes, do tenian á la reina. Halláronla en una sala muy oscura, vestida de negro, y un capirote en la cabeza que le cubria casi el rostro, y debia ser el chaperon que se usa en Francia: á la puerta de la sala Garci Lasso, y dentro con ella el arzobispo de Toledo. Levantóse el almirante, y hízole la cortesía que le hiciera su madre, salvo que se quedó en pié. Preguntóle que si venia de donde su padre estaba, y cómo le dejó. Respondió que otro dia antes se partió de Tudela, y que le dejó muy bueno y de partida para sus reinos de Aragon. Díjole que Dios le guardase, y que holgara mucho de velle.

Pasó el almirante algunas pláticas con la reina, y nunca respondió cosa que fuese desconcertada. El rey don Philipe instaba que luego se encerrase. El almirante le dijo que mirase lo que hacia, que ir sin la reina á Valladolid seria cosa de gran inconveniente, y seria mal contado: que la gente estaba alterada y á la mira, y los grandes tendrian ocasion de alborotar el reino con voz de poner en libertad á su reina: que su parecer era no la apartase de sí, y pues el principal mal eran zelos, encorralla seria aumentar la enfermedad y pasion. Comunicólo el rey con los de su consejo: salió decretado que la llevasen á Valladolid. Pero antes que esto se hiciese, acordaron que los dos reyes se viesen segunda vez en Renedo, que es una aldea á legua y media de Tudela, y dos y media de Mucientes.

Avisó el rey Católico á su yerno que por no dar qué decir, procurase que estas vistas fuesen con mas muestras de amor que las pasadas, pues á todos venia á cuento para la reputacion se entendiese quedaban muy conformes. A cinco del mes de julio despues de comer partieron los reyes para Renedo. Llegó primero el rey Católico, apeóse en la iglesia, y allí esperó á su yerno: las muestras de amor fueron muy grandes; estuvieron dentro de una capilla por espacio de hora y media. Avisó el rey Católico á su yerno mas en particular de lo que debia hacer, y de lo que se debia guardar para gobernar sin tropiezo aquellos reinos. Por fin de la plática llamaron al arzobispo de Toledo, y en su presencia se dijeron palabras de grande benevolencia.

Con esto se despidieron, y el rey Católico sin tratar de negocios algunos, ni aun de ver á su hija, se partió de Renedo y continuó su camino de Aragon. Suplicóle el duque de Alba le dejase acompañalle hasta Nápoles, donde pensaba ir en breve; mas aunque hizo mucha instancia, no lo consintió, antes le dijo recibiria mas servicio se quedase en Castilla para acudir á sus cosas como sobrestante de los á quien

las dejaba encomendadas, que eran don Gutierre Lopez de Padilla comendador mayor de Calatrava y Hernando de Vega, que quedaban con cargo de presidir en el consejo de las órdenes, y Luis Ferrer que dejó por su embajador; á todos los cuales mandó obedeciesen al duque como á su misma persona.

Esta salida del rey Católico, que pareció á todo el mundo muy afrentosa, llevó él con la grandeza de ánimo que solia las demás cosas. A los grandes que vinieron á despedirse, recibió con muy buena gracia sin dar muestra de algun sentimiento. Si alguno le hablaba de la ingratitud que mostraron á quien debian lo que eran, respondia que antes de todos ellos tenia recebidos muchos servicios, y que los tenia muy presentes en su memoria para gratificalles en lo que pudiese: finalmente su partida fue como si dentro de pocos dias pensara volver. A la verdad conocida la condicion del príncipe y los humores de la gente, claramente se dejaba entender que las cosas de Castilla no durarian muchos dias en un ser; y que en breve sentirian el daño, y aun clamarian por el gobierno del que tantos años con su valor los mantuvo en paz y justicia.

CAPITULO XXII.

De las novedades que sucedieron en Castilla.

Apenas el rey don Fernando volvió las espaldas, cuando en Castilla se vieron grandes novedades. Por donde los naturales comenzaron á entender cuanta falta hacia el gobierno pasado, ca es de grande importancia para todo una buena cabeza. Tenia el rey don Philipe convocadas córtes para Valladolid. Intentó de nuevo llevar adelante su traza, que era encerrar á la reina con color de su enfermedad y que no queria entender en el gobierno. Los grandes tenia él negociados y venian en ello, y aun el arzobispo de Toledo pretendia que se la entregasen; y buscaba votos para salir con ello. Solo el almirante de Castilla de los que allí se hallaban, fue el primero que lo contradijo, y no quiso dar consentimiento á tan grande novedad. Habló con los procuradores de córtes, díjoles que no viniesen en cosa tan fea, que era grande deslealtad tratallo. Ellos le ofrecieron que lo harian así, y seguirian su consejo; si algun grande les asistiese. Entonces el almirante les hizo pleito homenaje de estar con ellos á todo lo que sucediese por aquella querella. Con esto lo contradijeron la mayor parte, y solo juraron lo que en las córtes de Toro, es á saber á doña Juana por reina propietaria de aquellos reinos, y por rey al archiduque como á su legítimo marido, y por príncipe y sucesor en aquella corona despues de los dias de su madre á don Cárlos su hijo.

Sirvió el reino en aquellas córtes con cien cuentos pagados en dos años para la guerra de los moros, si bien la derrama desta suma se tuvo por muy grave á causa de la hambre que se padecia en Castilla muy grande, tanto que de Sicilia se proveia España de trigo, la Mancha y reino de Toledo por el puerto de Cartagena, y por Málaga el Andalucía, cosa inaudita. Otra novedad fue que los del consejo comenzaron á entremeterse en los negocios de la Inquisicion como si fueran profanos. Daban oidos en particular á los que se querellaban del inquisidor de Córdova llamado Diego Rodriguez Lucero, el cual y los demás oficiales pretendian se debian remover de los oficios. Favorecian á los presos el conde de Cabra y marqués de Priego. Llegaron los del pueblo á tomar las armas. Prendieron al fiscal, y á un notario de la Inquisicion, y aun entraron en el alcázar do residian los inquisidores. Quejábanse asimismo del inquisidor mayor, que era el arzobispo de Sevilla don Diego de Deza y de los del consejo de la general Inquisicion, que eran el doctor Rodrigo de Mercado, el maestro Azpeitia, el licenciado Hernando de Montemayor, el licenciado Juan Tavera, que adelante fue cardenal y arzobispo de Toledo, y el licenciado Sosa, todos personas muy aprobadas; y en esta sazon residian en Toro, donde tenian presos buen número de judayzantes personas ricas y principales.

Otra novedad fue que de una vez se removieron todos los corregidores de las ciudades, y los alcaides de las fortalezas hasta los generales de las fronteras, en que hobo tres daños notables: el uno, que se proveyeron en las tenencias y oficios muchos flamencos, el segundo, que como eran tantas las provisiones, no se pudieron hacer las diligencias para poner personas idóneas en los gobiernos; solo el favor de los cortesanos y grandes era bastante para poner cada cual de sus criados, allegados y deudos sin mirar otras partes, y el dinero con que hacian feria y mercado de los oficios, en particular los flamencos que pensaban por esta via medrar: el tercero daño fué que los depuestos se tuvieron por agraviados les quitasen sin algun demérito el premio dado por sus servicios, que era cantera de enemigos y quejosos. La indignacion destos y la poca habilidad de los nuevos oficiales y ministros, sobre todo la fama de que andaban en venta los oficios y judicaturas, y el mal tratamiento de la reina fue ocasion que los pueblos se alborotasen en gran parte, y aun comenzasen á apellidarse para poner remedio en aquellos daños presentes, y prevenir otros mayores que se esparaban.

Casi todos echaban ya de ver la falta que el rey Católico les hacia, y plaian por él con tanto despecho, que si volviera á Castilla, se entendia le acudiera la mayor parte della y casi todos. Con esto comenzaban á tener en poco al nuevo rey, tanto que pretendió hacer presidente del consejo real á Garci Lasso, y despues nombralle por ayo del infante don Fernando, y los grandes no consintieron lo uno ni lo otro, y don Juan Manuel hacia oficio de presidente hasta tanto que aquella plaza se proveyese. En la Andalucía se juntaron el duque de Medina Sidonia, el conde de Ureña, el marqués de Priego y conde de Cabra: estendióse que pretendian tratar de que la reina se pusiese en libertad. Todos eran nublados que amenazaban grande tempestad.

Partieron el rey y reina por el mes de agosto de Valladolid para Segovia por causa que los marques y marquesa de Moya no querian, como les era mandado, entregar la tenencia de aquel alcázar á don Juan Manuel; pero como supieron la determinacion del rey, y que se juntaba gente de guerra para ir contra ellos, obedecieron á aquel mandato; y el rey antes de llegar á aquella ciudad con este aviso dió la vuelta á Tudela de Duero con intento de pasar á Burgos, y de allí á Victoria, porque se publicaba que gente francesa venia para acometer aquella frontera. Para asegurarse por la parte de Navarra hizo el rey don Philipe dos cosas: la una que en lugar de don Juan de Ribera nombró por general de aquella frontera al duque de Nájara, la otra que hizo confederacion con aquellos reyes muy estrecha por los reinos de Castilla y de Leon, sin hacer mencion del rey su suegro, ni del reino de Aragon; que fue traza muy notable, y en que contravenia á la concordia que se asentó con el rey su suegro en Villafafila, y aun á todo el buen respeto que debe el hijo á su padre.

CAPITULO XXIII.

De la muerte del rey don Philipe.

Salió el rey Católico de Castilla por Montagudo, y entró en Aragon por Hariza la via de Zaragoza, donde primero la reina y despues él rey fueron recibidos con grande alegria como de gente que esperaba por medio de aquel matrimonio tener su rey propio, y ser gobernados con la moderacion é igualdad que pedian sus leyes y lo usaron los reyes pasados. Antes que

saliese de Castilla y desde el camino hizo diversas veces instancia con el rey su yerno le entregase al duque Valentin como prisionero suyo para tenelle á buen recado en algun castillo de Aragon, ó llevalle consigo á Nápoles por ser de tanta importancia para las cosas de Italia do pensaba pasar en breve, y con este intento se aprestaba en Barcelona una armada.

El rey don Philipe se inclinaba á entregárselo; mas los de su consejo fueron de parecer que se debia primero averiguar cuyo prisionero era, pues fue preso y enviado á España por el Gran Capitan y en vida de la reina doña Isabel: este parecer se siguió, que fue otro nuevo disfavor y muy notable desvío. Crecian las sospechas que se tenian contra el Gran Capitan. Daba ocasion á los maliciosos ver que se detenia tanto, y nunca acababa de arrancar: quién decia que esperaba la venida del César, que se queria embarcar en el golfo de Venecia con ocho mil alemanes para apoderarse de aquel reino: quién le cargaba que traia secretas inteligencias con el rey de Francia por medio del cardenal de Ruan: quien con el papa por medio del cardenal de Pavía; y que deliberaba de aceptar el cargo de general de la Iglesia que le ofrecian para echar de Boloña á Juan de Bentivolla que tenia tiranizada aquella ciudad. No faltaba quien dijese que trataba de emparentar con Próspero Colona, y casar una hija suya con el hijo de Próspero con intento de favorecerse de los Coloneses para se conservar: cada cual se persuadia que queria todo lo que podia, midiendo por ventura por su corazon el ajeno.

Envió el Gran Capitan á España á Nuño de Ocampo por la posta para descargarse y certificar al rey de su venida; pero como lo que se decia, era tanto y por tantas partes, no se aseguraba con esto, antes determinó partir para allá con toda brevedad. Nombró por virey de Aragon al arzobispo de Zaragoza, y de Cataluña al duque de Calabria, dado que le quitó los criados italianos que tenia, y algunos dellos mandó que fuesen en su compañía á Nápoles, y aun procuró con el rey de Francia le enviase la reina madre del duque con sus hijos. Ella no quiso venir en manera



Trajes militares de aragoneses y castellanos en esta época, tomados de un retablo de Pedralves.

alguna; antes se fue á un lugar del marquesado de Mantua acompañada de Luis de Gonzaga su sobrino hijo de Antonia de Baucio su hermana, con acostamiento de diez mil ducados que le ofreció el rey de Francia cada un año.

Envió el rey Católico á Carlos de Alagon á Nápoles para avisar de su ida, con órden de asegurar en particular á los Coloneses que no serian agraviados, y que se tendria cuenta con sus servicios. Hecho esto, desde Barcelona se hizo á la vela á los cuatro de setiembre: en su compañía la reina doña Germana, y las dos reinas de Nápoles madre é hija, demás de gran número de caballeros castellanos y aragoneses que le hicieron compañía en aquel viaje. La armada era muy gruesa, en que iban las galeras de Cataluña, y por su general don Ramon de Cardona, y las de Sicilia, cuyo capitan era Tristan Dolz, fuera de otras muchas naos. Las galeras de Nápoles quedaron en aquel reino de respeto para que el Gran Capitan se embarcase en ellas y viniese en busca del rey. Así lo hizo, que á los siete del mismo mes salió de Nápoles por tierra por ser el tiempo contrario para salir las galeras. Detúvose en Gaeta hasta los veinte de aquel mes: traia en su compañía al duque de Termens, y muchos caballeros italianos y españoles, y por prisioneros al príncipe de Rosano, al marqués de Bitonto, á Alonso de Sanseverino y Fabricio de Gesualdo, sin otros que dejó enfermos en Nápoles.

En este mismo tiempo el rey don Philipe, luego que llegó á Burgos y se aposentó en las casas del condestable, lo primero que hizo fue mandar salir de palacio á doña Juana de Aragon, mujer del condestable, á fin que la reina su hermana no tuviese con quien comunicar sus cuitas. Comenzaron asimismo á hacer proceso contra el duque de Alba, y se mandó al almirante que para asegurar al rey le entregase una de sus fortalezas, porque se comenzó á tener dél alguna desconfianza: él, comunicado el negocio con el marqués de Villena, duque de Nájara y conde de Benavente, se escusaba de hacello.

Amenazaban las cosas alguna gran mudanza, y parece se enderezaban á disensiones y revueltas,

cuando al rey don Philipe le sobrevino una fiebre pestilencial que le acabó en pocos dias. Algunos tuvieron sospecha que le dieron yerbas: sus mismos médicos y entre ellos Ludovico Marliano Milanés, que despues fue obispo de Tuy, averiguaron la verdadera causa, que fue ejercicio demasiado. Estuvo la reina siempre con él en su dolencia, y aun despues de muerto no se queria apartar de su cuerpo, dado que los grandes se lo suplicaron y que demás de su ordinaria indisposicion quedaba preñada. Falleció á los veinte y cinco de setiembre, una hora despues de medio dia, en edad de veinte y ocho años. Mandóse enterrar en Granada. Depositáronle en Miraflores monasterio de cartujos cerca de Burgos. Tal fue el fin que tuvo aquel príncipe en el mismo principio de su reinado, sin poder gozar de la gloria que se pudiera esperar de su buen natural. Qué le prestó su nobleza? qué su edad y gentileza que fue grande? qué las riquezas y poder, en que ningun príncipe cristiano se le igualaba? qué la casa real y tanto número de cortesanos? todo lo acabó la muerte cruel arrebatada y fuera de sazon. Sola la virtud no falta, que tiene muy cierto su galardon y muy hondos sus cimientos. Maravilloso Dios en sus juicios! grande inconstancia y variedad de las cosas humanas y de toda su prosperidad! Qué de esperanzas mal fundadas cayeron por tierra y se acabaron? qué de trazas comenzaron de nuevo? Fue de estatura mediana, rostro blanco y colorado, poca barba, belfo, ojos medianos, cabello largo, toda la composicion de su cuerpo muy honesta y muy amable: el ánimo muy generoso, la condicion fácil (falta notable) y de que sus privados usaban mal: enemigo de negocios, aficionado á deportes, muy sujeto al parecer de los que tenia en su casa y á su lado. En el mes de agosto se vió un cometa por espacio de ocho dias, que revolvia con su llama entre Poniente y Mediodia: entendióse despues del desastre, que amenazaba á la cabeza deste príncipe; y que pronosticaba se seguiria con su muerte en sus reinos alguna gran revolucion y mudanza.

LIBRO VIGESIMONONO.

CAPITULO I.

Que el rey Católico supo la muerte del rey don Philipe.

Con la muerte del rey don Philipe las cosas del reino y los ánimos de los principales y del pueblo grandemente se alteraron repentina mudanza, confusion y peligro, uno de los mayores en que jamás Castilla se vió. Quien pudiera creer ni pensar que un gobierno fundado con tantas fuerzas, y por tan largo discurso de tiempo continuado en paz y justicia, en que ninguna nacion en el mundo se le aventajaba, en un instante de tiempo se hallase en términos de desbaratarse de todo punto, y trocarse en una tiranía y revuelta miserable? inconstancia grande de las bienandanzas de los mortales, y muestra clara de nuestra fragilidad. Lo que en muchos años se gana, en una hora se pierde; y la nave cuanto es mayor y mas fuerte, tanto corre mas peligro, si le falta el gobernalle, como le sucedió al presente á este reino. Los grandes desconformes, y aun en gran parte descontentos; porque quién pudiera satisfacer á la ambicion y hartar la codicia de tantos? Gran parte de las tenencias y de los cargos del reino en poder de flamencos en recompensa de sus servicios y de haber desamparado su patria: estos buscaban todas las maneras y caminos que podian para allegar dineros, aunque fuese con gemido y agravio manifiesto de la gente vulgar; y como no pensaban arraigar en España largo tiempo, con deseo de enriquecer todo lo ponian en venta, y de todo procuraban sacar interés.

Los pueblos, ofendidos con esto, y por persuasion y á ejemplo de los grandes comenzaban á dividirse en parcialidades: los mas suspiraban por el gobierno pasado, y aun se quejaban del rey Católico que hubiese dejado á los que le desampararon y ellos mismos pusieron en necesidad de salirse afrentosamente del reino. Todos estos desabrimientos y pasiones enfrenaba la presencia y autoridad de su rey, aunque mozo; mayormente que no podian quejarse sino de sí mismos, que entregaron el gobierno al que menos convenia, y quitaron la vara al que tantos años los gobernara, honrara y acrecentara con grandes reinos y estados que ganó.



Traje de gobernador en esta época.

Muerto el rey don Philipe, luego comenzaron á brotar las pasiones, sin que se hallase quien les fuese á la mano, ni quien pusiese remedio á los males que amenazaban. La reina, á quien esto mas que á nadie tocaba por ser señora legítima, impedida por su indisposicion. Su hijo el príncipe don Carlos era niño y criado fuera de España. Si entraba en lugar de su madre, era forzoso que los que por él gobernasen, fuesen extranjeros en gran perjuicio del reino y de los naturales. De dos abuelos que tenia, el emperador lejos, y de su gobierno se podia temer con razon el mismo inconveniente de ser Castilla gobernada por los que ninguna noticia de sus cosas ni de sus humores alcanzaban. Restaba solo el rey don Fernando, de cuya prudencia y valor aun los que le desamaban, no dudaban; pero hallábase fuera de España, y grandemente desgustado por los malos tratamientos pasados: sobre todo que los que fueron desto causa, por su mala conciencia se recelaban que si volviese, sus demasías serian castigadas, y conforme á la cos-

tumbre de los hombres, tomado el mando, querria satisfacerse de los que le maltrataron.

Este era el mayor recelo que tenian, y por esta causa remontaban su pensamiento algunos á cosas y medios estraños, tanto que el dia antes que muriese el rey don Philipe, por entender que no podia vivir, hobo gran alboroto y escándalo entre los grandes que amenazaba guerra civil y sangrienta. Por prevenir estos inconvenientes se juntaron el condestable y almirante y duque del Infantado, que luego se declararon por el rey Católico, con el duque de Nájara y marqués de Villena cabezas del bando contrario en la posada del arzobispo de Toledo, y conferido el negocio, fueron de acuerdo que para todas las diferencias nombrasen por jueces al mismo arzobispo con otros seis que escogieron de la una parcialidad y de la otra, y que todos pasasen por lo que ellos ordenasen.

Con esto primero de octubre capitularon una concordia, y la hicieron jurar á los grandes, que durase por todo el mes de diciembre fin deste año, en que entre otras cosas mandaban que ninguno hiciese levas de gente: que las personas, tierras y castillos de los unos estarian seguros que no recebirian daño de los otros: item que ninguno se apoderaria de la reina que quedó en Burgos, ni del infante don Fernando que á la sazon se criaba en Simancas. Su ayo era Pero Nuñez de Guzman clavero de Calatrava: él por prevenir lo que podia acontecer, y porque aun antes que el rey falleciese, don Diego de Guevara y Philipe Ala con cartas que traian del rey, á lo que se entendió, fingidas, quisieron sacar al infante de poder de su ayo, acudió al presidente y oidores de Valladolid: ellos fueron á Simancas, y trajeron al niño á aquella villa, y allí le pusieron á buen recado en el colegio de San Gregorio que fundó don Alonso de Burgos obispo de Palencia de la órden de Santo Domingo; diligencia con que se atajaron intentos no bien encaminados.

El mismo dia que se ordenó y capituló la concordia entre los grandes en Burgos, el rey Católico aportó al puerto de Génova. La navegacion fue larga por ser el tiempo contrario, que le forzó á tocar en Palamós y Portuvendres y en Tolon, desde donde siguió despacio la via de Saona y de Génova. Antes que el rey Católico llegase á aquella ciudad, se juntó con él el Gran Capitan que venia en busca suya con las galeras de Nápoles. Acogióle el rey muy graciosamente; y con gran contentamiento acabó de desengañarse y entender que todo lo que se habia dicho y sospechado de la lealtad de aquel caballero, era invencion y falso. Dijo en público y en secreto grandes alabanzas de su persona; que no era razon que la fama de un tan valeroso capitan quedase injustamente manchada. La gente, particularmente los italianos, no acababan de creer ni persuadirse que persona tan prudente, y que podia tomar partidos tan aventajados, se pusiese en manos y en poder de un rey tan sagaz y en remunerar servicios limitado.

Hizo aquella ciudad muchos regalos al rey, dado que no quiso saltar en tierra; solo avisó á los ancianos que le vinieron á visitar, sosegasen la ciudad de que andaba muy alborotada y para mudar el gobierno: apercibióles que en cualquiera ocurrencia acudiria con todas sus fuerzas á su hermano el rey de Francia. Esto fue de tanto efecto que los que estaban para tomar las armas y para rebelarse, se enfrenaron por entender con temor de la armada de España, si bien poco despues se alborotaron de manera que forzaron al rey de Francia á volver á Italia para sosegallos. De Génova siguió su viaje, y por continuar los vientos contrarios le fue forzado detenerse en Portofi. En aquel puerto á los cinco del mes de octubre le llegó la nueva de la muerte del rey don Philipe su yerno.

Escribíale el arzobispo de Toledo y todos sus servidores sus cartas en que le hacian instancia que olvidados todos los desgustos pasados, diese la vuelta á Castilla, en que le ofrecian lo hallaria todo tan llano como en Aragon: que no diese lugar para que con la dilacion las cosas empeorasen, y se pusiesen en término que despues no tuviesen remedio. Lo mismo le suplicaba don Alvaro Osorio, que iba en su compañía con cargo de embajador del rey don Philipe; pero fue tan grande su corazon, que sin embargo destos ruegos y del peligro que mejor que nadie conocia corrian las cosas de Castilla, y que volver al gobierno de Castilla era todo lo que podia desear, determinó pasar adelante en su viaje. Escribió á los prelados, grandes y ciudades el sentimiento que tenia de la muerte del rey su hijo, y que los encargaba continuasen en la lealtad que aquellos reinos siempre guardaron á la corona real, y obedeciesen á la reina como eran obligados: que él no les podia faltar, y dejado órden en las cosas de Nápoles, daria la vuelta en breve, resuelto de abrazar y hacer mercedes á todos como era razon y sus servicios lo merecian.

CAPITULO II.

Que el rey Católico entró en Nápoles.

Partió el rey Católico de Portofi, y si bien el tiempo no era favorable, llegó con toda su armada á surgir en el puerto de Gaeta. Allí y en Puzol se entretuvo algunos dias para dar lugar á los de Nápoles (que nunca se persuadieron llegara allá, especialmente despues que se supo la muerte del rey don Philipe) que aprestasen el recibimiento que pretendian fuese con toda la magnificencia posible. De Pozul se pasó á Castel del Ovo. Allí á primero de noviembre, aderezadas todas las cosas necesarias, salieron del muelle de Nápoles veinte galeras, y muy en órden llegaron do el rey los atendia, que se entró en la capitana. Dispararon primero la artilleria las galeras, despues los castillos de la ciudad y naves que en el puerto se hallaban. Hecha esta salva, las galeras se acostaron al muelle. El rey y la reina desembarcaron en una puente de madera que tenian para esto hecha. Salieron á recebillos el Gran Capitan y toda la nobleza de aquel reino. Llegaron al arco en que se remataba la puente, hasta donde el Gran Capitan llevó de la mano á la reina; y el rey juró allí los privilegios de aquella ciudad.

Hecho esto, subieron á caballo debajo de un palio que llevaban los electos del pueblo. El rey iba en un caballo blanco con una ropa de terciopelo carmesí: la reina en una hacanea con cota de brocado y un capote sembrado de lazos verdes. El estandarte real llevaba Fabricio Colona, que le dió el rey de su mano, y le nombró por su alferez mayor; en su compañía los reyes de armas. Seguíase el Gran Capitan con ropa de raso carmesí aforrada en brocado, y á su mano derecha Próspero Colona: tras ellos los demás grandes y embajadores; lo que mas alegría dieron á todos, fueron los prisioneros, que ya iban puestos en libertad. Cerraban todo este acompañamiento muy lucido y grande los cardenales de Borgia y de Sorrento que se seguian despues del palio. Con este órden los llevaron por las calles principales, y por los sejos, do los aguardaban los caballeros y damas de Nápoles, paradas muy ricamente con música de voces y instrumentos y toda muestra de alegría. Llegaron á la iglesia Mayor, en que la clerecía y órdenes los recibieron en procesion. En Castelnovo, donde fueron á parar, les salieron al encuentro las dos reinas de Nápoles y la reina de Hungría.

Otro dia el rey salió por toda la ciudad acompañado de todos los grandes y barones, y por mas honrar al Gran Capitan se apeó en su posada. Luego se

comenzó á dar asiento en las cosas, y tratar de restituir sus estados á los baroneses segun que lo tenian acordado. Celebróse parlamento general. Dióse órden que jurasen al rey y á su hija la reina doña Juana y á sus sucesores, sin hacer mencion de la reina doña Germana: que fue notable resolucion, y contra lo capitulado con Francia; el color que se tomó, fue que la reina se hallaba indispuesta; y que ya en Valladolid la juraron por reina de Nápoles.

En este comedio Castilla se abrasaba en disensiones y parcialidades de secreto, puesto que en lo público todos se enfrenaban; y no era maravilla por estar el reino sin cabeza. La reina ni podia ni queria atender al gobierno: las provisiones del consejo real no eran obedecidas sino de quien queria. Algunos para nombrar gobernadores eran de parecer que se juntasen córtes del reino. En esto hacian gran fundamento el arzobispo de Toledo, el condestable y almirante: acudieron á la reina, pero no pudieron acabar con ella firmase las provisiones convocatorias que llevaban los de su consejo ordenadas. Acordaron tomar testimonio desto, y que los del consejo las convocasen para Burgos como lo hicieron: no venian en esto; en especial el duque de Alba, aunque no se hallaba en la córte, decia que solo el rey podia juntar córtes. Por esto dado que acudieron algunos procuradores al llamamiento del consejo, en fin, no se hizo nada.

Todo estaba suspenso y lleno de confusion; los pareceres de los grandes eran muy diferentes y contrarios, los mas venian en que el rey Católico debia tener el gobierno; los principales eran el arzobispo de Toledo, el condestable, el almirante y los duques de Alburquerque y de Bejar. Entre estos los unos no querian que se encargase del gobierno, si no venia en persona: otros juzgaban que podia gobernar en ausencia. Con esto se conformaba el arzobispo de Toledo, tanto que procuraba le enviase poderes tan bastantes para todo como cuando le envió á concertar las diferencias que tenia con el rey don Philipe; y aun por otra parte trató con la reina que ella se los diese. El duque de Nájara y don Alonso Tellez hermano del de Villena, y don Juan Manuel, juzgaban que la reina doña Juana por su impotencia se debia tener por muerta; y para que esto se declarase, pretendian se debian juntar las córtes. Con esto sucedia su hijo el príncipe don Carlos; mas tampoco estos no concordaban en todo, ca el duque pretendia le trajesen á España para que en su nombre gobernasen los que el reino señalase: don Alonso fundaba en derecho que la gobernacion pertenecia al César como abuelo paterno del príncipe don Cárlos y por consiguiente tutor suyo, la cual opinion andaba mas válida que la del duque; y aun el mismo emperador tuvo gran deseo de tomar á su cargo el gobierno hasta dar intencion de venir á España, pospuestas todas las otras cosas que dél cargaban. No faltaban personas que querian llamar para el gobierno al rey de Portugal, y casar al infante don Fernando con su hija doña Isabel con intento de alzallos por reyes de Castilla, por estar hostigados del gobierno de extranjeros. Quien acudia á los reyes de Navarra, y querian se hiciese el matrimonio que pretendian, entre hija del rey don Philipe y el príncipe de Viana para entregalles el reino y su gobierno: con qué título? con qué color? mas se gobernaban por sus antojos, y miraban mas sus intereses que la razon. Del arzobispo decian pretendia el capelo para sí, y para su compañero fray Francisco Ruiz una iglesia: el duque del Infantado queria el obispado de Palencia para un hijo suyo: el duque de Alburquerque que el alcázar de Segovia se volviese al marqués de Moya: al duque de Nájara pesaba que el condestable tuviese tanta mano con el rey Católico, y al de Villena que el duque de Alba: el conde de Benavente queria le concediesen la feria de su villa de Villalon, como se la concedió el rey don Philipe, sin embargo que era en perjuicio de Medina del Campo: otros tenian otras pretensiones, prestos de acudir á la parte de donde se les diese mas esperanza dellas, sin tener respeto al bien comun, si se apartaba de sus particulares.

Para prevenir estos inconvenientes el arzobispo de Toledo y los deputados con él para componer todas las diferencias acordaron que los grandes jurasen que hasta tanto que se juntasen las córtes, no llamarian algun príncipe, ni se concertarian con él en materia alguna; y aun el rey Católico desde Nápoles escribió á los mas de los grandes, y les prometió las mas de las cosas que pretendian, con deseo de ganallos y de sosegallos en su servicio, en particular al marqués de Villena prometió daria á Villena y Almansa, y al duque de Nájara las alcabalas de la merindad de Nájara. Mas en el entretanto la poca conformidad que los grandes que andaban en la córte, entre sí tenian, dió ocasion á que por mal gobierno sucediesen notables desórdenes. Uno fue que por el mismo tiempo que en Nápoles se aprestaba la entrada del rey Católico, el duque Valentin una noche se descolgó de la Mota de Medina en que le tenian preso, y aunque fue sentido de los de dentro, no lo pudieron impedir. Recogióse primero al estado del conde de Benavente, con cuyo favor se libró: despues se fué á Navarra; caso que pudiera ser de grande inconveniente, especial para las cosas de Italia donde tanta mano tenia.

Otro desórden fue que el duque de Medina Sidonia don Juan de Guzman envió á su hijo don Enrique con gente sobre Gibraltar, plaza de que hiciera merced á su padre el rey don Enrique, y los reyes Católicos se la quitaron, en lo cual pretendia estar agraviado, y queria por fuerza restituirse en el señorío de aquella plaza. El alcaide que estaba en el castillo por Garci Lasso, por una parte, y por otra el conde de Tendilla desde Granada y otras comunidades del Andalucía hicieron sus diligencias para socorrer á los cercados: así el cerco se alzó, en especial que el arzobispo de Sevilla prometió acabaria con la reina y con el rey su padre estuviesen con el duque á justicia. Despues se juntaron estos personajes en Tocina con los condes de Ureña y Cabra y marqués de Priego, en que se concertaron entre sí y hicieron de comun acuerdo una escritura de concordia en que se obligàron de acudir á lo que fuese servicio de su alteza y pro del reino: obedecer las cartas que viniesen firmadas de la reina ó de su consejo: cuanto á las córtes que tenian llamadas, protestaban que si lo que en aquel ayuntamiento se determinase, no fuese servicio de Dios, y de su alteza, pro y bien comun del reino, no se tendrian por obligados á pasar por ello.

Sucedió demás desto que don Rodrigo de Mendoza marqués de Cenete pretendia casar con doña Maria de Fonseca. Levantóse pleito sobre este matrimonio. En tanto que se sentenciaba por el juez eclesiástico, los reyes Católicos depositaron aquella señora en diversas partes para asegurallà de toda violencia: el marqués con las revueltas la sacó por fuerza de las Huelgas de Valladolid donde últimamente la tenian puesta, que fue otro nuevo desórden. En Toledo se levantó un grande alboroto por causa que el conde de Fuensalida tomó la vara de su alguacilazgo mayor para quitar del gobierno á don Pedro de Castilla que pretendia no se debia tener por corregidor. Acudieron soldados que envió desde Ocaña Hernando de Vega: con esto, y que los Silvas se arrimaron al corregidor, el de Fuensalida desis-

tió por entonces de su intento y la ciudad se apaciguó. En Madrid se pusieron en arma los Zapatas y don Pero Lasso de Castilla servidores del rey Católico de una parte, y por otra Juan Arias con los del bando contrario. En Segovia se apoderaron de las puertas y iglesia Mayor los marqueses de Moya, que pretendian recobrar el alcázar cuya tenencia les quitaron. Todo ardia en alborotos y disensiones, sin que nadie fuese parte para apagar el fuego.

CAPITULO III.

La reina doña Juana salió de Burgos.

La indisposicion de la reina era de suerte que mas era impedimento que ayuda para remediar los daños. Tuvo la fiesta de Todos Santos en el monasterio de Miraflores, y oida la misa y sermon, despues de comer mandó abrir la sepultura en que yacia el cuerpo del rey su marido: entró dentro, y mandó al obispo de Burgos abriese la caja en su presencia. Miró y tocó el cuerpo sin alguna señal de alteracion ni echar lágrima. Esto hecho, aquel mismo dia se volvió á la ciudad. Entendióse tenia recelo no le hobiesen llevado á Flandes la gente flamenca de su casa, que hacian instancia por ser pagados, y que para esto se vendiese alguna parte de la recámara del difunto con que se pudiesen volver á su tierra. Propusieron esto á la reina: ninguna otra respuesta dió á su peticion tan justa sino que ella tendria cuidado de rogar á Dios por su marido.

Tratóse diversas veces de sacalla de Burgos, donde estaba por una parte en poder del condestable en cuyas casas posaba, y tenia la ciudad toda de su mano, por otra parte don Juan Manuel tenia mucha mano en aquella ciudad por estar en su poder el alcázar; de la cual tenencia y de las de otros muchos castillos le hizo merced el rey don Philipe. Tomaban color para sacalla que la peste comenzaba á sentirse y picar en aquella ciudad: el marqués de Villena hacia instancia la llevasen á la su villa de Escalona. Su condicion no daba lugar á que le persuadiesen otra cosa mas de lo que se le ponia en la cabeza. Tenia en su compañía á doña Juana de Aragon su hermana, que la hizo volver á palacio luego que falleció el rey don Philipe, y á la marquesa de Denia, á la condesa de Salinas con su nuera doña Maria de Ulloa, con las cuales holgaba de hablar y se entretenia.

Sentíase cargada con su preñez, salióse á la casa de la vega. De allí determinó partir de aquella ciudad, y llevar consigo el cuerpo del rey su marido á Torquemada con voz que de allí le queria enviar á Granada. Con esta resolucion un dia antes que partiese de Burgos, es á saber á los diez y nueve de diciembre, mandó á Juan Lopez de Lazarraga su secretario ordenase una provision en que revocaba todas las mercedes que el rey su marido hizo despues de la muerte de la reina doña Isabel: cosa que á muchos tocaba, y tenia grandes inconvenientes. Como el secretario se entretuviese, llamó á cuatro del consejo para que hiciesen despachar aquella provision: á los mismos juntamente dió órden que quedasen en el consejo los que lo eran en vida de los reyes sus padres, y los demás se tuviesen por despedidos.

Acudieron los procuradores del reino el mismo dia que se partió, que fué el luego siguiente. Dijéronle entre otras cosas, si fuese servida, enviarian dos dellos á suplicar al rey Católico viniese para ayudalla en el gobierno. Respondió que holgaria mucho con la venida del rey su señor para su consolacion: y en lo del gobierno no dijo palabra, antes les mandó se fuesen á sus posadas, y no entendiesen en cosa alguna de las córtes sin su mandado; que fue desbaratar aquellos ayuntamientos, y atajar los inconvenientes que dellos á juicio de muchos podian resultar. Fué la reina al monasterio de Miraflores un domingo veinte de diciembre. A la tarde sacaron el cuerpo del rey y pusiéronle en unas andas. Acompañáronle los obispos de Jaen y Mondoñedo, y el de Málaga que era don Diego Ramirez de Villascusa. Poco despues salió la reina, y en su compañia el marqués de Villena y el embajador Luis Ferrer, y el condestable que acudió luego con otros muchos. El camino era de noche y con hachas. Llegaron á media noche á Cavia. Desde allí fueron á Torquemada do reparó la reina.

En Burgos quedaron los del consejo real, el arzobispo de Toledo, el almirante y el duque de Nájara. Espiraba el tiempo que en la concordia que capitularon los grandes en Burgos, se señaló: sobre si se debia alargar hobo diferencias. El condestable no venia en que se prorogase por ser en perjuicio de la reina: el almirante queria que se hiciese la prorogacion, y deste parecer era el arzobispo de Toledo, que hacia asímismo mucha fuerza en que el consejo real fuese favorecido y obedecido, pues no quedaba otro camino para entretener el gobierno hasta tanto que el rey Católico viniese. Otros grandes por impedir su venida trataban de casar á la reina: el de Villena queria casalla con el duque de Calabria: asimismo se puso en plática que la casasen con don Alonso de Aragon hijo del infante don Enrique, que era el que quedaba solo de la casa real de Aragon y Castilla por línea legítima de varon. Llegó el negocio á que ofrecieron grande estado á doña Maria de Ulloa, que tenia mucha cabida con la reina, si lo acabase con ella: la reina no vino en ello, antes lo rechazó y echó muy lejos. No faltaba quien la quisiese casar con el rey de Ingalaterra, el cual dado que era de edad, lo deseó grandemente. Divulgóse otrosí que el rey su padre la pretendia casar con Gaston de Fox su cuñado y sobrino, señor de Narbona: rumor que alteró á muchos, y fue causa que los servidores del rey Católico y su partido algun tanto enflaqueciesen.

CAPITULO IV.

Que los barones Angevinos fueron restituidos en sus estados.

Con la ida del rey Católico á Italia grandes humores se removieron: acudieron á Nápoles embajadores de los mas principales y potentados de Italia. Tratóse por medio del rey de Francia de impedir al emperador que no se apoderase del gobierno de Flandes: traza con que se aseguraba que ni el príncipe don Carlos ni el emperador podrian venir á España, el príncipe por estar detenido en lo de Flandes, el emperador por estar tan lejos. Por otra parte el de Francia pretendió que con él y con el papa se ligase el rey Católico para recobrar de venecianos lo que les tenian usurpado de sus estados. Daba el rey Católico oidos á esto por recobrar lo que poseian en aquel reino de Nápoles; parecíale empero era necesario asentar primero las cosas de Castilla y de su gobierno, y entretanto conservase en la buena amistad que tenia con aquella señoría. Para todo mucho ayudó la buena industria de Lorenzo Suarez su embajador, que falleció los dias pasados en Venecia con gran sentimiento de aquella señoría, como lo mostró en el enterramiento y exequias que le hicieron con aparato estraordinario. Quedó en aquel cargo su hijo Gonzalo Ruiz de Figueroa.

Pretendia el papa echar de Bolonia á Juan de Bentivolla que tenia tiranizada aquella ciudad. Y puesto que hacia principal fundamento para esto en la ayuda del rey de Francia, que le enviaba gente de á pié y de á caballo para esta empresa, y el mismo

papa fué á ello en persona; todavía se quiso valer de la sombra del rey Católico, que hizo avisar á Juan de Bentivolla que no podia faltar al pontífice, antes pondria su persona y estados por la restitucion del patrimonio de la Iglesia. Entonces ofreció el tirano que recebiria al papa en la ciudad con ciertas condiciones. Envió al papa desde Imola, do estaba, al arzobispo de Manfredonia, y fué en su compañía el embajador Francisco de Rojas para tomar asiento con aquellos ciudadanos: con que el tirano se salió de la ciudad últimamente, y el pueblo prestó la obediencia al pontífice y le entregó las fuerzas y castillos.

Envió el rey Católico á Antonio de Acuña á dalle el parabien de aquella victoria y suceso. Juntamente pretendió confederarse en estrecha amistad con él mismo con intento que le diese la investidura del reino para sí y para sus sucesores, sin embargo de la concordia que tenia asentada con Francia; que los reyes á ninguna cosa tienen respeto sino á lo que les viene á cuenta. Esto se trataba muy en secreto, si bien en fin deste año envió á Boloña donde el papa se hallaba, á fray Egidio de Viterbo vicario general de la órden de S. Agustin y escelente predicador para ofrecelle sus fuerzas en defensa de su persona y dignidad, y juntamente para hacer guerra á los turcos en que él mismo deseaba emplearse, y en particular queria ayudar á despojar á los tiranos que tenian usurpadas algunas tierras de la Iglesia.

En este mismo tiempo se trataba muy de veras que los barones Angevinos fuesen restituidos en sus estados. Empresa era esta muy dificultosa por estar repartidos entre los que sirvieron en la conquista de aquel reino. La prudencia del rey y su presencia fue bien necesaria para allanar las dificultades: quitó á unos los pueblos que tenian, á los cuales recompensó en otros pueblos ó juros que les dió; compró estados enteros á dinero. Todo esto no fuera bastante segun eran muchos los despojados, si no supliera con estados que sacó para este efecto de la corona real. Los principales que fueron restituidos, eran los príncipes de Salerno, Bisiñano y Melfi: el duque de Trageto, el duque de Atri, que se llamaba antes marqués de Bitonto; los condes de Conza, Morcon y Monteleon, demás destos Alonso de Sanseverino. Compróse el ducado de Sessa, que se dió al Gran Capitan, recompensa muy debida á sus servicios: el principado de Theano, el condado de Cirinola y Montefosculo, y la baronía de Flume, todo del duque de Gandia, que poseia muy grande estado en aquel reino.

A muchos italianos y españoles se quitaron los pueblos que tenian en remuneracion de sus servicios: entre estos fueron de los principales el embajador Francisco de Rojas, Pedro de Paz, Antonio de Leiva, Hernando de Alarcon, Gomez de Solís y Diego García de Paredes: todos llevaron de buena gana que su príncipe por quien pusieron á riesgo sus vidas tantas veces, en aquel aprieto los despojase de sus haciendas. Era mas fácil de llevar este daño, que por pretender los mas volverse á sus tierras cualquiera recompensa en España anteponian á mayores riquezas en aquella tierra que ellos ponian á cuento de destierro, dado que á algunos ninguna recompensa se hizo; en particular los herederos y deudos del embajador Francisco de Rojas, condes al presente de Mora, pretenden que por la ciudad de Rapola que le dieran por sus servicios y otros pueblos en el principado de Melfi, y en esta ocasion se la quitaron, ninguna cosa se le dió en España ni en otra parte. El privilegio original tienen los dichos condes. Túvose muy particular cuenta de contentar y conservar los Coloneses y Ursinos, casas las mas nobles y ricas de Roma. Junto con esto se hizo gran fundamento en ganar á los Seneses y al señor de Pomblin, fuerzas de importancia para todo lo que pudiese suceder en las cosas de Italia.

Llegaron á esta sazon á Nápoles el obispo de Lubiana y Lucas de Reinaldis que enviaba el emperador para tomar algun asiento con el rey Católico sobre el gobierno de Castilla. Estos, habida audiencia, dieron al rey el parabien de su llegada á aquella ciudad y reino: despues le pidieron diese algun córte sobre el gobierno de Castilla; que al emperador su señor parecia seria buen medio quedasen con aquel cargo los que estaban diputados por gobernadores: asimismo hicieron instancia que no se restituyesen los estados á los barones Angevinos por el gran daño que sería tener dentro de su casa tantos enemigos: item que el rey procurase se efectuase el matrimonio concertado del príncipe don Carlos con Claudia hija del rey de Francia; que para asentar todo esto seria bien que se viesen. Pretendia el César pasar á Italia: la voz era para coronarse, el intento principal resistir al rey de Francia, de quien avisaban queria ir á Roma para hacerse coronar emperador, y dar el pontificado al cardenal de Ruan: sospechas de que se quejó gravemente el emperador en una dieta del imperio que juntó en Constancia.

Oidos los embajadores, el rey sin pedir tiempo respondió luego que la reina su hija era á quien tocaba el gobierno de Castilla; y caso que no quisiese, ó no estuviese para gobernar, pertenecia á solo él como á su padre, y que lo mismo seria en caso que muriese; que hasta entonces ningunos gobernadores tenian nombrados en Castilla: á lo de los barones respondió que tenia prometido de volvelles sus estados, y no podia faltar á su palabra: cuanto al casamiento del príncipe, que el rey de Francia le envió á avisar de la contradicion que su reino hacia, por llevar mal que lo de Milan y Bretaña se desmembrase de aquella corona; y que todos los estados le suplicaban la casase con el duque de Angulema á quien pertenecia la sucesion de aquel reino despues de sus dias: á lo de las vistas respondió con palabras generales que holgaria dellos cuando hobiese disposicion para ello.

Tuvieron segunda audiencia los embajadores, en que llegaron á ofrecer al rey Católico que el César le daria título de emperador de Italia, y renunciaría en él todos sus derechos que tenia sobre aquella provincia, y le ayudaria á hacerse señor della: á esto dijo que no convenia disminuyese el emperador su autoridad, que de Italia él no queria mas de lo que era suyo. Movieron despues desto la plática de ligarse los príncipes, emperador, reyes de Francia y el Católico con el papa contra venecianos: á esto dijo que como los demás se concertasen, no quedaria por él. Entonces envió el rey al César por su embajador á don Jaime de Conchillos obispo de Girachi con cargo en lo público y órden de allanar á los flamencos para que admitiesen al emperador á la gobernacion de aquellos estados como á tutor del príncipe don Carlos su nieto: otro tenia en el corazon, como queda ya tocado.

CAPITULO V.

Que la reina doña Juana parió en Torquemada.

La reina doña Juana se hallaba en Torquemada principio del año 1507. Allí un jueves á los catorce de enero parió una hija que se llamó doña Catalina, y adelante fue reina de Portugal. Vióse en gran peligro por falta de partera, oficio que hobo de suplir doña María de Ulloa su privada y camarera. Todos eran efectos de su indisposicion ordinaria que no daba lugar á medicinas ni á consejos. Hallábanse

allí el arzobispo de Toledo, el condestable y otros grandes. Los de su consejo con su presidente el obispo de Jaen se quedáron en Burgos. Deseaban los de su consejo componer las diferencias que se continuaban entre los grandes, y sosegar la llama de los alborotos que por todas partes se encendia; pero tenian sus provisiones y mandatos poca fuerza, de suerte que quien no queria obedecer, se salia con ello; todo era violencias y males: miserable estado, y avenida de escándalos y desórdenes.

El alboroto de Córdova contra los inquisidores iba adelante. El motivo principal era que los presos, por revolver el pleito, tenian encartada gran parte de la nobleza como cómplices en sus delitos. El pueblo atribuía esto á la malicia de los inquisidores. En Toledo los Silvas y Ayalas se pusieron en armas, los Ayalas en favor de un pesquisidor que venia nombrado por el consejo con suspension de varas del corregidor y sus oficiales; los Silvas pretendian que el pesquisidor no entrase, y que el corregidor quedase con su oficio. Eran gran parte para salir con todo lo que querian, por tener en su poder las puertas y las puentes; mas prevalecieron los Ayalas porque los seguia el pueblo; y el corregidor don Pedro de Castilla fue echado de la ciudad, en que hobo sobre el caso muertos y heridos. A Madrid traian alborotado don Pedro Lasso de Castilla, que estaba por el rey Católico, y Juan Arias cabeza del bando contrario. El corregidor de Cuenca Philipe Vazquez de Acuña tenia oprimido el regimiento para que no obedeciesen á la reina. Diego Hurtado de Mendoza le echó fuera de la ciudad, y se dió órden que el regimiento nombrase alcaldes ordinarios que gobernasen en nombre de la reina. En Segovia el marqués de Moya tenia cercado el alcázar, y hizo salir de la ciudad todos los vecinos que no eran de su opinion, hasta quemar la iglesia de San Roman en que algunos de sus contrarios se hicieran fuertes. La reina no servia de otra cosa mas de embarazar.

Para prevenir que el fuego no pasase adelante en el Andalucía; se ligaron el marqués de Priego y conde de Cabra con el conde de Tendilla capitan general de Granada, y el adelantado de Murcia en servicio de la reina, y para conservar en justicia aquellas tierras hasta tanto que el rey Católico volviese. Vino el conde de Ureña á la córte. Pretendió interponer su autoridad para sosegar los grandes dado que así bien él, como los demás, daba sus quejas y tenia sus pretensiones, que venian á parar todas en el alcaidía de Carmona que le habian quitado, y en una encomienda que pedia para su hijo don Rodrigo. Los grandes sin embargo se armaban. El almirante juntaba gente para apoderarse de Villadada y Villavicencio, villas que decia le tenia usurpadas el duque de Alba. El duque de Nájara andaba en la córte muy acompañado de gente de armas; y llegó á tanto su atrevimiento que ocupó las posadas que en Villamediana se dieron á los del consejo, que por esta causa se fueron á Palencia. Don Juan Manuel vino á Torquemada con sesenta lanzas. El marqués de Villena y el condestable asimismo se apercebian de gente.

El arzobispo de Toledo, vistos estos desórdenes, comenzó á traer gente de guarda, y juntó cien lanzas y trecientos alabarderos, y dió órden como de su dinero se pagasen las compañías de las guardas ordinarias; y aun pór esta causa quiso jurasen obediencia á la reina y á él mismo: todo á propósito de enfrenar la insolencia de los grandes por una parte, y por otra que el consejo no despachase algunas provisiones poco á propósito para tiempos tan revueltos. Alteróse por esta causa el duque de Nájara. Juntó mas gente para su seguridad. Las cosas llegaron á término que una noche en Torquemada hobieran de venir á las manos los del duque y los del arzobispo. Para atajar estos daños se dió órden que en aquella villa solo quedase la gente de la reina y del arzobispo: con que el duque se partió mal enojado.

Antes que don Juan se saliese de Torquemada, se juntaron con él en Grijola el almirante, el de Villena, el de Benavente y Andrea del Burgo embajador del emperador: concertaron de impedir la venida del rey Católico, si primero no satisfacia á sus demandas y pretensiones. Despues se juntaron algunos dellos en Dueñas: allí acordaron echar fama que el arzobispo de Toledo y condestable tenian á la reina presa; últimamente se fueron á Villalon con intento de juntar gente para socorrer el alcázar de Segovia que tenia apretado el marqués de Moya. El rey de Portugal tenia asimismo sus inteligencias con el marqués de Villena para impedir la venida del rey Católico, y procurar que el emperador trajese al príncipe, y como su tutor tomase á su mano el gobierno. Vino por este tiempo de Roma don Antonio de Acuña proveido del obispado de Zamora: Cometióle el rey como á deudo que era del marqués de Villena, que le asegurase en su servicio, y le ofreciese le darian á Villena y Almansa que tanto él deseaba. No bastó esta diligencia, ni fue de mayor efecto la que hizo don Alvaro Osorio con el duque de Nájara y con don Juan Manuel, con los cuales se fue á ver para sosegallos y atraellos al servicio del rey Católico.

De la provision del obispado de Zamora en la persona de don Antonio de Acuña se quejó el condestable, que fuese premiado el mayor enemigo que tenia, y á él no se hiciese merced alguna. Resultó asimismo otra nueva revuelta. Los del consejo por haberse hecho aquella provision sin preceder suplicacion de la reina ni del rey su padre como era de costumbre, juzgaron que seria en gran perjuicio de la preeminencia real, si se consintiese llevar adelante. Despacharon sus provisiones enderezadas al dean y cabildo de aquella iglesia para impedille la posesion; y si la posesion fuese tomada, mandaban que no la dejasen continuar, ni acudiesen con los frutos del obispado á don Antonio: Llegaron las provisiones á tiempo que don Antonio estaba en pacífica posesion. Despacharon al alcalde Ronquillo que hiciese ejecutar sus mandatos. Don Antonio que sobrevino con gente una noche, le prendió dentro de su posada y llevó á la fortaleza de Formosel. Acudieron el corregidor de Salamanca para castigar aquel desórden y desacato, y el duque de Alba mandó juntar sus vasallos para lo mismo. Pero ninguna diligencia bastó para remover á don Antonio, y que no quedase con su obispado.

Todo el reino ardia en alborotos, tramas, quejas y pretensiones. Los mejores querian vender lo mas caro que pudiesen su lealtad y servicio, acomodar sus cosas; para sí, sus deudos y amigos sacar lo que mas pudiesen. El rey Católico como quier que no pretendia traer la espada desnuda contra los que le ofendieron, así parecia cosa dura y afrentosa comprar con dádivas lo que de derecho se le debia; bien que desagraviar á los que injustamente padecian, á todos parecia muy conveniente. En esta sazon los del consejo prorogaron las córtes por espacio de cuatro meses: con que los procuradores del reino que se entretenian en Búrgos, se volvieron á sus casas.

CAPITULO VI.

Que el duque Valentin fue muerto.

Las cosas de Castilla se hallaban en esta confusion, y por las fronteras de Navarra se comenzaron á mover algunas novedades. El rey don Juan con la ocasion de la ausencia del rey Católico que le tuvo siempre enfrenado, determinó tomar enmienda de los desacatos que su condestable el conde de Lerin le tenia hechos en muchas maneras por las espaldas que

de Castilla le hacian. Para este su intento vino muy á propósito la huida del duque Valentin su cuñado. Luego que se acogió á su reino, le nombró por su capitan general; con cuya ayuda pretendia despojar de todo su estado al conde de Lerin, y echalle de todo aquel reino como á notorio rebelde y enemigo de su corona. Juntó sus gentes que eran docientos ginetes y ciento y cincuenta hombres de armas, y hasta cinco mil infantes.



Gaston de Fox.

Con este ejército un miércoles á doce de marzo se puso sobre la fortaleza de Viana, cuya tenencia se habia dado al condestable, y tenia dentro para su defensa á don Luis de Biamonte su hijo, y yerno del duque de Nájara. Otro dia despues que llegó está gente á Viana, por ser la noche muy tempestuosa tuvo comodidad el condestable de acudir desde Mendavia, que era una su villa á tres leguas de allí, á favorecer y proveer á los cercados. Llevó en su compañía docientas lanzas, y dejó fuera de Mendavia en un barranco á la cubierta de un viso hasta seiscientos de á pié. Entró en la fortaleza, y basteciόla lo mejor que pudo. A la mañana al dar la vuelta fueron sentidos. Salieron del campo del rey hasta setenta lanzas en compañía del duque Valentin, que por la priesa iba mal armado. Seguia el rey con la demás gente aunque despacio y no muy en órden.

El duque, como era arriscado, acometió á los que se retiraban, mató y prendió hasta quince hombres. Adelantóse en seguimiento de un caballero hasta el lugar en que tenian la celada. Revolvieron otros cuatro caballeros sobre él: hirióle el uno con una lanza sobre el faldar; fue el golpe tal que le arrancó del caballo. Acudieron los de la celada, y sin ser conocido, aunque peleó muy bien á pié con una lanza de dos hierros, al fin le mataron, y le despojaron en un momento hasta de la camisa. Con la muerte del duque toda la demás gente se volvió con poca honra á sus estancias: el condestable de Mendavia por estar mas seguro se pasó á Lerin. Así acabó sus dias el que poco antes ponia espanto á toda Italia, y en cuya mano estaba la paz y la guerra de toda ella. Notóse mucho que muriese dentro de la diócesi de Pamplona, que fue el primer obispado que tuvo, y que su muerte fuese el mismo dia que tomó la posesion dél, es á saber el dia de San Gregorio. Quedó sola una hija del duque en poder de su madre y del rey de Navarra su tio.

Con todo esto el rey estrechó mas el corco de la fortaleza con su gente y la que de Castilla el condestable le envió de socorro de á pié y de á caballo. Por el contrario el duque de Nájara se acercó á la frontera con gente para ir á socorrer al conde de Lerin; y aun el arzobispo de Zaragoza apercebia gente para ayudalle por ser tan servidor del rey Católico y su cuñado. Pero en fin la fortaleza de Viana se hobo de rendir, y el rey con su gente que llegaba ya á seiscientas lanzas y ocho mil infantes, se fue á poner sobre Raga. Los del consejo real de Castilla por sosegar aquellos movimientos enviaron al secretario Lope de Conchillos para requerir al rey de Navarra en nombre de la reina doña Juana no procediese por vía de fuerza contra el conde de Lerin. Haciase instancia que sobreseyese en aquella guerra por tiempo de tres meses, en el cual medio se podrian concertar aquellas diferencias, y vendria el rey Católico para concordallos.

El rey de Navarra no venia en ello: la respuesta fue dar grandes quejas contra el conde de Lerin, que le tenia revuelto su reino: que no era razon fuesen favorecidas de ningun príncipe insolencias semejantes. Todavía se contentaba con que viniese en persona á pedir perdon de sus yerros y entregalle en su poder á Lerin, y sus hijos fuesen á servílle en su córte, y echo esto, el conde se saliese de aquel reino. Tratábase desto, y el rey continuaba en apoderarse del estado del conde. Rindióse Raga, y todos los demás lugares que el conde tenia; solo quedó en su poder Lerin, villa en que se hizo fuerte con sus hijos y aliados, plaza que, si bien con dificultad, tambien vino á poder del rey. Por esto el conde se fué á Castilla, y despues pasó á Aragon, sin que le quedase una almena en toda Navarra.

No le hizo poco daño tener de su parte al duque de Nájara, porque por el mismo caso el condestable y los mas servidores del rey Católico se declararon por el Navarro, si bien para las turbaciones de Castilla fué á propósito ocuparse el duque en aquella guerra de Navarra; tanto mas que el rey Católico á la misma sazon ganó á su servicio al conde de Benavente con promesas que le hizo de una encomienda y docientas mil de juro, é intencion que dió de le otorgar la feria de Villalon. Aseguró otrosí al duque de Bejar con prometelle otras cosas que él mismo deseaba. Así el partido del rey Católico y de los que deseaban su venida, andaba muy valido, y muy caido el de los contrarios.

Morian en Torquemada de peste, mal que se embraveció este año muy estraordinariamente, y se derramó por toda España. Salióse la reina á Hornillos aldea muy pequeña que está á una legua de aquella villa, con determinacion de no salir de aquella comarca, sino aguardar allí al rey su padre. Tenia mandado que volviesen á su consejo los que estaban en él en vida del de la reina su madre, y los nuevamente proveidos fuesen privados de aquel cargo. Con esto el obispo de Jaen se fue á su casa; los oidores nuevos, que eran Aguirre, Guerrero, Avila y don Alonso de Castilla hicieron instancia para que se revocase aquel mandato: no se pudo acabar con la reina por grandes diligencias que se hicieron, y medios que para ello tomaron: así volvieron al consejo los oidores antiguos Angulo, Vargas y Zapata.

En Segovia se continuaba el cerco que tenia el marqués de Moya muy apretado sobre el alcázar; y

dado que los de dentro se defendieron muy bien por espacio de seis meses, al fin con minas que se sacaron por diversas partes, redujeron los de dentro á término que le rindieron á los quince de mayo. Ayudaron al marqués en esta empresa el duque de Alburquerque que fué allí en persona, y el condestable, duque de Alba y Antonio de Fonseca con gentes que de socorro le enviaron.

CAPITULO VII.

Que el emperador y rey Católico trataban de concertarse sobre el gobierno de Castilla.

Los embajadores del César que fueron á Nápoles hacian grande instancia sobre las vistas de los dos príncipes consuegros. Ofrecian que el emperador vendria á Niza, ó que el rey Católico fuese á Roma, donde el César en breve pensaba venir á coronarse: que en un dia se podrian mejor conformar por sus personas que en mucho tiempo por medio de terceros. El rey Católico daba diversas escusas para no venir á las vistas; la mas principal que los reinos de Castilla padecerian mucho daño con aquella tardanza que forzosamente seria de algunos meses. Como se resolvió en esto, los embajadores le requirieron no volviese á Castilla sin que primero se concertasen todas las diferencias; que de otra manera el emperador seria eso mismo forzado de ir allá, y les males que dello resultase, se imputaria y estarian á cuenta del que diese la causa.

Pareció este término mas desafio que voluntad de concierto; todavía se comenzó á tratar por los embajadores sobredichos de una parte, y de otra el Gran Capitan, el camarero y el secretario del rey Católico de los derechos que cada uno pretendia tener por su parte, y de los medios que se representaban para conformarse. Muchas cosas se alegaron como en negocio tan grave. Los principales puntos en que el rey Católico se fundaba, eran ser padre y por consiguiente tutor de la reina, y su voluntad que siempre dió muestra de querer que su padre gobernase, y el testamento de la reina doña Isabel que así lo disponia. De parte del emperador se oponia que en caso que la reina estuviese impedida, sucedia el príncipe su nieto en cuya tutela debia ser preferido el abuelo paterno. Que el rey Católico se casó segunda vez, por do perdió la tutela, especialmente que prometió á la reina doña Isabel no lo haria, por lo menos era cierto que si entendiera se pretendia casar, no le dejara el gobierno. Lo tercero que los grandes, cuyo consentimiento se requeria, no venian en su gobernacion; y no era razon poner el reino en condicion de revolverse: otras razones alegaron, mas estos eran los nervios fundamentales.

Pasaron á tratar de medios. Los del emperador decian que su señor holgaria se cometiese el gobierno á veinte y cuatro personas: dellas las diez y seis nombrase él, y las ocho el rey Católico, y que estos gobernasen en compañía del rey. Y cuanto á las provisiones de oficios y beneficios, que de tres partes el rey proveyese la una, y las dos los del gobierno: las rentas dividian en cuatro partes, las tres partes para la reina y la una para el rey. Item para asegurar la sucesion del príncipe don Carlos querian que todas las fortalezas del reino estuviesen en poder del emperador: todas eran demasías y exorbitancias á propósito de revolvello todo. Pedian otrosí que se enviasen á Flandes algunos hijos de grandes y personas principales de Castilla y Aragon para criarse con el príncipe; y que se diese seguridad para los que siguieron la voz del rey don Philipe, que no serian maltratados, ni en algun tiempo les pararia perjuicio. Que la investidura de Nápoles se alcanzase de manera que no perjudicase á la sucesion del príncipe don Carlos. Condiciones tolerables eran algunas destas, pero pedian otras muchas que no se debian conceder, ni se pudieran asentar en muchos años.

Por esto el rey Católico aprestaba su partida, si bien el emperador de nuevo le envió á requerir con Bartolomé de Samper, que de Nápoles fue enviado á Alemaña, sobreseyese hasta tanto que aquellas diferencias estuviesen asentadas. El rey todavía continuaba en su propósito, y para despacharse envió sus embajadores á dar la obediencia al papa, que fueron Bernardo Dezpuch maestre de Montesa, Antonio Augustino y Gerónimo Vic, un caballero valenciano que iba para hacer oficio de embajador ordinario en aquella córte en lugar de Francisco de Rojas. Dióseles audiencia á los treinta de abril: hizo Antonio Augustino un muy elegánte razonamiento, en que escusaba la dilacion que en dar aquella obediencia se tuvo por diversos impedimentos que no se pudieron evitar: ofreció la obediencia y todas las fuerzas del rey en favor de aquella santa silla.

Respondió el papa con mucha alegría, y en señal de amor dió á los embajadores la rosa de oro, que se bendice la noche de Navidad, para que de su parte la llevasen á su rey. Juntamente convidaba al Gran Capitan para que fuese general de la Iglesia en la guerra que pensaba hacer á venecianos: el mismo cargo le ofreció, aquella señoría por entender que era tanto su valor que llevaria consigo muy cierta la victoria á cualquier parte que se allegase. Los partidos que le hacian muy aventajados, previno el rey con tornar á prometelle el maestrazgo de Santiago; y porque no pareciesen palabras, dió comision á Antonio Augustino, cuando le envió á Roma, para que suplicase al papa le pudiese resignar en su favor en manos de los arzobispos de Toledo y de Sevilla y el obispo de Palencia para que con comision del pontífice le colasen al Gran Capitan luego que llegase á Castilla; que no hacia desde luego la resignacion por inconvenientes que alegaba que podrian resultar en ausencia. El papa venia bien en conferir al Gran Capitan aquella dignidad, pero no quiso dar la comision que se le pedia por no perjudicar á su autoridad. Con esto se dilató aquella resignacion no sin gran sospecha que el rey usó en esto de maña solo para sacar al Gran Capitan de Italia, que á la sazon era duque de Sessa y de Terranova y gran condestable de Nápoles: grandes estados y mercedes en sí, pero muy pequeñas, si con sus méritos y servicios se comparan.

Deseaba el rey con gran cuidado reformar la capitulacion hecha en Francia sobre la sucesion del reino de Nápoles, que caso no tuviese hijos de la reina doña Germana se devolvia á los reyes de Francia. Trataba de remediar este daño, y para esto de tomar por medio al cardenal de Ruan con promesa que le hacia de ayudalle para subir al pontificado, si allanaba esta dificultad, como á la verdad el mejor camino fuese alegar que pues el rey de Francia no cumplia el asiento que tenia tomado de casar su hija con el príncipe don Carlos, con que le quitaba la sucesion de Milan y de Bretaña, era razon que esto se recompensase con alzar aquel gravámen en lo de la sucesion de Nápoles; pues no era cosa tan grande ni tan cierta como lo que se le quitaba, ni aquella condicion servia sino de dejar pleito y debates á sus sucesores para adelante. El rey de Francia no daba oidos á nada desto, ca estaba desabrido por los homenajes que se hicieron en Nápoles en nombre de la reina doña Juana sin hacer mencion de la reina doña Germana, como fuera razon para conformarse con lo que tenian capitulado.

CAPITULO VIII.

Que el rey Católico partió de Nápoles.

Importaba mucho que el rey Católico abreviase su venida para atajar inconvenientes y sosegar males

humores que cada dia por acá se levantaban, lo cual él no ignoraba; mas las cosas de Nápoles le detenian hasta dejallas bien asentadas. Hacia instancia con el papa por medio de su embajador Gerónimo Vic le diese la investidura de Nápoles. Anduvieron sobre el caso demandas y respuestas. El pontífice se resolvió de dársela con condicion que le recobrase con sus gentes las ciudades de Faenza y Arimino que tenian los venecianos usurpadas en la Romaña. No se podia hacer esto en poco tiempo, y las revueltas de Castilla no sufrian tanta dilacion. Resolvióse de abreviar su partida de cualquiera manera que fuese.

Para prendar mas al Gran Capitan otorgó un instrumento en que daba fe de la lealtad que siempre en su persona halló, y de su mucho valor y servicios señalados; cuya copia se envió á todos los príncipes para que si alguno habia dél concebido ó sospechado otra cosa, quedase con tal testimonio desengañado. Era venido á Nápoles Juan de Lanuza, virey de Sicilia: á este caballero por la mucha confianza que hacia dél, y sus buenas partes, determinó dejar por visorey de Nápoles. Pero porque antes que el rey se embarcase, él y su hijo Juan de Lanuza que era justicia de Aragon, fallecieron, nombró por virey de Nápoles á su sobrino don Juan de Aragon conde de Ribagorza, y á Sicilia envió á don Ramon de Cardona con cargo de teniente general. Para el consejo de estado de Nápoles nombró á Andrés Garrafa, conde de Santaseverina, y á Hector Piñatelo, conde de Monteleon, y á Juan Bautista Espinelo; al cual quitó entonces el cargo y nombre de conservador general por ser muy odioso en aquel reino. Dejó órden al virey que conservase los Coloneses y Ursinos, y á Bartolomé de Albiano se restituyó su estado porque se redujo á la obediencia del rey. Proveyóse que demás de la gente de guerra docientos gentiles hombres residiesen en la córte con nombre de contínuos y acostamiento por año de cada ciento y cincuenta ducados. A los venecianos que se mostraban sospechosos de la voluntad del rey, para asegurallos envió á Philipe Ferreras que hiciese con aquella señoría oficio de embajador. Proveido todo esto, el rey se hizo á la vela un viernes á los cuatro de junio con diez y seis galeras. Ocho dias antes partió la armada de las naos, y por su general el conde Pedro Navarro.

El reino de Portugal florecia por este tiempo en todo género de prosperidad, y estendia su fama por todas las partes: merced de Dios, que les dió un rey tan señalado como el que mas en valor y prudencia y en noble generacion. Parió la reina en Lisboa á los cinco de junio un hijo que se llamó don Fernando. Las grandes esperanzas que daba su buen natural, y aficion á las letras cortó la muerte arrebatada que le sobrevino en la flor de su mocedad. Algunos grandes de Castilla, en especial el marqués de Villena, pusieron los ojos en este príncipe para que se encargase del gobierno de aquel reino, con intento de impedir por este modo la venida del rey Católico; mas él no quiso aventurar su sosiego por promesas de pocos, y mal fundadas, si bien de secreto deseaba tener mano en las cosas de Castilla por casar sus hijos con los de la reina, y por este medio tomar uno de dos caminos, ó como tutor en tal caso del príncipe don Carlos su yerno encargarse del dicho gobierno, que le venia muy á cuento para proseguir la navegacion de la India y la conquista de Africa con la ayuda que podia tener en Castilla, ó por lo menos obrar con el emperador que tomase á su cargo lo que el derecho le daba.

A esto mismo convidaba al César el rey de Navarra, y aun le ofrecia el paso por su tierra, que decia seria camino muy fácil, y estó por estar muy sentido del rey Católico, y aun receloso que si volvia á su antiguo poder, no pararia hasta apoderarse de aquel reino: es cosa cierta que á estos dos reyes pesaba de la prosperidad del rey Católico, y no querian tener vecino tan poderoso conforme á la costumbre de todos los príncipes. La misma instancia hacian al emperador los grandes sus aficionados y parciales; y él mismo estuvo muy determinado de ponerse en camino y pasar en España, como consta de una que escribió desde Constancia, do se tenia la dieta del imperio, deste tenor á don Juan Manuel: «Por otras cartas »vos he hecho saber mi determinacion, que era de ir »en persona á esos reinos y llevar conmigo al prín»cipe don Carlos mi nieto: é si las cosas dellos no es»tuviesen en la pacificacion que convenia al servicio »de la serenísima reina mi hija, daria tal órden que »ella fuese servida é obedecida, é la sucesion del prín»cipe asegurada. Pero despues he sido informado que »ha habido algunas novedades; por lo cual me tengo »de dar mas priesa para ir á esos reinos y llevar con»migo al príncipe. E ansí yo partiré de aquí para »Bravante de hoy en catorce ó quince dias; é ya he »mandado aderezar las cosas que para mi ida á esos »reinos son necesarias. Entretanto yo vos ruego y »encargo que os junteis con nuestro embajador y »con los otros servidores del príncipe, como hasta »aquí habeis hecho, y no se de lugar á que se haga »cosa contra la libertad de la reina, ni contra la su»cesion del príncipe; que Dios allá, habiendo respeto »al amor que el rey mi hijo que haya santa gloria, os »tenia, é á la voluntad que tenia de os hacer merce»des, é á vuestros servicios, se hará con vos lo que »el rey mi hijo deseaba hacer. De la mi ciudad impe»rial de Constancia á doce de junio de mil y quinien»tos y siete.»

CAPITULO IX.

De las vistas del rey Católico con el rey de Francia.

Hallábase el rey de Francia en Italia, donde abajó los meses pasados con un grueso ejército para sosegar en su servicio los ginoveseses que con las armas pretendian recobrar su libertad y salir de la sujecion de Francia; en que pasaron tan adelante que el año pasado el pueblo se alborotó contra los nobles. Abatieron las armas de Francia de todos los lugares en que estaban, y sacaron por duque á un tintorero de seda por nombre Paulo de Novo. Para sosegar estos movimientos el rey de Francia envió primero su gente, despues él mismo pasó á Italia. Tratábase con esta ocasion que á la vuelta del rey Católico para España los dos reyes se viesen. Pareció la ciudad de Saona lugar á propósito para esta habla. Detuviéronse las galeras en Gaeta y por las costas de Roma y de Toscana algunos dias por ser el tiempo contrario.

Llegó el rey Católico á Génova á los veinte y seis de junio. Allí le salió á recebir Gaston de Fox señor de Narbona su sobrino y cuñado con cuatro galeras. Aguardaba ya el rey de Francia en Saona su llegada. Salió el rey Católico vigilia de San Pedro del puerto de Génova para ir allá. Fue grande el recebimiento que se le hizo. Salió el rey de Francia á la marina, y despues de haberse recogido y abrazado con toda muestra de alegría, los dos reyes el Católico á manderecha, el Francés á la izquierda, y en medio la reina fueron debajo del palio al castillo, do tenian hecho el aposento á los huéspedes. El de Francia por mas honrallos se pasó á las casas del obispo.

El dia de San Pedro oyeron misa juntos. Los cortesanos á porfia andaban muy lucidos, en especial los españoles con las riquezas de Nápoles iban en estremo arreados y bravos. Aquella noche cenó la reina con el rey de Francia su tio, y con el rey Catolico, dos cardenales, el de Santa Praxedis, que vino por legado del papa á las vistas, y el de Ruan legado de Francia. Otro dia cenaron los dos reyes y reina juntos, y con ellos por cuarto el Gran Capitan á instancia del rey de Francia, que le honró con todo género de favor,

palabras y cortesía. Lo mismo hizo el rey Católico con el señor de Aubeni, tanto que él entró en esperanza le mandaria restituir el condado de Venafra que poseia al tiempo que se rompió la guerra. Grande resolucion fue la del rey Católico ponerse libremente en poder de su competidor, y hacer dél tanta confianza: larga materia de discursos, especial para italianos. En estas vistas lo que principalmente se trató fue de tomar la empresa contra la señoría de Venecia, plática comenzada otras veces.

Despedidas las vistas, continuó el rey Católico su viaje, que por ser los vientos contrarios la navegacion fue larga. Llegó al puerto de Cadaques en Cataluña á los once de julio; y por huir la peste de que se herian muchos por aquella comarca, no paró hasta llegar á la playa de Valencia, que fue á los veinte del mismo mes, donde dias antes era aportado Pedro Navarro con los navíos. Fueron grandes las fiestas que en aquella ciudad hicieron á los reyes. La reina entró debajo del palio por ser allí su primera entrada.

Con la nueva de la venida del rey lo de Castilla se allanó con facilidad, en particular el marqués de Villena de su voluntad se redujo y puso en las manos del rey, con promesa que se le hizo de estar con él á justicia, y hacelle razon en todo lo que pretendia estar agraviado. Y dado que esta reduccion la hizo mas forzado que de grado, todavía se estimó en mucho; y aun su primo el conde de Ureña obró y ayudó muy bien para que se redujese á mejor partido: en premio deste buen oficio, y por aseguralle mas le dieron la tenencia del castillo de Carmona que pretendia se le debia y era suya. Al duque de Medina Sidonia con el mismo intento por medio del condestable se le dió intencion de hacelle recompensa por lo de Gibraltar en dinero y juros.

Para todo daba calor el arzobispo de Toledo, muy contento demás de las mercedes recebidas, que el rey Católico le trajese impetrado del papa el capelo, y el oficio de inquisidor general en los reinos de Castilla y Leon por cesion que hiciera de aquel cargo el arzobispo de Sevilla, como consta todo por una carta que le escribió el rey Católico poco antes de su partida de Nápoles, cuyo original se guarda en su colegio mayor de Alcalá de Henares. Inquisidor general en la corona de Aragon era fray Juan de Enguerra confesor del rey. Con estos medios tan fáciles se sosegaron los ánimos de casi todos los grandes, y quedó tan llano lo de Castilla cuanto se podia desear.

Una cosa dió mucho que murmurar á todo el reino y maravillarse. Esta fue que impetró del papa la iglesia de Santiago para don Alonso de Fonseca mozo de pocas letras; y lo que era mas feo, por resignacion que en su favor hizo su mismo padre con título que se le dió á él de patriarca de Alejandría: negocio de muy mala sonada, que tal iglesia pasase de padre á hijo, especialmente bastardo, y novedad nunca oida. Verdad es que los servicios del padre fueron siempre muy grandes; y la revuelta de los tiempos, y que el mismo don Alonso el mozo acompañó al rey en aquel viaje de Nápoles, pudieron escusar algun tanto este hecho, de que sin embargo toda la vida tuvo este príncipe gran pesar: ¿mas quién hay que no yerre en algo? en algo digo, ¿y no en muchas cosas?

Restaba por allanar el duque de Nájara y don Juan Manuel, y de nuevo el conde de Lemos, que los dias pasados se apoderó por fuerza en Galicia de la villa de Ponferrada que era de la corona real, y de gran parte del marquesado de Villafranca, á lo cual todo, si bien pretendia tener derecho, era grande desacato proceder por via de hecho. Tratóse en Hornillos do la reina residia de atajar este daño. Los del consejo, el arzobispo y otros grandes acordaron que el duque de Alba y conde de Benavente con gente fuesen contra el conde. Hízose asi, juntaron como dos mil lanzas, y tres mil infantes para esto. El duque de Berganza dió muestra de querer acudir á socorrer al conde, inducido por su hermano don Dionís yerno del conde, casado con su hija heredera; mas el rey de Portugal no dió lugar á ello. Trató empero con el arzobispo de Toledo que no se procediese por vía de fuerza contra el conde, sino que le diesen lugar para alegar de su derecho. En fin el conde se allano, restituyó á Ponferrada y los lugares que tenia tomados del marquesado de Villafranca, porque con la nueva de la llegada del rey Católico á Valencia todos le desamparaban, y él mismo con el miedo, que es gran maestro, cayó en que iba por camino errado. Don Juan Manuel, caudillo de aquella su parcialidad, resuelto de partirse para Alemaña y Flandes, do ya eran idos el de Vila y el de Vere y los demás flamencos, encomendaba el castillo de Burgos al duque de Nájara, y el de Jaen al conde de Cabra.

Por este tiempo vino nueva al rey Católico que el alcaide de los Donceles que residia en Mazalquivir, con cien caballos y tres mil infantes que llevó de España, los mas de los que vinieron de Nápoles, hizo una entrada muy larga en tierra de moros la vía de Tremecén, y que al dár la vuelta con grande presa de ganados y cautivos no lejos de Oran fue roto por el rey de Tremecén que salió en su seguimiento con grande morisma. Pelearon los nuestros muy bien, pero no pudieron contrastar á tanta muchedubre: perdieron la presa toda, y las vidas los mas. El alcaide con setenta de á caballo rompió por los enemigos, y se metió en Mazalquivir: de todos los demás solos cuatrocientos se salvaron por los piés, y otros tantos quedaron cautivos, que fue una pérdida muy grande.

El rey con la nueva desta rota envió desde Valencia algunas galeras y naos para socorrer á Mazalquivir, si fuese necesario. En Nápoles Diego García de Paredes dió en ser corsario por el mar, ejercicio soez. Lo mismo Diego de Aguayo y Melgarejo. Diego Garcia pasó á Levante, donde hizo grandes daños: los otros dos desde Iscla robaban lo que podian. Un valeroso soldado catalan por nombre Michalot de Prats, que envió el virey contra ellos, junto á Belveder tierra del príncipe de Bisiñano les tomó las fustas, y ellos se salvaron la tierra adentro. Apenas hizo esto el Michalot cuando por una sobrevienta muy brava se anegó con una carabela en que iba, sin poder ser socorrido, dado que estaba á vista de tierra; que fue un caso muy notable.

Por este tiempo Alonso de Alburquerque, que fue el año pasado enviado en compañía de Tristan de Acuña á la India de Portugal para suceder en el cargo á Francisco de Almeyda, antes de llegar á verse con él sujetó á la isla de Ormuz, una de las plazas mas importantes de aquellas partes, puesta á la boca del sino Pérsico, y aunque estéril y calurosa en estremo, sin agua, y tan pequeña que boja solas cuatro leguas, por la contratacion de Levante á causa de dos puertos que tiene, muy rica y abundante en toda suerte de regalos y comodidades. En la costa de Africa á la parte del mar Océano los portugueses se apoderaron de Safin, ciudad grande y abundante, que fue otro tiempo del rey de Marruecos, y á la sazon tenia sus señores particulares.

CAPITULO X.

El rey Católico se vió con la reina su hija.

Quedó la reina doña Germana en Valencia con cargo de lugarteniente general, aunque en breve pasó á Castilla. El conde Pedro Navarro fué delante con la mayor parte de los soldados que venian en el armada, la via de Almazan. Con tanto partió el rey

de aquella ciudad á los once de agosto. Salióle al camino el arzobispo de Zaragoza, los duques de Medinaceli y de Alburquerque. Llegó á Montagudo, que es el primer pueblo de Castilla, un sábado veinte y uno de agosto. De allí pasó á Almazan y Aranda. Acudian por todo el camino á la hila grandes, prelados y señores para visitalle y hacelle reverencia, los mas con deseo de recompensar con la presteza los deservicios pasados, y con fingida alegría.

La reina estuvo hasta este tiempo en Hornillos con harta incomodidad sin querer salir de allí, dado que se quemó el techo de la iglesia, y fue necesario pasar el cuerpo del rey don Philipe, que en ella le tenian, á palacio. Pero con el aviso que tuvo de la venida del rey su padre, salió de aquel lugar y fué á parar á Tórtoles, aldea que está no lejos de Aranda, de do se fué el rey á Villavela, que está media legua de Tórtoles do su hija le esperaba; y un sábado veinte y ocho de agosto, oidas vísperas fué á Tórtoles. Salieron al camino el condestable y marqués de Villena con los otros grandes que asistian con la reina: asimismo el arzobispo de Toledo, y nuncio apostólico con otros prelados. Llegó el rey á su posada, en que le esperaba la reina. El rey se quitó el bonete, y la reina el capirote que traia: echóse á los piés de su padre para besárselos, y él hincó la rodilla para levantalla. Despues que estuvieron un rato abrazados, entráronse en un aposento. Acabada la plática, la reina se volvió á su palacio. Allí el otro dia la vió el rey, y estuvieron juntos mas de dos horas. Entendióse por el semblante que mostró el rey, no la halló tan falta como se pensaba, y que le encomendó todo el gobierno del reino: vióse esto por el efecto, porque luego comenzó á dar órden en todo, y proveer oficiales, como le pareció. Estuvieron en aquel lugar siete dias, los cuales pasados, se fueron á Santa Maria del Campo. Quisiera el rey que en aquel lugar se diera el capelo al arzobispo de Toledo: la reina no lo consintió, ca decia no era razon se hallase ella do se hiciesen alegrías y fiestas. Por esta causa se le dió en la iglesia de Mahamud: el pueblo era pequeño, la solemnidad fue grande. Intitulóse cardenal de España, dado que su título particular era de Santa Balbina.

Hallábase en la corte en Santa Maria del Campo Andrea del Burgo embajador por el César, hombre sagaz, atrevido y mañoso en tanto grado que, aunque despues de la venida del rey Católico, no cesaba de solicitar á muchos que se declarasen contra su gobierno. Mandóle el rey despedir con color que llevase respuesta de lo que le fue encomendado. Envió en su compañía á Juan de Albion para que avisase al emperador de su parte y de la reina le pluguiese de enviar persona por embajador suyo, que tuviese buen fin y celo á la paz de aquellos reinos, que era lo que á todos convenia. Junto con esto trató de conformar entre sí al condestable, almirante y duque de Alba, y asegurarse dellos y de los otros grandes. Procuró otrosí sosegar las alteraciones del Andalucía, porque en Córdova el marqués de Priego tomó las varas á los oficiales de don Diego Osorio, corregidor: en Ubeda los del bando de Molina desasosegaban la tierra con el favor que les diera el corregidor don Antonio Manrique, sobrino y parcial del duque de Nájara: en Sevilla don Pedro Giron, hijo del conde de Ureña, por muerte del duque de Medina Sidonia don Juan pretendia que no sucedia en aquel estado don Enrique hijo del difunto, sino doña Mencia su mujer. Dióse órden que los puertos de Vizcaya y de Galicia estuviesen muy seguros, y que de Galicia saliesen el conde de Lemos y don Hernando de Andrada, que tenian gran mano en aquella tierra. Lo mismo se hizo en los puertos de Cadiz, Gibraltar y Málaga, y aun para asegurarse de los moriscos les mandaron despoblar la tierra por espacio de dos leguas de la costa del mar del reino de Granada por cuanto se estiende desde Gibraltar hasta Álmería, con intento que en aquella parte se heredasen y la poblasen cristianos viejos, dado que esto no se pudo ejecutar.

Tenia en su poder don Juan Manuel las fortalezas de Burgos, Jaen, Plasencia y Miravete; mandó el rey Católico que las rindiesen los alcaides y se las entregasen. El de Burgos que se llamaba Francisco de Tamayo, dilataba la ejecucion y entreteníase con buenas palabras. Por esto el rey acordó pasar adelante camino de Burgos, y juntamente dió órden al conde Pedro Navarro que con la gente de guerra que traia, y la artillería de Medina del Campo fuese á combatir aquella fortaleza. El alcaide, sabida esta determinacion, sin esperar mas entregó la fuerza: lo mismo se hizo de las demás. Don Juan Manuel por la via de Navarra pasó en Francia con intento de irse á Alemaña á valerse del emperador. Restaba el duque de Nájara: ¿con qué fuerzas? ¿en cuya confianza? ¿por qué medios pensaba sustentarse en Nájara, do se hizo fuerte y mandó juntar toda la gente que pudo? Estaba sin duda persuadido que el emperador muy en breve seria en España con gente, y traeria en su compañía al príncipe don Carlos. Por esta confianza no solo no quiso jurar la cláusula del testamento de la reina doña Isabel tocante á la gobernacion de Castilla en las córtes de Toro, sino de allí adelante no obedecia á los mandatos del consejo real; y aun dió órden que en sus lugares no recibiesen los alcaldes de córte que iban á ejecutallos. Hizo levas de gente en forma de alboroto, y aun se adelantó á publicar que tenia poderes del príncipe don Carlos, en cuya virtud se llamó virey, y como tal dió sus provisiones para que los corregidores ejerciesen la justicia en su nombre, señaladamente se hizo esto en Ubeda, en que era corregidor don Antonio Manrique su sobrino. Para prevenir estos inconvenientes, y otros mayores que podian resultar, partió el rey Católico de Santa María del Campo camino de Burgos. Llegó á Arcos: desde allí envió á los veinte y tres de octubre á Hernan duque de Estrada su maestresala para que dijese al duque de su parte le entregase sus fortalezas para asegurarse dél por aquel medio, y para que no fuese necesario pasar á otros remedios mas ásperos; escusóse el duque de hacer lo que se le mandaba. El rey dejando á la reina en Arcos, porque no queria ir á Burgos donde perdió su marido, pasó adelante con determinacion de proceder contra el duque. Llegó el negocio á términos que el conde Pedro Navarro tuvo órden de ir con su gente y la de las compañías de las guardas y artillería para ocupar todo el estado del duque y prender su persona.

Interpusiéronse los grandes, en particular el condestable y duque de Alba que suplicaron al rey templase aquel rigor; y el mismo duque con este miedo se allanó á rendir las fortalezas de Navarrete, Treviño, Ocon, Redecilla, Davalillo, Rivas y la tenencia de Balmaseda, castillo de la corona real que tenia en su poder. Todas se entregaron al duque de Alba, y á las personas que él señaló por alcaides para que las tuviesen en tercería. Con esto perdonó el rey al duque los yerros y enojos pasados, y aun no mucho despues hizo poco á poco entregar las fortalezas á don Antonio Manrique conde de Treviño hijo del duque: con que se sosegaron aquellos nublados que amenazaban alguna tempestad. Para mas obligar al duque de Alburquerque trató el rey de casar á doña Juana de Aragon hija del arzobispo de Zaragoza con el hijo mayor del duque, matrimonio que no se efectuó, y ella casó adelante con don Juan de Borgia, duque de Gandía.

CAPITULO XI.

De diversos matrimonios que se trataron.

Mostrábase el emperador muy sentido contra el rey de Francia y el rey Católico. Quejábase del rey Católico que se apoderase del gobierno de Castilla tan absolutamente antes de concordarse con él. Decíase que para vengarse queria enviar como tres mil alemanes al reino de Nápoles para alterar los naturales, y ayudar las inteligencias del cardenal de Aragon, que pretendia llevar á Nápoles al duque de Calabria, y para alzalle por rey ayudarse de cualquiera que pudiese; y aun se tuvo sospecha del Gran Capitan que ponia la mano en este negocio con intento de casar su hija mayor con el duque, y que pretendia aceptar el cargo de capitan general de la Iglesia que le ofrecian con sesenta mil ducados de entretenimiento al año; pero estas eran sospechas, las demás sea tramas, sea sospechas, salieron en vano á causa que el César se declaró en breve que queria romper la guerra por el ducado de Milan, y con todas sus fuerzas proseguilla contra la señoría de Venecia; y el rey Católico puso mas diligencia en guardar al duque de Calabria que traia consigo en la córte. Juntamente para atajar inconvenientes mandó al conde de Ribagorza hiciese que el cardenal se partiese de Nápoles para Roma. Del rey de Francia se tenia el César por agraviado por la ayuda que daba continuamente al duque de Gueldres, y la guerra que le dió por Borgoña al mismo tiempo que el rey Católico pasó en Italia: en que asimismo cargaba al rey Católico, y tuvo por muy sospechosas las vistas que los dos reyes tuvieron en Saona. Sobre todo sentia que el matrimonio entre el príncipe don Carlos y Claudia no se efectuase; antes por este mismo tiempo se trataba, y aun se concluyó, que casase con el duque de Angulema á delphin de Francia, lo cual él procuró estorbar por medio del cardenal de Ruan. Para ello alegaba muchas razones. Hacia gran fundamento en la concordia que se asentó en Haguenau, donde se dió la investidura de Milan juntamente al Francés y al archiduque en favor del matrimonio de sus hijos y para



(Pedro Navarro.

que ellos heredasen el estado; que si en lo del casamiento innovasen, la investidura quedaba por el mismo caso revocada.

El rey Católico no mostraba hacer mucho caso deste matrimonio, á trueco de asegurar la sucesion del reino de Nápoles en su nieto el príncipe don Carlos en recompensa de lo de Milan. Como el Francés no diese oidos á las quejas del emperador, él volvió su pensamiento á casar el príncipe don Carlos con María, hija del rey de Ingalaterra. Este tratado se llevó tan adelante que quedó de todo punto concertado, hasta señalar el dote á la doncella de docientos y cincuenta mil escudos de oro, y el tiempo y lugar, cuándo y dónde se habian de celebrar las bodas. Sacóse por condicion que se pidiese el consentimiento al rey Católico y á la reina doña Juana; pero que todavía con él y sin él se hiciese.

Deseaba el rey de Ingalaterra que este matrimonio, que le venia tan bien se efectuase; sin embargo mucho mas atendia á ganar al rey Católico por el gran deseo que tenia de casar él mismo con la reina de Castilla: pretension por muchas razones muy fuera de camino y de órden. El rey Católico le entretenia con buenas esperanzas porque no se desbaratase el matrimonio que tenian concertado de su hija doña Catalina con el príncipe de Gales; mas el Inglés entretenia esto con maña con intento que aquella dilacion fuese como torcedor para que el suyo se efectuase, que era una maraña y una complicacion estraordinaria de humores: enfermedad muy comun de príncipes. La muerte que muy en breve sobrevino al inglés, cortó todas estas tramas.

Muchos decian que el rey Católico pretendia casar á la reina doña Juana con su cuñado, Gaston de Fox, y con sus fuerzas y las de su tio el rey de Francia ponelle en posesion del reino de Navarra, á que pretendia tener derecho, como arriba queda tocado. Y por el mismo caso queria satisfacerse de los rey y reina de Navarra que en todas las ocasiones mostraban la mala voluntad que le tenian, en que últimamente echaron el sello con despojar en su ausencia al conde de Lerin, sin tener respeto que era casado con su hermana y le tenia debajo de su amparo, tanto mas que no quisieron venir en lo que el rey

despues de su vuelta les rogaba, es á saber que volviesen su estado al conde de Lerin con seguridad que estaria á justicia con ellos, y pasaria por la pena en que fuese por los jueces condenado.

Era ya llegado á la córte del emperador don Juan Manuel; no alcanzó empero el lugar y crédito que antes tenia para en las cosas de Castilla; que á los caidos todos les faltan, y las desgracias comunmente van eslabonadas unas de otras. Como se vió desvalido, trató de tornarse á España. Para esto envió á pedir al rey Católico una de dos, ó que le volviese lo suyo y tratase como quien él era, ó que le diese licencia para irse con su mujer y hijos á Portugal; donde no, que no podria dejar de hacer como desesperado las ofensas que pudiese. No se proveyó en lo que pedia, y quedó desterrado de Castilla, y aunque desfavorecido, con mas mano por su grande agudeza y maña de lo que fuera razon, para sembrar entre aquellos príncipes disensiones y no dar lugar á que se concordasen, especial que se entendia del cardenal don Bernardino de Carvajal, legado á la sazon del papa en la córte del emperador, que él asimismo no terciaba bien en los negocios: sospecha fundada en la inquietud de su ingenio, y poca aficion que sus deudos en estas ocasiones mostraban al servicio y gobierno del rey Católico; llegó esto á tanto que el rey trató con el papa le removiese de aquella legacía, y hiciese volver á la córte romana, como al fin lo alcanzó.

CAPITULO XII.

Tratóse que el príncipe don Carlos viniese á España.

Declaróse el emperador que los aparejos que hacia, se enderezaban no para emprender lo del reino de Nápoles, como se sospechaba y decia, sino para romper la guerra contra el rey de Francia por el estado de Milan, dado que por parte del rey Católico y del papa se hacia instancia para que se asentase la paz entre aquellos príncipes, por lo menos se concertasen treguas; en que el emperador no venia sino con partidos muy aventajados, y que no se admitian. Para el gobierno de Flandes que tenia á su cargo, dejó á la princesa Margarita su hija. Púsose en camino para pasar en Italia por el mes de enero principio del año que se contaba de nuestra salvacion de 1508, y por el mes de febrero llegó á Trento. En aquella ciudad, hecha cierta ceremonia que suelen allí hacer los reyes de romanos cuando se van á coronar, se intituló electo emperador, ca hasta este tiempo solo se intitulaba rey de romanos. Llevaba por su general al marqués de Brandemburg: la gente que con él iba, era tan poca que poco efecto se podia della esperar; así en muy breve se desbarató todo el campo.

Comenzóse la guerra por el valle de Cadoro que era de venecianos. El emperador tuvo aviso, que cinco mil suizos pasaban al sueldo del rey de Francia. Para impedir esto dió la vuelta á Suevia, do se tenia dieta de la liga de Suevia, y sin hacer nada acudió luego á Lucemburg porque sabia que el rey de Francia enviaba gente por aquélla parte: vergonzosa variedad en príncipe tan grande, que era la causa de no acabar cosa alguna. Con su ida la mayor parte de los alemanes que quedaba en Cadoro, se derramaron, y dos mil que restaban, fueron desbaratados y muertos por la gente de venecianos que cargó un dia sobre ellos antes del alba.

De muy diferente manera encaminaba sus acciones el rey Católico: no obstante que estaba muy arraigado en la posesion del gobierno de Castilla, no se descuidaba, como el que sabia muy bien las mudanzas que suelen tener las cosas, además que muchos obstinados en su opinion antigua deseaban novedades. Entre estos se señalaban mucho los obispos, el de Badajoz que se llamaba don Alonso Manrique hijo del maestre de Santiago don Rodrigo Manrique, y el de Catania, hermano de Pero Nuñez de Guzman clavero de Calatrava, los cuales despues que se declararon por el rey don Philipe, nunca tuvieron aficion al rey Católico, conforme al refran: Despues que te erré, nunca bien te quise. Por el mismo caso no tenian esperanza de medrar en tanto que el gobierno no se mudase. El papa á peticion del rey cometió al arzobispo de Toledo y obispo de Burgos procediesen contra estos dos prelados. El de Badajoz se quiso huir á Flandes: prendióle cerca de Santander, por órden del rey Francisco de Lujan corregidor de las cuatro villas de la costa en la merindad de Trasmiera. Estuvo algun tiempo detenido en la fortaleza de Atienza, despues fue remitido al azobispo de Toledo coforme al órden del papa.



Francisco de Almeyda.

Hacia oficio de embajador por el rey Católico en Alemaña el obispo de Girachi don Jaime de Conchillos, y conforme al órden que tenia, hacia grande instancia con el emperador que enviase al príncipe don Carlos á España para que se criase en ella, y aprendiese las costumbres de aquella nacion; que era el verdadero camino para asegurar la sucesion en aquellos reinos tan grandes; que en los dias del rey Católico no corria peligro; mas si Dios le llevase ausente el príncipe, nadie podia asegurar que los grandes no acudiesen al infante don Fernando que conocian, y que revuelto lo de España, no se perdiese lo de Italia. Prevenia el rey Católico con su grande seso los inconvenientes que despues resultaron por no conformarse con él en esto el emperador, que nunca quiso dar lugar que el príncipe viniese á España, sino fuese que le diese á él parte en el gobierno y en las rentas del reino, con que pensaba remediar su pobreza, y acudir á sus empresas que eran muchas y sobrepujaban su posibilidad. Para esto entre otras cosas pretendió que mil y

quinientos soldados que por órden del rey Católico servian al de Francia, se pasasen á su servicio; pero el rey Católico envió á Alonso de Omedes para que sosegasen y no hiciesen alguna novedad. Obedeciéron ellos, no obstante que el marqués de Brandemburg los declaró por rebeldes como si fueran vasallos del emperador. Todo esto se enderezaba á la pretension que tenia del gobierno de Castilla. Encontráronse los negocios de nuevo por causa que el rey Católico no quiso que Andrea del Burgo que volvia con cargo de embajador, entrase en España: desvío que el emperador tomó muy mal.

Por este mismo tiempo el rey de Portugal don Manuel con gran gloria de su nacion estendia su fama por todas las partes de Levante; continuaba su navegacion con las armadas que cada año enviaba; y sus capitanes no cesaban de ganar cada dia nuevas victorias por aquellas partes tan distantes. Los reyes de Calicut y Cambaya eran los mayores contrarios que los portugueses tenian por aquellas tierras, y por consiguiente declarados enemigos del rey de Cochin y otros reyes pequeños que los acogian en sus puertos y contrataban con ellos.

CAPITULO XIII.

Que el rey Católico fué al Andalucía.

Los grandes del Andalucía mostraban estar sentidos del rey Católico por el poco caso que dellos hacia, con ser no menos poderosos en aquella provincia que los otros grandes en Castilla, á los cuales gratificó y hizo mercedes para asegurar su venida. Los que mas se señalaban en este sentimiento, eran el marqués de Priego don Pero Fernandez de Córdoba y el conde de Cábra. Sucedió que por cierto ruido que en Córdova se levantó, la justicia prendió á uno de los culpados. Acudieron ciertos criados dél obispo don Juan de Aza, y con violencia y mano armada quitaron el preso á los oficiales reales.

El rey Católico desde Burgos, donde estaba, envió al licenciado Hernan Gomez de Herrera, alcalde de córte con gente para hacer pesquisa y castigar aquella fuerza. Comenzó á hacer su oficio segun el órden que llevaba. El marqués de Priego le envió á decir que no pasase mas adelante, y que hasta tanto que el rey fuese avisado, se saliese de la ciudad. El alcalde no lo quiso hacer, antes de parte del rey y conforme á la instruccion que llevaba, mandó al marqués y á su hermano que desembarazasen, y se saliesen de Córdova. Tuvo esto el marqués por grande injuria: juntó gente armada, comunicó el negocio con el ayuntamiento de la ciudad: resolvióse de poner mano en el alcalde, y envialle preso á su fortaleza de Montilla, bien que despues le soltó con mandamiento y debajo de condicion que no entrase en Córdova.

Este desacato, que sucedió á los catorce del mes de junio, sintió el rey mucho, como era razon, por ser tiempo tan peligroso. Determinó ir en persona á tomar emienda dél. Salió de Burgos por fin del mes de julio, pasó por Arcos do la reina vivia. Entonces sacó de su poder al infante don Fernando para llevalle én su compañía con color que convenia así para su salud, puesto que la reina lo sintió mucho. Detúvose algunos dias en Valladolid. Allí dió órden para seguridad de la reina que don Juan de Ribera frontero de Navarra se alojase con sus compañías cerca de Arcos, y que en cualquiera necesidad hiciese recurso al condestable ó almirante, ó al duque de Alba, que quedaban por aquella comarca. Hizo llamamiento de gente para que le acompañasen, y publicó iba en persona á castigar aquel desacato, que era en ofensa de la justicia y podia perturbar la paz y sosiego del reino.

En conformidad desto en Sevilla el asistente don Iñigo de Velasco hizo pregonar que todos los de sesenta años abajo y veinte arriba estuviesen apercebidos para cuando se le ordenase ir con el rey, ó con quien él le mandase, á castigar al marqués. El Gran Capitan luego que supo aquel caso, escribió al marqués estas palabras precisas: «Sobrino, sobre el »yerro pasado lo que os puedo decir, es que conviene »que á la hora os vengais á poner en poder del rey; y »si así lo haceis, sereis castigado; y sino, os perde»reis.» Determinaba el marqués de hacer lo que su tio le aconsejaba. Los grandes procuraban de amansar la ira del rey como negocio que á todos tocaba, y en particular el Gran Capitan se agraviaba que se hiciese tan fuerte demostracion contra el marqués, que si erró, ya estaba arrepentido, y en señal desto se venia á poner en sus manos: que era razon perdonar la liviandad de un mozo por los servicios de su padre don Alonso de Aguilar, que murió por hacer el deber, ya que los suyos estuviesen olvidados.

El rey iba muy resuelto de no dar lugar á ruegos. El marqués sabida la resolucion del rey, y que no tenia otro remedio, al tiempo que llegaba á Toledo, se vino á poner en sus manos. Mandóle estuviese á cinco leguas de la córte, y entregase sus fortalezas. Obedeció en todo lo que le fue mandado. Llegaron á Córdova con el rey mil lanzas y tres mil peones. Prendieron al marqués: acusóle el fiscal de haber cometido el crímen de lesa magestad. El marqués no quiso responder á la acusacion ni descargarse, solo suplicaba al rey se acordase de los servicios que sus pasados hicieron á aquella corona. Sustancióse el proceso, y llegóse á sentencia. Algunos caballeros que hallaron mas culpados, fueron condenados á muerte, otros del pueblo justiciados. Derribaron las casas de don Alonso de Cárcamo y las de Bernardino de Bocanegra, que se hallaron en la prision del alcalde. Al marqués sentenciaron en destierro perpetuo de la ciudad de Córdova y toda su tierra, y del Andalucía cuanto fuese la voluntad del rey, en cuyo poder estuviesen sus fortalezas y castillos fuera de la casa fuerte que tenia en Montilla, que mandaron allanar.

Desta sentencia tan rigurosa se agravió el Gran Capitan: decia que todo lo que el marqués tenia estaba fundado en la sangre de los muertos sin los méritos de los vivos. Mucho mas el descubierto el condestable se mostraba sentido por muchas razones: las dos mas principales, que nunca á los grandes se puso acusacion, ni los del consejo real castigaron sus delitos; y que pues á su persuasion el marqués se puso en las manos del rey, él mismo se tenia por castigado. Estuvo tan sentido deste caso que se quiso salir del reino, y se temió no se apartase por esta causa del servicio del rey Católico, de que resultasen nuevos bullicios y males. De Córdova envió el rey á don Enrique de Toledo y al licenciado Hernando Tello á dar la obediencia en nombre de la reina su hija al papa. Entonces se revocó la legacía al cardenal don Bernardino de Carvajal, de quien se tenia sospecha inclinaba á la parte del emperador. En Nápoles á trece de setiembre falleció la reina de Hungría, en tanta pobreza, que el virey hobo de proveer como se le hiciesen las exequias. Enterróse en San Pedro Mártir de aquella ciudad, en que yace el cuerpo de su madre.

Pasó el rey á Sevilla: fue allí recebido con grande fiesta y aparato, arcos triunfales y toda muestra de alegría. Llevaba en su compañía á la reina su mujer y al infante don Fernando. El duque de Medina Sidonia don Enrique era de poca edad. Dejóle concertado su padre con doña María Giron, y por su tutor á don Pedro Giron hermano de aquella señora y hijo mayor del conde de Ureña, y que tenia por mujer á doña Mencía hermana de padre y madre del duque don Enrique. Era este caballero muy brioso y de gran punto. Tenia la tierra alborotada, y aun intentó

de acudir con gente á la defensa del marqués de Priego. Para aplacar al rey al tiempo que iba camino del Andalucía y se detuvo en Valladolid, su padre el conde ofreció que se le entregarian las principales fuerzas de aquel estado del duque, y el condestable se obligó por el duque su sobrino que se mantendria en su servicio. Con todo esto el duque y don Pedro no acudieron á hacer la reverencia debida al rey, antes se tenian en Medina Sidonia, y aunque fueron avisados, no vinieron sino con grande premía.

Mandó el rey privar á don Pedro de aquella tutoría, y que saliese desterrado de Sevilla y de todo el estado de Medina Sidonia, y al duque mandó entregase sus fortalezas. Huyéronse los dos una noche á Portugal agraviados deste mandato, especial que se entendia del rey pretendia casar al duque con hija del arzobispo de Zaragoza. Mandó el rey á los alcaides entregasen todas las fortalezas. El de Niebla y el de Trigueros no quisieron obedecer: al alcalde Mercado que fue á requerir que las diesen, cerraron las puertas de Niebla. Indignado el rey envió gente que tomó la villa á escala vista, y la saqueó toda. Con este término tan riguroso todas las fortalezas y estados se allanaron, cuyo gobierno se cometió al arzobispo de Sevilla y á otros caballeros, y se dió órden á los del consejo que procediesen contra don Pedro Giron. Deste rigor se agraviaron los grandes, en especial el condestable, que escribió una carta muy sentida al rey sobre el caso; pero él tenia determinado de allanar el orgullo de los grandes y amansar sus brios. Ayudaba el arzobispo de Toledo, que se quedó en Tordesillas, el cual dijo diversas veces al rey que debia continuar aquel camino y hollalle bien, pues era el que convenia para asegurarse y sosegar la tierra.

CAPITULO XIV.

De las cosas de Africa.

Detúvose el rey Católico todo el otoño en dar asiento en las cosas del Andalucía. Desde allí daba calor á la guerra que se hacia en Africa, y enviaba ayuda á los portugueses, que estuvieron en aquellas partes muy apretados. Súpose que el reino de Fez andaba alborotado por disensiones que resultaron entre aquel rey moro y dos hermanos suyos. Pareció buena ocasion para acometer alguna buena empresa en Africa. Juntóse una buena armada en el puerto de Málaga. Las fustas de Velez de la Gomera hicieron á la sazon mucho daño por la costa de Granada como lo tenian de costumbre. Salió el conde Pedro Navarro general de nuestra armada en su alcance. Ganóles algunas fustas: dió caza y corrió las demás hasta llegar á la isla que está enfrente de Velez, acogida ordinaria de cosarios.

La fortaleza de aquella isla que llamaban el Peñon, guardaban docientos moros. Estos por entender que el conde queria asaltar en tierra y combatir á Velez, por acudir á la defensa de la ciudad desampararon la isla. Vista esta ocasion, el conde se apoderó sin dificultad de aquel castillo que sojuzga aquel puerto y toda la ciudad, de manera tal que con la artillería se deshizo gran daño, tanto que los moros por estar seguros se metian en las cuevas y soterraños. Fue esto en veinte y tres del mes de julio. Túvose por muy importante la toma del Peñon, y dióse órden que se fortificase y pusiese en defensa con su guarnicion de soldados.

Los portugueses hacian en la misma Africa la guerra por las costas del otro mar océano. Ofrecia un moro llamado Zeiam primo del rey de Fez, que daria órden como tomasen á Azamor, ciudad muy nombrada en aquellas marinas. El rey don Manuel confiado en que trataba verdad, juntó una armada en que iban cuatrocientos de á caballo, y mas de dos mil infantes: nombró por general á don Juan de Meneses por ser muy diestro en la guerra contra moros. Partió la armada de Lisboa á los veinte y seis del mismo mes: hallaron las cosas muy al contrario de lo que pensaban, porque los de la ciudad, que eran muchos, se defendieron muy bien; y el moro Zeiam se concertó con ellos: con que los portugueses se vieron en punto de perderse, y sin hacer efecto se volvieron á embarcar. El tiempo era contrario, y la luna menguante, que fue causa de dar en seco algunos bajeles y una galera por ser la creciente pequeña: con las demás naves aportaron al estrecho.

Este daño fue causa de un gran bien, y pareció providencia del cielo, porque el rey de Fez quier fuese por satisfacerse deste atrevimiento de los portugueses, quier por ganar reputacion, con gran gente que junto de á pié y de á caballo, se puso sobre la ciudad de Arzilla un jueves á diez y nueve de octubre. Tenia dentro por capitan á don Vasco Coutiño conde de Borva. Defendióse el primer dia con mucho esfuerzo, mas el siguiente los moros aportillaron el muro y entraron en la ciudad por fuerza. El conde, puesto que peleó como bueno, fue herido de una saeta en un brazo. Por esto le fue forzoso retirarse, con todos los que pudo, á la fortaleza que no estaba bien proveida. Combatieron el castillo, y mináronle por todas partes.

Túvose aviso de este aprieto en Tánger, donde se hallaba don Juan de Meneses, y en Sevilla do el rey Católico. Don Juan de Meneses acudió con su armada: peleó dos dias con los enemigos que halló ya apoderados de un baluarte del castillo, y echados de allí, socorrió á los cercados que se hallaban en el último aprieto. El rey Católico dió órden al conde Pedro Navarro que desde Gibraltar, do tenia surta la armada, fuese á socorrer á Arcilla. Adelantóse Ramiro de Guzman, corregidor de Jerez, con una nave en que llevaba trecientos peones y algunos caballeros de aquella ciudad. Entraron en el castillo don Juan de Meneses y Ramiro de Guzman. Con esto animados los de dentro no solo se defendieron, sino salieron fuera y echaron los moros de las barreras y cavas. Asegurólo todo la llegada del conde Pedro Navarro que fue á los treinta de octubre: con la artillería de las galeras dió tanta priesa al campo enemigo que tenia sus estancias á la marina, que forzó á los moros á desamparallas, y al rey de Fez, quemado el pueblo, retirase con su gente la via de Alcazarquivir. Fue esta defensa de Arcilla de grande importancia para la conservacion de las fuerzas de Africa. En Tánger estaba don Duarte de Meneses, que tenia aquella fuerza en nombre de su padre don Juan de Meneses, conde de Taroca, y don Rodrigo de Sosa en alcázar, ambos con grande miedo de no poderse defender si Arcilla se perdia.

El rey don Manuel, alegre con esta buena nueva, envió á Pedro Navarro en conocimiento de su trabajo y valor seis mil cruzados, lo mismo al corregidor de Jerez. Ellos se escusaron de recibir estos presentes con decir que servian al rey Católico y no querian otra gratificacion mas de la que de su liberalidad esperaban. Al rey Católico, dado que dió las gracias por el socorro que le envió en tan buena sazon y con tanta voluntad, todavía se mostró estar agraviado de la toma del Peñon, que decia era de su conquista como perteneciente al reino de Fez. El rey Católico, se escusaba con que Velez era reino de por si, y que en mantener el Peñon por entonces no se sacaba otro provecho sino gasto, y asegurar las costas de Granada; y todavía si se averiguase pertenecer al reino de Fez, se allanaba de entregalle aquella fuerza cada y cuando que pretendiese por aquella parte emprender la conquista de Africa. Por el mes de noviembre falleció el conde de Lerin en Aranda de Jarque, pueblo de Aragon: aunque cargado de años, la mayor oca-

sion de su muerte fue el poco favor que halló en el rey Católico. Quedó por su heredero don Luis de Biamonte su hijo.

CAPITULO XV.

De la liga que se hizo en Cambray.

Partió el rey Católico de Sevilla en lo mas recio del invierno, y dió vuelta á Castilla por dos causas: la una que don Pedro, hermano de don Diego de Guevara, que estaba en Alemaña en servicio del emperador, viniendo de Alemaña para entrar en Castilla por la parte de Vizcaya en hábito de Lacayo, fue preso en Pancorvo, y puesto á cuestion de tormento en Simancas donde le llevaron, por cuya deposicion se entendió que muchos grandes de Castilla traian inteligencias con el emperador, los mas señalados el Gran Capitan, el duque de Nájara y el conde de Ureña: la segunda causa era que el duque del Infantado y otros grandes se confederaban contra su servicio, y lo que mas importaba, que el cardenal de España sabia aquellas práticas y aun intervenia en ellas, pero de tal manera que ni bien soplaba el fuego, ni bien le apagaba.

Lo que causaba mas sospecha, era ver al Gran Capitan y al condestable muy confederados y unidos por tenerse ambos por agraviados, y ser personas de gran punto y muy altos pensamientos. Ayudó mucho para con el duque del Infantado y toda aquella parentella que era muy grande, la prudencia del conde de Tendilla, que les avisó del malo y peligroso camino que llevaban, y cómo muchos se perdieron y muy pocos medraron de los que echaron por él. A los demás aplacó el rey Católico con su buena maña, ya con miedo, ya con regalos y buenas obras. En particular luego que llegó por Estremadura á Salamanca, se acabó de concertar con el marqués de Villena, ca en recompensa de Villena y de Almansa demás de lo que valian de renta, le dió á Tolox y Monda en el reino de Granada, con que el marqués mostró quedar muy contento.

El emperador trataba de concordar las diferencias que tenia con el rey de Francia: entendíase que su intento era apartalle de la amistad del rey Católico por confiar que por este camino se satisfaria mejor de los agravios que dél tenia recebidos, en particular por no querer admitir á Andrea del Burgo por embajador, y mucho mas por la prision de don Pedro de Guevara. Tenia tratado que la princesa Margarita en nombre de su padre, y el cardenal de Ruan en nombre del papa y del rey de Francia, se viesen para asentar todas estas haciendas. Acordarón que la junta fuese en Cambray: acudió asimismo Jaime de Albion embajador por el rey Católico en Francia, y dado que la intencion era de concordarse el emperador y rey de Francia, y escluir al rey Católico desta alianza, de parte del papa se hizo grande instancia, y se acabó lo que diversas veces platicaron, que los tres príncipes se confederasen con él contra venecianos para efecto que cada cual de los confederados recobrase las tierras que aquella señoria les tenia usurpadas. Añadian que el que primero recobrase su parte, ayudase á los demás á conquistar lo que les tocaba: que el rey de Francia y el emperador hiciesen la guerra personalmente.

Para dar principio á esta guerra señalaron el primero dia de abril del año siguiente. Ofrecia el emperador de dar para entonces al Francés la investidura de Milan á condicion que le contase por ella cien mil escudos, y que le ayudase á recobrar las tierras que los venecianos le tenian usurpadas, sin que por esto quedase el emperador obligado á ayudalle para recobrar las que le pertenecian por el ducado de Milan: item para que las diferencias entre el César y el rey Católico no fuesen parte para impedir esta empresa se acordó que desde luego se señalasen árbitros que las determinasen amigablemente despues que la guerra contra venecianos fuese concluida. Determinóse que convidasen al duque de Saboya para entrar en esta liga por la pretension que tenia al reino de Chipre, de que venecianos estaban apoderados: lo mismo al duque de Ferrara y marqués de Mántua, que pretendian ser suyas algunas tierras de aquella señoría.

Lo que es mas, que los reyes de Francia y el Católico, en cuyas manos los pisanos y florentines tenian puestas sus diferencias, entregaron la ciudad de Pisa en poder de sus enemigos los florentines con voz que convenia así para la paz de Italia: la verdad era que pretendian ayudarse de Florencia contra venecianos, y de cien mil ducados con que ofreció servir, si le adjudicasen aquella ciudad; que era vender por muy vil precio la libertad de aquella república que hizo dellos confianza: cosa vergonzosa y indigna de tan grandes príncipes, en que quedó mas cargado el rey Católico y su buen nombre por tener á los pisanos debajo de su proteccion y amparo; ¿pero quién hay que no yerre, y mas en materia de estado, donde se pervierten á veces todas las reglas de la lealtad y buenos respetos? Asentóse esta concordia á los diez dias de diciembre de este año: la princesa Margarita desde allí se partió para la Francia. Conté á tomar posesion de algunos lugares que conforme al asiento tomado, y capitulaciones dél, quedó el Francés de entregar á los duques de Borgoña. Falleció este mismo mes de diciembre en Nápoles Roberto de Sanseverino príncipe de Salerno. Dejó un niño muy pequeño que se llamó don Fernando heredero de aquella casa, y del odio que siempre ella tuvo á la corona de Aragon, como se vió adelante, que fue causa de su perdicion. Su madre doña Marina de Aragon hermana de don Alonso de Aragon duque de Villahermosa casó poco adelante con el señor de Pomblin con voluntad del rey Católico su tio, que confirmó y juró los capítulos de la concordia sobredicha en Valladolid al principio del año siguiente en presencia del nuncio, del papa y los embajadores del emperador y de Francia.

CAPITULO XVI.

De la armada que el soldan envió á la India de Portugal.

Grande era el deseo que el gran soldan del Cairo llamado Campson tenia de echar de toda la India los portugueses. Movíanle á ello los reyes de Calicut y Cambaya que ofrecian de ayudalle con sus fuerzas en aquella empresa, y aun los venecianos entraban á la parte como queda apuntado. Lo que hacia mas al caso, era el sentimiento que tenia de que divirtiesen los portugueses el trato de la especería que solia venir á Alejandría con gran aprovechamiento de las rentas reales. Intentó de remediar este daño por via del papa, y para esto envió al guardian de Jerusalén llamado fray Mauro, como queda dicho. Visto que este medio no aprovechó, acordó usar de fuerza. Aprestó una armada en el Suez, puerto del mar Bermejo, en que iban en seis galeras, un galeon y cuatro carracas ochocientos mamelucos: así llamaban á los soldados que eran hijos de cristianos, en los cuales consistian las fuerzas de aquel imperio. Nombró por general á Mirocem caudillo de grande fama, persiano de nacion. Este salió con su armada de la boca del mar Rojo, y se engolfó en aquellos muy anchos mares de la India.

Francisco de Almeida, gobernador de la India, enviara á su hijo Lorenzo de Almeida con ocho velas para asegurar aquellas costas, y acompañar por alguna distancia las naves que de Cochin iban cargadas á Portugal. En este viaje quemó muchas naves de moros en diversos puertos, y últimamente estaba

surto en el puerto de Chaul cuando llegó la nueva que la armada del soldan venia en su busca; con la cual se juntó Melichiazio, gobernador de Diu por el rey de Cambayá, con treinta y cuatro fustas. Los portugueses antes que descubriesen las fustas por ir tierra á tierra, vieron solas cinco naves: no hicieron diligencia alguna por entender era de Alonso de Alburquerque que le aguardaban. Llegaron los enemigos, y entraron dentro del puerto parte de la armada: bombardeáronse aquel dia de lejos sin pasar adelante. Otro dia Lorenzo de Almeida acometió á la capitana de Mirocem, pero no la pudo aferrar por ser aguas menguantes, y por los bajíos en que el enemigo surgió. Recibian los suyos mucho daño por ser la nave contraria mas alta: él mismo fue malamente herido con dos saetas; verdad es que Pelayo Sosa y Diego Perez cada cual con su galera acometieron á sendas de los enemigos, y la rindieron y tomaron. Con esto se acabó la pelea de aquel dia: el siguiente entró Melichiazio en el puerto, ca se quedó de fuera con sus fustas; por su entrada acordaron los portugueses dejar el puerto y salirse al mar. Con esta determinacion pasada la media noche alzaron las velas: tuvieron aviso desto los contrarios, siguiéronlos á toda furia; cargaron muchas galeras sobre la nave capitana que iba la postrera: maltratáronla con los tiros de manera que hacia mucha agua y no se podia gobernar. El mayor daño fue que en cierto bajío encalló: las demás galeras pretendian acorrella; mas las aguas bajaban con tanta furia que no fue posible llegar. Los enemigos por no atreverse á entrar dentro desde lejos la cañoneaban: resistian los pocos que quedaban, con gran valor, cuando una bala hirió á Lorenzo de Almeida en el muslo, y otra desde á poco le dió en los pechos que le hizo pedazos. Con esto la nave fue tomada, y en ella de cien personas que iban, las ochenta fueron muertas, y solos veinte quedaron presos. Los demás, perdida la capitana se alargaron al mar, y desde el puerto de Cananor en que se recogieron, enviaron á Cochin á avisar al gobernador de aquel desastre tan grande, que llevó él con grande paciencia, tanto mas cuando entendió el valor que su hijo mostró en aquel trance, que pudiéndose salvar en un esquife como se lo aconsejaban, no quiso desamparar su nave y sus soldados, sino morir como bueno en la demanda. Dióse esta batalla naval al fin deste año. El gobernador acudió á Cananor: lo mismo hizo Alonso de Alburquerque, el cual luego que llegó, pretendia conforme al órden del rey de tomar el cargo de gobernador. Francisco de Almeida se le queria dejar luego que la armada del soldan fuese echada de la India, y no antes. Llegaron á palabras, y sobre el caso resultó que Francisco de Almedia envió á Alonso de Alburquerque preso á Cochin.

Hecho esto, juntó la mayor armada que pudo, determinado de vengar la muerte de su hijo. Entró de camino en el puerto de Onor, donde quemó algunas naves del rey de Calicut: mas adelante en el puerto de Dabul tomó y saqueó la ciudad, y puso fuego á muchas naves que allí halló. Deste puerto salió á los cinco de enero principio del año que se contaba 1509, la vuelta de Diu, ciudad y puerto de Cambaya, do surgia la armada enemiga. Mirocem, avisado de la venida de Almeida, salió del puerto al mar para dar allí la batalla, pero de manera que se quedó entre bajíos por ser sus bajeles mas llanos que los nuestros y por las espaldas la ciudad para ayudarse de su artillería. Tenia á la sazon tres carracas, tres galeones, seis galeras y cuatro naves de Cambaya sin las fustas de Melichiazio. Almeida llevaba por todas entre galeras, carabelas y naves diez y nueve velas, y en ellas mil y trecientos portugueses y cuatrocientos malabares. Llegaron las dos armadas, y acercáronse á tiro de cañon. No pudieron aquel dia venir á las manos por la falta de viento que calmó, y por la noche que sobrevino. El dia siguiente volvieron á la pelea. Nuño Vasco Pereira iba delante para embestir con su nave en la capitana de Mirocem: tras él los otros capitanes por su órden. Quedó Almeida de respeto para impedir que las fustas no hiciesen en los suyos algun daño. Con este órden se trabó la pelea con grande ánimo. La victoria que fue muy dudosa, en fin quedó por los portugueses. Murieron de los enemigos cuatro mil, y entre ellos de los ochocientos mamelucos que iban en aquella armada, quedaron vivos solos los veinte y dos. Echaron á fondo los nuestros tres naves gruesas sin otro gran número de bajeles pequeños de los enemigos. Tomaron dos galeones, dos galeras y otras cuatro naves gruesas. Salváronse los capitanes Mirocem y Melichiazio. De los nuestros murieron treinta y dos, los heridos llegaron á trecientos. Victoria señalada y que se puede comparar con cualquiera de las que en la India se ganaron. Con tanto Almeida se volvió á Cochin.

Continuabase la diferencia entre él y Alonso de Alburquerque, y los parciales de la una parte y de la otra. Los escándalos que desta competencia pudieran resultar, atajó Fernando Coutiño, que este año de Lisboa en una armada de quince naos pasó á la India con órden de enviar á Almeida á Portugal, y poner en el cargo de virey á Alonso de Alburquerque segun que estaba ordenado. Hízolo así, y con tanto aquellas alteraciones se sosegaron.

El rey Católico de Salamanca pasó á Valladolid y á Arcos, do halló la reina su hija mal acomodada, y con poca seguridad por ser el lugar pequeño, y el aposento tan malo que el diciembre pasado adoleció de frio. Fue mucho de considerar el gran respeto que siempre tuvo á su padre, pues solo él pudo acabar que mudase lugar y vestido. Llevóla por el mes de febrero á Tordesillas, y en su compañía el cuerpo de su marido que tomaron de la iglesia en que le tenian, y los años adelante por órden del emperador don Carlos su hijo le llevaron á sepultar á la capilla real de Granada. La reina pasó en aquella villa todos los dias de su vida sin que jamas aflojase su indisposicion, ni quisiese en tiempo alguno poner la mano en el gobierno de sus reinos que de derecho le pertenecia, y con que todos la convidaban.

CAPITULO XVII.

De la muerte del rey de Ingalaterra.

Tal era el estado de la reina doña Juana, que mas se podia contar por muerta que por viva, mas por sierva en su traje y acciones que por reina. La suerte de sus dos hermanas era muy diferente. La reina de Portugal gozaba de mucho regalo y contento rodeada de hijos, y abundante en riquezas y prosperidad, y aun este año en Ebora parió un hijo que se llamó don Alonso y fue cardenal, pero falleció mozo. La princesa de Gales que se hallaba en Ingalaterra, ni viuda del todo ni casada, pasaba con grande animo muchos disfavores y malos tratamientos que se le hacian de ordinario por el rey su suegro, que pensaba por este camino poner en necesidad á su padre para que se efectuasen los casamientos suyos y de su hija, cuya conclusion él mismo deseaba: mal término y indigno de la grandeza real. Pasó la princesa todos estos desvios con gran valor como la que entre sus hermanas en presencia y costumbre mas semejaba á la reina su madre.

Atajó por entonces estos desgustos la muerte que sobrevino al rey de Ingalaterra un sabado á veinte y uno de abril. Con esto poco adelante se concluyó y celebró el matrimonio que tenian concertado desta señora con el príncipe de Gales, que por la muerte de su padre sucedió en aquella corona y se llamó Enrique Octavo. No gustaba la princesa de casar segun-

da vez en Ingalaterra, que parece pronosticaba las grandes desgracias que por esta ocasion le sobrevinieron á ella y á todo aquel reino. Así lo dió á entender al rey su padre cuando le escribió que le suplicaba en lo que tocaba á su casamiento, no mirase su gusto ni comodidad, sino solo lo que á él y á sus cosas estuviese bien; mas al rey Católico venía muy á cuento tener por amigos aquel reino y príncipe, y al Inglés fuera dificultoso hallar tal partido en otra parte; además del dote que le era necesario restituir, si aquel matrimonio desgraciado no se efectuara. A la verdad las edades no eran muy á propósito, ca la princesa era de algunos mas años que su esposo, cosa que suele acarrear grandes inconvenientes, dado que poca cuenta se tiene con esto y mas entre príncipes.

Fue este rey de muy gentil rostro y disposicion: las costumbres tuvo muy estragadas, particularmente los años adelante en lo que toca á la castidad, se desbarató notablemente, tanto que por esta causa se apartó de la obediencia de la Iglesia, y abrió la puerta á las herejías que hoy en aquel reino están miserablemente arraigadas. Pasó tan adelante en esto que en vida de la reina doña Catalina con color que fue casada con su hermano mayor, y que el pontífice no pudo dispensar en aquel matrimonio, dado que tenia en ella una hija llamada doña María que reinó despues de su padre y hermano, hecho divorcio, públicamente se casó con Ana Bolena que hizo despues matar por adúltera. Deste casamiento, sea cual fuere, quedó una hija por nombre Isabel, que al presente es reina de Ingalaterra.

Por su muerte casó con Juana Semera que murió de parto; pero vivió el hijo, que reinó despues de su padre y se llamó Eduardo Sesto. La cuarta vez casó con Ana hermana del duque de Cleves: con esta hizo divorcio, y para este efecto ordenó una ley en que se daba licencia á todos de apartar los casamientos. La quinta mujer del rey Enrique se llamó Ana Havarda, que fue convencida de adulterio y degollada por ello, y porque antes que casasé con él, perdió su virginidad. Últimamente casó con una señora viuda por nombre Catarina Parra: desta no se apartó, ni tuvo hijos. porque en breve cortó la muerte sus mal concertadas trazas: desta manera por permision de Dios ciegan las pasiones bestiales á los que se entregan á ellas, sin parar hasta llevallos al despeñadero y á la muerte.

La nueva del casamiento de su hija regocijó al rey Católico en Valladolid el mismo dia de San Juan en que se celebró en Ingalaterra con grandes fiestas, y él mismo salió á jugar con su cuadrilla las cañas; dió otrosí su consentemiento para que el príncipe don Carlos casase con la hermana de aquel rey como tenian concertado, y en señal desto mandó á Gutierre Gomez su embajador la fuese á besar la mano. En aquella villa de Valladolid la reina doña Germana á tres de mayo parió un hijo que llamaron don Juan, príncipe de Aragon: gran gozo de sus padres, y aun de todos aquellos reinos, si viviera, pero murió dentro de pocas horas: depositaron su cuerpo en el monasterio de San Pablo de aquella villa; despues le trasladaron al de Poblete, entierro antiguo de los reyes de Aragon.

Apercebíase el rey Católico para hacer la guerra contra venecianos: juntamente trataba de justificar su querella y empresa contra aquella señoría. La suma desta justificacion consistia en dos puntos: por el primero publicaba que las ciudades que en Pulla poseian venecianos, las tenian empeñadas del rey don Fernando el Segundo de Nápoles, y que ni cumplieron las condiciones del empeño, ni despues querian restituir aquellas plazas, dado que les ofrecian el dinero que prestaron, antes se agraviaban que tal cosa se tratase: el segundo que el rey Católico gastó mayor suma sea en defensa de aquella señoría cuando les dió la isla de Cephalonia, sea en romper por España con Francia á persuasion de aquella ciudad, y con promesa de acudille con cincuenta mil ducados cada un año para los gastos, deuda que si bien fueron requeridos, nunca la quisieron reconocer ni pagar.

CAPITULO XVIII.

El cardenal de España pasó á la conquista de Oran.

Hacíanse por toda Castilla grandes aparejos de gente, armas, vituallas y naves para pasar á la conquista de Africa. Entendian en esto al cardenal de España con tanta aficion y cuidado como si desde niño se criara en la guerra. Para dar mas calor á la empresa no solo proveia de dinero para el gasto, sino determinó pasar en persona á Africa. La masa del ejército se hacia en Cartagena, las municiones y vituallas se juntaron en los puertos de Málaga y Cartagena. Acudieron hasta ochocientas lanzas de las guardas ordinarias sin otra mucha gente que se mandó alistar de á pié y de á caballo hasta en número de catorce mil hombres. Los principales caudillos Diego de Vera, que llevaba cargo de la artillería, y don Alonso de Granada Venegas señor de Campo Tejar, que llevó á su cargo la gente de á caballo y de á pié del Andalucía por mandado del rey Católico. El coronel Gerónimo Vianelo, de quien se hacia gran caudal para las cosas del mar, y por general el conde Pedro Navarro. Iban demás desto muchos caballeros aventureros.

Estuvo la armada junta en el puerto de Cartagena el mes pasado, en que iban diez galeras y otras ochenta velas entre pequeñas y grandes. Antes de hacerse á la vela resultaron algunos desgustos entre el cardenal y el conde Pedro Navarro: la principal causa fue la condicion del conde poco cortesana y sufrida, en fin como de soldado; y porque el cardenal nombró por capitanes algunos criados suyos de compañias que tenia ya el conde encomendadas á otros: pusiéronse algunos de por medio, concertaron que el conde hiciese pleito homenaje de obedecer en todo lo que el cardenal le mandase. Con tanto se hicieron á la vela: salieron del puerto de Cartagena un miércoles á diez y seis del mes de mayo, y otro dia que era la fiesta de la Ascension, tomaron el puerto de Mazalquivir. Declaróse que la empresa era contra Oran, ciudad muy principal del reino de Tremecén, de hasta seis mil vecinos, asentada sobre el mar, parte estendida en el llano, parte por un recuesto arriba toda rodeada de muy buena muralla; las calles mal trazadas como de moros, gente poco curiosa en edificar. Dista de la ciudad de Tremecén por espacio de ciento y cuarenta millas, y está enfrente de Cartagena. Solia ser uno de los principales mercados de aquellas costas por el gran concurso de mercaderes ginoveses y catalanes que acudian á aquella ciudad. La riqueza era tan grande que de ordinario sustentaban armada de fustas y bergantines, con que hacian grandes daños en las costas del Andalucía.

Llegaron los nuestros al puerto ya de noche: otro dia al alba comenzaron á desembarcar; en esto y en ordenar la gente se gastaron muchas horas. Formaron cuatro escuadrones cuadrados de cada dos mil y quinientos hombres, y los caballos por los lados. Entretanto que esto se hacia, el cardenal se entró en la iglesia de Mazalquivir: al tiempo que los escuadrones estaban para acometer á los moros que acudieron á tomalles el paso para la ciudad, é impedilles que no subiesen a la sierra, salió en una mula muy acompañado de clérigos y frailes, y por guion un fray Hernando, religioso de San Francisco, que llevaba delante la cruz, y ceñida su espada sobre el saco como todos los demás que allí se hallaron por órden del cardenal, que antes de acometer habló á los soldados desta manera: «Si yo pensara, soldados, que mis »palabras fueran menester, ó parte para animaros,

»hiciera que algunos de vuestros capitanes ejercitados en este oficio con sus razones muy concertadas »encendieran vuestros corazones á pelear. Pero porque me persuado que cada cual de los que aquí »estais, entiende que esta empresa es de Dios, enderezada al bien de nuestra patria por quien somos »obligados á aventurar todo lo que tenemos y somos, »me pareció de venir solo á alegrarme de vuestro denuedo y buen talante, y ser testigo de vuestro valor »y esfuerzo. La braveza, soldados, que mostrastes »en tantas guerras y victorias como teneis ganadas, »será razon que la perdais contra los enemigos del »nombre cristiano? digo contra los que nos han talado las costas de España, robado ganados y hacienda, cautivando mujeres, hijos y hermanos, »que ora estén por esas mazmorras aherrojados, »ora ocupados en otros feos y viles servicios, pasan »una vida miserable, peor que la misma muerte. Las »madres que nos vieron partir de España, esperan »por vuestro medio sus hijos, los hijos sus padres, »todos postrados por los templos no cesan de ofrecer »á Dios y á los santos lágrimas y sospiros por vuestra »salud, victoria y triunfo. Será justo que las esperanzas y deseo de tantos queden burladas? no lo »permita Dios, mis hermanos, ni sus santos: yo »mismo iré delante y plantaré aquella cruz, estandarte real de los cristianos, en medio de los escuadrones contrarios. Quién será el que no siga á su »prelado? y cuando todo faltare, donde yo podré »mejor derramar mi sangre, y acabar la vida, que »en querella tan justa y tan santa?» Esto dijo. Cercáronle los soldados y capitanes, suplicáronle volviese á rogar á Dios por ellos, que confiaban en su Magestad cumplirian todos muy enteramente con lo que era razon, y su razonamiento les obligaba: condescendió con sus ruegos: volvióse á Mazalquivir, y en una capilla de San Miguel continuó en lágrimas y gemidos todo el tiempo que los suyos pelearon. Eran ya las tres de la tarde. El conde por quedar tan poco tiempo estuvo dudoso si dejaria la pelea para el dia siguiente: acudió al cardenal; él fue de parecer que no dejase resfriar el ardor de los soldados. Luego dada la señal de acometer comenzaron á subir la sierra, y dado que los moros que se mostraban en lo alto en número de doce mil de á pié y á caballo, sin los que de cada hora se les allegaban, arrojaban piedras y todo género de armas, llegaron los nuestros á encumbrar. Adelantáronse algunos soldados de Guadalajara contra el órden que llevaban. Destos uno por nombre Luis de Contreras fue muerto, y los otros forzados á retirarse. Cortaron la cabeza al muerto: lleváronla á la ciudad, entregáronla á los mozos y gente soez, que la rodaban por las calles apellidando que era muerto el Alfaquí, que así, llamaban al cardenal. Vióla uno de los cautivos que otro tiempo estuvo en su casa, advirtió que le faltaba un ojo y que las facciones eran diferentes. Dijo: no es esta cabeza de nuestro Alfaquí por cierto, sino de algun soldado ordinario.

Los de á caballo que iban por la falda de la sierra, comenzaron á escaramuzar. Descargó la artillería, que hizo algun daño en los enemigos. Los peones llegaron á las manos con los contrarios, y poco á poco les ganaron parte de la sierra que era muy ágria, hasta llegar á unos caños de agua. Reparó allí la gente un poco. Pasaron la artillería á lo mas áspero de la sierra, con que y con las espadas echaron della los moros, y les hicieron volver las espaldas. Siguieron los nuestros el alcance sin órden hasta pasar de la otra parte de la ciudad á causa que los moros hallaron cerradas las puertas. Acudió número de alabares con el Mezuar de Oran, que era el gobernador. Mientras estos con los que pudieron recoger, peleaban, parte de los nuestros intentó de escalar el muro: acudieron los de dentro á la defensa. Los de las galeras que acometieron la ciudad por la parte del mar, tuvieron con tanto lugar de apoderarse de algunas torres y de toda el Alcazaba. Desta manera fue la ciudad entrada por los cristianos y puesta á saco. Los moros que peleaban en el campo, como vieron la ciudad tomada, y las banderas de España tendidas por los muros, intentaron de entrar dentro. Salieron por las espaldas algunas compañías de soldados, con que los tomaron en medio y hicieron en ellos grande estrago. Murieron este dia cuatro mil moros, y quedaron presos hasta cinco mil. Túvose en mucho esta victoria, y casi por milagrosa lo uno por el poco órden que guardaron los cristianos, lo otro porque apenas la ciudad era tomada cuando llegó el Mezuar de Tremecén con tanta gente de socorro que fuera imposible ganalla. Atribuyóse el buen suceso comunmente á la fe y celo del cardenal, y á su oracion muy ferviente; el cual con grande alegría entró en aquella ciudad, y consagró la mezquita mayor con nombre de Santa María de la Victoria.

Esto hecho, luego otro dia con las galeras dió la vuelta á Cartagena. Dejó á Pedro Navarro encomendada aquella ciudad hasta tanto que el rey proveyese de capitan. De Cartagena envió á avisar al rey de aquella victoria, y él se partió para la su villa de Alcalá, donde entró dentro de quince dias despues que Oran se ganó, más como religioso que como vencedor, sin permitir se le hiciese fiesta ó recebimiento alguno. Pretendia el cardenal criar una dignidad en la iglesia de Toledo con nombre de abad de Oran, y dejar aquella ciudad sujeta en lo espiritual al arzobispo de Toledo. Un obispo titular, que se llamaba el obispo auriense, pretendia que era la silla de su obispado. Respondia el cardenal que Oran nunca fue cabeza de obispado: que Auria estaba mas oriental, y pertenecia á la provincia cartaginense en Africa: que Oran y toda aquella comarca se comprendia en la provincia tingitana, que caia mas al Poniente. Esto se siguió. Demás desto el rey Católico los meses adelante en un capítulo que tuvo en Valladolid á los caballeros de Santiago, ordenó que se pusiese en Oran convento de aquella órden para que allí fuesen los caballeros á tomar el hábito. Con este intento impetró del papa que se le anejasen las rentas de los conventos de Villar de Venas y de San Martin, que son en la diócesis de Santiago y Oviedo: resolucion muy acertada, si se pusiera en ejecucion; pero nunca faltan inconvenientes y impedimentos que no dan lugar á que los buenos intentos se lleven adelante, como tampoco se ejecutó que en Bugía y Trípol de Bervería que ganó el año siguiente el conde Pedro Navarro de moros, se pusiese otros dos conventos de Calatrava y Alcántara, segun que el mismo rey Católico lo tuvo determinado, y lo hiciera, si las guerras de Italia no lo estorbaran.

CAPITULO XIX.

De la guerra contra venecianos.

En la confederacion de Cambray quedó acordado y capitulado que los príncipes confederados comenzasen la guerra contra venecianos cada cual por su parte, y todos á lo mas tarde á primero de abril. Apercebia el rey Católico una armada en España, en que envió al coronel Zamudio con dos mil infantes, gente escogida, para que con los que tenia en el reino de Nápoles, se supliese el ejército hasta en número de cinco mil. Pero todo procedia despacio por la condicion del conde de Ribagorza, que se tenia por persona poco á propósito para aquella empresa, y aun para el gobierno, y por cierto aviso que tuvo de que los barones de aquel reino se confederaban entre sí con intento de sacudir el yugo del señorío español; demás desto por consejo de Fabricio Colona, que pretendia no se debia emprender la guerra contra

las ciudades que los venecianos tenian en la Pulla, antes que la armada estuviese en órden para impedir que la veneciana no les pudiese ayudar: consejo que se tuvo por trato doble, por lo menos por muy errado.

El primero que rompió la guerra, fue el rey de Francia, que envió al de Tramúlla á levantar número de suizos, y la demás gente hizo pasar los Alpes luego que el tiempo dió lugar. El mismo el primero de mayo hizo su entrada en Milan, donde tenia por su general y gobernador á Luis de Amboesa señor de Chamonte, y gran maestre de Francia, sobrino del cardenal de Ruan: iba en su compañía el duque de Lorena. Junto que tuvo su ejército, que llegaba á cuarenta mil hombres, rompió por tierra de venecianos: ganóles con facilidad los lugares que poseian en la ribera de Abdua ó Adda. Los venecianos tenian alistados hasta cincuenta mil hombres, y por sus generales el conde Petillano y Bartolomé de Albiano, grandes caudillos, entrambos de la casa Ursina, y vasallos del rey Católico por los estados que del tenian en el reino de Nápoles.

Junto á Revolta se dieron vistas las dos huestes con resolucion de venir á las manos. Los primeros á acometer fueron los venecianos. Travóse la pelea, que estuvo al principio muy dudosa á causa que la infantería italiana cargó con mucho esfuerzo sobre la de Francia. Tenia el rey plantada la artillería entre unos matorrales. Llegaron los venecianos descuidados de semejante suceso: recibieron gran daño de las balas que con una furia infernal descargaron sobre ellos. Acudió la caballería francesa, cuyo ímpetu no pudieron sufrir los contrarios y todos se pusieron en huida. Los muertos fueron muchos: escapó el conde de Petillano con pocos, quedó preso con otros el general Bartolomé de Albiano. Esta victoria que se llamó de la Geradada, fue muy famosa, en cuya memoria hizo aquel rey edificar en el lugar de la batalla una ermita con advocacion de Santa María de la Victoria. Juntamente fue de grande consideracion, porque en ella quedaron las fuerzas de aquella señoría tan quebrantadas que sin dificultad se dieron al Francés las ciudades de Crema, Cremona, Bergamo y Bresa, que era todo lo que podia pretender conforme á lo capitulado.

Demás desto la gente del papa Julio, y su general Francisco María de la Ruvere su sobrino ya, duque de Urbino por muerte de su tio materno Guido Ubaldo; que rompió la guerra por el mismo tiempo por la Romaña, ganó á Solarolo primero, y despues á Faenza, (en cuyo condado está Solarolo) y Arimino, sin parar hasta apoderarse de Rávena y de Servia, que era lo que los venecianos tenian de la iglesia, y todo lo que el pontífice podia dellos pretender.

El conde de Ribagorza magüer que despacio, juntaba su gente en Nápoles para dar sobre las ciudades de la Pulla. Estuvo el ejército en órden por fin de mayo. Iban con el virey Próspero y Fabricio Colona, el príncipe de Melfi, el duque de Atri, los condes de Morcon y de Nola. Al conde de Petillano que era abuelo del de Nola, y á Bartolomé de Albiano antes que fuese preso, se hizo requerimiento que so las penas que incurren los feudatarios inobedientes, acudiesen, á servir á su rey; pero ellos no quisieron dejar la conducta de Venecia. El cargo de la artillería se dió al conde de Santaseverina, y el de proveedor general á Bautista Espinelo conde de Cariati. Tenia el almirante Vilamarin conde de Capacho en Mecina doce galeras y diez naves bien en órden, esperando la armada de Francia que venia, y por su general el duque de Albania, para acudir á las costas de la Pulla, dado que ninguna destas diligencias fue menester, porque luego que el virey se puso sobre Trana, con cuyos ciudadanos tenia secretas inteligencias para que la rindiesen como al fin lo hicieron, la señoría envió los contraseños para que los gobernadores que tenia en Brindez, Otranto, Trana, Mola, Poliñano y Monopoli rindiesen sin ponerse en defensa todas aquellas plazas. El duque de Ferrara y el marqués de Mántua ocuparon asimismo algunas tierras de venecianos á que pretendian tener derecho. Parece que todos los elementos se conjuraban en daño de aquella ciudad, que estuvo á punto de acabarse. El aprieto en que aquella señoría se via, fue tan grande que se dijo trataba de darse á Ladislao rey de Hungría para que con sus fuerzas los sacase de aquel peligro.

Restaba el emperador, el cual por principio del mes de junio estaba á siete leguas de Inspruch camino de Italia; á los ocho del cual mes los florentines á cabo de guerra tan larga sujetaron la ciudad de Pisa, y tomaron la posesion della. Llevaba el emperador por general de la gente de armas italiana á Constantino Cominato príncipe de Macedonia. Servíanle en esta jornada Luis de Gonzaga primo del marqués de Mántua, el conde de la Mirándula y otros caballeros italianos: asimismo los mil y quinientos españoles que solian servir al rey de Francia. Luego que llegó á Esteran trataron los venecianos de concertarse con él, hasta envialle carta en blanco, segun se decia por la fama, para que les pusiese la ley que quisiese, á tal que los amparase y defendiese en aquel trance tan peligroso en que sus cosas estaban. Como se iba su ejército acercando á las tierras de venecianos, así se le rendian todas sin contraste, primero los que están cerca del lago de Garda, y tras ellos se dieron sin ponerse en defensa Verona, Vicencia y Pádua; que casi no quedaba á aquella señoría almena alguna en Italia fuera de su ciudad, que el emperador pretendia asimismo sujetar con ponelle cerco por mar y por tierra. Con este intento queria se juntasen las armadas de España y de Francia para combatilla por mar, y que por la Brenta su gente y la de Francia le hiciesen el daño que pudiesen y le atajasen las vituallas. Pasó en esto tan adelante que remontaba su pensamiento á que ganada aquella ciudad, se dividiese en cuatro partes con otros tantos castillos para que cada uno de los príncipes conferados tuviese el suyo: traza muy estravagante cuales eran algunas de las que este príncipe tramaba.

El rey Católico al principio dió oidos á esta plática, y con este intento despues de entregadas las ciudades de la Pulla, si bien mandó despedir los soldados españoles fuera de quinientos de las guardas ordinarias que dió órden al coronel Zamudio trajese á España, todavía quiso que la armada se quedase en Italia. Despues ni el papa ni él vinieron en que aquella señoría se destruyese, porque mirado el negocio con atencion, demás de ser la traza cual se ha dicho, advertian que todo lo que se pasase adelante de lo que tenian capitulado, seria en pro de solo el rey de Francia, que por caer tan cerca el estado de Milan, y las tierras de los otros príncipes tan lejos, no dudaría vueltas la espaldas de apoderarse con la primera ocasion de toda aquella ciudad, y por el mismo caso hacerse señor de toda Italia, y aun poner en la silla de San Pedro pontífice de su mano: miedo de que el pontífice estuvo con gran recelo no lo quisiese efectuar en su vida del mismo papa, y le dió grande pesadumbre cuando supo que el cardenal de Ruan fué á Trento á verse con el César, y que se tratase de que tuviesen vistas el emperador y rey de Francia: negociacion que él procuró impedir con todas sus fuerzas; lo mismo el rey Católico por medio de su embajador don Jaime de Conchillos, á la sazon obispo de Catania.

CAPITULO XX.

Que los venecianos cobraron á Pádua.

Luego que el rey de Francia acabó su empresa con tanta reputacion y presteza, dió la vuelta á Milan y

desde allí á su reino. Dejó mil y quinientas lanzas repartidas por las ciudades de nuevo conquistadas, y por general Carlos de Amboesa, señor de Chamonte y gran maestre de Francia, oficio mas preeminente en aquel reino que el de condestable. La mayor parte de la gente imperial cargó sobre Treviso y el Friuoli que no se querian rendir, y no le quedaba á aquella señoría otra cosa en tierra firme por la parte de Italia. Con esta ocasion, y por el descontento grande que los de Pádua tenian de los gobernadores y gente que dejó el emperador en aquella ciudad, los venecianos tuvieron tratos secretos con algunos de aquellos ciudadanos. Resultó que Andrea Griti con mil hombres de armas y alguna infantería se apoderó de las puertas; y con los de su devocion, que luego acudieron, cargaron sobre los alemanes de guisa que los forzaron á recogerse á la fortaleza, y otro dia se la ganaron. Desta manera se recobró aquella ciudad cuarenta y dos dias despues que se perdió. Cuando llegó la nueva desta pérdida al emperador que se hallaba en Marostica, pueblo á la entrada de los Alpes á veinte y cuatro millas de Pádua, por no tenerse por seguro que no le atajasen el paso, se fué á un castillo que se llama Escala, junto á los confines de su condado de Tirol. Con la misma facilidad tomaron á Assula, do pasaron á cuchillo ciento y cincuenta españoles que allí hallaron de guarnicion. Lo mismo hicieron de otros docientos que hallaron en Castelfranco, en que prendieron al capitan Alvarado. En esta furia de los mil y quinientos españoles que del servicio del rey de Francia en fin se pasaron al emperador, los mas fueron muertos ó presos.

Verona asimismo pretendia rebelarse, mas previno el señor de la Paliza este inconveniente, que acudió con gente y la aseguró en tanto que el emperador proveia; que se detuvo algunos dias por esperar gente que le venia de Flandes y de Alemaña: con esto y con las demás gentes que se allegaron, formó un campo de treinta mil hombres. Enviáronle el rey de Francia mil y trecientas lanzas, y el papa trecientas, y despues otros mil soldados españoles. Con toda esta gente movió contra Pádua, y se puso sobre ella á los cinco de setiembre. Entraron en la ciudad el conde de Petillano y todos los principales capitanes de aquella señoría. La gente mas útil eran dos mil caballos albaneses por causa que con sus correrías hacian grande daño á los imperiales. Plantóse la artillería, derribaron un lienzo del muro. Pretendian por la batería entrar la ciudad, mas fueron rechazados dos veces por gentes que cada hora entraban á los cercados por la Brenta, hasta llegar á número de veinte y cinco mil combatientes. En el primer combate murieron muchos españoles en un baluarte que ganaron, ca le tenian minado con barriles de pólvora. Eran estos á la sazon los mejores soldados que se hallaban en Italia, como quier que eran las reliquias del ejército del Gran Capitan. Con esto los imperiales desmayaron, y deseaban alguna honesta ocasion para sin vergüenza levantar el cerco: hiciéronlo finalmente principio del mes de octubre.

Esta retirada del campo imperial tan fuera de sazon, y con tan poca reputacion, fue causa que las cosas se trocasen. Los de Vicencia cobraron avilenteza, y con gente que hicieron venir de Pádua, tomaron las armas, y á Gaspar de Sanseverino que con tres mil alemanes tenia por el emperador aquella ciudad, apretaron de manera que se dieron muy vergonzosamente. La gente de venecianos asimismo no se descuidaba, antes salieron á combatir los lugares que cerca de Pádua les tomara el duque de Ferrara. Entregáronse luego Este, Monsilice y Montañana. Por otra parte acudieron á poner cerco á Ferrara con una buena armada que enviaron por el Pó arriba. La gente que iba por tierra, ganaron todo el Polés y Robigo, que el mismo duque les tenia tomado. Estrecharon el cerco de Ferrara hasta tanto que con gente que vino de socorro del papa y de Francia, el duque y el cardenal su hermano salieron al campo, y con su artillería que plantaron en la ribera del Pó, hicieron mucho daño en el armada de venecianos, tanto que de diez y siete galeras perdieron las quince, y fueron forzados con alguna quiebra de su reputacion alzar el cerco.

Antes desto el marqués de Mántua, Francisco de Gonzaga á tiempo que con gente de á caballo pasaba á su ciudad, fue atajado y preso por Andrea Griti. Trataban de trocalle por Bartolomé de Albiano, persona de quien hacian grande estima, si bien le cargaban comunmente que por su priesa y temeridad se perdió la jornada de Abdua. Verona andaba en balanzas, y queria asimismo entregarse á venecianos. Estaba en ella don Juan Manuel con dos mil españoles mal pagados, pequeño reparo: acudieron soldados franceses con cuya venida se aseguró aquella plaza. Iba por capitan desta gente el señor de Aubeni, sobrino del que se señaló tanto en la guerra de Nápoles. El gran maestre con la fuerza del ejército francés tenia su alojamiento entre Bressa y Verona, presto para acudir adonde fuese necesario. Juan Jacobo Tribulcio estaba en Bressa. El cargo de don Juan Manuel por instancia que él mismo hizo, se dió á cierto Luis de Biamonte que de años atrás andaba en servicio del rey de Francia.

CAPITULO XXI.

Que el emperador y rey Católico se concertaron.

Despues que el conde de Lerin, condestable de Navarra, falleció, tanto con mayor calor el rey Católico al mismo tiempo que la guerra de Lombardía andaba mas encendida, hacia instancia con el rey de Navarra por don Luis de Biamonte, hijo del difunto, para que le restituyese sus estados, por ser don Luis su sobrino y viva su madre. No se pudo acabar cosa alguna con aquel rey, si bien se alegaba que de los cargos que se hacian al difunto, ninguna culpa tenia su hijo. Llegaron los de Sangüesa á desvergonzarse, y hacer entrada en las fronteras de Aragon con color de apoderarse de Ul y Filera, pueblos que decian pertenecelles. Por el contrario los aragoneses para satisfacerse rompieron por tierra de Sangüesa, y les talaron la vega hasta dar vista á la misma villa. Principios eran estos de rompimiento; pero como eran querellas particulares, no se tenia la guerra por declarada, dado que don Luis pretendia con las armas apoderarse de su estado y recobralle.

Trataban asimismo de concordarse el emperador y rey Católico sobre lo del gobierno de Castilla: concierto que el rey Católico, aunque estaba muy arraigado en la posesion, deseaba mucho concluir por sosegar á los grandes, que todavía muchos deseaban novedades. Verdad es que no se contentaba ya con que la cláusula del testamento de la reina doña Isabel se cumpliese, antes queria conservarse en el gobierno por todos los dias de la vida de su hija la reina, pues toda razon le daba aquella tutela, al cual derecho no pretendió ni pudo perjudicar la reina su mujer; mas caso que muriese, ofrecia que entregaria el gobierno al príncipe luego que cumpliese los veinte años, segun que la reina doña Isabel lo mandó, y por las leyes estaba establecido. Acordaron de nombrar por jueces árbitros para esta concordia al rey de Francia y al cardenal de Ruan, con que pretendian ganallos y obligallos. Para concluir y capitular volvió á España Andrea del Burgo, y fue muy bien recebido. Acerca del emperador entendia en esto mismo el obispo de Catania. Por medio destos dos embajadores se convinieron los príncipes en los capítulos siguientes: que el rey Católico tuviese la gobernacion perpétua de la manera que queda dicho; todavía, caso

que tuviese hijo varon, se diese seguridad que la sucesion del príncipe don Carlos en los reinos de Castilla no se perturbaria. Sobre la manera de seguridad hobo debates; pero en fin se vino en que en tal caso de nuevo el príncipe fuese jurado en córtes, y en las primeras se ordenó jurase el rey Católico de gobernar aquel reino bien y como era razon. Pedia el emperador que se acudiese al príncipe con las rentas del principado de Asturias, pues era suyo. El rey decia que nunca fue costumbre que se diesen á ningun príncipe de Castilla antes de ser casado; solo vino en acudille con treinta mil ducados por año, y aumentar esta suma cuando se casase como pareciese justicia. Pretendia el emperador de las rentas reales se le diesen á él de contado cien mil ducados: el rey se escusaba con que la hacienda de la corona real se hallaba adeudada en ciento y ochenta cuentos; vino, sin embargo, en que los cincuenta mil ducados que debian los florentines por la entrega de Pisa, se diesen al emperador. Demás desto ofreció que ayudaria para la guerra contra venecianos con trecientos hombres de armas pagados por cuatro ó cinco meses. Acordaron asimismo que cada y cuando que el príncipe don Carlos quisiese pasar á estas partes, se le enviaria armada en que viniese, en que luego que llegase, partiria para Flandes el infante don Fernando.

Con esto hicieron entre sí una nueva confederacion y liga, que pretendieron desbaratar don Juan Manuel y los otros caballeros castellanos que andaban en Alemaña; pero no pudieron, ni se les dió parte, antes para escusar inconvenientes la conclusion se remitió á la princesa Margarita, con cuya intervencion de todo punto se concordaron aquellas diferencias, si bien por manera de cumplimiento acordaron que se llevasen al rey de Francia para que juntamente con el cardenal de Ruan como jueces árbitros las confirmasen. Acudieron á Bles, donde residia aquella córte, por parte del César Mercurino de Gatinara presidente de Borgoña, y Andrea del Burgo, que hizo en lo de adelante en Francia oficio de embajador ordinario. Por parte del rey Católico intervinieron Jaime de Albion su embajador ordinario en aquella córte, y Gerónimo de Cavanillas, que le sucedió en aquel cargo. Vieron el rey y cardenal el tratado, y dieron su sentencia como jueces árbitros á los doce de diciembre. Hecho esto, á los que siguieron el partido del emperador y del príncipe, se restituyeron sus bienes patrimoniales, y don Pedro de Guevara fue puesto en libertad, segun que se capituló entre las demás condiciones de aquella concordia: ocasion con que algunos caballeros se salieron de Castilla con voz de ir á servir al príncipe; entre los demás el que mucho se señaló en esto, fue don Alonso Manrique obispo de Badajoz. En esta sazon el conde de Pitillano general de venecianos falleció de enfermedad en Lonigo tierra de Vicencia. Proveyó asimismo el rey Católico que el conde de Lemos, que no acababa de sosegar y traia inteligencias en Portugal y en Flandes, entregase las fortalezas de Sarria y de Monforte al Señor de Poza gobernador á la sazon de Galicia. En lugar del conde de Ribagorza fue proveido por virey de Nápoles don Ramon de Cardona que lo era de Sicilia, y en su lugar se dió aquel cargo de Sicilia á don Hugo de Moncada. Muchas cosas se dijeron desta mudanza de virey de Nápoles: los mas cargaban al conde de Ribagorza de poco hábil para cosa tan grande, otros decian que los Ursinos le hicieron mudar: á la verdad ¿quién podrá enfrenar las lenguas de la gente? ¿quién atinar los deseños y trazas de los príncipes? sus disgustos, sus aficiones ¿quien las sabrá averiguar?

CAPITULO XXII.

Que Bugía y Tripol se ganaron de los moros.

Grande deseo mostraba el rey Católico de emplear sus fuerzas contra los infieles: empresa de mayor honra y provecho que las que contra cristianos se intentaban con tanta porfia. Por esto siempre hizo instancia que concluida la guerra contra venecianos, y recobrados los estados que cada cual de los confederados pretendia, no se pasase á destruir de todo punto aquella señoría; antes era de parecer se recibiese en la liga para que con las fuerzas de todos acometiesen por mar y por tierra al Turco comun enemigo de cristianos. Era dificultoso conformar voluntades tan diferentes y tan encontradas, y juntar en uno intenciones tan contrarias. Trató con sus fuerzas, y con la ayuda con que los otros príncipes le acudiesen, de encargarse de aquella santa guerra y pasar en persona á Levante. Comunicó este intento con el papa, que venia bien en ello y se ofrecia de ayudar de su parte. El reino de Nápoles y el de Sicilia eran de gran comodidad para emprender esta conquista, por la facilidad de se proveer de gente y mantenimientos.

A los que con atencion miraban todos los particulares, les parecia no llevaba camino que el rey en la edad que tenia, y la poca seguridad que se podia tener en su ausencia que lo de Castilla no se alterase, se apartase tan lejos destos reinos. Pareció era mas á propósito dar calor á la conquista de Africa, que con tan buen principio tenian comenzada. El conde Pedro Navarro en el puerto de Mazalquivir tenia trece naos muy bien artilladas y armadas. Embarcóse en ellas con gente muy escogida la vuelta de Ibiza, donde con otra parte de la armada le esperaba Gerónimo Vianelo. Detuviéronse allí algunos dias por ser lo mas áspero del invierno. Publicóse que la armada iba sobre la ciudad de Bugía. Salieron de Ibiza primero de enero del año que se contaba de nuestra salvacion de 1510. Los principales capitanes Diego de Vera, los condes de Altamira y Santisteban del Puerto, Maldonado y dos hermanos Cabreros: la gente hasta cinco mil hombres, la artillería mucha y muy buena. Está Bugía puesta en la costa de Numidia, no muy distante de los confines de la Mauritania Cesariense. Fue antiguamente del reino de Tunez, despues de los reyes de Tremecen, que la poseyeron hasta que la recobró Abuferriz, rey de Tunez. Este la dejó á un hijo suyo llamado Abdulhazis con título de nuevo reino. Deste rey moro descendia Abdurrahamel que era el que de presente la poseia, dado que la quitó á un sobrino suyo por nombre Muley Abdalla, hijo de su hermano mayor y por consiguiente legítimo rey. Su sitio es á las faldas de una alta montaña con una buena fortaleza á la parte mas alta. Ceñia la ciudad toda un muro aunque antiguo muy fuerte. Solia tener mas de ocho mil vecinos, y era la principal universidad de filosofía en Africa. Su territorio es mas á propósito para frutales y jardines que para sementera, por ser muy áspera la tierra y doblada.

Llegó la armada á Bugía víspera de los reyes. No pudo la gente desembarcar aquel dia por ser el viento contrario. El rey moro por lo alto de la sierra se mostró con diez mil peones y algunas cuadrillas de á caballo. Comenzaron á bajar hácia la marina para impedir que los nuestros no saltasen en tierra; pero la artillería de la armada los hizo arredrarse y dejar libre el desembarcadero. Ordenó el conde su gente repartida en cuatro escuadrones. Subió la sierra para pelear con los moros, mas ellos no se atrevieron á aguardar, antes se metieron en la ciudad. Los nuestros parte por una ladera de la ciudad vieja que hallaron despoblada, otros por lo alto de la sierra con grande órden se arrimaron al muro y le escalaron en breve espacio. Dentro de la ciudad no hallaron

resistencia á causa que como entraban los cristianos, el rey y los soldados moros se salian por la otra parte. Puso esta victoria gran espanto en toda Africa, mayormente que Muley Abdalla, el legítimo rey, se soltó de la prision en que su tio le tenia, y se vino á poner en poder del conde. Tomada la ciudad, el conde salió al campo, y acometió á los reales de Abdurrahamel que estaban á ocho leguas de la ciudad, y le hizo huir segunda vez con toda su gente. Con esto muchas ciudades de aquella costa á porfía se ponian en la obediencia del rey. La primera fue Argel, mas occidental que Bugía, llamada de los moros Gezer, que significa isla, por la que tiene delante en el mar: terror adelante de España, rica y poderosa con los despojos de nuestras desgracias. Tras Argel el rey de Tunez y la ciudad de Tedeliz hicieron lo mismo. Hasta el rey de Tremecén y los moros de Mostagan trataron de ponerse y se pusieron en la obediencia del rey: tan grande era la reputacion que ganaron los nuestros. Con todos se hicieron capitulaciones, en que se les mandaba diesen libertad á todos los cristianos, y acudiesen con ciertas parias cada un año.

En asentar estas cosas se detuvo algun tiempo el conde Pedro Navarro, sin descuidarse de aparejar lo necesario para pasar adelante en la conquista, en el tiempo que en la India de Portugal Alonso de Alburquerque por comenzar con buen pié se apoderó de la ciudad de Goa, nobilísima por ser la silla del imperio portugués en la India. Esta ciudad está en una isleta del mismo nombre qne hace un rio al desaguar con su corriente en la mar. Boja cinco leguas poco mas. Era sujeta á Zabaim Idalcan, y á la sazon tenia pequeña guarnicion por causa que su señor para otras guerras que tenia, llevó de allí la gente de guerra. Dió aviso desto al gobernador un cosario por nombre Timoya, que andaba con catorce fustas robando por aquellos mares. Halló el gobernador ser verdad lo que el cosario le dijo. Entró con su armada en el puerto, y sin dificultad se apoderó de la ciudad, en que entró á los diez y seis de febrero. Muy diversa suerte fue la de su predecesor Francisco de Almeyda, que no pudo llegar á Portugal á causa que antes de doblar el cabo de Buena Esperanza, como saliesen algunos de sus navios á hacer agua y proveerse de algun refresco, se levantó cierta cuestion con los cafres, que asi se llaman los naturales de la tierra. Acudió Almeyda á socorrer á los suyos, y fue en la pelea muerto miserablemente. Esta notable desgracia sucedió primero de marzo.

Tenia el rey Católico proveido por general para la conquista de Africa á don Garcia de Toledo, hijo mayor del duque de Alba, con intento que aquella guerra se hiciese con mayor reputacion, y porque queria servirse del conde Pedro Navarro en la guerra de Italia. Detúvose algunos meses antes de partir de España. El conde por no perder tiempo, y porque Bugía se picaba de peste y dolencias, salió á siete de junio con ocho mil hombres la vuelta de Faviñana, que es una isleta puesta delante de Trapana ciudad de Sicilia: allí acudieron como lo tenian ordenado las galeras de Nápoles y Sicilia que eran once por todas, sin otros muchos bajeles, de suerte que llegaba la gente á catorce mil hombres. Con toda esta armada llegaron en pocos dias á vista de Trípol, ciudad de la provincia que antiguamente se llamó Africa, mas adelante de la Numidia, sujeta á los reyes de Túnez, aunque de presente alzada con su propio señor, que llamaban jeque. La mayor parte está rodeada de mar, y por la tierra tenia una cava muy ancha llena de agua con su cerca bien torreada. Acudieron muchos alárabes y otros moros á la defensa, que entre todos llegaban á catorce mil. Desembarcó el conde con su gente que dividió en dos partes, la una para pelear con los moros que salieron á la marina para impedir que no saltasen en tierra, á los demás mandó combatir la ciudad. Fuera desto por la parte del mar salieron algunos soldados y marineros con escalas para entralla por aquel lado. La pelea fue muy brava. En dos horas que duró, los moros de fuera se pusieron en huida, y la ciudad por junto á la puerta que llaman de la Victoria, se entró á escala vista. Un infanzon aragonés, que se decia Juan Ramirez, fue de los primeros que subieron en el muro. No quedó con esto rendida la ciudad, antes fue menester ganalla palmo á palmo, y pelear por las calles con los moros que se defendian como gente desesperada, y que no pretendian vencer, sino dejar sus muertes vengadas. Murieron cerca de cinco mil moros, y quedó preso el jeque. De los nuestros faltaron algunos muy valientes soldados, entre ellos uno de los Cabreros, sobrinos del camarero del rey Católico, y el coronel Ruy Diaz de Porres, y Cristóval López de Arriarán, que era el almirante de la armada. Dieron la ciudad á sacomano: los despojos se dieron á los que pelearon; á los que quedaron en guarda de la armada, consignaron los cautivos y las mercadurías que en la ciudad se hallaron: traza del conde á propósito que todos quedasen contentos y ricos.

CAPITULO XXIII.

De lo poco que se hacia en la guerra de Italia.

La guerra contra venecianos se llevaba adelante, aunque con poco calor: la causa, que el rey de Francia se retiró á su reino, cobradas las ciudades que le pertenecian; el emperador se fue á Alemaña sin dejar acabada su empresa, porque todavía le quedaba por ganar lo de Treviso y de Frioli, y lo de Aquileya, Padua rebelada: Verona con su comarca en poder de franceses empeñada por sesenta mil ducados con que el Francés socorrió al emperador y á su pobreza que era grande. Púsose condicion que se quedase con la prenda, si dentro de un año la deuda no se pagase. Acordóse que los príncipes confederados ayudasen con gente, conforme á las capitulaciones de Cambray, hasta tanto que el emperador quedase entregado en todo lo que le pertenecia de venecianos.

Era general de los imperiales el príncipe de Analth, poca la gente y menos la reputacion y no tenia dineros para pagalla. De parte de Francia le asistia con buen número de soldados Carlos de Amboesa, gran maestre de Francia, con cuya ayuda se recobró por el César la ciudad de Vicencia, que se rindió á voluntad y merced del vencedor. De Nápoles por órden del rey Católico acudió el duque de Termens, Vicencio de Capua, persona de valor y confianza, con cuatrocientos hombres de armas, muy lucida gente, todos españoles escogidos de los que en aquel reino tenian.

El papa no acudió, sea por no tenerse por obligado á pasar adelante, sea por el disgusto que tenia con el rey de Francia por el favor que daba al duque de Ferrara su enemigo, en que muy declarado se mostraba. Llegó el negocio á término que el papa dió la absolucion de las censuras en que venecianos incurrieran, y se confederó con ellos, ca no queria que aquella nobilísima república se acabase de destruir, cosa en que se conformaba el rey Católico; además que se pretendia valer de sus fuerzas para despojar de su estado al duque de Ferrara con quien estaba muy indignado, tanto que le hizo citar, y en rebeldía le condenó por sentencia fuese privado de aquel feudo: razones cuando á los príncipes faltaron para ejecutar su saña? El principio destos disgustos fue la sal que el duque hacia en Camachio en perjuicio de la que se be-

neficiaba en Cervia tierra del papa y las imposiciones que de nuevo hacia cobrar de las mercadurias que por el Pó se llevaban á Venecia.

Desto tuvo el Francés tanto sentimiento, que mandó embargar y secrestar todas las rentas de los cardenales franceses y de los curiales de su señorío; y les mandó salir de Roma, y que viniesen á residir en sus iglesias. Iban en aumento estos disgustos por cuanto el papa por una parte intentó con favor de las galeras de venecianos hacer que el comun de Génova, en que tenia mano por ser natural de Saona, se levantase contra el gobierno de Francia. Envió con las galeras á Octaviano de Campofregoso y otros foragidos de aquel estado, y á Marco Antonio Colona dió órden que de Luca, donde asistia, se acercase á Génova con gente de á pié y de á caballo. No se hizo efecto por no estar las cosas sazonadas.



El cardenal Cisneros.

Por otra parte alcanzó de venecianos que pusiesen en libertad al marqués de Mantua, de cuya persona pretendia servirse en la guerra contra Francia, á tal que para seguridad le entregase á su hijo. Dióse libertad al marqués á los catorce de julio. Asimismo acometió las tierras del duque de Ferrara, y pretendia apoderarse de la misma ciudad, y como las demás restituilla á la iglesia por ser aquel estado feudo suyo, sin tener respeto al rey de Francia en cuya proteccion estaba, y el mismo duque ocupado en su servicio. Nombró por general de la Iglesia para esta guerra al duque de Urbino: tuvieron las gentes del papa tomadas todas las tierras del ducado de Ferrara que estan en la Romaña de la otra parte del Pó: acudió un capitan francés llamado Chatillon con trescientas lanzas á los veinte y nueve del mes de julio. La gente del papa alzado el cerco que tenian sobre Lugo, con la nueva del socorro, se retiró á Imola. Recobró el de Ferrara lo perdido; pero la gente del papa en breve lo tornó luego á ganar, y aun el cardenal de Pavía por trato que tuvo con algunos ciudadanos de Módena, se apoderó de aquella ciudad por el papa. Corria el mismo peligro Regio. Metió dentro el duque gente, y monsieur de Chamonte envió para su defensa docientas lanzas. El duque de Urbino que se hallaba á la sazon en Boloña, pretendia fortificar aquella ciudad, ca se temia acudiria sobre ella el campo francés.

Asimismo el papa por medio del obispo sedunense que era suizo de nacion, para mas obligalle le dió intencion del capelo, levantó hasta en número de doce mil de aquella gente, los ocho mil á su sueldo y el resto al de la señoría de Venecia: todo con intento de hacer la guerra en el ducado de Milan, y poner en aquel estado á Maximiliano Esforcia, que andaba despojado en la corte del emperador. Todos pensamientos si bien mas altos que sus fuerzas, muy conformes á su natural, de suyo muy desasosegado y brioso, como lo mostró en toda la vida pasada, porque en el pontificado del papa Sixto su tio nunca entendió sino en sembrar discordias, y en el del papa Inocencio se dijo fue la causa que los barones del reino tomasen las armas contra su rey; y en tiempo de Alejandro fue el principal caudillo para traer los franceses en Italia: de suerte que nunca supo vivir en paz, y siempre procuró contienda.

Los intentos del papa forzaron al gran maestre de Francia á retirarse con su campo la via de Milan para guardar aquel estado, y acudir si fuese necesario á lo de Génova. Verdad es que publicaba retirarse de aquella guerra á causa que el emperador estaba ausente, y que sin él no se podia hacer efecto de mo-

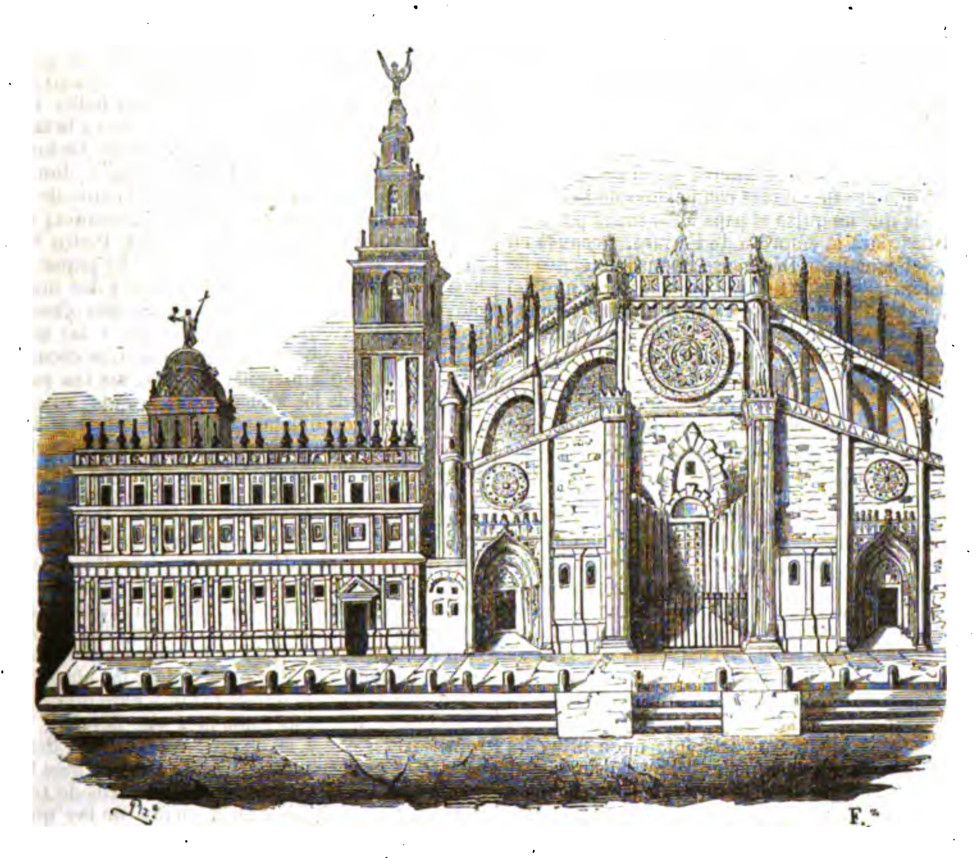
mento, tanto mas que los venecianos se reforzaban cada dia con gente que les acudia de la Romaña y de otras partes. Todavia quedó Juan Jacobo Tribulcio con buen golpe de gente de armas, porque sin ella lo demás del ejército imperial apenas pudieran ser señores del campo. Llegó á tanto grado esta mengua que los alemanes acordaron de sacar de Vicencia su artillería y municiones, y pasallas á Verona, por ser aquella ciudad y castillo muy flacos, y no tener ellos fuerzas bastantes para tenerse.

Por este tiempo la duquesa de Terranova se detenia todavía en Génova, y como el papa continuaba en hacer instancia que su marido el Gran Capitan fuese á servillo, los franceses se recelaron de su estada allí. Por esto proveyó su marido que á la hora se partiese para España, donde los de Fuente-Rabía y los de Hondaya, pueblo de la Guiena, tenian contienda sobre á cual de las partes pertenecia el rio Vidasoa, con que parten término España y Francia. Llegaron diversas veces á las manos, y el pleito á términos que se nombraron jueces por los reyes, los cuales acordaron que cada cual de las partes quedase con la ribera que caia hácia su territorio, y el rio fuese comun. Solo se vedó á los franceses tener allí y usar de bajeles con quilla, es á saber grandes, con que finalmente se sosegaron.

CAPITULO XXIV.

Que el papa dió la investidura del reino de Nápoles al rey Católico.

Tenia el rey Católico convocadas córtes generales de Aragon, Valencia y Cataluña para la villa de Monzon, y para los veinte de abril, con intencion que aquellos sus reinos le hiciesen algun servicio para proseguir la guerra de Africa que era de su conquista. Salió de Madrid la primavera para hallarse al tiempo aplazado. Quedó en aquella villa el infante



Catedral de Sevilla.

don Fernando, y en su compañía el cardenal arzobispo y los del consejo real. Llevó consigo al duque de Medina Sidonia, y don Pedro Giron, ca les tenia dado perdon, dado que se retuvo las fortalezas de Sanlucar, Niebla y Huelva. Iban otrosí en su compañía el condestable, el marqués de Priego y el conde de Ureña. Llegó á Zaragoza, y dende pasó á Monzon. Concurrió mucha gente por ser las primeras córtes generales que tenia despues que reinaba, como antes fuesen particulares de cada uno de aquellos tres estados pertenecientes á la corona de Aragon.

Ocupábase el rey en esto, y no se descuidaba en acudir á la conquista de Africa y á la guerra de Italia; mas particularmente hacia grande instancia con el rey de Francia para que se reformase aquella condicion que capitularon, tocante á la sucesion en el reino de Nápoles caso que la reina doña Germana no tuviese hijos. No daba el Francés oidos ni lugar á esta demanda, con la esperanza que siempre tuvo de recobrar aquel estado por el camino que pudiese, en especial que á esta sazon falleció el cardenal de Ruan que estuvo siempre muy apoderado de la voluntad de aquel rey, y no terciaba mal en las cosas que tocaban al bien comun y se enderezaban á la paz.

Tenia este negocio puesto en mucho cuidado al rey Católico por lo que importaba: acordó de valerse del papa, y ayudarse de la enemistad que tenia con el rey de Francia para alcanzar la investidura de aquel reino. Al papa al principio se le hizo de mal concedella: despues como se vió embarazado en negocios tan graves, por valerse de la ayuda de España acordó de dar la investidura de la manera y tan am-

pliamente como se pudiera pintar. Habia el papa Alejandro concedido al rey de Francia la investidura de la parte de aquel reino, como queda dicho, con el título de rey de Nápoles y de Jerusalén. Era dificultoso despojalle de aquel derecho, mayormente sin oille. Acordó declarar que el Francés perdió la investidura por no acudir, como no acudió en tantos años, con el reconocimiento que debia, y mas porque enajenó aquel feudo cuando se concertó con el rey Católico, sin consentimiento del pontífice señor directo de aquel estado. Con esto se le concedió la investidura de todo aquel reino para sí y para sus sucesores; y señalóse que pagase cada un año la fiesta de San Pedro y San Pablo ocho mil onzas de oro, y cada trienio un palafren blanco. Demás desto por una vez debia dar cincuenta mil ducados, y lo mismo contasen sus sucesores cada y cuando que se les diese la investidura; que eran todas las mismas condiciones que se impusieron al rey Carlos el Primero cuando se le dió la investidura. Esto se concedió por el papa y colegio de cardenales por principio del mes de julio. Poco despues á siete del mes de agosto el papa hizo relajacion del censo y de los cincuenta mil ducados, y se contentó con que cada un año le presentasen un palafren blanco decentemente adornado, y le sirviesen con trecientas lanzas cada y cuando que se hiciese guerra en el estado de la Iglesia; que era una de las condiciones de la investidura, de que no quiso el papa alzar mano por servirse dellas para la empresa de Ferrara. Despues en tiempo del papa Leon Décimo se impuso un censo de siete mil ducados cada un año por la licencia que dió al emperador don Carlos para que juntamente con el imperio pudiese tener aquel reino contra lo que tenian de tiempo antiguo capitulado con las casas de Anjou y de Aragon.

Mostró gran sentimiento el rey de Francia por esta concesion, y sobre ello su embajador el obispo de Rius hizo grande negociacion, y formó grandes quejas acerca del rey Católico á tiempo que las córtes de Monzon se continuaban. En ellas á los trece de agosto se acordó que sirviesen para la guerra de Africa con quinientos mil escudos, que fue un servicio muy grande, considerado el tiempo y la libertad de aquellas provincias; pero era muy encendido el deseo de todos que aquella conquista se prosiguiese, que se aumentó con las nuevas que entonces llegaron de la toma de Tripol. Demás desto por si otras ocupaciones forzasen al rey de ausentarse antes de concluir las córtes, habilitaron á la reina doña Germana para presidir en ellas, y aun si fuese necesario, convocallas de nuevo, á tal que fuese proveida por teniente general de aquellos reinos y principado. Decretóse otrosi que se estinguiese en aquellos reinos la hermandad que se instituyó los años pasados. Asistieron á estas córtes como era costumbre el vicecanciller Antonio Augustin y Juan de la Nuza justicia de Aragon. Los embajadores que se hallaron en Monzon, los señores de Castilla y de Nápoles y Sicilia fueron en gran número; y muchos mas los que tenian voto en córtes de los tres brazos. En el eclesiástico tenia el primer lugar don Alonso de Aragon, arzobispo de Zaragoza; entre los ricos hombres se asentaban los primeros los condes de Belchit y de Aranda; entre los infanzones don Miguel de Gurrea y don Miguel Perez de Almazan. Sin estos asistieron los procuradores de los reinos de Aragon y Valencia, y de todas las ciudades y villas que suelen acudir y tienen en córtes voto y lugar.

CAPITULO XXV.

Que don García de Toledo fue muerto en los Gelves.

Aprestóse en la ciudad de Málaga una armada en que partiese don García de Toledo con gente á la conquista de Africa. Solicitaba el rey Católico su ida; mas entretúvose por causa de estar Bugía inficionada de peste. Hízose á la vela con siete mil hombres ya que los calores del verano iban adelante. Aportó á Bugía: para guarda de aquella ciudad dejó parte de su armada con tres mil hombres. Diego de Vera al tanto, dejado órden en las cosas de la Bugía, siguió la armada, y juntos llegaron al puerto de Tripol con diez y seis velas en coyuntura que el conde Pedro Navarro tenia embarcada su gente que eran mas de ocho mil hombres, con resolucion de ir sobre los Gelves, que es la mayor y mas importante isla que hay en la costa de Africa, mas occidental que Tripol en distancia como de cien leguas. Es muy llana y arenosa, cubierta de bosques de palmas y de olivos, tan allegada á tierra firme que por una parte se pasa de una á otra por una puente. Boja mas de diez y seis millas: tiene falta de agua, no hay en ella pueblos, sino caserías, y á la marina un castillo estancias del señor. Solia ser del rey de Tunez, mas entonces tenia su propio jeque á quien obedecian.

Partieron de Tripol con toda brevedad: llegaron á los Gelves miércoles veinte y ocho de agosto dia de San Agustin. Desembarcó la gente sin hallar impedimento ni contraste entre la isla y tierra firme, en un lugar que llaman la Puente Quebrada. Ordenaron de toda la gente siete escuadrones. Quiso don García, sin embargo que era general, ir delante de todos con los caballeros que llevaba en su compañía: quien dice con voluntad y acuerdo del conde Pedro Navarro, quien afirma que á pesar suyo. El jeque tenia hasta ciento y cincuenta de á caballo y dos mil de á pié, gente mal armada, y tan medrosa que ofrecieron partidos muy aventajados por no venir á las manos.

Era pasado medio dia cuando nuestros escuadrones comenzaron á marchar. El calor fue tan escesivo, y el polvo de los arenales tan grande, que todo parecia echar de sí llamas. Apenas caminaron dos leguas cuando algunos de pura sed se caian muertos, y todos la padecian estrema. Llegó el primer escuadron á unos palmares, donde por entender que junto á unas casas caidas habia ciertos pozos, la gente toda se desordenó por beber: aquí descubrieron los moros, que advertidos del aprieto de nuestra gente se fueron para ellos. Apeóse don García y algunos otros que iban á caballo. Decíanle algunos que se retirase. «Adelante (dijo él) caballeros: ¿ somos llegados aquí »para volver las espaldas? si la suerte fuere contra»ria, á lo menos no nos hará olvidar de nuestra no»bleza, ni faltar á lo que es razon.» Esto dijo: tomó á un infanzon aragonés una pica que llevaba, y arremetió con ella á los moros. No se pudo detener nuestra gente con el valor de su general. Antes luego se puso en huida. Acometieron los moros de tropel, y de los primeros mataron á cuatro de los que se apearon. Estos fueron don García, Garci Sarmiento, Loaysa y Crístóbal Velazquez, todos nobles capitanes. Era tanta la turbacion de la gente que huia, que sin remedio se lanzaban por los otros escuadrones y los desbarataban, de suerte que todos volvian las espaldas. Entonces el conde proveyó que los escuadrones de don Diego Pacheco y de Gil Nieto que quedaron con él en la retaguardía, atajase el paso por do huia la gente, para que hiciesen reparar los moros, que fue el remedio para que todos no pereciesen: cosa maravillosa, en este trance el conde se halló tan turbado que como sin consejo ni valor fue de los primeros á embarcarse; puesto que pudo pretender que las galeras, las surta mas cerca de tierra, recogiesen la gente, ca muchos por no querellos admitir se ahogaban en el mar. Entre muertos y cautivos faltaron de los nuestros hasta cuatro mil. Gente de cuenta demás de los ya dichos murieron don Alonso de Andrada, Santaugel, Melchor Gonzalez hijo del conservador de Aragon, sin muchos otros capitanes

y gentiles hombres. El cuerpo de don García fue llevado al Jeque, que despues de algunos dias escribió á don Hugo de Moncada virey de Sicilia. que por entender era aquel gran señor pariente del rey, le tenia en una caja para hacer dél lo que ordenase. Dejó don García un hijo pequeño que se llamó don Fernandálvarez de Toledo, que fue adelante uno de los mas señalados guerreros y capitanes de todo el mundo. Padre de don García fue el duque don Fadrique primo hermano del rey Católico de parte de las madres: abuelo don García, el primero que de aquella casa alcanzó título de duque, cuyo padre don Fernandálvarez de Toledo, sobrino de don Gutierre de Toledo arzobispo de Toledo, fue el primer conde de Alba.

El conde Pedro Navarro, antes que partiese de los Gelves, despachó á Gil Nieto y al maestro Alonso de Aguilar para dar cuenta al rey de lo que pasó en aquella jornada, y de aquel revés tan grande. Las galeras envió á Nápoles conforme al órden que tenia, con el resto de la armada, se encaminó la vuelta de Trípol; y dado que corrió fortuna por espacio de ocho dias, finalmente llegó á aquel puerto á los diez y nueve de setiembre. Puso para guarda de aquella ciudad á Diego de Vera con hasta tres mil soldados: despidió otros tres mil por mal parados y enfermos; y él con otros cuatro mil y con la parte de la armada que le quedó, salió para correr la costa de Africa entre los Gelves y Tunez. El tiempo era contrario, y tal que le forzó á detenerse lo mas del invierno en la isla de Lampadosa, una de las que caen cerca de la de Sicilia.

Sobre la ciudad de Safin, que era de portugueses, en la costa de Africa, se puso por fin deste año una morisma innumerable: acudieron socorros de la isla de la Madera. Con esta ayuda Atayde capitan de aquella fuerza, y con la gente que tenia, la defendió muy bien, y alzado el cerco, hizo con los suyos entrada en tierra de moros hasta llegar cerca de Almedina, pueblo distante de Safin no menos que treinta y dos millas: tuvo diversos encuentros con los moros, ganóles mucha presa y cautivos, á la vuelta empero cargó sobre él tanta gente que le fue forzoso dejalla. Hizo adelante otras muchas entradas y correrías hasta llegar á las puertas de Marruecos algunos años despues deste: hazaña memorable de mas reputacion que provecho. Lo mismo hacian don Juan Contiño capitan de Arcilla en lugar de su padre don Vasco Coutiño conde de Borba, y Pedro de Sousa capitan de Azamor, caudillos todos valerosos y muy determinados de ensanchar el señorío de Portugal por aquellas partes de Africa, provincia dividida en muchos reinos poco conformes entre sí, y á propósito para ser fácilmente conquistados.

LIBRO TRIGESIMO.

CAPITULO I.

Que algunos cardenales se apartaron de la obediencia del papa.

Casi á un mismo tiempo el rey Católico, despedidas las córtes de Monzon, por Zaragoza dió vuelta á Castilla, y el papa Julio salió de Roma la vuelta de Boloña. El mismo rey pretendia hallarse en las córtes que tenia aplazadas para la villa de Madrid, y acudir á la conquista de Africa, donde publicaba queria pasar en persona para reparar el daño que se recibió en los Gelves. Demás desto la guerra de Italia le tenia puesto en cuidado á causa que todos los príncipes se querian valer de su ayuda. El pontífice desde Boloña, en que entró por fin de setiembre, queria dar calor á la guerra de Ferrara, por cuanto su sobrino el duque de Urbino con la gente de la Iglesia hacia poco progreso; antes por estar el enemigo muy apercebido, y con el arrimo de Francia alentado, llevaba lo peor, y con su campo retirado cerca de Módena.

Hallóse el rey Católico en Madrid á los seis de octubre, dia en que presentes los embajadores del emperador y del príncipe don Carlos, y el nuncio del papa, conforme á lo capitulado en Bles hizo el juramento en pública forma de gobernar aquel reino con todo cuidado, hacer y cumplir todo aquello que á oficio de verdadero y legítimo tutor y administrador incumbia. Junto con esto para cumplir con el papa por la obligacion de la investidura que le dió, mandó que Fabricio Colona con trecientas lanzas del reino de Nápoles, gente escogida, fuese á juntarse con la de la Iglesia, con instruccion de ayudar en la guerra de Ferrara, mas no contra el rey de Francia; antes para tenelle contento á su instancia mandó al almirante Vilamarin que con once galeras que volvieron de los Gelves á Nápoles, acudiese á las marinas de Génova para junto con la armada de Francia asegurar aquella ciudad en el servicio de aquel rey, de suerte que no hiciese novedad como se recelaba. El duque de Termens tenia en Verona sus cuatrocientas lanzas en servicio del emperador, y aun fue el todo para que aquella ciudad no viniese en poder de venecianos, que en esta sazon la tuvieron muy apretada con cerco que sobre ella pusieron con mucha gente. Acudió el gran maestre con cuatrocientas lanzas á dar socorro á los cercados; pero antes que llegase, los enemigos eran idos.

El papa á su partida mandó que todos los cardenales le siguiesen: algunos por recelarse de su condicion ó por inteligencias que traian con Francia, pretendieron recogerse á Nápoles; mas como quier que el virey no les acudiese, pasaron á Florencia. Allí el principal don Bernardino de Carvajal cayó malo; con esta ocasion se detuvieron, dado que el papa les daba priesa para que fuesen donde él estaba. Ellos dilataban su ida hasta ver qué camino tomaban las cosas de la guerra, porque en esta sazon que el papa se hallaba en Boloña y su ejército en Módena, el gran maestre de Francia acometió una empresa muy estraña. Esto fue que con las cuatrocientas lanzas que llevaba al socorro de Verona, y con otras docientas que tenia en Rubiera, revolvió sobre Boloña confiado en los Bentivollas que iban con él, y le prometian de dalle entrada en aquella ciudad. El pontífice y todo el colegio estuvieron en grande peligro. Proveyó Dios que á muy buen tiempo llegó Fabricio Colona y su gente; con cuya llegada los del pontífice se reforzaron, y los franceses fueron forzados de alzar su campo y cerco sin hacer algun efecto, y sin que los nuestros les hiciesen otro enojo por guardar el órden que llevaban, y el respeto que al rey de Francia se debia.

Sucedió que el papa adoleció en aquella ciudad de suerte que poca esperanza se tenia de su vida, que dió ocasion á nuevas esperanzas, y pláticas no muy honestas que pasaron entre los cardenales. El papa avisado deste desórden á los once del dicho mes los llamó á consistorio. Allí publicó una bula muy rigurosa contra los que cometiesen simonía en la eleccion del pontífice que tenia ordenada desde el principio de su pontificado, y por diversos respetos se dilató su promulgacion hasta esta coyuntura. Con todo esto estaba muy receloso de los cardenales que se quedaron en Florencia, tanto que por atajar las inteligencias que tenian con Francia, se contentaba y venia en que se retirasen á Nápoles como al principio ellos mismos lo deseaban, pero ellos tenian sus pretensiones tan adelante que no vinieron en ello: antes los cardenales don Bernardino y el de Cosencia se pasaron á Pavía con voz que pretendian juntar concilio general para tratar de la reformacion de la Iglesia, y aun proceder hasta deponer al papa: camino y traza de grandes inconvenientes y daños.

Hacian espaldas á estos cardenales y á sus intentos el rey de Francia y el emperador, y aun procuraron atraer á su partido al rey Católico: tanto que entre el emperador por medio de Mateo Lango su secretario ya obispo de Gursa, que tenia gran cabida con aquel príncipe, y le despachó para este efecto, se asentó confederacion con el rey de Francia en Bles á los catorce de noviembre, en que intervino el embajador del rey Católico Cabanillas con poderes limitados, é instruccion que no viniese en cosa alguna que se intentase contra el papa.

En aquella junta demás de declarar que todos los príncipes confederados, conforme á lo capitulado en Cambray, quedaban obligados á ayudar al emperador á cobrar la parte que del estado de venecianos le tocaba, se acordó de procurar con el papa estuviese á justicia y á derecho con el duque de Ferrara; y para apremialle á que viniese en esto, ordenaron que el emperador en sus estados, y lo mismo en Aragon y Castilla se juntasen concilios nacionales para determinar las mismas cosas que poco antes se establecieron en la iglesia Gallicana que se juntó primero en Orliens y despues en Tours, es á saber que todas las personas eclesiásticas de aquel reino sin esceptar ni cardenales, ni los familiares del papa, fuesen á residir en sus beneficios, con apercibimiento, si no obedecian, que todas sus rentas se secrestasen y gastasen en pro de las mismas iglesias: resolucion muy perjudicial, principio y puerta de alborotos y de scisma, y que forzó al papa á publicar sus censuras contra los que obedeciesen aquel mandato, y declarar por descomulgados al gran maestre de Francia, á Tribulcio y á todos los capitanes que en Italia estaban á servicio y sueldo del rey de Francia, y á los que intervenian en las congregaciones de la iglesia Gallicana.

El rey Católico nunca quiso ser parte en la nueva avenencia de Bles, y mucho menos aprobar ni seguir aquel ejemplo de la iglesia Gallicana tan descaminado; antes procuró con todas sus fuerzas apartar al emperador de aquel intento, y hacer se reconciliase con el papa y concertase con venecianos. Tratábase en esta sazon de casar la reina de Nápoles sobrina del rey Católico con Carlos, duque de Saboya. Llegó el tratado á señalar en dote de la reina docientos mil ducados; y aun se halla que aquella señora se intitulaba por este tiempo duquesa de Saboya. Sin embargo este matrimonio no se efectuó, y el duque casó adelante con doña Beatriz, infanta de Portugal.

En Nápoles se alborotó el pueblo á causa que intentaron de asentar en aquella ciudad y reino la Inquisicion á la manera de España. Comenzaba á ejercer el oficio el inquisidor Andres Palacio juntamente con el ordinario. La revuelta fue tan grande que por atajar mayores males el virey publicó un edicto en que mandaba que los judios y los nuevamente convertidos, que vinieron en gran número de España huidos, saliesen de aquel reino, y desembarazasen por todo el mes de marzo. Junto con esto proveyó que atento la religion y observancia de aquella ciudad y de todo el reino, la Inquisicion se quitase: con que todos sosegaron. El mismo papa era deste parecer, que por entonces no debian alterar la gente con poner en aquel reino aquel nuevo y severo tribunal.

CAPITULO II.

Que los franceses tomaron á Boloña.

No se aseguraba el rey de Francia del rey Católico, antes sospechaba se queria ligar con el papa en daño suyo. Los suizos asimismo, que tiraban del sueldo del pontífice, le hacian dudar no volviese la guerra contra Milan. Trató de concertarse con el papa por medio del cardenal de Pavía que podia mucho con él: ofrecia buen número de gente de á pié y de á caballo para la guerra contra el Turco, y que acabaria con el duque de Ferrara dejase á Cento y la Pieve, y que tornase á pagar el censo que solia de cuatro mil ducados por año, dado que el papa Alejandro le relajó el censo y entregó aquellos lugares en parte del dote con Lucrecia de Borgía; demás desto que alzaria mano de las tierras que tenia en la Romaña.

Todos eran buenos partidos, si el papa no tuviera por cierto que tomaria al duque todo el estado; estaba ya apoderado de Módena, y pretendia hacer lo mismo de Regio y Rubiera, pueblos principales de su condado. Agraviabase desto el emperador á causa que todo aquel condado de Módena era feudo del imperio, y dél le tenian los duques de Ferrara. Hizole requerir que no pasase adelante, y que restituyese á Módena. Venia el papa bien en ello, solo queria seguridad que no la entregaria á aquel duque, ni menos al rey de Francia; el rey Católico tenia puesto su pensamiento en la empresa de Africa, dado que no se descuidaba de las cosas de Italia. Mandó al duque de Termens que con su gente diese vuelta al reino de Nápoles, pues en el Veronés no se hacia efecto de momento por estar el emperador ausente, y no tener ejército bastante. Hizolo así, y de camino visitó al papa en Bolonia, y dél fue muy bien recebido y acariciado.

El rey Católico, pospuesto todo lo al, por principio de enero del año de 1511 pasó de Madrid á Sevilla para dar calor á los aparejos que se hacian para la guerra de Africa. Queria reparar el daño y mengua que se recibió en los Gelves, tanto mas que en la isla de Querquens puesta entre los Gelves y Tunez fue muerto por los moros que sobrevinieron de sobresalto de noche, el coronel Gerónimo Vianelo con cuatrocientos soldados que salieron á hacer agua: sucedió esta desgracia el mismo dia de Santo Mathia. Lo mismo hizo el papa, que en el corazon del invierno que fue muy recio, continuaba la guerra contra Ferrara, y porque sus gentes y las de la señoría hacian poco efecto, determinó ir en persona á cercar la Mirándula. Apretóla tanto que la condesa, mujer que fue del conde Ludovico Pico, la entregó. Vióse el papa en este cerco en peligro de la vida, porque una bala abatió la tienda en que estaba con otros cardenales: grande fue el espanto, el daño ninguno. Para memoria deste milagro mandó colgasen la bala, que es como la cabeza de un hombre, delante la imagen de Nuestra Señora de Loreto, y allí está hasta el dia de hoy al lado de la epistola.

De Mirándula el pontífice dió la vuelta á Boloña, pero mandó pasar su ejército contra Ferrara: acudióle Andrés Griti con parte del ejército de venecianos, todos con intento de ponerse sobre aquella ciudad. Toda esta diligencia fue de poco efecto á causa que la gente del duque se hallaba muy en órden, y el gran maestre de Francia con la gente que tenia en el Veronés, se acercó á la ribera del Pó con muestra de dar la batalla, si fuese necesario para defender á Ferrara. Por esto los de la Iglesia dieron la vuelta, y el gran maestre fué á Regio do tenia puesto á Gaston de Fox duque de Nemurs. Desde allí cargó sobre Módena que se tenia ya por el emperador, ca el papa á persuasion del rey Católico se la restituyó por este mismo tiempo. Estaba en ella con gente de la Iglesia Marco Antonio Colona, que la defendió muy bien y con mucho valor.

El papa acordó intentar de nuevo entrar en el Ferrarés por la via de Rávena, por donde pensaba hallar el camino mas fácil y ayudarse mejor de la armada veneciana. Con esta resolucion partió con su ejército de Boloña; mas tampoco esta entrada fue de provecho, antes la gente del duque desbarató la del papa, y las galeras venecianas no se atrevieron á subir por el Pó arriba por miedo de la artillería que tenian plantada en la ribera de aquel caudaloso rio. Falleció

en Regio en esta sazon el gran maestre de Francia, señor de Chamonte: su muerte fue á los once de febrero. Por el mes de marzo el papa entre nueve cardenales que crió en Rávena, dió el capelo á los obispos sedunense, suizo de nacion, y al de Gursa secretario del César, que era venido á Italia de parte de su señor á dar corte en los negocios y diferencias que tenia con venecianos, y con Francia y con el papa. Quedó por general en lugar de Chamonte Juan Jacobo Tribulcio padre de la condesa de la Mirándula. Prometiéronle los Bentibollas que le darian las puertas de Boloña, do hallaria la gente de guarnicion muy descuidada de trama semejante. Acudió Tribulcio con sus gentes, y sin dificultad se apoderó de aquella ciudad, porque el duque de Urbino que allí quedó por su tio, avisado de su venida, y de las inteligencias que tenia con aquellos ciudadanos, se salió con la gente que allí tenia de guarnicion y los demás capitanes. Salióse asimismo el cardenal de Pavía Francisco Alidosio, y fuese á Rávena donde halló al papa, en cuya presencia cargó la culpa de la pérdida de Boloña al duque; y aun decia que tenia inteligencias con el de Ferrara, y por estar casado con hija de su hermana le pesaba de todo su daño. No faltó quien avisase desto al duque de Urbino, que se indignó desto tanto que un dia á tiempo que iba el cardenal á palacio, si bien le acompañaba mucha gente y algunos capitanes, salió con gente y á estocadas le mató á los veinte y cuatro de julio. Fue grande este atrevimiento: valióle ser sobrino del papa, que si bien mostró gran sentimiento de aquella desgracia y exceso, no faltó quien dijese que por su órden se cometió aquel caso.

CAPITULO III.

Que algunos cardenales convocaron concilio general.

En el cónclave en que fue elegido el pontífice Julio, todos los cardenales antes de la eleccion se obligaron por juramento que cualquiera dellos que saliese papa, dentro de dos años juntaria concilio general. Demás desto en los concilios de Constancia y de Basilea quedó establecido que cada diez años se juntase el dicho concilio, so graves penas que ponen á los que lo impidiesen. El papa Julio, despues que se vió con el pontificado señor de todo, mostró no hacer caso ni del juramento que hizo ni de lo por aquellos concilios decretado: que parecia poco miramiento y poca cuenta con lo que era razon. Alegábanse muchos desórdenes que en los tiempos en particular de los papas Alejandro y Julio se veian en la córte romana y en el sacro palacio. Deseaban muchas personas celosas algun remedio para atajar un daño tan comun y un escandalo tan ordinario, pero no se hallaba camino para cosa tan grande. Este celo, junto con la indignacion que el emperador y el rey de Francia tenian con el papa, dió alas á los dos cardenales que estaban en Pavía, es á saber don Bernardino y Consencia, y al de Narbona que se juntó con ellos, para que en su nombre y de otros seis cardenales intentase un remedio muy áspero, y de mayores inconvenientes que la misma dolencia que pretendian curar. Despacharon sus cartas en Milan, do se pasaron de Pavía, en la misma sazon que la guerra de Ferrara andaba mas encendida, para convocar concilio general. En ellas declaraban los motivos que tenian, y las razones con que se justificaba aquel medio tan estravagante. Acudiéronles el obispo de París y otros prelados de Francia: asimismo el conde Gerónimo Nogarolo y otros dos vinieron de parte del emperador, y otros tantos en nombre del rey de Francia para asistilles. Estos despacharon al tanto sus edictos en nombre de sus príncipes, en que decian que los emperadores y reyes de Francia siempre fueron defensores y protectores de la iglesia Romana, y como tales para obviar de presente los escándales públicos, y procurar el aumento de la fe, y paz de la iglesia, se determinaban de acudir al remedio comun que era juntar el concilio. En todos estos edictos se señalaba para celebrar el concilio la ciudad de Pisa para que todos acudiesen, y se hallasen primero de setiembre. El emperador en todo lo demás se conformaba; solo pretendia que el concilio se transfiriese á Alemaña, y se señalase la ciudad de Constancia por caer Pisa tan lejos, y estar alborotada y falta por la guerra que tantos años los pisanos continuaran con los florentines.

El rey Católico luego que supo tan gran desórden, se declaró por contrario á estas tramas, tanto con mayor voluntad que los cardenales en sus edictos le querian hacer parte en aquella resolucion. Procuró con el emperador desistiese de un camino tan errado: advertiale de los malos sucesos y efectos que de semejantes intentos otros tiempos resultaron: que no podia este negocio parar en menos que alborotos de la Iglesia y scisma. A su embajador Cabanillas mandó que, aunque con palabras muy corteses, en forma de requerimiento suplicase al rey de Francia de su parte fuese contento que el condado de Boloña se restituyese al papa, y no se procediese adelante ni en invadir las tierras de la Iglesia, y mucho menos en la convocacion del concilio.

Escusábase el rey de Francia con que el papa habia innovado, y no queria pasar por lo que tenian capitulado: que el suceso de las guerras está en las manos de Dios, y él da las victorias de su mano á quien le place; todavía seria contento de aceptar la paz con partidos honestos y razonables, en particular queria que se guardase la capitulacion de Cambray: que los cardenales que salieron de la córte romana, volviesen á su primer estado; que al marqués de Mántua que servia de general de la gente veneciana, se le relajase el juramento con que como tal se obligó á aquella señoría, y se le restituyese un hijo que para seguridad desto entregó en poder del papa: que recibiese en su gracia al duque de Ferrara, y revocase las sentencias que se dieron contra él, sin que restituyese las tierras que tenia de la otra parte del Pó, ni Cento y la Pieve, pues se le dieron en dote, como queda apuntado. Las mismas cosas se pedian al papa de parte del emperador; él empero las tenia por muy graves, y como era de pensamientos tan altos no sufria que nadie para obedecelle y hacer lo que era obligado, le pusiese ley.

El rey Católico, visto que no se hallaba remedio para atajar aquel escándalo tan grande, se resolvió de declararse por el papa con tan grande determinacion que alzó la mano de la conquista de Africa á que pensaba pasar en persona, y despidió mil arqueros ingleses que le envió el rey de Ingalaterra para que le acompañasen: así desde Cádiz, do llegaron por principio de junio, los mandó volver á su tierra contentos y pagados. Demás desto hizo asiento con aquel rey que caso que el de Francia no restituyese á Boloña á la iglesia, ni desistiese de la convocacion del concilio, el rey Católico acudiese al papa; y si en tanto el de Francia rompiese por las fronteras de España, y en efecto para que no rompiese, el Inglés le hiciese guerra por la Guiena. Con esta resolucion partió el rey de Sevilla para Burgos. Desde Guadalupe dió órden que el conde Pedro Navarro fuese con la gente que tenia á Nápoles, do el virey don Ramon de Cardona con color de la guerra de Africa tenia muy en órden toda la gente de á caballo que tenia en el reino. Proveyóse asimismo que Trípol quedase incorporada en el reino de Sicilia para que desde allí los vireyes la defendiesen y proveyesen de lo necesario; para cuyo gobierno envió don Jaime de Requesens con una buena armada. Esto se hizo á causa que pretendia servirse de Diego de Vera, que allí

quedó por capitan, en su cargo de capitan general de la artillería. Gozó poco de aquella tenencia don Jaime, ca por un alboroto de los soldados que tenia en aquella ciudad, el virey de Sicilia los sacó de allí con su caudillo, y envió á trueque por gobernador de Trípol y por capitan á su hermano don Guillen de Moncada.

CAPITULO IV.

Que el papa convocó concilio para San Juan de Letran.

Mucho procuraba el rey Católico de sacar al emperador de la amistad que tenia con el rey de Francia, que tan mal estaba á su reputacion. Envió para desengañalle, y procurar se concertase con venecianos, y ligase con el papa, á don Pedro de Urrea, y para que sucediese en el cargo de embajador al obispo de Catania don Jaime de Conchillos. El emperador no acababa de resolverse por ser muy vario en sus deliberaciones: acordó de enviar al de Guisa al padre santo para tomar algun asiento, y á don Pedro de Urrea á Venecia. Ofrecia el pontífice en nombre de aquella señoría que quedasen por el emperador Verona y Vicencia, y lo demás que pretendia, por venecianos: que por la investidura le contarian docientos y cincuenta mil ducados, y de pension treinta mil por año, y las demás diferencias quedasen en sus manos y en las del rey Católico para que las echasen á un cabo: partidos aventajados, pero que el de Guisa no quiso aceptar. Ni la ida de don Pedro de Urrea fue de algun efecto á causa que aquella señoría entendia, por los humores alterados que andaban, que en breve se revolveria Italia, con cuya revuelta ellos podrian respirar y repararse de los daños pasados. Haciase instancia de parte del emperador y la princesa Margarita que el rey Católico acudiese con socorro de gente ó de dineros para contra el duque de Gueldres, porque confiado en las espaldas que el de Francia le hacia, no cesaba de molestar las tierras del señorío de Flandes, y apoderarse de algunos lugares sin que nadie le fuese á la mano; mas el rey Católico estaba tan puesto en acudir á lo de Italia, que poco caso hacia de todo lo al, y aun el mismo emperador por no romper con el de Francia le parecia por entonces disimular.

El verano iba adelante, en sazon que las cosas de portugueses en la India se mejoraban asaz por el valor y diligencia de Alonso de Alburquerque. Tuvo los años pasados el rey don Manuel noticia que mas adelante de Goa y Calicut está situada Malaca, ciudad de gran contratacion. Dió órden á Diego Lopez Siqueira, que partió de Lisboa con cinco naves tres años antes deste, fuese á descubrilla. Hizo su viaje en su compañía García Sousa y Hernando Magallanes. Descubrió primero la isla de Somatra, que está contrapuesta á Malaca y debajo de la línea equinoccial, muy grande y fértil, dividida en muchos reinos, habitada parte de moros, parte de gentiles. Contrató con aquella gente, y de allí pasó á Malaca, ciudad grande y rica por el mucho trato que tiene, sujeta antiguamente al rey de Siam, y á la sazon tenia rey propio, que se llamaba Mahomad.

Tuvo Siqueira sus hablas con este rey. Hicieron sus alianzas, y con tanto el capitan puso en una casa á Rodrigo Araoz con cierto número de portugueses para continuar el trato. El moro temeroso de los portugueses intentó de apoderarse de las naves: no le salió esto, prendió los que halló descuidados en la ciudad. No tenian fuerzas bastantes los portugueses para satisfacerse de aquel agravio: alzaron las velas, y con la carga que pudieron tomar, desde Cochin do tocaron, dieron la vuelta á Portugal. Alonso de Alburquerque, que ya tenia el gobierno de la India, determinó juntar su armada para vengar esta injuria. Partió de Goa, y llegó á tomar puerto en la isla de Somatra. De allí enderezó su viaje á Malaca. Sucedió en el viaje que encontró con una nave: acometióla y tomóla; ya que los portugueses la entraban, se emprendió tan grande llama que fueron forzados á retirarse por no ser quemados: entendióse despues que aquella llama se hacia con cierto artificio sin que hiciese algun daño.

Poco adelante se vió otra nave: embistiéronla los cristianos, y tomáronla, dado que un moro que iba en ella por nombre Nahodabeguia, grande enemigo de portugueses, con otros la defendió valientemente hasta tanto que de las muchas heridas que le dieron, cayó muerto. Notóse que con estar tan herido no le salia sangre ninguna. Despojáronle, y luego que le quitaron una manilla de oro, brotó la sangre por todas partes. Súpose que en aquella manilla traia engastada una piedra que en el reino de Siam se saca de ciertos animales llamados Cabrisias, y tiene maravillosa virtud para restañar la sangre. Llegó la armada á Malaca primero de julio. Hobo algunos encuentros con los de dentro, que se defendieron con todas sus fuerzas; pero en fin la ciudad quedó por el rey de Portugal. Desta manera se dilataba el nombre cristiano en los últimos fines de la tierra.

En Italia la autoridad de la sede apostólica andaba en balanzas por el scisma que amenazaba. Acordó el papa, dejada la guerra, dar la vuelta á Roma: allí por atajar los intentos de los cardenales scismáticos publicó sus edictos á los diez y ocho del mismo mes, en que mandaba á los prelados y á todos los demás que se deben hallar en semejantes juntas, acudiesen á Roma para celebrar un concilio general en la iglesia de San Juan de Letran, que se abriria lunes á los diez y nueve de abril del año luego siguiente. Publicaba el papa que en el concilio queria tratar algunas cosas de grande importancia, como era que la reina de Francia no era legítima mujer de aquel rey: que los estados de Guiena y Normandía pertenecian al rey de Ingalaterra, y se debia dar á los naturales absolucion del juramento que tenian prestado á los reyes de Francia, todo á propósito de enfrenar al Francés y ponelle espanto. El con este recelo no dejaba de dar oido á la plática de la concordia, y estuvo para concertarse con venecianos con las condiciones que ofrecian antes al emperador; mas al fin le pareció mejor continuar el camino comenzado del concilio de Pisa, que pretendia de nuevo el emperador se trasladase á Verona, ó á Trento, sobre que hacia grande instancia.

El Francés, que era el que guiaba esta danza, no venia en ello por estar Verona mal sana, y Trento ser lugar pequeño para tanta gente como pensaban acudiria; antes solicitaba á los cardenales para que sin mas dilacion abriesen el concilio en Pisa, y de los florentines tenia alcanzado entregasen aquella ciudad en poder de los cardenales. Sin embargo ellos no se aseguraban de entrar en ella antes que el emperador y rey de Francia enviasen sus embajadores, y acudiesen algun buen número de prelados de aquellas naciones; y aun daban muestra de quererse reducir, y pedian seguridad para hacello, y que les señalase el papa lugar en que pudiesen retirarse: todo era trato doble y entretener para con el tiempo asentar mejor sus cosas.

Procedíase en Roma contra ellos: sustancióse el proceso y cerróse. Venido á sentencia fulminó el pontífice sus censuras, y condenó en privacion de todas sus dignidades á cuatro cardenales, es á saber Carvajal, Cosencia, Samalo, Bayos: lo mismo pretendia hacer con los cardenales Sanseverino y Labrit. Esta sentencia contradijo al principio el colegio. Llegaron algunos á escusallos: alegaban que solo pretendian se celebrase concilio en lugar seguro, en que se tratase de la reformacion de la Iglesia en la cabeza y en los miembros; y no faltaba quien dijese

que el papa por impedir la tal congregacion podia ser depuesto de su dignidad conforme á lo que el concilio de Basilea decretó en la sesion oncena.

CAPITULO V.

De la liga que el rey Católico hizo con el papa y con venecianos.

Andaban las pláticas entre el papa y rey Católico para concertarse: apretábase el tratado cada dia mas. El rey queria se le acudiese con dinero para pagar la gente; al papa se le hacia muy de mal de privarse de aquella poca sustancia que para su defensa le quedaba. Esto sentia tanto que á las veces revolvia en su pensamiento, y aun movia partidos para concertarse con Francia; pero como quier que no le succediese á su propósito, acudió al socorro de España como á puerto mas cierto y mas seguro. Llevóse el negocio tan adelante que el rey determinó enviar á Nápoles buena parte de la gente que tenia junta para pasar á Africa: quinientos hombres de armas, trecientos caballos ligeros, y otros tantos ginetes y dos mil infantes se embarcaron en Málaga. Llevaba cargo de toda esta gente Alonso de Carvajal, señor de Jodar: de los infantes iba por cabeza el coronel Zamudio. La voz era que iban á la conquista de Africa: no venia bien ni se creia, porque al mismo tiempo que esta gente partió de España, que fue á principio de agosto, el conde Pedro Navarro llegó á Nápoles con hasta mil y quinientos soldados maltratados y desarrapados, reliquias de las desgracias pasadas.

Entreteniase el rey de Francia con la plática que movió de casar su hija menor con el infante don Fernando, en que daba intencion de alzar la mano de la pretension que tenia á la sucesion de Nápoles. El rey Católico dado que venia bien en el casamiento, todavía instaba que Boloña se restituyese á la Iglesia. El Francés se escusaba por razones que alegaba para no hacello. Las cosas amenazaban rompimiento. El Francés se concertó con los Bentivollas de tomar aquella ciudad debajo de su amparo; y para todo lo que podia suceder, mandó á Gaston de Fox su sobrino, que era duque de Nemurs y le tenia puesto por su general y gobernador de Milan, enviase cuatrocientas lanzas á Boloña, y si fuese necesario, pasase con su ejército en persona á socorrella. Por otra parte un embajador de Ingalaterra que fué á Francia para este efecto, y el embajador Cabanillas hicieron un requirimiento en pública forma al rey de Francia sobre la restitucion de Boloña, que era tanto como denuncialle la guerra, si en cosa tan justa no condecendia. Alteróse mucho el Francés desto: respondió por resolucion que determinaba de defender á Boloña de la misma manera que á Milan. Sucedió que el papa adoleció de guisa que se entendia no podia escapar.

El emperador asimismo vino á Trento por el mes de setiembre: desde allí el obispo de Catania se despidió para dar la vuelta á España. Habia este príncipe entrado en pensamiento de ser puesto en la silla de San Pedro en lugar del papa. Fomentaba esta imaginacion el cardenal de San Severino, uno de los scismáticos, que andaba en aquella córte en ayuda y en nombre de su parcialidad, y le allanaba el camino no solo para salir con el pontificado, sino para hacerse señor del reino de Nápoles con favor de los señores de su casa, y aun de toda Italia, si se determinase ir en persona á dar calor al concilio de Pisa en que ya estaban los otros cardenales sus consortes: todas eran trazas en el aire y muy diferentes de las que el rey su consuegro con mas fundamento tramaba.

Concluyóse pues la liga, que llamaron Santísima, entre él y el papa y venecianos á los cuatro de octubre por la restitucion de Boloña y las otras tierras de la Iglesia, y por la defensa de la sede apostólica contra los scismáticos y el concilio de Pisa. Las condiciones fueron que el rey dentro de veinte dias despues de la publicacion desta alianza enviase mil y docientos hombres de armas, mil caballos ligeros, diez mil infantes españoles á esta empresa: el papa quedó de acudir con seiscientos hombres de armas debajo la conducta del duque de Termens: la señoría con su ejército y con su armada para que se juntase con las once galeras del rey Católico. Mientras la guerra durase, el papa y venecianos se obligaron de pagar para la gente del rey por mes cuarenta mil ducados, y de dar el dia de la publicacion desta liga ochenta mil por la paga de dos meses. Quedó á cargo del rey nombrar general de todo el ejército, y señaló á don Ramon de Cardona su virey de Nápoles. En este tratado los venecianos renunciaron cualquier cantidad que hobiesen prestado á los reyes de Nápoles que fueron de la casa de Aragon. El emperador no entró en esta liga; declaróse empero en las capitulaciones en particular que se hizo con su sabiduría, y con participacion del rey de Ingalaterra. Resolviése el papa de venir en estas condiciones, á lo que se entendió, por tres causas: la una que estando él doliente, los barones de Roma y el pueblo se alteraron y pusieron en armas con intento que les guardasen sus privilegios, y que eran gobernados tiránicamente: la otra que los florentines se tenian por Francia, que daba ocasion de temer que cada y cuando que quisiese, podria aquel rey sin resistencia llegar á Roma, y enseñorearse de todo hasta poner pontífice de su mano: lo que sobre todo le hizo fuerza, era el concilio de Pisa, ca tenia gran recelo no procediesen á deponelle y á criar antipapa, como se publicaba lo pretendian hacer. En esta misma sazon Diego García de Paredes que hizo mucho tiempo oficio de cosario, y por esta causa cayó en desgracia de su rey, andaba en servicio del emperador, y fue por dos veces preso, una junto á Verona en cierto encuentro que con los imperiales tuvieron los albaneses, la segunda en Vicencia do estaba enfermo al tiempo que aquella ciudad se redujo á la obediencia de la señoría. El almirante Vilamarin que era ido con sus galeras á España, por órden del rey dió vuelta á Nápoles para acudir á las cosas de la liga. Quedó en la costa de Granada Berenguel de Olms con algunas galeras. Por otra parte Rodrigo Bazan con otros capitanes y gente iban á quemar ciertas fustas que se recogian en el rio de Tetuan.

Túvose aviso que el rey de Fez venia muy poderoso sobre Ceuta: acudieron los unos y los otros al socorro. Cuando llegaron á Ceuta, supieron que el de Fez era pasado á ponerse sobre Tanger, plaza que tenia por capitan á don Duarte de Meneses muy buen caballero. Acudieron luego á aquella parte: llegaron un sábado diez y ocho de octubre. Tenian los moros el lugar en mucho aprieto, porque hicieron gran daño con su artillería en las murallas y gente y pasaron sus estancias junto á las minas que tenian, hechas para batir la ciudad. Salieron del pueblo Rodrigo Bazan y sus compañeros. Dieron sobre una de las estancias de los enemigos, que les hicieron desamparar con muerte de muchos de los principales moros que allí estaban. Otro dia salieron los portugueses de á caballo á escaramuzar con los moros: hiciéronlo tan valientemente y con tanta destreza (como muy ejercitados contra moros) que el rey de Fez perdió la esperanza de salir con su empresa, tanto que el dia siguiente mandó levantar sus reales. Así los capitanes de Castilla volvieron á Gibraltar con la honra de haber socorrido aquella ciudad, y librádola de enemigo tan poderoso y bravo.

CAPITULO VI.

La guerra se comenzó en Italia.

Apercibíase el virey de Nápoles para salir con su gente. El conde Pedro Navarro iba por general de la infantería, que tenia alojada en Gaeta y por los lugares de aquella comarca: la caballería muy en órden y todos prestos para marchar. Escusóse de ir á esta jornada Próspero Colona: parecíale no lo podia hacer con reputacion sin llevar algun cargo principal. Por esta causa se dió á Fabricio Colona nombre de gobernador y teniente general. El conde de Santa Severina Andrés Garrafa asimismo no quiso ir. Notóse que los que con mas voluntad se ofrecieron, fueron los barones de la parte Angevina. Entre ellos se señalaron el marqués de Bitonto hijo del duque de Atri, el marqués de Atela hijo único del príncipe de Melfi, el duque de Trageto, los hijos de los condes de Matalon y de Alifano. El príncipe de Bisiñano dado que se quedó por doliente, por ser la guerra contra Francia envió el collar y órden de San Miguel á aquel rey: lo mismo hicieron los de Melfi y Atri y Matalon. Partió primero el conde Pedro Navarro con su infantería la via de Pontecorvo: poco despues á dos de noviembre salió la caballería, que era muy lucida gente, en compañía del virey.

En este medio el ánimo del emperador combatian varios pensamientos y contrarios: por una parte el cardenal Sanseverino continuaba en sus promesas mal fundadas; por el contrario el embajador don Pedro de Urrea ofrecia, si entraba en la liga para atajar los males que amenazaban, le ayudarian con el ejército comun y á su costa para enseñorearse del ducado de Milan, y aun para allanar lo de Gueldres. Este camino parecia á aquel príncipe mas seguro y mas llano, si bien conforme á su condicion nunca acababa de resolverse. Tornaba á querer concierto con venecianos con las condiciones y partido que ofreció el papa al de Gursa. Era ya tarde, en sazon que los venecianos demás de estar muy confiados en el ejército de la liga, tenian de su parte mil hombres de armas, fuera de otros docientos con que fué á servilles Pablo Ballon, caudillo de fama: tenian otrosí mas de tres mil caballos ligeros, en buena parte albaneses gente muy diestra, y nueve mil infantes. Verdad es que el embajador de Roma Gerónimo Vic se dió tal maña que concertó treguas entre aquella señoría y el emperador: cosa que aunque no sirvió para que los venecianos se juntasen con el ejército de la liga, para lo de adelante importó mucho.

El rey de Francia no se descuidaba en dar órden que su general Gaston de Fox saliese á combatir el campo de la liga con toda su gente y la que de nuevo le proveyó de Francia; y aun de los suizos pretendia levantar gran número, y divertillos que no entrasen en la liga, ni aun acudiesen á la defensa de la Iglesia como se procuraba por medio del cardenal sidunense. Juntamente por entretener al emperador le ofrecia por medio de Andrea del Burgo de hacelle papa, si lo quisiese ser, y si no, que se elegiria pontífice de su mano: tan poco miramiento se tenia en negocio tan grave. Demás desto que recobraria las tierras que de la Iglesia pertenecian al imperio; y del reino de Nápoles le daria la parte que en él quisiese, y el ducado de Milan y ciudad de Génova le acudirian perpétuamente con cierto número de gente siempre que tuviese guerra. Las diferencias de Gueldres ofrecia se comprometerian en las personas que el mismo César nombrase: partidos todos tan grandes, que nadie se podia asegurar del cumplimiento. Entonces el cardenal de Sanseverino se despidió del emperador con poco contento por la poca resolucion que en sus pretensiones llevaba.

Queria el virey llevar su ejército la via de Florencia para de camino asegurarse de aquella ciudad que seguia la voz de los scismáticos y de Francia; mas el papa no lo consintió, y mandó que por el Abruzo pasase á la Romaña, y desde allí á Boloña. El tiempo era muy recio, y la tierra muy áspera: adolecieron muchos del ejército, murieron pocos. Llegó con toda su gente á Imola, do se detuvo por esperar la artillería de batir que venia por mar, y de Manfredonia donde la embarcaron, aportó á Arimino el mismo dia de Navidad, principio del año de 1512: de allí se llevó á Imola. El conde Pedro Navarro con la infantería se hallaba mas adelante en Lugo y Bañacabalo: acordó por no perder tiempo de pasar á combatir la Bastida, que era una fortaleza del duque de Ferrara puesta sobre el Pó, y tenia dentro de guarnicion docientos y cincuenta italianos. Aprobó el virey esta resolucion del conde: comenzaron á combatilla postrero de diciembre, defendiéronse los de dentro muy bien; pero al tercero combate fue entrada por fuerza: murieron casi todos los que tenia en su defensa, con su capitan Vestitelo.

Ganóse en esto reputacion á causa que en cinco dias ganaron aquella fuerza que se tenia por inexpugnable; entregáronla al cardenal Juan de Médicis, que iba en el ejército por legado del papa. Deseaba el rey de Francia tener en su poder á don Alonso de Aragon hijo segundo del rey don Fadrique. Hizo tantas diligencias sobre ello que la reina doña Isabel su madre, aunque era de solos doce años, se le entregó. Publicaban los franceses que en breve con la armada de Francia le llevarian al reino de Nápoles, para con esta traza alterar el pueblo y alzalle por rey. Parecia esta empresa fácil por quedar Nápoles desnuda de soldados, y la gente del reino muy deseosa de ser gobernados por sus reyes naturales y propios como de antes; que siempre lo presente da fastidio, y lo pasado parece á todos mejor: juicio comun, mas que muchas veces engaña.

CAPITULO VII.

Del cerco de Boloña.

Ganada la Bastida, el conde Pedro Navarro con su gente dió vuelta á Imola. En Butri donde pasó todo el campo se trató en consulta de capitanes de la manera con que se debia hacer la guerra. Fabricio Colona y los demás de la junta eran de parecer que el ejército se fuese á poner en Cento y en la Pieve que ganara aquellos dias Pedro de Paz con los caballos ligeros, y que combatiesen á Castelfranco, plaza importante por ser fuerte, y estar entre Carpi do alojaba la gente francesa, y Boloña. Decian que desde allí discurriese el ejército por los lugares del condado de Boloña, y ganados, se podia poner el cerco sobre la ciudad, ca siempre las empresas se deben comenzar por lo mas flaco; además que se tenia aviso como Gaston de Fox con gente de á pié y de á caballo venia en socorro de aquella ciudad, y que estaban dentro el bastardo de Borbon, el señor de Alegre y Roberto de la Marca con trecientas lanzas francesas y la gente de la ciudad, que era mucha y belicosa asaz. El conde Pedro Navarro porfiaba se debia ir luego sobre Boloña, pues distaba solas quince millas; que divertirse á otras partes seria perder reputacion. Hacia la empresa muy fácil, como hombre que por su atrevimiento tanteaba el suceso de lo demás. Este parecer se siguió por tener el conde gran crédito entre la gente de guerra, y aun porque servia de mala gana cuando no se ejecutaba lo que él queria: propiedad de cabezudos. Salió de Roma el duque de Termens con la gente del papa, y porque murió en el camino, y el duque de Urbino no quiso por entonces aceptar aquel cargo (aunque poco despues envió su teniente) ordenó el papa á los capitanes obedeciesen al legado, y entregasen la gente al virey, al cual envió la espada

y bonete junto con las banderas que bendijo en la misa de Navidad.

Los venecianos ni acudian con el dinero segun tenian concertado, ni con su gente: antes con la sombra de la liga pretendian recobrar las tierras de su estado que se tenian por el emperador, y aun si pudiesen, las que por Francia. Salió el virey de Butri: llegó á poner su campo á cuatro millas de Boloña: reconoció la tierra, que es muy fuerte, y por el riego muy mala de campear; mayormente en tiempo de invierno. Otro dia, que fue á diez y seis de enero, pasó con toda la gente delante para reconocer en qué parte haria sus estancias. Llegó hasta una casa de placer que decian Belpogio, y era de los Bentivollas, á tiro de cañon de la ciudad. Dentro de Boloña se hallaban ya en esta sazon quinientas lanzas y dos mil soldados, y por capitan principal monsieur de Alegre.

Sucedió que el mismo dia que el virey partió de Butri, el duque de Ferrara acudió con gente á la Bastida. Dióle tanta priesa que en veinte horas la forzó y la mandó echar por tierra. Asentó el virey con su gente en aquella casa de placer: mas adelante con parte de la infantería se pusieron el marqués de la Pádula, y el conde del Pópulo, que se apoderaron de un monasterio que llamaban San Miguel del Bosque, y apagaron el fuego que los mismos de dentro le pegaron por quitar aquel padrastro. Allí plantaron algunos tiros de artillería, y los demás se plantaron en un carro que se levanta mas adelante, por donde acordaban que se diese la batería.

Antes desto se tuvo aviso que Gaston de Fox duque de Nemurs en Parma juntada su gente, que eran ochocientas lanzas, mil caballos ligeros y tres mil infantes; y que en el Final, pueblo á veinte millas de Boloña, se juntaria con él la gente del duque de Ferrara, que eran dos mil gascones y algun número de caballos, con determinacion de hacer alzar el cerco. Alojaba Fabricio Colona en Cento y en la Pieve con la vanguardia del ejército para impedir el paso á los franceses. Ordenóle el virey que con toda su gente viniese á ponerse por la otra parte de la ciudad hácia la montaña. Acordaban de nuevo se pasase allí la artillería, y se diese la batería por ser el muro mas flaco por aquella parte; pero poco despues acordaron que el campo estuviese todo junto en lugar que se asegurase la artillería, y se atajase el paso á los que venian de socorro.



Antonio de Leiva.

Asentóse la artillería entre San Miguel y la puerta de Florencia. Comenzóse la batería á los veinte y ocho de enero, con que abatieron parte del muro, y algunos soldados pudieron subir á una torre, en que pusieron sus banderas. Acudieron los de dentro, y al fin los echaron fuera. Sacaba una mina el conde Pedro Navarro. Pegaron fuego á los barriles para volar los adarves. Con la fuerza de la pólvora se alzó el muro, de manera que los de dentro y los de fuera se vieron por debajo; tornó empero luego á asentarse tan á plomo como antes. Túvose por milagro y favor del cielo por una devota capilla que tenian por de dentro pegada á la muralla y se llamaba del Baracan, que voló y se asentó como lo demás. Hallábase sin embargo la ciudad en mucho aprieto y peligro de ser tomada, cuando sobrevino una nieve que continuó tres dias. Con esto el general francés tuvo comodidad de meterse una noche dentro de Boloña con gran golpe de gente, no solo sin que le impidiesen los contrarios por estar algo apartados, sino sin ser sentidos de las centinelas.

Por esto, y por la aspereza del tiempo, y las nieves que continuaban, acordaron los de la liga de alzar el cerco y retirarse todo el campo con la artillería á San Lázaro, que está á dos millas de Boloña. La gente del papa no paró hasta que llegó á Imola.

el virey se pasó al castillo de San Pedro, y los demás capitanes alojaron su gente por aquella comarca: en esto paró aquel cerco tan famoso, y de tan grande ruido. Los mas, como suele acontecer en casos semejantes, cargaban al general que sin tener consideracion á la aspereza del tiempo dejó pasar ocho dias en que se pudiera hacer efecto: que los reales se asentaron muy lejos de donde debian estar: las minas y trincheras para batir el muro se sacaron no como debian; finalmente que el recato era tan poco que el enemigo se les pasó sin ser sentido A la verdad el tiempo era muy áspero, y ni los suizos vinieron como se cuidaba, ni los venecianos acudieron con su gente. Halláronse en este cerco con los demás Antonio de Leyva, el capitan Alvarado, el marqués de Pescara don Hernando Dávalos, que fue adelante muy famoso capitan.

El de Ingalaterra se apercibia para luego que el tiempo diese lugar, romper con Francia por la parte de Guiena: pretension antigua de aquellos reyes: sobre que en nombre del rey Católico hacia instancia don Luis Carroz su embajador. Tenia nombrado por general para aquella guerra á Tomás Graye, marqués de Orset, primo hermano del mismo rey. Acordó asimismo el rey Católico que se sobreyese por entonces en la conquista de Africa, y se sacase la gente de guerra que tenian en Oran, quedando allí sola la necesaria para la defensa. Entonces se ordenó que se hiciese repartimiento de aquella ciudad: señalaron seiscientas vecindades, las doscientas de gente de á caballo y las otras de á pié: repartieron entre los pobladores las casas, huertas y tierras de la ciudad, todo á propósito que con mas facilidad se pudiese sustentar aquella plaza. Para que de mejor gana acudiesen á poblar, se concedió á los vecinos franqueza de tributos y alcabalas además del sueldo que á todos les mandaban pagar.

En esta misma sazon postrero de enero parió en Lisboa la reina doña María un hijo que se llamó el infante don Enrique, y fue adelante cardenal, y últimamente por muerte de su sobrino el rey don Sebastian murió rey de Portugal: ocultos y altos juicios de Dios. El mismo dia que nació este infante, nevó mucho en Lisboa, cosa muy rara en aquella ciudad. Los curiosos decian que pronosticaba aquella nieve la blancura de sus costumbres, que fueron muy santas, y la pureza de la castidad, en que perseveró toda la vida; en el rostro fue el mas semejante á su padre entre todos sus hermanos. Hallábase el rey Católico en Burgos: allí á los diez y seis de febrero por muerte del condestable don Bernardino de Velasco concertó que su hija doña Juliana, nieta del mismo rey por parte de su madre doña Juana de Aragon, casase con Pero Hernandez de Velasco hijo mayor de don Iñigo, que sucedió á su hermano don Bernardino en aquel estado de Haro y en el oficio de condestable.

CAPÍTULO VIII.

Que el papa descomulgó al rey de Navarra.

La ausencia del duque de Nemurs dió avilenteza á los de Bresa y á los de Bérgamo para levantarse contra Francia, y volver á poder de venecianos, escepto los castillos. Era este negocio muy grave, y principio de que todas aquellas ciudades de nuevo conquistadas hiciesen lo mismo. Acordó el duque luego que socorrió á Boloña, de acudir á aquella parte: llevó consigo al señor de Alegre. Quedó en Boloña un capitan francés, por nombre Fulleta, con trecientos hombres de armas y tres mil infantes en defensa de aquella ciudad. Al encuentro del de Nemurs salió Griti con el ejército de la señoría y todo el pueblo de Bresa. Retiróse él á la montaña, y pasada la media noche entró en la ciudad por la parte del castillo. Desde allí pasó á dar en el real de los venecianos. Trabóse una batalla muy reñida y herida: murieron muchos de ambas partes, mas la victoria quedó por Francia con prision de Andrés Griti, de Antonio Justiniano, gobernador de aquella ciudad, y Pablo Manfron. El conde Luis Bogaro, que entregó aquella ciudad á venecianos por ser natural, y tener gran parte en ella, no solo fue preso, sino por sentencia justiciado por traidor. El duque de Nemurs con este suceso tan próspero recobró sin dificultad á Bérgamo. Dejó á monsieur de Aubeni en guarda de Bresa con golpe de gente: lo demás del ejército repartió por el Veronés, y él se fue á Milan á festejar las carnestolendas, y como á gozar del triunfo de la victoria. El rey de Francia sintió mucho su ira en tal coyuntura: ordenóle que sin dilacion saliese con su gente para hacer rostro al ejército de la liga, que á esta sazon se hallaba menguado de soldados, y con poca reputacion y en mucho aprieto. Esto dió ánimo al concilio de Pisa para nombrar por sus legados á los cardenales, al de San Severino de Boloña, y al de Bayos de Aviñon; y fue ocasion que ni los venecianos se concertasen con el emperador si bien el papa hacia grande instancia que aceptasen las condiciones diversas veces tratadas, ni el emperador se declarase por la liga; verdad es que poco despues por diligencia del embajador Gerónimo Vic concertaron treguas con ciertas capitulaciones con que aquella señoría se obligó á contar cierta suma de dineros al emperador.

El rey de Francia fortificaba sus fronteras de Normandía primero, y despues de la Guiena por miedo del Inglés. Juntamente procuraba tener muy de su parte al rey de Navarra, dado que de secreto daba grandes esperanzas al duque de Nemurs que concluida la guerra de Italia, le pondria en posesion de aquel reino. Esta alianza tan estrecha del rey de Navarra con Francia fue causa de su perdicion; la cual se encaminó desta manera: el papa supo que aquel rey favorecia y ayudaba á los enemigos de la Iglesia, y hacia las partes de Francia y del concilio de Pisa: acordó con consejo del colegio de los cardenales de acudir al remedio que se suele tener contra príncipes scismáticos, esto es que pronunció sentencia de descomunion contra el rey y reina de Navarra; privólos de la dignidad y título real, y concedió sus tierras al primero que las ocupase. Dióse esta sentencia á los diez y ocho de febrero: entendióse que la solicitó el rey Católico; lo cierto que la tuvo muchos dias secreta con esperanza de asegurarse por otro camino de aquellos reyes. Con este intento por fin del mes de marzo desde Burgos do se hallaba, despachó á Pedro de Hontañon para que de su parte avisase á aquellos reyes del camino errado que llevaban; y para asegurarse que ni darian ayuda á Francia en aquella ocasion, ni paso por sus tierras á sus enemigos y de la Iglesia, pedia le entregasen á su hijo el príncipe de Viana, con promesa que les hacia de casalle con una de sus nietas, es á saber con doña Isabel, ó con doña Catalina. Ellos no quisieron venir en nada desto, antes continuaban en maltratar á los servidores del rey Católico, hacer alardes y juntas de gentes. Y si bien por don Juan de Silva frontero de Navarra fueron avisados no diesen lugar á aquellas novedades, á sus saludables amonestaciones no daban oidos. Animábanlos las nuevas que venian de Italia de la pujanza de los franceses, y del aprieto en que se hallaba el campo de la liga.

Entreteníase el virey con su gente en el condado de Boloña, sin retirarse por la reputacion, ni atreverse á pasar adelante, ó acometer alguna empresa, si bien el papa quería que rompiesen por las tierras del ducado de Milan. Temian ellos no les atajasen las vituallas que les venian de Rávena; y de la gente que tenian, por la aspereza del tiempo unos eran muertos,

y otros desamparaban las banderas. Lo que mas es, que á tiempo que los enemigos estaban muy cerca, el teniente del duque de Urbino y las seiscientas lanzas del papa se salieron del real con achaque que no les pagaban, y que tenian sospecha de alguna gente española. La verdad era que el duque traia inteligencias con el rey de Francia, y tenia letras suyas sobre un cambio de Florencia para levantar gente en su nombre. Llegó la mengua de nuestro campo á términos que el virey y el legado acordaron de tomar á sueldo cuatro mil italianos para reforzalle; y aun el papa pretendia los llegasen á ocho mil, y libró para ello luego el dinero. Era su parecer que sin dilacion se viniesen á las manos con los franceses: su grande corazon le quitaba todo temor. El rey Católico al contrario queria se entretuviesen hasta tanto que la gente de Venecia les acudiese, pues lo podian hacer con la tregua que se asentó entre ellos y el emperador: ordenaba otrosí que se proveyesen de número de suizos, y á falta destos de alemanes. Para persuadir esto despachó á Hernando de Valdés, capitan de su guarda, que fuese primero á Roma á tratallo con el papa, y desde allí pasase al campo de la liga á mandallo al general de su parte. Hizo él lo que se le mandó muy cumplidamente. Llegó á do el virey alojaba á los veinte y nueve de marzo en sazon que los campos alojaban el uno á vista del otro, de tal suerte que sin gran nota con dificultad se podia escusar de venir á las manos.

CAPITULO IX.

De la famosa batalla de Rávena.

El ejército de la liga todavía se entretenia en el castillo de San Pedro en Butri, en Cento y la Pieve, pueblos todos del condado de Boloña: el virey determinaba de esperar allí los franceses, y si quisiesen, dalles la batalla. La disposicion del lugar ayudaba mucho á los de la liga, y el deseo de venir á las manos era grande. En esta sazon llegó el campo de Francia, y con él el duque de Ferrara muy acompañado de gente lucida y brava. Estuvieron los unos á vista de los otros tres dias sin que se viniese á la batalla. Los franceses no se atrevieron á acometer nuestro campo en lugar tan desaventajado: el virey queria guardar el órden que le trajo Hernando de Valdés.

Detuviéronse los franceses en aquel puesto hasta postrero de marzo. Este dia alzaron sus reales, y se encaminaron la via de Rávena, de la cual ciudad deseaban mucho apoderarse por ser el mercado de do los nuestros se proveian de vituallas. Habia enviado el virey los dias pasados para la defensa á don Pedro de Castro con cien caballos ligeros, y á Luis Dentichi gentilhombre neapolitano con mil soldados italianos. La plaza era tan importante, que se determinó de levantar luego el real y seguir por la huella el enemigo tan de cerca que solas tres millas iban distantes los dos campos: acordó asimismo que Marco Antonio Colona se adelantase de noche con cien lanzas de su capitanía y quinientos españoles para meterse dentro de aquella ciudad. Está Rávena puesta á la marina del golfo de Venecia entre dos rios que entrambos se pueden vadear, el uno se llama Ronco, y el otro Monton: corren muy pegados á los muros, el Monton á mano izquierda, el Ronco la derecha, dicho antiguamente Vitis.

Llegaron los franceses el jueves santo á poner su real sobre aquella ciudad entre los dos rios. Dióse el combate el dia siguiente que fue muy bravo. Defendiéronla los de dentro con mucho ánimo, en particular Luis Dentichi que perdió un hermano en la batería, y él quedó mal herido de que murió en breve. El virey acordó arrimarse á un lado de la ciudad, y seguir el rio Ronco abajo que bate con los muros, y dividia los dos campos. Llegó el sábado santo á ponerse á dos millas de los enemigos en un lugar que se llama el Molino, en que se fortificaron con un foso que tiraron delante su campo. Sobre el pasar adelante hobo diversos pareceres; Fabricio queria que reparasen en aquel lugar, pues tenian seguras las vituallas, y los enemigos en breve padecerian necesidad, además que desde allí aseguraban la ciudad, ó si los enemigos se desmandasen á tomalla, la victoria.

El conde Pedro Navarro como hombre muy arrimado á su consejo y enemigo del ajeno, aunque fuese mejor y mas seguro, persuadió al virey que pasase adelante. Mostró siempre gran deseo de pelear, y hacia el principal fundamento en la infantería española, que queria aventurar contra todo el ejército de los enemigos: gran temeridad y locura. Con esta resolucion se adelantaron los nuestros: salieron á escaramuzar con nuestra avanguardia algun número de caballos franceses, pero no se hizo cosa de momento aquella tarde mas de que los enemigos volvieron á sus estancias, y los del virey aquella noche se quedaron casi á vista de los reales contrarios. Luego el otro dia, que fue el domingo de Pascua á los once de abril, los unos y los otros se pusieron en órden de pelear. Tenian los franceses veinte y cuatro mil infantes entre franceses, gascones, alemanes y italianos, dos mil hombres de armas y dos mil caballos ligeros: las piezas de artillería eran cincuenta. Guiaban la avanguardia el duque de Ferrara, y monsieur de la Paliza: en la batalla iban el gran senescal de Normandía y el cardenal Sanseverino legado del concilio pisano; regia la retaguardia Federico de Bozoli; el de Nemurs con golpe de caballos escogidos quedó de respeto para acudir á do fuese mas necesario. El ejército de la liga que en la fama era de diez y ocho mil infantes, no llegaba con mucho á este número. Los españoles eran menos de ocho mil, los italianos cuatro mil, mil y docientos hombres de armas, dos mil caballos ligeros, y veinte y cuatro piezas de artillería.

Debiera el virey partir antes del alba y sin estruendo para atajar á los enemigos el paso, y no dalles lugar que se pusiesen en ordenanza, como lo aconsejaba Fabricio: pero él no quiso venir en esto, y así dió lugar á que los enemigos, pasado un puente que tenian en aquel rio, estuviesen muy en órden. La avanguardia de nuestro ejército llevaba Fabricio Colona con ochocientos hombres de armas y seiscientos caballos ligeros, y cuatro mil infantes. De toda la demás gente se formaron dos escuadrones, que quedaron á cargo del virey y del conde Pedro Navarro. Adelantáronse con esta órden al son de sus cajas. Animaban los generales cada cual á su gente, el de Nemurs en particular habló á los suyos en esta manera. «Los que por tanto tiempo, señores y soldados, habeis deseado, que es pelear con los enemigos en campo raso, la fortuna ó fuerza mas alta como benigna madre, demás de las victorias pasadas que nos ha dado, nos lo concede este dia, en que nos presenta ocasion de la mas gloriosa victoria que jamás ejército alguno haya alcanzado. Con la cual no solo Rávena y toda la Romaña os quedarán rendidas como en parte del premio debido á vuestro valor; antes no quedando en Italia cosa que haga contraste á vuestro esfuerzo, ni lanza inhiesta, ¿quién, amigos, será parte para que no sigamos la victoria sin parar hasta apoderarnos de Roma, ciudad y córte rica y soberbia con los despojos de toda la cristiandad? botin y presa que á todo el mundo pondrá envidia juntamente y espanto. Tomada Roma, quién os estorbará el paso para Nápoles? donde vengareis las injurias recebidas los años pasados muchas y graves: grande felicidad, y que la tengo por muy cierta cuando considero vuestro valor,

»vuestras hazañas, y sobre todo esos semblantes »alegres y denodados. Y no me maravillo que os »mostreis animosos contra los que de noche afren»tosamente os volvieron las espaldas luego que lle»gastes á Boloña: los mismos que por no venir á »vuestras manos, ni fiarse de sus brazos, se arrima»ron á los muros de Imola y de Faenza, y se valieron »de la aspereza de los lugares en que asentaron sus »reales. Jamás esta canalla se os atrevió en el reino »de Nápoles sino con ventaja de lugar, de reparos, »rios y fosos: toda su confianza la tienen puesta en »sus mañas. Fuera de que estos no son los ejercita»dos en las guerras de Nápoles, sino gente allegadi»za, y lo mas acostumbrados á contrastar con los »arcos y lanzas despuntadas de los moros; y aun »poco ha quedaron de esos mismos vencidos en los »Gelves y destrozados: ¡oh grande mengua! y Pedro »Navarro su caudillo de tanto valor es á saber y fama »aprendió mal su grado cuán diferente cosa sea ba»tir los muros con la fuerza de la artillería y con las »minas secretas, ó llegar á las manos y á las espa»das. No catais el foso que esta noche han tirado, y »como se han cerrado con sus carros? nunca se olvi»dan de sus artes. Mas sed ciertos que no les valdrán, »ni la batalla se dará como ellos deben pensar. La »artillería los sacará de sus manidas y cavernas á lo »raso, donde se entenderá la ventaja que el ímpetu »francés, la ferocidad alemana y la nobleza de italia»nos hace á las astucias de los españoles. El número »de nuestra gente es casi doblado que el de los con»trarios, cosa que parece alguna mengua para gente »tan esforzada; mas si bien se mira, nadie tendrá »por cobardía que nos aprovechemos desta ventaja, »antes á los contrarios por temerarios y locos, pues »se mueven á pelear solo á persuasion de Fabricio »Colona, que á costa suya quiere librar de nuestras »manos á su primo Marco Antonio. Por mejor decir »la justicia de Dios los ciega para castigar la sober»bia y enormes vicios del falso pontífice Julio: los »engaños y traiciones de que se vale contra la bon»dad de nuestro rey el fementido rey de Aragon. »Mas para qué son tantas palabras? á qué propósito, »soldados, entreteneros la victoria con alargar razo»nes? arremeted pues y cerrad sin dudar que este »dia á mi rey dará el señorío, y á vos las riquezas de »toda Italia. Yo acudiré á todas partes sin tener »cuenta con la vida como lo acostumbró el mas di»choso capitan que jamás hobo en el mundo, pues »tengo tales soldados, que con la victoria deste dia »quedaran los mas famosos y mas ricos que algunos »otros de trecientos años á esta parte.»

Comenzó á jugar la artillería, y como quiera que la del virey al principio hizo grande daño en la avanguardia enemiga al pasar el rio, pero la de los contrarios por ser en número doblada, y asentarse en lugar mas abierto, hizo muy mayor estrago en la gente de armas, que no tenia algun reparo. Arremetió el marqués de Pescara con los caballos ligeros solo porque se comenzase la pelea. Mezcláronse los hombres de armas de todas partes con poca órden. Estuvo la pelea



en peso un buen espacio sin que se reconociese ventaja. Cargó mucha gente francesa, y los de la liga comenzaron á desmayar y desordenarse. En este trance fue herido el caballo del marqués de Pescara y él preso, y muerto Pedro de Paz capitan muy señalado. El conde Pedro Navarro que siempre pretendió llevar el prez de la victoria, visto esto se adelantó con la infantería española con espaldas de trecientos hombres de armas espa-

ñoles que pudo recoger. Al tiempo de romper con la infantería tudesca vió el coronel Zamudio que iba en la primera hilera un capitan aleman por nombre Jacobo Empser, que se adelantó de los demás para desafialle. «Oh rey (dijo Zamudio) cuán caras cuestan las mercedes que nos haces, y cuán bien se merecen en semejantes jornadas.» Dichas estas palabras terció su pica, fuese para el tudesco, y dió con él muerto en tierra. Los demás hirieron con tal denuedo en los alemanes que los desbarataron : con la misma fuerza pasaron por los gascones y por los italianos sin hallar en ellos resistencia, de manera que con un ímpetu y furor estraño, pasados á cuchillo los mas de los tudescos, tanto que de doce capitanes alemanes murieron los nueve, pusieron en huida toda la demás infantería francesa. No pararon hasta llegar á la artillería y ganalla, si bien los franceses dicen que la defendió con gran esfuerzo Jenolaco Galeoto capitan de la artillería. Lo que consta es que la caballería francesa, visto aquel estrago y peligro, revolvió sobre nuestra infantería : la carga fue tan brava que aunque los españoles se defendieron gran rato, como ni tenian caballería que les acudiese, y estaban muy cansados de pelear, fueron desbaratados. Allí murie-



Hernando de Alarcon

ron el coronel Zamudio y otros capitanes, y quedó preso el conde Pedro Navarro : los demás soldados se retiraron en ordenanza. Acudióles la infantería que iba en la avanguardia : defendíalos por un lado el rio, y por otro la calzada del camino real. Deseaba mucho el duque de Nemurs desbaratar aquel escuadron por quedar de todo punto con la victoria : adelantóse con pocos contra el parecer de monsieur de la Paliza, que le decia se contentase con lo hecho. Revolvieron sobre él los contrarios, y derribado del caballo fue muerto por un soldado español, sin aprovechalle decir mirase que tenia por prisionero al hermano de la reina de Aragon. Murieron asimismo monsieur de Alegre y su hijo, y monsieur de Lautreque quedó por muerto tendido en el campo. Con esto dejaron pasar el rio abajo hasta tres mil soldados españoles. Peleaba todavía Fabricio con su gente, y la demás que pudo recoger, contra todo el campo francés hasta tanto que le dieron dos heridas, y cayó con el caballo en poder de la gente del duque de Ferrara. Desta manera los franceses quedaron señores del campo y la victoria por ellos, pero tan destrozados, que no pudieron ejecutalla, ni seguir el alcance ni hacer empresa de momento. Del número de los muertos no se puede decir cosa cierta por la diversidad que hay en los autores; que parece siguieron cada cual sus aficiones particulares mas que la verdad. Lo que consta es que la pelea duró por espacio de cinco horas, y que fue mayor el daño que recibieron los vencedores, no solo por perder su general y casi todos los alemanes y aun las personas de cuenta, fuera del duque de Ferrara y de monsieur de la Paliza, sino porque de nuestra caballería se perdió poca, tanto que aquella noche se recogieron la vuelta de Arimino y Ancona hasta tres mil entre hombres de armas y caballos ligeros, y se pusieron en salvo pasado de cuatro mil españoles de infantería : el virey de Pésaro do se retiró, pasó á Ancona para recoger la gente. Personas de cuenta se salvaron : el duque de Trageto, el conde del Pópulo, Ruy Diaz Ceron, Alonso de Carvajal, Antonio de Leyva, si bien en la batalla le mató la artillería dos caballos, Hernando de Valdés que se quiso hallar en esta batalla, Julio de Médicis caballero de San Juan. Quedaron presos demás de los dichos el legado y don Juan de Cardona hermano del marqués de la Pádula, que murió de las heridas, Hernando de Alarcon, los marqueses de Vitonto y de Atela, sin otras muchas personas de respeto que llevaron á Milan : solos Fabricio y Alarcon y don Juan de Cardona quedaron en Ferrara.

Con esta victoria los franceses acudieron á Rávena que se entregó luego á partido, en que no se guardó lo capitulado, porque salidos Marco Antonio Colona y don Pedro de Castro con la gente de su cargo la via de Cesena, la pusieron á saco sin perdonar á templos ni monasterios. Los escritores franceses cargan la culpa deste desórden á Jaquin, capitan de infantería, el cual del despojo de las iglesias de Bressa andaba vestido de brocado; y regostado á la ganancia, que le costó la vida, incitó á los soldados á que hiciesen lo mismo en Rávena, donde hallaron mas despojos y riquezas de lo que se pudiera pensar. Diéronse á los vencedores las ciudades de Imola, Forli, Cesena y Arimino con casi todos los castillos de la Romaña, que los recibió el legado en nombre del concilio Pisano.

La nueva desta batalla, que fue de las mas famosas de Italia, se derramó por todas partes. El papa averiguada la verdad no perdió ánimo, dado que el pueblo de Roma estaba para alborotarse, especialmente que el duque de Urbino se le envió á ofrecer con deseo de emendar los yerros pasados. Julio de Médicis desde Cesena, donde se acogió, con licencia se vió con el legado su primo, y por su órden fue á Roma para dar razon al papa del estado en que las cosas quedaban, y animalle á pasar adelante. Al rey Católico dieron á entender que el daño era muy menor de lo que de verdad fue, porque en sus cartas refiere que por los alardes se halló no faltaban de su campo mil y quinientos hombres entre la gente de á caballo y de á pie. Sin embargo acordó de enviar al Gran Capitan á Italia, cuya presencia se tenia por cierto bastaba á soldar aquella quiebra: así lo publicó y escribió á diversas partes, y despachó luego para Nápoles al comendador Solís con dos mil soldados españoles. El rey de Francia, luego que supo lo que pasaba, dijo: Ojala yo perdiera á Italia, y mi sobrino y mis buenos capitanes fueran vivos; tales victorias de Dios á mis enemigos, que por ellas se dijo: el vencido vencido, y el vencedor perdido. La señoría de Venecia se alteró tanto que tuvo por cierto con esta victoria se harian señores los franceses no sólo de Nápoles sino de toda Italia. Llegaban á querer mudar partido. El conde de Cariati Juan Bautista Espinelo, embajador á la sazon del rey Católico en aquella ciudad, con sus buenas razones y con mostralles cuán pequeño fue el daño, los sosegó para que no se declarasen contra la liga. El cardenal de Sorrento, que quedó en Nápoles en lugar del virey durante la ausencia de don Ramon de Cardona, requirió á don Hugo de Moncada virey de Sicilia acudiese con toda la gente que pudiese juntar, para asegurar las cosas de Nápoles y para cumplir con el cargo que tenia á la sazon de capitan general de los reinos de Nápoles y Sicilia; lo cual él hizo con los soldados que vinieron de Tripol y otra gente de á caballo. Asimismo don Ramon de Cardona de Ancona se partió para Nápoles, do entró á tres de mayo, con intencion de rehacer el ejército lo mejor que pudiese, y proveer de todo lo necesario.

CAPITULO X.

Que el concilio Lateranense se abrió.

Antes que esta batalla se diese, el papa en Roma se ocupaba en aprestar lo que era necesario para celebrar el concilio Lateranense al tiempo aplazado en sus edictos. Nombró en consistorio ocho cardenales y otras personas que atendiesen á esto, y mucho mas á dar órden en lo que á la reformacion de la ciudad de Roma y de su córte tocaba, que no era justo los prelados extranjeros hallasen desórdenes y vicios donde debia estar el albergue de toda virtud y honestidad. Juntamente hacia instancia que los obispos de Sicilia y de Nápoles acudiesen; eso mismo los de España, en particular queria se hallasen en el concilio los arzobispos de Toledo y de Sevilla, que eran dos prelados muy notables y grandes. Pretendia con su presencia autorizar aquel concilio, y llegaba á ofrecer el capelo al de Sevilla. Su mayor ansia era desacreditar por estos medios el conciliábulo de Pisa que tenian junto los cardenales scismáticos.

Ellos por este mismo tiempo trasladaron su junta á Milan, y con la nueva de la victoria ganada por los franceses, que sonaba mas de lo que era, pasaron tan adelante que publicaron sus cartas contra el papa en que se contenia en sustancia: que atento que una y muchas veces le suplicaron y amonestaron asistiese en el concilio, ó señalase una de diez ciudades que nombraban, para que libremente se pudiese celebrar, por lo menos no impidiese ni molestase la prosecucion de aquel synodo; y que en lugar de hacello así habia sido causa de derramarse infinita sangre, sin dar esperanza alguna de reformar sus graves escándalos y vicios: por tanto le declaraban por suspenso de toda administracion espiritual y temporal del pontificado, y la adjudicaban al santo concilio, conforme á la determinacion de la sesion undécima del concilio de Basilea, y de la cuarta y quinta del concilio de Constancia.

Fijóse esta declaracion en las iglesias de Milan, Florencia, Génova, Verona y Boloña: atrevimiento y desacato que hizo maravillar á todo el mundo, y al papa sirvió de espuelas para abreviar en dar principio al su concilio Lateranense. Abrióse á los diez de mayo. Halláronse presentes los cardenales de Roma, muchos prelados que concurrieron de diversas partes. El mismo pontífice quiso presidir en él para que todo tuviese mas autoridad y peso. En la primera junta Egidio de Viterbo, general de los agustinos, y de los mayores predicadores que hobo en su tiempo en Italia, hombre erudito y grave, hizo un sermon muy elegante á propósito de lo que se debia tratar y remediar por los padres que allí estaban congregados, desta sustancia: «Años há que por toda Italia »á propósito de la revelacion de San Juan tengo pre»dicado que se verian grandes trabajos en la iglesia, »y últimamente podíamos esperar su emienda y re»formacion. Alégrome que mi profecía no haya salido »vana, pues casi en un tiempo nos vemos puestos en »el estremo de los males y peligros, y tras ellos nos »amanece la esperanza del remedio y de la bonanza »despues de un tan recio temporal. Esta diferencia »hay entre las cosas del cielo y las terrenas, que »aquellas como son eternas no tienen necesidad de »reparo, las humanas piden contínuo cuidado para »reformarse, por las alteraciones y mudanzas á que »son sujetas. Lo que es la labor y riego en las plantas, »lo que el sustento á los animales, esa necesidad tie»nen las costumbres de ser cultivadas. Que si esto »pueden hacer los pastores, cada cual en su rebaño, »la esperiencia desde el tiempo del Gran Constantino »acá nos ha enseñado con cuanta mas eficacia se eje»cuta cuando los prelados juntos en uno se animan y »esfuerzan ayudados del espíritu de Dios que les asis»te, á poner la mano en la labor. ¿Quién desarraigó »las herejías que de todo tiempo se levantaron? los »concilios. ¿Quién tuvo á raya los príncipes, ó los »hizo temblar para que no hiciesen desaguisados y »males? los concilios: por abreviar, ¿qué otra cosa »sustenta hoy el lustre de la Iglesia, tiene en pié la »religion y las ceremonias sagradas, hace que el pue»blo se mantenga en piedad y obedezca á las leyes »eclesiásticas? ¿por ventura no son los concilios? »Que si el fruto es menor de lo que fuera razon, y »los daños y vicios se ven crecer mas de lo que qui»siéramos, mirad, padres, no sea la causa el haber »aflojado en costumbre tan loable. Grande fuerza tie»nen estas juntas y grande eficacia; pero si las ayu»damos con el ejemplo da la vida y nuestra modestia

»en todo á imitacion de nuestra cabeza, que comenzó á hacer y á enseñar, como dice la Escritura. »Buena es la enseñanza, y el trabajo que en ella se »pone bien empleado, mas es menester esforzalla con »el buen ejemplo y con la buena vida del que tiene oficio de enseñar. No me quiero detener en cosa tan »clara. ¿Quién no ve los trabajos y males deste miserable siglo? Las costumbres del pueblo tan sueltas, la ignorancia, ambicion y deshonestidad en »quien menos era razon? las demasías y robos, ¿diré »de los príncipes ó de sus soldados, ó de los unos y »de los otros? esos campos bañados con la sangre »derramada mas que con las lluvias del cielo, ¿quién »los puede mirar sin lágrimas? Estos y otros muchos »males, ó en este concilio se han de remediar, ó no »nos que la alguna esperanza. Grandes cosas habeis »emprendido y acabado, padre santo; asegurar los »caminos, castigar los salteadores, restituir á la »Iglesia tantas ciudades cuantas ningun otro pontífice: todavía la mayor os queda por hacer, esta es »pacificar los príncipes cristianos y acabar con ellos »vuelvan sus fuerzas contra el enemigo comun. Dejemos las armas corporales: con las que son propias nuestras, hagamos guerra á los vicios y á los »males que son muchos y grandes, ¿porque cuándo »la vida fue mas suelta? ¿cuándo la ambicion mas »desenfrenada? ¿cuándo mayor libertad de hablar y »sentir como cada cual quiere de las cosas divinas? »¿cuándo se vió mayor carnicería entre paganos y »fieras que la de Bressa primero, y despues la de Rávena, cuya sangre aun no está del todo enjuta? Todo lo cual ¿qué son sino voces del cielo que amonestan y dicen la necesidad que teníamos de acudir á »este postrer remedio, y á esta sagrada áncora? El »provecho para que sea mas colmado, se debe dar »órden que en él se use de modestia, no haya voces »ni ruidos; y sin embargo todos tengan la libertad de »hablar que antiguamente se tenia, aunque se tratenten cosas que toquen á cualquier persona por grande que sea. Haced, padres, lo que es de vuestra »parte, que Cristo os acudirá con su espíritu y todos »los santos del cielo con su ayuda. San Pedro y San »Pablo claras lumbreras del cielo, y patrones de la »Iglesia santa y desta ciudad, oid nuestros gemidos: »poned los ojos de vuestra benignidad en nuestros »daños: ayudad á vuestra Iglesia, viña de vuestra »labranza, y posesion de Dios; y la que librastes de »la crueldad de los tiranos, no permitais perezca á »manos de los que se llaman sus hijos y familiares. »Comunicad fuerza del cielo á todos estos padres y »santos prelados para que puestos los ojos en Dios, y »sin tener respeto á nadie, provean del remedio que »tantas miserias piden y á todos no es necesario.»

CAPITULO XI.

Del principio de la guerra de Navarra.

La tregua que se asentó entre el emperador y venecianos, y la diligencia del cardenal sedunense obraron tanto, que los suizos se resolvieron de pasar en Italia en ayuda de la liga y de la Iglesia. Lo que les pudiera entibiar, que era la batalla de Rávena, eso les hizo apresurar tanto, que se halla que á los diez y nueve de mayo estaban en Valcamonica, tierra de Bressa en número de diez y seis mil: traian diez y ocho piezas de artillería de campo; sin otros seis mil que bajaban á la parte de Milan la via de Novara, y dos mil por la via de Bérgamo. Venia por general desta gente el baron de Altosajo, y en su compañía Mateo, el cardenal sedunense.

Los franceses sea por acudir á la parte de Guiena, y por mandamiento de su rey como dicen sus historiadores, sea por miedo de tanta gente que acudia contra ellos de refresco en gran número, desamparada Italia, se volvia á su tierra. Quedaba el de la Paliza, con alguna gente en lo de Lombardía, pero cada dia se le despedian soldados. Llegaron á Verona á los veinte y siete de mayo pasados de veinte mil suizos: tomáronla sin dificultad á causa que los franceses desampararon la ciudad y el castillo. Aquí se acordó que Pablo Capelo con el ejército de la señoría, que era setecientos hombres de armas, ochocientos caballos ligeros y cuatro mil infantes, se juntase con los suizos. Fueron sobre Valesio, do se recogieron los franceses de Verona, que tambien desampararon esta plaza sin acometer á defenderse, ni atajar el paso á los enemigos, que fuera fácil por estar el rio Mincio en medio.

Siguieron los suizos el campo de Francia, que se retiró á Pontevico y desde allí á Cremona, sin hallar lugar seguro en que afirmarse, ni arriscarse á venir á las manos, tanto mas que el emperador tuvo forma para que los alemanes que quedaban en el ejército francés; se despidiesen: cosa que puso tanto miedo al de la Paliza que no paró hasta retirarse á Aste en lo postrero del ducado de Milan con intencion de desamparar á Lombardía. Con esto las ciudades se levantaron, en particular Cremona que se dió al cardenal sedunense en nombre del imperio: Milan con casi todas las demás ciudades de aquel estado se rindió á los vencedores: Rávena otrosí volvió á poder del papa; todos los elementos parece se conjuraban en daño de Francia.

Con estos principios tan prósperos el de Gursa y don Pedro de Urrea que venian con este ejército, pretendian haber á Maximiliano Esforcia para restituille en aquel ducado, y hacer la guerra con mas calor, y proceder en aquella empresa con mayor justificacion. Los cardenales scismáticos por no estar seguros en Milan se pasaron á Francia. En esta revolucion tan grande de cosas las ciudades de Placencia y Parma se dieron de su voluntad al papa, que pretendia le pertenecian como miembros del antiguo exarcbado de Rávena, que donaron á la sede apostólica los reyes de Francia segun que de suso queda notado.

En España continuaba el rey Católico en requerir al de Navarra le asegurase bastantemente que por aquella parte no le haria daño alguno. Como no venia en dar á su hijo el príncipe de Viena, contentábase que pusiese sus fortalezas en poder de alcaides naturales de aquel reino, pero que fuesen á su contento. Vino á Burgos Ladron de Mauleon de parte de aquel rey, mas sin poderes bastantes ni comision para concluir. Ofrecia el embajador de Navarra que se daria seguridad que por aquel reino no se haria ofensa á la causa de la Iglesia: no venia en asegurar que por los demás estados que tenian en Francia, se haria lo mismo. Diósele por resoluta y final respuesta que diesen seguridad que estarian neutrales, ó si ayudaban al Francés por lo de Bearne, que lo mismo hiciesen con la liga por lo de Navarra. Tenia aquel rey gran recelo que despues de la muerte de Gaston de Fox el rey Católico pretenderia apoderarse de aquel reino por la reina doña Germana como heredera de su hermano, y de sus acciones y derechos. Prometia monsieur de Orbal, embajador en Navarra del rey de Francia que en tal caso su señor acudiria á aquellos reyes con todas sus fuerzas; y aun ofrecia que daria al príncipe de Viana por mujer á su hija menor. Estas y otras ofertas mal fundadas engañaron aquel rey para que pospuestas las obligaciones que tenia á Dios, y sin respeto del deudo tan cercano con España, entrase en la liga de Francia, que fue despeñarse en su perdicion.

En esto el marqués de Orset con su armada de Ingalaterra en que venian mas de cinco mil arqueros, llegó al Pasage puerto de Guipúzcoa á los ocho de junio. Fué á verse con él don Fadrique de Portugal, obispo de Sigüenza, que atendia en San Sebastian

por órden del rey para proveer á los ingleses de todo lo necesario. Juntábase en Castilla buen número de gente para hacelles compañía en aquella empresa, y por su general el duque de Alba. Pretendia el rey Católico acometer primero á Navarra por asegurar las espaldas, y tener el paso y las vitualias seguras para la empresa de Guiena. Con este intento mandó juntar córtes de la corona de Aragon en Monzon, y por presidente la reina doña Germana; y que se alistase toda la gente que ser pudiese de aquellos estados, para ayudalle en aquella guerra, á que decia queria ir en persona. Resolvieron en aquellas córtes de servir á su rey por espacio de dos años y ocho meses con docientos hombres de armas y trecientos ginetes.

El rey de Navarra, vista la tempestad que le amenazaba, envió á su mariscal don Pedro de Navarra al rey Católico para dar algun buen corte. Venia en que para la seguridad que se pedia, se entregasen algunas fortalezas suyas, como no fuesen la de Estella y San Juan de Pié de Puerto, que eran las mas importantes. Acordó el rey Católico que su gente ante todas cosas fuese sobre Pamplona, y pedia al marqués de Orset hiciese lo mismo; mas él se escusó con que no tenia comision de su rey para hacer la guerra en Navarra, antes formaba queja contra el rey porque no tenia á punto la gente, como tenian concertado, para romper por la Guiena. Decia que si acudieran luego, se apoderaran sin dificultad de Bayona por hallarse desapercebida, y con la dilacion dieron lugar á que le acudiese gente, y se pusiese de tal manera en defensa que con grande dificultad se podria ya ganar.

CAPITULO XII.

El rey Católico se apoderó de Navarra.

Entreteníase el duque de Alba en Victoria hasta que le viniese órden de lo que debia hacer. Tenia en Álava, y en la Rioja y Guipúzcoa su gente, que eran mil hombres de armas, mil y quinientos ginetes y seis mil infantes. Iban por coroneles de la infantería Rengifo y Villalva: llevaban veinte piezas de artillería, y por capitan della Diego de Vera. Llegó al duque órden del rey, en que le mandaba se encaminase con toda su gente á Pamplona cabeza del reino de Navarra. Hízose así: entró en aquel reino un miércoles á veinte y uno de julio. Llevaba la avanguardia don Luis de Biamonte forajido de Navarra, y despojado de su estado. Era la reina doña Catalina ida con sus hijos á Bearne, y el rey se quedó en Pamplona con intento de defender aquella ciudad; pero como quier que el duque halló la entrada y camino llano, el rey por ver las pocas fuerzas que tenia, se retiró á la villa de Lumbierre. Con su ausencia los de Pamplona hicieron sus conciertos, y se entregaron al duque el mismo dia de Santiago. Querian hacer lo mismo casi todos los lugares de aquel reino.

El rey don Juan por prevenir este daño y reparar sus haciendas lo mejor que pudiese, envió tres comisarios al duque con poderes bastantes para concertarse, resuelto de aceptar las leyes que le pusiesen. Hízose el asiento, que en sustancia era remitirse á la voluntad del rey Católico para cumplir todo lo que ordenase y por bien tuviese; cuya resolucion fue que aquel rey le entregase todo el reino de Navarra para tenelle en depósito hasta tanto que las cosas de la Iglesia se asentasen, y despues lo que su voluntad fuese: asimismo que entregase al príncipe de Viana su hijo para que estuviese y se criase en Castilla; condiciones tales y tan ásperas cuales se podian esperar de un vencedor. Con esto el rey don Juan, perdida la esperanza de poderse valer en Navarra, pasó los puertos. Las villas y lugares luego que fueron requeridas de paz, enviaron sus procuradores á entregarse: sola la fortaleza de Estella y los del val de Escua confiados en la aspereza de la montaña no vinieron en lo que los demás. Los roncaleses venian en rendirse, pero pedian se les concediesen los fueros y libertades de Aragon.

En esta sazon la gente francesa que venia en socorro de aquel reino, era llegada á Bearne. El rey Católico, para de mas cerca dar órden en todo, de Burgos do estuvo muchos meses, pasó á Logroño. Acudieron con gente Manuel de Benavides y don Luis de la Cueva, y don Iñigo de Velasco condestable de Castilla á servir en aquella guerra. El obispo de Zamora don Antonio de Acuña en nombre de la sede apostólica fue á Pamplona los dias pasados para avisar al rey don Juan tuviese por bien de apartarse de los que alborotan la Iglesia; y dado que aquella su ida no hizo efecto alguno, el rey Católico acordó de envialle de nuevo á Bearne para declarar á aquel rey las condiciones que se le habian puesto y amonestalle las guardase. Prendiéronle en Salvatierra sin tener respeto á su dignidad, ni á que iba por embajador; y luego por mandado del rey don Juan fue entregado al duque de Longavila general de la gente francesa, que alojaba en Bearne, y era gobernador de Guiena. Hacíanle algunos cargos para justificar aquella prision, en particular que se halló en la batalla de Rávena: verdad es que poco despues le enviaron á proseguir el tratado de la paz con rehenes, que dejó tres sobrinos, para seguridad de volver cada y cuando que dello fuese requerido.

La conquista de Navarra fue tan fácil que los franceses entraron en sospecha de algun trato doble y maña. Para quitar esta sospecha el rey don Juan fué á verse con el de Francia para dar razon de todo; y en poder de los franceses entregó á Salvatierra para que se asegurasen de su voluntad, y la pusiesen en defensa. Estaba el rey de Francia resuelto de acudir con todo su poder á las partes de Guiena hasta enviar allá, si necesario fuese, el delphin con todos sus buenos capitanes y toda la gente que era vuelta de Italia: al contrario el rey don Fernando ponia todo cuidado en asegurarse de los pueblos de Navarra. Hizo que los de Pamplona le jurasen y le prestasen sus homenajes no ya como depositario de aquel reino, sino como á rey. La causa que para esto se alegaba, fue que el rey don Juan no cumplió con lo capitulado, y por tanto quedaba el reino por el vencedor. Trataba con el mariscal de Navarra y con el conde de Santistevan que se le rindiesen: el de Santistevan, que poco despues llamaron marqués de Falces, se acomodó con el tiempo: el mariscal comunicado el negocio con sus deudos respondió que no hallaba camino para salvo su honor faltar á su rey.

La ciudad de Tudela, si bien entre las primeras envió sus procuradores para rendirse, no acababa de prestar los homenajes: entendíase deseaba ser recebida con los fueros y privilegios de Aragon. No desistió desta porfia hasta tanto que el arzobispo de Zaragoza con gente que juntó, se presentó delante aquella ciudad, y hizo que pasase por lo que los demás pueblos de aquel reino: pretendian otrosí los vencedores asegurar el paso para Francia. Con este intento mandó el duque de Alba que el coronel Villalva con la gente de su regimiento, que eran tres mil infantes y con trescientas lanzas, pasase los montes y se apoderase de San Juan de Pié de Puerto. Hízose así y poco despues el mismo duque con todo su ejército se fue á poner en el mismo lugar. Allí vinieron por órden del rey Católico Hernando de Vega comendador mayor de Castilla, y Diego Lopez de Ayala, varones de gran prudencia, y de quien se hacia gran confianza. Con la ida del duque á aquel pueblo se hicieron dos efectos, el uno atajar el paso á los franceses para que no alterasen lo de Navarra, lo segundo abrir el camino para pasar á la conquista de Guiena.

hiciese instancia con el marqués de Orset para que se viniese á juntar con nuestro campo, y dar principio á la guerra de Guiena: alegaban muchas razones por donde fue necesario asegurarse de Navarra. El general inglés se escusó con decir que era ya tarde para dar principio á nueva conquista, ca el otoño iba muy adelante; que el calor con que su gente vino, con aquella tardanza se apagara, y muchos dellos enfermos. Esto decia en lo público: de secreto y entre los suyos se quejaba que los burlaron en efecto, y que el rey Católico solo pretendia con su venida hacer su negocio, que era apoderarse de Navarra sin curar de la conquista de Guiena: que sus acciones y término daban bien á entender su intencion; finalmente que se resolvia, como lo hizo, de dar la vuelta á Ingalaterra, pues el invierno se acercaba, y por estas partes no se hacia cosa alguna sino gastarse la gente y consumirse. Bien es verdad que algunos sospecharon, segun que Antonio de Nebrija lo escribe, que el marqués buscó estos achaques por estar él y los suyos prendados con el oro de Francia.

CAPITULO XIII.

De las cosas de Italia.

Las cosas de Italia se trocaron no de otra suerte que si los franceses quedaran vencidos en la batalla de Rávena. Movió el duque de Urbino con la gente del papa para dar la tala á Boloña. Saliéronse los Bentivollas de la ciudad, y los boloñeses alzaron las banderas del papa. Los cardenales de Estrigonia y Nantes que se hallaban en Francia, y el del final que sobrevino, trataban de reconciliar aquel rey con la Iglesia, de que al principio tuvieron buenas esperanzas; mas el papa acordó de publicar su bula en que ponia entredicho en el reino de Francia, descomulgaba á su rey, y absolvia del juramento de la fidelidad á los de Guiena y Normandía. Y porque en la ciudad de Leon dieron acogida á los cardenales scismáticos, mandó pasar las ferias á Ginebra, do antiguamente solian estar.

Trataba el embajador Gerónimo Vic de concertar al duque de Ferrara con el papa por medio de Fabricio Colona. Concertóse que pusiese en libertad los prisioneros que tenia en su poder, y viniese á Roma á pedir perdon. Hízolo así. Vinieron en su compañía Fabricio Colona y Hernando de Alarcon. Entró en consistorio público con ropa de terciopelo negro y sin bonete. Tratóle muy mal de palabra al papa; pero en fin le absolvió, aunque no le hizo restituir á Regio, como tenian concertado que se le daria su estado enteramente, antes trató de poner su persona en prision, y todavía queria le diese á Ferrara. Segun era su condicion no desistiera desta pretension. Ganó Fabricio por la mano, y le acompañó hasta le poner en salvo.

El virey de Nápoles rehizo un muy buen ejército en pocos dias. Partió la via del Abruzo con intento de hacer allí alarde de la gente que llevaba: halló que los dos mil españoles que trajo á la sazon el comendador Solís, llegaban á siete mil infantes. Llevaba cargo de la infantería el marqués de Padula; y porque en el Aguila en cierto ruido él mismo se hirió en la mano, se encomendó aquel cargo al comendador Solís. Los hombres de armas eran hasta mil y docientos, los caballos ligeros quinientos y cincuenta. Sin estos Próspero Colona se ponia en órden con otros cuatrocientos caballos: dióselé cargo de la avanguardia. En la batalla iban el conde de Golisano y el duque de Trageto y Antonio de Leyva. En la retaguardia Alonso de Carvajal señor de Jodar con otros buenos caudillos. Entre los capitanes de la infantería uno era Juan de Urbina, que se señaló mucho adelante en las guerras de Italia.

Con esta gente se hallaba el virey cuando le vino mandato de parte del padre santo que no pasasen adelante á causa que lo de Lombardía quedaba llano, y no era menester mas gente para acabar. Fue siempre su intencion de echar todos los transmontanos de Italia: y como para echar los franceses se ayudó del poder de España, así con ayuda de los potentados de Italia queria hacer lo mismo de los españoles, mas sin embargo el virey con todo su campo por la Marca de Ancona pasó á Fermo. Desde allí entre Forlí y Faenza se encaminó la vuelta de Boloña. Llegó al castillo de San Pedro en sazon que le vinieron embajadores de parte de los suizos para requerille no pasase adelante, que de otra manera le saldrian al camino: que los franceses ya salieron fuera de Lombardía, y para sujetar las plazas que se tenian por Francia, ellos tenian fuerzas bastantes: todas trazas del papa.

Respondió el virey que él era general de la liga, y no podia dejar de hacer lo que los príncipes confederados le mandasen. Con esto pasó á Boloña; desde allí á Módena para verse con el de Gursa en Mántua, segun que tenian acordado. Acudieron á las vistas el conde de Cariati y don Pedro de Urrea. Fue esta junta por mediado agosto. Querian tomar alguna buena resolucion á causa que los venecianos asimismo se declaraban en que el virey no pasase á Lombardía; y con su gente tenian acordado de ir sobre Bressa, que se tenia por Francia, y en su guarda el señor de Aubeni con mas de tres mil soldados. Los embajadores del emperador y rey Católico querian se ganase con el campo de la liga, y se tuviese en su nombre; acordaron empero que no se rompiese por entonces con Venecia, sino que el virey tomase la empresa de Florencia en favor de los Médicis, que andaban desterrados de aquella ciudad. Hízose así: dió la vuelta á Módena, dó quedaba su gente. Llevaba en su compañía á Julian de Médicis; y el cardenal Juan de Médicis su hermano, ya libre por cierto accidente de la prision, le esperaba en Boloña con la artillería. Asimismo Próspero Colona últimamente se juntó con los demás: detúvose tanto, porque en la Marca por órden del papa se le impidió el paso.

En esta sazon se acordó que Maximiliano Esforcia que ya se intitulaba duque de Milan, pasase á Italia para acabar de allanar con su presencia lo de Lombardía; donde la gente del papa se apoderó de Parma y Placencia ciudades de aquel ducado, con color que pertenecian de tiempo antiguo, como queda tocado, á la Iglesia. En Roma falleció don Pascual, obispo de Burgos, de la órden de Santo Domingo, varon de muy santa vida; que ordinariamente todos los años iba á Roma en peregrinacion, y á la sazon se hallaba allí por causa del concilio; fallecieron otrosí los arzobispos de Aviñon y el de Rijoles, prelados notables. Estas enfermedades y otras causas hicieron que el concilio, celebradas solas dos sesiones, se prorogase hasta principio de diciembre. El papa pretendia mucho se tratase en él de hacer guerra al Turco por estar divididos los hijos de Bayacete; lo cual pasó tan adelante que Selim, el hijo menor de aquel príncipe, con favor de los genízaros en vida de su padre se apoderó de aquel grande imperio, y poco adelante dió la muerte á Achomate y Corcuto sus hermanos mayores. Parecia esta buena ocasion para tomar los cristianos aquella empresa, dado que los maliciosos decian que esta pretension del papa se enderezaba á sacar los españoles de Italia con aquel color y maña.

CAPITULO XIV.

Que el Gran Capitan no pasó á Italia.

Pasó el virey con su campo la via de Florencia, segun que quedó acordado. La voz era que pretendia restituir aquella república en su libertad, y hacer

que se reconciliase con la Iglesia y no diese favor á los scismáticos. Llegó sin hallar resistencia hasta Prato, que es una villa á diez millas de Florencia. No se quisieron rendir los de dentro, confiados en el gran número de soldados que tenian. Plantóse la artillería: aportillaron el muro, y á los veinte y nueve de agosto entraron por fuerza al pueblo. La alteracion de Florencia por esta pérdida fue grande. Acordaron concertarse con el virey. Para hacer esto mas libremente quitaron el cargo de confalonier, que era como gobernador ó capitan, á Pedro Soderino. Recibiólos el virey con muestras de mucha benevolencia. Asentaron su confederacion, que en suma era perdonar á los de Médicis y de Pacis, y restituillos en sus bienes: demás desto entrar en la liga, apartarse de Francia, y ponerse debajo la proteccion del rey Católico. Entonces ellos para muestra de mayor voluntad nombraron por su capitan general al marqués de la Padula: sirvieron con alguna cantidad de dinero para el gasto de la guerra. Lo mismo hicieron las ciudades de Sena y Luca, que se pusieron en la proteccion de España.

Sucedió que por el mismo tiempo que Jano María de Campofregoso entró con los de su bando en Génova, y en favor de la liga fue elegido por duque de aquella ciudad, con que los pueblos de aquel estado se comenzaron á desviar de la sujecion de Francia. Para que esto se llevase adelante, mandó el rey Católico que el capitan Berenguel de Olms con sus galeras acudiese á aquellas marinas. Todas las cosas de Italia le sucedian tan prósperamente como él mismo las pudiera pintar; que fue causa de sobreseer en la ida del Gran Capitan á Italia, y principio de desbaratalla del todo, lo cual pasó desta manera. Luego que se perdió aquella memorable jornada de Rávena, todos pusieron los ojos en el Gran Capitan, cuyo crédito era tan grande que sola su presencia entendian seria bastante para soldar aquella quiebra. Comunmente cargaban al virey de poca esperiencia, y al conde Pedro Navarro de temerario, y que por esta causa sucedió aquel revés. El mismo rey Católico si bien se recelaba de la voluntad de aquel caballero por el mal tratamiento que le hizo, acordó de envialle á Italia. Llamóle para esto á Burgos, do á la sazon residia. Aceptó el cargo de buena gana, y para aprestarse partió para Málaga. Fue cosa maravillosa la gente que le acudia de todas partes luego que se publicó este viaje: parecia que se despoblaba España. El rey que tenia intento de proseguir la empresa de Navarra, y no gustaba de tanto aplauso, limitó el número: mandó que pasasen con él solo quinientos hombres de armas, y dos mil infantes. Sin embargo los mismos de la guarda y infanteria ordinaria del rey se despedian por pasar á Italia con tan buen caudillo, y tan dichoso que parece era el artífice de su buena ventura. La mayor parte de los caballeros de Castilla y Andalucia se apercebian para servir á su costa: tan grande era la reputacion del Gran Capitan, y tan grande la voluntad que todos tenian de hacelle compañía.

Cuanto mayor era el calor con que todo se aprestaba, tanto mas se entretenia el rey con esperanza que el virey con algun buen suceso se repararía en su crédito; á quien él amaba tanto que algunos se confirmaban en la imaginacion que se tenia de que era su hijo. Como las cosas de Italia tomaron el término que se ha dicho, el rey se determinó de envialle á mandar resolutamente que sobreseyese en su pasada por todo el invierno; y entretanto se descargase de toda la costa ordinaria, y diese órden que todos los caballeros y contínuos de su casa que iban con él, le fuesen á servir en la guerra de Navarra. Este mandato, que recibió el Gran Capitan en Córdova á los primeros de setiembre, le dió la pena que se puede pensar. El sentimiento de la gente fue tan grande que ningun capitan de hombres de armas quiso ir á servir en aquella guerra de Navarra, fuera de Gutierre Quijada.

El Gran Capitan escribió cartas muy sentidas sobre el caso, en que se quejaba de los malsines, de cuyas celadas quién se puede guardar? y de su desgracia, que tales servicios se recompensansen con tal paga. Sobre todo mostraba sentir dos cosas, la una su honra, que todos sospecharian por aquel disfavor algun mal caso de su parte, y á él seria forzoso pasar por la grita de lo que todo el mundo dijese y imaginase; la segunda que no se hiciese gratificacion á aquellos caballeros que gastaron sus haciendas y se empeñaron por acompañalle. Llegó el disgusto á término que envió un caballero de su casa á pedir licencia para irse á su estado de Terranova como en destierro, mas el rey respondia con palabras blandas como lo sabia muy bien hacer, gran maestro es disimular: decia que su ida no era necesaria por estar ya los franceses fuera de Italia, y que no era conveniente enviar de nuevo gente de España en sazon que el papa trataba de echar todos los españoles de Italia: cuanto á la ida de Terranova se mostró mas duro, y le persuadia seria mejor retirarse á su casa en Loja. Pasó tan adelante este disfavor, que no le quiso proveer la encomienda mayor de Leon que le envió á pedir por muerte de Garci Lasso de la Vega, y se proveyó á don Hernando de Toledo: lo mismo sucedió en la encomienda de Hornachos que vacó por el mismo tiempo; que fue notable desden y desvío. De que hallo yo dos causas las mas verdaderas: la una particular, que el rey don Fernando no estaba satisfecho de la voluntad deste caballero, y aun se quejaba de inteligencias que diversas veces trajo en su deservicio, en que le parecia disimular por lo que sirvió los tiempos pasados; la segunda es comun á todos los príncipes, que cuando los servicios son muy grandes, miran á los que los hicieron, como acreedores; y cuando llegan á ser tales que no se pueden pagar buenamente, se suelen alzar con la deuda y responder con ingratitud, como quier que sea cosa mas ordinaria castigar la ofensa que remunerar el servicio: á la verdad ningun premio ni honra se debia negar á un tan escelente varon; pero quién acabará con los reyes que con estas consideraciones enfrenen sus desgustos? quién irá á la mano á sus sospechas, mayormente avivadas con la malicia de sus cortesanos?

CAPITULO XV.

Del cerco de Pamplona.

Entreteníase el duque de Alba en San Juan de Pié de Puerto. Hacia su gente algunas salidas, y ganaban algunos lugares de poca consideracion. Diego de Vera con gran trabajo hizo pasar allá la artillería. Pusiéronse los duques de Borbon y Longavila, el de Mompensier, el de la Paliza, y Lautreque en Salvatierra villa de Bearne, y otros lugares comarcanos para hacer rostro á nuestro campo. Tenian ochocientos hombres de armas y ocho mil infantes. El delphin tenia otro gran número de gente en Garriz para ayudar á esta empresa. Esperaban de cada dia que el rey don Juan acudiese con su gente que ponia en órden para pasar á Navarra: con esta esperanza los del valle de Salazar y Roncales se alzaron contra los de Castilla. El mariscal de Navarra que hasta entonces estuvo neutral, se declaró al tanto por Navarra, y de Tudela donde vino el rey Católico á recebir la reina, que despedidas las córtes de Monzon se volvia, se fue á juntar con los franceses. Apresuróse con esta nueva el rey don Juan. Hay dos puertos para pasar de Navarra á la parte de Francia: el uno se dice Valderroncal, el otro Valderronzas. A la entrada de Valderronzas está San Juan de Pié de Puerto,

do se hallaba al duque de Alba. Por la otra parte aquel rey con su gente subió los montes mediado octubre: llevaba en su compañía á monsieur de la Paliza.

No tenian los de España tanta gente que pudiesen aventurarse á dar la batalla; acudieron empero diversos capitanes con su gente para atajalles el paso donde quiera que se estrechaban los montes. Entre los demás Hernando de Valdés se fue á poner en Burgui con intento de defender aquella plaza, que era muy flaca: acudió el campo enemigo; combatiéronla muy fuertemente, y dado que perdieron en el combate cuatrocientos hombres, la entraron con muerte de algunos de los de dentro. Entre los otros el mismo Hernando de Valdés murió como buen caballero: díjose que se puso en aquel peligro como despechado de que el rey cuando volvió de la Rávena, le dijo: allá se quedan los buenos.

El duque de Alba visto el peligro en que estaba Pamplona, acordó dejar en San Juan á Diego de Vera con ochocientos soldados y doscientas lanzas, y veinte piezas de artillería, y él con la demás gente volver á pasar el puerto para proveer á la defensa de lo de Navarra. Pudieran los enemigos atajalle el paso: cegábales su suerte así en esto como en no acudir luego á Pamplona, que se entiende la tomaran sin dificultad. Su tardanza dió lugar á que le acudiese gente, y el duque con su campo se metiese dentro, con que mucho se aseguraron las cosas, junto con la venida del arzobispo de Zaragoza, que llegó en esta sazon á Ejea con hasta seis mil hombres de guerra.

Entre los lugares que se rebelaron, uno era Estella: acudió don Francés de Navarra, y por trato que tuvo con los de dentro, entró y saqueó el lugar. Para cercar el castillo acudió con mas gente el alcaide de los Donceles, que rindió; y asimismo los castillos de Cabrega, Monjardin y el de Tafalla, que estaba tambien alzado; se entregaron. Por el val de Broto, que es en las montañas de Jaca, entró con gente el senescal de Bigorra. Cargaron sobre Torla ganaron el lugar, y al tiempo que le saqueaban, los de aquel valle se apellidaron, y dieron sobre ellos con tal fuerza que juntados con los que del lugar quedaban, los desbarataron con muerte de mas de dos mil dellos, y pérdida del fardaje y de algunos tiros de campo que traian.

El rey don Juan con su gente llegó á dos leguas de Pamplona. Asentó y fortificó su campo en Urroz. Esperaba que los de Pamplona se declarasen por él. Los nuestros tenian prevenido este peligro con hacer salir de la ciudad doscientos vecinos, gente sospechosa. Por otra parte en la puente de la reina que está cerca de allí, se juntaba mucha gente para dar socorro á Pamplona, y si fuese necesario, dar la batalla á los franceses. Acudieron mil y quinientos soldados de Trasmiera y Campos, y novecientos que de Bugía aportaron á Barcelona en compañía de Lope Lopez de Arriaran: acudió poco despues al mismo lugar la gente de Aragon. Por general deste campo señalaran al duque de Nájara. Servia muy bien el conde de Santistevan don Alonso de Peralta: por tenelle mas obligado le dió el rey Católico titulo de mariscal de Navarra, y poco despues de marqués de Falces.

Aun no se ponia cerco á Pamplona á causa que los franceses aguardaban golpe de gente que les enviaba el delphin. El de la Paliza andaba descontento por ver que ninguna cosa le sucedia conforme á su pensamiento. Púsose el campo francés en parte que pudiese atajar los mantenimientos que venian á la ciudad: otra parte del ejército francés que quedaba allende los montes, para divertir las fuerzas del rey Católico entró por la frontera de Guipúzcoa. Dió vista á Fuente-Rabía: púsose sobre San Sebastian. Venia por caudillo desta gente monsieur de Lautreque, que se determinó de combatir aquella villa. A la sazon se hallaba dentro don Juan de Aragon hijo del arzobispo de Zaragoza, que pasaba á Flandes para asegurar que no le queria el rey Católico dejar el reino de Nápoles como sospechaba el emperador. En su compañía iba Juan de Lanuza para residir en la córte del príncipe con cargo de embajador. Con su presencia la gente de dentro se defendió con tanto esfuerzo que aunque era poca, los franceses se volvieron á Renteria, y desde allí porque los naturales no les tomasen el paso, se recogieron á Guiena. Este acometimiento fue en sazon que el duque de Calabria trataba secretamente de pasarse de Logroño, do á la sazon estaba, al campo francés con promesa que le hacia el rey de Francia de ponelle en posesion del reino de Nápoles. Fue preso con otros cuatro por cuyo medio se traian estas inteligencias. Lleváronle primero al castillo de Atienza despues al de Játiva en que estuvo algunos años: los medianeros fueron arrastrados y muertos, en que paran las desgracias y las trazas mal concertadas.

El tiempo iba muy adelante; y era poco á propósito para estar en el campo. Acordaron los franceses que se hallaban sobre Pamplona, de abreviar. Están dos monasterios de monjas fuera de los muros, el uno de Santa Engracia, el otro de Santa Clara: en estos ejercitaron su crueldad los franceses, que los saquearon sin tener respeto á ninguna cosa sagrada. Llegó la irreverencia á término que un capitan aleman, abierto el tabernáculo por robar la custodia, con sus manos sacrílegas echó el Santísimo Sacramento en el altar. Díjole la sacristana: Cómo os atreveis á hacer tal desacato? responció el aleman: este no es Dios de los alemanes, sino de los españoles: principio de las herejías que poco despues brotaron; sacrilegio que pagó el miserable con la vida, ca en breve como otro Judas reventó. Asentaron su artillería: dieron por dos veces el combate á la ciudad con tanta furia de artillería que estuvo en gran peligro de ser entrada; mas los de dentro se defendieron muy bien. Señaláronse entre los demás el coronel Villalva y don Hernando de Toledo, Hernando de Vega, Antonio de Fonseca y otros muchos, murió Juan Albion, caballero principal de Aragon. El duque de Nájara por lo alto de la sierra que llaman Reniega, se mostró con su gente, que eran seis mil infantes sin la caballería, con intento de acometer el real de los enemigos, por lo menos atajalles las vituallas: en su compañía iban los duques de Segorve y Villahermosa, el marqués de Aguilar; los condes de Montagudo y Ribagorza, el alcaide de los Donceles. Acordaron los franceses dejar el cerco y volverse á Francia por el puerto de Maya. Levantaron sus reales postrero de noviembre: siguiéronlos el condestable de Navarra y el coronel Cristóbal de Villalva: matáronles alguna gente, y tomáronles trece piezas de artillería. Con esto se remató aquella guerra que fue muy reñida. Los agramonteses acabaron de entregar todas las fuerzas que quedaban en su poder. La ciudad de Pamplona se reparó con todo cuidado, y aun se señaló lugar en que para su defensa se levantase un castillo. Quedó nombrado por virey el alcaide de los Donceles, al cual se dió título entonces de marqués de Comares. Entretanto que venia á tomar el cargo, dejó el duque de Alba para el gobierno á su hijo don Pedro de Toledo marqués de Villafranca que se halló con los demás en aquel cerco: y fue adelante muchos años virey de Nápoles, persona en valor y prudencia muy señalada.

CAPITULO XVI.

El virey ganó la ciudad de Bresa.

El virey don Ramon de Cardona, concluida con tanta prosperidad la guerra de Toscana, y asentadas

las cosas de Florencia muy á su gusto, revolvió con su campo la via de Lombardía. En Módena, que se tenia por el emperador, se juntaron con él el de Gursa, don Pedro de Urrea y Andrea del Burgo para consultar lo que se debia hacer. La ciudad de Bressa, que todavía se tenia por Francia, la sitiaban venecianos con esperanza de apoderarse della. El emperador la queria para sí: los suizos porfiaban que se diese al duque Maximiliano Esforcia cuya defensa tomaran. Por evitar los inconvenientes que desta discordia podrian resultar, acordaron en aquella junta que el virey entrase de por medio, y la tomase por la liga para dalla á quien de derecho pertenecia.

Quedóse el de Gursa en Módena: don Pedro de Urrea y Andrea del Burgo fueron á Roma para entender del papa su voluntad, y persuadille acudiese con el dinero que concertó, para la paga de la gente de la liga que de meses atrás no se pagaba. El papa no venia en ello: escusábase con que desde que se dió la batalla de Rávena, espiró aquella obligacion y paga: todavía daba intencion de proveer de dinero, si dejaba de la empresa de Lombardía, el virey revolviese sobre Ferrara, de la cual en todas maneras pretendia apoderarse. Con este intento el duque de Urbino era salido en campaña, y tenia dos mil suizos en Luco y Bañacabalo: poca gente para aquella empresa, si no era ayudado, mayormente que por no pagalla la mas se despidió brevemente.

Daban don Pedro de Urrea y su compañero al papa buenas palabras sin concluir nada; acordó de enviar á Bernardo de Bibiena, que fue adelante cardenal, para que avisase al virey de su voluntad. Llegó á la sazon á Módena el marqués de Pescara, libre por rescate de la prision en que franceses le tenian. Diéronle cargo de la compañía de hombres de armas de Gaspar de Pomar que mataron en Milan en cierto ruido, y era la mejor gente que á la sazon de españoles se hallaba. Partió el virey para la Mirándula primero de octubre al mismo tiempo que la guerra de Navarra andaba mas encendida: pasó el Pó por Ostia. Halláronse al pasar mas de nueve mil infantes, y por su general el marqués de la Pádula. Venia Próspero Colona con pasados de cuatrocientos hombres de armas y mil infantes para juntarse con el virey. Procuró el papa impedille el paso por las tierras de la iglesia, mas no salió con ello. Pretendió asimismo por medio del cardenal sedunense que los suizos no dejasen entrar al virey en Lombardía. Decia que los españoles se querian hacer señores de Italia: qué prestaria echar los franceses, y quedar en su lugar los españoles, gente pobre, y mas mala de sujetar?

Llegó el campo á Verona, do esperaba Rocandulfo capitan del emperador con dos mil alemanes y cuatrocientos caballos ligeros. Tenia á punto la artillería, que eran seis cañones, una culebrina, veinte piezas de campo. Partieron todos la vía de Bressa. Monsieur de Aubeni, apretado del cerco de venecianos, y del miedo del nuevo ejército que venia, alzó en aquella ciudad banderas por el emperador. En esta sazon llegó Bernardo de Bibiena al campo. Dió al virey el recado que le traia. Respondió él á esta embajada con palabras comedidas, que holgara ser avisado antes de pasar el Pó para obedecer aquel mandato: que ya tenia la empresa tan declarada y adelante, que sin hacer falta á la reputacion no se podia volver atrás: que acabada, se haria como era razon todo lo que á su santidad pluguiese.

Partieron de Verona los de la liga: de camino rindieron la villa de Pesquera y su fortaleza, que se tenian por Francia. Antes que llegasen á Bressa, envió el virey á hacer sus cumplimientos con la señoría, y con Pablo Bayon que tenian por general en aquel cerco. Decia que como general de la liga venia á cumplir con su obligacion, y pues iba para este efecto y en servicio de la liga, y queria dar á cada cual lo que era suyo, diesen órden como sus gentes se juntasen con él. Los intentos eran muy diferentes, y así no se podian concordar. Llegó nuestro campo á ocho millas de aquella ciudad cuando movieron los franceses pláticas de concierto. Acordaron que el señor de Aubeni con su gente, que eran cuatrocientas lanzas y dos mil infantes, con sus armas, caballos y bienes se fuesen donde por bien tuviesen, á tal que no se recogiesen al castillo de Milan ni otros lugares que se tenian por Francia: honrado asiento para tener sobre sí dos campos; el de Gursa fue el todo para que se les concediese. Con las mismas condiciones se obligaron los del castillo de entregar aquella fuerza con la artillería y municiones, si dentro de veinte y un dias no fuesen socorridos bastantemente.

El mismo dia que se concluyó este asiento, que fue á los veinte y cinco de octubre, se hizo alarde de la gente de armas y de la infantería española en Castanetola que está junto á Bressa: halláronse mas de ocho mil infantes con los que llegaron á esta sazon en compañía de Próspero Colona. Quedó en el gobierno de aquella ciudad el comendador Solís con hasta mil soldados que parecieron bastantes para su defensa: lo demás del campo acudió sobre el castillo de Bérgamo, que la ciudad ya estaba rendida. De Nápoles partió el almirante Vilamaría con siete galeras para juntarse con las del papa que esperaban en Civitavieja, é ir á Génova, y poner cerco sobre el castillo de la Lanterna que se tenia por Francia. Hallaron en aquel puerto otras tres galeras de la señoría de Venecia enviadas para el mismo efecto; tenia el duque de Génova otras cuatro galeras, pero muy faltas de gente y de artillería; todo procedia flojamente, y por esto el cerco iba á la larga. Los franceses tenian en Marsella solas seis galeras y un galeon: armada pequeña.

Los cardenales scismáticos en Leon de Francia continuaban su concilio: ofrecian á los príncipes grandes partidos como si en su mano lo tuvieran todo. El virey de Sicilia don Hugo de Moncada con una buena armada que juntó, pasó á la ciudad de Tripol para dar órden en la fortificacion de los castillos, y dejar en buena defensa aquella ciudad por lo que importaba para proseguir la conquista de Berbería. El duque de Urbino se hallaba en la Romaña entre lo de Rávena y Boloña con quinientos hombres de armas y mil suizos: la gente italiana que tenia en mayor número, cada dia se desmandaba; la tierra y los naturales eran robados, sin que se hiciese efecto de alguna consideracion.

CAPITULO XVII.

Que Maximiliano Esforcia entró en Milan.

Entretúvose Maximiliano Esforcia algunos meses en Trento y en el Veronés. Esperaba que los franceses acabasen de salir de aquel su estado, en especial procuraba se ganasen los castillos de Milan y de Cremona que se tenian por Francia. Pretendia otrosí que los milaneses contentasen á los suizos, los cuales dado que se mostraban mucho de su parte, y no venian en que se desmembrase parte alguna de aquel ducado, sino que se le diese lo de Placencia y Parma que tenia el papa, y lo de Aste que pretendia, y lo de Cremona y Gerada que se dió los años pasados á venecianos; todavía querian tener parte en la presa. Concertaron los milaneses de dalles en dos años ciento y cincuenta mil ducados, y perpetuamente por año cuarenta mil. Para seguridad de la paga ofrecieron que tuviesen en su poder tres fortalezas de aquel ducado.

Las voluntades de los príncipes no iban conformes, y las trazas eran contrarias. El emperador quisiera mas lo de Milan para uno de sus nietos; no se

aseguraba empero de podello sustentar contra el poder de Francia y de toda Italia, que deseaban se pusiese señor propio y natural en aquel estado. Llegó este deseo comun á término que el obispo de Lodi, hijo bastardo del duque Galeazo, se puso en la fantasía de hacerse duque de Milan. No le desayudaba el cardenal sedunense para esto, por conservarse en el gobierno que de aquel estado á la sazon tenia, y en nombre ajeno mandallo todo. Persuadíase que cuanto el duque fuese mas flaco, tanto tendria mayor necesidad de su ayuda, ni al papa le desplacia en lo secreto aquella traza, por no asegurarse del duque Maximiliano, que venia muy prendado del emperador y rey Católico.

Por cortar todas estas tramas despues que se acabó lo de Bressa, se dió órden en la ida de Maximiliano Esforcia á Milan. Entró en aquella ciudad á los veinte y nueve de diciembre principio del año 1513. Acompañáronle el cardenal sedunense, el virey de Nápoles, el de Gursa y don Pedro de Urrea. Fue recebido con toda la magestad y muestra de alegría con que se solian recibir los duques pasados. Los embajadores de los suizos le presentaron las llaves de la ciudad con grande ceremonia. Concluidas las fiestas, se trató de allanar lo que quedaba por Francia. El marqués de la Padula fue con la infantería española contra Trezo, castillo muy fuerte á la ribera del rio Abdua, y le rindió en pocos dias: el de Novara que era mas importante, se entregó á la gente del duque.

Tratábase de concluir las paces entre el emperador y venecianos; y por cuanto la tregua asentada espiraba por todo el mes de enero, concertó el conde de Cariati que se prorogase por todo febrero y despues hasta en fin de marzo. El de Gursa venia en las condiciones que le ofrecia el papa el año pasado de parte de venecianos; pero ellos no aceptaban ningun partido si no les daban á Verona. Pareció seria necesario hacelles la guerra con las fuerzas del emperador, de España y de Milan, sin hacer mencion de los suizos por tener entendido en breve se concertarian con Francia por medio de monsieur de la Tramulla que fue enviado para este efecto: principio de nuevas revoluciones. Pretendia el virey que ante todas cosas se asegurasen del estado de Milan, en que á los franceses quedaba la mayor parte; y Tribulcio tenia juntos cinco mil infantes para volver á aquella empresa, y cada dia se le juntaban mas. Por esto puso á Próspero Colona en Aste con buen número de gente para atajar á los franceses el paso.

El rey Católico quiso valerse de Ingalaterra para enfrenar el poder de Francia; y visto por lo que pasó el año pasado; que los ingleses no hacian buena mezcla con otra gente, por ser tal su condicion que mal se concierta con nadie, hacia instancia con aquel rey que por la parte de Calés acometiese lo de Normandía, y él ofrecia con su gente tomar la empresa de Guiena para entregalla al Inglés luego que fuese ganada: partido honroso y provechoso, si se cumpliera: así lo entendia aquel rey. Con este intento aprestó una armada de cincuenta naves, en que pensaba pasar á Francia nueve mil infantes, gente bien armada y lucida, y aun hacia instancia con el rey Católico le enviase otras cincuenta naves desde España para ayudarse dellas en aquella guerra.

No era fácil cosa acudir á tantas partes, porque demás de ser las empresas muy graves el rey Católico andaba enfermo y la Andalucía alborotada. La ocasion de la dolencia fue cierta bebida estravagante que le hizo dar la reina en Medina del Campo por el deseo que tenia de concebir: así lo refieren el doctor Carvajal en sus memorias, y Pedro Mártir como cosa que se tenia por averiguada. Lo que resultó, fue que se debilitó el rey de manera que ninguna cosa apetecia sino andarse por los bosques. Aumentábase el mal de cada dia mas con desmayos ordinarios y muestras de hidropesía.

La Andalucía se alteró por la muerte de don Enrique duque de Medina Sidonia. Tenia una hermana de padre y madre por nombre doña Mencía casada con don Pedro Giron, y un hermano de padre que se llamaba don Alonso Perez de Guzman. Nombró en su testamento por sucesora en el estado á su hermana, afirmando que el segundo matrimonio de su padre no fue válido. Con este fundamento tan flaco pretendió don Pedro Giron tomar posesion de aquel rico estado, y se apoderó de Medina Sidonia. Doña Leonor de Zúñiga madrastra de don Enrique y de doña Mencía hacia las partes de su hijo, que demás de ser justificadas á juicio de todos, le ayudaba el favor del rey, que pretendia casar al nuevo heredero con doña Ana de Aragon hija del arzobispo de Zaragoza. Llegaron las cosas á término de guerra, á causa que cada cual de los pretensores tenia sus valedores, y les acudian señores y caballeros sus aliados. Don Pedro era un caballero muy brioso, y que estuvo á punto de aventurallo todo; todavía prevaleció la razon, y el estado quedó por el hermano del difunto.

En Bugía estaba por capitan Gonzalo Mariño, y en Oran Martin de Argote como teniente del marqués de Comares. Sucedieron con los moros algunas revueltas, en que no se hizo cosa de momento mas de que Muley Abdala con gente que traia consigo, llegó á dar vista á Bugía y quemó el arrabal de aquella ciudad: el daño fue grande, no quedó en pié sino una torre en que se recogieron los judíos. La causa deste desman fue el mal órden de Gonzalo Mariño, por romper el primero los capítulos de la paz que con los moros tenian puesta; que fue causa de removelle de aquel cargo, y en su lugar fue proveido por capitan don Ramon Carroz.

CAPITULO XVIII.

De la muerte del papa Julio.

Traia asimismo el papa Julio muy quebrada la salud. Su flaqueza y cuidados le acarreaban diversas enfermedades: divulgóse que de aquella no escaparia, y que no podria vivir muchos dias. Teníase gran recelo que los cardenales scismáticos con su muerte no intentasen alguna novedad, por lo menos quisiesen hallarse en el cónclave. Dióse aviso al duque de Milan, á Florencia, Sena y Luca que mandasen guardar los pasos. Falleció el papa á los veinte de febrero. Alteróse el pueblo romano como suele en las vacantes, y mas entonces por quedar comunmente todos resabiados, del gobierno pasado, y muy encontrados los Coloneses, aborrecidos el papa y los Ursinos sus allegados. Saquearon el monasterio de San Pablo, que es de monges Benitos, y hicieron otros insultos. Ayudó mucho la industria y autoridad del embajador Gerónimo Vic para que se sosegasen.

Entraron los cardenales en cónclave á los cuatro de marzo habiendo primero enviado á su padre el hijo del marqués de Mantua que estaba en rehenes, y á los once de conformidad de casi todos salió elegido el cardenal Juan de Médicis, que se llamó Leon Décimo. Declaróse el mismo dia que queria perseverar en la liga, y hacer que el emperador y el Inglés entrasen en ella. Los cardenales Carvajal y Sanseverino, que se entretenian en Leon con menos reputacion que nunca, acordaron de pasar á Italia y hallarse en el cónclave. Favorecíalos Próspero Colona, que asimismo pretendia ir á Roma, y ofrecia sacar pontífice de su mano; el virey empero no le dejó ir por recelo con su ida no se alborotase Roma, y se quitase la libertad al cónclave.

Aportaron los dos cardenales con un galeon á Liorna. Por las guardas que tenian puestas y á la

mira, fueron detenidos y llevados á Pisa. Dió aviso luego al papa Julio de Médicis su primo: mandó llevallos á Viterbo, y de allí á Civita Castellana que tenia un muy buen castillo, hasta que su causa se determinase. Hizo Julio de Médicis mucha honra á estos cardenales, y al señor de Solier que venia con ellos por embajador del rey de Francia. Por medio dellos se declaró por servidor de aquel príncipe, que fue principio de mayores males y daños.

Con la vacante del pontificado y con la sombra del virey tuvo el nuevo duque comodidad de apoderarse de Placencia, y procurar de hacer lo mismo de Parma. Acudió el virey á aquella parte con su campo por estar receloso del poder de Francia que se juntaba en daño de Milan, y por entonces no era sazon de comenzar la guerra contra venecianos. La falta de dinero para la gente era grande, y no se hallaba camino para socorrerse en aquella necesidad, mayormente que se continuaba la plática de asentar las paces entre el emperador y venecianos, y para concluir eran idos á Alemaña primero el cardenal de Gursa, y despues don Pedro de Urrea y el conde de Carinti. No se conformaban en las condiciones de la paz, porque el César queria quedarse con Bressa, y Verona: los venecianos pretendian recobrar todo su estado como lo tenian antes de la guerra. Entró de por medio el rey de Francia, y concertóse con aquella señoría: terció Andrea Griti en favor del Francés, ya puesto en libertad, y tambien Bartolomé de Albiano. Las condiciones fueron: que aquella señoría quedase con todo el estado que antes tenia, escepto Cremona y Geradada que fuesen del rey de Francia, y se volviesen á incorporar en el ducado de Milan. Obligábanse para recobrar aquel ducado y las tierras de venecianos que la señoría acudiria con mil lanzas y con seis mil infantes, y por su capitan Bartolomé de Albiano, y el rey con mil y docientas lanzas y doce mil infantes, y por capitan general de la infantería nombró á Roberto de la Marcha, y por lugarteniente de general al señor de la Tramulla, y en su compañía Juan Jacobo Tribulcio. Luego que se publicó esta avenencia, Tribulcio con la gente italiana que tenia alistada por el rey de Francia, se puso dentro de la ciudad de Aste. Bartolomé de Albiano acudió al ejército de la señoría para acometer á Verona, ó pasar á juntarse con los franceses.

Esta novedad, junto con la ausencia del virey, causó tan gran mudanza que los mas pueblos de Lombardía se declararon contra el duque Maximiliano. ¡Cuán grandes son los vaivenes desta vida! apenas era entrado en posesion de aquel estado cuando todo se le volvia al revés; así sucede á los desgraciados. La causa porque el rey de Francia se apresuró en concluir esta confederacion, fue tener muy adelante otro tratado; que se comenzó los meses pasados á persuasion del cardenal don Bernardino de Carvajal, es á saber de asentar treguas con el rey Católico para sobreseer de todo auto de guerra desta parte de los Alpes. Venia muy á cuento á estos dos reyes este concierto, al Católico para asegurarse en la posesion de Navarra, al Francés para recobrar lo de Milan, ca de los interesados el rey de Navarra y el duque Maximiliano poco caso se hacia: propia condicion de poderosos para con los que poco pueden.

Para concertar esta tregua enviaron á Francia los meses pasados á don Jaime de Conchillos, obispo de Catania, y á la sazon electo de Lérida. Pasó de Fuente-Rabía ó Bayona para verse con Odeto de Fox señor de Lautreque, que era capitan general de Guiena. Trataron con poderes que de sus reyes mostraron, de concertarse mediado el mes de marzo: quedaron desconformes. Juntáronse segunda vez en el castillo de Ortuvia, que está en el término de Francia dos leguas de Fuente-Rabía. Allí concertaron primero de abril que la tregua entre el rey don Fernando y sus confederados el rey de Ingalaterra y el príncipe don Cárlos, y el Francés con el rey de Escocia y duque de Gueldres durase por espacio de un año á contar desde aquel dia: que en este tiempo hobiese comercio de un reino á otro desta parte de los Alpes por donde se sobreseia de las armas. El rey don Juan de Navarra quedó escluido deste concierto; que era como entregalle á su enemigo para que con sus agudas uñas hiciese en él presa. Cuanto al emperador y rey de Ingalaterra se puso por condicion que si dentro de dos meses no firmasen las treguas, fuesen escluidos della, como lo quedaron.

Sintióse mucho el emperador deste concierto, tanto mas que se hizo sin dalla parte como fuera razon. Decia: qué manera era aquella de querer correr la misma fortuna con él como siempre el rey Católico lo publicaba? Que con esta tregua en ocho dias el Francés se haria señor de Milan, y con la ayuda de las potencias de Italia, que luego se le allegarian como á vencedor, se haria señor del reino de Nápoles y de todo lo al de aquellas partes; con que revolveria sobre los dos que eran sus verdaderos enemigos, y se vengaria dellos á toda su voluntad. Lo que sobre todo encarecia, era que por consejo y traza del cardenal Carvajal que en tantas maneras habia deservido, se hobiese tomado aquel camino: á la verdad la traza fue muy aguda y como del ingenio de aquel prelado. Mas era muy claro que si esto se llevaba adelante, se perderian todas las ciudades que en Lombardía se tenian por el imperio; que era el mayor sentimiento que en este caso el César tenia, si bien alegaba otras razones y agravios.

CAPITULO XIX.

De la guerra de Navarra.

Antes que se asentase la tregua con Francia, monsieur de Lautreque en Bayona ponia en órden la gente de guerra que tenia, y juntaba otra de nuevo y fundia artillería con intento á lo que se entendia, de dar al improviso sobre San Juan de Pié de Puerto que no era plaza muy fuerte; la cual ganada, pensaba por aquel paso subir los puertos y meterse dentro de Navarra. Con este recelo el marqués de Comares envió á Valderroncal algunas personas para asegurarse de aquella gente, que andaba muy recatada, y no se tenia bastante confianza que no diesen paso por sus tierras al campo francés. Proveyó asimismo la gente de á pié y de á caballo que pedia Diego de Vera para defender aquella villa.

No se pasó mas adelante á causa de la tregua que se asentó como queda dicho: con que los nuestros tuvieron comodidad no solo de mantenerse en lo que poseian, sino de pasar adelante en su conquista, si bien el rey don Juan tenia juntos hasta cinco mil hombres para hacer el daño que pudiese, y aun hizo sus requerimientos al obispo de Zamora para que volviese á la prision; mas el rey Católico declaró estar libre de la palabra que dió, lo uno por ser preso de mala guerra, pues iba como embajador y en servicio de la sede apostólica, lo otro por la muerte del de Longavila, á quien él se obligó personalmente. Por otra parte el mariscal de Navarra que se llamaba tambien marqués de Córtes, rompió por las fronteras de Guipúzcoa con otros dos mil hombres; pero la gente de la tierra por órden de don Luis de la Cueva que guardaba á Fuente-Rabía por su padre, le hicieron resistencia. Acogíase esta gente al castillo de Maya que era muy fuerte, puesto en tierra de Vascos, por do se pasa á Guiena. Tuvo aviso el señor de Ursua, servidor del rey Católico que el alcaide estaba ausente: acudió sobre el castillo con gente, mas como era poca, y el alcaide á la sazon sobrevino, no pudo salir con la empresa.

Proveyó el marqués de Comares que Diego de Vera

y Lope Sanchez de Valenzuela que envió de nuevo con gente, fuesen á cercar aquel castillo para atajar los daños que los dél hacian por aquellas montañas. Hiciéronlo así, pero tampoco le pudieron tomar; antes por aviso que les vino de que el mariscal acudia al socorro de los cercados con gente, y asimismo el rey don Juan, se retiraron, y quedó la artillería en Azpilcueta á peligro de perderse. El marqués acordó de acudir en persona con mas de dos mil soldados y artillería mas gruesa que la que llevaron antes. Los de dentro, visto que de Francia no les podia venir socorro, y que su rey no tenia fuerzas bastantes para resistir, rindieron aquella fuerza dentro de muy pocos dias: negocio de grande importancia, ca con esto quedó llana toda la tierra de Vascos y Cisa, que están de la otra parte de los puertos.

Poseian los condes de Fox de tiempo muy antiguo en lo de Cataluña lo de val de Andorra y vizcondado de Castelbó, que cae cerca de Urgel, y entonces eran de la ya reina de Navarra doña Catalina, habidos por herencia de sus padres: esto todo por el derecho de la guerra perdieron aquellos reyes, y vino á poder del rey Católico. Por la ausencia del cardenal de Sorrento que fué á Roma al cónclave, quedó en el gobierno de Nápoles el almirante Vilamarin. Las provincias de Calabria y Pulla se hallaban sin gobernadores, porque Hernando de Alarcon que lo era de Calabria, y el marqués de la Padula que tenia cargo de Pulla andaban en el ejército. Esto y la falta de gente de guerra dió ocasion á muchos insultos que por todas partes resultaban sin remedio ni sin término; en particular se levantaban los vasallos contra los barones, movidos de los malos tratamientos que les hacian, y algunos pueblos enteros se alzaron, en que acontecieron cosas notables, y enormes delitos.

Demás desto venian nuevas que el gran turco armaba en daño de cristianos; y puesto que se entendia pretendia pasar á Rhódas, todavía se temia no acudiese á Sicilia, ó á lo de Pulla. Los venecianos otrosí despues que se ligaron con Francia, tenian puestos los ojos en recobrar las ciudades que poseyeron en la Pulla. Era necesario acudir á todo esto. Dióse órden como todas aquellas marinas estuviesen bien proveidas, y aprestada el armada del almirante para todo lo que sucediese. A Berenguel de Olms, que vuelto á España salió á principio de abril de Sevilla con cuatro galeras muy en órden con intento de dar sobre ciertas fustas de moros que por aviso del capitan general de Portugal que residia en Tanger, se entendió tenian los moros recogidas en el rio Tetuan, se le mandó que pospuesto todo lo al, se encaminase á Italia para juntarse con el almirante y con la armada de allá.

Por este mismo tiempo el estado de Génova grandemente se alteró. Los Adornos que andaban desterrados de aquella ciudad, y hasta aquí se mostraban aficionados á la corona de Aragon, concertaron con el rey de Francia de echar los Fregosos de Génova y volvella á su sujecion. Súpose que el conde de Flisco y sus hermanos tenian parte en esta práctica. Los hermanos del duque mataron al conde por esta causa dentro de palacio. Juntáronse los hermanos del muerto con los Adornos, y con gente que levantaron se acercaron á Génova. La armada francesa en su ayuda hizo lo mismo por mar. Salió el duque con sus galeras en seguimiento de aquella armada, que no le osó esperar. Mientras seguia el alcance, los Adornos y Fliscos se apoderaron de la ciudad, y el duque fue forzado á retirarse á Pomblin. Su armada se recogió á Portovenere. Entonces nombraron por duque de Génova á Octaviano Fregoso que era á gusto de todo el comun, y hermano del arzobispo de Salerno, y aun tenia deudo con el papa. Duró poco esta prosperidad á los Adornos. Los Fregosos se concertaron con el virey que los restituyese en sus casas con promesa de poner aquella ciudad y señoría en la proteccion del rey Católico. Hicieron sus capitulaciones. Envió el virey con gente al marqués de Pescara, que cumpiólo que se concertó con aquel linaje y parcialidad. Cuanto al duque de aquella señoría no pareció se hiciese mudanza. Sucedió esto algunos dias adelante: volvamos á lo que se nos queda atrás.

CAPITULO XX.

Los suizos vencieron á los franceses junto á Novara.

La masa del ejército francés se hacia en Aste y en el Piamonte. Su general monsieur de la Tramulla se aprestaba con todo cuidado, y de Francia le vinieron hasta cuatrocientos caballos ligeros. Tenia en su compañía á Juan Jacobo Tribulcio, y á Sacromoro Vicecomite, que desamparado el duque de Milan, en cuyo servicio anduvo, se pasó á la parte de Francia. Bartolomé de Albiano asimismo con el ejército de la señoría se ponia en órden para sitiar á Verona. Era cosa maravillosa que fuera destos dos campos en un mismo tiempo se hallaban otros tres en diversas partes de Lombardía; muestra de su abundancia, en que no tiene par. Dentro de Verona se contaban cinco mil tudescos y seiscientos caballos ligeros, que corrian la tierra hasta cerca de Vicencia no de otra guisa que si fueran señores del campo. Junto á Placencia alojaba el virey con mil y cuatrocientos hombres de armas, ochocientos caballos ligeros, y siete mil infantes, gente muy escogida y lucida. El duque de Milan se hallaba acompañado de los suizos que eran hasta ocho mil, y esperaba otros cinco mil que pasasen en su ayuda los Alpes. Sin embargo los de Milan y casi todas las demás ciudades de aquel estado cobraron tanto miedo que se rebelaron contra el duque y alzaron banderas por Francia. El mismo duque no se confiaba de venir á las manos con los enemigos, y dejado el campo, se fue á meter dentro de Novara: entró allí último de mayo sin recatarse que por aquella gente en aquel mismo puesto fue vendido su padre á los franceses. El virey mostraba voluntad de juntarse con el duque; pero como quier que de Roma no le enviaban dinero segun que el embajador Vic lo prometia, y por otra parte tenia aviso de España que se volviese al reino, no se atrevia á empeñarse mucho en aquella guerra. Tomó por resolucion de estarse á la mira, y con su presencia dar algun calor á la defensa de Lombardía. Llamó al comendador Solís para que tuviese cargo de la infantería por la ausencia del marqués de la Pádula, que fue proveido por capitan general de Florencia. Envió en su lugar á Luis Icart para la defensa de Bressa. En guarda de Cremona puso la gente del papa, y despues para mayor seguridad envió allá á Ferramosca con cuarenta hombres de armas, trecientos soldados españoles y quinientos italianos. No bastó esta diligencia para defender aquella ciudad: luego que Albiano llegó allí con su campo, la entró con muerte de todos los hombres de armas que llegaban á docientos; y á los españoles quitó las picas.

Con la nueva deste suceso los franceses se determinaron de sitiar á Novara. Eran por todos ochocientas lanzas y ocho mil infantes, los tres mil alemanes, los demás gente soez y de poca cuenta. Hicieron ademan de combatir la ciudad. Vino aviso que los suizos venian en favor del duque hasta llegar á doce mil en número, y que el baron de Altosajó traia otros cinco mil. Por esta causa los franceses se volvieron á su fuerte que tenian entre Gaya y Novara. Luego que llegó el primer socorro, cobraron tanto ánimo los suizos que sin esperar al de Altosajó salieron en busca del enemigo. Quisieran los franceses escusar la batalla, mas no podian. Salieron de mala gana á la pelea. Los hombres de armas y caballos ligeros de Francia no curaron de pelear. La batalla

que duró dos horas, fue muy reñida entre la gente de á pié. Los alemanes se defendieron ferocísimamente, pero finalmente el campo quedó por los suizos. Murieron de la parte de Francia pasados de siete mil, y entre ellos todos los alemanes, y de gente principal Goriolano Tribulcio y Luis de Biamonte. Despues desta victoria que fue á los seis de junio, llegó el baron de Altosajó, y se levantaron por el duque de Milan y Pavía; y casi todo aquel estado se puso en su obediencia. En la prosperidad todos acuden: el virey envió al duque cuatrocientas lanzas con Próspero, porque tenia gran falta de gente de á caballo, y la caballería enemiga quedó entera. El resto de su campo se quedó como le tenia antes junto al rio Trebia cerca de Placencia. Entendióse hizo grande efecto para alcanzar aquella victoria el impedir, como impidió, que Albiano no pudiese ir á juntarse con el campo francés.

Albiano luego que tuvo aviso de la rota de Novara, se retiró con su gente, que era por toda mil lanzas y trecientos caballos ligeros, y cinco mil infantes los mas número, gente vil. Aquella señoría se hallaba muy apretada y falta de dinero, tanto que se socorria con la décima de las rentas de los particulares, y uno por ciento del dinero que empleaban en mercadurías. De camino ganó Albiano á Liñago que guardaba el capitan Villada con docientos soldados. Desde allí pasó á Verona con intento de combatilla; los de dentro empero salieron á él, y le mataron alguna gente de la poca que llevaba. A esta sazon los dos cardenales scismáticos se redujeron á penitencia pública, y abjuraron la scisma que introdujeron en grave escándalo de la Iglesia. Hecho esto, fueron á los veinte y siete de julio restituidos á la union de la Iglesia, y en su primera dignidad de cardenales.

Hacia grande instancia el duque de Milan que el virey se fuese á juntar con su campo porque los franceses se rehacian á toda furia. Determinó de partir luego y en tres jornadas llegó á Sarrasina. Entonces envió el marqués de Pescara á Génova como queda dicho, y él pasó á socorrer á Verona que todavía la apretaba Albiano. Luego que entró por el término de Bressa, se le rindieron Pontevico y Ursonovo, y toda la ribera de Salo. De allí pasó á Bérgamo, que se le entregó y ayudó con algun dinero para la paga de la gente, dado que la principal fuerza



Hugo de Moncada.

de aquella ciudad quedaba por venecianos. Pasó el virey á Pesquera, y dejó á Mosen Puch en Bérgamo para acabar de cobrar el dinero de la composicion. Tuvo aviso un capitan de la señoría que estaba en Crema, y se llamaba Renzo, de todo. Concertó que de noche le diesen una puerta. Entró en la ciudad, tomó el dinero, prendió algunos de la compañía del Puch, y apenas él mismo se pudo salvar en una casa fuerte.

Ganó el virey á Pesquera que es muy fuerte; pasó la via de Padua: acudióle con gente que trajo de Alemaña, el de Gursa; con que se pusieron sobre aquella plaza por principio de agosto. Es Padua ciudad grande y fuerte, y tenia dentro á Bartolomé de Albiano, que acudió allí alzado el cerco de Verona. Por esto los del virey dentro de algunos dias fueron forzados á dejar el cerco. Fue preso durante este cerco Alonso de Carvajal en un encuentro que tuvo con los albaneses, y con él los capitanes Cárdenas y Espinosa. Hicieron gran falta en esta empresa los caballos ligeros que fueron á Génova en compañía del marqués de Pescara.

Hallábase el rey Católico viejo, enfermo y cansado con tantas guerras. Trató de hacer paces con Francia; y para esto se movió que el infante don Fernando casase con la hija menor de Francia, y en dote

el Francés diese á su hija lo de Milan y Génova que tenia por ganado, y el rey Católico á su nieto el reino de Nápoles: todos entretenimientos y trazas, mayormente de parte del rey de Francia, que se recelaba mucho de la tempestad de ingleses que por Calés cargaba sobre Picardía. Hallábase el rey de Ingalaterra con cuarenta mil infantes y mil quinientos caballos sobre Teruana por el mes de agosto. Tomó la villa por combate sin embargo que el delfin se hallaba en Abevilla muy cerca de Teruana. Antes que se tomase aquel pueblo, salió el ejército de Francia á socorrella. Vinieron á batalla en que fueron rotos los franceses, y presos el duque de Longavila y otros grandes capitanes. De alli, abatida la fortaleza y baluarte y torres, pasó el Inglés sobre Tornay en sazon que en Ingalaterra el conde de Sorré á los nueve de setiembre venció y mató al rey de Escocia, que en favor de Francia acometió aquellas fronteras. Con la nueva desta victoria se rindió Tornay. Allí vino el emperador á verse con el Inglés, y la princesa Margarita, y despues el príncipe don Cárlos. Pasaron á Lisle, donde se concertaron entre los embajadores y comisarios del emperador inglés y rey Católico, que pasada la tregua cada cual por su parte acometiese el reino de Francia; en particular se encargó el rey Católico de conquistar lo de Guiena en provecho del Inglés: qué manera de hacer paces? No parece aprobó el rey Católico este concierto, ni dió comision para hacelle, por lo que se vió adelante. Confirmóse el matrimonio ya otras veces tratado entre el príncipe don Carlos y la hermana del Inglés: solo se asentó de nuevo que luego el año siguiente se consumase.



Garcia de Paredes.

Iba el otoño adelante: por esta causa se dejó la guerra de Picardía por entonces, y el rey de Ingalaterra se pasó allende el mar. Grande era el aprieto en que se vieron las cosas de Francia, mayormente que los suizos por órden del emperador rompieron por la parte de Borgoña. Vino el de la Tramulla desde Lombardía contra ellos, y sin embargo que los venció en batalla, se concertó con aquella gente. Capitularon que el rey de Francia se apartase de dar favor al concilio Pisano, y sacase la gente que tenia de guarnicion en los castillos de Milan y Cremona; demás desto que á ciertos plazos les contase cuatrocientos mil ducados: qué mayores partidos pudieran sacar si fueran vencedores? tan grande era la reputacion de aquella nacion, y el deseo que tenian los franceses que se volviesen á sus casas. Verdad es que fuera de dar la obediencia á la Iglesia los demás capítulos desta concordia no se ejecutaron.

CAPITULO XXI.

De la batalla que dió el virey á venecianos junto á Vicencia.

En tanto que los demás príncipes cristianos andaban revueltos entre sí, y consumian sus fuerzas en vano, el rey don Manuel dentro de Portugal gozaba de una muy grande paz, fuera dél en Africa y en la India continuaba sus conquistas, y con ellas estendia la fe y Religion Cristiana. A la salida del estrecho de Gibraltar en la costa de Africa á la parte del mar Océano está puesta la ciudad de Azamor perteneciente al reino de Fez, grande y rica y de muy fértiles campos. Riégalos y pasa por la ciudad el rio que los naturales llaman Omirabih, que algunos piensan acerca de los antiguos sea Asama. Pretendió el rey don Manuel los años pasados apoderarse de aquel pueblo, como queda apuntado. Engañóle un moro llamado Zeiam, que partidos los portugueses que venian fiados en su palabra, se hizo señor de aquella ciudad, que era el intento que llevaba. Esta injuria era razon se vengase. Ofrecíase buena comodidad por el desgusto que los ciudadanos tenian contra aquel tirano. Mandó el rey aprestar una gruesa armada, en que se embarcaron veinte mil infantes, dos mil y setecientos caballos. Nombró por general á don Jaime, duque de Berganza su sobrino. Iban en su compañía don Juan de Meneses y otros principales hidalgos. Hiciéronse á la vela entrados los calores. La navegacion fue larga. Llegaron á Azamor por fi. del estío. Tuvieron algunos encuentros con los de dentro que eran muchos, y con los que vinieron á socorrellos. Combatieron la ciudad con tanta fuerza de artilleria, que muertos algunos de los mas principales moros, los demás sin esperar el segundo combate por una puerta que no se pudo guardar, se salieron de noche y se pusieron en salvo. Ganóse la ciudad á los primeros de setiembre. Rindiéronse algunos lugares de la comarca, efecto ordinario de grandes victorias, en particular las ciudades de Tite y Almedina. Dejó el duque número de gente en guarda de aquella plaza, y por sus capitanes á Rodrigo Barreto y Juan de Meneses, y con tanto dió la vuelta á Portugal, si bien muchos eran de parecer que acometiesen la ciudad de Marruecos, empresa que hacian ellos muy fácil. El duque se escusó con que no tenia órden para acometer cosa tan grande. El rey don Manuel, animado con aquel buen suceso, determinó continuar la conquista de Africa por aquella parte, y por esta causa alzó mano de la pretension que tenia al Peñon y ciudad de Velez, á tal que los reyes de Castilla la alzasen de todas aquellas marinas que corren desde lo postrero del reino de Fez hasta el cabo de Non y cabo del Boyador que eran de su conquista.

Proseguíase la guerra de Italia. El virey don Ramon de Cardona por complacer al de Gursa; de Albareto do se retiró, alzado el cerco de Padua, pasó á correr las tierras de venecianos. Lo primero que hizo, fue por la via de Montañana ir á Buvolenta, pueblo á la ribera de Bachillon. Halló allí muchas barcas y carros cargados de ropa que por miedo de su venida retiraban á Venecia, presa para los solda-

dos. Pasaron á Pieve de Saco, lugar muy apacible, y todo el regalo de venecianos por ser todo de sus casas de placer: saqueáronle y pegáronle fuego. Echaron un puente sobre la Brenta por do pasaron á Mestre, que es como arrabal de Venecia, distante sobre cinco millas, del cual asimismo se apoderaron. Al cabo de los Canales hay ciertas casas, que llaman las Palizadas, puestas á tiro de cañon de Venecia. Dende la bombardearon no de otra forma que si la tuvieran cercada. Llegaban las balas al monasterio de San Segundo: la befa fue mayor que el daño, si bien dió ocasion de recebir otro mayor el gran sentimiento que tuvieron aquellos ciudadanos de que los enemigos se hubiesen acercado tanto.

Hallábanse los nuestros rodeados de sus contrarios. Por una parte tenian á Treviso, por otra á Padua, y Albiano con su ejército, que se acercaba resuelto de dar la batalla y confiado de alcanzar la victoria. Acordó el virey retirarse la via de Vicencia. El dia que salieron de Mestre, marcharon catorce millas, dado que llevaban mas de quinientos carros con el bagaje y despojos. Acudió Pablo Ballon de Treviso, y la gente de Padua á juntarse con Albiano. Llegaban entre todos á siete mil infantes y mil docientos caballos, sin los villanos de la tierra que se mostraban por la montaña, pasados de diez mil. Pretendió el enemigo impedir á los del virey el paso de la Brenta. Ellos de noche sin ser sentidos la vadearon seis millas mas arriba de donde los enemigos se mostraban.

Avisado desto Albiano acudió á atajar el camino de Vicencia. Asentó su campo en un paso muy estrecho junto á un lugar que se llama Olmo. Viéronse los nuestros en gran aprieto: ni podian pasar adelante, ni era seguro volver atrás: acordaron dar la vuelta por sacar al enemigo á campo raso por si se pudiesen aprovechar dél. Pensaron los contrarios que huian; dejaron su puesto, alargaron el paso porque no se les fuesen de las manos. El virey, visto que los contrarios por la priesa iban desordenados, consultó con el marqués de Pescara, general en esta sazon de la infantería española, y que regia la retaguardia, lo que se debia hacer. Su parecer fue que se diese la batalla. Lo mismo juzgó Próspero Colona, que llevaba cargo de los hombres de armas en el cuerpo de la batalla. Desta resolucion avisaron á los alemanes, á los cuales aquel dia cupo llevar la avanguardia, ca todos los dias se trocaban con los españoles. Luego que fueron avisados, revolvieron con tanto ímpetu que muy fácilmente rompieron la gente veneciana. Siguió el alcance el marqués de Pescara hasta la ciudad: los que huian hallaron cerradas las puertas, que fue causa de ahogarse muchos en el rio; y entre ellos Sacromoro Viceconite. Recogió el virey el campo: acometió con los alemanes y algunas compañías de españoles una parte de la infantería y caballería enemiga que tenia fortificado un recuesto con cinco piezas de artillería; sin embargo con el mismo ímpetu fueron rotos y puestos en huida. Dióse esta batalla á los siete dias de octubre. Murieron de los venecianos setecientos hombres de armas: quedó toda la infantería destrozada, y preso Pablo Ballon con otros muchos: ganáronles veinte y dos piezas de artillería. De la gente de cuenta escaparon Albiano que se recogió á Padua, y Griti que no paró hasta Treviso. Señaláronse de valerosos en esta jornada Hernando de Alarcon, Diego García de Paredes, García Manrique. No se halló en ella Antonio de Leyva por estar con alguna gente puesto por frontero de Cremona.

Pasó el virey á Vicencia: allí se entretuvo el campo algunos dias. Al mismo tiempo el castillo de Bérgamo que se tenia por venecianos, se entró por fuerza de armas. Soltaron á Pablo Ballon sobre pleitesía que hizo de volver caso que los venecianos no viniesen en dar por él á Alonso de Carvajal. Lo que sucedió, fue que Alonso de Carvajal murió en la prision, y Pablo Ballon no volvió mas. Las cosas sucedian tan prósperamente como se pudiera desear. El castillo de Milan con un cerco muy apretado se rindió á los veinte de noviembre: lo mismo hizo el de Cremona; con que acabaron los franceses de salir de Lombardía. Solo les quedaba el castillo de la Lanterna, gran freno de la ciudad de Génova. Acordó el duque de aquella ciudad de apretalle con cerco que le puso. Los Adornos y Fliscos en su defensa se pusieron sobre Génova; fiados que los de su parcialidad les darian alguna puerta. Los del duque estaban muy recatados. Así á los de fuera fue fuerza retirarse con mengua y pérdida de alguna parte de su artillería. Hallábase en aquella ciudad por órden del rey Católico don Lucas de Alagon, y con quinientos españoles que tenia dentro, fue grande parte para que aquella ciudad se defendiese.

El papa continuaba su concilio de Letran. Fueron admitidos los embajadores de Francia que renunciaron en nombre de su rey el concilio Pisano y la proteccion de los scismáticos, y la iglesia Gallicana se sujetó á la Romana. Tratábase de casar á Julian de Médicis, hermano del papa, con la hija de la duquesa de Milan, doña Isabel de Aragon. La duquesa no vino en ello, antes se afrentó que tal plática se le moviese: inclinábase mas á casar á su hija con el duque Maximiliano Esforcia, y por este camino recobrar aquel ducado que á su marido á tuerto quitaron. Como valerosa hembra en su pobreza no se olvidaba de su dignidad y de la grandeza de su casa: á la sazon se entretenia en el reino de Nápoles.

Sentia el papa que la señoría de Venecia estuviese á punto de perderse, y de secreto trataba de ampararlla. Envió á requerir al virey no pasase adelante en hacelle guerra hasta tanto que se tomase algun buen apuntamiento con venecianos. Todo era en sazon que Aragon andaba alborotado por pasiones entre los condes de Ribagorza y de Aranda. Púsose el rey Católico de por medio. Tratóse la diferencia por via de justicia. Dió su sentencia, en que condenó por culpado al conde de Ribagorza, y le mandó que saliese desterrado de todo el reino de Aragon por lo que fuese su voluntad. En el reino de Nápoles algunos pueblos estaban alzados por los malos tratamientos de sus señores, en especial Santa Severina, Policastro y Matnran, lugares muy fuertes. Para allanar á Calabria fue enviado don Pedro de Castro que lo sosegó todo, aunque con dificultad y tiempo. Al conde de Muro, que era gobernador de la Pulla, se ordenó fuesé á residir en su gobierno; y á la montaña del Abruzo enviaron á Miguel de Ayerve para que la tuviese en defensa, todos con órden diesen calor á la justicia.

CAPITULO XXII.

Que el rey Católico prorogó la tregua que tenia con Francia.

La reina de Francia fallecio á los nueve de enero del año que se contaba de 1514. Su muerte fue muy sentida de todos, mayormente del rey su marido, que en Bles se sentia muy agravado de la gota, y recelaba no se rebelase lo de Bretaña. Entre otros príncipes que enviaron á visitar aquel rey y consolalle de aquella muerte, la reina doña Germana envió á fray Bernardo de Mesa obispo de Trinópoli para hacer este oficio, y juntamente solicitar lo que de dias atrás pretendia, es á saber le entregasen el ducado de Nemurs y el señorío de Narbona con los demás estados que fueron de Gaston de Fox su hermano, pues era su legítima heredera. Pasó asimismo en Italia Ramiro Nuño de Guzman por órden del rey Católico para hacer oficio de su embajador en

Roma. De camino asentó en Génova confederacion con aquella señoría. La sustancia era que se obligaron el rey Católico de amparar aquella ciudad, y su duque Octaviano Fregoso y los ginoveses de ayudar al rey en cierta forma para la defensa de sus estados. Hízose este concierto á los cinco del mes de marzo en sazon que los Adornos trataban con los suizos y con su ayuda de mudar el estado de aquella ciudad.

En Francia por medio del obispo de Trinópoli se volvió á la prática de casar el infante don Fernando con Renata la hija menor del rey de Francia. Por medio deste casamiento se pretendia asentar entre aquellos príncipes una firme paz, cosa que á entrambos estaba bien por hallarse cansados y enfermos. Llevóse este tratado tan adelante que se platicó que el rey de Francia por estar viudo, y deseoso de tomar estado por tener hijo varon, casase con la infanta doña Leonor hermana del príncipe don Carlos. Por otra parte se hacia instancia que el emperador y venecianos se concordasen. Acordaron de comprometer sus diferencias en manos del pontífice. Llevó el compromiso el cardenal de Gursa, en que espresamente se declaraba que ninguna cosa se determinase en este caso sin el beneplácito del rey Católico. Aceptó el papa el compromiso, oyó lo que por las partes se alegaba; finalmente á diez y ocho del dicho mes pronunció sentencia en que mandó que el emperador quedase con Verona y Vicencia, venecianos con Bressa y Bérgamo, y que contasen al emperador docientos y cincuenta mil ducados por una vez, y por año treinta mil. Restaba el consentimiento del rey Católico; pero antes que viniese, los venecianos se declararon que no pasarian por la sentencia del papa. Llegábase el término en que la tregua puesta con Francia espiraba: asentóse por medio del secretario Quintana, que estaba en Francia por parte del rey Católico, que entretanto que las paces no se concluian, la tregua se prorogase por otro año. Las condiciones fueron las mismas que pusieron el año antes, sin añadir ni quitar.

Esta prorogacion de la tregua no se recibió por los otros príncipes de una misma manera. El delfin de Francia no la quisiera por recelarse se encaminaba á la paz, que él mucho aborrecia por no quedar privado por esta via del ducado de Milan. El emperador no curó mucho della por tener vuelto su pensamiento á continuar la guerra contra venecianos, antes holgaba se llegase á la conclusion de la paz. Al rey de Ingalaterra se atajaron los pensamientos de continuar sus empresas por Picardía y Guiena, que sintió gravísimamente. Llegó á tanto su desgusto que se resolvió de ganar por la mano y hacer paces con el rey de Francia. Concertó de casalle con su hermana María esposa del príncipe don Carlos. Juntáronse en Lóndres por parte del Inglés Tomás Volseo arzobispo eboracense, que fue poco despues cardenal, el mariscal de Ingalaterra, y el obispo vintoniense: por parte de Francia el de Longavila y el presidente del parlamento de Normandía. Concluyeron el concierto y amistad á siete del mes de agosto. Obligáronse que se acudirian entre sí con cierto número de gente contra todos los que pretendiesen ofendellos. Notóse mucho que el Inglés entre sus confederados no nombró al rey su suegro: tan grande era la saña que contra él tenia.

Hacia en aquella córte oficio de embajador todavía don Luis Carroz, que procuró con todo cuidado atajar aquellos desabrimientos. La reina doña Catalina, por ser muy amada en aquel reino, hacia todo lo que podia por aplacar á su marido, pero toda su diligencia era de poco efecto. Poco adelante don Luis Carroz volvió á España; y en su lugar fue por embajador el obispo de Trinópoli desde Francia do era ido. En Lombardía se continuaba la guerra: los sucesos eran varios, dudoso el remate. El virey con su campo entró en una villa por fuerza, muy fuerte, que se llama la Citadela, dos millas de la Brenta entre Pádua y Treviso, Próspero Colona con la gente del duque de Milan se puso sobre Crema. Defendióla muy bien Renzo Cherri que la tenia por Venecia. García Manrique con algunas compañías de gente de armas tenia su alojamiento en Robigo.

Albiano que deseaba mucho satisfacerse en parte de los daños pasados, tuvo aviso del gran descuido que tenian: efecto de la prosperidad. Cargó sobre ellos una noche al improviso: los españoles aunque procuraron defenderse lo mejor que el tiempo daba lugar, al fin por no poder hacer mas resistencia se rindieron. García Manrique y los capitanes que con él se hallaron, fueron llevados presos á Vicencia. Renzo Cherri animado con este suceso, y por ser de suyo muy esforzado, salió una noche de Crema y dió sobre una parte de la gente del duque, que estaba á cargo de Silvio Sabelo muy descuidada, con tal brio que los desbarató, y en prosecucion desta victoria pasó á Bérgamo, y se entró en ella sin hallar alguna resistencia. Los españoles se recogieron á la fortaleza: acudió el virey con su gente para socorrellos primero de noviembre; Renzo que vió no se podia defender, rindió la ciudad á partido. Por este mismo tiempo el castillo de la Lanterna que todavía se tenia por Francia, y era gran freno para la ciudad de Génova, se dió al duque Octaviano Fregoso. Volvamos atrás.

CAPITULO XXIII.

De las cosas de Portugal.

El gran turco desembarazado de la guerra que tuvo con sus hermanos y con el sofi Ismael que hacia sus partes, armaba pasadas de ciento y cincuenta galeras con intento, á lo que se publicaba, de volver la guerra contra Italia que era la cabeza de la cristiandad. Entendíase queria acometer por la Marca de Ancona que es del patrimonio de la Iglesia. Suele el miedo de fuera ser causa que los ciudadanos se conformen en una voluntad, olvidadas sus pasiones particulares; pero andaban nuestros príncipes tan encarnizados entre sí que ninguna cosa bastaba para desenconallos. Hizo el papa sus diligencias: trató que el emperador y rey Católico se ligasen con él para tener sus fuerzas unidas contra un tan poderoso enemigo. Recebian en esta alianza al duque de Milan y á la señoría de Génova. Confiaban que los demás reyes, en especial los de Francia, Ingalaterra y Portugal no faltarian en tan santa demanda. Hicieron sus capitulaciones, cuya sustancia era que cualquiera que acometiese á algunos de los confederados, fuese tenido por enemigo comun, y todos saliesen á la causa y á la venganza: para la defensa de cualquiera provincia de cristianos contra el Turco todos acudiesen con cierto número de caballos conforme á la posibilidad de las partes, y con el dinero que señalaron, para levantar y pagar la infantería: en particular espresaban que tomasen á sueldo por lo menos diez y seis mil suizos; verdad es que toda esta prática desbarataron las pretensiones particulares de los príncipes, demás de otras guerras que tuvieron ocupado al Turco, y no le dieron lugar de emprender contra cristianos.

Solo el rey de Portugal se hallaba muy sosegado y contento con las riquezas que le venian de la India, y con el progreso que hacia en la conquista de Africa. Acordó por fin del año pasado enviar á Roma una solemne embajada para prestar la obediencia al pontífice. Envió juntamente para muestra de su grandeza muy ricos presentes al papa, es á saber un pontifical de brocado sembrado de perlas y pedrería, el mas rico que se vió jamás en la recámara y palacio de San

Pedro: de Persia una onza, de espantosa ligereza; de que los antiguos romanos gustaban mucho en sus juegos y cazas. Un indio que la llevaba á las ancas de un caballo, la tenia amaestrada, cuando le hacia señal, de correr los bosques y cazar. Venia asimismo un elefante encubertado de brocado, con su castillo, enseñado demás de otros juegos á hincar la rodilla delante el príncipe, y danzar al son de un pífano, henchir la trompa de agua, con que por burla rociaba los circunstantes. Finalmente traian un Rhinocerote, bestia feroz y brava del siglo atrás nunca vista en Italia. Pretendian sacalle á pelear con el elefante, por la enemistad que entre sí tienen estas fieras naturalmente, en representacion de la antigua magnificencia del pueblo romano; pero el que desde lo último de la tierra vino libre de las furiosas ondas del Océano, se anegó en la costa de Génova con un recio temporal con que se quebró la nave sin podelle librar, ni salir á nado á causa de las cadenas en que le llevaban.

El embajador principal Tristan de Acuña, caballero muy ejercitado en aquellas partes de la India, hizo su entrada en Roma á los doce del mes de marzo, y á los veinte, el dia que le señalaron para dalle audiencia pública, habló al papa en esta sustancia uno de sus dos compañeros por nombre Diego Pacheco, gran jurista: «El rey don Manuel de Portugal, padre san»to, nos envia á dar el parabien á vuestra santidad »de su felice asuncion al pontificado que sea por lar»gos años y para mucho bien de la Iglesia como todos »esperamos, y á prestar la obediencia acostumbrada: »oficio debido, pero hecho muy de voluntad, que »debe escusar la tardanza ocasionada de impedimen»tos precisos y graves. Junto con esto suplica á vues»tra santidad ponga los ojos de su paternal providencia »en soldar las quiebras del Cristianismo, pacificar los »príncipes cristianos, y unir sus fuerzas contra el »enemigo comun, que siempre crece con nuestros »daños, y de nuestras ruinas edifica y engrandece »su casa. Porque ¿qué empresa puede ser ni mas »gloriosa ni de mayor interés que esta? basta la lo»cura pasada; que tal nombre merecen los que con»tra sí mismos vuelven sus armas furiosas y desati»nadas. Para todo ayudará mucho que el sagrado »concilio se lleve adelante, y no se disuelva; lo cual »desea en gran manera. Lo que es de su parte, ofrece »no faltará á la causa comun, y si fuere necesario, »derramará en esta querella su sangre. El que todo »su cuidado emplea en adelantar la Religion Cristia»na, sea en la India por donde con gran gloria ha le»vantado el estandarte real de la cruz entre naciones »fieras y bárbaras hasta los fines últimos de las tierras, »sea en la conquista de Africa, en que tiene gastados »sus tesoros, y empleados sus valerosos soldados; de »los despojos de la India y de sus riquezas me mandó »trajese aquí la cata y las primicias: presente que »debe ser estimado por el lugar de donde viene, y »por la devocion con que se ofrece, demás de la es»peranza que nos dan aquellos anchísimos reinos de »ponerse en breve á los piés de vuestra santidad. En »lugar de los despojos de Africa, que por ser mas »ordinarios no fueran tan agradables, presento á »vuestra santidad una peticion á mi parecer muy »justificada, esto es que atento lo que importa llevar »adelante aquella conquista, y que para continualla »no son bastantes las rentas reales de Portugal, vues»tra benignidad se digne ayudar al rey mi señor con »su bendicion y indulgencias, fuera desto se sirva »que en aquella empresa se ayude de alguna parte »de las rentas eclesiásticas; porque ¿en qué mejor »se pueden emplear ni mas conforme á la intencion »de los que las dieron, que en destruir los enemigos »de Cristo? Y pues del provecho y honra cabe á to»dos parte, justo es que todos ayuden á llevar la car»ga. No creemos querrá esta santa silla negar á tal »necesidad y intento á lo que á otros príncipes ha »otorgado en diversos tiempos.»

Oyó el pontífice con mucha alegría al embajador: respondió benignamente que estimaba la persona del rey de Portugal, y recebia con mucha voluntad sus presentes; y ayudaria sus intentos por todas las vias que pudiese. Mandó despachar sus bulas en que concedió la cruzada: otorgó otrosí que el rey se aprovechase para aquella empresa de las tercias de las iglesias consignadas es á saber á las fábricas; de las demás rentas eclesiásticas mandaba se le acudiese con la décima parte. En la ejecucion destas gracias se hallaron grandes inconvenientes á causa de los malos ministros. Por esto las iglesias se compusieron en ciento y cincuenta mil cruzados que pagaron en junto, y pasados tres años se alzó la mano de todas ellas. El pueblo llevaba mal que las rentas consignadas para el sustento de los ministros de Dios y ornato del culto divino se divirtiesen á otros usos: principio de parar en el regalo de cortesanos y palaciegos. Decian era justo escarmentar con el ejemplo de Castilla; á cuyos reyes despues que estendieron la mano á los bienes de las iglesias, no solo no les lucia aquel interés sino tampoco las rentas seglares que tenian; antes los que con poca hacienda acabaron grandes empresas, echaron los moros de España, y conquistaron otros reinos, al presente sin embargo que tenian el pueblo consumido con tributos, y se aprovechaban en gran parte de la renta de las iglesias, apesgados con su misma grandeza se iban á tierra sin remedio. Quejábanse que los testamentos de particulares se guardasen, y se defraudasen por esta via los de aquellos que dejaron á Cristo por su heredero: que el dote, tan privilegiado en lo demás por las leyes, se quitase á las esposas de Cristo contra la voluntad dellas y de los que las dotaron. Los ministros del rey como suelen, sea por ayudalle, sea porque así lo sentian, defendian su partido con decir que pues el rey defendia no solos los bienes de seglares sino los de las iglesias era razon que todos acudiesen á los gastos necesarios y cargas del reino, de cuyos bienes poseen gran parte las iglesias; y es averiguado que en tiempo de San Ambrosio las posesiones de las iglesias pagaban tributo á los emperadores. Lo cierto es estar muy puesto en razon que los eclesiásticos no acudan al príncipe con mayor cuota que conforme á las haciendas que tienen de la república: de suerte que si tienen la cuarta, ó la quinta parte, no les saquen mayor porcion que esta, ni de sus rentas ni de los tributos que se pagan á los reyes. Además que esto se debe hacer por autoridad del que tiene poder para ello, que es el papa; y aun parece allegado á razon se juntase con esto el beneplácito del clero, como á las veces se ha hecho. Tal fue el suceso desta embajada.

Por el mismo tiempo de parte del preste Juan, gran emperador de Ethiopia, aportó á Lisboa un embajador, armeno de nacion, de profesion religioso, por nombre Mateo. Tenia aquel príncipe, por nombre David, desde el tiempo que Pedro Covillan pasó á aquellas partes como arriba se dijo, noticia del rey de Portugal: despues la tuvo de las armadas que enviaba á las Indias, y de las proezas de su gente. Deseaba comunicarse con él para ayudarse de sus fuerzas. Acordó envialle este embajador, que fue recebido muy bien de Alonso de Alburquerque. Envióle con la primera ocasion á Portugal. Los que le llevaban, por tenelle en figura de burlador, le hicieron muchos desaguisados: prendiéronlos por ende en Lisboa, y los castigaran, si el mismo embajador no se pusiera de por medio. Recibióle el rey muy amorosamente. Vió las cartas que le traia en las lenguas abisina y persiana. Gustó mucho así dellas como de un pedazo de la verdadera cruz que le presentó de parte de aquel rey engastado en otra cruz de oro. Deste em-

bajador se entendieron los ritos de aquella gente, que son asaz estravagantes para tener nombre de cristianos. No quiero relatallos por menudo: basta saber que al octavo dia se circuncidan así hombres como mujeres, y á los cuarenta se bautizan: guardan la purificacion de las paridas: abstiénense de los manjares que veda la vieja ley: ayunan hasta puesto el sol. Comulgan en las dos especies de pan y de vino: los sacerdotes se casan, mas no los monges, ni los obispos que sacan de los monasterios: usan la confesion y veneran los santos; en conclusion algunas cosas tienen loables, otras fuera de camino. Volvamos á Italia.

Teníase por el papa la ciudad de Regio de Lombardía: prestó al emperador cuarenta mil ducados con cargo que le diese en empeño la ciudad de Módena. Estas dos ciudades junto con Placencia y Parma se entendia queria dar en feudo á Juliano su hermano, y aun juntar con ellas si pudiese á Ferrara, y aun poco despues le casó con Filiberta hermana de Carlos duque de Saboya. Dotóla el mismo papa en cien mil ducados.

CAPITULO XXIV.

Que el reino de Navarra se unió con el de Castilla.

El casamiento de Ingalaterra acarreó en breve la muerte del rey Ludovico de Francia; que así suele acontecer cuando las edades son muy desiguales, mayormente si hay poca salud. Falleció el primer dia del año que se contaba del nacimiento de nuestro Salvador de 1515. Sucedióle su yerno Francisco de Valoes duque de Angulema, primero deste nombre, príncipe de prendas aventajadas y de pensamientos muy altos. Todos entendian que no reposaria hasta recobrar el estado de Milan, y aun el reino de Navarra, de que daba intencion á aquellos reyes despojados. Lo de Italia no le tenia en mayor cuidado. Para poder acometer aquella empresa trató de asegurarse que no le acometiesen por las espaldas, y le divirtiesen.

La paz entre Ingalaterra y Francia iba adelante: acometió á casar al príncipe don Carlos con Renata su cuñada. Púsose el negocio en términos que por medio del conde de Nassau y de Miguel de Croy, camareros del príncipe, que vinieron á París sobre el caso, se concertó el casamiento á los veinte y cuatro de marzo. Señaláronle en dote seiscientos mil ducados, los docientos mil en dinero, y por los cuatrocientos mil el ducado de Berri. Esto era en sazon que el príncipe era salido de tutela, y el emperador y princesa Margarita sus tutores le emanciparon y pusieron en el gobierno de aquellos estados de Flandes. Restaba de ganar al rey don Fernando. El de Lautreque gobernador de la Guiena movió plática al marqués de Comares que la tregua se continuase por término de otro año. El rey Católico por entender el juego, como no era dificultoso, no quiso venir en ningun sobreseimiento de guerra con aquel príncipe, si no fuese universal por estas fronteras y por Italia; antes para prevenirse hacia instancia que se asentase la liga general ya platicada para hacer guerra al Turco, y para defensa de los estados de cada cual de los confederados. Junto con esto venia en que se concertase otra nueva alianza que el papa movió al emperador por medio del cardenal de Santa María en Portico Bernardo Bibiena en daño de venecianos, cuyas condiciones eran que Verona Vicencia, el Frioli y el Treviso quedasen por el emperador: Bressa, Bérgamo y Crema se entregasen al duque de Milan en recompensa de Parma y Placencia, ciudades con que el papa se queria quedar para dallas á Julian su hermano. Con esto parecia al rey Católico se aseguraba el duque de Milan, y venia en que casase con una de las hermanas del príncipe don Carlos, ó con la princesa Margarita, ó con la reina de Nápoles su sobrina, todos casamientos muy altos.

Tuvo el rey Católico la Semana Santa en la Mejorada con resolucion de juntar á un mismo tiempo córtes de las dos coronas, las de Castilla en Burgos, las de Aragon en Calatayud. Despachó sus cartas en Olmedo á los doce de abril, en que mandaba se juntasen las de Aragon para los once de mayo. Para presidir en ellas envió á la reina, para lo cual estaba habilitada, con órden que concluidas aquellas córtes, pasase á Lérida á hacer lo mismo en las de los catalanes, y despues á Valencia á las de los valencianos. Con esto partió el rey para Burgos, por hallarse allí al tiempo aplazado. Todo se enderezaba á recoger dinero para la guerra que amenazaba por diversas partes. Acordaron las córtes de Burgos de servir con ciento y cincuenta cuentos, grande servicio y derrama. Moviólos á hacer esto la union que el rey Católico entonces hizo del reino de Navarra con la corona de Castilla; si bien de tiempo antiguo estuvo unido con Aragon, y parecia se podia con razon pretender le pertenecia de presente pues ayudó para la conquista, y el mismo que la conquistó, era rey propietario de Aragon. El rey empero tuvo consideracion á que los navarros no se valiesen de las libertades de aragoneses, que siempre fueron muy odiosas á los reyes: además que las fuerzas de Castilla para mantener aquel estado eran mayores, y en la conquista, en gente, en dinero y capitanes sirvió mucho mas. Lo que da á entender este auto tan memorable, es que el rey Católico no tenia intencion de restituir en tiempo alguno aquel estado, y que le tenia por tan suyo como los otros reinos, sin formar algun escrúpulo de conciencia sobre el caso; así lo dijo él mismo diversas veces. Las razones que justificaban esta su opinion, eran tres: la primera la sentencia del papa en que privó á aquellos reyes de aquel reino: la segunda una donacion que hizo á los reyes de Castilla del derecho que tenia á aquel reino, ó corona, la princesa doña Blanca primera mujer del príncipe don Enrique, que despues fue rey de Castilla el cuarto de aquel nombre, cuando el rey don Juan de Aragon su padre la entregó en poder de Gaston de Fox y de su hermana doña Leonor sus enemigos declarados, que no pretendian otra cosa sino dalle la muerte para asegurarse ellos en la sucesion de Navarra, y era justo vengar aquella muerte con quitar el reino á los nietos de los que cometieron aquel caso tan feo, especial que doña Blanca era hermana del rey don Fernando: otra razon era el derecho que pretendia tener á aquella corona la reina doña Germana despues de la muerte de su hermano Gaston de Fox; que si por este derecho no pudo el rey su marido unir aquel reino con Castilla, puédese entender que se hizo con su beneplácito, pues se halla que tres años adelante en las córtes de Zaragoza renunció aquel su derecho y traspasó en el príncipe don Carlos ya rey de Castilla y Aragon: la suma de todo, que Dios es el que muda los tiempos y las edades, transfiere los reinos y los establece; y no solamente los pasa de gente en gente por injusticias y injurias, sino por denuestos y engaños.

Tratábase que aquel reino de Aragon sirviese con alguna buena suma de dineros para los gastos de la guerra en las córtes que se hacian de aragoneses en Calatayud. Los barones y caballeros para venir en ello porfiaban que se quitase á sus vasallos todo recurso al rey. Estuvieron tan obstinados en esto que las córtes se embarazaron algunos meses. Trabajaba el arzobispo de Zaragoza lo que podia en allanar estas dificultades, visto que por córtes no se podia alcanzar se otorgase servicio general, dió por medio que se tratase con cada cual de las ciudades le concediesen en particular.

El rey dado que se hallaba en Burgos muy agra-

vado de su dolencia, tanto que una noche le tuvieron por muerto, acordó partir para Aragon: creia que con su presencia todos vendrian en lo que era razon. Envió á mandar á su vicecanciller Antonio Augustin que se fuese para él, porque tenia negocios que comunicalle. Luego que llegó á Aranda de Duero do halló al rey, fue preso en su posada por el alcalde Hernan Gomez de Herrera, y llevado al castillo de Simancas. Muchas cosas se dijeron desta prision: quién entendia que tenia inteligencias con el príncipe don Cárlos en deservicio del rey, quién que no tuvo el respeto que debiera á la reina doña Germana. Puédese creer por mas cierto que en aquellas córtes no terció bien con los barones, y que con su castigo pretendió el rey enfrenar á los demás. Dejó en Segovia al cardenal con el consejo real. Apresuróse para Calatayud, y en su compañía llevó al infante don Fernando. No pudo acabar con los barones que desistiesen de aquella porfía tan perjudicial al ejercicio de la justicia. Apretábale la enferme dad; y aun se dice que la famosa campana de Vililla daba señal de su fin: mensajera de cosas grandes y de muertes de reyes. Así se tiene en Aragon comunmente: la verdad quién la averiguará? cuánta vanidad y engaños hay en cosas semejantes? Por esto sin concluir cosa alguna en lo del servicio general por el otoño dió vuelta á Madrid.

La reina, despedidas las córtes de Calatayud, pasó á Lérida á tener las córtes de Cataluña. Al mismo tiempo que las córtes de Castilla y Aragon se celebraban, en Viena de Austria se juntaron el emperador y los hermanos Sigismundo, rey de Polonia y Ladislao, rey de Hungría con el hijo del húngaro, Luis, rey que ya era de Bohemia. Llegaron á aquella ciudad á los diez y siete de julio. La causa desta junta fueron los casamientos que se celebraron el dia de la Madalena, de los infantes don Fernando y doña María su hermana con los hijos del rey de Hungría Ana y Luis, rey de Bohemia. Halláronse presentes á las fiestas, que fueron grandes, los tres desposados. La ausencia del infante don Fernando suplió como procurador suyo el emperador su abuelo. Desposólos Tomás, cardenal de Estrigonia legado de la sede apostólica. Es de notar que como los infantes don Fernando y doña María eran nietos del rey don Fernando, bien así Luis y Ana su hermana eran bisnietos de doña Leonor reina de Navarra, hermana del rey don Fernando; ca Catalina hija de doña Leonor casó con Gaston de Fox señor de Candala, cuya hija por nombre Ana casó con Ladislao, rey de Hungría, y parió á Luis y Ana. Tan estendida estaba por todo el mundo la sucesion y la sangre del rey don Juan de Aragon padre del rey don Fernando.

CAPITULO XXV.

De la muerte de Alonso de Alburquerque.

GRANDES fueron las cosas que Alonso de Alburquerque gobernador de la India oriental hizo en el tiempo de su gobierno: mucho le debe su nacion por haber fundado el señorío que tiene en provincias tan apartadas. Hallábase viejo, cansado y enfermo: muchos émulos como no era posible contentar á todos, acudian con quejas á Portugal. Acordó el rey don Manuel de proveer en todo con envialle sucesor en el cargo que tenia. Escogió para ello á Lope Juarez Alvarenga, persona de prendas y esperanzas, y muy inteligente en las cosas de la India. En su compañía iba Mateo embajador del Preste Juan, y juntamente Duarte Galvan para que fuese en embajada de parte suya á aquel príncipe. No pudo ir por la muerte que le sobrevino. En su lugar fue los años adelante Rodrigo de Lima, y llevó en su compañía á Mateo, que falleció antes de llegar á aquella córte, y á Francisco Alvarez sacerdote, cuyo libro anda impreso de todo este viaje, curioso y apacible.

El nuevo gobernador en menos de cinco meses que fue navegacion muy prospera, partido de Lisboa llegó á Goa á los dos de setiembre, en sazon que la reina de Portugal cinco dias adelante parió un hijo que se llamó don Duarte; príncipe dotado de mansedumbre, y muy cortés en su trato, dado á la caza y á la música: falleció mozo, y todavía dejó en su mujer un hijo de su mismo nombre, y dos hijas, de las cuales doña María casó con Alejandro Farnesio príncipe entonces, y despues duque de Parma, doña Catalina fue y es hoy duquesa de Berganza. Cuando Lope Suarez aportó á Goa, Alonso de Alburquerque se hallaba en Ormuz muy trabajado de una enfermedad y desconcierto de vientre que le acabó. Compuestas las cosas de aquella isla, con deseo antes de su muerte de ver á Goa, en que tenia puesta su aficion, se embarcó. En el mar tuvo aviso de la llegada de su sucesor. Alteróse grandemente de primera instancia. «Dios eterno, dijo, de cuantas mi»serias me hallo rodeado? si contento al rey, los »hombres se ofenden; si miro á los hombres, incurro »en la desgracia de mi rey. A la Iglesia, triste viejo, »á la Iglesia, que ningun otro refugio te queda.» Mostró esta flaqueza á lo que yo creo, por la congoja de la enfermedad que todo lo hace desabrido, ó por sentir mucho que las calumnias hobiesen tenido fuerza contra la verdad; porque luego como vuelto en sí: «Verdaderamente (añadió) Dios es el que go»bierna el corazon de los reyes, revuelve y ordena »con su providencia todas las cosas. Qué fuera de la »India si despues de mi muerte no se hallará quien »me sucediera en el cargo? cuán gran peligro cor»riera todo?» Dicho esto se sosegó.

Aumentósele con la navegacion la dolencia. Mandó que de Goa que estaba cerca, le trajesen su confesor, con quien comunicó sus cosas, y cumplió con todo lo que debia á buen cristiano; una mañana dió su espíritu. Señalado varon, sin duda de los mayores y mas valerosos que jamás España tuvo: su valor, su benignidad, su prudencia, el celo de la justicia corrieron á las parejas, sin que en él se pueda dar la ventaja á ninguna destas virtudes. Gran sufridor de trabajos, en las determinaciones acertado, y en la ejecucion de lo que determinaba, muy presto: á los suyos fue amable, espantoso á los enemigos. Mucho favoreció Dios las cosas de Portugal en dar á la India los dos primeros gobernadores tan señalados en todo género de virtud, de gran corazon y alto, muy semejables en la prudencia, y no menos dichosos en todo lo que emprendian. Verdad es que si bien se enderezaban á un mismo fin, que era en salvar el nombre de Cristo, y ponerse á cualquier peligro por esto, y por el servicio de su rey y honra de su nacion; pero diferenciábanse en los pareceres y en los caminos que tomaban para alcanzar este fin. Francisco de Almeyda, que fue el primer gobernador de la India, era de parecer que las armadas de Portugal no se empleasen en ganar ciudades en aquellas partes. Las fuerzas de los portugueses eran pequeñas, Portugal estaba muy lejos. Temia que si se dividian en muchas partes, no podrian ser tan poderosos como era menester para tan grandes enemigos. Parecíale que les estaria mejor conservar el señorío del mar, con que todas aquellas provincias los reconocerian. Alburquerque por el mismo caso que la gente era poca, y el socorro caia lejos, pretendia que en la India debian tener tierras propias que sirviesen como de seminarios para proveerse de gente, de mantenimiento y madera para fabricar bajeles. Sin esto entendia no se podrian mantener largo tiempo en el señorío del mar, ni conservar el trato de la especería; pues una vez ú otra quier por la fuerza del mar, quier por el poder de los enemigos se podrian perder sus

armadas. Finalmente que para asegurarse seria muy importante tener en su poder algunos puertos y tierras por aquellas marinas, do pudiesen acudir á tomar refresco y en cualquiera ocasion acogerse. Cuan acertado haya sido este parecer, el tiempo que es juez abonado, lo ha bastantemente mostrado. Nunca se casó Alonso de Alburquerque, solo dejó un hijo que tuvo en una criada: en cuyo favor poco antes que espirase, escribió al rey don Manuel estas palabras: «Esta será la postrera, que escribo con »muchos gemidos y muy ciertas señales de mi fin. »Un hijo solo dejo al cual suplico que atento á mis »grandes servicios se le haga toda merced. De mis »trabajos no dire nada mas de remitirme á las obras.» Sepultaron su cuerpo en la ciudad de Goa en una capilla que él fundó con advocacion de Nuestra Señora. El enterramiento fue suntuoso, las honras reales, las lágrimas de todos los que se hallaron presentes, muy de corazon, y muy verdaderos los gemidos. El rey cuando llegó esta nueva á Portugal, sintió su muerte tiernamente. Mandó llamar á su hijo: llamábase Blas, quiso que en memoria de su padre de allí adelante se llamase Alonso de Alburquerque. Heredóle como era razon y debido, y casóle muy honradamente: vivió muchos años, y poco tiempo há era vivo; y á su costa hizo ensanchar y adornar la iglesia en que á su padre enterraron.

En Africa intentó el rey don Manuel de edificar un castillo á la boca del rio Mamora, que otro tiempo se llamó Sugur, y junto á un estero que por allí hace el mar, y está cien millas distante de Arcilla. Juntó una armada de docientas velas en que iban ocho mil soldados, y por general Antonio Noroña. Partieron de Lisboa á los trece de junio, y llegaron á la boca del rio á los veinte y tres. Comenzaron á levantar el castillo. Cargó tanta morisma que fueron forzados á dejar la empresa y dar la vuelta á Portugal con vergüenza y pérdida de cuatro mil hombres y de la artillería, que dejaron en aquella fortaleza comenzada.

CAPITULO XXVI.

Que el rey de Francia pasó á Milan.

Luego que el nuevo rey de Francia Francisco Primero deste nombre se vió en pacífica posesion de aquel rico y poderoso reino, juntó un grueso ejército, resuelto de pasar en persona á la empresa de Lombardía. Acudieron á la defensa del duque de Milan quince mil suizos. Próspero Colona con la gente de armas que tenia, acordó de atajar cierto paso á los franceses. Estaba en Villafranca descuidado y cenando, cuando fue preso por la gente que sobrevino del señor de la Paliza. El virey tenia su campo junto al rio Abdua; con la gente del papa alojaba en Placencia Lorenzo de Médicis hijo de Pedro de Médicis, el que se ahogó en el Garellano. Importaba mucho para asegurar la victoria que los unos y los otros se juntasen con los suizos: así lo entendia el duque de Milan, y hacia grande instancia sobre ello tanto con mayor ansia que las cosas comenzaban á suceder prósperamente al Francés, ca Alejandria se le dió, y tomó á Novara; y su castillo se ganó por industria del conde Pedro Navarro, que atediado del descuido que se tenia en rescatalle, se concertó con el rey de Francia, que pagó veinte mil ducados de su rescate. Envió el rey Católico á convidalle con grandes partidos, llegó tarde el recado; el conde se hallaba ya tan prendado que se escusó. Entonces envió la renunciacion del condado de Olivito que tenia en el reino de Nápoles. El virey ni se aseguraba de los suizos por ser gente muy fiera, y tener entendido traian inteligencias con Francia, ni tampoco hacia mucha confianza de la gente del papa á causa que por no perdér á Parma y Placencia que los suizos les querian quitar, sospechaba se concertarian con los contraries. Acordó dejar en Verona á Marco Antonio Colona, y en Bressa á Luis Icart con buen número de gente, y él con lo demás del campo pasar de la otra parte del Pó por una puente que hizo de barcas, y fortificarse junto á Placencia y al rio Trebia.

Los suizos que se hallaban con el duque en Milan, llevaban mal aquellas trazas y tardanza, que sin duda iban erradas, y fueron la total causa de perderse la empresa. Acordaron de salir solos con unos pocos italianos á dar la batalla á los franceses, que tenian sus reales muy fortificados junto á San Donato y á Mariñano. Pretendian prevenir la venida de Albiano, que se apresuraba para juntarse con el campo francés con novecientos hombres de armas, mil y cuatrocientos caballos ligeros y nueve mil infantes. Salieron los suizos de la ciudad muy en órden. Los franceses para recebillos ordenaron sus haces. En la avanguardia iba Carlos de Borbon, en la retaguardia monsieur de la Paliza, el rey tomó á su cargo el cuerpo de la batalla. La artillería francesa, que era mucha y muy buena, hacia grande daño en los suizos. Cerraron ellos con intento de tomalla. Combatieron con tal coraje y furia, que rompieron el fuerte de los enemigos y se apoderaron de parte de la artillería. Sobrevino la noche, y no cesó la pelea por todo el tiempo que la claridad de la luna dió lugar, que fue hasta entre las once y las doce. El rey se adelantó tanto que le convino hacer la guarda sin dormir mas de cuanto como estaba armado se recostó un poco en un carro: no se quitó el almete, ni comió bocado en veinte y siete horas: grande ánimo y teson. Entendió que los suizos querian acometer otra vez la artillería: encomendó la guarda della á los alemanes. Al reir del alba volvieron al combate con no menos fiereza que antes. Ienolaco Galeoto asestó la artillería de tal suerte que de través hacia gran riza en los contrarios. Con esto y con la llegada de Albiano, que sobrevino con algunas compañias de á caballo, los suizos por entender que era llegado todo su campo, desmayaron, y en buen órden se recogieron á Milan. Desde allí se partieron luego la via del lago de Como. Dióse esta famosa batalla á los trece y catorce de setiembre. Los milaneses rindieron luego al vencedor la ciudad. Sobre el castillo á que se retiró el duque con la gente que pudo, se puso cerco muy apretado. Combatíanle con la artillería y con minas que el conde Pedro Navarro hacia sacar. Rindióse el duque á los treinta dias del cerco, y fue llevado á Francia. Concertaron le darian cada un año para su sustento treinta y seis mil escudos á tal que no pudiese salir ni ausentarse de aquel reino. Cuán cortos son los plazos del contento? cuán poco gozó este príncipe de su prosperidad? si tal nombre merecen los cuidados y miedos de que estuvo combatido todo el tiempo que poseyó aquel estado. Tras esto todas las ciudades y fuerzas de aquel ducado se entregaron al Francés.

El virey don Ramon de Cardona dió luego la vuelta á Nápoles por asegurar las cosas de aquel reino, y enfrenar á los naturales alborotados con deseo de novedades. Tenia órden para entretener la gente de guerra de emprender la conquista de los gelves. El pontífice fácilmente se acomodó con el tiempo. Resuelto de temporizar se vió con el rey vencedor en Boloña. Concedióle todo lo que supo pedir: alcanzó asimismo dél que abrogase la pregmática sanction en gran ofensa del clero de Francia.

En España al rey Católico no faltaban otros cuidados. Publicóse que el Gran Capitan queria pasar á Flandes, y en su compañía los condes de Cabra y Ureña y el marqués de Priego. Indignóse desto de suerte que envió á Manjarres para prendelle, con órden que le impidiese el pasaje, y si menester fuese, le echase la mano. Proveyó Dios para evitar un caso de tan mala sonada que el Gran Capitan adoleció de

cuartanas por el mes de octubre en Loja donde residia: no creian que la enfermedad fuese verdadera, sino fingida para asegurar. La indignacion del rey de Ingalaterra pasaba adelante. Importaba mucho aplacalle, y mas en esta sazon. Envióle el rey con el comendador Luis Gilaber un rico presente de joyas y caballos. Llegó en sazon que se confirmó estar la reina preñada, grande alegría de aquel reino; y á Tomás Volsóo llegó el capelo que fue muy festejado. Subió este prelado de muy bajo lugar á tan alto grado por la grande privanza que alcanzó con aquel rey: despeñóle su vanidad y ambicion, que fue adelante muy perjudicial á aquel reino. Este cardenal y el embajador del rey Católico se juntaron, y asentaron á diez y ocho de octubre una muy estrecha confederacion y amistad entre sus príncipes.

Antes desto Luis de Requesens con nueve galeras que tenia á su cargo, venció junto á la isla Pantalarea trece fustas que hicieran mucho daño en las costas de Sicilia y por todo aquel mar. Otro capitan turco por nombre Omich, y vulgarmente llamado Barbaroja, con la armada que llevaba, se puso sobre Bugía: acudiéronle muchos moros de la tierra: apretóse el cerco que duró algunos meses. Don Ramon Carroz capitan de aquella fuerza la defendió con gran valor: vino en su socorro don Miguel de Gurrea visorey de Mallorca; y sin embargo el cerco se continuaba y llevaba adelante. Padecian los cercados gran falta de vituallas. Llególes á tiempo que se querian rendir, una nave cargada de bastimentos que les envió el virey de Cerdeña, socorro con que se entretuvieron hasta tanto que el Turco, perdida la esperanza de apoderarse de aquella plaza, alzó el cerco por fin deste año.

CAPITULO XXVII.

De la muerte del rey don Fernando.

La hidropesía del rey Católico y las cuartanas del Gran Capitan iban adelante, dolencias la una y la otra mortales. Salió el Gran Capitan de Loja con las bascas de la muerte. Llevaronle en andas á Granada donde dió el espíritu á los dos de diciembre: varon admirable, el mas valeroso y venturoso caudillo que de muchos años atrás salió de España. La ingratitud que con él se usó, acrecentó su gloria, y aun le preservó que en lo último de su edad no tropezase, como sea cosa dificultosa y rara navegar muchas veces sin padecer alguna borrasca: á muchos grandes personajes con el discurso del tiempo se les escureció la claridad y fama que primero ganaron. El tiempo le cortó la vida: su renombre competirá con lo que el mundo durare. Por su muerte vacó el oficio de condestable de Nápoles: dióse á Fabricio Colona, y hoy le poseen los de su casa. Los demás estados quedaron á doña Elvira, hija mayor y heredera de la casa de su padre.

El rey Católico desde Madrid con intento de pasar á Sevilla, por ser el aire muy templado, era ido á Plasencia: allí si bien muy agravado de su mal fue muy festejado y se detuvo algunos dias. Mandó al infante don Fernando se fuese á Guadalupe, do pensaba volver. Iban en su compañía Pero Nuñez de Guzman Clavero de Calatrava su ayo, y su maestro don fray Alvaro Osorio, fraile dominico, obispo de Astorga. El rey pasó á la Serena por gozar de los vuelos de garzas, que los hay por aquella comarca muy buenos: recreacion á que era mas aficionado que á otros géneros de cazas y de altanería. Hacíanle compañía el almirante, el duque de Alba, el obispo de Burgos, tres de su consejo, es á saber el doctor Lorenzo Galindez de Carvajal, que escribió un breve comentario de lo que pasó estos años, los licenciados Zapata y Francisco de Vargas su contador, cuyo hijo y de doña Inés de Carvajal, el obispo de Plasencia don Gutierre de Carvajal, falleció no ha muchos años.

Allí por las fiestas de Natividad llegó Adriano, dean de Lovaina y maestro del príncipe, que venia enviado de Flandes. Con su llegada se asentó que el príncipe fuese ayudado para sus gastos con cincuenta mil ducados por año, y que el rey por todos los dias de su vida, aunque muriese la reina doña Juana, tuviese el gobierno de Castilla. Mostrábanse liberales con quien muy presto por las señales que daba la enfermedad, habia de partir mano de todo. Dió vuelta á Madrigalejo aldea de Trujillo. Agravósele el mal de manera que se entendió viviria pocos dias. Acudió el dean de Lovaina, de que el rey recibió enojo, y mandó volviese á Guadalupe, donde era ido á verse con el infante don Fernando, y allí le aguardase. Ordenó su testamento. Confesóse con fray Tomás de Matienzo de la órden de Santo Domingo, su confesor.

La reina en Lérida do estaba tuvo aviso de lo que pasaba. Partióse luego y llegó un dia antes que se otorgase el testamento. Otro dia miercoles entre la una y las dos de la noche á veinte y tres de enero, entrante el año de 1516, dió su alma á Dios. Príncipe el mas señalado en valor y justicia y prudencia que en muchos siglos España tuvo. Tachas á nadie pueden faltar, sea por la fragilidad propia, ó por la malicia y envidia ajena que combate principalmente los altos lugares. Espejo sin duda por sus grandes virtudes en que todos los príncipes de España se deben mirar. Tres testamentos hizo, uno en Burgos tres años antes de su muerte, el segundo en Aranda de Duero el año pasado, el postrero cuando murió. En todos nombra por su heredera á la reina doña Juana, y por gobernador á su hijo el príncipe don Cárlos. En caso que el príncipe estuviese ausente, mandaba en el primer testamento que en su lugar gobernase el infante don Fernando su hermano; pero en los otros dos mudada esta cláusula ordenó que entretanto que el príncipe no pasase en estas partes, tuviese el gobierno de Aragon el arzobispo de Zaragoza, y el de Castilla el cardenal de España.

Esto se guardó bien así como lo dejó mandado. Verdad es que el dean de Lovaina por poderes que mostró del príncipe fue admitido al gobierno junto con el cardenal. Al infante don Fernando mandó en el reino de Nápoles el principado de Taranto, y las ciudades de Cotron, Tropea, la Amantia y Galipoli; demás de cincuenta mil ducados que de las rentas de aquel reino ordenó le diese cada un año, que corriesen hasta tanto que el príncipe su hermano en algun estado le consignase otra tanta renta. Mandó otrosí que el duque de Calabria sin embargo que su ofensa fue muy calificada, le pusiesen en libertad, y encargaba al príncipe le diese estado con que se pudiese sustentar. Pero esta cláusula no se cumplió de todo punto y enteramente hasta el año de mil quinientos y treinta y tres por diversos respetos y ocasiones que contra los caidos nunca faltan. Del vicecanciller Antonio Agustin no hizo mencion alguna, si por estar olvidado de su delito ó querer que otro le castigase, no se puede averiguar: basta que el cardenal de España poco adelante le remitió y envió á Flandes donde fue dado por libre. Pronuncióse la sentencia en Bruselas á los veinte y tres de setiembre deste mismo año.

Nombró por sus testamentarios á la reina su mujer y al príncipe y al arzobispo de Zaragoza, á la duquesa de Cardona, al duque de Alba, al visorey de Nápoles, á fray Tomás de Matienzo su confesor, y á su protonotario Miguel Velazquez Clemente. Su cuerpo llevaron á enterar á su capilla real de Granada, donde le pusieron junto con el de la reina doña Isabel que tenian depositado en el Alhambra. De los que se hallaron á su muerte le acompañaron solos don Hernando de Aragon, y el marqués de Denia don Ber-

nardo de Sandoval y Rojas y algunos otros caballeros de su casa. Por el camino los pueblos le salian á recebir con cruces y lutos. En Córdova particularmente, cuando por allí pasó el cuerpo, se señalaron el marqués de Priego y conde de Cabra con los demás caballeros de aquella ciudad. Los desgustos pasados, y la severidad de que en vida usó con ellos, á sus nobles ánimos sirvieron mas aina de espuelas para señalarse con el muerto y con su memoria en todo género de cortesía y de humanidad. En Granada el clero, ciudad y cancillería á porfía se esmeraron en el recibimiento, enterramiento y exequias que hicieron con toda solemnidad, como era razon, al conquistador y único fundador del bien y felicidad de aquella ciudad y de todo aquel reino de Granada.

CONTINUACION

DE LA

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA,

POR

EL P. FR. JOSÉ DE MINIANA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

De la proclamacion de Carlos I, rey de España.

Hechas con grande magnificencia las exequias del rey don Fernando, y enjutas las lágrimas que se derramaron por su muerte, se trató en el consejo de enviar á don Carlos el testamento en que era declarado sucesor, suplicándole viniese cuanto antes á tomar posesion de sus reinos heredados. Para este efecto se le despacharon cartas con fecha de veinte y dos de mayo de 1516. Entretanto se encargó el cuidado del gobierno al cardenal de España don fray Francisco Jimenez de Cisneros, y al dean de Lovaina Adriano Florencio, natural de Utrech, el que desde luego comenzaron á ejercer con poca conformidad en sus dictámenes, ya por la diferencia de costumbres, ó ya porque ni uno ni otro podia admitir compañero en el mando. De la reina doña Juana á causa de su demencia, no se hizo por entonces mencion alguna. Su hijo don Fernando no podia entrometerse en las cosas del estado, segun lo habia dejado dispuesto su abuelo en su testamento, para que al deseo de reinar no se juntase el poder, y fuese ocasion de civiles discordias y turbulencias. Por disposicion del cardenal, y con mucho aplauso de los del consejo se trasladó la córte á Madrid: y receloso de que don Fernando tenia muchos partidarios, le llevó consigo, y á doña Ursula Germana, viuda de don Fernando el Católico.

Mientras tanto que se trataba de arreglar las cosas públicas, que en los principios de un reinado están mas dispuestas á novedades, indignados los grandes de que todo lo gobernase el cardenal, á quien tenian grande odio, no omitieron medio alguno para derribarle, y reducirle al estado de persona privada. A este efecto escribieron al rey cartas en que, entre otras cosas, le acusaban «de ser un hombre agreste »y demasiado severo para el gobierno: que su natu»ral violento y sanguinario no respiraba sino la guer»ra: que si no ponia remedio oportuno, era temible »la próxima ruina del reino.» Por el contrario, el cardenal y el consejo le advirtieron «del peligro que »amenazaban las ocultas maquinaciones y juntas de »los grandes que despreciaban su gobierno: que eran »muy pocos los que obedecian los mandatos del con»sejo, y ninguno contra su voluntad propia: que ca»recia de la suficiente autoridad y fuerzas para su»jetarlos; y que su contumacia habia llegado á tal »estremo, que ya no podia finalmente contenerse y »quebrantarse sino usando de la fuerza y de las ar»mas: inconvenientes todos dignos de una madura »atencion.»

Entretanto don Carlos recibió la triste nueva de la muerte de su abuelo: y despues de haber dado sinceras señales de dolor, y elogiado como debia la memoria de príncipe tan grande, mandó celebrar exequias con aparato magnífico en la iglesia mayor de Gante; y para que no faltase circunstancia á la solemnidad de este acto, asistió él mismo vestido de luto. Hecho esto, y convertida la tristeza en alegría, despues que fue saludado rey de España, dirigió sus cuidados á las cosas del reino. Lo primero que hizo fue responder al consejo: «que deseaba venir á Es»paña y satisfacer sus deseos: y que en el interin era »su voluntad gobernase el cardenal, cuya fidelidad y »celo apreciaba mucho: que además queria que el »título de rey que habia aceptado por consejo del »emperador su abuelo, y del sumo pontífice, fuese »confirmado por todos los estados del reino, aten»diendo en esta parte á los derechos de la nacion.» Al mismo tiempo escribió al cardenal recomendándole que pusiese en esto todos sus conatos; porque le parecia conveniente al bien público en unos tiempos tan calamitosos. No era muy fácil conseguirlo viviendo la reina madre, y estando los ánimos tan discordes: pero al fin venció la constancia de Jimenez, que con un grave discurso que hizo en el consejo, allanó todas las dificultades y triunfó de la resistencia de los grandes, que andaban maquinando dilaciones. Despues mandó alzar los estandartes por don Carlos de Austria, como se acostumbra en las aclamaciones de los reyes, primero en Madrid á treinta de mayo, y despues en todo el reino. Algunos comenzaban á declararse por el infante don Fernando, que por haber nacido y criádose en España, y por habituado á sus usos y costumbres parecia mas afecto á la nacion. Pero este designio, que solo se susurró entre pocas personas, causó gran perjuicio

á aquel escelso jóven, pues habiéndose manifestado mas abiertamente sus partidarios en el año siguiente, fue acusado de que aspiraba al reino, y le quitaron todos sus criados poniéndole otros desconocidos que le custodiasen y observasen conducta.

Los grandes, acostumbrados á conseguirlo todo por fuerza, con la muerte del rey don Fernando, que con su severidad los contenia en respeto, volvieron á seguir su antigua inclinacion. Don Pedro Giron, hombre inquieto y revoltoso, habia hecho una entrada con gente armada por las tierras del duque de Medina Sidonia con pretesto del derecho de su mujer doña Mencía, cuyo pleito se habia ventilado en tiempo del rey don Fernando. Era temible que las partes viniesen á parar en una guerra abierta, teniendo cada una parciales poderosos. El cardenal, habiéndose valido en vano de todos los medios suaves, para que la audacia no creciese con la impunidad, envió á don Antonio de Fonseca con un buen golpe de gente armada contra don Pedro Giron, el cual se sometió, y sin ser necesario venir á las manos, dejó las armas con que habia inquietado toda la Andalucía. En Málaga se levantó otra tempestad. Los ciudadanos se sublevaron contra el almirante, y tomaron las armas por la libertad en que pretendian mantenerse. Amonestados por el cardenal para que volviesen á su deber, persistieron contumaces, sin atencion á la dignidad de la persona que les mandaba una cosa tan justa. Viendo pues que era preciso sujetarlos con la fuerza, envió con tropa á don Antonio de la Cueva. Pero los rebeldes, siguiendo mejor consejo, le salieron al encuentro en Antequera prometiendo que serian obedientes, y que se sujetarian á los magistrados. Don Antonio los escuchó benignamente, pero no quiso deliberar cosa alguna sin dar parte al cardenal. Y movido este del arrepentimiento de los malagueños, mandó perdonarlos, y que solo se impusiese la pena de muerte á los autores del tumulto. Para asegurar la autoridad con las armas, como era amigo de dominar, mandó hacer levas por todo el reino, y en breve formó un buen ejército para tenerle prevenido en cualquier acontecimiento. El pretesto era para contener á los moros, enemigos cuotidianos, que en todas partes nos molestaban, pero su verdadero designio el de reprimir la autoridad de los grandes y la contumacia de los pueblos. No faltaron ciudades que resistieron los mandatos del cardenal prohibiendo los alistamientos á instancias de los magistrados. Persistiendo el cardenal con mayor teson en sus mandatos, hicieron manifiesta resistencia estas ciudades, y especialmente la de Valladolid, que llegó al estremo de juntar un ejército para oponerse con la fuerza en caso necesario. Los grandes, noticiosos de los intentos del cardenal, se pusieron de parte de las ciudades rebeldes, y con secretas inteligencias irritaban los ánimos y echaban leña al fuego. El cardenal dió cuenta al rey, y en vista de su respuesta dejaron las armas, y obedecieron los de Valladolid, con lo cual calmó la sedicion.

No faltaron por este tiempo temores esternos, pues por la parte de Francia habia hecho una entrada en la Navarra don Pedro de Navarra, apasionadisimo secuaz de la casa de Labrit, para que los del país, visto el socorro que les presentaba, se apartasen de la obediencia de Castilla, á cuyo dominio habian sido poco antes sujetados por don Fernando el Católico. Pero habiéndole salido al encuentro con un poderoso ejército don Fernando de Villalba, capitan de mucha esperiencia, le presentó batalla en lo mas estrecho de los montes. La victoria al fin se declaró por Villalba, y Navarra con grande parte de la nobleza que le seguian quedaron prisioneros. Sin embargo el éxito fue desgraciado para uno y otro general. Navarra encerrado en el castillo de Simancas, desesperando conseguir su libertad, se dice que se mató á sí mismo, y que de este modo pereció ignominiosamente. No duró mucho á Villalba la alegría de la victoria, porque acometido de una repentina enfermedad, murió en Estella en los brazos de su mujer, no sin sospechas de que le habian dado veneno. Este mismo año espulsó Labrit del reino murió de pesadumbre; y de allí á pocos dias falleció tambien la reina Catalina, dejando por heredero á Enrique su hijo. Don Fadrique de Acuña tuvo por sucesor en el gobierno á don Antonio Manrique, duque de Nájera, varon de mucha fidelidad y de muy escelsos progenitores. Al mismo tiempo siguiendo el cardenal el consejo de Villalba, mandó demoler todas las ciudadelas y lugares fuertes de Navarra, á fin de quitar á los navarros las fuerzas y el deseo de rebelarse, y solo fue conservado el castillo de Marcilla, que era inespugnable por la naturaleza y el arte, lo cual se debió al valor de doña Ana de Velasco, mujer del conde de Falces. Procuró guarnecer y fortalecer á Pamplona, para cerrar por aquella parte la entrada á los franceses.

Gobernaba entonces á Aragon don Alonso, hijo de don Fernando el Católico, nacido de Aldonza su concubina, bajo de cuya tutela se hallaba el reino libre de toda suerte de alteracion. Llegaron al rey muchas súplicas y ruegos de sus vasallos, por medio de una solemne embajada que le enviaron, en que le manifestaban que esperaban con grande impaciencia su venida. Este afectuoso cuidado, que era indicio de su amor y lealtad, le fue sumamente agradable. Aumentada por Jimenez la armada naval con veinte galeras para guardar y conservar las costas de España, parte de ella peleó prósperamente con los piratas, y habiendo apresado cinco galeras de los mahometanos, y muerto á seiscientos de ellos, fueron conducidas á remo al puerto de Alicante. Sabida esta victoria por el papa Leon décimo, escribió al cardenal dándole el parabien, y animándole á perseguir los enemigos del nombre cristiano. Otras cuatro galeras fueron apresadas por Berenguer Olms. Volvieron los moros á dejarse ver en las costas de Andalucía, pero en lugar de la presa que esperaban, fueron derrotados y muertos muchos de ellos; y de este modo quedó limpio el mar y la tierra de piratas, á costa de la sangre de pocos cristianos. Entretanto acaeció una contienda entre españoles y genoveses, irritados estos por la insolencia de Juan Rius, cosario catalan, que contra todo derecho y justicia les habia robado sus naves. Lo que mas les incitó á la venganza fue la soberbia respuesta que les dió el catalan en el puerto de Cartagena, adonde habian entrado, y no sufriendo los genoveses la contumelia sobre la injuria recibida, comenzaron á disparar la artillería de sus buques, y les correspondieron con denuedo los españoles trabándose una reñida pelea. En lo mas fuerte de ella, cogiendo Olms un esquife saltó á tierra, y puso en arma á la multitud que ya estaba prevenida para resistir á los genoveses; pero la noche puso fin al combate con no pequeña pérdida de unos y de otros. Indignado gravemente el cardenal de esta ofensa, y como tan acérrimo defensor de la autoridad real, ordenó por un edicto que inmediatamente saliesen de España todos los genoveses, y se secuestrasen sus bienes y efectos; pero despues le revocó la benignidad del rey habiendo implorado aquellos su clemencia. El cosario Rius, además del estrago que padeció su galera, no hubiera evitado el castigo, si el favor de la córte no hubiese desarmado la ira del cardenal. Ramon de Carros, valenciano, hombre muy valeroso, desbarató los intentos que Homich Barbaroja tenia de tomar á Burgía; cuya ciudad combatió en vano el Turco con terrible batería de máquinas de guerra, perdiendo allí á Isaac su hermano, y la mano izquierda, bien que reparó esta falta acomodándose en el codo otra de hierro. Mas no ten-

go necesidad de referir aquí lo que ya queda dicho por el padre Mariana.

En este tiempo las cosas de Nápoles se hallaban tranquilas por el cuidado é industria de su virey don Ramon de Cardona. Francia que preparaba las armas, no dejaba de causar temor; pero este no pasó adelante, pues habiéndose unido el papa y el César, fueron arrojados los franceses de casi todo el ducado de Milan. El César mudando repentinamente de dictámen se retiró con sus tropas á Alemania, sin miramiento alguno á su dignidad ni al honor de la guerra; con cuya ligereza de ánimo proporcionó á los franceses la ocasion de recobrar lo perdido. Entretanto comenzaron á tumultuarse tan obstinadamente los de Palermo, que el gobernador don Hugo de Moncada, caballero de San Juan, se escapó de su tribunal y huyó á Mecina, habiendo el pueblo tomado contra él las armas. El pretesto que alegaban para perseguirle era que había continuado en aquel gobierno despues de la muerte de don Fernando, que le nombró, y que no habia pedido la confirmacion al rey su sucesor. Si hemos de dar crédito á Paulo Jovio, las verdaderas causas del odio de los sicilianos contra Moncada, eran sus rapiñas y tiranías, en que imitó á Verres. Las cabezas de la sedicion fueron Federico Abatelo y Pedro de Cardona, los condes de Camerino y Colisano, y otros de la primera nobleza. Llamó el rey á las partes para examinar la causa de aquella sedicion, y nombró en el ínterin por gobernador de la isla á Hector Piñateli, conde de Monteleon.

Arregladas las cosas de Flandes, se puso don Carlos en marcha para España, y de camino visitó las ciudades de aquella provincia. En Bruselas dió el toison de oro, blason insigne de la casa de los duques de Borgoña, á algunos de los nobles, entre los cuales don Juan Manuel fue el primero de los españoles á quien hizo este honor. A Pedro de Mota, á Alonso Manrique y Adriano Florencio, confirió los obispados de Badajoz, Córdoba y Tortosa, con aprobacion y confirmacion del sumo pontífice. Pero no apresurándose en el viaje á estos reinos tanto como deseaban los españoles, á principio de este año 1517, envió á España á Carlos Lasao, varon de gran nobleza entre los flamencos, para que se asociase á Jimenez y Adriano en la administracion del reino. Esta eleccion la solicitaron los grandes para mortificar al cardenal Jimenez, segun entonces se dijo. Pero este que no hacia grande aprecio de Adriano, despreció mucho mas á Lasao, como poco esperimentado en los usos y costumbres de España. Sucedió una vez que los gobernadores flamencos mandaron que les trajesen á firmar los despachos reales, espedidos para los negocios públicos; y poniendo sus firmas en el lugar mas preeminente, dejaron en blanco el mas ínfimo para el cardenal, dando en esto á entender que ellos tenian el primer lugar en el mando. Pero Jimenez, que á nadie cedia el puesto, menospreciando la arrogancia de estos hombres, rompió aquellos despachos, y haciendo escribir otros los firmó él solo, y de este modo los hizo dirigir á sus destinos. Esto mismo practicó de allí adelante, sin que los flamencos se atreviesen á contradecirle en nada, aunque despues le fue asociado Armastorfo, camarero mayor del rey. Descargó Jimenez gravemente su ira en don Juan de Velasco, porque habiéndole mandado que entregase Arévalo y otros pueblos á doña Germana, y rehusando él obedecerle, le estrechó fuertemente, no admitiéndole ninguna escusa. Despues de muchos debates inútiles, venció con terribles amenazas la pertinacia de Velasco, que habia creido propio de su honor el defenderse con las armas, y al fin tuvo que dejarlas, y los pueblos que pretendia retener. De una causa nació otra, porque los del país pusieron demanda para que no se les separase del real dominio, cuyo pleito duró hasta la venida del rey, quien mandó que los pueblos se entregasen á Germana.

CAPITULO II.

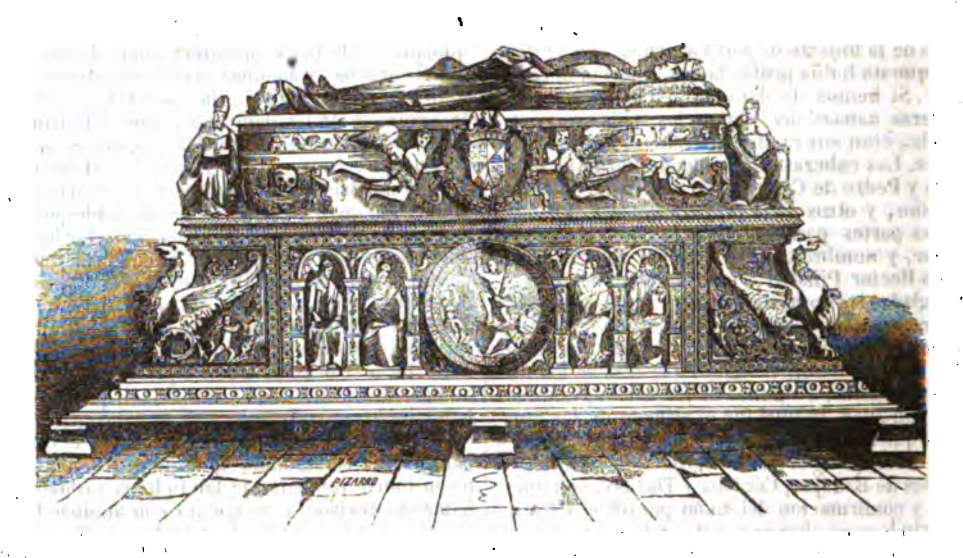
Algunas sediciones apaciguadas, y tratado de paz con Francia.

No perdonaba el cardenal fatiga alguna por el bien del estado, y decoro de la magestad real de que era gran defensor, y así no cesaba de reprender á los ministros flamencos que con su avaricia y ambicion lo echaban todo á perder. Acudian á ellos en tropas los pretendientes que no podian conseguir favor alguno con el cardenal, hombre de carácter mas severo. A todas horas se hacian ventas de los empleos, y se daban los oficios y cargos al que mas ofrecia, sin omitir ningun género de lucro grande ó pequeño. No pudiendo el cardenal ni el consejo sufrir estos desórdenes, dirigieron al rey cartas muy sentidas quejándose de la escandalosa codicia de los palaciegos flamencos, y amonestándole sériamente del peligro que corria. Pero el príncipe estaba enteramente dominado de los flamencos, que abusaban de tal modo de su crédito y confianza, que todos los avisos y saludables consejos fueron inútiles. Habia en este tiempo muchas causas de iras y discordias con los Mendozas; pero habiéndose reconciliado por intervencion de sus amigos, se desvaneció el peligro que amenazaba este descontento. Encendióse nueva ira contra Giron, porque litigando con él don Gutierre de Quijada por la posesion cerca de Villardefrades de Valladolid, Gutierre procedia por los términos del derecho y justicia, y Giron con la fuerza de las armas. En esta ocasion algunos jóvenes de la nobleza amigos de Giron fueron á buscarle al pueblo en que habitaba para ayudarle en esta demanda, y no hubo cosa que no hiciesen ni dijesen contra el cardenal con insolencia increible. No tardó este mucho tiempo en tomar venganza de tan indigna maldad, pues habiendo enviado á Sarmiento con algunas tropas, se escaparon los amotinados y le dejaron libre el pueblo con tan prudente como noble consejo. La culpa recayó en sus moradores, y el castigo fue poner fuego al lugar. Inmediatamente volaron al rey mil calumnias de los que reprobaban la severidad del cardenal en este hecho. Pero el príncipe en su respuesta aprobó todo lo ejecutado, y se aplacó la tempestad. Giron que temia el duro carácter del cardenal, se puso luego en marcha y vino á pedirle perdon de todo lo pasado, y persuadido Jimenez de que era pena bastante para un hombre tan poderoso aquel acto de humillacion, como era de genio magnánimo le admitió en su gracia, y procuró que el príncipe le recibiese en la suya.

Otro escollo de la pública tranquilidad fue el duque de Alba con motivo de la disputa suscitada sobre el priorato de los caballeros de San Juan. Pedíanle á un mismo tiempo don Diego, hijo del mismo duque de Alba, y don Antonio de Zúñiga, hermano del duque de Bejar. Como no se encontrase ningun medio de apaciguar esta discordia, se disponian ya á recurrir á las armas. Don Diego se retiró á Consuegra con gente armada, á fin de obtener con la fuerza lo que no pudiese por la bondad de la causa. Deseoso Alba de ayudar á su hijo, le envió prontamente mil infantes con alguna caballería; cuyas tropas fueron desbaratadas en su marcha por don Fernando de Andrade, á quien el cardenal confió esta empresa, y con esto perdieron los de Alba la esperanza de mantener el pueblo. Finalmente despues de haber esperimentado ser vanos sus esfuerzos, por consejo de hombres prudentes, fue puesto el priorato en secuestro, y con esto cesó la guerra. Con la venida del príncipe se transigió tan molesto pleito con beneficio de las partes. Increibles son las cosas que hizo y re-

solvió la invencible constancia del cardenal, y si no hubiera sido tan grande en unos tiempos tan difíciles, hubiera sucedido tal vez una infinidad de gravísimos males. A la verdad este hombre solo gobernó tan diestra y prudentemente la república en paz, y en guerra, que la entregó al príncipe libre y bien ordenada. No faltó á su admirable talento el arte de vencer á los enemigos, ni el de hacer que los ciudadanos se contuviesen en sus deberes. Lo mas digno de admiracion, y lo que en todos los siglos debe hacerle memorable es, que en medio de tanta multitud de cuidados dispuso la famosa edicion de la Biblia Complutense, como si no tuviese otra cosa á que atender.

En este tiempo estaba de luto el reino de Portugal por la muerte del cardenal Alfonso, hijo del rey don Manuel; y la tristeza llegó á su colmo con la desgracia de la reina doña María que murió de sobreparto junto con el niño recien nacido. Así perecen las cosas caducas, porque es ley inmutable de la naturaleza que se quiebren los vasos frágiles. Sirvió de algun consuelo la doble victoria ganada por Nuño Fernandez contra los Jerifes que se habian sublevado, y la estension del imperio Lusitano en Africa. No era tan feliz la suerte de los castellanos en aquella parte, porque Homich, que con fraude se habia apoderado de Argel, pasando de pirata á ser rey, despues de haber muerto á Tumin su monarca legítimo, preparaba sus armas contra los presidios de España. Conmovidos con la noticia los presidiarios avisaron del



Sepulcro de los Reyes Católicos.

peligro al cardenal, y le pidieron auxilio si no queria perder lo ganado. Para divertir al enemigo acometiéndole por mar, mandó Jimenez juntar á la ligera ocho mil hombres de gente baja y turbulenta, los que se embarcaron bajo las órdenes del capitan don Diego de Vera, el cual habiendo desembarcado en Argel, no pudo poner en práctica sus designios por la falta de obediencia de los soldados: pues habiéndose dispersado para robar, con desprecio de las órdenes de su capitan, fueron sorprendidos de improviso por Homich, y destrozados como en venganza de haber quebrantado la disciplina militar. Perecieron en esta pelea tres mil: otros cuatrocientos fueron hechos esclavos: y los demás se salvaron retirándose á sus naves, y volvieron á España con ignominia y pérdida considerable.

El César Maximiliano vino á Bruselas con los grandes de Alemania, y de este viaje resultó hacer las paces con Francisco, rey de Francia, para que por la ausencia de Carlos no estuviese espuesta la Flandes á ningun insulto. En la ciudad de Noyon en el Franco Condado se juntaron los embajadores, y despues de muchos debates se ajustaron las condiciones en los términos siguientes: «Que Carlos y Enrique prosigan en justicia su demanda sobre el derecho al »reino de Navarra. Que Francisco dé á Carlos por es»posa su hija Luisa, de edad de un año. Ceda á títu»lo de dote sus derechos al reino de Nápoles. Que »pague Carlos cien mil ducados de pension cada »año para alimentos de la esposa, exigidos de las »rentas de Nápoles, y si ella falleciese antes de »las nupcias que haya de desposarse con la herma»na inmediata; y á falta de ellas con Renata, ingle»sa, cuñada de Francisco. Que Maximiliano res»tituirá á los venecianos la ciudad de Verona; y »los venecianos entregarán de contado á Maximilia»no doscientos mil ducados.» Aunque estas condiciones eran tan poco favorables á don Carlos, se vió precisado á admitirlas por la necesidad que tenia de venir á España: pero mas adelante fueron causa de grandes disensiones.

Defendida Verona largo tiempo por los españoles y alemanes, fue entregada á Lautrec, gobernador de Lombardía, para que la restituyese á los venecianos, y deste modo fue dada la paz á Italia. Pero de allí á poco tiempo la turbó Francisco de la Rovere conduciendo algunas tropas que antes se habian sacado de Verona; y hizo con ellas una entrada en el principado de Urbino, de que habia sido despojado por el pontífice. Este incidente ponia las cosas en gran peligro, así por las fuerzas de Francisco de la Rovere, como por el descuido de Lorenzo de Médicis; pero habiendo sobrevenido Moncada, enviado por don Carlos restableció de nuevo la paz. El de la Rovere se retiró á Mántua, llevándose los tesoros, la bibiloteca, que era muy esquisita, la artillería y otras máquinas de guerra. El de Médicis fue restituido en el principado con la dura condicion de pagar el sueldo de las tropas. Desde allí Moncada, que tenia en Italia el gobierno marítimo, llevó á Nápoles los tercios viejos de la nacion española.

El concilio Lateranense comenzado por el papa Ju-

ño XI contra los cardenales cismáticos que se juntaron en Pisa y sus secuaces, fue concluido por Leon Décimo habiendo perdonado el rey á Bernardino de Carvajal, y Federico Sanseverino, autores del cisma. En este tiempo se celebró solemnemente la canonizacion de la reina Isabel de Portugal, mujer de vida y de costumbres santísimas, y se consagró su memoria para siempre celebrándose anualmente su fiesta en la Iglesia; y al rey don Manuel se le concedió el patronato de las órdenes militares. Adriano, á quien poco antes se habia conferido el obispado de Tortosa, fue condecorado con la púrpura de cardenal. Con tan altas dignidades fueron premiadas la enseñanza que dió á Cárlos en su juventud, y su fidelidad y hombría de bien. En este tiempo murió doña Juana de Aragon, hermana de don Fernando el Católico, que habia estado casada con don Fernando, rey de Nápoles, hijo de Alfonso el Grande; y fue sepultada junto al altar mayor de Santa Maria la nueva, donde se ve su estátua de mármol. En Roma pasó de esta vida á la inmortal don Diego de Serra, obispo de Calahorra y cardenal, natural de Valencia, y su cuerpo fue sepultado en Santiago de los españoles.

Mientras tanto se hallaban tranquilas las cosas de Sicilia, habiendo sido sacados de allí los fomentadores de las sediciones; y parecia hallarse ya amortiguado el ardor de los ánimos, cuando de repente se esparció el rumor (sin saberse su orígen) de que en Flandes y en Nápoles donde se hallaban presos los nobles sicilianos habian sido muertos por mandato del príncipe: con lo cual volvió á sublevarse el pueblo instigado por Lúcas Scuarcialupo. Tomaron las armas y acometiéron con ímpetu á los consejeros del rey, á quienes atribuian la muerte de sus nobles: algunos de ellos pudieron escaparse, pero los mas fueron asesinados. Pusieron en prision al gobernador; y habiendo conseguido salir de ella disfrazado, al dia sétimo se huyó en una pequeña nave á Mecina, donde se hallaban tranquilos los ciudadanos, encargando el cuidado de apaciguar la sedicion á su teniente Guillelmo de Vintemilla. Este pues comenzó á tratar el negocio con destreza y maña. Luego que vió que las cabezas de los rebeldes, despues de sus robos, incendios y rapiñas, estaban descuidados y vivian sin temor alguno, aprovechándose de esta ocasion fue á la iglesia acompañado de una gran multitud de nobles, dando á entender que concurria á la celebracion de los divinos oficios. Allí desenvainando de improviso la espada mató á Lucas por su propia mano: los nobles que le seguian mataron á dos compañeros suyos, y á otros que fueron presos los hizo llevar á la horca, accion heróica si en ella no hubiera sido violada la santidad de la casa de Dios.

De este modo reprimió algun tanto el desenfreno de la plebe. Mas como no pudiesen los magistrados apaciguar enteramente la sedicion, representó Piñateli al príncipe que era preciso recurrir al auxilio de las armas, y noticióso de que el contagio se iba estendiendo por Sicilia, mandó á don Juan de Guevara, conde de Potencia, y á don Hernando de Alarcon, que desde Nápoles pasasen á aquella isla para reprimir á fuego y á sangre á los sediciosos. Habiendo desembarcado en Sicilia este socorro, comenzaron á hacer pesquisas para descubrir á los que se hallaban escondidos. Toda la isla fue purificada con la sangre de los culpados: sus bienes fueron confiscados; y con ellos de mandato del príncipe se resarcieron los daños que habian padecido los nobles, como de los Moncadas lo escribe Languegla: y sus casas fueron arrasadas en venganza y memoria de la maldad cometida. Pero fueron mas crueles las justicias que se ejecutaron en Palermo, pues parte de ellos pagaron la pena de su rebeldía, colgados infelizmente de un árbol; cuatro fueron precipitados desde una torre muy alta, y otros perecieron ahorcados en la cárcel. Tal fue el fin sangriento y miserable de este furor y locura. Los demás que se hallaban presos en varias partes, habiéndose averiguado que no habian intentado cosa alguna contra el príncipe, fueron puestos en libertad. Hemos juntado en un lugar todos estos hechos que sucedieron en tres años despues del siguiente para no interrumpir su narracion refiriéndolos en sus lugares oportunos. Volvamos ahora á seguir el hilo de lo que dejamos pendiente.

CAPITULO III.

De la llegada del rey á España y muerte del cardenal Jimenez.

Habiéndose ajustado la paz con el Francés se volvió Maximiliano á Alemania. Su hija Margarita quedó gobernadora de Flandes, y don Cárlos con doña Leonor su hermana pasó á Middelburgo, llamado por los antiguos Castrum Metelli, para embarcarse, siguiéndole Gesvres, primer ministro del reino, y otros muchos cortesanos. Los navíos de esta armada eran cerca de ochenta, los mas de ellos españoles y enviados por Jimenez. Pero no pudo marchar tan presto como lo exigia la necesidad á causa de las tormentas que se levantaron en el mar, y por las cosas de los holandeses, y otras que sobrevinieron con motivo del mismo viaje, que al fin se verificó en el mes de setiembre. Durante su navegacion se incendió casualmente un navio, y pereció con todos sus pasajeros. Pero trece de ellos arribaron con feliz navegacion, y obligados de los vientos, á Tazones, rada de la costa de Asturias cercada de horribles peñascos



Alonso de Alburquerque.

Trasladóse á Villaviciosa, para descansar de las molestias del mar, y desde allí se puso en marcha á Tordesillas, donde se hallaba la reina madre y doña Catalina su hija, con deseo de ver á Leonor, y fue cosa admirable la alegría que manifestó la reina, aunque demente, al abrazar á sus hijos.

Habiendo resuelto el rey pasar á Valladolid (aunque corria la voz de que se hallaba aquella ciudad molestada de la peste que entonces habia acometido á casi toda España), escribió al cardenal una carta en que le indicaba »que saliese á recibirle á Mojados, donde »despues de tratar de las cosas públicas, y de arreglar las particulares, y la familia que habia de te»ner, se retirase á su casa á descansar.» Esta disposicion inspirada por los cortesanos sus émulos, fue el premio que recibió de sus estraordinarios servicios; porque muchas veces sucede que los grandes méritos son recompensados con una grave injuria. Deseaban pues los flamencos alejar á este hombre que les era tan importuno, y les servia de estorbo á sus designios, á fin de apoderarse enteramente de la voluntad del príncipe. Don Pedro de Mota, obispo de Badajoz, que era demasiado adicto á los flamencos, y incitado además por sus particulares intereses añadió en la carta el retiro del cardenal. Recibióla este en Roma, donde se hallaba enfermo, y á donde habia ido para cumplimentar al rey. Algunos creyeron que la agitacion del camino le habia causado la enfermedad, y otros que le habian dado en una trucha un veneno que le acabase lentamente; añadiendo que el autor de esta maldad habia sido alguno de los flamencos. Tal vez todo esto fue fingido por el odio, y creido fácilmente por el vulgo siempre inclinado á dar crédito á lo peor. Pero la constante opinion de todos, fue que hallándose convaleciendo de una enfermedad, se le agravó esta con la carta del rey, y acabo con este varon inmortal por la fama de sus hechos á los ochenta años de su edad. Tanta es la repugnancia que por un vicio de nuestra naturaleza vienen á dejar el mando los que estan acostumbrados á dominar. Gobernó santísimamente la iglesia de Toledo por espacio de veinte y dos años; empleando sus cuantiosas rentas en utilidad pública. Edificó en Alcalá un colegio magnífico, que no cedia en nada á los mas grandes, con la advocacion de San Ildefonso, en cuyo templo fue sepultado en un honorífico sepulcro.

Don Fernando y los grandes que iban en compañía del cardenal se fueron á Valladolid á esperar al rey; el cual el dia diez y ocho de noviembre entró á caballo en la ciudad bajo de un palio, con cuya pompa es costumbre recibir á los príncipes, siendo inumerable la multitud del pueblo que con mucha alegría salió fuera de las puertas á congratularse de su venida. Los dias siguientes fue festejado con juegos y regocijos. Acudió á cumplimentarle don Alfonso de Aragon, no sin esperanza de obtener el arzobispado de Toledo; pero viendo frustrados sus deseos, se volvió á Zaragoza altamente dolorido de la repulsa, como sucede á todos los ambiciosos que no se contentan con su suerte: y quedando burlados todos los pretendientes, fue conferido este arzobispado por influjo de Gesvres, cortesano poderoso, á Guillelmo de Croy, obispo de Cambray. Irritáronse los españoles contra el autor de esta eleccion que todo lo convertia en su propio lucro, y vociferaban públicamente, «que despues de haber vendido todas las magistratu»ras y gobiernos no estaban tampoco seguros los »puestos sagrados: que Croy habia conseguido el »arzobispado de Toledo por el favor de Gesvres su tio, »y antes de él Bartolomé Marliano el obispado de »Tuy en premio de la invencion *del frívolo símbolo »de las columnas de Hércules;* eligiendo á los ex»tranjeros en grave injuria de la nacion, como si hu»biese falta de naturales beneméritos. Que todos los »empleos políticos y militares eran venales por el »abuso que hacia el codicioso viejo de la poca edad »del príncipe. Que los españoles se veian sumamente »despreciados, y que para nada se les atendia, y que »no se daba el debido premio á la virtud y al mérito, »habiéndose apoderado la ambicion de todo, y triun»fando de la equidad con la fuerza ó con el favor». Animados vivamente contra los flamencos comenzaron á despreciar su ministerio, á enajenar los animos del amor al rey, y á dar rienda suelta á las lenguas, á ejemplo del vulgo, que una vez irritado no se detiene en hacer y decir las cosas mas atroces. De la insolencia se precipitaron fácilmente en la audacia, que es la señal cierta de los males que amenazan á la república. La causa de todo era Guillelmo Croy, de nobilísima familia, llamado Gesvres por un señorio de este nombre que poseia en Flandes, pero tan avaro que su codicia llegó á ser proverbio entre los españoles. El cancelario Juan Selvagio, hombre perverso y de una rapacidad estrema, ocupaba el lugar inmediato en autoridad. No por eso dejaba el rey de ser presa de los demás cortesanos. Estos hombres venales ponian en almoneda todos los honores y empleos, y no habia cosa alguna que negasen al dinero, fuese justa ó injusta. Estos detestables escesos vinieron á producir una sedicion declarada y furiosa, que puso al estado muy próximo á su ruina.

En el principio de este año de 1518 acudieron muchos procuradores de las ciudades á las córtes que el rey celebraba entonces, y en la sala capitular del convento de San Pablo del órden de predicadores de la ciudad de Valladolid comenzaron á tratar de las cosas del reino. Entraron los flamencos en la sala para asistir en las consultas contra todo derecho y justicia. Pero no sufrieron los españoles esta injuria; y principalmente se opuso á ella con mucho ánimo Zumel, procurador de Burgos, clamando que se vulneraba la libertad de la nacion. En vano algunos nobles aduladores de Gesvres, y deseosos de ganar su favor, quisieron con ofertas, amenazas y terrores abatir la constancia invencible de aquel defensor de los derechos de la nacion. Así pues, arrojados de allí los extranjeros, se comenzó á deliberar sobre el juramento de fidelidad que los pueblos debian prestar al príncipe, y al mismo tiempo sobre que este jurase la observancia de las leyes y estatutos. El único obstáculo que los detenia era la reina madre, porque el no contar con ella cuando estaba en posesion legítima del reino, les parecia una cosa muy injusta. Por tanto para prepararle el camino al trono se determinó finalmente, que contentándose don Carlos con el nombre de príncipe, se abstuviese del de rey, para que no se creyese que hacia agravio á su muy amada madre: y que los decretos y despachos fuesen firmados con los nombres de la reina y del príncipe. Despues de esto pidieron los procuradores que en adelante no se confiriesen los empleos á los extranjeros, y que así se ofreciese con juramento; en lo cual insistió mucho Zumel, apoyado en el testamento de la reina doña Isabel, no sin disgusto del príncipe, que conmovido algun tanto, y habiendo proferido en el juramento una palabra ambigua, pareció que dejaba la cosa en duda, dando con esto mucha materia á quejas y murmuraciones. Pero ¿quién ignora que el poder soberano tiene por mas justo lo que es mas fuerte? Hecha pues la ceremonia del juramento, ofrecieron las ciudades por via de donativo gratuito seiscientos mil escudos pagados en tres años; y de este modo se concluyeron las córtes.

Desde Valladolid se puso don Carlos en marcha para Aragon, dejando encargado con mucho encarecimiento el cuidado de la reina su madre, que como ya dijimos se hallaba demente, á don Bernardo de Sandoval, marqués de Denia, cuyo amor al rey don Fernando su abuelo le era muy conocido. Llevóse con-

sigo á la reina viuda doña Germana, y á su hermana doña Leonor, y se detuvo en Aranda, donde residia su hermano don Fernando, para disponerle su viaje á Flandes, no olvidándosele el consejo del cardenal Jimenez, de que era muy conveniente quitar el apoyo de los partidos en unos ánimos tan discordes, para que no recibiese detrimento alguno la república, tan espuesta á movimientos y sediciones en los principios de un nuevo reinado. Y así para libertarse de este aguijon, porque no hay cosa alguna que no sea sospechosa á los que reinan, ni que sea segura y de confianza, encargó á Vera su mayordomo mayor, y hombre de conocida fidelidad y lealtad, que condujese su hermano á Flandes; resolucion que llevaron muy á mal los españoles, que le tenian grande afecto. Libre ya don Carlos de este cuidado salió de Aranda, y prosiguió su viaje para Aragon acompañado de mucha nobleza. Entró en Zaragoza el dia diez y ocho de mayo, y fue recibido por el arzobispo don Alonso y los ciudadanos con estraordinarios obsequios, acudiendo gran multitud de gente de todas partes con singular gozo y alegría para ver al rey. En esta ciudad se detuvo mucho mas tiempo del que habia pensado; y allí falleció Selvagio, sin que los españoles mostrasen sentimiento alguno de su muerte. En su lugar fue puesto Mercurino Gatinara, saboyano de nacion, que de allí á pocos meses obtuvo el capelo de cardenal. Don Carlos dió en la misma ciudad audiencia á los embajadores. Y para favorecer los justos deseos del sumo pontífice mandó preparar una fuerte y numerosa armada que asegurase las costas de Italia contra los insultos de los turcos.

Temia el pontífice que orgulloso Selim con la victoria que habia ganado en Menfis á la nacion de los mamelucos, haciendo prisionero á Tomumbey, último de sus reyes, volviese sus armas contra el Occidente, como parece que lo pensaba. Por esta causa solicitaba por medio de sus embajadores juntar las fuerzas y los ánimos de los príncipes, y llevar la guerra á los enemigos del nombre cristiano sin aguardar á que ellos se la hiciesen. Pero ni pudo conseguir cosa alguna de los príncipes de Alemania, ni produjeron efecto alguno las conferiencias tenidas en la dieta de Ausburg. El rey don Carlos, que no debia despreciar aquel negocio, y á fin de instruirse con certeza de él, envió á Turquía á Garcia Jofre de Loaisa, caballero del órden de San Juan, con pretesto de congratular á Selim por la victoria ganada en el Egipto y estension de su imperio; pero en realidad para que averiguase el estado en que se hallaba el negocio de la guerra, y descubriese con astucia los designios del bárbaro. Entretanto para cumplir su palabra dió órden de pagar adelantado al rey de Francia ciento y cincuenta mil escudos á que se habia obligado en la paz de Noyon. Tambien trató del casamiento de su hermana Leonor, á la cual solicitaba por esposa el rey de Portugal por medio de Alvaro de Costa su embajador secreto. Aprobáronse en el consejo estas nupcias, y se decretaron fiestas. Acompañó en su viaje á la regia doncella el duque de Alba, y los obispos de Córdoba y Plasencia con una numerosa y lucida comitiva, y se celebró en Ocrato el matrimonio por don Martin de Castro, arzobispo de Lisboa; enviándole el rey don Carlos al rey de Portugal el collar del Toison de oro con que quiso condecorarle.

Congregadas finalmente las córtes de Aragon, pedia el príncipe que le hiciesen el juramento de fidelidad segun la antigua costumbre, á causa de que la reina su madre no se hallaba con fuerzas ni salud para sostener los cuidados del gobierno. Irritóse el príncipe con la respuesta poco cortés y aun altanera que le dió aquella terca y poco complaciente nacion, con lo cual se suscitó un tumulto y corrieron á las armas; Sandoval dice que hubo muchos heridos lo que niega Argensola, continuador de los anales de Zurita; pero como el uno es castellano, y el otro Aragonés, y ninguno de los dos fue testigo ocular, dejaré la cosa en duda; pues por lo que á mí toca, confieso que no he podido averiguar lo que realmente hubo en este lance. Pero lo cierto es, que aunque á los aragoneses les pareció una cosa inaudita jurar al príncipe viviendo aun la reina; mas al fin hicieron el juramento, y el príncipe juró al mismo tiempo que se les conservarian sus privilegios é inmunidades. Ofrecieron en estas córtes doscientos mil ducados de donativo gratuito; y doña Germana renunció en el príncipe los derechos que tenia á la Navarra. Tratóse de erigir nuevos obispados en Madrid y en Talavera, desmembrándolos del dilatadísimo y opulento arzobispado de Toledo, y obtenida en este año la bula pontificia para el efecto, se encargó el exámen de este negocio á Adriano, nuncio apostólico, obispo de Cosenza, y á don Alfonso Manrique, obispo de Ciudad-Rodrigo. Pero habiéndose encontrado muchas dificultades y estorbos, fue preciso desistir por entonces de este útil y saludable proyecto.

CAPITULO IV.

De la guerra contra Homich, y eleccion de don Carlos al imperio.

Homich, que habia usurpado el mando de Argel se apoderó tambien de la ciudad de Tunez, habiendo arrojado de ella á su rey. Despues fue llamado por los de Tremecen que se hallaban tumultuados: dió con felicidad una batalla y puso en fuga al rey Benchen, entrando victorioso en la ciudad que se hallaba dividida en varias facciones. Pero el bárbaro que habia sido echado de su reino, vino á España á implorar el socorro del rey don Carlos, y se volvió al Africa con la esperanza que le dió este príncipe de que le enviaria socorros. Inmediatamente dió órden al marqués de Comares don Diego Fernandez, que se hallaba entonces gobernador de Oran, para que con buenas tropas fuese á socorrer á aquel rey tributario. Mandó este que se pusiese en marcha con toda diligencia un escuadron que sostuviese el partido del rey de Tremecen que se hallaba muy próximo á su ruina: la batalla fue desgraciada por la demasiada confianza de los españoles, de los cuales perecieron cuatrocientos. Volvieron segunda vez á la pelea contra Mahomed, que vino al socorro de su hermano Homich con algunas tropas que habia juntado apresuradamente en Argel, siendo mandados los españoles por don Manuel de Argote, teniente del gobernador de Oran. Quedó la victoria por estos con una completa derrota de los enemigos. Alegres con el feliz suceso los vencedores se aceleraron á entrar en la ciudad; con cuya presencia aterrado Homich, y perdida la esperanza de tener socorros, procuró con la fuga libertarse cuanto antes del peligro; y á la verdad este era el único camino que le quedaba para ponerse en salvo; porque hallándose rodeado de dos males, temia por una parte á los ciudadanos del contrario partido, y por la otra las fuerzas que fuera de la ciudad le amenazaban, sin que tuviese medio alguno para hacerlas resistencia. Así pues, habiendo recogido todos sus tesoros, y acompañado de los soldados y gente que le habia quedado, salió por una puerta falsa y se escapó en alta noche. Sabido esto por los españoles el dia siguiente, se irritaron atrozmente por el dolor de la presa que se les iba de las manos. Siguiéronle por el rastro cerca de cien millas con mucha fatiga de los hombres y caballerías por unos campos arenosos que hacian dudoso el camino que llevaba, y al fin le alcanzaron derramando oro por donde iba, para hacer que con esto se detuvieran sus perseguidores. Llegaban ya los españoles á picar la retaguardia de Homich, y le impedian la mar-

cha, cuando el bárbaro se metió entre unas cercas donde se encerraban ganados, con intento de pelear desde aquel paraje. Pero en breve le derribó al suelo de una pedrada el alferez García Tineo. Echado en tierra y manejando todavía su espada hirió en la mano derecha al vencedor, el cual cortó la cabeza á Homich, que hasta el último aliento se defendió con mucho ánimo. La grande y opulenta presa fue repartida á los soldados en premio de sus fatigas. Recogió Tineo la cabeza de Homich y sus mas preciosos despojos, con los que entró en Oran con una especie de triunfo.

Entretanto los piratas moros hicieron en las costas de España muchas correrias y daños á que estaban muy acostumbrados. Amposta pueblo situado cerca de la desembocadura del Ebro, fue saqueado y destrozado cruelísimamente. En el reino de Valencia hicieron algunos desembarcos, acometieron á los pueblos, robaron los ganados, y apresaron las naves mercantes que encontraron, con las mercaderías y pasajeros que iban en ellas. Con esta alternativa de cosas prósperas y adversas se recompensaban mútuamente los daños que unos á otros se hacian.

A principios de este año de 1519 se puso el rey en marcha para Barcelona, donde tambien habia mandado celebrar córtes, y alli recibió el aviso de que Maximiliano su abuelo paterno habia fallecido en Belsis, pueblo de la Austria, con cuya nueva se abandonó al dolor por largo tiempo. Maximiliano habia pensado mucho en la eleccion de su sucesor. Al principio se inclinaba por don Fernando, para que ninguno de los de su casa quedase sin un imperio; pues le parecia que don Carlos se hallaba suficientemente poderoso, y colmado de gloria con la herencia de tantos reinos. Por cuya razon queria que su hermano fuese elevado al imperio romano, á fin de que la casa de Austria tuviese este doble apoyo. Esta resolucion no fue aprobada por sus amigos, y especialmente por Mateo, cardenal de Sion, natural de la Suiza, que era afectísimo á la casa de Austria. «¿Qué »cosa, decian, debe ser mas apetecible para la casa »de Austria que el que recaiga en un príncipe tan po»deroso la magestad imperial? ¿Y qué cosa mas con»veniente para la Alemania que el que su imperio »sea gobernado por un rey poderosísimo que con»tribuya con sus riquezas á defenderle y estenderle? »Verdaderamente no se puede desear una cosa mas »útil al bien público y particular. Así, pues, que no »debia malograrse esta bella y deseada ocasion que »ahora se presentaba de levantar hasta el cielo la ca»sa de Austria. Por lo cual era necesario elevar al im»perio al rey don Carlos, como lo habia aconsejado »muchas veces el rey católico don Fernando, varon »de suma autoridad y prudencia, incitado del deseo »de establecer en Europa una potencia formidable.» Persuadido con estas razones Maximiliano, que era de carácter fácil y variable, habia comenzado ya á tratar este negocio en la junta de los príncipes electores, con esperanza cierta de que no serian vanos sus deseos. Pero la brevedad de la vida, que muchas veces se muestra adversa á las grandes empresas, le privó de llevar hasta el fin sus designios.

El príncipe don Carlos, despues de haber hecho celebrar magníficas exequias á su abuelo, se declaró pretendiente del imperio, y enviando una embajada al rey de Francia Francisco, procuró halagarle y atraerle á su partido para que no fuese su concurrente. El Francés llevó á mal los intentos de Carlos; pero como era de ánimo generoso y franco, respondió ingénuamente, que cada uno debia pelear por el imperio, no con las armas, sino con sus méritos y con el mismo ánimo con que dos rivales desean y pretenden una doncella, que el que de ellos es elegido para esposo, goza de su felicidad sin hacer injuria al otro. Pero verdaderamente los hechos no correspondieron á tan bellas palabras; porque dejándose arrebatar de la ambicion estos príncipes tan poderosos, comenzó cada uno á poner en obra sus artificios y maquinaciones, sin omitir cosa alguna que fuese conducente á la consecucion del imperio. Eran los siete electores, Alberto, arzobispo de Colonia, Hertmanno, arzobispo de Maguncia, Ricardo, arzobispo de Tréveris, Federico, duque de Sajonia, Joaquin, marqués de Brademburgo, Luis, conde de Palatino, y en caso necesario Luis, rey de Bohemia y de Hungría. La causa de Francisco estaba apoyada por el marqués de Brademburgo, á quien habia ganado con dones y promesas: y á fin de conciliarse el ánimo del sumo pontífice con una accion loable y piadosa, publicó que habia enviado á Pedro Navarro con una armada contra los turcos que molestaban la Italia; mas la verdad fue que esto lo hizo para asegurar con el socorro de las armas al pontífice, que temia tener tan cerca á los españoles. De este modo lo hallo escrito en los historiadores, aunque no me atrevo á salir por fiador de su certeza.

Cuidadoso don Carlos en continuar eficazmente por medio de sus amigos lo que habia comenzado su abuelo Maximiliano, y para aterrar á los que se oponian á su peticion, hizo entrar un ejército flamenco en el territorio de Francfort con pretesto de defender la libertad de los siete electores.

Al mismo tiempo no cesaban los ministros de los pretendientes, procurando por todo género de medios conquistar los votos de grandes y pequeños, prometiendo á todos grandes premios y mayores esperanzas. Tanta era la ambicion de las partes, que por cualquier medio, y sin reparar en lo justo ó injusto de ninguno de ellos, aspiraban á la victoria. Por una y otra parte se alegaban razones de gran peso que podian abrirles el camino para llegar á la elevacion que solicitaban. «El rey de Francia Francisco »pedia el imperio establecido por Carlo Magno con »tantas victorias, como una cosa que alguna vez de»bia ser restituida á quien le habia fundado y poseí»do por espacio de muchos siglos: ofrecia emplear »las inagotables riquezas de Francia en renovar el »esplendor del imperio, y arrojar fuera de los límites »de Europa al otomano, molestísimo enemigo del »nombre cristiano, y añadia que no ignoraba la an»tiquísima nacion germánica que de ellas habian »salido en otro tiempo los francos, fundadores en »la Galia de un nobilísimo imperio.» Pero los que »estaban por don Carlos recordaban en su recomen»dacion la memoria de sus abuelos. Que no se debia »dejar á un lado sin hacerle agravio é injuria á aquel »que era de estirpe alemana, y nacido de aquella fa»milia, de la cual solo se escluian del imperio los que »eran incapaces para él. Que el poder español que »estaba tan apartado, y tan distante de Alemania, »no debia serles tan formidable como el Francés que »tenia tan inmediato, y que por tantos siglos habia »sido su émulo.» Juntábase á los amigos de don Carlos el dictamen de las ciudades que miraban con indignacion á un príncipe extranjero, y querian se eligiese un César natural del país que usase de su mismo idioma y costumbres. Del mismo parecer fueron los suizos, los cuales enviaron un ministro al pontífice que se hallaba inclinado por el Francés, suplicándole se dignase interponer sus buenos oficios por aquel príncipe, que siendo nacido y criado en Alemania gobernaría con mas amor á sus compatriotas. Entretanto el arzobispo de Maguncia, que estaba por don Carlos, y el de Tréveris, que era del partido del rey Francisco, defendian cada uno su causa con ac...imos y fuertes discursos. Hallábanse perplejos y indecisos los electores hasta que al fin manifestaron inclinarse al de Sajonia. Pero este rehusó constantemente esta dignidad, y declaró que su voto era por don Carlos, así por su grande poder, tan

oportuno para defender el imperio, como por las esperanzas que daba su buena índole, por lo cual le parecia digno de ser preferido á todos. Al cabo de muchos debates convinieron los demás con grande unanimidad en el dictámen del de Sajonia: y despues de cinco meses de interregno, el dia veinte y ocho de junio fue proclamado en Franfort solemnemente por el arzobispo de Maguncia don Carlos, por el quinto de los Césares de este nombre, con grande alegría de los pueblos de Alemania, que se congratulaban de su feliz suerte.

Penetró gravemente el ánimo del rey de Francia la nueva de esta eleccion, y irritado de la repulsa dió rienda suelta á su ira sin consideracion á las condiciones del tratado que antes habia hecho con el rey don Carlos. Tampoco este parecia muy inclinado á observarle, á causa de la temprana muerte de la princesa de Francia doña Luisa, y que por este accidente debia tener por esposa, segun lo convenido, á la princesa María su hermana que estaba recien nacida; nupcias tan tardías y obtenidas casi á fuerza por el Frances, habian alejado el ánimo de Carlos de cumplir lo tratado; y no faltaba quien creia que mas se dirigia esto á armarle asechanzas que á conseguir su afinidad. Atormentado cada uno con el estímulo de propio dolor, se vieron como obligados á declararse la guerra y á destruirse recíprocamente, sin cuidarse del juicio que la fama pudiera hacer de ellos. El rey de Francia para aumentar su poder con los socorros extranjeros, y suscitar un émulo á Carlos, procuró aliarse con Enrique, rey de Inglaterra. Juntáronse los dos para conferenciar en los confines de Picardía y Flandes por espacio de quince dias con mayor gasto que utilidad. Compitieron entre sí en el fausto, en la vana ostentacion de las riquezas, en los vestidos, en los banquetes, en juegos y espectáculos, como si hubieran concurrido no para tratar de la guerra, sino para conciliarse el amor de las mujeres. En una sola cosa convinieron con aquella alianza, y fue: que si el rey don Carlos intentase alguna empresa contra Italia, le rechazarian con los mayores esfuerzos. Temia el Francés que el nuevo emperador tuviese sus miras sobre el estado de Milan; y considerando que es mejor la condicion del que declara la guerra, que la del que la defiende, hizo alianza secreta con el pontífice, para invadir el reino de Nápoles. Lo que no tuvo efecto alguno por haber mudado de parecer el pontífice que dirigia todas las cosas á su provecho y comodidad, como es costumbre de los príncipes. De este modo comenzó á suscitarse la cruel y atroz guerra que por tanto tiempo se sostuvo con mucho teson, y á costa de grandes riquezas, con gravísimo perjuicio y ignominia del nombre cristiano.

CAPITULO V.

De la pérdida de una armada española en las costas de Argel, y sublevaciones en Castilla.

Habiendo sido muerto Homich en el año precedente, le sucedió Aradino su hermano, pirata famosísimo en quien con las riquezas habia crecido la pasion de robar. Encargóse á Moncada la venganza de los daños que este moro habia hecho en nuestras costas, y juntando brevemente una armada, navegó con ella á Argel para arrojar del reino al pirata. Hecho el desembarco de la gente comenzaron á suceder las cosas mucho mejor de lo que se esperaba, porque á la primera embestida se apoderó del monte que domina la ciudad, habiendo arrojado de allí á los moros. Entretanto que se preparaba á escalar los muros con grande alegría de los soldados que le pedian los llevase á pelear con el enemigo, acudió Gonzalo Ribera que era compañero de Moncada en el mando, y poniéndose en medio de las tropas mandó que se detuviesen, declamando que aquella empresa era precipitada é inmatura; y que debia esperarse al rey de Tremecen, que llegaria en breve con la caballería segun estaba convenido. Pero mientras le esperaron quietos por espacio de siete dias se levantó una horrible tempestad con viento Norte, que estrelló en la costa mas de treinta navíos: muchos perecieron ahogados, y otros fueron muertos ó hechos cautivos por los bárbaros que corrieron á la presa. Hay quien dice, que los muertos llegaron a cuatro mil. Afligido Moncada con tan lamentable suceso, se dirigió á la isla de Ibiza con los restos de la armada para invernar allí. Orgulloso el bárbaro con la victoria que habia ganado por la conjuracion de los elementos, llenó de terror y confusion las costas de España, y haciendo en ellas mucha presa, se retiró con diligencia al Africa.

A este tiempo recibió el rey don Carlos con estraordinaria alegría á Federico Palatino, hermano del duque de Baviera, enviado por los siete electores para darle la nueva de su eleccion al imperio; y le despidió colmado de dones, ofreciéndole que cuanto antes partiria para Alemaña. Tambien escribió entonces á los electores una carta muy afectuosa, significándoles se acordaria eternamente del beneficio recibido. Entre los españoles eran muy varios los pareceres sobre la eleccion de don Carlos al imperio, y cada uno miraba la cosa con bueno ó mal semblante, conforme á la pasion que le dominaba. Fastidiada la reina doña Germana de su estado de viudez y soledad, luego que vino á Barcelona, se casó con un príncipe de la casa de Brandemburg, de consentimiento del rey don Carlos, el cual asistió á las nupcias, y con este motivo mandó hacer fiestas no sin nota de ligereza de ánimo. Habiéndose juntado los catalanes en córtes convinieron de comun acuerdo en resistir á la voluntad del príncipe; y no podian resolverse á hacer el juramento de fidelidad, por no haber sido costumbre entre ellos. Pero examinado el punto, y siguiendo el ejemplo de Castilla y Aragon, lo prestaron por fin, y se concluyeron las córtes, quedando todas las cosas arregladas pacíficamente. Los sardos estuvieron muy prontos en manifestar su obediencia; y habiendo sido enviado Angelo de Villanueva con potestad de legado, congregó la junta de los isleños, y procuró que sus peticiones fuesen aprobadas y confirmadas por el rey. No lo hicieron así los valencianos que se obstinaron en rehusar el juramento mientras el rey no pasase en persona á la ciudad, y celebrase córtes del reino. El cardenal Adriano, que partió á Valencia á fin de suavizar los ánimos de los grandes, no pudo adelantar cosa alguna. Irritado con los nobles, confirmó al pueblo en el permiso dado por el rey de llevar armas, y de juntarse para hacer frente á los moros, enemigos incansables; lo que fue principio y origen de grandes calamidades.

El rey don Carlos que estaba previniéndose para pasar á Alemania, se vió precisado á detenerse por la controversia que se estaba ventilando en Mompeller sobre la posesion de Navarra, de la cual ya se habia tratado dos años antes en el congreso de Noyon. Pero despues de perder mucho tiempo se disolvió la junta sin haber concluido cosa alguna, impidiéndolo la repentina muerte de Boisi, primer ministro de Francia. Originóse otra detencion á causa de las ciudades de Castilla. Trataban secretamente los ministros reales con los arrendadores de aumentar los tributos para suplir la escasez en que se hallaba el erario. No fue ingrata esta proposicion á los oidos del rey, naturalmente propenso á abrazar estos medios. Pero se descubrió por los de Segovia, desde donde se comunicó á Toledo, desde allí á Avila, y finalmente á todas las demás ciudades que conmovidas con tal noticia enviaron diputados para pedir la remision de tan graves cargas. Don Carlos, luego que advirtió el

movimiento de las ciudades, prohibió que ninguno viniese á hablarle por aquella causa. Pero los toledanos sin intimidarse con esta prohibicion se pusieron en camino y entraron en Cataluña; y habiéndolos admitido con mucha seriedad á besar la mano, los envió á Mercurio Gatinara para que despachase su peticion. Pedian los diputados de aquella ciudad que no partiese el rey de España hasta que las cosas del estado quedasen arregladas, ni diese lugar á que los que estaban oprimidos de tributos sufriesen otros nuevos; y que hiciese cumplir los capítulos de las córtes de Valladolid, segun lo habia prometido en ellas. Respondióles Mercurino que no habia tiempo para deliberar sobre estas cosas, y que lo que se determinase se comunicaria á los magistrados. Habiéndolos despachado con tan dura respuesta, se volvieron á su casa sin fruto alguno de su comision; pero llenos de ira y dispuestos á emprender cualquier atentado.

Mientras que los españoles fomentaban su descontento, en el Austria ardian las ciudades en sediciones populares despues de la muerte de Maximiliano. Habian invadido la república hombres de genio inquieto y turbulento, y arrojando á los magistrados, obraban en todo á su antojo sin tener ningun respeto al príncipe ausente. Tambien comenzó á manifestarse en público el famoso Martin Lutero, quien en treinta y uno de octubre del año anterior habia defendido en unas conclusiones una doctrina errónea contra las indulgencias pontificias, instigado de la ambicion y de la envidia, y fomentado por Juan Staupicio, vicario general de los agustinos, hombre perverso. Ya en este tiempo procedia Lutero impunemente, y sin freno alguno, apoyado en la proteccion del duque de Sajonia, y con total desprecio y vilipendio de la autoridad pontificia. Zainglio, otro mónstruo semejante comenzó en este año á corromper con detestables errores á los suizos; y se dice que no hay maldad ni vicio tan perverso que no se hallase en este heresiarca. ¡Digna religion nacida de tales hombres! Pedimos al lector que no tenga estas cosas por estrañas á la historia que escribimos, pues la serie de los sucesos nos obliga á no omitirlas pero volvamos á nuestra España.

Habia el pontífice concedido á don Carlos la décima de las iglesias para los gastos de la guerra sagrada; pero se encontraron grandes dificultades en la ejecucion de esta gracia. Don Alonso, arzobispo de Zaragoza, habiendo juntado su clero, se opuso á los intentos del rey. Lo mismo hicieron las iglesias de Castilla con aprobacion de Jimenez, varon de insigne probidad. Porque habia parecido una cosa injusta exigir contribuciones del estado eclesiástico sin consentimiento de los obispos y clero, á quienes interesa, no debiendo este ser de peor condicion que el pueblo, á quien solo se le imponen tributos, cuando voluntariamente los consienten. Pero no pudiendo sacar cosa alguna de las iglesias, fue puesto entredicho en ellas y se cerraron los templos, permaneciendo en un triste silencio por espacio de cuatro meses. Finalmente se compuso este negocio, y redimiendo el estado eclesiástico con poco gravamen su antigua inmunidad, se restituyó el culto á los altares, y la alegre paz á los pueblos.

En este tiempo fue enviado don Alonso para hacer guerra á los piratas de Granada; y con su valor y diligencia desterró aquella peste de las costas de España, habiendo quemado al enemigo una grande nave. Don Hugo de Moncada partió del puerto de Ibiza para Italia, y navegando con ocho galeras cerca de los peñascos de San Pedro, que se estienden por la costa de Cerdeña, fue acometido una noche por trece bajeles turcos, haciendo la oscuridad terrible la pelea. Los autores no convienen entre sí sobre el éxito de esta batalla, pero concuerdan todos en que se hizo pedazos una galera. Yo creo que se tuvo por una victoria el haberse escapado el enemigo aunque tenia mayores fuerzas. El rey don Carlos salió de Barcelona á principios del año de 1520; vino á Burgos, y despues á Valladolid á fin de componer y apaciguar con su presencia los movimientos y alborotos de Castilla, exasperada con verdaderos y con falsos rumores. Por este tiempo murió don Alonso de Aragon, que tuvo muchos hijos en una concubina, de los cuales don Juan fue nombrado su sucesor en la silla arzobispal de Zaragoza, con grave escándalo de la religion. ¡Tales eran entonces las costumbres del siglo! Recibió el hijo la investidura de esta dignidad en dos de junio del mismo año. El dia último de febrero, los canónigos de Valencia eligieron arzobispo de aquella iglesia al arcediano don Gotofredo de Borja, al cual no quiso confirmar el pontífice por no ser su eleccion legítima y nombró en su lugar á Everardo Markano, obispo de Licja y cardenal. Don Martin García sucedió en la silla de Barcelona, que habia tambien quedado vacante por la muerte de don Alonso. Tantos eran los obispados que disfrutaba este arzobispo por la escesiva indulgencia de los pontífices.

El dictado de alteza, que hasta ahora se habia dado al rey como el mas honorífico, se mudó en el de magestad. En este mismo tiempo comenzaron los grandes de España á cubrirse delante del rey, y á ser llamados por él primos, así como pariente, los títulos de Castilla, revocada en cierto modo la antigua costumbre de ser llamados por el rey amigos. Inmediatamente que llegó aquel á Valladolid, aconsejaron á Gesvres sus amigos que no tuviese por vano el rumor que se habia esparcido, de que se iа acometido por la plebe enfurecida. Por lo cual era preciso que se precaviese trasladando al puerto de la Coruña las córtes que debian congregarse en Santiago, á fin de que tuviese á mano el auxilio de la armada. A la verdad, el peligro, que cada dia era mayor, le tenia atemorizado. Porque los ciudadanos de Valladolid, persuadidos firmemente de que no volverian á ver al rey si llegaba á salir de España, se sublevaron á fin de no dejarle marchar de la ciudad: juntáronse al son de una campana, y apoderándose de la puerta, intentaron con sus mismos cuerpos impedir la salida con una audacia estúpida. Salió no obstante de la ciudad con Gesvres, en un dia lluvioso y crudo, apartando sus guardias con dificultad á los que se oponian. Vino á Tordesillas á visitar á la reina su madre; y noticioso allí de que los magistrados ejercian su severidad con los autores del tumulto, mandó que inmediatamente pusiesen en libertad á los que estaban presos, pues se habian dejado cegar mas por amor que por ninguna otra causa. Partiendo despues para Galicia, llegó á Santiago, donde se detuvo, y allí arrojó de su presencia con indignacion á Giron, que solicitaba con insolencia la posesion del ducado de Medina Sidonia. Los procuradores de las ciudades fueron oidos en las córtes poco favorablemente por los ministros. Los toledanos, entre quienes sobresalia don Pedro Laso, eran los mas inmoderados é indóciles de todos, por lo cual fueron reprendidos con alguna acrimonía, escluidos de las córtes, y inmediatamente desterrados. No es posible esplicar la ira que concibieron los españoles al verse tratados tan orgullosamente por los flamencos. Temeroso Gesvres del peligro que amenazaba la conmocion de los ánimos, hizo al príncipe trasladarse aceleradamente al puerto de la Coruña: y habiéndole seguido los procuradores, no alcanzaron nada de lo que pedian. Allí fue decretado por los ministros que contribuyesen las ciudades con una suma considerable por via de donativo gratuito. Algunos de ellos condescendieron para su daño con la codicia flamenca, pero los demás lo resistieron con ánimo fuerte y determinado. Cla-

maban pues «que los pueblos eran tratados inicua»mente con tan contínuos impuestos y vejaciones: »que no se cansaban de inventar medios para que los »españoles contribuyesen lo que á porfía arrebata»ban los flamencos: que unos hombres tan valientes, »conquistadores de tantos paises y naciones, no »tolerarian que la sangre española fuese agotada por »las sanguijuelas de la córte; y que tomarian ven»ganza con las armas de las injurias que les hacian »los flamencos; que por la calamidad del estado se »habian hecho dueños y señores del poder y de las »riquezas.» Tales eran las voces y gritos públicos, y cada uno en particular sentia el dolor segun el afecto que le dominaba. Por lo cual, los mas prudentes consejeros fueron de dictámen que se prohibiese imponer ni exigir ninguna contribucion fuera de las que ya estaban establecidas, para evitar que, irritados mas y mas los pueblos por este motivo, se turbase la quietud y tranquilidad pública. En este mismo tiempo, habiendo escitado un tumulto los toledanos, impidieron á sus diputados el cumplir el destierro; y de allí adelante sacudieron del todo la obediencia á los magistrados y jueces. Aragon no quiso recibir á don Juan de Lanuza por sucesor de don Alfonso en el gobierno del reino, porque ninguno habia obtenido antes este empleo que no fuese de sangre real. Fue preciso condescender con los aragoneses para aplacar las quejas de unos hombres tan escesivamente celosos por la conservacion de sus inmunidades y fueros, y se mandó que gobernase el mismo Lanuza con el título de teniente de justicia mayor.

Las gracias reales que por este tiempo recibieron los grandes no eran bastantes para aplacar el dolor que les causaba el verse escluidos del gobierno del estado con la eleccion del cardenal Adriano por gobernador supremo de España; resolucion que no pudieron conseguir revocase el príncipe, aunque lo pretendieron con grande esfuerzo. Tampoco fueron oidos los procuradores que antes de retirarse representaron en un memorial algunas cosas útiles al bien público; y habiendo sido despreciadas sus súplicas, se aceleró la sedicion que las ciudades irritadas estaban fomentando mucho tiempo antes, suscitándose tumultos en muchas partes mientras el príncipe se ponia en camino para Alemania. Entretanto don Hugo de Moncada fue enviado á sujetar la isla de los gelves; lo que antes habia intentado con adversa fortuna don García de Toledo. Llegó allí con una poderosa armada para sacar de sus guaridas á los piratas que tenian impedida la comunicacion de aquellos mares. Habiendo desembarcado sus tropas, se puso en marcha hácia el enemigo, dejando á Diego de Vera, capitan veterano, el cuidado de un cuerpo de reserva para que acudiese donde fuera necesario. Trabóse la batalla y los bárbaros no pudiendo resistir el ímpetu de Moncada, comenzaron á flaquear y á retirarse, y al fin se pusieron en fuga. Muy diversa fue la suerte de Diego de Vera, pues los suyos se vieron repentinamente acometidos de una tropa de moros que estaban en emboscada, llenándolos de pavor y consternacion. En vano intentó Vera recoger su gente fugitiva, y volver á la batalla, y hallándose en este conflicto acudió Moncada á socorrerle con su tropa victoriosa, con increible fatiga, porque la mucha arena les impedia caminar. Refugióse Vera en las naves, habiendo perdido algunos de sus soldados. Desde allí rechazaba con la artillería á los bárbaros, y con la llegada de Moncada volvió á encenderse la pelea, que fue sangrienta y desordenada; y queriendo una y otra parte completar la victoria, combatieron con furor desesperado. Finalmente los bárbaros fueron puestos en fuga por los cristianos, sin atreverse á entrar en nuevo combate. Moncada salió herido en un hombro. El jeque ó regulo de la isla envió legados á Moncada pidiéndole la paz, y se la concedió mas en apariencia que en realidad bajo las condiciones siguientes: «Que el jeque quedase en adelante »tributario de España, y pagase cada año doce mil »escudos: que en sus puertos no daria entrada á »ningun corsario ó pirata; y que enviaria embajado»res hasta Alemania para obtener la confirmacion »del príncipe.» De esta suerte dejaron unos y otros las armas, y el victorioso Moncada se restituyó con su armada que no padeció ningun detrimento.

CAPITULO VI.

Principio de las ruidosas y sangrientas sediciones y tumultos de los Comuneros.

Apenas habia salido el príncipe del puerto, cuando se vió Castilla nuevamente abrasada en tumultos y sediciones, estendiéndose el contagio entre las personas mas ilustres. Los de Segovia fueron los primeros que se contaminaron dando muerte á Antonio de Tordesillas. Este pues, al volver de las córtes de la Coruña, donde habia ofrecido dinero por donativo gracioso, para lo cual no le habia dado el pueblo poder ni autoridad, fue ahorcado despues de haberle arrastrado por las calles en medio de dos alguaciles. Noticioso de este peligro Juan Velazquez, su socio en la comision, se huyó de la ciudad. El cardenal Adriano consternado con esta triste nueva, juntó el consejo real, y su presidente don Antonio de Rojas, arzobispo de Granada, varon de carácter duro é inflexible, pronunció este atroz dictámen. «Que el ardor »popular debia ser apagado con sangre, y con ella »reprimido el desenfreno de unos hombres, que si »quedasen sin castigo se precipitarian en mayores »escesos: que se debia usar del hierro con los culpa»dos, y acudir á la enfermedad en los principios con »ásperos remedios, porque si se usase de blandos se »aumentaria mas la llaga, y corromperia los demás »miembros: que atentado tan enorme debia espiarse »con un condigno castigo, para tomar venganza de »los malos, y para que sirviese de escarmiento de »todos los demás.» Pero don Alfonso Giron, hombre de una prudencia circunspecta, y de mas suave índole, dijo: «Que tenia por mas conveniente los »remedios suaves; y que en los principios de las »turbulencias era mas fácil aplacar los ánimos que »domarlos con el terror; que en las alteraciones y »tumultos solia muchas veces el miedo endurecer á »los hombres, y que los medios benignos los apaci»guan y ablandan: que las fieras se doman con hala»gos, y ostigadas con la fuerza se hacen mucho mas »crueles y soberbias: que no queria que se quedase »sin castigo el atentado, sino que se suspendiesen »los suplicios hasta tanto que se entibiase el ardor »de los ánimos: que la autoridad del senado, que en »aquel tiempo era tan débil y falta de fuerzas para ha»cerse obedecer, no debia esponerse al desprecio; y »que convenia hacerse insensible el consejo mientras »ellos deliberaban. Por lo cual juzgaba que debia disi»mularse por entonces el delito, especialmente ha»biendo cundido tanto, y que le parecia mucho mas »útil al bien público mitigar aquellos furores con la »clemencia, que encenderlos con la severidad.» Estas y otras muchas cosas se dijeron en el consejo con grande fervor y energía; mas no era fácil encontrar el modo de ocurrir á aquellos males sin perjuicio de la república, y sin aventurar el decoro del consejo. Pero el cardenal, vencido de la ira, determinó que las turbulencias fuesen reprimidas con la fuerza y con las armas. Ponderaba la injuria que se habia hecho al príncipe, y qué si no se vengaba severamente se arruinaria y caeria del todo la autoridad del consejo: que no era tiempo aquel de desear alguna gloria de la clemencia, pues no debia usarse alguna con los que no la merecian, antes bien contenerlos en su deber con el terror y con las penas. «Porque yo ten-

»go por cierto, dijo, que los que se dejan arrebatar »del furor á unos atentados tan horribles, sin mira»miento alguno á la humanidad, ni aun á su propia »salvacion, deben pagar con la muerte un delito, »que solo pudieron cometer unos hombres perdidos »y dignos de perecer.» Abrazó el consejo el dictámen y sentencia del cardenal, que fue lo mismo que añadir leña al fuego ya encendido. En el dia que los vecinos de Segovia habian dado la muerte á su procurador, y perseguido á su compañero, se sublevaron los de Zamora, y habiendo huido de la ciudad los procuradores, ejecutaron en sus estátuas el castigo que tenian resuelto para sus personas. En Búrgos fue arrasada la casa del procurador, y habiendo sacado sus muebles los quemaron en la plaza. La misma llama y furor se apoderó de los de Sigüenza, Salamanca y Avila, y se estendió por casi toda Castilla. Pero los toledanos escedieron en mucho á todos los demás sublevados.

Envió el cardenal á Rodrigo Ronquillo para que castigase á los de Segovia; mas llegando este á la ciudad con algunas tropas, le cerraron las puertas, y se dejaron ver los ciudadanos armados en los muros. No se atrevió á acometer á una ciudad tan fuerte por su situacion y sus murallas, y la cercó con la caballería que llevaba, cogiendo todos los caminos. Asegurados en su asilo los de Segovia, pidieron perdon, y no fueron oidos por el cardenal que se hallaba inclinado á la venganza. Los toledanos determinan públicamente que no debian tratar este negocio con ruegos y súplicas sino con las armas. Y así don Juan de Padilla, jóven valeroso, y por su propio carácter muy dispuesto á cualquiera empresa atrevida, partió con mucha gente armada, á socorrer á los de Segovia, los cuales con este auxilio pusieron en fuga á Ronquillo, despues de haber peleado con mas tumulto que ardimiento. Declarada de este modo la guerra, fueron de allí adelante las cosas de mal en peor. Porque habiéndose enviado á Fonseca con mayores tropas para sujetar á los de Segovia, fue causa por su imprudencia de un grande estrago y mortandad en Medina del Campo. En este pueblo se custodiaban los cañones de artillería, y los vecinos, á peticion de los segovianos, rehusaron entregarlos á Fonseca que se los pedia. Irritado este de que no le obedeciesen los amenaza con un gran castigo á fin de intimidarlos. Pero la multitud alborotada y furiosa despreciaba su mandato y amenazaba con las armas. Disputan coléricos con Fonseca y los suyos, y encendiéndose mas y mas los ánimos con la ira, vienen al fin á las manos. Los vecinos se apoderaron por fuerza de los cañones y demás máquinas de guerra, y las colocaron en la entrada. Mandó Fonseca que entrasen en la villa sus tropas: salieron al encuentro los medinenses, y le insultaron con sus tiros. Encrudeciéndose mas y mas el combate, hizo arrojar Fonseca algunas granadas encendidas contra las casas, persuadido de que amedrentados con esto los vecinos dejarian la pelea, y que con esta hostilidad, mas aparente que verdadera, los reduciria á su deber sin derramar sangre. Pero sucedió muy al contrario de lo que habia pensado y deseaba; porque levantándose las llamas, y estendiéndose con gran velocidad por todas partes, no se minoraba el ardor de la pelea; ni el fuego ni las heridas aterraban á los vecinos que se habian obstinado en no ser vencidos sino con la muerte sola. Finalmente no dejaron las armas hasta que rechazaron á Fonseca. Quedó reducida á ceniza gran parte de la famosa plaza del comercio, llena de mercaderías de gran valor, junto con el convento de San Francisco. Con este suceso de Medina, irritadas las ciudades que hasta entonces habian estado quietas, comenzaron á trastornarlo todo con tumultos y sediciones. Grande era la confusion y perturbacion de las cosas habiéndose perdido absolutamente el respeto á los magistrados, y solo se veian á cada paso muertes, incendios y robos. Escitados los de Valladolid á son de campana acudieron á las armas, y entraron con ímpetu furioso en las casas de los nobles, sin tener respeto alguno ni reverencia al cardenal ni al consejo real. Ronquillo y Fonseca, que en ninguna parte se hallaban seguros, se hicieron á la vela para Flandes á fin de informar al rey don Carlos. Doña Inés Manrique reprimió la sedicion de los de Cuenca, y al mismo tiempo vengó la afrenta hecha á su marido; pues hallándose borrachos y dormidos los fomentadores del tumulto, los hizo matar por sus criados, y al dia siguiente amanecieron colgados en las ventanas los cuerpos, cuyo espectáculo sirvió de terror y de escarmiento. Los de Murcia tomaron tambien las armas, y habiendo muerto al gobernador de la ciudad y á sus alguaciles, era temible que cometiesen otras mayores atrocidades. Pero el capitan Vera, que por gran fortuna vino á Murcia á su regreso de la espedicion de Gelves, pudo conseguir que desistiesen de sus intentos. Sevilla, ciudad no menos populosa que opulenta, se mantuvo en su deber y lealtad, aunque intentó turbar su tranquilidad don Juan de Figueroa. Este peligro le desvaneció con su valor doña Leonor de Zúñiga, madre del duque de Medina Sidonia, la cual envió una tropa de gente armada contra Figueroa, y habiendo sido preso y puesto en buena custodia, fue disipada la sedicion que comenzó y acabó en un mismo dia. Es muy digno de alabanza lo restante de la Andalucía por haber permanecido inmóvil en medio de tantas turbaciones, aunque al parecer eran inevitables las guerras y calamidades hallándose todas las ciudades afligidas con odios domésticos, y enemistades intestinas.

Era muy difícil curar la república de tantos males como la rodeaban, porque en vano se aplicaban los remedios acostumbrados á unas ciudades tan enfermas. El furor de los pueblos sublevados causaba un general trastorno, y todos se armaban unos contra otros, sin que el rey don Carlos adelantase cosa alguna con las exhortaciones y amonestaciones que les hacia en sus cartas. Visto lo cual por el cardenal Adriano, á fin de ocurrir á los males que por todas partes brotaban, y que por sí solo no podia remediar, con dictámen del consejo le dió noticia de todo, haciéndole patente la horrible catástrofe de la escena española. Habiendo comunicado don Carlos el negocio con sus cortesanos, nombró por gobernadores del reino á don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, y al condestable don Iñigo de Velasco, hombres muy valerosos, dándoles facultades amplísimas para hacer lo que les pareciese mas conveniente al bien y tranquilidad del estado. Para aplacar con alguna blandura los ánimos de los pueblos inquietos, mandó que no se exigiese el dinero que en las córtes de la Coruña habia mandado pedirles. Aprobó solo las contribuciones que de tiempo inmemorial acostumbraban pagar. Prometió con juramento que los oficios y dignidades de ningun modo se conferirian de allí adelante á extranjeros: y finalmente exhortó á la nobleza á cuidar del bien público, ofreciéndola que tanto mas tendria en memoria sus buenos servicios, cuanta fuese la fidelidad y celo que manifestasen en una cosa tan importante, y que no permitiria que su benignidad quedase vencida de la grandeza de los méritos. Pero á la verdad no produjeron ningun efecto tan acomodados medios, porque los ánimos del vulgo se hallaban poseidos del engaño de las opiniones depravadas y perversas. Porque cuando la razon llega una vez á oscurecerse, se obstina en despreciar los mas saludables consejos. En Avila, ciudad muy noble, situada en medio de Castilla, concurrieron muchos procuradores de las otras ciudades para asistir á las consultas que en la santa junta (así llamaban á la conjuracion) se habian de tener sobre los negocios

de la causa comun. Habiendo concurrido á la sacristía de la catedral á fines del mes de julio, se obligaron con juramento á esponer sus vidas y haciendas por la dignidad real y por la causa comun, y mientras que deliberaban en Avila los conjurados, llegó Padilla á Tordesillas con tropas, y dos cañones sacados de Medina del Campo. Habló con la reina un breve rato, y divulgó muchas cosas vanas y falsas á fin de apoyar su partido. ¿Pero qué consejo sano, ni qué mandato podia salir de una mujer demente? No obstante, para dar autoridad á lo que tenian proyectado, se publicó un decreto á nombre de la reina, en que se mandaba á los procuradores que viniesen á Tordesillas, porque queria ella intervenir en todo y autorizar los decretos con su sello y firma. Con tan especioso velo queria la junta ocultar sus designios, y deslumbrar á los incautos. Trasladado pues el campo de Avila á Tordesillas, dirigió la junta una carta á los de Valladolid, en que les mandaba que le llevasen preso al consejo con el sello real; pero ellos, detestando tan atroz maldad, respondieron: «que enviasen ellos personas que se implicasen en tan horrible »crímen, para que no rehusasen obedecer en una »cosa tan peligrosa; pues de lo contrario recaeria »toda la culpa sobre los ciudadanos de Valladolid.» Noticioso el consejo de este atentado, y atemorizados los consejeros no pensaron en otra cosa que en ponerse en salvo, y cada uno se ocultó por donde pudo. Pero fueron presos por Padilla cuatro de los mas descuidados, y conducidos con el sello real á Tordesillas. Llegaron finalmente á tal insolencia estos hombres audaces, que pusieron límites á la potestad real; enviaron leyes á don Carlos hasta Alemania; y pasando aun mas adelante, intentaron por medio de sus cartas precipitar las provincias de Flandes en la misma locura y desenfreno, como se ve en una real cédula, espedida en Vormes á diez y seis de diciembre contra los rebeldes.

CAPITULO VII.

Continuacion de las sublevaciones y guerras civiles de los Comuneros.

En este estado se hallaban las cosas cuando Velasco entró en el gobierno de estos reinos. Comenzó á tratar con maña y prudencia á los ciudadanos de Burgos, ayudado del eficaz influjo de los nobles, los cuales, recorriendo la plebe, saludándola con benignidad, y amonestando á cada uno de su deber, adelantaron tanto con su afabilidad oficiosa, que ablandados los ánimos del vulgo, se siguió una repentina y estraordinaria mudanza. Confiaron á Velasco la fortaleza, y habiéndola fortificado con guarnicion, llamó luego á sus parientes, amigos y vasallos, juntó ejército y exhortó á los grandes á que socorriesen á la república con todas sus fuerzas: mandó que viniesen á él los consejeros fugitivos; y como no tenia suficiente dinero para las pagas, pidió prestados al rey de Portugal cincuenta mil escudos. Añade Fária, que tambien le envió tropa de infanteria y máquinas de guerra; y que habiéndole ofrecido los sediciosos por medio del dean de Avila el reino de Castilla lo resistió, exhortándoles á que volviesen á su deber. Habia enviado el gobernador de Navarra quinientos infantes armados, á los cuales juntó Velasco los veteranos que habian vuelto de la espedicion de los gelves. La mayor parte de ellos se pasó á los conjurados con la esperanza de mas lucrosa milicia, como sucede siempre con esta gente venal, acostumbrada á preferir el mayor estipendio. Entre tanto suscitado un nuevo tumulto en Valladolid, impidieron los vecinos al cardenal que saliese de la ciudad, y se mantuvo encerrado en su palacio, á fin de no esponer al insulto y á la burla su autoridad desnuda de fuerzas. No obstante, de allí á poco tiempo pudo escapar disfrazado, y llegó á pié á Medina de Rioseco.

Acudió pronto Velasco con las tropas del marqués de Astorga, del conde de Benavente, del de Lemos y otros. El duque de Féria, noticioso de la sedicion de Badajoz, se detuvo en aquella parte con la gente que habia juntado para reprimir los movimientos de los tumultuados. Habiéndose resuelto el llevar las cosas por la via de las armas, mandó á don Pedro su hijo, conde de Haro, á quien el rey don Carlos habia nombrado por general, que marchase cuanto antes al campo con la artillería y municiones, y con la gente que ya tenia junta. Tambien acudieron otros grandes; el conde de Oñate, el de Osorno, el marques de Dénia, que hallándose con su hijo don Luis en Tordesillas, en servicio de la reina, fue arrojado de allí por los conjurados, el conde de Miranda, el de Luna y dos hijos de Alburquerque. La junta congregaba tropas en Tordesillas, las que juntamente con dinero habia exigido de las ciudades, y dió el mando de ellas á Giron, sin atender á Padilla, quien irritado de la repulsa, se retiró del campo. Al mismo tiempo don Antonio de Acuña, obispo de Zamora, arrojando las sagradas vestiduras y trasformado en soldado, se pasó á los reales de los conjurados, arrastrados de la ambicion de saltear un obispado mas pingüe. En el escuadron que él mandaba, se contaban cuatrocientos sacerdotes, que con el perverso ejemplo de su prelado, habian desertado del altar y tomado las armas.

En esta coyuntura llegó á Rioseco don Fadrique Enriquez, compañero de Velasco en el gobierno de estos reinos, que venia desde Cataluña. Era muy enemigo de llevar las cosas por el rigor, y aborrecia mucho el derramar sangre; y deseando poner en práctica todos los medios suaves que fueran posibles antes de llegar á las armas, escribió muchas cartas á Giron, y le envió varias personas amonestándole que se aviniese á la paz, estando persuadido de que, entre otras cosas, el parentesco que habia entre ambos contribuiria mucho á este efecto; pero todos estos medios fueron inútiles. Puso Giron en marcha sus tropas, que se acercaban á veinte mil hombres, y tuvo un ligero choque con la avanguardia del ejército real para escitarlos á la pelea. Ordenó despues su gente en batalla, y envió delante algunos esploradores que aclamasen en alta voz: «que aquellas eran las tropas »de la reina, que habian de decidir del poder supre»mo, y que si sus contrarios eran hombres saliesen »á pelear en campo habierto.» Las tropas del rey se mantenian dentro de los muros de Rioseco por hallarse muy inferiores en número, y como si esto fuese reconocer la victoria de Giron, que hacia vano alarde de sus fuerzas, se retiró este con su ejército al ponerse el sol. Despues de esto se tuvo una conferencia á solicitud de la condesa de Modica, mujer del gobernador don Fadrique Enriquez, matrona de ejemplar vida, hallándose ella presente para ver si de algun modo podia aplacar aquellas iras. En este coloquio se convinieron en que se volviesen de allí las tropas sin hacer daño alguno de una ni otra parte. Hecho esto, y entretanto que los contrarios se detuvieron en Villalpando, el conde de Haro puso precipitadamente su ejército en marcha, y fingiendo dirigirse hácia Valladolid, partió para Tordesillas, donde despues de haberse apoderado y saqueado en el camino á Peñaflor, infundió grande espanto y consternacion. En vano los de la junta de Tordesillas pidieron socorro á los de Valladolid, pues se lo rehusaron por faltarles la mayor parte de la juventud, y tener tan cerca al enemigo. Sin embargo, no se desanimaron los que defendian la villa, cuya guarnicion se componia en gran parte de sacerdotes zamoranos. Luego que llegaron las tropas reales acometieron con escalas al tiempo de ponerse el sol

pero los mas esforzados que se adelantaron y llegaron ya á tocar lo mas alto de los muros, cayeron á tierra, y intimidaron á sus camaradas para intentar la subida. No ignorando Haro que en aprovecharse de un momento consiste la fortuna de tales sucesos, embistió por otro lado, aunque tuvo igual suerte. Mientras que se hallaban todos con los ojos fijos en el enemigo, Dionisio Deza, noble vizcaino, daba vuelta á los muros para observar si habia alguna entrada facil. Dió aviso al conde de Haro que habia descubierto una parte flaca del muro, que con facilidad podia ser derribada; y habiendo dirigido á aquel puesto la artilleria que tenia Deza á su mando, abrió con ella una brecha en lugar retirado y apartado del tumulto. Inmediatamente se vieron enarboladas las banderas reales en lo mas alto del muro, con cuya vista amedrentados los contrarios, huyó cada cual con presteza por donde pudo. Habiéndose con esto dispersado la junta, fueron presos nueve de ellos, y los demás escaparon unos á Medina y otros á Valladolid. La villa fue saqueada sin distincion alguna entre lo sagrado y lo profano. Enriquez y la grandeza besaron la mano á la reina, procurando divertirla con varias conversaciones. De las tropas reales perecieron doscientos y cincuenta soldados; muchos mas fueron los heridos, entre los cuales se contaban los hijos del marqués de Astorga y del duque de Alburquerque. El conde de Benavente fue herido en un brazo, y al de Alba de Liste le mataron el caballo en que iba montado. La bandera real que llevaba el conde de Cifuentes fue atravesada con dos balas. El conde de Castro llegó á Rioseco mas tarde de lo que se deseaba, y de allí pasó á Tordesillas con el cardenal Adriano á dar el parabien á los victoriosos. Al instante pusieron por obra el reparar los muros y limpiar los fosos y se puso guarnicion para la custodia de la reina, porque sabia muy bien el conde de Haro que los Comuneros harian los mayores esfuerzos para apoderarse de ella á fin de dar crédito á su partido. Las demás tropas fueron enviadas á invernar en el territorio de Valladolid. Entretanto no perdonaba trabajo ni fatiga para hacer las prevenciones que exige la guerra.

En el año anterior se esparcieron entre los valencianos las semillas de una maligna sedicion, que en este produjeron una espantosa multitud de males. Habia manifestado la plebe, su antiguo odio contra los nobles, mas bien que su contumacia contra las órdenes del rey, y llegó á tal éstremo que no se hallaba medio alguno de mitigar esta discordia. Don Luis de Cavanillas, gobernador de aquella ciudad, habia largo tiempo que estaba ausente por temor de la peste que entonces hacia sus estragos, y todas las cosas se hallaban en el mayor desórden por el desenfreno de la plebe, cuando llegó á Valencia don Diego de Mendoza, á quien don Carlos habia nombrado por virey. Ocho mil artesanos se hallaban entonces armados en virtud del permiso que les dió el rey para estar prevenidos contra los moros, como ya dijimos: permiso á la verdad muy perjudicial y sumamente pernicioso á la quietud pública. Habian creado trece síndicos, uno de cada gremio; entre los cuales, despues de la repentina muerte de Juan Lorenzo, autor de la sedicion, sobresalia Guillelmo Sorolla, que aunque nacido de lo mas ínfimo del vulgo, ninguno era mas audaz y pronto en la lengua y en las manos. Establecieron una asociacion, que llamaban germania ó hermandad, formando para ella sus ordenanzas, y se obligaron á guardarlas con juramento. Todo era permitido á la temeridad de los agermanados. Asaltaban las casas y haciendas de los nobles sin respeto ni miramiento alguno á los magistrados; cometian muertes, violencias y rapiñas; y era tal el furor de estos malvados, que las cosas sagradas y las profanas eran violadas por ellos sin distincion alguna. Los buenos ciudadanos se veian arrojados de sus casas con sus mujeres, hijos y familias sin hallar donde recogerse; porque habian ordenado que no se diese el menor socorro humano á los que rehusasen jurar la hermandad, y tomar juntamente con ellos las armas. El duque de Gandía don Juan, obligado de la necesidad envió su familia á Zaragoza, donde era arzobispo don Juan su hermano, á fin de libertarla del peligro que corria en Valencia. Otros nobles enviaron las suyas á otras partes donde pudiesen estar seguras. No tardó mucho tiempo en hacerse el virey odioso á aquellos hombres plebeyos por haberse resistido á nombrar dos jurados de su clase, lo que al fin les concedió contra su voluntad; pero estendiéndose mas y mas la sedicion, faltó poco para que la multitud no se apoderase con armas de la casa en que él habitaba. Habiéndose apaciguado algun tanto el ardor de los ánimos, y viendo quebrantada y violada por el furor de la plebe la magestad del gobierno, aprovechándose de las tinieblas de la noche, se salió de la ciudad sin ser conocido. Detúvose en Játiva, donde fue recibido por los vecinos con mucho obsequio; pero en breve se dejaron estos arrebatar de la misma locura, por lo cual se escapó de oculto á la fortaleza, de donde la hambre le obligó á salir, y partió para Denia, pueblo marítimo, con designio de embarcarse para Andalucía. Acudieron con presteza los nobles á ofrecerle sus servicios y auxilios. Tuvo consejo con ellos, y fueron de dictámen que solo podria alcanzar por medio de las armas y la fuerza, lo que con medios suaves y pacíficos habia intentado en vano; porque muchas veces aquellos hombres turbulentos y obstinados contra los males que les amenazaban, se habian hecho sordos á los que les daban saludables consejos, y les exhortaban á volver en sí. Y á la verdad la esperiencia nos enseña que si la multitud llega á enfurecerse, de ningun modo vuelve á su antigua quietud, si antes no se apaga el ardor y fuego de los ánimos; lo cual solo se consigue cuando castigada con los males aprende á costa suya lo que la conviene. Así pues, determinado que fue y adoptado el medio de la guerra, se hicieron inmediatamente los preparativos, y porque les faltaba dinero aprontó cada uno lo que tenia: recogieron soldados y armas, y las repartieron aun á los moros de paz, aunque no á todos, sin distincion. Una parte de los nobles se habian huido á Segorve y Morella, pueblos de conocida fidelidad, que se mantuvieron limpios de los horribles delitos de la plebe valenciana. Toda la nobleza habia desaparecido enteramente de la ciudad de tal suerte, que una mujercilla, para que un muchacho se acordase de haber visto un noble, le mostró uno con el dedo, diciéndole, que de allí á adelante no veria otro alguno. Tanto era el furor y rabioso deseo que tenian de acabar con esta clase de ciudadanos. Solamente habia quedado entre aquella confusion el marqués de Cañete, don Rodrigo, hermano del virey, y que con admirable arte y prudencia supo hacerse amar del vulgo. Gran parte del reino siguió el perverso ejemplo de la ciudad, animada con los frecuentes mensajeros y cartas que enviaba Sorolla. En todas partes dominaban los hombres mas malvados con tal que no les faltase audacia: el furor civil resonaba en todos los lugares: los odios particulares, la esperanza de mejor fortuna fundada en la calamidad pública, y otros muchos afectos y pasiones, tenian arrebatados todos los ánimos. Todas las cosas estaban en el mayor trastorno, y olvidadas enteramente las reglas de lo justo y de lo honesto: la crueldad, la discordia y la liviandad cundian y reinaban impunemente, y presentaban un aspecto el mas horroroso y lamentable. Todo se dirigia ya á una guerra abierta, pues por una y otra parte se juntaban tropas, y con efecto dió principio en la villa de San Mateo. Sublevados sus vecinos, dieron muerte á

su gobernador. Despues determinaron matar á una parte del pueblo, que rehusaba admitir la germanía. Acudió á socorrerles don Francisco Despuch, caballero del órden de Montesa, á cuya jurisdicion pertenecia aquel territorio. Su gente era poca, pero en breve le siguió don Berenguer Curana, que conducia algunas tropas de Morella. Apoderándose de la villa con sus armas; y hecha pesquisa, mandaron ahorcar á los mas culpados, y á todos los demás se les concedió perdon. En este mismo tiempo Miguel Estellés, uno de los trece capitanes ó síndicos de la germanía, acudió apresuradamente con tropas á socorrer á los sitiados. Pero fue derrotado y preso por don Alfonso de Aragon, duque de Segorve, que de camino se habia hecho dueño de Villareal y Castellon, irritado de la obstinacion de sus habitantes; y Estellés con su alferez y otros de su bando fueron condenados á muerte de horca.

CAPITULO VIII.

Descubrimiento de algunas provincias de las Indias, y viaje de Hernan Cortés.

Apenas tocó Mariana de paso las cosas de la América: y dejando sepultados en el silencio á muchos hombres valerosos, consagró únicamente á la posteridad la memoria de Colon, Americo, Balboa, Magallanes, y la nave Vitoria competidora del sol. De Cortés y los Pizarros habló tan de corrida, que apenas los dejó delineados en su historia. Yo pues, para ilustrar con alguna luz á estos grandes hombres, recorreré brevemente sus primeros tiempos. Habiendo arribado los hermanos Pinzones, compañeros de Colon, á Paria, region del continente de la América meridional, cuyos bárbaros habitantes eran muy veloces y guerreros, no sacaron otra cosa de su primer viaje que heridas y trabajos; pero en el segundo trajeron de allí oro y otras muchas mercaderías. Alfonso de Ojeda, y Diego de Nicuesa abórdaron desgraciadamente á las provincias de Urabá y Veragua; y despues de haber padecido naufragios, guerras infaustas con los bárbaros, y una hambre cruel, se introdujo tambien entre ellos la discordia civil, por la cual perecieron mas de mil españoles con sus capitanes; pérdida considerable en tan remotas partes. A pesar de esto fundaron en el Darien el pueblo de Santa María, y en la entrada del istmo de Panamá el de Nombre de Dios, que ya merecen mas bien el nombre de cabañas, pero que en otro tiempo florecieron en riquezas y multitud de habitantes.

Pedro Dávila emprendió la navegacion del océano Austral con cuatro navíos, fabricados por el infeliz Balboa; y despues de pelear largo tiempo con las tormentas, fue arrojado á la entrada opuesta del istmo, donde edificó á Panamá, célebre plaza de comercio; y en el año diez y seis de este siglo, llevó colonos que la habitasen, fundando mas adelante otros pueblos en la misma provincia. En el año anterior de mil quinientos quince, Juan de Solís corrió con tres navíos desde el cabo de San Agustin hácia las costas Australes, pobladas de gente cruel y feroz. Habiendo llegado á los treinta grados mas allá de la equinoccial, desembarcó á sus compañeros, convidados con engaño por los bárbaros que allí habitaban, los cuales, luego que los nuestros saltaron en tierra, los mataron con sus saetas y los asaron, y se los comieron con grande inhumanidad. Volvió á España este testigo de aquella ferocidad bárbara, sin haber tomado venganza; pero otros dicen que tambien pereció, lo que juzgo por mas verdadero. Juan Ponce de Leon sujetó la isla de San Juan de Puerto Rico, distante cien millas de la Española ó Santo Domingo. Su primer obispo, entre los que dió á las islas el papa Julio Segundo, fue don Alonso Manso; y al mismo tiempo fueron electos para otras provincias don García de Padilla y don Pedro Deza. Despues se hizo Ponce á la vela hácia el septentrion, y fue el primero que avistó la Florida, llamada así por el dia en que fue descubierta. Peleó desgraciadamente con los bárbaros, que eran muy valerosos, y perdió muchos compañeros; y saliendo él herido, regresó á Cuba, donde murió de sus heridas.

Don Diego Colon, despues de la muerte de su ilustre padre, fue nombrado almirante del Océano y gobernador de las islas, y fijó su residencia en la Española, desde donde envió á Cuba á Diego Velazquez para que sujetase á los bárbaros rebeldes y estableciese colonias de españoles. La Habana se hizo célebre por la seguridad y comodidad de su puerto. Fue su obispo don fray Bernardo de Mesa, del órden de Santo Domingo, cuyos individuos trabajaron gloriosamente en ganar á aquellos bárbaros para Jesucristo, como lo testifican los historiadores de su tiempo. Navegaron entonces á la misma isla catorce religiosos del órden de San Francisco desde lo mas interior de Francia, para dedicarse á la misma santa obra, siendo su prelado fray Remigio. Fray Francisco de Córdoba, de nobilísima familia, pasó al continente con su compañero fray Juan Garcés: predicó el Evangelio á los bárbaros esparcidos por la costa de Cumaná, y fue muerto por ellos con su socio en el año mil quinientos y quince. El siguiente en la isla de la Trinidad y en la Tierra-Firme fueron tambien muertos y devorados por los bárbaros otros religiosos del mismo órden, que se hallaban ocupados con mucho celo en la predicacion de la palabra divina. Por estos tiempos sucedieron varias desgracias y calamidades á negociantes, que con la fama de las riquezas acudieron á aquellas partes. Muchos padecieron naufragios, y otros pagaron la pena de su temeridad á manos de los bárbaros. Alonso Niño fue arrojado á las costas de Paria, y recogió mas de cien libras de perlas, de cuya riqueza fue despojado en España y puesto en prision por haber navegado á la América sin permiso de los gobernadores.

Enviaron estos tres religiosos gerónimos, célebres por su sabiduría y esperiencia, con Alonzo Suazo, letrado de gran probidad, para que visitasen las islas. Los indios, hechos esclavos por los españoles contra toda justicia y derecho, eran destinados á trabajar en las minas y en los ingenios de azúcar, para fomentar con su producto el lujo y vanidad de los cortesanos, con gran dolor de los colonos, que con su sangre y fatigas habian adquirido aquellas tierras. Estas vejaciones parecieron intolerables á los hombres justos y virtuosos, pues el rey don Fernando el Católico habia mandado que los indios fuesen libres, y que gozasen los mismos derechos que los españoles. Por lo cual se mandó á los colonos que los tratasen con mas suavidad, y cuidasen de instruirlos en la doctrina cristiana. Habia ya perecido un escesivo número de indios, pues como antes eran estos hombres en estremo perezosos y entregados al ocio, á la embriaguez y á la lujuria, les era intolerable el pasar de los deleites al trabajo, y desfallecian con la fatiga. La crueldad de sus amos les ocasionó enfermedades que ellos no conocian, y el hambre y la desesperacion de verse en tan dura servidumbre y miseria obligó á muchos á quitarse la vida. A tanta costa adquirieron los infelices americanos el conocimiento de la verdadera religion. Por lo cual Lipsio, en su libro de constancia, esclama: «¿Dónde estás »tú, Cuba, la mas grande de todas las islas? ¿A »dónde tú, Haiti? ¿Dónde estais vosotras islas Lu»cayas? Las que en otro tiempo encerrabais cada »una seiscientos mil ó un millon de hombres, apenas »conservais quince de ellos para propagarse.» Pero estas cosas son tan notorias que no hay necesidad de referirlas aquí. Por lo demás, las colonias se aumentaron mucho por estos tiempos en edificios y en la

cultura de los campos, y en todas las demás cosas necesarias para su buena subsistencia. Habiendo regresado á España los religiosos gerónimos, les dió gracias el rey don Carlos de lo que habian hecho en su comision, y á fray Luis de Figueroa, uno de ellos le confirió el obispado de Santo Domingo. Suazo pasó á Cuba á administrar justicia: Francisco Fernandez de Córdoba fue á reconocer á Yucatan, península de aquel continente, y regresando á la Habana, murió de las heridas que habia recibido en esta empresa. Vengó su muerte Juan de Grijalva, que arribó con cuatro navíos de Velazquez, y destrozó un gran número de bárbaros. De los españoles solo murieron tres, y al capitan le clavaron tres saetas, y de una pedrada en la boca le hicieron saltar tres dientes; todo lo cual acaeció en el puerto de Pontocamo. En Tabasco y en otras partes fue recibido benignamente, y rescató mucho oro en cambio de abalorios, navajas, campanillas y otras bagatelas, á que en gran manera son apasionados los indios. Todo esto suce-



Carlos V, emperador.

dió en el año mil quinientos diez y ocho; y fue como preludio de las estraordinarias hazañas que hizo Hernan Cortés, hijo de Martin, varon de inmortal fama y digno de ser elogiado en todos los siglos.

Este pues, habiéndose embarcado en una armada de once navíos, fabricada á costa suya y de Velazquez, en la que iban quinientos y ocho hombres armados, diez y seis caballos y ciento y nueve marineros, comenzó á navegar para tierra firme á trece de febrero del año siguiente. Halló en la isla de Cozumel á Gerónimo de Aguilar, que habia estado prisionero por espacio de ocho años en Yucatan, y llegando despues á Tabasco, recibió en su compañía á Marina, doncella mejicana, los cuales como instruidos en las lenguas del país, le sirvieron de grande auxilio, favoreciendo sus deseos la divina providencia. Con estas tropas emprendió subyugar un nuevo mundo, con ánimo mas fuerte y escelso que todos los mortales. Luego que arribó á Tabasco, peleó prósperamente el dia veinte y cinco de marzo. Trató con

benignidad á los prisioneros, y habiéndolos enviado libres con algunos pequeños regalos, inclinaron á los demás á desear la paz. Concedióla Cortés por medio de sus intérpretes, y partió de Tabasco, habiendo recibido de los naturales oro y provisiones para continuar el viaje. Edificó la villa de la Vera-Cruz en un puerto seguro; y meditando otras cosas mayores, se le opusieron algunos de sus compañeros, desconfiados de la poca gente que llevaba; y castigándolos con mas aspereza de la que convenia, animó á los demás con militar elocuencia. Díjoles que los llevaba á una victoria cierta; que el fruto que de ella debian recoger, era la propagacion de la verdadera religion, que es el mas principal y el mas grande para los hombres piadosos; que adquiririan grandes riquezas y gloria, y unos premios muy superiores á los peligros, con lo cual llegarian á ser felices en lo venidero, y muy celebrados de toda la posteridad, con tal que ahora se acordasen que eran españoles. Prometióles que Dios les haria propició y favorable, y contrario á los bárbaros; y les dió razones de uno y otro. Luego que acabó su discurso, animado de la prontitud y alegria con que los soldados le pidieron los guiase adonde quisiese, pues confiaban que tenia á Dios de su parte, hizo barrenar y echar á fondo las naves, á fin de quitarles enteramente el recurso de la fuga, y que solo pusiesen toda su esperanza en la victoria. Al mismo tiempo envió á Alfonso Portocarrero, y Francisco Montejo, al rey Carlos con el oro que habia podido recoger de la liberalidad de los soldados, y llegaron á Sevilla en el mes de octubre habiendo salido de Vera-Cruz el dia veinte y seis de julio. Las primicias del Evangelio en esta nueva España fueron veinte doncellas, entre las cuales se cuenta Marina, y todas fueron bautizadas por el padre fray Bartolomé de Olmedo, del órden de Nuestra Señora de la Merced. Entretanto recibió Cortés en su amistad y alianza al cacique de Zempoala, y despues á Tlascala, república muy opulenta y de gran fidelidad, habiendo peleado primero felizmente con sus habitantes. Estas alianzas irritaron en gran manera á Motezuma, poderoso emperador de Méjico, á causa de las antiguas discordias que habia tenido con aquellos pueblos. Por lo cual envió correos á Cortés mandándole saliese de aquel país. Pero como no pudiese disuadirle de su propósito, se valió de súplicas y ruegos.

Estaba Motezuma atemorizado con los oráculos de sus falsos dioses, que habian anunciado en otro tiempo que vendria del Oriente una gente bárbara que se haria dueña del imperio y riquezas de Méjico, y deseaba alejar de cualquier modo á aquellos extranjeros, para que no se cumpliese la oculta ley de los hados. Viendo que no podia conseguirlo por estos medios, le acometió aunque en vano con regalos, enviándole mucho oro, piedras preciosas y vestidos de plumas tejidos con admirable artificio. Cortés le correspondió con algunas bagatelas, que cuanto eran mas desconocidas de los bárbaros, tanto mas las apreciaban. Finalmente no pudiendo disuadir á Cortés de su designio con dones, amenazas ni terrores, resolvió este visitar á Motezuma, cuyos legados le siguieron en el viaje. En el camino se apoderó del Cholula, ciudad fuerte, donde le habian armado asechanzas, que recayeron sobre sus autores. Los mensajeros de Motezuma le protestaron que en esto no habia tenido parte su señor; cuya escusa admitió Cortés disimulando por entonces su ira; pero iba muy prevenido para evitar otro lance. No cesó Motezuma de enviar á Cortés en todo el camino nuevos mensajeros pidiéndole que escusase la molestia de venir á verle. Pero él prosiguió adelante alegando varios pretestos y juntando por medios suaves mucho oro y las provisiones que necesitaba. Seguian á los españoles seis mil tlascaltecas armados, muy adictos á los nuevos huéspedes, y enemigos irreconciliables de los mejicanos. Para recibir al español salió Motezuma con magnífico acompañamiento de la ciudad imperial, que se hallaba situada en una laguna, llevado en unas andas, que conducian sobre sus hombros cuatro caciques. Saludáronse de una parte y otra, hiciéronse recíprocamente regalos en señal de amistad, y con la misma pompa que parecia de triunfo entraron juntos en la ciudad.



Hernan Cortés.

Algunos dias se pasaron en obsequiar y divertir al rey con el nuevo espectáculo de sus huéspedes. Pero habiendo recibido Cortés la noticia de que los dos españoles que venian de la Colonia de Vera-Cruz habian sido asesinados á traicion en el camino por un cacique, pensó en sacar gran partido de esta desgracia, y atribuyendo la culpa á Motezuma, despues de reprenderle gravemente con semblante airado, le puso en prision en su mismo palacio, hazaña ciertamente que parece increible. No cesaba aquel príncipe de llorar, y á veces prorumpia en suspiros y lamentos; pero mas adelante mandó Cortés quitarle las cadenas, le tuvo asegurado en su compañía. Llevaban esto á mal los mejicanos indignados de la paciencia de Motezuma; mas aun no se atrevian á emprender cosa alguna, aunque Cortés habia hecho quemar vivo en la plaza al cacique, llamado por órden del mismo Motezuma. Fatigado este mas bien de los ruegos y súplicas de sus nobles, que de su propia voluntad, pues le parecia que no habitaba forzado entre los extranjeros; (tanta era la astucia y maña con que le trataba Cortés, á quien habia descubierto lo que anunciaban los oráculos) le pidió que saliese de sus dominios. Mas escusándose este de hacerlo con pretesto de la falta de navíos, le dió noticia Motezuma de haber arribado diez y nueve; lo que supo por algunos indios que con velocidad increible habian corrido en brevísimo tiempo casi trescientas millas. En aquella armada venia contra Cortés, Pánfilo de Narvaez, enviado por Diego Velazquez que estaba muy quejoso de que Cortés se hubiese eximido de su autoridad, quebrantando los convenios que tenian hechos.

Este incidente podia suscitar una guera civil; y

Pánfilo habia atraido á su partido al cacique de Zempoala. Solicitaba con cartas y mensajeros ganar á la gente de Cortés, y no omitia medio alguno para perder á su émulo. Noticioso Cortés de todo lo que pasaba, y persuadido de que no debia descuidarse en tan fuerte tempestad, encomendó la custodia de Motezuma á Pedro de Alvarado, capitan valeroso; dejándole ciento y cuarenta soldados entre españoles y indios amigos, y con el resto de su tropa se puso en marcha contra el enemigo, estando cierto de que en este lance aventuraba toda su fortuna. Así pues acometió de repente á la hora de media noche á Zempoala con grande estrépito, cogió vivo á Pánfilo, y le puso en prision: los soldados de este con la fama que tenian de Cortés, y con la esperanza de mas lucrosa milicia, se pasaron á sus banderas. Encomendó la armada, la artillería y los bagajes á Gonzalo de Sandoval, gobernador de la nueva colonia, cuyo valor y diligencia le habia sido de mucho auxilio en esta espedicion. Aumentado su ejército con las nuevas tropas de Narvaez, que eran mil infantes y cien caballos, regresó á Méjico, y entró en la ciudad el dia de la natividad de San Juan Bautista. Halló todas las cosas en gran confusion por la temeridad de Alvarado: los españoles se veian acometidos por los bárbaros irritados con el dolor de las injurias que padecian. Hubo batallas, muertes é incendios por espacio de algunos dias, sin haberse derramado sangre alguna de los españoles, y es muy digno de admiracion lo que hicieron estos hombres fortísimos contra tan innumerable multitud. Luego que llegó Cortés animó á los suyos con su ejemplo. Motezuma, que desde una ventana de su palacio mandaba á sus vasallos, obstinados en acometer á Cortés con todo género de armas, que desistiesen de su intento, fue herido casualmente de una pedrada que recibió en la cabeza, de cuyas resultas murió á los tres dias. Su cuerpo fue entregado por los españoles á los mejicanos que le hicieron las exequias acostumbradas entre ellos.

Despues de este suceso continuó la guerra con mas furor bajo el mando de cierto capitan que dirigia á los indios. Fue elevado al trono Cueltavaca, hermano de Motezuma, y se empeñó con tanta porfía en echar á los españoles de la ciudad, que no desistió hasta conseguir su intento; pero murió en breve de una peste de viruelas que afligia entonces á aquellas regiones, donde no se conocia esta enfermedad hasta que la llevaron los españoles. Sucedióle un hijo suyo, segun yo juzgo, ó á lo menos de su hermano, porque no lo declaran las historias por descuido de los escritores; llamábase Guatimocin, y era hombre intrépido y de invencible constancia. Despues de haber dado muchas pruebas de su valor, y no siendo suficientes los españoles para resistir á una multitud innumerable que despreciaba la muerte, resolvieron al fin ponerse en fuga, la cual emprendieron ocultamente el dia diez de julio. Fue entregada al saqueo la inmensa cantidad de oro que habian juntado los españoles en las casas donde se hallaban hospedados, y muchos perecieron por haberse cargado escesivamente de este metal. Hallábase la ciudad situada en una laguna, por cuyas calles corrian acequias y de trecho en trecho tenian puentes de madera. Enviaron delante los españoles algunos soldados para que echasen otro que llevaban con ruedas, porque los antiguos habian sido destruidos por los indios, á fin de que los nuestros no tuviesen medio alguno de escaparse, y fuesen sacrificados á su venganza. Pusiéronse pues en camino los españoles en lo mas profundo de la noche con gran silencio, guiándolos Cortés por medio de las centinelas enemigas. Los que iban á la ligera escaparon fácilmente del peligro; pero los demás, que iban cargados con las riquezas que no quisieron abandonar, se vieron acometidos por los bárbaros, escitados por el ruido y los clamores de sus centinelas. Habiendo ganado los enemigos el puente de ruedas, é impedida por este medio la fuga de los españoles, se suscitó una cruel y sangrienta pelea, que mas bien puede llamarse carnicería, en un puesto tan estrecho como aquel, y encarnizados los enemigos por una y otra parte de la laguna. Hombres, armas y caballos todo estaba mezclado y confundido. Acudió Cortés á socorrer á los que peligraban; puso en órden á los que estaban confusos y revueltos, y pasó el foso con increible trabajo. Sirvióle de mucho auxilio el héroico ánimo y valor de Alvarado. El oro, los cautivos, y todas las demás cosas que les impedian hacer su marcha con velocidad las abandonaron al enemigo, posponiendo á su vida todas las riquezas. En este combate perecieron ciento y cincuenta españoles, como refiere el mismo Cortés, seis caballos, y dos mil y cuarenta indios amigos; y tambien murieron algunos hijos de Motezuma. Por todo el camino pelearon los españoles casi todas las horas, y la victoria se debió á la caballería, especialmente la que consiguieron cerca de Octumba el dia catorce de julio. Y á la verdad no puede negarse que en esta ocasion y en tan peligrosos lances les favoreció el auxilio divino. Inmediatamente que llegaron á los confines de Tlascala salió á recibirlos Magiscazin, cabeza del senado, con grande acompañamiento de nobles. Despues de haber consolado á Cortés con palabras muy humanas, le condujo á la ciudad con gran fidelidad, sin que en él causase ninguna mutacion la adversa fortuna de Cortés, antes por el contrario le exhotó que tuviese buen ánimo, asegurado de que para todo cuanto dispusiese hallaria siempre prontos á los tlascaltecas; con cuyas palabras se aquietó el fluctuante ánimo de Cortés que sospechaba no seria muy sincera la fidelidad de sus aliados en los contratiempos y desgracias. Ninguno habia escapado sin heridas de tantos combates, y además el hambre, la sed y el cansancio los tenia reducidos al último estremo. Muchos murieron en la cura de sus heridas, y el mismo Cortés escapó con dificultad. Otros debilitados y sin fuerzas apenas podian moverse. No obstante para confirmar en su amistad á los aliados, y aterrar á los enemigos les movió de nuevo la guerra ayudado de los tlascaltecas, que se hallaban siempre dispuestos y prontos á vengar sus anteriores pérdidas, y en esta ocasion procedieron con tanta lealtad y esfuerzo que no puede alabarse dignamente. Sujetó Cortés á los de Tepeaca; arrojó de las ciudades vecinas las guarniciones mejicanas; quemó algunas de ellas, y vendió á sus habitantes como esclavos: venció muchas veces en batalla á los enemigos, se apoderó de sus reales, y los molestó con todo género de pérdidas. Con estas victorias parecia estar vengada la afrenta recibida, y alternando los sucesos prósperos con los adversos comenzó Cortés á ser mas respetado y temido que antes por los indios.

CAPITULO IX.

Sucesos de los portugueses en Africa y en las Indias orientales.

Comenzaremos á referir en una narracion seguida los hechos de los portugueses desde la derrota que padecieron en la Momora hasta estos tiempos, y lo mismo haremos en adelante reuniendo por intérvalos bajo de un aspecto todos los sucesos de este reino. Hallábase Arzila en peligro por el sitio que la habia puesto el rey de Fez; pero con la llegada de la armada que Sequeira conducia á la India fue libertada del cerco. Despues pelearon desgraciadamente los portugueses; algunos de ellos fueron muertos y otros quedaron cautivos, entre los cuales pereció de peste en Fez don Antonio Mascareñas; mas habiendo

recobrado el ánimo que mostraban decaido, lavaron su ignominia con la sangre del enemigo. Noroña, Coutiño, y otro Mascareñas, todos hombres valerosos, destruyeron los aduares de los moros, saquearon sus pueblos, talaron sus campos, y finalmente hicieron muchos cautivos con muy poca pérdida de los portugueses. Fatigados los moros con tantas derrotas pidieron la paz, prometiendo hacer cuanto les mandasen, y que darian rehenes y pagarian un tributo anual.

No eran tan prósperos los sucesos en la India despues de la muerte del grande Alburquerque. Su sucesor Lope Suarez salio con una armada dirigiéndose al mar Rojo para incomodar la del enemigo, pero salieron vanos sus deseos, porque cerca del estrecho de Ceila, adonde estaba la ciudad llamada por los antiguos *Emporium Avalites*, trocándosele la fortuna, se le abrasaron sus navíos: y despues en una horrible tempestad perdió otro bajel con la gente que en él iba. Fernando de Andrade navegó á la China con ocho navíos á fin de establecer comercio con aquella gente. Envió á Canton á Tomás Perez con el título de embajador del rey don Manuel, con cartas y regalos para el emperador de los chinos: y se condujo tan bien que dejó entre aquella nacion tan astuta grande fama de la probidad y buena fe portuguesa. Pero despues la destruyó su hermano Simon, hombre de costumbres muy contrarias, pues con su lujo, rapiñas y crueldad echó á perder todo lo que se habia ganado. Habiendo desembarcado en la isla de Tames edificó un castillo sin pedir permiso á los magistrados, y le fortificó con guarnicion y máquinas de guerra. Finalmente se entregó á todo género de maldades y infamias; cometiendo como un tirano las mas atroces violencias contra los naturales y negociantes. Por estos méritos le declararon los chinos por su enemigo, y cercándole con una armada faltó poco para que él y sus compañeros no fuesen presos y pagase la pena de sus maldades. Pero una tempestad dispersó los navíos chinos, y Simon huyó á Malaca, ciudad situada en la península que llamaron los antiguos *Chersonesum Aureum*, dejando á los chinos tan poco satisfechos de su trato, que no habia para ellos cosa mas aborrecible en el mundo que el nombre portugués. El embajador Tomás, no habiendo conseguido permiso para ver al emperador, fue enviado á Canton, y murió miserablemente en la cárcel.

Goa y Malaca se hallaban amenazadas de los bárbaros, que no dejaban respirar á los portugueses; pero acudieron á su socorro Juan de Silveira, y Alejo de Meneses, cada uno con su armada, y desvanecieron el peligro. Habiendo sido Malaca cercada de nuevo fue librada por el valor de su guarnicion, y arrojados de sus reales los bárbaros, y puestos en vergonzosa fuga, pagaron la pena de su obstinado atrevimiento. En varios parajes inmediatos tuvieron otros muchos combates; y estos y otros peligros padecieron los portugueses por las discordias civiles con que tenian casi arruinado su imperio en aquellas regiones. En este tiempo fue renovada la alianza con el rey de Sian. Navegó Suarez con una armada á Zeilan; isla fertilísima y rica por su canela, y conocida con el nombre de Taprobana por los antiguos, que la ilustraron con muchas fábulas. A fin de que no careciese el dominio portugués del comercio de tan afortunada isla, vencidos que fueron los sarracenos y los naturales en una batalla, fabricó Suarez una fortaleza en un paraje oportuno, y hizo tributario del rey don Manuel al Régulo de Columbo, capitan de la isla, obligándole á pagar todos los años ciento y veinte mil libras de canela, cierta suma de diamantes, que allí se crian, y algunos elefantes. Fue dado á Suarez por sucesor Diego de Sequeira, que habiendo llegado á la India sujetó al régulo de Baticala que se habia sustraido de la obediencia de los portugueses. Por medio de Antonio Correa hizo alianza con el rey de Pegú. Destruyó á Alodino, rey de Bintan, que molestaba continuamente á Malaca, saqueó sus reales, y se apoderó de su armada, y fue tan feliz que no pereció un solo portugués. Creyóse por cierto que el enemigo habia sido vencido mas por el auxilio divino que por el valor y consejo de los hombres. Tambien se atribuyó á prodigio lo que hicieron cinco portugueses solos. Habia llegado Manuel Pacheco con un navío bien equipado á la isla de Sumatra, situado bajo del ecuador, á pedir satisfaccion de ciertos agravios: echó su lancha al mar con cinco portugueses, y estando haciendo aguada en la embocadura del rio Icaparino, fue embestida la lancha por tres barcas en que venian ciento y cincuenta bárbaros armados; dejando la aguada, acometieron los portugueses con gran ímpetu contra la barca mas cercana, saltaron en ella, y mataron á los que encontraron. Aterrados los bárbaros, se arrojaron precipitadamente al rio á fin de evitar la muerte, y las otras dos barcas temerosas de la pelea se pusieron en fuga. La barca desamparada fue llevada á Malaca, como lo escribe Faria, y se colocó en un lugar público en memoria de tan estupendo prodigio. Sin embargo fue concedida la paz á los sumatranos y restituido á los portugueses lo que les habian robado,

No quedó impune la tiranía que Juan Gomez ejercia en las islas Maldivias, pues fue asesinado con sus compañeros por una repentina conspiracion de los mahometanos, y arrasada la fortaleza. Emprendió Sequeira otra espedicion al mar Rojo con una lucida flota, pero no tuvo mejor fortuna que su antecesor, y perdió el navío Almirante que se estrelló contra unas rocas. Aseguró la paz con el rey de la Abisinia, bajo la condicion de que este, cuyo nombre era Mateo de David y su mujer Elena, enviasen antes de diez años un embajador con regalos al rey don Manuel; y que Rodrigo de Lima con acompañamiento de portugueses pasaria á la córte de David revestido del mismo carácter de embajador. Por este tiempo las cosas de lo interior de la India estaban en deplorable situacion, así en el mar como en la tierra. Jorge de Brito fue muerto con algunos de sus compañeros en Achen, puerto de Sumatra, habiendo padecido esta desgracia por la codicia de hacer presas. Pero tuvieron mas felices sucesos en otra parte de la isla. Gueinal, cruel bárbaro, habia invadido el reino de Pacen, despues de haber cortado la cabeza con engaño á su rey; y implorando su hijo huérfano y menor el auxilio de los portugueses, movió á compasion á Sequeira. Llegó entonces á Portugal Jorge de Alburquerque con una armada, habiendo perdido en el viaje tres navíos, y le mandó Sequeira que pasase á hacer guerra á Gueinal, llevando seis navíos. Llegado que hubo Alburquerque intentó reducirle con amenazas; pero no adelantando nada, fue necesario recurrir á las armas. Trescientos portugueses se apoderaron de los reales del bárbaro, y le mataron al mismo tiempo que con mucho valor animaba á los suyos á la pelea. Desordenados y puestos en fuga los enemigos, restableció Alburquerque al pupilo de su reino, y le entregó á sus parientes, obligándole á jurar fidelidad al rey don Manuel, y pagarle un tributo todos los años. Lope Brito venció en batalla á los bárbaros de Zeilan que estaban inquietos, y habiéndose apoderado de Columbo, concedió la paz al régulo de aquella isla, que se la pedia, con gran ventaja de los portugueses. Tales fueron los principales sucesos acaecidos por este tiempo en Oriente. Volvamos ahora á nuestro hemisferio.

CAPITULO X.

Prosiguen las guerras de las comunidades de Castilla y Valencia.

En Valladolid á donde se habian juntado los Comuneros á principios de este año de 1521, se hallaban todas las cosas en la mayor confusion y desorden. El pueblo enfurecido invadia las casas y los bienes de los mas ricos, sin temor alguno de las leyes, ni respeto á los magistrados. Los incendios de las casas, el saqueo de los bienes, las cárceles y destierros eran la pena de los que se atrevian á decir ó hacer la menor cosa contra la junta. Lo mismo sucedia en otras ciudades, porque la ferocidad como un pestilencial contagio se habia apoderado de todos. Por el invierno hubo correrías y combates, que aunque muy contínuos, no hubo en ellos cosa digna de memoria. Padilla y el obispo de Zamora juntando sus tropas comenzaron á molestar con tales vejaciones á los que desaprobaban la conjuracion, que violentados algunos pueblos con el terror, hicieron juramento á la junta; y era tal la insolencia del obispo de Zamora, que por todas partes donde iba dejaba horribles vestigios de su crueldad. Los del partido del rey no tenian menos deseos de hacer mal; pero la causa era muy diversa. Don Pedro de Ayala, conde de Salvatierra, intentaba con la fuerza y con las armas que los pueblos de Vizcaya se apartasen de su deber. Pero se mantuvo firme la ciudad de San Sebastian, aunque vió sus campos talados. En vano fue tentada por Ayala la ciudad de Vitoria en la provincia de Alava, porque el valor de sus nobles la defendió de las fuerzas que la amenazaban por de fuera, y de la discordia que reinaba dentro. Acudió muy á tiempo desde Navarra el hijo mayor del duque de Nájara con la gente que tenia consigo, y se apoderó de la ciudad y del alcázar, y despues marchó contra Ayala, y le venció en una feliz pelea; y habiendo hecho prisionero á Gonzalo de Baraona, que por todos medios procuraba renovar el combate, le hizo llevar á Vitoria, donde le cortaron la cabeza. Los de Valladolid habian conferido el mando de sus tropas á Padilla, el cual para hacerse grato á los de su partido, determinó atacar la villa de Torre Lobaton, y al fin se vió obligada á sujetarsele bajo de ciertas condiciones. Tratóse por entonces entre los principales de los dos partidos de componer las discordias, pero no fue posible concluir cosa alguna; porque los Comuneros arrastrados de sus pasiones, querian mas bien esponerse á todos los peligros, que admitir la paz. Muchos la rehusaban por el temor de que sus adversarios no se olvidarian de las injurias que habian recibido, y que procurarian tomar venganza. Giron trabajó mucho en este negocio, ostigado del desenfreno de la plebe; pero no pudiendo reducirlos á ningun partido justo, renunció tan mala causa, y se pasó á Tordesillas, donde estaban los grandes del reino. Habiase ya entibiado mucho la ira que concibió contra el rey don Carlos, cuyo impulso á mi entender le hizo abrazar el partido de los Comuneros. Siguió su ejemplo don Pedro Laso, despues de haber conocido que no podia conseguir sus deseos del bien público, por cuya causa habia seguido el mismo partido. Finalmente, despues de muchas cartas y mensajeros de una á otra parte, y no pudiendo componerse la paz por estos medios, acudieron otra vez á las armas, y salió Padilla á hacer algunas hostilidades.

El obispo de Zamora voló á Toledo en solicitud de las rentas del arzobispado, por haber muerto algun tiempo antes desgraciadamente el cardenal Croy. Pero como hiciese correrías en aquel territorio don Antonio de Zúñiga auxiliado de las tropas de su hermana doña Leonor, que habia reprimido la sedicion de Sevilla, salió el obispo con su ejército para rechazarle. Cerca de Ocaña se trabó una tumultuaria pelea originada de la temeridad de unos pocos soldados, y habiéndoles venido socorro á unos y otros de sus reales, se formaron poco á poco todas las tropas en órden de batalla. Pelearon hasta la noche con ánimos ferocísimos, como sucede en las guerras civiles, y se acabó el combate sin que quedase decidida la victoria. Pero no obstante pareció vencedor el partido de Zúñiga, pues recogidos los despojos se apoderó de Ocaña, y puso guarnicion en los parages oportunos. El enemigo se volvió con su ejército á Toledo en el silencio de la noche. Mora, pueblo muy grande de sus cercanías, padeció un horrible estrago. Irritados los realistas con los daños que habian sufrido, acudieron á castigar á los de Mora que no podian estar quietos. Resistieron ellos valerosamente, considerando lo que les esperaba si quedasen vencidos. Fueron rechazados hasta la iglesia donde se habian refugiado los viejos, niños y mujeres: pegaron fuego á sus puertas con pólvora, y inmediatamente las consumieron las llamas con todo lo demás combustible que allí habia; y no pudiendo escapar por parte alguna, se dice que perecieron miserablemente tres mil personas, á no ser que la fama exagerase su número. Ciertamente se estendió la venganza mucho mas de lo que habian pensado sus mismos autores. Para poner fin á las calamidades de Castilla, que eran tantas que no habia pueblo alguno donde no se viesen vestigios del furor civil, resolvieron los gobernadores hacer el último esfuerzo contra los Comuneros en una sola batalla. Para lo cual pidieron soldados á las ciudades que habian permanecido fieles: fueron convocados con diligencia los caballeros, y prevenídos los víveres, armas y todo lo demás necesario para la guerra. Y como no habia de donde sacar el dinero para la paga de las tropas, fundieron los grandes toda la plata labrada que tenian, posponiendo sus riquezas á su fidelidad. Velasco sin perdonar trabajo ni fatiga alguna habia juntado hasta cinco mil hombres de armas; con los cuales, y cuatro cañones de artillería, salió de Burgos para ir á juntarse en Tordesillas con sus socios. En esta villa se congregaron todas las tropas y resolvieron que el cardenal Adriano y el marqués de Denia permaneciesen allí con una buena guarnicion para custodia de la reina, á fin de precaver que en un lance adverso volviese á poder de los conjurados. El conde de Haro estableció sus reales en Peñaflor, y pasó revista á su ejército que se componia de mas de siete mil infantes, y casi tres mil caballos bien armados. Padilla acampaba en Torre-Lobaton rodeado de mayores tropas; pero aunque escedian á las otras en la multitud, no igualaban en valor. Así, pues, conmovido con la fama de que el enemigo se encaminaba contra él, se puso en marcha aceleradamente hácia Toro con designio de rechazarle desde los muros de aquella ciudad. Pero el conde de Haro ordenó á los suyos que siguiesen los pasos de Padilla, y envió adelante á la caballería para que le impidiese su retirada, y habiéndole alcanzado le cercaron en pelotones. Unos le acometian por la izquierda, otros por la derecha, y otros le rodearon por el frente, y de todos modos le molestaban y detenian. Otro mal no menor era el de los caminos, que con las continuas lluvias estaban destruidos, y el lodo era tanto que se hundian los piés de tal suerte que ni podian pelear, ni tampoco acelerar sus marchas. Mientras la caballería real detenia al ejército de Padilla, llegó con los cañones la infantería que apenas podia dar un paso. Al primer encuentro comenzaron á desordenarse los enemigos, y haciendo en ellos grande estrago la artillería, cedieron al impulso de los realistas, que con grande estrépito los seguian. Ni las amenazas, ni los ruegos de los capitanes fueron bastantes para detener á aquel ejército desordenado y puesto en fuga. Villalar que era el pueblo mas cercano, al paso que podia servirles de

refugio, no era proporcionado para hacer alguna resistencia; y así consternados con el temor, procuraron escaparse con la mayor ligereza. Padilla hizo oficios de intrépido soldado y de buen capitan, y no desamparó á los suyos en parte alguna. Finalmente entrándose por medio de los enemigos con la esperanza de romper por ellos, fue hecho prisionero junto con Juan Brabo y Francisco Maldonado, capitanes que eran el primero de Segovia, y el otro de Salamanca, despues de haber dado grandes pruebas de valor. Muchos más perecieron en la fuga que en la batalla, porque la caballería siguió obstinadamente á los fugitivos. Al dia siguiente habiendo desaparecido por diversas partes los enemigos, Padilla y sus compañeros fueron degollados en la plaza de Villalar por mandado del conde de Haro como reos de lesa magestad. Y como si el delito no quedara purgado suficientemente con su sangre, hizo arrasar en Toledo la casa de Padilla, y levantar en el mismo sitio un poste con una inscripcion que trasmitiese á los siglos venideros el delito y el castigo.

En Valencia se hallaban las cosas en igual confusion y turbulencia. Despues de la desgraciada batalla de Castellon, y del suplicio de Estellés, mandaron los conjurados á Urgellés Sison, otro de los trece síndicos de la germanía, que fuese contra el duque de Segorve con ocho mil hombres á fin de borrar la anterior ignominia. Este pues salió al encuentro de los agermanados en Nules, cerca de Morviedro, donde tenia algunas tropas. Los moros que habia colocado en la retaguardia, por la poca confianza que de ellos hacia, apenas sintieron al enemigo, desampararon su puesto, y se huyeron á los montes cercanos; pero su cobardía les costó muy cara, porque cayeron en una emboscada que tenia el enemigo para acometer por la espalda al duque de Segorve, por lo cual fueron muy pocos los que se escaparon á beneficio de la fuga, y arrojando las armas. Mientras tanto habia avanzado el de Segorve contra el enemigo. Pero este se mantuvo inmovil á pesar de los esfuerzos de la caballeria, y por ninguna parte pudo ser desbaratado ni derrotado: mas habiéndole rodeado y estrechado con mayor ímpetu, comenzó á titubear y á mirar por donde podrian escaparse. El pavor de los enemigos infundió nuevo ánimo á la caballeria, y renovando el combate con grandes gritos le obligó al fin á ponerse en fuga. Desamparada por los moros la infanteria que habia quedado, y acometida de improviso por el enemigo que se mantenia en asechanzas á su espalda, los llenó de terror, y se puso en desordenada fuga. No obstante hubo algunos que hicieron resistencia por evitar la ignominia de cobardes cuando el mayor número se dejaba arrastrar del medio. Acudió el de Segorve oportunamente á socorrer á los que resistian, dejando por esto de perseguir á los fugitivos; y libres aquellos del peligro, disipó enteramente las reliquias del ejército desbaratado. En la batalla y en la fuga se dice que perecieron dos mil de los enemigos. Del ejército real apenas murieron docientos (escepto los moros que no se hace ninguna cuenta de ellos), y catorce nobles. Los vencedores llenos de gloria y de despojos se volvieron á sus tierras. Los adversarios, dispersos por muchos caminos vinieron á juntarse en Morviedro, llenos de confusion y de miseria. En esta villa hicieron pesquisas los agermanados sobre la conducta de Sison, y juzgándole por traidor le condenaron á muerte, y se ejecutó la sentencia segun las leyes militares. Otro ejército que en los mismos dias habian enviado á la otra parte del Júcar contra Corvera y Mogente, no sacó de su espedicion otra cosa que heridas. Fue depuesto Juan Caro que habia mandado esta tropa, y sustituido en su lugar Vicente Peris, que de tejedor de sedas pasó á ser general de ejército. Este pues, habiéndose apoderado por descuido de su alcaide del castillo de Játiva, en el cual estaba preso don Fernando, duque de Calabria, marchó á Gandía para dar batalla en caso que el virey le saliese al encuentro. Vencido este de los ruegos y instancias de los nobles, los sacó finalmente á pelear, aunque con prudente consejo lo rehusaba, conociendo la perfidia de los soldados. Trabóse una pelea que mas parecia fuga que otra cosa, y de los nobles, que se contaban docientos, con algunos pocos soldados rasos, solos cinco fueron muertos. Previniéndose el virey para embarcarse al Andalucia, le rogaron y suplicaron los nobles que no desamparase el gobierno, sino que antes bien se retirase á Peñíscola, que era un refugio seguro para todos, que desde allí habia vuelto la fortuna á ser favorable al duque de Segorve, y que él podia esperar mejor suerte; que para emprender de nuevo la guerra no le faltarian socorros; con los cuales, si no se pudiese reprimir el furor de los bandidos, á lo menos se les podria contener; y que las cosas que por su naturaleza son difíciles, con el tiempo vienen á conseguirse. Vencido el virey de estas razones, se embarcó en un navío fabricado en el puerto de Denia, arribó á Peñíscola, y desde allí se trasfirió á Morella, asilo de los leales. Peris, desde la victoria que acabamos de referir, la cual no le costó ninguna sangre, fue saqueando y talando todos aquellos pueblos: obligó á los moros por fuerza de armas á que se bautizasen: mató á muchos, y esto mismo se ejecutó en otras partes con increible maldad; de lo que se originaron despues nuevos tumultos.

El duque de Gandía pasó á Castilla á implorar el socorro y ayuda de los gobernadores, y habiéndolo conseguido, se volvió á Morella, desde donde todos salieron muy alegres para unirse con el duque de Segorve. Despues de algunos encuentros, y con auxilio de algunos de Morviedro que permanecieron fieles, se apoderó el virey del castillo que dominaba la villa, tan célebre en la historia romana con el nombre de Sagunto. Pasados dos dias, se dejó ver con sus tropas, dando señales de que podian esperar el perdon; y con efecto, fue recebido por los de Morviedro con todas las señales de gente arrepentida, y que pedia gracia. Hallábanse muy consternados conociendo el castigo que merecian, pues en el principio de su sublevacion asesinaron á todos los nobles sin dejar uno solo. Al mismo tiempo entró por la parte opuesta del reino don Pedro Fajardo, marqués de los Velez, enviado por los gobernadores para hacer guerra á los rebeldes con las tropas que habia recogido, y en breve se apoderó de Elche, villa opulenta, y de Alicante, plaza famosa de comercio. Marcharon despues hácia Orihuela don Alfonso de Cardona, almirante de Aragon, con su hijo don Sancho, don Pedro de Maza, don Ramon de Rocafull, don Diego Ladron, y otras personas ilustres en valor y nacimiento, que despues del desgraciado suceso de Gandía, por caminos estraviados se retiraban á Castilla. Luego que llegó cerca de la ciudad tuvo un combate próspero con la multitud sediciosa, y los vencedores y vencidos llegaron juntos á las puertas. Dícese que en la batalla y en la fuga perecieron tres mil. Palomares, que mandaba en la batalla, y otros trece sediciosos fueron hechos prisioneros, y pagaron en la horca sus delitos, y los demás fueron puestos en libertad. El pueblo fue entregado á los soldados, que le saquearon cruelmente. Desde allí se apresuró Fajardo á venir á Valencia, y puso sus reales al Occidente en las riberas del rio Turia. Rodeada y cerrada la ciudad con dos ejércitos, padecia la mayor escasez de todas las cosas. Los gobernadores habian prohibido llevar trigo á Valencia por mar ni por tierra, imponiendo pena de muerte á los contraventores. La caballería real hacia escursiones por los campos y caminos para apoderarse de todo; mas no por esto los sediciosos estaban quietos dentro de los muros, pues todos los dias habia peleas y muertes. El marqués de Cañete y

don Manuel Ejarque, tenientes del gobernador Cabanillas, reuniendo las fuerzas de los leales, reprimian los insultos de la multitud sediciosa. Finalmente, habiendo sido Peris arrojado de la ciudad, se apaciguaron los tumultos en que ardia toda, y se comenzó á tratar de reconciliacion. Enviaron diputados al virey, que permanecia en Morviedro, y concedió á todos perdon, con tal que dejando las armas se redujeson á la obediencia de los magistrados. Compuestas de este modo las cosas, entraron en Valencia el virey y el marqués de los Velez con un espléndido acompañamiento de la nobleza. Inmediatamente mandaron que todos los del reino dejasen las armas. Muchos obedecieron con prontitud; pero despreciaron el mandato los habitantes de las riberas del Júcar, donde se hallaba Peris que lo enredaba todo. El marqués de los Velez, habiendo recibido el estipendio de su tropa, se volvió á Murcia. Para reprimir y castigar á los contumaces, marchó contra ellos el virey con tropas. En vano atacó á Alcira, pueblo situado en una isla que forma el rio Júcar, rodeado de sus aguas, y bien guarnecido de murallas; y habiendo perdido la esperanza de tomarlo, y de que se rindiese ni entregase, levantó el sitio y dirigió sus armas contra Játiva. Pero fue rechazado muchas veces desde los muros con mucho daño suyo; por lo cual mudó de dictámen y puso cerco á la ciudad, estrechándola con varias obras. Trabajaban en ellas con mucho esfuerzo los soldados, cuando de improviso salió al anochecer una gran multitud de gente armada, con antorchas y teas encendidas, y arrojándolas sobre las trincheras, lo incendiaron todo, y se redujo á cenizas en un momento el trabajo de muchos dias. Habiéndole salido tan felizmente esta empresa, hicieron otra salida los de la ciudad, y arrojaron de allí á los sitiadores. Desconfiado pues el virey de poder tomar la ciudad, convirtió su ira contra los campos, y taló todo aquel contorno.

En la isla de Mallorca á mediados de marzo comenzó á manifestarse la sedicion que algun tiempo antes amenazaba, siendo el autor un hombre de oscuro nacimiento, llamado Juan Crispin. Creáronse en la ciudad de Palma trece síndicos, á ejemplo de los valencianos, para que lo gobernasen todo. Despojaron del mando y arrojaron de la isla al virey don Miguel de Gurrea; pero todavía se abstenian de llegar á las manos, recompensando despues la tardanza con la crueldad. Finalmente, llegó á tanto el desenfreno de la plebe, que aterrados algunos nobles, se refugiaron á la fortaleza; lo que se atribuyó á mal designio, segun la costumbre del vulgo siempre dispuesto á pensar mal, y fue causa de acelerar su muerte, pues habiéndoles obligado á entregarse fueron todos asesinados con Pedro Pax, gobernador de la ciudad. Pasó adelante el furor, y del mismo modo quitaron la vida á otros treinta nobles. Hallábase á la verdad la isla en un estado muy triste y lamentable. Algunos para ponerse en salvo se pasaron á la isla de Menorca, y otros á Alcudia, villa situada en la parte oriental de Mallorca; pero los rebeldes, ansiosos de destruirlos, acometieron con sus tropas á Alcudia, y dispararon muchos cañonazos contra sus muros. Los habitantes hicieron una salida, y los pusieron en derrota; mas volvieron luego con mayor número de gente á instaurar el asedio. Los vecinos, unidos con los nobles que allí estaban, hicieron otra nueva salida en el silencio de la noche; y habiéndolos cogido muy descuidados, los destrozaron y ahuyentaron con grande estrago. Divulgada la noticia de esta victoria, comenzaron á respirar los hombres leales, y saliendo de los bosques y lugares donde estaban escondidos, se encaminaron por varias sendas á Alcudia, que se habia mantenido tan fiel á su rey.

Florecia entonces el reino de Portugal, así po sus riquezas y victorias contra los enemigos del nombre cristiano, como por la numerosa familia real. Doña Leonor habia parido una hija de singular hermosura, á la que se puso el nombre de María, y antes habia dado á luz á Carlos, que apenas vivió medio año. Habíase tratado por medio de embajadores el casamiento de doña Beatriz, hija del rey don Manuel con Carlos III, duque de Saboya llamado vulgarmente el Bueno por la candidez de su ánimo. Fue conducida la esposa en una lucida flota de veinte y tres navíos, acompañándola don Martin de Costa, arzobispo de Lisboa, y los mas distinguidos caballeros, y á fines de setiembre fue recibido en Niza por su esposo con magnífica pompa. De allí á poco tiempo, á saber el dia trece de diciembre, pasó de esta vida á la eterna el rey don Manuel, dejando envuelto en tristeza y llanto á todo Portugal. Nombró por sus testamentarios á don Diego de Sousa, arzobispo de Braga, y á don Martin Castelblanco, conde de Villanueva. Murió á los cincuenta y un años de edad, y reinó veinte y seis; digno ciertamente de ser contado entre los príncipes mas felices. Aumentó su imperio con muchos reinos del Oriente. En el Occidente fue descubierta por Cabral, durante su reinado, la dilatadísima region del Brasil. Subyugó una parte del Africa, y se hizo formidable en ellas; y siempre vivió en paz con los demás príncipes cristianos: y tanta fue la opulencia y felicidad de Portugal en su tiempo, que los portugueses le llamaron el siglo de oro. Fue sepultado en el monasterio de Belen que habia edificado á los gerónimos á cuatro millas de Lisboa; y habiéndole hecho las exequias reales que se acostumbran, fue proclamado rey de Portugal su hijo don Juan, Tercero de este nombre, el sesto dia despues de los funerales de su padre. De allí á poco tiempo la reina viuda doña Leonor, dejando encomendada al rey muy encarecidamente su hija doña María, se restituyó á Castilla.

CAPITULO XI.

Alianza del rey don Carlos con Enrique Octavo de Inglaterra, y principios de la guerra entre España y Francia.

La narracion de las cosas interiores de España ha hecho dilatarme mucho mas de lo que pensabá, y ahora volveremos á seguir el órden de los demás sucesos. Habiendo el rey don Carlos navegado por el Océano, llegó en pocos dias á la Gran Bretaña, que los modernos llaman Inglaterra. Fue recibido por el rey don Enrique con muchas muestras de amor y de amistad; y aunque el fin de este viaje era al parecer visitar don Carlos á la reina doña Catalina su tia, ocultaba en su corazon una grande empresa. No solo tenia en el ánimo, sino tambien cuasi á la vista las sangrientas guerras que en breve habia de tener con Francisco, rey de Francia, por lo cual hizo alianza con el rey Enrique, para que si se suscitase alguna controversia con el Francés, la decidiese el mismo Enrique, el cual se declararía contra cualquiera de las dos partes que rehusase obedecerle. Con esto Enrique, que era de carácter vano, concibió grande orgullo, y movido tambien por su mujer doña Catalina, que estaba muy inclinada á su sobrino, fortificó en grande manera el partido del rey don Carlos. Este pues, concluida la alianza, volvió á embarcarse, y arribó en breve á Flesinga, ciudad de Holanda. Desde allí marchó á Gante, y fue recibido con magnífica pompa por don Fernando y doña Margarita.

Luego que estuvieron prevenidas con la mayor ostentacion todas las cosas necesarias para recibir la diadema del imperio, partió para Aquisgran, ciudad libre de Alemania en el ducado de Juliers, donde tenia convocada la dieta y entró en la ciudad, que se hallaba ricamente adornada, con aparato triunfal,

Allí pues se hicieron, segun la antigua costumbre, las ceremonias de la inauguracion por el elector arzobispo de Colonia, acompañado de los de Maguncia y de Tréveris, y hecho el juramento prescrito, fue saludado César y emperador á veinte y uno de octubre del año anterior con grande alegría y aplauso de todos: en el mismo dia fue elevado en Constantinopla Soliman, rey de los turcos, al trono de su padre. Habiendo tomado posesion del imperio, y publicado algunos decretos concernientes al buen gobierno, pasó á Vormes, antigua capital de los vangiones, revolviendo en su ánimo muchas cosas que habian comenzado á tratarse en la dieta con gran calor. Las novedades religiosas causaban una conmocion estraordinaria, pues los falsos dogmas de Lutero lo habian trastornado todo en Alemania, y este contagio se iba estendiendo rápidamente. Imbuidos los pueblos de sus perversas opiniones, y alucinados con los engaños de aquel fraile apóstata, se precipitaban en todo género de maldades, que destruian el imperio con la impía mudanza de religion. Procuró el César, aunque tarde, poner remedio á este mal; y habiendo dado á Lutero salvo conducto, le hizo llamar á la dieta para que esplicase su doctrina, con esperanza de reducirle á mejor camino. Presentóse en efecto Lutero á mediados de la primavera de este año, y habló en la dieta con suma arrogancia, profiriendo muchos errores impíos para combatir la autoridad del sumo pontífice, de la cual juzgaba que tenia derecho para sustraerse: que las indulgencias pontificias no eran mas que una invencion de la curia romana, cuya condescendencia, y la necia credulidad del pueblo, habian causado muchos desórdenes, que debian reformarse con remedios fuertes. Seria obra larga de referir aquí por menor todas las blasfemias que vomitó de su impura boca. En vano empleó el César todos sus conatos para reducirle de su estravío, y no pudo vencer la ostinacion de este perverso hombre con ruegos, con súplicas ni con terrores. Así pues, para apartar de la cristiana república el contagio de tan grave mal, mandó por un saludable edicto que fuesen quemados los libros de esta secta condenada por el sumo pontífice, y que en adelante no volviesen á imprimirse: finalmente mandó que saliese desterrado de su presencia el autor de ellos, herido ya con el rayo del Vaticano, dándole quince dias de término para salir con seguridad de toda la Alemania, prohibiéndole predicar y amenazándole con mayor castigo si no obedecia, y tambien á los que le diesen favor, auxilio ó consejo en cualquiera manera. Esta conducta del César fue aprobada por unos y censurada por otros, segun los diversos afectos é inclinaciones de cada uno, y dió motivo á interpretaciones contrarias á sus rectos fines. Menos mal discurrian los que acusaban la facilidad del César en guardar su palabra á un hombre que si no perecia destruiria la religion. Pero al César le pareció una cosa inicua el sanar las heridas de la religion con la transgresion de la ley natural, que obliga á cumplir lo prometido, como lo declaró á la hora de su muerte.

Por este tiempo renunció en su hermano don Fernando el principado de Austria con el título de archiduque, y le mandó pasar á Lintz, donde se celebraron los casamientos ajustados algunos años antes entre el mismo don Fernando y doña María, y entre su hermana doña Ana y Luis, hijo de Uladislao, rey de Hungría. Pasados los regocijos de las bodas, y hecha pesquisa de las cabezas del tumulto suscitado en los años antecedentes, mandó don Fernando que se procediese al castigo, y con la muerte de algunos nobles recobró el estado su antigua tranquilidad. Entretanto acaeció la muerte de Gesvres, y parece que con él fue sepultada la paz; pues como era tan diestro en mitigar y componer las discordias y enemistades de los príncipes, no hubiera sobrevenido ninguna guerra esterior si hubiese vivido mas tiempo. Pero de improviso comenzó esta calamidad en los confines de Flandes, sin que hubiese precedido declaracion alguna. El castillo de Hierga, en el ducado de Luxemburgo, fue el pomo de la discordia, sobre el cual litigaban el príncipe Aimerico de Chimai, y el marqués de Bullon, señor de los primeros de Flandes. Examinado el negocio en el consejo de Gante, fue pronunciada sentencia á favor de Aimerico, el cual ayudado de sus amigos se dió prisa á apoderarse del castillo. Llevólo muy á mal el marqués, que habia perdido el pleito; y habiéndose despedido del César en Vormes, se retiró á París impelido de su ira. Inmediatamente juntó mas tropas de las que podia mantener, y invadió la Flandes para vengar la injuria. Conoció el César la fraude francesa, y los rodeos de que se valia el rey Francisco para faltar á lo convenido, y sin dilacion le envió embajadores que se quejasen del rompimiento del tratado de Noyon, y de haber dado socorro al marqués que le habia declarado guerra. Pero el rey de Francia se disculpó diciendo, que todo se habia hecho sin su noticia. No se dejó persuadir de esta escusa el César, que por otra parte tenia deseo de hacerle la guerra, á causa de que el Francés habia hecho una entrada en Navarra con el pretesto de ayudar á Enrique de Labrit. Nombró el César por su general á Enrique de Nassau; y despojado el marqués de Bullon de una parte de sus dominios, y no pudiendo resistir á tan grande tormenta, ajustó treguas por cuarenta dias. Entretanto para pagar al Francés el César en la misma moneda, dirigió sus armas contra su territorio; y habiendo tomado á Mauzon, cercó á Meziers sobre el rio Mosa. La guarnicion se hallaba muy próxima á entregarse por la escasez de víveres, cuando Pedro Bayard, varon entre los franceses de mucha intrepidez y pericia militar, se burló de las fuerzas de los flamencos, y los hizo abandonar el sitio con una carta fingida. Irritóse gravemente Nassau contra Francisco Sickingio que mandaba aquellas tropas, porque habiendo dado crédito á una carta falsa, y desamparando el cerco por un vano terror, habia dejado perder la ocasion de apoderarse de la ciudad. Mudó Nassau sus reales, y despues tomó y arruinó á Aubenton, y cargado de ricos despojos se retiró con su ejército á la provincia de Artois.

Entretanto juntó Francisco un ejército de cincuenta mil hombres, que causó terror á toda la Flandes, y con él recobró á Mauzon, y saqueó los pueblos del Hainault y de Arras. Por otra parte Carlos de Borbon tomó á Hesdin, y recobró á Renti. El marqués, luego que finalizó el tiempo de las treguas salió de Lieja á hacer correrías por los campos de Brabante y Namur, ayudado ocultamente por el duque de Güeldres que estaba quejoso del César. Atravesaron los franceses el rio Escalda, adonde se habia adelantado temerariamente el César, que en aquellos dias vino á su campo deseoso de que se presentase ocasion de pelear, porque ignoraba la multitud de los enemigos. No faltó mucho para que hubiese una batalla campal, y acercándose el César por consejo de sus generales á la retaguardia del ejército, se empeñó un combate en que tuvo alguna pérdida. A este mismo tiempo el señor de Fienes, gobernador de Flandes, sitiaba á Tornay, ciudad fuerte y opulenta, con el cual, restituido que fue el César á Gante, juntó Nassau sus tropas. Moncada fue llamado de Italia para que con parte del ejército se apostase en las orillas de los rios á fin de impedir el paso al enemigo; pero el rey no envió socorros algunos á los de Tornay que se hallaban cercados con dos ejércitos, lo que se atribuyó á varias causas: algunos escriben que lo impidieron los malos tiempos, y la vigilancia de Moncada, como consta de las cartas

honoríficas que le dirigió el César, y lo asegura Lenguella en la historia de esta familia. Entre los generales franceses produjo la emulacion muchas discordias, por lo cual no hicieron cosa alguna que correspondiese á tan poderosas fuerzas. Desconfiando Champeriac, gobernador de Tornay, de recibir ningun auxilio, la entregó con las mejores condiciones que pudo el dia treinta de noviembre. Desde entonces quedó esta ciudad agregada al dominio flamenco; y de esta suerte no fue tan grande el daño que hizo el Francés, como el que recibió.

CAPITULO XII.

Ríndese Valladolid al César. Turbulencias de Toledo. Victoria de los españoles contra los franceses en Navarra.

Despues de la batalla de Villalar acaecida en el mes de abril, las ciudades comuneras de Castilla quedaron muy consternadas, y no sin motivo. Mas no por esto desistian de continuar la guerra, porque el miedo del castigo las endurecia en su obstinacion. Parecia que todas seguirian el ejemplo de Valladolid, que era el apoyo mas fuerte del partido: pero esta tardó poco en volver en sí luego que se vió rodeada y estrechada con tropas, y desamparada de los procuradores de la junta que allí habian quedado, los cuales solo cuidaron de ponerse á salvo. Como la fuga de estos los dejase sin esperanza de socorro alguno, los habitantes de Valladolid que tuvieron mas ardor para revelarse que para pelear, suplicaron humildemente á los gobernadores por medio de diputados que con su acostumbrada clemencia les perdonasen su comun delito, prometiéndoles que en adelante vivirian con fidelidad y obediencia sujetos al imperio de los magistrados. Movidos á conmiseracion aquellos hombres clementísimos concedieron indulto y perdon para todos, esceptuando solo á dos cabezas, para que con su muerte sirviesen de escarmiento y satisfaccion á la vindicta pública. Animadas con este ejemplo las demás ciudades enviaron á porfía diputados á los gobernadores, pidiéndoles la misma venia, y atribuyendo la culpa de todo á la ambicion de algunos pocos. Viendo pues esto los autores de la sedicion se apresuraron á salir de España; pero el obispo de Zamora que se huia disfrazado, fue conocido en Villamediana por el alférez Peroto, y habiéndole preso, le encerraron en la fortaleza de Simancas.

Al mismo tiempo y cuando ya la sedicion estaba cuasi apagada en lo restante de Castilla, ardia todavía con furor en Toledo, atizada por doña María Pacheco, hija del conde de Tendilla, y viuda del difunto Padilla. La insolencia de aquellos hombres soberbios llegó á tal estremo, que pretendian que los gobernadores recibiesen y ratificasen las condiciones que ellos les prescribian, jactándose de que de otro modo no dejarian las armas. Hallábase la ciudad muy provista de víveres conducidos de antemano, y los sediciosos tenian dinero en abundancia por haber robado la plata de la iglesia catedral. Una sola cosa les faltaba á los toledanos, que era juicio, pues una ciudad tan célebre se dejaba arrastrar de la furiosa locura de una mujer viuda. Todos tenian en ella puestos los ojos; á ella solo respetaban; y finalmente, ella sola sostenia la guerra. El marqués de Villena y el duque de Maqueda intentaron sucesivamente apaciguar á estos furiosos, compadecidos de la triste suerte de la ciudad; pero la multitud apenas les dejó hablar, y se volvieron sin haberla podido reducir á ningun partido razonable. Entretanto no descansaban las armas, y en una de las frecuentes peleas que tenian con las tropas de Zúñiga y de don Juan de Rivera que cercaban la ciudad, fue herido y hecho prisionero por los sediciosos don Pedro de Guzman, á quien hizo curar y asistir la Pacheco con el mayor cuidado, mas no pudo con sus halagos atraer á su partido á este jóven valeroso. Todo este año permaneció la ciudad en la misma obstinacion; pero á principios del siguiente, por la solicitud y buenos oficios de Esteban Morino, que despues fue cardenal, ayudado del cabildo de canónigos, se reconcilió y admitió la paz. Y como la Pacheco, que se habia hecho dueña de la plebe, no desistia de fomentar inquietudes, tomaron las armas los nobles y los buenos ciudadanos, y la arrojaron de la ciudad, quedando esta mujer tan amedrentada y llena de terror, que disfrazándose en traje de labradora para no ser conocida, se huyó á Portugal.

Interin que los gobernadores ponian todos sus cuidados en restablecer la paz en Castilla, se levantó una horrible tempestad por la parte de Francia. El rey Francisco no cesaba de discurrir de qué medios se valdria para inquietar á su rival, y le pareció muy oportuno aprovecharse de las discordias que entre sí tenian los españoles, y convertirlas en utilidad suya. Así pues envió un poderoso ejército á nombre de Enrique, hijo de Labrit, bajo el mando de Andrés de Fox, señor de Esparrós, que pasó los Pirineos para recuperar la Navarra, á fin de que las armas decidiesen lo que se habia de sentenciar en justicia. De este modo, aparentando auxiliar á un príncipe amigo, aunque en realidad con el fin de hacer alguna presa, introdujo sus armas en las fronteras de España, valiéndose del tiempo y de una causa plausible para hacer odioso al César, y para que no pudiera decirse abiertamente que habia roto la alianza. Habiéndose apoderado de San Juan del Pié del Puerto, marchó en derechura á Pamplona. No encontró en el camino ningun obstáculo, á escepcion de Maya, castillo muy fuerte, cuya rendicion no se atrevió á intentar. Luego que llegó á la ciudad, fueron abiertas todas las puertas á su ejército, y solo la fortaleza le detuvo algun tiempo; pues aunque sus fortificaciones no estaban perfectamente concluidas, resistió por algunos dias el ímpetu de los franceses. En lo mas fuerte del bombardeo fue herido gravemente en una pierna Ignacio de Loyola, noble vizcaino, el cual, habiendo sanado de la herida, instituyó un nuevo género de vida; y renunciando á la milicia, se dedicó todo á Dios. Finalmente, se hizo ilustre con la austeridad de su vida, y mucho mas con sus heróicas virtudes y trabajos, y de allí á poco tiempo fue autor y fundador de la compañía de Jesús, con la cual declaró una guerra perpetua á la herejía y á la idolatría. El castillo se entregó bajo de condiciones honrosas por Francisco de Herrera, despues de haber perdido la esperanza de recibir socorro. El virey pues que habia dejado indefensa la parte del reino que confinaba con Francia, para enviar tropas á los gobernadores de Castilla que necesitaban de este auxilio contra los Comuneros, partió con la mayor presteza á informar á los gobernadores del estado en que quedaba Navarra, y á implorar su socorro. El Francés redujo en breve á su dominio todo el reino que se hallaba tan desguarnecido; y despues se encaminó hácia Logroño con el designio de atraer á sí las tropas de los sediciosos. Pero el temor de los males que amenazan de fuera, que suele ser una gran disposicion para la concordia, reunia los ánimos inquietos y discordes, conteniéndoles por otra parte el pudor para no hacer cosa alguna que fuese indigna del carácter español. Está Logroño situada á la orilla del Ebro, y en estos tiempos calamitosos se mantuvo fiel al César, como consta de las cartas que conserva en su archivo. Don Pedro de Guevara habia introducido en la ciudad una fuerte guarnicion, estando resuelto y obstinado á sufrir las últimas estremidades antes que abandonarla.

Mientras que el Francés se ocupaba en el sitio de

Logroño pasaron los gobernadores á Burgos, á fin de reunir las tropas que de todas partes acudian. En breve tiempo juntaron doce mil infantes, y dos mil caballos armados: pusiéronse en marcha á largas jornadas contra el enemigo, no ignorando que muchas veces consiste en un momento la suerte de las mas grandes empresas. Los soldados obedecieron alegremente, y como si caminasen á una victoria cierta, se exhortaban unos á otros, y aceleraban sus pasos. Hallábase ya la ciudad en peligro, cuando de improviso levantó el sitio el Francés para no ser oprimido por el ejército español que venia á su defensa, y se apresuró á volverse á Navarra. Hicieron una salida los sitiados, á quienes el miedo ajeno habia inspirado audacia, alcanzaron el último escuadron, y le acometieron con ardor por todas partes. Al dia siguiente fue recibido el ejército con estraordinario gozo de los ciudadanos, y continuaron estos su marcha para perseguir al enemigo. En el camino se les juntaron algunas compañías escogidas de Vizcaya, y por otra parte acudió el duque de Bejar con un fuerte trozo de gente y provision de ganados para mantenerla. Acaecieron en el camino muchos ligeros combates con próspero suceso de los nuestros, que de aquí pronosticaban á su favor una victoria completa. Finalmente habiendo pasado los montes por un gran rodeo salieron al encuentro por la frente al enemigo, despues de haberse apoderado del camino para que no pudiera escaparse: ordenadas las tropas por una y otra parte comenzó la batalla por la artillería, estando los franceses en buena situacion. Los españoles molestados por tanta lluvia de balas, faltó poco para que al primer impulso del miedo no volviesen las espaldas: y si no hubiera llegado á este tiempo el almirante don Fadrique Enriquez, quedara aquel dia destruido el ejército. Reprendió este y animó á los soldados, y fueron tan eficaces sus palabras, que sin pensar en la fuga, arrojaron de sí el temor; y á la verdad la presencia de este ilustre varon hizo que se mudase la suerte de la batalla. Entretanto peleó tan ferozmente la caballería que mandaba Velasco, que de la francesa se escaparon muy pocos sin ser muertos ó prisioneros. Peleaban ya los enemigos con poca fuerza en el centro del ejército, y mas bien se defendian que acometian: su artillería se hallaba ya en poder de los españoles, habiendo sido muertos los que la manejaban, cuando Miguel Perea, noble malagueño, se arrojó en medio de los enemigos, y derribando al alférez que tenia la bandera real, se la quitó y trajo á nuestro campo. Al momento comenzaron los franceses á dispersarse, y huir por donde cada uno podia, como sucede á los que se ven perdidos. Siguiéronles el alcance los españoles con mucha obstinacion, y hicieron en ellos un grande estrago. El general Fox con los muchos golpes que recibió en la cabeza perdió los ojos, y fue hecho prisionero con muchos nobles. Cuéntase que de los enemigos perecieron seis mil, y de los españoles solos trescientos, y de estos la mayor parte fueron muertos por la artillería. El duque de Nájera desempeñó valerosamente en esta ocasion los oficios de general y de soldado, y lo que perdió al principio por su demasiada confianza, lo recompensó despues con heróicas hazañas. Los navarros, noticiosos del éxito de la batalla, acometieron por todas partes con tanto ímpetu á los que huian, y saciaron de tal modo su odio, que apenas quedó uno solo que pudiese llevar á Francia la nueva de tan gran derrota. Giron se halló tambien en esta batalla con la principal nobleza, deseoso de borrar el antiguo delito. Dióse esta batalla el dia último de junio cerca de Pamplona en el campo de Noayo. La guarnicion que habia en la fortaleza envió inmediatamente diputados al ejército victorioso, noticiándole que estaba pronta á entregarse con tal que se la permitiese salir libremente con sus equipajes. Concediósele como lo pedian, y volvió á poder de los españoles juntamente con la ciudad. Despues de lo cual fue acometido y espugnado San Juan del Pié del Puerto por Velasco y Vera; y habiendo sido hecho prisionero Juan Othon, navarro de nacion, que le ocupaba, y habia desertado de las tropas del César, mandó Velasco que fuese ahorcado como tránsfugo. Poco despues fue puesto en libertad el general Andrés de Fox por Francisco Beaumont, noble navarro, que le habia hecho prisionero en la batalla, y le envió á Francia honoríficamente; pero esta resolucion no fue agradable al César, que, segun entonces se dijo, no lo llevó á bien.

CAPITULO XIII.

Muerte de algunas personas ilustres. Sucesos de la guerra con los franceses.

Concluida de este modo la guerra de Navarra, fue conferido el gobierno de aquel reino á don Francisco de Zúñiga, conde de Miranda, y se le dieron tropas para guardar sus fronteras, y velar sobre los movimientos de los franceses. Amancio Labrét, hermano de Juan, obispo de Pamplona, y cardenal de la santa Romana iglesia, murió de allí á poco tiempo en Francia. Sucedióle en la silla episcopal Alejandro Cesarino, tambien cardenal, natural de Roma. En Flandes murió de la caida de un caballo el dia once de febrero de este año Guillelmo Croy, arzobispo de Toledo; y esta iglesia se halló destituida de pastor por espacio de tres meses y medio; porque don fray Diego Deza, arzobispo de Sevilla, á quien se confirió, no llegó á tomar posesion. Nombró despues el César á fray Juan Hurtado, su confesor, prior y fundador del real convento de nuestra Señora de Atocha; pero rehusó con invencible constancia esta dignidad. Uno y otro eran religiosos del órden de Santo Domingo. Aceptóla don Alonso Fonseca, varon de grande espíritu; que fue trasladado de la silla arzobispal de Santiago el dia veinte y seis de abril del año de mil quinientos veinte y cuatro, y le sucedió en la que dajaba vacante don Juan de Tabera, obispo de Osma, hijo de la hermana de Deza. El dia trece de noviembre del año de mil quinientos y veinte falleció don Alonso Suarez, obispo de Jaen, habiendo edificado á su costa un puente magnífico sobre el Guadalquivir, y una gran parte de la iglesia catedral en que fue sepultado: fue á la verdad este obispo piadoso y digno de toda alabanza, pues empleó todas sus rentas en el bien público, y no en un vano fausto ni en solicitar otro obispado mas opulento como hacen otros prelados. Dos años despues fue electo el padre fray Diego Gayangos, del órden de la Santísima Trinidad, varon insigne en virtud y sabiduría, que murió en breve con gran sentimiento de todos sus diocesanos. Sucedióle don Gabriel Merino, arzobispo de Bari en la Pulla y nuncio apostólico en España, que antes habia sido obispo de Leon, y retuvo el arzobispado por la relajacion de aquellos tiempos, y reprensible condescendencia de los papas. Fue muy adicto al César, y todo el tiempo de su vida se empleó en las cosas de su servicio. Comenzó Merino á darse á conocer, cuando habiéndole enviado á Toledo el cardenal Adriano, arrojó de la ciudad á doña María Pacheco, y restableció en Málaga la tranquilidad pública que se hallaba muy alterada.

En este tiempo se levantó una nueva guerra contra España, acometiendo las armas francesas por los confines de Vizcaya, bajo el mando del general Bonibet, hermano del difunto Boisi, que tenia mucha mano y poder con el rey. Habiendo tomado los franceses la fortaleza de Vidasoa, edificada siete años antes en la entrada de la provincia sobre el rio del mismo nombre, dirigieron todos sus conatos contra Fuenterrabía. Intentaron entrar en la ciudad por la

brecha que habia abierto la artilleria, pero fue en vano, por lo cual la mudaron á otra parte, y desde un paraje elevado que dominaba y daba vista á la plaza, hicieron horrible estrago en las gentes y en los edificios. Vera, capitan veterano que estaba encargado de la defensa, obligado por la escasez que padecia de las cosas mas necesarias, se apresuró á entregarla contra la voluntad de los soldados, que se opusieron altamente, como lo escriben algunos. Otros por el contrario dicen que se vió forzado á capitular por la repugnancia de sus tropas. Muchas veces sucede que á un general le es mas difícil vencer á sus propios soldados que á sus enemigos. Las condiciones de la entrega fueron honrosas, pues á todos se les permitió salir con seguridad, y llevar consigo sus bienes. Apoderado Bonibet de la ciudad escribió al rey Francisco exagerando el golpe qué habia recibido España con la pérdida de tan importante fortaleza, con la cual se resarcia la derrota de Navarra, y causaba al enemigo un dolor no menos grave. Los embajadores ingleses que hacian todos sus esfuerzos con el rey Francisco para que se ajustase la paz, estuvieron muy próximos á conseguir que la ciudad quedase como en depósito en poder del rey Enrique, entretanto que los dos príncipes ajustasen sus diferencias. Pero apenas llegó esto á oidos de Bonibet, se puso al instante en marcha para hablar al rey, y aunque se hallaba inclinado á la paz, le hizo mudar de parecer, pidiéndole con grande esfuerzo que no dejase escapar de las manos una ciudad tan importante, no solo para recobrar la Navarra, sino para introducir la guerra en lo interior de España. Persuadido el rey con estas razones desistió imprudentemente del deseo de componer la paz con grande daño suyo; pues con la retencion de Fuenterrabía enajenó de si al Inglés, faltando á su palabra, y se precipitó á sí y á su reino en grandes calamidades por haber dado crédito á Bonibet. Raras veces se da á los príncipes algun consejo, que aunque parezca fiel y prudente, no lleve oculto algun fin torcido, como fue el de Bonibet en esta ocasion: pues por no perder la gloria de haber conquistado á Fuenterrabía, precipitó á su buen rey en su ruina, y le perdió enteramente.

CAPITULO XIV.

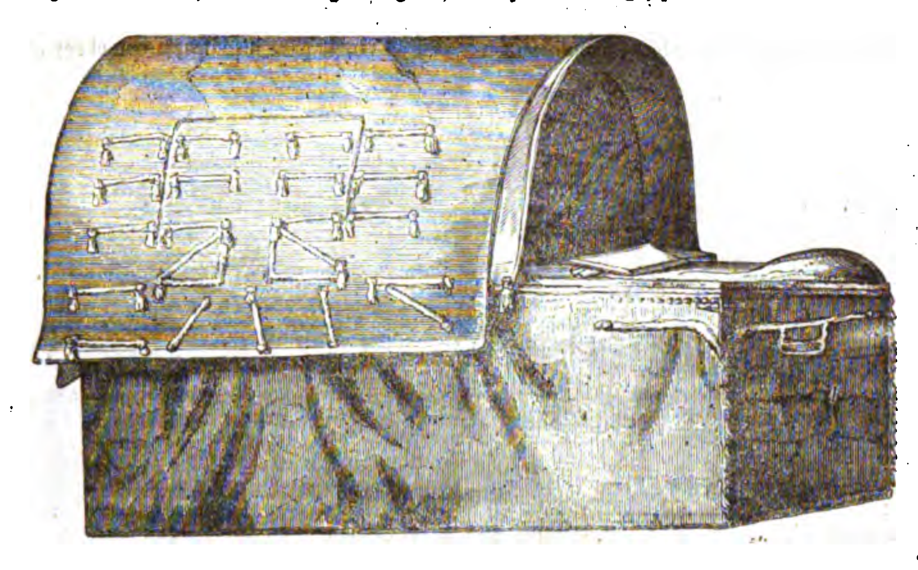
Guerra de Italia entre el César y el rey de Francia. Victorias de las armas cesáreas y pontificias.

Las cosas de Italia daban al César mucho cuidado á causa de que el rey de Francia Francisco habia contraido nueva alianza con las ciudades suizas. Tambien atrajo á su partido á los venecianos. Juntábasele Génova, y el poder de Octaviano Fregoso, que habiendo vencido á la faccion de los Adornos, se veia mas firmemente establecido. Alfonso, duque de Ferrara, permanecia neutral, aunque no se ocultaba su inclinacion al Francés. Sin embargo permanecian las cosas tranquilas; pero hallándose ocupados los dos estremos de la Italia por el Francés y el Español se creia que unos ánimos irritados y contrarios no estarian mucho tiempo ociosos. El uno armaba asechanzas contra el reino de Nápoles, cuya posesion codiciaba en estremo, y el otro tenia puestos los ojos en la Lombardía, como tan importante al imperio germánico. Por una y otra parte se alegaban derechos antiguos, que muchas veces son fecunda semilla de grandes agravios. Por otro lado el pontífice Leon Diez incitaba al César que ya se hallaba bastantemente irritado, y juntó con él sus armas, para que á un mismo tiempo fuesen arrojados los franceses de Italia, y se restituyese la Lombardía á Francisco Esforcia. Este era el deseo de ambos, pero les movian las diversas causas. Deseaba el papa recobrar á Parma y Plasencia, sacudiendo de ellas las guarniciones de los franceses; y además estaba muy irritado contra Lautrec, y Lescun su hermano, que conservaba el dominio de la Lombardía, como oprobio de la magestad pontificia. Tenia tambien algunos motivos de enojo contra el duque de Ferrara, feudatario de la Iglesia, de quien como inobediente, ó mas bien como refractario, deseaba vengarse, y despojarle del principado moviéndole guerra. Por otra parte veia el César que no podia defender sus dominios de Italia contra las asechanzas de los franceses, si no los arrojaba de aquella provincia, y que no tendria sosiego alguno con la vecindad tan cercana de una gente tan inquieta y belicosa.

Así pues, el César y el pontífice aunque cada uno de ellos tenia diversas miras, convinieron admirablemente en el intento de destruir á los franceses. Dispuestas entre sí las cosas, y olvidando los convenios del tratado de Noyon, comenzaron con gran diligencia á juntar tropas, armas y municiones. No se descuidó Esforcia en esta ocasion con la alegre esperanza de recobrar el principado de Milan, valiéndose para todo de Gerónimo Moron, cuya lealtad y esperiencia en los negocios tenia bien conocida. Los milaneses le ayudaban en cuanto podian sin esponerse á peligro, así por el odio que tenian á los franceses, como por el deseo de volver al dominio de su legítimo príncipe. Mientras que se juntaban las tropas en Bolonia, Gerónimo Adorno, desterrado de Génova, sacó de Nápoles tres mil españoles, y se dirigió á las costas de Liguria, á fin de apoderarse con astucia de la ciudad, de donde habia sido espulso. Pero habiéndole salido vano su intento, volvió sus tropas á los reales que habia dejado. Las del pontífice eran mandadas por Federico, duque de Mántua, y las cesáreas por Próspero Colona, en quien residia todo el poder. Parma fue destinada para dar principio á la guerra. En este tiempo cayó un rayo sobre la fortaleza de Milan que causó grande estrago, con muerte de muchos hombres; y como el cielo estaba sereno, lo atribuyeron á prodigio los franceses, y como pronóstico de una infausta guerra. Luego que estuvieron cerca de venir á las armas, se declaró el de Ferrara por los franceses, y habiendo salido con sus pocas tropas, tomó á San Feliz. Lautrec que acababa de volver de Francia, juntó su antiguo ejército con el de los suizos y venecianos, y se puso en marcha desde Cremona, á fin de llevar socorro á Lescun que se hallaba encerrado en Parma. Arrojados los franceses de una parte de la ciudad, se disponian los imperiales á envestir la otra que se hallaba separada por el rio. Pero se opuso á este consejo el marqués de Pescara don Fernando Dávalos diciendo: «que de ningun modo »convenia arruinar las tropas con las molestias y trabajos de un sitio intempestivo: que era mejor fijar »los reales en un lugar oportuno, esperar la venida »de los suizos, y acometer al enemigo inferior en fuer»zas; y que luego todas las demás empresas serian fá»ciles á los victoriosos.» Levantado pues el sitio vino á los reales el cardenal Julio de Médicis con dinero para la paga, asegurando que en breve llegarian las tropas de los suizos que habia tomado á su sueldo el pontífice. Aumentóse el ejército del César con estas fuerzas, y marcharon contra el enemigo. En este mismo tiempo fueron llamados por un edicto de sus magistrados todos los suizos, siendo la principal causa el evitar que peleasen unos contra otros como les estaba prohibido, y abandonaron en consecuencia todos ellos el campo de los franceses; pero no sucedió así con los que militaban bajo las banderas del pontífice, que permanecieron quietos por no haber llegado á su noticia la órden habiendo los imperiales interceptado las cartas y los correos que las llevaban.

Lautrec para aumentar de alguna manera sus tropas, mandó á Lescun que fuese desde Parma con todas sus fuerzas. Este pues, habiendo dejado á Federico Bozoli con una ligera guarnicion para que

custodiase la ciudad, se apresuró á unirse con su hermano, y atravesando el Po, se apostó no lejos de Cremona y en las riberas del Abda, á fin de impedir el paso á los imperiales, los cuales habiendo aquel dia atrevesado el rio por Casal el mayor, aceleraban su marcha á Milan. Era muy peligroso intentar en aquellas circunstancias badear este rio; ¿pero qué es lo que no alcanza un espíritu magnánimo? Juan Urbina, capitan español veterano, habiendo cogido algunas barcas de pescadores, pasó los soldados de la otra parte del rio, en medio de los tiros de los enemigos. Siguióle luego Juan de Médicis, no sin gran peligro, con un trozo de caballeria. Finalmente, habiendo atravesado todo el ejército, rechazaron á los franceses, que se hallaban apostados en la ribera opuesta. Detenia no obstante á los imperiales el general Lescun; que peleaba con grande esfuerzo; pero al fin fue puesto en fuga, y continuaron su marcha á Milan



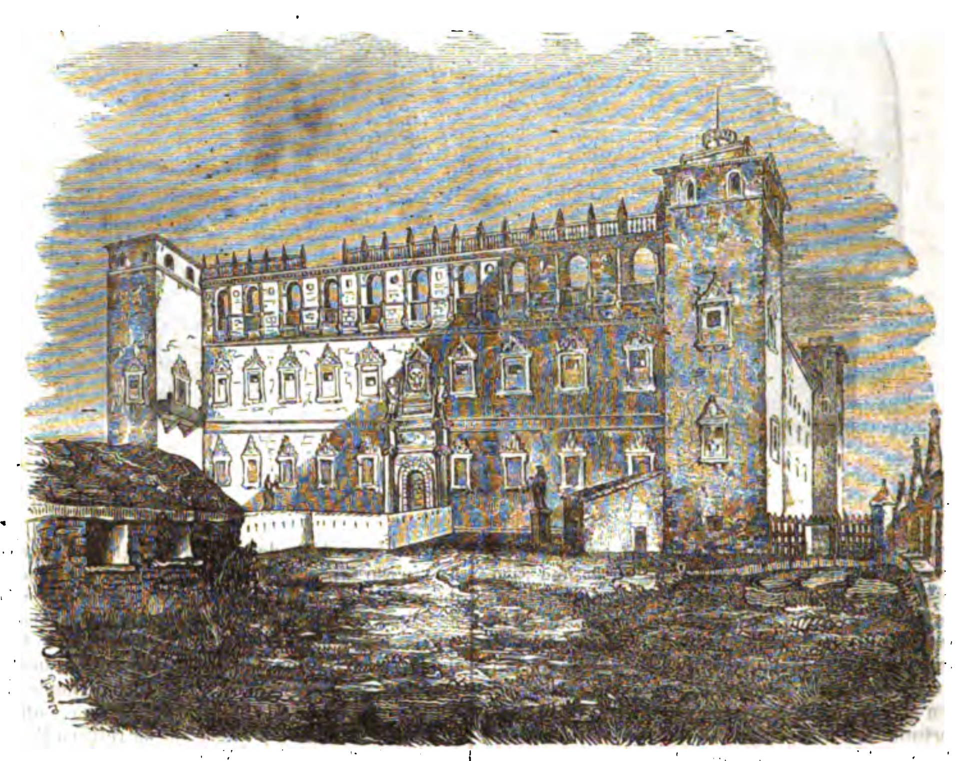
Litera de Carlos V.

Habíanse encerrado en la ciudad los enemigos sin atreverse á emprender cosa alguna en campo raso, noticiosos de que eran escasas sus fuerzas con la retirada de los suizos. Los imperiales acamparon en un monasterio cisterciense, que dista cuatro millas de Milan, sin saber todavía por qué parte la acometerian, cuando un hombre desconocido exhortó á los soldados en alta voz, que no perdiesen la victoria con una importuna tardanza. Creyeron que este era algun espíritu que los animaba, pues habiéndole buscado, inmediatamente, no volvió á parecer. Animados los soldados con aquel presagio, quisieron probar fortuna, y se encaminaron al arrabal, yendo Pescara á la frente con los españoles. Este pues, habiendo llegado á la fortaleza Vicentina, al caer la noche, inspiró audacia en el ánimo de los soldados. Inmediatamente que se dió la señal para el asalto, los españoles sin instrumentos, sin máquinas ni otros auxilios; subieron cada uno valerosamente al muro, por donde mas cerca estaba. Los venecianos que guardaban por aquella parte la fortaleza, poseidos del terror, se precipitaron los unos sobre los otros, llevando tras sí á sus compañeros. Acudió al ruido Teodoro Tribulcio, que mandaba á los venecianos, juntamente con Andrés Grito, y reprendió á los soldados consternados. Mientras procuraba en vano detener á los que huian, se puso en salvo Grito, y él fue herido levemente y hecho prisionero, y no recobró su libertad hasta que entregó á Pescara veinte mil escudos. Entretanto fue introducido Pescara con su ejército dentro de la puerta Romana por los ciudadanos, á quienes la ira habia armado contra los franceses. Por la puerta de Pavía entraron el de Mántua, Colona, el cardenal y otros capitanes con una parte de las tropas, y estaban todos tan turbados, que aun los mismos vencedores ignoraban quién habia vencido. Consiguieron los generales con mucho trabajo que el soldado se abstuviese del saqueo, para que no padeciesen ningun daño los habitantes de Milan despues de haber contribuido tanto al buen éxito de la empresa. Atónito Lautrec de un suceso tan repentino, y perdidas las esperanzas de conservar la ciudad, reforzó con mayor número de tropas la fortaleza, y dejó en ella á Mascaron para que la defendiese. Cuando ya estaba muy entrada la noche, recogió sus equipajes, y por una puerta secreta se puso en camino para Como, donde dejó á Vandanesi, hermano de Mr. de la Paliza, con guarnicion de soldados, y desde allí se retiró á Bergamo, ciudad del territorio de Venecia.

Los imperiales fueron recibidos en Pavía y Lodi con estraordinario regocijo de sus habitantes; y las tropas pontificias entraron en Placencia con su general Julio Vitejio. Alejandría fue tomada de improviso por Juan Sajorro; el cual, habiendo trabado combate con las tropas de la ciudad que hicieron una salida, las persiguió tan tenazmente en su retirada, que entró junto con ellas por la puerta, y de esta suerte se hizo dueño de la ciudad. Lautrec acudió á Cremona con las reliquias del derrotado ejército, á fin de retenerla en su partido, en el cual se hallaba vacilante, y llamó de Parma á Bozoli. Luego que salió este recibieron los parmesanos á Vitelio con su gente armada. Los de Cremona aplacaron á Lautrec con los obsequios que le hicieron; y disimulando su ira, los recibió con amor, á fin de que no peligrase la fortaleza. Todo sucedia á medida del deseo de los imperiales; los franceses que guarnecian á Como sin esperanza de recibir socorro se entregaron á Pescara que los tenia estrechamente sitiados, capitulando la seguridad de sus bienes y personas. Pero mientras disponian su marcha, entraron los españoles en la plaza contra la palabra que les tenian dada, y saqueando á todos indistintamente, despidieron á los franceses que iban en estremo irritados: ¡maldad atroz y vergonzosa para la nacion española!

Para que la alegría no fuese del todo completa, se hallaba en cama el papa Leon X con una leve calentura cuando le dieron nueva de la toma de Placencia; y

agravándosele la enfermedad, pasó de esta vida á la inmortal en el mismo dia en que sus soldados se hicieron dueños de Parma. Acaeció su muerte el dia primero de diciembre, á la edad de cuarenta y siete años. Era hijo de Lorenzo de Médicis, nieto de Pedro, y viznieto del gran Cosme, y fue otro Mecenas para los hombres doctos. Entre otros muchos beneficios que hizo al César, fue uno el de dispensarle de la ley establecida por Urbano Cuarto, en la cual prohibia que el emperador pudiese ser rey de Nápoles. Aumentó con nuevas obras el Vaticano, y lo adornó magníficamente. Pero fue reprendido por su hijo, y por la inmoderada pasion de engrandecer y ensalzar la familia de los Médicis. Los imperiales fueron penetrados vivamente de dolor con la triste nueva de la muerte del papa, pues faltándoles el oro pontificio se retardaria la conclusion de la guerra, y despidieron las tropas suizas y alemanas, dejando sólo algunas pocas compañías para las guarniciones de los castillos. Lautrec recobrando el ánimo con la desgracia de los imperiales, mandó á Lescun que con la mayor diligencia pasase á Francia para disculparle con el rey, y pedirle



Alcázar de Cárlos V. en Toledo.

socorro de tropas. Miéntras tanto acometió él mismo á Parma, pero fue rechazado con ignominia por Francisco Guiciardino, historiador célebre: y valiéndose de esta ocasion los duques de Ferrara y de Urbino, recobraron ahora todo lo perdido; aquel lo que le habia tomado Vitello; y este el principado de que se habian apoderado los Médicis.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO I.

El cardenal gobernador de España es electo sumo pontífice. Continúa la guerra de Italia.

A principios de este año de 1522, el dia nueve de enero, despues de muchos debates entre los cardenales, y por unánime voto de todos fue declarado sumo pontífice el cardenal Adriano Florencio, gobernador de España, que tenia entonces sesenta y un años, y sin sospecha alguna de ambicion, ni de que lo hubiese solicitado, sino solo por su esclarecida virtud. Residia el cardenal en la ciudad de Vitoria, cuando recibió con poca alegría la nueva de habérsele conferido la suprema dignidad entre los hombres: lo que era muy conforme á su probidad y modestia. Inmediatamente acudieron los obispos y los grandes en gran número á tributarle sus respetos. Desde allí pasó á Búrgos y á Valladolid, y en el mes de marzo se trasladó á Zaragoza, donde fue recibido con la mayor ostentacion y regocijo, y se detuvo algun tiempo: el magistrado de la ciudad le regaló parte de las reliquias de San Lamberto, de quien era muy devoto, y para manifestar su agradecimiento á este don, mandó que en el mismo lugar en que este glorioso mártir habia sido degollado por la fé de Jesucristo, se edificase un convento de religiosos de la Santísima Trinidad, obra magnífica y verdaderamente régia. Su primer ministro fue el reverendo padre fray Juan Ferrer, valenciano, varon ilustre en santidad y en letras. Disponian á un mismo tiempo su partida el pontífice y el César, aquel para llegar cuanto ántes á Italia, á fin de arreglar sus cosas, y el César despues de dar órden en las de Alemania, para regresar á España.

Era entónces la Lombardía el teatro de la guerra, y sólo resonaba en ella el ruido de las armas. El Francés con la esperanza de recobrar á Milan, habia mandado á Renato, duque de Saboya, que se pusiese luego en marcha con nuevas tropas que se compo-nian de diez mil suizos, y las compañías francesas. Esforcia añadió á las del César seis mil infantes que habia reclutado en los confines de Alemania, adonde se refugió despues que fue arrojado de la Lombardía,

y don Fernando de Austria otros mil, mandados por Adorno. Colona, aunque inferior en fuerzas, confiado en la buena voluntad de los milaneses, se encargó con grande ánimo de la defensa de la ciudad, que era el blanco de todos. Cerró con máquinas y fosos la fortaleza guarneciéndola con cuatro mil hombres permanentes, y encargó á Felipe Fornelo y á Antonio de Leiva, dos de los principales capitanes, las plazas de Novara y Pavía para que las defendiesen. Habia venido Esforcia á Pavía cuidadoso de su propio interés para acudir desde cerca á los que peleaban á favor suyo. Desde allí fue llamado á Milan por Colona, para animar á los ciudadanos, al mismo tiempo que los franceses se apoderaron y saquearon á Novara. Tenian estos tomados los caminos; pero Esforcia por sendas ocultas consiguió llegar salvo á la ciudad con tanta alegría y aplauso de sus habitantes, como si con su príncipe hubiesen recibido toda la felicidad. Al momento cargaron sobre Milan todas las tropas francesas para arruinar juntamente á toda la provincia; mas no obstante fue acometida en vano la ciudad á pesar de los esfuerzos de Pedro Navarro que dirigia las minas y obras subterráneas. Fue causa de un nuevo dolor la muerte de Antonio Colona, que militando bajo las banderas del Francés, fue despedazado por una bala de artillería. Como las cosas no sucedian á los franceses segun sus deseos, dirigieron su furor contra Pavía con mayor conato, pero con igual suceso. Habia entrado en aquella ciudad por medio de los reales enemigos, que aun no estaban bien fortificados, una compañía de españoles valientes que iban á socorrerla; con cuyo auxilio animados los sitiados, rechazaban fácilmente el ímpetu de los franceses. Colona y Pescara se pusieron en marcha con la mayor fuerza de las tropas á fin de obligar á los franceses á levantar el sitio, y derrotadas sus centinelas y cuerpos de guardia se acercaron á Pavía. Lautrec, que nó perdia de vista la empresa de hacerse dueño de Milan, levantó de improviso el sitio de Pavía y se encaminó aceleradamente hácia aquella capital, la cual defendia Esforcia con poca guarnicion. Pero se le adelantó Colona que estaba muy persuadido de que el enemigo se aprovecharia de aquella ocasion para volver á Milan; por lo cual introdujo en ella su ejército, la conservó y se burló del Francés.

Viendo este perdida su esperanza, determinó dar una batalla, mas era necesario grande arte, porque no ignoraba cuán esperto y prudente era el general enemigo. Así pues para incitarle á una batalla en campo raso, miraba y observaba todas las cosas, movia sus reales de una parte á otra, y le presentaba ocasiones de pelear para atraerle á una accion decisiva. Unas veces se estaba quieto en un lugar, y otras se desaparecia con presteza. Finalmente no omitió cosa alguna de las que podian contribuir á engañar á un enemigo tan astuto. Pero cansado de mudar los reales, y fatigado de los insultos de los suizos, que le pedian los condujese al enemigo, ó que les pagase, y que si no les concedia uno ú otro, les diera licencia para retirarse, se aventuró aunque con peligro á dar una batalla, antes que le abandonasen con sus tropas. No ignorando Colona lo que pasaba en el campo del enemigo, se habia acampado en un sitio muy seguro cerca de Bicoca, pueblo inmediato á Milan. La frente del ejército se hallaba fortificada con un foso, y con mucha artillería. Esforcia con los milaneses defendia el puente por donde habia paso abierto á los reales, y la parte opuesta la guarnecian Leiva y don Juan de Cardona, conde de Colisano, con tropas escogidas. El dia veinte y dos de abril al amanecer ordenó el Francés sus tropas con mucho estrépito. Iban delante los suizos, porque deseosos de combatir habian pedido que se les concediese este honor, y era tal su impaciencia que apenas llegaron á tiro, y sin esperar la señal para la batalla comenzaron á embestir. Fue grande el estrago que en ellos hizo la artillería; pero sin aterrarse en manera alguna, habiendo saltado el foso intentaron con furor forzar las trincheras, y cayó sobre ellos una lluvia innumerable de balas, peleándose en este paraje con mas ardor que constancia. Esforcia que salió al encuentro de los franceses, sostuvo valerosamente la batalla, y defendió su puesto. Los venecianos mandados por el duque de Urbino, para engañar á los imperiales se habian puesto en los vestidos cruces rojas, de cuya insignia usaban los otros por divisa. Conoció Colona el ardid, y al punto mandó á los suyos que se pusiesen ramos verdes en las gorras para que por ellos fuesen conocidos. Descubierto que fue el engaño, se retiraron los venecianos apenas entraron en el combate, atemorizados del horrendo estrago de los suizos; los cuales habiéndolos exhortado en vano Lautrec á que volviesen á la pelea, desampararon la accion, y los siguieron otros muchos que detestaban el precipitado consejo del general. Era grande el ardor de los imperiales en seguir al enemigo fugitivo: pero Colona sin envanecerse con la victoria prohibió á los suyos que le siguiesen, contentándose con lo ganado, porque no ignoraba que la desesperacion suele inspirar nuevos ánimos. En esta batalla perecieron tres mil suizos con su comandante Alberto Petra, y diez y siete capitanes de gran nombre. Las demás naciones no perdieron tantos: de los imperiales murieron muy pocos, y entre ellos el conde de Colisano, y salieron heridos don Alfonso Dávalos, marqués del Basto, y otros hombres ilustres. Despues de esta desgraciada



El condestable de Borbon.

batalla se pusieron los suizos en camino para su patria, no dando oidos á ruegos algunos ni promesas de los franceses. Los venecianos se retiraron á los presidios de las fronteras, y Lautrec á Francia con parte de las tropas, á quien seguia Lescun; habiendo perdido lo que quedaba en la Lombardía además de las fortalezas de Milan, Cremona y Novara.

A fines del mes de mayo se trasladó á Génova todo el peso de la guerra á persuasion de Adorno, para que se cumpliese el ardiente deseo que tenia el César de arrojar de toda la Italia á los franceses, persuadido

de que de otro modo no se restableceria la quietud pública. Incitabá tambien á Adorno la esperanza de su interés particular, esto es, de restituirse á su patria, y de apoderarse del mando de ella. A este fin pues se dirigieron cartas al senado y á los amigos de los Adornos, en que se les decia: «que no quisiesen »padecer las hostilidades que sufren los vencidos en »la guerra: que volviesen en sí, y no se opusieran á »que la patria recobrase su amada libertad, y se es»terminase la tiranía de los Fregosos, y que esto se»ria útil y honroso, especialmente á aquellos que »tenian á su cargo el gobierno y direccion de la re»pública.» Pero estas razones hicieron poco efecto en una ciudad dividida en facciones y partidos. Colona y Pescara, despues que conocieron que era preciso usar de la fuerza, derribaron con su artillería una parte del muro, y sin dilacion entraron por la brecha los soldados en la ciudad. Añadiéles nuevo esfuerzo la promesa que los capitanes les habian hecho de entregársela á saqueo; y habiéndose puesto en fuga los que la guarnecian, esta grande y opulenta ciudad fue tomada casi sin derramar sangre alguna, y abandonada á los soldados. No hubo injuria alguna que dejase de cometer el militar desenfreno por espacio de dos dias. Y para sacar de allí á los soldados y poner fin al estrago, divulgaron los capitanes que el Francés habia pasado los montes, y se acercaba con un poderoso ejército. Conmovidos con esta noticia se volvieron á su campo cargados de ricos despojos. Fregoso que se hállaba en cama enfermo de los piés se entregó á Pescara, y murió de allí á breve tiempo. Tambien fue hecho prisionero Pedro Navarro, á quien habia enviado el rey de Francia con dos galeras para que socorriese á los genoveses: auxilio tardío, y que solo sirvió para agravar la calamidad. Luego que Adorno fue declarado dux en lugar de Fregoso, redujo en poco tiempo á su dominio el castillo, y los puestos fortificados. Arregladas que fueron las cosas civiles, y establecida la república conforme á los deseos del César, se volvieron los vencedores á la Lombardía para velar sobre los movimientos de los franceses. En este tiempo falleció don Ramon de Cardona, virey de Nápoles, con grave dolor y sentimiento de sus habitantes, de quienes era muy amado; fue hombre de mucho valor y prudencia, y gobernó aquel reino trece años con grande alabanza. Ordenó en su testamento que su cuerpo fuese trasladado á la iglesia de nuestra Señora de Monserrate. Sucedióle Carlos Lanoy, noble flamenco, en premio de que su mujer Isabel habia dado la primera leche al César.

CAPITULO II.

Vuelve el César á España. Apacigua las sediciones de los Comuneros y castiga á los mas principales autores de ellas.

Los pueblos de los confines de Flandes se hallaban por este tiempo afligidos con disensiones, y los estragos que recíprocamente se causaban eran el fruto de sus discordias, que eran mas vivas entre los Geldrios y los Vesfrisios, ostigados por el César, y por el rey de Francia; y habiendo llegado las cosas á tales términos que por mar y por tierra se hacian mútuamente presas y robos, y los campos eran talados, y finalmente por todas partes solo se veian turbulencias y desórdenes: preludios ciertos de la cruelísima guerra que estaba próxima á declararse. El César para navegar á España juntó en Middelburgo una armada de ciento y cincuenta navíos, y habiendo embarcado en ella seis mil soldados entre alemanes y flamencos, les mandó que navegasen hácia Inglaterra, y les esperasen en Hampton. Doña Margarita su hermana continuó en el gobierno de Flandes, y dejó á don Fernando por su vicario en el imperio germánico. Dispuestas estas y otras cosas salió de Brujas el dia veinte y cuatro de mayo, y pasando por Nieuport y Dunkerque arribó á Calais, donde fue recibido y obsequiado magnificamente por los ingleses. Al dia siguiente volvió á embarcarse, y en cuatro horas llegó á Dowres. Desde allí se puso en camino para Lóndres, donde entró con una pompa semejante á la de un triunfo. Habiendo ratificado la anterior alianza que tenia hecha con el rey de Inglaterra, se añadieron nuevas condiciones acerca de la guerra contra el Francés, á quien declaró Enrique por violador de su palabra en haber movido sus armas contra la Flandes. Además se estipuló que contribuiria el César con los ciento y treinta mil escudos que en tiempo de paz pagaba Francisco al rey Enrique, hasta que sujetados por la guerra los pueblos de Francia contribuyesen igual suma. Arreglados estos artículos se embarcó el César en Hampton el dia cuatro de julio: y habiendo levado anclas á la mañana siguiente, á los diez dias de navegacion arribó al puerto de Santander, perdiendo en este viaje un navío que se incendió casualmente.

Luego que llegó el César á Palencia, recibió cartas del nuevo pontífice Adriano Sesto en que se disculpaba de no pasar á visitarle, significándole que le era preciso transferirse cuanto antes á Italia, para componer con su presencia las discordias que allí habia. Tal vez lo hizo para que no se creyese que el padre comun de los fieles era mas adicto al César de lo que convenia, por lo cual sin aguardarle se embarcó para Génova en una armada española, y desde allí se transfirió á Roma. Fue recibido con mucha alegría del pueblo, y mucho gozo de los cardenales á fines del mes de agosto; en cuyo tiempo se hallaba la ciudad afligida de una gran peste que hacia mucho estrago, la cual cesó á pocos días, aplacado el cielo con piadosas rogativas y oraciones, y no con el mágico sacrificio de un toro, como escribieron los que mezclan fábulas pueriles en la historia. Vino el César á Valladolid adonde habian acudido los grandes á congratularle: y se dispusieron tantos festejos en señal de la alegría pública, que podia creerse que habian ido á divertirse. Al dia siguiente pasó á visitar á su madre, y mandó que se hiciese un aniversario por su padre don Felipe, y que se repartiesen limosnas á los pobres. Por este tiempo acaeció un terremoto en las costas de Andalucia, que arruinó la fortaleza y la ciudad de Almería, y pereció entre las ruinas la mayor parte de sus habitantes. El maestro Mota regresó de Flandes, y habiendo sido trasladado á la silla episcopal de Palencia, murió el mes de setiembre. Volvió el César á Valladolid, y examinadas las causas de los sediciosos, condenó á pena capital á unos pocos de los principales autores. Don Pedro Pimentel que habia sido hecho prisionero en la batalla de Villalar fue degollado en Palencia. Los procuradores de Segovia y Guadalajara en la junta de los Comuneros con otros cinco sufrieron la misma pena en Medina del Campo. Mas adelante fueron tambien castigados el conde de Salvatierra y el obispo de Zamora, aquel habiéndole abierto las venas en la cárcel, y este que era reo de atroces maldades, fue ahorcado, sucediéndole en el obispado don Francisco de Mendoza. Los parientes de Giron y de otros nobles, acudieron á implorar la clemencia del César, el cual les condenó á la pena de muerte en que habian incurrido, conmutándosela en otra ligera. Despues mandó publicar un perdon general con que todos los demás quedaron libres.

El duque de Alburquerque, estrechaba á Fuenterrabía, y habiendo tomado algunos pueblos corrió talando los campos hasta Bayona, y se le juntó Philiberto de Chalons, príncipe de Orange, con tropa extranjera. En vano intentaron los franceses introducir víveres y provisiones en la plaza, porque fueron

rechazados muchas veces, así por tierra como por mar, con mucha pérdida suya. Habia ya llegado la guarnicion al último estremo, cuando aumentado el ejército francés que mandaba Paliza con diez mil infantes y seiscientos caballos, hizo levantar el sitio, retirándose el español, cuyas fuerzas eran inferiores; introdujo en la ciudad un completo socorro de víveres y gente: y habiendo puesto á Franquet en lugar de Mr. de Luda para defender la plaza, marchó desde allí á la Guyena.

En Valencia resonaba todavía el ruido de las armas, porque los de Játiva se mantenian en su obstinacion. Dentro de la ciudad se veian cada dia mas estrechos y faltos de todo, y al fin con la llegada del marqués de Cenete, ofrecieron sujetarse en todo al virey. Pero faltando á su palabra, movidos de una vana sospecha, encerraron al de Cenete como en rehenes en la fortaleza, aunque en breve le pusieron en libertad por temor á los valencianos que lo reclamaron con grandes amenazas. Como no pudiese el virey atraer á ningun partido justo y equitativo á los de Játiva que se hallaban tan alucinados, se dedicó á sujetar por medio de las armas á los comarcanos. Peleó prósperamente con los de Játiva que habian acudido á socorrer á sus socios, haciendo prisioneros en este combate á quinientos de ellos, y mandó ahorcar unos cuarenta y seis. No atreviéndose Peris á emprender cosa alguna en campo raso, volvió á Valencia ocultamente, á fin de dar nuevo fomento á la sedicion. Salieron contra él con armas el gobernador Cabanillas, el marqués de Cenete, y don Manuel Ejarque, seguidos de todo el pueblo fiel. Dióse el combate en una calle angosta, aunque con mucha desigualdad, porque desde los tejados peleaban las mujeres y muchachos, tirando lo que podian haber á las manos. Cenete fue herido por una mujer en la cabeza, y en un hombro con alguna teja, y cayó en tierra sin sentido; pero habiendo vuelto en sí, y levantádose del suelo se renovó la pelea con mas ardor sin que los sediciosos omitiesen ningun medio para causar estrago. Peris y sus compañeros no podian ya resistir el ímpetu de los que los acometian, y abandonando la pelea se refugiaron en una casa, poniendo toda su esperanza en las paredes. Al punto la pegan fuego, y viendo ya levantarse la llama resolvieron entregarse aterrados del peligro que corrian. Bajaron por una ventana, y el pueblo enfurecido acabó con ellos á cuchilladas, y sus miembros despedazados fueron puestos en la horca. La casa fue arrasada hasta los cimientos para que su suelo sirviese de memoria del castigo. No se apaciguaron con esto las turbulencias, pues corria por el reino un hombre perverso, que era creido por el vulgo nieto de don Fernando el Católico, y hijo de don Juan. Es increible cuanto abusó este impostor de la necia credulidad popular, y cuán persuadidos tenia á todos de que era un príncipe encubierto; pero mientras disponia las cosas para apoderarse de la ciudad, fue degollado en un lugar inmediato llamado Burjasot, y de este modo puso fin á la escena. Peleó otra vez el virey con los de Játiva; les mató mil de su ejército, y les tomó siete banderas, y al tiempo que se disponia de nuevo á acometer á la ciudad, oyeron los de dentro que el César habia vuelto á España, y movidos por el respeto de su nombre ó por el temor, dejaron las armas y se entregaron, y Alcira siguió su ejemplo. Fue preso Sorolla, que era el incitador de la guerra, y otros amotinados, los cuales todos fueron ajusticiados en diversos tiempos, y refrenados tambien los desórdenes que produjo la guerra. Cesaron por fin las muertes y estragos.

Don Fernando, duque de Calabria, fue sacado del castillo de Játiva donde estaba preso, y por mandado del César le condujo el virey honoríficamente á Castilla. Entretanto murió de enfermedad don Rodrigo su hermano, marqués de Cenete. Los valencianos enviaron una diputacion al César, que no consiguió audiencia porque no iba autorizada solemnemente por el reino, y fue preciso que enviasen otra. Condescendió el César á lo que le pedian; removió de allí al virey Mendoza, á quien tenia el pueblo un odio implacable, y nombró en su lugar á doña Germana de Fox, la cual entró en la ciudad á mediados de diciembre del año siguiente, y fue recibida con estraordinario regocijo y alegría de los ciudadanos. Pasado año y medio, el dia ocho de julio, de mil quinientos veinte y cinco, murió el príncipe de Brandemburgo su marido, como lo escribe Agnesio, poeta valenciano, que vivia en aquel tiempo. Despues de esto se casó en terceras nupcias con don Fernando, duque de Calabria, con beneplácito del César, por la grande fidelidad que habia conservado en todo el tiempo de las turbulencias, pues á pesar de los ruegos, y promesas que le hacian los sediciosos, nunca pudieron moverle á ejecutar cosa alguna que fuese indigna de su carácter. Mientras vivió obtuvo el gobierno de Valencia: creyóse que le casaron con aquella señora, para que de este matrimonio no saliese alguno que reclamase el reino de Nápoles, cuya opinion se ha conservado en Valencia sin que se apoye en ningun autor. Pero volvamos á seguir el hilo de nuestra historia.

Para reprimir los furores de Mallorca envió el César una armada, la que habiendo llegado á Ibiza recibió al virey arrojado por los tumultuados de la isla, y le condujo á Alcudia. Hecho el desembarco hubo un sangriento combate en el que perecieron muchos sediciosos, y los que cayeron prisioneros fueron hechos cuartos, y colgados de los árboles. ¡Horrendo espectáculo á la verdad! pero absolutamente necesario para quebrantar la obstinacion de aquellos hombres. Aunque la isla se hallaba reducida á la obediencia, no estaban sujetos los ánimos de los habitantes de Palma su capital. Dirijió el virey sus tropas hácia ella para ver si los podia reducir amenazándoles con hostilidades, pero se abstuvo de acometer á una ciudad tan fortificada con murallas, armas y gente. Despues de tres meses de sitio, y por intercesion del obispo fray Pedro de Pont, del órden de la Santísima Trinidad, que se dedicó con gran celo á apaciguar los tumultos, se sujetaron los palmenses, y volvieron á su deber. Fue recibido el virey dentro de los muros el dia siete de marzo del año siguiente, y los fomentadores del tumulto fueron castigados con gravísimos suplicios, y aplicados sus bienes al fisco real que ellos habian robado. Concedióse á la villa de Alcudia algunas inmunidades en recompensa de su constante fidelidad. Distribuidas de este modo las penas y los premios, se disipó enteramente la sedicion y se restableció la autoridad y respeto á los magistrados.

En este verano habia pasado á Francia el rey de Inglaterra Enrique, con el cual se juntaron dos mil españoles, y nueve mil flamencos y alemanes. Para obligar á los franceses á una batalla taló sus campos, y los molestó en todas las demás vejaciones propias de la guerra. No habiendo podido conseguir su designio, puso sitio á Hesdin; pero su ejército fue acometido de la peste, de que murieron muchos soldados, y se volvió á Inglaterra despues de haber gastado inútilmente dos meses en el sitio de aquella ciudad. En este año falleció de una aplopegia Antonio de Nebrija, andaluz, que despues de una larga peregrinacion en que recorrió casi todas las universidades de Italia volvió á España, y restauró en ella el estudio de las letras humanas, que se hallaban sepultadas en las tinieblas de la ignorancia. Sus escritos sagrados y profanos son muy alabados de los hombres doctos; aunque su historia de los hechos de don Fernando es menos apreciada por la flojedad y

bajeza de estilo. Acaeció su muerte en Alcalá de Henares, á principios del mes de julio, á los setenta y siete años de edad. Al fin de este año murió tambien en Roma el eminentísimo Bernardino de Carvajal, obispo de Ostia y cardenal; y fue sepultado en la iglesia de Santa Cruz de Jerusalen. El obispado de Plasencia, que él habia obtenido se confirió á su instancia á don Gutierre de Carvajal su sobrino, hijo de su hermana. Habíase arraigado la costumbre de renunciar las iglesias en los parientes, y de poseer por herencia el santuario de Dios.

CAPITULO III.

Liga entre el César, el pontífice y otros estados contra los franceses: derrota de estos en Italia: muerte de Adriano Sesto y eleccion de Clemente Sétimo.

A principios de este año de 1523, tuvo el César córtes en Palencia, y en ellas se trató de la escasez del erario público para sostener la guerra de Francia. Por cuya causa contribuyeron las ciudades por donativo estraordinario con cuatrocientos mil escudos. Comenzó á disponerse la guerra para arrojar á los franceses de los límites de Vizcaya. En Italia no podian sosegarse las cosas, habiéndose suscitado una guerra interminable entre los príncipes por la posesion de la Lombardía. Los venecianos renunciaron la alianza francesa, y establecieron otra nueva con el César, disgustados del rey Francisco, que solo pensaba en sus deleites, y cuya desidia, segun decian, los habia puesto en los mayores peligros. Entraron tambien en la misma alianza el papa Adriano, las ciudades libres, los príncipes y finalmente toda la Italia, haciendo sociedad de armas, escepto el duque de Ferrara, que estaba inclinado al Francés. El fin era para que unidas las fuerzas segun las facultades y poder de cada uno, fuese espelido de toda Italia el nombre francés, y que con el recíproco auxilio se le impidiese molestar los dominios de cada uno de los aliados: Colona fue declarado por generalísimo, á pesar de otros muchos que solicitaban este cargo.

Por el contrario, el rey de Francia Francisco habia determinado hacerles la guerra en persona con todas las fuerzas del reino, para borrar con algun hecho grande la ignominia de la vergonzosa pérdida de la Lombardía. Pero le disuadió de este intento el condestable Carlos de Borbon con un pernicioso consejo. Este pues habia rehusado con desprecio la boda de madama Luisa, madre del rey, lo que ocasionó un cruel dolor y grave indignacion á la que deseaba con ansia este casamiento, y despues de haberle hecho muchas y pesadas injurias, le movió pleito para despojarle de sus bienes. Acudió Borbon al rey para repeler esta vejacion, pero no halló en él proteccion alguna. Por lo cual deseoso de la venganza, escribió cartas al César y al rey de Inglaterra sugiriéndoles ideas perjudiciales contra su rey y contra su patria, despreciando la infamia que de aquí le resultaria, con tal que consiguiese lo que revolvia en su ánimo. Estas maquinaciones no podian permanecer ocultas, aunque se trataban con mucho secreto. Luego que el rey llegó á penetrarlas, pasó á Moulins, donde se hallaba Borbon en cama con una fingida enfermedad. Descubrióle su llaga con muy suaves palabras, y le exhortó á que avergonzándose de su criminal designio se abstuviese de desertar, prometiéndole que si perdia el pleito, le recompensaria los daños con liberalidad régia. Negó Borbon el hecho con gran firmeza de ánimo; ofreciéndole que al momento que convaleciese marcharia al ejército: como el rey era de un carácter sencillo, le dió entero crédito, y prosiguió su camino á Leon con designio de llevar sus armas á la Italia. Pero noticioso Borbon de que el pleito se habia decidido á favor de madama Luisa, y viéndose por consiguiente despojado de sus bienes, determinó obstinadamente perder á su rey, ó perecer en la demanda, y acompañado solo de Pomperant, á quien se habia descubierto, se huyó disfrazado á Saboya, y despues á Génova á fin de embarcarse para España.

Habíase ya pasado la ocasion oportuna de hacer una entrada en Francia como estaba convenido, acercando á sus fronteras tres legiones de alemanes bajo de la conducta de Fustemberg, porque Borbon no habia cumplido á tiempo su palabra, y así dispersándose las tropas porque les faltaba la paga, se desvanecia aquella tormenta. De las mismas astucias y ardides se valia el Francés contra el César, pero con igual fortuna, pues se descubrió antes de lo que convenia la proyectada empresa de sublevar la Sicilia. Porque habiendo sido cogido cerca de Roma Francisco Imperatori, siciliano con cartas escritas por el cardenal Volaterrano al rey de Francia, fue enviado con segura costodia á Sicilia, y dándole tormento reveló toda la trama. Indignado el pontífice contra el cardenal, le hizo encarcelar en el castillo de San Angelo, confiscándole sus bienes. En Sicilia fueron degollados y descuartizados el conde de Camerino, el tesorero Nicolás Vicencio, y Portulano, los cuales con Imperatori fueron convencidos de haber entrado en la conjuracion. Causó tan gran dolor al hijo de Camerino, no tanto el castigo, cuanto el delito de su padre, que cayendo enfermo repentinamente, murió en breve tiempo. Pero volvamos á seguir el hilo comenzado.

Temeroso el rey de Francia por la fuga de Borbon, de sus ocultas maquinaciones, y para oponerse á ellas desde su reino, se abstuvo con prudente consejo de ir en persona á la espedicion de Italia: en su lugar envió á Bonivet, almirante de Francia, para acometer á la Lombardía con treinta mil infantes y cinco mil caballos. En el primer ímpetu, en el que se dice son muy fuertes los franceses, se apoderaron de algunos pueblos, y aun llegaron á acometer los muros de Milan. Pero entibiándose el ardor de esta gente, comenzaron luego á decaer y retroceder en sus empresas. Juntaron sus fuerzas Bayardo y Rencio Cheri, de la familia Ursina, y acometieron de improviso á Cremona, cuidadosos de conservar la fortaleza que tenia Bonnovio con guarnicion francesa. Mas habiendo sido rechazados levantaron el sitio, y se volvieron á los reales de Bonivet, que no estaban lejos de Milan, y la fortaleza desesperada de recibir socorro de los suyos, se entregó á los españoles, que eran dueños de la ciudad. Poco antes habia entrado Colona en la fortaleza de Milan por entrega de Mascaron. A la verdad no podian hallarse en peor estado las cosas de los franceses. Pues intentando con muchas tropas y auxilios librar estas fortalezas del sitio que padecian, perdieron lo uno y lo otro, y parece que la Providencia se oponia á todos sus esfuerzos.

En medio de la confusion de esta guerra murió el sumo pontífice Adriano Sesto consumido mas de las molestias que le causaba la situacion de las cosas que de la fuerza de la enfermedad; fue varon insigne en piedad y doctrina. Los romanos le tuvieron por poco capaz para el gobierno, y á la verdad ninguna cosa fue para él mas infeliz que mandar, como se lee en el epitafio de su sepulcro. Dió muestras de grande amor al César, su alumno, en dos bulas que espidió á favor suyo. Por la una le concedió perpétuamente á él y sus sucesores el maestrazgo de las órdenes militares, que antes solia conferirse á los reyes de España por tiempo limitado; y por la otra el derecho tambien perpétuo de presentar los obispos de España, que aunque en los tiempos anteriores eran instituidos por los papas, á presentacion de los reyes, gozaban precariamente de esta prerogativa. Creó un solo cardenal que fue Guillelmo Enchavord, su compatriota,

que obtuvo su mismo capelo, y le confirió el obispado de Tortosa. Este pues en memoria de los beneficios que habia recibido de Adriano, trasladó sus huesos desde el Vaticano á la iglesia de Santa María de los alemanes, y le edificó un sepulcro de mármol, adornado con escelentes estátuas. Despues de un prolijo cónclave, en que tuvo grande influjo el cardenal Pompeyo Colona, fue creado sumo pontífice el cardenal Julio de Médicis, que en su solemne coronacion tomó el nombre de Clemente Sétimo.

Por este tiempo habian acometido segunda vez á la Francia los ingleses y flamencos mandados por Nortfolk y Bure: y no atreviéndose Tremoil e á hacerles frente aseguró los lugares fuertes con mayores guarniciones, y se acampó en San Quintin entre unas lagunas intransitables, para no verse obligado á pelear contra su voluntad. El ejército de los confederados pasó los rios sin contradiccion alguna, y taló los campos por espacio de muchas leguas. Algunos escriben que llegó hasta doce millas de París, y no es necesario decir el terror y daño que causó en todas partes. Pero se retiró sin haber hecho cosa alguna memorable, á escepcion de algunos ligeros encuentros entre la caballería. Entretanto desconfiado Bonivet de tomar á Milan, condujo secretamente su ejército á Biagras, á fin de precaver que Lanoy le sorprendiese con las tropas que traia. A la llegada de Lanoy falleció Colona á fines de este año despues de una larga enfermedad, dejando mucha fama de su nombre.

Deseoso Pescara de tentar fortuna acometió una noche con los españoles al campo de los franceses, causando en ellos gran confusion con muerte y fuga de muchos; y á fin de seguir su fortuna los vencedores, se juntaron con el de Urbino y las tropas venecianas. En este mismo tiempo salió Borbon de Génova, y dejada la navegacion de España, vino á los reales nombrado por el César generalísimo con las mas ámplias facultades. Desechado el noble consejo de pelear, persigue al enemigo que se retiraba. Médicis con una parte de las tropas rechazó á un escuadron de grisones que venia á socorrer á los franceses, y los hizo retirar á sus montes. Otra esperanza para ellos eran los suizos que habian llegado al rio Sesi, el cual atravesó Bonivet para juntarse con ellos. Pero habiendo llegado los imperiales que les seguian los pasos, pelearon tumultuariamente. Salió Bonivet como pudo, y le siguieron los suizos, pero los imperiales los apretaban por las espaldas, los incomodaban, y hacian detener la retaguardia. El Francés para rechazarlos, inspirándole el peligro nuevo valor, mandó á los suyos que hiciesen frente, y acometiesen al enemigo. En esta nueva pelea fue herido Bonivet, con una bala en un brazo, y metido en una silla de manos le llevaron al primer escuadron, habiendo dejado el mando á Bayardo. Este pues, viendo las cosas tan desesperadas, recogió la caballería, y juntándose con Vandanesi, intentó retirarse á toda prisa, sufriendo la descarga de los españoles que todo lo arrollaban. Pero uno y otro fueron heridos. Vandanesi murió inmediatamente: Bayardo atravesado por los riñones fue conducido á la tienda de Lanoy, y espiró en la primera cura que le hicieron. Fue varon de estraordinario valor entre los franceses y muy esperimentado en el arte militar. Habiendo recibido el Francés tan grave detrimento, y perdido veinte y dos cañones, regresó á su patria por Turin, y los suizos por el valle de Aosta. Los vencedores gozosos con tan felices sucesos, y habiendo hecho desaparecer de la Lombardía el nombre francés, se retiraron cargados de despojos á los cuarteles de invierno á la entrada del año veinte y cuatro de este siglo.

No era por este tiempo mas próspera la fortuna de los franceses en los confines de Vizcaya. Desamparada por la guarnicion la fortaleza de Vidasoa, vulgarmente llamada Beobia, se apoderó de ella Alburquerque, que mandaba en aquellas costas; y despues castigó rigorosamente á los enemigos que en número de cuatro mil y quinientos, la mayor parte alemanes, habian pasado el rio para saquear los pueblos cercanos. Casi todos perecieron en diversas ocasiones, y se les tomaron las banderas y la artillería. Hubo entre los confinantes muy frecuentes peleas siempre favorables á los vizcainos, las cuales no hay necesidad de referir por menor. Por este tiempo el condestable Velasco, á quien se encargó el mando de la guerra, penetró en la Guyena con veinte y cuatro mil hombres. Lautrec, que defendia aquella provincia, fortificó con una poderosa guarnicion á Bayona, que estaba mas próxima al peligro. Tomó el Español algunos pueblos, incendió una fortaleza que fue reducida á cenizas junto con trescientos soldados que la defendian, taló los campos con muchas correrías, y infundió el terror por todas partes. Restituido Velasco de esta espedicion reparó sus tropas, que con la crueldad del invierno habian padecido mucho, y aumentándolas con tres mil alemanes mandados por Guillelmo Rocandulfo, puso sitio á Fuenterrabia, que era el principal objeto de la guerra. El príncipe de Orange dirigió con gran cuidado las obras del ataque, como tan sabio en el arte militar, y tan severo en la observancia de la disciplina. Tambien vino á los reales don Fernando Alvarez de Toledo, hijo de don García, que fue muerto por los moros en la isla de Gelves, y tenia entonces diez y seis años, á fin de aprender en esta campaña los primeros rudimentos de la milicia, como lo escribió en su vida don Antonio Osorio.

Desde Pamplona, á donde habia ido, vino el César á Vitoria en lo mas riguroso del invierno, para prevenir desde cerca las cosas necesarias á la guerra. Estrechaba Velasco el sitio con minas subterráneas y todo género de máquinas, á fin de precaver que se derramase la sangre de los soldados. Continuamente batian las murallas un gran número de cañones, de los cuales habia traido el César de su vuelta de Alemania setenta y cuatro de diversos tamaños y muy perfectos; y á esto se agregaba el terror del fuego que de tiempo en tiempo arrojaban los nuestros en gran copia. Consternado Franquet, que era el comandante de la guarnicion, y desesperando del socorro, pues los españoles habian quemado siete naves que le enviaban de Francia con toda la gente y provisiones que conducian, entregó la ciudad el dia veinte y cinco de marzo. Hallábase en la guarnicion Pedro de Navarra, hijo de aquel que murió en el castillo de Simancas, y por su influjo se aceleró la rendicion. Entregó Velasco la ciudad bien provista de todo á Sancho de Leiva, hermano de Antonio, que adquirió tanta celebridad en la guerra de Italia, para que la custodiase. Salió Franquet de Fuenterrabía con honrosas condiciones; pero el rey Francisco castigó su cobardia, y le despojó en Leon de las insignias militares de que estaba condecorado, como lo escribe un autor francés.

CAPITULO IV.

Conquista de la ciudad de Méjico por Hernan Cortés.

Ya es tiempo de que volvamos á continuar la narracion de los heróicos hechos de los españoles en América, y la fama del imperio mejicano, destruido por Hernan Cortés. Este pues, habiendo sujetado á los bárbaros confinantes, como queda dicho, y arrojado los presidios de los mejicanos, á fin de estar seguro por las espaldas, fortificó un pueblo en lugar oportuno, dándole el nombre de Segura, con alusion á la seguridad en que quedaba aquel territorio. Entretanto envió á Alonso de Mendoza con cartas para

el César, en que le referia todas las cosas que habia hecho hasta entonces. Además le suplicaba le enviase varones doctos y religiosos que instruyesen á aquellas gentes en la doctrina cristiana, y les administrasen el bautismo. Tambien le pedia todo género de ganados, de que carecia la América, armas, caballos, y todo lo demás que se requiere para la guerra. Finalmente, pedia al César que le confirmase en el puesto de general que sus compañeros le habian conferido, para que revestido de un poder legítimo, obrase con autoridad y vigor. Envió cuatro navíos de la armada de Narvaez con oro, para comprar en la isla caballos, armas y otras provisiones. Suplió sus tropas con las que habian escapado del naufragio de Diego Camargo, en el rio de Panuco; al cual habia sido enviado con tres navíos por Francisco Garay para establecer allí una colonia, y con algunos aventureros que de las islas Canarias y de lo mas remoto de España habian navegado á la América, llevados de la fortuna de sus riquezas. Mandó construir trece bergantines para sitiar á Méjico desde la laguna, y impedir que recibiese socorros. A principios del año de mil quinientos y veinte y uno, habiendo entrado en las tierras de los enemigos, peleó con cien mil de ellos y los venció con un pequeño ejército auxiliado con admirable valor y lealtad de los bárbaros aliados. Mas de una vez le armó asechanzas el enemigo, pero siempre en vano. A los que le pedian la paz se la concedia de buena fe y castigaba con grandes penas á los que se rebelaban. Habiendo conspirado contra él Antonio de Villafañe, que favorecia á Velazquez con otros muchos, le sentenció á muerte, y la hizo ejecutar sin dilacion; pero á los demás se contentó con reprenderles, y en adelante dieron ejemplos de gran valor y fidelidad. Mientras que espugnaba los pueblos sitiados al rededor de la laguna, Martin Lopez, que habia ido á cortar madera á los bosques para la fábrica de los bajeles, la condujo á las riberas de la laguna por medio de una gran multitud de indios que la llevaron á cuestas, y acompañándolos Sandoval con un cuerpo de caballería, llegaron sanos y salvos. En muy breve tiempo se dispusieron y armaron los buques con todo lo necesario, causando en todos grande admiracion y alegría. De la Veracruz fueron conducidas varias piezas de artillería de diversos calibres que inspiraron gran terror á los bárbaros, creidos de que estos instrumentos eran los rayos de los dioses.

Entretanto Cortés recibió en su amistad algunas ciudades, de las cuales Tezcuco era la mas principal. Otras tomó por fuerza con grande estrago de sus habitantes, y las redujo á cenizas, mandando precipitar de unos horribles despeñaderos á una gran multitud de bárbaros, para que no creyesen que habia cosa segura ó inaccesible al valor de los españoles. Es increible el ardor con que peleaban entre sí los mismos indios. Servíales de estímulo á los confederados los odios antiguos, la ira presente, el miedo del mal venidero si quedasen vencidos en la guerra, y además la codicia de la presa y el hambre, pues les servian de alimento los cuerpos de los muertos. Sus adversarios los mejicanos eran incitados por el deseo de borrar la pasada ignominia, por la gloria del antiguo imperio, y finalmente por la desesperacion que muchas veces infunde valor aun á los mas cobardes. Hecha revista del ejército, se hallaron en armas novecientos españoles, ochenta y seis caballos, tres piezas de artillería de batir, quince mas pequeñas llamadas de campaña, y una gran cantidad de pólvora y balas. Tenia Cortés tres tenientes, que eran Cristóbal de Olid, Pedro Alvarado, y Gonzalo de Sandoval, y dividió el ejército en tres partes; en cada una se contaban mas de treinta mil de los aliados, siendo el mayor número tlascaltecas, cholulanos y tezcuqueños. Sus armas eran flechas, palos largos con las puntas quemadas para endurecerlos, broqueles pequeños y macanas, que es un género de espada hecha de caña y pedernal.

Salieron todos de Tezcuco para la empresa premeditada el dia veinte y dos de mayo. La laguna se estiende desde el Septentrion al Mediodía en la forma de un pié humano. Por la parte que mira al Oriente estaba situada la ciudad de Méjico, muy semejante á la de Venecia, diez y nueve grados y quince minutos distante de la línea equinocial, y su nombre le tomó de Meji, capitan de aquella gente. Contenia setenta mil casas, entre las cuales sobresalian mucho los magníficos palacios de Motezuma y los de los caciques. Las calles eran muy largas y anchas treinta pasos. La laguna tenia algunos brazos de agua salada, en los cuales entraban y se mezclaban otros de agua dulce. Para el uso de los habitantes habia una fuente cuyas aguas se conducian á la ciudad por encañados, que en el principio del sitio hizo Cortés romper por diversos parajes. Quinientas barcas, que los bárbaros llaman canoas, cargadas de tropa escogida salieron de la ciudad para rechazar los bergantines con que intentaba Cortés apoderarse de la laguna. Los nuestros las acometieron con grande ímpetu: muchas fueron echadas á fondo en el combate, otras tomadas, y todas destruidas. Olid embistió al enemigo con su gente por la calzada que guiaba á su campo: la pelea fue atroz y sangrienta, y caian muertos los mejicanos en número infinito, y sin que en nada pudiesen igualarse á los españoles. Entretanto acercó Cortés los bergantines á un paraje donde se levantaban dos torrecillas iguales fabricadas de piedra: acudió luego Sandoval en su auxilio: embistieron á las torres con gran fuerza, y habiéndolas tomado, fortificaron allí su campo. La artillería alejaba á los bárbaros, enemigos importunos que á todas horas molestaban; y finalmente fueron obligados con mucho estrago á retroceder á la ciudad, quedando muy alegres los españoles con tres victorias ganadas en un solo dia. En los veinte siguientes pelearon con felicidad en diversos parajes. Los aliados, que por su multitud y ferocidad eran formidables, se portaron con increible intrepidez, infundiéndoles nuevo valor las exhortaciones de los españoles.

Derramadas las tropas por todas las calles, invadieron un dia la ciudad, y pelearon en ellas como si fuera en campo abierto, y desbaratados y puestos en fuga los enemigos, llegaron hasta la plaza. Pero pagaron su temeridad los que se adelantaron, pues arrebatados del deseo de perseguir al enemigo, dejaron de cegar la acequia por donde pasaron: de estas habia en la ciudad otras muchas intransitables por estar destruidos los puentes. Los enemigos, que se habian encerrado dentro de las casas, conociendo el descuido de los españoles, salieron intrépidamente en gran número, y ocuparon aquel puesto, rechazando á los españoles, que despues de una obstinada pelea vinieron á caer en la acequia que estaba llena de agua. Acometiólos el enemigo por la frente y por la espalda: y arrojándoles desde los tejados piedras y maderos; se volvió á encender un nuevo combate cuando ya los españoles apenas podian respirar ni tener las armas en las manos. Acudió Cortés con unos pocos armados para ver si podia librarlos de aquel peligro; pero mientras se esforzaba á hacerlo, se vió oprimido de la multitud de los enemigos, y recibiendo una herida, faltó muy poco para no quedar prisionero; pero habiendo sobrevenido Tamajin, tlascalteca, le defendió y protegió con sus armas y con su propio cuerpo, y le sacó á salvo de tan grande riesgo. Perecieron en este dia cuarenta españoles; de los cuales, parte fueron cogidos vivos, y al siguiente dia sacrificados con horribles ceremonias para aplacar á los dioses. De los aliados murieron mas de mil y se perdió una pieza de artillería y cuatro caballos.

Orgullosos los mejicanos con esta victoria, y ha-

biendo dado gracias á sus ídolos con mucha pompa, enviaron mensajeros por las provincias que anunciasen tan próspero suceso. Algunas se levantaron contra los españoles y tomaron las armas; molestando á los otros que permanecian fieles á Cortés. De aquí se originó una complicada guerra. Andrés de Tapia y Sandoval, con parte de las tropas, acudieron á sofocar la rebelion, y con el auxilio de los que habian permanecido leales, vencieron completamente á los rebeldes y los sujetaron. De allí adelante, escarmentados con los males, se mostraron mas sumisos, siguiendo la fortuna de la guerra. Despues combatieron muchos dias dentro de la ciudad con grande estrago y pérdida de los enemigos. Pero como los españoles fuesen muy incomodados desde los parajes elevados de la ciudad, pensaron de incendiarla, y con efecto, Alvarado destruyó parte de ella con el fuego. Por este tiempo llegó un navío á Veracruz con ballestas, pólvora, balas, cañones y arcabuces, que fueron de gran socorro. Vencidos muchas veces los mejicanos, pelearon hasta morir, exhortándolos en vano Cortés á que se entregasen, y usando con prudencia de sus fuerzas, deseoso de no derramar sangre. Esta ciudad, tan hermosa, destruida ya la mayor parte, presentaba á la vista un horrible espectáculo; pero Cortés, sin embargo de que no se hallaba medio de tomarla, se opuso á que los suyos la acabasen de destruir.

Los ciudadanos, aunque se hallaban afligidos de la peste, de la hambre y de la sed, no desistian cosa alguna de su ferocidad, para que á lo menos, ya que no podian quitar al enemigo la victoria, que le impidiesen el tomar la ciudad. Estando apenas en pié la cuarta parte de ella, mudó el español su campo y le puso en las mismas ruinas, por lo cual desde entonces, mas bien se pudo llamar mortandad que guerra, hallándose tan de cerca los enemigos. Y á pesar de todo, permanecia el rey en la misma pertinacia sin decaer su ánimo, y obligaba á los suyos á que resistiesen y muriesen sin defensa. Causaba compasion á los españoles la muerte de los hombres y la ruina de los edificios: las acequias y las casas estaban llenas de cadáveres, que pudriéndose despedian un pestilencial olor. Los vivos, que parecia iban á espirar á cada momento, mirando á Cortés le suplicaban con lamentos que los matase mas bien con la espada que con aquel tormento; y que siendo hijo del sol (que así le llamaban por haber venido del Oriente), esperaban que les concederia este beneficio. Los que le oian no podian contener las lágrimas. Mostrábase Cortés inclinado á la clemencia, y les daba palabra de que en adelante vivirian libres y tranquilos bajo de mas suave imperio. El bárbaro rey, como si ya estuviese cansado de sacrificar á sus infelices súbditos, prometió que se prestaria á tratar de paz; pero habiendo mudado de intencion, faltó á su palabra, y engañó á Cortés, que le esperaba en medio de la plaza. La rabia y el furor de sus aliados, y especialmente en los tlascaltecas, no podia saciarse de ninguna manera, y su inmortal odio no se hallaba contento con ningun género de crueldad; ni bastaban los castigos y exhortaciones para que se abstuviesen de derramar sangre. Finalmente, perdida la esperanza de reducir por suaves medios la ciudad, acometieron los españoles con la artillería al mas estrecho ángulo de ella, que era el que habia quedado íntegro, y peleando confusamente en las calles y en todos los parajes en que hallaban al enemigo, fue tan sangrienta la batalla, que se dice perecieron en aquel dia cuarenta mil mejicanos. De aquí se infiere que mas por odio que por amor á la verdad acusan algunos escritores la crueldad de los españoles, á los cuales disculpa en muchas cosas Tomás Bocio, autor imparcial atribuyendo la culpa á la obstinacion y ferocidad de los bárbaros. Finalmente el rey, que habia intentado ponerse en fuga con algunos pocos nobles, vino á dar con su canoa en los bergantines que cruzaban por la laguna; y habiéndole hecho prisionero García Holguin, fue conducido á la presencia de Cortés. No se abatió su espíritu con la adversa fortuna, ni perdió nada de su ferocidad aunque fue recibido benignamente; antes por el contrario, habiendo intentado halagarle Cortés con suaves palabras, se volvió á él con semblante áspero, y le dijo: «no he dejado de hacer cosa alguna que sea digna de un hombre valeroso, »para defender la dignidad que recibí de mis mayores. »Si los dioses inmortales han querido que la pierda, no »creo que ha sido por culpa mia. Cautivo tuyo soy, »usa de tu fortuna como quisieres, y arrebatándole su »puñal, ¿en qué te detienes? le dice; ¿por qué tardas »en hacer salir esta alma que tanto desea juntarse »con sus dioses? A lo menos tendré la gloria de haȝber muerto á manos de tan valeroso capitan.» No pudo proseguir adelante porque el dolor le embargó las palabras, pero Cortés para suavizar aquel ánimo tan irritado le replicó: «Que antes por el contrario »cuidaria de su conservacion, y que estando él vivo »no echaria menos la régia opulencia en el imperio. Y »por tanto que tuviese buen ánimo, pues queria tenerle »mas como amigo, que como enemigo.» Finalmente habiéndose aplacado Guatimocin, mandó á los suyos á imitacion de Cortés que dejasen las armas: y se sometiesen á la potestad del vencedor: obedeciéronle á la menor señal: tanta era la sumision de aquellos bárbaros á sus reyes, y apenas habian quedado con vida treinta mil, que solo tenian los huesos. Fue tomada la ciudad el dia trece de agosto á los setenta y cinco despues que comenzó el sitio. Los españoles calcularon que habian perecido cien mil personas en las batallas; pero no se pudo saber el número de los que arrebataron las enfermedades, el hambre y el agua salada.

Despues que Cortés dió solemnes gracias á Dios por la victoria ganada, y dejando á Villafuerte con ochenta españoles para custodia de la armada y de la ciudad condujo las ropas á Cuyoacan, donde estaba acampado Olid, á causa de que caian enfermos con el mal olor que arrojaban los cadáveres muertos esparcidos por toda la ciudad. Repartió entre sus compañeros toda la presa á escepcion del oro. Gratificó con dádivas á los capitanes, y especialmente á los tlascaltecas, y les envió á su país, regulándose la parte que les tocó de la presa en mas de ciento y treinta mil escudos. La quinta parte fue enviada al César por Alonso Dávila con unos escudos tejidos de oro, y de plumas con admirable artificio; todo lo cual cayó al siguiente año en manos de unos piratas franceses. El resto fue entregado á los soldados. Los opulentos tesoros de Motezuma nunca pudieron encontrarse, lo que sintieron en gran manera los españoles engañados con esta esperanza, y en sus corrillos acusaban á Cortés de que los habia escondido. Hallábase tesorero del ejército Julian Alderete, hombre importuno y cruel: y á instancias suyas fue puesto el rey Guatimozin á cuestion de tormento, para que declarase donde estaban aquellas riquezas. ¡Vergonzosa maldad por cierto, atroz y horrible! y lo peor fue, que no se sacó de ella fruto alguno. Sintió esto Cortés altamente; pero lo disimuló á fin de aplacar de algun modo la envidia con que le miraban. Mas al fin vencido del dolor que le causaba aquella infamia, quitó al rey de las manos de los verdugos, y se disculpó con él lo mejor que pudo. Eran varias las voces que corrian sobre esto. Pero se creyó finalmente que el rey habia arrojado el oro á la laguna para que no viniese á manos de sus enemigos los españoles. Mientras sucedian estas cosas llegó fray Martin de Valencia con doce compañeros del órden de San Francisco; á los cuales recibió Cortés con gran respeto, y los obsequió estraordinariamente, á fin de conmover á los mismos bárbaros con este ejemplo de piedad. Los trabajos apostólicos de estos

religiosos produjeron copiosos frutos al Cristianismo: lo que todos creyeron era efecto de la providencia divina, para que al mismo tiempo que Martin Lutero causaba en la Europa tantos estragos con su impiedad, hubiese otro Martin que propagase y sembrase en el Nuevo Mundo la sana doctrina que habia de fructificar en el campo del Señor.

CAPITULO V.

Continuacion de los hechos de Cortés, y de los españoles en las Indias. Sucesos de los portugueses en Asia.

Era tan grande en aquel pais la fama de la ciudad de Méjico, que luego que fue tomada y destruida, muchos caciques de diversas provincias enviaron sus mensajeros á Cortés tributándole obediencia, y ofreciendo hacer lo que les mandase. Otros no dieron señales algunas de temor, manifestando que solo por fuerza se le sujetarian. Fue enviado Sandoval con un cuerpo de españoles y de aliados hácia el Austro, y habiendo peleado algunas veces prósperamente subyugó á los bárbaros, y otros se rindieron de su propia voluntad. Fundó la villa de Medellin por mandado de Cortés, deseoso de propagar en aquellas partes el nombre de su patria. Edificó despues la ciudad del Espíritu Santo en el paraje donde el rio Guazacoalco desagua en el océano Septentrional, y á Colima, distante cuarenta millas hácia el Mediodia, estableciendo en ellos colonos. Restauró Cortés la ciudad de Méjico en sitio oportuno á las riberas de la laguna que miran al Septentrion: mil y doscientas casas fueron señaladas para los españoles; y otras tantas para los nobles mejicanos, y para Pedro, hijo del rey Motezuma, á quien protegió y favoreció conforme á su elevado nacimiento. Las inmunidades concedidas á los nuevos colonos atrajeron una multitud innumerable: y en breve tiempo se levantaron muchas casas. Para Cortés se fabricó una magnífica, y de una grandeza admirable, y otros edificios públicos sagrados y profanos. En este tiempo se asegura que tiene de circuito doce mil pasos. Con autoridad pontificia el padre fray Martin de Valencia celebró el primer sínodo mejicano, en el que se trató de la monogamia de los indios que recibian el bautismo; y fue dispuesto que separándose de las demás mujeres como concubinas, tuviesen solo por esposa legítima á la que se aventajase en dignidad á las otras.

El cacique de Mechoacan vino á visitar á Cortés, y le recibió, y trató magníficamente, y habiendo hecho alianza con él, se volvió á su país. En aquella region dilatadísima se establecieron algunas colonias, siendo su capital la ciudad de Valladolid; y fue su primer obispo don Vasco de Quiroga. En Darien murió don fray Juan de Quevedo, del órden de San Francisco, su primer obispo, y le sucedió fray Vicente Peraza del órden de Santo Domingo. Mientras tanto se construyeron algunos navíos para reconocer aquellos mares con el deseo de ocupar las opulentas islas de las Molucas que codiciaban con ardor los portugueses, y aunque muchas veces se intentó por esta parte de América, siempre fue en vano. En el rio de Panuco que entra en el mar del Norte, sujetó Cortés con las armas á los bárbaros, que eran los mas belicosos de todos los indios; y en la embocadura del rio edificó la villa de San Esteban. Olid y Alvarado se encaminaron á otras regiones, y sujetaron con sus armas otros muchos pueblos.

Al mismo tiempo Pedrarias, gobernador de Castilla del Oro, no cesaba de enviar algunos españoles que descubriesen nuevas gentes y las sujetasen. Penetró Gil Dávila en Nicaragua, habiendo salido de Panamá. Recibió su cacique el sagrado bautismo, con cuyo ejemplo se bautizaron tambien en aquella espedicion treinta y dos mil doscientas sesenta y cuatro personas; habiendo adquirido Dávila ciento y doce mil escudos de oro, y sesenta y dos libras de margaritas por buenos y malos medios, pues despojó de sus riquezas á Hernando de Soto, soldado de Francisco Fernandez. Los indios de esta region son mas blancos que las demás naciones del Nuevo Mundo, y hablan la lengua española con mas facilidad que todos. Fueron establecidas alli cinco colonias de españoles; la capital que es Leon fue condecorada con silla episcopal, y se nombró por su primer obispo á don Diego Osorio. Fundóla Francisco Fernandez que tambien edificó á Granada, distante setenta y cuatro millas. Volaban por todo el continente las armas españolas, y por todas partes movian guerra. No hubo empresa tan árdua y difícil por mar ni por tierra, que no intentase esta nacion belicosa: descubrió inumerables gentes, y adquirió mucho oro y riquezas con horrendos peligros. Por el mismo tiempo puso pleito en España Diego Velazquez á Cortés, para destruirle por este medio, ya que no habia podido conseguirlo por la fuerza de las armas. Favorecia mucho á Velazquez don Juan Fonseca, arzobispo de Burgos, y presidente de Indias, que era opuesto á Cortés. Pero la fama de sus hechos, y el mucho oro que habia enviado al César hizo buena su causa, la que ganó, y además le fue conferido el gobierno de la Nueva España, remitiéndole el César algunas instrucciones dirigidas al bien de aquellos pueblos, y aumento del Cristianismo.

Francisco del Garay pasó desde Jamaica al continente con menos felicidad que la que tuvo antes su teniente Camargo; pues mientras preparaba una espedicion en Panuco, perdió juntamente la armada y el ejército. Cuatrocientos españoles fueron muertos y comidos por los bárbaros, y los demás que quedaron vivos se pasaron con las naves á Cortés; y finalmente murió el mismo Garay de un dolor de costado. La villa de San Esteban se hallaba sitiada y reducida al último estremo por los mismos indios, y acudiendo prontamente Sandoval con algunas tropas, la libró de aquel peligro. Venció en batalla á los enemigos, y hizo quemar á treinta de los principales: con lo cual aterrados los demás se sometieron y hicieron lo que se les mandaba. Despues de esto Rodrigo Rangel sujetó á los zapotecas. Peleando Alvarado fue herido en un muslo, de cuya herida quedó cojo para siempre. No obstante habiendo sujetado á los bárbaros, y quemado á sus caciques, fijó su morada en Guatemala; cuya provincia floreció mucho tiempo mientras él vivió, y edificó en ella la ciudad de Santiago y otros pueblos. Intentó Francisco Fernandez echar de Nicaragua á Dávila, y despojarle de la presa que habia hecho; mas este para conservarla se asoció con Olid, que en las Ibueras habia edificado un pueblo que llamó el Triunfo de la Cruz. Pero de estas cosas trataremos mas adelante. Diego Mazariego enviado por Cortés, hizo guerra, y sujetó á los chiapenses, los cuales incitados de la desesperacion se subieron con sus mujeres y hijos sobre una peña muy alta, y todos juntos se precipitaron á un rio; y apenas quedaron dos mil en toda la provincia.

Murió en la isla de Cuba Diego de Velazquez en gran pobreza, oprimido con la fortuna de Cortés, á quien habia engrandecido dándole la armada con que pasó á Méjico. En los tiempos antecedentes habia entrado en la Florida Lucas Ayllon, y habiendo sido recibido por los naturales con oro y perlas, les correspondió con una maldad detestable. Convidólos á comer en sus naves, y al punto que estuvieron dentro levantó las áncoras, y se los llevó consigo para trabajar en las minas, reclamando ellos en vano los derechos de la hospitalidad. Pero esta accion tan infame no le produjo fruto alguno; porque muchos de ellos murieron de tristeza; obstinándose en no comer, y los demás fueron sumergidos en el mar con

la nave que los conducia. Arrojado segunda vez por esta tormenta á los mismos lugares, se le estrelló un navio, y muchos de sus compañeros fueron muertos por los bárbaros puestos en emboscada; y viendo frustrados sus deseos, regresó herido y pobre á la Española, dónde pereció miserablemente. En esto se vió que el cielo vengaba las injurias hechas por aquel que por su profesion de juez debia administrar justicia. La ciudad de Santa Marta fue fundada por Bastida á diez grados del ecuador, y habiendo sido muerto por los indios, comenzaron los españoles á destruirse con sus intestinas discordias. Fue enviado á esta ciudad Pedro Badillo con poderes de la audiencia de Santo Domingo, y luego que restableció la concordia, acometió á los bárbaros, y peleó con ellos prósperamente, y al fin vino Badillo á perecer con su navío en el rio Guadalquivir cerca de Sevilla.

En estos mismos años fue estendido por otros capitanes el imperio español en una region tan dilatada y feliz, que además de la fertilidad del suelo que produce al año dos cosechas, y admite benignamente nuestros frutos y árboles, abunda tambien en minas de plata y oro, y en los rios se encuentra tambien este metal; y en el rio Zenú inmediato á Cartagena, asegura Solorzano que echando las redes suelen cogerse granos de oro del tamaño de un huevo de gallina. En las mas cultas provincias se mantienen las gentes con maiz, y con la caza de aves y fieras. Los que habitan las costas del Océano son ictiófagos, y vencen á los mismos peces en la agilidad de nadar. Otros viven en los campos, y sus pueblos se componen de cabañas de paja; comen los frutos que la tierra produce sin cultivo, las serpientes, los gusanos, y en una palabra todo género de insectos. Apenas pueden llamarse hombres, pues viven sin morada ni asiento fijo, y mas bien ocupan las tierras que las habitan; andan siempre desnudos, y cubren sus partes naturales con un pañete, ó con una hoja de árbol, excepto las vírgenes, á quienes no se le permite cubrir cosa alguna. En muchos paises no se abstienen de comer cuerpos humanos; y sobre todo son codiciosos de este manjar los parienses y los del Brasil. Pero dejemos esto porque nos llaman los sucesos de otras regiones.

Los portugueses tuvieron en Africa con los moros muchos combates, ya prósperos y ya adversos. Los piratas que con tanto furor infestaban todos los mares fueron castigados, y reprimidos por Fernando César, hombre muy práctico en el mar, y se abstuvieron de ejercer sus rapiñas. La guerra de la India fue encargada á Sequeira, y la concluyó con felicidad. Brito reprimió la sublevacion que se habia suscitado en Zeilan. Derrotado Mahomet, principal caudillo de los piratas, venció Correa en Batalla á Mocrin, sultan de la isla de Baharen, situada en la costa de Arabia. En medio de estas victorias llegó Duarte de Meneses nombrado para suceder en el gobierno á Sequeira, y este regresó á Portugal en la misma armada. Habiéndose sublevado los ormucianos contra los portugueses, mataron á ciento y veinte, y faltó muy poco para no ser tomada la fortaleza. Pero desesperando el sultan de poderla espugnar, pegó fuego á la ciudad, y se pasó á Quijoma, isla cercana, llamada Porti Plinio Zilon, donde pereció ahogado á manos de sus mismos súbditos. Su hijo reedificó la ciudad, á instancias de Meneses, y le impuso un tributo mas gravoso. Alburquerque padeció una nueva desgracia en Bitam, y volvió á Malaca con alguna pérdida. Despues de esto acaeció la invencion de las reliquias del apóstol Santo Tomás en la costa de Coromandel. Entre las ruinas de una ciudad destruida se hallaba una capilla respetada de los mismos gentiles, en la que se sabia por tradicion constante que estaba sepultado el cuerpo del Apóstol. Conmovido Meneses, mandó reedificar la capilla que por su antigüedad amenazaba ruina. Al tiempo de cavar la tierra cayeron los trabajadores en un sepulcro de piedra donde habia un cadáver, y una inscripcion en caracteres antiguos, en que estaba escrito: «que el apóstol de »Dios, Tomás, habia fabricado aquel templo, y que »el rey Sagamo habia dedicado para su culto el diez»mo de las mercaderías que allí se trasportasen.» Despues se descubrió otro sepulcro que contenia unos huesos muy blancos, la punta de una lanza con un báculo de camino, y un vaso de barro que daban fe del hallado tesoro. Finalmente en otro se encontró un cadáver de uno de los discípulos de Santo Tomás. Desenterrados y sacados de aquel lugar los huesos, se colocaron en dos arquillas, en una los del Apóstol solamente, y en otra los de sus discípulos y fueron puestos con solemne pompa sobre el ara de la misma capilla, reedificada y adornada con mucha hermosura. Poco despues edificaron los portugueses cerca de allí la ciudad de Santo Tomás en memoria deste descubrimiento, y está situada á los doce grados y cuarenta y cinco minutos del ecuador. Hallándose Andrés Enriquez molestado de los bárbaros de Sumatra con una contínua guerra, arruinó y desamparó la fortaleza que allí tenian los portugueses. Los chinos que estaban irritados con ellos á causa de las vejaciones que les habia hecho Andrade, recibieron muy mal á Alfonso de Mello, que habia arribado á Tama con cuatro navíos, y ignoraba las cosas de Andrade. Las naves fueron muy maltratadas, y habiendo salido los portugueses á hacer aguada, unos quedaron muertos, y otros prisioneros y encerrados en calabozos, donde perecieron con el hambre y mal tratamiento: solo Mello tuvo la felicidad de escaparse por medio de la armada enemiga; y en otras partes les sucedieron otras cosas adversas. Además fue calamitoso aquel tiempo por las muchas tempestades y piratas que afligieron á los navegantes. No obstante hicieron tributarias algunas ciudades; y á los tidorenses, que llevaban con impaciencia el dominio de los portugueses los sujetó y redujo Correa. Fue nombrado Vasco de Gama por virey de la India, y hizo su viaje con diez y seis navíos; hombre ciertamente célebre por sus heróicas hazañas. Al tiempo de llegar á las costas de Cambaya, acaeció un espantoso terremoto que alborotó el mar estraordinariamente, y temblando todos con una cosa tan estraña en aquellas regiones, esclamó Vasco «Buen pronós»tico, camaradas mios; con nuestra venida tiembla »hasta el océano de Cambaya.» Fue cosa maravillosa que todos los que se hallaban enfermos de calenturas, que eran muchos, recobraron la salud de improviso. Luego que llegó á Cochin, que en otros tiempos se llamó Cotiana y tomado posesion del mando, comenzó el nuevo virey á estender su cuidado y vigilancia á todas partes. Envió hombres muy valerosos contra los piratas aborrecidos de Dios y de los hombres, y los persiguieron y derrotaron en muchas partes. Pero entretanto que meditaba otras cosas mayores, cayó gravemente enfermo, y conociendo que se acercaba su último instante, nombró á Lope de Sampayo para que gobernase durante la ausencia de Enrique de Meneses, que se hallaba nombrado por su sucesor en los despachos del rey. Arregladas estas cosas murió aquel invencible descubridor de las Indias orientales la víspera de la fiesta del nacimiento de Jesucristo del año de mil quinientos veinte y cuatro. Habiendo recibido Enrique la nueva de la muerte de Gama en Goa, donde era gobernador, se puso en marcha para Cochin, y en el camino hizo una presa á los enemigos. Desde allí dirigió la proa contra las principales plazas de comercio de los mahometanos, y llevó á todas ellas el terror y el estrago. De esto hablaremos despues en lugar competente, y volvamos ahora á tomar el hilo de las cosas de Europa.

CAPITULO VI.

Procura el papa hacer en vano la paz entre el César y el rey de Francia. Prision de este en la batalla de Pavía.

Compadecido el papa Clemente Octavo de los males que afligian la cristiandad, puso todos sus conatos en restablecer la paz. Pero inutilizó sus buenos deseos el cruel furor en que ardian los príncipes, irritados con mútuas ofensas. Persuadidos el César y el Inglés de que el nombre de Borbon seria grande en Francia y que atraeria así todos sus amigos, y favorecidos luego que viesen sus vencedoras armas, determinaron que el mismo Borbon invadiese la Provenza, habiendo antes renovado la alianza, y dividido entre los tres la Francia, para que en adelante tuviese cada uno su parte. Grande empresa por cierto para aterrar al enemigo, pero que no pasó de palabras. Faltaban los medios para llevar adelante tan loco proyecto; pues el Inglés mudó de parecer, y el César no tenia dinero. En el papa y en los italianos no les quedaba esperanza alguna por haberse separado no sin razon de la alianza, temerosos del poder del César, y que si vencia al Francés serian ellos fácilmente oprimidos. Habian convenido los ingleses y españoles en que cada uno entraria por su parte en Francia, para divertir sus fuerzas, lo cual no ejecutaron ni uno ni otro. Borbon para no perder su parte entró en Provenza con un ejército que apenas se componia de quince mil hombres, con Pescara, compañero suyo en el mando, á los que se juntó el marqués del Basto, llamado de Nápoles. Lanoy se estuvo quieto en Aste con las demás tropas para defender la Lombardía. Moncada recorria las costas con una armada de veinte galeras, en que eran trasportadas la artillería y demás provisiones. El rey Francisco, aunque no habia descubierto por qué parte le amenazaba la tempestad, envió á Marsella á Felipe Chabot, y á Rencio, y despues á Barbesio con una fuerte guarnicion. Sitió Borbon esta plaza despues de haber tomado las de Tolon y Alby, y desembarcados los cañones de batir determinó asaltarla.

Entretanto padeció el César dos pérdidas en el mar; pues habiendo sido Moncada puesto en fuga por Andrés Doria, general de la armada francesa, se le estrellaron dos galeras en unos bancos de arena, y el príncipe de Orange, que navegaba á Italia en otra fue hecho prisionero, y conducido á París con buena escolta. Los imperiales perdieron el tiempo y el trabajo delante de Marsella contra la voluntad de Borbon, persuadido de que la guerra debia hacerse á la otra parte del Ródano. Juzgaban los cabos que era consejo muy dudoso, y de mucho peligro el internarse donde el ejército no podia entrar sin ser vencedor, ó sin gran pérdida. Y á la verdad si la fortuna les fuese contraria, perdian juntamente con el ejército la Italia desnuda de guarniciones y abandonada á ser presa del Francés. El éxito de la empresa demostró bien cuan saludable hubiera sido el seguir su consejo. Porque el rey de Francia valiéndose de la ocasion, juntó en breve un ejército, y le hizo pasar con toda presteza á la Italia. Con cuya noticia consternados los imperiales dispusieron precipitadamente sus cosas para volver tambien á Italia. La artillería y demás pertrechos se embarcaron en Tolon, y Moncada se hizo á toda priesa á la vela para Génova, á fin de guarnecer la Liguria. Los soldados libres de todo estorbo marcharon á grandes jornadas, y se aceleraron para anticiparse al enemigo; pues en esto consistia el conservar la Lombardía, y como si corrieran unos y otros en un mismo circo, llegaron casi á un tiempo al mismo término. Noticioso Lanoy de la venida del rey de Francia, arrasó la fortaleza de Novara, que poco antes habia tomado, fortificó con guarnicion á Alejandría, y finalmente se retiró á Pavía. El mismo dia en que entró el rey Francisco en Verceli, entró Pescara en Alba con la caballería y los españoles. Al siguiente recibió Lanoy á Borbon con los alemanes; encargó á Antonio de Leiva la defensa de Pavía, habiendo puesto en ella una guarnicion de cinco mil alemanes y españoles, y trescientos caballos armados. Pescara pasó á Lodi, y Lanoy dió algunos dias de reposo á los soldados en el campo de Cremona para observar desde allí los movimientos de los enemigos. Borbon se encaminó á Alemania á fin de juntar socorros para defender la Italia. El rey Francisco entró con su ejército fatigado de las marchas en Milan que se hallaba afligida de la peste, y mandó á los soldados que no hiciesen daño alguno en ella. Aunque sus habitantes eran tan enemigos del nombre francés, los trató el rey con mucha humanidad, y mandó sitiar la fortaleza.

Tratóse en un consejo de guerra que debian ir inmediatamente contra el enemigo, y arrojarle de la Lombardía; y acaso lo hubieran conseguido, si no hubiera prevalecido el dictámen de Bonivet que fue muy funesto para el rey. Al fin determinó sitiar á Pavía con grande ejército, y con efecto comenzó el sitio el dia veinte y ocho de octubre. Parte del muro cayó en breve á tierra; dieron un asalto inútil; repitiéronlo con igual desgracia; y habiendo sido muertos con Longavilla dos mil franceses que fueron los primeros al ataque, discurrió el rey usar de la astucia en lugar de la fuerza. El rio Tesin á distancia de una milla mas arriba de la ciudad se divide en dos brazos, que á igual distancia por la parte inferior vuelven á juntarse. Uno de estos brazos baña las murallas; y otro llamado Gravalon, forma una isla frente de Pavía. El designio del rey era hacer entrar todo el rio en el Gravalon á fin de apoderarse de la ciudad por aquella parte donde el mismo rio la servia de muro. Trabajaron en esta obra los soldados en mucho número; pero habiéndose concluido á mediados de noviembre, creció el rio estraordinariamente con las contínuas lluvias que cayeron, y como si se indignase de estar encarcelado, deshizo y arrolló todos los diques, y volvió á seguir su antigua corriente. Viendo el rey frustrado su ardid, se obstinó en continuar el sitio á costa de paciencia. Entretanto el pontífice le exhortó muchas veces á él y á Lanoy por medio de sus legados á que dejasen las hostilidades, y que la guerra podria componerse bajo de algunas condiciones; pero uno y otro las despreciaron, arrebatados de la esperanza de vencer con las armas. El papa pues, viendo que no podia ser árbitro de la paz, se convirtió en participante de la guerra haciendo secreta alianza con el rey Francisco, no sin consentimiento de los venecianos, y de lo restante de la Italia que deseaba el equilibrio de las fuerzas. Por tanto rehusaron con varios pretestos enviar á los imperiales los socorros debidos en virtud de la anterior alianza. Médicis, que solia abrazar el partido que mas le convenia, se pasó al rey con sus tropas, y finalmente todos seguian á aquel que les mostraba mayor esperanza de utilidad particular.

Aumentadas de esta suerte las tropas del rey, mandó á Juan Stuardo, duque de Albano, hacer una invasion en Nápoles, ya con esperanza de tomar la ciudad auxiliado del pontífice, ó ya para que con el terror se alejasen los imperiales de la Lombardía. Para esta espedicion le dió seis mil hombres á los que se juntaron tres mil conducidos por Rencio desde Marsella á Liorna. Consternado Lanoy con esta noticia, se disponia para regresar á Nápoles con sus tropas. Mas Pescara, bien persuadido de que la mejor defensa de Nápoles debia hacerse en Lombardía, como que era lo principal que se disputaba, consiguió que se aguardase á la llegada de Borbon con los alemanes; pues arrojados de aquella provincia los franceses todo lo demás se sujetaria fácilmente á los que alcanzasen la victoria. Entre tanto fatigaba Leiva á

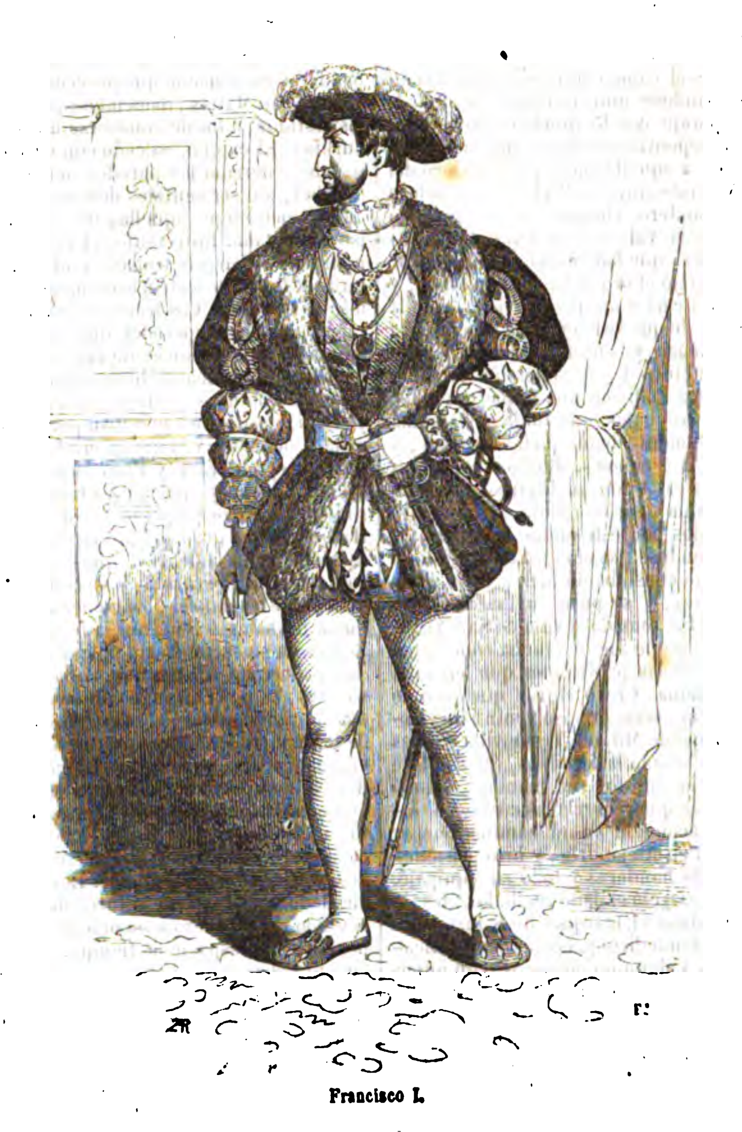
los enemigos con frecuentes salidas, les clavaba su artillería, y en todas partes les molestaba de tal modo que mas parecia sitiador que sitiado. A fin de apaciguar á los alemanes que con grande insolencia le pedian la paga, juntó los militares Adornos, con toda la demás plata que pudo recoger, y la que pidió prestada á los habitantes, y hizo acuñar moneda con esta inscripcion: «*Cœsariani Papiœ obsessi MDXXIV.*» Agotado aquel dinero con que entretuvo á los alemanes, recibió tres mil escudos y cartas de Lanoy con una astucia admirable. Esta suma la habian conducido dos vivanderos al campo francés encerrada en un barril, y escapándose uno de ellos á la ciudad, avisó á Leiva el paraje donde quedaba escondido. Haciendo pues una repentina salida con un buen trozo de gente, acometió á aquella parte, se apoderó del barril del oro, y le introdujo en la plaza, llevándose tambien al otro vivandero. Despues de esto procuró quitar secretamente la vida con veneno al comandante de los alemanes, que habia sido el fomentador de la sedicion. Repartió el oro entre los capitanes, y leidas en público las cartas en que le avisaban de la venida de Borbon, y de que se le enviaba dinero para la paga, volvió la alegría y contentó á los alemanes.

Con efecto, el dia cinco de enero del año de 1525, habia llegado Borbon á Lodi con una numerosa tropa de alemanes, entre los cuales repartió la corta suma de dinero que difícilmente habia podido recoger, y no dió ninguno á los españoles. Borbon exhortó á aquellos, y Pescara á estos con un discurso oportuno para inflamarlos en una honrosa emulacion, y finalmente, dieron á todos por estipendio la esperanza de la victoria. Habiéndose pasado en Lodi revista al ejército, se halló que constaba de diez y ocho mil y cuatrocientos hombres, y se puso en marcha para Pavía. En el camino fue tomada la villa de San Angelo con su fortaleza, lo que fue de mucha comodidad para la conduccion de las provisiones que enviaba Esforcia desde Cremona. Creyó el rey que estando tan cerca los enemigos, seria preciso venir á una batalla, por lo cual llamó de Milan á Tremovilla con las tropas con que tenia sitiada la fortaleza, quedándose allí Teodoro Tribulcio con dos mil hombres. Llamó á dos mil de la armada que recorria las costas de Génova, á los cuales acometió en el camino Gaspar Magno que mandaba en Alejandría, y hizo prisioneros á muchos con las banderas y todo su equipaje. Con esta hazaña se resarció el daño recibido antes de la armada que mandaba el marqués de Saluzo en el golfo de Voragine, donde hizo prisioneros á Moncada, á trece capitanes y algunos marineros, con muerte de otros. Despues padecieron los franceses otra nueva pérdida, pues habiendo enviado Esforcia á Alejandro Bentivollo con parte de la guarnicion contra Luis Palavicino, que se hallaba en emboscada en Casal Mayor para interceptar las provisiones de los imperiales, fue derrotado y hecho prisionero. Por este tiempo un cuerpo de grisones se retiró del campo francés por órden de sus magistrados para que pasase á sus propias fronteras, invadidas por Jacobo de Médicis ó Mediquin, noble milanés, que se habia apoderado por sorpresa de la fortaleza de Chiavena.

No habia en el campo del rey el número de tropas que se vociferaba, por haberla disminuido la avaricia y fraudes de los comandantes, por lo cual le suplicaron los veteranos que se abstuviese de dar batalla; que los imperiales no permanecerian en el campo por la falta de dinero; que con la paciencia lograria destruirlos, fijando sus reales en paraje oportuno; que hiciese la guerra mas con la prudencia que con las armas y que estándose quieto, conseguiria una ilustre victoria. Lo mismo amonestaba el pontífice, que por medio de sus legados tenia noticia de todo. Pero el rey, precipitado por su fatal destino, solo daba oidos á Bonivet, que con una especiosa arenga le incitaba á pelear, y era tanto su influjo y poder, que no hacia el rey cosa alguna de importancia que no fuese segun su dictámen. Habiéndose acercado ya unos á otros, fatigaban los imperiales á los franceses con escaramuzas, y estos, desde las trincheras incomodaban á aquellos con sus tiros. Los españoles penetraron una noche en el campo de los franceses y les mataron no poca gente, en cuya empresa y otras adquirió gran nombre y lustre el marqués de Pescara. Finalmente, cerciorados los imperiales de que habian de venir á una batalla campal, levantan las banderas en la noche que precedia á la festividad del apóstol San Matías, habiéndose puesto camisas sobre los vestidos, á fin de conocerse unos á otros en la oscuridad. El capitan Salcedo con su compañía de españoles, derribó las paredes del parque llamado de Mirabel, sin ser sentidos de los enemigos, y conducido el ejército por aquella parte, se dispuso y ordenó para la batalla. Entretanto, el rey ansioso de pelear, ponia en órden sus tropas, y al salir el sol, y mas tarde de lo que deseaban los españoles, se dieron vista los dos ejércitos. Los franceses comenzaron á disparar contra los imperiales que se avanzaban; pero animados con las voces de los generales que los exhortaban al combate, hicieron frente al enemigo. Acometieron unos y otros con igual ardor: el humo y el ruido espantoso privaban por largo espacio de la vista y del oido, y la niebla era tan espesa, que oscurecia el sol. El rey Francisco y sus generales no solo mandaban y dirigian las tropas, sino que pelearon ellos mismos en persona con heróica intrepidez. Hallándose en gran peligro la caballería imperial, y estrechada por la del rey, que era mucho mas numerosa, acudió Pescara á socorrerla con un valeroso cuerpo de españoles, los cuales con una continuada lluvia de balas debilitaron la ferocidad del enemigo. Leiva con su escogida tropa le acometió por la espalda, y aterrado Alezon que se hallaba encargado del socorro, se puso en fuga con su caballería, y vino á dar sobre los suizos, abatiéndolos y desordenándolos de tal manera que comenzaron á huir, y perdida la verguenza los siguieron los franceses. Toda la fuerza del combate se dirigió contra el rey, que peleando con estraordinario esfuerzo contra Fernando Castrioto, nieto del grande Escanderbeg, le hirió con su caballo de tal suerte, que derribándole en tierra le dejó muerto de un solo golpe. Los alemanes peleaban alrededor del rey con enfurecida saña, y habiendo acudido un caballero á socorrerle, se renovó la pelea por un breve espacio de tiempo. En este paraje fue cogido Paliza arrojado por su caballo; pero el español Vasurto que llegó al mismo tiempo le atravesó con una bala. Cayó muerto Tremovilla con dos heridas, y otros principales soldados que intentaron defender al rey. Viendo Bonivet que todo estaba perdido, y habiéndose esforzado en vano á detener los coraceros que huian, se arrojó como por una especie de sacrificio en lo mas espeso de los enemigos, y despidió el alma por la boca de una infinidad de heridas. Muertos los alemanes en gran número, y olvidada la humanidad que permite la guerra, se hallaba el suelo sembrado de armas, caballos, y cadáveres, que formaban un horrendo espectáculo. El rey Francisco cubierto de su misma sangre y de la agena, y habiéndole muerto su caballo, fue hecho prisionero por Urbieta, vizcaino, soldado del escuadron de caballería de don Diego de Mendoza, como lo afirma Garivay. Acudió Lanoy á besarle la mano, y se hizo cargo de su persona en nombre del César, mientras que cada uno de los suyos procuraba ponerse en salvo por donde podia, precipitándose en el rio muchos franceses, italianos y suizos. Enrique, que se intitulaba rey de Navarra, se puso tambien en fuga, y le hizo prisionero Ruy Gomez, soldado veterano. Tambien lo fueron Francisco, hermano del duque

de Lorena, á quien otros cuentan en el número de los muertos, y me parece lo mas cierto, el conde de San Pol, Luis, duque de Nevers, Chabot, Horanges, y otros muchos que seria largo nombrar: pero de la principal nobleza esceptuando la caballería de Alenzon, no hubo ninguno que volviese las espaldas, y que rehusase seguir voluntariamente la suerte de su príncipe prisionero.

Tribulcio, que tenia sitiada la fortaleza de Milan, luego que tuvo noticia de aquella derrota, se apresuró á regresar á Francia con sus tropas. Algunos fueron presos, ó muertos por los labradores. Murieron en el campo ó poco despues, de resultas de sus heridas veinte hombres ilustres, entre los cuales se cuentan, Lescun, Renato, Calmont y otros. Luego que Alenzon respiró de su fuga, le causó tanto dolor



Francisco I.

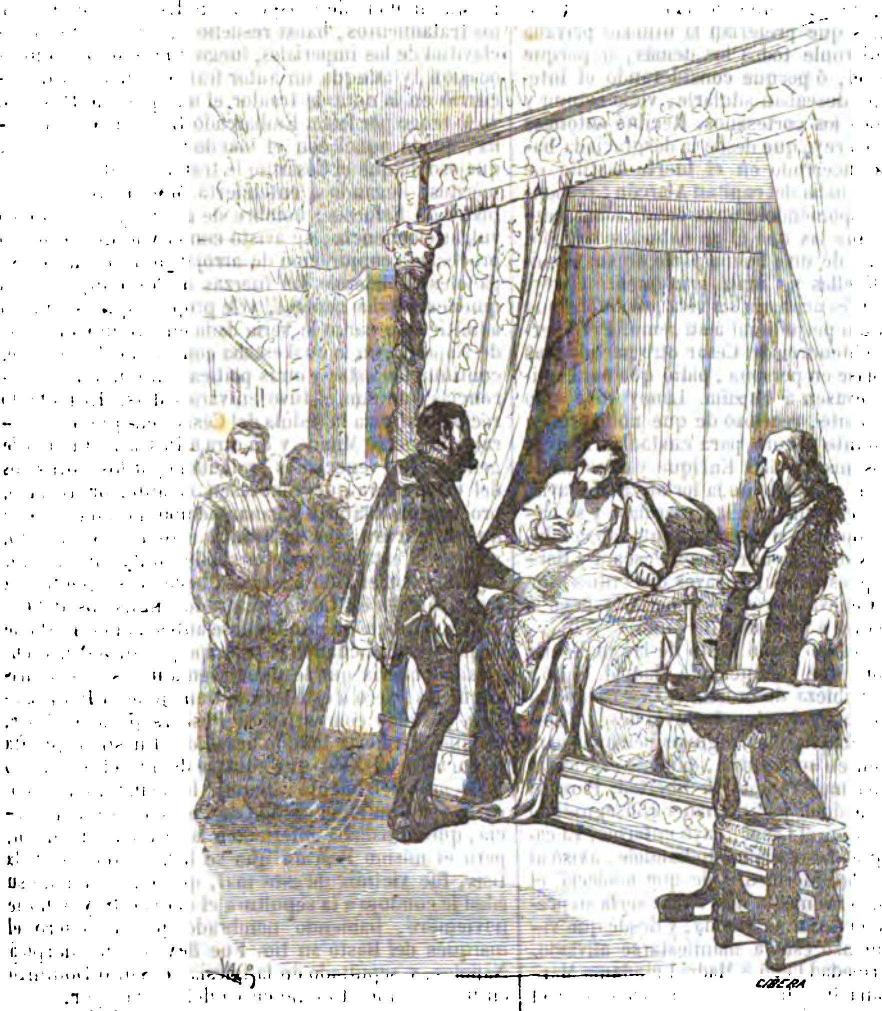
la infamia de este hecho, que al octavo dia perdió la vida que habia preservado de una muerte honrosa. En esta célebre pelea no puede negarse que los imperiales se ensangrentaron escesivamente. Pero luego que se aplacó el ardor de los ánimos, fueron tratados con humanidad los prisioneros; y para que la gente del campo no insultase á los soldados vencidos, fueron enviados en compañías separadas con escolta de caballería. De los franceses murieron en la batalla ocho mil; de los imperiales ochocientos, y de la gente principal solo murió, además de Castrioto, don Hugo de Cardona. Salieron heridos Lanoy, el marqués del Basto y otros muchos: el despojo fue muy grande, y todo se entregó al soldado en premio de su valor. El rey Francisco fue llevado á la tienda de Lanoy, acompañándole Pescara, Basto y otros muchos nobles: curáronle con la diligencia y cuidado que correspondia, y le trataron con magnificencia: y á la verdad los vencedores guardaron al rey prisionero el mismo respeto que podia esperar de sus propios súbditos. Los historiadores refieren de Borbon muchas cosas, segun el odio ó afecto de cada uno, pero las omitimos por no estar asegurados de su certeza.

CAPITULO VII.

Es conducido á Madrid el rey Francisco. Rebelion de los moriscos de Valencia.

Luego que se divulgó la derrota del ejército francés, y la prision de su rey, causó grande inquietud en muchas partes, especialmente á los italianos que

ocultamente habian conspirado contra el César, y como que quedaron muy aterrados; pero tan diestros en el arte de disimular, aparentaron la mayor alegría. Enviaron á Lanoy el dinero que en virtud de la anterior alianza debian contribuir, sin embargo de que antes de esta batalla se negaron á darlo; con cuya suma, y otra que se tomó en España á préstamo de los banqueros genoveses se pagó á los soldados el estipendio de muchos meses que se les debia. Alegres los alemanes con los despojos franceses, se restituyeron á su patria, y se enviaron á Nápoles seiscientos caballos armados. Recibida por los franceses tan triste nueva, y no atreviéndose á permanecer en parte alguna, se ponian en fuga sin que nadie los persiguiese. Los que se hallaban en las costas de Génova se apresuraron á volverse á Francia con el marqués de Saluzo. Mayor fue la confusion que hubo en los confines de Nápoles con la derrota del ejército del duque de Albano; y las tropas del de Urbino recibieron no poco daño de las de los Colonas, apasionadísimos partidarios del César. Juntáronse todos del mejor modo que pudieron en Civitavechia, y desde allí los condujo á Francia la armada de Doria. Grande fue el pavor y consternacion que causó en este reino tan estraordinaria pérdida; pues eran muy pocos los que no lloraban á su padre, á su hijo, á su amigo, ó á su pariente muerto ó prisionero. El hallar remedio á tantos, y tan graves males era muy difícil y no habia ninguno á quien no diese muchos celos la próspera fortuna del César. En medio de tanta perturbacion de los ánimos, recibió el César en Madrid las cartas en que se le noticiaba la victoria; y habiéndolas leido, y sin mudar en manera alguna de semblante con tan estraordinario suceso, pasó inmediatamente á la capilla á rendir á Dios las debidas gracias. El dia siguiente mandó que



Visita de Cárlos V, á Francisco I.

se hiciese una solemne procesion; pero prohibió todo regocijo público, por esta causa; y estuvo tan lejos de hacer ostentacion de su victoria, que dijo, que las victorias ganadas á los cristianos no debian celebrarse como triunfo. Manifestó mucha moderacion en su actual fortuna; y poniendo en práctica sus cristianas palabras, mandó dejar las armas en todas partes, á fin de que no se agravase con nueva molestia la calamidad que padecia la Francia, amonestando esto mismo por cartas á sus confederados. No hubo cosa alguna en esta victoria que fuese mas brillante y gloriosa que esta moderacion de ánimo.

Por este mismo tiempo se celebraron córtes en Toledo, en las que se establecieron muchas cosas útiles al bien público, y se concedió al César una gran suma de dinero por don gratuito para sostener la guerra. Deliberóse tambien sobre el rey prisionero, porque reflexionando el César muchas cosas, no hallaba camino para resolverse en un negocio de tanta importancia. Quiso pues oir los dictámenes de

los principales consejeros para que considerado el negocio con madurez, se procurase conciliar lo honesto con lo útil: don García de Loaysa, obispo de Osma, confesor que era del César, dijo: «que debian proponerse al rey Francisco unas condiciones »muy justas, y que si queria el César conseguir victoria de sí mismo, le venciese á él con beneficios: »que para adquirir una fama inmortal, no podia hacer »cosa mas escelente que vencer con la grandeza de »sus beneficios al que habia vencido en la guerra, »para que mas bien se asemejase á Dios por la clemencia, que por la elevacion de su escelsa fortuna; »que además sería muy conveniente al orbe cristiano, que sacrificando todo resentimiento convirtiese »al enemigo en amigo; y reuniendo sus fuerzas uno »y otro, arrojasen de los confines de la Europa al »Otomano, y abatiesen la pertinancia de los luteranos, que transtornaban la religion católica con sus »nuevos dogmas.» Pero don Fadrique de Toledo, duque de Alba, impugnó un dictámen tan generoso, alegando razones que preferian la utilidad privada del César. Siguiéronle todos los demás, ó porque pensaban como él, ó porque considerando el interior del príncipe deseaban adularle, vicio comun y perpetuo de todos los cortesanos. Recibió entonces el César cartas del rey, que desde la desgraciada batalla se hallaba encerrado en el fuerte castillo de Pisleon bajo la custodia del capitan Alarcon: respondióle el César proponiéndole unas condiciones mucho mas duras que las que él se habia imaginado, pues le despojaba de una buena parte de sus dominios. A vista de ellas se irritó gravemente el rey, afirmando que antes acabaria su vida prisionero que sufrir una cosa tan perjudicial á su reino. Pero persuadido de que obtendria del César otro partido mas suave, si le hablase en persona, pidió que para solicitar la paz le llevasen á España. Lanoy tuvo esto por muy conveniente, receloso de que no habria en Italia lugar bastante seguro para custodiar al rey; pues en aquellos mismos dias Enrique y el conde de San Pol se habian escapado de la fortaleza de Pavía, habiendo ganado con dinero a las guardias, y se habian huido á Francia. Así pues aparentando conducirle á Nápoles, y dejando burlados á Pescara y Borbon, lo que despues produjo graves discordias, fue embarcado en Génova el rey prisionero, y llegó á España en ocho dias á mediados de junio.

Luego que descansó algun tanto de las molestias de la navegacion, fue conducido á Madrid. Salió á recibirle mucha nobleza de órden del César para hacerle este obsequio, y despues le envió desde Toledo, donde se hallaba todavía, algunas personas para que le consolasen en su nombre, dándole esperanza de que no estaba muy remota su libertad. Pero el rey, penetrado de dolor por no haber conseguido el deseado coloquio con el César, cayó enfermo. El capitan Alarcon que proseguia custodiándole, avisó al César por cartas la enfermedad de que adolecia el prisionero, y que el remedio mas eficaz seria su presencia. No dilató el César su venida, y desde que visitó al rey, comenzó este á manifestarse aliviado. Durante su enfermedad llegó á Madrid madama Margarita su hermana que habia estado casada con el duque de Alenzon, y fue á abrazar á su hermano conduciéndola el César á su cuarto con los principales de la córte, y es de admirar lo mucho que el enfermo se alivió con esta visita. Acerca de las condiciones no pudieron concluir cosa alguna pues el César no desistia de su intento de recobrar la Borgoña, ni Margarita quiso acceder á las cosas equitativas que pedia, ni tampoco sujetarse á la mediacion del pontífice. Finalmente persistiendo el César en que nada podia tratarse antes de la venida de Borbon, que se esperaba muy pronto, aceleró madama Margarita su viaje á Francia sin haber adelantado cosa alguna.

Las ciudades de Italia permanecian en la alianza, pero los venecianos, y el pontífice se mostraban ajenos de ella, siguiendo el impulso de la fortuna: tampoco el Inglés parecía muy constante en ella, estando irritado con el César, porque rehusaba casarse con su hija, y cuidaba solo de coger el fruto de su victoria, sin consideracion á los intereses de su aliado. A esto se juntaba la declarada inclinacion que tenia el rey de Francia el cardenal Volseo, arzobispo de York, ministro principal, y el mas favorecido del rey Enrique, y por cuyo influjo renunció este á lo que tenia pactado con el César, y ajustó nueva alianza con madama Luisa, madre del rey Francisco. Esta pues dió libertad á Moncada, y le envió al César, prometiéndole muchas cosas por la libertad de su hijo, y al mismo tiempo solicitaba al pontífice y á los venecianos para que juntasen con ella sus armas. Esforcia, que estaba obligado al César con tantos beneficios, comenzó á dar sospechas de su fidelidad, porque irritado de la aspereza de Lanox y de sus malos tratamientos, habia resuelto apartarse de la esclavitud de los imperiales, luego que se le presentase ocasion, y aunque un autor francés afirma que incurrió en la nota de traidor el marqués de Pescara, yo lo tengo por falso. Embarcado Borbon para España, quedó aquel con el mando; pero como estaba quejoso de que el César no le trataba conforme á sus méritos, llegando á entenderlo Moron, primer ministro de Esforcia, hombre de gran talento y de no vulgar elocuencia, se avistó con él y le descubrió la proyectada conjuracion de arrojar de Italia á los españoles. Ponderóle las fuerzas de los conjurados á quienes faltaba general, y le propuso que si queria admitir este cargo le seria dado en premio el reino de Nápoles, en lo cual estaba convenido el pontífice, continuando estas y otras pláticas en muchas conferencias que con él tuvo en varios dias. Entretanto recibió Esforcia la cédula del César, en que le declaraba duque de Milan, y en otra á Pescara el título de general. Los venecianos, solicitado por los ministros del César para que renovasen el anterior tratado, procuraron dilatarlo y ganar tiempo, persuadidos de que mientras el rey de Francia estuviese prisionero, no podria establecerse con solidez ninguna alianza.

Habia comenzado Pescara á hacerse sospechoso á los españoles en Lombardía, y los ministros del César estrañaban que no hubiese antes dado cuenta de lo que pasaba, cuando el príncipe por su natural curiosidad queria que le noticiasen aun las cosas mas pequeñas, pero á este mismo tiempo llegó Juan Bautista Castaldo con cartas de Pescara para el César, en que le referia todo lo acaecido. En su respuesta le encargó el César que cuidase de que el estado no padeciese detrimento alguno. Inmediatamente encerró á Moron en el castillo de Pavía y sitió á Esforcia, que se hallaba enfermo en la fortaleza de Milan; pero el mismo Pescara que se hallaba tocado de la tisis, fue víctima de este mal, que en la flor de su edad le condujo á la sepultura el dia veinte y ocho de noviembre, habiendo nombrado por heredero el marqués del Basto su tio. Fue llevado su cuerpo á Nápoles, y sepultado en la iglesia de Santo Domingo en un magnífico túmulo cerca del altar mayor.

Dos años antes fue tomada Rodas por Soliman con grandes fuerzas, causando esta pérdida universal dolor en el orbe cristiano, pues fácilmente se hubiera conservado esta isla si los príncipes hubiesen desistido de sus discordias. Arrojados de allí los caballeros de Jerusalén, se establecieron en Italia, pasando por este tiempo Felipe de Villers, gran maestre de la órden á pedir socorro al César. Recibieron los españoles con estraordinario regocijo á este hombre tan ilustre por la fama de sus hechos. Oyóle el César con mucha atencion, y alabándole como merecia por su heróico valor, le cedió para siempre las islas de

Malta y Gozo, cercanas al promontorio de Paquino ó Capo Pasaro en Sicilia, y la ciudad de Tripoli, situada en el continente de Africa entre las dos Sirtes, dándole además veinte y cinco mil escudos para los gastos de establecer en Malta el domicilio de la órden.

Despues desto dirigió su atencion contra la impiedad de los moros, que habian renunciado en secreto el Cristianismo, que antes abrazaron por fuerza. Fue encomendado el negocio de estirpar esta supersticion á don Gaspar Dávalos, obispo de Guadix. Muchos hombres doctos trabajaron en hacerles conocer sus errores, pero sin fruto. Por lo cual se mandó por un edicto á todos los moriscos indistintamente que volviesen á la fe cristiana, ó que saliesen de España en todo el mes de enero del año siguiente. En el distrito de Valencia se habia propagado desmesuradamente esta raza de gente, y despreciando el mandato del César, fue preciso recurrir á las armas. Consternados los moriscos desampararon sus casas y haciendas, y se refugiaron en gran número en lo mas intrincado de los montes con sus hijos y mujeres. Parte de ellos se pasaron al Africa; pero en los inaccesibles peñascos de la sierra de Espadan se habian fortificado cuatro mil con armas. Mandó el César al duque de Segorve que les hiciese la guerra, y habiendo reclutado prontamente un ejército de gente del campo y de las ciudades, con alguna caballería de la nobleza se encaminó al enemigo. Hubo varios ataques de una y otra parte, causándose recíproco daño, pero el enemigo se mantenia inmóvil. Acudió oportunamente al socorro del duque de Segorve Rocandulfo con una tropa de alemanes que conducia á Italia, con cuyo auxilio se renovó la guerra con mayor esperanza de sujetar á los rebeldes. Era muy difícil la subida por lo fragoso de aquellos parajes, y al principio causaban terror á los soldados las piedras que arrojaban los enemigos desde lo alto del monte. No obstante subieron á la cumbre, animados por las exhortaciones de sus capitanes, pero con muerte de los primeros que llegaron. Luego que vinieron á las manos se trabó una atroz pelea, estimulando á unos la ira, y á otros la desesperacion. Los alemanes no dieron cuartel á ninguno: quedaron muertos dos mil moriscos, y fue muy grande la presa que se les hizo. Los demás que quedaron vivos fueron reducidos á esclavitud por los españoles.

Las cosas de Portugal se hallaban en un estado próspero, aunque con algunas desgracias. El rey don Juan habia casado con doña Catalina, hermana del César, y se celebraron las bodas en Estremoz con estraordinario regocijo el dia cinco de enero. Fue feliz este matrimonio en su fecundidad, si hubiera vivido la numerosa prole que tuvieron. Siguióse la muerte de doña Leonor, mujer de don Juan el Segundo, despues de una larga viudez empleada en obras de piedad: su caridad para con los miserables y afligidos fue tan grande, que por voz comun de todos era llamada la buena madre de los pobres.

Continuaban todavía en Flandes las discordias civiles, y doña Margarita dirigió sus armas contra los frisios que rehusaban obedecerla, nombrando por generales de sus tropas á Juan Guasenor, y á Skenkio, los cuales sujetaron las ciudades inquietas. Pelearon contra los gueldros, y quedaron estos vencidos; pero Guasenor recibió una herida en esta pelea, que por haber sido mal curada le costó la vida. Acaecieron despues nuevos tumultos, y rebeliones contra la autoridad de los magistrados, y tomaron las armas los pueblos, que cuasi siempre se arman para su propia ruina. Aun era mas cruel la peste que desolaba la Alemania, suscitándose á cada paso horribles tumultos y sublevaciones entre los labradores y gentes pobres incitados por Tomás Muncero, hombre que parecia haber salido del infierno. No se veia otra cosa que maldades y delitos, muertes, rapiñas, incendios, y en fin un general trastorno de todas las cosas. Para ocurrir á tantos males tomaron las armas los príncipes, entre los cuales sobresalió el valor del duque de Sajonia. Hicieron una horrible carnicería en aquellos miserables, habiendo sido muertos ciento y cincuenta mil de ellos, con cuya sangre se estinguió el contagio que tanto se habia propagado. Celebróse en Roma el jubileo con poca concurrencia de gentes, así por la turbacion general que causaba el estruendo de las armas, como por la impiedad de los herejes que no cesaban de clamar contra las sagradas indulgencias. Murió en Verule el cardenal Guillelmo Ramon, natural de Valencia, que habia sucedido en el obispado de Barcelona á don Martin García, y su cuerpo fue llevado á Roma, y sepultado en la Basílica de Santa Cruz. Propuso el César para aquella mitra á don Luis Folch de Cardona, quien tomó posesion en los años siguientes. Habiendo fallecido don fray Diego Deza, arzobispo de Sevilla, le sucedió don Alonso Manrique, obispo de Córdoba; el cual disgustado del gobierno de don Fernando el Católico se habia pasado con otros nobles á Flandes para emplearse en obsequio del príncipe don Carlos: en premio de este mérito obtuvo entonces el obispado de Córdoba, y ahora fue trasladado á otro mas opulento.

CAPITULO VIII.

El rey Francisco es puesto en libertad. Casamiento del César en Sevilla con doña Isabel, hija del rey de Portugal. Vuelve a encenderse la guerra en Italia.

Tratóse en el consejo del César de las condiciones con que debia darse libertad al rey Francisco, la cual apresuraba el César con la esperanza de recobrar la Borgoña, que en otro tiempo fue patrimonio de sus mayores. Deseaba tambien con ardor oprimir á los conjurados de Italia, estando irritado especialmente contra Esforcia, que se habia olvidado tan pronto de tantos beneficios; y esperaba que estando quieto el Francés, podria conseguir mas fácilmente sus designios. Lanoy y los flamencos tenian los mismos deseos; pero el canciller Gatinara estaba propenso á favorecer á los italianos. Finalmente con la venida de Borbon se dedicó á resolver de una vez este negocio. La detencion consistia en las bodas de doña Leonor, con la cual habia ofrecido casarle, y no podia faltar á su palabra sin desdoro de la magestad. Convenia mucho tratar la cosa con arte, y atender mas á la utilidad que á la fama, y á los juicios que podian formar los hombres, que es el modo mas comun en los príncipes de conservar, ó estender su imperio. Habiendo pues llamado á doña Leonor, respondió que jamás habia pensado en dar la mano á un hombre fugitivo. Por lo cual el César imposibilitado de cumplir su promesa, y á fin de aliviar á Borbon el dolor de la repulsa, le confirió el principado de Milan, quitándosele á Esforcia en castigo de su proyectada conjuracion. Sandoval, que es testigo ocular, asegura que la cédula se guarda en el archivo de Simancas. Finalmente el César y el rey de Francia hicieron un tratado en Madrid, y lo ratificaron con juramento á mediados de enero del año de 1526. Si fue justo ó injusto no lo disputaremos aquí. Solo diré que contenia cuarenta y cuatro artículos; los cuales persuadido el rey de que no podian tener fuerza de ley que le obligase, como exigidos violentamente á un prisionero, no cuidó en adelante cumplirlos. Fueron señalados por rehenes de este contrato el delfin y el duque de Orleans: en caso de que el rey no pudiese cumplir lo que ofrecia, se obligó á volver prisionero bajo la potestad del César, restituyendo este los rehenes.

Arreglados de este modo las cosas, y habiéndose

concertado la boda de doña Leonor con el rey, que lo deseaba con ardor, se hablaron muchas veces á solas los dos príncipes, y se pasearon en una misma litera. El rey en compañía del César visitó á su prometida esposa doña Leonor, con quien no habia de desposarse hasta que cumpliese las condiciones del tratado. Entretanto no tuvo el rey ningun alivio en el rigor de su prision: por lo cual creyeron muchos que aquella concordia estaba llena de discordias, y que la amistad de un parentesco conciliado con tan poca libertad seria muy poco durable. Finalmente se puso el rey en camino para Francia, y el César despues de haberle acompañado algunas leguas, y despedídose de él con muchas señales de benevolencia, partió á Sevilla, donde tenia resuelto celebrar sus bodas. Llegó Francisco á Fuenterrabía, y madama Luisa su madre envió desde Bayona á sus nietos el delfin y el duque de Orleans acompañados de Lautrec, y con una escolta de cincuenta caballos, manifestando con lágrimas copiosas el dolor que le causaba su separacion. El dia diez y ocho de marzo se presentó el rey con Lanoy y Alarcon, que llevaban igual escolta, á la orilla del rio que separa á España de Francia. En medio de su corriente estaba un navío magníficamente adornado, y habiéndose hecho en él la permuta de los príncipes, recibió el condestable Velasco los rehenes, y los condujo á Castilla. El rey Francisco montó en un caballo turco, y lleno de gozo en una sola carrera llegó á San Juan de Luz, y desde allí pasó á Bayona, adonde fue recibido con increible alegría por su madre, y con estraordinario aplauso de sus cortesanos.

Mientras que esto sucedia en Vizcaya, don Fernando de Aragon, y don Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo, con un lucido acompañamiento de nobles pasaron á la villa de Alcántara, situada en los límites de Portugal y Castilla, á recibir á doña Isabel, hija del rey don Manuel, prometida en casamiento al César por medio de sus embajadores, habiendo dispensado el papa el impedimento de consanguinidad que tenian. Los hermanos que la seguian y acompañaban entregaron con toda solemnidad á don Fernando de Aragon esta princesa, que era de singular hermosura, y de escelente índole, adornada con un riquísimo vestido esmaltado de piedras preciosas, como convenia á la hija de un rey; tomó don Fernando en la mano las riendas del caballo en que iba la reina, y declaró que recibia la esposa del César para conducirla á su esposo. Luego que llegó á Sevilla esta comitiva entró tambien el César bajo de un pálio de oro que llevaban los magistrados. Recibióle el pueblo con las mayores demostraciones de contento, y con muchos vivas y aplausos que resonaban en toda aquella gran ciudad. Encaminóse á la catedral con pompa triunfal, y despues de haber dado gracias á Dios, pasó al magnífico alojamiento que le tenian prevenido, en el cual los casó el arzobispo de Toledo. Hiciéronse magníficas fiestas; pero se interrumpieron; porque en medio de esta alegría vino la triste nueva de la muerte de doña Isabel, hermana del César, que estaba casada con Cristerno, rey de Dinamarca. Los nobles portugueses que habian acompañado hasta Sevilla á su augusta reina se volvieron á su patria cargados de dones.

Despues de concluidos los regocijos públicos se trasladó el César á Granada, donde se detuvo algun tiempo para restablecer el órden en las cosas sagradas y políticas, que estaba muy alterado por causa de los moros. Los legisladores de la ciudad se quejaron en un memorial de las injurias que á cada paso hacian algunos jueces á aquellos infieles. En su vista mandó el César á don Gaspar Dávalos, don Antonio de Guevara, y otros hombres de conocida probidad que fuesen por los pueblos á informarse de la verdad; habiendo vuelto de su comision le hicieron presente que los moros habian abjurado pérfidamente el Cristianismo, ostigados de la avaricia y soberbia de sus curas. Para desarraigar estos abusos tan contrarios á la verdadera piedad, mandó el César que examinasen este negocio Manrique, arzobispo de Sevilla y inquisidor general; Loaysa, obispo de Osma, fray Pedro de Alba, arzobispo de Granada, don Diego Villaman, de Almería, don Juan Suarez, de Mondoñedo, don Alonso de Valdés, de Orense, y don García de Padilla, teniente gran maestre de Calatrava, con otros varones sabios, y esperimentados; los cuales en una junta acordaron que desde Jaen se trasladase á Granada el tribunal de la Inquisicion, que tuviese cuidado de examinar de mas cerca la religion y costumbres de aquellos hombres; lo que fue ejecutado inmediatamente. Además de esto se mandó que los moros dejasen su traje y lengua arábiga, y usasen del vestido y del idioma español; y que á los muchachos se les instruyese con mucha diligencia en la Religion Cristiana. Pero estas y otras saludables disposiciones no tuvieron cumplido efecto porque todo lo corrompia el oro de Africa. Dieron al César ochenta mil escudos, y otra suma á sus cortesanos; y finalmente creciendo la envidia y emulacion, y disputando entre sí los jueces sobre el conocimiento de las causas de los moriscos, aunque las cosas se habian arreglado en buena forma, de allí á poco padeció todo un general trastorno.

Entretanto el rey de Francia Francisco pasó desde Bayona á Coignac, desde habia mandado juntar los estados del reino para deliberar acerca del tratado hecho con el César; pero en realidad no era otro su designio que hacerle la guerra sin el menor respeto á lo que habia jurado. Enviáronle embajadores el Inglés, el pontífice, los venecianos y Esforcia: el intento de todos era arrojar á los españoles de Italia, y recobrar á fuerza de armas los rehenes que habia dado al César el rey Francisco. Amonestado este por Lanoy y Alarcon, luego que espiró el término señalado para que cumpliese la palabra, bajo la cual habia sido puesto en libertad, descubrió su mala fe diciendo: «que no podia determinar cosa alguna acerca de la Borgoña »contra la voluntad de los estados del reino que se »oponian á lo que habia pactado con el César. Mas »porque esto no estaba en su arbitrio, pediria amigablemente al César se dignase admitir una recompensa pecuniaria, y que en todas las demás cosas »cumpliria fielmente lo prometido.» Dió Lanoy aviso al César de la respuesta del rey, y no puede esplicarse el vivo sentimiento que la causó, y la ira que concibió al ver desbaratados sus proyectos por la perfidia francesa. Consideraba que si queria castigar al rey apoderándose de la Borgoña, y tomar venganza de los conjurados haciéndoles la guerra, convertia contra sí las armas de todos ellos en un tiempo tan peligroso y revuelto en que los milaneses sacudian con tanto esfuerzo el yugo de los imperiales. Para ocurrir á estos males mandó á Borbon que se dispusiese para pasar á Italia. Dióle cien mil escudos para sueldos de las tropas, y ochocientos españoles con siete galeras, ofreciéndole que con la mayor presteza le enviaria mayores fuerzas. Moncada fue enviado embajador á Roma para que viéndose al paso con Lanoy y esplorada nuevamente la voluntad del rey Francisco, procurase atraer al papa á su partido, y no habiendo podido conseguir cosa alguna del rey, pasó á ver á Esforcia y le exhortó á la paz. Pero él se negó á ella, diciendo que no podia alterar nada sin el consentimiento de los demás confederados. Intentó inútilmente ganar á los venecianos con sus cartas, y finalmente, se presentó al papa y le prometió que el César haria cuanto pudiese por defender la libertad de la Italia, por cuya causa no habia perdonado los gastos ni la sangre de sus súbditos. Al mismo tiempo le recordó los beneficios que habia hecho el César á la casa de los Médicis; pero á pesar de todo nada adelantó

con el pontífice, ni pudo penetrar sus designios. Desde allí se trasladó Moncada á Nápoles; estando resuelto á volver luego á Roma para hacer guerra al papa.

Mientras tanto fueron conducidas las tropas venecianas y las del pontífice, que mandaba el duque de Urbino á los confines de la Lombardía, y esperando la llegada de los suizos que habian tomado á su sueldo, consumieron inútilmente el tiempo, dejando perecer á Esforcia, que se hallaba sitiado en la fortaleza de Milan, y falto de todas las cosas necesarias. No obstante se apoderaron de Lodi por la traicion de Luis Vistrini, noble lombardo, habiéndose escapado Fabricio Marramaldo, capitan valeroso, con algunos pocos napolitanos, y los demás fueron muertos ó hechos prisioneros. Con este suceso se animaron mas los confederados, que esperaban libertar al sitiado Esforcia. Aumentadas sus tropas con la llegada de los suizos, intentaron dos veces tomar á Milan; pero la arribada de Borbon con los españoles inutilizó sus conatos. Por lo cual, Esforcia no pudiendo ya mantener la fortaleza combatida tan largo tiempo por el hambre, la entregó solemnemente á Borbon el dia veinte y cuatro de julio, y desde allí se pasó al campo de los confederados.

Por este tiempo acometió Soliman al reino de Hungría, y venció y derrotó en una terrible batalla, cerca de Mogaz, al rey Luis: el cual, habiéndose puesto en fuga, cayó de su caballo y pereció en una laguna. La reina doña María su mujer, abandonó á Buda, ciudad capital del reino, y cubierta de luto y tristeza se retiró á Viena de Austria. Despues de la muerte del rey Luis sin dejar sucesion alguna, y con el consentimiento de los bohemos, subió don Fernando al trono de este reino por derecho hereditario de su mujer, y por el que alegaban los príncipes austriacos. El de Hungría, que se hallaba dividido en facciones, le alcanzó despues con las armas, habiendo vencido y hecho huir á Juan Sepusio que le habia usurpado. Sin embargo duró largo tiempo la guerra, cuya narracion omitimos por ser propia de los historiadores de aquella nacion.

Aumentábase cada dia con nuevas quejas la antigua enemistad que reinaba entre el pontífice y el cardenal Colona. A este pues recibió Moncada bajo de su proteccion por ser muy adicto al César; y deseaba en gran manera estorbar al papa que tomase parte en la guerra de la Lombardía. Para conseguirlo reclutó prontamente algunas tropas, y las juntó con las de los Colonas, y amenazando á otras ciudades de la campiña de Roma, introdujo de repente su ejército en esta capital, y hizo su entrada por la puerta Lateranense con tanta quietud y órden, que ninguno de los artesanos interrumpió su trabajo, ni padeció el menor agravio de la tropa. Marchó esta en derechura al Vaticano, y estos soldados cristianos, mas perversos que los mismos bárbaros, sin tener respeto alguno ni obediencia á sus capitanes, le saquearon en un momento, junto con el sagrario de aquel templo tan venerado de todo el mundo. El pontífice no pudo ser cogido porque se escapó felizmente con los cardenales y su familia, y se encerró en el castillo de San Angel. Desde allí llamó á Moncada, y habiéndole dado rehenes tuvieron una conferencia. Disculpóse este como pudo de la maldad de su gente, que habia sido ejecutada contra sus órdenes, y quitando al soldado parte de las alhajas que habia robado, las restituyó al pontífice, quien por su parte se disculpó tambien de haber entrado en la guerra contra el César. Despues de muchas quejas recíprocas, se convinieron al fin al segundo dia en que las tropas de uno y otro se sacasen del territorio enemigo, y hubiese una suspension de armas, lo cual reclamó Colona que estaba en gran manera irritado contra el pontífice:

Mientras tanto fue entregada bajo de ciertas condiciones la plaza de Cremona, atacada con mucho esfuerzo y por largo tiempo por los confederados. Pero alternando en el pontífice la ira y el miedo con la palabra que tenia dada, sacó su ejército de la Lombardía como lo prometió, y deseoso de la venganza lo envió contra las tierras de los Colonas bajo el mando de Vitelio, quien lo llevó todo á fuego y sangre. A este mismo tiempo fueron llamados de Francia Lanoy y Alarcon, y con una armada española se apoderaron del puerto de Gaeta, habiendo recibido en su navegacion algun daño de la armada de los confederados. Desembarcaron allí siete mil soldados, y acudiendo Lanoy al socorro de los Colonas tan maltratados por el papa, volvió á encenderse la guerra. Entretanto Jorje, baron de Fronsberg, que era muy adicto al César, introdujo en la Italia un ejército de trece mil alemanes y quinientos caballos. El duque de Ferrara, que á causa de sus antiguas discordias con el pontífice habia entrado por este tiempo en la alianza y amistad del César, le ayudó con dinero y artillería. El ejército molestaba cuanto podia á las tropas de Urbino, y tuvieron frecuentes peleas, en las cuales fue muerto por una bala de artillería Juan de Médicis, hombre intrépido en la guerra, y de mucho talento, pero venal y de una inconstancia estrema.

Habiendo pasado el Pó el ejército aleman, estableció su campo entre Parma y Plasencia, y allí se le juntó muy á tiempo el príncipe de Orange, que habiendo alcanzado de los franceses su libertad con dinero, se habia detenido en Mántua. Este año se pasó mas bien en disponer la guerra que en hacerla; revolviendo entretanto los confederados muchos proyectos; El Inglés, que era hombre vano, se arrogaba el título de árbitro de la paz y de la guerra, aunque nada habia aventurado, á escepcion de una corta suma que envió al pontífice para los gastos. El rey Francisco se hallaba entregado á los placeres, si hemos de dar crédito á los escritores de su nacion, y olvidado enteramente de los cuidados de la guerra, sin embargo de que á él le importaba mas que á otro alguno. Envió un corto número de galeras á la armada comun de los confederados al mando de Pedro Navarro, y al marqués de Saluzo con un corto número de tropas mal pagadas. Los venecianos obraban con actividad segun lo pactado en la alianza. Pero el duque de Urbino, á quien habian conferido el mando de sus tropas, hacia la guerra con mas ostentacion que vigor. Del despojado Esforcia no habia que esperar socorro alguno. El pontífice tenia mucha falta de dinero, y los florentinos ya no tenian que darle, por lo cual envió á todas partes legados hábiles que exhortasen á los confederados á que mirasen por la causa comun. Al mismo tiempo trataba de paz con el César y rehusó las condiciones que se le enviaron de España. El duque de Sesa, embajador del César en Roma, afirmaba que no se podia mudar cosa alguna de ellas. Escribiéronse recíprocamente muchas cartas, enviáronse muchos mensajeros, y al fin fueron desechadas las condiciones. El César y el papa mudaban de parecer al paso que las cosas mudaban de aspecto, y todo era ficcion, y palabras contrarias á sus designios: entreteníanse uno á otro en vanas esperanzas para ganar tiempo, y llevar adelante lo que tenian comenzado; y entretanto la miserable Italia, cuya causa se jactaban de defender, padecia la pena de sus discordias.

CAPITULO IX.

Prosigue la guerra de Italia. Liga del pontífice y otros príncipes contra el César. Asalto de Roma por Borbon.

Siguióse el año veinte y siete de este siglo, funesto á la verdad, y horrible por sus muchas calamidades. La Italia fue de tal manera molestada con muertes, destierros, robos, hambre y peste, que

jamás padeció tanto en los tiempos anteriores con las incursiones de los bárbaros. Habiendo Borbon exigido dinero á los milaneses con la mayor violencia, compuso un ejército muy numeroso y fuerte con los soldados veteranos y los socorros que recibió de Alemania. Sacó con astucia veinte mil escudos á Moron, amenazándole con la muerte; y atraido despues del ingenio de este hombre, se valió de él para todas sus empresas. Dejó á Leiva en Milan con una mediana guarnicion, y en el mes de enero puso en marcha sus tropas con el marqués del Basto, y para mantenerlas con mayor abundancia, hizo una invasion en el campo de Bolonia con auxilio y consejo del duque de Ferrara. El pontífice muy confiado en el socorro de los confederados, ó arrebatado de la ira, habiendo contravenido á las treguas que últimamente tenia hechas con Moncada, volvió de nuevo á tomar las armas contra los Colonas con mayor esfuerzo que antes; y á no haber sido porque en los principios le faltó dinero ó por la perfidia de sus capitanes, que mas querian mandar por largo tiempo que vencer, hubiera conseguido la victoria, pero á lo menos puso á Nápoles en gran peligro. Es cierto que Vitelio habia rechazado del sitio de Frusalon á Lanoy con alguna pérdida, pero no quiso seguirle á pesar de las reclamaciones del legado pontificio; y finalmente alegando algunos falsos pretestos, se restituyó con las tropas á Piverno. Al mismo tiempo hacia la guerra en el Abruzo superior con próspero suceso el general Renzo, y habiendo vuelto á Roma, donde era necesaria su presencia, fueron recobrados Aquila y otros pueblos por Carrafa, conde de Montorio, y puestos en fuga sus hijos, los cuales se habian pasado á los confederados. Horacio Baleoni saqueaba impunemente las costas de Nápoles con la armada veneciana y pontificia, llevando consigo á Vallemont, hermano del duque de Lorena, llamado por el papa para promover los antiguos derechos de la casa de Anjou. Tomada Salerno, ciudad principal del Principado Citerior, corrió ligeramente Baleoni por las faldas del monte Vesubio hasta las puertas de Nápoles, obligando á Moncada, que tenía menos fuerzas, á encerrarse dentro de los muros de la ciudad. Mas como no venian de Francia ningunos socorros, parecia mas aquella empresa un tumulto que una guerra. Causaba esto mucha inquietud al pontífice, y comenzó á desconfiar del feliz suceso, y á implorar el auxilio de los confederados. A la verdad, despues que con tantos esfuerzos y con tan poco fruto habia acometido el reino de Nápoles, dejó de ser temido por los imperiales. Por el contrario temia mucho á Borbon, que venia con un ejército muy poderoso. Detestaba una guerra tan infausta, y al mismo tiempo no podia avenirse á la paz. Así pues, viéndose en tan estrecho conflicto, acudió segunda vez al refugio de las treguas. Concedióselas Lanoy el dia quince de marzo, deseoso de alejar la guerra del reino que estaba á su cargo, y pasó desde Nápoles á Roma para ratificarlas. No podia el pontífice soportar los gastos de esta guerra, y confiado vanamente porque tenia consigo el fiador de las treguas, despidió su ejército. Entretanto se iba acercando Borbon: saqueaba y talaba todos los lugares por donde pasaba, infundiendo por todas partes el terror y el espanto, siendo testigo de todo esto el ejército de los confederados, que le seguia, sin procurar la venganza de tantos estragos. El marqués del Basto que conocia la impiedad de Borbon, para no implicarse en su maldad abandonó el campo, y se retiró á Nápoles. No se atrevió Lanoy á enviar mensajero á Borbon con la noticia de las treguas que habia hecho con el papa, ni tampoco á venir á su campo temeroso del furor de las tropas irritadas con la esperanza del saqueo, y de que no podria conseguir nada de un hombre tan duro y violento. Este pues, arrebatado de la venganza, declaró nulas las treguas por haberse hecho sin órden suya, que era el lugarteniente del César en Italia. El duque de Urbino, y el marqués de Saluzo pusieron su campo en el territorio de Florencia á fin de defender la ciudad. Pero Borbon habiendo amenazado los florentinos para encubrir sus intentos, mudó de improviso su marcha, y encaminó su ejército hácia Roma. Atónito y amedrentado el pontífice con esta nueva; encargó á Renzo la defensa de la ciudad. Juntó este aceleradamente las tropas, mandando tomar las armas á todo género de oficiales y artesanos, y repartió por los muros esta inútil y inesperta milicia, cuyo número dicen algunos que llegaba á seis mil hombres. Presentóse Borbon con su ejército á vista de la ciudad, y el dia siguiente los españoles é italianos arrimaron las escalas á los muros, y subieron por ellas exhortándolos Borbon con su voz y con su ejemplo, pues fue el primero que subió con valerosa intrepidez. Intentaron los alemanes derribar las puertas á fuerza de golpes, y se comenzó una pelea sangrienta y tumultuosa. Cayó Borbon de los primeros, atravesado de una bala por las ingles; pero no se abatió el ánimo de los soldados con la muerte de su general, antes irritados, con mas ferocidad, pelearon con mayor esfuerzo y rechazaron y arrollaron cuanto se les puso delante. Finalmente, ganadas las murallas, quebrantadas las cerraduras de las puertas, ocuparon una parte de la ciudad con diversas tropas, matando sin distincion á todos los que encontraban. Despues de esto embistieron con igual furor la puente del Janiculo, y renovaron el estrago. Consternado el pontífice con tan horrible tumulto, y viendo ya al enemigo dentró de Roma, se encerró apresuradamente en el castillo con los cardenales y los embajadores de los confederados. Renzo y otros buscaron el mismo refugio, conociendo ser imposible la defensa de la ciudad.

Cansadas las perversas manos de los soldados de derramar sangre, se convirtieron al saqueo. Profanaron, incendiaron y destruyeron las cosas mas sagradas, sin temor ni miedo de aquel Dios que tenian presente. Echáronse sobre los bienes y riquezas de todos, y todo lo robaron y saquearon promiscuamente sin distincion de sagrado ni profano. Su brutalidad desenfrenada no perdonó ni aun el pudor de las vírgenes consagradas á Dios. Los ciudadanos opulentos fueron atormentados con esquisitos suplicios para que manifestasen sus riquezas, y otros rescataron sus personas, las de sus mujeres, hijos y casas á costa de enormes sumas. No hay en fin ningun género de contumelia y atrocidad que no cometiese el soldado, especialmente los luteranos alemanes, que hicieron los mas crueles insultos á los obispos y demás personas venerables por su sagrado carácter, sin perdonar su impiedad sacrílega á los templos y casas religiosas, ni á las imágenes de los santos; calamidad espantosa, que hizo derramar al papa copiosas y amargas lágrimas. Fue tomada Roma, aquella señora del mundo entero, el dia seis de mayo, y en siete dias fue desolada y aniquilada por el furor militar; habiendo sido muertos cuatro mil romanos, y apenas mil de los imperiales. El príncipe de Orange fue saludado general por el ejército en lugar de Borbon, cuyo cuerpo enterrado á la entrada de la fortaleza de Gaeta en un sitio profano, careció de los honores fúnebres; grande ejemplo de las vicisitudes humanas; pero castigo propio de un hombre que se hallaba herido con el rayo del Vaticano. Su muerte fue muy poco sentida, porque el nombre de tránsfugo le habia hecho aborrecido de todos, y como si su sombra detestable anduviese vagando por la familia, escitó de tal suerte contra ella el odio de los reyes de Francia, que no habia ninguna á quien tanto aborreciesen.

Los florentinos valiéndose de esta ocasion para reprimir el poder de los Médicis que les era insoportable, se sublevaron contra Hipólito y Alejandro, y los arrojaron de la ciudad; y restableciendo la antigua forma de la república, crearon dictador á Nicolás Coponio, con increible sentimiento del pontífice, que era en estremo apasionado á su familia. Perdió finalmente la esperanza del socorro de sus socios que se estaban quietos en su campo, sin haber hecho la menor cosa para librarle, y fatigado de tantos trabajos y de un encierro tan cruel se entregó bajo unas condiciones poco honrosas. Despojado pues el papa de su tesoro, y de las ciudades fortificadas, le quitó el César la facultad de hacerle mal, pues en sus cartas á Lanoy le previno que no permitiese que el prisionero volviese de nuevo á ser su enemigo. Es cierto que al principio detestó el César la maldad de Borbon; pero se aprovechó del fruto de la victoria, con poco miramiento de su fama, y con mucha indignacion de toda la España que, como todo lo restante del orbe cristiano, se horrorizaba de la maldad atroz y vergonzosa de haber tratado al sumo pontífice con tanta impiedad y avaricia. Mientras que por todas partes se juntaba dinero por buenos y malos medios para pagar el sueldo y satisfacer la codicia de los soldados, obligando á ello la necesidad, fue entregado el papa y los cardenales á Alarcon para que los custodiase en la misma fortaleza, habiendo puesto en libertad á los demás. Entretanto Lanoy fue tocado de la peste que entonces afligia á Roma, y se retiró á Aversa, donde murió, como dice un historiador napolitano. Su cuerpo fue llevado á aquella ciudad capital del reino, y sepultado honoríficamente. El César le habia colmado de muchos opulentos principados, y su hijo tomó el título de príncipe de Sulmona. Sucedióle en el gobierno de Nápoles Moncada, hombre poco grato al pontífice.

La Lombardía estaba dividida entre Leiva y Esforcia, que mútuamente se hacian la guerra con medianas fuerzas, y mas bien para defenderse que para ofender. Pero Leiva como era tan intrépido y activo, aprovechándose de una ocasion que se le presentó sacó de noche sus tropas de Milan, y al salir el sol acometió con grande ímpetu al campo enemigo, y mató á mas de dos mil, como si estuvieran encerrados en una red, habiéndose escapado muy pocos. En lo mas crudo del invierno fue tomada Novara por Timelo, despues de haber arrojado la guarnicion que allí tenia Esforcia; y el soldado acostumbrado á vivir de rapiñas y robos, hizo muchas presas en todo el país sin distincion alguna de amigos y enemigos. De este modo los príncipes para defender sus derechos lo trastornan todo. El César habia escrito con mucha sumision al pontífice disculpándose de lo hecho, y tambien escribió á los demás príncipes, atribuyendo toda la culpa á Borbon. El Inglés no le dió respuesta alguna, pero habiendo enviado al arzobispado de York á Amiens, hizo una nueva alianza con el Francés con el piadoso objeto de poner en libertad al pontífice, y borrar esta ignominia del nombre cristiano. Mas la verdad era que le abrasaba la emulacion de la contínua felicidad del César. Los venecianos atrajeron á esta alianza á los florentinos, á los cuales intentó en vano el César atraer á su partido por medio del duque de Ferrara.

Arregladas las cosas de España, y establecida una junta de hombres grandes en sabiduría y prudencia, á quienes encomendó el cuidado de defender y conservar el decoro de la magestad real, y suscitándose nueva discordia con el Francés salió el César de Granada, y vino á Valladolid con la emperatriz que estaba en cinta. Poco despues, á saber, el dia veinte y dos de mayo, dió á luz un niño, á quien pusieron el nombre de Felipe en memoria de su abuelo y fue bautizado por el arzobispo de Toledo. Toda la España se llenó de estraordinaria alegria y con este motivo se hicieron fiestas públicas; pero habiéndose recibido la noticia de la toma y saqueo de la capital del mundo cristiano, fueron interrumpidas para no agravar con estos regocijos el universal dolor y tristeza, aunque despues fueron renovados con grande pompa y gastos inmensos. Hubo torneos entre los grandes del reino, en cuyos combates se aventajó el César, y se halló presente á las corridas de toros; y finalmente no faltó cosa alguna á la pública alegria.

En este mismo tiempo se encendió de nuevo la guerra con mayor esfuerzo, habiendo desechado el César las condiciones que los confederados querian prescribirle con menoscabo de su dignidad imperial. Fue nombrado Lautrec por generalísimo á peticion del Inglés; y se hicieron todos los preparativos necesarios para una larga guerra. Mientras tanto Lautrec, habiendo pasado los Alpes con un espedito ejército, acometió á la Lombardía, y tomó á Bosco. Andres Doria estrechaba á Génova, y impedia que la entrase socorro por mar. Fue Lautrec llamado oportunamente, y se apoderó de la ciudad y de la fortaleza; y habiendo sido arrojados los Adornos, volvió Tribulcio auxiliado de una guarnicion francesa, y se le confirió el gobierno. Aumentadas despues las tropas de Lautrec, acometió con mucho esfuerzo á Alejandria, cuyos muros batió Navarro con la artillería y con minas subterráneas. Los imperiales despues de haber dado muchos ejemplos de valor en la defensa de esta ciudad, la entregaron al Francés bajo la condicion de quedar salvas sus personas y bienes. Los embajadores de los confederados obtuvieron que esta plaza se restituyese á Esforcia, no sin disgusto de Lautrec que deseaba retenerla. Fue tomada tambien Pavía con las mismas condiciones, y Lautrec la preservó de ser reducida á cenizas, como querian sus tropas, teniendo todavía muy vivo el dolor de la anterior derrota. Abstúvose por entonces de invadir el resto de la Lombardía, y se contentó con poner guarnicion en Viagras, para impedir que Leiva no pudiese salir de Milan, donde se hallaba encerrado, y para que con este estimulo no le abandonasen Esforcia y los venecianos hasta concluir la guerra; lo cual les desagradó mucho, pues nada deseaban tanto como el arrojar al enemigo de sus fronteras. Rara vez hay concordia en las guerras de los aliados, pues cada uno de ellos mira solo á su utilidad particular, y los mas poderosos con el deseo de conseguir lo que intentan, ni cuidan del bien de sus socios, ni de su misma fama. Porque al poder acompaña la soberbia, y á esta sigue muy de cerca el desprecio de los mas débiles. Finalmente juntó el Francés un poderoso ejército con las tropas que cada dia le llegaban, y se puso en marcha á Plasencia. Los suizos caminaban con mucha lentitud, porque repugnaban al principio alejarse tanto de su patria, y al fin pidieron licencia para retirarse, como lo hicieron. Para suplir su falta procuró el rey Francisco reclutar nuevas tropas en Alemania, y entretanto no perdió el tiempo Lautrec delante de Plasencia, pues con ruegos y amenazas atrajo á su partido á los duques de Ferrara y Mantua.

En este mismo tiempo fray Francisco Quiñones de los Angeles, ministro general de los franciscanos, trajo órdenes del César para que sin demora alguna fuese puesto en libertad el pontífice con ciertas condiciones. Muchos creyeron que hizo esto para anticiparse á sus adversarios, pues si ellos hubieran libertado al papa, recaería sobre el César una eterna infamia, que ninguna cosa seria capaz de borrarla. Deseoso el pontífice de verse libre y estando oprimido de deudas, y sin tener de que echar mano para pagar su sueldo á los soldados que lo pedian con insolencia, concilió por dinero los capelos vacantes. Finalmente, ajustado el negocio con Moncada, envió

este á Roma á Serenon su secretario, y á los principios del mes de diciembre salió disfrazado el pontífice del castillo por una puerta secreta á fin de que los luteranos no le hiciesen ningun insulto, y se trasladó á Orvieto acompañándole Luis Gonzaga con una escolta de imperiales. Los confederados no hicieron cosa alguna memorable en los dominios pontificios donde estuvieron ociosos, sirviéndole mas de carga que de auxilio. Los españoles y los italianos, aviniéndose mal con los alemanes, se retiraron á las tierras de la Toscana para evitar la peste, pero los alemanes permanecieron en Roma con grave daño suyo, porque el contagio hacia en ellos los mayores estragos. La armada de los confederados que se dirigia á Cerdeña padeció una terrible tempestad que la causó gran pérdida, sin que pudiese conseguir la empresa que intentaba.

CAPITULO X.

Negociaciones inútiles para ajustar la paz. Sitio de Nápoles por Lautrec.

Hacia Lautrec muy pocos progresos en la guerra, porque esperaba nuevas órdenes del rey, que por este tiempo tenia gran deseo de hacer la paz. A este fin envió embajadores al César, quien tambien por su parte se hallaba dispuesto á ella. Proponia el rey Francisco que se le entregasen los rehenes pagando al César dos millones de escudos, y que en adelante no se hiciese mencion alguna de la Borgoña. Pero la esperanza de este ajuste se desvaneció por la escesiva prudencia y sagacidad de Gatinara, que ante todas cosas pedia que el rey sacase su ejército de los confines de Italia. No era verisímil que se prestase á hacerlo despues de recobrar sus rehenes, cuando hallándose estos retenidos todavía en España, se habia negado á esta condicion. Por el contrario, los embajadores insistian en que de ningun modo se moveria de allí el ejército hasta que entregado el dinero, se recibiesen los rehenes. No pudiendo pues concordarse en lo que recíprocamente solicitaban, y perdida la esperanza de vencer la pertinacia y mútua desconfianza de los ministros, resolvieron al fin esperimentar de nuevo la fortuna de la guerra. A la verdad, con las contiendas de semejantes hombres sucede muchas veces que no se busca de buena fe lo que conviene al bien público.

En este mismo tiempo pasó el César á Burgos desde Valladolid, á causa de las muchas enfermedades que allí habia. Los reyes de armas del Inglés y del Francés se presentaron al César á principios de enero de este año de 1528 para desafiarle. Los embajadores de los confederados le declararon la guerra, y pidieron se les proveyese de lo necesario para el viaje; despues de esto fueron introducidos en la presencia del César los reyes de armas y le intimaron el desafio. El Francés hizo un largo discurso con poca templanza; pero el César con apacible semblante le respondió. «Que de ninguna manera podia el rey de»clarar la guerra, siendo como era su prisionero, y »estando sujeto á la potestad ajena, y mucho menos »podia hacerla prohibiéndoselo el derecho de las »gentes: que sin embargo pelearia con él cuerpo á »cuerpo, con deseo de evitar que se derramase la »sangre cristiana, como lo habia significado dos años »antes en Granada al embajader Calmont, ofendido »de que el rey Francisco hubiese faltado á su prome»sa.» Añadió á esto otras razones muy picantes, arrebatado sin duda de sus resentimientos, pues por otra parte era príncipe de singular modestia, y que hablaba muy poco. Al Inglés, despreciando su desafio le respondió: »Que procuraria despachar »cuanto antes las tropas que tenia prevenidas.» Fueron despues arrestados los embajadores, y lo mismo se hizo en Francia con Nicolas Perenoto, que lo era del César; pero de allí á poco tiempo se convinieron los príncipes en ponerlos en libertad. Envió tambien el César al rey Francisco un rey de armas con un cartel escrito con la mayor acrimonia, pero este no quiso permitirle que lo leyese en público si no señalaba antes el lugar del combate, y aun añade un autor francés que le amenazó con la horca si no se quitaba cuanto antes de su presencia. Estos desafios dieron motivo á muchos discursos, y á la verdad, en aquel tiempo era esto el principal alimento de la fama. De aquí ha nacido tanta variedad entre los historiadores, y tantas relaciones que deben reputarse por fábulas, forjadas para contentar la pasion de los pueblos donde se escribieron.

Irritados de este modo los ánimos de los príncipes, se renovaron los males del orbe, que de alguna manera parecia haber sido fomentados con la alianza precedente. Hacíase ya la guerra en Italia por mar y por tierra. La armada confederada acometió al paso levemente á Puzol en el golfo de Bayas: y dirigiéndose desde allí á las costas de Cerdeña, tomó á Sacer y los castillos inmediatos. Pero con el miedo de la peste, que cundia mucho y hacia grande estrago en el soldado y en el marinero, habiendo hecho alguna presa, se retiraron los comandantes cada uno por su parte. Renzo navegó á Liorna con una terrible tormenta. Los venecianos se volvieron á Corfú, isla del mar Jonio, y Doria á la Liguria con mas apacible temporal. En este tiempo, habiendo movido Lautrec su campo, introdujo gran número de tropas en el reino de Nápoles por la Romania y la Marca de Ancona. Navarro ocupó á Aquila con un escogido escuadron, y además se entregaron muchos pueblos y fortalezas, mas por la inconstancia de sus habitantes que por la fuerza de las armas. Finalmente, salió á campo raso el ejército, que por tanto tiempo habia afligido á Roma, habiendo dado el pontífice, despues de ocho meses, cuarenta mil escudos para sacar de la ciudad á los alemanes. Pero estaba tan disminuido por la peste y la desercion, que de treinta mil que habian entrado en Roma, apenas siguieron las banderas doce mil infantes, y mil y quinientos caballos.

Pusieron su campo en un sitio elevado cerca de Troya en la Capitanata, y el Francés estableció el suyo no lejos de Teati. El marqués del Basto deseaba presentar batalla al enemigo; pero Alarcon con prudente consejo juzgaba que debia proceder con mas cautela; «y que no se debia aventurar todo al »peligro de una batalla, porque no era igual el pre»mio de la victoria entre el ejército francés y el reino »de Nápoles.» Aprobaron los generales este dictámen, y despues de algunos leves combates se retiraron de allí á la entrada de la noche, habiendo tomado el consejo de defender á Nápoles y Gaeta. Continuando Navarro sus empresas tomó á Melfi y su fortaleza, con estrago de sus habitantes, y hizo prisionero á Fabricio Carrafa, príncipe de esta ciudad, el cual siguió despues para su ruina el partido de la Francia. Tambien fue tomada la fortaleza de Venota, aunque los españoles la defendieron con mucho valor por largo tiempo. Sujetáronse á los franceses la mayor parte de la Pulla y la Basilicata, habiéndose preservado solo la ciudad de Siponto que defendian mil españoles escogidos.

Entretanto llegaron el marqués de Saluzo y Luis Pisani al campo francés con el último escuadron del ejército, habiendo sido llamado el duque de Urbino de las fronteras de Lombardía. Tambien acudió Baleoni que mandaba las tropas no despreciables de los florentinos, y á estos se siguieron algunos pequeños socorros de los duques de Ferrara y Mantua. Un historiador francés asegura que el ejército de Lautrec

se componia de ochenta mil infantes y veinte mil caballos, pero la tercera parte solo servia para aumentar el número y no la fuerza, habiendo quedado tres mil venecianos para que recorriesen las costas. A la llegada del Francés se entregaron las ciudades de Capua, Nola, Acerra, Aversa y otros pueblos de aquel amenísimo país. Finalmente fue sitiada Nápoles á fin de abril, acampándose los franceses en una quinta cercana que era el recreo de Alfonso Segundo. Habia recibido Moncada dentro de la ciudad á los españoles y alemanes, y al capitan Marramaldo con seiscientos italianos, y fortificó cuidadosamente el monte de San Martin, que domina á la ciudad. Los mas ricos de los ciudadanos se habian retirado á las islas cercanas con sus mujeres y hijos, á fin de evitar los males de la guerra que los amenazaba. Pero viendo Lautrec que eran inútiles todos sus esfuerzos; y que el espugnar la ciudad era mucho mas dificil de lo que habia pensado, le pareció lo mas conveniente reducirse á sitiarla, y á impedir que la entrasen víveres por mar, ni por tierra, estando cierto de que con la paciencia conseguiria su intento, y que solo con la espada del hambre podria rendir una plaza tan fortalecida por las obras del arte, y por su poderosa guarnicion. Así pues, intentó con gran conato cerrar todas las avenidas de una ciudad tan grande y desigual por estar situada en collados, pero por la desidia de los franceses se interrumpieron muchas veces los trabajos, y no llegaron á concluirse, lo cual fue causa de su pérdida, y de la salud de los sitiados. Uno de los cuidados de Lautrec era el impedir la comunicacion por el mar, porque á este mismo tiempo combatian los venecianos las ciudades del mar Superior de aquel reino, para quedarse con ellas segun lo pactado. Doria permanecia quieto en Génova, buscando pretestos para dilatar la salida á causa de que se habia entibiado mucho su afecto á los franceses. Sin embargo envió á Philipin Doria con ocho galeras que incomodaron en estremo á los cercados, los cuales padecian mucho con la falta de víveres.

Para alejar Moncada á un enemigo tan importuno como este, armó ocho galeras en que se embarcó la mas escogida tropa de españoles, y con poca prudencia quiso él mismo acompañarlos en el peligro, y le siguieron el marqués del Basto, Ascanio, Colona y otros varones ilustres por sus hazañas y nacimiento. No ignoraba el Genovés los proyectos del enemigo, y así habiéndole enviado Lautrec para su mayor guarnicion cuatrocientos arcabuceros muy diestros con su capitan Croc, se apostó cerca de Salerno con intento de pelear. Luego que dobló el cabo de Minerva, y observando que se le acercaba la armada enemiga, mandó á tres galeras que separándose de las demás hiciesen á vela y remo una aparente fuga, y que mientras se hallase con las restantes en lo mas fuerte de la pelea con el enemigo, le acometiesen por la espalda. Pelearon unos y otros con grande esfuerzo, y con igual peligro, destrozándose mútuamente con la artillería. Pero luego que vinieron á las manos, fue mucho mas horrible el combate, y la mortandad fue grande de una y otra parte. Nada se hacia con orden ni consejo, y la suerte dirigia todas las cosas, impidiendo el humo que se viesen unos ni otros. Hallábanse ya muy próximas á ser tomadas las galeras genovesas, cuando aquellas tres que se habian separado vuelven con grande ímpetu, y acometen á las imperiales con toda la fuerza de su artillería. Mientras que Moncada exhortaba á los suyos con su voz y con su ejemplo, cayó sobre él el mástil de la galera, y despues acabaron de matarle con una lluvia de piedras y de granadas encendidas. Finalmente despues de una atrocísima pelea, se pusieron en fuga dos galeras, otras dos quedaron destrozadas, y las demás cayeron en poder de los genoveses. Fueron hechos prisioneros Basto, Colona, Serenon y otros de los principales. Pero la victoria fue muy costosa á los vencedores, pues murieron en el combate la mayor parte de los franceses y genoveses, y los demás quedaron heridos. Con la flor del ejército español pereció el virey, varon muy valeroso y intrépido en los peligros. Nació en el territorio de Valencia, y fue su padre don Pedro, marqués de Aitona: en su juventud siguió la milicia de los caballeros de San Juan, y despues pasó al servicio de Carlos Octavo, rey de Francia, y del duque de Valentinois. Pero habiéndose suscitado guerra entre el rey don Fernando el Católico y Luis Décimo segundo, fue á servir en los reales del Gran Capitan Gonzalo de Córdoba. Guiciardino dice que su cuerpo fue arrojado al mar; pero es falso, pues consta fue llevado á Valencia, y en el convento de Nuestra Señora del Remedio, del órden de la Santísima Trinidad, donde se escribe esta historia, fue sepultado en un magnífico túmulo de mármol, y su busto está colocado entre los demás de su familia. Habiendo quedado Philipin por dueño del mar, creció en la ciudad la dificultad de introducir víveres, y la carestia se aliviaba muy poco con los ganados y provisiones que cogian los soldados á los franceses en las salidas que hacian de la plaza. Por lo cual eran frecuentes las escaramuzas, y casi siempre favorables á los imperiales, aunque murió en una de ellas Baleoni, general de gran nombre y fama entre los italianos.

En la Basilicata y en la Pulla eran muy felices los sucesos de los confederados, pero muy adversos en la Calabria. Porque habiéndose juntado el conde de Burela con mil infantes que condujo de Sicilia, á Alarcon el jóven y á los nobles que estaban por el César, reprimió de tal modo el ímpetu de Simon Romano, que despues de haber impedido á la tropa de este sus correrias y robos, dispersándola casi toda le obligó á él mismo á encerrarse en la fortaleza de Cosenza que antes habia tomado. Los embajadores de los confederados instaban en vano al papa á que entrase en esta guerra; pues aunque era apasionado á novedades, le hacia proceder con timidez la calamidad que recientemente habia padecido, y esperaba el éxito de la presente guerra para tomar su partido. En la Lombardía todo estaba inquieto. Leiva se habia apoderado por asalto de Pavía; y arrojó con leve esfuerzo la guarnicion de Viagras. Despues fue á verse con Enrique de Brunsvik, que habia venido con diez mil alemanes y seiscientos caballos por mandado del César para socorrer á Nápoles. Pero faltando dinero para la paga, y no pudiendo Leiva socorrerle, pues mantenia á su gente con lo que podian robar en el territorio enemigo, rehusó pasar adelante. No obstante á persuasion suya, y para sacar algun fruto de tan grande ejército, intentó acometer á Lodi, pero con desgraciado éxito. Los soldados fueron afligidos con dañosísimas enfermedades que arrebataron á muchos. Parte de ellos, aunque no habian recibido la paga, se retiraron á su patria; y obligado de la necesidad levantó el sitio de Lodi, y se volvió á Alemania, habiendo dejado á Leiva dos mil infantes para reemplazar sus pequeñas tropas.

No decayó de ánimo el príncipe de Orange, sucesor de Moncada en el gobierno de Nápoles, aunque habia perdido la esperanza de recibir socorro; Philipin, que estaba muy irritado de la arrogancia de Lautrec porque le habia pedido con ultraje los prisioneros, aflojó mucho en estrechar á la ciudad, con grande alivio de los sitiados; y finalmente luego que se le juntaron las galeras venecianas, que eran veinte y dos, se retiró de allí absolutamente, Andrés Doria su tio se habia hecho amigo del César por la mediacion de Quiñones, general de San Francisco, á quien el pontífice habia conferido el capelo en premio de sus grandes méritos y se pasó al servicio del emperador,

despues de cumplido el tiempo que habia pactado con el rey Francisco, devolviéndole el collar de oro del órden de San Miguel, símbolo de la milicia y amistad francesa. Habiendo cerrado los venecianos la entrada del puerto de Nápoles, estrechaba de nuevo el hambre; pero don Fernando de Gonzaga, no menos ilustre por su sangre que por su pericia militar, no desistia de ponerse muchas veces en gran peligro, á fin de aliviar en lo posible aquella escasez. Robaba en los campos lo que antes encontraba á costa de heridas, y no perdonaba riesgo ni fatiga alguna para sustentar la ciudad que se hallaba afligida con muchos males. Habia perecido por la peste un inmenso número de ciudadanos, que segun un autor nacional llegaron á sesenta mil, y una gran multitud de soldados; especialmente alemanes, por la mala calidad de los víveres que comian. Los que quedaron con vida, amenazaban que se retirarian si no se les pagaba su estipendio, y el príncipe de Orange reprimió mas de una vez sus alborotos, con ruegos y con dinero. Era grande la escasez que habia en la ciudad de víveres y de todas las cosas necesarias; habiéndose consumido casi todo con tan largo asedio. Pero aun era mayor la calamidad que padecian los franceses con un cruel contagio nacido de la inclemencia del tiempo, y de las aguas podridas que introdujeron temerariamente en la plaza, á fin de hacer mal con ellas á los sitiados. Su campo estaba cubierto de cadáveres, y todas las tiendas llenas de enfermos. Molestábalos tambien la falta de víveres; y el rey no enviaba dinero alguno para la paga de los soldados; y aunque el Inglés contribuia con lo que habia prometido, era este un corto auxilio. Finalmente, habiendo venido de Francia en la armada de Barbesio que sucedió á Doria en el mando del mar, Carlos de Fox, hermano del príncipe de Navarra, con algunos nobles, solo sirvió para agravar el mal. Tambien recibieron una corta suma de dinero, que para el estado lamentable en que se hallaban, era un socorro muy débil é insuficiente.



Espada de Francisco I. (1)

En una situacion tan crítica, salió Marramaldo de la ciudad con parte de la guarnicion, y arrojó á los franceses de Puzol, Capua y Nola. Somma, pueblo situado á la falda del Vesubio, fue tomado dos veces, y saqueado por esta tropa napolitana; habiéndose llevado los caballos, la artillería, y aun la pólvora de la guarnicion que allí tenia puesta Rangoni, porque nunca pudieron los sitiadores impedir del todo la salida á los sitiados. Encendióse cada dia mas la peste, y llegó á tal estremo, que apenas quedaron á Lautrec mil infantes, y cien caballos voluntarios, y él mismo estaba enfermo. Resistióse obstinadamente este hombre imperioso á las exhortaciones que le hacian para que levantase el sitio y se retirase á una tierra mas saludable, porque estaba resuelto á morir en la demanda. El furor de la peste no solo se estendia por el vulgo de los soldados, sino que tambien cundia entre los principales, habiendo fallecido de ella el legado del papa, Pisani, general de los venecianos, y el príncipe Carlos de Fox., hermano de Enrique, con Candale y Valdemont, Camilo, Tribulcio, y otros; y los demás, escepto Saluzo y Rangoni, se hallaban gravemente postrados. Convaleció al fin Lautrec, y apenas habia recobrado las fuerzas, recorria su campo, partia centinelas, y estendia sus cuidados á todas partes temeroso de los imperiales, á quienes la calamidad ajena habia infundido audacia, en tanto grado que haciendo salidas vigorosas por aquellos campos, arrebataban á los franceses todas las provisiones que les venian, y todos los caminos estaban tan infestados que no podian transitar con seguridad desde la armada á su campo aunque la distancia era tan corta. Pero á pesar de todo y habiendo recaido Lautrec con calentura, cayó enfermo, y resolvió perder la vida antes que levantar el sitio. Murió finalmente este varon esclarecido por la multitud y variedad de sus hazañas, y aunque los escritores franceses refieren las causas de su obstinacion, no nos detendremos en esponerlas porque nos llaman otras cosas mayores.

En este tiempo condujo Doria al puerto de Gaeta doce galeras; y habiendo desembarcado allí al marqués del Basto, y otros prisioneros, segun lo tenia pactado con el César, navegó á Nápoles. Con su llegada se alivió mucho la necesidad de víveres, y la ciudad recibió un estraordinario consuelo. Saluzo movió una noche su campo con todo secreto, y se retiraba á Aversa con las reliquias del enfermo ejército, á fin de que convaleciese en lugar mas sano entre sus camaradas. Pero habiéndolos sentido los sitiados salieron de improviso por las puertas, y arremetieron á los enemigos que estaban recogiendo sus equipajes, mataron á unos, hicieron prisioneros á los que ya estaban en camino, y sitiaron á los que se habian encerrado en Aversa. Recibió Saluzo una herida que le hizo perder el ánimo quebrantado ya con tantos males, y habiendo despachado á Rangoni, se entregó este bajo de condiciones indecorosas á un hombre valeroso, á fin del mes de agosto, y de allí á poco tiempo murió en Nápoles de su herida. Pedro Navarro fue hecho prisionero en su fuga, y cargado de años y enfermedades fue encerrado en Castelnovo que él mismo habia espugnado en otro tiempo, y hubiera perecido vergonzosamente á manos de un verdugo, si no se le hubiese encontrado muerto en su cuarto sin saber cómo: fué hombre verdaderamente memorable, no tanto por sus hechos, cuanto por las vicisitudes de su fortuna. Tambien quedaron prisioneros todos los generales y capitanes, escepto Rangoni, á quien se dió libertad en premio de su ignominiosa entrega. Desarmados y despojados los simples soldados, y consumidos de la peste, del hambre, y de los trabajos, se retiraron adonde pudieron, regresando los franceses á su patria en la armada de Barbesio. Los vencedores alegres entraron

(1) Esta espada, ganada á Francisco I, rey de Francia, en la célebre batalla de Pavía, estuvo depositada en la Armería Real hasta el año 1808 en que se le entregó á Murat. Muerto este en Italia le encontraron dicha espada; la reclamó el embajador de España, y mandó remitirla á su anterior destino; pero el duque de Angulema que vino á España en 1823, pidió á Fernando VII la espada, y el rey no quiso negársela.

en la ciudad que á tanta costa habian defendido, con los prisioneros, y con los despojos que dejaron los fugitivos, apropiándose cada uno lo que le habia deparado la suerte de la guerra.

CAPITULO XI.

Prosigue la guerra contra la Francia. Revoluciones de Flandes. Continuacion de los hechos de Cortés y de los portugueses en las Indias.

Casi al mismo tiempo y en los mismos dias en que sucedieron estas cosas, mandó el rey Francisco al conde de San Pol que marchase prontamente á Italia para impedir de cualquier modo el paso á los socorros de Alemania, que caminaban á Nápoles bajo el mando del príncipe de Brunswik, y condujo á la Lombardía por los Alpes diez mil infantes y mil coraceros bien armados; pero cuando llegó el conde habian ya salido de allí los alemanes. Libre ya de este cuidado, proyectó otra empresa que correspondiese á tantos preparativos. Así pues, habiendo conferenciado en Placencia con el duque de Urbino, determinó juntar con él sus fuerzas, y hacer la guerra con mayor viveza. Hallábase Pavía defendida con pocas tropas, por lo cual resolvieron acometerla. Al mismo tiempo habiendo Doria puesto en fuga la armada de Barbesio, llegó con la suya á Génova que se hallaba afligida con la peste que cundió por casi toda la Italia. Apoderóse Doria de la ciudad, y dió libertad á los ciudadanos que estaban oprimidos con el yugo de Francia, y despues intentó embestir la fortaleza, que defendia Teodoro con su guarnicion. Habiendo tomado y saqueado San Pol á Pavía, y entregádose el castillo bajo de ciertas condiciones, se puso en marcha á Génova para llevar un tardo auxilio á los franceses. Pero mudando de parecer se dirigió á Savona para tener á lo menos sujeta esta ciudad. Mas como contra su esperanza hallase todo aquel pais conmovido con el deseo de recobrar la libertad, y opuesto al dominio francés, se retiró sin haber hecho nada á tomar cuarteles de invierno en Alejandría. Los genoveses, á quienes se entregó su fortaleza, la arrasaron y demolieron; y sacudiendo de este modo el yugo francés, entraron nuevamente á gozar de sus derechos por el favor del César, y por la virtud y memorable moderacion de Doria su ilustre conciudadano.

En Flandes habia muchas inquietudes que vinieron á parar en una guerra abierta: subleváronse los ciudadanos de Utrech contra el obispo Enrique de Baviera, fomentados por Carlos de Güeldres, príncipe de espíritu orgulloso y turbulento. Protegia al obispo la gobernadora doña Margarita, la cual encargó esta guerra al general, conde de Buran, y habiendo tomado algunas ciudades, entraron improvisamente los imperiales en Utrech estando las centinelas dormidas con el vino; saquearon las casas de los sediciosos, no sin daño de los que habian permanecido fieles, y hicieron mucho estrago en los culpados, de los cuales muchos fueron muertos con varios suplicios. Despues de esto se estableció la paz entre el César y el príncipe de Güeldres en el mes de octubre; y aunque la guerra se renovó muchas veces, vino al fin á estinguirse. Recibieron los ciudadanos de Utrech al obispo, y de allí adelante permanecieron bajo el dominio del César, quien nombró por gobernador de la ciudad á Juan Erremond, y mandó edificar en ella un castillo para su defensa. La Francia no hizo entonces ningun movimiento porque el Inglés no queria que sus súbditos perdiesen las grandes utilidades que sacaban del comercio de Flandes, el cual seria interrumpido con la guerra.

En España reinaba una paz tranquila, habiendo sido removidas las causas de los antiguos tumultos; y se hallaba en un estado floreciente por sus fuerzas, y por la prudencia de los que gobernaban. Obedecia la nacion con mucho gusto á su príncipe, estando muy gozosa por el beneficio que Dios le habia hecho en darle sucesion. Por este tiempo habia venido el César con su augusta esposa desde Burgos á Madrid para celebrar las córtes que tenia convocadas. En ellas pues, á proposicion de don Juan de Talavera, arzobispo de Santiago, el dia diez y nueve de abril fue jurado por todos los estados del reino el niño don Felipe por sucesor de la corona de España. Tratóse tambien en ellas de que no se confiriesen á extranjeros las dignidades eclesiásticas; y así se mandó por una ley con otras cosas útiles al bien público. En el mes de setiembre falleció en Madrid don Iñigo Fernandez de Velasco, condestable de Castilla, ilustre por su sangre y esclarecidos hechos, y fue sepultado en el convento de Santa Clara de Medina de Pomar. Sucedióle en su empleo y dignidad don Pedro su hijo, cuyo valor y fidelidad sobresalieron mucho en las turbaciones de los Comuneros de Castilla. Dos años antes habia muerto don Juan de Aragon y Navarra, hijo del desgraciadísimo príncipe de Viana don Carlos y obispo de Huesca en Aragon, lleno de dias, pues llegó á la edad de noventa años y su cuerpo fue sepultado en la iglesia catedral, y puesta sobre el sepulcro su estátua de mármol: fue varon muy santo en opinion de todos, y de ardiente caridad para con los pobres. Disputaron sobre la sucesion de su obispado don Felipe Urrer su coadjutor, obispo de Filadelfia y don Alonso de Castro. Anticipóse este en recurrir á Roma y ganó la causa: pero al volver á Huesca murió en el camino, y habiendo sido electo en su lugar don Diego Cabrera, falleció tambien dentro de breve tiempo. Confirióse despues este obispado á Lorenzo Campegio, quien le renunció, y finalmente recayó en Gerónimo Doria.

Los presidios de Africa gozaban de tranquilidad, y no eran acometidos por los moros: pues por este tiempo se volvieron las cimitarras contra los mismos bárbaros. Los Jerifes que eran unos hombres desconocidos y de oscuro nacimiento, causaron una gran turbacion en aquellas partes. Habiendo juntado muchas fuerzas con pretesto de religion, tomó Hamet el título de rey de Marruecos, y Mahomet el de rey de Susia. Despues de esto resistiéndose públicamente á reconocer la autoridad de Otazem, rey de Fez, le vencieron en una batalla, en la cual pereció Abdalla, Zagoib, último rey de Granada, que mandaba la vanguardia, príncipe no menos desgraciado en su propia causa que en la ajena. Duró por mucho tiempo la guerra civil entre los bárbaros; pero despues se suscitó otra entre los dos Jerifes, que al fin vino á dirigirse contra los presidios portugueses.

En la América se hallaban las cosas en grande alteracion. Envió Cortés una armada contra Cristóbal de Olid, que se habia sustraido de su autoridad; cuya armada naufragó en el Océano, habiendo perecido cuarenta españoles entre las olas. Los demás con su capitan Francisco César fueron hechos prisioneros por Olid, y puestos en buena custodia. Otro tanto hizo con su compañero Dávila, cuya amistad se habia convertido en discordia. Pero poco despues habiendo roto su prision los cautivos degollaron á Olid, y inmediatamente se volvieron á Cortés, atravesando por Goatemala. Este pues, que ignoraba hasta entonces lo que pasaba, se puso en camino para aquellos paises, á fin de que no quedase sin castigo la perfidia, ni fuese despreciada su autoridad. Seguíanle ciento y cincuenta caballos, otros tantos infantes, y tres mil mejicanos escogidos y armados segun su costumbre, y embarcó los víveres en dos navíos. Emprendió su marcha hácia el Mediodía por unos montes tan ásperos y intrincados, que para no perder el rumbo fue preciso algunas veces usar de la brújula.

Entretanto perecieron los navíos con los víveres por las discordias de los españoles, que arrebatados de la ambicion de mandar se mataron unos á otros con recíprocas heridas. De aquí provino una hambre tan cruel, que los que acompañaban á Cortés se vieron



Clemente VII, papa.

obligados á comer las cosas mas asquerosas. Juntóse á esto el deseo que tenian los conjurados de restituir á Guatimocin la libertad y el imperio. Habíale Cortés llevado consigo á este viaje, temeroso de que un hombre de tan grande espíritu podia causar alguna revolucion durante su ausencia. Pero habiendo llegado á su noticia lo que se tramaba le condenó al último suplicio junto con otros dos nobles de la nacion. Así acabó Guatimocin Onceno, rey de Méjico, dando este nuevo ejemplo de la inconstancia de las cosas humanas. Libre ya Cortés de este cuidado, prosiguió adelante su camino venciendo dificultades increibles. Allanó á fuerza de hacha espesos bosques donde nadie habia penetrado, llenos de fieras desconocidas que les salian al encuentro, y atravesó los rios, y esteros, levantando sobre ellos larguísimas puentes, una de las cuales constaba de ocho mil vigas de una admirable magnitud; descubrió en aquel viaje nuevas naciones, y las redujo á su dominio. En esta espedicion verdaderamente memorable padecieron los españoles todo género de peligros, y todos los males que pueden tolerar los hombres, y á la verdad no conozco nacion alguna que haya resistido los trabajos y peligros con mas constancia, intrepidez y alegría y con ánimo mas invicto que la nacion española. Finalmente, habiendo caminado dos mil millas, y perdido setenta caballos, llegó Cortés á Nayarit, adonde se habian refugiado los españoles casi muertos de hambre, despues de la muerte de Olid su capitan. Peleó muchas veces felizmente con los bárbaros, aunque en uno de estos combates fue herido en una pierna, y habiendo tomado algunos víveres que trajeron por mar los enemigos, socorrió con ellos á sus soldados. Visitó las colonias, y estableció otras nuevas, para que sirviesen como de freno á las naciones subyugadas, y despues de haber puesto órden en todo, determinó regresar á Méjico por mar, mandando á Sandoval que se volviese á Goatemala con las tropas.

Durante su ausencia de Méjico, se pusieron las cosas en tan deplorable estado, que jamás corrieron mayor peligro. El deseo de mandar introdujo la discordia entre los que nombró para que gobernasen en su nombre. Suscitáronse grandes turbulencias, prohibiéndose mútuamente el ejercicio de su potestad, y al fin se alzaron con la tiranía Gonzalo de Salazar, y Peralmindez Chirinos, despues de haber hecho á Cortés las exequias por haber corrido la voz que era muerto. Su infausto gobierno fue señalado con crueldades, rapiñas, y con todo género de escesos y desórdenes. Hicieron ahorcar á Rodrigo, pariente cercano de Cortés, atribuyéndole delitos que no habia cometido. El licenciado Zuazo, á quien Cortés dejó en Méjico para administrar la justicia, fue desterrado de todo el continente. Irritándose con tan graves injurias los del partido de Cortés, y dirigidos por Jorge Alvarado, tomaron las armas, y entraron con ímpetu en la casa de Salazar, y apoderándose de él despues de haber puesto en fuga á sus guardias, le metieron en la cárcel. Andrés de Tapia se apoderó en Tlascala de la persona de Chirinos, y le hizo llevar á Méjico bien asegurado. Entre tantas discordias y turbulencias, crecia cada dia mas y mas el odio de los mejicanos contra los españoles, y los puso en tan gran peligro, que llegaron alguna vez á tratar de abandonar á Méjico. Los principales entre los bárbaros, cuya audacia tomó nuevo aliento con la ausencia de Cortés, conferenciaban sobre los medios de arrojar de allí á sus huéspedes, y vengar sus injurias. Hacíanse muchos sacrificios y oraciones para aplacar á Dios, pues ningun auxilio humano podia libertarlos de las manos de los bárbaros si llegasen á tomar las armas como se temia á cada momento. A este mismo tiempo desembarcó felizmente Cortés, y emprendió por tierra su marcha á Méjico.



Sebastian del Cano.

Luego que llegó á la ciudad, acometió á sangre y fuego á los bárbaros que se hallaban tumultuados; muchos de ellos fueron despedazados por los perros; otros en gran número perecieron con esquisitos suplicios; otros huyeron; atónitos los demás con el as-

pecto de tan horrenda carnicería hubieron de apaciguarse. Sin embargo continuaba Cortés los castigos, no tanto por tomar venganza de los culpados, pues ya estaba bien satisfecha, cuanto por disminuir las fuerzas de la multitud, olvidado sin duda de la humanidad por el escesivo deseo de precaverse. Poco antes de estos tiempos habia Cortés despachado á España tres navíos, en los que envió al César trece mil ochocientas setenta y cuatro libras de oro de los despojos de las ciudades tomadas, y casi mil libras de perlas. Codiciosos de esta presa los piratas franceses, intentaron invadirla; pero fueron arrojados por una tempestad á las costas de Andalucía, donde se les hicieron pedazos cinco navíos, y quedaron hechos prisioneros. De allí á poco llegaron felizmente otros ocho navíos enviados por el mismo Cortés con un cañon de artillería de plata de mucho peso, con una inscripcion elegantísima, y setenta mil marcos de oro, cuyos dones fueron muy gratos al César.

Sebastian Gavoto navegó entonces desde España á los mares de América con cuatro navíos, con designio de atravesar el estrecho de Magallanes, y pasar á las islas Molucas; pero habiendo sido llevados por los vientos al rio de la Plata, recorrió toda aquella region meridional. Detúvose allí mucho tiempo, habiendo fortificado su campo contra las incursiones de los bárbaros, con los cuales habian tenido un combate en que perdió veinte y ocho de sus compa-



Armadura romana de Cárlos V. *(Armería Real de Madrid.)*

Al recibir el emperador Cárlos V la corona de hierro, como rey de Lombardía de mano de los magistrados de Monza, le obsequiaron con la presente armadura al estilo romano, y la vistió en su coronacion.

ñeros. Habiendo sido Loaysa enviado á aquellas partes, se le hizo pedazos un navío en el estrecho; y dispersados los demás por una tormenta, perdió la vida en este contratiempo. Al cuarto dia falleció su sucesor, Sebastian del Cano, varon esclarecido, y de inmortal fama por haber dado el primero la vuelta á todo el orbe, y propagándose mas las enfermedades, murieron tambien cuarenta compañeros suyos. Fue nombrado en su lugar por voto de los soldados Martin Cerquiciano, y despues de haber padecido increibles peligros llegó á Gilolo, capital de las Molucas. Hizo alianza con los isleños, que deseaban con mucho ardor vengarse de los portugueses, porque habian construido una fortaleza en Ternate, de la cual era gobernador García Enriquez. Los castellanos tenian los mismos designios, y se quejaban de que Antonio Brito los habia tomado el navío llamado Trinidad, ricamente cargado de mercaderías orientales, y de que hubiesen sido conducidos presos á Malaca cuarenta y ocho de sus compañeros, que venian en la armada que atravesó el estrecho. Los bárbaros además de las antiguas quejas alegaban las nuevas injurias que padecian por haber establecido comercio con los castellanos. De aquí pues se originó una guerra emprendida con mas ardor que fuerzas, contra la voluntad de los príncipes, que procuraban componer sus diferencias sin el estrépito de las armas. Diego García surcó tambien el mar del Sur con cuatro navíos, y tocó en el Brasil, y habiendo buscado largo tiempo á Gaboto por aquellas costas, le halló al fin en el rio de la Plata. Desde allí envió al César una suma de plata traida de lo interior de aquella region, que despues fue descubierta por los españoles, y es abundantísima de este metal. Levantaron los castellanos en Tidore una fortaleza con auxilio de los bárbaros, y fue su gobernador Fran-

cisco de Torres, varon de invencible constancia, que despues de la muerte de Cerquiciano le sucedió en el mando. Peleó muchas veces con los portugueses con varia fortuna, y vino á socorrerle Alvaro de Saavedra enviado por Cortés con tres navios; de los cuales llegó el almirante con grande alegría de los castellanos, habiendo dispersado los otros dos una tormenta. En el año siguiente de mil quinientos veinte y ocho emprendió Saavedra navegar á la Nueva España con un navio cargado de especeria por unos mares desconocidos, donde padeció horribles tempestades que le acabaron la vida. Volvió el navío á Tidore con mucho trabajo, y fue entregado á Torres, como el mismo Saavedra lo habia mandado al tiempo de morir.

En Méjico se estableció una audiencia real para que administrase justicia en todo el distrito de la Nueva España, y fueron nombrados oidores Martin Matienzo, Alonso Parada, Diego Delgadille, y Francisco Maldonado. Erigióse tambien en Méjico silla episcopal, y fue electo por su primer obispo fray Juan de Zumarraga, vizcaino, del órden de San Francisco, varon adornado de todo género de virtudes, el cual admitió esta dignidad obligado de sus superiores. Envió el César cuarenta religiosos del órden de Santo Domingo, y otros tantos de San Francisco, para que instruyesen á los indios en nuestra santa fe, y les administrasen el bautismo. A estos siguieron otros del órden de San Agustin con grande utilidad y aumento de la Religion Cristiana. Alvarado navegó á España, y en premio de sus servicios se le confirió el gobierno de Goatemala, provincia fértil y opulenta. Montejo y Narvaez fueron enviados para sujetar á los bárbaros, aquel á Yucatan, y este á la Florida. Falleció Figueroa, obispo de la isla española, y tambien Pedro Martir de Angleria, abad de la Jamaica, escritor verídico de la historia de América. Don Miguel Ramirez fue nombrado obispo de Cuba y de Jamaica, y presidente de la audiencia de Santo Domingo.

Obedecia á Cortés una vasta region de dos mil millas de longitud, y poseia inmensa cantidad de oro, piedras preciosas, y todas las demás cosas con que los mortales se tienen por felices. Pero siendo tan propio de nuestra naturaleza que las prosperidades vengan mezcladas con desgracias, se movió contra él la envidia y malevolencia de los hombres ociosos, y para defenderse del crímen de malversacion que le atribuian, se embarcó para España á instancia del obispo de Osma, presidente del consejo de Indias, nuevamente establecido por el César. Y aunque este tribunal se habia manifestado muy contrario á Cortés, salió victorioso con el favor del César, y fue absuelto de los cargos que le hacian, mas





Moneda de Cárlos V y de doña Juana.

en consideracion de su valor, que por el rigor de la justicia. Poco tiempo antes murió de enfermedad en Montalban, cerca de Toledo, Don Diego Colon, hijo de Cristóbal, hallándose en camino para presentarse al César. Su cuerpo fue llevado á Sevilla y sepultado en el sepulcro de sus padres, habiendo instituido por heredero á su hijo don Luis.

En el Oriente tenian los portugueses tan prósperos sucesos, que parecian milagros. Pelearon muchas veces con los mahometanos y piratas, y les tomaron grandes presas. Meneses llevó la guerra á aquellas partes con una poderosa armada. Tomó y puso fuego á Panane en las costas de Malabar, porque se resistian sus habitantes á restituir lo que habian robado á los portugueses, y despues hizo otro tanto con Coulan, plaza inmediata, de mucho comercio, habiendo hecho grande estrago en los bárbaros. Incendióles tambien las naves y reservó cincuenta y tres para conducir el botin que habia recogido, en el cual habia trescientos y sesenta cañones de todos calibres y una gran cantidad de drogas preciosas. En Calecut, que se cree ser el Muciris de Plinio, tenia Juan de Lima una fortaleza con trescientos portugueses, la cual intentó combatir el Zamorin para vengar la injuria que habia recibido. Acudió Meneses con una armada de veinte navíos bien equipados, y desembarcando su gente, embistió de improviso al enemigo y le derrotó con gran pérdida. Pero luego que libertó del peligro la fortaleza, la mandó volar por no ser necesaria para la defensa del dominio portugués. Desde allí pasó con su armada á Cananor, donde acometido de una grave dolencia, murió en la flor de su edad, aunque era digno de mas larga vida por sus escelentes prendas de alma y cuerpo, y especialmente por su singular modestia, tan contraria al fausto y arrogancia de sus compatriotas. Despues de celebradas las exequias de Meneses, fue declarado por su sucesor en el mando Lope de Sampayo, sin contar con Pedro Mascareñas, que se hallaba gobernador de Malaca, en quien debia recaer, lo cual ocasionó muchas discordias civiles. Entre tanto fue libertada Malaca del peligro que corria, habiendo sido obligados los bárbaros á levantar el sitio que la tenian puesto. Mascareñas, que esperaba un viento favorable para pagarles en la misma moneda, acometió á Bintan, lo que tantas veces habia intentado desgraciadamente, venció y puso en fuga á Alodino, enemigo muy molesto; tomó la ciudad y arruinó todas sus fortificaciones, y de este modo quitó á los bárbaros la ocasion de incomodar de nuevo á Malaca. Entre la presa que hizo, se apoderó de trescientas piezas de artilleria, muchas de ellas de bronce; salió de allí con viento próspero, y habiendo navegado el ancho Océano, llegó á Cochin; pero Sampayo, contra la palabra que tenia dada, rehusó entregarle el gobierno que ejercia; y habiéndose suscitado contienda entre los dos, se dividieron en facciones los portugueses, y faltó poco para que no recurriesen á las armas. Sin embargo, siguieron su pleito por los términos legales; y habiéndose mandado contra todo derecho que Mascareñas se embarcase cuanto antes para Portugal, se adjudicó el gobierno á Sampayo. Pero el rey vengó

despues esta injusticia habiendo oido las quejas de Mascareñas, y Sampayo fue condenado en veinte mil escudos, que era la renta que por espacio de dos años habia percibido del gobierno, los cuales se entregaron á Mascareñas. Por lo demás, Sampaño, esceptuando la ambicion de mandar, que es comun vicio de todos los hombres, gobernó aquellas provincias con mucha moderacion. Ganó por mar y tierra muchas victorias á los bárbaros, recogió ricos despojos, y vengó las injurias que habian hecho á su nacion. Volvió ahora á florecer el imperio portugués en el Asia, y parecian renovarse las famosas hazañas de los tiempos anteriores, y la inmensa cantidad de aromas y mercaderías preciosas de la India que entraban en Portugal, aumentó en gran manera su opulento comercio. Pero volvamos ahora á seguir el hilo de las cosas de Europa.

CAPITULO XII.

Sitio de Milan por los venecianos, y sucesos de las armas imperiales y francesas. Reconciliacion del César con e papa. Paz de Cambray.

Despues que Nápoles se vió libre de tan formidable sitio, se hicieron pesquisas, y fueron condenados como reos de lesa magestad, y degollados en la plaza pública, Federico Cayetano, hijo del duque de Trayeto, y Enrique Pandonio, duque de Bovio, con otros cuatro nobles; y se confiscaron los bienes de muchos, que siguiendo el partido de la Francia se habian puesto en fuga. No se omitia cuidado ni diligencia alguna en juntar dinero para la paga de los soldados, en lo cual trabajó mucho Moron, que era el alma y el árbitro de todo cuanto se hacia y resolvia; y en premio de sus servicios se le concedió el principado de Bovio. Despues de esto, y para estinguir las reliquias de la guerra, partieron de Nápoles el príncipe de Orange, y el marqués del Basto á la entrada de la primavera del año siguiente de 1529: el de Orange marchó con los alemanes contra los de la Basilicata; hízose dueño de Aquila que habia seguido el partido de la Francia, habiéndola hallado desierta por la fuga de la tropa francesa, y tomó otros muchos pueblos de aquel territorio, multándoles en cien mil escudos y finalmente arrojó á los enemigos de otros lugares y plazas. Basto con los españoles se dirigió á la Pulla, acometió por dos veces á Monópoli, ciudad situada en la costa del mar, y habiendo recibido algun daño, levantó el sitio. Fue la guerra mas difícil de lo que habian pensado, porque la armada veneciana estuvo muy pronta al socorro, con el cual no solo se defendian desde los muros, sino que molestaban á los sitiadores. Intentaron en vano los confederados espugnar la fortaleza de Brindis, y en esta empresa pereció Simon Romano, atravesado de una bala de cañon. Al mismo tiempo no cesaba tampoco la guerra en la Lombardía. Recibió Leiva un fuerte socorro de españoles, que desembarcaron en Génova, habiéndose burlado de los franceses y venecianos que tenian sitiados los caminos. Los venecianos deseaban apoderarse de Milan, y los franceses de Génova; pero como aquella ciudad estaba tan asegurada con fortificaciones, y con una poderosa guarnicion, no quisieron embestirla, á fin de no malograr sus esfuerzos, y se contentaron con bloquearla para impedir la entrada de víveres, y estrecharla con el hambre que ya padecia, habiendo puesto presidios en los lugares oportunos. No sabiendo Leiva qué hacerse para juntar dinero y pagar á la tropa, agravó mucho la necesidad que afligia á la ciudad, exigiéndola un intolerable tributo: nueva invencion de mantener la ciudad con el hambre de la ciudad misma. Entretanto caminando el Francés con un grande ejército á Génova, donde tenia puestos los ojos, envió delante el primer escuadron hácia Pavía, al que seguia el segundo á largo trecho con la artillería y demás provisiones. Noticioso Leiva de este intento por medio de sus espías, salió de Milan en lo mas profundo de la noche con ocho mil soldados encaminados, y caminaron con tanto silencio que antes fueron vistos que sentidos de los enemigos. Levantando la voz acometen de improviso á los que se hallaban metidos en el lodo para sacar la cureña de un cañon que se habia roto. El conde de San Pol, aunque fue sorprendido, exhortó á los alemanes al combate con su ejemplo y sus palabras. El Español, que era llevado en una silla de manos por estar enfermo de gota, animaba al soldado con su presencia, y acudiendo á todas partes, mandaba y dirigia sus tropas con gran prudencia y intrepidez. Rechazados que fueron los alemanes é italianos, cayó todo el peso de la pelea sobre San Pol y los franceses, é intentando aquel saltar una zanja, cayó debajo de su caballo y fue hecho prisionero con Rangoni, Castillon, y otros de los principales con la artilería y bagajes. Alegre Leiva con la victoria se volvió á Milan, y los franceses llenos de oprobio, y privados de su general, regresaron á la otra parte de los Alpes para servir de testigos de su derrota.

El César, despues de arregladas las cosas de Castilla, y dejando á la emperatriz por gobernadora del reino, pasó á Zaragoza en el mes de marzo. Celebró córtes de Aragon en la villa de Monzon; en las cuales á propuesta de don Fernando de Aragon, se estableció la forma de decidir las competencias de jurisdiccion que ocurriesen entre sus jueces; y habiendo sido trasladadas estas córtes á Zaragoza, se acordaron otras cosas útiles al bien de los pueblos. A este tiempo llegó Cortés del Nuevo Mundo, y la fama de su nombre era tan célebre en España, que todos deseaban verle, y las ciudades enteras les salian al encuentro por donde caminaba. Decidida su causa como ya dijimos, fue condecorado por la benignidad de César con el título de marqués del Valle de Guajaca, habiéndole dado algunos pueblos en otras partes, y grandes posesiones en el territorio de Méjico, que le produjesen cuantiosas rentas en premio de sus heróicas hazañas. Además le confirió el gobierno militar de aquel nuevo reino, y procuró Cortés que fuesen recompensados sus compañeros, segun los méritos de cada uno, y consiguió tambien una gran suma de dinero para edificar iglesias. A los tlascaltecas se les concedieron varios privilegios é inmunidades en recompensa de su fidelidad á los españoles, y del auxilio que les prestaron en la guerra de Méjico. Acompañó Cortés al César hasta Zaragoza, y desde allí se volvió á Sevilla, donde contrajo matrimonio con doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilar, de quien tuvo un hijo llamado Martin, heredero de tantas riquezas. Marchó el César á Barcelona luego que estuvieron hechos los preparativos necesarios para su embarque, y en esta ciudad estableció alianza jurada con el pontífice, á la cual contribuyó mucho Juan Antonio Muscetula, noble napolitano, sucesor en la embajada pontificia del duque de Sessa, que habia fallecido. En los artículos de este tratado se arreglaron muchos puntos, así políticos como eclesiásticos, y los principales fueron que la paz habia de ser perpétua: que el César seria confirmado en la posesion del reino de Nápoles con un leve tributo que pagaria, quedando revocadas las bulas de otros pontífices que lo prohibian: que la causa de Esforcia se decidiria por jueces íntegros: que Margarita; hija del César, nacida en Flandes de una madre desigual, casaria con Alejandro de Médicis despues de recobrada Florencia, y las ciudades del dominio pontificio con las armas de ambos; y que el César presentaria veinte y cuatro obispados en el reino de Nápoles, cuya gracia estendió el papa algunos años despues á otros obispados de Cerdeña y Sicilia. Concedió tambien á peti-

cion del César al órden militar de Santiago el permiso de que sus individuos pudiesen testar bajo de ciertas restricciones. Entretanto fueron restituidos al papa por mandado del César los rehenes y pueblos que le habian sido tomados al tiempo de su prision; despues de lo cual se determinó la guerra de Florencia, bajo el mando del príncipe de Orange. Hallándose incomodado el César al tiempo de embarcarse con fuertes dolores de cabeza, se hizo cortar el pelo segun la costumbre de los romanos, y le imitaron en esto los grandes, aunque con mucha repugnancia, y de aquí adelante no volvieron á dejarse crecer el cabello. Finalmente se embarcó con un ejército de ocho mil españoles y mil caballos, y con una navegacion poco favorable llegó á Génova, conduciéndole Doria en una nave muy adornada. Fue recibido y obsequiado por los genoveses con gran magnificencia.

Madama Luisa y Margarita de Austria habian venido á Cambray á fin de reconciliar la paz, la que finalmente se ajustó despues de largas y molestas contiendas, por la mediacion del arzobispo de Cápua, legado del pontífice. Aprobóla el Inglés con mucha complacencia, y lo mismo otros príncipes que enviaron á este fin sus embajadores. Muchos de los capítulos de este tratado quedaron sin efecto alguno; pero sin embargo se ajustaron entonces, ó á lo menos se sosegaron las mas graves controversias que habia entre el César y el rey Francisco. Prometió este por la libertad de sus hijos dos millones de escudos de oro puro. El César quedó exhonerado del título de feudatario del Francés por la parte que poseia de la Galia Bélgica, donde habitaron en otros tiempos los menapios. Renunciaron uno y otro sus antiguos derechos y pretensiones, y principalmente el Francés el que alegaba tener á la Lombardía y al reino de Nápoles. Pagóse la deuda del Inglés, y este restituyó al César el lirio engastado en piedras preciosas, blason de los príncipes de Borgoña, y alhaja de singular estimacion, de la cual tratan largamente los escritores españoles: y finalmente se restituyeron á los herederos de Borbon los bienes que se le habian confiscado. Estos y otros fueron los artículos de este tratado que recibió el César en Génova, y le confirmó y ratificó con alegría comun, y aplauso de todos los pueblos, escepto de los italianos confederados que se quejaban altamente del rey, pues les habia ofrecido que de ninguna manera ajustaria la paz con el César, sin contar con ellos; lo cual no habiéndolo cumplido fue notado de poco fiel en sus palabras, como dice Busieres, historiador francés. Por tanto no les quedó otro recurso que el de reconciliarse con el César, y así acudieron á él una gran multitud de príncipes y embajadores con muchas muestras de alegría, verdadera ó fingida, siendo los venecianos los únicos que faltaron. Recibiólos á todos con mucha benignidad, y los hizo amigos suyos, especialmente á los duques de Mántua y Ferrara, libertándolos del temor de la guerra. A los florentinos fue negada la paz hasta que se sujetasen á la obediencia del pontífice, diciendo el César que si no querian hacerlo, tomaria este negocio á su cuidado. No podian resolverse á esto unos hombres tan amantes de su libertad, aunque los aterraba el peligro que tenian á la vista. Porque entretanto que se juntaban las tropas en Fuligno, el príncipe de Orange salió de Nápoles, dejando por su teniente al cardenal Colona, y vino aceleradamente á Roma á principios de julio para tratar con el papa sobre los medios de hacer esta guerra.

Partió de allí con dinero, y dió principio á las hostilidades apoderándose en el camino de Espoleto. Juntósele el marqués del Basto con la infantería española que estaba en la Pulla, y acometió á Hispello, donde murió de una herida Juan de Urbina, español valerosísimo que habia hecho muchas campañas. El pueblo se entregó bajo de condiciones, pero fueron mal observadas por las tropas, y maltrataron á los habitantes en venganza de la muerte de Urbina. Perugia y Arezo se entregaron voluntariamente, y habiéndose atrevido á hacer resistencia los cortonenses, fueron multados en veinte mil escudos de oro. Los castellonenses cayeron en mayor infortunio, pues fue combatida y saqueada la ciudad. Aumentaba el terror y espanto el ejército español acampado en Sabona. Otro ejército de alemanes mandado por el general Felix Fustemberg habia atravesado los Alpes por la parte de Trento, y sin embargo aquellos hombres obstinados en el odio que tenian al dominio de la casa de los Médicis, no desistian de sus intentos tan perjudiciales á la patria como á ellos mismos. Envió el César parte de las tropas para la custodia de Milan, y mandó que le siguiesen las demás, habiendo llamado á Leiva, que en aquellos dias habia tomado á Pavía, para que fuese de capitan de los españoles que caminaban á Bolonia. Finalmente el César atravesando por Placencia, Regio y Módena, y habiéndole preparado el duque de Ferrara un magnífico hospedaje, digno de su persona, llegó á Bolonia, donde ya se hallaba el papa que habia ido por otro camino. Fue recibido bajo de un palio de tela de oro, por los doctores de aquella universidad que iban ricamente adornados. De este modo caminó hasta la plaza, montado en un caballo blanco, y armado de cota de malla sin morrion, con pompa semejante á un triunfo. Allí le esperaba el papa vestido de pontifical sobre un espacioso tablado que figuraba un templo, cubierto de ricas tapicerías, y acompañado de los cardenales. Luego que llegó el César se apeó del caballo; y seguido de los grandes y embajadores, subió adonde estaba el pontífice. Arrodillóse delante de él, y levantándole el papa para darle el ósculo, le hizo el César este breve discurso en lengua española. «Vengo ahora á vuestros piés, santísimo padre, con la »misma reverencia y amor que siempre os he tenido, »para que de comun acuerdo tratemos seriamente de »restituir la tranquilidad al orbe cristiano, afligido »con tantas calamidades. Por tanto ruego al Dios »Todopoderoso que me ha inspirado este ánimo, y á »quien yo lo atribuyo, que favorezca mis deseos tan »saludables como lo espero al nombre cristiano.» El pontífice derramando lágrimas de gozo y alegría le respondió: «Doy infinitas gracias á nuestro Señor »Jesucristo porque me ha concedido el gozar de vuestra amable presencia, y espero con mucha confianza »que con vuestro auxilio y poder será restablecida la »paz tan deseada de todos los buenos, y con imponderable beneficio de la cristiandad, y la que os »atraerá la gracia en la tierra y la gloria en el reino »de los cielos.» Despues de esto ofreció el César al pontífice diez libras de oro acuñado, y el papa le acompañó hasta las puertas del templo. Desde allí, despues de haber hecho oracion delante del altar mayor, se retiró á su magnífico hospedaje, y el papa á otro inmediato; y como tenian comunicacion por lo interior, pudieron muchas veces hablarse á solas. Diéronse mútua satisfaccion de sus ofensas recíprocas, y descubriéndose con sincera franqueza sus mas íntimos secretos, dirigieron todos sus cuidados al restablecimiento de la paz en Italia. Los venecianos estaban dispuestos á ella por haber dejado las armas, y muchas veces se trató por sus embajadores de las condiciones con que habia de hacerse. Finalmente el César se la concedió con benignidad, y perdonó á Esforcia. A unos y otros les valió mucho la intercesion del papa pontífice. Además establecieron una alianza, por la que se obligaron á tener todos en comun, y cada uno en particular, los mismos amigos y enemigos, y á juntar sus armas para rechazar con ellas cualquiera invasion enemiga. Esforcia se entregó al César, sin haberle pedido ninguna prenda para

su seguridad, y esta grandeza de ánimo fue tan grata á aquel príncipe, que le recibió en su amistad; y despues de haberle restituido la Lombardía, le prometió casarle con Cristina, hija de Isabel su hermana. Los venecianos entregaron inmediatamente las plazas de Rábena y Cervi que habian quitado al pontífice. Restituyeron al César las ciudades que en la próxima guerra le tomaron en la Pulla, ofreciéndole además trescientos mil escudos. Esforcia prometió pagarle en ciertos plazos novecientos mil que le debia por la anterior alianza, quedando entretanto en prendas las fortalezas de Milan y Como, que se encargaron á Leiva, el cual fue remunerado con algunos ricos pueblos de la Lombardía en premio de sus grandes servicios. Ajustó el César, como árbitro, entre el pontífice y el de Ferrara la antigua controversia que tenian sobre la posesion de Regio y Módena; á la verdad con prudente consejo para que en medio del comun gozo y alegría no quedase descontento ninguno de ellos, como sucedió despues cuando se decidió este pleito. Nació entonces al César un hijo, á quien puso el nombre de Fernando, pero se aguó en breve esta alegría con su temprana muerte.

Por el mismo tiempo acaeció una desgracia en la isla de Ibiza, pues habiendo Rodrigo Portundo acometido temerariamente á unos piratas moros cuando regresaba de Génova, quedó muerto en el combate; le apresaron cuatro galeras, y solo dos se salvaron por la fuga. En este verano fue sitiada Viena de Austria por Soliman que habia recibido bajo de su proteccion á Sepusio, arrojado del reino de Hungría por don Fernando. Dícese que trajo doscientos mil hombres para esta guerra, temeroso del enorme poder de la casa de Austria que tenia tan cercana. Habiendo hecho minar las murallas porque carecia de artillería gruesa, intentó en vano espugnar aquella ciudad tan fortificada. Acometióla muchas veces con terrible ímpetu; pero siempre con grande estrago de los suyos, de los cuales se asegura perecieron sesenta mil: y despues de tan considerable derrota se volvió Soliman á Constantinopla lleno de ira y despecho. Felipe Palatino, obtuvo la mayor gloria en la defensa de esta ciudad. Entre los españoles auxiliares, es celebrado por mármol don Luis Dávalos, noble andaluz, que despues de haber dado grandes ejemplos de valor y fortaleza en aquel sitio, perdió en él la vida. Su cuerpo fue sepultado en un honorífico túmulo en la capilla de los siete electores.

Por este tiempo comenzaron á turbarse las cosas de Inglaterra, y fue la causa Ana Bolena, á quien miraba el rey Enrique con lascivos ojos. Este pues, con la esperanza de casarse con ella, y habiendo repudiado á su legítima mujer la reina doña Catalina de Aragon, solicitó vivamente por medio de sus embajadores, que el pontífice diese por nulo su matrimonio. Noticioso el rey por ellos de que el papa solo le habia dado buenas palabras, como dice Guiciardino, se encendió en ira, la que descargó primeramente en el cardenal Volseo, quejándose de que con sus artificios le habia engañado, y despojándole de todos sus bienes, le desterró á York. De allí á poco tiempo oprimido Volseo del odio comun, y cargado de acusaciones, fue llamado á la córte para que respondiese sobre el crímen de lesa magestad; pero murió en el camino de una disenteria, y fue sepultado en Leicester: fue varon de estraordinario talento, y de algunas letras, aficionado al fausto y magnificencia, iracundo, presuntuoso, deshonesto y disimulado, como dice el P. Edmundo Campiano en su tratado de *Divortio Henrici*. De aquí tuvo su origen el cruel cisma que destruyó la religion católica en Inglaterra, de lo que trataremos despues en lugar oportuno.

CAPITULO XIII.

Coronacion del César en Bolonia. Guerra de Florencia, y restablecimiento de la familia de Médicis en el dominio de Toscana.

El año treinta de este siglo, comenzó felizmente con la publicacion de la paz, cuya ceremonia se celebró en la iglesia catedral de Bolonia dedicada á San Petronio, y no es necesario decir cuanto fue la alegría y gozo de los pueblos, que molestados con hostilidades por espacio de nueve años que duró la guerra francesa, no deseaban ni querian otra cosa mas que la paz. Los florentinos eran los únicos que carecieron miserablemente de esta felicidad, no menos por la ambicion de los Médicis, que por su propia pertinacia. No habiendo ninguna esperanza de que se sujetasen voluntariamente, aumentó su ejército el príncipe de Orange con las tropas que le envió el César, y cercó la ciudad con dos campamentos. Habíase encargado de su defensa Balconio Malatesta, que aunque pequeño de cuerpo y débil, tenia un ánimo grande y un esforzado valor, al cual se juntó Esteban Colona, general muy antiguo y de gran fama. Sus tropas se componian de nueve mil infantes veteranos, y casi mil y quinientos caballos. Además tomaron las armas siete mil ciudadanos, incitados del deseo de defender la libertad, grande esfuerzo á la verdad de una ciudad sola que no tuvo el menor auxilio ajeno. Los que acostumbran escrudiñar mas con malignidad que con verdad los arcanos de los príncipes, atribuyeron al rey de Francia maquinaciones ocultas contra la paz que acababa de establecerse. Pero entretanto que se fortifica la ciudad y se defienden los florentinos con la mayor constancia, se prepararon todas las cosas para recibir el César la corona del imperio germánico, señalándose para esta alegre fiesta el dia del apóstol San Matías.

En Monza, cerca de Milan, se guarda la corona de hierro, insignia del reino Longobardo; y habiéndose traido de allí dos dias antes, la recibió el César á presencia del pontífice en la capilla privada. Luego que amaneció el deseado dia, se acampó Leiva en la plaza con los españoles, vueltas las bocas de los cañones contra todas las entradas de las calles, y puestas las banderas en medio. Toda la ciudad se hallaba llena de inumerable multitud de gente que de todas partes habia concurrido á este espectáculo, de tal modo que los tejados de las casas de la plaza casi amenazaban ruina por el peso de la gente que habia cargado en ellos. Fue conducido en solemne pompa el pontífice en silla de manos, acompañado de los cardenales y los obispos, desde el palacio á la catedral, por un puente que estaba formado sobre arcos de madera. Despues siguió el César á pié debajo de un palio hasta la entrada de la iglesia con lucido acompañamiento de grandes. Celebró el pontífice la misa, y en medio de ella fue ungido el César en los hombros y en el brazo derecho con el sagrado óleo, y despues le puso su santidad la corona de oro y las demás insignias del imperio con particularísimas ceremonias. Sentóse despues en una silla de oro y adornado con el manto imperial, fue saludado augusto emperador de los romanos. Finalmente, recibió la sagrada comunion con admirable compostura que indicaba su mucha piedad, y al punto se dispararon los cañones en señal de regocijo, manifestando todos su estraordinaria alegría con las festivas aclamaciones que hacian por la salud, victorias y prosperidades del César. Concluidos los oficios divinos, montaron á caballo el pontífice en uno turco, y el César en otro español, y fueron recibidos bajo un rico palio qne llevaban los magistrados de la ciudad adornados con esquisitos vestidos. Seguíanse las banderas del pontífice y del César, y despues de ellas era conducido bajo de un riquísimo palio el Augusto Sa-

cramento del altar, colocado en una custodia de cristal sobre la silla de un hermoso caballo con muchas hachas encendidas. Al escuadron de los grandes y cortesanos, seguian los cardenales y embajadores de los príncipes. Cuatro reyes de armas llevaban las insignias del imperio, es á saber, el cetro, el globo ó mundo de oro, la espada desnuda y la corona. El tesorero derramaba de trecho en trecho monedas de oro y de plata, acuñada con la imágen del César coronado, iba este al lado izquierdo del pontífice con grande acompañamiento de prelados y nobles, y los guardias de Corps cerraban la comitiva. Habiendo caminado esta pompa por las calles principales, que estaban adornadas con ramos y todo género de colgaduras, se separó el César del pontífice, y vino á la iglesia de Santo Domingo. Recibiéronle en su comunidad los canónigos laternnenses, y despues de concluidas las ceremonias, se restituyó al palacio. Desnudóse de las vestiduras imperiales, y despues de un rato de descanso, le sirvieron la comida. Sentóse solo en la mesa, en la cual estaban colocadas las insignias del imperio. Los que las habian llevado comieron en una mesa que se hallaba al pié de las gradas de la del César, y los grandes en otro aposento inmediato. En la plaza corrian dos fuentes de vino blanco y tinto, y ademas se arrojaron al pueblo otras muchas cosas. Finalmente, fue asado un buey entero en una máquina, y relleno de otros animales se ofreció por manjar á los soldados, segun la antigua costumbre. No pudo Esforcia asistir á esta funcion por hallarse enfermo, ni tampoco los duques de Ferrara y Mántua por ciertas causas. Regresó entonces á Portugal Rodrigo de Lima, que habia sido embajador en la Abisinia, trayendo consigo á Zagabo que enviaba el rey de Etiopia, por su embajador al rey don Juan. Francisco Alvarez, compañero de Lima, en esta embajada, vino á Bolonia con cartas y regalos para el pontífice, á quien los presentó á nombre del rey de Etiopia, que le reconocia por vicario de Cristo en la tierra, y le prometia obediencia. El rey de Persia envió al mismo tiempo embajadores al poderosísimo César pidiéndole la paz y su amistad, la cual le concedió, dándole tambien esperanzas de que le socorreria contra el Otomano, enemigo comun de ambos.

En Alemania causaban grandes turbulencias los luteranos, y para proteger la religion católica que se hallaba tan combatida, creyó el César que debia apresurarse á celebrar la dieta que habia convocado, lo que en gran manera deseaban los católicos. Por lo cual habiendo nombrado los grandes que habian de volverse á España, y los que debian acompañarle, se puso en camino para Alemania á la entrada de la primavera.

Los florentinos estaban cada dia mas obstinados en sostener el gobierno popular; y por consiguiente estaban mas espuestos á precipitarse en su ruina. La pérdida de Pistoya y otras ciudades, que se habian entregado unas por fuerza, y otras voluntariamente, los habia puesto en mayor apuro. Enviaron una embajada al pontífice, pero siendo compuesta de hombres bajos y oscuros, y sin facultades ningunas para capitular, fue despreciada con escarnio de la córte Romana. Para vengar el pueblo esta injuria, obligó á Malatesta á acometer á los españoles á fin de que derrotados los que tenian mas fama de valerosos y endurecidos en tantas guerras, fuese segura la victoria de los demás. Pero fueron vanos sus esfuerzos, y recayó el mal sobre la cabeza de los que lo intentaban. De los españoles de algun nombre solo pereció Barragan, y de los enemigos los mas intrépidos con diez de sus capitanes. Entretanto fue tomada Empoli por los españoles mandados por el marqués del Basto, y se abstuvieron de derramar sangre. Marramaldo comenzó desgraciadamente á combatir á Volterra, cuyos habitantes estaban sublevados. Hállase la ciudad situada en un lugar áspero y muy fortalecido por el arte y la naturaleza. Habiendo venido el marqués á socorrerle con sus tropas, intentó entrar por la brecha que abrió en las murallas, pero fue muchas veces rechazado con pérdida. Sarmiento quedó muerto de una bala. Machicao fue libertado con mucho trabajo de las manos de los enemigos, despues de haber recibido muchas heridas, y murieron no pocos soldados. Desesperando por entonces de tomar la ciudad se volvió Basto al campo, y Marramaldo á Pistoya para velar sobre los movimientos de los enemigos. Cada dia eran mas desgraciados los esfuerzos que hacian los sitiados florentinos. Colona con la esperanza de oprimir á los alemanes que creia sumergidos en vino, porque aquel dia se habia llevado gran cantidad al campo, hizo una salida con sus tropas encamisadas para que pudiesen distinguirse, y atravesó las trincheras á media noche; pero le salió su empresa muy contraria de lo que habia pensado, pues los halló prevenidos y despiertos. No pudiendo sostener el ímpetu de los que peleaban valerosamente animados por su capitan Londronio, abandonó la pelea despues de consumidas sus fuerzas y ardides, y se precipitó de lo alto de la trinchera, habiendo recibido dos heridas. Rechazados de allí los enemigos fue preciso acelerar el paso á la ciudad, para no verse cortados por la caballería que habia acudido con presteza.

Además de los otros males que trae la guerra, era grande la escasez de víveres que tenian los sitiados, y el hambre los afligia de tal modo que se vieron obligados á alimentarse de cosas muy repugnantes y nocivas. Mas no por esto se abatia su ánimo, inflamado por la obstinacion de los magistrados: porque á los que se hallan poseidos de un perverso y escesivo deseo de dominar, ni la paz, ni la abundancia, ni ninguna otra felicidad puede agradarles si les falta la autoridad y el mando. Y á la verdad además del particular odio que tenian á los Médicis, querian mas morir y ser sepultados bajo las ruinas de su patria, que deponer las insignias de la magistratura, y renunciar el gobierno para salvarla. Uno de estos era Rafael Gerónimo, que habia sucedido á Carducho en la dictadura, no menos que en la ferocidad. Por disposicion suya fue llamado de Volterra Francisco Ferruci con las tropas, mas para fomentar la guerra que para defender la libertad. El príncipe de Orange se apresuró á salirle al encuentro con un valeroso escuadron, y se trabó cerca de San Marcelo un combate cruel y sangriento. Al primer choque desampararon á Orange muchos de los corazas, y ardiendo en ira por la cobardía de los suyos, embistió contra el enemigo con los pocos que le quedaron. Pero pagó con la muerte su temeridad, habiendo sido atravesado con dos balas, y despojado arrebatadamente de sus vestidos, estuvo algun tiempo sin ser conocido. Sobreviniendo á este tiempo Marramaldo y Vitelio, que seguian á Ferruci, acometieron contra la ciudad, y renovaron la pelea. Corrieron arroyos de sangre por las calles y las plazas, y se cubrieron de cadáveres. Ferruci y Pablo, hijo de Renzo, estrechados de todas partes por los imperiales, y desconfiados de sus fuerzas, pusieron su esperanza en las paredes de las casas, pero no pudieron permanecer mucho tiempo escondidos, y al fin fueron hechos prisioneros. Ferruci pereció á manos de Marramaldo en venganza de la muerte de Orange, y Pablo consiguió su libertad á costa de cuatro mil escudos de oro. Perecieron en la pelea y de las heridas dos mil soldados de una y otra parte. El príncipe de Orange envuelto en una manta vieja, y atravesado en un caballo con los brazos y piernas colgando presentó un horrible espectáculo de la humana miseria, y de esta suerte fue llevado á Pistoya, donde se le dió sepultura. Así

fue arrebatado aquel hijo de Marte en medio de sus victorias, con gran dolor del César. Los vencedores se volvieron á su campo muy tristes por la pérdida de su general, y en su lugar tomó el mando del ejército don Fernando Gonzaga por ausencia del marqués del Basto.

Introdújose la discordia en la ciudad sitiada entre los militares y magistrados, y se pusieron las cosas en el mayor peligro. Irritada la plebe con la funesta noticia de la derrota de la guarnicion y de su general, y deseosa de la venganza, mandó acometer contra los enemigos. Malatesta se opuso á esto con fuertes razones, especialmente por la poca gente que tenian; mas no pudiendo persuadir á aquellos hombres inconsiderados, pedian obstinadamente que el soldado les obedeciese sin tardanza; pues para mantenerle no habian perdonado ni aun las alhajas de los templos. De esto se originaron sospechas, calumnias y amenazas. Quitaron á Malatesta el mando del ejército, y el senador Nicolio, que le intimó el decreto, fue herido con un puñal por este hombre iracundo; el dictador no procedia con mas cordura pues rehusando la tropa obedecerle, montó á caballo, y queria hacer una salida con la plebe armada para acabar de perder la ciudad y sus habitantes. Nunca en realidad fue menos libre la república de Florencia que cuando defendia su misma libertad, porque ningun ciudadano de probidad se atrevia á decir libremente lo que convenia al público sin esponerse al furor de la cruel y desenfrenada plebe Pero en fin desistió el dictador de su intento, convencido por Tensigo, hombre de buen carácter. Luego que se aplacó esta discordia, fue dada á Malatesta facultad para ajustar á su arbitrio la paz: y habiendo enviado al campo de Gonzaga Acesio Strahon, le hizo entender que los florentinos se hallaban inclinados á entrar en composicion. Para llevarla adelante, y vencida ya la obstinacion de los magistrados, pasaron al campo por comun acuerdo los nobles ciudadanos Altovito, Strozi, Portinario y Moreli, los cuales con su prudencia concluyeron en breve el negocio. Entregóse al César la república para que la arreglase á su arbitrio: ofrecieron aprontar ochenta mil escudos para la paga del ejército, que inmediatamente habia de despedirse; y finalmente se aseguró la conservacion de las personas y bienes de todos los ciudadanos. Tales fueron en sustancia los capítulos del tratado que se firmó en el campo el dia veinte y nueve de julio, y habiéndose publicado en la ciudad, pusieron fin á una cruelísima guerra que habia durado por espacio de once meses. Despues de esto, por disposicion del César fue restablecida en Florencia con dominio estable y permanente la familia de los Médicis, que tantas veces habia sido desterrada de ella. Alejandro, hijo de Lorenzo y yerno del César, obtuvo el principado de la Toscana y se confirmaron á los florentinos sus privilegios é inmunidades. Mas el pontífice, por medio de unos hombres adictos á él, manchó con la sangre de algunos ciudadanos una victoria tan benigna, instigado de un deseo de venganza muy ajeno de la dignidad y carácter de su persona.

Entretanto invadió Aradino la roca de Argel, fortificada por su situacion y por el arte, la cual hasta entonces de nadie habia sido ocupada, y cuanto daño en lo sucesivo haya causado á las costas de España, nadie lo ignora ni es necesario decirlo. Fue herido y hecho prisionero el capitan Martin de Vargas con algunos pocos soldados; habiendo sido muertos los demás en la cruel espugnacion. Esta fortaleza, que habia sido treinta y un año antes tomada por Pedro Navarro, de órden del rey don Fernando, para contener á los piratas, fue arrasada por el bárbaro hasta los cimientos. De sus ruinas arrojadas al mar, se formó una especie de muelle para seguridad de los navíos en aquel paraje tan peligroso. Despues de esto, habiendo sido Vargas solicitado en vano para que abrazase la perversa secta de Mahoma, fue muerto por los moros con cruelísimos suplicios. Amenazó despues el bárbaro á la plaza de Cádiz con una poderosa armada, atraido de una presa tan opulenta: pero fue desvanecido este peligro por el valor de Doria, habiendo derrotado la mitad de la armada enemiga en Sargel, no lejos de Argel. Las cosas habian sucedido á medida del deseo, si la fortuna, que siempre acostumbra burlarse de los mortales y mezclar las prosperidades con las desgracias, no hubiese convertido en llanto la alegria de la victoria con un triste suceso. El pirata Halí Caraman, que despues de haber perdido sus naves, se habia refugiado al castillo de Sargel, hizo una salida repentina sobre los soldados de Doria, que á pesar de sus órdenes se habian derramado por el pueblo para saquearle, y los pasó á cuchillo. Los que pudieron escaparse, se precipitaban unos sobre otros en el mar, pereciendo todos con diversos géneros de muerte. Murieron cerca de cuatrocientos, y quedaron prisioneros sesenta con Jorge Palavicino, noble alferez. Esta pérdida fue recompensada con la libertad de dos mil cristianos que padecian en las galeras una miserable esclavitud. Fueron tomadas dos de ellas con otros muchos buques, y á los demás se les pegó fuego. La mayor ventaja de esta empresa fue la conservacion de Cádiz, porque despojado el pirata de una parte de su armada, se dedicó á pequeños robos.

Casi por este tiempo fueron restituidos sus hijos al rey de Francia, que los deseaba con mucho ardor. Habian sido encerrados en la fortaleza de Pedraza, donde fueron tratados con poco decoro, no sin mengua del César, que mandó los tuviesen con buena custodia, temeroso de la astucia francesa, hasta que por mandado de la emperatriz fue aliviada su desgracia con mas suave tratamiento. Encargó el César este negocio al condestable Velasco. Los franceses procedieron de mala fe, mas no pudieron engañar á los hombres de probidad, y el fraude fue descubierto con infamia de sus autores. Todas las monedas fueron examinadas por un platero español, y habiendo declarado que el oro no era de ley, hubo largas disputas entre una y otra parte. Los escritores franceses atribuyen la culpa á la avaricia del canciller Prat, y afirman que el rey estaba inocente, lo que juzgo verdadero. Finalmente se descubrió que faltaban cuarenta mil escudos á la suma contratada, y habiendo sido completados, se entregaron los régios jóvenes con toda solemnidad en el rio Vidasoa á Mommorenci, presidente del parlamento de París, enviado por el rey á este fin con ámplios poderes. Tambien fue entregada doña Leonor con magnífica pompa para que fuese conducida á su esposo Francisco con doscientos mil escudos de dote; pero con la condicion de que los hijos que de ella naciesen habian de poseer la Borgoña por derecho de patrimonio.

A principios de este año murió en Valencia don fray Gilberto Martin del órden de San Gerónimo, obispo de Segorve; y fue sepultado en su iglesia, bajo del altar mayor en el sepulcro que edificó para sí y sus sucesores. Trabajó con gran celo en apaciguar las sediciones de este reino, lo cual le adquirió mucha fama. En el siguiente año fue electo para el obispado don Gaspar Gotofredo, valenciano, viznieto de doña Juana de Borja, hermano de Alejandro Sesto. De allí á poco tiempo falleció tambien don Pedro de Cardona, catalan, de la ilustre familia de Folch, arzobispo de Tarragona, varon de mucha virtud, y digno de la memoria de la posteridad por el favor con que se dedicó á desarraigar los abusos y restablecer la disciplina eclesiástica. Su liberalidad enriqueció á aquella iglesia con posesiones muy pingües. Sucedióle don Luis su sobrino, hijo de su hermano, trasladado de la sede episcopal de Barcelona, y entró en la ciudad el dia doce de mayo del año siguiente.

CAPITULO XIV.

Viaje del César á Alemania. Liga de los príncipes luteranos en Smalcalda. Eleccion de don Fernando, hermano del César, en rey de romanos.

Habiéndose puesto el César en camino para Alemania, fue recibido con mucha pompa en Mántua por Federico Gonzaga, á quien habia conferido el título de duque, y le obsequió con estraordinaria alegría; y pasando por el territorio de Venecia, le dió el senado las mas espresivas señales de veneracion y respeto. Llegó á Inspruk en los confines de Alemania, y salió á recibirle su hermano don Fernando con un lucido acompañamiento de nobleza, y se abrazaron mútuamente con mucho amor. Desde allí acompañado del duque Guillelmo atravesó por la Baviera, y vino á Ausburg, donde tenia convocada una dieta, habiendo salido á recibirle toda la ciudad con el mayor regocijo. El dia siguiente que era el del Santísimo Corpus Cristi, asistió el César y los príncipes católicos con velas encendidas á la procesion con ejemplar piedad: rehusándolo con grave ofensa del César los que estaban inficionados de las nuevas herejías, entre los cuales se distinguian Juan Federico, duque de Sajonia, Jorge de Brandemburgo, Alberto su hermano, maestre del órden Teutónico, y el que la estinguió en la Prusia, Arnaldo de Luneburg, Felipe, Langrave de Hesse y Volfando de Anhalt, príncipes ilustres de Alemania. Congregóse despues la dieta, en la que tomando la palabra Felipe, conde Palatino, se trató de defender la antigua y apostólica religion, y de apaciguar las turbulencias de la Alemania y otras controversias. Leyóse en ella el compendio ó confesion de la doctrina de la secta luterana, compuesto por Felipe Melancton, escelente profesor de letras humanas, pero hombre muy enamorado de su ingénio, su obra se entregó á Juan Cochloe, uno de los mas sabios teólogos de Alemania, para que la refutase. Despues de muchas disputas de una y de otra parte, se disolvió la dieta sin haberse sacado fruto alguno por la contumacia de los herejes; porque la perfidia obstinada nunca se da por vencida, ni cede á ningunas razones, ni se sujeta á ninguna autoridad. Así pues, el César, ordenó en plena dieta con general consentimiento, que no se hiciese novedad alguna en la antigua religion; y que se debia perseverar constantemente en la creencia de los antepasados. Contra este decreto protestaron los príncipes que habian abrazado la herejía, y las ciudades libres, como fueron las de Strasburg, Noremberga, Ulma, Constancia, y otras contagiadas de la misma peste. De aquí tomaron el nombre de protestantes, que otros derivan de la dieta de Spira celebrada el año anterior. Finalmente viendo el César la pertinacia con que los herejes se burlaban del derecho divino y humano, recurrió á la sagrada áncora del concilio ecuménico, á cuyo fin pidió al papa por medio de su mayordomo mayor don Pedro de la Cueva que procurase congregarle cuanto antes. Pero habiéndose negado el pontífice á esta peticion, quedaron frustrados los deseos del César.

El dia treinta de noviembre murió en Malicas de edad de cincuenta y un años doña Margarita de Austria, que habia casado con don Juan Fernando, hijo del rey Católico: su cuerpo fue llevado á España, y el corazon se depositó en la misma ciudad en el sepulcro de su madre. Celebradas las exequias con régia magnificencia, nombró el César en su lugar por gobernadora de Flandes á doña María su hermana, mujer que fue de Luis, rey de Hungría. Las cabezas de la secta luterana formaron el año anterior la famosa liga de Smalcalda, en la cual los siete príncipes y veinte y cuatro ciudades establecieron varios artículos perjudiciales al César y al imperio, que algun dia habian de llegar á ser perniciosos á sus mismos autores. Y porque no confiaban bastantemente en sus fuerzas, enviaron embajadores al rey de Francia y al de Inglaterra pidiéndoles socorros. El Inglés ofreció darlos con tal que se le juntase el Francés, y este, émulo perpétuo del César, deseaba entrar en aquella liga, pero le retuvo el pudor de quebrantar la concordia que acababa de hacer, en la que se obligó á no contraer alianzas algunas en Alemania sin el consentimiento del César, y se contentó con darles buenas palabras. Mas al fin estando su ánimo inquieto y fluctuante, se declaró por la liga, ofreciendo prestados cien mil escudos.

Desde Augsburg pasó el César á Colonia, donde convocó una dieta, ó por mejor decir, trasladó allí la anterior, á fin de establecer con mas solidez el imperio en la familia austriaca. Habiendo entrado en la junta, trató en ella de la eleccion de sucesor, y concluyó en estos términos: «Haced finalmente, príncipes, lo que os parezca mas útil y honroso, y señalad un sucesor á vuestro emperador, que conserve la libertad, y sea el apoyo de la magestad romana.» Dicho esto se salió el César á otra pieza, segun la costumbre, y á breve rato por unánime voto de todos fue declarado rey de romanos don Fernando su hermano, el dia trece de enero de 1531, reclamando en vano, contra esta eleccion los duques de Sajonia y de Brandemburgo, que decian ser nula por haber sido corrompidos los votos con regalos y promesas. Ni tampoco dejó de sentirlo el de Baviera, que se habia declarado pretendiente de esta dignidad. Decia pues: «que no se debia tolerar que se arraigase el imperio en la casa de Austria, cerrando el camino á los demás príncipes que aspiraban á este honor con igual lustre.» Pero despreciadas estas y otras quejas semejantes, pasaron á Aquisgran, y á los seis dias fue jurado y proclamado por todos rey de romanos habiéndole puesto sobre su cabeza la corona de plata de Carlo Magno que allí se guarda. Concluida esta funcion, se marchó cada uno por su parte; don Fernando á Lintz, y el César con doña María á Flandes.

Toda la Alemania ardia en tumultos, fomentando la llama el heresiarca Lutero, hombre de malvado ingenio y detestables costumbres, que en sus escritos no perdonaba á nadie, ni era perdonado de ninguno. Impugnaron vigorosamente sus errores Juan Ekio, Desiderio Erasmo, Jodoco Clitoveo, y otros, pero aquella cabeza incurable se precipitaba cada dia en nuevos delirios. Abandonó con la vergüenza el hábito de religioso, contrajo un sacrílego matrimonio con Catalina Borea, de quien dicen muchas cosas los historiadores, y abolió la celebracion del santo sacrificio de la misa; pero retuvo el sacramento de la Eucaristía, declarando con erróneo juicio que la divina víctima existia sin sacrificio. Por todas partes volaban sus discípulos, cuyo número era muy crecido, causando infinitas turbulencias. Muchos de ellos desertaron de sus dogmas, y cada cual forjaba nuevos sueños, á fin de adquirir nombre y fama. Ulrico Zuinglio que habia corrompido á los suizos con su perversa doctrina, era su mayor adversario, aunque en algunas cosas convenia con él. Este hombre deshonestísimo, y sentina hedionda de todos los vicios, encendió la guerra en la Suiza con sus feroces declamaciones. Sus secuaces fueron muchas veces derrotados por los católicos en el mes de octubre, y quedaron en el campo cinco mil muertos. El mismo Zuinglio peleando á la frente del primer escuadron recibió una herida mortal, y su cuerpo fue arrojado al fuego. Finalmente por la mediacion de los magistrados se sosegó la guerra civil, y desde entonces se estableció entre los suizos la herejía. Cristierno Segundo propagó la peste luterana en Dinamarca y los reinos confinantes, aunque no sin castigo; porque habiendo sido despojado del reino, y preso por la perfidia de Federico, duque de Holsacia, su tio, fue en-

cerrado en la fortaleza de Sineburg, donde acabó en este año su vida y su prision. Murió entonces madama Luisa, madre del rey Francisco de Francia, hermana de Carlos de Saboya, mujer ambiciosa é iracunda, de la cual dicen muchos males los historiadores franceses. Y en este mismo año, ó mas bien en el siguiente, falleció tambien Juan Federico, duque de Sajonia, fautor y protector de Lutero, padre de Juan Federico su sucesor, ó tio, como dice Ferroni.

Peleó Doria felizmente con los piratas, y habiéndoles apresado una galera, derrotó y incendió otras tres en las costas de Africa, y puso en libertad á los cristianos que estaban condenados al remo. En el mes de noviembre se levantó en el Océano una cruelísima tempestad que arruinó y sumergió muchos pueblos de Flandes con muerte de inumerables personas. Precediéronla por espacio de tres dias copiosísimas lluvias, horrorosos truenos, y contínuos terremotos con furiosos torbellinos, causando tan estraordinario terror en todos, que creian habia llegado ya el fin del mundo. Esta misma calamidad afligió á Portugal, que en todo lo demás gozaba de prosperidad. A principios de este año de treinta y uno, tembló horriblemente la tierra en Lisboa, y quedaron muchos sepultados entre las ruinas de los edificios. Tragóse el mar hinchado gran número de navíos; y rechazado con fuerte ímpetu el rio Tajo, se derramaron sus aguas por ambas riberas, y quedó en seco su madre con increible espanto de los que lo veian. Fue grande el temor, y no menor el peligro, pues á cada instante se arruinaban las casas. El rey se vió forzado á salir á campo raso con la reina, siendo infinito el número de los que abandonaron sus habitaciones para no perecer en ellas.

Divolgóse entonces la voz de que Soliman, instigado por Sepusio, disponia hacer guerra á don Fernando. Conmovido el César con esta noticia escribió á la emperatriz que este nuevo cuidado le impedia volver á España como tenia pensado; y asegurado despues por los venecianos de que eran ciertos los preparativos del Otomano, comenzó él tambien á disponer lo necesario, á fin de salir al encuentro al bárbaro en las fronteras de Alemania. Para cuidar desde mas cerca de las cosas que requeria la guerra, marchó en medio del invierno desde Bruselas á Ratisbona donde habia convocado la dieta. Despues de haber tratado sobre los medios de destruir la secta de Lutero, que no podia tolerar se estendiese en Alemania, y de arreglar otros negocios públicos, anunció que Soliman habia salido de Constantinopla con un poderoso ejército. Para ocurrir á tan gran peligro, y dejando á otro tiempo todos los demás negocios, mandó que á ninguno se le inquietase por causa de religion, pues no queria irritar los ánimos con una intempestiva severidad; porque fluctuando el César entre dos males, juzgó mas conveniente suspender por entonces las controversias religiosas, que esponer todo el imperio á ser presa de tan formidable enemigo. Grande fue la actividad con que los alemanes hicieron los preparativos de la guerra, segun la antigua costumbre del imperio romano; porque el César habia declarado que iria en persona á mandarla. Puso todo su cuidado y diligencia en juntar tropas, y hizo venir de Italia las mas escogidas con los generales mas esperimentados. Los españoles é italianos llegaron á cerca de veinte y dos mil. De Flandes y Borgoña le vino una lucida caballería. Tambien acudieron los veteranos y la nobleza mas aguerrida de España. Mandó alistar con nombre de compañías pretorianas doce mil alemanes de los que militaron en la guerra de Italia, y eran los mas fuertes para pelear á pié firme. Hizo además juntar víveres en abundancia, y todas las cosas que eran necesarias en una guerra tan complicada.

Para entretener las fuerzas navales del enemigo mandó el César á Doria que con una poderosa armada cruzase en los mares de la Grecia, dándole ámplias facultades para hacer lo que mas conviniese. El pontífice ayudó con todo lo que le fue posible para esta guerra cristiana, enviando las tropas veteranas que tenia, y tomó á su sueldo ocho mil caballos húngaros, á cuyo fin envió con una gran suma de dinero al cardenal Hipólito de Médicis. Los bohemos, moravos, polacos y otras naciones acudieron en gran número, persuadidos de que serian culpables si faltasen á esta sagrada empresa. Toda la Europa estaba en movimiento contra el comun enemigo, permaneciendo tranquilos los reyes de Francia y Inglaterra, á pesar de las exhortaciones que les hizo el César por medio de sus embajadores para que concurriesen á tan piadosa guerra. Marchó el César á Lintz, donde se juntaron muchas tropas, á cuyo tiempo pasó Soliman á la Hungría por la Misia despues de haber atravesado el rio Savo. Su ejército se componia de trescientos mil hombres, segun dicen algunos historiadores, y el del César de noventa mil infantes, y treinta mil caballos. Dejó el bárbaro el Danubio á la derecha, y invadió la Hungría inferior, y la provincia confinante de Estiria, talando y desolando todo el territorio por donde pasaba. Habíase adelantado Cazano, general intrépido de la caballería turca, con quince mil hombres con órden de hacer correrias entre el Danubio y los Alpes. Entretanto Ibraim, teniente de Soliman, embistió con lo mejor de sus fuerzas á Guint, ciudad pequeña y no muy fuerte; pero fue valerosamente defendida por Nicolás Saresic con pocas tropas, y mucha alabanza suya. Cazano llegó cerca de Linz, y lo llenó todo de terror y espanto, pero noticioso de que los imperiales le tenian cogidos los caminos, para escaparse con mas presteza mandó con bárbara ferocidad degollar cuatro mil cautivos que tenia. Ferricio, otro de los generales turcos se retiró por sendas desconocidas, y espesos bosques al campo de Soliman con parte de sus tropas. El conde Palatino encontró cerca de Starembурg á Cazano, le derrotó con el mayor número de su gente. El resto de los fugitivos pereció casi todo, habiéndoles seguido el alcance Londronio, y el Croato Gaznier. Los pocos que habian quedado cayeron en manos de los húngaros pontificios, y de los labradores que se habian derramado á saquear, y de este modo de ocho mil caballos apenas se escapó uno que llevase la noticia de la pérdida. Hallábase Soliman en Gratz, ciudad de la Estiria, y el César cerca de Viena, y ni aquel sontaba su campo, ni este movia el suyo. Amenazó el bárbaro que antes de tres años volveria al Austria con mayores fuerzas, y no falta quien dice que desde Constantinopla escribió al César desafiándole á pelear cuerpo á cuerpo. Pero se quedó en palabras la arrogancia de Soliman, porque ó amedrentado con los preparativos de sus enemigos, ó como quieren otros porque el Francés le exhortó en sus cartas que no contrarestase la fortuna del César, evitó entrar en batalla, y habiendo llenado de un vano terror á los confinantes, se volvió lleno de ignominia á Constantinopla sin que hubiese hecho cosa alguna memorable fuera de latrocinios. No ofreciéndose al César despues de la partida de Soliman ocasion alguna de pelear, despidió el ejército, y se apresuró á volver á Italia para embarcarse á España, acompañándole muchos nobles con dos legiones de alemanes y españoles. De este modo fue preservada la Alemania, que el Otomano habia intentado invadir, y quedó libre la cristiandad del peligro que le amenazaba, con grande alabanza, y gloria del César.

CAPITULO XV.

Espedicion de Doria contra los turcos. Sucesos de Nueva España y demás partes de América.

Entretanto Doria, para cumplir las órdenes del César, juntó cuarenta y cuatro galeras, en cuyo nú-

mero se contaban las del pontífice y las de Malta, y treinta y cinco navios de carga de estraordinaria grandeza, á los que seguian otros de menor porte, y se dirigió al puerto de Mecina. Tomó allí los víveres y la artillería necesaria para batir murallas, y navegó al Archipiélago. En la isla de Zante le hizo muchos obsequios Capeli, general de la armada veneciana, á los que correspondió Doria, y habiendo ofrecido á este todas sus facultades, escepto el ayudarle contra los turcos, porque se lo impedia el tratado que con ellos tenia hecho su república, le dió muchas gracias Doria, y prosiguió su navegacion sin que nadie se lo estorbase, porque Himeral, general de la armada turca que se hallaba en el golfo de Larta con setenta galeras para defender las costas de la Grecia, se puso inmediatamente en fuga. El primer ímpetu de la guerra cayó sobre Coron, ciudad de la Morea, la cual fue tomada á viva fuerza y saqueada, y quedó para su custodia don Gerónimo de Mendoza, capitan veterano, con una buena guarnicion española. Los italianos se apoderaron de Patrás, que abandonaron los turcos poniéndose en fuga. Comenzó luego la artillería á batir el castillo situado en un lugar elevado, pero en breve se desanimaron los bárbaros, permitiéndoseles transmigrar á la Etolia con sus hijos y mujeres, y un vestido cada uno. Desde allí por tierra y por mar se encaminaron al estrecho del golfo de Lepanto que está dominado de dos castillos. El uno situado en la Acaya fue tomado sin derramar ninguna sangre por la cobardía de su gobernador, y entregado al saqueo. El otro en la Locrida fue tambien espugnado, aunque con mucho trabajo, porque la guarnicion se obstinó en morir antes que entregarle. Recogida la presa, en la cual habia un gran número de cañones de artillería, se volvieron á Coron. Entretanto que Doria juntaba en esta ciudad muchos víveres, y todo lo demas necesario para la guerra, recorrió Salviati con las galeras de Malta hasta el istmo de Corinto infundiendo en todas partes terror y espanto. Concluida esta espedicion, y esperanzados los españoles de que en breve recibirian socorro, se hizo á la vela Doria, y regresó con feliz viaje á Italia.

En España se hallaban las cosas tranquilas, y los magistrados ejercian libremente su autoridad. Florecia el estudio de las letras en las universidades que por este tiempo se establecieron ó renovaron, trasladándolas á lugares mas oportunos, de las que salieron muchos hombres ilustres en santidad y doctrina, de que haremos mencion mas adelante. En los años anteriores habia decidido el César en Zaragoza la controversia suscitada entre el arzobispo don Alonso y Lanuza, teniente de justicia mayor, hombre inflexible y tenaz. Para evitar toda ocasion de discordia mandó la emperatriz al arzobispo que viniese á su presencia, y á Lanuza que no se entrometiese en lo que no le tocaba; y habiendo obedecido el arzobispo murió en Madrid el año de mil quinientos veinte y nueve. Su cuerpo fue llevado á Zaragoza, y sepultado en la iglesia de Santa Engracia cerca del altar mayor. Sucedióle don Fadrique de Portugal, que obtuvo antes los obispados de Calahorra, Segovia y Sigüenza, y se hallaba de virey de Cataluña cuando fue trasladado á Zaragoza el dia doce de abril de este año. Habiendo pasado, como ya dijimos, á la iglesia de Tarragona don Luis de Córdoba, fue electo por su sucesor en la de Barcelona don Juan, de la misma familia de Folch, y tomó posesion de su obispado el dia diez y ocho de agosto de treinta y uno. Por su muerte, acaecida en breve, le sucedió en esta diócesis don Geronimo Doria, genovés, que se hallaba ausente, y no vino á su iglesia hasta dos años despues el dia seis de julio. Falleció tambien don Antonio Fonseca, arzobispo de Burgos, y fue sepultado en la capilla que él mismo hizo edificar en Coca. Sucedióle don Antonio Rojo, que solo vivió siete meses, y á este don Iñigo de Mendoza, trasladado de la iglesia de Coria, y nombrado despues cardenal por Clemente Sétimo. Gil Gonzalez Dávila pone á Rojo en su catálogo por primer patriarca de las Indias; pero don Pedro de Mendoza, arzobispo de Granada, le pone en segundo lugar. Lo cierto es que este patriarcado fue instituido por el papa Clemente el año veinte y cuatro de este siglo, como lo afirma Chacon. Aun es mas de admirar que Dávila, omitiendo á don Gabriel Merino, señalase á don Fernando de Guevara por segundo patriarca, á don Antonio Fonseca por tercero, á don Juan de Guzman por cuarto, y despues á otros. Pero Rodrigo de Silva dice positivamente que Merino fue el primero, Rojo el segundo, y Guevara el tercero. Fue electo sucesor de Rojo en la iglesia de Granada don Pedro Portocarrero que murió en el mismo año. Siguieron despues don Francisco Herrera, y don Ramiro de Riba que fallecieron en breve tiempo. A estos sucedió don Gaspar de Dávalos que vivió muchos años; edificó dos colegios con rentas competentes, y dotó la universidad, y desde Granada fue trasladado al arzobispado de Santiago.

En nueva España hubo muchas turbulencias por culpa de Nuño de Guzman que abusaba enormemente de su potestad. Hallábase de gobernador en el rio de Panuco, y habiendo movido disputa á Cortés antes de su venida á España sobre los límites de su gobierno, se originaron entre los dos graves enemistades. Entretanto habiendo sido hecho presidente de la audiencia de Méjico, procuró durante la ausencia de Cortés satisfacer por todos medios el odio que le tenia. Ante todas cosas le confiscó los bienes y forjándole á este fin una causa; persiguió de mil maneras á sus familiares y amigos; finalmente puso todo en inquietud con su precipitada conducta. Quejóse Cortés al César, y ofendido de estos desórdenes, removió de Méjico á este hombre soberbio, y á sus cólegas que le apoyaban en sus escesos, y puso otros en su lugar, nombrando por presidente á don Sebastian Ramirez, arzobispo de Santo Domingo, donde se habia hecho célebre por su virtud y probidad. A este mismo tiempo regresó Cortés á la América, despues de haber perdido en España á Sandovál su amigo fidelísimo, compañero perpétuo en sus trabajos, á quien trajo consigo á estos reinos, y murió de enfermedad. Desembarcó en Veracruz el dia quince de julio del año de treinta, y fue recibido con estraordinario regocijo, porque todos deseaban vivamente su venida. Casó á las hijas de Motezuma con nobles españoles, señalándolas en dote grandes posesiones con autoridad del César para que se mantuviesen con el decoro que les correspondia.

Deseoso Guzman de evitar la presencia de Cortés, juntó un cuerpo de tropas de ciento y cincuenta caballos, otros tantos infantes españoles, y ocho mil mejicanos con doce piezas de artillería, y se puso en marcha para sujetar á los indios chichimecas. Descubrió una region llamada por los bárbaros Jalisco, á la cual dió el nombre de nueva Galicia, y edificó las ciudades de Compostela, San Miguel, el Espíritu Santo y Guadalajara, capital de la provincia en memoria de su patria. Su teniente Lopez de Mendoza fundó tambien la ciudad de San Luis. Peleó muchas veces con aquellos bárbaros, que eran ferocísimos, y los venció valerosamente. Habiendo enviado Cortés dos navíos para descubrir por aquellos mares una navegacion mas breve á las Molucas, no pudo adelantar cosa alguna. Porque habiéndose suscitado una horrible discordia entre los pasajeros y soldados, perecieron ambos navíos en diversos tiempos y lugares, habiendo sido muertos los españoles con su capitan por los bárbaros irritados con la guerra que les habia hecho Guzman. Entró Ramirez en la presidencia de Méjico el año de treinta y uno: procuró aplacar á Cortés que estaba irritado de los injustos pro-

cedimientos de Guzman, y trató con el mayor decoro á este hombre tan benemérito. Corrigió muchos escesos que habia causado la temeridad de su antecesor. Reprimió á los ministros reales que abusaban de su autoridad, y se entremetian en muchas cosas que no les pertenecian. Cuidó mucho de que hubiese abundancia de agua en la ciudad, la adornó con edificios, y promovió las letras, y mandó establecer escuelas para los indios. Fué defensor acérrimo de su libertad, y publicó la ley renovada por el César, en que los declaraba libres, y que fuesen tratados con la mayor suavidad. Fundó la Puebla de los Angeles, colonia de españoles á la mitad del camino entre Méjico y Veracruz, y hizo otras cosas magníficas y esclarecidas.

Por este tiempo se comenzó á cultivar la cria de los gusanos, y los frutos y semillas de Europa que producian con admirable abundancia. Parece increible y fabuloso lo que se refiere de la fertilidad de estas tierras, de la de sus árboles, fieras, aves y animales de todo género. Los árboles son tan altos que no puede alcanzar á su cima una saeta disparada; tan gruesos que no los pueden abrazar cuatro hombres. De cada uno de ellos hacen una barca para navegar, y en algunas caben treinta hombres. Los juncos se hacen tan corpulentos que sirven de bastones. Los campos están llenos de unas cañas muy gruesas, que en el hueco de sus nudos contienen un licor muy frio y abundante, con que apagan la sed los naturales. Y es cosa admirable la virtud medicinal que tienen los frutos, las yerbas y otras muchas cosas, sobre lo cual puede verse la obra que escribió Monardes; pero todas estas producciones, ya sea por la influencia del cielo, como dice Plinio en igual caso, ó ya por no llevarlas el suelo, pierden su vigor si se trasplantan á otros paises. Nuestro trigo da dos cosechas al año, y en los principios la escesiva lozanía de las plantas impedia que cuajase el grano, hasta que fue domada, y cultivada la tierra por los colonos. Los indios tienen al año muchas cosechas de sus frutos, de los cuales hacen pan y vino juntamente. De solas dos ovejas se dice que produjeron á Diego Camargo cuarenta mil al cabo de diez años. Finalmente es bien notorio el prodigioso aumento y propagacion que tuvo en aquellos paises el ganado vacuno. Fueron nombrados entonces obispos ilustres en doctrina y en santidad. Para Trujillo en Honduras, fray Juan de Talavera, religioso gerónimo: Para Santa Marta, Torres: para Nicaragua, don Diego Osorio: para el Darien, fray Tomás Berlanga, sucesor de Peraza, ambos dominicos, y fray Juan Garcés, natural de Aragon, del órden de San Francisco, fue electo primer obispo de la iglesia de Tlascala. Con sus heróicos trabajos se propagó y estendió admirablemente la Religion Cristiana; y al mismo tiempo fray Tomás de Villanueva, provincial de los agustinos de Castilla, envió religiosos de su órden bajo la direccion de fray Francisco Jimenez, los que se dice edificaron cuarenta conventos en aquellas provincias.

En el año de treinta y uno fundó don Pedro de Heredia á Cartagena, y fue la primera ciudad que se fortificó con murallas en América, despues de vencidos los bárbaros, que eran muy belicosos. Está situada á diez grados del ecuador hacia el Septentrion en una arenosa peninsula del mar del Norte, cuyo puerto y su entrada se asemeja mucho al de la ciudad que tiene el mismo nombre en España. En una de las batallas que tuvieron los indios, se dice que una joven que apenas tenia diez y ocho años mató ocho españoles con flechas envenenadas. Esta ciudad se hizo muy opulenta asi por la abundancia de sus frutos como por su comercio marítimo. Su obispo don Tomas Toro procuraba aliviar con todo género de socorros á los naturales oprimidos por los españoles, y de aquí resultó que don Pedro y su hermano fueron enviados presos á España para responder á los cargos que les hacian, como lo atestigua Gomara.

Despues que Sebastian Gaboto pasó cinco años en el rio de la Plata, ocupado en civilizar á aquellos hombres tan feroces, y no viniéndole socorro alguno de gente, regresó á España con el único navío que le habia quedado. Renovóse despues la guerra con mas furor, por haberse irritado los indios con la insolencia de los soldados que habia llevado Garcia. Concedió el César á los velseres de Ausburg, en premio de sus grandes méritos, la provincia de Venezuela, llamada así por la semejanza que tiene uno de sus pueblos con la ciudad de Venecia. Su primera ciudad es Coro. Los naturales de uno y otro sexo son muy apasionados á la guerra, y usan de flechas envenenadas, que disparan con no menos valor que destreza. La mayor parte de ellos fue destruida, pórque los alemanes pusieron mas cuidado en sacar riquezas, que en domesticar á una gente tan bárbara. Intentaron unos piratas franceses acometer á Cubagua, isla abundantísima en grandes perlas; pero les costó muy caro su audacia, pues arrojados de allí con mucha pérdida, acabaron de derrotarlos los españoles cerca de la isla de Santo Domingo, y se dice que perecieron en el Océano, habiéndoseles hecho pedazos el navío y cuanto llevaban con la multitud de balazos.

Los habitantes de las Molucas estaban divididos entre los castellanos y portugueses, y tenian estos frecuentes combates, en los cuales consumieron unos y otros la mayor parte de sus fuerzas, llegando á un estado deplorable. Conviniéronse al fin en que abandonando Torres la fortaleza de Tidore, se retirase con su gente á Camafo, puerto de la isla de Giloló, donde habia desembarcado á su llegada, y se le prohibió tener parte alguna en el comercio de la especería. Permaneció en aquel lugar con invencible constancia, creyendo que era indecoroso para él alejarse de allí sin órden del César, que le habia enviado con el mando. Pero habiendo tenido seguras noticias de haberse transigido con dinero la disputa entre los dos príncipes sobre la posesion de estas islas, pidió pasaporte á Nuño de Acuña, teniente de virey de la India, y se embarcó con diez y siete compañeros, que eran los únicos que le habian quedado, y despues de haber dado vuelta á todo el mundo, arribó á la Andalucía en los años siguientes.

Encendióse en Honduras la guerra entre los mismos españoles, instigados de su avaricia y ambicion perversa. Con este motivo intentaron los bárbaros recobrar la libertad perdida, y hacerse dueños de sus señores, pero con infeliz éxito. De esto se originaron nuevas guerras, que fueron causa de muchas calamidades. Diego de Ordaz, soldado que adquirió mucha fama en la guerra de Méjico, recorrió con increibles trabajos la costa de Paria por espacio de ochenta millas con el fin de establecer colonias, y se le estrellaron dos navíos en que perecieron muchos soldados ahogados. Los demas se retiraron á Cubagua y al continente inmediato, habiendo perdido lo poco que tenian. Ordaz se embarcó para España, y murió en el viaje de una enfermedad. Mucho mas triste fue la suerte de Narvaez, á quien fueron en gran manera adversas las espediciones de América. Intentó entrar en la Florida, con infeliz principio y con desgraciado suceso. Naufragó en Cuba y perdió dos navíos, sesenta compañeros, y veinte caballos. Desde allí pasó á tierra firme y despues de haber reconocido el rio de las Palomas, se encaminó con trescientos infantes y cuarenta caballos por una dilatada region desconocida, con una corta porcion de víveres que apenas bastarian para tres dias. Consumidos estos, se alimentaron los hombres y los caballos de palmitos, fruto que espontáneamente produce la tierra. Esta region situada al Norte, es muy fria, áspera é inculta, y el carácter de sus habitantes es muy semejante al clima

que los domina. Andan siempre desnudos del todo, y son de estraordinaria corpulencia : sus fuerzas son correspondientes á la magnitud de sus miembros, y corren con admirable velocidad : el sonido de su voz es horrible, y mas parece que rechinan los dientes, que no el que hablan. Cuando llegaron á tratar con los españoles, sirvieron de palabras las señas y los movimientos del cuerpo. Son muy diestros en tirar, y traen pendientes de sus hombros enormes arcos y flechas, con las que traspasan hasta el hierro. Hállanse espantosos bosques de una estension inmensa, con árboles corpulentísimos tan antiguos como el mundo, y páramos horribles. Sin embargo, no se desanimó la española gente á la vista de tantos peligros, y ansiosa de pasar siempre mas adelante, despues de haber caminado muchos dias por precipicios y intrincadas selvas, llegaron por fin á Apalache. No hallaron en el pueblo cosa alguna de las que la mentirosa fama había publicado, á escepcion de maiz, que es el mantenimiento de los bárbaros, con los cuales pelearon muchas veces no sin pérdida. En nueve dias de camino llegaron á Auten, cuyo pueblo incendiaron sus habitantes, á fin de arrojar de él á los huéspedes. Estos pues, abominando de una region tan áspera, inculta y estéril, y condenada por la naturaleza y las costumbres de aquellos bárbaros tan degenerados de la especie humana, se retiraron de allí para buscar otros paises mas benignos. Habiendo regresado al mar, y no pudiendo embarcarse porque les faltaban sus navíos que habian sido llevados á otra parte, fabricaron en breve tiempo otros cinco. Entretanto vivian de la carne de los caballos, y de lo que podian robar á los



Francisco Pizarro.

bárbaros que continuamente salian de los bosques á acometerlos; pero con un género de vida tan trabajoso, y con unos alimentos tan repugnantes, comenzaron á caer enfermos. Finalmente, estando resueltos á entregarse al mar, hicieron de las camisas velas para sus buques, y convirtieron las crines de los caballos en cordage, suministrando el hierro necesario los estribos y las armas. Dispuestas ya todas las cosas, se aventuraron al mar con infeliz fortuna, pues arrojados por las tempestades á aquellas desiertas playas, perecieron casi todos por la sed, el hambre, el frio y las asechanzas de los bárbaros. Sobrevivieron únicamente Alvar Nuñez, Cabeza de Vaca, y tres compañeros, que habiendo sido presos por los indios, fueron increibles los trabajos y calamidades que padecieron en su miserable y larga esclavitud. Libertáronse con admirable industria, y despues de haber atravesado inmensas regiones entre gentes bárbaras y fieras, consumidos enteramente; sin vestidos, y alimentados con frutos silvestres, llegaron al fin á la Nueva España, y desde allí al cabo de diez años se restituyeron á Europa, dando á la posteridad un grande ejemplo de sufrimiento en los mas espantosos males. Los que habian quedado en los navíos despues de andar errantes cerca de un año por aquellas costas buscando en vano á sus compañeros llenos de tristeza, se hicieron á la vela para Nueva España.

Casi al mismo tiempo en que el infeliz Narvaez pasó á la Florida, Francisco Montejo, soldado intrépido de Cortés, entró con igual desgracia en Yucatan, península dilatada de la Nueva España, que se estiende hácia el Oriente con mas apacible cielo y tierra mas fértil, y que produce algun oro. La gente es muy belicosa y de color oscuro: anda siempre desnuda, y se pintan el cuerpo unas veces de negro y otras de encarnado. Del mismo modo acostumbraban pintarse las gentes bárbaras de nuestro hemisferio como lo testifican César y Plinio, y por la misma causa de parecer mas horrible á sus enemigos en la batalla: usan las mismas armas que los mejicanos: traen colgadas al cuello láminas de oro, y piedras preciosas pendientes de las orejas y narices, (esto es comun en todos los americanos, y algunos se esmaltan con piedras el cuerpo, las mejillas, la nariz, y los labios), y se adornan la cabeza con plumas de aves: y en suma mas bien pueden llamarse fieras que hombres. Llegó Montejo á esta provincia con cuatrocientos infantes, y pocos caballos: y indignados los bárbaros con semejantes huéspedes, tomaron las ar-

mas, y salieron aceleradamente contra ellos, creyendo derrotar con facilidad una tropa tan pequeña. La noche hizo cesar la pelea que fue atroz y sangrienta; renovóse el dia siguiente al amanecer, y duró hasta el mediodia, y entonces empezó á aflojar la pertinacia de los bárbaros que se pusieron en fuga á los montes y á los bosques. En estos encuentros apenas sirvieron de cosa alguna los caballos, porque el paraje era muy áspero y pedregoso. Perecieron mas de mil y doscientos de los enemigos, á costa de alguna sangre de los españoles. Despues de estos sucesos, y mostrándose mas suaves y quietos con una especie de paz fingida, intentó Montejo agasajarles y domesticarlos, para ver si quitándoles el miedo podia reducirlos á servidumbre. Viendo que no se movian, envió á Alonso Dávila con algunos pocos armados para que explorase los parajes mas interiores; pero los bárbaros le acometieron, y le fatigaron con muchos combates, aunque para su propio daño. El mayor peso de la guerra recayó contra Montejo, que habiendo perdido en una sola batalla ciento y cincuenta compañeros, y quedando los mas heridos, les sacó por la noche del peligro, y los condujo á los navíos, dejando burlados á los enemigos, aunque tenian cogidos los caminos que se dirigian al mar. Desde allí navegó á la Nueva España á fin de juntar tropas para renovar la guerra. Permaneció Dávila por espacio de algunos meses sin saber de Montejo, á causa de que los enemigos tenian de tal suerte tomadas todas las sendas, que no podia enviar ni un solo mensajero, ni recibir noticia alguna de su capitan, por lo cual procuró apoderarse de las canoas de los bárbaros, y en ellas navegó con su gente al socorro de Honduras. No convienen entre sí los autores sobre el tiempo en que los españoles salieron de Yucatan.

CAPITULO XVI.

Navegaciones de Pizarro y Almagro, y descubrimiento del Perú. Prision de Atahualpa en Cajamalca.

En los años precedentes se habia descubierto otra inmensa region de la América, presentándose en ella gran número de heróicas victorias á la nacion española, no menos codiciosa de peligros que de riquezas. No convienen los autores sobre quién fue el primero que descubrió las costas meridionales de aquel nuevo mundo. El Inca Garcilaso, autor muy verídico y diligente en esta materia, lo atribuye á los compañeros de Balboa, que bajo de sus auspicios navegaron el año quince de este siglo, en cuyo tiempo reinaba Huainacap, Inca Décimosegundo, nombre que usaron los reyes del Cuzco desde el establecimiento de su imperio. Los españoles dieron sin fundamento á esta region el nombre de Perú, así como equivocaron los de otras muchas ciudades y provincias del



Conferencia de Carlos V con el Papa.

Nuevo Mundo por entender mal, y pronunciar peor las voces de los bárbaros. Pero no hay necesidad de que sobre esto abusemos de la paciencia de nuestros lectores. En la parte que mira al Océano son escasas las lluvias, pero la riegan las muchas aguas que bajan de los montes, los cuales son tan elevados que se ocultan en las nubes, y forman una cordillera contínua por el Oriente y el Septentrion. Todo lo demás está dividido en amenísimos valles. La populosa ciudad de Quito se halla situada debajo de la línea, y todo el terreno inmediato á las montañas abunda de inagotables minas de oro y plata. Dícese que Huainacap habia anunciado al tiempo de morir que vendrian unas gentes bárbaras (porque los americanos no tienen pelo en ninguna parte de su cuerpo) que arruinarian el imperio, y que el sol, su padre benigno, lo habia pronosticado con muchas señales; sucedió á Huainacap en el imperio su hijo legítimo llamado Huascar, que habia tenido en su hermana segun la costumbre de la nacion. Atahualpa su hermano habia nacido de una hija del cacique de Quito, y en memoria de su padre dió Huascar el nuevo ejemplo de dividir el imperio con él; pero Atahualpa le movió guerra, y le hizo prisionero, despojándole del reino. Hizo además quitar la vida á todos los de la familia real, escapándose muy pocos por compasion de los verdugos. Era Atahualpa soberbio, cruel, artificioso, y en nada parecia á los reyes que le precedieron.

En este tiempo en que los españoles subyugaban á su costa las provincias y naciones americanas para agregarlas al dominio real, como lo hicieron los romanos en *Sutrio*, Francisco Pizarro y Diego de Almagro, vecinos de Panamá, hicieron compañía para descubrir nuevas regiones, exhortándoles á esta empresa el sacerdote Luque. Embarcóse primero Pizarro en un navío con ciento y doce compañeros en el mes de noviembre del año veinte y cuatro de este siglo, y habiendo recorrido un inmenso piélago entre

el Oriente y Mediodía, arribó á tierra, y peleó desgraciadamente con los indios, pues él mismo recibió siete heridas. Llegó despues Almagro con otra nave, y vino á dar en manos de los mismos bárbaros que habian derrotado á Pizarro. Pusiéronse en órden de batalla unos setenta españoles, y habiendo trabado una sangrienta pelea, consiguieron estos la victoria, aunque á costa de muchas heridas, y perdiendo un ojo su capitan, y incendiaron el pueblo. Despues buscó Almagro á Pizarro por largo tiempo, y no hallándole, volvió á embarcarse y le encontró en el puerto de Cucama, donde se estaba curando sus heridas. Habiendo juntado sus fuerzas, y sin desanimarlos las calamidades anteriores que les habian hecho perder ciento y treinta compañeros, volvieron á embarcarse con otros ciento y diez. Anduvieron vagando por el mar por espacio de tres años, viviendo de lo que podian robar, y no habiendo hecho cosa alguna memorable, se detuvo Pizarro en el rio de San Juan con cincuenta soldados, pues los demás habian perecido de hambre y de enfermedades crueles. Fue una peste para ellos el haber mudado de clima, y la falta de víveres los obligó á sustentarse con cueros. Entretanto que una de las naves reconocia las costas, no sin algun fruto, pues recogió oro, plata y ropas de las que usaban los indios, Almagro condujo de Panamá en otro navío soldados, caballos y víveres. Pusiéronse en camino formando un solo cuerpo para esplorar lo interior de aquella region, y sus habitantes los recibieron con mucha humanidad, proveyéndolos abundantemente de comida y de todo lo demás. Reconociéronlo todo con gran cuidado, y desde allí navegaron á la isla del Gallo, á fin de prevenir mayores fuerzas para sujetar á los bárbaros con la guerra. Pero resistiéndose la mayor parte de los soldados á tolerar una milicia tan trabajosa, desconcertaron su vasta empresa, y quedaron solos diez y seis hombres valerosos, que siguieron la fortuna de Pizarro. Perseveraron en aquel lugar por espacio de cinco meses padeciendo suma escasez de todas las cosas necesarias, y habiéndoles llegado el navío con víveres, se embarcaron con mucha alegría, y navegaron cuatrocientas millas mas allá de la costa que ya tenian reconocida, en cuya espedicion adquirieron algun oro y plata, que los bárbaros les dieron voluntariamente. Regresaron finalmente á Panamá, á causa de haberse cumplido el tiempo que para esta navegacion les habia concedido Pedro Arias, gobernador de aquella plaza; y no habiéndoles permitido emprenderla de nuevo, se dispersó toda la gente. Pero Pizarro, cuyo ánimo habia crecido con el deseo de apoderarse de las riquezas de los bárbaros, pidió dinero prestado á sus amigos, y vino á España á solicitar el mando de la region que habia descubierto; y habiéndoselo concedido la emperatriz que gobernaba en ausencia del César, pasó á Trujillo, ciudad de Estremadura, en donde habia nacido y se habia criado y llevándose consigo á sus hermanos Fernando, Gonzalo y Juan, á Martin Alcántara, su hermano de madre, y algunos pocos compañeros, arribó prósperamente al puerto de Nombre de Dios, y desde allí por tierra á Panamá. Almagro que habia gastado cuasi todos sus bienes en preparar aquella espedicion, llevó muy á mal que Pizarro hubiese obtenido el gobierno para sí sin haber hecho mencion alguna de su compañero y amigo. Mas aplacado por los de ambos, y por la blandura de Pizarro, desistió con grande ánimo de la empresa comenzada, aunque estaba cargado de deudas.

En el mes de febrero del año de treinta y uno, embarcó Pizarro en tres navíos ciento y ochenta infantes, y treinta y siete caballos; y habiendo navegado con viento muy favorable, llegó á los quince dias al puerto de San Mateo. Sacó á tierra toda su gente, y se puso en marcha contra los bárbaros que se hallaban consternados. Apoderóse por un ardid de Coachen, pueblo grande situado debajo de la línea, y sin haber derramado sangre alguna recogió en él quince mil escudos de oro, y setecientas cincuenta libras de plata, y algunas esmeraldas. Desde allí envió los navíos á Panamá para conducir el oro, y retornaron con treinta infantes y veinte y seis caballos. Sujetó aquellas gentes á la obediencia del César por los medios mas suaves, valiéndose por intérprete de un indio de la misma nacion, llamado Philipillo, á quien habia hecho prisionero en su primer viaje, y le habia traido consigo á España para que aprendiese la lengua. Desde el continente pasó á una isla llamada Puna por los naturales, que está separada de tierra firme por un pequeño canal, y á la cual los españoles dieron nombre de Santiago; tiene esta isla de circuito cuarenta y cinco millas; y en ella fue recibido Pizarro por los bárbaros con humanidad y paz, y tratado con esplendidez segun su costumbre, pero habiendo sabido que le armaban asechanzas, los ganó por la mano haciéndoles la guerra: hizo prisionero á su cacique y á los principales: derrotó en batalla á los pérfidos, y trató con crueldad á los cautivos. Dió libertad al cacique despues de haberle ofrecido que le seria fiel y sumiso en adelante. Desde allí repasó á Tumbez, y castigó la mala fe de sus habitantes que habian muerto á tres españoles, pero perdonó al cacique porque aquella traicion se hizo sin su noticia. Habiendo pasado mas adelante sujetó á otros pueblos con las armas, y condenó á muerte á un cacique que le habia armado una emboscada. Recibió con humanidad á los que se le entregaron voluntariamente, y mandó á los soldados bajo de graves penas que no les hiciesen daño ni injuria alguna. Estableció una colonia, á la que dió el nombre de San Miguel, y dejando en ella sus equipajes con alguna guarnicion, prosiguió adelante su camino con ciento y dos infantes, y sesenta y dos caballos. Los negros y los indios que venian para el servicio del ejército conducian la artillería de campaña y los víveres, y otras cosas de menor peso las llevaban sobre sus espaldas. Llegó á Piura, donde se detuvo diez dias para prevenir las cosas necesarias para la guerra, porque cada dia crecia mas y mas la fama de la grandeza del imperio del Cuzco, y el poder de su rey Atahualpa.

Desde allí continuó su marcha con gran cuidado por temor de asechanzas; y á pocos dias llegaron mensajeros del rey que traian á Pizarro algunos regalillos, á los que correspondió con otros semejantes. Este mensaje parecia dirigido mas á esplorar que á otra cosa, y lo mismo hizo el Español por medio de un cacique de su confianza. Volvió Atahualpa á enviarle otros nuevos mensajeros, que exageraron á Pizarro las victorias de su rey, sus inmensas riquezas, y las fuerzas de su ejército, creyendo que con estos vanos terrores desanimarian á los españoles, y los arrojarian de sus tierras. Pero estos por el contrario ostentaban la velocidad y fuerzas de sus caballos, el estruendo de sus armas fulminantes, y el valor de sus soldados. De este modo con señales esteriores de recíproca amistad se ponian asechanzas unos á otros, y se hacian la guerra con unos mismos ardides. Estaban los caminos muy bien guarnecidos y cercados de árboles por una y otra parte para defensa del calor. Estos indios nada tenian de bárbaros; usaban vestidos de algodon, ó de lana muy fina de ciertos animales, y las mujeres llevaban ropa talar. El principal cuidado de los Incas fue estender y dilatar los términos de su imperio, é inclinar aquellos hombres feroces á la cultura y humanidad, tal vez por disposicion divina, que preparaba suavemente las cosas para que la doctrina del Cristianismo los hallase mejor dispuestos. Finalmente despues de muchos dias de camino llegó Pizarro el dia quince de

noviembre á Cajamalca, donde halló muy poca gente porque cuasi todos sus habitantes se hallaban en el campo de Atahualpa que se venia acercando. Envióle Pizarro en calidad de mensajero á Fernando de Soto, jóven muy valeroso con veinte caballos; y le siguió con otros tantos su hermano Fernando para socorrerle en caso que llegasen á tomar las armas. Habiendo dejado Soto á sus compañeros á la orilla de un rio inmediato, se encaminó solo por medio del campo enemigo, y llegó hasta donde se hallaba Atahualpa sentado en su trono. Rodeábanle sus mujeres y muchos de los principales indios. Soto habia aderezado de tal suerte su caballo, que con la respiracion de las narices meneaba las borlas de la guarnicion de grana que le colgaba de la frente. Pero el bárbaro no mostró la menor admiracion á la vista de un espectáculo tan nuevo, y con los ojos inclinados á tierra oyó al mensajero que le pedia tuviese una conferencia con su capitan. Respondióle uno de los que se hallaban presentes, porque el rey ni aun levantó los ojos para mirar al que le hablaba, manifestando en su gravedad y compostura de cuerpo un escesivo orgullo y soberbia. Mientras tanto llegó Fernando, dejando tambien á sus compañeros cerca del rio, y trayendo á Philipillo á las ancas de su caballo. Instruido el rey por Soto de que aquel era hermano del capitan, se dignó poner la vista en él, y le habló de esta manera: «Tengo noticia por mi soldado que gobierna los confines de mi imperio, que vosotros habeis tratado mal á los caciques, que en nada os han ofendido, y que habiendo él mismo trabado una pelea, habia muerto á tres de los vuestros y un caballo: no obstante, mañana pasaré á hablar con vuestro capitan, porque me parece que es hombre de probidad.» Rechazó Fernando la arrogancia del bárbaro, diciéndole: «tu soldado es un hombre malvado y mentiroso, porque uno solo de los nuestros sin mas arma que una espada embotada, hubiera acabado con él y con su ejército, compuesto de hombres tan cobardes y despreciables. Nosotros no hacemos daño á nadie, si primero no somos provocados. Tratamos con fidelidad, y favorecemos á los amigos; pero somos inexorables con los enemigos. Si quieres valerte de nuestro auxilio contra los tuyos, que tanto te molestan, conocerás entonces como te ha engañado tu soldado.» A lo cual replicó Atahualpa: «pues ahora se presenta una ocasion oportuna, porque estoy en guerra con un cacique rebelde, y asi marchad con mis tropas y molestadle con todo género de males.» Respondióle el Español: «no hay necesidad de tantas fuerzas para tan pequeña empresa. Diez solos caballos, aunque tenga muchas tropas, son suficientes para destruirlas y dispersarlas así como el viento dispersa las hojas.» Al oir estas arrogancias, no pudo menos de reirse Atahualpa, y mandó que les diesen de beber. Inmediatamente trajeron las mujeres en copas de oro, vino compuesto de maiz, que los bárbaros llaman azúa; y rehusando ellos beber, los obligó con mucha urbanidad á que lo bebiesen, y de este modo se retiraron de allí, admirándose todos de la audacia de aquellos hombres.

Al dia siguiente, para cumplir el bárbaro su palabra, se encaminó con su gente á Cajamalca, y Pizarro, habiendo ocultado sus soldados, mandó á Pedro Candia que se quedase en una fortaleza que dominaba la plaza con solo nueve hombres armados de arcabuces y cuatro cañones de campaña, y dispuestos en órden todas las demás cosas, se dice que habló de esta manera á los suyos: «á ninguno de los mortales, compañeros mios, se ha mostrado la fortuna mas propicia que á nosotros, pues nos pone á la vista unos premios opulentísimos, pero solo dignos de los que se atrevan á vencer. Todo cuanto los bárbaros han recogido en muchos años, y les ha dado pródigamente la naturaleza de este suelo, todo esto nos lo ofrece la fortuna con los mismos dueños que lo poseen para hacernos felices en lo venidero, si ahora obramos con valor. Este rey poderosísimo, pero ignorante del valor español, por la providencia de aquel Sér divino que nos ha conducido á esta tierra, será presa nuestra (no temo ser falso profeta) con su dilatadísimo imperio y su grande opulencia. Cobrad ánimo y esfuerzo, compañeros mios, y no olvideis que sois españoles. Ya se acerca el fin de los trabajos y peligros; mostraos valerosos aunque solo sea por la necesidad que tenemos de vencer: pues fuera de la tierra que pisamos, todo lo demás lo posee el enemigo. Fáltanos el socorro de los navíos en que pudiéramos escaparnos por mar, y nos hemos alejado tanto de las costas, que nos es imposible volver á ellas sin ser vencedores. Sean cobardes los enemigos que tienen ciudades fuertes y lugares seguros donde retirarse; nosotros no tenemos otra cosa que las manos y las armas, pero en ellas lo tenemos todo. Haced que vuestro ánimo sea igual al peligro en que nos hallamos, para que cuando yo os diese la señal, acometais de tal modo contra la multitud que teneis á la vista, como que es necesario el morir ó el vencer.» Oyeron los soldados con increible alegría la exhortacion del capitan, y obedecieron sus órdenes, impacientes de la dilacion con la esperanza de la victoria.

Al ponerse el sol, se halló ocupada la plaza con una multitud de bárbaros tan brillantes con el oro y la plata como con las armas. Otro escuadron rodeaba la ciudad para que por ninguna parte se escapasen los españoles, y se creyó que el número de los enemigos llegaria á cincuenta mil. Era conducido Atahualpa en una litera dorada, adornada con admirables tejidos de plumas, llevándola en sus hombros los principales de la nacion, y persuadiéndose que los españoles estaban escondidos dentro de las casas, aterrados de la multitud de los suyos, cuando le salió al encuentro Fr. Vicente Valverde, del órden de Santo Domingo, acompañado de un intérprete con la cruz en una mano, y en la otra la sagrada Biblia, y comenzó á anunciar el verdadero Dios, criador de todas las cosas, cuyos oráculos se contenian en aquel libro. Creyendo el rey que le hablaria el libro, le tomó en la mano y comenzó á hojearle con admiracion; pero frustrado de su esperanza, le arrojó con desprecio en medio de la multitud de los suyos, y con rostro airado reprendió las rapiñas de los huéspedes, mandoles que inmediatamente restituyesen con fidelidad las cosas que habian robado. A los clamores de Valverde, que acusaba al rey de impiedad por haber arrojado el libro, se irritó Pizarro, y siguiéndole cuatro de sus compañeros, cogió á Atahualpa de un brazo. Dió de improviso la señal de acometer, y aterrados los bárbaros con el horroroso estruendo de la artillería, con el sonido de las trompetas, con el clamor de los soldados, y con el ímpetu de los caballos, atónitos y como fuera de sí, se arrojaron los unos sobre los otros, y se pusieron en precipitada fuga; pero viniendo á dar con grande violencia en la cerca que rodeaba la plaza, padecieron un horrible estrago, y mas pudo llamarse carnicería que batalla, pues ninguno se resistia á los que los herian, y todos volvian las espaldas. Quedaron muertos alrededor del rey los que le acompañaban en literas, y los que los llevaban entre los cuales se halló el cacique de la ciudad. El mismo Atahualpa se vió abandonado en tierra, habiendo sido cortadas las manos á los que le conducian, y corria gran peligro de perecer si no le hubiese preservado Pizarro. Llevóle este bien asegurado á la casa donde él habitaba, y por medio de un intérprete comenzó á aplacar á aquel príncipe irritado con el dolor de tan grave calamidad, recordándole que habia hecho prisioneros á muchos caciques, y que habién-

dolos dado libertad poseian pacíficamente sus tierras: que por su culpa habia sido vencido y preso, pues habia tratado como enemigos, contra todo derecho y justicia, á unos huéspedes que no le habian hecho daño alguno. Disculpose Atahualpa lo mejor que pudo echando la culpa á sus consejeros, por cuyas instigaciones habia movido la guerra; pero añadió que se reia de la fortuna, y de verse hecho prisionero por quien habia pensado prender, siendo vencido con sus mismas armas. Entretanto continuaba la mortandad por todas partes, y la plaza y todas sus cercanias estaban llenas de cadáveres. Ninguno de los españoles fue muerto ni herido en este lance. Temeroso Pizarro de las tinieblas de la noche en una region desconocida de los suyos, mandó tocar á recoger. Volvieron los españoles cansados de matar, trayendo delante de sí una multitud de cautivos como un rebaño de ovejas. Cenó el bárbaro aquella noche con el capitan español, y descansó en su mismo aposento. Al dia siguiente se recogió el botin, que se componia de ochenta mil castellanos de oro, cincuenta y seis mil onzas de plata, con algunas pocas esmeraldas y vestidos, y además gran copia de ganados del país: á todos los cautivos se les dió libertad, escepto los que fueron destinados para llevar las cargas. Fue hecho prisionero Atahualpa el sábado dia diez y seis de noviembre del año de mil quinientos treinta y dos, y no el dia de la Cruz de mayo del siguiente, como escribió Herrera; pero yo sigo la relacion de los que se hallaron presentes á estos sucesos que á no ser por estar apoyados en tantos testigos, se tendrian por fabulosos.

CAPITULO XVII.

Sucesos de los portugueses en la India. Conferencia de Bolonia entre el papa y el César. Vuelve este á España.

Los portugueses no hicieron por estos tiempos en Africa cosa alguna digna de memoria, pues casi se veian libres del peligro de los moros por hallarse estos ocupados en discordias civiles. Las cosas del Oriente se hallaban agitadas con una guerra contínua; el dominio del mar, las fortalezas levantadas, y la imposicion de tributos irritaba á aquella gente soberbia, poco sufrida, y acostumbrada á dominar. De esto pues se originaban cada dia nuevas causas para pelear y conseguir victorias. Tampoco faltaron calamidades, con que no pocas veces se vieron afligidos los portugueses, pues como Marte es comun de todos, mezcla frecuentemente las desgracias con los sucesos prósperos. Nuño de Acuña, que salió del puerto de Lisboa con once naves muy grandes, tuvo una navegacion desgraciada, y habiendo perdido con los infortunios del mar una buena parte de su armada, se vió precisado á arribar á las costas de Africa, donde saqueó la ciudad de Mombaza, abandonada por sus habitantes que se habian puesto en fuga. Desde allí navegó á Ormuz: inmediatamente tomó posesion del mando. Depuso á algunos de sus empleos, y á otros envió á Portugal como reos de malversacion de la hacienda real. Mandó á Simon de Acuña que navegase á Baharen, isla del mismo golfo, para castigar á Barbadin, que fugitivo de Ormuz se habia fortificado en un castillo. Pero se desgració esta empresa, y regresó Simon con mucha ignominia y pérdida. Por el contrario Antonio de Miranda, acompañado de Cristobal de Mello, peleó prósperamente en la costa de Malabar; recogió un botin considerable, y apresó un navío de Calicut de estraordinaria grandeza cargado de ricas mercaderías. Luego que el virey Acuña desembarcó en Goa, puso en prision á Sampayo su teniente, y le remitió á Portugal con buena custodia, siendo luego condenado á destierro del reino, despues de pagar una gran suma de dinero. A los tres Silveiras les encargó la guerra en diversos lugares; Antonio la hizo en Cambaya, y retornó con alguna presa; Diego acometió al Zamorin en castigo de su inconstancia y mala fe, y incendió una gran parte de la ciudad de Calicut; y habiendo saqueado la costa de Narsinga, causó mucha confusion en el comercio de los mahometanos. Recogió una rica presa, y incendió á Mangalor, plaza célebre de comercio, con los navíos que se hallaban en el puerto. Hector Silveira, hombre valeroso y de singular talento, obró tan particulares hazañas que parecen increibles. En el cabo Guardafú persiguió á los enemigos con su armada, y tomó á los mahometanos algunos navíos, aunque no sin derramar sangre.

El sultan de Aden, ciudad situada en la costa de Arabia, se hallaba sitiado por los turcos, que se tenian por señores del mar, y le libertó Hector del peligro haciéndole su tributario. Pero el bárbaro, despues de haberse retirado Hector, pagó aquel beneficio con una perfidia, haciendo asesinar á los portugueses que habian quedado en la ciudad para comerciar. Habiendo juntado el virey una armada poderosa navegó con ella á Bethelen, isla cercana á Diu, y mandaba fortificar por el rey de Cambaya. Pidieron los bárbaros que se les permitiese salir de allí libremente, y negándoselo el portugués, se irritaron de tal modo que prefiriendo setecientos guerreros una honrosa muerte á una vida ignominiosa, se obstinaron en una valerosa resistencia. Lo primero que hicieron fue arrojar en una grande hoguera á sus mujeres, hijos, y todo lo mas precioso, para que no fuesen presa del enemigo. Y como si estuviesen agitados de las furias, sin esperar la luz del dia comenzaron á disparar desde lo alto contra los portugueses. La pelea fue atroz y cruel, y era tal la rabia de los bárbaros, que deseoso uno de ellos de herir á un portugués, se metió por la punta de su lanza, y atravesados con mútuas heridas cayeron muertos el uno sobre el otro. Murieron diez y siete portugueses valerosísimos, entre los cuales fue uno Hector de Silveira, varon esclaredicísimo por sus hechos y nobleza. Quedaron heridos ciento y veinte, y de estos murieron luego algunos. Destruidas las fortificaciones, y habiendo embarcado el virey setenta piezas de artillería en sus navíos, vino á Diu para tomar aquella plaza por ardid si se le presentase ocasion oportuna. Pero habiéndose pasado esta, despues de haber arrojado una lluvia de balas, se retiró de allí, causando al enemigo mas terror que daño. Dejó á Antonio de Saldaña con parte de la armada para asolar las costas de Cambaya, lo cual ejecutó valerosamente. Arruinó á Madrefabato, Goga, y otros pueblos, y destrozó gran número de navíos, derrotando á sus defensores, y llevó á Goa una rica presa.

Entretanto se hallaban perturbadas mas que nunca las costas de las Molucas. Antonio de Brito, que habia llegado allí despues de Serrano, obtuvo permiso de la reina viuda del difunto Régulo Boleif, y de Aroen, tutor de su hijo para edificar una fortaleza en Ternate. Pero sospechando despues la reina de que con el favor de los portugueses y con la muerte de sus hijos aspiraba el tutor á apoderarse del reino, puso asechanzas á los huéspedes para arrojarlos de la isla. Llegó Brito á entender esta perfidia, y habiendo acometido al palacio real, se llevó consigo á los pupilos. La reina se escapó en medio del tumulto y confusion, y se huyó á Almanzor su padre, Régulo de Tidore. El tutor quitó la vida con veneno al mayor de los hijos, llamado Boahates. En este estado se hallaban las cosas cuando sucedió á Brito en el gobierno García Enriquez, hombre cruel y dispuesto á emprender cualquiera maldad. Este, pues, contra toda ley y justicia, trató muy mal á los Régulos. Mató á Almanzor con veneno, molestó á los isleños con todo género de injurias, con las cuales irritados se disponian á la venganza, y esperaban para ello tiempo

oportuno. Entretanto fue nombrado por sucesor de Enriquez, Jorje de Meneses, hombre de carácter perverso y en estremo cruel. Suscitáronse entre los dos tan furiosas discordias, que estuvieron á pique de perderse todos los portugueses; pero al fin se aplacaron con la salida de Enriquez. Volvió la reina á la ciudad, y temerosa de la crueldad de Meneses, se puso segunda vez en fuga con los principales de la nobleza, y impidió que se llevasen víveres á los portugueses. Habia intentado en vano por medio de sus embajadores, que los portugueses la restituyesen á su hijo Ayalo, sucesor del reino, y á Tabaria, su hermano menor que los tenian encerrados en la fortaleza. Sentian ya los portugueses el hambre y la falta de todas las cosas mas precisas, cuando llegó por sucesor de Meneses Gonzalo Pereira. Este pues, de órden del virey, envió preso á su antecesor á la India. Procuró Pereira refrenar á los soldados, prohibiéndoles el comercio de la especería, y ablandar á los bárbaros con todo género de caricias; pero sin embargo, habiéndoles ofrecido restituir los cautivos, faltó á su palabra y vino á pagarlo en los años siguientes.

En Europa florecia la paz; mas los españoles que perseveraban en Italia, servian de estorbo para que no fuese durable. El rey de Francia, por medio de sus embajadores los cardenales Acromonte y Tournon, se obligó á no hacer movimiento alguno siempre que los españoles saliesen de Italia. Del mismo parecer era el pontífice, á quien siempre causó inquietud el gran poder del César en aquel país. Tratábase esto en Bolonia á principios de este año de 1533, y allí habian concurrido el pontífice y el César para conferenciar sobre sus negocios. Los venecianos rehusaban ligarse con nueva alianza, porque temian que oprimido el poder de una de las partes, se hiciese la otra mas poderosa, y así no querian abandonar del todo al rey, ni ponian mucho cuidado en complacer al Cesar. Los príncipes y repúblicas de Italia, despues de haber padecido tantos males con la guerra, deseaban el descanso; además que si volvia á moverse, no tenian fuerzas para hacer resistencia á no estar protegidos por otro mas poderoso. El pontífice disimulaba la ira que habia concebido contra el César por la sentencia en que este adjudicó al duque de Ferrara el principado de Régio y Módena, que antes era parte del estado eclesiástico. No ignoraba esto el César; pero no obstante, procediendo con suavidad, porque se resistia á sacar los españoles de Italia, dispuso las cosas de tal modo, que se renovó la alianza por año y medio. Las condiciones fueron que á costa de todos y con un comun ejército, se procurase alejar la guerra movida á la Italia; y que mientras durase la paz, contribuyesen los confederados todos los meses con veinte y cinco mil ducados para pagar la gente, cuya suma habia de distribuir al arbitrio de Leiva, á quien eligieron por general del ejército y defensor de la paz, y le mandaron pasar á Milan.

Establecido este convenio, salieron los españoles de la Lombardia y fueron distribuidos en los presidios de los confines de Italia para resistir á los turcos, que contínuamente molestaban aquellas costas, habiendo sido pocos los que volvieron á España por el amor de su patria. Los franceses, aunque en su interior se alegraban de la salida de los españoles, les dolia mucho el verse escluidos de Italia por la conjuracion de los príncipes de ella. Mas al fin desistieron de sus quejas, habiéndoles hecho presente el papa: «que habian sido rotas las cadenas de Italia con haber »sacado de los Alpes á los españoles, lo cual no hu»biera podido conseguirse sin aquella alianza hecha »por tan breve tiempo; y que mientras se proporcio»naba ocasion de llevar adelante sus proyectos, era »preciso proceder con el mayor disimulo, para que »no se perdiese todo por una intempestiva diligencia.»

De este modo el pontífice temiendo al uno y ganando al otro, se aseguraba por ambas partes, y suplia con el arte la falta de fuerzas. Entretanto que se disponia la armada de Génova, vino el César á la entrada de la primavera á Pavia con deseo de reconocer por sus mismos ojos el campo de la insigne victoria ganada allí por sus armas. Mostróle Basto el lugar por donde rompió el ejército imperial, el sitio de la batalla, el paraje donde fue hecho prisionero el rey, y todos los demás en que sucedió alguna cosa notable, elogiando al mismo tiempo á los que mas se habian distinguido en esta memorable accion. Desde allí se encaminó á Milan, donde le obsequió Esforcia con gran magnificencia; y habiéndose entretenido algunos dias en la caza, vino á Génova, y se hospedó en el palacio de Doria, adornado con régia opulencia. Hizo allí el César espléndidos regalos á las personas ilustres; y embarcándose con temporal fuerte, llegó felizmente á fin de abril á Barcelona, donde fue recibido por la emperatriz y los grandes con la mayor alegria, y con increible regocijo de todos los ciudadanos.

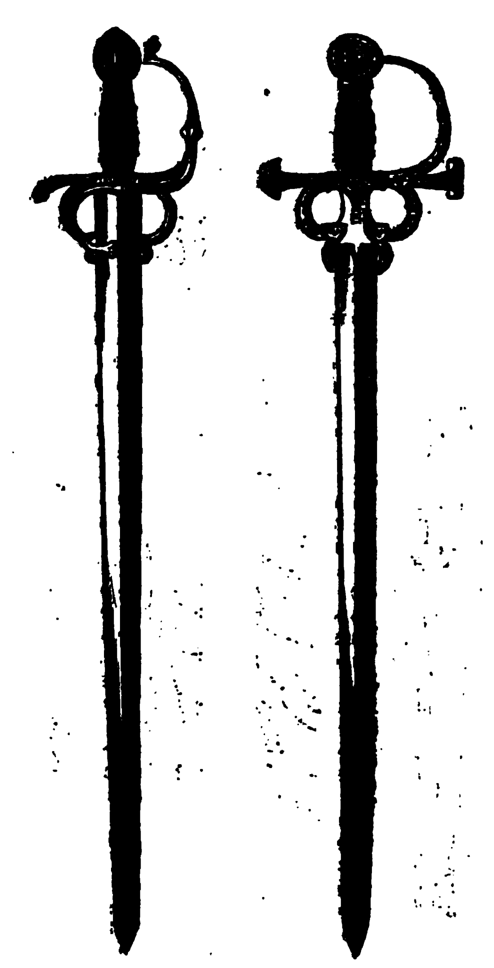
Pasó el César á Castilla, y habiendo recibido cartas de Mendoza en que le avisaba que la ciudad de Coron se hallaba en gran peligro, por haberla sitiado los turcos por mar y tierra, mandó á Doria que se partiese con la armada para hacer levantar el sitio. Partió al momento á Nápoles, donde tomó á los españoles que poco antes habian sido enviados de la Lombardía con el capitan Rodrigo Machicao, y los víveres y municiones necesarias: se hizo á la vela con viento próspero, y arribó felizmente á Coron, despues de haber tenido un pequeño combate con la armada otomana cerca de la entrada del puerto. La venida de Doria escitó un gran tumulto en el campo de los enemigos; y habiendo hecho Mendoza una salida, los puso en fuga y les tomó tres cañones y algunas otras cosas. Despues de esta victoria desembarcó Doria los soldados, y los víveres en la ciudad, dejando por gobernador á Machicao, y se volvió á Mecina con el antiguo ejército. Casi en los mismos dias el almirante de la armada española don Alvaro de Bazan tomó á los moros la ciudad de One en la costa de África entre Oran y Melilla. Los bárbaros que se habian refugiado en el castillo, desconfiados de sus fuerzas y de la seguridad de aquel puesto, se escaparon todos por un postigo que casualmente no se hallaba sitiado; y habiéndolos derrotado y saqueado la ciudad y el castillo, se restituyó á la Andalucía mas gozoso con la victoria que con el fruto de ella.

Falleció el cardenal Colona que gobernaba á Nápoles, y fue nombrado en su lugar don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, cuyo gobierno mezclado de sucesos alegres y adversos toleraron los napolitanos por espacio de veinte y dos años. Mientras tanto el pontífice y el rey de Francia tuvieron secretas conferencias en Niza, de las cuales se divulgaron muchas cosas, pero no produjeron efecto alguno. Catalina, hija de Lorenzo de Médicis, habida en Magdalena de Torres, casó con Enrique, duque de Orleans, uno de los hijos del rey Francisco, y llevó en dote cien mil escudos. Despues á peticion suya creó el papa cuatro cardenales. Si además de esto acordaron algo en secreto acerca de los negocios públicos de sus dominios, nunca pudo saberse. Mas el César que conocia bien el carácter del pontífice, sospechó algun fraude y procuró asegurarse en Italia para que no le acometiesen descuidado. En primer lugar atrajo á sí al duque de Urbino restituyéndole la ciudad de Sora que rescató de los herederos de Gesvres, para que en caso de hacer guerra al pontífice, le auxiliase este príncipe tan enemigo de los Médicis. Por otra parte las tropas napolitanas y las de Colona amenazaban al pontífice, á quien aborrecian con odio implacable por sus antiguas discordias. Gó-

nova, el duque de Ferrara, y el de Mántua estaban por el César: y de este modo no podía temer á nadie; antes por el contrario ninguno podia moverse contra él sin manifiesto peligro de su ruina, hallándose asegurado con las fuerzas de tantos príncipes. De esta suerte descansando las armas, peleaban con sus discursos, y se burlaban recíprocamente de unos artificios con otros. Finalmente para desvanecer el César la sospecha de que deseaba apoderarse de la Italia, á principios del año de 1534, aceleró las bodas de Cristina, que habia prometido á Esforcia, para que los hijos que de ella tuviera sucediesen en el principado de Milan, que era la causa de todos los males.

Por este tiempo llegaron los españoles en Coron á las últimas estremidades del hambre, porque los turcos se habian apoderado de todos los contornos, habiendo puesto una guarnicion permanente en Andrusa. Tuvieron consejo de guerra, y determinaron hacer una salida contra el enemigo con el mayor secreto para cogerle desprevenido. Pusiéronlo en ejecucion en el silencio de la noche, causando gran confusion por haberse desordenado la caballería que se encaminaba al arrabal de Andrusa, donde hicieron no poco daño, quemando las casas; mas no pudieron tomar el pueblo, porque al momento acudió la guarnicion al muro. Mientras que los españoles intentaban en vano al rayar el dia hacer pedazos las puertas, cayó Machicao herido en la frente por una bala, y con él algunos de los mas intrépidos. Muerto el capitan, hombre valeroso y muy perito en el arte militar, y habiéndose pasado el tiempo propio para la empresa, se retiraron de allí en el mejor órden. La caballería enemiga los siguió para vengar de alguna manera el daño recibido; pero la muerte de su comandante, que cayó del caballo atravesado de un balazo, puso fin á la comenzada pelea. Juntábase al hambre la peste, que hacia en todos horrible estrago, cuando llegaron cartas del virey de Sicilia, en que les mandaba á nombre del César que partiesen de allí cuanto antes. Con efecto, á la entrada del mes de abril, habiendo embarcado algunos griegos en las naves con toda la artillería, y demás cosas que podían transportarse, regresaron á Italia, abandonando la ciudad de Coron, que era de poca utilidad, y no podia conservarse sino á costa de mucha tropa y dinero.

Por este tiempo ardian en guerras civiles los moros de Tunez incitados del ódio que tenian á Muley-Asen. Este pues, segun la inveterada costumbre de los bárbaros, habia subido al trono quitando la vida á sus hermanos; y dominaba con tanta crueldad, que sublevándose contra él sus súbditos, adornaron con las insignias régias á su hermano Roscetes que se habia escapado de la muerte, ofreciendo ponerle en posesion del reino. Juntó luego un ejército, y poniéndose en marcha, peleó con Muley-Asen al pié de las mismas murallas de Tunez. Quedó la victoria por los sublevados, habiendo obligado á Muley á encerrarse en la ciudad. Pero como en esta no se suscitase tumulto alguno por los ciudadanos, segun estaba proyectado, ni tampoco fuese posible el tomarla por fuerza, pasó Roscetes á Argel á solicitar de Aradino que le diese auxilio contra su hermano; á cuyo tiempo conmovido Soliman con la fama de aquel pirata, le hizo llamar para que rechazase á Doria, prometiéndole el mando de la armada otomana. Así pues, se embarcó Aradino para Constantinopla; llevándose consigo á Roscetes, á quien dió esperanzas de que con el auxilio de Soliman arrojaria á su hermano, y seria él puesto en el trono; pero estas promesas fueron falsas. Porque habiendo conseguido del Sultan que le hiciese general de su armada, dejó burlado en Constantinopla al régio jóven, y se volvió al Africa con ochenta galeras, causando en su viaje muchos daños en las costas de Italia. Luego que llegó á Tunez, hizo correr la voz de que traia á Roscetes en la armada para ponerle con sus fuerzas en posesion del reino. Fue recibido por los tunecinos con estraordinario regocijo, pero en breve se descubrió el fraude; y tomando estos las armas llamaron á Muley-Asen, que por miedo de Aradino se habia puesto en fuga. Pelearon en las calles y en las plazas con gran desórden y obstinacion: mas habiendo sido vencidos los tunecinos, y obligados á retirarse dentro de las casas por los turcos, que eran mas valerosos que ellos, se escapó segunda vez Muley-Asen con algunos pocos que con lealtad constante seguian su fortuna. Al dia siguiente se les concedió á los de Tunez la paz que pedian, y juraron obediencia á Soliman. Penetró vivamente el ánimo del César la maldad de Aradino, conociendo cuán terrible tormenta amenazaba á la cristiandad si el imperio Otomano se estendiese hasta el Africa. Para desvanecerla, y perseguir con el mayor esfuerzo á este pirata tan orgulloso con el apoyo de Soliman, comenzó á disponer con la mayor diligencia todo lo necesario á este fin. Mientras hacia



Espada de Cortès. Espada de Pizarro.

(Armería Real de Madrid.)

estos preparativos, el pontífice afligido de una grave y prolija enfermedad, pasó de esta vida á la otra el dia veinte y cinco de setiembre. En todo su pontificado se vió agitado de muchas inquietudes, por haberse entremetido mas de lo que convenia en los negocios temporales, trastornándole sus consejos la fortuna ú otra fuerza superior. Escomulgó á Enrique,

rey de Inglaterra, porque habia repudiado á su legítima esposa la reina Catalina para casarse con la famosa Ana Bolena, á fin de reducirle á su deber con este terrible castigo. Pero este medio, que se creyó saludable, solo sirvió para agrabar el mal, porque aquel hombre soberbio, despreciando la religion que debia contenerle, se precipitó á sí mismo y á su reino en el partido de la heregía que habia combatido; y finalmente habiendo abolido en todos sus dominios la autoridad pontificia, se la apropió á sí mismo y dió principio á la monstruosa y cruel tragedia que ha costado tantas lágrimas al orbe cristiano.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO I.

Eleccion del papa Paulo Tercero. Espedicion del César á Tunez. Toma del castillo de la Goleta y de la ciudad.

Despues de concluido el novenario de las exequias del papa Clemente sétimo, se juntaron en cónclave los cardenales el dia nueve de octubre para crear sucesor. Ya de unánime consentimiento habian destinado para esta suprema dignidad al cardenal Alejandro Farnesio, varon amado de todos, y á los dos dias sin haber intervenido ningun vicio ni solicitud de su parte fue declarado sumo pontífice, y se coronó el dia seis de noviembre. En su exaltacion tomó el nombre de Paulo Tercero, y no habiendo sido antes parcial de ninguno de los príncipes, conservó en su pontificado la misma integridad loable y piadoso ejemplo, y muy propio del padre comun de todos los fieles. Aplicóse desde luego con sumo cuidado á apaciguar los ánimos de los príncipes cristianos, que se resentian todavia de sus anteriores discordias, para que empleasen todas sus fuerzas contra los enemigos de la religion.

Por este tiempo juntaba el César de todas partes tropas, armas, caballos y todos los demás aprestos de guerra, sin perdonar gasto alguno para arrojar de Tunez á Aradino. Pero como las grandes empresas necesitan de grandes auxilios, exhortó á los otros príncipes por medio de sus embajadores á que se uniesen con él. El primero que acudió con su auxilio fue el pontífice, habiendo concedido al rey Francisco y al César el diezmo de las rentas eclesiásticas. Pero el rey de Francia, despues de recibir tan gran don, se mantuvo tranquilo espectador de la guerra, en lo cual fue muy vituperado de todos. El papa, además de esta gracia, y para que no se creyese que solo era liberal con lo ageno, armó á su costa doce galeras, cuyo mando confirió á Virginio Ursino. A estas se juntaron las de Malta con un selecto escuadron de caballeros. El rey de Portugal envió á Barcelona una armada de veinte y siete navíos, á las órdenes de Antonio de Saldaña, hombre muy esperimentado en las cosas del mar. Tambien vino por tierra don Luis, hermano de la emperatriz, teniendo por cosa indigna el faltar á tan piadosa empresa. Llegaron las armadas de Flandes y España, y la de Doria, bien provistas de todo lo necesario. El dia treinta y uno de mayo de 1535, habiéndose embarcado el ejército y oido misa el César, subió con su cuñado don Luis á la Almiranta de Doria, que estaba magníficamente adornada, y se hicieron á la vela en Barcelona con las banderas y flámulas desplegadas, que formaban una maravillosa vista, y disparando toda la artillería y resonando al mismo tiempo los clarines y trompetas. En breve tiempo llegó esta armada á las islas de Mallorca y Menorca, y desde allí, aunque con borrasca, navegó á Cerdeña, donde el marqués del Basto habia conducido la de Italia, en la que iban embarcadas muchas compañías de españoles, alemanes é italianos. Desde el puerto de Cagliari atravesaron al Africa y se hizo el desembarco de las tropas y artillería en el golfo de Cartago con mucho órden.

Entre tanto que se ponian en armas, atacó Doria las fortalezas que dominaban aquellas costas, y Basto con un espedito escuadron salió á esplorar los lugares inmediatos. Tuvieron frecuentes peleas con los bárbaros que les salian al encuentro, y algunas veces con peligro del César, que sin aterrarle la multitud de moros que volaban por todas partes, era el primero que se adelantaba á registrarlo todo, y á examinar dónde se hallaban, y cuántas eran las tropas de los enemigos, y cuáles eran sus movimientos. El modo de pelear que acostumbran los moros, es ceder el puesto si se ven estrechados; y en tal caso no tienen por ignominia el ponerse en fuga; despues vuelven á comenzar la pelea con increible ligereza, hiriendo y matando; y finalmente, las mas veces causan al enemigo mas terror que daño. No obstante, mataron á algunos en estos encuentros, entre los cuales pereció Federico Careto, marqués del Final, capitan de la compañía de italianos, y fue herido el marqués de Mondejar, varon de la primera nobleza de España y otros caballeros. En este tiempo arribaron algunos navíos que se habian separado de los demás en la navegacion; sobre cuyo número y el de las tropas de tierra, no convienen entre sí los historiadores. Lo mas cierto es, que las naves eran quinientas, y treinta mil los soldados, sin contar los nobles que militaban á su costa, y los criados y demás gentes de servicio que componia un gran número. Establecióse el campo en las mismas ruinas de Cartago, y luego se dispuso que lo guarneciesen los marineros. Aunque Aradino despreciaba altamente las fuerzas cristianas, se dice que quedó muy consternado á vista de la armada y del ejército; aumentándole el terror la presencia del César, pues no creia se hubiera espuesto á la inconstancia y peligros del mar, si no quisiera dar una batalla decisiva. Pero disimuló su miedo, y habiendo fortificado con gran cuidado el castillo de la Goleta, encargó su defensa á Sinan, natural de Smirna, pirata muy valiente, dándole á este fin cuatro mil turcos escogidos. Los demás los encerró en Tunez, para ocurrir con ellos á cualquier lance.

Al rededor de la ciudad tenia una gran multitud de tropas de á pié y de á caballo, cuyo número se aumentó despues prodigiosamente. Entre Tunez y la Goleta se estiende un lago desde el Mediodía al Septentrion, y en la garganta por donde desemboca en el mar está el castillo, que por el lugar de su situacion se llama de la Goleta. Por esta embocadura y á costa de increible trabajo de los cautivos habia introducido Aradino sus galeras en el lago para librarlas del peligro. Levantábase con suma alegria y esfuerzo la trinchera para combatir el castillo, y el conde de Savini, esclarecido en la guerra napolitana y en la de Grecia, habia pedido la honra de defender su frente. Pero le costó muy cara su audacia, pues habiendo hecho una salida los turcos mandados por Salec, quedó muerto con Belinguero su pariente, capitan de una compañía. En aquel puesto fueron despues substituidos los veteranos que habian vuelto de Coron, y eran muy esforzados; y contra ellos acometieron los enemigos con mayor ímpetu el dia siguiente al amanecer, que era el de la Natividad de San Juan Bautista, tiempo en que por el calor de las noches se goza el mas tranquilo sueño. Despertados con el tumulto y las heridas, corrieron á las armas con gran presencia de ánimo, y se trabó un cruel combate en que cayeron muchos de una y otra parte, entre los cuales peleando valerosamente don Luis de Mendoza quedó muerto, atravesado de innumerables heridas, junto con el alferez Sebastian de Lara, y Alonso de Liñan, natural de Zaragoza.

Arrebataron los bárbaros la insignia militar, que era un sarmiento, y se hallaba colocada en lo mas alto de la trinchera. Del vulgo de los soldados murieron cuarenta y nueve, y muchos mas quedaron heridos. Arrojados de allí los enemigos, y deseosos los nuestros de acabar con ellos, y de borrar la ignominía de haber perdido su bandera, los persiguieron hasta el castillo; y habiendo entrado algunos temerariamente mezclados con los enemigos, fueron al punto pasados á cuchillo. Los demás al tiempo de retirarse padecieron mucho por la lluvia de tiros que les dispararon desde los muros.

Por consejo de Alarcon, hombre muy esperimentado en la milicia, que por este tiempo habia llegado con muchos nobles españoles y napolitanos, fueron levantadas nuevas fortificaciones para resguardo de los soldados; lo cual fue muy grato al César, que deseaba concluir lo comenzado mas con el trabajo que con la pérdida de los suyos. Entretanto arribaron de España algunos navíos con grande provision de víveres, y vinieron en ellos no pocos nobles con armas y caballos. Llegó la noticia de que la emperatriz habia parido una hija, y fue grande la alegría y regocijo que hubo en todo el campo. A esto se siguió una horrorosa tormenta con vientos tan impetuosos, que derribó todas las tiendas de campaña, rompiendo las cuerdas con que estaban amarradas. Los truenos y relámpagos consternaban á los hombres; y la arena, arrebatada del viento, los cegaba, moviéndola además los enemigos con palas para que les cayese mas espesa en los ojos. Entretanto los turcos se aventuraron á dar un combate, pero fueron rechazados al castillo con pérdida.

Al dia siguiente llegó Muléy-Asen al campo del César, acompañado de trescientos caballos, y habiéndole besado en el hombro, le dió gracias por medio de su intérprete, y le aseguró que mientras viviese tendria siempre en la memoria tan grande beneficio. Dióle el César esperanzas de que le restituiria á su reino, y exhortándole á que permaneciese fiel, le despidió despues de haberle regalado con régia liberalidad. Pero no obstante se perdió el dinero empleado en atraer á estos bárbaros, porque despues de haberlo recibido, faltaron á su palabra. Eran frecuentes las peleas en diversos parajes, haciendo contínuas salidas los turcos y los moros; y de tal manera molestaban el campo con sus correrías, que no podian los soldados ir á hacer provision de agua ni leña, sin que tuviesen encuentros y heridas. Fueron muertos ó heridos algunos nobles y capitanes; y en una de estas peleas se vió Alarcon en grave peligro. De los enemigos, perecieron muchos con Guiafer, capitan valeroso de los turcos.

Concluidas que fueron las obras, y guarnecidas con cuarenta y dos cañones, arrimaron las galeras antes de salir el sol, y comenzaron á batir las murallas con horrendo estrépito y estrago. Acerca del mediodia fue derribada una gran torre, que era la principal defensa del castilo, y el César exhortando en pocas palabras á los soldados á obrar valerosamente, dió la señal del asalto. Al punto subieron con escalas á la parte del muro que aun estaba en pié; y entre los innumerables tiros que les disparaban de todas partes, pelearon á pié firme con el enemigo que se hallaba en las mismas murallas, y se encaminaron en batalla á la plaza del castillo. Despues de mucha carnicería, fueron arrojados los turcos de todos los puestos, y se pusieron en fuga, siguiendo á su caudillo, que fue el primero que se escapó á la ciudad por un puente de madera que atravesaba la garganta del lago. Dícese que en este dia perecieron mil y quinientos de los enemigos; y de los imperiales solos treinta, si no se engañan los historiadores. No era muy considerable la presa que hicieron, en la cual se contaron cuarenta cañones. Fue apresada en el lago la armada de Aradino, que se componia de cuarenta y dos galeras con todos sus pertrechos.

Despues de esta empresa se trató en una junta sobre si convenia llevar adelante la guerra. Algunos eran de dictámen «que habiéndose tomado la goleta »y la armada enemiga, quedaba satisfecho abundan»temente el honor del César y la utilidad pública. Que »no se debia pelear por mas tiempo con una multitud »tan grande de enemigos, y con toda la naturaleza, »en un suelo estéril, seco y enfermo, sin mas fruto »que el de sustituir un enemigo á otro en el reino de »Túnez. Que además ¿cómo podia convenir con tan»to peligro propio, y solo para utilidad agena espo»nerse de nuevo á la fortuna de la guerra, que siempre »acostumbra mezclar alternativamente las cosas prós»peras con las adversas? Pero aun cuando fuese fa»vorable, y se consiguiese ganar á Túnez, ¿cómo »podria conservarse en medio de tan bárbaras y »feroces naciones, y tan enemigos del nombre cris»tiano? ¿Se enviarán acaso, decian, colonos para »esponerlos á que luego sean pasados á cuchillo, ó »reducidos á esclavitud? ¿Qué ciudades amigas tene»mos cerca, y qué reyes confederados podrian so»correrlos en cualquiera peligro? Por estas mismas »causas, y aterrados de los muchos gastos, nos vimos »precisados á abandonar á Coron, cuya fortaleza »nadie negará que era la mas oportuna para refrenar »á los otomanos; á no ser que queramos perder aquí »con ignominia y estrago lo que ganamos á costa de »inmensos trabajos y dispendios.» Pero movieron mas al César las razones del príncipe de Portugal y del duque de Alba, á quienes oia con gusto. Decian estos «que con grave daño y mayor peligro de la »cristiandad habia sido invadido el reino de Túnez »por un tirano, deseoso de introducir en el Occidente »las armas otomanas. Que habia mucha diferencia »en que reinase en aquellas partes un príncipe tri»butario y obediente al César, ó un pirata implacable, »que tanto daño hacia en las costas de los cristianos. »Que si se le permitia estender sus armas y sus »fuerzas en Africa ¿á cuánto peligro no se espondria »la inmediata isla de Sicilia, subyugada en otros »tiempos miserablemente por las armas de los carta»gineses, y despues por las de los árabes, que tam»bien salieron del Africa? ¿Qué seria de toda la Italia »rodeada con las armas otomanas? Y finalmente: »¿qué seria de España separada del Africa por un »corto estrecho de mar, afligida tantas veces por »aquella parte por enemigos esternos, y ahora con »otros internos?» Demás de esto movia al César la calamidad que padecian veinte mil cautivos, y el deseo de despojar de aquella presa al pirata, que con tanta frecuencia invadia nuestras costas. Ni tampoco le parecia decoroso ni honesto abandonar torpemente á Muley-Asen despues de haberle ofrecido restituirle en el reino: y añadia que el rey de España y emperador de Alemania no habia pasado al Africa con tan crecido número de tropas para infundir un vano temor en los enemigos, sino para disipar la cruel tempestad que amenazaba á todo el orbe cristiano. De este modo el César, mas cuidadoso del empeño que habia contraido que de la fama, despreció los vanos rumores, y lo que de él pudiesen juzgar otros; precepto y ejemplo saludable para los grandes príncipes, que deben preferir su obligacion á los juicios y censuras de los hombres.

Estando pues resuelto á perseguir al Tirano con el mayor esfuerzo, y dejando á Doria en la armada, para cuidar del restablecimiento de las fortificaciones de la goleta con los materiales que se habian traido de Sicilia, se puso en marcha hácia Túnez. En todo el camino habia contínuas escaramuzas con el enemigo que andaba vagando, y que á cada paso acometia la retaguardia en que mandaba el duque de Alba. Padecieron tan gran necesidad de agua en aquel

país árido, que la sed les abrasaba las bocas y las entrañas. Instruidos los soldados por Muley, y otros hombres prácticos de aquella tierra, habian hecho provision de agua llevándola en pellejos y cubas, la cual les alivió por algun tiempo; pero creciendo el calor, volvieron á la misma fatiga. Añadíase á esto el cansancio de caminar entre montes de arena, en que á cada paso se les undian los piés. El ardor del sol la tenia tan encendida, que todo lo abrasaba como si fuera un contínuo fuego. Despues de tolerados con invencible constancia todos estos males, llegaron finalmente á tiro de la ciudad. Hallábase acampado el Tirano á tres millas de distancia con un ejército de cien mil infantes y treinta mil caballos, mas confiado en la multitud que en el valor de los suyos.

Dada que fue la señal de la pelea, los acometieron los imperiales mandados por Basto, no como quien va contra hombres armados, sino como quien iba á degollar un rebaño de ovejas. En efecto la victoria no fue dudosa ni difícil, porque á la primera lluvia de balas volvieron las espaldas los africanos. Despues de esto, habiendo entrado en la accion los alemanes armados de lanzas; y con espantosa gritería, se puso el Tirano en fuga á uña de caballo, y se metió dentro de la ciudad con los turcos que le acompañaban. Al momento toda aquella innumerable multitud se dispersó y derramó por todos los campos inmediatos. No quiso el soldado perseguir á los fugitivos, porque habiendo encontrado unos pozos de agua dulce, tenia mas deseo de apagar la sed que de recoger la presa. Dícese que algunos perecieron por el escesivo calor y la falta de agua. Entretanto el Tirano ardiendo en ira, resolvió volar con pólvora el castillo de Túnez, llamado la Alcazaba, donde estaba encerrado un gran número de cautivos, y lo hubiera puesto en ejecucion á no habérselo disuadido Sinan con sus ruegos. Llegó esta noticia á oidos de los cautivos, y mientras que Aradino recogia las tropas y exhortaba en vano á los ciudadanos á la defensa de la patria, se pusieron intrépidamente en libertad para pelear por su vida, ayudándolos Medellin español, y Catareo Dalmata, liberto del tirano, que no se habian olvidado del todo de su antigua religion. Viéndose libres de las cadenas, se apoderaron de la armería y del castillo, arrojando al gobernador y á la guarnicion que en él habia; y con el humo y las banderas desplegadas hicieron la señal de la victoria que habian ganado. Intentó inútilmente el Tirano recuperar el castillo; y temeroso de que no le quedaba parte alguna donde pudiese estar seguro, se puso con los turcos en acelerada fuga. Persiguiéronle los moros, prefiriendo la presa á la fidelidad; y le despojaron de una parte de sus bagajes; y en tan miserable estado llegó á Bona, ciudad célebre por haber sido silla episcopal de San Agustin, donde habia dejado catorce galeras para cualquier lance adverso que pudiera sucederle. Noticioso el César del suceso de los cautivos, hizo marchar el ejército á la ciudad el dia siguiente.

Salieron á recibirle los magistrados y el pueblo, presentándole las llaves de las puertas en señal de una solemne entrega. Pero la alegría de haber sido arrojado de ella el Tirano, la hizo funesta la precipitada indignacion de los soldados, los cuales, diciendo el César que debia perdonarse á los entregados en obsequio de Muley-Asen, respondieron con grandes clamores: «¿Han de engañarnos impunemente los »moros, socios siempre infieles, y enemigos siempre »molestos?» Dicho esto, y como si fuera la señal del combate, corrieron en tropas á saquear la ciudad, pudiendo mas en ellos el furor y la avaricia que el mandato de su príncipe. No se veia por todas partes sino muertes, robos y confusion, á pesar de los edictos que el César hizo publicar por voz de pregoneros, porque la multitud enfurecida, nada oia ni atendia. Los que hicieron mayor estrago fueron los alemanes; y se dice que pasó de diez mil el número de los muertos. Fueron hechos cautivos diez y ocho mil; pero la mayor parte de ellos consiguió libertad por una corta suma. Cogió Basto una rica presa de treinta mil escudos que se hallaron en una cisterna del castillo, y los descubrió un esclavo, con los que le gratificó benignamente el César. Medellin y Catareo fueron tambien premiados largamente por el auxilio que habian dado. A los que con su propio valor se pusieron en libertad, les fue adjudicada toda la presa del castillo, y además se le distribuyó dinero. Halláronse ochenta y un francés cautivos, y se entregaron al embajador de esta nacion. El número de los que fueron puestos en libertad llegó á cerca de veinte mil, entre los cuales se contaban tres mil mujeres y cuatro mil doncellas; y el César les dió á todos liberalmente navíos y víveres para restituirse á su patria. Muchos de ellos se alistaron en las banderas del César, con cuyo socorro se suplieron las compañías que se habian disminuido. Entretanto se escapó Aradino por el descuido ó cobardía del capitan Adan, que habia sido enviado á Bona con parte de la armada. Siguióle Doria, aunque tarde, con el resto de los navíos; pero habiendo perdido la esperanza de hacerle prisionero, tomó la ciudad y arruinó sus muros. Entregó la fortaleza á Alvaro Zagal con seiscientos soldados de guarnicion, y despues fue abandonada y destruida por órden del César. Habiendo hecho su tributario á Muley-Asen, le entregó el reino de Túnez, y don Bernardino de Mendoza, hombre muy sábio en el arte de la milicia naval y terrestre, fue nombrado gobernador del castillo de la Goleta, dándole para su custodia mil presidiarios y diez galeras. Despues de esto despidió á su cuñado don Luis, manifestándole su mucho agradecimiento: mandó que las armadas se hiciesen á la vela, y él se embarcó en la de Italia. Arribó á Trepani, echado por vientos contrarios, y desde allí pasó por tierra á Palermo y Mecina con grande regocijo y alegría de todos. Concediéronle los sicilianos ciento y cincuenta mil escudos por donativo gratuito, y habiendo celebrado córtes, les confirmó sus privilegios é inmunidades. Nombró á don Fernando de Gonzaga por virey de la isla, y embarcándose despues, llegó con las galeras á Rijoles. Atravesó los pueblos de la Calabria, donde le obsequió magníficamente San Severino, príncipe de Visignano; y finalmente, entró con toda felicidad y alegría en Nápoles á fin de noviembre.

CAPITULO II.

Toma Aradino la isla de Menorca. Muerte de Esforcia. Pretensiones del rey de Francia sobre el estado de Milan y la Saboya. Guerra con este motivo.

La alegría de la victoria de Túnez fue turbada segun la inconstancia de las cosas humanas, con la desgracia acaecida en el puerto de Mahon. Habiéndose escapado de Bona el pirata Aradino, condujo su armada á Argel, y despues de haberla reparado, navegó con ella á la isla de Mallorca. Intentó inútilmente invadirla, y pasó á la de Menorca. Uno de los navíos de la armada de Portugal que mandaba Gonzalo Pereira fue arrojado por una tormenta al puerto de Mahon, y se apoderó de él Aradino, aunque no sin estrago de los suyos, matando á toda la gente que conducia. Inmediatamente determinó batir con su artillería la ciudad, que está situada en la estremidad del puerto. Aterrado el gobernador luego que vió derribada una parte del muro, hizo la entrega, capitulando su libertad y la de su familia; y por la accion indigna de este hombre cobarde fueron llevados cautivos ochocientos mahoneses. Aunque con efecto le puso en libertad Aradino, pagó no obstante su maldad con un cruel suplicio por mandado de don

Martin de Gurrea, virey de aquellas islas. Cargó el bárbaro sus navíos con la presa, y retornó aceleradamente á Argel; y despreciando los peligros del mar que amenazan en el otoño, navegó á Constantinopla, donde fue recibido por Soliman como vencedor, para que no desesperase de recuperarse de su desgracia.

El año antecedente falleció en Alcalá de Henares don Antonio de Fonseca, arzobispo de Toledo, y su cuerpo fue llevado á Salamanca, y sepultado honoríficamente en la capilla que él mismo habia edificado. Fundó dos colegios, el uno en Santiago de Galicia, y el otro en Salamanca su patria, dotándolos con grandes rentas. Sucedióle don Juan de Tavera, natural de Toro, arzobispo de Santiago y cardenal, y antes obispo de otras iglesias. En la de Santiago tuvo por sucesor á don Pedro Sarmiento, que poco despues fue creado cardenal á peticion del César. Murió tambien en el mismo año el cardenal Echavord, que como escribe Chacon, fue el vigésimo quinto en el número de los obispos de Tortosa. Fue electo en su lugar fray Antonio Calcena, del órden de San Francisco, y tomó posesion de aquella iglesia el dia cinco de octubre del año de treinta y siete. Don Martin Gurrea sucedió á Doria en la iglesia de Huesca, y no pudo entrar en posesion de ellas por varias dificultades que ocurrieron, hasta el dia diez de mayo de este año.

A fines de él falleció Francisco Esforcia sin haber dejado hijo alguno; y en su testamento nombró al César heredero del principado de Milan. Inmediatamente Leiva, cuidadoso de los intereses de su señor, enarboló la bandera austriaca, y se apoderó del castillo y de otros lugares fortificados del territorio. El César mandó hacer en Nápoles magníficas exequias al difunto; pero ocultaba cuidadosamente lo que pensaba disponer acerca de aquel principado; el que al fin adjudicó á la corona de España, apoyado para ello en poderosas razones. El dia ocho de enero del año siguiente de 1536 celebró las córtes que tenia convocadas en Nápoles, en las que concedió liberalmente á sus habitantes muchos privilegios é inmunidades, y ellos le ofrecieron por donativo gratuito millon y medio de ducados, que habian de pagar en ciertos plazos. En los dias de carnestolendas celebró el César las bodas de Margarita su hija, que habia tenido en Flandes antes de su matrimonio, con Alejandro de Médicis, y hubo en ellas magníficos banquetes, juegos, y todo género de regocijos con mucha pompa y aparato. Al mismo tiempo Lanoy, príncipe de Sulmona, se desposó con Isabel Colona, hija de Vespasiano y nieta de Próspero.

Pero entre estas alegrías y festejos no se olvidaba el César de los cuidados del gobierno, pues renovó entonces la alianza con los venecianos. Ajustó con los suizos que en caso que se suscitase la guerra en Italia, no permitirian que sus tropas sirviesen en ella. Recogió mucho dinero, hizo venir las legiones de Alemania, y completó las compañías veteranas con españoles. La inquietud de los franceses dió motivo á estos preparativos hechos con tanta diligencia, porque habiendo fallecido Francisco Esforcia sin hijos, pretendia el rey de Francia que le pertenecia el principado de Milan por parte de Valentina, de quien era biznieta Claudia su mujer. Pero como no habia podido mantener con las armas este principado cuando se apoderó de él, y despues habia intentado en vano muchas veces recuperarle, se persuadió que nunca llegaria á conseguirlo si no reducia á su dominio la Saboya, que estaba intermedia, y se abria camino por aquella parte: por lo cual con justicia ó sin ella acometió á Carlos, duque de Saboya, con intento de despojarle de su estado. Luego que Francisco tuvo noticia de la muerte de Esforcia, envió á Carlos, que ya lo esperaba, Guillelmo Pojet, presidente del parlamento de Aix, pidiendo que le restituyese el principado de Saboya que pertenecia á madama Luisa su madre, como hermana mayor del mismo Carlos; y porque en las primeras nupcias de Felipe de Saboya con madama Margarita de Borbon se estipuló que los hijos de uno y otro sexo que de ella naciesen sucediesen en el dominio de su padre; y que siendo Carlos hijo de Claudia, con quien habia casado Felipe despues de la muerte de madama Margarita, era manifiesto que ocupaba sin derecho el dominio de Saboya, que debió recaer en madama Luisa, hija de Margarita, y finalmente en Francisco su nieto. Alegaba tambien otros derechos imaginarios y despreciables, derivados de Renato, duque de Anjou, que habia unido á la corona de Francia la provincia de Marsella, nombrando por su heredero á Luis Onceno. Respondió Carlos que no habia ninguna ley ni costumbre en Saboya que prefiriese las hembras á los varones para suceder en el principado; y que antes por el contrario eran escluidas de la sucesion como en Francia: que no era de ningun modo verosímil que hubiese querido Felipe su padre despojar del principado á su familia, y traspasarle á otra estraña, no habiendo causa alguna que le obligase á hacerlo; y que finalmente que si habian de valer los antiguos derechos, deberia la nacion francesa restituir al imperio romano las Galias, que le habian usurpado Faramundo, Meroveo y sus sucesores. Viendo Pojet rebatida con esta y otras razones la peticion de Francisco, se dice que replicó: así lo quiere el rey, que es la suprema ley cuando por cualquier motivo se trata de estender ó conservar el imperio. De las palabras vinieron al fin á las armas.

Por este tiempo los ciudadanos de Ginebra inficionados de muchas herejías, arrojaron de la ciudad á Pedro Baume su obispo, hombre de vida santísima, y tomando las armas se habian sustraido del dominio de Saboya, fomentando esta rebelion el francés Rangonio, como lo refiere Duvelay su compatriota. Habiendo pues ajustado alianza con los suizos en daño del Saboyano, envió el rey de Francia con un ejército á Chabot, almirante del reino, para que despojase á Carlos de su dominio, y al mismo tiempo reclamaba por medio de embajadores el principado de Milan. Uno y otro causó mucha indignacion al Cesar, no ignorando cuales eran los intentos del Francés, que vencido y hecho prisionero, y despues de haber renunciado muchas veces sus derechos, reclamaba sin pudor la Lombardía, que era el premio del vencedor, y la que con derecho imperial habia adjudicado á la corona de España. Acometido Carlos de Saboya á un mismo tiempo por los franceses y los rebeldes ginebrinos, y destituido de humano socorro, porque todavía se hallaba el César en Africa, se pasó á Verceli, ciudad muy fuerte, y despues á Niza, con su mujer y su hijo Philiberto.

Persuadido vanamente Francisco de que sin tomar las armas podria concluir el negocio de Milan, envió á Juan, cardenal de Lorena, con amplísimos poderes para que tratase con el César, y en el camino mandó á Chabot en nombre del rey que sostuviese la guerra, para evitar que irritado mas el ánimo del César se perdiese la ocasion de concluir felizmente el asunto. Pero Leiva con un fuerte escuadron se opuso á los intentos del enemigo, y habiéndole enviado el César nuevas tropas, reprimió su furor, y le impidió llevar adelante sus estragos. Habia mandado tambien el César á doña María, gobernadora de Flandes, que enviase un poderoso ejército á las fronteras del enemigo para entretenerle y dividir sus fuerzas.

En la primavera de este año vino el César á Roma con el ejército veterano y setecientas corazas, y fue recibido con pompa triunfal. Despues de haber adorado al pontífice, que se hallaba sentado á la puerta del templo Vaticano, se retiró al palacio que le esta-

ha prevenido con gran magnificencia; donde muchas veces habló á solas con el papa sobre los gravísimos negocios del estado. Empleó cuatro dias en visitar la ciudad, y la víspera de su partida hizo un discurso grave y vehemente á presencia del pontífice, de los cardenales, grandes y embajadores, usando de la lengua española como mas cercana á la romana: en él manifestó su indignacion contra el Francés, y los sentimientos que agitaban su ánimo. Refirió primero los antiguos motivos de queja, la usurpacion de la Borgoña, el repudiado matrimonio de Carlos Octavo con Margarita, y la repetida violacion de los tratados hechos con la casa de Austria. Despues de esto declamó fuertemente contra Francisco quejándose de su ingratitud y falta de fidelidad; pues habiéndole él dado libertad, le recompensaba con todo género de agravios, y no cumplia cosa alguna de lo que le habia prometido. Demostró con poderosas razones cuánto mas sólidos eran sus derechos al principado de Milan que los de Francisco. Y arrebatado de la ira al proferir estas y otras cosas, levantó mas la voz, y con semblante severo y magestuoso dijo: «¿Cómo Francisco y sus embajadores tienen la desvergüenza de asegurar públicamente que yo he prometido á los franceses el ducado de Milan? ¿Acaso creen que soy tan loco, que he de entregar á un enemigo pernicioso lo que manifiestamente me pertenece? ¿Quién ignora la envidia con que ha procedido, escitando contra mí á todo el orbe? ¿Quién ignora su alianza con los turcos, y todas las demás tentativas que ha hecho para perderme? Ahora acaba de ocupar á fuerza de armas una parte del dominio de su tio Carlos de Saboya para invadir el principado de Milan, que ha recaido en mí con legítimo y cesareo derecho, y apoderarse despues del resto de la Italia, combatida tantas veces desgraciadamente. Verá pues, Francisco y verá todo el universo, que en breve vengaré con guerra justa y piadosa mis injurias y las del duque de Saboya, que se halla bajo la proteccion del imperio romano. Y para que no se queje de que le acometo desprevenido, y con repentina invasion, desde ahora le declaro la guerra; y confio que los santos que fueron testigos de las alianzas, serán tambien vengadores de la palabra que ha quebrantado.» Un autor afirma que el César concluyó su discurso desafiando á Francisco; pero todos los demás omiten esta circunstancia. Un escritor francés dice, que al dia siguiente retractó el César lo que habia dicho, lo que no puedo creer de un príncipe tan afortunado y victorioso. Para no negar todo crédito á este autor, tengo por cierto que despues fue impugnado el discurso por un hombre docto. Mas sea de esto lo que fuere, luego que acabó de hablar el César, le abrazó el pontífice con mucho amor, rogándole que no se dejase arrebatar de la ira, aunque no mal fundada, y que se acordase que su humanidad y clemencia le habia adquirido la fama de príncipe grande y óptimo. Los embajadores del rey comenzaron á replicarle; pero les impuso silencio para que no se desvaneciese del toda la esperanza de la paz; mas no pudo disuadir de su propósito al César que se hallaba inclinado á la venganza.

Al dia siguiente partió para la Toscana, y llegó á Florencia, ciudad adornada con todo género de ciencias y cultura, donde fue obsequiado magníficamente por su yerno. Desde allí pasó á Luca, y habiendo atravesado el monte Apenino, llegó á Placencia, donde le esperaban Beatriz de Saboya y Cristina, viuda de Esforcia, á las cuales consoló con mucha humanidad, asegurándolas que corrian á su cuidado. Siguióse en breve la muerte de Beatriz, que colmó las penas del Saboyano. Entretanto Leiva recuperó á viva fuerza la plaza de Fossano, que poco antes habia sido tomada por los franceses, y atrajo al partido del César á Francisco, marqués de Saluzo, que se habia disgustado del Francés porque no le trataba segun merecian sus servicios; lo que contribuyó mucho para sostener esta guerra. Habiéndose reunido las tropas en la Lombardía, se trató en un consejo de guerra sobre el modo con que habia de hacerse. Basto con algunos otros capitanes, era de parecer que se encaminasen todas las tropas á Turin para apoderarse de todo el territorio que se estiende al pié de los Alpes. Pero á todos los demás, y con especialidad á los duques de Alba y de Benavente, les agradó el dictámen de Leiva, quien dijo que las fieras se cogian mas fácilmente en sus cuevas; por lo cual convenia llegar la guerra á lo interior de Francia, y lo aprobó el César por la autoridad de aquel hombre que se habia hecho tan ilustre por sus hazañas. El César pues, siguiendo un proyecto que tenia mas de brillante que de sólido, mandó á Saluzo que con escogida tropa sitiase á Turin que se hallaba ocupada por los franceses, y él penetró en la Francia con lo mas fuerte del ejército. Al mismo tiempo recorria Doria las costa con la armada; y habiendo desembarcado en tierra las compañías italianas mandadas por el duque de Salerno, al primer ímpetu tomaron á Antibo, y la saquearon aunque á costa de alguna sangre. Apoderáronse tambien de muchos pueblos de la provincia Narbonense. Todos los habitantes se dispersaron por aquellos campos, llenos de terror, y todos los lugares, haciendas y heredades, que estaban muy provistas de todo, fueron entregadas al saqueo. Doria espugnó á Tolon, para tener un puerto cómodo. En Bruñola, pueblo del territorio de Frejus, peleó prósperamente Fernando Gonzaga. Montejano y Borsi, hijo de Gaufero, capitanes de caballería fueron hechos prisioneros, junto con Samnipetro Corso, que mandaba la infantería; y apenas escapó uno solo que llevase la nueva de esta pérdida. Con el mismo ímpetu fue tomada y saqueada Bruñola. Desde entonces no se atrevió el enemigo á ponerse á la vista, permaneciendo siempre encerrado dentro de un fortificado campo, en el que hacia frente al ejército vencedor.

CAPITULO III.

Entra el César con su ejército en Francia. Sitio de Marsella. Viaje del César á España.

Las armas flamencas que por este tiempo entraron por las fronteras de Francia, como lo habia mandado el César, causaron mas terror que daño. Era generalísimo de ellas el príncipe de Nasau, hombre muy esperimentado y intrépido en la guerra. Este pues, habiendo tomado á Braya, espugnó á Guisa, y destruyó enteramente su guarnicion, con lo cual se le entregó inmediatamente la fortaleza. Despues, habiendo hecho talar todos los campos, y obligado á los franceses á retirarse á las ciudades fortificadas, dirigió su ejército contra Perona. No dejó el flamenco de poner en práctica todos los medios posibles que inspira la fuerza y el arte para tomar la ciudad; la cual defendian los ciudadanos mezclados con los soldados con una constancia mas que francesa, y con ánimo tan obstinado, que movido el general del peligro á que se esponian los que se acercaban á los muros, mandó alguna vez tocar la retirada, para que á la derrota no se añadiese la ignominia. Despues de esto determinó incendiar la ciudad, para abrir con el fuego el camino que no habia podido abrirse con el hierro. Las llamas causaron mas temor á los sitiados que una batalla; pero habiendo sobrevenido una repentina y copiosa lluvia, quedó burlado el enemigo, y los peroneses hicieron públicas procesiones en accion de gracias por la conservacion de la ciudad. Finalmente dirigió Nasau sus fuerzas contra la fortaleza, aunque no con mejor fortuna. Consiguió

volar con una mina una alta torre, en cuya ruina quedaron sepultados el gobernador Damartin, y muchos de los suyos; pero aunque intentaron los flamencos acometer por aquella parte, fueron rechazados con tanto brio por los franceses, que manifestaron muy bien que su principal auxilio mas consistia en sus armas y en su valor que en las murallas. Empleadas inútilmente las fuerzas y el arte, levantó el Flamenco su campo una noche á fin de ocultar su ignominia, y se retiró con su ejército dentro de los confines de Flandes.

Pero volvamos al César que por este tiempo habia trasladado su campo á Aix, deseoso de invadir á Marsella, ciudad opulenta, la cual, habiendo penetrado el rey su designio, procuró de antemano guarnecerla con mayores fuerzas. Acercóse un dia el César á



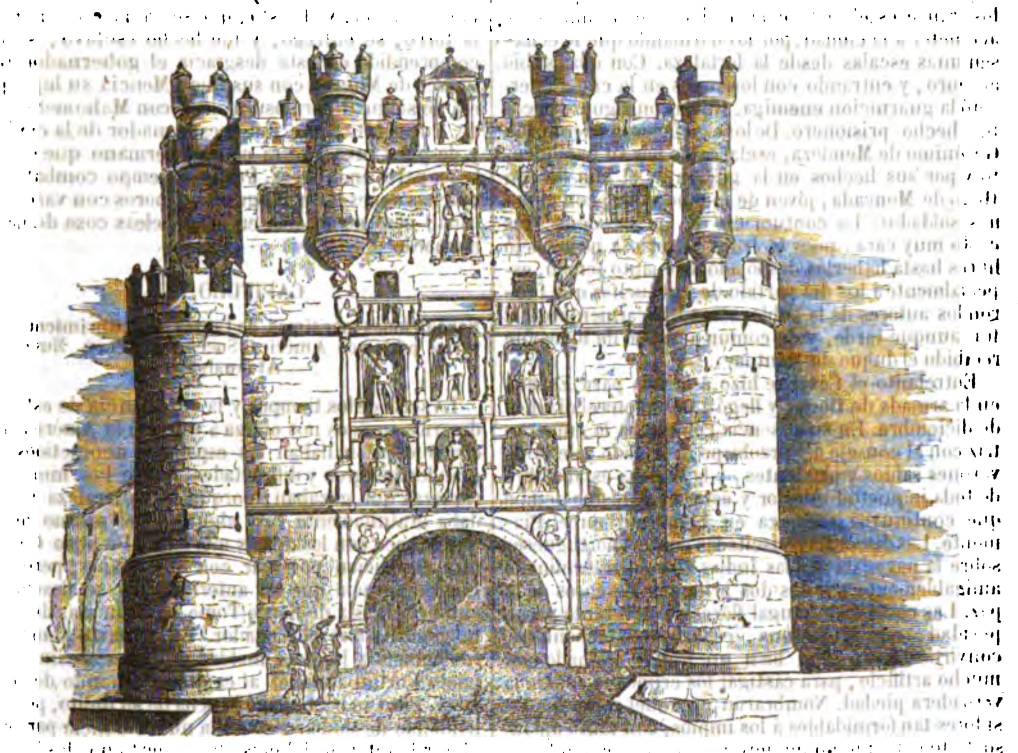
Armadura de Carlos V. en la entrada de Tunez. *(Armería Real de Madrid)*

ella con un escogido escuadron á reconocer por su persona las fortificaciones, y corrió un gran peligro, pues habiéndole disparado una bala de cañon, mató al conde de Horn que estaba á su lado. Basto con la caballería penetró hasta Arlés para examinar las fortificaciones de esta ciudad, y á su regreso exhortó al César á que se abstuviese de invadir unas ciudades tan fuertes y tan bien guarnecidas, si no queria implicarse en graves dificultades en un país enemigo donde cada dia creceria el número de sus adversarios. Oido esto por el César mudó de parecer, y se volvió al campo, donde entre otras necesidades, era grande la escasez que se padecia de víveres. Mommorenci, á quien el rey habia confiado el mando de sus tropas, fortificó su campo cerca de Caballlon, entre los rios Ródano y Duranza, persuadido de que mas daño podria hacer á un enemigo fuerte con el hambre, que con las armas. Hallábanse talados todos los campos inmediatos, para que el enemigo no pudiese sacar de ellos fruto alguno. Los labradores mezclados con los soldados aumentaban la necesidad, robando continuamente los víveres y provisiones que desde Tolon se conducian al campo del César. En tales angustias se hallaban los imperiales, cuando Leiva atormentado con los dolores de la gota y con los cuidados, falleció en Aix el dia quince de setiembre: hombre esclarecido en la guerra, que por su valor y admirable talento ascendió á los supremos grados de la milicia, y adquirió grandes riquezas, las cuales dejó á sus descendientes junto con el principado de Ascoli. Aventajóse en la fidelidad al César, y le fue muy útil en las empresas mas árduas y peligrosas, habiendo contribuido mucho á la fortuna de este príncipe con su intrepidez y audacia.

Entretanto Rangoni habiendo juntado un ejército en la Mirandola para unirle con el de Anebaldo, que defendia el territorio del Piamonte, incitado con las ofertas de los desterrados genoveses, determinó apoderarse al paso de esta ciudad. Pero Sornacio, corso de nacion, se huyó á Génova, y descubrió por menor toda la trama de Rangoni. Desde allí pasó aceleradamente en busca de Doria, y le avisó del peligro que corria la ciudad. Este, pues, creyó que no debia perder momento, y habiendo embarcado en las galeras setecientos soldados bajo la conducta de Agustin Espínola, mandó á Antonio Doria su pariente que vo-

[illegible] al socorro de su patria. Ya los enemigos arrimando las escalas por la puerta de Santo Tomás habian subido al muro y colocado sus banderas, cuando llegó Espinola como si fuese enviado del cielo; con cuyo socorro, ayudándole valerosamente los ciudadanos, fueron arrojados con mucho estrago los franceses, y se halló libre la ciudad del peligro. Rechazado Rangoni de los muros de Génova, se puso en camino para Turin, y hizo levantar el sitio que con poca fortuna habian puesto los imperiales, y tomó al mismo tiempo algunos pueblos, con lo cual recobró algun lustre la fama del nombre francés, que estaba muy decaida.

Hallábase todavía el César en Aix, y cada dia se hacia mas difícil la guerra por las enfermedades que se habian introducido en el ejército. Los alemanes con especialidad fueron acometidos de calenturas pútridas, y de una mortal disentería, causada del mosto que bebian recien esprimido de las uvas. No por esto aquella gente que tanto ama al vino dejaba de beber con esceso, sin que la aterrase el peligro ni el estrago que hacia en sus camaradas. Hallábase enferma la cuarta parte de las tropas, y la mortandad era grande aumentándose mas y mas cada dia por ser el tiempo de otoño, cuando el César viendo que el Francés no le presentaba ocasion alguna de pelear, y persuadido de que el permanecer por mas tiempo en país enemigo con tanta pérdida de su gente, era una obstinacion indecorosa é inútil, se retiró de Francia por los Alpes marítimos, por donde habia entrado, sin haber



Arco triunfal de Santa Maria en Burgos erigido á Carlos V.

hecho cosa alguna de importancia. En el camino perdió á Garcilaso de la Vega, poeta muy célebre, que combatiendo con mas intrepidez que precaucion la torre de Muey, fue herido de una piedra en la cabeza, y murió luego este jóven, tan grande en valor como esclarecido por su ingenio. Los españoles, para vengar su muerte, despues de haber espugnado la torre, hicieron ahorcar á todos los que en ella se habian encerrado. Dícese que acudieron á alistarse en las banderas del rey Francisco veinte mil suizos voluntarios, atraidos por el oro francés. Finalmente, vino el rey al campo, movido del rumor que se habia divulgado de que el César deseaba darle batalla. Pero no llevó un ejército fuerte y robusto para aprovecharse de la calamidad del enemigo. Los capitanes, segun afirma Busieres, le disuadieron eficazmente y le rogaron con muchas súplicas que no se acercase al enemigo, porque les aterraba la memoria de la derrota de Pavía.

El César, habiendo conferido á Basto el gobierno de la Lombardía y entregádole el ejército, se puso en camino para Génova. Fue hospedado en los palacios de Doria y festejado con todo género de obsequios. En este intermedio fallecieron dos ilustres personas, cuya pérdida causó un dolor muy vivo á uno y otro príncipe. Doña Catalina, reina de Inglaterra, célebre por sus virtudes y trabajos, acabó sus dias, dejando una hija, llamada Maria, de gran piedad y hermosura, la que despues casó con don Felipe, hijo del César, cuyo matrimonio fue poco feliz, pues careció de sucesion. La muerte de doña Catalina fue vengada con el suplicio de Ana Bolena, que habiendo sido convencida de incesto y adulterio, pagó poco despues con la cabeza sus maldades, y el regio tálamo de que habia despojado á doña Catalina, le dejó vacío para Semeya su competidora. Francisco, delfin de Francia, jóven de índole magnánima, cayó enfermo en Tournon por haber bebido agua de nieve estando muy acalorado, y al cuarto dia le arrebató la calentura. Fue acusado Sebastian Montecuculi de que habia dado veneno al delfin, y se le condenó en Leon á ser descuartizado vivo por cuatro caballos; siendo víctima funesta del dolor paternal, aunque tal vez moriria inocente.

Adjudicó el César el principado de Monferrato al duque de Mántua, sentenciando á su favor el pleito que sobre él tenia con el duque de Saboya y el marqués de Saluzo. Su ciudad capital, situada donde comienza la mayor profundidad del rio Pó, y á la que los romanos llamaron Industria, y los modernos Casal, fue ocupada por Buria, general francés, llamado por los habitantes que rehusaban sujetarse á su nuevo príncipe. Hallábase allí don Alvaro de Luna, enviado del César para dar la posesion á los embajadores del duque de Mántua; y habiendo sido el tumulto se refugió con los embajadores á la fortaleza, que custodiaba Juan Pesquera, hombre de conocida fidelidad, y dió aviso á Basto del peligro que corrian. Este, pues, como era tan diligente, acudió al momento con las compañías españolas en que confiaba mucho, y llegó al pié de la fortaleza al salir el sol. Habiendo quemado los franceses el puente de madera, le era imposible acometer á la ciudad; por lo cual mandó que le echasen unas escalas desde la fortaleza. Con ellas subió al muro, y entrando con los suyos en la ciudad derrotó la guarnicion enemiga. Buria con algunos pocos fue hecho prisionero. De los españoles murieron don Gerónimo de Mendoza, esclarecido por su nacimiento y por sus hechos en la guerra, y el hijo de don Hugo de Moncada, jóven de mucho valor, con algunos soldados. La contumacia de los casalenses les costó muy cara, pues la tropa victoriosa no los dejó libres hasta haberlos despojado de cuanto tenian, especialmente á los del partido de los Guelfos que fueron los autores de la sublevacion. Escarmentaron al fin, aunque tarde, y de comun acuerdo de todos fue recibido el duque de Mántua.

Entretanto el César se hizo á la vela para España en la armada de Doria, y llegó á Barcelona el dia diez de diciembre. En su ausencia gobernaba la emperatriz con el consejo del arzobispo de Toledo y de otros varones sabios y prudentes, y la España estaba libre de toda inquietud interior y esterior al mismo tiempo que continuaba la guerra en Flandes y en el Piamonte. Las discordias suscitadas con los portugueses sobre la navegacion á las Indias se habian terminado amigablemente por los dos príncipes deseosos de la paz. Las cosas de Portugal florecian con tanta prosperidad, que la fortuna, escesivamente benigna, convirtió en un gran bien un fraude tramado con mucho artificio, para castigar los crímenes contra la verdadera piedad. Nombraron en aquel reino inquisidores tan formidables á los impíos, con tanto aplauso de todos, que no pudieron estorbarlo como hasta entonces las representaciones y oposicion de los demás magistrados. El autor de esta obra fue Juan de Saavedra, natural de Jaen y de una noble familia. Este, pues, fingió una bula pontificia con los sellos que habia quitado á otra que vino á sus manos. Partió de Sevilla á Portugal, vestido magníficamente de cardenal, como si fuese un verdadero legado del papa, y luego que llegó á la frontera, envió al rey don Juan un mensajero que le anunciase su venida y la causa de ella, y despues se puso en camino á Lisboa en medio de infinito concurso de gentes que de todas partes concurrian á verle. Fue recibido espléndidamente por el rey, que tanto deseaba el establecimiento de aquel tribunal, y le hizo grandes regalos. Finalmente habiendo manifestado la bula del pontífice, espuso sus mandatos en un discuro no mal ordenado, y todos le obedecieron, sin que ninguno se atreviese á contradecirle en nada. Despues de lo cual estableció en la córte y en Coimbra tribunales fijos de Inquisicion, sin apelacion de sus sentencias, habiendo elegido para este ministerio á unos hombres recomendables por su sabiduría y piedad. Nombró por inquisidor general á don Diego de Silva, obispo de Ceuta, que de allí á tres años tuvo por sucesor al cardenal Enrique, hermano del rey. Pero este insigne impostor, que por espacio de [illegible] habia sostenido admirablemente esta máquina, fue al fin descubierto y habiéndole puesto en prision, le enviaron á Castilla bien asegurado, y despues de haberle impuesto un leve castigo el inquisidor general Tavera, le mandó poner en libertad. El fruto de este engaño fue el castigo de los judíos, que habiendo abjurado su ley, habian vuelto á abrazarla: muchos de ellos se huyeron ocultamente á Castilla, de donde habian sido antes espelidos por el rey don Fernando: y despues se estableció solemnemente el tribunal de la Inquisicion. En Africa fue combatida Sefy vigorosamente por los moros, pero no pudieron tomarla: lo mismo habian hecho antes con Santa Cruz, ciudad situada en el promontorio de Guer, de la que finalmente, atacada con mayores fuerzas por otro jerife, se apoderó de ella con muerte de la mayor parte de la guarnicion, y el resto, que se habia encerrado en la torre, se entregó, y fue hecho esclavo, siendo comprendido en esta desgracia el gobernador Gutierrez de Monroy con sus hijos. Mencía su hija, que era de singular hermosura, casó con Mahometo, rey de Turudante, que fue el espugnador de la ciudad, y despues tuvo guerra con su hermano que queria tener parte en la presa. Por este tiempo combatieron muchas veces los portugueses y moros con varia fortuna; pero no acaeció en estas peleas cosa digna de memoria.

CAPITULO IV.

Espediciones marítimas de Cortés. Descubrimientos en varias partes de América. Sucesos del Perú. Muerte de Atahualpa.

La serie de los tiempos y la abundancia de estraordinarios sucesos nos obliga á volver á la América. En ella pues se hallaban los españoles acometidos de grandes peligros y dificultades, entre las inmensas riquezas que gozaban; porque la naturaleza no les daba gratuitamente cosa alguna, del mismo modo que lo hace con los demás mortales. Dispuso Cortés otra espedicion por mar con dos navíos, pero con igual desgracia que las anteriores; y se descubrió entonces la isla de Santo Tomé, situada mas de veinte grados sobre el Ecuador. En el navío almirante fue cometida la atroz maldad de haber asesinado el piloto Fortun Jimenez al capitan Fernando de Grijalva. Pero en breve pagó la pena de su delito, porque habiendo desembarcado en la nueva Galicia para esplorar lo interior del país, fue muerto por los bárbaros con todos sus compañeros. Apoderóse de la nave Guzman, á fin de molestar á Cortés, á quien aborrecia en estremo; y la otra volvió la proa y se restituyó á Acapulco. Simon de Alcozaba, portugués, atravesó el estrecho de Magallanes, habiéndole mandado el César navegar el mar del Sur para reconocer las costas del Perú. Arrojado de allí por una horrible tormenta, despues de varios sucesos fue degollado por conspiracion de su misma gente. Vengaron su muerte los bárbaros del Brasil, matando cruelmente á los asesinos, que habian sido arrojados á sus costas por un naufragio, y de sus cuerpos hicieron un gran banquete. De todos ellos solo pudieron libertarse diez y siete, que habiéndose apoderado de la lancha, abordaron al otro navío, y se volvieron en él á la isla Española. Los brasileños son tenidos entre todos los bárbaros por los mas antropófagos, y no hay duda que son muy codiciosos de la carne humana. Viven á la manera de los cíclopes, y donde se les acaba el dia allí pasan la noche. Comen medio asados á los que hacen prisioneros en los combates, siendo esto el principal motivo de sus guerras. Las mujeres, despues que han parido, acostumbran servir á sus maridos, que en lugar de ellas guardan la cama; costumbre que en otros tiempos reinó en la Cantabria.

Esta region dilatadísima se estiende desde el Septentrion al Mediodia, y se llamó en los principios de Santa Cruz, por una alta cruz que en señal del dominio portugués levantó Fernando Cabral su descubridor, y esta misma ceremonia hacian los españoles en todas las nuevas tierras que descubrian. Despues tomó el nombre de Brasil de un palo rojo, que allí es muy abundante, y sirve mucho para los tintes. No es molestada del frio ni del calor escesivo, aunque solo dista un grado del Ecuador hacia el Austro; mas sin embargo sus habitantes están tostados del sol. Abunda ahora este país de azúcar y algodon, de otros muchos frutos propios de Europa, y de mucha caza, así de fieras como de aves. Arrojados los naturales de las costas, las ocuparon los portugueses, y establecieron colonias. Los primeros que penetraron en lo interior de esta region para predicar el Evangelio, fueron los religiosos de San Francisco, y derramaron su sangre á manos de los bárbaros. Despues han sido doctrinados por los jesuitas, y con estraordinario cuidado y paciencia los han enseñado á vivir como hombres y como cristianos. Pero volvamos á continuar lo que dejamos pendiente.

Viendo Cortés que adelantaba poco por medio de sus tenientes, y persuadido de que les faltaba el celo ó la fortuna, determinó embarcarse él mismo con tres navíos bien equipados. Partió de Acapulco donde habia establecido su astillero, para descubrir nuevos mundos y llenarlos de sus victorias. Pero el cielo se mostró contrario á sus empresas con furiosas tempestades y horribles truenos y rayos, que parecia iban á incendiar sus naves. Por tanto le fue preciso restituirse al puerto despues de haber recogido los buques que se habian dispersado y padecido mucho con las tormentas. Por este tiempo llegó á Méjico su primer virey don Antonio de Mendoza, hermano del marqués de Mondejar, hombre prudente y de carácter muy amable. El presidente de la audiencia, Ramirez, en premio de su arreglado y equitativo gobierno, fue condecorado con el obispado de Tuy, y despues con los de Leon y Cuenca sucesivamente, y con otros empleos distinguidos en la córte. Erigióse Guajaca en silla episcopal, y fue su primer obispo don Juan de Zárate. En la de Guatemala fue nombrado fray Francisco Marroquin, del órden de Santo Domingo; y en la de Santa Marta, adonde pasó de gobernador don Pedro de Lugo, don Juan de Angulo. Su teniente Gonzalo de Quesada, natural de Granada, peleó con mil y doscientos soldados contra los bárbaros, que eran muy feroces, y en el primer encuentro padeció alguna pérdida. Despues de esto, salió Quesada de Santa Marta con seiscientos infantes y cien caballos, y por las orillas del rio del mismo nombre, penetró en lo interior de aquella region; y habiendo caminado seiscientas millas, invernó en un paraje que llamó Cuatro Brazos, á causa de que atraviesan por él otros tantos rios. Los españoles derrotaron valerosamente por dos veces al cacique Bogotá, y socorridos con víveres por otro cacique enemigo suyo, aliviaron el hambre que padecian. La tierra es muy fértil y abunda mucho de oro, y pareció muy oportuno para establecer colonias.

Despues de haber regresado Sebastian Gaboto á España, fue enviado al rio de la Plata Pedro de Mendoza con once navíos, y ochocientos soldados, y hizo su navegacion felizmente. En la orilla meridional de este rio, edificó una ciudad que llamó Buenos-Aires. Venció en batalla á los bárbaros que le salieron al encuentro; pero no obstante, faltó poco para que no pereciese de hambre; y se vió con los suyos reducido á comer las cosas mas repugnantes. Las mismas miserias padecieron los que por aquel tiempo arribaron á Veragua con el capitan Felipe Gutierrez, los cuales sustentaron la vida con manjares no menos abominables. ¿Pero á qué no obliga la horrible hambre? Socorrió á los necesitados que casi estaban consumidos de la miseria Juan de Ayolas, que habiendo navegado aquel rio, les llevó víveres para alimentarse. Mendoza, que no habia escarmentado suficientemente con sus anteriores calamidades, introdujo sus tropas en lo mas interior de la region, á fin de descubrir nuevas gentes. Muriéronsele doscientos soldados por la fuerza del hambre, y hallándose él enfermo condujo los demás muy maltratados á Buenos-Aires, dejando á Alvarado con algunos pocos en Buena-Esperanza, pueblo que él habia fundado. Navegó Ayolas rio arriba, y se le hizo pedazos un navío; pero se salvó la gente. Atraidos los bárbaros con el trueque de las mercaderías, les proveian de víveres con bastante humanidad; y habiendo navegado cuatrocientas millas arribó al Paraguay, cuya nacion toma su nombre del mismo rio.

Despues de la espedicion de Diego de Ordáz, pasó á esplorar la costa de Pária Gerónimo Artal, noble aragonés, el cual hizo muchas cosas ilustres para sujetar á los bárbaros, y fundó el pueblo de San Miguel sobre el rio Nevero, donde estableció colonos. Habiendo marchado su teniente Agustin Delgado con parte de las tropas, peleó con próspera fortuna, y volvió con muchas presas de los bárbaros. Al mismo tiempo otros capitanes en diversos lugares sujetaban por la fuerza á aquellas gentes contumaces, y mas semejantes á las fieras que á los hombres. Caminó Artal en busca de la casa y mesa del Sol, fábulas muy validas en aquellos tiempos; y perdió en el viaje á Delgado, hombre muy prudente en la guerra, habiéndole clavado los bárbaros una flecha en un ojo. Parte de los soldados se separó de él para descubrir otras tierras, y con los restantes navegó á Cubagua. Murió Osorio, obispo de Nicaragua, que apaciguaba las discordias suscitadas entre Rodrigo de Contreras y Bartolomé de las Casas. Aquel, segun la comun costumbre de los gobernadores, trataba con crueldad y avaricia á los naturales; y este defendia su libertad conforme á las órdenes del César, y los instruia en el Cristianismo, á cuyo ministerio se dedicó con mucho celo, habiendo entrado en la religion de Santo Domingo. Pero como nada adelantase con sus clamores, navegó á España para defender la causa de aquellos hombres miserables, y trabajó en ella con infatigable constancia. No puede negarse que el César, cuidadoso siempre de lo recto y de lo justo, habia dado las mejores providencias para establecer la policía civil y cristiana de los indios: pero la avaricia lo inutilizaba y corrompia todo. Alcanzó del pontífice facultad para que los obispos dispensasen los grados de parentesco para celebrar los matrimonios, y otros impedimentos canónicos, con grande comodidad de los nuevos fieles. Despues se les concedió por dos años el privilegio de la bula de la Santa Cruzada, á causa de la distancia de aquellos dominios; y los sumos pontífices dispensaron benignamente otras muchas gracias desde el principio del descubrimiento de este nuevo mundo. La mas memorable de todas es la de Alejandro Sesto en el primer año de este siglo, en que concedió á don Fernando el Católico los diezmos y primicias de los frutos con la condicion de que erigiese templos y los dotase, y proveyese al sustento de sus ministros, de la cual solo se reservaron los reyes para sí los novenos en señal del derecho de patronato. El papa Julio Segundo concedió tambien al mismo rey don Fernando y doña Juana su hija el derecho de patronato, y el de presentar personas idóneas para las iglesias metropolitanas y catedrales, así establecidas como en las que se estableciesen en cualquier tiempo, y para todos los demás beneficios eclesiásticos. Tambien los reyes concedieron á los indios muchos privilegios. Pero de esto basta lo dicho.

En el Perú reinaba espléndidamente Pizarro con

los españoles, afortunados con tanta abundancia de oro y plata. Añadíanse á las riquezas la alta estimacion que de ellos hacian; porque despues de la prision de Atahualpa los tuvieron por unos grandes dioses, y así los llamaban los bárbaros, hasta que con sus vicios dieron á conocer su frágil y caduca naturaleza. Habia ofrecido el cautivo por su libertad una sala llena de oro, que tenia veinte y cinco piés de largo y diez y siete de ancho, y de alto como la estatura y media de un hombre, y doble cantidad de plata. Es casi imposible referir la opulencia del bárbaro. Las paredes y pavimentos de los templos estaban cubiertos de láminas de oro; y habia en ellos ofrendas de inestimable valor, recogidas desde los tiempos mas antiguos. Su padre al tiempo de morir habia dejado tres casas llenas de oro, y cinco de plata. Las mantas con que se cubrian, segun costumbre, eran tejidas de oro. Las estátuas, urnas, cántaros, ollas, tinajas, ladrillos, y todos los demás vasos del uso doméstico, eran del mismo metal. De tan estraordinarias riquezas tuvo orígen entre los españoles el probervio de *los tesoros de Atahualpa*. Fue traida del Cuzco, ciudad régia, de Pachacama, donde estaba el gran templo tan celebrado por la supersticion de los indios, y de otros lugares, una cantidad inmensa de uno y otro metal, á costa de increible fatiga de los indios. Una buena parte fue fundida inmediatamente para repartirla á los soldados. Reservóse al César el quinto que ascendia á ocho mil ochocientos y ochenta castellanos de oro puro; habiéndose dado á cada hombre de á caballo ciento y ochenta y una libras de plata, y la mitad á cada infante. Las esmeraldas y otras piedras preciosas se repartieron por añadidura. Almagro, que por este tiempo habia venido como amigo y socio con el socorro de doscientos hombres armados, llevó tambien su justa parte, y otra fue enviada á San Miguel para distribuirla entre sus colonos. Los marineros que habian conducido á Almagro, y los mercaderes que con él vinieron, lograron igualmente parte en la presa, porque con tanta opulencia habia para contentar á todos. El precio en que se vendian las cosas era muy escesivo. Daban por un caballo mil y quinientos castellanos, sesenta por un cuartillo de vino, cincuenta por una espada española, y así todo lo demás. ¿Qué mas diremos? Por falta de hierro se hicieron herraduras de oro á los caballos. El oro era entre todas las cosas la mas vil para unos hombres que poco antes mendigaban. De los vestidos y otras cosas de valor no se hacia caso alguno.

Entretanto habiendo sido puesto Atahualpa en libre custodia, mandó degollar á su hermano Huascar, rey del Cuzco, á quien tenia preso, para que con el favor de los españoles no vengase la injuria recibida, como se dijo que lo habia proferido algunas veces en medio de sus tristes lamentos. Sintió mucho Pizarro esta crueldad, y comenzó á recelarse del grande espíritu de Atahualpa; pero no obstante le declaró libre, á fin de que no pareciese que faltaba á la palabra que le tenia dada: mas no le perdió de vista temiendo los peligros que amenazaban de la libertad de este hombre. Llevólo muy á mal el bárbaro, y ardiendo en el deseo de vengar la injuria, comenzó á tramar muchas asechanzas contra los españoles, que en breve habian de recaer sobre su cabeza. Descubrióse todo al momento por aviso que dió cierto cacique, y se confirmó con el testimonio de otros muchos. Por tanto mandó el Español que fuese custodiado con mas vigilancia; que los caballos estuviesen enfrenados, y que el soldado se hallase siempre en armas de dia y de noche, no ignorando lo que el bárbaro maquinaba ocultamente. El engaño proyectado fue este. Vinieron de noche sus capitanes cerca del pueblo con muchas tropas para arrojar fuego á los tejados de las casas, á fin de que cuando los españoles saliesen sobresaltados con el miedo de las llamas, fuesen oprimidos por la multitud que les rodeaba; y que si este designio no se les cumpliese del todo, á lo menos hiciesen una acometida para poner en libertad al cautivo rey: teniendo esperanza de que con su multitud acabarian fácilmente con tan corto número de hombres. Prevenidas todas las cosas para esta empresa, estando ya á punto de acometer, y no pudiendo arrojar ocultamente las antorchas encendidas, porque se lo impedia la vigilancia de los españoles, les faltó enteramente el ánimo de tal suerte, que sin atreverse á cosa alguna, se retiraron con mucho silencio. Averiguado que fue todo esto, aunque al bárbaro se le hizo cargo, lo negó con mucha constancia. Al dia siguiente formó Pizarro una junta donde hizo relacion del suceso y fue condenado Atahualpa. Esto es lo que dicen los que se hallaron presentes; pero los demás escritores aseguran que convenia condenarle, para que con su muerte se acabase la guerra: por lo cual le atribuyeron muchas cosas falsas: que despues vengó el cielo esta maldad, porque ninguno de los que intervinieron en su suplicio sobrevivió mucho tiempo, ni acabaron con muerte natural; y que el intérprete Philipillo, á quien hacen autor de la trama, temeroso del rey porque habia intentado corromper á una de sus concubinas, se ahorcó de un árbol. Pero dejemos estas cosas para que otros las disputen. Entregado al suplicio Atahualpa pidió con muchas instancias que le bautizasen, á lo que acudió con mucha diligencia Valverde, y pudo conseguir que no le quemasen vivo. Finalmente le ahorcaron sin haber manifestado señal alguna de dolor. Parte de sus vestidos fue pasada por el fuego, para que se cumpliese la sentencia. Antes de morir encomendó sus hijos á Pizarro. Esta ejecucion se hizo un sábado al ponerse el sol, en el verano del año de treinta y tres. Estos eran los años que al parecer tenia Atahualpa. Era de grande estatura, sus labios gruesos, sus ojos feroces y su aspecto terrible. Al dia siguiente fue sepultado allí mismo con cristianas ceremonias, acompañando el funeral los españoles con magnífica pompa militar.

CAPITULO V.

Sucede á Atahualpa su hermano. Hace Pizarro elegir rey del Cuzco á Mango Capac. Viaje de Belalcázar, Almagro y Alvarado á Quito. Fundacion de Lima.

Despues de la muerte de Atahualpa, y para que no se disolviese el imperio de los Incas, procuró Pizarro que fuese elegido para sucederle un hermano suyo que tenia su mismo nombre, y le hizo jurar obediencia al César. Algunos de sus compañeros, que estaban ya cargados de años, y eran inútiles para la guerra, desearon volver á su patria, y habiéndoles provisto Pizarro de todo lo necesario, siguieron á su hermano Fernando que conducia á España el tesoro real. Embarcáronse en cuatro navíos de estraordinaria magnitud, y arribaron con felicidad á Sevilla. Desde Cajamalca al Cuzco hay cuarenta dias de camino, y le anduvo Pizarro con sus tropas, habiendo sufrido en este viaje grandes trabajos, aunque recogió mucho oro y plata, y ganó muchas victorias á los quiteños. Llegó á Jauja, ciudad opulenta situada en un amenísimo valle, y casi arruinada por haberla incendiado el enemigo, á quien arrojó de todo aquel territorio acometiéndole con la caballería. Estableció allí una colonia; á cuyo tiempo murió de enfermedad el nuevo rey, que era en estremo adicto á los españoles. Dividiéronse en partidos los quiteños y cuzqueños. Aquellos intentaban restituir á los hijos de Atahualpa el imperio que habian invadido pocos años antes; y estos querian que se eligiese un sucesor legítimo de la antigua familia de los Incas; de cuya discordia se aprovechó prudentemente el Español para oprimir á los de uno y otro

partido. Auxilió con sus fuerzas á los cuzqueños como mas obedientes, para arrojar de aquellas provincias á los de Quito, que sin embargo de haber sido vencidos tantas veces, y de la prision y muerte de su rey Huascar, permanecian obstinados en hacer resistencia.

Habiendo dejado Pizarro en Jauja sus bagajes y el oro con el tesorero Alfonso de Alvarado, y una pequeña guarnicion, continuó su marcha para el Cuzco. Envió delante sesenta caballos bajo el mando de Soto; los cuales tuvieron frecuentes choques con los bárbaros que le salian al encuentro, y siempre quedaron victoriosos. Peleando una vez en un paraje fragoso, quedó muerto un caballo y dos heridos, y hasta entonces habian creido los bárbaros que aquellos animales no podian morir. Cortaron la cola al caballo, y llevándola por bandera les infundia nuevo aliento; pero no por eso les fue mas propicia la fortuna. Entre los cautivos se distinguia Chilicuchima, generalísimo de los quiteños. Corria la voz de que él habia sido el que los incitó á tomar las armas; y averiguada la certeza de este hecho por deposicion de muchos testigos, le hizo Pizarro atar á un palo y quemarle vivo, sin que de ningun modo pudiesen reducirlo á que se bautizase. Al mismo tiempo Mango, hijo de Huaina Capac, temeroso de las asechanzas de los quiteños, vino por sendas estraviadas á ponerse bajo la proteccion de Pizarro. Recibióle benignamente, y le siguió al Cuzco, adonde caminaba á toda prisa para impedir que no fuese incendiada aquella ciudad por el enemigo. En el camino peleó con los quiteños; pero el primer clamor y encuentro decidió la victoria, y el Español los persiguió vivamente en su fuga. El dia siguiente entró en la ciudad á mediados del mes de noviembre, y al inmediato fue Mango proclamado rey del Cuzco. A la verdad convenia hacer esto prontamente, para que no se escapasen los caciques que con aquella sombra de imperio se mantenian concordes y obedientes. En el dia de la natividad de Jesucristo, despues de celebrados los oficios divinos, Mango Inca, juró solemnemente al César en la plaza de la ciudad, y enarboló la bandera desplegada. Lo mismo hicieron los caciques, bebiendo en copas de oro segun la costumbre de la nacion.

Entretanto hubo en Jauja varias peleas con los quiteños. El tesorero Alvarado, fue derribado de una pedrada, y cayó del caballo sin sentido; pero habiéndole defendido la infantería, volvió en sí y tornó á montar; mas con otra pedrada rompieron un brazo al caballo. Sin embargo, no pudieron sostener el ímpetu de los españoles, y habiendo vuelto las espaldas, se refugiaron en los lugares mas elevados, de donde tambien fueron arrojados, y finalmente de todo aquel campo antes que llegasen los socorros enviados del Cuzco. Eran estos cincuenta caballos y cuatro mil cuzqueños, los cuales siguieron al enemigo que procuraba refugiarse en los parajes mas seguros con su capitan Quisquis. Acuñóse en el Cuzco una inmensa cantidad de oro y de plata; y solo del quinto se aplicaron al tesoro real ciento diez y seis mil cuatrocientos y sesenta escudos, y mas de diez y siete mil y quinientas libras de plata. Lo demás se lo adjudicó Pizarro para sí, y para sus compañeros, inclusos los que habian quedado en Cajamalca. Tambien repartió á los soldados una gran cantidad de plata, mezclada con otros metales. Era Pizarro liberal de la presa, y sus dones iban acompañados de mucha afabilidad; con lo cual infundia en los soldados grande ánimo para acometer cualesquiera peligros y trabajos.

En la entrada del verano del año de treinta y cuatro, estableció en el Cuzco una colonia de españoles, y quiso que se llamase noble y gran ciudad. A la fama de las riquezas acudieron de todas partes los españoles, dejando desiertas de habitantes las islas y muchos parajes del continente. De una sola vez llegaron mas de doscientos á San Miguel; de los cuales pasaron treinta caballos á juntarse con Pizarro, que habia regresado á Jauja. Los demás siguieron á Sebastian Belalcázar, que marchaba aceleradamente á Quito para adelantarse á Pedro de Alvarado, que era fama se encaminaba á la misma provincia á grandes jornadas. Habiendo trabado batalla con los bárbaros, se separaron sin haberse declarado la vitoria por una ni otra parte. Clavaron una estacada previendo el paraje por donde habian de acometer los caballos, y volvieron otra vez á la pelea; pero se evitó el peligro con el aviso que dió un indio desertor. Aunque fueron vencidos y derrotados muchas veces, no por esto se abatia su ferocidad; pero inútilmente se esforzaron en impedir que entrase en la ciudad un escuadron tan pequeño. Belalcázar procuró en vano inquirir de los bárbaros las riquezas que habian sacado de allí; mas para satisfacer de algun modo su codicia, le presentaron algunos vasos de oro y de plata. A este tiempo llegó Almagro enviado por Pizarro para que procurase evitar el peligro que amenazaba la arribada de Alvarado á aquellas costas. Este, pues, habiendo desembarcado doscientos veinte y siete caballos, y quinientos infantes, con grande número de guatemaltecas y negros, se puso en marcha para Quito; pero como no habia esplorado antes los caminos, se estravió en unos montes muy ásperos y parajes desiertos, donde las altas nieves y yelos cubren perpétuamente la tierra, de tal modo que no se descubria ni aun vestigios de ave ni de fiera alguna: cosa admirable por cierto en una region situada debajo de la línea, y que seria increible á los antiguos. La extraordinaria fuerza del frio dejó helados á muchos de ellos; y á esto se juntaba el cansancio y el hambre. Los que estaban acostumbrados á un clima cálido, se entorpecian mucho mas; y los que se echaban en tierra los sobrecogia de tal suerte el frio, que no podian volver á levantarse. Quedaban abandonadas las cargas y el oro que en ellas venia, pues apenas los que las conducian podian moverse aun sin llevar nada sobre si. Tambien tocó alguna parte del estrago á los caballos, de los cuales perecieron algunos, y antes que llegasen al campo de Almagro habian muerto ochenta españoles y dos mil esclavos. Para colmo de tantos males, amenazaba una guerra civil, porque Alvarado mandó á Almagro que saliese de aquellas tierras, sin tener para esto otro derecho que el de ser mas fuerte. Pero despues de muchas contiendas de una parte y otra, y por la mediacion de los principales, se convinieron al fin en que recibidos ciento veinte mil escudos, se retirase Alvarado, entregando su ejército y sus naves. Cumplióse puntualmente uno y otro, y Almagro con sus nuevas tropas se puso en marcha al Cuzco para encargarse del gobierno.

Por este tiempo fundaba Pizarro á Lima cerca del mar, y la dió el nombre de ciudad de los Reyes, á causa de que comenzaron á abrirse los cimientos de ella el dia de la Epifanía, cuando volvió de España Fernando Pizarro, acompañado de muchos nobles que atraia la fama de las riquezas de aquella region. Concedió el César á Almagro con título de gobierno todo lo descubierto hasta el territorio del Perú, que en los principios habia señalado á Pizarro, en recompensa de lo mucho que habia contribuido para esta empresa. A Valverde se le confirió el nuevo obispado del Cuzco, en premio de sus trabajos apostólicos; y al mismo tiempo fue nombrado primer obispo de Guazacoalco, Fr. Francisco Jimenez, del órden de San Francisco. Llevaron muy á mal los Pizarros el dividir su mando con Almagro, porque ya no cabian en todo el Perú: y de aquí se originó la emulacion, y despues las contiendas sobre los límites del territorio

de cada uno. Intentó Soto conciliar los ánimos por el deseo que tenia de la paz, pero faltó poco para que todo se perdiese enteramente. El obispo de Panamá don Tomás de Berlanga pasó de órden del César á deslindar las provincias; pero no lo hizo, ó porque favorecía á Pizarro como corria la voz, ó porque estando ya reconciliados y hechos amigos, le parecia inútil su comision. Finalmente, el no haber cumplido el mandato del César, fue causa de gravísimos males; y como si adivinase Soto las calamidades que amenazaban á los españoles por la falta de concordia de sus gobernadores, recogió su tesoro y acompañó al obispo que volvia á Panamá, y desde allí se restituyó á España con otros nobles que se habian hecho ricos con la presa. Procuró Pizarro establecer colonias en lugares oportunos, que sirviesen como fortalezas para refrenar á los bárbaros; de las cuales fue una Trujillo, dedicada á la memoria de su patria. Belalcázar reducia á los indios de Quito al imperio del César. Lo mismo hacia en otras partes Alonso de Alvarado, mas con su prudencia y suavidad de trato, que con el terror de las armas.

Encendióse en Almagro el deseo de recorrer hasta la estremidad de aquellas costas, empresa que parecia superior á toda humana esperanza. Asi pues, determinó esplorar la dilatada region de Chile, que se tiende hácia el Mediodía; y á este fin distribuyó entre los soldados muchos millares de libras de oro; porque era hombre liberal, ó por mejor decir, pródigo. Seguia al escuadron de gente armada un gran número de mochileros y criados, y le acompañaban muchos nobles del Cuzco con Pablo, hermano de Mango Capac, para que los chileños se sujetasen á la obediencia, mas por la autoridad de tales hombres, que por la fuerza de las armas. Hállanse en medio las montañas de los Andes, tan elevadas que parece amenazan al cielo, las cuales se dividen en muchos ramos, y perpetuamente están cubiertas de nieve, siendo todas un horroroso desierto. Caminaban por ellas con mucha dificultad, y á esto se añadió una tempestad y la inmensa copia de nieve que sin cesar les caia dia y noche. Este infeliz escuadron padeció en su marcha cuantos males pueden imaginarse: hambre, frio, cansancio y desesperacion. No se veia otra cosa que una horrorosa soledad sin vestigio alguno de cultura humana. A cada paso se quedaban los hombres tendidos por el camino; porque entorpeciéndoseles los nervios con el yelo, apenas podian moverse. Fueron muchos los que perecieron por el estraordinario frio; á algunos se les quemaron los piés; á otros se les caian los dedos sin sentirlo; y algunos que se arrimaron á los troncos de los árboles, los desamparó el calor vital, dejándoles inmobles; y sus cuerpos se hallaron enteros despues de algunos años, á causa de la grande sequedad y sutileza del aire. Esta calamidad hizo poco estrago en los soldados, como endurecidos con todo género de trabajos; pero consumió la mayor parte de los esclavos. Todo esto acaeció á fines del año.

A este tiempo se suscitó una cruel guerra en el Cuzco por la imprudencia de Fernando Pizarro. Custodiaba aquella ciudad Juan su hermano con una ligera guarnicion, y puso en prision á Mango, á quien habia cogido en su fuga. Deseoso Fernando de instruirse de este suceso, se apresuró á volver al Cuzco; y habiendo hablado con el bárbaro, le dió esta esperanza de descubrirle un secreto tesoro, si le ponia en libertad, la que con efecto le concedió. Pero de allí á poco se armó Mango contra su libertador, y le acometió con muchas tropas; y habiéndole salido Fernando al encuentro con la caballería, le obligó Mango á retroceder dentro de los muros, y le puso sitio. Dícese que tenia el bárbaro doscientos mil hombres armados. La guarnicion de los soldados españoles se componia de ciento y setenta, á los cuales se juntaron mil cuzqueños que permanecieron fieles. Habia ocupado la fortaleza, que era de admirable arquitectura, y estaba rodeada de tres muros, Vilahoma, sumo sacerdote de aquella gente, que se escapó ocultamente del campo de Almagro para participar de los peligros de sus compatriotas: pelearon muchas veces con el mayor encarnizamiento, porque á los bárbaros les incitaba el deseo de su antigua felicidad, y á los españoles la insaciable ambicion del mando y de las riquezas, que ha sido siempre la causa de todas las guerras. Combatian pues los bárbaros por la libertad, y los españoles por el dominio. Unas veces eran rechazados los indios á la fortaleza, y otras lo eran los españoles á la ciudad, haciéndose mútuamente terribles los unos á los otros. Habiendo arrojado fuego sobre los tejados de las casas, perecieron muchas de ellas. Acometieron por fin los españoles valerosamente á la fortaleza, y arrojaron de allí al enemigo, y en esta accion, peleando Juan Pizarro con heróico esfuerzo, quedó muerto atravesado de muchas heridas. Despues de un sitio de diez meses, en que se consumieron cuasi todas las provisiones necesarias á la vida, intentó en vano Fernando alejar á los bárbaros para recoger víveres en el campo; pero no consiguió otra cosa que heridas. Los de Lima se hallaban al mismo tiempo en igual peligro, sitiados por otro ejército, y impedidos por consiguiente de dar socorro alguno á sus compañeros que tanto padecian en el Cuzco. Pero no duró mucho la constancia de los bárbaros; porque despues de haber infundido un vano terror en los colonos españoles, se retiraron sin haber hecho cosa alguna memorable. Despues de la retirada de los enemigos envió Francisco á Fernando un socorro de gente armada, el cual habiendo caido en una emboscada de los bárbaros, pereció casi todo; lo que fue tanto mas sensible, cuanto era tan corto el número de los soldados. Hicieron despues los sitiados algunas salidas con mas felicidad, y viviendo de lo que podian apresar, se burlaban de todos los esfuerzos de los enemigos, que estaban persuadidos de que podrian vencer por hambre á los que no tenian otra cosa que lo que robaban. Estas victorias las ganaban siempre los caballos, cuyo ímpetu temian mucho los bárbaros. Mas con todo, ni con la fuerza, ni con los ardides pudieron conseguir los españoles que levantasen el sitio.

En el Oriente gozaban de prosperidad los portugueses con las muchas victorias y opulentas presas que ganaron de sus enemigos, habiendo enriquecido con ellas el tesoro público. Pasó el virey con una armada á Ciale, situada á seis millas de Calecut, y levantó una fortaleza en un paraje oportuno para reprimir los esfuerzos del Zamorin: en esta puso por gobernador á Diego Pereira, y á Manuel de Sousa le dió el mando de una armadilla para que defendiese las costas. Despues de esto navegó á Bazain con la armada grande, y habiendo desembarcado sus tropas no lejos de la ciudad, las condujo al enemigo que se hallaba puesto en órden de batalla. No fue muy difícil la victoria: los que guarnecian la fortaleza, la desampararon al ver que la multitud de los suyos se habia puesto en fuga. Tomóla el Portugués, y la saqueó y la arrasó, y fueron parte de la presa ciento y cinco cañones grandes de artillería sacados de la ciudad y de la fortaleza. Esteban de Gama, gobernador de Malaca, tuvo tambien una feliz empresa en la toma y saqueo de la ciudad, y fortaleza de Uagat.

Partió de Portugal Martin de Sousa condecorado con el empleo de almirante de la India, y luego que llegó le hizo el virey entrega de la armada. Ganó por asalto la fortaleza de Daman, y la arrasó y destruyó su guarnicion. Badur, tirano de Cambaya, obligado de sus pérdidas pidió la paz, la que le fue concedida como acostumbraba el vencedor, agregándose al do-

minio portugués la ciudad y territorio de Bazain, con las islas situadas en frente, y solo separadas del continente por un pequeño estrecho. Despues de esto, vencido y derrotado por Omahum, rey poderosísimo del Mogol, con quien tenia guerra, y despojado de su campo, y de la mayor parte de su reino, imploró el socorro de los portugueses, concediéndoles en agradecimiento el permiso de levantar una fortaleza en Diu. Acudieron allí prontamente Sousa y Acuña con una armada, y habiendo renovado solemnemente la alianza por escrito, dieron principio á la obra echando los cimientos de una hermosa y grande fortaleza en el cabo que domina al puerto; y se trabajó en ella con tanta actividad, que en cuarenta y nueve dias quedó concluida. Fue puesta allí una guarnicion de ochocientos soldados, con sesenta cañones, y mucha abundancia de todos los víveres y cosas necesarias; y nombró el virey por gobernador de ella á Manuel de Sousa, hombre valeroso y esperimentado en la milicia. Arregladas estas cosas y reforzado el rey de Cambaya con el socorro de los portugueses, tomó á los enemigos una fortaleza que domina todo el rio Indo. Mientras que se disponia á pasar mas adelante para coronar la victoria, se retiró el Mogol con su ejército á cuarteles de invierno, cargado con los opulentos despojos que habia recogido. Noticioso de esto el virey, y diciendo que con la toma de aquella fortaleza habia satisfecho á la alianza, se volvió á Goa; lo que irritó en estremo al Bárbaro. Acusaba la mala fe del Portugués, y se culpaba á sí mismo de haberse fiado en él. Reclamaba la alianza escrita, y comenzó á maquinar la venganza, y de aquí se encendió una guerra sangrienta y funesta.

En las Molucas se hallaban cada dia las cosas en el peor estado, por la perversa conducta de los gobernadores, y desenfreno de los soldados. Habiendo entrado los bárbaros conjurados en la fortaleza con el favor de la guarnicion, asesinaron á Pereira que estaba durmiendo la siesta, porque habia faltado á la palabra de restituir á la reina sus hijos. En su lugar fue puesto por eleccion militar Vicente Fonseca habiéndole sacado de la cárcel donde le tenia Pereira con su contumacia. No hizo cosa alguna memorable, á escepcion de haber puesto en libertad á los hijos de la reina, con deseo de atraerla á su partido. Tabaria, uno de ellos, arrojó del trono á Ayalo con el auxilio de Fonseca, que se hallaba irritado contra este intruso, por haber muerto á algunos portugueses que sorprendió descuidados. No tardó mucho en llegar Tristan de Ataide, nuevo gobernador, el cual envió preso á Fonseca á la India, juntamente con Tabaria, acusado de tiranía; pero habiendo sido absuelto por el virey recibió el sagrado bautismo y murió en breve tiempo de una enfermedad que le sobrevino. Ataide, que no era mejor que sus predecesores, escitó con mas acrimonía contra sí, y contra el nombre portugués la indignacion de los isleños. Habiendo nombrado rey á Cacil, hermano bastardo de Tabaria, su madre, que era natural de Java, procuraba aternar al muchacho para que no se espusiera á los peligros de tan infausta sucesion. Estando un dia hablando con él de estas cosas, acometieron repentinamente los portugueses al palacio real, se apoderaron del muchacho, y arrebatados de un furor fanático, arrojaron por una ventana á su madre, que se lamentaba con grandes clamores. Exasperados mas y mas los ternatenses con un hecho tan indigno, desampararon la ciudad y se retiraron con la multitud indefensa á unos bosques inaccesibles, á fin de espeler de su patria por el hambre á aquella gente soberbia y iracunda, que no podian vencer con las armas. Sublevároase inmediatamente las islas, y en venganza del delito fueron asesinados á cada paso los portugueses que estaban dispersos por ellas ocupados en sus negociaciones En Momoya, pueblo opulento de la isla del Moro, nuevamente reducido al Cristianísmo por el celo de Gonzalo Velloso, descargó su ira Catabruno por el odio que tenia á nuestra religion. Este, pues, habiendo despojado al sultan de Giloló, se apoderó del reino, y obligaba con el terror á los recien convertidos á abjurar el Cristianísmo. Pero el sultan, que habia tomado el nombre de Juan, tenia tan grabados en su corazon los documentos de la religion, que con imprudente y cruel piedad habia degollado á su mujer y á sus hijos para que no volviesen á los antiguos errores. Intentó despues matarse á sí mismo, pero se lo impidieron sus domésticos; y habiendo sido entregado á Catabruno, estando ya próximo á morir por su constancia en la fe cristiana, le perdonó el tirano por los ruegos de sus amigos. La fortaleza de Ternate estaba ya muy cercana á ser espugnada por hambre, cuando los portugueses que estaban encerrados en ella, fueron socorridos por Simon Sodred y Juan Pinto, que llegaron con víveres y algunos soldados. Hicieron una salida de la fortaleza y saquearon varios castillos, recogiendo la presa y víveres que encontraron. Consumidos estos, volvieron segunda vez á padecer la misma necesidad, y se aventuraron á salir al mar, pero con desgraciado suceso, pues fueron vencidos dos veces por los tidorenses, lo que nunca habia acaecido. Arrojados de su territorio, fueron sosteniéndose hasta la llegada de Antonio Galvan. Estas son las cosas sucedidas en las partes mas remotas del orbe hasta fin de este año. Volvamos ahora á continuar la narracion de las de Europa.

CAPITULO VI.

Guerras de Flandes y del Piamonte: invasion del Turco en las costas de Italia: treguas del César con el rey de Francia.

Habiendo partido el César de Barcelona, celebró córtes en Monzon á principios del año siguiente de 1537. Confirmó en ellas los privilegios é inmunidades del reino de Aragon, y especialmente el que les fue concedido en las anteriores córtes del año de treinta y tres, de que los extranjeros no pudiesen obtener las prelacías, segun los antiguos estatutos de los reyes de Aragon. Concluidas las córtes, y habiendo hecho al César un donativo, como era costumbre, se puso en camino para Castilla, donde era muy deseado. El rey Francisco para resarcir las pérdidas que habia sufrido en Flandes, juntó un poderoso ejército, y se apresuró á invadir sus fronteras. Tomó á Alce, Hesdin, Sen Pol, Liliers y San Venancio, aunque no sin derramar sangre. Alegre el rey con estos felices sucesos, que recompensaban sus anteriores desgracias, despues de haber fortificado á San Pol, mandó regresar el ejército á Dulens, y le despidió. Los flamencos por su turno emprendieron la guerra bajo la conducta de los generales Beux y el conde de Bura. Combatieron á viva fuerza la recien fortificada plaza de San Pol, y pasaron á cuchillo su guarnicion, pero conservaron la vida al gobernador Villebon, á Bellay, y á otros. Montreval fue entregada por Conopleo bajo de ciertas condiciones. No faltó mucho para que los flamencos tomasen á Teruana, ciudad opulenta de la Picardía; pero por su desgracia la defendió Anebaldo, general intrépido, con los víveres y soldados que habia podido introducir en ella. Porque viéndose obligado á pelear por la imprudente audacia de la noble juventud, fue derrotada y puesta en fuga la guarnicion por Bura, y quedó prisionero Anebaldo, con Pienna, Villars y el epirota Capuzmadio. Los franceses consiguieron la libertad á trueque de oro y de prisioneros; mas el epirota pagó con la cabeza el delito de haber deser-

tado de las banderas del César. Sin embargo, los flamencos continuaban estrechando la ciudad, que rodearon con sus tropas. Pero al tiempo que el delfin Enrique, y Mommorenci se pusieron en camino con muchas fuerzas para libertarla del peligro, se publicó una tregua y suspension de armas. El rey de Francia habia oido con gusto las proposiciones que le hizo doña María, gobernadora de Flandes, por medio del duque de Arescot, para componer sus discordias. Por lo cual á fines del mes de julio fueron pactadas treguas entre los franceses y flamencos con equitativas condiciones, y con la esperanza de conciliar una paz sólida, hallándose inclinado á ella el ánimo del César.

Ardia la guerra en el Piamonte desde lo mas crudo del invierno anterior. Los franceses habian tomado por asalto á Bargia, y se apoderaron una noche de Ranconissa con cierto ardid. Pero fueron rechazados del pequeño castillo de Busca, defendido por Pedro Sanchez con una guarnicion de sesenta españoles, mas fuertes por su valor que por su número. Anival, conde de Novelara, intentó escalar de noche sus muros, y cayó á tierra muerto por una bala disparada de un cañon pequeño, con grave sentimiento de los franceses. Pero alternando la fortuna sus desgracias, pereció del mismo modo el marqués de Saluzo. Habia tomado este á Cereci, pasando á cuchillo su guarnicion, que se componia de mil soldados, y se apoderó despues de Carmañola al principio de la primavera; mas al tiempo que combatia la fortaleza fue atravesado de una bala que le quitó la vida. Fue varon verdaderamente insigne en valor y prudencia, y que debe ser colocado en el número de los grandes capitanes. Acudió inmediatamente Basto, y habiendo espugnado la fortaleza, hizo ahorcar al gobernador en venganza de la muerte de Saluzo. Entretanto envió el rey á Humery con nuevas tropas que causaron mucho terror á los confinantes. Pero como no hiciese ninguna hazaña correspondiente á tantas fuerzas, vino en breve á ser despreciado. Los soldados, que llevaban muy á mal la flojedad y desidia de su general, estuvieron muy próximos á abandonarle; murmuraban de él con grande insolencia en sus corrillos: y lo que es peor de todo; en la milicia apenas obedecian sus órdenes. Finalmente, para que no se dijese que no hacia nada, dirigió sus tropas hácia Aste, cuya plaza defendia don Antonio de Aragon. Pero se retiró de allí sin haberse acercado siquiera á las murallas, habiendo recibido algun daño en la retaguardia, y se atrincheró cerca de Alba. Por este tiempo se juntaron al marqués del Basto, que caminaba á Aste, dos brigadas alemanas mandadas por Federico de Fustemberg, con cuya llegada quedó tan aterrado el Francés, que trasladó parte de sus tropas á los lugares fortificados, para que estuviesen mas seguras; y colmado de ignominia marchó con los demás á Francia, pareciendo mas bien que huia que no que se retiraba. No perdió Basto la ocasion oportuna que se le venia á las manos, y tomó por asalto á Quieri, aunque estaba cuidadosamente fortificada, y provista de todo lo necesario por su gobernador Azalio, pasando á cuchillo á casi toda la guarnicion. Sacaron de su ignominioso escondrijo al gobernador, el cual se presentó delante de Basto con mucha burla y risa de los vencedores, y cargado de afrenta fue puesto en libertad á costa de una gran suma. Despues de esto se apoderó de Quierasco y Alba, que entregaron sus gobernadores Fregoso y Ursino, despues de uno y otro sostuvieron un reñido combate. Habiendo tomado estas tres plazas en el espacio de veinte y ocho dias, bloqueó Basto á Turin, y Piñerol, impidiendo que pudiesen recibir víveres algunos, á fin de reducirlos á entregarse por hambre.

Mientras que el rey se divertia en el ejercicio de la caza, llegó la noticia del mal estado en que se hallaban las cosas en el Piamonte. Quedó atónito por un rato, y volviendo en sí dió un gran suspiro. Despues llamó á Monmorenci, y desde el caballo le advirtió individualmente todo lo que debia prevenirse para la guerra; las tropas y víveres que se necesitaban, las provincias de donde debian sacarse, los caminos por donde podian llegar con mas presteza, el de la navegacion, y todo lo demás, con tan admirable memoria, como si lo recitase por escrito. En lo cual se aventajaba Francisco á todos los príncipes de su tiempo. Así pues, habiendo juntado un poderoso ejército penetró en la Italia por los Alpes. A la fama de su venida se retiró Basto de Piñerol á Moncalier, enviando delante á Massio, capitan napolitano, con un escogido escuadron de infantería, para que en las gargantas de Susa levantase trincheras que impidiesen á los franceses la entrada. Pero Monmorenci, que mandaba el primer cuerpo, habiendo esplorado diligentemente aquellos parajes, tomó cierto rodeo y por lo mas fragoso de los peñascos hizo subir cuatro mil hombres armados, que se dejaron ver sobre las trincheras enemigas en lo mas elevado de los montes. Los imperiales que estaban muy agenos de que los franceses pudiesen acometerlos por aquella parte, aterrados con su repentina venida; y para evitar el peligro que les amenazaba, desampararon aquel puesto, y se retiraron adonde se hallaba Basto. El Francés, habiéndose abierto de este modo el camino sin derramar sangre, socorrió á Turin con provisiones, y la libertó del sitio. Desde allí partió para Viliana, y espugnó una torre que estaba situada en el camino, á fin de allanar todos los pasos al rey, que le seguia con la mayor fuerza de las tropas. Trató severamente á los prisioneros, porque siendo pocos en número, y contra las leyes de la guerra, habian intentado defender un puesto de poca importancia; mas al capitan, que era napolitano, le alistó entre sus tropas. Ocupó despues varios pueblos destituidos de guarnicion, pero muy provistos de todas las cosas necesarias. La guerra se iba encendiendo mas y mas y estando tan inmediatos uno de otro los dos campos, parecia estar muy próxima una batalla decisiva, cuando llegaron cartas de Flandes con la noticia de haberse renovado las treguas por tres meses, á solicitud de la reina doña Leonor, y doña Margarita, que se llamaba reina de Navarra, las cuales habian pasado á visitar á la gobernadora doña María con el deseo de apagar tambien la guerra en Italia, cuyas vanas causas detestaban, y de restablecer la paz, aprovechando para esto el tiempo de las treguas. Monmorenci dió noticia de ellas á Basto á nombre del rey Francisco, y no pudo recibir una nueva mas agradable ni mas deseada, pues se hallaba en grande aprieto por las dificultades que tenia en continuar la guerra por la falta de dinero, y de todas las demás cosas. Inmediatamente se puso en camino para hablar al rey que estaba cerca de Carmañola, y fue recibido por él con mucha humanidad, haciéndole grandes honras, porque sabia apreciar el valor, aun en el enemigo. Arreglados los negocios del Piamonte, se volvió el uno á Milan, y el otro á Francia, quedando con el mando Montejano, que poco antes habia sido puesto en libertad.

En este verano llevaron los turcos la guerra á la estremidad de la Italia, con gran peligro de la cristiandad, y con mayor infamia del rey de Francia, que habia pactado con Soliman juntar con él sus armas para invadir á un mismo tiempo la Italia. La causa no la ignoraron entonces los que procuraron averiguarla; y ciertamente un autor que me parece libre de todo espíritu de partido, afirma que el rey de Francia movió sus armas contra el duque de Saboya, con el mismo designio que tenia el Otomano en acometer al centro del orbe cristiano. Así lo dice este escritor contra Du-Belay, á quien siguiendo todos

los demás franceses, refieren este hecho mas conforme á su pasion que á la verdad. Porque no pudiendo Francisco sufrir la paz, por el deseo que tenia de recobrar la Lombardía, y borrar la ignominia de su pérdida, procuraba suscitar enemigos al César en todo el mundo.

Por este tiempo instigaba al Otomano Troilo Piñateli, que irritado contra el virey Toledo por haber condenado á su hermano Andrés al último suplicio, se habia pasado á Constantinopla. Añadíase á esto el carácter feroz del bárbaro, y su deseo de gloria, y de vengarse del César por la invasion de la Morea. Agitado con estos estímulos se puso repentinamente en las costas de Macedonia, cerca de Aulon con doscientos mil hombres; y en breve llegó al mismo paraje una armada poderosísima, compuesta de cerca de quinientos navíos de todos géneros mandados por Aradino y Lultibey. Este, pues, habiendo navegado con parte de la armada el mar Adriático, y sin tocar á Brindis y Otranto, ciudades muy fuertes y bien guarnecidas, se acercó á Castro que estaba muy mal fortificada y sin tropas. A la llegada de la armada perdieron el ánimo los habitantes, é hicieron entrega de la plaza luego que se les intimó la rendicion; prometiéndoles Troilo que no sufririan ninguno de los males que suelen padecer los vencidos. Así lo creyeron ellos; pero en breve pagaron la pena de su necia credulidad pues derramados por el pueblo los bárbaros sin respeto alguno á la palabra dada, los saquearon y destruyeron, y á todos, sin faltar uno, los encerraron en las galeras. Al mismo tiempo las tropas de caballería hacian correrías y presas por todas partes, llenándolo todo de terror y confusion. Alejandro Contareno, y Gerónimo Pésaro, generales venecianos, socorrieron algun tanto á los afligidos de Otranto. Porque ofendidos de la incivilidad de los turcos, que habian pasado junto á ellos sin saludarlos con los acostumbrados cañonazos, acometiéndolos el uno con sus galeras, les apresó dos de las suyas, y las demás huyeron dispersadas; y el otro en diverso paraje y tiempo persiguió á otras tantas, y las obligó á retirarse á sus costas. Habiendo salido Doria de Mecina para el Archipiélago con veinte y cinco galeras, y hecho un largo crucero, encontró trece buques cargados de víveres, y despues de haberlos saqueado, los incendió; y lo mismo hizo con aquellas galeras que puso en fuga Pésaro. Cerca de Corfú trabó una noche un combate sangriento con doce galeras que conducian un valeroso cuerpo de genízaros, y los derrotó y pasó á cuchillo. Perdió Doria doscientos y cincuenta soldados, y muchos mas quedaron heridos; y el príncipe Antonio Doria, que sobresalió en la pelea, lo fue en la pierna izquierda. Concluida esta espedicion, se volvió prontamente á Mecina con la presa, sin dar á los bárbaros tiempo alguno para perseguirle, lo que sintieron en estremo.

Alejada la guerra del país de Otranto, la convirtieron contra sí los generales venecianos con sus hazañas. Porque persuadido Soliman de que los venecianos habian conspirado contra él, uniéndose con los imperiales, y que por esto le habian provocado con aquellos insultos, dirigió todo el peso de la guerra contra el territorio de Venecia, dejando á los de Otranto, en quienes habia hallado mas resistencia de la que esperaba: pues habiéndose derramado la caballería turca para saquear, fue rechazada y derrotada por Scipion Someo, valeroso gobernador de la Cantabria; y además se habia divulgado que el virey Toledo venia de Nápoles con un poderoso ejército. Tambien le retraia de continuar esta guerra la infiel conducta del francés; pues apenas habia entrado en Italia el ejército turco, cuando ajustó treguas con el comun enemigo, y le dejó burlado volviéndose á Francia. Por lo cual habiendo llamado á Aradino, que con parte de la armada infestaba las costas de las Pulla, resolvió combatir á Corfú. Los habitantes de Castro, buscados con mucha diligencia á instancias de Troilo, fueron restituidos á su patria, y condenados á muerte los autores de su esclavitud, con fidelidad muy agena de un bárbaro. En vano combatieron los turcos la ciudad de Corfú por espacio de diez dias, porque Pésaro, temeroso de la tempestad que le amenazaba, la fortificó mucho con los soldados de la armada, y con gran provision de víveres. Perdiendo pues Soliman la esperanza de tomarla, mandó levantar el sitio, y que se destruyese la isla á fuego y sangre, á fin de que no quedase sin castigo el insulto hecho por los venecianos. Además de los daños causados á las otras islas, condujeron los turcos en su armada diez y seis mil cautivos y Soliman se restituyó por tierra á Constantinopla. Por este tiempo pelearon desgraciadamente los alemanes cerca de Essequio, ciudad de la Hungría. No hay ningun género de crueldad que no ejerciesen los turcos con los vencidos; y la culpa de esta derrota se atribuyó á la estólida audacia de Gaznier que mandaba el ejército. Pero los hombres piadosos creyeron que el cielo tomaba venganza de Fernando, por haber faltado al tratado de paz que tenia hecho con Soliman.

CAPITULO VII.

Liga contra el Turco. Júntase en Niza el César, el rey de Francia y el papa, y ajustan treguas por nueve años. Córtes de Toledo. Muerte de la Emperatriz.

Consternado el pontífice con el peligro de la Italia, hacia los mas vivos esfuerzos para juntar las arma de los fieles, á fin de alejar de aquellas costas á un enemigo tan pernicioso. El Francés reusaba contribuir en comun con sus auxilios negando ser posible que hiciesen alianza los que tenian ánimos tan discordes. El César por el contrario contribuia gustosó con todo su poder á la causa comun de la cristiandad, que era la suya. Los venecianos que habian recibido muchos daños, y temian otros mayores, luego que se divulgó la guerra otomana se apresuraron á buscar socorros: y para aliviarlos procuró el pontífice que sus tropas y las del César se juntasen con las de aquella república. Contratóse la alianza el dia ocho de febrero del año de 1538, para prevenir con tiempo lo necesario á la guerra, y aun adelantarse al enemigo. Por parte del César concurrió el marqués de Aguilar; por los venecianos Marco Antonio Contareno, y el pontífice firmó de su propia mano el tratado en el Vaticano donde se celebró. El contenido de la alianza era: que se hiciese la guerra al Otomano con las armas de todos tres en comun, el César ofreció ochenta galeras, los venecianos otras tantas, y el pontífice treinta y seis y se repartieron los gastos con igualdad, segun las facultades de cada uno: se acordó que Doria fuese general de las fuerzas de mar, y Gonzaga de las de tierra; y que los pueblos que se tomasen á los enemigos se adjudicasen al dominio de Venecia.

Despues de esto empleó el pontífice todos sus cuidados en restablecer la paz entre el rey deFrancia y el César. Estos príncipes manifestaban d earla, ya porque estuviesen cansados de una guerresan larga, ya por evitar que la fama atribuyese á a tperversa ambicion las calamidadés públicas. El usu no daba oidos á condiciones algunas, si no se le restituia en la posesion de la Lombardia; y el otro se obstinaba en esponerse antes á perderlo todo que ser arrojado de ella. Consentia el César en trasladar su derecho en el duque de Orleans, hijo del rey de Francia, y le prometia la hija de su hermano don Fernando, que aun era muy pequeña. Pedia el rey que se le restituyesen inmediatamente las ciudades fortificadas, y el César resistia á entregarlas antes que se verificase el matri-

monio. Finalmente, convinieron uno y otro en la conferencia personal, que por medio de sus embajadores habia solicitado el pontífice, y señalaron á Niza para juntarse. Llegó el César al puerto de Monaco con favorable navegacion, conducido por Doria en la armada; y habiendo el pontífice caminado por tierra hasta Sabona, fue conducido desde allí á Niza en las galeras de Doria. El rey de Francia vino el último por la Provenza á Villafranca, y finalmente pasaron uno y otro á Niza, hospedándose en diversas casas. Tributó cada uno separadamente sus cristianos obsequios al sumo pontífice, quien se lamentó mucho que no podia reducirlos á que en su presencia se abrazasen y conferenciasen sus asuntos. Pero los príncipes se escusaron á esto con varias razones. Decíase que la verdadera causa era, que el pontífice queria mezclar con los negocios publicos sus particulares intereses; y que entre otras cosas habia puesto la mira en la Lombardía, pidiéndola para uno de sus sobrinos, como medio prudente de poner fin á las discordias; mas esto no pudo conseguirlo. Las treguas que últimamente se habian hecho por la mediacion de las reinas, fueron prorogadas por el término de nueve años, y se publicaron allí el dia diez y ocho de junio. Por consideracion al pontífice, á quien deseaba complacer, prometió el César á Octavio Farnesio, niño de pocos años, hijo de su hermano Pedro, su hija Margarita, que habia estado casada con Médicis, á quien habia asesinado Lorenzo su primo hermano; este enlace era de mucho lustre y conveniencia para la casa Farnesia. Hallóse tambien en Niza la reina doña Leonor, acompañada del cardenal de Lorena y de Monmorenci, y visitó al César su hermano con Margarita su hijastra, por cuyo medio avisó el César al rey que tratarian despacio sus cosas en Marsella, sin testigos y sin séquito alguno de consejeros. Despues de esto se retiró el rey de Niza. El César acompañó al pontífice hasta Génova, y volviendo la proa, arribó con temporal contrario á Aguasmuertas.

Acudió allí prontamente el rey con sus hijos, y fue recibido por el César con mucha magnificencia en la Capitana. Abrazáronse mútuamente y se saludaron el uno al otro, dándose las manos con grande alegria y regocijo de todos los que se hallaban presentes á tan insigne espectáculo. El rey, á peticion del César, permitió que Doria le besase la mano, aunque le manifestó, un semblante poco agradable. Fueron y vinieron repetidas veces desde la ciudad á la armada, y desde la armada á la ciudad, y hubo convites de una parte á otra con admirable complacencia. Pero todas estas señales de amor y amistad no produjeron el deseado efecto, y salieron vanos los deseos de los que creian que iba á establecerse una paz perpétua, fundada en una amistad tan sincera. Todo fue una mera apariencia buenas palabras, y afabilidad tanto mas estudiada, cuanto con ella se ocultaban con mayor disimulo los verdaderos sentimientos. Finalmente, el César se hizo á la vela en el puerto de Marsella, y se restituyó á Barcelona con feliz navegacion.

Entretanto se suscitaron algunas sediciones militares contra los capitanes por la falta de paga. Los españoles molestaban con vejaciones la Lombardía, y el marqués del Basto, para impedir sus violencias, pareciéndole que los remedios fuertes producirian mayores daños, impuso una contribucion estraordinaria á los habitantes, que detestaban con todo género de execraciones la guerra y los soldados. Despues que les hubo pagado su estipendio, volvieron á su deber los sediciosos, de los cuales la mayor parte fue destinada á la armada que se disponia en las costas de Génova, al mando de don Francisco Sarmiento, y los demás marcharon á Hungría con el capitan Morales. Al mismo tiempo se hallaba inquietada la Sicilia con otra sedicion, siendo autores de ella los soldados que Bernardino de Mendoza habia despedido de la Goleta. Viendo el virey Gonzaga que era inútil la fuerza, se valió del arte, y aplacó fácilmente la sedicion, ofreciendo con juramento á los diputados de los sediciosos que no los castigaria, y que les pagaria su sueldo si fuesen obedientes. Pero despreciando con horrible impiedad la religion del juramento, distribuyó por los presidios á los que se creian seguros con este sagrado, y se vengó haciendo en ellos una cruel carnicería. De los seis mil que eran, mandó pasar á cuchillo la cuarta parte, ya porque era un hombre de carácter duro é inclinado á la severidad, ya por el odio que tenia á la gente española, como se dijo entonces. Otros disminuyen el número de los muertos. Los demás fueron divididos en dos partes: la una fue enviada á la armada, y la otra á España con el sueldo de un mes y con la nota de infamia.

Habiendo Aradino procurado en vano invadir la isla de Candia por diversos parajes con ciento y treinta galeras, se apresuró á conducir esta armada al golfo de Larta, á fin de no verse obligado á pelear contra su voluntad. La veneciana estaba en Corfú para servir de defensa á las demás islas: y habiéndose juntado Gonzaga con Doria, navegaron al mismo destino. Allí pues trataron en una junta sobre el modo de hacer la guerra; y convinieron en admitir el combate si el enemigo le presentaba. Desde Corfú pasaron á la embocadura del golfo de Carta, de donde poco antes se habian retirado los venecianos, despues de haber combatido desgraciadamente á Prevesa, presidio bien guarnecido, donde estuvo en otros tiempos la antigua Nicópolis, y habiéndose ordenado en batalla la armada confederada, esperó al enemigo, ya para alejarle de aquellos mares si rehusaba la pelea, ó para combatirle si la admitia. Salió finalmente Aradino incitado por las injurias de los suyos, á tiempo que Doria, perdida la esperanza de pelear, se dirigia hácia Lepanto, habiendo mandado á los otros generales que le pedian con instancia la pelea, que le siguiesen y les haria saber á tiempo oportuno lo que debian hacer. Estaba el mar en perfecta calma, y como convidando sus olas á la batalla, y Doria perdia el tiempo en varios giros y rodeos en ademan de hacer alguna cosa grande para oprimir de repente al enemigo descuidado. Ya iba el sol á ocultarse, y el soldado maldecia horriblemente la lentitud del general, cuando el pirata Dragut con algunas galeras acometió con increible audacia á la grande y bien equipada nave del veneciano Bondelmero, á tres españolas, y á otros buques de carga. El vizcaino Munguia y Bocanegra, que estaban separados de los demás, reanimaron su valor, y habiendo destrozado con la artillería á tres galeras enemigas, se volvieron á Corfú con Bondelmero, que pudo felizmente evadirse. La nave de Figueroa, combatida acérrimamente por muchas de los bárbaros, y muerta la mayor parte de su tripulacion, fue al fin apresada. Dos buques de carga, el uno veneciano y el otro cretense, perecieron abrasados, y otros dos navíos venecianos fueron apresados al amanecer con toda su gente. Entretanto habiéndose levantado una terrible tormenta, se recogió á Corfú toda la armada sin haber hecho cosa alguna de valor, echándose la culpa los unos á los otros, como sucede comunmente en las empresas desgraciadas. Ciertamente que Doria, general de tanto nombre y fama, en este dia nada hizo; pues siendo superior al enemigo en naves y tropas, apagadas las luces se retiró de su presencia como fugitivo, cuando hubiera vencido, si se hubiese atrevido á vencer. No me detendré en impugnar á Sigonio, que para minorar la culpa aglomera en la vida de Doria muchas impertinencias, y para adularle intenta en vano oponerse á la evidencia de los hechos, y al testimonio unánime de todos los autores. El Bárbaro se volvió al golfo de donde habia salido, muy ufano con la afrenta y pérdida de los enemigos.

Para borrar esta ignominia, espugnaron los confederados la ciudad y fortaleza de Castelnovo en la Dalmacia, con muerte de Bocanegra, capitan de esperimentado valor. Intentó Aradino oponerse á esta empresa de los confederados, pero se lo impidió una recia tempestad que estrelló parte de su armada en los escollos Acroceraunios, segun se divulgó entonces por la fama, que muchas veces exagera las cosas. Finalmente despues de saqueada la ciudad, y hechos cautivos mil y seiscientos hombres, fue puesta en ella una guarnicion de cuatro mil españoles con su capitan Francisco Sarmiento. Llevaron esto á mal los venecianos, á quienes segun la alianza debia entregarse la ciudad, y irritados de este agravio quisieron mas hacer una paz poco ventajosa, que continuar una guerra desgraciada bajo de un mando estraño. Despreció Doria altamente los rumores que contra él corrian, y habiendo repartido la presa en los navíos, condujo su armada con feliz navegacion á las costas de Génova.

Casi en el mismo dia que sucedieron estas cosas, habiendo el César convocado córtes en Toledo, para tratar sobre los medios de ocurrir á la escasez del erario real, pidió se exigiese una sisa de las cosas que se vendian. Esta proposicion fue disputada con mucho ardor por los grandes; y se acordó comunicarla con los procuradores de las ciudades, pues de este modo se podria resolver con mas felicidad este negocio. Pero el César se resistió á esto, sin que se pudiese saber el motivo que para ello tenia. Volvieron de nuevo los grandes á conferenciar, y no pudiendo convenirse entre sí, el condestable Velasco, sin temor de perder la gracia de César afirmó: «que »no convenia al bien público recargar las cosas vendibles, que estos tributos comunes á todos eran en »menoscabo de la dignidad de los nobles: que por »otros medios mas cómodos y justos se podia ocurrir »á la necesidad pública; y que este negocio debia »tratarse por todas las órdenes del estado, dejando á »todos que votasen libremente.» Abrazaron los mas este dictámen, y resentido el César de su obstinacion, disolvió las córtes sin haber determinado cosa alguna: otros muchos disgustos toleró y disimuló este prudentísimo príncipe, á fin de no disgustar y enajenar de sí los ánimos de aquellos hombres fuertes, á quienes con su blandura mantenia con admirable constancia en la lealtad y obsequio que le debian. Esto se confirmó con el suceso del duque del Infantado; el cual volviendo de un torneo que se habia hecho en la vega de Toledo, dió una cuchillada en la cabeza á un alguacil, porque con la vara que llevaba en la mano, segun costumbre, para apartar el gentío, había tocado á su caballo en las ancas. El alguacil cubierto de sangre se volvió al César, y con voz lastimera se quejó de la injuria. Al punto se acercó al duque el alcalde Ronquillo que iba á caballo, y le notificó con mucha urbanidad de órden del César que se diese preso. Acudió prontamente el condestable Velasco, que es el justicia mayor de los grandes; y mandó al alguacil que se fuese de allí, y que si no obedecia le amenazaba una desgracia; y sin hablar mas palabra se retiró aquel hombre temiendo nuevas heridas. Velasco acompañó al duque hasta su casa, siguiéndole los demás grandes dispuestos á rechazar la fuerza con la fuerza. Disimuló el César el agravio hecho á su persona y á las leyes; y envió á decir al duque, que mandase castigar al alguacil herido segun lo merecia. Penetrando el duque, á quien con la sal de estas palabras le reprendia el César su esceso, le dió gracias por su benignidad, y mandó que el alguacil fuese curado con todo esmero á costa suya, y despues le regaló quinientos ducados.

Finalmente á estas molestias se agregó la mayor de todas, que causó al César un cruelísimo dolor, y fue la muerte de la emperatriz en la flor de su edad. El dia primero de mayo de 1539 parió en Toledo un niño muerto, y al mismo tiempo perdió ella la vida, dejando tres hijos; don Felipe, doña María y doña Juana. No es posible esplicar la terrible pena que causó al César esta desgracia. Pero despues que reconcentró en su interior una afliccion tan grande, acordándose de los justos juicios de Dios, volvió en sí y toleró aquel trabajo con singular constancia y paciencia. Mandó hacer á la emperatriz las exequias con aparato real y verdaderamente magnífico, y su cuerpo fue llevado con gran pompa al panteon de Granada, acompañando el funeral el duque de Gandia don Francisco de Borja, y otros muchos hombres ilustres. Al tiempo de hacer la entrega del cadáver, se abrió la caja de plomo en que iba, y pedido juramento á Borja, á quien se habia entregado con toda solemnidad, respondió que de ningun modo podia asegurar, sin temor de faltar á la verdad, que aquel que miraba fuese el cuerpo de la emperatriz, pues le veia tan mudado de aquella grande hermosura y belleza que habia tenido en vida. Atónito en gran manera con este espectáculo de la fragilidad y miseria humana, hizo firme propósito de renunciar cuanto antes pudiese toda su grandeza y fausto, y dedicarse enteramente á Dios y á su servicio. Es digna de alabanza la noble índole del rey Francisco, que habiendo recibido la triste nueva de la muerte de la emperatriz, la hizo celebrar en París unas exequias con la mayor suntuosidad. Pocos dias antes de su muerte se vió una cometa hácia el Occidente, que parecia amenazar á Portugal. Con semejantes señales creen vulgarmente los hombres que son pronosticadas las muertes de los reyes, como si su vida dependiese de las estrellas; pero como muchos han fallecido en nuestros tiempos sin estos pronósticos tan fútiles, no debemos interrumpir el hilo de la historia para refutar los delirios astrológicos.

En España y en otras partes de Europa se padeció entonces hambre, á la que se siguieron enfermedades pestilenciales que hicieron mucho estrago. En este año murió el almirante don Fadrique Enriquez, hombre ilustre y grande, así en nacimiento como en valor: su cuerpo fue sepultado en Rioseco, en la iglesia del convento que habia edificado á los religiosos de San Francisco. No dejó sucesion alguna, y le heredó don Fernando Enriquez, que despues fue condecorado por el César con el título de duque de Medina de Rioseco. En el año antecedente tomó posesion del obispado de Jaen don Francisco de Mendoza, hermano del marqués de Mondejar, que sucedió al cardenal Merino que habia fallecido en Roma tres años antes, á los sesenta y tres de su edad: fue varon verdaderamente ilustre en virtudes, y especialmente en la caridad para con los pobres, á quienes distribuia sus cuantiosas rentas, y muy amado del César, del cual obtuvo los mayores empleos. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia de Santiago de los españoles, cerca del altar mayor en un túmulo de mármol, adornado con su efigie. La piedra del sepulcro de su madre doña Mayor, testifica que habia sido patriarca de las Indias. Juan Luis Vives, natural de Valencia, murió tambien el año anterior en Brujas, ciudad de Flandes. Publicó muchos libros escelentes, en que se manifiesta su mucha sabiduría y erudicion. Los escritores mas célebres le han dado grandes alabanzas, por lo cual me parece mejor abstenerme de elogiarle, que debilitar sus elogios con mi pluma. En el mismo año antecedente murió en Sevilla don Alonso Manrique, y le sucedió en el arzobispado don fray García de Loaisa del órden de Santo Domingo, obispo de Sigüenza. El dia nueve de junio murió en Roma don Iñigo de Mendoza, arzobispo de Burgos y cardenal, hijo del conde de Miranda, á quien Marineo Sículo llama teólogo y predicador insigne, y es-

celebre poeta. Escribió muchas obras, y entre ellas la vida de Cristo en verso castellano. Su cuerpo fue atraido á España; le sucedió don Juan de Toledo, que fue trasladado de la iglesia de Córdoba. El dia veinte y siete de febrero habia fallecido en Lieja Erhardo Markan, arzobispo de Valencia, habiéndose pasado ciento y diez años, diez meses, y veinte y seis dias sin que ninguno de los arzobispos de esta ciudad residiese en ella. Por aquel tiempo se administraban los obispados por vicarios, y servian mas de lucro que de carga; cosa á la verdad la mas detestable en un obispo. Los extranjeros á quienes se conferian nuestras sillas episcopales, retenidos por el amor de su patria, se escusaban de cumplir personalmente su ministerio con grave daño de sus iglesias, y peor ejemplo. Fue elegido para la de Valencia Jorge de Austria, hijo natural del César Maximiliano, y sus súbditos tuvieron el consuelo de gozar de su presencia. Trabajó con gran celo en atraer al Cristianismo á los moros, que aun perseveraban en su obstinacion. Pasados cuatro años volvió á Flandes, permutando el arzobispado de Valencia por el obispado de Lieja; y habiendo sido hecho prisionero en el camino por los franceses, que consternados tomaron repentinamente las armas, pagó el César treinta mil escudos por su libertad. El cardenal Cesarino fue trasladado al obispado de Cuenca, y le sucedió en el de Pamplona don Juan Remia, veneciano, obispo de Alguer en Cerdeña, el cual falleció poco despues en Toledo. Su cuerpo fué llevado á Pamplona, en cuya silla tuvo por sucesor á don Pedro Pacheco, obispo de Ciudad-Rodrigo.


Armadura de Hernan Cortés. (Armería Real de Madrid).

CAPITULO VIII.

Principios de la herejía de Calvino en Francia. Sitio y toma de Castelnovo por Aradino, general de la armada turca.

Por este tiempo comenzó la Francia á ser agitada con las nuevas opiniones y antiguos errores, renovados por Juan Calvino, hombre abominable, nacido para la ruina de su patria, el cual fomentó una cruel guerra religiosa, que habia de sumergirla en las mayores calamidades. Propagaba por todo el reino los perversos dogmas que le habia enseñado un aleman, que los aprendió en la inmunda escuela de Lutero. Los principales eran, que en la Eucaristía no existia el cuerpo de Cristo, cuyo error publicado por el detestable Berengario, y fomentado por Lenterico, arzobispo de Sens, su protector, vino á parar en una declarada herejía á principios del siglo undécimo: que á las imágenes de Jesucristo nuestro Salvador y de los santos (las cuales comparaba con los ídolos) no debia darse ninguna veneracion ó culto, renovando el error de Leon Isaurico, y otros de su tiempo, condenado por tantos concilios, no menos que el de Berengario. Lo mas ridículo es, que defendiendo tenazmente los iconoclastas que en la Eucaristía está el verdadero cuerpo de Cristo, y no su imágen, apoyándose en las palabras del mismo Jesucristo, este impostor, mucho mas impío que aquellos, abrazaba la falsedad que enseñaban acerca de las imágenes, y combatia la verdad que defendian sobre la presencia real de Jesucristo. Negaba además que las almas de los difuntos fuesen purificadas con el fuego del purgatorio; y por consiguiente enseñaba que era una cosa inútil y necia hacer oraciones y sufragios por ellos, á pesar de confirmarlo la Escritura sagrada, y aun la profana, y la costumbre observada en la iglesia des-

de sus principios. Llamaba al papa Anticristo, y combatia de todas maneras la autoridad que el mismo Jesucristo confirió á San Pedro y á todos sus sucesores. Finalmente, enseñaba otros muchos errores, y trastornaba la religion y las santas y antiguas ceremonias del Cristianismo con increible insolencia y desenfreno. Es digno de admiracion que este mónstruo escapase impune de las manos del rey Francisco, que era inexorable con los reos de heregía. Pero al mismo tiempo que algunos príncipes, poderosos y pios procuraban quitar de en medio á estos hombres tan contagiosos, no faltaban otros que sin temor de la infamia ni de su conciencia, los protegian y admitian en sus dominios, para que coadyuvasen á sus desórdenes, trastornando la religion de arriba abajo.

Mas entretanto que estos hombres perversos intentaban con el mayor esfuerzo destruir las imágenes sagradas, en el mismo año las confirmó Dios con un insigne milagro. Pedro y Andrés de Medina, mercaderes valencianos, habian pasado á Argel á comerciar, y juntamente á rescatar unas parientas suyas que allí padecian esclavitud. Mientras permanecieron en aquel puerto ocupados en sus negocios intentaron unos piratas quemar una imágen de Jesucristo crucificado; pero el cielo se opuso á su perverso designio. Consternado el corazon de los hermanos Medinas con tan triste noticia, acudieron prontamente, é inflamados con el fuego de una heróica piedad, rogaron y suplicaron á los bárbaros que se abstuviesen de aquella injuria, lo que al fin consiguieron. Los bárbaros les dijeron que se la entregarian á peso de dinero, y los hermanos admitieron la condicion, aunque era mucho lo que les pedian, y finalmente se convinieron en pagar otra tanta plata como pesase la imágen. Pero aunque esta era del tamaño del natural, y se añadia el peso de la cruz, no quiso el Señor que se vendiese su simulacro en mas alto precio, que aquel en que fue comprado el original. Así pues habiendo sido puesta la imágen en una balanza, pareció de muy leve peso, y los mercaderes á vista de mucha gente comenzaron á rebajar de la otra balanza la plata que en ella habian puesto, hasta que se hallaron iguales las balanzas con solo el peso de treinta monedas de plata. Irritados de esto los bárbaros se resistieron á cumplir lo pactado, y habiéndose dado cuenta á su rey, quiso hallarse presente para examinar el negocio. Volvieron segunda vez á pesarle, y del mismo modo se igualaron las balanzas con los treinta dineros. Movido el rey de una cosa tan estraordinaria y milagrosa, mandó entregar fielmente la imágen á los mercaderes conforme á lo pactado, y que los piratas se retirasen de su presencia con aquella poca plata, diciéndoles que Mahoma estaba enojado con ellos. Pusieron el crucifijo en una nave, y aunque las velas se hallaban llenas de un favorable viento, permaneció inmóvil cómo una roca. Atónitos los conductores con el nuevo milagro, les ocurrió el registrar toda la imágen, y advirtieron que le faltaba el dedo pequeño de la mano izquierda. Salió Andrés á buscarle por todas partes y habiéndole encontrado, le puso en su lugar, pegándole únicamente con saliva, y no obstante quedó unido con la mayor firmeza: al punto salió la nave del puerto, y con felicísima navegacion arribó al de Valencia. Desde allí fué llevada á nuestra Señora del Remedio, y finalmente con grande y magnífica pompa, á que asistieron el arzobispo don Jorge, y el virey don Fernando con todos los demás magistrados, se colocó la sagrada y triunfante imágen de Cristo en la iglesia de las monjas de San José, las cuales habiendo pasado despues á otro domicilio, fue trasladado el crucifijo á Santa Tecla, que en otros tiempos fue cárcel, donde murió San Vicente Mártir. Todo esto se halla atestiguado por muchos autores de aquel tiempo, y por los documentos públicos que se conservan en los archivos.

En este verano fue Castelnovo combatida por mar y tierra por Aradino y Ulaman, persa, con muchas tropas y artilleria. Los presidiarios, acordándose de la honra del nombre español, la defendian valerosamente. Ochocientos de ellos acometieron al puesto que ocupaban los genizaros, y habiendo sido recibidos por estos bárbaros con igual ardor, se trabó un sangriento combate con gran daño y espanto de los



Gran Maestre de la órden de Malta

enemigos, de los cuales murieron mil, y otros tantos fueron heridos, y la demás multitud fue rechazada á los navíos con muy poca pérdida de los vencedores. Finalmente habiendo establecido su campo con las tropas de tierra y mar, que componian ochenta mil hombres armados, segun afirma Ferroni, derribaron con su artillería una parte del muro. Pero inmediatamente se levantó otro nuevo en lugar del caido, y los soldados que lo defendian estaban tan firmes como la mas fuerte muralla. Mas con la continua batería de nueve dias seguidos, fue echado á tierra todo lo que impedia la entrada. Embistieron por la brecha los bárbaros confiados en su multitud y en sus fuerzas, y resistieron los españoles con heróico ánimo y valor, peleando cada uno en su puesto sin respirar ni mover los ojos. La batalla estuvo indecisa por largo tiempo, y habiendo hecho inútilmente grandes esfuerzos para romper, debilitados ya los enemigos con el calor y la fatiga, comenzaron á decaer de su ferocidad: lo cual luego que fue advertido por los españoles levantaron el grito, y cobrando nuevo aliento, consiguieron arrojarlos de los muros. No contentos con esto, se exhortaron mútuamente unos á otros, y por medio de las ruinas y cadáveres salieron seiscientos de los mas intrépidos y mataron y persiguieron á los fugitivos hasta su mismo campo. Deslumbrados los turcos con el miedo, y derramados con ignominiosa fuga, tropezaban en sus mismas tiendas y á cada paso las derribaban; entre

las cuales cayó á tierra el hermosísimo pabellon de Aradino, junto con la bandera de Soliman. En este dia murieron seis mil de los enemigos y solos cincuenta españoles, si hemos de dar crédito á Sandoval que exagera escesivamente las hazañas de los suyos.

Convencido Aradino de que no podria apoderarse de la ciudad sin haber tomado antes la fortaleza que la dominaba, batió sus muros de dia y de noche por espacio de cinco dias con mayor número de cañones, y habiéndolos arruinado pusieron los sitiados por muralla sus mismos cuerpos armados. Peleaban de una y otra parte con todas sus fuerzas sobre las mismas ruinas como si fuera en un campo abierto; y rechazados los bárbaros, renovaron el combate para borrar las anteriores ignominias. A los fatigados sucedian otros de refresco, y se esforzaban vivamente á ganar la victoria, no dejando respirar á los españoles que estaban ya desfallecidos con la fatiga y las heridas. Finalmente oprimidos con el número de los enemigos, desampararon la arruinada fortaleza, y habiendo pasado á la inferior los enfermos y los heridos, se dispusieron á pelear de nuevo: porque los turcos orgullosos con el feliz suceso, acometieron inmediatamente á la ciudad para dar la última mano á la victoria, y habiendo llegado á costa de innumerables muertes y heridas á apoderarse de la torre, enarbolaron en ella su bandera para aterrar con su vista á los españoles. Ulaman por otra parte con un escogido escuadron, entró por el camino que habia abierto con nuevo estrago, y arrollaba y destrozaba cuanto se le ponia delante. No pudiendo ya los españoles sostener el ímpetu de los enemigos que se aumentaban á cada instante unos sobre otros, se reunieron y aglomeraron en la plaza peleando hasta la muerte, desesperados ya de conseguir la victoria. Sarmiento, aunque gravemente herido, animaba á los suyos con la voz y con la mano: y sus últimas palabras fueron: «Tomad ejemplo de mí, para que »los enemigos no se lleven de balde la victoria: ani»maos y en este último combate reunid todas vues»tras fuerzas; y conozcan los bárbaros qué hombres »sois los españoles, y con que esperanza os arrojais »á la muerte.» Con esto volvió á renovarse la pelea con increible furor echando mano á las espadas y á las picas, porque apagadas las mechas con una repentina lluvia, no podian servirse de los arcabuces; y combatieron con tanto ardor, que los que caian cubrian el lugar que ocupaban mientras peleaban. Sarmiento, despues de haber dado innumerables ejemplos de valor, atravesado el cuerpo con una infinidad de heridas que recibió de frente, aumentó el número de los muertos. Conocida que fue la derrota de los españoles, algunos pocos caballeros griegos que habian quedado enfermos de las heridas en la fortaleza inferior, y Mungía con otros cabos muy esforzados, se apresuraron á entregarse á los enemigos que llevaron cautivos mas de setecientos hombres de todos estados con Jeremías su obispo. Habiendo solicitado en vano Aradino persuadir á Mungía que abrazase la supersticion mahometana, le mandó cortar la cabeza con una bárbara cimitarra en la proa de la galera. La victoria costó á los turcos mucha sangre, pues todos los historiadores convienen en que perdieron diez y seis mil hombres; y añade Ferroni, que los españoles pelearon con tanto valor como se podia esperar de unos hombres fuertes reducidos á la última estremidad. El sitio de la ciudad duró por espacio de veinte y dos dias; pero al fin cayó en poder de los enemigos el siete de agosto.

La tranquilidad que gozaba Flandes, fue alterada con una sedicion, á que dió motivo la pertinacia de los vecinos de Gante. Para ocurrir á los gastos de la guerra con los franceses, habia pedido la infanta gobernadora doña María á los flamencos una contribucion estraordinaria; pero alegando los de Gante sus pretensas inmunidades, negaron que se les pudiese obligar á esta nueva contribucion. Sobre esto se enviaron diputados al César, quien respondió que debian obedecer á la gobernadora; pero que si sobre ello se originaba alguna controversia, la decidiese el senado de Malinas; y que si los de Gante obrasen de otro modo, se les tendria por inobedientes al príncipe. Consternados con esta amenaza, y con la decision del senado, que declaró debian contribuir con la suma pedida, acudieron á las armas y despreciando la autoridad de los magistrados, olvidándose de que se deben obedecer los mandatos de los príncipes, aunque parezcan gravosos, porque tienen fuerza de ley, y porque el resistirlos es un crímen. Finalmente, arrebatados con la ira, imploraron la proteccion del rey Francisco, la que de ningun modo pudieron conseguir, aunque le habian ofrecido que se sujetarian á su dominio; antes por el contrario habiendo el rey desechado semejante propuesta, dió noticia al César de esta perversa trama, y le remitió las cartas que le habian escrito los de Gante, deseoso de conciliarse por este medio su amistad, y de conseguir con este obsequio lo que no habia podido con las armas. Agradecióselo el César, así por el candor con que procedia Francisco como por haber evitado por este medio el motivo de renovar aquella guerra. Era embajador del rey en la córte del César, don Antonio, obispo de Tarbes; y porque el asunto no sufria dilacion, preguntó por medio de este á Monmorenci si agradaria al rey que el César pasase por Francia á Gante. Trató pues con el embajador á fin de que el rey le convidase á hacer el viaje por Francia: y creido Monmorenci de que seria útil á los negocios públicos que los dos príncipes se viesen, lo persuadió así al rey Francisco, y hallándose este por aquel tiempo enfermo, envió hasta Bayona á Enrique y Carlos sus hijos, para recibir al huésped, acompañándolos Monmorenci para colmo de su magnificencia.

Dispuestas en España todas las cosas, envió el César delante á Nicolás Perenoto, borgoñon, que habia sucedido á Gatinara en el principal ministerio, y dejando por gobernador del reino á don Juan de Tabera, arzobispo de Toledo, se puso en camino con las acostumbradas guardias de su persona. Al mismo tiempo el marqués del Basto y Annebaldo, embajadores del rey y del César en Venecia, solicitaron en el senado á nombre de sus príncipes, que hiciesen comun alianza contra el Turco. Esta propuesta fue recibida por los senadores con poco agrado, conociendo los astutos designios de los dos reyes: y aquellos hombres prudentísimos juzgaron por el contrario que debian apresurarse á ajustar la paz con Soliman, á fin de impedir que los príncipes se burlasen de ellos en el negocio que mas les importaba: porque el César se hallaba inclinado á hacer esta guerra por su causa y la de su hermano, mas con el peligro ajeno que con el suyo propio; pues separando al Francés de la amistad del Turco, recaeria todo el peso sobre el dominio veneciano. El Francés tenia otras miras, á saber, dar al César buenas palabras, y apoderarse de Milan, habiéndolo esperanzado Monmorenci de que lo conseguiria por medios blandos y suaves; y finalmente ajustar en secreto la paz con Soliman por medio de su antiguo embajador Guillelmo Pellicerio, persuadiendo á los venecianos que hiciesen otro tanto sin detenerse en tan especiosa embajada. Con efecto, ajustaron en breve la paz los venecianos, mas el deseo de acelerarla les hizo admitir unas condiciones indecorosas y perjudiciales, pues entregaron á Soliman las plazas de Nápoles en la costa de la Morea y Ragusa. Ya es antigua la costumbre de engañarse y sorprenderse mútuamente los príncipes, y de sacar utilidad á

costa del mal ajeno, cuando se trata de estender ó conservar el imperio, sin reparar en que sean buenos ó malos los medios que se emplean. Pero volvamos ahora al César, el cual aunque iba á la ligera, fue recibido magnificamente por el rey, que aun no estaba convalecido, y habiéndole conducido á París le honró con todo género de obsequios. Desde allí le acompañó hasta San Quintin, y sus hijos hasta Valenciennes ciudad de la provincia de Hainahult. Acudió luego don Fernando, hermano del César, con las tropas alemanas, y habiéndose juntado á ellas la caballería flamenca en el dia y lugar que habia señalado, las envió delante de sí, á Gante, cuyos ciudadanos consternados con el temor, mudaron luego de parecer; y desesperando de poder cosa alguna contra el príncipe, salieron á recibirle fuera de las puertas con gran pompa y muchas señales de regocijo y alegría. A fines de febrero del año de 1540 entró el César en la ciudad, mostrando grande indignacion en su semblante; y para satisfacerla mandó hacer pesquisas de los culpados. Esta causa fue muy lastimosa. El número de los reos era grande; y muchos de ellos vestidos de una túnica de lienzo, otros cubiertos con solo un saco negro, descalzos, con la cabeza descubierta, y con una soga al cuello, se postraron á sus piés con grandes lamentos y gemidos pidiéndole los perdonase su delito. A estos pues alcanzó la venia. Veinte y seis fomentadores del tumulto fueron declarados reos de lesa magestad, y habiéndolos sacado de la cárcel, sufrieron la pena capital en medio de la plaza. Otros fueron condenados á destierro, y todos multados con penas pecuniarias, y además se les impuso una contribucion anual. Anuló el César por un edicto sus leyes é inmunidades: prohibió sus juntas, y aun los privó de la facultad de elegir sus magistrados municipales. Finalmente, para contener en su deber á la ciudad, se levantó una fortaleza en el monasterio de San Babon con el dinero que habian producido las multas. No se puede negar que fue un castigo estremamente severo, y tanto que perecia vengar con él el César sus propias injurias, y las que en otro tiempo habian hecho los de Gante á Maximiliano su abuelo. Casi igual venganza ejerció en los ciudadanos de Oudenarda que habian incurrido en igual culpa. Despues de esto condenó á muerte á Reinero, señor de Brederodo, por haber hecho alianza con el Francés, y hallarse acusado de haber querido hacerse dueño de la Holanda. Mas aplacado el César con los ruegos y súplicas de los nobles del país, le perdonó la pena de muerte; y mas adelante habiendo renunciado Reinero á la alianza, le restituyó benignamente los bienes que se le habian confiscado.

CAPITULO IX.

Confirma el pontifice la Compañía de Jesús. Muerte de algunas personas ilustres. Victoria naval ganada por los españoles á los piratas moros.

Dos años antes habia fallecido Carlos Egmont sin haber dejado ningun hijo legítimo; y en su testamento nombró á Guillelmo Markan, duque de Cleves, por heredero de Güeldres y Zutfen, con perjuicio de los derechos que tenia el César. Inmediatamente tomó el duque posesion de la herencia, y guarneció con tropas los lugares fortificados, que fue lo mismo que sembrar la semilla de una funestísima guerra. Pero á fin de evitarla, vino á Bruselas, adonde habia pasado el César con don Fernando, para litigar en su presencia el derecho á aquellas provincias. Examinóse el negocio en el senado, y fue pronunciada sentencia á favor del César, como que tenia mas sólido derecho. Destituido de esta esperanza, se partió á Francia, sin pedir licencia alguna, á fin de implorar el socorro y auxilio del rey en defensa de sus derechos, dejándose arrebatar como jóven de su natural ardiente, y de su ánimo inquieto, lo que finalmente acarreó su ruina.

Mayor inquietud daba á todos el principado de Milan, el que codiciaba vivamente el Francés, y el que habia adjudicado el César al dominio de España, á fin de tener por allí un paso seguro para Alemania, siempre que lo exigiesen sus negocios, y para que sirviese de defensa á lo demás de la Italia, como un baluarte puesto en su entrada. Así pues, para apartar al rey de aquel designio, y mostrarse agradecido del beneficio que poco antes habia recibido de él, le ofreció por medio de sus embajadores que le daria la Flandes á título de dote para el duque de Orleans, y que le casaria con su hija, concediéndole tambien la dignidad real. Conmovido el rey, y irritado en estremo, como sucede á los que les salen fallidas sus esperanzas, hizo saber al César que no era tan insolente que quisiese despojarle de la herencia de sus mayores, y del país mismo en que habia nacido: que solo reclamaba la Lombardía, de que le habia desposeido á fuerza de armas; y que si no se la restituia, no tenia que hablar de composicion. El dolor de la repulsa le hizo prorumpir en muchas quejas, y volvió su ira contra Monmorenci, que le habia entretenido con magníficas promesas de que se le restituiria aquel principado, dejándole perder la ocasion de obligar á ello al César, como se lo aconsejaba el cardenal Francisco de Turnon, cuando transitó tan descuidado por la Francia. Mandó pues que saliese Monmorenci de la córte, y se apartase de su presencia en castigo del honesto consejo, que con libre ingenuidad le habia dado de que procurase obtener del César por medios amistosos la deseada Lombardía, y mientras vivió no volvió á admitirle á su gracia.

El César habiendo convocado para el año siguiente una dieta en Wormes, para terminar en ella las controversias de religion, envió al Austria á mediados del mes de mayo á don Fernando su hermano, para que cuidase de la quietud y tranquilidad de Alemania. Falleció en este año Jorge, duque de Sajonia, enemigo jurado de Lutero; y la religion católica que habia conservado íntegra en todo su dominio, fue trastornada por Enrique su hermano y sucesor, que como luterano estableció en Sajonia esta secta. En Hungría con la muerte de Juan Sepusio se aumentaron las turbulencias; porque habiendo Soliman admitido la tutela de Esteban su hijo, que aun se hallaba en la cuna, ocupó una parte del reino, y causó grandes calamidades con la cruelísima y larga guerra que hizo á don Fernando; cuya narracion dejo á los historiadores de aquella nacion.

Ignacio de Loyola, noble vizcaino, se presentó por este tiempo al papa con sus sócios; recibióle benignamente, y examinado el piadoso y prudente instituto que habia formado en París, donde hechó los primeros cimientos de su órden, le confirmó y aprobó con autoridad apostólica. Salieron de esta compañía, como de un castillo de sabiduría y verdadera piedad, varones admirables en todo género de virtudes, que habiendo recorrido uno y otro orbe con grandes trabajos, colmaron la iglesia católica de abundantes frutos por medio de la palabra de Dios que anunciaban. Dispensó el pontífice á los caballeros del órden de Calatrava el voto de continencia, permitiéndoles contraer matrimonio, lo cual les prohibia su antiguo instituto. Este indulto fue menos reparable con el ejemplo de otras órdenes militares de Portugal, á quienes habia concedido la misma facultad el papa Alejandro Sesto. Y como todas las cosas humanas van siempre en decadencia, las pingües encomiendas que antiguamente se daban á soldados valerosos despues de muchos trabajos y fatigas, las disfrutan hoy unos hombres ociosos y afeminados

que jamás han salido de la sombra de sus casas. El fundador de este órden militar fue Raimundo Serra, abad de Fitero, que en nuestros dias ha sido beatificado por el sumo pontífice Clemente Once. Los autores antiguos no espresan su origen ni patria; y un moderno que le hace aragonés y natural de Tarazona, no lo prueba con documento alguno. Los demás que han escrito en estos últimos tiempos convienen en que fue natural de Barcelona.

En Portugal por concesion del pontífice, y á peticion del rey fue erigido en arzobispado el obispado de Ebora. Su primer arzobispo fue Enrique, despues cardenal y rey. Murió en Zaragoza don Fadrique de Portugal, y su cuerpo fue llevado á Sigüenza á un magnífico sepulcro que él mismo habia hecho edificar. Sucedióle fray Fernando de Aragon, hijo de Alfonso, que habia profesado en la religion de Bernardo, y fue muy célebre por su ejemplar vida y virtudes. En Veroli falleció don Francisco de Quiñones, hijo del conde de Luna, cardenal y obispo de Palestrina. Su cuerpo fue llevado á Roma y enterrado en la iglesia de Santa Prajedes en un honorífico sepulcro.

Hallándose España tranquila y libre de guerras, dieron materia á una célebre victoria los piratas, que infestaban todo el mar. Caraman y Ali-Amet, eran los mas famosos por los muchos daños que hicieron en las costas de Andalucía. Habiendo acometido de improviso á Gibraltar antes de amanecer, saquearon todo cuanto encontraron; y escitados los habitantes con el tumulto y confusion, acudieron á tomar las armas. Trabóse en las calles una sangrienta pelea, y corriendo entretanto los viejos, niños y mujeres á la fortaleza, cayeron en manos de otra tropa de piratas. Muchos fueron hechos cautivos; pero con la llegada de la gente del campo, arrojaron de allí á los enemigos, y les quitaron parte de la presa que habian recogido. Finalmente despues de haber hecho otros daños en los campos, pasaron el estrecho, y llegando á Tánger repartieron la presa. El marqués de Mondejar, que gobernaba la costa de Granada, procuró inmediatamente dar noticia de la maldad de los piratas á su hermano don Bernardino de Mendoza, para que no quedasen los bárbaros sin castigo. Este pues con las galeras españolas que estaban á su mando, dió la vuelta á buscarlos á las costas de Africa, y fin de que no pudiesen ocultársele, tomó una pequeña isla, desde la cual registraba bien una y otra costa. En el dia primero de octubre dió vista á la armada enemiga, y despues de haberse prevenido, levantó anclas de la isla. No rehusaron los bárbaros la pelea; porque habiendo echado suertes, segun la supersticion de aquella gente, se la pronosticaban próspera, y por otra parte sus fuerzas no eran inferiores. Mandó don Bernardino quitar las cadenas á los que estaban condenados al remo, y que tomasen las armas, habiéndoles prometido la libertad si peleasen con valor. Despues exhortó á todos á que se portasen con intrepidez, y prohibió que correspondiesen á los bárbaros que tiraban desde lejos. Pero luego que se acercaron y se pusieron á tiro, mandó disparar toda la artillería, que causó en ellos un grande estrago. La capitana española embistió á la capitana enemiga, y habiéndose juntado una á otra con garfios de hierro, peleaban á pié firme acérrimamente con las picas y espadas como si fuese en tierra, sirviendo de mucho auxilio los remeros armados; y lo mismo se hizo en los otros buques con igual ardor de ánimo y deseo de vencer. Duró este sangriento combate por espacio de una hora, y al fin se declaró la victoria por los españoles. Fueron muertos setecientos enemigos y uno de sus capitanes; y quinientos con el otro quedaron prisioneros, habiéndoles apresado nueve barcos largos y la galera capitana; y las seis restantes se escaparon, quedando muertos la mayor parte de los que las defendian. Sacó don Bernardino una herida en la cabeza, porque hizo á un mismo tiempo el oficio de escelente general y de intrépido soldado. Murieron doscientos de los suyos con cuatro capitanes, y fueron heridos cerca de quinientos. Puso en libertad á setecientos y cincuenta cristianos que los moros tenian al remo en sus galeras, y tambien se la dió á los galeotes que la habian merecido con su valor, poniendo en su lugar á los moros que quedaron cautivos. Hiciéronse piadosas procesiones por los vencedores en accion de gracias de esta victoria, así en Granada como en todo lo demás de la Andalucía.

Dos años antes habian robado los piratas moros en el pueblo llamado Torres, cerca de Sacer, en Cerdeña, el templo dedicado á los santos mártires Gavino, Proto y Januario, antes que pudiesen acudir los cristianos á impedirlo. Pero sucedió una cosa maravillosa, porque teniendo vientos favorables, y remando con todo esfuerzo para salir á alta mar, fueron vanos todos sus conatos y se quedaron las galeras inmobles como peñascos. Atónitos los moros con el prodigio, sacaron de los buques toda la presa y la dejaron en la playa en satisfaccion de su delito. Despues de esto huyeron de allí á toda vela, mirándolo desde lo alto de los montes los naturales del país, los cuales restituyeron al templo las sagradas alhajas. El virey de Cerdeña don Antonio de Cardona, envió al César una relacion puntual de este suceso, y desde allí adelante se aumentó y confirmó en gran manera la devocion á estos santos mártires, y se celebró su fiesta con mayor culto y pompa, habiendo concedido el pontífice que en ella se llevase delante el estandarte con sus imágenes, como consta de su bula.

Hallándose el rey de Tunez en grande apuro por la rebelion de sus súbditos, llegaron Doria y Gonzaga con su armada á las costas del Africa para darle auxilio. Tomaron á los moros las ciudades de Mahometa, los Alfaques, Trípoli el Viejo, y otras que se habian sujetado al jeque de Cidearso. Este, pues, orgulloso con el favor de los turcos, habiéndose apoderado de Calipia, ciudad ilustre por el destierro de San Cipriano, hacia la guerra á Muley-Asen con pretesto de religion, que es el mas especioso para engañar á los hombres; pero en realidad su designio era formarse un reino con la ruina del de Tunez. No cesaba de predicar que Muley habia cometido delito para ser tratado como enemigo, pues contraviniendo á la ley, habia hecho alianza con los cristianos, y que en pena de su prevaricacion debia ser destronado. Sin embargo, fue refrenada la audacia de este soberbio tirano por el valor de los españoles que obraron hazañas ilustres en esta guerra. Habiendo dejado los generales de la armada dos mil y quinientos soldados á las órdenes del capitan Alvaro de Sande, para que protegiesen á Muley-Asen, pelearon muchas veces con los rebeldes, y siempre con feliz suceso, de tal modo que no se desdeñó la victoria de mostrarse propicia aun con las mujeres de los españoles; pues habiendo en cierta ocasion invadido repentinamente quinientos alárabes los bagajes que iban en la retaguardia, María Montano, mujer de ánimo varonil, les hizo una vigorosa resistencia. Exhortó á trescientos mochileros y criados del ejército á que tomasen las armas que llevaban en las cargas y las siguiesen; y poniéndose ella á su frente con una lanza en la mano rechazó y ahuyentó al enemigo, peleando con él valerosamente, y con una constancia digna del mayor elogio. Despues de lo cual se concedió á esta mujer el sueldo militar, pues con su noble ejemplo habia enseñado á los hombres á vencer. Nuestros escritores dejan en duda el año en que aconteció este suceso; pero damos mayor crédito á la historia de Malta de Funes, que afirma positivamente haber sucedido el año de mil quinientos y cuarenta.

CAPITULO X.

Discordias entre el virey de Méjico y Cortés. Guerra civil en el Perú. Viaje de Orellana por el rio de las Amazonas.

Por estos tiempos acaecieron en América sucesos ilustres por su número y variedad, los que referiremos ahora segun el órden que nos hemos propuesto para no fastidiar á los lectores. El virey de Méjico don Antonio de Mendoza administraba los negocios civiles con mucha atencion y vigilancia. Comenzó la justicia á ejercer su debida autoridad, y á ser castigados los delitos, que se cometian con gran frecuencia en muchas partes al abrigo de la confusion y del desórden inevitable. Con el consejo y parecer de la audiencia real mandó hacer pesquisas de las violencias y malversaciones cometidas, enviando á todas partes comisionados para castigar los agravios hechos á aquellos naturales y colonos por la soberbia y avaricia de sus gobernadores. Muchos de estos, que mas bien podian llamarse harpías, estimulados de su mala conciencia, y temerosos de la pena que les esperaba si llegaban á dar cuenta de su conducta, se pusieron en salvo por medio de la fuga. Alvarado, que estaba persuadido de que al paso que tenia mas poder podia obrar con mas impunidad y independencia, y de que sus cosas mejorarian de semblante en España, así por la fama de sus hechos como por su mucho oro, que es el protector mas poderoso, se embarcó en un navío y arribó á Sevilla. Fue puesto en prision Nuño de Guzman como culpado de muchas maldades, y despues de haber padecido un largo encierro, fue remitido á España con buena custodia. Habíase suscitado una gravísima discordia entre el virey y Cortés, originada de la emulacion que recíprocamente se tenian. Este pues, habia dispuesto hacer una espedicion á los mares mas remotos para descubrir el paso á la India, conforme al mandato del César: el virey sostenia que esto le pertenecia á él por su empleo; y entre estas quejas y reconvenciones se usurparon uno á otro su respectiva potestad. Pero Cortés envió á Francisco Ulloa con tres navíos, en cuya construccion habia gastado doscientos mil pesos, y se puso en marcha á España para defender su propia causa. A instancia suya fue pronunciada por el consejo de Indias una terrible sentencia contra Guzman. No obstante se le perdonó la vida, habiendo sido condenado á una gruesa cantidad de dinero; y notado de infamia acabó miserablemente sus dias en Valladolid. Comenzó Ulloa su navegacion con mal presagio, pues apenas entró en alta mar perdió un navío con toda su gente. Los otros dos agitados de recias tempestades arribaron á la isla de los Cedros, situada á treinta grados sobre el ecuador. Desde allí, haciendo mucha agua otro de los navíos, se volvió á Nueva España al cabo de diez meses; y habiéndose obstinado en navegar otra vez con el único navío que le habia quedado, pereció sin duda en el mar, pues no se tuvo de él mas noticia. Movido al mismo tiempo el virey con la fama de la ciudad de Cevola, mas grande que Méjico, segun la fabulosa relacion de Fr. Marcos de Niza, religioso franciscano que habia sido enviado á descubrirla, mandó á Vasco Coronado, gobernador de la Nueva Galicia, que pasase á reconocer aquella region con mayor diligencia. Este, pues, habiendo caminado hácia el Nordeste, siguiéndole un escuadron de trescientos y cincuenta caballos é infantes, y muchos mejicanos con provision de ganados, recorrió el espacio de mil y doscientas millas, sufriendo en este viaje increibles trabajos y fatigas. Finalmente, llegó á Cevola, llamada así por los bárbaros, no la ciudad sino la provincia, que toda ella se dividia en siete pueblos. Despues de haber subyugado con las armas á los naturales, dió al pueblo mas principal el nombre de Granada. Contábase en él doscientas casas, cuyos frontispicios se hallaban adornados con piedras pequeñas embutidas en ellos: costumbre que en otros tiempos floreció entre los árabes. La region es desierta y fria: los habitantes son de un ingenio no del todo bárbaro, se mantienen de maiz y legumbres, y se visten de pieles. Adoran al agua como los antiguos egipcios, y por la misma causa; y aprecian el oro, la plata y las piedras de diversos colores, mas para adornarse con ellas, que para otro ningun uso. Esto es lo que refirió en su carta el mismo Vasco al virey. Entretanto recorria las costas Fernando de Alarcon con tres navíos. Pasó con ellos cuatro grados mas allá de lo que habia navegado Cortés, y reconoció otras tierras mas remotas, cuyos habitantes le trataron benéficamente, y él los correspondió tambien con benignidad. Detúvose con ellos algunos dias, y levantó allí cruces en señal del dominio español. No le fue posible penetrar por tierra á Cevola, donde permanecia Coronado, porque los resistieron sus compañeros; y no queriendo detenerse por mas tiempo en aquella tierra tan pobre, despues de haber esplorado las costas, se volvió por donde habia venido, con su armada salva.

En la parte meridional recorrió Quesada el inmenso país que se estiende entre los célebres rios de Santa Marta y la Magdalena; y habiendo sujetado á los bárbaros mas con la persuasion que con la fuerza, le puso el nombre de Nuevo Reino de Granada, cuya longitud es de mil y doscientas millas, y poco menos de latitud. Edificó allí la ciudad capital de Santa Fe de Bogotá, y distribuyó entre los soldados muchos millares de escudos y una inmensa cantidad de esmeraldas, de que hay abundantes minas en aquel reino. Por este tiempo murió Lugo, de quien era teniente Quesada, y prosiguiendo adelante sus descubrimientos, se encontró con Nicolás Federman, teniente de los Valseros de Venezuela, y por la parte del Perú con Belalcazar, juntándose los tres capitanes cada uno con diversas tropas. Compitieron entre sí con modestia, y no con imperio y á fuerza de armas, cosa muy rara en tales gentes; habiéndose convenido en que las provincias de cada uno de ellos las señalaria el César á su arbitrio. Juan Sedeño, que era mas ambicioso, intentó turbarlo todo; mas como no pudiese sujetar la isla de la Trinidad, por haber perdido en un combate cincuenta de sus compañeros, invadió la provincia que gobernaba Artal. Tuvo muchas batallas con los bárbaros en que salió victorioso; y los soldados heridos con flechas envenenadas se curaban las heridas aplicando fuego á ellas. Habiendo enviado la audiencia de Santo Domingo un comisionado para prender á Sedeño, prendió este al comisionado y le cargó de cadenas, tomando de otros este mal ejemplo, que despues fue muy comun, despreciando la autoridad de los magistrados; pero de allí á poco tiempo murió, y sus soldados se dispersaron por varias partes.

Regresaba Mendoza desde el rio de la Plata á España; y falleció en el viaje de una enfermedad. Despues llegaron tres navíos á Buenos Aires, en cuyo socorro recibieron mucho alivio aquellos colonos. Navegaron en ellos seis religiosos franciscanos para instruir y catequizar á los naturales del país que abrazaban la ley cristiana. Pero no obstante, muchos españoles perecian en las emboscadas que les armaban los bárbaros; y receloso Ayolas, que era el gobernador, desamparó á Buenos Aires, y se pasó con sus compañeros á la colonia de la Asuncion, situada á veinte y cinco grados y medio mas arriba del Ecuador, y distante mil y doscientas millas de la embocadura del rio, para que reunidas las fuerzas sujetasen á los bárbaros.

En el Perú se declaró al fin la guerra civil que mucho tiempo antes amenazaba: y fue orígen y prin-

cipio de espantosas calamidades. Volvió Almagro por otro camino de la espedicion de Chile, habiendo atravesado doscientas y setenta millas de arenales con increible sed y fatiga. Los bárbaros sitiaban todavía al Cuzco, y habiendo sido derrotados parte de ellos, y levantado los demás el dilatado sitio, entró Almagro en la ciudad que pretendia comprenderse dentro de los límites de su provincia, y Fernando Pizarro sostenia por el contrario que pertenecia á la suya. Almagro que tenia mayores fuerzas puso en prision á los dos hermanos Fernando y Diego. Entretanto con la fama de que el Perú se habia levantado, acudian á Francisco Pizarro auxilios de todas partes, y aun Cortés le envió dos navíos; y juntando cuatrocientos españoles entre caballos é infantes, se puso con ellos en camino para libertar á sus hermanos; pero fue derrotado este ejército por Almagro, y quedó preso Alonso de Alvarado teniente de Pizarro, que habia ido á socorrer á los encarcelados. Habiéndose vuelto á Lima, procuró componer aquella discordia por medio de algunos arbitrios para que no se empeorase con una funesta guerra. Pedro Ordoñez teniente de Almagro, despues de la victoria marchó contra Mango, y habiendo trabado combate derrotó á los bárbaros con mucho estrago. Este pues no desistia de exhortar á Almagro que hiciese morir á los Pizarros, que nunca se olvidarian de la ofensa. Pero se oponia á esto su hermano Diego, íntimo amigo de Almagro; obligado de la generosidad del preso Fernando, que habiéndole ganado en un juego ochenta mil pesos, no quiso recibírselos, y se los perdonó. Al mismo tiempo Diego Pizarro y Alonso de Alvarado, mientras que Almagro marchaba á Lima para conferenciar personalmente con Francisco, se escaparon de la prision, y por sendas y caminos estraviados llegaron á Lima antes que Almagro. Fue nombrado juez árbitro entre los dos competidores fray Francisco de Bobadilla, del órden de la Merced, y se le censuró que con poca sinceridad habia sentenciado á favor de Pizarro. Finalmente habiendo conferenciado los dos, y renovado su antigua amistad, convino Pizarro en que conservase Almagro la ciudad del Cuzco mientras que el César no dispusiese otra cosa. Hecha pues, y jurada la paz, mandó Almagro poner en libertad á Fernando Pizarro, el cual inmediatamente se vino á Lima, y Almagro se apresuró á volver al Cuzco muy contento de haber concluido tan felizmente sus cosas. Mas faltando los Pizarros al juramento, determinaron perseguir á Almagro con guerra declarada, ya que habian sido en vano la asechanzas con que procuraron perderle. Juntó Fernando un ejército, y á largas jornadas marchó al Cuzco para borrar la ignominia de su prision. A su llegada puso Almagro en órden sus tropas. Pablo, hermano de Mango, desde el punto en que se hizo amigo de los españoles, les guardó una inviolable fidelidad, y como enemigo de su hermano, les ayudaba contra él. Los bárbaros se hallaban entre sí no menos discordes que los españoles; pero Mango se habia hecho enemigo de todos, y Pablo seguia la fortuna de Almagro. Los dos ejércitos se avistaron no lejos de la ciudad, y tenian uno y otro casi igual número de gente armada; pues los indios que mandaba Pablo no se contaban por nada. Habiéndose dado la señal de pelear, combatieron todos con aquella atrocidad propia de las guerras civiles; mas la victoria quedó por Pizarro á costa de poca sangre de los suyos, y con muerte de ciento y veinte de los contrarios, entre los cuales pereció Ordoñez. Viendo Almagro la batalla en mal estado, se habia retirado de su ejército llevándole en hombros los indios á causa de su poca salud; pero no pudo evitar el ser hecho prisionero por Alonso de Alvarado. Esta victoria tan lastimosa, como ganada á los mismos compatriotas, la hicieron mucho mas detestable los vencedores, habiendo pasado á cuchillo en el saqueo de la ciudad á muchos de los enemigos.

Concedió Fernando permiso para descubrir nuevas regiones á los que se lo pedian, así por haberse concluido la guerra, como para separar y tener ocupada aquella gente feroz, que tanto tiempo habia estado con las armas en la mano, temeroso de que si estuviese ociosa, no dejaria de causarle inquietud. Pedro de Candia, marchó con trescientos caballos é infantes, los mas de ellos del partido de Almagro; y Pedro de Vergara y Alonso Mercadillo, capitanes veteranos, salieron tambien con otras tropas. Fernando Pizarro, que estaba inexorable contra Almagro, aceleró su suplicio antes que llegase Francisco que habia partido de Lima para el Cuzco, y habiéndole hecho ahorcar en la carcel, se le cortó la cabeza en medio de la plaza. Su cuerpo fue enterrado en la iglesia de los mercenarios con grande dolor y lágrimas de todos. Sucedióle en el gobierno Diego su hijo, el cual tuvo en una india, y en su testamento nombró por heredero al César. De la familia de Almagro no se sabe cosa alguna con certeza, y él mismo ignoraba quién fuese su padre, aunque procuró averiguarlo con mucha diligencia despues que habia adquirido grandes riquezas. Su muerte acaeció en el año sesenta y tres de su vida, y en el treinta y ocho de este siglo.

Corria entonces la fama de algunas regiones muy abundantes de todo género de riquezas. La mas celebrada era la provincia de la Canela, llamada así por los españoles por un árbol que producia unas agallas olorosas, y no era otra cosa que unos bosques inútiles. Tambien fue muy famosa la provincia del Dorado que tomó este nombre de la opulencia de su príncipe, de quien se decia que todos los dias se ponia distinto vestido de oro: y finalmente la ciudad de Manoa (que mejor debe llamarse Mania) con sus montes macizos de oro: todo lo cual es digno de contarse entre las fábulas de los poetas. Mientras que los españoles investigaban con mucha inquietud estos imaginados tesoros, y despreciaban los que ya poseian, segun el comun vicio de los hombres, padecieron gravísimos trabajos recorriendo desiertos, y precipicios, y careciendo de todas las cosas por la escesiva ambicion que tenian á una sola: volaban divididos en muchos escuadrones por diversas gentes y tierras, nunca satisfechos de oro, ignorando de tal suerte los caminos, que muchas veces se guiaban por las estrellas, como si estuviesen en el mar. Peleaban á cada paso con los bárbaros, ganaban victorias, y recogian opulentas presas, desenterrando de los sepulcros grandes cantidades de oro. Francisco César sacó de uno solo treinta mil pesos. Tanta era la rabia y codicia de adquirir, que ni aun dejaban descansar á los muertos. La provincia de Popayan, que es muy grande y situada debajo de la línea, se vió casi despoblada por la peste y el hambre; porque los bárbaros habian dejado de cultivar los campos, á fin de que unos huéspedes tan violentos no permaneciesen en su país. Ellos se alimentaban con todo género de comidas, y aun les servian de manjar los cadáveres de los que perecian. Cuéntase que fueron devorados cincuenta mil cuerpos muertos, y que perecieron quinientos mil; tan feroces eran aquellos hombres, que escediendo en crueldad á las mismas fieras, querian mas encarnizarse contra sí mismos que sufrir el yugo. Viendo Candía frustrada su comenzada empresa, se retiró con su ejército muy derrotado con la fatiga y el hambre. No trató la fortuna con mas indulgencia á los otros capitanes; pero la calamidad de Pedro Anzures fue la mas funesta de todas. Habiendo caminado por regiones solitarias y empeñándose con pertinacia en proseguir adelante, comenzó á estraviarse. No encontraba ningun rastro ni vestigio humano, ni tenia esperanza de salir de allí. Consumido ya todo cuanto podia servir de ali-

mento, mancharon sus entrañas con la funesta comida de los cadáveres; pero el hambre implacable les obligó todavía á otras cosas mas horribles, que estremece solo el referirlas. Agitados algunos de la rabia, se comieron á bocados sus mismos brazos para perecer al fin con muerte mas cruel: hecho jamás oido en los siglos precedentes. Mas yo no creo todo lo que refiero. La cruel hambre consumió ciento y treinta españoles: murieron cuatro mil indios y negros que iban para el servicio del ejército; y doscientos y veinte caballos adquiridos á mucha costa, sirvieron de grande auxilio para que no pereciesen todos los hombres. El oro se perdió juntamente con las bestias que le conducian; y cuando apenas se hallaban ya con fuerzas para tener las armas en la mano, escondieron en tierra los vasos destinados al culto divino. Finalmente los que quedaron con vida edificaron en la provincia de Charcas, abundante en minas de plata, la ciudad llamada de la Plata, que despues se hizo muy opulenta. Mango, que no perdia ocasion de molestar á los españoles, destrozó á Villadiego, con su gente, de la cual solo escaparon seis hombres. Pero habiendo sido derrotado en una gran batalla por Pablo su hermano y Gonzalo Pizarro, apenas pudo libertar su persona con la fuga.

Envió el César al Perú á Vasco Nuñez Vela con una armada muy fuerte, y volvió á España con grandes riquezas sacadas de aquellas regiones, libertándolas de que cayesen en manos de los piratas franceses, que hacian todos sus esfuerzos para apoderarse de semejantes presas. Hay en el Perú una grande villa llamada Atabillos, la cual concedió el César á Francisco Pizarro, honrándole con el título de marqués en premio de sus grandes hazañas. Poseia opulentas riquezas, y no habia ninguno que le igualase en esplendor. Gonzalo Pizarro, hombre de ánimo grande, y de cuerpo endurecido con la tolerancia de todo género de trabajos, fue uno de aquellos que buscaron los fabulosos tesoros que exageraba la fama Este pues, habiendo atravesado con algunas tropas las montañas de los Andes, y vagado por ellas largo tiempo, no encontró cosa alguna que fuese digna de tantas fatigas. Comenzó á sentir el hambre, y para buscar víveres envió á Francisco Orellana con cincuenta soldados, los cuales habiéndose puesto en marcha en lo mas fuerte del invierno del año de cuarenta, no es necesario decir la estremada necesidad que padecieron Gonzalo y los suyos, pues no perdonaron ni aun las correas y pellejos. Embarcóse Orellana con su gente en unas canoas en un rio, cuyas márgenes estaban tan desiertas que no se veia la menor señal ni vestigio de cultura humana; y desesperando de volver á juntarse con Gonzalo y sus compañeros, por no serle posible navegar rio arriba, se determinó á seguir la corriente, aunque del todo desconocida y salir adonde le llevase la fortuna, sin que le aterrasen los peligros que tenia á la vista. En el mes de enero del año siguiente salieron á un pequeño pueblo situado no lejos del rio, donde fabricaron una galera. En las chozas y cabañas de los bárbaros encontraron algunas alhajas de oro; y habiendo embarcado en sus navichuelos todos los víveres que pudieron recoger, volvieron otra vez á seguir su navegacion. Llegaron cerca del solsticio á la provincia de las Amazonas, á la cual no sin motivo dieron este nombre. porque las mujeres peleaban mezcladas con los hombres, y de aquellas mataron siete en un combate. Sus naturales son de grande estatura, y mucho mas blancos que los demás indios. Desde entonces tomó el rio el nombre de las Amazonas, y tambien se llamó Orellana, en memoria del capitan. Acometieron los bárbaros una vez á los soldados que habian salido á buscar forrajes, y les dispararon una nube de flechas, y habiendo alcanzado una á fray Gaspar de Carvajal, religioso dominico, le sacó un ojo. Derrotados los bárbaros con estrago, y recogidos algunos víveres, volvieron á seguir su navegacion; pero como no tenian otra cosa para vivir sino lo que podian robar, hacian frecuentes desembarcos en una y otra ribera. Sus habitantes eran de una ferocidad libre, pero en lo demás no se diferencian en nada de los otros. Unas veces recibian de ellos maiz, gansos, papagayos, tortugas y todo género de pesca, y otras les quitaban los españoles, á costa de heridas, todo lo que tenian recogido para su mantenimiento y el de sus hijos. Las altas riberas del rio les impedian algunas veces salir á tierra, y otras se lo estorbaban los bárbaros armados que les salian al encuentro. Arrostraron grandes peligros; vieron cosas estupendas, y en estas regiones desiertas é incultas padecieron inmensos trabajos, cuya narracion escede á toda creencia. En un paraje se estrecha de tal modo la madre del rio por los escollos que le ciñen, que no parece corren sus aguas, sino que se precipitan con estraordinaria violencia, y es cosa admirable, que habiendo dejado correr los barcos por aquel despeñadero, vencieron felizmente este peligro, y llegaron á lo ancho con leve detrimento de sus cortos equipajes. Aplacada despues la violencia de las aguas, se estiende el rio tan maravillosamente. que presentando á la vista un ancho mar, no se descubren por una ni otra parte sus riberas. Entran en él por todas partes otros muchos rios: tiene su orígen en la falda de los Andes; y aunque al principio es pequeño y angosto, crece despues estraordinariamente con las muchas aguas que va recibiendo en su carrera. Por la ribera izquierda le entra un rio, cuyas aguas son muy negras, y no se mezclan con las del Orellana, caminando separadas por espacio de ochenta millas, y conservando su ímpetu y color. Despues de una larga y trabajosa navegacion, salieron los españoles al mar en el mes de agosto, habiendo navegado r o abajo siete mil y doscientas millas; la desembocadura de este rio tiene de ancho doscientas y cuarenta millas; y navegando á izquierda por el mar del Norte, sin brújula ni carta de marear, arribaron finalmente á Cubagua el dia once de setiembre. Pero Gonzalo Pizarro, que esperaba en vano la vuelta de Orellana con los víveres, despues de haber comido mas de cien caballos se restituyó á Quito. Seguíanle noventa y tres compañeros tan flacos, que apenas podian tenerse en pié, habiendo consumido el hambre á ochenta y siete; y en medio de tanta calamidad y miseria no sacó el menor fruto de esta empresa. Entretanto Jorge Robledo atravesó el celebrado rio de la Magdalena, y edificó la villa de Santa Ana, y la ciudad de Cartago, habiendo sujetado en parte á los bárbaros. Fernando Pizarro navegó á España á responder de la muerte de Almagro, y padeció una larga prision. Don García Arias fue nombrado primer obispo de Quito; y en Honduras sucedió á Talavera don Cristobal Pedraza. A Hernando de Soto se le encargó el sujetar la Florida, empresa que tantas veces habian intentado desgraciadamente los españoles, y á fin de que pudiese disponer desde cerca las cosas necesarias á esta guerra, se le confirió el gobierno de Cuba. Pero mas adelante referiremos todos los sucesos de la espedicion que tuvo principio en este tiempo.

CAPITULO XI.

Sucesos de los portugueses en la India y en las islas Molucas: sitio de la fortaleza de Diu.

HABIAN obligado los portugueses al Zamorin, al rey de Cambaya y á los demás principes de aquellas pequeñas naciones de la India, á que se les sujetasen, intimándoles con el terror de la guerra. Sobre todo, estaban irritados contra el de Cambaya, y no

tardó mucho el virey en tomar venganza, á cuyo fin navegó á Diu con una armada, y ejecutó una maldad indigna y vergonzosa. Habiéndose fingido enfermo, pasó el Bárbaro en una barca á visitarle en el navío almirante, y fue recibido y obsequiado con estraordinaria afabilidad, pero al tiempo que se retiraba le acometieron los portugueses, que se hallaban prevenidos y le mataron despues de un reñido combate. Para disculpar la perfidia, hicieron correr la voz de que el Bárbaro habia proyectado asesinar al virey. Inmediatamente se apoderó este de la isla, y habiendo dejado á Antonio Silveira para defender la fortaleza, se volvió á Goa. Despues de su partida, fue recobrada por los bárbaros la isla, que no podian conservar los portugueses con tan pequeñas fuerzas, y fueron obligados á encerrarse en la fortaleza, provocados por los cambayanos, que deseaban vengar la muerte de su rey. Por este tiempo, Soliman, codicioso de las riquezas de la India, disponia una armada para arrojar de allí á los portugueses, movido, segun se decia, por las contínuas instancias que le habia hecho el rey de Cambaya, lo cual le aceleró la muerte.

Entretanto, Antonio Galvan, hombre de gran modestia y probidad, restableció el buen órden en las Molucas, donde los portugueses se hallaban en el mayor conflicto. Al tiempo de su llegada se habian conjurado ocho reyezuelos para arrojarlos de aquellas islas y vengar las injurias que habian recibido; y no encontrando Galvan ningun medio de aplacarlos, fue necesario recurrir á la fuerza. Llamó en auxilio á la prudencia, y acometiendo primero á Tidore, tomó y incendió la ciudad y la fortaleza, quedando muerto Ayalo, que se hallaba allí desterrado desde que los de Ternate le arrojaron del reino por sus maldades, habiéndose atrevido á presentar batalla á Galvan con unas tropas muy débiles. Consternados con una derrota los conjurados, se retiró cada uno á sus propios dominios. Pero este hombre escelente tuvo mucho mas que pelear contra la contumacia de sus soldados, que contra la perfidia de sus enemigos. Llegó á tanto el desórden, que habiéndose sublevado muchos de ellos, y sin que los contuviese el pudor, recogieron gran cantidad de clavo de especia, y abandonando á su capitan, se embarcaron para la India. Mas no por eso decaeció el ánimo de Galvan, pues con su blandura y buenas razones se ganó el afecto de algunos reyezuelos y con un corto número de navíos derrotó la armada de los que despreciaban su amistad; y finalmente ya de grado, ya por fuerza, todos se le sujetaron.

Tranquilizadas que fueron las cosas, dirigió sus cuidados á la propagacion del Cristianismo: y como era un varon ejemplar, aprovechaba mucho y hacia gran fruto con sus buenas costumbres, mas poderosas muchas veces para persuadir que las palabras mas elocuentes. Bautizóse infinito número de isleños, y procuró reducir al gremio de la Iglesia á muchos que por miedo habian renunciado á Jesucristo. Estableció un seminario para enseñar é instruir á los muchachos en la policía civil y cristiana, y fue el primero que hubo en estas regiones. Con la grande autoridad que tenia sobre los reyezuelos, era el árbitro y pacificador de todas sus discordias, y contrajo amistad con muchos de ellos. Trató los negocios de su rey con admirable pureza: enseñó á los isleños el modo de edificar sus casas y cultivar sus campos; y habiéndolos civilizado, los colmó de todo género de bienes, de tal suerte que era tenido y venerado de todos como padre. Me causa vergüenza referir el miserable fin que tuvo Galvan, habiendo vuelto á Portugal á recibir el premio de sus muchos trabajos: pues reducido á una estrema pobreza, porque abandonó sus intereses propios por cuidar de los del rey, vió algun tiempo de limosna en un hospital, y murió en él sin habérsele dado la menor recompensa á tantos méritos.

Mandó el Otomano por estos tiempos armar y prevenir en el puerto de Suez (llamado por los antiguos de los Héroes ó de Arsinoe), situado en el mar Bermejo, una armada de ochenta navíos, los mas de ellos galeras, y nombró por general de ella á Soliman, griego renegado natural de la Morea, que era gobernador de Egipto. Este pues, recorrió las costas y dió muchos ejemplos de crueldad, habiendo muerto con asechanzas á algunos reyezuelos y saqueado sus ciudades. Noticioso Silveira de la venida de los turcos, como era hombre de grande ánimo y talento, comenzó á prevenir con admirable presteza todas las cosas necesarias á una guerra tan formidable, y por sus cartas pidió al virey que le socorriese. Habiéndose juntado en el mes de setiembre las tropas de Soliman con las de Cambaya, mandadas por Coge Cofar hombre de valor intrépido, se dispusieron á acometer por mar y tierra la fortaleza de Diu, defendida solamente por setecientos portugueses. Colocaron en los navíos una máquina de madera para batir los muros, y levantaron en tierra una trinchera tan alta como la fortaleza, segun la costumbre de los turcos. La máquina fue abrasada una noche por un ardid de los portugueses, y las galeras perecieron en diversos tiempos, unas destrozadas por la artillería, y otras barrenadas y echadas á fondo. Tambien los turcos causaron daño á los portugueses tomándoles el castillo de Rumai que estaba separado de la fortaleza, entregándole Pacheco con la ignominiosa condicion de su libertad. Despues de esto recayó todo el peso de la guerra sobre la fortaleza, la cual fue acometida con cañones tan enormes que disparaban balas de noventa libras de peso cada una. Padecieron los muros grande estrago; pero los portugueses repararon y fortificaron sus ruinas y brechas aceleradamente con todo género de materiales. No podia tener entrada en ellos la cobardía ni la pereza: rechazaban á los enemigos que intentaban escalar los parajes mas árduos, y peleaban atrozmente con ellos sobre las mismas ruinas; porque los bárbaros aunque repelidos y arrojados muchas veces, repetian sus asaltos con pertinaz empeño. Mas de una vez intentaron en vano escalar los muros desde el mar y desde tierra, pero siempre con infeliz suceso, y con muerte de su mas intrépida gente.

Viendo inutilizados todos sus esfuerzos, se dedicaron á minar la fortaleza, pero no tuvieron mejor fortuna; pues aunque no se interrumpian sus trabajos, los inutilizaba á cada paso el valor de los sitiados, y los reducian á la desesperacion. No estaban en mejor situacion las cosas de los portugueses: su número se hallaba tan disminuido, que no eran suficientes para ocurrir á lo mas preciso y urgente de las fatigas, y casi la tercera parte de los soldados eran voluntarios. Tampoco era grande la cantidad que tenian de víveres y en breve tiempo les hubieran faltado si se hubiese prolongado el sitio. En este estado tan crítico llegó de Portugal García de Noroña con una armada para suceder á Nuño en el mando; y habiendo dispuesto llevar socorro á los sitiados, hizo embarcar en diez y seis fragatas doscientos y cuarenta soldados veteranos, y todas las provisiones necesarias, y mandó que acelerasen su viaje á vela y remo. Pero mientras hicieron esta navegacion llegaron los sitiados á verse en el mas estremo peligro; porque determinados los bárbaros á hacer el último esfuerzo, acometieron una mañana al amanecer por diversas partes del arruinado muro, subiendo intrépidamente por las escalas. Resistieron los portugueses con ánimo superior á sus fuerzas, y arrojaron sobre los que subian bigas, barriles, tinajas y todo lo demás que tenian á la mano; y con lanzas, alabardas, broqueles y otras armas derribaban á los

que ya habian llegado á lo alto: las voces de los que exhortaban y los clamores de los que caian, causaban un horrible ruido, y el combate cada vez se hacia mas atroz y sangriento. Por otra parte se acercaron catorce galeras á la fortaleza para molestar con la artillería á sus defensores; pero sus conatos fueron inútiles y no quedaron sin castigo, pues dos fueron casi sumergidas con la fuerza de los tiros que volaban de los muros.

Rechazados los enemigos de la torre casi arruinada, volvieron á renovar el asalto con mucha griteria, y con efecto, subieron á los muros, habiendo hecho retroceder á treinta portugueses: ya se veian en lo mas elevado cuatro banderas de los bárbaros, y ya peleaban á pié firme en la plaza de la fortaleza, cuando acompañado Silveira de veinte nobles acudió al socorro, y habiéndolos exhortado á combatir valerosamente, se arrojó en lo mas espeso de los enemigos. Escitados los soldados con su voz y con su ejemplo, recobraron las fuerzas y combatieron mas atrozmente sin cuidado alguno de la vida. Juan Rodriguez, hombre muy robusto, cogió un barril de pólvora, y aplicándole una mecha encendida, le arrojó en medio de los enemigos. Fue grande el estrago que hizo en ellos, estendiéndose rápidamente la llama entre su inmensa multitud. Entonces levantando el grito los portugueses, hicieron nuevo esfuerzo y arrojaron al enemigo, que ya se disponia á la fuga. Al mismo tiempo la artilleria disparaba oportunamente por el costado, arrebataba compañias enteras: caian las banderas enarboladas con sus alféreces, y los demás se precipitaban unos sobre otros en el foso, confundiéndose los sanos con los heridos, y los vivos con los muertos. Duró la pelea por espacio de cinco horas contínuas con gran mortandad de los enemigos: de los portugueses solos cuarenta quedaron sin heridas; y las mujeres mezcladas con los hombres hicieron durante todo el sitio heróicas hazañas. Presentábanse armadas en las murallas para que el enemigo no cobrase ánimo, á vista de los pocos defensores que tenia la fortaleza. La noche siguiente llegaron las fragatas y dieron fondo en el puerto de Madrefabato; habian encendido los portugueses en cada una cuatro faroles, que aparentaban una numerosa armada, con cuya insigne estratagema, engañados los enemigos que por otra parte estaban llenos de miedo y desesperacion, se embarcaron aceleradamente en sus naves, y maldiciendo una guerra tan cruel, navegaron á la Arabia el dia primero de noviembre. No hubo cosa mas agradable para los portugueses que el dia siguiente en que desaparecieron todos sus enemigos. Pasóse al mismo tiempo Cofar á la tierra firme con las tropas de la India, siendo tan grande el terror y espanto que se derramó en su campo, que con el deseo de escapar cuanto antes, se dejaron quinientos heridos y una buena parte de la artilleria. El virey Noroña, que navegaba á Diu con una armada de ciento y cincuenta velas, recibió la noticia del feliz suceso de los suyos, y determinó seguir al enemigo fugitivo hácia el mar Bermejo. Pacheco y sus treinta compañeros, que entregaron el castillo de Rumai, como ya dijimos, recibieron de Soliman el digno premio que merecian, habiéndolos condenado á remar perpétuamente en las galeras.

Despues de haber obtenido Nuño con general aceptacion, por espacio de diez años el vireinato de la India, se hizo á la vela para Portugal, y murió de enfermedad en el cabo de Buena Esperanza con gran dolor de los portugueses, que le amaban verdaderamente; y su cuerpo fue arrojado al mar, como él mismo lo habia mandado. Persiguió Noroña inútilmente á los turcos, por lo cual dirigió sus fuerzas y cuidados á restablecer las cosas de Diu. Hizo paces con Mahamed, hijo de una hermana del difunto Badur, rey de Cambaya, á quien habia sucedido en el reino, segun la costumbre de aquella gente. Nombró por gobernador de la fortaleza á Diego de Sousa, en lugar de Silveira (tan celebrado en todo el orbe por la anterior victoria) habiendole dado quinientos soldados para su defensa. El Zamorin movió guerra al rey de Zeilan, amigo de los portugueses, y le reprimió Miguel Ferreira, derrotándole su armada con muerte de su general. Ocupado Noroña en tan graves negocios, le acometió la última enfermedad, y murió á los ocho meses y diez dias de su gobierno. Abrióse la real cédula enviada á prevencion para este caso, y en ella se declaraba virey á Esteban de Gama, hijo del famoso Vasco, y esclarecido por sus propias hazañas. Estos son los principales sucesos acaecidos en aquellas remotísimas partes del orbe, cuya narracion nos parece ser suficiente para no apartarnos de la brevedad que nos hemos propuesto.

CAPITULO XII.

Dieta de Wormes y otros sucesos. Viaje del César á Italia. Sus preparativos para la guerra de Argel, y éxito desgraciado de esta empresa.

A principios del año de 1541 habiendo el César arreglado las cosas de Flandes, pasó á Wormes para celebrar la dieta que tenia convocada. En ella hubo una acérrima disputa entre Juan Eckio, célebre teólogo católico, y Melantchon, secuaz de la doctrina de Lutero, pero no produjo fruto alguno. Despues por ciertas causas se trasladó la dieta á Ratisbona, y continuaron las disputas sobre muchos dogmas de la Religion Cristiana, cuya relacion escribió con elocuencia Alberto Pigaio, dedicándola al sumo Pontífice Paulo Tercero; y despues se trataron y decidieron las causas y negocios civiles. Habia venido á esta dieta Carlos de Saboya á solicitar auxilios, y por su mérito se le concedió la proteccion del imperio romano. Por el contrario el duque de Cleves fue declarado enemigo en pública dieta, porque habia hecho alianza con el Francés contra el César; pues habiendo divulgado la voz de que inmediatamente vendria á Wormes, mudó de viaje, y marchó con presteza á visitar al rey Francisco, que se hallaba en Amboisa, y que le prometió en casamiento á Juana, hija de Enrique de Navarra, en señal de una estrecha alianza. El rey conciliador de estas bodas, aunque se oponian á ellas los parientes de la esposa, las celebró aquel dia con un espléndido convite; pero no se juntaron los consortes por no tener la doncella la edad competente. El César hizo otro tanto, casándo á Cristina, que habia quedado intacta de Esforcia, con Antonio, hijo del duque de Lorena. Despues se decretaron socorros contra Soliman que con escesiva ambicion amenazaba á la Hungria, y se acordaron otras muchas cosas en la dieta; reservándose las concernientes á la religion para el concilio que debia congregarse cuanto antes; porque no era justo que el César, traspasando los límites de su poder, se entrometiese en estos negocios, aun con pretesto de verdadera piedad. Lo cierto es que en el año anterior Farnesio, legado del pontífice, se retiró de la córte sin despedirse del César, indignado de que sin contar con él hubiese convocado la dieta para determinar las controversias de religion.

Presentóse á la audiencia del César el embajador del rey Francisco, para suplicarle confiriese la Lombardía al duque de Orleans; pero le respondió que le daria á Flandes con María su amada hija, como lo habia resuelto; y que en lo demás escusase el rey de porfiar tantas veces sobre una misma cosa, porque todo seria en vano. Irritado el Francés de la repulsa del César, determinó hácerle la guerra y suscitarle enemigos por todo el Orbe. Solicitó primeramente á Soliman con grande oprobio suyo, y oscureciendo

con semejante conducta el lustre de las lises francesas. A este fin envió á Constantinopla á los desterrados Antonio Rincon y César Fregoso, el uno español de Medina del Campo, y el otro de Génova; á los cuales al tiempo de pasar el Pó les acometieron ciertos hombres enmascarados que se hallaban en emboscada, y los asesinaron. El marqués del Basto no pudo evitar los rumores que se habian divulgado de ser autor de esta maldad, aunque procuró con todo esfuerzo vindicarse de tan fea nota. Habiendo llegado este suceso á noticia del rey Francisco, prorumpió esclamando, que se habia quebrantado impiamente el sagrado derecho de los embajadores, asesinando á unos inocentes, y violando las leyes de las treguas; y que todo esto amenazaba guerras, estragos, ruinas y muertes.

Concluida poco despues la dieta de Ratisbona, marchó el César á Luca, ciudad de la Toscana, para conferenciar con el pontífice; y habiéndoseles presentado el embajador del rey Francisco, ponderó la calamidad de Rincon y Fregoso, la injuria que se habia hecho á la magestad real, y la violacion de las treguas. A lo que respondió el César: «que no habia »quebrantado las treguas, y que serian inviolables »para él. Que el asesinato de los embajadores se ha»bia cometido sin noticia alguna suya. Y que si en »esto habia alguna culpa, estaba pronto á entregar »los malhechores en manos de los franceses.» Pero fueron en vano estas razones para aplacar al rey que se hallaba con violentos deseos de hacer la guerra. Quejóse el César altamente al pontífice de la maligna emulacion de Francisco, que arrebatado de esta pasion no desistia de perturbar todo el orbe, llamando á este fin en su auxilio al mas formidable enemigo del nombre cristiano, sin miramiento alguno de la verdadera piedad, que debia ser el principal cuidado de un piadoso príncipe; y que era tanto el deseo que tenia de molestarle, que del asesinato de dos hombres de poca importancia, cuyo autor se ignoraba, tomaba pretesto para declararle la guerra. El pontífice procuró con muchas razones y súplicas templar la cólera del César, que se hallaba en gran manera irritado, pero no sacó fruto alguno. Trataron entonces con mucha unanimidad de congregar el concilio Hecuménico en el año siguiente para remedio de los males que padecia la religion; lo que antes se habia intentado en vano por la resistencia que los luteranos hicieron á concurrir en Mántua donde le convocó el pontífice. Desaprobaba este la espedicion de Argel, emprendida en el tiempo mas importuno, y con poderosas razones procuraba disuadir al César su intento. Pero firme este, y constante en su resolucion de que queria de una vez y para siempre estirpar aquella peste del mar, se despidió de su santidad que le deseaba el mas feliz suceso.

Desde Luca pasó el César con Octavio su yerno al puerto de Luni, y embarcadas en los navíos de carga las compañías italianas, y una brigada de alemanes, se hizo á la vela con una escuadra de treinta y cinco galeras, en que era conducido él mismo y sus cortesanos, con la principal nobleza. Con navegacion trabajosa arribó á Mallorca, donde habia mandado estuviesen prontas las armadas. Hallábase ya Gonzaga en aquel puerto con ciento y cincuenta galeras y navíos de carga sicilianos, muy provistos de víveres y municiones; y habiéndosele juntado levantó velas, y llegó á Argel en dos dias de travesía. Despues que la armada dió fondo el dia veinte y uno de octubre, arribó Mendoza con las galeras españolas, y dió noticia de que los buques de carga quedaban en el promontorio de Apolo que no estaba muy distante. Concurrieron mas de cien naves de Vizcaya y Flandes, y mucho mayor número de las otras provincias de España, en las que iban las compañías de infantería, la mas escogida caballería, y la nobleza que militaba á sus espensas, yendo por general don Pedro de Toledo. Entretanto que se aplacaba el mar, envió el César á don Lorenzo Manuel, noble español, para que intimase al renegado Asan Agá, á quien Aradino habia dejado con el mando en Argel, que si no entregaba la ciudad y se retiraba con sus tropas á otra parte, le declaraba la guerra. El renegado recibió con bastante humanidad al rey de armas, y despues de haberle oido, le respondió con sonrisa: «Tambien nosotros tenemos armas, y y no nos falta »ánimo para rechazar la fuerza. Acuérdese el César «de que por dos veces se han estrellado en este esco»llo las armadas españolas, y espero que con su pro»pia pérdida llenará el colmo de las anteriores.» Juzgaba pues con prudente discurso, que una espedicion tan intempestiva debia tener un éxito tan desgraciado: y á la verdad Doria, hombre muy esperimentado en la náutica, habia amonestado al César que no se espusiese á un mar tempestuoso en la estacion del otoño, que es la mas peligrosa: que debia esperar tiempo mas benigno; y que con la paciencia, y no con la temeridad, se vencian semejantes dificultades. Pero arrebatado el príncipe de su fatal destino, no quiso dar oidos á ningun consejo prudente. Corrió entonces la voz, y aun se conserva todavía en el vulgo, que una vieja mora suscitó la tempestad con encantos y artes mágicas, lo que todos los hombres juiciosos tienen por una fábula despreciable.

Tenia Asan Agá ochocientos turcos de estraordinario valor, los mas de ellos de á caballo, y cinco mil infantes veteranos; y además una gran multitud de moros, á quienes ofreció el sueldo y la presa que recogiesen fuera de las murallas en las continuas correrías que á todas horas y en todos los parajes hacian contra el enemigo segun su costumbre. Desembarcó el César con mar tranquilo y sin tardanza ni confusion, y hácia la parte del Oriente sus tropas, en las que se contaban, segun algunos, treinta mil infantes (aunque otros disminuyen la tercera parte) y tres mil caballos, y marchó con todo el ejército junto á la ciudad, mandando fortificar el campo en lugar oportuno, dividiendo las estancias por naciones. Los españoles con su capitan Sande ocuparon los primeros collados que se levantan á la mano izquierda y ciñen la ciudad por las espaldas, habiendo arrojado de allí á los bárbaros. Los alemanes se estendieron por la parte de Oriente, rodeando la tienda del César; y los italianos en los parajes inmediatos á la costa. Inmediatamente comenzó á desembarcar la artillería, los caballos, víveres y todos los demás preparativos de guerra. Pero mientras tanto que se ocupaban en estas y otras operaciones, se levantó una furiosa tempestad que comenzó á maltratar la armada. Siguiéronse copiosísimas lluvias, que continuando toda la noche sin cesar, molestaron en estremo á los soldados que estaban de centinela. Al amanecer del dia siguiente hizo una salida de la ciudad la caballería turca, mezclada con los moros de infantería, y acometieron con grandes gritos á los tres escuadrones italianos, que se hallaban apostados fuera de las trincheras del campo. Apenas tenian estos fuerzas para huir, cuanto mas para pelear. Acudió al tumulto Gonzaga, y los reprendió porque habian desamparado su puesto; con sus voces, y con la llegada de sus paisanos que vinieron aceleradamente del campo á socorrerlos á las órdenes de Agustin Espinola, recobraron el ánimo y acometieron á los enemigos que no pudiendo resistir su ímpetu, y habiéndoseles mudado la fortuna, echaron á huir precipitadamente á la ciudad. Los caballeros de Malta, que en este dia hicieron grandes hazañas, llegaron con noble esfuerzo hasta las mismas puertas, y habiéndolas cerrado de improviso, dejaron en ella clavados sus puñales. Miguel

Marcilla, y Rogero Selino, aragoneses, y Cristobal Pacheco, castellano, consiguieron con este hecho hacerse memorables en la posteridad.

Entretanto los bárbaros, disparando contínuamente desde los muros, no dejaron de causar algun daño. Despues abriendo de golpe las puertas, y saltando de la ciudad con mayores tropas, renovaron la pelea con notable esfuerzo. Pero fué reprimida su audacia por el singular valor de los malteses que cerraban la retaguardia. El tercio de los alemanes que iba á la frente, no habia podido resistir el impulso del enemigo, y en este trance montó á caballo el César con la espada desnuda, y les mandó redoblar el paso, y esforzándolos con pocas palabras, los condujo contra los bárbaros que estaban orgullosos del anterior suceso. Escitados los soldados á la pelea con la voz y el ejemplo del emperador, se encaminaron al enemigo con las lanzas en ristre, y amenazador murmullo. Aterrados los bárbaros con este espectáculo, y burlándose de la impetuosa fuerza de los alemanes con la velocidad de los piés, y en que nadie les aventaja, se refugiaron á la ciudad y á la ribera, mas deseosos de saquear que de pelear. Murieron en este dia mas de trescientos soldados con algunos valerosos capitanes; y quedaron heridos doscientos, entre los cuales se halló Felipe Lanoy, príncipe de Sulmona. Al mismo tiempo las naves que habian padecido gravemente en su arboladura, eran agitadas de los vientos y de las olas. Estrellábanse con grande ímpetu unas contra otras, y llenándose de agua por las aberturas, se sumergian á vista del ejército. En muy pocas horas que duró la tempestad, se tragó el mar ciento y cuarenta buques de todos portes, ó porque las áncoras y cables no pudieron resistir, ó porque los marineros y pilotos no eran capaces de contrarestar á la fuerza de la tormenta, y así arrojados por las ondas á la costa, perecieron con miserable y horroroso espectáculo. Algunos que para evitar la muerte dirigieron las proas á tierra, tuvieron la desgracia de morir á manos de los moros que recorrian la costa para robar. Otros que nadando llegaron á tierra, se vieron forzados á retroceder de unas playas tan peligrosas, y perecieron por la fuerza invencible de las olas. Todo cuanto se alcanzaba á registrar en la ribera presentaba el aspecto mas lamentable. A cada paso se veian cadáveres arrojados por el mar, ó traspasados de las lanzas y flechas, estando todo sembrado de los fracmentos y despojos de las naves destrozadas. Habiendo encallado en la costa la galera de Doria, y rotas sus amarras, fue librada por el valor de Antonio de Aragon que acudió prontamente á su socorro con las compañias italianas.

Tampoco en los reales se mostraba la fortuna con mas favorable semblante, pues el soldado no podia trabajar, ni levantar las tiendas, ni subsistian las levantadas, porque todo lo rompia y arrebataba el viento. Veianse allí miserablemente postrados en el lodo y á la inclemencia enfermos y heridos, porque no habia tiendas para preservarlos de las copiosisimas lluvias que caian. Consumidos los víveres que se habian desembarcado al principio, ó corrompidos con la humedad, no habia esperanza alguna de poder tolerar la necesidad. Todos estaban atónitos esperando la última calamidad que les parecia mas cruel que la misma muerte. Hallábanse en tierra enemiga, habian perdido la armada y tenian cerrado el camino para retirarse. Sola la paciencia del César mitigaba tantos males, padeciendo él mismo iguales y aun mayores trabajos que el mas ínfimo soldado, y sin embargo con rostro sereno, indicio de su constancia, recorria todo el campo vestido con su cota de malla, tolerando con ánimo invencible la inclemencia del cielo, y sufriendo con paciencia la horrible situacion en que se hallaba. Ponia en parajes oportunos las centinelas para rechazar á los bárbaros que los amenazaban: consolaba con la esperanza de mejor fortuna los ánimos de los soldados que se hallaban oprimidos de la tristeza y desesperacion; y finalmente aliviaba la comun calamidad con todo cuanto podia. Mitigada la hambre de los soldados con las carnes de los caballos que les habian abandonado, de consejo de los generales levantó el campo al cuarto dia, no habiendo dado oidos á Hernan Cortés, conquistador, de la América, que se ofrecia á penetrar con espada en mano en la ciudad con los españoles y parte de los auxiliares. Nuestros escritores refieren que entre la confusion y la tempestad perdió Cortés imprudentemente algunos vasos de esmeralda de inestimable valor. Doria, hombre muy instruido en la astronomía y en la náutica no cesaba de amonestar que era preciso acelerar la salida; que en el cabo oriental llamado de Matafuz se podria embarcar la tropa; y que la tardanza seria muy funesta, porque amenazaba una tempestad mucho mas fuerte. Al tercer dia con gran trabajo y peligro de los soldados, que á cada paso éran acometidos por los moros, llegaron al paraje donde tenia Doria la armada. Pero como no hubiese suficientes navíos para transportar los soldados, por órden del César fueron arrojados al mar los caballos de mas estima, con gran dolor de sus dueños, para que pudiesen tambien restituirse á su patria hasta los criados de mas baja esfera. Los primeros que se embarcaron fueron los italianos, despues los alemanes y los últimos los españoles, y el postrero de todos fue el César en una galera de Doria de cuatro órdenes de remos. Luego que estuvieron en las naves, les acometió una atroz tormenta, y parte de ellos para no estrellarse en las rocas, sin esperar órden alguna, se dejaron llevar adonde los arrebataba la invencible fuerza de los vientos; y despues de muchos trabajos, arribaron á diversas partes de Europa, para anunciar el éxito de la funesta espedicion.

Algunos navíos que estaban maltratados de la anterior tormenta, se sumergieron en el mar con los soldados que llevavan á presencia de sus compañeros, sin que pudiesen socorrerlos. Dos naves españolas, con la violencia de la tempestad, retrocedieron á Argel y encallaron en su costa. Los que iban en ellas, animados por la misma desesperacion, se pusieron en armas para oponerse á los insultos de los bárbaros; pero acudiendo prontamente Asan-Agá y mandando á su gente que se retirase, preservó á los náufragos con grande humanidad del furor de sus tropas. El resto de la armada consiguió arribar á Bugía por los esfuerzos de Doria, á quien únicamente daba oidos el César. Allí se encalló una fragata cargada de víveres, y fue despedazada por la fuerza de la tempestad, pero habiéndose apoderado de ella á mano armada la turba de los marineros, socorrieron el hambre que padecian. Alivióse mucho la necesidad con los comestibles que vendian á las tropas los moros de los aduares inmediatos; que tuvieron que sufrir luego la cólera de Asan-Agá, que para castigarlos de semejante conducta les declaró la guerra. Desde Bugía fueron despachadas las galeras de Malta y de Sicilia, bajo el mando de Gonzaga, y con Agustin Palavicino las italianas de carga, cuya pérdida habia sido leve, y finalmente, llegaron á Trepani. El conde de Oñate introdujo en Caller las naves españolas que tuvieron mucho que sufrir en el mar de Cerdeña, y á la mitad del invierno se restituyó con ellas á España. El César fue llevado por el viento solano á la isla de Mallorca, y á fines de noviembre arribó lleno de tristeza al puerto de Cartagena con los restos de la armada.

CAPITULO XIII.

Alianza del rey de Francia y otros príncipes contra el César: guerra del Piamonte y de Flandes: sitio de Perpiñan por los franceses.

Entretanto que el César con piadoso y noble ánimo esponia su vida á los peligros para estender los límites del imperio cristiano, no cesaba el Francés de maquinar contra él. Es verdad que mientras estuvo el César en Africa no intentó cosa alguna el rey Francisco, para no atraerse el odio comun; pero enviando embajadores á todas partes, no dejaba piedra que no moviese contra él, en venganza de la muerte de Rincon y Fragoso, que era la causa que alegaba para la guerra. Sus proposiciones fueron generalmente desechadas; pero el rey de Dinamarca Cristierno, Tercero de este nombre, el duque de Cleves y algunos príncipes protestantes, las admitieron, in-



Doña María de Portugal, primera mujer de Felipe II.

citado cada uno de ellos por sus propios fines é intereses. Habiendo intentado en vano atraer á su partido á los venecianos, envió á Polini, hombre muy astuto y diligente, para alcanzar de Soliman una armada con que poder impedir las navegaciones de Doria, y aunque para mover al Otomano le regaló seiscientas libras de plata labrada y gran cantidad de ricos vestidos de seda, solo consiguió magníficas promesas que no tuvieron efecto alguno. El rey Francisco mandó á Polini que volviese cuanto antes á Venecia, para que junto con Junusbey, embajador otomano, que en breve llegaria á aquella ciudad, inclinase el ánimo del senado á unir con él sus armas; porque esperaba que el Bárbaro le ayudaria mucho, y que los padres del senado veneciano condescenderian con sus deseos, luego que oyesen el nombre de Soliman. Mas no sucedió conforme lo pensaba; pues habiendo llegado el caso de tratar esta materia, exhortó Junusbey al senado con mucha tibieza á que conservase la paz con el Francés. Los venecianos no podian resolverse á quebrantar la paz que el César les habia concedido en Nápoles, porque habiéndose hecho mas cautos con las anteriores calamidades, quisieron mas ser espectadores de la guerra, sin esponerse á peligro, que partícipes de ella.

No habiendo adelantado Polini cosa alguna, á principios del verano del año de 1542, volvió á Constantinopla para concluir á lo menos el negocio de la armada. Pero su pretension fue rechazada por los ministros otomanos, los cuales dijeron que no podian enviarla, por haberse pasado ya el tiempo oportuno para navegacion tan larga. A la verdad, fundado en esta esperanza el rey Francisco habia declarado la guerra, y el César la habia aceptado: ambos con iguales ánimos, pero con mucha desigualdad en las prevenciones y auxilios. Habiendo hecho aquel una escogida recluta en todo el imperio francés y buscado socorros por todas partes, habia levantado tres ejércitos, para emprender la guerra por tres distintos parajes. Pero este que perdió en el otoño anterior su armada, y la mayor parte de su ejército, apenas tenia fuerzas para defender sus propias fronteras. De este modo el fin de la guerra de Africa fue el principio de una triple guerra. La furiosa pasion de dominar es ciertamente un gran mal que nunca deja descansar á los reyes. Todos los dias nacen unas de otras nuevas controversias y disputas, enlazadas entre sí de tal modo que nunca falta justa ó injusta causa de hacer la guerra, y motivos para derramar la sangre humana.

La primera tempestad vino á caer sobre el territorio del Piamonte: aprovechándose Bangeo de la desidia y descuido de los imperiales, ponia asechanzas á las ciudades fortificadas: porque en estos tiempos se tiene por cosa mas gloriosa engañar al enemigo que vencerle con el valor, habiéndose convertido el esfuerzo en astucia. Sucedióle felizmente en Chierasco, dando una noche el asalto; y despues derrotó el escuadron de caballería de Zuchero, epirota, mientras que el gobernador se hallaba ausente y descuidado, pasando el verano en una casa de campo. Pero se descubrieron sus fraudes en Alejandría, habiendo sido presos los espías con las cartas que llevaban: y en Alba fueron rechazados los enemigos con daño suyo por el valor y diligencia de Francisco Landriano, y Gerónimo Vida, poeta esclarecido. Para pagar al enemigo en la misma moneda, juntó el marqués del Basto sus tropas, y su primera idea fue el darle batalla; pero no presentándose ocasion de hacerlo, porque se mantenia el enemigo dentro de sus reales, hizo la guerra en las cercanías, y recobró muchos lugares fortificados, aunque se abstuvo de invadir á Chierasco, porque para espugnarlo, en caso que fuese defendido por los franceses, necesitaba mayores tropas.

En Flandes desolaban el Brabante las de Dinamarca y de Cleves, unidas con las francesas de Longueval, siendo su general Martin Rosen, hombre intrépido y muy versado en el arte de la guerra. Amberes se mantuvo firme por el valor y constancia de Lanceloto Ursulo, y Nicolás Schermer, sus magistrados. Rechazado de allí despues de haberle salido vano su intento, acometió á Hostragst, pueblo fortificado, y le obligó á entregarse. Salióle al encuentro Reinero de Nassau, príncipe de Orange, que iba á socorrer á los de Amberes, y le puso en fuga Rosen con una insigne y nunca vista estratagema, armándole asechanzas en campo raso. Hizo pues apostarse en una estensa llanura cuatrocientos caballos dinamarqueses, y mandó que por la espalda se echasen en tierra los de infantería, para que no fuesen vistos por los del de Orange que recorrian aquellos campos, y escondió en Brescot, lugar cercano, las tropas francesas. Iba delante el liberto turco con la caballería; y viendo este el corto escuadron de caballos de los enemigos, envió un mensajero al príncipe de Orange para exhortarle á que acelerase el paso, y sin detenerse corrió al enemigo. Mientras que la caballería

de Rosen recibia el primer ataque, hizo la señal, y se levantaron de repente los de infantería en órden de batalla. Parecia que en un momento habia producido la tierra una selva de lanzas y de picas. Tal era el número de las tropas, que estendiendo inmediatamente sus alas rodearon al de Orange que empeñaba la accion con su infantería. A vista de tan inesperado espectáculo, quedaron los orangianos atónitos é inmobles. El general rompiendo con su caballo por medio de los escuadrones enemigos, se escapó con algunos pocos á Amberes á llevar la noticia de su misma derrota. Tambien se escapó el Turco (aunque Jovio dice que fue hecho prisionero) habiendo sido mal recibido de algunos, pues como era natural de Güeldres, aunque militaba bajo las banderas del César, en la consternacion en que se hallaban era para ellos sospechoso. Cuatro compañías que no pudieron sostener el combate, rindieron las armas, y se entregaron á Rosen. Al dia siguiente á esta victoria, que no costó al vencedor sangre alguna, movió Rosen su campo á Amberes, y envió un rey de armas para que intimase á los ciudadanos que abriesen las puertas á los reyes de Francia y Dinamarca, amenazándoles en caso de resistencia. Despues de haberles respondido con mucha aspereza de palabras, dispararon los ciudadanos una lluvia de balas para alejar á los enemigos, que se habian acercado, y incendiaron los edificios sagrados y profanos que estaban fuera de los muros, á fin de que los enemigos no pudiesen aprovecharse de ellos. Habiendo perdido Rosen la esperanza de tomar la ciudad, levantó el sitio, y saqueó todo aquel territorio. Lovaina se halló mas próximo al peligro, pero se libró de él rescatando á costa de dinero las vidas y haciendas de sus habitantes. Apoderóse á viva fuerza de la fortaleza de Conroy, cuya guarnicion pasó á cuchillo,



y causó mucho estragó en los campos de Namur. Entretanto el duque de Orleans, junto con el duque de Guisa su consejero, redujo de grado ó por fuerza la provincia de Luxemburgo, escepto Tionvila, y compuso la discordia suscitada entre Longueval y Rosen sobre el repartimiento de la presa. Finalmente despidió las tropas auxiliares, y dejando á Guisa con las demás para que cuidase de aquella conquista, marchó en posta á Mompeller, donde se hallaba el rey su padre, y el general Antonio Borbon llevó la guerra á otras partes. Apenas habia partido el duque de Orleans, cuando juntando Orange un ejército, recobró á Luxemburgo, y cuasi toda la provincia. Para completar la victoria sitió al de Guisa en Ivoz; mas le fue preciso abandonar la empresa por la vigorosa resistencia de los sitiados. Desde allí dirigió sus armas contra el duque de Cleves, para corresponderle como merecía á los daños que habia hecho: y ardiendo en deseos de vengar la afrenta que recibió en Brescot, lo llevó todo á fuego y sangre. Derribó los muros de los pueblos fortificados que habia tomado y saqueado, cegó sus fosos, y aseguró con guarnicion á Ansberg; la que intentó en vano invadir el de Cleves, habiéndose puesto en fuga con la noticia de que venia el príncipe de Orange. No obstante con el auxilio del duque de Sajonia, que estaba casado con su hermana Sibila, y el de otros príncipes de Alemania, fortificó y llenó de armas, soldados y víveres la ciudad de Duren, situada en los confines de Lieja.

En este estado se hallaban las cosas de Flandes, alternando las fuerzas y los ánimos de los competidores entre el temor y la esperanza, cuando amenazaba otra tempestad muy funesta para España, si sus santos tutelares no hubiesen alejado el torbellino ote,

mano. Habiendo juntado el delfin muchas tropas en el Ródano, despues de haber esperado en vano mucho tiempo la venida de la armada turca, puso al fin sitio á Perpiñan. Doria habia conducido del Piamonte cuatro compañías veteranas de españoles, y una legion de alemanes, para juntarla con los soldados visoños que se habian congregado aceleradamente, como sucede en un repentino tumulto. Llegaron tambien algunos escuadrones de caballería no despreciables, y fue nombrado general don Alvaro de Toledo, duque de Alba, hombre muy valeroso y esperimentado en la milicia. Cervellon y Machicao, que en la guerra de Italia habian adquirido un esclarecido nombre, defendian la ciudad con una guarnicion escogida. Desde Zaragoza vino el César á Monzon para celebrar córtes y acudir al mismo tiempo desde cerca á lo que exigiese la guerra. Comenzaron los franceses á derribar las almenas de la muralla, y los sitiados disparaban con mucho acierto gruesas balas á las bocas de los cañones del enemigo, no sin algun daño de estos. Hizo Machicao una salida con un pequeño escuadron (tanto era el desprecio que hacia de los enemigos) para quitarles la artillería: y aunque no pudo conseguirlo porque acudió prontamente Brisac con la mucha infantería que tenia á su mando, á lo menos les clavó y inutilizó los cañones, y se volvió á la ciudad con el mejor órden. Por este tiempo vino el duque de Orleans á juntarse con su hermano á fin de hallarse en la batalla que habia oido decir se debia dar por este magnánimo jóven, que orgulloso con el feliz suceso de Flandes, esperaba conseguir fácilmente la victoria. Pero sucedió muy al contrario de lo que se imaginaba; pues haciéndose cada dia mas árdua la empresa, tuvo que levantar el delfin el sitio, y volverse á la compañía de su padre, sin conseguir fruto alguno de sus esfuerzos. Tal fue hasta fin de este año el curso de los sucesos, que segun la condicion humana alteraban los prósperos con los adversos. En este tiempo murió Jacobo, rey de Escocia, Quinto de este nombre, habiendo fallecido poco antes su hija María, habida de Margarita, hermana del duque de Guisa: y en este año concedió el pontífice á los religiosos de Santo Domingo, de la provincia de Aragon, que celebrasen la memoria del beato Raimundo de Peñafort, varon insigne en santidad y en doctrina, canonizado despues solemnemente por el papa Clemente Octavo en el mes de abril del año de mil seiscientos y uno, lo cual solicitaron con grandes instancias el rey de España, el principado de Cataluña, y la religion dominicana. La coleccion que este santo hizo de las decretales de los papas con tanta utilidad de la Iglesia, es muy digna de alabanza. Habiendo fallecido en este año Calcena, obispo de Tortosa, le sucedió don Gerónimo Requesens. Fue afligida España con inumerables enjambres de langostas que oscurecian el sol. En Sicilia hubo un terremoto, que causó grande estrago en el territorio leontino y megarense; y especialmente en la ciudad de Siracusa, donde quedaron sepultados muchos hombres en las ruinas de los edificios.

CAPITULO XIV.

Jura del príncipe don Felipe en Aragon y Cataluña. Alianza del César con el rey de Inglaterra. Pasa el César á Alemania. Toma de la ciudad y fortaleza de Duren.

Crecia el mal cada dia con las mútuas ofensas que irritaban la ira de los dos príncipes; y arrebatados estos del deseo de la venganza, no habia esperanza de reducirlos á mas suaves consejos. Todos los medios que sugiere la fuerza y el fraude se pusieron en práctica para debilitarse el uno al otro, y no hay necesidad de decir los daños que causaron con esto á sus súbditos. El César principalmente ardia en deseo de oprimir al duque de Cleves, que defendia con una maldad lo que habia adquirido con otra, sin respeto alguno, y con intolerable injuria de la magestad imperial. Estaba tambien muy irritado contra algunos príncipes de Alemania, que instigados de Lutero habian abandonado la religion de sus padres, declarándose por enemigos del imperio; y finalmente, deseaba reducir al Francés por bien ó por mal á guardar la paz, para no ocupar sus piadosas armas con una guerra importuna y contínua, y emplearlas contra el Otomano y los herejes. Así pues, para atender por todos medios al decoro de su dignidad, de que era muy celoso, y para reprimir á los luteranos que estaban muy soberbios, y alejar al Francés del deseo de acometerle, comenzó á hacer formidables preparativos para el verano siguiente, á fin de sujetar primero á los alemanes rebeldes, y pasar despues á Francia.

Ante todas cosas, y para asegurar en cualquier acontecimiento la sucesion de tantos reinos en don Felipe su hijo, le hizo venir á Zaragoza en el verano del año de 1543 y despues á Barcelona para que los aragoneses, los catalanes y demás provincias de esta corona le jurasen en su presencia. Habiendo celebrado córtes en aquellas ciudades, le concedieron liberalmente por donativo gratuito, segun la costumbre, cuatrocientos mil ducados. Juntóse despues una inmensa cantidad de dinero en toda España, que enriquecida con los tesoros de América era el erario del César: reclutáronse muchas tropas y se previnieron armas y naves para conducirlas. Don Pedro de Guzman, conde de Olivares, llevó por el Océano á Flandes un considerable cuerpo de tropas. Otro fue enviado á Oran al mando de don Martin de Córdoba, conde de Alcaudete, para sujetar á los de Tremecen que se habian rebelado. Escogió para sí el César una brigada, porque para invadir las ciudades confiaba mucho en la tropa española. Habiéndole escrito el pontífice exhortándole á que dirigiese sus armas contra Soliman, le respondió con mucha aspereza, porque se persuadia de que aquel oficio se encaminaba á alejar la guerra de la Francia. Irritado por otra parte con el papa porque no le habia podido atraer á su partido, prohibió para siempre que los extranjeros obtuviesen rentas eclesiásticas en España. En las mismas cartas mostraba su ira contra el rey Francisco, acusándole de que impedia con el mayor esfuerzo que se juntase el concilio solicitado por el César para remediar los males de la religion; y que con igual impiedad habia unido sus armas con Soliman, enemigo jurado de los fieles. Llegó á manos del rey un ejemplar de esta carta, y valiéndose del ingenio de Pedro Chatelein, procuró rebatir en un prolijo edicto los crímenes que le atribuia, retorciendo contra el César las mismas objeciones. Vituperaba con la mayor acrimonía, entre otras cosas, la alianza que habia hecho con Enrique, rey de Inglaterra, sin embargo de estar escomulgado, y de haber prometido al papa que nunca lo haria. De esta suerte se difamaban mutuamente ambos príncipes con escritos tan picantes, que parecia haberse olvidado uno y otro de su dignidad y decoro.

Hacia ya largo tiempo que se habia suscitado una discordia entre Enrique y Francisco por el deseo que tenia cada uno de aumentar su poder. El Inglés estaba quejoso del Francés porque este habia sublevado contra él á Jacobo, rey de Escocia, y se habia declarado protector de su hija recien nacida, que Enrique destinaba para su hijo Eduardo, á cuyo fin habia enviado á Escocia á Mateo Estuardo, conde de Lenox, con una poderosa guarnicion. Lo cierto es que cada uno codiciaba el reino juntamente con la niña. Esto fue lo que movió á Enrique á renunciar á la alianza de Francia, y ofrecer su amistad al César, el cual

para oprimir con mayores fuerzas á su enemigo, disimulando la injuria del repudio de su tia, prefirió la alianza con el Inglés á las razones que se la disuadian; porque los príncipes solo atienden comunmente á sus particulares intereses. De este modo echaban los cimientos de los grandes males que en este año habia de padecer el orbe cristiano.

En el anterior, despues de levantado el sitio de Perpiñan, pasó Anebaldo á Italia con parte de las tropas para suceder á Langeo, que habia pedido su retiro. Habiendo atravesado los Alpes, puso sitio á Coni, ciudad situada no lejos de Fosano, en la confluencia del rio Estura; y aunque arruinó el muro por dos partes, fueron inútiles los esfuerzos que hicieron los franceses en dos asaltos. Rechazados de allí con ignominia y pérdida, se apresuraron á tomar cuarteles de invierno. Despues de esto intentó César Magi recobrar á Turin con la estratagema de introducir en la ciudad un carro cargado de heno, en que iban ocultos unos soldados armados; pero habiéndose descubierto antes de tiempo, se frustró la empresa, y costó la vida á Lezcano y sus compañeros. Lo demás que acaeció en el Piamonte lo referiremos despues.

Habiendo dispuesto el César todas las cosas para su viaje, dejó al príncipe don Felipe por gobernador de estos reinos, nombrando por su secretario á don Francisco de los Covos, comendador mayor de Leon, y por general de las armas al duque de Alba su mayordomo mayor. Al tiempo de embarcarse en el puerto de Palamós el dia cuatro de mayo, como escribe Dávila, estableció un consejo permanente para juzgar los negocios y pleitos del reino de Aragon, que antes se trataban y decidian promiscuamente por el consejo de Castilla, aunque en el año de mil trescientos cuarenta y ocho habia formado la idea de semejante tribunal el rey don Pedro de Aragon, Cuarto de este nombre. Llegó el César á Génova adonde habian concurrido los príncipes de Italia para congratularle de su venida. El pontífice, que se habia adelantado hasta Bolonia, le convidó á una conferencia; pero se escusó el César por acelerar su partida á Alemania. No obstante, se hablaron en Bujeto, castillo situado entre Placencia y Cremona. Corrió la voz de que el pontífice habia hecho aquel viaje tan molesto para un hombre de su edad por la utilidad pública; mas á la verdad se conoció despues por el suceso, que tenia muy arraigado en su ánimo el adquirir la Lombardia para su sobrino Octavio, habiendo ofrecido al César una gran suma de oro, porque preveia que la necesitaba para los gastos de tan costosa guerra. Este, pues, se habia propuesto de antemano retener á Milan con algunas otras fortalezas, asegurándolas con guarnicion; pero el papa, temeroso de sus artificios, rehusaba aprontar el dinero si no le entregaba primero íntegramente todo el principado. Apenas se divulgó esta negociacion en el público, se manifestaron los españoles muy indignados de perder la Lombardia por un convenio tan indecoroso; y á fin de apartar al César de este designio, le presentaron un escrito compuesto por don Diego de Mendoza, gobernador de Sena, en el que con poderosas razones se demostraba que no convenia separar la Lombardia del dominio real. Mudando pues de parecer el César, trató con Cosme de Médicis de venderle las fortalezas de Florencia y Liorna; y se dice que recibió ciento y cincuenta mil escudos, aunque Jovio asegura que fueron mas de doscientos mil. Mas yo sobre esto no disputo, porque no escribo controvercias sino historia. Todos los esfuerzos del pontífice para hacer las paces fueron inútiles, porque habiendo el César oido en la congregacion de cardenales discurrir sobre este punto á Máximo Grimani, apoyado en su antiguo propósito, espuso con graves palabras las tentativas que habia hecho para establecer la paz tantas veces quebrantada por el Francés, y las muchas injurias con que le habia provocado. Que los robos, incendios y estragos que habia padecido los habitantes de los pueblos de la provincia del Brabante, no podian quedar impunes á no abandonar del todo el decoro imperial. Que esta maldad debia reprimirse con penas correspondientes, para impedir que prevaleciendo la audacia, no lo trastornase todo sin respeto ni vergüenza alguna; y que no concederia la paz hasta que sujetados los rebeldes, aprendiesen con su propio mal á no suscitar turbulencias, y á respetar la magestad cesárea. Despues que descubrió su ánimo, conmovido con tan justa indignacion, y dispuesto á la venganza, se despidió del pontífice, que se volvió á Boloña muy triste de no haber adelantado cosa alguna, prosiguiendo el César su viaje de Alemania por los Alpes Tridentinos.

Es indecible la calamidad que atrajo á los campos la multitud infinita de langostas que voló desde la Iliria á Italia, y hasta la estremidad de España. Tanto era el furor que tenian de roer, que en la tierra donde caian se perdia en medio dia la cosecha de un año entero. En la Estremadura se propagó tan prodigiosamente, que la asoló por espacio de siete años contínuos. En la Toscana hubo un terremoto en que pereció mucha gente; todo lo cual se tuvo por pronóstico y indicio de los males que iban á suceder.

Por este tiempo Aradino hizo vela hácia la Italia con una poderosa armada, en que se contaban ciento y diez galeras y cuarenta fragatas de corsarios, con las que invadió las costas de aquel pais. Incendió á Regio en el estrecho de Mecina, y la fortaleza fue en breve entregada por la cobardía de setenta españoles, que prefirieron las ignominiosas cadenas á una muerte honrosa. Diego Guitan adquirió á mucha costa su libertad, habiéndosele quitado una hija que tenia de singular hermosura para saciar la brutal pasion del gobernador bárbaro, que despues de haberla hecho abrazar, segun se dijo, la supersticion mohometana (lo que niegan con fundamento los escritores españoles) la tomó por mujer propia. Pasó desde allí Aradino á saquear las costas del dominio español, y llegó á hacer aguada á la embocadura del Tiber, causando la cercanía de tales enemigos gran consternacion á los romanos, aunque Polini, que venia en la armada, procuraba sosegarlos con sus cartas. A los tres dias levantó anclas y navegó en derechura á Marsella. Luego que Soliman despachó esta armada, hizo entrar gran número de tropas en la Hungría, y habiendo tomado á Estrigonia y Belgrado, sujetó á su dominio gran parte de aquel reino. Pero como el referir las guerras estrañas no es de nuestro propósito, pues solo nos hemos propuesto escribir los sucesos españoles en todo el orbe, vamos á continuarlos.

Por este tiempo se hallaba la Flandes afligida con la funestísima guerra que le hacia el Francés y el duque de Cleves, y padecia infinitos daños, no pudiendo los flamencos resistir á tantas fuerzas; pero en breve tiempo tomaron venganza de sus enemigos. Despues de un largo camino llegó el César á Spira, donde se detuvo algun poco tiempo para despachar los negocios, entretanto que llegaban las tropas á Bona, ciudad situada sobre el Rhin cerca de Colonia. Desde allí en tres dias de marcha llegó á Duren, que era el principal teatro de la guerra. Defendiala Gerardo Ulatem, hombre de grande ánimo, y muy esperto en la milicia: estaba fortificada con muchas tropas, doble foso y trinchera, y rodeada con un muro de ladrillo. Hubo primero algunas caramuzas con los enemigos que salian de las emboscadas, en que padecieron leve daño los imperiales; y habiéndolos obligado á estos á encerrarse dentro de las murallas, rodeó el César la ciudad con su ejército, en que se contaban quince mil alemanes, cuatro mil españoles y igual número de italianos. Al dia siguiente llegó Orange con los flamencos, y Gonzaga fue nombrado generalísimo. Dispuesto lo necesario para el asalto, el dia de

San Bartolomé antes de amanecer comenzaron á batir las murallas con horrible estruendo. Despues del medio dia incitados los españoles y italianos de una honrosa emulacion, acometieron á porfía sin esperar la señal del asalto, y habiendo atravesado el primer foso con el agua hasta el pecho, se apoderaron de la trinchera. Vencieron despues el segundo, no sin algun daño por los contínuos tiros que les disparaban, y llegaron al fin á la muralla, donde pelearon frente á frente con grande encarnizamiento, exhortándolos Gonzaga y el conde de Feria desde la orilla del foso. Ulatem se defendia valerosamente desde una casa inmediata á la muralla; y detenia la victoria con un escogido escuadron de jóvenes que le cercaban. Pero habiéndolo observado Gonzaga, mandó á los artilleros que dirigiesen sus tiros á aquella parte, y derribadas al punto las paredes con la lluvia de las balas, pereció oprimido de las ruinas con muchos de sus compañeros. Encendióse luego con mas furor la pelea, que habia cesado por algun tiempo, con los fuegos arrojadizos y todo género de armas. Veianse allí los cuerpos quemados y despedazados, el suelo todo cubierto de armas, y la tierra empapada en sangre; todo lo cual presentaba el mas horrible y vario espectáculo. Finalmente, acometieron de nuevo con mucha gritería á la brecha del muro, y apoyados en las lanzas y en los hombros de sus compañeros se introdujeron en la ciudad, habiendo muerto ó puesto en fuga á los que la defendian. Ensangrentáronse en todos sin distincion alguna y pasaron á cuchillo la guarnicion. Los habitantes que habian escapado vivos, fueron atormentados de varios modos hasta que descubrieron sus riquezas; y arrebatadas las mujeres de los templos y demás parajes donde se habian escondido, sin respeto á la santidad de estos asilos, padecieron las mas ignominiosas violencias. No es posible referir con palabras lo grande de esta calamidad. Finalmente para que no quedase nada que hacer al furor militar, al siguiente dia y antes de haber sacado toda la presa, incendiaron los alemanes la ciudad, que fue casi toda reducida á cenizas. Quedaron muertos ochocientos soldados de los mas valerosos entre españoles y italianos.

Con esta sola batalla se concluyó la guerra, porque aterradas las demás ciudades con la ruina de una sola, abrieron sus puertas. El de Cleves no daba todavía señales algunas de temor, confiando que le vendrian socorros del Francés su aliado, y fluctuaba entre el miedo y la esperanza; pero desconfiando ya de este auxilio, para evitar los últimos rigores apeló á la clemencia del César, valiéndose á este fin de la intercesion de los ministros del arzobispo de Colonia y de Enrique Crunsvik, á quienes el César estimaba mucho. Imploraron estos su benignidad; pero el César mirando con semblante severo al duque, que se hallaba arrodillado delante de él, mandó á su secretario intimase al rebelde que le habia perdonado, y inmediatamente se retiró. Levantó del suelo al duque el príncipe de Orange, y este y el mismo secretario le leyeron las condiciones de la paz, concebidas en estos términos: «Defended la religion católica: restituidla donde la habeis abolido: renunciad á la alianza »del rey de Francia y del rey de Dinamarca: prometed que sereis fiel al imperio del César, y guardadle »lealtad. Renunciad el dominio de Güeldres y Zutfen, »y por la benignidad imperial, llamaos solamente »gobernador, y absteneos del nombre de príncipe, »Hansberg y Zitard serán retenidas por el César en »prendas de la palabra dada, y lo restante del principado de Cleves, que se os habia quitado por el derecho de la guerra, lo gozareis por la benignidad del »César.» Tales fueron los principales capítulos. Despues de esto se alistó Rosen en la milicia del César, y guardó su palabra con gran fidelidad, habiendo ejecutado grandes hazañas. Los de Güeldres y Zutfen juraron fidelidad al César como á su señor, y prestaron juramento en manos de Prateo y del príncipe de Orange.

CAPITULO XV.

Los franceses hacen la guerra en Flandes. Sucesos del Piamonte y de Saboya. Casamiento del príncipe don Felipe.

Entretanto los franceses, aprovechándose de la ocupacion del César, llevaron sus armas á diversas partes de Flandes. Tomaron á Landreci, que fue incendiada y desamparada por su guarnicion, y despues á Arlon y otras ciudades. El delfin recorrió la provincia de Hainault, y el duque de Orleans volvió otra vez á Luxemburgo con grande ejército. Apoderóse en breve de la ciudad por cobardía de la guarnicion, á quien se concedió sacar sus cortos equipajes. Gozoso el rey Francisco, que se hallaba en Reims, del feliz suceso de su hijo, acudió inmediatamente, y á pesar del dictámen de los mas prudentes, mandó fortificar á toda costa aquella estensa ciudad, obligando á sus habitantes á que renunciasen al César, y le hiciesen juramento de fidelidad. Fue aclamado solemnemente por duque de Luxemburgo, y celebró con gran pompa capítulo del órden de San Miguel, en el cual condecoró con el collar de oro á los principales de la ciudad. Nombró gobernador á Longueval, sujetó á Tionvila, y finalmente todo el territorio, parte con las armas, y parte por voluntaria entrega. Llegaron Reux y Gallop con las tropas flamencas y inglesas enviadas por Enrique, segun la alianza, y juntándoseles Guzman con tres mil españóles, pusieron sitio á Landreci. Casi al mismo tiempo sitiaba Gonzaga á Guisa despues de la victoria de Güeldres, con tropas no despreciables, y no pudo el César asistir en persona por hallarse enfermo, y acometido de la gota en Quesnoy. El rey de Francia, para socorrer á los sitiados de Landreci, que estaban muy faltos de víveres, se puso en marcha á aquella ciudad. Gonzaga á fin de impedírselo levantó el sitio, y puso su campo en un lugar oportuno, y envió mensajeros á Reux y Gallop exhortándoles á que atravesasen el rio Sambra, y juntasen con él las tropas, para salir al encuentro al rey con todas sus fuerzas, y darle batalla, la que juzgaba seria feliz. Pero fueron inútiles sus conatos, porque el Flamenco y el Inglés se resistieron á seguir este consejo, y ni los unos ni los otros hicieron cosa de importancia; viéndose claramente en esta ocasion cuan perjudicial es para la guerra el que el mando se halle repartido entre muchos. Así pues, obligado de la necesidad, pasó Gonzaga el rio y juntó sus tropas á las de sus sócios, para que fuesen iguales en fuerzas, si llegase el caso de entrar en batalla. Tuvieron solamente algunas leves escaramuzas, y mientras que el rey entretenia con ellas á los incautos imperiales, Anebaldo y Belay introdujeron por otra parte en Landreci tropas robustas y descansadas, con víveres y provisiones; y alegres con la feliz empresa, se volvieron al rey, quien inmediatamente hizo señal para recoger sus tropas, y se retiró con ellas, dejando burlado al enemigo.

Por este tiempo el César, que aun no estaba bien convalecido de su enfermedad, sustentando con el vigor del ánimo el cuerpo destituido de fuerzas, se presentó en el ejército acompañado de Mauricio de Sajonia, y de Rosen con valerosos escuadrones. Puso su ejército en órden de batalla, y habiendo hecho la señal de acometer, esperó en vano la salida de los enemigos; pero el rey hallándose inferior en fuerzas, se mantuvo encerrado en su campo; y solo hubo unas ligeras escaramuzas entre la caballería. Al ponerse el sol mandó el César echar un puente sobre el rio, para que pasando sus tropas impidiesen al enemigo la vuelta, y obligarle por fuerza de este modo á pelear. El

Francés, que penetró su designio, levantó su campo á media noche con el mayor silencio, dejando encendidos los fuegos, á fin de ocultar su marcha. Luego que la luz del dia descubrió la fuga del enemigo, le siguió tumultuariamente la caballería imperial; mas deseosa del saqueo que de la pelea, pero habiendo caido en una emboscada que la tenia puesta el delfin, fue de improviso desbaratada con alguna pérdida. Atribuyóse á Gonzaga la culpa de que se hubiese escapado el enemigo, porque no habia cuidado de esplorar sus intentos, cuando al Francés no se le ocultaba cosa alguna de lo que pasaba en el ejército del César, ya por las noticias que le daban los traidores, y ya tambien por medio de sus propias espias. Fue descubierto Bossie, noble flamenco, que corrompido con dinero noticiaba al rey todas las cosas del César; y por este crímen fue degollado en Gante y descuartizado su cuerpo.

En el otoño pasó el César á Cambray, cuya ciudad estaba sujeta á su obispo, y no fiando mucho en él, ni en el afecto de sus habitantes, dejó de guarnicion á los guardias, y mandó levantar una fortaleza que dominase la ciudad. Luxemburgo no pudo ser tomada por los alemanes mandados por Fustemberg, porque el rey, para no perder su trofeo, mandó al duque de Melfi que acudiese aceleradamente con la mayor parte de las tropas; y no habiéndose atrevido el Aleman á esperarle frente á frente, á causa de que se hallaba inferior en fuerzas, levantó el sitio y se retiró. Gonzaga y Castaldo fueron enviados por el César con grandes presentes al rey Enrique para renovar la alianza; y volvieron con magníficas promesas de que en el verano siguiente pasaria á Francia con grandes fuerzas.

Aradino causaba terror y espanto en las costas de Italia, habiéndosele juntado Francisco Borbon, duque de Enguien, general de la armada francesa. Esta pues se componia de veinte y dos galeras y otros diez y ocho navíos grandes, en que venian ocho mil soldados. Viéronse en los mares de Francia las armadas confederadas, aumentando la indignacion el haber llamado al comun enemigo de los cristianos, con grave infamia del que solicitó semejante auxilio. Todas estas fuerzas se dirigieron contra Niza, ciudad de los Alpes marítimos, situada en un elevado promontorio que se estiende en el mar. La fortaleza puesta en lo mas alto, no podia ser espugnada sino por el hambre ó por la cobardía de sus defensores. El César luego que tuvo noticia de la venida de los turcos, amonestó al duque Carlos que dejando la fortaleza guarnecida lo mejor que fuese posible, se retirase de allí con su hijo á Verceli. Teníala á su cuidado Pablo Simeoni, caballero de Malta, muy práctico en las cosas de la guerra. El pueblo fue batido acérrimamente por mar y tierra por espacio de veinte dias, y se entregó á Borbon; pero á pesar de los esfuerzos de su artillería, no pudo apoderarse de la fortaleza, aunque tambien intentó ganar con dinero á la guarnicion. Llevaba á mal el Bárbaro que las armas otomanas, siendo tan formidables, sufriesen la ignominia de no poder conquistar un solo peñasco. Entretanto corrieron voces por el campo de que el marqués del Basto llegaba con tropas, lo que en realidad era falso, é inmediatamente se refugiaron á las naves los sitiadores, dejando su artillería y bagajes; pero como el dia siguiente no se dejase ver el enemigo, volvieron á recoger aquella y la embarcaron; y juntos los los franceses y turcos saquearon é incendiaron la ciudad, poniendo en cuatro navíos la presa que habian hecho, en la cual entraban trescientos muchachos de uno y otro sexo, y muchas monjas; y refieren algunos autores que Aradino los enviaba á Constantinopla, pero que las naves fueron apresadas por don García de Toledo, y Antonio Doria, que recorrian los mares con las galeras de Malta y las pontificias, y que recobraron toda la presa. El Bárbaro condujo la armada á Antibo, y desde allí la llevó á invernar á Tolon, enviando veinte y cinco galeras bajo el mando del capitan Salec para que infestasen las costas de España. Este pues, con designio de saquear, llegó hasta Villa-Joyosa, situada en el golfo de Alicante, y habiendo intentado en vano tomarla, se retiró á invernar á Argel.

A los dos dias despues de la partida de Aradino vinieron á Niza Basto y el Saboyano, y habiendo elogiado como merecia á Simeoni, y introducido víveres y municiones en la fortaleza, se volvieron prontamente. Cercó Basto con sus tropas bien ordenadas á Mondovi, y la tomó con engaño, ya que no podia con la fuerza y con las armas. Para esto hizo escribir una carta en nombre de Buter, que mandaba en el Piamonte, poniendo en ella el sello que usaba el mismo Buter, arrancado cuidadosamente de otra carta suya que habia sido interceptada, y se la envió cortésmente á Drosio, gobernador de aquella fortaleza, como si hubiera sido eprendida por él. Contenia la carta que procurase pactar la entrega de dicha plaza con las mas honrosas condiciones que pudiese, y conociendo Drosio el sello, sin sospechar ningun fraude, solo trató con demasiada credulidad de entregarse cuanto antes: siendo de este modo vencida su constancia con semejante engaño, mas no con el valor. Despues de esta empresa se apoderó Basto de Carmañola y Cariñan; y habiendo peleado su caballería con feliz suceso, condujo el ejército á cuarteles de invierno.

A mediados de la primavera habia pasado á Sicilia Muley-Asen; pero intentando ir á Génova para salir al cuentro al César, que se encaminaba á aquella ciudad adonde le llamaban sus negocios, fue arrojado á Nápoles por una tormenta. Recibióle honoríficamente el virey Toledo; y es digno de admiracion lo que se refiere del lujo de este bárbaro. Era muy apasionado á los aromas, y la fragancia de los manjares compuestos con ellos era tan grande, que se derramaba por todas las calles inmediatas á su casa. Entretanto que se detuvo allí, su hijo Amida, á quien habia dejado para la custodia del reino, acometió á la ciudad con una repentina invasion, sin que le resistiesen los habitantes, que se hallaban ostigados de la crueldad del padre. Luego que el Bárbaro recibió esta noticia, comenzó aceleradamente con permiso del virey á reclutar tropas y á comprar armas y todo lo demás necesario para la guerra. Acudian al oro de Berbería todos aquellos que por sus delitos eran dignos de muerte, los desterrados, los hombres perdidos, y en suma la sentina del pueblo. Juan Bautista Lofredo, noble napolitano, fue electo general, y pasó al Africa con el rey y cerca de dos mil soldados, con los cuales y juntándose sin tardanza algunos pocos caballos que seguian la fortuna de su señor, marchó á Tunez, esperando que se le unirian todos aquellos que estuviesen disgustados del estado presente de las cosas. Procuró en vano Tobar, gobernador de la Goleta, disuadir á Lofredo de esta empresa pero despreciando el prudente consejo del Español, se acercó á la ciudad, y de repente salió por las puertas un numeroso escuadron de hombres armados. Al punto que comenzó la pelea salió de los olivares cercanos otra gran multitud de infantes y caballos en tropel y rodearon las pocas tropas de Lofredo. Estas al principio, aunque se componian de gente malvada, pelearon con mucho denuedo, y rechazaban á los enemigos con sus arcabuces; pero oprimidos por la ligereza de los bárbaros, no tuvieron tiempo para hacer nueva descarga, y atónitos con el pavor, arrojando las armas, se refugiaron á una laguna inmediata, hiriéndoles el enemigo por las espaldas. Algunos pudieron apoderarse de unos barcos, y se escaparon á la Goleta. El general viéndose perdido, metió espuelas al caballo, y sumergiéndose profundamente

en el lodo, pereció traspasado de los tiros que le dispararon. Nicolas Tomasio, capitan veterano, exhortó á los suyos á que resistiesen con valor, y prefirió una honrosa muerte á una ignominiosa fuga. Salváronse apenas quinientos soldados, á quienes Tobar, compadecido de su desgracia, socorrió con vestidos y víveres, y los envió á su patria. Muley-Asen fue herido en la frente, y habiendo sido hecho prisionero al tiempo de su fuga, mandó Amida que le privasen de la vista con un hierro ardiendo. Finalmente, despues de haber padecido muchas calamidades, pasó otra vez á Europa, y al cabo de algunos años vino á Sicila, donde le mantuvo la liberalidad del César. Tales son las vicisitudes de la fortuna, que no menos se burla de los grandes que de los pequeños.

Gozaba España entonces de tranquilidad y alegría. El príncipe don Felipe á fines del otoño contrajo matrimonio con doña María, hija de don Juan, rey de Portugal, doncella de mucha hermosura y recomendables prendas. Celebráronse en Salamanca los desposorios, conduciendo con gran pompa á la esposa desde la frontera don Juan de Silíceo, obispo de Cartagena, y el duque de Medina-Sidonia. Hizo las sagradas ceremonias el arzobispo de Toledo, y fueron padrinos el duque de Alba y su mujer, habiendo sido grande el concurso de la nobleza, y la alegría y regocijo de España. El reyezuelo de Tremecen, despojado del trono y vencido en batalla por el conde de Alcaudete, gobernador de Oran, y á quien el rey de Argel Asan Agá habia obligado á que renunciase la alianza de los cristianos, fue acogido y amparado por el de Fez. Su hermano, que le sucedió en el reino por el favor del mismo gobernador, fue tambien destronado por Asan, hijo de Aradino, declarado rey de Argel, y en el año siguiente vino á implorar el socorro del conde, quien con mano armada le restituyó á su trono, habiéndose escapado su tercer hermano, que con el auxilio de Asan se habia apoderado de Tremecen; despues de lo cual se retiró á Fez con Muley-Amet su hermano mayor. De aquí se originó guerra entre el conde y Asan, que duró hasta la muerte de Aradino; pues habiéndose anunciado esta al tiempo de dar una batalla, oprimido el hijo con la tristeza, desistió de la guerra, y en el campo mismo ajustó la paz con Alcaudete, y el Español le reconoció por rey en calidad de tributario del César. Pero estos sucesos acaecieron algunos años mas adelante; volvamos á los de los tiempos anteriores.

CAPITULO XVI.

Prosigue la guerra en el Piamonte y sus varios sucesos. Batalla naval entre la armada española y la francesa en las costas de Galicia.

En lo mas rigoroso del invierno volvió á encenderse el fuego de la guerra en el Piamonte. Habia sucedido á Buter el duque de Enguien, quien con un nuevo refuerzo de tropas que llevó consigo llegó á juntar un poderoso ejército, con el que acometió y sujetó algunos pueblos, pero no pudo tomar á Cariñan. El valor y constancia de su gobernador Pirro Colona escitó la emulacion de los generales Enguien y Basto. Aquel se habia obstinado en espugnar la ciudad por hambre; y este no podia sufrir semejante pérdida sin menoscabo de su honor. Al mismo tiempo que juntaba socorros llegaron cuatro mil alemanes que le enviaba el César: mandados por Madruci; y gozoso Basto con la esperanza de aliviar la necesidad de los sitiados, mandó disponer las cargas para enviar delante el convoy que tenia prevenido. Levantó su campo, y el dia doce de abril del año de 1544 llegó á Cerisola, donde le salió al encuentro el enemigo; y al dia siguiente ordenó este sus escuadrones, y le provocó á la pelea al son de las trompetas. No la rehusó Basto, y habiéndose acercado uno y otro ejército, comenzó el combate con igual esperanza de ambos. Aunque de los españoles y alemanes endurecidos en muchas guerras apenas habia tres mil en el ala derecha, por aquella parte fueron muy superiores, no solo con pérdida, sino con ignominia de los enemigos. Pero mientras los alemanes nuevamente reclutados, que poco antes habian llegado al campo, peleaban valerosamente, en lo mas recio del combate fueron arrollados por la caballería, y puestos en fuga. Los coraceros franceses rechazaron á la caballería ligera imperial, y viendo desbaratado el escuadron aleman, persiguieron y destrozaron á los que ya estaban consternados. Tambien los suizos hicieron en ellos gran carnicería, sin que acudiese alguno á socorrerlos. El príncipe de Salerno con los italianos se retiró sano y salvo á Aste, donde se habian apostado con el príncipe de Sulmona los que al principio de la batalla derrotaron á los alemanes, siguiéndolos Basto que ignoraba del todo lo que habian hecho los veteranos. Estos, que tampoco tenian noticia de la pérdida de sus compañeros, habiendo tomado á los enemigos la artillería, procuraban llevar adelante la victoria, cuando rodeados por la caballería francesa y obligados á hacer frente por todas partes, tuvieron al fin que ceder á la adversa fortuna, y echando á tierra las armas, fueron todos hechos prisioneros con su cabo don Ramon de Cardona: Seisnec, que mandaba á los alemanes, pudo tomar un caballo y se escapó de en medio de la confusion. Los historiadores dicen que en aquella batalla quedaron muertos ocho mil hombres de uno y otro ejército, la mayor parte alemanes. Madruci fue encontrado cuasi muerto, y en el mismo paraje le hizo Enguien curar con mucha diligencia, y habiendo recobrado la salud, le envió libre en obsequio de su hermano el cardenal de Trento. Un autor español afirma que fueron muertos cuatro mil franceses: un italiano los reduce á tres mil: y un francés á solos doscientos y ochenta; pero ¿quién podrá saber de cierto la verdad entre tantas contradicciones? A los españoles y alemanes, en consideracion á su valor, envió libres el rey Francisco á su patria, mandando que de pueblo en pueblo se les diesen gratuitamente los víveres necesarios, y una escolta para que ninguno los insultase. Contábanse siescientos cuarenta y tres españoles, y cerca de dos mil alemanes, de los cuales la mayor parte se alistaron voluntariamente en las banderas francesas.

Despojado el marqués del Basto de sus bagajes, condujo á Aste el resto de las tropas que le dejó la fortuna, y desde allí, bajando por el Pó, pasó á Pavía, y despues á Milan. Inmediatamente buscó dinero para reforzar el ejército con nuevas tropas. Milan, aunque se hallaba afligida con las necesidades públicas, porque los bienes de todos sus ciudadanos se habian disminuido con una guerra tan larga, contribuyó con cien mil ducados, y las demás ciudades siguieron su ejemplo. Cosme, duque de Toscana, le envió dos mil infantes en las galeras de Doria. Los cardenales se hallaban divididos en partidos, y cada uno procuraba ayudar al suyo. Haciánse reclutas de gente en todos los dominios de la Iglesia con sentimiento del papa, que permaneció neutral en esta guerra. Habiéndose Juan de Vega trasformado de embajador en capitan, se apresuró á venir á Milan con los soldados que habia reclutado. En el camino visitó á doña Margarita, hija del César, que estaba irritada con su marido, porque dilataba importunamente socorrer á su padre en tan adversa fortuna; y habiendo rehusado Vega admitir una suma de dinero que con ánimo generoso le ofrecia para los gastos de la guerra, le obligó esta princesa á recibirlo.

Entretanto, Pedro Estrozzi, desterrado de Florencia, juntaba un ejército en la Mirándula de órden del rey Francisco, con la esperanza que tenia de

recobrar la Lombardía; pero habiendo por su mucha aceleracion caido en una emboscada con sus tropas y otras reclutadas en Roma; que mandaba el conde de Pitiliano, tuvo que entrar en una tumultuaria accion en que fue vencido y puesto en fuga por el príncipe de Salerno. Al primer choque se desordenaron las tropas imperiales, y á la verdad los estrozzianos proclamaron la victoria y tomaron algunas banderas. Pero enviando oportunamente el de Salerno al príncipe de Sulmona con la caballería, los acometió por varios parajes llenos de árboles y viñas. Envistiéronles desde lejos y desde cerca los caballos y los infantes, cuyo ímpetu, no pudiendo sufrir los enemigos, fueron derrotados y dispersos con mucho estrago. Estrozzi se refugió á Placencia con las reliquias de su ejército, para evitar el peligro, y reclutando á su costa otras compañías, juntó hasta seis mil hombres, los cuales condujo al campo francés, habiendo tomado para su marcha un largo rodeo por los montes de la Liguria.

Permanecian todavía los franceses delante de Cariñan obstinados en tomar la ciudad por hambre, y este empeño fue provechoso á los españoles, pues tuvieron tiempo para reparar la pérdida que habian padecido. Pero impaciente Estrozzi con la tardanza puso sus tropas en campaña, y se apoderó entretanto de Alba. Vega, hombre intrépito y observador de la severa disciplina, espugnó á Auxiano, habiendo pasado á cuchillo la guarnicion y algunos de los habitantes. Amedrentados con este ejemplo los enemigos entregaron sin resistencia alguna á Andesano cuando ya se disponia á combatirla. Despues de esto entregó las tropas á Basto y se volvió á Roma á continuar las funciones de su embajada. Ponte-Stura fue tomada por los españoles con muerte de todos los que la defendian, y el vencedor recogió un considerable botin con siete piezas de artillería, habiéndose visto obligado á entregarla Pirro, que habia mantenido la guarnicion por muchos dias con salvado y carne de caballo. Dícese que los soldados se comieron en esta ocasion seiscientos y tres jumentos, tolerando de esta suerte desde la desgraciada batalla de Cirisola, y por espacio de dos meses tan apretado sitio, y privando al enemigo del fruto de la victoria. La ciudad fue entregada á los franceses el dia veinte y dos de junio bajo las condiciones acostumbradas en semejantes casos: fueron las de conceder á los sitiados que llevasen consigo sus bienes, pero obligándose con juramento á que no tomarian las armas contra el rey de Francia en el término de cuatro meses. Pirro marchó á París á fin de alcanzar del rey la libertad segun lo pactado, y habiéndosela concedido con liberalidad, se fue inmediatamente á presentar al César.

Estas y otras cosas sucedian en el Piamonte, cuando Aradino, despues de haberle hecho muchos regalos el rey y los genoveses á fin de evitar los males que pudiera hacerles, levantó anclas de Tolon, y navegó al Oriente sin haber hecho daño alguno en las costas de Génova, en lo cual guardó fielmente su palabra. Pero causó muchos y graves males en la Toscana y Nápoles, habiéndolo llevado todo á fuego y sangre, y cautivando infinito número de personas; y hubiera hecho mayores estragos á no impedírselo las guarniciones de caballería y infantería que se hallaban dispuestas por todas partes. Fue saqueando y robando con gran tumulto hasta el Faro de Mecina; pero las calamidades de Lipari escedieron á todas, pues apoderado de la ciudad bajo de buenas condiciones, sacó de allí siete mil cautivos, de los cuales solo puso en libertad á un tal Nicolás, por cuya perfidia y maldad se habia hecho la entrega. Llegó Aradino á Constantinopla con sus navíos muy cargados de riquezas, y en breve tiempo pereció de una diarrea.

En este verano hubo en el Océano una batalla naval entre españoles y franceses. Don Alvaro de Bazan recorria las costas de Cantabria con una armada de veinte y cinco navíos, á fin de arrojar de ellas á los franceses que las frecuentaban. El dia de Santiago descubrió Bazan la armada enemiga, que se componia de treinta navíos, fondeada en la costa de Galicia. Los franceses corrian por todos aquellos pueblos haciendo muchas presas, sin recelarse del mal que los amenazaba; pero su almirante Sana, viendo que se acercaba la armada española, hizo inmediatamente recoger á los que andaban dispersos y la acometió á toda vela, disparándola una lluvia de balas. El Español que por su parte no se descuidaba, embistió á la almiranta francesa con toda la fuerza de su artillería, la echó á fondo con la gente que llevaba, y apresó otro navío que acudió á socorrerla. Duró la pelea por espacio de dos horas contínuas con gran furor y estrago, y finalmente el vencedor español condujo la armada apresada al puerto de la Coruña, y pasó luego á Santiago á cumplir delante del santo apóstol los votos que habia hecho por la victoria. Esta accion la refieren los historiadores españoles, y es digno de admirar que ninguno de los estraños haga la mas mininima mencion de ella.

CAPITULO XVII.

Guerra de los portugueses en la India con el rey de Cambaya, y entre el Turco y el rey de Persia.

Habiendo convocado el César en el invierno de este año una dieta en Spira, acordó en ella muchas cosas pertenecientes á los negocios públicos de Alemania. Hizo paces con el rey de Dinamarca con grande utilidad de los flamencos; pero no dejó piedra por mover contra el Francés, que todo lo revolvia y alteraba. Para hacerle la guerra se le concedió levantar á costa del público cuatro mil caballos y veinte y cuatro mil infantes, que habian de servir por espacio de seis meses, segun la antigua costumbre de Alemania. En esta dieta y á fines del año anterior, murió don Francisco de Mendoza, obispo de Jaen, que habia seguido al César. Fue electo en su lugar don Pedro Pacheco, trasladado de la diócesis de Pamplona; y no residió en su iglesia por hallarse ocupado en Roma en gravísimos negocios. Sucedióle en Pamplona don Antonio de Fonseca, segundo de este nombre. Pero volvamos á continuar la narracion comenzada.

A la salida de la primera cercó Gonzaga con tropas á Luxemburgo, y habiendo impedido que le entrasen víveres algunos, le espugnó al fin con la espada del hambre; y de este modo cayó en tierra aquel vano trofeo de la gloria de Francisco, sin que costase ninguna sangre á los vencedores. El César, despues de concluida la dieta, juntó todas sus tropas, habiéndole enviado algunas el rey de Dinamarca, en virtud de la alianza nuevamente contraida con él, por lo cual se estableció que tendrian unos mismos amigos y enemigos. Se asegura que el César llegó á tener en su campo hasta setenta mil hombres, á los cuales seguian infinitos pertrechos y provisiones de guerra. Introducidas estas tropas en el pais enemigo, y habiendo tomado y saqueado algunos pueblos, se detuvo su ímpetu en San Didier; porque el apoderarse de esta plaza era mucho mas dificil de lo que se habia creido. Estaba la ciudad muy fortificada y provista de gente, armas y víveres, y la defendia con el conde de Sancerre, monsieur de La Lande, hombre intrépido y muy célebre por haber defendido á Landreci en el año anterior. Fortificábanse y peleaban unos y otros con sumo esfuerzo, y el príncipe de Orange fue herido en la espalda por una piedra arrancada del muro al impulso de una bala. Lleváronle á su tienda donde le visitó el César

y le abrazó y consoló con mucha humanidad y amor, y al dia siguiente espiró, dejando por heredero á Guillelmo de Nasau su tio, y aunque en el mismo dia fue muerto La Lande por otra piedra que le tiraron desde el campo, su muerte fue un vano consuelo de tan considerable pérdida. Peleóse muchas veces sin fruto alguno y con grave daño, corriendo algunas veces al muro los españoles sin esperar la órden de su general, solo impelidos del temerario ejemplo del alférez que llevaba la bandera, y que ardia por adquirir el honor de tomar la ciudad. Por este tiempo disimulaban los capitanes semejantes desórdenes, y lejos de castigarlos, elogiaban la audacia que se adelantaba al mandato, á fin de fomentar por este medio la emulacion entre las naciones, para incitarlas á pelear valerosamente; pero esta perversa opinion corrompia la disciplina militar. Tampoco fue sin sangre la victoria para los franceses, que perdieron doscientos y cuarenta de los mas intrépidos. Juntaba el rey de Francia tropas para socorrer á los sitiados, si se le presentaba ocasion de poder hacerlo con seguridad. En el número varian los autores segun su costumbre; y Ferroni las hace llegar hasta ochenta mil hombres. Entretanto habia algunas escaramuzas de poca consideracion entre los que salian á buscar forrajes. El rey Francisco habia puesto su campo cerca del rio Marne bajo el mando del delfin y del duque de Orleans, á quien habia dado por consejero á Anebaldo.

El Inglés pasó por este tiempo con su ejército á Francia, y se acampó en las costas de Bretaña. Los condes de Reux y Bura combatian con el ejército flamenco á Montrevil, y habiéndoles enviado el rey Enrique un refuerzo de sus tropas al mando del duque de Nortfolc, sitió con las demás á Bolonia, ciudad marítima de la Picardía; hallándose de este modo combatidas tres ciudades á un mismo tiempo. El César perseveraba en el sitio de San Didier, estando resuelto á concluir la empresa, mas con el trabajo y paciencia de los soldados que con su peligro y su sangre. Pero convenia alejar de allí á Brissac, que se hallaba en Vitri con un poderoso ejército, para que privados los sitiados de la esperanza de este socorro, hiciesen cuanto antes la entrega. A este fin envió con escogidas tropas á Mauricio de Sajonia, y Francisco Atestino, á los cuales seguia Fustemberg con su legion, y siete cañones; y habiendo salido del campo al ponerse el sol con trescientos caballos, comenzaron la pelea con los que se hallaban de centinela por la ciudad. Escitado Brissac con el estrépito y confusion, ordenó sus tropas segun se lo permitia el tiempo, y hizo frente á los que acometian. Trabóse un cruel combate en las tinieblas de la noche, y habiendo Atestino puesto en fuga á la caballería, dió con su ejército sobre la infantería, la que fue desbaratada por la imperial. Muchos quedaron muertos, y los demás consiguieron escapar con la oscuridad, y libertarse de su total pérdida. Habíanse encerrado trescientos en una iglesia que estaba en el arrabal, y derribada con la artillería fueron todos muertos por los alemanes, y quemada la ciudad, á pesar de las órdenes de los capitanes que se lo prohibieron. Abatió mucho el ánimo de los sitiados la desgracia de Brissac, hallándose ya no poco consternados con la muerte de La Lande; de tal manera, que viendo no les venia socorro alguno, ni esperanza de él, comenzaron á pensar en la entrega. Enviaron un trompeta; y habiendo obtenido permiso para conferenciar, ajustaron treguas por doce dias, ofreciendo entregar de buenafe la ciudad, si dentro de este término no viniese el rey con su ejército á socorrerlos. Cumplido este tiempo, y no habiendo parecido el rey, se entregó Sancerre con la honrosa condicion de salir libre con sus soldados armados, llevando dos cañones de artillería.

Apoderóse el César de San Didier, y levantó el campo para dirigirse á París, publicando para ocultar su designio que marchaba hácia Chalons. Pero habiendo caminado algun tanto, torció repentinamente hácia Espernay, ciudad situada en el camino la cual tomó, y mantuvo algunos dias el ejército con muchos víveres que sacó de los almacenes que allí habia. De este modo sucedian todas las cosas prósperamente al César, y adversas á su enemigo. Entretanto se declaró la guerra á los campos, no dejando en ellos fruto alguno. Todo se hallaba lleno de tumulto y confusion con el contínuo incendio de las aldeas, y con la fuga y pavor de sus habitantes. Corrieron los imperiales hasta Meaux, y tomaron algunos pueblos, dividiendo solamente los dos ejércitos el rio Marne. Fustemberg se aventuró temerariamente, y sin escolta alguna á esplorar sus vados, y fue hecho prisionero con peligro de perder la cabeza; pues militando antes en las banderas del rey de Francia, se habia pasado al César con una gran suma de dinero destinada á la paga de las tropas. Sin embargo le concedió la libertad aquel rey benigno, pagando treinta mil escudos. Mientras tanto se apoderó una gran consternacion y terror de la populosa ciudad de París, que viendo tan cerca al enemigo, mudó enteramente de aspecto. Todos recogian sus mas preciosos muebles, y por toda la ciudad se apresuraban á llevarlos de unas partes á otras para ponerlos en lugar seguro. El rio Sena se hallaba cubierto de barcos, y los caminos de carros, especialmente los de Orleans y Roan, causando no poco daño los ladrones que por todas partes robaban á los fugitivos: mal inevitable en todo tumulto y confusion. Todos procuraban únicamente ponerse en salvo, posponiendo á esto la patria y á todas las demás cosas; y aunque el rey envió al cardenal Mendocio, y al duque de Guisa para que desvaneciesen aquel pánico terror, no consiguieron cosa alguna, porque el miedo los habia ensordecido. Pero con la venida del rey acompañado de tropas, no solamente cesó la fuga, sino que se restituyeron los demás á la ciudad, habiéndolos amenazado con gravísimas penas. En tan grave peligro, dice Ferroni, que escribió el rey una carta al delfin, en que le mandaba espresamente que no lo aventurase todo á la fortuna de la guerra. Que mirase la conservacion del reino como cosa propia que habia de entrar luego á poseerle. Que aunque el César fuese vencido y derrotado, le quedaban todavía íntegras las tropas inglesas; por lo cual debia adelantarse á París antes que llegase el César á esta ciudad.

En este estado se hallaban las cosas cuando comenzó á tratarse de paz. La reina doña Leonor, y algunos de los mas poderosos de la córte, dieron los primeros pasos para conseguirla, no sin noticia del rey. Viendo pues aquella princesa el peligro que corria el reino, envió al César á fray Gabriel de Guzman, del órden de Santo Domingo, su confesor, pidiéndole que se dignase poner fin con una paz honrosa á una guerra tan sangrienta. El César respondió, que en obsequio de su hermana se prestaria á unas justas condiciones; pues se hallaba tan deseoso de la paz, que habia emprendido tan costosa guerra solo con el fin de conciliarla y establecerla. Así pues, habiendo obtenido permiso los franceses de pasar al campo, marchó Anebaldo con grande acompañamiento de nobles, y fue recibido honoríficamente por Gonzaga y Perenoto: los cuales le condujeron á un templo, que se hallaba á una milla de distancia del campo. Disputaron largamente y sin fruto por mas de seis horas acerca de las condiciones. Volvieron de nuevo á juntarse Anebaldo y Gonzaga con asistencia de otros, y despues de prolijos debates se separaron sin haber convenido en cosa alguna. Aun no se habia perdido del todo la esperanza de ajustar la paz, cuan-

do volvieron otra vez á las armas y á continuar las anteriores hostilidades. Nada quedó intacto del furor de la guerra, ni se perdonaba á cosa alguna humana ni divina, acometiendo los alemanes por todas partes á vista de los franceses. Los luteranos profanaron con sus manos sacrílegas los templos y lugares mas sagrados, lo que causó tan gran dolor al César, que á un cierto Hanceo, portero augustal, le hizo ahorcar del mas alto muro de un convento que habia saqueado. Reprendió severamente á Mauricio, y al príncipe de Brandemburgo porque habian dejado sin castigo tantos delitos; y á fin de aplacar la ira del César registraron los equipajes de sus tropas, y estrajeron al punto todas las alhajas sagradas; las que por su órden fueron restituidas á sus lugares por mano de los sacerdotes. Finalmente se ajustó la paz, que puso término á tantos males, el dia diez y ocho de setiembre en el castillo de Crespy en el Valois, donde el César estaba acampado, firmando los primeros el tratado Gonzaga y Anebaldo, los reyes de armas, y despues de estos el César y el rey. Fueron entregados en rehenes los cardenales de Lorena y Mendonio, Agnodeo, hijo de Anebaldo, y el conde de Valois. Guzman, que había sido el primer móvil para conciliar la paz, fue recompensado liberalmente por el rey con rentas eclesiásticas en premio de su mérito; pero muy luego le despojó de ellas y le arrojó de Francia, atribuyéndole el crímen de que en sus cartas descubria al César los secretos de la córte, como lo dice un autor que despues le trató con mucha familiaridad en Venecia.

Antes que se finalizase el tratado, envió el César á Antonio, obispo de Arras, hijo de Perenoto, para que diese noticia del negocio de la paz á Enrique, rey de Inglaterra, que sitiaba á Bolonia. El Ingles, aunque lo llevó á mal, respondió: «que no envidiaba al »César su fortuna: que se alegraba en gran manera »que la guerra y la paz se hubiesen hecho conforme »á sus deseos; pero que habia resuelto de antemano »no dejar las armas, hasta que consiguiese las ma»yores y mas completas ventajas.» Habiendo recibido el César esta respuesta, se apresuró á concluir la negociacion bajo de estas condiciones: que sepultadas del todo las anteriores discordias, hubiese una paz perpétua entre el César y el rey: que prometiese el César su hija al duque de Orleans, y que diese á la esposa en dote el dominio de Flandes, con el título de reino; y que si no tuviese efecto, casase con la hija de su hermano don Fernando, dándole la Lombardía con el mismo nombre. Añadiéronse varias precauciones para el caso de morir uno ú otro de los consortes; pero el César, para deliberar sobre esto, pedia el término de ocho meses, á fin de esplorar entretanto las voluntades de los príncipes don Felipe y don Fernando; y que pasado este tiempo se obligaba á que se celebrase el matrimonio con una de las dos princesas en el espacio de cuatro meses: que si cediese la Lombardía, retendria para sí las fortalezas de Milan y de Cremona hasta que naciese hijo varon de aquel casamiento: que el Francés restituyese al Saboyano las ciudades que le habia tomado en el Piamonte; y que custodiase con sus tropas las fortalezas que eligiese ínterin que el César retuviese otras en Lombardía: que fuesen testituidas de buena fe las ciudades que recíprocamente se habian tomado despues de las treguas establecidas en Niza; que además renunciasen los antiguos derechos y pretensiones, á fin de que no quedase causa alguna para renovar la guerra; y que habian de juntar sus fuerzas contra el Turco y los herejes. Estos fueron los principales artículos del tratado. En el mismo dia en que fue proclamada la paz, vino el duque de Orleans á abrazar al César, y fue recibido con muchas muestras de regocijo, y tratado espléndidamente. Bura y Reux, que continuaban todavía en el sitio de Montrevil, tuvieron órden para retirarse. Los españoles y alemanes que estaban discordes entre sí, fueron enviados por diversas partes, para evitar que no tuviesen algun encuentro. Sande con su tropa se encaminó á Hungría, y los demás á España. Pero estos no pudiendo sufrir el ocio, como nacidos para la guerra, luego que llegaron á Inglaterra, se alistaron en las banderas del rey Enrique, á cuyo servicio pasaron tambien, con permiso del César, el duque de Alburquerque don Beltran de la Cueva, hombre muy esperto en la ciencia militar, y su hijo don Gabriel, que tanto contribuyó á la toma de Bolonia. El César habiendo despedido su ejército se retiró á Flandes con el duque de Orleans, su futuro yerno, y los rehenes. Nortfolc se trasladó desde Montrevil al campo del rey de Inglaterra, para que con la retirada de sus sócios, no le oprimiesen los franceses, que se encaminaban á aquella ciudad. Despues de un sitio de cincuenta y ocho dias fue entregada Bolonia por su gobernador Verbin; y habiéndola asegurado el Inglés con una buena guarnicion, y todas las provisiones necesarias, se restituyó felizmente á Lóndres con su ejército y armada en el mejor estado.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO I.

Sujétanse los rebeldes de la provincia de Jalisco. Viaje á la California y á la Florida. Providencias del César en favor de la libertad de los indios.

Por este tiempo era muy vario el aspecto de las cosas de América. Las guerras anteriores habian producido entre otros males, como sucede siempre, un seminario de vicios y maldades. La justicia no tenia fuerza alguna contra unos hombres armados, y solo triunfaba el desórden, sin respeto alguno á la honestidad. En Nueva-España se remediaron en parte estos males por el valor y celo del virey don Antonio de Mendoza, que se dedicó á reprimir los vicios nacidos con la guerra. Finalmente arreglados los negocios interiores del mejor modo que permitian las circunstancias actuales, salió de Méjico con tropas para apaciguar la dilatada provincia de Jalisco, que estaba inquieta. Contábanse trescientos caballos, la mayor parte de la nobleza, y ciento y cincuenta infantes, á los cuales seguian numerosos escuadrones de indios. Entonces se concedió por primera vez á los caciques que llevasen caballos y armadura española. Los precipicios y parajes ásperos que habian ocupado los enemigos les servian de fortalezas; pero fueron arrojados de ellos con mucho estrago de unos y otros: mas no habiéndolos abatido esta desgracia, se acamparon en otros peñascos altísimos, estando resueltos á hacer los últimos esfuerzos para defenderse. No aterró á los españoles lo fragoso de aquellos lugares, sin embargo de que parecian inaccesibles aun para las mismas aves; y habiendo esplorado antes las sendas marcharon al enemigo, y pelearon muchas veces acérrimamente ayudados de los indios mejicanos con admirable valor y fidelidad. Luego que llegaron á lo mas elevado de los peñascos, combatieron á pié firme con el mayor teson, y al fin quedaron vencidos y derrotados los bárbaros, con muerte de ocho mil de ellos. En medio de la confusion fue hecho prisionero el cacique, y sirvió de mucho para apaciguar aquellas gentes ferocísimas. Dos años empleó Mendoza en subyugarlos, y se restituyó á Méjico con su ejército en buen estado, y con muchos despojos.

Despues intentó reconocer el mar del Sur, cuya espedicion encargó á Juan Rodriguez Cabrillo, dándole dos navíos muy bien equipados de todo lo necesario. Con ellos penetró hasta cuarenta y cuatro grados mas allá del cabo Mendocino, situado casi á la

estremidad de la California, navegando muchas millas hácia el Noroeste, y entre horribles tormentas reconocieron las islas y el continente. Regresaron estos navíos al puerto de la Natividad, habiendo muerto en el viaje su capitan. Como no se sacó fruto alguno de esta empresa, mandó el mismo virey á Ruy de Villalobos navegar al Occidente con cuatro navíos y una galera, llevando consigo á fray Nicolás Perea, del órden de San Agustin. La galera pereció en breve en aquel mar tempestuoso, y despues de una larguísima y trabajosa navegacion, arribó á unas islas que están al Oriente de nuestro hemisferio. Una de ellas que fue llamada Cesaréa en memoria del emperador, tiene de circuito mas de mil y cuatrocientas millas. Los bárbaros que la habitan son de una ferocidad indómita. Con ellos peleó Villalobos muchas veces prósperamente, y recogió alguna cantidad de oro y aromas, y continuando su viaje arribó á Gilolό, una de las islas Molucas, donde hizo muchas cosas buenas y malas, ya declarándose amigo de los isleños, ya de los portugueses, mudando de partido segun se le presentaba la ocasion, hasta que falleció de una enfermedad. Sus compañeros, aunque muy debilitados de salud, navegaron á Malaca, y despues de haber permanecido allí por espacio de cinco meses, vinieron á Goa. Finalmente auxiliados del virey portugués, se embarcaron para España, y llegaron á estos reinos el año cuarenta y siete de este siglo.

En Yucatan no se habia hecho en mucho tiempo cosa digna de memoria hasta que Francisco Montejo trasladó el gobierno de aquella provincia á su hijo del mismo nombre, jóven de escelente índole, y de grandes esperanzas. Este pues habiendo dado con un pequeño escuadron dos grandes batallas, una en Chibou, y otra en Tibou, además de otros ligeros combates, venció á aquellos indios belicosos, y les obligó á sufrir el yugo. Despues fundó á Mérida, Campeche y Valladolid, y finalmente á Salamanca, y estableció colonos para que contuviesen á los bárbaros en su deber, y entretanto vivió su padre en Chiapa, separado del tumulto y fatigas de la guerra.

Por este tiempo se agravaron en la Florida las calamidades padecidas en las anteriores espediciones, porque todos los españoles entraron con desgracia en esta provincia. Hernando de Soto, soldado de Pizarro, de esclarecida fama, introdujo con próspero viaje en diez navíos por el puerto del Espíritu Santo mas de mil y doscientos hombres armados, de los cuales mas de la cuarta parte eran de caballería. Salióle al encuentro Juan Ortiz, que habitaba entre los bárbaros desde la desgraciada espedicion de Narvaez, y habiéndole servido de intérprete, vino á invernar á Apalache, donde con halagos se concilió la amistad del cacique. Previno Soto todo lo necesario para continuar su viaje, y á la entrada de la primavera comenzó á caminar por una dilatadísima region. Fue recibido de algunos como amigo y de otros como enemigo. Una jóven doncella que gobernaba una de estas naciones, le obsequió con una gran cantidad de perlas y otros regalos, y despues de haberle provisto de víveres le despidió benignamente. Recogieron los españoles setecientas veinte libras de perlas, entre las cuales las habia de gran valor, y del tamaño de un garbanzo, y se repartieron con igualdad entre todos. Juan Terrones, soldado de infantería, cansado de llevar la parte que le habia tocado, la arrojó en un bosque, haciéndose intolerable el peso de las perlas á unos hombres que en su patria no tenian ni aun moneda de plomo. Estas riquezas las produce el rio Ichaa, cuyo nombre toma del pueblo inmediato; y allí se guardaban otras cosas preciosas, que entonces quedaron intactas para no embarazar con ellas á los soldados en su marcha. Habiendo llegado á Movila, pueblo de mucha gente y bien fortificado, recibieron algun daño por las asechanzas del cacique Ilascaluca, hombre de una estatura desmesurada. Tuvieron con él una pelea atroz, sangrienta y tumultuosa, que duró por espacio de nueve horas. Los bárbaros eran fortísimos, y las mujeres los igualaban en ferocidad. No obstante fueron vencidos y derrotados á viva fuerza, quedando muertos once mil de aquella multitud. Con sus flechas y con las llamas con que incendiaron el pueblo, perecieron ochenta y tres españoles, cuarenta y cinco caballos, con parte de los bagajes, y las alhajas sagradas. No hay necesidad de referir por menor todos los sucesos de esta espedicion. Finalmente vinieron á invernar á Chicoza, provincia muy dilatada; pero desde allí se trasladaron á otra parte, porque los habitantes de aquella region para libertarse de una turba de hombres tan insolentes, les quemaron de noche sus chozas, cubiertas de paja, disparando sobre ellas flechas encendidas. En este lance perecieron cuarenta españoles, cincuenta caballos, y otras cosas; lo que fue una grave pérdida para tan poca gente. Luego que entró la primavera continuaron su marcha en escuadrones por tierras desiertas, y por bosques intransitables y cerrados. ¿Quién podrá numerar los rios y los montes que tuvieron que atravesar, y las fatigas y peligros que padecieron? De este modo transitaron por muchas provincias en medio de contínuos combates, causándose recíprocamente muchas pérdidas, sin tener todavía asiento fijo en un país tan pobre y estéril. Soto oprimido de cuidado cayó enfermo en Guachacoya, y aumentándosele poco á poco su dolencia, falleció de ella, habiendo entregado el ejército, ó por mejor decir sus reliquias á Luis Moscoso. Su cuerpo fue echado á un rio para que los bárbaros no le insultasen. ¡Miserable condicion la de los mortales, que se ven pobres y necesitados aun en medio de la opulencia! ¿cuándo dejarán los hombres de esponer su vida á tan graves y voluntarios peligros? ¿cuándo pondrán límites á sus deseos? ¡miserables riquezas con las cuales crece, y se fomenta el desordenado deseo de adquirir otras! Las calamidades pasadas habian reducido el ejército de Moscoso á solos trescientos y veinte infantes, y sesenta caballos, con los cuales anduvo vagueando de unas partes á otras, padeciendo muy graves infortunios hasta que regresó al rio Grande. Para invernar allí se fortificó contra las frecuentes y molestas invasiones de los bárbaros, que no omitieron cosa alguna de las que sugiere la fuerza y la astucia, á fin de arrojar de su territorio á los extranjeros. Finalmente, perdiendo toda esperanza, resolvieron aventurarse á hacer su retirada, siguiendo el curso del rio, persuadidos de que este era el único medio que les quedaba de escapar con vida. A últimos de junio comenzaron con gran diligencia á cortar madera, y trabajarla para disponer los buques, habiendo encontrado algunos caciques que los favorecieron con mucha humanidad, lo que puede mirarse como un prodigio en medio de tan feroz barbárie; y en el dia de San Pedro se embarcaron en siete barcas y tres faluas. Salieron los bárbaros con mil canoas, que cubrian aquel ancho rio, á perseguir á los que marchaban, arrojándoles con grande griteria tantas y tan espesas flechas, que parecia caer sobre ellos un nublado de granizo. Muchas veces cuando salian á tierra á buscar víveres, y otras navegando, tuvieron que pelear con una inmensa multitud de bárbaros, que se sucedian unos á otros, en cuyos combates perdieron cuarenta y ocho compañeros con algunos caballos. Luego que llegaron á paraje donde por una y otra parte se perdian de vista las riberas del rio, cesaron los bárbaros de perseguirlos. Siguieron la corriente por espacio de veinte dias, en los cuales referian haber navegado mil y seiscientas millas (si no les engañó su cálculo) y desde allí al mar cuatrocientas. Dejando á la derecha la Florida arribaron á los cincuenta y tres dias al rio Panuco, de donde se en-

caminaron por tierra á Méjico á la entrada del invierno del año de mil y quinientos y cuarenta y tres.

En este tiempo se hallaba afligida la Nueva-España con una peste tan cruel, que se asegura dejó solamente con vida á la sesta parte de sus habitantes. En Guatemala, como ya dijimos, gobernaba Alvarado, quien sin embargo de haber quedado cojo de una herida, y de estar muy pesado y viejo, no habia renunciado á la milicia; y deseoso de aumentar las riquezas que poseia, equipó una armada muy poderosa para navegar á las islas de la especería, la cual habiendo arribado á las costas de la nueva Galicia, fue implicada en una guerra. Noticioso de esto Alvarado, recogió á la ligera algunas tropas, y se puso en camino para llevar socorro á los suyos, que se hallaban muy maltratados por los bárbaros; pero en su marcha se precipitó con el caballo por un despeñadero, y pereció miserablemente. La armada regresó á Guatemala sin haber hecho cosa alguna memorable. Poco despues su mujer, que era de la principal nobleza de España, quedó ahogada en una inundacion que arrojó el volcan inmediato á la ciudad que la dejó casi arruinada. En la muerte de esta señora se vió la inconstancia de la fortuna, que trastorna á su antojo todas las grandezas humanas.

Belalcázar volvió de España con el gobierno de Popayán en premio de haber apaciguado la provincia. Su teniente Jorje Robledo penetró con un pequeño ejército en lo mas interior de la region; descubrió nuevas gentes, y para refrenar á los bárbaros estableció una colonia, que llamó Antioquía. Tuvo por compañero de su viaje á Pedro de Cieza, escritor muy diligente de las cosas acaecidas en aquellas partes. Pero entretanto que disponia volverse á España fue hecho prisionero por Alfonso de Heredia, y depojado de la presa que habia adquirido. Despues de esto se suscitó una contienda entre Pedro, hermano de Alfonso, y Belalcázar sobre la posesion de Antioquía, la cual se dirimió á costa de alguna sangre, y al fin quedó la colonia por Belalcázar. Hallándose Quesada en España, su hermano Fernando descubrió un dilatadísimo país hasta Pasto, donde poco antes habia establecido una colonia uno de los capitanes de Pizarro. En la silla episcopal de Cartagena sucedió á Loaysa fray Francisco Benavides, del órden de San Gerónimo, varon muy celoso en apacentar las ovejas de Jesucristo, y alejar á los lobos que hacian presas por aquellas costas. Fue trasladado desde allí á la diócesis de Mondoñedo, y despues á la de Sigüenza, donde murió el año de mil y quinientos y sesenta. En el obispado de Santa Marta sucedió don Martin de Calatayud, y Talavera en el de Tlascala. La ciudad de Popayan pareció á propósito para erigirla en silla episcopal. Fueron establecidas nuevas audiencias reales, y nombrados jueces con potestad suprema para decidir los pleitos. La multitud de los indios que se convertian á Jesucristo era inumerable, dedicándose á instruirlos y doctrinarlos con gran celo los religiosos de diversas órdenes que se habian establecido en muchas partes. Pero como desde el descubrimiento de aquel nuevo mundo abusaban los españoles de la paciencia de sus naturales sin derecho alguno, ni aun imaginario, tratando á estos miserables no como á hombres, sino peor que á las bestias, se renovaron las antiguas leyes, y se promulgaron otras de nuevo para cortar estos abusos, y para que con la fuerza de ias armas se mantuviesen bien gobernadas las provincias. Trabajó en esto con gran celo fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, y otros varones doctos y piadosos, compadecidos de los males de aquella desgraciada gente. Y á la verdad no era posible que se sostuviese el dominio de la América agitado con tan violentas turbaciones, sino fuesen tratados con igualdad el español y el indio, siendo cierto que deben tener un mismo derecho todos aquellos que viven sujetos á un mismo rey, y profesan una misma religion. ¿Qué mayor absurdo puede imaginarse que establecer una república de esclavos? El Cesar pues, cuidadoso de su propia fama, y del bien de aquella pobre gente, mandó en una ley del año de cuarenta y uno que se les restituyese la libertad que injustamente se les habia quitado, disponiendo espresamente en uno de sus capítulos: «Que de ningun modo, ni con pretesto »alguno fuese llevado en adelante ningun indio con»tra su voluntad al servicio del Español, y que fuese »puesto en libertad el que hubiese sido forzado á »ello, sin oir sobre esto á sus señores.» Estas y otras providencias, cuya ejecucion procuraba don Francisco Tello, enviado á este fin por el César á la América, causaron infinitas discordias. Conmoviéronse las colonias de tal suerte, que faltó muy poco para que no rompiesen en una sedicion, sin respeto alguno á la magestad real, si el virey Mendoza con su valor y singular prudencia no hubiera reprimido sus furores. «Llevaban muy á mal los españoles que unos »bárbaros mas semejantes á las bestias que á los hom»bres, y á quienes habian sujetado á costa de su »sangre y de sus bienes, fuesen tratados con leyes »tan favorables, y ellos oprimidos con adversas: que »era mejor la fortuna de los vencidos que la de los »vencedores si se les despojaba del premio de su va»lor. Que desterrados de su patria, de sus padres y »parientes se veian despreciados de los mas viles de »todos los mortales: que vivirian en la miseria y en »los trabajos, atenidos precisamente á la benignidad »de aquellos á quienes vencieron en la guerra: pe»dian pues, que se suspendiesen aquellas leyes hasta »nueva órden del César, para que oyéndolos á ellos »se decretase lo mas conveniente al bien público.» Pero no pudieron conseguir cosa alguna, y solo se resolvió dar cuenta al César para que mudase á su arbitrio lo que le pareciese, lo que á la verdad fue en vano.

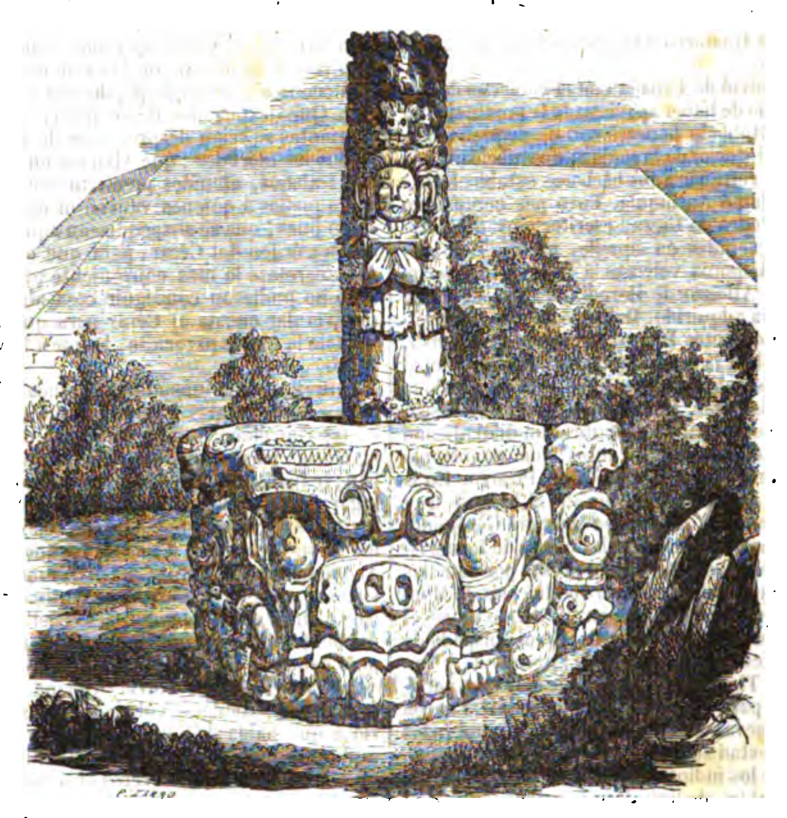
Entretanto fue incendiada la ciudad de Santa Marta por unos piratas franceses que corrian aquellas costas con cinco navíos: lleváronse cuatro piezas de artillería; mas el oro, que era lo que ellos codiciaban, le habian sacado de allí los colonos, y puesto en lugar seguro. Fueron castigados los bárbaros, que incitados por la calamidad de sus señores, habian tomado las armas con deseo de recuperar la libertad. Acometieron los piratas á Cartagena con favorable suceso, pues haciendo una repentina irrupcion, robaron cuarenta y cinco mil pesos del tesoro real. Finalmente hicieron una tentativa contra la Habana; pero habiendo perdido quince hombres, desapareció de allí aquella peste. Volvió Orellana de España con facultad de establecer colonias en las márgenes del rio á que habia dado su nombre, y al tiempo que esploraba aquellos parajes, cayó entre las manos de unos bárbaros muy guerreros, los cuales siendo muy superiores en fuerzas, le mataron en un combate diez y siete compañeros. Anduvo Orellana errante largo tiempo por aquellas costas, sin poder jamás encontrar la boca del rio por donde habia salido al mar en su primer viaje, por confundirse con las bocas de otros muchos. Y habiéndosele destrozado los navíos en una tormenta, cayó enfermo de tristeza, y pereció con muchos de sus compañeros, dispersándose los demás por diversas partes.

CAPITULO II.

Discordias del Perú. Viaje de Alvar Nuñez al Paraguay. Sucesos de los portugueses en las Indias orientales.

Levantáronse en el Perú nuevos tumultos que comenzaron con muertes y estragos, porque muchos hombres perversos, instigados por Juan de Rada, se habian conjurado para vengar la muerte de Almagro. Esta es la causa que se pretestaba; pero la verdadera

no fue otra que la detestable ambicion de mandar y adquirir riquezas, que es ciertamente la que trastorna y revuelve todas las cosas humanas. Sentian vivamente estos hombres no ser admitidos á ningun oficio público, y entregados al juego, al escesivo lujo, al fausto y á todo género de vicios, habian consumido todos sus bienes. No podian tolerar la pobreza; faltábanles todos los medios de subsistir, y esperaban hallar su ganancia en una general revolucion. Aunque muchos dieron aviso á Pizarro de lo que se tramaba, se descuidó en poner remedio á los principios. Despues mudando de parecer mandó encarcelar á los conjurados; lo que fue causa de que acelerasen la ejecucion de su intento. Porque noticiosos del peligro que los amenazaba, fueron veinte de ellos armados en busca de Rada, y escitado este por el miedo que le inspiraron, marcharon todos juntos contra Pizarro á vista de todos los habitantes del Cuzco. A la verdad es muy digno de admiracion que ninguno se les opusiese, ni previniese á Pizarro que intentaban matarle: tal era el terror que se habia apoderado de los ánimos de todos. Entraron en su casa con las espadas desnudas, y pasaron á cuchillo á sus amigos y domésticos que hallaron los primeros, y encontrando en el último cuarto á Pizarro, que con la espada en la mano se habia puesto á la puerta, le mataron el dia de San Juan Bautista del año de mil y quinientos y cuarenta y uno, á los sesenta y tres años de su edad. Fue varon de ánimo escelso, y habia adquirido mucha fama con sus ilustres hazañas, si no las hubiera oscurecido con la ambicion y la soberbia. Inmediatamente fue saqueada la casa con la de su hermano Martin de Alcántara, y la de Antonio Picado, el cual, despues de haber sufrido el tormento, porque se resistió á descubrir el tesoro de su amo, fue degollado. Sin embargo, la presa que hicieron ascendió á ciento setenta y cinco mil pesos. Despues de esto, y hasta que vinieron nuevas órdenes del César, fue declarado virey Diego de Almagro, y fueron perseguidos los que se oponian; y de este modo, unos de grado y otros por fuerza, se sujetaron á su gobierno. Valverde, obispo del Cuzco, lleno de terror y espanto, se embarcó con un hermano suyo para libertarse del peligro; pero en la isla de Puna fue muerto por los bárbaros con otros diez y seis españoles. El cuerpo de Pizarro envuelto en un tapiz por sus criados, fue llevado secretamente al templo para que no le insultasen sus enemigos.



Idolo y altar de la isla de Petra: Guatemala.

Muerto Pizarro, Vaca de Castro su cólega, que gobernaba juntamente con él y con igual potestad, habiendo mostrado la real cédula en que era nombrado por sucesor suyo, se apoderó de todo el mando. Obedeciéronle muchos con gran fidelidad: pero Almagro defendia su derecho con la fuerza de las armas, y comenzó á prepararse una guerra civil, haciendo uno y otro actos de jurisdiccion. Viendo Castro que los contrarios no se avendrian á la razon, puso en marcha sus tropas para conseguir por la fuerza lo que no podia por medios suaves; y acercándose ambos ejércitos, tardaron poco en venir á las manos unos hombres tan enconados. Pusiéronse unos y otros en órden de batalla, y despues de haber exhortado á sus soldados cada uno de los generales, se trabó la pelea con el mayor furor. Ganó Castro la victoria y murieron doscientos y cuarenta de una y otra parte. Otros muchos quedaron prisioneros, entre los cuales

fueron treinta condenados por rebeldes al último suplicio. Concluida felizmente esta guerra, envió Castro á Bergara, Porcel y otros capitanes, cada uno con su escuadron, para que descubriesen nuevas tierras. Almagro fue aprehendido en su fuga por Rodrigo de Salazar, y lo degollaron á los veinte y cuatro años de su edad, en medio de la plaza del Cuzco, en el mismo lugar donde habian cortado la cabeza á su padre. Su cuerpo fue enterrado en la misma ciudad en el sepulcro paterno.

Esta sola batalla puso fin á todas las turbulencias, y de allí adelante se dedicó el virey Vaca de Castro á cultivar las artes de la paz, y especialmente á instruir á los indios en la doctrina cristiana. Recibió el sagrado bautismo Pablo Inca con parte de su familia, á los cuales se encomendó el cuidado de enseñar á los demás, por la facilidad que les daba el uso de una misma lengua. Era Castro muy celoso en este importante punto, y estableció escuelas donde fuesen educados los hijos de los caciques. Casó con nobles españoles á las hijas de Guaynacapac y Atahualpa, conservándoles la honra de su antigua dignidad. Finalmente, procuró con el mayor desvélo arreglar todas las cosas públicas, que estaban muy perturbadas con las anteriores guerras. Todo estaba ya quieto y tranquilo, cuando poco despues causó mayores turbulencias el nuevo virey Vasco Nuñez Vela. Vinieron con él por oidores para administrar justicia



D. Fernando, hermano de Carlos V.

Zepeda, Alvarez, Lison y Ortiz, y habiendo desembarcado con el puerto de Nombre de Dios, pasaron por tierra á Panamá, donde el virey promulgó las leyes concernientes á la libertad de los indios. Lo mismo hizo en Tumbez, y se irritaron tanto los ánimos, que estuvo á peligro de perderse todo. En la provincia de Popayan fueron recibidas por la autoridad de Belalcazar, aunque envió al César á Francisco Roda para que las reclamase del mismo modo que se habia hecho en Nueva España. Por el contrario en Aregulpa las resistieron todos con unánime consentimiento, y de esta suerte fueron á porfia rechazadás por unos, y obedecidas por otros.

Gonzalo Pizarro, habia regresado á Quito con su derrotado ejército de la desgraciada espedicion del Dorado, y sintió mucho mas que se hubiese preferido á Castro para el mando, que la muerte de su hermano. Desde entonces comenzó á manifestarse desafecto al César, y á murmurar libremente, sin respeto alguno de la magestad imperial, y abusando de la potestad de maestre de campo, que le confirió el gobernador del Cuzco, se opuso á las leyes con su autoridad, y con el terror de las armas, y atrajo á sus perversas ideas gran número de españoles, que se quejaban de que iban á perder sus haciendas. Viendo don Gerónimo de Loysa, primer arzobispo de Lima, que todo amenazaba una sublevacion popular, exhortó y amonestó á Vela, que acomodándose á las circunstancias del tiempo, aflojase algun tanto de su severidad. Pero de ningun modo pudo suavizar á aquel hombre inexorable, y de aquí provino, que divididos en partidos unos hombres por otro lado facciosos, y acostumbrados á decidir sus disputas con las armas, el mayor número de ellos seguia á Pizarro, y á Vela los demás que permanecieron fieles. Entretanto cinco españoles muy adictos al partido de Almagro, temerosos de Castro, se habian huido á Mango, que se hallaba en un paraje muy fortificado, el cual quebrantando los derechos de la hospitalidad, mandó que los asesinasen: pero habiéndolo sabido ellos, les ganaron por la mano, y pasaron á cuchillo á muchos de los bárbaros. Gomez Perez, mató con su propia mano al mismo Mango; y finalmente, rodeados por una infinidad de indios, perecieron atravesados de flechas. Habiendo Pizarro juntado un ejército, puso su campo en Andaguaylas. Loaysa, que era el intérprete y conciliador de la paz, pasó á hablarle para componer las discordias; pero

nada pudo conseguir con sus piadosos oficios. Vela no se confiaba de nadie, porque veia que le era contraria la multitud, y aun sus mismos oidores, acomodándose al tiempo, y instigados de sus particulares intereses, habian tomado partido contra él. Estos pues, cometieron el temerario atentado de poner preso al virey, y embarcándole en un navío, se lo entregaron á Alvarez, uno de sus colegas para que lo condujese á España. Castro, que corria el mismo peligro, se huyó á Panamá en un navio, y para prenderlo envió Pizarro á Machicao con una armada; pero habiéndose escapado con tiempo, llegó á España despues de haber padecido mil peligros. Machicao descargó su ira contra los de Panamá que estaban sublevados, y castigó rigurosamente á muchos de los dos partidos. El oidor Alvarez, compadecido de la calamidad del virey Vela, le permitió su evasion, rogándole que le perdonase el haber sido engañado por la maldad de sus colegas. Puesto Vela en libertad, vino á Tumbez, estando resuelto á vengar el atroz insulto hecho á su autoridad, aunque fuese con peligro de su vida. Pizarro vino á Lima con un ejército que se componia de seiscientos infantes y caballos; y como tenia mayores fuerzas, anularon los oidores la potestad de Vela, y le confirieron el mando. No hay necesidad de disputar aquí si esto fue bien ó mal hecho: lo cierto es, que por el miedo de mayores males se cometió tan indigna maldad. Inmediatamente Pizarro comenzó á ejercer la usurpada tiranía, haciendo morir á muchos del partido contrario; por cuyo terror se pasaron no pocos al virey Vela, y con ellos se retiró á Quito. Pizarro, teniéndose por rey, procedió en todo con insolente despotismo, robó el tesoro público, y abolió los tributos. Estas y otras cosas semejantes sucedieron en el Perú por espacio de cuatro años contínuos.

Entretanto sujetaba á los de Chile menos con la fuerza que con la persuasion Pedro de Valdivia, enviado por Francisco Pizarro con ciento y cincuenta españoles. Fundó allí la ciudad de Santiago con su fortaleza. Los bárbaros, aprovechándose de una ausencia de Valdivia, tomaron las armas y la acometieron; pero saliendo los españoles con la caballería, mandados por Alonso Monroy, rechazaron con un terrible combate á la multitud que los atacaba. Al mismo tiempo una mujer, llamada Inés Suarez, arrebatada de la ira, tomó una hacha y degolló á los caciques que estaban presos en la fortaleza. ¡Accion cruel y abominable! Con la noticia de esta revolucion habia enviado Castro á Chile sesenta españoles, que ayudaron mucho á Valdivia para refrenar á los bárbaros. Comenzó en Quillota á beneficiar las minas de oro, edificando una fortaleza en aquel paraje, de donde se sacaron grandes riquezas. Fundó tambien una colonia, que por el nombre de su patria la llamó la Serena, con un puerto muy cómodo para recibir las mercadurías del Perú.

Por este tiempo hizo Alonso Camargo una espedicion al estrecho de Magallanes con tres navíos, costeados por don Gutierre de Vargas, obispo de Plasencia: uno de ellos se hizo pedazos al tiempo de salir al mar del Sur, otro le condujo Camargo al puerto de Arica muy desbaratado y haciendo mucha agua, y el tercero se vió forzado por las tormentas á invernar en el mismo estrecho; y habiendo intentado en vano pasar mas adelante, regresó á España, confirmando lo difícil y peligrosa que era la navegacion del estrecho: por lo cual, todo el comercio del mar del Sur se hacia por Panamá y Nombre de Dios, lugares oportunos para conducir los efectos de Europa.

Alvar Nuñez cabeza de Baca, navegó con tres navíos al rio de la plata para esperimentar mas favorable fortuna en la region austral, que la que habia padecido en la septentrional en la desgraciada espedicion de Narvaez. Despues de una larga y trabajosa navegacion, arribó á las costas del Brasil, y habiendo mandado que entrasen por la boca de un rio muy ancho y tempestuoso, se puso él en camino por tierra, con doscientos y cincuenta soldados para esplorar lo interior de aquellos paises. Era preciso atravesar montes altísimos y abrir sendas á fuerza de hacha por medio de espesos bosques. Por todas partes no veian otra cosa que una horrible soledad, y en esta fatiga pasaron veinte dias. Habiendo salido al cabo de ellos á lugares abiertos y cultivados, les fue necesario amansar y domesticar á los bárbaros, porque los espantaba mucho los semblantes de aquellos hombres y sus vestidos, y principalmente la carrera de los caballos, no habiendo visto antes en sus tierras extranjero alguno. Pero como el capitan estaba tan práctico en las costumbres de los bárbaros, los pacificó facilmente y les quitó el miedo, de tal suerte que le traian todo cuanto tenian en sus chozas. De este modo transitó Alvar Nuñez por muchas provincias, y llegó finalmente al Paraguay y á la colonia de la Asuncion, situada en sus riberas. Procuró restablecer á Buenos-Aires, abandonado por causa de las discordias y de otras incomodidades; y habiendo llevado á esta ciudad nuevos colonos, trató con mucha suavidad á los naturales del país; pero sujetó con las armas á los que no podia vencer con halagos. Restauró con paredes de tierra la ciudad de la Asuncion, destruida casi del todo por un casual incendio. Domingo de Irala fue enviado con tres barcas, y habiendo navegado mucho tiempo rio arriba con un viaje muy próspero, dió noticia de una region fértil. Siguiólo el mismo Alvar Nuñez con cuatrocientos infantes y doce caballos: igual número fue conducido por el rio en barcas; y los que caminaron por tierra, despues de haber esplorado una grande estension de terreno, les fue preciso volver adonde habian salido, porque la espesura de los montes les impedia pasar adelante. La integridad y probidad de Alvar Nuñez fue un prodigio en aquellos tiempos; pues ni fue notado de rapiña alguna, ni de fraude, y en su ánimo jamás tuvo la menor entrada la avaricia. Estos fueron en aquel tiempo los principales sucesos del Occidente.

En el Oriente eran grandes los frutos que se recogian de la predicacion de la divina palabra. Fr. Juan Alburquerque, castellano, del orden de San Francisco, fue nombrado por el rey de Portugal primer obispo de Goa, y tomó posesion de aquella iglesia. Asi lo trae Faria, aunque no sin indignacion, por el odio que tenia á los castellanos. Pero Mafei dice que fray Fernando, religioso del mismo órden, fue el primer pastor de la iglesia de Goa, siendo virey Nuño de Acuña, y que le sucedió Alburquerque. Dejo á otros el cuidado de decidir esta disputa, para no interrumpir la narracion. Navegó Gama al mar Bermejo con una grande armada, pero habiendo procedido con importuna lentitud, se le escapó de las manos la ocasion de poder derrotar la armada turca en el puerto de Suez. Dícese que penetró hasta el monte Sinaí, tan célebre en la Sagrada Escritura; y que en aquel lugar condecoró á muchos de sus compañeros con la banda militar. Al tiempo que meditaba su regreso, le salieron al encuentro unos embajadores de Claudio, rey de la Abisinia, para pedirle socorro contra los turcos: y habiendo mandado á su hermano Cristóbal que pasara á dárselo con cuatrocientos soldados escogidos, despues de ganar dos victorias á los enemigos, vino al fin á ser oprimido de su escesivo número: murieron muchos de los suyos en una batalla, y retirándose los demás con el Abisino á lo mas áspero de los montes, fue el mismo Gama hecho prisionero, y le quitaron la vida los turcos con varios tormentos. El Abisino reparó sus tropas, en las que se contaban noventa portugueses, y mandados por el capitan Manuel de Acuña pelearon de nuevo feliz-

mente con los turcos y los moros trogloditas; y con esta batalla, en que quedó muerto Gradnamed, á cuyas manos habia perecido Gama, se concluyó la guerra. Los portugueses despues de haber sido magníficamente regalados, se volvieron á Goa, y algunos se quedaron voluntariamente entre los etiopes.

Martin de Sousa, nombrado virey de la India, llevó consigo en la armada al padre Francisco Javier, varon esclarecidísimo en todo género de virtudes, y en el don de milagros para infinito bien de las regiones del Oriente, las cuales ilustró con la luz del Evangelio. Habiendo llegado á Goa el año de mil quinientos y cuarenta y dos, fue recibido con la mayor alegría por el obispo Alburquerque. Entregó Gama el mando á Sousa, y se volvió á Portugal con gran sentimiento de aquellas gentes. Por este tiempo se dice que resplandeció en lo interior de la India el valor de Antonio de Faria, cuyas hazañas, que solo pueden compararse con las de los héroes celebrados por los poetas, escribieron Pinto y Faria, á quienes me remito. En este mismo año se atribuyeron algunos la gloria del descubrimiento de las islas del Japon, con agravio de Antonio de Mota, Francisco Zeimoto, y Antonio Peijoto, que navegando á la China, y arrojados de una tormenta, fueron los primeros entre los portugueses que descubrieron aquellas célebres islas, en las que con el trato y comercio de los europeos, se abrió el camino á la propagacion del Cristianismo. Entretanto provocado Sousa con las injurias de los infieles, pasó con una armada á Baticala, ciudad opulenta en la costa de Malabar. No pudiendo con razones persuadir á los bárbaros á que volviesen á su deber, sacó sus gentes de las naves, y habiéndolos acometido los venció y obligó á encerrarse en la ciudad. Renovóse la pelea, y los arrojó de ella, y despues de haberla saqueado, puso fuego á sus edificios. No acaeció por este tiempo otra cosa digna de memoria á escepcion del suceso de Antonio de Paiva, digno de la mayor alabanza, que convertido repentinamente de mercader en predicador del Evangelio, bautizó á dos reyezuelos, y á una innumerable multitud de gentes en Macasar, isla cercana á las Molucas. Pero dejando ahora las cosas de la India, volvamos desde las remotas partes del Asia á las mas conocidas de nuestra Europa.

CAPITULO III.

Dieta de Wormes sobre los asuntos de religion. Comiénzase el concilio de Trento.

ESTABLECIDA la paz, como ya dijimos, se hallaba todo tranquilo, y solo se disputaba sobre la religion, estando los ánimos muy discordes y acalorados. Nunca se habia visto mayor desenfreno en discurrir de las cosas divinas, y cada cual forjaba á su antojo las opiniones que mas le agradaban. De aquí se originaron enemistades y odios mortales, pronósticos seguros del trastorno que amenazaba al estado. Para componer estas discordias fue convocada una dieta en Wormes, á la cual asistió el cardenal Farnesio, legado del pontífice. El César, que se hallaba impedido de la gota, nombró por presidente á su hermano don Fernando. Congregóse pues la dieta á principios del año de 1545; y á propuesta de este príncipe se acordó solicitar la celebracion del concilio para decidir las controversias de religion. Tratóse despues de conciliar los ánimos, no ya para conservar el antiguo lustre de la nacion, sino para defender las vidas y fortunas de todos contra la invasion del Otomano, que amenazaba con el yugo. Estas y otras cosas semejantes fueron mal recibidas de los herejes, porque rehusaban retractar cosa alguna de sus nuevos dogmas, y no querian sujetarse á los decretos del concilio, como si este no tuviese suficiente libertad en sus decisiones. En todo lo demás se declararon sujetos al César, esceptuando lo que se opusiese á su interés y conveniencia, segun lo habian determinado antes en sus conventículos los confederados de Esmalcalda, con injuria y agravio de la magestad imperial. Armaron pues la secta con el favor de la multitud, y con auxilios estraños, estando resueltos con la mayor confianza á aventurarlo todo en su defensa. Tan difícil es abandonar las torcidas opiniones que una vez se han abrazado en materia de religion, y reducir al buen camino á los que ha pervertido una errónea doctrina. Finalmente no pudiendo en esta dieta hacerlos entrar en la razon, se trasladó á Ratisbona para el año siguiente, á fin de ver si en este intérvalo de tiempo se hallaba medio de conciliar aquella discordia.

Florecia entonces España en una profunda paz, y solo se hacia la guerra á los enemigos de la verdadera religion. Era grande la solicitud y cuidado de la Inquisicion en buscar á los reos, y en castigar á los rebeldes con el fuego y otras penas, á cuyos espectáculos concurria un inmenso gentío de todas calidades. Por este tiempo la princesa doña María, esposa del príncipe don Felipe, parió en Valladolid un niño el dia 8 de julio, y le pusieron en el bautismo el nombre de su abuelo el César. Asistian á la parida la duquesa de Alba y doña María de Mendoza, mujer de don Francisco de los Cobos, su camarera mayor. Sucedió entonces que los inquisidores celebraron un auto de fe para pronunciar la sentencia de unos reos, de los cuales dos fueron quemados; y como las mujeres son tan aficionadas á verlo todo, salieron aquellas señoras, dejando sola con las doncellas á la princesa al cuarto dia de su parto. Esta pues las dió á entender que comeria de buena gana un limon, y no sospechando las criadas que podria hacerle daño, se le trajeron al instante para complacerla. Esto fue lo mismo que darla un veneno activo, de tal suerte, que cuando volvieron á palacio la duquesa y la camarera, despues de concluido el auto, hallaron muerta á la princesa, con gran confusion y amargo llanto de toda la córte. Luego que se divulgó el funesto suceso fue muy grande la tristeza que causó en la ciudad y en toda España, lamentándose todos de la desgracia de la infeliz princesa. Habiéndose celebrado sus exequias con regia pompa, fue llevado su cuerpo á Granada, y sepultado en un magnífico túmulo. No se puede esplicar con palabras la fuerza del dolor que oprimió el corazon de aquel escelso príncipe. El César afligido en estremo con esta noticia, procuró en sus cartas consolar á su hijo, que se hallaba sumergido en una profunda tristeza.

Poco despues en el dia primero de agosto, falleció en la misma ciudad el arzobispo de Toledo don Juan de Tavera, oprimido, segun corrió la voz, del sentimiento que le causó la temprana muerte de la princesa. Su cuerpo fue llevado á Toledo, y colocado en un suntuoso sepulcro. Sucedióle en el arzobispado don Juan Martinez Silíceo, obispo de Cartagena, nacido de padres humildes, pero premiado tambien por haber educado en las letras al príncipe don Felipe, y en el año siguiente fue promovido á la dignidad cardenalicia. Sucedióle en la silla de Cartagena don Esteban de Almeyda, trasladado á ella desde la de Leon. Por este tiempo fallecieron tambien otros obispos, entre los cuales se cuenta don Gaspar Dávalos, arzobispo de Santiago, sucesor de don Pedro Sarmiento, que murió cuatro años antes en Luca, ciudad de la Toscana, y habia sido trasladado á Granada. En el año anterior de cuarenta y cuatro falleció en Valladolid fray Antonio de Guevara, del órden de San Francisco, obispo de Mondoñedo, célebre por su literatura. No han faltado hombres doctos que han reprendido y criticado sus escritos. Pero lo cierto es, que en su tiempo fueron muy apreciados por todos los que cultivaban las buenas letras, sus epístolas y

la vida de Marco Aurelio, forjada sin duda de su propio cerebro. Por muerte de don Jorge de Austria fue colocado por singular beneficio de Dios en la silla arzobispal de Valencia el grande ejemplar de prelados, Santo Tomás de Villanueva, religioso del órden de San Agustin, y entró en la ciudad el dia primero de enero. Grande fue la alegría de todos los ciudadanos, que por la fama de sus virtudes habian concebido las mas felices esperanzas. En el mes de agosto cesaron las abundantísimas lluvias que afligieron á España por espacio de casi un año entero, las que causaron graves daños, especialmente á las ciudades de Andalucía, y á esto se siguió la carestía de pan.

El reino de Portugal se hallaba tambien en paz, y eran perseguidos los piratas, que sin distincion alguna de naciones, infestaban todos los mares. Juan de Castro, almirante de la armada portuguesa, vino á caer entre siete navíos de un pirata francés que intentaba apresar los bajeles del comercio de la India. Acometió intrépidamente á la capitana de los piratas, y atracándose á su bordo, y asegurándola con garfios de fierro se apoderó de ella. Destrozó con su artillería otras dos naves, y las demás se escaparon con el auxilio de las tinieblas de la noche. En el último capítulo de la insigne órden del Toison de Oro que celebró el César, condecoró con el collar a muchos príncipes, y envió uno de gran valor, guarnecido de piedras preciosas al rey don Juan de Portugal, para que este escelso instituto, que miraba con particular afecto, fuese honrado por los reyes. El conde de Benavente rehusó aceptar el collar que tambien le envió el César, afirmando que jamás usaria de otra insignia militar que de la cruz roja y verde, con la cual sus antepasados habian vencido y derrotado á los moros: dejó á otros el juzgar si esto lo hizo por la gloria de España, ó por un espíritu de arrogancia. Los judíos que en otro tiempo habian sido arrojados de Castilla, y que volvieron á su abjurada creencia, fueron perseguidos en Portugal por la Inquisicion, del mismo modo que los demás enemigos de la religion católica. El cardenal don Alonso, hermano del rey, arzobispo de Lisboa, falleció con gran sentimiento de todos los buenos, y fue sepultado en el monasterio de Belén, ó en la catedral, porque en esto no concuerdan los autores. Fue varon muy benigno con todos, misericordioso para con los pobres, y muy esclarecido por su piedad y pureza de costumbres.

La Francia se vió tambien envuelta en luto por la temprana muerte del duque de Orleans, tan perjudicial á la ejecucion del convenio que poco antes habian hecho los príncipes. Acometióle una pestilentísima calentura, que resistiéndose á todos los remedios, quitó la vida á este jóven tan ilustre por su generosa índole y valor. El César afectó gran sentimiento de su muerte; tal vez para evitar las sospechas malignas de los que creían que se alegraba en su interior, porque con este accidente retenia el dominio de Flandes. Lo cierto es que trastornado este apoyo, parecia no quedar segura la alianza de Crespi, y era preciso establecer otra nueva. Para esplorar pues el ánimo del César envió el rey de Francia Anebaldo y á Oliver, secretario de estado, y habiéndole hecho presente su comision respondió: «que »por lo que á él tocaba, mantendria inviolable la »alianza, á no ser que fuese provocado á quebran»tarla.» Creyóse entonces que el rey de Francia se habia ofendido de tan áspera respuesta, y que la paz no duraria mucho tiempo.

El dia trece de diciembre de este año se comenzó el concilio de Trento, no sin esperanza de que los protestantes obedecerian á sus decretos, aunque se mostraron tan obstinados, así en la dieta de Wormes, como en la que se celebró en Ratisbona á principios de 1546. Disputóse en ella con estraordinario ardor por una y por otra parte. Entre los teólogos católicos tenian el primer lugar Malvenda, español, y Cocleo, aleman, hombres muy doctos, y entre los herejes Martin Bucero y Juan Brencio. La dieta fue poco numerosa por no haber querido asistir á ella Federico de Sajonia, Felipe, landgrave Hesse y otros príncipes, todo lo cual indicaba la guerra que estaba tan próxima. Lutero que la fomentaba, murió de repente en Isleb el dia diez y siete de febrero. Cenó aquella noche mas de lo que acostumbraba, y habiendo declamado furiosamente contra el papa y el concilio de Trento, le hallaron muerto en la cama, siendo de edad de sesenta y tres años. ¡Cuántos males hubiera evitado al orbe cristiano si esta muerte hubiese acaecido algunos años antes! Pero Dios por sus inescrutables juicios dispuso otra cosa.

CAPITULO IV.

Conjuracion contra los confederados de Esmalcalda. Declaran la guerra al César.

Por este tiempo comenzó una nueva conjuracion contra la liga de Esmalcalda, para que los que abandonaron la verdadera creencia no quedasen sin castigo. La causa que se alegaba era muy plausible, conviene á saber, el poner en libertad á Enrique de Brunswik y Carlos Víctor su hijo, hechos prisioneros por el landgrave de Hesse en la guerra suscitada con motivo de religion. Despues que el César hizo inútilmente sus oficios para conseguirla, acudió Juan Enrique, nieto del prisionero, á solicitar el auxilio de Alberto y Juan Joaquin, príncipes de Brandemburg. Estos, pues, convinieron en que se alistarian con veinte y cinco mil infantes y ocho mil caballos bajo el mando de Alberto. Luego que todo estuvo arreglado pasó este á ver al César, y le espuso la causa de la guerra. Parecióle esta muy buena, y que no debia perder la ocasion que se le presentaba, y habiéndose comunicado sus ideas, prometió el mismo César que seria general, y que juntaria tropas de todas partes; pero que convenia mucho hacerlo todo con secreto para que no sospechasen cosa alguna los enemigos. Inmediatamente que marchó Alberto comenzó á hacer los preparativos de la guerra, ocultando cuanto pudo el fin á que se dirigian: descubrió clandestinamente el proyecto á algunos pocos, y encargó á muchos hiciesen correr la voz que la guerra era contra el Turco. Llamó el César á los capitanes veteranos, y los envió sin detencion á que reclutasen tropas, y no faltó en esta ocasion el duque de Alba que acaba de llegar á Flandes. El pontífice se habia empeñado en enviar cuanto antes poderosos auxilios; y á fin de estirpar la herejía con dobles armas, decretó castigos y penas, y mandó que marchasen prontamente las tropas que tenia á su sueldo. Juntáronse al César otros príncipes, que por sus particulares injurias estaban irritados contra los confederados; entre los cuales fue uno Mauricio de Sajonia, que queria hacerse poderoso con la ruina de Juan Federico su pariente.

Habiendo llegado á entender algo de lo que se tramaba por los embajadores de los príncipes, se presentaron al César, y le preguntaron el motivo de aquella guerra que anunciaban los rumores públicos, para que enviasen tropas al campo, segun los antiguos estatutos del imperio germánico. A lo cual les respondió en pocas palabras: «que queria esta»blecer la paz en la Alemania, y perseguir á los con»tumaces y rebeldes.» Bien conocieron que esto se dirigia á los que se habian unido en la confederacion de Esmalcalda, con quienes mucho tiempo antes estaba irritado, y tenia causas poderosas de que no podia olvidarse sin desdoro é ignominia de la magestad Cesárea: ni ellos tampoco dejaban de temer el castigo de las ofensas que le habian hecho. Así pues,

los embajadores sin saludar al César, se salieron de la ciudad, y avisaron á los príncipes el peligro que les amenazaba. Estos sin demora comienzan á juntar tropas y dinero, y por todas partes resonaba el estruendo de las armas. En esta alianza se asociaron veinte príncipes herejes, y muchas ciudades libres, para defender (segun decian) la religion y libertad. Los mas poderosos de todos eran el landgrave de Hesse y el duque de Sajonia, los cuales no omitieron cuidado ni diligencia alguna para prevenir todo lo necesario á la guerra. Otros permanecieron neutrales sin declararse por una ni otra parte, para determinarse segun viesen corria la fortuna de la guerra. Entre estos se hallaban los duques de Baviera y de Cleves, á quienes finalmente ganó el César, habiéndoles dado en casamiento á doña Ana y doña María, hijas de don Fernando. El de Cleves casó con doña Ana, despues de haber disuelto el pontífice los esponsales que tenia contraidos con Juana de Albret, y Alberto, hijo del de Baviera, con doña María.

Al mismo tiempo el César, como era tan activo é incansable, sin perdonar su salud, esponiéndola por la utilidad pública y por el decoro de la magestad, estendia sus cuidados á todas partes, y trabajaba sin cesar dia y noche, conociendo muy bien la importancia de la guerra que iba á emprender. Hizo venir de Hungría á don Alvaro de Sande, y de Italia á Diego de Arce y Alonso Vivas, con las regiones españolas, y mandó sacar de Viena la artillería, y que fuese transportada por el Danubio. En otras muchas partes se juntaron tropas, y se hicieron con gran diligencia los preparativos de víveres y demás pertrechos y municiones. Tenia consigo el César un corto escuadron de gente armada, y concluida la dieta permanecia todavía en Ratisbona, ciudad no muy segura, ni suficientemente guarnecida cuando se oyó en Ausburg la trompeta de la guerra. Salió de allí Sebastian Schertelio, que por bajos medios habia llegado á ser opulento, y juntando tres legiones de ausburgenses, ulmenses y de las otras ciudades asociadas, con veinte y ocho cañones de artillería, se puso en marcha á fin de ocupar con ellas el paso de los Alpes, para impedir que viniesen al César socorros de Italia. Esta fue la primer empresa de tan grande guerra. Despues de haber tomado á Fiessen y á Clusa, fortaleza muy guarnecida, que entregó cobardemente su gobernador, intentó apoderarse de Inspruk, ciudad principal: pero rechazado de su vano intento por Francisco Castelalto, gobernador de Trento, regresó con sus tropas á Ausburg, y inmediatamente las condujo á Donawert, donde concurrian todas las de los confederados. Hicieron revista del ejército en el rio Leco, y se hallaron en él sesenta mil infantes, diez mil caballos, ciento y veinte cañones de artillería de todos calibres, y grande número de peones y criados. Tales eran las fuerzas del landgrave, hombre muy pagado de su mismo dictámen, que habiendo perdido el tiempo en dilaciones inútiles, dejó pasar la ocasion tan oportuna que se le presentó de oprimir al César. Lo cierto es, que si inmediatamente se hubiese echado sobre Ratisbona con la fuerza de sus tropas, habria concluido la guerra en un solo dia, y hubiera triunfado completamente del César, y de la religion católica; pero no permitió Dios que siguiese esta idea.

Entretanto venian al César tropas de todas partes, y él proscribió al landgrave y al de Sajonia como reos de lesa magestad, y perturbadores de la paz y quietud pública; y sin dilacion alguna envió á don Fernando y al príncipe Mauricio con un poderoso ejército al territorio de Sajonia, que se hallaba desguarnecido de soldados. Salió el César de Ratisbona, habiendo dejado para su custodia á Pirro Colona con cuatro mil alemanes y doscientos españoles: ocupó á Lanshut, ciudad de la Baviera, situada en la orilla oriental del rio Iser, y desbarató los esfuerzos de los enemigos, no aterrándole de ningun modo su cercanía, para recibir las tropas que por aquella parte le venian de Italia. Los confederados se acamparon cerca de Ingolstad, ciudad llamada así por sus fundadores los ingleses, la cual defendia Pedro de Guzman con algunas compañías españolas. Tampoco se atrevieron allí á provocar al César, aunque se hallaba con pocas fuerzas; lo que verdaderamente fue un notable yerro en unos hombres tan espertos en el arte militar. Enviáronle un rey de armas, con un cartel colgado de la punta del baston segun la costumbre; y habiéndole remitido al duque de Alba, á quien tenia nombrado por su vicario con potestad suprema, llevó por respuesta el decreto de la proscripcion, y que si volvia, le seria puesto el cordel á la garganta en lugar del collar de oro con que la adornaba. En el campo de los confederados eran diversos los pareceres sobre el modo de hacer la guerra. El de Sajonia creia que lo mas conveniente seria acometer cuanto antes al César. Apoyábale en todo Schertelio, diciendo que en la tardanza se aventuraba la fortuna de la guerra, si se daba tiempo al César para fortificarse con las nuevas tropas que de todas partes le acudian; y que en la prontitud dependia la victoria. El de Hesse pensaba de otro modo persuadido de que con aquel hecho escitaria contra sí al duque de Baviera, príncipe poderosísimo, en cuyos dominios se habia refugiado el César como en un asilo; que seria suficiente continuar la guerra, y perseguir al enemigo estrechándole con la necesidad. La discordia de los generales les hizo perder la ocasion oportuna de conseguir la victoria, pues el dia trece de agosto llegaron las tropas del pontífice, mandadas por Octavio, duque de Camerino, á quien acompañaba el cardenal Farnesio. Contábanse en ella diez mil infantes y seiscientos caballos ligeros, y además doscientos del gran duque de Toscana, con su capitan Rodulfo Balleoni, y ciento y cuarenta del duque de Ferrara, conducidos por Alfonso su hijo. De Nápoles vinieron por el mar Adriático los españoles, y asímismo otras tropas de la Hungría y Lombardía, y tambien mucha infantería alemana.

Fortificado con estas fuerzas, se burló de los confederados con admirable celeridad, primero en Ratisbona, y despues en Ingolstadt, habiendo levantado en el Danubio dos puentes para que dominando una y otra ribera pudiese por todas partes hacer frente al enemigo, y tener abundancia de víveres. Finalmente despues de haber movido muchas veces su campo le estableció en un paraje oportuno cerca de Ingolstadt, y no lejos del de los contrarios. La izquierda se hallaba defendida con el Danubio y una laguna: y el duque de Alba mandó fortificar la derecha y el frente con fosos y trincheras para suplir con la fortaleza del puesto la falta de tropas. Mientras tanto se hacian algunas ligeras escaramuzas sin haber ocurrido en ellas cosa digna de memoria.

Luego que estuvo sentado el campo, mandó el César á Sande y Arce que se pusieran en marcha con dos mil españoles de los mas espeditos, y habiendo llegado por sendas ocultas y llenas de bosques, á las trincheras de los enemigos, se arrojaron sobre ellos hiriendo y matando; y tomándoles una bandera en señal de su feliz empresa, se volvieron al campo sin daño alguno. Incitados los italianos con este ejemplo, marchan del mismo modo á probar fortuna contra el enemigo, que ya estaba prevenido. La pelea fue muy dudosa con muerte de muchos de una y otra parte; pero habiendo sido incendiada la aldea donde se habian acogido, y como su número era tan inferior para resistir á la multitud de los enemigos que acudian al tumulto, se retiraron honrosamente con alguna pérdida. No queria el César dar la batalla,

ni tampoco estar ocioso; por lo cual contenia al soldado dentro del campo, para ocurrir á los movimientos del enemigo. Los confederados para escitar al César á la pelea, pusieron su ejército muy de mañana en órden de batalla cerca de su campo, pero solo hubo algunos leves combates á campo raso, y el del César fue acometido por cuatro partes por la artillería, con mas ruido que daño, y se dice que le dispararon seis mil balas. Despues que unos y otros hicieron muchas escaramuzas salieron ochocientos españoles armados de arcabuces, y habiendo trabado la pelea con igual número de los enemigos, los obligaron á retroceder dentro de sus trincheras. Viendo esto el landgrave de Hesse, que se hallaba presente á la pelea, mandó salir inmediatamente mil caballos, que reprimiesen la audacia de los españoles, y divididos en tres escuadrones, los incitaron á la batalla. Los veteranos acordándose de su antiguo valor, sin aterrarse con tan desigual número, recibieron con las balas al primer cuerpo de caballería que venia contra ellos, y le pusieron en fuga, y despues al segundo derribando un grande número de hombres y caballos. Finalmente sostuvieron del mismo modo el ímpetu del tercer escuadron; y habiéndole derrotado, le rechazaron á su campo con grande admiracion de los enemigos. En toda aquella noche no cesaron los imperiales de inquietarlos desde las trincheras, y al dia siguiente continuó disparando la artillería; y hubo una ligera escaramuza con algun daño de los imperiales.

Viéndose los confederados fatigados con frecuentes acometidas, y que no podian conseguir que el César les presentase batalla, retiraron de allí sus tropas, enviando parte de ellas al Rhin bajo el mando de Humberto, duque de Altemburg, para que impidiesen el paso á los flamencos. Pero el conde de Burc, que mandaba á los flamencos, se burló del enemigo con una insigne estratagema: pasó sus tropas junto con las de otros príncipes, y las introdujo sin la menor desgracia en el campo imperial. Componíase de diez mil infantes, ochocientos españoles, y doscientos italianos, que como ya dijimos arriba militaban en las banderas del rey de Inglaterra; y tres mil y trescientos caballos, á los cuales al pasar el Rhin se juntaron cuatro mil de Alberto, Juan y otros príncipes que seguian la fortuna del César. Tambien fueron conducidos de Flandes doce cañones de artillería. En el camino pelearon con próspero suceso cerca de Francfort, y habiendo sido vencidos y derrotados los enemigos, fueron rechazados con estrago y obligados á encerrarse en la ciudad. El campo de los confederados se hallaba cerca de Neoburg, y despues fue trasladado á Donawert, sin que hubiesen hecho cosa alguna memorable. El landgrave de Hesse, que era hombre muy vano, persuadiéndose de que aterrado el César con el gran número de tropas del ejército confederado, se daria por vencido, rehusaba entrar en batalla: pero aquel habiendo aumentado entretanto su ejército, pasó el Danubio, y se apoderó de Neuburg, donde despojando de sus armas á la guarnicion, la dejó salir libremente. Aquí pasó el César revista del ejército, y se dice que constaba de cuarenta y ocho mil infantes, y nueve mil caballos. Confiado pues en el valor de sus soldados, determinó seguir al enemigo, y darle batalla si se presentaba la ocasion, á cuyo fin volvió á pasar el Danubio.

Avistaronse los dos ejércitos cerca de Nortlinga. Dispuso el César el suyo en órden de batalla, y aunque era inferior al de los enemigos en casi la mitad de las tropas, los provocó por su turno á la pelea. Hay autor que asegura que esto fue un ardid, no tanto para esperimentar la fortuna de la guerra, cuanto para animar el valor de los suyos; pero no fue admitido el combate, y solo hubo una escaramuza entre la caballería de ambos ejércitos, que á la verdad fue sangrienta, no habiéndose separado unos de otros hasta que les faltó el dia. En esta accion fue herido Alberto de Brunswik, hijo de Felipe, murió en Norlinga. De los imperiales pereció Andrés Forliense, y muchos soldados de una y otra parte. Manteníanse los confederados en los cerros que dominan á Nortlinga, y su campo estaba bien defendido y provisto. Por el contrario los imperiales tenian tan escasos los víveres, que los afligia el hambre. Para interceptar al enemigo sus convoyes resolvió el César tomar á Donawert, y se encargó esta empresa á Octavio, duque de Camerino.

Este pues habiendo caminado aquella misma noche quince millas, comenzó al amanecer á combatir la ciudad con su artillería. Aterrados los habitantes de tan repentina invasion, se vieron obligados á entregarse. La guarnicion enemiga salio de la plaza con sus pequeños bagajes, y quedando en ella otra de imperiales, regresó Octavio al campo del César antes que llegase á las confederados noticia alguna de este suceso, con grande alabanza de los alemanes y italianos, por cuyo valor y actividad fue ejecutada esta ilustre hazaña. Despues pasó allá el César con todas las tropas, y temerosos los pueblos cercanos del peligro que les amenazaba, se sujetaron á su obediencia. Por este tiempo se vió Schertel muy próximo á ser hecho prisionero por los italianos y españoles, cuando se retiraba disgustado desde el campo á Ausburg; y pudo al fin escaparse, pero con pérdida de tres piezas de artilleria y de una parte de la infanteria.

Hallábanse los dos campos situados á una y otra orilla del rio Brentz: el imperial en Suntheim, y el confederado en Guingua. Acaecian algunos pequeños combates, porque el César jamás descansaba: poníanse emboscadas recíprocamente: interceptábanse á cada paso los víveres, y los enemigos eran incomodados dia y noche con todo género de molestias, de tal suerte que apenas tenian lugar para el preciso descanso. Obligado el César por un necesario accidente, trasladó su campo el dia primero de noviembre á Lawigen, donde reposaron los soldados enfermos. Entretanto se apoderó Mauricio de una gran parte de la Sajonia, que estaba indefensa, cuya noticia habiéndose divulgado en uno y otro campo, llenó de tristeza al confederado, y de alegria al del César. Para manifestarla y agravar el dolor de los enemigos, se hizo luego una descarga general de la artillería. El cardenal Farnesio á causa de hallarse enfermo procuró regresar cuanto antes á Italia, al mismo tiempo que Castelalto recobró de los enemigos á Clusa, situada en el paso de los Alpes, como arriba dijimos. Ya las nieves habian cubierto todos los campos, y no era posible permanecer á cielo descubierto. Los generales del César despues de haber conferenciado sobre el partido que debia tomarse, fueron de dictámen que se enviase el ejército á cuarteles de invierno. Pero el César con ánimo invencible, afirmó que no moveria sus tropas antes de rechazar y derrotar enteramente á las enemigas, las que creia que en breve se dispersarian por la discordia que reinaba entre ellas: que no podian ya resistir en el campo por largo tiempo la inclemencia de la estacion, y el estrago que en ellas causaban las enfermedades, por lo cual solo con la paciencia de los soldados habia de conseguirse la victoria.

Poco despues el landgrave de Hesse, valiéndose de Adan Trot, que tenia gran familiaridad con Juan de Brandemburgo, trató con él por cartas de componer sus discordias. El de Brandemburgo comunicó el negocio ocultamente al César, y le respondió que tuviese por cierto que no conseguiria la paz si no pusiese su persona y su fortuna al arbitrio del César. Rehusó el landgrave una condicion tan dura, y in-

tentó conferenciar con el César, pero no pudo lograrlo. Desesperando, pues, de restablecer la concordia, y hallándose los confederados en grandes angustias, y molestados además del hambre y de la peste, comenzaron á retirar el ejército el dia veinte y tres de noviembre. El César, aunque recibió tarde la noticia de que el enemigo habia levantado el campo, envió la caballería flamenca, junta con los españoles mas intrépidos, para que inquietasen la retaguardia, y aunque trabaron combate para detenerle, no dejó el enemigo de continuar su marcha con la misma celeridad. Al mismo tiempo el duque de Alba sacó del campo lo mas fuerte de las tropas, para perseguirle por su parte, mas no pudo alcanzarle hasta el anochecer, cuando colocada ya su artillería en un puesto elevado, habia fortificado el campo. Dilató la accion hasta el otro dia, y no cesaron los imperiales en toda aquella noche de recoger sus tropas, transportar la artillería, y de disponer todo lo demás necesario para el combate. Pero la intencion de los confederados era muy diversa, pues firmes en su propósito de evitar la pelea y escaparse, se pusieron en marcha con el mayor silencio á media noche, y caminaron aceleradamente, habiendo dejado los fuegos encendidos en el campo, á fin de engañar á los que los espiaban. Cuando amaneció ya se hallaban tan lejos, que no pudieron alcanzarlos los imperiales fatigados con la nieve de la noche anterior, y con el hambre y el cansancio.

CAPITULO V.

Rindense al César algunas ciudades de Alemania. Tumultos de Nápoles y Génova. Muerte de varios príncipes.

Despues de haber dado el César tres dias de descanso á los soldados, y á fin de recoger el fruto de la victoria que habia alcanzado sin pelear, se dirigió á la Franconía, parte del territorio de los antiguos cattos para adelantarse al enemigo y impedirle que con los socorros de tan opulenta provincia prolongase la guerra por mas tiempo. Envió desde el camino trescientos caballos flamencos contra Bofinguen, y se sujetó á su obediencia. Con la noticia de la venida del César, se escapó de noche la guarnicion de Norlinga, y al amanecer se entregó la ciudad, habiendo pagado con título de multa treinta y seis mil escudos de oro. Por todo el camino salian al encuentro del César diputados de las ciudades, vestidos en traje humilde, para pedirle paz con muchas súplicas. El landgrave de Hesse, y el duque de Sajonia, no creyéndose seguros en parte alguna, dividieron entre sí las tropas, y cada uno tomó diverso camino. Refugióse el primero á sus mismas fortalezas depositando su artillería gruesa en la de Vitemberg. El de Sajonia, aunque necesitaba acelerarse para arrojar á Mauricio de sus dominios, puso sitio á Guemundia, ciudad de la Suevia, y la espugnó y multó en una gran suma; y habiendo repartido este dinero al soldado, continuó su marcha por montes asperísimos. Exigió gruesas cantidades al arzobispo de Maguncia, y al abad de Fulda y sin hacer diferencia alguna entre lo justo y lo injusto, fue robando todo lo sagrado y profano que encontró, hasta llegar á Sajonia.

Entretanto Federico, conde Palatino, que se habia unido á los confederados mas por amor á la secta luterana que por contumacia contra el príncipe, se presentó al César, que ya se hallaba en Hall, ciudad de la Sajonia, acompañandole Granvela, y le pidió perdon, ofreciéndole recompensar con su fidelidad y servicios los yerros que habia cometido. Miróle el César con rostro poco alegre, y despues de haberle reprendido que hubiese enviado socorros á los rebeldes contra él, que era su amigo y pariente, y amonestándole á que cumpliese con su deber, le abrazó estrechamente, y le recibió en su gracia. Pasados algunos dias llegaron los diputados de Ulma, y por intercesion del conde Palatino consiguieron el perdon, obligándolos á pagar por via de multa cien mil escudos de oro, y doce cañones. Envió el César á Flandes al conde de Bura con órden de que en el camino hiciese una tentativa contra Francfort, ciudad opulenta, y ejecutase lo que le pareciese mas conveniente. Habiendo llegado Bura con sus tropas á Hesse, espugnó á Darmestadt. La victoria fue benigna, pues perdonó á la ciudad, y á sus habitantes, pero quedó destruida enteramente la fortaleza. Desde allí no teniendo Bura esperanza alguna de poder tomar á Francfort porque todo estaba cubierto de nieve y yelo, envió delante parte de las tropas hácia Maguncia, y seguia él con las demás, cuando impensadamente le salieron al encuentro los diputados de Francfort, ofreciendo sujetarse á la obediencia del César. Alegre y gozoso el Flamenco con esta nueva, entró en la ciudad, y habiendo puesto en ella guarnicion, envió los ciudadanos que le parecieron mas á propósito á Alprugue donde estaba el César para que le pidiesen perdon. Recibiólos este benignamente, y concedió el indulto á los de Francfort, pagando ochenta mil escudos de multa. Al mismo tiempo el duque de Alba habia hecho una vigorosa entrada en territorio del de Vitemberg, que todavía no daba señales algunas de temor, y todo lo asolaba y destruia con sus armas, á fin de vencer con el terror la obstinacion de aquel príncipe.

Tal era el estado en que se hallaban las cosas de Alemania á principios del año de 1547, cuando en Italia, que descansaba de las guerras esternas, se suscitaron nuevos tumultos interiores. Habia comenzado á perturbarse la tranquilidad de Nápoles á fines del año antecedente por el importuno celo del virey Toledo. Este, pues, desde el principio habia procurado obligar á aquella gente tan amante de su libertad á admitir el tribunal de la Inquisicion, que con saludable consejo fue establecido en España setenta años antes por los reyes don Fernando y doña Isabel, para perseguir á los judíos, herejes, y demás enemigos de la religion católica: el designio del virey era impedir la propagacion del Luteranismo que iba estendiéndose demasiado en Italia. Rehusaban los napolitanos que se alterasen sus antiguos estatutos con detrimento de su libertad, y de tal suerte se inflamaron los ánimos, que para defenderla se conjuraron juntos la plebe y los nobles, á pesar de su recíproca oposicion. Llevó esto tan á mal el virey, que era hombre de carácter muy severo, y por otra parte poco afecto á los nobles, que habiéndose dejado arrebatar de la ira, ejecutó terribles castigos. Irritada con esto la plebe, que siempre se mueve mas por la pasion que por la razon, tomó las armas para oponerse al virey, el cual despues de haber fulminado con gran soberbia muchas amenazas contra los que no le obedeciesen, mandó salir de la fortaleza la guarnicion armada, y al mismo tiempo hizo disparar sobre las casas algunas balas, persuadiéndose en vano que con aquel terror se sujetarian á su voluntad los napolitanos; pero sucedió lo contrario, pues inspiró en la multitud nuevo aliento, y deseo de pelear. Sin embargo, mas pudo llamarse tumulto que pelea, y por la mediacion de algunos nobles dejaron las armas, no sin haber padecido algun daño. Despues enviaron al César el príncipe de Salerno y Plácido Sangro, á fin de disculpar al pueblo, y acriminar la conducta del virey. Pero este envió por su parte á don Pedro Gonzalez de Mendoza, gobernador del castillo nuevo, para vindicarse con el César, y para que le informase de la atrocidad del delito de los que habian causado el tumulto. Entretanto juntó el virey tropas, fortificó las entradas y salidas de las calles y hizo todos los demás prepara-

tivos como si hubiese una verdadera guerra; y mientras que llegaban las órdenes del César, se suscita repentinamente otro tumulto sin saberse quién era el autor de él. Corrieron otra vez á las armas y pelearon acérrimamente por espacio de algunos dias. Cuando ya estaba aplacado el ardor de los ánimos, volvió Sangro (porque el César habia retenido al de Salerno por causas justas) y juntamente Mendoza, quien consiguió persuadir al príncipe lo que deseaba. La órden que traian era que el pueblo entregase las armas, y que lo demás lo sabrian por el virey. Obedecieron puntualmente los napolitanos; y habiendo sido llamados á la fortaleza los magistrados de la ciudad, les declaró el virey que el César concedia á todos benignamente el indulto. A la verdad, venció el partido de la clemencia, porque era de temer que si se les privaba de la esperanza del perdon, se precipitarian en mayores escesos. No ignoraba el César que esta sedicion la habian escitado el pontífice y los franceses, y sabia muy bien la causa y el fin á que se dirigia; todo lo cual lo omitimos aquí para que lo disputen los historiadores napolitanos. Aunque el virey juzgaba que debia castigarse á muchos, solo tres (que se habian puesto en salvo por medio de la fuga) fueron proscritos, y finalmente se apaciguó del todo la sedicion.

Al mismo tiempo que sucedia esto en Nápoles, se vió en igual peligro Génova, agitada por diversos partidos. Algunos facciosos mal contentos formaron el designio de entregar la ciudad á los franceses, siendo el principal de todos el conde Luis Fiesco, jóven de orgulloso ánimo, amigo de novedades y muy deseoso de dominar. El pontífice y su hijo Pedro, que por el favor del padre habia obtenido el principado de Parma y Plasencia, estimulaban los ambiciosos designios de Fiesco, y el César tenia alguna noticia de sus ocultas maquinaciones. Doria fue advertido de todo, pero despreció los avisos; y habiéndolos creido tarde, faltó poco para que los conjurados no le oprimiesen en una sedicion nocturna, en la cual fue asesinado Sentino, y él escapó del peligro huyendo medio desnudo á uña de caballo. Inmediatamente se proclamó por toda la ciudad la libertad, habiéndose apoderado los partidarios de Fiesco de todas las entradas de las calles. Hallábase ya la cosa en el mayor peligro, porque los sediciosos habian acometido á las galeras, y si conseguian tomarlas, no quedaba ya recurso alguno. Pero al tiempo que Fiesco, armado como un simple soldado, iba de una en otra galera arrojando á los que las defendian, cayó en el mar, y pereció sin ser visto de ninguno de los suyos, porque se lo impedian las tinieblas de la noche. Aterrados con la desgracia de su caudillo los que antes espantaban y atemorizaban á los demás, y no sabiendo qué hacerse, pues el miedo les habia embargado el discurso, se escondió cada uno donde pudo. Al dia siguiente, cuando todos estaban consternados y llenos de pavor, los desterró el senado de la ciudad por voz de pregonero. Deseoso Doria de la venganza, volvió de su fuga y comenzó á perseguirlos. Algunos pudieron escaparse, pero otros que fueron aprendidos pagaron en el suplicio la pena que merecian. La opulentísima casa de los Fiescos fue arrasada, y todos sus bienes aplicados al fisco.

Entretanto, habiendo llegado á saber el príncipe de Parma Farnesio las voces que de él corrian, y para justificarse con Doria y disipar las sospechas de que habia tenido parte en aquella maldad, le envió algunos varones nobles, entre los cuales era el principal Agustin Lando, conde de Complani. Acometió Doria á este con muchas promesas, y no le dejó volver hasta que concertó con él la muerte de Farnesio; de lo cual, noticioso el César por Doria, mandó á Gonzaga, virey de Lombardía, que se hallase prevenido para acudir á Placencia con tropas, y dar socorro á los conjurados. Entretanto el conde disponia la trama y trataba ocultamente con los nobles, que aborrecian á Farnesio, sobre el modo y tiempo en que habian de ejecutar la accion. Dispuestas ya todas las cosas, tomaron las armas, y á la hora del mediodia, se encaminaron á la fortaleza, mataron las centinelas, y cortando el puente, asesinaron á Farnesio que se hallaba descuidado é indefenso. Al momento colgaron el cadáver de un pié, en una ventana, con otras burlas é insultos. Gonzaga, que esperaba en Cremona el éxito de este atentado, oyendo el cañonazo que tiraron los conjurados, que era la señal convenida de que ya estaba hecho, acudió apresuradamente con sus tropas, y se apoderó de la ciudad que estaba atónita con el suceso. Uno y otro fue muy grato así al César como á Doria.

Las muertes que acaecieron en este año fueron memorables. Habiéndole acometido una calentura á Enrique rey de Inglaterra, originada de la inflamacion de una llaga que tenia en una pierna, murió el dia primero de febrero á los cincuenta y siete años. Dejó heredero del reino y de su impiedad á Eduardo, todavía niño, el que tuvo en Juana Seimer, nombrando á falta de este á sus hermanas María y Isabel, y encargó el gobierno del reino á Tomás Seimer, abuelo de Eduardo. Si me empeñase en referir por menor las liviandades, la crueldad y la impiedad de este hombre, antes me faltaria el tiempo que la materia. La muerte de Enrique parece que fue una citacion al rey Francisco de Francia, pues la noticia le conmovió estraordinariamente, y á esto se siguió el agravársele la enfermedad, presagio cierto de su próxima muerte. Habíasele inflamado una maligna llaga que tenia cerca del anus, la que penetró hasta la vejiga, por la cruel indulgencia con que le curaron los médicos. De esto le previno una calentura que le postró en la cama, y habiéndose dispuesto cristianamente murió en Rambovillet á últimos de marzo, á los cincuenta y tres años de su edad. Los escritores franceses elevan hasta el cielo sus virtudes con merecidos elogíos, aunque nunca la fortuna le favoreció mucho. Dejó apaciguadas todas las cosas de dentro y fuera de su reino, habiendo hecho paces con el Inglés, y rescatado á Boloña á costa de mucho dinero.

Este año fatal acumulaba los funerales, y la parca hacia sus estragos en las personas mas ilustres. Por este tiempo falleció en Viena doña Ana, mujer de don Fernando, habiendo dejado quince hijos. El dia dos de diciembre murió Cortés para vivir eternamente por la fama de sus hechos: acaeció su muerte en Castilleja, pueblo inmediato á Sevilla, á los sesenta y tres años de su edad, y su cuerpo fue trasladado á la América. En los últimos tiempos de su vida derramó mucho oro entre los pobres para purgar sus culpas pasadas. Tambien falleció don Francisco de los Cobos, que fue mucho tiempo secretario del César, y fidelísimo en su ministerio, y de él tienen origen los marqueses de Camarasa. Don García de Loaysa, arzobispo de Sevilla y inquisidor general, murió en Madrid, y en uno y otro empleo tuvo por sucesor á don Fernando de Valdés, trasladado de la iglesia de Sigüenza. En lugar de don Gaspar Dávalos fue electo para la de Santiago, don Pedro Manuel, trasladado de la de Zamora en el año anterior; en el cual falleció tambien el dia primero de febrero don Juan Folch de Cardona, obispo de Barcelona, y su cuerpo fue sepultado en la iglesia mayor. Sucedióle el mismo año en ella don Jaime Cazador. El dia primero de abril del mismo año falleció en Vigevano el marqués del Basto, y fue sepultado magníficamente en la catedral de Milan. Sucedióle en el gobierno don Fernando de Gonzaga, virey de Sicilia. El territorio de Sevilla fue afligido con la terrible plaga de la langosta, cuyos enjambres eran tan espesos, que oscu-

recian el sol. Es increible el estrago que hicieron en los panes y olivares. Pero movido el cielo de las continuas rogativas, y á costa de mucho trabajo, se consiguió en este año estinguir enteramente esta peste.

CAPITULO VI.

Derrota de Alberto de Brunswik. Hace el César la guerra con otros principes al duque de Sajonia, y queda este vencido y prisionero.

Entretanto Ulrico de Vitemberg despojado por el duque de Alba de cuasi todo su dominio, y exhortado por sus mismos súbditos, imploró por cartas la clemencia del César, no pudiendo hacerlo en persona por estar enfermo de la gota. El conde Palatino favoreció mucho en esta ocasion á su amigo y aliado, y convinieron al fin en que enviaria diputados que pidiesen por él, y que despues se presentaria él mismo al César, lo que ejecutó de allí á poco tiempo. Impusiéronse las condiciones al vencido, el cual llevado en una silla por su dolencia, fue recibido benignamente del César, y le concedió el perdon. Todas las fortalezas de sus dominios habian sido tomadas por el duque, unas por fuerza y otras por voluntaria entrega, y en las tres únicas que quedaron intactas, á saber, Circena, Scorendorf y Ausperg, se pusieron guarniciones imperiales; y habiéndole mandado pagar en el término de quince dias trescientos mil escudos para los gastos de la guerra, fue admitido á la gracia del César. Pasó este á Ulma, donde recibió á los diputados de Ausburg, y despues á los de Strasburgo, y perdonó á una y otra ciudad, bajo la misma condicion que impuso á los de Ulma; pero se mantuvo implacable contra Schertel á pesar de la intercesion y esfuerzos de los de Ausburg; por lo cual salió con sus bienes desterrado á Constanza en castigo de la toma de Clusa.

En los años anteriores se publicó el concilio celebrado en Colonia por el arzobispo Hermanno, prolijo á la verdad, y dividido en catorce partes, escrito con estilo mas propio de declamador que de legislador, y no se sabe si lo hizo con ánimo sincero, ó para desvanecer la sospecha de herejía, y libertarse del peligro de perder su dignidad. Pero lo cierto es que por este tiempo se quitó la máscara, declarándose luterano, y fue depuesto, sucediéndole Adolfo de la casa de los condes de Schavemburg, el cual restableció en Colonia la religion católica, que se hallaba cuasi abolida. Federico, hermano de Hermanno, obispo de Munster, y otros prelados fueron tambien heridos del mismo rayo y por la misma causa, á instancia del César que deseaba sobre todo conservar la pureza de la religion. El duque de Sajonia recobró de Mauricio lo que este le habia quitado antes, y como es tan inconstante la humana fortuna, despojó de parte de sus dominios al que le habia despojado de los suyos, mas no pudo espugnar á Leipsic, aunque la batió con mucho esfuerzo. Despues acometió á la Bohemia (donde en otros tiempos habitaron los hermanduros) para pagar al rey don Fernando el odio que este le tenia, y corrió gran peligro de perder aquel reino, porque los naturales le tenian poco afecto, y estaban muy inclinados al de Sajonia. Mandó el César á Alberto de Brunswik que marchase prontamente con socorros á Bohemia, pero faltó poco para que este príncipe no lo perdiese todo, por un descuido muy pernicioso en la guerra. Detúvose en Roclitk engañado por Binda, hermana del landgrave, la que con banquetes, bailes y todo género de diversiones, á que es tan propensa la nacion alemana, procuraba distraerle de los penosos cuidados de la milicia, y á todas las horas del dia enviaba correos al duque de Sajonia. Este, pues, creyó que debia aprovechar tan buena ocasion, no ignorando que las mas grandes empresas suelen ganarse ó perderse en un momento, y habiendo caminado toda la noche á largos pasos, acometió al amanecer á los imperiales, que se hallaban muy descuidados, y que en nada pensaban menos que en pelear. Alberto, aunque se arrojó intrépidamente al enemigo, no pudo evitar la derrota de su ejército, y fue hecho prisionero con Cristóbal de Litemberg. En esta confusion perecieron entre muertos y prisioneros cuatrocientos caballos y gran parte de la infantería, y se perdieron doce cañones de artillería.

Penetrado altamente el César con esta triste noticia, y solicitado por las cartas de don Fernando, determinó hacer en persona la guerra. Inmediatamente mandó Ansualdo de Suevia que reclutase tropas para reforzar la infantería que se hallaba disminuida, por haber despedido poco antes las compañías italianas, y el mismo encargo hizo á Nicolás Madruci substituido á su hermano Alitprando, que acababa de fallecer en Ulma. Pero mientras que juntaba las tropas y fortificaba las ciudades con guarniciones, á fin de que en su ausencia no se atreviesen á emprender cosa alguna, envió delante á Norinberga, á Mariñan y Sande con los soldados alemanes y españoles, siguiéndolos el duque de Alba para juntarse con ellos. Hallábase el César en Nortlinga oprimido gravemente con la violencia de una enfermedad, que al parecer retardaria mucho tiempo su marcha, pero habiéndole aplicado oportunamente los remedios, convaleció antes de lo que se esperaba, y siguió á paso lento al duque con el resto de las tropas. Entretanto Mariñan recobró á Pasemburg, castillo muy fuerte, situado en la ribera del Mein, dentro de los dominios de Alberto, y puso en él una guarnicion de trescientos infantes.

Orgullosos los enemigos con la reciente victoria de Roclitz, causaban tal terror á los confinantes, que Joaquin de Brandemburg, que habia permanecido neutral hasta entonces, ofreció á don Fernando y despues al César juntar con ambos sus armas para reprimir su audacia. No tardó mucho en enviar á don Fernando á Jorge, su hijo mayor, escoltado de cuatrocientos caballos en prenda de su palabra; con él y con Mauricio se puso en marcha don Fernando para unirse al César, atravesando con gran trabajo la Bohemia por caminos muy ásperos, á fin de evitar la perfidia de los habitantes que conspiraban contra él. Pero á la verdad aunque los bohemos juntaron un grande ejército, mandado por Gaspar Flucio, hombre opulento, con la esperanza de sacudir el yugo de la dominacion austriaca, no hicieron cosa alguna de importancia, aguardando el éxito de la guerra del duque de Sajonia. El rey don Fernando, aunque se le habia desertado gran parte de sus soldados, condujo al campo del César dos mil y doscientos caballos, y solo trescientos infantes. Juntas en un cuerpo las tropas, llegaron á Egra ciudad situada en los confines de Bohemia, y despues de la Pascua de Resurreccion marcharon contra el enemigo. En el camino fueron tomados los pueblos que se hallaban al paso, escapándose ó entregándose voluntariamente las tropas de nueva recluta que los presidiaban, y que en lugar de los veteranos habia puesto el duque de Sajonia en las ciudades fortificadas; estas conquistas se debieron al valor del duque de Alba y de los españoles que iban delante del César para asegurarle los caminos.

En diez dias de marcha llegó al rio Elva, límite en otro tiempo del imperio romano, no habiendo dado oidos al de Cleves, que comenzó á tratar de composicion con ciertas condiciones poco decorosas á la magestad imperial. Los historiadores alemanes creen que este pais es el que en los tiempos antiguos habitaron los ingevones. Acampados á la orilla de este rio los arcabuceros españoles y la artillería

molestaban con una continua lluvia de tiros á los enemigos, que se hallaban á la otra parte cerca de Mulberg para impedirles el paso, y de tal manera se enardecieron, que arrojándose al agua, que les llegaba al pecho y á los hombres, como si intentasen vencer á la naturaleza no menos que al enemigo, pelearon con valerosa intrepidez. Diez de estos soldados acometieron una hazaña verdaderamente grande y memorable; pues habiéndose desnudado, y llevando las espadas en la boca, pasaron á nado, y se arrojaron á los enemigos, que por haber roto el puente conducian unas barquillas rio abajo; tomaron muchas de ellas, y habiendo muerto á treinta y cinco soldados armados, como refiere un autor italiano, las llevaron á la otra orilla sin recibir herida alguna entre la espesa multitud de balas que caia sobre ellos, admirándose todos de su valor y audacia. El César despues de haberlos elogiado como merecian, mandó darles unos ricos vestidos y una considerable gratificacion. Con las barcas que tomaron al enemigo, y otras que se trajeron para el mismo fin, se hizo un puente para atravesar la infantería con los bagajes. Entretanto que se disponia pasó el César por un vado que le mostró un rústico, irritado con los sajones porque el dia antes le habian robado unas bestias. Acompañóle la caballería, y muchos de los grandes, escoltados de una compañía de españoles, que continuamente tiraba contra el enemigo, el cual para impedir el paso á la caballería, no cesaba de hacer fuego desde la otra parte del rio. El terror que le causaban los coraceros imperiales, le obligó á alejarse, y la caballería ligera pasó en las ancas á los tiradores españoles, y los condujo á tierra sin que ninguno se lo estorbase. Entretanto otros soldados de infantería se apresuraron á pasar á la otra orilla en maderos y barcas medio quemadas, haciendo remos de sus picas. Habiendo atravesado el rio el ejército, y gratificado el César al rústico con cien escudos y dos caballos, envió el duque de Alba aceleradamente el primer escuadron contra el enemigo. El de Sajonia luego que oyó que los imperiales habian pasado el rio, levantó su campo para ponerse en lugar mas seguro, y pelear desde él, si fuese necesario. El resto de la infantería que habia pasado el puente, apresuraba ya su marcha para alcanzar al primer escuadron, cuando los enemigos que caminaban divididos en dos ejércitos, se vieron rodeados de la caballería húngara que habia conducido don Fernando, de los italianos, del pontífice, y del príncipe de Sulmona, los cuales á cada paso los molestaban picándoles la retaguardia, estrechándolos en los pasos difíciles, impidiéndoles y perturbándoles la marcha. Estos, pues, hacian frente, y combatian cuando se veian mas estrechados por los imperiales, y procuraban alejarlos con la espada. El de Sajonia intentaba ocupar el bosque de Locana á fin de retirarse desde él sin pérdida á Torgua ó Vitemberg, y dejar burlado al enemigo.

Tenia en sus banderas seis mil infantes veteranos, y dos mil seiscientos y ochenta caballos, y el César tres mil y setecientos caballos, y apenas mil infantes, porque los demás le seguian muy atrás con los bagajes. Iba ya á ponerse el sol, y estaba inmediato adonde caminaba el de Sajonia, y por una y otra causa fue preciso á los imperiales acelerar el paso para que el enemigo no se escapase. Llamó luego el César al duque de Alba, que iba delante, y juntando toda la infantería, dispuso el ejército en batalla. El de Sajonia mandó tambien ordenar sus escuadrones en la mejor forma que le fue posible, y despues de exhortar ambos generales á los suyos, se dió la señal de la pelea. Rompió Mauricio el primero con un escuadron de caballos, en los cuales habiendo disparado á un tiempo los sajones, y no dejando á estos lugar para volver á cargar su artillería, los acometieron otros caballos por la frente y por los lados, que los destrozaron sin resistencia. Inmediatamente entró en accion la retaguardia imperial en la que estaban el César, don Fernando y sus dos hijos, y Filiberto de Saboya; y hizo tan grande estrago en los enemigos, que mas parecia carnicería que batalla. Los que dieron el primer choque penetraron hasta los cuerpos de reserva, y habiéndose apoderado la infantería de la entrada del bosque, hizo una terrible matanza, de tal suerte, que cubiertos los caminos de armas y cadáveres, detenian la marcha del vencedor. Algunos pocos pudieron salvarse arrojando las armas, y ocultándose entre los árboles, favorecidos de las tinieblas de la noche. El duque de Sajonia, que habia hecho cuanto pudo los oficios de un buen general, viéndose solo por la ignominiosa fuga y destrozo de los suyos, montó á caballo para ponerse en salvo; pero al tiempo que huia velozmente, le salieron al encuentro cuatro caballos españoles, otros tantos italianos y dos húngaros. No por eso se desanimó, estando resuelto á abrirse camino con la espada; mas habiendo recibido una herida en la cara, le hicieron prisionero y le condujeron al duque de Alba. Entretanto no cesaba el estrago y carnicería, aunque ya habia venido la noche, porque la luna llena descubria á los que huian, y los persiguieron los vencedores obstinadamente por espacio de muchas millas, haciendo en ellos gran mortandad. El duque de Alba llevó luego al prisionero á la presencia del César, quien viéndole tan fatigado por su gordura y por el peso de las armas, mandó que no se apease del caballo y permitió que desde él le saludase, lo cual hizo el duque quitándose el sombrero con estas palabras. «Cautivo tuyo soy yo, César clementísimo, por el »derecho de la guerra, y te suplico que me hagas »guardar y tratar como corresponde á un príncipe.» A lo que entonces le respondió el César: «Lleva á »bien que ahora sea para tí César, para que recibas »lo que mereces.» Esto aludia á que desde el principio de la guerra solia llamarle el de Sajonia Carlos de Gante, y despues añadió el César: «Mira ahora las »miserias en que te has precipitado por tu culpa para »que no evites el castigo que mereces.» El de Sajonia no le respondió cosa alguna, y bajó los ojos á tierra de vergüenza. Despues fue entregado con Ernesto de Brunswick su pariente, que tambien habia sido hecho prisionero, á Alfonso Vivas para que los custodiase. Los alemanes se mostraron muy quejosos, y su disgusto dió motivo á una sedicion en Hall de Sajonia, la cual fue apaciguada únicamente por el valor del César. El hijo mayor del duque, despues de haber recibido dos heridas, pudo evitar por la velocidad de su caballo el caer en manos de sus enemigos. Ninguno de los historiadores que he leido, refiere quién fue el que hizo prisionero al de Sajonia, y solo un autor italiano lo atribuye á Hipólito de Porto Vicentino. En esta batalla y en la fuga fueron muertos dos mil infantes y mil y quinientos entre prisioneros y heridos. Perecieron quinientos caballos, y el número de los prisioneros fue mucho mayor. Los alemanes trataron con humanidad á sus compatriotas, que militaban con el de Sajonia; pero los húngaros se ensangrentaron en ellos, incitados del odio feroz que les tenian. De los imperiales se cuenta que solo murieron cincuenta y cinco. Fueron conducidos al campo quince cañones de artillería y treinta seis banderas, y todo lo demás de la presa se abandonó al soldado. Acaeció esta batalla el dia veinte y cuatro de abril. Refiérese que en ella se vieron algunos prodigios, y que se observó haber detenido el sol su carrera; pero no me ocuparé en refutar estos delirios de hombres supersticiosos, que muchas veces se inventan para adular á los vencedores.

CAPITULO VII.

Perdona el César la vida al duque de Sajonia : ríndese el landgrave y muchas ciudades de Alemania; casamiento de Maximiliano con doña María, hija del César.

Despues de vencido y preso el rebelde duque de Sajonia, continuó el César la guerra para no perder el fruto de tan ilustre victoria. Desde Mulberg, donde habia dejado descansar dos dias á sus tropas, las condujo á Torgau, la que habiéndosele entregado se acampó cerca de Vitemberg, ciudad del dominio electoral de Sajonia, no quedándole esperanza alguna de tomarla por fuerza, á causa de que los habitantes le habian cerrado las puertas, confiados en la fortaleza del sitio y en su poderosa guarnicion. Tentó el César al de Sajonia para que mandase entregar la ciudad, amenazándole que de lo contrario le quitaria la vida; pero lo resistió con invencible constancia, porque el prisionero, aunque habia mudado de fortuna, no se habia abatido su ánimo. Para concluir esta empresa tan difícil, se valió de un medio, que le parecia el mas eficaz y pronto; y fue que habiendo convocado en su tienda á los grandes, pronunció sentencia contra el duque, y le condenó al último suplicio como reo de lesa magestad. Sin embargo mandó suspender la ejecucion, para que mediando algun tiempo, llegase el negocio al estado que deseaba, y no se engañó en su opinion, pues inmediatamente acudieron los parientes, y algunos de los consejeros del duque, pidiendo al César con humildes ruegos, que no usase de rigor con el prisionero, y con efecto se condenó la pena de muerte. Pero para que la impunidad de uno solo no fomentase la audacia de muchos, juzgó que debia castigarle, imponiéndole condiciones algo duras, conviene á saber: que cediese la dignidad y principado electoral al arbitrio del César, para que las confiriese á quien fuera su voluntad, dejando á sus hijos para mantenerse cincuenta mil escudos anuales, y señalándole otros cien mil para pagar sus deudas: que entregase al César las fortalezas de Vitemberg y Gotha, que eran la principal defensa de sus dominios: que restituyese á sus dueños los bienes así sagrados como profanos de que se habia apoderado durante la guerra: que pusiese en libertad gratuitamente á Alberto y Cristóbal que habia hecho prisionero en Roclitz, y del mismo modo la dió el César á Ernesto: que renunciase las alianzas que tenia contraidas, y ciertos derechos, y que permaneciese en libre custodia cerca de la persona del César, ó de don Felipe su hijo. Estas fueron en suma las condiciones; y habiéndolas firmado el de Sajonia, y sus hijos, y despues el César, quedaron absueltos los vecinos de Vitemberg del juramento que tenian hecho á aquel, y despidiendo su guarnicion recibieron la de los imperiales. Vino despues Sibila al campo á visitar á su marido prisionero, y la recibió el César con tanta afabilidad como si en nada se hubiese disminuido su fortuna. Al dia siguiente pasó á la fortaleza para saludar á la princesa, y fue obsequiado de esta con un espléndido banquete. Posteriormente permitió el César al duque que fuese á la ciudad á disponer sus negocios domésticos, acompañándole doscientos españoles, á los que regaló trescientos escudos, y á Alfonso Vivas, á quien estaba encargada su custodia, una carroza con cuatro caballos blancos, porque era benigno y liberal con todos: Sibila su esposa tuvo órden de trasladarse á Thuringia con sus hijos y con sus bienes propios, y las fortalezas de Gotha fueron arrasadas por mandado del César.

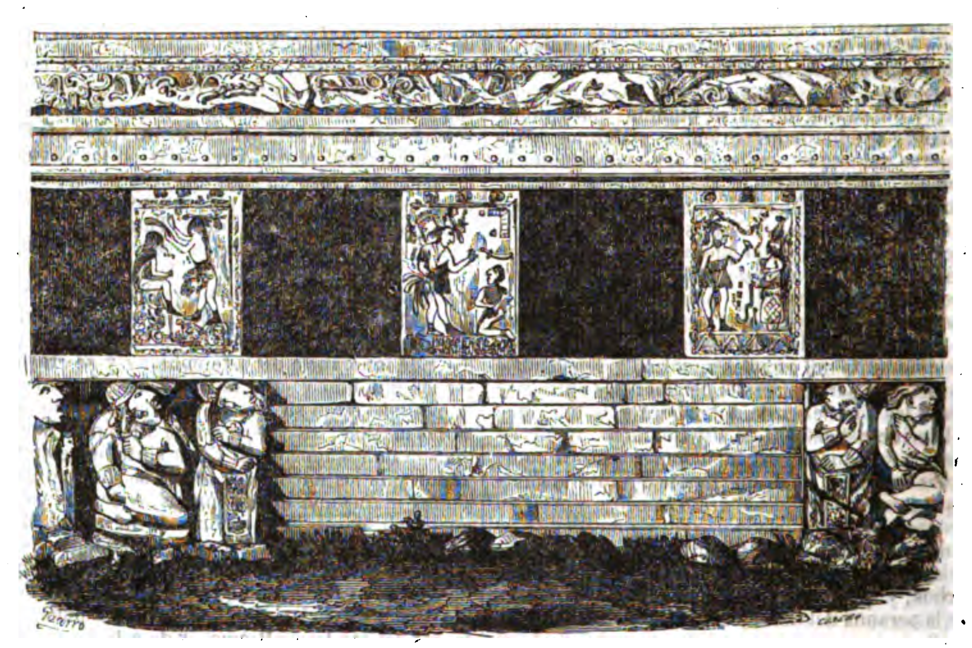
Arregladas las cosas de Sajonia, disponia el César sus armas contra el landgrave de Hesse, el cual aterrado con esta noticia, y valiéndose de los príncipes Joaquin y Mauricio, que podian mucho con el César, intentó componer la paz con ciertas condiciones que le parecian honrosas. Respondiósele: «Que »por el derecho de la guerra los vencedores debian »dar la ley, y no recibirla. Que si deseaba la paz, pi»diese en persona al César el perdon de sus yerros, »para no verse despues obligado á hacer bajo de mas »duras condiciones lo que ahora rehusaba.» Pero de esto trataremos adelante.

A principios de este año habia enviado el César á Cristóbal Fransperg, natural de Zelanda, y á Enrique de Brunswick, el jóven, con tropas escogidas á la baja Sajonia, donde en otros tiempos habitaron los teutones, que eran parte de los ingevones, para que impidiesen los socorros de las ciudades marítimas y las tuviesen ocupadas con el temor de la guerra. De esta suerte se conseguia que embarazado el duque de Sajonia con dos guerras á un mismo tiempo, y no pudiendo resistir á tantos esfuerzos, fuese mas fácil vencerle. Para hacer pues alguna cosa de importancia, cercaron á Brema, ciudad opulenta, situada á las márgenes del rio Veser, y á fin de socorrerla en aquel peligro, marcharon á largas jornadas Guillelmo Tumersen y Alberto de Mansfeld con las tropas sajonas que ocupaban las fronteras de la Bohemia, y se componian de trece mil infantes y cuatro mil caballos. Entretanto que Fransperg con la noticia de que venian los sajones, se disponia á pasar el rio para juntar sus tropas con las de Brunswik, acometieron repentinamente los enemigos el campo de este, y vencido y derrotado le persiguieron. Habiendo Fransperg atravesado el rio, vino á dar en los bagajes de los sajones, y hizo en ellos una gran presa, en cuya parte entró un considerable número de caballos y cien mil escudos que quitó á Tumersen, y con el auxilio de la noche se puso en acelerada marcha á la Frisia, privando al enemigo de la esperanza de recobrarlos. De aquí se originó una discordia entre los dos generales del César, el uno vencido y el otro vencedor, que se acusaban recíprocamente de perfidia y de ignorancia del arte militar, y se creyó entonces que uno y otro tenian razon. Pero despues que desahogaron su ira con mucho estrépito de palabras inútiles, se compuso esta diferencia por mediacion de los amigos. El César sintió en estremo la victoria de los enemigos, temeroso de que causase alguna mutuacion en los ánimos, y de que esta pequeña chispa escitase un grande incendio. Mas en breve tiempo quedó libre de este cuidado, porque noticioso Tumersen y Mansfeld de la victoria que el César habia ganado al duque de Sajonia, bajo de cuyos auspicios hacian ellos la guerra, despidieron sus tropas retirándose á Brema, y de este modo se desvaneció la tempestad, que al parecer amenazaba.

Despues de esto vino el César á Hall de Sajonia en tres dias de marcha, estando todavia indeciso el landgrave de Hesse, que segun el aspecto de los sucesos variaba sus resoluciones, y fluctuaba entre la esperanza y el temor. Pero desconfiando del buen éxito de sus cosas con la cercanía del vencedor, á quien respetaba casi toda la Alemania, le pareció lo mejor acogerse al asilo sagrado de la paz. Detúvose no obstante algun tiempo, porque su ánimo no podia acomodarse á admitir algunas de las condiciones que le parecian duras. Finalmente recibió las que concertaron Mauricio y Joaquin, cuyos artículos mas principales eran que derribase sus fortalezas á escepcion de las de Ziengenheim y Cassel, en las que el César habia de poner guarniciones: que entregase inmediatamente la artillería y todo los demás pertrechos de guerra: que pusiese en libertad á Brunswik el viejo, á Carlos su hijo, y á los hijos de este, hechos prisioneros por él al principio de la sublevacion de Smalcada, y que les restituyese los bienes que les habia quitado durante la guerra: que entregase de contado ciento y cincuenta mil escudos para los gastos de la guerra, y que se pusiese él mismo con todos

sus bienes al arbitrio del César, quedándole salva la vida, y asegurado de que no perderia para siempre la libertad. Luego que fueron firmadas estas condiciones, se presentó el landgrave al César, y puesto de rodillas le pidió perdon, el cual obtuvo, y fue entregado á Juan de Guevara, capitan de una compañía de españoles, para que le custodiase. Mandósele seguir al César; lo que causó al landgrave estraordinario disgusto; pero mitigado por sus amigos, que le daban esperanzas de que no estaba remota su libertad, y á fin de merecerla cuanto antes con buenos oficios, pagó la suma que se le habia impuesto, destruyó las fortalezas inmediatamente, y entregó doscientos cañones. El emperador concedió privadamente la dignidad electoral al duque Mauricio, y en el año siguiente tomó solemne posesion en la dieta de Alemania, consintiéndolo el despojado Federico con tanta grandeza y constancia de ánimo, que no mostró la menor señal de dolor. De lós cañones tomados en esta guerra hizo el César llevar cuatrocientos y cincuenta (aunque un autor español aumenta este número) á Norimberga, Milan, Nápoles, Flandes y España, como testigos de sus victorias. Por este tiempo acudian á él diputados de muchas ciudades pidiendo perdon de lo pasado; recibíalos con benignidad, y los despedia despues de haberlos amonestado su deber, y de haber ellos dado palabra de que en adelante serian fieles. Tambien le llegaron embajadas de las partes mas remotas de Europa que habitan los tártaros para congratularle de la victoria: el papa le envió el cardenal Sfondrato con cartas, en que le llamaba máximo y fortísimo emperador. A principios del año siguiente llegó por la misma causa Ruy-Gomez, enviado por su hija don Felipe y le recibió el César con admirable alegría.

Entretanto don Fernando descargó gravemente su ira contra los bohemos, que le habian provocado con muchas injurias. Tomaron estos las armas con pretesto de sus inmunidades, y padecieron muchas pérdidas, pero desesperados al cabo de no poder alcanzar cosa alguna por fuerza contra un príncipe tan poderoso con el auxilio de su hermano el César,



Detalles del palacio en Palenque.

se le presentaron en la fortaleza los de Praga, que eran los cabezas de la conjuracion, vestidos humildemente, y imploraron su clemencia, asegurándole de su fidelidad en lo venidero. Pero á estos hombres que tan tarde conocieron sus yerros, se les privó por un edicto de sus inmunidades y magistrados, y de la facultad de elegirlos. Privóseles tambien de las armas y de las rentas públicas, portazgos y contribuciones que antes percibian ellos, y se aplicaron al fisco, y muchos fueron condenados á muerte ó confiscados sus bienes. Tales fueron los efectos de la inconstancia de aquella necia gente, que por conseguir una entera libertad incurrió en una estrema esclavitud.

Amedrentados con la calamidad de Bohemia las ciudades libres, se apresuraron á enviar diputados para obtener la gracia del César, prometiéndole que harian todo cuanto les mandase, y se distinguió entre todas Hamburgo, ciudad opulenta, situada en la márgen del rio Elva cerca del Océano. Finalmente, salió el César de Hall, y tomando un largo rodeo por la Turingia y la Selva Negra, con un ejército bastante fuerte para evitar cualquiera asechanza, llegó á Augsburg. Despidió allí parte del ejército, y el landgrave de Hesse fue enviado con guarnicion á Donawert, y llevó consigo al duque de Sajonia, á quien trataba con mas suavidad. Recibió en su gracia por la mediacion del rey de Dinamarca á Bernardo y Felipe, duque de Pomerania (que se dice ser la antigua Vandalia) y á Luneburg, Lubec y otras ciudades, situadas en la costa del Océano Setentrional. Estas, y todas las demás de Alemania, fueron multadas en considerables sumas de dinero; y de las cuentas del erario imperial consta que se exigieron un millon y seiscientos mil escudos.

Concluida esta guerra, que despues de la caida del imperio romano fue la mas memorable que hubo en aquella nacion, y distribuidos á cada uno los premios ó castigos que merecian, dirigió el César algun tiempo sus cuidados á las artes de la paz. A este fin se aprovechó de la quietud en que le dejaba el Turco, que se hallaba embarazado con la guerra de Persia, y

ajustó treguas con él por tiempo de cinco años por medio de Gerardo Velvic, á quien envió á Constantinopla. Así pues, para sujetar á la religion católica á los que habia vencido con las armas, pidió al papa por el cardenal tridentino, que restituyese el concilio á Trento, de donde le habia trasladado á Bolonia, por causa de las enfermedades; pero no pudo alcanzarlo del pontífice, que tenia otras miras, lo que desagradó al César, porque las cosas de Alemania no sufrian tardanza alguna, ni podian componerse sin el terror de las armas, y era preciso no dejar tiempo á los sectarios para faltar á la palabra que tenian dada. Por esto pues, y con dictámen de los teólogos, hizo componer una fórmula de doctrina que se publicó el dia quince de marzo del año de 1548, á la que le dió el nombre de *Interim* para que fuese observada, hasta que se promulgasen los decretos del concilio ecuménico. El pontífice, aunque lo llevó á mal, porque el César se entrometia en cosas que escedian los límites de su potestad, lo toleró sin embargo, obligándole á ello las circunstancias del tiempo. Esta fórmula fue suscrita por algunos príncipes y ciudades, habiendo jurado que se sujetarian á los decretos del concilio; pero otros lo resistieron con grande obstinacion, y faltó poco para que tomando las armas, no se renovasen las anteriores calamidades. Disimuló entonces el César con gran prudencia, repitiendo muchas veces «que los alemanes pagarian »algun dia con tardío arrepentimiento la pena de su »resistencia.» De este modo perturbadas las cosas mas bien que arregladas, se disolvió la dieta el dia treinta y uno de julio.



Aradino Barbaroja.

Para destruir las reliquias de la guerra, proscribió entretanto á los de Magdeburg que tramaban malos intentos. Alfonso Vivas, á quien los de Orihuela hacen su ciudadano, acometió con un pequeño escuadron á Constanza, no ignorándolo algunos de sus habitantes. Pero fue desgraciada esta empresa, pues se defendieron valerosamente desde los muros. Vivas pereció de un arcabuzazo, y su hijo despues de recibir una grave herida, retiró de allí su pequeño ejército. Irritado el César, proscribió á los constancienses, los cuales aflojaron mucho de su altivez, temerosos de que padecerian mayor castigo si fuesen acometidos por un poderoso ejército. Hallábase dividida la ciudad en dos partidos, por lo cual algunos plebeyos á quienes aborrecian los nobles, abrieron las puertas á los imperiales, segun lo habian concertado con Perenoto, que salió por fiador de su perdon, habiéndose derramado poca sangre de los del partido contrario, y de esta suerte volvieron á entrar en su deber.



Andrés Doria.

Desde Ausburg pasó el César á Ulma; y en una y otra ciudad, y despues en Spira, removió del senado á los luteranos, y puso en su lugar ortodoxos, persuadido de que convenia mucho á la religion católica hacer esta reforma de los magistrados. Muchos templos que habian quedado enteramente desiertos, comenzaron á ser frecuentados, y arrojó de ellos y persiguió de varios modos á los que los habian invadido, y á los sacerdotes que contrajeron detestables matrimonios. Prohibió las frecuentes juntas de personas particulares, con las que se habia comenzado á propagar la secta luterana. Desterró tambien á los maestros que inspiraban perversa doctrina en los ánimos de la juventud; y finalmente no omitió cosa alguna para impedir que fuese vulnerada la verdadera religion. Desde Spira se trasladó á Colonia, y despues al Brabante, habiendo despedido antes el resto del ejército aleman, al cual pagó su sueldo, recompensando magníficamente á los generales. Llevóse consigo á Bruselas al duque de Sajonia, y envió al landgrave á Malinas para que fuese custodiado en la fortaleza.

En España el año anterior celebró el príncipe don Felipe córtes en Monzon, y en ellas fue nombrado Gerónimo Zurita por cronista del reino de Aragon, cuya historia ilustró copiosamente y con gran diligencia este hombre erudito. Habiendo vuelto á Castilla, y dado audiencia al duque de Alba, á quien el César envió para que entre otras cosas previniese al príncipe que dispusiera su partida á Alemania, congregó córtes en Valladolid, y manifestó en ellas la necesidad que le imponia su padre de ausentarse de España, prometiendo que volveria dentro de breve tiempo, y que en su ausencia gobernaria Maximilia-

no su primo hermano. En este tiempo hubo una ámplia materia para discurrir y murmurar, porque entre las órdenes que el César habia dado al duque de Alba, fue una que el traje y ceremonial de la córte de Castilla se arreglase á la etiqueta de los duques de Borgoña. Esto se interpretó siniestramente, como siempre sucede, creyéndose que era desprécio de las costumbres de la nacion española : si el César, decian, hace mas aprecio de su Borgoña que de España, ¿por qué no usa el título de duque de Borgoña, y prefiere el de rey de España? Detestaban además la idea de sacar de España al príncipe don Felipe, que tarde ó nunca volveria, si el César tenia proyectado elevarle al imperio, de lo cual habia claros indicios, para componer una formidable potencia, á cuyas leyes obedeciese todo el orbe. Que además de quedar huérfana la España, padeceria la ignominia de ser pospuesta á la Alemania con desdoro y mengua de la nacion, que se veria obligada á sustentar con sus riquezas la grandeza y esplendor del imperio germánico. A estos incentivos de dolor, se juntaba la ira de los grandes y prelados por verse escluidos de las córtes; pues don Felipe receloso de su escesiva constancia, mandó que no concurriesen á ellas con los procuradores de las ciudades. Toda la culpa de esto se atribuia al duque de Alba, el cual creian que habia aconsejado al César semejantes novedades, por el deseo de adularle y de adquirir con él el mas alto grado de favor y autoridad.

No tardó mucho tiempo en llegar á Barcelona en la armada de Doria el príncipe Maximiliano, que se hallaba en la flor de su edad, y era de agradable presencia, acompañado del cardenal de Trento y de una lucida comitiva. Estaba ya concertado su matrimonio con doña María, hija del César, habiendo dispensado el pontífice el impedimento de consanguinidad, y conferídole á este fin su padre el título de rey de Bohemia. Recibiéronle con estraordinario regocijo los nobles que don Felipe, y la infanta doña María enviaron delante para congratularle de su venida, y honrado y festejado con todo género de obsequios fue conducido á Valladolid, donde se celebró el matrimonio con grandes y ostentosas fiestas, haciendo el cardenal las sagradas ceremonias. Despues de concluida la alegría de las bodas se puso en marcha el príncipe don Felipe el dia primero de octubre, con grande acompañamiento de nobleza, entre la cual se distinguian los cardenales, el duque de Alba, el de Sessa, don Antonio de Toledo, y otros grandes de su córte, ilustres por su nacimiento y por sus hazañas, y llegó á Barcelona, donde fue recibido espléndidamente por don Juan Manrique, conde de Aguilar, virey de Cataluña, y tratado con régia magnificencia todo el tiempo que se detuvo en aquella ciudad por causa de las tempestades. Desde allí pasó por tierra á Rosas, en cuyo puerto se hallaba anclada una armada numerosa, y se embarcó para las costas de Liguria en una galera de Doria muy adornada. Llegó á Génova con navegacion poco favorable, y fue festejado estraordinariamente por el mismo Doria y los ciudadanos, con banquetes, bailes, comedias, y otros espectáculos por espacio de quince dias, en los cuales dió audiencias á los embajadores y príncipes que habian venido á cumplimentarle. Pareció á los italianos poco agradable el sobrecejo y severidad del príncipe, atribuyéndolo maliciosamente á orgullo y arrogancia, vicio de que culpan á los españoles. Desde Génova fue á Milan y Mántua, y despues á Trento, esforzándose todos á porfía en obsequiarle, hasta que llegó á Flandes á la entrada de la primavera del año siguiente : recibiéronle las dos reinas doña María y doña Leonor, que poco antes se habia retirado de Francia, y conducido á los brazos de su padre; no es posible esplicar el gozo que tuvo el César con la presencia de un hijo único en quien tenia todas sus esperanzas. Pero dejando ahora las cosas de Europa pasemos á referir los sucesos de la América.

CAPITULO VIII.

Continúan las guerras civiles del Perú : batalla de Quito : sublevacion de los indios de Yucatan y otros sucesos.

En el Perú se hallaban las cosas de los españoles en tan mal estado por sus diversiones y opuestos partidos, que si Dios no mirara por ellos hubieran perecido enteramente. Habiéndose puesto en salvo el virey Vasco Nuñez Vela, como ya dijimos, y socorriéndole Belalcazar y los de Quito con dinero, comenzó á juntar soldados, y á disponer la guerra. Pizarro seguido de muchas tropas salió de Lima para arrojarle de toda la provincia, y luego que estuvieron cerca unos de otros, el virey, que tenia pocas fuerzas, no se atrevió á hacer frente al enemigo, y se huyó á Quito, y desde allí se internó en Popayan, habiendo recibido algun daño en su retaguardia. Por el contrario, Centeno perseguia acérrimamente á los pizarrianos en Charcas, y hizo degollar á Francisco Almendra, gobernador de aquella ciudad en el mismo lugar en que este habia muerto á su antecesor Gomez de Luna; pero al fin rechazó á Centeno Alfonso del Toro, gobernador del Cuzco, con un escuadron de doscientos soldados, los cuales dejó para la custodia de la ciudad bajo el mando de Alfonso de Mendoza. Pedro de Hinojosa, almirante de la armada, que se componia de catorce navíos, se apoderó de Nuño Vela, hermano del virey, que aceleraba su fuga á España, y le puso en prision. Despues de esto, habiendo intentado entrar en Panamá, le resistieron principalmente los Illanes y Vendrel, temerosos de padecer los males que habian sufrido en el gobierno de Machicao. Desembarcó Hinojosa trescientos hombres armados, y no teniendo los panameños fuerzas iguales, fue recibido por los sacerdotes con mucha sumision, y en hábito de rogativa, y trató á todos con grande humanidad, prohibiendo que á ninguno se hiciese mal.

Por este tiempo fue descubierta por un cazador indio que seguia á un ciervo, una inagotable mina de plata en lo alto del cerco de Potosí, region fria y estéril situada á veinte y un grados y medio sobre el ecuador; y la abundancia de esta mina es tan asombrosa, que ha llenado de este metal á todo el universo. Cuéntase que la quinta parte que se saca todos los años, y pertenece al tesoro real, asciende á un millon y quinientos mil pesos de plata pura y líquida, á pesar de los innumerables fraudes y hurtos que se cometen.

Entretanto, habiendo juntado el virey trescientos soldados armados, volvió á Quito, donde Pizarro se habia detenido para recibirle, y apenas avistó al enemigo ordenó su ejército, y le presentó batalla estando resuelto á vencer ó morir. Salióle al encuentro Pizarro con mas que doblado número de tropas, y en el primer choque pelearon atrozmente, pero llegando á entibiarse el ardor de los soldados del virey, comenzaron á escaparse de la pelea con vergonzosa cobardía. Cayó el mismo virey combatiendo valerosamente, y al tiempo de espirar le cortó la cabeza un negro por mandado de Benito de Carvajal, y fue clavada en una escarpia en medio de la plaza, y su cuerpo enterrado en la iglesia. Sucedió esta batalla cerca de Quito á principios del año de mil quinientos y cuarenta y seis: Belalcazar recibió en ella muchas heridas, y fue hecho prisionero por Pizarro, pero le admitió á su gracia, y con ciertas condiciones le envió á Popayan. Eligióse entonces por primer obispo de esta provincia á don Juan del Valle, y para la diócesis de la nueva Galicia, á don Pedro Gomez

Hanover. Además se erigieron en metropolitanas las iglesias de Méjico, Lima y Santo Domingo, y se dispensó á los obispos la visita *ad limina Apostolorum.*

Luego que Baca de Castro se restituyó á España, fue puesto en prision, oprimido por las acusaciones de sus enemigos, las que siempre son muy comunes en las discordias civiles; pero habiendo justificado su fidelidad al rey, y la pureza de su conducta en el gobierno, fue repuesto en la plaza del consejo supremo, de que se le habia separado, y á su hijo se le confirió el arzobispado de Sevilla.

El dia nueve de noviembre del mismo año se descubrió una nueva conjuracion de los pueblos orientales de la península de Yucatan para arrojar de allí á los españoles. Acometieron repentinamente los indios contra los patronos á quienes estaban entregados en encomiendas, y los dos hermanos Juan y Diego Cansino fueron crucificados y muertos á flechazos: perecieron con diversos suplicios otros diez y seis españoles, que se habian tenido por muy seguros entre unos bárbaros tan feroces, y solos dos pudieron escaparse. Despues cobrando nueva audacia invadieron la ciudad de Valladolid; pero haciendo una salida veinte españoles con las tropas mejicanas que habia llevado Montejo en su auxilio, mataron á muchos de los enemigos, sin que en esta pelea hubiese muerto español alguno. Sin embargo de esta derrota no pudieron arrojar de allí á los indios, y fue preciso que viniesen cuarenta soldados armados de Mérida, á quienes siguió otro escuadron, y tuvieron muchos encuentros con los bárbaros que tenian tomados los caminos. Pareció conveniente intentar antes el reducirlos á la paz; mas conociendo que era inescusable recurrir á la fuerza, se renovó el combate con mucho ardor; y aunque murieron muchos, no se declaró la victoria por una y otra parte. Finalmente cansados los españoles de pelear, se retiraron á la ciudad, y habiendo curado á los heridos, volvieron á la batalla derramando mucha sangre de los bárbaros. No daban estos señal alguna de temor, y continuaron del mismo modo las peleas por espacio de algunos dias con admirable obstinacion de los indios. Pero venció al fin la constancia de los pocos, pues viendo los bárbaros que no habian podido vencerlos en tan repetidos combates, y que su multitud se habia disminuido mucho, comenzaron á dispersarse por varias partes. Murieron veinte españoles de los mas intrépidos, y mas de quinientos mejicanos y esclavos armados, que pelearon con tanto ardor como los hombres mas fuertes. Despues de este suceso, los capitanes dividieron sus pequeñas tropas para perseguir y subyugar á los indios, y padecieron varios infortunios. Juan de Aguilar que fue el mas desgraciado, se apoderó de un pueblo á fuerza de armas, y sujetó á sus habitantes. Montejo dió libertad á los que habian sido hechos prisioneros en la batalla, y los redujo con su benignidad. Mientras tanto se levantó en Salamanca otro tumulto en el que fue muerto Martin Rodriguez, encomendero de este pueblo, y se hallaba en gran peligro de perderse si Aguilar no hubiera acudido con prontos socorros. No es posible referir lo mucho que padecieron en el camino con el hambre, la sed y el cansancio. Pelearon muchas veces con los bárbaros que les salian al encuentro. Finalmente habiendo sido presa la mujer del cacique, se la restituyeron con algunos regalos, lo que ablandó al Bárbaro, que se habia encerrado con gente armada en un pueblo muy fuerte situado entre unas lagunas, y volvió á su deber. Duró esta guerra cuatro meses, y produjo una paz sólida. De aquí adelante trataron los españoles á los indios con mas blandura, lo cual fue la verdadera causa de que depusiesen su ferocidad. Mandóse despues á los caciques que enviasen sus hijos á Mérida para que fuesen instruidos en la Religion Cristiana, y sirviendo estos de rehenes, se proveyó suficientemente á la seguridad de sus señores.

Antes de la batalla de Quito habia enviado Pizarro á Francisco Carvajal con parte de las tropas contra Centeno que intentaba renovar la guerra. Pero viéndose este con fuerzas muy desiguales, y escapándosele sus soldados por el miedo, no pudo sostener la presencia de Carvajal, por lo que se retiró á los bosques con solos cuarenta compañeros que quisieron seguir su fortuna. Poseido de igual terror otro capitan llamado Rivadeneira, se apoderó de un navío en el puerto de Arica, y sin tener en él aguja de marear ni velas, se huyó en él con catorce soldados hasta las costas de Guatemala. De esta suerte apenas se hallaba un hombre en todo el Perú que se atreviese á levantar la cabeza contra los pizarrianos: pues Lope de Mendoza y Nicolás de Heredia, que regresaban de una larga peregrinacion, en la que habian penetrado hasta el rio de la Plata, cayeron por su desgracia en manos de Carvajal. Este los venció y derrotó de noche en un combate, y aunque se pusieron en fuga, fueron cogidos y pasados á cuchillo. Habiendo llegado á Charcas el vencedor Carvajal, sacó de allí una inmensa cantidad de plata. Jorge Robledo porque se habia substraido de la autoridad de Belalcázar, fue preso con otros tres compañeros y pereció en una horca, siendo esta muerte ignominiosa el premio que recibió de sus grandes hazañas. Por este tiempo fundó Francisco Mercadillo por mandado de Pizarro la ciudad de Loja entre Quito y el Cuzco.

La llama de esta funestísima guerra penetró hasta el puerto de Nombre de Dios, y apoyado Fernando Mejía en el favor de Hinojosa, arrojó del continente á Melchor Verdugo, y sin permitirle detenerse en parte alguna, le obligó á retirarse á los navíos. En todas partes fueron perseguidos cruelmente los que seguian el partido de los magistrados legítimos, con muertes, robos, y todo género de injurias; en lo cual se distinguió principalmente Francisco de Carvajal, hombre envejecido en la milicia, de carácter perverso, y siempre dispuesto á cometer cualquiera maldad. Cuando caian en su poder algunos de los enemigos, despues de llenarlos de oprobios, inmediatamente los mandaba quitar la vida, prohibiéndoles con suma impiedad que se confesasen y dispusiesen como cristianos, y que hiciesen testamento, y los hacia ahorcar precipitadamente de las ramas de los árboles para deleitarse con la prolija agonía de los que tardaban mucho tiempo en espirar.

En otras partes se suscitaron tambien discordias, especialmente en el rio de la Plata. Alvar Nuñez, defensor heróico de la libertad de los indios, no podia tolerar con paciencia las injurias que les hacian los soldados. Seguian estos el rumbo contrario, y despreciaban con insolencia y dicterios la ley que en favor de los indios habia mandado el César observar en todo aquel Nuevo Mundo. No eran mas moderados los ministros reales en el uso de su autoridad, y tenian por lícito todo cuanto lisonjeaba sus apetitos. Irritados los bárbaros de sus vejaciones, se arrojaban á las armas, y habia frecuentes combates, no sin daño de los españoles, que por su corto número era mucho mas sensible. Juntábanse á esto las muchas enfermedades que les causaba el clima, y el hambre que padecian, porque los indios les rehusaban los víveres. Para colmo de todos los males conspiraron contra Alvar Nuñez, y habiéndole despojado de sus bienes, y cargado de calumnias, le enviaron preso á España, y fue nombrado en su lugar por voto de los soldados Domingo de Irala, autor de la sedicion. Examinada la causa de Nuñez en el consejo de Indias, fue absuelto, y dado por libre, aunque no se le restituyó en el gobierno, para evitar la ocasion de que no se renovasen las anteriores discordias.

Tampoco se hallaron quietos ni seguros los españoles de enemigos esternos, porque corriendo los franceses las costas de América, que frecuentaban mucho, saquearon por este tiempo á Santa Marta; pero se pusieron antes en lugar seguro cien mil pesos que habia en la caja real, y se consiguió de los piratas, á costa de algun dinero, que no incendiasen la ciudad. Otros muchos daños padecieron aquellas costas, por lo cual se internaron los colonos tierra adentro con sus bienes. Habiéndose introducido una cruelísima epidemia, pereció un infinito número de gentes, y era tanta la violencia del mal, que espiraban al dia tercero los que se hallaban acometidos de ella.

CAPITULO IX.

Pasa al Perú don Pedro de la Gasca á pacificar las discordias civiles. Sucesos entre las tropas reales y las de Pizarro. Ríndese, y es condenado á muerte.

Tal era el estado del Perú, cuando fue nombrado presidente de la audiencia de Lima don Pedro de la Gasca, presbítero, con amplísimos poderes para apaciguar las turbulencias y llegó al puerto de Nombre de Dios el dia diez y siete de julio: seguíanle Iñigo de Rentería, y Andres Cianca jurisconsultos, y los capitanes Alonso de Alvarado, y Pascual Andegoya con algunos pocos nobles. Y con tan pequeños auxilios emprendió este hombre magnánimo cosas que parecian superiores á las fuerzas humanas. Valióse primero del arte, y adelantó tanto con sus oficios suaves, que atrajo á sí en breve tiempo aun á los hombres mas adictos á los otros partidos. Juntósele desde luego Mejía, y habiendo pasado á Panamá, se le sujetó Hinojosa con su armada, con gran complacencia de los capitanes de los navíos. Los obispos de Lima y de Santa Fe de Bogotá y otros eclesiásticos, que pensaban con rectitud y deseaban lo justo, pasaron á él para ofrecerle sus facultades. Finalmente, hicieron lo mismo todos los que permanecian fieles, y muchos de los rebeldes, entre los cuales fue uno Lorenzo Aldana, teniente de Pizarro. Habia hecho Gasca divulgar por medio de hombres idóneos, que traia órdenes para mitigar las leyes y conceder indulto á todos los que volviesen á la obediencia del rey, y escribió á los magistrados de las ciudades amonestándoles de su deber. Dirigió á Pizarro una carta que le escribia el César, á la que añadió una exhortacion suya muy larga y otra á Zepeda; pero disuadiéndole los obispos y los principales capitanes que le acompañaban, que no esperasen conseguir por suaves medios cosa alguna de Pizarro, pues estaba resuelto á sostenerse con la fuerza de las armas, determinó Gasca hacerle la guerra.

A principios del año de mil quinientos y cuarenta y siete envió á Trujillo cuatro navios, mandados por Aldana, Palomino, Ilian y Mejía, á los cuales se juntaron de su propia voluntad otros buques de Pizarro. Comenzó Aldana á esparcir por todas partes copias de las cartas del rey con gran fruto, pues se pasaban á él muchos, que agitados de diversas pasiones, tenian su interés en trastornar las cosas de arriba á bajo. Viendo Pizarro que le iban abandonando los suyos, convocó de todas partes á sus mas fieles amigos, y acudió el primero de todos Carvajal con una muy escogida compañía y gran cantidad de dinero; con cuyo consejo comenzó á disponer la guerra con increible profusion para arrojar de allí al presidente. Pero este se habia dado tan buena maña, que antes de entrar en el Perú tenia ya una buena parte de él levantada contra Pizarro. Tanto es lo que importa en las guerras civiles la opinion y fama de los hombres. Para detener Pizarro la total ruina que le amenazaba, descargó su ira contra aquellos de quien sospechaba estaban inclinados al presidente. Nuñez Vela fue degollado en Lima; otros, á quienes trató con mas blandura, fueron trasportados por Antonio Ulloa á la estremidad de las costas de Chile, pero habiendo roto las cadenas, volvieron la proa y se huyeron á Nueva España. Temeroso Centeno de la crueldad de sus adversarios, se escondió con Luis de Rivera en una cueva cerca de Arequipa, donde permaneció un año, sin saberlo mas que un amigo que le llevaba lo necesario para sustentar la vida. Salió de allí al fin, y juntando cuarenta soldados, acometió una noche de improviso á la ciudad del Cuzco, y puso en fuga al partido contrario, que se halló atónito y consternado. Hizo prisionero al gobernador y le mandó degollar en medio de la plaza, y habiéndose apoderado de cien mil pesos pertenecientes á los pizarrianos, los repartió entre los soldados, con cuya liberalidad se aumentó en breve tiempo el número de sus tropas, que acudian adonde se les presentaba mayor lucro y ganancia, y desde allí partió á Charcas, á fin de reducir á su partido esta ciudad con su gobernador Mendoza.

A este tiempo fue llamado por Pizarro Lucas Martinez, que estaba en Arequipa, y habiéndose puesto en marcha con los soldados que tenia á su mando, le prendieron estos y le entregaron á Centeno. Finalmente, unióse á este Mendoza y juntó un cuerpo de mil hombres armados, que causó tanto terror á Pizarro, que para derrotarle antes que se juntase con Gasca, salió de Lima con novecientos soldados. Envió delante á Juan de Acosta con el primer escuadron, y se detuvo algunos dias en el campo, entretanto que prevenia las demás cosas necesarias. Eran muchos los que le abandonaban, y entre ellos fue Benito Carvajal y Gabriel Rojo, con otros de los principales; y para impedir estas deserciones, se apresuró á seguir á Acosta, persuadido de que cuanto mas se alejase de los del partido del rey; tendrian mas seguros á los suyos. Pero mientras procuraba retener al soldado, perdió la ciudad, porque habiendo llegado Aldana por este tiempo al puerto del Callao, los limeños ostigados de la dominacion de Pizarro, tremolaron las banderas por el rey en señal de su fidelidad. Saltó Aldana en tierra, y entró en la ciudad con una guarnicion de soldados, con gran gozo y complacencia de todos los ciudadanos.

El presidente, á quien sucedian las cosas mucho mejor de lo que podia desear, supo aprovecharse de su fortuna. Vino á Tumbez con una armada, y fue grande el concurso de gentes que acudió á él; y otros que no podian salir con seguridad de sus casas, le manifestaron por cartas su obediencia y sumision al rey. Por este tiempo habia juntado quinientos soldados armados, cuyo mando dió á Hinojosa: nombró por su teniente á Alfonso de Alvarado, y por alferez á Benito Carvajal, y se puso en camino para Trujillo. Entretanto los de Quito, habiendo tomado las armas, degollaron á Pedro Puelles su gobernador, y proclamaron el nombre de rey, siendo el autor de este hecho Fernando de Salazar, hombre valeroso, á quien en premio se le concedió el gobierno de la ciudad.

Pizarro, aunque tenia fuerzas desiguales; por haberse disminuido sus tropas con la desercion, marchó contra Centeno, estando resuelto á perderle, ó perecer. Presentóle batalla en el campo de Guarina el dia veinte de octubre, y quedó Pizarro victorioso. De los del partido del rey fueron muertos mas de trescientos y cincuenta, y Carvajal ahorcó á treinta. Pizarro perdió cerca de cien hombres, y recogió un gran botin de oro, plata y armas, que de lo demas no hacia aprecio alguno. Despojado Centeno de su ejército, y hallándose enfermo, se retiró fugitivo á Lima. Los enemigos quedaron muy orgullosos con esta victoria, y convertido el temor en audacia, son casi increibles las crueldades que cometieron para

satisfacer su venganza, hiriendo, matando y robando. Dos españoles de Areguipa se quitaron á sí mismos la vida, para no padecer los insultos de los enemigos en la muerte que no podian evitar. En este tiempo perecieron trescientos y ochenta á manos de los verdugos, y setecientos peleando valerosamente en las batallas, habiendo degenerado en crueldad la avaricia de estos hombres que poseian montes de oro, descubiertos para daño de la vida humana. El obispo del Cuzco, que se halló en la batalla, se escapó con acelerada fuga de las manos de Carvajal, y vino á Jauja, donde tenia su residencia el presidente, cuya grandeza de ánimo era tal, que no mostró turbacion alguna con la noticia de la desgracia del ejército de Centeno.

A principios del año siguiente de mil quinientos cuarenta y ocho se puso en marcha á Guamanga, donde recibió á Belalcazar con mas de trescientos soldados: despues á Valdivia, que habia vuelto de Chile, con grande alegría y regocijo de todo el ejército, por la fama de su valor y esperiencia militar; y finalmente á Centeno, á quien seguia una tropa de caballos, y á otros capitanes, cada uno con sus tropas, dinero y vestuario. Desde Guamanga trasladó su campo á Andaguaylas, donde pasó el resto del invierno. Tenia ya mil y novecientos soldados muy bien equipados, y endurecidos en continuas batallas. Pero muchos cayeron enfermos por el uso del trigo sin madurar, á los cuales socorrió el padre fray Francisco Roca, del órden de la Santísima Trinidad, celoso observador de su instituto, y con su cuidado y asistencia convalecieron prontamente. A la entrada de la primavera llegaron al rio Apurima, y tardaron algun tiempo en pasarle, por haber sido quemado el puente, y hallarse apostado el enemigo en la ribera opuesta. Una y otra dificultad la superaron los realistas con su valor y actividad, aunque con pérdida de sesenta caballos, que arrebató la corriente del rio, y marcharon intrépidos contra el enemigo. Pizarro se habia acampado cerca de Saguisaguana, distante quince millas del Cuzco, en un lugar seguro, y estaba bien provisto de todo. Los realistas se pusieron á la vista, aunque en paraje incómodo, y hubo algunos ligeros combates, que mas bien fueron escaramuzas, que peleas; pero habiendo comenzado despues á disparar la artillería, desertaron muchos del campo de Pizarro: con cuánto dolor de este, no es necesario decirlo. Su designio era presentar batalla, porque la victoria ganada á Centeno le habia inspirado audacia. El presidente por el contrario, queria mas vencer con el arte que con la espada, y puso en órden de batalla sus tropas, no para darla, sino para ostentarla, conociendo la desconfianza de los enemigos, que á cada paso abandonaban á su general. Entre estos le desamparó Zepeda, causa principal de tantos males; y otros al mismo tiempo se refugiaron al Cuzco, y arrojando las armas, se escondieron en los parajes mas ocultos. Habiéndosele disminuido y desordenado sus tropas tan notablemente, rodearon á su general, pues no tenian ánimo para pelear, ni para huir. Atónito Pizarro con este espectáculo, y exhortándole Acosta á que acometiesen al enemigo, para perder gloriosamente la vida á ejemplo de los romanos, se asegura le respondió con semblante sereno, que mejor seria morir como cristianos, y en señal de que se rendia, entregó su espada con Villavicencio.

Gozoso el presidente con la victoria que habia ganado, sin derramar sangre, entregó á Pizarro en manos de Centeno para que le custodiase; fueron tambien presos otros muchos, que habian quedado inmobles con el terror de un suceso tan inesperado, y al dia siguiente murieron en la horca nueve capitanes. Pizarro fue degollado, confiscados sus bienes y su casa arrasada hasta los cimientos. Carvajal, que era el mas perverso de todos, cayó del caballo al tiempo de su fuga; prendiéronle sus mismos soldados, y conducido al presidente, fue entregado luego al verdugo para descuartizarle, á fin de que con esta prolongada pena, pagase sus muchos delitos, y pereció á los ochenta y cuatro años de su edad. Despues de esto se hicieron pesquisas de los reos, y en diversos tiempos fueron muchos condenados al último suplicio. Zepeda fue enviado á España cargado de cadenas, y acabó su vida en la cárcel. Es indecible la presa que se repartió al soldado en pago de su estipendio, cuya mayor parte fue en oro puro. Ganóse esta victoria el dia nueve de abril, y con grande ejemplo de la inconstancia de la fortuna los hermanos Pizarros perecieron del todo en aquellas mismas regiones que habian descubierto para el reino de España. Concediéronse pensiones y tierras á los capitanes en premio de sus hazañas, y el presidente encargó á otros el cuidado de repartirlas para evitar resentimientos contra su persona, y finalmente salió del Cuzco, dejando á Cianca por gobernador de la ciudad, y pasó á Lima para arreglar lo que faltaba.

Despues de su partida, comenzaron las quejas de los soldados, que no se creian suficientemente recompensados segun sus méritos, ni se les resarcia la utilidad que antes les producian los esclavos del Perú; y que solo se trataba de aumentar mas y mas el erario real, despojándolos á ellos. Estas y otras cosas semejantes vociferaban los que creian que con la victoria habian adquirido mayor libertad, y al fin comenzó á tramarse una conjuracion que amenazaba renovar los anteriores males, si no hubiera sido reprimida oportunamente por Cianca, el cual ejecutó un severo castigo en los principales motores. Entonces fue cuando despues de tan contínuas calamidades comenzaron á respirar y á gozar de quietud y alegría los miserables peruanos, habiendo sido puestos en libertad los esclavos, y concedídose permiso á todos por el presidente para restituirse á su patria: comenzó á recogerse en pueblos la multitud derramada por los campos, para que suavizado con la civilidad el carácter de estos hombres, fuesen instruidos mas fácilmente en la Religion Cristiana. Estableciéronse los tributos que habian de pagar, y todas las cosas fueron arregladas por el trabajo y diligencia admirable de Gasca. Nombró cuatro oidores para que administrasen justicia, y gobernasen ínterin que el César disponia otra cosa. Estos fueron Melchor Bravo, Fernando de Santillana, Pedro Maldonado y Andrés Cianca, llamado del Cuzco, y fue puesto en su lugar Benito Carvajal. Por este tiempo fundó Mendoza una nueva colonia á seiscientas millas de la Plata, hácia Arequipa, en un paraje oportuno señalado por el presidente, y como se estableció luego que se concluyó la guerra de Pizarro, fue llamada nuestra Señora de la Paz.

El nuevo reino de Granada, en que gobernaba Lugo, sucesor de su padre, se hallaba muy floreciente, y las colonias en él fundadas contenian muchos habitantes especialmente la llamada Trinidad, á causa del gran comercio que se hacia de unas á otras partes por los rios Pate y Magdalena. En Santa Fe de Bogotá se estableció una real audiencia, cuya presidencia fue conferida á Quesada en premio de sus señalados méritos, y otra igual se fundó en la nueva Galicia. De este modo se reprimia la licencia de aquellos tiempos; tenian su debido vigor la justicia y las leyes, y se ponia órden en las cosas públicas. La silla episcopal de Tlascala fue trasladada á la Puebla de los Angeles fundada por Ramirez. Estendíase de una manera admirable la Religion Cristiana, en cuya propagacion trabajó con heróico celo don Francisco Marroquin, obispo de Guatemala. Este, pues, en los años anteriores con el auxilio de los religiosos dominicos redujo al Evangelio á los bárbaros esparcidos en Chiapa y Tabasco, y á los que no pudo quebran-

tar la fuerza de las armas, los obligó con sus palabras á sujetarse, y les hizo tributarios. De aquí nació el nombre de Verapaz que el César dió á aquella provincia, noticioso del modo con que se habia pacificado. Debemos hacer aquí especial memoria de fray Luis Cancer, del órden de Santo Domingo, cuya doctrina y suavidad de carácter para atraer á los bárbaros al Cristianismo produjeron copiosos frutos. Desde allí navegó á la Florida ardiendo en deseos de propagar el Evangelio, y mientras se ocupaba con gran celo en esta santa obra, fue muerto por los bárbaros con dos compañeros en el año cuarenta y nueve de este siglo.

Nuño de Chaves fue enviado por Irala para sujetar á los bárbaros del rio de la Plata que se habian sublevado, y para apaciguar con medios suaves á otros que estaban próximos á rebelarse. Tambien descubrió nuevas regiones con un pequeño escuadron que le acompañaba; pero las ventajas que de esto podian sacarse, se inutilizaban en parte por el escesivo desenfreno de Irala y sus soldados. Despues de esto, dividiéndose en opuestas parcialidades pelearon con ánimos feroces por la ambicion del mando, y volvieron á renovarse las muertes, suplicios y todos los otros males de la guerra civil. Continuó Chaves su viaje tierra adentro, y penetró hasta el Perú, visitó al presidente, el cual elogió su intrepidez, y le socorrió con dinero, y se restituyó adonde habia salido. Entretanto Centeno se disponia de órden del presidente á marchar con tropas contra Irala; pero le sobrevino la muerte, lo que dió motivo á que continuase la sedicion. En San Pedro de Honduras se sublevaron los negros contra sus señores, pero sufrieron el merecido castigo, pues habiendo sido vencidos y derrotados en batalla, perecieron casi todos, y su capitan fue muerto en el suplicio. Estos son los sucesos mas principales que por estos tiempos acaecieron en la América.

CAPITULO X.

Guerra de los portugueses en la India con el rey de Cambaya, y entre el Turco y el rey de Persia.

Sucedió á Sousa en el gobierno de la India don Juan de Castro, hombre recomendable por su prudencia y valor, á tiempo que Mahamet, proclamado rey de Cambaya despues de la muerte de Badur, comenzó á poner asechanzas á la fortaleza de Diu, irritado contra los portugueses, con el especioso pretesto de que habian faltado á su palabra. Habíanse convenido en que entre la ciudad, que habitaban los bárbaros, y la fortaleza se levantase un muro, y viendo los portugueses que subia mas alto de lo que era justo, impidieron que continuase la obra. Sintiólo mucho el Bárbaro, porque veia frustrados sus designios, y de aquí se originó inmediatamente una discordia entre los que se hallaban deseosos de venir á las manos. Intentó desde luego el Bárbaro sorprender á los portugueses con ocultas celadas; pero no habiéndole producido efecto, se declaró abiertamente y comenzó á hacer grandes preparativos. Juan de Mascareñas, gobernador de la fortaleza, hombre intrépido y de mucha esperiencia, luego que tuvo noticia de esto, envió mensajeros á las colonias inmediatas, y aun hasta Goa, para anunciarlas que amenazaba una guerra que en breve vendria á recaer contra la fortaleza. No tardaron los enemigos en levantar trincheras y conducir artillería, y tenian mucha esperanza en una grande máquina, que colocada en un navío de estraordinaria magnitud, arrojase llamas á larga distancia, entretanto que los soldados subian por las escalas al muro. Pero habiendo sido incendiada esta máquina en una noche por el valor y diligencia de Santiago Leitao, se desvanecieron como el humo los esfuerzos de Coje Cofar su artífice y autor de la guerra. Era este, segun corria la fama, natural de Otranto, y habiendo sido hecho cautivo por los turcos, abjuró la verdadera religion para abrazar la supersticion mahometana, y se distinguió entre los bárbaros por sus riquezas y valor. Hacíase la guerra por su direccion con tanta esperanza de vencer, que inflamado el rey de Cambaya con sus magníficas promesas, vino á los reales para recoger el fruto de la victoria. Mas este príncipe que no estaba acostumbrado á peligros, viendo que uno de los amigos que le acompañaban fue arrebatado por una bala de cañon, se apresuró á retirarse lleno de terror.

Estrechaba Cofar á los sitiados con minas subterráneas, y con el contínuo fuego de su artillería, y estando en lo mas fervoroso de la accion, vino una bala perdida que le llevó la cabeza y la mano derecha en que tenia apoyada la barba. En su lugar fue nombrado general su hijo Rumecan, el cual, para vengar la muerte de su padre, continuó con mas vigor la empresa. Pelearon muchas veces en la brecha del muro con increible ardor, y en uno de estos combates subieron los bárbaros con escalas á la parte opuesta, sin que los sitiados lo advirtiesen, porque todos se hallaban juntos para pelear con los que tenian delante. Pero rechazaron su esfuerzo las mujeres, tomando las armas con varonil constancia y denuedo, acudiendo tambien al tumulto el gobernador con algunos pocos armados. Habiendo peleado tan felizmente en una y otra parte, creció el ánimo de los portugueses con el ejemplo de la audacia mujeril; aunque en breve los abatió una desgracia que sobrevino, tanto mas sensible cuanto era tan corto su número. Incendiaron los enemigos la mina de un baluarte que defendian setenta hombres, y aunque se les advirtió el peligro que corrian, rehusaron con arrogancia abandonar su puesto, y perecieron todos en las ruinas del baluarte. Entre los muertos fue uno el hijo del virey, jóven de grandes esperanzas, y que poco antes habia venido con un escuadron auxiliar de nobles. Entretanto llegó Alvaro su hermano, con quinientos soldados, socorro muy oportuno y necesario para los que se hallaban en tanta fatiga, reducidos á un pequeño número: su obstinacion en pelear á campo descubierto, donde vence el verdadero valor, y no dentro de oscuras cuevas, obligó á hacer una salida con desprecio de la disciplina militar, á pesar de la oposicion de Mascareñas. La batalla fue desgraciada, y habiendo sido rechazados los atrevidos portugueses hasta la misma fortaleza con ignominia y pérdida, aprendieron á costa suya á obedecer.

Despues de ocho meses de un apretado y cruel sitio; llegó al fin el virey al puerto con una grande armada, cuya venida habian impedido hasta entonces las tempestades. Desembarcadas las tropas al dia siguiente, que era el once de noviembre, hicieron todas una salida, quedando solo trescientos hombres en la fortaleza á las órdenes de Antonio Correa. Iban repartidos en tres cuerpos dos mil y quinientos portugueses con los indios auxiliares. El primero le mandaba Mascareñas, el segundo Alvaro y el tercero el virey. Al primer ataque dado al amanecer, superaron las fortificaciones de los enemigos y mataron los centinelas, y despues se trabó una atroz pelea á pié firme dentro del mismo campo. Fue tentada con varios ardides la constancia y actividad de los soldados; pero ninguno mostró la menor señal de temor. Los bárbaros rehaciendo sus compañías, renovaron muchas veces el combate, obstinados en vencer ó morir, y los portugueses, aunque oprimidos por el escesivo número de los enemigos arrollaban y destrozaban cuanto se les ponia delante. Cayó muerto Rumecan, y los principales de sus capitanes. Castro inflamaba el valor de los suyos con la voz y con el ejemplo, y finalmente con sus heróicos esfuerzos fueron rechazados los enemigos, haciendo en ellos gran-

de estrago, y en la misma accion se apoderó de la ciudad con muerte de sus habitantes. Esta victoria tan célebre costó á los portugueses ciento y cincuenta hombres, y algunos pocos auxiliares, y de los bárbaros se asegura que perecieron cinco mil. El botin que recogieron fue inmenso, y todo se repartió á los soldados en premio de su valor. Lleváronse doscientos cañones de artillería á la fortaleza, la que fue reparada, y limpiados los fosos, y quedando en ella de guarnicion quinientos soldados de los mas intrépidos, se hizo á la vela el vencedor Castro con su armada el dia once de abril del año siguiente de mil quinientos y cuarenta y cinco, y entró en Goa con una pompa muy semejante á un triunfo romano. Disponiéndose Mascareñas para restituirse á Portugal, le envió el virey por sucesor á Luis Falcaon, hombre valeroso y esperto en la milicia. Despues de esta victoria hicieron los portugueses muchos daños al rey de Cambaya para castigarlo de haberles movido la guerra, habiéndole destruido las ciudades marítimas, incendiándole sus navíos y causándole todo género de molestias.

Por este tiempo intentó el rey de Achem invadir á Malaca, pero con desgracia, pues los portugueses con muy pequeñas fuerzas se apoderaron de su armada. Habia inspirado San Francisco Javier mucho ánimo al pueblo en sus sermones, dándole esperanza de vencer, y habiendo profetizado la victoria, marcharon alegres contra el enemigo, y pelearon felizmente. El sucesor de Galvan en el gobierno de las Molucas habia trastornado el buen órden que aquel dejó establecido, y envió preso á la India al reyezuelo Cacil. Pero el virey Castro se instruyó de la causa, y hallándole inocente, le envió libre á las Molucas, con cuya ofensa y con el dolor que le causó la muerte de su madre, vivió siempre enemigo de los portugueses, y les hizo todos los daños posibles. Su hijo, que le sucedió en el reino, heredó tambien el odio paterno, y aun se mostró mucho mas implacable con ellos.

En Aden, ciudad de la Arabia, tuvieron los portugueses un desgraciado suceso, mas por la cobardía de su capitan Payo de Noroña, que por lo adverso de la fortuna. Acudió allí prontamente Alvaro de Castro para borrar esta ignominia; pero mientras se esforzaba en lavar con poca sangre la anterior mancha, se precipitó con temeridad juvenil en una calamidad mucho mas grande. Tenian el castillo de Jael treinta turcos, y determinó tomarle por fuerza, sin haberles querido admitir ninguna de las condiciones que le proponian, y esperimentó muy á costa suya que aquellos á quienes despreció con arrogancia cuando se le entregaban voluntariamente, eran hombres muy valerosos; pues peleando como desesperados, le mataron muchos de los suyos con increible dolor del virey su padre. Este pues, cayó enfermo de allí á poco, y habiéndose dispuesto cristianamente por el socorro de San Francisco Javier, que le asistió en su última hora, falleció el año de mil quinientos cuarenta y ocho. Su cuerpo fue depositado en San Francisco, y llevado á Portugal en los años siguientes. No me ha parecido referir aquí todas sus heróicas hazañas, porque pueden leerse en la vida de este varon insigne publicada por Jacinto Freire. Abrióse la cédula real, y se halló declarado sucesor García de Salas, hombre de mucha edad, el cual tomó luego posesion del mando.

En este año consiguieron victorias los portugueses en el remoto imperio de la Persia, y con grande gloria de la nacion española, enarbolaron en todo el orbe sus triunfantes banderas. Thamas, rey poderosísimo de los persas, venció y derrotó en batalla á Elcas, su hermano, que intentaba quitarle el reino. Soliman, á quien se habia refugiado el vencido para pedirles socorros, no queriendo perder la buena ocasion que se le presentaba de estender su imperio, comenzó á disponer la guerra contra el rey de Persia, con el designio de adquirir por premio de la victoria el reino que se disputaba, segun la máxima de aquellos príncipes, que en la defensa de las causas ajenas solo buscan su interés propio. Juntó pues un grande ejército, que se componia de sesenta mil caballos, y ciento y veinte y seis mil infantes, y se puso en marcha al Oriente con su hijo Selim. El rey de Persia, para resistir á tantas fuerzas, pidió socorro á los portugueses, con cuyo valor y pericia militar, y con el auxilio de su artillería, en cuyo manejo estaban poco diestros los persas, confiaba poder hacer frente al Otomano. Pasaron de la India á la Persia tres mil portugueses endurecidos en muchas batallas, llevando consigo veinte cañones de artillería, para confirmar en los ánimos de aquella gente la fama que habian adquirido con tantas victorias. Hallábanse acampados en las márgenes del Eufrates, en un paraje elevado, y su número llegaba á cien mil, la mayor parte de caballería, segun la costumbre de la nacion, y la infantería portuguesa ocupó otro lugar separado. Los otomanos fueron acercándose sin pensar en otra cosa que en la victoria y en la presa: era imposible mantener la tropa, porque todos los contornos, por espacio de muchas millas, estaban arrasados, y era necesario abrirse camino con la espada, y aventurarse á la fortuna de la batalla. Los portugueses hicieron muchas minas en todo su campo, y las llenaron de gran cantidad de pólvora para vencer con este ardid á unos enemigos cuya multitud los hacia tan superiores. Tuvieron algunos pequeños combates con favorable suceso, lo cual les infundia esperanza de conseguir la principal victoria: y indignados de esto los turcos, los acometen en gran número con feroz ímpetu. Los portugueses por el contrario fingiendo haber cobrado miedo, ceden su puesto, para que atraido el enemigo, pudiesen hacer en él el premeditado estrago. Inmediatamente pusieron fuego á las minas, y rompiendo las llamas por bajo de los piés, disiparon los escuadrones enemigos con horrendo estrago. Acometieron los portugueses á los que estaban atónitos, y llenos de temor con tan inesperado suceso, mientras que por otra parte sostenian los persas la batalla, haciendo gran mortandad en los turcos, que ni podian retirarse, ni ponerse en órden para pelear; pero habiendo sobrevenido la noche, cesaron los persas de herir y matar. Fueron muertos mas de cien mil del ejército de Soliman, y se dice que él mismo escapó herido con Selim su hijo. El resto de las tropas pereció con las enfermedades, el hambre y lo largo del camino, y muy pocos volvieron á Constantinopla con su general. Con esta victoria adquirió gran lustre el nombre portugués en todos los pueblos situados entre el Ganges y el Indo. Los pequeños escuadrones portugueses eran tan apreciados de los príncipes de aquellas naciones que hacen la guerra con infinita multitud de hombres y elefantes, que el que conseguia su auxilio, estaba seguro de que no le abandonaria la victoria.

CAPITULO XI.

El príncipe don Felipe es jurado sucesor de los estados de Flandes. Muerte de Paulo tercero y eleccion de Julio Tercero. Espedicion de los imperiales á la ciudad de Africa.

Prevenidas todas las cosas para la inauguracion del príncipe don Felipe, fue proclamado sucesor de su padre en los estados de Flandes. Despues de lo cual, comenzando por Lovaina, visitó las principales ciudades, las cuales le prestaron el juramento de fidelidad con admirable gozo y complacencia de todos sus habitantes. Pasó á la Zelandia, que en otro tiempo ocuparon los pueblos tojandros, sujetados por

Lavieno, legado del César, y los vecinos de su distrito le reconocieron del mismo modo, siéndoles confirmadas sus inmunidades. Empleó el príncipe un mes entero en visitar las provincias, para atraerse y conciliarse el amor y benevolencia de los flamencos, y habiéndole obsequiado los pueblos con un considerable donativo, cuya mayor parte espendió liberalmente entre pobres y necesitados, se restituyó á Bruselas á los espectáculos que le tenian prevenidos en señal de su amor y respeto. Pero la alegría de estas fiestas fue turbada con una nueva calamidad por la inconstante condicion de la humana fortuna; pues además de la enfermedad del César, que le tenia postrado en la cama, la noticia que por este tiempo vino de la muerte del pontífice, lo trastornó todo. Habia fallecido el dia diez de noviembre á la edad de ochenta y un años, no tanto de enfermedad, cuanto de tristeza y afliccion por sus desgracias domésticas. Fue muy amante de la justicia, y muy celoso en mantener la paz de la Italia. Tenia al parecer mas inclinacion al Francés, pero en público era mas obsequioso del César, aunque no era adicto ni á uno ni á otro. Entre las demás virtudes que le adornaban, no le faltaron las que requiere el arte de reinar. Favoreció mucho las letras, y sobre todo el estudio de las matemáticas, por lo cual Nicolás Copérnico le dedicó sus libros de las revoluciones de los orbes celestes, condenados despues por su absurda doctrina del triple movimiento de la tierra, repugnante á las Sagradas Escrituras. Su muerte hubiera causado mayor sentimiento si hubiese tenido menos codicia de engrandecer al hijo y al sobrino, separando á este fin del dominio pontificio el principado de Parma y Placencia. El dia siete de febrero del año siguiente de 1550 fue electo en su lugar el cardenal Juan María del Monte, que tomó el nombre de Julio Tercero. Celebróse en Roma el jubileo con estraordinaria concurrencia de gentes, la que produjo escasez, y despues hambre; y en el mismo año fue affigida la Italia con la falta de lluvias.

Deseoso el César de restablecer la tranquilidad de Alemania, que aun estaba alterada, se puso en marcha para Ausbourg, donde habia convocado la dieta, acompañándole su hijo don Felipe, sus hermanos, y el de Sajonia. Antes de su partida publicó un severísimo edicto contra los herejes que se introducian en Flandes, porque ocupaba principalmente su ánimo el negocio de la religion. Los príncipes protestantes se negaban temerariamente á cumplir la palabra que habian dado en la dieta anterior, y sobre todo Mauricio, el que despues de haberle colmado el César de tantos beneficios, y casádole con la hija de su hermano, declaró estar resuelto á no asistir á la dieta, ni obedecer á los decretos del concilio de Trento, si no se daba libre potestad á los teólogos protestantes para decidir en él con los obispos, cediendo el papa el derecho de la suprema presidencia, que creian injustamente usurpada. Tampoco les agradaba mucho la fórmula de doctrina llamada *Interim* en que habian convenido, y que habia sido compuesta por los teólogos Fulgio, Helding y Agrícola, la que tambien disgustaba á los católicos; por lo cual fue abandonada y despreciada enteramente. Además, no podian convenir entre sí los herejes por sus opuestas opiniones, sin que hubiese esperanza de reducirlos á concordia; pues sus ánimos se hallaban muy irritados con los escritos injuriosos con que mútuamente se hacian la guerra. Por estos y otros motivos semejantes no produjeron efecto los grandes esfuerzos que hizo el César para componer estas discordias. Sin embargo no fueron del todo inútiles, pues arrojó de allí y de toda la Suevia á los predicantes y maestros, que inficionados del veneno de la herejía procuraban propagarla. Decretóse en esta dieta que se diesen socorros á don Fernando contra los turcos: que se declarase guerra á los prescriptos que persistiesen en su contumacia, y que el César fuese árbitro para componer las disputas acerca de la religion. Hízose la guerra por largo tiempo contra los de Magdeburgo, la cual duró todo el año siguiente, bajo el mando de los electores Mauricio y Joaquin. Por este tiempo murió en Ausburg Peronoto Granvela, que despues de Gatinara obtuvo en la córte por espacio de veinte años la dignidad de primer secretario de estado y confidente del César. Sucedióle en el ministerio Antonio su hijo, obispo de Arras, y despues cardenal, que desde la edad juvenil, y en vida de su padre se hizo muy recomendable por su consumada prudencia.

Revolvia el César en su ánimo el proyecto de trasladar en don Felipe su hijo el imperio germánico con todos los demás reinos, porque preveia que una nacion tan fuerte como la alemana solo podia contenerla en su deber un príncipe poderosísimo, por lo cual convenia al bien público señalar sucesor á don Fernando, y habia descubierto su pensamiento á algunos pocos de sus parientes, á fin de esplorar sus intenciones. Doña María, mujer de talento varonil, y enseñada por la esperiencia, que es la mejor maestra de las cosas, era del mismo dictámen. No faltaban otros, que favorecian á don Felipe, y á la verdad todos los hombres que conocian los verdaderos intereses del estado, deseaban que se formase un grande imperio. Para esto alegaban muchas causas, además de la contumacia de Alemania, conviene á saber: la emulacion de la Francia contra el poder austriaco; la necesidad de resistir al Turco, tan formidable al orbe cristiano, y finalmente las discordias de religion, que por todas partes hacian mucho estrago, y no podian reprimirse sin grandes fuerzas. Aunque todo esto se trataba con mucho secreto, llegó no obstante á oidos de don Fernando, y es increible la indignacion que causó en su ánimo. Porque no podia tolerar que fuese despojado su hijo de la esperanza del imperio, en la que habia sido educado, y la que no habia desmerecido. Por esto pues llamó á Maximilano, que desde lo interior de España llegó hasta el centro de Alemania en cuarenta dias de viaje. Con su venida mudaron de aspecto las cosas, y se opuso con fuertes razones á los intentos de don Felipe, que todo lo queria atraer á sí, no sin agravio del César y del hijo, que por el comun vicio de los mortales, deseaban mucho mas cuanto mas tenian. Pero el César para no alejar de sí á una parte de la familia austriaca, si se obstinase en llevar adelante un negocio implicado en tantas dificultades, desistió de su intento, y todo se quedó en palabras.

Habia llevado consigo Maximiliano á Buazon, que despojado de su reino por el Jerife, tirano de Fez, imploraba los socorros del César para recuperarlo. Pero habiéndole hallado algo duro en concedérselo se volvió á España para pedirlos al Portugués, con grave daño suyo. En este año habia perecido en Constantinopla de una disentería Aradino Barbaroja en edad muy avanzada. Despues de él se propuso infestar los males el pirata Dragut, natural de una pequeña aldea de la isla de Rodas, con mucho terror y estrago del pueblo cristiano, al que tenia un odio inmortal, sin embargo de que Juanetin Doria le habia dado libertad á costa de una corta suma. Para tener un refugio oportuno en los lances adversos, se habia apoderado de la ciudad de Africa cerca de Meninge, situada sobre un escollo en la costa de Africa en forma de península, y la habia fortificado con una guarnicion, dejando en ella por gobernador al hijo de su hermano Isa. Mandó el César que Doria fuese á arrojar á los piratas de aquella guarida. Este, pues, con las galeras de Toscana, del pontífice y de

Nápoles vino á Sicilia, donde se le juntaron las de Malta. Desde allí pasó á las costas de Africa, donde hizo muchos daños, tomando y saqueando varios pueblos como preludio de otra mayor empresa. Prevenidas ya todas las cosas, se embarcó don Juan de Vega, virey de Sicilia, en la armada que tenia junta en Trepani, llevando consigo á Muley Asen, y su hijo Bucar, que podian ser útiles en aquella espedicion. Llegó esta armada á la costa de Africa, y en una noche que hacia luna clara, desembarcaron con mucho órden los soldados, mandados por el general don Juan Osorio, y rechazando á los bárbaros que les salian al encuentro, fortificaron su campo.

Escitados los alárabes con la fama de la llegada de Muley Asen, acudieron al momento, y habiendo hablado con él, le ofrecieron víveres, y guardarle las espaldas, dando á Bucar por fiador de su palabra, la que cumplieron fielmente por el odio que tenian á los piratas. Despues de haber derribado una parte del muro, se disponia Vega á dar el asalto, que sin duda hubiera sido funesto, si un cautivo que se escapó por la noche, no le hubiese prevenido que el foso estaba guarnecido por dentro de estacas puntiagudas, y cubierto de céspedes para engañar á los que lo miraban. Por tanto mandó trasladar la artillería á otro paraje, para disponer nuevo asalto, y envió parte de la armada para conducir otras tropas, y todo lo demás necesario á la empresa. Entretanto acometió á Muley Asen una calentura mortal, y estando para morir, dijo á los que le asistian: «Alegre »y contento salgo de esta vida, porque muero en mi »patria y en mi reino, y porque veo que mis súbdi»tos rebeldes pagan la pena merecida á manos de sus »enemigos.» Dicho esto espiró, y su cuerpo, colocado en una arca, fue llevado por órden de su hijo á Curubi, donde se le dió sepultura.

Entretanto Dragut, habiendo causado y padecido muchos daños en otros lugares, y penetrado estraordinariamente con la triste nueva que recibió de que se hallaba combatida la ciudad de Africa, voló prontamente á socorrer á los suyos. Desembarcó en la costa, y al momento marchó contra los españoles, para acometerlos descuidados, los cuales estaban haciendo leña, y con efecto trabó pelea con ellos el dia del apóstol Santiago; pero intentó en vano socorrer á los sitiados; y perdida esta esperanza, se volvió por donde habia venido á sus naves. Debióse á la fidelidad de los alárabes el no haber recibido daño alguno, pues avisaron con anticipacion la llegada de los enemigos. Al mismo tiempo fue conducido en las galeras un fuerte escuadron de soldados españoles, y por mar y tierra se batieron con mayor ímpetu las murallas, y esperaban destruirlas con el auxilio de una máquina que inventó García, y se manejaba desde los navíos. Dióse el asalto por una parte y otra el dia diez de setiembre. Los españoles y los malteses, á quien mandaban Fernando Lobo y Bernardo Guimerá, acometieron los primeros por medio del agua, que les llegaba hasta la cintura, habiendo perdido mas de cien compañeros, y fue herido Lobo antes que llegasen á la brecha del muro: y superada esta por encima de los cadáveres de los suyos y de los enemigos, se suscitó una atroz pelea en las calles y las plazas. Rompiendo despues por tierra don Fernando de Toledo con un valeroso escuadron, penetró hasta la plaza principal, donde recibiendo una herida, le sacaron de entre los enemigos, y espiró inmediatamente. Condujo don García el tercer escuadron, y Doria acudió tambien con los marineros, para socorrer á los que estaban tan apurados en la plaza, donde se peleaba con el mayor encarnizamiento. No se veia otra cosa que muertes y estragos, y solo se oia el ruido de las armas, las voces de los que exhortaban y los gemidos de los que caian. Al mismo tiempo las mujeres procuraban con igual esfuerzo detener la victoria, tirando desde lo alto de las casas piedras, maderos, y todo lo que les suministraba la ira y el furor. Cerca de la Mezquita les salió al encuentro inesperadamente otro escuadron mezclado de caballería: levantaron el grito los españoles, y reuniendo todas sus fuerzas, le acometieron y pusieron en fuga, no pudiendo ya los bárbaros resistir por mas tiempo el terror que les infundia el soldado español. Finalmente, se tomó la ciudad y se recogió un botin muy considerable, que fue repartido entre las tropas. Perecieron mil y doscientos de los enemigos, y nueve mil quedaron cautivos. De los cristianos murieron cuatrocientos, y fue algo mayor el número de los heridos. Despues de lo cual rompieron las puertas de las mazmorras y fueron puestos en libertad los cautivos, disponiendo el virey que todos se restituyesen á su patria. La mezquita de Mahoma fue purificada y dedicada á San Juan. En la ciudad quedó una guarnicion de mil y quinientos soldados, bajo el mando de don Alvaro, hijo del virey, y despues de haber recogido la presa, se retiraron de allí los vencedores á diversas partes. Consternado Dragut con tan grave pérdida, dió noticia de todo á Soliman y imploró su auxilio. Inmediatamente dirigió este príncipe cartas al César y á don Fernando, en que se quejaba de que habian quebrantado las treguas, amenazándoles que les haria la guerra si ne restituian fielmente todo lo que habian tomado á Dragut. A lo cual respondió el César: «Que los pira»tas no estaban comprendidos en las treguas de los »reyes. Que además la guerra se habia hecho en »Africa, donde Soliman no tenia derecho alguno, y »que por esto no debia restituir la ciudad que habia »conquistado en la guerra.» Irritado el Otomano con esta respuesta, rompió las treguas y puso en movimiento sus armas por mar y tierra en el año siguiente.

En este año acaeció en Granada la feliz muerte de San Juan de Dios el dia ocho de marzo, á los cincuenta y cinco años de su edad, habiéndose estendido por muchas partes del orbe cristiano el caritativo instituto de hospitalidad que habia fundado con gran beneficio de las almas y de los cuerpos. Nació en Portugal, y habiendo oido en Andalucía los sermones del venerable padre Juan de Avila, insigne predicador de aquellos tiempos, se convirtió á mejor vida y aprovechó tanto en todo género de virtudes, que el papa Alejandro Octavo le colocó en el número de los santos. El dia veinte y cinco de octubre falleció en Valencia el virey don Fernando de Aragon, hijo del rey Fadrique de Nápoles, sin haber tenido sucesion alguna en Ursula Germana, la cual habia fallecido catorce años antes, el dia diez y siete de octubre en Liria, pueblo célebre del territorio de Valencia, en un colegio ó recogimiento de mujeres nobles, que se dedican á obras de piedad. Ambos cuerpos fueron sepultados bajo del altar mayor del magnífico templo del monasterio de religiosos gerónimos, que cuatro años antes habia empezado á edificar don Fernando, estramuros de Valencia, con el título de San Miguel de los Reyes, el que procuró enriquecer, instituyéndole su heredero aun de las cosas que le habian quedado en Nápoles. En este año concedió perpetuamente el papa Julio Tercero al rey don Juan de Portugal y sus sucesores el maestrazgo de las órdenes militares, que el papa Adriano le habia concedido por tiempo limitado.

CAPITULO XII.

Guerra de Italia entre el César y el rey de Francia. Hácenla al César los príncipes confederados de Flandes.

Concluida la guerra de Ausburg, el dia trece de febrero de este año de 1551, comenzó á tranquilizarse en apariencia la Alemania, disimulando el

César todo lo posible, para que no volviesen á las armas en un tiempo tan importuno en que se hallaba amenazado por el Francés y por el Turco. Unos y otros se temian recíprocamente. A los protestantes que acababan de salir de una guerra tan infausta, les aterraban las vencedoras armas del César, y este no queria embarazarse en muchas guerras á un mismo tiempo, hallándose ya en edad avanzada, falto de salud y con poca esperanza de reducir los ánimos á su deber por la fuerza. Y aunque á la verdad tenia justas causas de enojo, le pareció conveniente al bien comun abstenerse por ahora de la guerra, para que tomándose tiempo hubiese lugar á nuevas reflexiones.

En este año acaecieron algunas pérdidas. Al principio de la primavera partió Doria con una armada para llevar víveres á la ciudad de Africa, y noticioso de que Dragut tenia fondeada su armada entre la isla de Gelves y el continente de Africa, se puso inmediatamente á la vela para acometerle, y ocupó la embocadura del golfo. Pero entretanto que el Genovés hacia varias maniobras para que no se le escapase el pirata, abrió este en el espacio de diez dias un canal entre el continente y la isla (tanto pudo el contínuo trabajo de dos mil esclavos) y trasladó á otra parte sus naves. Habiéndose escapado de esta suerte, le salió al encuentro la nave vicealmiranta de Sicilia, de la cual se apoderó, y á Bucar, que iba en ella, le puso al remo. Y para que en lo sucesivo no pudiese suscitar ninguna inquietud en Africa, por el deseo de recuperar el reino de su padre, le envió á Constantinopla, donde acabó su vida miserable en una prision. Viéndose Doria burlado por el Bárbaro, se volvió á Génova muy triste, y habiendo recibido en sus galeras á los príncipes don Felipe y Maximiliano para conducirlos á España, acompañados del duque de Alba, arribó á Barcelona con felicísima navegacion. Antonio Doria salió temerariamente al mar con su armada en tiempo muy revuelto, y naufragó en Lampadusa. Perecieron ocho galeras con mil y quinientos hombres, y consiguió salvar su vida con mucho trabajo. Procuró Vega, á costa de grandes esfuerzos, sacar del mar cuarenta cañones de artillería de bronce.

Entretanto Octavio Farnesio, temeroso de los españoles que estaban de guarnicion en Placencia, y desconfiando de la buena voluntad del César, suplicó al pontífice que le socorriera si queria que permaneciese su feudatario. Pero le respondió que su pobreza no se lo permitia, concediéndole solo que cuidase de sus cosas como mejor le pareciese. Frustrado Farnesio de esta esperanza, dirigió sus miras al Francés, valiéndose para esto de Horacio su hermano, que era muy favorecido suyo. El rey Enrique que deseaba fijar el pié en Italia, escuchó con mucho agrado las súplicas de Farnesio, á quien él hubiera rogado, si antes no le hubiese ganado por la mano. Inmediatamente fue introducida en Parma una guarnicion francesa, y llevándolo á mal el pontífice, persuadido de que no debia hacerse sin su noticia, llamó á Octavio á Roma como su feudatario, para que respondiese de este cargo. Negóse á obedecerle, por lo cual le proscribió el papa y trató con el César de recuperar á Parma, á fin de darle satisfaccion, pues le tenia por cómplice de esta culpa. Para disculparse Farnesio con el pontífice, que se hallaba tan irritado, le fatigó en vano con embajadas. Tambien Enrique procuró con suaves consejos disuadirle de la guerra, pero todo fue inútil. De este modo se encendió en Italia una nueva guerra, al mismo tiempo que el Francés disponia otra mucho mas formidable contra Flandes y Alemania. Apresuróse Enrique á hacer alianza con Mauricio y otros príncipes, la que ellos por su parte le habian ofrecido antes á fin de obtener por fuerza la libertad del landgrave de Hesse, la que con súplicas y ruegos no habian podido alcanzar del César. Para molestar mas gravemente á este, renovó con Soliman la amistad que con él habia tenido su padre, y con su armada infestó el mar, y llenó de terror las costas de Italia, no dejando sin mover cosa alguna que condujese á la ruina de su enemigo; y para dilatar sus propios dominios, tomó el especioso título de vengador de la libertad germánica. Como se habia criado desde la cuna en las guerras, y en el odio contra el César, de ningun modo podia sufrir el ocio. Añadíase á esto el ardor juvenil, y el deseo de adquirir gloria, cuyos incentivos, aun cuando no hubiese causa alguna para la guerra, eran suficientes para moverle á tomar las armas con cualquier leve pretesto, como se vió en la guerra de Parma, la que se dice suscitó en obsequio de Diana su hija bastarda, que mucho tiempo antes habia casado con Horacio. Y como ordinariamente las guerras están unidas y enlazadas unas con otra, y movidas una vez las cosas, no pueden permanecer en un mismo punto, se siguieron tiempos mucho mas belicosos y revueltos que los anteriores. Dióse de luego á luego órden á Therme, general de los franceses, para juntar un ejército en la Mirándula. Gonzaga con las tropas que pudo recoger en la Lombardía, acudió al tumulto, y tomando á Verceli, sitió á Parma; y Vitelio, con las del pontífice á la Mirándula. Entretanto envió el Francés á Carlos Brisac, hombre no menos prudente que valeroso, para que cuidase del Piamonte, y habiendo juntado secretamente un poderoso ejército, acometió á las ciudades que se hallaban desguarnecidas, y tomó en un momento á Quierasco, despues á San Damian, y finalmente á Chieri; dejando en libertad á un corto número de italianos, que se entregaron con vergonzosas condiciones. Acudió allí prontamente Gonzaga para oponerse al ímpetu de los franceses, dejando en el campo á Marinan. Mientras tanto se abstuvo este de acometer á una ciudad tan fortificada, porque sus fuerzas eran muy desiguales á causa de haberse llevado consigo Gonzaga las mejores tropas; pero impedia la entrada de víveres, á fin de obligar á Octavio á entregarse por la necesidad y por la molestia de tan prolijo encierro. En la Mirándula no hubo cosa memorable, á escepcion de algunos ligeros combates, en que vencieron las tropas del pontífice. En el Piamonte se tomaron algunos pueblos fortificados por el valor y diligencia de Magi y Sande, los cuales resarcieron los daños que habian hecho los franceses. De este modo una centella de guerra arrojada en Italia, vino á suscitar un formidable incendio.

No tardó mucho tiempo en comunicarse á Flandes, habiendo tenido principio por la presa de nueve buques mercantes, que con vergonzoso fraude, tomaron los franceses á los flamencos que se hallaban seguros de la paz. Irritada de este agravio la gobernadora doña María, mandó al punto confiscar todas las mercaderías de aquella nacion en recompensa del daño, y la declaró la guerra. Pidió inmediatamente dinero á las ciudades, y envió con tropas á Reux y Rosen al territorio enemigo. Estos pues, ejecutaron puntualmente sus órdenes y asolaron con los estragos de la guerra todos aquellos contornos. Trabaron combate con el duque de Nevers, que quedó derrotado, y no atreviéndose el de Vandoma, que recorria la provincia de Hainault, á hacer frente á un enemigo tan fuerte, con la noticia que tuvo de su venida se retiró á los puestos fortificados. Finalmente despues de haberse hecho unos y otros muchos daños, cesó la guerra, y se retiraron las tropas á cuarteles de invierno.

Luego que entró el estío llegó al faro de Mecina Sinan, uno de los grandes de Constantinopla con una poderosa armada; y habiendo enviado á Vega un rey de armas, se quejó del rompimiento de las treguas, y

y pidió le restituyera la ciudad de África y todo lo demás que habia tomado en aquella espedicion: y como aquel se resistiese á ello, le declaró la guerra, y al momento comenzó á hacérsela. Pasó el Turco á Siracusa, donde causó mas terror que daño, espugnó y saqueó la fortaleza de Gozo, y se llevó cautivos á todos sus habitantes. Tomó despues á Trípoli, menos por su esfuerzo que por la cobardía de Gaspar Valiere, gobernador francés, y fueron muertos, y hechos prisioneros muchos de los que se entregaron, faltándoles á la palabra que se les habia dado, quedando únicamente libres doscientos hombres, la mayor parte franceses, y algunos nobles españoles. Otro francés que defendia la torre que domina al puerto, no fiándose en el infiel bárbaro, se embarcó en un pequeño navío con sus compañeros, y fue á ponerse bajo la proteccion de Gabriel Aramont, embajador del rey Enrique, que se hallaba en la escuadra de Sinan. Perdióse Trípoli despues de cuarenta y un años que Pedro Navarro, bajo los auspicios del rey Católico don Fernando, la habia tomado á los alárabes. Esta desgracia atrajo grande odio al nombre francés, á causa de que el embajador del rey de Francia se halló en la espedicion, y el gobernador francés se habia apresurado á hacer una vergonzosa entrega, á pesar de la oposicion de los españoles; y porque el rey Cristianísimo habia juntado sus armas con las del Turco, contra la milicia de Malta, tan benemérita de todos los fieles. Pero Augusto Tuano, refuta sólidamente estas acusaciones con documentos y razones poderosas.

La guerra de Magdeburgo la continuaba Mauricio, hombre astuto y artificioso, que se hallaba muy irritado contra el César, por no haber dado libertad al landgrave de Hesse. Mas de una vez se concedieron treguas á los sitiados, y señaladas y rechazadas las condiciones de la paz, se sujetaron al fin á la entrega, la que hicieron el dia diez y siete de diciembre, habiendo sido multados en ciento y cincuenta mil escudos, y doce cañones de grueso calibre, si damos crédito á Sandoval, que es el mas liberal entre todos los historiadores, pues los demás solo dicen habérseles exigido cincuenta mil escudos con título de multa.

Por este tiempo infestaba los mares Leon Strozzi con la armada francesa, mientras que Doria se disponia para conducir de España al príncipe Maximiliano; y habiendo embarcado al duque de Alba, á quien mandó el César que marchase prontamente para reclutar tropas, se hizo á la vela sin llevar en sus galeras mas gente que la necesaria á la navegacion, á fin de que hubiese mayor buque para trasportar la régia comitiva, además de que aun no habia dado el Francés señal alguna de enemistad con el César. Arribó Doria á Villafranca, obligado de los vientos contrarios, y tuvo aviso de que le habian armado una emboscada; y asegurado de ser cierto, juntó á su armada tres galeras de la Toscana, y llenó las suyas de soldados para ocurrir á cualquiera encuentro. Pero viendo Strozzi frustrados sus deseos, se retiró á la parte opuesta del cabo de Circelo, donde se habia escondido para interceptar la armada genovesa, y navegó las costas de España, con la esperanza de hacer prisionero á Maximiliano, si por ventura, impaciente de la tardanza del Genovés, no quisiese aguardarle y se embarcase para Italia en las galeras españolas, que eran pocas. Con la codicia de una presa tan importante llegó hasta Barcelona, y no habiendo encontrado cosa alguna, llenó de un vano terror con el ruido de su artillería á la multitud que habia salido de la ciudad. Apoderóse Strozzi de dos galeras, que fue todo el fruto de su espedicion, y se volvió á Francia. Despues de esto llegó Doria, y habiendo recibido á Maximiliano con su esposa, y sus dos hijas doña Ana y doña María, los condujo á Génova. Desde allí partieron á Trento, y fueron recibidos honoríficamente por los embajadores de los príncipes, y por los padres del concilio, que á peticion del César habia vuelto á congregarse. El cardenal Madruci, y los magistrados los obsequiaron con dones y regalos, y finalmente llegaron á Inspruk, donde los recibió el César con muchas muestras de amor.

Concluida la guerra de Magdeburgo, despidió Mauricio sus tropas, las cuales recogió Augusto su hermano, para poner en libertad al landgrave, y se les juntaron otras de los príncipes confederados. Estando determinados sus hijos, y Mauricio su yerno, á sacarle de la prision, ya fuese por medios suaves ó violentos, enviaron embajadores al César suplicándole que le pusiese en libertad. Pero el César se negó á estas súplicas, dándoles por respuesta: «Que solo »en la dieta de los príncipes debia tratarse de la li»bertad de los prisioneros: y que para lo sucesivo »debia mirarse por la seguridad de Alemania, para »que no se renovasen otra vez las anteriores turbu»lencias.» No es posible ponderar lo mucho que irritó esta respuesta del César á Mauricio, que miraba comprometido su honor; porque deseoso de conciliar al landgrave con el César, le habia ofrecido privadamente que no seria muy larga su prision, con tal que quisiese mas bien esperimentar la clemencia que la fuerza del vencedor. Así pues, para cumplir la palabra que le tenia dada, se apresuró á tentar la fortuna de la guerra, prefiriendo el mandar al pedir. El César, aunque acostumbrado á descubrir con gran sagacidad los mas secretos arcanos, no habia penetrado hasta entonces los ocultos designios de Mauricio; ó si algo se habia divulgado, tal vez no le dió crédito; pero cuando llegó á sus oidos el rumor y estruendo de las armas, para que no creciese el mal con el descuido, hizo llamar á Mauricio. Este, á fin de engañar al César, envió delante algunos criados que le previniesen casa en Inspruk, y mudando de camino pasó á Lintz, donde se hallaba don Fernando, que se habia ofrecido por medianero para componer este negocio. Mas como pedia otras muchas cosas, además de la libertad del landgrave, las que el César no podia concéder, sin menoscabo de la magestad imperial, se reservó la decision á la dieta de los príncipes, que debia tenerse el dia veinte y seis de mayo del año de mil quinientos cincuenta y dos. Pero no pudiendo los confederados sufrir esta dilacion, acometieron inmediatamente á la Suevia; exigieron por fuerza dinero á las ciudades; se apoderaron de la artillería, y trastornaron todo lo que habia establecido el César. Resistióles Ulma habiéndoles cerrado las puertas; pero despues de sacar á sus habitantes una suma de diez y ocho mil escudos, se retiraron de allí y marcharon á grandes jornadas para oprimir en los Alpes al César, que se hallaba muy descuidado. Vencieron las angosturas de la entrada con la muerte y fuga de los que las defendian, y sitiando con parte de sus tropas á Ereberg, que era lo único que los detenia, se aceleró el César á llegar á Inspruk, con el resto de las tropas.

Enseñado este por la esperiencia de que todas las desgracias se remedian con el tiempo, viendo tan cerca á los enemigos, se puso en camino aceleradamente y como fugitivo, con don Fernando, que habia venido á tratar con él sobre este negocio y con todos sus cortesanos en lo mas profundo de la noche, con tiempo muy crudo, y hallándose enfermo, lo cual fue una gran victoria que consiguió de su ánimo invicto. En la misma priesa de su marcha dió libertad al duque de Sajonia al quinto año de su prision, á fin de precaver que no consiguiese esta gracia de la mano de sus enemigos. Pero este, que tenia un ánimo generoso, siguió al César en su partida, para que no pareciese que le abandonaba en tan grande calamidad. Otros, interpretaban que le obligó á esto el miedo, para no caer en manos de Mauricio, aprovechándose de esta ocasion que le presen-

taba la fortuna para ponerse en salvo. Llegaron los enemigos á Insprук, y desesperando de alcanzar en el camino al César, que con tanta celeridad se les habia escapado, y que habia hecho romper los puentes de los rios despues de haberlos pasado, regresaron á la ciudad, y se apoderaron de sus equipages; pero cuidaron los príncipes de que no se tocase á los bienes de don Fernando y de los ciudadanos. Continuó el César su marcha, y luego que llegó á Villak, ciudad del dominio austriaco, situada cerca del rio Drava, en los confines de Austria, le salió al encuentro un embajador de Venecia con víveres y municiones y una escolta de caballos, y aunque al principio viendo aquella tropa armada, temió alguna invasion enemiga, manifestó despues al embajador, que le ofrecia todo género de auxilios, su agradecimiento á la buena voluntad del senado. Los príncipes conjurados se volvieron por el mismo camino que habian venido, y finalmente se juntaron en Passau para tratar del negocio de la paz, que se habia interrumpido, y en él trabajó mucho don Fernando; pero sus tropas rodearon á Francfort, que estaba defendida con una fuerte guarnicion.

Al mismo tiempo resonaba el ruido de las armas en diversos parajes de la Alemania, siguiendo unos la fortuna del César, y otros el partido de los conjurados; cuando Enrique para colmo de males, puso en marcha sus tropas, como estaba convenido, enviando delante al condestable Monmorenci, que despues de la muerte del rey Francisco habia vuelto á la córte. Este pues, habiéndose apoderado de Tull, ciudad imperial, ocupó fácilmente á Metz en la Lorena, con el favor de la plebe, siempre deseosa de novedades, y despues á Nanci, con casi toda la provincia. Y habiéndole seguido Enrique con las demás tropas, arrancó al jóven Carlos de los brazos de su madre Cristina, hija de una hermana del César, que antes estuvo casada con Esforcia, y mandó que fuese llevado á Francia para educarle en compañía del delfin, confiriendo el gobierno del principado al conde



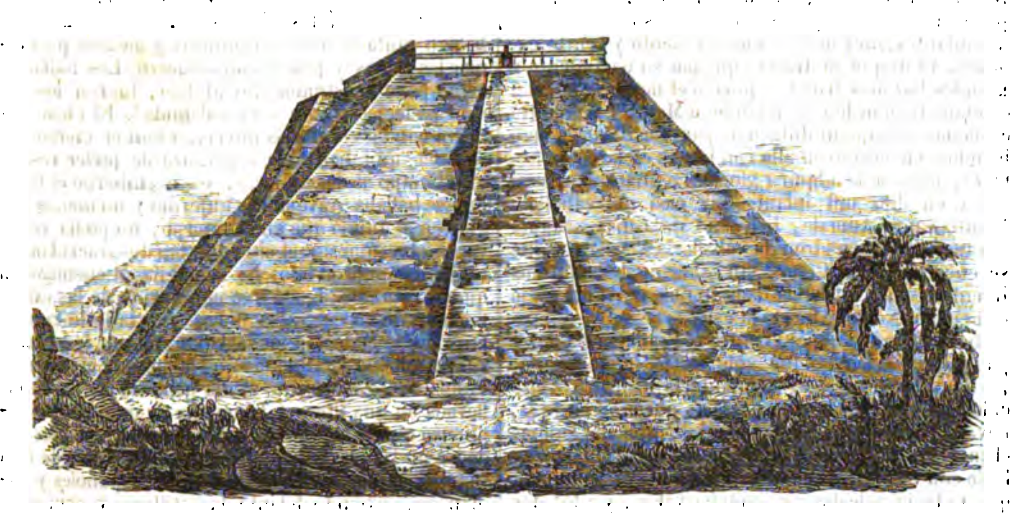
Calendario Mejicano.

de Vademont su tio, porque desconfiaba de Cristina que tenía mucha inclinacion al César.

Por este tiempo cansado ya el pontífice de la guerra de Parma, volvió á hacer la paz con Enrique por mediacion de los cardenales, habiendo recibido á Octavio en su gracia, sin contar en nada con el César, quien además de los socorros le habia prestado doscientos mil escudos. Sin embargo, no quedó sin castigo el haber levantado aquel incendio, pues en un combate cerca de la Mirándula fue muerto Juan del Monte, hijo de su hermano, en el mismo dia en que se concertó la paz. Añadíase á los cuidados del César la precipitada resolucion del príncipe de Salerno, que irritado de las injurias del virey de Nápoles, Toledo, y deseoso de novedades, se habia pasado al Francés. Entre las muchas molestias que le rodeaban, le dolia sobre todo el ver las armas francesas introducidas en el centro de Alemania. Habíanse apoderado de Haguenau y Wesemburgo, aunque intentaron en vano tomar á Tréveris y Strasburgo, á cuyo tiempo los embajadores de los príncipes confederados se presentaron al rey que meditaba mayores empresas, suplicándole se abstuviese de hacer daño alguno, y perdonase á la inocente multitud, pues ya se hallaban las cosas muy próximas á componerse, estando el César inclinado á admitir los partidos mas suaves. El rey, aunque gravemente conmovido con esta nueva, disimuló los sentimientos de su ánimo, y se congratuló con los príncipes, ofreciéndoles benignamente su auxilio, cuando le necesitasen para defender la libertad de Alemania. Despues de esto, habiéndole llegado cartas de Mauricio, en que le significaba haberse concluido enteramente la paz, frustrado de sus esperanzas, se restituyó á Francia con sus tropas divididas en tres cuerpos, y los soldados que se derramaban á robar, ó se detenian, padecieron muchas mo-

bestias de los labradores, que los acometian en venganza de los daños que habian causado en sus campos, y de la escases y carestía de víveres.

Entretanto Ernesto, conde de Mansfeld, Reux y Rosen, habiendo hecho nueva invasion por órden de doña María en las fronteras de la Francia, lo llevaron todo á sangre y fuego, y tomaron á Esteing, Hesdin con su fortaleza, Noyon y otras ciudades. Un autor francés refiere que incendiaron tambien setecientas aldeas con la amenísima quinta de Folembre, obra del rey Francisco. La Fera no pudo ser tomada, porque la defendia Anebaldo, el cual falleció en breve de una enfermedad; y la dignidad de almirante que obtenia se confirmó á Gaspar Coligni. El Flamenco regresó á su territorio con un rico botin, y el rey despues que dió á los soldados algunos dias de descanso en el Luxemburgo, recobró á Esteing, y llegó hasta Verdun, de cuya ciudad se apoderó con auxilio del obispo, y á persuasion del cardenal Carlos de Lorena, hermano del duque de Guisa, mientras que Moamorenci despues de haber batido las murallas de Ivoy, obligaba á Mansfeld, que se habia encerrado allí, á que se entregase. No pudo este resistirlo, porque los alemanes se sublevaron sin respeto alguno á su general, y le amenazaron, si no entregaba cuanto antes la ciudad, esforzándose él en vano en manifestarles la ignominia que le resultaba de su cobardia. Finalmente, fue entregado y saqueado el pueblo, y quedó Mansfeld prisionero. Los soldados en castigo de su delito, fueron despojados de sus armas. Roberto Markan, con la tercera parte de las tropas, tomó á Bullon, castillo muy fuerte por la naturaleza y por las obras del arte, habiendo espugnado con dinero la fidelidad del gobernador Altovit. Los escrito-



Fachada de la Gran Pirámide. (Yucatan).

res franceses solo le acusan de cobardía, pero fuese lo uno ó lo otro, pagó con la cabeza la pena de su perfidia ó de su cobardía por mandado de doña María. Luego que se apoderó de Bullon, redujo en breve tiempo á su dominio todo el principado, del cual tomó el nombre de príncipe despues de treinta y un años que se le habia quitado el César, adjudicándolo al obispo de Lieja.

CAPITULO XIII.

Hácese la paz en Alemania: sitio de Metz por el César: estragos de la armada otomana en las costas de Italia: sedicion en Sena.

En este intérvalo de tiempo sostenia el César la dignidad de su augusto carácter, y sin aflojar en esto cosa alguna, rechazaba todas las inicuas peticiones de los príncipes, las cuales le comunicaba su hermano don Fernando desde Pasau, por medio de las postas que tenia dispuestas para este fin. Mientras tanto se juntaban tropas para tomar venganza de la perfidia y para que la audacia no creciese con la impunidad. Inquietaba esto á Mauricio, temiendo que descargase sobre él aquella tempestad, y que armado el de Sajonia con el favor del César, por las vicisitudes de la fortuna, y escitado de su propio dolor y del deseo de venganza, castigase en él el mismo delito que le habia condenado á perder la dignidad electoral, y el principado. Por otra parte, Guillelmo, hijo de landgrave de Hesse, recelaba que el César tratase á su padre con severidad, así por las antiguas ofensas como por la reciente fuga que habia intentado desgraciadamente; por lo cual deseaba que este negocio se transigiese á gusto del César. De esta suerte, deponiendo su pertinacia con saludable consejo, y por la interposicion de don Fernando, del cardenal de Trento y de los principales amigos, se les concedió la paz con equitativas condiciones, sin hacer en ellas mencion alguna del Francés. Arregladas de este modo las cosas, fue puesto en libertad el de Sajonia, á quien amonestó el César su deber, y le dió muchas señales de benevolencia. Mandó al landgrave que diese caucion de cumplir las condiciones que se le habian propuesto en Hall de Sajonia, y habiendo salido por fiadores los otros príncipes, consiguió su libertad Mauricio; introdujo en Hungría quince mil hombres armados contra el Turco, segun lo pactado, aunque con poco fruto.

Establecida la paz y levantado el sitio de Francfort, se tranquilizó toda la Alemania y volvió á su deber, á escepcion de Alberto de Brunswik, que no podia estar quieto. Este, pues, atrajo á su partido á Rinfeberg con su legion, y habiendo molestado á varios obispos y ciudades, vino finalmente con un poderoso ejército á las fronteras de Francia para esplorar el ánimo del rey y ofrecerle su servicio si queria hacer guerra. Entretanto el César pasó de Villac á Inspruk, y desde allí á Ausburg, donde recibia las tropas que de todas partes se le juntaban. El duque de Alba trajo de España una gran suma de dinero y

siete mil soldados. De la Italia vinieron cuatro legiones, compuestas de veteranos españoles y naturales con la caballería ligera, ayudando al César el pontífice y el duque de Florencia; y el duque de Mariñan acudió en persona con otro escuadron que él mismo habia reclutado. Hallándose pronta la caballería y la infantería alemana, y juntando tan poderoso ejército, se puso el César en marcha para Strasburg, nombrando por su teniente al duque de Alba, y rompió los tratados que Alberto habia exigido por fuerza á los obispos y ciudades libres.

Desde allí pasó á Lorena, y sitió á Metz el dia veinte y dos de octubre, en un tiempo verdaderamente importuno, contra el dictámen de Alba y Mariñan, que no era de este parecer. Habiendo mandado el rey de Francia por medio de su general Monmorenci que Alberto se retirase de sus fronteras, se presentó al César, y le ofreció sus servicios con la mayor fidelidad y celo. Acudieron en breve los flamencos con Barbanson, Egmont, Nasau y otros hombres principales. Dícese que el César tenia en su campo cien mil infantes, diez mil caballos, y ciento y veinte cañones. El duque de Guisa, que por su nacimiento y grandes hazañas habia adquirido el nombre de gran capitan, tuvo órden de defender á Metz, y no omitió el menor trabajo ni diligencia para fortificarla, habiéndose encerrado en ella con la mas esclarecida nobleza, deseosa de adquirir gloria. La guarnicion consistia en diez mil infantes, y casi mil caballos. Mientras que Aumale, hermano de Guisa, seguia con un fuerte escuadron de caballería á Alberto, que se encaminaba al César, sin saber cuales eran sus intentos, pues no habia dado indicio de si era socio ó enemigo, volvió Alberto la cara de repente, y acometió con grande ímpetu contra el Frances. La pelea aunque sangrienta, fue solo entre la caballería, porque no quiso pelear la infantería alemana. Vencidos y derrotados los franceses se pusieron en fuga, llevando en sus espaldas las heridas, y en sus ánimos el miedo y ignominia. Aumale fue arrojado del caballo con tres heridas, y hecho prisionero, á tiempo que todavía peleaba con mucho valor, y á los dos años consiguió libertad á costa de sesenta mil escudos. Perecieron ochocientos de los enemigos con cuatro de los principales capitanes, y ciento y cincuenta nobles. Despues que ganó Alberto una victoria tan señalada, se presentó en triunfo al César con el botin y los prisioneros, y fue recibido por él con mucha humanidad, y le mandó ir á apostarse al rio Mosela, haciendo cara á los franceses, que tenian cerca su campo, para impedirles que llevasen socorro alguno á los sitiados. Peleó muchas veces con los enemigos prósperamente, pero en una escaramuza perdió á su teniente Jorge Liechtemberg. Mientras tanto, fueron combatidos los muros de la ciudad con tanto estruendo de la artillería, que se oia el ruido mas allá de Strasburgo, distante cien millas. En lugar del destrozado muro levantaron tumultuariamente los franceses uno nuevo con las piedras y ruinas del otro, guarneciendo sus costados con la artillería y con un escuadron escogido. Viendo el César la poca actividad de sus soldados, que se escusaban con la dificultad de superar la brecha, y que no adelantaba cosa alguna con las exhortaciones que les hacia para inspirarles ánimo, corriendo á caballo por medio de las filas, se retiró de allí melancólico, dilatando para otro dia el asalto. Intentó despues derribar con minas subterráneas la parte del muro que habia quedado íntegra, y las nuevas obras que aceleradamente habian hecho, pero tambien fue inútil este trabajo por las contraminas con que se le oponia el enemigo, ó porque los peñascos que se encontraban impedian llegar al muro. Entretanto que esto pasaba en los reales, Egmont con parte de los flamencos se apoderó de Pont á Mousson. Tambien pudo ser tomado Tull, si la peste que cundia dentro de la ciudad no hubiese retraido de esta empresa á los alemanes, temerosos de una victoria que pudiera serles funesta.

La situacion de los guerreros no podia ser mas incómoda y trabajosa, así por la estacion del invierno, como por hallarse en un país helado, y todo cubierto de nieve. El frio era tan intenso en el campo, que se entorpecian los cuerpos de manera que apenas les dejaba fuerzas á los soldados para tener las armas en las manos. Añadíase á esto la falta de víveres necesarios para tolerar tantas fatigas, porque los interceptaba la caballería enemiga. Siguiéronse las enfermedades y una estrema debilidad, y no quedándoles fuerza para morir honrosamente, perecian helados de frio en las tiendas con el mas triste género de muerte. Los que tenian vigor para ponerse en fuga, desamparaban las banderas y se escapaban á centenares sin rubor alguno. Por el contrario, los sitiados calentándose dentro de sus casas, y bien alimentados con los víveres que anticipadamente habian juntado, estaban prontos y alegres para tomar las armas y pelear con esfuerzo. Los italianos, como poco acostumbrados al frio, fueron los que mas padecieron con esta calamidad. El cielo y la tierra con las contínuas lluvias, y con el cierzo que soplaba, quitaban toda esperanza de poder resistir mas tiempo al descubierto; y sin embargo el César que se hallaba gravemente enfermo y no menos afligido en el ánimo que en el cuerpo, no podia resolverse á levantar aquel sitio que tan desgraciadamente habia emprendido. Ni acometia al enemigo, ni queria retirarse, hasta que conmovido de las exhortaciones de los cabos españoles, y de la infinita mortandad que padecian los soldados, mandó levantar el sitio gimiendo y clamando que la fortuna le habia desamparado. Finalmente el dia primero de enero fue llevada en una litera á Thionvilla, y mandó á los capitanes que le siguiesen, y que distribuyesen los soldados en las plazas y guarniciones. El duque de Alba se puso en marcha de noche con los españoles y flamencos, enviando delante la artillería y equipajes. Quedaron en el campo muchas municiones de guerra, así por el gran número de enfermos como por la falta de caballerías, de las que tambien habian perecido muchas. Alberto siguió algun tiempo á los que marchaban, y se habia detenido en su puesto hasta el quinto dia, colocando la caballería en la retaguardia para que sirviese de escolta á la infantería que caminaba con mucho trabajo. El duque de Nevers, que durante el sitio habia interceptado con sus correrías los víveres y provisiones del campo imperial, luego que fue levantado los persiguió en su retirada, siéndole muy fácil derrotarlos; pero convirtiéndose su ira en compasion, se abstuvo de matar á unos hombres que apenas podian tenerse en pié. El de Guisa envió su caballería, y á todos los imperiales que encontró en el campo y en el camino enfermos y moribundos los hizo llevar á la ciudad y mandó curarlos con todo cuidado. Con cuya humanidad y con su constancia en defender la ciudad, adquirió la alabanza de escelente general.

En el estío anterior habia llegado á la estremidad de las costas de Italia la armada otomana que Aramont habia solicitado con mucha instancia. Desembarcadas sus tropas, incendiaron á Regio, y luego que entraron en el Faro, hicieron lo mismo con Policastro. Pasaron despues á Prochita donde cometieron todo género de crueldades, y habiendo asolado el territorio de Enaria, intentaron en vano tomar la fortaleza que estaba muy guarnecida. Fue grande el miedo y consternacion que causó en Nápoles la cercanía de tan formidables enemigos. La imprudente audacia de Doria perdió en la isla Poncia siete galeras que le tomaron los bárbaros al tiempo que nave-

gaba á Nápoles, sin haber esplorado antes el mar, ó despreciando á un enemigo mas fuerte que él. Los alemanes que conducia á aquellas costas para aumentar su guarnicion, fueron puestos al remo, y despues consiguió Madruci su rescate á costa de mucho dinero. Sigonio procura disculpar el hecho, pero este es un vano consuelo de la calamidad padecida. Entretanto que esperaban en el promontorio Miseno al príncipe de Salerno con la armada francesa, para que juntando las fuerzas hiciesen un ataque por aquella parte, fue enviado delante á Italia por el rey de Francia César Mermile, napolitano desterrado, para que pidiese á Sinan, almirante de la armada turca, que esperase algun tiempo, pues en breve se le juntaria el príncipe de Salerno. Pero este, mudando de consejo, se presentó al virey Toledo, y le dió cuenta de todo, ofreciéndole que el Bárbaro se retiraria sin hacer daño alguno. El virey, á quien entre el miedo y confusion en que se hallaba no podia sucederle cosa mas favorable, ni mas deseada, habiendo juntado al momento doscientos mil ducados, los entregó á Mermile para que el Turco le diese crédito, pues no hay cosa que tanto pueda con los bárbaros. Presentóse á Sinan, sin dilacion, y habiéndole entregado el dinero con las cartas credenciales, le espuso todo lo contrario de lo que le habia encargado el rey de Francia, diciéndole que por este año no se valdria de su auxilio, y que podia desde luego volverse á Constantinopla: oido esto por el Bárbaro, que por otra parte deseaba retirarse, levantó las áncoras, y voló con la presa al Oriente. De este modo se disipó la tempestad que amenazaba á Nápoles por la astucia ingeniosa de un hombre perdido, que amaba á su patria.

Muy al contrario sucedió en Sena, donde con el pretesto de la armada otomana se aceleró la sedicion que sus habitantes tenian proyectada, incitados del deseo de recobrar la libertad, que imprudentemente habian perdido, pidiendo al César una guarnicion de españoles para reprimir las turbulencias que causaban en la ciudad los opuestos partidos. El gobernador don Diego de Mendoza para contener á los ciudadanos en su deber, los despojó de las armas, y levantó una fortaleza. Uno y otro era muy molesto á los seneses, por lo cual enviaron secretamente algunas personas de confianza para implorar el socorro del Francés, que fue lo mismo que soltar la rienda al caballo en campo llano. Entretanto aprovechándose de la ocasion que les presentaba la llegada de la armada turca, y con pretesto de defender la costa marítima, encargaron á Nicolás Ursino, conde de Pitillano, en quien se fiaba mucho Mendoza, que juntase tropas. Este pues marchó á la ciudad con las que habia reclutado. Pero conociendo el fraude don Francisco de Alba, teniente de Mendoza, que entonces se hallaba en Roma, envió inmediatamente á pedir auxilios á Cosme, duque de Florencia. Concedióselos con efecto, y vino sin dilacion Monteagudo con tropas, adelantándose á Pitillano, al cual, habiendo tomado el pueblo las armas que tenia escondidas para cualquier lance fortuito de guerra, recibió aquella noche dentro de las murallas con tres mil hombres armados que le acompañaban, proclamando á gritos la libertad. Al dia siguiente introdujeron tambien en Sena á los dos hermanos Santa Flor, que militaban bajo las banderas del Francés con dos mil soldados, los que habiendo trabado combate con los españoles y sus auxiliares, y oprimidos estos por la multitud de los enemigos, fueron rechazados dentro de la fortaleza, que aun no se hallaba bien guarnecida. Por este tiempo habian acudido á Roma, que por la nimia indulgencia del papa era la oficina de las conspiraciones, un gran número de franceses, enviados por el rey para socorrer prontamente á los seneses en caso de necesidad. Noticiosos estos de lo que pasaba, volaron á Sena, y habiendo levantado una trinchera alrededor de la fortaleza, la impedia que recibiese algun auxilio. Disponia Cosme sus tropas para socorrer á los sitiados, cuando los seneses le enviaron inmediatamente embajadores para esponerle que no habian tomado las armas contra la magestad del imperio, sino para recobrar la libertad antiguamente oprimida por Mendoza. Hallábase Cosme sin fuerzas suficientes para sostener la guerra que amenazaba por la Francia, y fortificar al mismo tiempo á Ilvata y los pueblos de la costa de Toscana (que poco antes le habia cedido el César) contra las incursiones de los bárbaros, y para acomodarse á las circunstancias del tiempo, procuró estinguir anticipadamente la llama de la guerra bajo de estas condiciones: que despidiesen los seneses á Othon de Monteagudo con la guarnicion: que á los españoles se les permitiese retirarse donde quisiesen llevando sus bienes: que perseverasen fieles al imperio de Alemania y que despidiendo á todo soldado extranjero, destruyese la fortaleza. Despues que Mendoza hizo vanos esfuerzos para recobrar la ciudad, llamó á Alba con los españoles, y embarcándolos en las galeras de Doria, que por este tiempo regresaba de Nápoles, los llevó consigo á Orbitelo, fortaleza situada en una laguna para defender desde aquel ángulo el dominio del territorio de Sena. Pero de allí á poco tiempo el César, que estaba irritado con Mendoza, por creer que se habia portado con negligencia en este negocio, le mandó volver á España. Los seneses arrasaron inmediatamente la fortaleza en virtud de lo pactado, mas habiendo introducido en la ciudad una guarnicion francesa, les vino á costar despues muy caro.

Por este tiempo se hallaba molestado el Piamonte con una guerra mas importuna que grande: Gonzaga se apoderó de algunos pueblos y castillos de poco nombre, pero no pudo tomar á Ceva, defendida por Brisac, ni este á Volpiano; pero habiendo llegado despues un socorro de imperiales, fueron recobrados Ceva, San Martin y Ponci. Mientras tanto se hicieron los franceses dueños de Veruc, ciudad del Monferrato y de Alba, por traicion del capitan Rossini. Acometió Gonzaga á San Damian, y se peleó por una y otra parte con grande esfuerzo y teson. Hicieron minas y contraminas: repararon los sitiados con presteza las brechas del muro, y se rechazaron recíprocamente con mucho denuedo. Finalmente fueron inútiles todos los esfuerzos del sitiador, pues no permitiendo lo riguroso de la estacion permanecer por mas tiempo en las tiendas de campaña, levantó el sitio emprendido con mayor ira que fuerzas, y envió las tropas á cuarteles de invierno.

CAPITULO XIV.

Hazañas de los españoles en Hungría. Acometen los piratas á la isla de Mallorca. Pacificacion del Perú, y otros sucesos de las Indias.

Por este tiempo adquirieron los españoles mucha celebridad en Hungría y Transilvania, con las heróicas hazañas que obraron en la guerra otomana. Habiendo pedido el rey don Fernando un fiel y valeroso general á su hermano el César, en cuyos ejércitos se educaban muchos, como en una escuela de Marte, le envió á Juan Bautista Castaldo, natural de Lombardía, el cual ganó a don Fernando la Transilvania, y le conservó el reino de Hungría. Militaba allí la legion veterana española, ó por mejor decir emerita, con tanta fama de valor, que los cabos de las otras naciones deseaban siempre llevar en sus espediciones alguna compañía de españoles, como si con ellos estuviesen seguros de conseguir la victoria. Distinguiéronse sobre todos en esta guerra Julian de Carvajal, que habiendo tomado la ciudad de Lipa á los turcos, obtuvo la corona mural, siguiéndole en

aquel asalto Juan Ulloa, y el alférez Francisco Salcedo. Gaspar Castelví fue muerto combatiendo valerosamente en defensa de Temesvar, y causó mucho sentimiento su pérdida. Tambien adquirieron fama Villandrado, Perez, Avila, Enriquez y otros, cuyo catálogo no hay necesidad de hacer aquí, pues son tan esclarecidos sus hechos. Con su valor y esfuerzos recogió aquel último ángulo del orbe cristiano muchos laureles, regados copiosamente con la sangre española. Pero no debémos pasar en silencio una accion de Bernardo Aldana, á la verdad reprensible. Este, pues, habiendo perdido la esperanza de defender á Lipa contra el poder de los turcos mandó ponerla fuego, á pesar de los clamores de sus habitantes, que se quejaban de la ignominía que recaeria sobre la nacion española por la culpa de un solo hombre. Por esta causa fue Aldana puesto en prision y en vista de sus débiles descargos fue condenado á muerte; pero por el favor de la reina de Bohemia doña María, y en consideracion á sus anteriores hazañas, se le indultó de esta pena.

El príncipe don Felipe, luego que llegó á España, marchó á Tudela, donde recibió en las córtes el juramento de fidelidad que le hicieron los pueblos de Navarra. Despues de esto celebró córtes del reino de Aragon en Monzon; pero no pudo sacar otra cosa de aquella nacion que lo establecido antiguamente, defendiendo con invencible constancia sus inmunidades y privilegios. En estas córtes se concedió cierta distincion honorífica á los abogados, y se promulgó una ley suntaria, prohibiendo el uso de algunos vestidos. A este mismo tiempo falleció don Alonso de Aragon, hermano del arzobispo don Fernando, á los treinta y seis años de su edad. El príncipe don Felipe casó entonces á su hermana doña Juana con don Juan, príncipe de Portugal. Condujéronla con gran pompa hasta la raya de aquel reino el duque de Escalona, el marqués de Villena, don Pedro Costa, obispo de Osma, y otros varones ilustres, y con el mismo aparato fue recibida en el rio Gaya que divide los dos reinos, por el duque de Abeiro, el obispo de Coimbra y mucha nobleza.

Fernando Nuñez, oriundo de la familia de Guzman, de quien se refiere haber sido el primero que trajo de Italia á España el estudio del griego, falleció en Salamanca, donde enseñó esta lengua y la latina. Publicó muchas obras que son muy estimadas de los hombres doctos. Pero aun se aventajó mas en la pureza y austeridad de sus costumbres. Vivió siempre en el estado del celibato: mandó que le enterrasen sin pompa: distribuyó sus bienes á los pobres, y dejó á la universidad su biblioteca que era muy copiosa. Falleció tambien Pedro del Campo, primer rector de la universidad de Alcalá, que sobresalió en la elocuencia sagrada, y fue condecorado con la dignidad de obispo de in partibus de Biserta en el reino de Tunez don Francisco de Borja, duque de Gandía, renunció en su hijo Carlos sus opulentos estados, y abandonando enteramente todas las cosas mortales, abrazó el instituto de la compañía de Jesús, donde vivió con estraordinaria fama de santidad. Don Antonio de Fonseca dió el raro ejemplo de renunciar el obispado de Pamplona, y le sucedió don Alvaro Moscoso.

Los piratas argelinos acometieron á la isla de Mallorca, donde causaron algun daño, y le recibieron por el valor con que los rechazó don Ramon Gualdemir y sus treinta compañeros. Dragut hizo algun estrago en Cullera, pueblo grande, situado á la embocadura del rio Júcar. Pero no pudo el pirata apoderarse del templo á donde se habia refugiado la gente armada; y aterrado de la gran multitud que de todas partes acudia al socorro de la villa, desistió de su empresa al rayar el dia. Retiróse el pirata con sus navíos, y desde alta mar hizo señal de treguas, y declaró que podian rescatar los cautivos, los cuales fueron puestos en libertad por la liberalidad del santísimo arzobispo Tomás y de otros hombres piadosos, y en breve se restituyeron á sus casas. Despues de esto fue guarnecida la villa con artillería y nuevas fortificaciones, con lo cual se burló en adelante con mucha facilidad de semejantes invasiones de los piratas. Tambien fue fortificada con mayor cuidado la isla de Iviza, para precaverla de estos infieles que incesantemente corrian aquellas costas.

En el Perú empleaba todos sus desvelos el presidente Gasca en restablecer y consolidar la paz pública, y porque era temible que fuese turbada de nuevo por la insolencia de los soldados, cuyo perverso carácter no les permite por lo comun estar quietos, los dispersó por varias provincias para sujetar á los bárbaros y establecer colonias, encargando este negocio á Diego de los Reyes y á otros capitanes. Envió además á todas partes jueces comisionados, que se informasen del modo con que los españoles trataban á los indios, y si los instruian en la doctrina cristiana, y para que impidiesen que abusasen de ellos, ni les hiciesen trabajar sin la debida recompensa, y que no se les aplicase á la labor de las minas, aun á los que quisiesen voluntariamente, fuera de los necesarios, y conforme á las leyes de la razon y de la justicia; y finalmente les mandó que procurasen reducir á su deber á los que estaban exasperados con las guerras civiles, y que se abstuviesen de cometer muertes y estragos. Establecidas estas y otras cosas semejantes, segun lo exigia el tiempo, se embarcó Gasca en la armada á principios de febrero de mil quinientos y cincuenta con el tesoro y la guarnicion, y arribó felizmente á Panamá. Pero como no hubiese suficientes caballerías para conducir de una vez tanta carga, trajo consigo la mayor parte, y dejó allí en la caja real seiscientos mil pesos para llevarlos despues; y entretanto que caminaba al puerto del Nombre de Dios, acometieron de improviso á la ciudad los hermanos Contreras con un escuadron de doscientos setenta y cinco hombres desterrados y perdidos, y robaron en un momento la caja real, y se escaparon con la presa. Estos eran Fernando y Pedro, hijos de Rodrigo, y nietos de Pedro Arias por parte de María su hija, los mas facinerosos de todos los mortales. Fernando habia cometido el horrendo delito de matar á fray Antonio de Valdivieso, del órden de Santo Domingo, obispo de Nicaragua. Habia encargado el rey á los obispos que tomasen á su cuidado la proteccion de los indios, y que impidiesen que los españoles les hicieran agravios; y cumpliendo este varon santo con tan piadoso ministerio, perdió en él gloriosamente la vida. Recobrados del terror los vecinos de Panamá, corrieron á las armas para vengar la injuria, y habiendo trabado combate con parte de los ladrones, los mataron ó hicieron prisioneros á todos con su capitan Juan Bermejo. En esta ocasion sirvieron de grande auxilio cincuenta negros, que acometiendo valerosamente á los enemigos por las espaldas, les cortaron la fuga. Al mismo tiempo los Contreras seguian al presidente para robarle lo demás del tesoro; pero habiendo tenido noticia de la derrota de los suyos, se embarcaron con la presa en sus navíos, y intentaron huir por el Océano. Nicolás Zamorano determinó seguirlos con cuatro navíos, y temerosos de caer en sus manos, desembarcaron en las costas inmediatas con el oro. Tambien Zamorano sacó á tierra su gente armada, y pelearon unos y otros con grande esfuerzo. Finalmente fueron vencidos y derrotados los ladrones, y se pusieron en fuga. Quedaron presos treinta de ellos, á los cuales se les impuso la pena de horca, y se recobró la presa con leve pérdida. Un autor refiere de otro modo este suceso; pero damos mas crédito á la narracion de Herrera, quien añade que los hermanos Contreras pere-

cieron acaso á manos de los negros ó indios en lugares desiertos, aunque esto no se sabe con certeza, ni tampoco el género de su muerte. El presidente trasportó el tesoro al istmo, y embarcándole en los navíos, se hizo á la vela para España. Parecen ciertamente fabulosas las cosas que hizo este hombre desarmado en medio de hombres armados y rebeldes á su rey. Pero aunque se hallaba ausente la persona del César, le asistia su fortuna y su nombre para llenar con sus victorias este nuevo mundo. Llegó el presidente á España á tiempo que el César estaba en Alemania, y marchó prontamente á darle noticia del buen estado en que habia puesto las cosas del Perú. Recibióle con mucha benignidad, y en premio de sus méritos le confirió el obispado de Palencia, y poco despues fue trasladado al de Segovia. Una de las pruebas de la integridad y pureza de Gasca es, que en medio de tantas riquezas, y de millon y medio de pesos que trajo á España para el César, vivió siempre tan pobre, que jamás alteró cosa alguna en el trato frugal de su persona, y volvió del Perú con la misma capa que habia sacado de su casa. Llegó á una edad muy avanzada, con mayor fama de probidad que de riquezas, para que España no tenga que envidiar á Roma sus Curios. Despues de su partida del Perú, pasó de órden del César á gobernar aquel reino don Antonio de Mendoza, que por espacio de diez y siete años habia gobernado la Nueva España con mucha prudencia y moderacion, pero murió en breve tiempo sin haber hecho en el Perú cosa alguna memorable. En su lugar fue nombrado virey de Méjico don Luis de Velasco, que desde luego comenzó á dar muestras de buen carácter. Falleció don fray Juan de Zumarraga, arzobispo de Méjico, despues que gobernó aquella iglesia veinte y un años; varon esclarecido en santidad especialmente por su celo apostólico, y le sucedió don fray Alonso de Montufar, del órden de Santo Domingo. Estableciéronse universidades en Méjico y Lima, y se abrieron escuelas públicas en la la provincia de Yucatan, para que los muchachos fuesen instruidos en las letras y en la doctrina cristiana. Lo mismo se ejecutó en otras partes con grande utilidad, y de este modo se iba estirpando la idolatría. Prohibióse á los indios con varias penas que usasen sus antiguos nombres, y las insignias que tenian alusion al culto gentílico, porque estos bárbaros á ejemplo de los samaritanos adoraban á un mismo tiempo á Cristo y á los ídolos de su antiguo paganismo. Parecian temer á Dios cuando los obligaba el miedo, pero su conversion no era interior ni verdadera; mas con el transcurso del tiempo y la cultura racional, fueron mejorando de costumbres y creencia.

En la India oriental habia comenzado á florecer la Religion Cristiana. A los antiguos propagadores de la palabra divina se juntaron por este tiempo seis religiosos del órden de Santo Domingo, de los cuales era superior fray Diego Bermudez, natural de Castilla. Los reyecillos, los nobles y la plebe acudian en gran número á recibir el sagrado bautismo con muchas medras del campo del Señor. Faria, escritor diligente de las cosas de la India, dice mas de una vez que fray Pedro Cobillan, del órden de la Santísima Trinidad y confesor de Vasco de Gama, fue el primero que anunció el Evangelio en aquellas partes; lo que de paso advertimos aquí para que ninguno quite á los nuestros esta gloria. Pero volviendo á la narracion de los sucesos civiles, falleció García Sala despues de haber dado la paz al rey de Cambaya, que se la pidió con mucha instancia, y de haber reparado la armada. Abrióse la real cédula, y fue declarado virey Jorge Cabral, gobernador de Bazain, hombre no menos piadoso que intrépido. Juntó inmediatamente un ejército, y refrenó en sus principios la audacia del Zamorin, que con gran perfidia tramaba hostilidades contra los portugueses. Recorrió talando y saqueando el territorio de Calecut, y procuró perseguir á los piratas malabares, encargando esta empresa á hombres escogidos y valerosos. Entretanto Diego de Castro habiendo tenido un combate con Madunio, que se habia rebelado en Ceilan, le puso en libertad despues de haberle vencido. Peleó desgraciadamente con el reyezuelo de Candi con pérdida de ochocientos hombres, la mitad de ellos portugueses. El vireinato de Cabral fue muy breve, pues el año siguiente llegó de Portugal Alonso de Noroña su sucesor.

Bernardino de Sousa tuvo en las islas Molucas muchas peleas con los bárbaros en que salió victorioso: arrasó la fortaleza de Giloló, y habiendo sido hecho prisionero su reyezuelo, se quitó la vida con un veneno. Padeció mucho la cristiandad en estas islas por el furor de los rebeldes, que se encarnizaron contra los fieles, pero cesó esta persecucion, y los que obligados de la violencia habian renunciado á Cristo, volvieron al gremio de la Iglesia. Pelearon los portugueses en diversas partes con los turcos y los naturales, así por mar como por tierra, con variedad de sucesos, ya prósperos, ya adversos. Los judíos que habian pasado á la India por el deseo de las riquezas, fueron conducidos á Portugal. Malaca se vió espuesta á un gran peligro por la conspiracion de los reyezuelos, que la sitiaron con tropas marítimas y terrestres. Gil Carballo atacó al amanecer con doscientos soldados armados los puestos de los enemigos, y mató á mas de mil de ellos, pero salió herido del combate. Aterrados con esta pérdida, levantaron el sitio y se retiró cada uno por donde pudo. Volvió á encenderse la guerra en Ceilan entre dos hermanos, por la ambicion de reinar, y habiendo llamado uno de ellos á Noroña, la concluyó en breve tiempo, y no sin fruto, pues se apoderó del tesoro real. Madunio, que era el incitador de la discordia, y contra quien el virey habia tomado las armas, quedó derrotado, y Ceitavaca, ciudad capital, fue saqueada y quemada. Concluida esta empresa, molestó en gran manera á los malabares, á quienes Cabral no pudo sujetar. Despues de la muerte del virey Castro, marchó San Francisco Javier á las estremidades del Oriente, deseoso de predicar el Evangelio á los chinos, tan celebrados por la grandeza de su imperio, por sus riquezas y por su ingenio, que nada tenia de bárbaro. Pero Dios dispuso otra cosa; pues habiendo arribado á la isla de Sancian, le acometió una calentura, y entretanto que esperaba allí á un barquero chino con quien habia ajustado que le pasaria á la opulenta ciudad de Canton, se le agravó la enfermedad, y abrazado de un crucifijo, espiró con mucha tranquilidad el dia tres de diciembre del año de 1551. Su cuerpo fue llevado á Malaca por los portugueses, y despues á Goa, donde fue recibido con estraordinaria alegría y concurso de gentes, y colocado con suma veneracion en la iglesia de San Pablo. Las maravillosas obras y virtudes con que Javier iluminó á todo el orbe, movieron al papa Gregorio Quince, que amaba mucho á la religion de la Compañía, á ponerle en el catálogo de los santos.

CAPITULO XV.

Continúa la guerra en los confines de Flandes. Sitio y toma de Teruana por el César. Guerra de Italia.

Viendo el rey Enrique la poca actividad con que el César continuaba el sitio de Metz, sacó de allí sus tropas para enviarlas contra Flandes á fin de recobrar las ciudades que algun tiempo antes habia perdido; en la estacion mas rigorosa del invierno, esto es, á principios del año de 1553, condujo el duque de Vandoma la artillería por caminos pantanosos por las continuas lluvias, y comenzo á combatir á Hesdin con feliz suceso. Porque el hijo del conde de Reux, olvi-

dándose de que su padre le habia mandado defender valerosamente la ciudad, á la primera brecha que hizo el enemigo en el muro, y mas codicioso de la vida que del honor, pactó la libertad de su persona y bienes, con igual cobardía que lo habia hecho San Simon, de quien su padre habia tomado esta ciudad en el año anterior, y la entregó al Francés con la fortaleza. Para resarcir este daño, causado por el ánimo bastardo dél hijo, marchó el padre de órden del César contra la ciudad de Teruana, habiéndosele juntado Beunicur con otras tropas. Habia introducido en ella Esse, hombre de talento y esperimentado valor, la juventud de la nobleza con el hijo mayor de Monmorenci, á fin de que la victoria fuese muy costosa á los enemigos, en caso que se inclinase á ellos la fortuna. Habiendo sido combatida por espacio de diez dias, cayeron á tierra sus muros por dos partes. Entretanto Adriano Croy, conde de Reux, cayó enfermo, y falleció en el mismo campo con un género de muerte muy propio de un varon que habia adquirido tantos laureles. Beunicur su colega, introdujo sus tropas en la ciudad por las ruinas de los muros, pero no correspondió el efecto á los esfuerzos, aunque pelearon sin cesar con el mayor denuedo por espacio de diez horas. Esse fue muerto de un balazo, peleando fuerte y valerosamente; y desesperando el Flamenco de conseguir su empresa, mandó tocar la retirada, y se volvió á su campo con los soldados, oprimidos del trabajo y de las heridas. Despues de esto, habiéndose hecho nuevas ruinas en el muro, dispuso el asalto por dos partes y pegó fuego á las minas; con cuyo estruendo y estrago, amedrentados los franceses, perdieron el ánimo y enarbolaron por una parte la señal de la entrega. Entretanto que conferenciaban sobre ella, los españoles que no tenian noticia de esto, aplicaron por otra parte las escalas, y se introdujeron en la ciudad. Inmediatamente gritaron al arma, y que los enemigos estaban ya dentro, y habiendo oido el ruido y confusion los que disputaban de las condiciones, se entregaron salva la vida. Pero los que habian caido en manos de los españoles como no tuviesen noticia alguna de lo que trataban sus compatriotas, y se viesen estrechados de aquellos por una parte y rodeados por otra de los flamencos, echaron armas á tierra y se entregaron á la voluntad de los vencedores sin escepcion alguna. Los flamencos y alemanes se ensangrentaron cruelmente en todos los que encontraban; pero los españoles los trataron con humanidad, acordándose de la que usó con ellos el duque de Guisa el año anterior en el sitio de Metz. Monmorenci, que despues de la muerte del gobernador habia tomado el mando, fue hecho prisionero con muchos nobles. Otros que se escaparon ó se rescataron con dinero de contado, se refugiaron á Hesdin para padecer otra nueva calamidad. Despues que los vencedores sacaron de la ciudad todo el botin, fue arruinada hasta los cimientos, corriendo á porfía á arrasarla todos los circunvecinos por las injurias que de ella habian recibido, y en un breve espacio de tiempo no quedó vestigio alguno de una ciudad tan grande. La silla episcopal fue trasladada á otra parte, á peticion del César, y de este modo se borró del mundo la memoria de Teruana.

Despues de este suceso envió el César al campo á Filiberto, á causa de que los demás capitanes no obedecian con gusto á Beunicur; y habiendo recibido el ejército, le condujo á Montrevil. Pero noticioso de que Vandoma habia introducido en la ciudad una fuerte guarnicion, torció repentinamente su camino, y rodeó á Hesdin con sus tropas. Hallábase encargado de la defensa de esta plaza Roberto de la Marka, llamado de Bullon, por haber tomado el castillo de este nombre. Apoderóse Filiberto de la ciudad, y mientras la artillería combatia la fortaleza, fue muerto Horacio Farnesio de un balazo. Luego que estuvo arruinada parte de la muralla y abiertas ya las minas declararon que se entregarian; pero mientras ajustaban las condiciones, se encendió la pólvora de una de las minas, y arrancó un baluarte con horrible estruendo y muerte de muchos. Persuadidos los imperiales de que esto habia sucedido por malicia de los enemigos, apenas se desvaneció la humareda, se arrojaron á la fortaleza por la puerta que se habian abierto, mataron á algunos y hicieron prisioneros á los demás con los capitanes Bukoni, Villers, Rion y otros. La fortaleza fue arrasada hasta el suelo por mandado del César, que impedido continuamente de la gota, se hallaba en cama en Bruselas, y despues fue edificada otra fortaleza en paraje mas cómodo, á la que se dió el nombre de nuevo Hesdin. Para detener el ímpetu de los imperiales, juntó el rey Enrique un grande ejército, y marchó á Corbia, y desde allí á Bapaume, y habiéndola acometido en vano, taló el territorio de San Pol; mas no contento con estas incursiones, envió un mensajero á Cambray para intimar á sus ciudadanos que recibiesen dentro de sus murallas una guarnicion francesa, si no querian esponerse á padecer hostilidades. La respuesta no fue conforme á los deseos de Enrique, y tomó venganza de esta resistencia, talándole sus campos. Entretanto se acamparon los imperiales á las márgenes del rio Escalda cerca de Valenciennes, y el rey les salió al encuentro con todas sus fuerzas. Hubo varios combates mas tumultuosos que grandes, entre la caballería mezclada con la infantería, y casi siempre fueron favorables á los imperiales. Pero habiendo corrido la voz de que el César se apresuraba á venir al campo con nuevas fuerzas, levantaron el suyo los franceses á media noche, y se retiraron á sus fronteras, sin haber hecho cosa alguna digna de tan gran general, y de tan poderoso ejército.

Por este tiempo se suscitó en Alemania la guerra de los confederados de órden del Senado de Espira para rechazar las injurias que con grande insolencia hacia Alberto de Brunswik á las ciudades y á los obispos. Porque despues de la guerra de Metz, volvió á su natural ingénio, y no cesaba de exigirlos dinero amenazándoles con la fuerza de las armas. Juntáronse contra él, como contra un comun enemigo muchos príncipes, juntos con don Fernando, y para decirlo en pocas palabras se avistaron los dos ejércitos cerca del Veser: detuviéronse algun tiempo en recíprocos mensajes, pero siendo inútiles todas las palabras, vinieron al fin á las manos. Trabóse la pelea, y fue Alberto derrotado y puesto en fuga. Mauricio, que mandaba las tropas de los confederados, fue herido mortalmente, y llevado al campo; y se le presentaron sesenta y cuatro banderas que habian tomado á la infantería, y catorce á la caballería, que fue no leve consuelo de su cercana muerte. Alberto huyó á Brunswik, y desde allí á Turingia, y habiendo reparado sus tropas, comenzó de nuevo á turbarlo todo, por lo cual le declaró el senado enemigo del imperio germánico, y fue proscripto por el César. Finalmente siendo vencido en batalla, y despojado de sus dominios, y no hallando quien quisiese darle acogida, se refugió primero á Lorena, y despues se presentó al rey de Francia. Pero tampoco pudo fijar el pié en este reino, y pasó al territorio del príncipe de Baden, donde vivió casi de limosna, y falleció de allí á poco tiempo.

En el Piamonte se hallaban las cosas de los franceses casi en igual estado que las de los españoles. Tomáronse recíprocamente algunos pueblos de poca importancia, ajustaron treguas, y quebrantándolas inmediatamente, parecian mas dispuestos á entretener la guerra que á concluirla. Acometió Brissac una noche á Vercelli, y se apoderó de ella por la perfidia de sus habitantes, que le dieron auxilio. El español Sebastian de San Miguel, gobernador de esta plaza,

no pudiendo resistir á los dos enemigos, se retiró á la fortaleza con un pequeño escuadron de la gente del pueblo. Entretanto que el Francés discurria el medio mas espedito de tomarla, oyó decir que se acercaba Gonzaga con tropas para socorrerla, y no atreviéndose á esperarle, saqueó todo cuanto pudo encontrar de los españoles, y las alhajas del duque Carlos que estaban custodiadas en un templo, y se retiró prontamente de la ciudad. Pero habiéndole salido al encuentro César Magi con la caballería, recobró la mayor parte de la presa. Poco tiempo antes Carlos, duque de Saboya, príncipe de un carácter suave y sencillo, falleció de enfermedad, despues de haber combatido muchos años con su adversa fortuna. Sucedióle en el principado Filisberto Manuel su hijo, muy diverso en índole y destino. Habiendo guarnecido Gonzaga á Valfanera, y tomado á Vauliquir, ciudad inmediata, condujo sus tropas á cuarteles de invierno á mediados del mes de diciembre.

Encargó el César á don Pedro de Toledo, virey de Nápoles, la guerra de Sena, y habiéndose embarcado en las galeras de Doria con su mujer, y la nobleza que le acompañaba, llegó á Liorna, enviando delante el ejército por los dominios del papa. Cayó enfermo en el viaje, y fue llevado á Florencia al palacio de su hija, que estaba casada con Cosme de Médicis; y agravándosele el mal, falleció dentro de pocos dias. Divulgóse entonces la fama de que el César le habia enviado á esta guerra para sacarle con un pretesto honroso de Napoles, donde era aborrecido de la nobleza. Gobernó este reino por espacio de veinte y un años con grande acrecentamiento de aquella dilatadísima ciudad, cuya principal parte fue edificada por él, y dejó eternizado su nombre en la posteridad. Su hijo don Garcia, juntándose con Ascanio de la Corne, y las tropas enviadas de la Lombardía, entró en el país enemigo, y se apoderó de algunos pueblos y castillos, y puso sitio á Montalcino, que era el mas fortificado de todos. Defendióle Jordan Ursino, y don García permaneció allí inútilmente, hasta que fue llamado por el cardenal don Pedro Pacheco, sucesor de su padre en el vireinato, para que defendiese las costas del reino, á las que habia arribado la armada otomana. Al tiempo que Sinan se restituyó á Constantinopla el año anterior, le siguió el príncipe de Salerno, burlado por la astucia de Mermife, y invernó allí con la armada francesa, á fin de obtener otra vez el auxilio de Soliman, y volver cuanto antes á Italia. Su llegada causó mas terror que daño en las costas de Sicilia y del Abruzo, porque los napolitanos estaban muy fortificados con poderosas guarniciones. No pudiendo adelantar cosa alguna pasó á Elva, pero viéndose impedido con las mismas dificultades, se abstuvo de emplear la fuerza.

El cardenal de Este y Mr. de Therme, que se hallaban en Sena, formaron el nuevo proyecto de apoderarse de la isla de Córcega, que ocupaban los genoveses, pareciéndoles que seria muy útil á los franceses, así para navegar á las costas de Toscana, como para debilitar las fuerzas de los españoles y genoveses. Por esto, pues, habiéndose quedado el cardenal en Sena, se embarcó Mr. de Therme en la armada con parte de las tropas, y se dirigió á Córcega, la cual fue acometida por dos partes. Los franceses tomaron la Bastida, desamparada por la cobarde fuga de los genoveses, á San Florencio y Ayazo. Dragut, almirante de la armada otomana, sitió por largo tiempo á San Bonifacio en la parte meridional de la isla, y desesperando de poder tomarla por fuerza, lo consiguió al fin por engaño, como escribe Sigonio, y otros, y la saqueó faltando á la palabra que tenia dada, segun la costumbre comun de los bárbaros. Calvi, ciudad fortificada en la costa occidental, se burló de los esfuerzos de los franceses, con una guarnicion de trescientos españoles, que habiendo llegado allí casualmente la defendieron con heróico valor. Reducida en breve tiempo al dominio de los franceses la mayor parte de la isla, dispuso Dragut inmediatamente su partida, con pretesto de evitar las tempestades del invierno que se acercaba, y á pesar de las súplicas de los franceses, recogió su presa, y se restituyó á Constantinopla. Despues de la marcha del bárbaro, recibió Doria los auxilios que le enviaba el príncipe don Felipe con el capitan Alfonso de Lugo, y otros que pidió al César, y navegó a la isla de Cerdeña, la que gobernaba Ursino, que habia adquirido tanta fama en la defensa de Montalcino, habiendo regresado á Francia Therme y el príncipe de Salerno. Apoderóse el genovés de la Bastida apenas la atacó con su artillería; pero despues de un largo sitio recobró de los franceses á San Florencio á la entrada del año siguiente. A este mismo tiempo, esto es, el dia dos de enero del año de 1554, se hallaba afligida la córte de Portugal con la temprana muerte del príncipe don Juan. Falleció en la flor de su edad, pues se hallaba en los diez y seis años, apenas habia pasado la alegría de las bodas, dejando en cinta á la princesa doña Juana, de la que nació el rey don Sebastian, único consuelo del desolado reino en tan numerosa descendencia del abuelo.

CAPITULO XVI.

Muerte de Eduardo, rey de Inglaterra. Es proclamada doña Maria, hija de Enrique Octavo. Su casamiento con el príncipe don Felipe. Guerra en Flandes y en Italia.

Al mismo tiempo hubo en Inglaterra grandes turbulencias con motivo de la muerte del niño rey Eduardo, hijo de Enrique. Divididos los ingleses en partidos, querian unos conferir la corona á Juana Sufolk, y otros á María, hija de Enrique y de doña Catalina, su primera esposa. Esta contienda amenazaba una guerra civil, y faltó muy poco para que no viniesen á las manos. El autor de estas inquietudes fue el duque de Northumberland, presidente del parlamento, por la ambicion de colocar en el trono á su nuera. Comenzó pues á tramar el negocio en Lóndres con admirable artificio; y habiéndola hecho conducir á la fortaleza, la hizo proclamar reina, con consentimiento y aplauso de algunos consejeros. Los magistrados y nobles del partido contrario, entre los cuales se distinguia el conde de Arundel, se declararon por María, que tenia mucho mejor derecho. Entretanto que Nortumberland disponia la guerra por mar y tierra, para oprimir á sus adversarios, fue desamparado por sus sócios que esperaban á que se declarase la fortuna, y fue preso y degollado. El mismo suplicio padeció Juana con Sufolk su padre, y Gilfort su marido, para escarmiento de los ambiciosos, que nunca están contentos con su suerte. Proclamada María por reina, con grande alegría y aplauso de todas las clases del estado, entró en Lóndres con magnífica pompa. Pero el César, que no perdia ocasion alguna de engrandecer la casa de Austria, dispuso enviar una embajada á Inglaterra, siendo el principal ministro de ella el conde de Egmont, á fin de solicitar el casamiento de la reina con su hijo don Felipe. No les desagradó la proposicion á los grandes de esta isla, persuadidos de que habia necesidad de un príncipe poderoso para consolidar aquel reino, que aun no estaba suficientemente cimentado. Inclinóse la reina al mismo dictámen, y en breve se concluyó el negocio. En las capitulaciones matrimoniales se establecieron varias condiciones para evitar discordias en lo venidero. Habiendo dispensado el papa el impedimento del parentesco que habia entre los contrayentes, Egmont, fiador del futuro matrimonio, hizo la ceremonia de recostarse armado en la cama

de la reina, segun era costumbre de los príncipes de aquel tiempo.

Entretanto se dispuso en el puerto de la Coruña una armada de ciento y veinte navíos, y se embarcó en ella don Felipe con el almirante de Castilla y el duque de Alba, mayordomo mayor, á quien el César habia enviado á España despues de la desgraciada espedicion de Metz, con la principal nobleza, dejando por gobernadora del reino á la princesa doña Juana su hermana, que algun tiempo antes habia vuelto de Portugal. Navegó felizmente y llegó al puerto de Northampton, acompañándole las armadas inglesa y flamenca con grande estruendo de la artillería. Desde allí envió á Ruy Gomez de Silva, de quien hacia mucho aprecio por sus escelentes prendas, con unas joyas de inestimable valor para la reina, en señal de su amor, declarándola que sabia muy bien que esto era mucho menos de lo que ella merecia; y la reina en prueba de su gratitud, le envió doce hermosísimos caballos enjaezados con régia opulencia. Llevó don Felipe en la armada cuatro mil españoles, y mandó que sin tocar en tierra fuesen trasportados á Flandes, para suplemento de las tropas. Despues que desembarcó su familia y equipaje y ochenta caballos que traia de una generosa casta, el príncipe don Felipe, acompañado de una lucida y numerosa comitiva de cuatrocientos nobles y de muchos grandes ingleses magníficamente adornados que habian venido á obsequiarle, se puso en camino con tiempo lluvioso á Vinchester, donde le esperaba la reina, de la cual fue recibido con muchas muestras de amor y benevolencia. Despues de las recíprocas salutaciones, don Juan de Figueroa declaró en nombre del César á don Felipe, rey de Nápoles, trasladando en él todos los derechos del reino y de los demás dominios de Italia, para que una reina tan opulenta diese la mano á un rey poderosísimo. Finalmente el dia del apóstol Santiago los desposó el obispo de Vinchester, y el rey y la reina comieron en público con los grandes de España y de Inglaterra. El resto del dia se empleó en saraos y otras diversiones con estraordinaria alegría. Presentóse despues á los nuevos reyes el cardenal Reginaldo Polo, que descendia de la familia real de Inglaterra, y á quien el sumo pontífice habia dado ámplias facultades para absolver y reconciliar con la Iglesia á los que habian caido en la herejía. Recibiéronle honoríficamente, anulando la pena de destierro que padecia, y se dedicó con el mayor conato á restablecer el verdadero culto combatido por el rey Enrique. Finalmente, despues de muchas conferencias, asegurado de que habia conocido sus errores la nacion, que con facilidad se vuelve adonde los reyes se inclinan, y de que estaba dispuesta á abjurarlos, la absolvió solemnemente en Londres de la escomunion pontificia, y restableció la religion católica, segun lo permitian los tiempos. Mientras que estas cosas sucedian en Inglaterra, entraron los franceses en Flandes por tres partes. Algunos pueblos fueron entregados ó desamparados por la cobardía de los gobernadores, entre los cuales Mariemburgo, edificado y guarnecido por la gobernadora doña María, le entregó por dinero Martigni, noble flamenco. El rey, que habia venido á su campo, tomó á Bovines y le saqueó con muerte de sus habitantes, y habiendo juntado todas las tropas, sucedió la misma desgracia á Dinant. Despues de esto acometió á las arruinadas murallas de la fortaleza, pero le rechazó valerosamente la guarnicion, cuya tercera parte se componia de españoles al mando del capitan Julian Romero, el que habiendo sido hecho prisionero por engaño, fue entregada la fortaleza bajo la condicion de ser libres con sus armas, y inmediatamente la arrasaron los franceses. El César, luego que supo la venida del rey, puso en marcha las tropas que tenia consigo, y aunque era inferior en fuerzas estaba resuelto á pelear donde quiera que le hallase. Pero rehusando el Francés entrar en batalla, se fue á talar la provincia de Hainault. Entre los incendios en que ardia toda aquella region fue consumida por el fuego la amenísima quinta de Mariamont, que era las delicias de la reina de Hungría, y se apoderó de Vence, ciudad inmediata. Aumentó su ejército con nuevas tropas y se encaminó á la provincia de Artois, siguiéndole Filiberto, proclamado duque de Saboya, despues de la muerte de su padre, que buscaba la ocasion de dar un golpe al Francés. Favoreció la fortuna á este á medida de sus deseos, pues habiendo alcanzado á los enemigos cerca de Quesnoy á tiempo que atravesaban un rio, les causó mucho daño en la retaguardia, tomándoles gran parte de los bagajes. El rey, despues de haber incendiado muchos pueblos á vista del César, que habia venido al campo para que fuese mayor la ignominia, determinó tomar á Betin, y habiendo rodeado esta ciudad con sus tropas, intimó á la guarnicion que se entregase. Cuando vió que era preciso usar de la fuerza, la acometió con su artillería, que hizo grande estrago en las fortificaciones. Habia acampado el César cerca de los reales de los enemigos de un poderoso escuadron, á fin de socorrer á los sitiados, aunque para esto fuese necesario aventurar una batalla; pero habiendo peleado tumultuariamente parte de las tropas de uno y otro ejército por apoderarse de un bosque, que con prudente consejo habian ocupado los franceses, fue la ocasion muy poco favorable para unos y para otros, segun se colige de los historiadores que refieren este suceso. Finalmente, habiendo perdido el rey la esperanza de tomar la ciudad, levantó el sitio y condujo sus tropas á lugar seguro, despues de haber tenido alguna pérdida en la retaguardia, que fue acometida de noche por los imperiales.

Luego que el César arrojó al enemigo de sus fronteras, agravándosele la enfermedad que continuamente le molestaba, se retiró á Bruselas, entregando el ejército al Saboyano, para que hiciera al Francés todos los daños que pudiera: ejecutólo así el de Saboya con mucha diligencia, asolando su territorio con todo género de estragos. Detúvose en Menil, pueblo de poco nombre, donde en lugar de la ciudad de Hesdin, arrasada el año anterior, edificó otra en un paraje pantanoso y casi inaccesible. Entretanto que se levantaban cuatro grandes fortificaciones para su defensa, sirvió el ejército de guarnicion á los que trabajaban, á fin de que no los molestasen, ni impidiesen las tropas francesas que estaban cerca. Levantó despues su campo el Saboyano, y penetró talando con el ejército hasta Amiens, y aunque lo seguia Vandoma con tropas no despreciables, fue mas bien testigo, que vengador de los males que hacia su contrario.

Los sucesos del Piamonte eran de poco momento. El César habia llamado á sí á Gonzaga, para valerse de sus consejos, lo cual fue solo un pretesto, que ocultaba otro designio de que despues hablaremos. Fue nombrado en su lugar don Gomez de Figueroa, mas ilustre por su nacimiento que por sus hazañas militares, el que obligó á Brisac á levantar el sitio de Valfanera. Hubo algunos pequeños combates, y se tomaron algunos pueblos y castillos no muy importantes. El Francés se apoderó de Ibrea, ciudad situada en el rio Duranza, por entrega del español Morales, gobernador descuidado ó cobarde. En este año se volvió á encender la guerra de Sena, habiendo juntado sus armas el César y Cosme para arrojar á los franceses de la Toscana. Temia Cosme mucho á Pedro Strozzi, á quien poco antes envió el rey á Italia para hacer la guerra, y era muy enemigo del nombre de Médicis, así por las antiguas discordias, como por el destierro que acababa de sufrir. Persuadido Cosme de que en esta empresa ninguno aten-

turaba mas que él, puso el mayor conato en precaver el peligro que tenia tan cercano, y para adelantarse y ganar por la mano al enemigo, que se hallaba ocupado del todo en los preparativos acometió á Sena á fin del mes de enero. Mariñan, enviado por el César, era el que mandaba esta espedicion. Este pues, llegó á media noche con cuatro mil españoles y italianos, y trescientos caballos á la puerta llamada Camolla, con grande esperanza de vencer por la negligencia y corto número de soldados que se hallaban de guarnicion. Dado el asalto por doscientos españoles que iban en la vanguardia, no pudieron los seneses sostener su ímpetu, y fueron rechazados fácilmente de un baluarte que Termes habia levantado en aquella puerta, para impedir la entrada á los enemigos. Luego que se apoderaron de él los españoles, y ayudados con la venida de sus compañeros, se fortificaron allí contra la fuerza de los enemigos, que estaban de centinela en las cercanías, para lo cual contribuyó mucho la astucia ingeniosa de Gabriel Cerbellon, á quien Mariñan habia llevado consigo de la Lombardía, para dirigir la artillería. No fue dado asalto alguno contra la ciudad, ó el suceso no correspondió á la esperanza, porque uno y otro hallo escrito en los historiadores de aquel tiempo. Incitado Strozzi con la nueva del peligro que corria Sena, acudió á toda prisa, y no pudiendo de ninguna manera arrojar al enemigo del puesto que habia ocupado levantó por la parte opuesta nuevas fortificaciones y le eseluyó enteramente de la ciudad.

Entretanto Ascanio de la Gorne que defendia las fronteras de Toscana con tropas nuevamente reclutadas, al tiempo que proyectaba apoderarse de Chiusi por traicion, fue el mismo vencido y hecho prisionero por Santaci de Pistoya, despues de haber perdido un ojo en la pelea, y á muchos de sus compañeros. Los puestos y lugares fortificados del territorio de Sena, fueron tomados unos por fuerza y otros por voluntaria entrega, habiéndose dividido la gente en muchos escuadrones y combatido en pequeñas escaramuzas. Los generales aseguraban sus conquistas con guarniciones y reparaban las tropas, que se hallaban disminuidas con las contínuas peleas. Por mar y por tierra esperaban socorros unos y otros. Strozzi se encaminó á Luca para recibir los que habian salido de la Mirándula. Mariñan, habiendo dejado una guarnicion alrededor de la ciudad, puso en marcha sus pocas tropas y se acampó cerca de Pisa, á fin de impedir al enemigo la entrada de la Toscana, á la que amenazaba con los auxilios que le habian venido. En este paraje hubo diversos encuentros sobre los bagajes al tiempo que Mariñan, que tenia desiguales fuerzas, se retiraba á Pistoya. Entretanto, habiendo atravesado los montes á largas jornadas don Juan de Luna, gobernador de la fortaleza de Milan, con las tropas españolas, italianas y alemanas, se juntó en Sarrabal con Mariñan, y con estas nuevas fuerzas determinó seguir á Strozzi, que marchaba á Sena, habiéndole causado un ligero daño en la retaguardia de su ejército. Hallábase la ciudad estrechada fuertemente de todas partes por los imperiales, cuando llegó de Malta con sus galeras Leon Strozzi, hermano de Pedro, llamado con cartas muy halagüeñas del rey de Francia, cuya milicia habia renunciado dos años antes, y á fin de no estarse ocioso mientras esperaba la armada de Francia, salió á hacer alguna presa en Escarlino, y murió de un balazo que le tiró un labrador. La armada francesa que arribó á aquellas costas, desembarcó seis mil soldados. En lugar del cardenal de Esse que se habia retirado de Sena, fue nombrado Blas Monluc, hombre de mucho talento y esperiencia en las cosas de la guerra. Pelearon desgraciadamente los franceses debajo de los muros, aunque el dia antes les favoreció la fortuna; habiendo arrojado á los imperiales del baluarte. Los combates fueron muchos; pero es tanta la variedad con que los refieren los historiadores, que es casi imposible averiguar lo cierto. Fortificado Mariñan con tres mil infantes que condujo de Nápoles el capitan don Juan Manrique, y exhortándole este, puso en marcha su ejército para concluir la guerra en una sola batalla, habiendo dejado una guarnicion en el campo alrededor de la ciudad. Combatieron obstinadamente por espacio de diez horas cerca de Marciano, y quedaron muertos de una y otra parte mil y doscientos hombres, cuya tercera parte fueron imperiales.

El dia siguiente padeció mas grave daño la retaguardia de los enemigos, de tal manera, que los imperiales llegaron á despreciarlos, como lo asegura un historiador que dice se halló presente á la accion. Sin embargo, no rehusó Strozzi la pelea, habiendo hecho frente á los que le perseguian. Pusiéronse los dos ejércitos en órden de batalla, y agitado Mariñan de diversos pensamientos, comenzó á dudar si se aventuraria á la fortuna de um combate. Pero habiéndole rodeado los cabos españoles, que en aquel dia hicieron heróicas hazañas, le amonestaron, le exhortaron, y finalmente, le obligaron con poderosas razones á acometer al enemigo. Dióse la señal para la pelea, y embisten con grande ánimo: en el principio se mantuvo dudosa la batalla por un breve tiempo; mas como los franceses no pudiesen resistir el ímpetu del ejército imperial, comenzó á ponerse en fuga la caballería, y destituida la infantería de este auxilio, aunque habia acometido intrépidamente á los imperiales, venciendo la dificultad del terreno, arrojó al fin las armas para huir con menos estorbo. En este último esfuerzo murieron tres mil y quinientos de los enemigos, y quedaron dos mil prisioneros, con muy poca pérdida de los imperiales. Cerca de cien banderas fueron remitidas á Cosme con los prisioneros mas nobles. Sucedió esta batalla el dia dos de agosto. Despues de tan gran derrota, se huyeron muchos de los franceses con Strozzi y Fregoso, que habian salido heridos, á Luciniano, ciudad inmediata; pero al dia siguiente la abandonaron, apoderándose los imperiales de la artillería y bagajes que allí tenian. El vulgo de los prisioneros fue puesto en libertad, haciendo juramento de no tomar las armas contra el César en todo el año, y se les dió una escolta para que nadie los molestase, y al cabo de tres dias se restituyó á su campo el ejército vencedor cargado de despojos. Strozzi, aunque se hallaba en Montalcino gravemente enfermo de la herida, no omitió cuidado alguno, ni diligencia para reparar la pérdida padecida; y habiendo recogido las reliquias del derrotado ejército, y suplido la gente que faltaba con nuevos reclutas, no desistió de socorrer á la afligida ciudad de Sena por medio de mil peligros, hasta que cerrando Mariñan con nuevas obras todas las entradas, le privó de toda esperanza de introducir víveres en ella.

Por este tiempo fue arrasada la ciudad de Africa por órden del César, y vino al campo su guarnicion, que estaba muy endurecida en las fatigas de la guerra, y acostumbrada á vencer. Con el auxilio de la armada de Doria fue tomada á los franceses Telamon, y introdujo víveres en Orbitelo, causando terror y espanto en todas las cercanías. Deseaba Cosme concluir esta guerra, y á su instancia intentaron los imperiales en la vigilia de Navidad escalar los muros por diversas partes, pero fueron rechazados con pérdida por la guarnicion y los habitantes, que pelearon con estraordinario esfuerzo. Fué pues necesario continuar el sitio á pesar de Cosme, que sentia mucho los gastos, y rendir la constancia de Sena con el hambre, que es el arma mas poderosa. Habiendo sido llamada tambien en este año la armada otomana, hizo mucho estrago en las costas del Abruzo, y des-

pues de saquear á Pesth, ciudad célebre por su amenidad, se retiró inmediatamente á Durazo, sin haber dado crédito el almirante Dragut á las magnificas promesas del príncipe de Salerno, de que sublevaria al pueblo de Nápoles. Termes combatió en Córcega la fortaleza de Cauria, situada en medio de la isla, ausiliado de los habitantes, que aborrecian el nombre genovés, y despues de haber derrotado en el camino las tropas que venian á socorrerla, y perdiendo la guarnicion toda esperanza de poder mantenerse, se entregó bajo la condicion de salir libre con sus cortos equipajes.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO I.

Muerte de la reina doña Juana, madre del emperador, y de los papas Julio Tercero y Marcelo Segundo y eleccion de Paulo Cuarto. Continúa la guerra en Flandes, en el Piamonte y en Córcega. Toma de Sena por los imperiales.

Siguióse el año de 1555, que fue muy memorable por las muertes de algunos príncipes. El dia tres de abril falleció en Tordesillas doña Juana de Aragon, madre del César, y aunque habia estado muchos años demente, recobró el juicio cuando se hallaba cercana la muerte, y acabó su vida con muchas muestras de piedad á la edad de setenta y tres años. En muchas partes del orbe cristiano se hicieron magníficas exequias á esta fecunda madre de tantos reyes. Dentro de pocos dias falleció tambien el papa Julio Tercero, entregado al ocio y á la piedad. Manifestóse afecto á las cosas del César en todo lo que era justo, y fue liberal con sus parientes. Canonizó solemnemente á San Julian, obispo de Cuenca. Edificó una magnífica y suntuosa casa de campo en la via Flaminia, segun refiere Onufrio Panvinio. Pocos dias despues de su muerte fue elevado á la dignidad pontificia Marcelo Corvino, natural de Monte Policiano, habiendo retenido el nombre de Marcelo en su exaltacion; pero la muerte le arrebató á los veinte y un dias de su coronacion, sin haberle dejado tiempo para dar alguna muestra de su mucha santidad y doctrina. Despues de acérrimos debates entre los cardenales, que duraron pocos dias, le sucedió en el pontificado Juan Pedro Carrafa, de una nobilísima familia napolitana, y el cual en su exaltacion tomó el nombre de Paulo Cuarto. En este año murió Enrique de Labrit (hijo de Juan, el que fue despojado del reino de Navarra), dejando á Juana, hija única, la que casó con Antonio de Borbon, duque de Vandoma, y trasladó los derechos de aquel reino á la familia de Borbon, que en breve habia de ser muy célebre, y poseer el imperio de toda Francia. Tambien fallecieron en el mismo año Juan Federico de Sajonia y su mujer Sibila, tan perseguidos por su adversa fortuna.

Hallándose el César gravemente enfermo, encargó á su hermano don Fernando que presidiese en su nombre la dieta de Ausburg, en que se habia de tratar sobre las materias de religion, y que pusiese todo su cuidado, celo y diligencia en conservarla, lo que seria muy grato á Dios y muy necesario para la paz y tranquilidad de Alemania. Abrióse el dia cinco de febrero, y fueron pocos los príncipes que concurrieron. Los mas de ellos se escusaron con varios pretestos, pero en realidad por su grande oposicion á las ideas del César, y enviaron embajadores. Exhortólos don Fernando á que de comun acuerdo mirasen por el bien público, y refirió los males que habia causado la diversidad de opiniones religiosas. «No tengo necesidad, dijo, de recordaros aquí las calamidades de «Alemania, que vosotros habeis padecido juntamente conmigo, porque esto pareceria mas bien renovar las heridas que buscar su remedio. Ciertamente «hemos llorado mucho las disensiones, que poco «tiempo ha se suscitaron acerca de la religion, y aun «no cesamos de llorarlas; y si estos males no nos costasen mas que lágrimas, no seria tan grande nuestro dolor; cuando además de la pérdida de todas «las cosas que son mas amadas de los mortales, esta «cruel obstinacion ha costado á muchos su propia «sangre, que á cada paso ha inundado los campos de «Alemania, destruido sus ciudades, asolado sus tierras con todo género de estragos, y las que antes «eran tan florecientes, han quedado por la mayor «parte reducidas á un triste desierto. Verdaderamente han llegado á tal estremo nuestras miserias, que «las enfermedades son mas poderosas que los remedios, y parece que la felicidad se ha retirado lejos «de Alemania. Para curar los males de la religion, y «corregir las perversas costumbres de los hombres, «instituyeron nuestros mayores los concilios, tomando el ejemplo de los apóstoles, y en ellos se examina y decide lo que debemos creer, y lo que debemos obrar. Nadie ignora la gran veneracion con «que hasta nuestros tiempos han sido recibidas por «todos los hombres piadosos las disposiciones conciliares, ni el sumo desprecio con que los impíos se «oponen á los decretos del concilio ecuménico de «Trento, congregado tiempo hace, los cuales rehusando ellos entrar por el camino estrecho, se abrieron para sí, y para sus secuaces otro muy ancho «que los conduce á la perdicion. ¿Qué esperanza nos «queda de reducir á sano juicio á unos hombres, «que de tal modo desechan las medicinas que se les «aplican, y se enfurecen contra su mismo médico? «Muchas veces han sido convidados con singular benevolencia por los padres del concilio para que asistan á él, propongan y disputen, y se han negado á «ello con la mayor pertinacia. Esto á mi entender no «es buscar la verdad de la doctrina, sino huir de ella «con subterfugios engañosos, para que no se descubra la falsedad y vanidad de sus opiniones: por lo «cual, no quieren sujetarse al juicio de la Iglesia, «para que hallándose fuera de ella, y fuera del rebaño de Jesucristo, cometan impunemente sus crueldades como lobos sangrientos. ¡Cuán grande perversidad es mudar la antigua y heredada doctrina «de la religion como si fuera un vestido! ¿y lo que es «todavia mas intolerable, saltar con inconstante juicio de una doctrina á otra, y no fijarse en ninguna! «Creo que tienen por miserables á sus padres, abuelos y antepasados, que por espacio de mas de mil y «quinientos años observaron y veneraron la doctrina «enseñada por Jesucristo, y declarada por los padres; «ó por mejor decir, ellos son los miserables, y lo serán perpétuamente, porque con tanta temeridad se «apartaron de lo que podia hacerlos bienaventurados «en la eternidad, por defender sus propios sueños y «delirios. De esto, pues, se han originado entre una «nacion esclarecida y no menos valerosa, odios, discordias, enemistades y guerras que no tendrán fin, «si no se procura reunir los ánimos en la verdadera «piedad, y se restablece la verdadera doctrina. Por «lo cual me parece que ante todo se deben estirpar «los diversos monstruos de la herejía, que impunemente pervierten al pueblo; y como una hidra pestilentísima produce tantas cabezas cuantos son los «impostores que de la noche á la mañana se erigen «en doctores, entregados á su vientre y á sus torpes «pasiones, que quieren sujetar á Dios á sus deseos, «y no sujetarse ellos á Dios, para que desterrando «del orbe cristiano tan feas tinieblas resplandezca «nuevamente aquella luz verdadera que alumbra á «todos los hombres.» Concluido este discurso, pasaron á la votacion, y despues de largas y inútiles altercaciones se resolvió por la dieta: «Que en lo sucesivo no se molestase por causa de religion á nin-

«guno que profesase la confesion de Ausburg, ni por «este motivo se declarase guerra á ninguno de los «príncipes ni ciudades. Que reteniéndose única«mente la fe católica, y la doctrina de Ausburg, se «aboliesen del todo las demás sectas que despues «habian nacido. Que no se permitiese á los sacerdo«tes abandonar la antigua religion (porque eran mu«chos los que se desertaban de ella para no observar «el voto de continencia), y abrazar la nueva, y que el «que lo hiciera perdiese su beneficio y prerogativas, «y fuese nombrado otro en su lugar.» De este modo, y á tanta costa de la verdadera piedad consiguieron alguna paz los alemanes, hallándose presente el cardenal Moron, legado pontificio, y no se puede ponderar el daño que de aquí se siguió á la posteridad, el cual será irremediable, si Dios no mira por su causa.

En las fronteras de Flandes continuaba la guerra en medio del invierno, cuando se comenzó á tratar de paces, habiendo sido enviado el cardenal Polo por la reina María de Inglaterra al rey de Francia, deseosa de reconciliarle con el César. Juntáronse á este fin los plenipotenciarios de Arras y de Lorena en una casa de madera, que se fabricó con este objeto cerca de Calés. Disputaron por largo espacio acerca de las condiciones, mas no pudiendo convenirse, se retiraron de allí en el mismo dia sin haber concluido cosa alguna, siendo inútiles los esfuerzos de los ingleses para terminar la guerra. El duque de Saboya edificó en el rio Mosa á Charleroy, para reprimir las incursiones de los franceses; y Guillelmo de Nasau, que habia sucedido á Rosen, muerto de una peste, levantó en obsequio del rey don Felipe la célebre fortaleza llamada Felipevilla. Entretanto mil y setecientos franceses, la mayor parte de caballería, á quienes mandaba Mr. Jaylli, noble angevino, impedidos con la carga de la presa que habian hecho en toda la provincia de Artois, cayeron en una emboscada que les armó Alsimont, gobernador de Bapaume. Perturbados con este repentino lance, pues caminaban descuidados y dispersos sin formacion alguna, comenzaron una pelea tumultuaria. Los labradores que Alsimont habia juntado, deseosos á un mismo tiempo de la venganza y del saqueo, insultaron intrépidamente con sus tiros á los que se hallaban cogidos en la emboscada; y como no podian ordenarse en batalla, porque la caballería los estrechaba por la frente y por la espalda, tampoco les era posible ponerse en fuga, y fueron todos con su capitan pasados á cuchillo como un rebaño de ovejas. Despues que se aplacó la ira de los imperiales, fueron conservados algunos pocos franceses, y recobrada toda la presa.

Tambien el Océano se ensangrentó por este tiempo con una cruelísima batalla acaecida no lejos de Dieppa, entre los normandos y flamencos. Veinte y cuatro navíos cargados de mercaderías, que venian de España, fueron acometidos por veinte y cinco navíos franceses bien armados. Viéndose los flamencos en la necesidad de pelear, hacen frente al enemigo, y se trabó un combate atrocísimo, con horrible estruendo de la artillería. Finalmente llegaron al abordaje, y duró la pelea cuatro horas, sin que la victoria se declarase por una ni otra parte. Pero los flamencos suplieron la falta de fuerzas con los fuegos artificiales, que arrojaron sobre la armada francesa; y comenzó á arder una de sus naves. De esta pasó á otras la llama, y se escitó un horroroso incendio, con cuyo terror y la llegada de la noche se dirimió la batalla. El fuego consumió seis navíos flamencos, y otros tantos franceses. Una y otra capitana fueron abrasadas, y despues sumergidas en las olas con toda su gente. Los franceses trajeron á remolque al puerto de Dieppa cinco navíos muy destruidos con las balas y el fuego, los que les sirvieron mas para ostentar su costosa victoria, que para otro uso alguno.

En el Piamonte se hallaban en mejor estado los franceses que los españoles, por la gran diferencia que habia entre los generales. El uno era muy intrépido y activo, y habia ganado muchas victorias, y el otro era mas propio para tratar los negocios civiles, que para las armas. De esto se originó la pérdida de Casal del Monferrato, tomado por los franceses mientras Figueroa se divertia en las bodas de un hombre poderoso. Conocian muy bien que en medio de estas alegrías se relaja y descuida la disciplina militar, y habiendo aplicado las escalas al muro, entraron de noche en la ciudad, que estaba sepultada en sueño y vino. Fueron muertos todos los alemanes con Juan Bautista Londronio su capitan, aunque no sin pérdida de los enemigos. El dia siguiente Figueroa, que se habia refugiado á la fortaleza desproveida de guarnicion y de víveres y municiones, fue enviado libre junto con los bagajes. Animado Brisac de este feliz suceso, se apoderó de Pomario, castillo inmediato, y corrió hasta las puertas de Valencia, inspirando terror á sus habitantes, y allí acaeció una tumultuaria pelea con la caballería española, en la que se portó valerosamente Lope de Acuña, cuyo denuedo y pericia militar impidió que la Lombardia recibiese un grave daño. Habiendo tomado el Francés muchos castillos, arrasó sus murallas para que no le sirviesen de carga y de utilidad al enemigo. Finalmente rodeó con sus tropas á Volpiano, que por estar falto de víveres no era difícil espugnarlo. Con tan descuidado general se hallaban las cosas de España muy espuestas á una ruina; pero le sucedió el duque de Alba, á quien don Felipe habia dado amplísimos poderes en toda la Italia. Este, pues, llevó de socorro cinco mil alemanes y mil caballos, y con su venida fue levantado el sitio de Volpiano, y recobrado Pomario con muerte de su guarnicion. Tomó tambien otros castillos, y los fortificó para refrenar al enemigo, que hacia escursiones por todas partes. Despues puso sitio á Saucia con mayor ánimo que prudencia, faltándole dinero para la paga de los soldados, pues ni se lo enviaba el César, ni tenia de donde sacarlo; por lo cual se dispersó gran parte del ejército, y desistió de la empresa comenzada, no sin alguna pérdida, habiendo muerto de un balazo don Ramon de Cardona, valeroso capitan. Hay quien dice que el dinero fue detenido por astucia de Ruy Gomez, émulo del duque de Alba. No cesaba este de amonestar que no convenia agotar el erario en una guerra inútil, que en breve habia de componerse. Entretanto llegó Aumale, á quien el rey de Francia envió á toda priesa con un socorro de tropas para que hiciese frente á un general tan esclarecido como el duque de Alba. Acometió á Volpiano con todas sus fuerzas, á fin de borrar la anterior mancha. Fueron contínuas las peleas en la brecha del muro, en las cuales quedaron muertos Garcilaso de la Vega, hermano del conde de Palma, y Pedro de Silva, jóvenes intrépidos, con una buena parte de la guarnicion. La restante fue enviada libre con todos sus bagajes, habiendo entregado la ciudad don Manuel de Luna, que por medio del campo enemigo habia introducido en ella socorros. Despues de esto escalaron los franceses una noche á Moncalvi, y la tomaron. Retiróse la guarnicion á la fortaleza, en ademan de dar alguna prueba de valor; pero apenas fue batido ligeramente el muro, se escaparon de allí con vergonzosa cobardía antes que viesen al enemigo. El gobernador Cristóbal Diaz se presentó con doscientos españoles á don Alvaro de Sande, que defendia á Ponte-Stura de órden del duque de Alba, y procuró disculparse del hecho; pero habiéndole reprendido con palabras muy ásperas, lo hizo ahorcar al instante, y despojó de sus armas á los soldados, arrojándolos del campo, como á gente deshonrada y oprobio de la milicia española.

Partió despues el duque de Alba á Nápoles por mandado de don Felipe, sin que hubiese adquirido

mucha fama en esta guerra, y le sustituyó en el gobierno de la Lombardía el cardenal de Trento. El mando de las tropas fue encargado á Castaldo y á Pescara, general de la caballería. Orgullosos los franceses con tan prósperos sucesos, intentaron tomar por un ardid á Ancisa, pues les vendió un espía doble, y un gran número de ellos fueron muertos en una emboscada. Por este tiempo fue acusado Gonzaga de grandes crímenes, los cuales disimuló el César en consideracion á sus estraordinarios méritos; pero lo



Felipe II.

separó de los negocios públicos, y le mandó retirarse á Nápoles, dándole á San Severino y otros pueblos para sustentar su vejez con dignidad y descanso. Examinada la causa no quedó sin castigo la malicia de sus acusadores, y Juan de Luna, que era uno de ellos, se pasó á los franceses antes de pronunciarse la sentencia. Don Alonso Peixeto, noble valenciano, fue nombrado gobernador de la fortaleza de Milan en lugar de Gonzaga.

Al mismo tiempo se hallaban los seneses gravemente estrechados por la falta de víveres; pero sin embargo resistian á los sitiadores, y aun les hicieron algunos daños. Mas como el hambre se aumentase cada dia, salieron de la ciudad una noche los alemanes con parte de los habitantes, caminando con gran silencio. Pero los imperiales escitados por los clamores de sus centinelas, los acometieron á escuras, y pelearon unos y otros á la manera de los andabatas. Para escapar los seneses de las manos de sus enemigos con la menor pérdida posible, abandonaron sus bagajes, segun lo afirma Natal Comite, á quien se debe mayor crédito, porque en aquel tiempo se hallaba en el campo. Fue arrojada tambien de la ciudad la turba inútil para la guerra, y rechazada por el enemigo dentro del foso, causó un lastimoso espectáculo. Por último fue vencida Sena por el hambre, que es la mas poderosa arma, y habiéndola faltado el socorro y la esperanza de tenerle, y despues de haber apurado hasta las yerbas que nacian dentro de los muros, capituló la entrega el dia veinte y uno de abril. Busieres, autor muy franco en alabanza de su nacion, afirma que el capitán Monluc

y los franceses se abrieron camino con la espada por medio de los reales enemigos, cuyo hecho no hay ninguno que le apoye. Lo cierto es que Monluc salió con muy honrosas condiciones, y Mariñan le dió cincuenta mulas para transportar los bagajes de su gente. Seguianle ochocientos seneses, dejando casi desiertas las casas y una turba de mujeres, muchachos y niños con algunos cortos muebles. En las condiciones se concedia indulto á los habitantes sin esceptuar proscriptos, y se estipuló que no se tocaria á sus bienes y haciendas, quedando todo lo demás al arbitrio del César. Entró en la ciudad una guarnicion imperial, y se condujo á ella gran cantidad de víveres, y de este modo fueron conservados, por la clemencia de los vencedores, aquellos á quienes su obstinacion habia reducido á tal estremo, que se caian muertos por las calles y caminos.

Inmediatamente recayó todo el peso de la guerra sobre Puerto Hércules, de donde se escapó Strozzi en una galera, con el auxilio de las tinieblas de la noche. Despues de tres asaltos penetraron en la ciudad los imperiales con espada en mano, haciendo grande estrago en la guarnicion que la defendia, y quedaron prisioneros algunos desterrados, entre los cuales Alejandro Salviati fue degollado por órden de Cosme. Contribuyó mucho Doria al feliz éxito de esta empresa, y hizo degollar en la proa de una galera á Gerónimo Fiesco por el antiguo odio que tenian á su familia. El Tuano dice, que habiéndole cosido en un saco, fue sumergido en el mar. Entretanto llegó á aquellas costas la armada otomana, y desembarcó en ellas un poderoso escuadron, que la mayor parte se componia de genízaros, hombres robustos y endurecidos en los trabajos de la guerra; pero habiendo sido rechazados á las galeras por el valor de Leon Santi, navegaron á Córcega. En esta isla se hallaba Calvi sitiada por las armas francesas, y habiendo llegado Doria con su armada, la libertó del peligro, y puso en fuga á la armada francesa mandada por Polini. Mandó arrasar las murallas de San Florencio, que servia mas de gasto que de utilidad. Pero con la llegada de la armada otomana recobraron el ánimo



Doña María, reina de Inglaterra, segunda muger de Felipe II.

los franceses, y sitiaron á Calvi por dos partes, y la combatieron con mejor esperanza. Acometieron la ciudad con gran gritería por la brecha que habian abierto en el muro, y fueron recibidos por los imperiales con invencible constancia y denuedo. Los mas audaces fueron derribados con la lluvia de balas que caian sobre ellos, y con los golpes de las picas, y los demás fueron rechazados: volvieron á renovar la pelea por dos y tres veces, con grande obstinacion, pero siempre en vano. Finalmente, vencidos y puestos en fuga los franceses y los turcos con mucha ignominia y pérdida, levantaron el sitio y se volvieron poco alegres los otomanos á Constantinopla, y los franceses á Marsella. Despues que Mariñan fue recompensado por el duque Cosme con grandes regalos, en premio de las heróicas hazañas que habia hecho en Toscana, se volvió á Milan y murió en breve repentinamente. Su cuerpo fue sepultado con gran pompa en la catedral en un túmulo de mármol.

Luego que se concluyó la guerra de Toscana, se empezó á sembrar la semilla de una nueva guerra que meditaba el pontífice para satisfacer su antiguo odio contra los españoles y contra los Colonas; y al mismo tiempo para ensalzar la familia de los Carrafas con opulentos principados, sacando utilidad del daño ajeno. Por esto dice ingeniosamente un escritor francés, que dió muestras no de padre pacífico, sino de indulgentísimo tio para con los suyos. El primer impulso de su ira recayó sobre el cardenal de Santa Flor, á quien encerró en el castillo de San Angel, con el pretesto de que su hermano Carlos Esforcia, que servia al rey de Francia con dos galeras, las habia sacado de Civita-Vechia para pasarse con ellas al partido del César, y no le puso en libertad hasta que las galeras fueron restituidas al puerto. Todavía no habia intentado cosa alguna contra los Colonas, pero daba claros indicios de las ideas que revolvia en su ánimo.

CAPITULO II.

Renuncia el César los estados de España y de Flandes en don Felipe su hijo, y el imperio en su hermano don Fernando: declárase el pontífice contra la España y sus aliados.

El César, que por la grandeza de su imperio y por sus esclarecidas hazañas, se veia elevado á una fortuna superior á la naturaleza humana, tocó la retirada en medio de la carrera de sus victorias como lo tenia pensado mucho tiempo antes. Así pues, habiendo llamado de Inglaterra á su hijo don Felipe, convocó en Bruselas una junta de todos los estados para el dia veinte y cinco de octubre, á fin de despojarse de la mayor parte del orbe, y vivir de allí adelante para sí mismo y para Dios. Concurrieron en este dia muchos caballeros del toison de oro, de cuya órden creó solemnemente por maestre á don Felipe. Despues de comer, pasó á una gran sala de palacio, acompañado de todo el senado y de un estraordinario concurso de embajadores, grandes y nobles, y se sentó en medio de los reyes don Felipe y Maximiliano. A los lados de estos se hallaban las tres reinas, doña Maria de Hungría, doña Leonor y doña María de Bohemia, y en el último asiento Cristina de Lorena y Filiberto de Saboya. Callaban todos, cuando el César mandó á su consejero Filiberto de Bruselas, que leyese en alta voz una cédula escrita en lengua latina que le entregó, pues en ella descubria sus intenciones, y el propósito que habia hecho de retirarse, añadiendo las razones que le movian á ello, y juntamente trasladó en don Felipe su hijo, todo el dominio de Borgoña y Flandes, y mandó que sus habitantes le prestasen juramento de fidelidad, absolviéndolos del que le tenian hecho á él. Levantóse despues apoyando su mano derecha sobre el hombro de Scipion, y la izquierda sobre el del príncipe de Orange, y leyó un papel que llevaba escrito para aliviar la memoria, en que referia todas las cosas que habia hecho desde la edad de diez y siete años; y que no siendo suficientes sus fuerzas quebrantadas ya con las enfermedades y trabajos para sostener el peso de tan grande imperio, habia determinado en beneficio público renunciar los reinos, y en lugar de un viejo cercano al sepulcro, substituir un jóven robusto, y ejercitado en regir y gobernar los pueblos desde la edad mas tierna, para que separado él de los negocios del siglo, se dedicase lo que le restaba de vida, á los ejercicios de la piedad, y á disponerse con tiempo á la muerte que no podia estar muy lejos. Exhortó á todos á que guardasen á su hijo la fidelidad, y amor que a él le habian tenido hasta entonces: que defendiesen constantemente la religion católica, mirando siempre por la conservacion de la Iglesia, y finalmente les rogó le perdonasen con benignidad las faltas y errores que habia cometido en el gobierno. Volviéndose despues á su hijo, le encargó encarecidamente, como uno de sus principales cuidados el patrocinio y defensa de la religion católica; la observancia de las leyes y de la justicia, y el amor á sus pueblos, con lo cual seria feliz en todas sus empresas. Entonces don Felipe descubierta la cabeza, y poniéndose de rodillas á sus piés, con mucho respeto, dijo que confiado en el auxilio divino, y instruido con los consejos de su querido padre, procuraria corresponder á las esperanzas que de él habia formado. Despues de esto, habiendo besado la mano derecha á su padre y abrazádole este, le puso la mano en la cabeza y fue proclamado príncipe de Flandes con la fórmula acostumbrada, haciendo la señal de la cruz en nombre de la Santísima Trinidad. No pudo el César contener las lágrimas en este lance, y prorumpiendo en llanto todos los que estaban presentes, les dijo que se compadecia de la suerte de su hijo amado, que se echaba sobre sus hombros un peso tan enorme. Dicho esto, y hallándose en pié don Felipe, habló á la junta algunas pocas palabras en francés, y mandó al obispo de Arras que hablase por él, y que asegurase de su buena voluntad á los fidelísimos flamencos, los que apreciaba mucho, como que eran cabeza de su patrimonio. El obispo en una elegante oracion manifestó la gratitud y reconocimiento de don Felipe á su buen padre, y su grande amor á los flamencos; y concluyó deseándoles todo género de prosperidades en el gobierno de un príncipe de tan singular prudencia. Tomó la palabra Jacobo Massio, consejero real, y respondió en nombre de los estados de Flandes, que los flamencos se dolian mucho de verse privados del patrocinio del César, pero que habiendo sido trasladado en don Felipe, redundaba en gran beneficio de la nacion flamenca, tan benemérita de la casa de Austria, y que seria inalterable su obsequio y su amor á tan buen principio. Tambien renunció doña María de Hungría el gobierno de Flandes, que habia obtenido por espacio de veinte y cinco años, asegurando que habia gobernado aquellos estados del modo que le habia parecido mas conveniente al bien de su hermano y del público en unos tiempos tan calamitosos; pero que si por la humana flaqueza no habia podido conseguirlo, les pedia encarecidamente el perdon de las faltas; el cual esperaba le concederian benignamente los flamencos, por cuyo bien y utilidad se habia desvelado tanto. Respondióla el mismo Massio, alabando su prudencia, su vigilancia, su fortaleza, y las demás virtudes de su gobierno; y finalmente en nombre de todos los estados la dió muchas gracias por los beneficios que habia hecho al público, los que nunca podrian borrarse de la memoria de los flamencos. Concluido este acto, se disolvió la junta; y apoyándose el César en el hombro del príncipe de Orange, se retiró de la sala. Al dia siguiente los diputados de las provincias hicieron el juramento de fidelidad á don Felipe, y le besaron la mano en señal de obsequio y obediencia. El dia diez y seis de enero del año siguiente de 1556, convocó el César en la misma sala á todos los grandes de España, y con igual solemnidad renunció en don Felipe los reinos de España, sus islas y provincias de nuestro orbe y del nuevo; así las que poseia por derecho hereditario, como las que habia conquistado, y dirigió cartas á las principales ciudades, dándoles noticia de esta renuncia. Finalmente, para emprender su viaje á España, envió por medio del príncipe de Orange el cetro y corona imperial á su hermano don Fernando, habiendo antes dado noticia de su abdicacion á los estados del imperio germánico. De este modo aquel ínclito César, tan grande por sus esclarecidas hazañas, despojándose del mas elevado fausto de la grandeza humana, comenzó á ser mucho mas escelso, y adquirir mayor nombre con haber renunciado el imperio, que con haberlo adquirido.

Al mismo tiempo volvió doña María, reina de Inglaterra, á tratar de la concordia de los príncipes; y no fueron del todo inútiles sus esfuerzos por los eficaces oficios del cardenal Polo. Juntáronse en un monasterio cerca de Cambray, los ministros con ámplios poderes para concluir la guerra. Pero no siendo fácil establecer una paz sólida y permanente, porque cada uno creia que su causa era mas justa que la de su adversario, convinieron únicamente en que se hiciesen treguas por cinco años, en cuyo tiempo cesarian las hostilidades por mar y por tierra: que cada uno retuviese lo que habia ganado en la guerra anterior y que fuesen puestos en libertad los prisioneros mediante la suma que se estipulase. Ajustóse este tratado el dia cinco de febrero, y de allí á poco tiempo fue ratificado con juramento por los príncipes, y publicado en diversas partes.

El pontífice se hallaba dudoso entre la guerra y la

paz y no acertaba á resolverse. La falta de fuerzas y el miedo le retraian de la guerra; pero las instigaciones de los Carrafas le inclinaban á aborrecer la paz. Entre estos sobresalia Carlos, que trasladado desde la milicia de Malta á la dignidad cardenalicia, se habia hecho dueño de la voluntad de su tio: disponia de los negocios á su antojo, y inclinaba el ánimo inconstante del papa á la parte que mas le acomodaba. Aborrecia Carlos en estremo á los españoles, y facilmente atrajo á su parecer al viejo pontífice, que se acordaba todavía de las injurias que en otro tiempo le habian hecho. Así pues, para irritarlos, comenzó á perseguir á los Colonas sus amigos y clientes, despues que hizo otro tanto con la familia del cardenal de Santa Flor. Escomulgó á Antonio Colona y le despojó de sus estados, porque habiéndole mandado comparecer en Roma á responder á los cargos que le hacia, rehusó obedecerle. Prohibió tambien á doña Juana de Aragon su madre, que saliese de su palacio, pero esta mujer de ánimo varonil, despreciando el mandato de aquel viejo irritado, se escapó y fue á juntarse con su hijo. El pontífice trasladó inmediatamente en Juan, hijo mayor de su hermano, el principado que habia quitado á Antonio Colona, y le dió el título de duque de Palanio. Este pueblo que los Colonas habian comenzado á fortificar, le aseguró el papa con nuevas obras, y le proveyó de víveres y de todo género de municiones de guerra, olvidándose enteramente de su fama y buen nombre. Entretanto envió el cardenal Carlos á Anibal Rucilli con cartas para el rey de Francia, en las que procuraba atraerle al partido de la guerra que meditaba; y aunque sobre admitir esta propuesta fueron diversos los pareceres del consejo real, venció al fin el cardenal de Lorena, que se dejó arrastrar de sus particulares afectos con el especioso pretesto de defender al vicario de Cristo, inicuamente oprimido. Decretóse que el mismo cardenal de Lorena y el de Tournon (aunque este ciertamente contra su voluntad, pronosticando tal vez los males que de ello amenazaban á Francia) marchasen con presteza á visitar al pontífice, que estaba inclinado á la guerra, habiendo hecho con él una secreta alianza de armas, y se retiraron á Francia aparentando que no habian convenido en cosa alguna. En el camino ganaron á su partido al duque de Ferrara, ofreciéndole el mando de las armas.

Orgulloso el pontífice con la esperanza de estos socorros, comenzó á interceptar los correos públicos, y á poner en prision á los Colonas, á los imperiales, y promiscuamente á los que se hallaban favorecidos del rey de España, y á juntar tropas, y hacer otros preparativos. Encerró tambien en la cárcel á Garci-Laso de la Vega, hijo de don Pedro, enviado por don Felipe, para que procurase desvanecer la guerra, y que aplacando el papa su ira, dejase de perseguir á los vasallos de España. La causa de esta prision fue una carta escrita por el mismo Garci-Laso, con caracteres desconocidos, interceptada por el cardenal Carlos, y en la que se hacia mencion de Ascanio de la Corne, que despues de una breve prision habia sido puesto en libertad por el rey de Francia, á instancia de su tio, y por este tiempo militaba bajo las banderas del pontífice. Para evadirse de su ira (porque habia dado órden de que le llevasen preso á Roma) se huyó al duque de Alba, quien le recibió honoríficamente, aunque para mal del cardenal Fulvio su hermano, que como si fuese autor de la fuga, fue preso en el castillo de San Angel, y pagó la pena de la ajena culpa. El marqués de Sarria, embajador de España cerca del pontífice, hubiera tenido la misma suerte, si no se hubiese escapado de Roma, y pasado á Flandes, para dar cuenta á don Felipe de tan estraña conducta. Finalmente ningun español, ni ninguno que en otros tiempos hubiese sido afecto á los españoles, se hallaba seguro en Roma.

El duque de Alba juntaba tropas en Nápoles de órden del rey don Felipe, para hacer la guerra al pontífice, que tenia desiguales fuerzas en caso que no se desistiese de sus intentos; y á fin de emplear todos los medios suaves antes de ponerse en marcha contra Roma, envió al pontífice á Pirrho Lofredo, noble napolitano, para ver si era posible componer aquella discordia. Habiéndole dado audiencia, se leyeron en ella las cartas que escribia el duque de Alba al papa y los cardenales; y luego que las oyó aquel hombre poseido en estremo de la ira, insultó al enviado con palabras muy picantes, y aun le amenazó que le haria ahorcar. Pero no olvidándose Lofredo de su carácter, le respondió con suma entereza, que estaba dispuesto á dar la vida por el rey don Felipe, la que perderia de buena gana en aquella embajada, antes que tolerar cosa alguna que fuese contraria á su dignidad. Pusiéronse en medio algunos cardenales, á fin de que con el ardor no se le escapase alguna palabra, que irritase mas el ánimo del pontífice, el cual aplacado algun tanto por sus ruegos, se contentó con ponerle en prision, sin respeto alguno al derecho de las gentes, y no le sacó de allí hasta que se ajustó la paz en el año siguiente. Para dar la última mano á la alianza francesa, pasó el cardenal Carlos á visitar al rey Enrique que todavía estaba dudoso y fluctuante sobre el partido que debia tomar, pero le atrajo al suyo con un estudiado discurso, en el cual mostrándose liberal con lo ajeno, le confirmó en la esperanza que tenia de apoderarse del reino de Nápoles. Ofrecíale tambien en prendas algunas ciudades fortificadas del dominio pontificio, y aun el castillo de San Angel, con tal que se apresurase á hacer la guerra para arrojar á los españoles de Italia. Ultimamente para quitarle todo escrúpulo acerca de la obligacion de observar las treguas, que poco tiempo antes habia pactado, le absolvió del juramento este hombre perverso, y aprobó el perjurio. Los mismos escritores franceses no dejaron de censurar la iniquidad con que el rey juró esta nueva alianza, atribuyendo la culpa á los Guisas, y á Diana de Poitiers, aquella Medea de la córte.

Concluida esta negociacion, volvió á Roma Carlos, llevando consigo á Pedro Strozzi para servirse de él en la guerra. Entretanto ponia el pontífice todo su cuidado en sublevar á los príncipes de Italia contra los españoles, enviando á este fin legados á diversas partes, cuando llegó á su noticia que los Farnesios habian vuelto á la gracia de don Felipe, y que habia restituido á Octavio la ciudad de Placencia, y los demás bienes que antes se le quitaron. Sintiólo esto altamente, y para desahogar su ira contra ellos, envió al momento á Antonio Tolentino, con un escuadron de gente armada para que se apoderase de Castro; pero no pudo conseguirlo, y se vió obligado á retirarse con ignominia. En vano solicitó el pontífice á los venecianos á que entrasen en la alianza de sus armas, ofreciéndoles que no quedaria sin premio el auxilio que le diesen, y sus fútiles promesas no pudieron retraer á aquellos varones prudentísimos del deseo de conservar la paz.

La tranquilidad de Sena, que parecia estar en próximo peligro, fue asegurada por la prudencia del cardenal de Burgos don Francisco de Mendoza. Consiguió con sus exhortaciones que los ciudadanos reedificasen de nuevo la fortaleza, á fin de evitar los gastos que cada dia eran necesarios para mantener una numerosa guarnicion; y porque padecian escasez de trigo, hizo conducir de Sicilia y de la Pulla una inmensa cantidad de granos, y de este modo retuvo en la debida obeciencia á una ciudad que estaba muy próxima á padecer los anteriores males. El duque Cosme creyó que no debia dormirse en la tormenta que amenazaba, y que corria sobre su cabeza, sino que debia precaverse con tiempo, para lo cual

tomó á su sueldo una legion de alemanes, fortificó á Pisa y otras ciudades con mas poderosas guarniciones, y hizo todos los demás preparativos convenientes, á fin de precaver cualquiera invasion. Tambien se procuró asegurar la Lombardía contra la fuerza declarada, y las ocultas asechanzas de los franceses, que á toda prisa caminaban á Italia.

El duque de Alba, para conseguir con la espada la paz que habia intentado en vano por otros medios, sacó sus tropas de Nápoles el dia primero de setiembre. Componíanse de nueve mil infantes y dos mil caballos: mucha parte de la nobleza se alistó para militar á sus espensas, y Bernardo de Aldana dirigia la artillería. Luego que entró este ejército en los dominios pontificios, se apoderó al instante de Frusinon, situado en una altura que habia sido abandonada por su guarnicion, y recobró algunos de los pueblos de Antonio Colona. Envió con parte de las tropas á Vespasiano Gonzaga, y á don García de Toledo para que hiciesen la guerra por diversos parajes, y tomaron unas por fuerza, y otras por voluntaria entrega, muchas ciudades y pueblos, cuyos nombres no permite referir la brevedad que nos hemos propuesto. Anagni, capitan de los antiguos hérnicos, por la cobardía de su guarnicion que se escapó una noche, fue hecha presa del soldado vencedor contra la voluntad del general. Causó esto en Roma un gran terror y consternacion, porque aun no se les habia olvidado el asalto de Borbon. Acudieron los cardenales al pontífice, le rogaron, suplicaron y amonestaron que deponiendo su ira, se dignase dar oidos á los españoles que pedian la paz, la cual de otro modo se veria á hacer con ignominia y pérdida. Ofreciéronle sus auxilios, y aun le prometieron que veria al mismo duque de Alba, que le insultaba impunemente, postrarse á sus piés, y pedirle no solo la paz, sino el perdon. Conmovido el pontífice con estas razones, y aterrado del peligro que se veia tan cercano, envió á fray Tomás Manrique, del órden de Santo Domingo, ilustre por su nacimiento y opinion de santidad, á fin de que tratase de la paz con el duque de Alba con las mas honrosas condiciones que pudiese. Este religioso despues de haber conferenciado con don Francisco Pacheco, hermano del marqués de Cerralbo, volvió á Roma con grandes esperanzas de que se compondria la discordia, viendo que el duque de Alba estaba verdaderamente inclinado á la paz. Acordóse que se juntasen en Frascati el cardenal Carlos y el duque de Alba, pareciendo que este era el medio mas espedito de ajustar la paz. Acudió el Español al lugar señalado, pero no el cardenal, porque se habia mudado la voluntad del pontífice, y con esta astucia solo intentaba ganar tiempo para recibir los socorros de Francia, y sacar despues sus tropas á campaña.

Habiendo quedado burlado el duque de Alba, y mofado en Roma Pacheco, continuó la guerra con mucho mas vigor que se habia hecho hasta entonces. Tomaron los españoles á Palestrina, Tívoli y otras ciudades, y los de Ancio, arrojando la guarnicion pontificia, se entregaron á los Colonas. La proximidad de los enemigos hizo emplear todos los cuidados en fortificar la ciudad. Arruináronse con grande estrago todas las casas de campo y demás edificios que habia en las cercanías, y los ciudadanos, fluctuando entre la esperanza y el temor, se lamentaban de la pérdida de sus bienes. Guarnecian á Roma dos mil franceses que habian venido á las órdenes de Montluc, el cual se hizo célebre en la guerra de Sena. Mandaba el escuadron de la caballería Baltasar Rangoni, á quien sorprendió en una emboscada José Cantelmo, y le hizo prisionero con muchos de sus compañeros. Entretanto se acercaron las tropas á la ciudad y se fortificaron los puestos oportunos; porque la intencion del duque de Alba era impedir que entrasen en ella víveres algunos, y obligarla á la paz con el hambre y no con la espada. Con este designio sitió á Ostia y se apoderó de ella, aunque no sin trabajo y á costa de alguna sangre. En la boca opuesta del rio levantó un castillo para que no recibiese socorro alguno por el mar. Al mismo tiempo Antonio Carrafa, habiendo reclutado tropas en la Marca de Ancona, molestaba las fronteras del reino de Nápoles para alejar de Roma al duque de Alba. Pero le arrojó de allí Fernando Lofredo, marqués de Trevici, que gobernaba la Basilicata, y se retiró prontamente á Ascoli, sin que acaeciese cosa alguna de importancia en aquellas partes. Por la mediacion del cardenal de Santa Flor se pactaron treguas por algunos dias, las que se prorogaron hasta cuarenta con utilidad de ambas partes, habiendo solicitado el cardenal Carlos tener una conferencia con el duque de Alba, el cual, despues de haber guarnecido las ciudades fortificadas, regresó con sus tropas á Nápoles á principios de diciembre.

CAPITULO III.

Viaje de Carlos Quinto á España y se retira al monasterio de Yuste: muerte de Santo Tomás de Villanueva, de San Ignacio de Loyola y de otros varones ilustres: sitio de Oran por los turcos.

Mientras que acaecian estas cosas en la Italia, el magnánimo Carlos, despues de haber renunciado todos sus reinos y dominios, pasó á Sudeburg para embarcarse á España, acompañándole el rey don Felipe su hijo, y el duque de Saboya. Despidióse de ellos con muchas lágrimas, y se hizo á la vela en la armada con las reinas doña Leonor y doña María el dia diez y siete de setiembre, siguiéndole por obsequio algunas naves inglesas. Arribó felizmente, y con favorable navegacion al puerto de Laredo, y luego que puso el pié en tierra, la besó, diciendo: «Salve, madre comun de todos los mortales! á tí vuelvo »desnudo y pobre del mismo modo que salí del vien»tre de mi madre. Ruégote que recibas este mortal »despojo que te dedico para siempre, y permite que »descanse en tu seno hasta aquel dia que pondrá fin »á todas las cosas humanas.» Despues de esto, besando un crucifijo que acostumbraba llevar en el pecho, dió gracias á Jesucristo de que le habia concedido llegar con felicidad al colmo de sus deseos. Concurrió á esperarle la principal nobleza y los diputados de las ciudades, y fue recibido de todos con estraordinaria alegría; y habiéndoles tratado con grande humanidad, les dió muchas gracias por sus obsequios. Desde allí, acompañado de sus hermanas, vino á Valladolid, donde se educaba don Carlos su nieto, al cuidado de Honorato Juan, noble valenciano, y le abrazó con mucha ternura, exhortándole á la virtud y á la piedad. Pasados algunos dias, se despidió de sus hermanas, y de su hija doña Juana, á quien amaba en estremo, y marchó al monasterio de Yuste del órden de San Gerónimo, distante ocho millas de Plasencia, donde se encerró en una celda, que antes habia mandado edificar, para vivir entre los espíritus celestiales antes de dejar la compañía de los hombres. De todos los criados que tenia se quedó únicamente con doce para las cosas mas indispensables, y un solo caballo con algunas pocas alhajas, y deste modo llenó Dios enteramente el corazon de aquel hombre, que parecia no caber en todo el mundo.

En España todo se hallaba quieto y tranquilo. Solo los piratas moros infestaban de contínuo las costas marítimas con mayor estrépito que daño. El estrago que habian hecho en la isla de Mallorca, le vengaron los isleños en el año anterior, habiendo recobrado la presa. En este año acaecieron muertes ilustres y dignas de memoria. El dia ocho de setiembre pasó á la bienaventuranza Santo Tomás de Villanueva, arzo-

bispo de Valencia. Asistió á su entierro con verdaderas lágrimas toda la ciudad, que se veia huérfana de tan caritativo padre. No hay necesidad de referir aquí las heróicas virtudes con que ejerció su ministerio, cuando el papa Alejandro Octavo le canonizó solemnemente. Resplandeció sobre todo este varon santísimo en el celo por la defensa de la libertad eclesiástica, y restablecimiento de su disciplina, y en la caridad con los pobres y afligidos, de tal manera, que despues de haberles repartido hasta sus cortos muebles, hallándose próximo á morir, mandó á un padre de familias necesitado que se llevase su cama, que era lo que únicamente le habia quedado, y que le pusiesen en el suelo sobre una estera. Rehusaron sus domésticos hacerlo, y entonces le pidió á aquel hombre con humildes ruegos que le dejasen descansar un rato en la cama hasta que espirase; y de este modo murió en cama ajena aquel que mientras vivió no tuvo cosa alguna propia. Mandó que le enterrasen en la iglesia de Nuestra Señora del Socorro de religiosos agustinos, extramuros de Valencia. Entre otros monumentos de su piedad edificó y dotó algunos colegios, siendo el principal de todos el de la presentacion de María Santísima, que vulgarmente se llama de Santo Tomás, del cual han salido varones insignes en piedad y sabiduría. Todavía se conserva en el palacio arzobispal su pequeña biblioteca, y los hombres doctos hacen grande aprecio de los sermones latinos de este santo, verdaderamente piadosos, y de una sólida elocuencia. Sucedióle don Francisco de Navarra, obispo de Badajoz. En este mismo año pasó de esta vida á la eterna San Ignacio de Loyola, despues de haber fundado la compañía de Jesús para ganar almas á Dios, cuya mayor gloria habia buscado siempre. Sus socios continuaron con gran celo en tan loable ministerio, y es muy digna de admiracion la rapidez con que se propagó su instituto, para infinito bien de todos los fieles. Pocos años despues fue canonizado solemnemente por el papa Gregorio Decimoquinto. Sucedióle al generalato el padre Diego Lainez, español, ilustre por la fama de su sabiduría y santidad. En Madrid falleció don fray Bartolomé de las Casas, natural de Sevilla, del órden de Santo Domingo, á los noventa años de su edad. Trabajó infatigablemente en libertar de la servidumbre á los indios oprimidos contra toda justicia, y consiguió con sus representaciones y celosos discursos que el César declarase la libertad de aquellos miserables hombres, ó por mejor decir que ratificase la que les habia declarado don Fernando el Católico. Fue electo obispo de Chiapa, pero permaneció poco tiempo en su diócesis, porque no podia tolerar que los naturales fuesen tratados tan indignamente por los españoles corrompidos de la avaricia. Habiendo renunciado el obispado, se volvió á España, donde en algunos escritos que publicó no cesó de reprender la crueldad de los españoles, con mas vehemencia y ardor de lo que convenia, incitado sin duda por el amor que tenia á aquella gente desgraciada, como se colige claramente de otros escritores que fueron testigos oculares de las cosas de América. Murió tambien por este tiempo don Gutierre de Carvajal, obispo de Plasencia, y fue sepultado en Madrid en la capilla que él mismo habia edificado, donde se ve su sepulcro de mármol con un epitafio en lengua vulgar. Fray Juan de Muñatones, del órden de San Agustin, y familiarísimo amigo de Santo Tomás, sucedió en la diócesis de Segorve á don Gaspar Borja. Dos años antes habia fallecido don Martin Gurrea, obispo de Huesca, y fue electo en su lugar don Pedro Agustin, hermano del Grande Antonio. Por muerte de don Pedro Manuel, arzobispo de Santiago, sucedió en esta iglesia don Juan de Toledo, trasladado de la de Burgos.

En el año anterior se perdió en Africa la ciudad de Bugía, habiéndola tomado Salac, gobernador de Argel, á los cuarenta y cinco años que fue conquistada de los moros, por Pedro Navarro, en tiempo del rey don Fernando. El gobernador Alonso de Peralta, pactó su libertad y la de doce compañeros, y los demás habitantes de la ciudad fueron hechos cautivos. Pero inmediatamente que el autor de esta maldad llegó á Valladolid para disculparse del hecho fue degradado en medio de la plaza, y despues le cortaron la cabeza. Al mismo tiempo perseguia á los piratas moros Pedro de Acuña, portugués, que corria las costas con cuatro galeras para alejar de ellas aquella peste. Salióles una vez al encuentro, aunque navegaban con doble número de buques; pero sin que le aterrase la multitud de los enemigos, exhortó á sus soldados á que peleasen con denuedo. Trabóse una sangrienta pelea, y quedó la victoria por el valor y no por el número. Murieron muchos de los enemigos, y se les tomaron tres galeras con su capitan Jaramed. De los portugueses murieron cuarenta, cuya pérdida fue recompensada con la libertad de doscientos y treinta cristianos, que estaban condenados al remo.

Habiendo regresado de Alemania Buhaz, fue socorrido por el rey de Portugal con dinero y cinco navíos bien equipados, y llegando con estos cerca del Peñon de Velez en la costa de Africa, apenas habia tocado en tierra cuando arribó Salac con la armada, y se trabó una pelea. Apresó el pirata los navíos portugueses, y los condujo á Argel, sin hacer aprecio alguno de los ruegos y súplicas de Buhaz, que habia corrido á él aceleradamente en una chalupa para dirimir la batalla. No atreviéndose pues á permanecer en aquel paraje por temor del jerife, marchó por bosques y caminos estraviados á presentarse á Salac. Este pirata, que aun no se habia declarado, se dejó ablandar con dones y promesas, y restituyendo á Buhaz la presa, le acompañó con tropas para recuperar á Fez. Condujo Salac de Argel seis mil turcos y doce cañones de artillería, y en el camino se le juntó un valeroso escuadron por odio que tenian al jerife. Este, pues, les salió al encuentro con un ejército bien ordenado de ochenta mil hombres entre infantes y caballos, y luego que estuvieron á la vista unos de otros, se pasaron á Salac algunas tropas de turcos, con lo cual habiéndose trabado el combate, quedó Salac victorioso. El jerife se puso en fuga, y inmediatamente se apoderó Buhaz de la ciudad. Pero el argelino, faltando á su palabra, hizo proclamar por rey de Fez á Muley-Bucar, hijo de Merino Oatar, á quien se decia le tocaba el reino. Lleváronlo á mal los habitantes, que estaban inclinados á Buhaz, y fue causa de que tomasen las armas, y se sublevasen contra los turcos. Consternado con esta novedad el nuevo rey, sacó de la cárcel á Buhaz, y le entregó á los sublevados, y habiendo robado el tesoro real, partió aceleradamente á Argel.

Proyectaba Salac acometer á Oran, á cuyo fin consiguió de Soliman cuarenta galeras, pero mientras disponia lo necesario para la empresa, murió de peste. Sucedióle en el gobierno, por eleccion de los soldados de la guardia, el renegado Assan, natural de Córcega, que llevó adelante con mucha diligencia el intento de su sucesor. Habia comenzado ya á batir la ciudad por mar y tierra, cuando de improviso se retiró sin saberse con certeza la causa. Unos dicen que le obligó el valor del conde de Alcaudete que defendia á Oran; y otros que se lo mandó Soliman, habiendo enviado á este fin al pirata Uluc-Alí para que levantase el sitio de una ciudad tan fuerte y no se aventurase la reputacion de las armas otomanas. Finalmente habiendo sido asesinado Assan el Corso y su sucesor, natural de Constantinopla, confirió Soliman el gobierno de Argel á Hassen, hijo de Barbarroja, para daño del jerife, con

quien tenia una enemistad capital. Este, pues, ardiendo en ira, no podia estar quieto en Marruecos, y juntando un ejército, peleó muchas veces con Buhaz con varia fortuna. Por último en una batalla que tuvieron cerca de la misma ciudad sobre que disputaban, fue muerto Buhaz atravesado de una pica; y luego que el ejército perdió á su rey se puso en fuga, siguiéndole el enemigo hasta las puertas de la ciudad, y volvió esta otra vez á poder del vencedor. Pero viendo Hassen que con la fuerza no podia contrarestar á un hombre tan poderoso, procuró hacerle matar á traicion. Tomó á su cargo esta empresa difícil y peligrosa un turco muy atrevido llamado Hascen, el cual con doce compañeros se fue al jerife, y sentó plaza en su guardia pretoriana, esperando la ocasion oportuna para ejecutar su intento. Suscitóse pues un tumulto entre las compañías porque no se les pagaba su estipendio, y Hascen con sus cómplices acometieron al jerife que se hallaba sentado á la puerta de su tienda, y asesinó á este viejo guerrero, que tenia ochenta y cinco años. Pasemos ahora desde las costas de Africa al continente de la América.

CAPITULO IV.

Renueva en el Perú Francisco Giron la guerra civil. Es derrotado y degollado en Lima. Sublevaciones y guerra de los indios de Chile. Descubrimiento de la nueva Vizcaya.

Continuaban todavía en el Perú las sediciones con grande insolencia, pues los del Cuzco, libres del temor que les causaba el presidente Gasca, volvieron á su natural inclinacion; y no pudiendo sufrir la severidad con que habian sido refrenados los desórdenes de los anteriores tiempos, tenian frecuentes conferencias para suscitar nuevas inquietudes. Las emulaciones y las antiguas enemistades mal reconciliadas, volvian á encenderse con mayor fuerza, y los adversarios de Hinojosa habian resuelto matarle, y solo esperaban la ocasion de poderlo ejecutar sin peligro. Entretanto, amonestado este por sus amigos para que se guardase, despreció sus avisos con una estúpida negligencia, lo que no tardó mucho en costarle muy caro. A mediados de la primavera del año de mil quinientos cincuenta y tres acometió á su casa la multitud armada y le asesinó, habiéndole saqueado sus grandes riquezas. De aquí comenzaron los robos, muertes y todo género de escesos con desenfrenada licencia. Unos fueron puestos en prisiones, á otros les quitaron las armas, y todo era confusion y desórden. Para vengar tantas maldades se conjuraron Vasco Godinez y Baltasar Velazquez, hombres principales; mataron á Sebastian de Castilla, hijo del conde de la Gomera, cabeza de la sedicion, y aprisionaron á muchos de sus partidarios. Algunos de ellos perecieron en la horca, y otros les cortaron la mano izquierda. Guzman de Egea fue descuartizado, y el Cuzco parecia mas bien una carnicería que una ciudad, en la cual entraron los españoles con funesto principio. La audiencia de Lima mandó á Alvarado, gobernador de la plaza, que pasase al Cuzco á sosegar aquellas turbulencias. A su llegada hizo poner en prision á muchos de los mas culpados, y aceleró sus causas y sus suplicios. De este modo se castigaron los delitos, y no se veia el fin de derramar sangre. Mas no por esto se aquietaban los reboltosos acostumbrados á la maldad, y volvió al fin á encenderse la guerra civil, con fácil principio y con éxito lamentable. Su autor Francisco Giron, arrebatado de la ambicion y de la codicia, que son pésimos consejeros, y olvidado enteramente de su ilustre nacimiento, hizo prender á Gil Dávila en medio de la alegría de un convite, porque con la autoridad que ejercia se opuso á que exigiese algun servicio forzado de los indios. Despues de esto, distribuyó dinero á los soldados; deseosos de turbulencias, que hallaban su ganancia en las discordias civiles, con cuya liberalidad fue increible el número de hombres venales que atrajo á su partido, dispuestos á todo género de atentados.

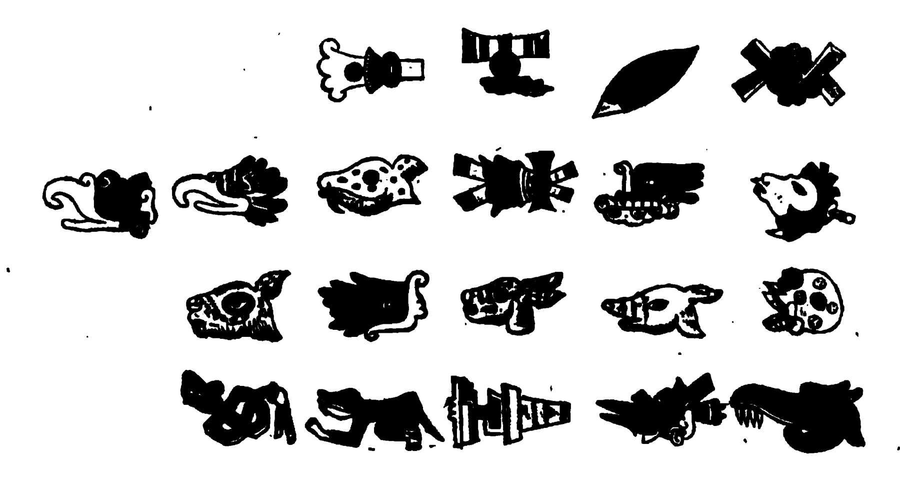
En esta vil turba se hallaban algunos sacerdotes, sumamente sediciosos, tanto mas detestables cuanto mas olvidados estaban de la dignidad de sus personas y de las obligaciones de su ministerio. Pero noticiosa la audiencia de Lima de esta sublevacion, y de que ya amenazaba una guerra civil, para ocurrir con tiempo á tan grave mal, comenzó con grande actividad á juntar soldados, buscar caballos, prevenir armas, y todo lo demás necesario para la guerra. Estaba Giron resuelto á acometer antes de ser acometido: y sacando sus tropas del Cuzco en la estacion del invierno, se puso en marcha á Lima. Los realistas le salieron al encuentro, y se acamparon en lugar oportuno para esperarle y derrotarle en una sola batalla. Mas penetrando Giron su intento, y viendo que si pasaba adelante le era preciso pelear con un enemigo superior á él en fuerzas, regresó al Cuzco aceleradamente desde la mitad del camino. Siguiéle Meneses á largas jornadas con un espedito escuadron destacado del ejército real, y le tomó parte de sus bagajes, y una gran cantidad de oro. Avisado Giron por un desertor del corto número de enemigos que le perseguia, les hizo frente y derrotó á Meneses en un combate. Este, pues, habiendo perdido cincuenta soldados entre muertos y prisioneros, se volvió al campo con su escuadron muy debilitado con las heridas.

Los que mandaban en el ejército real estaban discordes en sus pareceres, y no resolvian de comun acuerdo cosa alguna. Unos creian que se debia usar de la fuerza, y otros de medios suaves. El arzobispo de Lima y Santillana, presidente de la audiencia, tenian opuestas ideas. Los capitanes y los soldados á su ejemplo, como si estuviesen inspirados de un maligno espíritu, estaban tambien encontrados y dispuestos á fomentar la discordia con increible pertinacia. Pero entretanto que estos procedian con tanta lentitud, juntó Alvarado un ejército, y marchó al Cuzco contra Giron. Luego que se avistaron, hubo algunos ligeros combates, y muchas deserciones de una y otra parte, sin respeto alguno al juramento militar. Alvarado, contra el dictámen de los otros cabos, se habia obstinado en dar una batalla decisiva. Cuán aventurado sea esto lo confirma con muchos ejemplos la esperiencia; pues los hombres caprichosos suelen obrar con mucha negligencia, si no se sigue su parecer, sin hacer aprecio alguno de la utilidad pública. Con efecto, habiendo dado la batalla al paso de un rio, peleó desgraciadamente, y mientras estaban en lo mas fuerte del combate, se apoderaron los indios de los bagajes de uno y otro ejército. No obstante fue benigna la victoria, y para atraer con la clemencia á los contrarios á su partido, hizo enterrar á los muertos y curar cuidadosamente á los enfermos y heridos, y finalmente trató á todos con mucha humanidad.

A este tiempo mudaron de semblante las cosas con la llegada á los reales de los cuatro oidores de Lima; pues habiéndose puesto en marcha las tropas, obligaron á Giron, que se habia detenido en Andaguailas á ponerse en fuga, siguiéronle con mucho teson, y sin detenerse en el Cuzco le alcanzaron cerca de Puchara. Luego que estuvieron á la vista hubo algunos ligeros combates de poca importancia; pero avisados los oidores por un desertor de que serian acometidos de noche, sacaron del campo el ejército con gran silencio y se encaminaron al lugar señalado para rechazar á Giron que estaba muy ajeno de esto. El suceso fue conforme á la esperanza, y pelearon en las tinieblas y oscuridad de la noche con

mayor confusion que daño. Quedó Giron muy consternado y se retiró, ó mas bien huyó á su campo habiendo perdido ciento y cincuenta soldados. Durante la pelea, fue saqueado el campo de los realistas por los negros; pero acudió prontamente la caballería que los auyentó y pasó á cuchillo á muchos, y fue recobrada la presa. Apenas amaneció desampararon á Giron sus principales capitanes, y se pasaron al ejército del rey. Para impedir estas deserciones se puso de noche en marcha con silencio, y mientras se recogian los bagajes, le abandonaron tambien un gran número de soldados. A vista de esta perfidia de los suyos, aceleró Giron su fuga, y Meneses le seguia muy de cerca para estinguir de una vez las reliquias de la guerra, habiéndose vuelto á Lima los sacerdotes y oidores. Despues de un largo camino, hizo prisionero á Diego de Alvarado, teniente de Giron, y á cien soldados y negros, los cuales perecieron en la horca con los principales partidarios. Giron intentó huirse á Quito por caminos estraviados y largos, á fin de engañar al que le perseguia. Escapáronse los mas de los suyos, y eran muy pocos los que seguian su fortuna, de los que finalmente se halló desamparado, y peleando solo cerca del Tambo de Atunsaupa (así llaman en el Perú los mesones) fue hecho prisionero por Gomez Arias. Condujéronle á Limas y el dia seis de diciembre de mil quinientos cincuenta y cuatro le cortaron la cabeza. Su casa fue arrasada, y en su lugar se puso una columna con una inscripcion para que pasase á la posteridad la noticia de este infeliz suceso.

En ausencia de Valdivia fue turbada la tranquilidad de Chile por la contumacia de los soldados y la insolencia de los indios, y fue preciso el ocurrir con la fuerza á uno y otro mal. Luego que regresó Valdivia, peleó prósperamente con los bárbaros que aun se hallaban enfurecidos. Descubrió despues algunas regiones opulentas en hombres, armas y metales, y



Signos hieroglíficos de los dias del calendario mejicano.

estableció colonias en ellas. Fortificó con mayor cuidado la ciudad que llamó Imperial en obsequio del César, y la guarneció tambien con una fortaleza. Pero como quisiese obligar á aquellos hombres libres y belicosos á padecer una total servidumbre, se levantaron contra él los habitantes del valle de Tucapel, y mostraron en esta ocasion lo mucho que se aventajaban á los demás en valor y en talento. Reflexionando estos con racional discurso sobre la mortalidad y flaqueza humana, hallaron que podian vencer á los caballos y sus ginetes, si no les dejasen en el combate tiempo alguno para respirar. Así pues, habiendo trabado la pelea, no acometieron con todas sus fuerzas con estólida audacia, como acostumbran los bárbaros, sino que dividiendo su ejército en escuadrones, se sucedian en la batalla los unos á los otros. Quebrantadas las fuerzas de los españoles con este género de combate, quedó al fin vencido y prisionero Valdivia, sin que se escapase de aquella calamidad ninguno de los suyos, á escepcion de un muchacho de Chile, que refirió puntualmente todo el suceso á Diego Maldonado gobernador del valle de Arauco. El general bárbaro Caupolican, que tenia sentimientos de humanidad, creyó que convenia guardar al cautivo Valdivia; pero habiéndose sublevado sus soldados, le arrebataron al suplicio que fue correspondiente á su culpa, pues le derramaron en la boca oro derretido, para que así como su ánimo se habia abrasado con la codicia de oro, fuese tambien con el oro quemado su cuerpo.

Luego que los españoles tuvieron noticia de la desgracia de su general, se retiraron á la Concepcion, que estaba bien fortificada, sin atreverse á hacer frente á los vencedores. Atrevióse Villagran á acometerlos; pero le costó caro, porque habiendo peleado con teson la mayor parte del dia, no pudo jamás romper el escuadron de los indios, que combatiendo con gran denuedo y muy apiñados, rechazaban con sus picas á los caballos, que eran la principal fuerza de los españoles. No pudo Villagran retirar de allí á su gente, que fatigada y llena de heridas, apenas podia tener las armas en la mano, persiguiéndole los bárbaros con mucho estrago. De este modo, habiendo perdido la mayor parte de sus soldados, se retiraron los demás con ignominia á la Imperial, que despues tuvieron que abandonar por las continuas incursiones de los indios. No podian estos permanecer quietos, porque indignados de que se detuviesen tanto tiempo aquellos huéspedes en su provincia, procuraron arrojarlos de ella por medio de mil peligros llevando por general á Lautor, valeroso araucano. A estos males se juntaba la discordia de los capitanes españoles, que arrebatados de la ciega ambicion de mandar, pusieron aquellas colonias en próximo peligro de su total ruina. En esta situacion tan crítica, sirvió de grande auxilio Villagran, que no se habia olvidado del honor español. Resuelto pues á borrar la anterior mancha con su sangre ó la de los enemigos; acometió á los bárbaros con un pequeño escuadron antes de amanecer, y

mató un gran número de ellos junto con su capitan; y quebrantados con esta pérdida desistieron del deseo de pelear. Por este tiempo habian sido descubiertas por las armas de los españoles mil y doscientas millas en aquella region por la parte que se estiende desde el Septentrion al Austro, hasta cincuenta y un grados sobre el ecuador, y ciento y veinte millas entre el Océano y los montes. Todo este territorio abunda en estremo de metales, frutos y ganados, y sus valles son de una fertilidad admirable. En el temple del clima, en la calidad de su suelo y en el carácter belicoso de sus habitantes es muy semejante á España el reino de Chile. Solorzano le hace nuestro antípoda, no sé si con razon. Los naturales tienen la frente llena de cabello; en lo cual se distinguen de todos los demás hombres, y son muy feroces y amantes de su libertad. En la paz y en la guerra se gobiernan por los consejos de los ancianos: nunca han tenido reyes, y á costa de muchas pérdidas hemos esperimentado cuán indóciles son en sufrir el yugo de la sujecion. Pero basta lo que llevamos dicho de la América meridional, en cuyos sucesos, sin faltar á la brevedad que nos hemos propuesto, no hemos omitido cosa alguna de importancia.

Por la parte opuesta, Francisco Ibarra introdujo con favorables auspicios el nombre español en lo mas remoto de la América septentrional. Habiendo resuelto el virey de Méjico don Luis de Velasco sujetar á los chichimecas y zacatecas (nombres ingratos) que habitaban en los confines de la Nueva España, y la molestaban de contínuo con sus latrocinios, estableció presidios en los parajes oportunos de las fronteras, para que no quedase sin castigo la inclinacion que aquellos bárbaros tenian al robo. Uno de estos presidios fue el de San Miguel á ciento y sesenta millas de Méjico, en una tierra pingüe, y muy abundante de pastos para el ganado vacuno. Desde allí envió á Ibarra, hombre industrioso y activo con un ejército y mucho ganado, para esplorar lo interior de aquella region, á fin de que no quedase parte alguna que no fuese descubierta por las armas españolas. Habiendo llegado á la dilatadísima provincia de Sinaloa, reparó la colonia de San Juan, que se hallaba casi desierta, estableciendo nuevos moradores con grande provision de víveres, y fundó otros pueblos en lugares convenientes para que sirviesen de fortalezas en aquella region. Pasó despues á otra provincia llena de ásperos montes, á la que no sin razon llamó Nueva Vizcaya, y habiendo trabajado las minas de plata que hay en ella, recompensó los gastos y los trabajos del viaje. Los bárbaros que la habitan son de un feroz carácter, y en todo semejante á su clima. El frio es lo que principalmente molesta aquellas tierras. Envió Ibarra á su teniente Alfonso Durango, con un escuadron espedito, para esplorar los parajes mas lejanos, y en un valle, que llamó Guadiana, estableció una colonia á la cual dió el nombre de Durango. Finalmente habiendo atravesado unos montes altísimos con un trabajo imponderable, llegó á una provincia la mas distante de todas las que se pueden descubrir con las armas. Los bárbaros la llamaron Topia, y el frio es tan intenso, que mataba á los caballos, por lo cual sus habitantes recibieron muy gustosos el uso de los vestidos. Establecióse allí una colonia con mucha utilidad por la abundancia que hay de minas de plata. Los religiosos franciscanos tomaron á su cargo la predicacion del Evangelio en aquellas partes, y poco á poco se civilizaron, y se bautizó un gran número de indios. Las cosas de Méjico se hallaban en estado floreciente, y no se oia ruido de armas, ni sedicion alguna, y todo el cuidado se dirigia á la propagacion del Cristianismo, á cuyo fin se celebró un sínodo por estos tiempos. Los franceses habian fijado el pié en el Brasil bajo la conducta de Nicolas Durando, señor de Villagran, caballero de Malta. Llegaron al rio Janeiro con tres navios muy bien equipados, y ocuparon en él una pequeña isla, en la cual edificaron á la ligera una fortaleza, á la que dieron el nombre de Colinia en obsequio del almirante de Francia Coligni; y la proveyeron de todo lo necesario para la guerra. Despues fueron enviados algunos ministros calvinistas para que propagasen la secta. Pero no duró mucho tiempo esta antártica Francia tan decantada, habiendo destruido los portugueses á los franceses y á los bárbaros que los auxiliaban.

CAPITULO V.

El Turco hace la guerra á los portugueses en la India y es derrotado. Horroroso naufragio de Manuel de Sousa en la costa de Africa, y otros sucesos del Oriente.

En la India oriental, además de los naturales que no podian acostumbrarse á sufrir el yugo, molestaban tambien á los portugueses los turcos, irritados de las anteriores pérdidas. Para este efecto salió Peribec por mandado de Soliman del mar Bermejo al Océano con una armada de veinte y cinco galeras y algunas naos de carga. Su primera empresa fue la toma de la fortaleza de Mascate, situada en las costas de la Arabia, y quebrantando la palabra que habia dado á los soldados de la guarnicion, puso al remo á sesenta que se le entregaron, digno castigo de su cobardía. Despues saqueó con mucha codicia á Ormuz, que halló desierta por la ignominiosa fuga de sus habitantes; pero sin embargo no pudo espugnar la fortaleza que defendia Alvaro de Noroña. Finalmente, habiendo embarcado la presa que hizo allí y en otros parajes, condujo su armada á Bassora, ciudad situada en el centro del golfo Pérsico. Mas al tiempo de regresar al mar Bermejo de donde habia salido, fue acometido Peribec por Fernando de Noroña, hijo del virey, y le puso en fuga, y dispersándose su armada, que pereció casi toda con varias desgracias, escapó él con solas dos galeras. Noticioso Soliman de este mal suceso, le hizo cortar la cabeza. Tambien se refieren otras batallas navales tenidas por este tiempo con los turcos, las que paso aquí en silencio, porque en su narracion se hallan discordes los historiadores, y no sé cual de ellos merece mayor crédito.

Solicitaron los paravas el auxilio del gobernador de Cochin contra los malabares y turcos, y los socorrió Gil Carballo, armando á sus espensas cinco galeras, por no haber caudales en el tesoro público para costearlas. Los enemigos habian tomado poco antes á los portugueses la ciudad de Punicula, y obligaban con el terror á los nuevos convertidos á abjurar la Religion Cristiana. Acometiólos Carballo cuando estaban descuidados, y con tan pequeña escuadra derrotó su grande armada, y se hizo terrible á los que poco antes eran tan formidables, quemándoles los edificios y todo cuanto podia servirles de algun uso. Alabó el virey la piedad y valor de Carballo, y le satisfizo benignamente del tesoro real todo lo que habia gastado en la espedicion.

Siguióse á esta el horrendo y memorable naufragio de Manuel de Sousa en las costas de Africa. Este, pues, habia navegado con felicidad hasta el cabo de Buena Esperanza; pero levantándose una cruelísima tormenta por la parte del Occidente, despues de haber fluctuado algunos dias al arbitrio de las olas desenfrenadas; volvió la proa hácia las costas del Africa. Echadas las áncoras, se apresuraron á saltar en tierra en las chalupas; pero estas se hicieron pedazos en breve tiempo, y los demás pasajeros para no perecer juntamente con el navío, que ya comenzaba á anegarse, sugiriéndoles la desesperacion otro mayor peligro, se arrojaron al agua en las tablas y cajas que hallaron á la mano. Mas de cien personas se ahogaron, y los demás salieron á tierra muy maltratados y heridos. Sumergido el navío con las mercadurías de

todos, se pusieron en camino los náufragos hácia el Oriente, y despues de haber andado errantes largo tiempo, llegaron al cuarto mes cerca del rio del Espíritu Santo, donde un reyecillo, de carácter humano para con los extranjeros, recibió benignamente á aquel escuadron de miserables, y los socorrió segun sus facultades. Exhortó á Sousa que no pasase adelante; pero este, que parecia estar resuelto á perecer, no quiso seguir su consejo, por lo cual atravesó el rio en unas barcas, y continuó su marcha. Habíase disminuido notablemente el número de sus compañeros, porque en el camino perecieron doscientos y sesenta, y despues de haber andado no muchas millas, llegaron á una region estéril, en la cual para colmo de las miserias no hallaron ninguna agua dulce. Desesperado Sousa, siguió con los suyos á unos cafres que le salieron al encuentro, ofreciéndole por señas el hospedaje y alimento necesario. Al acercarse al pueblo se vieron obligados á dejar las armas por mandado del reyecillo, rehusándolo mucho Leonor, mujer de Sousa, como si adivinase lo que iba á suceder. Inmediatamente que estuvieron todos desarmados, fueron presa de los bárbaros, que los despojaron de cuanto tenian, sin perdonar á los vestidos, escepto algunos pocos. Al dia siguiente, arrojados de allí á palos, y caminando á la ventura por el reino de Vomo, que toma el nombre de un rio, casi consumidos ya con el hambre y la miseria, cayeron entre las manos de otros cafres armados y horroroso aspecto, que acabaron de robarles lo que les habia quedado de los vestidos. Resistióse Leonor hasta el estremo, sin olvidarse en aquella calamidad de su nobleza, y del pudor de su sexo, pero todo fue en vano. El dolor y sentimiento de esta ignominia la dejó cuasi muerta, y no quedándola otro medio de cubrir sus honestísimos miembros, enterró su cuerpo en la arena hasta mitad, y lo restante lo cubrió con el cabello. Despues volviéndose hácia sus compañeros, les dice con moribundas voces: «Id, y buscad, si es que os ha quedado algun camino ó medio para salvar la vida, que á mí me servirá de consuelo una muerte funesta. »Lo único que os ruego es, que si alguno de vosotros »tuviese la felicidad de volver á nuestra patria, diga »el estado miserable á que me han reducido mis pe»cados, y los de mi marido.» Queria continuar, pero se le pegó la lengua al paladar, y suplieron las lágrimas y gemidos, aunque el cielo se hacia sordo á sus lamentos. Bajó Sousa los ojos, y fijándolos en la tierra, se quedó atónito, y como fuera de sí, sin poder hablar ni una sola palabra, porque el dolor le habia cerrado la boca y enajenado el juicio. Al otro dia despues de haber enterrado á su mujer y dos hijos, ayudándole las criadas, se desapareció de aquel lugar, y no volvió á verle jamás ninguno de sus compañeros. De cerca de seiscientas personas que iban embarcadas en el navío, solo veinte y seis volvieron á Portugal con increibles calamidades y trabajos.

Fue nombrado sucesor del virey Noroña Pedro Mascareñas, varon de gran piedad, el cual se dedicó con el mayor desvelo á estirpar en Goa las reliquias de la antigua supersticion, y en favorecer con todo género de beneficios á los nuevamente convertidos. Algunos autores afirman que fray Gaspar de la Cruz, portugués de nacion, y religioso del órden de Santo Domingo, inflamado del deseo de propagar el Evangelio, habia penetrado en el imperio de la China en el año de mil y quinientos cincuenta y seis. En estos tiempos fue introducido el nombre de Cristo en muchas regiones del Oriente por el celo de los misioneros; cuyos frutos hubieran sido mucho mas abundantes si no los hubiese inutilizado el perverso ejemplo que daban los portugueses, porque posponian el cuidado de propagar la religion y la verdadera piedad á la detestable ambicion de adquirir riquezas. Estos desórdenes no los oculta Faria, y aun se lamenta de ellos mas de una vez, aunque tan apasionado de la gloria de sus compatriotas. Además del naufragio de Sousa se refieren otros muy lastimosos de aquel mismo tiempo. De cinco navíos que volvian á Portugal bajo del mando de Fernando Cabral, solo uno entró en el puerto de Lisboa. Habiéndose hecho pedazos la capitana en el cabo de Buena Esperanza, se salvaron únicamente veinte y tres pasajeros, los cuales fueron rescatados con dinero por algunos mercaderes que llegaron á aquellas partes, y consiguieron restituirse á Portugal. Los demás navíos perecieron sin que se pudiese saber su paradero. La misma desgracia acometió á Noroña en su navegacion á Portugal. Perdió un navío con todas sus mercaderías y pasajeros, entre los cuales pereció Carballo, hombre ciertamente digno de mejor suerte, pero los juicios de Dios son impenetrables, y ningun mortal puede escudriñar sus arcanos. Mascareñas murió á los diez meses de su gobierno, y habiéndose abierto la real cédula, fue declarado por sucesor Francisco Barreto, el cual arrojó á los mahometanos, que con varios cuerpos de tropas intentaban impedir la entrada de víveres en Goa. La isla de Ceilan se hallaba todavía algo inquieta por no haberse estinguido del todo la llama de la guerra anterior. El padre Juan Barreto de la compañía de Jesús, pasó á la Abisinia con el carácter de patriarca, pero no pudo reducir á la verdadera creencia al rey Claudio, obstinado en su antigua supersticion por los cismáticos de Alejandría; y viendo que eran inútiles sus conatos con un hombre que á cada momento le engañaba, se partió de allí á la India con sus compañeros para ganar almas á Dios, y no perder el tiempo en vanas demoras. Luego que el rey de Portugal tuvo noticia de la muerte de Mascareñas, confirió el vireinato de la India con amplísimas facultades á Constantino, hijo de Santiago, duque de Berganza. Pero despues de tan larga peregrinacion volvamos ahora á la Europa.

CAPITULO VI.

Continúa la guerra entre los españoles y el papa, y sus varios sucesos hasta que se ajustó la paz. Cede el rey don Felipe el dominio de Sena al duque de Florencia.

Habiendo regresado á Nápoles el duque de Alba, puso todo su cuidado y atencion en fortificar sus fronteras, encargando su defensa á los principales del ejército, y aumentándose mas y mas la fama de los preparativos del Francés sacó las guarniciones españolas que habia en la campaña de Roma, á las cuales juntó dos mil alemanes que habia conducido por mar Gaspar Felsio, para que se hallasen mas seguros todos los puestos que corrian mayor peligro. Entretanto se concluyeron las treguas y volvió á comenzar la guerra con mas furor que antes. Strozzi puso sitio á Ostia antes que hubiera sido fortificada; y mientras que Antonio Monluc, hijo de Blas, esploraba si podria con ardid ó con la fuerza invadirla, fue atravesado de una bala, y habiendo sido llevado al campo, espiró al instante. Siguióse inmediatamente la entrega que hizo Juan Dávila, ganado con dinero; y de allí á dos años pagó en Bruselas con la cabeza la pena de su perfidia.

El rey Enrique envió á Italia al duque de Guisa con un poderoso ejército, con el pretesto de socorrer al pontífice; y dando por nulas las treguas, descubrió su ánimo, muy distante del deseo de guardar la paz. Mandó tambien marchar á las fronteras de Flandes con tropas á Coligni, hombre inquieto y belicoso, para que emprendiese alguna hazaña digna de su persona, y que no fuese inútil el haber suscitado de nuevo la guerra. Este, pues, asaltó con escalas á Dovay en la noche siguiente á la fiesta de los reyes de este año de 1557, como si se avergonzase de la luz, creyendo que la guarnicion se hallaria sumergida en el vino y en el sueño, por haber tenido grandes banquetes

el dia anterior, y como otro Pandaro, quebrantó el tratado de las treguas que él mismo habia pactado y jurado en el nombre del rey. Pero le sucedió muy al contrario de lo que se habia imaginado; porque habiendo gritado las centinelas, acudieron á las armas las tropas, y arrojaron á los que intentaba escalar el muro. Habiéndosele desgraciado esta empresa, acomete á viva fuerza á Lens, la que tomó, y despues de sacar el botin la pegó fuego. Clamaban los españoles, que se habia quebrantado el derecho de las gentes, haciendo la guerra á los que se creian seguros con el tratado de las treguas, y sin que hubiese sido anunciada con declaracion alguna, y que los franceses no tenian respeto al juramento, y robaban por todas partes como piratas. A esto respondieron los franceses, que además de la guerra que los españoles habian declarado al papa, intentaron matarle con veneno, que se lo habian dado á Roberto de la Marka, proyectando en secreto apoderarse de Metz, quebrantando el juramento de las treguas, y otras acusaciones semejantes, forjadas con intento de hacer odiosos á los españoles. Pero todo esto fue en vano; porque es cosa muy comun que no se guarda fe ni palabra alguna cuando se trata de estender ó conservar el imperio; lo que es ciertamente una gran perversidad.

Entretanto introdujo el duque de Guisa tropas en Italia, y tomó á Valenti, pueblo situado no lejos del confluente de los rios Tánaro y Pó, por la traicion y avaricia del gobernador Spolverini, el cual padeció la pena de muerte en Pavía en castigo de su maldad, y fue diezmada la guarnicion que se componia de alemanes, italianos y algunos pocos españoles. Desde allí marchó Guisa á tratar con Hércules de Ferrara su suegro sobre el modo de hacer la guerra; y no les pareció innovar cosa alguna en las condiciones de la alianza contraida; porque Brisac queria acometer á la Lombardía y Strozzi á Sena, incitado cada uno por sus particulares esperanzas. Convinieron pues en que el de Ferrara sacase sus tropas para aterrar al de Parma y al de Toscana, á fin de que no pudieran moverse, y que Brisac marchase contra la Lombardía. Hecho este convenio, partió Guisa á Bolonia, y despues á Rimini por la marca de Ancona, habiéndole socorrido el de Ferrara con artillería, y mientras tanto el duque de Alba juntaba tropas en Tiano y enviaba guarniciones numerosas y víveres á los lugares fortificados. Encargó al conde de Santa Flor la defensa de Civitela, que se hallaba en peligro como situada en las fronteras, y él mismo puso su campo en las riberas del rio Fuman, á fin de ocurrir adonde le llamase la necesidad. Orgulloso el de Guisa con sus fuerzas y con la esperanza de la victoria, dió muestras al principio de querer dar batalla; pero la rehusó el de Alba con prudente consejo, no ignorando la desigualdad del peligro si se espusiese á la fortuna. No consiguiendo el Francés sus deseos, acometió y tomó á Campoli, y despues de haber entrado con espada en mano, la entregó al saqueo, que fue muy considerable. Despues fue sitiada con todas las tropas Civitela, porque Strozzi y Antonio Carrafa habian juntado las del pontífice, y la batieron inutilmente por espacio de veinte y dos dias. Atribuyóse la culpa á los pontificios, que por avaricia no habian hecho todas las prevenciones necesarias para la empresa, por lo cual, habiendo recogido el Francés sus equipajes, se retiró de allí no sin mengua de su fama. Originóse de esto la discordia entre los capitanes, y irritado Antonio Carrafa, partió á Roma para hacer la guerra segun su propio dictamen. Pero Colona con tres mil españoles y alemanes que le entregó el duque de Alba (pues por este tiempo habian llegado á Nápoles seis mil alemanes, mandados por Waltero) impedia la entrada de víveres en Paliano, en la campiña de Roma, habiendo tomado los caminos. Para socorrer su necesidad, conducian Julio Ursino y Antonio un gran número de carros cargados de trigo, y se vieron obligados á disponer su gente en órden de batalla. Trabado el combate, los españoles rechazaron á los italianos y los alemanes á los suizos: Antonio se escapó con la caballería, y Ursino fue herido y hecho prisionero por los enemigos. Es cosa admirable, si es cierto lo que dice un autor español, que entre tanto estrago no murió ninguno de los vencedores, y fue muy corto el número de los heridos. Recogiéronse los despojos, y Felsio con admirable ardid, se apoderó de la fortaleza de Máximo, situada en un elevado cerro, por entrega de Juan Ursino.

Juntáronse las tropas españolas, y Colona las condujo contra Segni, ciudad bien guarnecida. Mientras que la artillería batia las murallas, los sitiados llenaron de materias combustibles el foso que entraba en la ciudad, colocaron á sus costados seis piezas de artillería, y por la parte interior cien hombres armados para que rechazasen con las picas á los que intentasen la entrada. Pero no pudiendo tolerar los españoles que se les dilatase la victoria, al caer la tarde y sin órden alguna de sus capitanes, se acercan con silencio á la brecha del muro, y de improviso levantaron el grito en ademan de dar el asalto. Los enemigos, consternados al oir este clamor, pusieron fuego á la artillería y á los demás combustibles que tenian dispuestos; y habiéndose desvanecido en el aire todo aquel aparato, saltaron los españoles sin peligro el foso, arrojaron de allí á los cien armados y se hicieron dueños de la ciudad, siguiéndolos de cerca los alemanes. Entraron en ella á fuego y sangre, hiriendo y robando sin distincion alguna entre lo sagrado y lo profano, y cometiendo todo género de escesos, á pesar de las órdenes de Colona, y finalmente pusieron fuego á las casas.

Habiéndose aumentado el ejército del duque de Alba con cuatro mil españoles mandados por don Fernando de Toledo y don Sancho Londoño, atravesó el rio Tronto, y espugnó, saqueó y incendió á Ancarano, sin que el duque de Guisa hiciese el menor movimiento. Hizo varias correrías en los dominios pontificios, y inspiró terror á Ascoli, ciudad principal de la marca de Ancona, habiendo trabado combate con la guarnicion que hizo una salida, y fue tanta la consternacion de la ciudad, que sacaron fuera de ella por una puerta secreta á los niños, viejos y mujeres, para enviarlos á otro paraje mas seguro.

Por este tiempo abrasaba al duque de Alba el cuidado de defender las costas de Nápoles, por haberse divulgado que dentro de pocos dias llegaria á ellas la armada otomana; pero este miedo se desvaneció, habiéndosela negado Soliman á los embajadores franceses, á los cuales manifestó su disgusto por la desvergüenza con que le importunaban. Tampoco se hallaba quieta la Toscana. Los franceses tenian á Montealcino, y los españoles á Sena, y habia entre ellos algunos leves encuentros, segun las fuerzas de cada uno. Pero no hay necesidad de referirlos en particular, del mismo modo que la guerra suscitada en la Romanía entre los fronterizos, que duró poco tiempo. Apoyado el de Ferrara en el auxilio de los franceses, sitió con mayor ánimo que fuerzas á Guastala defendida por el Español, pero con mucha desgracia, pues además de haber sido arrojados de allí con ignominia, entró el duque de Parma en sus dominios con las tropas conducidas de la Lombardía y Toscana. Taló los campos de Módena y de Regio, en venganza de haber movido la guerra; pero Cosme que favorecia ocultamente al de Ferrara, dispuso las cosas de manera que no fuese despojado de la mayor parte de su territorio, y finalmente consiguió reconciliarle con el rey don Felipe.

En el Piamonte sostenian los españoles la guerra con mucha fatiga, hallándose sus fuerzas divididas

en tantas partes, por lo cual tomó Brisac á Valfanera, y la destruyó, y despues á Quierasco, bajo de ciertas condiciones, y la conservó, y en fin acometió á Cuni, pero desgraciadamente y con gran estrago de los suyos, y la socorrió Pescara con víveres, abriéndose camino por medio del campo enemigo. Levantó el Francés el sitio, y condujo las tropas en muy mal estado á sus propias plazas. De esta suerte, casi toda Italia se hallaba en armas, y la guerra se hacia en muchos lugares á un mismo tiempo, alternando las pérdidas de una parte y otra. Consternado el papa con la cercanía de los Colonas, que iban arrasando todo cuanto encontraban, llamó al duque de Guisa para mudar el plan de la guerra, pues habia sido tan desgraciado en la marca de Ancona. Despues de un largo rodeo, llegó Guisa á Tiboli, y distribuyendo sus tropas por los pueblos inmediatos, se encaminó á Roma á conferenciar con el pontífice. Entretanto el duque de Alba dejó á Trevisano con un poderoso escuadron en las fronteras del reino, y condujo su ejército á la campaña de Roma, acercándose á la ciudad, para ver si de aquel modo podia atraer al pontífice á unas justas condiciones de paz; y se valió tambien de la astucia para inspirarle mas terror. Levantaba con frecuencia su campo, disponia la artillería y demás instrumentos de batir, mandaba hacer marchas, y aun envió delante á Ascanio de la Corne con escalas, como si tuviese premeditado dar un asalto de noche. Pero despues de haber intimidado á los romanos, condujo las tropas á Colona, pueblo grande y principal. De este modo variaban las cosas prósperas con las adversas, cuando entre otras tentativas se divulgó la pérdida de San Quintin. Con esta noticia quedaron en estremo consternados los franceses y los pontificios, sin saber qué partido abrazarian; y hallándose todos faltos de consejo, llegaron á Guisa órdenes del rey Enrique para que dejándolo todo, se volviese prontamente con las tropas á Francia, á fin de socorrerla en tan grave calamidad, y que además amonestase al pontífice que ajustase la paz con el Español, del mejor modo que pudiese.

El rey don Felipe habia intentado muchas veces por medio de los venecianos mover su ánimo para que desistiese de una guerra que él seguia contra su voluntad, cuidadoso de lo que podria juzgar la fama. Mas nunca pudo reducir á aquel feroz viejo á dejar las armas, alegando para ello varios pretestos, aunque la congregacion de cardenales, en el tiempo de las desgracias de la guerra, le habia exhortado sériamente á la paz. Pero perdida la esperanza de los socorros del Francés, y no pudiendo soportar los gastos porque tenia agotado el erario, se inclinó finalmente á la paz por la mediacion de los embajadores de Venecia y Toscana y de algunos cardenales. Ajustóse esta con honrosas condiciones, las que firmaron Carrafa y el duque de Alba en el campo de Palestrina. El contenido de ellas fue: que el de Alba pidiese primeramente perdon al pontífice de la guerra que le habia hecho; que le restituyese mas de cien castillos y pueblos tomados en la guerra, destruyendo las fortificaciones; que Paliano se entregase en depósito al noble napolitano Juan Carboni bajo de ciertas condiciones; que renunciase el pontífice á la alianza con el Francés: que fuesen restituidos recíprocamente los bienes que segun la costumbre de la guerra se hubiesen aplicado al fisco, y que el pontífice dispusiese de Colona y Corne que perseveraban contumaces. En la noche en que fue concluida la paz creció estraordinariamente el Tiber, y causó grandes estragos en Roma; pero en aquella inundacion acaeció una cosa feliz, pues habiéndose arruinado el templo de San Bartolomé con otros edificios, se encontró el cuerpo de este glorioso apóstol, y fue conducido con gran pompa á la iglesia de San Pedro. El duque de Alba entró en Roma con estraordinaria alegría y regocijo de todo el pueblo, besó el pié al pontífice y le pidió la paz y el perdon, y su Santidad le absolvió y abrazó con muchas señales de benevolencia y amor. Los prisioneros fueron puestos en libertad gratuitamente, y lo mismo se hizo con todos los encarcelados para aumentar la alegría. Pero esta se disminuyó mucho con los estragos que hizo el Tiber en todos los campos de la Romanía. Igual calamidad afligió gravemente á otras provincias, porque la continuacion de las lluvias hizo salir de madre todos los rios.

Habiendo concluido el duque de Alba tan felizmente esta guerra con el ajuste de la paz, condujo su ejército sano y salvo á Nápoles, y á la mitad del otoño se restituyó á España, encargando el gobierno del reino á su hijo don Fadrique. Luego que el duque de Guisa recibió la noticia de la pérdida de San Quintin, embarcó su ejército con la celeridad posible en la armada francesa que poco tiempo antes habia llegado al puerto de Civita-Vechia. Entregó el duque de Ferrara algunas compañías, y Aumale con la caballería atravesó la Romanía para llegar cuanto antes á Francia con los grisones y los suizos; pero se adelantó Guisa, mudando frecuentemente los caballos en su viaje. Entretanto el rey don Felipe para satisfacer á Cosme las cantidades que á él y á su padre el César habia prestado, y le pedia en esta ocasion tan importuna, y deseoso de no alejarle de sí, cuando su amistad le era mas necesaria, trató con los de su consejo de entregarle el dominio de Sena. Y aunque algunos fueron de dictámen que debian buscarse otros medios de pagar aquellas deudas, perseveró el rey en su propósito; y de este modo adquirió Cosme el dominio senense bajo de ciertas condiciones, y le hizo su entrega don Juan de Figueroa con la potestad de transferirlo á sus hijos, esceptuando las ciudades marítimas que por justas causas se reservó el rey don Felipe.

CAPITULO VII.

El rey don Felipe declara la guerra al Francés. Sitio de San Quintin, y batalla memorable ganada por los españoles. Determina el rey la fundacion del monasterio del Escorial. Muerte del rey don Juan de Portugal.

Habiendo quebrantado los franceses la paz, volvió á encenderse la guerra con mas furor en las fronteras de Flandes, como si las treguas se hubiesen pactado únicamente para disponer con mas tiempo los preparativos. El rey don Felipe deseoso de vengar esta injuria, entregó un ejército muy poderoso á Filiberto de Saboya, que sucedió á doña María en el gobierno de Flandes, para que ejecutando alguna empresa memorable, adquiriese la fama que tanto contribuye al buen éxito de las guerras; pues sabia muy bien que los primeros sucesos suelen inspirar el terror ó la confianza que decide de lo principal. Además de los príncipes confederados de Alemania, se habia conciliado tambien la alianza de los ingleses por medio de su esposa, la cual despues de haber prevenido la armada y las tropas, declaró la guerra al Francés con universal beneplácito de los estados del reino. Los franceses guarnecian en su frontera con el mayor cuidado y diligencia la plaza de San Quintin, situada en un paraje muy pantanoso cerca del rio Somma, donde estuvo en otros tiempos Augusta de los Veromanduos. Deseaba Filiberto apoderarse de ella, á fin de abrirse la entrada por aquella parte á lo interior de la Francia, y fingiendo unas veces acometer á Mariemburgo y otras á Guisa, la cercó de repente por todas partes con sus tropas, para que por ningun lado pudiesen los franceses socorrerla. Venia ya cerca Monmorenci para observar los movimientos de Filiberto, y habiendo recibido la noticia de lo que pasaba, aceleró su marcha con grande inquietud de ánimo para socorrer á la ciudad en tan

inminente peligro. Luego que llegó á Fera, castillo muy fortificado cercano á San Quintin, se adelantó Coligni con un valeroso escuadron, y acometiendo por la parte que tenian menos guardada los sitiadores, rompió al fin por medio de ellos, y llegó salvo á la ciudad. Intentaron despues hacer lo mismo otros capitanes, pero fueron rechazados con pérdida suya por el español Navarrete, que estaba encargado de defender aquella entrada.



Juan Calvino.

Entretanto el Saboyano estrechaba mas y mas el sitio, auxiliado de las tropas inglesas que habia conducido el conde de Pembrok, las que se componian de nueve mil hombres. Sin embargo sostenia Coligni las esperanzas de la guarnicion, habiéndole ofrecido Monmorenci por medio de algunos mensajeros, que le enviaria á toda costa socorros, aunque fuese aventurando una batalla. Para cumplir pues su palabra, y hacer levantar el sitio si se le presentase ocasion, puso en movimiento su ejército que constaba de veinte y tres mil hombres, el dia de San Lorenzo, y habiendo esplorado todos los parajes, mandó poner la artillería en una altura para que tirase continuamente sobre el campo enemigo, que estaba situado de la otra parte del rio. Al mismo tiempo Andelot, hermano de Coligni, intentaba con barcas introducir socorros por la laguna; pero no tuvo efecto alguno este ardid, y acarreó el lance de la batalla, pues Andelot escapó herido con muy pocos á la ciudad, y los demás se dispersaron en la fuga. Noticioso Filiberto por sus espías de las fuerzas que tenía el enemigo, determinó dar una batalla decisiva, aprovechándose con mucha prudencia de una ocasion tan oportuna. Egmont con dos mil caballos ligeros acomete por una parte á los franceses; Ernesto y Enrique de Brunswik por otra con otros tantos corazas embistieron á los coraceros franceses, y con el ímpetu desbarataron sus escuadrones; por el frente con el resto de la caballería los condes de Mansfeld, Villani, Holstein y otros capitanes con igual ardor y ánimo. La batalla fue sumamente reñida, no habiéndose olvidado los franceses de su antiguo valor; pero al fin no pudieron sostener el furor de los que los acometian, y se pusieron en tan precipitada fuga, que habiendo venido á dar temerariamente en su misma infantería, causaron en ella un horrible estrago. Amedrentados los infantes con esta pérdida, y viéndose despojados del auxilio de los caballos, se entregaron unos echando armas á tierra, otros huyendo á los bosques y demás parajes donde podian esconderse, siguiéndoles el alcance la caballería victoriosa. Por todos aquellos campos no se veia otra cosa que soldados fugitivos, muertos y heridos, que formaban un lastimoso y miserable espectáculo. El duque de Nevers, el príncipe de Condé Sanserre, Villars y otros hombres principales, se refugiaron en la Fera, y los demás se derramaron por otras partes, como sucede en una general derrota. Algunos historiadores dicen que murieron cerca de diez mil franceses, entre los cuales cuentan al vizconde de Turena, de Monmorenci, el hijo del conde de Pompignan, Claudio de la Rochechovard y otros muchos. Juan, duque de Enguien, hermano del príncipe de Condé, despues de haber dado ilustres pruebas de su valor, fue atravesado de un balazo, y habiéndole llevado al campo victorioso, espiró mientras le hacian la primera cura. Quedaron prisioneros el condestable Monmorenci, general del ejército, que fue herido en un muslo, su hijo menor, Mompensier, Longueville, Luis Gonzaga, hermano del duque de Mantua, el mariscal de San Andrés, Rochemen y el Ringrave, coronel de los alemanes. Natal Comite asegura que fueron hechos prisioneros dos mil nobles y cuatro mil soldados, y que se tomaron veinte cañones de todos tamaños, noventa banderas y trescientos carros cargados de víveres, municiones y bagajes. Esta victoria costó muy poco á los españoles, á escepcion de la muerte de Beunicur. Los heridos fueron Mansfeld, Enrique de Brunswik, Mombré y algunos pocos, quedando en la memoria de todos los siglos los nombres de los que se hallaron en esta batalla, unos por la grandeza de la victoria y otros por la grandeza de la derrota. La infantería llegó despues de haberse concluido el combate para tener parte en la presa, ya que no habia participado de la gloria. Este dia fue muy gozoso para el rey don Felipe, y á fin de que quedase un eterno trofeo, edificó en el Escorial un magnífico templo con la advocacion de San Lorenzo, y un monasterio para los religiosos de San Gerónimo.

A pesar de la pérdida de los franceses, permanecia Coligni en la defensa de la ciudad, sin dar señal alguna de temor. Su designio era entretener á los sitiadores, para que el rey tuviese tiempo de reparar sus tropas, con las cuales se opusiese á los progresos del enemigo, y evitase que la Francia consternada padeciese otra nueva calamidad. Tenia su principal esperanza en un escuadron de nobles que habia introducido consigo en la plaza, tan amantes y adictos á su rey, que estaban resueltos á pelear por él hasta la muerte. Entretanto que unos se fortificaban y otros peleaban con sumo esfuerzo, llegó á su campo el rey don Felipe con Gonzaga, que mucho tiempo antes habia sido llamado de Italia. Este, pues, era de dictámen que se persiguiese á los vencidos, que todo sucederia felizmente á los vencedores, y que debian encaminarse á la capital del reino, alegando el ejemplo de los ingleses, que en otro tiempo se apoderaron de ella: que de ningun modo convenia dar tiempo á los vencidos para que se rehiciesen, sino aprovecharse de la fortuna que se mostraba propicia, y coger el fruto de tan ilustre victoria. Otros capitanes decian que era opuesto á la disciplina militar introducirse en lo interior del reino, lo que tantas veces se habia intentado infelizmente, y dejarse á la espalda tantas plazas fortificadas: que lo que convenia era espugnar esta plaza para abrirse un camino seguro, pues si se esponia incautamente, era muy temible que perderian el fruto de la victoria, y la os-

carecerian con una torpe retirada. Noticioso el César en Yuste del suceso de San Quintin, se dice que preguntó si el rey don Felipe estaba ya en Paris, pero creo que esto sea una ficcion vulgar. Lo que se sabe con certeza es, que habiendo consultado á su padre, le respondió este: que dejase de pedir consejo á un hombre retirado del mundo, cuando tenia consigo tantos varones fuertes, cuyo dictámen debia tomar en las cosas mas difíciles. Pero el rey don Felipe, á quien agradaban mas los consejos seguros que los precipitados, mandó estrechar mas fuertemente á los sitiados con la artillería y con las minas. Habiendo sido arruinado el muro por tres partes, embistieron los soldados por las brechas distribuidos por naciones, á fin de que el deseo de la honra diese nuevo fomento á su emulacion. Los franceses no pudieron resistir su ímpetu, y al momento fue tomada la ciudad. Colfgni que se vió perdido, procuró caer entre los españoles, temeroso de la crueldad de los alemanes. Los españoles que custodiaban á su hermano



Auto de fe en Valladolid, presidido por Felipe II.

Andelot, se dispersaron para saquear, y dejándolo solo pudo escaparse por la laguna con increible trabajo. Los habitantes quedaron únicamente con vida, y todos los que se hallaban armados fueron muertos ó prisioneros. Al saqueo de la ciudad se siguió el cuidado de fortificarla, y sin dilacion comenzaron las obras con grande actividad. Recibió el rey Enrique en Compiegne la noticia de una y otra desgracia, y sin decaer de ánimo, hizo juntar tropas de todas partes, convocó á los nobles, y mandó que los que rehusasen acudir fuesen reducidos al estado plebeyo como oprobio de su clase: reclutó á toda costa un gran número de esguizaros y alemanes, y habiendo congregado los estados generales del reino, impuso una contribucion para los gastos de la guerra, disponiendo con gran diligencia todos los preparativos necesarios.

El rey don Felipe despues que hubo fortificado á San Quintin, entregó parte de las tropas al conde de Aremberg, y le mandó fuese con ellas contra Castelet, que se halla situado entre las lagunas inmediatas. Ejecutó el Flamenco intrépidamente esta empresa, y se apoderó del pueblo, mas pronto de lo que se habia creido, entregándole Solignac su gobernador. Al mismo tiempo fueron despedidas las tropas inglesas, despues de haberlas pagado su sueldo, y gratificado con ricos dones al conde de Pembrok. Talaron los españoles los campos, tomaron muchos pueblos y castillos, entre los cuales se cuenta á Noyon, Caune y Han, muy guarnecida; y despues de tan felices sucesos, fueron enviadas las tropas á cuarteles de invierno. Pasó Gonzaga de esta vida á la otra á mediados de diciembre: fue varon invencible en la guerra, y muy amado del César; pero habiendo sido acusado de avaricia y perseguido con el odio de los españoles, fue separado del gobierno, y

desde entonces solo asistia á los consejos. En este año tuvieron tambien los franceses un desgraciado combate en el Océano, pues unas naves suyas que volvian de la Francia Antártica, ricamente cargadas, cayeron entre los españoles é ingleses. La pelea fue cruel y la victoria costosa á los vencedores; pero fue grande la presa.

A principios del otoño murió en Roma don Juan de Toledo, hijo de don Fadrique, y creado cardenal por Julio III. Su cuerpo fue conducido á España y sepultado en el sepulcro de sus padres. Tuvo por sucesor en el arzobispado de Santiago á don Gaspar de Zúñiga, que vivió poco tiempo: y despues á don Francisco Blanco, prelado de escelentes virtudes, que le adquirieron una inmortal memoria. Hácia fines del año murió Bona Esforcia, de Aragon, mujer que fue de Sigismundo, rey de Polonia, la cual dejó oscurecida su fama por su poca honestidad, como lo afirman los historiadores italianos. Nombró por heredero de los principados de Rosana y Bari á don Felipe, á quien habia ayudado con dinero en la guerra con el pontífice, y dejó en otras personas los demás bienes. En este mismo año, y en el dia de su nacimiento falleció de una apoplegía el rey don Juan de Portugal, á los cincuenta y cinco de su edad, con gràn sentimiento de todo el reino, pues faltó cuando su vida era mas necesaria á la felicidad de Portugal, asi por su moderado gobierno y buenas costumbres, como por la tierna edad con que dejaba á su nieto y heredero don Sebastian, que solo tenia tres años. Fue sepultado con régia pompa y aparato magnífico en la capilla mayor del monasterio de Belen; príncipe verdaderamente piadoso y liberal. Solicitó la ereccion de los obispados de Portalegre, Leiria y Miranda con beneplácito del pontífice. Edificó muchos hospitales y conventos de uno y otro sexo en Portugal y en las provincias, y les dió copiosas rentas. Fundó la universidad de Coimbra, dotándola con treinta mil escudos, como lo afirma Vasconcelos, y procuró atraer á ella con ventajosas condiciones á los profesores mas célebres; y finalmente no omitió gasto ni cuidado alguno en beneficio de la religion y de las letras.

CAPITULO VIII.

Recuperan los franceses el puerto de Calais. Célebre derrota que padecieron en Gravelinas. Guerra del Piamonte. El emperador don Fernando es coronado en Aquisgran.

En tiempo del rey Eduardo III tomaron los ingleses á los franceses la ciudad y puerto de Calais, situada en la costa de Francia, en la parte mas cercana á Inglaterra, y la poseyeron por espacio de doscientos años, sin mas derecho que el de la fuerza. Deseaban todos los franceses recobrar esta importante plaza; pero era mas fácil empresa desearlo que esperarlo, cuando se hallaban tan disminuidas las fuerzas de la Francia con tantas guerras. Mas habiendo vuelto de Italia el duque de Guisa, y nombrádole el rey por su vicario con amplísimas facultades, sacó las tropas á campaña en el mas riguroso tiempo del año, y cuando menos se pensaba, y ganó la ciudad y los castillos con increible presteza y con igual valor el dia ocho de enero del año de 1558. Tan caro costó á la suspicaz nacion inglesa el haber rehusado el auxilio que el rey don Felipe la ofreció en tiempo oportuno. Tambien se apoderó entonces de Guins con su fortaleza, la que despues arrasaron los franceses, por no considerarla útil á sus designios, y pusieron todo su conato en fortificar á Calais y asegurarla con una poderosa guarnicion. El duque de Nevers recobró al mismo tiempo con mucha intrepidez algunas ciudades de poca importancia, que antes habian sido tomadas por los españoles. Habiendo juntado las tropas los dos generales franceses, acometieron á Thionvila, levantando una trinchera desde la laguna hasta el foso, y consiguieron espugnarla á costa de mucho trabajo. Pero Strozzi que se halló en esta empresa, cayó muerto de un balazo al tiempo que reconocia desde cerca la abertura del muro; fue varon no menos grande que desgraciado en las cosas de la guerra. Combatia Monluc el castillo de Arlon que estaba inmediado; pero su guarnicion le pegó fuego, escapándose por una puerta escusada. Mientras tanto el mariscal de Thermes, gobernador de Calais, penetró con un fuerte escuadron en Flandes por la parte que mira al mar. Los historiadores varian en el número de las tropas, en cuyo vicio cayeron tambien los antiguos mas célebres, refiriendo diverso número de soldados en una misma espedicion. El que menos dice que se contaban bajo de sus banderas seis mil infantes, y mil y quinientos caballos. Con estas tropas tomó y incendió á Bergopzon y Dunkerque, y llegó hasta Nieuport con mas audacia que prudencia, entre tantos presidios de enemigos. Taló, destruyó y robó sin distincion alguna todo cuanto encontraba en su marcha, y nada quedó libre del estrago de la guerra.

El rey don Felipe para no dejar impune esta audacia, mandó al Saboyano que marchase prontamente con tropas á Namur, á fin de entretener á Guisa, y impedirle que juntase sus tropas con las de Thermes, y además hizo que saliese al encuentro del mismo Thermes el conde Egmon, célebre por sus anteriores hazañas y por la victoria que recientemente habia ganado. Este, pues, juntando prontamente un cuerpo que se componia de diez mil infantes y caballos, le condujo contra los franceses, embarazados con el botin, y que se retiraban á lugares seguros. Thermes se apresuraba cuanto le era posible para llegar á Calais, temiendo verse en la indispensable necesidad de pelear. Pero el Flamenco echando por un atajo con su ejército, y habiéndose dejado la artillería para acelerar la marcha, le salió al encuentro en el camino cerca de Gravelinas, y le provocó con las trompetas á la batalla. No decayó de ánimo el Francés, aunque se veia sorprendido, y ordenó sus tropas en la misma costa, defendiendo el ala derecha con el mar, la izquierda con los carros de los bagajes y las espaldas con el rio Aa. Colocó la artillería en la frente; y como el Flamenco carecia de ella, para recompesar esta falta mandó á la caballería acometer por medio de sus fuegos, sin que la aterrase el estrago. Los franceses no tuvieron tiempo para hacer segunda descarga por la necesidad de rechazar á los flamencos. Iba por cabo de estos Beunicur, de los españoles Carvajal, y de los alemanes Hildemaro, cuyo ímpetu sostuvieron los franceses con igual ardor y ánimo; y les forzaba á pelear intrépidamente el verse privados de la esperanza de ponerse en fuga. No se presentaba á la vista ni á los oidos cosa alguna que no fuese horrible y espantosa, mezclándose los clamores con las exhortaciones, el ruido de las armas, las muertes, las heridas; y los generales no solo aconsejaban y mandaban, sino que peleaban tambien y se esponian á los peligros. Mataron á Egmon su caballo, pero habiendo montado prontamente en otro, exhortaba con la voz y con el ejemplo á los suyos á la victoria. Entretanto que peleaban con gran ferocidad, llegaron á la costa diez navíos ingleses, y oyendo el ruido de la batalla, se acercaron á la boca del rio, y dispararon de improviso su artillería sobre los franceses por las espaldas, haciendo en ellos horrible estrago. Finalmente, rechazada la caballería con su comandante Villabon, acometieron los egmoncianos á la infantería, destituida de aquel auxilio, y mas bien fue una carnicería que una pelea. En esta batalla se dice que murieron cerca de dos mil de los enemigos, y con la restante multitud de ellos se en-

furecieron cruelmente los labradores que acudieron al campo español, y estaban muy irritados por las calamidades que les habian hecho padecer los franceses. Otros muchos de ellos fueron sumergidos en las aguas del mar y en el rio, de los cuales libertaron doscientos los ingleses, que tanto ayudaron á la victoria, y los condujeron á Lóndres como en triunfo. Quedó prisionero Thermes, herido en la cabeza, y tambien Villabon, que mandaba la caballeria, Anebaldo, Senarpont, Monvillers y otros nobles, y tres mil soldados. Los pocos que se habian escapado de allí cayeron en las manos de las mujeres, que entre las injurias y maldiciones les hacian pagar con el hierro la pena de sus rapiñas; y de este modo, de tantos millares de hombres, apénas quedó uno solo que llevase la nueva de la derrota. De los vencedores murieron quinientos, entre los que fue contado Pele, flamenco, y otros nobles en corto número. La artillería, las banderas y los bagajes, todo fue tomado y hecho presa del vencedor.

Esta batalla acaecida el dia trece de julio, afligió otra vez á la Francia, que ya se habia reparado algun tanto, y cansado el rey de la guerra, se inclinó á admitir cualesquiera condiciones de paz. Comenzó á tratar de ella Cristierna, madre de Carlos, duque de Lorena, que habia venido á Perona con deseo de ver á su hijo, acompañándola el obispo de Arras. Para esplicar sus disposiciones, envió al cardenal de Lorena con el pretesto de obsequiar á aquella princesa. Despues de cumplir unos y otros con las recíprocas atenciones de respeto, entraron en conferencia, y entre otras cosas dijo el obispo de Arras, que se dolia mucho de la suerte de la Francia, no tanto por verla acometida de las armas estrangeras, cuanto por las discordias de la religion, pues la herejia de Calvino iba cundiendo entre los hombres mas ilustres, y que si no se acudia á este mal con prontos y eficaces remedios, se arrepentiria el rey de su negligencia cuando ya todo estuviese perdido. El cardenal de Lorena, que no perdia la menor ocasion de oprimir á los principales del partido contrario, se retiró de Perona, y dió cuenta al rey muy por menor de todo, previniéndole que Andelot era el caudillo de los sectarios. No es posible referir la ira que se encendió en el ánimo del rey, que era muy amante y celoso de la verdadera religion. Hizo llamar á Andelot, y confesando este intrépidamente su creencia, mandó luego ponerle en prision, y descubrió que habia otros muchos inficionados de la misma peste. De aquí comenzó á fortificarse y crecer cada dia mas el poder de los Guisas, á quienes el rey amaba mucho, viéndose libres de sus émulos Mommorenci y Coligni que estaban prisioneros, y Andelot procesado. Finalmente, dividida en partidos la córte, y tomando nuevo fomento sus recíprocas enemistades, produjeron estas la centella que por tan largo tiempo abrasó á toda la Francia con sangrientas guerras.

Entretanto que los magnates peleaban interiormente con sus manejos para arrojarse unos á otros de la autoridad y del favor, continuaba la guerra en diversos parajes, aunque con languidez y tibieza, por la falta de fuerzas, especialmente en Córcega, donde no sucedió cosa alguna de importancia; pues ni los franceses enviaban socorros algunos por la reciente calamidad que padecian, ni los genoveses podian soportar los gastos. No obstante, para alejar cuanto fuera posible la guerra que les amenazaba con las correrías que por el mar hacian los franceses, enviaron á Córcega á Gerónimo Londrenio con media legion de alemanes. Pero Jordan Ursino, general de los franceses, aunque no se atrevia á emprender cosa alguna á campo descubierto, porque se lo impedia la falta de fuerzas, con todo eso procuraba conservar á San Bonifacio, donde se habia retirado, y mantenerse en la defensiva para no recibir daño alguno.

En el Piamonte se reducia la guerra á talar y saquear pueblos, estando muy amortiguada por la misma causa, y por la debilidad ó desidia de los españoles; pero con la llegada del duque de Sessa, volvió á encenderse. Este, pues, habiendo juntado un poderoso ejército, acometió y espugnó á Cental, ciudad bien guarnecida al pié de los Alpes, y destruyó sus fortificaciones, y con gran cantidad de trigo que sacó de allí, socorrió la necesidad de Fossano y Cuni. Despues de esto se apoderó fácilmente de Moncalvi, y Pescara de Rupivica, que tiempo antes habian fortificado los franceses. Desde allí marchó con todas las tropas al territorio de Casal, y fue asolado con todos los estragos de la guerra. Como no era fácil tomar la ciudad, que se hallaba guarnecida con mucha tropa y fuertes murallas, fortificó á San Martin, y poniendo en él una guarnicion, consiguió que los casalenses no pudiesen moverse; y para estrecharlos mas, tomó finalmente á Pomero en el mismo territorio. Pero como apretasen los frios y hielos, y no fuese posible permanecer mas tiempo á campo descubierto, se retiró con sus tropas á cuarteles de invierno. En la Romania hubo tambien aparatos de guerra, y todos los movimientos se redujeron á guarnecer las plazas, prevenir las armas, y hacer algunas presas: esta discordia se compuso en breve tiempo por la mediacion de Cosme, en cuyo obsequio concedió el rey don Felipe la paz al duque de Ferrara, bajo de ciertas condiciones, siendo la principal el renunciar á la alianza del pontífice y del Francés. En el mismo estado se hallaban las cosas de Toscana. Telamon y Castillon fueron tomadas á los franceses por las fuerzas españolas y florentinas, al mando de los generales Vitelio y Leiva.

Entretanto don Fernando, hermano de don Carlos, fue declarado emperador César Augusto por los electores, congregados en la iglesia de San Bartolomé de la ciudad de Francfort, con grande aplauso y regocijo de los que se hallaban presentes. Partió desde allí á Aquisgran, acompañándole los príncipes de toda la Alemania, y recibió en aquella ciudad solemnemente la diadema del imperio con increible alegría y gozo de toda la nacion. Solo el pontífice lo llevó á mal, como si en este hecho se hubiesen violado los antiguos derechos de la Santa Sede, y mientras vivió no cesó de reclamar contra esta inauguracion como viciosa; pero no se hizo aprecio de sus quejas, y los demás Césares, siguiendo el ejemplo de don Fernando, se apartaron en esto de las ideas de los papas.

Por este tiempo causó terror y daño en las costas de Italia la armada otomana, mandada por Cara-Mustafá, que se componia de ciento y veinte galeras. Los que gobernaban á Nápoles despues que el rey don Felipe llamó al duque de Alba, no habian proveido suficientemente á la seguridad de los pueblos, aunque cada dia crecian los rumores de la venida del Turco. Ocho dias antes que estos bárbaros arribasen á aquellas costas, entró en la ciudad el nuevo virey Manrique, y los naturales intimidados de la insolencia militar, habia rehusado admitir la guarnicion española. En medio de tan vergonzoso descuido, doblaban los turcos el cabo de Minerva, y navegando á la derecha, acometen al amanecer á Massa y oprimen á sus habitantes, que se hallaban sumergidos en el sueño. Pasan desde allí á Sorrento, habiendo muerto á unos pocos que habian tomado las armas, y uno y otro pueblo fueron saqueados á vista de los napolitanos, quedando cautivas cuatro mil personas. Atravesaron despues el golfo de Nápoles, y echando las áncoras en Elva, permanecieron allí una noche entera; mas no se atrevieron á emprender cosa alguna contra aquel pueblo que estaba defendido con una poderosa guarnicion: tampoco hicieron daño alguno en las costas de la Liguria, porque los genoveses los aplacaron con una gran cantidad

de dinero. Sintiéronlo esto mucho los franceses, pues ya que no pudiesen recobrar á Génova á costa de los turcos, deseaban á lo menos que moviesen guerra en aquellas costas para alejar del Piamonte las armas españolas. Pero Mustafá habiendo reparado su armada en la costa de Provenza, corrió á la isla de Menorca, y aunque intentó en vano tomar á Puerto-Mahon, se apoderó á viva fuerza de la ciudadela de Jamna, á pesar de la valerosa resistencia de los habitantes que le mataron cuatrocientos hombres. Concluida esta espedicion, dió la vela hácia el Oriente con los cautivos y la presa que habia hecho á principios del mes de julio sin que fuesen capaces para detenerle los halagos y promesas del embajador francés.

Tambien causó temor y miedo en este año á la provincia de Bretaña la llegada de las armadas enemigas inglesa y flamenca. Derramáronse al saqueo las tropas navales, y lo llenaron todo de terror y confusion; pero habiéndolos acometido repentinamente Kersimont, noble breton, con un pequeño cuerpo de gente cuando mas descuidados estaban, mató á algunos de ellos y obligó á los demás á retirarse á las naves abandonando la presa.

En el Africa se hizo la guerra desgraciadamente en este año por la temeridad del conde de Alcaudete. Habia pasado á Oran el ejército reclutado en Andalucía para tomar venganza de los moros que antes acometieron á aquella plaza; y habiendo invadido con grande esfuerzo á Quiza Jenitana, ciudad de la Mauritania cesariense, que en los tiempos posteriores se llamó Mostagan, situada en la ribera oriental del rio Maluc, estando ya muy próxima á ser tomada, acudió Asan de Argel con muchas tropas para socorrer á los sitiados. Viendo don Martin, hijo de Alcaudete, el peligro que les amenazaba si insistian en la empresa, aconsejó á su padre que se retirase á Oran honrosamente. Pero el viejo arrebatado de la ira respondió: «No hemos venido aquí para volver »las espaldas, como hacen los cobardes apenas han »visto al enemigo. Por lo que á mí toca, estoy firme»mente resuelto ó á ganar una ilustre victoria del »enemigo, ó á morir en la pelea, concluyendo con »un honroso fin los últimos dias de la vida. Acuér»date tú del valor de nuestros antepasados, y pro»cura morir gloriosamente, y tomando venganza del »enemigo.» Animado de esta suerte aquel fortísimo capitan, mas deseoso de una muerte honrosa que de la vida, ordenó sus tropas en batalla, y haciendo luego la señal, se trabó la pelea, que verdaderamente fue atroz y sangrienta. Los españoles fueron al fin oprimidos por la multitud de los enemigos; la mayor parte quedó muerta en el mismo sitio donde pelearon, y casi todos los demás fueron hechos prisioneros. El gobernador Alcaudete no menos fuerte en las palabras que en las obras, murió en la batalla, y su hijo quedó prisionero con la artillería y bagajes.

Falleció en este año don Juan Giron, hermano y sucesor de don Pedro, el dia de la ascension del Señor, que segun el cálculo cronológico (porque en él varían los autores) cayó el dia diez y nueve de mayo; varon ciertamente admirable por su piedad é inocencia de costumbres. Edificó un grandioso templo en Osuna; fundó su universidad, y la dotó con rentas suficientes, habiendo obtenido para ello bula del papa Paulo Tercero. Tambien edificó un hospital y cuatro monasterios, dos de los cuales dice un autor que fueron fundados por doña María su mujer, hija del duque de Alburquerque. Dejó muchos hijos, y fue heredero de sus estados don Pedro, á quien en los años siguientes honró el rey don Felipe con el título de duque. En el año anterior murió tambien don Antonio de Fonseca que habiendo renunciado el obispado de Pamplona se retiró á Toro llevado del amor de la vida solitaria; pero por su probidad le sacó de allí el rey don Felipe y le nombró presidente del consejo de Castilla, en cuya dignidad le sucedió don Juan de Vega, virey de Sicilia. Murió tambien el mismo año don Juan Siliceo, arzobispo de Toledo, y mandó le enterrasen en el templo del colegio de doncellas que él mismo habia edificado. Sucedióle en la silla arzobispal fray Bartolomé de Carranza, del órden de Santo Domingo, varon de gran doctrina. Por este tiempo se descubrió peste en Murcia, despues en Valencia, y finalmente en Burgos, la que por espacio de algunos años causó grandes estragos.

CAPITULO IX.

Preparativos de guerra de los reyes de España y de Francia. Comiénzase á tratar de la paz, y no tiene efecto. Muerte del emperador Carlos Quinto y de sus dos hermanas doña María y doña Leonor.

Por este tiempo se ocupaban los reyes en juntar tropas, como si en una sola batalla hubiesen de decidir todas sus discordias. Por todas partes hacian grandes reclutas, y los demás preparativos de los dos ejércitos eran tan estraordinarios, que parece increible lo que sobre esto refieren los autores. El Francés puso cerca de Amiens su campo, adonde acudieron muchos grandes y nobles. El Español habia puesto el suyo en Dulens, que estaba cercano, y vino con el duque de Alba la principal nobleza de España é Italia, de Alemania los príncipes de Brunswik, Enrique y Ernesto, el teniente del elector de Brandemburgo, y otros ilustres varones, acompañados de muchas tropas, y finalmente Egmont y el príncipe de Orange con el ejército flamenco, y algunos grandes de Inglaterra. Eran generalísimos el duque de Guisa y Filiberto de Saboya. Uno y otro fortificaban su campo con mucho cuidado, y acaecian algunos pequeños choques, que iban haciendo concebir esperanza de la principal victoria, pero sin intencion de venir á una formal batalla entre los dos ejércitos; porque esto solo era un artificio con que los príncipes, amenazando una grande guerra, suelen conseguir las ventajas de una paz cierta. En este estado de cosas volvió otra vez Cristierno á hacer mencion de ella, porque conocia muy bien que los príncipes estaban inclinados á abrazarla, cada uno por su propio interés. El Saboyano intentaba por medio de las condiciones de la paz recuperar sus dominios, de que le habian despojado los franceses, ya que no tenia esperanza de conseguirlo por las armas. El rey Enrique debilitado con las anteriores pérdidas, aborrecia la guerra, y juzgaba útil concluirla, aunque fuese con alguna condicion gravosa, y por otra parte deseaba mucho reprimir en sus principios las discordias de religion que se habian suscitado en Francia. El rey don Felipe por su carácter era inclinado á la paz y temia que si se aventuraba muchas veces á la inconstancia de la fortuna perderia los dones que antes habia recibido de ella. De este modo aunque cada uno tenia distintas miras, conspiraban todos al negocio de la paz. Finalmente, por medio de los plenipotenciarios resolvieron ajustarla, y renunciar sériamente á sus disensiones, cansados ya de una guerra tan larga, y que parecia haberse hecho hereditaria.

Por esta causa se procuró cuanto antes poner en libertad á Monmorenci y su hijo, á quienes algunos autores afirman que el rey don Felipe se la concedió gratuitamente, y despues fueron tambien puestos en libertad los demás prisioneros. El rey de Francia nombró por sus ministros para las conferencias de la paz á Monmorenci, al cardenal de Lorena, al mariscal de San Andrés, á Morvillers, al obispo de Orleans, y á Aubespine su secretario; y por parte del rey de España concurrieron el duque de Alba, Rui-Gomez, el príncipe de Orange, Perenoto, obispo de Arras, y Vigli, jurisconsulto célebre, todos hombres

de esperiencia y maduro consejo. Estos, pues, se juntaron en un castillo del territorio de Cambray, y comenzaron á tratar de las condiciones con intervencion de los embajadores de la reina de Inglaterra y del Saboyano. Parecióles conveniente disolver los ejércitos que estaban cercanos, para evitar toda ocasion de pelea, y para que por la temeridad de los soldados, á quienes desagradaba la conclusion de la guerra, y el verse despedidos, no se descompusiese la paz á que todos aspiraban, porque no hay cosa alguna, por pequeña que sea, que muchas veces no pueda causar un gran trastorno en los negocios mas importantes, aun contra toda esperanza. Trabajaban todos en este asunto con mucho gusto y satisfaccion de los reyes, cuando por la pertinacia de los ingleses en reclamar el puerto de Calais, faltó poco para que se desvaneciese todo. Pero á los reyes que tanto deseaban concluir la paz, no les pareció detenerse en este escollo, sino dejar este incidente para mas adelante.

Habiendo resuelto dilatar este punto hasta principios del año siguiente, llegó mientras tanto la triste nueva de la muerte del emperador don Carlos en España, y se turbó con el llanto la alegría de la paz, que estaba próxima á establecerse. De esta suerte suelen mezclarse en la condicion humana las cosas tristes con las alegres, alternando la fortuna con las prosperidades y desgracias. Los dos años que precedieron á su muerte, se habia dedicado enteramente á aplacar á la divina Magestad, y quiso que en vida se le hiciese el funeral, á que asistió él mismo, vestido de luto. Mezclado con los monges que cantaban el oficio de difuntos, rogó por su eterno descanso, como si ya hubiese salido de esta vida, acompañándole los circunstantes, mas con sus lágrimas que con sus voces, y puesto de rodillas, encomendó humildemente su alma al supremo Criador de todas las cosas. Llevado desde la iglesia á la celda entre las manos de sus criados llorosos y afligidos, comenzó al dia siguiente á sentirse muy decaido. Habíanle cesado los dolores de la gota, pero retrocediendo al vientre este cruel humor, vino á parar en tercianas. Procuraron los médicos cortárselas con dos sangrías, mas todos sus cuidados fueron inútiles, y la calentura se hizo cuotidiana, acometiéndole con mayor violencia. Iban poco á poco faltándole las fuerzas, hasta que al fin se perdió toda esperanza de su vida. No se turbó con esta noticia, y habiendo limpiado las manchas de su alma con la confesion, y alimentádola con la divina víctima, prorumpió en estas palabras: «Habitad en mí, dulcísimo Jesús, para »que yo permanezca en vos.» Despues recibió la sagrada estrema-uncion para el último combate, y cuando conoció que estaba próxima su muerte, tomando en una mano un crucifijo que tenia siempre en su pecho, y en la otra una vela encendida, pidió con lágrimas perdon á todos los que estaban presentes, y con oracion fervorosa imploraba la misericordia divina. Los religiosos le ayudaban á bien morir con sus contínuas preces, y en la noche que antecede á la festividad del apóstol San Mateo, invocando en sus últimas palabras el nombre de Jesús, espiró tranquilamente aquel príncipe de ánimo y cuerpo invencible, y no inferior á ninguno en virtud y piedad. No hubo en él cosa alguna que no fuese admirable; su aspecto era agradable y magestuoso, y á la blancura de su color agraciaba mucho lo encarnado de sus mejillas: su cabello rubio en la juventud, y cortado segun la costumbre de los antiguos, se llenó despues de venerables canas. En su rostro largo sobresalia algun tanto el labio inferior inverso, carácter de los austriacos que le sucedieron: sus ojos eran azules y alegres; sus palabras pocas y modestas, aunque sazonadas con gracia; su andar lento, y tan compuesto en su traje y acciones esteriores, que se acercaba á la severidad y gravedad. Las prendas de su ánimo eran escelentes. Fue pues clementísimo y de una fortaleza y constancia invencibles. Amó estremadamente la justicia y la equidad, y fue tan liberal que no bastaban tesoros algunos á su beneficencia. Tenia gran perspicacia, actividad y inteligencia en los negocios de la guerra y de la paz, á que se dedicó enteramente, y fue tan sencillo observador de la religion católica, como vengador de ella. No siempre le favoreció la fortuna, y las veces que le fue contraria, la toleró con paciencia, ó la superó con ánimo escelso y fuerte. No solo venció á cuasi todos los que le movieron guerra, sino lo que es mas admirable, que á todos los vió prisioneros. Hizo grandes cosas, y dió muchas batallas en el dia de su cumpleaños. Fue principalmente parco en los deleites; y si cayó algunas veces, ocultó su culpa con sumo pudor. Príncipe ciertamente digno de mejor siglo; y aunque contrajo algunos defectos por la infelicidad de los tiempos en que vivió, se dedicó á hacer severa penitencia de ellos en los últimos años de su vida. Doña María de Hungría su hermana, y émula de su virtud, sobrevivió al César veinte dias solamente. Doña Leonor, la otra hermana, reina de Portugal y de Francia, matrona respetable por la gravedad de sus costumbres, habia fallecido en el mes de enero anterior, y el rey Enrique su hijastro mandó hacerla en París magníficas exequias. El cadáver de don Carlos fue encerrado en una caja de plomo, y depositado debajo del altar mayor del templo de San Gerónimo de Yuste, y despues de algunos años le trasladaron al panteon del monasterio del Escorial. El rey don Felipe le hizo en Bruselas los funerales con esquisito y estraordinario aparato, adornando el túmulo magníficamente con las inscripciones de sus hazañas. Dejó cinco hijos, á saber: don Felipe, heredero de sus reinos, doña María, mujer de Maximiliano, y doña Juana, madre del rey de Portugal don Sebastian. Cuatro años antes de su matrimonio habia tenido á doña Margarita en una noble flamenca del mismo nombre. Hallándose en Oudernarda, la vió en un sarao de mujeres principales, y alabando casualmente y sin ninguna intencion lasciva la hermosura de esta doncella á presencia de sus cortesanos, la robó uno de ellos por la noche, y se la condujo á su palacio. La niña que nació de estos amores fue criada con el mayor secreto por su tia doña Margarita, gobernadora de Flandes, hasta que se descubrió por la imprudencia de una criada, lo que causó al César mucho disgusto. Despues de la muerte de la emperatriz doña Isabel, tuvo á don Juan de Austria en una mujer noble de Ratisbona. Encargó su educacion á Luis Quijada, y jamás hizo mencion de este hijo hasta poco tiempo antes de su muerte, cuando por medio de sus amigos le recomendó al rey don Felipe. Verdaderamente fue don Carlos un grande ejemplar de príncipes en todo género de virtudes, y aun en sus mismos pecados les dejó á todos ellos una saludable enseñanza: pues aquellos cuya vida debe servir de ejemplo á los demás, si alguna vez llegan á caer por la flaqueza humana, á lo menos deben procurar que la culpa quede sepultada y oculta. Pero no debemos admirarnos de que una fortuna tan grande y digna de la inmortalidad haya contraido algunas manchas de la flaca y mortal naturaleza, no habiendo en la tierra cosa alguna que sea enteramente perfecta.

CAPITULO X.

Muerte de doña María, reina de Inglaterra. Paz general de la Europa, y condiciones de ella. Muerte desgraciada del rey Enrique de Francia. Sucede en el reino su hijo Francisco Segundo.

El comun deseo de todos era la paz, de que se estaba tratando tanto tiempo antes. Los príncipes la

solicitaban con ardor, fatigados ya de la guerra, que suele ser la principal causa que los reduce á concordia. Además los inclinaban vivamente á ella los males que se habian originado de sus antiguas discordias, y los que amenazaba la herejía; pues no ignoraban que todo se trastorna cuando comienza á conmoverse la religion, que es el vínculo de los imperios. Impedian la conclusion de este negocio doña María, y los ingleses empeñados en que se les restituyese á Calais, que antes les habian quitado los franceses, y el rey don Felipe se creia obligado á no oponerse en esta parte á su mujer. Hallábase ya esta enferma gravemente de hidropesía, y á los principios de su mal se persuadió que estaba preñada, dejándose engañar de sus deseos con escesiva credulidad, por lo cual no se la aplicaron los oportunos remedios, y despues fueron inútiles. Consternado el rey don Felipe del peligro de su esposa, envió al conde de Feria para que la visitase. Pero habiéndola acometido una ligera calentura la consumió en breve tiempo á mediados de noviembre, con gran pesar y llanto de todos los buenos; y en el mismo dia murió tambien el cardenal Polo, para que los que habian vivido tan unánimes y concordes en sus deseos, y habian padecido igual fortuna, no se separasen ni aun en la muerte. Mientras que el rey don Felipe se hallaba ocupado en disponer los funerales de su padre, se le agravó el dolor con la noticia de la muerte de su piadosísima esposa. Sufrió no obstante con igualdad de ánimo los reveses de la fortuna, que muchas veces trastornan la constancia de los mas fuertes. Perdia con su mujer para siempre la dignidad y apoyo del nombre inglés, no habiéndole quedado de ella sucesion alguna, y no era para el menos desgracia el que recayese el reino en Isabel, hija de Ana Bolena, mujer de un carácter lleno de astucia y crueldad. Habia sido educada en la herejía, por lo cual preveia don Felipe que en breve se destruiria en Inglaterra la verdadera piedad, que á costa de tantos desvelos habia restablecido.

Con efecto, no pasó mucho tiempo sin que el parlamento de Lóndres anulase los actos de religion del reinado de doña María, renovase los de su hermano Eduardo, y mandase que no se obedeciese al romano pontífice. Despues de esto siguiendo la reina el ejemplo de su padre y de su hermano, comenzó á llamarse cabeza de la iglesia anglicana, habiéndose hecho administradora de las cosas sagradas, con desprecio del mandato del apóstol San Pablo, que prohibe á las mujeres hablar en la iglesia. Entretanto con el consentimiento del pueblo fueron quitadas de los templos las imágenes de los santos, y cometieron otras maldades los herejes, aboliendo enteramente el antiguo culto. Aplicáronse al fisco las rentas eclesiásticas con detestable avaricia, y despues fueron concedidas á los seculares en premio de haber abjurado la religion ortodoxa. Al mismo tiempo comenzó á tratar en secreto con el rey Enrique para que no la escluyese de la proyectada alianza, y convino con él bajo de ciertas condiciones, y entre ellas que Calais quedaria para siempre unido al dominio de Francia. Vencido este estorbo, trabajaron eficazmente los embajadores en establecer la alianza, mientras que en Francia se celebraba con mucha alegría y regocijo público el casamiento de Carlos, duque de Lorena, con Claudia, hija segunda de Enrique. Despues de lo cual, fueron renovadas las fiestas, por haberse concluido la paz entre los reyes el dia 3 de abril de 1559, como consta de una carta del rey don Felipe, siendo las condiciones: que hubiese paz síncera y perpétua, renunciando las partes sus antiguas pretensiones, y confirmando las alianzas: que procurasen con todas sus fuerzas mantener la religion católica: que se restituyesen mútuamente todas las ciudades y pueblos tomados en los ocho años anteriores, y los bienes á los proscritos, cortándose las causas sobre los escesos pasados de los respectivos vasallos, de cuya gracia fueron esceptuados los lombardos, napolitanos y sicilianos: que se devolviese á Guillelmo, duque de Mantua, todo lo que se le habia quitado en el Monferrato, y del mismo modo á los genoveses lo que se les habia tomado en Córcega, y otras pequeñas posesiones á otros: que se restituyesen al Saboyano las ciudades y fortalezas situadas á una parte y otra de los Alpes, reteniendo el Francés á Turin y otras cuatro ciudades, hasta que por los árbitros que se eligiesen, fuese decidido el derecho de Valentina, y que en poder del Español quedasen Vercelli y Aste en prendas de la palabra francesa; y para que la contraida amistad se asegurase mas con los estrechos lazos del amor, casase el rey don Felipe con madama Isabel, hija mayor de Enrique, rey de Francia, y el Saboyano con madama Margarita, hermana del mismo Enrique, obteniendo del pontífice la dispensa del parentesco. A la primera se le señaló por dote cuatrocientos mil florines, y á la segunda trescientos mil, con el usufructo del principado de Beziers. De los prisioneros no se hace mencion alguna en los autores que escribieron mas menudamente estas cosas, y solo Mariana afirma en sus apuntamientos, que fueron puestos en libertad todos los que lo habian sido despues de diez y seis años. En esta alianza se hallaron comprendidos el pontífice, el César y los príncipes y ciudades libres de casi toda la Europa.

En medio de la universal alegría que produjo la paz tan deseada, los seneses eran los únicos que se hallaban tristes, hábiendo intentado en vano libertarse de la servidumbre. Despues que salieron de la ciudad, mantenian pertinazmente una sombra de gobierno libre en los pueblos fortificados de su territorio que ocupaban los franceses, pero estos, en virtud del convenio, los entregaron á don Juan de Guevara, comisionado á este fin por el rey don Felipe, y se embarcaron á Francia con sus propios bienes, y Guevara, á nombre de su amo, adjudicó perpétuamente los mismos pueblos á Cosme, duque de Florencia. Fueron dados en rehenes (segun se convino en la alianza) el duque de Alba, el de Arcos, Egmon y el príncipe de Orange, porque Enrique debia cumplir el primero lo pactado dentro de los tres meses próximos, y despues don Felipe en el término de un mes. Este tratado se ajustó y firmó por los plenipotenciarios en Sercamp, cerca de Cambray, y le ratificaron y confirmaron con juramento los reyes, y sus hijos el delfin y Carlos, príncipe de Asturias.

Entretanto celebró el emperador don Fernando las exequias de su hermano en Wormes, donde habia convocado la dieta, y en ella se trató del negocio de la religion, con el mismo éxito que otras muchas veces. La herejía de Lutero tomaba cada dia nuevas fuerzas, adornada y interpolada con nuevas doctrinas que manifestaban con mas evidencia su falsedad; pero el César, á pesar de todos sus conatos para que los protestantes recibiesen los decretos del concilio tridentino, no pudo alcanzar de ellos cosa alguna. Pareció el mas pequeño de todos los males confirmar el último decreto de la dieta de Ausburg, en la que acomodándose el César don Carlos á las circunstancias del tiempo, les habia permitido muchas cosas á fin de que no se alterase la tranquilidad pública con nuevas turbulencias, ya que en todo lo demás se mantenian obedientes, posponiendo la religion á los intereses del estado.

El Español y el Francés en virtud de su alianza tenian otras ideas acerca de la religion. La llama de la herejía se habia propagado de tal modo entre el ruido de las armas, cómo sucede comunmente, que habia penetrado hasta España. Para cortar sus progresos en todas partes, dió el rey don Felipe las mas eficaces providencias; y como la Flandes estaba mas

próxima al peligro, procuró preservarla del contagio con ereccion de nuevas sillas episcopales, lo cual se intentó antes muchas veces, y nunca pudo conseguirse hasta estos tiempos por las graves dificultades que fue preciso vencer; pero se originaron otras muchas, pues los ánimos de los flamencos estaban muy dispuestos á sediciones. En España comenzaron los inquisidores á proceder contra los herejes, y á la verdad con mas rigor que la junta establecida á este fin en Francia. En una y otra nacion se descubrieron hombres célebres tocados de aquella peste, y muchos sacerdotes que habian abandonado el celibato por seguir con libertad sus desordenadas pasiones. Pero un mismo remedio produjo efectos muy distintos: en Francia se agravó el mal, y en España se consiguió estirpar del todo la herejía.

Mientras pasaban estas y otras cosas semejantes, se ratificaron las pactadas nupcias de don Felipe con madama Isabel el dia veinte y tres de julio en la córte de Paris, adonde habia ido el Saboyano con un grande y brillante acompañamiento. El duque de Alba firmó á nombre del rey de España, y el conde de Egmont se recostó armado con la esposa segun la costumbre de aquellos tiempos, haciéndose todo con la magnificencia y esplendor propio de tan grandes reyes, y disputándose una y otra nacion la ventaja en los vestidos y adornos. Los dias siguientes fueron empleados en regocijos y juegos con estraordinario aparato y suntuosidad, y se hicieron torneos, que es un género de diversion que se acerca á una verdadera pelea. Habia corrido el rey por espacio de dos dias con alabanza y regocijo de los circunstantes; pero al fin del dia tercero, habiendo quebrado con admirable arte y no menos valor muchas lanzas sin hierro, provocó á Gabriel, conde de Mangomeri, que rehusaba el combate, y con fatal pertinacia (¡oh ciega mortalidad, ignorante de lo futuro!) le obligó á correr por fuerza. Escitaron á los caballos en la carrera, y habiéndose acometido con las lanzas y quebrádolas valerosamente en los pechos, vino á dar Enrique en el tronco de la de Mongomeri, sin que uno ni otro refrenase su ímpetu, y al segundo encuentro tuvo el rey la desgracia de abrírsele la celada, y fue herido en el ojo derecho, y arrojado del caballo. Levantáronle inmediatamente los suyos, y habiéndole quitado la celada, se halló que la herida era mortal. Corrió la voz de esta desgracia, y se llenaron de consternacion todos los espectadores, convirtiéndose en llanto la alegría. Los médicos que acudieron al instante, no acertaban á disponer cosa alguna, fluctuando entre el miedo y la esperanza, y habiendo recibido el rey don Felipe esta lastimosa noticia, mandó á Andrés Vesalio, príncipe de los médicos de aquel tiempo, que marchase á París con la celeridad posible, pero llegó ya tarde, y mas sirvió de consuelo que de remedio, pues se le formó á Enrique una apostema en el cerebro que le quitó la vida al entrar en los cuarenta y un años de su edad. De esta suerte, en medio de tan grande alegría, nacieron unas lágrimas muy verdaderas; y en un momento se mudó en tristeza el regocijo, por la suerte de la humana condicion, en la cual no hay cosa alguna constante, y que no esté mezclada de males, y donde antes resonaban los aplausos y el contento, solo se oyeron luego los tristes suspiros y lamentos, que despues se estendieron por toda la Francia en los años siguientes. No obstante, el dia antes que el rey falleciese, mandó celebrar en su capilla las nupcias del Saboyano y madama Margarita, para que la dilacion no impidiese con algun impensado accidente un enlace tan útil. Sucedióle en el reino el delfin Francisco, segundo de este nombre, que el año anterior habia casado con María Estuarda, reina de Escocia, hija de Jacobo Quinto, y ni su edad ni su talento eran capaces para tan grande carga, lo cual fue causa de las muchas calamidades que padeció la Francia.

CAPITULO XI.

Muerte de Paulo Cuarto. Eleccion de Pio Cuarto. Castigos ejecutados por la inquisicion de España contra los herejes. Restitúyese á España el rey don Felipe. Celebra en Guadalajara su casamiento con madama Isabel de Francia.

El pontífice, que por este tiempo se hallaba irritado con el César don Fernando, no quiso dar audiencia á su embajador don Martin de Guzman, que habia ido á Roma á cumplimentarle en nombre de su príncipe. La causa de esta repulsa era que el César se habia hecho proclamar ilegalmente en Francfort, cuando sin la aprobacion de la Santa Sede no le era lícito llamarse Augusto. Mostróse ahora inexorable contra sus parientes, á quienes al principio de su pontificado habia favorecido mas de lo justo; porque como llegase á entender sus maldades, amonestado de Jeremías, varon de ejemplar probidad, y religioso del órden de los teatinos, que el mismo papa habia fundado en otro tiempo, despojó de sus dignidades á los hijos de su hermano, y lleno de indignacion los mandó salir de Roma, y apartarse de su presencia, amenazándolos con gravísimas penas. Despues de esto se dedicó enteramente á arreglar las cosas de Roma, á espurgar á Italia de la herejía, valiéndose para esto de hombres de conocida virtud, entre los cuales sobresalia Miguel Gislerio; cardenal alejandrino, que despues fue pontífice con el nombre de Pio Quinto, y mereció ser colocado en el número de los santos. Mientras que se ocupaba con el mayor conato en estos y otros negocios semejantes, y hallándose agravado de la hidropesía y vejez, y de sus muchos cuidados, falleció el dia diez y ocho de agosto á la entrada de los ochenta y cuatro años de su edad. Su cuerpo fue sepultado interinamente en San Pedro, y trasladado despues á la iglesia de Santa María supra Minervam, donde Pio Quinto le erigió un magnífico sepulcro de mármol. El dia siguiente á su muerte se sublevó el pueblo romano para saciar el odio que tenia á los Carrafas. Su estátua fue arrojada del capitolio, y arrastrada al Tiber con vergonzosa ignominia del nombre cristiano. Las armas de la familia fueron arrancadas y borradas de todos los parajes: pusieron en libertad á todos los presos que habia en las carceles; incendiaron las casas de los inquisidores, y no cesaban los robos y escesos, hasta que por la mediacion de Marco Antonio Colona y Juliano Cesarino se apaciguó la desordenada multitud, que á no ser por ellos, hubiera hecho mayores estragos. Estuvo vacante la silla de San Pedro por espacio de cuatro meses y siete dias, en cuyo tiempo falleció Hércules, duque de Ferrara; y le sucedió en el principado Alfonso su hijo. Finalmente el dia del protomártir San Esteban fue declarado pontífice Juan Angel de Médicis, hermano de Mariñan, que tomó el nombre de Pio Cuarto y se coronó el dia seis de enero del año siguiente, con grande alegria del pueblo romano.

Entretanto perseguia en España á los herejes el inquisidor general don Fernando de Valdés, arzobispo de Sevilla. En la primavera antecedente fueron condenados Agustin Cazalla, que desde Alemania habia traido á España la impiedad de Lutero, habiéndose convertido de pastor en lobo: dos hermanos suyos, un cierto Perez y otros perversos sectarios, todos los cuales perecieron en el suplicio. Cazalla, con diez y nueve compañeros, entre los cuales se hallaban algunas monjas, habiendo conocido y condenado su error, padecieron la pena de garrote, y despues fueron arrojados sus cuerpos á las llamas, y junto con los huesos de Leonor Vivero, madre del mismo Cazalla, que habia muerto poco antes. Herruelo, leguleyo de oscuro nombre, permaneció en su falsa creencia con invencible pertinacia, á pesar de las exhortaciones de Cazalla para que se arrepin-

tiese, y volviese al gremio de la iglesia católica, y fue entregado vivo á las llamas, asistiendo á este triste espectáculo doña Juana, gobernadora de España, y el príncipe don Cárlos. Otros muchos fueron castigados con diversas penas, y con perpétua ignominia de sus familias, y vestidos con un saco amarillo que tenia una cruz roja, servian de insigne escarmiento, y atemorizaban á los demás, no tanto por el rigor de los castigos, como por la infamia. En Sevilla á principios del otoño una gran multitud de hombres, mujeres, monjas y frailes salieron en público auto para sufrir la pena que merecian. Los huesos de Constantino Ponce, hombre perversísimo, de quien se dice que se habia muerto á puñaladas en la cárcel, y los de Juan Gil, canónigo de Sevilla, con cuatro personas vivas, y otros cuarenta que acabaron su vida en la horca, fueron arrojados á las llamas, siendo primer inquisidor de aquella ciudad don Juan Gonzalez, natural de Aragon, que despues fue obispo de Tarazona.

Por este tiempo se disponía el rey don Felipe para navegar á España, y envió á Ruiz Gomez para que saludase en su nombre á madama Isabel su esposa, que despues se llamó Isabel de la Paz, en memoria de haberse establecido esta con aquel matrimonio, y le regaló un diamante engastado en un anillo, que segun afirman valia ochenta mil escudos. Llamó de Italia á su hermana Margarita, mujer del duque de Parma, para que gobernase á Flandes, dándola por su consejero á Perenoto, obispo de Arras. Encomendó á los principales de la nacion el gobierno de las provincias y los demás empleos públicos, y atendió al bien de los pueblos, confirmando sus inmunidades en la junta que celebró de todos los estados, á los cuales por medio del obispo de Arras encargó encarecidamente que conservasen la religion católica, y el amor y respeto á su hermana. Tambien celebró en Gante capítulo del órden del toison de oro, y le confirió entre otros á los duques de Mántua y Urbino, con quienes habia formado una amistad estrecha, para conservar la paz de la Italia. Envió al nuevo rey de Francia el collar de la misma órden guarnecido de piedras preciosas, y recibió el collar del órden de San Miguel, en señal de mútuo amor y benevolencia. A peticion de los flamencos, y con deseo de complacerles, mandó que volviesen á España tres mil y quinientos españoles de las legiones de Pedro de Mendoza y Julian Romero, que se hallaban acuartelados en las fronteras. Finalmente habiéndose juntado la armada, y hechos todos los demás preparativos para el viaje, se hizo á la vela en Flesinga el dia veinte y siete de agosto, y con viento Norte, y á los doce dias arribó al puerto de Laredo. Recibiéronle los españoles con estraordinaria alegría, porque ardian en deseos de verle, y vino á Valladolid para fijar un domicilio cierto y permanente en España, donde habia sido nacido y criado. Como era tan celoso en la estirpacion de la herejía, uno de sus primeros cuidados fue el castigo de los luteranos, y á presencia suya se ejecutó en Valladolid el dia ocho de octubre el suplicio de muchos reos de este delito. Fueron quemados vivos Carlos Sesé, de una familia noble de Logroño, y Juan Sanchez, y ahorcados veinte y seis, entre los cuales murió un hermano de Cazalla, cura de Pedroso, cerca de Toro, obligado á detestar la herejía, mas por el temor de las llamas que por verdadera penitencia, como lo afirma un autor que se halló presente; y los demás, en número de doce, fueron castigados con otras penas mas ligeras. Predicó en este dia al pueblo don Juan Manuel, obispo de Zamora, no menos esclarecido por su doctrina y piedad, que por su nacimiento. En Valladolid fue demolida la casa de Cazalla, y se puso en el solar una columna con una inscripcion que declaraba todo el suceso para perpétua ignominia. En el año siguiente se impuso en la misma ciudad igual castigo á algunos pocos sectarios, porque los demás que se hallaban inficionados de aquella peste, se pusieron en salvo huyendo del reino. Finalmente despues de siete años Leonor Cisneros, mujer de Herreruelo, obstinada en el error con el ejemplo de su marido, fue arrojada tambien á las llamas. De este modo se cortaron los progresos de la herejía luterana que iba cundiendo por España; y si no se hubiera reprimido en sus principios, sin duda habria hecho grandes estragos en todas las provincias. A la verdad esta mala semilla se propagaba por todas partes, y aun se introdujo en algunas personas muy elevadas. Sospechóse, no sin fundamento, que estaba infecto del error don fray Bartolomé de Carranza, arzobispo de Toledo, por el trato que habia tenido con los herejes en Alemania y Inglaterra, donde acompañó al César y á su hijo don Felipe. Procedieron los inquisidores á hacer sus secretas pesquisas, y protegidos con el favor del rey que acababa de llegar á España, prendieron al arzobispo de Torrelaguna con grande admiracion y no menos compasion de todos. Este hecho fue muy censurado y dió materia en el vulgo á muchas murmuraciones. En los años siguientes fue llevado Carranza á Roma y se examinó su causa con gran diligencia.

Caminando á Toledo don Beltran de la Cueva, murió en el viaje, y dejó mucha fama por las ilustres hazañas que habia hecho. Fue virey de Aragon y de Navarra. Sucedióle en sus estados don Francisco su hijo, y muerto este, recayeron en don Gabriel, que gobernó con gran prudencia la Lombardía. Por este tiempo el rey don Felipe para despachar con mayor acierto los negocios de tan vasto imperio, y siguiendo el ejemplo de su padre y de sus antepasados, llamó cerca de su persona algunos varones ilustres por su nobleza, sabiduría y esperiencia, y los destinó para que cuidasen de las cosas de la Italia, habiendo erigido á este fin un consejo permanente en la córte, nombrando por su primer presidente á don Diego de Mendoza, príncipe de Melito. Fue muy admirable el cuidado de este prudentísimo rey en la eleccion de consejeros, como se colige de sus apuntamientos secretos, donde tenia notadas las virtudes y vicios de los pretendientes. En este año nombró por virey de Cataluña á don García de Toledo, y desde allí trasladó á Nápoles para suceder al cardenal de la Cueva, á don Perafan de Ribera, condecorado con el título de duque de Alcalá de los Gazules, uno y otro hombres ciertamente valerosos y de mucha prudencia en el gobierno de los pueblos.

A principios de diciembre fue enviada á España madama Isabel, en medio de los abrazos y lágrimas de su madre y hermanos, acompañándola el cardenal Carlos y el príncipe de Rochechovard, los hermanos Borbones y la principal nobleza, á quienes se juntó en la frontera el duque de Vandoma que se habia apropiado el título de rey de Navarra, habiéndole mandado la córte con astucia que hiciese este viaje aceleradamente para que los españoles le entretuviesen en la esperanza de recobrar el reino, y para que apartándole del partido de los Borbones se juntase al de los Guisas. La esposa fue recibida con magnífica pompa de Roncesvalles, que confina con ambos reinos, por don Iñigo de Mendoza, cuarto duque del Infantado, por su hermano el cardenal de Burgos, y por una espléndida comitiva de los Mendozas y de la principal nobleza. Despues que se hicieron allí las acostumbradas ceremonias, se retiró Vandoma con el cardenal Carlos y la comitiva francesa, y Rochechovard acompañó á la régia doncella á lo interior del reino. No es posible esplicar la alegría con que los pueblos recibieron y obsequiaron á aquella princesa que traia la deseada paz. En Guadalajara, ciudad principal del duque del Infantado, la festejó este con todo género de regalos y diversiones, y

el rey don Felipe, que se habia trasladado desde Valladolid á Toledo, donde celebraba córtes de Castilla, pasó inmediatamente á Guadalajara, y se celebraron las nupcias con aparato y suntuosidad verdaderamente régia á fines de enero del año de 1560. Fueron padrinos el duque de Alba, que habia acompañado á la esposa desde París, y la duquesa, su mujer, señora de escelentes prendas. Dióles la bendicion nupcial el cardenal de Burgos. Concluida esta funcion fue conducida la novia á Toledo con magnífica pompa, y en aquella ciudad se celebraron fiestas con estraordinario concurso de gentes, concurriendo de todas partes la nobleza con los mas esquisitos adornos.

CAPITULO XII.

Espedicion del virey de Sicilia contra los piratas de Africa. Toma de la isla de Gelves y su fortaleza. Viene la armada turca al socorro del pirata Dragut, y derrota de la armada cristiana.

Entretanto que España estaba entregada á todo género de regocijos, pasó á las costas de Africa don Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, con una grande armada, para arrojar de ellas á los piratas. El rey don Felipe se habia inclinado á esta espedicion, incitado por los ruegos de Juan de la Valeta, gran maestre de Malta, que deseaba vivamente recobrar á Trípoli. Antes de esto atrajo á su dictámen á Cerda, virey de Sicilia, el que en sus cartas no cesaba de aconsejar y exhortar al rey lo mucho que convenia al estado apoderarse de las cercanas guaridas de los piratas, enemigos cotidianos del nombre cristiano, y cuya crueldad tenia cerrado el mar á los españoles, causándoles los gravísimos daños que era fácil conocer: que no habia otro medio de evitarlos, sino el de hacer la guerra á los bárbaros, para arrojarlos de sus asientos, y que en aquellos lugares se estableciesen colonias, que sirvieran como de freno á unos hombres tan inquietos. Persuadido el rey con estas y otras semejantes razones, ordenó la guerra y confió á Cerda la potestad de ejecutarla. Este, pues, habiendo juntado en el año precedente una armada de ciento y trece navíos de todas clases, entre los cuales se contaban las galeras del pontífice, las de Toscana, y las de Malta, y embarcado en ellos un ejército de catorce mil hombres, y los víveres y municiones necesarios, se hizo á la vela en Mecina, y navegó á Siracusa para atravesar desde allí al Africa. Entre tanto que se aplacaban las tempestades y la crueldad del invierno, le fue preciso detenerse en aquel puerto con la armada y el ejército; pero comenzando á sentirse enfermedades por la demasiada estancia en el mar, pasó á Malta en los dias mas cortos del invierno, y lejos de minorarse hacian cada vez mas estrago, de tal suerte, que se asegura haber perecido tres mil hombres antes que llegasen á vista de los enemigos.

Conmovidos de esta pérdida los capitanes, tuvieron consejo, y determinaron navegar á los Gelves; para que subyugando esta isla, que era otra guarida de piratas, espugnasen á Trípoli con mas facilidad. Hállase situada aquella en un golfo peligroso por los dos mares que le rodean, y casi inaccesible en el invierno, mas no obstante fueron vencidos los defensores, y tomada la isla tan funesta á los españoles. Luego que desembarcaron las tropas, pelearon con los bárbaros no sin alguna pérdida. Apoderáronse de algunas naves enemigas; pero los que fueron tan activos en apresarlas, tuvieron el descuido de abandonar en lo interior del golfo dos galeras, que causaron un gravísimo daño; pues en ellas envió Dragut á Uluc-Alí, pirata intrépido, á Constantinopla, para implorar el socorro de Soliman contra las fuerzas de los cristianos. Incitado el mismo Dragut del peligro que corria Trípoli, se escapó velozmente por el puente que une la isla con la tierra firme. Para socorrer la falta de agua, abrieron algunos pozos, pero la de estos era tan mal sana, y el clima tan contrario, que á cada paso morian infinitos; por lo cual pareció conveniente trasladarse al golfo menor, para ver si mudando de lugares, se aplacaba la fuerza de las enfermedades, y sucedió todo lo contrario, porque el suelo era muy pantanoso y el aire pestilente. Por esto resolvieron otra vez tomar cuanto antes á Trípoli; pero levantadas las anclas para dirigirse á aquella ciudad, fueron rechazados á la isla por los vientos contrarios. Convirtieron el acaso en consejo, y volvieron á desembarcar las tropas con la artillería, y entretanto que limpiaban los pozos que habian cegado los moros, dieron estos principio á la pelea, en la cual quedando ellos vencidos y derrotados, se pusieron en fuga, y pidieron la paz y el perdon, á cuyo fin enviaron un trompeta. Inmediatamente fue entregada la fortaleza por su gobernador; y quedó hecho tributario, obligándose á guardar fidelidad con su acostumbrado juramento, que se reduce á poner la mano sobre el alcoran. Quiso el virey rodear la fortaleza con nuevas y mas firmes murallas, aunque los otros capitanes con mas saludable consejo eran de parecer que se demoliese, y se dió principio á la obra con mucha actividad.

Entretanto fueron completadas con reclutas de Sicilia y otras partes las compañías, que se hallaban disminuidas con tantas muertes. El reyecillo de Calipia incitado por el odio que tenia á Dragut, vino al campo y contrató alianza y amistad con los nuestros. Tambien el de Tunez, y por igual motivo les ofreció sus auxilios contra el pirata, en caso que los necesitasen. Los isleños tributarios se mantenian en su deber con su gobernador, pero parte de ellos por el contrario comenzaron á tramar hostilidades, matando y robando, de tal suerte que no habia cosa alguna segura fuera del campo. Las fortificaciones estaban ya tan adelantadas, que con facilidad se podian rechazar los esfuerzos de los enemigos; por lo cual, y porque corria la voz comunicada por la Valeta de que la armada otomana habia salido ya del estrecho de los Dardanelos, amonestaban los cabos á Cerda que se apresurase á retirarse de allí, cuando podia hacerlo honrosamente, para no esponerse al encuentro de los turcos, que navegaban con muy superiores fuerzas. Pero al paso que era mucha la necesidad de acelerar la salida, era mayor la tardanza del virey y la pereza de los soldados, y mientras que perdian inútilmente el tiempo despreciando el rumor de la armada enemiga, llegó la noticia de que esta ya se acercaba. Entonces, como suele suceder á los que se hallan sorprendidos, comenzaron precipitadamente á disponer las cosas con increible terror y consternacion. Scipion Doria, que fue enviado á esplorar el m[illegible] apenas pudo escaparse, disparando un cañonazo e[illegible] señal de haber visto la armada enemiga, y oido esto cortaron los cables de las anclas, y á vela y remo se pusieron en ignominiosa fuga cada uno por donde pudo. Mandaba las galeras de Malta el español Maldonado, cuya presencia salvó á muchos, pues como era tan práctico en aquellos parajes, se escapó por rumbos que le eran conocidos, y enseñó á otros el mismo camino. Muchos navíos que no pudieron huir por impedírselo los vientos contrarios, y la llegada de los enemigos, fueron estrellados en la costa, y perecieron cerca de mil hombres, unos ahogados y otros á manos de los turcos. Juan Andrés Doria, hijo de Juanetin, despues de habérsele hecho pedazos su galera, se escapó á la fortaleza de Bembo, adonde con otros se habia refugiado el virey, atónito de la derrota.

Los otomanos, cuya armada se componia de ochenta galeras mandadas por Piali, la dividieron en dos partes, y perseguian con la una á los navíos que

huian, y con la otra acometieron, incendiaron y tomaron á los que estaban defendidos y no habian podido evadirse. En esta confusion perecieron diez y nueve galeras y catorce navíos, y quedaron cautivos cinco mil hombres. Los mas ilustres fueron don Diego Harnedo, natural de Aragon, obispo de Mallorca, que cuidaba del hospital; Gaston, hijo del virey, que con tan funesto principio entró en la carrera de la milicia, Sancho de Leiva y Berenguer Requesens, comandantes de las galeras napolitanas y sicilianas, y Flaminio Anquilara, que mandaba las pontificias, el cual falleció luego de sus heridas, Bernardino Aldana, comandante de la artillería, don Juan y don Fadrique de Cardona, y finalmente un gran número de nobles y capitanes de las compañías. Quedaron en el puerto siete galeras por haberles cerrado la salida el enemigo. Don Alvaro de Sande, hombre de estraordinario valor, y muy perito en el arte de la guerra, defendia la fortaleza con dos mil y quinientos soldados escogidos, cuyo número se duplicó con la turba de los náufragos. Indeciso el virey sobre el partido que debia tomar en tan grande conflicto, juntó á los cabos para deliberar con ellos. Sus dictámenes eran varios, porque no era fácil hallar medio de superar los muchos peligros que los rodeaban. Finalmente habiendo aconsejado muchos al virey que se retirase por donde pudiese, se hizo una noche á la vela con siete galeras acompañado de Doria y de los principales del ejército que habian quedado, y llegó á Malta, desde donde navegó á Sicilia. Esta calamidad aconteció á principios del mes de mayo con gran daño y mayor ignominia del nombre cristiano. Entretanto el magnánimo Sande comenzó á fortificar con mayor cuidado la fortaleza contra la tempestad que le amenazaba, aprovechándose de las tablas de los navíos despedazados y de las ruinas de los edificios, porque en aquel suelo arenoso no habia tierra á propósito para ladrillos. La provision que tenia de víveres era escasa, y para depurar el agua del salitre, fue preciso alambicarla todos los dias, cuya operacion hacia un siciliano llamado Sebastian, aunque la cantidad siempre era menos de la que necesitaba la guarnicion. La artillería se componia de cuarenta piezas con todos sus afustes. En los moros no habia que esperar socorro alguno: pues con su acostumbrada infidelidad seguian el partido de la fortuna, y unos se juntaban al vencedor y otros huian y se derramaban por lo interior del Africa. Presentóse Dragut con nueve galeras, y desembarcó las tropas y artillería, habiendo enviado delante por tierra un fuerte trozo de caballería y infantería, y en breve comenzó á poner en movimiento todo género de máquinas.

Al principio parecia ostentar clemencia el Turco, ofreciendo á los españoles honrosas condiciones si se entregaban; pero despues manifestaron sus feroces palabras y el fuego de su artillería, que solo pensaba en vencer con las armas. Parecen increibles los esfuerzos de valor que hicieron los sitiados peleando no solo contra un enemigo tan poderoso, sino tambien contra la misma naturaleza. Hicieron repetidas salidas de la plaza, pelearon muchas veces y causaron y recibieron muchos daños; y era tal el ardor que tenian los nuestros en pelear, que no reposaban cuando eran vencidos, ni cuando eran vencedores, de tal suerte que los enemigos cansados ya de recibir heridas, habian resuelto concluir el sitio con la paciencia, á no ser que se viesen en la necesidad de combatir. Los socorros prometidos por el virey Cerda y la Valeta jamás vinieron, por lo cual, y por la escasez que padecian de agua, llegaron á tal estremo de desesperacion que ni la crueldad de los bárbaros, ni la severidad de Sande podian contener las deserciones, porque todo lo posponian al deseo de mitigar la sed, que los atormentaba en un clima tan ardiente y en medio del estío. De la indefensa multitud que se habia libertado del naufragio, se escapaban muchos de noche con feliz audacia en buques ligeros, atravesando por medio de las galeras enemigas. Consumida la mayor parte de la gente con las heridas, el hambre, la sed, el calor y las demás fatigas, apenas quedaron mil hombres armados, y habiéndolos juntado Sande les hizo este discurso: «Compañeros valerosísimos: ya veis que nos hallamos reducidos á tales angustias, que ni nos quedan »fuerzas para defender la fortaleza, ni para sufrir el »hambre, pues apenas tenemos víveres para tres »dias. Perdida ya la esperanza de la vida y de mantener este puesto, debemos á lo menos conservar la »honra, tomando á este fin consejo de la audacia que »en nuestro actual estado será el mejor, porque es »el mas fuerte, y por consiguiente el que debe ser »aprobado por vosotros. A la verdad, despues que he »reflexionado atentamente sobre lo que conviene al »bien comun de todos, me he determinado á esponer »mi cabeza á una muerte cierta por el nombre cristiano y por la gloria de la guerra, y caer en medio »de los enemigos peleando intrépidamente, antes »que pronunciar aquellas palabras, que despues de »tantas y tan heróicas hazañas, nos reduzcan á una »triste esclavitud. Yo ciertamente estoy persuadido »que no hay cosa mas ignominiosa ni mas cruel que »dejarnos atar las manos con las cadenas de los bárbaros, á quienes hemos derrotado en tantas peleas: »estas manos que aun encadenadas son para ellos »formidables, y que aunque las aten con dobles cadenas, no podrán entregarse á ellas con seguridad. »Por ventura, ¿no seria mejor antes que padecer tales cosas, degollarnos como ovejas, y acabar con »cualquiera género de muerte nuestras miserias, »mas bien que tolerar una vida tan calamitosa? »Animo pues, compañeros mios, y en esta última »prueba de vuestro valor, coronad vuestras anteriores victorias, y aprobad mi consejo tan honroso »como necesario á unos varones fuertes.» Inmediatamente clamaron á grandes voces los soldados que los condujese adonde quisiese, pues se hallaban dispuestos á perderse y perecer, y que no morirían sin tomar venganza, porque estaban tan sedientos de la sangre enemiga como pródigos de la suya. Inflamados de esta suerte los ánimos, les mandó tomar algun descanso y disponer todas las cosas para la última pelea. Saca el ejército con silencio á media noche, por la puerta contraria que mira al mar, y habiendo atravesado los tres valles en que se habian encerrado los bárbaros, con muerte de muchos de estos, llegó cerca de la tienda del general. Acuden los turcos escitados por el ruido y voces de las centinelas que gritaban al arma por todo el campo, y se traba una pelea ciega y sangrienta; pero habiéndolos cercado por todas partes una inmensa multitud de turcos, se ven obligados á pelear en círculo, y como cayesen unos sobre otros, fueron muy pocos los que se retiraron á la fortaleza, los cuales con algunos cobardes que se habian quedado escondidos en ella, hicieron la entrega bajo de ciertas condiciones, las que violaron los turcos y se encarnizaron contra los rendidos, haciendo esclavos á los unos y á los otros. Don Alvaro de Sande, que andaba errante entre las tinieblas de la noche, pudo escapar al mar con dos capitanes españoles, y se apoderó de una galera construida á la manera de una fortaleza, para pelear desde ella á pié firme. Púsose de pié en la proa con su escudo en la mano izquierda, y vibrando con la derecha la espada contra los bárbaros que le injuriaban con palabras, y admirados de su valor los capitanes otomanos, mandaron á los suyos que no le tirasen. Un genovés renegado le exhortó á una honrosa entrega para que no viniese á ser el escarnio y burla de los hombres mas viles, que desde lejos le matarian con sus tiros.

Respondió Sande que no se entregaría á hombre alguno si no fuese al general, y que se le permitiera presentarse á él sin peligro. Ofreciósele el Genovés, y acompañándole para que no cayese en manos de la turba militar, y cubierto como estaba de su sangre y de la ajena, se presentó al general, que le recibió y trató con bastante humanidad, compadecido de la suerte de aquel hombre tan valeroso, y le envió á la galera capitana, donde eran custodiados los principales cautivos. Despues de haber arrasado Pialí la fortaleza, y recogido en sus naves toda la presa, se hizo á la vela. En las costas de Sicilia causó en su tránsito algunos daños, incendió á Siracusa, que sus habitantes habian abandonado, y regresó á Constantinopla victorioso, por el reprensible descuido de los nuestros.

CAPITULO XIII.

Persecucion de Inglaterra contra los eclesiásticos. Discordias civiles de Francia. Conjuracion de Amboisa. Muere el rey Francisco Segundo y le sucede Carlos Nono.

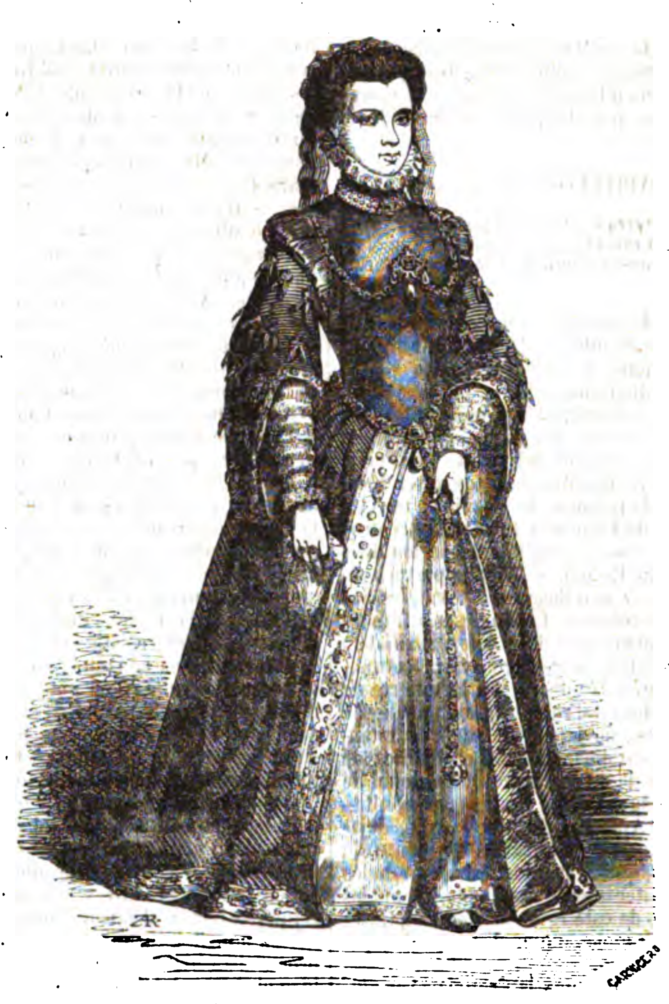
Empleaban por este tiempo los ingleses todos sus conatos en estinguir el culto de la antigua religion. Los obispos, sacerdotes y religiosos de uno y otro sexo, que la defendian con celo, eran puestos en estrechas cárceles, ó desterrados y molestados con todo género de vejaciones. Resplandeció entonces mucho la admirable caridad del duque de Feria, embajador de España, en protegerá estos miserables, y habiendo alcanzado permiso de la reina, envió á muchos á las costas de Flandes y Francia, y á otros los mantuvo en su casa, y finalmente se los llevó consigo á España. En Escocia se hallaba perturbado por la misma causa, y aun llegaron á tomar las armas con pretesto de religion. Los ingleses y franceses fomentaban diversos partidos, y los auxiliaban con tropas, que peleaban entre si con varia fortuna. Finalmente se compuso la guerra con la muerte de Margarita, gobernadora del reino, que en medio de aquellas turbulencias, no dejó de defender en cuanto pudo la religion católica. Falleció el dia diez de junio, y á solicitud de su hermano el cardenal de Lorena, fue llevado su cuerpo á Francia, y sepultado honoríficamente. Ajustada que fue la paz, dejaron unos y otros las armas con grave detrimento de la verdadera piedad, que destituida del apoyo de los franceses, quedó enteramente arruinada. Tomó las riendas del gobierno de este reino María su hija, casada con el rey de Francia, mujer desgraciada, que tuvo un fin muy lastimoso.

Entretanto comenzó tambien la Francia á ser agitada con civiles discordias, cuya furiosa violencia la puso muy á pique de un total naufragio. Las causas de este mal eran muchas. La edad del rey Francisco poco idónea para los negocios, y la cortedad natural de su talento mas propio para ser gobernado que para gobernar. La cruel ansia de dominar de Catalina su madre, que entre todas las artes palaciegas que poseia, se aventajaba en una astucia engañosa, de la cual nacia la inconstancia con que, acomodándose al tiempo, favorecia ya á los de un partido, ya á los de otro, sin fiarse de ninguno. La desmedida ambicion de los Guisas, que querian mandarlo todo, escluyendo á los Borbones absolutamente de los empleos públicos. Antonio, cabeza de la familia, como inficionado de la herejía de Calvino, era justamente repelido de la córte con su hermano Luis, que aun le escedia en su fanatismo. A estos, pues, que se hallaban irritados por el dolor de la repulsa, se juntaron los hermanos Colignis, tocados de la misma peste, Monmorenci, que fue desterrado entonces de la córte, y otros de la principal nobleza, algunos de los cuales estaban imbuidos de las perversas opiniones, y todos aborrecian en estremo á los Guisas. Los sectarios llamados vulgarmente hugonotes, indignados de los castigos que se hacian de los suyos, solo deseaban tener un cabeza para sublevarse, habiendo ya crecido tanto su número, que causaban terror, y despreciaban la corta edad del rey Francisco. Los Borbones se determinaron á armarse con el favor de estos para disponer sus asechanzas contra los Guisas; y Luis, príncipe de Condé, hombre de carácter inquieto, les ofreció ser su general en esta empresa, lo cual fue aprobado unánimemente por los teólogos de la secta, dando potestad á Condé para perseguir con sus armas á los Guisas. Esta tempestad dispuesta en el conciliábulo de Nantes, rompió dentro de breve tiempo en Amboisa, no sin daño de muchos que se atribuyeron la gloria de ser los primeros. Tomóla á su cargo Mr. de la Renaudiere, hombre perverso y malvado, y corriendo inmediatamente por todas partes, escitó los ánimos de los sectarios á tomar las armas, ocultando el nombre del general, bajo de cuyos auspicios se tramaba tan grande empresa. Habiendo pues juntado muchas tropas, partió á largas jornadas á Amboisa, ciudad fuerte, situada sobre el rio Loira, y guarnecida con una fortaleza, en donde se habia introducido el príncipe de Condé (como si tratase de otra cosa), para que ejecutada la accion por los conjurados, manifestase á cara descubierta lo demás que tenian proyectado.

El rey se hallaba entonces en Blois, pero avisado del peligro por los Guisas, se habia trasladado á Amboisa, y entretanto que se juntaban los sectarios armados, no faltó quien descubriese al cardenal toda la conjuracion que ya se sospechaba antes. Este, pues, lo noticia inmediatamente á su hermano, el cual, sin detencion alguna dió noticia al rey que venia gente armada, y le exajeró la gravedad del peligro que corria. El rey, cuya edad ni talento no eran suficientes para resistir esta tormenta, despues de una tumultuaria consulta, nombró por su teniente al duque de Guisa, con potestad suprema para que dispusiese todo cuanto convenia al bien y seguridad pública, lo cual ejecutó con prévio beneplácito de su madre la reina. Aunque esto daba á los Guisas muchas muestras de inclinacion y amor, aborrecia interiormente su ambicion, y temia su escesivo poder; mas para no alejarlos del rey en unas circunstancias tan críticas, manifestó aprobar la eleccion, quedándola el consuelo de que aunque ellos adquiriesen mucho crédito y aplauso para conservar el reino, se harian al mismo tiempo mucho mas odiosos en aquellas turbulencias, lo que ella y su hijo procuraban evitar á toda costa. De esta suerte se hizo el duque árbitro de todo el poder; y habiendo prevenido todas las cosas necesarias para la defensa, rodeó á Condé con guardias armadas para que no pudiera moverse: repartió escuadrones de caballería por todas las inmediaciones, á fin de que desde las emboscadas acometiesen á los conjurados, y puso guarniciones en los parajes oportunos para evitar cualquier sorpresa. Caminaban los conjurados con la intencion de suplicar al rey que permitiese á los de la nueva secta observar públicamente su religion, sin temor de ser perseguidos por los jueces, y si no lo conseguian, apoderarse de la persona del rey y de su madre, condenar á los Guisas, formándoles causa, y disponer de todo su gobierno á su voluntad. Pero habiendo caido en las emboscadas que les armaron las tropas reales, pereció un gran número de caballos y infantes junto con la Renaudiere, fomentador y director de esta maldad. Los que por otra parte habian llegado á la ciudad, fueron derrotados y muertos por la caballería, que cargó sobre ellos oportunamente: muchos quedaron prisioneros, y los demás huyeron, cada uno por donde pudo. Muchos de los presos murieron en la horca y en otros

suplicios, y á los restantes se les puso en libertad, como inducidos en el error sin culpa suya propia, por la malicia de sus compañeros. Mientras tanto estaban quietos en sus casas otros de los principales sectarios esperando el éxito de aquella empresa para declararse inmediatamente si sucedia con felicidad, y si por el contrario era desgraciada, no querian acompañar en el peligro á los que se habian adelantado á intentarla.

Apaciguado el tumulto, fue puesto en libertad el príncipe de Condé con muchos halagos, á fin de ablandar aquel ánimo irritado con la prision, como si no se conociesen sus ocultas ideas: este recíproco disimulo era indispensable, para no verse el rey obligado á proceder con mas severidad contra aquel príncipe, cuyos amigos y cómplices podian trastornar el reino, suscitando una guerra civil. Finalmente, despues que se disculpó con el rey del mejor modo que le fue posible, y habiendo escapado de tan gran peligro, marchó en posta á la Guyena, donde se hallaba su hermano. Esta desgracia no aterró á los hombres perversos, que cargados de deudas y delitos, les incitaba la desesperacion á fomentar novedades, para lo cual se valieron de otros medios, despreciando el edicto en que se concedió el perdon á los conjurados, con tal que se aquietasen y observasen la religion católica. Entre otros proyectos que formaron entonces, contrarios á la tranquilidad pública, fue uno de ellos el apoderarse de Leon, ciudad muy grande, situada en el confluente de los rios Ródano y Saona. Pero no pudieron conseguir su intento, y fueron arrojados de allí dos mil hombres armados con su capitan Malini, los cuales se refugiaron en Ginebra por el temor del castigo, habiéndose formado causa á los ciudadanos cómplices del hecho. Conmovidos los Guisas con estos rumores, comenzaron á juntar tropas, y á fortificarse y prepararse contra la tempestad que les amenazaba, no ignorando que todo esto se hacia por consejo de los Borbones, y que llegaria la discordia á una guerra abierta, si no se precavia con tiempo, y si no hacian causa comun de su peligro con el del público.



Isabel de Valois, tercera mujer de Felipe II.

Entretanto habia juntado el rey en Orleans la asamblea de los estados generales para tratar del remedio de los males del reino, á la cual concurrieron los príncipes Borbones, por haberlos llamado el rey con cartas muy cariñosas, y llenas de disimulo. Recibiólos con semblante poco alegre en señal de la ira que tenia escondida en su ánimo, y habiendo reprendido con mucha aspereza á Condé, que hubiese conspirado contra él, le mandó poner en una estrecha prision, y en otra mas cómoda á su hermano Antonio

que era menos culpado. Los jueces nombrados para examinar la causa de Condé, le condenaron como reo de lesa magestad, á cuyo tiempo atormentado el rey con dolores gravísimos de cabeza se le pudrió un oido, por donde le supuraba una apostema que le habia nacido en el cerebro, y murió el dia cuatro de diciembre, cuando apenas cumplia año y medio de su reinado. Inmediatamente fue proclamado rey Carlos su hermano, Nono de este nombre, con mejores esperanzas, por su corta edad, que no pasaba de diez años y medio. Siguióse una gran mudanza de cosas, porque Monmorenci, que temeroso de las asechanzas de sus émulos, se mantenia en la oscuridad, fue llamado aceleradamente por la reina, la que le recibió con muchos halagos, y le atrajo á su partido. Antonio de Borbon no solo consiguió la libertad, sino que fue declarado gobernador del reino, por el derecho de parentesco, y aunque la reina fue intimidada para que le confiriese esta potestad, era ella en realidad la que disponia de todo. El príncipe de Condé fue conducido á la Fera, fortaleza muy guarnecida en las fronteras de Flandes, y de allí á poco se le puso en libertad. El cuerpo del difunto rey fue llevado con poca pompa á San Dionisio, y colocado



Armadura de Felipe II. *(Armería Real de Madrid).*

en el sepulcro de sus mayores. De este modo se iba preparando la semilla de los males, que por tantos años afligieron miserablemente á la Francia, dividida en opuestos partidos.

El pontífice no omitia medio alguno para condecorar y elevar á Cosme de Médicis con pretesto de su parentesco. A peticion suya instituyó el órden de San Esteban papa, en memoria de la victoria que habia ganado cerca de Sena el dia dos de agosto, siendo general Mariñan, hermano del mismo pontífice. El instituto de estos caballeros, que deben ser nobles, es pelear contra los enemigos de la Religion Cristiana, y sus insignias son un manto blanco con una cruz roja. Fue nombrado Cosme gran maestre, y sus sucesores perpétuamente, y además de las rentas que concedió el papa para manutencion de esta órden, la dió aquel príncipe ricas posesiones, y la edificó templo y casa en Pisa. Juan de Médicis su hijo fue elevado en edad muy tierna á la dignidad cardenalicia, y declarado arzobispo de Pisa, pero no obstante todas estas gracias fueron inútiles los esfuerzos de Cosme para obtener las insignias que deseaba y el título de rey. Don Felipe, que tenia resuelto no salir de España, procuraba enviar á las provincias hombres idóneos y espertos que las gobernasen. Por este tiempo, habiendo llegado á su noticia que los ministros de la real hacienda que habia enviado á Milan escedian los límites de su potestad, y que por un falso celo habian despojado de sus bienes á muchos ciudadanos, los removió inmediatamente de sus empleos y á la verdad es máxima muy cierta y digna de un oráculo, que muchas veces daña la demasiada diligencia y cuidado. El nuevo virey de Nápoles don Gaspar de Quiroga comenzó con mucho estrépito á residenciar á los jueces y magistrados, pero ninguno fue removido de su empleo, y todas sus amenazas se convirtieron en humo. A fines del otoño falleció Juan Andrea Doria, de edad de noventa y tres años, cuyas alabanzas escribieron muchos autores ilustres. Los genoveses celebraron sus exequias en la iglesia catedral con régia suntuosidad y aparato. No hay necesidad de que repitamos aquí sus grandes hazañas. Fue varon muy piadoso, magnánimo y prudente, y en la ciencia naval sobre-

pujó á todos los de su tiempo. Fue sepultado provisionalmente, como él mismo lo dejó dispuesto, en una capilla que él habia hecho reedificar á sus espensas en la iglesia de San Mateo. Cedió á su hijastro el principado de Melfi, y dejó en su testamento á Juan Andrés la ciudad de Tursi y las galeras mandándole que siguiese los auspicios del rey don Felipe. El dia cuatro de febrero falleció en Roma el cardenal Pacheco, obispo de Sigüenza, y le sucedió en la diócesis don Francisco de Lara que murió tambien el mismo año, con tan precipitada carrera desampara la fortuna á los mortales. Fue electo en su lugar don Pedro de la Gasca, trasladado de la iglesia de Palencia. Dos años antes habia fallecido en Génova don Gerónimo Doria, arzobispo de Tarragona, con cuyo nombre se publicaron las constituciones de aquella iglesia, divididas en títulos y libros. Sucedióle don Fernando Loaces, natural de Orihuela, obispo de Tortesa, en el que le habia precedido Requens, y hallándose ausente, tomó posesion el dia cinco de agosto. Tambien fallecieron dos grandes lumbreras de la literatura, fray Domingo de Soto y fray Melchor Cano, ambos del órden de Santo Domingo, aquel en Salamanca y este en Toledo, donde fueron sepultados con célebre pompa. Uno y otro adquirieron gran fama con sus escritos. Pero Cano en su tratado de los lugares teológicos, se aventajó mucho á todos los de su profesion en la erudicion, ingenio, brevedad y elegancia. Fue electo para el obispado de Canarias, cuya dignidad renunció. Tuvo contra sí á Paulo Cuarto á causa de que habia dado dictamen al rey don Felipe de que podia hacerle la guerra, cuyo parecer aprobó la respetable universidad de Salamanca. Aquel siglo de oro de nuestra literatura, no solo produjo hombres ilustres por su sabiduría, sino tambien mujeres de admirable ingenio; y omitiendo por la brevedad formar aquí un catálogo de ellas, solo haremos mencion de Luisa Sigea, que entre otras dotes con que se hallaba adornada, mereció gran fama por su instruccion en las lenguas. Nació en Toledo siendo su padre Diego, hombre erudito, y despues de haber vivido mucho tiempo en la córte de Portugal, volvió á Castilla con su marido Alonso de la Cueva, noble burgalés, con quien se habia casado, y falleció en su juventud como otros muchos grandes ingenios, el dia quince de octubre, habiendo dejado un hijo. Paulo Tercero hizo estraordinarios elogios de las cartas que le escribió en latin, griego, hebreo, siriaco y árabe, como lo refiere Juan Vasco, escritor fidedigno de su tiempo: y lo mas digno de admiracion es que á los veinte y un años de su edad habia ya adquirido tan grande erudicion y doctrina, como lo atestiguan Andrés Resende y Fernando Ruiz de Villegas, poeta elegantísimo en su epitafio. Escribió muchas obras doctas y piadosas en prosa y verso. Un hereje holandés publicó á nombre de Luisa un libelo infame con el título de sátira sotádica, lleno de las mas detestables obscenidades. Pero esta ficcion no perjudicó á la buena fama de aquella casta matrona, pues su autor era un impío sectario muy desemejante á ella, no menos en las costumbres que en la doctrina.

CAPITULO XIV.

Envia el marqués de Cañete, virey del Perú, á su hijo don García con tropas para sujetar á los indios de Chile: sucesos de esta guerra.

Los portugueses tenian puestas todas sus esperanzas en el jóven don Sebastian, que se educaba bajo la tutela de doña Catalina su abuela, gobernadora del reino, y entretanto no acaeció turbacion alguna, ni los herejes que volaban por todas partes, podian propagar su doctrina, pues la sagacidad y vigilancia de los inquisidores los descubria en sus mas ocultas guaridas, y les imponia el merecido castigo. Tampoco se hizo entonces cosa alguna memorable en el África, hallándose ocupados los jerifes en otros cuidados. En el nuevo mundo apenas ocurrió por este tiempo suceso alguno digno de referirse. Administrábase la justicia con vigor en Nueva España, y los bárbaros fueron reducidos de grado ó por fuerza á la obediencia del rey en todas las regiones donde habia penetrado el nombre español. Todos los cuidados se dirigieron á instruir sólidamente en la Religion Cristiana á los indios, que fácilmente la abandonaban, por no estar enteramente libres de sus antiguas supersticiones. En el mismo estado se hallaba el Perú despues que cesaron las sediciones, que por tan largo tiempo le habian agitado. El año de mil quinientos cincuenta y seis pasó á gobernar este reino don Andrés de Mendoza, marqués de Cañete, llevando solo de su numerosa familia á don García, jóven de escelsa índole, y á Felipe, habido fuera de matrimonio. Todas las provincias descansaban de la guerra, á escepcion del reino de Chile, donde las cosas de los españoles se hallaban en mayor peligro que nunca se habian visto, no atreviéndose á emprender cosa alguna contra los bárbaros, que estaban muy feroces con las anteriores victorias. Movido el virey de las súplicas de los españoles, envió á su hijo don García con un ejército en cuatro navíos, mandados por Juan Ladrillero. La caballería se puso en marcha por los desiertos que se estienden entre el mar y los Andes, siendo su capitan Luis de Toledo. Luego que llegó García á la Serena, incendiada por los indios, y juzgando que convenia remover de allí á Villagran y Aguirre, por las antiguas discordias que entre sí tenian, los embarcó en un navío y los remitió á Lima con segura custodia. Despues de lo cual continuó su navegacion hácia el Austro; pero habiéndose levantado una tormenta, estuvo muy próximo á padecer naufragio. Finalmente arribó á la Concepcion, colonia desierta por el miedo de los bárbaros, y desembarcando sus tropas y artillería, puso su campo en un paraje elevado, y le fortificó cuanto le fue posible. Tenia solamente doscientos soldados, porque aun no habia llegado la caballería, que era la que causaba gran terror á los indios. Noticiosos de esto los araucanos, que entre todos los chilenos son los mas belicosos, acometieron en gran número al campo. La artillería hizo en ellos mucho estrago, pero irritados mas bien que escarmentados, redoblaron sus esfuerzos, vencieron el foso, la trinchera, y pelearon acérrimamente á pié firme. Felipe de Mendoza despues de haber herido en un brazo á Tucapel, araucano valeroso, le abrazó por medio del cuerpo, y intentó en vano derribarle á tierra. Su hermano don García, cayó aturdido de una pedrada que recibió en la cabeza; pero volviendo luego en sí, peleó heróicamente. Los marineros salieron á tierra para participar del peligro, y fueron acometidos por Feniston, intrépido araucano, con un fuerte destacamento sacado del ejército. En el primer ímpetu pelearon atrozmente, y Valenzuela, capitan de un navío, atravesó con su espada al general bárbaro; pero siendo tan pocos los españoles para resistir á la multitud de los enemigos, fueron rechazados á las lanchas, despues de haber recibido muchas heridas. Tres veces acometieron al campo con inútil esfuerzo, y duró la pelea por seis horas, sucediéndose los bárbaros unos á otros, y murieron dos mil de los mas audaces. No obstante, velaron los nuestros aquella noche con mucho cuidado, haciendo la ronda el mismo don García.

El dia siguiente exhortó á sus soldados (de los cuales muchos habian sido heridos, y ninguno muerto) á pelear valerosamente, previniéndoles que no estarian mucho tiempo ociosos, pues el enemigo deseaba vengar su derrota. No se engañó en su conjetura el general, quien noticioso de los intentos de los arau-

canos por un indio fiel á los españoles, envió á Ladrillero al rio Maule, para que mandase acelerar el paso á los mas espeditos de la caballería. Su comandante Toledo, luego que recibió este aviso, envió delante cien caballos que atravesaron el rio, y habiendo caminado cien millas en tres dias, llegaron felizmente al campo. Los araucanos que habian juntado todas las fuerzas de la provincia, y estaban resueltos á acabar con los españoles en una sola batalla, noticiosos de la llegada de los caballos, cuando se disponian á dar nuevo asalto al campo, se retiraron dispersos en pequeños escuadrones. Salió don García de sus trincheras á campo descubierto, y á los cinco dias llegó Toledo con los otros doscientos caballos y los bagajes, á los que se juntaron cincuenta que habia mandado venir de la Imperial. Reunidas en un campo todas las tropas, marchó al enemigo, y habiendo pasado el rio Biobio, descubrió las emboscadas que le tenian puestas, y peleó con los que le salieron al encuentro. Para socorrer los araucanos á los suyos, iban á la batalla con todas sus fuerzas, obstinados en vencer ó morir. Combatieron por espacio de cinco horas contínuas, y todo el campo se veia cubierto de cadáveres. Pocos de los españoles fueron heridos, y solo se perdieron algunos caballos, que fue una especie de prodigio en una pelea tan sangrienta. En ella quedó prisionero Galvarino, bárbaro de conocida perfidia, y en pena de su rebelion le cortaron las manos; pero con esta severidad estimuló el Español, y no reprimió el furor de los araucanos. Talaron tambien los campos, aunque sin tocar á sus casas, pára que la desesperacion no los encendiese mas el deseo de pelear. Despues de esto, penetraron los españoles en lo interior el valle de Arauco, siguiendo las naves la costa con los víveres y provisiones. Los batidores encontraron en una tierra abandonada de sus habitantes un cañon que habia perdido Villagran en un combate desgraciado, y fue conducido al campo.

Los bárbaros que desde los campos se habian refugiado á los lugares seguros con sus hijos y mujeres, se juntaron en gran número, y para oprimir repentinamente á los españoles, se acercaron una noche á su campo con el mayor silencio, y como al rayar el alba oyesen la señal que los españoles acostumbran hacer á tal hora, persuadiéndose los indios que habian sido descubiertas sus asechanzas, y que aquello era llamar al soldado á tomar las armas, ellos tambien con trompetas, caracoles y grande estrépito, dieron la señal para la batalla, con la cual escitados tambien los españoles, corrieron prontamente á las armas y marcharon contra el enemigo. Hallábanse ordenados los bárbaros en tres escuadrones, y el primero de ellos acometió al ala derecha de los españoles, y recibido por estos con la artillería y todo género de tiros, se abatió mucho su ferocidad. La caballería embistió contra otro escuadron armado de picas, el cual no pudo ser derrotado ni abierto; y viendo García que por ninguna parte se movia de su puesto, mandó dispararle por el costado la artillería con lo cual fue desordenado el escuadron, y los caballos hicieron en él grande estrago. Mientras tanto se peleaba atrozmente en la ala derecha, y unos y otros tenian esperanza de vencer, hasta que decayendo las fuerzas de los araucanos y muertos los mas intrépidos de los suyos, retrocedieron en buen órden para juntarse con el tercer escuadron, que no habia intervenido en la batalla. Prohibió García á los suyos que los persiguiesen, pues la desesperacion podia escitarlos á perecer con daño ajeno; ni tampoco tenia muchas fuerzas para seguirlos, despues de haber sostenido tan terrible combate por espacio de ocho horas. Quedaron muertos cuatro mil de los enemigos, y ochocientos prisioneros. De los españoles hubo muchos heridos, y perecieron algunos caballos; y á fin de causar terror y miedo á los demás, fueron ahorcados de los árboles algunos de los cautivos, entre los cuales Galvarin, levantando sus cortados brazos, exhortaba á los suyos á la venganza con atrocísimas palabras. Acaeció la batalla anterior el dia diez de octubre, y esta á fin de noviembre. Habiendo levantado García sus reales, llegó al campo donde fue hecho prisionero y muerto Valdivia; en cuyo lugar mandó se reedificase el castillo que edificó el mismo Valdivia, y habia sido destruido por los bárbaros, y el año siguiente de mil quinientos cincuenta y ocho fundó allí una ciudad, á la que dió el nombre de Cañete. Combatió otras veces con aquellos obstinadísimos enemigos, y derrotó á una inmensa multitud de ellos, aventajándose mucho el valor de los capitanes Remon y Quiroga. En la angostura de Puren pelearon esforzadamente Velasco y Reinoso; cuya intrepidez reprimió la astucia y ferocidad de los enemigos, y fueron conducidos al campo muchos víveres que se les tomaron.

Quebrantados los bárbaros con tantas derrotas, no se atrevian ya á hacer frente á los españoles en batalla, y solo acometian con asechanzas á los que se alejaban de los reales. Los principales de los araucanos conspiraron contra García, y le enviaron un indio famoso por su audacia llamado Metical, con un canastillo de fruta, para asesinarle al tiempo de presentársela. Pero habiéndole dado aviso de esta trama Colono, hombre de esclarecida fidelidad entre aquella gente y que aborrecia las traiciones, se libertó del peligro. Hizo prender al bárbaro, á quien se le encontró un puñal, y confesó fácilmente los autores del atentado, y habiéndolos hecho llamar García, los reprendió ásperamente por medio de un intérprete, y los despidió sin imponerles castigo ninguno, con cuya benignidad adquirió gran fama entre los bárbaros. Pára perpetuar la memoria de su abuelo materno, dió principio el dia veinte y siete de marzo á la ciudad de Osorno, situada á los cuarenta grados sobre el ecuador. Su terreno es fértil en todo género de frutos, especialmente en esquísita miel, y abunda de minas de oro y plata. Envió cincuenta caballos á la ciudad de la Concepcion, y estendió su poblacion con nuevos habitantes. Los de Villa-Rica que se habian dispersado por la guerra, volvieron á ocuparla luego que cesó el peligro de los bárbaros, para no perder el derecho á sus tierras.

A fines de julio se hizo Ladrillero á la vela de la Concepcion con dos navíos de órden del rey, para esplorar por aquella parte el mar del Sur. Despues de una larga navegacion, llegó á la estremidad de las costas del Nuevo Mundo, y comenzaron á faltarle los víveres. No hallaban socorro alguno en los bárbaros derramados por aquellas partes, que mas parecian fieras que hombres, y para colmo de los males se juntó al hambre una horrible tempestad, en la que estuvieron muy próximos á sumergirse los navíos. Finalmente al cabo de diez meses llegó uno de ellos muy maltratado á Valdivia, con solos tres marineros y el capitan: otro en que iba Ladrillero arribó á las costas de Chile, y habiendo desembarcado á tierra los soldados, marineros y los negros, perecieron todos dentro de pocos dias; y de este modo no correspondió el fruto de aquella navegacion á la pérdida de sesenta hombres que costó. Entretanto corria García las provincias, visitaba las colonias, y arreglaba todas las cosas públicas. Pero Reinoso que gobernaba en Cañete, escitaba á los bárbaros con engaño á la guerra, y los derrotó en una gran batalla. Despues Pedro Avendaño con cincuenta españoles venció á Caupolican, le hizo prisionero y lo sacó de los montes á donde se habia refugiado con sus compañeros despues de su derrota. Este hombre valeroso fue general de los araucanos en toda la guerra en que quedaron vencidos Valdivia y Villagran; pero desamparándole la fortuna, le derrotó García muchas

veces, y finalmente le condenó al último suplicio, y recibió antes de morir el sagrado bautismo. Los araucanos no podian tolerar que los españoles se detuviesen tan largo tiempo en su valle, y levantasen en él un castillo, por lo cual volvieron á tomar las armas para sacudir el yugo, y fortificaron su campo en paraje oportuno, segun la disciplina militar. Juntáronse catorce mil hombres armados, á los que procuró García arrojar de aquel puesto, disparando contra ellos la artillería y otros fuegos arrojadizos. Parte de ellos aterrados con el estruendo de los cañones y con los fuegos que les disparaban los españoles, se escaparon por la espalda de su campo aquella noche, retirándose á los montes y bosques, y con los demás que quedaron hubo pequeños combates. Finalmente sacaron á campo raso todas sus tropas en órden de batalla, estando resueltos á hacer el último esfuerzo. Trabóse con efecto la pelea, y fueron rechazados á su campo, en el cual se introdujeron los españoles mezclados con ellos, y como se viesen estrechados por todas partes, volvieron con mucha intrepidez á renovar el combate, para no morir sin tomar venganza de sus enemigos; pero al fin fueron vencidos y arrojados de sus trincheras, y se dispersaron en la fuga. Duró la batalla cuatro horas seguidas, y aconteció dia de Santa Lucía, habiendo muerto dos mil de los enemigos, y quedando gravemente heridos treinta de los españoles. Recobráronse cinco cañones de bronce y muchos arcabuces que se habian perdido en la derrota de Villagran. Hallóse tambien en el campo enemigo gran cantidad de víveres que habian juntado para largo tiempo.

Despues de estos sucesos se ajustó la paz con los araucanos por la mediacion de Colocolo, hombre de carácter muy ajeno de la barbarie, y se edificó un castillo para defensa de ellos mismos. El gobernador García, libre de los cuidados de la guerra, se dedicó enteramente á los de la paz: reedificó los templos que habian sido destruidos en las anteriores calamidades, y con el dinero que pudo recoger, levantó uno muy magnífico desde los cimientos en la ciudad de Santiago, poniendo en él algunos sacerdotes de los que habia llevado consigo del Perú. Fundó la colonia llamada de los Infantes, y procuró establecer otras por medio de capitanes valerosos, entre las cuales fue una la ciudad de Mendoza edificada por Pedro Castillo á la otra parte de los montes, distante treinta y tres grados del ecuador, en cuya situacion se halla tambien la de Santiago. Fue Castillo recibido benignamente por aquellos bárbaros que son de un natural pusilánime, entregados al ocio, de voz muy débil y flacos de cuerpo, lo que no es de admirar, pues se alimentan de yerbas y raices. Produce aquella tierra admirablemente los frutos españoles, y los ganados se multiplican sin término. Tambien se descubrieron en varias partes minas de oro, y una muy opulenta cerca de Valdivia en el rio de la Madre de Dios, de donde se han sacado dos millones de pesos de oro puro.

Arregladas las cosas de Chile, y cuando García se disponia para restituirse á Lima, le llegó la triste noticia de la muerte de su padre, de quien se refiere que goberró el Perú con mucha equidad y justicia. Edificó la iglesia y convento de los religiosos de San Francisco y un magnífico hospital, y levantó un puente de piedra en el rio de Lima. Tuvo por sucesor en el vireinato á don Diego de Zúñiga, conde de Nieva. Despues que García satisfizo por algunos dias su dolor, se embarcó con su familia en un navío, y pasó á Lima en el año de mil quinientos y sesenta. En esta guerra de Chile militó Alonso de Ercilla, caballero del órden de Santiago, que en su edad juvenil adquirió la gloria de las armas y de la poesía. Su poema intitulado la Araucana, que anda en manos de todos, refiere con verdad los hechos de aquella guerra, y es muy apreciado, así por lo estraordinario de los sucesos como por la sublimidad de sus versos. En él se manifiesta poco afecto á García, de cuya severidad estaba ofendido, pues le condenó á muerte por haber escitado una sedicion, aunque le perdonó á ruegos de sus amigos. Sucedió Villagran en el gobierno de Chile en virtud de real decreto.

La cruel ambicion de dominar y enriquecerse que reinaba en la India oriental, era causa de que fácilmente se suscitasen guerras entre unas gentes que se aborrecian con odio inveterado. El nuevo virey Constantino se apoderó de la ciudad de Daman, abandonada por sus habitantes, á quienes el terror de una armada de cien navíos habia puesto en fuga, y la fortificó con una guarnicion al mando de Diego de Noroña. Luis de Melo peleó prósperamente con la armada de Calicut cerca de la costa de Malabar, y habiendo tomado seis navíos, huyeron los demás ignominiosamente. Los bárbaros, afeminados y flojos, no podian competir en el valor ni en la pericia militar con los portugueses; pero no les fue tan fácil vencer á los turcos, con quienes pelearon con varia fortuna en la isla de Baharen. Finalmente fueron derrotados mas por el hambre y las enfermedades que por la espada; y á los que quedaron vivos se les dió libertad bajo de ciertas condiciones, y se concluyó la guerra. En otras partes hubo algunos pequeños combates. Una multitud innumerable de bárbaros acometió á Cananor, y faltó poco para que la tomasen; pero habiendo sido rechazados y derrotados valerosamente por Melo y Noroña, pagaron la pena de su audacia. Eduardo Deza, hombre cruel y avaro gobernaba tiránicamente las Molucas: puso en prision al régulo con toda su familia, y faltó poco para quitarle la vida con un veneno, de lo cual, noticiosos los isleños, corrieron inmediatamente á las armas. No venció la causa justa, aunque muchas veces la favorece el cielo, pues fueron vencidos y derrotados los bárbaros con gran pérdida por unos pocos portugueses. Pero avergonzados estos despues de las maldades de Deza, le metieron en una prision sin respeto alguno al juramento militar, y le pusieron las cadenas que quitaron al régulo. Estas discordias fueron muy largas y produjeron muchos males que jamás se remediaron. Por este tiempo fue introducido el Evangelio por los jesuitas en las estremidades del Oriente, á costa de mucha sangre y fatigas, y recogieron copiosos frutos, habiendo hecho Dios grandes milagros en apoyo de su doctrina, como se refiere en las cartas que dirigieron á la Europa. Los portugueses que habian quedado en la Abisinia con motivo de la guerra, se pasaron al Turco, contra quien habian peleado tantas veces, con la ignominia y oprobio que se deja considerar, y no es necesario decir. Vencido el Abisinio en una batalla por los turcos, no quiso nunca de allí adelante valerse del socorro de los portugueses. El virey Varreto, despues de cumplido el tiempo de su gobierno, se embarcó en la armada para restituirse á Portugal; pero obligado por la violencia de las tempestades, retrocedió á Goa desde la mitad del viaje. Salió segunda vez, pero con la misma adversa fortuna, y quiso mas ceder al enfurecido Océano que pelear con él. Finalmente, se hizo á la vela por la tercera vez, y arribó con felicidad á Portugal, habiendo libertado su armada de tantos peligros.

LIBRO SESTO.

CAPITULO I.

Embajada del rey don Felipe al de Francia. Hace causa el pontífice á los Carrafas. Concede un subsidio al rey de España. Vuélvese á juntar el concilio en Trento. Maximiliano es nombrado por sucesor en el imperio.

Florecia la paz en España y en sus provincias, sin que la inquietase movimiento alguno, y con su au-

xilio hacia grandes progresos la piedad, á la cual se dedicaba tanto el rey don Felipe, que parecia su reinado en España lo que en Roma el de Numa despues de Rómulo. Edificábanse en muchas ciudades y pueblos templos, monasterios y hospitales: entre los cuales es digno de memoria el célebre colegio de los jesuitas erigido en Madrid con la advocacion de San Pedro y San Pablo, cuyo primer rector fue el padre Eduardo Pereira. El año siguiente se edificó la iglesia y convento de la Santísima Trinidad en medio de la misma villa, promoviéndolo el rey, quien hizo el plan de toda la obra, porque no ignoraba la geometría, y contribuyó con mucho dinero para los gastos de ella, siendo su primer ministro fray Diego de Medina; y en otras partes erigió otras muchas iglesias, cuya relacion seria muy prolija. Como el rey don Felipe era tan celoso y amante de la verdadera religion, llevaba muy á mal que en Francia se hallase tan alterada por los hugonotes; y para resistir en cuanto le era posible á su protervia, envió á su cuñado Carlos, á don Juan de Lara, hombre de grande talento y esperiencia, y esclarecido por su nobleza. Este, pues, llegó á París á mediados de enero de 1561, y espuso al rey las causas de su embajada. Reducíase esta á pedirle que no confiriese empleo alguno público á los hugonotes, pésima generacion de hombres, nacidos para trastornar todo lo divino y humano: que recibiese los decretos del concilio tridentino, tan saludables para él, como para todo su reino; y que los mandase observar á sus vasallos, castigando á los contraventores. Intentó con un largo discurso persuadir uno y otro á la reina, en quien residia todo el poder; pero todo fue en vano, pues posponia la religion á la ambicion de dominar, y todo su cuidado era entretener los diversos partidos, y favorecer alternativamente á uno y á otro, para no ser oprimida por ninguno de ellos. Habia entonces en la córte de Francia dos triunviratos. Monmorenci, el duque de Guisa, y el mariscal de San Andrés defendian con todo esfuerzo la religion católica, á la cual era el rey muy adicto; y por el contrario Condé, Gaspar Coligni y Andelot su hermano sostenian la herejía de Calvino. De este modo de las discordias de la córte nacidas de la ambicion, pasaron á las discordias de religion, y despues levantaron ejércitos, y tomaron las armas para pelear una parte del reino contra la otra, hasta destruirse mútuamente.

La misma llama volaba por otros pueblos y ciudades, y no habia cosa alguna que pudiera detener sus progresos. Los pueblos de la Saboya inmediatos á Francia estaban inquietos contra su soberano, y tocados de la misma peste; que cundió hasta las estremidades de Italia. Salvador Espinel, noble napolitano, armado con el favor del virey, fue el primero que se opuso á este mal, y despues de haber aplicado en vano remedios suaves, arrasó algunos pueblos de sus estados, queriendo mas privarse de sus rentas que dejar sin castigo la perfidia, y en la capital fueron algunos condenados á las llamas, con gran terror y espanto de todos.

En Flandes habian llegado las cosas á tal estremo, que era cuasi imposible curar con los acostumbrados remedios á los hombres perversos; y si se ponian en práctica los mas fuertes, corrian las provincias el peligro de una general sublevacion. El pontífice no omitia cosa alguna para cortar tantos males. Exhortaba á los príncipes por medio de sus legados á que mantuviesen el culto de la verdadera religion que profesaron sus mayores; pero sus oficios fueron inútiles con los protestantes de Alemania, que cada dia se precipitaban de uno en otro en mas detestables errores, y la reina de Inglaterra prohibió por un edicto que entrasen en su reino los legados pontificios. Además convocó á los obispos para que continuasen el concilio que habia sido interrumpido, y el año siguiente concurrieron muchos. Entretanto, á ruegos de doña Margarita, que se lo pidió con grandes instancias, confirió la púrpura cardenalicia á Antonio Perenoto, nombrado arzobispo de Malinas, que despues se llamó el cardenal de Granvela. Hizo formar causa á los Carrafas como reos de muchos y atroces delitos. El cardenal fue ahorcado dentro del castillo de San Angel, y degollados en otras partes el nuevo duque de Paliano, Fernando Carlon, conde de Alifano, y Leonardo Candena. Antonio Carrafa, temeroso del mal que le esperaba, se habia puesto en salvo; pero su hijo Alfonso, arzobispo de Nápoles, acusado de malversaciones, no salió de la cárcel hasta que pagó cien mil ducados en que fue condenado, aunque el papa le perdonó veinte y cinco mil. Marco Antonio Colona llegó al fin á recobrar á Paliano por la mediacion del rey don Felipe.

Por este tiempo comenzaron las iglesias de España á contribuir los subsidios que para la guerra habia concedido el pontífice al rey, á fin de que con este dinero se armasen sesenta galeras para arrojar de nuestras costas á los piratas mahometanos, enemigos cuotidianos é irreconciliables. Este dinero se empleó despues por sus sucesores en otros usos, y los moros vuelan impunemente por todas partes en ligeros buques con grave daño de la cristiandad. En Valladolid acaeció un terrible incendio, que propagándose por la parte alta de la ciudad, redujo á cenizas cuatrocientas casas. No se pudo saber con certeza el orígen de este estrago, que tal vez fue casual; y compadecido el rey de la triste suerte de los ciudadanos, los socorrió con una gran suma de dinero. Poco tiempo antes habia trasladado su córte de Valladolid á Toledo, y se cree que no le agradó mucho esta ciudad, pues al cabo de pocos meses se transfirió á Madrid, y determinó establecer en esta villa su domicilio, erigiendo hermosos edificios los grandes, que de todas partes concurrian á fijar su habitacion en ella. Vino tambien Francisco, hijo mayor de Cosme de Médicis, para ser educado en ella con la severa disciplina de los españoles, á la cual su padre era muy adicto.

El pirata Dragut se apoderó en las islas de Lipari de siete galeras sicilianas que navegaban á Nápoles, y fueron parte de la presa Nicolás Caraciolo, arzobispo de Catania, y Francisco Aragon, obispo de Cefalonia. El primero consiguió su libertad á muy alto precio, pero el segundo cargado de años, acabó su vida entre los mismos bárbaros. Procuró el rey don Felipe que fuese rescatado el obispo de Mallorca, que, como ya dijimos, quedó cautivo en los Gelves, encargando á Guillelmo Rocaful, virey de aquella isla, que recogiese de las rentas eclesiásticas la cantidad competente, y con efecto, fue puesto en libertad por la suma de cinco mil y quinientos pesos.

El año de mil quinientos y sesenta y uno se juntaron en Trento los prelados españoles, entre los cuales fueron los mas célebres por la fama de su sabiduría don Pedro Guerrero, arzobispo de Granada, don Andrés Cuesta, obispo de Leon, don Martin de Ayala, de Segovia, don Diego de Covarrubias, de Ciudad-Rodrigo, escritor bien conocido, y aquel grande hombre don Antonio Agustin de Lérida. Tambien concurrieron de Francia algunos obispos con el cardenal de Lorena, y muchos embajadores de los príncipes católicos y ciudades libres. Volvió á continuarse el concilio con gran número de prelados, y se concluyó el año siguiente. Asistieron en calidad de legados pontificios los cardenales Juan Moron, Hércules Gonzaga, Gerónimo Seripando, Estanislao Ossio, Luis Simonetta, Bernardo Naugerio y Marco Altaemps, hombres muy doctos y virtuosos. El rey don Felipe envió por su embajador á don Fernando Quiñones, conde de Luna, en lugar de don Fernando Dávalos, que poco antes habia fallecido en Trento. Mientras que los padres deliberaban en esta ciudad sobre las

materias de la religion, pactó el César don Fernando con el Otomano treguas por ocho años, en las cuales con la permuta de los cautivos alcanzaron su libertad Sande, Requesens, Leiva y Cardona. Habiéndose suscitado disputa entre los bárbaros al repartir la presa sobre la persona de Cerda, fue muerto con un veneno para que ni unos ni otros le poseyesen. Al tiempo que regresaban á su patria nuestros cautivos, murió Requesens de una enfermedad, cerca de Ragusa; y don Alvaro de Sande recibió en España los sueldos devengados hasta aquel dia, y en premio de su valor fue remunerado magníficamente con régia liberalidad. Tambien fueron puestos en libertad los cautivos nobles á solicitud del gran maestre de Malta, quien pagó su rescate. Parte de ellos perecieron entre los bárbaros, consumidos de las heridas y de los trabajos.

Viendo el César don Fernando la buena voluntad que le mostraba el pontífice, procuró olvidar la injuria que le habia hecho su antecesor, y habiendo convocado una dieta en Francfort, señaló por su sucesor en el imperio á Maximiliano, su hijo, para lo cual contribuyeron mucho los buenos oficios que en esta ocasion hizo el rey don Felipe. Despues de haber tomado la diadema de manos del obispo de Herbípolis, se trasladó á Passau, ciudad situada en las fronteras del reino de Hungría, y fue proclamado rey de aquella nacion en una numerosa asamblea de la nobleza. Celebráronse magníficos juegos de á caballo, segun la costumbre de aquellos tiempos, y otros muchos regocijos con estraordinaria alegría y concurrencia de gentes.

CAPITULO II.

Junta el rey don Felipe una poderosa armada contra los moros piratas. Pérdida de veinte galeras españolas. Guerra civil en Francia entre los católicos y hugonotes.

ENTRETANTO el rey don Felipe hacia construir con inmensos gastos una numerosa armada para limpiar el mar de los piratas que infestaban todas las costas. Mientras que don Juan de Mendoza recorria las de Andalucía con veinte galeras, arrebatado de una horrible tormenta que se levantó una noche, fue sumergido en las olas con toda su armada cerca de Almuñecar, en el puerto llamado de la Herradura. ¡Calamidad grande y lastimosa en estremo! y tanto mas sensible, cuanto se necesitaban mayores fuerzas para reprimir á los bárbaros, que se hallaban muy poderosos en el mar. El año siguiente sitiaron á Oran con increibles preparativos, y faltó muy poco para que se apoderasen de su puerto; pero se anticipó Doria de órden del rey don Felipe, y fortificó cuidadosamente con nuevas tropas, y todas las demás cosas necesarias para la guerra, las fortalezas situadas en las costas de Africa, y despues recorrió los mares que infestaban los piratas. Lo mismo ejecutó don Bernardino de Avellaneda con la armada napolitana, no sin algun fruto. Es imponderable lo mucho que se gastó en estos armamentos, por lo cual fue preciso imponer nuevas contribuciones á los pueblos de España, que concluida la guerra de Francia esperaban tener algun alivio. Juntábase á esto las usuras de los genoveses, que por medio de sus banqueros establecidos en diversas partes, prestaban dinero con tan exhorbitantes ganancias, que absorvian todos los tesoros de América. En Milan se originó una nueva causa de exigir grandes sumas para la obra de la fortaleza mandada ensanchar por el rey á persuasion de su gobernador don Alonso Pimentel, con mucho disgusto de los habitantes, á quienes se impuso otra contribucion.

No obstante, se hallaba todavía mucho mas afligida la Francia, implicada en una funesta y intestina guerra, á la que habiendo acudido tarde con los remedios, mas sirvieron de daño que de provecho. El edicto en que se prohibió con severas penas la secta de los calvinistas, produjo furores civiles, que despedazaron y trastornaron el reino por largo tiempo. En los principios de estas turbulencias, se apoderaron de muchos pueblos, entre los cuales fue uno la célebre y opulenta ciudad de Ruan, la que, habiendo sido sitiada por los católicos, mientras que Antonio de Borbon reconocia los muros para dar el asalto, fue herido de una bala perdida, y murió sin que se supiese cuál era su religion. Dejó dos hijos, Enrique, que llegó al fin á obtener el reino, y Catalina. Inflamados de esta suerte los ánimos, procuró cada uno de los partidos buscar socorros. Los calvinistas los recibieron de Inglaterra y Alemania, y el rey don Felipe envió á los católicos tres mil españoles escogidos, bajo del mando del capitan Juan de Solis, hombre de gran valor. Entretanto los hugonotes, quitándose la máscara, determinan prender al rey mismo, y á no ser por el duque de Guisa, que previniendo con gran celeridad sus intentos, le condujo repentinamente á Paris con la reina su madre, hubiera caido sin duda en manos del príncipe de Condé y de los conjurados. Despues que perdieron la esperanza de apoderarse del rey, dirigieron su marcha hácia Orleans, y establecieron en aquella ciudad el arsenal de la guerra. Desde allí con todas sus tropas se encaminaron á la capital, inspirando terror en todos sus contornos; pero el ánimo generoso del duque de Guisa no pudo sufrir esta ignominia, y marchó contra el enemigo. En el mes de noviembre pelearon cerca de Dreux con grande encarnizamiento, y en el principio se mantuvo indecisa la batalla. El mariscal de San Andrés fue hecho prisionero, y despues le mataron de un balazo, y tambien cayó en manos de los enemigos el condestable Monmorenci, pero le conservaron la vida; y de los hugonotes fue preso y herido el de Condé. Peleando con mucha constancia los españoles juntos con la infantería francesa, arrebataron al enemigo la victoria, que estaba muy inclinada á él, y fueron muertos ocho mil de una y otra parte, como refiere Dávila. El almirante Coligni se restituyó á Orleans con las reliquias del derrotado ejército. En Italia, Francia y España se hicieron procesiones en accion de gracias, cuando llegó la nueva de esta victoria. Luego que el duque de Guisa recogió los despojos, pasó á poner sitio á Orleans, donde fue muerto á traicion por Juan Poltrot, el cual se escapó, pero habiéndosele aprehendido, pereció miserablemente á los tres dias descuartizado por cuatro caballos. A la muerte de Guisa se siguió una paz vergonzosa, con la que consiguieron la libertad Condé y Monmorenci, y se permitió á cada uno vivir en la religion que mas le agradase.

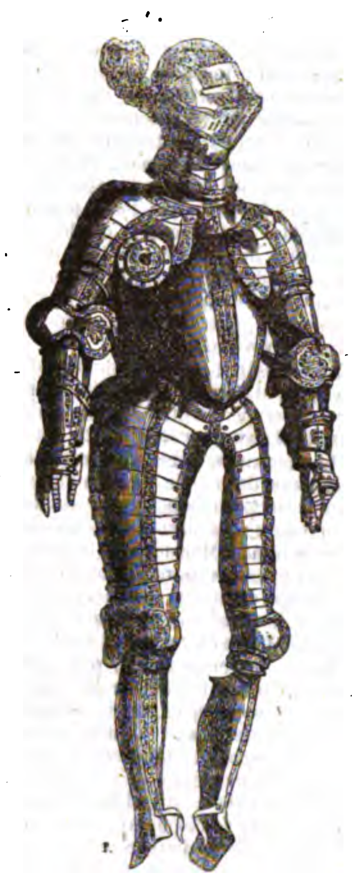
En Flandes no se observaba todavía ningun movimiento, pero se esparcian las semillas de los grandes males que despues sobrevinieron. Murmurábase altamente de la ereccion de los nuevos obispados, instituidos para estirpar la secta predilecta. Con el mismo objeto erigió en este año el rey don Felipe una universidad en Dovay, con las mismas leyes y constituciones que la de Lovayna, habiendo obtenido para ello amplísimas facultades del papa Pio Cuarto. Este establecimiento, dirigido á que en la parte de Flandes, que usaba la lengua francesa, se enseñase á la juventud la verdadera doctrina, causó gran dolor á los novadores. Finalmente, fue para ellos un terrible golpe los edictos del emperador don Carlos, en que prohibia que en toda la Flandes se observase otra religion que la católica, y que el conocimiento de estas causas fuese privativo de los jueces eclesiásticos, con inhibicion de los seculares, á cuyas leyes añadieron otras mas severas el pontífice y el rey. Ésta fue la causa, dice un autor flamenco muy verídico, de todas las calamidades que en lo

sucesivo padecieron aquellas provincias. Juntábase á esto el odio que tenian los nobles al cardenal de Granvela, arzobispo de Malinas, que presidia en el senado, y de cuyos consejos y avisos se valia doña Margarita por mandado del rey, en la administracion y gobierno público. Así pues, no nació el mal solamente de las discordias religiosas, sino que á ejemplo de la Francia, tuvo mucha parte la envidia y emulacion, que persiguen siempre al poder: vicios perversos de las córtes, que jamás se han podido evitar con remedios algunos. Era grande la inclinacion de los ánimos á la nueva secta, y la favorecian en secreto algunos de los grandes, aunque el vulgo no lo ignoraba. De aquí se siguió que con gran desprecio de las leyes y de los magistrados, predicaban sermones sediciosos por los campos y arrabales de Tornay y Valencienes, los que se jactaban de reformadores de la religion, cuya insolencia suscitó algunos tumultos. Doña Margarita procuró cortarlos con el castigo de los culpados, y de algun modo fue reprimida la audacia popular; pero como el mal iba cundiendo, y los magistrados no sabian ya qué partido tomarian contra tanta multitud de delincuentes, su desidiosa inaccion y connivencia llevó las cosas al estremo de que una vez encendida la llama de la herejía, no se pudo apagar con mucha sangre derramada.

En la Lombardía causó tambien grande inquietud el nombre de la Inquisicion española, que á instancias del papa habia resuelto el rey don Felipe establecer en Milan: por lo cual, y para que no se originase otro mayor mal, sobreseyó con prudente acuerdo de su intento. Hizo el pontífice inútiles esfuerzos con los venecianos á fin de que admitiesen las leyes de la Inquisicion para reprimir la herejía en las fronteras de Italia; pues aquellos hombres nacidos en una ciudad libre, persistieron en no alterar cosa alguna de la antigua forma, con que en otros tiempos se habian procurado evitar las opiniones perversas en materia de religion.

En este año declararon los moros guerra á los portugueses, dándoles motivo para conseguir una ilustre victoria. Alvaro Carballo, hombre no menos fuerte que prudente, defendia con una pequeña guarnicion á Mazagan, sitiada con un poderoso ejército por Mahomet, nieto del jerife, que poco antes habia sido muerto. Levantaron los moros un gran terraplen, en el que colocaron veinte y cuatro cañones, que disparaban balas tan enormes, que tenian seis palmos de circunferencia, y además de esta terrible batería, abrieron minas para derribar los muros por sus cimientos; pero los portugueses los interceptaron con una contramina que llegó hasta debajo del terraplen, y habiéndole volado con mucha cantidad de pólvora, destruyeron en un momento el trabajo de muchos dias, con grande estrago de los moros que estaban encima. Volvieron estos á repararle con insigne constancia, y fue otra vez deshecho con igual felicidad y mayor ruina que la primera vez. Viendo pues los moros que nada adelantaban con sus máquinas, acudieron á la fuerza, aunque sin efecto alguno, porque los portugueses los rechazaron con estraordinario valor; y escarmentados los bárbaros, levantaron el sitio, y se retiraron á los tres meses. En este tiempo resplandeció admirablemente la actividad y celo de la gobernadora doña Catalina, pues además de los socorros que enviaba á los sitiados, disponia ella misma por sus propias manos las hilas, vendas y todo lo necesario para curar á los heridos. Despues de esto, aquella mujer de singular santidad, habiendo convocado córtes en Lisboa, entregó el gobierno del reino al cardenal don Enrique, y pasó el resto de su vida en una casa retirada, dedicándose enteramente á obras de piedad.

Dos años antes habia sido trasladado á Tarragona don Fernando Loaces, y le sucedió en el obispado de Tortosa fray Martin de Córdoba, del órden de Santo Domingo, que pasó á la iglesia de Plasencia,



Armadura del príncipe don Carlos. *(Armería Real de Madrid).*

y finalmente á la de Córdoba su patria, donde acabó sus dias. A principios del año anterior falleció don Jaime Cazador, obispo de Barcelona, y le sucedió Guillelmo su sobrino, que habia sido su coadjutor. En Roma murió á últimos de julio de este año don Bartolomé de la Cueva, hijo del duque de Alburquerque, obispo de Córdoba y cardenal esclarecido por su piedad y liberalidad para con los pobres, y fue sepultado en Santiago de los españoles, donde se lee su epitafio. Tambien pasó de esta vida á la eterna bienaventuranza San Pedro de Alcántara, del órden de San Francisco, á los sesenta y tres años de edad. Restauró con todas sus fuerzas la primitiva austeridad, y la mas severa disciplina de su instituto, que se hallaba muy decaido. Fue un varon muy ejercitado en todo género de virtudes, y ilustre en el don de milagros, á quien veneramos en los altares, habiendo sido canonizado en nuestros dias por el papa Clemente Nono, y los que abrazaron su austera reforma han adquirido gran fama de santidad.

CAPITULO III.

Sitian los moros las plazas de Oran y Mazalquivir, y son derrotados por los españoles. Conclusion del concilio de Trento. Toma de la fortaleza del Peñon.

Divulgóse por este tiempo el rumor de que en África se disponia guerra contra las fortalezas que el rey don Felipe tenia en aquella parte del estrecho;

con cuya noticia mandó inmediatamente á los moriscos valencianos, y á los demás esparcidos por nuestras costas, que entregasen las armas, temeroso de la perfidia de aquella gente, siempre dispuesta á unirse con los africanos á la primera señal de guerra. El virey de Valencia don Alfonso de Aragon ejecutó esta órden con mucho acierto, habiendo dado la comision á hombres valerosos y diligentes, que en un solo dia despojaron á todos de las armas; y si no se hubiera tomado esta precaucion oportuna, habria sido preciso pelear con el enemigo doméstico, no menos que con el estraño. Entretanto vino la armada de Italia para defender las costas, pues habiéndose perdido el año anterior la armada española, volaban impunemente los bárbaros por todas partes. Proveyóse á la seguridad de todo con la posible diligencia, y en la primavera de este año de 1563 se juntaron los piratas mandados por Dragut, y comenzaron á combatir con estraordinario furor por mar y tierra á Oran y Mazalquivir, que es el mismo que los romanos llamaban Puerto Magno.

El ejército de los bárbaros se componia de cien mil infantes, y cuarenta mil caballos, con los preparativos militares correspondientes á tanta multitud. Era gobernador de Mazalquivir don Martin de Córdoba, que poco tiempo antes habia sido rescatado, y de Oran el hermano del conde de Alcaudete, ilustres uno y otro por sus propias hazañas y las de sus mayores. Despues que los bárbaros se apoderaron del baluarte que domina á Mazalquivir, batieron el pueblo con la mayor fuerza de su artillería, y le invadieron por las ruinas del muro, pero desgraciadamente, pues fueron rechazados con muerte de dos mil hombres. Reiteraron hasta diez veces el asalto, y se peleó en la brecha con increible ardor, para que con tan multiplicadas victorias triunfasen los españoles. La armada que iba á socorrerlos, se vió obligada por una tormenta á retroceder desde la mitad de su curso al puerto de Cartagena, y mientras se detenia allí, comenzaron á padecer escasez de víveres los sitiados, que además se hallaban fatigados de otros muchos trabajos Entretanto se disponian á toda priesa diez galeras, en las que se embarcaron muchos voluntarios de la nobleza castellana y valenciana, para que con este suplemento fuese nuestra armada igual á la de los bárbaros. De esta suerte se juntaron treinta y cuatro galeras á las órdenes de don Francisco de Mendoza, y marcharon intrépidamente al enemigo con grande esperanza de vencer. Luego que Dragut descubrió la armada que venia contra él á vela tendida, se puso en fuga inmediatamente, arrojando al mar su artillería para escaparse con mas celeridad. No obstante fueron tomados por los españoles algunos navíos, y otros quedaron destruidos. En medio de esta confusion hizo Córdoba una salida con parte de sus tropas, y mató á muchos de los turcos que se refugiaban á las naves, y les tomó dos banderas. Por otra parte Assan, noticioso de la fuga de sus socios, abandonó su campo, y huyó tambien con toda la presteza que pudo, y siguiéndole los nuestros hicieron mucho estrago en su retaguardia. Despues de saqueado el campo enemigo, y conducida al pueblo la artillería, el vencedor de Córdoba, que resistió con tan heróica constancia noventa y dos dias (aunque otros minoran este número) el sitio y ataques de los bárbaros, regresó á España con mucha gloria.

Deseosos los piratas de resarcir esta pérdida, volaron á la Italia que estaba desnuda de fuerzas navales, y cometieron impunemente muchos latrocinios, recorriendo todas sus costas. Los venecianos, que estaban menos espuestos á sus invasiones, los persiguieron y maltrataron, y al fin los arrojaron del golfo. En este intermedio los caballeros de Malta, enemigos capitales de los otomanos, habian entrado con sus galeras en el Archipiélago, y con increible audacia, y casi á la vista de Soliman, apresaron muchas naves con sus mercaderías y pasajeros. Irritado en estremo el Bárbaro de verse tan despreciado, comenzó á juntar muchas tropas y á hacer grandes preparativos para declarar la guerra á los malteses.

En el Abruzo causaba turbaciones Marcon, noble consentino, desterrado de su patria, habiendo juntado un escuadron de forajidos que se componia de seiscientos caballos y mayor número de infantes, con los que robaba y talaba por todas partes. Fastidiado Marcon del título de general, tomó el nombre de rey, y en una entrada que hizo en Cosencia, ciudad célebre y grande, ejecutó en ella muchos actos de magestad: exigió tributos y espidió títulos de capitanes, autorizándolos con sello real. Pero no le duró mucho tiempo este reino imaginario y de farsa, pues habiendo sido preso por los españoles, fue ahorcado con la corona y insignas reales con muchos de sus compañeros.

Despues de concluida la feliz empresa de Mazalquivir se armaron en España cincuenta galeras para tomar la fortaleza llamada del Peñon, que antes se habia intentado en vano á fin de arrojar de aquella guarida á los piratas. Entretanto que se disponia lo necesario para esta espedicion, falleció don Francisco de Mendoza, hijo de don Antonio, almirante de la armada, y le sucedió en el mando don Sancho de Leiva. Este, pues, arribó á la costa de África; pero habiendo tenido noticia de sus designos los que guardaban la fortaleza, no pudo llevarlos á efecto. Para sacar algun fruto de tan costosa espedicion, entregó el pueblo, que estaba opulento con las muchas presas que por largo tiempo se habian recogido allí, al saqueo del soldado, y regresó á las costas de España, sin conseguir su principal objeto.

El rey don Felipe llamó á estos reinos á Rodulfo y Ernesto, hijos de Maximiliano, los cuales habiéndose embarcado en Génova en la armada que mandaba Adan Centurion, llegaron á Barcelona en el invierno de este año con navegacion adversa. Desde allí marcharon á Madrid, siendo muy festejados en todos los pueblos del camino, y fueron recibidos de su tio con sumo regocijo. El motivo que tuvo el rey don Felipe para traer á España á estos escelsos jóvenes, fue la poca salud de su hijo el príncipe don Carlos, para que si Dios se le quitaba, estuviese instruido en los usos, costumbres y lengua de la nacion española, el que destinaba por sucesor en el reino. Parece que adivinaba la desgracia que en breve tiempo hubiera padecido, si Dios no le favoreciese con un milagro; pues hallándose estudiando en Alcalá de Henares el príncipe don Carlos, rodó de una escalera, y fue el golpe tan grande, que quedó sin sentido alguno, y se creyó que habia muerto. Desauciado, pues, de todo humano auxilio, y estando ya para espirar, fue llevado al enfermo el cuerpo del venerable fray Diego, del órden de San Francisco, que habia muerto con grande opinion de santidad y se conservaba íntegro y incorrupto, á fin de que por su intercesion consiguiese de Dios la salud: y á la verdad, luego que tocó el príncipe el milagroso cuerpo con gran confianza y devocion de los que se hallaban presentes, recobró inmediatamente los sentidos, y por singular beneficio de Dios, como todos creyeron, convaleció en muy poco tiempo. Por tanto, á instancias del rey don Felipe, fue puesto fray Diego en el número de los santos, como diremos en su lugar. En este año echó el rey los cimientos de la inmortal y magnífica obra del Escorial, que apuró por largo tiempo las fuerzas del reino, y que se halla distante siete leguas de la córte, á la parte del Occidente, situada á la falda de unos montes en paraje saludable pero frio y espuesto al sol del mediodia, siendo su principal arquitecto Juan Bautista Toledo. No hay necesidad de detenernos en descri-

bir por menor este edificio, cuando otros lo han hecho de propósito en voluminosos libros, y solo diremos que no hay en él cosa alguna que no llene de admiracion y deleite.

Por este tiempo era embajador en Roma don Luis de Requesens, el cual, no pudiendo tolerar que el pontífice le pospusiese al embajador de Francia, se retiró muy irritado de aquella capital, para que no se creyese que le cedia la preferencia. Pero el rey don Felipe, despues de muchos debates y contestaciones de una parte á otra, como era tan piadoso y amante de la paz, creyó que convenia disimular este agravio, para evitar que el sumo pontífice no se hiciese mas odioso á los franceses, en un tiempo en que era tan despreciado por los sectarios. La contienda escitada entonces sobre esta vana sombra de honor, ha continuado hasta nuestros dias con grande empeño de una y otra nacion, y todavía se halla indecisa. Entretanto no cesó el rey de aumentar las armadas navales, haciendo fabricar muchas galeras, y equipándolas de todo lo necesario. Juntó, pues, mas de cien bajeles, persuadido de que no podrian estar bien defendidas las provincias sin una armada fuerte y numerosa, y confirió el mando de ella á don García de Toledo, que gobernaba la Cataluña, enviándole por virey de Sicilia, para que con estas fuerzas navales refrenase al Otomano en aquellas partes donde era mayor el peligro.

A fines de este año, y en el dia cuatro de diciembre, se finalizó el concilio tridentino por la autoridad y desvelos del papa Pio Cuarto, á los veinte y siete años de su apertura, y despues de celebradas veinte y cinco sesiones: confirmóle el mismo pontífice el año siguiente de 1564. El rey don Felipe fue el primero de todos los príncipes católicos que mandó obedecer sus decretos en toda la estension de sus dominios y exhortó á los obispos á que juntasen sínodos, para arreglar en ellos todo lo concerniente al culto divino, á la disciplina eclesiástica, á la correccion de las costumbres. Pero á fin de que no se creyese que siendo cuidadoso y diligente en las cosas ajenas, abandonaba las suyas propias, celebró córtes en Monzon y Barcelona, y despues en Valencia, en las cuales acordó muchas cosas útiles al bien de los pueblos.

Mientras se detenia en esta última ciudad, corrió las costas con seis galeras Cara Mustafá, gobernador del Peñon de Velez, y hizo algunas presas impunemente, por hallarse tan lejana la armada. Ofendido el rey de la audacia del pirata, mandó á don García que dejándolo todo, pasase á tomar por fuerza de armas el Peñon. Inmediatamente juntó socorros de toda la Italia, y navegó al África con una poderosa armada, á la cual se unió la portuguesa, mandada por Francisco Barreto. Habiendo desembarcado en tierra trece mil soldados, infundieron tanto miedo á los bárbaros, que en breve se concluyó la empresa, mas con el terror, que con la fuerza, poniéndose en fuga la guarnicion. Luego que Doria tuvo esta noticia por un renegado albanés, corrió á la fortaleza con un pequeño escuadron, y halló á la puerta al alférez y algunas pocas centinelas que le ratificaron la fuga de sus compañeros, por lo cual se les concedió la libertad. Envió al punto Doria á Juan Zanoguera, para que diese noticia de todo el suceso á don García, y firmase este las condiciones, y fue entregada la fortaleza un martes á cinco de setiembre. En ella y en el pueblo se hallaron víveres y municiones para un año entero, y veinte y cinco piezas de artillería. Concluida tan felizmente esta empresa, se retiraron de allí alegres, y sin heridas los portugueses y malteses. Los moros, luego que supieron el peligro que corrian los suyos con la llegada de la armada, acudieron á socorrerlos con gran número de caballos é infantes, pero vinieron tarde, pues ya estaba tomada la fortaleza y fortificada con guarnicion y todo género de provisiones para su defensa, quedando por su gobernador Diego Perez Arnalde. Hubo en la retaguardia algunas escaramuzas mientras se embarcaban las tropas, y los bárbaros llenos de furor hicieron los mayores esfuerzos. Don Luis Osorio, nieto del marqués de Astorga, cayó atravesado de una bala y don Pedro de Guzman murió en Málaga de resultas de una herida que recibió entonces. A Doria le mataron el caballo, pero los enemigos padecieron tambien alguna pérdida. Don Alvaro de Bazan dió otro golpe á los moros, pues habiendo pasado á Tetuan con su armada, cerró la embocadura de aquel rio con los despojos de las naves que habia destrozado, y quitó á los piratas aquella guarida, á pesar de los esfuerzos que hicieron los bárbaros para impedírselo.

CAPÍTULO IV.

Guerra de Córcega. Muerte del emperador don Fernando: sucédele su hijo Maximiliano. Espedicion de Pedro de Ursua en busca del Dorado. Crueldades de Lope de Aguirre: sucesos de la India oriental.

Habiendo regresado don García á las costas de España con la armada y ejército sanos y salvos, fue recibido con las mayores demostraciones de alegría, y dejando aquí una parte de las galeras, mandó á Leiva que con la otra fuese á socorrer á los genoveses, maltratados en Córcega por Sampetro, que habia suscitado contra ellos un tumulto. Este, pues, con pretesto de precaverse de los piratas habia comenzado á edificar una casa muy fortificada, y los genoveses le prohibieron concluirla. Si fue con justicia ó sin ella, lo disputarán otros, pero lo cierto es que esta fue la causa de la guerra. Los corsos para defender á su conciudadano tomaron las armas contra los genoveses, á quienes aborrecian en estremo. Los franceses enviaron ocultamente socorros á este hombre, que en la anterior guerra habia seguido su partido, y el rey don Felipe auxilió á los genoveses con dos mil españoles, y de este modo se renovó la guerra en Córcega. Leiva rechazó á los rebeldes hasta los bosques, y habiendo castigado su audacia, partió poco despues á invernar en Nápoles.

Algunos hombres ilustres por sus hazañas y nobleza, que habian quedado cautivos en Gelves, conducian en una galera materiales para levantar una fortaleza en el estrecho de los Dardanelos; y hostigados de su miserable esclavitud, mataron á los que los custodiaban, y precipitando á otros en el mar, se escaparon á Italia, por el heróico valor de Diego de Mendoza, Juan Bautista Doria y Antonio Olivera. Habia además diez y seis capitanes; y otros ciento y treinta cautivos, que con tan feliz arrojo se pusieron á sí mismos en libertad; pero otros setenta que desconfiaron del buen éxito de la empresa, se arrojaron al mar, y llegaron á nado á la costa, para tolerar una perpétua servidumbre en pena de su cobardía.

Por este tiempo se hallaba en gran tristeza la córte de Alemania, habiendo fallecido el emperador don Fernando, despues de una larga enfermedad. Fue ciertamente príncipe de admirable humanidad, y de singular prudencia; y entre otras prendas muy dignas de inmortal alabanza, resplandeció en él el amor á la religion católica, y su incesante celo en conservarla. Embalsamaron su cuerpo, y despues de haberle hecho las exequias en la catedral de Viena, fue llevado á Praga con espléndida pompa, y sepultado en un magnífico túmulo. Tuvo por sucesor en el imperio á Maximiliano su hijo, que algun tiempo antes habia sido electo rey de romanos.

El dia diez y nueve de mayo pereció en Ginebra Juan Calvino, autor de la impía secta de su nombre, y de todos los males que de ella se siguieron, y le

sucedió en el magisterio Teodoro Beza, hombre no menos perverso. Cuáles eran sus costumbres, lo demuestran suficientemente los versos amatorios que dejó escritos, y era, en una palabra digno patriarca de tal secta. El mes de abril del año anterior falleció en Trento con grande opinion de santidad y sabiduría fray Pedro de Soto, del órden de Santo Domingo, acérrimo impugnador de todos los herejes. Castaldo, célebre soldado de Carlos y Fernando, despues de muchas hazañas ilustres en la guerra, murió en Milan y fue sepultado allí provisionalmente. Tambien falleció á mediados de mayo don Francisco de Navarra, arzobispo de Valencia, y fue sepultado en el sepulcro de los canónigos. Entre otras constituciones útiles, estableció un método muy arreglado y espedito para que los canónigos votasen en los capítulos. Dícese que escribió una historia de España, cuyo paradero se ignora enteramente. Su sucesor don Acisclo de Contreras, obispo de Vich, falleció en breve el año siguiente, antes de tomar posesion, y fue electo en su lugar don Martin de Ayala, trasladado de la iglesia de Segovia.

La América se hallaba quieta y tranquila, y con el beneficio de la paz se propagó y estendió en gran manera la Religion Cristiana. Es de admirar lo que se refiere de fray Agustin de Coruña del órden de San Agustin, y obispo de Popayan, que en un solo dia bautizó á tres mil catecúmenos. Por estos tiempos el reverendo padre fray Luis Beltran del órden de Santo Domingo, natural de Valencia, se ocupaba en la predicacion de la divina palabra en las provincias de Cartagena y Santa Marta, y aunque hablaba la lengua española le entendian los indios como si les predicase en su mismo idioma. Obró Dios por su intercesion muchos milagros: entre otros se refiere que habiéndole dado un veneno, hizo sobre el vaso la señal de la cruz y lo bebió sin daño alguno, y tambien resucitó algunos muertos. Finalmente, permaneció en aquellos paises por espacio de siete años con increible utilidad de las almas, y se restituyó á su patria. Don Diego de Maciscazin, gobernador de Tlascala, obtuvo un decreto del rey don Felipe para que no fuesen enajenados los indios, especialmente los de su jurisdiccion; en lo cual siguió las intenciones del emperador su padre, que les habia dado la misma palabra.

En el año mismo en que murió el virey del Perú, marqués de Cañete, conmovido este con la fama de las riquezas de la provincia del Dorado, que Pizarro habia buscado en vano en otros tiempos, mandó esplorarla de nuevo, y dió esta comision á Pedro de Ursua, noble navarro. Seguíanle trescientos hombres armados, entre los que se contaban mas de cuarenta de á caballo y ademas cien mulatos esclavos, algunos rebaños de bueyes y ovejas, y todo lo demás necesario para la espedicion. Atravesó con estas tropas muchos rios, y comenzó á caminar por regiones desiertas; pero la aspereza del capitan y la malicia de algunos soldados lo echó á perder todo; y habiendo formado una conjuracion, asesinaron á Ursua en la cama. Fue saludado capitan de aquella gente Fernando de Guzman, noble sevillano; y se dice que el autor de esta maldad fue el maestre de campo Lope de Aguirre, cuyas crueldades y delitos seria largo referir. Dispuso pues, que Guzman, que era un jóven de carácter sencillo, se llamase rey del Perú, y á los que no le obedecian les hizo quitar la vida, sin perdonar al sacerdote Oñate; pero lo que es mas que todo, mandó tambien degollar al mismo rey que se hallaba muy descuidado y seguro. Despues de esto juntó á los soldados y les hizo un discurso, ofreciéndoles que se apoderaria del reino del Perú, y se le entregaria al saqueo, con otros delirios semejantes. Oyéronle con mucho gusto, porque no se habian olvidado de sus antiguas rapiñas, y se encaminaron al grande rio de Orellana por incultos desiertos, padeciendo hambre y fatigas inmensas, y finalmente, arribaron á la isla de la Margarita, habiendo perecido cincuenta hombres en tan calamitosa peregrinacion. Fueron degollados cruelmente treinta y seis nobles y otros soldados, porque no podian tolerar la insolente y cruel dominacion de Aguirre. No paró aquí su detestable barbárie; pues quebrantando los derechos de la hospitalidad, mató á Juan de Villandrando, gobernador de la isla, á algunos de sus habitantes, á dos religiosos de Santo Domingo, y á dos mujeres. Robó el dinero público y los bienes de los particulares, y dió tantos ejemplos de inhumanidad, que muchos soldados le desampararon, escapándose por donde pudieron. Su demencia llegó á tal estremo, que en el mes de setiembre de mil quinientos sesenta y tres, escribió una carta al rey don Felipe en la que entre otras cosas, confesaba su rebelion, y le amenazaba que le quitaria á fuerza de armas el reino del Perú: cuya carta asegura Herrera haberla visto. Este hombre tan arrogante era de pequeña estatura y del todo despreciable. Habiendo pues pasado Aguirre al continente para dirigirse al nuevo reino de Granada y entrar desde allí en el Perú, le salió al encuentro con un escuadron de gente armada el gobernador de la provincia de Venezuela don Pablo Collado, el cual por medio de García de Paredes que le acompañaba, ofreció el perdon á los soldados de Aguirre que le abandonasen, y con efecto, lo hicieron por el grande odio que tenian á una fiera tan abominable. Entretanto, agitado por los remordimientos de su propia conciencia, bramaba y rugia como un leon, y enviando al diablo á los pocos que le habian quedado, degolló por su misma mano, con crueldad mas que bárbara, á una hija única que tenia compañera de su peregrinacion, para que si le faltaba su padre, no viviese espuesta á los agravios y injurias que él merecia. Finalmente fue preso con algunos de sus compañeros, y despojado de las armas, cayó muerto de las muchas heridas que habia recibido. Despues de esto fueron castigados en varias partes los mas culpados, de los cuales padecieron ocho el último suplicio.

Gobernaba la India con gran rectitud y prudencia el virey Constantino de Berganza, cuyo celo por la propagacion de la Religion Cristiana no perdonaba gasto ni trabajo alguno en tan santa obra. Mientras se ocupaba en estos cuidados, tuvo noticia de que los indios neófitos esparcidos por el cabo de Comorin, que los portugueses habian recibido bajo de su proteccion, eran molestados por los badagas sus confinantes, y por el régulo de Janapatan. Aquella parte de la costa que se estiende hácia el Mediodia por espacio de doscientas millas, se llama de la Pesqueria, á causa de que sus habitantes viven principalmente de la pesca de las perlas, y son muy pacíficos y pusilánimes. Contra estos pues, saciaban los comarcanos su odio con obras y palabras, y el régulo procuraba retraerlos del Cristianismo con el terror y los castigos, sin respeto alguno á los portugueses. No pudiendo tolerar esto el piadoso virey, se puso en marcha con una armada bien equipada, para socorrer á aquellos miserables tan beneméritos del Cristianismo. El bárbaro régulo que no tenia fuerzas suficientes para resistir la tempestad que le amenazaba, ni queria abandonar sus malos designios, á la llegada de la armada se puso inmediatamente en fuga, refugiándose en los montes y bosques. Desembarcó sus tropas Constantino, y hallando desierta la ciudad, se hizo dueño de ella; pero aquel clima fue tan contrario á los portugueses, que murieron y enfermaron muchos de ellos. Sentia esto en estremo el virey; pues para socorrer á los suyos se veia obligado á retirarse, y dejar á los neófitos espuestos á

las injurias de los bárbaros. Pero mientras discurria el medio de acudir á uno y otro mal, le pidió el régulo la paz y el perdon, prometiéndole que ejecutaria todo cuanto le mandase, y en prenda de su palabra le envió á su hijo mayor. Obligado el virey de la necesidad, le concedió la paz, bajo la condicion de que pagase el tributo acostumbrado al rey de Portugal, y que no hiciese injuria alguna á sus súbditos, que voluntariamente quisiesen abrazar el Cristianismo. Finalmente para que no quedase sin castigo si faltaba á su palabra, le quitó la isla de Manar, separada de tierra firme por un rio; y observando que tenia un cielo mas saludable, levantó una fortaleza, que dominaba al estrecho, y la fortificó con una guarnicion y todo género de provisiones, dejando tambien diez navíos, para que como otras tantas cadenas contuviesen al Bárbaro en su deber, de grado ó por fuerza. De esta suerte, habiendo restituido la libertad á aquellos naturales, se propagó y estendió admirablemente el Cristianismo en toda la costa; y concluida esta espedicion tan felizmente, regresó á Goa con próspero viaje. Tuvo varios combates con Hidalcan y los confinantes; en los que con sus heróicas hazañas y victorias adquirió nuevo lustre el nombre portugués. Constantino mereció tanta fama con su admirable conducta en la posteridad, que á los vireyes que pasaban á la India, se les proponia como el único ejemplar que debian imitar, segun lo afirma Mafei. Dejó en Goa un insigne monumento de su piedad, en el magnífico templo que edificó al apóstol Santo Tomás, donde se trasladaron sus sagradas reliquias. Finalmente regresó á Portugal con una navegacion muy próspera y alegre, del mismo modo que la tuvo cuando pasó á la India, para que en todas sus cosas fuese feliz y venturoso.

CAPITULO V.

Conferencia en Bayona del rey de Francia y la reina Catalina, con su hija la reina de España, y medios que acordaron para destruir á los hugonotes. Movimiento de Flandes. Sitio de Malta por la armada turca, y sucesos de esta guerra.

Aunque al parecer se hallaban en Francia apaciguadas las discordias con el anterior convenio, sin embargo no habia esperanzas de conseguir una verdadera tranquilidad, siendo tanta la multitud de los que estaban imbuidos en perversas opiniones; y al paso que recíprocamente se temian unos á otros, ocultaban todos sus designios con la máscara del disimulo, por lo cual, los mas prudentes juzgaban que esta calma duraria poco tiempo. La reina con el pretesto de arreglar las cosas públicas, determinó visitar el reino, llevando consigo al rey su hijo para ganarle el afecto de los pueblos; pero su verdadero objeto era fortificarse con el apoyo de los príncipes católicos confinantes, contra los males que amenazaban. De esta suerte, habiendo pasado de una á otra provincia, tuvo en las fronteras una secreta conferencia con el Saboyano sobre los medios de reprimir á los hugonotes, para cuyo fin le ofreció aquel príncipe sus auxilios. En Aviñon habló tambien con los ministros del pontífice, descubriéndoles sus intenciones, y les dijo que habia tratado con blandura á los hugonotes, para adormecer sus ánimos, entretanto que disponia los remedios oportunos, para lo que tenia pensado ejecutar; y que luego que quebrantase sus fuerzas, procuraria que los decretos del concilio fuesen recibidos por toda la Francia. Pero que en el interin convenia llevar adelante este negocio, mas con el arte que con la fuerza. Desde allí pasó á Bayona, para visitar á su hija doña Isabel, reina de España, manifestando que este solo era el objeto de su viaje, y como si en su interior no tuviese otro cuidado alguno. La reina se apresuró á venir á aquella ciudad con grande acompañamiento de grandes del reino, entre los que se distinguian el duque de Alba, el del Infantado, el de Osuna, el conde de Benavente, el cardenal de Burgos y otros; y se dieron mutuamente muchas señales de amor y benevolencia. El duque de Alba presentó al rey el toison de oro, engastado en piedras preciosas, que le enviaba el rey don Felipe en prueba de su cariño. Hubo juegos y espectáculo de diversos géneros, y entretanto que se divertian en ellos, comenzaron á tratar de los negocios del estado. Los dos reyes se unieron con mas estrecha amistad, conspirando ambos en la ruina de la herejía; pero disentian en los medios de llevarla á efecto. El duque de Alba, como tan celoso de la mas severa disciplina, propuso que se debian cortar las principales cabezas de aquella gente, persiguiéndolos á fuego y sangre, y que á un mal tan arraigado convenia aplicar los mas fuertes remedios. La reina Catalina pensaba de distinto modo, ó por natural timidez, ó por el conocimiento que tenia del carácter de la nacion, ó finalmente porque estaba demasiado confiada en sus manejos, en los cuales esperaba concluir felizmente esta empresa sin derramar sangre alguna á lo cual parecia muy opuesta. Despues de muchas conferencias y discursos de una parte y otra, convinieron al fin en que los reyes se prestasen mútuos auxilios para restablecer la antigua religion, destruir la herejía, y mantener á los súbditos, en su deber por los medios que á cada uno le pareciesen mas oportunos. Esto último interesaba mucho á ambos príncipes; pues al mismo tiempo que la Francia se hallaba agitada miserablemente con estos males intestinos, comenzaba á encenderse en Flandes otro igual incendio, siendo los autores de la sublevacion el príncipe de Orange y los condes de Egmont y Horn.

El cardenal de Granvela habia pasado á la Borgoña de órden del rey por causa de ciertos negocios propios, con mucha alegria de los envidiosos, que no dejaban piedra por mover para arrojarlo de Flandes. Además rehusaban admitir los edictos severos publicados contra la herejía, los nuevos obispos y los decretos del concilio tridentino, que eran los tres baluartes de la religion católica, los cuales una vez destruidos, quedaba espuesta á una total ruina. Para solicitar la derogacion de estas tres cosas, vino en posta á España el conde de Egmont, á quien el rey don Felipe, despues de haberle manifestado su buena voluntad y amor á los flamencos, respondió: «que no les podia otra cosa que la observancia de la »religion católica, y el obsequio que á él era debi»do.» Esto mismo les repitió en una carta concebida en términos muy graves, y sirvió de pretesto á la conjuracion que se siguió, y de la que se originó un diluvio de calamidades. La reina Catalina, despues de concluido el convenio con el rey don Felipe, y habiéndose despedido de su hija dentro de los confines de España, se volvió á Bayona, y marchó luego á Paris con el rey su hijo.

A la entrada de la primavera de este año de 1565, se hizo á la vela desde Constantinopla la armada otomana, tan formidable á la cristiandad. Componíase de doscientos navíos de todas clases, en los que sin contar la restante multitud, iban embarcados cincomil y cuarenta soldados. Las tropas marítimas las mandaba Piali, natural de Hungría, y las de tierra Mustafá, primo hermano de Soliman, hombre de mucha edad, y ambos generales eran de la primera grandeza. A estos, pues, les encargó Soliman que quitasen á los caballeros de Malta la isla de su domicilio y la agregasen á su imperio. Escitaron la ira del Bárbaro los muchos daños que los malteses habian hecho en los mares de Turquía, y las exhortaciones del mufti ó cabeza de la secta mahometana, el cual predicaba que no se aplicaria la cólera de Dios,

si no se tomaba venganza de las injurias hechas por los malteses á los musulmanes. Todo esto lo sabia el gran maestre por medio de las espias que mantenia en Constantinopla; por lo cual suplicó al pontífice y al rey don Felipe, que le ayudasen con socorros oportunos en aquella ocasion, en que se hallaba en peligro por la causa comun del Cristianismo. El papa le auxilió con todo lo que pudo; y el rey mandó á don García que no omitiese diligencia alguna para conservar una isla que era el baluarte de la Italia. Está situada Malta en el mar de Africa, distante de la tierra firme ciento y noventa millas, y sesenta del promontorio de Paquino en Sicilia, y solo tiene ciento de circunferencia. Su terreno es muy fértil, y en sus costas hay muchos puertos. La isla de Gozo separada de esta por un pequeño estrecho, tiene de circuito treinta millas, y la defiende una fortaleza muy guarnecida.

Entretanto el gran maestre juntaba tropas, víveres, armas y todo lo demás necesario para la guerra, sin perdonar cuidado ni fatiga alguna. Otro tanto hacia don García para juntar y disponer la armada, y inmediatamente navegó á Malta, reconoció sus fortificaciones, y previno al gran maestre que añadiese otras obras en ciertos parajes, las que en breve se ejecutaron con suma actividad. Despues de asegurarle con la esperanza de sus socorros, pasó don García á la Goleta y la proveyó de todo y aumentó su guarnicion con cuatro compañías de veteranos para evitar cualquiera sorpresa del Bárbaro, pues amenazando á una parte, podia acometer á otra. Tenia el gran maestre bajo de sus banderas ocho mil y quinientos soldados de diversas naciones, entre los cuales se hallaban cuatrocientos españoles, enviados poco tiempo antes de Sicilia, endurecidos en muchas guerras; y habian acudido tambien quinientos y cuarenta cruzados, que componian un escuadron de gran fuerza. Procuró que fuese trasportada á Sicilia toda la multitud inútil para la guerra; y á los demás habitantes los encerró en lugares fortificados, y mandó á Juaneton Torrella, noble mallorquin, que defendiese á Gozo con una guarnicion de ochenta hombres armados. Mientras se hacian estos preparativos, arribó la armada otomana el dia veinte y uno de mayo, y desembarcó su ejército en un paraje remoto de la ciudad, donde hubo algunos combates favorables á los nuestros. Comenzó la multitud de los enemigos á levantar trincheras de órden de Mustafá, que ignoraba todavía el valor de los sitiados, no sin disgusto de Piali, general esperimentado, que tenia grandes pruebas de lo mucho que podian con las armas en la mano, y desconfiaba del buen éxito de la empresa, declarando que habia sido enviado á morir, y no á pelear.

La primera tempestad cayó sobre la fortaleza de San Telmo, situada entre ambos puertos, en un promontorio que se estiende en el mar en forma de una lengua, y era su gobernador Luis Broila, saboyano, hombre de ilustre nacimiento. Por la parte del mar no podia recibir daño alguno, pues el capitan Francisco Zanoguera habia cerrado la entrada del puerto con una cadena de hierro, para alejar á la armada enemiga; pero por la parte de tierra batian sus muros con muchos y grandes cañones, que arrojaban balas de ochenta libras de peso, y algunas de ciento y sesenta. A este mismo tiempo llegó Dragut con mil y quinientos soldados en quince galeras. Habia mandado Soliman que dirigiese la empresa, y aunque no aprobaba el proyecto de batir los muros, continuó sin embargo lo comenzado, y aun añadió una nueva batería de cañones contra el otro estremo del puerto donde se hallaba la iglesia de Santa María, con lo cual en breve tiempo arruinó gran parte de las fortificaciones. Hecho esto, y habiendo atravesado los bárbaros el foso por un puente construido de mástiles de navíos, dieron el asalto, y de una parte y otra pelearon atrozmente con gran pérdida de los que acometian. Arrojados de allí á viva fuerza, volvieron otra vez á batir con la artillería renovando el ímpetu con tanta obstinacion, que apenas quedaba esperanza alguna de mantener la fortaleza. No por esto se desanimó Juan de Miranda, que mandaba á los españoles, pues distribuyendo entre sus soldados el dinero que habia recibido del obispo don Domingo Cubel, natural de Aragon, y mucha cantidad de víveres, infundió en ellos nuevo espíritu para la pelea. El gran maestre retiró á Broila oprimido ya de su mucha edad y achaques, y puso en su lugar á don Melchor Monserrat, noble valenciano, hombre insigne en valor y piedad, y mandó á los soldados que peleasen sin dar



El príncipe don Carlos.

cuartel á ninguno. Siguióse de aquí tanta mutacion en los ánimos, y pelearon con tan estraordinario ardor, que parecia estar cansados de vivir. Fueron muy dignos de admiracion los ejemplos que dieron de valor y constancia. Trabajaban para fortificarse, y combatian de dia y de noche, porque la multitud de los bárbaros no les dejaba respirar un momento. Ocupábase de noche el gran maestre en introducir en barcas nuevas tropas de refresco y municiones de guerra, en sacar á los heridos y en socorrerlos con todo género de auxilios. Observaron esto los bárbaros, y poniendo centinelas contínuas por todas partes, impidieron que ni aun á nado pudiera pasar persona alguna. Entretanto, y estando Dragut un dia señalando el sitio donde habian de colocarse una bate-

ría, vino una bala (no convienen los autores de qué parte fue disparada), y habiendo dado contra la trinchera, arrancó de ella una piedra que le hirió en una sien, y le derribó á tierra sin sentido. Lleváronle los suyos á su tienda, y habiendo perdido el habla, espiró dentro de pocos dias. Despues de una infinita multitud de balas disparadas de todas partes, dieron los bárbaros el asalto con todas sus fuerzas. Monserrat cayó de frente peleando; Eguiara, noble aragonés, que le sucedió, y Miranda, fueron heridos, pero no se retiraron de la pelea hasta haber rechazado al enemigo, y duró el combate por espacio de seis horas enteras.

El dia siguiente al amanecer volvieron los enemigos con horrible gritería, y acometieron la fortaleza; y llevado Miranda en manos de sus soldados y puesto en una silla, peleó con su lanza hasta el último aliento. Los enemigos fueron derrotados con grande estrago; pero despues de haber tomado algun descanso, volvieron á pelear con increible pertinacia, estando resueltos á vencer ó morir. Eguiara, sin detenerle su herida ni sus muchos años, fue el primero que hizo frente á los que acometian, armado con una hacha de dos filos, y combatió largo tiempo sin cuidado alguno de su vida, hasta que oprimido por la multitud de los enemigos, pereció con una gloriosa muerte. No se portó con menos intrepidez Pedro Massio, uno de los principales cruzados, de nacion francés, el cual con una grande espada que manejaba á diestra y siniestra, mató á muchos enemigos, y él mismo perdió la vida. De este modo fueron muriendo en los combates otros muchos hombres valerosos, y al cabo de un mes de una cruelísima espugnacion, fue tomada la fortaleza con inesplicable dolor del gran maestre, que tenia en ella puesta la esperanza de sostenerse hasta la venida de don García. Ensangrentáronse inhumanamente los bárbaros en los enfermos y heridos, pero les costó la victoria seis mil de los mas intrépidos. De los nuestros fueron muertos mil y novecientos, y ciento y diez nobles cruzados de diversas naciones, cuya memoria será elogiada en todos los siglos.

La otra fortaleza llamada de San Miguel, la defendia Garceran Ros, catalan, hombre de valor y prudencia. Hállase situada esta fortaleza en un escollo que domina á la embocadura del puerto principal. Inmediatamente la acometieron los bárbaros con parte de su artillería, y con el resto batieron la ciudad causando mucho estrago en sus murallas. Mientras tanto llegó Juan de Córdoba, enviado por don García con cuatro galeras, en que conducia setecientos soldados veteranos, mandados por el maestre de campo don Melchor Robledo, caballero del órden de Santiago, entre los cuales venian cuarenta cruzados, y algunos nobles españoles voluntarios y artilleros. Habiendo desembarcado en la parte opuesta á los reales, se encaminaron á la ciudad por una peligrosísima costa, y llegaron felizmente sin ser sentidos de los enemigos, lo que fue una especie de prodigio hallándose tan cercanos. Encargóse á estos la defensa de los parajes mas próximos al peligro; lo que en la guerra se mira como el mayor premio del valor. A este tiempo arribó el argelino Assan con veinte y ocho galeotas, y un fuerte escuadron de piratas, y los bárbaros con su acostumbrada gritería acometieron por mar y tierra por diversos parajes. Por la parte que defendia Francisco Zanoguera, fue el combate cruel y sangriento, y peleando él mismo acérrimamente entre los primeros, fue hecho pedazos con una bala. Igual desgracia acaeció á don Fadrique de Toledo, hijo de don García, jóven de grande esperanza, á Santiago Zanoguera y Francisco Ruiz. Tambien fue viva la pelea en el puesto donde estaba Robledo; y rechazados por su esfuerzo los enemigos con pérdida, acometieron al puesto mas cercano, donde cayó muerto Simon Melo, portugués, y otros españoles. Despues de pelear seis horas con el mayor encarnizamiento, disparando infinita multitud de tiros y fuegos, alucinadas las legiones enemigas con el miedo y el terror, echaron á huir precipitadamente, habiendo recibido mucho daño. En esta pelea murieron cuarenta y dos cruzados y doscientos soldados, y fueron tomadas en diversos parajes las banderas de los enemigos, las cuales se colgaron en el templo, y se dieron gracias á Dios solemnemente por la victoria. Seria cosa muy prolija referir por menor todos los sucesos de esta guerra: el enemigo repitió muchas veces el asalto con todas sus fuerzas, pero fue rechazado y derrotado por los nuestros: su artillería nunca estaba ociosa; y del mismo modo se les correspondia, molestándole tambien en su campo con frecuentes salidas. En una de estas murió peleando valerosamente Enrique de la Valeta; y noticioso su tio el gran maestre, dijo á los que estaban presentes, que en ningun otro lugar podia perder la vida con mas gloria de su hermano.



Don Luis de Requesens.

Entretanto no cesaban los bárbaros de abrir minas, y los nuestros les interceptaban sus trabajos con las contraminas, pues por medio de los desertores de una y otra parte se sabia todo cuanto pasaba, así dentro de los muros, como de los reales. Fue tanta la crueldad del asedio, que alguna vez duró la pelea por espacio de doce horas. Peleábase de dia y de noche, y en un solo dia hubo siete combates con gran mortandad; por lo cual se amedrentaron de tal manera los turcos con el estrago de los suyos, que apenas podian sus capitanes á fuerza de golpes obligarlos á acometer por la brecha del muro. Habia perecido Robledo de un balazo, y el gran maestre procuró dar á su cuerpo la mas honrosa sepultura: tambien murió Fernando su sobrino en la flor de su

edad. Aunque las cosas habian llegado al mas peligroso estremo, acudia el gran maestre á todas partes con alegre semblante, exhortando á todos con la voz y el ejemplo á pelear fuertemente. Enviaba socorro á los necesitados; visitaba armado, y hacia la ronda á los centinelas, y con grande ánimo dirigia sus cuidados á todas partes. Enviaba á don García contínuos mensajeros con cartas, en que le daba noticia del estado en que se hallaban las cosas á fin de que se apresurase á venir con el socorro. Para esto fue muy útil Pedro Mezquita, portugués, hombre activó y valeroso, que era gobernador de la antigua ciudad llamada Medina, distante ocho millas tierra adentro, y Torrella que, como ya digimos, mandaba en Gozo, con cuya industria iban y venian los correos, y se burlaban fácilmente de las centinelas enemigas. Instado pues don García de las contínuas súplicas del gran maestre, pasó á Malta, llevando en sus galeras ocho mil y quinientos soldados, y los desembarcó en un lugar distante del campo enemigo, siendo sus generales don Alvaro de Sande y Ascanio de la Corne, que estaba preso en el castillo de San Angel, y á peticion de don García le puso el papa en libertad. Inmediatamente regresó á Sicilia para trasportar en otro viaje el resto del ejército.

CAPITULO VI.

Prosigue la guerra de los turcos en la isla de Malta, y son derrotados. Intentan los moros apoderarse del castillo de Melilla. Muerte del papa Pio Cuarto y eleccion de Pio Quinto. Tumultos de Flandes suscitados por los herejes.

Seria obra muy larga formar un catálogo de todos los que se ocuparon en tan piadosa guerra. Acudieron á ella muchos italianos y españoles de la principal grandeza, á los que seguia un fuerte escuadron de nobles y veteranos retirados. Vinieron tambien franceses y borgoñones: muchos voluntarios y cruzados de diversas naciones, y treinta y tres caballeros de la órden nuevamente instituida con la advocacion de San Esteban. Desembarcáronse con el ejército víveres para cuarenta dias; y habiéndose puesto en marcha á Medina, estableció su campo cerca de esta ciudad. Luego que llegó á los enemigos la noticia de su venida, comenzaron á toda prisa de dia y de noche á recojer sus bagajes y conducirlos á sus navíos con gran alegría y regocijo de los sitiados; y aunque deseaban estos perseguir á los que manifestaban tanto miedo, lo prohibió el gran maestre con prudente y saludable consejo, receloso de caer en alguna emboscada. Entretanto Mustafá marchó contra los nuestros con doce mil hombres, que eran los únicos que le habian quedado, mas con intento de esplorar que de pelear, pues conocia la cobardía de los suyos. No obstante hubo algunas escaramuzas; y algunos pocos de los nuestros rechazaron de sus puestos á los bárbaros, y Mustafá para animarlos, poniéndose á igual peligro, se apeó del caballo y le dejarretó con su alfanje. Mas no por eso pudo detener la fuga de su ejército, y faltó muy poco para que él mismo no fuese hecho prisionero. Habia introducido Piali la armada en la ensenada de San Pablo para recibir las tropas, y era tanta la confusion y atropellamiento con que se embarcaron, que muchos de ellos perecieron ahogados en el mar, y otros fueron muertos por los nuestros, que deseosos de herir se entraban en el agua. Desde allí navegó la armada otomana hácia el Oriente, y Assan al Occidente; y todos con mucha pérdida y ignominia. Hallándose don García próximo á conducir las demás tropas, avistó la armada enemiga desde una alta torre de la catedral de Siracusa, desembarcó los soldados y los despidió, y navegó á Malta á recoger el ejército. Recibióle el gran maestre con admirable regocijo y le dió gracias con las mas espresivas palabras. Embarcó al punto don García sus tropas, y determinó seguir al enemigo fugitivo, por si se le presentaba ocasion de molestarle. Pero temorosos de esto los turcos, navegaban muy unidos para evitar que las naves separadas unas de otras, no fuesen espuestas á una invasion. Viendo pues don García frustrados sus deseos, se restituyó á Sicilia, y envió las tropas á los presidios. Todo esto sucedió en el espacio de cuatro meses. De los enemigos se asegura que con el hierro, el fuego y las enfermedades perecieron mas de treinta mil. Murieron tres mil de nuestros soldados y seis mil de la multitud que defendia la ciudad: ciento treinta y un cruzados y quinientos esclavos que se sacaron de las galeras para las fortificaciones, además de la guarnicion de la fortaleza de San Telmo, que fue pasada á cuchillo. Un cañon de estraordinaria magnitud que no pudo ser conducido á las naves por haberse roto la cureña, se conserva junto á la puerta de la ciudad para perpétua memoria.

Libres ya don García y el gran maestre de tan grandes cuidados, envió el primero á don Alvaro de Bazan al Andalucía con las galeras españolas, y restituyó las suyas al Saboyano, al Florentino y al pontífice. Aunque para esta guerra tuvo mas de cien galeras y sesenta navíos, procuró únicamente hacer levantar el sitio y no pelear en campo abierto, pues si perdia la victoria quedaria desnuda la Italia de las guarniciones de mar y tierra, y espuesta á las invasiones de los otomanos con grave daño del orbe cristiano. El gran maestre envió embajadores al pontífice y al rey don Felipe para que en su nombre y en el de aquella nobilísima órden les diesen las gracias. Despues de esto comenzó á igualar las ruinas y reparar las murallas y fortificaciones destruidas por tantas partes, y proveyó por todos los medios posibles á la seguridad de la isla, estimulado de la voz que corria de que el año siguiente volveria el Turco á vengar su ignominia: y en toda la cristiandad se dieron á Dios solemnes gracias por el feliz éxito de esta empresa.

Mientras se hallaba en su mayor fuerza el sitio de Malta, intentaron los moros apoderarse por encantos de Melilla, fortaleza muy respetable, situada en las costas de África. El autor y móvil de este hecho fue el Morabito Ademahamet Bualat, que se jactaba de ser inspirado por Dios, y predicaba á los suyos que nada tenian que temer de los cristianos, pues con sus oraciones les impediria que hiciesen daño. Como los moros son tan inclinados á semejantes delirios, dieron crédito al impostor, y le siguieron diez mil hombres desarmados, sin sospechar el menor fraude; pero tuvo noticia del intento don Pedro Venegas, gobernador del presidio, hombre astuto y diligente. Este, pues, habiendo dispuesto todas las cosas conforme á la disciplina militar, luego que se presentó á la vista aquella necia multitud, fingió que no tenia fuerzas, y mandó tapar las bocas de los cañones y que disparasen pólvora los soldados que estaban repartidos por el muro, aparentando en todo mucha flojedad. Viendo esto desde lejos los bárbaros y animados con los discursos de Bualat, se acercaron con mucha intrepidez á la fortaleza, y de repente dió el gobernador la seña para hacer contra ellos una general descarga. Bualat perdió un brazo que le atravesó una bala, y cayendo unos sobre otros, se dispersaron y pusieron en fuga. Despues de esto vinieron algunos judíos á comerciar, y fingiendo Venegas el peligro en que habia estado de perder la fortaleza, les refirió por menor todo el suceso, y que habiéndose abierto las puertas por una fuerza oculta se quedaron los soldados atónitos con los encantos de los moros, como si hubieran visto la cabeza de Medusa. Finalmente que habia vuelto los ojos á Dios, y recobrando los ánimos derrotaron á los moros; y

todo esto lo dijo con mucha seriedad, y con semblante muy grave. Los judíos lo refirieron inmediatamente á los moros y entretanto no cesaba Bualat de reprender la cobardía de los suyos, y su poca fe en Mahoma, y los exhortó á que le siguiesen con mayor confianza que antes, que no serian vanos sus esfuerzos. Añadióse á esto la fábula de los judíos que confirmó mucho sus ánimos; y así pues se dispusieron con sus acostumbradas espiaciones, determinaron castigos, concibieron lisonjeros deseos, y llenos de buenas esperanzas se pusieron otra vez en camino. Noticioso de ello el gobernador, fingió como antes miedo, y alzando las puertas de la empalizada del foso, dejó entrar en él á los moros; pero bajando de improviso las puertas, hizo disparar la artillería contra los que se hallaban apiñados y encerrados, y fue mucho mayor el estrago que la vez primera. Por otra parte la caballería acometió al resto de la multitud, y la destrozó impunemente hasta que el gobernador mandó tocar la retirada. Cuatrocientos que quedaron cautivos fueron destinados al remo, y de esta suerte con la segunda derrota dejaron de ser necios.

En la isla de Córcega lo revolvia todo Sampetro, contra el cual envió don García parte de la armada de órden del rey don Felipe, porque los genoveses no se atrevian á pelear con él en campo abierto; y con este socorro se reprimió la audacia de los rebeldes, y se les arrasó su territorio. En este año fue trasladado de Francia á España con solemne pompa el cuerpo de San Eugenio, primer arzobispo de Toledo, y colocado en su catedral; y porque Mariana refirió por menor esta traslacion en su historia, no hay necesidad de repetirla aquí. Falleció don Luis de Beaumont, conde de Lerin, condestable de Navarra, sin dejar ningun varon, y Brianda su hija mayor y heredera de sus estados casó con don Diego de Toledo, hijo menor del duque de Alba. De este modo se estinguió el nombre de aquella esclarecida familia, que descendiendo de los reyes de Navarra, les fue odiosa por largo tiempo.

A fines del año el César Maximiliano envió á Italia con ilustre y espléndida comitiva á sus dos hermanas Juana y Bárbara, que tenia prometidas en casamiento á los duques de Florencia y Ferrara, y en Trento las obsequió el cardenal con ricos presentes. En medio de los regocijos de estas bodas, fue acometido el papa de una calentura que á los ocho dias le quitó la vida. Su cuerpo fue sepultado en el Vaticano, en un sepulcro erigido para él. Trajo á Roma á sus parientes, y los colmó de riquezas; pero no los admitió al gobierno ni á los grandes empleos, escarmentado con los errores de su antecesor. Levantó muchos y escelentes edificios. Rodeó de murallas la ciudad de Borgo. Mandó construir el camino y la puerta llamada Pia en memoria de su nombre; y hizo otras muchas obras en Roma y otras partes, escitado de la pasion que tenia á edificar. La silla de San Pedro estuvo poco tiempo vacante, pues el dia siete de enero del año siguiente de 1566 fue declarado sumo pontífice Miguel Gislerio, cardenal alejandrino, religioso dominico, natural de Lombardía, de una pobre familia, y varon de costumbres santísimas. Rehusó cuanto pudo la suprema dignidad de la iglesia; pero vencido al fin por los ruegos de sus amigos, y mas por la razon que por el honor, la aceptó por el bien público. En su coronacion se llamó Pio, y fue el Quinto de este nombre. Como tan celoso y amante de la probidad y de la modestia, ordenó y reformó su familia, alejando la vanidad y el fausto, tan ajeno de su sacrosanta persona y ministerio, que debe ser respetada mas por la santidad, que por la régia opulencia. Siguieron su ejemplo los cardenales; y siendo acérrimo observador de lo justo y de lo recto, castigó severamente los delitos; pero procuró aliviar al pueblo de los tributos que le oprimian.

El rey don Felipe noticioso de que en Constantinopla se disponia una nueva armada, hizo reclutar tropas en Alemania, y las envió á Nápoles y á la Goleta para aumentar con ella sus guarniciones. Además de otros auxilios que concedió al gran maestre de Malta, mandó pasar á esta isla tres mil peones de Sicilia para trabajar en la fortaleza que aquel levantaba, y por su nombre se llamó la Valeta, á fin de rechazar á los turcos si volvian, enviándole para el mismo efecto una considerable suma de dinero; y tambien le socorrieron con otra el pontífice y el rey de Portugal. Pareció lugar muy oportuno para edificar la nueva ciudad aquel donde dijimos se hallaba situada la fortaleza de San Telmo, á saber, el promontorio que se estiende en el mar entre uno y otro puerto. Aconteció entonces una cosa admirable; pues abriendo sus cimientos salió de una peña viva una fuente muy abundante, con grande admiracion y alegría increible de todos. Pero mientras el gran maestre se ocupaba en adelantar la obra, cayó enfermo, y no hubo remedios algunos que pudiesen contener la fuerza del mal. Finalmente habiendo recibido los sacramentos con mucha piedad, rindió á Dios el espíritu á los sesenta y ocho años de su edad, dejando inmortal fama este hombre, no menos esclarecido por su nacimiento que por sus hazañas. Fue electo en su lugar Pedro del Monte, natural de Florencia, que procuró con grande ánimo concluir la obra comenzada, sin aterrarle el trabajo ni el gasto.

Por estos tiempos se hallaba afligido Milan con tantos asesinos y ladrones, que ninguna persona tenia segura su vida ni sus bienes; y para refrenar su audacia el gobernador de la provincia don Gabriel de la Cueva determinó perseguirlos con la mayor actividad y diligencia; y habiéndolos sacado de sus guaridas y escondrijos, los castigó severamente, y de este modo restituyó la quietud y seguridad pública. La Pulla fue molestada con las hostilidades de los turcos, corriendo Piali sus costas con una armada de ochenta galeras, despues que se apoderó de la isla de Chio en el archipiélago, famosa en otros tiempos por la suavidad de sus vinos; y hizo un infinito número de cautivos. Consiguió don García arrojar al enemigo de las costas de Nápoles y Sicilia y desde Mecina navegó al golfo Adriático con una armada de ochenta y cinco galeras. Pero no presentándosele ocasion de tomar venganza de los turcos, porque se apresuraron á retornar á la Grecia, se restituyó al puerto sin haber hecho cosa alguna memorable. Entretanto rompió la paz Soliman, y marchó en persona con un poderoso ejército contra Zigeto, ciudad de Hungría; y acometido en su campo de una diarrea, pereció el dia cinco de setiembre. Estuvo oculta su muerte por el cuidado del visir Mahomet, que habiendo sacado fuera de la tienda al médico que le habia asistido, le mandó ahorcar inmediatamente, á fin de que no lo divulgase en el ejército; y al punto envió correos á Selim, hijo del difunto, para que se apresurase á ocupar el solio vacante, y procurase mantener á los pueblos en su deber, en caso que la muerte de su padre suscitase alguna inquietud. Continuaban en el campo las fatigas militares como si nada hubiese acaecido, y pelearon muchas veces en la brecha del muro: y finalmente fue tomada la ciudad, y incendiada cuasi toda ella, con muerte de su guarnicion.

Las cosas de Flandes, una vez conmovidas, no podian restituirse á la tranquilidad, sin embargo de haber sido removido del gobierno y llamado á España el cardenal de Granvela; pues aunque se quitó á los flamencos la causa de sus quejas, permanecia en ellos el deseo de trastornarlo todo. Crecia el mal cada dia mas y mas con la audacia de los pueblos y la connivencia de los grandes; y hallándose doña Margarita consternada y sin fuerzas para resistir á tan formidable tempestad, pensaba en retirarse de allí á lugar

mas seguro, cuando uno de los grandes de conocida fidelidad al rey (que segun se asegura, fue Barlemont) la exhortó á que recobrase al ánimo, diciendo en presencia de la multitud que se habia juntado en la plaza, que no temiese á unos hombres mendigos y despreciables embusteros; lo cual espresó con la palabra flamenca *Gueus*, que tomada por los conjurados de buen agüero, quisieron de allí adelante ser llamados gueusios. La conjuracion tuvo principio á fines del año anterior por seis nobles jóvenes, que habian aprendido fuera de Flandes errores de Calvino; y se creyó entonces que fue cabeza de ellos Felipe Marnisio, llamado de Santa Aldegunda, por un señorío que poseia de este nombre. Estos, pues, procuraron esparcir por las ciudades la fórmula de la conjuracion suscrita por algunos pocos; y á la verdad, fue esto un rayo terrible, disparado contra la antigua religion, cuyo incendio no pudo estinguirse con una guerra de cuarenta años, que inundó de sangre los campos flamencos. Entretanto fue conducida á Flandes por Pedro Ernesto, conde de Mansfeld, la infanta doña María de Portugal, hija de Eduardo, y nieta del rey don Manuel, y contrajo matrimonio con Alejandro Farnesio, que antes habia regresado de España, acompañado del conde de Egmont, celebrando todas estas bodas con banquetes, bailes, y todo género de regocijos. Es de admirar cuanto se promovia el negocio de la conjuracion, que con tanto ardor fomentaban aquellos hombres perversos, especialmente en sus particulares convites y borracheras, como si deliberasen sobre una cosa de ninguna importancia, segun la costumbre de esta nacion, que entre la alegría del vino suele tratar de los negocios públicos y deméstícos, y no es necesario referir el desprecio con que hablaban de la religion católica y del príncipe Farnesio. Juntábanse con mucha frecuencia en la casa del conde de Culembur, y allí se agitaban los proyectos contrarios á la religion y la autoridad real; y los que despues cayeron sobre las cabezas de sus mismos autores, alcanzando tambien la pena á la misma casa. Octavio, padre de Alejandro, que habia concurrido á las bodas, despues de pasada la alegría de ellas, se volvió á Italia con su hijo y la nueva esposa. La gobernadora doña Margarita, á instancia de los flamencos, envió al rey don Felipe al conde de Berghes y al señor de Montigni, con una representacion que habia compuesto Enrique Brederodio á nombre de los conjurados, en que solicitaban se aboliese la Inquisicion, con otras peticiones no menos absurdas, deseosa de disipar el tobellino de la sedicion, que estaba próxima á un rompimiento. Habian dado palabra de que permanecerian tranquilos hasta que el rey determinase sobre estos puntos, lo que de ningun modo cumplieron aquellos hombres, que no tenian religion ni fidelidad: antes por el contrario, comenzaron á sublevar la multitud en sermones sediciosos contra los católicos y la antigua creencia, sin tener respeto alguno á los magistrados. Quejábanse amargamente, y con muchas calumnias del príncipe Farnesio y de los grandes que gobernaban las provincias, aunque estos clamores fueron inútiles como destituidos de fuerza; pero creciendo mas cada dia la audiencia con la impunidad, se declaró repentinamente la guerra á la religion católica. En la mayor parte de Flandes los templos y altares fueron arruinados, y violadas y destruidas todas las cosas santas, sin horror ninguno de aquella impía gente. En algunos pocos pueblos se opusieron los hombres piadosos á estos furores, y acometieron á los sacrílegos, no sin muertes y derramamiento de sangre. Las provincias de Artois, Hainault, Luxemburgo, Namur y parte de Brabante, donde no habia echado raices la herejía, se conservaron intactas por el celo de sus habitantes; y enmedio de tantos tumultos pudieron algunas ciudades preservarse de su propio esfuerzo de la rabia de los gueusios. Entre estas se distinguió Nimega, cuya piedad es muy elogiada por los escritores, al mismo tiempo que reprendido el detestable desenfreno de los de Amberes; que no tuvo igual en todo Flandes. Finalmente en todas las partes donde entraron gueusios, fue tal su furor en arruinar, destruir y robar, que en solos diez dias hicieron un estrago tan horrible y espantoso, que apenas podian creerlo los mismos que lo veian. Despues que se apaciguó algun tanto el furor de los iconoclastas, se dedicaron los magistrados á sosegar los tumultos, aterrando á aquellos perversos hombres con la amenaza de los castigos; y viéndose Farnesio rodeado de tanta multitud de peligros, capituló con los gueusios del mejor modo que pudo (lo que despues se le reprendió), para evitar que el estado padeciese mayores daños. Atrajo á su deber con halagos á los grandes, que entre tanto se mantenian en inaccion; y á fin de procaverse mas contra la inquieta multitud que habia quebrantado el freno, rodeó su persona de un gran número de tropas que sacó de las fortalezas; y de este modo fue apaciguada de alguna manera la plebe, que con insolente desvergüenza trastornaba y confundia todas las cosas sagradas y profanas, habiéndose concedido permiso á los herejes para predicar impunemente en algunas ciudades.

CAPITULO VII.

Preparativos contra los sublevados de Flandes. Concilios celebrados en España y Portugal. Fin de la guerra de Córcega. Continuacion de las turbulencias de Francia.

Las turbulencias de Flandes y el miedo de mayores males conmovieron de tal suerte al rey don Felipe, que pensó seriamente en marchar á aquellas provincias, aunque antes se habia negado á las instancias de muchos que lo solicitaban; y tenia esperanzas de que con su presencia se desvaneceria la tempestad. Pero sin embargo no llevó á efecto este viaje, alegando que habian sobrevenido muchas causas para suspenderlo. En una carta que escribió al príncipe de Orange y á otros grandes se disculpa con la guerra de los turcos, que temia en venganza de las recientes pérdidas que habian padecido. Y para no hallarse desprevenido en el caso de alguna invasion repentina, envió á las fortalezas de Africa veinte navíos cargados de víveres y todo género de municiones de guerra, los cuales fueron apresados por los bárbaros que tenian tomado el estrecho con once galeras. Por tanto fue preciso enviar á aquellas partes nuevos socorros, para que por falta de las cosas necesarias no estuviesen espuestas á las incursiones del enemigo. No obstante amonestó en secreto á doña Margarita, que en las provincias que no habian mudado el culto católico, y en Alemania juntase un ejército, y procuró enviarla dinero para los gastos. Esta noticia causó mucho temor á los conjurados, el cual se aumentó con una carta de Montigni al conde de Horn, en que le significaba, que amenazaba á Flandes la ida del rey y del senado, por las turbulencias suscitadas con motivo de la religion, por cuya causa seria abolida la antigua forma del estado, y seria reducido á una simple provincia. Así pues, para fortificarse los sublevados, tomaron las armas, y dieron principio á una especie de guerra tumultuosa.

Mientras tanto nació al rey don Felipe una hija en el bosque de Segovia, la que en el bautismo fue llamada Isabel Clara Eugenia, y la amó su padre mas que á todos los demás hijos. Por este tiempo se celebraron sínodos en España, en que se decretaron muchas cosas útiles acerca de la decencia del culto divino, y de la vida y costumbres de los clérigos, con otros puntos semejantes. Don Cristóbal de Sandoval, obispo de Cordoba, presidió el concilio de Toledo, por hallarse impedido el arzobispo Carranza, que habia sido llamado por el papa á Roma, á donde llegó

en la primavera del año siguiente. Don Gaspar Avellaneda, arzobispo de Santiago, celebró tambien un concilio en Salamanca, que fue llamado compostelano provincial; y en Granada le congregó su arzobispo don Pedro Guerrero. Fue celebrado el de Braga por los obispos de Portugal. En el de Ebora presidió don Juan Melo. En el de Zaragoza don Alfonso de Aragon; y don Martin de Ayala el de Valencia; todos los cuales se celebraron en este año y en el anterior, y de ellos escribió copiosa y elegantemente el cardenal de Aguirre. Despues fueron aprobados sus decretos por la Santa Sede apostólica, que por su autoridad suprema en las cosas sagradas debe sancionar los estatutos de los concilios. En este mismo año falleció el arzobispo de Valencia Ayala, y su sepulcro de mármol se reconoce en la capilla de San Pedro de la iglesia catedral. Sucedióle don Fernando Loazes, patriarca de Antioquía, trasladado de la metrópoli de Tarragona. Falleció en Roma don Miguel de Silva, cardenal portugués, y fue sepultado en la iglesia de Santa Maria trans Tiberim. Don Luis de Mendoza, despues de haber adquirido mucho nombre con sus ilustres hazañas dentro y fuera del reino, se retiró de los negocios del siglo, para dedicarse únicamente á los de su alma, y habiendo pasado algun tiempo en Mondejar ocupado en piadosos ejercicios, murió con fama de varon ejemplar, y fue sepultado en el convento de San Francisco en el sepulcro de sus antepasados. En estos dos años cundió por España una peste que hizo grandes estragos.

Resonaba todavía el ruido de las armas en Córcega, cuya guerra seguia con mucha lentitud el senado de Génova; y viéndose libre el rey don Felipe del cuidado que le daba el Turco, determinó concluirla en este año de 1567, deseoso de la quietud de Italia. La armada de Nápoles acometió de órden del rey las costas de la isla, y en breve se apoderó de algunos puestos de los enemigos. Rafael Justiniano, á quien





Madalla de Felipe II.

el senado de Génova habia confiado el mando de las tropas de tierra, los estrechó por otra parte con mucha actividad, y habiendo armado una emboscada á Sampetro, cuyo valor y esperiencia en la guerra sostenia á los facciosos, pereció este con sus compañeros. Algunos refieren que fue entregado por los suyos; pero todos concuerdan en que le mató Miguel Dordano, hermano de su mujer, á la cual y á sus propios hijos habia quitado la vida con sus mismas manos este hombre cruel por una leve causa. Su cabeza fue llevada á Génova y espuesta en la plaza á la vista de todo el pueblo, y á Dordano se le levantó el destierro que padecia, en premio de haber muerto al enemigo público. Los isleños luego que faltó Sampetro decayeron de ánimo, y se les concedió la paz, habiendo prometido que ejecutarian todo cuanto se les ordenase. Los principales cabezas de partido fueron despojados de sus bienes y condenados á destierro, como se acostumbra siempre en semejantes casos, para asegurar la tranquilidad de los pueblos, que han sido agitados con sediciones.

Cuando todo se hallaba tranquilo en Italia, y rehusaban los casalenses permanecer sujetos al dominio de Guillelmo, duque de Mantua, con pretesto de que habia quebrantado sus inmunidades y privilegios. Convenia al rey don Felipe evitar en esta parte toda novedad; por lo cual habia prevenido antes en sus cartas á don Gabriel de la Cueva, gobernador de la Lombardía, que procurase oponerse á cualquier tumulto, ó que, aunque fuera con el terror de las armas, contuviese en su deber á los casalenses. Pero habiendo crecido el peligro en este año, acudió inmediatamente con tropas Vespasiano Gonzaga, quien con astucia sacó al duque de las manos de los conjurados, y reprimió la sedicion que estaba próxima á romper, castigando con el último suplicio á algunos de los ciudadanos mas culpados. Apaciguada esta turbulencia se volvió el duque á Mantua, y se detuvo Gonzaga en el Casal á fin de estinguir las reliquias de la sedicion. Puso freno á la ferocidad de los soldados italianos que habia llevado consigo, los cuales á cada paso peleaban entre si mismos, prohibiendo en un edicto que ninguno sacase la espada dentro de la ciudad, pero fuera de ella les permitió el desafio, y impuso una grave pena á los que intentasen separarlos, y de este modo dejaron de reñir aquellos fanfarrones, viéndose en la necesidad de pelear sin que nadie se interpusiese.

En Francia se renovó la guerra por los hugonotes, cuyo principal deseo era coger al rey descuidado. Juntáronse pues con increible silencio, caminando de noche en pequeños escuadrones; y el rey, que solo pensaba entonces en la caza, apenas tuvo tiempo para juntar seis mil esguízaros, que tenian cerca su campamento, mandados por Luis Fifer, hombre valeroso y de incorrupta fidelidad. Este pues, habiendo recibido en medio de sus tropas al rey y á la reina madre, marchó con ellos á París en órden militar. El duque de Nemours se habia adelantado con la caballería de guardias para esplorar los caminos, y despues de los primeros seguia Monmorenci con la comitiva de la córte. Salieron al encuentro Condé y Coligni con su caballería; pero llegaron tarde, y se les escapó la ocasion de poder ejecutar su intento. Los esguízaros doblando la rodilla segun su costumbre, fijaron en tierra sus lanzas con las puntas enarboladas, para oponerse al ímpetu de los caballos. Parte de ellos descargó una lluvia de balas sobre los enemigos; y viendo estos que á pesar de todos sus esfuerzos no podian vencer la constancia de la infantería, y que el combate de la caballería no producia el efecto que esperaba, mudan de parecer, y se resolvieron á si-

tiar á París. Entretanto se trató de composicion; pero la insolencia de los hugonotes, que no querian moderarse en cosa alguna, y que despreciaban todo lo divino y humano, fue causa de que no llegase á efecto. Viendo pues que era preciso recurrir á las armas, juntó de todas partes el condestable un poderoso ejército, y le sacó á campaña el dia diez de noviembre, á fin de hacer levantar el sitio, aunque fuese á costa de una batalla. Las tropas reales á vista de que no podian evitar la pelea, marcharon con gran presteza contra el enemigo, y pelearon acérrimamente, porque la caballería de los contrarios era muy fuerte. El condestable, que tenia cerca de ochenta años, cayó peleando en medio del combate atravesado de heridas; y como si hubiese sacrificado su vida por el ejército, quedó la victoria por los suyos. En el número de los muertos varian de tal suerte los historiadores, que es imposible averiguar la verdad. Los vencidos se refugiaron en San Dionisio; pero no teniéndose allí por seguros, se retiraron mucho mas lejos. De este modo se encendió otra vez el fuego de la guerra, que afligió á la Francia con grandes calamidades. Por la muerte del condestable Monmorenci confirió el rey el mando del ejército á su hermano Enrique, jóven de escelsa índole, y de grandes esperanzas, que derrotó muchas veces á los hugonotes.

En Flandes se oyó el primer estrépito de las armas cerca de Amberes, y habiendo desembarcado Jacobo Marnisio una tropa de gentes perdidas, marchó contra ellas Beavor, y los derrotó. Los de Amberes miraban la pelea desde las murallas, porque el príncipe de Orange les prohibió salir al socorro de los suyos, y tomando las armas, se sublevaron, llenándole de injurias y maldiciones. Este, pues, se unió á los magistrados, y levantando un escuadron de los buenos ciudadanos, infundió tanto temor á los calvinistas, que los obligó á dejar las armas y encerrarse dentro de sus casas. Noticioso el rey de estos y otros escesos semejantes, fue grande la ira que concibió en su ánimo al ver despreciado el verdadero culto de Dios y su autoridad. Era cosa muy arriesgada intentar remediarlo con la fuerza, y ignominioso el dejar sin castigo tan graves injurias. Por tanto, respondió el rey don Felipe, que doña Margarita con sus consejeros deliberasen lo que les pareciese mas conveniente. Algunos eran de dictámen que se debian usar los medios de suavidad y clemencia para dar tiempo á los culpados á que se arrepintiesen. Ruy Gomez se prometia conseguirlo, y del mismo parecer fue Figueroa, duque de Feria. Otros creian que debia defenderse la magestad del imperio y vengar con el terror de las armas las injurias hechas á Dios: que de este modo se consolidaria la potestad régia, quitando á los flamencos el arbitrio de abusar de su libertad, con cuyo ejemplo escarmentarian las otras provincias y se mantendrian en su deber, haciéndose mas prudentes con el mal ajeno. El duque de Alba fue autor y promovedor de este consejo, que adoptó el cardenal de Granvela, incitado del odio que tenia á los flamencos por los anteriores motivos que ya dijimos, y el cardenal Espinosa deseaba establecer en Flandes los derechos del rey y de la Inquisicion; lo cual aprobó finalmente don Felipe, como tan celoso de la verdadera religion y de su propio decoro. Pero pareciendo menos conveniente su clemencia y facilidad para concluir con buen éxito este negocio, y habiendo además otras cosas que le disuadian el ir en persona á aquella espedicion, confirió el mando al duque de Alba con amplísimos poderes, y dió órden tambien para que los veteranos sacados de los presidios de Italia se condujesen por mar á las costas de Génova, y marchasen á la Lombardía, y que se supliesen los que faltaban con las nuevas reclutas hechas en España. No se ocultaba á los grandes de Flandes el intento á que se dirigia esta guerra, y temian el castigo de sus anteriores escesos; por lo cual se juntaron en Dendermunda para deliberar sobre lo que deberian hacer en una situacion tan crítica, y fueron varios los pareceres de los que concurrieron á esta junta. El de Orange discurria que debia atenderse á la seguridad de todos en el comun peligro. Su hermano Luis y el conde de Horn, que debian rechazarse las fuerzas extranjeras con las fuerzas propias, y que en breve les vendrian socorros de los príncipes de Alemania, con quienes se hallaban ligados por el parentesco y por la religion. A otros les parecia mejor el salirse de Flandes y dar lugar á que se aplacase la ira; y que con el tiempo y los medianeros se compondrian sus cosas, estando persuadidos de que este era el menor de los males que podian sucederles.

El conde de Egmont no pudo ser persuadido á que desconfiase de la clemencia del rey, á la que por natural carácter le conocia muy inclinado, y aseguró con mucha confianza que estaba resuelto á ponerse en sus manos. De este modo se disolvió la junta sin haber convenido en cosa alguna; y despues muchos nobles, renunciando á la confederacion, volvieron á la gracia del príncipe Farnesio, incitados del ejemplo de Egmont, que se habia separado del partido de los gueusios, por estar muy irritado de su perfidia é impiedad. La audacia de estos hombres perversos habia llegado á tal estremo, que los habitantes de Valencienes, ciudad muy populosa, obstinados contra las órdenes de Farnesio, tomaron las armas para rechazar la guarnicion que se les enviaba. Noicarm, teniente del conde de Berfied, gobernador de la provincia de Hainault, intentó en vano con sus discursos reducir á aquella ciudad, y fue preciso recurrir á las armas. Pero mientras las disponia, vino á Tornay, noticioso de que esta ciudad comenzaba á sublevarse contra la autoridad legítima, y mandó ahorcar en ella á los herejes declamadores, y á otros cómplices de la misma culpa; y dejando arregladas todas las cosas, se volvió al campo. Doña Margarita envió delante á Valencienes, á Egmont y Arescot para que ofreciesen el perdon á los ciudadanos, con tal que volviesen á su deber; y habiendo sido inútiles todas sus razones y esfuerzos, proscribió á los contumaces. Pero como es cosa mas fácil rebelarse que pelear, luego que vieron derribar con la artillería una parte del muro, se entregaron inmediatamente al arbitrio del vencedor, para hacer por fuerza lo que habian resistido de buena voluntad. El golpe del castigo recayó contra los autores de la sedicion, y los hugonotes que de la cercana Francia habian pasado á socorrer á los de Valencienes: unos fueron depuestos de sus empleos, otros aplicados á las armas, y arrojados los sectarios, y finalmente quedó asegurada la ciudad con una guarnicion. Esta calamidad causó tanta mutacion en los ánimos, que las otras ciudades á porfia volvian á la debida sumision, espeliendo á los herejes incitadores de los tumultos, y en algunas se pusieron guarniciones, y se les quitaron las armas. Obligado Bredérodio á salir de la Holanda, por haber sido arrojados de allí sus compañeros, y convertido en desterrado, de cabeza que antes era de los sediciosos, le acometió un accidente que le dejó frenético, y pereció miserablemente en Alemania.

Despues que se restableció la tranquilidad en Amberes con la espulsion de muchos herejes de varias sectas, y habiendo recibido una guarnicion mandada por Carlos Mansfeld, hijo de Ernesto, se trasladó Farnesio á esta ciudad acompañado de muchos nobles para arreglar las cosas que estaban desordenadas por los anteriores tumultos. Hizo morir en ella á las cabezas de la sedicion y de los alborotos, atendió con gran cuidado al bien de la religion, y promovió el culto divino. Hecho esto, pasó á Bruselas con muchas esperanzas de que en adelante cesarian las turbulen-

rias, habiendo intimidado á los flamencos con el terror de las armas. Mientras tanto se hizo á la vela el duque de Alba en el puerto de Cartagena á principios de mayo, y llegando á Génova en breve tiempo se puso en camino para la Lombardia, donde fue recibido por don Gabriel de la Cueva con to lo género de obsequios. Pasó revista al ejército entre Alejandría y Aste, y en él se contaban ocho mil y setecientos españoles de infantería, mandados por Alfonso de Ulloa, Gonzalo de Bracamonte, Julian Romero y Sancho Londoño, capitanes veteranos. Los caballos eran cerca de mil y quinientos, la mayor parte españoles, y nombró por general de ellos á don Fernando, su hijo natural. Mandó tambien que le siguiesen los escuadrones de las milicias nuevamente reclutadas, y de los retirados, entre los cuales se distinguian Chapin Vitelio, Gabriel Cervellon, Sancho Dávila, Gerónimo Salinas, Juan Despuche y Andrés Salazar, para valerse de sus obras y consejos. Obtuvo del Saboyano el director de la artillería Pacioto de Urbino, hombre de grande ingenio; y trató largamente de las cosas de Flandes con aquel príncipe, el cual unido con el papa, intentó en vano, segun se creyó entonces, que el duque de Alba recobrase al paso á Ginebra, y apresuró su marcha despues que convaleció de una leve calentura. Habiendo recibido en la Borgoña cuatrocientos caballos muy bien guarnecidos, se encaminó á la Lorena, y desde allí á Namur en la frontera de Flandes, donde aguardaban su venida quince mil alemanes nuevamente reclutados, bajo el mando de Alberico Londronio.

CAPITULO VIII.

Conducta del duque de Alba en Flandes. Prision y muerte del príncipe don Carlos. Muerte de doña Isabel, reina de España. Rebelion de los moriscos de Granada.

Luego que se divulgó la llegada del duque de Alba á Flandes, los grandes, temerosos del mal que les amenazaba, se retiraron de allí como lo tenian resuelto. El príncipe de Orange no pudo atraer á su dictámen al conde de Egmont, aunque le amonestó el peligro que corrian deseábalo con mucho ardor por la conexion que entre ambos habia, y principalmente porque con su autoridad y riquezas apoyase el partido y la empresa que tenia apoyada en su ánimo. Muchos nobles y un gran número de plebeyos con sus hijos y mujeres se desterraron voluntariamente para poner á salvo sus cabezas. Grande era el pavor y consternacion de todos, porque el vulgo exageraba las cosas mucho mas de lo que en realidad eran. En medio de tan crítica situacion fue recibido el duque de Alba espléndidamente por Egmont y otros grandes, y marchó á Bruselas á visitar á doña Margarita. Despues de saludarse recíprocamente, le declaró aquella mujer prudentísima el estado en que se hallaban las cosas: que todo podria componerse con la clemencia, y que muchos se mantendrian en su deber si el crímen de la rebelion y su castigo se atribuyese á algunos pocos y no al público. Pero, que por el contrario si se exasperaban los ánimos con una severidad importuna, iria la cosa de mal en peor, como sucede muchas veces. Oyó estas reflexiones con disgusto aquel hombre de carácter tan severo, que estaba altamente persuadido de que doña Margarita habia cometido muchos errores en su gobierno por su escesiva indulgencia nacida del temor, y que esto debia corregirse con remedios contrarios. Declaróla despues las órdenes que traia, habiéndola ocultado sus ámplios poderes, lo que llevó á mal la Parmesana que no los ignoraba, y que siendo hermana del rey la hubiese dado una potestad incompleta y reducida en mas estrechos límites. Por esto pues, y viendo que Alba conferia los gobiernos sin consultar con ella, determinó retirarse á Italia para no sufrir una cosa tan contraria á su decoro. Despues de esto fueron distribuidas las tropas por las ciudades, para que los habitantes no pudieran moverse, y se reformaron y despidieron las guarniciones flamencas. Acudieron los grandes llamados con pretesto de conferenciar con ellos, y vino tambien el conde de Horn, persuadido por las ofertas que le hizo en sus cartas Egmont, hombre de un natural sencillo. Despidiólos Alba despues del fingido coloquio, y habiendo mandado prender á Egmont y Horn por medio de gente armada, fueron encerrados en la fortaleza de Gante, y se confió su custodia á solos los españoles: otros muchos hombres de inferior condicion fueron igualmente encarcelados en diversas ciudades por el ministerio de los españoles. Ejecutadas estas cosas á medida de su deseo, renovó los edictos del César don Carlos y del rey don Felipe su hijo contra las herejías, habiendo establecido un tribunal compuesto de doce jueces entre flamencos y extranjeros, que por su severidad fue llamado vulgarmente el tribunal de la Sangre, y quiso él mismo presidirle. Propuso en él un grande edicto de proscripcion, por el que eran condenados todos los que habian turbado la religion católica con tumultos y sediciones, declarándolos reos de lesa magestad divina y humana. Esto, pues, infundió en todas partes nuevo terror y espanto, ausentándose de Flandes mas de treinta mil hombres que se hallaban culpados de aquellos delitos; y valiendose del ingenio de Pacioto, mandó levantar en Amberes una fortaleza con cinco baluartes, obra de admirable artificio. Algunos sedieiosos que en los tiempos anteriores habian sido puestos en prision por la Parmesana, fueron ahora condenados al último suplicio. En Alemania y en Flandes se hicieron reclutas de soldados católicos, porque habia apariencias de que seria preciso reprimir con la fuerza á los grandes confederados. En el mes de diciembre los mandó citar por voz de pregonero, para que viniesen á responder á los cargos que se les hacian, que fue lo mismo que tocar la trompeta para comenzar la guerra. Poco despues los proscribió como rebeldes, aplicó al fisco sus bienes, y remitió á España con segura custodia á Guillelmo, hijo menor del príncipe de Orange, que estudiaba en la universidad de Lovayna. En virtud de la alianza contraida con el rey Carlos Nono, le envió el duque de Alba auxilios contra los hugonotes, que habiendo alcanzado socorros de Alemania y Inglaterra, caminaban á perder á la Francia, y tambien lo enviaron otros no pequeños el pontífice y el Saboyano. La Parmesana, que no podia sufrir compañero en el gobierno, obtuvo, aunque con dificultad, el permiso del rey don Felipe para retirarse, y luego que dió noticia de ello á los estados de Flandes, se puso en camino para Italia al fin del año, acompañándola una espléndida comitiva.

En España causó gran regocijo el parto de la reina, que habia dado á luz una niña, á la que en el bautismo se puso el nombre de Catalina. Pero á esta alegría se siguió por la inconstancia de las cosas humanas, una grave tristeza y desolacion con la calamidad del príncipe don Carlos, á quien su padre mandó encerrar en una prision, obligándole á esta severidad el bien del público, con el dolor que puede considerar cualquiera que lo juzgue con rectitud. Los motivos de este hecho se refirieron con mucha variedad, porque el rey no los descubrió á persona alguna. Noticioso pues don Felipe de la fuga que su hijo tenia dispuesta para el dia siguiente, llamó al conde de Feria, Ruy Gomez, don Juan Manrique, don Antonio de Toledo, y don Luis Quijada, cuya fidelidad le era muy conocida, y á algunos de sus domésticos, y á la media noche del diez y ocho de enero del año de 1568 entró en el cuarto donde dormia su hijo, á quien llenó de pavor una visita tan inesperada, revolviendo en su imaginacion mil pensamientos. Mandóle tuviese buen ánimo, y habiendo hecho sacar

de allí las armas y todo género de instrumentos de hierro, y clavar las ventanas, le entregó para su custodia á algunos caballeros con una guardia de soldados armados: esto irritó de tal manera á aquel feroz jóven, que en sus palabras y acciones parecia haber perdido el juicio. El dia siguiente convocó el consejo, y refirió que se habia visto obligado á acelerar el encierro de su hijo por causas gravísimas; las que indicó no era conveniente manifestar por entonces. Escribió cartas del mismo tenor al César, al pontífice y á las principales ciudades, en las que decia; que como padre de un hijo muy amado y educado para sucederle en la corona, le habia impuesto Dios la obligacion de corregirle, y que debia hacerlo por el bien público; que era indispensable reprimir con la severidad las perversas costumbres y desordenadas inclinaciones de aquel jóven, para impedir los males que podia ocasionar, y que él cuidaria de que no recibiesen detrimento alguno los reinos que Dios le habia confiado. Esto es lo único que quiso el rey se supiese de este suceso, y quizá calló lo demás por vergüenza. No obstante se divulgó entonces que habia proyectado el príncipe invadir las provincias del imperio español, y que mas queria arrebatar el cetro á su padre que heredarle despues de su muerte. Pero no se descubrió ninguno de los cómplices de este atentado, por la prudente cautela de don Antonio de Toledo, que habiendo hecho pedazos ocultamente las cartas que se encontraron á don Carlos, puso á salvo de esta manera la vida y la fama de muchos, como lo dice un historiador español. Los extranjeros refieren muchas cosas vanas, absurdas, y que deben tenerse por sueños. Un italiano hace á Egmont autor de este perverso designio, porque habló con el príncipe muchas veces en secreto, cuando se hallaba en la córte en calidad de diputado de Flandes. Otro nombra al conde de Berghes y á Montigni, y acaso será lo mas cierto. Todos concuerdan en que el negocio fue descubierto al rey don Felipe por don Juan de Austria, á quien poco antes habia conferido el mando de la armada, nombrándole por sucesor de don García. Mas como aquel jóven, de un carácter ardiente, soberbio y ambicioso, no pudiese tolerar tan grande ignominia, se obstinó en acelerarse la muerte, á pesar de las amonestaciones y ruegos de Honorato Juan, hombre insigne en piedad y doctrina, á quien habia sido entregado para instruirle en las letras humanas. Para conseguir su intento se abstenia unas veces de la comida, y otras comia inmoderadamente, y bebia agua de nieve con mucho esceso, con lo cual y otras cosas semejantes (alguno escribió falsamente que intervino tambien la fuerza) se le debilitó de tal modo el estómago, que cayó en una enfermedad tan peligrosa, que los médicos desconfiaron de que viviese mucho tiempo. En este estado llamó á su confesor fray Diego de Chaves, del órden de predicadores, varon de gran fama y santidad, y habiendo comunicado con él todas sus cosas, se confesó, recibió el sagrado Viático y la estrema-uncion con muchas muestras de arrepentimiento, y murió el dia veinte y cuatro de julio á los veinte y tres años de su edad. Su cuerpo fue depositado provisionalmente en la real iglesia de las monjas de Santo Domingo. Aun no se habian enjugado en parte las lágrimas por la muerte del príncipe don Carlos, cuando acaeció otra nueva calamidad que lo llenó todo de luto y tristeza. España y Francia llenaron con lágrimas comunes la temprana muerte de la reina doña Isabel, arrebatada en la flor de su juventud, cuando solo tenia veinte y tres años. Lloró don Felipe la cruel desgracia de su amantísima esposa, aunque en los otros males manifestó un ánimo invencible. Atribuíase la culpa de su muerte á la imprudencia de los médicos, pues hallándose preñada la reina, la dieron los remedios que acostumbran aplicarse á los hidrópicos, los que causaron la pérdida de la madre y del hijo que tenia en sus entrañas. Quitóles Dios entonces el conocimiento por una causa impenetrable á los mortales. Su cuerpo fue depositado en la iglesia de las Descalzas reales, para trasladarle despues á otra parte. Mandó el César á su hermano don Carlos que pasase cuanto antes á España para consolar al rey don Felipe en esta calamidad; y el rey de Francia hizo otro tanto, enviándole el cardenal de Lorena, cuyas demostraciones de uno y otro fueron muy gratas á este príncipe de carácter fácil y suave. Pero de ningun modo quiso dar oidos á Carlos que en nombre del César le exhortaba á que sacase de Flandes á los españoles, para evitar mayores males que amenazaban por las conexiones del príncipe de Orange con los protestantes de Alemania: antes por el contrario, habiendo escrito cartas á los príncipes de aquella nacion, de tal modo les probó en ellas la justicia de su causa, que al parecer, desde entonces se entibió mucho el efecto que tenian á los rebeldes flamencos. En otras cartas escritas de su propia mano exhortó al César á que defendiese la religion católica, que intentaban destruir sus adversarios, solicitando con grande esfuerzo que se admitiese en el dominio austriaco la confesion de Ausburgo. Despues de haber tratado con Carlos de los negocios públicos, trataron tambien de los domésticos, de que hablaremos despues; y habiéndole regalado cien mil ducados y muchas alhajas preciosas, le permitió volverse á Alemania.

Por este tiempo movido el rey don Felipe de aquella piedad que tanto en él resplandecia, encargó á algunos varones ilustres en virtud y doctrina, que examinasen la vida y costumbres de los eclesiásticos, para restituir á su primitivo vigor la disciplina si en algunos puntos la hallasen relajada; y de resultas de esta visita fueron desterrados de España los franciscanos, llamados vulgarmente claustrales. Sus conventos y iglesias se entregaron el año anterior á los religiosos del mismo órden, que conservan la antigua austeridad y observancia. En esto imitó don Felipe la piedad de su predecesor don Fernando el Católico, que setenta años antes, en virtud de un breve del papa, hizo una severa reforma de aquellos regulares, que vivian con sobrada licencia. El dia siete de marzo fueron trasladadas las sagradas reliquias de San Justo y Pastor desde Huesca, donde habian estado largo tiempo, á Alcalá de Henares, y se colocaron en el mismo lugar en que derramaron su sangre por Jesucristo. En este año fueron perseguidos los piratas, con no poca pérdida de ellos, habiéndoseles tomado diez galeras en el estrecho, en Ibiza y en Córcega. Otras fueron apresadas en otras partes por los caballeros de San Esteban, despues de una sangrienta pelea. La armada de Doria salió contra la otomana, que habia arribado á Aulon, pero no tuvo efecto alguno su empresa, porque los turcos se retiraron á toda priesa á Constantinopla. Luego que don Juan de Austria limpió el mar de los piratas que le infestaban, y habiendo socorrido con todas las provisiones necesarias al presidio de la Goleta, se restituyó á las costas de España, donde comenzaba á turbarse la alegre paz, que sin interrupcion habia florecido en ella por espacio de cuarenta y ocho años.

Despues de las anteriores guerras habia quedado en el reino de Granada una grande multitud de mahometanos, que por un esceso de piedad fueron obligados á abrazar el Cristianismo para libertarse de la pena de destierro que se les habia impuesto. Como la voluntad no tenia parte en su conversion, y en su interior eran mahometanos, despreciaban fácilmente la Religion Cristiana; y no pudiendo durar largo tiempo el disimulo, volvian públicamente á sus antiguas supersticiones, y daban muchos indicios y señales de la obstinacion de sus ánimos. Castigáronse pues su

perversas costumbres; y habiendo mandado el rey que dejasen la lengua y el traje árabe, y usasen solo del español, lo llevaron tan á mal aquellos hombres de poca lealtad, y natural inconstante, que resolvieron morir antes que sufrirlo. Juntábase á esto el grave peso de los tributos, y el rigor de los recaudadores; y irritados con estos males se echaron primero á robar, lo que ejecutaban impunemente en unas tierras tan quebrantadas y montuosas. Despues de esto, habiendo formado entre sí una conspiracion, y comunicándose mútuamente sus proyectos, dieron principio á su rebelion en Cadiar, pueblo situado entre Granada y el mar, al pié de un monte, siendo el autor Farax, hombre valeroso, de la familia de los Abencerrages, habiendo saludado por rey á Mahomet Abenhumeya, descendiente de los reyes de Córdoba. Luego que llegó esta noticia á la ciudad, causó en todos sus habitantes una general consternacion y espanto, pues se creia que los moros que vivian en el Albaicin, habian conspirado con los demás, y que tenian á los enemigos dentro de los muros. A la verdad, una noche se introdujo Farax en aquel barrio para escitar con amenazas y promesas á sus compatriotas á que tomasen las armas; pero no consiguió de ellos cosa alguna, porque los principales moriscos rehusaron abrazar sus precipitados consejos, y se retiró con sus compañeros antes de amanecer, persiguiéndole en vano el gobernador Mondejar con la gente que pudo recoger á la ligera. Habiéndose huido los moros, y permaneciendo quietos los que habitaban en la ciudad, se desvaneció la mayor parte del miedo; mas el gobernador informó al rey en sus cartas de todo lo sucedido, á fin de que pusiese los remedios oportunos para cortar la sedicion. Mientras tanto los mahometanos cometian muchas muertes en diversos lugares, y se ensangrentaban en los cristianos, sin perdonar ninguna edad ni sexo; pero principalmente ejercitaban su rabia y crueldad en los eclesiásticos, á los cuales sacaban de las iglesias y asilos donde se habian refugiado y les quitaban la vida con todo género de tormentos. Se asegura que perecieron entonces tres mil cristianos de todas condiciones con esquisitos suplicios. Profanaron y destruyeron los templos y todas las cosas sagradas en odio y vilipendio de la religion que habian abjurado, y no hubo ejemplo alguno de impiedad y furor que no cometiesen. Todo esto acaeció á fines del año; y lo demás lo referiremos en su lugar.

Falleció entonces don Fernando de Valdés, que pasaba de noventa años, como escribe Gil Gonzalez Dávila, habiendo sido condecorado en su larga vida con muchos empleos eclesiásticos y políticos. Dejó una gran suma de dinero para que se distribuyese á los pobres. Erigió en Salamanca un colegio para los asturianos; en Oviedo una universidad; y en una villa de aquel territorio, llamada Salas, donde habia nacido, edificó una iglesia en la que quiso ser enterrado, dotándola con seis capellanes, para que perpétuamente hiciesen sufragios por su alma. Antes de su muerte fue nombrado para sucederle en la dignidad de inquisidor general don Diego Espinosa, obispo de Sigüenza y cardenal. A fines de febrero murió Loazes, arzobispo de Valencia, de mucha edad, sin haber cumplido un año entero en esta diócesis. Dícese que fue doctísimo en la jurisprudencia civil y canónica, y que escribió varias obras. Su cuerpo fue llevado á Orihuela su patria, y sepultado en el magnífico colegio que habia edificado para los religiosos de Santo Domingo. Sucedióle don Juan de Rivera, obispo de Badajoz, hijo de Perafan, á los treinta y seis años de su edad, y el pontífice le confirió el título de patriarca de Antioquía por su admirable piedad y doctrina. Tambien falleció don Pedro de la Gasca, dejando inmortal fama en la posteridad por las grandes cosas que hizo en el Perú, y por su celo en el ministerio episcopal, y fue sepultado en Santa María Magdalena de Valladolid, en el sepulcro que él mismo se habia erigido.

CAPITULO IX.

Sucesos de la guerra movida en Flandes por los rebelados, y victorias que les ganaron los españoles: discordia entre la reina de Inglaterra y el rey de España sobre la presa de tres navíos.

El duque de Alba castigaba en Flandes con gran severidad los escesos cometidos en los tiempos anteriores. Hizo derramar mucha sangre en aquellas provincias, confiscó los bienes de muchos y disminuyó sus privilegios. Las magníficas casas del conde de Culemburg, que habian sido la oficina de la conjuracion, fueron arrasadas, y en su lugar se levantó una columna con una inscripcion, para que conservase en la posteridad la noticia de aquel impío atentado. Con este rigor se adquirió el duque un odio implacable, que llegó al estremo de ponerle asechanzas para matarle; pero no produjeron efecto alguno. A estos castigos que tanto irritaron á los flamencos, se juntaba el haberles quitado la libertad de religion, y las contribuciones estraordinarias para levantar fortalezas y reclutar tropas para sujetar á los mismos que las pagaban. Tal ha sido en todos los siglos la calamidad de los rebeldes, que cuando toman las armas para conseguir su libertad, vienen á caer en una total servidumbre. Entretanto tenian frecuentes juntas los grandes para conferenciar sobre los medios de hacer la guerra: pedian socorros á los príncipes de Alemania: juntaban soldados y disponian todo lo demás necesario. Por las ciudades y por los campos se divulgó el rumor de que en breve llegarian los vengadores de la libertad y los libertadores de la patria; pero á los sediciosos que estaban tan confiados, les engañó su esperanza y su opinion; pues habiéndose atrevido un escuadron de dos mil desterrados á invadir las fronteras del Brabante, fueron muertos casi todos por Londoño y Dávila, y quedó prisionero su capitan Villers, Coqueville amenazaba por otra parte á la provincia de Artois con un gran número de hugonotes y gueusios. Mas fue rechazado San Valeri á la embocadura del Soma por Cosse, maestre de campo, á quien el rey de Francia habia mandado le persiguiese; y habiéndole hecho prisionero, fue degollado con algunos gueusios. Mandó el duque de Alba al conde de Aremberg, que poco antes habia restituido de Francia, que saliese al encuentro á Luis de Nasau, que con un poderoso ejército se atrevió á entrar en la Frisia. Esta empresa fue desgraciada, y aunque los autores varian en muchas de sus circunstancias, concuerdan en que el mal se originó de la inconsiderada audacia de los españoles, y del desprecio que hicieron del enemigo. El general cayó muerto peleando intrépidamente, y perecieron en esta batalla quinientos soldados muy valerosos, y fueron ahorcados los españoles prisioneros. Cuéntase que Adolfo, hermano de Luis, acometió á Aremberg, y que uno y otro perecieron con recíprocas heridas.

Habiéndose apoderado el vencedor Nasau del campo español, sitió á Groninga, ciudad opulenta y esclarecida por el nacimiento de Rodulfo Agrícola; pero aunque algunos ciudadanos intentaron entregarla á traicion, fueron inútiles todos sus conatos. Entretanto el duque de Alba, sin conmoverse con la noticia de la desgracia referida, hizo degollar en medio de la plaza de Bruselas á diez y ocho nobles, condenados como reos de lesa magestad; y despues al conde de Egmont con grande compasion de los ciudadanos, que le amaban mucho, y ciertamente era digno de mejor fortuna. La noche antes de su suplicio

recomendó con mucha instancia al rey don Felipe sus once hijos, y Sabina su mujer hija del duque de Baviera. Finalmente fue degollado el conde de Horn, hermano de Montigni, que se hallaba en España. Ambos se dispusieron cristianamente, haciendo una ilustre confesion de la fe católica que les dictó el obispo de Iprés, varon docto y ejemplar. Tambien fueron castigados otros muchos con diferentes suplicios en diversos lugares y tiempos. Libre ya de este cuidado el duque de Alba, marchó con las tropas á Frisia, y á su llegada levantó el sitio Nasau y fortificó sus reales en un paraje oportuno, resuelto á no pelear mientras no recibiese auxilios de su hermano el príncipe de Orange. Para impedirlo Alba, y conociendo que el buen exito dependia de la prontitud, envió delante un cuerpo de españoles ligeros, y acometió al campo enemigo. Despues de vencida por los nuestros la estacada y el foso, fue mas bien una carnicería y una torpe fuga, que una batalla. Habiendo saqueado los reales, determinó Alba seguir á los enemigos fugitivos; pero mientras que se detuvo dos dias para dar algun descanso á sus soldados, recibió Nasau los socorros y se acampó en un buen paraje; y á fin de alejar al Español, mandó alzar los diques de un rio inmediato, inundó los campos y cerró con artillería la entrada de los reales. Todo esto fue en vano, porque habiéndose dado órden á los españoles para que acometiesen al enemigo, y no deteniéndoles cosa alguna, se apoderaron del campo, y hicieron un grande estrago con increible celeridad, tomando completa y cruel venganza de la anterior ignominia que habian padecido, mas por la desigualdad y mala situacion en que estaban, que por el valor de los enemigos. La caballería siguió con mucho teson á los que huian, y mató á un gran número de ellos; y se asegura que perecieron entonces siete mil de los enemigos, y que Luis de Nasau se escapó por el rio en una lancha. Del ejército real fueron muertos cerca de cien soldados, y la presa se repartió á las tropas como don gratuito.

Mientras pasaban estas cosas, llegaron de España cuarenta mil pesos por el Océano, y dos mil y quinientos soldados que conducia don Fadrique, hijo del duque de Alba, y teniente del gran maestre de Calatrava; de estas nuevas tropas se compuso el regimiento que se llamó de Flandes. Pero el príncipe de Orange, habiendo juntado en Alemania un ejército, en que se contaban diez y ocho mil infantes, y cerca de diez mil caballos, auxiliado por algunos príncipes y ciudades libres, invadió la Flandes, atravesando de noche, y con gran silencio, por la parte inferior de Mastrik el rio Mosa, que llevaba poca agua, con grande admiracion del duque de Alba, que estaba acampado allí cerca. En el principio tuvieron algunas pequeñas escaramuzas por los ardides de los generales, pues cada cual se mantenia adicto á su parecer. Deseaba Orange dar la batalla, por la grande esperanza que tenia de vencer, confiado en que el odio que los flamencos tenian á los españoles, y el amor á la libertad los moverian á sublevarse y tomar inmediatamente las armas. Pero no sucedió ni lo uno ni lo otro; porque noticioso Alba del estado de las cosas del enemigo, que no tenia dinero para la paga de la tropa, ni víveres para mucho tiempo, habia resuelto abstenerse de dar batalla, inventando un nuevo modo de vencer al enemigo con no acometerle: y de esta suerte aseguró la quietud de los pueblos, de tal manera que no pudieran moverse sino para su daño. Viendo pues Orange frustrados sus deseos, levantó de allí su campo á fin de unirse con Genlis, enviado por el príncipe de Condé con tropas auxiliares. Siguióle el general español, enviando delante á don Fadrique su hijo mayor, para que acometiese á la retaguardia al tiempo de pasar el rio. El suceso correspondió á sus esperanzas, pues habiendo trabado pelea, fueron muertos mas de tres mil de los enemigos, y solo ochenta de los españoles.

Despues de tan grave pérdida, no pudiendo Orange hacer frente al Español, ni volverse con seguridad á Alemania, desesperando tambien de sublevar á los flamencos, y no siéndole finalmente posible permanecer en el campo por falta de víveres, se juntó con Genlis, el cual fue llamado por el de Condé para que le socorriese, porque habia vuelto á tomar las armas con un nuevo pretesto, y caminó á Francia á largas jornadas. Seguíale el Español, segun su costumbre, buscando todas las ocasiones de molestarle, y con efecto le hizo no poco daño en la retaguardia. Muchos alemanes que los nuestros hicieron prisioneros, no solo fueron puestos en libertad sin ninguna molestia, sino socorridos con dinero. A la entrada de Orange en Francia le salió al encuentro un nuevo enemigo, que fue Aumale con Cosse, cuyas fuerzas se habian aumentado con cuatro mil y quinientos soldados armados que le envió el Español, y á vista de que no podia penetrar en lo interior de la Francia, para juntarse con el príncipe de Condé, atravesó el rio Mosela, y se retiró á Alemania, y pagó á su ejército que se hallaba muy disminuido con los males de la guerra. Perecieron muchos de los nobles desterrados, entre los cuales se cuenta el conde de Hachstratan, que falleció de una herida haciendo profesion de la fe católica. Apaciguada la Flandes, y rechazado el enemigo á costa de muy poca sangre del ejército, se volvió el duque de Alba como en triunfo á Bruselas con grande alegria y regocijo de todos los buenos.

Por este tiempo suscitó una discordia la reina de la Gran Bretaña, mujer codiciosa, y enemiga implacable del nombre español. Habian arribado al puerto de Hampton en Inglaterra, para libertarse de los piratas, que tenian infestado el Océano, unas naves españolas que conducian á Flandes mas de cuatrocientos mil ducados; y noticiosa de ello la reina, se apoderó inmediatamente de esta cantidad, á pesar de las reclamaciones del embajador español. Procuró el duque de Alba que la reina restituyese un dinero interceptado contra todo derecho y justicia; pero no pudiendo adelantar cosa alguna con oficios amistosos, mandó pagarla en la misma moneda, habiendo puesto en prision á los comerciantes ingleses que pudo hallar en sus dominios, y confiscándoles sus caudales y mercaderías. La reina hizo otro tanto con los españoles, y aun puso en segura custodia al embajador. Esta discordia era fomentada por la astucia y mala fe de Roberto Dudley, ministro de la reina, y muy favorecido suyo, y por el carácter violento del duque de Alba, queriendo uno y otro llevarlo todo por la fuerza. Este, pues, envió á la reina dos embajadores, y viendo que todo era en vano, se irritó de tal modo, que prohibió por un edicto el comercio con Inglaterra, y todo el tráfico de Flandes se trasladó á Hamburgo y otros puertos con mucha pérdida de la nacion inglesa, y con poco honor de la española. Por este mismo tiempo escomulgó el santo pontífice Pio Quinto, á la reina de Inglaterra por el crímen de herejía; y al duque de Alba como vengador de la piedad católica, le envió por su nuncio apostólico el sombrero y la espada bendita, con muchas muestras de amor y benevolencia, habiendo el duque dado á uno y otro las debidas gracias. En España falleció el conde de Berghes, diputado de Flandes, y creyeron muchos que le quitaron la vida con veneno. Su compañero Montigni fue encerrado en el alcázar de Segovia, donde estuvo preso largo tiempo con parte de su familia; y en este año le condenó el consejo á muerte. Tan caro costó á los flamencos su vana superstición, y el haber tomado las armas contra su mismo rey.

CAPITULO X.

Viaje de Miguel de Legaspi al mar del Sur, y principio de la poblacion de las islas Filipinas. Entrada desgraciada de los franceses en la Florida. Combate del inglés Juan de Aquins en el puerto de Vera-Cruz. Descubre Alvaro de Mendaña la isla de Salomon. Sucesos de la India.

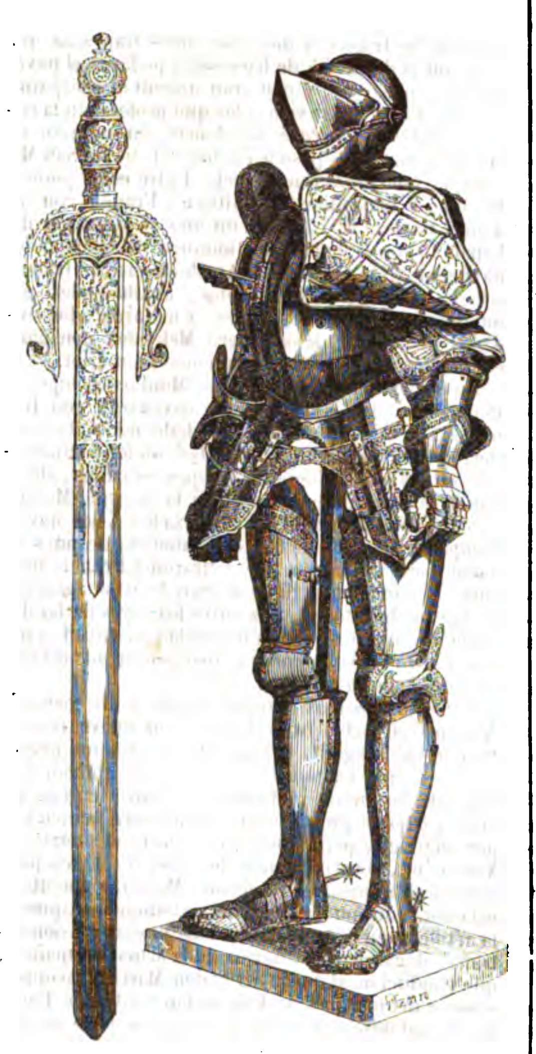
Habia ya largo tiempo que los españoles deseaban llevar adelante sus navegaciones, y esplorar las mas remotas partes del orbe, indignándose de que les faltasen tierras que descubrir. Movido, pues, el virey de Méjico, don Luis de Velasco, del deseo de estender el imperio español, ó mas bien de que no tuviese otros límites que los del mundo, envió á Miguel de Legaspi, natural de Vizcaya, con dos grandes navíos de carga, y otros dos pequeños para que navegase por el mar del Sur hácia Poniente, siguiendo el mismo rumbo que en otro tiempo llevó Magallanes. Hízose á la vela en el puerto de la Natividad, y con próspera navegacion arribó á una de las islas de los Ladrones. Inmediatamente se le acercaron los bárbaros con suma confianza, desnudos de todo el cuerpo, vellosos, ágiles, y muy diestros en nadar, y no del todo ignorantes del arte náutica. Recibió de ellos algunos víveres á cambio de otras cosas, y solo podian entenderse por señas. Reconoció Legaspi otras muchas islas, sirviéndole de intérprete un bárbaro, marinero de un navío, que habia apresado. Entre estas hay una llamada Cebú, donde habiendo encontrado una imágen del niño Jesús, perdida tal vez en la espedicion de Magallanes, dió su nombre á una iglesia que comenzó á edificar para los religiosos de San Agustin, sus compañeros en aquella trabajosa navegacion; y tambien fundó otro pueblo con el nombre de San Miguel. Desde allí pasó á Manila, situada en la isla de Luzon, la cual tomó á fuerza de armas, y se apoderó de otros muchos lugares, sucediéndole todas las cosas á medida de su deseo. Envió al virey Velasco un navío cargado de ricas mercaderías, para que tuviese noticia de la prosperidad de su empresa y de lo que en ella habia ejecutado; y se dice que navegó este buque setenta mil y setenta y tres millas. Un autor afirma que estas islas son las que Ptolomeo llama Barusas; pero habiéndose descubierto por los españoles en el reinado de don Felipe, se llaman ahora Filipinas, y son tenidas en grande estimacion desde que se estableció en ellas el culto del verdadero Dios. No puedo menos de trasladar aquí lo que dejó escrito el célebre Tomás Bozio al principio del libro VIII de *signis ecclesiæ*: «desde »que Adan tuvo hijos, dice, no ha habido nacion al»guna que haya atraido á tantas naciones tan dife»rentes en sus costumbres y en su culto, al conoci»miento de la única religion verdadera, ni que las »haya reducido á la observancia de unas mismas le»yes, como lo ha hecho la nacion española. Apenas »podrá ninguno numerar la variedad de gentes y de »costumbres enteramente opuestas entre sí, que los »españoles subyugaron á su imperio y á la religion »de Jesucristo y al culto de un solo Dios.» Pero esto nadie hay que lo ignore.

Los franceses navegaban á la Florida, no solo con permiso, sino con beneplácito de su rey Cárlos, que de este modo queria purgar el estado de hombres facinerosos. En el puerto de Dieppe se hizo á la vela Juan Ribaus con dos navíos, y habiendo robado en su viaje todo cuanto encontraba, arribó al fin á la Florida, y levantó una fortaleza en Puerto Real para establecer despues colonias en los parajes que habia reconocido. Mas como para esto necesitaba de mayor número de tropas, le fue preciso regresar á Francia, y en breve le siguieron los presidiarios que habia dejado allí, los cuales abandonaron la fortaleza, y en el viaje les apretó el hambre de tal modo, que se comieron á uno de sus compañeros. Mientras tanto Renato Laodomer llegó al cabo de Santa Elena con tres navíos bien equipados á costa de la reina madre, y edificó una fortaleza que dominaba el rio Mayo á distancia de treinta y un grados del Ecuador; y en el año siguiente arribó á la misma costa Ribaus con siete navíos. Luego que llegó á España la noticia de estos atentados, navegó de órden del rey Pedro Melendez con ocho navíos para arrojar de la Florida á los franceses. Desembarcó en aquella provincia quinientos soldados armados, y habiendo acometido á los franceses, que estaban muy descuidados en la fortaleza, mató á ciento y cincuenta de ellos: los demás se huyeron á los montes y á los navíos que se hallaban fondeados en el rio, de los cuales tomaron tres los españoles inmediatamente, y destrozaron otros con la artillería que hallaron en la fortaleza. Apoderáronse tambien de todos los repuestos que tenian los franceses para establecer las colonias de su nuevo imperio. Marchó despues Melendez con parte de las tropas, y dió sobre unos franceses que tuvieron la desgracia de hacérseles pedazos el navío entre los peñascos, y con gran dificultad escaparon á tierra. Conservó la vida á los que profesaban la religion católica; pero á los demás, en número de ciento y once, los pasó á cuchillo el dia de San Miguel, en odio de la nueva secta. Entre estos pereció Ribaus, y Laodonier se restituyó á Francia con los demás navíos. Al cabo de un año se vengaron del Español, con la llegada de Domingo Gurgio con dos navíos muy bien provistos. Apoderáronse los franceses de los lugares fortificados, auxiliándoles con mucha actividad los naturales, y mataron á los soldados de la guarnicion, pero Melendez consiguió escaparse, como refiere el flamenco Juan Laet.

En este intérvalo de tiempo Monluc el hijo, y Pompadur, nobles franceses, navegaron con tres navíos á la isla de la Madera, y habiendo saltado en tierra, tuvieron algunos combates con los portugueses, en los que se hicieron recíprocos daños, alternando la fortuna los sucesos de la guerra. Monluc pereció de una herida, y rechazados á los navíos Pompadur con los demás compañeros, despues de haber perdido la presa, se retiraron á Francia muy tristes y derrotados. Sin embargo de estos agravios, no fue quebrantada la paz entre los reyes de las dos naciones, convirtiendo la necesidad en virtud, pues uno y otro tenia sobrada ocupacion en sus estados para defender la religion.

Por estos mismos tiempos abordó á las costas de América el inglés Juan Aquins con nueve navíos. Vendió en Margarita y Santa Marta algunos negros esclavos, que en aquellas regiones se aplican á la labor de las minas y al cultivo de los campos. En otras partes le prohibieron salir á tierra teniéndole por enemigo, pero habiendo arribado al puerto de Vera Cruz, obtuvo permiso del virey de Méjico para carenar libremente sus navíos. Mientras ejecutaba esta obra con mucha diligencia, teniendo dispuesta la artillería en la costa contra cualquiera invasion estraña, llegaron trece navíos de la armada española, que conducian al nuevo virey don Martin Enriquez, sucesor del marqués de Falces don Gaston de Peralta, el cual desembarcó en tierra, y se puso en camino para Méjico sin sospechar fraude alguno de parte de los ingleses. Pero Francisco Lujan que mandaba la armada, los juzgó piratas (como en realidad lo eran) á vista de la multitud de hombres armados que corrian por las calles, y sin respeto alguno á la palabra dada, mandó matar á los ingleses que estaban descuidados en la playa, en medio de la alegría de un convite, á que asistieron los españoles llevando ocultas sus armas. Apoderáronse despues de la artillería, y las naves españolas comenzaron á disparar contra las inglesas; y aunque estas fueron sorprendidas, no dejaron de corresponderlas intré-

pidamente. Entretanto que peleaban con el mayor furor, se escapó del combate Francisco Drak, y embarcándose en una nave en que estaba recogida la mayor parte del oro, huyó velozmente por el Océano. Aquins resistió con mucho esfuerzo casi todo el dia á los españoles; pero finalmente, viéndose muy desigual en fuerzas para contrarestar las del enemigo, pegó fuego á la capitana, y encubierto con las tinieblas de la noche se puso en fuga en la vice-capitana, siguiéndola otro navío, y dejando todos los demás por presa á los españoles. El navío que le seguia no pudo continuar su carrera, y quedó hecho pedazos en el rio de Panuco, y su tripulacion en número de setenta personas, fue conducida á Méjico, y tratada con humanidad. Aquins despues de haber



Armadura y espada de don Juan de Austria. *(Armería Real de Madrid).*

perdido en su viaje muchos compañeros por el hambre y las heridas, se escapó por el canal de Bahama entre la Florida y las islas Lucayas, y lleno de tristeza arribó á Inglaterra, adonde se habia adelantado Drak: y para colmo de sus miserias, no pudo sacar á este ni una pequeña parte del oro que habia traido de aquellas regiones, escusándose con maliciosos pretestos.

En el Perú se hallaban ya olvidadas las discordias de los anteriores tiempos, y don Lope de Castro, que ejercia interinámente el empleo de virey, determinó esplorar el inmenso océano Austral por no estar ocioso, y estender el imperio español mientras que sus dominios gozaban de tan profunda paz. Así pues, en el dia diez de febrero despachó del puerto de Lima á don Alvaro de Mendaña, su sobrino, hijo de una hermana suya, con dos navíos bien equipados y le mandó navegar hácia el Occidente. Con mar tranquilo y favorable viento arribó á unas islas, en las que no se detuvo, porque el piloto le aseguró que en reconocerlas no sacaria fruto alguno. Despues de haber navegado contínuamente á vela tendida en aquel vasto piélago por espacio de diez y seis dias, llegó á una isla que tiene de circunferencia mas de ochocientas millas, á la que el virey dió el nombre de Isabela, y entró en un puerto que quiso se llamase de la Estrella, á causa de que á la hora de medio dia, fue vista allí una refulgente estrella, ó porque el mismo puerto tiene esta figura, pues uno y otro se refiere por los historiadores. Los bárbaros quedaron admirados y llenos de temor á vista de aquellas naves tan grandes, de sus velas hinchadas y de la magnitud de sus palos y mástiles. Sin embargo, deseoso el cacique, llamado Viley, de examinar estas cosas desde mas cerca, acudió inmediatamente, conducido en una canoa, y adornado á la manera de los bárbaros. Quedóse inmóvil mirando la capitana, y detuvo los remos, como si el miedo le impidiese manejarlos; pero habiendo oido de improviso el sonido del tambor, subió al navío intrépidamente, y como si le hubiese arrebatado una especie de locura, comenzó á danzar, no sin gracia, con mucha complacencia de los españoles. Finalmente, habiéndose hecho la paz por señas, tomó Mendaña el nombre de Viley, y este el de Mendaña, cuya permuta, segun la costumbre de aquellas gentes, es una muestra de mútua benevolencia y una prenda muy segura de amistad. Pero estas apariencias tan bellas carecieron del deseado afecto, pues aquellos hombres feroces y antropófagos, cuya lengua no se podia entender, tomaron luego las armas, con la inconstancia tan genial de todos los bárbaros. Para reconocer aquellas costas, se fabricó una galera, á fin de no esponer los navíos á un gran peligro en aquellos parajes desconocidos. Ejecutóse este reconocimiento con gran diligencia, y habiendo descubierto veinte islas, á las que se pusieron diversos nombres, omitiendo otras menos considerables, y que mas parecian escollos que islas. Todas están situadas entre el sétimo y el décimo grado de esta parte del ecuador. En ellas se crian perlas, y las dieron á los españoles en cambio de una canoa que habian tomado. Abundan de palmas y de los demás frutos que produce la América, y además en nogales y almendros. Sus vestidos y sus armas no se diferencian de las de los otros indios, y en fuerzas y estatura son iguales á los de la Florida. Aliméntanse principalmente con la carne de puerco y gallinas, y tambien viven de la pesca y de las frutas y raices. La isla Isabela dista del Perú seis mil y setenta y cuatro millas. Perecieron muchos de los españoles con enfermedades, nacidas del clima mas bien que de otra causa; y no es posible referir las miserias y peligros que padecieron en su regreso, habiéndose conjurado contra ellos el cielo y el mar. Finalmente, al cabo de un año entero arribó la capitana al puerto de Ataculpo en la Nueva España, y á los tres dias la segunda capitana, una y otra sin mástiles y sin velas, en cuyo lugar traian las mantas de las camas, y desde allí pasaron al Perú. Dieron á estas islas el nombre de Salomon, por haber creido sin fundamento que sacó de ellas sus grandes tesoros aquel rey sapientísimo, enviando su armada por el mar Rojo.

Despues que Constantino, virey de la India, se restituyó á Portugal, gobernaron aquellos dominios Francisco Coutiño y Juan de Mendoza, y fue muy breve el mando de uno y otro, pues el primero murió de repente y el otro se retiró por la llegada de su sucesor. Este fue Antonio de Noroña, el cual edificó la fortaleza de Mangalor; defendió prósperamente el dominio portugués acometido por diversas partes, y castigó á los bárbaros que estaban muy insolentes; pero no pudieron tomar ni vencer la fortaleza de Cananor. Finalmente, vencidos muchas veces en el mar con grave daño y pérdida por Pedro de Silva y Pablo de Lima, y fatigados ya de la guerra recibieron la paz. Embarcóse Noroña para Portugal y murió en el viaje, y su cuerpo fue arrojado al mar. En el año de mil quinientos sesenta y ocho entró en el gobierno Luis de Ataide, y navegó con una grande armada para sujetar á los bárbaros que rehusaban pagar el tributo, y lo consiguió por medio de algunos valerosos capitanes. Pedro de Silva y Francisco Mascareñas peleando con los bárbaros, les quitaron las fortalezas de Brazalor y de Onor, con cuyas desgracias, se mostraron mas obedientes. Los malabares que infestaban los mares con sus latrocinios, fueron castigados y reprimidos por algun tiempo. Una sola vez pelearon con ellos desgraciadamente los portugueses con pérdida de sesenta hombres. El Régulo de Achen, enemigo perpétuo del nombre cristiano, hizo la guerra á los de Malaca con una armada de doscientos navíos. Defendia la fortaleza Leonisio Pereira con una guarnicion de doscientos habitantes, y no pudiendo el bárbaro apoderarse de ella con sus ardides, determinó combatirla á viva fuerza, aunque con vano esfuerzo, y con ignominioso éxito, porque despues de treinta y siete dias se vió obligado á retirarse con pérdida de su hijo y de tres mil soldados. Esta guerra era casi contínua, pues unas veces combatia á Malaca el Régulo de Achen, y otras el de Teva. Pero volvamos ahora á nuestro hemisferio.

CAPITULO XI.

Continúa la guerra de los moriscos de Granada. Nombra el rey por general de ella á don Juan de Austria. Muerte de Abenhumeya, y eligen los moros para sucederle á Aben-Aboo.

Despues que las armas habian estado quietas largo tiempo en lo interior de España, se encendió á principios de este año de 1569 la llama de la guerra de Granada, y volvió otra vez á renovarse el cúmulo de los anteriores males. Habiendo juntado el marqués de Mondejar algunas pequeñas tropas, cuya mayor parte eran de voluntarios, tomó por fuerza de armas á Poqueira, pueblo bien fortificado, donde los moros habian encerrado sus riquezas. La presa fue grande y toda se repartió al soldado. Tambien se halló una gran cantidad de trigo, de la cual se reservó lo necesario para el consumo, y todo lo demás se redujo á cenizas. Como los moriscos estaban divididos en muchos escuadrones, fue preciso hacer la guerra á un tiempo en muchas partes. El gobernador de Almería don García Villarroel, hombre activo y diligente, acometió de improviso á los que estaban descuidados, y hizo en ellos una terrible carnicería: huyeron los demás vergonzosamente, y fueron ahorcados los que cayeron prisioneros. Pedro Arias, gobernador de Guadix, libertó del peligro en que se hallaba la fortaleza de Calahorra con mucho estrago de los moros que la tenian sitiada; y el marqués de los Velez, gobernador de Murcia, se introdujo de órden del rey con un ejército en el territorio de Granada. Hizo la guerra prósperamente Mondejar en diversas partes: y enriquecidos con la presa y los cautivos, los soldados, que se habian reclutado á la ligera, se volvian á sus casas, disimulándolo los capitanes, porque de todas partes acudian á alistarse nuevas tropas. El marqués de los Velez habiendo ganado las alturas, venció en batalla á los enemigos en Oan, no lejos de Almería, y los obligó á retirarse fugitivos á los montes con algun estrago. Tomáronse las banderas, y mil y seiscientas personas de la multitud indefensa con otra presa que fue repartida á la tropa, y se le concedió el saqueo del pueblo en premio de su valor.



Armadura de don Alvaro de Bazan (*Armería Real de Madrid*).

A pesar de tantas pérdidas, no se daba por vencida la obstinacion de los moros, antes por el contrario se aumentaba cada dia el número de los sublevados, que abandonando los campos por el deseo de la libertad, se escapaban á los montes y lugares ásperos, sin que aterrase el miedo de tantos peligros á estos hombres de carácter tan duro y terco. Entretanto recorria la costa de Andalucía la armada de Italia mandada por don Gil de Andrade, hombre muy esperimentado en las cosas del mar, para perseguir á los piratas africanos, que transportaban á España armas y soldados para fomentar la sedicion como lo habian hecho hasta entonces sin que nadie se lo impidiese. Francisco de Córdoba, enviado poco antes por el rey á esta guerra, espugnó con grande ánimo los parajes montuosos que ocupaban los moros: mató á cuatrocientos de ellos y los demás se pusieron en salvo en los riscos y asperezas, habiéndoles tomado la bandera y mil y setecientas mujeres y niños, con mucha ropa, ganados y víveres en todo lo cual se derramó muy poca sangre de los cristianos. ¿Qué mas diremos? En el espacio de un solo mes peleó Mondejar ocho veces felizmente, y hubo tam-

bien algunos combates adversos, por la mala conducta y insolencia de los soldados, que tenian mas cuidado de la presa que de vencer á los enemigos. Cometian á cada paso latrocinios, muertes y otros escesos; y muchas cosas se hacian mas por el antojo de los soldados que por las órdenes y consejos de los capitanes.

Quebrantadas las fuerzas de los moros con tantos males, comenzaron á desear el descanso: pero convenia prender al reyecillo para que se acabase la guerra; y aquellos á quienes se confirió esta comision procedieron con mucho desórden, pues por la necia confianza de los capitanes, le acometieron á fuerza abierta, en lugar de apoderarse de él por medio de asechanzas, y pospusieron todo lo demás á la codicia de la presa. No pasó mucho tiempo sin que pagasen la pena de su falta de obediencia, porque habiendo caido en una emboscada de los moros, los mataron estos á flechazos, junto con los capitanes Antonio de Avila y Alvaro de Flores, siendo tanto el apego que tenian á la presa, que embarazados en llevarla quisieron mas morir que pelear. El reyecillo se puso en salvo por la fuga, y no se creia seguro en parte alguna, ni se confiaba de nadie. Entonces el miedo de los nuestros se convirtió en crueldad y pasaron á cuchillo á muchos de los principales moros; lo que llevó muy á mal el marqués de Mondejar, que por medio de ellos esperaba concluir en breve tiempo el negocio por su propia persona, y antes que llegase don Juan de Austria, á quien el rey don Felipe habia encargado esta guerra. Finalmente, habiéndose retirado del campo por mandado del rey, dejando en él á don Juan de Mendoza para que sostuviese la guerra, se volvió á Granada á fin de recibir honoríficamente al Austriaco, y consultar con él sobre los medios de continuar aquella empresa.

Mientras estuvo ausente Mondejar, no habia en los reales mas órden ni disciplina que el militar desenfreno, y irritaban con las muertes y robos á los moros que se hallaban ya medio apaciguados, como si á cada soldado raso le fuese lícito castigar á su arbitrio las cosas pasadas. Irritábanlos de intento á que tomasen las armas, para que concluida la guerra no se concluyese el saqueo; y aquellos miserables no hallaban refugio alguno en los capitanes, pues estos participaban de las rapiñas del soldado. Pero ¿qué habian de hacer estos nuevos reclutas á quienes no se daba estipendio alguno? Consternados, pues, los moros volvieron á tomar las armas en muchas partes y se renovó con mas furor la guerra. En unas emboscadas fueron muertos doscientos y cincuenta cristianos con su capitan, habiéndose escapado solo dos con vida; con lo cual, cobrando ánimo el reyecillo juntó un ejército, que se componia de diez mil hombres armados. En vano solicitó auxilios del Africa, por hallarse Uluc-Alí gobernador de Argel, implicado con la guerra de Tunez. El sultan de Turquía Selim, que meditaba la guerra de Chipre, no le dió otra cosa que buenas palabras, con el deseo de que tuviese ocupadas las fuerzas en España en la guerra doméstica á fin de impedir que se juntasen con las venecianas; y de este modo alejaron los cielos aquella peste que nos amenazaba. Sin embargo no faltaron piratas que, con su mismo peligro, introdujeron en las costas de España armas y provisiones de guerra, y un escuadron de turcos, sin haber sido vistos por la armada.

Intentó el reyecillo inútilmente apoderarse de Almería, por ardid ó por fuerza, á cuyo tiempo, que era á mediados de abril, llegó á Granada el Austriaco acompañándole el duque de Sessa, Requesens, y Quijada su ayo, hombres valerosos y prudentes, á los cuales se juntó el marqués de Mondejar que tenia gran conocimiento de aquellas gentes y lugares. Vencidos los moros, se sacaron de la ciudad tres mil y quinientos, y mayor número de mujeres, y fueron conducidos con guardias á lo interior de Andalucía, asegurándose la ciudad con una guarnicion mas fuerte. Y porque habia corrido la voz de que intentaban los moros incendiarla, se sublevó el pueblo, y pasó á cuchillo sin misericordia á ciento y cincuenta que se hallaban presos. El miedo era mayor que la causa que habia para tenerle; y en todas las iglesias se hacian rogativas públicas, como se acostumbra cuando amenaza guerra. Mientras tanto que conferenciaban sobre las providencias que debian tomar, llegaron órdenes muy severas del rey, por lo cual se comenzó á perseguir con todo esfuerzo á los moros. Apoderóse Requesens del Peñon de Frigiliana, situado en lo mas alto del monte de Bentomiz, cuya empresa habia intentado antes desgraciadamente Suazo. Con las tropas que Arévalo sacó de Málaga, se juntaron mil soldados que habia conducido de Nápoles en la armada el capitan Pedro de Padilla, y ochocientos soldados de marina; y aunque los moros defendieron el puesto valerosamente, arrojando desde lo alto del monte peñas y flechas contra los que subian, vencieron sin embargo la aspereza del lugar, y llegaron á lo mas elevado. Quedaron muertos en la pelea dos mil de los enemigos, sin contar los muchos que perecieron en la fuga por los riscos y precipicios. La victoria fue muy sangrienta para los nuestros, pues murieron en ella ochocientos soldados y muchos nobles, y quedaron heridos Leiva, Avellaneda, Zúñiga, que poco despues obtuvo el título de conde de Miranda, y el virey de Nápoles. Fueron parte del saqueo tres mil cautivos, los cuales se vendieron en pública subasta y su importe se distribuyó por los tesoreros del ejército entre las tropas. Andrade salió en tierra con un escuadron de la armada y arrojó de unos peñascos á otra multitud de moros, y se volvió á las naves con una presa considerable y mil cautivos, habiendo sido muy corta la pérdida de los suyos.

Por este tiempo venció el marqués de los Velez al reyecillo que habia caido en una emboscada, en la que perecieron mil y quinientos de los enemigos, y veinte y cuatro de los nuestros, y condujo á su campo diez banderas y un botin importante. Aconteció esta pelea en el territorio de Berja. Marchó despues á Adra, villa marítima, situada cerca de las ruinas de la antigua Abdera; y habiendo recibido del Austriaco seis mil hombres armados, se dice que compuso un ejército de doce mil infantes y setecientos caballos. No habia procurado recoger dinero para la paga de ellos, ni tenia provision de víveres y granos en los almacenes para mantenener al soldado en el campo, y apenas se traia por mar y tierra lo necesario para el dia. En una palabra, todo estaba desordenado por las disensiones que habia entre los grandes. La potestad estaba dividida entre don Juan de Austria y Quijada, y aun era mayor la autoridad de este. Unos rehusaban obedecer á este, y otros á aquel con insolente pertinacia, como acontece siempre que mandan muchos. De aquí se originó la total corrupcion de la disciplina militar en el campo del marqués de los Velez, que no queria hacer la guerra bajo las órdenes del Austriaco. El soldado comenzó á aflojar con el ocio y la desidia, y á pervertirse unos á otros con sus vicios, detestando todos el escesivo orgullo de su general. Juntábase á esto las enfermedades y el hambre; y viendo que desertaban y abandonaban á cara descubierta las banderas sin que los contuviese el miedo ni el pudor, intentó su hijo don Diego oponerse á la fuga de los soldados, reprendiéndoles esta maldad con palabras muy ásperas. La respuesta que le dieron fue una lluvia de balas, con las que le hirieron en la mano y en el costado. No obstante, habiendo el marqués trabado batalla con el reyecillo, le derrotó y le puso en fuga, y impidió que le persi-

quiesen la aspereza y fragosidad de aquellos lugares. Peleó desgraciadamente con los habitantes del valle de Bolodina, porque el soldado mas codicioso de retener la presa que de pelear, se retiró de allí con pérdida é ignominia, despreciando el mandato de su general.

Entretanto el reyecillo no pudo con sus fuerzas apoderarse de Adra, y tambien intentó en vano tomar otros pueblos; pero taló á fuego y sangre una parte del dominio del de los Velez. Finalmente, para decirlo todo en pocas palabras, irritados los turcos contra el reyecillo por las calumnias de los moros, determinaron quitarle la vida. A la verdad se habia hecho tan aborrecido de los suyos con sus rapiñas, disoluciones y crueldades, que parecia no poder ya tolerar tantas injurias. Oprimido, pues, por la conspiracion de los turcos, declaró al tiempo de perder la vida que queria morir cristiano, y que se habia revelado solamente por los agravios que los ministros reales le habian hecho á él y á su padre. Pereció ahogado en la cama á los veinte y cuatro años de su edad, y su cuerpo fue arrastrado á un muladar, y enterrado en él con la mayor ignominia. Sucedióle su pariente Abdalla Aben Aboo, habiendo tomado las insignias reales y levantado en hombros de los suyos, segun la costumbre de aquella nacion, fue proclamado rey este hombre de la mas baja esfera, audaz, pérfido, suspicaz, y de pésimas costumbres. Envió á Argel y Constantinopla á unos hombres de su confianza con muchos regalos, pidiendo se le concediesen armas, navíos, y un poderoso auxilio de gente armada, pues que hacia la guerra en defensa de la secta mahometana y de la libertad de la nacion. Y á fin de adquirirse mientras tanto fama con alguna accion memorable, puso repentinamente sitio á Orbiga que al principio de la sublevacion habia preservado del peligro el marqués de Mondejar, hallándose Abdalla con diez mil hombres, entre los cuales se contaban los socorros que le habian venido de Argel. Todas sus tentativas para apoderarse del pueblo fueron vanas, rechazándole intrépidamente los soldados de la guarnicion con su capitan Francisco de Molina. Intimidado de la llegada el duque de Sessa con nuevas tropas, levantó el sitio con pérdida de quinientos de los mas audaces. Puso Abdalla algunas emboscadas en las que cayeron temerariamente los nuestros, y pagaron la pena de su descuido con la muerte de cien soldados. Recorrieron despues uno y otro general las villas y aldeas, talando y robando cuanto encontraban, y á principios del otoño se volvió el de Sessa á Granada. La villa de Orbiga fue abandonada de órden de don Juan de Austria, y Molina con la guarnicion y los equipajes se retiró á lugares seguros, dejando enterrada la artillería para que no viniese á poder de los enemigos. En este intérvalo de tiempo hubo otros combates; se pusieron emboscadas unos á otros, y se hicieron recíprocos daños, cuya relacion individual seria demasiado prolija.

CAPITULO XII.

Vuelven los hugonotes á tomar las armas en Francia. Batallas de Jarnac y Moncontour, y victorias de las armas católicas. Sucesos de Flandes. El duque de Florencia es declarado gran duque de Toscana. Espedicion de Uluc-Alí contra la Goleta.

Las cosas de Francia iban cada dia de mal en peor, y parece que habian dejado las armas, menos por el deseo del descanso, que para volver á tomarlas con mayor esfuerzo. El pretesto era la religion y la libertad de opinar cada uno lo que quisiese; pero el verdadero motivo era la ambicion de los grandes y el odio inestinguible que de ella habia nacido, encubriéndose los católicos con el velo de una aparente piedad; por lo cual con leve impulso volvia á encenderse la llama que abrasaba la miserable Francia. Desconfiado el rey de la sinceridad de los hugonotes, no habia querido despedir el ejército; y estos para precaverse de que el rey los oprimiese repentinamente, no querian sacar las guarniciones de los pueblos fortificados, como lo habia ofrecido. De esto pues se originó el volver á tomar las armas; y habiendo hallado el rey la ocasion de oprimir á sus adversarios, mandó guardar los pasos de los rios á fin de que no llegaran á juntar las fuerzas que tenian divididas. Ejecutaron los católicos esta órden con descuido por sus fines y particulares intereses, y proporcionaron á los hugonotes el ponerse á salvo por medio de la fuga. Habiéndose escapado Odet, que antes se llamaba el cardenal de Chatillon, hermano de Gaspar Coligni, almirante de la armada, el cual abjurando la verdadera piedad y la sagrada púrpura habia abrazado la milicia y la secta de Calvino, pasó á Inglaterra. Recibióle la reina Isabel con mucha humanidad, y le ayudó benignamente con socorros para sostener el partido, faltando en esto á la palabra que tenia dada al Francés de que no protegeria á los hugonotes. El príncipe de Condé y el almirante se huyeron á la Rochela, donde fijaron el asiento de la guerra; y habiendo llamado á sus mas celosos partidarios, renovaron todos los anteriores males de la guerra, cuando apenas habian pasado cuatro meses despues de la publicacion de la paz. Espugnaron algunas ciudades y pueblos, y con horrenda impiedad arruinaron los templos y todas las cosas sagradas; porque no contentos con emplear sus detestables armas contra el rey, declararon tambien la guerra á Dios y á sus santos. El duque de Anjou, hermano del rey, habiendo juntado tropas, marchó contra los rebeldes, y en el camino derrotó á un fuerte escuadron del príncipe de Condé, y tuvo además algunas felices batallas. Entretanto abolió el rey los edictos que habia publicado á favor de la tolerancia de la secta, y por medio de sus embajadores exhortó á los príncipes católicos á que defendiesen con la fuerza y con las armas la religion, que se hallaba lastimosamente combatida en Francia. No fueron vanos sus deseos, pues muchos se prestaron desde luego á su defensa. El sumo pontífice, además de otros auxilios, le envió cinco mil y quinientos caballos y infantes, á los cuales juntó el duque de Florencia mil y setecientos mandados por el conde de Santa Flor: el rey don Felipe tres mil infantes y dos mil caballos del ejército de Flandes bajo el mando de Pedro Mansfeld, capitan veterano y valeroso guerrero: los venecianos cien mil escudos de oro para los gastos de la guerra; y el César y los príncipes ortodoxos le permitieron levantar tropas en Alemania. Mas no pudo impedir á Volfango de dos Puentes que hiciese tambien reclutas para socorrer á los hugonotes, ni el que fuesen introducidas en Francia, aunque envió á Aumale y Nemours con tropas para que las cerrasen la entrada.

El duque de Anjou ardía en deseos de dar batalla al enemigo, y los hugonotes por el contrario deseaban que se les juntasen las tropas alemanas que esperaban de un dia á otro, antes que se viesen en la necesidad de pelear. Mientras tanto que aquel estrecha y estos procuran evitar el combate, se vieron al fin obligados á venir á las manos, porque los realistas pasaron el rio, lo que de ningun modo habian creido sus adversarios, los cuales para no pelear, se apresuraban á retirarse. El almirante Coligni fue de improviso rodeado por las tropas reales, y no pudiendo resistir su ímpetu y fuerza, llamó en su auxilio á Condé. Acudió este con la caballería, y peleó con el mayor esfuerzo para libertar de aquel peligro á los suyos. Pero habiendo caido á tierra con su caballo, fue hecho prisionero; quitáronle el morrion, y reconociendo quien era, le tiró Montesquiou, escudero

del duque de Guisa, un pistoletazo á la cabeza, y de este modo pereció aquel hombre insigne por su valor y destreza militar, si no hubiera oscurecido los dotes de la naturaleza y del arte con la impía secta, y con su obstinacion contra el rey. Fue hombre de ánimo inquieto y feroz, y muy ambicioso; cuyos vicios le precipitaron en el partido de los hugonotes. Esta victoria se llamó de Jarnac por el pueblo inmediato al campo de batalla, y fue mayor por la fama que por los efectos que produjo. Habiéndose escapado el almirante y Andelot, recogieron prontamente sus tropas dispersas, mientras que el duque de Anjou, que debia completar la victoria siguiendo el alcance á los enemigos casi derrotados, se detuvo imprudentemente en espugnar, y pasar á cuchillo la guarnicion. Mientras tanto murió Andelot de una herida, ó con un veneno, segun se divulgó entonces.

Por la muerte de Condé fue nombrado general de las tropas de los hugonotes Enrique, príncipe de Bearne, y Coligni su teniente. El duque de dos Puentes introdujo las tropas en Francia, y falleció poco despues. Fortificados los hugonotes con este auxilio combatieron con gran vigor á Poitiers, pero fueron vanos sus conatos. Juntáronse al duque de Anjou las tropas españolas y italianas, con las cuales compuso un ejército de diez y seis mil infantes y diez mil caballos. El número de los enemigos, que era menor, se disminuyó no poco con la desgraciada empresa de Poitiers; por lo cual rehusaba Coligni aventurar una batalla, aunque aparentaba lo contrario. Los alemanes ostigados de una milicia de que sacaban poca utilidad le amenazaban que se volverian á su patria si no los conducia á pelear con el enemigo; y habiéndole acometido el duque de Anjou, no pudo evitar la suerte de la batalla. Peleó una parte de las tropas con la otra, y á la entrada de la noche se pusieron en fuga los hugonotes, pero el dia siguiente se renovó el combate. Los jóvenes príncipes de Bearne y Condé fueron sacados del peligro de la pelea, y enviados con una escolta de caballería á lugar seguro. La accion fué cruel y sangrienta, y Coligni despues de haber sido herido en la cara, estuvo muy próximo á quedar prisionero. El duque de Anjou fue arrojado del caballo, y apenas pudieron los suyos levantarle, por la multitud de enemigos que acudió á oprimirle, con lo cual se enardeció mas la pelea. Finalmente ganaron la victoria los ortodoxos, y se dice que perecieron diez mil de los enemigos, y quinientos infantes y caballos de los realistas. Las tropas pontificias y españolas merecieron grande alabanza por haber ganado las banderas enemigas; y Pedro Ernesto de Mansfeld fue herido peleando intrépidamente. La crueldad de los vencedores concebida por el odio que tenian á la secta, hizo poco humana la victoria. Acaeció esta batalla en los dias dos y tres de octubre, cerca de Moncontour; y en otra pelea fue tomado el campo y los bagajes de los enemigos, y los puestos fortificados sin dificultad alguna, y en muchas partes se dieron á Dios solemnes gracias por tantas victorias.

En Flandes descansaban las armas, y se peleaba con opuestos dictámenes en la junta de los estados convocados por el duque de Alba. Pedia, pues, que para los gastos de la próxima guerra se exigiese á las provincias un triplicado tributo por todo el tiempo que permaneciese esta causa. Pareció esto muy duro á los flamencos, como acostumbrados á ser tratados por sus príncipes mas con un imperio precario que con régia autoridad. Despues de muchos debates de una y otra parte, no se resolvió cosa alguna, porque los procuradores de las provincias se resistieron con mucha firmeza á que se aumentase en lo mas mínimo la antigua contribucion. A la verdad parecia muy árduo, y arriesgado exigir dinero á los flamencos, cuando se hallaban tan irritados. Inclinábanse algunos al dictámen del duque de Alba, pero sin embargo nada pudo conseguir de los mas obstinados, aunque suavizó la forma de la contribucion. Habiéndose dejado indeciso el negocio para otro tiempo, perseveraron los mas de ellos en su dictámen con mayor obstinacion y con ánimos mas irritados. Bramaba el duque de Alba, acostumbrado á llevar adelante las empresas árduas con próspero suceso, y no se abstenia de proferir amenazas, declarando que pensaria en lo que habia de ejecutar contra los que rehusasen obedecer sus mandatos. Pero todo se convirtió en humo, y solo se les exigió algun dinero de la centésima de los bienes raices, habiendo dado principio por los habitantes de la provincia de Hinault, que eran los mas obedientes. Los mas se resistieron á consentir en la décima y veintena de los bienes vendibles y muebles, con increible pesar del duque de Alba, que tenia el dinero secuestrado en Inglaterra, y le negaban en Flandes con indecible pertinacia lo necesario para tantos gastos.

Mientras tanto llevó á efecto el pontífice lo que sus predecesores habian intentado, enviando una bula al Florentino, en que le dió el título de gran duque de Toscana, condecorándole con las insignias régias. Habia hecho esclarecidos méritos para con la Sede Apostólica, y no omitió cosa alguna que pudiese contribuir á ganarse la benevolencia del papa. Causó esta gracia una alegría estraordinaria á aquel hombre tan codicioso de honores, y algunos príncipes se manifestaron muy quejosos. El rey de Francia, que se hallaba obligado del duque por el reciente beneficio que de él habia recibido, le envió un embajador para congratularle de una gracia digna de un príncipe tan benemérito de la piedad cristiana. Por el contrario, el rey don Felipe por medio de su embajador dió muchas quejas al pontífice; lo uno de que hubiese pensado en condecorar á su feudatario por el dominio de Sena sin haberlo consultado con él, y lo otro porque con el deseo de restablecer la disciplina eclesiástica, y defender la dignidad de la Sede Apostólica, habia deprimido las inmunidades y privilegios reales en Nápoles, Milan y otras partes, y especialmente en Sicilia, enviando á Pablo Odescalco con potestad de legado á latere, donde lo son los reyes por privilegio de Urbano Segundo. Disputaron ambos con mucha modestia, y el papa aplacó fácilmente al rey con una prudente respuesta, derogando además algunas constituciones, y el rey como tan piadoso creyó que debia ceder en todo lo demás en obsequio de aquel santo pontífice, dando este loable y religioso ejemplo á los príncipes.

En el Africa hubo por este tiempo algunas turbaciones; pues habiendo hecho Amida, Régulo de Túnez, alianza con don Alfonso Pimentel, gobernador de la Goleta, temeroso del poder de los turcos, escitó contra sí mas y mas el inveterado odio de sus adversarios. Por esta causa le declaró la guerra Uluc-Alí de órden del sultan Selim, en la cual fue vencido y derrotado Amida, menos por la audacia del pirata, que por la perfidia de los suyos; y finalmente arrojado de su misma córte, se refugió en la Goleta con sus hijos. Pero mientras que el pirata desconfiado de sus fuerzas intentaba tomar con ardides esta fortaleza, hicieron una salida Segura y Salazar con las tropas de su guarnicion, le pusieron en fuga y le incendiaron los navíos que tenia prevenidos en la laguna, con poco ó ningun daño de los españoles.

CAPITULO XIII.

Piden los moriscos de Granada la paz á don Juan de Austria, y se la concede. Vuelven á rebelarse. Muerte de Aben-Aboo, y conclusion de esta guerra. Casamiento de los reyes de España y Francia. Este da la paz á los hugonotes.

Los moriscos de Granada perseveraban en su rebeldía, confiados en la aspereza de los lugares que

habitaban, y confirmados en sus ideas con los depravados ejemplos de los nuestros. A estos les incitaba la ira y el odio que tenian á aquella nacion, y á esta el amor y adhesion á su secta, y el deseo de hacer robos y defenderlos, les movia á pelear á cada paso unos y otros. La emulacion y discordias suscitadas entre nuestros generales prolongaban la guerra con increible ignominia y daño; y para derimir el rey las contiendas que tenian los marqueses de los Velez y Mondejar, llamó á este á la córte á fin de que le informase individualmente del estado de la guerra. Despues que aquel intentó con poca fortuna apoderarse de Galera, pueblo muy fortificado, obtuvo fácilmente permiso del Austriaco para volverse, con sus pequeñas tropas, adonde habia venido. Determinó don Juan de Austria espugnar por su persona este presidio, que estaba situado en los montes cerca de Baza, en el camino de Cartagena, y salió de Granada con un ejército de diez mil hombres á principios del año de 1570. Arruinó las murallas con la artillería y las minas subterráneas, y se abrió paso al pueblo, y pelearon muchas veces, en las contínuas salidas que hicieron, con mucha sangre de una parte y otra, pues los turcos y moros se resistian, no tanto para vencer, cuanto para perecer, no teniendo esperanza alguna de conservar la vida. Finalmente se introdujeron los cristianos en el pueblo abriéndose camino con la espada, y combatieron acérrimamente en las calles y plazas, donde á cada paso tenian que superar nuevos obstáculos. Perecieron dos mil y cuatrocientos mahometanos, y el ciego furor del soldado pasó á cuchillo quinientas mujeres, conservándose la vida á cuatro mil con sus hijos pequeños. De los nuestros quedaron muertos ochocientos, entre los cuales se contaban quince capitanes, y muchos alféreces y nobles, y fueron heridos quinientos. El botin, que fue opulento, se repartió á los soldados, y se halló una cantidad de trigo suficiente para alimentar la multitud por espacio de un año, y el pueblo fue arrasado de órden del Austriaco. El rey don Felipe pasó desde Madrid al santuario de nuestra Señora de Guadalupe en accion de gracias por la victoria; y porque corria peligro Cartagena, si los turcos enviasen una poderosa armada para socorrer á los moriscos, envió por gobernador de aquel puerto á Vespasiano Gonzaga, hombre muy esperto con las cosas de la guerra. Desde Guadalupe se puso en camino á Córdoba donde habia convocado córtes.

Entretanto el duque de Sessa con un valeroso escuadron talaba á fuego y sangre las tierras del enemigo. Despues de esto, emprendió la espugnacion del castillo de Hierro, ayudándole Andrade por la parte del mar. A este mismo tiempo llegaban los socorros que venian del Africa en catorce navíos largos; pero habiendo oido el estruendo de nuestra artillería, torcieron las proas, y se retiraron á Argel. Finalmente se apoderaron del castillo, habiéndose puesto en fuga su guarnicion. El reyecillo, para vengarse de esta pérdida, y abrirse una puerta para recibir los socorros que le enviasen por mar, intentó á un mismo tiempo escalar á Almuñecar y Salobreña; pero fue rechazado de una y otra parte por el valor y industria de Lope de Valenzuela y Diego Ramirez, que defendian aquellos pueblos. El Portugués Lorenzo de Silva, marqués de Fabara, cayó desgraciadamente en una emboscada de los moriscos; y habiendo perdido la infantería, atravesó por medio de los cuerpos de guardia, con que el enemigo ocupaba las angosturas de los montes, y con solos cien caballos y una escolta de los habitantes de Guadix, pudo al fin llegar al campo de don Juan de Austria. Otro escuadron que el duque de Sessa enviaba á Calahorra, fue tambien derrotado por los moros desde una emboscada, como tan ligeros y prácticos en aquellos lugares fragosos, y hubo otros muchos combates con varia fortuna. El Austriaco, despues de haber arrasado á Galera, arrebatado de una suerte feliz, tomó á Tijola y Seron, donde Quijada fue herido de un balazo, y falleció de allí á poco tiempo con gran dolor de aquel príncipe, y tambien se tomaron en breve otros pueblos que habian dado mucho que hacer á las armas cristianas.

Derrotados los moriscos con tantas pérdidas, y no quedándoles ninguna esperanza de sostener la guerra, les pareció mejor darse por vencidos antes que esponerse ellos, sus mujeres y hijos á la muerte y á la esclavitud. Movidos pues de este pensamiento, pidieron composicion al Austriaco, y este, que deseaba concluir la guerra, les concedió que entregando las armas y asegurados con su palabra pública por escrito, se volviesen con seguridad á sus campos, sin temor de que en adelante se les hiciese mal alguno. Habiendo juntado el duque de Arcos por mandado del rey un escuadron de gente armada en las montañas de Ronda, publicó el perdon á una gran multitud de moriscos. Compuestos de esta suerte aquellos movimientos, se hallaba todo tranquilo, cuando por la perfidia de Aben Aboo, que temia perder la cabeza por sus maldades, volvieron otra vez á sublevarse y á renovar la guerra con las armas, que para cualquier trance habian ocultado los que se entregaron. El Austriaco entró por una parte en las montañas, y por otra Requesens con un poderoso trozo de gente. Divididos los soldados en muchos escuadrones y corriendo por todas partes, saqueaban, mataban y cautivaban á los moros armados y desarmados, sin dejar guarida alguna que no escudriñasen, y no perdonando ni aun á los que se rendian. Los despojos fueron vendidos, y su importe se repartió por los tesoreros entre la tropa. Las importunas vejaciones de los soldados que mandaba Antonio de Luna, exasperaron á los moriscos que el duque de Arcos habia recibido benignamente, y con ánimo pacífico, y conmovidos tambien por las exhortaciones de Melqui, hombre de grande autoridad entre ellos, volvieron otra vez á las armas. Marchó contra ellos inmediatamente el de Arcos, y en el mismo lugar donde en otro tiempo fueron derrotados por los moros el conde de Ureña su abuelo y don Alfonso de Aguilar, asistido él de mas favorable fortuna, los arrojó de sus puestos fortificados, y mató á Melqui, autor de la sublevacion, recogiendo un considerable botin. Los moros, que por culpa ajena habian sido precipitados en este esceso, pidieron de nuevo la paz y el perdon, y porque Aben Aboo no queria sujetarse á la necesidad, fue abandonado de todos los suyos, y pereció á manos de Algeniz, con quien tenia antigua enemistad. Su cuerpo fue llevado á Granada y quemado en la plaza, y su cabeza se colgó en un paraje público. Algeniz, en premio de su hazaña, obtuvo una pension de cien mil maravedís. Concluida la guerra, y habiendo nombrado por gobernador del reino de Granada á don Pedro Deza, presidente de la chancillería, se restituyó el Austriaco á Madrid. El rey don Felipe, despues de haber celebrado córtes en Córdoba, donde se detuvo poco tiempo, se volvió á Castilla por Jaen, Ubeda y Baeza, acompañado de Ernesto y Rodulfo, hijos del César. A los moriscos se les concedió el perdon de todo lo pasado, y á los turcos y africanos, que con ellos habian pasado á la Andalucía, se les permitió restituirse á Argel. Pero á fin de quitar á los moriscos el deseo de rebelarse, fueron trasportados á lo interior de Castilla, y se trasladaron á sus tierras asturianos y gallegos, con lo cual recobró España á fines de este año su antigua paz.

Convenia mucho persuadir al rey don Felipe que contrajese nuevas nupcias por no haberle quedado sucesion masculina de la difunta doña Isabel. Este era el deseo de todos por el bien público, y ya se trataba de ello cuando llegó á España Carlos, herma-

no del César; y al fin convinieron en que el rey don Felipe casase con doña Ana, hija mayor de Maximiliano, y el rey de Francia Carlos con doña Isabel su hermana. Ambas pues salieron del Austria, y la una vino á Francia, y la otra se embarcó en Flandes en una armada dispuesta por el duque de Alba con Alberto y Wenceslao sus hermanos, y á los nueve dias de navegacion arribó á España. Fue recibida magníficamente y festejada con todo género de obsequios por don Gaspar de Zúñiga, hijo del conde de Miranda, arzobispo de Sevilla, y por don Francisco de Zúñiga, duque de Bejar. Habiendo dispensado el papa el impedimento del parentesco, se celebraron las bodas en Segovia el dia doce de noviembre con aparato y opulencia régia y hubo fiestas públicas con admirable regocijo y aplauso de todos.

Casi en los mismos dias se hallaba tambien la córte de Francia con igual alegría por las reales nupcias celebradas en Meziers, cerca del rio Mosa. Compadecido poco antes el rey Carlos de los males de su reino, afligido con tantas calamidades, habia dado la paz y tratado con mucha blandura á los hugonotes, que estaban muy próximos á su ruina; y para asegurarles su palabra y libertarlos de todo temor, les dejó algunas ciudades fortificadas, admirándose todos de tan estraordinaria benignidad. Mostrábase severo contra los católicos cuando cometian alguna culpa, y muy blando con los herejes, lo que dió motivo á muchos y varios discursos: pues unos reprendian su demasiada facilidad, y otros la perfidia de sus consejeros, de los cuales algunos eran herejes, y se creia que favorecian ocultamente á la secta. Algunos de los cortesanos del rey sospechaban que habia maquinacion oculta, y cada uno juzgaba segun sus luces y afectos de una mudanza tan absoluta y repentina. El papa y el rey de España le exhortaban por medio de sus embajadores á que estinguiese las reliquias de la impiedad, ofreciéndole á este fin sus auxilios. Pero el rey Carlos respondió, que los pueblos de Francia estaban afligidos con los remedios ásperos, y que no solo se hallaba exhausto el erario, sino cargado de muchas deudas, con otras escusas semejantes. En medio de tan profundo disimulo se observó alguna vez, que arrebatado de la ira á que era propenso, elogiaba entre dientes el consejo que le dió el duque de Alba en la conferencia de Bayona; pero no se confiaba de nadie. Hallábase contínuamente á su lado la reina madre, que era la árbitra de todas sus deliberaciones, de cuya voluntad parecia depender enteramente, y la que le enseñaba á disimular en su semblante y en sus palabras. Con este aparente ocio se fraguaba una cruel venganza que habia de romper á su tiempo.

El duque de Alba reparaba con sus edictos en Flandes el gobierno público que se hallaba en un general trastorno, y comenzaron á restablecerse las iglesias, imágenes y demás cosas sagradas, destruyéndose las capillas de los calvinistas. En Malinas y Cambray celebraron sínodos los nuevos obispos para restaurar la antigua piedad y reducir á su vigor la disciplina eclesiástica. Entretanto llegó un decreto del rey (que fue publicado por el duque de Alba en un tablado erigido en la plaza de Amberes) en el cual concedia indulto y perdon general á todos, esceptuando á los que habian sido incitadores y cabezas de los tumultos, á los que habian profanado los templos y altares, y á los que al principio de la sedicion hubiesen firmado el libelo que se entregó á la Parmesana, y á otros semejantes. Aprovecháronse muchos de la régia benignidad, y se volvieron á sus casas; y habiendo dado muestras de su fidelidad, fueron restituidos en sus bienes y honores; pero la mayor parte permaneció obstinadamente en el destierro. Las tropas españolas auxiliares del Francés, despedidas por este, se volvieron á Flandes, y las pontificias á Italia, muy derrotadas y aniquiladas con la falta que padecian de todo lo necesario, y con las calamidades de la guerra, segun lo afirma Mariana en sus apuntamientos como testigo ocular, pues las vió al tiempo que pasaba desde Sicilia á Francia.

CAPITULO XIV.

Dispone el Turco una grande armada contra los venecianos, y pierden estos á Nicosía y Famagusta en la isla de Chipre. Alianza de los príncipes cristianos contra el Otomano. Derrota de la armada de este en la célebre batalla de Lepanto.

Deseoso el gran turco Selim de unir á su imperio la fortilísima isla de Chipre, declaró en este año una sangrienta guerra contra los venecianos. Enviéles antes una embajada pidiéndoles esta isla, y amenazándoles que si no se la restituian prontamente, tomarian venganza con las armas. La respuesta fue, que de ningun modo le entregarian una posesion que por legítimo derecho era del dominio de Venecia; y que si les movia la guerra, repelerian la injuria con sus armas y con sus riquezas. Habiendo despedido los venecianos al embajador turco, comenzaron con grande actividad á disponer todo lo necesario para la defensa. No faltó el pontífice á su deber en esta ocasion, pues además de haberles socorrido con todo el dinero que pudo recoger, procuró hacer una alianza de los príncipes para esta guerra. Rogó principalmente al rey don Felipe, que mirase por el bien comun en el peligro tan grande que amenazaba á la cristiandad, y le dió facultad para exigir una considerable suma de las rentas eclesiásticas por via de subsidio. Mandó tambien equipar doce galeras para que no se dijese que solo les ayudaba con palabras. El rey don Felipe, como tan celoso de la defensa del nombre cristiano, envió al Oriente la armada de Doria, compuesta de cuarenta y nueve galeras. Mientras tanto los generales turcos Piali y Mustafá, arribaron á Chipre con una grande armada de doscientos y noventa navíos de todos géneros, y condujeron su ejército á la ciudad de Nicosia, situada á treinta millas del mar, la cual se hallaba defendida por Nicolás Dándalo con una corta guarnicion. No fue posible resistir mucho tiempo á la multitud de los enemigos, que se abrieron la entrada á costa de mucho estrago. En el último combate pereció Dándalo peleando valerosamente, y fue grande el botin que recogieron. A este tiempo se juntó la armada de los aliados en la isla de Candía, adonde se habia adelantado la de los venecianos, mandada por Gerónimo Zani. Contábanse en ella doscientas y once galeras; y habiendo tenido un consejo de guerra, acordaron despues de muchos debates marchar contra el enemigo, que creian se hallaba ocupado en la conquista de Nicosia. En el viaje recibieron la noticia de estar ya tomada por los turcos, lo que causó en los ánimos de todos una estraordinaria consternacion. En aquella noche dispersó una tempestad las galeras, pero habiéndose aplacado el mar, se reunieron todas en breve tiempo. Los generales estaban discordes en sus dictámenes. Decian algunos que el provocar en batalla á un enemigo tan poderoso con la toma de Nicosia, y que tenia tan superior armada y tan escesivo número de tropas, parecia una gran temeridad que podria tener el mas desgraciado éxito: que la fortaleza de Famagusta, que era otra de las principales defensas de la isla, podria sostenerse por mas tiempo con una poderosa guarnicion, proveyéndola cuidadosamente de todo lo necesario, y que de ningun modo se debia esponer la armada á un mar tempestuoso, y en una estacion tan importuna, con vano esfuerzo y peligro gravísimo. Este dictámen fue seguido de todos. La armada otomana, dejando algunas pocas galeras y un escuadron de soldados cerca de Famagusta para que impidiesen la entrada de vive-

res, se volvió á Constantinopla á la mitad del otoño. La veneciana arribó á Canea, muy disminuida de gente por las enfermedades que la afligieron. Navegaron á Italia por diversas partes Doria y Colona, que mandaba las galeras pontificias, y combatido este último por una tormenta, se halló á pique de perecer, habiéndole incendiado un rayo la galera capitana. Pasó despues á otra, que fue estrellada contra la costa por la fuerza de los vientos, y se refugió en Ragusa, donde pudo ocultarse, y se burló de la diligencia de los turcos que le reclamaban, en lo cual se distinguió mucho la fidelidad de los habitantes. Finalmente llegó á Italia despues de haber padecido nuevas calamidades, y Doria entró en Mecina con su armada íntegra y salva. De las cuatro galeras que habia enviado el gran maestre de Malta para que se juntasen á la armada bajo las órdenes de Pedro Justiniani, dos fueron tomadas por Uluc-Alí en un combate, y las otras se salvaron por la fuga. Tal fue el éxito que tuvo aquella espedicion, emprendida al parecer contra la voluntad del cielo.

Los venecianos que habian quedado en Candía consultaban entre sí sobre el modo de socorrer la ciudad sitiada, y habiéndose resuelto á ello, entregaron á Marco Antonio Quirini doce galeras y cuatro navíos de carga con tropas, víveres y todo género de municiones de guerra. Este, pues, se hizo á la vela á mediados de enero de 1571, y con feliz navegacion introdujo todos sus buques en el puerto de Famagusta, habiendo echado á fondo tres galeras enemigas, y tomado dos de carga, que se esforzaban á impedirle la entrada. Finalmente, despues de haber desembarcado todas las cosas que llevaba, y animado á la guarnicion con la esperanza de nuevos socorros, regresó á Candia con su armada en buen estado. Entretanto se dedicaba el pontífice con el mayor conato en establecer la alianza para la guerra contra el Otomano, y pudo tanto con sus fervorosas y piadosas oraciones, y con los buenos oficios que practicó, que vencidas todas las grandes dificultades de este negocio, nacidas de las recíprocas pretensiones sobre el mando, y sobre lo que habia de contribuir cada uno, lo llevó felizmente al deseado efecto. Fue firmada la alianza por el cardenal Pacheco y don Juan de Zúñiga, embajador á nombre del rey don Felipe, porque el cardenal de Granvela, que era ministro plenipotenciario de España, habia marchado de Roma para suceder en el vireinato de Nápoles á don Perafan, que falleció en el mes de abril. Por los venecianos la firmaron Miguel Suriani y Juan Soranci: y finalmente la suscribió el pontífice y algunos cardenales. Esta alianza contenia muchos capítulos, y el principal era que la guerra se hiciese á espensas de los tres, disponiendo que el rey don Felipe contribuyera con la mitad, los venecianos con la tercera parte, y el pontífice con la sesta. Dióse órden para que se juntasen todos en Mecina, y fue nombrado generalísimo para esta empresa don Juan de Austria, el cual habiéndose hecho á la vela en Barcelona con cuarenta y siete galeras, navegó á Génova acompañado de Requesens, comendador mayor de Castilla, y de la principal nobleza. Llevaba consigo á Rodulfo y Ernesto, hijos de su hermana, y desde Génova los envió á Alemania, á donde los llamaba el César su padre. Mandó á don Miguel de Moncada, de cuyo valor se habia servido en la guerra de Granada, que pasase prontamente á Venecia para dar noticia al senado de su llegada á Italia.

Recogida pues la armada italiana, pasó de Génova á Nápoles, y inmediatamente á Mecina donde le esperaban con ansia. Habiendo fallecido tiempo antes el marqués de Pescara, virey de Sicilia, fue nombrado por su sucesor interino el duque de Terranova, el cual y los almirantes de las armadas recibieron á don Juan de Austria con admirable alegría y regocijo. Mandaba la veneciana Sebastian Venieri, porque acusado Zani de su mala conducta en la desgraciada espedicion del año anterior, habia sido puesto en prision, en la que murió. Viendo el Austriaco el corto número de soldados, y la escasez que padecia de muchas cosas el almirante veneciano, procuró suplirle con los que á él le sobraban, y proveyéndole además de víveres y municiones de guerra. Contábanse en la armada veneciana, ciento y ocho galeras, seis galeazas, que son unos navíos mucho mas grandes, y que siempre navegan al remo, armados de dos órdenes de cañones, dos naves de carga, y algunas fragatas. La armada española se componia de ochenta y una galeras, y veinte y dos naves de carga armadas en guerra, en las que iban embarcadas las tropas alemanas. Del pontífice fueron solamente doce galeras mandadas por Marco Antonio Colona, á las que se juntaron tres de Malta, y otras tantas del Saboyano, y las seguian otros muchos buques ligeros. El número de soldados pasaban de veinte mil, y dos mil voluntarios españoles y italianos de la principal nobleza, entre los cuales se distinguian los hijos de los duques de Parma y Urbino, jóvenes de escelsa índole.

A mediados de setiembre se hizo á la vela toda la armada del puerto de Mecina. Mientras tanto Famagusta, que se cree ser la antigua Salamina, combatida vigorosamente por largo tiempo, y no pudiendo ya sostenerse despues de once meses de sitio, fue entregada á Mustafá por Marco Antonio Brodagini bajo de ciertas condiciones, obligándole á ello la falta de las cosas mas indispensables. Pero el Bárbaro con una perfidia mas que púnica, despues de haberle cortado las orejas y las narices le mandó desollar por mano de un judío, mientras que el infeliz llamaba á Dios como testigo y vengador de tan horrible engaño y maldad: y habiendo estendido la piel sobre una estera, la hizo colgar en la antena de una galera, para que sirviese de público espectáculo. Astor Balleoni y los demás que se habian entregado, unos fueron pasados á cuchillo y otros llevados cautivos. Entretanto la armada turca, mandada por el almirante Alí, invadió las costas del dominio veneciano, donde hizo y recibió muchos daños. La confederada, cuyos generales estaban ya resueltos á dar la batalla, vino á las islas Echinadas, situadas cerca de la desembocadura del rio Achelois. La armada otomana salió del golfo de Lepanto donde habia entrado, y se componia de doscientas y sesenta galeras, seguidas de otros muchos buques de diversas formas. Estaban discordes entre sí los capitanes turcos; pero habiéndose publicado una cédula del sultan, venció el dictámen de que se diese la batalla. Ordenáronse pues para la pelea con admirable ardor en aquel fatal golfo, tan célebre por otros combates navales, animando á unos y otros la esperanza de la victoria. Ocupaba Doria el ala derecha, Agustin Barbarigo la izquierda, y don Juan de Austria el centro. En el frente se colocaron las seis galeazas al mando de don Francisco Duodo, capitan esperimentado, para que con la multitud de la artillería que llevaban destrozasen y desordenasen la armada enemiga. Don Alvaro de Bazan, á quien el rey don Felipe habia condecorado con el título de Marqués de Santa Cruz, iba con treinta galeras auxiliares, para acudir adonde lo exigiese el peligro.

Luego que don Juan de Austria dió vista á la armada enemiga, mandó enarbolar en lo mas alto de su galera la bandera de la santa cruz, y con un cañonazo hizo la señal de que se previniesen todos á la batalla. Inmediatamente entró en una galera mas pequeña, y recorriendo toda la armada, exhortó á todos á pelear valerosamente, diciéndoles, que en aquel dia se trataba de la suerte de la religion y de la patria, y de los padres y parientes: que en su diestra llevaban

la victoria; y que el no conseguirla seria ignominioso á unos hombres tan fuertes; por lo cual era preciso vencer valerosamente, ó perder la vida con honra. Habló en particular á cada una de las naciones, las recordó sus mas heróicas hazañas, y las animó á la pelea. Otro tanto hicieron los generales de las armadas; y al mismo tiempo se publicó por los sacerdotes la indulgencia plenaria concedida por el pontífice á todos los que muriesen en tan piadosa empresa. La armada otomana navegaba en forma de media luna con viento en popa; pero la incomodaban mucho los rayos del sol que les daba de frente. Mandaba el ala derecha Mahomet Siroc, la izquierda Uluc-Alí, y el cuerpo del centro Alí. Amurates fue destinado para que sirviese de auxilio con algunas galeras y treinta fragatas que tenian muy pocas fuerzas. Al tiempo mismo de dar el combate, advirtió don Miguel de Moncada al Austriaco que en aquel dia se celebraba con mucha devocion la fiesta de nuestra Señora de los Remedios en la iglesia de los trinitarios de Valencia. Como aquel príncipe era tan devoto de la Madre de Dios, se encomendó á ella con fervorosa piedad, y habiendo hecho el enemigo la señal de la batalla, le correspondió con un cañonazo; y dispuestas ya todas las cosas, se encaminaron á la pelea. Luego que estuvieron á tiro de cañon, las seis galeazas venecianas descargaron su artillería sobre la armada enemiga, y la desordenaron, haciendo en ella grande estrago, echando á fondo algunas galeras, y destrozando otras.

Para evitar los turcos tan terrible ímpetu, y la lluvia de balas que caia sobre ellos, dividieron su armada en muchas escuadras; y juntándose otra vez, acometieron con una feroz gritería, y los nuestros los recibieron con mucho ruido de trompetas. Las naves capitanas trabaron una pelea atroz y sangrienta, y á su ejemplo las galeras se embistieron unas contra otras, con grande estruendo de la artillería. El humo de la pólvora formó una niebla tan espesa, que oscureció enteramente el sol, y el dia parecia noche. Acaeció entonces una cosa admirable, y fue que de repente calmó el viento que soplaba á los turcos por la popa, y levantándose el de Poniente, que era favorable á los nuestros, arrojó el humo hácia el enemigo. En el espacio de hora y media fueron rechazados por tres veces los genízaros por los españoles de la capitana, haciendo en ellos mucha mortandad; pero entrando por la popa otros de refresco en lugar de los heridos, rechazaron á los españoles otras tres veces. Cayó el almirante Alí herido en la frente de un balazo, y los españoles renovaron el combate con mucha griteria; derribaron y destrozaron todo cuanto les servia de estorbo para la victoria, y se apoderaron de la capitana enemiga. Un historiador dice que al tiempo que un español se aceleraba á llevar al Austriaco la cabeza de Alí; fue arrojada al mar; pero otros muchos afirman que se clavó en la punta de una lanza para que sirviese de espectáculo á todos, y este unánime testimonio me parece digno de mayor crédito. Fueron hechos cautivos los dos hijos de Alí, el uno de diez y siete años y el otro de trece. Levantóse en toda la armada un gran clamor de los que con ánimo alegre proclamaban la victoria, aunque todavía se peleaba atrozmente en muchos parajes. Todo cuanto se ofrecia á la vista era triste y lastimoso; pues por todas partes solo se oian los gritos de los que peleaban, y los gemidos de los que caian: no se veia otra cosa que muertos, heridos y sangre, galeras apresadas en gran número, y otras despedazadas y echadas á fondo con sus defensores y remeros. Peleaban los venecianos intrépidamente en el ala derecha; pero habiendo sido herido Barbarigo en un ojo con una saeta, se abatieron de tal suerte los ánimos de los soldados, que estuvo muy á pique de ser tomada su galera. El marqués de Santa Cruz, conociendo el peligro en que se hallaban sus socios, acudió prontamente al socorro, y reprimió el furor de los enemigos, que ya habian derrotado ocho galeras. Reanimáronse los venecianos con su ejemplo, y pelearon con nuevo esfuerzo; y habiéndose mudado la fortuna se apoderaron de muchas galeras enemigas; otras huyeron hácia tierra, de las cuales encallaron veinte en la playa, y abandonándolas sus tropas, las incendiaron los vencedores. Doria, que en el ala izquierda hacia frente á Uluc-Alí para pelear, habia estendido su escuadra (separada de la armada) para evitar que le rodease el enemigo. Este, para librarse de la artillería de las galeazas, que tenia mucho alcance, se retiró del lugar de la pelea, y acometiendo repentinamente á nuestras galeras dispersas, apresó doce de ellas, con mucho estrago de su gente. La capitana de Malta fue muy maltratada: perecieron casi todos sus soldados y cincuenta caballeros, y su capitan Justiniani recibió muchas heridas, y perdió la bandera. Pero viendo Uluc que venia contra él la escuadra de Doria, echó á huir en alta mar para evitar la pelea, y abandonó la presa. Salióle al encuentro don Juan de Cardona con ocho galeras sicilianas, de las que era almirante, para que no quedase impune su audacia. La pelea fue desigual con un enemigo que se hallaba con muy superiores fuerzas, y Cardona hubiera pagado su temeridad; pero el Bárbaro viendo que se dirigia hácia él la escuadra vencedora del Austriaco, se puso en fuga á vela y remo, dejando libre á Cardona. Los vencedores procuraron seguirle el alcance, mas no pudiendo conseguirlo, se tornaron á recoger los despojos.

CAPITULO XV.

Repartimiento de la presa ganada en Lepanto. Varones ilustres que murieron en esta memorable batalla. Toman los españoles la fortaleza de Final.

A esta feliz batalla se siguió el saqueo de las naves enemigas, en las cuales encontraron gran cantidad de oro y plata en moneda, y muchos vestidos y otras cosas de valor. Fueron hechos cautivos siete mil novecientos y veinte de los enemigos, sin contar los que ocultó el soldado, y las naves apresadas ciento y setenta y siete, algunas de las cuales quedaron enteramente inútiles: las despedazadas y quemadas pasaron de setenta; y mas de trece mil cautivos cristianos que estaban al remo fueron puestos en libertad. La armada vencedora perdió diez y siete galeras, y siete mil setecientos cincuenta y seis hombres; y es constante opinion que el número de los enemigos muertos en el combate, abrasados y sumergidos, llegó á treinta y cinco mil. Sucedió esta batalla un domingo á siete de octubre, la que se sostuvo con suma fuerza desde la hora de sesta hasta la de nona, á cuyo tiempo comenzaron á decaer los turcos; y desde aquella hora mas fue una carniceria que un combate. Refiérese que las aguas del mar se tiñeron de sangre, y que todo él se hallaba cubierto de antenas, mástiles, cadáveres y todo género de instrumentos navales. Congratulábanse mútuamente los vencedores, y se elogiaban unos á otros sus hazañas, valor y audacia; y el Austriaco dió á todos muchas gracias con las mayores muestras de alegría, y especialmente á Duodo que mandaba las galeazas, por su admirable pericia, habiéndole dado cartas para que sirviesen de testimonio de su valor y destreza; pues como dice un autor italiano de aquel tiempo, sin estas galeazas ó no hubieran vencido los nuestros, ó hubieran vencido con mucho trabajo. Por el contrario las de los turcos, que eran mucho mas altas, hicieron poco daño en las nuestras, porque la mayor parte de sus balas pasaban sobre ellas cuasi sin tocarlas. Los galeotes cristianos, libres de sus cadenas, pelearon como hombres valerosos, para conseguir la libertad que se les

habia ofrecido en premio. Pero los cristianos que remaban en la armada enemiga, luego que los nuestros proclamaron la victoria, rompieron sus cadenas, y tomando las armas, de que habia mucha copia en las galeras, se apresuraron á ponerse en libertad.

Perecieron en esta batalla hombres esclarecidos por sus hazañas y nacimiento: Barbarigo atravesado de una saeta: don Bernardino de Cárdenas de una bala, y otros. A don Alvaro de Bazan le libertó la vida su escudo, y Venier fue herido de una saeta en una pierna. De los turcos murieron muchos antiguos capitanes, gobernadores de provincias, y gran número de piratas muy célebres. Viendo Amurates el mal estado de la batalla, se puso en salvo por la fuga; y Partan, otro de los grandes, habiendo perdido la galera, se escapó en una fragata ligera. Reservóse para sí el Austriaco cuarenta y siete cautivos de los mas principales, y los hijos del muerto Alí, los que despues envió con Colona al pontífice, y el mayor de ellos murió de tristeza. Para evitar las contradiciones que se encuentran en los historiadores de este suceso, hemos seguido en las mas de las cosas á Gerónimo de Torres, que se halló en la batalla, y escribió con mucho cuidado y diligencia. Recogidos los despojos, fue conducida la armada en aquella noche al puerto que en otro tiempo se llamó Regia-Fuente, situado en la tierra firme enfrente de Corfú, lo que fue muy oportuno, pues habiéndose levantado una tempestad, turbó estraordinariamente el mar, y arrojó á la costa todos los fragmentos de las naves despedazadas en la batalla. Allí se repartió la presa conforme á lo pactado en la alianza; y tocaron al papa veinte y siete galeras, cuarenta y seis piezas de artillería de todos calibres, y mil y doscientos cautivos; al rey don Felipe ochenta y una galeras, con la capitana que habia sido apresada; doscientos cuarenta y ocho cañones, y dos mil y seiscientos cautivos: á los venecianos cincuenta y cuatro galeras, ciento veinte y ocho cañones, y dos mil y cuatrocientos cautivos: y á don Juan de Austria la décima parte de toda la presa, conviene á saber; diez y seis navíos y setecientos y veinte cautivos: y por entonces no se le adjudicó ninguna artillería, por haberse suscitado controversia sobre esto, cuya decision quedó al arbitrio del pontífice. Envió aquel príncipe con dos galeras á Lope de Figueroa al rey don Felipe con cartas en que le anunciaba la victoria; el conde de Priego al papa, y don Pedro Zapata al senado de Venecia. Finalmente envió á Ascanio de la Corne á Leucata para que conociese las fortalezas de la ciudad, y si podria ser tomada por asalto ó en pocos dias. Volvió Ascanio de su comision, y lo informó que la ciudad estaba muy guarnecida, y situada en un lugar pantanoso, y que no podia ser conquistada en poco tiempo: por lo cual, temeroso el Austriaco de las tempestades del otoño, y de que le faltasen víveres, desistió de aquella empresa, y se dirigió á Corfú, donde se hallaban detenidos algunos navíos, que por los vientos contrarios no habian podido seguir la armada. Regaló á los soldados con las provisiones que tenian estos buques, y habiendo despedido á sus socios, navegó á Mecina, y entró en el puerto con una especie de triunfo, llevando las banderas cautivas arrastrando por el agua y las galeras á remolque. Desde el puerto pasó á la ciudad en medio de las festivas aclamaciones, y estraordinario regocijo de sus habitantes. Lo primero que hizo fue dar gracias á Dios por tan insignes beneficios, y lo mismo se practicó con gran solemnidad en todo el orbe cristiano. Para cumplir el voto que habia hecho, mandó don Juan de Austria á Moncada que diese órden para entregar cien escudos á la iglesia de nuestra Señora de los Remedios de Valencia, y otra igual ofrenda hizo á la Vírgen en Mecina. Pero deseoso Moncada de estender el culto de la Madre de Dios, y de enriquecer con tesoros espirituales aquel templo, que para sepulcro de los Moncadas habia edificado su tio don Guillelmo, obispo de Tarazona, marchó á Roma y obtuvo una bula del santísimo pontífice Pio Quinto, por la que concedió muchas indulgencias á los que confesados y comulgados dignamente hiciesen oracion en aquella iglesia en el dia en que se ganó esta victoria; cuya bula tradujimos antes de ahora en lengua española, y la hicimos colocar sobre la pila del agua bendita para que todos puedan leerla. Finalmente llegó Moncada á Valencia, y entregó los cien escudos á fray Juan Ruesta, ministro del convento, como consta de su recibo auténtico. Tambien llevó la bandera de la alianza para que fuese colgada en la media naranja en memoria de la victoria ganada, y el vestido de escarleta que llevaba Alí al tiempo de dar la batalla, bordado de cipreces de oro con admirable artificio, para que haciendo de él un frontal, se dedicase al culto divino en el altar mayor: lo cual se manifiesta al público el dia siete de octubre, en que se celebra el aniversario de esta victoria con estraordinaria concurrencia del pueblo; y el predicador refiere en su sermon todos los sucesos de la batalla.

Gozoso en estremo el rey don Felipe con la alegre nueva, dió humildes gracias al Señor á quien atribuia tan grande beneficio, y mandó que se diesen en todas las iglesias de España, y que en la metropolitana de Toledo se celebrase perpétuamente la memoria del dia en que fue derrotada la armada de los turcos. Al mismo tiempo llegaron á las costas de Andalucía las flotas de Nueva España y del Perú con ricos tesoros, y para colmo de alegría le nació un hijo, que en el bautismo fue llamado don Fernando. Habia alguna sospecha de que los franceses deseaban apoderarse de Final, ciudad situada en las costas de Génova, habiéndose sublevado sus habitantes contra el marqués Carreto. Esta novedad incomodaba mucho á los españoles, que se hallaban dueños de la Lombardía; y para oponerse á ella, envió el duque de Alburquerque á don Beltran de Castro su sobrino, hijo de su hermana, con tropas, y despues de una ligera espugnacion fue entregada la fortaleza por Juan Carreto, pariente del marqués, que habia ido á defender su causa á presencia del César. Concedióse á Juan la facultad de sacar sus bienes, como se acostumbra con los que se entregan voluntariamente; y hecho esto se confió la fortaleza al mando del capitan Antonio Olivera con una guarnicion de doscientos españoles. Poco despues falleció el duque de Alburquerque, y le sucedió Requesens en el gobierno de la Lombardía.

LIBRO SETIMO.

CAPITULO I.

Nuevas rebeliones de los herejes en Flandes, y piraterías de los gueusios. Muerte de San Pio Quinto y eleccion de Gregorio Trece. Espedicion de los venecianos y de don Juan de Austria contra el Turco.

El principal cuidado que tenian en Flandes los rebeldes era el impedir que los arrojasen fácilmente de su patria, como habia sucedido en los años antecedentes, establecerse en un lugar fortificado y asegurar su partido. Tomó á su cargo esta empresa Hermano Ruiter, hombre astuto y audaz, natural de Bolduz, que habiendo juntado un escuadron de hombres perdidos, tomó por ardid la fortaleza de Lovesein, situada en la isla de Bomel, que forma el confluente de los rios Mosa y Vahal, y pasó á cuchillo su guarnicion; cuyo hecho encendió la llama de la guerra; y incitó los ánimos de los otros, que en los años siguientes la fomentaron con mas ardor. Gozosos los desterrados con este suceso, juzgaban

que aquel puesto era oportuno para el asiento de la guerra, pero los españoles que se hallaban de guarnicion en Bolduc inutilizaron sus designios, pues inmediatamente envió don Rodrigo de Toledo á Lorenzo Perea con doscientos soldados espeditos, el cual acometiendo á la fortaleza, la recobró antes que les llegasen los socorros que esperaban. Quedó muerto Ruiter con algunos de sus compañeros; y su cabeza fue llevada á Bolduc y clavada en un palo en medio de la plaza. Los pocos que fueron presos perecieron ahorcados y rotas las piernas en diversos lugares. Entretanto arrojados de Flandes los gueusios, y confiscados sus bienes, se dedicó la mayor parte de ellos á la piratería para sustentar la vida, habiéndoselo permitido el príncipe de Oranje bajo la condicion de que le darian la quinta parte de las presas. A estos gueusios, llamados vulgarmente acuáticos, comenzaron á perseguir los reyes de Dinamarca y Suecia como á públicos ladrones y enemigos del género humano, y la reina de Inglaterra, á peticion del duque de Alba, les prohibió la entrada en los puertos de la isla. Creciendo, pues, la audacia de estos hombres con la multitud que se les juntaba, causaron graves é irremediables daños, tal vez por la errada conducta del duque de Alba, que no procuró, como debia, quitarles del mar con una poderosa armada cuando se hallaba tan superior á ellos en fuerzas terrestres, que de ningun modo se atrevian á hacerle frente. Pero apenas los habia quebrantado, y no derrotado, hizo colocar por este tiempo en la fortaleza de Amberes su estátua, fabricada del dinero confiscado, con varios símbolos y inscripciones griegas y latinas de sus hazañas: cosa á la verdad intempestiva, y que fue censurada por los historiadores flamencos y extranjeros, segun el afecto que dominaba á cada uno. No obstante, permaneció allí poco tiempo la estátua, habiendo sido quitada de órden del rey don Felipe por Requesens, que sucedió en el gobierno al duque de Alba, cuya arrogancia fue tácitamente reprendida.

En España, despues que fueron sujetados los moriscos, se hallaban tranquilas todas las cosas. El cardenal Zúñiga, que caminaba á Sevilla luego que se concluyeron las bodas del rey, murió de repente en Jaen, y su cuerpo fue conducido á aquella capital. Sucedióle en el arzobispado don Cristóbal de Sandoval, trasladado que fue de la iglesia de Córdoba; y don Francisco Blanco fue electo arzobispo de Santiago, en lugar de don Cristóbal Vertodano, muerto poco antes. Tambien falleció en este año el cardenal Espinosa, y se confirió la presidencia del consejo supremo de Castilla á don Diego de Covarrubias, obispo de Segovia, el mayor jurisconsulto de aquellos tiempos, como le llama un italiano que le antepone á Budeo y Cujacio. Murió al mismo tiempo Muñatones obispo de Segorbe, despues de haber concluido un puente de piedra cerca de Jérica, sobre el rio llamado Uduba por Plinio, que desde allí atraviesa los campos de Segorbe y Murviedro, y desemboca en el mar; obra de gran comodidad para los caminantes. Tuvo por sucesor á don Francisco de Salazar. En este año erigió el rey una nueva audiencia en la isla de Mallorca, para administrar justicia á todas las inmediatas, y fueron nombrados seis oidores de mucha probidad, isleños y catalanes.

Entretanto el pontífice hacia todos sus esfuerzos por medio del cardenal Alejandrino y del P. Francisco de Borja, prepósito general de la compañía de Jesús, á fin de que los príncipes católicos hiciesen alianza para la guerra sagrada. El Portugués deseaba con ardor destruir la impía y cruel secta mahometana, y intentó atraer al Francés á esta guerra, ofreciéndole que casaria con Margarita su hermana, y que el dote seria la alianza que él hiciese contra el Turco. Pero el rey Carlos le respondió, que no convenia á la Francia implicarse en guerras estrañas, cuando en lo interior del reino habia tantos súbditos rebeldes; y que no podia ya disponer cosa alguna de su hermana, por haberla prometido al príncipe de Bearne, á quien habia recibido en su gracia. Sigismundo, rey de Polonia, pedia muchas cosas absurdas, atendiendo solo á sus particulares intereses. El César alegaba que la alianza jurada que habia contraido con el Turco le impedia hacerle guerra. Los venecianos enviaron una embajada al rey de Persia, exhortándole á que juntase con ellos sus armas contra el comun enemigo; pero todo fue en vano. De este modo mirando cada uno á sus conveniencias domésticas, se escapó la ocasion de oprimir al tirano. Los confederados tenian diversos pareceres y proyectos, y cada cual queria disponer las cosas á su arbitrio. Creian algunos que seria fácil apoderarse de la Morea, que estaba llena de cristianos, los cuales poco tiempo antes habian pedido secretamente á don Juan de Austria que los libertase del yugo de los turcos, ofreciéndole para esto todas sus fuerzas; cuya propuesta no desagradó á aquel jóven deseoso de reinar. Estando ya todo dispuesto para la navegacion, y mientras que esperaba la órden del rey don Felipe, falleció el santo pontífice Pio Quinto el dia primero de mayo de 1572, á los sesenta y ocho de su edad, con grave sentimiento de todo el orbe cristiano, despues de haber tolerado con admirable paciencia los cruelísimos dolores de la piedra, y habiendo recibido con ejemplar devocion los santos sacramentos. Su cuerpo fue depositado en el vaticano hasta que el papa Sisto Quinto le mandó trasladar á la iglesia de Santa María la Mayor, en la capilla donde se conserva el pesebre donde la vírgen María recostó á Jesús recien nacido; y finalmente el papa Clemente Onceno lo colocó solemnemente en el número de los santos.

Para reparar tan grave pérdida, se congregó el colegio de los cardenales, y al dia siguiente de haber entrado en cónclave, que fue el trece de mayo, crearon sumo pontífice á Hugo Boncompagno natural de Bolonia, y con estraordinaria alegría de todos recibió la sagrada tiara en el dia de Pentecostés. En su coronacion se llamó Gregorio, y fue el Décimotercero de este nombre. Al principio de su pontificado corrió la voz de una próxima guerra entre los príncipes cristianos, y procuró con el mayor cuidado que no se impidiese llevar á efecto la alianza contraida. Habíase estendido por todas partes este rumor; y el duque de Alba y Requesens temian la invasion de Flandes y de la Lombardía; porque á la verdad habia indicios nada oscuros de que el Francés se disponia para introducir la guerra en una y otra parte. Por tanto, dió el uno aviso del peligro á don Juan de Austria, y el otro suplicó al Francés que no enviase socorros á los gueusios. Tambien le escribió cartas el rey don Felipe para retraerle de la guerra, recordándole el parentesco de afinidad que entre los dos mediaba, y los beneficios que le habia hecho. Pero todo parecia en vano, porque el viejo Monluc aconsejaba y persuadia al rey Carlos que convenia volver sus armas contra España: que de otro modo nunca estaria quieta la Francia: que abrazarian su partido muchos príncipes, á quienes importaba mucho quebrantar la potencia española, para impedir que una sola nacion se hiciese árbitra de todas. Estas y otras cosas semejantes decia Monluc, y ciertamente Isselmo, apoyado en la autoridad de otros escritores, asegura de Comme que habia firmado en secreto la alianza con el Francés; y que se habia tratado con el príncipe de Orange de dividir la Flandes bajo de ciertas condiciones. No obstante, otros quieren persuadir que esto fue una guerra simulada, y una astucia para hacer caer en el lazo á los hugonotes. Pero es obra muy difícil escudriñar los secre-

tes de los príncipes, por lo cual muchas cosas jamás llegan á saberse con certeza. Finalmente, noticioso de todo el rey don Felipe por las cartas de don Francisco de Alava, su embajador en la córte del rey Cárlos, y de que en Flandes agitaban la guerra con mayores fuerzas los gueusios y los hugonotes, mandó á don Juan de Austria que sostuviese la guerra contra el Turco, y que previniese la armada y el ejército, á fin de acudir prontamente al socorro de la Lombardía, en caso que fuese invadida. Conmovido gravemente el pontífice con esta nueva, amenazó que revocaria la concesion de las rentas eclesiásticas, destinadas, solo para los gastos de la guerra otomana, si con este pretesto se impidiese la proyectada espedicion. Tambien se quejaban los venecianos de que con la fingida guerra francesa se inutilizaba la alianza, y que con esta demora se perdian los gastos con poco ó ningun fruto. Don Juan de Austria hizo por su parte los buenos oficios que pudo en favor de la causa comun, incitado por su propia esperanza, pues amonestó con disimulo á su hermano del peligro que amenazaba á la Italia, si no salia al encuentro del Turco con una armada.

El rey don Felipe, aunque no ignoraba que los designios del senado veneciano en aparentar una guerra formidable, ó en derrotar otra vez la armada enemiga, eran el conseguir del Turco la paz con equitativas condiciónes, pues tenia noticia de que al mismo tiempo se trataba de ella en Constantinopla por el embajador de Francia; no obstante, para cumplir con la palabra y atender á su fama, aunque fuese con su propio peligro, ofreció á Antonio Tiepolo, embajador de Venecia, sesenta y cinco galeras, con algunas naves de carga, para que se juntasen á la armada confederada. Entretanto, á instancia del pontífice, habia enviado don Juan de Austria al marqués de Santa Cruz á la isla de Corfú con cuatro navíos, en que conducia los víveres y municiones. Despues entregó á Colona veinte y cinco galeras al mando de Andrade para juntarlas tambien á la armada, dándole palabra de que en breve se haria á la vela con las demás. Uluc-Alí que en el año anterior fue creado almirante del mar, dispuso con increible celeridad una armada, compuesta de doscientos y ocho navíos de todos géneros, con la cual desembocó el estrecho de los Dardanelos á tiempo oportuno para defender la Morea, que iba á ser invadida por los enemigos. Colona y Jacobo Foscarini, que mandaba aquel año la armada veneciana, salieron de Corfú sin esperar la llegada de don Juan de Austria, y habiendo descubierto á la armada enemiga en el promotorio de Maleá, se ordenaron en batalla para pelear, aunque era muy inferior el número de sus navíos. El Bárbaro, para no perder su fama, dispuso toda su armada y se mostró pronto á combatir; y alegres los nuestros con la esperanza de la victoria, se dirigieron contra él y comenzaron desde luego la pelea, con grande estruendo de la artillería. Pero el enemigo que tenia muy distintas ideas, para evitar el encuentro, volvió la proa de sus galeras hácia los nuestros, y encubierto con el mucho humo que hacia la artillería, se puso en salvo y se retiró á Tenaro. Burlados de este modo los nuestros por el Bárbaro, y no pudiendo seguirle porque ya era de noche, se recogieron á la isla de Citerea, distante cinco millas del promotorio de Malea, para observar desde allí los movimientos del enemigo.

Despues que don Juan de Austria recibió las órdenes de su hermano, mandó á Doria que se quedase en Sicilia con parte de la armada y del ejército, á fin de acudir adonde le llamase el peligro, y navegó á Grecia con el resto de los buques muy bien equipados y provistos. Luego que arribó á Corfú, llamó á Colona para que no se hallase espuesto al encuentro del enemigo, que navegaba con duplicado número de velas. Al tiempo que la armada confederada volvia á Corfú, fue descubierta por los turcos desde lo alto de un monte; y dejando inmediatamente la aguada, salió la armada otomana ordenada en batalla. Los nuestros se encaminaron intrépidos á la pelea con viento favorable, pero cesando este de improviso, se colocaron de frente los navíos á remolque, formando una especie de muro. Algunos que se adelantaron tuvieron algunas escaramuzas mientras llagaban los demás que estaban detenidos por la calma; y temiendo el Bárbaro su encuentro, procuraba con ardid apoderarse de las naves, que se hallaban separadas de las galeras, estendiendo á este fin las alas de su armada. Soranzo, que mandaba el ala derecha, trabó desde lejos la pelea con inconsiderada audacia. Pero habiéndose retirado á los navíos, de los cuales era poco seguro el separarse, se concluyó el combate con la pérdida de una galera, y algunas maltratadas. El Bárbaro se retiró al promontorio de Malea con trece de las suyas derrotadas y sin remos, habiéndole seguido en vano los nuestros, que pasaron aquella noche en Citerea. Desde allí se volvieron á Corfú, como les era mandado, donde fueron recibidos por don Juan de Austria con rostro poco alegre, porque sin esperarle á él habian acometido al enemigo, que tenia mas numerosa armada. Disculpáronse lo mejor que pudieron; y habiendo recibido un escuadron de soldados para mayor defensa, navegaron á Cefalonia. Componíase la armada de ciento y setenta navíos, galeras y galeazas, á las que seguian otros buques menores. Tuvieron noticia de que el enemigo se hallaba anclado en Novarino, que es la antigua Pilos, patria de Nestor, y se resolvió de comun acuerdo apoderarse de noche de las entradas del puerto. Pero se desgració la empresa por un vergonzoso error de los pilotos, pues dirigieron la armada á la isla de Proudo, distante ocho millas de Pilos. Habiéndola reconocido los enemigos al amanecer, salieron de allí inmediatamente, y se retiraron á Modon, puerto muy fortificado, con increible dolor de don Juan de Austria al ver que se le escapaba la victoria que tenia entre las manos. Intentó en vano con varios ardides atraer al Bárbaro á la pelea. Los venecianos deseaban tomar á Pilos para poseer en el continente un puerto capaz de muchos navíos, y se encargó este negocio á Alejandro Farnesio, dándole un buen escuadron de gente. Pero lo impidieron las copiosas y pertinaces lluvias, y con mucho trabajo se retiraron las tropas. Don Juan de Austria propuso en un consejo de guerra acometer con todas las fuerzas al puerto de Modon, asegurando que á costa de algunas pocas galeras conseguirian del enemigo una ilustre victoria, si los favorecia la fortuna, que siempre era propicia á los hombres audaces. Este proyecto no llegó á tener efecto, por considerarlo muy peligroso los demás capitanes. Detúvose todo un dia delante del puerto provocando á la batalla, para que este, que tantas veces habia huido, se confesase vencido. Una sola galera peleó en singular combate, y fue apresada por el marqués de Santa Cruz. Finalmente, no pudiendo el Austriaco saltar á tierra, por la mucha caballería enemiga que se lo impedia, ni teniendo tampoco ocasion de pelear en el mar, se hizo á la vela para el Occidente el dia diez y siete de octubre. Una galera del pontífice pereció encallada en los bajos de la isla de Pajin, distante cinco millas de Corfú, y se salvó del peligro la mayor parte de su tripulacion. Los venecianos se detuvieron en Corfú; Colona llegó sano y salvo á Roma, y don Juan de Austria entró felizmente en el puerto de Mecina.

CAPITULO II.

Casamiento de Enrique, príncipe de Bearne. Muerte de su madre en Paris y del almirante Coligni. Memorable mortandad de hugonotes comenzada en el dia de San Bartolomé. Movimientos de los herejes en Holanda.

No se hablaba en Francia de otra cosa que de hacer la guerra á Flandes, y del casamiento del príncipe de Bearne, y corria la voz de que Coligni seria nombrado general de las tropas. Su teniente Genlis hacia en las fronteras algunas hostilidades con un pequeño escuadron. Habiendo sido llamado por el rey el de Bearne, se trajo consigo á Paris á Coligni y al príncipe de Condé, á quienes seguian mucha nobleza y gente armada. Juana su madre, aunque repugnaba estas nupcias, se habia adelantado á aquella capital para hacer los preparativos necesarios. A la verdad parecia desgraciado este casamiento, no habiéndose obtenido antes la dispensa pontificia; y lo cierto es que despues se justificó con muchos documentos que habia sido nulo. Para decirlo todo en pocas palabras, Juana murió repentinamente, y se creyó, no sin fundamento, que la habian dado un veneno que la trastorno el cerebro. No obstante dió el rey muchas señales de dolor, y despues de concluidas sus exequias, se celebró el matrimonio con magnífica pompa. Pero el comun regocijo se convirtió en llanto con la calamidad de Coligni, á quien un criado del duque de Guisa disparó un balazo por una ventana. Conmovidos en gran manera con este suceso los de su partido, comenzaron á desconfiar del rey; el cual habiendo llegado á saberlo, manifestó mucho disgusto en su semblante y palabras. Clamaban los hugonotes que tomarian á mano armada satisfaccion de esta maldad si el rey no se adelantaba á hacerlo; y estas amenazas las proferian á presencia del mismo rey, á quien se presentaron en gran número. La insolencia de estos hombres aceleró la matanza ejecutada en la famosa noche de San Bartolomé, para la cual dió el rey permiso en secreto á Guisa y Aumale. Estos, pues, movidos por el celo de la religion, y incitados de sus odios particulares, acometieron con un escuadron de gente armada á la casa de Coligni, y derribando la puerta del aposento, arrojaron por una ventana á aquel viejo, que ya estaba tan cercano á la muerte. Entretanto el pueblo dividido en compañías bajo la conducta de ciertos capitanes, habiendo oido el sonido de una campana, corria por las calles y por las plazas, registraba las casas de los hugonotes, y arrastraba y degollaba todos los que encontraba, sin distincion alguna de edad ni dignidad: en el patio mismo del palacio real fueron asesinados muchos secuaces de los príncipes Borbones; el estrago duró en todas partes por espacio de tres dias seguidos. El cuerpo de Coligni fue llevado arrastrando á la horca, y le colgaron de los



Banderas y traje y sable de Alí Bajá cogido en el combate de Lepanto *(Armería Real de Madrid)*.

piés. Un escritor de aquel tiempo afirma que perecieron en París mas de diez mil personas, y entre ellas quinientos nobles, y que en el resto de la Francia llegaron á sesenta mil, alcanzando la mortandad á todas las ciudades por mandado del rey. Los dos príncipes Borbones se libertaron de la muerte, y uno y otro fueron puestos en libre custodia, ofreciendo que se enmendarian de allí adelante, y el cardenal y el jesuita Maldonado pusieron todo su conato en instruirlos. Finalmente fueron recibidos en el gremio de la iglesia con los hermanos de Condé, los cuales perseveraron constantemente en la verdadera religion; pero los Borbones, despues de haber obtenido su libertad, volvieron otra vez á sus antiguos errores.

El duque de Alba se esforzaba en Flandes á exigir los tributos impuestos á pesar de la repugnancia de los estados, y aunque enviaron cartas y diputados al rey, esponiéndole el escesivo rigor de estas providencias, no alcanzaron alivio alguno, con gran dolor y llanto de los flamencos: por lo cual el incendio que estaba mal apagado, volvió á tomar nuevo aumento para no estinguirse jamás. La primera chispa cayó sobre la isla de Walkeren en la Zelanda, habiendo sido tomado Brill por Guillelmo de la Marca, señor de Lume, con el auxilio de un escuadron de piratas, y los españoles mandados por don Fernando de Toledo no pudieron recobrar esta ciudad que se hallaba muy fortificada. Gobernaba aquella provincia Maximiliano, conde de Bosú, hombre de no menor valor que talento, que no pudiendo alcanzar por medios suaves de los habitantes de Roterdam, que recibiesen á los españoles dentro de los muros, los introdujo al fin por la fuerza y el arte. Los soldados irritados, castigaron la contumacia de aquellos con el saqueo de la ciudad: hecho á la verdad detestable y ejecutado en el mas importuno tiempo; pues aterradas con él otras ciudades, que se hallaban fluctuantes en la fidelidad, cerraron sus puertas. Flesinga tomó las armas para impedir que entrase en ella una guarnicion de españoles á causa de haberse esparcido la voz de que los enviaba el duque de Alba para exigir los tributos impuestos. Alvaro Paric, que estaba encargado de levantar la fortaleza, fue preso con engaño, y padeció el suplicio de la horca. Midleburg fue acometida inútilmente por los gueusios que acudieron de todas partes; y habiendo llegado Sancho Dávila con un valeroso escuadron, hizo levantar el sitio, no sin pérdida de los enemigos.



Doña Ana de Austria cuarta mujer de Felipe II.

Como la sedicion se propagó á un mismo tiempo en toda Flandes por las instigaciones y manejos de Luis de Nasau, los gueusios mezclados con los franceses se apoderaron casi en unos mismos dias de Mons, ciudad capital de la provincia de Hainaul, y de Valencienes, aunque fue con diversa fortuna, pues habiendo retenido aquella, perdieron esta con la llegada de don Juan de Mendoza con tropas. Gerónimo Serasio, que mandaba en Flesinga, puso ase-

chanzas de órden de Orange á Brujas y Gante, pero sin afecto alguno; y aunque tambien acometieron á Goetz, fueron rechazados los gueusios y ingleses con ignominia y pérdida. Despues de esto se reveló la Esclusa; y finalmente, toda la Holanda, á escepcion de Amsterdan y Sconou, arruinando los sediciosos las iglesias y edificios sagrados, con muerte de muchas gentes. La misma llama invadió á Güeldres, apartó de la obediencia del rey no pocos pueblos, y se estendió tambien en la Frisia. Esta repentina consternacion de los flamencos tuvo su orígen en la décima impuesta; pues habia corrido la voz por las ciudades de que para exigirla eran enviados los españoles á Holanda. El odio y envidia que se atrajo el duque de Alba, concilió tanto favor al príncipe de Orange, que las ciudades se le entregaban á porfia como á vengador de la libertad, y de este modo sujetó una buena parte de Flandes. Tantos movimientos y tan súbita mudanza de cosas dejaron atónito y en alguna manera confuso á aquel hombre tan magnánimo, hallándose tan perplejo, que no sabia á qué parte dirigiria primero sus armas. Despues que hubo deliberado en consejo de guerra, mandó á su hijo don Fadrique á principios de julio, que marchase con parte de las tropas á sitiar á Mons. Pero Genlis, que no estaba lejos de allí, se puso en camino á la ligera con mas de siete mil hombres armados para introducir socorros en la ciudad. Acometióle el Español en campo raso y le derrotó con gran facilidad: se asegura que murieron en la pelea mil y doscientos hombres, y que fueron hechos prisioneros cuatro mil con cuasi todas sus banderas. Los dispersos cayeron en manos de los labradores, que se vengaron cruelmente de las injurias que habian recibido; y Genlis fue llevado á Amberes, donde murió poco despues.

A este tiempo llegó el duque de Alba con la fuerza de sus tropas, acompañado del duque de Medinaceli, nombrado por sucesor, que poco antes habia arribado á las costas de Flandes con dinero y gente. Habia puesto Nasau su campo alrededor de la ciudad para defenderla, y sus muros fueron batidos con mucha artillería. Entretanto, habiendo juntado el príncipe de Orange en Alemania un poderoso ejército de veinte y dos mil hombres, pasó con ellos el Rhin y tomó á Ruremunda al segundo asalto por la traicion de algunos habitantes herejes, que le abrieron una puerta. Despues de haberse ensangrentado en los católicos y saqueado y destruido todas las cosas sagradas, atravesó el rio Mosa; se hizo dueño de Malinas por entrega de algunos hombres perdidos, antes que lo supiese su gobernador, y la aseguró con una guarnicion. Para tomar á Lovaina necesitaba de mayores fuerzas, porque sus habitantes volaron armados inmediatamente á las murallas. Por esto, pues, y á fin de no llegar tarde á Mons para sacar á su hermano del peligro, habiendo recibido de los lobanienses diez y seis mil escudos, como lo afirma Iselt, que estudiaba entonces en aquella ciudad, se retiró de allí. Luego que llegó á la vista del duque de Alba, le provocó á la pelea; pero la rehusó el Español, noticioso de que las tropas no podian permanecer en el campo por carecer de dinero y de víveres. Hubo no obstante algunas leves escaramuzas; y una noche los españoles encamisados penetraron en el campo, y pasaron á cuchillo á muchos, y aun el mismo Orange estuvo muy próximo á perecer, como dice Estrada. Despues de esta desgracia, y viendo que no podia espugnar el campo español, procuró hacer saber á su hermano que mirase por sí, y se pusiese en salvo, y no tardó mucho en tomar este consejo, habiendo entregado á Alba la ciudad con ciertas condiciones. Irritado el de Orange contra su fortuna, y temeroso de su mismo ejército, que estaba muy exasperado por la falta de paga, se escapó como pudo á Delf, para evitar que tumultuándose los suyos le entregasen al duque de Alba. Levantó este su campo y marchó al Brabante, donde recobró sin tardanza á Malinas; y aunque los sacerdotes en hábito de rogativa le salieron al encuentro para aplacarle, entregó no obstante la ciudad al saqueo de los soldados, que cometieron todo género de escesos, absteniéndose solo de derramar sangre. Perdonó á los de Lovaina por la mediacion del duque de Arescot, que disculpó cuanto pudo el hecho.

Viendo el duque de Medinaceli que todo Flandes ardia en sediciones mucho mas de lo que habia creido, que el de Alba rehusaba entregarle el gobierno hasta que todo estuviese arreglado, y que las cosas empeoraban mas cada dia, se volvió á España poco despues que habia llegado á Flandes. No pueden referirse sin horror las crueldades que en este intérvalo de tiempo ejecutaron los herejes con los eclesiásticos en todas partes, y especialmente en Alcmar y Sconon, de cuyas ciudades se apoderó Lume por descuido que habian tenido los españoles en socorrerlas. Los gueusios mandados por Seracio acometieron de nuevo á Goetz que defendia don Isidoro Pacheco con cuatrocientos españoles y flamencos. Habiendo mandado don Fadrique de Toledo á Cristobal Mondragon, hombre intrépido y valeroso que corriese prontamente al socorro de Pacheco con un escuadron de soldados, le impedia la armada de los enemigos desembarcar en la isla. Deseoso pues de ejecutar cuanto antes el mandato de su general, discurrió un nuevo arbitrio, digno de inmortal alabanza, que debe compararse con las hazañas de los héroes; pues faltándole navíos, consiguió con su industria y constancia pasar las tropas. Consultó primero don Fadrique á los marineros si se podria llegar á pié á la isla; y habiéndole respondido que sí, determinó que ellos mismos con algunos españoles hiciesen la esperiencia. Asegurado de la certeza, mandó á Mondragon que vadease á pié el Océano, siguiéndole las tropas con los sacos de pólvora sobre la cabeza, lo cual ejecutaron á fin de octubre al tiempo de reflujo del mar, conducidos por Teodorico Blomart, que era muy práctico en aquellos parajes. ¡Cosa admirable! en el espacio de cinco horas atravesaron siete millas de mar con el agua hasta los pechos, causando tanto terror á los enemigos, que abandonaron sus reales, y se precipitaron al mar, y á los navíos como unos frenéticos. Marcharon contra ellos sin enjugarse los españoles, flamencos, y alemanes, que de todas estas naciones se componia aquel escuadron, y acometiendo intrépidamente á setecientos de los enemigos que habian permanecido allí, mataron á unos y obligaron á los otros á arrojarse al agua. Habiéndose apoderado de los reales, condujeron á la ciudad los víveres y municiones que encontraron en ellos, y nueve cañones de artillería, y fueron recibidos con estraordinario regocijo de los soldados y ciudadanos.

Concluida felizmente esta empresa, volvieron Dávila y Mondragon al campo del duque de Alba con las victoriosas tropas. Despues que este general castigó tan severamente á Malinas, para que sirviese de escarmiento y terror á las demás ciudades, recobró á Ruremunda, habiéndose escapado de ella la guarnicion; y permitió al soldado el saqueo de Zutphen, en el que se derramó poca sangre. Trató con todo rigor á los traidores, y intimidadas con estos ejemplos las ciudades inmediatas que se habian rebelado, se entregaron voluntariamente. El conde de Berges, que estaba casado con una hermana del príncipe de Orange, y el de Escovenburg, que las habian forzado á rebelarse, no atreviéndose á hacer frente á los españoles, se retiraron á Alemania, y de este modo todos los pueblos de la otra parte del Rhin, que se habian separado de la autoridad régia, volvieron á su deber.

escapándose los autores de la rebelion y los principales de entre los herejes. Desde el principio de las turbulencias habian acudido allí de Inglaterra, Francia y Alemania, todo género de sectarios, que lo infestaban todo con sus pestilentes doctrinas. Concluidas estas cosas, entregó el duque de Alba las tropas á su hijo don Fadrique, y se restituyó á Bruselas á la entrada del invierno. Narda es una ciudad situada entre lagunas, y de muy difícil entrada, y confiados por la naturaleza del lugar muchos franceses y otros sectarios, estaban muy orgullosos al principio, profiriendo mil injurias desde los muros contra los soldados del rey. Pero habiéndose acercado, aunque con mucho trabajo, la artillería, se entregaron luego, vencidos de su cobardía. No obstante, se encarnizó el furor militar en los que se habian rendido, y despues de sacada la presa, fue incendiado el pueblo y pasada á cuchillo por el ejército la mayor parte de sus habitantes. De este modo se hallaban trastornadas y confundidas en Flandes, no menos que en Francia, todas las cosas divinas y humanas, así por la contumacia y obstinacion de los herejes, como por la escesiva severidad de los príncipes.

CAPITULO III.

Ereccion de algunos obispados: muerte de San Francisco de Borja. Aparicion de un cometa: acometen los reyes de la India á los portugueses con poderosos ejércitos, y sucesos de esta guerra.

Por este tiempo estableció el santo pontífice Pio Quinto nuevas sillas episcopales en España para la mayor comodidad de los pueblos; y habiendo fallecido don Pedro Agustin, obispo igualmente de Huesca, se desmembró de esta diócesis la parte que hoy compone la de Jaca. Su primer obispo fue don Pedro de Fraga, natural de Aragon, trasladado de Cerdeña, el cual asistió al concilio Tridentino. Tambien Balbastro fue condecorado con silla episcopal, separándola de la de Huesca, y tuvo por primer obispo á fray Felipe de Urrea, noble aragonés, del órden de Santo Domingo. Los que escribieron las cosas de aquellos tiempos, afirman que una y otra ciudad tuvieron en lo antiguo sillas episcopales. El papa Julio Tercero habia erigido en obispado la ciudad de Orihuela en el reino de Valencia, pero hasta el año de mil quinientos sesenta y seis no se eligió su primer obispo, que fue don Gerónimo Gallo, á peticion del rey don Felipe, como tan celoso del bien espiritual de sus súbditos. Por este tiempo falleció en Roma con gran fama de santidad el padre Francisco de Borja, tercer prepósito general de la compañía de Jesus, á los sesenta y un años de su edad; y movido el papa Clemente diez de sus heróicas virtudes y milagros, le colocó en el número de los santos. Murió tambien en la misma ciudad Ascanio de la Corne, ilustre por su valor y pericia militar: su cuerpo fue llevado á Perusa, su patria, á costa del pontífice, y sepultado allí con magnífica pompa, y creemos justo hacer aquí por la última vez memoria de este varon tan benemérito de España.

En el mes de noviembre apareció en la constelacion de Cassiopea, no lejos de la via lactea, un cometa de figura enteramente redonda, y sin ninguna cola. Su magnitud aparente escedia al principio á la estrella Sirio, y aun á Júpiter, y se acercaba mucho en grandeza al planeta Venus: dejábase ver de dia, y aun de noche entre las nubes algo densas, y resplandecia mas que las estrellas fijas, en el mes de diciembre se minoró alguna cosa, y insensiblemente fue disminuyéndose hasta que desapareció enteramente en el mes de marzo de mil quinientos setenta y cuatro. A los principios era su color claro y blanquecino: despues rojo y resplandeciente: finalmente se vistió de un color de plomo semejante al del planeta Saturno, y le conservó hasta su fin. Nunca mudó lugar en el cielo, como si fuese una de las estrellas fijas, y segun las observaciones de Ticho Brahe, permaneció en el grado VI. min. LIV de tauro, con longitud boreal en el grado LIII. min. XLV. Nunca se le encontró paralaje, por lo cual se inclinan los astrónomos á que habia permanecido en el firmamento. Este cometa dió motivo á Ticho para observar las fijas y ordenar su millar, del mismo modo que la nueva estrella que apareció en tiempo de Hiparco, ciento veinte y cinco años antes del nacimiento de Cristo, le dió ocasion para numerar las estrellas á la posteridad y inventar ciertos nombres para distinguirlas, como dice Plinio en el libro segundo. De este cometa Cassiopeo escribieron treinta y seis astrónomos, y casi todos adoptaron como la mas meridional la observacion de Gerónimo Muñoz, profesor de lengua hebrea y matemáticas en la universidad de Valencia. Se ignora del todo el dia en que comenzó á aparecer, pues Ticho la observó el dia once de noviembre, y Muñoz, que enseñaba á sus discípulos los nombres, número y asiento de las estrellas, dejó escrito que aun no se habia visto el dia dos; y aunque de su materia y formacion discurren mucho los inteligentes, sin embargo no averiguaron cosa alguna con certeza.

Gozaba la América de una profunda paz, á escepcion de que sus mares eran infestados por los piratas. En Yucatan hicieron los franceses un desembarco; saquearon la iglesia de los religiosos franciscos; profanaron los vasos sagrados, y despedazaron las imágenes de los santos; y habiendo salido de Mérida Juan de Arevalo con un escuadron de gente armada, no pudo alcanzar á los piratas que se pusieron en fuga. Estos, pues, arribaron á la isla de Cozumel, que no está muy distante, y carecia de guarnicion que la defendiese, y molestaron á los habitantes con todo género de vejaciones. Pasó á ella Gomez Castillo, y habiendo desembarcado sus tropas sin que lo sintiesen los enemigos, los cercó y redujo á la necesidad de pelear. El Español victorioso recobró la presa, y á los piratas que no habian muerto en la batalla los hizo conducir á Méjico, donde pagaron la pena de la profanacion de la iglesia, porque el rey don Felipe, cuidadoso de la pureza de la fe, habia establecido dos años antes el tribunal de la Inquisicion en Nueva España y en el Perú. Despues de una larga enfermedad falleció Montufar, arzobispo de Méjico, á la edad de sesenta y nueve años, y fue sepultado en la iglesia de los dominicos: tuvo por sucesor á don Pedro Moya de Contreras.

En la India se hallaron los portugueses muy próximos á su ruina por la conspiracion de los reyes confinantes; pues de comun acuerdo acometieron con todas sus fuerzas por diversas partes. Idalcan, que era el que mas se distinguia entre ellos, condujo contra Goa cien mil hombres, cuya tercera parte era de caballería: seguíanle dos mil y cien elefantes armados grande número de esclavos, y una artillería tan monstruosa, que disparaba balas de cinco palmos y medio de circunferencia, llevaba trescientos y cincuenta cañones de todos calibres. Nisamaluc, con ciento y veinte mil infantes y cuarenta y cuatro mil caballos, puso sitio á Chaulo, ciudad poco fuerte, aunque con una fortaleza bien guarnecida. Tenia en su campo treinta y ocho cañones de bronce de enorme tamaño, y trescientos y sesenta elefantes armados. El Zamorin que estaba implacablemente irritado contra los portugueses, acometió á Ciali con muchas tropas y grandes preparativos. El virey Ataide tenia mayor ánimo que fuerzas, y para sostener una guerra tan formidable, entregó las armadas equipadas y provistas de todo lo necesario, y guarnecidas de escogidas tropas, á los capitanes mas valerosos, para que socorriesen á sus socios y causasen continuamente y sin intermision el mayor terror y daño á los enemigos, en cuanto alcanzasen sus fuerzas. El mismo

virey defendia la isla de Goa con seiscientos y cincuenta portugueses, y encargó la defensa de la ciudad á trescientos sacerdotes. Armó á los esclavos, y formó compañías de los naturales, que se habian convertido al Cristianismo, distribuyendo armas á mil y quinientos de ellos. Parece increible que con tan leves fuerzas pudiese resistir á una conspiracion tan espantosa. Los bárbaros hicieron grandes esfuerzos, y derramaron mucha sangre para atravesar el rio que separa la isla del continente; pero todo fue en vano. Pelearon con la fuerza y el ardid en diversos lugares; muchas veces introdujeron los navíos en el rio con detrimento de los enemigos, en lo cual resplandeció mucho el valor de Jorge de Meneses y Pedro de Castro. Los bárbaros disparaban desde lejos su artillería con horroroso estruendo, y los portugueses reparaban por la noche con tablas, vigas y céspedes el estrago que hacian los enemigos en las fortificaciones. Tampoco se descuidaban en molestarlos con sus tiros, consumiendo gran cantidad de pólvora y balas. Acometieron una vez al campo de los enemigos, y hicieron en ellos gran carnicería. Pero como Marte es comun de todos, Fernando de Vasconcelos fue oprimido por la multitud de los enemigos, y atravesado de flechas pereció con algunos pocos de sus soldados, despues de haber hecho grandes hazañas. Su cuerpo fue conducido á los reales, y sepultado con militar pompa. El virey fue tambien herido de una bala, pero convaleció en breve tiempo. Manuel Picoto hizo mas de una vez no poco daño en el campo de los enemigos, desbaratándoles su trinchera, y pasando el rio en barcos; otros capitanes pegaron fuego á sus edificios y talaron sus tierras. Peleaban á un mismo tiempo por el rio y por la tierra, y con increible valor impidieron que los bárbaros entrasen en la isla. Perecieron tres mil y seiscientos de los mas audaces, y cuatro elefantes, y solos quince de los portugueses, aunque fueron muchos mas los heridos. Nisamaluc promovia con poca actividad la empresa de Chaulo. Defendia la fortaleza Luis de Andrade, que se hallaba falto de todas las cosas; pero llegó á tiempo oportuno Francisco Mascareñas con seiscientos portugueses, y otros acudieron de diversas partes escitados del peligro que corrian sus socios, juntándose allí prontamente mil y doscientos hombres. Dió el enemigo muchos asaltos y se peleó atrozmente en la brecha del muro, quedando destruida una parte de la ciudad con el fuego y la contínua lluvia de balas.

Entretanto Esteban Trellez conservó con indecible valor la pequeña fortaleza llamada Carangia, que se hallaba combatida, y la guarnecian solo setenta portugueses; y haciendo una salida con sesenta hombres, derrotó una inmensa multitud de enemigos, les tomó la artillería y saqueó su campo. Temerosos los vencidos del castigo que les esperaba si volvian al campo de Nisamaluc, se huyeron juntos en un escuadron á Cambaya. Los bárbaros estrechaban con mas vigor á Chaulo. La guarnicion se hallaba afligida del hambre, que es la mas poderosa arma y fue preciso sacar de allí á los que no eran útiles para la pelea. El enemigo penetró alguna vez con espada en mano hasta la fortaleza, pero fue rechazado con valeroso esfuerzo, y aun perdió algunas banderas. El virey Atayde, sin embargo de que apenas tenia fuerzas para hacer frente á Idalcan, procuraba enviar socorros á los sitiados de Chaulo. Un dia al amanecer acometió Nisamaluc la fortaleza con todas sus fuerzas, y se trabó un sangriento combate; pero fue vencida la multitud por los mas fuertes, y se retiró con ignominia y pérdida. Viendo pues que nada adelantaba con las armas, recurrió á los ardides y fraudes, y comenzó á incitar á los Régulos de las pequeñas naciones contra los portugueses, para que acometiendo á estos por diversas partes, no pudiesen socorrerse los unos á los otros. Mas le salió vano este intento, trastornándole con igual astucia Alvaro de Tabora, gobernador de la fortaleza de Daman, que con el auxilio de un indio muy fiel, y de talento superior al de los bárbaros, aseguró la amistad de los Régulos. Desconfiado Nisamaluc de conseguir cosa alguna por este medio, volvió otra vez á las armas y á la fuerza, y emprendió de nuevo la toma de la fortaleza, rodeándola por todas partes. Duró la pelea desde el medio dia hasta la noche, pero con infeliz suceso, pues perecieron tres mil de los enemigos, y pocos de los portugueses, aunque la mayor parte de ellos quedaron heridos. Entretanto comenzaron los bárbaros á combatir la fortaleza de Onor, que defendia Jorge de Mora. El campo enemigo fue acometido por las tropas de socorro, que habia enviado Ataide en dos galeras, y al mismo tiempo, y de comun acuerdo, hizo la guarnicion una salida, y unos y otros derrotaron á los bárbaros, que se dispersaron en fuga por aquellos campos, y quedaron los portugueses dueños de sus reales.

Tampoco favorecia la fortuna al Zamorin en la espugnacion de Ciale, siendo mucho mas propicia á Diego de Meneses, que atravesando el campo de los enemigos introdujo en la fortaleza los soldados, víveres y municiones que habian conducido en una armada. Despues de esto saqueó la costa Malabárica, y trabando pelea con su armada, la derrotó y tomó once navíos, y redujo los demás á cenizas. En Goa era tanto el valor de los portugueses, que mas bien provocaban que rechazaban al enemigo. Tomaron y saquearon parte del campo de los bárbaros, y les interceptaron los víveres y municiones. Finalmente, quebrantado Idalcan con diez meses de inútil guerra, levantó el sitio, y pidió la paz con humildes condiciones; y no habiéndose concluido, se retiró de allí cubierto de ignominia, y con gran pérdida. Lo mismo ejecutó Nisamaluc, habiendo perdido doce mil soldados y muchos elefantes; pero se le concedió la paz que pidió, cuya principal condicion fue, que él y el rey de Portugal don Sebastian, tendrian los mismos amigos y enemigos. De los portugueses murieron pocos, pero muy esclarecidos por su nacimiento y hazañas. Un autor de esta nacion asegura que conservaron tambien á Ciale, y que el Zamorin se retiró con unas condiciones muy ignominiosas. Pero consta de la narracion de Faria, que fue entregada al enemigo por capitulacion de Jorge de Castro su gobernador, vencido de las lágrimas de su mujer Felipa, de quien se dejaba dominar como viejo, por cuyo delito fue degollado de órden del rey don Sebastian tres años despues en la plaza de Goa. El valor y magnánima constancia de Ataide, varon fortísimo, mantuvo firme el imperio portugués en la India. En el mismo espacio de tiempo derrotó en Malaca Luis de Silva en una gran batalla la armada del Régulo de Achen, enemigo perpétuo de los malacenses, habiéndole echado á fondo muchos navíos, y incendiádole otros. Perecieron en este combate mil y doscientos soldados de marina, junto con el hijo mayor del Régulo, general de la armada, y quedaron trescientos prisioneros. La fortaleza fue combatida con el mayor esfuerzo por mar y tierra, y la conservó y defendió Tristan de Vega con heróico valor y industria. Estos sucesos acaecidos aquel tiempo en el Oriente, ni son nuevos, ni maravillosos para los que conocen la escelsa y belicosa índole de la nacion portuguesa. Pero volvámonos ahora á las cosas de Europa.

CAPITULO IV.

Vuelve don Juan de Austria á Nápoles. Los venecianos hacen la paz con el gran turco. Envia el rey don Felipe una armada contra los piratas de Africa.

Habiendo mandado don Juan de Austria hacer en Sicilia todos los preparativos necesarios para la guer-

ra del año siguiente, se trasladó á Nápoles, donde fue recibido con estraordinaria alegría y regocijo de todos. Mientras pasaba el invierno en esta ciudad, volvió de Constantinopla (á donde le habia permitido navegar despues de la victoria de Lepanto) Mahomet, ayo de los hijos del almirante Alí, muerto en la batalla, y traia regalos de mucho valor en una nave muy adornada. Recibióle el Austriaco con mucha humanidad, y le entregó Mahomet una carta de Fátima Cadin, sobrina del Sultan Selim, y hermana de aquellos jóvenes, escrita con palabras muy honoríficas. Para su rescate conducia vestidos de pieles olorosas, telas de seda, persianas escelentes, lienzos bordados de oro y seda, tapicerías esquisitas, armas turcas guarnecidas de oro y piedras preciosas, perfumes, cuchillos damasquinos engastados en piedras con maravilloso artificio, y otras muchas cosas de este género, que son muy estimadas por los turcos. Prendado don Juan de Austria de la urbanidad de la carta, rehusó admitir los regalos, diciendo que sus antepasados nunca acostumbraron recibir cosa alguna de los que se hallaban necesitados de su socorro. Por tanto mandó que todas aquellas alhajas se enviasen á Roma al cautivo Sain Boni, (porque como ya dijimos habia muerto su hermano Mahomet Bey) el cual las distribuyó entre el pontífice, los cardenales y los principales de la nobleza romana. Habiéndole, pues, permitido los venecianos y el papa dar libertad al cautivo Sain, mandó que quedase libre, junto con un enano y otras cuatro personas principales que pidió. En señal de gratitud envió don Juan de Austria á Fátima telas preciosas de seda, un collar de oro, caballos de estremada belleza, y gran cantidad de frutos esquisitos y delicados, acompañado todo de una carta muy obsequiosa. Todo esto lo encargó al cuidado de Antonio Avellano, que con el largo cautiverio que habia padecido entre los turcos, estaba muy instruido en su lengua y costumbres.

Entretanto recibió don Juan de Austria la noticia de la paz que Selim habia concedido á los venecianos que se la pidieron, la cual fue muy vergonzosa, pues la consiguieron por el ignominioso medio de vender por dinero el dominio y derechos que tenian á la isla de Chipre. Llevólo muy á mal el Austriaco, y inmediatamente mandó quitar de la capitana de la armada las banderas y insignias de la alianza, y poner en su lugar las españolas. El general Mocenigo descubrió á los embajadores del pontífice y del rey don Felipe, que aquel negocio se habia ajustado en secreto con los turcos por mediacion de los franceses, y disculpó á la república que se habia visto obligada á condescender por hallarse muy exhausta de dinero con la anterior guerra. Conmovido el papa estraordinariamente con esta noticia, se quejó de que los venecianos por su autoridad propia hubiesen quebrantado la alianza jurada, y no quiso admitir á su presencia al embajador. El rey don Felipe que sin omitir gasto ni cuidado alguno disponia ciento y cincuenta galeras para este año, respondió al embajador Tiepolo: «que atendiendo á su deber, y aunque estaba ocupado con multiplicadas guerras, habia entrado en la alianza á peticion del pontífice Pio, sin ser provocado de los turcos, y solo por la causa de la Religion Cristiana: que no reprobaba la paz hecha por los venecianos por su propia utilidad; pero que no obstante estaba prevenido á continuar la guerra con la misma actividad que la habia emprendido.»

Establecida pues la paz con el sultan á fin de marzo de este año de 1573, determinó don Felipe dirigir sus armas al Africa para arrojar de allí á los piratas. Habia irritado su ánimo la maldad de Uluc Alí, el cual arrojando de Tunez á su legítimo rey Amida, se habia apoderado de esta ciudad, y mandó á don Juan de Austria que hiciese la guerra á tan perjudicial pirata, y que destruidos los muros y arrasada la Goleta hasta los cimientos, librase á España de aquel inmenso gasto. Pero eran muy diversos los intentos del Austriaco, á quien el pontífice habia dado esperanzas de obtener la corona del reino de Tunez, sobre lo cual escribió antes al rey don Felipe solicitando su consentimiento. No debe admirarse que con tales apoyos aspirase al trono aquel escelso jóven hijo del César. Causó esto un grave disgusto á don Felipe, que poco antes le habia quitado de su lado á Juan de Soto, porque no cesaba de inflamar su ánimo naturalmente elevado, y que aspiraba á cosas mayores, lisonjeándole con la esperanza de reinar, y habia mandado que Juan de Escobedo le sirviese de secretario amonestándole de su deber. Conmovido don Juan de Austria con esta idea, se embarcó en la armada, vino á Sicilia, y pasó revista á las tropas. Contábanse ciento cincuenta y dos galeras con las pontificias y las de Malta. Pero habiendo llegado la noticia de que la ciudad de Génova estaba sublevada, marchó Doria al socorro de su patria con cuarenta y ocho galeras, cuarenta y cuatro navíos grandes y doce pequeños, y cuarenta y siete fragatas y bergantines. El número de las tropas embarcadas ascendia á diez y nueve mil doscientos y ochenta soldados, sin contar los voluntarios. Arribó don Juan de Austria á la Goleta despues de haber padecido algunas tormentas. Los turcos que guarnecian la ciudad de Tunez y la multitud de los habitantes, luego que vieron la armada, se pusieron en acelerada fuga; y finalmente, sin que nadie se lo impidiese, introdujo en la ciudad sus tropas. Concedió el saqueo al soldado, mandándole que se abstuviese de derramar sangre alguna; y porque en el resto de la ciudad solo habia quedado la turba de gente débil y desarmada, convocó á los bárbaros para que viniesen á habitarla, y con efecto concurrieron á ella de todas partes. Escribió al rey su hermano dándole cuenta de todo lo que habia ejecutado; pero no obedeció como debia las órdenes que le tenia dadas para destruir las fortificaciones, lo que se atribuyó á los depravados consejos de los aduladores, y á la esperanza que habia concebido de reinar, no sin tácita ó ofensa del rey, que se dió por agraviado de este hecho.

Mientras tanto arregló don Juan de Austria el gobierno de la ciudad, nombrando para él á Hamete; y por justas causas fue sacado de allí su hermano Amida, y trasportado á Sicilia por justos juicios de Dios, para que padeciese el mismo destierro que por la ambicion de reinar habia hecho padecer á Muley Assen su padre. Mandó á Gabrio Cerbellon, caballero de Malta, y teniente del gran maestre en Hungría, que levantase una fortaleza entre la ciudad y la laguna, dándole á este fin cuatro mil españoles y italianos, y cien caballos. Pedro Zanoguera se encargó de la defensa de la isla fortificada en la laguna. Los de Viserta se entregaron voluntariamente á don Juan de Austria, habiendo pasado á cuchillo la guarnicion de los turcos en prueba de su fidelidad, y en la fortaleza se puso una guarnicion española mandada por Francisco de Avila. En el puerto fue tomada una galera, y se pusieron en libertad doscientos cautivos cristianos que estaban al remo. Estando pues próximo á partir de la Goleta, nombró por gobernador de ella á don Pedro Portocarrero, hombre de ilustre nacimiento, pero que no era conocido por ninguna hazaña militar. Embarcadas todas las cosas se hizo á la vela, y tuvo una navegacion desgraciada, pues se estrelló una galera napolitana, aunque se libertó la gente y las armas. Inmediatamente que llegó á Palermo, despidió las armadas, y mandó á don Bernardino de Velasco que con parte de las galeras navegase á Malta, para transportar de allí á los españoles auxiliares, y regresó á Nápoles para pasar el invierno en aquella ciudad, llevando consigo á Amida y á su hijo. Este

recibió el sagrado bautismo, y fue llamado Carlos de Austria, y el rey don Felipe le señaló una renta para que se sustentase con la dignidad correspondiente. Amida su padre alcanzó por súplicas y ruegos volver á Palermo, lejos de la vista su hijo, ya que no habia podido conseguir que le enviasen á España, y poco despues acabó su desgraciada vida. Su cuerpo fue llevado por sus domésticos á Tunez, donde le sepultaron honoríficamente segun su costumbre.

Continuaban con mucho furor las discordias civiles de Génova, y todo el mal tuvo su orígen en la ambicion de dominar. Los plebeyos, siempre opuestos á la prepotencia de los patricios, pedian que se gobernase la república conforme á los usos y estatutos de sus antepasados, y que se abrogasen las leyes nuevas. Los patricios para fortificarse contra la plebe habian admitido en su cuerpo muchos nobles, pero sin darles parte alguna en el gobierno, burlándose de ellos con frecuentes repulsas cuando solicitaban las magistraturas, y llamándolos por desprecio hombres nuevos. De aquí nació que dividida en dos facciones la nobleza antigua y la nueva, no podian contrarestar á la multitud, la que finalmente tomó las armas contra los antiguos, injuriándolos con muchas calumnias. Las cosas llegaron á tal estremo, que faltó muy poco para que no viniesená las manos uno y otro partido. A la verdad podian mas los agraciados que los autores de la gracia, y estuvo muy á pique de que la nueva nobleza oprimiese la dignidad de la antigua; lo cual trastornó la república de Roma en el tiempo de la dominacion de Cinna. Deseoso el rey don Felipe de la paz y tranquilidad de los genoveses, que habia recibido bajo de su proteccion, mandó á don Sancho de Padilla, sucesor de don Alvaro de Sande, ya difunto, en el gobierno de la fortaleza de Milan, que acompañado de don Juan Idiaquez pasase prontamente á Génova, y procurase apaciguar aquella discordia. Arribó despues Doria, confiado de que podria componerla con su autoridad; pero todo fue en vano, pues creciendo mas y mas el ardor de los enemigos, veia que era preciso usar de la fuerza para reducir el pueblo á la autoridad de sus magistrados. El terror de las armas que se disponian en la Lombardía produjo tanto efecto, que, aplacándose el senado, creó á fines de diciembre gobernadores con potestad tribunicia, con lo que se restableció la quietud, á lo menos en apariencia.

En Francia se renovó con mayor furor la guerra; y viendo el rey que no podria apaciguarse el reino mientras que subsistiese la Rochela, que era el inespugnable asilo de los hugonotes, mandó al duque de Anjou que marchase contra ella con las tropas. Defendia esta plaza Nuea, hombre no menos fuerte que esperimentado y prudente, y la reina de Inglaterra le ayudaba con su armada por causa de religion, y para sacar utilidad del daño ajeno. Mientras que el duque de Aumale reconocia las fortalezas de la plaza para colocar la artillería, fue despedazado por una bala perdida, y entretanto que continuaba con actividad el sitio, llegaron embajadores muy ilustres de Polonia con la noticia de que en la dieta del reino habia sido electo Enrique de Anjou por sucesor del rey Sigismundo, que poco antes habia fallecido. Los pretendientes á esta corona fueron muchos, y los principales Anjou y Ernesto, hijo del César. El gran sultan se hallaba inclinado á aquel, y envió á su favor una embajada á los estados del reino, persuadido que el Francés no intentaria cosa alguna contra él, conforme á la antigua alianza. Por el contrario temia mucho mal del príncipe austriaco si subiese al trono de Polonia, como lo procuraba con gran diligencia el rey don Felipe, habiendo enviado á este fin á don Pedro Fajardo, para que en su nombre lo solicitase, y el César ofreció muchas cosas en beneficio de aquella nacion. Finalmente habiendo el de Anjou dado audiencia á los embajadores, levantó inmediatamente el *sitio de la Rochela*, y el rey concedió la paz á los hugonotes.

CAPITULO V.

Pasa don Fadrique de Toledo á Amsterdam para reconciliar con el rey don Felipe las ciudades de Holanda. Resístese Harlem, y la toman los españoles.

En el año antecedente despues del saqueo y ruina de Narda, pasó don Fadrique á Amsterdam, ciudad opulenta de Holanda, que se mantenia fiel al rey, para arrojar de allí á los enemigos que la tenian sitiada. Y habiéndolo ejecutado y elogiado, como era justo, la lealtad y constancia de sus habitantes, intentó reducir á la obediencia las ciudades de aquella provincia. Valióse de la mediacion de los ciudadanos de Amsterdam para que Harlem volviese á su deber, y no lo rehusó al principio; pero mudando despues de parecer, tomó la multitud del pueblo las armas para impedir á los españoles la entrada en la ciudad. Noticioso de esto don Fadrique, se puso en marcha con sus tropas á fin de vengar este agravio; pues el popular desenfreno ni respetaba á Dios ni al rey. Temerosos los harlemenses de los españoles, enviaron inmediatamente diputados al príncipe de Orange, suplicándole que los socorriese, y ofreciéndole que se sujetarian á su dominio. Fue llamado Lázaro Muller, que estaba acampado no lejos de allí con diez compañías de alemanes, de las cuales solo cuatro entraron en la ciudad, en cuyo dia profanaron y destruyeron las iglesias y imágenes sagradas, y tomaron públicamente las armas para pelear contra su rey. Abandonados de esta suerte á todo género de maldades, y como si estas fuesen el juramento de su nueva milicia, salieron al encuentro al Español hasta el fuerte de Sparadem, para impedirle que se acercase mas á la ciudad. Era entonces lo mas fuerte del invierno, y todas las lagunas y los rios estaban helados. No podian hacer uso de las corrientes de las aguas para rechazar al Español, el cual rodeó la fortaleza, y se apoderó de ella, habiendo pasado á cuchillo á los que la defendian. Despues de haber derrotado y puesto en fuga á Lume, que se apresuraba á introducir en la ciudad tres mil hombres, y un socorro de víveres, puso sus reales en las cercanías de ella, y batió sus murallas con la artillería. Los habitantes reparaban á porfía las ruinas, y trataban con mucha crueldad á los prisioneros que caian en sus manos, no menos que á los vecinos de quienes tenian la mas leve sospecha. Irritados los del rey con esta inhumanidad, les correspondian con otra igual, y una vez arrojaron dentro de las murallas una cabeza humana con esta inscripcion: «Cabeza del capitan Felipe Conixo.» Esta injuria inflamó de tal suerte á los harlemenses, que hicieron ahorcar á once prisioneros alemanes y de Amsterdam, y habiéndoles cortado las cabezas, las metieron en un saco, y las arrojaron al campo del rey con este epígrafe: «Estas cabezas se »envian al duque de Alba por el diezmo estraordina»rio que ha mandado exigir, y la una que hay de mas »por la usura de la dilacion en la paga.» Con estas y otras cavilaciones semejantes se insultaban los unos á los otros con militar insolencia.

Entretanto peleaban con todo género de máquinas de guerra, y con pertinacia increible; y ademas se procuraba con la mayor vigilancia impedir que pudiese entrar cosa alguna en la ciudad. Por el lago helado se les enviaba á los sitiados los víveres y municiones en muchos trineos ó rastras, y muchas veces caian en poder de los soldados del rey, que hacian huir las escoltas que los acompañaban; y para estorbarlo absolutamente, fueron puestas centinelas en diversos parajes. Por este tiempo falleció Lope de Acuña, capitan de la caballería, despues de haber

dalo heróicos ejemplos de valor) oprimido de los trabajos y vigilias, y finalmente de una enfermedad, siendo digno de contarse en el número de aquellos ilustres y esforzados varones de que es tan fecunda la España. Luego que comenzó á mitigarse el rigor del invierno, habiendo Bossú introducido la armada en el lago de Harlem, peleó con feliz suceso, derrotando mas de una vez la armada enemiga y tomándole y destruyéndole los puestos fortificados que tenia alrededor del lago. Conmovido don Fadrique de una carta picante que le escribió su padre desde Bruselas, donde estaba enfermo, no omitió ningun cuidado ni trabajo para hacerse dueño de Harlem. Los enemigos estaban resueltos á pelear atrozmente en defensa de su libertad, habiéndoles prometido el príncipe de Orange que los socorreria. Acometieron una vez al campo de los alemanes; y haciendo en ellos algun estrago, les tomaron unas banderas y las colgaron en lo alto del muro. Orgullosos con esta victoria, no cesaban de provocar á los realistas con todo género de injurias y de insultar á los santos. Pusieron altares en los parajes mas elevados, donde imitaban el santo sacrificio de la misa y otras ceremonias sagradas, cantando por irrision himnos al toque de campana, como se acostumbra en las rogativas. Hacian tambien figuras de paja de los eclesiásticos, monjas y españoles, y despues de azotarlas y apedrearlas, las ahorcaban con gran mofa y risa; y finalmente, les cortaban las cabezas y las arrojaban á los reales. Pero esta alegría se convirtió en breve en llanto. Las tropas reales se aumentaban cada dia con nuevos suplementos, además de un poderoso escuadron de españoles que vino de Lombardía; por lo cual, todas las salidas que despues hicieron los sitiados fueron despreciadas. Los españoles por el contrario, en un asalto que dieron, se hicieron dueños de una fortificacion, y la guarnicion de los enemigos se disminuyó notablemente por los muchos que perecian todos los dias; y habiéndoles cerrado todos los caminos por mar y tierra, para que no recibiesen socorro alguno, como no podian enviar ni aun mensajeros dieron aviso al de Orange por medio de unas palomas siguiendo en esto el ejemplo de los antiguos. Orange por los mismos correos les prometia muchos y no les enviaba nada; pero incitado por las quejas de los suyos, se aventuró á enviar un socorro de gente y víveres. Juntó pues un ejército bastante poderoso, si el valor y esperiencia hubiera correspondido á su número, y acometió al campo español; pero los realistas le rechazaron tan valerosamente, que en breve se declaró por ellos la victoria, quedando muertos mil y seiscientos de los enemigos con su general Batemburg, y los demás se pusieron en fuga, costando muy poca sangre á los vencedores, los cuales condujeron á su campo catorce banderas, diez cañones y muchos carros cargados de víveres y municiones. Esta calamidad abatió en estremo los ánimos de los harlemenses: añadíase á esto el hambre, domadora de la obstinacion, la que redujo á aquellos miserables á usar de los manjares mas repugnantes. Arrojaron de la ciudad á la multitud indefensa; pero los realistas la rechazaron al pueblo, sin moverles á compasion las lágrimas y lamentos de esta calamitosa gente. En el de Orange no hallaban socorro alguno, aunque no cesaba de engañarles con vanas esperanzas; ni tampoco tenian medio para ponerse en fuga. Habíase introducido en todos una general consternacion y terror, y abatiéndose su contumacia y soberbia, se vieron en la necesidad de entregarse, y quisieron esperimentar mas bien la misericordia que la fuerza del vencedor. Las condiciones que el Español les impuso fueron muy duras: á saber: «Que su vida ó su muerte quedasen al arbitrio del vencedor y que los habitantes redimiesen el saqueo con doscientos mil ducados.» Fue entregada la ciudad el dia catorce de julio, á los siete meses de comenzado el sitio. Despues de haberles quitado las armas se procedió á una horrible carnicería, dando principio por el gobernador Vivaldo de Riperdá, autor de todos los males. Fueron ajusticiados los magistrados que poco antes habian elegido, junto con algunos pocos ciudadanos incitadores de la sedicion, y los predicantes que temerariamente blasfemaron contra los santos, y injuriaron á los españoles. Finalmente fueron pasados á cuchillo dos mil hombres, la mayor parte franceses, escoceses y ingleses, que habiendo sido puestos en libertad en Mons, habian prometido con juramento que no tomarian las armas contra el Español. Vindicadas de esta manera las injurias hechas por la herejía, la sedicion y el perjurio contra Dios y contra los hombres, no puede decirse con certeza si fue mayor la pena que la atrocidad de los delitos.

CAPITULO VI.

Prosigue la guerra en Flandes y Holanda. Es nombrado don Luis de Requesens por sucesor de Alba en aquel gobierno. Muerte de doña Juana, hermana del César y madre del rey de Portugal. Nacimiento del príncipe don Cárlos.

Entretanto que proseguia con ardor el sitio de Harlem, intentaron los soldados del príncipe de Orange escalar y tomar á Midelburg, aunque en vano. Cerrado despues el mar de tal suerte que no podia introducirse por él cosa alguna en aquella ciudad, la socorria Dávila, gobernador de la fortaleza de Amberes, llevando víveres y municiones en pequeños barcos, que atravesaban por medio de las naves enemigas con gran peligro y poco daño. Finalmente habiendo partido con la armada que con suma actividad juntó el duque de Alba, y dirigiéndose á Midelburg, fue arrebatada por los vientos á Flesinga, y vino á dar entre la armada enemiga, que era muy superior en el número de navíos. Trabóse aquí una atroz pelea, en que murieron muchos de una y otra parte; y habiéndose concluido con pérdida de cinco navíos, arribó á Midelburg y desembarcó las tropas y víveres. Poco despues ejecutó otro tanto Beauvoir, de la familia de Lanoy, gobernador de la Zelanda, que noticioso de haber tomado el enemigo la fortaleza de Ramek, torció el curso de su navegacion, y dando vuelta á la isla, desembarcó en un lugar secreto los víveres y municiones, y los introdujo por tierra en la ciudad, habiendo dejado por su teniente á Mondragon para que defendiese la isla. Por este tiempo se apoderaron con astucia los enemigos de Gertrudemburg, ciudad bien fortificada, contribuyendo á ella la cobardía de la guarnicion y la perfidia de sus habitantes; mas los soldados pagaron la pena de su culpa, habiendo sido unos pasados á cuchillo, y otros ahorcados. El gobierno de esta ciudad se confirió á Seracio; pero poco despues le asesinaron sus mismos soldados. Lumé fue desterrado por los estados de Holanda, por su irregular conducta y escesivo desenfreno en hablar.

Despues de la toma de Harlem, comenzó el soldado español á tumultuarse y á rehusar la obediencia á sus superiores, á causa de que no se le habia pagado su estipendio, ni dado cosa alguna por la presa redimida: y era tanto mayor su insolencia, cuanto sabia que era entonces muy necesario para sujetar las ciudades de Holanda, dando un perverso ejemplo, que en los años siguientes fue imitado por las demás tropas con gravísimo daño de la causa pública. No fue pequeño el que causó en este tiempo semejante maldad; porque entretanto que el soldado se negaba á pelear, se aprovechaba el enemigo de aquel espacio de tiempo para hacer sus preparativos y fortificar sus fronteras. Tanto como esto importa á veces el no dejar pasar la fortuna, y sacar el partido posible de

los casos fortuitos; pues habiendo el duque de Alba, despues de repartir algun dinero á las tropas, puesto sitio á Alcmar, que poco antes habia sido entregada á los orangianos por traicion de algunos de sus habitantes, á pesar de la oposicion que hicieron los católicos, la halló ya fortificada y dispuesta á resistirle mucho mas de lo que habia pensado; por lo cual se vió obligado á retirarse, no sin mengua de su fama. El principal cuidado del duque de Alba era la conservacion de Midelburg, porque era tan útil esta ciudad por su situacion oportuna, que desde ella confiaba poder recuperar todo cuanto habia perdido en aquellas partes. Habiendo intentado inútilmente los orangianos apoderarse de ella por la fuerza de las armas, procuraban obligarla á entregarse por hambre, á cuyo fin la cerraron por mar con una armada. El general español, para hacerles levantar el sitio, entregó á Bossú, hombre muy práctico en las cosas del mar, doce navíos de alto bordo, y él mismo con algunos nobles se embarcó en la capitana, que era de estraordinaria magnitud, y muy bien equipada. La guarnicion se componia de alemanes y españoles. Hubo al principio algunas escaramuzas con los enemigos, que navegaban con una grande armada; y habiéndose trabado la pelea, combatieron unos y otros acérrimamente, igualando el valor al número de las tropas. Los enemigos reemplazaban al momento navíos de refresco en lugar de los derrotados. La nave de Bossú, destituida de todo humano auxilio con la fuga y destrozo de las demás, y acometida por muchas de los enemigos, les resistió con increible constancia por espacio de veinte y ocho horas; y habiéndose escapado algunos pocos alemanes que quedaban, se obstinó en pelear hasta la muerte con los españoles que no eran muchos. Pero movido por las súplicas del capitan Cristóbal Cervera, y de la exhortacion de los enemigos, hizo la entrega con honrosas condiciones. Bossú, pues, con algunos pocos criados, y once españoles heridos, fue conducido á Horn, y custodiado con gran diligencia. Luego que el duque de Alba tuvo noticia de la desgracia de Bossú, se retiró á Bruselas, y poco despues le siguió don Fadrique su hijo, habiendo entregado el ejército á don Francisco de Valdés, que encargado de combatir á Leiden, tomó á los enemigos una fortificacion en la embocadura del Mosa, y tambien hizo prisionero á Aldegunde, que en vano se le ocultaba en un cañaveral.

Por este tiempo llegó de la Lombardía Requesens, enviado por el rey con facultades limitadas; porque movido don Felipe de las frecuentes instancias del duque de Alba para que le nombrase sucesor, y por el consejo de los cortesanos, que atribuian la sublevacion de los flamencos á la severidad de aquel, á fin de esperimentar todos los medios, envió en su lugar á un hombre de mas suave carácter, que con su benignidad mitigase á los que el otro habia irritado con su aspereza. Pero en vano lo intentó el rey, porque la fuerza del mal resistia todos los remedios que le aplicaban, y la culpa de todo la hacian recaer sobre el de Alba, que con inhumana crueldad habia condenado á muerte á diez y ocho mil personas: habia oprimido la libertad de la nacion heredada de sus mayores, obligándola á admitir usos y costumbres extranjeras; y que entre otros agravios la habia arruinado con tributos intolerables. Pero no eran estos motivos los que mas apretaban; pues cuando en los años siguientes se trató de hacer la paz estaban prontos á obedecer en todo, con tal de que se les concediese libertad de conciencia. Mas el rey cerró sus oidos á tan impía peticion, y aseguró que antes perderia la corona del reino, que permitir que padeciese detrimento alguno la verdadera religion. El príncipe de Orange, aunque ostentaba mucho celo por la nueva secta, y procuraba con mucho cuidado que la abrazasen los pueblos, para que al odio que tenian los flamencos al nombre español se uniese la diversidad de creencia, para quitar toda esperanza de reconciliacion entre unos y otros; no obstante lo dirigia todo á sus particulares intereses, y á la ambicion de retener y vindicar la autoridad que obtenia de los rebeldes, segun la costumbre de los príncipes que tienen erradas ideas de Dios, los cuales posponiendo la religion, solo miran á su propia utilidad. Finalmente las cosas de Flandes se hallaban en el mismo estado que las de Francia en el propio tiempo, donde con pretesto de religion lo trastornaban todo las pasiones y odios particulares, con lastimoso desprecio y menoscabo de la verdadera piedad. Despues que el duque de Alba conferenció largamente con Requesens sobre el estado de aquellas provincias, dispuso su viaje acompañándole don Fadrique su hijo, y una escolta de caballería; y habiéndose embarcado en las galeras en la costa de Génova, arribó finalmente á España en el mes de marzo del año siguiente, y fue recibido con mucha humanidad por el rey, que por largo tiempo se valió de sus consejos, así en las cosas de la guerra como en las de la paz.

El dia siete de setiembre falleció doña Juana, hermana del rey don Felipe, y madre del rey don Sebastian de Portugal, á los treinta y ocho años de su edad, llena de virtudes y buenas obras, para adquirir el premio de ellas en la bienaventuranza. Luego que murió su marido, y habiendo encomendado su hijo á doña Catalina su abuela, se retiró á Castilla, donde en ausencia de su hermano gobernó estos reinos con mucha prudencia. Fundó dos conventos y un hospital, y dió muchos ejemplos de caridad cristiana, empleando copiosas riquezas en socorrer á los pobres, y en atraer á los bárbaros al culto del verdadero Dios por medio de varones insignes en piedad y doctrina que enviaba á su costa. Su cuerpo fue sepultado en otro convento que habia edificado para las religiosas de San Francisco. Pocos dias antes le nació al rey don Felipe un hijo, que en el bautismo fue llamado Carlos en memoria de su afortunadísimo abuelo. Tambien falleció en este año Andrés Resende, que habiendo dejado el hábito de Santo Domingo con dispensa pontificia, obtuvo un canonicato de la iglesia de Ebora. Fue muy apasionado al estudio de las antigüedades, y las muchas obras que escribió en prosa y verso, manifiestan su grande erudicion.

CAPITULO VII.

Envia el sultan una poderosa armada al Africa contra los españoles. Sitio y toma de las fortalezas de Tunez y la Goleta: desgraciada espedicion del rey de Portugal en Africa. Discordias de Génova. Muerte de Cosme, gran duque de Toscana.

En el Africa fue causa de una pérdida muy lamentable la falta de obediencia de don Juan de Austria á las órdenes dadas por el rey don Felipe en el año anterior, de suerte que pareció habia sucedido con justa razon esta desgracia, para que los hombres no acusen injustamente á la fortuna, sino á sus propios errores y vicios. El rey don Felipe se habia persuadido que en Africa no convenia edificar, sino destruir, pues era imposible establecer un imperio que no estuviese sujeto á muchas calamidades entre unas naciones tan bárbaras y feroces, y de costumbres tan opuestas. Pero el deseo de reinar precipitó á don Juan de Austria, creyendo que aprobaria el rey su hermano lo que en realidad aborrecia en estremo; por lo cual no fue infundado el rumor que corrió entonces, de que noticiosos los vireyes Granvela y Terranova de los designios del rey, habian suministrado maliciosamente socorros á Cerbellon para edificar la fortaleza de Tunez, despreciando las voces de que venia el Turco al Africa con su armada, para que

junto con las fortalezas se arruinasen las esperanzas de don Juan de Austria. Persuadido pues el sultan de que el Español tenia pocas fuerzas, por haberse separado de él la armada veneciana, mandó armar una muy numerosa, para hacerse dueño del imperio del mar. Componíase esta de doscientas y treinta galeras, y de otros setenta navíos de todos géneros, que conducian cuarenta mil soldados bajo el mando de Uluc Alí, y de Sinam Bajá, los cuales comenzaron á navegar hácia el Africa en la primavera de este año de 1574.

Habiendo arribado la armada á aquellas costas, desembarcaron las tropas sin que nadie se lo impidiese, pues Hamet vendido y desamparado de sus súbditos, procuró antes guardar su cabeza que su reino. Juntáronse á Sinan por mar y tierra poderosos socorros de los turcos de Trípoli y Argel, y un gran número de peones para los trabajos. A un mismo tiempo fueron combatidos los castillos de la Goleta, y el de Cerbellon, que aun no estaba fortificado, al cual pasó la guarnicion que habia en Tunez, libertándola de la perfidia púnica; y de esta suerte volvió la ciudad al Bárbaro, sin costarle sangre alguna, del mismo modo que la habia tomado el Español. Entretanto don Juan de Austria que guardaba las costas de Génova, para estar dispuesto en cualquier movimiento de guerra, solicitado por las cartas y mensajeros de Portocarrero, se hizo á la vela en el puerto de Specia, y navegó á Nápoles y Mecina, para juntar de una vez toda la armada, y pasar con ella al socorro de los sitiados. Hallábase la Goleta mas fuertemente estrechada, no tanto por el valor de los enemigos, cuanto por la impericia de su comandante, que á pesar de las reclamaciones de sus capitanes, impedia la defensa del baluarte por donde se comunicaba el mar á la fortaleza, habiendo reconcentrado dentro de ella la guarnicion, porque en el baluarte perecian algunos. Habiéndole ocupado los turcos con mucho ardor, penetraron al foso sin ninguna dificultad.

A este mismo tiempo intentó en vano el Austriaco socorrer á los sitiados, pues una tempestad le dispersó sus galeras. Arrebatado Andrade por la fuerza de los vientos, corrió hasta Cerdeña con algunas, y no pudiendo la armada arribar á las costas de Africa, la obligó el temporal á entrar en Trepani, y faltó muy poco para que no naufragase en el mismo puerto. Defendian la Goleta dos mil españoles: otros tantos tenia Cerbellon, é igual número de italianos, mandados por Andrés de Salazar y Pagano Doria; y la guarnicion de Viserta, cuyo pueblo no podia defenderse por sus pocas fuerzas, fue trasladada á la Goleta con todas las provisiones de Guerra. Reducidos á un pequeño número los presidarios de la Goleta por lo rigoroso del asedio, los socorria Cerbellon enviándoles por la laguna algunos pequeños navíos cargados de víveres. Pero los goletanos, á pesar de sus repetidas instancias, no pudieron conseguir de Cerbellon que desamparase su fortaleza, y se les juntase con sus tropas, porque lo creia inútil y perjudicial á su fama. En un paraje elevado de la laguna ocupaba Juan Zanoguera una pequeña fortificacion defendida por pocos soldados, y habiéndola acometido al mismo tiempo los bárbaros, no sacaron otra cosa que ignominia y heridas, por lo cual dirigieron todas sus fuerzas contra la Goleta. Derribada por la artillería una parte del muro, se abrieron camino á la fortaleza, y fueron rechazados de allí muchas veces con admirable constancia por los nuestros, cuyo número se hallaba ya reducido á mil, hasta que oprimidos finalmente por la multitud de los enemigos, penetraron estos con espada en mano dentro de la fortaleza, despues de un combate de cinco horas contínuas, en que murieron con mucha gloria sus defensores. Solos trescientos fueron hechos cautivos, y entre ellos Portocarrero, Hamet y Gerónimo de Torres, que escribió la historia de este suceso. Los que estaban con Cerbellon, aunque veian claramente lo que podian esperar despues de tomada la Goleta, no obstante hicieron frente al enemigo con grande ánimo. Todas las veces que vinieron á las manos fueron rechazados los bárbaros con mucha pérdida, y para evitar Sinan el estrago de los suyos, mandó levantar una trinchera mas alta que los muros de la fortaleza. Desde allí hacia su artillería un continuo fuego que arruinaba las fortificaciones, y con minas y todo género de máquinas, trabajaba dia y noche para conseguir su empresa. Finalmente pelearon por espacio de muchas horas, y fueron arrojados los enemigos de la brecha, y precipitados de las escalas con muerte de muchos; pero habiendo renovado el asalto con todas las fuerzas por cinco partes distintas, á fin de separar y dividir el pequeño escuadron de los nuestros, que estaba reducido á solos seiscientos hombres, se trabó una sangrienta pelea con increible obstinacion, y no se veia otra cosa por todas partes, que armas, cuerpos muertos y despedazados, y la tierra regada de sangre, todo lo cual presentaba un cruel y horrible espectáculo. Ultimamente, fue tomada la fortaleza, despues de muertos los que la defendian, el dia trece de setiembre, y quedaron vivos solos treinta con Cerbellon, que habiendo sido conducido á la presencia de Sinan, le dió una bofetada, y le injurió con malas palabras en recompensa de su valor. Pagano fue degollado con perfidia púnica, por sus mismos esclavos, en quienes habia confiado su vida con grandes promesas. Zanoguera entregó la pequeña fortificacion, habiendo conservado cincuenta soldados, con los cuales llegó salvo á Sicilia en un navío francés, para anunciar como testigo ocular tan grande pérdida. La victoria no fue de ningun modo alegre para los turcos, pues perdieron treinta y tres mil hombres. Despues de recogida la presa, en la que entraron quinientas piezas de artillería de todos calibres, arrasó Sinan las fortalezas. Trató con mucha crueldad á los africanos, y especialmente á los de Viserta que se habian pasado al Español; y habiendo dejado en la ciudad de Tunez una guarnicion de cuatro mil turcos, se volvió con su armada victorioso á Constantinopla, en cuyo viaje falleció Portocarrero. Desvanecidas de esta suerte las esperanzas del imaginario reino de don Juan de Austria, regresó triste y melancólico á Nápoles.

En el Africa occidental tuvo principio en este año otra calamidad mucho mas lamentable, á que dió causa la repentina navegacion de don Sebastian, rey de Portugal. La culpa de tan inconsiderada audacia se atribuye por unos escritores á unos, y por otros á otros, Pero ¿de qué serviria entrar en esta averiguacion? Faria dice que el rey no tenia su juicio cabal. Otros añaden que incitado con las frecuentes conversaciones, que sobre estas cosas tenia con algunos jóvenes que le adulaban, emprendió la espedicion africana: tan cruel mal es la adulacion de los cortesanos, que siempre es compañera de las grandes fortunas para conducir á la perdicion. El cardenal su tio no pudo impedir tan precipitado consejo, ni todos los hombres de recto juicio y prudencia que habia en Portugal, y que miraban por el bien público, ni tampoco adelantó cosa alguna el pontífice, que procuró disuadirselo en sus cartas. Despreciando pues todas estas exhortaciones, navegó al Africa con un pequeño ejército en el mes de julio: tuvo algunos combates con los moros que le salian al encuentro, con mayor peligro que daño, pues los bárbaros eran superiores en número y en el arte de pelear á caballo. Por esto habiendo reconocido la dificultad de la empresa, y siguiendo el aviso de los mas prudentes, se volvió prontamente á Portugal, divulgando la voz de que habia pasado al Africa á reconocer y visitar

las fortalezas. Pero tenía tan fuertemente impreso en su ánimo el deseo de la guerra africana, que en los años siguientes, no pudiendo nadie por ningun medio apartarle de la idea de estirpar aquella impía nacion, se perdió á sí mismo, y perdió la flor de su reino.

En Génova se encrudecia mas y mas el mal cada dia de tal manera, que si los embajadores y los ancianos no hubieran apaciguado á la sediciosa plebe, se hubieran acometido á mano armada. El desórden llegó á tal punto, que los antiguos nobles tuvieron que retirarse de la ciudad para libertarse del peligro que les amenazaba. Tampoco estaban muy acordes entre si los nuevos nobles y el pueblo; de tal suerte, que la ciudad se hallaba despedazada en tres partidos. El pontífice y el César procuraban por medio de hombres prudentes apaciguar aquella discordia; pero todo fue en vano, porque la obstinacion de los sediciosos rechazaba todos los consejos saludables; y como la multitud incitada está siempre dispuesta á creer lo peor, con cualquier rumor y sospecha recurria al instante á las armas y lo llenaba todo de tumulto y confusion. Con la llegada de don Juan de Austria á aquellas costas, tomó nuevo cuerpo la sedicion, y el vulgo, arrebatado del celo de conservar su libertad, acudió á las armas para impedirle la entrada. No obstante, el senado le hizo todo género de obsequios, y solo se dió por ofendido el Austriaco de que envió á suplicarle que no entrase armado en la ciudad para que no se irritase mas el pueblo, que estaba exasperado contra él por las falsas voces que habian corrido. Oido esto por el Austriaco, se irritó algun tanto, y respondió á los legados: «que se admiraba en estremo de que le juzgasen por tan inconstante y olvidado del honor, que con ánimo bastardo quisiese quitarles la libertad que les habia dado su invicto padre: que considerasen el notable agravio que hacian á su propio decoro en formar un juicio tan injusto á su sinceridad: que ignoraba absolutamente haber hecho cosa alguna que mereciese el ser tratado tan dignamente por los genoveses: que si atribuian la culpa al rey don Felipe su hermano, no podía menos de acusar su desvergüenza, y las calumnias de aquellos hombres ingratos, despues que con una equidad escrupulosa y digna de tan gran rey, no habia perdonado cosa alguna para asegurar y defender la libertad de los genoveses: finalmente, que se despedia de ellos para siempre, que cuidasen de sus cosas acordándose de los antiguos beneficios recibidos de los príncipes austriacos, y que de allí adelante hiciesen otro juicio mas favorable de él y de su hermano.» Habiendo despedido á los legados, navegó para España, confiado en que su hermano le elevaria á alguna dignidad, pues no habia hecho cosa alguna que desdijese de sus mayores. Pero el rey don Felipe pensaba por el contrario que debia reprimir la viveza de su espíritu y carácter y abatir su fausto. Por tanto le pesó, aunque tarde, el no haber seguido los consejos de su augusto padre, el cual era de dictámen que aplicase al muchacho al ministerio eclesiástico, lejos de las armas, para que algun dia no causase turbulencias por la ambicion de dominar. Finalmente, el duque Carlos de Gandía marchó á Génova por mandado del rey don Felipe, y fue recibido honoríficamente por el senado, habiendo concebido este la esperanza de que se apaciguarian las discordias con la autoridad y prudencia de este ilustre varon, y que se desvaneceria el peligro de que aquella chispa originase un gran incendio en la Italia. Por este tiempo falleció Cosme, gran duque de Toscana, despues de una molesta y larga enfermedad, dispuesto cristianamente. Fue hombre de grande ánimo, de grande ingenio y muy piadoso. Embalsamado su cuerpo y armado, fue sepultado con magnífica pompa en la iglesia de San Lorenzo. Entre los sollozos y lágrimas derramadas en sus exequias, fue proclamado con estraordinario regocijo del pueblo por gran duque de Toscana, Francisco su hijo; y de este modo se convirtió el llanto en alegría, segun la acostumbrada vicisitud de las cosas humanas. Habia ya largo tiempo que conociendo su padre Cosme la buena índole y carácter del jóven, le habia confiado el cuidado del gobierno, y le pedia razon de sus providencias y determinaciones; y instruido de esta manera, se adquirió grande alabanza por su prudencia.

CAPITULO VIII.

Proyectos de los hugonotes de Francia descubiertos y castigados. Muerte del rey Carlos Nono. Le sucede su hermano Enrique Tercero. Sucesos de la guerra de Flandes.

No cesaban en Francia las turbulencias, así como el mar despues de una tormenta continúa todavía inquieta. Permanecian en armas aquellos que aborrecian el nombre de la paz, la cual decian era una red con que el rey y el duque de Guisa oprimian á los incautos. Los que mas se distinguian eran Mombrun, Nuun y otros que en diversas partes fomentaban el partido con todas sus fuerzas. En este tiempo se formaba otra nueva faccion llamada de los políticos, enemigos de las ideas del rey y de los Guisas, y nacida de la envidia, que acomete con furor á los que ensalzó la fortuna. Los cabezas de la sedicion procuraron atraer á su partido á Francisco, hermano del rey, duque de Alenzon, que llevaba á mal el no ser admitido al gobierno, y en cuyo lugar habia sido nombrado su hermano Enrique para hacer la guerra á los hugonotes, y casi habian ya pervertido á aquel jóven, que ardia en deseos de dominar. Pero no se ocultó al rey y á la reina su madre, que agitaba proyectos contrarios al bien del estado; por lo cual le rodearon de centinelas, para que no pudiera escaparse. Finalmente se descubrió el negocio por la intempestiva aceleracion de los políticos, que enviaron á San German, donde entonces estaba el rey, doscientos caballos para que le escoltasen en su fuga. Francisco, pues, que no se habia declarado abiertamente, ni creia seguro confiar su persona á unos pocos caballos, resolvió estarse quieto con Enrique de Bearne. El príncipe de Condé se evadió intrépidamente, y se encaminó á Alemania; y el rey temeroso de alguna asechanza, se retiró apresuradamente á Paris. El de Alenzon y el de Bearne se disculparon de tal modo, que parecia no haber cometido culpa alguna. Fueron presos algunos de los principales del partido que habian dado vehementes sospechas de su mala conciencia, y los reos pagaron sus delitos en el suplicio. De aquí, pues, volvió á encenderse la guerra en diversas partes. Mongomeri que habia herido á Enrique en un torneo, despues de varios sucesos y trabajos padecidos por la secta, fue preso y degollado en París. Poco despues se le agravó al rey la enfermedad que le habia afligido largo tiempo, y habiendo recibido los sacramentos, falleció el dia veinte y nueve de mayo, á los veinte y cinco años de su edad, sin dejar ningun hijo varon. Nombró por heredero de la corona de Francia á su hermano Enrique, que reinaba en Polonia, y por gobernadora interina á la reina su madre.

Sintió en gran manera el rey don Felipe la muerte de Carlos, porque esperaba que durante su reinado se estinguiria en Francia la herejía, y desarraigado de allí este contagio, se disminuirian las fuerzas y deseos de los que trastornaban los estados de Flandes. Habiendo sido Enrique llamado con repetidas cartas y embajadas á poseer el reino hereditario, salió de Polonia á manera de fugitivo, dejando escrita una carta á los estados del reino en que disculpaba su

partida. Fue recibido con mucha magnificencia por el César, y despues por los venecianos y los príncipes de Italia, entre los cuales se aventajó el Saboyano, deseoso de merecer su favor. El gobernador de la Lombardía no faltó á ningun obsequio, y envió á don Pedro de Sotomayor, para que desde las fronteras le acompañase con una escolta hasta Saboya. Desde allí pasó á Leon, y despues á Aviñon, donde falleció Carlos, cardenal de Lorena, hombre docto, elocuente, y adornado de otras prendas de alma y cuerpo, y lo que es mas principal, defensor acérrimo y observador de la piedad católica. Su cuerpo fue trasladado á Rems, donde habia sido arzobispo.

Luego que Requesens llegó á Flandes, puso todo su conato en socorrer con todo género de auxilios á Midleburg, sitiado por los orangianos. Previno una armada de sesenta navíos de todos géneros y confirió á Dávila el mando de los buques mayores, y á Glimes, noble flamenco, el de los menores, acompañado de Romero con los españoles. Fue constante fama en aquellos tiempos, dice Bentivollo, que habiendo sido ganados por dinero los pilotos, dieron en bancos de arena con nuestra armada, la cual rodeada y acometida por la de los enemigos, parte de las naves fueron sumergidas, otras apresadas, y las demás se pusieron en fuga. Glimes murió peleando, y Romero se escapó á nado, mirando Requesens tan grave calamidad desde una fortificacion inmediata. Para evitar Dávila ser estrechado de los enemigos, y viéndose con muy desiguales fuerzas, condujo su escuadra sana y salva al puerto de Amberes. Habiendo llegado los midleburgenses al estremo de sustentarse con los manjares mas desusados, y no quedándoles esperanza alguna de socorro por estar el enemigo apoderado del mar, entregó Mondragon la ciudad al príncipe de Orange bajo de honrosas condiciones. El crédito de Mondragon era tan grande para con el de Orange, que salió de allí sin dar rehenes algunos, habiéndose llevado consigo á los soldados con sus equipajes íntegros, y tambien á los sacerdotes y alhajas sagradas, habiendo prometido que dentro de seis meses daria libertad á Aldegonde y á otros tres prisioneros; y que si no pudiese cumplirlo, volveria él mismo á ponerse en manos del vencedor.

Pasó pues Mondragon al Brabante, y fue recibido honoríficamente por Requesens, quien le prometió dar libertad á los prisioneros, y desempeñó con fidelidad su palabra. No les sucedió tan felizmente á los enemigos que se hallaban muy soberbios en Walchren, en la batalla terrestre que acaeció á poco despues cerca de Mock. Habiendo juntado Luis de Nasau un ejército en Alemania, habia puesto sus reales entre Aquisgran y Mastrik, desde donde ponia asechanzas á varias ciudades. Pero le salieron vanos sus intentos, habiendo sido descubiertos por los españoles, y castigado á los traidores. Marchó contra Nasau Dávila de órden de Requesens, acompañándole Mondragon y Romero, á los que siguieron con alegría los españoles por la esperanza de que se les pagaria su estipendio, que por no estar corriente habian empezado á rehusar el servicio. La suma total de las tropas era de cuatro mil infantes y ochocientos caballos, la mayor parte de ellos españoles, los cuales estaban tan habituados á pelear, que en oyendo la señal de la batalla se ordenaban por sí mismos de tal manera sin auxilio de su capitan, que todos y cada uno de ellos se hallaban dispuestos como si los hubiese arreglado un diestro general. Tenian los enemigos seis mil infantes y dos mil caballos por lo menos. Hubo primero entre unos y otros algunas leves escaramuzas favorables al Español, habiendo obligado muchas veces al enemigo á levantar su campo. Finalmente no pudiendo juntar sus tropas con las de su hermano, ni pasar adelante, ni permanecer allí sin mucho peligro, se acampó en un lugar fortificado entre los rios Vahal y Mosa. Deseoso Dávila de pelear, se encaminó al enemigo en órden de batalla: trabóse un sangriento combate, y se juntaron á los españoles tres compañías, que desde el camino fueron conducidas á la batalla, con cuyo auxilio y valor fue puesta en fuga la caballería enemiga y ganada la victoria, en la cual se escedieron los vencedores encarnizándose demasiado en los vencidos. Se dice que murieron de los enemigos cuatro mil infantes y quinientos caballos. Perecieron en el combate Luis y Enrique su hermano, con Cristóbal, hijo del conde Palatino; pero es mas creible que fueron anegados en las lagunas, porque jamás se encontraron sus cuerpos. Apoderáronse los nuestros de treinta banderas y de todos los bagajes; mas sin embargo, no produjo fruto alguno una victoria tan ilustre, por la insolencia de los españoles, que pedian con gran protervia la paga. Como no era posible satisfacerles por la escasez del real erario, arrojaron de su cuerpo á los capitanes y se encaminaron en un escuadron á Amberes, resueltos á saquear aquella ciudad opulenta. Habíanse juntado allí cuatro mil veteranos, y el reducirlos por la fuerza á su deber, era una empresa muy arriesgada. Acudió Requesens para apaciguar la sedicion; pero nada pudo la autoridad de un varon tan respetable contra la obstinacion de aquellos hombres perdidos. No obstante, se abstuvieron de hacer daño alguno á los ciudadanos de Amberes, antes por el contrario, levantaron una horca para castigar á los malhechores. Finalmente, no pudiendo aplacar sus ánimos con razones algunas, entregó la ciudad á Requesens la suma de cuarenta mil escudos que la habia pedido: juntóse otra cantidad del real erario, y lo restante lo suplió él mismo habiendo empeñado para esto su plata labrada. Habiéndoseles pagado el estipendio de quince meses fueron enviados á los reales de Leiden, cuya ciudad habia muchos dias que estaba sitiada, defendiéndola Juan Douza, poeta célebre, cuyos escritos, que son muchos, son muy estimados de los hombres doctos.

Entretanto sucedió otra desgracia, ocasionada por los celandeses, los cuales derrotaron una armada de treinta navíos que estaba armando Requesens en la fortaleza de Liló, cerca de Amberes. Alegres los enemigos con la victoria, condujeron á la Zelanda al comandante de esta armada Adolfo Hamsted, á quien hicieron prisionero mientras peleaba valerosamente. Los leidenses, sitiados por todas partes, no podian recibir ningun auxilio, y habiendo apurado todo género de alimentos buenos y malos, se veian reducidos al mayor estremo de hambre, y á cada paso se caian muertos. En esta situacion, conmovido el príncipe de Orange de la miserable suerte de los de Leiden, y con el consejo de Luis Busolo, almirante de la armada, formó un proyecto verdaderamente temerario y dañoso, pero el éxito demostró que fue segurísimo este conato para librar la ciudad de su ruina. Juntó hasta ciento y cincuenta naves chatas y de carga, en las que embarcó los soldados mas valerosos de la armada, con muchos víveres y municiones de guerra. Entretanto que hacia estos preparativos, mandó abrir en diversos parajes los diques de los rios, y derramándose el agua en mucha cantidad por aquellos campos pantanosos y bajos, se convirtieron estos en una inmensa laguna, quedando sorprendidos todos los realitas de una cosa tan nueva. Pero luego que conocieron el intento de los enemigos, se levantó en los reales una horrible gritería de los que fortificaban los cuerpos de guardia con céspedes y esteras para impedir el ímpetu de las aguas: cavaban la tierra con las bayonetas y la llevaban apresuradamente en los morriones, hasta que acercándose la inundacion se vieron obligados á recoger con mucha confusion sus equipajes y retirarse á los parajes mas

elevados. Sin embargo, no podia navegar la armada porque aun no habia crecido el agua á la altura necesaria: pero habiendo soplado el cierzo, y juntándose tambien la creciente de la luna, se hincharon las olas de tal manera, que la llanura parecia un mar. Levantada de tierra la armada y agitada con la fuerza de los vientos, navegó hácia la ciudad; y aunque los realistas desde sus fortificaciones se esforzaban con la artillería á impedirles su curso, no pudieron conseguirlo; antes por el contrario, con la inundacion y los tiros de los enemigos eran muchos los que perecian. Por tanto determinaron retirarse á lugares seguros, porque el pelear contra los hombres y los elementos era una locura furiosa. Refiérese un hecho de Pedro Chacon, digno ciertamente de memoria, el cual, arrojado en una barca, como si ya estuviese muerto, viendo á los enemigos que eran seis ó siete muy engolfados en la pelea, se levantó, tomó un hacha de dos filos, los acometió de repente por las espaldas, y mató á tres de ellos. Consternados los de-



El príncipe de Orange.

más con el miedo se arrojaron al agua; y el vencedor español arribó donde estaban sus compañeros con la barca llena de trigo. Desesperando pues los españoles de apoderarse de la ciudad, y cuidadosos únicamente de ponerse en salvo, comenzaron á recoger á toda prisa sus equipajes; y finalmente habiendo dejado en el campo muchas provisiones de guerra, se retiraron aquella misma noche por sus trincheras fortificadas á unos lugares inaccesibles al enemigo. De este modo se perdió el trabajo de muchos meses. Los leidenses que se mantenian de las yerbas que produce la tierra espontáneamente, y de las hojas de los árboles, contrajeron muchas enfermedades causadas de tan estraños alimentos, y se asegura que habian perecido cerca de diez mil personas. Los que quedaron con vida corrieron inmediatamente á las puertas para congratularse con los que venian, y recibiendo el socorro de los víveres, aliviaron el hambre que por tan largo tiempo habian padecido. Rechazados los españoles del sitio de Leiden, acometieron al capitan Valdés llenándole de injurias y maldiciones y atribuyéndole la culpa de que por su codicia no habia sido tomada la ciudad, cuyos despojos le servirian de estipendio. Desde allí se encaminaron sublevados á Utrech con intento de escalarle; pero fueron repelidos de su vana empresa por el intrépido valor de sus habitantes, ayudados de Osorio Ulloa, comandante de la fortaleza, no sin estrago de una y otra parte. Finalmente, habiendo llegado el dinero para la paga, volvieron á su deber.

Entretanto resonaba tambien el ruido de las armas en otras partes de Flandes. Tomaron los españoles algunos puestos fortificados; y otros fueron defendidos por los orangianos con la inundacion de los campos, cuyo daño apenas puede calcularse. Compadecido el rey don Felipe de los males de Flandes, y para que los rebeldes no se perdiesen del todo, les habia ofrecido este año el perdon general de todo lo pasado, con tal que guardasen la religion católica, y le tributasen á él el debido obsequio. Esta indulgencia surtió muy poco efecto; y solo algunos particulares desterrados se volvieron privadamente á su patria; pero todos los pueblos que habian abrazado el partido del príncipe de Orange, persistieron en su obstinacion. En este año se suscitó una controversia con la reina de Inglaterra, habiéndola enviado unos diputados flamencos para reclamar la presa que referimos en el capítulo nono del libro anterior; y con su actividad y oportunos oficios fueron restituidos al rey con mucho pesar de los negociantes doscientos mil florines, como asegura Iselt, ú ochenta mil como dice Estrada.

CAPITULO IX.

Muerte del sultan Selim. Sucédele su hijo Amurates. Es declarado rey de romanos. Rodulfo, hijo del Cesar. Continuacion de las discordias de Génova. Congreso de Breda para tratar de la paz de Flandes.

El sultan Selim, que habia comenzado á construir una poderosa armada, y hacia grandes preparativos de guerra para el año siguiente, con el deseo de dilatar su imperio, falleció á mediados del mes de diciembre. Sucedióle su hijo Amurates á los veinte y siete años de su edad; el cual para reinar con mas seguridad, subió al trono á principios de este año de 1575, haciendo quitar la vida á sus hermanos, segun la antigua costumbre. Sin embargo no emprendió cosa alguna contra los príncipes cristianos, porque se hallaban afligidos sus súbditos de la peste, de los naufragios y de otras calamidades, y puso todo su cuidado en establecer y asegurar su imperio, cuyos principios se hallan espuestos muchas veces entre los turcos á grandes turbulencias. Comenzó á corregir severamente la depravada licencia introducida en los tiempos anteriores: arrojó del serrallo á quinientas mujeres esclavas de la régia liviandad: refrenó con mucho rigor los fraudes de los comerciantes, y dió otros ejemplos de prudencia, ajena de un bárbaro.

El rey don Felipe aunque corria la voz de que en el Oriente no habria movimiento alguno, creyó que convenia fortificar con guarniciones las costas marítimas de Italia, para que se hallasen prevenidas contra cualquiera invasion repentina, y no padeciesen algun daño por su negligencia. El mismo cuidado tenia el César para la seguridad de sus fronteras, que no cesaban de molestar los turcos; pues sin respeto á las treguas pactadas, se habia apoderado por engaño de cuatro ciudades. Habiendo convocado una dieta en Ausburgo, procuró en ella que su hijo Rodulfo, rey de Bohemia y Hungria, fuese declarado rey de romanos; lo que consiguió fácilmente por la buena voluntad que le tenian los electores. Uno solo de ellos, que fue el conde Palatino, rehusó asistir por

sus antiguas desavenencias; pero envió despues á su hijo mayor, para que concurriese á la inauguracion.

Las cosas de Génova se hallaban cada dia en peor estado, y en mayor peligro de su ruina, por la obstinacion de los nuevos que habian invadido la república. Orgullosos con el mando, no querian condescender á las justas peticiones de los antiguos, los cuales con el deseo que tenian de la tranquilidad, se inclinaban á que se decidiesen sus discordias por árbitros. Juzgó este medio por equitativo el cardenal Moron, legado pontificio, varon muy benemérito de la república, y tambien los españoles, que habian padecido muchos trabajos y peligros por ella; y finalmente, los legados del César, ostigados ya de tan prolijos debates. El pueblo decia que no convenia á la república recibir leyes dictadas por ninguna potencia extranjera, y que cuidase cada una de sus propios negocios: que no se fiaba de nadie, y que no sufriria que fuese oprimida su libertad; y á la verdad para defenderla tomaban á cada paso las armas, escitando tumultos por cualquiera causa leve; pero los legados hacian muy poco aprecio de estas vanas amenazas. Entretanto el rey de Francia envió con dos galeras á los desterrados Marcos Virago, de Lombardía, y Galeazo Fregoso, de Génova, para que asegurasen á la república de su benevolencia. Oyó el senado esta embajada, y les dió gracias con una prolija arenga; pero no ignorando los artificios con que los príncipes suelen buscar su propia conveniencia á costa del daño ajeno, despidió inmediatamente á los dos enviados para evitar que el Francés rompiese con el Español, y que de esto se originasen á la república mayores males que los que padecia. El rey don Felipe habia escrito al senado mucho tiempo antes, que de ningun modo toleraria que se entrometiese ningun príncipe en las cosas de un pueblo que estaba bajo de su proteccion, para que con pretesto de hacer la paz no padeciese detrimento su libertad. Pero tampoco él mismo pudo librarse de la sospecha que atribuia á los otros, por haber mandado que se acercasen las tropas á las fronteras de Lombardía, aunque lo hizo con el fin de reducir en caso



Doña Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II.

necesario con la fuerza al partido que rehusase obedecer. Mientras tanto, no cesaban de infamarse recíprocamente con varias calumnias, habiendo enviado diputados al pontífice, al César, y al rey don Felipe á fin de justificar cada uno su causa, y acriminar la de sus contrarios. Para abreviar este negocio se disponian el pontífice y el rey don Felipe á tomar las armas contra los refactarios; pero los legados no omitian medio ni diligencia alguna para apaciguar los ánimos y reducirlos á una buena composicion. Visitaban benignamente ya á unos ya á otros, conferenciaban con ellos, y les proponian condiciones. Pero al fin como nada adelantasen con su blandura y halagos, les pareció ser necesario recurrir á la fuerza. Movido pues el rey don Felipe de las súplicas de los antiguos que imploraban su socorro, y manifestándose claramente que sin el terror de las armas no podria restablecerse la concordia, previno á su hermano que habia vuelto á enviar á Nápoles y á quien tenia confiado el gobierno de sus dominios de Italia y del ejército que allí tenia, que obligase con la fuerza á recibir la paz á los que la rehusaban.

Luego que don Juan de Austria llegó á Génova, mandó á Doria que se apostase en las costas con una armada poderosa, y que por la parte de Lombardía acometiesen las tropas, para cuya manutencion habian juntado dinero los antiguos. Los nuevos por el contrario, alquilaban otras tropas, y hacian todo cuanto podian para sostener su partido, arrebatados de la ambicion de dominar. Hubo algunos combates de no mucha importancia, y fueron tomados los lugares fortificados: principios á la verdad de una grande guerra, si las fuerzas hubiesen sido iguales á los conatos. Pero considerando que si perseveraban en hacer frente á las armas españolas, les costaria muy cara su obstinacion, se rindieron al fin, conviniendo en que se arreglasen las cosas de la república al arbitrio de los legados; y habiéndose aceptado este

justo medio, se dieron recíprocamente rehenes y despidieron las tropas. Formáronse en Casal, ciudad del duque de Mántua, las leyes sobre el modo de elegir los magistrados que habia de observar en adelante el pueblo de Génova, y fueron promulgadas con grande alegría y complacencia de todos; y de esta suerte terminaron con la paz los males de una torpe discordia, y los ciudadanos fueron reducidos á la tranquilidad.

Celebrábase en Roma el año santo con gran concurrencia de los fieles y con admirable piedad, aunque muchas ciudades de Italia estaban afligidas de una cruelísima peste, que hacia horribles estragos, habiendo quedado tan miserablemente desolada la província de Abruzo, que apenas bastaban los vivos para dar sepultura á los muertos. En Milan el santo arzobispo y cardenal Borromeo empleó su ardiente caridad y todas sus facultades en socorrer á los ciudadanos en aquella calamidad, de tal manera que ni aun perdonó las alhajas y muebles que mas necesitaba. Nápoles fue preservada por singular beneficio de Dios. El cardenal de Granvela, despues de haber ejercido largo tiempo el empleo de virey de aquel reino, fue llamado á España por el rey don Felipe, y le nombró presidente del consejo de Italia. Sucedióle en el vireinato don Iñigo de Mendoza, marqués de Mondejar, que adquirió tan ilustre nombre en la guerra de Granada. Agotado por este tiempo el real erario con los gastos de tantas guerras, y oprimido con muchas deudas, se vió el rey obligado á aumentar las contribuciones, aunque los pueblos se hallaban muy cargados; y con permiso pontificio comenzó á vender las villas y lugares que la piedad de los antiguos reyes habia donado á los obispos. Procuró poner remedio á las escesivas ganancias de los banqueros que suministraban en diversas partes el dinero para la paga de las tropas; y prohibió tambien sus enormes usuras, y que no se les exigiesen á ellos por sus acreedores. Despues de esto fueron pagadas las deudas públicas, y exhonerado de esta carga el real erario, con mucho disgusto de los negociantes y cambistas. Cerbellon y otros que habian sido hechos cautivos en la Goleta, fueron puestos en libertad á solicitud de los venecianos, y por medio de la permuta de los turcos apresados en la batalla naval de Lepanto, que don Juan de Austria habia hecho conducir á Roma.

Suscitáronse en Francia nuevas turbulencias que habrian causado mayores males, si no se hubiera puesto remedio á tiempo con las armas y la prudencia. El duque de Alenzon, hombre de natural inconstancia, y que ardia en la ambicion de dominar, salió de palacio con pretesto de la caza, y habiendo burlado á las guardias, se escapó de la córte, y fue recibido por muchos nobles sabedores del hecho, para que el nuevo partido se asegurase con la autoridad de la sangre real. No causaba menor mal el príncipe de Condé, que juntando entretanto un ejército en Alemania, envió delante parte de él á las órdenes de Thore, que le habia acompañado en su fuga, para que socorriese á los suyos en Francia. Este, pues, fue acometido en Castel Tierri, y le venció en batalla el duque de Guisa, que sacó una herida en el rostro. La reina madre deshizo otro torbellino; pues movida por el amor de su hijo, y por el deseo de la tranquilidad, marchó á hablar al de Alenzon, y pudo tanto con sus halagos, en cuyo arte era muy diestra, que ajustó con él treguas por seis meses. Confirmólas el rey á fines del otoño á pesar de los católicos, para que mediando este tiempo, se apaciguase el ardor del duque de Alenzon, y diese oidos á mas saludables consejos.

Deseoso el César de apagar el incendio de la guerra en que ardia Flandes, por el peligro á que estaba espuesta la Alemania por su cercanía, mandó á Gunter, conde de Suat-Zemburg, que además de su esclarecida sangre era muy ilustre por su prudencia, que pasase aquellas provincias y procurase componer la paz, con utilidad de ambas partes en cuanto fuese posible. Juntáronse unos y otros en Breda, que ocupaban los españoles, y fueron dados en rehenes Romero, Mondragon, Cruillas y Alentour. Los realistas estendieron las condiciones de la paz, en las que, por el deseo que tenian de la tranquilidad, cedieron benignamente en muchas cosas, á escepcion del ejercicio de la nueva secta. Pero este era el punto esencial en que insistian los rebeldes con pertinacia increible, por la astucia del príncipe de Orange, que aunque se hallaba ausente, era el árbitro y director de todo cuanto hacian. Dieron pues una respuesta picante y llena de palabras insolentes, la que fue rechazada por los realistas con sólidas razones. Lo que pedian era, que hecha la paz saldrian los españoles de Flandes; y que así como cuando el rey don Felipe regresó á España en los años anteriores, mandó salir sus tropas para satisfacer á las peticiones de los flamencos, del mismo modo lo hiciesen ahora, para que no quedase motivo alguno de queja. Pero se les replicó, que el pedir que los españoles fuesen sacados de toda la Flandes antes que unos y otros dejasen las armas, era una cosa muy ofensiva de la magestad real, y muy opuesta á las leyes de la guerra: pues ellos rehusaban despedir sus tropas, y era una cosa justa que la condicion que querian exigir, la cumpliesen ellos igualmente: que además de esto erraban enormemente en pedir que los negocios de religion se decidiesen en la junta de los estados, que solo trataban de las cosas civiles; y que desde el principio de la Iglesia, siempre se habian tratado y decidido las cosas sagradas en los concilios: que la razon y la justicia pedian que restituyesen al rey lo que le habian quitado durante la guerra, pues así lo hacian unos príncipes con otros cuando ajustaban las paces, y mucho mas obligados estaban los súbditos, que sin derecho alguno le habian despojado de sus posesiones. Finalmente, que así como el rey no tiene potestad para mudar la religion á su antojo, tampoco los súbditos pueden abjurarla sin cometer un gran delito, cuando en la inauguracion se prometió con recíproco juramento conservar y defender la religion católica: que sin embargo concedia el rey por un acto de benignidad, que todos los que estuviesen inclinados á la nueva secta, saliesen de todos sus dominios llevando consigo sus bienes, dándoles para esto el término de diez años, con tal que entretanto fuesen gobernados por los católicos. Habiendo recibido los holandeses este escrito, deseaban con ardor ausentarse del congreso para tratar el negocio en la junta general de los pueblos. El enviado del César procuraba con mucho empeño oponerse á esto, pues si una vez se retiraban de allí, no habia esperanza alguna de que volviesen, ni se podria establecer la concordia. Mas no fue posible vencer la pertinacia de los holandeses que rehusaban la paz, si no se hacia á su modo y segun su conveniencia; y de esta suerte, habiendo restituido los rehenes, se retiraron para no volver mas. Indignado el legado imperial de esta obstinacion, y viendo que no podia adelantar cosa alguna, se apresuró á volver al César, para declararle que no se cansase mas en solicitar la paz, pues antes se reconciliaria el agua con el fuego que el Holandes con el Español. Al cabo de muchos dias dieron una respuesta muy larga, en la que aseguraban que no alterarian cosa alguna de lo que tenian pedido. Omitimos referir todo lo demás que acaeció en este congreso, porque no lo permite la brevedad que nos hemos propuesto en esta obra. A la verdad, el príncipe de Orange, cuyos consejos seguian en todo, estaba obstinado en retener la potestad que á costa del mal público habia adquirido, y estaba resuelto

perecer en el mismo fuego en que ardiese la república, si la fortuna le fuese contraria. Veia ademas que habiendo tomado una vez las armas contra el príncipe, no las podia dejar con seguridad; pues vendria á parar en manos de aquel á quien habia hecho tantos agravios; y de esta suerte el miedo y la ambicion, que son muy malos consejeros, le arrebataban muy lejos de los límites de la razon. Finalmente su estremada perversidad y su profundo talento le hicieron mirar como el mayor y mas perjudicial enemigo que jamás ha tenido España.

CAPITULO X.

Prosigue la guerra de Flandes y de Holanda. Empresa memorable de los españoles para apoderarse de las islas de Scaldia y Duvelanda, y otros varios sucesos.

Habiéndose desvanecido la esperanza de la paz, volvieron otra vez á las armas, y Requesens dió órden á Egidio, hijo de Barlemon, señor de Hierges, para que hiciese la guerra. Este, pues, habiendo juntado un ejército, acometió á Bura, ciudad del dominio de Orange. Despues de arruinar parte de la muralla, y no dando los habitantes señal alguna de rendirse, entraron las tropas por la brecha y por un puente que mandó hacer sobre el foso. Refugiáronse los vecinos á la fortaleza; y habiendo pactado desde allí que no se les haria mal alguno en sus personas, salieron desarmados, y fue entregado el pueblo al saqueo del soldado. Despues de esto cercó con las tropas á Udevater, y habiendo exhortado á la guarnicion á que se entregase, insultó esta con tiros y oprobios á los realistas, haciendo de ellos gran desprecio; pero le costó muy caro su arrogancia, pues en el segundo asalto fue rechazada y puesta en fuga. El pueblo fue arrasado, y todos sus habitantes pasados cruelmente á cuchillo sin diferencia alguna de edad ni sexo. Inmediatamente comenzó el sitio de Sconou, situada en la cercanía en un terreno pantanoso á la orilla del rio Leck. Los habitantes se inclinaban al partido del rey y estaban disgustados de la guarnicion, y viéndose frustrados de sus auxilios, pues de las naves que venian al socorro solo entró una, habiéndose perdido las demás, se apresuraron á entregarse. Tomó Egidio á los enemigos otros puestos fortificados, y los aseguró con guarniciones; y concluida felizmente esta espedicion, se retiró á Utrech. Entretanto Mondragon atravesó á pié con los suyos el mar por espacio de una milla, y tomó la pequeña isla de Finbert, que los enemigos tenian ocupada, habiéndose escapado la guarnicion en unas barcas.

A este mismo tiempo meditaba Requesens una hazaña que no carece de ejemplar, pero que por la grandeza del peligro y la felicidad del suceso, no hay otra que pueda igualarla. Habíale exhortado muchas veces el rey don Felipe en sus cartas que procurase fijar el pié en la Celanda, para proporcionar un asilo seguro á la armada que en breve saldria de España. Estaba el rey persuadido de que no podria sujetar á la Holanda si antes no triunfaba de ella en el Océano. Para llevar adelante este designio pasó á Amberes con Chapin y los principales cabos, y entregó á Dávila una armada bien provista, y envió delante esploradores que reconociesen los vados. El principal objeto era apoderarse de las islas de Scaldia y Duvelandia, con la esperanza de recobrar á Walkren. Fueron varios los pareceres de los esploradores, y cada uno ponderaba la empresa fácil ó difícil, segun su carácter, y aun algunos afirmaban que solo podia intentarse por unos hombres desesperados, y que estuviesen resueltos á perecer. Por el contrario, Francisco Maradas y sus compañeros aseguraban que se podia pasar el vado, con tal que hubiese un ánimo que despreciase el peligro. Disputóse con mucho ardor por una y otra opinion en el consejo de guerra; y al fin, venció la sentencia de que se debian esponer á los peligros y pelear con el Océano y con los enemigos, que estaban apoderados de las costas. Fueron pues conducidos en pequeños navíos á Philipisland, llamada así de Felipe el Bueno, mil y quinientos soldados armados y doscientos peones, que habian de entrar á pié por el mar, y otros tantos soldados se embarcaron en la armada. Entraron en el mar por el último ángulo de la isla en la menguante de las olas, y le tuvieron muy tranquilo y favorable. En aquella noche, que fue de la víspera de San Miguel, se vieron en el cielo meteoros estraordinarios y volar vigas de fuego, como refieren algunos escritores; y alegres con este presagio, aceleraron con grande ánimo su marcha. Iba delante Juan Osorio con los españoles: seguíanles los flamencos y los alemanes, y despues de ellos los peones, y cerraba el escuadron Gabriel de Peralta con sus compañías. Caminaban de dos en dos ó de tres en tres, porque no podian ir muchos juntos por aquel lomo ó banco de arena. Los enemigos, habiendo conocido el designio, dispusieron su armada á lo largo para impedirles el paso. Marchaban por medio de ella los españoles prevenidos para la batalla; pero los vados estorbaban que pudiesen llegar de cerca á las manos. No obstante, los enemigos disparaban desde lejos una lluvia de balas al rodeado ejército, aunque con muy poco daño, porque la oscuridad no les permitia acertar con los tiros, y procuraban aterrar al soldado con mucho estrépito y gritería. Mas todo esto fue en vano, porque acordándose de su antigua milicia, se encaminaba con mútuas exhortaciones, y despreciando al enemigo, aceleraban el paso todo cuanto podian. Pero volviendo la acostumbrada marea, se acercaron mas las barcas enemigas y comenzaron á detenerles la marcha. Desde ellas les tiraban, y los arrastraban con picas y garfios, hiriendo á los que no podian sentar sus pasos. Estos, pues, aunque en algunos parajes les llegaba el agua hasta el pecho, volvian el rostro adonde era mayor el peligro, y uniéndose cuanto podian, peleaban acérrimamente entre los innumerables tiros que por todas partes volaban sobre ellos, sin que tuviesen la menor cuenta con su vida, estando obstinadamente resueltos á seguir adelante ó á morir. En tan ciega batalla y en tan inaudito género de pelea, nada podia el consejo ni la prudencia, y la suerte lo dirigia todo. Isidoro Pacheco cayó muerto á impulsos de una bala de cañon, y algunos pocos soldados rasos por diversos accidentes. Despues que salieron del mar, por el cual habian caminado cinco millas, les sobrevino otro nuevo peligro. Hallábanse en la costa dos mil soldados armados, franceses, escoceses y ingleses, que los enemigos habian tomado á sueldo. Habiendo llegado á tierra los españoles, levantaron las manos al cielo y imploraron el auxilio de la Vírgen Santísima y del apóstol Santiago, y aunque mojados todavía y fatigados con el trabajo de la noche anterior, acometieron con increible audacia á aquellas tropas descansadas, yendo delante Osorio con veinte y cinco compañeros; y aterrados los enemigos, despues de haber hecho una descarga, se pusieron en fuga y se retiraron á los puestos fortificados. Pero Peralta que cerraba el escuadron, llegó á media noche á lo mas profundo del canal, donde pereció gran parte de los peones, sumergidos por las olas; y habiendo intentado en vano vencer á nado aquel paso, le hizo volver el ímpetu de las aguas con su pequeño escuadron adonde habia salido, y llegó á la presencia de Requesens; que ansioso de saber el éxito de la empresa, se habia quedado aquella noche en una altura, y le reprendió ásperamente porque ignoraba todavía lo acaecido. Pero los vencedores del Océano y de los enemigos en el agua y en la tierra, dieron aviso á la armada de

haber arribado á la isla, disparando á este fin unos cohetes, que era la señal en que habian convenido, y sin que llegase á ser sentida de los enemigos, se acercó aceleradamente a fuerza de remo, y desembarcó en la isla las tropas, víveres y municiones. Despues de haber tomado algun descanso volaron por todas partes aquellos intrépidos guerreros, y en breve tiempo se apoderaron de todas las fortalezas, y arrojaron á los enemigos de toda la Duvelandia.

Para pasar á la otra en que se halla situada Ziriczea, ciudad fortificada y célebre por su puerto, se ofrecia á la vista un terrible canal de tres millas de ancho, y sus costas estaban llenas de enemigos. Pero Dávila y Mondragon sin aterrarles este peligro, se desnudaron y entraron intrépidamente en el mar, siguiéndoles dos mil soldados armados. Con gran fatiga, pero con igual constancia llegaron los nuestros á la otra parte del canal, y los enemigos se pusieron en fuga sin haber dado ninguna prueba de valor. Inmediatamente se apoderaron de los lugares fortificados, de los cuales unos estaban abandonados por el miedo, y otros fueron mal defendidos; habiendo muerto Peralta, que habia pasado con la armada á Duvelandia, y algunos pocos soldados. Con mayor esfuerzo y daño fue tomada la fortaleza de Bommel por la temeridad de los españoles; lo que fue recompensado con la muerte de la guarnicion. Entretanto Arnoldo, señor de Dorp, fortificaba á Ziriczea, habiendo burlado con sus astucias á los realistas. Finalmente exhortado á que se entregase, no quiso dar oidos por la cierta esperanza del socorro que le habia prometido el de Orange; y para que los soldados del rey no pudiesen levantar trincheras, abrió los diques y inundó todo el campo bajo alrededor de la ciudad. No desanimó á los realistas la imposibilidad de levantar las trincheras, y reforzados con las nuevas tropas que les enviaba Requesens, cerraron el puerto para que los orongianos no pudiesen introducir socorros algunos, estando resueltos á espugnar la ciudad por hambre. Mientras que estaban allí detenidos bajo el mando de Mondragon, comenzó el año entre los flamencos á principios del mes de enero, que antes principiaba el dia de pascua de Resurreccion, cuya costumbre fue anulada por Requesens en pleno senado el año de 1576.

Habiendo sido sitiada mucho tiempo antes por los de Orange con una armada la fortaleza de Crimpon, situada á la orilla occidental del Rhin, que en el año antecedente habia sido tomada por Hierges, se halló en este tiempo obligada á entregarse por hambre. Llegaron navíos de España con un socorro de soldados; pero mucho menos de los que se necesitaban para refrenar á los enemigos, que eran dueños del mar. Habiendo llegado Chapin desgraciadamente á los reales de Ziriczea, donde se hallaba el soldado acampado en tierra húmeda y pantanosa, cayó enfermo y regresó á Amberes para curarse, pero murió en el viaje: fue varon no menos valeroso que perito en la ciencia militar. Mondragon, capitan el mas intrépido de su tiempo, estrechaba cada dia mas y mas á los ziriczenses, habiendo levantado sus defensas y baluartes en las alturas, sin desanimarle lo riguroso de aquel cielo y lo mal sano del paraje. Habia cerrado todas las entradas, y estaba prevenida la armada contra la fuerza enemiga, y finalmente tenia abundancia de todas las cosas. Pero el príncipe de Orange confiado falsamente de que los soldados del rey no podrian sufrir á campo raso la crueldad del invierno, determinó socorrer á los sitiados aunque fuese á costa de los mayores peligros. Intentólo muchas veces con varia fortuna, y finalmente el mismo Orange, acompañado de Luis Bussot, hombre muy esperto en el mar, quiso esponerse al peligro con grande esperanza de vencer. A la verdad en el primer encuentro se mostró favorable la fortuna á los audaces: mas excitados los realistas del gran peligro que corrian, y exhortados con la voz y el ejemplo de sus capitanes, renovaron la pelea con todas sus fuerzas. La nave en que iba Bussot, que era de estraordinaria grandeza, fue destrozada por nuestra artillería; y habiéndola cogido la baja mar, quedó encallada, y parte de su tripulacion escapó á nado. Bussot pereció con otros muchos, sumergido en las aguas por el peso de las armas, y murieron de varias maneras ochocientos soldados de marina. Consternados gravemente los sitiados con esta pérdida, y afligidos tambien con el hambre, se resolvieron al fin á entregar la ciudad que habian defendido por espacio de ocho meses. Prometióse á todos que no se les haria mal ninguno en sus personas; pero en lo demás fueron poco decorosas las condiciones. Los ciudadanos pagaron doscientos mil escudos por el rescate de sus bienes: fue hecha la entrega el dia treinta de junio, y salió salva la guarnicion conforme se habia pactado.

CAPITULO XI.

Muerte del gobernador Requesens: apodérase el senado del gobierno, y se declara contra los españoles: victoria ganada por estos en Amberes: júntanse en Gante los estados de Flandes.

Entretanto se habia quedado Requesens en Amberes, agitado de grandes cuidados é inquietudes por la situacion crítica y calamitosa en que veia aquellas provincias. Los flamencos, inclinados á novedades y ostigados de una guerra tan larga y contínua, conferenciaban entre sí sobre los medios de arrojar de allí á los españoles. Padecia tambien suma falta de dinero para pagar las tropas, ni sabia donde buscarlo. El rey no le enviaba ninguno, porque los negociantes que antes lo libraban se escusaron á hacerlo, por el trastorno de sus intereses que les habia causado el decreto del año antecedente, y se hallaba casi arruinado el comercio. Por tanto, no solamente no le quedaba medio alguno de poder derrotar al enemigo, pero ni aun de sostenerse. Rodeado pues de estos males, oyó que la caballería habia desertado tumultuariamente por la falta de paga. Penetróle tan altamente esta nueva, que ardiendo en deseos de vengarse, mandó luego á los pueblos que tomasen las armas que les habia quitado el duque de Alba para rechazar estas injurias, que fue lo mismo que tocar la trompeta para que se encendiese una guerra intestina. Desde allí se volvió á Bruselas para ganar la indulgencia del año santo, donde le acometió una agudísima calentura, cuya violencia le quitó la vida en breve tiempo sin que hubiese nombrado sucesor alguno. Su muerte perturbó sobremanera el estado de las cosas de Flandes. El senado tomó las riendas del gobierno discordando entre sí sus individuos con mucho daño del público, por sus particulares intereses y pasiones. Negóse á los españoles que habian ganado á Ziriczea la paga de muchos meses que se les debia, y sin pedirla se les dió á los alemanes, mandado por Aníbal, conde de Altemps, con facultad de restituirse á su patria. Parecia que la intencion del senado era obligar á los españoles á que la necesidad los dispersase, y tener gratos á los alemanes y á otros, que con ocultas maquinaciones habian atraido á su autoridad, para que debilitando las fuerzas reales y alejando de sí el miedo las armas, pudiese disponer á su arbitrio del gobierno público. Uno y otro le sucedió á medida de sus deseos, porque el conde de Orbestein se pasó al senado con su legion. Rehusando los españoles obedecer, porque se les negaba la paga, desampararon los reales en número de mil y seiscientos de ellos, y marcharon al Brabante, y desde allí á Alost, ciudad situada entre Bruselas y Gante, para exigir por fuerza de los habitantes el estipendio que los negaba

el senado, no habiendo querido dar oidos al conde de Mansfeld que les ofrecia una parte. Irritados los bruselenses contra los españoles por las verdaderas y falsas noticias que les dieron de las crueldades de aquellos hombres en Alost, tomaron las armas y apenas pudieron escaparse Alfonso de Vargas, comandante de la caballería española, el licenciado Gerónimo de Roda, y el capitan Romero. Mondragon se hallaba custodiado en Ziriczea por los soldados flamencos. En una palabra, era tanto el odio que tenian á los españoles, que de órden del senado se hicieron reclutas en todo Flandes para arrojarlos de allí. Finalmente por conspiracion de todas las provincias se tomaron las armas contra todo género de extranjeros notados con el nombre de españoles. Solo la provincia de Luxemburgo permaneció en su deber con admirable ejemplo de fidelidad; y de esta suerte llegó á manifestarse lo que de mucho tiempo antes proyectaban aquellos ánimos. Entraron pues los armados en el senado, y arrebatando á Mansfeld, Barlemont, Asonville, Delrio, Vigli y otros senadores, conocidos por su inalterable fidelidad al rey, y prudente conducta en paz y en guerra, fueron puestos en prision. El resto del senado declaró por enemigos á los españoles; y maltratados con obras y palabras por los flamencos los que se hallaban en Alost, fueron espelidos de allí con ignominia Respondió el rey á las cartas del senado, y cómo todavía ignoraba las cosas sucedidas, aprobó que hubiese tomado á su cargo la administracion del gobierno. Su presidente Guillelmo de Croy, el duque de Ariscot, y los principales de los senadores, se declaron en público por el de Orange, y seguian sus consejos y designios. A instancia del mismo senado se juntaron los estados de Flandes, para que por su autoridad, se atribuyesen á la nacion, como parte de su libertad, todas las prerogativas de que despojaban á su príncipe. De este modo fue combatida así en la paz como en la guerra la causa real por aquellos mismos que mas principalmente debian defenderla. Pero los españoles aunque por todas partes se veian rodeados de peligros, no por esto les faltaba el ánimo ni la prudencia Aventajábase entre todos Dávila, que conmovido de su crítica situacion, los exhortaba á todos á que viniesen á Amberes, habiendo enviado mensajeros á todas partes, para que reuniendo sus fuerzas, se opusiesen á los furores populares, y refrenasen la contumacia de aquella gente irritada contra el nombre español. Y porque habiendo tomado los pueblos las armas, procuraban impedir tan saludable consejo, temerosos de que juntasen tropas, les fue preciso abrirse camino con la espada. Hízolo así intrépidamente Vargas, que mandaba mil y doscientos caballos, habiendo hecho desmontar una partida de ellos para que comenzasen la pelea. Habiéndose atrevido Glimes á hacer frente á los españoles con dos mil infantes y ochocientos caballos, se trabó la pelea, y derrotado y puesto en fuga, se encerró dentro de Lovaina con grande estrago de la infantería; y sin que los vencedores hubiesen recibido herida alguna. Concluida felizmente esta accion, pasó á Alost para hacer salir de allí á los sediciosos, á vista del peligro en que se hallaban si perseverasen en su obstinacion y se apoyasen en sus fuerzas.

Habiendo salido de Holanda con la misma idea don Fernando de Toledo, llegó á aquella ciudad con la infantería española; pero nada pudo conseguir de aquellos hombres endurecidos en su contumacia, con los cuales, si no hubiesen sido tan tercos, se hubiera librado de! peligro la fortaleza de Gante, que se hallaba sitiada por los flamencos, que era el intento de los capitanes, y de ningun modo hubiera llegado á caer entre sus manos. Destituidos Vargas y Toledo de esta esperanza, se pusieron en camino para Amberes, y en su marcha les llegó la noticia de que sublevados los alamanes en Orbestein con el favor de sus habitantes, y rechazados los españoles hasta Mastrich, se habian declarado por los estados de Flandes sin respeto alguno á la fidelidad que debian al rey. Aceleraron la marcha cuanto pudieron, y ayudados de los españoles, que se habian encerrado en las torres de la puerta de Bruselas, penetraron en la ciudad, no sin derramar alguna sangre de los adversarios. Oprimidos los alemanes con esta repentina invasion, echaron armas á tierra; atribuyeron la culpa de aquella maldad á sus capitanes; y prometieron con juramento que en adelante permanecerian fieles en el servicio de los españoles. Francisco Montesdeoca, gobernador de la guarnicion, fue sacado de la cárcel, y se apaciguó y compuso la sedicion. Entretanto Romero con un pequeño escuadron derrotó á los flamencos en diversas partes. El conde de Orbestein, Federico Perennoto, hermano del cardenal de Granvela, y otros, juntaron muchas tropas, y se propusieron espugnar el castillo de Amberes. Los que estaban quietos en Alost, habiendo oido el estruendo de la artillería, movidos del pudor á vista del peligro que corrian sus compañeros, y incitados de un vivo discurso que les hizo Juan Navarrete, á quien habian elegido por su comandante, acudieron al momento á las armas para socorrer á los que se hallaban en tanto aprieto. Tardaron algun tanto en atravesar el rio Escalda, y mientras le pasaron, llegaron Vargas con la caballería, Romero, Toledo y otros con la infantería, que habian sido llamados por Dávila, y subieron á la fortaleza por la puerta del campo, con grande alegría y regocijo de todos. Domina esta al Escalda, y está dividida en cinco baluartes que miran á la ciudad y al campo. Exhortó Dávila á los que venian fatigados á que cobrasen ánimo, y descansasen antes que acometiesen al enemigo, á lo cual se negaron todos juntos, clamando en altas voces que habian de cenar en el infierno ó en Amberes.

Habian partido de Utrech, Lira, y Alost dos mil y doscientos infantes españoles, ochocientos alemanes, y seiscientos caballos de diversas naciones. Para rechazarlos les salieron al encuentro nueve mil flamencos y alemanes, habiéndose tambien armado la ciudad. Acometieron los españoles por dos partes mandados por los capitanes Romero y Navarrete, y en un momento de tiempo ganaron las trincheras, y derrotaron á sus defensores. Trabóse el combate en las calles y en la plaza, y los enemigos detuvieron el curso de la victoria en la casa de la ciudad. Disparan contra ella los voluntarios algunos fuegos, y levantando un horrible incendio, fue reducido á cenizas aquel edificio verdaderamente magnífico y hermoso, junto con las casas antiguas con daño incalculable. La caballería fue rechazada por Vargas, y se puso en precipitada fuga, de tal suerte que uno de ellos se arrojó desde las mas altas murallas al foso que estaba lleno de agua; y es muy digno de admiracion que el caballo sacó de allí sano y salvo al caballero. Habiéndose apoderado los españoles de la plaza y de la casa de la ciudad, persiguieron á los esparcidos enemigos, y los hirieron y mataron, sin que se viese otra cosa en todas partes que muertos y heridos, confusion y tumulto. Es fama constante que perecieron siete mil entre soldados y ciudadanos. Al tiempo que el conde de Orbestein se apresuraba á entrar en una lancha, cayó en el rio, y pagó la pena de su perfidia, y algunos otros perecieron ahogados. Perennoto, señor de Compiegne, y Havré, hermano del duque de Ariscot, tuvieron mejor fortuna, pues se escaparon por el rio. Fue hecho prisionero por el español Verdugo en la iglesia de San Miguel el conde de Egmont, hijo del muerto, junto con Capri y Grigñi, como lo afirma Isselt, y tambien lo fueron los principales ciudadanos. De los soldados

del rey sólo murieron doscientos. Navarrete perecio al tiempo que subia á la trinchera. Duró despues el saqueo por espacio de tres dias, y fue inmenso el botin que sacaron de una ciudad tan opulenta como aquella. No obstante, conservaron los vencedores su honor á las doncellas y á las matronas; pero atormentaron á los habitantes para que descubriesen sus riquezas, compitiendo á porfia la crueldad con la avaricia. Finalmente, faltando antes la materia que la voluntad de saquear, y cargados los soldados del rey con el oro, plata, piedras preciosas y otras cosas de mucho valor, se retiraron á sus cuarteles.

Por este tiempo se celebraba la junta de los estados en Gante, donde de comun acuerdo de las provincias comenzó á tratarse de que la Flandes, acometida y perturbada por todas partes, se arreglase como un cuerpo compuesto de diversos miembros en estado de república, que deberia ser gobernada por sus mismos ciudadanos, sin que se admitiese á los extranjeros á ninguna parte del mando. De este dictámen fueron los orangianos, y se ajustó la alianza, cuyos artículos fueron en suma: que se estableciese la paz entre los flamencos y holandeses: que los pueblos volviesen á su antiguo estado de libertad: que juntando en un cuerpo todas sus fuerzas arrojasen de allí á los españoles; y que despues volviesen á juntarse los estados para ordenar y arreglar la república, y entretanto no tuviesen fuerza alguna las leyes promulgadas por el duque de Alba contra los sediciosos y herejes; pero que en Flandes no se permitiese otra religion que la católica: que en Holanda se observase acerca de la religion lo que estableciesen los estados, y que tambien se estuviese á su decision sobre restituir los castillos, pueblos y armas quitadas al rey durante la guerra: que los prisioneros, entre los cuales se hallaba el conde de Bossú, se pusiesen en libertad sin rescate alguno: que se restituyesen los bienes y empleos, y otras cosas de menor importancia que omitimos por no abusar de la paciencia de los lectores. Todo esto lo confirmó el régio senado, irritado con la noticia de la desgracia de Amberes. Antonio Dalam, que defendia la fortaleza de Gante con solos setenta hombres, despues de un prolijo asedio, y hallándose falto de víveres y municiones, se vió obligado á entregarla el dia diez de noviembre, y fue conducido con la guarnicion á las fronteras de Francia.

CAPITULO XII.

Nombra el rey por gobernador de Flandes á don Juan de Austria. Coloquio de los reyes don Felipe y don Sebastian en Guadalupe. Viene el Turco con una armada á las costas de la Calabria. Muerte del César Maximiliano, y le sucede su hijo Rodulfo Segundo.

Noticioso el rey don Felipe por las cartas de los españoles del estado en que se hallaba Flandes, mandó á don Juan de Austria, que estaba en Italia, que pasase á gobernar aquellas provincias, y que hiciese su viaje por Borgoña para llegar cuanto antes, y socorrerlas con su presencia. Pero el Austriaco, mas cuidadoso de sus cosas que de las del público, porque todavía le inquietaba la ambicion, y oponiéndose á la voluntad de su hermano, pasó desde la costa de Génova á España con dos galeras á fin de conferenciar con él. Recibióle sin embargo benignamente en el Escorial, donde entonces se hallaba don Felipe; pero acerca de su pretension no sacó otra cosa que vanas esperanzas. Despidióle el rey con magníficas promesas, encargándole que se portase en su gobierno con la mayor suavidad; pues mas con halagos que con la fuerza conseguiria reducir y sujetar á aquella gente feroz, y que lo demas lo dejaba á su arbitrio, para que el tiempo y la esperiencia le enseñasen lo que mas convenia. Mientras tanto se hicieron rogativas en las ciudades de España por el buen éxito de una guerra, cuyo principal objeto era la conservacion del verdadero culto de Dios contra los impíos que la profanaban. Emprendió, pues, su marcha don Juan de Austria de incógnito y en posta, acompañado de Octavio Gonzaga, hijo de don Fernando y dos compañeros. Atravesó la Francia, y en Paris se hospedó ocultamente en la casa de don Diego de Zuñiga, embajador de España, cerca del rey Cristianísimo; y allí se informó de muchas cosas del estado de Flandes. Desde Paris marchó á Lucemburgo, capital de la provincia de este nombre, que se mantuvo fidelísima al rey, donde fue recibido con estraordinario regocijo de todos. Pero lo fue de muy distinta manera en lo restante de Flandes, donde todas las cosas de paz y de guerra se ejecutaban á manera de una república libre, sin respeto alguno al rey, á escepcion del nombre, que por una especie de cortesía solian tomar en boca los sediciosos, en medio de sus turbulentos conatos. Luego que tuvieron noticia de su venida los estados y el senado, se hallaron en gran manera confusos y turbados, porque sospechaban que llevase órdenes del rey muy contrarias á sus proyectos. Deseosos, pues, de la libertad, habian determinado sustraerse por cualquier medio de la dominacion de los españoles, consejo á la verdad mas feroz que prudente; y habian hecho muchos esfuerzos para arrojarlos de toda Flandes contra la voluntad del rey. Además de haber reclutado tropas, y corrompido muchos alemanes del ejército del rey, que se sublevaron contra sus cabos, procuraban con fraudes apoderarse de los castillos y plazas fuertes. Con estos artificios, y aun valiéndose de la fuerza llegó el senado á hacerse dueño de Cambray, Valenciennes y de otros pueblos fortificados, como si hubiesen sido ganados á los enemigos. Y porque desconfiaban de sus fuerzas enviaron diputados á Inglaterra, Alemania y Francia para implorar auxilios. La reina Isabel ofreció socorrer á los oprimidos flamencos; pero en secreto, para que no se creyese que quebrantaba la alianza que tenia contraida con el rey don Felipe, y les envió una suma de dinero para los gastos de la guerra. Juan Casimiro, de la familia del conde Palatino del Rin, tomó á su cargo reclutar tropas, con tal que estuviese pronto el dinero para la paga. Como el rey de Francia no queria implicarse en esta guerra, solicitaron á los hugonotes, y á los del partido del duque de Alenzon, habiéndole dado á entender que acaso se hallaria mejor en Flandes que en Francia, al lado de su hermano. Animado de esta esperanza el régio jóven, envió á un noble llamado Burgo al rey don Felipe, pidiéndole en matrimonio á su hija doña Isabel con los estados de Flandes por dote, para que de esta suerte se conservase á su hija lo que él tenia ya casi perdido. La respuesta del rey fue: «Que convenia considerarlo maduramente, y no »precipitarlo de ningun modo; y que para casar á su »hija debia enviarse antes una embajada, segun la »costumbre régia, á fin de que se tratase con la dig»nidad conveniente de un negocio de tanta conse»cuencia.» Así lo refiere Herrera, que dice habló en Valencia con el mismo enviado cuando se volvió á Francia. Pero ninguna cosa fatigaba tanto en esta empresa al senado y á los estados, como el juntar el dinero necesario para sostener tantos gastos. Mandaron, pues, que cada uno entregase su oro y plata labrada á un precio establecido para acuñarla para el uso de la guerra; no se abstuvieron de los vasos sagrados y demás alhajas que habia en los templos.

Estas y otras cosas pasaban, cuando por consejo del príncipe de Orange fueron enviados diputados á don Juan de Austria con apariencia de obsequiarle, pero en realidad para penetrar, si podian, sus mas secretos pensamientos. Recibiólos con benignidad el

Austriaco, y se lamentó con ellos largamente de las calamidades de Flandes, manifestándoles el gran sentimiento que por ellas habia concebido el rey, y de las muchas señales que habia dado de su buena voluntad á los flamencos; y que en prueba de ella queria sacar de allí á los españoles, y establecer una buena paz, con toda la conveniencia de los flamencos que fuese posible. Los diputados refirieron esta respuesta en la junta, y no fue oida con gusto; antes por el contrario, teniéndola por una asechanza para sorprenderlos, no se aplacaron de ningun modo sus ánimos, imbuidos de perversas opiniones. A la verdad, no omitia medio el príncipe de Orange para que no se hiciese la paz entre el rey y los flamencos, la cual preveia muy bien le arruinaria á él, y juntamente á la Holanda. Por tanto hacia todos sus esfuerzos para impedir que se tratase de ella, al mismo tiempo que aparentaba en público ser su principal conciliador. Amonestaba en secreto á los flamencos por medio de sus confidentes, que se guardasen cuidadosamente de dar crédito á las promesas de don Juan de Austria, porque solo se dirigian á tomar mas completa y segura venganza: que lo que convenia era arrojar antes de todo á los españoles, apoderarse de las fortalezas y arrasarlas, y restringir con ciertas condiciones la potestad de aquel jóven astuto, de tal modo, que nada pudiese hacer contra los flamencos, y que no le diesen parte alguna en el gobierno: que los estados retuviesen la suprema autoridad en todo: que convocasen las juntas á su arbitrio, y de ninguna manera tolerasen que se disminuyesen los privilegios é inmunidades de las provincias, y que mas bien debia confiarse el Austriaco á los flamencos, que los flamencos al Austriaco, por lo cual debia entrar desarmado á prestar el juramento. Estas y otras cosas semejantes les sugeria aquel hombre artificioso, y que ausente ó presente, haciendo la guerra ó la paz, no se puede asegurar cuando era mas pernicioso. A la verdad, movidos por estas razones los flamencos, confirmaron la alianza de Gante, y formaron otra nueva, para que juntando sus fuerzas y facultades, defendiesen la libertad que habian llegado á adquirir. Viendo pues el Austriaco que los estados y el de Orange se habian convenido entre sí en obrar de comun acuerdo contra el rey, pedia: que los estados despidiesen tambien su ejército: que en adelante tributasen el debido obsequio al rey y á la religion católica; y que deseaba el rey benignamente que la Flandes fuese gobernada segun la costumbre de los antiguos príncipes, y contribuir para restituirla á su antiguo esplendor. Todo esto se trataba por medio de unas treguas, á fin del año, cuando Bárbara de Bomberg, madre del Austriaco, pasó á Lucemburgo á visitar á su hijo despues de la muerte de su marido. Desde allí se partió á España, y acabó el resto de sus dias en un convento de monjas de Valladolid.

Ardia en deseos de estirpar la secta mahometana el rey don Sebastian de Portugal, jóven de grande ánimo y ambicioso de gloria; pero sus fuerzas no eran iguales á sus conatos. Para solicitar, pues, auxilios de su tio el rey don Felipe, pasó al monasterio de nuestra Señora Guadalupe, donde habian convenido juntarse, con esperanza cierta de conseguir de él lo que solicitaba, á fin de pasar cuanto antes al África y hacer la guerra á los moros. El rey don Felipe, que por su carácter era detenido, y á quien agradaban mas las cosas prudentes que las prósperas, que solo pendian del acaso, oyó con disgusto la propuesta, aunque para sus cosas parecia muy util la guerra que meditaba el rey don Sebastian. Comenzó primero á disuadirle de aquella idea con poderosas razones; pero siendo todas en vano, le exhortó despues á que mandase hacer la guerra, pero que no la hiciese en persona, y tampoco pudo conseguirlo. Finalmente, viéndole obstinado en su intento, le prometió para el año siguiente cinco mil soldados veteranos y cincuenta galeras, siempre que no pasase mas allá de Luco, ciudad de Mauritania, situada cerca del rio de este nombre, no lejos del paraje donde entra en el mar; y con tal que no hiciese el Turco alguna invasion en las costas de Italia. Arregladas estas cosas por los dos reyes, se despidieron uno de otro.

Por este tiempo habia salido Uluc-Alí con sesenta galeras muy bien equipadas; y habiendo enviado delante una de ellas para esplorar las costas de Italia, se sublevaron los cautivos cristianos que iban al remo contra los turcos, y matando á su capitan con otros muchos, introdujeron la galera en las costas de Nápoles. Cayó de repente la armada sobre la Calabria, y infundió mucho terror y espanto; pero las guarniciones de la costa mandadas por el príncipe de Visiñano rechazaron á los piratas hasta sus galeras, habiéndoles quitado la presa. Despues que cesó el miedo de los turcos, salió de Mecina el marqués de Santa Cruz, y pasó á hacer la guerra á las costas de África, y habiendo saqueado la isla de los Querquenes, cautivó á muchos bárbaros, para suplir con ellos el número de los remeros. En Villafranca, en las costas de Génova, sumergió una tormenta seis galeras, que conducian de España por mandado del rey don Felipe trescientos mil ducados para los gastos de la guerra, los cuales yendo encerrados en cofres de madera, pudieron al fin estraerse por la industria de los buzos.

El César Maximiliano falleció el dia doce de octubre, oprimido de mal de piedra que padecia continuamente. Fue príncipe de costumbres muy suaves, de mucho talento para los negocios, y muy instruido en el conocimiento de las lenguas. Sucedióle su hijo mayor Rodulfo, Segundo de este nombre, no inferior á su padre en la piedad y arreglo de costumbres. Despues de diez y siete años que se hallaba preso en Roma fray Bartolomé de Carranza, arzobispo de Toledo, fue decidida su causa por el papa, y solo sobrevivió diez y ocho dias á su sentencia. Sucedióle en el arzobispado don Gaspar Quiroga. Por muerte de Loazes ocupó la silla arzobispal de Tarragona don Bartolomé Sebastian, natural de Aragon, que en el año siguiente falleció repentinamente, y le sucedió don Gaspar de Cervantes, castellano, que antes fue arzobispo de Mecina y de Salerno: tomó posesion, hallándose ausente, y fue creado cardenal presbítero por Pio Quinto: adornó á Tarragona con una universidad y otros edificios: publicó las constituciones de aquella iglesia; y finalmente acabó sus dias en diez y siete de octubre del año anterior, llorándole toda la ciudad como á su verdadero padre. Sucedióle el célebre y sapientísimo don Antonio Agustin, trasladado de la diócesis de Lérida, y tomó posesion de ella por procurador el dia veinte y seis de febrero de este año, y entró en la ciudad el dia diez de marzo.

CAPITULO XIII.

Piraterías de los ingleses y franceses en América. Es anunciada la Religion Cristiana á los chinos. Sucesos de las Molucas. Prosiguen las discordias de Francia. Principios de la famosa liga de los grandes de este reino.

Gozaba la América de una paz profunda; habiéndose estinguido mucho tiempo antes las guerras civiles y esternas: y el rey don Felipe, como si no tuviera otro cuidado, se dedicaba enteramente á procurar el bien de los indios. Hállanse inumerables decretos suyos, en que manda con todo rigor á los gobernadores de las provincias que no tolerasen en parte alguna á los herejes, judíos, moriscos, cismáticos, ni otras pestes semejantes, para que con sus

errores no inficionasen á los naturales del país, nuevamente convertidos á la Religion Cristiana. En otros muchos les encargó que los tratasen con la mayor blandura, porque su avaricia no se contentaba hasta apurar del todo á aquellos miserables hombres. Pero jamás han sido suficientes las mayores precauciones, ni los preceptos mas severos para desarraigar este vicio tan cruel y tan envejecido. Ponia todo su conato en que fuesen bien instruidos los neófitos, á cuyo fin exhortaba contínuamente á los obispos, para que con el mayor celo cumpliesen con su ministerio. En este espacio de tiempo fue perturbada la paz de aquellas costas por el terror que causaban los piratas. El inglés Francisco Draque recogió algunas tropas de su nacion, y con malas artes ejercia este infame oficio; y habiendo hecho compañía con otro pirata francés, desembarcó su gente armada cerca de Nombre de Dios, y desde una emboscada robó el tesoro que se conducia de Panamá. La plata, que era mucha y no podia llevarla, porque se retiraba prontamente, la enterró en un paraje oculto y se llevó consigo una corta cantidad de oro. Noticiosos de este suceso los panameños, tomaron las armas con toda presteza, persiguieron á los ladrones y los acometieron y pusieron en fuga. El Francés fue herido de muerte y hecho prisionero, y falleció despues de haber indicado el lugar donde habian escondido el robo. Desenterráronle al punto los españoles y le llevaron á la ciudad, pero el oro no pudo ser recobrado. En el año siguiente arribó Juan Oxnan á aquella costa con un navío muy bien equipado para llevarse la plata que habia quedado escondida: mas como llegase á saber por los negros fugitivos, llamados cimarrones, que la habian sacado los españoles, de consejo de los mismos bárbaros construyó dos bergantines en aquellos montes, y los condujo por espacio de cuarenta millas en hombros de ingleses y negros á la costa del mar del Sur. Habiándolos echado prontamente al agua, pasó á las islas de las perlas, y saqueó cruelmente á una de ellas, llamada Chapera. Robó todas las alhajas sagradas y profanas, y se burló impíamente de las imágenes de los santos. Saqueó tambien los navíos y se apoderó de cien mil pesos del buque en que iba Miguel de Eraso. Hubiera sucedido muy felizmente su empresa á este ladron si no cayese entre las manos de los de Panamá, que le despojaron de todo y le cogieron preso con sesenta compañeros sin que se escapase ninguno que pudiese llevar la noticia de su desgracia. Todos ellos fueron castigados por la Inquisicion, y pagaron en Lima la pena de sus sacrilegios.

Los españoles que habitaban en las Filipinas consiguieron una gran victoria de Limaon, pirata chino, tomándole en la pelea una buena parte de su armada; y despues de esto cercaron con tropas la fortaleza donde se habia refugiado. Enviaron luego una embajada á los chinos, á quienes este pirata habia hecho muchos daños, para darles cuenta de tan grato suceso, á fin de adquirirse la benevolencia de una nacion tan opulenta, y establecer con ella comercio. Fueron á esta embajada algunos misioneros, y entre ellos fray Agustin de Rada del órden de San Agustin, que escribió la relacion de este viaje. Recibiéronlos con mucho aparato, y los trataron espléndidamente segun la costumbre de la nacion, y recíprocamente se hicieron varios regalos. Fuéles anunciado el verdadero Dios y el Evangelio por medio de un fiel intérprete, y se les dejó escrita en lengua china la oracion dominical, y los preceptos del decálogo. Observaron los enviados muchas cosas acerca del fausto y soberbia de aquellas gentes, de sus supersticiones, de la grandeza de sus ciudades y de otros muchos puntos semejantes. Finalmente, no siéndoles posible detenerse allí por mas tiempo, segun el antiguo uso de la nacion, regresaron á Manila con feliz viaje.

Sucedió Manuel Vasconcelos á Deza en el gobierno de las islas Molucas; por cuya industria fué el rey don Sebastian saludado rey de las Molucas, habiendo sido nombrado heredero de aquellas islas por su Régulo que falleció en Malaca, y fue llamado Manuel en el bautismo. Poco despues murió tambien Vasconcelos y su sucesor Sebastian Machado derrotó al Régulo de Giloló, y le hizo entrar en su deber. Despues de estos sucesos, envió el virey Noroña con tres navíos á Diego de Mezquita, hombre iracundo y de ánimo perverso, á cuyo tiempo el Régulo Ancir fue asesinado por uno de sus parientes, arrebatado por la ambicion de dominar. Su sucesor Aeiro fue degollado por Martin de Pimentel, que sucedió á Mezquita, con quien tuvo algunas discordias, habiéndose escapado Guichioll su hijo, que levantando una fortaleza comenzó á perseguir á los portugueses, para lo cual hizo con otros Régulos alianza de armas. En lo mas vivo de esta guerra fue tomada á los portugueses la fortaleza de Giloló, y pasada á cuchillo la guarnicion con Francisco Vello su gobernador. Hicieron muchos daños á su Régulo, porque no quiso faltar á la palabra que tenia dada á los portugueses. Ardia la guerra en diversas islas por mar y tierra, estando divididos los naturales en partidos, y se hicieron grandes daños unos á otros. Sobresalió entonces el valor de Gonzalo Pereira que mandaba en Amboina. Finalmente despues de combatida su fortaleza por espacio de cinco años, y no pudiendo ya los portugueses tolerar por mas tiempo tan cruel asedio, el hambre, y otros males que padecian, se retiraron de allí; y abandonando la isla de Ternate, tan adversa para ellos, se refugiaron á Tidore, cuyo Régulo era su amigo, y algunos se derramaron por otras partes. Ayudados con su auxilio, levantaron allí una fortaleza, y se dedicaron al comercio haciendo perpétua guerra á los ternatenses. Las cosas de la India y la mutacion de la forma de su gobierno despues de las inmortales hazañas de Ataide, las referiremos juntas y sin interrupcion en los años siguientes.

Volvamos ahora desde lo mas remoto del orbe á Francia, la que despues de las treguas del de Alezon se hallaba inquieta, y se tenian mayores turbulencias con la fuga del príncipe de Bearne, que se habia escapado con pretesto de ir á caza. Pero el duque de Alenzon, á quien habia estraviado la ambicion de dominar, viendo que no se hacia de él ningun aprecio, pues el ejército le mandaba Condé, y los hugonotes estaban sujetos á la autoridad del de Bearne, y habiéndosele frustrado sus esperanzas, se inclinó con facilidad á convertir las treguas en una verdadera paz. El rey y la reina madre, que se hallaban consternados, se aceleraron á concluirla bajo de ignominiosas condiciones, y con una prodigalidad perniciosa, pretestando el motivo de sacar á aquel régio jóven del campo de los hugonotes; y esta fue la quinta paz hecha con los sectarios, mas dañosa y indecorosa que todas las antecedentes. Entregado el rey al ocio y á las delicias, y degenerando enteramente de sí mismo, mientras ajusta una paz indecente, por el miedo de una honrosa guerra, vino á caer en otra detestable y muy funesta para él, y se envolvió y implicó en mayores dificultades. Los hermanos Guisas, Enrique Luis, y Carlos, hijos del duque Francisco, tan esclarecido por su piedad y valor, con otros grandes de la misma casa de Lorena, comenzaron á echar los cimientos de la famosa liga. Entre otras causas era la principal el amor á la nacion francesa y á la religion católica, por cuya defensa y propagacion habian derramado tanta sangre sus piadosos antepasados. Juntábase á esto el terror de los inumerables ejemplos de otras naciones, donde la herejía habia trastornado todas las cosas divinas y humanas; y además tenian á la vista los males domésticos que por espacio de tantos

años habia afligido á la misma Francia. Confundianse, pues, de ver tan abatida la religion, y perseguida por unos hombres que nunca tuvieron otros enemigos que los de Dios. Tales eran los sentimientos del vulgo francés, llenos de una piedad ingénua. Pero aunque en los Guisas hubiese el mismo ardor por la religion, observaban los mas prudentes que estaba mezclado con la ira, la ambicion y el miedo, como acontece en casi todas las cosas humanas, en que lo bueno suele estar confundido con lo malo. Como estaban acostumbrados á la córte y al manejo de los negocios mas graves, llevaban con mucha impaciencia que fuesen nombrados por el rey los jóvenes nobles á los principales ministerios de la córte y del reino, viéndose ellos despojados de estos honores, y aun arrojados de allí con ignominia. Por tanto, aunque al tiempo de formar la liga sagrada, alegaban unos pretestos muy especiosos, á saber, el obsequio al rey, la utilidad pública, y el patrocinio de la religion, se sabia muy bien que aquella máquina se dirigia con grande artificio por los adictos de los Guisas contra el rey y los cortesanos. Finalmente como si los pueblos tuviesen derecho para cuidar del bien público por medio de asociaciones clandestinas, y abusando de la negligencia del rey, que llamaban paciencia, se apresuraron á dar la última mano á la liga sagrada, con general aprobacion de todos los estados del reino, y con aquella precipitacion tan propia del carácter francés. El estado eclesiástico se distinguió en promover y confirmar esta obra, así en las conversaciones privadas como en sus sermones al pueblo, declamando contra la última paz, que habia hecho tan odioso al rey á sus nuevos cortesanos. Despues de esto, incitados por el ejemplo de sus adversarios, que habian pedido socorros á los herejes confinantes, solicitaron el auxilio del papa y del rey de España para defender la comun religion. Pero los ministros mas prudentes de la curia romana, no ignorando los artificios de los cabezas de la liga, y que su principal objeto era satisfacer su ambicion y deseos de dominar, mas bien que el de defender la fe católica, aconsejaron al papa que procediese en este negocio con la mayor circunspeccion y lentitud, para que su sacrosanta dignidad no fuese acusada de espíritu de partido. Sin embargo, movido el papa de las exhortaciones del cardenal Pelevé, adictísimo á los príncipes de la liga, se inclinó á favorecerla; pues cualesquiera que fuesen sus causas, se encaminaba al bien de la religion.

El rey don Felipe noticioso, muy bien de lo que allí se trataba y del peligro que por aquella parte amenazaba á Flandes, y deseoso de mantener en Francia la religion, que estaba próxima á su ruina, prometió juntar sus armas con las de la liga. A la verdad recibió con tanta mayor voluntad el patrocinio de esta, cuanto á un mismo tiempo defendia la religion y miraba por sus propias cosas. Mientras tanto tenia esperanza de dilatar sus dominios si se le presentase ocasion de poder hacerlo, por la perpétua vicisitud de las cosas humanas, en lo cual tienen siempre puestos los ojos los príncipes; y á lo menos acometia al Francés con las mismas artes que le habia acometido por medio del duque de Alenzon. Enrique, pues, aunque al principio pareció que no le daba cuidado alguno la liga, no obstante para disipar el torbellino que le amenazaba, convocó en Blois los estados generales del reino, á fin de tratar del remedio de los males públicos, persuadido de que se entibiaria el fervor de los que primero se habian declarado por la liga. Esta idea del rey tuvo mas feliz éxito de lo que podia esperarse. Acudieron á la junta un gran número de católicos, resistiendo concurrir las cabezas del otro partido, y se disputó con variedad de dictámenes sobre el modo de contribuir para los gastos estraordinarios, y sobre los medios de conservar la religion sin el estrépito de las armas y otras cosas semejantes; y fue tanta la discordia de los estados y la astucia del rey, que ni fue establecida la paz ni decretada la guerra. Acerca de la religion, se acordó que solo la católica fuese observada en toda la Francia. Sintiéronlo en estremo los hugonotes, clamando que el rey habia quebrantado su palabra, y que les habia burlado con la paz últimamente establecida; y para desvanecer Enrique el odio de esta acusacion, la hizo recaer sobre los estados que habian rehusado aprobar y ratificar las condiciones de la paz. Finalmente los hugonotes, incitados por el príncipe de Condé, volvieron á tomar las armas; pero fue castigada su audacia por mar y por tierra, habiendo dado el papa una buena suma de dinero para los gastos de la guerra. Consumidas ya las facultades de los hugonotes, y hallándose estos en tal estremo, que con facilidad se les podria arruinar enteramente, con grande admiracion de todos, mandó el rey de improviso dejar las armas, hizo con ellos la paz, aunque con mas honrosas condiciones. Los mas celosos del partido se hallaban arruinados con tantas desgracias, que la admitieron con la mayor complacencia; y habiendo recibido Condé la noticia á la hora de anochecer, mandó que inmediatamente y con hachas encendidas se publicase en Angeliac, donde entonces se hallaba. Corrió la voz de que el rey habia hecho esta paz con grande artificio, á fin de que si se hallase oprimido por un partido, le socorriese el otro; ó destruidos ambos, pudiese reinar á su arbitrio y no al ajeno.

CAPITULO XIV.

Don Juan de Austria hace las paces entre el rey de España y los flamencos : alianza de los flamencos con la reina de Inglaterra.

Los españoles habian dejado las armas en Flandes por mandado de don Juan de Austria, y por medio del obispo de Lieja y de otras personas principales que envió el César con el fin de apaciguar las discordias, se trataba de ajustar la paz. Y para que no se frustrase por la obstinacion de los españoles, dió órden á Dávila para que entregase la fortaleza de Utrech á Bosú, que largo tiempo la habia combatido en vano. Despues de muchos debates de una parte y otra, convino don Juan de Austria en la paz, aunque con condiciones poco favorables al rey, el dia siete de febrero del año de 1577, y se publicó en Bruselas con suma alegría de todos los buenos, y todos los prisioneros fueron puestos en libertad. Dióse á este tratado el nombre de edicto perpétuo. El Austriaco aprobó tambien la alianza de Gante, contraida poco antes, afirmando los obispos y otros piadosos y doctos varones que no contenia cosa alguna contraria ni disonante á la religion católica. Los principales artículos de la paz fueron, que se mantuviese al rey el debido obsequio y el culto de la antigua religion. Este tratado desagradó al príncipe de Orange como contrario á sus intentos, y procuró impedir su ejecucion con todos los artificios que le fueron posibles. Pero en medio de esto le servia de consuelo el que saliesen de Flandes los españoles, á quienes temia mucho. Al mismo tiempo despidió el Austriaco las guardias de su persona, á fin de remover todo motivo de sospecha, y recibió guardia de naturales, mandada por el duque de Ariscot; y de esta suerte vino á Lovaina y se puso voluntariamente en manos de los estados. Fue recibido con muchas muestras de alegría; y procuró conciliarse las cabezas de la sedicion con dádivas, gobiernos y honores. Hubo muchos festines y banquetes con increible regocijo. Recibia cortesmente á todos los que venian á hablarle, y era benigno con los pobres y afable para con los opulentos. Todos elogiaban sus modales suaves y su talento en el manejo de los negocios. Procuraba atraer con la clemencia á los que antes habia exasperado la demasiada severidad. Pero todas

estas cosas las interpretaban siniestramente los malcontentos, persuadidos de que esto no era perdonar la venganza, sino dilatarla; y repetian muchas veces que era preciso precaverse de aquel régio jóven, imbuido en las máximas españolas. Con estos y otros rumores maliciosos y fraudulentos, no cesaban de sembrar la envidia y la desconfianza.

Entretanto fue entregada al duque de Ariscot la fortaleza de Amberes, para que la custodiase en nombre del rey, habiéndole prestado juramento de fidelidad. Dispusiéronse los españoles para su marcha, y no pagándoles su estipendio por no tener dinero el erario, lo suplió benignamente el Austriaco, habiendo dado en préstamo á los estados cien mil escudos, los cuales no le pagaron despues, con el pretesto de que él habia sido el primero en quebrantar la paz. Salieron al fin los italianos, borgoñones y españoles, á escepcion de algunos pocos que pasaron al servicio del rey de Francia; y habiendo confirmado el rey don Felipe el edicto perpétuo, se restableció algun tanto la tranquilidad de Flandes. Por esto el Austriaco, de consejo de los grandes, pasó á Bruselas y entró en la ciudad el dia primero de mayo, acompañado del legado del pontífice y del obispo de Lieja: fue recibido por los estados con pompa magnífica, (aunque la multitud se mostraba vacilante) y saludado gobernador de Flandes. Pero Aldegunde y otros satélites del príncipe de Orange procuraban entretanto pervertir á los estados, y conmover al pueblo contra el Austriaco, no omitiendo artificio alguno para conseguir su ruina. Fue tentada de varios modos la paciencia de aquel jóven príncipe, aun por los mismos á quienes habia colmado de beneficios, y con ánimo fuerte y varonil disimuló todas las injurias que le hacian á fin de que no se quebrantase la paz ajustada, y de adquirir la fama de pacificador de Flandes.

Para establecer por todas partes la concordia, y de acuerdo con los estados, envió al duque de Ariscot al de Orange, á fin de que procurase que se publicara el edicto perpetuo en toda la Holanda. Negóse á hacerlo, y quitándose el sombrero le dijo sonriéndose, que era tan calvo en la cabeza como en el pecho. Y á la verdad correspondian sus hechos, con sus palabras, pues al mismo tiempo se apoderaba promiscuamente de los bienes de las iglesias, y de las posesiones de los que habia desterrado de Holanda y de la Zelanda por su constancia en la religion verdadera, disponia la guerra, y armaba asechanzas al Austriaco, por medio de los muchos confidentes que tenia en toda la Flandes. Juzgaba don Juan de Austria que el de Orange no haria cosa alguna por bien, y que era preciso obligarle con la fuerza á cumplir lo pactado; pero á esto se resistieron los estados de Flandes, obstinados en que antes padeciese detrimento la religion que en tomar las armas contra los estados de Holanda. De aquí se vió claramente que los flamencos y holandeses se prestaban mútuos auxilios, como que estaban enteramente entregados á los consejos del príncipe de Orange, sin respeto alguno á la palabra jurada. Hallábase don Juan de Austria fluctuante entre la guerra y la paz; y para salir de sus dudas escribió al rey don Felipe, dándole cuenta del estado en que se hallaban las cosas, y que procurase enviarle dinero para los gastos. Estas cartas fueron interceptadas por los hugonotes, junto con otras de Escovedo sobre el mismo asunto, y habiéndolas devuelto á Flandes, es increible cuánto se irritaron los ánimos de aquellos hombres que tanto procuraban conciliarse, fomentando el de Orange la llama del odio y de la desconfianza con las voces falsas que hacia correr, con escritos y con todo género de artificios y engaños. Divulgó entre otras cosas, que los españoles se disponian con las armas á reducir á sus socios y á los pueblos libres á la forma de una provincia tributaria, y de aquí comenzaron los bruselenses á vituperar al Austriaco, y murmurar de todas sus acciones con el mayor desenfreno. No pudiendo este tolerar por mas tiempo la desvergüenza de la multitud, y la connivencia de los estados, que dejaban sin castigo aun á los sospechosos de traicion, se arrepintió de su conducta, y comenzó á buscar un refugio seguro, no tanto para librarse de sus burlas y desprecios, como para poner en salvo su vida, que se hallaba en peligro. De este modo irritados los unos contra los otros, y llenos de recíproca desconfianza, pusieron la cosa en el peor estado.

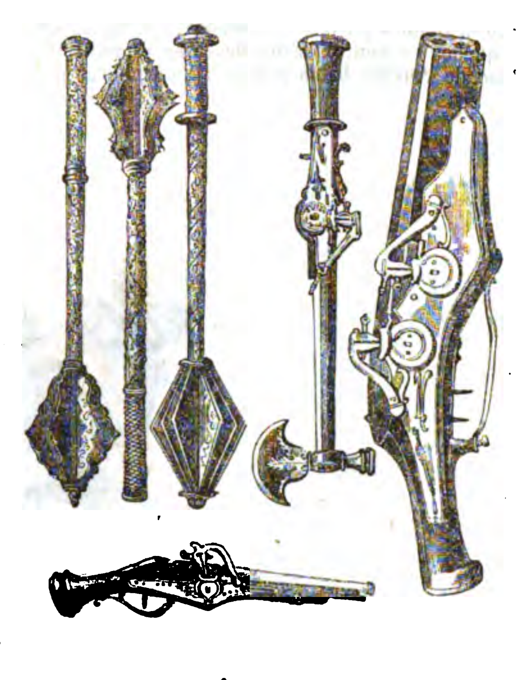
Resuelto pues don Juan de Austria á mirar por su propia seguridad, determinó salir de Bruselas, con pretesto de componer una discordia suscitada por los alemanes despedidos, sobre la paga de su estipendio. Luego que se divulgó esta noticia se sublevó la multitud, y acudió á la puerta con gran tumulto para impedirle la salida. Pero habiendo salido por otra puerta, dejó burlada á la turba, y marchó aceleradamente á Malinas. No se ocultaba al Austriaco que los designios de los malcontentos eran el de entregarse al príncipe de Orange, deseoso de apoderarse de la Flandes, y de abolir la religion católica, ó el de quitarle la vida para granjear su favor, como consta de las cartas del mismo Orange, segun afirma Campana. Lo cierto es que los escritores flamencos no niegan que le armaron asechanzas, y que fueron descubiertas por Ariscot, Nansfeld, Barlemont, y otros fieles consejeros. Para librarse pues del peligro, partió á Namur, aparentando que iba á obsequiar á Margarita, mujer del príncipe de Bearne, que habia venido á tomar las aguas minerales de Spá en el territorio de Lieja, con lo cual creia que los estados no sospecharian ningun perjudicial designio. Tampoco carecia de artificio este viaje de Margarita, pues en el camino maniobró mucho á favor del duque de Alenzon su hermano, que codiciaba el dominio de Flandes. Habiendo llegado á Spá don Juan de Austria con buena guardia y una escolta de nobles, recibió á Margarita con aparato magnífico, y la hizo muchos obsequios. Despues de su partida, se apoderó por ardid y sin estrépito alguno de la fortaleza de Hierges, y descubrió su designio á los nobles que le seguian, manifestándoles un gran número de cartas, que le habian escrito para que se precaviese de asechanzas. Quedáronse con él mas de cuarenta de los nobles que le acompañaban, y los demás se volvieron á sus casas con Ariscot y Havré como mas inclinados á los estados.

No tardaron mucho en llegar con víveres los españoles que militaban en Francia, y los nobles flamencos que le habian quedado le entregaron con admirable fidelidad todo el oro y plata que tenian para los gastos de la guerra, pues discurrian que esto sucederia en breve á una paz tan sospechosa. Mandó tambien el Austriaco á Escovedo, testigo ocular y partícipe de sus consejos, que marchase á España á suplicar al rey don Felipe le diese órdenes positivas de lo que habia de hacer, y le enviase dinero. Escribió varias cartas á los estados, y estos á él, con palabras muy picantes. Atribuíanse unos á otros las causas de la guerra, y en realidad no respiraban todos otra cosa. Llegó Felipe Sega, nuncio apostólico, y entregó á don Juan de Austria cincuenta mil escudos que le enviaba el pontífice para determinado objeto, de que hablaremos adelante. Este, pues, hizo grandes esfuerzos con los estados, á fin de componer la discordia; pero todo fue en vano con unos hombres que aborrecian á su rey y á la antigua religion; y de allí á poco tiempo partió á España de órden del papa. Como todo se dirigia á una guerra abierta, se pasaron al partido del Austriaco por influjo de Barlemont, gobernador de la provincia de Namur, las ciudades de Charlemont y Mariamburgo, y tambien los estados solicitaron atraer á sí otras

ciudades y fortalezas; pero la mayor parte se mantuvo por el rey con entera fidelidad. La fortaleza de Utrech, erigida por el César Carlos, fue arrasada hasta los cimientos por consejo del de Orange, y la de Amberes por la parte que miraba á la ciudad, concurriendo inmenso gentío á derribarla.

Llamaron de Holanda al príncipe de Orange, y le declararon conservador del Brabante, y con su acuerdo fueron creados nuevos magistrados, se depusieron muchos senadores, se eligieron otros, y se trastornaron de arriba abajo todas las cosas públicas, con mucha indignacion de los grandes. De aquí nacieron discordias y quejas entre ellos mismos, y muchos de ellos, incitados por Ariscot, y para reprimir el desmedido poder de Orange, apoyado en el favor de la plebe, pusieron los ojos en Matias, archiduque de Austria, hermano del César, con la esperanza de que siendo este gobernador, mejoraria el estado de las cosas. Finalmente habiendo llamado á este augusto jóven, que aun no pasaba de veinte y un años, se escapó de la córte de Alemania sin noticia de su hermano, y se apresuró á venir á Flandes (así lo dicen los que escribieron las cosas de aquellos tiempos). No pudiendo retraerle de su designio los caballeros que el César habia enviado en su seguimiento, escribió á los príncipes por donde habia de hacer su viaje para que le detuviesen, pero habiendo vencido todas las dificultades, llegó al fin sano y salvo á Lira, donde se detuvo largo tiempo, esperando la deliberacion de los estados. Entretanto los amonestó don Juan de Austria, que no obrasen temerariamente, ni confiriesen el mando á este príncipe, á quien el rey con su supremo poder no habia enviado. El de Orange, disimulando el agravio de que sin saber él cosa alguna hubiese sido llamado Matias por sus adversarios, no obstante se alegraba en su corazon de su precipitado consejo, el cual interpretaba próspero y feliz á sus intentos, pues además de la discordia que creia se originaria inmediatamente entre los príncipes austriacos, se presentaba oportunidad de deprimir mucho la autoridad real, y al mismo tiempo de destruir la religion en medio de aquellas turbulencias. Finalmente Matias fue declarado gobernador de Flandes, limitando su potestad con ciertas restricciones, y el de Orange por su compañero, para que reinase con ajeno nombre, como tan instruido de las cosas de Flandes, sin cuidar en manera alguna de lo que de esto pudiera juzgar la fama. Pero á fin de disculparse con el rey, atribuyeron como otras muchas veces, la culpa de todos los males á don Juan de Austria, y le escribieron cartas con insolente descaro, en las que le decian: «que por la benevolencia que tenia á sus fide»lísimos flamencos le rogaban aprobase su determi»nacion, y ratificase lo que obligados de la necesidad »habian hecho sin consultarle antes, para que de »este modo quitase á los príncipes confinantes la »esperanza de invadir á Flandes, como lo deseaban.»

Al mismo tiempo, desconfiados de sus fuerzas, y para estar prevenidos en cualquier evento, imploraron el socorro de sus vecinos, y enviaron á Havré para que tratase con la reina de Inglaterra. Inmediatamente contrajeron alianza con ella, para tener ambas partes los mismos amigos y enemigos, y comenzaron desde luego los flamencos á ser socorridos con las tropas y facultades de aquel floreciente reino. Para disculparse la reina de este hecho, le envió al instante una embajada al rey don Felipe diciéndole: «que habia creido debia ayudar con socorros á sus »confinantes, porque no podia tolerar que fuesen »oprimidos injustamente. Pero que si retirando al »Austriaco, pusiese en su lugar otro gobernador, »que tratase con mas suavidad á aquella gente, pon»dria todos sus cuidados y diligencia en apaciguar la »discordia, y componer á Flandes con su rey.» Después le dió muchas quejas del Austriaco, atribuyéndole que habia maquinado muchas cosas contra su vida con María, reina de Escocia, y tratado con los Guisas de libertar á esta de la prision, llevando á Inglaterra las armas españolas á fin de casarla con don Juan de Austria, para lo cual habia ofrecido el romano pontífice todos sus auxilios. El rey don Felipe, que no ignoraba los artificios de la reina Isabel, la correspondió con el mismo incienso cortesano, dándola muchas gracias de que mirase tanto por la seguridad del dominio austriaco, para que no fuese presa





Mazas y pistolas de la época de Felipe II.
(*Armería Real de Madrid.*)

de los príncipes confinantes. Mas á la verdad el uno y el otro tenian otra cosa en su pensamiento, sin embargo de su gran disimulo, como lo manifestó el suceso. Habia mucho tiempo que se tramaba una tela contra la reina de Inglaterra para despojarla el papa del trono, á cuyo fin envió en prendas al Austriaco los cincuenta mil escudos que arriba dijimos. Los de Guisa tenian el mismo deseo, persuadidos de que iba en ello el honor de su familia, y el Austriaco ambicioso de mandar, llevaba con impaciencia que por la obstinacion de los flamencos se perdiese la ocasion que se le presentaba; pero al fin no se ejecutó cosa alguna, con gran dolor y pesar de todos.

CAPITULO XV.

Envía el rey tropas á don Juan de Austria. Pasa á Flandes Alejandro Farnesio. Recobran los españoles algunas ciudades. Fórmase en Flandes otro tercer partido. Muerte de don Juan de Austria.

En España, despues de largas consultas, se ordenó á los gobernadores de Italia que enviasen las tropas á Flandes en escuadrones, y hiciesen reclutas

para suplir las compañías, porque muchos soldados habian perecido en los montes del Genovesado, donde permaneció una buena parte de ellos por mandado del rey. Con su partida salió Italia del cuidado que la causaba aquella tempestad que la amenazaba cerca de los montes. En la Lorena, Borgoña y ciudades inmediatas á Alemania se hicieron reclutas de infantería y caballería para domar con la guerra á los que no habian podido suavizar la severidad ni la clemencia. Mientras se disponia la guerra, no cesaban las cartas y diputaciones entre los estados y don Juan de Austria, que se chocaban unas con otras como las olas del mar, y no producian efecto alguno. Tomaron algunos pueblos fortificados, y hubo algunos pequeños encuentros favorables á los estados. Don Juan de Austria habia pasado á Lucemburgo para recibir las tropas que le llegaban. Vino llamado por el rey don Felipe, Alejandro, hijo de Octavio de Parma, y fue recibido por don Juan de Austria con muchas demostraciones de alegría; pues además del parentesco que tenian, se amaban entre sí, por haber sido en sus primeros años condiscípulos y compañeros en la milicia. Habia fallecido en este año María su esposa, mujer de santas costumbres, dejándole dos hijos, que fueron Ranucio y Odoardo. Reducíase el ejército á diez y seis mil infantes y dos mil caballos; y Romero habiendo caido del caballo en el camino, falleció de repente. Los flamencos en número de veinte y cinco mil se hallaban acampados cerca de Namur, pero se retiraron de allí con la fama de la venida de los españoles. Entretanto que levantaban el campo, fue enviado delante Gonzaga con la

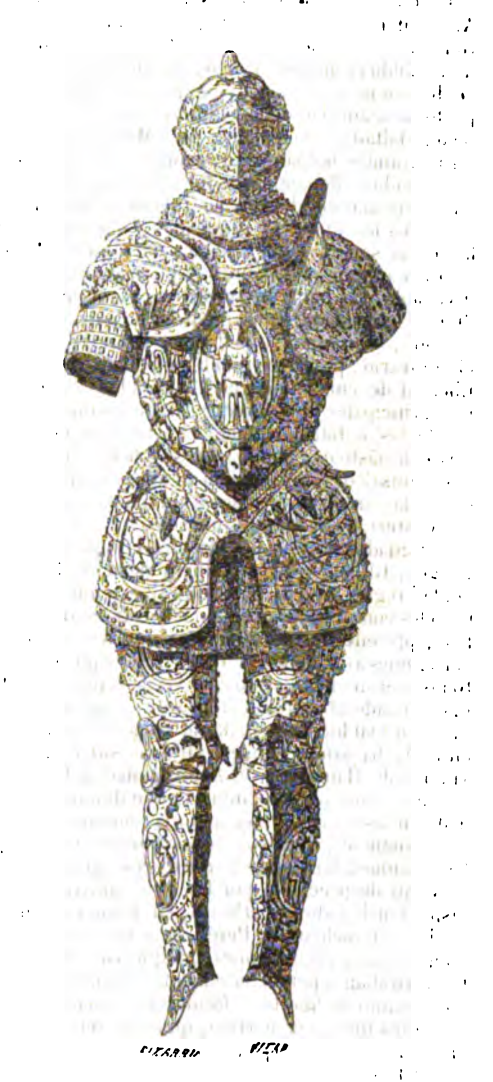


El Príncipe Filiberto de Saboya. (*Armería Real de Madrid.*)

caballería y con mil infantes espeditos bajo el mando de Mondragon; y despues de haberlo esplorado todo, tuvieron algunas escaramuzas en la retaguardia, adonde los enemigos habian colocado su caballería. Seguíanse en el centro el Austriaco y el de Parma, y cerraba el ejército Mansfeld con parte de la infantería, habiendo dejado la restante en el rio Mosa con su hijo Carlos, que poco antes habia regresado de Francia con los españoles. Mientras que el primer escuadron escaramuceaba con el último de los enemigos, les acometió por un costado el de Parma con un trozo de caballería, y avivándose la pelea con increible ardor de los españoles: como los flamencos no pudiesen sostener su ímpetu, se dejaron caer sobre su infantería con precipitada fuga y la abandonaron al vencedor, quien la derrotó y hizo en ella muy grande estrago. Gonzaga, que seguia el alcance, no cesó de herirlos por las espaldas hasta muy entrada la noche. Don Juan de Austria consiguió fácilmente dispersar la infantería que se hallaba atónita y consternada del miedo. El primer escuadron de los enemigos que habia llegado sano y entero á Gemblac, dió algunas muestras de querer detener la victoria, y hizo frente á los nuestros; pero habiéndole rechazado las compañías de españoles, se pasó luego al ejército del Austriaco. Despues de esto, puede decirse que la accion fue mas una matanza que una pelea, y muchos salvaron su vida en el pueblo. La restante multitud derrotada y fugitiva, se escapó cada uno por donde pudo, y desapareció de la vista de los vencedores. En el número de los muertos varian segun su costumbre los historiadores, y parece mas verosimil el cálculo de los españoles que afirman llegaron á siete mil entre muertos y prisioneros. Tomaron treinta y cuatro banderas y se apoderaron del pueblo, en el que hallaron gran cantidad de víveres,

artillería y bagajes que habian juntado allí como principal asiento de la guerra. Quedaron prisioneros muchos nobles con Grigñi que mandaba el ejército, los cuales fueron conducidos á la fortaleza de Namur. Lumé se escapó de la pelea y lleno de ignominia huyó á Lieja, donde pereció poco despues de la mordedura de un perrillo. Todo esto acaeció desde últimos de enero hasta dos de febrero del año 1578. A los escoceses se les dió libertad bajo el juramento de que no tomarian las armas contra el rey en un año, y tambien á los flamencos con tal que jamás volviesen á tomar las armas. De los españoles fueron muertos nueve solamente, y habiendo Matias y el de Orange recibido en Bruselas la noticia de tanta pérdida, se dieron prisa á recoger sus bagajes y escaparse, y se detuvieron en Amberes.

Despues de este feliz suceso, se derramó por todas partes el terror de las armas españolas. Habiendo arrojado Lovaina el presidio de los escoceses, se sujetó al vencedor, y tambien se entregó bajo de condiciones Philipevilla, fortificada y defendida con una poderosa guarnicion. Cayó enfermo don Juan de Austria, y se volvió á Namur, habiendo entregado el ejército al de Parma, el cual inmediatamente determinó combatir á Limburgo. Cuando se disponia á entrar por la brecha del muro, le abrieron la puerta los habitantes, habiendo pactado que no padecerian ninguna hostilidad, y la guarnicion pasó al sueldo del rey. Distribuyóse el ejército en muchos escuadrones, y en breve tiempo fue recobrado lo restante de la provincia, y muchos pueblos se entregaron por su voluntad. Sichen pagó la pena de su temeridad, habiéndose enfurecido las tropas contra todo sexo y edad, sin distincion alguna. Entretanto falleció en Namur Carlos Barlemont, oprimido de su mucha edad y trabajos, y el Austriaco le mandó hacer magníficas exequias en premio de su lealtad y valor, y le sucedió su hijo el señor de Hierges. Por este tiempo vino de España á los reales para militar, segun la costumbre de los nobles, don Pedro de Toledo, hijo de don Garcia; tambien llegó de Italia don Lope de Figueroa con un cuerpo de españoles sacados de los presidios; don Alfonso Leiva, hijo de don Sancho, virey de Navarra, á quien seguian muchos nobles, y cuatrocientos capitanes veteranos. Su hermano don Sancho iba por teniente de coronel, y don Diego de Mendoza su tio materno por alferez. Finalmente llegó con dos mil italianos Gabrio Cervellon, que se habia hallado en muchos peligros y batallas. Pero como era imposible retener al ejército sin la paga, volvió el correo que despachó don Juan de Austria al rey don Felipe con trescientos mil ducados recogidos en el espacio de un mes, trayendo tambien varias órdenes. Habia vuelto al campo el Austriaco, y luego que pagó á la tropa su estipendio, la condujo al enemigo, habiendo removido del senado á muchos que se hallaron desafectos al rey, y puesto en su lugar á otros de conocida fidelidad, como se lo previno don Felipe. Reforzaron los enemigos sus tropas poderosamente, y se mantenian acampados cerca de Malinas. Era su general Bossú, que despues de su prision se pasó al partido de los estados, y se habia metido en aquella guarida, mas para sostener la guerra que para hacerla; por lo cual no se movió de su puesto, ni se atrevió á hacer cosa alguna en campo raso, aunque fue provocado muchas veces á la pelea con los clarines. Finalmente se adelantó Leiva por mandado de don Juan de Austria, y con un pequeño escuadron se introdujo entre el campo enemigo y el bosque, y habiéndole salido al encuentro con mucho mayor número de tropas el inglés Nort, se trabó la pelea, que se encendió mas con la llegada de nuevos refuerzos de una parte y otra; pero como el enemigo rehusase combatir á campo raso, puso el Español á su espalda la caballería, y se retiró á sus reales en medio de las inútiles descargas de artillería que le disparaba el enemigo desde las trincheras. Aumentáronse sus fuerzas con la venida de los alemanes, que mandaba Casimiro. Este, pues, se dice que habiendo recibido dinero de Inglaterra, introdujo en Flandes ocho mil infantes y siete mil caballos, los cuales no sirvieron de cosa alguna, pues rehusando obedecer á Bossú, se acamparon separados de sus reales; y faltándoles despues la paga, se negaron absolutamente á todo trabajo. Por otra parte Alenzon, que cuanto era mas inepto para mandar, era tanto mas ambicioso, vino á la provincia de Hai-



Armadura del duque de Alba. *Armería Real de Madrid.*)

nault para ofrecer su auxilio á los estados, á fin de arrojar de Flandes á los españoles, disimulándolo Enrique su hermano, con el designio de apartar de Francia con su comitiva turbulenta á aquel jóven inquieto, y deseoso de trastornarlo todo, y entretener fuera del reino sus desmedidas esperanzas con el especioso título de defensor de la libertad de Flandes. Ajustó con los estados ciertas condiciones, las cuales disminuian en mucho la potestad y dignidad de Matías, sin respeto alguno ni vergüenza, con tal que se armase Flandes mas fuertemente, aunque fuese para su ruina. Finalmente, para que los hechos cor-

respondiesen á las palabras, redujo á su poder algunas ciudades; y habiendo dirigido la artillería contra Bence, la forzó á la entrega, y en ella, por la perfidia de los franceses, se cometió un hecho indigno; pues habiéndose dado palabra á la guarnicion de que no se la haria daño alguno, fue parte de ella pasada á cuchillo; saquearon las cosas sagradas y profanas sin distincion alguna, y violaron los relicarios donde se conservaban las reliquias de los santos, sin que en esto tuviese culpa Alenzon, que detestó semejante maldad.

La misma impiedad ejecutaron los orangianos en Amsterdam, ciudad ilustre por su fidelidad. Sitiáronla por mar y tierra por largo tiempo, y no habiendo recibido el menor socorro, se entregó al fin bajo de honrosas condiciones, en las que ante todo se pactó la seguridad de la religion católica; pero habiendo faltado á la palabra que Matías, Orange y otros grandes habian dado, acometieron de repente los soldados, llenándolo todo de terror y espanto, y en un momento de tiempo fueron profanados los templos y los altares, y saqueadas y destruidas todas las cosas sagradas por aquellos para quienes en la reforma que profesan no hay cosa alguna santa ni inviolable. No hallaron socorro ni favor en el archiduque, entregado enteramente á la potestad de los estados, y sujeto á su pedagogo Orange; antes por el contrario, prevaleciendo la impiedad, se concedió libertad de conciencia en todo Flandes. Las iglesias mas principales fueron entregadas á los impíos, quedando los católicos reducidos á las mas pequeñas. Los eclesiásticos, magistrados y fieles ciudadanos que rehusaban jurar obediencia á los estados, padecieron las mayores vejaciones; muchos de ellos fueron desterrados y algunos muertos.

Indignados de esto los grandes Campigni, Hesio, Berges, Gfimes y otros, y para alejar de Bruselas, ciudad régia, aquella peste que se estendia por todo Flandes con grande turbulencia y estrago de los pueblos, presentaron un memorial que les costó muy caro, pues á escepcion de Capri, que se puso en fuga, todos fueron encarcelados por los de Gante, que habian llegado al estremo del furor, y aprendieron al fin cuan mal hicieron en dar al vulgo las armas, que en breve habian de emplear en daño suyo. Las provincias de Hainault y el Artois tomaron tambien la honrosa y heróica determinacion de defender la piedad con las armas, detestando la comun infamia de los flamencos, que todos eran tenidos por herejes. Irritábanlos además sus particulares agravios, pues se veian despreciados por las otras provincias, que disponian de todo á su arbitrio, sin hacer caso alguno de las mas belicosas. Pero como no miraban con buenos ojos á los españoles, porque así como los estados tiraban á perder la religion, intentaban aquellos oprimir la libertad, formaron á ejemplo de los franceses un tercer partido, que á la verdad, segun el juicio de los mas prudentes, fue causa de que no se perdiese Flandes enteramente. Separándose pues del cuerpo de los flamencos, comenzaron á pelear y á dirigirse por sí mismos y defender la religion católica con grande esfuerzo de los nobles, los cuales, para conservar su fama, escribieron cartas al César, á los reyes y á los otros príncipes católicos, asegurándoles, que querian perseverar constantemente en la debida obediencia al rey, y que estaban prontos y preparados á sacrificar gustosamente todos sus bienes y fortunas por la religion que habian heredado de sus mayores. Sus tropas, con el pretesto de que no se les pagaba el sueldo, se retiraron de los reales y se acamparon en el distrito de Gante, á cuyos habitantes aborrecian por haber mudado de religion. Pero don Juan de Austria, que no ignoraba las cosas de los enemigos, condujo sus tropas á un paraje elevado cerca del Mosa, donde fijó los reales el maestre de campo Cervellon, que muy perito era en disponerlos, esperando que tal vez con estarse quieto podria disipar para siempre el grande ejército que de todas partes habian juntado los estados.

Crecian cada dia las discordias entre los principales, y además eran acometidas las tropas con la peste y con el hambre, porque no se les pagaba su estipendio. Necesitaban cada mes ochocientos mil escudos, cantidad grande en tanta falta de dinero como padecian. Por esto pues inferia no sin razon el Austriaco que en breve se dispersarian. Con efecto, poco despues habiendo sido llamado Casimiro por los de Gante para resistir á los del Hinault y el Artois que los perseguian por causa de religion, marchó con parte de las tropas á fin de exigir de ellos la paga que no le satisfacian los estados. Habiendo pues recibido ciento y setenta mil escudos, fomentó la guerra civil y pasó á Inglaterra para atender á sus propios negocios. Entretanto fue acometido repentinamente don Juan de Austria de una ardientísima fiebre, cuya fuerza resistió todos los remedios. Recibió con mucha piedad los santos sacramentos, y falleció el dia primero de octubre con grande sentimiento del ejército. Su cuerpo fue llevado desde el campo con pompa militar á Namur, donde se le hicieron las exequias reales segun su costumbre. Despues fue trasladado á España de órden del rey por Gabriel Niño en el año siguiente, y colocado en el Escorial junto á las cenizas del César don Carlos su padre. A los principios corrió la voz de que le habian dado veneno. Pero los que examinaron esto con imparcialidad y recto juicio, creyeron que el suspicaz carácter del rey don Felipe fue la verdadera ponzoña, que agitó miserablemente á aquel escelso jóven hasta que le acabó la vida: Entre otras cosas que toleró con invencible constancia, y que irritaban en gran manera su ánimo ardiente, no podia sufrir con paciencia que el rey diese mas crédito á las artificiosas cartas de los estados que á las relaciones muy verdaderas que él le dirigia, y con una importuna clemencia queria don Felipe que se aplacase la discordia con medios suaves, cuando ni el hierro ni el fuego eran capaces de quebrantar la obstinacion de los flamencos. De esto resultaba el verse forzado á tolerar muchas cosas contra su decoro y respeto, por la insolencia de los habitantes de aquellas provincias, los cuales fueron tan traidores para con él, como infieles á su rey. Dejó dos hijas, que fueron doña Ana y doña Juana, las que habia tenido en dos mujeres nobles, la una en España y la otra en Nápoles. Ambas se educaron en conventos de monjas, pero doña Ana perseveró en esta vida, y doña Juana se casó con un príncipe siciliano. Abrióse la cédula real, y fue declarado gobernador de Flandes el príncipe de Parma. Intentaron los enemigos apoderarse por fraude de Bolduc, pero les salieron vanos sus esfuerzos. Tampoco Arras pudo ser tomada, y el autor del intento pagó con la cabeza. Montigni, que mandaba las tropas del nuevo partido, hizo algunos daños á los gandavenses. Viendo el duque de Alenzon que no producian efecto alguno sus ardides, y que el dinero no alcanzaba á los gastos, despidió sus pocas tropas, de las cuales parte de ellas arrojó Altaemp de Borgoña, adonde habian ido á robar, y adonde algunos soldados fueron muertos por los labradores. Habiéndosele frustrado el proyecto de ocupar por engaño á Mons en la provincia de Hainault, se retiró de Flandes á manera de fugitivo. Finalmente, afligido el ejército de los estados por la discordia de sus capitanes y por el hambre y enfermedades que padecia, se deshizo la mayor parte, irritados los flamencos (que se hallaban ya enteramente exhaustos) de que con sus haciendas hubiesen alimentado la cobardía sin haber ejecutado cosa alguna digna de tan grande ejército. El general Bossú murió de una enfermedad á fines del mes de diciembre.

LIBRO OCTAVO.

CAPITULO I.

Desgraciada guerra y muerte del rey don Sebastian de Portugal en Africa. Sucede en el reino el cardenal don Enrique. Muerte de algunas personas ilustres.

PARA describir la guerra civil y funesta á sus mismos autores que hizo en la costa de Africa el rey don Sebastian de Portugal, es indispensable referir desde mas alto sus causas. Tuvo pues principio de las discordias civiles en que se hallaban complicados los bárbaros. Mahomet, hijo de Abdalla, que reinaba en Fez y Marruecos, fue arrojado de sus dominios por Maluc, su tio, á quien favorecian los turcos, y refugiándose en el monte Atlas se mantenia de latrocinios. Cansado de este miserable género de vida, envió legados al rey don Felipe implorando su socorro para recobrar el reino. No habiendo alcanzado de él cosa alguna, y aconsejado por Pedro de Acuña, cautivo portugués, recurrió con magníficas promesas al rey don Sebastian, y conmovió á este jóven de natural vivo, y tan codicioso de gloria, que si no le rogaran hubiera él rogado al Bárbaro. Trabajaron con mucho esfuerzo para disuadirle de esta empresa, así el rey don Felipe con cartas escritas de su propia mano, y por medio de su embajador, como su abuela doña Catalina, y el cardenal Enrique su tio; pero todo fue en vano, porque era enemigo de cualquier consejo por mas prudente que fuese, si no se acomodaba al suyo, dejándose arrastrar del desordenado amor que todos los hombres tienen á sus propias ideas. El Bárbaro suplicante le amonestaba artificiosamente que mandase hacer la guerra, temeroso de que si la hacia en persona, y fuese vencedor le impondria algunas leyes que no le permitiesen gozar con libertad el recuperado dominio. Habíase cumplido el tiempo del prometido socorro, y el rey don Felipe prohibió severamente por un edicto que ningun súbdito suyo pasase en este año al Africa, para ver si con esta amenaza podia retraerle de su intento. Sin embargo, precipitado á su fatal destino por su propio impulso, y incitado por los engaños de sus aduladores, comenzó con gran prisa á principios de este año á llamar veteranos de todas partes, juntar navíos, disponerles y preparar las armas con la mayor diligencia y actividad. Exigió dinero á los eclesiásticos con indulto pontificio, y tambien á los nobles con perjudicial ejemplo, y entonces se concedió por la primera vez al reino de Portugal el privilegio de la bula de la Cruzada. Entretanto la reina doña Catalina, dedicada á las obras de piedad, falleció con gran dolor de todos los portugueses que la amaban en estremo en vida. Mientras se hacian sus exequias no cesaban los preparativos de la guerra, y acudian soldados de toda España á pesar de la prohibicion del rey don Felipe. Habiendo arribado por este tiempo un navío con seiscientos soldados italianos que enviaba el papa á los irlandeses que peleaban contra la fuerza inglesa en defensa de la religion católica, de la cual intentaba separarios la reina Isabel con todo género de crueldades, se conmovió de tal suerte el rey don Sebastian, que corrió inmediatamente al puerto, y adelantando la paga al capitan del navío Tomás Sterlin, alcanzó que le siguiesen al Africa. Hallábase dispuesta esta máquina por el pontífice y el rey don Felipe á fin de acometer con sus mismos artificios á aquella mujer astuta que ofrecia una cosa y ejecutaba otra, enviando auxilios á los holandeses al mismo tiempo que aparentaba conservar la amistad española. Acudieron tres mil alemanes mandados por Taumberg, los que habia obtenido del príncipe de Orange, habiendo enviado hasta Holanda á Sebastian de Acosta, y mil españoles bajo la conducta de Alfonso de Aguilar. Mandó á todos los nobles que se dispusiesen á acompañarle; y le seguian muchos jóvenes de edad floreciente y esclarecido nacimiento, pero mas adornados de galas cortesanas que de armas. Fueron reclutadas tropas en los campos sin distincion alguna, y embarcadas en los navíos, con mil y quinientos caballos y doce cañones de grueso calibre.

Hallábase el rey tan impaciente de la tardanza, que se embarcó en la capitana y le fue preciso esperar ocho dias en el puerto, mientras que se embarcaba el ejército en la armada; tanto era el deseo que tenia de perderse. Componíase la armada de siete galeras, y de sesenta navíos grandes armados, y de otros muchos de carga y remeros, y era su almirante Diego de Sousa. La suma total del ejército ascendia á quince mil hombres. Llegó la armada á las costas de Africa cerca de Arcila, cuyo pueblo á ruegos de Mahomet le habia entregado Albazarin su gobernador al de Tanger para que le tuviese en nombre del rey don Sebastian en prenda de su fidelidad, y el mismo Mahomet vino contra Moluc con gran complacencia del rey, que persuadido de la realidad de las promesas del Bárbaro, y de que estaban por él muchos móros, y que inmediatamente volarian al campo portugués luego que viesen sus banderas, no podia contener su gozo. Tales son los deseos de los hombres que se aceleran á su perdicion juzgando siempre ser verdadero lo que desean. Desembarcadas las tropas, se dispusieron los reales en la misma costa, y entretanto los bárbaros que habitaban las cercanías, llevaron consigo sus mujeres y hijos á lugares mas seguros. A este tiempo llegó Francisco de Aldana con cartas del duque de Alba, en que exhortaba al rey á que se abstúviese de penetrar en lo interior del Africa, y dirigiese todo el peso de la guerra á Luso, y le envió por regalo la celada y armadura con que el César Carlos entró vencedor en Túnez. Aunque Aldana como hombre muy esperto en las cosas de la guerra, le amonestaba lo conveniente, no quiso darle oidos, ni los capitanes extranjeros tenian facultad para decir ni ejecutar cosa alguna. Todo lo manejaban y disponian á su arbitrio unos pocos portugueses que jamas habian visto enemigos. Disputóse en una junta si convendria ir por mar en la armada á Luso, ó por tierra; y estando discordes los principales del ejército, se suscitó una grave contienda nacida de la impericia de los aduladores. Creian unos que seria poco feliz el viaje en la armada, y los que pensaban con rectitud tenian por mas glorioso lo que era mas seguro. Alfonso de Portugal, conde de Vimioso, conociendo lo mucho que el rey deseaba pelear, aplaudia lisonjeramente sus ideas para ganar su favor. Finalmente estando resuelto á seguir los mas precipitados consejos, levantó su campo y mandó al ejército marchar al rio Luso. Mahomet, que le habia ofrecido toda el Africa, se presentó con un pequeño escuadron de caballos, y habiendo sacado el enemigo sus tropas de Marruecos, aguardaba al Portugués en la llanura que los moros llaman Tremesenal, que es muy propia para pelear la caballería. Tenia cuarenta mil caballos y ocho mil infantes sin contar la multitud que habia acudido á la presa.

Los portugueses divididos en tres escuadrones atravesaron al quinto dia de su marcha el vado de Mucasen, cerca del paraje donde se descarga en el Luso. En el primer escuadron iban los alemanes, italianos, españoles y voluntarios, y en los siguientes la infantería portuguesa, y la caballería á los costados. Confiado el rey en solo su ánimo, y sin esperiencia alguna de la guerra, era el árbitro de todas las disposiciones, habiendo despreciado á Mahomet, que importunamente le aconsejaba que dilatase la pelea. Pero despues se vió que por muchas razones hubiera sido su consejo el mas saludable. Los moros habian ordenado sus tropas en forma de media luna. Moluc se hallaba en medio de ellas conducido en una silla de

manos, porque estaba gravemente enfermo, habiendo conferido el mando de todo su ejército á Hamet su hermano, nacido de otra madre desigual. Luego que Moluc descubrió el corto número de los enemigos, vuelto á sus soldados, los dice: «Hemos vencido, compañeros mios: los muchos contra los pocos, los caballos contra los infantes, y en una llanura; avergoncémonos de que se nos escape de las manos una victoria tan ilustre; pelead á ejemplo de los varones fuertes y volved á los reales con la premeditada palma.» Inmediatamente comenzaron los moros la accion con treinta y cuatro cañones de artillería. Los portugueses correspondieron, pero tan consternados con el miedo de las balas que volaban sobre sus cabezas, que visto por ellos el fuego enemigo, se echaron á tierra repentinamente. Para evitar el rey esta ignominia, mandó dar la señal de acometer. El combate fue grande, atroz y sangriento, peleando con mucho valor el primer escuadron, y porque los moros habian rodeado con su multitud á los batallones portugueses, estendieron sus alas, y á un mismo tiempo peleaban por ambas partes, por la frente y por la espalda. Encendida por todas partes la pelea, como el rey era de un ánimo tan precipitado, se pasó al primer escuadron donde la refriega era mas atroz. Muchas veces fueron rechazados los moros de aquel puesto, y derrotados con la estraordinaria intrepidez de los cristianos; y para detener Moluc la fuga de los suyos con el ejemplo, aunque conocia que se le acercaba el fin de su vida, montó en un caballo, y habiendo tomado en la mano un alfanje, se metió en la pelea; pero faltándole el ánimo, fue apeado del caballo y murió inmediatamente entre las manos de sus criados y familiares. Volviéronle á la silla y fingieron que descansaba; ocultando su muerte como él mismo lo habia prevenido al tiempo de espirar, poniendo un dedo en la boca, para que divulgada esta noticia, no se les escapase la victoria de las manos. La multitud desordenada que seguia el campo, al ver que se huian algunas tropas de moros, tuvieron por perdida la victoria, y saqueando los bagajes de los suyos, se ponen en fuga, publicando por todas partes que los moros habian sido vencidos con gran pérdida. Hallábase todavia dudosa la victoria, y los extranjeros sostenian con gran valor la batalla, habiendo muerto á innumerables enemigos. Pero acometidos furiosamente por nuevos escuadrones de caballería, fueron oprimidos por la multitud de los enemigos, implorando en vano el socorro de sus socios. Los portugueses, con pretesto de que el rey habia mandado que no se moviesen de aquel puesto, rehusaron socorrer á los que se hallaban en tanto peligro; y finalmente, cansados y fatigados, perecieron cuasi todos con una muerte honrosa; con cuyo estrago, y como si se hubiese perdido el nervio del ejército, se inclinó la victoria á los moros.

Habia pasado el rey al último escuadron para infundir ánimo á los que ya desmayaban; pero aunque con la voz y con su ejemplo procuró animarlos, anunciándoles á grandes gritos la muerte de Moluc, nada pudo conseguir de aquellos hombres que estaban sobrecogidos de espanto, y habiendo arrojado las armas, imploraban la clemencia del vencedor. Aquí cayó Aldana atravesado de una bala, peleando valerosamente, y tambien Aveiro y otros hombres principales, mientras que con grande esfuerzo procuraban rechazar con la espada al enemigo. El rey, sin hacer caso alguno de la herida que habia recibido en el primer escuadron, y haciendo los oficios de general y de soldado, acudia en la batalla á todas partes, cubierto de su sangre y de la ajena; y fue tanto su ardor en pelear, que mudó tres caballos con grande admiracion de los suyos. Pero habiendo sido derribada al suelo la bandera real y muerto el alferez, comenzaron los nobles á volar por todas partes en busca del rey, y habiendo visto la bandera de Duarte de Meneses que era muy semejante á la real, acudieron á él, y mientras creian que acompañaban á don Sebastian, fue este rodeado por los bárbaros: el pudor le impidió entregarse, y siguió con su muerte al ejército que habia perdido por su temeridad. Todo estaba confuso, y en gran manera revuelto, porque los moros deseaban concluir cuanto antes la victoria. Soldados, capitanes, caballos, infantes, carros, banderas, criados y bagajes se aglomeraron en un monton de tal suerte, que no podian manejar las armas, ni ponerse en órden de batalla. La fatiga y el cansancio de matar fue sola la que puso fin á la pelea. Mahomet, inventor de la guerra, se puso en precipitada fuga, y pereció ahogado al pasar el rio Mucasen; y de este modo, y con ejemplo memorable murieron tres reyes en una sola batalla. El vencedor Hamet, noticioso de la muerte de su hermano, mientras que recibia los parabienes de los suyos, fue saludado rey por el ejército (sin hacer mencion alguna del hijo que quedaba) segun la ley de los jerifes, por la que son preferidos los hermanos á los hijos. No podemos afirmar con certeza el número de los muertos, y la opinion mas verdadera es que fueron seis mil; entre los cuales además de muchos nobles, perecieron Arias de Silva, obispo de Oporto, y Manuel de Meneses, de Coimbra, que con reprensible ejemplo pasaron desde las aras á las armas. La demás multitud fue presa del enemigo, y apenas quedó uno salvo que pudiese llevar la nueva de la derrota. Al dia siguiente despues de la batalla fue hallado entre innumerables muertos por Sebastian Resende, uno de los criados de palacio, el cuerpo del rey don Sebastian atravesado con siete heridas, y habiéndole puesto sobre un caballo con los piés y brazos colgando, le condujo á Hamet, lamentándose todos de tan desgraciada fortuna. Tres cuerpos de reyes fueron colocados en una misma tienda de campaña. Hamet envió á Alcazalquivir el de don Sebastian para que fuese custodiado: el de Mahomet le hizo llevar por todas partes tendido en una manta para que se estinguiese el afecto que los moros le tenian, y el de su hermano Moluc le hizo enterrar en el sepulcro de sus antepasados. Sousa, que se habia quedado en la embocadura del rio Luso, echadas las anclas, habiendo oido el estruendo de la artillería, inferia que se daba la batalla, pero estaba indeciso en el partido que debia tomar; y finalmente luego que supo la desgracia, navegó por la costa hácia Tanger, á fin de recibir en la armada las reliquias del derrotado ejército, si habian quedado algunas, y desde allí se hizo á la vela para España lleno de tristeza y melancolía.

El rey bárbaro entró como en triunfo en Fez, llevando adelante de sí al ejército vencedor cargado de despojos, y á los cautivos. Sucedió esta batalla el cuatro de agosto, dia en gran manera funesto para Portugal, pues en él pereció la flor de su nobleza, y sus fuerzas; y la mayor pérdida fue la de su rey jóven en la edad, de escelente índole y de grandes esperanzas, sin dejar ningun heredero, el cual intentando destruir á los moros, se destruyó á sí mismo, y codicioso del reino ajeno, vino á perder el suyo propio. No habia persona en todo Portugal que no estuviese ansiosa de saber el éxito de la guerra, que se acabó en un solo dia, antes que llegara á oirse que se habia comenzado. Luego que recibieron la triste nueva los gobernadores del reino nombrados por el rey, don Jorge de Almeida, arzobispo de Lisboa, Pedro de Alcazova, Francisco Saa y Juan Mascarenas, comenzaron á divulgar alegres anuncios, temerosos del tumulto del pueblo, y entretanto hicieron venir de Alcobaza al cardenal don Enrique. Con su venida fue publicado el triste suceso como habia pasado, y ciertamente no hubo alguno á quien no alcanzase

parte de esta calamidad, y que no tuviese en su familia algun muerto ó cautivo. Tambien tocó á muchos el dolor de las riquezas perdidas; y finalmente, todo era tristeza y llanto en Portugal.

Mientras tanto, Hamet, á fin de asegurarse mejor en el reino, envió embajadores al rey don Felipe para que confirmase con él la paz bajo las mismas condiciones que la habia pactado con su predecesor Moluc. Rehusó don Felipe admitir el cuerpo del rey don Sebastian que habia mandado Hamet restituirle; pero por medio de Andrés Corso que negociaba en Africa, mandó que se entregase en caja cerrada á Dionisio Pereira, gobernador de Ceuta, y fue puesto en libertad don Juan de Silva, embajador cerca del rey don Sebastian, que habia sido hecho cautivo en la batalla. Para remunerar el rey don Felipe al Bárbaro, envió al Africa á Pedro Venegas, noble cordobés, con regalos que importaban cien mil ducados, para que declarase á Hamet que admitia la paz, y tratase de la libertad de Teodosio, duque de Barcelos, el cual poco despues fue conducido gratuitamente y sin rescate alguno á las costas de Andalucía. En medio de tanta tristeza fue proclamado solemnemente por rey de Portugal don Enrique, y inmediatamente envió otra embajada al Africa, acompañando con ella presentes de valor de doscientos mil escudos, y consiguieron la libertad ochenta cautivos de la principal nobleza. Confirió el rey los oficios de palacio y los empleos del reino á las personas que le eran adictas, removiendo de ellos á los antiguos que antes le habian despreciado, y vengó siendo rey los insultos hechos al cardenal de Portugal. Abolió el tributo de la sal que habia impuesto el rey don Sebastian, cuya gracia apreciaron en mucho sus vasallos. En este año falleció doña María, hija de don Manuel y de doña Leonor, que se mantuvo en el estado de doncella, de costumbres santísimas y de piedad ejemplar, hallándose en los sesenta y seis años de su edad. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia de nuestra Señora de la Luz de Lisboa, junto al altar mayor; cuyo edificio, que es uno de los mas magníficos y perfectos de Portugal, le mandó fabricar á su costa. Tambien murió en Madrid á veinte y uno de setiembre el príncipe Wenceslao, que no pasaba de quince años, hijo del César Maximiliano.

Por este tiempo se descubrió la secta de los iluminados en Lanera, pueblo de Estremadura, del órden de Santiago. Los autores de ella fueron ocho sacerdotes que ardian con deseos de vanagloria, ambicion y liviandad, los cuales se jactaban de ser iluminados por la eterna luz, cuando estaban alucinados por el espíritu de tinieblas. Dícese que fray Alonso de la Fuente, del órden de Santo Domingo, descubrió el engaño que iba echando raices ocultamente entre el ignorante vulgo. Los heresiarcas Alvarez y Chamizo se entregaban á todo género de deshonestidades, fingiéndose santos con ayunos, disciplinas y otras asperezas, y mancharon con su torpe lascivia á muchos jóvenes de uno y otro sexo. A solicitud del rey don Felipe, encargó el inquisidor general el conocimiento de esta causa á don Francisco de Córdoba, obispo de Segorve, trasladado despues á Salamanca, el cual comenzó desde luego su pesquisa. Puso en prision á los culpados, y habiendo averiguado sus delitos, les impuso el merecido castigo. En otra parte de España resplandecia la luz de una verdadera santidad, habiendo llegado de Italia á Barcelona los religiosos franciscos, llamados capuchinos por la capilla puntiaguda con que se cubren la cabeza. En aquella ciudad edificaron el convento de Santa Eulalia, Arcangel de Alarcon y Mateo de Guadix, con cuatro compañeros, y comenzó á propagarse este instituto por todo el reino con gran provecho de la piedad cristiana. A fin del mes de octubre del año anterior falleció don Diego Covarrubias, obispo de Segovia, y fue enterrado en su iglesia catedral. Oprimida Castilla con tributos, sintió en estremo el diez por ciento de alcabala que se la impuso; y ciertamente si conociesen los hombres cuán copiosa renta es la economía y ahorros, redundaria el fisco, aun despues de abolidas las mas pesadas cargas. Pero no hay riquezas algunas que puedan saciar la avaricia de sus ministros.

CAPITULO II.

Nuevos partidos en Flandes. Sitia el príncipe de Parma á Mastrich, y esfuerzos de los enemigos para resistirle. Comienza á tratarse de paz, y se oponen á ella los estados. Toma y saqueo de Mastrich.

En Flandes tomaban nuevo vigor los partidos: sus cabezas eran Matías, el duque de Alenzon y el príncipe de Orange, los cuales agitaban muchos y diversos proyectos sin poner el menor cuidado en las cosas de la religion, antes por el contrario se formó en Utrech una alianza contra los católicos para defender la libertad de conciencia, siendo su promotor Juan de Nasau, hermano del de Orange. Los habitantes del Hainault, y el Artois, con las ciudades continantes contrataron entre sí otro pacto social y piadoso en favor de la religion de sus mayores, y de la obediencia al rey. De aquí tuvo orígen una nueva guerra hecha con varia fortuna, y sostenida en diversos lugares, y tambien muchas sediciones, tumultos, maldades, incendios, rapiñas, y en fin, un general trastorno. El de Parma aprovechándose de sus discordias, promovia la causa del rey por medio de Mondragon y otros capitanes. Los casimirianos, que se hallaban en gran peligro, se retiraron á Bolduc para no caer en manos de los soldados realistas que volaban por todas partes. Pero no habiendo querido los habitantes darles entrada temerosos de que pusiesen la ciudad al saqueo para pagarse del sueldo que se les debia, y desesperando de poder salvar la vida, enviaron un diputado al de Parma, ofreciéndole que se volverian á Alemania si se les daba dinero. Rióse aquel príncipe al oir esto, y volviéndose al mensajero le dijo: «Marcha y diles, que mas bien »debe recibir dinero el de Parma, que darlo, para »enviar libres á los que van á perecer.» Esta es la respuesta que les dió en público; pero en secreto ajustó con ellos por medio de los capitanes alemanes que tenia en su campo, que marchasen á Alemania sin recibir daño alguno. De este modo salió intacta de Flandes aquella caballería tan floreciente, y aquella legion tan numerosa, y quedaron muy debilitadas las fuerzas de los enemigos. Despues de esto se ganó una ilustre victoria en Burgerholt, habiendo sido muertos seiscientos de los enemigos con pérdida de solos ocho soldados del rey. Viendo Casimiro frustradas las esperanzas con que habia pasado á Inglaterra, se volvió á Flandes; y noticioso de la desgraciada suerte de las tropas que habia conducido, se presentó en el senado, y despues que descargó su ira contra los estados con gran libertad de palabras, se retiró á Alemania sin despedirse de nadie.

Habiendo talado el de Parma el territorio de Mastrich, rodeó la ciudad con sus tropas el dia ocho de marzo de este año de 1579. Era su gobernador el francés Nuan, capitan valeroso de los hugonotes; pero habiéndole removido, tomó á su cargo la defensa con grande ánimo Sebastian Tapin, natural de Lorena, acompañado de Manzano, que desertando de los españoles se habia pasado al servicio de los estados. La guarnicion se componia de mil y doscientos franceses, escoceses é ingleses. Hallábase en armas la ciudad, y una gran multitud de labradores muy á propósito para pelear y trabajar en las fortificaciones. El de Parma echó dos puentes sobre el rio Mosa que baña la ciudad, para impedir que la

entrasen socorros algunos por la parte superior ni por la inferior, y al mismo tiempo dar comunicacion á sus reales, pues por la parte que va á Colonia (que vulgarmente se llama Wica) habia mandado á Mondragon que se acampase con algunas tropas; y él mismo tomó á su cargo el combatir la otra con cuarenta y seis piezas de artillería, y con minas subterráneas, en las cuales pelearon á ciegas á la manera de los andabatas con igual arte y valor. Habiendo dirigido una mina contra un baluarte, y incendiándolo con la pólvora que se hallaba oculta, derribó una parte de él, y inmediatamente ocuparon el lugar los españoles mandados por Troncoso. Acudió luego una gran multitud de gente armada, y se trabó una atroz pelea sobre el puesto, en la que fue muerto el mismo Troncoso, Mendoza y Beltran, valerosos capitanes, con algunos pocos soldados. Concluido el combate, no por esto se estuvieron quietos, pues acudieron con presteza á reparar la parte arruinada, en cuya obra trabajaron con mucho esfuerzo las mujeres mezcladas con los peones. Tampoco los soldados del rey podian estar ociosos, y entretanto llenaron el foso con la tierra y cascotes que habian caido de la ruina de las murallas, y se formaron un camino para acometer. Habiendo hecho la señal pasaron intrépidamente las ruinas del muro y trabaron una pelea en dos parajes, que fue muy acérrima y sangrienta. Arrojó el enemigo una gran cantidad de fuegos que la industria de los hombres ha inventado y dispuesto para su propia perdicion, y á la verdad cuanta mas se reunian para vencer las ruinas, tanto mayor era el número de los heridos, porque ningun tiro se disparaba en vano, añadiéndose á esto el terror que causó la pólvora, que se encendió casualmente con grande estrago de muchos. Perecieron ciento y cincuenta españoles de distincion, y fueron llevados al campo doscientos mortalmente heridos; y de los alemanes y flamencos murieron otres tantos, y tambien algunos nobles italianos entre los cuales se halló Fabio Farnesio, pariente del de Parma. Esta pelea que se dispuso sin precaucion ni consejo, hizo mas cauto al general de allí adelante. No por esto se interrumpieron los trabajos, y fue cercada la ciudad con una trinchera, levantando castillos de trecho en trecho, y á poca distancia unos de otros, y á un mismo tiempo la acometió por muchos parajes, privándola de la esperanza de poder recibir socorro alguno, lo cual intentaron en vano Juan de Nasau y el conde de Holach su pariente.

El rey don Felipe á peticion de los estados habia dado al César facultad para hacer las paces bajo de ciertas condiciones; y por este tiempo se juntaron en Colonia los duques de Terranova y de Ariscot, á quienes se nombró por plenipotenciarios. Entretanto que procuraban componer este negocio tan difícil, declararon los estados á los embajadores del César, que no cumplirian cosa alguna de lo que acordase, si antes no se hacian treguas y dejasen unos y otros las armas. Respondió el príncipe de Parma. «Que pedian treguas injustamente hallándose en »tan desigual fortuna: que el rey tenia un ejército »muy poderoso, y que la ciudad rebelde se hallaba »casi tomada, y que no pudiéndola libertar del sitio »por las fuerzas de las armas, recurrian finalmente »a los ardides para engañar y conseguir las treguas »con el pretesto de una paz muy incierta; por lo cual »no convenia en que se les concediesen en tales circunstancias.» Otra máquina fue intentada por Matías y los estados, esto es, por el príncipe de Orange, á fin de desvanecer de cualquier modo la tempestad que le amenazaba. Comenzaban á fluctuar las cabezas del partido ortodoxo, y á inclinarse al partido del rey, promoviéndolo Felipe Pardies, señor de la Mota, gobernador de Gravelinas, que por sus particulares discordias habia desamparado al de Orange. Este, pues, deseaba tener muchos compañeros que siguiesen su ejemplo, para que la religion no fuese arruinada enteramente. Aborrecia á Alenzon y á los franceses, perpétuos enemigos de la patria, y á aquella pestilente sentina de hombres arrojados de Francia por los tumultos que suscitaban en ella. Por tanto no cesaba de exhortar y amonestar á que volviesen á la gracia de un rey tan clemente, pues bajo de su imperio conservarian íntegra la religion y estarian á cubierto los bienes y fortunas de todos. Como estas razones fueron oidas con gusto de muchos, impetró del rey don Felipe una cédula, en que le daba facultad para componer las cosas, y para tomar prestada una gran suma, y tambien escribió cartas á los grandes llenas de benevolencia, para que depusiesen el temor los que se hallaban acusados de su misma conciencia. Esto conmovió mucho al de Orange, que no omitió ningun cuidado ni diligencia, y se valió de todas las artes buenas y malas para sostener el partido. Finalmente no pudiendo adelantar cosa alguna hizo relacion de este negocio á la junta de Colonia á fin de impedirlo. Pero como en ella se tratase de restituir la paz á Flandes, nada podia ser mas grato para los pacificadores que el que una parte se volviese á la amistad y concordia con el rey. El César aunque al principio lo llevó á mal por haber dado oidos al príncipe de Orange, sin embargo, luego que examinó atentamente el negocio, alabó el consejo del partido católico, pues con él seria mas fácil concluir la paz, dando la parte mas sana el ejemplo de pacificion. Aquí se echó de ver la astucia fraudulenta de Orange, que á la verdad nunca estaba mas distante de la paz, que cuando aparentaba deseos de reconciliarla, estando acostumbrado á vestirse de todos los semblantes y colores por la sutileza de su ingénio, por su inclinacion á novedades, y por el ansia que tenia de dominar.

Adelantábase el tratado de la pacificacion por los esfuerzos de Mateo Murla, obispo de Arras, de Noircarme, y otros hombres fieles al rey, y habiendo tenido un congreso en el monasterio de San Vedasto, cerca de Arras, se ajustaron al fin las condiciones en veinte capítulos que contenian el edicto perpétuo y la alianza de Gante, añadiéndose solo algunos pocos artículos. Prometió Mota en nombre del rey doscientos cinco mil escudos para la paga de las tropas que mandaba Montigni, y habiendo pasado inmediatamente los diputados al campo del príncipe de Parma, que los recibió espléndidamente, le dieron cuenta de su comision. Despues de algunas disputas admitió y juró el Parmesano las condiciones, modificándolas algun tanto, con grande alegría y regocijo de todos, y con mucha salva de artillería.

Por este tiempo se hallaban colocados los mas gruesos cañones de batir en la brecha del muro de Mastrich, y sin embargo no daban los enemigos señal alguna de temor. No dejaban los nuestros dia y noche de velar en todos los puestos y cuerpos de guardia, y de pelear cuando era necesario sin cuidado alguno de la vida, y en uno de estos encuentros pereció el conde de Higiers atravesado de una bala. Pero habiendo acometido por las ruinas de los muros fue vengada su muerte con mucha sangre de los enemigos. Trabóse la pelea en varias partes á un mismo tiempo con estraordinario ardor, cayendo un gran número de enemigos en las ruinas, como si aun despues de muertos quisiesen impedir la entrada. Finalmente habiendo tomado los nuestros el ángulo del baluarte, se refugiaron á otro interior como á una áncora sagrada en medio de tan gran tormenta, quedando muy consternados con la desgracia de Tapin, que fue herido de una piedra, y cayó sin sentido. Pero deseoso el de Parma de conservar la ciudad, les hizo intimar que prefiriesen con una pronta entrega esperimentar la clemencia que la ira del vencedor.

Apenas pudo escapar vivo el trompeta de las manos de aquellos furiosos, cuyos ánimos no cesaban de inflamar sus falsos ministros con exhortaciones sediciosas, y estaban obstinados en morir.

Entretanto que se disponia el asalto general para el dia siguiente, que era la fiesta de San Pedro y San Pablo, deseoso Alonso García de saber lo que hacian los enemigos, se introdujo en la ciudad por una parte de la trinchera que no estaba guarnecida, y no halló ninguna centinela despierta, ni ronda alguna; los soldados de los cuerpos de guardia estaban echados por el suelo, en una palabra, todo se hallaba en el mayor descuido; y vuelto á sus compañeros al amanecer, les declaró lo que habia visto. Con esta noticia abrieron mayor brecha; inmediatamente se apoderaron de la planicie, y otros con escalas subieron á las fortificaciones. Escitados los enemigos con el ruido, no se olvidaron de sí mismos, y aunque fueron sorprendidos, pelearon atrozmente por sus aras y hogares. A la voz que corrió de que habia sido tomada la ciudad, volaron á ella los soldados desde el campo, y no pudiendo los enemigos sostener el ímpetu, aflojó poco á poco la pelea, y á esto se siguió la fuga y la confusa mortandad de los vencidos, á pesar de los esfuerzos de los capitanes para estorbarlo. La ira del vencedor hizo un grande estrago en los que huian por el puente de Wica; otros fueron derribados á tierra por los mas valerosos, otros precipitados al rio, y muchos de ellos muertos. Toda la ciudad presentaba un horroroso espectáculo, y no se veia otra cosa que cadáveres tendidos por las calles, armas y todo género de instrumentos de guerra, y el suelo cubierto de sangre. Los que estaban en el otro campo con Mondragon, habiendo oido el tumulto acudieron á los muros, derribaron las puertas, hirieron y mataron todo cuanto encontraron, y casi toda la guarnicion fue pasada á cuchillo. Tapin fue conducido al príncipe de Parma, y poco despues murió de su herida. Alonso de Solís sacó de la guarida donde estaba oculto á su compatriota Manzano, y habiendo sido sentenciado á pasar por las baquetas de los españoles, como deshonra y oprobio de su nacion, pereció en la carrera. Los ministros calvinistas temerosos del castigo que les esperaba, fueron verdugos de sí mismos precipitándose en el rio. Se asegura que en la pelea y en el último estrago perecieron ocho mil de los enemigos, y mil quinientos de los del rey, habiendo durado el sitio cuatro meses. Los pocos ciudadanos que habian quedado fueron atormentados por los soldados que corrian al saqueo para que descubriesen sus riquezas, compitiendo en ellos la avaricia y la crueldad, hasta que el príncipe de Parma se lo prohibió por un edicto. Despachó luego á Mondragon con cartas para el rey don Felipe en que le daba noticia de la victoria, y convalecido de una enfermedad que habia padecido poco antes, fue introducido en una silla de manos por la brecha del muro en la ciudad, despues de haberla limpiado, siguiéndole el ejército á la manera de un triunfo. Comenzó inmediatamente á restablecer la abolida religion, ordenó las cosas públicas de la ciudad, y puso en ella guarnicion.

CAPITULO III.

Continúan las negociaciones de la paz. Nuevas turbulencias de los hugonotes de Francia. El rey don Enrique de Portugal trata de nombrar sucesor. Pretendientes á esta corona.

La fama del estrago de Mastrich causó gran terror en toda Flandes, y esta victoria inflamó los ánimos. Los católicos de Bolduc habiendo tomado las armas arrojaron de la ciudad á los herejes, y se juntaron á los realistas, cuyo ejemplo siguió Malinas, y á una y otras envió socorros el príncipe de Parma. Los esfuerzos de los habitantes de Brujas fueron inútiles, pues se hallaron oprimidos por sus adversarios que introdujeron en la ciudad algunos soldados armados. Villabruc fue tomada por Favio Gata, napolitano, y derrotada su guarnicion. Cerca de Malinas acometieron los enemigos una noche á las tropas del rey y las pusieron en fuga; pero habiendo recogido Olivera parte de ellas, embistió de repente contra el enemigo que estaba descuidado y ocupado en la presa, y consiguió el Español una célebre victoria, habiendo hecho prisioneros á mil y quinientos de los enemigos y seiscientos caballos. No pocos fueron asesinados en los bosques y cabañas por los labradores que siempre persiguen á los derrotados. Recobróse toda la presa, y muchos despojos de los enemigos, y solo murieron cincuenta de los vencedores. Gozoso el de Parma con esta victoria, dió á Olivera el mando de un escuadron de caballería, porque con su valor y consejo habia enseñado á vencer á un ejército vencido, y le dió una patente para que constasen sus hazañas.

Ardia la Frisia en discordias civiles. Los nobles defendian las partes del rey, y la plebe estaba por los estados, ó por la libertad de conciencia, de tal modo que no sin razon dijo Lipsio en su libro de Constancia: «No solo hay entre nosotros partidos, sino partidos nuevos de partidos. Tales son los de aquí, tales los que hubo entre los de Hainault y Gante.» De esto se siguieron derrotas, peleas y muertes, espugnaciones de lugares fortificados, destruidos y despues restablecidos. Las cosas del partido real se pusieron en mejor estado por la habilidad del duque de Terranova que atrajo á él con honrosas condiciones al conde de Renneberg, gobernador de la provincia.

Despues que en Colonia se disputó largo tiempo sobre las condiciones de la paz, las propusieron por escrito muy equitativas los legados del César, y fueron aprobadas por Ariscot y algunos de sus compañeros; y habiéndose enviado á las ciudades, las recibieron las de Bolduc y despues los de Groninga, aunque á pesar de los magistrados, habiéndose sublevado la plebe. Los de Valenciennes se juntaron á los de Hainault, y los demás los rechazaron y detestaron. Los estados no dieron respuesta alguna, de que se dieron por muy ofendidos los legados. Tal fue el fruto que produjo la junta de Colonia que se disolvió á los siete meses; echando los estados la culpa á los españoles, y estos á aquellos de no haberse concluido la paz. Ariscot y sus compañeros, que aprobaron al principio las condiciones, las suscribieron al fin, y separándose de los estados, cuya mala inteligencia conocian, volvieron á entrar en la gracia del rey. El duque de Terranova despues de la partida de los legados se detuvo en Colonia de órden del rey para hacer volver á la debida obediencia á las ciudades con dádivas y promesas; y finalmente habiendo sido llamado á España, fue hecho virey de Cataluña en premio de sus hazañas.

Gozoso el de Parma por haber atraido al partido del rey á tantos grandes, provincias, ciudades y ejércitos, no cesaba de amonestar á don Felipe con cartas y mensajeros que pusiese todos sus conatos en las cosas de Flandes, ya que caminaban con próspera fortuna. Pero lo que mas cuidado le daba era sacar á los españoles de Flandes, así por otras causas, como por la lealtad y valor de aquella veterana milicia, con la que esperaba vencer los peligros mas árduos, y sujetar las provincias al imperio del rey don Felipe con mucha gloria de su nombre. Esto lo pedian los grandes con mucha instancia, segun se habian pactado en las condiciones bajo la palabra real, sin que admitiesen ninguna escusa, pues además del antiguo odio, se interesaba en ella su conveniencia, porque de este modo recaerian en ellos los premios de la milicia que gozaban los guerreros estraños. No

se oponia el rey don Felipe á este pensamiento; antes respondió le seria grata la salida de los extranjeros, y á fin de que no hubiese detencion alguna, envió mucho dinero para pagar las deudas.

Entretanto los hugonotes, hombres inquietos, desleales y habituados á sacar ganancia de la guerra, no pudiendo sufrir por mas tiempo el ocio, pensaron de nuevo en tomar las armas. Por el contrario el rey Enrique procuraba mitigar su furor con las artes de la paz, y con obras piadosas incitarlos á seguir su ejemplo, y aprovechó tanto por este medio, que desde que se hizo la paz se convirtieron muchos mas hugonotes á la religion católica, que en todos los años precedentes de guerra, mortandad y sangre. De aquí se ve claramente cuan amiga es la verdadera piedad de la tranquilidad, contra el error de aquellos que despreciando la cristiana mansedumbre, juzgan que debe propagarse la doctrina de Cristo, manso cordero, con el terror de las armas. Dedicado pues á estas cosas instituyó el orden de Sancti Spíritus con beneplácito del pontífice, habiendo abolido el de San Miguel. Fueron creados caballeros de esta nueva órden veinte y seis grandes, y el rey se declaró por su primer gran maestre. Los hugonotes introdujeron sus armas en Aviñon con infeliz éxito, y despues en las fronteras de España para tomar por asalto á Fuenterrabía; pero en ambas quedaron torpemente vencidos por el valor y vigilancia de los gobernadores. En el territorio de Leon fueron muertos algunos por los católicos; hubo correrías y escaramuzas entre unos y otros, y se tomaron algunos pueblos fortificados.

Mientras tanto el rey don Felipe no omitia cosa alguna á fin de unir á su corona el reino de Portugal, el que ciertamente no negaban los jurisconsultos portugueses que le pertenecia por derecho de sangre, como hijo de doña Isabel, hija mayor del rey don Manuel. Por lo cual pedia ser declarado sucesor en atencion á la avanzada edad y achacosa naturaleza de don Enrique, para evitar que si fallecia, lo que era muy temible, no se hallase espuesto aquel floreciente reino á ser presa de los pretendientes. Don Pedro Giron, duque de Osuna, pasó a congratular al rey don Enrique por su elevacion al trono, y desde Lisboa marchó á Setuval para visitar y consolar á Magdalena su hermana, viuda del duque de Aveiro. Volvió otra vez á la córte, y amonestó á don Enrique, que tambien le habia mandado el rey don Felipe, que en la sucesion del reino tuviese presente que su derecho era el mas sólido. Llevó á mal don Enrique que con la presencia de tan poderoso pretendiente se le privase de la libertad de elegir; y tambien era molesto á los portugueses por los antiguos zelos y discordias que habia entre ambas naciones. Por tanto, aunque por su propia voluntad, á causa de sus muchos años, deseaba dejar arreglado el negocio de la sucesion del reino, sobre lo cual le estrechaban los portugueses, habiendo tomado consejo de algunos pocos, lo dejó para otro tiempo, á fin de que ventilados entretanto los derechos de los pretendientes, pudiese deliberar con mas seguridad y acierto. A la verdad parecia inclinarse por su particular afecto á Catalina, hija de Eduardo, nieta de don Manuel, que se hallaba casada con el duque de Berganza. Pero se decia que debia preferirla el Saboyano, nacido de Beatriz, hija de don Manuel; y los grandes por emulacion despreciaban al de Berganza. Tambien alegó sus derechos Ranuncio, hijo de Maria, nacido del mismo Eduardo, habiendo enviado al obispo de Parma para que los reclamase; pero lo hizo de tal suerte que manifestaba hallarse sujeto en todo al rey don Felipe. No se hizo aprecio alguno de la peticion de Catalina, reina de Francia, como descendiente de Roberto, conde de Boloña, cuyo derecho no solo era anticuado, sino falso. Finalmente Antonio, prior de Ocrato, hijo espurio de Luis, hermano de Enrique, y habido en una manceba de padres judíos, y ínfimos mercaderes, no dejaba piedra por mover para apoderarse del cetro, lo que irritó de tal modo á don Enrique, que no solo no declaró rey á este hombre tan indigno, sino que le mandó salir desterrado.

Finalmente para resolver cuanto antes este negocio, mandó juntar córtes en Lisboa, y en ellas se acordó citar á los pretendientes, á fin de que cada uno espúsiese sus derechos, esceptuando y escluyendo á la madre del rey de Francia. Y porque se advertia que don Enrique estaba muy cercano al fin de su vida, y para que no padeciese el reino con la falta de su cabeza, se nombraron en secreto cinco personas que gobernasen en la vacante, hasta que fuese declarado con certeza el sucesor. Eligiéronse ademas once jueces para que decidiesen la causa de la sucesion en caso que Enrique falleciese antes de concluirse el pleito. Esto á la verdad pareció ridículo á los castellanos, pues con aquel hecho daban á entender los portugueses, que aun despues de la muerte del rey sobrevivia su jurisdiccion. Tratóse tambien de casar al rey, á lo cual no se inclinaba aquel viejo todo cubierto de canas y con un pié en el sepulcro, y todos estos esfuerzos los hacian los portugueses para escluir del reino á don Felipe. Concluidas las córtes, se vió mas enredado que aclarado el negocio de la sucesion; pues fluctuando entre el odio y el miedo, ni admitian al rey don Felipe, ni tampoco se atrevian á reprobar sus derechos. Pero este entretanto solicitaba, prometia, y finalmente, se valia de todos los medios para que se declarase por sucesor al reino sin recurrir al estruendo de las armas; á cuyo fin nombró por sus ministros á Cristóbal de Moura, noble de Lisboa, á Guardiola, Vazquez y Molina, hombres de mucha probidad y esperiencia. No cesaba de enviar embajadas á don Enrique, manifestándole sus derechos, que habian sido examinados escrupulosamente en Salamanca y otras partes. Persuadido por el carácter de los portugueses, de que no podria obtener cosa alguna sin las armas, procuró disponerlas con mucha diligencia, y habiendo mandado á los gobernadores de Italia que en una armada bien equipada embarcasen el ejército, que se componia de españoles, italianos y alemanes, le distribuyó por las costas de Andalucía y otros parajes, mientras que llegaba la ocasion de ponerlo en movimiento. Y para que entretanto no turbasen los otomanos la quietud de Italia, ajustó treguas por dos años con Amurates, que tambien las deseaba por igual causa, pues habia declarado guerra á los persas; estas treguas se prorogaron despues por mediacion de Juan Mariñan, noble milanés, por otros tres años, con utilidad de ambos príncipes. En este año falleció Luis Camoes, esclarecido poeta portugués y valeroso soldado. Hizo su primera campaña en Ceuta, donde perdió un ojo en un combate con los moros. Navegó despues á la India, á la estremidad del Oriente y á la China, habiendo tolerado muchos trabajos y peligros. Finalmente, volvió á Portugal y vivió poco tiempo en el celibato con una mediana fortuna. Los hombres doctos ilustraron sus Lusiadas con comentarios, distinguiéndose entre estos los de Faria de Souza, que son no menos prolijos que eruditos.

CAPITULO IV.

Salen de Flandes las tropas extranjeras: es declarado gobernador el Parmesano: apodérase con las armas de algunas ciudades rebeldes: llaman los estados al duque de Alenzon, y el archiduque Matias se retira á Alemania.

Por este tiempo se hallaba otra vez el príncipe de Parma con el cuidado de despedir de Flandes la tropa extranjera y pagarla sus sueldos. Comenzó por los borgoñones, que eran los mas obedientes, y despues

fueron enviados los españoles y italianos, no sin alguna dificultad, á causa de su obstinacion, porque no se les satisfacian los estipendios devengados, á los cuales se les pagó el resto en la Lombardía. Finalmente, los alemanes, que eran en mayor número, apenas se les pudo aplacar con parte del dinero que se les dió de contado, y lo demás se les libró para que lo cobrasen en la feria de Francfort. De esta suerte fue sacada de Flandes la aborrecida tropa á fines de marzo del año de 1580, y quedó sin fuerzas algunas, como si le hubieran cortado los nervios. En el distrito de Luxemburg se detuvo un cuerpo de alemanes, no sin daño de su territorio, el que habiendo sido llamado otra vez á los reales, hizo despues heróicas hazañas. Quedó en el campo la caballería albanesa que mandaba Jorge Basta, capitan veterano y de esperimentada fidelidad, y tambien algunos pocos italianos, para que el ejército no se hallara enteramente destituido de caballos. Despues de esto fue llamado el de Parma á Mons por repetidas instancias de los grandes, y le recibieron con pompa magnífica, y habiendo hecho el acostumbrado juramento fue declarado gobernador de Flandes. Procuró completar las tropas con nuevas reclutas, á cuyos soldados llaman walones los historiadores. Inmediatamente introdujo su ejército en el territorio de Cambray, y espugnó algunos pueblos. Consternado de su cercanía el gobernador de la fortaleza de Cambray, envió á pedir socorro al duque de Alenzon. Apoderóse este de la fortaleza, y el gobernador fue arrojado de ella por los franceses (en premio de haberla entregado) y tambien el obispo Barlemont, y todos los demás que rehusaban jurar á Alenzon por señor de la ciudad. Hiciéronse la guerra con mucha actividad los walones y bravanzones, y se causaron unos á otros recíprocos daños. Por astucia de Montigni fue tomada Courtray, ciudad noble y antigua, asiento de los centrones. No fue duradero el gozo de Nuan por haber obligado á Ninova á entregarse con Egmont y su hermano, que poco antes se habia pasado al partido del rey. Inmediatamente se resarció este daño, habiendo sido hecho prisionero en Anglomunster cerca del rio Mandra, el mismo Nuan, y el legado Marquet con muchos nobles, por Roberto de Melun que mandaba la caballería, á quien el rey habia condecorado con el título de marqués de Risbourg, el cual derrotó en batalla y puso en fuga sus tropas. En uno de estos combates fue hecho prisionero por engaño de los franceses Noircarme, gobernador de Saint Omer, que acabó su vida en prision, y fue hombre no menos fuerte que fiel al rey.

Para refrenar á los franceses sitió Risbourg á Cambray, y tuvo con ellos algunos encuentros, que aunque no grandes, le fueron favorables. Fue acusado de traicion Hesio, que se habia pasado al partido del rey, por haber maquinado muchas cosas con el duque de Alenzon contra su príncipe, y no habiéndose purgado de este crimen, le degollaron en Quesnoy, sin sentimiento alguno de los flamencos que le aborrecian por sus perversas costumbres. El de Parma adjudicó los bienes de este á su hermana con mucha alabanza de la benignidad real, que no sacaba ningun lucro para el fisco de la calamidad de sus súbditos. Hallábanse las cosas mas revueltas en los confines de la Frisia y Gueldres. Renebur sostenia á Groninga mas con el honor que con las fuerzas, despues que fue derrotado y puesto en fuga el socorro que habia enviado con presteza el Parmesano. El duque de Terranova, que se hallaba todavía en Colonia, ocurrió al peligro habiendo dado dinero á Martin Schench, varon intrépido, y á otros capitanes muy valerosos. Estos pues reclutaron prontamente algunas tropas, y juntando las de las guarniciones cercanas, y un escuadron de albaneses enviado por el de Parma, marcharon al enemigo. Holach, que tenia sitiada la ciudad, ordenó sus tropas en batalla. Peleóse con el mayor esfuerzo, exhortando los capitanes á los suyos con la voz y con su ejemplo, y aunque al principio estuvo indecisa la victoria, se declaró al fin por los realistas, habiendo sido muertos mil y quinientos de los enemigos con muchos capitanes y algunos pocos prisioneros, y de los del rey se refiere que solo murieron cincuenta y dos. Aunque Holach se vió despojado de sus reales, reparó sus tropas con grande ánimo para esponerlas otra vez al peligro; pero cayó entre las manos de Renneburg en el mes de agosto, y peleó desgraciadamente: volvió de allí á poco tiempo á fin de borrar la ignominia de las dos pérdidas anteriores, y acometiéndole el mismo Renneburg con igual fortuna, fue derrotado en las lagunas de Bontanges. Gozoso Renneburg con tantas victorias, emprendió con todo esfuerzo espugnar á Steinvic, ciudad muy fortificada, valiéndose tambien de la bala roja que habia sido inventada poco antes en la guerra de los polacos contra los moscovitas por Domingo Ridolfino, natural de Camerti, hábil ingeniero. Tuvo frecuentes peleas con la guarnicion, que hizo algunas salidas, y con el inglés Norris, que habia venido aceleradamente con tropas para socorrer á los sitiados, y tomó Renneburg algunos lugares fortificados; habiendo levantado el sitio de Steinvich, no tanto por la fuerza de los enemigos, cuanto por la obstinacion de sus soldados.

Entretanto el rey don Felipe habia hecho publicar en Flandes la proscripcion del príncipe de Orange, irritado en estremo de haber padecido tantos agravios de un cliente á quien él y su padre el César habian levantado á las principales dignidades y puestos, que fue lo mismo que abrigar una serpiente en el seno. Mas para que no faltase quien ejecutara la sentencia pronunciada contra él, le prometió al que matase á este malvado veinte y cinco mil escudos de premio, y la nobleza de su familia. Sus multiplicados delitos dieron causa á esta severidad. Habia adelantado tanto con los estados confederados, amonestando y exhortando para que confiriesen á Alenzon el principado de Flandes, y abjurasen al rey don Felipe, como que le habia arruinado, quebrantando sus leyes, que al fin venció por su importunidad sin respeto alguno al derecho divino ni humano. Los estados despojándose de todo pudor enviaron una embajada al duque de Alenzon; y Aldegundo, que era el principal ministro, trató con el Francés acerca del principado bajo de ciertas condiciones, disimulándolo el rey Enrique su hermano. Llevó muy á mal el archiduque Matías el precipitado consejo de los estados, y se quejó en sus cartas de que le habian burlado indignamente. Pero habiéndole dado dinero de lo que robaron á las iglesias para que pudiera mantenerse con decoro, dejó de quejarse, y dispuso su partida. Habia ya comenzado á debilitarse su autoridad, desde el punto que los estados conocieron que no producia efecto alguno su astuto proyecto de introducir la discordia entre los dos austriacos, aleman y español, como lo esperaban, habiendo propuesto al primero un premio tan grande. El César Rodulfo, aunque se decia que codiciaba la Flandes, rehusaba implicarse en una guerra. Por tanto, no habiendo dado socorro alguno á su hermano Matías, y habiéndose purgado de toda sospecha para con el rey don Felipe, evitó la guerra y se burló de los estados. Finalmente hostigado Matías de aquellos hombres, renunció el título de gobernador, y en el año siguiente se volvió á su hermano sin haber adquirido gloria alguna.

Por este tiempo afligió una gran calamidad á Malinas por la pertinacia de los ciudadanos en no recibir una guarnicion dentro de los muros; pues introducidos en ella los enemigos, no sin fraude de algunos traidores, segun corrió entonces la fama, tuvieron necesidad de pelear en las calles, corriendo al ins-

tante á las armas los ciudadanos que permanecian fieles. Luego que fue tomada la ciudad, fue entregada al saqueo del soldado por espacio de un mes, y se distinguió principalmente el furor de los ingleses, que no perdonando ni aun las lápidas sepulcrales, las enviaron á Inglaterra con los demás despojos. De este modo la Flandes por su contumacia contra el príncipe se veia hecha presa de diversas naciones. Habia llegado á Namur la princesa Margarita de Parma, á quien confirió de nuevo el rey don Felipe el gobierno de Flandes, pues asegurado en la alianza últimamente contraida, se ajustó que dentro de seis meses saldria de Flandes Alejandro Farnesio, y seria puesto en su lugar otro príncipe de la sangre real. Este proyecto fue obra del cardenal de Granvela, así por otras causas, como porque la prudencia y mas suave carácter de aquella señora esperimentada, eran mas oportunos para gobernar á unos pueblos exasperados con la guerra. Pero de tal modo habian comenzado los grandes á amar á Alejandro, atraidos por su valor y humanidad, que les pesaba muy de veras haber propuesto aquella condicion. Por esto pues se anuló á peticion suya el decreto del nombramiento de Margarita, y fue confirmado Alejandro en el gobierno, habiéndole escrito el rey cartas muy honoríficas. Sin embargo, permanecia don Felipe en su resolucion de que la madre gobernase los negocios civiles, y el hijo los militares. Pero no llegó á tener efecto alguno, porque Alejandro le hizo presente que esto seria perjudicial á la república, y causa de muchas discordias, no tanto por la emulacion entre él y su madre, cuanto por la perversidad de los facciosos, que combatian entre sí mismos por sus opuestas pasiones. No obstante por voluntad del rey permaneció Margarita en Namur por espacio de tres años, á fin de que no pareciese haber sido llamada en vano, y despues regresó á Italia.

El pontífice y el rey don Felipe determinaron enviar á los católicos de Irlanda los socorros que les pedian para mantener la religion contra los calvinistas que lo trastornaban todo. A este fin envió el pontífice treciento soldados mandados por un cierto Sebastian, condecorado con el título de marqués de San José; y á estos añadió el rey don Felipe otros seiscientos, y gran número de armas, de que tenian necesidad, con víveres y dinero para la paga. Arribaron prósperamente á Irlanda en seis navíos, y edificaron el castillo de Smervich, muy fortificado por el arte y su situacion. Pero temeroso el comandante de que en breve le sitiarian los enemigos, y para que no llegasen á faltarle los víveres, envió cerca de trescientos hombres á España en tres navíos. Habiendo recibido Grey, gobernador de la isla, socorros de Inglaterra, comenzó con grande esfuerzo á combatir la fortaleza por mar y por tierra, aunque con poco efecto. Pero San José, hombre cobarde, y mas deseoso de la vida que de la honra se consternó estraordinariamente, y buscaba una guarida donde esconderse. Los españoles y los italianos endurecidos en la guerra procuraban en vano animarle á la defensa, y al fin con detestable infamia entregó la fortaleza al inglés bajo de ignominiosas condiciones, poniéndose á salvo él y sus amigos. Habiendo entrado en ella los calvinistas á fines del año, pasaron á cuchillo la guarnicion escepto algunos pocos, y de este modo perecieron tantos hombres valerosos por la cobardia y perfidia de uno solo, y se desvanecieron como el humo las grandes esperanzas que se habian concedido de aquella espedicion.

CAPITULO V.

Muerte del rey don Enrique de Portugal. Discordias sobre la eleccion de sucesor, y guerra que hace don Felipe para defender sus derechos.

El rey don Enrique de Portugal se hallaba agitado de muchos cuidados; pero tanto menos adelantaba el negocio de la sucesion, cuanto mas lo promovia. Tambien habia declarado su accion á Antonio, prior de Ocrato, contra quien se mostró antes tan implacable en observancia de las leyes que escluyen de la corona á los espurios, y habia convocado córtes en Almeirin para que en ellas se eligiese por los votos de los estados el sucesor legítimo. Esto fue lo mismo que encender mas vivamente los ánimos inquietos con opuestas pasiones, dando potestad para deliberar á los que no tenian derecho alguno para ello. Aunque se trasladó á Almeirin no pudo asistir á las córtes por su débil salud; mas á fin de evitar enteramente los males que preveia se originarian de la discordia, envió personas que diesen á entender á los vocales que seria muy conveniente conferir el reino á don Felipe de buena voluntad, para evitar los males de la guerra, y atender al bien del estado. Abrazaron tan saludable consejo muchos obispos y grandes del reino, que guiados de la razon se inclinaban al rey don Felipe. Pero el estado general, que tenia grande afecto á Antonio, al paso que los buenos favorecian al rey don Felipe, clamaban mas furiosamente que la corona de Portugal no se conferiria á ninguno por derecho de sangre; y por tanto queria que el rey mandase que el pueblo usase del derecho que le pertenecia, y que se eligiese por votos. Temeroso don Enrique de la insolencia de estos hombres, y no obstante las reclamaciones de los embajadores del rey don Felipe, les concedió para contentarlos el término de dos dias, dándoles potestad para que alegasen las razones por donde constaba pertenecer al pueblo el derecho de elegir rey. Gozosos los plebeyos con esta condescendencia, y como si ya hubiesen vencido el pleito, vociferaban públicamente que darian el reino á otro cualquiera antes que al Castellano. Juntáronse á ellos algunos de la nobleza, y muchos eclesiásticos con don Juan de Portugal, obispo de Idaña. Entretanto que para sostener su derecho hacian los plebeyos estraordinarios movimientos, don Enrique que ni tenia fuerzas, ni ánimo para tolerar tanto peso, falleció á los sesenta y nueve años de edad, en el mismo dia en que nació, que fue en treinta y uno de enero, habiendo reinado diez y siete meses. En él acabó la línea masculina de los reyes de Portugal, que descendia del conde Enrique. Su cuerpo fue sepultado con régia pompa en la iglesia del monasterio de Belen.

Los gobernadores comenzaron á mandar con menos concordia de la que convenia, y los embajadores pedian con mucho esfuerzo que confiriesen el reino á don Felipe, á quien la prerogativa de su nacimiento daba la preferencia sobre los demás, sobre cuyo punto escribieron con grande empeño los portugueses y los extranjeros. Tres de los gobernadores, Mascareñas, Saa y Sousa favorecian al rey don Felipe: el arzobispo de Lisboa parecia que se mantenia neutral; y Tello que hasta ahora no se habia manifestado adicto á ninguno, se declaró por el partido de la plebe. De la discordia nació la dilacion; á esto se juntaba la dulzura de mandar, ni tampoco les faltaban otras causas, como eran la de examinar los peritos los respectivos derechos, y la de convocar nuevas córtes. Instaban sin embargo los embajadores castellanos, persuadiendo, exhortando y prometiendo no solo á todos juntos, sino á cada uno en particular, y además de la justicia de la causa, ostentaban la benignidad del príncipe, y les proponian las condiciones con que se habian convenido entre ambos reyes con grande utilidad de la nacion. Pero todo era en Portugal confusion y trastorno, y todo se dirigia por impulso de la multitud, que cuanto menos comprende la dificultad de las cosas, tanto mayor es su insolencia en revolver y perturbar la república. Sostenido Antonio por esta turba de hombres, solicitaba el reino con derecho ó sin él, estando resuelto á invadirle sino se le daban. Parecia que los gobernadores tenian el lobo á las orejas,

y no trataban cosa alguna de comun acuerdo, desconfiando recíprocamente los unos de los otros. Mas para dar alguna señal del mando é imperio que tenian, enviaron ciertos hombres á las provincias para que velasen contra los esfuerzos de los enemigos, no habiéndoles entregado ejército alguno, ni dinero para la paga de las nuevas reclutas. Los socorros estranjeros en que tenian grande esperanza, no parecian por ninguna parte. Finalmente, ardiendo todos en deseo de guerra, les faltaba lo necesario para hacerlo. Por el contrario, el rey don Felipe tenia prevenidas armas, ejército, víveres, dinero y armada, y solo se echaba menos un general, porque aun no habia nombrado ninguno. La vigorosa vejez del duque de Alba era justamente preferida á todos, y habia mucha esperanza de que con el valor y prudencia de este hombre célebre, se conseguiria fácilmente el intento. Habiéndole, pues, sacado el rey de la cárcel en que le tenia preso á causa de las bodas del primogénito, el cual para contraerlas habia quebrantado por consejo de su padre la custodia en que se hallaba, contraviniendo á una órden espresa del rey, le nombró generalísimo y le mandó marchar inmediatamente al campo sin haberle dado permiso para venir á saludarle. Tanta era la confianza que el rey tenia de su lealtad.

Dispuestas que fueron todas las cosas, pasó á Guadalupe siguiéndole la reina, y allí mandó celebrar las exequias del rey don Enrique. Llegaron de Portugal los embajadores Gaspar Casal, obispo de Coimbra y Manuel de Melo, suplicándole que se abstuviese de usar de la fuerza de las armas, hasta que los jueces electos decidiesen del reino, á los cuales el rey les respondió: «que él daba leyes y no las recibia, y que »no se sujetaba al juicio de ninguno: que procura»sen recibirle pacíficamente, pues queria alcanzar »el reino mas por la equidad que por la sangre, y »mas por la justicia que por las armas, y que no pen»sasen que lo recibia de su mano, sino de la de Dios »Todopoderoso, y por su propio derecho: que no tenia »prevenido el ejército para hacerlos ninguna injuria, »sino para rechazarla en caso que para su propia ruina »deseasen venir á las manos. Finalmente, que con»siderasen que los que se entregan son tratados con »mas suave imperio, que los que son conquistados y »obligados con las armas á hacerlo.» Partióse de allí despues de haber cumplido sus promesas, y no dió otra respuesta á los embajadores, aunque en el camino volvieron á instarle; antes bien escribió cartas á los magistrados, exhortándoles á que desistiendo de su contumacia, mirasen por sí á un tiempo oportuno.

En Lisboa tomó á su cargo la defensa de la ciudad Tello que era enteramente adicto al partido del pueblo; y lo primero que hizo fue exigir por fuerza cien mil ducados á los comerciantes para los gastos de la guerra, y recoger otras sumas de varias partes; y entretanto no dejaba de exhortar al pueblo á la defensa de la comun patria; y se dedicaba con mucho conato en reclutar tropas, y en proveer y guarnecer las fortalezas. Por otra parte Antonio, prior de Ocrato, que tenia tanta esperanza de alcanzar el reino, no se olvidaba de sí mismo. Visitaba, rogaba, prometia, y hacia todo lo demás que acostumbran los ambiciosos, y en lo mismo se ocupaban los nobles que seguian su fortuna. Era de admirar el afecto que le tenia la plebe, inclinada siempre á lo peor. Pero no le quedaba apoyo alguno en los gobernadores, cuyos ánimos se manifestaban ya inclinados á don Felipe, aunque no se atrevian á declararle el reino, por temor de que la multitud consternada no acudiese á las armas. Deseaban salir de Almeirin; pero no les era posible hacerlo contra la voluntad del pueblo. Finalmente habiéndose valido de una ocasion que se les presentó, se pasaron á Setubal, villa marítima y fortificada, para poderse poner á salvo en la armada del rey en caso necesario. Algunos se inclinaban al duque de Berganza; pero con muy poca esperanza, por lo cual aguardaba con tranquilidad la decision de los jueces para tomar despues sus medidas.

En este estado llegó al fin el rey don Felipe á Badajoz en el mes de mayo: inmediatamente hizo revista del ejército, que se componia de tres mil españoles veteranos, siete mil de nueva recluta; cuatro mil y quinientos italianos, mandados por Pedro de Médicis, hermano del gran duque de Toscana, y tres mil alemanes que conducia su general Gerónimo, conde de Londronio. Confirió el duque de Alba á don Fernando su hijo el mando de mil quinientos caballos: nombró maestre de campo á don Sancho Dávila, y á don Francisco de Alava comandante de la artillería. Seguian el ejército un gran número de carros y bestias de carga con los víveres y municiones de guerra, y marchaban delante los peones para limpiar y reparar los caminos. Dispuestas ya enteramente las cosas, y viendo el rey don Felipe que cada dia se implicaba mas y mas aquel negocio, y que no habia ningun indicio de que los portugueses desistiesen de su obstinacion, envió con el ejército al duque de Alba, y desató ó cortó aquel nudo gordiano. Yelves y Olivenza se entregaron á Pedro de Médicis, que se adelantó con las guardias del rey. De esta suerte todo se hacia fácil al rey don Felipe, pues todos los pueblos estaban descuidados, como acontece siempre en un reino que en mucho tiempo no ha tenido guerra. Pareció conveniente dejar por entonces á Evora, porque se hallaba tocada de la peste, que se habia estendido en algunos lugares.

CAPITULO VI.

Antonio, prior de Ocrato, es proclamado por rey de Portugal. Entra el duque de Alba: y ríndensele algunas ciudades.

Entretanto habia venido Antonio á Santaren, acompañado de sus amigos, á fin de señalar sitio para levantar una fortaleza. Esta fue la causa que se pretestaba de su venida, pero la verdadera era dar principio á su reinado, apoyado en el amor de sus habitantes. Fue recibido con increible aplauso y regocijo por la multitud, que habia salido á esperarle fuera de las puertas. Allí, pues un zapatero que se hallaba sobornado para ello, levantando un pañuelo en la punta de una pica, lo tremoló como una bandera, y en alta voz proclamó á Antonio rey de Portugal. Siguióle inmediatamente toda la descompuesta multitud, y le saludó por su rey con tantas demostraciones de alegría, que jamás se habia visto en Portugal cosa semejante. Despues de esto, rompiendo apresuradamente las puertas de la casa de ayuntamiento, introdujeron en ella al nuevo rey imaginario y de farsa, y juraron en su nombre. Concluida esta comedia, se puso en camino para Lisboa, siguiéndole la multitud desenfrenada. Recibióle el pueblo con estraordinario aplauso en la puerta de Moreira, y le saludó rey con igual júbilo que en Santaren. Fue conducido en derechura al palacio, donde le juraron solemnemente, y enarbolando las banderas en las ventanas, le aclamaron con infinitos vivas. Los magistrados, aunque aborrecian esta monstruosa catástrofe, no se opusieron á ella, porque á unos les faltaban las fuerzas, y á otros la voluntad. Siguieron este ejemplo otras ciudades y muchos gobernadores de las fortalezas. El duque de Berganza ni se unia á Antonio, ni á don Felipe; y habiéndose retirado á sus estados, esbribió cartas al rey don Felipe, vendiéndole su derecho al reino y su auxilio, los que aquel desechó con generoso ánimo, respondiéndole que á él y á su esposa Catalina, como parienta suya, los trataria con todo género de beneficencia. No pudo Antonio atraer á su partido á los

gobernadores, aunque les envió á Francisco, conde de Vimioso, por lo cual intentó reducirlos por fuerza, juntando á este fin en los campos una gran multitud de gente armada; pero ellos habiéndose embarcado en un navío con muchos nobles, se huyeron á Ayamonte, pueblo situado en el paraje donde desemboca en el mar el rio Guadiana. Desde allí volvieron á Castro Marin, dentro de los confines de Portugal, y declararon á don Felipe por su rey verdadero y legítimo por derecho hereditario, y á Antonio por espúrio, enemigo de la patria, traidor y rebelde. El arzobispo de Lisboa asegurado por su dignidad, no se movió de la capital; pero se puso en salvo Tello, que se habia hecho odioso á ambas partes. Los embajadores del rey don Felipe se escaparon cada uno por donde pudo (habiendo antes regresado á Castilla el duque de Osuna), y llegaron á Badajoz no sin peligro de la vida por el odio de la plebe.

Entretanto los de Setubal habian recibido á Antonio con pompa régia y admirable efecto; y aunque sus amigos le exhortaban á que hiciese la guerra lejos de la capital, no quiso darles oidos, y se volvió desde allí á Lisboa confiado en sus tropas y riquezas, y en la buena voluntad que le tenian los ciudadanos. Comenzó luego á juntar dinero, que es el principal nervio de la guerra; los hombres mas opulentos eran oprimidos con calumnias y despojados de sus riquezas: robó el dinero del público y de los particulares: el oro y la plata se sacaba de los lugares mas escondidos, y se fabricó moneda de estraordinario peso con el nombre de Antonio. Tambien se apoderó de las alhajas reales, y no se abstuvo ni aun de las sagradas. Hizo repartir armas indistintamente á buenos y malos, esclavos y libres, sin escluir á los negros, y los frailes díscolos abandonaban sus conventos, y se presentaban armados y á caballo, con escandaloso ejemplo. Tal era el insano furor que habia cundido por todas partes.

Por el contrario el rey don Felipe dirigia todas sus cosas con la mayor prudencia y circunspeccion. Mandó á los grandes de los dominios confinantes que armasen á sus súbditos para cuidar por todas las cercanías que no se introdujesen víveres algunos en Portugal, ni de allí se permitia salir á nadie sin ser registrado. Mientras tanto que los portugueses se hallaban sitiados por todas partes, entró el duque de Alba en lo interior del reino, y los pueblos y fortalezas se le entregaban inmediatamente. La guarnicion de Setubal se resistió al principio, y se ostentó armada en las murallas. Pero como no hay gente que mas pronto se acobarde, que la que defiende una mala causa, luego que vieron dirigirse contra la villa cuatro cañones, se llenaron de terror, y hicieron la señal de la entrega. El duque de Alba trató bien á los habitantes, habiendo refrenado el militar desenfreno, y se contentó con el suplicio de algunos pocos. Entretanto el marqués de Santa Cruz salió del puerto de Santa María con una armada de sesenta galeras, treinta navíos grandes, y algunos pequeños, y habiéndose apoderado de varios pueblos, llegó á Setubal á tiempo que el duque de Alba combatia la fortaleza. Aterrado Mendo de Mota, su gobernador, con la duplicada fuerza que le invadia, se apresuró á hacer la entrega, habiendo capitulado la libertad de todos sus bienes. Tomáronse tres navíos en el puerto, que habian sido enviados para el socorro de la fortaleza. Desde allí se embarcó el ejército en las naves y algunos pocos caballos, y navegó á Cascaes, donde con ardid y esfuerzo, ó mas bien con feliz temeridad, venció la aspereza del sitio y la superioridad de fuerzas del enemigo, amenazando á una parte y acometiendo á otra; y inmediatamente se hizo dueño de Cascaes, abandonada de sus habitantes. Habiéndose puesto en fuga el ejército enemigo que mandaba Diego de Meneses, se encerró este en la fortaleza con veinte compañeros, y á la verdad con muy mal consejo, pues dirigiendo contra ella el duque de Alba su artillería para espugnarla, de tal modo aterró á los que se habian



Camoens.

encerrado en ella que como no pudiesen obtener condicion alguna de aquel hombre severo, aunque hicieron la señal de la entrega, abrieron las puertas para vivir ó perecer al arbitrio del vencedor. Meneses, que fue hecho prisionero á la entrada de la noche, fue degollado al dia siguiente, y ahorcado el gobernador de la fortaleza con dos compañeros, y los demás destinados al remo en las galeras, para que aprendiesen los portugueses la maldad que cometian en tomar las armas contra su legítimo príncipe. Despues de este suceso, mandó transportar á Setubal la restante caballeria y equipajes, víveres y municiones.

Quedó muy consternada Lisboa con la noticia de haber sido tomada la fortaleza, y sin embargo no sabian que hacer aquellos hombres plebeyos é ignorantes, pues toda la fuerza y valor no pasaba de la lengua. Antonio, falto de consejo, no se determinaba á cosa alguna; pero animado por las exhortaciones de muchos, resolvió finalmente salir al encuentro al duque de Alba para tentar la fortuna de las armas.



Don Sancho Dávila.

Mandó sentar el campo en un paraje oportuno entre Belen y la ciudad, en el cual encerró á la multitud armada, sin querer dar oidos al magistrado de Lisboa, que le persuadia la entrega. Quedóse él en Alcántara en un lugar alto, desde donde vió el estrago del castillo de San Julian, el mas fortificado de todos, al que acometió Alba; pero de ningun modo se movió de allí Antonio para socorrer á los que peligraban. El gobernador de esta fortaleza, Tristan Vaz, vencido mas con las promesas que con la fuerza, vino al campo del duque de Alba, y se apresuró á hacer la entrega por medio de una mujercilla. Desde allí marchó á Caboseco, isla fortificada en la embocadura del rio Tajo, y hallándola desierta por la fuga de su guarnicion, se apoderó de ella. Para entrar en el puerto con la armada, le servia de estorbo la fortaleza de Belen, y los navíos fondeados en medio del rio y guarnecidos de cañones. Determinó, pues, combatirla acercando contra ella su artillería, y entretanto hubo con el enemigo algunas peleas favorables á los castellanos. Lo primero que hizo fue ahuyentar los navios con algunas descargas, y destituido de este apoyo, y aterrado el alcaide con la contínua batería, apresuró la entrega para librarse del peligro, y á la verdad no hubiera evitado la muerte, si no hubiese intercedido por él Antonio de Leiva, á quien estimaba mucho el duque de Alba. El que defendia la antigua torre de la ribera opuesta, la evacuó intimidado de las amenazas del general.

Por este tiempo llegó hasta Badajoz el cardenal Alejandro Riario, á quien enviaba el papa para apaciguar el tumulto de las armas, porque deseaba que el rey disputase con razones su derecho, y no con la espada, y que no se encarnizasen los católicos unos contra otros. Pero ya llegó tarde, y casi concluida la guerra, y se discurrió mucho sobre su venida. Mas habiéndole detenido con arte el rey don Felipe, á fin de que no penetrase en Portugal, se volvió sin haber hecho cosa alguna, sea cual fuere el intento de su embajada.

Pero volviendo á Antonio, tenia este á la otra parte de Alcántara (rio que toma su nombre de un puente) diez y seis mil hombres cobardes sin disciplina alguna, ni acostumbrados á obedecer; dignas tropas de semejante general, que no sabia suficientemente disponer el ejército en órden de batalla, ni colocar los socorros en lugares oportunos; y no obstante publicaba que iba con ánimo resuelto á vencer ó morir, aunque cuando llegó el caso, no hizo ni lo uno ni lo otro. El duque de Alba, habiendo registrado desde cerca el campo, aproximó sus tropas, mediando solo entre unas y otras el rio. Luego que dió todas sus órdenes, se sentó en una silla puesta en un lugar alto, para dar desde allí la señal de la batalla. Molestaba Alba con la artillería el campo enemigo con mas terror que daño, cuando se encendió la pelea en el puente, donde Antonio habia colocado los mas atrevidos, y con su valor fueron rechazados los italianos. Pero

animados con la llegada de Colona, renovaron el ímpetu, y deshicieron y derribaron los parapetos que hallaron delante. Mientras tanto Dávila y don Fernando de Toledo enviaron los escuadrones de caballería, que causaron grande espanto en los enemigos. A este tiempo corrió la voz de que habia sido tomado el puente, y infundió tanto terror en los ánimos de los enemigos, que con precipitada y cobarde fuga caian los unos sobre los otros. Acometieron por la puerta los italianos y alemanes armados de picas, y derribaron á todos los que se les ponian delante, de tal modo que mas parecia carniceria que pelea. Mezclado Antonio en la turba de los que huian, llegó á la ciudad con sus principales amigos, y al tiempo de entrar en ella recibió una herida en la cabeza por el tropel de las armas. Inmediatamente mandó echar de la cárcel á los presos, y se escapó por otra parte acompañado de algunos pocos. El duque de Alba, viendo el feliz suceso de los suyos, dió la señal á la armada, y acometiendo esta á la enemiga, se apoderó de ella con poco trabajo. El principal cuidado del duque de Alba era que no padeciese daño ni detrimento alguno la ciudad, lo que habia encargado el rey con mucho encarecimiento. Por esta causa se habia adelantado don Fernando á la puerta con la caballería, y habiéndose valido de la estratajema de fingir que temia emboscadas, impidió al soldado el saqueo; pero la licencia militar se derramó en las casas de campo, que son muchas y muy opulentas, y en los arrabales que parecen ciudades, lo que ciertamente no pudo evitarse, ó no puso mucho cuidado en evitarlo el duque de Alba, como indulgente con la tropa. Así corrió la voz, y Escobar que se halló presente, afirma que duró el saqueo por espacio de tres dias. Ni las tropas de marina despues del saqueo de la armada se abstuvieron de los edificios situados á las márgenes del rio. No obstante conservaron inviolable el respeto á las iglesias y monasterios donde se hallaban custodiadas las alhajas sagradas. Acaeció esta batalla el dia veinte y cinco de agosto, y los historiadores convienen en que no fue muy reñida. De los enemigos murieron poco mas de seiscientos, y casi ciento de los vencedores. Afirmaban algunos que Antonio podia haber sido hecho prisionero en la fuga, si los caballos le hubieran seguido con mas diligencia, y echaban la culpa al duque de Alba, porque deseaba conservar el mando y prolongar la guerra. Otros le negaban, y refutaban esta calumnia con po-



Don Martin de Azpilcueta.

derosas razones sacadas de la militar disciplina. Tanta es la malignidad de los hombres que disputan entre sí sin respeto alguno de la fama agena ni del bien público. Habiendo salido el magistrado fuera de las puertas de la ciudad, presentó al de Alba las llaves en señal de la entrega, y fue recibido por él con muchas demostraciones de honor. De allí á dos dias llegó la armada de Indias con cuatro millones, sin haber tenido noticia alguna de lo que habia pasado. Viperano en su libro *De obtenta Portugalia*, afirma que habia sido conducida á Lisboa por don Alonso de Bazan, que salió al encuentro de ella con sus navíos, lo que me parece mas verosímil. Entró en el tesoro real la parte que le tocaba; y todo lo demás se entregó á los comerciantes á quienes pertenecia.

Encargóse á Dávila el cuidado de perseguir á Antonio, el cual habiendo abandonado á Coimbra, se encaminó á Aveiro. Los habitantes no quisieron recibirle, y intentó en vano tomar la villa por asalto; pero habiendo sido recibido dentro de sus muros por la traicion de algunos, descargó su ira con muertes y robos. Desde allí se escapó luego que tuvo noticia de que le seguia el enemigo, y llegando á Oporto (que los antiguos llamaron Cale) fue recibido con mucho obsequio, habiéndose puesto en fuga los que aborrecian su nombre. Aumentadas las fuerzas de Dávila con las tropas de socorro que le habia traido don Diego de Córdoba, se acercó á las riberas del Duero; en cuyo paso sobresalió mucho el pronto ingenio y audacia de este varon fortísimo. Causaba terror la

anchura del rio y su mucha rapidez; faltábanle barcos para la travesía, y toda la ribera opuesta la ocupaba el enemigo con hombres y caballos. Pero habiéndole tomado Dávila algunas barcas, se burló de él, y pasó á la otra parte. Atónitos los portugueses con el terror, y despues de haber perecido algunos de los suyos, se pusieron en fuga. Antonio fue de los primeros, pues luego que recibió el tesoro que habia depositado en aquella ciudad, se huyó con su comitiva á Viena. Entretanto Dávila, habiendo rechazado del rio á los enemigos, acercó mas sus tropas á la ciudad. Al principio procuraron alejarlas de Oporto con su artillería; pero sucediendo á esto la reflexion, y ablandados con las palabras de Dávila, desistieron de su pertinacia, y se sujetaron al imperio del rey don Felipe. Desde allí envió la caballería para perseguir á Antonio; pero se cansaron mucho tiempo en vano, porque casi todo el pueblo estaba de su parte, y él iba mudando de guaridas, y se disfrazó para no ser conocido.

Despues de la victoria entró el duque de Alba en Lisboa, y á su instancia, y no pudiendo el rey asistir porque se hallaba gravemente enfermo, hicieron los magistrados el juramento de fidelidad. El mayor cuidado que ahora le inquietaba, era el recíproco odio de las dos naciones, porque los castellanos y portugueses se insultaban furiosamente de palabra, de lo que á cada paso se originaban pendencias y riñas, que solo podian cortarse con la severidad. Pero el rey le habia prohibido encarnizarse contra los portugueses, deseoso de conciliar su afecto con la blandura y suavidad. Esto hizo mucho mas arrogantes á los portugueses, y no se abstenian de provocar con todo género de injurias á los castellanos, á quienes se les mandó estrechamente que las tolerasen con paciencia. Mas como irritados de sus agravios, acudiesen algunas veces á las armas para que no viniesen á parar en un declarado tumulto, mandó el duque reparar la fortaleza antigua, situada en un collado, y metió en ella á la tropa con la artillería y demás instrumentos de guerra. Mientras tanto convaleció el rey don Felipe por la divina misericordia; pero apenas habia salido de su enfermedad, cayó en otra grave pesadumbre, que le originó la temprana muerte de la reina, que falleció de una calentura el dia veinte y siete de octubre con mucho sentimiento de todos. De este modo templa Dios las cosas de los mortales, mezclando las cosas alegres con las tristes. Cuidó el duque de Osuna de llevar su cuerpo al Escorial por mandado del rey, y concluida esta comision, fue nombrado virey de Nápoles en premio de los servicios que habia hecho en Portugal. Dispuso don Felipe que se restituyesen á Madrid sus hijos y el príncipe heredero don Diego, acompañados del obispo de Córdoba y de don Francisco Zapata su mayordomo mayor. Doña María, que era recien nacida, no vivió mucho tiempo, y habiendo arreglado todos sus negocios con la brevedad posible, llegó á Yelves el dia cinco de diciembre, y fue recibido con régia magnificencia, y con mucha alegría y aplauso del pueblo. El duque de Berganza acudió luego á saludarle, y le recibió el rey su pariente con mucha esplendidez y humanidad. Visitó despues á doña Catalina su prima, y convocó las córtes del reino en Tomar para el año siguiente.

CAPITULO VII.

Escursiones de los piratas en la América. Viaje de Pedro Sarmiento al estrecho de Magallanes, sucesos de los portugueses de la India.

En los años anteriores se habian erigido nuevas sillas episcopales á peticion del rey don Felipe, cuya piedad se desvelaba tanto por el bien de sus súbditos. De la diócesis de Segorbe se desmembró la de Albarracin en el reino de Aragon. Habia sido trasladado oportunamente desde Segorbe á Salamanca don Francisco de Soto, que encargado en su viaje de hacer la pesquisa contra la perversa secta de los iluminados, de que hicimos mencion arriba, acabó su vida mientras se ocupaba en esta comision. Casi al mismo tiempo fue separada tambien de la silla de Zaragoza la de Teruel, ciudad bastante populosa. Los primeros obispos electos para ella no tomaron posesion de esta iglesia. Don Juan de Trillo falleció antes de llegar, y don Juan de Artieda fue trasladado de Teruel á Jaca por justas causas. Sucedió á aquel don Martin de Salvatierra, y á este don Andrés de los Santos. A Soto sucedió en la de Segorbe don Francisco Sanchez, valenciano, natural de Morella, varon doctísimo, el cual no cumplió un año entero, habiendo fallecido en el anterior de setenta y nueve, y fue electo en su lugar don Gil Lori, catalan. A fines de este año falleció Gerónimo Osorio, obispo de Silves, en Portugal, que habia adquirido gran fama por su elocuencia. Tambien murió Gerónimo Zurita, natural de Zaragoza: sus escritos, que son muchos, además de los Anales, han merecido tanto aprecio de los nacionales y extranjeros, que me pareció ocioso añadir cosa alguna á sus elogios. Sucedióle en el empleo de cronista de Aragon Gerónimo Blancas, elogiado por don Antonio Agustin en una elegante carta. En el arzobispado de Burgos sucedió á Mendoza don Francisco Pacheco, y por su muerte fue electo don Cristóbal Vela, obispo de Canarias. El año siguiente sucedió á don Cristóbal Rojo, arzobispo de Sevilla, el cardenal don Rodrigo de Castro, obispo de Cuenca. Promovido Harnedo de la diócesis de Mallorca y Menorca á la de Huesca su patria, tuvo por sucesor á don Juan de Vich, valenciano. Cinco años despues falleció el dia nueve de enero don Fernando, arzobispo de Zaragoza, hijo de don Alonso, que gobernó lo espiritual y temporal con grande equidad y prudencia, y con admirable opinion de santidad. Erigió muchas iglesias y monasterios, fue muy liberal con los pobres y miserables, y benéfico para con todos. Mandó sepultarse en la capilla de San Bernardo de la catedral que en mucha parte habia edificado á su costa. Fue electo en su lugar don Bernardo de Fresneda, obispo de Cuenca, y por muerte de este don Andrés de los Santos trasladado de Teruel, en cuya diócesis le sucedió don Diego Jimenez. El mismo año en que falleció don Fernando de Aragon, murió tambien don Pedro Guerrero, arzobispo de Granada, ilustre por su santidad y doctrina, y tuvo por sucesor á don Juan de Mendoza.

Acaeció al mismo tiempo la dichosa muerte de Pedro Navarro, natural de Madrid, martirizado con cruelísimos suplicios por los moros de Marruecos, por la constancia con que predicaba la Religion Cristiana. Refiérense de él cosas admirables, pues habiéndole cortado la lengua, hablaba tan clara y distintamente como si la tuviese íntegra, dando gracias á Dios de que le habia hecho partícipe del martirio. Enclaváronle despues de piés y manos; pero porque en este suplicio no cesaba de confesar á Cristo, y detestar la perfidia mahometana en que él habia caido, le metieron los moros por la frente un clavo muy grueso. Quitáronle de la cruz, y viendo que aun estaba vivo, le enclavaron por la garganta, y vencedor de tantos suplicios, voló á la eterna bienaventuranza. Su cuerpo fue entregado á los cristianos á solicitud del embajador don Pedro Venegas, y sepultado en la capilla de la Vírgen donde se celebraban los oficios divinos. Su túnica mojada en sangre la dividió como reliquia entre los cristianos que se hallaban presentes el padre fray Ignacio, del órden de la Santísima Trinidad.

En América se hallaba todo tranquilo á escepcion de algunas leves peleas con los confinantes, las cua-

les mas ejercitaban que fatigaban á los españoles. Hicieron algunos daños los piratas mandados por su capitan Francisco Drake. Este, pues, habiéndose hecho á la vela el año anterior en el puerto de Plimouth, corria con cuatro navíos las costas del Africa robando todo cuanto encontraba. Un prisionero portugués, piloto muy práctico, le condujo á la estremidad de la América meridional, y la fuerza de las tempestades le obligó á detenerse y invernar en la bahía de San Julian. Habitan aquella region en estremo fria unas gentes fieras é incultas, que carecen de todo; y es tan estéril el terreno de leña y madera, que se vieron obligados á hacer pedazos un navío para mantener el fuego. Algunos de los marineros perecieron atravesados con las flechas de los bárbaros. Luego que estuvo el mar tranquilo, introdujo las naves en el estrecho de Magallanes, y desde él salió al mar del Sur, donde agitado por una horrible tempestad que duró cuarenta dias, perdió dos naves, porque la vicecapitana volviendo á entrar en el estrecho, se retiró á Inglaterra, y la otra fue sumergida en las olas con toda su gente. Recorrió despues las costas de Chile y del Perú, y robó algunos navíos que se hallaban fondeados en el puerto del Callao, admirándose los españoles de una audacia tan estraordinaria. Dirigióse desde allí á las costas de Panamá y de la Nueva España, donde hizo opulentas presas, y navegó hasta los cuarenta y cinco grados del Septentrion entre tormentas y borrascas, no habiendo encontrado el estrecho que buscaba; pero descubrió algunas islas del todo desconocidas, y á la mayor de ellas la llamó Albion por el nombre de su patria. Peleó felizmente en las islas de los Ladrones con sus habitantes medio fieras, y mató á veinte de ellos. Arribó á la isla de Ternate, donde recogió alguna especería, y despues de haber reconocido la de Java, á los dos meses y medio de continua navegacion, llegó al cabo de Buena Esperanza. Todos los suyos se hallaron á pique de perecer de sed antes que llegasen á Sierraleona (que los geógrafos creen ser la que Ptolomeo llama el carro de los Dioses.) Despues de haber hecho allí agua y leña, y sin haber dejado de navegar arribó finalmente á Plimouth; de donde habia salido, habiendo sobrevivido únicamente la cuarta parte de la tripulacion.

Don Francisco de Toledo, que sucedió á Castro en el vireinato del Perú, halló todas las cosas en mucho abandono y descuido, y no pudiendo evitar el daño recibido, procuró á lo menos vengarle, habiendo despachado del puerto dos navíos. Sin embargo no hicieron cosa alguna, ó por la ignorancia ó por la cobardía de los soldados, y á fin de impedir que volviesen los piratas, intentó cerrar el estrecho, habiendo enviado con otros dos navíos á Pedro de Sarmiento, hombre diligente y activo, con Pablo Corso, comandante de los pilotos, para que no quedasen sin castigo los piratas de haber intentado invadir el mar del Sur. Llegaron en treinta dias de continua navegacion á la embocadura del estrecho; pero habiendo sido arrojada de él una de las naves por la fuerza de las tormentas, se volvió al Callao de donde habia salido. La otra, en que iban embarcados Sarmiento y Corso, entró despues de mucho trabajo en el estrecho, cuya boca tiene sesenta millas. Sus costas llenas de ensenadas entre horribles escollos se estrechan en cuatro partes, hasta que solo llega á distar una de otra poco mas de tres millas. Desde el Oriente al Poniente tiene de largo cuarenta y cuatro millas no rectas, sino con playas tan torcidas hácia el Mediodia, que á los que lo miran de lejos parece tierra y no mar. Su mayor anchura no escede de cincuenta millas, y se dice que está en el grado cincuenta y uno de latitud austral; y en su medio se juntan infinitas aguas con arregladas crecientes que suben á siete varas de altura. En el reflujo son tan violentas las corrientes, que se burlan de los vientos y de los navíos á vela llena, y para que su ímpetu no los arrebate se amarran á lo menos con tres áncoras. Habiéndolo reconocido todo con gran diligencia, y apoderádose de algunos de los bárbaros, que viven en aquellas inhabitables costas, se volvieron á España, como les habia mandado el virey Toledo, con próspera navegacion, siendo los primeros que atravesaron el estrecho de Magallanes con la proa vuelta á nuestro hemisferio. Su intento era el cerrar el mar á los enemigos levantando castillos de una y otra parte en lo mas angosto del canal; y que se transportasen á España las riquezas de la América meridional por el estrecho, y no por el istmo de Panamá, pero de esto hablaremos en lugar competente.

Cinco años antes habia fallecido Loaisa, arzobispo de Lima, y fue electo en su lugar Toribio Mogrovejo, varon ilustre por su santidad y celo apostólico, que entró en su diócesis el año de mil quinientos ochenta y uno. El virey don Francisco de Toledo se dedicó con la mayor actividad á arreglar todas las cosas concernientes al gobierno civil. Visitó todo el reino del Perú, se instruyó muy por menor del estado, frutos y producciones de cada provincia, y formó unas ordenanzas que con justa razon le adquirieron el título de Numa Americano. Pero es mas fácil dictar remedios que ponerlos en práctica. Intentó desgraciadamente con grandes fuerzas subyugar á los indios chiraguanos, muy distantes de Lima, que causaban muchos daños á sus confinantes, y habiendo sido vencido y derrotado, se volvió con ignominia y pérdida á aquella ciudad. Tampoco en Chile gozaban mucha prosperidad los españoles, porque la audacia de los bárbaros crecia con la desidia de los nuestros.

Regresó Ataide á Lisboa desde la India donde hizo grandes hazañas, y fue recibido con mucho aplauso. Dividióse en tres gobiernos todo el imperio portugués en aquellas partes. Antonio Muñiz fue nombrado gobernador de Malaca, y de todo lo que se comprende desde el reino de Pegú hasta la China. Antonio de Noroña, diverso del antecedente, obtuvo con título de virey desde el cabo Guardafú hasta Ceilan, y Francisco Barreto todo lo demás que se estiende al Occidente en las costas de Etiopía; porque un hombre solo no podia sostener tanto peso. Muñiz no marchó á su gobierno con pretesto de que no se le daba lo necesario para la guerra, por lo cual no cesó de enviar al rey quejas contra Noroña, y finalmente sin habérsele formado causa le arrojó de la India de órden del rey, y le sucedió en el mando, y habiendo regresado Noroña á Portugal acabó su vida en breve tiempo por el pesar que le causó esta ignominia. Muñiz se portó con Leonisio Pereira, que fue nombrado para aquel remoto gobierno, del mismo modo que Noroña con él, pero con muy distinta suerte: tan varios son los consejos de los hombres que hacen aquello mismo que reprueban en otros. Fue sitiada Malaca por los javanes, y despues por el rey de Achen, enemigos cotidianos, pero sin fruto alguno: antes bien con mucho daño y estrago de hombres y navíos, y con gran gloria de Vega que tomó á su cargo la defensa en aquel caso tan repentino. En las Molucas todo sucedia desgraciadamente. Perecieron muchos navíos auxiliares, armas y provisiones de guerra junto con muchos hombres, y fueron asesinados los reyezuelos por algunos malvados que vagaban por todas partes. Pimentel fue acometido y muerto por los javanes vengadores de sus delitos, y Gonzalo Pereira que habia consentido en la muerte de uno de los reyezuelos, murió en el mar afligido por la tristeza de tantas pérdidas. Las cosas no podian hallarse en peor estado cuando se hizo á la vela en Lisboa el nuevo virey Lorenzo de Tavora que murió en el viaje, y habiéndose abierto la cédula real, fue declarado virey Diego de Meneses que sucedió á Muñiz.

En este tiempo no aconteció cosa alguna digna de memoria, y solo hubo algunos combates con los piratas. Fue enviado otra vez á la India el mismo Ataide, conde de Atougía, para que pusiese remedio á tantos males. El valor y actividad de Pablo de Lima refrenó la licencia de los piratas, y declaró la guerra á Hidalcan, el cual pidió la paz y le fue concedida, pero no duró mucho tiempo. Entretanto arribó Francisco Barreto á su gobierno de las costas de Etiopía, y pasó con tropas por órden del rey á reconocer las minas de oro que allí habia. En todo hubiera sido feliz este hombre, no menos esperto en los negocios civiles que en los militares, y que habia sido virey de la India, si no se lo hubiese estorbado el padre Francisco Montesclaros, jesuita, á cuyo consejo le mandó el rey que se sujetase en esta espedicion. Emprendió Barreto contra su dictámen un viaje por un camino asperísimo, en que padeció increibles trabajos, y peleó prósperamente con los cafres. Salióle al encuentro en Castro Sena, donde se trabajaban unas minas de oro, y habiendo reprendido con mucha acrimonia á Barreto, le mandó desistir de lo comenzado; lo que á la verdad era muy ridículo, cuando él mismo habia sido el autor de aquella vana empresa y de tantas calamidades. Finalmente, el disgusto de esta contradiccion causó la muerte en dos dias á aquel hombre ilustre con tantas hazañas. Su cuerpo fue conducido á Lisboa, y mandó el rey que se le hiciesen magníficas exequias. Fue declarado sucesor en las cédulas reales Vasco Fernandez, y obligado por el mismo jesuita á retirarse de allí, volvió á Mozambique las tropas con descrédito de su fama. Pero aconsejado por los mas prudentes portugueses á que recobrase su oscurecido honor, intentó nuevamente aquella empresa por mejor y mas fácil camino, despues de haber removido al pedagogo que regresó á Portugal. Mas habiendo sido engañado por la perfidia de los cafres, á quienes venció algunas veces en varios combates, aterrado del trabajo que costaba el beneficio de los metales, se volvió finalmente á Mozambique, despues que se le acabaron los víveres, dejando á Antonio Cardoso para que esplorase aquellas regiones con doscientos soldados, todos los cuales perecieron á manos de los cruelísimos cafres.

CAPITULO VIII.

Entrada del duque de Alenzon en Flandes: toma de Tornay por el de Parma: felices sucesos en la Frisia, y entrada del rey don Felipe en Lisboa.

Las cosas de Flandes se enredaban mas y mas cada dia, habiendo llamado el príncipe de Orange con repetidas cartas al duque de Alenzon, para dar nuevo fomento al incendio que lo consumiese todo. Decia, pues, que era preciso animar al partido, consternado con la última victoria del rey don Felipe, juntando cuanto antes las tropas auxiliares. Pero Alenzon no podia enviarle socorro alguno, por hallarse la Francia agitada con las guerras civiles que habia encendido la cruel pertinacia de los hugonotes. A uno y otro les era muy sensible que se dilatasen los socorros cuando su faccion se hallaba tan abatida. Montigni habia causado muchos daños á los de Gante, y á principios del año de 1581 derrotó la caballería de los franceses en Cambray. Despues de esto, Altipeni se apoderó de Breda, que era las delicias de la familia de Nasau, habiendo antes tomado por asalto la fortaleza. A estos males se juntaba la fortuna del conde de Renneberg, que en el territorio de Groninga habia quebrantado de tal suerte las fuerzas de los enemigos, que no se atrevian ya á hacerle frente. Pero en medio de la carrera de sus victorias, este varon no menos belicoso que erudito en las lenguas griega y latina, murió de una calentura con grave sentimiento de los realistas. Fue sustituido en su lugar por el príncipe de Parma el español Francisco Verdugo, que desde niño se habia criado en Flandes.

Como el de Orange se hallaba tan escaso de fuerzas, procuró animar á los suyos con la astucia. Despues de haber abjurado la obediencia al rey don Felipe, renovó la iconomáquia ó destruccion de las sagradas imágenes, y prohibió que se celebrasen los divinos oficios, imponiendo penas á los contraventores. Fueron borradas y abatidas las armas y insignias de los reyes de España, despedazados sus sellos y abrogados todos sus empleos, como si la herejía y el nombre español no pudiesen caber juntos en Flandes. Con estos artificios sostenia á los suyos, mientras que le llegaban los socorros de Francia, con los cuales confiaba que su partido seria igual ó superior en fuerzas al de los españoles. Entretanto el duque de Alenzon que estaba impaciente por llegar á Flandes, hacia los mayores esfuerzos para estinguir las discordias de Francia; y finalmente, por su mediacion y la de la reina madre, apaciguó la guerra que poco antes se habia renovado, á fin de que arregladas las cosas domésticas, le quedase lugar para turbar las estrañas.

Hallábase Cambray muy próxima á ser tomada por la cruel espada del hambre, cuando retirándose de allí con prudente consejo las tropas del rey, introdujo Alenzon en esta ciudad un poderoso ejército. Despues tomó á los flamencos algunos pueblos fortificados de aquel territorio, y los aseguró con gente y víveres. Pero hallándose falto de dinero para la paga del estipendio, y desertándosele á cada paso los soldados, volvió con el ejército á Francia y pasó á Inglaterra para promover las reales nupcias que codiciaba mucho, no menos que la reina madre, á fin de apartar á Isabel de los hugonotes, que se hallaban orgullosos con su auxilio, y asegurar á su hijo la dignidad real, que segun la posicion de las estrellas, le habia pronosticado un astrólogo. La inglesa, que tenia otras miras, disimulaba artificiosamente con el designio de intimidar al rey don Felipe con la alianza de los franceses, y entretener al de Alenzon para que no invadiese la Flandes, y que no llegase esta á unirse al imperio francés. De este modo se engañaban recíprocamente las dos reinas, atendiendo cada una á su propia conveniencia. Pero habiendo sido recibido Alenzon con real magnificencia, y obsequiado con todo género de fiestas y regocijos, no solo dió pábulo á los discursos del vulgo, sino tambien á los de aquellos que ponen todo su conato en escudriñar los arcanos de los príncipes. Y á la verdad, de tal modo sobresalia entre los pretendientes en el favor de la reina, que trocaron entre sí dos anillos, en señal de esperanza del futuro casamiento. Mas la reina, que se vendia á muchos, no se entregaba á ninguno, y unas veces se manifestaba apasionada, y otras desdeñosa, mudando de semblante segun le acomodaba á sus intereses. El príncipe de Orange, acostumbrado á sacar partido de las cosas que le ofrecia la casualidad, hizo correr la voz de que se efectuaban las bodas; con cuyo rumor inspiró tanto ánimo á los flamencos confederados, que se persuadieron que se juntarian las fuerzas de ambos reinos para arrojar de aquellas provincias al Español.

Entretanto Risbourg y Mansfeld tomaron varios pueblos con la espada del hambre, que espugna lo mas fuerte, y el príncipe de Parma, habiendo arrojado á los enemigos del campo del Tornay, puso sitio á la ciudad. Cuéntase esta entre las mas fortificadas, y tomó su nombre de las sesenta y ocho torres que adornan y guarnecen sus murallas. Fue en lo antiguo asiento y capital de la nacion de los nervios, gente muy belicosa. La fortaleza erigida por Enrique VIII, rey de Inglaterra, está situada sobre el rio Escalda que baña la ciudad. Hallábase ausente de ella el príncipe de Espino, su gobernador, que habia ido

á poner asechanzas á Gravelinas, y no habiéndolo conseguido, perdió á Tornay. Tomó á su cargo el defenderla su mujer Felipa Lalane, matrona de varonil ánimo, que hallándose continuamente espuesta á los peligros, fue herida en un brazo. Las balas arrojadas contra la ciudad abrieron sus muros por dos partes, y habiendo pegado fuego á las minas, pelearon muchas veces en las brechas; pero al fin se entregó bajo de condiciones, y salió de allí la guarnicion con los predicantes herejes, que habian acudido de todas partes como á una sentina de iniquidad. Luego que el príncipe de Parma restableció la religion y el gobierno, tomó en esta ciudad cuarteles de invierno y recobró las alhajas de las iglesias que los herejes se habian llevado, enviando á este efecto la caballería. En la Frisia sucedia todo prósperamente bajo la conducta de Verdugo, el cual á fines de setiembre venció á los enemigos en batalla, junto con los tenientes Billi y Tásis, los despojó de su campo y bagajes, y se escaparon muy pocos que llevasen la noticia de la derrota, entre los cuales fueron heridos Norris y Nasau. Estas son las cosas mas memorables que acaecieron este año en Flandes.

A últimos del antecedente fueron despedidas de Portugal las tropas italianas y enviadas á los navíos, como si ya se hubiese concluido la guerra. A la verdad, las fortalezas en Africa se habian sujetado voluntariamente al rey don Felipe; pero los portugueses llevaban á mal su dominio, y estaban dispuestos á sustraerse de él si se les presentase ocasion de poder hacerlo. Además de esto, Antonio, prior de Ocrato, se mantenia todavía oculto, á fin de tomar el partido que le sugiriese el estado de las cosas; y ciertamente, era tanto lo que le amaba la gente del pueblo, que aunque ofreció don Felipe ochenta mil ducados por su cabeza y declaró pena de muerte contra los que le recibiesen ú ocultasen, no hubo ninguno que se moviese á denunciarle, á pesar de tan grande premio, ni tampoco los aterraron tan severas penas para no recibirle y ocultarle. Habia atraido Antonio á su partido las islas que Briet llama Flandricas por el nombre de su descubridor, y otros Terceras, á escepcion de San Miguel; por lo cual no estaba de tal manera, concluida la guerra que se pudiesen despedir con seguridad las tropas, especialmente habiendo muerto muchos alemanes y españoles, y restituídose otros muchos á sus casas, enriquecidos con la presa; y los que habian quedado bajo de las banderas estaban muy exasperados de la importuna severidad de los consejeros que comisionó el rey para entender de las quejas que daban los portugueses contra los cabos del ejército, acusándolos de que habian procedido con mucho desenfreno. Murmuraban con grande insolencia en sus corrillos contra el rey y sus ministros, porque querian castigar á los que en pocos dias habian sujetado un reino entero, cuando por el contrario debian recibir un donativo por sus heróicas hazañas y trabajos. Estas y otras cosas proferian con militar licencia; pero habiéndose reconocido las cuentas del estipendio de las tropas, y examinadas otras cosas de poca consecuencia, y no habiendo los comisionados citado á ninguno en justicia se apaciguaron aquellos clamores.

El rey don Felipe que se habia propuesto atraer con beneficios el afecto de los portugueses, estaba confiado en que podria mantener el reino con pocas fuerzas, por lo cual se mostraba muy indulgente para conciliarse por este medio el amor de aquella gente opulenta y valerosa. Finalmente, despues que visitó á doña Catalina, mujer del duque de Berganza, pasó á Tomar, villa situada entre Santaren y Coimbra para congregar córtes del reino en el monasterio del órden militar de Cristo. Celebróse allí la primera sesion el dia diez y nueve de abril, en la que confirmó con juramento los privilegios, inmunidades y prerogativas; y recíprocamente le juraron á él y á su hijo don Diego, como heredero del reino, habiendo comenzado el duque de Berganza y su hijo el duque de Barcelos, á quienes abrazó al tiempo que se inclinaban para besarle la mano. Muchas de aquellas cosas que habia prometido al principio en caso que le recibiesen sin tumulto, las concedió ahora con gran beneficio de la nacion; pero no condescendió á todas sus peticiones, que así en público como en particular eran muy escesivas. Confirmó al de Berganza en el empleo de general de la caballería, y le condecoró con el toison de oro. Juzgaban algunos que debia suprimirse la universidad de Coimbra, alegando para ello razones no despreciables, lo que llevó tan á mal, que antes por el contrario la recibió bajo su proteccion. Dió el hábito de las órdenes de caballería á algunos procuradores de las ciudades, á otros les señaló rentas anuales, y á otros les hizo regalos de dinero para que ninguno saliese de su presencia sin algun beneficio. Concedió títulos de condes á Francisco Sala y Fernando de Noroña, á aquel de Matusiños, y á este de Liñares; pero siendo infinitos los memoriales que le entregaban, dejó al arbitrio de don Antonio Piñerio, obispo de Leiria, y Cristóbal de Mora el conceder gracias. Sin embargo no estaban los nobles satisfechos de la régia liberalidad, porque codiciaban cosas mayores, por lo cual se quejaban mucho de la parsimonia del rey y de la mala voluntad de sus ministros.

Concluidas las córtes se puso en camino don Felipe para Lisboa, y se detuvo en Almada situada al frente de aquella ciudad, de la que la separa el rio Tajo, mientras se disponia el aparato del triunfo. Entretanto, y para refrenar á los isleños de las Terceras, que estaban muy insolentes, envió con cuatro navíos y tropas á Pedro de Valdés; y para que al mismo tiempo protegiese á los habitantes de San Miguel, y recibiese los navíos que venian de la India, habiéndole prohibido que emprendiese cosa alguna contra las otras islas antes que se juntasen mayores tropas que en breve le seguirian. Pero ejecutó lo contrario de lo que se le habia mandado; porque ya fuese para ganar de antemano el honor de la victoria, ó incitado por una ocasion que le parecia oportuna, acometió á los habitantes de la Tercera, y tuvo una desgraciada pelea. Ellos, pues, instruidos por un fraile del órden de San Agustin, pusieron delante del primer escuadron una tropa de toros feroces, y habiéndolos agarrochado, los soltaron repentinamente contra los castellanos, á los cuales los desordenaron y derrotaron con grande estrago, y con tanta crueldad que no perdonaron á ninguno. Fueron muertos cuatrocientos; y de los portugueses menos de treinta. Habiendo llegado cerca de las islas la armada de Indias, y recibido una noticia muy confusa del estado de las cosas de Portugal, entretanto que el comandante deliberaba sobre el rumbo que debia tomar, se conjuraron los marineros por el deseo de ver á sus mujeres é hijos, y volvieron las proas hácia Lisboa. Encontróla Lope de Figueroa, que mandaba la segunda escuadra de la armada real, que iba á juntarse con la de Valdés; y se admiró de la negligencia de este hombre; pues le dijeron los portugueses, que no le habian visto en parte alguna. Finalmente, habiéndola despachado á Lisboa, llegó á las islas, y á vista de la pérdida de Valdés, y de que los enemigos se hallaban mas fortificados de lo que se habia creido, se volvió con su compañero á las costas de Portugal. Valdés fue puesto en prision, pero habiéndose aplacado el rey en breve tiempo, le mandó dar libertad. Antonio, que se habia escapado en un navío de la Enclusa á Francia, envió despues á las islas un escuadron de soldados, habiéndolas dado esperanzas de que dentro de poco tiempo pasaria él con una poderosa armada. La de la India llegó felizmente á Lisboa

y su comandante fue recibido con mucha benignidad por el rey, el cual, habiendo atravesado el rio, entró en la ciudad á últimos de junio con magnífico triunfo, y muchas demostraciones de regocijo, estando vestidas las paredes con tapicerias, pinturas y otros adornos, y las calles con arcos de trecho en trecho. Fue conducido por los magistrados bajo de un palio de oro á la iglesia catedral, y despues de haber dado gracias á Dios, se transfirió al palacio real, acompañado de toda la nobleza, y con grande aplauso y alegría del pueblo.

CAPITULO IX.

Alianza de los estados con la reina de Inglaterra: declaran á Alenzon duque de Brabante: prósperos sucesos del príncipe de Parma.

Aumentáronse al rey don Felipe los cuidados con la estension de su imperio; porque al paso que se hacia mas temible á otros con la union de Portugal á Castilla, era consiguiente que temiese á aquellos que le temian. Por tanto, temerosos los estados confederados de Flandes y la reina de Inglaterra de que no podrian resistir á su escesivo poder si no se le oponian con sus fuerzas reunidas, formaron una nueva alianza mas estrecha, á la que suscribieron Alenzon y la reina su madre con varios pretestos. Receloso el rey don Felipe de que una tormenta tan formidable vendria al fin á descargar en sus dominios, se quejó por medio de su embajador al rey de Francia, de que Antonio, prior de Ocrato, fuese favorecido y tratado honoríficamente en su reino, y de que el duque de Alenzon se hubiese sublevado públicamente para invadir de Flandes, sin respeto alguno á la paz jurada; y finalmente, que de ningun modo se refrenaba á los franceses, que molestaban las fronteras de Flandes, y que si estas no eran hostilidades, le preguntaba ¿cuáles lo serian? A esto el rey Enrique, atribuyendo la culpa á la reina madre, cuya autoridad era muy grande en Francia, le respondió: que Antonio habia sido recibido por la reina su madre como un súbdito calamitoso; pues afirmaba ella que tenia derecho de disponer del reino de Portugal, como lo habia asegurado su embajador Urbano de San Gelais, que envió á este fin, y que podia hacerlo sin intervencion del rey don Felipe, porque no se lo prohibia ningun artículo de la paz concertada. Que no habia podido impedir los intentos de Alenzon, sin embargo de que prohibió por un edicto á los franceses que no siguiesen sus banderas, ni hiciesen daño alguno en los dominios del rey Católico; y que debia atribuir á la malicia de los tiempos, y á la insolencia de sus súbditos el que no fuesen obedecidos sus mandatos. Pero el rey Enrique, aunque parecia desaprobar públicamente las espediciones del hijo y de la madre, no le pesaba el que las tramasen, pues por medio de ellas salian de Francia todas las personas que turbaban el estado, y se aligeraba el reino de este gravoso peso. A estos cuidados del rey don Felipe, se añadió el de haber llegado Uluc-Alí á Argel con sesenta galeras; porque aunque no se habia cumplido el tiempo de las treguas, como es tan inconstante la palabra de los bárbaros cuando se les presenta alguna esperanza de utilidad particular, era temible que intentase alguna empresa que turbase mas y mas la quietud pública. Pero aunque corrian estos rumores, sin embargo, despues de haber arreglado los negocios del Africa, no intentó cosa alguna que se opusiese á quebrantar las treguas. Entretanto transigió el rey don Felipe con el César acerca del principado de Final, habiendo enviado á Italia á don Juan Manrique, el cual introdujo en la fortaleza una guarnicion de españoles que la tuviese á nombre del Cesar, y despidió la de alemanes, pagándoles su estipendio.

Hallábase todavía Alenzon en Inglaterra con la vana esperanza de las bodas. La reina, á quien entre otras cosas no agradaba la persona ni el carácter de este jóven, le despidió de sí con dudoso semblante, con un espléndido acompañamiento de nobles, y algunas compañías de gente armada, habiéndole dado cuatrocientos mil escudos para reclutar caballería en Alemania, á fin de que mantuviese la guerra y inquietase al rey don Felipe. Llegó á Flesinga el dia diez de febrero de 1582. Desde allí pasó á Midleburg, y finalmente á Amberes, donde fue recibido con suma alegría, habiéndose adornado todas las calles de la ciudad, que no perdonó gasto alguno para festejarle. Habiéndole conducido con gran pompa al palacio prestó el juramento que se le pedia, y tomando las insignias del gobierno, fue saludado duque de Brabante. Los habitantes del Hainault y el Artois veian claramente que con sus fuerzas no podian sostener el estraordinario peso de esta guerra, por lo cual sentian mucho la falta de los españoles. Alegrábase en su interior el de Parma; mas para no alejar de sí á los grandes, acostumbrados á disfrutar los premios de la milicia, se manifestaba neutral, hasta que ablandados y atraidos los grandes por Risbourg, con quien trataba muy familiarmente, y habiéndolo consentido ellos despues de bien examinado el negocio, avisó al rey con secreto, que convenia volviese á Flandes el soldado español, porque sin él serian vanos é inútiles todos sus esfuerzos contra tantos enemigos, y que además dispusiese dinero para la paga, pues por su defecto habia perdido en el año antecedente los mejores ocasiones. El rey don Felipe, deseoso de adquirir el reino de Portugal, parecia haber olvidado la guerra de Flandes, que con admirable arte y valor sostuvo el príncipe de Parma.

Por este tiempo se hallaban los confederados llenos de llanto y consternacion por la desgracia del de Orange, que en el dia diez y ocho de marzo, en que cumplia años el duque de Alenzon, estuvo muy próximo á perecer á manos de Juan de Jáuregui, natural de Bilbao. Este, pues, armado de una pistola cargada con dos balas, y de un puñal, presentó á Orange un memorial despues de la alegría de un convite, y mientras se ocupaba en desdoblarlo, le disparó el tiro á la cara, y le pasó del carrillo izquierdo al derecho por bajo de la oreja, arrancándole dos dientes, y sin haberle hecho herida alguna en la lengua. Inmediatamente sacó el puñal con su ensangrentada mano (pues se le habia reventado el cañon de la pistola por la demasiada pólvora, hiriéndole el dedo pulgar) para atravesarle el corazon. Pero habiendo sido Jáuregui prevenido por uno de los guardias, le acometió con una hacha, y acudiendo otros al ruido le mataron con veinte heridas. Levantó Holach á Orange, que estaba tendido en el suelo, y habiéndole llevado á su cuarto, le puso en manos de los médicos. Divulgada esta noticia por toda la ciudad, se convirtió en llanto toda su alegría y no faltó mucho para que el pueblo, inclinado siempre á creer lo peor, descargase su ira contra el duque de Alenzon y los franceses como cómplices ó autores del hecho, sospechando que los calvinistas repetian la funcion de San Bartolomé, y que comenzaban la mortandad por el de Orange, para que faltando este, pudiese reinar mas libremente en Flandes. Lo cierto es, que corrieron mucho riesgo, pero los protegió el de Orange, cuya palabra imploró Alenzon con mucha sumision, enviando una carta á los magistrados, (porque le impedia hablar la ligadura de la herida) en que les aseguraba que los franceses no habian tenido parte alguna en aquella maldad, de la que fueron acusados como cómplices dos flamencos, uno de ellos religioso dominico, llamado Timerman, y ambos padecieron el último suplicio. El de Parma solicitó en vano á las ciudades, habiendo enviado á

todas las inmediatas sus reyes de armas, porque habia corrido la voz de que el de Orange no moriria de aquella herida, y en efecto convaleció, despues que estuvo algunos dias de peligro.

A este mismo tiempo se juntaron las tropas de Alenzon en las fronteras del Artois, y fue tomada por fraude la ciudad de Lens, pero acudió luego el de Parma y los rodeó por todas partes, para que los ladrones no se escapasen con la presa, y en breve tiempo la recobró y se entregó el pueblo. No les fue menos favorable la fortuna en el asalto de Namur, pues apenas tuvieron lugar para ponerse en fuga habiendo abandonado su artillería. De este modo comenzaron los franceses ignominiosamente sus empresas, que fueron para ellos el pronóstico de una desgraciada guerra. Pero el de Parma despues de esplorar bien todas las cosas, sitió de repente á Odenarda, á cuyo fin envió delante á Risbroug con la caballería. Habia fortificado Nuan la ciudad con nuevas obras, y tambien servia de grande estorbo el rio Escalada que la baña, y se habia derramado por los campos para levantar trincheras. Por esto, pues, fue preciso mudar mas de una vez las baterías, y en tan prolijo y porfiado ataque, trabajó infinito el arte y la fuerza. Finalmente los enemigos para no verse espuestos á padecer las últimas estremidades, hicieron la entrega á los tres meses, con las mismas condiciones con que se entregó Tornay, á la vista de Alenzon que habia venido con tropas para socorrer á los sitiados. Tomaron los enemigos por engaño á Alost, donde los católicos de aquel territorio habian juntado sus riquezas como en lugar seguro, con grande infamia de la guarnicion, y á fin de borrarlo se apoderó por ardid de la fortaleza de Gaasbek.

Entretanto llegaron á Flandes á últimos de julio cinco mil españoles y cuatro mil italianos, y fueron recibidos por el de Parma y el ejército con estraordinaria alegría. A estos se añadieron cuatrocientos ingleses, la mayor parte católicos, y muchos nobles (cuyo número aumenta un autor flamenco) á quienes trató con mucho obsequio el de Parma, para atraerse por medio de ellos á muchos veteranos de la misma nacion. Poco despues recobró á Lira por una estratagema de Lichfeld Sempil, noble escocés, habiéndole abierto la puerta los mismos centinelas engañados; y acometiendo por ella los soldados del rey, que estaban en emboscada, se apoderaron de la ciudad sin derramar sangre alguno. Los de Alenzon habian puesto sus reales cerca de Dunkerque, fortificada por la naturaleza y por el arte. Componíase su ejército de diez mil infantes y dos mil y quinientos caballos, y se decia que le daba el rey su hermano cincuenta mil escudos mensuales para la paga, fuera de lo que le enviaba la reina madre de su propio peculio. El de Parma, que ardia en deseos de dar la batalla, acercó sus reales al rio, pero la rehusó el enemigo, y solo hubo algunas correrias y ligeras escaramuzas con varia fortuna. Disponia ya echar algunos puentes al rio para acometer á Alenzon, cuando este levantó su campo y marchó á Gante, y á fin de que no pareciese que huia de la batalla, hizo correr la voz de que era llamado por sus habitantes, por ser necesaria su presencia para la inauguracion. Sin embargo, no pudo evitarla del todo, habiéndole seguido las tropas del rey por la espalda. Pero los carros que pusieron por barreras, y la artillería que disparaban contra ellos desde los muros de Gante, impidió que en aquel dia no quedasen derrotadas las tropas de Alenzon. Mientras tanto el de Parma tomó de grado ó por fuerza varios pueblos fortificados, y los aseguró con guarniciones. El castillo de Cambresis no le costó trabajo alguno; pero en Ninova adquirieron mucha fama los soldados, pues á la verdad se hallaron mas cerca de padecer hambre los sitiadores que los sitiados; por haber prohibido Enrique que se introdujesen víveres algunos en Flandes. Por esto, pues, condujo su ejército á cuarteles de invierno cerca de Bruselas, hallándose fatigado con la escasez y enfermedad. Biron trajo de Francia algunas tropas de socorros, y las desembarcó en Dunkerque: en ellas se contaban tres mil esguízaros y tres mil y quinientos infantes y caballos franceses. Despues de haber ejecutado Verdugo grandes hazañas y vencido á Holach en batalla, no pudo tomar á Locken, porque se lo impidieron los franceses; pero se apoderó de Steinvinch, que Renneberg no pudo espugnar con un dilatado sitio, habiéndola escalado con el favor de las tinieblas de la noche. Fueron tomados de una y otra parte algunos pueblos fortificados, y otros acometidos en vano, y uno de ellos fue Lovaina. Despues que Montigni dió muchos ejemplos de heróico valor, murió de una coz que le tiró un caballo; y en la última hora amonestó eficazmente á sus hijos que perseverasen constantemente en la religion católica y en el obsequio y obediencia del rey.

Por este tiempo comenzaba Alenzon á disgustarse de aquel precario mando, cuya autoridad tenian realmente los estados. Irritábale además la pertinacia de los flamencos, porque no habia podido conseguir de ellos que, si móría sin hijos, se uniesen las provincias al reino de Francia. Esto, á la verdad, jamás lo pensaron los flamencos, pues le habian llamado públicamente para que les defendiese su libertad y no para que los sujetase á su imperio. No temian menos el orgullo francés que la severidad española, y su designio era suscitar la discordia entre uno y otro para ser espectadores de la guerra sin peligro suyo. Así, pues, Alenzon para no hacer el papel de príncipe de comedia, y no pudiendo sufrir la ignominia que el príncipe Matías habia tolerado por tan largo tiempo, comenzó á discurrir en su ánimo que nunca obtendria un verdadero mando si no se valia de la fuerza, á lo cual le instigaba Juan Bodino, su secretario, hombre de refinada astucia.

En Italia no sucedió cosa alguna memorable. El marqués de Mondejar fue removido del gobierno de Nápoles, porque habia caido en algunos defectos. Sucedióle don Juan de Zúñiga, que se hallaba de embajador en Roma. Concluyó las grandes obras que Mondejar habia comenzado en el puerto, y en su lugar fue nombrado don Pedro Giron, duque de Osuna, que llegó á Nápoles en este año. Los escritores italianos dicen que fue poco grato á la nobleza por su fausto y arrogancia intolerable, pero fue tambien severo vengador de los delitos, sin respeto ni acepcion alguna de personas.

CAPITULO X.

Derrota de la armada del prior de Ocrato en las islas Terceras: concilio provincial de Toledo.

No podian los portugueses acostumbrarse á sufrir el mando de sus émulos los castellanos, y la real benignidad y blandura con que todos eran tratados, no apiacaba la fiereza de sus ánimos, lo que molestaba en estremo al rey don Felipe. Juntábase á esto la pertinacia de los isleños, y la rabia que tenian de hacer mal; pues incitados por su crueldad encarcelaron sin distincion alguna á muchos eclesiásticos y seculares de probidad conocida. Los jesuitas fueron los mas perseguidos, y habiéndoles tapiado las puertas con cal y canto, los sepultaron vivos en su colegio. No cesaron de criminar la conducta del gobernador Cipriano de Figueredo, hasta que consiguieron que Antonio le removiese, y envió desde Francia para sucederle á Manuel de Silva con amplísimos poderes. El rey don Felipe se hallaba todavía fluctuante entre los opuestos dictámenes de sus ministros, y no habia determinado cosa alguna acerca de las islas Terceras. Mas habiendo llegado á su noti-

cia que en Francia se disponia una armada, mandó juntar navíos, reclutar tropas y preparar todo lo demás necesario para la guerra, encargando al marqués de Santa Cruz el cuidado de dirigirlo todo. Este, pues, salió inmediatamente con treinta y ocho navíos que estaban fondeados en el rio Tajo; pero no llegó el caso de que se le juntase en el viaje otra escuadra que se disponia en Andalucía. A mediados de julio habia llegado á la isla de San Miguel la armada francesa, que se componia de mas de sesenta naves, siendo su almirante Felipe Strozzi y Mr. Brisac, su teniente. Mandaba las tropas Beaumont, y habia acudido mucha nobleza, por ser los franceses por su natural carácter tan inclinados á las armas y á los peligros.

Luego que desembarcó el soldado, corrió inmediatamente al saqueo. Está la ciudad situada en un pequeño promontorio, y por la parte occidental la domina una fortaleza; y deseoso Antonio de apoderarse de ella, para sujetar enteramente las islas á su dominio, envió delante algunos que tanteasen á la guarnicion, y como no respondiese cosa alguna favorable, determinó combatirla. Pero inmediatamente mudó de parecer, habiendo visto la armada española, en la cual, juntándose los principales cabos para deliberar, fueron varios sus dictámenes. Venció al fin el de los que juzgaban que se debia pelear; porque habiendo llegado al punto de no poder evitar el combate sin mengua de la honra española, se resolvieron á vencer ó á morir con honor. Tambien los capitanes franceses deseaban la batalla, por la esperanza que tenian de vencer antes que se juntase toda la armada española, aunque algunos comandantes de navíos fueron de opuesto parecer. A la verdad era muy desigual la suerte, pues debian pelear dos navíos de las enemigos con cada uno de los españoles, y si la batalla era desgraciada, se seguia á estos mucho mayor daño; porque además de la pérdida de las islas, habia el peligro de perder á Portugal, que se sublevaria inmediatamente luego que viese triunfantes las banderas de Antonio. Los franceses no podian temer otro daño que el de la pérdida de algunos pocos navíos y tropas. Finalmente, estando resueltos unos y otros á pelear, se pusieron en órden de batalla; pero habiéndose aflojado el viento, impidió la calma el combate. El dia siguiente solo hubo algunas escaramuzas, en que fue sumergido un navío francés. El tercero se separaron por una tormenta dos navíos de la armada española, y no pudieron volver á juntarse. Finalmente, el dia de Santa Ana, estando todo dispuesto acometieron al enemigo. Presentáronse los primeros el almirante Santa Cruz, Figueroa y Bobadilla; y les salieron al encuentro Strozzi, Brisac y otros que los seguian. Trabóse una atroz pelea, en que se consumió una inmensa cantidad de pólvora y balas; pero la artillería española, como era mas gruesa, hizo tanto daño dentro de breve tiempo en los navíos enemigos, que dos de ellos se retiraron muy maltratados. El que mandaba Brisac se sumergió por la mucha agua que hacia, y él se salvó en una lancha. El marqués de Santa Cruz tomó la capitana peleando: Figueroa echó á fondo dos navíos, Bobadilla y Eraso quebrantaron de tal suerte el ímpetu de los enemigos, que no se atrevian á pelear de cerca. Sucedió una cosa admirable, y fue que un capellan que se habia hallado en muchas espediciones, concibió tanto terror en su ánimo, que se le encontró muerto sin herida alguna en el navío en que peleaba Figueroa. En suma, Oquendo, Garugarza, Benisia, Cardona, Pardo, Guevara, Viveros, Bastida, Villaviciosa y los demás capitanes pelearon tan intrépidamente, que ganaron una ilustre victoria de los enemigos. Habiéndose traslado á Strozzi desde su capitana á la española, murió luego de las heridas, y á los dos dias falleció tambien el conde de Vimioso, que iba en el mismo navío, y Beaumont pereció en la pelea. Fueron hechos trescientos prisioneros, y entre estos ochenta nobles, de los cuales treinta eran ilustres por los estados que poseian. Sumergiérose ocho grandes navíos con dos mil hombres que los defendian. Del resto de la armada, parte se volvió á Angra donde se hallaba Antonio, que no concurrió á la batalla, y parte se huyó á Francia con Brisac. De los españoles murieron doscientos, y habiendo conducido mas de quinientos heridos á Villafranca, pueblo de la isla de San Miguel, fallecieron en gran parte. Mandó Santa Cruz que fuesen desembarcados allí los prisioneros, con una guarnicion de gente armada, y les impuso la pena del último suplicio como á piratas, enemigos públicos y perturbadores de la paz, firme é inviolable que habia entre los reyes de España y Francia. Estremeciéronse al oir esta sentencia los mismos españoles, clamando que era una indigna atrocidad despojar de la vida y de la honra á unos valerosos soldados y á unos varones nobles. Conmovidos con estas voces algunos de los cabos españoles, intercedieron con Santa Cruz por la vida de aquellos infelices. A los que respondió que el rey de Francia tenia decretado que se castigasen con pena de muerte los que tomasen las armas contra el Español. Los nobles murieron en un cadalso levantado en medio de la plaza, y el vulgo de los soldados fueron ahorcados en diversos lugares, no sin lágrimas de los españoles, que detestaban tanta crueldad.

Entretanto hizo Santa Cruz reparar sus buques, y navegó con ellos á la isla del Cuervo para recibir los que venian de la India, y habiendo recibido solo dos de ellos, se volvió á Lisboa, á causa de que se embravecia el mar, y fue recibido por el rey con muchas señales de alegría. Pero al mismo tiempo habia gran fermentacion en la isla Tercera, porque los partidos estaban muy enfurecidos, y á cada paso ocasionaban discordias y riñas. Antonio, por medio de sus confidentes, se dedicaba á juntar dinero con buenas y malas artes y astucias; y no habia persona alguna que tuviese seguros sus bienes entre tantos lobos, ni mujer, por honesta que fuese, que pudiera libertarse de sus liviandades, á las que se abandonaba con el mayor desenfreno. Finalmente, despues de cometer muchas maldades, se retiró desde allí á Francia, con la vana esperanza de que en adelante tomarian mejor aspecto sus cosas.

Las ciudades de Aragon llamaban al rey don Felipe para que celebrase córtes en aquel reino; pero le retardó su jornada la inmatura muerte de don Diego, príncipe jurado de las Españas. No es posible esplicar el grave dolor que le causó á su padre esta desgracia, porque solo le quedaba don Felipe, que se hallaba enfermizo, y era de tan débil complexion, que se creia no podria vivir mucho tiempo. No obstante, despues de haber hecho rogativas por la salud de su hijo, convocó córtes del reino de Portugal para que los estados le jurasen por su sucesor. Por este tiempo falleció en Lisboa el duque de Alba, consumido por una fiebre lenta, á los setenta y cuatro años de su edad. Asistióle en su última hora el venerable fray Luis de Granada, del órden de Santo Domingo, varon insigne en piedad y doctrina, como lo manifiestan sus escritos tan estimados por los hombres piadosos y sabios. Visitóle el rey con mucha humanidad, y trató con él de las cosas del estado; pero sin embargo, no manifestó en su muerte señal alguna de dolor, aunque tenia muchas causas para sentirla por los estraordinarios méritos de tan gran varon, con quien puede decirse que fue sepultada en España la ciencia militar. Fue nombrado en su lugar Carlos de Borja, duque de Gandia, hombre de mas bondad, pero muy inferior á su antecesor en el talento y en la esperiencia.

El dia cuatro de octubre de este año pasó de esta vida á la eterna en Alba, la gloriosa virgen Santa Teresa de Jesús, despues de haber restaurado el primitivo instituto de los carmelitas, y fundado treinta y dos conventos. Escribió su vida fray Diego de Yepes, del órden de San Gerónimo, confesor del rey don Felipe y obispo de Tarazona; el cual afirma que su doctrina se la inspiró el Espíritu Santo, y la Iglesia la llama celestial en la oracion de su oficio. El rey don Felipe mandó que los originales de sus libros se colocasen en la biblioteca del Escorial, entre los de San Agustin y San Juan Crisóstomo; y las mas cultas naciones de Europa los han traducido en sus lenguas. Finalmente fue canonizada por el papa Gregorio Décimo quinto. En el año antecedente, y en el dia nueve de octubre murió tambien el V. Fr. Luis Beltran en Valencia, donde nació y se educó, y habiendo obrado Dios muchos milagros por su intercesion, mereció ser puesto en el número de los santos por Clemente Décimo. En el mismo año falleció con grande opinion de santidad el arzobispo de Santiago don Francisco Blanco, y fue sepultado en el colegio de los padres de la Compañía de Jesús, que él mismo habia edificado. Fue electo en su lugar don Juan de Lerma, que vivió poco tiempo, y á este sucedió don Fr. Alonso de Velasco, obispo de Osma. En el obispado de Tortosa fue nombrado don Fr. Juan Izquierdo, del órden de Santo Domingo, y habiendo fallecido despues de algunos años, le sucedió don Juan de Teres, promovido de la diócesis de Elna. En este año se celebró en Toledo un concilio provincial, al que concurrieron siete obispos, dos abades, y fue su presidente don Gaspar de Quiroga, y asistente del rey don Gomez Dávila, marqués de Velada. Distinguiéronse en él Fr. Alonso de Velasco, que fue trasladado entonces de Osma á Santiago, y don Francisco Sarmiento, obispo de Jaen. Entre los procuradores de las iglesias concurrió don García de Loaisa, ilustre por su sabiduría y santidad, á quien despues nombró el rey don Felipe para maestro del príncipe su hijo, y se establecieron en este concilio muchas cosas piadosas y útiles al bien espiritual de los fieles.

CAPITULO XI.

Reforma del calendario por el papa Gregorio Décimotercio. Intenta en vano Alenzon apoderarse del dominio de Flandes. Victorias de las armas españolas.

Entre las cosas memorables acaecidas en este tiempo, fue una la correccion del calendario publicada por el papa Gregorio Décimotercio, y nos parece digna de referirla, tomándolo desde su origen. Como Numa Pompilio, á imitacion de los griegos, hubiese añadido cincuenta dias al año de Rómulo, que constaba de trescientos y cuatro, para que los frios del invierno no concurriesen en los meses del estío; este número no convenia con el curso del sol, ni con los movimientos de la luna, por lo cual necesitaba intercalacion; y de tal manera se erró en esta algunas veces, que llegó el año á tener cuatrocientos sesenta y tres dias. Julio César fijó el año solar que de su nombre se llamó Juliano. Este, pues, cuarenta y cinco años antes de la era cristiana tomó el año solar, ó trópico, (porque los antiguos comenzaban á observarle desde el punto trópico) y segun el dictámen de Sosigenes, matemático alejandrino, instituyó el año civil de trescientos sesenta y cinco dias con la cuarta parte de otro. Pero como advirtió que sobraba esta cuarta parte, añadió un dia mas á cada cuatro años despues del veinte y tres de febrero, en que concluian los terminales, y se contaba dos veces el veinte y cuatro. Mas teniendo el año solar astronómico once minutos menos del año tomado por Julio César, con el transcurso del tiempo alteró el principio del año; y el equinoccio de primavera que en tiempo de Julio César caia cerca del veinte y cuatro de marzo, fue preciso retrocederle, á causa de que se numeraba mas tiempo del que realmente habia corrido. Por lo cual, en el año trescientos veinte y cinco despues del nacimiento de Cristo en que se celebró el primer concilio niceno, fue observado por los matemáticos de Alejandría, que el equinoccio de primavera caia á veinte y uno de marzo; y como de aquel pequeño error resultase el adelantarse diez dias, vino al fin á caer en el dia once de marzo, por consiguiente el año Juliano que al principio se habia creido fijo, se descubrió que era incierto. Por tanto, deseoso el papa Gregorio de reducir los equinoccios á los tiempos del concilio niceno, para que á un mismo tiempo se celebrase la Pascua, segun su decreto, habiendo oido á los mas célebres astrónomos del orbe cristiano, y especialmente al P. Cristobal Clavio, jesuita doctísimo en esta ciencia, cercenó por su dictámen aquellos diez dias, mandando que el dia que seguia al cuatro de octubre de este año de mil quinientos ochenta y dos, no se llamase quinto, sino décimoquinto, y de este modo fijó el asiento del equinoccio verno eclesiástico en el dia veinte y uno de marzo, ya cayese ó no el equinoccio en aquel dia. Además, para que los once minutos numerados en el calendario Juliano no retrasasen el equinoccio, estableció que cada cuatro años fuese bisiesto. Y así despues del año de mil y seiscientos bisiesto, debian ser comunes los tres siguientes centésimos, y bisiesto el de dos mil, quitando un dia de cada uno. La razon de esto, es clara segun la doctrina de Clavio; porque aquellos once minutos constituyen un dia entero en el espacio de ciento treinta y tres años, y sacando de cada centésimo un dia, este se añade al cuarto centenario, para que lo que se quitaba á las tres centurias fuese finalmente restituido á aquel. Mandó el papa á los príncipes católicos hiciesen observar en sus dominios esta correccion, y Alenzon la estableció en la parte de Flandes en que mandaba. Rehusáronla algunas ciudades y príncipes herejes, sin otro motivo que el de haberla hecho el sumo pontífice. Pero no es de admirar en unas gentes tan bien halladas con el error.

No podia ya Alenzon tolerar por mas tiempo el mando precario que tenia, y formó el proyecto de subyugar la Flandes por fuerza ó por ardid, y libertarse de cualquier modo de la dependencia de los estados. A principios del año de 1583, acometió esta empresa tan aventurada, y mandó que se acercasen las tropas á los arrabales de Amberes, con pretesto de una espedicion contra los realistas. Tenia además seiscientos domésticos tan famosos, dice un grave autor, por sus maldades como por su nacimiento, y dispuestos á emprender cualquier hazaña. Dispuestas todas las cosas en secreto para salir de la ciudad á la hora del mediodia, envió delante trescientos calvinistas, que le esperaban ordenados en dos filas en la puerta y en el puente, y llegándose á ellos como que estaban instruidos del intento, señalándoles la ciudad con la mano, les dice: vuestra es Amberes; y inmediatamente hizo con el sombrero otra señal á las tropas que se hallaban dispuestas allí cerca. Al momento los caballos mataron á los centinelas, se hicieron dueños de la puerta y de las fortificaciones inmediatas, y volvieron la artilleria contra la ciudad; y avisados los otros seiscientos caballos con la señal de una granada encendida, y con una acelerada carrera de Alenzon, penetraron tambien en la ciudad con grandes gritos. Acometieron tres mil infantes contra las cercanas puertas, y porque tenian mayor guarnicion que la acostumbrada, no pudieron tomarlas. Escitados los ciudadanos con el tumulto, y con el sonido de la campana, que se tocó al instante á arrebato, dejaron la comida, corrieron á las ar-

mas, y cerraron las calles con cadenas. Mataron á muchos franceses, y volviendo la artillería contra el campo de estos, impidieron la entrada á los demás que venian. Fue grande la mortandad de los enemigos, de los cuales se escaparon pocos, y se preservó la ciudad por el valor de sus habitantes, con pérdida de solo ciento, aunque los heridos fueron muchos mas. De los franceses entre caballos é infantes perecieron mas de mil y cuatrocientos, y entre ellos doscientos y cincuenta nobles. Tal fue el éxito que tuvo el precipitado intento de Alenzon, comenzado con perfidia y concluido con mucho daño suyo. Tampoco tuvo mejor fortuna en Ostende; Neuport y Brujas; pero cayeron bajo de su dominio Dendermunda, Dunkerque y Dixmunda. Rechazado y puesto en fuga Alenzon, se disculpó por cartas con los de Amberes lo mejor que pudo, asegurando á los estados que estaria siempre sujeto á ellos si le admitian en su gracia; pero siendo tan reciente la herida, solo servian los halagos para aumentar el dolor. La reina de Inglaterra, el rey Enrique y el príncipe de Orange, á pesar de todos sus esfuerzos, no pudieron reconciliarle con los estados. Finalmente, despues de varias negociaciones se convinieron en que se restituyesen los nobles prisioneros en Amberes, y los bagajes, y que los franceses volviesen á los estados las ciudades tomadas, á escepcion de Dunkerque, adonde se retiró Alenzon para ponerse en salvo.

El príncipe de Parma procuró aprovecharse cuanto pudo de las discordias de los enemigos; recobró á Endovi de manos de los franceses que molestaban el territorio de Bolduc; envió á Mondragon y Mota con parte de las tropas contra Alenzon, y con el resto marchó contra Biron, general esperimentado y de gran nombre entre los franceses. Pelearon con todas las fuerzas en campo igual, y el valor de los combatientes hacia dudosa la fortuna de la batalla, pero al fin se declaró la victoria por los españoles, que con mucha pertinacia siguieron á los enemigos fugitivos hasta las murallas de Estemberg; condujeron á sus reales treinta banderas, habiendo sido muertos tres mil franceses y pocos de los nuestros, entre los cuales fue uno Carlos de Meneses que peleaba en el primer escuadron. Hallándose Biron enfermo de una herida, embarcó en los navíos las reliquias de su ejército, y se hizo á la vela con mucha pérdida é ignominia. Siguióle Alenzon que se hallaba sitiado por Mondragon y Mota, embarcándose antes que fuese cercado por mar, y llegó á la presencia de su hermano lleno de confusion. La ciudad sitiada se sujetó al poder de los vencedores, y quedó en ella una guarnicion de españoles y flamencos mandados por Francisco de Aguilar, capitan intrépido de la escuela del César Carlos. Recobró el de Parma á Neuport, y otras ciudades, y Altipeni con feliz audacia escaló y tomó á Estemberg; Alost fue entregada al de Parma por los ingleses, á causa de que no se les pagaba su estipendio, y habiéndoseles satisfecho segun el convenio, los recibió en sus reales. Juan Bautista Tassis tomó á Zutfen con pérdida de solos dos soldado, cuya ciudad fue despues sitiada en vano por Holach. De este modo sucedian prósperamente en este año las cosas de Flandes.

El rey don Felipe, despues de haber hecho las exequias á don Enrique en la iglesia de Belen, donde habia mandado colocar el cadáver del rey don Sebastian, traido del Africa, y los de otros veinte príncipes portugueses, se volvió á Lisboa. Celebró allí córtes de todos los estados, y á propuesta de don Alfonso Castelblanco, obispo de Algarbe, fue jurado don Felipe príncipe de Asturias. El cardenal Alberto, archiduque de Austria, nuncio perpétuo como dice Chacon, fue nombrado gobernador del reino, y le dió el rey por consejeros á don Jorge de Almeida, arzobispo de Lisboa, Pedro Alcasova y Miguel de Moura, y se publicaron entonces algunos nuevos decretos. En Oporto se erigió una audiencia; cuyos jueces pasaron de Lisboa con grande utilidad y conveniencia de sus habitantes. Habia venido á Portugal la emperatriz María, viuda de Maximiliano, para visitar al rey don Felipe, que en breve debia regresar á Castilla; y se adelantó ella llevando consigo á Juliana de Alencaster, hija del duque de Aveiro, y finalmente siguiendo el ejemplo de su padre el César Carlos, se encerró con Margarita su hija en el convento de las Descalzas reales que habia fundado en Madrid doña Juana su hermana. El rey don Felipe, despues de haber distribuido á los portugueses mas dones y gracias que ninguno de sus predecesores, se puso en camino el dia once de febrero, alegrándose unos, y sintiéndolo otros segun sus diversos afectos. Por este tiempo falleció el duque de Berganza dejando por sucesor de sus opulentos estados á su hijo el duque de Barcelos. Tambien murió don Sancho Dávila, de la coz que le tiró un caballo, despues que con vergonzosa supersticion se habia entregado á un soldado para que le curase con encantos. Fue ciertamente hombre muy esperto en la ciencia militar, y ganó muchas victorias.

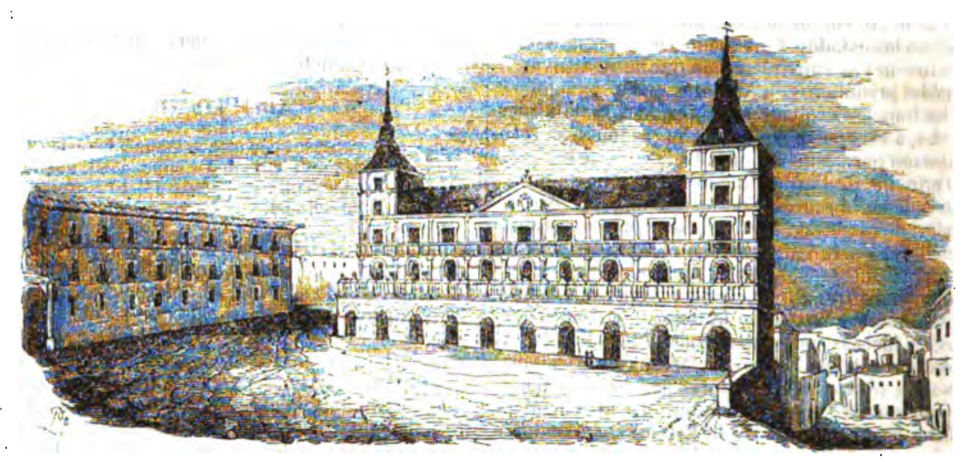
CAPITULO XII.

Vuelven los franceses con otra armada á las islas Terceras. Redúcelas el rey don Felipe á su obediencia. Guerra en Alemania con motivo del casamiento del arzobispo de Colonia.

Las islas de Cabo Verde fueron saqueadas por unos piratas franceses, acompañados de algunos portugueses, siendo el principal de estos Manuel Serrada, y además corrió la voz de que se disponia una armada en Francia para divertir las fuerzas de España, con la esperanza de recuperar á Flandes, de lo cual no desistia Alenzon aun despues de su fuga. Movido de esta noticia el rey don Felipe, mandó al marqués de Santa Cruz, que habilitase la armada cuanto antes le fuese posible, para sujetar las islas Terceras, á fin de que en adelante no hubiese nuevo motivo de hacer la guerra por ellas. Ocupaba la Tercera Manuel del Silva, hombre de malvado carácter, y de una crueldad y rapacidad estrema, y de las demás no se hacia aprecio alguno. Componíase su guarnicion de mil franceses é ingleses, y de tres mil portugueses divididos en compañias. Esta isla, que es la mayor de todas, y da su nombre á las demás, se halla fortificada por todas partes por la naturaleza y por el arte; su circunferencia es de cuarenta millas, y se estiende á lo largo desde el Oriente al Occidente. Habiendo arribado la armada francesa, desembarcó en ella mil y doscientos soldados que mandaba Mr. de la Jata, caballero de Malta. Las cartas del rey y de la reina madre á los magistrados en que les hacian promesas, confirmaron en gran manera sus ánimos. Entretanto se hizo á la vela en el Tajo el marqués de Santa Cruz con su armada, que se componia de mas de sesenta navíos grandes. Entonces navegaron por primera vez en alta mar doce galeras con velas cuadradas, y un tercer mástil en la popa, y dos galeazas, y las seguian treinta y cinco buques de carga. Luego que llegó esta armada á la Tercera, envió Santa Cruz un decreto del rey en que se concedia á todos el perdon de sus delitos; y habiéndole recibido Silva con mucho desprecio, lo ocultó, amenazando al correo si lo publicase, para que los portugueses no prefiriesen la paz á la guerra, si llegaban á saber que no tenian que temer pena alguna. Dió Santa Cruz vuelta á toda la isla, y viendo la pertinacia de sus habitantes, se acordó en un consejo de guerra desembarcar las tropas en el puerto de las Molas. Mientras que se ejecutaba, mandó el gobernador tocar las trompetas en diversas partes, y fingir acometidas, á fin de dis-

traer y dividir las fuerzas de los enemigos. Desembarcó la tropa por la noche en una costa llena de escollos muy áspera, y defendida con tres fortalezas, y arrojó de allí las guarniciones, habiendo muerto pocos de los nuestros junto con un capitan y un alferez. Silva, luego que oyó el sonido de una campana, que habia puesto en lo alto de los montes para avisarle del peligro, acudió con un poderoso escuadron al socorro de los que se hallaban en aprieto. Trabó pelea con los soldados del rey que ocupaban aquellos puestos, alternando en ella por algun tiempo la fortuna, hasta que finalmente se dirimió por el hambre, sed y cansacio de los combatientes, quedando algunos muertos de una y otra parte. La noche siguiente se huyeron vergonzosamente los portugueses á lo mas áspero de los montes, y viéndose el Francés desamparado de ellos, se retiró tambien al monte al amanecer para poner en salvo á los suyos. Fatigados los soldados del rey con la falta de agua, ocuparon el lugar que habia desamparado el enemigo, donde habia mucha abundancia, junto con el pueblo de San Sebastian, y despues que tomaron algun descanso, marcharon á Angra, capital de la isla, y en el camino se quedaron algunos muertos por el ardor del sol y la falta del agua. Hallaron la ciudad abandonada de sus habitantes, y la fortaleza de su guarnicion, y se emplearon tres dias en sacar la presa. Las tropas navales tomaron y saquearon inmediatamente la armada enemiga, habiéndose puesto en fuga su tripulacion. Componíase de treinta navíos franceses y portugueses, y la presa no fue de mucha importancia, á escepcion de mil y quinientos cautivos. Los habitantes fueron llamados de órden del general, y se volvieron poco á poco á sus casas. Desde el momento en que Silva conoció el peligro que corria, procuró ponerse en salvo, pero los portugueses estaban muy atentos á impedirle la fuga, aunque al fin se escapó disfrazado.

Habiendo perdido el Francés la esperanza de recobrar la isla, escribió cartas á don Pedro de Padilla,



Casas de ayuntamiento de Toledo.

que había militado con él en Malta, á fin de que le alcanzase permiso del general para retirarse con honrosas condiciones. Tratóse en el consejo de guerra, y fueron de parecer los capitanes que se perdonase á los franceses, pues militaban bajo la autoridad real, como constaba de las cartas y despachos que se les hallaron; pero las condiciones no fueron honrosas, pues se impuso á los franceses que viniesen á los reales y entregasen las armas, banderas y demás instrumentos de guerra, y que se retirasen con las espadas ceñidas. Vino Mr. de la Jata á saludar al general, y fue recibido por él con mucha humanidad y cortesía. Habiendo llegado don Pedro de Toledo con parte de la armada á la isla del Fayal, que se hallaba asegurada con una guarnicion de franceses, envió á Gonzalo Pereira, hombre de probidad y habitante de la misma isla, para que noticiase á Antonio Guedes, comandante de aquellas tropas, lo que habia pasado en la Tercera, y le persuadiese á la entrega. Recibióle Guedes con tanta indignacion, que sin respeto alguno de la persona que representaba, le llenó de improperios y le mató cruelmente por su propia mano. Sospechoso Toledo de lo que habia sucedido, á vista de que no volvia Pereira, desembarcó en la isla y peleó con el enemigo, que inmediatamente se retiró á la fortaleza, no teniendo fuerzas suficientes para resistir los soldados del rey, y hizo la entrega con la misma condicion que sus socios de la Tercera. Pero no dejó Guedes de pagar su atroz maldad, pues Toledo le hizo cortar las manos y colgarle en la horca atado por el brazo. Fue saqueada la isla en pena de su obstinacion, habiendo quedado en ella para su custodia doscientos hombres, mandados por Antonio de Portugal; y finalmente, despues de arregladas todas las cosas, se volvió Toledo á la Tercera. Valderrama pasó de órden del general á la isla Graciosa, y don Hugo de Moncada á las islas de Pico y Cuervo, y las obligaron á obedecer. Intentó Silva muchas veces ponerse en fuga, pero en vano, y al fin fue descubierto por una negra y conducido al general; el cual mandó hacer una grande hoguera en la plaza y quemar la moneda que se habia sellado con el nombre de Antonio. Despues que Silva dió muchas señales de arrepentimiento y penitencia de las maldades que habia cometido, le cortó la cabeza un soldado aleman, y fue enclavada en un madero, en el mismo lugar en que él habia mandado poner la de Melchor Alfonso por su fidelidad al rey, como si el cielo hubiese tenido cuidado de que él pagase en el mismo lugar la pena de su delito. Padeció tambien Serrada igual suplicio por haber robado y saqueado las islas de Cabo Verde, y fueron ahorcados otros de los mas delincuentes. Uno de estos fue Amador de Vieira, enviado por el rey don Felipe para asegurar en su obediencia á los que se manifestaban afectos suyos; pero habiendo sido traidor, delataba á Silva como víctimas para que fuesen sacrificadas, á todos los que descubria fieles al rey. Fueron puestos al remo los franceses que habian sido presos antes del convenio; y los demás que se entregaron despues, se enviaron á Francia con entera fidelidad. Finalmente, habiendo dejado allí una guarnicion de dos

mil soldados bajo la conducta de don Juan de Urbina, hombre diligente é intrépido, regresó Santa Cruz con su armada victoriosa á las costas de Andalucía. En toda España se dieron gracias á Dios por tan señalada victoria, y hubo fiestas públicas con gran regocijo de todos los pueblos.

En Alemania se suscitó de una torpe causa una nueva é impensada guerra, en la que necesariamente se halló implicado el rey don Felipe como tan acérrimo defensor de la religion católica. Habia levantado la llama Gebardo Truches, arzobispo de Colonia, que habiéndose dejado arrastrar de la lascivia, se precipitó despues en la impiedad, y acudió á las armas para defender tan mala causa. Trató con escesiva familiaridad á Inés de Mansfeld, bastarda de esta casa y monja de singular hermosura; y llegó á tal estremo de demencia, que la sacó de su convento, y se casó con ella abjurando la antigua religion. No pudo tolerar tan escandalosa maldad el cabildo de los canónigos de su iglesia, aunque habia ganado algunos de ellos para su ruina, y parecia que aprobaban su locura. Así pues, habiendo decaido aquel hombre de su dignidad por las leyes eclesiásticas y civiles, eligieron en su lugar al obispo de Lieja Ernesto, hijo de Guillelmo, duque de Baviera, con grande aplauso de todos los buenos. Pero Truches, habiendo tomado las armas, é implorado el socorro de los príncipes, lo llenó de terror y tumulto, despreciando las amenazas del César y las escomuniones del papa. Casimiro Palatino condujo un ejército



Don Gerónimo de Zurita.

á las fronteras para socorrer á su amigo, á quien todos los demás abandonaron. Carlos, conde de Aremberg, llevó socorros á los católicos por mandado del rey don Felipe, habiéndole dado el de Parma quinientos infantes. Por otra parte, Fernando, hermano de Ernesto, llevó tambien tropas, que juntas con los flamencos, comenzaron la guerra contra el sacrílego, la cual fue hecha con varia fortuna. Para concluirla contribuyó mucho el decreto del César, en que amenazó con la proscripcion á los que patrocinasen á Gebardo. Con esta amenaza, y con la falta que tenia de dinero, retiró Casimiro el ejército, sin haber hecho cosa alguna memorable. Pero ni aun esto le fue permitido impunemente, pues habiéndole seguido Aremberg, pasó á cuchillo aquella tropa de hombres perversos, que habian pegado fuego al monasterio de Tuits. Llegaron despues nuevos socorros de Flandes á las órdenes de don Juan Manrique, y fue recobrada Bona, ciudad situada cerca del Rhin, que defendia Carlos, hermano de Gebardo, y á él mismo le entregaron sus soldados por una corta suma, y fue puesto en prision á últimos de enero de 1584. Finalmente, habiendo sido tomados algunos pueblos fortificados, y no pudiendo ya permanecer con seguridad en parte alguna del dominio de Colonia el casado arzobispo, habiendo enviado delante á la fortaleza de Dilemburg á su ninfa con la presa que habia robado de las iglesias, se retiró á Güeldres, donde con las promesas de Holach y Nuenar, concibió grandes esperanzas de que tomarian mejor aspecto sus negocios. Pero le sucedió todo lo contrario, pues Fernando y Manrique, que perseguian á su ejército, le alcanzaron en el territorio llamado de Burg, y le derrotaron de tal suerte, que solo ochenta se escaparon á un bosque inmediato En medio de tanto estrago de los enemigos, solo murieron diez y siete de los católicos. La presa que hicieron fue opulenta, y se recobró toda la West-

falia. Finalmente, Gebardo se fué con su Inés á Delft á refugiarse de su antiguo huésped y amigo el príncipe de Orange.

CAPITULO XIII.

Entréganse algunas ciudades de Flandes. Muerte de los príncipes de Alenzon y Orange. Nombran los estados por sucesor á su hijo Mauricio.

No cesaba entretanto el de Orange de persuadir, exhortar y hacer todos sus esfuerzos para que los estados volviesen á llamar al duque de Alenzon, y todo esto lo hacia por su propia conveniencia, pues habia exigido de él la posesion de la Holanda para sí y sus sucesores por derecho de feudo, cuya esperanza se le frustraba si no le llamaban. Mas fueron en vano todos sus artificios, porque las ciudades marítimas habian penetrado sus verdaderos designios, y que posponia el bien público á sus particulares intereses, por lo cual no pudo conseguir sus deseos. El príncipe de Parma, habiendo tomado algunas fortificaciones y erigido otras, sitiado los caminos y cerrado los rios, impedia á un mismo tiempo la entrada de los víveres en muchas ciudades; y como los que pretendian conducirlos fuesen muy molestados por las guarniciones que tenia distribuidas, llegaron ya al estremo de sentir la escasez y el hambre. Por esto, pues, los de Ipres, deponiendo su obstinacion, abrieron las puertas al de Parma, pactando antes que no padecerian ninguna hostilidad. Los de Gante y Brujas, obligados por la necesidad, se inclinaban á la paz, á cuyo efecto enviaron diputados al de Parma, que se hallaba en Tornay; pero el suceso no fue igual, pues los de Brujas, como mas modestos, recibieron la paz que se les concedió. Su guarnicion, que se componia de diez compañías de escoceses, pasó al rey de España, y fue recibida en el campo con honrosas condiciones. Pero los de Gante, quebrantando el tratado, desecharon las condiciones de la paz y propusieron al de Parma nuevas peticiones muy escesivas, de cuya insolencia irritado aquel príncipe, mandó á los diputados que se retirasen de su presencia, amenazándolos con castigo si volviesen. Luego que fue descubierto este negocio, se escitó un gran tumulto en la ciudad; y como los calvinistas eran mas poderosos, arrojaron fuera de ella á los católicos. Campigni, que estaba allí detenido por las antiguas sospechas, ó mas bien por sus discordias con el de Orange, fue puesto en la cárcel con otros muchos, con grande peligro de su vida; y llegó á tal estremo la locura de los de Gante, que trataron de llamar á Alenzon, sin contar en nada con los estados. Pero ya era tarde, puesto que este habia fallecido en aquellos dias de una enfermedad en el castillo de Thierry, á los treinta años de su edad, jóven desgraciado en las prendas del cuerpo y alma, y poco favorecido de la fortuna. Casi en los mismos dias se pasó con sus hijos al partido del rey, Guillelmo, conde de Berghes, habiendo dejado la provincia de Güeldres, que gobernaba á nombre de los estados.

A estas desgracias de los rebeldes, se juntó la muerte del de Orange, asesinado en Delft por Baltasar Gerardo, natural de Borgoña. La reina madre de Francia habia enviado á este jóven para que diese noticia al de Orange de la muerte del duque de Alenzon. Permaneció allí algunos dias, y fue despedido, pero fingiendo habérsele olvidado alguna cosa, volvió al palacio al tiempo que el de Orange se levantaba de la mesa; y habiéndose acercado á él como para hablarle, le tiró un pistoletazo al corazon, y le dejó muerto, poniéndose en fuga inmediatamente. Pero habiendo sido cogido por los guardias que acudieron al tumulto y griteria, fue entregado al verdugo para que le diese tortura, y fue tanta su constancia y fortaleza en los crueles dolores, que dejó atónitos á los mismos que le atormentaban. Su cabeza fue clavada en un palo, y dice un escritor de aquel tiempo, que se mostró á la vista de los que la miraban mucho mas hermosa de lo que era en vida. El cadáver de Orange fue sepultado con gran pompa. Fue este un hombre sin fe, sin probidad y sin religion. El fraude y la ambicion le dominaban, y el deseo de conseguir lo que se proponia en su ánimo le hacia traspasar todas las reglas de la justicia y equidad. Su aspecto era mejor que su talento. Sabia admirablemente el arte de disimular y fingir aun con sus amigos, y finalmente fue un hombre que tenia todos los vicios. Mauricio su hijo mayor, á quien tenia custodiado en España el rey don Felipe, fue declarado gobernador de la Flandes confederada, y Holach por su teniente. En vano fue rogado el rey de Francia á que recibiese bajo de su proteccion las provincias confederadas, habiéndoselo disuadido don Bernardino de Mendoza embajador del rey don Felipe en la córte, el cual amenazó con una cruel guerra á Enrique, que en aquel tiempo fluctuaba entre los hugonotes y los católicos de la liga, de tal suerte que apenas podia sostener su dignidad real. Como este intento no surtiese efecto alguno, se dirigieron los estados á la reina de Inglaterra, temerosos de las fuerzas españolas, porque el de Parma, orgulloso con tantas victorias, y reforzado con tres regimientos de Portugal y algunas compañías de italianos, en que se hallaban muchos nobles voluntarios, amenazaba formidablemente á sus cabezas. Por este tiempo habia comenzado á sitiar á Amberes, ciudad fuerte, habiendo cerrado el puente del Escalda para impedir la entrada de víveres. Mientras que se trabajaba con valor en las obras del sitio, corrió prontamente con parte de las tropas, espugnó á Dendermunda, despidió sin armas á la guarnicion, multó á los habitantes en sesenta mil escudos, y habiendo dejado allí á Juan de Ripa, valeroso español, con un poderoso trozo de gente para la custodia de la ciudad, se volvió á los reales. Siguióse á esta la entrega de Vilvordia, y de allí á poco la de Gante, sitiada por Antonio Olivera. La obstinacion y maldades de los ciudadanos fueron castigadas con duras condiciones; las que acaso hubieran sido mas duras por la muerte de Juan Embisio, hombre de los mas principales, y de otros que deseaban la paz, si no hubiese intervenido Campigni, á quien sacaron de la cárcel, el cual pidió por ellos, olvidándose de las antiguas y recientes injurias. Aplacado el de Parma por sus ruegos, los multó no obstante en trescientos mil escudos de oro, y mandó que reparasen la fortaleza: y á los calvinistas que volviesen á la antigua religion, ó saliesen de la ciudad, segun el decreto del rey. Puso en ella una guarnicion de walones, mandada por el mismo Campigni. En la Frisia prosperaba Verdugo con sus hazañas. Defendió á Zutfen con admirable constancia, y mandó el de Parma al conde de Aremberg y á Manrique que acudiesen á socorrerle, despues de haber concluido con tanta felicidad la guerra en los dominios de Colonia. Con la fama de su venida, los enemigos que tenian doble número de tropas bajo el mando de Holach y Nuenar, se pusieron en ignominiosa y precipitada fuga. Estas son las cosas acaecidas en Flandes.

En la América septentrional fue descubierta por Valtero Raleig la Virginia, á la cual dió este nombre en obsequio de la reina de Inglaterra, á quien sus súbditos atribuyeron la gloria de la virginidad. Pocos años antes se divulgó la fábula del descubrimiento de las Batuecas en el reino de Leon, y en los estados del duque de Alba. Ignórase el nombre del descubridor; y solo se cuenta que cierto noble de la familia del duque de Alba se huyó á aquellos lugares por el miedo de haberse descubierto una mala amistad que tenia con una criada. Añaden otras cosas, segun la costumbre del vulgo para hacerlo creible; pero todo es un delirio. Algunos autores no vulgares, lo han

asegurado, remitiéndose á los archivos y crónicas de los carmelitas descalzos; siendo así que en ellas no se encuentra ni una sola palabra sobre esta materia, como lo afirma el padre fray José de Santa Teresa en su Crónica carmelitana, tomo III, libro X, capítulo XIII.

CAPITULO XIV.

Viajes al estrecho de Magallanes: descubrimiento del estrecho de Lemaire: el rey don Felipe es jurado en todos los dominios portugueses de la India.

Deseoso el rey don Felipe de impedir las correrías de los piratas en el mar del Sur y habiendo oido el dictámen de Sarmiento y Corso, que como ya dijimos, reconocieron el estrecho de Magallanes, fue uno de sus cuidados el guarnecer con castillos sus entradas. Algunos de los mas prudentes á quienes consultó, les parecia que esto no produciria fruto alguno, y creian que se perderia la obra y el gasto, porque el arte y la industria de los navegantes se burlaria de las fortalezas. Pero como los reyes son vehementes en sus deseos, y á fin de precaver todos los sucesos á que se hallan espuestos los grandes imperios, mandó disponer una armada y conducir en ella los materiales para levantar los castillos. Equipáronse con efecto veinte y tres navíos bien provistos de todo, y confirió el mando á don Diego de Valdés, dándole por compañeros á Sarmiento y Corso. Desde el principio fue desgraciada la navegacion, pues habiéndose levantado una tormenta al tiempo que entraba en alta mar, fue arrojada á Cádiz, perdiéndose tres navíos con parte de sus tripulaciones. Desde allí corrió hasta las islas de Cabo Verde, y pasó al Brasil, donde invernó desde abril hasta principios de octubre; pero luego que volvió á salir al mar, le arrojaron las tempestades á la isla de Santa Catalina, y se perdieron otros navíos con su gente. Tres de ellos, que fueron muy maltratados, los entregó á Andres Eguino para que los condujese al rio Janeiro, y otros tres á Alfonso de Sotomayor para que subiese con ellos al rio de la Plata hasta Buenos-Aires, mandándole que en el término de veinte dias penetrase por tierra á Chilé, adonde iba de gobernador, lo que se hizo con dictámen de Corso para que no se espusiese á los peligros del estrecho. Habiendo llegado Alfonso á su destino con su escuadron de gente armada, peleó con felicidad, venciendo mas de una vez á los rebeldes; y de aquellos tres navíos solo llegó uno al rio Janeiro, conducido por Pedro Diaz, piloto portugués. Eguino acometió á dos navíos ingleses en el puerto de San Vicente y los puso en fuga, pero perdió uno de los suyos que se sumergió en el mar. Entretanto Valdés rechazado muchas veces del estrecho por la fuerza de los furiosos vientos, como si indignado el Océano de que intentase echarle grillos, se hubiese conjurado con ellos para perderle, volvió con su armada al puerto de San Vicente sin haber hecho cosa alguna. Habiendo levantado allí un castillo para quitar á los ingleses el deseo de frecuentarle, dejó en él á Tomás Garro con cien soldados de guarnicion. Desde San Vicente navegó al rio Janeiro, adonde habia arribado de España Diego de Abreu, enviado por el rey con cinco navíos de socorro. A peticion de Fructuoso Barbosa, que mandaba en aquellas partes, marchó contra los franceses obstinados en molestar las costas, y los puso en fuga, lo que no habia podido conseguirse hasta entonces. Tomóles cuatro navíos cargados de palo de Brasil, arrasó hasta los cimientos la fortaleza que habian levantado en el puerto de Paraiva, edificó otra en paraje oportuno; y la aseguró con una guarnicion de ciento y cincuenta soldados y un gobernador castellano; y finalmente, en este año se volvió á Sevilla, de donde habia salido. Su teniente Diego de Ribera tomó á su cargo el continuar la empresa, aunque no con mayor fortuna, pues habiendo reparado algunas naves, se dirigió al estrecho y venció el primer canal con felicidad; pero habiéndose levantado un terrible viento, fue rechazado con mucha violencia y arrojado á la alta mar. Cuatro veces hizo en vano la misma tentativa, y persuadido al fin de que era una temeridad pelear contra los hados, que se le mostraban tan adversos, desembarcó á Sarmiento en la costa septentrional, cuyo gobierno se le habia confiado, con trescientos soldados y todas las provisiones necesarias, y le dejó dos navíos. Despues de esto, le arrebataron los vientos al Océano, y arribó con tres navíos al rio Janeiro, y desde allí navegó á Sevilla, habiendo consumido tres años en aquella espedicion. Fundó Sarmiento una ciudad con el nombre de San Felipe; pero creemos que subsistió poco tiempo, pues en parte alguna se hace mencion de ella.

En el siglo siguiente, y en el año de mil seiscientos y diez y nueve, con la fama del nuevo estrecho, navegaron á él con dos navíos de órden del rey, los hermanos Bartolomé y Gonzalo Nodales, gallegos, á quienes acompañó Diego Ramiro, natural de Játiva, en Valencia, hombre muy docto en las matemáticas, para que escribiera todo cuanto observase en aquella navegacion. Dió motivo á esta empresa Jacobo Lemaire, hijo de Isaac, natural de Amberes, el cual cuatro años antes esploró lo interior del mar del Sur, y no sin fruto, pues descubrió un estrecho á los cincuenta y cuatro grados, que tomó el nombre de Lemaire por su descubridor. Creyóse entonces que habia muchas islas hácia el Mediodia, muy separadas unas de otras, y que todo lo demás era un vasto é inmenso Océano. Despues de varios sucesos llegó Ramiro al deseado estrecho el dia de San Vicente, y habiéndole reconocido le dió este nombre: á una de sus puntas llamó Játiva, y Farillones á las islas que habia en la parte opuesta, señalando algunas de ellas con los nombres de sus compañeros. El dia octavo de la luna, en que á la hora de las tres acaece el flujo del mar en las costas de España, observó que en la misma hora sucedia el reflujo en aquellas costas Antárticas. Navegó Ramiro hasta los sesenta y tres grados, donde la luz del dia dura veinte horas; y no debemos omitir que se encontraron allí unos árboles, cuya corteza tiene el sabor de pimienta. Entabló comercio con los habitantes de aquella region, dando y recibiendo cosas de muy poco valor, y se entendian por señas y movimientos. Andan los naturales desnudos sin cubrir parte alguna de su cuerpo; la tierra es en estremo fria y estéril, y aun produce muy mal los frutos propios que en ellas se cultivan. En la navegacion de Lemaire se refiere que los flamencos descubrieron los laros, llamados así por la semejanza que tienen con los cisnes, cuyo sabor es muy delicado; y que los españoles descubrieron leones, que son unos peces á quienes se da este nombre, porque son muy parecidos á aquellos animales, así en la figura, como en el rugido y ferocidad. Saltaron á tierra, y habiéndolos acometido, fueron muertos muchos de ellos, cuyas pieles trajeron á España en prueba de la verdad de su relacion. Finalmente á los diez meses entraron en el puerto de Lisboa, de donde habian salido, causando á todos grande admiracion; y se manifestó claramente cuan vanos eran los esfuerzos y gastos que hizo el rey don Felipe para cerrar el estrecho de Magallanes.

Gobernaba otra vez la India Luis de Ataide, conde de Atougia, á quien escribió cartas el rey don Felipe haciéndole muchas promesas, en premio de haberle reconocido en aquellas remotas regiones; pero ya habia fallecido á principios del año de mil y quinientos ochenta y uno, con gran fama de valor, y de ánimo intrépido en los peligros. Fue declarado su sucesor Fernando Tello, habiendo abierto la real cédula don Juan Ribeyro, obispo de Malaca, y presidente del consejo. Este pues, avisado por las cartas de los

gobernadores de Portugal, del estado de las cosas, y habiéndole mandado el rey que continuase en el gobierno, juró solemnemente á don Felipe en la iglesia catedral de Goa el dia tres de setiembre, segun se le habia ordenado, y de este modo se sujetó á su imperio toda la India, y tambien las demás posesiones que los portugueses tenian en el Oriente, á cuyo fin envió Gonzalo Ronquillo, gobernador de Filipinas, al padre Alonso Sanchez, jesuita, á la isla y plaza de Macao, situada en la China. Con su talento y buenos oficios, consiguieron que esta colonia jurase fidelidad al rey don Felipe, con cuyo motivo se celebraron allí grandes fiestas. El primer virey de la India, electo por el nuevo rey, fue Francisco Mascareñas, que con su heróico valor habia arrojado de Chaul á Nizamaluc, y le condecoró con el título de conde de Santa Cruz. Llegó á Goa con una armada de cinco navíos, y desde luego persiguió y castigó á los piratas que infestaban aquellos mares, pero en esta espedicion murieron algunos hombres de mucho valor.

Hallábase Ormuz molestada de los enemigos, y la defendió con feliz suceso su gobernador Gonzalo de Meneses, que habiendo juntado sus tropas con las del reyezuelo, les tomó su importante fortaleza de Jamel. En vano intentó el rey de Achen invadir á Malaca, no habiendo sacado otra cosa que ignominia y pérdida. Gil Mascareñas hizo tambien algunos daños al Zamorin. Incendió en gran parte á Calecut y algunos pueblos de su territorio, con cuya pérdida se vió obligado á pedir la paz. Levantóse una fortaleza en Panane en lugar de la de Chale, que el Zamorin habia tomado, pero la paz duró muy poco tiempo. El año de mil quinientos y ochenta y tres llegó á Goa el R. P. Fr. Vicente de Fonseca, del órden de Santo Domingo, electo sucesor del arzobispo don Enrique de Tavora. Orgulloso Gil con la victoria ganada á los bárbaros, y descuidando temerariamente de su vida, fue muerto por ellos, aunque despues fueron vencidos y pagaron la pena de este atentado.

Mientras que ardia la guerra en las Molucas, el gobernador de Filipinas don Santiago de Vera, envió al capitan Juan Ronquillo con diez fragatas para socorrer al gobernador de Tidore, que se hallaba muy estrechado por los bárbaros. En tiempo del virey Duarte de Meneses, que sucedió á Mascareñas, acudió Pedro Sarmiento desde Filipinas con cuatro navíos para socorrer á los portugueses que estaban muy apurados; y habiendo juntado las fuerzas, pelearon con el tirano de Ternate con igual fortuna. Fue intentado en vano el tomarles la fortaleza pues de tal modo se habian endurecido con las contínuas guerras aquellos bárbaros afeminados, y la hacian con tanta inteligencia, que no parecian inferiores á nuestras tropas. Peleóse muchas veces en Mozambique con los cafres, que habiendo salido de su pais en gran número, talaban todo cuanto encontraban. Las cortas fuerzas de los portugueses no eran suficientes para rechazar á tanta multitud de enemigos. Hiciéronles algunos daños, y los recibieron tambien de ellos, pero no hubo accion alguna memorable. Gonzalo Camera, almirante de la armada, se portó en muchas ocasiones con tanta imprudencia y cobardía, que los enemigos le despreciaron y dejaron de ser temidas las armas portuguesas. Los demás sucesos los referiremos en los años siguientes.

LIBRO NONO

CAPITULO I.

Emprende el Parmesano cerrar el Escalda para impedir la entrada de socorros en Amberes. Esfuerzos de los sitiados para resistirle: entregase al fin la ciudad y otras de Flandes.

El príncipe de Parma llevaba adelante con admirable industria la grande obra de cerrar el rio Escalda, y causaba terror á los de Amberes, que al principio se burlaban de esta empresa. En las dos márgenes del rio habia grandes diques para contener su ímpetu, y cerca de ellos levantó dos castillos que defendiesen las entradas del puente, uno en la parte de Ordan, y otro en la de Calloo, pueblos inmediatos situados entre la ciudad y el mar. El puente era de madera, y en medio de la corriente tenia sesenta barcas apoyadas sobre tablones, siendo su longitud de mil trescientos cincuenta piés. Por la parte superior y por la inferior, le guarnecian muchas naves con valerosas tropas, cuyos mástiles estaban armados de puntas de hierro para rechazar á los buques enemigos, en caso que los sitiados hiciesen alguna tentativa por la ciudad, ó los holandeses por el Océano. En el puente y castillos habia colocados noventa y siete cañones con sus cuerpos de guardia y artilleros, y tambien estaban prevenidas algunas fustas para ocurrir subsidiariamente á cualquier encuentro. Tan árdua como esta era la empresa de impedir la entrada de víveres en Amberes. Entretanto emprendió el Parmesano otra obra de un trabajo verdaderamente improbo. Tilino, hijo de Nuan, impedia la nagevacion desde Gante, habiéndose apoderado de la embocadura del Escalda sobre Amberes, y levantado en aquel paraje una pequeña fortaleza. Abrió, pues, el Parmesano un foso de catorce millas de largo desde el rio Moer de Gante al Escalda, mas abajo del puente, y para que no pudieran introducirse en él los holandeses á interceptar los víveres, edificó un castillo en la parte donde el foso entra en el Escalda, al cual llamaron los españoles la Union, y Parma al foso en memoria de su autor. Poco despues fue Tilino hecho prisionero y encerrado por largo tiempo en la fortaleza de Torna y en pena de las molestias que habia causado. Al mismo tiempo se apoderó Holach de Bolduc por un descuido de sus habitantes; pero animados estos por Altipenni, que casualmente se hallaba en esta ciudad, convalecido algun tanto de su dolencia, le arrojaron de allí con mucha pérdida é ignominia. La armada holandesa habia venido á Liló con el designio de acometer al puente en caso que el de Parma escitado del peligro sacase de allí las guarniciones de los bolduquenses; pero el éxito de esta tentativa no correspondió á las esperanzas. Mientras tanto talaba y destruia todas las cercanías de Bruselas Jorge Basta, hombre de esclarecida fidelidad y valor, que mandaba la caballería albanesa. Con sus ardides y vigilancia se apoderaba de todos los convoyes de víveres, y los ciudadanos llegaron ya á tal estremo, que á cada paso se caian muertos de hambre. Una mujer de la plebe que tenia muchos hijos, arrebatada de un furor rabioso al oir sus contínuos clamores, les dió á todos un veneno, y despues le bebió ella misma para libertarse cuanto antes de las congojas de una muerte tan prolongada. Vencidos, pues, con el hambre los bruselenses, se entregaron á Farnesio el dia doce de marzo de 1585, y habiendo puesto una guarnicion en la ciudad, arregló las cosas sagradas y civiles lo mejor que pudo, segun las órdenes del rey. De allí á poco tiempo Nimega, ciudad principal de la provincia de Güeldres, situada en el rio Vaal, habiendo arrojado de sí á los ministros calvinistas, volvió á su deber con grande alabanza de los ciudadanos católicos, que para conseguirlo se espusieron á mucho peligro.

En Amberes preparaba algunas naves incendiarias el italiano Federico Jambelli, hombre de carácter cruel y perverso, que aborrecia con odio mortal á los españoles, á causa de que en la córte del rey don Felipe habia sido despreciado su arte de fabricar nuevas máquinas de guerra. Tenia dispuestas entre otras naves, cuatro barcas con gruesas vigas, cuyas concabidades en forma de bóveda las llenó de una estraordinaria pólvora que él mismo habia compuesto,

y de balas de hierro, de cadenas muy gruesas, y de otras cosas semejantes, para dispararlas por todas partes, y encima de todo puso unas grandes piedras para aumentar la violencia de los fuegos y el estrago de los realistas. Habiéndolas arrojado por el rio abajo, las seguian otras trece ardiendo entre las tinieblas de la noche, no sin deleite de los que las miraban, mezclado con el terror del mal que temian. Las mas de ellas reventaron en varias partes con poco ó ningun daño; pero la mayor de todas rompió las amarras del puente y se detuvo en la parte occidental. A este tiempo el alferez español Vega, conmovido del mal que amenazaba, exhortó con muchos ruegos al de Parma, que desde el inmediato castillo daba órdenes á todas partes, que se retirase de allí, lo que con efecto hizo inmediatamente. Reventó la barca con tan horrendo estallido, que parecia hundirse todo el cielo. Siguióse al trueno un espeso nublado de piedras y de otras materias, que causó un miserable estrago en los soldados y deshizo una parte del puente. ¡Cosa admirable! un jóven de los que acompañaban al de Parma fue arrebatado vivo á la ribera oriental del rio, y solo sacó una herida en un hombro. La violencia del fuego arrojó á algunos al rio y á las naves; y finalmente aquella mortífera barca salida del infierno consumió á mas de quinientos hombres; Risbourg fue encontrado el dia siguiente sin cabeza. Gaspar Robledo, portugués señor de Billi, por haberse casado con una noble flamenca que tenia este título, fue descubierto despues de algunos meses enclavado á una viga del puente, y fue conocido por el collar de oro. El de Parma despues de haber volteado como un torbellino, cayó en tierra herido en la cabeza, junto con el marqués del Basto y Gaston Spinola; pero habiendo recobrado el sentido, acudió al puente y animó á las tropas que estaban consternadas. Hizo luego reparar con los primeros materiales que pudieron encontrarse, la parte destrozada del puente y el castillo, para que la armada enemiga, que se hallaba prevenida con los víveres, no pudiera introducirse por las ruinas en la ciudad. Sucedió la cosa á medida de sus deseos, porque como los que iban en ella no descubriesen entrada alguna por donde pudiesen pasar, no se movieron de su puesto, persuadidos de que la empresa de las incendiarias no habia producido el efecto que se esperaba. De este modo quedaron burlados los enemigos y dieron tiempo para reparar los daños que habian hecho; y entretanto que se trabajaba en esta obra con mucha actividad, llamó el Parmesano las guarniciones inmediatas, hizo conducir la artillería, con la cual aseguró mas y mas los lugares fortificados. Nombró á Basto general de la caballería, y no omitió cosa alguna para precaverse, habiéndole hecho mas cauto el anterior peligro. Como los enemigos se veian enteramente escluidos del rio, rompieron su presa, y haciéndole correr por el campo del Brabante, intentaron una nueva navegacion á Amberes; pero les servia de estorbo la trinchera fortificada por los realistas, que atravesaba desde Convestein hasta la entrada del Escalda, y mientras no la superasen, eran inútiles todos sus esfuerzos. Emprendiéronlo con efecto Holach y Justino de Nasau pero con grave daño suyo, habiendo perdido muchos soldados y cuatro navíos. En este lance sobresalió mucho el valor de Gamboa, Ortiz, Padilla, y otros, que rechazaron á los enemigos hasta sus navíos.

Los sitiados enviaron catorce barcas contra el puente; seis de estas cargadas con pólvora, y las demás solo ardian por la parte esterior. Las proas de ellas iban armadas de anchas segures y sierras, para que hiciesen pedazos todo lo que encontrasen delante del puente. La principal barca navegaba con una vela debajo de la quilla, para que estendida y impelida con el agua, fuese conducida en derechura al medio del puente, lo cual fue invencion de un aleman discípulo de Jambelli. Pero ocurrió á este daño el valor y presencia de ánimo de Tork, inglés católico, que volando por todas partes con buques armados, echaba los garfios á las naves incendiarias, y á fuerza de remeros las atraia á las orillas, y allí las amarraba con las áncoras, para que no pudiesen hacer daño alguno al puente. Mas no pudiendo acudir á un mismo tiempo á todas las naves, ó porque las fuerzas de las suyas no eran suficientes para resistir al ímpetu de algunas de ellas; la que llevaba la vela estendida por bajo de agua, atravesó el puente que se desarmó (porque desde la pérdida anterior le mandó hacer levadizo el de Parma) sin mas daño que el de llevarse una de las mesas en que se apoyaba, y habiéndola seguido las otras, reventaron lejos de allí sin haber hecho el menor estrago, antes bien con mucha risa de los que las miraban. El último esfuerzo que hicieron, fue un navío de forma y grandor enorme armado con gruesa artillería, y con mil y quinientos granaderos, y los sitiados estaban tan confiados del buen éxito de esta máquina, que la llamaban el fin de la guerra. Habiendo roto los diques del Escalda, la introdujeron en los campos inundados, y al principio causó algun terror y daño á los realistas, arruinándoles con contínuo ataque el castillo, situado en la cabeza oriental del puente. Pero habiendo correspondido con su artillería los que defendian aquel puesto, sacaron de allí el navío, para que no fuese enteramente sumergido, y mientras maniobraban para ello, se encalló de tal manera en un bajo, que ni aun alijerándole de su mucho peso, no fue posible moverle con fuerza alguna. Finalmente, viendo los enemigos que estas máquinas no les aprovechaban cosa alguna para su principal intento, y confiados en el valor de los soldados, determinaron pelear á fuerza abierta, para socorrer á la afligida ciudad. Así, pues, acometieron repentinamente con multitud de navíos á la trinchera de Convestein, que era la que les impedia la navegacion, espugnándola unos por Liló, y otros por Amberes; y habiendo echado delante cuatro navíos cargados de pólvora, reventaron cerca de la trinchera, y arrojaron de su puesto á los soldados del rey. Embistieron por aquella parte los mas audaces de los enemigos, y rechazaron á los que ya se hallaban aterrados. Pero dentro de breve tiempo volvieron en sí los realistas, se animaron con mútuas exhortaciones, y cortaron la trinchera. Escapóse Holach á la ciudad en un pequeño buque por una abertura, que no era capaz de dar paso á navíos mayores, y habiendo anunciado la victoria, fue recibido con mucha alegría de los habitantes, la que luego se convirtió en tristeza, viéndo que no correspondia el suceso á la esperanza, y el mismo Holach se retiró avergonzado de la ciudad.

Entretanto habiendo recobrado el ánimo los españoles, pelearon intrépidamente, y quedaron muertos Padilla, Chaves, y otros hombres fortísimos. Acudieron por diversas partes á su socorro Juan del Aguila, Mondragon, Capissuchi, y otros capitanes, cada uno con una escogida tropa de los suyos. El de Parma, hizo venir prontamente de la ribera opuesta doscientos españoles con víveres y un capitan veterano, y peleaban en la misma trinchera en un paraje tan estrecho, que apenas podian estenderse los escuadrones. Los enemigos, encubiertos con la tierra que habian amontonado, combatian con mucho valor, y defendian el puesto que habian ganado. Pelearon con sumo teson por espacio de hora y media entre los torbellinos de las balas que volaban de los navíos por una parte y otra; y habiendo ganado los españoles la trinchera de tierra movediza, que habian levantado los enemigos, pelearon cuerpo á cuerpo á pié firme. Ya no se veia otra cosa que muertos, cuando llegaron á su socorro las tropas de mar, que sufrie-

ron algun tiempo el ímpetu de los soldados del rey. Pero habiéndolo renovado con mucha griteria, exhortándolos con la voz y el ejemplo. Agustin Romano, valeroso capitan del tercio veterano de Velasco, puso en fuga á los enemigos, obligándolos á retirarse con gran confusion y pérdida á sus navíos. Fueron tomados dos de estos por algunos españoles, que los persiguieron á nado, llevando las espadas en la boca, y no pudieron apresar mayor número porque al tiempo del reflujo, se apresuraron los holandeses á volver al rio. Los navíos de Amberes que estaban á la otra parte de la trinchera, y fueron mas descuidados en retirarse, se quedaron encallados en los bajos. Apoderáronse los realistas de veinte y ocho naves, y cuatro se sumergieron despedazadas por la artillería. Dícese que en esta pelea murieron dos mil y quinientos de los enemigos, y setecientos de los realistas, la mayor parte españoles é italianos, siendo menor el número de los heridos. A la verdad en este dia combatieron con increible valor, no solo los españoles, sino tambien las tropas auxiliares de otras naciones. La trinchera, que habia sido arruinada por diversas partes fue reparada con admirable prontitud por los vencedores, con los materiales que pudieron encontrar, con céspedes, y con los cuerpos de los que habian muerto. El conde de Mansfeld, medio quemado con un barril de pólvora que se encendió por casualidad, introdujo á remolque en el Escalda el navío á máquina, que llamaban el fin de la guerra, y le presentó al Parmesano con otros navíos de los enemigos.

La cruel hambre que se aumentaba cada dia, comenzó á domar la obstinacion de los de Amberes, pues Aldegunde habia ya apurado todos sus ardides para mantenerla. Y como ya se hablaba libremente en los corrillos y se veian asomos de una sublevacion, pasó él mismo á los reales con pretesto de tratar de las condiciones para la entrega de la ciudad; pero en realidad sin otro fin que el de engañar y ganar tiempo. Sus artificios le aprovecharon muy poco; porque habiéndolos conocido el de Parma, envió la caballeria á los campos de Amberes y Malinas, y mandó segar todos los trigos, y conducirlos á los reales, para quitar al enemigo la esperanza de sustentarse. Con efecto, Malinas se halló en breve obligada á la entrega, habiendo sido tomados los castillos de su territorio; con cuyo ejemplo, y no pudiendo ya los de Amberes tolerar mas tiempo tan largo encierro, comenzaron á tratar seriamente de la entrega de la ciudad. Refiérese que entretanto aprovechándose los holandeses de la marea, y de un favorable viento habian intentado destruir el puente con naves incendiarias, pero que fueron vanos sus conatos; y que los realistas celebraron con una descarga de su artilleria las inútiles tentativas de los enemigos. Por este tiempo Egmont y Nuan fueron llamados y puestos en libertad, despues de un largo cautiverio. El de Parma recibió en los reales con aparato magnífico el Toison de oro que le envió el rey don Felipe, y hubo banquetes y regocijos con este motivo, juntándose tambien la alegria de haberse entregado la ciudad, despues de muchos debates de una parte y otra acerca de las condiciones. Estas fueron honrosas, y se firmaron á fines del mes de agosto. El de Parma fue recibido por los ciudadanos con estraordinaria pompa, acompañándole los principales del ejército y Ariscot, Egmont y otros muchos de la grandeza flamenca. Restableció con gran celo y cuidado la religion católica, que estaba cuasi estinguida, y dejó una guarnicion de alemanes y walones bajo el mando de Verpii. Nombró á Campigni gobernador de la ciudad, la que fue multada en cuatrocientos mil escudos. Concedió á los ingenieros Barroci y Plati los materiales del destruido puente en premio de sus buenos servicios, y pagó su estipendio á los soldados. Mandó que inmediatamente se reparasen los diques del Escalda, arruinados en muchas partes por las injurias de la guerra, y porque el alojamiento de las tropas era gravoso á los ciudadanos, reedificó á peticion de ellos mismos la parte de la fortaleza que mira á la ciudad, y habia sido destruida en un tumulto, y puso á Mondragon por comandante de ella.

CAPITULO II.

Continuan las victorias de las armas del rey en Flandes. Muerte de Gregorio Trece, y eleccion de Sisto Quinto. Castigo de dos impostores en Portugal, que fingieron ser el rey don Sebastian. Sediciones de Nápoles.

Mientras tanto que los realistas tenian sitiada á Amberes, hubo en diversas partes varios encuentros, entre los cuales fue memorable uno de la caballeria, en el que el marqués del Basto derrotó y puso en fuga un gran número de enemigos. Mota intentó en vano y con pérdida suya apoderarse de Ostende, plaza marítima de comercio, y otro tanto sucedió á los enemigos en las ciudades inmediatas de Nieuport y Lira. Schenk se pasó al partido de los estados, irritado con el príncipe de Parma porque para el gobierno de Güeldres habia preferido á Altipenni. Puso en libertad á Nuenar que habia sido vencido en una batalla. Verdugo y Tassis su teniente rechazaron de una vez de la Frisia á Juan de Nasau, despojándole de su campo. Pero si el cielo no hubiese mirado por los españoles, hubieran resarcido los enemigos abundantemente este daño con la astucia de Holach, que habiendo abierto las compuertas del rio Mosa, le arrojó sobre las legiones veteranas, que poco antes habian venido de Portugal, y se hallaban acampadas en la isla de Bomel. Consternados los españoles con tan grande y tan repentino peligro, transportaron la artilleria y equipajes á Emplio y los lugares mas elevados, porque la fuerza de las aguas lo ocupaban todo de tal suerte, que parecia el campo un ancho mar. Sobrevino despues Holach con su armada conducida por la abertura de la presa del rio, y les hizo intimar que depusiesen las armas y su ferocidad, y que se le entregasen á discrecion, pues no podrian evitar la muerte, aunque se volviesen pájaros. Pero aquellos varones fuertes, á pesar de que se hallaban sorprendidos, desecharon al mensajero y prepararon sus armas contra el enemigo, procurando juntar la fuerza con el ardid. Mas como no tenian de donde pudiera venirles socorro sino del cielo, encontró un soldado cavando por casualidad cerca de la iglesia de Emplio una imágen de la Concepcion con tan vivos colores como si acabara de pintarse. Fue grande el concurso de los soldados: condujeron el cuadro á la iglesia con militar pompa, y imploraron con mucho fervor la proteccion de la Vírgen. Hallábanse en estas angustias, habiéndoseles acabado los víveres á los cinco dias, y atormentados cruelmente por la fuerza del frio, cuando en la víspera de su festividad, que era el siete de diciembre, se levantó de improviso un terrible viento que comenzó á helar aquella mole de aguas. Viendo esto Holach, y temeroso de hallarse sitiado por el hielo, cuando sitiaba á los españoles, retiró de allí sus naves, irritado en estremo con el dolor de la perdida presa, y habiéndose vuelto al rio Mosa, se libertó del peligro que le amenazaba. Pero aun fue mayor milagro el que sucedió despues, porque inmediatamente que se retiró Holach, comenzó á ablandar el tiempo y á deshacerse los hielos, con cuyo divino auxilio Mansfeld el hijo, y los demás habitantes inmediatos de Bolduc enviaron algunos navios que sacaron de allí á los españoles, trayendo estos la imágen de la Virgen, á la que atribuian el haber salido libres de aquel aprieto. Estos son los sucesos que acaecieron entonces en Flandes.

Habia determinado el rey don Felipe pasar á Zara-

goza, donde los negocios de aquel reino exigian su presencia; pero quiso que antes jurasen los castellanos á su hijo. Ejecutóse esta uncion en la iglesia de San Gerónimo de Madrid en un domingo del mes de noviembre, en que celebró de pontifical el cardenal Quiroga, y libre de este cuidado, se puso en camino á principios de este año. Acompañáronle muchos ministros del consejo real, con el cardenal de Granvela y mucha comitiva de grandes; y luego que llegó á Zaragoza, apresuró cuanto antes las bodas de su hija doña Catalina, doncella muy hermosa que habia prometido á Carlos Filiberto, duque de Saboya, hijo de Filiberto, difunto algunos años antes. Arribó este á Barcelona al tiempo señalado y fue recibido y obsequiado con mucho esplendor por don Juan de Zúñiga, conde de Miranda, virey de Cataluña. Desde allí pasó en posta á Zaragoza con algunos pocos nobles, siguiéndole sus cortesanos con viaje mas lento, y en el mismo dia en que entró en la ciudad se celebraron los desposorios, y en el siguiente los casó el cardenal de Granvela. Empleáronse algunos dias en fiestas y regocijos públicos, y los grandes compitieron entre sí en magnificencia y adornos. Despues de estas fiestas, acompañó á los novios hasta Barcelona con algunos de los principales, y en aquella ciudad hizo su entrada de noche, á fin de que no pareciese que sujetaba su dignidad á las costumbres de una nacion, que de ellas es en estremo celosa. Embarcáronse los novios en las galeras españolas, que mandaba don Martin de Padilla, y despues en las de Doria, y llegaron felizmente á Niza. Este matrimonio fue muy afortunado por su numerosa prole. Desde Barcelona marchó el rey á las córtes de Monzon con su hija doña Isabel y el príncipe; y en ellas juraron los estados del reino de Aragon al príncipe. Los catalanes y valencianos fueron despedidos inmediatamente, despues que se decidieron sus peticiones, y hubo grandes contiendas con los aragoneses, que reclamaban la mas rigorosa observancia de sus fueros. Oprimido el rey de una enfermedad, luego que hubo convalecido, se apresuró á salir de Zaragoza antes de concluir las córtes; y habiéndole seguido los aragoneses, se finalizaron los negocios que quedaban pendientes. Bajó por el Ebro á Tortosa, y desde allí fué por tierra á Valencia, donde pasó gustoso el invierno.

Por este tiempo arribaron á Lisboa los embajadores de unos reyes de las islas del Japon, en el mar de la China, que se habian convertido al Cristianismo, y venian á Roma á tributar su obsequio y obediencia al sumo pontífice. En el camino visitaron al rey don Felipe, quien los trató con gran generosidad, y habiendo llegado á Roma cumplieron con la comision que traian, y de allí á poco tiempo murió el papa el dia ocho de abril á los ochenta y cuatro años de su edad. Su cuerpo fue sepultado en una capilla edificada por él, donde se ve su estátua; y á los diez y seis dias fue declarado sumo pontífice Felix Peretti, cardenal de Montalto, religioso franciscano, que en su coronacion se llamó Sisto Quinto de este nombre. Trató á los embajadores con mucho amor, y despues de haberlos regalado magníficamente salieron de Roma para recorrer la Italia. En todas partes fueron recibidos con mucho honor, causando á todos grande admiracion lo estraño de sus costumbres, traje y lenguaje; y habiendo regresado á España á tiempo que el rey don Felipe se hallaba todavia en Monzon, además de otros obsequios, les regaló unos vestidos muy ricos, y dinero para el viaje y se encaminaron á Lisboa. Desde allí se embarcaron en una nave muy equipada, que mandó prevenir el cardenal archiduque; y finalmente, llegaron sanos y salvos á su patria el año de mil quinientos y ochenta y nueve, habiendo gastado siete años en tan larga peregrinacion.

En Portugal dos falsos Sebastianos, hombres de lo mas bajo de la plebe, suscitaron por este tiempo algunas turbulencias, creyendo muchos, ó fingiendo creer que vivia el rey don Sebastian. El uno de ellos que era muy sencillo, y le habia incitado á esta ficcion mas la malicia ajena que la suya propia, fue condenado á galeras. El otro se descubrió que era un embustero y traidor, y pagó en la horca su maldad junto con sus cómplices. Omitimos otros sucesos de igual naturaleza, cuya narracion no es de grande importancia. En el año sesenta y ocho de este siglo, sucedió á don Gregorio Gallo, primer obispo de Orihuela, que fue trasladado á Segovia, don Tomás Asion, de una noble familia valenciana; el cual falleció por este tiempo y tuvo por sucesor á don Cristóbal Robuster. El cardenal Baronio al año de trescientos y catorce prueba que Orihuela fue en lo antiguo silla episcopal; y lo mismo afirmó antes que él Antonio Beuter en su crónica, y que permaneció hasta la invasion de los árabes. En la diócesis de Segorbe sucedió á Lori don Martin Salvatierra, obispo de Albarracin, y tomó posesion dos años antes de este.

Deseoso el rey don Felipe de propagar la fe cristiana en las islas Filipinas, mandó al padre Alonso Sanchez, que acababa de llegar de aquellas regiones, que pasase á visitar al papa, como lo hizo, y habiéndole instruido del estado de la cristiandad en tan remotas islas, amplió la autoridad del obispo de Manila, á causa de la distancia, concediéndole facultades para dispensar en muchas cosas el rigor de los cánones. Su primer obispo fue fray Domingo Salazar, del órden de Santo Domingo, que tomó posesion el año ochenta de este siglo. El mismo rey don Felipe pidió al papa obispo para los cristianos del Japon, y nombró al padre Sebastian Morales, jesuita, que se hallaba en Funchal, capital que fue de la isla de la Madera; pero murió en el viaje en Mozambique. En su lugar fue nombrado don Pedro Martinez; á quien se le dió por coadjutor don Luis de Cerqueira, natural de Coimbra, con derecho para sucederle en el obispado.

Desde la muerte violenta de Pedro Farnesio, ocupaba la fortaleza de Placencia una guarnicion de españoles, y Octavio habia hecho por largo tiempo los mayores esfuerzos con el César Carlos para que se la restituyese; pero todos fueron inútiles, porque no se fiaba de él despues que se habia pasado al partido francés. Finalmente, por este tiempo se la restituyó el rey don Felipe, á lo cual contribuyeron mucho las ilustres hazañas de su hijo Alejandro en Flandes y los beneficios que habia hecho á Campigni, hermano del cardenal de Granvela, y corrió entonces la voz de que en esto solo habia seguido el rey el dictámen del cardenal, sin noticia alguna de los demás ministros del consejo de Italia. En el vireinato de Nápoles sucedió á Mondejar don Juan de Zúñiga, teniente de gran prior de Castilla, y á este el duque de Osuna despues que regresó de la embajada al rey don Enrique de Portugal. En su tiempo se sublevó la plebe napolitana con pretesto de haberse encarecido algun tanto los granos en aquella ciudad, no porque la cosecha hubiese sido escasa, sino por la mucha cantidad de trigo que se estrajo para Aragon, adonde el rey habia determinado pasar. El pueblo enfurecido, y siempre dispuesto á creer lo peor, atribuyó la culpa al electo Juan Vicente Estarache. Al tiempo, pues, que iba al ayuntamiento para poner remedio á este desórden, se arrojó sobre él la multitud desenfrenada, y arrastrándole por las calles con muchas injurias y baldones, le mataron y le despedazaron en tan menudas partes, que apenas pudieron recogerlas sus parientes para darles sepultura. El virey procedió con negligencia en los principios del tumulto; pero despues procuró abastecer la ciudad y guarnecerla con gente armada para que no

volviese otra vez á suscitarse nuevo alboroto. Mas para no dejar sin castigo la audacia popular, fueron muchos puestos en prision, y á los mas culpados se les dió tormento. Examinada que fue esta causa con mucho cuidado, padecieron treinta personas la pena de muerte; otros cincuenta y ocho fueron condenados á galeras, y algunos pocos enviados á destierro. La demás multitud fue echada de la cárcel sin imponerles pena alguna; y finalmente se concedió perdon general á todos los que se habian ausentado de la ciudad para evitar el castigo, permitiéndoles que se volviesen á sus casas.

Con la muerte del duque de Alenzon se levantaron nuevos tumultos en Francia. La alianza de armas establecida ocho años antes con los españoles, con el pretesto de defender la religion, fue renovada este año en el castillo de los Guisas, llamado de Joinville, y á esta liga dieron el nombre de Santa. Concurrieron á ella en nombre del rey don Felipe don Juan Bautista Tasis y Juan Moré, caballero de Malta, francés de nacion, hombre activo y de mucho talento para los negocios; y las cabezas principales del partido católico, á saber, los cardenales de Borbon y de Guisa con los príncipes de la casa de Lorena, que eran muy opuestos á los hugonotes. La causa de acelerar esta junta fue, que segun el dictámen de los médicos, no podia tener sucesion el rey Enrique, con lo cual se iba acercando mas al trono de Francia el príncipe de Bearne. Temian mucho los católicos, que si este llegaba á reinar seria destruida en Francia la verdadera religion; y para evitarlo acordaron que llegando el rey á morir sin hijos, fuese nombrado gobernador del reino el cardenal su tio, con esclusion del de Bearne. Escitado el rey con los escritos que se publicaron en defensa de la liga, y despues con el tumulto de las armas que se disponian vigorosamente, se irritó mucho contra los confederados por el desprecio que hacian de su dignidad: pero no obstante se unió á ellos por la mediacion de la reina su madre. Tambien contribuyó mucho á los intentos de la liga la escomunion pronunciada por el papa Sisto Quinto, hombre de carácter fogoso, contra los príncipes de Borbon, inficionados de la impiedad, de los cuales el príncipe de Condé falleció á principios del año siguiente en Angeloi con no pocas señales de haber muerto envenenado. De esta suerte, de la antigua y descuidada sociedad de armas, se levantó como de las cenizas de un fuego escondido, una repentina llama que por espacio de algunos años afligió á la Francia. A la verdad el rey don Felipe, además del deseo de conservar la religion católica, parecia que queria vengarse de los daños, que con detestable fraude le habia causado el Francés por medio de Antonio de Borbon y del duque de Alenzon.

CAPITULO III.

Socorre la reina Isabel á los estados confederados. Toma de varias plazas por los españoles. Correrias del pirata Drake en las costas de América. Muerte de los duques de Parma.

Los estados confederados de Flandes, que no habian podido obtener socorros del Francés contra el Español, los consiguieron de la reina de Inglaterra, prometiéndola que se sujetarian á su arbitrio, á cuyo fin la enviaron una embajada. Temian los ingleses que si llegase á concluirse la guerra de Flandes, se vengarian los españoles de los agravios que hasta entonces habian disimulado. Por tanto, creian conveniente abatir en Flandes la potencia española, tan formidable á toda la Europa, despues que habia reunido á su imperio el reino de Portugal, y prevaleció el dictámen de que debia fomentarse la guerra esterna, y alejarla todo lo posible de Inglaterra. Rehusó la reina Isabel admitir el principado de Flandes que la ofrecian los embajadores, porque aquella mujer astuta y prudente procuraba mas bien conservar los dominios que poseia, que adquirir otros nuevos. No obstante la dieron en rehenes á Flesinga, la fortaleza de Ramekens y Brill, y puso en ellas guarniciones inglesas. Trasportáronse á Flandes cinco mil infantes y mil caballos para que militasen á espensas de la reina; y mandaba estas tropas Roberto Dudley, conde de Leicester.

Este, pues, pasó á aquellas provincias acompañado de mucha nobleza á principios de 1586. Pero no aterrando de ningun modo al príncipe de Parma este nuevo enemigo, y persuadido de que seria un hecho glorioso á su fama el tomar á Grave, ciudad situada sobre el rio Mosa, fortificada con muros y una buena guarnicion, encargó esta empresa á Mansfeld el jóven. Habiendo cerrado este el rio con un puente, estrechaba el sitio, y acudió Holach á socorrer á los sitiados. Hubo algunos combates muy sangrientos en la misma entrada del rio, y no pudiendo recibir socorros por tierra, soltaron los diques del rio, y fueron introducidos víveres en pequeños buques. Sintiólo mucho el de Parma, como si esto hubiese sucedido por culpa de Mansfeld; y noticioso de que Leicester habia marchado con nuevas tropas para hacer levantar el sitio, salió él mismo de Bruselas con un fuerte escuadron, á fin de detener el ímpetu del Inglés. Luego que llegó el de Parma, derribó con su artillería parte de los muros, y despues del primer asalto, en que faltó muy poco para apoderarse de la plaza, aterrada su guarnicion, capituló la entrega y saltó á vista del mismo Leicester. Tambien cayeron en poder de los realistas otras muchas plazas de una y otra márgen del Mosa; y finalmente Venloó, la mas fuerte de todas, habiendo rechazado de allí á Schenk que venia á su socorro. Su mujer y su hermana fueron enviadas honoríficamente con toda su familia; y se repartió entre los soldados la rica presa que habia juntado Schenk en todo el tiempo de la guerra.

Entretanto el Parmesano, movido de los ruegos de Ernesto, arzobispo de Colonia, condujo sus tropas á Nuys, que habia sido tomada por Nuenar, mas por ardid que por la fuerza, renovando la guerra de Gevardo de Truches. En su espugnacion dieron los españoles ejemplos de valor muy dignos de alabanza, sino hubieran manchado la victoria con su crueldad; imitáronlos los italianos, que con igual furor no perdonaban á nadie. Los capitanes encerraron en los templos á las mujeres, niños y viejos, para que no fuesen muertos promiscuamente. Tampoco perdonó la muerte á los que saltaban desde los muros, pues la caballeria los perseguia por todas partes. El gobernador de la guarnicion, que se hallaba enfermo de una herida que habia recibido en una pierna, fue ahogado en la cama en que estaba. Entregaron al arbitrio del vencedor trescientos hombres armados que se hallaban dentro de la torre; y corriendo contra ellos los españoles, hicieron una cruel carnicería, á pesar de las reclamaciones de Altipenni. Con este castigo fue vengada la burla que hicieron al de Parma, pues habiendo fingido llamarle como para entregarse, dispararon contra él desde los muros una lluvia de tiros. La presa se distribuyó entre los soldados, y hubiera sido opulenta, á no haber perecido la mayor parte reducida á cenizas. La guarnicion, que se componia de dos mil hombres, fue pasada á cuchillo, y murieron otros tantos ciudadanos. Despues de esta victoria recibió el de Parma solemnemente en los reales de mano del obispo de Vercelli, y puesto enmedio de Ernesto y Juan, duque de Cleves, el sombrero y la espada bendita que le habia enviado el papa; á cuyo fin se dispuso con la sagrada Eucaristia, y hubo en todo el campo mucho re-

gocijo. Fueron tomados tambien algunos lugares fortificados, que servian de estorbo para sitiar á Rhimberg, donde se habia refugiado Schenk con un poderoso cuerpo de gente armada; y no pudiendo llevar adelante esta empresa, porque le llamaba el peligro de Flandes, procuró cerrar la ciudad, habiendo puesto una guarnicion permanente en la isla del Rhin y en otros puestos fortificados.

A este tiempo Mauricio, hijo de Orange, se habia apoderado de Axel asaltándola una noche, y acometió en vano á Hulst. Del mismo modo Leicester, despues de haber rechazado á las tropas reales de ciertos parajes, habia determinado combatir á Zutfen, socorrida con víveres por Basto, y despues por el mismo príncipe de Parma, sin que el Inglés se moviese de sus reales, aunque fue provocado á la pelea. Pero de allí á poco tiempo se volvió á Inglaterra llamado por la reina, con mucho disgusto y queja de los Estados, sin haber hecho cosa alguna memorable. El rey don Felipe no pudiendo ya tolerar que la reina se burlase de él con una paz fraudulenta, prohibió el comercio entre España é Inglaterra, que fue como un preludio de la futura guerra, pero á la verdad, fue intempestivo este golpe, no teniendo prevenidas tropas ni armada, y como los reyes pecan muchas veces para mal de sus súbditos, pagaron la pena de esta precipitada discordia en muchas partes de tan dilatado imperio, que estaban sin resguardo, y muy espuestas á invasiones.

El pirata Drake, abordó á las costas de Galicia á fines de agosto del año anterior; pero causó poco daño, habiendo sido rechazado de allí por las guarniciones que estaban prevenidas. Pasó despues con veinte navíos á las islas Canarias; donde padeció un grave infortunio, el cual resarció con la presa que hizo en las islas de Cabo Verde, cuya capital Santiago, fue saqueada por su gente. Navegó desde allí á la isla de Santo Domingo, y se puso á la vista el dia once de enero. Era su gobernador don Cristóbal Ovalle, presidente de la audiencia, el cual quedó tan consternado luego que vió la armada, que no acertaba á resolver el partido que deberia tomar. Finalmente, habiendo vuelto en sí, se puso en precipitada fuga por el rio arriba, y lo mismo hicieron los habitantes, escapándose cada uno por donde podia sin pudor alguno. Aumentaba el miedo el que la ciudad solo estaba en parte rodeada de murallas, y luego que desembarcaron los ingleses, la entraron á saco. Parte de ella fue reducida á cenizas; la artillería la condujeron á sus navíos, y á costa de veinte y cinco mil pesos, se consiguió que el pirata no acabase de destruir la ciudad. Entretanto, murió Ovalle oprimido con el dolor de la desgracia y de la ignominia. Concluida tan felizmente esta empresa, levantó Drake áncoras, y navegó á Cartagena. Su gobernador don Pedro Fernandez, aunque avisado del peligro, se portó del mismo modo que Ovalle. Mandaba allí dos galeras don Pedro Vique, noble valenciano, y esclarecido por sus muchas hazañas. Este, pues, en medio de aquella consternacion y de la angustia del tiempo, levantó una trinchera para cerrar el paso del puerto á la ciudad, y mientras tanto escondieron los habitantes sus caudales en lugar seguro. Entraron los ingleses al puerto, y habiendo llegado á tierra, acometieron los puestos fortificados. Al primer asalto echaron á huir sus defensores sin moverles cosa alguna el ejemplo y las voces del capitan, que peleaba intrépidamente. Renovóse no obstante el combate dentro de la ciudad, exhortándolos Vique á obrar con valor, mas no pelearon con el esfuerzo que debian por sus aras y sus hogares. Derramáronse despues los enemigos al saqueo de la ciudad, arruinaron la iglesia, y se llevaron la artillería, municiones y pólvora que hallaron. Finalmente, por intercesion del obispo, y de los principales vecinos, y habiendo recibido el pirata ciento y siete mil pesos de la caja real, se abstuvo de pegar fuego á la ciudad. Determinó desde allí pasar á Jamaica para tomarla; pero le rechazaron las tormentas, y la preservaron sus santos tutelares y patronos. Llegó tarde á la Habana porque ya estaba todo prevenido para recibir á Drake, habiendo corrido la voz de su venida; por lo cual dejando á un lado aquel puerto, se dirigió á la Florida. Destruyó la villa de San Juan, cerca del rio de San Agustin, que aun no se hallaba fortificada, y se pusieron en fuga algunos pocos españoles. Finalmente, despues de haber saqueado aquellas costas, se restituyó á Inglaterra á la salida del verano. Para castigar á este pirata, mandó el rey don Felipe á don Alvaro de Flores, que navegase con una armada de veinte navíos, mas no pudo alcanzarle; porque persuadido Drake de que seria perseguido, se retiró prontamente, con mucha pérdida de su gente, á quien el clima causó muchas enfermedades que le despoblaron la armada. Luego que llegó don Alvaro á Cartagena, procuró reparar la ciudad, que se hallaba medio arruinada, y recojer á los habitantes, que andaban dispersos en los bosques por el miedo de los enemigos. Don Alonso de Bazan persiguió con felicidad á los piratas moros, habiéndoles apresado muchos navíos, y una galera muy magnífica.

A principios de este año falleció en Ortona Margarita, duquesa de Parma, madre de Alejandro Farnesio, matrona digna de inmortal alabanza por su virtud y por su prudencia, que resplandeció principalmente en el gobierno de Flandes, y á los siete meses murió tambien Octavio su marido en Parma, cuyos ciudadanos juraron á Alejandro por su legítimo príncipe y heredero de aquellos estados, habiéndole enviado á este fin diputados á Flandes. En Madrid falleció el cardenal de Granvela, condecorado con muchas dignidades y empleos de la córte. Fue un hombre de grandes talentos; y los mas prudentes solo echaban menos en él un ánimo mas suave. Sus huesos fueron trasladados á Besanzon al sepulcro de su padre. Sucedióle el cardenal Quiroga en la presidencia del consejo de Italia. Tambien murió en Tarragona don Antonio Agustin, sapientísimo en el derecho y en todo género de literatura. Publicó las constituciones de aquella iglesia, y fue sepultado en ella en una capilla magnífica que habia hecho erigir. De su asombrosa erudicion, solo diré lo que en el epitafio de su sepulcro se halla escrito: *Oraculum terrestris sapientiæ*. Sucedióle don Juan Teres, catalan, trasladado de la diócesis de Tortosa, el cual dió á luz otros cinco libros de constituciones. En el año siguiente entró en su lugar en la silla de Tortosa don Juan Bautista Cardona, obispo de Vich. Nombró el rey por ayo del príncipe don Felipe al marqués de Velada, en lugar de Zúñiga, teniente de gran prior de Castilla, que poco tiempo antes habia fallecido. Su sobrino don Juan, hijo de su hermano, que se hallaba virey de Cataluña, pasó á Nápoles á suceder al duque de Osuna. En Roma falleció á los noventa y cuatro años de su edad Martin Azpilcueta, llamado vulgarmente Navarro, por su patria, hombre muy sábio entre los jurisconsultos españoles, y de costumbres santísimas. Fue muy amado de los reyes y de los papas, y dejó ilustres monumentos de su doctrina, que andan en manos de todos los hombres doctos: su cuerpo fue sepultado en la iglesia de San Antonio de los portugueses, donde se colocó su estátua sobre el sepulcro. En el mes de abril del año siguiente se trasladaron de Flandes á España las reliquias de Santa Leocadia, y fueron colocadas con insigne pompa y magnificencia en Toledo, pátria de este ilustre mártir, asistiendo á la procesion el rey y toda su córte.

CAPITULO IV.

Suplicio de María Estuardo, reina de Escocia: sitio y toma de la Enclusa por el Parmesano: hostilidades de Drake en las costas de España: él rey don Felipe se dispone á hacer la guerra á los ingleses.

A principios del año de 1587 caminaban las cosas de Flandes con mucha prosperidad. Recobró el Parmesano las ciudades guarnecidas, y las fortalezas que tenian gobernadores ingleses, comprando unas y entregándosele otras sin pacto alguno. En algunos fue mas poderosa la avaricia que la fidelidad, y en otros el conocimiento de la justicia unido á la piedad católica. Aquellos como hombres venales fueron aborrecidos de todos; pero los últimos pasaron al sueldo del rey, y se portaron siempre con valor y honradez. Irritados los flamencos confederados con el dolor de estas pérdidas, maldecian el nombre inglés de palabra y aun por escrito, y de aquí se originó la ira contra ellos, atribuyéndose mútuamente, no sin razon, maldades y crímenes. Entretanto María Estuardo, reina de Escocia, vendida pérfidamente por sus mismos súbditos, incitados de la pasion á la nueva secta, fue condenada á muerte por Isabel su parienta, aunque no tenia derecho alguno sobre ella. Sirvieron de delitos verdaderos las calumnias que aglomeró por todas partes; pues al que quiere obrar mal, jamás le faltan pretestos para hacerlo. Finalmente despues de veinte años que estuvo encerrada en una prision, fue conducida al suplicio entre las lágrimas y lamentos de sus domésticos, y con ejemplo memorable y funesto de la infelicidad humana, la cortaron la cabeza. Su cuerpo embalsamado y encerrado en una caja de plomo, fue sepultado junto al de la reina doña Catalina de Aragon. Jacobo su hijo, muy desemejante á su madre se pasó á los herejes, y despues poseyó el trono de toda la Gran Bretaña. A la verdad se admiraron todos, y con mucha razon, de que los príncipes hubiesen dejado impune tan grande injuria hecha al decoro real, especialmente el Francés que tenia tantos enlaces con la reina María. El hijo, que era todavía muchacho, y estaba sujeto al arbitrio de los grandes, no pudo hacer mas que derramar lágrimas. Entre las causas de la guerra movida por el rey don Felipe, refieren muchos la venganza de tan horrible atentado, lo que no disputo.

El Parmesano despues que juntó sus tropas, y para molestar á los enemigos con algun señalado golpe, habia determinado acometer á la Enclusa, ciudad muy fuerte por la naturaleza y por el arte, situada entre Ostende y Flesinga; cuya empresa parecia muy árdua á los cabos que consultó sobre ella. Mas para el valor y prudencia de Alejandro no habia cosa alguna difícil ni inaccesible. Para impedir la entrada de víveres cerró el canal con un puente, y habiendo acercado su artillería, comenzó á batir las obras esteriores; y despues que se apoderó de ellas, dirigió todas sus fuerzas contra la ciudad. A este tiempo se dejó ver el conde de Leicester con una armada, en que conducia nuevas tropas de Inglaterra, y habiéndolas desembarcado, intentó abrirse camino con la fuerza para llegar al pueblo. Pero acudió luego el Parmesano con un escogido escuadron, y le detuvo el paso, no atreviéndose el Inglés á aventurar una batalla, y con un consejo mas cauto que noble, se retiró á sus navíos, y desde allí á Ostende, lejos del peligro. Tampoco hicieron cosa alguna los de Flesinga con una nave incendiaria que enviaron contra el puente, que se hallaba valerosamente defendido por los españoles. Finalmente apuradas las fuerzas y los ardides, Arnaldo Groneveld, comandante de la guarnicion, para evitar que los habitantes llegaran al último estremo, si los soldados del rey entraban en la ciudad con espada en mano, la entregó solemnemente bajo las condiciones acostumbradas, y se retiró de allí con el resto de las tropas y sus bagajes. Asegurada y guarnecida que fue la ciudad, con un valeroso trozo de españoles, se nombró por su gobernador á Juan de Ripa, que estaba en Dendermunda. Entretanto Holach, para retraer al Parmesano de su comenzado intento, ponia emboscadas á Bolduc, acometiendo á Engel, pueblo cercano. Acudió Altipenni al auxilio de los sitiados; trabóse la pelea en la orilla del Mosa, y disparando los navíos de los enemigos desde el rio, fue herido gravemente Altipenni en la garganta. Leváronle á Bolduc, y se dirimió el combate con igual daño de ambas partes; pero murió dentro de poco tiempo, y fue entregada Engel por Fabio Regina con honrosas condiciones; y por haber sido esta pérdida muy sensible á los cotólicos, mudaron los enemigos el nombre de Engel en el de Creve Coeur, tomado de la lengua francesa.

Adquiria cada dia nuevo aumento la discordia entre los holandeses é ingleses, é irritado Leicester de la inconstancia de los estados, pues trataban de cohartarle el mando que le habian dado, se disponia á obligar por la fuerza á aquella nacion refractaria á que ejecutase sus mandatos, tomando el ejemplo del duque de Alenzon; á cuyo fin puso los ojos en Leiden para dar principio á su empresa. Mas como esto se descubriese luego por los flamencos, fue tan grande el odio que atrajo, que faltó poco para que no tomasen las armas. Noticiosa la reina de lo que pasaba, llamó á Leicester, que ya estaba hostigado de aquellos hombres y de sus negocios; y finalmente á principios del año siguiente dejó el mando con muy poca fama de su persona, y murió poco despues. Pero á fin de desembarazarse Isabel de una guerra sangrienta, en que conocia iba á implicarse, pidió á Federico Segundo, rey de Dinamarca, que se interpusiese como medianero y reconciliador al rey don Felipe con los estados confederados. Respondiéronle estos, como consta de sus mismas cartas, que no solo la pacificacion sino el hacer mencion de ella les era perjudicial. El Parmesano recibió con mucho honor á Juan Ranzoní, embajador de Dinamarca, y envió al rey don Felipe sus cartas, en que pedia se concediese á los flamencos la libertad de conciencia. Contestó don Felipe al Dinamarqués, dándole muchas gracias por sus oficios para reconciliar la paz, de que él se hallaba muy deseoso; pero que no podia tolerar que se alterase cosa alguna de la antigua religion, y que en todo lo demás le hallarian fácil y clemente. Despidió el de Parma al embajador con todo obsequio, pero fue preso en el camino, y habiéndole despojado y enviado á la Haya, abrieron los estados todas las cartas que llevaba. Llegó este atentado á noticia del rey, y para que no quedasen sin castigo los holandeses de haber quebrantado el derecho de las gentes, mandó embargar un grande número de sus navíos, y no los dejó salir hasta tanto que sus maestres le pagaron treinta mil escudos.

La reina Isabel, temerosa de la guerra que la amenazaba, pues corria la voz de que se disponia en España una armada para invadir la Inglaterra, envió á Drake con una escuadra de veinte y cinco navíos para que se informase de todo, prohibiéndole, segun quiso persuadirlo, que hiciesen hostilidad alguna. Pero sucedió muy al contrario; pues habiendo llegado á Cádiz á últimos de abril, redujo á cenizas veinte y seis navíos que estaban anclados en el puerto, y se abstuvo de acometer la ciudad por haber acudido á rechazarle el duque de Medina Sidonia con un valeroso trozo de gente. En las islas Terceras apresó un navío de Juan Trigueiro, ricamente cargado de muchas mercaderías del Oriente, y irritado el rey don Felipe con estos agravios, decretó al instante la guerra, que hasta entonces habia dilatado,

para que la reina se arrepintiese alguna vez de haber abusado tantas de su paciencia. Dió aviso de este intento al papa por medio del conde de Olivares, su embajador en la córte romana, y le ofreció su santidad un millon para los gastos de la guerra, luego que los españoles pusiesen el pié en Inglaterra. Mandó á los gobernadores de Italia que juntasen navíos, reclutasen tropas, y dispusiesen todo lo demás necesario para la guerra, á fin de que todo se hallase pronto para unirse en el lugar que habia señalado. Tambien hizo armar navíos en Portugal, Vizcaya y Andalucía; y finalmente, se hicieron nuevas reclutas en toda España, y todo se preparó con la mayor celeridad. Dió el rey aviso en secreto al parmesano de sus intentos, mandándole cuidase mucho de que no se trasluciese cosa alguna en el público para que comenzase la guerra antes que llegase á oidos de la reina, contra quien se dirigia. Esta, pues, sospechosa de lo que la amenazaba, se disculpó de lo que habia ejecutado Drake, alegando que lo habia hecho sin su órden, y que solo le mandó reconocer los puertos, porque corria la voz de que se disponia en España una numerosa armada para acometer á la Inglaterra; por lo cual estaba pronta á dar satisfaccion y á renovar las negociaciones de la paz, enviando á este fin sus diputados á Flandes. Pero entretanto disponia su armada y fortificaba la isla con guarniciones, dando bien á entender que con sus ofertas solo procuraba ganar tiempo. El Español usaba con ella de igual astucia, mientras hacia sus preparativos en Flandes y en España, y mutuamente se engañaban uno á otro.

Llegaron al de Parma dos legiones de Italia y otras dos de España, mandadas por don Antonio de Zúñiga y don Luis de Peralta, catalan. Juntáronse tambien un gran número de flamencos, alemanes y borgoñones de caballería é infantería. De la principal nobleza acudieron voluntariamente á esta guerra don Rodrigo de Silva, duque de Pastrana, don Juan de Mendoza, marqués de Hinojosa, Juan de Médicis, hermano del duque de Florencia, Amadeo, del de Saboya, y otros hombres ilustres en nacimiento y hazañas, incitados de la fama de tan esclarecido general. Fabricábanse navíos para trasportar las tropas, armas, municiones y todo lo demás que se necesitaba en una guerra tan vasta y complicada. Aunque el Parmesano procuró atraer á sí al rey de Escocia, no pudo conseguirlo, porque atendia mas á su conveniencia que á su decoro. La reina ajustó nueva alianza con los holandeses; en cuya virtud recibió de ellos veinte navíos muy bien equipados; y el resto de su armada fue destinada para infestar las costas de Flandes. El marqués de Santa Cruz promovia en España los aprestos, y como no estuviesen tan prontos como queria el rey, recibió á aquel general, que habia ganado tantas victorias, con una aspereza que no convenia á sus muchos méritos, los cuales deberian ser recompensados con otro premio, y habiendo vuelto á su casa muy penetrado con el picante discurso del rey, le acabó la vida la tristeza con grave sentimiento del mismo rey. Tal fue la opinion de los hombres de aquellos tiempos, y la que en sus escritos han propagado hasta los nuestros. En su lugar fue nombrado el duque de Medina Sidonia, ilustre por sus progenitores, pero que no tenia la ciencia naval necesaria para tan importante guerra.

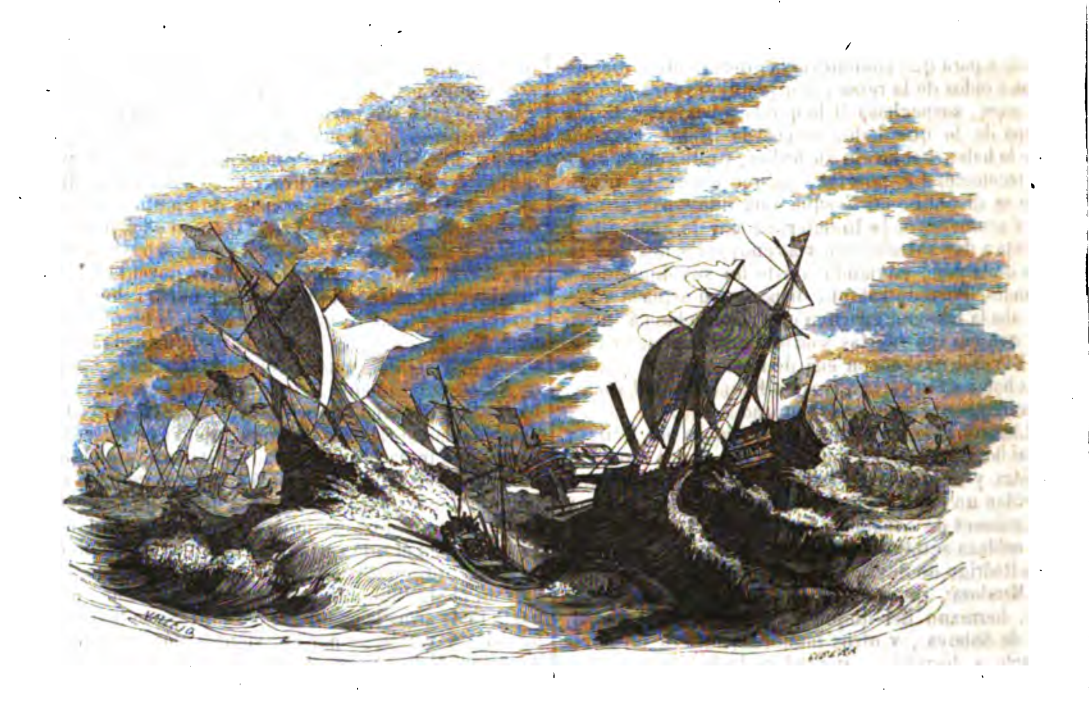
CAPITULO V.

Envia la reina Isabel diputados á Flandes para tratar de la paz, pero sin efecto. Sale de España una poderosa armada contra Inglaterra, y padece repetidas desgracias.

A principios del año de 1588 habian pasado á Flandes los diputados ingleses bajo la seguridad de la fe pública para tratar de la paz; y los recibieron Aremberg, Campigni, Ricardot y otros hombres principales, enviados al mismo fin por el Parmesano. Hospedáronse en unas tiendas de campaña entre Ostende y Neuport, y comenzaron su negociacion con mucha lentitud, ó por mejor decir se engañaban unos á otros. Los ingleses pedian cosas exhorbitantes, siendo una de ellas la libertad de religion de las provincias confederadas. Esto era muy ridículo, pues su misma reina no lo permitia en Inglaterra, y fácilmente fue refutado con sólidas razones. Pero mientras tanto que aquí perdian el tiempo, esperaba ya la armada española la estacion oportuna para navegar en el mes de mayo, y habiendo finalmente dado la vela, comenzó desde luego á padecer desgracias. Levantóse una horrible tempestad en el cabo de Finisterre que maltrató y dispersó los navíos, y apenas arribó á la Coruña la tercera parte de ellos; pero habiéndose aplacado poco á poco la fuerza de los vientos, entraron las demás naves en otros puertos de Galicia. Inmediatamente que se mostró el mar tranquilo volvió otra vez á salir, y llegó á dar vista á Inglaterra. Componíase la armada de ciento y treinta navíos grandes de todas clases. Iban en ellos muchos nobles y voluntarios, y el total de las tropas ascendia á veinte y ocho mil doscientos noventa y tres hombres. El teniente de Medina Sidonia era don Martin Recalde, hombre muy esperto en la ciencia del mar. Con la noticia de la venida de la armada se disolvió el coloquio, y se retiraron los ingleses, perdiéndose enteramente la esperanza de la paz. Llevaba Medina Sidonia órdenes para ocupar las entradas del canal entre Calés y Dowres, donde recibiria las tropas que tenia prevenidas el de Parma, y que por el rio Támesis se encaminase á Lóndres, como si no hubiese tempestades ni enemigos que lo impidieran. Habiendo juntado consejo de guerra en la capitana, se disputó en él que seria una cosa muy conveniente tomar un puerto de la isla (y habian puesto los ojos en el de Plimouth cercano, donde estaba una parte de la armada enemiga) para que si se hallasen forzados á retirarse por los vientos, ó por alguna desgracia de la guerra, tuviesen prevenido un asilo seguro, y al mismo tiempo debilitar las fuerzas del enemigo, quemando y destruyendo aquella parte de su armada que estaba allí fondeada. Pero el duque de Medina Sidonia se resistió á este intrépido consejo, afirmando que no haria cosa alguna fuera de lo que se le mandaba, á fin de que si la empresa fuese desgraciada, no se le acusase haber faltado á las órdenes. Obstinado, pues, en este parecer, perdió la ocasion de un feliz suceso, que no volveria á presentársele; y dejó á un lado á Plimouth con grande alegria de los enemigos, que á vista de aquella poderosa armada estaban temerosos por la desigualdad de fuerzas.

Navegaba la armada ordenada en forma de media luna, mandando el ala izquierda don Pedro de Valdés, comandante de la escuadra de Andalucía, y la derecha don Miguel Oquendo, comandante de la vizcaina. El general habiendo llamado á sí á don Diego de Flores, hombre muy sabio en la astronomía y náutica, ocupaba el centro de la armada. La de los ingleses que era menor (porque aun no se habian juntado todos los navíos), pero dirigida con mas arte y velocidad, salió de Plimouth llevando por general á Cárlos Habard, conde de Norfotk, y por su teniente á Francisco Drake, y acometió á la española por la espalda, disparándola desde lejos una infinita lluvia de balas. Entretanto que sostenian algunos ligeros combates entre las tinieblas de la noche, comenzó á arder el navío de Oquendo, ya por acaso ó por fraude del comandante de su artillería, que era flamenco, de los cuales iban muchos en la armada atraidos del estipendio. Acudió al momento Valdés al socorro;

pero entretanto que auxiliaba á su compañero; fue rodeado por los navíos enemigos con admirable velocidad, y vencido por Drake, le condujeron á Inglaterra como primicias de la victoria. Mientras duraba el combate con Valdés, se sacó del navío de Oquendo una gran cantidad de dinero que conducia para los gastos de la guerra, y se trasportó con los soldados á otras naves, y lo demás se abandonó á la presa de los enemigos. Nicolás de Isla, que peleaba valerosamente, fue despedazado por el mástil que le cayó encima; y habiéndose sumergido su navío, salió á nado su gente á las costas de Francia. Al dia siguiente quiso Medina Sidonia tomar á Vigth, isla cercana á Inglaterra; pero se lo impidió otra armada que salió de Lóndres, siguiéndole Drake y Havard con la suya. Peleó con una y otra desde lejos, porque los ingleses rehusaban acercarse, pues como eran tan diestros en todas las maniobras que se requerian, y los buques españoles eran tan pesados, los rodeaban fácilmente en los parajes de poco fondo, y los acometian con su artillería sin perder tiro. Concluida esta larga pelea con la venida de la noche, echó anclas la armada española cerca de Calés. Fueron y vinieron correos al Parmesano para que juntase las tropas que tenia prevenidas, y que ascendian á veinte y seis mil infantes y mas de mil caballos, cuya mayor parte embarcada en los navíos de carga en Neuport y Dunkerque, esperaba la escolta de la armada para hacerse á la vela. Afirmaba Medina Sidonia que no podia acercarse mas sin riesgo de inevitable naufragio en una costa tan llena de bajos, y el Parmesano decia que los navíos de carga no podian entrar en alta mar sin un manifiesto peligro á vista de la armada enemiga que sitiaba los puertos, pues carecian de artillería gruesa para resistirla, como destinados únicamente al trasporte de las tropas, y no para el uso de la guerra. Uno y otro tenian razon, y ninguno podia ejecutar las órdenes del rey, y de este modo se frustran las que se dan para lugares distantes, cuando en las cosas de la guerra es preciso muchas veces tomar consejo de los accidentes fortuitos.



Entretanto se pasó el dia, y los ingleses echaron aquella noche ocho brulotes de los navíos medio derrotados y deshechos en la anterior pelea, que aterraron con su vista á los españoles que se acordaban de la desgracia de Amberes, y todo lo llenaron de tumulto y confusion. Mandó Medina Sidonia levar las anclas para evitar el estrago del fuego, pero al tiempo que se apresuraba á huir de aquel mal presente, cayó de improviso en otro no menor, levantándose una tempestad, que en un momento dispersó toda su armada. Al otro dia acometieron los ingleses á los navíos dispersos: renovóse la pelea; y aun mismo tiempo hicieron grandes estragos el combate y la tempestad. Pero era mucho mas cruel la guerra que hacia el mismo mar que la de los navíos entre sí; y no es posible ponderar el horror que causaba el ver á un mismo tiempo combatir las olas, los vientos, los hombres y las naves. Finalmente, habiendo perdido Medina Sidonia la esperanza de juntar las tropas, como le era mandado, porque se lo impedian los ingleses, que no cesaban de pelear, la armada holandesa, que no se apartaba de las costas de Flandes, y la horrible tormenta, determinó volverse á España con su armada muy disminuida. Habia perecido en Calés una galera napolitana, con muerte de su capitan Hugo de Moncada. El navío portugués en que iba Toledo, combatido por los holandeses y agitado de una tormenta, se sumergió y fue á fondo cerca de Flesinga, y salieron á tierra la mayor parte de sus tropas junto con el mismo Toledo. Pimentel sostuvo por largo tiempo el ímpetu de la armada holandesa con un navío americano muy bien equipado, hasta que habiendo sido muertos sus defensores, vino á caer en manos de los enemigos con algunos pocos nobles. El duque de Medina Sidonia para no esponerse otra vez á los peligros del canal, tan famoso por las tormentas y el ímpetu recíproco de las olas, dirigió la proa hácia el Septentrion para dar vuelta á las islas, y entre horrorosas tempestades y espantosos peligros, superó la Escocia, las Orcadas y la Irlanda, en cuya isla se le hicieron

pedazos diez navíos. Pereció Alfonso de Leiva, que desde Sicilia habia venido con las galeras á esta infausta espedicion. Alfonso de Luzon con muchos de sus compañeros, fue conducido á Inglaterra, y fue mas favorable la fortuna de los que arribaron á las costas de Escocia y Dinamarca, de donde pudieron restituirse á España sin daño alguno. Oquendo y Recalde fallecieron apenas llegaron, el uno á San Sebastian y el otro á la Coruña. Medina Sidonia con parte de la armada salva, entró en el puerto de Santander, y desde allí se retiró á su casa, no menos enfermo de cuerpo que de espíritu. Los historiadores discordan mucho sobre el número de los navíos perdidos. Unos lo disminuyen por vergüenza y otros lo aumentan por odio, y nada puede asegurarse con certeza. No obstante, nos persuadimos que la mayor parte de la armada volvió á las costas de España. Dícese que el rey no mudó la voz ni el semblante cuando le dieron la noticia de la pérdida; y que solo respondió: «Yo no envié á la armada á pelear con»tra las tempestades y las iras del mar, sino contra »los ingleses.» En aquel mismo dia libró cincuenta mil ducados para curar á los enfermos y heridos, dando gracias á Dios por haberle conservado parte de la armada, y como tan heróico imitador de la fortaleza romana, prohibió por un edicto el luto que habia vestido España por tan grande calamidad.

El Parmesano empleaba en Frandes todo su talento y fuerzas contra los estados confederados. Intentó en vano tomar por ardid á Bergop-Zoom, ciudad muy



D. Juan de Rivera.

fortalecida, habiéndole faltado á la palabra el Inglés, autor de la traicion; pero se vengó de los daños recibidos y de la perfidia, poniendo guarniciones en los lugares oportunos, y quitando con ellos á los enemigos la libertad de hacer presa. A fines del año anterior se habia apoderado Schenk de Bona, y consternado Ernesto con esta pérdida, y no quedándole fuerzas suficientes para recuperar la ciudad, fortificada por sí misma y con una poderosa guarnicion, estaba resuelto á capitular con Schenk bajo de cualesquiera condiciones, antes que esponerse al peligro de perder toda la provincia. Pero noticioso de esto el Parmesano, como era tan celoso de su fama y decoro, le envió á decir que no tratase cosa alguna con un enemigo que inmediatamente seria arrojado de allí. Al mismo tiempo mandó al príncipe de Chimai, hijo del duque de Ariscot, que marchase á Bona con parte del ejército. Fue atacada la ciudad con el mayor esfuerzo, y despues de largos combates, se entregó á Ernesto bajo de condiciones; y habiéndola asegurado con una guarnicion, nombró por su gobernador á don Juan de Córdoba. Intentó despues Mansfeld el padre con parte de estas tropas combatir á Vachtendonk, ciudad bien guarnecida de la provincia de Güeldres. Entonces se vieron por la primera vez las bombas, cuya invencion se debe á un habitante de Venloo, y que disparadas desde unos morteros de bronce, hacian horrible estrago en los edificios con gran terror y daño de los enemigos; y es de admirar que no haga mencion de esto don Carlos Coloma. Peleóse atrozmente en la brecha del muro, donde se derramó mucha sangre, y quedó herido el mismo gobernador; y viéndose despues enfermo, entregó la ciudad á principios del año siguiente, bajo de condiciones poco decorosas.

CAPITULO VI.

Turbulencias de Francia: hace el Saboyano la guerra en Italia: concilio provincial en Méjico: terremoto de Lima, y otros sucesos memorables de la India Oriental.

En Francia continuaba la guerra con mayor furor, habiéndose aumentado mucho el poder de los Guisas con la accesion de las fuerzas reales. Por el contrario, socorrian á los hugonotes la reina de Inglaterra y algunos príncipes de Alemania, los cuales enviaron á Francia un ejército de cuarenta mil hombres, mandados por el general Bullon. Entregó el rey sus tropas al duque de Joyosa, y le mandó que marchase contra el príncipe de Bearne, y encargó á Guisa que con las de los confederados, á las que habia juntado el Parmesano seis mil infantes y mil y quinientos caballos, acometiese á los alemanes, esperando que estos le oprimirian con su número y multitud. Entretanto, rodeado el mismo rey Enrique con valerosas tropas, aguardaba el éxito de estas espediciones para

unir sus fuerzas y declararse por el partido mas poderoso. Aborrecia en secreto al duque de Joyosa desde que se habia pasado á los de la liga, y ardia en ira contra Guisa desde que renovó la alianza contra su voluntad, y estaba dispuesto á vengar la injuria hecha á su dignidad real, si se le presentase ocasion de hacerlo. Joyosa peleó desgraciadamente con el de Bearne, y quedó muerto en la batalla con mucha pérdida de unos y otros. Pero Guisa, aunque muy inferior en fuerzas, acometió con denuedo á los alemanes derramados en la Francia, unas veces por la espalda, otras por los costados, y otras frente á frente, sin dejarlos descansar de dia ni de noche; de tal suerte que los quebrantó estraordinariamente. Juntáronse á esto las enfermedades nacidas de la inclemencia del cielo y del esceso en la comida y bebida, las cuales aumentándose mas cada dia se retiraron á su patria por gran fortuna las tristes reliquias de este ejército, que en su entrada habia causado terror y espanto. El general Bullon falleció á su regreso en Ginebra.

Esta victoria fue muy perjudicial á Guisa por el escesivo afecto que se concilió de todos los franceses que levantaban su nombre hasta el cielo, y le llamaban á boca llena el libertador de la patria, el vengador de la religion y el terror de los enemigos. Por el contrario, se desenfrenaban todos largamente contra el rey, llamándole incapaz para el gobierno, flojo y afeminado, por lo cual deberia cortársele el cabello y encerrarle en un monasterio. Tales eran las conversaciones y discursos que se oían en los corrillos, con lo que irritado gravemente el rey, intentó refrenar esta insolencia, que si no la precavia á tiempo, vendria á parar en una conjuracion: á este fin envió á París soldados armados, pero los parisienses suscitaron un tumulto, y los arrojaron fácilmente de la ciudad. Mas temiendo con razon que esto no quedaria sin castigo, se acogieron los principales al patrocinio de Guisa. Este, pues, eludió con un ambiguo discurso la prohibicion del rey de no entrar en París; y habiendo mudado de camino, siguiéndole solo siete criados, llegó finalmente á esta ciudad con mayor confianza que prudencia. Desconfiado el rey del afecto del pueblo que veia tan inclinado á Guisa, llamó á los suizos para mayor seguridad de su persona, y para tener en ellos una guardia mas fiel. La reina madre hizo todos sus esfuerzos para aplacar al hijo y para halagar á Guisa, no ignorando que el actual estado de las cosas amenazaba una total ruina, cuando podia mas un solo noble desarmado que el rey de Francia armado. Con su industria y maña se apaciguaron los ánimos y ajustaron una recíproca concordia. Inmediatamente se sosegó el tumulto por la autoridad del de Guisa, y depuso el pueblo las armas, manchadas algun tanto con la muerte de los soldados; y los suizos fueron luego despedidos de la ciudad con grande aplauso de los habitantes que aclamaban á Guisa.

Entretanto el rey triste y melancólico, revolvia en su interior la insolencia del vulgo, la poca seguridad que tenia en aquella ciudad, donde reinaba el de Guisa, y cual seria el objeto y fin de sus designios; y no pudiendo sufrir ya por mas tiempo esta ignominia, pensó ponerse en fuga secretamente por una puerta falsa de palacio. Despues de esto, creciendo el odio con el miedo, no se ocupaba en otra cosa que en proyectos funestos contra los Guisas. Procuró disimularlos con gran cautela, hasta que al fin rompieron en los estados generales de Blois, donde con vergonzosa perfidia hizo matar al duque y al cardenal de Guisa, faltando á la fe y palabra pública; y á esto se añadió la maldad de haber dado una órden impía para quemar sus cuerpos. No se puede ponderar el trastorno y general perturbacion que causó este atentado. Al momento que las ciudades tuvieron noticia de él, comenzaron á sublevarse contra la autoridad real, á unirse con los de la liga y á tomar las armas, habiendo concebido tanto odio contra el rey, que suprimieron su nombre en los edictos y decretos, y derribaron y ultrajaron sus estátuas. El papa le escomulgó por haber violado la sagrada púrpura, no solo con la muerte del cardenal de Guisa, sino tambien con la prision del cardenal de Borbon y del arzobispo de Leon. Los parisienses que eran los que mas aborrecian al rey, recibieron con estraordinario regocijo á Carlos, duque de Mayena, hermano menor de los Guisas, y como si estuviese vacante el trono, le nombraron los estados por regente. A cualquiera parte que se volvia Enrique, no encontraba sino enemigos; pues por un lado tenia contra sí á los hugonotes, á quienes perseguia con la guerra, y por otro lado al de Mayena, y los confederados católicos que estaban resueltos á no fiarse de allí adelante de un hombre perjuro; pero sobre todos sus adversarios se distinguian los parisienses, con quienes intentó en vano reconciliarse, disculpándose del hecho. Viéndose pues en el mayor conflicto se juntó á los hugonotes, á cuyo fin envió al príncipe de Bearne algunas personas que le persuadiesen lo mucho que convenia á ambos el unir sus fuerzas contra el comun enemigo. Con este hecho, además de la infamia que se atrajo faltando á la causa de la religion, se tramó su misma ruina, y sumergió á la Francia en una lamentable calamidad. La reina su madre, como si adivinase, le anunció las desgracias que en breve habian de sucederle, y falleció de allí á poco tiempo consumida de la tristeza. Esto es lo principal que acaeció entonces, pues el referirlo todo por menor no es propio de nuestra obra, ni de la brevedad que nos hemos propuesto.

Habia ya largo tiempo que todas las cosas se hallaban tranquilas en Italia, hasta que comenzó á turbarlas el Saboyano, que tomó las armas contra los genoveses; pero no pudo apoderarse de la ciudad, porque se lo impidió el Francés. Intentó en vano por dos veces tomar por fraude á Carmañola, capital del marquesado de Saluces; y por este tiempo se le cumplieron sus deseos, y redujo á su dominio todo aquel estado con el auxilio de un valeroso escuadron de españoles que le envió el duque de Terranova, gobernador de la Lombardía. Los historiadores afirman que le incitó á tomar las armas el deseo de arrojar de Italia á los hugonotes; pero muchas veces ocultan los príncipes sus miras ambiciosas con pretestos de justicia ó de religion. Por este tiempo á instancia del rey don Felipe canonizó el papa solemnemente al beato Diego, del órden de San Francisco, cuyo cuerpo se conserva en Alcalá de Henares con mucha veneracion de los fieles. El dia señalado para su festividad, que fue el trece de noviembre, recitó el papa la oracion que él mismo habia compuesto, en la cual, como dice un autor, parece que indicó la humildad de su nacimiento en aquellas palabras: *Concede propitius humilitati nostræ*, como que era verdadero amador del cristiano abatimiento, aun en la mas alta dignidad. No obstante, como fue hombre de estraordinario espíritu, dió muestras de magnánimo príncipe, mucho mas de lo que podia esperarse de la humilde fortuna en que habia nacido y se habia educado. Procuró con inexorable severidad espeler de todos sus dominios á los ladrones, asesinos, desterrados, enemigos de la quietud pública, y finalmente á todos los malhechores. Adornó la ciudad con monumentos desenterrados de la mas remota antigüedad. Levantó con feliz osadía delante de la Basílica Lateranense el obelisco que estaba sepultado en el circo máximo, donde le colocó Constancio, hijo del gran Constantino, como refiere Ammiano. Trasladó á la plaza de la iglesia de San Pedro y dedicó á la Santa Cruz otro obelisco que estuvo en tiempos

antiguos en el circo vaticano de Gayo y Neron: y finalmente erigió el tercero en Santa María del Pópulo. La brevedad de su pontificado le impidió perfeccionar otras muchas cosas que tenia proyectadas. Falleció don Juan de Mendoza, arzobispo de Granada, y fue electo en su lugar don Pedro de Castro, hombre muy docto, y defensor acérrimo de la libertad eclesiástica.

En América sucedieron por este espacio de tiempo pocas cosas dignas de memoria. El concilio de Méjico celebrado el año de mil quinientos ochenta y cinco por el arzobispo don Pedro de Contreras, con asistencia de seis sufragáneos, mandó celebrar con octava solemne la fiesta de San José, esposo de la Santísima Vírgen María, que en otro sínodo de treinta años antes habia sido declarado patron del reino de Méjico, y se decidieron otros muchos puntos concernientes á la disciplina eclesiástica y reforma de las costumbres, todo lo cual confirmó el pontífice Sisto en el año siguiente. El rey don Felipe envió entonces á aquel nuevo mundo once religiosos carmelitas de la nueva reforma de Santa Teresa, á los cuales se les dieron las ruinas del templo de San Sebastian, cerca de la ciudad de Méjico, para que fundasen un convento, y se aumentó mucho en aquellos paises la piedad cristiana con el buen ejemplo de estos religiosos. A primeros de julio del año de ochenta y seis acaeció un terremoto en el Perú, que continuó por espacio de cuarenta dias, con grande estrago de los edificios, no quedando en Lima ninguna casa intacta. Consternados los habitantes, abandonaron la ciudad, y á esto se siguió una pestilente enfermedad, que se estendió hasta las costas de Chile, y una horrible hambre, originada del descuido de los campos, con cuyos males perecieron innumerables personas. Al mismo tiempo, para colmo de miserias, Tomás Candisch, pirata inglés, habiendo atravesado el estrecho, saqueó y encendió los navíos, y hizo otros muchos daños.

Llegaron á Lisboa las naves de las Indias, opulentamente cargadas con muchas mercaderías. A peticion de los portugueses estableció el rey don Felipe una audiencia en Goa, para la cual nombró diez oidores muy doctos. El arzobispo don Vicente, no pudiendo tolerar por mas tiempo el desenfreno de los portugueses, entregados á todo género de vicios, renunció su dignidad y murió en la navegacion cuando regresaba á Portugal. Pablo de Lima, varon muy esforzado, se apoderó de Yor, ciudad muy rica, situada no lejos de Malaca á grado y medio sobre el Ecuador, y derribó sus murallas, y no falta quien dice que fue reducida á cenizas. Entraron en parte de la presa cerca de mil piezas de artillería, y dos mil y doscientos buques que estaban fondeados en el rio. Tambien sobresalió mucho en esta espugnacion el valor de Antonio de Noroña. El rey de Achen intentó muchas veces invadir á Malaca, y el de Ceilan á Columbo, pero uno y otro con igual desgracia. Por este tiempo tuvo aquel sitiada á Malaca por espacio de siete meses; mas con la voz que corrió de que venia Pablo con la armada, se apresuró á levantar el sitio. El de Ceilan combatia á Columbo con grandes fuerzas, y la defendia Juan de Brito con algunos pocos portugueses naturales del país. Acudiéronle socorros de diversas partes: el Bárbaro sin conmoverse por esto, perseveró en su empresa por seis meses seguidos, hasta que con la llegada de Pablo, y de Sousa Coutiño, cuyo valor habia esperimentado en otras ocasiones con grave daño suyo, levantó el sitio, y se retiró de allí con silencio. A principios de mayo de este año falleció el virey Meneses; y habiéndose abierto la cédula real, fue declarado por su sucesor Manuel Coutiño, que habia adquirido mucha fama con sus hazañas. Emprendió Pablo su navegacion á Portugal, y naufragó en las costas de Africa; pero habiendo escapado de aquel peligro falleció poco tiempo despues este hombre, que fue uno de los mas célebres de su edad. El pirata Alibet que hacia muchos daños á los portugueses en Mombaza, fue apresado con cuatro galeras por Tomás, hermano del virey, el cual auxiliado despues por los bárbaros muzimbaros, sujetó á los habitantes de aquellas costas, y regresó á Goa vencedor en mar y tierra, y fue recibido con magnífica pompa. El prisionero se convirtió al Cristianismo, y finalmente murió en Lisboa.

CAPITULO VII.

Desgraciadas empresas de Flandes. Antonio, prior de Ocrato, acomete á Portugal con una armada inglesa. Sitio de París por el rey Enrique, y es asesinado. Aclama el ejército por rey al príncipe de Bearne, y los de la liga al cardenal de Borbon.

El año de 1589 fue abundante de espediciones desgraciadas. El conde de Egmont combatió con mucho esfuerzo á Goets de órden del príncipe de Parma, y no pudo tomarla. Tampoco Mauricio pudo conservar á Gertrudemberg, aunque se hallaba sitiada por todas partes, para que no pudiesen entregarla al de Parma los ingleses que la presidiaban, que irritados con los Estados porque no los pagaban su estipendio, habian pactado la entrega al de Parma bajo de cierta suma. Mauricio, arrebatado de la ira, mandó batir los muros con la artillería y acometió por la brecha, pero fue rechazado con pérdida por los ingleses; y con la voz que corria de la venida del de Parma, se embarcó en los navíos con la misma celeridad que habia venido; y habiéndose deteriorado su salud, marchó á tomar las aguas de Spá por consejo de los médicos. Entretanto no hubo mas que ligeros encuentros, que mas bien ejercitaron que fatigaron al soldado. El marqués de Varambon, natural de Borgoña, gobernador de Güeldres, acometió sin fruto alguno á Rhimberg, pero peleó prósperamente con Schenk, que habia acudido á socorrer á los que se hallaban en aprieto; y se dice que fue ganada la victoria por el valor de las tropas napolitanas. No tardó Schenk en desquitarse de los daños que le hicieron los realistas, pues derrotó á Patton, que poco antes habia desertado de los ingleses, llevándose el dinero destinado á la paga de las tropas para entregarlo á Verdugo. Mas no le duró mucho á Schenk la alegría de la victoria y de la presa. Embarcóse en el rio Vahal, y antes de amanecer quiso entrar en Nimega; pero rechazado al rio por los habitantes y tropas de la guarnicion, se embarcó en su navío, el cual se abrió con el peso de los muchos que huian de la muerte, y se sumergió en medio de la corriente, y de esta manera pereció aquel hombre tan belicoso y despreciador de los peligros; pero muy desenfrenado en la ira y en el vino. No mucho despues Nuenar, su compañero de armas, fue abrasado por un barril de pólvora que se incendió casualmente. Varambon peleó desgraciadamente con el inglés Francisco Ver; y Rhimberg fue socorrida por el vencedor con todas las provisiones necesarias. Pero finalmente, despues de un largo sitio, fue ganada con la paciencia por Carlos Mansfeld, y restituida el año siguiente al arzobispo de Colonia; el cual, por medio de sus legados, dió muchas gracias al de Parma por haber recobrado con su auxilio y consejo los dominios que tenia perdidos. Estas fueron las cosas mas dignas de memoria que sucedieron en Flandes.

En Inglaterra se disponia una poderosa armada para daño de la América; pero á instancias y ruegos de Antonio, prior de Ocrato, mandó la reina que se dirigiese contra las costas de Portugal. Esperaba pues aquella princesa que con la presencia de Antonio, y á vista de las banderas inglesas, se animarian los por-

tugueses á sacudir el yugo y dominacion de los castellanos, que sufrian con tanta impaciencia; y de este modo con las fuerzas de una provincia opulenta, suscitaria á poca costa una gran guerra al Español, al mismo tiempo que con sus astucias fomentaba la de Flandes, para que el rey de España no pudiera acometerla en su misma casa. Habiendo penetrado don Felipe el artificioso designio de la reina, envió á Lisboa al conde de Fuentes, hombre muy esperto en los negocios de la paz y de la guerra, con un escogido escuadron de gente armada, á fin de que mantuviese en su deber á los portugueses en caso necesario, y procurase rechazar á los enemigos de aquellas costas. Además de esto, con la noticia que se divulgó de la guerra, acudieron socorros de todas partes y un gran número de voluntarios, deseosos de dar pruebas de su valor.

Don Juan de Padilla, marqués de Cerralbo, obtenia el gobierno del reino de Galicia, adonde primeramente arribó el enemigo con la codicia de hacer presas. Componíase su armada de setenta navíos; que conducian catorce mil soldados, al mando de Enrique Noris, general de mucha esperiencia. Habiendo desembarcado en el puerto de la Coruña, acometieron en la ciudad, que no estaba muy guarnecida, y intentaron en vano el asalto por la brecha del muro, de donde fueron rechazados con una sangrienta pelea. En esta ocasion resplandeció el heróico valor de una gallega llamada María Pita, pues viendo que descaecian de ánimo los hombres, oprimidos por la multitud de los enemigos, arrebató á un soldado su espada y rodela, y les dijo á gritos: «Buen ánimo, compa»ñeros mios: seguidme y tomad ejemplo de mí, por»que en nuestras manos está pendiente el honor del »nombre español.» Dicho esto, acometió á los enemigos con increible audacia, y incitados de ella los soldados, se reaniman sus fuerzas, y despues de un atroz combate, rechazaron al enemigo de la brecha del muro con grande estrago. Un autor de aquel tiempo asegura que perecieron mil y quinientos ingleses, y entre ellos un hermano de Noris. Desesperado pues de tomar la ciudad, descargaron su ira contra el arrabal; y despues de haberle saqueado y incendiado, se retiraron á los navíos, y levantando las anclas, desaparecieron inmediatamente. Aquella mujer tan heróica, cuyo valor conservó la ciudad, fue premiada por el rey con el sueldo de alferez.

Pusiéronse los enemigos á la vista de Peniche, villa pequeña de Portugal y poco guarnecida, y al momento se apoderaron de ella. Desde allí se encaminaron á Lisboa con sus tropas en órden de batalla, y habiendo puesto sus reales en un paraje oportuno, poco distante de la ciudad, esperaban la sublevacion de sus habitantes, y que les diesen la entrada, en lo cual les confirmaba Antonio, fiado en la palabra de algunos de sus partidarios. Pero el cardenal gobernador mandó ajusticiar á los mas fanáticos antonianos, que clandestinamente incitaban al pueblo á tomar las armas; con cuyo suplicio aterrados los mal contentos, prefirieron la quietud á una ruina inevitable. Los nobles y ciudadanos honrados se mantuvieron por el rey con sincera é inviolable fidelidad. El conde de Fuentes impedia á los ingleses que hiciesen correrías, teniéndolos encerrados por todas partes con la caballería. Hubo algunas leves escaramuzas favorables á los españoles, pero no pelearon en batalla, porque el Inglés se mantenia en su campo muy fortificado. Drake, que mandaba en la armada, tomó á los alemanes ocho navíos cargados de trigo en el puerto de Cascaes, junto con la fortaleza por la cobardía del gobernador, que pagó con su cabeza. No intentó Drake penetrar en el rio Tajo, de lo cual le culpó Noris. Tenia Bazan cerrada la entrada con diez y ocho galeras, defendidas por las fortalezas, y finalmente, viendo el Inglés despues de ocho dias que no habia esperanza de cumplirse las promesas de Antonio, se retiró á Cascaes, habiendo recibido algun daño en su retaguardia. Incendió la fortaleza, y la arrasó con pólvora hasta los cimientos, y se hizo á la vela para Inglaterra sin haber conseguido lo que se proponia en esta espedicion.

No con mayor fortuna intentó el Saboyano apoderarse de Ginebra, auxiliado por el rey don Felipe, con valerosas tropas sacadas de la Lombardía y de Nápoles. Alegaba aquel sus antiguos derechos, y al rey don Felipe le movia el deseo de restablecer la religion católica, y esperaban que Dios favoreceria la buena causa; pero sucedió todo lo contrario, tal vez en castigo de los pecados de los nuestros. Inmediatamente acudieron los suizos de las cercanías á socorrer á los sitiados. Hubo primero treguas, y despues de concluidas, algunos combates de poca importancia. Finalmente, se introdujo una peste en el campo, cuyos estragos, y el daño que le causaban los sitiados con sus salidas, obligaron al Saboyano á retirarse sin haber hecho cosa alguna.

Mucho mas desgraciado fue el rey Enrique en el sitio de París con un grande ejército, habiendo juntado sus tropas con las del príncipe de Bearne. Deseaba con mucho ardor vengarse de las anteriores injurias, y decia: que sin derramar mucha sangre, no podia curarse el frenesí de sus habitantes: Hallábase ya la ciudad en la mas crítica situacion: todo estaba dispuesto para el asalto en los arrabales, y esperaba apoderarse de ellos en breve tiempo, junto con la ciudad; pues el miedo habia entorpecido de tal suerte á sus moradores, que desconfiados de poder librarse, corrian mas bien á esconderse que á tomar las armas. Era grande el pavor y consternacion de la multitud, cuando se mudó la escena por el delirio y temeridad de un hombre despreciable. Jacobo Clemente, religioso dominico, muy conocido de todos los suyos por su declarada estupidez, entró en el campo y dijo, que tenia que hablar al rey en secreto, y entregarle unas cartas. Llevaronle con efecto muy de mañana á la presencia de Enrique: retiráronse todos, como lo habia pedido, y al tiempo que hacia el ademan de entregarle las cartas que llevaba prevenidas, le metió un cuchillo por el vientre, con tan grande fuerza, que penetró hasta el mango. Levantó el rey el grito y se sacó el cuchillo de la herida, y con gran presencia de ánimo, le clavó en la frente de aquel malvado. Acudieron al ruido los domésticos y cortesanos que acabaron de matar al traidor, y arrastrando su cadáver por los piés, le despedazaron con cuatro caballos, y despues le redujeron á cenizas. En la primera curacion dieron los médicos alguna esperanza de vida, ó porque lo creian así ó porque convenia creerlo. Pero habiéndole sobrevenido una calentura con cruelísimos dolores, y conociendo que se le acercaba su muerte, llamó al príncipe de Bearne, le declaró heredero del reino y le amonestó que si deseaba salvarse á sí mismo y á la patria, volviese cuanto antes al gremio de la iglesia católica. Inmediatamente fue proclamado rey por el ejército, Enrique, Cuarto de este nombre, y Enrique Tercero, despues de haber recibido los santos sacramentos, falleció con muchas señales de arrepentimiento, siendo el último rey de la casa de Valois. De tan delgado hilo como este pende la salud y opulencia de los mortales, en las que tanto confian, como si no pudiesen perderlas. Ignórase todavía quién fue el autor ó incitador de tan horrible maldad. Libres ya los parisienses de aquel grave peligro, y de comun acuerdo de los de la liga, saludaron por rey de Francia al cardenal de Borbon, tio del príncipe de Bearne, con el nombre de Carlos Diez; y porque se hallaba preso desde la muerte de los Guisas, nombraron por su vicario al duque de Mayena, estando muy confiados de que el cielo favoreceria su

causa. El de Bearne levantó su campo y se retiró de allí muy cuidadoso, persuadido de que en tan diversos afectos y creencia, no era fácil encontrar el camino de restablecer la tranquilidad y bien público. De aquí el rey don Felipe, que tenia los mismos enemigos que Dios, se vió implicado necesariamente en una triple guerra con los holandeses, ingleses y el Francés, á cuyos conatos creyó debia oponerse con detrimento de la Flandes, además de las grandes sumas de oro que habia dado á los de la liga, á quienes recibió bajo de su proteccion.

CAPITULO VIII.

Sucesos de Flandes: envia el Parmesano á Egmon con un socorro á Francia: el rey don Felipe le manda ir en persona: alianza de España con los cantones suizos católicos.

A principios de marzo del año de 1590, causó Mauricio á los realistas un grave daño con la toma de Breda, ciudad muy fortificada, habiéndose burlado con un ardid de los italianos que la guarnecian. Tres de los principales pagaron con la cabeza la pena de su descuido. Francisco Vintimilla, que temia el último suplicio, se libertó de él por su poca edad, y fue despedido del ejército. En vano se esforzó el de Parma en recuperar la ciudad perdida, habiendo sido llamado de allí por el peligro de los de Nimega, contra cuya ciudad habia dirigido Mauricio sus armas; y ya que no pudo otra cosa, levantó una fortificacion en la ribera opuesta del rio, con grande incomodidad de los habitantes, á quienes impedia el uso de la navegacion y del campo. A la verdad, el jóven Mansfeld hubiera estorbado á Mauricio esta obra, sino le hubiese llamado el Parmesano, que recibió órden del rey para marchar aceleradamente á Francia con el ejército. Hallábanse en tal estado las cosas de los de la liga, que caminaban á su total ruina si no les socorria. El Parmesano, en virtud de la alianza, mandó á Egmon que llevase auxilios al duque de Mayena, y estos se componian de mil y ochocientos caballos muy bien equipados, que era lo que mas necesitaba. Fortificado con estos y otros socorros movió su ejército contra el de Bearne, que retenia en su partido á los católicos con la esperanza de que mudaria de religion. Finalmente, despues de varias tentativas, se ordenaron en batalla los dos ejércitos cerca del pueblo de Juria, y habiéndose trabado el combate entre la caballería, pareció que al principio se inclinaba la victoria á los confederados, porque los flamencos en el primer ímpetu hicieron mucho estrago en los enemigos. Pero mudándose la fortuna de la pelea, fueron derrotados y puestos en fuga por la infantería francesa, que desde luego se puso en accion. El conde de Egmont quedó muerto con algunos pocos caballos, y en la batalla no se derramó mucha sangre, ni perecieron en ella mucos mas de los vencidos que de los vencedores. Los alemanes fueron tratados cruelmente, como que eran desertores; muchos de ellos perecieron ahogados en las corrientes de un rio cercano, y el resto de las tropas se dispersó por varias partes.

Despues de esta desgraciada batalla vino á Paris el duque de Nemours para animar á los ciudadanos, y que no desfalleciesen con el terror, pues no tardó mucho tiempo en sitiar con sus tropas el de Bearne aquella capital para domarla por hambre. Marchó el duque de Mayena á Flandes á conferenciar con el Parmesano, en quien parecia se hallaban puestas las esperanzas y la fuerza de la liga. Habláronse pues en Condé, y no volvió Mayena muy satisfecho porque cuidadoso el Parmesano de las cosas de Flandes le hacian poca impresion las desgracias ajenas. Pero al paso que este procedia con lentitud y tibieza en la causa de los de la liga, tanto mayor era el celo y ardor con que la abrazaba el rey don Felipe, porque un ánimo escelso no sabe contenerse en estrechos límites; y tanto mas creia asemejarse á Dios cuanto mayor cuidado ponia en el bien de mayor número de hombres. El Parmesano dirigia únicamente todos sus desvelos á los negocios de Flandes, y esperaba recuperar cuanto antes para el rey todas aquellas provincias, con inmortal fama de su nombre, y por tanto sentia que una nueva guerra le interrumpiese la victoria que tenía concebida en su ánimo. Tampoco sus fuerzas eran suficientes para hacer cara á tantos enemigos, por lo cual temia perder una y otra empresa con mucho descrédito suyo. Mas el rey don Felipe miraba la cosa bajo de otro aspecto. Decia que convenia defender en Francia la religion verdadera, porque si se arruinase aquel reino, sucederia lo mismo en Flandes, que por todas partes se hallaba agitada de perversas opiniones. Que la España no estaba muy remota del peligro; y que si Dios no miraba por su causa, la misma capital del mundo cristiano se abrasaria dentro de breve tiempo en supersticiones, que abolirian la verdadera piedad: que debia poner cuidado en evitar estos males, pues el cielo se lo habia inspirado, dándole al mismo tiempo tantas riquezas para que el imperio sostuviese á la religion; y que además de esto era muy propio del decoro de su nombre socorrer á sus socios en tanto aprieto, y aun con peligro y daño de sus propios bienes. Confirmado pues en esta idea, habia pedido dinero á España y á América con el título de don gratuito para los gastos de la guerra, y se recogieron fácilmente seis millones de ducados. Mandó tambien reclutar sesenta mil hombres, habiéndoles concedido varias inmunidades para que acudiesen armadas á donde les llamase el peligro de fuera, á causa que la España en un rompimiento súbito no podia ser socorrida por sus confinantes, pues no tenia ningunos que mirasen por ella. Al mismo tiempo para quitar á la Francia el apoyo de los suizos, y apropiársele á sí mismo, procuró hacer alianza con los cantones que se mantenian en la religion católica. Recibieron aquellos hombres con admirable regocijo la amistad de tan gran príncipe, habiendo enviado á España al coronel Lucio con algunos nobles capitanes para ajustar las condiciones. Tratólos el rey honoríficamente, y les regaló entre otras cosas collares de oro engastados en piedras preciosas. Esta fue la primera vez que se vieron en España diputados de aquella nacion belicosa, los cuales despues de concluido el tratado á medida de sus deseos, se restituyeron alegres á su patria.

Pero volvamos al Parmesano: habiale mandado estrechamente el rey don Felipe, que juntando un poderoso ejército, marchase cuanto antes á Francia, habiéndole facilitado dinero para la paga por medio de los banqueros, y le escribió que confiaba en la bondad de la causa y en la prudencia de tan gran general, que llenaria el colmo de sus anteriores victorias, y que la fama de haber conservado á Paris haria su nombre esclarecido en todas las naciones. Que convenia tanto retener á la Francia en la iglesia católica, no menos que á él la conservacion de Flandes, por lo cual dejase por entonces este cuidado y lo abandonase á la providencia. El Parmesano, aunque forzado, comenzó á mover sus tropas hácia las fronteras de Francia, dejando á Mansfeld, el viejo, el gobierno interior de Flandes, segun se lo habia mandado el rey; y las pocas fuerzas que le entregó mas eran para rechazar la guerra que para hacerla. El duque de Mayena se adelantó con presteza á Condé, noticioso de las órdenes del rey don Felipe, y juntó sus tropas con las del Parmesano. En aquella ciudad recibió cartas de los parisienses sitiados en que le decian, que si no apre-

sultaba su marcha vendria mas bien á los funerales que al socorro de la ciudad que estaba muy próxima á espirar. El de Bearne habia cerrado de tal suerte todas las entradas que comenzaron á faltar todos los alimentos, y el hambre hacia los mayores estragos, obligándolos á usar de las comidas mas desusadas y repugnantes, y no obstante permanecian aquellos hombres en su inflexibilidad, estando obstinados á padecer con increible paciencia todo género de calamidades y aun la misma muerte antes que abrir las puertas al rey hereje. Hemos referido esto brevemente y como de paso para que eternamente sea celebrada la constancia de aquella nacion ínclita en la defensa de la religion.

En situacion tan calamitosa, sirvieron de grande auxilio el duque de Nemours, gobernador de la ciudad, los embajadores del pontífice y de España, Enrique, Cayetano y don Bernardino de Mendoza, y otros varones principales, con cuyos socorros se mantuvieron firmes los parisienses. Hacian todos los dias rogativas, votos y promesas al cielo; y mas de una vez imploraron la clemencia del enemigo para que sin menoscabo de la religion se compusiese aquella discordia; pero fueron vanos todos estos esfuerzos. Entretanto fue introducida en la ciudad una gran cantidad de víveres por la parte de los reales que se hallaba mas descuidada, á cuyo fin se adelantó el duque de Mayena hasta Meaux con parte de las tropas. Consumiéronse en breve estas provisiones, y volvió otra vez el hambre con mucha mas fuerza que antes, como si mas bien se hubiese irritado que apagado con aquel socorro. El Parmesano se iba acercando, y con la fama de su venida inmediatamente levantaron los enemigos su campo con imponderable dolor del de Bearne que se veia forzado á perder de entre las manos la ciudad capital del reino, despues de haberla reducido á tal estremo de hambre que apenas podria sustentarse por espacio de cuatro dias. Así lo creian los principales cabos del ejército que se juntaron en consejo de guerra. Su designio era, que rechazando de allí al Parmesano y obligándole á retroceder con los socorros que conducia, se volviesen otra vez el campo hasta que los parisienses se viesen forzados por la necesidad á entregarse. Pero sucedió muy al contrario de lo que habian pensado, porque el Parmesano se burló del de Bearne, despues de haberle alejado de las murallas de la afligida ciudad. Puso sus reales entre Meaux y París, siguiéronse algunas escaramuzas entre la caballería y se esploraron uno á otro sus fuerzas, que en realidad no eran muy desiguales. Farnesio sobresalia en la infantería y Borbon en la caballería, pues se dice que aquel tenia ochenta mil infantes y cinco mil caballos, y este veinte mil hombres y siete mil de caballería muy esforzada. Los generales eran iguales en la ciencia militar, el uno algo mas reparado y circunspecto, el otro mas audaz y despreciador de los peligros, y ambos esclarecidos con muchas victorias.

Habiendo el Parmesano ordenado sus tropas, divulgó la voz de que daria la batalla á vista de que el enemigo le provocó á ella el dia antes, enviando al duque de Mayena un cartel por medio de un rey de armas; pero en su interior pensaba otra cosa muy diversa. Colocó en la frente la fuerza de la caballería al mando del marqués de Renti; al duque de Mayena en el centro con la infantería española, italiana y alemana y veinte cañones de campaña á los costados de la infantería y caballería francesa, y encomendó la retaguardia á Mota con dos legiones de walones; y otras dos compuestas de alemanes y suizos añadiendo algunos escuadrones de caballos. Mandó á Renti que ocupando las alturas fingiese bajar muy despacio, y que se detuviese de trecho en trecho, como si dispusiera sus tropas en órden de batalla para pelear con el enemigo que ocupaba la llanura. Este aspecto de combate llenó de alegría al de Bearne, que lo deseaba en estremo; pues como era superior en la caballería se lisonjeaba ya de la victoria, peleando en campo llano y abierto. Pero mientras que el Parmesano entretenia á los enemigos con la falsa esperanza de la batalla, mandó de improviso detenerse á Mayena, que en otro collado estaba ordenando en el centro del ejército, y sonriéndose descubrió la catástrofe de la escena, y dispuso marchar por la izquierda hácia Lignac, por donde habia fácil entrada para socorrer á París. Habiendo mudado de esta manera la formacion del ejército, el centro se convirtió en vanguardia, la retaguardia en centro, y la vanguardia que mandaba Renti que sabia los designios del Parmesano, quedó ahora de retaguardia. Finalmente para impedir que el enemigo no la molestase, dispuso por los bosques tiradores españoles que recibiesen con una lluvia de balas al que intentase perseguirlos. Al principio se admiró el de Bearne de la tardanza; pero viendo despues que se aclaraba y desvanecia la nube de hombres que ocupaba las alturas, conoció que habia sido burlado, y despachó la mitad de la caballería contra los que se retiraban, así para vengarse del engaño como para esplorar los designios de aquella marcha. Pero no pudo conseguir lo uno ni lo otro, y los franceses no sacaron otro fruto que heridas é ignominia.

Llegó pues el ejército por la noche á Lignac ciudad situada á la márgen del rio Marne, é inmediatamente fueron tomados los arrabales. Al amanecer del dia siguiente principiaron los soldados á cavar la tierra, levantando trincheras á toda prisa, colocando la artillería en todas las entradas, y guareciéndose con la caballería contra cualquiera invasion. Al mismo tiempo desde la ribera opuesta comenzaron á batir los muros de la ciudad, teniendo por medio el rio. El estruendo de la artillería hirió el ánimo del de Bearne, el cual bramaba sin saber que hacerse, pues ni hallaba medio de socorrer á los sitiados ni por donde acometer contra los reales, sin una conocida pérdida suya, y veia que se le escapaba París de entre las manos, y que á su presencia era vencida y espugnada Lignac. Finalmente, se resolvió á socorrer á los que se hallaban en tanto peligro; y conociendo que era necesario apresurarse, hizo montar á la infantería en las ancas de los caballos, y la envió por diversas partes del rio. El mismo en persona, para servir de auxilio á los suyos, marchó por un camino mas largo al puente de Gornay con un valeroso escuadron de caballos. El Parmesano, habiendo atravesado el rio por un puente que hizo levantar algo mas arriba, mandó á sus tropas que diesen el asalto. Pelearon muchas veces, y finalmente, fue espugnada la ciudad á fuerza de armas, hiriendo y matando á vista del de Bearne, el cual torció las riendas al caballo, y lleno de ira y de indignacion, se volvió á su campo por el mismo camino que habia traido. Los vencedores, despues de tomada la ciudad, se derramaron al saqueo: los viejos, mujeres y niños fueron conservados en las iglesias, y quedó prisionero con muchos nobles el gobernador Lafin, que habia dado pruebas de un heróico valor en defensa de la ciudad. Esta victoria costó muy poca sangre á los vencedores, habiendo muerto solos ocho, pero hubo muchos heridos, y de los enemigos perecieron novecientos.

CAPITULO IX.

Entrada del duque de Parma en París. Vanos esfuerzos del de Bearne para apoderarse de esta ciudad. Vuélvese el Parmesano á Flandes con su ejército.

Despues de este feliz suceso, movió el de Parma su ejército hácia París, donde se introdujo sin in-

mensa cantidad de víveres con inesplicable alegría y aplauso de sus habitantes, como cada uno puede considerarlo por sí mismo. Porque aunque despues de levantado el sitio y saqueado el campo enemigo, en el que con la prisa de la retirada se habia dejado mucho trigo, y ademas se condujo mucho de otras partes para remediar el hambre, no era sin embargo tanta la abundancia, que los libertase para lo venidero del miedo de la necesidad. No debemos omitir en este lugar la piedad memorable de Cristóbal Lori, noble valenciano, que buscando entre las ruinas de las iglesias de los arrabales, las reliquias de los santos arrojadas con desprecio por los hugonotes, las recogió y procuró que fuesen colocadas en parajes decentes. Para aliviar el de Bearne la escasez que padecian sus tropas con el saqueo de los reales, y resarcir de alguna manera la anterior ignominia, atravesó el rio, y durante las tinieblas de la noche arrimó las escalas á los muros, persuadido de que los ciudadanos abandonando las centinelas estarian entregados al sueño. Pero le salieron vanos sus esfuerzos, pues habiéndolo descubierto los parisienses, porque los correos de una parte á otra estaban en continuo movimiento, doblaron con mayor cuidado los centinelas y rechazaron fácilmente al enemigo. No por esto desfalleció su ánimo con el desgraciado éxito de la empresa; antes bien, haciendo juicio de que los ciudadanos pasado el peligro se entregarian descuidados al sueño, mandó arrimar otra vez las escalas con gran silencio, en lo mas profundo de la noche. Ya el suceso iba á corresponder á sus esperanzas, pues ninguno se les oponia, cuando acudieron los jesuitas, que hacian la ronda por aquella parte; gritaron al arma, y al enemigo, y arrojaron de las escalas á los que subian por ellas. Finalmente, habiendo acudido prontamente los soldados y la plebe armada, rechazaron de allí al de Bearne. Coloma nombra por autor de esta hazaña á Francisco Suarez, otros á Juan Lorino, y otros á ninguno. Perdió el de Bearne la esperanza de conseguir cosa alguna por fuerza, á vista de que la fortuna se oponia á todas sus empresas, y desistiendo al fin de esponerse á nuevos peligros, despidió el ejército, habiéndose reservado un valeroso y espedito escuadron para ocurrir á cualquier encuentro. Tambien muchos nobles de la liga se retiraron del campo á sus casas, porque no podian ya tolerar los gastos.

El Parmesano despues de haber obligado á entregarse á los pueblos circunvecinos, á fin de que así por tierra como por el rio, estuviese libre el comercio de la ciudad, descansó algunos dias en París, donde habia sido recibido con régia magnificencia, alegría y aplauso de todos los estados. Desde allí se dirigió contra Corbeville, ciudad situada á la orilla del rio Sena, bien guarnecida con muros y un foso lleno de agua, y asegurada con una valerosa guarnicion que mandaba su gobernador. Rigaud, hombre intrépido y de una fidelidad inviolable. Durante su espugnacion padeció el ejército falta de las cosas mas necesarias, porque el duque de Mayena y los parisienses le proveian con mucha escasez. Finalmente habiendo dado el asalto, y atravesado el foso por un puente de madera, pelearon atrozmente unos y otros, como por sus aras y hogares; y despues de un sangriento combate, se vieron enarboladas en los muros las vencedoras banderas de los españoles y walones; mientras que los italianos incitados del ejemplo de sus compañeros, penetraron por otra parte con estrago de los suyos y de los enemigos. Caminaban los vencedores sobre montones de cuerpos, y se derramaron por la ciudad á matar y saquear cuanto encontraban. Rigaud, cayó muerto peleando valerosamente, y atravesado de muchas heridas, y no puede disimularse que la victoria fue cruel; pero en medio de tan desenfrenada licencia, respetó el vencedor las iglesias, y muchos libertaron su vida en ellas. El Parmesano, entregó el pueblo á Mayena con escrupulosa integridad, y contentándose por único premio con la gloria de esta hazaña.

Despues que proveyó suficientemente á la seguridad de los parisienses arrojando de allí á los enemigos, y habiendo introducido víveres para seis meses, movió Farnesio sus tropas, disminuidas algun tanto con los males de la guerra, y se puso en camino para Flandes. Marchaban los escuadrones ordenados siempre para la pelea, como si caminasen por país enemigo, y rodeados con la multitud de los carros, á fin de evitar cualquiera repentina asechanza. A últimos del otoño, y no lejos de las fronteras de Flandes, se le puso á la vista la caballería enemiga, ordenada en batalla; y instruido el Parmesano de su número, la opuso un fuerte escuadron que la acometió, acelerándose el ejército á llegar al paraje destinado para sentar los reales, mientras que unos y otros hacian algunas escaramuzas. Comenzaron los nuestros, felizmente la pelea, y encendiéndose mas con la llega la de los flamencos, fue rodeado Biron el jóven, que fue el que aconsejó al de Bearne esta tentativa, y habiéndole muerto el caballo se vió obligado á pelear á pié y defenderse, no tanto con las armas, cuanto con la aspereza del sitio. Volaron los compañeros para sacar del peligro á aquel ilustre jóven; y por la otra parte Renti y Chimai, introdujeron en la pelea seiscientos caballos corazas. Al mismo tiempo Idiaquez y Cayetano, aceleraron el paso con sus legiones para mezclarse en el combate. Conmovido el rey del peligro que corrian los suyos, envió prontamente dos mil caballos con el duque de Longueville contra los españoles, y apenas tuvieron tiempo de libertar á Biron, el cual habiendo montado en un caballo, volvieron la espalda los enemigos, y con la venida de la noche se dirimió la accion. Dícese que perecieron en la pelea sesenta franceses, y que muchos mas fueron ahogados en el rio, y su pérdida hubiera sido mayor si les hubiese durado mas el dia á los vencedores. Finalmente, luego que llegaron á Guisa, pelearon otra vez en la retaguardia, aunque el combate fue ligero por la desigualdad de las fuerzas, y temeroso el rey de esto, procuró retirarse cuanto antes, despues del primer choque, para no pagar la pena de su inconsiderada audacia. Despues de esto entregó Farnesio á Mayena cuatro mil infantes y quinientos caballos, mandándoles que invernasen en el territorio de Rehims, para que defendiesen el nombre de la liga contra las fuerzas de sus enemigos; y desde allí se restituyó á Flandes colmado de glorias y de victorias.

Pero en estas provincias halló las cosas en muy mal estado, porque auxiliado Mauricio por la reina de Inglaterra con dinero y tropas, y aprovechándose de la ausencia del Parmesano para promover sus conquistas, llevó á todas partes impunemente el terror de sus armas. Habiéndose apoderado de las fortificaciones levantadas para la defensa de las fronteras, se disponia á tomar las principales fortalezas. Acometió primero con asechanzas á Nimega, levantando á este fin una fortificacion en el rio Vaal; y Verdugo, que se hallaba muy falto de todas cosas, se resistia á sus esfuerzos todo cuanto podia, junto con Manuel de la Vega. Sus soldados despues de haber hecho heróicas hazañas en lo mas crudo del invierno, estrechados por su estrema pobreza, y irritados por la severidad del coronel, se sublevaron contra él, y le amenazaron con la muerte incendiando con pólvora la tienda donde descansaba. Los habitantes de Venloo en la provincia de Güeldres, se cansaron de sufrir las rapiñas y maldades de los italianos que habian quedado de guarnicion, y ha-

biéndolos engañado con un ardid, y intimado despues á los alemanes, arrojaron de la ciudad á unos y otros; pero se mantuvo esta fiel al rey como lo afirma Coloma. Los holandeses se apoderaron tambien de dos fortalezas en los confines del Brabante, y acometieron desgraciadamente á Dunquerke, habiendo sido rechazados por la guarnicion al mar y á los navíos, y despojados de su campo y bagajes. Tal era el aspecto de las cosas en Flandes.

CAPITULO X.

Continua la guerra en Francia. Entra el Saboyano en este reino con un ejército. Muerte del papa Sisto Quinto y de Urbano Séptimo, y eleccion de Gregorio Décimocuarto. Muerte de algunas personas ilustres.

Entretanto habia muchos movimientos en varias partes de Francia. En la Guyena defendia la religion católica el duque de Joyosa, sucesor de su hermano, que poco antes habia sido muerto en Courtray. El rey don Felipe le envió de socorro á Narbona dinero y tropas no despreciables, entre las cuales se contaban mil catalanes, mandados por Hortensio Armengol. En una armada de cuarenta navíos habian arribado á Blavet en la baja Bretaña, cuatro mil y quinientos españoles bajo el mando de don Juan del Águila, los que habiéndose juntado con las tropas de Manuel de Lorena, duque de Mercoeür, arrojaron á los hugonotes de muchos lugares. El Saboyano vino con un ejército á la Provenza, y fue recibido en Aix con el mayor regocijo por sus habitantes, que eran muy celosos católicos, con cuyo ejemplo se sujetaron á su autoridad otras ciudades. Al mismo tiempo molestaba con hostilidades á los ginebrinos, por medio de Amadeo, su hermano bastardo. Esta guerra se hizo con varia fortuna, y en ella sobresalió mucho el valor del capitan español Antonio Olivera. Luego que don Felipe penetró los designios de estos príncipes, les suministraba escasamente los socorros, por lo cual solo envió al Saboyano tres mil españoles y trescientos mil escudos de oro, para que haciendo la guerra en diversas partes, dividiesen las fuerzas de la Francia y evitasen que reunidas en uno, fuesen suficientes para arrebatar el cetro. El duque de Mayena daba claros indicios de que aspiraba al reino; porque despues de la muerte de Carlos de Borbon, á quien los de la liga habian aclamado rey, obedecian únicamente á Mayena, y lo gobernaba todo á su arbitrio. Llevaba esto á mal el de Lorena, que derivando su antiguo derecho desde Carlo Magno, y el moderno en caso que se aboliese la ley sálica, alegaba que debia recaer el reino en el hijo del marqués de Potmouson, como nacido de Claudia, hermana de Enrique Tercero. Tambien representó su accion el Saboyano, como hijo de Margarita, hermana de Enrique Segundo, á cuyo fin envió una embajada al parlamento de Grenoble, que no produjo efecto alguno. Tampoco los embajadores del rey don Felipe, que se hallaban en Paris, querian derramar sin esperanza de lucro las riquezas del Oriente y del Occidente, y alegaban el derecho de la infanta doña Isabel. Pero como por la prohibicion de la ley sálica no podian alcanzar el reino, habian pensado reclamar la Bretaña, que estaba esenta del vínculo de aquella ley, como que poco tiempo antes se habia unido á la corona de Francia por Claudia, heredera de aquel principado, que estuvo casada con Francisco Primero. El de Lorena y el Saboyano tenian otros proyectos, en caso que les saliesen fallidas las esperanzas del reino. El primero recuperar á Metz y el principado de Sion; y el segundo apoderarse de la Provenza y del territorio inmediato á la Saboya, para lo cual no dejaban de alegar razones. De esta manera, además de la herejía, era combatida la Francia por diversas partes, y se hubiera despedazado entre muchos, si Dios no mirase por ella. El pontífice, aunque por medio de su nuncio habia gastado trescientos mil escudos en sublevar á Paris, se oponia á los designios de los confederados, y recibia con agradable semblante á los ministros de Bearne, esperando tal vez que si cesaban las contiendas de emulacion, se convertiria al gremio de la Iglesia.

Entretanto le acometieron unas tercianas, y el dia veinte y siete de agosto falleció este varon de ánimo tan grande que apenas cabia en todo el orbe. Adornó á Roma con tantos edificios, calles y otras obras, entre los cuales se cuenta la biblioteca vaticana, que mas bien parece haberla restaurado que renovado. No obstante depositó en el castillo de San Angel inmensas riquezas, que se conservan casi intactas hasta nuestros tiempos, fuera de las rentas que dejó señaladas para varios objetos, y doscientos mil escudos destinados para ocurrir á la carestía de granos. Canonizó á San Hermenegildo, rey de España, y compuso su oficio, que despues adornó Urbano Octavo con himnos elegantísimos. Su cuerpo fue colocado en un sepulcro provisional en la iglesia vaticana, y desde allí se trasladó á Santa María *ad præsepe*. Su estátua que estaba puesta en el capitolio, fue derribada una noche: por lo cual decretó el senado que en adelante no se erigiese estátua á ningun pontífice en vida. Despues de una vacante de diez y nueve dias, y por voto unánime de todos los cardenales fue declarado sumo pontífice Juan Bautista Castanea, genovés, que tomó el nombre de Urbano Séptimo. Pero duró poco la alegría, pues falleció á los doce dias antes que recibiese la tiara; y habiendo confirmado su anterior testamento, dejó sus bienes para dotes de doncellas pobres. Su cuerpo fue sepultado en San Pedro, y á los dos meses y ocho dias fue electo en su lugar el cardenal Nicolás Sfondrato, milanés, que se coronó el dia ocho de diciembre, y fue llamado Gregorio Décimocuarto. Este, pues, arrebatado del celo de la religion, se ciñó dos espadas contra el de Bearne porque excomulgó á sus secuaces, y envió contra él un ejército para juntarlo al de los confederados.

En España falleció Ambrosio de Morales, varon insigne por su grande erudicion. Continuó felizmente la elegantísima crónica de Florian de Ocampo; y al mismo tiempo Esteban Garibay compuso su historia de España, y de uno y otro se aprovechó mucho Mariana, como lo afirma don Nicolás Antonio. No es justo que pasemos en silencio á Bernardino de Miedes, el cual despues que peregrinó por muchas provincias de la Europa, fijó su morada en Valencia y obtuvo el arcedianato de Morviedro. Habiendo sido electo obispo de Albarracin en lugar de don Gaspar de Figueroa, que habia sucedido á Salvatierra, falleció á fin del año anterior, el cuarto de su episcopado. Escribió varios libros con mucha elegancia, entre los que sobresale la vida de don Jaime, rey de Aragon, y fue su sucesor don Alonso de Gregorio. El obispado de Córdoba se confirió á don Fernando de la Vega, y el de Tortosa, despues de la muerte de Cardona, á don Gaspar Pontero natural de Morella en el reino de Valencia. En el mes de octubre fueron conducidas á Barcelona dos galeras argelinas por un genovés renegado de la Religion Cristiana que se apoderó de ellas habiendo tramado en secreto una conjuracion con los remeros, y asesinado por la noche á los turcos que le defendian. Los regalos que en ellas iban para el sultan, se regularon en doscientos mil escudos. Tanto valió á este hombre su audacia, que adquirió libertad y riquezas para sí y para los compañeros de su hazaña, junto con una fama inmortal si se hubiese sabido su nombre. El otoño fue muy pestilente en Castilla, especialmente en los campos, donde cundieron mas las enfermedades por la intemperie del cielo y la fuerza

del contagio que causó grandes estragos, ó porque era incurable ó por la falta de remedios. Siguióse á este mal una gran desolacion y carestía.

CAPITULO XI.

Recobra el de Bearne algunas ciudades que habian tomado los de la liga: sucesos de Flandes: vuelve el Parmesano á Francia con sus tropas: muerte de los papas Gregorio Decimocuarto y Inocencio Nono, y eleccion de Clemente Octavo.

A principios de la primavera de este año de 1591, tomó el duque de Mayena algunos pueblos, entre los cuales fue uno Chateau-Thierry. Despues de la partida del Parmesano, recobró el de Bearne con una admirable celeridad las ciudades que estaban mal guarnecidas por los confederados. Entretanto juntaba este príncipe auxilios de todas partes, aspirando á ocupar el trono de Francia por medio de los mayores peligros. La toma de Blavet inquietaba á la reina de Inglaterra, por ser desde allí tan corta la travesía á la isla Vight, y de esta á la Gran Bretaña. Deseosa pues de arrojar de aquel puesto á los españoles, envió al de Bearne seiscientos caballos de socorro; los cuales juntos con Nuan, que habia sido llamado desde Flandes para hacer allí la guerra, se oponian á los esfuerzos del duque de Mercoeur. Pero en breve fue muerto este en el ataque de la fortaleza de Lamballe, habiéndole herido en la frente una bala que rechazó del muro. Los sucesos de esta guerra fueron varios, y en ella dieron los españoles ilustres ejemplos de valor. Despues que el Saboyano se apoderó de la Provenza, navegó á España para tratar con el rey don Felipe sobre las cosas de la guerra, y regresó con dinero y mil españoles. El virey de Nápoles, conde de Miranda, le envió una legion napolitana, mandada por el capitan Trevici. Pero la fortuna que al principio se mostraba mas favorable de lo que podia desearse, comenzó á retroceder por la inconstancia de los marselleses, y por la infelicidad de Amadeo, que tuvo con Lesdigueres un desgraciado combate. El duque de Nemours tenia la Borgoña por los confederados, habiendo rechazado á Aumont, que combatió en vano por largo tiempo á Autun. El de Bearne recibió de Inglaterra cinco mil infantes, y una gran suma de dinero por mano del conde de Essex, y en Alemania reclutó diez mil infantes y cinco mil caballos por la actividad y diligencia de Turena, príncipe de Bullon, y marchó á las fronteras de Lorena para recibirlos.

El de Parma tenia muchas cosas que le impedian ponerse en movimiento con la prontitud necesaria. Mauricio habia tomado á Zutfen mas por astucia que por valor, pero Deventer le habia costado mayores esfuerzos. No pudo Guillermo tomar á Groninga, que se hallaba defendida por Verdugo, el cual inutilizó los deseos de los traidores, que por medio de secretas inteligencias intentaban entregar la ciudad al enemigo, y el destierro fue la pena de su perfidia. Juntó el Parmesano sus tropas para acudir al socorro, y exhortó á los soldados contumaces de Vega, que estaban quietos en las ciudades opulentas del Brabante; y aunque rehusaron obedecer, sin embargo, para no manifestarse del todo ingratos á un general tan bueno, le dieron palabra de que en caso necesario, defenderian la provincia del Brabante, que se hallaba desnuda de guarniciones; lo que llevó á bien el Parmesano disimulando la ofensa. Mientras se detenia en Güeldres, donde se le juntó Verdugo con sus pocas tropas, vino inesperadamente de Italia Ranucio su hijo, deseoso de aprender con su padre los primeros rudimentos de la milicia; y su hermano Eduardo recibió del papa Gregorio la sagrada púrpura, á solicitud del rey don Felipe. Incitado por los ruegos de los habitantes de Nimega, movió su campo, y acometió á una fortificacion levantada por Mauricio el año anterior, que incomodaba mucho á la ciudad. Envió delante la caballería italiana para que desde un paraje seguro esplorase á los enemigos; pero haciendo lo contrario de lo que se le habia ordenado, trabaron batalla con el enemigo, y persiguiéndole en su fuga, sin precaucion alguna se precipitó en una emboscada donde fue oprimida por una lluvia de balas, y quedaron cuatrocientos entre muertos y prisioneros, segun refiere Herrera.

A este mismo tiempo volvió de España Idiaquez, enviado por el de Parma al rey don Felipe para que le instruyese del estado en que se hallaban las cosas de Francia y Flandes, y traia cartas en que le mandaba continuase la guerra de Francia, omitiendo enteramente la de Flandes, á escepcion de lo que fuese necesario para rechazar la fuerza. Inmediatamente retiró la artillería y atravesó el rio Vahal con admirable pericia militar, sin que el enemigo se moviese de su campo: entretanto que se juntaban los socorros, pasó á tomar las aguas minerales de Spá por consejo de los médicos para curarse de la hidropesía que padecia, encargando á Verdugo el cuidado de defender la Güeldres. Mauricio embarcó repentinamente sus tropas, y conduciéndolas á Hulst, obligó á esta ciudad á entregarse bajo de condiciones, no sin fraude de traicion, hallándose ausente su gobernador, como corrió entonces la voz. Para socorrer á los sitiados ó vengarse de los sitiadores, acudió aceleradamente Mondragon desde Amberes con un valeroso escuadron y mil soldados de la legion de Vega; pero no pudo conseguir lo uno ni lo otro, habiéndose retirado Mauricio en los navíos despues de su feliz empresa. Desde allí, habiendo vuelto las proas, se dirigió al Vahal, y cercó con tropas á Nimega, defendida con una corta guarnicion, pues sus habitantes rehusaron admitir una poderosa que les habia ofrecido el Parmesano. Hicieron estos luego la señal de la entrega, porque los holandeses les daban esperanzas de que solo mudarian de príncipe; pero habiéndose entregado la ciudad, faltaron á su palabra, segun su costumbre, saqueando y profanando los templos, y desterrando la religion católica. Entretanto se hacian secretas maquinaciones, convirtiéndose el valor en ardides, y se intentó en vano ganar con dinero las ciudades fortificadas. Habiendo regresado el Parmesano de las aguas de Spá, recibió en Bruselas á los embajadores del César, á quienes trató espléndidamente y les hizo muchos presentes, noticioso de las intenciones del rey don Felipe, pues habia hecho árbitro al César para componer la paz con las provincias confederadas. Recibieron pues del Parmesano las condiciones propuestas en el senado de Flandes, y para pasar á Holanda pidieron que los estados prometiesen cumplirlas, á lo que les fue respondido: que ellos estarian pacíficos en sus casas si el rey don Felipe dejase de probocarlos: que no se fiaban de la paz española, ofrecida por ellos en nombre del César, pues era engañosa; y que por tanto desistiesen del cuidado de la pacificacion, cuyo solo nombre les era muy desagradable. Con esta respuesta tan perentoria y terminante, se desvanecieron en humo los artificios españoles; pues á la verdad, su designio era adormecer á los holandeses y acometer á la Francia con todas las fuerzas para conseguir de este modo lo que no podian alcanzar de buena voluntad.

Habiendo recibido el Parmesano el dinero en letras, iba enviando delante á las fronteras las tropas con la artillería y bagajes. Habian ya venido las pontificias, que eran muy poderosas, mandadas por el duque de Montmartre, á las que don Rodrigo de Toledo y don Luis de Velasco juntaron en el camino dos legiones de españoles, y solo esperaban al Parmesano, que se hallaba detenido por no haber recibido todavia á los alemanes que tomó á su sueldo, y por la necesidad de

despachar otros negocios. Entretanto el duque de Mayena acudió á Paris, á fin de apaciguar los tumultos suscitados en aquella ciudad, pues comenzaba á formarse un tercer partido de católicos, inclinados al de Bearne, que se llamaba el de los políticos, el cual debilitaba sin duda las fuerzas de la liga. Pero el mayor cuidado eran los diez y seis jurados que cuidaban del gobierno de la ciudad, y estaban opuestos á Mayena por la emulacion del mando. Estos, pues, se esforzaban á trastornar la autoridad del parlamento con tribunicios furores, y Mayena buscaba una causa para proceder contra ellos. Presentósele muy oportuna con la muerte del presidente del parlamento Bernabé Brison, hombre de gran doctrina, y de otros dos consejeros, á quienes aquellos hombres turbulentos hicieron quitar la vida en un tumulto, midiendo la magnitud de su fortuna por la licencia que tenian para cometer escesos. Habiendo sido presos nueve de los mas culpados, cuatro de ellos fueron ahorcados, y uno puesto en libertad á ruegos de la duquesa de Montpensier, y los demás se escaparon.

Despues de arregladas las cosas interiores, se puso en acelerada marcha á los reales, á fin de detener el ímpetu del de Bearne, que habiendo tomado á Noyon con otras ciudades, y recibido nuevos socorros, amenazaba á Reims. Libertóla Mayena del peligro, caminando sin descansar dia y noche con la caballería francesa y las legiones españolas, hasta que entró en los arrabales. Destituido de la esperanza de tomar la ciudad, mandó el de Bearne á Biron, que marchase prontamente á Ruan, otra de las fortalezas de la liga, y comenzase el sitio. Este era el deseo de la reina de Inglaterra, porque temia que los españoles que habian fijado el pié en la Bretaña, se derramasen por aquellas costas contra su isla, con mayor daño que el que le hacia Diego Brochero con sus galeras desde la cercana Blavet. Finalmente, fue dirigida allí la principal fuerza de la guerra, con grande esperanza de tomar aquella ciudad opulenta. Mientras levantaba las trincheras, recibió los socorros que le enviaban los holandeses en una armada, á saber: tres mil infantes, trescientos caballos, y la artillería con mucha cantidad de pólvora. Montmartre, que mandaba las tropas pontificias, llevaba á mal la tardanza del Parmesano, el cual movido de sus instancias, vino al fin á Francia; dejado á Mansfeld el cuidado de defender á Flandes del mismo modo que en el año anterior. Con la llegada del duque de Mayena, compuso un ejército de diez y ocho mil infantes, y seis mil caballos, sin contar los socorros introducidos en Reims para su mas segura guarnicion. La desconfianza del de Mayena era tanta, que apenas pudo el Parmesano conseguir la fortaleza de la Fera para custodiar en ella sus bagajes, la que aseguró con quinientos alemanes, dando solemne palabra de que concluida la necesidad de la guerra, la restituiria íntegra y salva. Despues que celebró la fiesta de la natividad de nuestro Señor Jesucristo, movió su campo, habiendo juntado á sus tropas ochocientos caballos corazas, y la legion de Vega, que había cobrado su estipendio, y se apaciguó con el mando de su nuevo coronel Alfonso de Mendoza, porque el rey habia promovido á Vega, que era aborrecido del soldado, al gobierno de Porto-Hercole.

En este mismo tiempo falleció el papa Gregorio Décimocuarto á los diez meses y diez dias de su pontificado, que fue muy trabajoso y lleno de aflicciones, y mandó sepultarse en San Pedro en la capilla Gregoriana. Habiéndole pedido el rey don Felipe, por medio de su embajador el duque de Sessa (porque Olivares pasó al gobierno de Sicilia), que le concediese parte de los bienes de las iglesias para los gastos de la guerra, se lo negó redondamente, y tambien á los confederados de Francia, que le pedian lo mismo con mucha instancia. Parecióle mejor á este hombre tan amante de la justicia y equidad, levantar un ejército á su propia costa para pelear contra los herejes, que el que se disminuyesen mas las rentas eclesiásticas que ya se hallaban muy estenuadas con las rapiñas de los hugonotes y con las anteriores concesiones. El dia treinta de octubre fue electo en su lugar con votos unánimes, Antonio Fachineto, de la casa Felchina de Bolonia, y se llamó Inocencio Nono. Pero apenas comenzó en su gobierno á minorar los tributos impuestos por Sisto Quinto (que eran muy pesados) y á aliviar á la afligida plebe, cuando le acometió una calentura, que le acabó la vida en el dia treinta de diciembre. Despues de celebradas sus exequias, segun la costumbre, á los treinta dias de vacante fue declarado sumo pontífice, por voto de todos los cardenales, Hipólito Aldobrandi, florentino, que en su coronacion se llamó Clemente, Octavo de este nombre.

CAPITULO XII.

Causa del secretario Antonio Perez. Tumultos de Zaragoza con este motivo. Don Alfonso de Vargas pasa á aquella ciudad con tropas para apaciguarlos.

En este año se suscitaron tumultos en Aragon con pretesto de sus privilegios y inmunidades, y fue la causa Antonio Perez, secretario del rey don Felipe, hombre erudito, audaz y de grande espíritu. Habia once años que se hallaba encerrado en una prision de órden del rey por atribuírsele la muerte de Escobedo, la cual afirmaba haber sido dispuesta por el mismo rey, pero ocultaba cuidadosamente el motivo. Corria la voz de que habia pervertido con malos consejos á don Juan de Austria, fomentando sus ambiciosos deseos de reinar, con mucho disgusto del rey don Felipe. Lo cierto es que á este no fue desagradable la nueva de la muerte de Escobedo, como que habia sido muerto con justa causa. Añadian otros que Antonio Perez habia interpolado las cartas del rey, que se acostumbran escribir en cifra, y que habia revelado los secretos del estado. Los que están hechos á escudriñar las interioridades de la córte, lo atribuian á la rivalidad nacida entre el mismo Perez y el rey, por el amor de una dama muy noble; y que por esta causa se habia convertido en odio el estraordinario afecto que le tenia el rey don Felipe. Estas y otras cosas proferian los hombres ociosos en sus corrillos, mas por conjeturas voluntarias, que porque estuviesen instruidos de la verdad. Decian tambien que el rey habia manifestado que era el hombre mas perverso de todos, y que habia cometido contra él tales delitos y maldades, cuales no habia cometido ningun otro súbdito con su príncipe; y que convenia ocultarlas en el silencio, para que su publicidad no perjudicase á la fama de muchos. Finalmente, este negocio estaba oscurecido con tantas fábulas, que fácilmente me inclino al dictámen de aquellos que creen que jamás se ha descubierto en él la verdadera causa. Pero Antonio Perez, que como era de ingenio tan vivo, conjeturaba con fundamento que su vida estaba en peligro, se puso en fuga en la primavera del año anterior, siendo cómplice del hecho Francisco Mayorano, genovés, con cuyo auxilio fabricó en Sigüenza unas llaves falsas, y abrió las puertas de la prision, por el estúpido descuido de los que le custodiaban. Lo que se dice de que se huyó disfrazado con el vestido de su mujer, y otras cosas semejantes, son meros cuentos pueriles. Conmovió esto gravemente el ánimo del rey, el cual hizo todo cuanto pudo para prenderle, lo que con efecto se consiguió, pero no como convenia, pues fue causa de varias turbulencias; porque habiendo sido aprendido en Zaragoza, y puesto en la cárcel con su socio Mayorano, protestó que se presentaba al tribunal del justicia mayor. Este magistrado era muy semejante á los eforos de Lacedemonia, ó á la potestad tribunicia de Roma, tan amada de la plebe de lo cual trata Mariana al principio del libro octavo. El que se acoge á su patrocinio queda inhibido de

la potestad real, y no puede ser condenado hasta que su causa se examina escrupulosamente.

Defendia en aquella ciudad los pleitos y derechos del rey don Felipe don Iñigo de Mendoza, conde de Almenara. Pedia este que pudiera ser creado virey de Aragon un extranjero, pero lo resistian los aragoneses, alegando su fuero, en que se prohibe admitir al gobierno á ningun estraño. Mientras que se ocupaba en esto con mucho empeño, segun las órdenes del rey, con la esperanza de obtener el mando en premio de su trabajo, si el rey ganaba la causa, procuró asegurar con centinelas á Perez para que no se escapase. Este hecho, como contrario á los fueros y á la pública libertad, lo llevó muy á mal la plebe, que ya se hallaba irritada contra Almenara por el pleito que seguia, el cual les pareció injusto. De aquí se originó que habiéndose sublevado le maltrató y encarceló antes que pudiera ser socorrido, acusándole de que habia quebrantado las inmunidades de la nacion, y de allí á poco tiempo murió en la cárcel, mas por el dolor de la ignominia, que por las heridas que habia recibido. Pidieron los inquisidores que se les entregasen los reos con pretesto de que tenian correspondencia con el de Bearne, enemigo de la religion, lo que habiéndose ejecutado, se irritó mucho mas el pueblo por la sospecha de que aquello era un engaño. Recurrió pues á las armas, y cercando las casas de los inquisidores, pidieron con terribles gritos que se restituyesen los presos al tribunal del justicia mayor, si no querian que derribasen sus casas, y verse obligados con daño suyo á obedecer á la plebe. Para contener á esta turba de hombres furiosos, pidieron por escrito á los inquisidores el arzobispo don Andrés Bobadilla, don Jaime Jimenez, obispo de Teruel, que se hallaba con el cargo de teniente de gobernador, y otras personas principales, que por un efecto de su prudencia restituyesen los presos, á fin de impedir que el público padeciese mayores males en aquella conmocion de los ánimos. Obligados pues por la necesidad, entregaron los presos al tribunal del justicia mayor, y inmediatamente se aplacó el tumulto.

Cuando pareció que ya estaba todo muy sosegado, los magistrados escoltados con gente armada, volvieron los reos á los inquisidores, sin que ninguno se atreviese á resistirlo. Pero de repente corrieron á la plaza Gil de Mesa con algunos compañeros, y levantando el grito volaron los tiros por el aire, cayendo muertos algunos ciudadanos honrados que se habian juntado á los magistrados, y escapándose les demás llenos de consternacion. En este momento quitaron los grillos á Antonio Perez y Mayorano, y se pusieron en fuga acompañados de sus amigos, y habiendo atravesado los montes se refugiaron en Francia. Gozosa la plebe con tan feliz suceso, se congratulaban mútuamente unos á otros por haber asegurado su libertad por medio de la fuerza; pero en breve tiempo se convirtió la alegría en un terrible miedo y consternacion. El rey, pues, para vengar estos atentados, hizo entrar por Aragon el ejército que tenia dispuesto para enviar á Francia, habiendo prevenido antes á los magistrados y corregidores de las ciudades que no ejecutaria hostilidad alguna, y que solo se dirigia contra los sediciosos de Zaragoza. A la verdad en las órdenes que habia dado á don Alonso de Vargas, comandante del ejército, le mandaba que no se encarnizase, ni trabase pelea alguna con la multitud, aunque fuese provocado á hacerlo; que no matase á los que se le opusiesen, y que solo los atemorizase con el estruendo de la artillería; y que finalmente se abstuviese de las armas todo cuanto le fuese posible. Habia muerto el justicia mayor don Juan de Lanuza, hombre respetable y muy docto en la jurisprudencia, y le habia sucedido su hijo del mismo nombre, que aun no tenia veinte y siete años cumplidos cuando tomó la potestad. Arrebatado pues del ardor juvenil, y de las instigaciones de algunos hombres perversos, escribió cartas á las ciudades, y les mandó que hiciesen levas para defender la libertad de la nacion y el sagrado derecho de la apelacion á su tribunal; pero no solamente no le enviaron soldados, sino que castigaron su temeridad con una respuesta picante. Teruel y Albarracin fueron las únicas que favorecieron á los sediciosos. Finalmente instaron los de Zaragoza, amenazaron á Lanuza, y le obligaron á salir á campaña, á tiempo que ya se arrepentia de lo que habia comenzado.

La mayor parte de la ciudad se hallaba habitada por una turba de hombres del campo, gente feroz en fuerzas, insolente y ajena de toda razon. A principios de noviembre se puso en marcha la multitud con su capitan que iba delante de este ejército, el cual se componia de mil y quinientos hombres sucios y mal vestidos. Escapóse Lanuza luego que tuvo ocasion de hacerlo, y se retiró donde vivia su madre, y lo mismo hicieron don Fernando de Aragon, duque de Villahermosa, y don Luis de Urrea, conde de Aranda, que residian en Zaragoza, para que no se creyese que estaban inficionados del popular delirio. Viéndose privada de su capitan aquella descompuesta multitud, y llena de miedo con la cercanía del enemigo, se dispersó inmediatamente, y temerosos algunos del peligro que corria su vida, se huyeron á Francia. Vargas fue recibido cerca de la ciudad por los magistrados y por los nobles y honrados ciudadanos, con el obsequio que le era debido, y fue conducido al hospedaje que le tenian prevenido. Aragon y Urrea fueron acusados de falsos delitos y enviados á Castilla, y uno y otro murieron en el año siguiente; y para que su buena fama no padeciese detrimento, declaró el rey despues de bien examinada la causa que no habian cometido crimen alguno contra la magestad real. Lanuza fue preso y degollado en medio de la plaza, murmurando muchos que aquello se hacia no por la razon sino por la fuerza, y que se habia introducido el ejército en la ciudad contra toda ley y derecho. El cuerpo de Lanuza fue sepultado con magnífica pompa, segun el rey lo habia mandado, como que al mismo tiempo que castigaba la culpa, queria que fuese honrada la persona del magistrado: otros fueron ajusticiados en diversas partes, cuyo castigo recordó á los demás que estaban olvidados de su deber que es muy temible el enojo de los reyes y graves sus iras. Los que se habian refugiado en Francia, habiendo juntado un escuadron de gente armada, atravesaron las cumbres de los montes cubiertos de nieve que parecian inaccesibles, y entraron en Aragon á principios del año de 1592. Armáronse los montañeses tumultuariamente para resistirlos, y tuvieron algunas peleas. Acudió luego Vargas con un ligero escuadron de soldados, y mataron á algunos de los rebeldes, á otros pocos hicieron prisioneros, entre los cuales Jaime Lanuza y Francisco de Ayerve pagaron con las cabezas la pena de su rebelion. Los demás se ignora quienes eran. En Jaca se levantó una fortaleza de órden del rey para defender las fronteras, y se aseguraron con fortificaciones las gargantas de los montes.

CAPITULO XIII.

Sitio de Ruan por el de Bearne. Acude el Parmesano á socorrerla, y felices sucesos de este príncipe en Francia.

A principios de este año marchaba el Parmesano para socorrer á la célebre ciudad de Ruan, la que defendía Andrés, marqués de Villars, varon no menos fuerte que prudente. En el camino hubo un próspero combate con la caballería de la guarnicion de Noyon, comenzado por las tropas del Parmesano

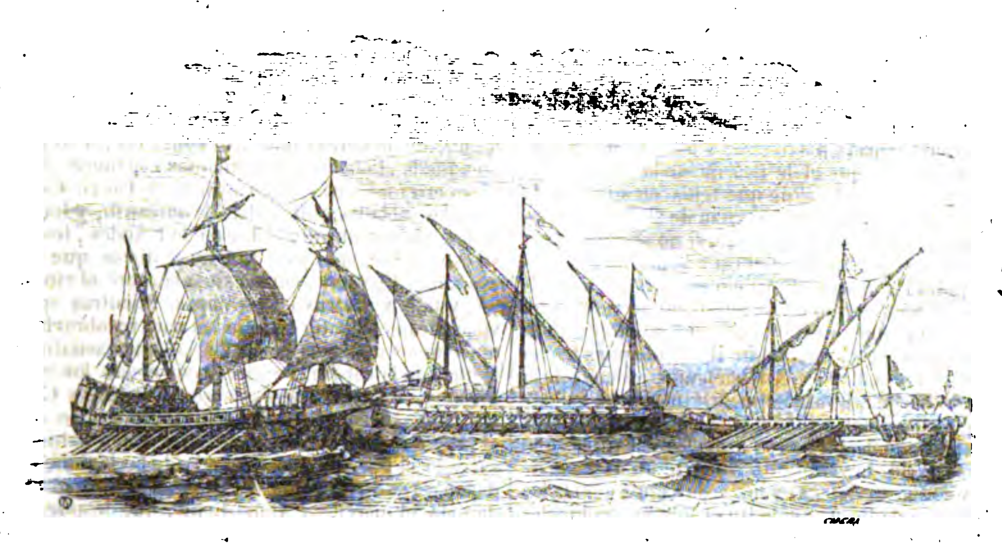
que iban delante, las cuales hicieron sus esfuerzos para impedirla el volver á la ciudad, y mataron y hicieron prisioneros á muchos, siendo pocos los que se libertaron por la fuga. Esta próspera escaramuza fué tenida por un feliz agüero. El de Bearne con la noticia de la venida de sus enemigos, dispuso un plan de operaciones distinto del que practicó el año antecedente en París. Dejó á Biron con la infantería en los reales cerca de la ciudad, y él mismo marchó con la caballería para salir al encuentro al Parmesano. Los historiadores varían mucho en el número de las tropas; pero me parece Coloma mas digno de fe que todos, como testigo ocular, y que participó de los peligros, el cual asegura que fueron cuatro mil caballos, á los que seguian dos mil dragones, que en caso necesario se desmontan y pelean con arcabuces de mayor tamaño que los demás. El Parmesano marchaba, segun su costumbre, rodeado y cerrado su ejército con dos mil carros. En el camino hubo una pelea ecuestre en Aumale, acometiendo de repente el de Bearne sobre los farnesianos, que iban delante en el primer escuadron, deseoso en estremo de esplorarlo todo, y se encendió un atroz combate, acudiendo á unos y otros prontos socorros. Los franceses fueron puestos en fuga, y estuvo á pique de ser hecho prisionero el de Bearne, que quedó herido en los riñones por una bala; pero habiendo sido muertos muchos de su escuadron, pudo él escaparse del peligro. La herida fue leve, y se la curaron en el bosque inmediato á Aumale. Esta ventaja no conmovió en manera alguna al Parmesano para mudar el tenor de su marcha, porque se recelaba siempre de asechanzas en una tierra enemiga que no tenia esplorada. Pero á la verdad, si se hubiese resuelto á llevar adelante la victoria, y siguiendo su caballería por atajos á los que huian, les hubiesen cortado el paso, tal vez se hubiera concluido de una vez la guerra; pues aun procediendo con mas circunspeccion de la que era necesaria, se vió tan apurado el de Bearne para poner en salvo su persona. Creyóse tambien entonces que los franceses confederados que peleaban en el primer escuadron se habian abstenido de tirar, y que de industria habian aflojado en la pelea para dar tiempo al bearnese de huir y quitar á los españoles la gloria de hacerlo prisionero. Entretanto fue saqueada Aumale y tomado Castelnou, y hubo frecuentes escaramuzas; en una de las cuales fué hecho prisionero el conde de Saligni, uno de los de la liga, que con inconsiderada audacia persiguió á los enemigos; pero fue puesto en libertad á costa de treinta mil escudos.



Monasterio del Escorial, patio de los Evangelistas.

Habiendo llegado cerca de Ruan, oyó el Parmesano los pareceres de sus capitanes sobre lo que debería hacerse, y ocultó cuidadosamente lo que tenia determinado ejecutar, para que no llegase á noticia de los enemigos, como le habia sucedido muchas veces. Antes de amanecer envió por medio del enemigo, entre las legiones inglesa y escocesa, mil y doscientos hombres escogidos. Eran estos españoles, walones y alemanes, todos veteranos, y acostumbrados á arrostrar todo género de peligros, los cuales llegaron salvos á la ciudad, á pesar de los enemigos que encontraban en el camino. Animado el marqués de Villars con este socorro, dispuso inmediatamente una salida para librarse la honra de haber libertado á la ciudad del peligro. Hizo la señal al rayar el dia, y saliendo por tres puertas los infantes y caballos bien armados, acometieron al campo enemigo. Hieren y matan, y le ponen en fuga por todas partes; en breve tiempo arruinan sus trincheras, inutilizan sus minas, arrojan parte de su artillería al foso, y clavan la restante; pegan fuego á la pólvora, saquean las tiendas de campaña, y finalmente se llevan la presa impunemente y sin resistencia. Acude Biron al tumulto con los suizos, y en el mismo campo se traba una atroz pelea, en la que el mismo Biron quedó herido en un muslo. Villars recogió á todos los suyos, y juntándolos en un escuadron, volvió triunfante á la ciudad, donde fue recibido con general aplauso y alegría. Perecieron en esta accion ochocientos de los enemigos, y de los vencedores menos de cincuenta. Trastornadas de esta suerte en un momento las obras de muchos dias, descaeció en gran manera la empresa de los enemigos; y noticioso el Parmesano del feliz suceso, deseaba perseguir á los enemigos ya consternados para dar fin á la

guerra. Pero el duque de Mayena y los franceses eran de muy opuesto dictámen, porque aborrecian su propia victoria, no menos que la de los enemigos. Si vencia el Español temian que el patrocinio se convirtiese en imperio, y que se verian forzados á recibir las leyes que quisiesen darles; y si vencia el de Bearne, temian la destruccion de la liga y de la religion católica, y se habian propuesto tomarse tiempo para ocurrir al remedio de uno y otro mal. El de Mayena se oponia á los designios de Farnesio por el deseo que tenia de conservar el mando; cuyo fin, y el de la guerra seria uno mismo, y pasaria despues á los españoles como vencedores. Con la misma idea el marqués de Villars pedia el oro español y rehusaba el hierro, y esta era la cantinela de todos los franceses, como lo dice un autor de aquel tiempo. Por tanto Farnesio, aunque sentia que le arrancasen de las manos la victoria, para conformarse con las intenciones del rey don Felipe envió quinientos walones con dinero á Ruan, en cuya conservacion ponian los franceses todos sus cuidados. Con la llegada del de Bearne al campo con la caballería, se renovó la espuguacion, y hicieron los sitiados muchas salidas, y pelearon con varia fortuna. El Parmesano fue llamado por Villars, que al principio estaba muy orgulloso; pero despues no podia ya resistir la pertinacia del enemigo, y habiéndose puesto en marcha á fin de abril con la celeridad posible, atravesó á pié el rio Somma, por la parte donde entra en el Océano, tomando este atajo para coger desprevenido al ene-



Galeon. Galeaza. Galera.

migo. Conmovido el de Bearne con la noticia de su venida, levantó el sitio, y ganando tiempo con algunas escaramuzas de la caballería para apartarse de allí con seguridad se retiró con sus bagajes á lugares quietos.

Entró Farnesio en la ciudad con los principales capitanes en medio de los aplausos y enhorabuenas de los habitantes que le miraban como á un libertador de su patria venido del cielo. Tenia intencion el Parmesano de seguir á los fugitivos y obligarlos á la batalla, y del mismo modo pensaban los españoles, italianos y flamencos con algunos franceses, y entre ellos el duque de Guisa, que en el otoño anterior pudo descolgarse por el muro de la torre en que se hallaba preso y habia venido á los reales. Pero se oponia á esto el duque de Mayena y otros muchos con fatal discordia, no queriendo desistir en cosa alguna de su antigua idea. Finalmente se hacia la guerra por uno, y la dirigia otro, lo que era un grande absurdo, pero necesario entonces, para contener en la alianza á los franceses. Convinieron por último en arrojar á los enemigos de Caudebec, fortaleza situada mas abajo de la ciudad en la orilla del Sena, á causa de que molestaban mucho á los habitantes, impidiéndoles el comercio del mar. Lo primero que hicieron fue alejar de allí con una lluvia de balas á la armada holandesa, habiéndose entregado la capitana para no ser enteramente sumergida. Pero mientras que Farnesio se ocupaba con cuidado en examinar la situacion de la ciudad y la parte donde podia colocar la artillería, fue herido con una bala en el brazo derecho; y perdiendo la bala su ímpetu, se quedó encerrada dentro de la misma herida. Este golpe no le conmovió cosa alguna y continuó en pié, señalando el lugar oportuno para batir la fortaleza, hasta que corriendo la sangre por el vestido, se manifestó á todos que estaba herido el general. Sin embargo, ni su hijo ni los grandes que le rodeaban pudieron conseguir con sus ruegos y súplicas que se retirase, hasta que concluyó lo que tenia comenzado. Echóse en la cama mas afligido con los dolores de la cura que con la misma herida, y para estraer la bala le hicieron tres incisiones en el brazo. Habiéndole sobrevenido despues una leve calentura, encargó el cuidado de las tropas á su hijo, á quien dió escelentes lecciones, y confirió el mando superior al duque de Mayena. El dia siguiente á las primeras descargas de la artillería, se aparecieron en el muro banderas que indicaban querer rendirse los sitiados, y con efecto se concedió libertad á la guarnicion, segun pactaron, y el pueblo fue saqueado. Pero el de Bearne, habiendo llamado tropas de todas partes, juntó un ejército muy numeroso y marchó al punto para oprimir al de los confederados, que se hallaba detenido en aquel ángulo. Con esta nueva fueron varios los pareceres, segun la costumbre, siendo muy opuestos los designios de Farnesio, y los de Mayena y los franceses, á escepcion del duque de Guisa, que asistiendo al Parmesano, era de dictámen que el ejército debia pasar el rio, y acampándose en una tierra abundante, vencer con la paciencia á las tropas del de Bearne, que en breve tiempo se dispersarian por la falta de dinero, y por no presentárselas ocasion de pelear. El duque de Mayena para que Ruan no llegase otra vez á verse en las anteriores

angustias, afirmaba que no convenia apartarse de Caudebec, el que una vez conservado, se retenia aquella importante ciudad, y sin él se perderia inmediatamente con grave perjuicio de la liga, y con mucha mengua de su nombre y fama. Esto decia en público; pero en su interior tenia otros cuidados de su particular utilidad que le exhortaban á conservar la region de la otra parte del rio, de la que sacaba copiosas rentas, y las que le faltarian si acampándose en ella el ejército, causase sus acostumbrados estragos. Así lo dice un autor muy ajeno del espíritu de partido. Sin embargo, el Parmesano se vió precisado á seguir su dictámen, á pesar del peligro de la hambre que amenazaba por hallarse rodeados por todas partes de la caballería enemiga. Finalmente, habiéndose acercado un ejército á otro en Caudebec, tenian á todas horas contínuas peleas con tal obstinacion, que hubo alguna en que combatieron por espacio de diez horas seguidas. Hallábanse no obstante, mas gravemente afligidos los confederados por la falta que tenian de víveres y forrajes, pues por tierra les impedia la entrada la numerosa caballería de los enemigos, y por el rio la armada holandesa, y les tenian tan cerrados los pasos, que el de Bearne envió cartas á todas partes, jactándose de que tenia en su mano la victoria, y que no se le escaparian de allí los españoles si no volaban como pájaros, ó si no se convertian en peces y se precipitaban al rio ó al mar. Pero despues que el Parmesano reprimió su jactancia con algunos prósperos combates, se burló de él con una astucia admirable, y atravesó el rio á su propia vista sin que nadie se la impidiese. Habiendo pues hecho transportar á la otra orilla ochocientos walones de la legion de Barlota, levantó inmediatamente un baluarte y le fortificó con artillería para que los holandeses no pudiesen molestar con su armada á las tropas que pasaban el rio. Levantó otro baluarte en la parte de acá, y confió su defensa á mil y doscientos soldados de la legion de Bosú: desde Ruan fueron conducidos rio abajo navíos de todos géneros para el transporte, y llegaron en breve tiempo. En ellos se embarcó primero la caballería francesa mandada por Aumale, con artillería y bagajes, y en la noche que precedia al veinte de mayo, fue enviada delante la caballería flamenca por el puente de Ruan. Al rayar el dia dos mil y quinientos infantes y caballos al mando de Appio Conti y Capisuchi se dispusieron en forma de batalla, del mismo modo que lo hacen los que provocan al enemigo á la pelea, á fin de engañar á los que los miraban. Entretanto eran transportados por el rio los soldados con los equipajes y artillería en los buques que iban y venian con admirable celeridad. Parte de ellos eran conducidos, parte estaban en la ribera esperando á que volviesen los navíos para pasarlos y parte cargando á los que ya habian llegado sin que cesase un punto la maniobra, cuando llegó esto á noticia del de Bearne, que estaba acampado á la otra parte de los cerros. Dícese que derramó lágrimas al oir que se le habia escapado el ejército enemigo. Mandó al instante á la caballería que corriese á impedirle el paso, y él mismo llevó consigo los escuadrones de coraceros. Pero los tiros que disparaban los soldados de Bosú y volaban por todas partes, les retardaban la marcha. Viendo el de Bearne que era inútil el seguirlos, mandó detener su carrera á los caballos, y se dedicó á batir con la artillería el baluarte de Bosú. Pero uno y otro fue en vano, porque entretanto se habian ya retirado de allí los bosuvianos llevándose todas sus cosas. No pudo el de Bearne colocar la artillería contra el rio tan pronto como convenia, porque Ranucio apostó en la otra márgen mil arcabuceros que impedian con sus tiros subirla al cerro: y mientras que la conducian por un rodeo mas largo, habia embarcado Ranucio todo el tren con la pólvora, de tal suerte, que cuando comenzó á disparar el enemigo, navegaba ya tan lejos el último escuadron, que apenas podian alcanzarle los tiros. Pero escitada la armada holandesa con el tumulto, salió al encuentro á los que atravesaban el rio para impedirles que saltasen á tierra; mas no llegaron á trabar pelea, porque aterrada con las balas que volaban contra ella desde el baluarte de Barlota, y con el encuentro de las lanchas cargadas de tiradores escogidos, volvió las proas antes de acercarse mucho, y se retiró adonde habia venido, sin haber dado la menor prueba de valor. Desde allí se puso en acelerada marcha el Parmesano con su ejército, y dejó á Mayena con una valerosa guarnicion para la defensa de Ruan. En el camino tomó y saqueó varios pueblos y aldeas de los hugonotes, incendió á Neoburg, y al cuarto dia llegó al puente de Charenton con admirable presteza, habiendo talado y destruido lo que dejaba á la espalda, sin que pudiera evitarlo el de Bearne, que para perseguirle envió inútilmente tropas por el puente de Arc, con muy ligero daño de los que se detuvieron.

Pasó el Parmesano el rio Sena cerca de París por un puente de barcas que hizo construir; y dejando en aquella ciudad mil y quinientos españoles de socorro estraordinario, llegó á Chateau-Tierri. Concedió á los soldados quince dias de descanso, y habiendo llegado entretanto el dinero de Flandes, les pagó su estipendio; mas para que no se dijese que huia, espugnó á Epernay, ciudad situada sobre el rio Marne, y taló y destruyó los campos. Mientras que el viejo Biron combatia esta ciudad para recobrarla, fue muerto por una bala de artillería, que casualmente le hirió en la cabeza. Perdieron con efecto los confederados á Epernay, pero ganaron á Vervins y Crespi por medio de condiciones pacíficas, lo que se debió al valor é industria de Capisuchi, á quien habia encargado el Parmesano el mando de las legiones que dejó para socorro de los confederados. Hizo general de todo el ejército á Appio Conti, que despues que Monmartini se retiró á Italia, mandaba las pocas tropas pontificas; pero le previno que se sujetase á las órdenes y consejos de Mayena, que se hallaba enfermo en Ruan. A su hijo Ranucio le mandó volviese á Italia para evitar los desórdenes que pudieran acaecer en su ausencia si llegaba á faltar por alguna desgracia. Despues de arregladas estas y otras cosas, condujo á Flandes el resto del ejército, y se puso en camino á las aguas de Spá por hallarse su salud muy deteriorada, así por su antigua enfermedad de la hidropesía como por la reciente herida.

CAPITULO XIV.

Guerra en la Provenza y otras partes de Francia: vuelve el Parmesano á Bruselas: muerte de este príncipe: córtes de Aragon: derrota don Alvaro Bazan una armada inglesa.

Ardia Tambien la guerra en otras provincias de Francia, especialmente en la Provenza, cuyas ciudades se inclinaban al partido de la liga. Valeta, adicto al de Bearne, habia sido muerto en el asalto de Rocabruna, atravesándole una bala por las sienes. Acudió inmediatamente Lesdigueres, que se hallaba cerca, y por medio de ocultas negociaciones se apoderó de Antibo. Rechazó al Saboyano á la otra parte del Var, y no cesó de perseguirle hasta que le obligó á entrar en Niza. Volvió el Saboyano á atravesar el Var con nuevas tropas, y habiendo puesto en fuga á Lesdigueres, tomó varios pueblos, y entre ellos á Antibo, cuyos habitantes fueron saqueados en pena de su perfidia. Noticioso el duque de Epernon de la muerte de Valeta, su hermano, marchó sin dilacion á la Provenza con sus tropas, y recobró á Antibo sin que le costase sangre alguna por la cobardía de la guarnicion. El duque de Nemours, gobernador de

Leon, hacia la guerra en el territorio de Aviñon á Lesdigueres, que se habia retirado allí como á su propia provincia porque no podia avenirse con el duque de Epernon. El de Nemours se apoderó de Viena con el auxilio de Olivera. El Saboyano continuaba la guerra en la Provenza con pocas esperanzas por haber mudado de partido los marselleses, y Lesdigueres le obligó á retirarse, presentándose en medio del invierno á las puertas de Turin. El duque de Joyosa perseguia á los hugonotes en la Guyena, donde difundió por todas partes el terror de sus armas; pero entretanto que combatia á Villamour en el Languec fue acometido repentinamente á mediados de octubre por dos enemigos, esto es, por las tropas de Monmorenci, y por los sitiados, que hicieron una salida con Temines su gobernador. Consternados los católicos con tan súbita invasion, y distituidos del auxilio de la caballería, que se habia alejado mas de lo que convenia; fueron derrotados y dispersos. El de Joyosa cayó con otros muchos en el rio Tarne, y pereció ahogado en sus corrientes con grave sentimiento de los tolosanos, de quienes era muy amado. De sus dos hermanos, el uno cardenal, y el otro religioso capuchino, el primero rehusó el mando de las armas, y el segundo, obligado por los ruegos de los católicos y por las órdenes de sus prelados, mudó el hábito penitente en la cota de malla para defender la religion en aquella provincia. En la Bretaña sucedian con mas felicidad las empresas de los confederados; pues habiendo juntado sus tropas los príncipes de Conti y de Dombes, pusieron sitio á Craon, ciudad muy grande y fortificada en los confines de la provincia de Maine. Pero procedian con tanta lentitud, que el duque de Mercoeur tuvo tiempo de recoger tropas, y llamó tambien á los españoles de Blavet para acudir con socorros á los sitiados. Luego que el de Dombes tuvo noticia de que se acercaba, pasó las tropas á la otra parte del rio Udon, á fin de juntarse con el de Conti para recibir al enemigo. Descuidóse para mal suyo en no cortar el puente, ó tal vez aquellos á quienes lo habia mandado, y habiendo pasado por él los caballos franceses y la infantería española, acometieron desde el camino contra los enemigos que marchaban delante, los derrotaron, siendo mas bien una carnicería y una fuga, que una batalla. Perecieron setecientos en esta desgracia, y fue mucho mayor el número de los prisioneros. Tomáronles toda la artillería y condujeron los vencedores á su campo treinta y cinco banderas, habiendo reducido á su obediencia muchos pueblos. Los alemanes fueron enviados libremente despues de haber hecho juramento de que en adelante no tomarian las armas contra el duque de Mercoeur. Boisdaufin quebrantó de tal manera á los ingleses, que de todos ellos apenas escaparon doscientos con vida. En la Lorena prosperaba el de Bearne, habiendo sido hecho prisionero Sthenai por el duque de Bullon, y derrotadas las tropas de este general.

El príncipe Mauricio se aprovechó en Flandes de la ausencia de las tropas del Parmesano, y sacó á campaña las suyas, cuyo número aumentó cuanto pudo. Sin embargo, no pudo tomar á Utrech por escalada, habiéndose descubierto sus asechanzas. Combatió con la fuerza, con ardides y con todo género de máquinas á Steinvik, que con una corta guarnicion defendia Antonio Coquelli, flamenco, hombre activo y de estraordinario valor, á quien socorrió Verdugo con algunas tropas y una corta porcion de pólvora. Pero estas fuerzas no eran suficientes para hacer levantar el sitio. Los presidiarios dieron admirables ejemplos de intrepidez, ya peleando en la brecha del muro, y ya en las salidas que hicieron, con increible estrago de los enemigos por espacio de cuarenta y cuatro dias que duró el sitio, como refiere Coloma. Finalmente, faltando la pólvora y habiendo quedado solos trescientos soldados sanos, hicieron la entrega bajo de honrosas condiciones. Despues de esto hubo en la Frisia muchas desgracias, y tambien se perdió Covord, aunque Verdugo intentó en vano introducir socorros en ella. Sirvieron de algun consuelo los pueblos fortificados que Mondragon habia tomado á los enemigos, y reprimió las incursiones que hacian por los campos. Habiendo regresado el Parmesano á Bruselas, se irritó mucho con los dos Mansfeld y Campigni, atribuyéndoles la culpa de los adversos sucesos, y á este último le mandó salir desterrado. Causábale no poca inquietud la obstinacion de los soldados, que no querian obedecer porque no se les pagaba su estipendio, por lo cual no podia acudir al socorro de la Frisia. Este mal afligió muchas veces al Parmesano con grave detrimento del estado. Informó, pues, al rey por sus cartas de la situacion de las cosas y de su poca salud, y que convenia que le nombrase sucesor, porque deseaba dar una vista á sus propios dominios. No obstante, á fin de disponer los preparativos de la guerra para el año siguiente, pasó á Arras, esforzándose á disimular ó á vencer con heróico valor la flaqueza de su cuerpo. Finalmente, mientras se ocupaba con el mayor conato en aquel objeto, le faltaron repentinamente las fuerzas y se agravaron en estremo sus males. Recibió los santos sacramentos con gran devocion, y abrazando y besando la imágen de Cristo crucificado, espiró tranquilamente el dia dos de diciembre este varon digno de ser alabado eternamente por su piedad, por su valor, por su talento y por las hazañas que obró en defensa de la religion católica. Su cuerpo fue embalsamado y conducido á Bruselas, y despues de habérsele hecho las exequias reales, fue trasladado á Parma al sepulcro de sus mayores.

Por este tiempo ardia la Italia en latrocinios, aunque el papa hizo todos sus esfuerzos para estinguirlos. El mismo cuidado inquietaba al conde de Miranda, virey de Napoles, que habiéndose valido del valor y actividad constante de Adriano Acuaviva, conde de Conversano, libró de aquella perversa gente á la Basilicata, donde hacia mayores estragos. Juan de Vintimilla apaciguó con singular prudencia el tumulto suscitado por la plebe de Siracusa y Mecina por la falta de pan que padecian.

El rey don Felipe no pudo asistir en persona á las córtes de Aragon que habia convocado en Tarazona, á causa de su poca salud. Comenzóse á tratar en ellas á propuesta del arzobispo Bovadilla de la correccion de las leyes; porque el rey habia alcanzado de la nacion que el arzobispo de Zaragoza presidiese como su vicario, el cual cayó enfermo por aquel tiempo, y murió en la misma ciudad de Zaragoza. Llegó despues el rey con el príncipe don Felipe su hijo, y mientras tanto que se examinaban en las córtes los negocios pendientes, pasó á Pamplona, donde los navarros juraron al príncipe. Mandó concluir las fortificaciones que habia comenzado en aquella ciudad el virey Vespasiano Gonzaga, que en el año anterior falleció en Sabioneta, habiendo dejado una hija por su heredera. Volvió el rey á Tarazona, y despues de arregladas las cosas pertenecientes al gobierno público, despidió las córtes y se volvió á Castilla, habiéndole dado los reinos de la corona de Aragon setecientos mil ducados por donativo gratuito. En el arzobispado de Zaragoza sucedió á Bovadilla don Alonso de Gregorio, varon insigne en piedad y doctrina, trasladado de la diócesis de Albarracin. Nombró el rey por justicia mayor á don Juan Campo, hombre muy docto en las leyes, y quiso que en adelante fuesen jurisconsultos los que ejerciesen este empleo, y elegir á su arbitrio el virey de Aragon, aunque fuera estranjero, pues no habia ningun fuero que lo prohibiese.

Desde el año anterior infestaba los mares una ar-

mada inglesa de cincuenta navíos, y defendia las costas de España don Alonso de Bazan con otra armada algun tanto superior, y el cual se habia adelantado hasta las islas Terceras para recibir y proteger los navíos que venian de América. Luego que se puso á la vista de los ingleses, y creyendo estos que aquella era la presa tan deseada de las Indias, dispusieron sus buques en órden de batalla y salieron al encuentro. Adelantóse el vice-almirante Ricardo Campbell con inconsiderada audácia; pero pagó pronto la pena, habiendo sido rodeado por los españoles y apresado con su navío, y murió en breve de las heridas que habia recibido. Alegres los españoles con este feliz principio, acometieron intrépidamente á la armada enemiga, los derrotaron y pusieron en fuga, y no cesaron de pelear y perseguirlos hasta que llegó la noche. Recibió despues Bazan la flota americana, y la condujo con prosperidad á las costas de España. Como en el año anterior no habian podido conseguir sus deseos los piratas ingleses, volvieron otra vez en este año á correr los mares. Apresaron un navío de la India estimado en un millon de pesos, y habiéndole conducido á Inglaterra, dejaron siete navios para perseguir á los demás, con esperanzas de mayor ganancia si se les presentasen delante. Pero sucedió al contrario, porque habiéndolos visto Bazan, los acometió y apresó, y resarció en alguna manera el daño recibido.

CAPITULO XV.

Sublevacion de Quito. Victorias ganadas en Chile por Alonso de Sotomayor. Progresos y conquistas de los españoles en las islas Filipinas. Sucesos de los portugueses en la India y en Africa.

Gobernaba el Perú don Fernando de la Torre, que poco tiempo antes fue condecorado por el rey con el título de conde del Villar, en cuyo tiempo se habian ya abolido muchas cosas útiles, establecidas con gran prudencia por los anteriores vireyes, porque la malicia de los hombres pugna siempre contra las leyes. Sucedió á Torre don García de Mendoza, tan célebre por sus hazañas en la guerra de Chile, y procuró con mucha vigilancia corregir y enmendar lo que necesitaba de remedio. Toda la América, escepto el Perú, pagaba al rey la alcabala, que es una especie de contribucion que trae su nombre de la lengua árabe, y don García la introdujo en aquel reino con suma prudencia, para ocurrir á las necesidades del estado aunque no sin disgusto de los españoles. Los de Quito se resistieron á pagarla, llevando muy á mal que el rey los cargase de tributos, y acudieron á las armas incitados por Alfonso Bellido, hombre de perverso carácter y amigo de turbulencias, el cual de allí á poco tiempo fue asesinado á traicion. Su muerte encendió mas furiosamente la sedicion, que en vano se habia creido poder apaciguar con ella; pues habiendo acometido la plebe de improviso á la casa del ayuntamiento donde se hallaban los magistrados, se salvaron por medio de la fuga, y les sirvió de asilo el convento de San Francisco. Noticioso don García de este suceso, determinó salir inmediatamente al encuentro de estos furores populares, para que con la dilacion no creciese su audácia, y envió á Pedro de Arana, hombre capaz y activo, con un escuadron de gente armada. Este, pues, luego que llegó á Quito emprendió componer aquel negocio tan difícil y enredado por la obstinacion y temeridad de los culpados. Pero habiéndose valido de las amenazas, junto con el terror de las armas, abandonaron muchos sus malos intentos, y obligó á otros á ponerse en fuga. Finalmente prendió los mas turbulentos, y les impuso diversos suplicios, y de este modo hicieron por fuerza lo que no quisieron de buena voluntad.

Por este tiempo Alonso de Sotomayor, que como arriba dijimos habia salido del rio de la Plata, llegó á Chile por regiones desconocidas á los españoles, y halló todas las cosas en gran confusion y desórden por la guerra que habian suscitado á los bárbaros. Tenian estos á Valdivía con poca esperanza de poder resistirlos, pero los venció Sotomayor en batalla. Castigó severamente á los mas atrevidos, y taló sus campos con todo género de hostilidades. Mandó á Lorenzo Mercado que con un escuadron de ciento y sesenta españoles, y con los indios amigos, marchase contra los confinantes que habian vuelto á tomar las armas, y él mismo se encaminó con cuatrocientos caballos al valle de Arauco. Mandaba á los rebeldes Alonso Diaz, nacido de una india, y habiendo trabado combate, fue este hecho prisionero, y los bárbaros se dispersaron en la fuga, quedando muy maltratados con Gerónimo Fernandez, que tambien era mestizo. Peleó Sotomayor muchas veces prósperamente con los chilenos, y aseguró con fortificaciones y tropas las gargantas de los montes, con lo cual refrenó á los bárbaros para que no pudiesen hacer tantos daños. Y porque era imposible contenerlos con tan pequeñas fuerzas, le envió don García doscientos y veinte soldados para aumento de la guarnicion. Con estas nuevas tropas levantó en el valle de Arauco una fortaleza que llamó de San Ildefonso. Quebrantó y sujetó completamente á aquellos rebeldes tan feroces y indóciles al yugo, y desde allí pasó al valle de Tucapel, donde hizo la guerra por largo tiempo á sus belicosos habitantes. En el año antecedente de mil quinientos y noventa y uno, murió sin hijos don Diego, marqués de Cañete, y le sucedió su hermano don García en los estados, con cuyo título le nombraremos de aquí adelante.

Referiremos ahora sin interrupcion las cosas acaecidas en Filipinas, para que de este modo puedan retenerse con mas facilidad. Miguel de Legaspi, descubridor y pacificador de las islas, sujetó á sus naturales con las armas y con su prudencia. Habia fijado su asiento en Cebú, y desde allí envió á la isla de Luzon algunos españoles y indios al mando del capitan Martin Goitia. Este, pues, peleó con el mahometano Regiamora; y tomó á Manila, que era la ciudad principal, y despues de esta victoria se sujetó la mayor parte de la isla al imperio de los españoles. Trasladóse á ella Legaspi, persuadido de que aquella ciudad, opulenta por sus frutos terrestres y por el comercio del mar, seria la mas ventajosa para establecerse los españoles, y procuró guarnecerla con fortificaciones para que los piratas ó los naturales inquietos no pudiesen invadirla. Edificó una colonia en el puerto de Vigan, á la que dió el nombre de Fernandina, y despues sujetó otras islas, y finalmente, en el año de mil quinientos setenta y cuatro falleció este varon, digno de eterna alabanza. Habiéndose abierto las cédulas reales, fue declarado por sucesor Guido Lebezar, que continuó con mucha actividad y diligencia la empresa comenzada por Legaspi. Defendió intrépidamente á Manila, sitiada por el pirata chino Limaon con setenta navios grandes, y habiéndole obligado á levantar el sitio, persiguieron los españoles su armada y la derrotaron y incendiaron en el rio de Pangasinan, y el mismo Limaon se escapó del peligro, poniéndose en fuga con algunos pocos navíos. Por muerte de Lebezar, sucedió en el gobierno Francisco de Sande, el cual sujetó con algunos favorables combates la isla de Camarines, y erigió en ella una colonia, llamada Cáceres, que sirviese como de fortaleza. Reconoció la isla del Borneo, una de las mayores del Oriente, y le sucedian las cosas con toda prosperidad; pero las enfermedades que comenzaron á cundir entre su gente le impidieron permanecer en un suelo tan nocivo. Al tiempo que regresaba á Manila, sujetó en el viaje la isla de Jolo, y habiendo arribado despues á Mindanao, estableció

comercio con sus naturales, y estendió prodigiosamente el dominio español. Sucedióle en el mando Gonzalo Ronquillo, que edificó y pobló la villa de Arévalo en la isla de Panay, y dió grande aumento al tráfico que se habia entablado con los chinos. Arrojó á fuerza de armas de la isla de Luzon, á un pirata japon, que se habia fortificado en ella, y fundó la ciudad de la nueva Segovia. Envió á Gabriel de Ribera para que diese vuelta á Borneo, y llevó socorros por órden del rey á Asambuja, capitan de los portugueses, que habiendo perdido á Ternate, se sostenia con mucho trabajo en Tidore. Por muerte de Gonzalo le sucedió su hijo Diego, que socorrió en otra ocasion á los portugueses. Por este tiempo se erigió en Manila la audiencia real, y fue nombrado presidente don Santiago de Vera. Este, pues, socorrió con diez navíos á Asambuja, que habia implorado su auxilio. Esta armada, que mandaba Juan Ronquillo, como refiere Faria, además de haber conducido todo lo necesario para la guerra, venció á los isleños de Jaba en una batalla naval, y les tomó sus navios. Tal es la ferocidad de aquellos bárbaros, que uno de ellos se entró por medio de una lanza con que un castellano le habia travesado el cuerpo, para herirle con una bacha, teniendo mas deseo de vengarse que de vivir. Sujetó Vera á los luzonios rebeldes, y los obligó con la guerra á obedecerle, y levantó en Manila una fortaleza que llamó la Virgen Maria Capitana. Hallándose mas embarazados los negocios con la audiencia real que antes de establecerlo, fue suprimida en virtud de las eficaces instancias del padre Alonso Sanchez, jesuita, que como arriba dijimos, fue enviado como diputado de las islas al rey don Felipe. Despues fue nombrado gobernador don Gomez Marin, á quien se le dieron cuatrocientos soldados, y navegó con don Luis de Velasco, virey de Nueva España, y en la administracion de su gobierno se portó como un verdadero padre de los pueblos. Embarcóse en la Nueva España, y en el año de mil quinientos y noventa arribó don Gomez á Manila. Como era aficionado á obras, rodeó la ciudad con muros de piedra, y fabricó la iglesia catedral de piedra cuadrada. Mandó construir galeras para defender aquellas costas que de continuo se hallaban molestadas por los píratas chinos y japones, y aun fundir cañones de bronce. Entretanto Taicosama, tirano del Japon, declaró al Español por medio de un embajador que le envió, que debia pagarle un tributo por la posesion de las islas. Pero don Gomez le despidió con una picante respuesta, y reprimió la arrogancia del bárbaro diciéndole: «Ve y dile á Taicosama que los españoles están acostumbrados á recibir tributos y no á pagarlos. Que haga primero la prueba del valor español, y si le venciese en la guerra, trátele entonces como se trata á los vencidos.» Despues de esto se hizo á la vela con una grande armada para recobrar á Ternate que habian perdido los portugueses; pero habiendo conspirado contra él en el viaje los remeros chinos, le asesinaron y se desgració la empresa comenzada. Los chinos se huyeron al instante en una galera muy hermosa que conducia al gobernador, y Luis su hijo tomó posesion del mando hasta que fue nombrado sucesor.

En Lisboa se hizo á la vela con cinco navíos Matias de Alburquerque, y llegó sano y salvo á Goa. Su antecesor Coutiño pereció en su vuelta á Portugal con su mujer y familia, habiéndose hecho pedazos el navío. Observóse que en el espacio de quince años perecieron por varias desgracias veinte y dos navios en la carrera de la India. Pero estos lamentables ejemplos no alejan á los mortales el deseo de peligrar, arrebatados de la cruel ambicion de enriquecerse. El virey envió á Andrés de Mendoza con una armada de veinte navíos contra Ceilan, donde se habia encendido la guerra. Tomó á los enemigos algunas naves y los derrotó otras. Despojó al pirata Catimuza de la armada de galeras que tenia en la embocadura del rio Cardiva, y no hizo poco en escaparse él á nado. Apresó otra armada en Manar; y habiendo saltado á tierra, peleó en ella, obligó al rey á ponerse en fuga y mató á su hijo mayor. Confirió el reino de Janapatan á un hermano del muerto, habiendo despojado de él á su padre. Por este tiempo Andrés de Santiago y Pedro Fernandez, gobernadores de Sena y Tate, pelearon desgraciadamente con los cafres. Pedro fue muerto con sus compañeros, y apenas pudo Andrés escaparse. Pedro de Sousa, gobernador de Mozambique, acudió á vengar el daño, y recibió otro no pequeño. Inundó de sangre á Quiloa, que habia sido entregada á los enemigos por sus pérfidos habitantes en odio de los portugueses. En Melinda, Mendo de Vasconcelos con treinta portugueses y algunos naturales derrotó á los bárbaros que estaban muy feroces con sus anteriores victorias, y hizo en ellos tal estrago, que apenas escaparon ciento con su régulo de toda aquella multitud Este era en el Africa el estado de las cosas. Cerca de Chaul pelearon los portugueses con los bárbaros, y hicieron en ellos gran mortandad á costa de muy poca sangre de los vencedores; pero en Ceilan fue Lope de Sousa muy desgraciado. El virey envió otra vez á Mendoza, hombre muy valeroso y afortunado, con una armada contra los enemigos. Tomó al Zamorin tres navíos, y es imponderable lo opulenta que fue esta presa. Tambien se apoderó en un combate de la armada de los piratas malabares, y habiendo arribado á Columbo en Ceilan, redujo á su deber y sujetó á los naturales, que se habian sublevado contra el gobernador portugués. Esto es lo mas notable que acaeció por este tiempo en aquella remotísima parte del orbe.

LIBRO DECIMO.

CAPITULO PRIMERO.

Pretendientes á la corona de Francia. Conferencias de los partidos. Toma el principe de Bearne á Dreux con su fortaleza, y se convierte á la religion católica.

El año noventa y tres de este siglo es mas memorable por haberse tratado en él de la paz que por los sucesos de la guerra. De la diversidad de afectos é intereses se originaban muchas dificultades para concluirla; porque la ambicion de muchos que aspiraban al trono de Francia, hacia mas implicado un negocio, que por sí mismo lo era mucho. Parecia solicitar con mejor derecho el cardenal Carlos de Vandoma, primo del de Bearne, y se le juntaba el favor del partido, que él mismo habia formado mucho tiempo antes. Agregábanse á esto los deseos del papa y de los cardenales, que tenian por muy decoroso fuese elevado al trono un colega suyo: y favorecia notablemente su causa la condicion jurada por los de la liga, despues de la muerte del cardenal de Borbon, por la que se obligaron á no admitir al cetro de Francia á ninguno que no profesase la verdadera religion. Pero el rey don Felipe le era muy opuesto, porque habia sido educado entre calvinistas; y se inclinaba mucho al hijo del duque de Lorena, así por su religion como por el beneficio que resultaba á España. Así pensaba al principio; mas considerando despues el mucho dinero y sangre española que se habia derramado en Francia, dirigió sus miras á doña Isabel su hija, pidiendo que fuese admitida á la sucesion del reino, ya por el derecho de sangre, ó por libre eleccion de los estados. No le rehusaban los grandes de Francia, con tal que eligiese esposo dentro del mismo reino, al cual debia admitir por su

consorte en el trono y en el tálamo, dentro del término de un año. Por el contrario, los que aborrecian la dominacion extranjera, temerosos de que por inconstancia de las cosas humanas llegase á suceder que la Francia se juntase á España, llevaron tan á mal que se hiciese mencion del archiduque Ernesto y de Alberto, que juraron no recibir en Francia príncipe alguno extranjero. Pero Tasis, bien instruido de los cosas de este reino, persuadia á don Lorenzo de Figueroa, duque de Feria, y á don Iñigo de Mendoza, que habian llegado poco tiempo antes, que promoviesen la causa de doña Isabel con esperanza de buen éxito: que lo que convenia era derramar dinero, acercar tropas á Francia, y sobornar á los grandes con regalos, principalmente á los del partido de Lorena; y que con estos artificios y con el favor del cardenal Placentino, nuncio apostólico, que era muy afecto á los españoles por el celo de la religion, se prometia que todas las cosas sucederian segun sus deseos. De otro modo pensaba el duque de Feria en este negocio, conforme las ideas del rey don Felipe, que eran de no hacer el menor gasto ni regalo mientras los Estados no declarasen el reino á su hija, pues no queria comprar á tanta costa una vana esperanza. Que lo que importaba era obligar á los confederados con la falta de socorros, y reducirlos á su dictámen, quitándoles el apoyo del oro; y tenia por cierto que consentirian en el, para no dejarse oprimir de sus enemigos, y perder sus particulares intereses, junto con la reputacion de la liga. Pero el duque de Mayena, que habia congregado contra su voluntad la junta de los Estados, habiendo penetrado el designio del duque de Feria, procuró con todo esfuerzo impedir que en ella se resolviese cosa alguna, y comenzó á enredarlo todo, á fin de causar á los españoles el mismo dolor que él padecia. Finalmente las cosas se hallaban ya en la situacion mas peligrosa, porque ninguno queria ceder de su empeño. En igual conflicto se hallaba el de Bearne, pues los católicos que seguian su fortuna le amenazaban de abandonarle, si no se convertia en breve al gremio de la iglesia católica. Habíales prometido que lo haria á tiempo determinado, y habiéndose pasado este sin cumplirlo, trataba mal á los católicos, por cuya causa estaban irritados con él, y se decia tambien que habian comenzado á dirigirse cartas unos católicos á otros, exhortándose recíprocamente á la concordia, en lo cual trabajaba el duque de Mayena, aunque lo negaba en público. Penetraron los españoles estos ardides, y se quejaron á él con grande acrimonía de palabras. Pero despues de graves contiendas y dicterios, no pudiendo ninguno sostener su partido sin el auxilio del otro, y para que no se destruyese la liga, se reconciliaron al fin por mediacion de Tasis el duque de Feria y el de Mayena, que eran los principales cabezas. Para asegurar esta amistad con mas estrecho vínculo, fueron entregados al de Mayena veinte y cinco mil escudos en dinero de contado, y doscientos mil en asignaciones, y el generalato de las tropas que mandaba Carlos Mansfeld. Juntáronsele á estas las pontificias que se hallaban muy disminuidas, y las francesas, con las que habiendo batido vigorosamente á Noyon, se vió forzada á entregarse.

Entretanto que esto pasaba, fue muerto en desafio Appio Conti, por Latembrin, coronel de la legion alemana, y los soldados de esta fueron despedidos del ejército, y se volvieron á su patria. Al mismo tiempo tuvieron una junta los bearneses, y los confederados en Suran con el deseo de atraerse unos á otros cada uno á su partido; pero todos se mantuvieron constantes en sus ideas. Los políticos prometieron que el de Bearne abrazaria de buena fe y por su propia voluntad le religion de sus mayores: mas los confederados remitieron al sumo pontífice el conocimiento de esta causa; y por último nada se hizo, aunque se descubrió el medio de dirigir el negocio, y de aquí adelante se trataron unos á otros con mas blandura. Deseaba el de Bearne hacerse católico, pero no podia tolerar que le forzasen á ello. Los hombres doctos que concurrieron á la conferencia, le estrecharon con poderosas razones, y hallándose fluctuante y dudoso, acabó de determinarle Villeroy, varon muy prudente y sincero entre los de la liga, el cual trabajó mucho en reconciliarle con Mayena, dándole á entender libremente el peligro en que se hallaba si persistia en su obstinacion. Representóle, pues, que si era creado rey el cardenal de Borbon; inmediatamente se retirarian de su campo los nobles y se pasarian al príncipe católico, y que si se conferia el cetro á doña Isabel, recaerían contra él las fuerzas de los españoles juntas con las de los confederados, sin que le quedase esperanza alguna de apaciguar la discordia. Finalmente con estas y otras razones, y sobre todo con la inspiracion de la divina gracia, se resolvió á mudar de religion. Mientras tanto disputaban los confederados en sus conferencias, y fueron mal recibidas las proposiciones del duque de Feria, Mendoza y Tasis, porque los franceses rehusaban apartarse de la ley sálica, que en otros tiempos se habia intentado anular, y siempre sin fruto y con mucho derramamiento de sangre. El duque de Mayena no se movia á cosa alguna para adelantar este negocio, por el mismo fin que los otros, además de la emulacion que le causaba el de Guisa, á quien el rey don Felipe habia declarado por esposo de su hija. Por esto, pues destituido de la esperanza del reino que habia concebido en su ánimo, y creyendo que doña Isabel casaria su hijo, se pasó al cardenal de Borbon, no por el deseo que tenia de hacerle rey, sino por el de impedir la junta de los Estados. Añadióse á esto el decreto del parlamento para que procurase que no recibiese detrimento alguno el estado, el cual corrió la voz de que habia sido formado por el mismo. Finalmente pudo tanto con sus artificios y con la grande autoridad que tenia entre los suyos, que la mayor parte de los que se habian juntado para deliberar, dieron gracias al duque de Feria y se escusaron de elegir el rey hasta que con mayores tropas y fuerzas de la España pudiesen establecer en la posesion del reino y defender al que nombrasen. De este modo eludieron la máquina de los españoles, que vino á ser inútil. Pero el de Bearne, para no perder su fama, habiendo juntado las tropas acometió y tomó á Dreux con su fortaleza. Despues de esta victoria se dedicó sériamente á mudar de religion para que no se creyese que lo hacia forzado, sino espontáneamente, pues siendo vencedor abrazaba la religion católica. Instruido, pues, en sus dogmas y doctrina, y á pesar de las reclamaciones de los ministros hugonotes, fue recibido en la iglesia de san Dionisio por el arzobispo de Bourges, y absuelto de las escomuniones sin intervencion del pontífice, con estraordinaria alegría de todos los que se hallaban allí presentes, y el dia veinte y cinco de julio participó de la sagrada comunion. Prorogáronse hasta fin del año las treguas pactadas antes por tres meses, sin embargo de la oposicion de los españoles, unidos al nuncio apostólico.

Al mismo tiempo trataba el duque de Mayena con los del partido del de Bearne de componer la guerra civil, con tal que consintiese el pontífice y aprobase lo hecho, y envió legados á España que pidiesen á doña Isabel para su hijo mayor, no hallándose todavía apagada en su pecho la esperanza de obtener el reino, que se hallaba en él muy arraigada. El rey don Felipe declaró á la verdad que le agradaba el yerno, y prometió su hija, segun la costumbre de aquellos que se inclinan á la parte donde descubren

mayor lucro. Llevólo muy á mal el duque de Feria y sus compañeros que conocian bien á aquel hombre, y temian mucho que se convirtiria de amigo en enemigo, si convenia á su interés, y de tal manera le aborrecian, que hay quien asegura que trataron entre sí de matarle. Oponíase tambien el pontífice, amonestando que era muy conveniente que doña Isabel casase con un príncipe de la sangre de Borbon, para que con mas facilidad se estinguiese la guerra civil. Este consejo le trastornó la ambicion que nunca abraza lo que es bueno sino lo que es útil; pero todos estos proyectos se desvanecieron en breve tiempo como el humo.

CAPITULO II.

Sucesos de Flandes: el gobernador de Burdeos acomete á Blaya y la defiende una armada española: Muley Jequi, hijo del rey Mahomet, recibe en Madrid el bautismo: Muerte de San Pascual Bailon.

Al paso que se disminuia en Francia la autoridad de la liga, tomaban mejor aspecto las cosas del de Bearne, pero las de Flandes se hallaban en mal estado. A fines del año anterior llegó el conde de Fuentes, enviado por el rey con despachos, en que mandaba que el viejo Mansfeld gobernase á Flandes hasta que nombrase á alguno de los príncipes de la sangre real. Pero agravado aquel con sus muchos años y con la falta que padecia de lo necesario, porque el rey don Felipe temia empeñarse en gastos, apenas podia hacer cosa alguna. Para impedir las escursiones de los enemigos y por consejo del conde de Fuentes, restituyó la severidad de la disciplina militar, segun lo habia establecido el duque de Alba aboliendo el comercio de la guerra. Intentó Mauricio combatir con un pequeño escuadron á Gertrudemberg, ciudad fortificada, y Mansfeld se descuidó en socorrer á tiempo á los sitiados. Habiendo recibido Mauricio nuevas tropas, fortificó cuidadosamente su campo, de tal modo, que fue inútil el socorro que llevó Mansfeld, y despues de algunas escaramuzas, desconfiando de conseguir su empresa, se retiró de allí con mucha ignominia; la cual aumentó mas queriendo borrarla, pues fue rechazado de Crevecour, con la inundacion de su territorio, á causa de que intentaba acometer esta fortaleza para poner en salvo á los de Bolduc. Despues de cuatro meses de sitio en cuyos ataques murieron dos gobernadores, obligó al fin Mauricio á la ciudad á que se entregase, y salió libre la guarnicion bajo de honrosas condiciones. Felipe y Guillelmo de Nasau habian introducido cada uno sus tropas, aquel en el territorio de Luxemburgo, y este en la Frisa; pero acudiendo Barlemont con un escuadron de gente armada, rechazó de allí á Felipe. Mucho mas trabajo tuvo Verdugo con Guillelmo, el cual, manteniéndose en sus reales muy fortificado, despues de haber talado los campos, no quiso aceptar la batalla que le presentaba Verdugo, auxiliado con las tropas que le habia enviado Mansfeld. Despues de esto sitió á Covord y no pudo tomarla, y finalmente, condujo por el invierno al Brabante las tropas muy deterioradas. Mondragon arrojó al enemigo, que habia venido á saquear el territorio de Vasa, y en esta ocasion fue muy celebrado el valor de Alonso Idiaquez; que se introdujo en el campo enemigo con un pequeño escuadron, y le obligó á retirarse á los navíos, quedando muertos muchos, y otros ahogados en el rio. Las tropas españolas, walonas y italianas de las provincias de Artois y Hainault, se sublevaron y rehusaron la obediencia á sus cabos porque no se les pagaba su estipendio; lo que fue no pequeña causa de las pérdidas padecidas en este año. El conde de Fuentes examinaba con mucho cuidado las cuentas del tesoro público, que se hallaba enteramente exhausto; y como el rey no enviaba dinero, ni podia mantener al soldado ni tampoco hacer la guerra.

En España se disponia una armada estraordinaria para llevar socorro á los católicos de la Guyena, que se hallaban muy necesitados. Habian fortificado á Blaya en la desembocadura del rio Garona, y la defendia Mr. de Luzan, hombre intrépido y activo, que para resistir á los esfuerzos de Magtiñon, gobernador de Burdeos, solicitó el auxilio de don Felipe, y habiéndosele concedido, envió en el mes de mayo diez y seis navíos muy bien provistos, al mando de Juan de Lizarza. En su navegacion apresó cinco naves inglesas, y persiguió otras que se refugiaron en la fortaleza de Ruyan. Combatia Matignon á Blaya por mar y tierra con seis navíos ingleses y con las fuerzas de su provincia; pero los ingleses luego que vieron la armada que venia contra ellos, levantaron inmediatamente las anclas y se pusieron en fuga, y á uno de ellos, para no ser apresado, le pegaron fuego sus defensores, con cuyo incendio perecieron dos de los españoles. Cayó en el mar Adriano Brancati y se ahogó sumergido por el peso de sus armas. Despues de haber desembarcado por la noche los víveres, que era lo que principalmente hacia mas falta á los sitiados, acometieron á los navíos franceses que estaban en el rio, y los maltrataron con algunas descargas pasajeras. Finalmente concluyó con buen éxito esta empresa, y se restituyó la armada á España, y en el camino se apoderó de otro buque inglés. Volvió otra vez Lizarza con seis navíos, y habiendo comunicado sus designios con los sitiados, penetraron por la noche con espada en mano en los reales enemigos, y hicieron en ellos una gran mortandad. En aquella confusion perecieron ochocientos franceses, y solo cuarenta quedaron prisioneros; y se asegura que en esta accion se portó heróicamente don Antonio Manrique, á cuya prudencia y al valor de los españoles, se debió la victoria. Habiendo hecho levantar el sitio, tomó Lizarza una galera en el rio, y regresó con la armada íntegra y salva á las costas de Vizcaya.

Muley Jequi, hijo de aquel Mahomet que pereció al pasar el rio Lucasen en la desgraciada batalla del rey don Sebastian, fue educado en España, donde habia quedado en rehenes, y recibió en Madrid el sagrado bautismo. El rey don Felipe le hizo caballero del órden de Santiago y le señaló rentas para que pudiera mantenerse con decencia; y habiendo celebrado capítulo del Toison de oro, condecoró con el collar de esta órden á los duques del Infantado y Escalona; y á Pedro de Médices, hermano del gran duque de Florencia. El corto número de tropas que habia quedado en Aragon desde el anterior tumulto, fue sacado de allí por órden del rey, á fin de libertar á sus habitantes de aquella molestia. Mas para refrenar la licencia de la plebe, se reparó un antiguo edificio, cercano á la ciudad, en forma de castillo; y habiéndolo guarnecido y fortificado con gente armada contuvo en su deber á aquellos hombres inquietos. El rey don Felipe, como tan entregado á las obras de piedad, envió á Zaragoza á don Gomez de Velasco con treinta mil ducados para que los emplease en dotar doncellas, socorrer á pobres y otros objetos semejantes. De esta suerte dió gracias á Dios aquel piadoso príncipe por haberse apaciguado el tumulto. Don Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque, sucedió en el gobierno de Aragon á don Miguel de Luna, conde de Morata; y de allí adelante no acaeció cosa alguna que turbase la tranquilidad pública. Don Cristóbal Robuster, obispo de Orihuela, renunció por este tiempo su dignidad en Roma, adonde habia pasado para defender los derechos de ella, despues que la obtuvo cinco años, y en el mes de marzo siguiente le sucedió don José Esteban, que celebró el segundo sínodo, porque Gallo habia con-

gregado el primero. Salvatierra, obispo de Segorve, fue trasladado á Ciudad-Rodrigo, y tuvo por sucesor á don Juan Bautista Perez, valenciano, que habiendo sido hecho canónigo de Toledo por el cardenal Quiroga en premio de su insigne doctrina, fue elevado el año anterior á la dignidad episcopal, á pesar de haberlo resistido con cristiana humildad. En el dia diez y siete de mayo del mismo año pasó de esta vida á la eterna en Villareal, pueblo del reino de Valencia, San Pascual Bailon, franciscano descalzo, varon ilustre por su santidad y milagros, los que habiendo sido solemnemente aprobados, fue beatificado por Paulo Quinto, y finalmente, canonizado por Alejandro Octavo. Su cuerpo se conserva en la misma villa con piadosa veneracion de los fieles que de todas partes concurren á visitarle.

CAPITULO III.

El principe de Bearne es coronado rey de Francia con el nombre de Enrique Cuarto: nombra el rey don Felipe á Ernesto, archiduque de Austria, por gobernador de Flandes: guerra en Saboya.

Cansados ya los franceses de la guerra civil, deseaban en gran manera la paz, y incitados de ella, comenzaron á inclinarse al de Bearne. Este, pues, recibió la corona en Chartres con todas las ceremonias acostumbradas, y fue proclamado rey de Francia con el nombre de Enrique Cuarto, con grande alegría y regocijo del inmenso gentío que acudia de todas partes. Pasábanse al nuevo rey en tropas los hombres mas ilustres de los partidos confederados despues de removido el estorbo de la herejía. Recibia á todos con mucha humanidad, y los atraia con regalos, rentas y gobiernos; y apresurándose todos á adelantarse los unos á los otros, cayeron poco á poco las fuerzas de la liga, y se disminuyó su autoridad, que apenas se sostenia por el pontífice y el rey don Felipe. Desertaban tambien de ella las ciudades, principalmente las de Leon, Meaus, Orleans y Bourges; y finalmente, París, cabeza de la liga, se entregó á Enrique por medio de Brisac, á quien habia dejado Mayena para su custodia, y entró en en ella el dia veinte y dos de marzo de 1594. El duque de Feria y sus compañeros, con los españoles, walones y alemanes que estaban de guarnicion, fueron despedidos sin molestia alguna, y se retiraron á los confines de Flandes. El nuncio pontificio, irritado de la ligereza de los franceses en el abandono de la liga, sin haber contado en cosa alguna con la Santa Sede, se retiró de París; pero mientras disponia su viaje á Italia, murió de una enfermedad. Aumale, Rosny, San Pol y otros, persistian constantemente en la liga. El duque de Guisa mató con su propia mano al conde de San Pol, hombre respetable por sus años y por su estraordinaria pericia militar, habiéndole escitado á esta atrocidad mas la inconstancia de su carácter que otra alguna cosa. Poco despues, á persuasion de su madre, se pasó Guisa á Enrique, no sin recompensa, y á cada paso le vendian los nobles su fidelidad, atendiendo solo á sus particulares intereses, y despreciando enteramente lo que de ellos pudiera juzgar la fama.

Por este tiempo se hallaba el duque de Mayena en el condado de Soissons, muy ajeno de reconciliarse con Enrique, aunque veia que sus mismos parientes le desamparaban á él y á la liga, y que cada dia iba á menos su autoridad. Tambien se reconcilió con Enrique el duque de Lorena, y por medio del teniente Bassompierre sacó sus tropas del campo de los confederados, y se pasaron al suedo de Enrique. En el papa no quedaba esperanza alguna de socorro, porque mantenia en Hungría la guerra contra el Turco; con cuyo pretesto se sustrajo de la liga, para que no se creyese que mas bien fomentaba la guerra civil que defendia la religion. Los españoles viendo casi desecha la alianza, estaban resueltos á abandonar las vanas esperanzas de la Francia y dirigir sus cuidados á las cosas de Flandes para recuperar sus dominios y su fama, que tanto habia padecido con las anteriores pérdidas. Llegó á tiempo muy oportuno Ernesto, archiduque de Austria, llamado por cartas del rey don Felipe para encargarse del gobierno de Flandes, y fue recibido por los españoles y flamencos con el mayor obsequio y regocijo. El duque de Mayena, que habia venido á Bruselas para saludarle, conferenció con él sobre la causa comun, y acordaron que juntando sus tropas sostuviese la autoridad de la liga hasta que se viese claramente lo que decidia el pontífice acerca de las cosas de Francia.

Entretanto no cesaba Mauricio de hacer hostilidades. Intentó tomar por fraude á Utrech, habiendo echado rio abajo un navío cargado de soldados como otro caballo troyano, pero no le salió la empresa como pensaba. A fines del año anterior acometió con grande esfuerzo á Groninga, y la tomó bajo de condiciones. De esta desgracia fue causa la pertinacia de los habitantes en no admitir una guarnicion, porque tanto temian á los soldados como á los enemigos. Otro de los males fue la contumacia de las tropas, que no querian moverse de sus cuarteles sin que primero no se les pagase su estipendio, y no habia dinero alguno, ni pudo sacarse un real á los negociantes de Amberes, aunque salia por fiador el mismo Ernesto. Finalmente, se sublevaron y se echaron á robar, saquear y molestar los campos con todo género de injurias sin modo ni término. El obispo de Lieja puso gente armada en los confines de su territorio para que no le invadiesen; pero habiéndola derrotado aquellos forajidos, los alejó con dinero, ya que no pudo con la fuerza de las armas. Ajustóse el negocio en quince mil escudos, y habiéndolos recibido se abstuvieron de hacer ninguna violencia. Viendo Ernesto que no podia reducir por otro medio estos ladrones, determinó perseguirlos con la fuerza, y mandó á don Luis de Velasco que marchase contra ellos con un selecto escuadron de españoles, y los tratase como á enemigos. Acometiólos en Sichen, donde se hallaban encerrados, y no pudo arrojarlos de allí, aunque se trabó una atroz pelea en que fue derramada mucha sangre. No obstante, desconfiados despues del lugar y de sus fuerzas, huyeron á Breda é imploraron la proteccion de los enemigos. Mandó Mauricio que no los recibiesen dentro de los muros de la ciudad; pero que se les socorriese con humanidad con todo lo necesario. Un autor asegura, que habiendo seguido el consejo que les dió Mauricio, ofrecieron sus servicios á Enrique. Estas cosas sucedieron á fin del año, y á principios del siguiente aplacados por Ernesto, volvieron á su deber. Mansfeld padre y hijo juntaron algunas tropas no despreciables, y arrojaron del territorio de Luxemburgo á los franceses y holandeses, que habian venido de comun acuerdo á aquellos parajes para que haciéndose dueños de la provincia, impidiesen el paso á los socorros que venian al Español de Alemania é Italia.

En el mes de mayo habia Ernesto enviado cartas á los estados confederados para ver si podria encontrarse algun medio de conciliar la paz con honrosas condiciones. Pero trabajó en vano con unos hombres que estaban persuadidos de que con la guerra se mejorarian cada dia mas sus cosas, así públicas como particulares. La respuesta que le dieron fue poco decente y muy soberbia, segun su costumbre. Viendo Ernesto que los holandeses despreciaban la paz, y que los franceses disponian la guerra, no cesaba de escribir á España que no tenia soldados

ni dinero para una sola guerra, y mucho menos para dos; por lo cual le enviase el rey uno y otro, si no queria que la Flandes fuese oprimida por la multitud de sus enemigos, y que se perdiese de una vez, y para siempre, con grave daño y mengua de la familia austriaca. Pero derramada la guerra en regiones tan distantes, apenas podia resolverse á tiempo lo conveniente, y mucho menos acudir á ella con dinero y tropas. Establecióse otra nueva alianza entre el rey don Felipe y el duque de Mayena, con la condicion de que el rey suministrase el dinero, y que Mayena hiciese la guerra bajo de sus órdenes, sin que tuviese compañero en el mando; y que todo lo que ganase en ella lo cediera al rey de Francia, que habia de elegirse al arbitrio de los confederados. Enrique por el contrario, deseoso del descanso, convidó por medio de sus cartas á la paz á los estados de Artois y de Hainault, y los exhortó á que procurasen disuadir en cuanto les fuese posible al rey don Felipe del deseo de continuar la guerra; pero no le respondieron cosa alguna los estados, aunque Ernesto, á quien consultaron, les habia dado potestad para hacerlo. A la verdad, por aquella parte se habian separado en este año con igual fortuna; pues el jóven Mansfeld tomó á los franceses la importante fortaleza de la Chapele, situada en los confines, y Enrique á costa de muchos asaltos y combates, recuperó á Laon.

En otras partes continuaba la guerra con mayor fervor que antes. En la Bretaña sucedian las cosas con prosperidad, pero concordaban poco los españoles y el duque de Mercoeur: aquellos por la razon arriba esplicada, pedian que se devolviese esta provincia á doña Isabel; y este pretendia que le pertenecia por los derechos de su mujer, por quien peleaba; y de esta discordia se originó una desgracia. Los españoles para escluir á los de Brest del Océano levantaban una fortaleza en paraje oportuno; y Mercoeur lo llevaba muy á mal, porque no podia tolerar que se aumentasen sus tropas. No podemos negar que su número crecia demasiado, pues poco antes habian llegado de Aragon cinco mil soldados. Aun no se hallaba guarnecida esta fortaleza, la cual defendia con cuatrocientos soldados Tomás Pujadas, hombre de grande ánimo, cuando la sitió de improviso Aumont, reforzado con un socorro de los ingleses. Los sitiados rechazaron por ocho veces con admirable intrepidez el asalto de los enemigos en la brecha del muro, y no se movió un paso Mercoeur para socorrer á los que se hallaban en tanto peligro. Aguila, capitan de los españoles, habia acercado la infantería porque carecia de caballeria; pero no habiendo sido socorridos por uno ni por otro, despues de cuarenta y cinco dias de combate, murieron peleando los pocos que habian quedado vivos con una muerte digna de ánimos españoles, matando en la última pelea á seiscientos de los enemigos. Por este tiempo falleció el cardenal de Borbon, y se creyó en el vulgo que le habian dado veneno; cuya muerte atribuye muchas veces la fama á los grandes príncipes.

Ardia cruelmente la guerra en las fronteras de Saboya. Olivera socorria en todo lo posible á Viena, que se hallaba sitiada por los franceses, y habiendo acometido á estos don Jorge Manrique con la fuerza de sus tropas, libertó á la ciudad del peligro. Lesdigueres habia fortificado á Briquerac, no lejos de Turin, la que emprendió combatir el Saboyano auxiliado con los socorros de los españoles. Mandaba á estos don Pedro de Padilla, gobernador de la fortaleza de Milan, y don Alonso Idiaquez á mil y quinientos caballos para lo cual fue llamado de Flandes y sustituido al marqués del Basto, que habia fallecido poco antes. Habiendose dado el asalto por la brecha del muro medio arruinado, cayó peleando valerosamente don Gabriel Manrique, hijo de duque de Nájara; mas no pudo ser tomada la fortaleza. Volvieron otra vez á dar nuevo asalto, y consternados entretanto los que se hallaban de guardia en la trinchera con una imprevista salida de los enemigos, les volvieron las espaldas y se pusieron en fuga. Acudió el Saboyano al tumulto, y tomando en la mano una pica, les dijo: «¿A dónde huis, «compañeros mios? volved la cara contra el enemi«go, que yo iré delante.» Inmediatamente volvieron contra el enemigo, que estaba muy alegre con la victoria, y le obligaron á encerrarse dentro de sus muros. Lesdigueres juntó con la mayor celeridad un ejército de siete mil hombres para socorrer á los sitiados; y en el camino se le entregó bajo de condiciones el castillo de San Benito; pero aunque acercó á la ciudad sus reales, no se atrevió á pelear porque conocia la desigualdad de fuerzas, y se retiró con sus tropas. Los sitiados, habiendo perdido la esperanza del socorro, se apresuraron á entregarse antes con favorables condiciones. Despues de esto recobró Idiaquez el castillo de San Benito, y arrojó á los franceses de los Alpes. Desde allí se trasladó la guerra á la Borgoña, adonde inmediatamente acudió Mayena para conservar aquella provincia, que le era muy fiel, y librarla de las armas y secretos designios de Enrique. Encendióse allí despues con mayor furor la llama de la guerra, que por una y otra parte se sostuvo con grandes fuerzas.

CAPITULO IV.

Arribada de una armada turca á las costas de Italia. Intentan los holandeses navegar al Oriente por el Océano Septentrional. Los ingleses piratas invaden las costas de América.

Causó gran terror en las estremidades de Italia la llegada de la armada otomana. El almirante de ella que tenia el sobrenombre de Cigala, era siciliano renegado, hijo del pirata Visconti, que habiéndole tocado de la presa de Modon una doncella cristiana de singular hermosura, á quien dió el nombre de Lucrecia, se casó con ella. De este matrimonio nació Scipion, el cual habiendo sido hecho cautívo por los turcos, abrazó la secta de Mahoma y llegó á ser almirante. Este, pues, condujo la armada á las costas de Italia para saquear y robar; y como no produjese efecto el engaño que habia tramado contra Siracusa, pasó á Régio, que estaba desamparada de sus habitantes. No pudiendo tampoco satisfacer sus deseos de hacer presas, redujo á cenizas una gran parte de la ciudad, y hubo algunas escaramuzas con la caballería, en las que perecieron muchos de los bárbaros, y los demás se vieron obligados á retirarse á sus galeras. Los holandeses y los ingleses, deseosos tambien de saquear, navegaron á diversas partes. Aquellos con cuatro navíos formaron la empresa de penetrar por el Océano Septentrional al Oriente, y apoderarse por este atajo de las riquezas de la India. Pero despues de una calamitosa y larga navegacion se volvieron á su patria sin haber hecho cosa alguna. Esto mismo han intentado despues muchas veces, aunque siempre en vano; y aun en nuestra edad el año setenta del siglo anterior navegaron estos hombres hasta los ochenta grados con grande audácia y sin fruto alguno. Los ingleses dirigieron su rumbo hácia el Mediodia para invadir las costas de América. El conde de Cumberland destruyó un pueblo en la isla de la Trinidad, y habiendo pasado al continente, arruinó en gran parte á Santa Marta. Despues que hizo muchas presas, llegó á la Habana y cerró el puerto; mas no se atrevió á intentar cosa alguna contra aquella ciudad fortificada, y solo tomó un navío habiéndose escapado

la tripulacion. A su regreso incendió otro navío de la India en las islas Terceras. Ricardo Aquins navegó con tres navíos al Estrecho, y habiendo arribado á las costas del Brasil, donde perecieron de enfermedades muchos de sus compañeros, quemó una de sus naves, otra vez fue rechazada del Estrecho por una tormenta, y se volvió á Inglaterra y la tercera, que estaba muy bien equipada, atravesó por fin al mar del Sur. Era gobernador del Rio de la Plata don Fernando Zárate, el cual noticioso de los intentos del pirata, avisó inmediatamente del peligro al marqués de Cañete, virey del Perú. El pirata saqueó y despojó cinco navíos en el puerto de Valparaiso, y se llevó uno de ellos para que su piloto Francisco Bueno le dirigiese en la navegacion: los demás los rescataron sus dueños por la suma de dos mil pesos. El marqués de Cañete mandó armar sin dilacion tres navíos, nombrando por comandante de ellos á don Beltran de Castro, hijo del conde de Lemos, capitan de grande fama, pero no pudo alcanzar en su fuga al pirata por habérselo impedido una tempestad que le arrojó al puerto del Callao de Lima, donde quedó una de las naves muy maltratada, y con las otras dos determinó seguirle. Habiéndole alcanzado en la ensenada de San Mateo, trabó con él combate, pero la noche los separó, y al dia siguiente se renovó la pelea con mas ardor. Uno de los navíos españoles, aunque no de mucha fuerza, aseguró con los garfios al inglés, y saltando en él nuestros soldados pelean con el enemigo á pié firme como si fuera en campo raso. Juan de la Torre, soldado veterano, derribó en tierra á Aquins, que estaba armado de hierro de piés á cabeza. En otra parte del navío peleaba Castro intrépidamente, y rechazó á los enemigos, que viéndose ya del todo perdidos, arrojaron las armas é imploraron la clemencia del vencedor. El navío apresado con su tripulacion fue conducido á Panamá, para curar á los heridos, y reparar los buques españoles, y desde allí navegó Castro al Callao, donde desembarcó noventa y tres ingleses, que eran los únicos que habian quedado con vida. De los españoles murieron treinta y dos, y los heridos no llegaron á este número. Aquins fue llevado á España, y despues de algunos años consiguió libertad á instancias de Castro, que le habia dado palabra de solicitarla.

Habiéndose conjurado tantos enemigos contra el nombre español, y como no alcanzase el tesoro real para defender con las armas un imperio tan vasto, puso el rey don Felipe la mira en las grandes riquezas que habia dejado el arzobispo de Toledo don Gaspar de Quiroga, el cual falleció el dia veinte y dos de noviembre sin haber hecho testamento, porque se lo prohibió el pontífice. No pudo el rey obtener de esto la suma total, que se dice ascendia á un millon de ducados, y se dividió en tres partes; una para el rey, aplicada para los gastos de la guerra, otra se empleó en obras pias por direccion del pontífice, y la tercera se la reservó á sí mismo, que como se hallaba implicado en la guerra de Hungría contra el Turco, dedicaba á este objeto todo cuanto podia recoger. En lugar de Quiroga fue nombrado arzobispo de Toledo el cardenal Alberto de Austria, y en el año siguiente tomó posesion por procuradores. Como le era necesario restituirse á Castilla, se estableció en Portugal una forma de gobierno aristocrático, para lo cual fueron nombrados don Miguel de Castro, arzobispo de Lisboa, Juan de Silva, conde de Portalegre, Francisco Mascareñas, de Santa Cruz, y Eduardo Castelblanco, de Saboga, y por secretario á Miguel de Moura, para que estendiese y autorizase los decretos, interin que el rey enviase un príncipe de su familia para gobernar aquel reino. En Castilla se vió una cosa admirable y un juguete muy estraño de la naturaleza, pues el dia veinte y seis de octubre, se secó de repente el rio Carrion que baña á Palencia, y se agotó de tal manera por espacio de diez horas, que se podia andar á pié enjuto cuando antes llevaba una inmensa cantidad de agua. Creyóse comunmente que habia tomado otro rumbo por conductos subterráneos, de lo cual era prueba que en el pueblo de Paredes, muy distante doce millas de Palencia, cuyo terreno es árido, se llenaron entonces los pozos y aun algunas casas arruinaron por los cimientos. Dícese tambien que cincuenta y dos años antes acaeció otro fenómeno semejante.

CAPITULO V.

Declara el rey de Francia la guerra al de España. Reconciliase el duque de Mayena con Enrique. Toma de Dijon por el Francés. Muerte del príncipe Ernesto, gobernador de Flandes, y sucesos de aquellas provincias.

Como las fuerzas de la liga se iban minorando cada dia, declaró Enrique la guerra al Español, á fin de estinguir enteramente el partido doméstico. Temia que los franceses dejasen las armas despues de estar acostumbrados por tan largo tiempo á la guerra; y para que no tramasen contra él alguna cosa, creyó conveniente ocuparlos en una guerra extranjera. Además de esto recelaba tambien que irritados los hugonotes con el dolor de que habia abjurado la secta de Calvino, formasen algun nuevo partido, como ya corria la voz de que lo proyectaban. Para reconciliar pues los ánimos de los franceses, que se hallaban divididos unos de otros con la guerra civil, procuró descargar su ira contra los españoles, á quienes declaró solemnemente la guerra el dia veinte de enero del año de 1595, enviando á este fin sus reyes de armas á las fronteras de Flandes. El rey don Felipe refutó en un escrito como inicuas las causas que alegaba el rey Enrique, refiriendo los beneficios que habia hecho á los reyes de Francia, y que con sus tropas y facultades habia sostenido aquel reino cuando estaba mas próximo á su ruina. Pero como estas reflexiones hacian poca fuerza á los ingratos, determinó hacer por su parte la guerra con todo vigor y defender y proteger á los católicos, á quienes amaba como hijos obedientes de la santa iglesia. Estas y otras cosas las apoyó con sólidas razones; y despues que pelearon con los escritos vinieron á las armas con grande esfuerzo.

El duque de Mayena se habia trasladado con sus tropas á la Borgoña, donde en otros tiempos habitaron los secuanos, porque Biron intentaba apoderarse de aquella provincia con la fuerza y con los ardides. Pero al mismo tiempo don Juan de Velasco, gobernador de la Lombardía, introdujo en la alta Borgoña, que fue el asiento de los heduos, ocho mil infantes y dos mil caballos, y impidió que cayese en poder del enemigo. Habiendo solicitado Biron que acudiese Enrique á socorrerle, envió á toda prisa un ejército por la Champaña que se derramó en la Borgoña. Entretanto que sitiaba las fortalezas de Dijon, hizo adelantarse á la caballería para que esplorase la situacion del campo enemigo y el número de sus soldados. Pero advertido por la fuga y por las heridas de los caballos, de que los españoles estaban mas cerca de lo que pensaba, envió á Biron delante para examinar sus puestos, y vino á caer de repente sobre ellos al tiempo que salian de un bosque, y habiéndose trabado pelea, fue herido el mismo Biron en la cabeza, y se puso en fuga sirviéndole de refugio el pueblo inmediato. Noticioso Enrique del peligro que corria, marchó prontamente en persona con un escuadron de corazas, y se renovó otra vez el combate, en el que tal vez hubiera perecido si no hubiesen acudido luego á socorrerle ochocientos caballos

que estaban á la espalda. Libre ya de este peligro, se retiró de allí el rey Enrique, no queriendo Velasco seguirle con su ejército, como se lo pedia Mayena con muchas instancias, como que en esto no aventuraba sus propias tropas.

Despues que Velasco recobró los pueblos de la Borgoña pertenecientes al domino español, rehusaba esponerse al peligro de una batalla decisiva, así por otras causas como porque se fiaba poco de Mayena, pues habia llegado á descubrir que por medio de Junin, en quien tenia Enrique mucha confianza, trataba en secreto de hacer con él la paz, posponiendo todo lo demás. Viendo Mayena que el Español desconfiaba de él enteramente, y que Enrique le ofrecia un lugar seguro para retirarse, donde tratarian de las condiciones, habiendo fingido una espedicion hácia Dijon, sacó del campo sus pequeñas tropas y se retiró á Chalons, segun tenia concertado para tratar de concordia con Enrique con utilidad suya, teniendo tambien noticia de que el papa estaba inclinado á recibir este en su gracia.

Persuadido el Francés de que el Español quedaba falto de fuerzas con la separacion de Mayena, el cual habia entregado á Enrique por fraude las fortalezas de Dijon, puso en movimiento sus tropas para que no se retirase de allí sin haber tentado la fortuna de una batalla. Pasó al fin Enrique el rio Saona por el descuido de los españoles, y amenazaba á los reales, donde estaba quieto Velasco cerca de Gray, cuyo pueblo habia recobrado poco antes con el de Vesoul; porque cuidadoso únicamente de guardar la provincia, no queria precipitar sus operaciones. Hubo algunas escaramuzas entre la caballeria, y habiendo caido Idiaquez del caballo, quedó prisionero; pero en breve fue puesto en libertad por la suma de veinte mil escudos. Finalmente, por la mediacion de los suizos, que por su antigua amistad favorecian á los borgoñones, se suspendió la guerra en aquella parte dando ellos palabra de que no tomarian las armas contra uno ni otro príncipe. Dispuestas de este modo las cosas, marchó Enrique á Leon, y Velasco condujo su ejército á la Lombardía, habiendo dejado con algunas tropas á Idiaquez, para que cuidase de aquellos pueblos.

Entretanto Ernesto fue acometido de una calentura y de la gota, y falleció en Bruselas el dia veinte de febrero á los cuarenta años cumplidos de su edad: príncipe esclarecido por su piedad, y de costumbres muy santas; pero mas propio para los negocios de la paz que para los de la guerra. Al fin de su vida trasladó el gobierno en el senado, segun la intencion del rey don Felipe, quien mandó que le presidiese el conde de Fuentes. Este, pues, como era cuidadoso y activo, despues de haber hecho las exequias á Ernesto, recobró inmediatamente por medio de Mota la fortaleza de Huy en el territorio de Lieja, que los holándeses habian tomado por fraude á su obispo. Repartió algun dinero á los soldados, que no querian obedecerle, y habiéndoles prometido que les pagaria cuanto antes el resto que se les debia, los redujo fácilmente á su deber. Arrojó Verdugo del territorio de Luxemburgo á Bullon y Nasau que habian vuelto á invadirle; y esta fue la última hazaña de aquel varon tan esclarecido, pues murió poco tiempo despues, y le sucedió Mondragon. Mandó el conde de Fuentes á Varambon que acometiese á Longuevilla, que desde Dorlans molestaba las fronteras de las provincias de Hainault y Artois, y hizo marchar á Chimai contra Balane, tirano de Cambray, que abandonando el partido de la liga se habia pasado á Enrique, y unos y otros se hicieron recíprocos daños. Mientras tanto llegó á Bruselas el duque de Pastrana, acompañado de un refuerzo de tropas, con el cual sitió á Castelet, que al fin capituló su entrega, asegurándole con una guarnicion, y le entregó á don Luis del Villar para que le custodiase.

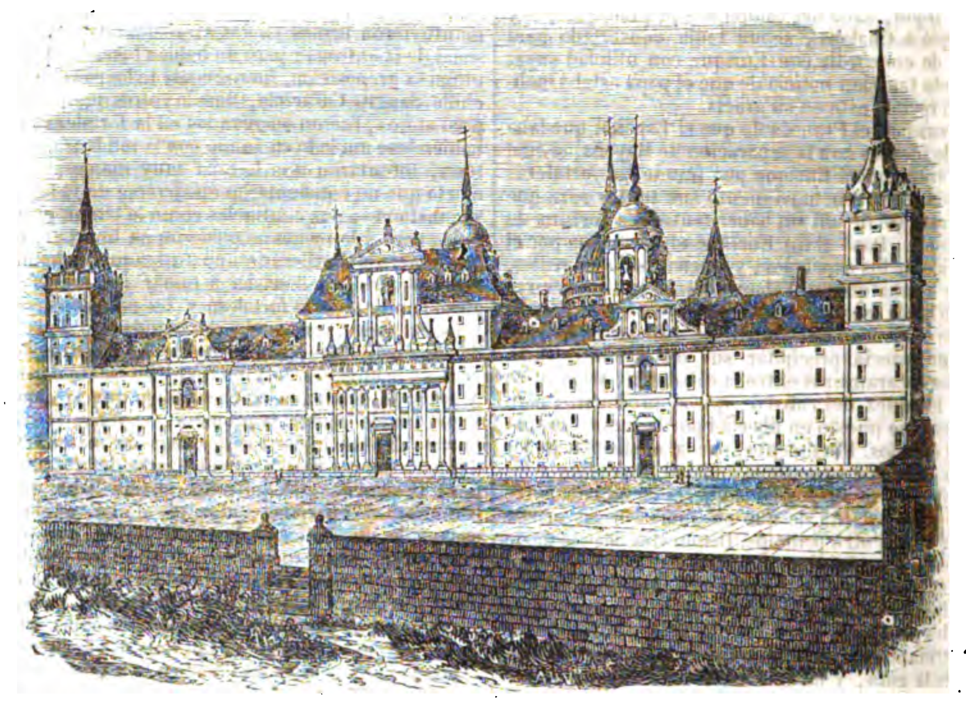
Al mismo tiempo era combatida con mayor esfuerzo la fortaleza de Ham. Su gobernador Gomeron habia pactado la entrega por veinte y cinco mil escudos que le entregó el conde de Fuentes; pero como aquel no cumpliese su palabra, consiguió este por un ardid apoderarse de él y de dos hermanos suyos, y los puso en prision. Los españoles y napolitanos guarnecian la ciudad, y para arrojarlos de allí Orvillers, hermano del preso, entregó la fortaleza á Humeres. Este, pues, acometió á los españoles que estaban bien prevenidos, y cayó muerto en la pelea, y los nuestros para alejar al enemigo, pegaron fuego á las casas inmediatas. Suscitóse entre las llamas un nuevo género de combate que duró por espacio de catorce horas, y rechazados al fin los españoles, se mantuvieron firmes en los arrabales, y hicieron la señal de la entrega; pero no habiéndoseles admitido ninguna proposicion, fueron cuasi todos pasados á cuchillo. Sangro, Caraciolo, Olmedo y otros que quedaron prisioneros, fueron encerrados en la fortaleza, y no habiéndose mudado su ánimo con la mudanza de fortuna, intentaron una hazaña muy memorable. Es cierto que no consiguieron apoderarse de la fortaleza, matando á sus centinelas como lo tenian proyectado, pero á lo menos se pusieron en libertad, porque temeroso Orvillers del ímpetu de aquellos hombres desesperados, si llegasen á tomar las armas, les abrió la puerta de la fortaleza y les permitió irse libres. Su padre, que estaba muy cuidadoso de la vida de los otros hijos, que el conde de Fuentes tenia presos, le ofreció la fortaleza por el rescate de ellos. Admitió la condicion amenazándole que si cometia algun fraude contra la promesa, se vengaria con la muerte de sus hijos. En dos dias de marcha vino desde Castelet á Ham para entregarse de la fortaleza; pero Orvillers, que con una misma llana queria blanquear dos paredes, aterrado de su venida, se escapó de allí. Noticioso de esto Serrabal, que se hallaba cerca, voló al momento con las tropas que tenia consigo, y se apoderó de la fortaleza: manda salir de ella á una mujer principal que allí estaba, y disparó su artillería contra el campo de los españoles. Irritado en estremo Fuentes con tan impensado suceso, y clamando que se le habia faltado á la palabra, mandó cortar la cabeza á Gomeron, y envió á sus dos hermanos al castillo de Amberes para mayor custodia. Y para que no se dijese que habia movido en vano sus reales, tomó sin gran dificultad la fortaleza de Cleris en el rio Somma.

CAPITULO VI.

Sitia el conde de Fuentes á Dourlans, y la toma. Acomete á Cambray. Sublevacion de sus habitantes contra el gobernador, y se entrega al Español.

Proyectaba en su interior el conde de Fuentes apoderarse de Cambray, ciudad muy fortificada por sus muros y por su poderosa guarnicion, cuya empresa parecia á primera vista temeraria y arriesgada, cuando apenas igualaba el número de sus tropas á las que habia dentro de la ciudad. Pero en este negocio no menos le favoreció su prudencia que su valor y felicidad. Serviale de grande estorbo Dourlans, ciudad cercana y bien guarnecida; y habiendo descansado algunos pocos dias, condujo de repente sus tropas contra ella, á persuasion de Aumale y Rosny, que del partido de la liga se habian pasado al servicio de España. Sospechoso de este intento Bullon, que estaba acampado en las cercanías, introdujo en la ciudad socorros de infanteria y caballería; mas no por esto desistió Fuentes de su empresa, y habiendo formado el sitio, comenzó á batir los muros con la artillería. Dirigia las obras Mota, y acercándose un

dia al foso para reconocerle, fue herido en el ojo derecho y falleció de esta desgracia: hombre insigne en fidelidad y valor, de lo cual habia dado muchas pruebas y ejemplos. En su lugar fue nombrado Rosny por maestre de campo. Comenzaba ya la guarnicion á hallarse en peligro, y los muros estaban ya arruinados por varias partes, cuando llegó Bullon con tropas para hacer levantar el sitio. El conde de Fuentes dejando parte de las suyas para la seguridad del campo, le salió al encuentro con los demás, y se trabó la batalla, que fue muy favorable al Español; pues quedó muerta la infantería, como dice un autor francés, y la caballería fue obligada á ponerse en fuga con algun estrago. Cayó el duque de Villars, que poco tiempo antes habia sido elevado á la dignidad de almirante, y fue muerto por mandado de don Juan de Contreras, á fin de dirimir la discordia suscitada entre los soldados sobre la pertenencia del prisionero. Sintiólo mucho el conde de Fuentes, y el que le cortó un dedo para sacarle el anillo de diamantes que en él tenia, pagó con la cabeza su maldad. Quedáron muertos muchos nobles con Serrabal y algunos prisioneros, á costa de muy poca sangre de los españoles. Acaeció esta pelea en la víspera de la festividad del apóstol Santiago, y en su narracion varian alguna cosa los escritores.



Fachada principal del Monasterio del Escorial.

Continuaba Fuentes el asedio de la ciudad, y habiendo penetrado en la fortaleza Hernan Tello Portocarrero, capitan intrépido, siguiéndole los españoles, invadió despues el pueblo, cuya guarnicion fue pasada á cuchillo y algunos de sus habitantes. Con esta pena se vengaron los españoles del estrago que padeció la guarnicion de Ham. Dávila refiere que perecieron mas de trescientos nobles y seiscientos soldados, de los cuales muchos se libraron de la muerte refugiándose en los templos, y fue saqueada la ciudad. Quedó en ella una guarnicion, y se nombró por su gobernador á Tello en premio de la hazaña que habia hecho en aquel sitio. Levantó de allí su campo el conde de Fuentes inspirando un gran terror á las ciudades comarcanas, pues tan pronto marchaba hácia una parte, y tan presto á otra; y entre estos diversos movimientos se encaminó con diez mil hombres á Cambray, y la sitió repentinamente á mediados de agosto. Muchos de los capitanes reprobaban esta empresa temerosos de que tendria un fin desgraciado, y que perderia en ella su fama; pero no obstante perseveraba en su propósito, y levantaba trincheras alrededor de la ciudad para suplir con ellas el corto número de sus tropas, hasta que llegasen las que le habian prometido del Hainault y Artois. Estas provincias le ofrecieron auxiliar con todas sus fuerzas esta espedicion, porque además de la necesidad de contribuir á ello, no podian tolerar las vejaciones que continuamente les hacia la guarnicion de Cambray. Compadecido pues de la miserable situacion de estos pueblos, y deseoso de remediar sus calamidades alejando de allí á tan importuno enemigo, tomó á su cargo esta árdua empresa con pocas fuerzas, pero con grande ánimo. Luego que se divulgó la noticia del sitio, el duque de Nevers, que gobernaba en aquellas partes, mandó á su hijo el duque de Robergue, jóven de muy pocos años, que llevase socorro á los de Cambray. Este, pues, sin aterrarle la grandeza del peligro, cumplió con este órden, y por la parte menos fortificada de los reales introdujo en la ciudad cien caballos, habiendo perdido otros. Poco despues, y entretanto que se juntaban las demás tropas con los peones y artillería de batir, Domingo Vic, capitan de mucho nombre entre los franceses, llevó á Cambray quinientos caballos, y amenazó por una parte y entró por otra, burlándose de Landrian, que con setecientos caballos y trescientos walones se hallaba acampado en aquel paraje. No pudo Vic evitar la pelea, en la que habiendo perdido ciento y desmontádose los demás, los introdujo en la ciudad mientras que los walones recogian los caballos.

Entretanto, setecientos caballos que se hallaban ociosos en Tilemont, porque no se les pagaba su sueldo, deseosos de volver á la gracia del conde de Fuentes, se vinieron por su propia voluntad á los reales, y á la verdad á tiempo tan oportuno, que con la noticia de su venida desistió Bullon de su intento de socorrer á los sitiados, á cuyo fin habia juntado tropas. Mientras tantó era combatida Cambray con la artillería, con minas, y con todas las otras máquinas inventadas para la ruina de las ciudades, cuando consternados los habitantes con el peligro, y incitados por el odio que tenian á Balane, que en lugar de la moneda de oro habia hecho acuñar moneda de cobre, se sublevaron repentinamente y corrieron á la puerta para entregar la ciudad al Español, y por medio de Esteban Ibarra les concedió permiso el conde de Fuentes para proponer sus condiciones. Balane no se atrevió á salir de la fortaleza temeroso de la multitud tumultuada contra él; pero su mujer que era de ánimo varonil, llevando una pica al hombro, se presentó al pueblo para ver si podia por algun medio retraerle de su intento. Hízole un largo discurso en que empleó todo género de afecto, para ablandarle, mezclando tambien las súplicas y ruegos; mas todo fue en vano con aquellos hombres obstinados, y resueltos de antemano á sacudir el yugo de cualquiera manera que fuese. Pidióles Vic tiempo para pactar por el soldado; y viendo que nada podia conseguir de la multitud, que recelaba algun engaño en sus palabras, retiró aceleradamente la guarnicion á la fortaleza, para que no fuese oprimida por los españoles. Habiendo reconocido los graneros, vió que solo habia víveres para pocos dias, porque aquella mujer avara, que ejercia los cargos de su marido, los habia sacado inoportunamente, por lo cual á la primera insinuacion y mensajero que envió el conde de Fuentes para que se le entregase la fortaleza, exhortó á Balane que se acomodase al tiempo, y que saliese de allí con la mejor condicion que le fuera posible. De esta suerte el dominio de la ciudad, adquirido por la crueldad y sostenido con malas artes, lo perdió al fin Balane por su cobardía y avaricia. Su mujer, que fue no pequeña causa de este mal, llevó con tanta impaciencia su desgracia, que improperando al marido, su flojedad de ánimo, se acostó en cama, y se dejó morir sin tomar remedio ni alimento alguno. Tanto pudo en aquella mujer ambiciosa el amor del mando presente, y el dolor de su futura ignominia, que mas quiso morir en la fortaleza que verse despojada de ella. Sucedió en el gobierno Luis Barlemont, obispo muy digno de la misma ciudad, que habia estado muchos años desterrado de ella, y fue recibido á su vuelta con general aplauso y alegría de los ciudadanos. Estos, pues, para no verse otra vez obligados á capitular sobre su libertad con los franceses, solicitaron voluntariamente que su ciudad quedase sujeta al dominio del rey don Felipe, conservándola sus inmunidades, y desde entonces quedó incorporada á los estados españoles de Flandes. Los habitantes celebran todos los años, por voto solemne el dia que se entregaron al Español, que fue el ocho de octubre. Nombróse por gobernador de la fortaleza á Agustin Mejía para que la custodiase con la tropa de su mando, y quedó en la ciudad una guarnicion de dos mil alemanes.

CAPITULO VII.

Absuelve el papa de la excomunion al rey Enrique. Reconcílianse con este la mayor parte de las ciudades y grandes de Francia. Enrique y Mauricio hacen la guerra al rey de España. Felices sucesos de las armas españolas en Flandes y en Turquía.

El rey Enrique habia pasado desde Borgoña á Leon para curarse la enfermedad que padecia, y mientras se detuvo en aquella ciudad, conmovido el sumo pontífice de las súplicas de los embajadores, y habiendo examinado la causa, le absolvió solemnemente con grande aplauso y regocijo del pueblo romano, de la excomunion que Sisto Quinto habia fulminado contra él. Trabajó mucho en este negocio el cardenal Toledo, ya por su afecto á Enrique, ya por su piedad, ó ya finalmente para granjear por tan loable medio á la compañía de Jesús, cuyo instituto profesaba, el amor y benevolencia de aquel rey, y no cesó de rogar y exhortar al papa hasta que consiguió su absolucion. Pero antes de resolverse en una cosa de tanta consecuencia, envió á Francisco Aldobrandi, hijo de su hermano, al rey don



Arcabucero de Felipe II.

Felipe, para que le espusiese las razones que le movian á absolver al rey Enrique, y al mismo tiempo implorase sus socorros contra el Turco, que en la Hungría amenazaba á toda la cristiandad, y habiéndole recibido espléndidamente, le respondió en pocas palabras: «Que al sumo pontífice pertenecia el cuidado de que no padeciese perjuicio ni detrimento alguno la iglesia católica, por lo cual debia celar con gran diligencia que el reino de Francia no se separase del comun sentir de los fieles: »pues si la Francia se precipitaba en la herejía arrastraría fácilmente con su ejemplo á otras provincias. Que movido él por esta razon, y para que no »se arruinase enteramente la religion católica se »habia dedicado á defenderla con las armas en Fran-

»cia á costa de tanta sangre española y de tan in»mensas sumas. Que deseaba contribuir á la guer»ra de Hungría para reprimir á los turcos; pero que »las muchas guerras que necesitaba sostener en »tantas partes contra los enemigos de Dios, le impe»dian socorrer á aquella nacion piadosa, tan opri»mida por los infieles, con la liberalidad que qui»siera, pero que sin embargo no perdonaria gasto ni »trabajo alguno para aliviarla en cuanto lo permi»tiesen sus fuerzas.» Con efecto, en este mismo año cumplió su palabra, habiendo enviado á Hungría socorros de infantería y caballería bajo el mando de Carlos de Mansfeld, el cual despues de haber ejecutado heróicas hazañas, falleció en Comara, adonde se habia retirado enfermo desde el campo: varon no menos perito que observante de la disciplina militar.

El rey Enrique convaleció en Leon de su enfermedad, y habiéndose retirado de allí, recibió la nueva que tanto deseaba de su reconciliacion con el pontífice, en lo que dió muchas pruebas de su verdadera piedad. Siguióse á esto una gran mutacion de cosas pues el duque de Mayena y los demás de la liga se apresuraron á venir cuanto antes á abrazarle. Joyosa consiguió reducir á su obsequio á Tolosa con todo lo demás de la provincia, y desde los reales se volvió á los claustros. Mercouer estaba al principio fluctuante, pero despues por medio de su hermana, que habia sido mujer de Enrique Tercero, ajustó treguas, y las prorogó mas adelante, no omitiendo el rey cosa alguna para atraerse el amor de todos, porque sabia manejar con admirable artificio las voluntades. Al duque de Nemours le costó muy cara su pertinacia, pues mientras que recurrió á Velasco en la Lombardía para implorar su socorro, le quitó Monmorenci á Viena y sus fortalezas por medio de secretas inteligencias, cuyo ejemplo siguieron otras ciudades de aquella provincia. Volvió Nemours á Francia, y no hallando en ella donde poder poner el pié con seguridad, le acometió una melancolía tan grande, que le causó la muerte. El Saboyano despues de haber recobrado á Cavorsio, dejó las armas, y quiso mas bien abrazar las treguas que le ofrecia Enrique que defender la causa del rey don Felipe su suegro, como estaba obligado por la alianza, segun la costumbre de los que prefieren su conveniencia á la fidelidad de su palabra. Desamparado de esta suerte por todos el rey don Felipe, tuvo despues por enemigos acérrimos á los que poco antes habian sido sus confederados. Antonio, prior de Ocrato, murió en París reducido á una estrema indigencia, sin que nadie se compadeciese de él por su carácter ingrato con los que le habian favorecido. En lo años siguientes casó su hijo Manuel con la hija del príncipe de Orange, cuya pobreza procuraron aliviar los estados de Holanda señalándole una corta renta. A fines del año cercó Enrique con tropas la fortaleza de Fera, estando resuelto á vencer con la paciencia la constancia de los españoles. Por otra parte, á persuasion suya, acometia Mauricio las fronteras de Flandes para distraer las fuerzas del conde de Fuentes, poniéndole en la necesidad de acudir al socorro. Con este ánimo determinó espugnar á Grol en el condado de Zutfen; pero aterrado con la venida de Mondragon y sus tropas, levantó el sitio. Este, pues, acampó en el rio Lipa, no lejos del campo de Mauricio, á fin de estorbarle sus designios. Hubo algunas peleas entre la caballería, alternando la fortuna los sucesos prósperos y adversos, y á primeros de setiembre se dieron una cruel batalla, en que vencieron los españoles, mandados por don Juan de Córdoba. En ella fueron hechos prisioneros Felipe y Enrique de Nasau; aquel murió de sus heridas en la misma noche, y este consiguió su libertad á costa de dinero. Finalmente, entre muertos, prisioneros y ahogados en el rio, pereció todo aquel ejército, escapándose algunos pocos por el vado. De los españoles murieron solamente diez y nueve, y pocos quedaron heridos, y fueron parte de la presa cuatrocientos caballos. Otro golpe recibieron los holandeses en Lira, la que tomó por un repentino asalto entre las tinieblas de la noche Harengier, gobernador de Breda. Alfonso de Luna, que no podia resistir con sus pocas tropas á la multitud de los enemigos, se apoderó de una puerta y la fortificó, y inmediatamente envió á pedir socorros á Amberes y Malinas. Los holandeses, como si nada tuvieran que hacer, se derramaron al saqueo, sin cuidar en manera alguna de guarnecer la plaza. Luego que los de Amberes recibieron la noticia, acudieron al momento con algunos pocos españoles, y juntándoseles en el camino un escuadron de los de Malinas, entraron en el pueblo por un paraje fácil, y acometieron con grande ímpetu contra los enemigos ocupados en recoger la presa: huyeron por todas las calles, y llenos de pavor saltaron unos por los muros, y en fin, todos se escaparon por donde cada uno pudo. Fueron muertos en aquella confusion trescientos soldados rasos y muchos de los principales, y fueron prisioneros doscientos; y á los habitantes se les restituyeron con fidelidad las cosas que les habian quitado los enemigos. Coloma asegura que Harengier se escapó, y que volvió á Breda con solos ochenta compañeros. Estos son en suma los sucesos acaecidos en Francia y Flandes.

En este año se resarció el mal que los turcos habian hecho antes. Patrás, ciudad de la Morea, saqueada por Doria en otro tiempo, fue acometida por don Pedro de Toledo cuando se celebraba la féria, y padeció un grave infortunio. Este, pues, arribó á las costas de Turquía con veinte y cuatro galeras, y habiendo desembarcado sus tropas, se apoderó repentinamente de la ciudad con mucho estrago de los turcos y judíos que habian concurrido al mercado. Dícese que importó la presa cuarenta mil escudos, sin contra los esclavos. Cigala, que se hallaba en una ensenada cercana, aunque era superior el número de sus galeras, no quiso moverse. Despues de concluida felizmente esta empresa, voló Toledo á Mecina con su armada y ejército íntegros y sanos. Habia ya largo tiempo que se hallaba en España Muley-Nacer, tio de aquel que poco antes habia recibido el bautismo, y escitado de la ambicion de reinar, pasó al Africa, á pesar de las exhortaciones del rey don Felipe para que no lo hiciese. Pero como los moros son una nacion de un carácter inconstante y de poca fidelidad, luego que llegó al Africa se juntó á él una grande multitud, y confiado en ella, no rehusó entrar en batalla con el rey de Fez, hijo de Hamet, estando resuelto á perderse ó perecer. Cuando ya tenia cuasi asegurada la victoria, fue vendido y abandonado de sus infieles socios, y cayó muerto peleando valerosamente, prefiriendo una muerte honrosa á un ignominioso destierro. Falleció en este año Amurates, sultan de los turcos, y le sucedió en el imperio su hijo Mahomet, Tercero de este nombre, que subió al trono derramando la sangre de su hermano, segun la detestable costumbre de aquella nacion.

Fue creado gran maestre de Malta el gobernador de Amposta don Martin Garcés, natural de Barbastro en Aragon, el cual corrigió muchas cosas, desordenadas por la negligencia de su predecesor. En el vireinato de Nápoles sucedió al conde de Miranda Enrique de Guzman, conde de Olivares, hombre verdaderamente estóico, que con el mayor cuidado se dedicaba al bien público. Su antecesor se halló muy próximo á perecer en su regreso á España por una cruel tempestad que le dispersó la armada.

Tomó tierra cerca de Barcelona con inmenso trabajo de los remeros, y las galeras, despues de haber sido agitadas muchos dias, arribaron á varias partes de Europa y Africa: habiendo naufragado algunas. En Irlanda continuaba el ruido de las armas, porque los isleños rehusaban obedecer á la reina por causa de religion, y tuvieron algunos combates ya prósperos y ya adversos con la guarnicion inglesa. Procuró el rey don Felipe enviarles dinero y armas de todos géneros, que era lo que mas necesitaban para socorrer á aquellos hombres tan beneméritos de la religion católica, y hacer al mismo tiempo á la reina todo el mal que le fuese posible; pues además otros agravios que le habia hecho, impidió con sus artificios que fuesen sujetados de una vez los holandeses rebeldes. Erigió en ciudad á Valladolid, donde fue establecida en este año silla episcopal, cuyo honor le merecia por haber nacido en aquel pueblo, y fue su primer obispo don Bartolomé de la Plaza. En este invierno crecieron estraordinariamente los rios por la continuacion de las lluvias, y causaron graves daños en muchas partes. El rio Guadalquivir, que pasa por Sevilla, salió de madre y se derramó por los campos, y aun dentro de la misma ciudad, con grande estrago de los edificios y muerte de algunos de sus habitantes.

CAPITULO VIII.

Pasa á Flandes de gobernador el cardenal Alberto: toman los españoles á Calés y su fortaleza: sublevacion de Marsella: sitio y toma de la plaza de Hulst.

Prevenidas ya todas las cosas para la navegacion del cardenal Alberto, á quien el rey don Felipe habia nombrado gobernador de Flandes, se embarcó en Barcelona en una armada muy lucida, que se componia de veinte y seis galeras. Conducia esta tres mil hombres armados para suplemento de las tropas, y la navegacion fue muy favorable. Desde las costas de Génova marchó á la Lombardía y á la Borgoña, donde Idiaquez le entregó las tropas que tenia prevenidas, y se restituyó á Milan. Finalmente, habiendo llegado Alberto á Luxemburgo, le salieron al encuentro los duques de Pastrana y de Féria, el conde de Fuentes y mucha nobleza de toda Flandes. Fue conducido á Bruselas con magnífica pompa, y entró en la ciudad el dia once de febrero de 1596, habiendo espirado una hora antes el de Pastrana, que mandaba la caballería, dejando un hijo de muy corta edad. El cardenal llevó consigo á Felipe, hijo mayor del príncipe de Orange, para restituirle á su patria y á sus dominios. Pero los estados de Holanda, teniéndole por sospechoso é imbuido en las artes y máximas de España, le prohibieron por un edicto entrar en su territorio. Entretanto fueron vanos los esfuerzos que hicieron los franceses para hacerse dueños de Arrás, rompiendo sus puertas, porque escitados los que se hallaban de centinela con el ruido de los enemigos, corrieron á las armas y descargaron sobre ellos una lluvia de balas, que los obligó á retirarse. Mas para no dejar de hacer algun daño, se ocuparon en talar los campos y recogieron una rica presa. Convidó Alberto á los estados unidos á una conferencia para tratar de la paz. Algunos dicen que le dieron una mala respuesta, y otros que ninguna.

El conde de Fuentes, despues de haber entregado el mando de las provincias y el ejército, partió á Génova para volverse á España colmado de gloria por las muchas hazañas que habia ejecutado. A la verdad, aunque España ha sido tan fecunda de hombres esclarecidos, no tuvo en este tiempo ninguno que se le aventajase. Poco antes habia fallecido á los noventa y un años de su edad Cristobal de Mondragon, natural de Vizcaya, hombre de inmortal fama, que se halló en casi todas las batallas que hubo en Flandes desde la llegada del duque de Alba, en las cuales y en todas las demás ocasiones sobresalió su heróica intrepidez y fidelidad al rey. Su vigor era tan grande, que se mantuvo en los reales hasta los últimos dias de su vida, y venció en ellos al enemigo. Los sitiados en Fera se hallaban tan escasos de víveres, que estaban muy próximos á ser vencidos por el hambre; y temeroso Alberto de esta desgracia, envió para socorrerlos á Jorge de Basta, capitan valeroso, con diez compañías de caballo que conducian á los sitiados sacos de harina, atados con cuerda calada. Sucedió prósperamente esta empresa, y habiendo entrado en la fortaleza por la parte que tenian descuidada los enemigos, se burló Basta de ellos, y por distinto camino del que habia traido se restituyó con sus tropas á Cambray.

Entretanto juntó Alberto doce mil infantes y tres mil caballos, y al parecer se encaminaba á Fera para hacer levantar el sitio, y esto es lo que creia el vulgo. Con esta noticia se apresuró Enrique á venir al campo con nuevas tropas, porque tenia deseos de dar batalla. Pero eran otros los deseos de Alberto, porque habiendo enviado delante con el primer escuadron á Rosny, que era el autor del proyecto y el mismo que le ejecutaba, tomó de paso el puente de Nicul. Inmediatamente se apoderó de Risbanc, puesto fortificado en la entrada del puerto para que no se introdujeran por el mar socorros algunos en Calés, que era donde se dirigia. Finalmente luego que llegó Alberto con el resto de las tropas, colocó la artillería contra la ciudad y resolvió combatirla. Penetrado altamente Enrique con esta noticia, y como era tan activo y cuidadoso, corrió allá con las tropas dejando en el campo á Momorenci, á quien poco antes habia nombrado general de la caballería, y llamó en su auxilio las naves de los confederados; pero ni lo uno ni lo otro produjo efecto alguno, porque los franceses consternados á la vista de la brecha del muro, entregaron la ciudad y se refugiaron á la fortaleza, habiendo prometido que la entregarian del mismo modo si no recibian socorros dentro de seis dias, lo que intentaron en vano los holandeses y aun recibieron algun daño, y Enrique envió desde Bolonia en algunos pequeños buques un escuadron de soldados al mando de Campañol, lo que en realidad solo era socorro en el nombre. Estos, pues, habiendo sido introducidos de noche en la fortaleza, quitaron la bandera que estaba puesta en señal de la entrega, y se renovó otra vez la pelea. Dieron los españoles el asalto por la brecha que ya habian abierto en el muro, y los rechazan los franceses con grande ánimo. Volvieron á ordenarse los escuadrones, y teniendo por cosa ignominiosa el vencer tarde, repitieron el asalto sin esperar á que se les diese la señal; y habiendo muerto á Bidosan, gobernador de la fortaleza, penetraron en ella con espada en mano, é hicieron grande estrago en todos los que encontraron. Finalmente se abstuvieron de herir y matar, porque sus cabos les prohibieron que continuasen la carniceria de los vencidos. Un historiador francés afirma que perecieron setecientos, aunque no sin derramar sangre de los vencedores, entre los cuales quedó muerto el conde Pacioti, director de la artillería. Los viejos, niños y mujeres se libertaron del furor del soldado retirándose á la iglesia, en la cual y en lo mas escondido de las casas fueron hechos prisioneros muchos soldados y capitanes, y el mismo Campañol. El botin que se recogió en la ciudad y en la fortaleza fue muy considerable, y todo se repartió á la tropa; y se encontró un gran número de cañones de artillería y una estraordinaria cantidad de municiones y víveres. Habiendo

enviado un rey de armas á Ham y Guines situadas en la cercanía, hicieron la entrega inmediatamente. En los campos se hizo tambien una rica presa; y fue puesta una guarnicion en Calés, siendo su gobernador don Juan de Rivas.

Alberto acometió al momento á Ardres, plaza distante nueve millas, situada en un lugar alto y muy fortificada. Para suplir su guarnicion habia introducido en ella el conde de Belin mil y quinientos soldados, que hubieran sido un gran socorro si el ánimo y valor fuese igual á su número. Juan de Tejada se apoderó por asalto de los arrabales con un escuadron de españoles, y mató ciento y cincuenta de los enemigos. Combatidas despues de esto las fortificaciones con cuarenta y dos piezas de artillería, y agotada el agua del foso por las minas, se llenaron de tal terror los sitiados, y aun el mismo Belin, que inmediatamente ofreció entregarse á Rosny, á pesar de la oposicion de los otros capitanes. Hecha, pues, la entrega, salieron de la ciudad Belin y la guarnicion con muy honrosas condiciones en premio de su pronta rendicion, y se entregó á Domingo de Valverde con un escogido trozo de gente para que la custodiase. Belin fue acusado de cobardía y corrió peligro de perder la cabeza, habiéndosele formado causa; pero se libertó por el favor de una dama á quien amaba mucho Enrique. Este, pues, en el mismo dia en que perdió á Ardres, recobró á Fera despues de un cruelísimo sitio de siete meses. Las condiciones de la entrega fueron honrosas, y Enrique despidió á la guarnicion y á su comandante Osorio con muchas demostraciones de benevolencia.

Por este tiempo hubo una sublevacion en Marsella suscitada por dos magistrados que llamaron al Español por medio de diputados para entregarle la ciudad. Pasó al momento Doria con sus galeras, echó el ancla delante de la misma boca del puerto, y desembarcó alguna tropa para auxiliar á los conjurados. Acudió luego el duque de Guisa con algunas compañías de caballos, y le salieron al encuentro á la puerta los dos magistrados para impedirle la entrada. Uno de ellos fue muerto por Pedro Libert, y el otro se retiró á la ciudad y renovó el tumulto; pero siendo sus fuerzas desiguales para resistir al de Guisa, que ya se hallaba dentro, se puso en fuga con sus cómplices y con los españoles, escapándose cada uno por donde pudo. Doria levantó las anclas y se retiró á Génova, despues de haber perdido doscientos hombres en varios accidentes adversos; y desvanecida de esta suerte la conjuracion, no pudo el rey don Felipe hacerse dueño de aquella opulenta ciudad. Pero volvamos ahora á Flandes.

Despues que Alberto dió aquel golpe á la Francia, meditaba el dirigir sus armas contra los holandeses, y habiendo oido el dictámen de los principales cabos del ejército, algunos eran de parecer que debia comenzarse la guerra por Ostende, y otros se oponian á ello, por ser una empresa muy árdua. Finalmente, determinó marchar á Hulst, ciudad situada entre lagunas, cerca de la boca del rio Escalda, y fortificada diligentemente. Sacó de allí Mauricio parte de la guarnicion, cuidadoso de conservar á Breda, á la que al parecer amenazaba Alberto, habiendo enviado delante un escuadron de sus tropas. Pero burlándose de este modo de las precauciones de Mauricio, se encaminó á Hulst y comenzó á batirla acérrimamente. Los soldados sediciosos que se habian retirado á Tilemont, habiendo recibido ahora el dinero que se les debia de su estipendio, volvieron á su deber, y inmediatamente fueron enviados á Italia. En el sitio de esta ciudad vencieron y arrostraron las tropas reales los mas grandes peligros con un valor digno de eterna memoria: tuvieron muchos combates con el enemigo, que hacia frecuentes salidas, la mayor parte por la noche, y peleaban en las aguas y en el cieno, que allí es mas profundo por la naturaleza de aquel suelo. Destruidas ya las fortificaciones esteriores de la ciudad, se reunieron todas las fuerzas, y era combatida despues con mas vigor. En lo mas fuerte de la accion, hallándose Rosny escribiendo en su tienda, vino una bala perdida y le arrebató la cabeza con gran sentimiento de los españoles, á quienes era muy útil el talento y actividad de este hombre fortísimo en los negocios de mayor momento: y mandó Alberto que se le hiciesen magníficas exequias en Bruselas. Fue francés de nacion, y no lorenés como creen algunos: llamábase Cristiano de Saviñi, y era de ilustre familia, pero mucho mas esclarecido por su piedad y pericia militar. Finalmente subieron los españoles á lo mas alto de los muros, y desconfiando el gobernador Jorge Everardo, conde de Salm, de poder resistir por mas tiempo, hizo al instante la señal de la entrega. Inmediatamente se suspendieron las hostilidades, y se ajustaron las condiciones, con las cuales se puso en libertad á la guarnicion. Encargóse el mando de la ciudad á Bisi con un valeroso escuadron para su custodia; y á poco tiempo intentaron los holandeses apoderarse de ella por fraude, pero les salió vano su designio. Despues envió Alberto parte de las tropas contra los franceses, que aprovechándose de la ausencia de los españoles, molestaban con frecuentes escursiones á las provincias de Hainault y Artois, y los hizo perseguir, para que no quedase sin castigo su audacia. Peleó desgraciadamente Varambon con Biron en un combate de la caballería, y quedó prisionero; pero en breve fue puesto en libertad á costa de cierta suma de dinero: y en este año hubo otras pequeñas escaramuzas con los franceses y los holandeses con varia fortuna, las que no hay necesidad de referir aquí por menor.

CAPITULO IX.

Invasion y saqueo de Cádiz por los ingleses. Envia el rey don Felipe una armada contra Inglaterra. Estragos de los piratas en las costas de América.

Por este tiempo habia pasado Bullon á Inglaterra á fin de concluir la alianza que Enrique deseaba hacer con los ingleses, como ya lo habia ajustado con los holandeses para hacer la guerra á España, y alejar de los confines de Francia á aquel enemigo tan importuno y molesto, y vengar en estos reinos las pérdidas que él habia padecido en el suyo. Con este intento comenzaron los confederados á hacer los preparativos, no ignorando que en las costas de España todo estaba abandonado, pues confiados los españoles en la serenidad de su actual fortuna, como que gozaban de la paz en lo interior de sus reinos, y orgullosos con sus hazañas, habian llegado al estremo de no temer cosa alguna, lo que cuasi siempre es indicio de una próxima calamidad. Para oprimir, pues, á los que se creian tan seguros, enviaron una armada de ciento y cincuenta navíos bien provistos, como dice Herrera, mandados por el conde de Essex, que sin hacer hostilidad alguna navegó con ellos hasta Cádiz, emporio de todo el comercio de América, para que el golpe fuese mucho mas sensible. Hallábase en el puerto una flota cargada de mercaderias, próxima á hacerse á la vela á aquel nuevo mundo. En la ciudad no habia un general de guerra, ni una suficiente guarnicion de tropas, y todo el pueblo se reducia á marineros, comerciantes, esclavos y criados. Tambien estaba ausente el obispo don Antonio Zapata, en cuyo valor y prudencia tenian mucha confianza; y finalmente todo se hallaba desprevenido y en mal estado.

Luego que llegó la armada enemiga, se trabó un

combate naval, que duró por espacio de cinco horas continuas, y fueron apresados dos navíos grandes de los españoles, otros reducidos á cenizas, y otros perecieron estrellados contra las peñas, que en todos componian diez y nueve. Despues de tan feliz empresa en el mar, saltaron á tierra los enemigos en un escuadron numeroso, y acometieron á la ciudad. Hicieron pedazos la puerta, y levantando el grito, entraron dentro, y pelearon con gran confusion en las calles, y mucho mas furiosamente en la plaza. Rechazados al fin los españoles armados, se dispersó la multitud indefensa, y cada uno se puso en fuga por donde pudo. Siguióse á esto la entrega de la fortaleza sin necesidad de usar de ninguna fuerza, pues fue tanto el terror de todos, que les faltó enteramente el ánimo. Derramáronse los vencedores por toda la ciudad, y saquearon y robaron sin distincion de lo sagrado ni profano, precipitándose en todo género de escesos y maldades. Por todas partes no se veia ni oia otra cosa que llantos, suspiros, pavor y desolacion, como acontece en una ciudad tomada por asalto. El duque de Medina Sidonia juntó aceleradamente la caballería que pudo, ocupó el puente que une la isla á la tierra firme, y rechazó al enemigo con grande esfuerzo, mandando pegar fuego á los navíos que habian quedado. Las iglesias fueron incendiadas y maltratadas por los ingleses, y así estos como los holandeses se valieron del fuego para destruir la ciudad. Hay autor que afirma que el daño que hicieron se reguló en mas de doscientos millones. Despues que embarcaron la presa en los navíos, y no creyéndose seguros, si se detenian alli por mas tiempo, levantaron anclas y se hicieron á la vela para continuar sus estragos en las costas de Portugal; y habiendo llegado á Faro, pueblo célebre por su puerto, le saquean inmediatamente. Lleváronse á Inglaterra los principales habitantes, así eclesiásticos como seculares, en lugar de rehenes hasta que les entregasen el dinero que les habian pedido; y luego que recibieron la suma de ciento y veinte mil pesos, los pusieron en libertad.

Por este tiempo se hallaba el rey don Felipe gravemente enfermo en Azeca, y habiéndole llevado desde allí á Toledo, recobró alguna mejoría. Luego que convaleció, le noticiaron la desgracia de Cádiz; y ardiendo en deseos de borrar aquella ignominia, mandó á don Martin de Padilla, adelantado de Castilla, que dispusiese una armada en Portugal y Vizcaya para invadir á Inglaterra, y habiendo equipado en breve tiempo ochenta navíos, se hicieron á la vela de Lisboa en estacion contraria, esto es, en el dia diez y nueve de octubre. Con efecto, inmediatamente que entraron en alta mar, se embraveció el Océano con una tormenta tan furiosa que arrojó la mitad de los buques á las costas de Galicia; otros muchos se hicieron pedazos, y el resto arribó con mucha dificultad á los puertos inmediatos. Perecieron no pocos hombres sumergidos en las olas, y se tuvo por un gran beneficio del cielo el que no hubiese perecido la armada entera con todas las personas que iban en ella. Los navíos que habian ido de socorro para el conde de Tiron, que hacia la guerra en Irlanda contra los ingleses, llegaron felizmente; mas tampoco hicieron estos cosa alguna de grande importancia. A todos estos males se juntó el de la peste que en unos buques de comercio navegó á España desde Flandes donde habia comenzado á propagarse. Descubrióse primeramente en el puerto de Santander, y desde allí fue cundiendo por otros pueblos. En medio de tantas calamidades, sirvió de mucho alivio la flota de Nueva España, que llegó poco despues de haberse retirado la armada enemiga de nuestras costas, lo que ciertamente fue una especie de prodigio pues los ingleses tenian cerrados todos los mares.

Desde el año anterior recorrian otras arma las suyas las costas de América. Gualter Raleigh, pirata de estremada perfidia, llegó con la suya á la isla de la Trinidad, donde mató en un convite á algunos españoles, quebrantando la palabra que les tenia dada, y se llevó consigo al gobernador Antonio Berrio cargado de prisiones. Pasó despues al continente, y aunque hizo muchas invasiones en varias partes, no consiguió fruto alguno, ántes fue rechazado con pérdida. No obstante llenó de terror á muchos pueblos, y obligó á sus moradores á ponerse en fuga. Incendió á San Sebastian de los Reyes, porque no le daban el dinero que habia pedido, y habiendo dejado allí á Berrio, se retiró con alguna presa. Para preservar de este mal las costas de tierra firme, envió el marqués de Cañete, virey del Perú, á Alfonso de Sotomayor con algunas tropas y artillería. Este, pues, que era hombre muy esperto en la ciencia militar, ocupó los puestos mas oportunos, y dirigido por Antoneli, ingeniero de Génova, levantó á la ligera algunas fortificaciones para impedir al enemigo la entrada en Panamá. Entretanto Drake y Aquins, padre de Roberto, que fue apresado en el mar del Sur el año antecedente, se dirigieron á las islas Canarias con una armada de veinte y seis navíos con intencion de saquearlas; pero el gobernador Pedro Alvarado, con el auxilio del obispo don Fernando Figueroa y de los clérigos y frailes, les estorbó saltar á tierra. Noticiosos estos por los prisioneros del designio que tenian los enemigos de pasar á América, enviaron al instante un aviso para que los españoles de aquellas costas no se hallasen acometidos de improviso. Llegó este mensajero tres dias antes que la armada enemiga, y con la fama que corria de los designios de estos piratas, fueron enviados de España cinco navíos muy bien equipados (mientras se disponia otro mayor número): en aquellos iba por comandante don Pedro Tello, noble sevillano, y sirvieron de un poderoso auxilio, y mucho mas con la esperanza de nuevo socorro. Á la verdad se portaron con grande actividad, pues habiendo apresado en el viaje un navío enemigo, se adelantaron á Puerto-Rico, adonde los piratas tenian vueltas las proas. Con este refuerzo el gobernador don Pedro Coronel, hombre intrépido y animoso, peleó valerosamente con los enemigos, y los rechazó del puerto y de la isla. Pereció Aquins de un balazo de cañon que alcanzó á la vice-almiranta, y tambien murieron en los combates setecientos ingleses, segun se aseguró entonces. Uno de los navíos españoles se incendió casualmente, y perecieron en él doscientas personas. Desde allí navegó Drake al continente, y recorrió sus costas con alguna utilidad; pero se abstuvo de acometer á Santa Marta y Cartagena, ciudades fuertes por sus muros, y valerosas guarniciones. A principios de este año desembarcó ochocientos hombres armados en el puerto de Nombre de Dios; apoderóse del pueblo que tenia poca defensa, y despues de haber profanado sus iglesias, envió su gente á robar los campos; mas no quedaron sin castigo habiéndoles acometido los españoles y los negros desde una emboscada.

Al mismo tiempo Diego de Amaya y Pedro de Quiñones fortificaban las angosturas de los montes inmediatos al rio Chagre, para que el enemigo no pasase al istmo y saquease á Panamá, adonde por algunos negros desertores tenia noticia de que se habia juntado una inmensa cantidad de plata, transportada de otros muchos pueblos. Con efecto, los ingleses marcharon á Panamá, pero rechazados tres veces intrépidamente por los españoles en la tierra y en el rio, desistieron al fin de la empresa con pérdida suya. Drake, pues, que habia intentado con treinta barcas superar el rio Chagre, cuya

navegacion le impedian los árboles y estacas, descargó su ira contra Nombre de Dios. Redujo á cenizas el pueblo; y mientras se disponia á hacer otra invasion, murió en Portobelo de una enfermedad, y su cuerpo fue arrojado al mar. Muchos de sus compañeros perecian de disenteria. Despues se introdujo la discordia entre ellos, y no teniendo hombres suficientes para guarnecer los navíos, echaron cuatro de ellos á fondo. Sucedió á Drako en el mando Tomás Vasquerfild por eleccion de la armada, y habiendo tenido algunas peleas con los españoles, en las que la fortuna no se le mostraba muy favorable, levantó anclas y tomó el rumbo hácia Cartagena.

Por este tiempo salió de España para la América don Bernardino de Avellaneda con una armada de veinte y dos navíos en que conducia tres mil hombres armados, y noticioso del curso que llevaban los enemigos, determinó seguirlos para vengar las injurias; pero solo peleó desde lejos con las últimas naves, porque los ingleses deseaban mas huir que combatir. Seguíalos pertinazmente el Español de dia y de noche, y les tomó dos navíos, uno de los cuales se incendió por el descuido de los nuestros. A la verdad es muy gravoso el cargo de mandar, pues muchas veces dan mas que hacer al general sus propios soldados que los enemigos. Finalmente, luego que puso en fuga al Inglés por el canal de Bahama, se volvió Avellaneda á la Habana para reparar su armada; y habiendo recibido la flota de la Nueva España, que conducia dos millones de pesos, regresó á España con feliz navegacion á últimos de setiembre. De toda la armada de los enemigos se supo despues que solo volvieron á Inglaterra ocho navíos.

CAPITULO X.

Navegacion de Alvaro de Mendaña por el mar del Sur á las islas de Salomon, con otros sucesos de la América y de la India Oriental.

Alvaro de Mendaña, que en los años anteriores habia descubierto en el mar del Sur las islas de Salomon, emprendió por este tiempo una espedicion mas trabajosa con cuatro navíos, para establecer en ellas una colonia. Acompañábanle doscientos y ochenta hombres armados, la mayor parte con sus mujeres y hijos. El principal piloto era Pedro de Quirós, hombre muy hábil en la astronomía y náutica; y habiéndose hecho á la vela en el Perú el dia diez y seis de junio del año de noventa y cinco, se apartó muy poco del Ecuador en su navegacion. A la primera isla que descubrió la dió el nombre de la Magdalena, y tenia cuarenta millas de circuito, y se creyó que distaba diez grados del Ecuador, y cuatro mil millas del Perú. No lejos de ella hay otras tres que Alvaro llamó las Mendozas. Sus habitantes son muy robustos y andan enteramente desnudos y pintados de gualda, segun la costumbre de los antiguos ingleses. Las mujeres se aventajaban en hermosura, su cabello es rubio, y se cubren desde la cintura abajo; y los frutos que produce la tierra son de un sabor muy esquisito, y es grande su abundancia. En estos parajes se detuvo muy poco tiempo, y despues de una navegacion de mil y seiscientas millas se descubrieron otras islas. En una de ellas hay un monte que con grande estrépito y violencia arroja llamas, que al parecer quieren llegar hasta el cielo, y no se perciben de dia por el espeso humo que las rodea. Los naturales son muy negros y de horrible aspecto. El calor es muy fuerte en estas regiones, y su sequedad se hace increible en medio de tan vasto Océano. Mientras que los navíos estaban anclados, el vicealmirante, que reconocia aquellas playas, se les perdió de vista, y no pudo saberse la causa ni su paradero.

Llegaron despues á una isla que Alvaro honró con el nombre de la Cruz, la que juzgó Quirós que tendria cuarenta millas de circuito. Su cacique que se llamaba Malope, vino inmediatamente á los navíos, y trocó su nombre con Mendaña, lo que entre los bárbaros es una muestra de grande benevolencia y una prenda muy segura de fidelidad permanente. La ignorancia de la lengua impedia tratar con ellos; pero aquella amistad duró muy poco en costumbres tan diversas. Estos bárbaros eran muy diestros en el manejo de las flechas, cuyas puntas son de hueso, porque carecen de hierro; y habiéndose atrevido á molestar con ellas á los huéspedes, les correspondieron con sus armas de fuego. Consternados los isleños estraordinariamente con tan espantoso ruido, desampararon sus habitaciones y se huyeron á los montes, no atreviéndose despues á esponerse á nuevo peligro ni á fiarse de los españoles. Creció el odio con la maldad de un soldado, que sin causa alguna mató al cacique, y no pudo aplacarse aun con el suplicio del culpado. Sin embargo, se señaló el lugar para establecer la nueva poblacion: comenzóse la obra, pero fue interrumpida por la perversidad de los soldados, que con detestable contumacia no querian responder cuando eran llamados para darles las órdenes. A esto se siguió una sedicion fomentada por Pedro Manrique, que con otros dos compañeros pagó con la cabeza la pena de su delito. Comenzaron tambien á padecer enfermedades, originadas de varias causas, además de lo estraño que era aquel clima para los españoles, que especialmente se hallaban acometidos de una especie de locura. En medio de tantas calamidades, y reducido Mendaña á una estrema debilidad, murió este varon no menos piadoso que prudente. Isabel Barreto su mujer, le sucedió en el derecho de establecer la colonia, habiendo encargado la continuacion de esta empresa á Lorenzo su hermano, el cual de allí á pocos dias falleció de la pequeña herida que le hizo una flecha en una rodilla. Destituida Isabel del auxilio del hermano, determinó salir de la isla en el mes de noviembre, y mandó embarcar en los navíos á todos los enfermos y sanos, abandonando la colonia, que habia tenido tan infausto principio, y navegaron hácia la isla de San Cristóbal. La falta de víveres se suplió con la presa que hicieron en los campos, y principalmente con carne salada de puerco, que allí es muy abundante. Pero como todas las cosas eran adversas en esta espedicion, no pudieron encontrar la isla, aunque la buscaron por largo tiempo, y se vieron en la necesidad de dirigir las proas á las Filipinas. Esta navegacion se podia hacer en veinte dias; y como sus navíos estaban tan maltratados, apenas les quedaba esperanza de conseguirlo. Padecieron increibles trabajos y peligros en este viaje, y muchos perdieron la vida. Añadióse á esto que dos navíos pequeños, despreciando las órdenes de su capitana, tomaron diverso rumbo por haber desconfiado de poder salvarse, y despues se supo que habian perecido con casi todas las personas que iban en ellos.

La nao capitana, aunque tan maltratada que necesitaba dos bombas continuas para desaguarla, y todo el velámen estaba hecho pedazos, proseguia su carrera con grande alabanza de Quirós. Parecióle que era preciso tomar algun descanso en las islas de los Ladrones; pero apenas pudo escaparse aquel jóven español de las manos de un bárbaro que queria comérsele, porque estos isleños eran antropófagos y medio fieras, y muy codiciosos de beber sangre humana. Fue pues indispensable huir de tan ingratas playas, y para que no llegasen á faltar del todo los víveres, se distribuian muy parcamente. Llegaron al fin á Manila, y algunos perecieron por haberse entregado con esceso á la comida despues de una hambre tan cruel. Luego que Quirós regresó al Perú

para conducir á Isabel, navegó desde allí á España y pasó á Roma, donde fue tratado con mucha benignidad por el papa, quien elogió mucho sus ilustres hazañas. Finalmente, el año quinto del siglo siguiente comenzó á esplorar lo interior del mar del Sur; pero habiendo caido enfermo, no pudo penetrar hasta donde habia proyectado, por lo cual se vió obligado á volverse al Perú, de donde habia salido. Descubrió con la capitana algunas islas y regiones desconocidas y muy estensas, y se dice que arrebatado de las costas por una borrasca, navegó mas de tres mil millas hácia el Occidente, hasta que arribó á las Filipinas. Es digno de admiracion que habiéndose descubierto esta parte del orbe, se ignore todavía quiénes son sus habitantes, cuando por la parte del Océano Septentrional se ha navegado y reconocido hasta los ochenta grados.

Gobernaba el Perú, como ya dijimos, el marqués de Cañete. Este, pues, sujetó á fuerza de armas aquellas naciones ferocísimas, que no pudo subyugar el virey Toledo, y se hallan derramadas en las montañas que se estienden entre Charcas y el rio de la Plata, habiendo enviado con tropas á Pedro de Ulloa, capitan intrépido, que concluyó con felicidad esta empresa, en la que tuvo que vencer grandes trabajos y dificultades. Removidos de allí los bárbaros, quedó libre la comunicacion de Santa Cruz de la Sierra, y desde allí con los demás pueblos situados sobre el rio de la Plata. Puso el mayor conato en aliviar al rey don Felipe, que se hallaba apurado con tantos gastos, y parece increible las cantidades de plata que le envió en diversos tiempos á costa de muchos desvelos: y finalmente, habiendo entregado el mando á don Luis de Velasco, que despues de haber gobernado con mucha rectitud el reino de Nueva España, fue nombrado su sucesor, navegó á España en una flota, que conducia un millon y novecientos mil pesos, cuya suma contribuyó mucho pública y privadamente para aliviar la calamidad de Cádiz. El dia veinte de julio de este año de noventa y seis falleció en Nueva España Gregorio Lopez, natural de Madrid, varon ilustre por la austeridad de su vida, y por la fama de santidad.

En el año antecedente navegó á la India don fray Alejo de Meneses, del órden de San Agustin, arzobispo de Goa, nombrado sucesor de don Mateo á los treinta y un años de su edad, hombre verdaderamente santo, que con el deseo que tenia de propagar la Religion Cristiana, visitó la costa del Malabar con increibles trabajos y fatigas, como referiremos mas adelante. Por este tiempo no acaeció guerra alguna memorable en aquellas regiones. En las Molucas se hallaban los portugueses muy próximos á su total ruina, por el odio implacable de los bárbaros, y porque no tenian suficientes fuerzas para sostener una guerra tan formidable. No obstante, la sostuvo Mendoza, que habia llegado á estas islas con una pequeña armada, con un valor y constancia dignas de eterna alabanza. Pero ya es tiempo de que desde el Oriente volvamos á seguir el hilo de los sucesos de Europa.

CAPITULO XI.

Muerte de Alfonso, duque de Ferrara, y discordias de Italia con este motivo. Los españoles se apoderan de Amiens, y la recobran los franceses; toma Mauricio algunas ciudades de Flandes.

A fines de este año corria la voz de que se preparaba guerra en Italia. Los venecianos y los príncipes comenzaron á hacer reclutas, á reparar sus fortalezas y á asegurarlas con mas poderosas guarniciones, y á disponer todo lo demás necesario para no hallarse desprevenidos si de aquella chispa se suscitaba algun incendio. La causa de esta conmocion era el principado de Ferrara, pues en el mes de octubre habia fallecido el duque Alfonso sin dejar sucesion alguna; por lo cual segun el derecho establecido, volvia otra vez el principado á la silla apostólica, de quien le habian recibido sus predecesores. Estos le gozaban como un feudo, y una de las condiciones era, que á la falta de su legítima sucesion se restituyese al dominio y potestad del papa. Incitados los de Ferrara por el amor que tenian á la casa de Este, y y sin respeto alguno á los derechos del pontífice, proclamaron por duque á César, nieto de Alfonso Primero, y hijo bastardo de Alfonso Segundo, el cual contra toda justicia le habia nombrado por su sucesor y heredero. No pudo el pontífice tolerar este agravio, y habiendo fulminado excomuniones contra César y sus secuaces, tomó al instante contra él las armas. Conociendo César la desigualdad de sus fuerzas, prometia poner en secuestro el principado en manos del rey de España, y sujetarse á lo que este decidiese; pero el papa no queria aceptar ninguna condicion, afirmando que no recibiria la ley de hombre alguno, y le amanazaba con la guerra, si voluntariamente no le restituyese el principado. El rey don Felipe por medio de su embajador en Roma intercedió con el papa á favor de César, y hacia por él otros buenos oficios; pero se abstuvo con cuidado de recurrir á las armas. Pedia César que este negocio se determinase por los trámites comunes del derecho; y el pontífice sostenia que no le competia accion alguna, segun lo dispuesto por las leyes. Despues de muchos debates inútiles de una y otra parte y estando ya muy próximo el rompimiento, los de Ferrara, que al principio estaban tan orgullosos, decayeron de ánimo por el temor de la guerra que veian tan cerca. Destituido César de este socorro, y no auxiliándole ninguno de los príncipes, entregó el principado al pontífice con honrosas condiciones. Inmediatamente pasó el papa á Ferrara con grande acompañamiento, alivió al pueblo del peso de los tributos, y finalmente con halagos y beneficios se concilió el amor de todos los ciudadanos, y les hizo muy suave el dominio pontificio.

Por este tiempo falleció el cardenal Francisco de Toledo, jesuita, natural de Córdoba, varon de singular doctrina, como lo manifiestan sus obras, y su cuerpo fue sepultado en Santa María en un túmulo de mármol. Para apartar el rey don Felipe á Segismundo de Polonia de la amistad con los ingleses, envió á don Francisco de Mendoza, almirante de Aragon, para que le hiciese presente que con el trato de aquella nacion se inficionaban de la herejía los habitantes de Dantzic, ciudad célebre por su puerto; por lo cual juzgaba que convenia mucho á la religion católica prohibir á los ingleses el comercio en aquella famosa plaza, para que los polacos, tan adictos á la verdadera piedad, no se precipitasen en la herejía. Tambien pidió al rey de Polonia que juntase sus armas y fuerzas con las del César y el papa contra el Turco, para alejar de las fronteras de la cristiandad á un enemigo tan cruel. Con el mismo designio habia enviado el pontífice sus legados á Segismundo; pero no se pudo conseguir lo uno ni lo otro, á pesar de lo mucho que trabajaron los embajadores, porque los polacos juntos en la dieta pedian cosas muy exhorbitantes. Viendo Mendoza que todos sus oficios eran inútiles, se retiró á Alemania para conferenciar con el César segun las órdenes que tenia del rey don Felipe, y desde allí se encaminó á Flandes, donde comenzó con mal principio el año de 1597.

El conde de Varc, general de las tropas del rey, perdió por su negligencia una batalla entre Tournut y Arental, y un autor asegura que él mismo pereció en ella. Murieron dos mil soldados, la mayor parte alemanes y napolitanos, y solo ciento de los enemigos; y hallándose Mauricio superior en fuerzas, acometió á la fortaleza de Tournut que se le-

entregó por capitulacion. Gozoso con esta victoria y con el fruto de ella, se llevó á la Haya treinta y ocho banderas y entró con pompa semejante á la de un triunfo. Pero el daño recibido aquí por la culpa del general flamenco se recompensó con usura por la actividad y talento de un español, habiendo sido tomada por Hernan Tello Portocarrero la opulenta ciudad de Amiens, situada sobre el rio Somma. Este, pues, cuando gobernaba á Dorlans tuvo aviso por un dumoulin, desterrado de aquella ciudad, del descuido con que sus habitantes hacian las centinelas, y le exhortó con muchas razones á que se apoderase de ella por medio de algun ardid. Luego que determinó poner en obra este proyecto, envió á registrar las puertas de la ciudad al capitan Francisco de Arcos, disfrazado de labrador, en cuya fidelidad é industria tenia mucha confianza. Comunicó su designio al príncipe Alberto, quien lo aprobó y le envió de socorro un valeroso escuadron para que lo llevase á efecto. Un dia al amanecer envió delante un carro cargado de paja para detenerlo en la puerta á fin de que no pudieran cerrarla; seguian despues los principales del escuadron disfrazados en rústicos, llevando sus armas escondidas en los vestidos, y habiéndose hecho dueños de la puerta y matando á las guardias, dieron la señal en que estaban convenidos, y acudió al instante el mismo Portocarrero que se hallaba escondido con la infantería y caballería detrás de las paredes de una iglesia arruinada, y entra en la ciudad con su escuadron en órden de batalla. El conde de San Pol, su gobernador, viéndose destituido de guarnicion á causa de que los habitantes habian rehusado admitirla dentro de los muros, se puso en fuga y le siguieron las matronas nobles, llevándose consigo todo el dinero y vestidos que podian. Un autor dice que el soldado se abstuvo del saqueo; pero Coloma y Bentivollo aseguran lo contrario. Ocuparon inmediatamente los puestos fortificados y hallaron en los almacenes una inmensa cantidad de víveres y municiones de todo género que Enrique habia juntado en aquella ciudad, como principal asiento de la guerra. Dió Alberto á Francisco de Arcos una compañía de caballos en premio de su accion: y mandó á Juan de Guzman que marchase prontamente con otras cinco para mayor seguridad de la guarnicion.

Conmovido Enrique en estremo con la noticia de que habia sido tomada esta ciudad, mandó á Biron juntar aceleradamente tropas por todas partes y que cerrase todo cuanto le fuera posible las entradas de Amiens. Penetró no obstante Guzman hasta la puerta sin que le sintiesen los enemigos; pero escitados los franceses al ruido de las trompetas, se pusieron á toda prisa en marcha al rayar el dia, rodearon al Español y se trabó una sangrienta pelea. Los que estaban de guardia en los muros disparaban al principio balas gruesas para alejar al enemigo, pero despues se les mandó cesar para que no tirasen contra sus camaradas que se hallaban mezclados con los enemigos. Mas Fernando Deza, que hacia la centinela en la orilla del foso con doscientos españoles, deseoso de dirimir el combate, mandó tirar promiscuamente contra los que peleaban; pero no por esto se movian los franceses, aunque se veian acometidos de las balas, hasta que rompiendo Montenegro con la caballería los alejó de allí y se retiraron á su campo, y el Español entró en la ciudad con dinero para la paga de las tropas y con el ingeniero Federico Paccioti, hermano de aquel que habia muerto en Calés.

Los franceses para pagar á los españoles en la misma moneda y abrirse camino para espugnar á Miens, marcharon contra Dorlans, y en medio de las tinieblas de la noche intentaron tomarla, aplicando sus escalas al muro, pero les salieron vanos sus intentos y fueron rechazados con pérdida. Entretanto Portocarrero sostenia contínuas escaramuzas con los enemigos, y los alejó de tal suerte de los muros, que mas parecia que él tenia sitiados á los franceses, que no el que estos le sitiasen á él. Finalmente, vino el mismo Enrique en persona á sus reales el dia siete de junio con escogidas tropas y mucha nobleza; pero sin embargo, no por esto se entibió la actividad de Portocarrero, que en un pequeño cuerpo, tenia un escelso ánimo y era muy astuto, intrépido y de gran pericia en la ciencia militar. Peleó muchas veces felizmente en batalla reglada en los mismos reales enemigos, y alguna vez el rey, para socorrer á los suyos, que se hallaban en aprieto, se apeó del caballo, y tomando una pica, se juntó él mismo á los que peleaban; clamando á grandes voces que se trataba de defender la honra del nombre francés, porque Enrique era no menos diestro general que valeroso soldado. Alberto, como se hallaba tan escaso de dinero, le era muy difícil juntar tropas, y las suplia con nuevas reclutas hechas en Alemania y en Italia. Los genoveses, de cuyas riquezas se valió España por largo tiempo para mal suyo, habian aumentado las usuras; de lo cual indignado gravemente el rey don Felipe, mandó que se les entregasen sus capitales, y les rebajó considerablemente el interés que tanto codiciaban. Aunque por esta causa se decia haberse retirado muchos banqueros, no faltaron otros que contentándose con aquella corta ganancia, libraron á Flandes por letras una gran suma de dinero.

Fue convocado todo el ejército para juntarse en Dovay, y luego que llegó Alberto con los principales cabos, se puso en marcha contra el enemigo. Contábanse en él veinte mil infantes y cuatro mil caballos. El Francés tenia caballería doblada, y su infantería no era mucho menor que la española. Entretanto se peleaba en la ciudad con todo género de máquinas, y aun en las minas subterráneas. La guarnicion hacia frecuentes salidas de la plaza, en una de las cuales fue hecho prisionero Guzman, peleando valerosamente. Un alferez que intentó librarle acometiendo á los enemigos, no hizo mas que acelerarle la muerte, pues los franceses le pasaron á cuchillo para que no se les escapase. A la mitad de setiembre se presentó Alberto á la vista, y consternados con su llegada los franceses que estaban acampados por aquella parte, desampararon torpemente el puesto y se pusieron en fuga. El terror de los enemigos llevó á los españoles hasta cerca de su campo, y pedian con mucho esfuerzo que se diese la batalla, pues solo siendo vencedores querian volver á Flandes. No obstante, mandó Alberto deponer su ímpetu por consejo del duque de Ariscot y de Mendoza, á quien habia nombrado general de la caballería en lugar del duque de Pastrana. Tenia pues premeditado abstenerse de pelear y introducir solo en la ciudad mil y quinientos soldados. Para ocultar Enrique la ignominia de los suyos, mandó á la caballería ligera que detuviese al Español mientras los capitanes recogian la infantería fugitiva, y asegurasen el frente de los reales con la artillería. Poco antes habia perecido Portocarrero, cuyo valor é industria sostenia la posesion de aquella ciudad francesa. A tiempo que este Tideo español pasaba el puente del foso, fue atravesado de una bala del campo francés, y su muerte fue muy sentida de las tropas, de quienes era muy amado y querido. Los mismos escritores franceses levantan hasta el cielo sus hazañas, porque el verdadero valor no carece de alabanza aun entre los enemigos. Cuán grande fue el de este varon fortísimo en la última de sus empresas, no hay necesidad de ponderarlo, y solo diremos que ningun capitan español dió tanto que hacer al rey Enrique, inutilizándole á cada paso todos sus intentos. En su lugar fue nombrado por voto de los soldados Gerónimo

Carrafa, conde de Montenegro; pero Alberto para no malgastar inconsideradamente las fuerzas de Flandes en la defensa de una ciudad sola, que habia de restituirse al Francés cuando se hiciese la paz, pues á solicitud del pontífice se trataba ya de ella por medio de fray Buenaventura Calatagiron, general de los franciscanos, que por aquel tiempo habia venido al campo, se retiró con sus tropas, habiendo perdido una buena ocasion, que jamás volveria á presentársele. Pero estas y otras cosas, que discurren los soldados en sus tiendas de campaña, las desprecian los generales que solo atienden á lo principal de sus designios, y sin embargo veo á cada paso que los historiadores trasmiten á la posteridad estas conjeturas militares, como si fueran de grande importancia. Muchas veces intentó el Francés trabar pelea en la retaguardia, pero no pudo conseguirlo, aunque era mucho mas fuerte su caballería, y al fin sin haber hecho daño alguno, desistió de seguir al Español, admirándose del valor y disciplina de su infantería.

Entretanto los sitiados no recibieron alivio alguno con la llegada de las tropas, pues combatian incesantemente de dia y de noche de tal suerte, que parecia una continua pelea. Tanto era el deseo que tenian los franceses de recobrar la ciudad antes que llegasen las tropas auxiliares, y se aumentase la guarnicion, que ya se hallaba muy disminuida, temiendo que en este caso seria necesario comenzar de nuevo, y que perderian el trabajo de tantos meses. Finalmente, habiendo intimado á Montenegro la entrega, le concedió Enrique tiempo para consultar á Alberto, que se habia retirado á la provincia de Artois, y consintiéndolo este al cabo de algunos dias, entregó la ciudad bajo de condiciones muy honrosas, despues de lo cual no hicieron unos ni otros cosa alguna memorable, á escepcion de haber espugnado Mendoza la fortaleza de Montulin.

Hallábase Mauricio no menos falto de dinero que Alberto, porque los celandeses rehusaban pagar las contribuciones impuestas estraordinariamente para sostener los gastos de la guerra; pero despues de acérrimas contiendas y de muchas disputas inútiles, se vieron obligados á hacer lo que se les mandaba. Luego que Mauricio hubo vencido este escollo, creyó que debia aprovecharse de la buena ocasion que le presentaba el hallarse las fuerzas españolas ocupadas en la guerra francesa. Saliéronle vanas sus primeras tentativas en la Frisia y el Brabante, donde intentó apoderarse de Venloó y Steinvic por fraude, el que si no produce efecto al tiempo oportuno, fácilmente es rechazado por la fuerza. Tomó Mauricio por capitulacion á Rhimberga, ciudad del elector de Colonia, que se hallaba con guarnicion real, habiéndola combatido vigorosamente; y despues á Meurs, la que entregó Andrés de Miranda con honrosas condiciones, obligado por la falta que tenia de todas las cosas necesarias. Tomó tambien Mauricio otras plazas fortificadas de tal manera que no quedaba ya al Español cosa alguna que defender en la otra parte del Rin.

CAPITULO XII.

Envia el rey don Felipe otra armada contra Inglaterra, y es derrotada por una tormenta. Los ingleses acometen á las islas Terceras. Paz de Vervins entre España y Francia.

En España se reparaba la armada que habia derrotado el Océano, y el conde de Fuentes comenzó á fortificar á Cádiz y sus playas, y asegurarlas con guarniciones, para que los ingleses no hiciesen daño alguno en ellas, pues corria la voz de que vendrian con una armada muy poderosa. Hiciéronse en Italia nuevas reclutas, y fueron trasportadas á Andalucía en las galeras de Doria. A la verdad, se procedió con mucha lentitud en disponer la armada que habia de llevar la guerra al dominio inglés. El rey don Felipe, agravado con los muchos años, y molestado con la enfermedad habitual de la gota, habia repartido los cuidados del gobierno entre el príncipe don Felipe y los principales de la córte; y todas las cosas caminaban con el rey á su decadencia. El adelantado Padilla se hizo á la vela el diez y siete de octubre, cuando ya no era tiempo oportuno para navegar. ¿Qué habia de suceder á una armada entregada á las olas en la mitad del otoño? Arrebatada pues de una furiosa tormenta, fue arrojada á las costas de Galicia, y hubiera perecido toda entre los escollos, si no hubiesen mirado por ella los santos tutelares de España. Finalmente, entró muy derrotada y con trabajo en el puerto de la Coruña y otros inmediatos.

La armada inglesa, mandada por el conde de Essex, navegó de las costas de España á las islas Terceras, agitada tambien y quebrantada por una tormenta, como afirma un autor. En la isla llamada de San Miguel, que defendia Gonzalo Coutiño, hombre intrépido y activo se consumió mucha pólvora por una y parte otra. Villafranca, que habia sido abandonada de sus habitantes, fue reducida á cenizas; y habiendo arribado los enemigos al Fayal y Pico, hicieron tambien en ellas algun daño. Una de sus naves que se separó de las demás, encontró con seis navíos americanos, y se retiró de ellos con la mayor presteza que pudo volviendo á juntarse con las otras. Luego que recibieron esta noticia, se hizo á la vela toda la armada para apresar los seis navíos, pero ya era tarde, pues entretanto arribaron todos á la Tercera, y fondearon al pié de la fortaleza; y viendo los ingleses perdida la esperanza de la presa, se retiraron de allí tristes y con las manos vacías. Mandaba la flota americana don Gutierre de Garibay, y su teniente Francisco Corral, caballero de Malta, con cuya industria y el auxilio del cielo, fueron preservados los navíos y diez millones de pesos que conducian.

Los holandeses, que despues de haber padecido innumerables trabajos por crédito á las aserciones de los antiguos escritores Cornelio Nepote, Pomponio Mela, y Plinio, no habian podido penetrar por el mar Glacial al Oriente, arribaron al fin á la India por el Occidente y Mediodia, siguiendo el curso ordinario de los portugueses. Padecieron allí varias adversidades, pero en este año volvieron á su patria muy alegres con grande cantidad de pimienta, habiendo allanado la navegacion de Oriente, la que despues frecuentaron demasiado, con grave daño de los portugueses. Esta es la suma de su primer viaje á la India; pero se halla tanta diversidad entre los autores en referir los hechos y los tiempos, que no me atrevo á afirmar cuál de ellos merece mayor crédito. A la verdad, una de las principales obligaciones del que compone una historia, es el concordar á los historiadores que le han precedido, los cuales dando crédito sin descernimiento á unas y otras narraciones, mas bien oscurecen la historia que la ilustran.

A fines de este año falleció doña Catalina, hija del rey don Felipe, mujer del Saboyano, y afortunada en su numerosa prole: fue tan grande el sentimiento de su marido, que estuvo muy á los últimos de su vida. Luego que hubo convalecido, se determinó á hacer la paz con el Francés, á la que hasta entonces se habia resistido. Tres años antes murió Jimenez, obispo de Teruel, y sus cenizas fueron trasladadas á la iglesia de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, donde habia fabricado una hermosísima capilla. Su sucesor don Francisco Valle, trasladado de la diócesis de Caller en Cerdeña, no llegó á tomar posesion de su nuevo obispado, habiendo muerto antes. Sucedióle don Martin Terros, obispo de Albarracin, varon no menos docto que piadoso. En este año falleció

con grande opinion de santidad, don Pedro de Corbum, natural de Fonz en Ribagorza, digno entre otras cosas de eterna memoria por haber emprendido á costa suya la fundacion de la universidad de Zaragoza, de cuya empresa no desistió aunque fue electo obispo de Tarazona. Sucedióle fray Diego de Yepes, religioso del órden de San Gerónimo. Finalmente murió tambien don Juan Bautista Perez, obispo de Segorve, con mucho sentimiento de sus habitantes, por las admirables virtudes de este grande hombre. A los dos años fue electo en su lugar don Feliciano de Figueroa, canónigo de Valencia.

Incitado el pontífice del deseo de que se acabasen los males de la guerra, apretaba todo lo posible la conclusion de paz de que ya habia comenzado á tratarse. Luego que conoció que el rey Enrique estaba inclinado á ella, le envió por su legado á Calatagiron para que promoviese este asunto, y dejándole en buen estado vino á España con el mismo objeto, y fue recibido con mucha humanidad por el rey don Felipe, quien oyó con agrado el discurso que le hizo. Ambos príncipes tenian á la verdad iguales deseos de ajustar la paz porque cada uno tenia en ello mucho interés. Enrique se dolia de ver destrozada la Francia con una guerra tan implicada y continua, y aunque deseaba en estremo arreglar el gobierno público, que estaba muy trastornado, se lo impedia la confusion de las armas. Ademas desto tramaba nuevas maquinaciones el partido de los hugonotes, y si llegaba este á tomar las armas como corria la voz, se renovarian todos los anteriores males y nuevas guerras y partidos. El rey don Felipe se veia cercano al sepulcro por sus enfermedades y su vejez, y posponiendo todos los otros cuidados, solo deseaba dejar la paz á su hijo. Además de esto habia prometido á Alberto su hija doña Isabel, muy amada, señalándola en dote la Flandes; y si primero no se componia la guerra, servirian aquellos estados mas de carga que de beneficio á los nuevos esposos: por lo cual concordaba admirablemente en el negocio de la paz la voluntad de ambos príncipes. Así, pues, habiendo despedido el rey don Felipe al legado pontificio, le dió cartas para Alberto, en que le concedia facultad para tratar de las condiciones con el Francés. Acordaron que los ministros plenipotenciarios se juntasen para sus conferencias en Vervins, ciudad de la Galia flamenca. Acudió allí Alejandro de Médicis, nuncio apostólico en la córte del rey Enrique, y Calatagiron, intérprete de la voluntad de los dos príncipes, de cuyo génio sublime, escelso y capaz para los grandes negocios, se valió en ésta ocasion para superar las graves dificultades que ocurrian, no menos que de la autoridad talento y humanidad del nuncio. Sin embargo, no cesaban entretanto las hostilidades. Intentaron recíprocamente apoderarse con ardídes de los pueblos fortificados, aunque en vano, porque todos los defendian con gran cuidado; pero hacian incursiones en los campos, con las cuales se mantenian las tropas, porque no se les pagaba su estipendio. Los españoles se sublevaron en Chatelet, y rompiendo toda subordinacion, rehusaron obedecer á sus cabos, y aun algunos sin temor ni vergüenza prometieron á Monmorenci abrirle las puertas. Pero mientras que este se aceleraba á marchar con tropas, fue descubierta la traicion por los que no habian sido cómplices en ella, y se impuso á los culpados la pena capital que merecian, como deshonra y oprobio de la nacion española. A principios del mes de mayo se pusieron por escrito las condiciones de la paz, contenidas en treinta y cinco capítulos, y los principales eran: que se tuviesen por firmes y válidas las condiciones de la paz ajustada en el Cambresis el año de mil quinientos cincuenta y nueve: que restituyesen recíprocamente las ciudades tomadas por unos y otros en la guerra, y que fuesen puestos en libertad, sin rescato alguno, todos los prisioneros, sin escepcion de los que se hallaban destinados á galeras. El rey don Felipe restituyó á Calés, Ardres, Dorlans, Montulin, Capelle, Castelet, y despues á Blavet, en la Bretaña, habiendo arruinado todas sus fortificaciones; y Enrique con desigual trueque le restituyó la plaza de Charolois, porque el rey don Felipe estaba resuelto á hacer la paz bajo de cualesquiera condiciones. Enrique reclamaba obstinadamente el marquesado de Saluzes, que el Saboyano habia unido á sus dominios, sin admitir sobre esto transacion alguna. No hallándose medio de componer este negocio, fue nombrado el papa por árbitro para decidir la controversia dentro del año. El rey de Francia ratificó y juró la paz en París en el mes de junio de este año de 1598, estando presentes el duque de Ariscot, Mendoza, Velasco, Richardot, y Bautista Tasis. En Bruselas la afirmó Alberto, archiduque de Austria, hallándose presente Biron, á quien para este efecto (dice un historiador francés) se le confirió la dignidad de duque y par de Francia, y Believre, y Silleri consejeros del rey. Compitieron unos con otros á porfía en el esplendor y magnificencia, en la numerosa turba de criados, y en los esquisitos y costosos adornos que llevaban. La alegría y regocijo de los pueblos fue estrordinaria por el deseo que tenian del descanso, viéndo sepultada la cruel guerra, junta con las causas que la originaron. Manteníase todavía el duque de Mercoeur en la Bretaña, fluctuante entre la guerra y la paz; pero habiéndole permitido el rey don Felipe tomar el partido que mas le conviniese, despidió á los españoles con sus equipajes. Recibióle despues en su gracia Enrique por el favor de unas señoras de la córte, y se pasó al servicio del César; y en la guerra de Hungría con el Turco dió admirables ejemplos de su valor y pericia militar. Los ingleses y los estados confederados llevaron muy á mal el verse abandonados tan pronto por el rey Enrique y habiéndolos llamado este para tratar de la paz, no quisieron comparecer, y prefirieron continuar la guerra, que duró por largo tiempo.

CAPITULO XIII.

Renuncia el rey don Felipe el condado de Flandes en su hija Isabel para casarla con el archiduque Alberto. Derrota de los holandeses. Espedicion de don Francisco de Toledo al Africa.

Deseoso el rey don Felipe de acelerar el casamiento de su hija doña Isabel con Alberto, renunció en ella el condado de Flandes con la Borgoña y el Charolois, pero aquel cauto viejo puso muchas condiciones, á saber: que si su hija llegase á morir sin sucesion, volviese el principado de Flandes al dominio de España; que sus sucesores habian de profesar la religion católica, y defenderla con todas sus fuerzas; y que el que no lo hiciera, perdiese el principado, añadiendo la fórmula del juramento que habian de hacer al tiempo de tomar posesion, concebida en estos términos: «Yo juro sobre los santos evan»gelios, que hasta el último aliento de mi vida pro»fesaré constantemente, y creeré fiel y firmemente la »sacrosanta fe católica, que tiene, enseña y predica »la santa iglesia católica y apostólica, madre comun »y maestra de todas las iglesias, y procuraré en »cuanto esté de mi parte, que sea tenida, enseñada »y predicada por mis súbditos. Así Dios me ayude y »estos santos evangelios.» Los demás capítulos obligaban de tal modo á los futuros príncipes, que no podian contratar ni promover alianza alguna sin el consentimiento del Español, y finalmente, les mandaba que en todo estuviesen sujetos á su voluntad. Tenia el rey don Felipe muchas causas que le movian á la renuncia de Flandes: la primera, el amor de su

hija predilecta, que no le permitia tolerar que quedase sin estados propios: la segunda la quietud de los flamencos, estando persuadido de que ninguna cosa era mas oportuna para retraerlos de la guerra y del deseo de novedades, y contenerlos en su deber, que la presencia de sus príncipes solicita la por ellos con tanto ardor; y finalmente la conveniencia de su hijo, á quien libraba de aquel cuidado, y al mismo tiempo á la España de una guerra interminable que tanto habia apurado sus fuerzas.

Habiendo recibido el archiduque Alberto cartas de doña Isabel, en que le mandaba que tomase en su nombre posesion de Flandes, fue saludado por su esposa príncipe de aquellos dominios, y prestó y recibió el acostumbrado juramento. Antes de esto devolvió Alberto al papa con mucho respeto, por medio del obispo de Besanzon, las insignias pontificales del arzobispo de Toledo y la sagrada púrpura, disculpando la necesidad de las nupcias por el bien y comodidad pública. Sucedióle en la silla arzobispal don García de Loisa, que habia sido ayo y maestro del príncipe don Felipe. Este fue el premio y merced de su trabajo; pero la alegría fue poco durable, pues falleció en el mes de febrero del año siguiente, y fue electo en su lugar don Bernardo Rojo de Sandoval, por el favor del duque de Lerma, de quien hablaremos adelante. Llamó Alberto á Andrés, cardenal de Austria, obispo de Constanza, hijo del César don Fernando, para que gobernase la Flandes en su ausencia; y habiendo sido enviados de España en la armada cinco mil soldados de nueva recluta bajo el mando de don Sancho de Leiva para suplir las compañías que faltaban, y quinientos mil ducados para la paga, entregó á Mendoza el ejército que habia juntado, compuesto de mas de veinte mil infantes y dos mil y quinientos caballos, y le mandó marchar con él á Gueldres.

Luego que Alberto dió órden en las cosas de Flandes, que estaban en parte arregladas y en parte trastornadas por las frecuentes sublevaciones de las tropas, á causa de que no se les pagaba su estipendio, cuyo desórden, sino se hubiera remediado á tiempo, habria producido grandes males en las ciudades donde se hallaban de guarnicion, aceleró su viaje á Praga, para tratar con su hermano el César sobre sus negocios domésticos. Desde allí debia conducir á España á Margarita, hija del archiduque Carlos, para casarla con el príncipe don Felipe, y celebrando él las contratadas nupcias con doña Isabel, volverse á Flandes en compañía de su nueva esposa, como lo tenia dispuesto el rey don Felipe, que se veia muy próximo al sepulcro, y queria dejar bien establecida su familia. Seguian á Alberto Aumale y Orange, condecorados por don Felipe con la dignidad de grandes de España en premio de sus méritos, y tambien Egmon, Barlemont y otros de la principal nobleza, con grande comitiva de criados.

Oprimidos los holandeses en este tiempo con varias calamidades, y apurados con una guerra tan continua, llevaban muy á mal las contribuciones, y además temian que hallándose desamparados del Francés, recaeria sobre ellos todo el peso de la guerra. Por tanto se inclinaban sus ánimos á la paz, y fácilmente se hubiera conciliado á no estorbarlo aquellos hombres que con sus engaños y artificios fomentaban y sostenian la guerra á costa de la felicidad de los pueblos, para no perder la autoridad y poder que con ella habian adquirido, los cuales á fin de que no se creyese que habian desmayado por la mudanza del Francés, acometieron á Cronemberg con grande esperanza de tomarlo rompiendo sus puertas. Pero les salieron vanos sus intentos por la vigilancia y valor de la guarnicion. Entretanto recibieron otro doloroso golpe, habiendo derrotado Hermano, conde de Bademberg, su caballería entre Bona y Colonia, donde la mayor parte quedó muerta ó prisionera. No era su fortuna mas favorable en el mar, pues en las costas de Noruega perdieron en una tormenta mas de sesenta navíos ricamente cargados. Los que habian enviado á la India arrebatados del atractivo del lucro, se dispersaron por otra tempestad en las costas de Inglaterra. El navío vicealmirante padeció naufragio, y otro quedó destrozado y enteramente inútil, con cuya pérdida se interrumpió aquella navegacion con grave detrimento y perjuicio de los negociantes. Además de esto eran afligidos con tantos y tan graves daños por los españoles que corrian por todas partes con sus navíos y por los piratas de las costas de Flandes, que no se atrevian ni aun á salir á la pesca sin obtener antes pasaporte de los gobernadores reales.

Entretanto Mauricio conociendo sus pocas fuerzas, no se atrevia tampoco á hacer frente á Mendoza, que habiendo pasado los rios Mosa y Rin, se habia propuesto con sus armas destruir y desterrar de aquel territorio la herejía. Apoderóse de los pueblos fortificados, de unos por fuerza, y de otros por voluntaria entrega, y aun tomó á Rimberg por capitulacion, habiendo incendiado antes su almacen de pólvora con grande estrago de los habitantes y edificios. Arrojó de todas las partes adonde llegaba á los predicantes de la herejía (porque era hombre de insigne piedad), y habiendo puesto en su lugar sacerdotes católicos, mandó al ejército vencedor que tomase cuarteles de invierno en dominios estraños, reclamándolo los pueblos de Alemania, que consternados acudieron á las armas para vengar este agravio. El cardenal Andrés entretenia con esperanzas á los soldados sediciosos, pues por ningun medio podia entonces juntar dinero, en lo cual trabajó mucho, y finalmente habiéndoles pagado su estipendio, mudó las guarniciones de unas plazas á otras, y se apaciguó la conmocion de los ánimos.

Sobresalia mucho en la Irlanda la audacia y valor del conde Tiron. Los ingleses á quienes derrotó no pocas veces, temian que ganase tiempo para llamar la armada española, que tantas veces habia sido arrojada por los vientos de aquellas costas y juntar sus fuerzas con los católicos. Para impedirlo, pues, de cualquier modo, y alejar con algun provecho los socorros españoles, dispusieron una armada de diez y seis navíos muy bien equipados y provistos. Confióse el mando de ella al conde de Cumberland, el cual apresó todo cuanto se le puso delante sin distincion alguna de amigos ni enemigos; y especialmente molestó á los negociantes holandeses, que con permiso del rey don Felipe conducian granos á Portugal, cuyo reino se hallaba por aquel tiempo afligido con la peste y con el hambre. Habiendo hecho Cumberland un desembarco en Cascaes, taló y saqueó sus campos. Desde allí pasó á Lisboa, y deseoso de la presa, echó las anclas delante de la barra del rio Tajo, y no presentándosele ninguna, ni sacando fruto alguno de su detencion en aquellas riberas, se retiró de allí para poner asechanzas á la flota que venia de América. Pero sus esperanzas no fueron mas felices en este año que en el antecedente, porque mientras tanto que él la aguardaba en el Tajo, entró en el Guadalquivir, y arribó á Sevilla prósperamente. Frustrado el pirata de esta esperanza, navegó á la América con su armada, y habiendo tomado el puerto de Nile, donde hizo alguna presa, se retiró á Inglaterra. Francisco Coloma tuvo órden de salir á perseguirle con una armada, mas ya era tarde y se perdieron los gastos y el trabajo.

Para refrenar á los piratas moros, fue enviado al Africa don Francisco de Toledo con veinte y cinco galeras. Recorrió aquellas costas sin utilidad alguna, y habiendo desembarcado sus tropas, tomó por

fuerza el pueblo, y le incendió y destruyó, á pesar de haber acudido la caballería mora para vengar esta injuria; y volviendo á embarcar en órden su gente con la presa que habia hecho, se retiró prontamente al estrecho de Gibraltar. Los javeques de los piratas hacian continuos daños en nuestras costas, y nunca se habia puesto el competente remedio. Desde Cádiz hasta los montes Pirineos tenian los españoles atalayas y guarniciones para impedir los desembarcos de los piratas, enemigos molestos y contínuos que impidiéndonos la navegacion, causaban increibles perjuicios á nuestro comercio marítimo; por lo cual se trasladó cuasi todo el tráfico á los franceses, que podian surcar impunemente estos mares, por la amistad que tenian contraida y renovada muchas veces con los moros. Sea esto dicho para que no se culpe á los nuestros de desidiosos y opuestos al comercio y á la navegacion, y para que velen sobre esto los que deben hacerlo.

La venida de la armada otomana causó en este año gran consternacion en las costas de Italia; pero el conde de Olivares, y el duque de Maqueda, vireyes de Nápoles y Sicilia, procuraron con el mayor cuidado que no padeciesen daño alguno. Regio se hallaba fortificado con obras y con una poderosa guarnicion, y don Garcia de Toledo y don Pedro de Leiva habian juntado las galeras napolitanas y sicilianas á fin de hacerse prontamente á la vela adonde



Patio de los Reyes. Monasterio del Escorial.

les llamase el peligro. Dispuestas de este modo las cosas con grande espectacion de todos, arribó Cigala con una armada de cuarenta galeras, y habiendo dado libertad á un español de los que remaban, le envió al duque de Maqueda, que se hallaba en Mecina, pidiéndole permiso para hablar á su carísima madre, pues deseaba con ansia llegar á sus brazos, y que la recompensa de este beneficio seria el abstenerse de hacer daño alguno á los dominios de España. Concedióselo con mucha benignidad y cortesía el duque de Maqueda, pero con mucha cautela, y recibiendo rehenes para evitar cualquier oculta asechanza. Fué, pues, conducida Lucrecia, madre de Cigala, en dos galeras con dos hijos, una hija y sus pequeños nietos, y con esquisitos presentes de manjares delicados, y fue recibida por su hijo, con increibles demostraciones de amor entre lágrimas y sollozos. Despues de haberse saludado recíprocamente, y reiterado muchas veces los abrazos, se sentaron á la mesa, y para aumentar la alegría del convite no cesó de disparar la artillería. Concluido este regocijo, regaló Cigala espléndidamente á todos los

que acompañaban á su madre, y se retiró con su armada cumpliendo fielmente su palabra. Navegó desde allí á la isla de Gozo, pero fue rechazado con ignominia y pérdida por el valor de su guarnicion, digna ciertamente de eterna memoria, y despues se restituyó á Constantinopla.

Habia decidido el César la controversia sobre el principado de Final, que duró muchos años entre el marqués Careto y sus habitantes, que rehusaban obedecerle; y habiendo muerto por este tiempo el marqués cargado de años y sin dejar sucesion, determinó antes vender aquel principado. Inmediatamente los genoveses pusieron en él la mira para unirle á sus inmediatos dominios, y ya tenian prevenido el dinero, pero se adelantó el rey don Felipe por medio de su embajador en la córte del César, á cuyo arbitrio estaba el principado. Venció al fin el rey de España, y se le adjudicó á título de feudo, para que los españoles que arribasen allí por mar tuviesen libre el camino de la Lombardía y á los demás estados de la casa de Austria.

Por estos tiempos buscando Sebastian Lopez un tesoro en un sepulcro cerca de Granada, descubrió unas planchas de plomo escritas, y unos huesos y cenizas de doce mártires, segun manifestaban las inscripciones. Divulgóse la fama de este hallazgo, que causó gran conmocion en los ánimos, y todos le creian verdadero con sencilla piedad. Estos monumentos eran de los principios del imperio de Neron, y de los primeros años de la Iglesia, y se creian descubiertos por un singular beneficio divino. Concurrieron en procesion los ciudadanos de todas clases y estados, para venerar aquel lugar enriquecido con tan celestial tesoro, y haciendo votos y oraciones, y segun la costumbre del vulgo, calificaron por cierto lo que todavía necesitaba de exámen. Acudió



Sepulcro de Felipe II en la iglesia del Escorial.

Tiene á los lados á la reina doña Ana, su última mujer; á doña María princesa de Portugal, madre del Príncipe don Carlos cuya estátua está detrás; y á la reina doña Isabel madre de la infanta doña Isabel.

á la cueva el arzobispo don Pedro de Castro, y reconociéndolo todo, recogió las reliquias, y entregó á algunos hombres doctos las láminas escritas en lengua española y árabe, mucho mas recientes en España que el tiempo á que se referian para que las examinasen, de lo cual se originó una gran discordia entre los ciudadanos; porque los hombres sabios las juzgaban falsas y escondidas por algun impostor, y otros, arrebatados de una ciega piedad, tenian aquellos huesos por verdaderas y genuinas reliquias de mártires, y por consiguiente decian que debian ser veneradas. Finalmente se remitió este negocio al papa para que lo decidiese, y desde entonces se dió el nombre de Sacro Monte al paraje de donde habian sido desenterradas.

CAPITULO XIV.

Enfermedad y muerte del rey don Felipe: carácter y virtudes de este monarca. Es proclamado rey el príncipe don Felipe su hijo.

En este estado se hallaban las cosas, cuando el rey don Felipe consumido de una calentura lenta por espacio de tres años, y atormentado con los

agudísimos dolores de la gota, á que se le juntó la hidropesía, parecia que no podia vivir mucho tiempo. Conociendo pues que se acercaba su último dia, quiso que le llevasen al Escorial, y habiéndole advertido que la agitacion del camino le pondria en peligro de morir, respondió: «Yo mismo seguiré »mis funerales hasta el sepulcro.» Cincuenta y tres dias estuvo postrado boca arriba y lleno de llagas, y en todo este tiempo se mantuvo invencible y uniforme su ánimo contra aquella multitud de dolores y miserias, conservando la serenidad de su semblante. Entretanto enviaba dones y ofrendas á las iglesias y santuarios á fin de aplacar á Dios, que era el objeto de todas sus oraciones, y en todas partes se hacian fervorosas rogativas por su salud. Lavaba frecuentemente las manchas de su alma por medio de la confesion, protestando que queria descargar su conciencia y no omitir para esto diligencia alguna. Comulgó muchas veces con admirables demostraciones de piedad y gran recogimiento de ánimo, que se manifestaba aun en su mismo rostro. Para disponerse al último combate, pidió con mucha instancia el santo sacramento de la extrema uncion, la que le administró el arzobispo de Toledo, y la recibió con tanta tranquilidad de ánimo en medio de los cruelísimos dolores que sufria, que parecia estar enajenado de todo sentimiento. Mandó á su hijo y heredero del reino que se hallase presente á este acto: «para que entre la magestad y elevacion peligrosa del trono se acordase »que era mortal, y que llegaria el dia en que se viese »en el mismo lance; por lo cual debia tener siempre »á la vista el ejemplo de su padre, para que él mis»mo lo practicase cuando se hallase en igual estado.» Conversaba algunas veces con varones pios y religiosos, discurriendo sobre el desprecio del mundo y su miseria, sobre la separacion del alma de los vínculos y lazos del cuerpo, y sobre la estrecha cuenta que habia de dar al juez supremo, y sobre otras cosas semejantes, con grande entereza de ánimo. Dos dias antes de morir llamó á su presencia al príncipe don Felipe y á la infanta doña Isabel, á quien siempre habia amado con estremo, y les echó su bendicion, haciendo con la mano la señal de la cruz. Encargóles con el mayor cuidado que guardasen y defendiesen la religion católica, y les dió muy saludables consejos para el buen gobierno del reino y para vivir santamente. Despues arregló y dispuso el órden que se habia de observar en sus funerales y entierro, que en todo habia de ser comun y vulgar, y otras prevenciones relativas á su última partida. En esto tenia ocupados enteramente todos sus pensamientos, y conservaba una tranquilidad y entereza de espíritu nada comun en aquel trance. Hizo tambien que le llevasen á su cuarto el atahud en que debia ser depositado su cuerpo, y que se le pusieran delante, para considerar en aquel triste espectáculo el poco tiempo que le quedaba de vida. Finalmente, cuando conoció que se le iban acabando las fuerzas, mandó que le llevasen un crucifijo que su padre el César Carlos tuvo en su mano al tiempo de espirar; y teniéndole en la diestra, y en la izquierda una vela encendida con la imágen de la Vírgen María, que se venera en Monserrate, bañado todo en lágrimas, y con un afecto fervoroso, imploró la divina clemencia y el perdon de sus culpas. Sus últimas palabras fueron que moria católico y obediente hijo de la iglesia Romana. Luego que dejó de hablar, volvió los ojos al crucifijo que tenia en su mano, y de este modo espiró tranquilamente el domingo trece de setiembre al amanecer, hallándose en los setenta y un años de su edad, á la que se dice que no llegó otro de los príncipes de la casa de Austria.

Verdaderamente fue un gran rey, cuyo poder admiraba y temia todo el orbe. Sin embargo, en tan elevada fortuna fue modesto, prudente, grave, piadoso, y tan amante de la verdad, que no podia tolerar que ninguno mintiese ni aun en chanza. Fue mucho mas célebre por su talento en el manejo y despacho de negocios desde el retiro de su gabinete, que en la pericia militar, cuya profesion aborrecia en cierto modo, ó por natural carácter, ó por el contrario hábito de dirigir todas las cosas con la pluma, lejos del tumulto de la guerra, ó por uno y otro. Acostumbrado pues desde niño á la córte y al exámen de los negocios civiles, era muy poco inclinado por su natural y por su educacion al estruendo de Marte, y estaba persuadido que la magestad régia no debia sostenerse con la fuerza, sino con el consejo apartado del peligro. Tenia además otras causas que le retraian de la milicia personal, pues la dilatada estension de su imperio, que abrazaba las dos estremidades del orbe, exigian de él que repartiese sus cuidados en tan varias y tan distantes regiones, y que su espíritu se hallase en todas partes. Punzábale tambien el cuidado y solicitud de corregir y arreglar muchas cosas, así sagradas como profanas, que con las largas ausencias de su padre y sus contínuas guerras en paises remotos, se hallaban abandonadas y descuidadas, y finalmente, los escelentes generales que se educaron en las campañas del César, desempeñaban tan cumplidamente su ministerio, que de ningun modo era necesaria su presencia pero con su gran juicio y prudencia dirigia las operaciones de todos. Por esto, pues, hizo las guerras por medio de sus tenientes, las que ciertamente fueron perpétuas contra los enemigos de la religion católica; y era tal su piedad, que jamás pudo resolverse á hacer paces con ellos. Fue muy diestro en encubrir sus defectos con tanta modestia y gravedad, que inspiraba en los ánimos de todos la mayor reverencia á su persona. La perspicacia de su talento le adquirió el renombre de Prudente. Solo se echaba de menos en él la popularidad paternal y algo de mas suavidad en su trato. La piedad fue la virtud que sobresalió en el rey don Felipe, de la cual dejó á cada paso ilustres monumentos en tan vasto imperio. Edificó á su costa colegios, monasterios, iglesias y hospitales, y reedificó tantos, que seria obra muy prolija el referirlos por menor. Procuró que se estableciesen algunas nuevas diócesis, y que la de Burgos se erigiese en arzobispado. En el Escorial, la mas admirable de todas sus obras, espendió veinte millones. Enriqueció la biblioteca con libros muy esquisitos. Hizo imprimir la sagrada Biblia en Amberes, con mucha hermosura y magnificencia, valiéndose para esta empresa de Benito Arias Montano, varon de singular doctrina, de cuya obra, si emprendiese hablar, escederia los límites de la brevedad que me he propuesto en esta historia, por lo que remito al lector á los prolegómenos de ella, para que conozca su grandeza y el aprecio que merece. Estableció un archivo general en la fortaleza de Simancas, habiéndola añadido nuevas obras, y cuidó se recogiesen en él las escrituras y documentos públicos, así sagrados como profanos, que antes se hallaban dispersos en muchas partes, y que se custodiasen con gran diligencia. Hizo fortificar y guarnecer las costas de América y España, erigiendo en ellas fortalezas y atalayas para alejar á los piratas; y finalmente, fabricó astilleros, puertos y otras innumerables obras públicas para el resguardo y defensa de estos reinos. Recogió, alimentó y socorrió á los obispos ingleses, irlandeses, griegos y armenios espulsos de sus diócesis, y á todos los católicos perseguidos, con una piedad digna de eterna alabanza, de tal modo, que España era el hospicio y asilo de todos cuantos padecian por causa de religion. Reprimió con mucha severidad, y aun estinguió enteramente los perniciosos partidos de los grandes. Mandó á los consejeros que vistiesen la toga, para que este traje los conciliase

la veneracion y respeto de todos. Anuló por medio de una pragmática los vanos títulos que con escesivo fausto y arrogancia se atribuian los nobles unos á otros, y señaló el tratamiento que correspondia á cada clase, imponiendo penas á los contraventores. Fue aficionado al estudio de la matemática, de la historia, y de la filosofía moral. La estatura de su cuerpo era regular, y algo mediana, su frente grande, su rostro blanco, y su cabello rubio y cortado segun la costumbre de aquellos tiempos, el que despues se mudó con la edad en venerables canas; sus ojos azules y rasgados, en que se manifestaba la magestad de su persona, no menos que en su modo de andar: finalmente, todo su esterior era venerable y lleno de decoro.

Despues de celebradas sus exequias entre lágrimas y gemidos, fue encerrado su cadáver en una caja de plomo sin embalsamarle ni tocarle, como él lo habia mandado, y se colocó en el panteon real. Don Felipe su hijo escribió en el mismo dia al sumo pontífice, dándole noticia de la muerte de su padre, y le rogó con muchas súplicas que le tuviese en lugar de hijo. Concluido el funeral, se restituyó el rey á Madrid, donde se celebraron magníficas exequias con insigne pompa por el alma de su difunto padre. Tambien se hicieron en todos los dominios de España, y aun en muchas partes de Europa, cuyos príncipes no podian olvidar los beneficios que de él habian recibido. Cumplido que fue el novenario, se mudó el luto en alegre gala y espléndido adorno, y en el domingo once de octubre fue proclamado rey de las Españas don Felipe, Tercero de este nombre, tremolándose los pendones segun la costumbre de la nacion. El nuevo rey eligió por su primer ministro para que le ayudase en el gobierno á don Francisco de Sandoval, marqués de Denia, y habiéndole elevado al grado mas alto de favor y autoridad, le condecoró con el título de duque de Lerma. Inmediatamente comenzó el rey á mudar los empleados en la córte; y porque con la larga enfermedad de su padre se hallaban abandonados muchos negocios, dirigió todos sus cuidados á poner el debido remedio.

El reino de Portugal padecia escasez de granos, á causa de que con la anterior guerra habia decaido mucho el cultivo de los campos. Tratóse despues de su alivio; y al mismo tiempo se aplicaron medios oportunos para que no se propagase mas la peste que afligia á la Andalucía. Deliberóse tambien sobre la guerra para vengar las injurias que habian hecho los ingleses, y á este fin se hicieron en el invierno los preparativos de naves, armas y tropas, para llevarla en el primer buen tiempo á las costas de Inglaterra, pero fueron vanos estos grandes conatos, pues las fuerzas de España se disminuian mas cada dia. Con mayor actividad se trataba entonces de las bodas del rey, que debian celebrarse en Valencia, para lo cual escribió don Felipe á los magistrados unas cartas llenas de benevolencia, y esta noticia causó estraordinario regocijo en toda la ciudad. Acudió á ella doña Juana de Velasco, viuda del duque de Gandía, que estaba nombrada por camarera de la reina, acompañándola Carlos su hijo, jóven de escelente índole.

Entretanto se puso en camino la esposa Margarita con María, su madre, que era hija del duque de Baviera, y muchas damas de la principal nobleza de Flandes, y la acompañaba Alberto con una espléndida comitiva. Luego que llegó á Trento, recibió la triste noticia de la muerte del rey don Felipe. Vistióse al instante de luto, y despues de celebradas las exequias reales, volvió á continuar su viaje. Habiendo entrado en el territorio veneciano, fue festejada por el senado con todo género de obsequios, á los que correspondió ella con muchas señales de gratitud y con régia magnificencia. Vinieron los diputados de Milan, que eran hombres muy ilustres, con su gobernador Velasco y grande comitiva de nobles lombardos y españoles para ofrecerla sus respetos, y acompañándola estos y los ministros venecianos, llegó á los confines de Mántua, donde fue recibida con magnífica pompa y ostentosa opulencia por el duque Vicente Gonzaga. Desde allí embarcándose en el Pó en una nave ricamente adornada, pasó á Ferrara, donde la esperaba el pontífice. Salieron de la ciudad diez y nueve cardenales, acompañados de muchos nobles para recibirla y darla el parabien, y la condujeron al palacio pontificio con grandes demostraciones de obsequio. Despues de haber besado el pié al papa, dió este un convite magnífico á la reina, á María su madre y á Alberto, sirviendo á la reina Velasco y los duques de Gandía y de Sessa. Finalmente el domingo quince de noviembre dejó el luto, y habiendo vuelto á vestirse de gala, pasó con gran pompa y estraordinario concurso de gentes á la iglesia catedral, adonde se habia adelantado el papa. Celebró misa pontifical, y en ella Alberto, que tenia los poderes del rey don Felipe, dió la mano en su nombre á Margarita, doncella muy hermosa, que se hallaba en los catorce años de su edad, echándoles la bendicion el mismo pontífice. Despues de esto se acercó al altar el duque de Sessa, que era embajador del rey cerca del papa, y le presentó las cartas de doña Isabel, en que prometia casarse con Alberto, y tambien se celebraron en el mismo acto solemnemente los esponsales de este. El pontífice regaló á la reina la rosa de oro que él mismo habia bendecido, y despues se entregó toda la ciudad á fiestas y regocijos para divertir y obsequiar á la reina. En aquel dia comieron los príncipes con el pontífice con la misma esplendidez y opulencia con que los regaló en el convite anterior, y por la noche se juntaron en palacio sesenta matronas de las mas nobles, y formaron un baile de máscaras, pero con mucha compostura y honestidad y con gran complacencia de todos los concurrentes. Hubo tambien comedias y otros espectáculos alegres, en que los ferrarienses dieron pruebas de su magnificencia. Desde allí pasaron á Mántua, donde habia estraordinarios preparativos de grandeza, y concurrió una increible multitud de gentes. Pasados nueve dias marcharon por Cremona á Milan, donde fue recibida la reina con tanta magnificencia, que escedió y superó aquella ciudad á todas las demás. Entre los arcos de triunfo que la adornaban, erigieron uno de mármol para perpétua memoria, trabajado con admirable artificio, y adornado de estátuas y inscripciones elegantísimas; y finalmente no perdonaron trabajo ni gasto alguno para festejar á la reina y manifestar en todo su grandeza. Hubo juegos de cañas y parejas, en las que los nobles lombardos vestidos con esquisitas galas, hicieron ostentacion de su destreza. Visitaban los príncipes las iglesias y monasterios con admirable piedad, y con laudable ejemplo se ocupaban continuamente en actos de religion.

Entretanto que esperaban el tiempo oportuno de la primavera para navegar, pasó el saboyano á Milan para cumplimentar á la reina, y despues de satisfacer á los deberes de la urbanidad, se detuvo allí algunos dias. Creyóse entonces que habia tratado en secreto con Alberto algunos negocios de grande importancia; pero no debemos referir aquí los rumores vanos y fútiles que corrieron en el vulgo. Los demás príncipes y ciudades libres enviaron tambien sus diputados para obsequiar á la reina; y el César la dió el parabien por medio de su legado Adam Urcabestein. El reino de Nápoles le envió una espléndida embajada, cuyo principal ministro era César Dávalos, trayéndola regalos muy preciosos, cuyo valor llegaba á cincuenta mil escudos. Permanecieron en Milan sesenta y cinco dias, mientras pasaba lo riguroso de

invierno, y desde allí partió la comitiva á Pavia, y despues á Génova; y en todos los pueblos por donde transitaba fue recibida con la mayor alegría y obsequio. El dia diez y ocho de febrero de 1599 se embarcó en la armada de Doria, que estaba prevenida á este fin, y siguiendo las costas navegó á Marsella con trabajo, porque todavia se hallaba el mar enfurecido con los vientos del invierno. Deseoso el duque de Guisa que gobernaba aquella provincia, de congratularse con el rey de España, convidó á los príncipes á que parasen en la ciudad, para descansar de las fatigas del mar; y con efecto, habiendo salido á tierra los obsequió estraordinariamente, y aun les envió las llaves de las puertas. Agradeciéronselo mucho los príncipes; pero rehusaron cortesmente el hospedaje que les ofrecia, disculpándose con la necesidad que tenian de acelerar el viaje. La navagacion fue lenta, por la contrariedad de los vientos, y habiendo pasado el golfo de Narbona con gruesa mar, continuó la armada costeando las playas de Cataluña con mas apacible temporal; y finalmente llegó sana y salva á Vinaroz, pueblo situado en la estremidad del reino de Valencia.

CAPITULO XV.

El rey don Felipe celebra en Valencia su casamiento con Margarita de Austria, y el duque Alberto con la princesa Isabel, y fiestas con este motivo.

Las reales bodas habian desterrado de España el luto, y en sus preparativos no se omitió gasto ni trabajo alguno. Los valencianos, siempre celosos en el obsequio de su rey, comenzaron con grande actividad á disponerlo todo, para que en aquella fiesta no faltase cosa alguna al adorno y al regocijo. A este fin limpiaron y repararon los caminos, previnieron hospedajes, y compusieron manificamente la puerta que conduce al palacio real. Poco tiempo antes habian levantado algunos parapetos de piedra cuadrada para contener el rio, pues en el año de ochenta y uno entró en la ciudad con tanto ímpetu, que arruinó parte de sus muros. Mientras se ocupaban con mucho ardor los valencianos en estas cosas, partió el rey de Madrid á mediados de enero con doña Isabel su hermana, acompañándole el duque de Lerma, y el conde de Lemos, nombrado virey de Nápoles, y otros muchos nobles. Recibiéronle á la entrada del reino los magistrados, y el arzobispo don Juan de Rivera, que tambien habia salido á su encuentro para darle el parabien, y vino á Játiva, donde entró debajo de un palio de oro, siguiéndole doña Isabel en una carroza de seis caballos. Las calles estaban muy adornadas y con magníficos arcos, y todas las paredes vestidas con tapicerías y telas de seda, de que es muy abundante aquel territorio. Fue conducido á la iglesia Mayor, y despues de haber hecho oracion en ella, se encaminó al palacio que le tenian prevenido con admirable ornato. Al dia siguiente subió á la fortaleza, y se disparó la artillería en señal de regocijo. Desde Játiva pasó á Denia, convidado por el duque de Lerma, á quien pertenece aquel pueblo, y le hizo muchos presentes. Visitó la ciudad y la fortaleza, y se embarcó muchas veces por diversion en una hermosísima galera de dos órdenes de remos. Mientras que aguardaba allí á su esposa Margarita, fue obsequiado y festejado estraordinariamente con los juegos que hizo la nobleza valenciana, y con espectáculos y otras fiestas. Vino despues á Oliva, villa opulenta, y desde allí pasó á Cullera, situada en la desembocadura del rio Jucar, de donde navegó á Valencia por aquella amena ribera con doscientos barcos. Desembarcó á cuatro millas de la ciudad, y salió al camino una inmensa multitud de sus habitantes. El dia siguiente, que era el diez y nueve de febrero, comió en el convento de religiosos franciscanos, llamado de Jesús, estramuros de Valencia; y despues de haber asistido á vísperas, le besaron la mano los inquisidores, y el arzobispo con todo su cabildo, y finalmente, los oidores de la audiencia y todos los demás que tenian empleos públicos. En la puerta de San Vicente que mira al Mediodia, fue recibido el rey debajo de un palio de tela de oro que llevaban alternativamente los magistrados y los grandes. Iba delante el duque de Lerma, montado en un generoso caballo, llevando la espada desnuda. Seguia doña Isabel conducida en una carroza con grande acompañamiento de nobles, y rodeada de alabarderos y guardias españoles y alemanes, que con mucho trabajo apartaban del paso al inmenso gentío. Habiendo entrado de este modo en aquella hermosísima ciudad con grande aplauso del pueblo, se dirigieron á la iglesia catedral, llevando el rey don Felipe á su diestra á doña Isabel, y luego que hicieron oracion, salieron por la puerta que va al palacio real, y pasando el puente, llegaron á su hospedaje, adornado con estraordinaria magnificencia. La inumerable multitud de luces que guarnecia las ventanas, convirtieron aquella noche en claro dia; y se disparó inmensa cantidad de fuegos artificiales. Las diversiones y regocijos continuaron por espacio de muchos dias. Hubo máscaras, en las que corrió el rey disfrazado, y tambien asistió con la infanta doña Isabel á los bailes de señoras nobles en el palacio del virey, conde de Benavente. Entre tantas alegrías, no faltaron convites esquisitos y abundantes, y espectáculos de mogiganga, en que hizo de bufon Lope de Vega, aquella abeja de las musas y nueva sirena. Muchos hombres festivos y alegres corrian por todas partes, y se burlaban de todos con chistes agudos y picantes, para escitar la risa y diversion de la plebe.

A todos estos regocijos se siguieron despues las cosas serias. Juró el rey solemnemente en la iglesia Mayor los privilegios é inmunidades de la nacion, y los magistrados, á nombre de ella hicieron el acostumbrado juramento de fidelidad y obediencia. A este mismo tiempo llegó don Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla, y le hospedó el virey con mucha magnificencia. Concurrió tambien Camilo Cayetano, nuncio apostólico, y poco á poco fueron viniendo los embajadores, obispos, y gran número de grandes y nobles. Entretanto se divertia el rey en la caza de aves y fieras; y asistia en las iglesias á los divinos oficios con la piedad que habia heredado de sus mayores. Mandó al arzobispo de Sevilla que pasase á Vinaroz para recibir á la reina, acompañándole los condes de Lemos y Alba de Liste, con otra mucha nobleza. Finalmente, el domingo veinte y ocho de marzo arribó la armada, compuesta de cincuenta y una galeras, adornadas hermosamente con las banderas y gallardetes, que formaban un espectáculo muy vistoso. Hizo pues una descarga general de la artilleria, que casi ocultó la luz del sol con el humo. La capitana abordó á un puente de madera que se habia levantado sobre estacas, y estaba cubierto de tapicerias, por el cual bajó la reina, recibiéndola con gran pompa el arzobispo de Sevilla, con la comitiva de nobles. El dia siguiente llegó á la villa de San Mateo, donde se presentó el duque de Lerma en nombre del rey para darla el parabien de su llegada. Desde allí se encaminó á Morviedro, tan célebre en la antigüedad con el nombre de Sagunto, que dista doce millas de Valencia, y el sábado de Ramos entró en este pueblo, habiéndola recibido la justicia bajo de un palio de tela de oro, con grande regocijo de todos sus habitantes. Detúvose en Morviedro diez y seis dias, para venerar la memoria de la pasion y muerte de nuestro redentor Jesucristo. El archiduque Alberto corrió á Valencia á visitar á su esposa doña Isabel, y inmediatamente marchó á Madrid, para abrazar á su madre y hermana. Deseoso tambien

el rey don Felipe de ver á su esposa, vino á Morviedro acompañado del duque de Lerma, y habiendo ocultado quién era, entró sin detenerse en el cuarto donde se hallaba Margarita. Conmovióse esta algun tanto, y manifestó á sus damas el desagrado de que dejasen entrar aquel hombre sin pedir antes permiso; pero una de ellas que le conocia, esclamó que era el rey, y al punto se convirtió la indignacion en alegría. Saludáronse recíprocamente, y conversaron largo rato, haciéndose uno á otro muchas preguntas, y estando ya muy entrada la noche, se volvió el rey á Valencia, con hachas encendidas por todo el camino.

Entretanto volvió de Madrid Alberto, y llegó el dia destinado para la partida, en el que vino Margarita al monasterio de gerónimos, llamado de San Miguel de los Reyes, y pasó allí la noche. Al dia siguiente, que era el domingo de Cuasimodo, entró en la ciudad vestida con una ropa de colores, esmaltada de piedras preciosas, dispuestas con tal órden y variedad, que su multitud competia con el artificio de la obra; y llevaba el caballo recojido con una cinta de oro, que resplandecia con piedras de inestimable valor. Habia subido en una hacanea blanca con silla de oro, y muy hermosos arreos. Saliéronle al encuentro una increible multitud de hombres, mujeres y muchachos de uno y otro sexo, y estaban llenas las calles, las murallas y aun los tejados, por el deseo que todos tenian de verla. Iba delante el conde de Benavente, con la nobleza valenciana esquisitamente vestida. Levantáronse muchos arcos triunfales con multitud de versos latinos y españoles, en que sudaron los ingenios, porque en aquel tiempo florecian muchos hombres doctos; y de trecho en trecho habia unos carros que figuraban grandes peñascos, y en ellos coros de ninfas, que danzaban al son de la música, y otras muchas invenciones muy varias y agradables. Escoltaban á la reina ocho grandes, y llevaban el palio de oro los oidores y su regente Dimas Pardo. Seguíase María de Baviera su madre, la princesa doña Isabel, y la duquesa de Gandía, camarera mayor, con doce damas, todas á caballo con jaeces de plata, llevando al lado cada una de ellas un noble para su custodia. Por toda la carrera estaban las paredes cubiertas con mucha pompa de preciosas telas, pinturas y otros adornos; y para que no faltase cosa alguna al deleite, se quemaban en todas las calles aromas esquisitas, y habia admirables conciertos de voces é instrumentos músicos. Verdaderamente no habian visto los nacidos unas fiestas tan ostentosas, ni en que mas sobresaliese la alegría pública y particular, y la magnificencia de los valencianos escede á toda ponderacion. Finalmente se encaminó con grande órden toda esta pomposa comitiva, en medio de infinitos aplausos, á la iglesia catedral, siguiéndose los grandes vestidos con las mas ricas y costosas galas, y compitiendo unos con otros en la lucida multitud de criados que los acompañaban. En la puerta llamada de los Apóstoles se levantó un puente de madera, adornado con tapicerías tejidas con hilo de oro; y habiendo dejado en este lugar el palio, se apoó la reina, dándola el rey el brazo, y lo mismo hizo Alberto con doña Isabel. Entraron en la iglesia, donde hicieron oracion, y á la hora de las ocho se dió principio á la misa nupcial, que celebró el arzobispo, y hacia de maestro de ceremonias el obispo de Orihuela. Fueron los padrinos Alberto y doña Isabel, y en todo este tiempo resonó en la iglesia una armoniosa música. Despues celebró tambien el nuncio Camilo Cayetano, y desposó á Alberto con doña Isabel, siendo sus padrinos el rey y la reina. Concluida la funcion, comenzó la comitiva á marchar al palacio. El rey y Alberto iban á caballo, y la reina y todos los demás en carroza, y llegaron á las diez. Cenaron en tres mesas distintas; en una los novios, en la segunda los prelados, y en la tercera los grandes. La opulencia, variedad y delicadeza de los manjares, se puede juzgar por todo lo demás que hemos referido. Acabada la cena, se dió principio al baile, segun la costumbre, comenzando los novios con sus esposas, y siguiendo despues los grandes con las matronas y doncellas nobles, y todos danzaron con mucha honestidad y compostura, y con grande aplauso y complacencia de todos los concurrentes. Al dia siguiente se celebró la fiesta de San Vicente Ferrer con estraordinario concurso del pueblo; porque los valencianos tienen singular devocion y afecto á su santo compatriota, y la procesion fue muy lucida. Viéronla los príncipes con mucha piedad y regocijo, á cuyo fin se encaminó por delante de palacio, aunque no era esta su acostumbrada carrera.

CAPITULO XVI.

Continuacion de las fiestas de Valencia. Pónense en camino Alberto y Isabel para Barcelona, donde se embarcan para Italia. Es jurado el rey en Barcelona.

Por este mismo tiempo pasó á Madrid María de Baviera, deseosa de ver á la emperatriz María, y á Margarita su hija, que mucho tiempo antes se habia encerrado en el monasterio de las Descalzas, para dedicarse enteramente á Dios. Acompañáronla por obsequio en este viaje muchos nobles valencianos y castellanos, y desde Madrid partió á Barcelona, para restituirse á Italia en la armada. Entretanto continuaban en Valencia las fiestas y regocijos, para divertir y obsequiar á los reyes y á los príncipes. Habiendo ido estos un dia á la universidad, fueron recibidos con espléndida pompa por el rector Cristóbal Frigola y los catedráticos de todas las facultades. Halláronse presentes á unas conclusiones, y Blas García, profesor en retórica, hombre docto y de grande elocuencia, los congratuló con una oracion que compuso de repente. Las damas valencianas, convidadas por el magistrado de la ciudad, se juntaron en un pórtico muy adornado y de hermosa arquitectura que domina la plaza para festejar á la reina. Asistió esta con el rey y los príncipes, acompañados de muchos nobles y grandes, entre los cuales sobresalian el de Lerma, Benavente, Alburquerque, Nájera, Gandía, Infantado, Orange y Aumale, todos con grande esplendor. Del mismo modo concurrieron las señoras que servian á la reina, preciosamente vestidas, y adornadas con ricas joyas. El gobernador tenia dispuesto un refresco, en que se sirvieron innumerable variedad de dulces y pastas en bandejas de oro, habiéndose olvidado enteramente la antigua frugalidad, porque ya en aquel tiempo habia llegado el lujo á lo sumo en todas las cosas, y el deseo de agradar á los príncipes movia á aquella nacion á trastornar los límites de la sobriedad que les es tan propia. Servíanse tambien con la misma profusion todo género de helados. Juntóse á esto una escelente y numerosa música, y entretanto se quemaba toda suerte de aromas que derramaban por todas partes una fragancia deliciosa. Hubo finalmente un baile hasta muy entrada la noche, en el cual se aventajaron las damas valencianas por su destreza y donaire. Corriéronse toros y cañas para que no faltase cosa alguna al regocijo de los príncipes. El rey don Felipe condecoró con el collar del toison de oro á Alberto, á Doria y su hermano el príncipe de Molfeta, y el duque del Infantado obsequió á los nuevos caballeros con un espléndido convite. Y como todos deseaban festejar á los reyes, Doria, que estaba al ancla con doce galeras, dispuso un banquete en la capitana, y dió á los príncipes una comida muy esquisita y opulenta, que hizo muy agradable el estruendo de la artillería, la armonía de la música y la hermosísima vista del mar. Despues de esto se embarcó el conde de Lemos para Nápoles, y

á principios de mayo se despidió el arzobispo de Sevilla y algunos de los grandes, y se restituyeron á sus casas. Mientras tanto, se empleaban los príncipes en visitar con mucha piedad los monasterios de religiosas y las iglesias, haciendo oracion en ellas. Finalmente habiéndose despedido de los magistrados de la ciudad, se pusieron en camino para Barcelona el dia cuatro de mayo, haciendo el viaje alternativamente por mar y por tierra.

En Tarragona permanecieron tres dias, y los obsequió espléndidamente el arzobispo don Juan de Teres. Cerca de Barcelona salieron á tierra obligados por una tormenta, y se encaminaron á Monserrate, donde se detuvieron otros tantos dias, y hicieron presentes de alhajas de plata de mucho peso á la Vírgen, que se venera en aquel santuario. Entraron al fin en Barcelona y fueron recibidos con tanta magnificencia, que no es posible ponderarla. María se volvió luego á Madrid, y habiéndose despedido los príncipes entre muchas lágrimas y recíprocos sollozos, se separaron unos de otros, y el dia ocho de junio se hicieron á la vela Alberto y Isabel en las galeras. El rey y la reina quedaron muy tristes con su partida; pero disimularon en público el dolor que cada uno tenia para no turbar la alegría del público, que se manifestaba tan gozoso con su presencia. Pero habiendo recibido la noticia de que los príncipes habian llegado felizmente á Génova, se dieron á Dios solemnes gracias en todas las iglesias, y se hizo una procesion por toda la ciudad, á que asistió el mismo rey con grande acompañamiento de nobles.

Celebró despues córtes por espacio de treinta dias, en las que se arreglaron muchas cosas concernientes al bien público, y prestaron los catalanes el juramento de fidelidad al rey, y este por su parte el de conservar los privilegios é inmunidades de la nacion, concediéndola tambien muchas gracias. Parecióle que debia abstenerse por entonces de pasar á Aragon, pues por la parte que confina con Cataluña habia muchas enfermedades, y el tiempo era incómodo para caminar por lo riguroso de los calores del estío. Habian quedado en Barcelona diez galeras, y enviando delante sus equipajes por tierra, se embarcó en ellas el rey con parte de la comitiva para evitar el incómodo viaje por tierra desde Tarragona á Tortosa, cuyo territorio es por su naturaleza desierto y seco, y lleno de peñascos y ásperas montañas. Volvió pues á Valencia, y los magistrados le pidieron y suplicaron que celebrase córtes en aquella ciudad, á lo cual no condescendió, disculpándose con los grandes calores del verano; y dejando á un lado todas las cosas, se retiró á Denia á persuasion del duque de Lerma para gozar de la alegría del mar. El gobernador envió de regalo á la reina veinte y cuatro cajas de todos tamaños llenas de todo género de confituras, asegurándola que aquel pequeño don era muy inferior á su voluntad. Concurria el rey con frecuencia á la pesca de los atunes, y mató muchos de ellos por su mano con increible deleite. Dedicábase con mas gusto á los espectáculos, á la caza y otras diversiones, que á los cuidados del gobierno, cuya culpa la atribuian al duque de Lerma.

Los aragoneses, á quienes habia dado palabra de celebrar córtes, le enviaron diputados para solicitar que lo cumpliese, y al mismo tiempo llegaron otros de Castilla, suplicándole que se restituyera cuanto antes á Madrid, donde era necesaria su presencia para el despacho y espedicion de los negocios. Despues que empleó treinta dias en sus diversiones, se puso en camino, y pasó por Valencia en secreto. En Morviedro fue obsequiado magníficamente, y habiendo llegado por Teruel á Zaragoza, salieron á recibirle el virey, duque de Alburquerque y los magistrados, con grande alegría y aplauso del pueblo. Mandó el rey que se quitasen de los lugares públicos, y se diese sepultura á las cabezas de los que habian sido ajusticiados por causa de la sedicion anterior, lo cual fue en estremo agradable á todos los aragoneses, como tan celosos de su honra. Colmó de honores á algunos de la principal nobleza, y perdonó á los que padecian destierro, queriendo que se borrase del todo la memoria de las cosas pasadas. Visitó los templos con muchas muestras de piedad; y despues de algunos dias hizo en la iglesia catedral el juramento de guardar las inmunidades de Aragon, y ellos por su parte el de fidelidad y obediencia. Arreglados algunos negocios, sobre los cuales se disputó con mucho ardor entre los ministros del rey, dió palabra de que cuanto antes celebraria córtes en Monzon, segun la costumbre de sus predecesores; pero que no podia diferir el restituirse á Castilla, donde le llamaban muchas cosas urgentes. Finalmente se puso en camino á largas jornadas, se detuvo algo en el Escorial por complacer á la reina que deseaba ver aquella magnífica obra, y desde allí regresó á Madrid. La relacion de estos viajes la escribió Felipe Ghona, noble valenciano, como testigo ocular; pero muy prolijamente, aunque con verdad, que es lo principal de la historia. Su manuscrito lo hemos leido no sin fastidio, pues parece que se propuso abusar de la paciencia de los lectores. Gaspar de Aguilar, poeta célebre, trató el mismo asunto en versos castellanos.

CAPITULO XVII.

Prosigue la guerra de Flandes. Llegan Alberto y doña Isabel á aquellas provincias. Sitia Mauricio á Neuport con un grande ejército, y no puede tomar esta plaza.

Mientras que dentro de España todo respiraba alegría y regocijo, continuaba la guerra en Flandes con mucho furor. Habiendo sacado Mendoza en tiempo oportuno sus tropas á campaña, despues de otras varias tentativas que hizo, acometió de repente y con grande esfuerzo á la isla de Bomel, y tomó á Crevecour sin derramar sangre alguna, por la cobardía de su guarnicion. Estos felices principios le infundieron ánimo para emprender cosas mayores, y entretanto que las disponia, prohibió el cardenal Andrés por un decreto que se habia acordado en España, el comercio por tierra y por mar entre los flamencos y holandeses, porque habia manifestado la esperiencia que con el permiso de negociar se aumentaban las riquezas de los rebeldes. Despues habiendo recibido de los banqueros de Amberes, una gran suma de dinero, enviada de España en letras de cambio, se apresuró á venir á los reales. Quejóse al Francés en vano de que contraviniendo á las condiciones de la paz últimamente ajustada, no habia procurado retirar como debia, los seis mil soldados con que socorrió á los holandeses. Habia tambien otros indicios de la falta de sinceridad del rey Enrique, pues disimuló con vergonzosa conivencia las tentativas de Bullon y Balagne contra Philipebourg y Cambray. Mendoza, pues, tenia resuelto en su ánimo apoderarse de Bomel, ciudad bien fortificada, y de toda la isla, que toma de ella su nombre, impidiendo á los enemigos la navegacion de los rios; pero emprendió esta obra mas tarde de lo que convenia, pues entretanto que se detuvo en hacer algunos preparativos, noticioso Mauricio del designio del Español, tan perjudicial á los Estados confederados, acudió prontamente con muchas tropas, y habiendo introducido un poderoso socorro, hizo insuperable una empresa que por sí misma era muy difícil. Echó tambien algunos puentes en los rios, y los reales enemigos estaban muy próximos á la ciudad; y como se hallaban tan cercanos unos de otros, eran frecuentes y cotidianos los combates, salidas y emboscadas que se armaban recíprocamente, y la artillería nunca estaba ociosa. Ha-

llábase en Bolduc el cardenal con sus cortesanos, el cual, habiendo conocido la dificultad de espugnar la ciudad, mandó levantar el sitio, y que en un paraje oportuno se erigiese una fortaleza para alejar del rio á los enemigos. Encargó el cuidado de esta obra á don Luis de Velasco, hombre intrépido y activo, y se echaron los cimientos en el confluente de los rios Mosa y Vahal, á seis millas de distancia de Bomel, siendo el arquitecto un ingeniero aleman, muy hábil en su arte. Procuraba Mauricio impedírselo con los continuos tiros de su artillería, y Velasco le correspondia con la suya, habiendo gastado unos y otros mucha pólvora y balas, y derramado no poca sangre. Trabajaron y pelearon los nuestros con gran teson de dia y de noche, á pesar de que la artillería enemiga les disparaba incesantemente desde el rio, y mudaron muchas veces su campo. En esta contienda se pasaron cuatro meses enteros, y al fin se concluyó la fortaleza, á la que se dió el nombre de San Andrés, y habiéndola provisto de todo lo necesario, fue encargada su defensa al flamenco Nicolás Catrici, soldado de mucho valor, con una guarnicion de ochocientos hombres.

Concluido esto, se volvió el cardenal muy alegre á Bruselas; pero se le presentó á Mendoza otra dificultad, porque los alemanes, incitados por los holandeses á vengar la injuria que en el año anterior les hizo Mendoza en tomar por fuerza cuarteles de invierno en su territorio, habian juntado un ejército de veinte y cinco mil infantes y cuatro mil caballos, para arrojar á los españoles de Resa, ciudad del ducado de Cleves, que determinaron combatir, llevando por su general al conde de la Lipa. Defendíala don Ramiro de Guzman, hombre muy valeroso y esclarecido por las muchas campañas que habia hecho de capitan y de soldado, y á quien Mendoza habia enviado algun socorro conociendo el peligro en que se hallaba. Componíase la guarnicion de la ciudad de solo mil y quinientos soldados veteranos, entre los cuales estaban mezclados algunos flamencos y borgoñones y habiendo hecho una salida contra el campo de los enemigos, reconocieron que habia en ellos mas aparato que valor. Pusieron los nuestros en fuga las centinelas, y clavaron parte de la artillería, y la demás la condujeron á la ciudad con grande ignominia y mengua de los alemanes. Juntóse á esto una sublevacion que acaeció entre ellos, y levantando el sitio, se retiraron apresuradamente, y recibieron algun daño en la retaguardia, y de este modo fue comenzada y concluida la guerra á un mismo tiempo. Finalmente, con la llegada de Alberto fue restituida la ciudad al duque de Cleves, y cesó por aquella parte el miedo de los enemigos.

Pasó doña María á visitar la santa casa de nuestra Señora de Loreto, y desde allí se encaminó á Alemania su patria, y Alberto y doña Isabel vinieron á Flandes por la Saboya y la Borgoña. El dia seis de setiembre fueron recibidos en Bruselas con régia magnificencia; y habiéndose allanado las dificultades que se originaban de los privilegios de la nacion, los juraron primeramente en Lovaina; y despues en las otras provincias, y ellos mútuamente prometieron la observancia de las inmunidades. Los principios del principado fueron infaustos con las sediciones militares que deshonraron en gran manera el ejército; y en el año primero del siglo siguiente cometieron los alemanes y walones la detestable maldad de entregar por dinero á Mauricio la fortaleza de San Andres, que habia costado tanta sangre y fatigas. Un autor flamenco dice que fue vendida en ciento veinte y cinco mil escudos de oro, y para colmo de su perversidad, llevaron las banderas al campo enemigo con grande oprobio de aquellas dos naciones: siendo la causa de tan lastimosa pérdida el no haberles pagado á tiempo su estipendio, y no es posible ponderar lo mucho que con esto ganaron los enemigos. El cardenal, despues de haber conferenciado largamente con Alberto sobre el estado de las cosas, se retiró á su obispado de Constanza.

En Bruselas se juntaron los estados para tratar del remedio de los males de Flandes, y se compusieron algunas controversias que habian sobrevenido con los holandeses. Aunque los embajadores que el César habia enviado á Alberto trabajaron para arreglar lo esencial del gobierno de las provincias, no pudieron hacer cosa alguna, porque los estados se oponian á los mas saludables consejos. Tal es el atractivo de la libertad, que los que una vez la gustaron no pueden ya tolerar la servidumbre, aunque se espongan á perder todos los demás bienes. Y á la verdad desde el año anterior, además de los daños que padecieron por tierra, les hizo otros muchos por el mar Federico Espinola, que con algunas galeras invadia continuamente sus costas. Tambien se trató con la reina de Inglaterra de ajustar la paz, á cuyo fin se juntaron en Boloña los plenipotenciarios, pero con igual efecto, porque aquella mujer astuta estaba persuadida de que le convenia fomentar la guerra de Flandes, pues si por falta de sus auxilios quedaban oprimidos los estados confederados, se volveria entonces contra ella todo el peso de las armas. Disponíalas Mauricio con gran diligencia para dar á la Flandes un terrible golpe, y habiendo conducido en la armada un ejército de quince mil infantes y dos mil y quinientos caballos, sitió por mar y tierra á Neuport, apoderándose de los puestos fortificados de las cercanías antes que pudiesen ser socorridos, porque los soldados rehusaban obedecer á causa de que no se les pagaba su sueldo, y esta obstinacion habia puesto las cosas en el mayor peligro. Los españoles fueron los únicos que volvieron á su deber, y se juntaron aunque con trabajo, doce mil infantes y mil y dos cientos caballos. Alberto y doña Isabel salieron cerca de Gante al encuentro de los que caminaban al socorro, y su presencia y exhortaciones infundieron increible valor en los ánimos de los españoles. En el primer encuentro los escuadrones de la avanguardia recobraron los puestos fortificados con no poco estrago de los enemigos; y despues incitados con la voz y el ejemplo de sus capitanes, acometieron con furor á Ernesto de Nasau, que ocupaba las lagunas con dos mil infantes y algunas tropas de caballería para detener á los españoles; y fue tal su ímpetu, que en breve espacio de tiempo derrotaron aquella guarnicion, y cuasi toda fue pasada á cuchillo.

A vista de tan felices principios se determinó al fin provocar al enemigo á una batalla decisiva, siendo autor de este dictámen Claudio Barlota, hombre intrépido, pero de inconsiderada audacia. Decia, pues, que para conseguir una completa victoria, convenia aprovecharse del ardor de los soldados, porque si se llegaba á entibiar, se perdia la buena ocasion que tenia en las manos; por lo cual, despues de darles algun descanso, debian marchar contra el enemigo que se hallaba consternado con la anterior pérdida. Muy de otro modo pensaba Gaspar Sapena, valenciano, hombre de grande esperiencia, y fue de dictámen que se debia primero esplorar los designios del enemigo, tentar sus fuerzas, y obligarle con astucia á retirarse, sin aventurar la fortuna de una batalla. Pero habiéndose tenido por perjudicial el consejo de Sapena, aunque le seguian algunos de los mas prudentes capitanes, marcharon contra el enemigo, que era superior por la situacion y por el número de sus tropas y artillería. Trabóse el combate, y los nuestros pelearon desgraciadamente. Alberto que volaba á todas partes con la cabeza descubierta para ser conocido por los suyos, recibió en ella una herida. Mendoza fue hecho prisionero mientras peleaba intrépidamante, y estuvo largo tiempo encarcelado:

tambien lo fueron Sapena y Villar, y el primero murió de las heridas, con otros muchos nobles que se esforzaron en sostener el combate, cuya pérdida fue muy sentida del ejército; y al segundo le guardaron los enemigos para canjearle. Prohibió Mauricio perseguir á los fugitivos, por no esponer sus tropas, que estaban muy debilitadas, á las tinieblas de la noche. El número de los muertos fue casi igual de una y otra parte, como afirma Bentivollo.

Alberto marchó á Brujas, donde se juntaban las reliquias del ejército, y desde allí á Bruselas con tanta confianza de ánimo, que no desesperaba de poner en buen estado las cosas. Entretanto Velasco introdujo en Neuport víveres y tropas con estraordinaria presteza; por lo cual perdiendo Mauricio la esperanza de tomar la ciudad, embarcó el ejército en sus naves, y se retiró á Holanda, sin haber sacado otro fruto de la victoria que un gran número de prisioneros nobles. Antes de apartarse de allí, intentó tomar una fortificacion que tenia el nombre de Isabel; mas tambien le salieron vanos sus esfuerzos, acudiendo prontamente al socorro Barlota con un fuerte escuadron; pero mientras abria una trinchera para molestar desde su puesto al enemigo y obligarle á retirarse, fue herido en la cabeza con una bala de plomo, y cayó muerto este hombre intrépido y amante de los peligros. Por este mismo se hicieron unos á otros algunos ligeros daños por mar y tierra, que no son dignos de referirse por menor. Espinola con cuatro galeras y los navíos corsarios de Dunkerque corrian el Océano y causaban á los enemigos graves molestias. Finalmente redujo Alberto á su deber á las tropas contumaces, pagándoles todo el sueldo que se les debia; y aumentando su ejército con nuevas reclutas, puso sitio á Ostende á fin de alejar á Mauricio de Rimberga, pero no correspondió el suceso á sus deseos, porque esta última ciudad se entregó bajo de honrosas condiciones, y quitado este estorbo, quedó libre á los enemigos el paso del Rhin. Ostende fue largo tiempo combatida valerosamente por Alberto, y al fin se recobró en los años siguientes por el valor y admirable constancia de los españoles.

CAPITULO XVIII.

Guerra en la India Oriental entre los portugueses y holandeses. Mal estado de los portugueses en las islas Molucas. Progresos del Cristianismo en la China y en el Japon. Conversion á la iglesia católica de los malabares nestorianos.

Tampoco descansaban las armas en las remotas regiones del Oriente, porque á la obstinacion de los bárbaros se juntaron las armas holandesas, por lo cual creció el fuego de la guerra, que fatigó mucho tiempo al Español en aquellas costas. Atribuíase la culpa de todo á la avaricia portuguesa, que habia subido el precio de la especería, contra lo que tenia ordenado el prudentísimo rey don Manuel. Ofendidos de esto los holandeses, que son unos hombres dedicados principalmente al tráfico y comercio, quisieron mas bien ocupar con las armas aquellas afortunadas islas y apoderarse de sus frutos, que adquirirlos á costa de dinero y de ruegos. Contribuyó tambien mucho el odio que tenian contra los castellanos, originado de tan prolongada guerra, para no dejar pasar la ocasion que se les presentaba de hacerles daño con utilidad propia. Habia llegado á Goa el nuevo virey Francisco de Gama, conde de Vidigueira, cuando comenzaba á decaer el dominio portugués en aquellos países, porque abandonando la profesion militar, solo pensaban todos en enriquecerse. Por este tiempo poseian los portugueses á Ceilan, pues habiendo muerto sin hijos Juan Pandar, señor de esta isla que habia recibido el bautismo, nombró por su heredero á don Felipe, rey de Portugal. Tomó posesion en su nombre don Gerónimo de Acevedo, gobernador de la isla; y esta herencia sirvió mas de daño que de utilidad, porque se siguieron de ella guerras mas graves é implacables. Entretanto se hacia la guerra con dos armadas; una de ellas derrotó los navíos holandeses, y la otra peleó con menos prosperidad contra los piratas de la costa del Malabar, por la ignorancia de su almirante Luis de Gama, hermano del virey. Habian causado muchas pérdidas al Zamorin y á los portugueses, siendo el capitan de los piratas Cunial Marca, hombre de oscuro nacimiento, que despues fue muy célebre por sus maldades. Habiendo juntado sus fuerzas Gama y el Zamorin, emprendieron arrojarla de la península que tenia bien guarnecida. Fernando de Noroña le cerró en el invierno con su armada la entrada de víveres; pero se hechaba menos un general para esta guerra, y todos pusieron los ojos en Mendoza con esperanza cierta de que con su valor y prudencia borraria la anterior ignominia. Finalmente fue nombrado general: y en el verano siguiente peleó de tal modo por mar y tierra, que desconfiando el pirata del lugar que ocupaba y de sus armas, se entregó voluntariamente con la fortaleza al Zamorin, que habia venido al campo, y este lo puso uno y otro sin escepcion al arbitrio de Mendoza. Mandó arrasar inmediatamente la fortaleza; la armada de los piratas fue reducida á cenizas, y Cunial degollado poco despues en Goa, declarando al tiempo de llevarle al suplicio que no era otra la causa de su infortunio, que el haber profanado indignamente los vasos y vestiduras sagradas de los cristianos que habia robado. Omitimos otros sucesos, que por su poca importancia no hay necesidad de referirlos.

En las Molucas se hallaban los portugueses muy próximos á una total ruina, siendo causa de este mal su descuido y el desprecio que hacian de sus enemigos. Con la negligencia de los unos creció la audacia de los otros; y de esta chispa se encendió aquel fuego, que se estendió por todo el Oriente, y faltó poco para que no pereciese el imperio lusitano. De esta suerte por una leve causa se trastornan los reinos y provincias. Para evitar esta ruina envió el gobernador de Filipinas don Pedro de Acuña doscientos castellanos á las islas Molucas; pero no se pudo recobrar la fortaleza de Ternate, aunque pelearon prósperamente contra los bárbaros. Habiendo arribado los holandeses con otra armada, se apoderaron de la isla de Amboino, que defendia Gaspar de Melo, el cual fue puesto en prision y se le formó causa; y para libertarle su mujer de la ignominia que temia, le dió á beber un veneno.

Los bárbaros incomodaban tambien á las islas Filipinas. Esteban Rodriguez de Figueroa intentó con mal principio sujetar á Mindanao, isla muy grande, habitada por mahometanos, y tuvo desgraciado éxito su empresa, pues perdió la vida en ella, habiéndosele salido de la cabeza el morrion en una pelea, lo que fue causa de su muerte, y su teniente Juan de Eguiara no pudo conservar lo que habia conquistado. Por este tiempo vino de gobernador á las islas don Francisco Tellez, y le acompañó el nuevo arzobispo fray Ignacio de Santivañez, del órden de San Francisco. Restablecióse la audiencia real, que algunos años antes se habia suprimido, y fue nombrado Tellez por su presidente, y por oidores Antonio Morga, Cristóbal Almazan, Alvaro de Zambrano, y Gerónimo de Salazar. Los mahometanos hacian mas bien latrocinios que verdadera guerra; y se introdujeron en la nueva Segovia, juntos con los piratas del mar, para arrojar de allí á los cristianos; pero aunque estaban muy orgullosos por sus fuerzas, los sujetó Pedro de Chaves á costa de inmensas fatigas.

Volaba por las costas del Oriente la predicacion de la divina palabra con mucho aumento de la cristian-

dad. Taicosama, tirano del Japon, intentó abolirla, movido de ciertas sospechas que le sugirió un apóstata, y irritado porque no le obedecian, mandó quitar la vida al padre fray Pedro Bautista, del órden de San Francisco, de la mas estrecha observancia, con otros compañeros suyos, los cuales fueron crucificados y atravesados con lanzas. Tambien fue declarada guerra á la herejía en las regiones de la costa del Malabar. Los que habitaban en las montañas se habian apartado mucho de la doctrina católica, por haberlos imbuido en sus errores los obispos nestorianos. Este cuidado inquietaba á los obispos portugueses, y don Jorge Temudio, obispo de Cochin, trabajó mucho en refutar á aquellos falsos pastores, y pudo conseguir que los indios no admitiesen los obispos que enviaba el patriarca de Babilonia. Dedicóse tambien á la misma obra fray Alejo de Meneses, de la noble familia de este nombre, arzobispo de Goa, y religioso agustino, varon verdaderamente santo y muy celoso por la propagacion del Evangelio. Este, pues, habiendo recibido una bula del papa Clemente VIII, con amplísimas facultades, comenzó á visitar lo mas áspero de aquellos parajes, con innumerables trabajos; padeció infinitas molestias por la obstinacion de aquellos hombres feroces que le persiguieron indignamente, y aun le amenazaron con la muerte si no se abstenia de predicar la doctrina católica. Pero habiendo muerto el obispo Abraham inficionado de la herejia nestoriana, á quien estaban sujetos, y convirtiéndose su vicario á la comunion romana con poderosas razones y autoridades de la escritura, aunque los pueblos sentian mucho abrazar la doctrina de San Pedro, que creian distinta de la que habian recibido del apóstol Santo Tomás, y en la que habian sido educados, insistió mas fuertemente fray Alejo en su predicacion, y combatió con mayor fuerza sus errores. Pero viendo que los frutos no correspondian al trabajo, emprendió otro camino este varon no menos prudente que piadoso. Conferenció á solas con los principales sacerdotes, separándolos de la turba, y los instruyó en la verdadera doctrina, habiéndoles descubierto sus errores, con admirable elocuencia. Hecho esto como deseaba, convocó un concilio en Diamper, pueblo célebre, y comenzó á celebrarse con increible concurso el domingo veinte de junio de mil quinientos noventa y nueve, y habiendo abjurado en él la herejia los sacerdote malabares, se dedicaron con gran celo á establecer la doctrina católica los mismos que al principio habian sido los mas ardientes en combatirla. Siguieron este ejemplo los pueblos, que fácilmente se inclinan á la parte donde los guian sus superiores: y por este medio con el auxilio divino se estirpó la supersticion que se hallaba tan arraigada; se mejoraron las costumbres de los indios, fueron quemados los libros en que se contenian los errores, se restituyó la verdadera piedad, y se tributó el debido obsequio y obediencia al romano pontífice. Tantos fueron los bienes que produjo el celo y cuidado infatigable de este varon religioso. Diego Simoens, gobernador de Tate, hizo muchas hazañas entre los cafres, y el rey de Monomotapa le permitió beneficiar unas minas de plata, despues que ajustó con ellos la paz en premio de los socorros que le habia dado contra los enemigos. El virey Gama se hizo mal visto á los portugueses, y se restituyó á su patria con tan feliz navegacion, que se asegura que en todo el viaje llevó tendidas las velas, y fue nombrado por su sucesor Aires de Saldaña.

CONTINUACION
DE LA HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

LIBRO PRIMERO.

DECADENCIA DE LA DINASTIA AUSTRIACA.

CAPITULO I.

España á principios del siglo XVI.

JAMÁS siglo alguno abrió el período de sus años con tanto esplendor para ninguna nacion del mundo, como el siglo XVI para nuestra península. Concentrada la nacionalidad española con la reunion de los reinos de Aragon y Castilla, terminada la lucha de religion y de razas con la definitiva espulsion del elemento árabe, descubierto y añadido á nuestros dominios un nuevo mundo, tierra vírgen, rica en tesoros y feracísima en frutos, España parecia llamada por la inteligencia suprema á regir los destinos del universo, y á descansar en el pomposo lecho de sus glorias. ¿Y quién mas acreedora que ella? Siete siglos de prueba la habian purificado en el crisol de la desgracia; el contínuo roce con los árabes habia templado la rudeza gótica con el refinamiento oriental, y sin perder la fe de sus mayores ni la lealtad de su corazon se habia enriquecido con esas dotes de entendimiento y de cultura, que los sectarios de Mahoma habian desarrollado y comunicado con tanta generosidad. Los orientales verdaderamente habian trabajado mucho en nuestro favor: ellos labraron sus ricas y caprichosas mezquitas para que la conquista hiciera de ellas iglesias para nuestro culto; ellos nos infundieron su gusto, su ciencia y su poesía, como á su tiempo diremos mas despacio; ellos cultivaron con hábil mano las tierras de que se habian hecho dueños, para que de tanto trabajo y de tan copiosos esquilmos recayera el goce en los afortunados vencedores. Ardua es la cuestion para juzgarla sin grande ayuda; pero es de creer que no hubiéramos salido tan bien librados en cuanto á prosperidad y cultura, si reyes merovingios, jefes lombardos ó emperadores griegos hubieran venido en vez de los árabes á recoger por fuerza de armas la carcomida herencia de Rodrigo.

Pero echadas á un lado por ajenas del presente asunto consideraciones de tan difícil solucion y sobre tan remotos hechos, detengámonos á ver cómo estaba nuestra nacion á principios del siglo XVI, y qué pasos dió de adelanto ó de retroceso hasta principios del XVII, bajo la direccion de Fernando V

Carlos I y Felipe II. Los tres acontecimientos mas memorables que prepararon aquel periodo son: la union de las coronas, la conquista de Granada y el descubrimiento de las Américas.

En cuanto á la centralizacion de la monarquía por el casamiento de Isabel y Fernando, adviértase que no fue esta entonces ni mucho despues tan completa como fuera de desear. Tanto los dos reinos de Castilla y Aragon, como las mismas provincias de que estaban compuestos dichos reinos, adquiridas de los moros en distintas épocas y pobladas por los cristianos con el precedente de adquisiciones y la consecutiva distincion de fueros y privilegios, ó bien unidas unas á otras en fusion incompleta, se resentian del artificio político con que estaban trabadas, conservando cada cual su antiguo estatuto y su primitivo carácter. La poca concordia que durante la edad media habian guardado entre sí los cristianos españoles, si bien apaciguada ahora bajo la dependencia comun, no dejaba de manifestarse de cuando en cuando en anhelos de diferenciarse unos de otros, en teson por mantener cada cual los derechos y fueros de su tierra, y en otros motivos de pundonor provincial ó de quisquillas populares. Cosa asaz dañina para el buen mantenimiento de un gobierno monárquico y unitario, pues la máquina de los asuntos interiores se mueve entonces con la torpeza y estravío de una rueda cuyos radios no fuesen iguales, no pudiendo haber unidad de medida donde hay tizon de privilegios y discordancia en los gobernados.

Así hemos visto que la voluntad de la nacion no era una ni para obedecer ni para oponerse; que en cada region se trataban las cosas de diferente manera, resistiendo en unas partes lo que se apoyaba en otras, y que lo que se aceptaba en Castilla, por ejemplo, era ocasion de revueltas y disgustos en Cataluña. Y gracias á que el carácter español no pecó nunca de insubordinado ni de levantisco; que si no, ¿qué brazo pudiera ser bastante poderoso para tejer buena trama con tan discordes hilos, realizando el imposible moral de dar fuerza y solidez á una especie de monarquía federativa?

La division entre las clases, natural consecuencia de la antigua diversidad de origen y de méritos, formaba además entre unos y otros un valladar diversificado en gran manera segun la varia constitucion de cada pueblo: resultaba de esto mas bien una peligrosa confusion que una regular escala de gerarquías, fomentando la altivez con mengua del comun respeto, y dando lugar á luchas en que la pugna de las voluntades y acaso el derramamiento de sangre no eran mas que un signo aciago precursor de las futuras desgracias; porque no habia nadie que saliera ganoso de estos debates. El magnate, díscolo y altanero, si bien muy contenido entonces por la mano severa é inteligente de los reyes Católicos, habia decaido algo de su primitivo carácter, y ya no se revolvia con tanta frecuencia contra el poder real, como en los tiempos de Pedro el Cruel y de Enrique el Impotente. El pueblo que empezaba ya á conocer sus derechos, aceptaba sin embargo con gratitud la importancia que se dignaban darle, y sin estallar en odio abierto contra la nobleza opresora, pagaba con exactitud y dignidad sus moderados impuestos, y agrupado en torno de una corona que lo protegia contra exacciones y tiranías subalternas, respetaba á los hidalgos y amaba á los monarcas. Los ayuntamientos se dirigian con moderacion y desinterés, el mérito vislumbraba un porvenir de recompensas, el trabajador tenia fe en el producto de sus manos, el aventurero pobre y codicioso se recreaba soñando con los tesoros de América, la corte pasaba con generosa economía, y los tributos, si bien mal repartidos, no eran tantos que sirviesen de apremiante gravamen, ni tan escasos que favoreciesen la holganza.

Con la total espulsion de los moros de España, quedó en ella una clase de gente de dudosa religion y de adversa fortuna, que apegados al suelo que los habia visto nacer, donde radicaban sus bienes y donde descansaban los huesos de sus padres, prefirieron mentir adhesion al Cristianismo á ir á terminar sus dias bajo el inclemente suelo de África. Estos pues, mal desmentida con el bautismo su antigua creencia, quedaron en España bajo el nombre de moriscos ó cristianos nuevos, que se daba á todo convertido, y contribuyeron mucho al desarrollo de nuestra agricultura y al esplendor de nuestra industria con el trabajo de sus manos y la práctica de lo que habian aprendido de sus mayores. El gobierno empero, los sujetó á minuciosa investigacion sobre su piedad y costumbres, y no los miró nunca con muy buenos ojos, de cuya conducta se originó despues una serie de desgracias tan mal terminadas como tristemente seguidas. Y este recelo con que se miraba á los moriscos, aunque algo impolítico en el modo de manifestarse, era muy natural en una nacion á quien los mismos sucesos de su historia habian contribuido á revestir con el doble carácter de piadosa y guerrera, y que, acostumbrada á odiar á aquellos hombres por espacio de muchas generaciones, los miraba ahora con soberbia como á vencidos y con displicencia como á apóstatas. Un rey católico y una gente devota hasta la supersticion no podian mirar con agrado á quien no se sometiera de todo corazon á su creencia. Por aquel tiempo se estableció en nuestra península el tribunal del Santo Oficio, azote de apóstatas, moriscos y judaizantes, que convirtiendo la cruz de la caridad en hacha de venganza, manchó con no poca sangre la historia de nuestra religion. Severo anduvo dicho tribunal desde su principio; pero es de creer que el pensamiento no fue tan depravado como su espresion, atendido el magnánimo corazon de Isabel y la singular prudencia de Fernando; ¿pero qué institucion hay que manejada con bastardas miras no se pervierta, y mas si se deriva del triste principio de la intolerancia? Instituyóse tambien por aquel tiempo la Santa Hermandad, compañía de gente armada que se destinó á velar por la seguridad de los caminantes contra las fechorías de bandidos y de señores, pues en los anteriores reinados no se descuidaban muchas veces los segundos en ejercer el menguado oficio de los primeros. Consolidóse el poder real uniendo á él los maestrazgos de las órdenes militares y la provision de patronatos eclesiásticos. La administracion de justicia se ejercia todo lo mejor que podia consentirlo la imperfeccion y desigualdad de los códigos.

El descubrimiento de América vino á abrir un vasto y magnífico campo á la actividad española en reemplazo de la terminada lucha contra los musulmanes. La poblacion española se disminuyó mucho en poco tiempo, desembarazándose de un gran número de gente inútil y aventurera, y tambien de algunos hombres útiles y trabajadores, con bien del órden por una parte y con daño por otra de la agricultura é industria peninsulares. Cundió por todas partes la sed de oro, de conquistas y de aventuras; Cuba, la Española, y aun mas los países desconocidos del interior de América se ofrecian á los ojos del vulgo y de los caballeros como un país encantado y opulento; disfrazábase la codicia con el pretesto de difundir el Cristianismo por aquellos paises; multiplicáronse las escursiones, y un buen éxito entre cien desengaños bastaba para mantener viva la confianza y el entusiasmo en aumento. Corto fue el provecho que se sacó al principio de aquellas conquistas, consistiendo sólo en el algodon y los granos de oro que se exigian como tributo á los indios débiles, perezosos y maltratados; pero sustituido al trabajo de estos el de los negros, mas robustos, diligentes y sufridores,

estendida la poblacion, esplotadas las minas y fomentada la agricultura, crecieron en inaudita proporcion las ganancias. Solo el cultivo de la caña dulce produjo tanto, que se solia decir vulgarmente en España que los magníficos palacios de Carlos V estaban labrados con el azucar de la isla Española (Santo Domingo.)

La poesía y las bellas artes tomaron poco incremento á principios del siglo xvi. Las coplas llamadas de Mingo Revulgo, debidas á la pluma de Hernando del Pulgar, coronista de los reyes católicos, fueron el último bostezo de la literatura del siglo xv. Corrian con mucha boga los antiguos romances populares, forma de poesía tomada á los árabes, y aplicada á todos los asuntos y en especial á la historia. Usábase por los poetas de nota el magestuoso aunque monótono alejandrino, así llamado por haberse escrito en este metro un antiguo poema sobre la vida de Alejandro el Grande. Habíanse adoptado tambien para las canciones las formas de la literatura provenzal, de la que sin duda proceden nuestros versos de pié quebrado. En las ciencias floreció en grado superior el erudito Antonio de Nebrija, tambien coronista de los reyes Católicos. Por lo demás, el estudio de la teología era el mas cultivado en España; en ciencias estábamos muy rezagados, y cuanto conociamos en letras humanas se lo debiamos á los árabes, infinitamente superiores á nosotros en ilustracion, y que no contentos con conservarnos los conocimientos de la antigua Grecia, nos infundieron su poesía y sus adelantos posteriores en todo ramo, siendo el latin, á la sazon lengua sabia, de la que usaban mucho los árabes y á la que únicamente sabian acomodar los cristianos las elegancias de la pluma, ancho arcaduz por el que se nos trasmitian las ideas desarrolladas bajo la proteccion de los califas y sus sucesores.

CAPITULO II.

España durante el siglo xvi.

El próspero impulso dado á nuestra monarquía la hacia caminar viento en popa al supremo dominio sobre las naciones. ¿Por qué cayó de tan alta grandeza en tan profundo abatimiento? ¿Por qué tomaron sus negocios direccion tan torcida? Obra fue esta ejecutada en el siglo xvi, y llevada á cabo en el siguiente, obra cuyos progresos vamos á seguir y enumerar con la rapidez y superficialidad que ocasionan los estrechos límites á que nos hemos de reducir.

Estinguida la sucesion masculina de las casas de Aragon y de Trastamara, vino á parar nuestra corona en poder de la dinastía austriaca. Nada diremos del reinado de Felipe I, reinado tan insustancial como el personaje que lo representa, y mas allá del cual siguió ejerciendo su influencia Fernando V de Aragon: vamos á los reinados posteriores de Carlos I, y de Felipe II, que comprenden casi todo el periodo del siglo xvi, desde 1516 hasta 1598. El hijo de Felipe el Hermoso, favorito mimado de la fortuna, vino á España sin conocer ni él ni sus consejeros el carácter, los intereses y las necesidades del país que iba á gobernar. Llamado despues á Alemania por el voto de los electores y los vuelos de la propia ambicion, dejó en jaque una corona que con tanta esplendidez y dicha habia de brillar sobre sus sienes, por alcanzar la imperial tan cercada de restricciones, disgustos y rebeldías; pero que ofrecia grandes atractivos á los ambiciosos en mayor escala por el augusto título de *sacro romano imperio*, herencia de los Césares y natural reclamo de los pontífices; por la posicion central y respetable aspecto de aquellos estados, centro de la cristiandad si Roma habia de ser la cabeza; por su vasto territorio, grandes fuerzas, antiguas pretensiones y suma preponderancia social. Asi fue que Carlos I, en cuanto obtuvo la posesion de aquel pomposo título, ensanchó desmedidamente el círculo de su ambicion, y empezó á soñar nada menos que con un imperio europeo, del que España por errada política no habia de ser el centro social. Era esto un imposible, y mas todavía por los medios que él puso en juego. Encontróse cara á cara con Francisco I, enconado y personal émulo suyo, hombre de mas valor que entendimiento, y gastó casi toda su vida pública en la lucha con este monarca, apelando ambos ora á poderosa fuerza, ora á bajas intrigas, ora á provocativas amenazas, recayendo sobre los dos reinos todo el peso de la inútil y larga porfía de sus señores. Vaciló tambien en Alemania la fuerza moral del imperio á causa del cisma de los protestantes y de la consecutiva rebelion de muchos potentados, males que cada vez iban en aumento, y contra los que no bastaban ni halagos de contemporizacion ni medidas de resistencia.



Ambrosio Spínola.

Y á todo esto, ¿en qué estado se hallaba España? En primer lugar la codicia y la rapacidad de los flamencos que vinieron aquí con el jóven rey, la habian despojado de la mayor parte de sus tesoros con tal inmoralidad y gravámen, que todos los ánimos estaban exasperados, y entre el vulgo se solia decir el siguiente refran, alusivo á las avarientas estorsiones del señor de Chiévres, preceptor y privado de Carlos:

Doblon de á dos, norabuena sedes,
pues con vos no topó Xebres.

Hacíase un tráfico inmoral de cargos y oficios; dábanse las principales dignidades á los extranjeros, en mengua de los españoles, y todo con mucho dolor y rabia de estos. Carlos, poco amante y poco amado de sus súbditos, obedeciendo tan solo al ciego impulso de su ambicion y de su vanidad, desatendió las legítimas quejas de sus gobernados, no se cuidó de

unas heridas que entonces tal vez hubiera sido fácil curar, y se aplicó tan solo á hacer que le votasen las córtes enormes sumas de dinero á título de donativo, mucho mayores de lo que hasta entonces habia acostumbrado pagar una nacion que aplicaba suma economía á los gastos de sus monarcas. Estas sumas consagró el mal aconsejado Carlos á fomentar sus particulares intereses, á cohechar á los electores para que le vendiesen sus votos, y á presentarse entre los alemanes con el fausto que reclamaban su orgullo y su gerarquía.

Sucedió, en fin, lo que era natural que sucediese: la nacion insultada, abandonada, empobrecida, harta de sufrir y de reclamar en vano, se declaró contra un estado de cosas tan absurdo, y apeló á las armas, última razon de los reyes y tambien de los pueblos. De aquí la guerra de las comunidades. Sabidos son sus trámites y su desenlace, cuya narracion por ahora no será cargo de nuestra pluma. El pueblo se armó y se organizó, ofreciendo mentidas apariencias de órden á pesar de su exasperacion tumultuaria, tomando por salvaguardia legal de aquellas revueltas el nombre de la madre de Carlos, retirada en Tordesillas é imposibilitada de reinar por el estravío de su razon, y pidiendo en fin que tornara á quedar todo como se hallaba á la muerte de Isabel la Católica con algunas cortapisas para impedir futuros desafueros.

Cortó estos trates la violencia é imposibilitólos el intimidamiento, cerrándose así el camino de la paz por medio de las negociaciones. La nobleza se unió á la corona, no tanto por convencimiento de que así convenia á sus intereses, cuanto por desden hácia el pueblo, y repugnancia á unirse con él y someterse á la autoridad de los jefes revolucionarios. A pesar de eso, no combatió muy á gusto contra los comuneros, con quienes la ligaban vínculos de comun queja y provecho; pero la plebe cobró tanto aborrecimiento á los nobles, que tomó especialmente contra ellos las armas que al principio habia empuñado para defender su derecho contra el poder real. Flaqueó el organismo de la revolucion, bastardeóse esta, y terminó al fin en triste catástrofe como todas las cosas que toman mal giro desde su principio. En esta lucha se cimentó el poder real á fuerza de resistencia y de rigores, y el pueblo perdió gran parte de sus libertades, sin que saliera por eso ganosa la nobleza ni satisfecho el clero. Todo lo contrario, el influjo de las córtes fue decayendo, y mas adelante, con motivo de haberse negado á las exigencias pecuniarias del rey, fueron aniquiladas, primero moral, y luego físicamente, empezando el desmoche de sus brazos por el clero y por la nobleza. Así obtuvo esta el premio de su adhesion á la corona.



Doña Margarita de Austria, mujer de Felipe III.

¿Pero cómo doblar el cuello de los orgullosos magnates? El emperador no era un Fernando el Católico ni un Cisneros, y fracasó en esta ardua empresa. Los grandes de España sirvieron de rémora á sus tendencias despóticas, y no pocas veces vió Carlos V humillada ante ellos su vanidad, y se rebajó hasta halagarlos, ya que le era imposible establecer sobre ellos absoluto imperio.

Cuando empezaron las guerras en que anduvo envuelta Europa por aquel tiempo, guerras que de todo tenian menos de nacionales, España suministró para ellas un crecido contingente de sangre y de tesoros.

Carlos, atento solo al interés de su persona, duro con su patria é insensible con sus gobernados, no vaciló en comprometer á estos en una porfiada lucha, de la cual, tras mucha sangre vertida, gastos y sufrimientos, fue estéril la gloria y escasa la ganancia. La formidable infantería española y los tesoros que empezaban á venir de Ultramar se gastaron sin fruto ni esperanza en aquel múltiple y desigual combate. El español, de por sí desinteresado y noble, se contentaba con la recompensa de una gloria mal repartida, y corria bajo la direccion de capitanes extranjeros á hacerse matar en Africa, en Francia, en Italia,



Felipe III.

en Alemania, en Hungria, sirviendo á una causa que casi nunca era la de su patria, y recogiendo unos laureles que le disputaban con mas ó menos razon italianos y tudescos. Entretanto la agricultura estaba falta de brazos, paralizada la industria por falta de estímulo, y amedrentado el comercio en el interior por el mal estado y poca seguridad de los caminos, y en el Mediterráneo por las piraterias de los corsarios berberiscos.

No así en el Océano: el descubrimiento de las Américas habia mostrado grandes recursos por aquella vía, por la cual se lanzaban aventureros de todas clases en busca de un soñado Eden de opulencias y maravillas, y venian á la península metales preciosos y otros productos de aquellas fértiles regiones. Sevilla era el foco de tan gran movimiento; el punto adonde aportaban todas las riquezas y se habian dado cita mercantil todas las naciones. *Sevilla,* decia Moncada, *es el puerto principal de España: allí van todas las mercaderias principales de Flandes, Francia, Inglaterra é Italia..... Sevilla es la capital de todos los comerciantes del mundo. Poco ha la Andalucia estaba situada en las estremidades de la tierra; pero con el descubrimiento de las Indias ha llegado á estar en el centro.*

Aquella riqueza empero fue mal administrada, aquel movimiento mal dirigido, convirtiéndose de este modo en fuente de ruina lo que debiera ser elemento de prosperidad. Por una doble desgracia, desarrollóse en alto grado el lujo al mismo tiempo que decaia la industria: hicieron á esta heridas mortales la emigracion al nuevo mundo, el servicio militar y el desden con que solia mirarse á los artesanos; males que fueron agravándose durante todo aquel siglo hasta de generar al cabo en irremediable postracion.

Felipe II siguió otra política mas tortuosa, y tan desacertada y egoista como la de su padre: como rey pacífico dejó á la industria algun desarrollo apa-

rente; pero sobre aumentarse el despotismo y la intolerancia, humillando hasta los grandes de España su dignidad moribunda y el pueblo sus murmuradoras pretensiones, acaecieron sendos desastres en aquel reinado, que lo harán, para los que piensan, lamentable, por mas que la historia lo engalane con los nombres de San Quintin, Lepanto y Gravelinas. De las victorias no se sacó ningun partido, mientras que nos vino mucho mal de los reveses. El desastre de la Invencible marchitó para mucho tiempo la flor de nuestra marina, y gracias á la torcida é inflexible política del gobierno, emancipóse la Holanda, y Bélgica, durante luengos años de tenaz resistencia, nos hizo pagar en sangre y lágrimas los rigores del duque de Alba y los malos acuerdos de Felipe. Entablóse un sistema de corrupcion que agotó de mala manera nuestros tesoros; confundióse la piedad con la intolerancia, y tocóse por todas partes el deplorable resultado de esta confusion: en fin, el monarca, que mereció de los extranjeros el título de *demonio del mediodía*, no tuvo alcances ni aun para hacer refluir en beneficio de los de dentro el odio que le mostraban los de fuera. Portugal quedó en verdad atado á nuestra monarquía; pero con lazos tan flojos, que se desató por sí mismo en cuanto halló ocasion oportuna, causando al separarse más daño que bien habia causado al unirse. En Africa, donde mas nos convenia el buen éxito de la lucha, fueron siempre desgraciadas nuestras armas. Mucha inercía y mucho egoismo eran menester para conseguir tan poco con tan buenos elementos!

A todo esto, el estado interior de la Península no podia ser peor: consumíanse en cuanto llegaban los tesoros de América para sostener los desaforados gasgos de la corona y de sus tenebrosos agentes, apelábase á los medios mas gravosos y repugnantes para sacar dinero al esquilmado pueblo; hallábase envilecida la representacion nacional, la tiranía erigida en sistema, despreciadas ó perseguidas las clases mas productoras, y acumulada casi toda la propiedad en manos de la nobleza y del clero con gran mengua del bienestar comun y perjuicio del erario. En suma, España era á la sazon como una montaña hueca y minada por el fundamento, sobre la cual se hubiera echado cascajo y sembrado laureles: pronto llegó el tiempo en que faltando á la montaña su carcomida base, derrumbóse con gran estrépito y lástima, mostrando á todos á lo que habia quedado reducida por la mano egoista de dos hombres la obra magnífica de Fernando é Isabel. No de otro modo puede esplicarse cómo fue tan súbita la ruina despues de haber sido tan grande la elevacion, porque bien mirado, no sufrió España creciente decadencia sino pronta y necesaria caida.

El siglo XVI fue fecundo para la literatura española: leve consuelo de tan grandes desgracias. Los rigores inquisitoriales á la verdad, coartaron ó intentaron coartar el desarrollo de las letras, y castigaron como impiedad el estudio de las ciencias. Estas, pues, progresaron poco, estraviándose la erudicion por los senderos del ergotismo y de la pedantería. En cambio la crónica, sacada de sus estrechos límites por Florian de Ocampo, escritor tan erudito cuanto difuso y crédulo, y engrandecida aun mas por el sencillo y concienzudo Ambrosio de Morales, se despojó, digámoslo así, de su antigua corteza, y quedó convertida en historia bajo las plumas de Mendoza y de Mariana, que revistieron la narracion con la forma mas pura de los clásicos latinos. Como cronistas figuran tambien Zurita, Garibay, Sandoval y algun otro; hombres todos de gran erudicion, si bien el segundo mereció por su falta de crítica las reconvenciones de sus contemporáneos, y el mismo Sandobal lo cita alguna vez para deshacer su dicho. Verdad es que la crítica no solia ser dote de aquel siglo, ni del siguiente tampoco, llegando hasta el esceso la credulidad y la aficion á acumular pormenores, todo lo cual estaba muy en la índole de los tiempos. Florian de Ocampo habla de yeguas fecundadas por el viento y paridoras de potros ligerísimos, y todos, hasta el grave y sesudo Mariana, no titubean en deslucir la narracion con milagros, consejas y puerilidades.

En la bella literatura empezó á dominar el gusto italiano. El endecasílabo, importado de Italia por Boscan y Garcilaso, marcó una nueva era en la historia poética. Sobrevivió el romance nacional, inmensa epopeya de nuestras antiguas tradiciones, pero sucumbió el alejandrino á pesar de la obstinacion de sus defensores. Garcilaso de la Vega, petrarca español y embeleso de nuestras musas, creó una nueva escuela, y supo sacar partido cual ninguno de las galas y bellezas de nuestra lengua. Vino tras él con superior entonacion el magestuoso Herrera, aunque algunas veces defectuoso y vano, notable casi siempre por la sonoridad de los versos, lo robusto de la diccion y lo solemne de las imágenes; siguiéronle Rioja, grave, sublime y tierno, lo mismo en sus epístolas que en sus elegías, Fr. Luis de Leon, el piadoso, y Santa Teresa de Jesús, la enamorada de Dios. Entre los épicos figura Ercilla, autor de un poema, ó mas bien de una historia rimada de la rebelion de los araucanos, que abarca desde la muerte de Valdivia hasta la de Caupolican.

El 9 de octubre de 1547 nació en Alcalá de Henares el fénix de los ingenios y la delicia de los lectores, el ilustre Miguel de Cervantes Saavedra, tan favorecido por la naturaleza como maltratado por la suerte, el cual, tras una serie de aventuras y de mudanzas, ora soldado, ora cautivo, ora escritor, ora agente de negocios, pero nunca feliz, luchó con su ingenio para componer muchos versos medianos y algunos buenos, inauguró la novela original española, á imitacion de la italiana, y acabó de ganar la inmortalidad con su *Ingenioso hidalgo*, publicado á principios del siglo siguiente, y para cuyo elogio basta solo citar el prodigioso número de sus ediciones, y el general aplauso con que fueron recibidas, en cuanto cedieron los embates y murmuraciones de la preocupacion y de la envidia.

Otro nuevo ramo de la literatura tuvo origen é incremento por aquel tiempo. El drama, importado tambien de Italia, inaugurado toscamente por Juan de la Encina, popularizado por el gusto de todos, y engrandecido por Fernando de Rojas y Rodrigo de Cotta en la célebre tragicomedia intitulada *Calisto y Melibea*, fue cultivado á porfia por todos los ingenios de la época, adquiriendo en poco tiempo considerable desarrollo. Empezáronse á traducir y españolizar las obras maestras dramáticas de la antigüedad docta, gracias á los talentos y esfuerzos de Perez de Oliva, Pedro Simon de Abril, Juan de Malara y otros. Separóse de este clasicismo Torres Naharro en su *Propaladia*, con lo cual tuvo principio el drama verdaderamente español, acabando de caracterizarlo el ingenioso y libre Lope de Rueda.

Cervantes tambien dedicó su pluma al teatro, de lo que son buena muestra *Numancia*, *La casa de los zelos*, *La batalla naval*, *La Jerusalen*, *La confusa* y otras muchas, que fueron publicadas con gran éxito, aunque muy pronto quedaron ofuscadas por la asombrosa fecundidad y brillantez de Lope de Vega. Este *mónstruo de la naturaleza* y *fénix de los ingenios españoles*, como lo llaman sus contemporáneos, nació en Madrid en 1654, y empezó desde muy temprano y con inagotable profusion á dar piezas al teatro, al cual monopolizó en breve. Aunque este escritor pertenece en gran parte al siglo de que nos ocupamos, hablaremos de él sin embargo cuando tratemos de la literatura en el siguiente, ateniéndonos mas bien al carácter de sus escritos que á la fecha con que vieron la luz pública. Hasta entonces el mecanismo de las

representaciones habia sido grosero y tosco en demasia, segun puede ver el curioso que lea el *Viage entretenido* de Rojas.

Al mismo tiempo que las letras, tomaban remontado vuelo las artes, atraidas de Italia por la gloria y las riquezas españolas. Bajo la direccion de los que habian aprendido en aquella península formáronse en España escuelas de pintura, que pronto dieron ópimos y lucidos frutos. Entre los imitadores de la escuela flamenca descollaron Juanes, Coello, Pantoja; entre los introductores del estilo italiano, Céspedes, Morales, Navarrete y otros. Juan de Juanes creó la escuela valenciana, á cuyo nombre se asoció la gloria de Rivera; el Greco la de Toledo, que despues pasó á Madrid, siendo Coello su mejor ornamento; pero sobre todas descuella la de Sevilla, que despunta con Vargas, Villegas y Campana, para engrandecerse mas adelante con Cano, Zurbarán, Velazquez y Murillo. La arquitectura y escultura, menguada esta y afectada y plateresca aquella durante el reinado de Carlos I, hallan campo donde desarrollarse con la construccion del Escorial: Toledo y Herrera suplen algunas veces la belleza á fuerza de severa magnificencia; el estilo romano se sobrepone al gótico; Berruguete y Becerra, artistas de gran talento y de esmerada ejecucion, aplican los primores del cincel á sus creaciones arquitectónicas, y dedicándose á las tres nobles artes, obtienen triunfos en todas ellas. La música, al par que sus amables hermanas, se desembaraza de las trabas del cánon, y aplicada esclusivamente al servicio de las iglesias, se engrandece en copiosas armonías, siendo Gomez y Ortells los que empezaron á llevarla á la altura que alcanzó en el siglo subsiguiente.

La gloria sola era la que favorecia aquel tan noble vuelo de la inteligencia. La fastuosidad del monarca remuneraba los trabajos del artista, por mas que aquel no tuviera de Mecenas mas que el orgullo. En cuanto á las letras no alcanzaron tanta proteccion, si bien hubo algunos magnates que se interesaron por ellas, y aun el mismo rey pareció complacerse en sus progresos. De Carlos I se refiere que, habiendo muerto Garcilaso de la Vega en la espugnacion de una torre cerca de Niza, irritado el César por aquella desgracia mandó ahorcar á todos los defensores de la fortaleza. Désele á este hecho la interpretacion que se quiera: lo cierto es que Carlos I estaba muy lejos de deleitarse con bellezas poéticas. La Inquisicion, como mas arriba queda dicho, sirvió de rémora al progreso literario, prohibiendo unas obras, mutilando otras, y persiguiendo de cuando en cuando á los autores. Felipe II al fin de su vida prohibió la representacion de comedias; pero fue breve este silencio de los teatros, y Talia y Melpómene volvieron á lucir públicamente sus galas. Los recuerdos de Juan de Mena se aunaban á veces con las imitaciones italianas, dándole un carácter original á la nueva rima en que con mas frecuencia se espresaban nuestros poetas. España en fin, brillante por todos estilos, vencedora en armas, fecunda en ingenios, abundante en artistas, ocultaba su interna llaga con tan pomposas esterioridades, y se cubria con un manto de gloria, mientras iban gangrenando su seno una perversa política y una depravada administracion.

CAPITULO III.

Principio del reinado de Felipe III.

Muerto Felipe II el dia 13 de setiembre de 1598, sucedióle en edad muy juvenil aun su hijo Felipe, Tercero del nombre en la sucesion de los monarcas españoles, siendo su ensalzamiento mirado por todos con alegre semblante, mas por gusto de mudanzas que por esperanza de mejoría. En efecto, el carácter del nuevo rey no era á propósito para que sobre él se pudiesen formar ilusion alguna los pensadores; manso, apocado, no muy largo de inteligencia ni muy aficionado á la direccion de los negocios, el heredero de Felipe II era el peor regalo que en tan críticas circunstancias pudiera el cielo hacer á nuestra península. Bien lo conoció aquel anciano rey, y así murió con la tristeza de no poder trasmitir á su hijo el vigor suficiente para la ejecucion del ambicioso y desacertado pensamiento, cuyo hilo, con mas ó menos modificaciones, habia cogido él mismo de manos de su padre el emperador. Felipe III, sin ninguna idea política, sin ninguna dote de gobierno, esclavo de su debilidad y juguete de sus supersticiones, empuñó con mano vacilante y flaca el pesado cetro de las Españas, y fue bien acogido al principio por sus vasallos, que esperaban por fin poder respirar con alguna libertad despues de la opresion en que los habia mantenido la férrea mano de Felipe II.

No supo aprovecharse el nuevo rey de esta disposicion de sus súbditos. Dedicado siempre á prácticas piadosas, muy buenas cuando no roban el tiempo á los deberes de un hombre que tiene que responder á Dios por muchos, mandó trasladar la córte á Valladolid, no mas que por la comodidad de sus devociones, y cinco años despues volvió á establecerse en Madrid, no muy á su gusto, sin consultar para nada en uno ni en otro caso las prósperas condiciones que debe tener una capital. Aquella fue la única medida que tomó el rey por sí, medida tan estéril en sus resultados cuanto ridícula en sus motivos. Para todo lo que concernia á la gobernacion interior del reino y al manejo de los negocios de fuera trató de buscar un valido que arrimase el hombro mal ó bien á tan grave carga, interponiendo de este modo entre sí y la nacion un poder caprichoso y aborrecido, y turbando por su capacidad é indolencia las buenas disposiciones que por casualidad mostraban generalmente hácia el monarca. Fijóse su vista para tan triste y codiciado cargo en don Francisco de Rojas y Sandoval, marqués de Denia y duque de Lerma despues por la munificencia de Felipe: elevaron al marqués á la altura de la privanza, no sus meritorias prendas ó sus buenos servicios, sino sus brillantes esterioridades, peligroso cebo de las almas débiles.

Este privado, incapaz á su vez de mantener por sí solo el cargo de gobernante, hizo su inspirador y confidente de uno de sus servidores domésticos, don Rodrigo Calderon, nombrado despues marqués de Siete-iglesias, hombre de procedencia hidalga, pero ilegítima, dotado no mas que de alguna habilidad, mucha suerte y sobrada codicia. De este modo se vió regida la nacion por un valido de otro valido; caso raro en la historia y escandaloso para todos los buenos. El de Lerma gobernaba; Calderon le prodigaba á diestro y siniestro sus inspiraciones, poniendo mano tambien en muchos negocios, y el rey en fin, rueda inerte de aquella máquina gubernativa, apoyaba aquella union con el prestigio de su nombre, reducido á ser, como le llamaba el duque de Osuna, el tambor mayor de la monarquía. De tan dislocado régimen procedieron infinitas quejas y agravios: la altiva nobleza castellana miraba con menosprecio al oscuro Calderon, y se resentia mucho de verse forzada á tratar con él de igual á igual; odiaban todos al valido, y en cuanto al rey, trocáronse fundadamente en profundo desden las muestras de estimacion y cariño con que habian acogido á Felipe III sus ya desengañados vasallos. De aquel ridículo triunvirato no podia resultar sino una direccion torcida y vergonzosa: el duque de Lerma sacrificó los intereses de la nacion á los propios y á los de su familia, repartiendo entre los individuos de esta los principales cargos y honores, sin cuidarse de tapar la boca á los quejosos ni de cohonestar con pretestos decentes el escándalo de su conducta. Rodrigo Cal-

deron por su parte, clave oculta y central de aquella bóveda de corrupcion, soltando desde su altura las riendas á su codicia y vanidad, vicios comunes en la gente baja y poco merecedora de elevarse, fatigó con sus exigencias á los que con su hinchazon no sacó de quicio: su antesala estaba mas llena de gente que la de su amo, y mucho mas por supuesto que la del rey, pretendiendo unos y lisonjeando otros, celebrando aquellos mercado de memoriales y acrecentando estos con rastrera humildad la soberbia del improvisado marqués. Así iba el infeliz Calderon resvalando entre los vapores del incienso y las caricias de la fortuna hácia el abismo en que se hundieron su honra, su poder y su vida, sin que de él quedase mas memoria que acusaciones de quejosos, elogios retractados de lisonjeros, é inmensas riquezas que sirviesen de testimonio contra su moralidad. El sistema inquisitorial seguia entretanto con el mismo vigor que en tiempo de Felipe II.

La política esterior no era por cierto mucho mas acertada que la interior. Depravada, corruptora y pretenciosa, contribuia mas á menguar el crédito y la dignidad española, que á robustecer la ancha base sobre que aquella estaba asentada por la victoria. España, por medio de sus ministros, entabló formales solicitaciones sobre la Bohemia, la Hungría, la Valtelina y la Saboya: el oro corria profusamente para favorecer maquinaciones indignas y para sobornar potentados extranjeros, mientras el comercio y la industria gemian agoviados bajo el peso de los mal repartidos impuestos, y mientras los caudales que nos venian de América se disipaban al momento en lujo estéril ó en deshonroso tráfico. De aquí resultaba una gran prevencion de toda Europa contra el gobierno español, prevencion que, si habia estallado en tormentas de odio contra el poderoso Felipe II, descendia ahora hasta la forma del desprecio en vista de los dispendiosos esfuerzos de su mezquino descendiente. Las pretensiones desmesuradas del fundador del Escorial empezaban á ser mal acogidas en vista de la flaca mano que las apoyaba, y si bien España conservaba aun ante la Europa su aspecto imponente y respetable, decaia rapidamente del concepto que á todos mereciera, triste efecto de las graves y repetidas faltas de sus directores. Es verdad que por aquellos tiempos adquirió el gobernador de Milan, conde de Fuentes, el principado de Final, y que en América lucian honrosamente nuestras armas y se estendian con gran provecho nuestras posesiones; pero estas ventajas no bastaban ni con mucho á compensar las pérdidas que nos ocasionaban ingleses y holandeses, cómo mas adelante veremos. El Austria se negó á las cesiones exigidas por el gobernador don Baltasar de Zúñiga, satisfaciendo con promesas y buenas palabras á los que no queria contentar de otro modo.

Entretanto, reinaba en la península una estremada miseria, hija de la falta de proteccion y de cuidado. Las grandes sumas que se invertian en mantener en todas partes un partido que asegurase la supremacía española habian agotado nuestro numerario, base única y esencial de la riqueza de los estados, segun las doctrinas económicas que se profesaban entonces. El duque de Lerma pensó poner remedio á esta crísis alterando la moneda: detestable medida, puesta en planta varias veces, y siempre con dudoso éxito. Los resultados de semejante providencia fueron en esta ocasion los que no podian menos de ser: tomóse el efecto por la causa; atribuyéronse á la escasez del numerario resultados que solo debian atribuirse á la escasez de la produccion y á la ignorancia administrativa, y de aquí provino que sufrieron un golpe mortal todos los valores. Prohibióse la esportacion de los metales preciosos, y se pensó, por dictámen del Consejo de Castilla, en reducir á moneda la joyas de oro y plata; pero rechazada por los ricos esta medida, se le dió al numerario un valor nominal inferior con mucho á su valor intrínseco, lo que dió ocasion al encarecimiento de los géneros, á la paralizacion de la industria, y á la introduccion subrepticia de grandes sumas de dinero extranjero de ínfima calidad, con el que en poco tiempo se infestaron nuestros mercados.

Entretanto nos acosaban grandes cuitas por la parte del Norte. Felipe II, como es sabido y ya queda dicho en la relacion de Miniana, habia hecho cesion de los estados de Flandes al archiduque Alberto, esposo de su hija doña Isabel, si bien declarando dichos estados reversibles á la corona de España, y poniendo á la cesion tales condiciones, que no quedaba por ella sino alterada mas bien que enaltecida la forma del vasallaje. Turbaba además el sosiego del archiduque la proximidad hostil de Mauricio de Nassau, que habia heredado de su padre el odio, el valor y la constancia, y que puesto en acecho de aquellas tierras de la Bélgica, estaba pronto siempre á chocar con sus fuerzas holandesas contra todo lo que procediese del gobierno de nuestra península. A poco de haber entrado Alberto en su nuevo dominio, se vió comprometido por la desercion de sus mismas tropas, que le abandonaron en gran número, yendo á aumentar las fuerzas del de Nassau, movidas por la falta de pagas, achaque comun de los ejércitos que militaban á nuestro servicio. El archiduque convocó los estados de Flandes en Bruselas y les pidió dinero: negáronselo los diputados, y le propusieron como medio para salir de sus apuros una transaccion con las provincias holandesas; transaccion en cuyos tratos entró el archiduque con repugnancia, y que terminó en rompimiento, segun era de esperar y estaba secretamente resuelto en el ánimo de las partes.

Rompieron las hostilidades los holandeses poniendo sitio á Newport: acudió el archiduque con doce mil hombres á la defensa de la plaza; pero malograde el valor de los españoles por la posicion que torpemente tomaron, terminó en derrota una accion que habia tenido sus preliminares de victoria. Hubo de los nuestros gran pérdida, quedando herido el mismo archiduque y en poder del enemigo muchas municiones; pero no por eso consiguió el Holandés su principal objeto, teniendo que abandonar de allí á poco la plaza contra la cual habia dirigido sus ataques. Consolóse con la adquisicion de Rhimberg y de Grave, entretanto que sus buques perseguian por todas partes á los nuestros, haciendo ricas presas y considerables daños, por mas que las escuadras españolas solian hacerles sufrir de cuando en cuando algunos reveses, insuficiente venganza de las lástimas de nuestro comercio. El archiduque entretanto, deseoso de fijar con un hecho de armas los vaivenes de aquella campaña, puso sitio á Ostende, plaza fortísima y bien abastecida. Defendíala Francisco de Vere, militar bien acreditado. En el primer asalto sufrieron los españoles cruelísima matanza, quedando bastante escarmentados para negarse á efectuar el segundo. Alberto entonces convirtió el sitio en bloqueo, siguiendo así su curso aquella célebre tentativa.

Manteníase á todo esto abierta y enconada la enemistad entre España é Inglaterra, habiendo dirigido aquella infructuosamente sus espediciones marítimas contra esta: la primera fue combatida y dispersada por las tormentas, constantes auxiliares del poder británico, y la segunda, dirigida por el lado de Irlanda para favorecer una sublevacion que habia estallado en aquella isla contra la reina Isabel, no tuvo mejor fin que la otra. Efectuado el desembarco y tomada la ciudad de Kinsale, volvióse la fortuna de la guerra, segun suele acontecer casi siempre, contra los invasores, quedando estos derrotados y forzados

á comprar su seguridad con la retirada. Otra escuadra dirigida por aquel mismo tiempo contra Argel, fue malograda tambien por las borrascas, eternas é irresistibles adversarias de nuestra marina. La muerte de Isabel, reina de Inglaterra, acaecida en 1603, y la elevacion al trono de Jacobo I, hijo de María Stewart y afecto por interés á España, determinaron una gran mejoria en nuestros asuntos, cesando en su consecuencia la guerra, y concluyéndose al año siguente un tratado de paz decoroso, debido á las gestiones del conde de Villamediana.

Continuaba el sitio de Ostende con mas constancia que vigor, cuando vino felizmente á dirigir las fuerzas del archiduque el ilustre Ambrosio Spínola, noble, genoves y esforzado general, que ya habia presentado al gobierno de Madrid un plan para la reduccion de los Paises-Bajos, y cuyo hermano habia muerto peleando por mar contra los holandeses. Encargado Spínola del mando de las tropas, supo captarse la voluntad y escitar el ardimiento de todos, hipotecó su propio caudal para el pago de los atrasos de su gente, y restableció con buen tino y disposicion el sitio de Ostende. Mientras Mauricio, tanto por distraerlo cuanto por aprovecharse del cuidado ajeno, tomaba á Eclase y algunas fortalezas de las inmediaciones. Decidido por fin Spínola á tomar á Ostende por asalto, emprende este y consigue su objeto. no sin gran pérdida de una parte y resistencia de otra. Rindióse la plaza el dia 30 de setiembre de 1604, despues de treinta y tres meses de sitio, y de haber costado aquella empresa mas de cincuenta mil hombres al ejército sitiador. Quedó la ciudad muy deteriorada, como no podia menos de suceder tras sitio tan largo y resistencia tan heróica. ¡Con cuánto mas producto se hubieran gastado nuestras fuerzas en cualquiera otra parte!

Mientras no se abrió la campaña del año siguiente, vino Spínola á Madrid, con el objeto de asegurar la paga de sus tropas descontentas. A su vuelta acabó de coronar su gloria con una serie de triunfos, y retornó á Madrid para lo mismo que la primera vez. La escasez que reinaba en la córte hizo que se desatendiese su justa demanda, negándose los capitalistas á prestar al gobierno lo necesario, sin dejarse persuadir por la exorbitancia del interés que se les ofrecia, como Spínola no respondiese con su hacienda del pago. Hízolo aquel así, y de este modo se obtuvieron recursos con que subvenir al mantenimiento de las tropas, quedando manchado el gobierno en su dignidad y los prestamistas en su virtud y patriotismo.

Volvió á tomar calor la guerra con Holanda, sobreponiéndose nuestras fuerzas, gracias al genio y á los recursos del general; pero los holandeses seguian con la misma decision y constancia que al principio, prolongándose indefinidamente aquel asunto con repugnancia de muchos y cansancio de todos. Por otra parte, las cosas empezaban otra vez á tomar mal giro para nuestra exhausta nacion. Francia se habia declarado abiertamente en favor de la república holandesa, contribuyendo Enrique IV con subsidios á dicha república, y autorizando á los calvinistas para que sirviesen bajo sus banderas. Inglaterra, mas por voto nacional que por voluntad de su rey, empezaba tambien á inclinarse hácia la parte holandesa, y aunque retenida por los lazos del reciente tratado, decidió que se incluyese en su deuda la mitad de los subsidios que el rey de Francia pagaba á los holandeses. Por otra parte el almirante Heemskirk trabó un combate en las aguas de Cádiz con una escuadra española de veinte y una velas mandada por Alvarez Dávila, combate en que perecieron los dos jefes, quedando los nuestros derrotados con gravísima pérdida, y mas aterrado el gobierno con la proximidad del desastre.

Ocupados con la idea de la paz tanto el de Lerma como el archiduque, empezaron los tratos sobre esta, no sin alguna oposicion de parte de Mauricio, que conocia cuanto importaba la guerra para el afianzamiento de su poder. Vencida por medio de una sutileza diplomática la dificultad de España para tratar de igual á igual con gentes que consideraba como rebeldes, discutióse y concluyóse en 1609 un tratado conocido con el nombre de *tregua de los doce años*, en el que se reconocia por el gobierno de Felipe III la independencia de las Provincias Unidas. Aquel tratado impuesto por la necesidad y aceptado con repugnancia puso fin por entonces á la guerra. Hé aquí el orígen de la nacionalidad de Holanda.

Colmó la alegria de la córte en aquel año la jura que se hizo, como heredero de la corona, en favor del príncipe don Felipe, que despues reinó bajo el nombre de Felipe IV, y que contaba á la sazon tres años de edad, hijo del rey y de su mujer doña Margarita de Austria.

Otra espedicion fue enviada en estos años á Marruecos para favorecer al destronado Muley; pero tiradas por una mano mezquina las líneas de aquel proyecto que pudiera ser tan grandioso, se vendieron nuestros auxilios en cambio de la adquisicion de Larache. España no reportó fruto alguno de tal empresa, por haber sido asesinado Muley á manos de un moro fanático.

CAPITULO IV.

Continuacion del reinado de Felipe III.

De un violento y doloroso hecho hablará este capítulo, hecho que, descollando entre los demás de la época, basta por sí solo para dar carácter y nombradía á la historia del monarca en cuestion: quiero hablar de la espulsion de los moriscos. Tomaban este nombre, asi como tambien el degradante de cristianos nuevos, aquellos descendientes de los moros invasores de España, que vencidos á su vez, oprimidos por la intolerancia de los católicos, y sometidos al cruel dilema de abandonar su religion ó su patria, optaron por la segunda, y recibiendo el bautismo, mas bien por necesidad que por conviccion, compraron el triste permiso de permanecer en el país donde nacieron, tragando la amargura de súbditos oprimidos allí mismo donde se habian mostrado tantos siglos como opulentos dominadores. La violencia imprimió torcida direccion á sus sentimientos; la fuerza sustituida á la conviccion se contentó con farsas en vez de verdadera piedad; estableciése de un modo cruel el despotismo de las ceremonias, y aquellos infelices á quienes la sinrazon enemiga escusaba de la ignominia de apóstatas, se vieron forzados á someterse á los procederes mas humillantes y ridículos. Menospreciados como parias, privados de sus trajes, de su lengua, de sus costumbres antiguas á las que tanto se apega la naturaleza humana, violentados en sus sentimientos de familia y de conyugabilidad á fuerza de restricciones inmorales, castigados como doctrinos por la mano del sacristan ó por la lengua del cura á la mas leve infraccion ó descuido de las prácticas religiosas, cómo habian de comprender aquellos hombres las virtudes de una religion basada esencialmente sobre el amor y la tolerancia mutua? ¿Habian de pedir á sus tiranos ejemplos de caridad evangélica ó de inocencia cristiana? ¿Qué mano española habian de encontrar limpia de sangre, qué lengua de injurias, qué corazon de desprecios? Asi fue que se separaron en secreto de una religion que en público se veian en la necesidad de aparentar, y refluyendo en odio todos sus padecimientos, estalló al fin este odio en un grito de desesperada rebelion, que no quedó sofocada sino tras una muy larga y desastrada lucha, y despues de haberse derramado mucha sangre y cometido muchos crímenes por uno y otro partido. Creyóse haber prevenido otro aconteci-

miento de la misma clase por medio de una providencia tan ineficaz como escandalosa: tal fue la de sacar de sus guaridas á los moriscos, y arrojarlos á otras tierras que no conocian, y donde pasaban una vida miserable entre gentes estrañas y crueles. Medida altamente despótica é irritante, que fue por entonces ocasion de muchas lástimas y ruinas. Hé aqui como quedó establecida una barrera insuperable entre dos razas que hubieran podido muy bien vivir unidas, cooperando entrambas al auge y acrecentamiento de la patria comun.

Sentados estos vergonzosos preliminares, ¿cuáles habian de ser los resultados de tan perversa política y de tan mal entendida piedad? Los cristianos nuevos no cesaron de conspirar contra los viejos, favoreciendo las correrías de los piratas africanos y pidiendo apoyo á todos los enemigos de la cruz, y los que no se atrevian á tanto, no por eso dejaban de estimular con sus votos y exhortaciones los secretos manejos de sus hermanos. Puestas en tal estado las cosas, era verdaderamente una necesidad deshacerse de aquella gente á la que no se habia sabido atraer. Era menester cortar el cáncer por no haberlo querido curar á tiempo; de no hacerlo, habia que mantener en el seno mismo de España aquella ramificacion disolvente que iba acrecentándose cada vez mas, penetrando por todos sus poros y sosteniendo en secreto tenaces é irreconciliables enemigos. Bien lo conocieron, aunque tarde, los cristianos viejos, y pluguiera á Dios que hubieran conocido asimismo el modo de poner remedio á aquel mal con mas blanda medicina. Todos, pues, clamaban contra los moriscos y hacian votos públicamente por su espulsion; unos, apoyados en motivos de inconsiderada piedad, y otros dirigidos al mismo fin por mas altas consideraciones; pero todos á una voz y sin asomo de compasion pidiendo lo mismo, que la vision del peligro habia sobresaltado los ánimos, y el fanatismo religioso habia encallecido los corazones.

Decretóse en consecuencia la espulsion de los moriscos; ¡pero en qué momento! Hasta este fue mal escogido. Cuando, despues de haberse celebrado la paz con Inglaterra y la tregua de doce años con Holanda, empezaba por fin la Península á reponerse en su natural riqueza, agotada por un siglo de trabada y dispendiosa guerra; cuando debia aplicarse todo cuidado á las artes de la paz y subvenir á las necesidades públicas con los ingresos del tesoro, dedicado hasta aquella sazon al sostenimiento de interminables contiendas y pretensiones; cuando era en fin mas disculpable la indulgencia que la severidad, en razon á que la lejanía del peligro pudiera enfrenar los ímpetus del cuidado; entonces fue cuando el gobierno dejó caer de golpe su mano sobre aquella raza proscrita, y se privó repentinamente de una parte no despreciable de sus propios recursos, así como el clero y la nobleza, que perdieron tambien el diezmo y los servicios de aquella gente. En todo se pensó menos en cubrir convenientemente aquel vacío. Eran los moriscos gente industriosa y activa, y de su pérdida se resintió nuestra prosperidad mas que de una guerra desgraciada. Devoto el rey, preocupada la córte, favorables al golpe los pensadores, y deseoso el pueblo de verlo consumado, fue determinado por un memorial que presentó don Juan de Rivera, arzobispo de Valencia, y que fue favorablemente acogido por el gobierno. En este memorial, y en otro que sobre el mismo asunto presentó mas adelante dicho prelado, se hizo eco de la opinion corriente, y adujo y esforzó en favor de la espulsion de los moriscos cuantas razones religiosas y políticas se habian emitido de boca en boca ó por escrito en aquellos años. Los nobles de Valencia se opusieron por su interés, aunque con falsos y mezquinos argumentos, á esta medida; pero no consiguieron nada. El edicto de espulsion, concebido en los términos mas duros y absolutos, fue acordado en 1609 y publicado al año siguiente. Los moriscos que pasasen de la edad de cuatro años debian salir de su residencia en el término de tres dias para ser trasladados fuera de España, sin llevar mas trajes ni riquezas que las que pudiesen conducir sobre su cuerpo, abandonando por lo tanto toda su hacienda inmueble en beneficio de sus señores, sin poder deteriorarla antes so pena de muerte. Esceptuábanse tan solo de este rigor algunos pocos elegidos que habian de quedarse para cuidar, hasta la entrega definitiva de las tierras abandonadas y para enseñar á los españoles algunos procedimientos agrícolas é industriales en que estaban muy diestros los moriscos.

En consecuencia de la órden espedida, empezóse á actuar contra aquella desgraciada gente, con gran consternacion de estos y gran licencia y desacato de sus conductores. Embarcáronse de una vez cuarenta mil moriscos en Denia para África; pero despues de haber sufrido en el tránsito muchas rapiñas y estorsiones, llegados allá, fueron muy mal recibidos por los berberiscos, que acogiéndolos con el dicterio de apóstatas, asesinaron bárbaramente á unos, y pusieron en esclavitud á otros. Llegada á España la nueva de aquel desastre, la desesperacion puso las armas en las manos de algunos moriscos de los que habian quedado por acá: hubo dos rebeliones que empezaron con bastantes desmanes, y que pronto fueron reprimidas con inaudita violencia. Por fin, á los tres años, ya no quedaba apenas un morisco en España: en número de un millon ó mas habian abandonado para siempre el suelo que los habia visto nacer. Parte de ellos fueron al África, donde hallaron madrastra la que esperaban madre: otros pasaron los Pirineos y se derramaron por toda la Europa, estendiéndose tambien hasta el Asia, haciendo de este modo presente á todas las naciones el espectáculo de su miseria, y llenando el mundo con las quejas de su aislamiento. La mayoría de aquella turba dispersa fue víctima de los vejámenes que por todas partes sufrieron; el resto llegó á confundirse con la masa general de la humanidad, perdiendo el nombre y los caracteres distintivos de su procedencia.

El hecho que acaba de mencionarse no está bien juzgado todavía, y no será por cierto el que esto escribe quien se atreva á echar por tan espinoso camino. Si puede haber alguna disculpa para semejante medida, fundada tal vez en la imprescriptible ley de la necesidad, no la hay para el modo de la ejecucion ni para los manejos de los que pusieron las cosas en tal estado. Aquella fue una pérdida para España, si la consideramos bajo el punto de vista económico: en eso no cabe duda. Menguó en poblacion, en riquezas, en trabajo y en crédito; pero si consideramos la cuestion bajo un punto de vista puramente político; si prescindimos de todo lo que hay en esa accion de indecoroso, de cruel, de impío, de degradante para la humanidad; si reducimos en fin el hecho á fórmula ¿debe considerarse como una ganancia ó como una pérdida? Arduo es resolverlo.

Mientras esto pasaba en el interior de la península, acumulábase por la parte de Francia gran nublado de guerras y amenazas. Enrique IV, que ceñia á la sazon aquella corona, monarca de clara inteligencia y superior energía, si bien muy propenso á caer en pasiones indignas de su edad y posicion, auxiliado además por buenos y prudentes ministros, tenia en alza los negocios de su país, y la vista fija con recelosa prevencion en las maquinaciones de nuestro gobierno. Este á la verdad no se habia portado muy lealmente con su vecino de allende el Pirineo, favoreciendo por allá conspiraciones que tendian á debilitar el poder real, entorpeciendo á fuerza de intrigas la direccion de los negocios, y haciéndose dueño por

medios indignos de secretos é influencias tan difíciles de manejar como peligrosas de adquirir. Esta mala política habia deteriorado con triste efecto la situacion de ambas naciones sin bien para la una ni ganancia para la otra, y la paz de Vervins iba ya siendo muy débil barrera para contrastar los encontrados impulsos con que franceses y españoles tendian á renovar la pasada y ruinosa guerra. Aunábase además el abatimiento de España con los cálculos políticos de Enrique IV, el cual, estimulado simultáneamente por su resentimiento y por su ambicion, solia decir que España y Francia estaban colocados como los platillos de una balanza, en cuanto no podia subir la una sin que bajara la otra. Preparada pues la guerra, y creciendo su rumor en todos los ánimos, decidióla un acontecimiento inesperado, y otro mas inesperado aun la sofocó antes de que se hubiera llegado á choque de armas. Fue el primero, que el príncipe de Condé huyó de Francia á tierra de Flandes; ya porque, segun voz comun, andaba el rey con pretensiones amorosas detrás de su mujer, ó ya por cualquiera otra causa: reclamó el monarca francés del archiduque con especiosos pretestos que le devolviera su vasallo fugitivo, y fundando su hostilidad sobre la negativa con que se respondió á su demanda, empezó á hacer grandes preparativos de guerra contra el archiduque, y por consiguiente contra la rama de Austria reinante en España, como protectora é indivisible aliada de aquel. Cortó estos preparativos y el pavor de Felipe III la muerte de Enrique IV, asesinado por un tal Ravaillac, maestro de escuela, en cuyo regicidio no faltó quien creyese ver la oculta mano de los agentes del de Lerma. Quedó por rey de Francia un niño y por gobernadora del reino una mujer adicta á la política española (María de Médicis), teniendo asi terminacion aquellos disturbios y verificándose para mas estrecha union de los dos estados el doble matrimonio del príncipe don Felipe con Isabel, infanta de Francia, y de Luis XIII con Ana de Austria. De este modo, á pesar de las protestas de Sully, quedó preponderante España y estendiendo en el vecino reino su secreta y corruptora influencia.

A pique estuvo otra vez de romperse la paz, cuando aun no estaba todavía establemente asentada, á causa de la guerra que estalló en Italia entre los duques de Saboya y de Mántua, acerca de la posesion del marquesado de Monferrato. El duque de Saboya, Carlos Manuel, se habia adherido á Enrique IV cuando los amagos de la pasada discordia, por lo cual el gobierno español se declaró contra él en esta competencia, y le intimó por medio de un embajador que dejase las armas y no hiciese mas gestiones sobre su pretension. Indignado el de Saboya, rompió con España é invadió el Milanesado. Publicó entonces el gabinete español un manifiesto haciendo ver el derecho que le asistia al dominio de la casa de Saboya como feudo dependiente del Milanesado. En consecuencia, el marqués de Hinojosa, gobernador de este, y despues el de Villafranca, que le sucedió en el mismo gobierno, entraron á pura fuerza por las tierras del duque, y le derrotaron varias veces á pesar de su denodada resistencia y de la flojedad con que proseguian aquella empresa los nuestros. Postrado estaba ya Carlos Manuel, cuando por fortuna suya se declaró la Francia su protectora, y por su mediacion pudo asentar una paz conveniente con los españoles, restituyéndose mútuamente ambas partes las conquistas y prisioneros, y adjudicándose al duque de Mántua el marquesado de Monferrato. Así terminó aquella disputa, en la que estuvieron á pique de cruzarse, pese á las anteriores intrigas, las armas francesas y españolas, sin que España reportara mas que pérdidas de todo aquel gasto y movimiento.

CAPITULO V.

Fin del reinado de Felipe III.

LA marina española no dejaba á todo esto de manifestarse mas pujante de lo que pudiera creerse en vista de los pasados desastres, y conseguia por do quier numerosas aunque poco considerables ventajas. Los holandeses que ya habian procurado quebrantar la ajustada tregua con el archiduque, y que no lo verificaron, gracias á la oportuna intervencion de Francia é Inglaterra, no cesaban de hostilizar por mar á los españoles, y casi siempre fueron vencidos y rechazados por las fuerzas de España y Portugal, á pesar de la gran reputacion que como buenos náuticos y aguerridos marinos gozaban los de Holanda. Empleáronse igualmente nuestras naves contra los corsarios ingleses y berberiscos, plaga los primeros del mar y azote los segundos de nuestras aguas y costas. Una escuadra de noventa y una velas, dirigida por Fajardo, se apoderó de Tánger, y habiendo preparado los turcos una armada contra las costas de Nápoles, salió á su encuentro con muy escasas fuerzas don Francisco de Rivera, atacó á las naves enemigas sin tener en cuenta la desigualdad del número, y las venció y ahuyentó con gran gloria de él y pérdida de los contrarios. Hízose célebre tambien por aquel tiempo Vidazabal, que entre otras cosas capturó veinte y ocho bajeles turcos que habian ido á hacer daño en las islas Canarias.

La república de Venecia hacia sombra al gobierno español como poseedor de dominios en Italia, y esto hizo que se sospechase haberse agitado la mano del duque de Lerma en un misterioso incidente que llamó por entonces la atencion general. Es el caso que tres hombres resueltos y poderosos, á saber, el duque de Osuna, virey de Nápoles, el marqués de Villafranca, gobernador del Milanesado, y el marqués de Bedmar, embajador de Felipe III en Venecia, se concertaron para derrocar el poderío de aquella república, obrando en apariencia segun movimiento de la particular ambicion de cada uno; pero, segun voz del mundo y probabilidad racional, con secretas aprobaciones é instrucciones de nuestro gabinete. En consecuencia de lo arreglado, el marqués de Bedmar promovió dentro de la misma ciudad de Venecia una conspiracion con designio de quebrantar la máquina de aquel estado; conjuracion descubierta por el consejo de los Diez, y hecha abortar con escarmiento de los revoltosos; conjuracion real para unos y soñada para otros, que la juzgan recelo ó maquinacion de los venecianos, entre cuyos dos asertos vacila desautorizada la historia, y de cuya dudosa fuente han sacado amplia materia poetas y novelistas. Entretanto el marqués de Villafranca habia puesto en movimiento sus tropas hácia Crema, y el duque de Osuna, hombre de gran corazon y de orgulloso carácter, despues de haber atacado manifiestamente y por todas vías el comercio de los venecianos, ora acogiendo á los piratas en los puertos de su vireinato, ora persiguiendo y apresando con buques que llevaban su bandera los de la antigua señoría, despues de todo esto, decíamos, se habia quitado la máscara, y habia partido él mismo de las costas de Nápoles al frente de una espedicion. Venecia estaba á dos dedos de su ruina, si es que era verdad todo lo que se dijo; pero el gobierno de Madrid, tal vez no complicado en aquel golpe, tal vez creyendo haber pasado mucho mas allá de lo justo, ordenó al de Osuna y al de Bedmar que cesasen en aquellos manejos, á lo que accedió el primero, pero no así el segundo. Descubrióse por el mismo tiempo la conspiracion de Bedmar, por lo que el consejo y el populacho se armaron para hacer morir á muchos centenares de partidarios del embajador, y el duque de Osuna, á quien una tempestad impidió llegar antes, hubo de volverse atrás

con sus naves viendo desconcertada su empresa.

¿Qué diremos de esta conjuracion? El gobierno veneciano era por lo menos tan inmoral como el de España entonces, por lo que tanto podia ser asechanza de unos como maquiavélica prevencion de otros. Y por lo que respecta á los manejos del virey de Nápoles y del marqués de Villafranca, ¿fueron cosa suya, ó se movieron aquellos hombres por superior impulso? Posible parece lo primero en vista del carácter de ambos; pero, á la verdad, se inclina la razon con menos violencia á creer lo segundo. Lo mas probable fue que hubo algo; pero no tanto como indicó el Consejo de los Diez y ponderó la fama. El marqués de Bedmar salió de Venecia, y el duque de Osuna, si bien quedó impune por entonces, poco despues fue privado de su dignidad y encerrado en una cárcel, donde le halló la muerte antes que la ambicion le dejara. Motivó esta medida el recelo que habia inspirado á la córte el duque por la creciente popularidad que adquiriera en el reino de Nápoles, por la conducta equívoca y desobediente que observaba hacia tiempo, y que lo separaba cada vez mas de la dependencia real, y por el desden y sarcasmo con que hablaba públicamente del monarca y del favorito. En realidad era de temer que no se convirtiera en rey el que tan malas disposiciones tenia para vasallo. Fue varon de carácter heróico y generoso, mas rudo que cortesano, mas atrevido que mañero, mas querido de sus inferiores que de sus superiores, como quien manda demasiado bien para recibir mando de aquel á quien desprecia. Su heroismo bastó á disculpar, sino á borrar, la última falta con que deslustró su vida. Su secretario, el ilustre poeta don Francisco de Quevedo y Villegas, lamentó la cautividad de su señor y la ingratitud de su patria en sentidos y magníficos versos, que han contribuido á inmortalizar la memoria del prócer aun mas que sus hazañas y que su desgracia.

Antes de que tuviese lugar la caida del duque de Osuna, lo habia precedido en el mismo despeñadero, aunque con mas blando remate, el duque de Lerma, por mas que para adquirir mayor influencia sobre el ánimo de Felipe III habia obtenido del papa el capelo de cardenal. Despues de haber ejercido la privanza durante veinte años, fue reemplazado el valido por su mismo hijo, el duque de Uceda, sin que le valiera al padre habérsele opuesto con ayuda de su sobrino el conde de Lemos. En cuanto al duque de Uceda, digno conseguidor de tan vergonzoso triunfo, es hombre demasiado mezquino para que la historia lo juzgue. A decir verdad, es probable que influyeran tambien en la destitucion del duque de Lerma el clamor de los pueblos, la penuria del tesoro, y los compromisos nacionales, daños causados todos por su desacierto ó inmoralidad.

Tanto el padre como el hijo, sucesores en la malhadada privanza, fueron muy perseguidos y mortificados por el conde-duque de Olivares, valido á su vez de Felipe IV, que persiguió cuanto le fue dable al hijo, y sacó del padre con humillante rigor gruesas sumas á título de restituciones. En cuanto al infeliz don Rodrigo Calderon fue bien castigado por su pompa teatral y su grandeza efímera. Cebóse en él la implacable furia cortesana, y sumido en un calabozo el que habia tenido en su mano los destinos de una nacion, acumuláronse contra él infinitos cargos, la mayor parte infundados y hasta ridículos. Salió absuelto de casi todos; pero no por eso le perdonó el odio de Olivares, que despues de un encausamiento de dos años lo hizo subir al patíbulo, donde arrostró la muerte con una energía y serenidad que han pasado á proverbio. Tuvo algun ingenio; pero no el suficiente para el desempeño de lo mucho que le habia confiado el azar: fue tan codicioso como su amo, y este vicio y el de la altaneria le acarrearon su trágico fin. Hinchóse con la prosperidad, y su misma hinchazon le hizo reventar lastimosamente.

Nada mas queda por referir de muy notable entre los sucesos acaecidos en el reinado de Felipe III, á no ser la ocupacion de la Valtelina, preparada por el conde de Fuentes, gobernador de Milan, y llevada felizmente á cabo por su sucesor, el duque de Feria, y la guerra de treinta años, hecho notable de que nos haremos cargo en el siguiente capítulo, la cual comenzaba á desarrollarse cuando la muerte vino á terminar los dias del monarca español en el año 1621, á los cuarenta y tres años de su edad y veinte y dos y medio de su reinado. Segun Bassompierre, murió de resultas de un esceso de etiqueta, por no haberse retirado á tiempo de su cámara un brasero cuyo calor le incomodaba mucho, á causa de no hallarse presente en aquella actualidad el palaciego á quien correspondia tal servicio. Nada diremos sobre el carácter de este rey, á fin de no repetir lo que ya queda dicho y habrá podido conocer el lector. Una prueba de su debilidad fue su infructuosa tentativa para consolidar la unidad monárquica destruyendo los fueros de las provincias Vascongadas, tentativa que salió frustrada por la enérgica resistencia de los naturales de aquellas provincias, habiendo perdido la corona en prestigio todo lo que quizó ganar en solidez.

Por una combinacion del acaso mas bien que por un efecto de su fuerza, España no perdió ningun pedazo de terreno durante el reinado de Felipe III, antes bien hizo algunas adquisiciones; pero en cambio perdió mucho en bienestar y preponderancia, continuándose en aumento el mal que tenia adquirido desde el siglo anterior. La total postracion estaba preparaba para los años subsiguientes. Creció el clero en poder y riquezas, lo que acabó de consumar el daño de la mala particion de la propiedad y de la onerosa cobranza de los tributos.

Siguió durante esta época bastante próspera nuestra literatura. Mariana dió á luz su historia *De rebus Hispaniæ*, y la version castellana de la misma, obra de las primeras en su clase desde los tiempos antiguos: hombre de gran juicio, imparcialidad y elocuencia, mas maltratado por algunos de lo que debiera. Su libro *De monetæ mutatione* es una joya para su tiempo, y el *De rege* abriga profundos pensamientos entre máximas muy atrevidas. Ya hemos hablado de Cervantes, el cual en este período dió á luz su *Ingenioso hidalgo* y sus novelas, así como tambien de Lope de Vega, que fue en este tiempo cuando mas floreció. Este monopolizó el teatro español, agotando en tal terreno las esperanzas de Cervantes y de otros escritores, y satisfaciendo con lastimosa profusion las exigencias del público. Escribió muchos millones de versos á muchos millares de asuntos, siendo su prodigiosa facilidad causa de que hoy parezcan sus bellezas mas raras de lo que en efecto son por haberlas de buscar entre tanto fárrago. De todos modos, á él le debe mucho nuestro teatro y aun el extranjero. En este tiempo tambien compuso Balbuena su *Bernardo*, poema bastante conocido, y en el que hay ciertamente muchas bellezas que admirar: no valen tanto, ni con mucho, sus demás obras poéticas.

CAPITULO VI.

Principios del reinado de Felipe IV y de la guerra de treinta años.

Si el reinado de Felipe III halló instable y dejó decadente la prosperidad de nuestra península, en el de Felipe IV empezaron de hecho los estallidos de nuestra ruina, llegando á su colmo la corrupcion y la desgracia, y efectuándose ahora las grandes pérdidas preparadas de antemano. Tenia el nuevo rey cuando subió al trono, que habia quedado vacante por muerte de su padre, solo diez y siete años, sin poseer de-

tes que contrapesaran la inesperiencia de su edad. Muy al revés de su ascético predecesor, era el nuevo rey sumamente inclinado á fiestas, amoríos y versos, quedándonos de él, segun opinion comun, algunos menos que medianos en comedias escritas bajo la firma de un ingenio de esta córte. Pero si no se asemejaba á Felipe III en la base del carácter, asemejábasele por desgracia en la indolencia é impericia de los negocios, por lo que fue menester tambien apelar á quien remediase en la máquina de la gobernacion la flojedad de la regia mano. Desposeido del poder el duque de Uceda desde el entronamiento de Felipe IV, fue reemplazado por don Baltasar de Zúñiga, hombre honrado é inteligente, que favorecido por la paz y estimulado por su buen celo, buscó y halló las heridas ocultas de nuestra nacion, y pensó en ponerlas remedio, si bien careció de tiempo y de suficiencia para acabar con él. Redujo el número de empleados, puso cortapisas á los litigantes, y publicó leyes suntuarias, equivocando en todo la causa con el efecto : resultado natural de la mala luz á que se miraban entonces semejantes cuestiones. Murió Zúñiga de allí á poco, y le sucedió en el valimiento con mas autoridad y ambicion su sobrino el conde de Olivares, don Gaspar de Guzman y Pimentel, gentil hombre y muy querido de Felipe IV, antes de que este hubiese ceñido la corona. El nuevo privado es mas conocido en la historia con el dictado de conde-duque de Olivares, á causa del ducado de San Lucar de Barrameda que unió á su título anterior.

El nuevo favorito, sin poner descuido en añadirse títulos y honores, empezó á desplegar una inusitada severidad; hija mas bien de enemistades que de justicia, siendo víctimas de ella los duques de Osuna, Lerma y Uceda, segun mas largamente queda referido en el capítulo anterior. Debióle su muerte tambien el desgraciado marqués de Siete-Iglesias, como ya se ha dicho al referir su caida. En cuanto á la política esterior del conde duque de Olivares, política arrogante, pretenciosa y guerrera, fuerza es que para hacernos cargo de ella, sepamos los sucesos que desde algun tiempo antes habian acaecido en Europa, y en los cuales estaba un tanto comprometida España.

Desde el año 1620 rugia en Alemania la famosa guerra llamada por su duracion de treinta años, guerra á la que dieron las circunstancias carácter de religiosa y de universal. Removió aquellos disturbios la intolerancia de Fernando II, archiduque de Austria y emperador de Alemania, el cual habiendo ordenado que no se profesase en sus dominios otra religion que la católica, dió orígen á una protesta hecha contra aquella disposicion por la Bohemia, Moravia, Lusacia y Silesia, protesta apoyada por las armas y elevada hasta la altura de insurreccion. Empezó la guerra civil, y sustituido pronto el fuego de la ambicion personal al del entusiasmo comun, atizó el interés la llama que habia encendido el fanatismo, la cuestion religiosa degeneró en cuestion política, y los bohemos, fuerza principal del levantamiento, eligieron por su rey á Federico, elector palatino, y obtuvieron socorros de los turcos y de los transilvanos, que entonces formaban nacion aparte bajo la obediencia del ambicioso Betleen Gabor. Los protestantes manifestaron sus simpatías á la causa de Bohemia; los católicos á la causa imperial. Así es que, al mismo tiempo que Inglaterra y Holanda enviaban socorros á sus correligionarios, Felipe III, que á la sazon reinaba en España, y que era considerado no menos que el papa como representante y defensor de la unidad católica, se adhirió resuelta y decididamente á su primo el emperador de Alemania, estrechándose de este modo las relaciones entre ambas ramas de la casa de Austria, con gran recelo y prevencion de las demás naciones. La cuestion habia salido de la esfera de rebeldía para levantarse hasta la de lucha entre los monarcas, entre los cuales mediaban no solo intereses presentes, sino tambien odios antiguos. Spínola marchó contra el Palatino, y se enseñoreó de él, á pesar de las crecidas fuerzas de sus adversarios, y entretanto, Bucquoi, general que habia empezado la guerra en Bohemia por el bando católico, y cuyo ejército se habia engrosado con ocho mil españoles y diez mil polacos, se unió al elector de Baviera, general en jefe de los ejércitos imperiales, que ya habia conseguido algunas ventajas en aquella empresa, y unidos ambos generales marchan á sitiar á Praga, cerca de la cual se entabla un reñido combate, en que quedan triunfantes los nuestros y sin vida en el campo cerca de siete mil bohemios. Aquella accion inclinó la balanza de la fortuna hácia la parte imperial. Refugióse el elector en Holanda, y Fernando II quedó preponderante y pacífico dueño al parecer de su corona, cuando la muerte de Felipe III colocó á Felipe IV, su hijo, en el trono de las Españas.

Hallábase á la sazon esta monarquía en mejor estado del que hubiera debido derivarse de la mala disposicion de las cosas durante el periodo anterior. Estaba no muy envuelta en compromisos, ni muy escasa de poderío, ni muy vacilante en la paz, inspirando temor con sus demostraciones ya que no simpatías por sus manejos; de modo que, si hubiera tratado su gobernacion en aquella época una mano inteligente y delicada, todavía quizás hubiera podido recobrar su robustez primitiva, y afirmarse para muchos siglos en el puesto que por tantos títulos le competia. Pero el de Olivares con sus pretensiones de genio falseó aquella situacion, y convirtió en pérdidas las que hubieran podido ser ventajas. Verdad es que entonces estaba para espirar la tregua asentada entre el archiduque Alberto y la Holanda, y que las naciones nos miraban de reojo, como temerosas de la gran pujanza que iba adquiriendo por su union la dinastía austríaca, y celosas de las ganancias logradas en Bohemia por el emperador con la cooperacion de los españoles.

El Conde-Duque se habia posesionado completamente del ánimo de su señor, ora sirviendo á sus pasatiempos, ora amenizando por medio del fausto sus devociones habituales, ora lisonjeándolo con el dictado de *Grande*, ora presentándosele con rostro caviloso é inquieto, como haciéndole comprender todo el cuidado y trabajo que le abonaba en pro del sostenimiento de su monarquía. Con esto, una falsa apariencia de desinterés, algunos proyectos de economía, muchos sueños de engrandecimiento, y un asíduo esmero para que nadie pudiese quitarle el puesto que habia llegado á conseguir, estaba el nuevo favorito seguro por entonces de su fortuna, y cobrando en atenciones y honores todo lo que daba en mañas y halagos. La enemistad que mostraba al duque de Lerma le obligó á empeñarse en un camino opuesto al que habia seguido su predecesor, abrazando el partido de la guerra por no imitar la pacífica conducta de aquel. Por otra parte, la palabra guerra sonaba con eco grato en el corazon de los españoles: amoldábanse tan mal los pasados triunfos con el malestar presente, que á nadie se le ocurria que pudiera ser este consecuencia de aquellos : todo lo contrario, los militares que habian servido en tiempo de Felipe II y los admiradores de Carlos V suspiraban por aquella época de glorias, creyendo de buena fe que España se hallaba en estado de renovarlas, y llamando á la paz inaccion y á los tratados que la afirmaban padrones de ignominia. Púsose pues el Conde-Duque á la cabeza de este partido, ya fuese cediendo al comun deseo, ya escudando su propia opinion con el anhelo general, y cogiendo el cabo que habia quedado suelto desde la muerte de Fe-

lipe II, optó por la guerra, sin haber previsto aun su estension ni sus consecuencias; pero con deseos de una conflagracion y con aspiraciones de una monarquía europea. Así es como un gran pensamiento suele convertirse en necia é imprudente cavilacion cuando se posa en la inteligencia de un político de cortos alcances; y así es unas veces abismo de ruina lo que otras puede ser cimiento de prosperidad.

Terminó en aquel año de 1621 la tregua firmada con la Holanda, y rompióse la guerra de nuevo, con acuerdo de los consejos y aprobacion de todos. Los holandeses en este intérvalo habian adquirido mas pujanza y poder, porque se habian aprovechado mejor que nosotros de aquella paz transitoria para aumentar sus fuerzas, engrandecer su comercio en ambas Indias con mengua del comercio español y del portugués (que era entonces solidario con el nuestro) y en arruinar á los flamencos sus vecinos por cuantos medios les sugerian su odio y su interés. Consiguieron en efecto, cerrando el canal del Escalda, que Amberes, primera plaza mercantil de Flandes, quedase reducida poco mas que á una posicion militar, propagándose por todos aquellos estados una horrorosa miséria. Murió en esto el archiduque Alberto, y no dejando hijos, quedó nuevamente la Flandes incorporada á España de hecho, y esta comprometida mas directamente en aquella difícil lucha, no sin que los mismos flamencos rehuyeran algo el yugo español que ya desde antes les parecia tan pesado.

Desatendida la arrogante invitacion que hizo el Conde-Duque á las Provincias Unidas para que desistieran de su rebelion, y volvieran sumisas á sujetarse al dominio español (invitacion estemporánea y ridícula en boca de un gobierno que ya habia reconocido la independencia holandesa), comenzaron las hostilidades. Ambrosio Spínola, cuya reputacion militar estaba ya brillantemente sentada por una larga serie de triunfos, volvió de Alemania para contrarrestar al príncipe Mauricio de Nassau: intentó, aunque en vano, la toma de Berg-op-Zoom, consiguió la de Gennep y Meurs, y facilitó al conde de Berg la de Juliers. Quiso despues Mauricio tomar la plaza de Amberes; pero salió mal en su tentativa, merced á una tempestad que dió al través con algunas de sus naves y dispersó casi todas las restantes, tras lo cual siguió la lucha, no con mucho calor por una y otra parte, hasta que en 1625 acaeció el fallecimiento del príncipe de Nassau, sucediéndole en el cargo de la gobernacion y fuerzas de Holanda su hermano Federico Henrique, no tan provisto de dótes militares como su antecesor ni como su rival.

En el año siguiente (1626) acaeció la famosa rendicion de Breda, despues de un sitio de diez meses, y á pesar de una desesperada resistencia sostenida por numerosa guarnicion y considerables ejércitos. Inmortalizaron esta memorable jornada el ilustre pintor Velazquez en su célebre cuadro llamado *de las lanzas* que representa el hecho en cuestion, y el no menos célebre poeta Calderon de la Barca en su comedia titulada *El sitio de Breda*, que solo debe la mencion que de ella hacemos á la grandeza del asunto y al mérito de su autor. Retirado Spínola del campo de batalla en 1629, tras algunos lances de menos nombradía, pasó á Italia para atender á los compromisos que se suscitaban por aquella region, y su ausencia cambió de todo punto la suerte de la guerra. El conde de Berg, que le sucedió, perdió de seguida las importantes plazas de Bois-le-Duc y Wessel, y despues hizo traicion á nuestra causa por el motivo que mas adelante contaremos. Entretanto la suerte de los holandeses por mar habia sido mejor que por tierra: sus naves, maniobrando en union con los moros, emprendieron el sitio de Mamora, que se vieron forzadas á levantar; pero en desquite de este golpe fallido obtuvieron muchas ventajas en América y en las Indias, apoderándose de San Salvador y Fernambuco, saqueando muchas plazas y haciendo gran daño y pillaje en nuestras flotas. La compañía de las Indias Occidentales, creada por los holandeses en 1621, mantenia hasta ochocientos navíos armados en corso, con los cuales, en el año 1634, contaba ya apresados quinientos cuarenta y cinco navíos, cuya venta le habia producido 180.000,000 de libras. Estos fueron los preliminares de las invasiones en el Brasil, el cual quedó casi todo ocupado y dominado en poco tiempo por los holandeses. En la India Oriental tuvieron tambien de su parte la fortuna, así como la tuvieron en su contra los portugueses. En 1631 sufrieron tambien los nuestros un considerable descalabro marítimo: una escuadra nuestra de noventa velas fue completamente deshecha por los holandeses entre Viaren y Stevenisse, sin que de tantos cascos y gente como la componian se salvase una nave ni mas de once hombres. Gran desastre fue aquel para nuestra marina, y gran ocasion de preponderancia para la de los enemigos.

A todo esto, Isabel Clara, la hija de Felipe II y viuda del archiduque Alberto, habia quedado con la corona de los Paises-Bajos, á la muerte de su marido, si bien mas trabados y dependientes que nunca aquellos dominios del gobierno de nuestra península. Esto dijimos que no habia sido muy á gusto de los flamencos, que no aceptaban el señorío español sino con repugnancia, y que suspiraban por esa misma libertad que con tanto denuedo habian conquistado y con tanto teson defendian sus vecinos los de las provincias marítimas. Estallaron con este motivo algunos rumores de descontento, y el Conde-Duque no halló mejor medio para sofocarlos que destruir la independencia nominal que les quedaba á los flamencos, y apoyándose en la espresada voluntad del astuto Felipe II, que declaraba aquellos estados reversibles á la corona de España, en caso de que faltasen herederos directos, hizo que la reina viuda renunciara la corona y quedara con el simple título de gobernadora de aquellos paises en nombre Felipe IV. Esta mala medida determinó el estallido que se queria prevenir. Los Paises-Bajos no titubearon en trabajar por su independencia: entáblanse relaciones secretas con los holandeses (1632), y el conde de Berg general de las tropas y gobernador de la provincia de Güeldres, trueca de servicio comprometiendo nuestra causa, y abre al enemigo las puertas de su gobierno, para que por allí se estienda á su sabor sobre aquel territorio que con tan desesperado afan se obstinaban en defender los españoles.

CAPITULO VII.

Influencia de la enemistad de Richelieu en los asuntos de España.

Dirigia por aquellos años los destinos de la nacion francesa un hombre de profundo talento, carácter dominante y singular energía; que ninguna de estas prendas faltaba al cardenal Richelieu, aunque no tan bien dotado de moralidad como de inteligencia. Ejercia sobre el ánimo de Luis XIII, monarca de entendimiento vulgar y de corazon apocado, el mismo ó mayor dominio que el de Olivares sobre el ánimo de Felipe IV, con la diferencia de sobrarle á aquel ministro los dotes de gobierno que le faltaban á este. Luis XIII en verdad no le profesaba afecto; pero su inferioridad moral le impedia en todo caso resistir á la voluntad de hierro del cardenal Richelieu, que profesaba odio á la casa de Austria, si odio puede llamarse el cálculo destructor de un político: opinaba sin duda como Enrique IV que España y Francia estaban colocadas como los platillos de una balanza, en cuanto no puede subir el uno sin que descienda el

otro. Escocíanle en el alma aquella ambicion invasora de los descendientes de Carlos I, aquellos proyectos de monarquía universal, aquella intervencion del gobierno español en todos los asuntos de allende sus fronteras, ora astuta y disolvente, ora arrogante y belicosa. Empezó el ministro francés á motivar su enemistad sobre la ocupacion de la Valtelina por los españoles, asunto que habia dado ya lugar á reclamaciones por parte de la Francia, y cuya restitucion á sus antiguos dueños habia ofrecido en vano Felipe IV. Exigió Richelieu el cumplimiento de aquella promesa, y mas atento á la hostilidad que al convenio, estableció alianza con el duque de Saboya y la república de Venecia para contrastar y destruir nuestro poder en la península italiana. En vano el Conde-duque estipuló en un convenio que la Valtelina quedaria como depósito en poder del pontífice mientras durase aquel litigio: Richelieu, que sabia que las fuerzas pontificias estaban á la devocion de nuestro gobierno, si bien aparentó ceder, prosiguió en sus manejos, y ya que se hubo fortificado con la alianza de las dos potencias susodichas, emprendió por la via de la fuerza, echó de la Valtelina á las tropas pontificias, y pasando mas allá de sus pretensiones, lanzó á sus aliados sobre muchas plazas de Italia y hasta sobre los dominios de Génova. Comprometida España en una guerra tan imprevista como desventajosa, ocurrió á ella por medio de una coalicion con Génova, Toscana, Parma, Luca y Módena, con lo cual y con la presencia de un ejército á las órdenes del duque de Feria y de una armada á las órdenes del marqués de Santa Cruz, cejaron sus enemigos, y cesaron de allí á poco las hostilidades, gracias al tratado de Monzon, concluido en 1626, en el que se estipuló que la Valtelina y el ducado de Chiavenna quedarian definitivamente depositados en poder del pontífice.

El Conde-duque, como hombre superficial y vano, no vacilaba en sostener una lucha política con la Francia representada por Richelieu. La paz de Monzon no podia tener carácter de tal, y aun asi, solo se debió á que España inspiraba todavia temor á las naciones cuando llegaba á ponerse en actitud guerrera. Mediaban entre una y otra potencia no solo intereses encontrados y añejas rivalidades, sino tambien agravios y sinrazones. Richelieu, que perseguia á los herejes dentro de Francia, les daba proteccion fuera de ella para menguar la robustez de la casa de Austria, y el gobierno español por su parte, sosten decidido del catolicismo, no vacilaba en alentar á los calvinistas franceses para que sostuviesen la discordia en el vecino reino. Crecia por uno y otro lado la suma de las quejas, y la indirecta lucha no podia menos de transformarse en abierta enemistad. Otro suceso vino á complicar aquella situacion.

Por muerte del duque de Mantua, tocaba suceder en el ducado al de Nevers, esposo de una sobrina de aquel; pero el emperador, considerando á Mantua como feudo suyo, se empeñó en conceder su investidura al duque de Guastala. Sostuvo Luis XIII la pretension del primero, y Felipe IV la del segundo, con cuyo motivo volvieron á hallarse frente á frente las dos naciones. El duque de Saboya se declaró esta vez por los españoles, y consiguió con su gente algunas ventajas. Gonzalo de Córdova, gobernador de Milan, sitió á Casal y la puso en grande aprieto; pero tuvo que levantar el sitio al ver que Luis XIII y Richelieu se acercaban en persona á la cabeza de un ejército de veinte y seis mil hombres. El duque de Saboya, á quien su debilidad obligaba á ser inconstante, intimidado al aspecto del peligro que lo amenazaba, ofreció mantenerse neutral para esquivar el formidable ímpetu de sus enemigos, aunque despues, quebrantando de nuevo su palabra, volvió á abrazar el partido de los españoles. Cuando esto último, habia cambiado de nuevo la suerte de la guerra: el ejército francés se habia retirado en su mayor parte sin dejar hecha cosa que de contar sea, y en cambio habian venido para encumbrar la suerte del duque de Guastala, de Alemania considerables huestes al mando del conde de Merode y de Flandes algunos tercios selectos acaudillados por el distinguido Spínola. Declarada con algunas ganancias la nueva situacion, este invencible caudillo pone cerco á Casal, defendida por el general francés Toiras, y ya la tenia á punto de rendirse, cuando la muerte dió fin á sus dias al frente de la plaza con gran duelo de los soldados y mengua del poder de nuestra milicia. Fue este hábil general la joya mejor que resplandece en nuestra historia de aquellos tiempos, que si á Génova pertenece su cuna, á España pertenece su espada, y á esta que no á la primera debió Spinola su nombradía: hábil cuanto leal, no menos esforzado que prudente, querido de sus inferiores y temido de sus adversarios en campaña, no pudo contar apenas combate sin triunfo ni jornada sin provecho. Su muerte volvió á empeorar nuestra situacion, á pesar de haber ocurrido entonces la toma y saqueo de Mantua por los alemanes, que á todo esto habian ocupado la Valtelina y la mayor parte de las plazas de aquel ducado.



Don Baltasar Carlos, hijo de Felipe IV.

El cardenal de Richelieu, estimulada por las circunstancias su natural actividad, pónese otra vez al frente de un ejército, hermanando como en otras ocasiones la púrpura cardenalicia con la armadura (que de tanto era capaz con su vasto genio y su voluntad inflexible), castiga la defeccion del duque de Saboya derrotándolo é invadiendo sus tierras, y amaga vengar los pasados desastres, cuando es detenido en su marcha por un enviado del papa, que presentándose como mediador pacífico entre las partes beligerantes, obtuvo un armisticio, y mas tarde ocasionó la cesacion de la guerra. Quedó válida la pretension

de los franceses, entrando el duque de Nevers en la posesion del ducado de Mántua y del Monferrato, reteniendo ellos á Pignerol en cambio de una indemnizacion pagada al de Saboya. Este murió de tristeza por sus pérdidas, no dejando tan buena memoria como debiera por haber estado siempre en lucha la fuerza de su inteligencia y de su ambicion con la debilidad de su reino y con el peligro contínuo en que lo tenian sus poderosos y enemistados vecinos. A Carlos Manuel sucedió en el dominio de Saboya su hijo Victor Amadeo. El legado del papa cuya presencia motivó la determinacion de aquella lucha era Julio Mazarini, el mismo que despues de Richelieu entró á regir la Francia. Concluyóse la mencionada paz en el año 1630.

El cardenal, á pesar de todo su encono, maquinaciones y armamentos contra el gobierno representado por el conde-duque de Olivares, todavía no se habia declarado contra él abiertamente y á mano armada, no porque le faltase para ello voluntad ni ánimo, sino porque queria preparar el golpe de modo que cuando llegara el caso de darlo tuviese España contra sí tal cúmulo de enemigos que por ningun camino pudiese escapar de su ruina. Ayudábanle á conseguir su fin por desgracia nuestra los malos manejos del Conde-duque, que se creia consumado político porque se encontraba poderoso y encontraba lisonjeros que se lo digeran. Resfriáronse nuestras buenas relaciones con Inglaterra á causa de un hecho que no por haber tomado un giro caprichoso y pueril dejó de



El conde-duque de Olivares. *(Copia de Velazquez).*

ofrecer formales consecuencias. Estipulóse el casamiento de Carlos, hijo del rey Jacobo, con una hermana de Felipe IV, y para dar mas eficaz curso á los tratos matrimoniales y suelta de paso á la galantería, vino el príncipe á Madrid en compañía del célebre Bukingham, amigo suyo y favorito de su padre. Permaneció Carlos en Madrid seis meses, celebráronse los esponsales, y fue agasajado tanto como pudiera desear; pero, bien fuese porque Felipe IV se hubiera arrepentido de su promesa, y por no arriesgar una negativa, quisiera eludirla dando largas al término de su realizacion, bien porque el príncipe no sintiese amor hácia su futura consorte, ó bien en fin porque Bukinghan le instigase movido por algun particular interés, que en todas conjeturas abundan y difieren los historiadores, ello es que Carlos se volvió á su país sin que se efectuase el proyectado matrimonio, y que desde entonces no guardó hácia los españoles muy buena voluntad. Cuando la muerte de su padre lo hizo subir á un trono que mas adelante la revolucion habia de convertir en cadalso, envió sin mas prevencion una escuadra para que hiciese todo el daño posible en nuestras aguas y costas; pero salióle frustado su mal deseo, pues los tripulantes

de dicha escuadra fueron rechazados por el duque de Medina Sidonia, y obligados á reembarcase desde su primera agresion.

Richelieu entretanto no se descuidaba: auxiliaba á los holandeses, veia con gozo como los piratas berberiscos y las escuadras turcas no dejaban de hostilizar nuestra marina, y atizaba la hoguera en Alemania en la que España estaba comprometida por intereses de familia y de religion. En aquel país seguia el partido imperial en prosperidad, favoreciéndole Felipe IV con tropas y dinero, cuando Richelieu reanimó la guerra haciendo intervenir en ella un nuevo campeon: este era Gustavo Adolfo, rey de Suecia, ávido de gloria y belicoso por su carácter. Capitaneaba las tropas del emperador entonces el célebre general Tilly, el cual fue derrotado en la ba-



Felipe IV.

talla de Leipzick por los suecos (1631) costando aquella derrota grandes pérdidas al ejército vencido. Siguió Gustavo Adolfo su marcha hácia el Rhin; lo pasó por Oppenheim á pesar de la resistencia de los españoles, á quienes costó hartas vidas su generoso denuedo, y atacó y tomó á Maguncia en union del landgrave de Hesse-Cassel y con gran trabajo de ambos, haciendo despues pasar á cuchillo á los españoles que guarnecian la plaza. Poco antes habia sido derrotada otra division de estos por los suecos, y poco despues Gustavo Adolfo tomó á Weisemburg y á Landese, y entró en Baviera, mas en son de triunfador que de combatiente. Opúsosele aquí otra vez Tilly en el paso del Lech, y trabóse una reñida batalla, en la cual el jefe aleman quedó vencido y no tardó en fallecer. Sucedióle en el mundo Wallenstein, inmortalizado por Schiller en una tragedia que lleva su nombre: buen general; pero sujeto peligroso por su ambicion y audacia, por lo cual estaba desposeido del cargo de las tropas. Empezó Wallenstein por contener los progresos de Gustavo Adolfo, cosa tan árdua de conseguir, que podia juzgarse equivalente á una serie de triunfos: puso sitio ó Nuremberg, y acudiendo al reclamo sus adversarios, combinó sus ataques contra el rey de Suecia y contra el elector de Sajonia, y dió la célebre batalla de Lutzen,

la cual, si bien fueron derrotados los imperiales con pérdida de once mil hombres, consideróse por los católicos como una victoria por haber muerto de los primeros Gustavo Adolfo, el mas heróico defensor y firme apoyo de los protestantes. Levantóse con esto el decaido ánimo del emperador y afirmóse la constancia de Felipe IV, por mas que los suecos no cedieron: catorce mil hombres, españoles é italianos, pasaron á Alsacia bajo la conducta del duque de Feria, y despues de haber obtenido algunas ligeras ventajas, hubieron de cejar al fin ante el considerable refuerzo de las tropas suecas. Mortificados en aquellas montañas por el desusado rigor de la estacion, murió la mayor parte de miseria y de frio, y su general de pena. En el año siguiente (1634) el archiduque Fernando, reforzado con diez mil españoles compensó las anteriores pérdidas con la lucida victoria de Nordlhingen, de cuyas resultas decayó el partido protestante y se pasó á los imperiales el elector de Sajonia. ó Wallestein, el que habia abierto camino á todas aquellas ventajas, no existia ya: sospechoso Fernando II, tal vez con razon, tal vez alucinado por la perfidia cortesana, de que aquel general aspiraba nada menos que á fundar un trono, lo hizo asesinar traidoramente, sin que la culpa ni el poder de la víctima bastaran á justificar la vileza del atentado.

Los españoles, á pesar de haber deseado la guerra, y de sostenerla tan activa y sangrienta en Alemania y en Holanda, bien conocian el poco fruto que sacaban de todas aquellas fatigas, y bien murmuraban por verse compelidos á servir á intereses que no eran los propios. Así fue que las córtes reunidas en Madrid en 1632 para jurar por heredero de la corona al príncipe Baltasar Cárlos se negaron á contribuir con una suma que se pidió para los gastos de aquella guerra.

Richelieu, creyendo ya llegadas las cosas á sazon conveniente para descargar el golpe que proyectaba, se preparó á declarar la guerra á España, á pesar de los esfuerzos que en contra hacia el pontífice, á quien escandalizaba ver que un cardenal católico favoreciese en una guerra contra católicos á un luterano acérrimo, como lo habia sido Gustavo Adolfo. Solo faltaba un pretesto para el rompimiento, y este se halló pronto. La guarnicion española de Lieja verificó una sorpresa contra Tréveris, en la cual murieron algunos franceses, quedaron prisioneros los demás, y fue trasladado á la fortaleza de Amberes y aprisionado en ella el arzobispo elector. Este suceso motivó la solemne declaracion de guerra entre España y Francia, hecha en 1635.

CAPITULO VIII.

Guerra con Francia.

La guerra declarada por el cardenal de Richelieu empezó con gran calor por todos los puntos en donde tenia España fronteras ó partidos, si puede decirse que empezó entonces una lucha, que mas ó menos directamente, contaba ya algunos años de duracion. Tuvieron aquellas campañas por teatro los estados de Flandes, los de Italia, la Alsacia, á la sazon provincia del dominio aleman, la Picardía y las fronteras españolas por la banda del Pirineo. Procuraremos seguir, como mejor nos sea dable, todas las fases de aquellos disturbios, sin dilatarnos mucho en la esplicacion de aquel cúmulo de combates, baraja de sucesos, ora prósperos, ora desgraciados para nuestras armas.

Gobernaba en Flandes, despues de la viuda del archiduque, el príncipe Fernando, recien coronado con los laureles de Nordlhingen, cuando los mariscales de Chatillon y Brezé, pasando el Mosa al frente de un ejército francés, se unieron á la hueste holandesa del de Orange, despues de haber conseguido sobre los nuestros en Avein una considerable victoria. Tirlemont fue tomada y saqueada; pero desde aquí la fortuna volvió otra vez la cara á los españoles, y con la resistencia de Lovayna y la toma de Steinck por estos, cejó el Holandés en su marcha, y los franceses decayeron de ánimo. He aquí los principales hechos de armas que tuvieron lugar por el año de 1635, sin que por otras partes acaeciesen sucesos de mayor importancia. Á Italia pasaron con bastante fuerza y conato de suscitar enemistades el duque de Rohan y el mariscal de Crequi, cuya llegada levantó los ánimos de los potentados de aquella península, comprometiéndose cada cual mas ó menos con uno ú otro partido. Los duques de Saboya y Parma se afiliaron en el bando francés, por su política el primero y por resentimiento particular el segundo, no saliendo ninguno de ellos ganancioso con la alianza, que tal es la suerte de los débiles cuando llegan á tomar parte activa en las discordias de los poderosos. Entrambos invadieron con regular éxito las tierras del Milanesado, mientras el duque de Rohan ocupaba la Valtelina echando de allí á españoles y austriacos con la ayuda de los grisones, á quienes hizo concebir esperanzas de recobrar su independencia. Así continuó la lucha con vario éxito por una y otra parte, aunque siempre, desfogado el primer ímpetu de los franceses, sobreponíase al cabo la constancia española. Empezaron los nuestros perdiendo, achaque algunas veces de quien en lugar de acometer espera, sin saber por donde, la acometida; pero, si bien perdieron al principio dos ó tres batallas, pronto el marqués de Leganés, sucesor del duque de Feria en aquel gobierno, ganó una sobre los enemigos cerca de Vespola, impidiendo al de Rohan la reunion con el mariscal de Crequi y con sus coligados los duques de Parma y de Saboya, y despues, trocada la resistencia en acometida con el empuje de la nueva fortuna, trabóse otra batalla cerca del Tesino, en la que el de Crequi empezó á retirarse forzado ante la violencia de las tropas españolas que mandaba don Martin de Aragon. Unióse en este trance al Francés el duque de Saboya, y despues de mucha pérdida y brega, quedó la batalla en bilo, aunque los contrarios pudieron calificarla de revés. En efecto, suspendieron los coligados su agresion, y el duque de Parma se convino con los españoles, haciendo con ellos paz de vencido, mientras el de Rohan por su parte salia á todo andar de la Valtelina, porque sus huéspedes los grisones se cansaban de sostener un yugo que les habian disfrazado con oropel de esperanzas, y andaban de secreto en tratos con el Austria mas á la querencia de su libertad que por otro interés estraño á su territorio. Espelidos de él los franceses, fue reconocida por los austriacos en el tratado de Inspruck (1637) la independencia grisona. El duque de Rohan salió de Italia; el de Saboya, despues de haber perdido á Niza de la Palla, murió dejando á su heredero en minoría y á sus estados bajo regencia, y el mariscal de Crequi murió en 1638, mientras procuraba socorrer en vano la fortaleza de Bremo que tenian sitiada los nuestros. Quedó el país, aunque por poco tiempo, limpio de enemigos temibles, y mas pujantes que nunca las fuerzas del marqués de Leganés, el mejor brazo militar con que contaba nuestro gobierno entonces, y al cual se debieron parte de las ventajas conseguidas por el bando imperial en la anterior batalla de Nordlhingen.

No eran mas afortunadas las tropas francesas enviadas á Alemania en auxilio del duque de Weimar y bajo la conducta del mariscal de Fenquieres y del cardenal de Lavalette, así como las que condujo el mariscal de Laforce contra la Alsacia. La campaña de 1635 les fue funesta, sufriendo mucho los soldados y siendo vencidos con pérdida de seis mil hom-

bres en su retirada cerca de Metz; pero en el año siguiente Banier abatió un poco á los imperiales con la victoria de Wistock, y estos tuvieron que evacuar la Lorena y la Borgoña. No descansaban entretanto las naves de las potencias beligerantes: el marqués de Santa Cruz con una escuadra de veinte y dos velas se apoderó de las islas de Santa Margarita y San Honorato, poniendo guarnicion y fortificacion en ellas, y enseñoreándose así de las aguas del golfo de Lyon, tras lo cual volvió á Valencia para hacer cesar el bloqueo en que la tenia una escuadra enemiga. Luego en el año 1637 el almirante francés, conde de Harcourt, recobró con una formidable escuadra las dos islas mencionadas, la segunda por fácil entrega, y la primera por capitulacion y despues de una buena resistencia. La guerra por la línea del Pirineo no fue muy hazañosa: el virey de Navarra probó en vano á tomar á San Juan de Pié de Puerto, y fue derrotado en la retirada, y el almirante de Castilla Enriquez de Cabrera pasó el Vidasoa, se hizo dueño de San Juan de Luz y algunas otras poblaciones, é hizo una regular estacion en el territorio enemigo.

Pero en donde mas alborotada andaba la discordia era sin duda en el Franco Condado, posesion en aquella época de nuestro gobierno, y sobre la que tenia sus miras el cardenal de Richelieu. El príncipe de Condé, que al frente de veinte y seis mil hombres marchó á combatir por este lado, puso sitio á Dôle, contra cuya ciudad se estrenó el mortal artificio de las bombas, de las que dice un autor contemporáneo y testigo presencial (Girardot de Noseroy): «Una de las primeras que cayó en la calle de Arans tardó en reventar, y las personas demasiado atrevidas que se acercaron fueron al instante hechas pedazos. Al momento se las veia como pájaros negros volando por el aire. Horribles estragos hicieron aquellos rayos en todas partes.» Sufrieron mucho en aquella ocasion de hambre, dolencias, muertes y ruinas tanto los habitantes de aquella ciudad cuanto los de los alrededores cuyas casas fueron quemadas y sus haciendas destruidas; pero á pesar de todo, resistieron al furor enemigo con generoso teson, permaneciendo fieles á la causa española, hasta que el rumor de su desgracia solicitó poderosamente el auxilio de sus amigos, y levantada toda la provincia como un solo hombre contra los invasores, mientras el infante Fernando, hermano de Felipe IV y gobernador de Flandes, mas conocido en la historia bajo el dictado de Cardenal-infante, solicita fuertemente la atencion de Condé traspasando la frontera de Francia, invadiendo la Picardía, apoderándose hasta llegar á las márgenes del Oise de cuantas plazas halla al paso, y presentándose en ademan amenazador á muy poca distancia de Paris. Resintióse el corazon de los enemigos á tan formidable amago, el temor requirió al patriotismo, el comun peligro despertó el entusiasmo nacional, y el deseo de conquistas se transformó en anhelo por la defensa de los hogares. Richelieu, mas infatigable que nunca, reclama todas las fuerzas de la Francia, solicita la cooperacion del príncipe de Orange, arma un ejército, se pone él en persona á su frente al lado del monarca, y marcha hácia el Cardenal-infante; pero este se va retirando á su aproximacion, dejando guarnecidas las plazas de que se habia apoderado, y Richelieu no tiene ya que hacer al frente de sus tropas. Así de esta enérgica y poderosa diversion no resultó para los españoles otra ventaja que la de haberse levantado el sitio de Dôle.

Pero en cambio dicho suceso dió nuevo calor á la guerra, y mucho aliento á los franceses, porque siempre lo infunde la defensa de una causa cuando es puramente nacional, y nunca se pelea con mas ahinco que cuando se ha visto al contrario á la puerta de los propios hogares. Richelieu supo sacar partido de esta disposicion de los ánimos, y desde entonces empezó á sernos adversa en último resultado la suerte de las armas. En 1637 se abrió de nuevo la campaña en muchos puntos á la vez: Chatillon entró por una parte en Flandes, donde se apoderó de un gran número de plazas sin que valiese contra él resistencia; el duque de Longueville penetró en el Franco Condado, adonde lo segundó activa y poderosamente el duque de Weimar, derrotando al de Lorena que hubiera podido oponérsele; el cardenal de Lavalette recuperó las plazas que habia tomado en su invasion el infante don Fernando, tomó por capitulacion á Landrecy, mientras el príncipe de Orange se apoderaba de Breda; y el Cardenal-infante, despues de haber amagado á Holanda, y hecho grandes esfuerzos para evitar las pérdidas de su partido, solo consiguió á duras penas recobrar á Barlaimont. Tales fueron los principales sucesos militares del aciago año de 1637. A todo esto los holandeses, en espedicion organizada y dirigida por Mauricio de Nassau, se apoderaron de todo el litoral brasileño y de gran parte del interior, y su almirante Tromp derrotó una escuadra nuestra en el canal de la Mancha. En Alemania llevaban tambien la peor parte los imperiales, perdiendo Fernando II la Westphalia y la Silesia baja.

Durante todo el año de 1638 siguió la lucha con la misma generalidad é incremento. El príncipe de Orange fue derrotado una y otra vez por el Cardenal-infante, y Chatillon del mismo modo por el príncipe Tomás de Saboya, fracasando en su tentativa de apoderarse de Saint-Olmer; esto por la parte de Flandes, que así por las otras nos hubiera mirado la suerte del mismo modo. No estuvo tan próspera en Borgoña y Alsacia; en la primera, asediada por el hambre y por todos los desórdenes de la guerra, se enseñoreó Longueville de Artois, Grimmont, Poligny, y en general de toda la tierra, reducidos los españoles á sostener tan solo las cuatro plazas mas importantes de Besanzon, Dôle, Gray y Salnis; en Alsacia el duque de Weimar se apoderó de toda ella punto por punto, sin dejar en ninguno de ellos nuestra bandera ni la imperial en pié, despues de haber derrotado y muerto en la batalla de Rinfelt á Juan de Wert su competidor. Tras una espedicion infructuosa que hicieron los nuestros contra Languedoc, entró el príncipe de Condé en la Península por Behovia, se apoderó de Irun y de los puertos de Figuer y Pasages, y puso sitio por tierra á Fuente-Rabía, mientras hacia lo mismo por mar el arzobispo de Burdeos. Este acometió y quemó una escuadra española que venia á introducir socorros en la plaza; pero despues hubo de retirarse echado á viva fuerza por el almirante de Castilla.

En Italia, muerto el mariscal de Crequi, habia ido á sucederle el cardenal de Lavalette. El marqués de Leganés, acreditándose de tan buen político como esforzado militar, hizo venir de Flandes al príncipe Tomás de Saboya, esperando que el pueblo saboyano le franquearia gustoso los escalones del poder, por hallarse descontento con la regencia, resentido por las contínuas pérdidas, y lastimado por su adhesion á los asuntos de Francia. En efecto, como habia previsto el marqués, todas las ciudades y por último la capital de Saboya abrieron sus puertas al príncipe recibiéndolo como á su señor. Hicieron los franceses sobre esto gran ruido de protestas y amenazas, como que quitaban aquel estado á una amiga (la regenta era hermana de Luis XIII), para dárselo á una persona que les era hostil: puso cerco Lavalette sobre Chivas, y derrotó con gran pérdida á las tropas españolas que ocurrieron á su defensa. En esto murió Lavalette (el mas noble de nuestros enemigos), y le sucedió en el cargo el almirante Harcourt, hombre duro, sereno, aguerrido y perspicaz, tal en fin, cual en aquellas circunstancias se requeria, quien tomó

tanto empeño en terminar á su sabor aquellos negocios, que se negó resueltamente á las propuestas de tregua que con gran instancia se le hicieron de parte del pontífice. Empezando sus maniobras, tomó á Chierz, donde se vió muy estrechado por los nuestros, y solo debió su salvacion á la serenidad con que dispuso y ejecutó su retirada, y terminó su campaña por aquel año con mas barruntos de vencedor que temores de vencido.

En el año siguiente (1639), tomó á Revel y otros muchos puntos militares, y fue contra el marqués de Leganés para hacerle levantar el cerco que tenia puesto sobre Casal. Marchó luego hácia Turin, dejando á sus espaldas al Español repetida y completamente derrotado; pero este revolvió tras el Francés con inestinguible denuedo, y le acometió á pesar de su reciente derrota, trabándose una batalla, mas bien desesperada que reñida, que costó cuatro mil vidas á nuestra milicia. Turin abrió sus puertas al vencedor. Esto es lo que sucedia en Italia. En Flandes, Feuquieres puso sitio á Thionville, y fue derrotado y preso, con pérdida de casi toda su gente por el general Piccolomini, que tenia cargo de una division de nuestras tropas. En cambio el mariscal de Chatillon se hizo dueño de Hesdin, y obtuvo ventaja sobre algunos tercios españoles.

El duque de Weimar entretanto, despues de haber sojuzgado toda la Alsacia, impelido por un ambicioso entusiasmo, pensando en restablecer y ceñir á sus sienes la antigua corona de Carlos el Temerario, pasó el Jura en invierno, y entró por las tierras del Franco Condado, como dueño en unas partes, como conquistador en otras, y sustituyendo en todas al culto católico las prácticas protestantes. Los españoles estaban á la defensiva en las cuatro plazas fuertes cuyo sostenimiento especial se habian reservado, tristemente dudosos sobre cual habia de ser su paradero, cuando la muerte asaltó á Weimar en lo más florido de sus esperanzas, y sus tropas quedaron en el país al inmediato servicio del cardenal de Richelieu, y con todo el desenfreno que es fácil calcular.

Este año vino tambien por la mar el arzobispo de Burdeos á hacer daño en nuestras costas, y el príncipe de Condé entró por el Rosellon con gran golpe de gente, se apoderó del castillo de Salses, y se retiró allende la frontera para dar descanso á su ejército muy fatigado con varias molestias. En esto el marqués de los Balbases con un ejército de voluntarios catalanes acudió á recobrar el castillo, y le puso sitio: acudió tambien al apósito Condé desde Narbona, y trabada la gente de ambas partes con grande ánimo en una reñida pelea, lograron por fin los nuestros la victoria, volviéndose á abrir para ellos las puertas del castillo de Salses.

En este estado se hallaban las cosas de aquella guerra al comenzar el año de 1640, año fatal para nosotros, por funesta combinacion que hubo en él de la guerra extranjera con la civil, segun se referirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO IX.

Sublevacion de Cataluña.

Las fatigas de la guerra, las demasias del gobierno y los desórdenes de la administracion habian llenado á España de agraviados y de quejosos; pero estos y aquellos eran mas en número en Cataluña que en ninguna otra parte, como mas molestada y no mejor atendida. La proximidad de dicha provincia al Rosellon habia hecho entrar de lleno á sus naturales en el torbellino de las aventuras militares, y en verdad que se habian portado como buenos en aquellas circunstancias, acudiendo en gran número y voluntariamente á contrarestar la invasion francesa, y á recobrar de los contrarios el castillo de Salses. Pero desalentados en breve por la falta de recompensas, por la animadversion y poco esmero con que los miraba el gobierno, y por las estorsiones que causaban en los pueblos las tropas, mantenidas á costa de los paisanos, contra el esplícito texto de los fueros provinciales, resentidos por todo esto y trocado el ardor nacional en flojedad descontentadiza, empezó á cundir la desercion en las filas de los voluntarios catalanes de un modo tan visible y creciente que puso en cuidado á los cabos del ejército, sin que bastase para remediar aquel mal ni para engrosar las filas, prometer cartas de nobleza al barcelonés que ingresase en aquellas milicias, y derecho de ciudadano de Barcelona al campesino que sirviese allí por espacio de treinta dias. El gobierno, al saber esto, en lugar de templar sus medidas al grado de exasperacion de los ánimos, echó mano del rigor y de las conminaciones, censurando con acritud el proceder de los recalcitrantes, y aumentando así el disgusto con lo mismo con que pensaba remediar el mal. Era virey á la sazon de Cataluña don Dalmau ó Damian de Queralt, conde de Santa Coloma, que aunque natural de la misma provincia, era muy mal quisto entre sus paisanos. Habíalo destinado el Conde-duque para tal puesto, teniendo sin duda presente esta circunstancia, y creyendo que el espíritu de provincialismo influiria para que los gobernados lo aceptasen con mas gusto que á otro cualquiera; pero el virey duro, irreflexivo, y para mayor daño vacilante y corto de recursos, se habia enajenado tan de todo punto las voluntades, que mas bien servia su presencia para atizar que para estinguir el fuego del descontento.

Eran además los catalanes celosísimos defensores de sus privilegios, y los menos aptos para doblegarse á medidas de rigor. He aquí en qué términos describe Melo su carácter y costumbres en aquella época: «Son los catalanes (por la mayor parte) hombres de durísimo natural; sus palabras pocas, á que parece les inclina tambien su propio lenguaje, cuyas cláusulas y dicciones son brevísimas: en las injurias muestran gran sentimiento, y por esto son inclinados á la venganza: estiman mucho su honor y su palabra; no menos su exencion, por lo que entre las mas naciones de España son amantes de su libertad. La tierra, abundante de aspereza, ayuda y dispone su ánimo vengativo á terribles efectos con pequeña ocasion. El quejoso ó agraviado deja los pueblos y se entra á vivir en los bosques, donde en continuos asaltos fatigan los caminos: otros, sin mas ocasion que su propia insolencia, siguen á estotros: estos y aquellos se mantienen por la industria de sus insultos. Llaman comunmente andar en trabajo aquel espacio de tiempo que gastan en este modo de vivir, como en señal de que le conocen por desconcierto: no es accion entre ellos reputada por afrentosa, antes al ofendido ayudan siempre sus amigos y deudos. Algunos han tenido por cosa política fomentar sus parcialidades, por hallarse poderosos en los acontecimientos civiles... Habitan los quejosos por los bosques y espesuras, y entre sus cuadrillas hay uno que gobierna y á quien obedecen los demás.... Es el hábito comun acomodado á su ejercicio: acompáñanse siempre de arcabuces cortos, llamados pedreñales, colgados de una ancha faja de cuero, que dicen charpa, atravesada desde el hombro al lado opuesto: los mas desprecian las espadas como cosa embarazosa á sus caminos: tampoco se acomodan á sombreros; mas en su lugar usan bonetes de estambre listados de diferentes colores;... visten larguísimas capas de gerga blanca, resistiendo gallardamente al trabajo con que se reparan y disimulan: sus calzados son de cáñamo tejido á que llaman sandalias: usan poco el vino, y con agua sola de que se acompañan guardada

en vasos rústicos y algunos panes ásperos que se llevan, siempre pasados del cordel; caminan y se mantienen los muchos dias que gastan sin acudir á los pueblos. Los labradores y gente del campo, á quien su ejercicio en todas provincias ha hecho llanos y pacíficos, tambien son oprimidos de esta costumbre; de tal suerte que unos y otros todos viven ocasionados á la venganza y discordia por su natural, por su habitacion y por el ejemplo. El uso antiguo facilitó tanto el escándalo comun, que templando el rigor de la justicia, ó por menos atenta, ó por menos poderosa, tácitamente permite su entrada y conservacion en los lugares comarcanos, donde ya los reciben como vecinos.»

Agraviar á aquellos hombres, introducir fermento de quejas en su natural resuelto, celoso y vengativo, era tan impolítico como arriesgado, é implicaba cuando menos harta ignorancia de sus costumbres. Hacia mucho tiempo ya que Cataluña estaba en una situacion postrada y miserable, tanto por los rigores de su cielo cuanto por las exacciones de la administracion y la incomodidad de las hostilidades, conspirando de este modo la naturaleza y los hombres para llevar las cosas al lastimoso fin que tuvieron. La guerra habia llenado aquel país de huérfanos y de viudas, el encono y la desercion de bandidos, los impuestos de miseria, el alojamiento de las tropas de desmanes y la arbitrariedad de persecuciones. Solo faltaba una chispa para poner en combustion aquellos materiales, y esta chispa salió del gobierno, que espidió instrucciones al conde de Santa Coloma atentatorias á los fueros de Cataluña. Fuerte el soldado con la proteccion que le habia significado el gobierno, traspasó la voluntad de este con exigencias superiores á la obligacion del alojamiento, y aun se propasó á lo que no hubiera debido permitirle la disciplina militar.

En tal estado las cosas, y creciendo las quejas al par que el gravámen é insultos de la soldadesca, que algunas veces en su desenfreno militar necesita de poco para tratar al paisano indefenso como á enemigo vencido, colmó el virey la medida del despecho comun prohibiendo que los tribunales se hicieran cargo de ninguna queja que sobre aquellos asuntos se les presentase. Cerradas las vias de la reclamacion, y privados inicuamente los oprimidos del derecho de invocar á lo menos la proteccion de la ley, sucedieron á las quejas públicas las amenazas secretas, y el pueblo empezó á satisfacer como le era dable su profundo y motivado encono. Al menor descuido perdia un militar la vida á manos del paisanaje, ya que la brutalidad los habia hecho enemigos de los que debieron ser defensores. Partiendo de este principio fue la discordia tomando mas formidable cuerpo, hasta el punto de armarse en guerrillas contra el ejército la juventud catalana, y de trabarse por una y otra parte una lucha de esterminio. Un alguacil real llamado Monredon acudió á Santa Coloma de Farnés con fuerza armada para proteger la demanda de un tercio que pedia alojamientos y habia sido recibido con insultos: acogiéronse á la iglesia los vecinos, y Monredon pegó fuego al pueblo; pero trabado despues el combate, hubo de refugiarse en una casa donde murió quemado con todos los suyos. Este y otros sucesos semejantes contribuyeron á embravecer los ánimos, y á demostrar los efectos del mal consejo del monarca y de la torpeza y odiosidad del virey.

Tomó cartas al fin en tan grave asunto la diputacion de la provincia, presentándose oficialmente al virey para reclamar contra tantas injusticias, violencias y desórdenes don Francisco Tamarit, diputado por la nobleza, Claris, canónigo de Urgel, diputado por el clero, y Serra y Vergós, representantes del pueblo. Calificó el virey aquella manifestacion de desacato, y en consecuencia mandó prender á los tres diputados seglares y someter al eclesiástico á un tribunal de su clase. La conducta del conde de Santa Coloma fue cumplidamente aprobada por el gobierno; pero causó muy mala sensacion en los naturales, á quienes le dolia ver aherrojadas á personas de autoridad en las cuales estaba depositada la confianza comun. Así fue que desde entonces recrecieron por una y otra parte los odios y los daños, y al cabo estalló la revolucion en Barcelona el dia del Corpus, 7 de junio de 1640. Habia entrado en la ciudad con motivo de la festividad del dia una gran turba de segadores, gente arriscada, feroz y revoltosa, y andando realistas é imperiales en mutuos recelos y amenazas, y habiendo un alguacil querido echar mano á un segador á quien desde tiempo antes conocia por su mal vivir, acudieron á la defensa sus compañeros y este incidente determinó el tumulto. Tras una no dudosa refriega, quedaron vencidos y acobardados los realistas, y ejecutóse en ellos descomunal matanza y saqueo. El virey, blanco principal del odio de los amotinados, despues de haber permanecido en su palacio por todo aquel espacio de tiempo que le duraron la defensa y la esperanza, emprendió demasiado tarde la fuga; pero frustradas todas sus tentativas para ello, asaltóle á pocos pasos un desmayo de congoja, y en tal estado quedó muerto en breve por los que le perseguian, sin que de las cinco heridas que le hicieron manase gota alguna de sangre, bien fuese por efecto natural del miedo sobre la circulacion, ó bien porque la muerte hubiese cortado el movimiento de aquella. Violáronse todos los asilos y respetos con el ímpetu de un populacho furioso; descerrajáronse las cárceles y fueron puestos en libertad todos los presos, principalmente los diputados que la perdieron de resultas de la manifestacion hecha, segun ya queda referido, al difunto virey.

Lanzada así la revolucion en el camino de las violencias, dió un paso atrás para disculparse de los pasados escesos, esponiendo al gobierno lo sucedido, y cargando, segun suele acaecer con todas las culpas, al malhadado conde de Santa Coloma, mientras se hacian á este pomposos funerales, y se cubrian con máscara de confusion y tristeza los mismos semblantes que habian llevado impreso la ví pera el sello del furor y del esterminio. Entretanto el motin de Barcelona cundió por todo el Principado, imitando sucesivamente todos los pueblos el ejemplo de la capital, y estallando en un solo grito de rencor y muerte contra los castellanos. Pero los diputados de Barcelona habian ofrecido volver á la sumision antigua con ciertas condiciones: el Conde duque tibio y remiso para reconocerlas y para negarlas, gran defecto para un gobernante en tal posicion, mal colocado entre la seguridad y el decoro, no decidió nada de lo que le convenia, dejando las cosas en una situacion insegura, y rehusando á la vez decorosa resistencia y conveniente transacion. En verdad, el Conde-duque, herido en lo mas íntimo de su orgullo, tenia mas gana de guerra que de avenencia; pero disfrazó por entonces sus intentos temiendo no salir en ellos ganoso.

Envióse á Cataluña en reemplazo del conde de Santa Coloma á don Enrique de Aragon, duque de Cardona, muy querido y reverenciado por los naturales á causa de sus buenas prendas y de la autoridad y grandeza de su casa en el país. Convino este nombramiento á todos, aunque no por eso cejaron en su pretension los catalanes. Halló el de Cardona al llegar allí todas las cosas en el mas completo desórden: las tropas reales ejerciendo por todas partes los mayores estragos y devastaciones; el paisanaje defendiéndose y devolviendo mal por mal como mejor podia; los clérigos, en especial el obispo de Gerona,

proclamando la sublevacion en los púlpitos, y llamando herejes y sacrílegos á los realistas; pretensiones por una parte, temores por otra, desórden por todas. La direccion habia sido confiada interinamente á un magistrado con título de veguer, que gobernaba en nombre del rey. El nuevo virey empezó á poner órden en las turbulencias de Barcelona, fuente y núcleo de aquellos movimientos, y logró dejarlas medianamente apaciguadas halagando á muchos y castigando á algunos, aunque no á tantos como la córte de Madrid quisiera. De allí creyó conveniente pasar al Rosellon á donde tambien y por el mismo motivo se habian manifestado disturbios. Era el caso que dos cuerpos de tropa mandados por unos jefes llamados Arce y Moles, no pudiéndose sostener en Cataluña, donde habian cometido muchos actos de vandalismo y habian sido escomulgados por el obispo de Gerona, pasaron con gran trabajo al Rosellon, y llegados á Perpiñan, donde gobernaba el marqués Xeli, pidieron el competente alojamiento. Negáronse á admitirlos los recelosos habitantes, y pasadas algunas pláticas, acometieron las tropas y entraron con impetuosidad en la poblacion, mientras Xeli la cañoneaba con lamentable estrago desde un castillo cercano y eminente. Cometióse tras esto un largo y abundante saqueo, con lo cual, abatido el ánimo de los naturales, imploraron la clemencia del vencedor y hubieron de admitir como dueños á los que temian como huéspedes. Siguieron por aquellos dias tantas arbitrariedades, licencias y desprecios contra la desgraciada gente de Perpiñan, que se salieron de la ciudad una gran parte, dejándola muy desprovista de brazos y efectos necesarios, y encendióse por aquellos contornos la misma guerra que en el Principado reinaba.

Noticioso de estas cosas el virey, y creyendo asegurada por entonces la tranquilidad en Barcelona, fue á Perpiñan, y prévia informacion y examinando maduramente el caso, satisfizo con gran cordura á los lamentos populares, encarcelando á los jefes Arce y Moles con algunos otros oficiales de los mas descomedidos. Tomó muy á mal esta resolucion el gobierno, y dióselo á entender así con tanta acritud que, ayudando á ello los disgustos del mando y los achaques, murió de allí á poco el duque de Cardona resentido por la inmerecida reprension, siendo así que él era el único hombre á quien tal vez se le hubiera podido deber la reduccion del Principado.

El Conde-duque entretanto, despues de haber recibido por escrito las proposiciones conciliatorias de los enviados de Cataluña, á quienes no dejó pasar de Alcalá de Henares, y que sostuvieron con entereza su carácter y sus reclamaciones, juntó consejo de los principales funcionarios y personas de crédito de quienes solia recibirlo, y despues de discutirse en él sobre el giro que se habia de dar á aquellos asuntos, declaróse terminada la discusion, asintiendo todos menos el conde de Oñate, al parecer del ministro, y declarando que convenia estirpar á hierro tan mala semilla, y forzar por armas y castigo á los catalanes, á que en vez de prometer tratos solo acudiesen á pedir perdones. En cuanto al árduo empleo que habia dejado vacante la muerte del duque de Cardona, nombróse para llenarlo al obispo de Barcelona, hombre sencillo y tímido, que, bien fuese por conocimiento de la insuficiencia propia ó bien por coaccion de sus subordinados, siguió desempeñando sus funciones pastorales sin corresponder con sus hechos al título de virey.

Pronunciada la guerra, hizo el Conde-duque cuantiosos preparativos, requirió á todas las milicias dispersas en los puntos donde no eran absolutamente necesarias, para descargarlas á la vez contra el Rosellon y la Cataluña, y encomendóse el mando general de aquellas fuerzas al marqués de los Velez, á quien poco despues se le espidió asimismo el nombramiento de virey, en reemplazo del inútil, aunque benévolo, obispo de Barcelona.

Los catalanes por su parte, en vista de la gravedad de las circustancias, reuniéronse en córtes y optaron tambien por la guerra, incitados principalmente por el ya conocido canónigo Claris, en cuya boca pone Melo un profundo y elocuente discurso. Estableciéronse del mismo modo el plan de la guerra; designáronse las plazas de armas; fortificáronse la capital y los puntos mas importantes, y por último, atendido á la escasez de los recursos, decidióse, no sin gran discordia y pugna de pareceres, que se solicitase la cooperacion de un auxiliar fuerte é interesado. Dirigiéronse para ello al rey de Francia, poniéndose bajo su amparo, y estipulando con él que habia de enviarles cierto socorro por determinado tiempo, sin enviar al frente de las tropas auxiliares otros oficiales que los que le fuesen pedidos, y sin que pudiesen los catalanes hacer tratado con Castilla á no intervenir la Francia. Richelieu hizo adoptar al monarca francés todas estas condiciones, deseoso de disminuir la fuerza española en provecho de la de su nacion. Declaróse pues la Francia defensora de Cataluña, y travése por ambas partes la guerra; guerra que tomó principio de un arranque de indignacion popular, y que desde aquí en adelante pudiera considerarse como una ramificacion de las hostilidades persistentes entre las dos potencias, que en vano separaba el valladar de los Pirineos.

CAPITULO X.

Guerra de Cataluña.

Las primeras operaciones de aquella guerra fueron ventajosas para los castellanos. Manifestada por el marqués de los Velez su intencion de pasar á Cataluña, para reducir á aquellas gentes á la antigua obediencia, contestáronle los diputados que no le admitirian por allá ni con fuerza ni sin ella. Movióse con esto el marqués de los Velez hácia Zaragoza para organizar el plan de las hostilidades, y para ahorrar movimiento á las armas por medio de negociaciones. Estas fueron al principio felices, ya que no muy leales para empleadas contra un enemigo débil: entregósele Tortosa, gracias á los manejos de don Luis de Monsuar y á la equívoca debilidad de su magistrado principal, que hizo la entrega en nombre de todos los naturales, siendo así que casi todos estaban opuestos á ella. Celebróse con venganzas este suceso, con el cual lograron los castellanos la adquisicion de una plaza tan importante, la seguridad del paso del Ebro y entrada por el territorio de los sublevados, y el favorable influjo de las primeras ventajas.

Entretanto en el Rosellon manejaba por su parte las armas don Juan de Garay, el cual combatió á Illa, plaza de la Cerdania defendida por Mr. de Aubigny con guarnicion francesa y española, y despues de haber emprendido dos asaltos con fuerzas muy superiores y gran pertrecho, hubo de retirarse á Perpignan herido y desconcertado.

El Conde-duque, comprendiendo por fin la importancia de aquellos compromisos, intentó otra vez promover tratos de paz: interpuso en valde la mediacion aragonesa para con el pueblo y la del nuncio apostólico para con el clero; prometió amnistía á los rebeldes, y ofreció hacer que desalojasen la tierra las tropas castellanas, con tal que ellos consintiesen en la fundacion de dos castillos que tuviesen en jaque á Barcelona; pero desechadas por los catalanes estas propuestas, y puesto por ellos en prision el marqués de Pobar, á quien habia enviado el Conde-duque con secretas instrucciones, volvióse con todo ardor al amago de las hostilidades. Los catalanes por su parte, asegurados de los socorros de Francia, re-

chazaron de su seno á las poblaciones que se habian dado á los castellanos, y negaron el reconocimiento del título de virey al marqués de los Velez, que se habia declarado como tal desde Tortosa.

Entró luego el marqués por el territorio de los rebeldes, donde forzó el coll de Balaguer y tomó á Cambrijo y á Tarragona, aconteciendo en el primer punto una disputa entre vencedores y vencidos que terminó con horrible matanza de estos, y retirándose del segundo su defensor Mr. d' Espernan con los honores de la guerra. Concluido esto, apresuró su marcha á Barcelona, ciudad que á pesar de su mala situacion, pocas fuerzas y abandono que de la causa comun habian hecho los franceses que acaudillaba d' Espernan, á consecuencia de la capitulacion celebrada en Tarragona, á pesar de todo decimos, se puso en estado de defensa. Urgia entonces á los castellanos sofocar esta revolucion, tanto mas cuanto que por el mismo tiempo estalló la de Portugal, de que nos haremos cargo en el siguiente capítulo, y era para nosotros muy árdua empresa luchar con dos revueltas á la vez. Las fuerzas militares de los catalanes eran pocas y no bien arregladas, consistiendo en las guerrillas su mas poderoso apoyo. Cundió en Barcelona general entusiasmo tras pasajera vacilacion; pusiéronse en armas voluntariamente todos los habitantes, y fue enviado el guerrillero Margarit para entorpecer la marcha del enemigo. Este tomó á Constanti, vengando en su guarnicion las crueldades cometidas por los realistas; pero estotros, despues de haber dominado á San Sadurní, tomaron á su vez á Martorell, contra cuyos moradores ejecutaron cruel matanza y saqueo, en represalias de las atrocidades cometidas por Margarit en Constanti. Franco así el paso para Barcelona, entró esta ciudad en gran congoja, como que tenia cerrados á la vez los caminos del perdon por su constancia y los de la defensa por su debilidad. En este trance, á propuesta de Clario y con aprobacion de los cancelleres, se determinó que Cataluña quedaria separada de la corona de España y unida á los dominios de Francia. Comunicóse esta disposicion á Luis XIII, é hízosela adoptar con los brazos abiertos Richelieu, á pesar de la desaprobacion de algunas personas. En virtud de este convenio, y mientras no se procedia á ulterior discusion, entraron en Barcelona tropas francesas, prepáronse por parte de estos esfuerzos mas considerables, creció el ánimo en los que mas se habian dejado abatir por el desaliento, y púsose la ciudad con sus defensores bajo la direccion de un consejo de guerra, nombrándose jefes de las tropas don Francisco Tamarit, primer consejero, á quien ya conoce el lector como diputado por la nobleza en la representacion que se hizo al conde de Santa Coloma, y Mr. Plessis.

Asentó mientras esto su campo el de los Velez por aquel contorno, y con lucida gente y buenos capitanes empezó á combatir la ciudad el 26 de enero de 1641. Aprestáronse unos y otros al ataque y á la defensa. Carlos Caraciolo, marqués de Torrecusa, noble y valiente caballero napolitano, acometió con lo mas granado del ejército la fortaleza de Monjuich, y despues de haber resistido mucho fuego y apoderadóse de las fortificaciones esteriores, hubo de retirarse porque le faltaron escalas para el asalto (descuido imperdonable en un jefe), mientras su hijo moria á poca distancia peleando con un valor heróico. Duraba hacia muchas horas el combate con dudoso éxito y porfiado denuedo, cuando el ataque repentino de algunos soldados que se descolgaron de las murallas del castillo, y el grito de victoria dado, todavía sin motivo, por dos de los sitiados, introdujeron en las tropas castellanas que mandaba el de Torrecusa un terror pánico tal, que todos los soldados se declararon de pronto en precaria y desordenada fuga, no bastando para moderar su miedo cuantos esfuerzos y ejemplares hicieron los oficiales para detenerlos. Dos mil castellanos perecieron en aquella jornada, y gracias sino fueron mas á que don Juan de Garay intervino severamente con sus batallones mas ordenados para arreglar la confusion de los fugitivos, y contener á la guarnicion de Monjuich que habia salido en su persecucion. Diez y nueve banderas quedaron en poder de los catalanes. Estraña accion fue aquella en que la victoria se debió á un grito, y los mas fuertes fueron los mas asaltados por el miedo. De resultas de ella, decidióse la retirada del ejército realista á Tarragona, y el marqués de los Velez, avergonzado de aquel suceso al par tan grave y tan ridículo, pidió que lo absolviesen del cargo que tenia, y así fue hecho, confiándosele á Federico Colonna, príncipe de Buteras y virey de Valencia.

Abriéronse tratos entre Luis XIII y los catalanes sobre el modo y forma con que habia de quedar el país en cuestion anejo á la corona de Francia, interviniendo en aquella capitulacion Mr. d' Argenson en nombre de su monarca, y en córtes generales de la provincia, celebradas en Barcelona el dia 3 de abril de 1641, quedó establecido por una parte y aceptado por otra lo siguiente. El rey de Francia tomaria el título de conde de Barcelona y adquiriria dominio sobre el Principado como sobre tierra propia, con tal que respetase en todo tiempo las adquiridas franquicias, honores y privilegios, y viniese personalmente, segun uso de los antiguos reyes, á jurar la observancia de esta y las demás condiciones de la gobernacion, y no aumentase las contribuciones ni agravase el país con tropas y empleados extranjeros, ni dejase de reunir córtes á sus debidos tiempos, ni hiciese ninguna innovacion gravosa en los institutos y negocios de la provincia, con otras condiciones por el estilo. Aceptólas Richelieu, tal vez con propósito de eludirlas mas adelante, segun parecia mas adecuado á su genial ambicion y tendencia dominadora, y mas deseoso que de nada de cobrar el Rosellon para agregarlo á los dominios franceses, envió allá al príncipe de Condé con un ejército. Entretanto el conde de la Motte-Hondancourt por tierra y el arzobispo de Burdeos por mar cercaron á Tarragona, donde permanecian encerrados los realistas; pero no obtuvieron logro, gracias á la llegada de una fuerte escuadra española y la introduccion de refuerzos en la plaza. Condé por su parte se apoderó de Elna en el Rosellon, y el marqués de Brezet que le sucedió, á pesar de los esfuerzos de Mortara y de Torrecusa que al principio lograron rechazarlo, volvió con mas gente, y unido á los catalanes se apoderó de Perpignan y de Salses. Una division enviada á las órdenes del marqués de Povar, fue toda hecha prisionera con su jefe por Lamotte-Houdancourt que les salió al encuentro. La negligencia del marqués de Hinojosa, á quien encargaron la reparacion del pasado desastre, y el vencimiento de una escuadra nuestra que navegaba al socorro de Perpignan, sirvieron tambien á las ruinas de los enemigos, que en breve tiempo y con poco trabajo se apoderaron del condado de Rosellon, el cual desde entonces ya no nos pertenece.

CAPITULO XI.

Sublevacion de Portugal.

Portugal, trabada con España desde el tiempo de Felipe II, aunque sin perder por eso su calidad de reino, no se habia unido á nosotros tan íntimamente que se pudiera juzgar consolidada la unidad peninsular. Entonces todavía España se resentia de la anterior division de sus provincias, permaneciendo estas entre sí separadas y distintas, con sus córtes, fueros y contribuciones particulares, formando mas

bien una confederacion de estados bajo el poder de un rey que una monarquía compacta y uniforme. No era esto lo que hubieran querido los reyes de la casa de Austria, bien conocidos en la historia por su tendencia dominante y centralizadora, y á quienes debia pesar por lo tanto ver su poder tan escasa y desigualmente repartido; pero tal es el influjo de los malos consejos y de las erradas maquinaciones: llevar las cosas al punto opuesto á donde quisieran dirigirse. El Conde-duque y sus antecesores quisieron establecer la igualdad del despotismo monárquico y arrasar á viva fuerza todas aquellas diferencias de gobernacion y de privilegios; pero, como quisieron conseguirlo brutalmente y sin haber preparado el golpe, como no se cuidaron de destruir la barrera que, fundada en la diversidad de idioma y de costumbres, y mas que todo en el envejecido espíritu de provincialismo, se oponia á que aquellas provincias se sometièsen al pensamiento gubernativo; como quisieron, decimos, dar el golpe sin haber preparado su éxito ni prevenido sus consecuencias, fracasaron en todas sus tentativas, saliendo humillado su poder del mismo camino por donde pensaban aumentarlo. Así fue como Felipe III fracasó en sus tentativas contra los antiguos fueros de las Provincias Vascongadas, y como Felipe IV dió lugar á las revueltas de Cataluña por la mala y estemporánea aplicacion de sus rigores. En los imbéciles sue'e degenerar el mas noble orgullo en arrogancia pueril, y no hay mayor ni mas costosa imbecilidad para un gobierno que emprender una lucha sin haber antes consultado muy bien sus fuerzas.

En Portugal sucedia esto y aun mas, porque conservando su título de reino sufria en mayor grado que si hubiera quedado reducido al gremio de provincia. Mirábasele por los nuestros como país conquistado, suerte comun de los reinos débiles que se adhieren á los fuertes: españoles eran los que ocupaban los principales cargos y disfrutaban los mas piugües beneficios de Portugal, y los enemigos de España contra Portugal dirigian sus ataques, sin que el gobierno español cuidase de acudir al reparo. Aquella nacion, que no por verse súbdita habia perdido el carácter de tal, y que consideraba como mengua que la gobernasen vireyes, veíase privada de libertades que siempre habia poseido, cosa contraria á la capitulacion aceptada por Felipe II cuando incorporó á sus dominios dicho reino, afligida con grandes pérdidas á consecuencia de las guerras en que se habia comprometido España por intereses estraños á su territorio, agravada con impuestos que no habian sido votados por sus córtes, esquilmadas malamente en obsequio de la codicia ó de la adulacion de unos cuantos, distraidas sus fuerzas en servicio ajeno y sus rentas en indebido objeto. Todos estos gravámenes, sufridos con descontento por una parte y ejercidos con altivez por la otra, habian exasperado de tal modo los ánimos de los portugueses, que cualquier político de medianos alcances hubiera podido vaticinar lo que sucedió al cabo. Hallábase interpuesto entre las dos naciones un valladar de odio y de desprecio, aborreciendo portugueses á castellanos tanto por lo menos como despreciaban castellanos á portugueses; de modo que mirándose como dos razas diversas y enemigas, oprimida la una y opresora la otra, nunca con tan absurdo sistema hubiera podido formarse un cuerpo de nacion con tan encontrados elementos, por mas que coadyuvaran á ello las razones de estado, la concordia de los mas altos intereses, el orígen comun de ambas gentes, y hasta la misma disposicion geográfica, no existiendo fronteras naturales donde no hubiera debido haber particion de límites.

En tal estado, la separacion de Portugal solo pendia de la ocasion. El poder era evidente; por cuanto Francia estaba en favor de aquel golpe de mano, y aun influia para llevarlo á cabo, segun consta de instrucciones secretas dadas por el cardenal de Richelieu. España además estaba tan comprometida y ocupada en otros asuntos, que no la era posible proveer con el necesario vigor al remedio de aquella inminente pérdida. En cuanto á la ocasion, el mismo gobierno de Madrid, torpe y desatinado en esto como en todo, tuvo buen cuidado de proporcionarla. No le bastaba con haber hecho de los portugueses extranjeros en lugar de haberlos ido convirtiendo en españoles, era menester abrirles el camino para su independencia, hostigarlos hasta hacerles lanzar el grito de la revolucion, secundar los hostiles manejos de Richelieu, y formar á fuerza de tantas pérdidas la triste historia del reinado de Felipe IV, sobre cuya pretendida grandeza dijo un chusco, que era como la de los agujeros, tanto mayor cuanta mas materia perdian.

Era á la sazon vireina de Portugal doña Margarita de Saboya, duquesa de Mantua, mujer de buen temple y prudente carácter, sábiamente aconsejada además por el arzobispo de Braga; pero quien gobernaba en realidad todas las cosas y verificaba todos los proyectos y medidas del Conde-duque era un tal Miguel Vasconcelos, residente en Lisboa con el título de secretario de Estado de Portugal. Adolecia este Vasconcelos de suma crueldad, codicia y arrogancia; defectos que en breve lo hicieron mal quisto con todos sus gobernados, y hasta con la vireina y el arzobispo de Braga, al cual trató en cierta ocasion con mas insolencia de lo que su situacion le permitia. Rompió la indignacion popular en algunos tumultos de mas ó menos importancia, acaecidos por el año de 1637 en las ciudades de Lisboa, Braga y Mérida; pero estos motines fueron sofocados y calificados por el gobierno en son de desprecio con el nombre de *Tumultos de Evora*, por ser en esta ciudad donde mas formidables se presentaron.

El Conde-duque, no obstante, temiendo que aquellas revueltas tomaran carácter de revolucion, quiso abatir aquelos gérmenes apoderándose de la aristocracia portuguesa, pobre y ambiciosa, pero influyente y altiva. Empezó por llamar á Madrid á todos los personajes de cuenta de Portugal, con pretesto de cierta misteriosa conferencia: acudieron aquellos; verificóse esta; pero salieron las partes desavenidas, sin que nadie hasta ahora haya podido inquirir de fijo sobre lo que versó. Quién dice que fue para pedir dinero; quién que para exigir la trasformacion del reino de Portugal en provincia castellana y la fusion de entrambas cortes: asi andan inciertos y flotantes los pareceres; pero lo cierto de ello es que hubo de hacerse por el gobierno en aquella entrevista la demanda de alguna importante concesion. Entretanto habíase tramado una conspiracion en Portugal, siendo el principal fautor de ella un hombre llamado Pinto Riveiro, mayordomo del duque de Braganza. Aquella conspiracion que de oscuros principios habia ido estendiéndose hasta tomar parte en ella personajes de mucha cuenta, tenia por objeto la independencia de Portugal: pensóse primero en república; pero pronto se desistió de esta idea, y quedó establecido coronar al duque de Braganza. Era este un hombre indolente sin dejar de ser ambicioso, constante y disimulado sin dejar de ser tímido, el cual, presentado que le fue el plan de la conjuracion, aceptó la corona con cuyas esperanzas le brindaban, estimulado á ello por su noble y varonil mujer, doña Luisa de Guzman, hija del duque de Medina Sidonia, que en aquel caso prescindió en provecho propio de sus sentimientos de española. Su marido adoptó el sistema que mas convenia á su carácter: empezó á entretenerse en fiestas y ostentaciones, no dejando traslucir á nadie su secreto, mientras seguia la cons-

piracion su curso, y negándose á acudir á Madrid con los demás príncipes portugueses, so pretesto del mal estado en que se hallaban sus rentas.

El de Olivares, receloso ya de lo que pasaba, y no sin sospecha del de Braganza, intentó varias veces apoderarse con perfidia de su persona; pero no lo consiguió ninguna de ellas, y sus tentativas solo sirvieron para ponerlo peor y mejor á su rival en el ánimo de los pueblos. Dió órden tras esto el Conde-duque de que fueran todas las tropas portuguesas á servir á España en los asuntos de Cataluña; opusiéron los portugueses á esta órden una resistencia pasiva, doliéndoles gastar sus fuerzas en empeños de que no les reportaba ventaja alguna, y de esta medida, que no llegó á verificarse, surgió una inquietud que aceleró la crisis.

Completados, en fin, los preparativos de la conspiracion, y propicio á lo proyectado el ánimo de los pueblos, aplazóse la ejecucion para el dia 1.° de diciembre de 1640. En este dia, á la señal de un pistoletazo disparado en la plaza por Pinto Riveiro, estalló la revolucion con gritos contra el gobierno y vivas al de Braganza. Trabóse con singular ardor el combate, y vencidas pronto las tropas que estaban por Castilla, penetró Pinto al frente de los suyos en el palacio de Vasconcelos, el cual fue muerto de un pistoletazo, y su cadáver, lleno de estocadas, arrojado por una ventana y entregado á los insultos del populacho. La vireina quiso presentarse al pueblo, transigir con los conjurados; pero, á pesar de su firmeza varonil, no pudo impedir el desarrollo de los acontecimientos. —¿Qué puede hacerme el pueblo? preguntó á Carlos de Noronha, uno de los que seguian la parte del de Braganza. —Señora, arrojaros por un balcon, respondió este. Por fin, encerrada en su aposento, tuvo que firmar una órden para que se rindieran á los rebeldes todos los fuertes próximos á Lisboa. El arzobispo de Braga, que acompañaba á la vireina, se propuso en acriminar á los vencedores y aun echó mano á una espada contra ellos, pero á pesar de esto y del aborrecimiento que le tenian, no se le hizo daño alguno. La vireina tambien salió de su palacio sin que el menor insulto viniese á hacer mas amarga su retirada del poder: conducta caballerosa y digna, de que reportaron en aquella ocasion grande honra los portugueses. El duque de Braganza, sabido lo que pasaba, vino á Lisboa entre el general aplauso de sus paisanos, y allí, quince dias despues de la muerte de Vasconcelos, fue jurado por rey de Portugal bajo el nombre de Juan IV, y se ciñó una corona que tan poco trabajo le habia costado adquirir. Ya entonces toda la nacion se habia emancipado de la dependencia española, escepto la ciudadela de San Juan, situada á la desembocadura del Tajo, cuyo gobernador, don Fernando de la Cueva, cedió al fin á las promesas despues de haber resistido heróicamente á las armas. De este modo fue como en poco tiempo y á poca costa se reconstituyó la antigua monarquía de Portugal, perdida durante sesenta años en la sombra de la corona de Castilla. Esta perdió asimismo todas las colonias que pertenecian á Portugal, menos Ceuta.

Es digno de notarse el giro que tomó el Conde-duque para noticiar esta pérdida á Felipe IV, por cuanto demuestra muy bien la negligencia del monarca y el artificio del privado. Presentóse este á aquel con rostro risueño, y le pidió albricias porque *el duque de Braganza habia cometido la locura de dejarse aclamar rey por la canalla portuguesa, y asi podrian venir á poder de la corona de España los cuantiosos bienes que la casa de Braganza poseia.* — *Ya pondremos remedio á eso*, respondió tranquilamente Felipe, mientras reino á reino se iban desmoronando sus dominios.

CAPITULO XII.

Caida del Conde-duque.

Entablóse la guerra entre España y Portugal con poco calor y escasas huestes, puesto que las fuerzas de una potencia eran muy reducidas y las de la otra andaban harto ocupadas. Gran muchedumbre de gente portuguesa se hallaba á la sazon en Cataluña, combatiendo de parte de España contra los insurreotos de aquella provincia; pero, llegada que les fue la noticia de la sublevacion de su patria, dejaron de prestar servicio á los castellanos, y empezaron á mirarlos como enemigos, si bien no se unieron á los catalanes. La lucha por las fronteras del nuevo reino empezó por ser desgraciada para los nuestros, aunque en muy pequeña escala, pues no daba lugar á grandes acciones el corto número de la gente contrapuesta: hicieron estos y aquellos sendos desmanes y tropelias, cosa por desgracia muy frecuente en refriegas en que se atiende mas á la destruccion que al combate; tentaron en valde los españoles la toma de Olivenza, y lograron los portugueses la de Valverde. Quiso tambien el Conde-duque emplear contra el nuevo monarca el artificio de las conjuraciones; pero tambien quedaron frustradas sus miras en este falso terreno.

A todo esto, el fuego de las revoluciones no cesaba de cundir en España; el duque de Medina Sidonia cuñado del de Braganza, estimulado por la fortuna de su pariente, quiso coronarse á su vez segregando del gobierno comun á las provincias de Andalucía, y empezó á conspirar con este objeto, no descuidándose en anudar relaciones con las potencias extranjeras; pero descubierto aquel peligro por la delacion de un prisionero, cortáronse á tiempo los hilos de aquella conspiracion, cuyo resultado preciso hubiera sido la completa disolucion de nuestra monarquia, que se hubiera dividido en pequeños reinos como en la edad media, harto desmedrados ya para que pudiesen resistir al movimiento de la política europea. El duque de Medina Sidonia fue perdonado en consideracion á su rango y al parentesco que le ligaba con el Conde-duque; pero no se libró de la última pena su cómplice principal, el marqués de Ayamonte.

Los franceses entretanto no dejaban de hostilizarnos por todas partes: en 1640 el marqués de Brezé, almirante de Francia, destruyó cerca de Cádiz cinco galeones procedentes de América con toda su tripulacion y carga de metales preciosos. En Cataluña, de la plaza de Monzon, se tomó con tanto empeño la guerra, que ambos reyes se acercaron al teatro de ella para activar las operaciones. Luis XIII vino á Narbona, y Felipe IV con gente de guerra llegó hasta Zaragoza, donde consumió algun tiempo en fiestas, y se retiró luego amostazado por la tardanza de su valido. El marqués de Leganés tomó el mando del ejército, y á pesar de la habilidad y buena fortuna que se habian manifestado en él hasta entonces, empezó perdiendo una batalla y tras ella la importante plaza de Monzon. Cataluña, pues, estaba de hecho separada de nuestra obediencia. El general francés Lamotte-Hondancourt, despues de conseguidas estas ventajas, volvió en triunfo á Barcelona, y fue nombrado virey de Cataluña (1642).

En Italia tampoco nos habia sido próspera la suerte de nuestras armas, cayendo Casal en poder de los enemigos. En Alemania el sueco Torstenson sometió la Silesia y la Moravia, y ganó contra los imperiales las grandes batallas de Schweidnitz y de Leipzick. En los Paises Bajos se hicieron dueños tambien los franceses de muchos pueblos, de los cuales el Cardenal-infante logró recobrar á Aipe, y su sucesor el general Melo á Lens y la Basse, ganando además la batalla de Honnecourt, y completándose

nuestras pérdidas con la defeccion del príncipe Tomás de Saboya, que se reunió con los franceses contra nosotros, y nos devolvió en daños los pasados servicios; perfidia que no basta á disculpar la debilidad. Gracias á esto, perdimos muchas plazas, y entre ellas Crescentino y Niza de la Palla.

Exhausta se hallaba España de tropas y de recursos, cuando ocurrió un suceso que pareció bastante á templar la fatiga de nuestros compromisos. Este fue el fallecimiento del cardenal de Richelieu, acaecido en 1643, y seguido con muy poco intérvalo del de Luis XIII. En vista de cuanto se ha dicho sobre él, escusado es que nos detengamos á hablar de aquel hombre estraordinario, al cual debe sin duda la Francia cuantas grandezas han ilustrado su carrera política hasta fines del siglo pasado. El hizo grande y glorioso el reinado del débil Luis XIII, de quien no esperaban sus súbditos nada grande ni bueno, por mas que no haya podido quitarle ese carácter de monotonía y de individualidad que se destaca de la historia de todos los gobiernos altamente monárquicos. Sucedió en la corona el hijo de Luis XIII, que tenia el mismo nombre, y que estaba entonces en edad muy tierna, quedando encargada de la regencia su madre Ana de Austria. Esperaban, y con algun motivo, los afectos á la dinastía austriaca, que cesarian los trabajos de esta faltando su principal enemigo; pero no sucedió así. Ana de Austria, posponiendo los afectos de familia al interés de la corona de su hijo, prosiguió sin vacilar la contienda, y quedaron las cosas en el mismo lastimoso estado que antes.

Entretanto los españoles, fatigados de tan largos y gravosos disturbios, conocian el mal gobierno que pesaba sobre ellos, y trocados en desaliento y hastío los sueños de su antigua grandeza, estaba el que no descontento pesaroso, menospreciando al inepto monarca y aborreciendo sin límites al arrogante favorito. Habíale llegado á este su turno de caer, por cuanto los desaciertos habian desvanecido su prestigio, y el odio comun habia desmenuzado poco á poco el pedestal de su valimiento. Habíase mantenido hasta entonces en el poder por medios un si es no es indecorosos, y mas bien particulares del hombre al rey que políticos del gobernante á la nacion; pero ya la aureola de su prosperidad iba visiblemente palideciendo, atrevíansele por todas partes sus enemigos, desencadenábase contra él la lengua de los murmuradores, y Felipe IV se le iba poniendo cada vez mas rebelde y ceñudo. La enemistad de dos mujeres acabó de darle el último golpe: estas fueren doña Isabel de Borbon, esposa del rey, y la duquesa de Mántua, ex-vireina de Portugal, que achacaba con razon al Conde-duque la culpa de aquel desastre. Unióse á ellas el embajador de Austria, representando en nombre de su amo, y entre todos lograron al fin que el monarca depusiese á su favorito, y lo desterrase á Loeches, donde vivió durante tres años en soledad y tristeza, hasta que le llegó la muerte, sin que del rey abajo, ninguno fuese á aliviar con algun grato recuerdo ó con alguna buena palabra la amargura de su fin. Tal fue el paradero del Conde-duque de Olivares, á quien el mundo pagó en odios y desdenes lo que la suerte y el capricho real le habian tributado de favores. Tuvo talento, aunque no el suficiente para lo que quiso dirigir; y su nulidad quedó mas en relieve por el contraste que formaba con los dotes de mando de Richelieu. Arrogante, codicioso, vengativo, tuvo la triste habilidad de convertir en odios á su persona las humillaciones que hacia sufrir á otros, aunque á la verdad no fue tan codicioso ni tan inepto como lo habian sido el duque de Lerma y el oscuro é insoportable Calderon.

La caida del Conde-duque fue demasiado tardia para que la nacion pudiese reportar provecho de ella: con todo el gozo, salió á todos los semblantes, y el rey se vió colmado de elogios y de enhorabuenas.

CAPITULO XIII.

Continuacion de la guerra hasta la paz de los Pirineos.

Al conde-duque de Olivares sucedió su sobrino el conde de Haro, no con tanto poder como su predecesor: era el de Haro una medianía en toda la estension de la palabra, sin adolecer de malas cualidades ni brillar por relevantes. Su carácter suave y su política desidiosa le hicieron esquivar nuevas guerras, y mantener trabajosamente las empeñadas. Sucedió á Richelieu el cardenal Julio Mazarini, continuador de sus proyectos, hombre temible por su destreza y perspicacia y grande aborrecedor tambien de la dinastía austriaca, con lo cual se le aparejaban al conde de Haro no menos cuidados que los que habian entretenido al de Olivares.

Continuándose, ó por mejor decir, reanudándose la guerra, en la que habian ocasionado una corta suspension los precedentes sucesos, anduvieron muy desgraciados los españoles por el lado de Flandes. Tomaron estos la iniciativa á las órdenes del conde de Fuentes, veterano en quien los achaques no hacian sombra al valor; pero salióles al opósito el jóven general duque de Enghien, despues príncipe de Condé, tan conocido en la historia por sus proezas y habilidad militar; y les ganó la célebre batalla de Rocroy, no sin trabajo de los vencedores y generosa porfía de los vencidos, quedando de estos ocho mil sin vida en el campo, y entre ellos el mismo conde de Fuentes, y seis mil prisioneros. Aprovechóse el duque de Enghien de esta victoria para ganar una porcion de plazas, entre ellas la de Thionville, que se resistió bien, mientras su compañero y sucesor el duque de Orleans tomó primero á Gravelinas, y despues á Bethune, Armentieres, y otros muchos pueblos, y los holandeses á Sas de Gante. Algunos de estos logró recuperar el duque de Lorena, general en jefe por parte de los austriacos; pero las ventajas eran muy ligeras para subsanar las pérdidas, y los nuestros quedaban en todas partes batidos y deshechos. En 1646 uniéronse Condé y Orleans, y se apoderaron de Courtray, Bergues-Saint-Vinox, y Fumes: y poco despues el de Condé tomó á Dunquerque, la que fue la mas memorable accion de esta campaña, tanto por la importancia del punto tomado, cuanto por la gravedad militar de aquella empresa. En el año 1648 volvieron á sufrir los españoles en Sens una considerable derrota equiparable á la de Rocrioy, siendo entonces gobernador de Flandes el archiduque Leopoldo, hermano del emperador. Este tampoco se contemplaba seguro en su imperio: Enghien y Turena, ganada contra los bávaros la batalla de Friburg, se apoderaron de Filipsburgo, Spira, Worms y Maguncia, mientras los generales suecos Torstenson y Wrangel, dominados por fuerza de armas todos los territorios colindantes, amagaban ya sobre las mismas fronteras del Austria. La paz de Westphalia, que no llegó á suspender siquiera las fatigas de España, aseguró á costa de algunas concesiones el reposo imperial.

En Cataluña, si bien llegamos á recobrar la plaza de Monzon, fueron derrotadas nuestras huestes dos veces en batalla por Houdancourt y una en combate naval, en las aguas de Cartagena, por el almirante Brezét. Nuestro general don Felipe de Silva ganó á Lérida, y el Francés, despues de haber intentado lo mismo contra Tarragona, en cuya empresa perdió muchos hombres sin conseguir efecto alguno, ganó al año siguiente (1646) las plazas de Balaguer y Rosas. En 1647 vino á dirigir aquellas hostilidades el príncipe de Condé, siendo su contrario por nuestra parte el marqués de Leganés, sucesor

de don Felipe de Silva. Quiso Condé reconquistar á Lérida, pretension que ya le habia salido frustrada con gran descalabro, y emprendió jactanciosamente el cerco, haciendo abrir las trinchera á son de violines, alarde que critican los historiadores como ridículo y vano, por mas que Voltaire lo quiera disculpar haciéndolo costumbre. Pero saliéronle vanas sus miras, habiendo el vencedor de Rocroy de retirarse sin poder contrarrestar la resistencia de una guarnicion de tres mil hombres. El mariscal de Schomberg, su sucesor, aguó la alegría de los partidarios de Felipe IV por este hecho, tomando por asalto la fuerte plaza de Tortosa, por lo cual, sino tan mal librados como en otras partes, tampoco salieron aquí los nuestros gananciosos.



Condé.

En Portugal, aunque por la via de las armas no ocurrieron por entonces sucesos de grande importancia, limitándose las hostilidades á ataques parciales y depredaciones que solo servian para aguzar los filos del resentimiento mútuo, ocurrió un suceso de trascendental gravedad, y que á haber tenido éxito hubiera cambiado completamente la faz de ambos reinos. Era una conjuracion, en la que estaban asociados muchos personajes, y el principal de ellos don Carlos Padilla, teniente general: su objeto era asesinar á Felipe IV, y casar á su hija doña María Teresa de Austria con el monarca portugués, restableciendo de este modo la union de los dos reinos. Fue descubierto el proyecto, y castigados con la última pena los principales comprometidos.

En Italia, como en todas partes, habia vuelto la fortuna las espaldas á los españoles. Tras muchos reveses sufridos y pocas ventajas obtenidas, recogimos inopinadamente el fruto de nuestros antiguos rigores y desmanes. Es el caso que Nápoles gemía hacia tiempo oprimida bajo el yugo de insaciables vireyes, y ansiaba con ardor sacudirlo. Un humilde pescadero, llamado Tomás Aniello, á quien el vulgo solia llamar Masaniello, y bajo cuyo nombre lo han inmortalizado la historia y la poesía, hombre ignorante, pero entusiasta, enérgico é independiente, resentido por agravios personales que se le habian hecho por parte del gobierno, y estimulado por la ocasion, por el apoyo de sus amigos y por el ejemplo de un levantamiento reciente en Palermo, se puso al frente de una insurreccion popular, salió triunfante, destruyó al gobierno de los españoles, y se posesionó de él con inmensa, aunque efímera, popularidad. En efecto, el movimiento de vaiven de la efervescencia revolucionaria, su propia ignorancia y desvanecimiento, y los consejos de su amigo Julio Genovino, que le indujo á transigir con el virey, lo despeñaron en breve de su elevado puesto, terminando su dominacion de ocho dias con la muerte violenta que le dieron los guardias del duque de Arcos, que así se llamaba el virey, sin que el pueblo se indignase al ver destrozado su ídolo.

Pero aquella sublevacion, que se creia estinguida por la muerte de Masaniello, volvió á retoñar con nueva fuerza y por los mismos motivos que antes, á saber, la miseria del pueblo y el despotismo inconsiderado de los españoles. Tambien por esta vez salió la revolucion triunfante: huyó de la ciudad el duque de Arcos, y el gobierno español, determinando proveer con mas eficacia al remedio de aquellas ocurrencias, envió allá con poderosa armada á don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV. Este, despues de haber hecho contra la capital del reino una mortífera é infructuosa tentativa, se echó con sus naves mar á fuera, y determinó estar á la mira de los acontecimientos. Entretanto el motin de Nápoles habia cundido de la capital á los demás pueblos del vireinato, y despues de haberse puesto á la cabeza de los revoltosos dos jefes, que fueron el conde de Torralto y un tal Genaro, persona de poca cuenta, ambos depuestos y forzados á ceder al mismo ímpetu que habian pretendido encaminar, decidieron los napolitanos erigirse en república independiente bajo la direccion del duque de Guisa. Aceptó este, y con título de dux vino á Nápoles para ponerse á la cabeza del nuevo estado; pero descompuesto de allí á poco con sus súbditos, débilmente apoyado por Mazarini, que miraba con desconfianza el acrecentamiento del de Guisa, y vendido en fin por Genaro, el antiguo jefe popular, no se halló en estado de luchar contra las fuerzas de Castilla, las cuales, bajo la direccion del nuevo virey, conde de Oñate, se posesionaron de Nápoles, y el duque de Guisa quedó vencido y prisionero de los españoles cerca de Capua. Así acabó aquella nombrada revolucion que sobre tan frágiles cimientos habia adquirido en breve cuerpo tan formidable, volviendo á entrar aquellos paises bajo la dependencia española en 1648, no sin que á esto se siguieran algunas justicias, entre ellas la de Genaro, que empezó por revolucionario para acabar por traidor. El que antes de él habia gobernado, habia muerto á su vez á mano de la turba, que atribuía á deslealtad lo que le faltaba de entusiasmo.

A todo esto, los franceses habian logrado cerca de Cassal una victoria contra el marqués de Caracena, gobernador de Milan, y nuestro horizonte se iba poniendo cada vez mas nublado, cuando una feliz circunstancia vino á reanimar nuestro decaido aliento. Fueron ocasion de esta mudanza las turbulencias llamadas de la Fronde, suscitadas en el vecino reino, turbulencias que cuidó de sostener en provecho propio la córte de España, ofreciendo proteccion á los nobles coligados contra Mazarini, y gracias á las cuales vinieron malamente á nuestro servicio, moviendo contra su patria las mismas armas de que se habian servido para oprimirnos, los generales Condé y Turena, nuestros mas hábiles adversarios. España, escluida de los tratos de Westphalia, por no haber querido ceder á los franceses el Rosellon, la Cerdania, el Franco-Condado y los Paises-Bajos, celebró en cambio paces con Holanda, reconociendo la independencia tan bien defendida de aquella república, con la posesion de sus colonias y algunas

otras ventajas, y granjeándose así un enemigo menos, si bien despues de una lucha dispendiosa y mortífera, que se hubiera podido evitar para obtener desde el principio el resultado que se obtuvo al fin. Ciertamente la Holanda supo conquistar su nacionalidad en buena y heróica defensa, aunque sostenida casi siempre por pujantes ayudas.

En Cataluña por otra parte los escesos cometidos por los franceses habian hecho declinar la opinion pública á nuestro favor, manifestándose esta en primer lugar por la conspiracion tramada en Barcelona en 1645, y dirigida por la baronesa de Albes, con el objeto de entregar dicha plaza á los castellanos; conspiracion que antes de estallar fue descubierta y sofocada con muerte de algunos de los cómplices. En 1650 tomó el marqués de Mortara á Flix, Miravete y Balaguer, reconquistando luego á Tortosao, y poniendo al año siguiente sitio á Barcelona por tierra, mientras don Juan de Austria con su escuadra la bloqueaba por la parte de la marina. Esta ciudad, primer foco de tan graves disturbios, y donde se hallaban los mas enconados adversarios de Castilla, se resistió durante quince meses á todos los ataques y apremios bajo la direccion de don José Margarit, y entregóse por último el dia 13 de octubre de 1652, capitulando antes amnistía y conservacion de fueros. En cuanto á la primera, esceptuáronse de ella algunos de los mas turbulentos, y en cuanto á los segundos, si bien no quedó desmentida del todo la palabra dada en nombre de Felipe IV, no fue guardada con tanta exactitud como hubieran podido esperar los catalanes. A la rendicion de Barcelona sucedió con poco intérvalo la de casi todo el Principado Tal fue en resúmen el giro y terminacion de aquella guerra civil, mantenida durante trece años, y de la que reportaron unos y otros mucho daño y poco provecho. Harcourt y Margarit primero, y el príncipe de Condé despues, intentaron reanimar la lucha; pero al entusiasmo habia sucedido la postracion, y los pueblos no respondieron á su llamamiento. Consiguieron á la verdad los franceses ciertas ventajas; pero don Juan de Austria, con la toma de Solsona y Berga, acabó de decidir las cosas en nuestro favor, entibiándose desde entonces la guerra, y sosteniéndose débilmente en los límites de una y otra nacion.



Doña Isabel de Borbon, primera mujer de Felipe IV.

Pacificada Cataluña, tendió el conde de Haro á la reconquista de Portugal, favoreciendo sus miras la muerte de Juan IV en 1656, y la elevacion al trono de su hijo Alonso VI, que estaba en minoría bajo la tutela de su madre. El duque de San German, general de las tropas españolas se apoderó en 1657 de Olivenza y de Monraon, mientras el marqués de Viana pasaba el Miño en 1658, derrotaba al duque de Castelmelhor, y se vengaba de haber sido rechazado en Elvas tomando á Monzao, Salvatierra y Portela. Pero tras la prosperidad vinieron los reveses Mendez de Vasconcelos, que tomó el mando de la milicia portuguesa, recuperó á Monraon, y marchó en 1659 á poner sitio á Badajoz, convirtiendo de este modo en invasion la defensa y en temor la seguridad de los españoles. Sucedió á Vasconcelos el conde de Castañeda, que derrotó completamente á un gran ejército de estos que habia salido á asegurar la frontera. Así es como la animosidad de los portugueses y la firmeza de la regente desconcertaron con gran pérdida las esperanzas del conde de Haro sobre aquellos dominios.

En Italia nos habia proporcionado alguna influencia el reciente ejemplo de las sediciones apagadas en Nápoles y en Sicilia. El marqués de Caracena se hizo dueño de muchas plazas, entre ellas de Cassal, derrotando á los franceses y saboyanos que intentaron volverla á su dominio, mientras don Juan de Austria recuperaba á Piombino y Portolongone. Despues tomó el de Caracena á Reggio y Correggio, sin cuidarse al parecer de la defeccion del duque de Módena, que se habia pasado á los franceses, en menosprecio de la alianza celebrada con los españoles en 1649. Este

nuevo enemigo, á pesar de haber sido derrotado dos veces por el conde de Fuensaldaña sucesor del marqués de Caracena, ocasionó bastantes daños y pérdidas en las campañas posteriores, y ya iban presentando muy mal aspecto nuestros negocios en Italia, cuando volvió á serenarse aquella tormenta con la muerte del duque de Módena, y la paz ajustada en 1660 con su sucesor.

En Flandes ganaron mucho nuestras armas con la adquisicion de Condé y Turena, combatientes en nuestro favor contra su patria, si bien este último, reconciliado en breve con Luis XIV, derrotó al archiduque Leopoldo en la batalla de Arras. Siguiéronse á ella una porcion de pérdidas por nuestra parte, compensando las de Chatelet, Landrecy, Condé, Saint Guilain y la frustrada tentativa del duque de



Doña Mariana de Austria, segunda mujer de Felipe IV.

Enghien contra Quesnay, las adquisiciones que habiamos hecho antes de Gravelinas, Dunkerke, Rethel, Saint Menehould y otras plazas. Al archiduque Leopoldo sucedió en el gobierno de Flandes don Juan de Austria, que empezó felizmente derrotando en Valenciennes á Turena; pero, sobre no haberse granjeado de esta victoria todo el fruto debido, ocurrió entonces una contrariedad, por la que volvimos á sentir los tristes vaivenes de la desgracia.

Fue el caso que, erigida Inglaterra en república, despues de la muerte dada en cadalso á su rey Carlos I, y siendo el jefe de ella bajo título de protector el célebre Oliverio Cromwel, este, inducido por los alhagos y astucia de Mazarini, declaró la guerra á España en 1655, fundando su enemistad en flojos pretestos. Empezaron los buques ingleses á hacer daño en nuestras naves, costas y colonias, y un cuerpo de tropas de aquel país se unió á los franceses para hostilizarnos en Flandes. Turena, recobrada la plaza de Chapelle, y fortalecido con este auxilio, tomó á Saint-Venant, Mardyck y Dunkerke, destrozando con lastimoso estrago á un ejército español que conducido por don Juan de Austria y Condé habia acudido á la defensa de esta ciudad importante. A la rendicion de Dunkerke se siguió la de otros muchos puntos, quedando en breve casi toda la Flandes en poder de los enemigos.

Postrado estaba el brio español á tan recios y continuados golpes, y al cabo se vió el gabinete de Madrid forzado á promover negociaciones de paz. Fácil fue concluirla con Inglaterra, pues muerto Oliverio Cromwell y terminado el período republicano, Carlos II que subió al trono de aquel país donde bermejeaba aun la sangre de su padre Carlos I, considerándose deudor de atenciones á Felipe IV, se brindó facilmente á una paz, que no por eso dejó de costarnos la isla de Jamaica y la ciudad de Dunkerke, pasadas á poder de la Gran Bretaña. En cuanto á las transacciones con el gabinete de París, despues de dados los primeros pasos en dicha capital por el marqués de Pimentel, reuniéronse en la isla de los Faisanes los ministros de ambas potencias, y anduvieron tres meses entretenidos en conferenciar sobre el arreglo de los intereses encontrados de los dos paises, haciendo en aquellas conferencias tanto mas la astucia y firmeza del cardenal Mazarini, cuanto que le brindaban con el contraste las escasas prendas políticas del conde de Haro. Por fin, el 17 de noviembre de 1659 se concluyó el tratado de paz llamado *de los Pirineos*, paz humillante, como pedida por el

vencido. Estipulóse en él el matrimonio de Luis XIV con María Teresa hija de Felipe IV; la cesion por España á Francia del Rosellon, Coflent y parte del Artois; la de Juliers al duque de Neoburg; la de Verceli al de Saboya, la devolucion de las conquistas, y otros artículos de menor interés. Con esta paz, estremo remedio de nuestra inminente ruina, quedó España humillada para muchos siglos á la faz de Europa, y establecida la prepotencia del vecino reino. Quedaron allí sancionadas nuestras pérdidas y malbaratadas nuestras victorias: ¡muy aciago debia ser el destino que regia entonces á nuestra nacion, cuando hizo palidecer hasta la brillante estrella de Condé!

La guerra continuó con Portugal: la regente quiso transigir y fue desechada su propuesta, y hasta la oferta de un cuantioso tributo y servicio de fuerzas terrestres y navales, sin querérsela conceder mas que el vireinato hereditario en su casa de un estado cuya independencia habia sido reconocida ya por todas las naciones. Reanudadas las hostilidades, obtuvieron los portugueses socorros de Inglaterra y de Francia, á pesar de lo pactado en los últimos convenios, sin que bastasen á remediarlo las quejas y reclamaciones del gabinete español.

CAPITULO XIV.

Fin del reinado de Felipe IV.

A pesar del abatimiento que reinaba en el estado, sacáronse fuerzas de flaqueza para proveer á la espedicion contra Portugal. Organizóse una triple invasion por tres puntos de la raya, cuyas divisiones habrian de ir á reunirse sobre Lisboa, á cuya vista se presentaria tambien una armada con sendas tropas de desembarco. Nombróse general en jefe de toda esta gente á don Juan de Austria, siéndolo de los enemigos el mariscal Schomberg, francés de nacion y bien acreditado como guerrero. Los recursos eran casi iguales para una y otra banda, nivelando las desigualdades la decision portuguesa y la decadencia española. Efectuóse la invasion. Nuestras tropas tuvieron poca fortuna y peor direccion en la primera campaña: el duque de Veraguas, jefe de la armada, fue puesto fuera de combate por una borrasca antes de haber llegado á punto de pelea, y los ejércitos de tierra obtuvieron en general ligerísimas ventajas. Al año siguiente (1662) el arzobispo de Santiago tomó á Portella y á Castel-Lindoso, que no duró mucho tiempo en nuestro poder; el duque de Osuna se posesionó de Escalona, y don Juan de Austria, que dirigia la invasion central, derrotó á los enemigos y se apoderó de muchos pueblos de la provincia de Alentejo. Rindiósele tambien Evora, capital de dicha provincia, en 1663; pero á orillas del Degeba fue rechazado por Schomberg, y derrotado despues con gran destrozo cerca de Estremoz, quedando su ejército en fuga y él forzado á pasar otra vez la frontera. Corta compensacion fue de este desastre la victoria que alcanzó el duque de Osuna en Valdemula contra doblado número de contrarios: este mismo general, abandonado por la suerte en la empresa del sitio de Castel-Rodrigo, fue derrotado y espulsado de sus líneas con cuantiosa pérdida por el portugués Magalhaes; cuyo suceso le hizo caer en desgracia de la córte, siendo en consecuencia depuesto, preso y multado, y quedando el cargo de aquellas tropas al marqués de Caracena. Entretanto Schomberg, convertido á su vez en agresor, recuperó á Evora, rindió asimismo á Villaflor y Valencia de Alcántara, y cambió de todo punto la faz de los sucesos. Entretanto don Juan de Austria, retirado en Badajoz á consecuencia del pasado desastre, agriado por él y resentido contra el gobierno por la negligencia con que atendia á las necesidades de sus subordinados, hizo dimision del mando, del que se posesionó el marqués de Caracena. Empezó este por poner sitio á Villaviciosa; pero acudiendo al socorro de la plaza Schomberg, segundo á la sazon del marqués de Marialva, se trabó con el jefe español en larga y reñida pelea, al fin de la cual dejaron los nuestros el campo sembrado de cadáveres y despojos, y quedaron los portugueses triunfantes y mas que nunca asegurada su independencia. Aquella fue la última batalla que se dió en tiempo de Felipe IV.

Adolecia á la sazon la marcha de nuestro gobierno de suma languidez y cansancio. Achacoso el rey, y mas incapaz que nunca de fatigarse en cuidados serios, rota la unidad gubernativa por la muerte del conde de Haro y la creacion de un ministerio de tres personas (el arzobispo de Toledo, el marqués de Medina de las Torres y el conde de Castrillo), solo quedaba un centro de accion firme aunque secreto, y era el jesuita aleman Everardo Nithard, confesor de la reina doña Mariana de Austria, á cuyo impulso se movia con mas ó menos facilidad todo aquel engranaje de gobernantes. La noticia del desastre de Villaviciosa apresuró el fallecimiento del anciano y enfermizo monarca, cuya debilidad y postracion se fueron aumentando de dia en dia hasta el 16 de setiembre de 1665, á los sesenta años de edad y cuarenta y cuatro de reinado. Murió lleno de amargura por el lastimoso estado en que dejaba el país, pesando sobre su corazon todas las desgracias acaecidas durante un reinado de cerca de medio siglo, y diciendo á su heredero, que aun no estaba en edad de comprender sus palabras: ¡Quiera el cielo que seás mas afortunado que yo!

Felipe IV fue casado dos veces: la primera con doña Isabel de Borbon, que murió en 1645, y en el mismo año contrajo segundas nupcias con doña Mariana de Austria, que fue madre del sucesor á la corona. Tuvo once hijos legítimos y ocho naturales, siendo los mas dignos de mencion Carlos, que empezó á reinar desde que murió su padre; Isabel, que fue reina de Hungría (estos dos de la primera mujer); doña María Teresa, reina de Francia por su casamiento con Luis XIV, hija de doña Isabel de Borbon; y don Juan de Austria, habido en una cómica nombrada la Calderona. Diérónse en su tiempo cuarenta batallas y perdiéronse casi todas; quedó el reino empobrecido y postrado hasta lo sumo, y segregíronse de la monarquía Portugal con todas sus colonias, salvo la plaza de Ceuta, la Holanda con todas las suyas, el Rosellon, el Artois, gran parte de Flandes y de los estados de Italia, la Alsacia, la Jamaica, y á pique estuvieron tambien de perderse las provincias de Cataluña y Andalucía.

En cuanto al carácter de Felipe IV, era desidioso, devoto y aficionado á los deleites, á pesar de su aparente gravedad. No desprovisto de talento y fecundo algunas veces en chistes ingeniosos; su conversacion era fácil y agradable: su aficion á todo lo que recrease los sentidos, mas bien que otro motivo mas meritorio, le hizo conceder una decidida proteccion á los poetas y artistas, y hasta él mismo era, segun cuenta la fama, regular coplero y mediano improvisador. Su arrogancia rayó tan alto, que cuando mas acosado estaba por sus enemigos, hizo acuñar la moneda con este lema: *Todos contra nos y nos contra todos.* Dió prueba de insensible y hasta de cruel, cuando en el incendio que ocurrió en la plaza mayor de Madrid, durante una fiesta dada el dia 25 de agosto de 1631, incendio que ocasionó tantas lástimas y ruinas, el rey se mantuvo tan insensible como si estuviera pasando á su vista cualquier acontecimiento vulgar. Pero si á esto atendemos, tambien se pudiera aducir en apoyo de su benignidad el completo perdon que concedió al marqués de Liche, cuando en 1662 conspiró contra su vida. Podrian conciliarse

estos dos ejemplos suponiendo que hubiese alterado temporalmente su carácter la influencia del duro y vengativo Olivares: pudiera decirse asimismo que si los placeres juveniles habian endurecido su corazon, abrióse este á sentimientos mas dulces cuando llamaron á su puerta la vejez, la miseria y el aislamiento. Que fue celoso pruébalo, segun dicho comun y apoyado por algunas autoridades, la secreta muerte que hizo dar al conde de Villamediana, en venganza de los amores que mantuvo con su primera esposa. Miraba el pueblo al monarca con cierta especie de compasion despreciativa, al mismo tiempo que odiaba en estremo á su favorito, efecto natural de los gravámenes que le hacia sufrir, y de ser los pueblos celosos como los niños, desplaciéndole que alguien adquiera sobrada dominacion en el ánimo de sus señores.

La decadencia que por todas partes se hacia sentir en España, y el desconcierto que reinaba en todas las cosas, imprimieron un carácter particular de corrupcion á la literatura de aquella época. Góngora, que en su juventud puede citarse como modelo de poesía, fue torturando su robusta imaginacion conforme iba avanzando en edad, y sustituyó al buen gusto de los antiguos clásicos la manía de los conceptos y sutilezas, engendrando así la escuela llamada *culterana*, que hacia consistir la elegancia del estilo en la oscuridad de la espresion y en la altisonancia de las palabras. Góngora, como hombre de genio superior, supo sacar partido de su talento aun por este mal camino; pero sus numerosos imitadores llevaron la poesía y aun la prosa á un estado lastimoso y ridículo. Los mas célebres autores que al principio rechazaron á los partidarios de la nueva escuela, fueron poco á poco pagando su ofrenda ante el altar de la moda, espuestos sino lo hacian á que el público acogiera con desprecio sus producciones.

Y sin embargo, florecieron en aquellos años poetas de gran nota; entre ellos se puede contar á Lope de Vega, al príncipe de Esquilache, y á don Francisco de Quevedo, escritor universal y profundísimo, de mas genio que gusto á la verdad, pero admirable hasta en sus desvaríos, y que con tanta razon pudo decir de sí mismo:

Cuajada tengo la cabeza en sesos.

Pero la poesía dramática, especialmente protegida por el monarca, fue la que mas medró y dió mejores frutos en aquel reinado. Calderon, poeta de grandes recursos y facultades, Moreto, Alarcon, Tirso de Molina (fray Gabriel Tellez), Rojas y algun otro de menor cuantía, llevaron el teatro español á feliz desarrollo, perfeccionando la obra de Lope de Vega, y trasmitiéndonos en sus copiosas producciones una pintura fiel y minuciosa del gusto y singulares costumbres de aquella época licenciosa y devota.

Figuran entre los prosistas Saavedra Fajardo, conciso y á veces harto afecto á la brevedad de los periodos; Gracian, sútil y agudo conceptista, con oscuridad y prudencia de oráculo; Moncada, escritor puro y correcto, aunque no muy profundo; Rivadeneyra, elegante y noble, si bien algunas veces llega á escederse en los floreos; Melo, á quien su origen portugués no impidió escribir la historia de la guerra de Cataluña, á la que asistió por su persona, con notable fluidez y gran profundidad de sentencias, y don Francisco de Quevedo, en fin, gran lengüista y profundo crítico, á quien sus ribetes de ingenioso le hacen algunas veces perder en pureza lo que gana en lujo.

Las ciencias hicieron pocos progresos, y la escultura y arquitectura se resintieron del mismo achaque que las bellas letras, así como tambien la música. No sucedió lo mismo con la pintura, que en este período se elevó á desmesurada altura sobre sus compañeras, siendo los nombres de Velazquez, Zurbaran y Murillo el lujoso marco que ciñe aquel cuadro de abatimiento y de ruinas.

Cúmplenos antes de terminar este capítulo hacer mencion aunque breve de los navegantes españoles que pasearon nuestra bandera por remotos mares y la fijaron en tierras incógnitas, durante todo el tiempo que media desde el principio del siglo XVII hasta el punto á que llegamos. Figuran entre estos los primeros Pedro Fernandez de Quirós, que despues de haber navegado con el célebre almirante Alvaro de Mendaña, lo hizo por sí con ayuda del gobierno, y asociado con Luis de Torres (1605—1606) descubrió la costa de Nueva-Holanda, la isla de Taiti y otras muchas del mar Pacífico, cuya identidad con las recientemente conocidas suelen poner algunos en duda, á causa de la diferencia de los nombres, y de algun liviano error en el cálculo. Padilla en 1610 halló y esploró las islas Pelew ó Palaos, de las cuales tenian ya alguna vaga noticia los españoles residentes en las islas Filipinas, fundados en que algunos salvajes habitantes de aquellas islas habian sido arrojados á sus playas por una tempestad. Tales fueron los principales esploradores que contó España entre sus hijos por aquellos años, digna secuela de Colon, Magallanes y Mendaña, y que no merecian por cierto que se les negaran glorias tan justamente adquiridas, ya que no se les niegue tampoco á los que con mejor éxito y copia de conocimientos, si bien no con mas decision y generosidad, vinieron á descubrir de nuevo tesoros que la incuria habia sepultado en el olvido.

CAPITULO XV.

Principios del reinado de Carlos II.

A Felipe IV sucedió, segun ya dijimos, su hijo Carlos II, tan niño en aquella sazon que no llegaba su edad á los cuatro años, y tan débil y enfermizo, que su solo aspecto era capaz de desvanecer las mas lisonjeras esperanzas de largo reinado y de próspera sucesion. Mientras no se declarase su mayoría, quedó su tutela y la gobernacion del estado á cargo de su madre doña Mariana de Austria, y de un consejo de regencia, compuesto de seis miembros con voz consultiva, los cuales eran el presidente de Castilla, el vice-canciller de Aragon, el arzobispo de Toledo, el inquisidor general (Everardo Nithard), el marqués de Aytona y el conde de Peñaranda. Era la reina viuda, persona de poco seso y de entera resolucion, elementos que cuando se hallan juntos pueden producir los mas tristes resultados: sobrábale irracional predileccion hácia la Alemania, su patria, por mas que debiesen templar sus afectos los nuevos deberes que le habia impuesto su tutoría, y por mas que el miedo á los franceses debiese disminuir un poco la espresion de sus inclinaciones. Dominábala además su confesor, el jesuita aleman Everardo Nithard, de quien ya se hizo mencion en el capítulo precedente, persona de mal carácter y peor consejo, bajo con unos é insolente con otros, por todo lo cual era muy aborrecido de los españoles, siempre dispuestos á mirar con malos ojos á los favoritos, así como á perdonar las torpezas de los reyes. En verdad Nithard, además de los defectos de que ya hemos apuntado que adolecia, y que no justificaban por cierto la confianza de la reina, era tímido, irresoluto y torpe, cualidades harto peligrosas para un ministro: añádase que no era nada afecto á España, á pesar de haber tomado en ella cartas de naturaleza, dando esto márgen para que se ofreciese á los españoles no menos estraviada é infeliz la minoría del hijo que el reinado del padre. Luchaba con el confesor de la reina un grave competidor, que iba adquiriendo cada vez mas predominio en el ánimo de los pueblos: este era don Juan de Austria, personaje tan acepto á los

ojos del pueblo cuanto aborrecido de la reina su madrastra, y que si bien no tenia la nobleza, el genio ni los talentos militares del vencedor de Lepanto, era con todo mas popular y generoso que el aleman, y no escaso de mérito para aquella degenerada época. Así estaba dividida la córte en los dos partidos de austriacos y nitardistas, y ambos partidos estaban observándose en ademan hostil, esperando que alguna circunstancia determinara el choque de sus cabezas para poner en movimiento sus masas.

Estaba á todo esto la guerra en su mas acerbo periodo, y nosotros no teníamos ejército, recursos de ninguna clase ni energía moral para sostenerla. La derrota de Villaviciosa habia postrado de tal manera las fuerzas de Castilla, que ya esta no pedia mas que descanso, aunque el descanso hubiera de ocasionar la mas vergonzosa pérdida de sus pretensiones y poderío. Los portugueses, envalentonados con el nuevo suceso, habian invadido por gran trecho nuestras tierras, forzando los términos y cometiendo impunemente muchedumbre de robos. Daban secreta ayuda á Portugal los reyes de Francia é Inglaterra, á pesar de lo pactado en la paz de los Pirineos. Aquella nacion en especial se nos presentaba mas formidable y amenazadora: Luis XIV, rey ambicioso y jóven, enemigo natural de la monarquía austriaca, y absoluto dominador sobre esto de una tierra muy abundante en gente y en recursos, amagaba hacer una invasion por las rayas de Flandes y de Cataluña, viéndose la regente en el caso de enviar á las dos partes alguna fuerza, á trueque de dejar abandonada la frontera de la nueva monarquía. Casi peor que el mal era el remedio, porque además de ser insuficiente la milicia enviada á Flandes y á Cataluña para rechazar la agresion enemiga, quedaba casi desguarnecida la línea que nos separa de Portugal, y abierta aquella entrada para que nuestros contrarios pudiesen venir á hostilizarlos hasta en el corazon de la península. Por todos estos motivos se decidió á cualquiera costa hacer la paz con los portugueses, y en efecto, á pesar de la oposicion del país representado por los consejos, medió la Inglaterra entre una y otra córte, y se concluyó en 1668 el tratado de pacificacion, quedando así terminada la lucha, y solemnemente reconocida por nuestro gobierno la independencia de Portugal y la soberanía de la casa de Braganza.

Luis XIV entretanto no habia descuidado camino por donde dañar á los españoles, pretendiendo, en virtud de un derecho local é incierto, que le cediera Carlos II Flandes y la Borgoña, como paises cuya posesion le correspondia por parte de su mujer María Teresa, hija de Felipe IV, habida en el primer matrimonio. Formó para apoyar esta demanda un grueso ejército, muy superior á los que por nuestra parte se le pudieran oponer, y con objeto de mantener á nuestra nacion en duro estado de flaqueza y discordia, se opuso pérfida y subrepticiamente al de la casa de Austria con la de Braganza, prometiendo á aquella falsos auxilios, y celebrando con esta una alianza ofensiva y defensiva. Pero saliéronle frustrados estos ardides de su política, merced al hastío de la guerra y á las intrigas que bullian en la nueva córte de Lisboa, así como tambien á los manejos de la Inglaterra para concluir una paz que le aseguraba una inmediata y poderosa influencia en los asuntos del nuevo reino, cuya nacionalidad habia, digámoslo así, establecido.

Luis XIV, prévia la publicacion de un manifiesto en que espuso con mil argucias su derecho, abrió la campaña por el lado de los Paises Bajos. El conde de Castel-Rodrigo, gobernador á la sazon en aquellas tierras, despues de haber hecho á la córte de Madrid apremiantes reclamaciones, y haberse conducido en aquel caso como hombre que conoce la propia debilidad y trata de remediarla, halló al gabinete de Madrid tan sordo á sus instancias ó tan anonadado por su situacion, que al comenzar la guerra no se habia hecho aun por nuestra parte preparativo alguno digno de tomarse en cuenta. Así fue que la lucha empezó sin que pudiéramos nosotros resistir siquiera: el marqués de Castel-Rodrigo se vió en la dura precision de destruir las fortalezas mas importantes, á fin de evitar que se aprovechara de ellas el enemigo, mientras los franceses, divididos en tres ejércitos, el principal de ellos acaudillado por Turena y teniendo á su frente á Luis XIV en persona, y los otros dos á las órdenes de los mariscales d' Aumont y Crequi, entraban por el país flamenco, mas bien en son de triunfadores que en ademan de combatientes, teniendo á los paisanos en su favor y las espaldas seguras. En el primer ímpetu se apoderó Turena de Charleroy, Tournay y Donay; despues de lo cual volvió Luis XIV á su capital, ceñido de unos laureles cuyo mérito disminuia la desigualdad de las fuerzas y el favor que le habia prestado el paisanaje del territorio invadido, hasta el punto de forzar á la guarnicion á rendirse, como sucedió en Tournay. El mariscal de Aumont por su parte ocupó á Bergues Saint-Vinox, Furnes y Armentieres: Courtray, Oudenarde y Alost cayeron igualmente en poder de las armas francesas, terminando, en fin, las operaciones de aquella campaña con el cerco y toma de Lila, empresa lograda á los catorce dias de abierta la trinchera. El conde de Marsin, al servicio del marqués de Castel-Rodrigo, quiso acudir al socorro de esta plaza; pero no atreviéndose á ello por la desconfianza que tenia de sus inespertos tropas, hubo de retirarse hácia el Brabante, y en su retirada fue cortado y batido con pérdida de mas de mil hombres por disposiciones del vizconde de Turena. Mal parado quedó nuestro ejército en aquel año: cada empresa fue para el enemigo un triunfo fácil y para los nuestros una inevitable derrota.

Aciago porvenir se presentaba para el año próximo en vista de tan adversos preliminares. Las arcas del erario estaban vacías, agotados los ingresos, el crédito reducido á la nulidad, y ni promesas ni súplicas bastaban para el levantamiento de nuevas tropas. Pidió la reina consejo para proveer á tan recios apuros, y los incapaces magistrados que constituian el consejo de Estado dieron su dictámen proponiendo tan gravosas exacciones (1), que el ilustrado presidente de aquel tribunal, conde de Castrillo, hizo dimision de su elevado cargo por no querer acomodarse al parecer de sus compañeros, y se retiró lamentando en alta voz las presentes desgracias y desaciertos, y vaticinando los futuros males.

En medio de todo, nuestro gobierno, apegado de corazon á estraños intereses, no cesaba de remitir socorros á Alemania, descuidando la miseria propia por tal de remediar la necesidad ajena. Dictaba estas providencias el padre Nithard, contra el cual de dia en dia se formaba mas grueso nublado de animosidades y quejas, creciendo con esto la popularidad de su rival don Juan de Austria, que seguia retirado en Consuegra, y á quien la regente no dejaba de mirar con animadversion y recelo. Una combinacion política salvó entonces á España de su total ruina, cortando los vuelos á la ambicion de Luis XIV. Miraban con inquietud las potencias del Norte los desmesurados progresos de la Francia, temiendo con razon ver realizados por ella los planes de Carlos I y de Felipe II: aunáronse para impedirlo, formando una

(1) La aplicacion á los gastos de la guerra de la mitad del dinero, pedrería y metales preciosos que vinieren de América, y la recaudacion de un empréstito de un millon de ducados, hecho entre mil personas acomodadas.

coalicion conocida con el nombre de triple alianza, por haber suscrito á ella Holanda, Suecia é Inglaterra, y su exigente mediacion forzó á Luis XIV á entrar en tratos de paz con España. La negativa que esta opuso á las condiciones que el monarca francés le presentaba, redujeron el proyecto de pacificacion definitiva á un armisticio de tres meses, que no se guardó tampoco, gracias á la impaciencia de los vencedores y á la altivez de los vencidos. El príncipe de Condé, gobernador de Borgoña, dispuso secretamente una espedicion al Franco Condado, y supo prepararla y llevarla á cabo con tanto tino y sigilo, que en catorce dias se enseñoreó de toda aquella provincia, despues de haber asegurado con halagos y promesas la adhesion de sus habitantes. Suceso fue aquel que tuvo mas de conspiracion que de conquista, en el que previno la astucia todo movimiento de resistencia.

Tan rápido logro reanimó la inquietud de la triple alianza, que trató de reanudar los tratos de la paz sin descuidar por eso los preparativos de la guerra. Reunidas en Aix-la-Chapelle los representantes de las potencias coligadas, conminaron á Luis XIV para que se abstuviese de movimientos invasores, y este monarca, si bien no muy de corazon ni con mucha sinceridad, hubo de resignarse á firmar la paz con España en Aix-la-Chapelle, el dia 2 de mayo de 1668. Por esta paz se obligaba á restituir el Franco Condado; pero retenia todas las plazas conquistadas en los Países Bajos, y que eran la llave de aquellas provincias. Así quedaba el Francés seguro de lograr sus intentos cuando quisiera, y en jaque nuestras posesiones por aquella parte, posesiones que á la verdad nunca hubiéramos podido conservar tranquilamente. Aquella fue la primera vez que Holanda intervino en favor de España, contra la que estaba prevenida por su antigua servidumbre y largas enemistades: pronto España se halló en el caso de pagarle este favor con otro semejante, segun veremos en la continuacion de esta historia.

Tan patente estaba á los ojos de todos que el tratado de Aix-la Chapelle era mas bien un resuello que un descanso, y que las hostilidades no dejarian de renovarse pronto con la mas ligera ocasion, que hasta la regente y Nithard lo conocieron: así pues levantáronse á toda costa algunas tropas, y dióse órden á don Juan de Austria que partiese con ellas para Flandes. Motivaba este nombramiento, mas bien que la confianza en aquel caudillo, el deseo de apartarlo de la península, donde cada vez se acrecentaba mas el número de sus parciales. Pero esta medida surtió precisamente un efecto contrario al que la regente esperaba: alarmáronse unos creyendo que aquella partida de don Juan encubria algo de mal agüero para su bando; envalentonáronse otros al verlo otra vez en accion, y todos en general dieron mas esperanzas á su pecho y mas licencia á su descontento. Reparólo el gobierno, y empezó á proceder con rigor y mal modo contra los amigos de don Juan de Austria. Este, que estaba próximo á partir para su nuevo gobierno, al llegarle la noticia de este proceder se detuvo, y rehusó ir al desempeño de su cargo, motivando en frívolos achaques su renuncia, por no descorazonar á su partido con su ausencia, ni pasar plaza de ingrato entre gentes que podian servir á sus miras. En vista de su negativa, confinósele otra vez á Consuegra, desde donde, habiendo sabido que se habia espedido órden para prenderlo, se fugó á Aragon, protestando antes por escrito contra las disposiciones del gobierno existente, y pidiendo la destitucion del jesuita aleman, que fue tanto como pedir su propio encumbramiento.

La persecucion, ciñendo á don Juan de Austria con su aureola de víctima, determinó el golpe que hacia tiempo proyectaba este. A su paso lo acogieron los pueblos con aclamaciones, y aun en algunas partes llegaron á saludarlo entre vivas con el título de rey, y él, aprovechándose de estas buenas disposiciones, reunió alguna gente y se presentó con ella en las cercanías de Madrid. Vióse el gobierno en la necesidad de negociar con el rebelde, y accediendo á sus exigencias, crecientes en la misma proporcion que el grito de sus partidarios, salió el padre Nithard de España para no volver mas á ella; revocáronse todas las disposiciones tomadas entre don Juan de Austria y los de su partido, y aquel fue nombrado gobernador perpétuo de Flandes, presidente de un consejo de gobierno, y despues virey del antiguo reino de Aragon. Por todas estas humillaciones hubo de pasar mal de su grado la regente.

Mientras esto acaecia en el interior de España, Luis XIV atajado en sus proyectos, mas no desanimado, logró deshacer la triple alianza, separando de ella á las dos potencias mas formidables, y declarando la guerra á la mas débil, la Holanda. Esta solicitó y obtuvo socorros de España y Austria, si bien aquella los dió sin autorizar con un carácter oficial sus mismos actos, por miedo á empeñarse en compromisos de que no pudiera salir. Así fue que aparentó desaprobar la conducta del conde de Monterey, gobernador de los Países Bajos, que habia puesto un cuerpo de doce mil hombres á la disposicion del príncipe de Orange. Pero las grandes ventajas que en poco tiempo consiguieron los franceses sobre el territorio holandés, indujeron á las tres naciones amenazadas á entrar en formal confederacion en 30 de agosto de 1673, confederacion en la cual entraron tambien la Dinamarca y muchos potentados alemanes. Inglaterra, que habia ayudado por mar á los franceses, y que habia sentido contraponérsele el denuedo holandés y la pericia naval del almirante Ruyter, el cual logró tres victorias sobre la escuadra anglo-francesa, se separó á su vez de Luis XIV y se unió á la Holanda. Entabláronse tratos para la paz en Colonia; pero un desman cometido por el emperador cortó las negociaciones, y volvió con nueva furia la guerra.

Empezaron las operaciones en 1674. El rey de Francia marchó en persona al Franco Condado; y si bien con menos facilidad que la primera vez, lo reconquistó definitivamente en el término de cuarenta dias, sofocando el brio de nuestras tropas la decision con que el paisanaje se echó en brazos de los franceses. En Flandes Condé trabó con los confederados la sangrienta batalla de Seneff, batalla de que resultaron hasta veinte y cinco mil muertos, y á la que se siguió la rendicion de Grave, á pesar de no haberse declarado la victoria por ninguna de las partes contendientes. En Alemania consiguió Turena crecidas ventajas, y en el Rosellon, donde ya los españoles habian entrado y tomado á Bellegarde, bajo la direccion del duque de San German, hubieron de cejar al presentarse el conde de Schomberg, que recobró la mencionada plaza, no sin que los españoles por su parte derrotasen una division francesa mandada por el general Bret. Prosiguiendo Schomberg su marcha, entró por la Cerdania, tomó á Figueras (1675), y su sucesor el mariscal de Noailles invadió el Ampurdan y se mantuvo por aquellos contornos sosteniéndose el ejército á costa del país. Cataluña, falta de fuerzas regulares, levantó somatenes, organizó guerrillas, y mortificó tanto con ellas al enemigo, poco versado en los manejos de lucha tan singular, que no le dejó tomar incremento ni reposo en aquel suelo cuya conquista se creia tan fácil. Entretanto seguia Luis XIV adquiriendo cada vez mas terreno en los Países Bajos, cuando cortó el hilo de sus victorias la muerte del ilustre Turena: volvió atrás desalentado por aquel revés y perseguido de cerca por el general austriaco Montecuculli, que le

causó alguna pérdida en la retirada, mientras el duque de Lorena ponia en completa derrota la division del mariscal de Crequi. Pero pronto volvió la fortuna á sonreir al monarca francés, y nuevas ganancias vinieron á compensar con honra los pasados desastres.

Ocurrió por aquel tiempo otro accidente de no pequeña importancia. Rebelóse Mesina contra los españoles, ó mas bien contra las tiranías de su gobernador, y despues de haberlo rechazado y obligado á encerrarse en el castillo de San Salvador, solicitaron el apoyo de Francia y ofrecieron á Luis XIV la soberanía. Este, atento siempre á menoscabar el poderío español en aumento del suyo, envió socorro á los sublevados, los cuales con este refuerzo acabaron de echar al gobernador de su territorio. En 1675 fue á Mesina una armada francesa dirigida por Duquesne, y en la cual iba el duque de Vivonne con encargo de tomar posesion de aquella plaza en nombre del rey de Francia. Trabaron un combate naval con buques españoles, que cuando ya contábamos próxima la victoria, se terminó con pérdida nuestra por un refuerzo que recibieron los enemigos, y desembarcaron en Sicilia, donde el duque de Vivonne se posesionó de Mesina y tomó á Augusta y Lentini. En aquel conflicto acudió el príncipe de Orange al socorro de España con la escuadra de Ruyter, á la cual se unieron algunas galeras españolas. Trabó esta escuadra cerca de las islas de Lípari un combate con la de Duquesne, en el cual la victoria quedó indecisa, sin que las naves españolas tomasen parte en la accion por la contrariedad del viento, dando la vuelta Duquesne á la isla para meter en Mesina bastimentos y municiones sin necesidad de esponerse á nuevo choque con la escuadra de Ruyter. Este puso sitio por mar á Mesina, mientras el conde Bucguoi hacia lo mismo por tierra: acudió Duquerne á la defensa de la plaza, y trabóse una nueva accion en la que quedaron los holandeses derrotados y los españoles deslucidos. Ruyter, cuyo nombre será siempre célebre en los anales de la marina, murió en Siracusa el dia 22 de abril de 1676, de resultas de las heridas que recibió en la pelea. La escuadra hispano-holandesa se recogió en el puerto de Palermo, adonde para colmo de desventuras vinieron á destruirla, y lo consiguieron por medio de burlotes, los enemigos.

Tal era el estado de nuestros asuntos al tocar á su término la minoría de Carlos II.

CAPITULO XVI.

Gobierno de don Juan de Austria.

Bullian en la córte no menos intrigas que desgracias nos acosaban por fuera. La regente, temerosa de quedar indefensa y entre enemigos apenas espirase la minoría de Carlos, monarca cuyo afecto no era válido para patrocinar á nadie, y cuya endeble voluntad se doblaba á todas las influencias, la regente, decimos, deponiendo su antipatía á don Juan de Austria, ó mas bien, encubriendo su encono bajo la máscara del agrado, se humilló á escribir á su enemigo político una carta en que lo halagüeño de los términos indicaba la seguridad del vencimiento. Pero ya era tarde para pedir misericordia, y no cabia en don Juan de Austria la magnanimidad de aquel perdon estremo: la reina por otra parte, que así lo conocia, no habia apelado á aquel recurso, sino despues de haber agotado cuantos le pudo sugerir su pobre imaginacion: colocó primero en el poder á un tal Valenzuela, hechura de Everardo Nithard, y hombre adocenado y desprovisto de méritos; combatió por todos los medios que le fueron posibles la favorable posicion que habia tomado don Juan en el ánimo de su hijo, y hasta remitió á aquel órden para que fuera á Mesina, con cargo de sofocar las turbulencias allí levantadas, y con designio de alejarle á toda costa del teatro donde se agitaban tantas esperanzas y temores. Don Juan despreciando aquel mandamiento como último esfuerzo de una autoridad moribunda, vino á Madrid, y poco despues fue llamado desde Zaragoza, adonde se le habia mandado volver y residir en su calidad de virey de Aragon, para ocupar el segundo puesto de la monarquía, que en realidad era el primero, gracias á la ineptitud de Carlos II. Declarada la mayoría de este, fue desterrada á Toledo la viuda de Felipe IV, preso y degradado de todos sus honores Valenzuela, despues de haber intentado en valde sustraerse por medio de la fuga á los malos tratamientos que le estaban aparejados, y trocada de todo punto la situacion de la córte, cayendo en desgracia cuantos habian ligado su pervenir á la fortuna de la reina madre.

Aparte de las venganzas ejercidas contra sus antiguos adversarios políticos, y de las recompensas tributadas á sus amigos, el ministerio de don Juan de Austria, en cuanto á la gobernacion interior, se gastó en medidas de muy poco tino y eficacia para sanar los grandes achaques de que adolecia por entonces nuestra nacion. Corto de alcances y escaso de conocimientos el ministro, no habia sabido hacerse digno del alto puesto á que lo habia llamado su popularidad: conocíale el pueblo hasta entonces ventajosamente; don Juan de Austria fue por cierto un militar de buenas prendas, si bien desgraciado en todas sus combinaciones; dotado tal vez de ese ingenio que la ambicion suele comunicar al mas torpe, y que como cosa forzada y postiza desaparece en cuanto se concluye el estímulo; hombre afable mientras esperaba, prudente mientras temia, audaz mientras pudiera ganar en serlo, generoso mientras estuviera en estado de adelantar á fuerza de promesas y de sacrificios: adorábale por estas circunstancias el vulgo, y aun algunos de los que se preciaban de conocedores, sin entender que era ropaje de situacion lo que juzgaban bondad intrínseca del carácter. Así fue que apenas se vió el ídolo encumbrado en su pedestal, desaparecieron aquellas dotes que habian contribuido por el voto comun á su ensalzamiento: el nuevo valido ciñó á muy mezquinos límites la esfera de su gobierno, y creyó subsanar las pasadas pérdidas y la presente miseria á fuerza de economías superficiales y de leyes suntuarias. Ligera medicina para tan grave y arraigada dolencia. Así fue que no produjo aquella resultado alguno, y el público, propenso en todo caso á pasar de un estremo á otro, trocó su prediteccion en menosprecio al ver á su nuevo gobernante privado de los talentos políticos que se le suponian; desatendió sus buenas prendas por fijar la atencion en su nulidad, y el diminuto partido de la reina creció en fuerzas y en atrevimiento con los nuevos parciales que le reclutaba aquel desengaño.

Seguian entretanto haciendo progresos las armas de Luis XIV, sin que la general oposicion bastase á ofuscar el brillo de la fortuna francesa: el mariscal de Noailles se habia apoderado de Puigcerdá, y en Flandes andaba maltratado y perdido el príncipe de Orange, y no mas ganoso el duque de Villahermosa, gobernador por nuestra parte de las posesiones españolas, cayendo en poder de los franceses las ciudades de Valenciennes, Cambray, Saint-Omer, Gante é Ipres. Abatida la Holanda, hizo á toda costa la paz con Luis XIV, y España, así como las potencias coligadas, no pudieron menos de seguir la misma suerte, concluyéndose en 1678 el tratado de Nimega, cuya discusion habia durado tres años, y cuyas cláusulas fueron en general favorables á la Francia. Esta se incorporó el Franco Condado, y las ciudades de Fribourg, Ipres, Cambray, Condé, Valenciennes, Saint-Omer, Cassel, Bouchain, Condé, Maubeuge, Aise y Charlemont; renunciando á la

adquisicion de Charleroy, Gante, Limburg, Courtray, Oudenarde y alguna otra. Así se terminó la guerra ventajosamente para nuestros enemigos.

Quedaron tras aquella pacificacion tristemente comprometidos los rebeldes de Sicilia: no se hizo mencion para ellos de templanza ni de amnistía, y desamparados por los franceses que se habian constituido en defensores con aspiracion de dueños, quedaron para servir de blanco á la venganza española. Ejecutóse esta, y con sobrado rigor, cortando el despecho las riendas de la templanza: el marqués de las Navas, en nombre de nuestro gobierno, privó á la ciudad de Mesina de todos sus privilegios particulares, haciendo quemar por mano del verdugo los documentos que los autorizaban; destituyó á los empleados nacionales de mas valía, reemplazándolos con otros españoles, colocó las rentas públicas bajo la administracion real, disolvió el senado, recogió las armas, y castigó con pena de la vida, infamia y confiscacion de bienes á los principales promovedores de la pasada rebelion. No pararon en esto las violencias, siendo ajusticiados muchos bajo la seguridad de una falsa amnistía, y quedando la ciudad tan desmejorada y la poblacion tan disminuida de resultas de las muertes y emigraciones, que aquella perdió desde entonces su risueño esplendor, y esta decayó en la proporcion de sesenta á once mil habitantes. País desgraciado ha sido siempre Sicilia, tan combatido por los hombres como favorecido por la naturaleza: esta en verdad, dejando caer en vago sus dones, dió á aquella isla posicion de independiente y debilidad de súbdita, hizo fértiles sus tierras y fáciles al comercio sus costas, mas que para bienestar de los habitantes, para codicia de los extranjeros. Puso allí en los corazones espíritu movible para que mas perdiesen con las mudanzas, sentimientos altivos para que mas les gravase la tiranía. Así es que la historia de aquella religion nos presenta siglo por siglo una larga serie de Verres y de Dionisios, cortando alguna vez la monotonia de tan triste relato con el de graves castigos tras desesperadas rebeliones, y devastadoras guerras en pos de vísperas sicilianas.

A todo esto se hallaba tan debilitado en España el vínculo de union entre las provincias y la corona, tan convencido el pueblo de la mala direccion de sus cosas, tan cansado de la guerra y de los descalabros á ella consiguientes, tan agriado con la mala particion de los impuestos, tan apagado en fin el patriotismo, que fue milagro sostenerse en aquella sazon la integridad del trono. Cataluña murmuraba contra Castilla y aun tal vez abria sus brazos á los franceses, viendo en ellos mas bien auxiliares que enemigos; Aragon publicaba reglamentos por su cuenta; las provincias Vascongadas no estaban dispuestas á respetar al gobierno sino en cuanto el gobierno respetasé sus particulares constituciones, y las demás provincias, si bien mas atadas al centro de la monarquía, no por eso estaban tan exentas de levadura de revoltosos, que se pudiera poner su adhesion á muy dura prueba. A pesar de todo, fue parte para que se conservara la estabilidad monárquica la union que existia entre los intereses de todos los puntos de España, union que suele comprender el vulgo con su instinto no menos bien que los sabios con sus observaciones.

En cuanto á la córte seguia dividida en dos partidos, uno en pro de la reina y otro en pro de don Juan de Austria, trabados los dos en sorda lucha, y atendiendo mas cada cual á las pequeñeces que tenia delante que á los riesgos que por fuera nos amenazaban. Agitábanse las reyertas con mas energía que antes, con motivo del casamiento del rey, opinando los parciales de la reina que fuese con una princesa austriaca y los de don Juan que con una francesa, cuando vino á alterar la situacion de ambos partidos la muerte del ministro, acaecida en 1679, no sin que corrieran entre el vulgo rumores de envenenamiento, hablilla comun con ocasion de la muerte de un poderoso. Ya hemos descrito, aunque con muy lijeros trazos, el carácter de don Juan de Austria, y hemos dicho las pocas ventajas que de su administracion reportó el país: fue mas querido en vida que sentido despues de su muerte, como que entonces no se levantó una voz para elogiar su memoria, y poco antes habia estado á pique de ser rey, y si dejó de serlo fue mas bien por su voluntad que por la de otros.

Sucedió á don Juan un ministro de oscura procedencia y breve duracion en el cargo, siendo la directora de los negocios doña Mariana de Austria, que habia vuelto á la córte despues de la muerte de su competidor. Vino despues al ministerio el duque de Medinaceli, personaje en quien la pereza bastaba á deslucir todas las buenas prendas de que no carecia, y que, no mas que por ahorrarse trabajo, creó un absurdo sistema de camarillas destinado á entorpecer la solucion de los asuntos que requerian mas actividad. El rey, terminadas las negociaciones que se entablaron en tiempo de don Juan de Austria, casó con doña María Luisa de Borbon, sobrina de Luis XIV; pero este matrimonio, como á continuacion veremos, no surtió el apetecido efecto de asegurar la paz con la potencia vecina.

CAPITULO XVII.

Continuacion del reinado de Carlos II.

El ambicioso Luis XIV, á cuyas pretensiones servia de cimiento mas bien que la justicia la debilidad de los demás, no habia ceñido los límites de su deseo á lo que adquirió por el último tratado, y procuraba quebrantarlo de todos modos, ora promoviendo trabajosas negociaciones sobre pleitos fronterizos de poca monta, ora pervirtiendo á su favor las cláusulas de la pacificacion de Nimega, fallando absolutamente en causa propia é interpretando los pactos como persona que puede exigir impunemente, y que no tiene escrúpulo en constituirse juez sin cejar en sus demandas de parte. Las llamadas *cámaras de reunion*, instituidas por él con objeto de disponer y verificar la agregacion á sus estados de los territorios últimamente adquiridos, le ahorraban el trabajo y el embarazo de pedir á cara descubierta y sin ninguna forma legal. Cuidábase poco del resultado que tendrian sus exigencias, mirando con despreciativa superioridad á los que habian quedado desaventajados en la lucha. Hizo pues la primera mocion sobre la entrega de Dinant, ajustada y no verificada en efecto, no reclamando, segun estaba en su derecho y cumplia á su dignidad, sino posesionándose militarmente de Luxemburgo, de Casal y de muchas poblaciones alemanas, apropiándose, ya por tímida concesion de los otros, ya por violenta é inesperada invasion, de territorios que bajo ningun título debieran pertenecerle, y dando lugar á que las demás potencias contratantes se volvieran á unir y se pusieran en guardia, combinándose los efectos de la indignacion con los del recelo. Satisfecho el Francés del éxito de sus primeros desmanes, creció en insolencia y arbitrariedad, y exigió que se le entregase el condado de Alost con algunas plazas de Flandes: sobre la razonada negativa de España se fundó aquel rey para intentar y llevar á cabo en plena paz la toma de Courtray y Dixmunde, pidiendo luego en cambio de estas plazas el Luxemburgo, ó en su defecto las ciudades de Pamplona y Fuenterrabia. Esta desmesurada conducta determinó otra vez la guerra entre España y Francia, guerra en que la justicia estuvo de muestra parte, si bien no la acompañaron ni la fuerza ni la fortuna.

Abandonada nuestra nacion á sus propios y escasos recursos, á causa de los empeños particulares que sostenia cada cual de las potencias amigas, empezaron las hostilidades en 1684 con una invasion francesa por la parte del Luxemburgo, de cuya plaza se apoderó el mariscal de Crequi, mientras otra division andaba haciendo lastimosos estragos en el Bravante, y el mariscal de Humiéres destruia con sus tiros las fortificaciones de Oudenarde. Otros dos ejércitos pasaron el Pirineo, uno por el lado de Cataluña y otro por el de Navarra: este volvió atras despues de haber emprendido inútilmente la toma de Fuenterrabia, y el otro despues de haber forzado los pasos y estragado la tierra, la emprendió contra Gerona; pero tambien hubo de recogerse tras la frontera, gracias al valor de los moradores de aquella plaza. No salió mejor librada Génova por su amistad con España: el general francés Duquesne ejerció contra ella tan atroz bombardeo, que la república, por evitar la repeticion de escena tan destructora, hubo de humillarse ante sus enemigos, sin que pudiera valerle contra ellos el protectorado de España. Esta en fin, humillada y vencida, suscribió con Luis XIV á una tregua de veinte años concluida en Ratisbona, por la que perdió la plaza de Luxemburgo, recobró las de Courtray y Dixmude, y asintió á la recaudacion de las copiosas sumas que habia sacado el Francés de los Paises Bajos, con lo que quedaron arruinadas aquellas infelices provincias.

El duque de Medinaceli, cuyos defectos administrativos habian contribuido á realzar la penuria de la situacion, acosado por el odio público y las enemistades privadas, dimitió su cargo, y tuvo por sucesor al conde de Oropesa, quien se dedicó al desempeño de su cometido, si no con toda la inteligencia que fuera de desear, á lo menos con mas honradez de la que habian manifestado la mayor parte de sus antecesores, y con mas celo de lo que su juventud prometia. Nuestra nacion, á quien el abatimiento no habia consumido aun de todo punto la energía natural ni el buen recuerdo de su antigua preponderancia, pugnaba por deshacerse de los lazos ominosos con que la habia trabado la nacion vecina, y para ello promovió y suscribió á una coalicion firmada en Ausburgo en 1686, por la que muchas potencias europeas se comprometieron á no permitir que la Francia traspasase sus naturales límites. A todo esto Luis XIV trataba con tanto descuido nuestras pretensiones y con tan poco miramiento nuestros intereses, que so pretesto de cierto perjuicio justamente causado á unos traficantes de su nacion, dispuso que el duque de Estrées se presentase con ademan hostil enfrente de Cádiz, y este general, con la escuadra que dirigía, despues de hacer presa en dos galeones, exigió y cobró de la ciudad medio millon de escudos.

El proceder de los franceses tenia indignada con razon á la Europa, cuando un accidente singular hizo que estallase de nuevo la guerra, prevenida ya por la coalicion de Ausburgo. El príncipe de Orange, que por livianos pretestos, habia sabido eludir el compromiso de aquella coalicion, se acercó á Inglaterra con gran fuerza naval y seguridad del apoyo de numerosos partidarios en aquella isla, se entronizó en ella y echó á Jacobo II, último monarca de la desgraciada dinastía de los Stewart. Aquel suceso imprevisto y de tan rápida ejecucion causó general estupefaccion en todos y trastorno en las combinaciones hechas: Luis XIV se declaró en favor del destronado Jacobo II, que con su auxilio pasó á Irlanda, donde siguieron su voz gran número de sus antiguos súbditos; pero en breve fue derrotado por su dichoso rival, y tuvo que volver á Francia mientras no se le declaraba mas favorable la suerte. El Francés, lejos de moderar su violencia, en vista del nuevo y formidable competidor que se le presentaba allende el canal de la Mancha, redobló sus brios, y se puso en armas contra nuestra nacion y contra algunos estados alemanes. Aquella injusta é inesperada provocacion hizo que respondiesen á ella los coligados, hecha ya causa comun con el príncipe de Orange, cayendo así de golpe toda la Europa contra la soberbia Francia, del mismo modo que en otro tiempo contra el imperio de Carlos V, cuantas naciones no se veian coartadas en la enemistad por necesaria dependencia.

España, no por figurar en segunda línea durante esta lucha dejó de perder en ella tanto ó mas que cualquiera otra de las potencias beligerantes. El duque de Noailles entró en Cataluña escitando á los pueblos contra la dominacion castellana; pero los catalanes permanecieron fieles á la corona, como escarmentados que estaban ya del perjuicio que siempre les habia causado la presencia de sus vecinos transpirenaicos. Así fue que durante los cuatro primeros años que se mantuvo en el país, no logró el duque de Noailles mas que ligeras ventajas, y en cambio se atrajo con sus estorsiones el aborrecimiento de los naturales. En 1691 el duque de Estrées se acercó con una escuadra á Barcelona, y la bombardeó destruyendo muchos edificios, retirándose despues con mas pérdida nuestra que ventaja positiva de los contrarios: pasó luego á Alicante, donde ejecutó lo mismo con mayor furia y estrago, y luego entre él y Noailles se apoderaron en tres dias de la plaza de Rosas, que se rindió por hallarse desprovista de medios de defensa. Al año siguiente (1694), volvió el duque de Noailles á campaña con mayores fuerzas, y derrotó al duque de Escalona que con mas ánimo que medios intentó oponérsele en el paso del Ter, y á quien costó perder cuatro mil hombres la refriega; tras esto, favorecido en todos sus movimientos por la escuadra que mandaba el conde de Torurville, rindió sucesivamente el vencedor á Palamós, Gerona, Hostalrich, Castelfollit y Corbera, siendo nombrado virey de Cataluña por Luis XIV, y quedando los nuestros con grave temor por la seguridad de Barcelona.

Por enfermedad que sobrevino al de Noailles le sucedió en el mando el duque de Vendome, que se dirigió resueltamente sobre la capital del Principado. Mientras esto pasaba aquí, habia hecho dimision del ministerio el conde de Oropesa, y habia sido reemplazado por el de Melgar, que aunque honrado como su antecesor y cuidadoso de mantener órden en la gobernacion y economía en la hacienda, habia echado mano para ocurrir á los apuros de la situacion de los mismos ruines espedientes puestos ya en práctica por el duque de Medinaceli. Tales eran la venta de destinos á pública subasta, sin escluir de tan depravado régimen los mas importantes y autorizados, la enagenacion de alguna de nuestras posesiones por un poco de oro, y otros medios tan ruinosos é impolíticos como estos, con cuyo recurso pudo el gobierno atender un poco á los negocios de Cataluña, y enviar allá algunos refuerzos, que pudieran servir de rémora á los progresos del enemigo. Acudió tambien á lo mismo el ejército austriaco, enviado por el Austria á instancias de nuestro gobierno y dirigido por el príncipe de Hene-Darmstad; pero todo esto no fue bastante para impedir que Vendome, rechazando á sus enemigos, reforzada su hueste con un considerable aumento que le vino de Francia, y puesto de acuerdo con el duque de Estrées, pusiese sitio á Barcelona por tierra, mientras Estrées cooperaba á la misma empresa con una formidable escuadra. El príncipe de Darmstad dirigia la defensa, y el conde de Velasco, virey en aquella sazon de Cataluña cuidaba desde fuera de hostilizar á los sitiadores. Pero el dicho virey, inepto y descuidado, fue vencido dos

veces y puesto en fuga por Vendome, capitulando de allí á poco la plaza, y saliendo su guarnicion por la brecha. Duró cincuenta y dos dias el sitio de aquella importante ciudad, y su terminacion costó muchas vidas al ejército francés, y puso al gobierno español en muy grave cuidado, juzgando, y no sin motivo, perdida para nosotros la provincia.

No nos daban menos motivo de llanto y de zozobra en América las bandas de corsarios bien conocidas bajo el nombre de filibusteros ó hermanos de la Costa. Estos, franceses de nacion casi todos, corrian aquellos mares haciendo ricas presas, y aun asaltando de cuando en cuando las indefensas poblaciones de nuestras colonias trasatlánticas. Luis XIV, no descuidando ocasion de hacernos daño en todas partes, y contando con la cooperacion de los filibusteros, envió á América una espedicion á cargo del baron de Pointis, á la cual se unieron hasta mil seiscientos de aquellos corsarios. El resultado de esta espedicion fue la toma de Cartagena de Indias, cuyo gobernador capituló, estipulando entre otras cosas que la ciudad no sería saqueada, y que toda la pedrería y metales preciosos que en ella se encontrasen se considerarian como propiedad de los vencedores; pero los filibusteros adjuntos á la espedicion, que solo del pillaje vivian, y que lo esperaban por promesa del mismo general francés, se entregaron en mengua de la capitulacion al saqueo mas atroz y á la licencia mas desenfrenada, y Pointis, sin esperanza de reprimirlos, volvió á Francia cargado de riquezas. Acaeció esto, así como tambien la entrega de Barcelona, en el año 1697. Tambien por la parte de Africa nos hacian algun daño los moros, nuestros antiguos enemigos, escitados y socorridos por la Francia; pero siempre salieron escarmentados cuando mas esperanza tenian de quedar gananciosos.

En los Paises-Bajos era donde se agitaba en mas tremendo giro la guerra. El mariscal de Luxemburgo, uno de los mas hábiles generales con que contó Luis XIV, sostuvo contra los coligados, dirigidos por el príncipe de Waldeck, la célebre batalla de Fleurus, dada en 1690 y honrosamente mantenida por ambas partes, quedando despues de porfiada brega y mortandad muy crecida, indecisa la victoria y repartida por igual la pérdida. En 1691, los franceses atacaron con éxito á Mens, Hall y Namur, y vencieron á Guillermo de Orange en Steinkerke; pero este en cambio se apoderó de Furnes y Dixmude, obligó á su contrario á levantar el sitio de Charleroy, y se afirmó en el trono de Inglaterra por la derrota que el almirante Roussel hizo sufrir á la escuadra francesa que mandaba el conde de Tourville al servicio de Jacobo II. En 1693 fue vencido otra vez el príncipe de Orange cerca de Nerwinda por el mariscal de Luxemburgo, el cual tomó despues á Charleroy, á pesar de la heróica defensa de su gobernador el marqués del Castillo. En 1695 murió aquel ilustre mariscal, gran pérdida para las armas francesas, y le sucedió el marqués de Villeroi, quien no hizo mas que vengarse de la recuperacion de Namur por los nuestros con el desastroso bombardeo de Bruselas, en cuya ocasion probó su barbarie sin lucir su pericia, ni aun siquiera su esfuerzo. Despues de esto, la única empresa memorable que en aquella guerra llevaron á cabo los franceses en los Paises-Bajos, fue la toma de Ath en 1697.

En Italia empezó la guerra contra el duque de Saboya, que habia sido uno de los firmantes de la liga defensiva contra la Francia. El general Catinat entró por las tierras del ducado, apoderándose en breve de todo él, salvo Montmelian, y derrotando al mismo duque junto á las lagunas de Steffarda, antes que pudieran acudir en socorro del vencido las huestes españolas y alemanas que se le allegaban de Milan y de Austria. Siguió tras esto Catinon el curso de sus adquisiciones, hasta que la llegada de importantes socorros mejoró la parte del Saboyano, haciéndole recuperar algunas de las plazas perdidas, y ejecutando con algun éxito una invasion en el Delfinado, y obligando á Catinat á permanecer en la inaccion por no perder las conquistas hechas retirando las guarniciones. Pronto volvieron todas aquellas á poder de los coligados, superiores á la sazon en fuerzas y en aliento, y los franceses hubieron de retirarse á su país; pero volvieron en mayor número, y una sola batalla devolvió á Catinat todo lo perdido. En 1695 el duque de Saboya se apoderó de Casal, y á poco Luis XIV le propuso un tratado de paz, que él por su parte aceptó, no sin gran repugnancia de los aliados que miraban, y no sin motivo, aquel tratado como una defeccion, volviendo á poder del duque todas las plazas que habia perdido, menos Susa, Niza y Montmelian, en las que quedó por entonces guarnicion francesa.

A este punto habian llegado las cosas cuando en 1697 empezaron los preliminares de la paz de Ryswick. El mismo Luis XIV la propuso apoyado en la intervencion de la Suecia, no tanto porque se hallase cansado de la lucha, cuanto porque el estado valetudinario de Carlos II, y la falta de herederos directos que le sucediesen, hacian concebir al monarca francés ciertas lisonjeras esperanzas sobre la corona de España. Esta, aunque empezó contestando con una repulsa á las propuestas de paz, cedió al fin á la aparante generosidad de Luis XIV, y firmó con las demás potencias coligadas el tratado de Ryswick, por el que Guillermo fue declarado rey de Inglaterra, y á España le fueron devueltas todas las conquistas hechas por los franceses desde la paz de Nimega.

CAPITULO XVIII.

Fin del reinado de Carlos II.

Terminada la guerra, y despejadas las tempestades que hasta entonces habian entenebrecido el horizonte político de la Europa, volviéronse hácia España las miradas de todas las naciones, porque á pesar de su situacion precaria y decadente, aquí era donde la ambicion prometia á la intriga su mas goloso cebo. Carlos II, á pesar de haberse casado con dos mujeres (habiéndolo efectuado con Mariana de Neoburg á la muerte de la primera, María Luisa de Borbon), y de haber amado bastante á cada una de ellas, veíase enfermizo y sin sucesion ni esperanzas de tenerla, bien por debilidad ó por defecto orgánico, ó bien porque sus escrúpulos ascéticos y la pobreza de su imaginacion mantuviesen muy corto el vuelo de sus deseos. Así es que la sucesion á la corona de España era la gran cuestion de aquellos dias, presentándose como pretendientes á tan codiciado puesto cuantos podian cifrar el menor derecho probando que corria por sus venas una gota de la sangre de Carlos I. Luis XIV, que no mas que con el objeto de abrir esta palestra á sus empeños ambiciosos, habia concluido con tan buenas condiciones la paz de Ryswick, alegaba derechos de su madre María Teresa, hija de Felipe IV, si bien en las capitulaciones del casamiento de esta princesa con Luis XIII, se habia establecido que nunca pudieran unirse los dos cetros en una misma mano; pero Luis XIV cortaba mal ó bien esta dificultad diciendo que él colocaria la corona de España en la cabeza de su nieto Felipe, duque de Anjou, haciendo que nunca pudiera este reinar en Francia. Del mismo modo Leopoldo, emperador de Alemania, que cifraba su pretension en ser por dos partes descendiente de la dinastía austriaco-española, hizo renuncia de sus derechos en el archiduque Carlos. Contendian tambien sobre lo mismo, cada cual con mas ó menos poder y fuerza de razones, el prín-

cipe de Baviera y los duques de Orleans y Saboya. El primero, si no el mas pujante de todos los contendientes, era en realidad el que litigaba con mas justicia, presentándose como biznieto de Felipe IV, y nieto de doña Margarita de Austria, habida en la segunda mujer de aquel.

La córte de Madrid fue el centro donde se anudaron todos aquellos manejos, y donde cada pretendiente buscó el favor y apoyo de que necesitaba. La reina y la mayor parte de los cortesanos eran favorables al partido del emperador; Luis XIV, contra quien peleaba la natural aversion de los españoles, sin dejar de mantenerse en tren amenazador agrupando sus ejércitos en la frontera, empezó á minar la influencia austriaca por medio de su embajador el inteligente marqués de Harcourt. Muerta la reina madre en Madrid en 1696, vino de Austria como embajador el conde de Hanach, el cual organizó y engrosó las filas del partido imperial, y aun llegó á ofrecer socorros de su parte con que rechazar la furia francesa en caso de que Carlos II se declarara en favor de Leopoldo. Pero por mas que maquinó Hanach, venció en aquella oscura lucha el aventajado marqués de Harcourt, haciéndole abandonar como vencido su campo en que le sucedió su hijo con menos habilidad y peor suerte. Los principales partidarios de el Austria fueron doblando el ánimo hácia la parte de los franceses, reducidos por la eficaz y oportuna siembra de esperanzas, regalos y lisonjas: contáronse en este número el célebre cardenal Portocarrero, antes decidido parcial del archiduque y ya director del bando francés de resultas de su rivalidad con el almirante de Castilla; el P. Chiusa, confesor de la reina, la condesa de Berlips, camarera de esta, y casi en fin la misma reina, á quien ablandó algo en favor del duque de Anjou la promesa de casarse con el Delfin cuando quedase viuda del rey de España. Era tanto el interés de Luis XIV en anonadar el partido austriaco, que por tal de conseguirlo no titubeaba en fomentar las pretensiones ya declaradas, ó en incitar á otros á quienes la poca esperanza habia reducido al silencio, para que sacasen tambien á plaza sus respectivos derechos, seguros de destruirlos á todos á su tiempo, despues que le hubiesen ayudado en el ataque contra su capital enemigo: así fue que dió instrucciones al marqués de Harcourt para que favoreciese en caso necesario la parte del príncipe de Baviera, y aun para que hiciesen mencion tambien de la casa de Medinaceli, como acreedora al poder monárquico por descender directamente del desposeido infante de la Cerda.

Iba Luis XIV consiguiendo insensiblemente sus miras, gracias á los hábiles manejos de su embajador, y ya el partido de Austria se hallába despojado de sus principales apoyos, pasivo, si no apagado el odio á los franceses, y mas propensos que antes los españoles á dejar entronizarse sobre ellos al nieto del monarca francés, cuando un paso dado por este mismo y esplotado por los enemigos de la dinastía de Borbon vino á resucitar el antiguo estado de cosas y á transformar las ocultas intrigas en abierta enemistad y en exasperacion declarada. Luis XIV, mas atento á suscitar enemistades al Austria que á ponerse en buena armonía con los españoles, púsose de acuerdo con Guillermo de Orange, y determinó en el año 1698 un repartimiento de la España entre los pretendientes á su corona. Adjudicóse la Lombardía al archiduque; al delfin, los reinos de Nápoles y Sicilia, el marquesado de Final y la provincia de Guipúzcoa, y al príncipe de Baviera la España con sus colonias trasatlánticas y los Paises Bajos. Apoyó el Francés esta protesta con amenazadores preparativos; el Austria, á quien aquella particion habia enemistado con la Baviera, la hizo publicar en son de denuncia, rompiendo así las apariencias de secreto de aquella conspiracion diplomática; tronó contra aquel sacrilegio político la indignacion española, y Carlos II, apurado por su conciencia, por la situacion de la Europa y por el voto de sus pueblos, se vió en el caso de declarar positivamente quién habia de ser su sucesor. A pesar de las protestas y del tren imponente que habia hecho levantar el rey de Francia, halló el de España en el sentimiento de su deber y en el dictámen de los legistas la fuerza suficiente para dejar por heredero de todos sus dominios al de Baviera (que era á quien con mas legitimidad le correspondia), lo cual implicaba la nulidad del anterior. Pero de allí á poco murió el heredero designado, y la cuestion volvió á marchar por su antiguo cauce, declarándose mas reñida que nunca la rivalidad entre las casas de Austria y de Borbon.

La lucha tomó desde aquí en adelante un carácter ridículo y vergonzoso. El partido austriaco en Madrid, dirigido por la reina, se puso á la defensiva, y aun llegó á amagar un golpe de mano contra el partido francés. Pero este habia hecho una grande adquisicion en el cardenal Portocarrero, y ya veremos cómo se condujo este en pro de sus amigos. Flotaba en un mar de confusiones el ánimo del rey, uniéndose la aprension de enfermo á los escrúpulos religiosos y á los temores de cobarde: ingiriósele entonces en el pensamiento cierta especie inspirada por Portocarrero y directamente sugerida por el confesor de Carlos II, Froilan Diaz, hombre muy adicto al cardenal, como hechura suya que era; pero á quien por mayor seguridad se hacia pasar á los ojos del público por miembro del partido austriaco. Hizo el P. Froilan Diaz creer al apocado monarca que su enfermedad procedia de alojamiento que el demonio habia tomado en su cuerpo, y lo exorcizó con grande aparato, ayudado en esta y en las subsiguientes farsas de la misma clase por un jesuita aleman llamado el P. Tenda, recien llegado de su país, y muy famoso por su gracia para espeler á los espíritus malignos y forzarles á descubrir sus secretos. Presentáronse despues otros supuestos endemoniados, conminado en los cuales el diablo, declaró que la enfermedad del rey era efecto de hechizos ejercidos por el partido austriaco, con otras cosas de muy difícil y delicada verificacion. Estas ridículas calumnias y el misterioso prestigio con que se las rodeaba, postró tanto el alma de Carlos é influyó tan tristemente en su naturaleza valetudinaria que creció el mal en vez de disminuir por la fuerza de los conjuros, y el desgraciado descendiente de Felipe II cayó en un estado de febril imbecilidad, y se entregó como un instrumento pasivo en manos de Portocarrero.

Este entretanto no cesaba de maniobrar por otra parte, bien aprovechándose para separar los afectos particulares de la parte contraria de cuantas imprudencias ó desmanes cometian en su ineptitud los austriacos; bien atrayendo mañosamente á su partido por uno ú otro medio á la flor de los magnates de Castilla, cansados ya de tan triste y desastrosa situacion; bien haciendo cesar la remision de provisiones á la córte, á fin de promover una revuelta popular. Efectuóse esta, dirigiéndose el furor de las turbas contra el abastecedor, conde de Oropesa, mas culpable de negligencia que de otro crímen, sin que contuviesen los gritos la presencia de la reina ni el respeto del rey. El conde de Oropesa y el almirante de Castilla fueron destituidos, viéndose forzados á fugarse para sustraerse á la cólera del populacho, el cual se vengó saqueando sus casas, y por último, despues de haberse mantenido sordo á ruegos y exhortaciones, se dispersó á la vista de la fuerza armada. El almirante de Castilla fue desterrado; al conde de Oropesa sucedió en el cargo una persona á la devocion del cardenal; á Froilan Diaz, echado

de palacio por la reina, sucedió otro que no valia mas que él, y el príncipe de Darmstadt, que campaba cerca de Madrid con sus tropas alemanas, recibió órden de retirarse á Cataluña: así quedó ganoso en la lucha el astuto Portocarrero; atemorizada y reducida á la inaccion la reina; desconcertado y sin brios el partido austriaco, y el de Borbon triunfante y con mejores esperanzas que nunca.

Otro incidente ocurrido en el esterior vino por segunda vez á consolar en su abatimiento á los partidarios del archiduque. Cuando por la muerte del príncipe de Baviera quedó frustrada la particion hecha de los dominios españoles, hízose otra nueva por las mismas potencias que habian firmado la anterior, quedando para el archiduque Carlos, España, sus colonias de Ultramar y los Paises Bajos; para el delfin Nápoles, Sicilia, el ducado de Lorena y la provincia de Guipúzcoa, y para el duque de Lorena, la Lombardía, en compensacion de la pérdida de su ducado. Volvió á escitarse con esto la indignacion española; volvieron todos á pedir al rey que designase un sucesor; él sometió el asunto á discusion, y gracias á los consejos é influencias de Portocarrero, los dictámenes de los jurisconsultos, de los magnates del papa y del consejo de Estado fueron sin discrepancia favorables á la dinastía Borbónica. Tal vuelco habia dado la opinion en tan poco tiempo.

El corazon de Carlos II, sin embargo, era mas favorable á su propia familia que á la de Luis XIV: así fue que, á pesar de las sugestiones del partido afrancesado, se negó á dar ninguna solucion á aquel tan contendido asunto, hasta que, ya en el acto de la muerte, influyó Portocarrero con tanta energía en el ánimo del moribundo rey, que le obligó á firmar un testamento en que designaba por sucesor en la monarquía al duque de Anjou, y en defecto de este sucesivamente al de Berry, al archiduque de Austria y al duque de Saboya. Portocarrero fue asimismo nombrado presidente de una junta de gobierno, mientras durase el interregno ocasionado por la enfermedad del monarca. No faltó quien negase fuerza á estos documentos, como arrancados por la coaccion y firmados sin libertad é independencia en el espíritu.

Carlos II terminó por fin su valetudinaria vida el dia 1.° de noviembre de 1700; un cáncer en las entrañas, y en general un defectuoso arreglo de su organismo produjo su muerte, á la cual treinta y nueve años de existencia y treinta y cinco de reinado habian servido de triste preliminar. Fue casado con dos mujeres, sin que su naturaleza le hubiera permitido tener hijos de ninguna de ellas. Despreciable como monarca, pero digno de compasion como ser humano, bondadoso como hombre, pero débil é inepto como gobernante, su alma fue, del mismo modo que su cuerpo, flaca, encogida y achacosa. Parece que en él quiso ofrecer la Providencia á la historia un emblema de nuestra postrada monarquía, y un trasunto de la raza degenerada que terminó en él y que por espacio de cerca de dos siglos tuvo por nuestra desventura la corona de España.

CAPITULO XIX.

España durante el siglo XVII.

Con el fallecimiento de Carlos II terminó su periodo la dominacion de la dinastía austriaca en España, dominacion que principió en 1516 magestuosa y guerrera con Carlos I, y que en 1700 espiró raquítica y menospreciada con Carlos II. Ya desde el siglo XVI, como dejamos dicho en otra parte, bajo los reinados del emperador y de su hijo, empezó el Estado á resentirse de los grandes vicios que despues acarrearon su ruina. Estos vicios, lastimosamente desarrollados despues, sin un antídoto que se opusiera á su crecimiento; antes bien favorecidos por la incuria de los reyes, por la torpeza de los validos, por la ignorancia de los consejeros y por la enemistad de los estraños, decidieron el triste cuadro que ofrece nuestra historia en el siglo XVII. En este la pequeñez descubre lo que en el anterior solia velar la grandeza: porque en efecto, habia grandeza en Carlos I, ese atesorador de coronas, cuya ambicion egoista pesaba estrechamente sobre dos mundos; habia tambien un no sé qué de grandeza en el prolijo, austero y disimulado Felipe II, á quien llamaban los extranjeros el demonio del Mediodia, y que por lo tanto podia decir de ellos lo que el déspota de Janina: *me temen, puesto que me odian*. A la muerte del fundador del Escorial, quedaba la Península, si bien acosada por enemistades, odiada por su tiránica influencia, miserable y cubierta de llagas en su interior y marchita la flor de su marina con la pérdida de la Invencible, fuerte aun por el prestigio de su infanteria y por el respeto involuntario con que la miraban las demás naciones. Si el cetro de Felipe II hubiera pasado á manos de otro Fernando V, tal vez hubiera podido salvarse de su ignominia futura la casa de Austria: tal vez se convirtiera en subida lo que empezaba á ser descenso, y en bendiciones las quejas que no habia bastado á sofocar la gloria y que exacerbaria inevitablemente la desgracia. Pero Felipe III era el ser mas inepto para posesionarse del trono en circunstancias tan críticas: ya hemos dicho algo de su carácter; ya hemos bosquejado los principales sucesos de su reinado, durante el cual perdimos mucho en influencia y en dignidad, sino en terrenos; ya hemos hablado de la espulsion de los moriscos y de sus deplorables consecuencias; ya hemos hecho ver en fin todo lo que sufrieron los pueblos oprimidos por la mano codiciosa y desacertada de los Lermas y de los Ucedas.

La emigracion á las Américas y la espulsion de los moriscos habian despoblado considerablemente el territorio peninsular, ocasionando la postracion de la agricultura, de la industria y del comercio. La falta de brazos, la carestía de la mano de obra, la acumulacion de la propiedad en manos muertas, el desigual reparto de las contribuciones, el sistema prohibitivo desarrollado hasta un esceso inmoral, la vana ostentacion del lujo, la desconsiderada altivez de los hidalgos, el desprecio con que eran miradas las artes mecánicas, los males que sufria nuestro comercio de parte de los corsarios enemigos, ya berberiscos en el Mediterráneo, ya franceses, ingleses y holandeses en el Atlántico, todo esto habia contribuido y logrado secar las fuentes de la produccion y sumirnos en la miseria teniendo á mano los elementos de la abundancia. Unáse á esto lo mucho que preponderaban en el comercio los metales preciosos y el menosprecio con que se miraban las demás mercancías, por preciosas y lucrativas que fueran, y se comprenderá el poco fruto que sacamos de nuestras posesiones trasatlánticas, de las que tanto podiamos esperar, y que tanto nos envidiaba la Europa. El gobierno comprendió sin duda estos males; pero no el modo de combatirlos: así fue que los remedios que aplicó agravaron la enfermedad en lugar de desvanecerla, y el pais yacia cada vez en mayor lástima y postracion, maldiciendo todas las economías, arbitrios, monopolios, leyes suntuarias y demás providencias dictadas por la torcida ciencia de los gobernantes.

A todo esto, la libertad civil era nula: el pueblo no tenia mas via de reclamacion que los motines, muertas como estaban de mala manera las antiguas córtes y privado el pais de toda intervencion, de toda consulta. No estaba mejor parada la libertad religiosa;

pesando sobre la conciencia y el pensamiento de todos el desmedido influjo clerical; los hierros de la Inquisicion, el escrupuloso ascetismo de los reyes y la servil imitacion de los cortesanos.

Tras Felipe III vino Felipe IV, que no quiso hacer lo que su antecesor no supo: tomó las riendas del gobierno Olivares, á quien ya conoce el lector como personaje político, é inauguró una época desastrosa de pérdidas y de corrupcion. A la gravedad de la antigua córte sucedió una ingeniosa y refinada galanteria con embozos de severa y con realidades de impúdica; revistióse el carácter nacional, sobre todo en la córte, con el mismo tinte voltario y halagüeño que caracterizaba al monarca; el culto tomó apariencias cortesanas y pidió prestadas sus pompas á los bailes y á los teatros, y una brillante pleyada de poetas se situó en derredor del trono mezclando sus cantos á los lamentos de los españoles. Entretanto, España, como un cuerpo podrido cuyos miembros se van separando unos de otros por efecto de la corrupcion, mantenida por necesidad en la belicosa actitud en que antes por ambicion se habia puesto, perdia en cada guerra la mejor parte de su sangre y en cada tratado la mejor parte de sus posesiones; pudiéndose contar en todo el largo reinado del monarca en cuestion los años por pérdidas y los meses por derrotas. Si á lo menos hubiese quedado nuestra monarquía ceñida á sus límites naturales, conservando por todas partes su frontera de mares y de montes, hubiera podido, no recobrar lo que perdió entonces en los Paises-Bajos, en Italia y en el Rosellon, dominios que en honor de la verdad nunca le convino adquirir; pero sí mantenerse en un estado de decorosa defensiva, evitar que los enemigos viniesen á mortificarla en su propio seno, teniendo abierto el flanco por la parte de Portugal, y mantener constante esa unidad peninsular que la geografía presenta á los ojos como una nacion, y que á la Providencia repugna desunir. Perdióse para nosotros Portugal, y perdiéronse al mismo tiempo sus pingües colonias del Asia: resultado natural de los desaciertos cometidos en aquella tierra por nuestros gobernantes, desde que en tiempos de Felipe II se habia unido aquel reino á nuestra corona, manteniendo como conquista lo que con mas habilidad y blandura hubiera podido irse reduciendo á provincia. No mediaba entre portugueses y españoles mas antipatía que la que procede de oprimidos y opresores, ni mas diversidad que la que resulta de la historia: antipatía y diversidad que no supo templar el de Olivares por desgracia de unos y de otros.

Al reinado de Felipe IV sucedió el de Carlos II, en el cual llegaron á su colmo la miseria y la abyeccion de nuestro país. Hollado indignamente por Luis XIV, cruelmente hostilizado en sus colonias de América por esas bandas de piratas que se organizaron bajo el nombre de filibusteria, dominando en el interior del país la prostitucion y el robo, hecho necesidad el contrabando, España habia perdido sucesivamente la gloria de Carlos I, el poder de Felipe II, la gravedad de Felipe III y hasta la brillantez de Felipe IV: la imbecilidad estaba sentada sobre el trono y la indigencia posesionada de los hogares. El vértigo de la corrupcion habia sofocado todos los sentimientos bellos y nobles, la forzada incuria del monarca parecia haberse trasmitido á todos los súbditos que contemplaban el triste espectáculo de nuestra nacion sin tomar por ella mas interés que el de sus particulares intrigas. El patriotismo antiguo no existia, y desde la revolucion de Cataluña y la emancipacion de Portugal, cada provincia estaba trabada al centro de la metrópoli con lazos harto flojos para que se pudiera confiar en ellos. A la muerte de Carlos II, los españoles, aborrecedores en general y con justo motivo del nombre austriaco, se arrojaron en brazos del nuevo rey, creador de una nueva dinastía, sin temer ni prevenir que de ello habia de seguírseles una dudosa y porfiada guerra. La casa de Austria se estinguió en España, sin que nadie, salvo algunos pocos que no merecen formar partido, volviesen los ojos para recordar echándo de menos lo pasado. El nuevo bando que se formó en pro del archiduque era un partido que no atendia sino al porvenir, y que no se cuidaba para nada del respeto de sus antiguos reyes. De todos modos, la sucesion directa de Carlos I estaba cortada, y el que ocupara el trono podia considerarse como fundador de una nueva dinastía.



Moneda de Carlos II.

LIBRO SEGUNDO

REINADOS DE FELIPE V Y DE LUIS I.

CAPITULO PRIMERO.

Entronizacion de la dinastía borbónica.

CON el nuevo siglo principia en nuestra historia el reinado de la nueva raza, y falta hacia sin duda una mudanza de tal naturaleza, para que de ella resultara alguna mejoria. Habia llegado España á tan lamentable estado de postracion y desórden, habia tan poca mesura en los opresores, tan poco respeto en los oprimidos, tanta escasez de recursos, tan pocas garantias de seguridad para todo, que hubieran de ceder los odios antiguos y las resistencias nuevas

ante la imprescindible necesidad de una mudanza radical y profunda. En efecto, la subida al trono español de una familia estraña, de la cual no habian reconocido todavía monarca propio los castellanos, era en aquella sazon un acontecimiento de tanta trascendencia, que bastaba por sí solo á trocar enteramente la faz de los asuntos, y esta habia sido tan mustia y desagradable, que no podian figurarla peor los mas melancólicos visionarios. En primer lugar moria la idea dominadora y absurda que de generacion en generacion fomentaba la casa de Austria; el plan político se presentaba con nuevas líneas; espiraban los antiguos compromisos, y se inauguraba una nueva era, fecunda en esperanzas si bien no desprovista de temores. Castilla, mas atada al trono que ningun otro de los antiguos reinos de que constaba la monarquía, aplaudió con todas sus fuerzas el nuevo órden de cosas, con mas deseo de su bienes-



Carlos II.

tar que celo por sus derechos y libertades, estériles los unos y sofocadas las otras, y prometiéndose de la alteracion que se preparaba futuro bienestar, ya que no resurreccion de la pasada gloria, que habia valido tan poco y habia costado tan cara.

Habia triunfado Luis XIV, sacando mas partido que de sus glorias de conquistador, de sus intrigas de pretendientes: los repartimientos que antes habia formalizado como gananciosos, ahora venian estrechos á su adquisicion, porque adquisicion suya era en verdad la que por conveniencia diplomática traspasaba á su nieto. Contaba este á la sazon no mas que diez y seis años: su carácter era taciturno y sufrido, su educacion limitada, su ánimo propenso á la obediencia, y su entendimiento necesitado de direccion; lleno por lo demás de buena voluntad y

sincera y reflexiva adhesion á sus nuevos súbditos. Tal era el duque de Anjou, hijo del delfin, y á quien la Providencia habia designado para sentarse en el trono de las Españas: en él veia el viejo rey un instrumento dócil á sus miras, á favor del cual podia ensanchar considerablemente la esfera de su política; pero, astuto por naturaleza y hábil para ocultar á tiempo los vuelos de su ambicion, fingió Luis XIV no estimar en mucho aquel regalo de la fortuna, á fin de no dar desde el principio alas á la envidia y cebo á las murmuraciones. Así fue que, recibida la noticia de la muerte y última voluntad de Carlos II, y el voto de los castellanos que por voz del consejo de regencia aceptaban y pedian á su nuevo rey, el de Francia afectó comunicar el asunto con su consejo, y aun suscitó artificiosa oposicion de parte de los mismos que mas interesados estaban en corresponder á sus deseos. Terminada aquella farsa con la accesion de Luis XIV al voto de los españoles, fue reconocido ante el embajador de nuestra nacion el nuevo monarca con el nombre de Felipe V, diciéndole su abuelo al reconocerlo y al separarse de él: *Debeis ser de aquí en adelante buen español; pero sin olvidar que sois de nacimiento francés:.. Desde hoy ya no habrá Pirineos.* Palabras que esplicaban la política y la esperanza de Luis XIV, así como el papel que en aquella habia de jugar su nieto, y la dependencia en que habia de quedar España atada al carro de su poderoso vecino. Tutela humillante y comprometida ejercida sobre el soberano y trasmitida por falta de libertad á los súbditos, propuesta en son de consejo y aceptada con máscara de deber.

El nuevo rey; saludado en su tránsito con alegres y unánimes aclamaciones, llegó á Madrid el 18 de febrero de 1701, donde fue coronado con largos festejos y superior magnificencia. Tiempo era ya de que viniera á encargarse de las riendas del gobierno, pues el consejo de regencia, nombrado en las últimas horas de la vida de Carlos II, y compuesto de la reina, viuda, del cardenal Portocarrero y de otros cinco personajes mas, se hallaba gravemente comprometido en su marcha gubernativa por la desavenencia que habia estallado en su seno, promovida por los dos principales miembros, la reina y el cardenal. La reina, vencida en la lucha por la mayor habilidad de su contrario, fue desairada por Felipe V, á quien recurrió en queja, y hubo de retirarse á Toledo, mientras el cardenal quedaba encargado de la formacion y presidencia de un ministerio. Este hombre de carácter flexible, osado y lisongero, á quien las vueltas de la fortuna habian contribuido á dar una importancia que ninguno se atrevia á disputarle, no cumplió en el poder con todo lo que de sus dotes diplomáticas se esperaba. Rastrero adulador de los franceses, ajó para ensalzarlos el orgullo de los españoles de un modo indecoroso y violento, sometiendo siempre todas sus medidas á la postrera inspiracion que le llegaba de allende los Pirineos, dando á los pares de Francia los derechos y honores de grandes de España, á pesar de la viva repugnancia que mostraron estos, é introduciendo el uso francés en el ceremonial y en los uniformes, cosa de que se resintió mucho el pueblo, como apegado á las buenas y antiguas esterioridades. Verdad es que luego cundió como costumbre lo que fue mal recibido como ordenanza, y los trajes y modales franceses reemplazaron pronto á la solemne vestimenta y grave etiqueta de Castilla; pero esto no borró la impresion del disgusto esperimentado. Adoleció tambien Portocarrero del achaque de organizador; tecla delicada cuando no se maneja con mucho tino. Introdujo violentas y superficiales economías, con las que hizo gran número de descontentos, entre los que hallaron miseria cuando esperaban alivio; trastornó el sistema de los empleos, colocando en ellos á sus hechuras indistintamente y sin atender á los méritos y requisitos particulares de cada cual, y separó á muchos con frívolos pretestos de los cargos que dignamente servian. La supuesta adhesion al partido austriaco con que acriminaba á los que pudieran hacerle sombra, le sirvió de arma poderosa para abatir á sus enemigos, y asegurarse en su posicion. Pero por mas que hiciera, nunca habia de llegar á la altura de poder que alcanzaron los duques de Lerma y de Olivares, por cuanto ahora las circunstancias habian variado mucho, y el activo y sagaz Luis XIV, moderador de aquella fábrica de disposiciones, no consentiria que nadie se ensalzara mas allá de su voluntad en el ánimo de su nieto.

La eleccion para el cargo de ministro de hacienda hecha por Luis XIV en la persona de un tal Orr, personaje que añadia el gravámen de incapaz á la impopularidad de extranjero, y la convocacion ilegal y vergonzante de las córtes de Castilla, hecha con temor y artificio no mas que para que los diputados reunidos en Madrid felicitasen al monarca, sin tratar de ningun negocio ni ser elegidos segun costumbre, colmaron el descontento de unos y otros, arredrando algo al rey de Francia y mucho mas á Felipe V. Este, no asegurado por la intrigante sumision de sus adláteres, entró en disgusto de una corona que tantas fatigas le acarreaba, y empezó á descuidar cada dia mas el despacho de los negocios. A tal estremo llegó esta incuria, que sus mismos consejeros hubieron de recurrir á Luis XIV para que espolease á su nieto, pintándole con negras tintas la situacion de España, y aquel entonces envió aca en calidad de embajador á Mr. de Marsin, hombre que vino mas lleno de instrucciones que del seso y gravedad conveniente. Así se iba estableciendo cada vez mas la lucha entre el carácter de ambas naciones; lucha que al fin habia de terminar para bien de todos en apacible concordia. M. Marsin venia encargado de asistir al consejo *como embajador de Francia*, en sustitucion del anciano duque de Harcourt, y de hacer que se ejecutasen aquí las órdenes del rey su amo. Así andaban por do quier extranjeros poniendo mano sin recato en nuestros negocios, y así estaba la nacion española gobernada á tiento y por correspondencia.

Mientras esto pasaba en la península, empezaba á levantarse fuera de ella gran torbellino de enemistades y de intrigas. El Austria que, apoyada en la solidaridad de familia y en el alegado derecho, no habia dejado nunca de esperar, hasta despues de la muerte de Carlos II, que este nombrase en su testamento al archiduque Carlos heredero de su corona, el Austria, decimos, protestó inmediatamente por medio de su embajador contra el acuerdo del difunto rey, y declaró la guerra á la Francia y á España como país subordinado á aquella. Así se veia, por un raro vuelco de la fortuna, hacernos guerra la misma familia que nos habia dado una serie de monarcas, y venir á sentarse en nuestro solio príncipes de una raza que habia sido por tanto tiempo nuestra constante enemiga. Secundaron las miras del Austria los estados de Holanda é Inglaterra, á las cuales se unieron Dinamarca y muchos potentados de Alemania. Pero Luis XIV no se durmió á vista de tan formidable preparativo, sabiendo remediar con destreza los peligros que su ambicion habia provocado. Ya habia comprado la seguridad de que obedecerian á Felipe V las provincias lejanas del centro de su poder y afectas por su posicion al Austria, como las de Italia y los Paises Bajos, atrayendo á sí por uno ú otro medio á sus gobernadores, y habia prevenido las hostilidades por el lado de Portugal, estableciendo un pacto de amistad entre las casas de Borbon y de Braganza. Ganó así mismo para *sí* la adhesion de varios príncipes alemanes; cortó con

gran golpe de tropas la comunicacion entre Holanda y la parte hispano-francesa de los Paises Bajos, ocupando despues á viva fuerza las plazas fronterizas que tenian guarnecidas los holandeses, y por último, á fuerza de oro, intrigas y amenazas, formó en Inglaterra un partido considerable que apeteciendo la paz favorecia indirectamente al Francés. Debilitada asi una potencia por la escision que se habia formado en su seno, y que habia de entorpecer y contrariar mucho cuantas disposiciones se tomaran para la guerra, y hostilizada la otra abiertamente y sin prevencion alguna, viéronse ambas en el caso de cejar sucesivamente en el camino por que habian echado y de reconocer formalmente por rey de España á Felipe V, quedándole opuesto tan solo el Austria, fuerte por su orgullo y obstinada por su despecho.

Otro de los actos del abuelo de Felipe V fue solicitar para su nieto la mano de doña Maria Luisa de Saboya, hija de Víctor Amadeo, con el objeto de interesar á este en la guerra que iba á emprender con los austriacos, y de que sirvieran los estados de Saboya como de barrera en Italia. Accedió Víctor Amadeo á la solicitud de Luis XIV, no sin que antes exigiera desmedidas ventajas en recompensa de su amistad. Hablaba tambien al ánimo de Luis XIV en favor del proyectado casamiento la corta edad de la princesa, que solo llegaba á los catorce años, y cuya inesperta niñez la impedia maniobrar cerca de la persona de su marido en pro de una política estranjera y en contra de la influencia transpirenáica. No obstante, como la futura esposa de Felipe V era viva, inteligente, hermosa, y el monarca español fácil de dominar, Luis XIV tomó sus medidas contra lo que pudiera sobrevenir, sin perdonar probabilidad por lejana ni precaucion por minuciosa. Introdujo en primer lugar á su nieto, á lo menos pretendió introducirlo, en un sistema de dominacion sobre la reina y poca participacion de esta en los negocios; la dió nueva servidumbre de su eleccion, haciendo retirar la que traia desde su tierra, con gran pesar y afrenta de la nueva desposada, y hasta la impidió hablar con los embajadores extranjeros, como no fuese en presencia de testigos seguros.

Tratamiento tan poco conveniente, puso en pugna á la princesa con Luis XIV, y como aquella adquirió en breve gran prestigio en el ánimo de su marido, los resultados de dicha pugna hubieran sido incalculables, á no haber sido por una persona que muy á tiempo se atravesó entre ellos. Queremos hablar de la célebre princesa de Ursinos, asi llamada por corruptela de la voz italiana Orsini, por cuanto dicha princesa, francesa de nacion é hija del duque de Noirmoutiers, casada que fue con el príncipe de Chalaix, de donde le provino el mencionado título, lo habia hecho en segunda nupcias con Flavio de Orsini, duque de Bracciano. Separada de su segundo esposo, y por segunda vez viuda, fue agregada, en calidad de camarera mayor, á la nueva servidumbre de la reina, esponiéndole Luis XIV secretas y delicadas instrucciones que habia de cumplir en su nuevo cargo. Era la princesa mujer á la sazon de mas de cincuenta años, de larga esperiencia, modales esquisitos, trato variado y ameno, inteligencia perspicaz y viva, carácter insinuante y dominador. Ella llegó sin mucha dilacion ni trabajo á ejercer la mas completa influencia sobre la reina, la cual á su vez ejercia la misma sobre el rey, de modo que la princesa Ursinos era el móvil oculto en que mas confiaba Luis XIV, sin dejar asimismo de temerla, como á mujer muy capaz de trabajar por su cuenta.

Con motivo del regio desposorio y con deseo de librarse de las intrigas con que hervia la córte en torno suyo, salió Felipe V de Madrid para visitar las provincias de Aragon y Cataluña, quedando el cardenal Portocarrero encargado entretanto de la gobernacion. Despues de haber gastado la luna de miel, convocó y asistió en Barcelona á las córtes de Cataluña, donde tras muchas peticiones de los diputados y resistencia de Felipe, tuvo este al fin que confirmar completa y esplícitamente todos los fueros y privilegios de la provincia, aun los que habian caido en desuso, obteniendo en cambio las ofertas de un donativo.

Entretanto en Nápoles, donde el duque de Medinaceli desempeñaba el vireinato, estalló una conspiracion austriaca, ramificada en otras ciudades importantes de Italia, que, si bien abortó por entonces, no se desorganizó por eso, antes bien permaneció compacta y amenazadora. Llegado este suceso á noticia de Felipe V, sacudió este su melancólica apatia, y determinó (resolucion inesperada y ajena en sentir de todos de su carácter) pasar en persona á Italia para poner á aquellos males inmediato remedio, y dar calor á la guerra, cuyas primeras operaciones habian empezado ya en aquella península, segun se contará en el capitulo siguiente. Opusiéronse á esto Luis XIV y todos los consejeros de Felipe; pero este permaneció inalterable, y logró determinar en favor de su proyecto á su abuelo, que le ayudó á su vez á reducir á los ministros. Encargóse el gobierno de Castilla á una junta presidida por el cardenal Portocarrero, y zanjado todo, se dió el rey de España á la vela en Barcelona, y llegó felizmente á Nápoles. Allí no fue tan bien recibido como pudiera desear; el pueblo lo miró con desabrimiento, y era fácil conocer que preponderaba en todas partes el influjo austriaco. Tambien el papa, á quien el rey de España se dirigió, segun costumbre, pidiéndole su proteccion y la investidura del reino de Nápoles, trató al embajador español con equívoca cortesía, cerrando los oidos á todas sus peticiones, y no queriéndose decidir en pro de Felipe hasta el resultado de la lucha inminente entre el Francés y el Austriaco. Creció con esto el murmullo y animadversion de los napolitanos, grandes y pequeños, sin que fuesen parte á contenerlos medidas de rigor ni ostentaciones de poder.

Mientras esto pasaba en Italia, la reina, encargada por su marido del gobierno de Aragon, reunió en Zaragoza las córtes de esta provincia, y pasadas alguna resistencia y alteraciones, se reservó la confirmacion de los privilegios provinciales para otra reunion de córtes, y se votó por los diputados un donativo de cien mil pesos fuertes. Conseguido esto, pasó la reina á Madrid, donde reclamaba su presencia la disension que reinaba entre los vocales de la junta de gobierno, y donde el pueblo la recibió con transportes de alegría. Halló las cosas en muy mal estado: el almirante de Castilla y el cardenal Portocarrero estaban en abierta lucha como en los tiempos de Carlos II, indignado el público de estos manejos, y mal vistos los agentes de Luis XIV. Púsose aquella jóven al frente de aquel caos de desaciertos, y manejó el timon del estado entre tan revueltas olas, no solo con mas rectitud, sino tambien con mas pericia que los pretenciosos y desatinados gobernantes que habian mezclado en la causa comun sus particulares rencillas é intereses.

CAPITULO II.

Principio de la guerra de sucesion.

Declarada la guerra por el Austria, abriéronse en 1701 las hostilidades. El duque de Saboya, suegro de Felipe V mandaba el ejército combinado de los Borbones: el príncipe Eugenio de Saboya, seguido de un ejército formidable, ocupó el paso de Brescia, derrotando á las divisiones francesas que le salieron al opósito, y sorprendiendo á Cremona, de donde se llevó prisioneros al mariscal de Villeroi y á otros oficiales de importancia. Tal fue el principio

de la guerra, y los progresos que hizo el enemigo en la primera campaña.

El dia 2 de junio de 1702 salió de Nápoles el rey con el designio de recorrer la Italia, y tomar una parte activa en la comenzada lucha. Pasó por Toscana y Génova; avistóse con su suegro en Alejandría, separándose los dos con resentimiento el uno del otro por frívolos motivos de etiqueta, ó mas bien por oculta rivalidad sobre la direccion de las tropas. De allí pasó Felipe á Milan, donde hizo reconocer su soberanía, y organizó sus fuerzas para marchar con ellas contra el príncipe Eugenio, que tenia en gran estrecho á Mántua y á Goito. Para suceder á Villeroi, vino de Francia Vendome, general valiente y acreditado, á cuyas órdenes se puso un nuevo ejército de cincuenta mil hombres. Vendome obligó á su contrario á levantar el sitio de Mántua y á replegarse sobre el Po, combinando despues unas maniobras muy bien calculadas para cortar las comunicaciones del príncipe Eugenio con el Austria, y apoderarse del país situado en el nacimiento del Po, de donde el ejército contrario sacaba casi todos sus bastimentos. En esto se unió á Vendome el rey de España con sus tropas, quedándole desde aquel punto á este el mando como rey, y á aquel la direcion como militar. Siguieron los aliados forzando y rechazando á los imperiales, hasta que, acampada nuestra gente cerca de Luzzara, tentó el príncipe Eugenio sorprenderla, y fue descubierto antes de haber dado el golpe. En consecuencia trabóse la batalla, que duró bastantes horas, y fue muy reñida y la pérdida igual por ambas partes. Los dos ejércitos la celebraron como victoria; pero Vendome fue quien reportó el fruto con la toma de Luzzara, Borgoforte y Guastalla. El rey volvió á Milan, despues de haberse portado en todos aquellos lances con mas valor y energía de lo que podia esperarse de un príncipe educado hasta entonces entre los regalos de la córte, y no entre los silbidos de las balas, poniendo su persona á toda prueba sin escusar riesgo ni fatiga. De Milan volvió á España, no sin haber sido muy atormentado en este intérvalo por una enfermedad de irresistible languidez é hipocondria, mal ocasionado de su misma naturaleza, de la educacion que habia recibido y del disgusto que le habian hecho sufrir tanto en Roma como en Nápoles la negativa del pontífice y el frio acogimiento del pueblo. La campaña siguió hasta su fin con algunas ventajas de nuestra parte, y la guerra quedó al cabo en el mismo estado que antes de que hubiesen tenido principio las operaciones.

Otra tempestad no menor se habia promovido por el lado de Inglaterra y Holanda. Temian estas potencias sobre todo que llegaran á reunirse en una misma mano los cetros de España y Francia, con tanta mas razon cuanto que Luis XIV, en menosprecio de anteriores pactos, habia declarado que su nieto tendria derecho á la corona de Francia siempre que el delfin no tuviera antes de morir otro hijo varon. Recelábanse además los holandeses de que los Paises-Bajos españoles cayeran en poder de Francia, segun era la intencion del viejo rey, el cual habia ya comunicado á su embajador cerca de Felipe algo sobre la cesion á su corona de los Paises-Bajos, comprometiéndose él en cambio á defender con su propia fuerza el resto de las posesiones españolas. Escocíales tambien á ingleses y holandeses el esclusivismo con que los súbditos de Luis XIV se habian apoderado del comercio de América, secando así la fuente de las pingües ganancias que antes reportaba á aquellos el tráfico entre los dos continentes. Por todo esto empezaron las potencias en cuestion á tomar un ademan hostil, perjudicadas como se hallaban en sus intereses, y amenazadas por la procaz ambicion del jefe de los Borbones. Guillermo de Orange, contrarrestado que hubo la influencia del partido que optaba por la paz, empezó á maquinar contra la Francia, celebrando tratados de alianza con los holandeses, dinamarqueses y brandemburgueses, y enviando socorros al emperador: Luis, sin alarmarse mucho por estas prevenciones, envió á la Haya á su ministro plenipotenciario Davaux, cuyos deseos de negociar la paz se estrellaron en las peticiones de los enemigos. Inglaterra y Holanda se unieron al Austria para contrarestar los manejos de Luis XIV, concluyéndose el dia 7 de setiembre de 1701 el tratado por el cual se establecia esta triple alianza.

Pocos dias despues de esto, agrió los ánimos de los coligados otra medida de Luis XIV. Habiendo muerto á la sazon Jacobo II, á quien aquel tenia recogido en su reino, el rey de Francia reconoció y apoyó al hijo del Inglés como legítimo monarca de Inglaterra, esperando tal vez, si le favorecian los sucesos, ejercer en esta nacion por medio del príncipe de Gales la misma autoridad que ejercia en España por medio de Felipe V. Llevaron muy á mal los ingleses este reconocimiento, tan mezquino en el fondo y tan insultante en la forma, y ardiendo en odio contra la Francia, declararon al príncipe de Gales enemigo público, y sirvieron sin réplica á Guillermo de Orange con cuantos socorros demandaba la ocasion de la guerra. El emperador por su parte se atraia la cooperacion de los potentados alemanes, obligaba al elector de Baviera á mantenerse neutral, y haciendo causa imperial de lo que no era sino particular empeño de su familia, disponia que la dieta de Ratisbona declarase la guerra (15 de mayo), en cuya declaracion, aprobada y repetida por los coligados, se llamaba á Luis XIV y á Felipe V usurpadores del trono español. Un cuerpo de diez mil hombres, procedente de Inglaterra, á las órdenes del conde de Marlborough, habia ido á Holanda, y Guillermo se preparaba á seguir el mismo camino para dar calor á las operaciones de la guerra, cuando le sorprendió la muerte, dejando buena memoria de sí á sus súbditos y á los historiadores. Ocupó su trono por falta de sucesion directa, Ana Stewart, mujer del príncipe de Dinamarca, sin que esta alteracion diese á los sucesos un giro menos sangriento del que se esperaba. Siguió Inglaterra en buena inteligencia con Holanda y en sus planes contra los Borbones, compensando la insuficiente capacidad de la reina el alto y variado mérito de sus consejeros. No dormian entretanto franceses y españoles: Luis XIV organizó un ejército de sesenta mil hombres, cuyo mando confió al duque de Borgoña y al mariscal de Boufflers, cubrió las fronteras, y acumuló gran golpe de gente en Italia y en los Paises-Bajos igualando la grandeza de los preparativos á lo mucho que se esperaba y se temia de aquella gigantesca lucha.

El duque de Borgoña amagó sobre Nimega; pero Marlbourough, al frente de un ejército de sesenta mil hombres le obligó á retirarse por temor de una derrota, ganándose despues por los aliados las plazas de Kaissenwertz, Venlo, Ruremonde, Sevenwerth, Maseich y Lieja; mientras en Alsacia, donde los imperiales tomaron con mucho trabajo á Landaw, daba realce á nuestras armas la inesperada cooperacion del elector de Baviera, el cual ocupó á Ulm y Memmingen, y obligó al ejército aleman á retirarse. Entretanto una escuadra anglo-holandesa de cincuenta velas, con mucha gente de desembarco, á las órdenes del duque de Ormond y bajo la direccion marítima de los almirantes Allemond y Rooke, se dió á la vela desde aquellos puertos el primero de junio, pasó por Lisboa donde se le unió el príncipe de Darmstadt, aconsejador de aquel proyecto, se presentó en las aguas de Andalucía, difundiendo su presencia gran terror en los sorprendidos españoles, muy escasos de fuerzas y muy pocos preparados contra aquel género de ataque, efectuaron el desem-

barco por la costa de Cádiz, y se apoderaron de Rota y del Puerto de Santa María, donde cometieron lamentable saqueo. Atacaron despues á la misma ciudad de Cádiz, desprovista á la sazon de gente y municiones; pero rechazados por los habitantes de la plaza y sus contornos, que llegaron con gran denuedo al combate, exasperados por los ultrajes anteriores y estimulados por el riesgo de sus hogares, hubieron de retirarse los invasores, y siguieron cruzando por todo aquel mar para esperar la flota que venia de América. Esta, prevenida del acecho, entró en la ría de Vigo, adonde el 22 de octubre llegó tambien en su persecucion la escuadra anglo-holandesa, cuando todavía los buques españoles no habian echado en tierra su rico cargamento. Aquel sitio estaba tan bien defendido cuanto lo permitian las circunstancias y la inminencia del peligro: dos castillos de poco aguante y una cadena defendian la entrada del puerto, y una escuadra francesa estaba allí tambien para ocurrir á lo que se temia; pero nada de esto aprovechó. Rendidos los fuertes, otra la cadena, y vencidos los franceses despues de una mortífera refriega por la muchedumbre de los enemigos, disponíanse estos á entrar á saco en los buques de la flota cuando su jefe, don Manuel Velasco, despues de haber procurado en valde salvar lo mas precioso que traia, mandó pegar fuego á sus buques, ejemplo de heróica desesperacion que imitaron á su vez los franceses. Logró el contrario apoderarse solo de nueve buques de guerra y seis galeones: todos los demás perecieron, y parte de los tesoros que contenian, arrojada por las olas á la playa, cayó en poder de los paisanos. Mucho sintieron los vencedores la pérdida de aquel despojo con que tan seguramente contaban: aun en nuestros dias han hecho los ingleses tentativas para cobrar lo que les habia quitado de las manos el heroismo de los vencidos. Triste y al par memorable jornada fue aquella, en que la mar quedó teñida de sangre y cubierto de riquezas su fondo. Cundió por toda España la noticia del desastre, y la consternacion fue por do quier tan grande como habia sido la ruina.

Otro suceso ocurrió en pos de este, de muy diversa naturaleza, pero tambien de muy desfavorable influencia. El almirante de Castilla, Enrique de Cabrera, uno de los primeros próceres, hacia tiempo ya que andaba en malos tratos con nuestros enemigos. El fue quien fomentó en los ingleses la idea de la pasada espedicion, olvidando por sus particulares intereses y odios, lo que como español debia á su patria. Ahora, aprovechándose de la confusion que reinaba, despues de haberse puesto de acuerdo con la córte de Viena, pasó artificiosamente á Portugal, acompañado de una lucida compañía de parientes y servidores, para hacer creer que con él desertaba de la causa de Felipe V la flor de la nobleza castellana, y desde allí empezó á maldecir por todos estilos de la presente dinastía, tratándola en libelos y manifiestos de intrusa y advenida al trono de España por falsificacion. Hecho aislado fue este; pero hecho de mucho bulto y trascendencia, si se atiende á la importancia del personaje, y al influjo que tuvo su deservicio en la opinion y planes de nacionales y extranjeros.

CAPITULO III.

Intrigas en la córte.

En situacion tan lastimosa encontró Felipe á su reino cuando volvió de Italia en 1703, verificando su entrada en Madrid el dia 17 de enero. Enfurecidos andaban los partidos, revuelto el espíritu público contra la despótica dominacion de Luis XIV, cuyos manejos habian descubierto sus dos mas halagüeños servidores, Portocarrero y Arias, con el mútuo enojo que reinaba entre ellos. La reina, inteligente para el mando y sumisa á los imperativos consejos de Luis XIV, fatigábase en vano para mantener en buen temple aquella lucha de pasiones, sobreescitadas en el vulgo por el espectáculo de los recientes desastres. Amenazaba refluir sobre el rey gran parte de la animadversion con que miraban los españoles á su abuelo, y sin embargo, apreciaban á aquel, y lo recibieron muy bien cuando su entrada en Madrid, mas por su persona que por su gobierno.

Seguia dirigiendo los asuntos como siempre la princesa de Ursinos, principal inteligencia de Luis XIV en la córte de España, asistida por el conde de Montellano, hombre de buen carácter y de sentido recto, bien quisto con todos y muy idóneo para lo que de él se exigia. Al par que se iba levantando este nuevo astro en el horizonte político, iba en aumento la impopularidad del cardenal Portocarrero y del presidente de Castilla.

Continuaba Luis XIV en su mala política con los españoles, dormido en la falsa seguridad que le habian infundido algunos cortesanos ansiosos de medro, temiendo mas que su nieto rechazase su dominio que no la oposicion nacional, y creyendo ciega y temerariamente que podia durar aquella absurda tutela. Habia venido como embajador de Francia cerca de Felipe V el cardenal de Estrées, hombre muy digno bajo todos conceptos, si bien deslustraba sus buenas cualidades un repugnante y desmesurado orgullo. Juzgábase rebajado con su nueva mision, creyéndola muy humilde para su clase ó muy pueril para su talento: sus alardes de superioridad descontentaban á todos, y él mismo estaba descontento por que no se tributaban á su superioridad todos los homenajes que él quisiera. Esta mala cualidad del cardenal de Estrées convirtió en poco tiempo la córte en un semillero de intrigas y agitaciones: empezó el embajador abusando con desmedidas pretensiones de etiqueta, pretensiones que desazonaron á Felipe y que Luis XIV sostuvo enérgicamente, haciendo mediar ofensas y disgustos entre los dos monarcas. Entró asimismo en secreta pugna con la princesa de Ursinos, cuya superioridad le desplacia, y con quien debia, segun sus instrucciones, trabajar de acuerdo. Chocó tambien sobre frívolos motivos con Portocarrero, exigiendo de él que las decisiones de su ministerio fuesen celebradas, no en casa del cardenal español, como se habia hecho hasta entonces, si no en la sala del consejo. Malquistóse por causas no mas graves con cuantos agentes tenia Luis XIV en España. Resintiéronse estos, y elevaron sus quejas á Francia, suponiendo allí que estaban en criminal connivencia el cardenal de Estrées y la princesa de Ursinos, cosa improbable, puesto que ambos personajes, atendidos su carácter y circunstancias, mas condiciones tenian de rivales que de aliados.

Pusiéron estas quejas en recelo á Luis XIV, el cual recomendó á su embajador la prudencia y el respeto á la etiqueta, que mantuviese contento á Portocarrero, y que mitigase con suavidad el descontento de los españoles. El cardenal d'Estrées y su sobrino, abate satírico, ambicioso, maquinador y petulante, que abrigaba esperanzas de suceder en la embajada á su tio, habian proyectado introducir alguna semilla de discordia entre el rey y la reina, á fin de que, menguado el influjo de esta y aniquilado el de la princesa, no quedasen á Felipe V medios morales para resistir á la dominacion de su abuelo: tio y sobrino se habian declarado ya en abierta lucha con la princesa, ofendidos de ver que el rey de España, por consejo de aquella, despachaba solo con el secretario de Estado, habiéndose negado d'Estrées á comunicarse con este ni con el presidente de Castilla. La de Ursinos por su parte, á quien el viejo rey habia retirado su confianza, escribió una atrevida justificacion, en la que se declaraba autora de la política

existente, sosteniéndola como eficaz y digna, haciendo ver lo necesaria que era su persona para el buen mantenimiento de los negocios en España, y reprobando como inmoral y vana la torcida idea del embajador, á quien apostrofaba en términos harto despreciativos. Ofreció en seguida su dimision, que Luis XIV se apresuró á aceptar. Al mismo tiempo escribió á su nieto, con fecha del 4 de febrero de 1703 una carta bastante dura, en la que le reprochaba su conducta con el cardenal de Estrées, y lo ponia en la grave alternativa de perder su apoyo ó de dar á su embajador toda la importancia de un gobernante. «Hace dos años que reinais, le decia, y aun no habeis hablado como dueño, porque desconfiais de vos mismo sin poder dominar esa timidez;... pero apenas habeis vuelto á Madrid, han logrado persuadiros que podeis soportar solo el grave peso de esa monarquía... Yo estoy fatigando mi reino. Por vos me he suscitado la enemistad de toda Europa, y España, insensible á los males que la amenazan, no ha contribuido en nada á su salvacion. Sobre mí han recaido los gastos y los trabajos, sin que yo haya tenido otra mira que sosteneros contra vuestros adversarios... En vos llamo *ligereza* á lo que en otro llamaria *presuncion*... Escoged pues entre mi apoyo ó los consejos interesados de otros. Si os decidís por lo primero, haced que el cardenal Portocarrero vuelva al despacho, aunque no sea mas que por seis meses; dad entrada en vuestro gabinete á mi embajador y al presidente de Castilla; no os encerreis en la vergonzosa molicie de vuestro palacio; presentaos á vuestros súbditos, dad oido á sus peticiones, hacedles justicia, proveed á la seguridad de vuestro reino, y cumplid en fin los deberes que os ha impuesto Dios al haceros rey. Si os decidís por lo segundo, lamento como próxima vuestra ruina. En este caso, advertídmelo á lo menos, que, aunque corta recompensa de los servicios que os he hecho, la estimaré como considerable, por cuanto me proporcionará la facilidad de dar la paz á mis pueblos.»

Estas y otras semejantes espresiones sembradas en la correspondencia del monarca francés, punzaron en el alma al jóven rey y á su esposa, los cuales contestaron á ellas el primero con templada dignidad y la segunda con vehemente pasion, defendiendo la causa de la princesa de Ursinos, y mostrándose enconada enemiga del embajador francés y de su sobrino. «Me quitais á la princesa de Ursinos. Por temible que sea para mí este, sufririalo sin quejarme si solo viniese de vuestra mano; pero lo que á la verdad me desespera, es pensar que lo debo á los artificios del cardenal y del abate de Estrées. Os suplico que me liberteis de la presencia de estos dos hombres, á quienes nunca dejaré de mirar como á mis mas capitales enemigos.» Tambien Felipe V por su parte se puso en tren de defensa contra la arbitrariedad de su abuelo, mientras el cardenal, seguro de su triunfo, lo solemnizaba abatiendo á sus enemigos, tratando con desden á los reyes, sobornando al confesor de Felipe para hacerlo coadyuvar á sus planes, y distribuyendo empleos sin mas autoridad que la instable que le daban las circunstancias.

En grande embarazo puso este asunto á Luis XIV, contenido por la viva resistencia de la reina, y temeroso de dejar humillado á su embajador. Empezó pues á transigir indirectamente con la princesa, y á inducir al cardenal por medios suaves á que depusiese su encono: ella, conociendo su situacion, se hizo exigente y pidió satisfacciones que se le dieron de un modo ó de otro, colmándola de públicas alabanzas y humillando al cardenal para contentar la altivez de su competidora. Esta fue la primera derrota que el rey de Francia sufrió en la córte de su nieto, derrota ocasionada por una de sus hechuras, y que aumentó la importancia de esta al par que la circunspeccion del anciano monarca. La de Ursinos no quedó en buena armonía con el cardenal, el cual á su vez tampoco le perdonó su abatimiento; pero sirvió con mucho celo y actividad la causa del gabinete de Versalles, promoviendo el proceso contra el almirante de Castilla, y haciendo adoptar muchas útiles providencias propuestas de antemano por dicho gabinete. Ofreciósele una ocasion de humillar al cardenal con el motivo siguiente: habia encargado Luis XIV á su embajador que negociase con el rey de España la cesion de los Paises Bajos, y no habia obtenido mas que esperanzas vagas. Súpolo la princesa, y entrando á su vez en estas negociaciones, logró y remitió á Francia en poco tiempo una formal promesa de esta cesion firmada por Felipe, haciendo contrastar así la eficacia de su valimiento y la rapidéz de sus logros con la impotencia y lentitud de su rival. Empezaba á flaquear en el ánimo de Luis XIV el crédito de su embajador, cuando acabó de arruinarlo una alianza que formaron contra él y contra la misma princesa, si bien coadyuvando momentáneamente á las miras de esta, el abate de Estrées, que como dijimos, tenia aspiraciones de suceder en el cargo á su tio, el jesuita Daubenton, confesor del rey, y Orri y Louville que odiaban al cardenal por los malos informes que habia dado de ellos. Los miembros de esta coalicion supieron aprovecharse de todos los odios que habia concitado el cardenal contra sí propio, y los dos últimos personajes mencionados fueron á Francia con acuerdo de la princesa, cartas de Felipe V y documentos comprobantes, á esponer lo inconveniente que era la prosecucion del cardenal en su cargo; y la necesidad que habia de que lo reemplazara su sobrino. Esta visita no fue estéril: Luis XIV si bien los despidió con inciertas promesas, y anduvo algo remiso al principio, instó al cardenal para que se retirara de la embajada, y colocó en su lugar al abate d' Estrées. Entonces subió de punto la autoridad de la de Ursinos: cayeron Portocarrero y Arias, del ministerio, el marqués de Rivas perdió autoridad, y subió á la presidencia del gobierno el conde de Montellano, adicto á la favorita. Bajo la mano de esta, siguió el gabinete una marcha desembarazada y casi independiente: conducta audaz, pero digna, por cuanto tendia á unificar los dos partidos de las casas de Borbon y de Austria, y á devolverle á nuestra corona el lustre que le hacia perder la dominacion extranjera.

Pero entretanto formábase contra aquella mujer singular denso nublado de intrigas y maquinaciones: el nuevo embajador, que no la habia considerado sino como escalon para su ascenso, volvióse contra ella en cuanto dejó de creerla necesaria, y sin dejar de prodigarla halagos y deferencias mientras no fue conocida su doblez, la puso tan en mal con la córte de Versalles, que Luis XIV decidió destituirla y sacarla de Madrid. Es verdad que el astuto abate no se aprovechó de este logro, porque Felipe V, indignado contra él por sus arterías, obtuvo de su abuelo que lo separase de su lado, así como tambien á Louville. Felipe habia marchado hacia Portugal para acudir á la guerra, que segun se referirá mas adelante, ardia por aquella frontera, cuando Luis encargó á su embajador que consumase la desgracia de la de Ursinos, cosa muy difícil, porque en este punto esperaba hallar poco complaciente á su nieto. Salváronse, aunque no sin mucho tiento todos los obstáculos: cedió Felipe, mas bien á embozadas amenazas que á amigables exhortaciones; cedió por necesidad la reina, ocultando su despecho bajo apariencias de resignacion, y su favorita recibió la órden de partir desterrada á Roma en el breve término de ocho dias. Obedeció sin replicar; pero prolongó el término, efectuando con mucha lentitud su viaje.

El duque de Grammont, sucesor del abate de Es-

trées en la embajada de España', halló por una parte á la reina afligidísima por la desgracia de su camarera mayor, y por otra parte á su rey muy poco dispuesto á acceder á los deseos de María Luisa. Entablóse una lucha pasiva entre el monarca francés y la jóven saboyana, empleando esta toda la influencia que tenia con su esposo en contrarrestar cuantos designios concibiera aquel, y firme Luis en no deshacer lo hecho; colmando el uno de dones á los adversarios y la otra á los servidores de la princesa. Así fue que solo con mucho trabajo obtuvo Grammont que saliesen del ministerio Orri y Canales, y que los sustituyesen Arias, Monterrey y Montalto, reinstalándose al marqués de Rivas en toda la plenitud de sus atribuciones. A pesar de todo, la inteligencia de la desterrada no se habia separado aun de lá córte de Madrid, y el duque de Grammont reconocia aquel obstáculo en su lucha con la reina. Montellano consiguió dominar á los nuevos gobernantes, Luis XIV empezó á dejarse ablandar cansado de quejas y negativas, ó tal vez creyéndose débil para sostenerlas, y los partidarios de la de Ursinos empezaron á abrigar fundadas esperanzas por el favor de que iban gozando sus amigos y el abatimiento en que iban cayendo sus contrarios. El punto de destierro de la princesa fue fijado en Tolosa, lugar mas cercano que Roma á los centros de su política. Grammont, humillado por esta que consideraba derrota, y desesperado de reducir á la reina, intentó abatir su poder, y para ello se concertó con el jesuita Daubenton, á fin de que en la oscuridad del confesionario suscitase discordia entre los dos esposos. Logrado tenian su intento á medias, gracias á la debilidad de Felipe V, y el embajador escribió á su rey congratulándose como de un triunfo del éxito de este manejo; pero, muy contra las esperanzas de Grammont, le reconvino Luis XIV por lo hecho como por una torpeza; Felipe V, vuelto en sí, culpó á Daubenton por su abuso sacrílego y pidió otro confesor, y la reina, sabedora de lo acaecido, exigió de su abuelo político la separacion del duque. Accedió el rey de Francia, y mas convencido que nunca de la poca seguridad que podia tener en el carácter de su nieto, y de la necesidad de granjearse la adhesion de la reina, quiso comprarla á toda costa, y para ello principió haciendo las paces con la princesa de Ursinos, á quien trajo á Versalles, donde fue colmada de tantas distinciones y ejerció tanto ascendiente, que llegó á escitar los celos de Madama de Maintenon, y en consecuencia fue restituida á España con los mas amplios poderes. Entró en Madrid el dia 5 de agosto de 1705, y es justo decir en honor suyo que no la enagenó su nueva fortuna, así como tampoco la habia abatido su pasada desgracia. Por la retirada de Grammont habia venido de embajador á España Amelot, hombre instruido y de buen tacto; el antiguo ministerio de Montellano, al cual se habia unido el marqués de Mancera, cayó por sus manifiestas tendencias á la emancipacion, subiendo al poder en su defecto don Francisco Ronquillo y el duque de Veraguas, adictos á Francia. Orri fue reintegrado á su vez en la administracion de la hacienda, marchando así todos de concierto, y desvaneciéndose los temores que habian abrigado de que se formase un partido anti-francés en las mismas entrañas del gobierno.

CAPITULO IV.

Invasion en España.

MIENTRAS hervian las córtes de Madrid y Versalles en semejantes intrigas, no se habian descuidado ciertamente los imperiales. Unióse á la triple alianza el duque de Saboya, suegro de Felipe V, escitado á ello por la promesa que le hicieron del Monferrato, por los disturbios que se habian promovido entre su yerno y él cuando la última entrevista, y sobre todo por el carácter de instabilidad y defeccion inherente y necesario á todos esos pequeños potentados de Italia, de quienes decia Federico II que les obligaba á ser pérfidos la geografía. Suscribió tambien á la liga contra los Borbones el rey de Portugal, incitado á su vez por los consejos del almirante de Castilla, y por las ofertas que le hicieron los contratantes de la triple alianza, de ensanchar considerablemente sus posesiones aquende y allende el Atlántico. Preparábase pues para España una época de luchas terribles, que harian vacilar el establecimiento de la nueva dinastía.

La campaña de 1703 fué propicia á los franceses, á pesar de la defeccion del de Saboya. En Flandes no consiguió Marlborough con todas sus fuerzas y su pericia mas que la toma de algunas plazas de poca cuenta; el marqués de Bedmar defendió á Amberes o[illegible] general austriaco Obden, causándole una pérdida de seis mil hombres, y el mariscal de Villeroi tomó á Tongres, y sucesivamente derrotó en Eksen al mismo Obden. Vendome tomó á Asti en el Piamonte; Tallard tomó á Brisac y á Landau, y derrotó al príncipe de Hesse-Cassel, y Villars, despues de haberse enseñoreado de Kell, se unió con el elector de Baviera, que habia conquistado el Tirol, y consiguió en Hochstett una señalada victoria sobre el célebre general enemigo Staremberg. Tal fue en resúmen la historia de la guerra durante aquel año.

En el siguiente se presentó mas grave la situacion para nosotros, teniéndonos que ocupar en la defensa de nuestro propio territorio en lugar de ir á combatir en los agenos. El archiduque Carlos, ya reconocido rey de España por las potencias coligadas contra la casa de Borbon, entró solemnemente en Lisboa, conducido allí á bordo de una escuadra inglesa que mandaba el almirante Sir Jorge Roock, y acompañado de ocho mil ingleses y seis mil holandeses. Desde allí se dirigió á los españoles, esponiéndoles los derechos que le asistian para reinar sobre ellos, y reclamando su ayuda para destruir la usurpacion de Felipe V. El rey de Portugal nos declaró asimismo la guerra. El gobierno español correspondió á este doble reto haciendo formidables aprestos: fortificáronse las plazas fronterizas: organizáronse tropas; trajéronse de los Paises-Bajos, hiciéronse venir de Francia, y confióse el mandó supremo del ejército al duque de Berwick. Preparóse una entrada por las tierras de Portugal, del mismo modo que el archiduque preparaba á su vez una entrada por las tierras de España, porque en paises limítrofes y que carecen de fronteras naturales no puede haber lucha que no degenere en invasion.

Despues de sendas cavilaciones y consultas entre los coligados sobre el punto que se habia de atacar, decidióse á propuesta del príncipe de Darmstadt que se efectuaria un desembarco en Cataluña, donde tenia el príncipe sus inteligencias, y contaba con que una gran parte de los naturales abrazaria el partido del archiduque. En consecuencia de esto, partió de Lisboa y aportó á aquellas costas la escuadra de Roock, llevando á su bordo al príncipe y á una fuerza de cuatro mil hombres; pero engañóse en sus cálculos Darmstadt, porque los catalanes no acudieron á su llamamiento, bien fuese en vista de la poca gente que se les traia, bien por temor de comprometerse en una lid tan incipiente y dudosa; de modo que la escuadra inglesa tuvo que levar anclas, y el virey don Francisco de Velasco sofocó diestramente y á poca costa la ya desalentada conjuracion. En cambio de esto, Roock á su vuelta se apoderó de Gibraltar, plaza desprovista á la sazon de todo medio de defensa, obligando á capitular á su gobernador don Diego de Salinas, tomando posesion de la ciudad en nombre de la reina de Inglaterra, y quedando

allí para guarnecerla el príncipe de Darmstadt con dos mil soldados. Así fue como cayó en poder de los ingleses aquella importante ciudad, llave del Estrecho, que aun se mantiene ajena á la dominacion española: dos dias no mas duró su resistencia, y en verdad que no permitia mayor término el mal estado de la fortificacion, la escasez de los defensores, la desventaja de la sorpresa y la ninguna esperanza de socorros. Lo mismo intentó hacer el almirante inglés con Ceuta, aunque esta vez en vano, gracias al denuedo con que la defendió su gobernador el marqués de Gironella. El conde de Tolosa, jefe de la escuadra que habia armado Luis XIV, viniendo á destruir la escuadra de Koock, y á reconquistar, si le era dable, á Gibraltar, se encontró con aquella el dia 24 de agosto en las aguas de Málaga, y despues de haber sostenido ambas escuadras un largo cañoneo que solo interrumpieron las tinieblas, separáronse sin mas daño, quedando los ingleses dueños de aquellas aguas, y unos y otros con honor y con pretensiones de la victoria.

Entretanto los españoles, dividida su tropa en tres ejércitos, se arrimaron á la raya de Portugal, asistiendo el mismo rey en la division del centro, á cuyo frente marchaba el duque de Berwick, maniobrando las otras dos divisiones bajo su direccion y á las órdenes inmediatas de los generales Tilly y el marqués de las Minas. Reinaban en el ejército contrario la mayor confusion y desconcierto: teníalo bajo su mando Schomberg, muy apto para el caso; pero sobre estar los portugueses descontentos de la superioridad inglesa, faltos de instruccion militar y disciplina, y enervados por la poca costumbre de la guerra, hallábanse en pésimo estado las fortificaciones de aquel país, y entorpecida por todas partes la marcha y manutencion de las tropas. Así fue que los nuestros tomaron resueltamente la ofensiva, y penetrando en el vecino reino, el duque de Berwick se apoderó casi sin resistencia de Salvatierra, Penha-García, Segura, Rosmerinhos, Montesanto y Castelo-Branco, en cuya plaza, despues de la toma, hubo un choque entre los vencedores, disputando españoles y franceses sobre la reparticion del botin, y habiendo corrido riesgo en esta disputa la persona del rey. Siguió Berwick su marcha hasta Abrantes; pero no se pudo efectuar la proyectada reunion de las divisiones, por haber detenido á Tilly los ingleses, con cuyo motivo los portugueses cobraron ánimo, reconquistaron á Montesanto y Castelo-Branco, cortaron las comunicaciones del ejército franco-español, y obligaron al duque de Berwick á marchar hácia el Norte, apoderándose de Castel-Vida, despues de haber pretendido en vano poner al enemigo en trance de batalla. Siguió á estas operaciones un descanso de algunas semanas, motivado por los ardores de la canícula, durante el cual volvió Felipe V á Madrid: al espirar este intérvalo, habiendo recibido los aliados un refuerzo de cuatro mil ingleses, Galloway, sucesor de Schomberg, tentó la ofensiva, y amagó sobre la frontera española, tomando á Valencia de Alcántara, y prosiguiendo con ánimo de llegar hasta Madrid en compañía del monarca portugués y del archiduque; pero Berwick los detuvo hábilmente en las orillas del Agueda, y aseguró nuestros límites contra su agresion. Con esto terminó aquella campaña, estéril para unos y otros en resultados; pero muy fecunda en esperanzas fallidas.

Diverso giro llevaban las hostilidades por el lado de los Paises-Bajos y de Alemania. Allí sufrió Namur un inútil bombardeo, y en Italia perdió el duque de Saboya las plazas de Vercelli, Ivrea y Susa. En Alemania, donde Luis XIV confiaba en la insurreccion que habia promovido contra el Austria, y en las formidables huestes que allí tenia á las órdenes de Tallard, fue donde recibió mas duros golpes. Con la ayuda de sus aliados, reprimió el emperador á los rebeldes, y Marlborough, reunido con el margrave de Baden, derrotó en Schallemberg á sus contrarios, entró y se posesionó de Baviera, haciendo grande estrago en todo aquel distrito, é incorporado con las huestes que mandaba el príncipe Eugenio, reportó sobre el general Tallard la considerable victoria de Blenheim. Acaeció esta accion el dia 13 de agosto de 1704, y fue inmensa la pérdida que sufrieron los franceses, quedando entre otros muchos prisionero su general. Quedaron postrados los bríos de la Francia, y el espíritu público vuelto por todas partes contra la casa de Borbon, que es comun apartar el afecto del que desampara la fortuna.

Felipe V, sin desmayar por este revés, tenia fija la mente en el recobro de Gibraltar. En octubre de 1704 habia enviado allá por tierra al marqués de Villadarias, á quien ayudó algo por la parte del mar el baron de Pointis. Pero este se retiró en breve, y Villadarias no pudo hacer nada de provecho. Al año siguiente se encargó que estableciese el sitio al mariscal Tessé, que habia venido de Francia en reemplazo de Berwick, y á quien debia ayudar igualmente Pointis con una armada francesa. Tessé emprendió pues el sitio, quejándose del mal estado de los pertrechos y trabajos y de la tardanza de Pointis; pero cuando este se presentó con trece navíos de guerra, cayó sobre él una escuadra inglesa muy superior á la suya, que lo estaba esperando, y la deshizo completamente apresando tres de sus buques y poniéndole en el caso de incendiar otros dos y salvarse con mucho trabajo. En vista de esto se levantó el sitio el dia 24 de abril, y Tessé marchó hácia Portugal, donde tampoco le fue favorable la fortuna: perdió á Salvatierra, Alburquerque y Valencia de Alcántara, y solo á duras penas pudo conservar á Alcántara y Badajoz.

Amontonábanse desastres sobre desastres. Murió el almirante de Castilla, y quedó su émulo el príncipe de Darmstadt mas desembarazado y libre en su odio contra los Borbones; siendo entonces caso adverso para estos lo que poco antes hubiera podido ser favorable. Fue descubierta la intriga del ministro portugués duque de Cadaval, que estaba en secreta correspondencia con Luis XIV, y cayó por lo tanto en desgracia, faltándonos así aquel oculto é influyente auxiliar. El mismo rey de Portugal, reducido á un estado miserable en su entendimiento de resultas de sus ataques de apoplegía, fue declarado incapaz de reinar y elevada á la regencia la reina viuda, la cual, animosa partidaria de la causa imperial, dió calor á aquellos rencores, colocó al frente de los negocios gentes muy adictas á la triple alianza, y empezó á tomar disposiciones para renovar la guerra con mayor energía, recibiendo para ello un refuerzo de quince mil hombres. Seis mil de estos, llevando á su frente al archiduque, y conducidos en una escuadra á las órdenes de Petersborough, salieron con direccion á Italia para socorrer al duque de Saboya; pero al llegar á Gibraltar, se les reunió el príncipe de Darmstadt, quien volviendo á insistir en su proyecto favorito, persuadió al archiduque á que dirijiese estas fuerzas sobre las costas orientales de España, seguro de encontrar allí la mas favorable acogida. Inclinóse el archiduque á las razones del príncipe, sin que valiera la oposicion de Petesborough: por esta causa torció la escuadra su primitivo rumbo, y fue á encender en las costas de Cataluña y Valencia la hoguera de la guerra civil, de que fueron aquellas provincias malhadado teatro.

El ceño con que la fortuna miraba á su monarca, y el despecho por verse reducido á ser juguete de la ambicion extranjera, habian influido en el ánimo de gran parte de los españoles, concitándolos al descon-

tento y aun á la rebelion contra Felipe V. Montellano, segun queda ya referido, fue el primero que indicó esta mudanza revelándose contra la misma princesa de Ursinos, á quien antes se mostraba tan sumiso, y abogando en pro de la emancipacion española. Descubriéronse una porcion de conspiraciones, reales unas, otras imaginarias, y Luis XIV, para conservar su contrarrestado dominio, recurrió á cuantos medios pueden caber en la mente de un ambicioso. El conde de Cifuentes, preso por causas de esta naturaleza, se evadió de la prision á favor de un disfraz, y recorrió en son de agitador varias provincias de España. El conde de Leganés, grande de España, comandante general de la caballería, y personaje de mucha importancia, de quien hacia tiempo que se sospechaba ser adicto á los intereses del partido imperial, fué preso tambien en este tiempo por habérsele acusado, aun no se sabe si con verdad ó sin ella, de fautor de una vasta conspiracion, cuyo objeto principal era apoderarse de las personas del rey y de la reina, cuando el dia del Corpus volviesen de la procesion al palacio del Buen Retiro, y ponerlos en Lisboa á disposicion del archiduque. Denunciada esta conspiracion por el embajador Amelot, y muy cargada de exageracion la denuncia, aunque algo de verdad hubiera en ella, segun lo hacian creer los antecedentes políticos del personaje acusado, fue el conde de Fuentes, sin atender á mas pruebas ni guardar legalidad en las formas ni respeto á la elevacion de su gerarquia, encerrado en la ciudadela de Pamplona, y luego deportado á Francia, donde poco despues concluyó su vida. Este suceso desplació mucho á la grandeza española, que sentia ultrajada su magestad colectiva por el poco decoro y arbitraria violencia con que se habia procedido al encarcelamiento y deportacion de uno de sus miembros de mas nota. La corona de Felipe V empezaba á ser mirada con malos ojos por muchos, y solo un peligro muy inminente pudiera reanimar el cariño con que no habia mucho tiempo miraban los españoles á su rey, cariño que habian ido trocando en desden y en hastio las mezquinas intrigas de los naturales y la insolente jactancia de los extranjeros.

CAPITULO V.

Guerra civil.

Siguiendo el consejo de Darmstadt, el archiduque se dirigió con las naves de Petersborongh á las costas del Este de la península, y llegado á las cercanias de Valencia, y héchose reconocer con sus pretensiones, fue acogido favorablemente por los habitantes de aquella tierra, gente descontentadiza y no muy bien avenida con los Borbones. Proclamado rey de España en Denia, y aceptado como tal en todos los contornos, cobró ánimo, y volvió las proas hacia Cataluña, desembarcando en Palamós y emprendiendo el sitio de la capital del Principado, sin que le arredrara el reducido número de sus tropas. Estaba el espíritu de los catalanes inclinado en pro del archiduque, y ciertamente era la provincia que menos razon tenia para ello, por ser la que sufria mas ligero gravámen, y la que mas privilegios y favores habia obtenido de la corona. Cosa singular es, si bien se considera, que los mismos que en el siglo anterior se habian sometido al yugo de los Borbones por evitar la dominacion de la raza austriaca, ahora lidiasen por un príncipe de esta raza esquivando la autoridad de los Borbones. Pero, pese á sus intentos de rebeldia, conteníalos ahora la fuerza de la guarnicion castellana y la severidad del virey Velasco, que hizo ajusticiar al gobernador de la fortaleza de Monjuich, por haber sorprendido sus tratos con la gente del archiduque. En vista del poco resultado que habian conseguido con su presencia, empezó á manifestarse tímido disgusto en el campo de los aliados, y ya trataban de retirarse á Italia, segun habian dispuesto de antemano, sin que fueran parte á contenerlos las súplicas y protestas del príncipe de Darmstadt, cuando Petersborough se apoderó por sorpresa del castillo de Monjuich, ayudándole á ello la esplosion de un almacen de pólvora de resultas del estallido de una bomba, y sucumbiendo el príncipe de Darmstadt en el ataque. Este logro decidió la guerra civil: ofreciéronse por do quiera voluntarios al archiduque; adhiriéronse á él Figueras, Lérida y Tortosa; Velasco, á pesar de su generosa decision, hubo de entregar á Barcelona, compelido á ello por la flaqueza de sus tropas y el rebelde ademan de sus gobernados, y rendida por capitulacion la plaza el 9 de octubre de 1705, salió de alli despedido por el populacho con dicterios é insultos. Siguieron Tarragona y Rosas el ejemplo de la capital, y en breve el archiduque era reconocido como rey de España en toda Cataluña. No se quedaron atrás en este movimiento las provincias de Aragon, Valencia y Murcia, no quedando por Felipe V mas que las plazas de Alicante y Peñíscola, y viéndose las castellanos en grave riesgo y apuro.

Llegaron estas noticias á Madrid con grandes lástimas y ponderaciones, y Felipe, viendo sus reinos tan en jaque, decidió hacer un esfuerzo supremo para dominar aquella mala situacion. Solicitó y obtuvo refuerzos de Luis XIV, y desguarneciendo la frontera occidental de España de casi todas las tropas que la defendian, dejando confiado el sosten de la guerra por aquella parte á unas cuantas milicias bisoñas y al paisanaje armado, bajo la conducta del duque de Berwick, fue destinado el mariscal de Tessé á lidiar en las provincias insurrectas, llevando en su ejército lo mas granado de las huestes españolas, y dándole autoridad la presencia del mismo monarca. La reina quedó nominalmente encargada de la regencia mientras durase la ausencia de Felipe, si bien el verdadero director de todo aquel teclado político era el embajador Amelot en nombre del rey su amo. Los insurgentes por su parte tenian en sus ánimos tan entronizado á Carlos III, que no ofrecian esperanza alguna de reduccion; Felipe, conocedor de esto, desesperaba de salir airoso de tantas contrariedades, y se lamentaba del poco afecto que á su persona mostraban los españoles. Entró el ejército borbónico por el territorio aragonés, y fue recibido con muy mala voluntad por los pueblos, que lo miraban como un tropel de enemigos: verdad es que los soldados de Felipe V, con impolítica aprobacion de sus jefes inmediatos, procuraban justificar este mal querer á fuerza de rigores y de atropellos.

Opinaba Tessé que antes de atacar á los rebeldes en su mismo centro, es á saber, en Barcelona, convenia posesionarse de las demás ciudades principales que habian abrazado como aquella la causa del archiduque; pero Felipe, impaciente por terminar de un golpe aquella empresa, no acogió la proposicion del mariscal. En su consecuencia, partió el ejército la via de Barcelona, y en los mismos contornos de esta plaza se le agregó el cuerpo auxiliar de franceses que habia venido cruzando los Pirineos bajo la conducta del duque de Noailles. Estableciόse con todas estas fuerzas el sitio, cooperando á él la escuadra del conde de Tolosa, cuyas treinta velas cerraron la entrada del puerto y la esperanza á los sitiados de recibir socorros de ninguna clase. Era Barcelona á la sazon localidad de mucha importancia, como residencia y córte provisional del pretendiente, y punto al cual venian á anudarse todos los hilos de aquella insurreccion; era escasa la milicia empleada en su defensa, llegando apenas á ser la décima parte de la que contaba Felipe. Contrapesaban esta desigualdad

el denuedo de los habitantes, que desde entonces no perdonaron riesgo ni fatiga, la adhesion que profesaban á su recien jurado monarca, la popularidad que este habia sabido granjearse entre aquellos hombres, y el teson y actividad que desplegó para no perder lo adquirido. Todas estas circunstancias hicieron que, contra todas las probabilidades del número y de los recursos, Barcelona no cayese por entonces en poder de los Borbones. Además Petersborough y Cifuentes, hombres de grande espedicion y audacia, vagaban con alguna tropa por las avenidas de la plaza, causando al ejército sitiador cuanta molestia podian. Por otra parte, el mariscal de Tessé, muy hábil sin duda é inteligente como militar especulativo, era el menos apropósito para dirigir aquella considerable empresa, por la natural é intempestiva circunspeccion de su carácter y lo remiso que andaba en el servicio del rey: otra cosa hubiera sucedido tal vez si el mariscal y el duque de Berwick hubieran cambiado cargos, viniendo este al ataque de Barcelona, y quedándose aquel en la frontera de Portugal.

A pesar de todo, la partida era muy designal para que á la larga dejaran de perder los aliados. Rindióse el castillo de Monjuich despues de una gran resistencia, que duró veinte y dos dias, quedando la plaza dominada por los sitiadores y espuesta de lleno al fuego de su artilleria. Ya estaban estos seguros del logro, desesperados del éxito de su resistencia los habitantes, aportillados los muros, prevenido el asalto, asalto á que necesariamente habia de seguise la rendicion, cuando un inesperado acaecimiento vino á trocar por completo la situacion de unos y otros, convirtiendo el desaliento en júbilo y las seguridades en quimeras: presentóse una poderosa escuadra anglo-holandesa, bien bastecida de gente y municiones. A su vista, se retiró á Tolon con sus naves el conde de Tolosa, y Tessé, cediendo á su habitual timidez, que le hizo ver el asunto mas mal de lo que estaba realmente, se retiró con toda precipitacion, dejando á merced del contrario los enfermos, heridos, artilleria y municiones sin atender á la generosa resistencia del rey, que preferia á la retirada morir combatiendo sobre la brecha. Emprendió el ejército fugitivo su desastrosa marcha, hostilizado siempre por las columnas enemigas, hasta que llegó á Perpiñan el 19 de mayo de 1706; ocho dias despues de haberse levantado el sitio.

Quedó de este modo abandonada España á los partidarios de la casa de Austria. La desgracia de los Borbones, los recuerdos de la dominacion austriaca, recuerdos acariciados como todo lo que pasó, los intereses materiales, el odio á la influencia de los franceses y en especial á la dominacion de la princesa de Ursinos, todo esto habia retraido del servicio del rey á una gran parte de la grandeza española. El marqués de Santa Cruz se pasó al archiduque con fondos que se le habian confiado, contribuyendo despues á la pérdida de Cartagena, y el duque de Medinaceli en plena y autorizada junta de magnates, se quejó alta y amargamente del entrometimiento en nuestros asuntos mas íntimos del gabinete de Versalles, y de la codicia con que la princesa de Ursinos malversaba los fondos públicos en su particular provecho. Por el lado de Portugal, el duque de Berwick habia tenido que retirarse ante un ejército de cuarenta mil hombres que capitaneaba el marqués de las Minas, dejando que Alcántara, Ciudad-Rodrigo y Salamanca cayesen en poder de los aliados, quedándoles espedito el camino de la capital, mientras por el lado opuesto venia á confluir en el mismo centro el ejército defensor de Cataluña.

Pero contra tantas desgracias luchaba el ánimo invencible de Felipe V, á quien no pudo conocer quien no lo conoció en la adversidad. Entonces era cuando brillaban sus mejores cualidades; cuando la conciencia de su estado y de la necesidad de buscar medio para salir de él á toda costa, dominaba los apetitos de su genial indolencia, asi como las vacilaciones inherentes á su carácter hipocondriaco: sin desesperar de su causa en el momento en que todo el mundo le juzgaba perdido, y que no faltó quien le propusiera como tabla de salvacion el abandono de su corona, volvió á pasar animosamente la frontera, y en seis de junio estaba ya en Madrid, donde fue acogido con protestas de lealtad y aclamaciones de júbilo. Siempre han sido los españoles amantes del valor y admiradores de la magnanimidad, por lo que aquella decision de Felipe, en vez de comprometer su causa, halló buen eco en los corazones de todos.

Sin embargo, no era Madrid en aquellas circunstancias asilo seguro para la córte. Acercábanse por dos partes los aliados, y no habia medio de resistirles la entrada. En consecuencia de esta consideracion, la familia real, reunida en Guadalajara con la escasa fuerza que traia Berwick en retirada, trasladó á Burgos su residencia y el asiento de su gobierno. Escogióse este sitio, despues de largas deliberaciones, como inmediato al centro de España, á fin de que no viesen á su monarca los españoles ni muy aislado y puesto en peligro si se retiraba á las regiones del Mediodia, ni muy propenso á abandonarles, si se retiraba á las provincias del Norte. Antes de salir de Madrid, dejó encargado Felipe á su corregidor, el marqués de Fuen Pelayo, que entregase la villa al enemigo sin oponer resistencia, como en efecto lo hizo, y autorizó asimismo á todos los servidores de su casa para que se hiciesen á la parte que mas les conviniese; pero ninguno de ellos dejó de acompañarle en aquel tiempo, prefiriendo seguirle en la desgracia á ser satélites de la fortuna ajena.

Apenas habia salido Felipe V de la capital, entraron en ella con aparato triunfal las tropas del archiduque, conducidas por Galloway y por el marqués de las Minas. Recibiólas el pueblo con ceñudo silencio, manifestándoseles adversos hasta los mismos nobles que antes habian solicitado secretamente su venida y el destronamiento del Francés, ya porque no creyesen bien asegurado el éxito del partido austriaco, ya porque hubieran mudado de parecer por motivos mas decorosos que los del interés personal. El marqués de Rivas, secretario de Estado de Felipe V, se declaró adicto á los aliados: raro ejemplo de defeccion. Toledo fue la única ciudad de importancia que festejó la buena suerte del archiduque, gracias al influjo de la reina viuda y del cardenal Portocarrero que residian allí, y que anhelaban ardientemente el nuevo establecimiento de la dinastía austriaca, aquella por simpatías de familia, el cardenal por odio á los franceses que no habian hecho á la verdad mucho caso de su persona ni de sus servicios, y ambos por ver si con el nuevo órden de cosas podian recuperar su deslustrado prestigio. Pero en vano abrigaron aquella esperanza: el gobierno de los aliados era tan instable y efímero, que no duraba mas que su presencia ni se estendia mas allá del alcance de sus armas. Los escesos de la soldadesca habian contribuido á enagenar los ánimos del paisanaje. El archiduque por otra parte, en lugar de venir á Madrid como le convenia y hacerse reconocer por su persona y por sus actos, se entretuvo en recoger ovaciones y vivas por los pueblos del tránsito, de suerte que cuando quiso entrar en la capital ya era tarde. Además, no era Madrid capital de tanta importancia que su ocupacion bastara á decidir el destino de la península.

Felipe entretanto no perdia tiempo en su retiro. Toda España, salvo las provincias de Cataluña, Aragon, Valencia y Murcia, se habian declarado con tanto ardor en pró de su derecho que las ofertas escedian

los límites de la posibilidad y del deseo, y no habia sacrificios que bastasen á arredrarlas en la prosecucion de su empeño. Una provincia ofrecia á Felipe todos sus hijos para que hiciese de ellos soldados; otra agotaba sus caudales para proporcionarle recursos; llovian ahora los donativos de que en otro tiempo se habian mostrado tan avaras las córtes. Un cura de cierto pueblo de ciento veinte vecinos, ofreció al rey ciento veinte pesos en nombre de sus feligreses, deplorando la exigüidad de la suma, y suplicándole con lágrimas en los ojos que la admitiera en gracia de la buena voluntad con que se la ofrecian. Salamanca se declaró por los Borbones apenas hubieron salido de su recinto los aliados, y en Valladolid, cuya fidelidad habia parecido vacilante, rompió el pueblo en unánimes y estrepitosos vivas, amenazando con la muerte á todos los parciales del archiduque. No dejó Felipe que se evaporara este entusiasmo en vanas protestas y clamores: antes bien lo esforzó con su porte y sus discursos, y se preparó á recuperar lo perdido. Berwick, cuya corta fuerza habia sido hasta entonces la única esperanza de la monarquía, la manejó con superior destreza: aprovechándose de la seguridad ó de la desidia que mostraban los aliados, habia conservado siempre buenas posiciones, y uniéndose luego en las riberas del Henares con las tropas procedentes de Pamplona, que habia acaudillado tan desgraciadamente Tessé, y con muchos refuerzos que le llegaban sin cesar de todas partes, se halló en estado de oponer su ejército al del archiduque, y de hacer retirar á este desde Guadalajara, cuando despues de haber tomado posesion del reino de Aragon en Zaragoza, queria venir á Madrid á tomar á su vez posesion del reino de Castilla. Felipe V se habia reunido al ejército y esforzaba el valor de todos con su presencia. Retiróse á Valencia el archiduque, no sin que su ejército sufriese muchas pérdidas en la retirada: el ejército de los aliados que habia entrado en Madrid, tuvo que salir de esta villa, y despues de algunos movimientos indecisos, se reunió á las fuerzas del pretendiente, y corrió la misma suerte que ellas. Despues de haber llegado hasta las fronteras de Murcia, separóse Felipe de su ejército, y volvió á Madrid el 4 de octubre, donde fue recibido con grande efusion y ejerció templados castigos contra algunos de los personajes que lo habian abandonado en la desgracia: hizo salir de España á la reina viuda, perdonó á Portocarrero que entregó una gruesa suma por tal de que no castigasen con severidad su anterior conducta, desterró á sus tierras al marqués de Rivas, y condenó del mismo modo á varios á destierro, confiscacion de bienes y pérdida de empleos. El archiduque, que llegó á Valencia en son de fugitivo, y con pérdida de mas de diez mil hombres en su desastrosa retirada, obtuvo allí tambien una acogida respetuosa y lisonjera.

Asi terminó aquella crisis que tan graves mudanzas amenazaba, y cuya inextricable máquina de acontecimientos tuvo principio indudablemente de una mala eleccion. En efecto, si Berwick en lugar de Tessé hubiera dirigido las operaciones del sitio de Barcelona, esta plaza hubiera caido en poder de las armas de Borbon, á no ser que flaqueasen de un modo inverosimil todas las leyes de la probabilidad, y ¿cuánto no hubieran variado los fines con esta variacion fundamental del principio? Si á lo menos hubiera quedado Berwick en la frontera de Portugal con fuerzas mas respetables, tal vez hubiera podido contener la invasion, é impedir que el marqués de las Minas llegara hasta Madrid. De todos modos, la verdad es que la monarquía se halló puesta en gravísimo riesgo, y que solo á la habilidad del duque de Berwick y al fatal desacierto de sus contrarios se debió la fácil solucion de aquel apurado compromiso.

CAPITULO VI.

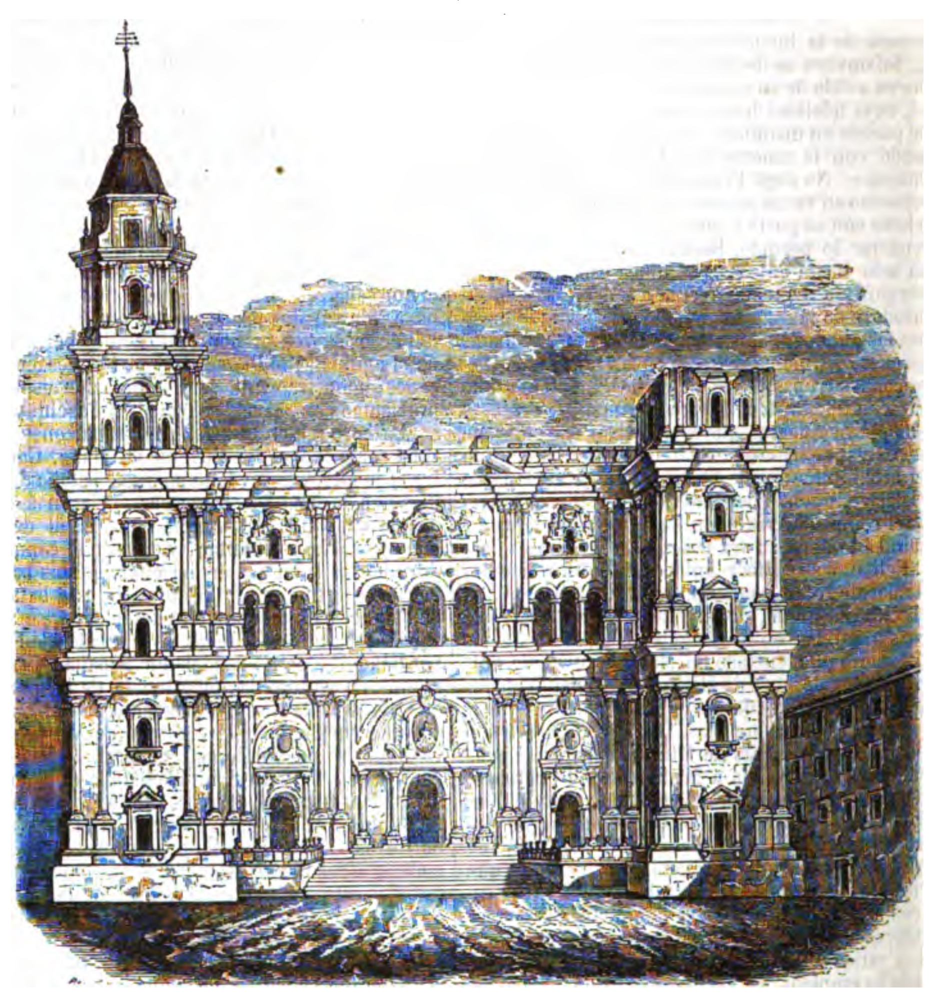
Continuacion de la guerra.

En Italia entretanto seguian nuestros asuntos una marcha desfavorable. Vendome, despues de haber conseguido muchas ventajas, de haber vencido en Calcinato á una division enemiga, y de haberse apoderado de Niza, Villafranca y Montmelian, dejó espedita la entrada del Piamonte y franco el paso para que los franceses llegaran hasta Turin. Establecióse el sitio con un poderoso ejército capitaneado por el duque de Orleans, sobrino del rey de Francia, y dirigido por el duque de Fenillade. El de Saboya, que se hallaba dentro de la plaza, salió de ella antes de que se completase el cerco, desconfiado y con razon de tan débil reparo. Oprimida Turin por el gran número de sitiadores, se veia ya en el último trance, sin que valiera para su salvacion la heróica defensa de su gobernador Daun, cuando acudieron unidos el príncipe Eugenio y el duque de Saboya con fuerzas lucidas, aunque inferiores, y sostenidas por el esfuerzo y fortuna de su general. Trabóse una reñida lid de la que salieron heridos los duques de Orleans y Saboya; derrotados los franceses con muerte de seis mil de los suyos, prision de diez mil y pérdida de todo el equipaje; el Piamonte y el Milanesado arrancados definitivamente á la dominacion española, y proclamada en ellos la soberanía del archiduque.

Marlborough en Flandes guerreaba con tanta fortuna como el príncipe Eugenio en Italia. Ganó contra el inepto Villeroy la memorable batalla de Ramillies, en la cual los franceses apelaron á la fuga, despues de una resistencia mas débil de la que convenia al honor militar, y dejaron el campo lleno de muertos y en poder del enemigo sus banderas, bagajes y artillería. De resultas de esta batalla que dejó aquel país en completo desamparo, se apoderó Marlborough de casi todas las ciudades de Flandes, perdiéndolas para en adelante España, y descaeciendo en Europa la importancia de la monarquía de Luis XIV. Para proveer remedio en tan grave crísis fue llamado de Italia el duque de Vendóme, por cuyo motivo no asistió este general al sitio de Turín, ya referido antes, ni á la batalla que perdieron los franceses en sus campos. Luis XIV, oprimido por todas aquellas pérdidas, resignó su orgullo á entrar en tratos y hacer cuantiosas cesiones á los aliados, pero nada resultó de estos tratos por entonces y unidos mas estrechamente que nunca los dos gabinetes de Madrid y Versalles, hiciéronse formidables preparativos para la campaña de 1707.

El hecho de guerra mas notable que acaeció en este año fue la batalla de Almansa, ganada por el duque de Berwick contra Galway el marqués de las Minas. Empezó esta batalla con visos de sorpresa de parte del enemigo; pero reforzadas y repuestas las huestes de Berwick, cayó sobre los aliados en la llanura de Almansa, y despues de una porfiada refriega, en la que se señalaron ventajosamente los jefes Asfeld y Amezaga, resultaron fuera de combate los dos generales, su gente sin direccion y entregada á la mas sangrienta carnicería. El ejército del archiduque fue esterminado á escepcion de seis mil hombres que se rindieron al dia siguiente. En consecuencia de esta accion, efectuada el 25 de abril, y que fue para los nuestros ocasion de grandes festejos y ganancias, erigióse en el campo de batalla un momento que eternizase la memoria de aquel dia, y el general vencedor fue declarado grande de España y duque de Liria, aclimatándose desde entonces su generacion en nuestro suelo, representada hoy en la familia actual de los duques de Alba. El duque de Orleans, sucesor del de Berwick á poco de esta victoria, se aprovechó de ella, y dividiendo el ejército en dos trozos, entró con grande actividad por las

provincias sublevadas. Asfeld, jefe de uno de estos dos trozos, maniobró por la parte de Murcia y el mediodia de Valencia, tomó á Requena y Alcira, destruyó cruelmente á Játiva (1), y aumentada su division con nuevas tropas que le cedió Berwick, sometió á Felipe en aquel año toda aquella porcion de territorio, salvo las plazas de Denia y Alicante. El duque de Orleans por su lado entró en la ciudad de Valencia por entrega que de ella le hicieron sus habitantes, y dejando luego al duque de Berwick la direccion de las tropas, marchó á Navarra para ponerse al frente de otras que le llegaban del vecino reino. Con ellas entró en Zaragoza, ocupó rápidamente todo el territorio aragonés, é iba á penetrar en Cataluña, única provincia donde el partido del archiduque predominaba, cuando tuvo que enviar á Francia gran parte de sus huestes para acudir á la defensa de Tolon sitiada por los aliados. Malogróse el intento



Catedral de Málaga.

de los sitiadores, y hubieron de salir del territorio frances perdiendo allí catorce mil hombres. Volvió Berwick con las tropas que habia llevado, y el duque de Orleans tomó á Lérida despues de un sitio de dos meses. La reconquista de Menorca por el conde de Villers y la de Ciudad-Rodrigo por el conde de Aguilar fueron, con lo que ya queda dicho, las principales operaciones de aquella campaña. En este año fueron por disposicion de Felipe V privados de sus antiguas franquicias las provincias de Aragon y Valencia, dura medida que disgustó á muchos y que solo tiene por escusa el haber sido consecuencia de una rebeldía. El dia 25 de agosto lo fue de gran regocijo en la córte por haberle nacido al rey un heredero de su corona, que se la ciñó despues durante un reinado efímero, y fue conocido con el nombre de Luis I. Así iban los asuntos de los Borbones tan bien dentro de España como mal fuera de ella.

Abrióse bajo estos auspicios la campaña del año siguiente. Galloway y el marqués de las Minas habian sido separados del mando de las tropas, y en la parte oriental de España eran el austriaco Staremberg y el inglés Stanhope los que sustentaban la parte del archiduque, mientras por el lado de acá de los Pirineos entretenia Noailles el temor de los catalanes. El duque de Orleans, despues de reconocer las provincias de Aragon y Valencia para hacerse cargo del estado de los ánimos, los recursos y las fortificaciones, todo lo cual se hallaba por cierto en condicion muy deplorable, atacó á Tortosa en combinacion con Asfeld y la obligó á capitular. Lo mismo sucedió con la villa de Falset, y tras esto Asfeld volvió á pasar el Turia, tomó por asalto á Denia, y se hizo dueño por capitulacion de Alicante, despues de haber hecho estallar bajo el castillo una enorme mina, cuya esplosion causó la muerte del gobernador y de muchos oficiales. En la frontera de Portu-

(1) Despues fue reedificada con el nombre de San Felipe, al que hoy va unida su apelacion antigua.

gal fue poca la ventaja que obtuvimos. En cambio Oran cayó en poder de los moros con la ayuda de los ingleses: Mallorca y Menorca, solicitadas por Stanhope, se separaron de la obediencia de Felipe V, y si la fortaleza de Puerto Mahon se mantuvo fiel por algun tiempo, cayó finalmente en poder de los aliados, é Inglaterra, en virtud de la buena disposicion del castillo y de la plaza, hizo con la isla de Menorca lo mismo que habia hecho con Gibraltar.

En 1707, Daun habia llegado á Nápoles y se habia apoderado de todo aquel reino con muy poco trabajo: la mayor parte de las ciudades se ofrecieron voluntariamente al yugo austriaco por esquivar el borbónico; solo Pescara y Gaeta se defendieron vana aunque gloriosamente, siendo preso en esta última con sus tropas el marqués de Villena, virey á la sazon de aquel estado. Cerdeña tambien, despues de algunos alborotos, se declaró por el archiduque, entregando sus naturales la isla al conde de Cifuentes que pasó allá con alguna fuerza; siguieron Orbitello y Piombino el mismo ejemplo, y sometida toda la Italia á la preponderancia austriaca, el pontífice solicitado por ella, se hizo medrosamente á la parte del archiduque, y reconoció su soberanía sobre el territorio adquirido. No pararon en esto las pretensiones del Aleman, pues obtuvo del papa Clemente XI, que aunque adicto á la casa de Borbon y deseoso de concordia, prescindiese de sus afectos personales para seguir el camino mas acomodaticio á su política, y en consistorio celebrado el dia 14 de octubre de 1709 reconociese al pretendiente Carlos III por rey legítimo de las Españas. Felipe V al saber estas nuevas, previa consulta de teólogos, cortó sus buenas inteligencias con el papa bajo pretesto de que ejercia coaccion sobre él el partido austriaco; despidió de España al nuncio apostólico, suprimió el tribunal de la nunciatura, encargó á los obispos la particular administracion y gobierno de sus respectivas diócesis, y hasta proyectó la convocacion de un concilio nacional.

En Flandes seguian mal paradas las armas francesas á pesar de la direccion del duque de Vendome. Derrotadas por Marlborough en la fatal jornada de Odenarde, cayeron Lila, Gante é Ipres en poder de los aliados, favoreciendo á estos la disension que por motivos de poca monta, y mas que todo por la diferencia de los caracteres, habia entre Vendome y el duque de Borgoña, jefe nominal del ejército francés. La corriente de las desgracias no aflojó en su ímpetu: la Francia, que se hallaba en suma miseria y descontenta de aquella guerra sostenida por intereses no nacionales sino de familia, fue invadida por el lado de los Paises Bajos, llegando impunemente los enemigos hasta las cercanias de Versalles. Arreció con esto el clamor del pueblo y las murmuraciones de los grandes, estos deseosos y aquel necesitado de paz, no siendo de los que menos representaban en favor de ella el duque de Borgoña, disgustado de las hostilidades, y el de Orleans, celoso de la adquisicion que habia hecho su pariente Felipe V. Movido Luis XIV por el azote de los recientes desastres, por el cansancio y agotamiento de sus fuerzas y por la disposicion en que se hallaban sus pueblos y hasta su misma familia, se movió á entrar en negociaciones con los aliados. Estos mas que de la paz deseosos de la humillacion de su contrario, exigieron con grande altivez concesiones que rayaban en absurdas, y á las que no se atrevió á negarse el abatido monarca. La exigencia de los enemigos iba creciendo al par que la condescendencia dilatoria de Luis XIV, llegando á pedir la íntegra restitucion de la monarquía española, y la entrega de las plazas guarnecidas por los franceses en garantía del cumplimiento de dicha restitucion. El anciano rey, suspenso en tan grave apuro, daba largas á las negociaciones, entreteniendo el ánimo con esperanzas de mejor partido, y mostrándose tal vez no muy distante de acceder á todo lo que pedian; pero su nieto, en quien se aumentaba la energia con lo mismo que en otros hacia brotar el desaliento, se mostró muy decidido á conservar su corona contra toda la Europa reunida, á pesar del desamparo de sus valedores y de la agitacion y miseria de sus vasallos.



Mosquetero flamenco de la guardia del rey.

No eran los aliados los mas temibles enemigos del rey de España: éralo tanto como ellos, y aun mas, porque no trabajaba con armas sino con arterías, el mismo duque de Orleans que doraba su ambicion con mezquinos pretestos de quejoso. Este influyó en el ánimo del monarca francés para que retirara su proteccion á Felipe V, entró en secretos pactos con Starhope, se creó á fuerza de amaños y promesas una parcialidad en la misma córte de Madrid, y conspiró en resúmen por cuantos medios estaban á su alcance para ceñirse una corona que habia sido ocasion de tantas querellas, pretensiones, intrigas y derramamiento de sangre. Supo Felipe los manejos del de Orleans, y acudió á prevenir el éxito de sus planes haciendo que las córtes del reino reconociesen solemnemente á su hijo Luis como heredero de la corona y príncipe de Asturias, ceremonia que tuvo lugar en la iglesia de San Gerónimo de Madrid el dia 7 de abril de 1709.

Pero el descontento cundia entre los españoles solicitado por otras causas: temian el desamparo en que los iba á dejar el monarca francés cuando retirase de ellos sus auxilios, y dolíales al mismo tiempo verse tan supeditados á la Francia. Esta, representada por Amelot, era odiada en estremo por los miembros del partido español, formada hacia tiempo, y á

cuya cabeza figuraba el conde de Montellano, personaje hábil y popular. La princesa de Ursinos, colocada entre dos estremos, obedecia por necesidad á las inspiraciones de allende el Pirineo, sin descuidarse en templar con halagos la efervescencia de la opinion. Pero el partido español, á pesar de su encono á los franceses, no por eso era favorable al archiduque, porque conocia que con la dominacion de este agravaría en vez de corregir los males que se deploraban. Veíase atacada la integridad de la monarquía, segun constaba de pactos entre Carlos y sus valedores, y á la intervencion, humillante pero benévola, de la Francia, sucederia la de Austria, Holanda é Inglaterra, menos desinteresada y no menos humillante por cierto. Esta consideracion es la que contenia á todos en la obediencia de Felipe. La separacion de Montellano de los negocios, que se efectuó por este tiempo, suscitó contra Amelot tal cúmulo de enemistades, que estuvo á pique de echar por el suelo todo el trabajo de los agentes franceses: la princesa de Ursinos pudo conjurar esta tormenta, descargando toda la odiosidad del hecho sobre Amelot, que tuvo que renunciar á su cargo, siendo reemplazado en él por Blecourt; ofreciendo ella misma renunciar á su destino, para fingir despues que lo conservaba, gracias á la mediacion de la reina, y valiéndose en fin de cuantos medios le sugirieron su discrecion y su astucia. Acabó de aquietar á los mas descontentos la junta que celebró Felipe de los principales próceres españoles, en la que les espuso el verdadero estado de las cosas, se aseguró de la lealtad que le profesaban todos, y accedió á la separacion de Amelot y de los principales franceses que funcionaban en España. Creóse asimismo un ministerio cuyos personajes estaban escogidos entre los mas bien reputados del partido español, y fueron el duque de Medinaceli, el marques de Bedmár, y otros de no menor autoridad y representacion.



La princesa de Ursinos.

El entusiasmo renació con esto entre los españoles, y la confianza en el ánimo de Luis XIV: rompiéronse las negociaciones, y enmudecieron los partidarios de la paz.

Abierta la campaña de 1709, el marqués de Bay derrotó á los aliados en la frontera de Portugal, quitándonos mucho cuidado por aquella parte; pero en Cataluña no permitió que se consiguiesen grandes ventajas la mala inteligencia que reinaba entre los soldados franceses y españoles. Así fue que Staremberg tomó atrevidamente á Balaguer forzando á su guarnicion á rendirse, sin que el mariscal Bezous, que mandaba el ejército francés, quisiera venir al socorro de los sitiados, como pudiera muy bien hacerlo, por recelo de que los mismos españoles á quienes iba á socorrer no lo atacaran en el calor de la refriega. Por otra parte, España debia sostener aquella campaña con sus recursos propios, y las tropas francesas, sin órden de provocar ataques, solo debian estar en Cataluña mientras no se organizara el ejército nacional.

Una gran derrota que sufrieron en Malplaquet las tropas de Luis XIV capitaneadas por los mariscales Villars y Boufflers, derrota en la que dicen que hubo mas de treinta mil muertos, escediendo la pérdida de los vencedores á la de los vencidos, y de resultas de la cual cayeron en poder de Marlborough y del príncipe Eugenio casi todas las plazas fronterizas de Flandes, fue el hecho mas notable de la campaña de 1709. Quebrantado con su noticia el orgullo de Luis XIV, á que se unió tambien la de la defeccion del elector de Baviera, se resignó otra vez á entrar en tratos con las potencias coligadas. Empezó aparentando reclamaciones y desavenencias con la córte de España, y maquinando en las estranjeras por conducto de sus muchos agentes: ya habia debilitado la resistencia de la Holanda, ofreciendo á aquella república abrirle los mercados de América y entregarle todo el territorio limítrofe de los Paises-Bajos españoles, en el que se comprendian muchas ciudades importantes; cuando se interpuso Inglaterra y deshizo esta negociacion, ofreciendo á los holandeses por el tratado de las barreras lo mismo y con mas seguridades que les habia ofrecido Luis XIV. Pero

en la misma Inglaterra optaba por la paz un considerable partido: entabláronse pues nuevas conferencias en Gertruidemberg, á las cuales no fue admitido Felipe, por lo que hizo solemne protesta contra cuanto se acordase en ellas en mengua de su derecho, y tachó de pusilánime la conducta de su abuelo, á pesar de que estaba en secreta connivencia con él. Exigieron de Luis XIV los aliados que cooperase con sus propias fuerzas al destronamiento de su nieto: él se negó á propuesta tan inadmisible y loca, y los aliados se negaron tambien á la que él les hizo de asistirles con un subsidio para la guerra de España, concesion demasiado grande para ser sincera, asi como aquella exigencia fue demasiado absurda para ser admitida. Rompiéronse pues los tratos, diciendo con mucha razon Luis XIV: *si he de tener que hacer guerra, mas quiero hacerla á mis enemigos que á mis hijos*. Reanudáronse las antiguas relaciones, interrumpidas en apariencia, entre las dos córtes de Madrid y Versalles, y dióse un golpe mortal al partido español prendiendo y encerrando en el alcázar de Segovia al duque de Medinaceli, presidente del ministerio y cabeza principal de aquel partido, so pretesto de haber vendido la confianza de su señor revelando secretos de estado á los austriacos.

CAPITULO VII.

Prosigue la guerra de sucesion.

Por mas fatigados que se hallasen de tan prolija contienda, no murmuraron franceses ni españoles, porque se hubiesen roto las negociaciones de Gertruidemberg, considerando con cuanta razon las habian deshecho sus respectivos soberanos, y cuan interesado estaba el honor de ambas naciones en apurar hasta el fin las consecuencias de aquella lucha. Esta siguió empero desmayada y floja, siendo España su principal teatro, y torciéndose la fortuna con que en él habian jugado hasta entonces nuestras armas. El rey Felipe, puesto á la cabeza de su ejército, compuesto de veinte y tres mil hombres, pasó el Segre el 15 de marzo, y emprendió recuperar á Balaguer; pero Staremberg llegó á tiempo de hacer vana aquella tentativa, forzando al ejército de Felipe á mantenerse en una prudente suspension. Acreció en este tiempo nuestro malestar, además de la gran penuria que reinaba en nuestro campo, por el descuido con que se habia mirado el abasto de las tropas, la retirada de una gran parte de las que mandaba Noailles, con motivo de un insignificante desembarco que hicieron los enemigos en Cette, y el refuerzo que recibieron los imperiales. Despues de haber pasado ambos ejércitos mas de cuatro meses sin hacer cosa que de contar sea, púsose el archiduque al frente de su reforzado ejército, y emprendió á su vez la ofensiva: replegábase Felipe hacia Lérida; pero cortóle Stauhope la retirada, y rechazado nuestro ejército, fue batido delante de la villa de Almenara el dia 27 de Julio, perdiendo mil y quinientos hombres y viéndose el rey muy á pique de quedar prisionero. Funestos fueron los resultados de aquella accion: decayó el valor en los ánimos de la hueste borbónica, que entró en dispersion, siendo despues muy difícil reorganizarla, é imposible volverle la perdida energía; el rey entró en Lérida á guisa de fugitivo; los enemigos se apoderaron de Barbastro y Huesca, y siguieron los restos del ejército, molestando su retaguardia hasta cerca de Zaragoza. El marqués de Bay, llamado á dirigir las operaciones militares, no correspondió á las esperanzas que se habian depositado en él, y el crédito que le habia dado la pasada victoria de la Gudiña: dejó que los aliados llegaran hasta las mismas puertas de Zaragoza, y allí les presentó una batalla que ganaron, á pesar del empeño con que la sostuvieron los nuestros; con lo cual Felipe hubo de trasladarse pesaroso á Castilla, y su rival se posesionó nuevamente de Aragon, y devolvió á los aragoneses sus perdidos fueros. Digno es de notarse que Valencia permaneció en este trance fiel á Felipe, por mas que solicitasen su levantamiento los insurgentes del Austria, y por mas que aquel la hubiese maltratado en sus libertades.

Pocos dias despues del accidente de Zaragoza, trasladóse el pretendiente á Madrid, donde verificó con gran solemnidad su segunda entrada, y creó un gobierno de poca consistencia y duracion brevísima. Felipe habia trasladado su córte á Valladolid, teniendo en medio de su desventura el consuelo de ver con cuanta efusion se prestaban á seguir su buena ó mala suerte los españoles: el secreto de esta simpatía estribaba en la conformidad de los caractéres: tanto los súbditos como el monarca eran indolentes en la prosperidad y enérgicos en la desgracia. Placíales á aquellos ver reproducidos en este todos sus movimientos y cualidades. Asi fue que Felipe fugitivo tuvo en Madrid una acogida mucho mas benévola que su rival triunfante, y cuando efectuó su retirada á Valladolid, la capital quedó desierta, abandonando mas de treinta mil almas sus hogares para trasladarse á aquel punto en acompañamiento de su rey. El archiduque por el contrario fue recibido con un silencio de mal agüero, y sus ilusiones se desvanecieron hasta tal punto, que salió sin detenerse de Madrid, y se retiró despechado á un pueblecillo de las cercanías. El marqués de Mancera, noble y venerable anciano, se negó á reconocerlo por su rey, el paisanaje molestaba á su gente en cuanto le era posible, y salvo muy pocos ejemplares, todos procuraban mostrarle mas ó menos á las claras el disgusto de sus pretensiones.

Luis XIV, temeroso de los graves empeños en que se habia puesto, y decidido á exigir de su nieto la cesion de su corona, si España no contase con bastantes recursos para sostener por sí sola aquel compromiso, envió á España á Noailles para que resolviese tan delicado punto. Sabedora de esta resolucion la grandeza española, reunióse en junta, y decidió acudir en tono de súplica á Luis XIV para que no les negase sus auxilios: Felipe por su parte se mantuvo inflexible en cuanto á la renunciacion de su soberanía, ofreciendo en el caso de mayor apuro trasladar á sus posesiones tras-atlánticas el asiento de su gobierno. El prudente y distinguido Vendome vino de Francia para dirigir las operaciones militares: España brindó su sangre y sus tesoros; de todas partes acudian voluntarios para alistarse en las banderas de Felipe; por todas partes se levantaban en su favor audaces guerrillas que causaban mucha molestia á los coligados, y Vendome, asombrado y conmovido por la generosa constancia de los castellanos, no pudo menos de esclamar que el archiduque no podria mantenerse en Madrid, aunque tuviese doble fuerza de la que tenia. Levantóse la córte de Valladolid, localidad insegura: los tribunales supremos se establecieron provisionalmente en Vitoria; la reina se trasladó á Corella, y Felipe se unió con el ejército.

Vendome se dedicó con gran actividad y esmero á organizar y disciplinar á sus soldados, bisoños casi todos, y con mas entusiasmo que instruccion, secundado hábilmente por los jefes españoles Valdecañas, el duque de Pópoli y los condes de Aguilar y de las Torres. Mientras tanto los imperiales iban gastándose por la ociosidad y por los escesos, ó cayendo diezmados bajo el fuego de las guerrillas. Empezó Vendome sus operaciones impidiendo por medio de un diestro movimiento que las tropas portuguesas fuesen á unirse con las del archiduque. Este, desesperado de poder mantenerse en Madrid, se trasladó en primer lugar á Toledo, donde su gente co-

metió los mas horribles escesos, y despues emprendió con todo el ejército el camino de Aragon. Felipe volvió á entrar en Madrid el dia 3 de diciembre de 1710, acompañado de Vendome, y despues de haber recibido las frenéticas aclamaciones con que lo saludó el vecindario, salió de allí á los tres dias para reunirse con su ejército, que iba ya bajo el mando de Valdecañas en persecucion del enemigo.

Desastrosa fue para estos aquella marcha: la hueste de Vendome les andaba á los alcances; las guerrillas no dejaban de hostilizarlos; los paisanos los espiaban para dar aviso de todos sus movimientos. Stanhope, que quedó rezagado con seis mil hombres, fue hecho prisionero de guerra con todos ellos en Brihuega, despues de una heróica defensa que duró muchas horas, y que costó la vida á mil y quinientos de los suyos y doblado número de los nuestros. Señalóse por su valor en aquel asalto de Brihuega el conde de San Esteban de Gormaz, que habiendo preso por su mano á algunos generales ingleses, obtuvo en rescate de ellos la libertad de su padre el marqués de Villena, ex-virey de Nápoles, que habia sido hecho prisionero en Gaeta, segun queda ya referido, y que desde entonces seguia en calidad de tal y tratado con mucha dureza.

Staremberg, á quien Stanhope habia remitido noticia del riesgo en que se hallaba, reunió sus tropas y volvió atras para socorrerlos; pero ya era tarde: el general inglés se habia rendido, y Staremberg solo encuentra al ejército español en órden de batalla. Trábase con esforzado ímpetu de unos y otros; Felipe se pone al frente del ala derecha, y arrolla la caballería contraria; pero este movimiento deja descubierto el flanco de su infantería, y los aliados acometieron con tanto esfuerzo, que se dió por nosotros la señal de retirada: los oficiales españoles peleando como simples soldados en las filas, logran restablecer el ánimo de nuestros soldados, y Valdecañas, al frente de la reserva, se arroja contra los imperiales causándoles considerable destrozo. La noche puso término á la batalla, quedando indecisa la victoria, y muy llenos de honra los dos jefes: verdad es que Staremberg quedó dueño del campo de batalla; pero fue mayor su pérdida, y al fin hubo de retirarse aquella misma noche, dejando antes inutilizada su propia artillería y la que dejó en el campo Vendome. Tal fue la accion de Villaviciosa, asi llamada porque tuvo lugar en un campo próximo á este pueblo, á fines del año 1710. Sus resultados fueron muy ventajosos á Felipe, que tal vez debió á ella el conservar en sus sienes la corona. Replegóse Staremberg á Cataluña, y el rey entró en Zaragoza, que volvió á su obediencia con toda la provincia: la córte fue de nuevo transferida á Madrid, y el ilustre Vendome murió de aplopejia poco tiempo despues de la batalla.

Continuaron á pesar del rigor de la estacion, las operaciones de la guerra en Cataluña. Noailles, con su division de franceses se apoderó de Gerona por capitulacion, y los españoles por su parte ocuparon una porcion de plazas, ciñendo cada vez á mas estrechos límites el territorio donde dominaba el pretendiente. Quedaron aplazados para la próxima campaña los sitios de Barcelona y Tarragona, lo cual fue en verdad una falta, porque encendidas como se hallaban las hostilidades en un tiempo tan avanzado, hubiera convenido seguirlas hasta la total consecucion del objeto, sin dejar tiempo al contrario para que rehiciera sus fuerzas y se recobrara de sus pérdidas.

Entretanto en Flandes continuaba eclipsado el astro de Luis XIV, quejosa la Francia y afortunado Marlborough, Donay, Bethune, Saint-Venant y Aire habian quedado en poder de los aliados, y la gran monarquía estaba amenazada por su frontera. Así se compensaban los logros con los reveses, si bien ya nadie dudaba que, al cabo de mas ó menos tiempo, á costa de mas ó menos desastres, el objeto primordial de la guerra estaba ya conseguido, y asegurada la posesion por la nueva dinastía de la corona de España.

CAPITULO VIII.

Fin de la guerra de sucesion.

A pesar de la efervescencia aparente de uno y otro partido y del incesante y prolongado juego de las armas, aproximabase lenta pero necesariamente la sazon de la paz tras aquella dispendiosa y porfiada lucha. Muchos acontecimientos parciales la preparaban, coadyuvando á ello tambien el cansancio de los ánimos, el desaliento de los rencores y pretensiones, y la insensible avenencia de los intereses. El duque de Saboya, descontento del emperador, entabló negociaciones secretas con el rey de Francia, las cuales, aunque fueron descubiertas y no tuvieron efecto, obraron no obstante como causa disolvente, introduciendo entre los aliados semillas de mutuo recelo. Murió el delfin, celoso partidario de la guerra, y José, emperador de Alemania y hermano del archiduque, murió tambien en el mismo año (1711), por lo cual Carlos partió de Cataluña para ceñirse la corona imperial, sin renunciar empero á su pretension, por mas que esta no fuese ya conveniente á las miras de las otras potencias. A todo esto en Inglaterra se habia creado una nueva situacion: decayó de la confianza de la reina Ana su favorita la duquesa de Marlborough, y la sustiyó en el favor real una parienta suya llamada Mistriss Mashans, adicta al partido tory, con lo cual cayeron los wighs, y en conformidad con la tendencia popular y con las secretas afecciones de la reina, hubo mudanza de ministros y alteracion en la marcha del gabinete británico. Marlborough, aunque tachado de codicia, fue respetado por los torys, conservándole el mando del ejército; pero vió caer á su familia y amigos, y sucederles Harley, jefe de los torys, lord Bolingbrocke, que fue nombrado ministro de negocios extranjeros, tan amigo de los franceses como aborrecedor de los austriacos, y otros personajes mas ó menos animados de las mismas ideas. Desde entonces fue facil preveer el éxito de aquella situacion, tanto mas cuanto que Harley estaba de antemano en relaciones secretas con el gabinete de Versalles, la reina deseaba la paz con ulteriores miras, y el pueblo y la prensa vociferaban contra la prosecucion de la lucha.

En cuanto á Luis XIV, solo deseaba ocasiones de proponer la paz, así fue que aceptó con júbilo aquella con que le brindaban los mismos ingleses, cuyo apresuramiento y facilidad en esta ocasion adoleció algo tal vez de impericia política y de falta de dignidad. Entabláronse con mucha satisfaccion las negociaciones, y despues de algunas ofertas y demandas, mas bien esplicadas que discutidas, ajustóse entre ambas naciones un tratado, cuyos preliminares se firmaron el dia 8 de octubre de 1711, y cuyas principales condiciones fueron que el rey de Francia reconociese los derechos de la dinastía reinante á la sazon en Inglaterra, en la forma dispuesta por las leyes del país; que los ingleses quedasen en posesion de la plaza de Gibraltar y de las islas de Menorca y San Cristóbal, que se les asegurase un establecimiento en ultramar y el monopolio de la trata de negros para el servicio de aquellas colonias por cierto numero de años; que su comercio gozase en España de las mismas franquicias que el de los franceses, y que en el año próximo se abriesen en Utrecht conferencias para la paz general. Como su simple inspeccion lo manifiesta, este tratado mas mercantil que político, sacó al monarca francés del compromiso puramente á costa de los españoles. El Aus-

tria hizo grandes esfuerzos para romper semejante convenio; pero en vano: Inglaterra se separó de ella; el príncipe Eugenio fue mal acogido por los torys, y Mariborourgh depuesto de su cargo, en el que le sucedió el duque de Ormond, general de poco mérito, pero muy adicto a la nueva situacion.

La resistencia mas considerable que se suscitó contra aquel tratado fue por parte de España. Aqui Felipe habia descuidado los negocios atento solo á la quebrantada saludde su esposa, y renaciendo con la lejania del peligro, el odio y las quejas contra los franceses y la indisposicion de los jefes españoles con el duque de Vendome, el cual á su vez estaba disgustado con Noailles, reinaba entre las dos córtes no tan buena inteligencia como en lo pasado, siguiendo nuestro asunto un giro casi independiente de la intervencion del gabinete de Versalles. El duque de Noailles, á quien Luis XIV habia separado del ejército para encargarle funciones de embajador, remitió á su amo una triste descripcion del estado de nuestra córte, y despues habiendo querido en union con un tal Aguilar indisponer al rey con la reina, y elevarse de este modo sobre las ruinas del valimiento de Ursinos, fracasó en su empresa, fue destituido, Aguilar desterrado y privado de sus destinos, y el marqués de Bounac nombrado para servir la embajada con el carácter de enviado estraordinario.

Recibió el gobierno español con sumo desagrado la noticia de la paz celebrada por Luis XIV con los ingleses con tan poca pérdida suya y tanta desventaja para nuestra monarquía: pero la indignacion subió de punto hasta ponerse á pique de estallar en abierta desavenencia cuando se supo que Luis XIV, para que con menos obstáculo se estipulase la desmembracion de los estados de su nieto, habia consentido en que este no tuviera representacion directa en el concurso que iba á verificarse para celebrar la paz general. ¿Qué pensarán mis súbditos, preguntó Felipe V á Bounac, si ven que los intereses de la monarquía están esclusivameute en manos de los ministros de Francia?—Pensarán, respondió Bounac, que si vuestra magestad descansa en su abuelo del cuidado de sostener la guerra, bien puede fiarse del él para la conclusion de la paz. Otra de las exigencias del monarca francés era que la Flandes española fuese cedida al elector de Baviera en recompensa de los servicios que habia prestado en aquella lid; proposicion que fue acogida al principio en silencio y mas adelante con estrañeza; pero que no por eso fue retirada. Entablóse por estos motivos una sorda lucha entre las dos córtes al parecer tan unidas, flaqueando la altivez de la una ante la digna resistencia de la otra: Inglaterra y Francia formaban causa comun contra España y Holanda, habiéndose disgustado esta última potencia de los preliminares del tratado de pacificacion propuestos por Luis XIV, si bien al cabo la obligaron á aceptarlos las amenazas del gobierno británico. Singular lucha diplomática era aquella, en la que se veian unidos los que antes habian sido enemigos por la via de las armas, y adversos los que antes habian estado unidos para comun defensa. Pero como las luchas diplomáticas





Moneda de Felipe V.

no son otra cosa que pequeñas fogatas que basta á apagar una gota de agua derramada á tiempo, bastó una esperanza á estinguir aquellos disturbios. Despues de haber pasado Felipe V á su despecho por la cesion de los estados de Flandes al de Baviera, la única y capital dificultad que quedaba por resolver era que el monarca español autorizase á su abuelo para tratar de las condiciones de la paz en su nombre en el congreso de Utrecht; obstinábase Felipe, instigado á ello por su ministro el conde de Bergueick, gran conocedor de aquellos asuntos, en tratar directamente por los holandeses, esperando salir por aquel conducto mas aventajado que por el de los ingleses. Esta resistencia complicaba la situacion y paralizaba la marcha de los tratados: era menester vencerla, y logróse prometiendo á la princesa de Ursinos que entre las estipulaciones del tratado se incluiria la cesion á su favor por el de Baviera del ducado de Limburgo con calidad de principado soberano. Esta promesa, si bien hecha por el viejo rey en términos no muy concluyentes, deslumbró á la ambiciosa favorita, que desde entonces empezó á trabajar con todo empeño en pro de Luis XIV, y á poco habia vencido toda la resistencia de sus soberanos, y obtenido de ellos la autorizacion que se deseaba para que el Francés concluyese la paz en su nombre con los holandeses. Salvado ya el principio de tan embarazoso camino, abriéronse las conferencias de Utrecht á principios del siguiente año (1712), asistiendo á ellas los plenipotenciarios de Francia, Inglaterra, Holanda y Saboya, y siendo escluidos los de España y Alemania, por mas que el emperador, despues de muchos y vanos esfuerzos para deshacer aquel principio de avenencia, hubiese querido al fin tomar parte en aquellas negociaciones, por temor de que se volviesen contra él las mismas armas que habia manejado al principio. Pocos casos como aquel presenta la historia, de no ser admitidos como contratantes las dos partes mas directamente interesadas en el contrato, como que toda la sustancia de él habia de versar sobre sus dominios y pretensiones: verdad es que ya estaba aparejada pérdida para la una de aquellos, y de estas para la otra, y no eran españoles ni austriacos los que de dichas pérdidas esperaban aprovecharse.

La guerra siguió durante aquellos años muy desmayada y floja, como ya empezaban á desvanecerla los primeros albores de la paz. En los Paises Bajos, Marlborough, á pesar de haberle reducido las fuerzas su gobierno, habia tomado á Bouchain, cuando su destitucion y reemplazo por el duque de Ormond resfriaron por aquella parte las hostilidades. Los in-

gleses desde entonces no manejaban aquella guerra sino como una amenaza contra la Francia, y un medio al mismo tiempo para conservar seguros á los aliados; así fue que, antes de que se publicase armisticio entre Francia é Inglaterra (el dia 17 de julio de 1712), y se separase definitivamente esta nacion de la triple alianza, ya habia recibido Ormond órden secreta para no desempeñar mas que un papel pasivo en aquella lucha, por mas que Luis XIV hubiese provocado imprudentemente las hostidades, enviando una espedicion al mando de Mr. de Cassart á las Antillas inglesas, la cual devastó las islas de Monserrate y San Crissóbal. A pesar de las conferencias que seguian su curso y de la separacion de los ingleses, no dejaron de proseguir la lucha holandeses é imperiales. A las órdenes del príncipe Eugenio, se apoderaron de Quesnoy y pusieron sitio á Landrecy; pero el general francés Villars tomó á su vez la ofensiva, atacó en Denain á una division enemiga, la arrolló causándole una pérdida de cinco mil hombres, forzó á los imperiales á levantar el establecido cerco y ponerse en retirada, y tomó á Marchiennes, Douay, Quesnoy y Bouchain.

En España no hizo el ejército de Estremadura cosa que merezca referencia. En Cataluña habia quedado Staremberg encargado de sostener con las armas el pretendido derecho del emperador, cuya esposa quedó asimismo en Barcelona con título de regente del monarca. Los ingleses por su parte dieron á esta guerra tan poco calor como á la de Flandes: el duque de Argyle, enviado con un corto refuerzo, despues de haber tenido que detenerse mucho tiempo en Génova por falta de recursos para entrar en campaña, fue muy poco lo que despues pudo hacer á causa de la desatencion de su gobierno, hasta que pasó del continente á Menorca, donde se entretuvo en fortificar á Puerto-Mahon. Vendome, antes de morir, habia intentado en vano apoderarse de Cardona, único acontecimiento de la campaña de 1711. En la de 1712, no hubo tampoco otra cosa notable mas que el sitio de Gerona por Staremberg, de donde lo rechazó con mucha honra el marqués de Brancas, gobernador de la plaza. La partida de las tropas inglesas, de resultas de la mencionada tregua, dejó á Staremberg reducido á la defensiva y á los catalanes en el mas triste desvalimiento. En tal estado se hallaban las operaciones de la guerra cuando se firmó la paz de Utrecht el dia 11 de abril de 1713. Pasemos ahora á hacer un brevísimo resúmen de lo que pasó en aquellas célebres y trabajosas conferencias.

A la muerte, ya citada del delfin, siguieron la de su hermano el duque de Borgoña y la de su sobrino el duque de Bretaña, de suerte que no quedaba mas heredero del trono que el duque de Aujou, de edad en aquella sazon de dos años y de pobre y enfermiza naturaleza: con este motivo empezó Felipe á fundar esperanzas en la corona, y Luis XIV á procurar allanarse mañosamente el camino. Pero lo mismo que para su nieto era ocasion de júbilo, era para las potencias que asistian en Utrecht ocasion de inquietud y recelo: así fue, que el ministro inglés lord Bolingbroke exigió mas terminantemente que nunca que renunciára Felipe á sus derechos al trono de Francia, evitando así que ambas coronas viniesen á parar algun dia sobre una misma cabeza. Negóse á esta demanda Luis XIV fundando esta negativa en argucias sobre el derecho divino de los reyes que no podian prescindir de lo que á Dios plugo atribuirles: replicóle cuerda y enérgicamente el Inglés; agriáronse las partes, y por fin Luis XIV, temeroso de entrar en nuevos empeños, hubo de acceder, así como su nieto, á la exigencia del gabinete británico, optando aquel no con mucha sinceridad entonces por la corona de España, muy contra la esperanza del gobierno inglés, que hizo todo lo posible por separarlo de aquella eleccion, hasta proponerle que cediese la España al duque de Saboya, y recibiera en cambio la Sicilia, el Piamonte, la Saboya y el Monferrato, con facultad para agregar todos estos dominios, escepto la Sicilia, á la corona de Francia, cuando viniera á suceder en ella. El mismo rey de Francia apadrinó este proyecto; pero no aceptándolo Felipe, quedó apalabrada la formal separacion de las dos coronas. El dia 5 de noviembre del año 1712 efectuó el rey de España su solemne renuncia á los dominios de su abuelo, en presencia de las córtes de Castilla y de lord Lexington, enviado de Inglaterra para el caso. Ratificaron las córtes dicha renuncia, trasladando además la sucesion eventual, por falta de herederos directos de Felipe, á la casa de Saboya (otra demanda de los ingleses á que accedió Luis XIV con mucho trabajo), y estableciendo una especie de ley sálica, por la cual carecia de sus derechos al trono español toda hembra, mientras hubiese en la descendencia un solo varon, con tal que este fuese nacido y criado en España. Novedad importante, y que no conviene á nuestra brevedad discutir.

Decididos los holandeses á celebrar la paz por conducto del gobierno inglés, emprendiéronse los tratos para ella; pero aquel no manejó la causa holandesa con tanta ventaja como la propia: Luis XIV recuperó las plazas de Lila y Maubeuge, y los holandeses firmaron á disgusto el convenio consumado por tan sospechoso medianero. De aquí á la paz general no habia mas que un paso, y este paso se dió ya sin dificultad: el tratado de Utrecht, concluido de allí á poco, puso de acuerdo á todas las potencias beligerantes, menos el emperador. Las principales estipulaciones de este célebre tratado fueron estas en la parte relativa á muestra nacion: el reconocimiento de Felipe V como rey de España y sus Indias; la cesion de la isla de Sicilia al duque de Saboya, que tomó título de rey; la conservacion por los ingleses de todas las adquisiciones que habian hecho por el anterior tratado con Francia; la adjudicacion al emperador de los Paises Bajos, Nápoles, Milan y Cerdeña, y la promesa de un indulto á los catalanes. Declaróse además la corona de España reversible á la casa de Saboya, y la imposibilidad de deshacerse por via de venta de ninguna ciudad de la América española. Por aquel tratado quedó asegurada la dinastía de Borbon en el trono; pero perdió España la mitad de sus tierras en el continente, quedando, poco mas ó menos, en el mismo estado que ofrecia aquel repartimiento propuesto en vida de Carlos II por Luis XIV, y que levantó tal tempestad de disgustos y recriminaciones.

El emperador, por mas que lo solicitaron las demás potencias, no quiso adherirse á aquel tratado, y persistió inútil é inconsideradamente en la guerra. A fin de concentrarla en la frontera del Rhin, por la imposibilidad en que estaba de sostenerla en todas partes, hizo convenio de neutralidad con el Saboyano, y evacuó á Cataluña y á las islas del Mediterráneo. Pero pronto tuvo que arrepentirse de su resolucion: Villars, puesto al frente de un ejército francés, se apoderó de Spira, Worms, Kaiserslautern, Landaw y Friburgo. En vista de estas pérdidas, cedió Carlos, y los tratados sucesivos de Rastadt, Westphalia, Nimega y Ryswick, formulados todos sobre su mismo plan pusieron término á su enemistad con Francia, haciéndose mútuamente algunas concesiones. Arreglos particulares fueron despues fijando los derechos y relaciones de España con los demás estados, no sin que hubiese en estos pasos, muchas reclamaciones, quejas, debates y litigios pendientes, sirviendo tambien de rémora al curso de las postreras negociaciones la princesa de Ursinos, des-

pechada al verse sin el principado que se le habia ofrecido, por la resistencia que á semejante concesion opusieron Holanda y Austria. En cuanto al emperador no quiso reconocer la legitimidad del rey de España, dejando pendiente para mejor ocasion su derecho; mas con todo, la guerra de sucesion habia terminado ya y Felipe V ocupaba tranquilamente el trono de España, cuya trasmision estaba asimismo asegurada á sus herederos con el reconocimiento y beneplácito de la Europa.

Por aquel tiempo Luis XIV, emprendió y verificó la colonizacion de la Luisiana, terreno importante y bien situado, con el cual dominaba las colonias inglesas tras-atlánticas, y ponia coto á las posesiones españolas, tal vez con ulteriores miras.

CAPITULO IX.

Reduccion de Cataluña.

Terminada la guerra por el tratado de Utrecht y los subsiguientes, con general contentamiento de las partes, por mas que ninguna de ellas, salvo la Inglaterra, hubiera salido de aquellas conferencias tan gananciosa como hubiera convenido á la satisfaccion de sus esperanzas, y por mas que el emperador, negándose á reconocer en mengua de los suyos los derechos de Felipe V, hubiera dejado en pié el pretesto que lo movió á solicitar la pasada guerra, aun no quedaban estinguidas las reliquias de esta en España, ni vueltos al estado normal los ánimos y las cosas. A parte de la gran turbacion y miseria que reinaba en toda nuestra monarquía, aparte de los estragos que la pasada lid habia causado en nuestra unidad y del desconcierto que habia introducido en la hacienda y en la gobernacion, continuaban siendo indóciles al yugo borbónico y afectas á la pretension austriaca Cataluña y las islas Baleares.

La primera, desamparada por las tropas inglesas y despues por las del emperador, quiso mas bien proseguir con sus fuerzas propias la resistencia que atenerse á la dudosa clemencia de Felipe y la floja intervencion de las potencias amigas. Retiró Carlos sus tropas del Principado dolosamente, esquivando estas por medio de una pronta é inesperada partida la indignacion, de los catalanes los cuales no obstante se ofrecieron á servirle hasta el último estremo, y movieron al pretendiente con su comportamiento á exijir del rey de España que concediese amplio perdon á aquellos denodados súbditos, tan tenazmente fieles á su compromiso que ya por el giro de las circunstancias habia tomado carácter de rebeldía. Ofreció asimismo intervenir en las negociaciones que con aquel motivo ocurriesen, á fin de que los catalanes obtuviesen la conservacion de sus fueros, cuya pérdida era en realidad lo que ellos mas en el mundo sentian: habíanse puesto de acuerdo Francia é Inglaterra con idéntico objeto; pero Felipe, en cuyas miras no entraba dicha concesion, esquivó la demanda de estas dos naciones, y concedió amnistía completa á los catalanes, con tal que se sometiesen á las mismas leyes que dominaban en Castilla: rechazaron la oferta los sublevados, sin que los arredrase el ver que se unian contra ellos, no solo los franceses, sino tambien la Gran Bretaña, que no vaciló en ayudar ahora al esterminio de los mismos que poco antes habia escitado á la sublevacion. A la verdad los ingleses representaron aunque con mucha flojedad, y tal vez alguna mala fé, en favor de la conservacion de los fueros; pero despues cediendo fácilmente á la oposicion de Felipe, fueron ellos mismos los que desviaron la intervencion de las demás naciones, presentando á los catalanes como gente indócil y á sus fueros como atentatorios á muchos intereses, y enviaron á las aguas de la costa de Cataluña una escuadra á las órdenes de Wishart. Cierto es que esta escuadra no hizo cosa de momento, habiendo recibido órdenes secretas para mantenerse en esta inaccion, determinadas por la resistencia de la cámara de los lores á aquella hostilidad. Despues, por muerte de la reina Ana y elevacion de Jorge, elector de Hannover, al trono británico, lo cual fue ocasion de que volviese á dominar en aquel país el partido wigh, aficionado á la guerra, cobraron los catalanes alguna esperanza de favor; pero todo el partido que sacaron de aquella mudanza fue una órden comunicada á Wishart para que no hiciera nada en contra de los catalanes, y una tardia protesta del gobierno inglés contra los manejos de franceses y castellanos. Compensaban débilmente la gran fuerza del ejército de estos, los secretos socorros que recibian de cuando en cuando los rebeldes de parte del emperador y de algun otro potentado.

Cataluña pues se puso en defensa, y recurrió al acostumbrado trabajo de sus guerrillas y somatenes. Establecióse un gobierno revolucionario basado todo sobre leyes marciales, y encargado particularmente de desplegar una gran severidad contra cuantos se manifestasen afectos á la causa de Castilla: organizáronse batallones de voluntarios, y hasta una pequeña escuadra, con los míseros recursos que suministraba el país. Organizado esto, se declaró la guerra á franceses y castellanos, declaracion que mostraba el irresistible denuedo de los catalanes, si bien la falta de poder la hacia de ningun valor en aquella circunstancia.

Habian empezado las hostilidades de los catalanes impidiendo que las tropas de Felipe V se posesionaran de Tarragona, segun habia convenido el pretendiente, cuando la evacuaron las tropas imperiales. Tras esto, y tras los preparativos y disposiciones que quedan referidas, comenzóse por ambas partes la lucha, no dudosa en verdad, por mas que los catalanes quisieran poner en balanza su teson, su espíritu de provincialismo y las falaces promesas de los ingleses, contra la superioridad numérica de las huestes de Felipe V.

El duque de Pópuli, general español, entró por Cataluña con un numeroso ejército, y se hizo dueño en breve y á poca costa de casi toda ella, salvo de las plazas de Cardona y Barcelona. Establecióse el sitio contra esta última, pero en breve tropezaron con sendas dificultades para tomarla, fundadas en la buena construccion é importancia militar de la capital del Principado, en el aliento con que se habian aparejado á la resistencia sus defensores, en el apoyo que les ofrecian las poblaciones comarcanas, y en la molestia que daban á la gente del sitiador las guerrillas. Así fue que, comenzado apenas el bombardeo, hicieron los sitiados tan vigorosa salida que desalojaron al ejército castellano, y lo hubieran hecho retirar tambien, si no lidiara contra los catalanes la noticia de que estaban en marcha y la esperanza de que pronto habian de llegar refuerzos franceses. Esperóseles, convertido el sitio en bloqueo. En efecto á poco llegó el duque de Berwick con veinte mil hombres de allende el Pirineo, creciendo con tan copioso auxilio el brio de los castellanos, sin que por eso entrase el desaliento en el ánimo de los barceloneses, ni disminuyesen la furia de sus provocaciones ni la obstinacion de su resistencia, tomando las armas cuantos se hallaban con capacidad para manejarlas, sin que nadie se escusase de ello con edad, rango ni voto. Por dentro de la ciudad se vistió la tiranía popular con la máscara del patriotismo, maltratando desapiadadamente á cuantos eran sospechados de inclinarse al partido de Borbon, y aun á los que por su silencio daban á entender alguna tibieza, sin que al padre de familia pusiera á salvo su hogar, ni el altar ó el púlpito al sacerdote. Los sitiadores entretanto no se descuidaban en dar embestidas á

los muros. Aportillados estos por mas de una parte, adquirió la lucha un carácter mas irreconciliable y mortífero, recordando á los ojos la furia de los de fuera y la rabiosa desesperacion de los de dentro cuantas escenas de lástima puede ofrecernos en casos análogos la historia.

Enarbolaban los habitantes de Barcelona una bandera negra con una calavera pintada en ella, como gente que ni ofrece clemencia ni espera perdon, y que solo quiere deber á sus manos la muerte ó la vida. La gente inútil fue enviada á la isla de Mallorca, y fue rechazada una capitulacion bastante generosa que propusieron los sitiadores. Tras esto se le dió el último y mas apretado asalto á la plaza por tres partes el dia 11 de setiembre de 1714. Empezó el ataque con gran carnicería de los nuestros y no menor estrago de los contrarios, solo que estos no hallaban quien reemplazase á los que caian, y aquellos tenian á sus espaldas sendos batallones con que dar pábulo á la lucha. Salvado trabajosamente el recinto, penetraron en las calles casi á un mismo tiempo los españoles por los baluartes de Santa Clara y de la Puerta Nueva y los franceses por el del Este; pero la pelea continuó tan acérrima como antes, y aun mas, porque la exiguidad de los reparos abrigaba menos los cuerpos y ofrecia mas fácil camino á las armas. Rechazados por fin los barceloneses hasta la plaza principal, rehiciéronse por medio de un esfuerzo supremo, y cargando sobre nuestras tropas ya desmandadas en el pillaje, las hicieron retroceder hasta las brechas, y emplear otras muchas horas y todo el trabajo de sus brazos y artillería para recuperar el terreno. Cesó al cabo la resistencia, deshechos por do quier los que la sostenian, y las tropas francesas y castellanas se entregaron al mas vandálico saqueo y á la mas desapiadada matanza, inutilizando las humanas tentativas de Berwick. Rendidos los cuerpos, pero no reblandecidos todavía los ánimos de la gente vencida, presentáronse sus diputados en la brecha capitulando sobre la conservacion de sus fueros, y acogidas que fueron sus protestas con una seca negativa del general español, volvió á romperse el fuego de parte de los sitiados, con lo cual aquel, despues de haber mantenido su tropa sobre las armas por espacio de seis horas, término que dió á los de la ciudad para que reflexionasen sobre el partido que les convenia seguir, mandó reducir á esta á cenizas. Ya el incendio habia comenzado á ejercer sus naturales destrozos, cuando por instancia de los sitiados fue cortado, y estos se rindieron á discrecion, despues de haber sucumbido la mayor parte de la gente hábil en la anterior refriega. Despues de la rendicion no se ejerció atentado alguno contra las vidas ni contra las haciendas: solo sí fueron reducidos á prision indefinida veinte de los principales jefes de aquella rebelion. Con seguridad de lo mismo que habian obtenido al rendirse los barceloneses sometieron al vencedor la fortaleza de Monjuich, Cardona, y consecutivamente las islas Baleares; conviene á saber, Mallorca, Ibiza y Formentera, puesto que en Menorca habian quedado dominando los ingleses, segun quedó estipulado de antemano. Así terminó la guerra de sucesion en España, y decayeron á viva fuerza los antiguos fueros de Cataluña, mas adicta en verdad á ellos que al pretendiente, por mucho que lisonjearan el orgullo y las esperanzas de este, las simpatías que en todo caso habian mostrado los catalanes hacia su persona.

De este modo quedó establecida en toda España, salvo en las provincias Vascongadas, la unidad monárquica y legislativa, estribando todas las diferencias en alguna liviana escepcion ó alguna nimia formalidad, que no afectaba de ningun modo la esencia de los principios. La dinastía borbónica se vió de aquí en adelante sólidamente afirmada en el trono de nuestra nacion, sin que valieran á trastornar su estabilidad quiméricas pretensiones del emperador y lejanas esperanzas del de Saboya. El país, postrado y esquilmado por guerra tan larga y por tan fatigosa serie de infortunios, empezó á esperar en la paz de su monarca que curara las heridas que por él se le habian abierto en la guerra.

Mucho nos costó el cambio de dinastía; ¿puede apreciar la historia lo que con él ganamos? Mucho sin duda, aunque no tanto por entonces cuanto fuera de desear, gracias á lo estrecho de las circunstancias, á lo mezquino de lo recursos y á la demasiada atencion que se puso á la discordia de los partidos, á las particularidades de la familia y á las pequeñeces de la córte. De todos modos, cuenta es esa que está por saldar todavía, siendo su apreciacion tan importante como difícil para la historia.

CAPITULO X.

Caida de la princesa de Ursinos.

MIENTRAS esto sucedia en Cataluña, trastornos no de menor cuantía, si bien de diferente naturaleza, pasaban ó se preparaban en la córte. Falleció la reina de sobreparto, el dia 14 de febrero de 1714, á la edad de veinte y seis años, corroborando el efecto de su muerte una enfermedad de languidez que hacia tiempo la aquejaba. Dejó dos hijos ambos varones; Luis y Fernando. Fue mujer de grande ingenio y magnanimidad, afable con todos, firme con quien debia, y muy celosa en sostener el decoro de su posicion, á pesar de la tutela de Luis XIV y de la influencia de la princesa de Ursinos. Sintieron mucho aquella desgracia los españoles; su esposo en especial, que la amaba sinceramente, y que aborreciendo el lugar donde tal desgracia habia sufrido, salió de su palacio, y se retiró al del duque de Medinaceli, dejando todo el peso de los negocios á cargo del cardenal Gindice. Pensaban todos que la muerte de la reina haria cesar el predominio de la princesa de Ursinos; pero no fue así: esta mujer insinuante y astuta no habia descuidado el granjearse la voluntad del rey, asegurándose la permanencia á su lado por el nombramiento de aya del príncipe de Asturias. Así, con general sorpresa, el cardenal Gindice decayó del poder á los tres dias de su efímero valimiento, volvió la princesa á presentarse con la misma preponderancia que antes, y se hizo un nuevo arreglo en el despacho de los principales secretarios, multiplicando los directores, restringiendo los poderes, haciendo alguna variacion en las personas, y repartiendo los cuidados de la hacienda entre Orri y el conde de Bergueick. El primero manifestó en las dos veces que dirigió este ramo cierta habilidad como hacendista, é introdujo algunas reformas no despreciables, por mas que su apreciacion vague incierta entre los encomios de sus partidarios y los dicterios de sus enemigos. Los miembros todos de la nueva administracion eran obedientes á la de Ursinos y dóciles á las inspiraciones del gabinete de Versalles.

Por aquel tiempo fue cuando el ilustre don Melchor de Macanaz, fiscal del Consejo de Castilla, escribió una memoria contra las inmunidades eclesiásticas, memoria apoyada por Orri y que hizo cavilar mucho á Felipe V. Amagábase con ella reformar de todo punto la constitucion del clero. La Inquisicion fulminó sus censuras contra dicha memoria; el consejo de Castilla, á cuyo informe habia pasado, temeroso de la oposicion inquisitorial, tachó el escrito de violento y anticatólico, con lo cual quedaron en vago las tentativas de los reformadores, sufriendo con ello los gobernantes, no solo un desaire, sino un vaiven de que les costó algun trabajo reponerse. Por lo demás, durante todo aquel intérvalo de la viudez

del rey, se ocupó la de Ursinos en la pretension de su principado independiente y en intrigas particulares y de menor cuantía con el gabinete de Versalles, con cuya narracion creemos inútil fatigar la historia.

A todo esto el rey, segun espresion de un historiador, «por su robusta salud y la pureza de su conciencia se veia precisado á nuevas bodas.» La princesa cuyo influjo estaba en vago y empezaba á decaer visiblemente por lo descontentos que estaban de ella y de sus intrigas franceses y españoles, quiso hacer del nuevo matrimonio un áncora para sujetar su privanza, ejerciendo sobre el ánimo de la futura esposa el mismo predominio que habia ejercido sobre la primera.

Por desgracia, obró en esta ocasion con sobrada ligereza, y se asesoró con un hombre que le hizo ver las cosas de muy distinto modo de lo que eran en sí. Este hombre era el clérigo Julio Alberoni, agente á la sazon del duque de Parma, personaje astuto y ambicioso, de grande inteligencia, si bien algo grosero en sus chistes y modales, que de bajos principios habia ascendido á las mas altas dignidades de la iglesia, y estaba destinado por su carácter y fortuna á figurar directa y poderosamente en la política europea. Habia conquistado la confianza de la princesa, y designádole para el objeto en cuestion á la hija del duque de Parma, Isabel Farnesio; princesa, segun decia él, ignorante, sencilla, robusta y dócil, que no se mezclaria en asuntos políticos y que por su consorcio reanimaria el ascendiente de España sobre la península italiana. Creyó la de Ursinos en las palabras del taimado abate, y decidió al rey en favor de su nueva protegida, y obtenidos en breve el consentimiento de Luis XIV y la dispensa del papa, quedó concertado el matrimonio y se celebró por poderes el dia 16 de setiembre de 1714.

La nueva esposa de Felipe no era tal como Alberoni se la habia pintado á la princesa de Ursinos; aunque no muy cultivado su espíritu, estaba muy bien dotada de inteligencia y de energía, mas altiva que dócil y mas dominante que facil de dominar. No faltó quien se lo dijese así á la favorita, la cual, inquieta por haber caido en tan grosero lazo, espidió con toda diligencia un correo para suspender la conclusion del matrimonio; pero este llegó tarde y la suerte de la princesa quedó decidida.

La desposada vino á España para consumar su matrimonio, y en Pamplona se le reunió Alberoni, honrado en premio de su feliz negociacion con el título de conde y el carácter de enviado de la córte de Parma en Madrid. La princesa de Ursinos, repuesta en su destino de camarera mayor, salió á recibir á la reina á Jadraque, y esta despues de una ceremoniosa acogida, la empezó á dirigir reconvenciones en tono colérico y grosero, y últimamente, sin prestar oido á sus escusas, mandó por su propia autoridad que la condujesen arrestada hasta la frontera. Así se hizo al punto, con gran sorpresa de todos y de la misma princesa, que, sin que la dejasen hacer ningun preparativo, caminó por tierra de España durante veinte y tres dias sufriendo privaciones y teniendo que pedir prestado el dinero necesario para su viaje. Felipe no dió ninguna disposicion para anular la de su esposa, ni para endulzar la desgracia de su antigua favorita, la cual despues de estar mucho tiempo en Francia solicitando el favor de Luis XIV, salió de allí á la muerte de este rey temiendo la enemistad del duque de Orleans, y anduvo errante por varias tierras hasta su muerte, acaecida en 1722.

Mucho han divagado los historiadores sobre los motivos de la súbita y misteriosa caida de esta mujer estraordinaria: quien la atribuye á instigaciones de la reina viuda de Carlos II; quien á disgusto de Luis XIV; quien á enojo de la reina porque habia intentado suspender su matrimonio; quien en fin á una concesion hecha por Felipe V al descontento general. Lo mas probable parece ser que todas estas causas se aunaran para determinar el mismo fin, pues ciertamente la princesa se habia granjeado por sus manejos la enemistad de casi todos, y su caida escitó en general mas admiracion que sentimiento. Tuvo sin duda buenas cualidades, entre ellas la de ser adicta á los reyes á quienes servia; pero tuvo en cambio otras faltas que deslucen su historia, faltas comunes por desgracia á todos los validos, y casi nos atrevemos á decir que á todos los hombres. Cayó igualmente el partido reformador con sus dos cabezas, Orri y Macanaz, así como todas las hechuras de la princesa: recobró la Inquisicion su preponderancia, y se olvidaron los anteriores proyectos.

Un suceso acaeció por entonces que influyó grandemente en la situacion de nuestra córte. Luis XIV murió el dia 1.° de setiembre de 1715 á los 70 años de su reinado, y le sucedió su bisnieto Luis XV, niño de cinco años, en cuyo nombre tomó las riendas del gobierno el duque de Orleans. Con esto quedó la córte de Madrid emancipada de la tutela de Luis XIV, tutela que á la verdad, por muy despótica y humillante que fuese, no dejó de proporcionarnos alguna utilidad. Con la muerte de aquel anciano rey, á quien Felipe respetaba sobremanera, y con la subida á la regencia del duque de Orleans, personaje poco grato á los ojos del rey de España, tomaron muy diferente rumbo nuestras relaciones con el gabinete de Versalles, trocándose la antigua adhesion en abierta frialdad y despego. Influian por otra parte en dicho cambio las pretensiones que habia tenido Felipe á la regencia, y tambien las esperanzas que abrigaba de sentarse alguna dia en el trono de Francia, del cual creia él, sin contar con la oposicion de la Europa ni con el lazo de su anterior juramento, que lo separaba tan solo un niño enfermizo y débil.

CAPITULO II.

Valimiento de Alberoni.

Era, como ya se dijo, la nueva reina sobremanera arrogante y ambiciosa, si bien ocultaba su querer á fuerza del mas profundo disimulo: no tardó mucho en ejercer absoluto dominio sobre el ánimo de su esposo, y en ser ella el alma de la nueva gobernacion, asesorándose para esto con el discreto Julio Alberoni, á quien debia toda la ventaja de aquellas nupcias.

La muerte de Luis XIV habia colocado á Felipe V en una situacion enteramente nueva, y los animosos consejos de su esposa le habian puesto ante los ojos un porvenir, á cuya magnificencia faltaba sin duda el sello de la posibilidad. Felipe esperaba en primer lugar poseer, andando el tiempo, la corona de Francia, é Isabel, que á los nueve meses de matrimonio habia dado á luz un infante que se llamó Carlos, fomentaba estas esperanzas, queriendo asegurar para su hijo la sucesion en el trono francés, mientras el primogénito, habido de la primera mujer, quedaria dominante en España: pero despues, conociendo la dificultad de esta tentativa, volvió su atencion á Italia, país que podia esplotar en provecho de su hijo con menos resistencia de las naciones europeas, y procuró restablecer la influencia española en aquella península, á fin de asegurar al nuevo infante la sucesion en los ducados de Toscana, Parma y Plasencia, que probablemente habria de corresponderle de derecho, por falta de descendencia masculina de los tres duques. Felipe, sin descuidar las mejoras que en pro de su reino se ofrecian á su buen sentido, tenia embargada la cabeza con proyectos guerreros y planes de engrandecimiento:

creíase natural continuador de la gloria y de las grandezas de su abuelo; por mas que este anciano en su lecho de muerte se hubiese lamentado de la vanidad de sus hazañas y de los amargos frutos de su ambicion; queria como él tomar las armas y cerrar con Europa, aspirando á una prepotencia que él se imaginaba dote de su familia. Felizmente Alberoni supo templar á tiempo estos arrebatos, haciendo ver al príncipe los abismos en que sumiria á España una nueva lucha, las dificultades que se ofrecian para salir airoso de ella, y prometiéndole en fin que si pudiera el reino mantenerse en paz por espacio de cinco años, á su propio cargo quedaba hacer de la nuestra la nacion mas poderosa de Europa.

Desde entonces se puede decir que data la celebridad de Alberoni, ocupado hasta entonces en intrigas oscuras y en consejos particulares. Comprometido ahora con la solemne promesa que habia hecho á Felipe V, puso todo su cuidado en cumplirla, sin olvidar de todo punto su interés. Puesta su mira en la formacion de una influencia española en Italia, y aprovechándose para ello de la desavenencia que empezaba á cundir entre los antiguos aliados, pensó en buscar un firme apoyo para sus planes ulteriores. Con el Austria no podia contarse, por cuanto el emperador, aunque bien livianas debian ser sus esperanzas, no por eso dejaba su título de rey de España, sin cuidarse de la animadversion que le tenian en la parte de Italia sujeta á su dominio: quiso pues Alberoni captar para nuestra nacion la amistad de las potencias marítimas, á pesar de la resistencia de Felipe y de los zelos del comercio español. Principió para ello halagando desmesuradamente á los representantes de ambas naciones: el de Holanda, que lo era á la sazon el baron de Riperdá, su particular amigo, y que, á instancias suyas, habia compuesto y sometido al rey un proyecto económico para mejorar el estado de la hacienda y fomentar el comercio, la produccion y la milicia, prestó fácil oido á las lisonjas del consejero de Felipe, y allanó á poca costa las vias de la amistad holandesa. Algo mas caras fueron estas negociaciones con la Gran Bretaña: además del envejecido encono que mediaba entre ingleses y españoles, resentíanse estos de lo bien parado que habia salido el comercio inglés en mengua del nacional, y aquellos por su parte de no haber salido tan gananciosos como esperaban, merced á ciertos artículos llamados esplicativos y unidos al contrato celebrado entre ambas potencias, por el cual se les rebajaba gran parte de sus ventajas. Aboliéronse los artículos esplicativos, celebróse un nuevo tratado con grandes logros mercantiles para la Gran Bretaña, ofrecióse solemnemente por nuestro gobierno que no se daria favor alguno al pretendiente (Jacobo Stewart) que habia efectuado un desembarco en Escocia, y héchose proclamar rey de Inglaterra bajo el nombre de Jacobo III) ni á ninguno de sus partidarios, retirándose una promesa formal que de antemano se habia hecho á Jocobó de favorecerle, y á costa de todas estas concesiones se creyó asegurada la amistad del gobierno inglés.

Pero no sucedió así: cuando Alberoni reclamó una alianza pública con el fundamento de haber ocupado á Novi las tropas imperiales, los ingleses, cuyas esenciones comerciales no habian mantenido los españoles, á despecho del tratado, celebraron convenio con Francia y con Holanda, y despues con el emperador, á quien en negociacion secreta ofrecieron determinar el cambio de la isla de Sicilia por la de Cerdeña, no conforme á lo que se estipuló cuando la paz de Utrecht. Llegaron estas noticias á nuestro gobierno, causando sumo despecho en el ánimo de Felipe, que se quejó amargamente á Alberoni de los pasos que le habia hecho dar: este, aunque tan desconcertado como su señor, empezó de nuevo á maquinar artificiosamente á fin de atraer á Inglaterra y separarla de su alianza con Francia, sin perdonar para ello promesas ni halagos. El cardenal del Guidice, personaje principal del partido francés, fue removido de sus puestos, como contrario á los planes del consejero de la reina, y colocado en el ministerio Grimaldo, aunque la verdadera direccion estaba en manos de Alberoni, que por entonces no quiso todavía colocarse abiertamente en el primer lugar.

Alberoni entretanto no dejaba de trabajar en provecho propio. Imposibilitó á M. de Louville, enviado por el regente de Francia para representar cerca de Felipe V contra el partido italiano, para que cumpliera este encargo, haciéndolo por órden aparente de Grimaldo y forzada disposicion del regente salir de la córte antes de haber tenido entrevista alguna con el rey. Al mismo tiempo solicitaba del papa el capelo de cardenal, para cuyo logro no cesaba de halagar á la córte pontificia y de interesar á los reyes y á los agentes de las potencias amigas, haciendo que Felipe enviase una escuadra á la isla de Corfu para lidiar contra los enemigos de la religion, prometiendo hacer reanudar las relaciones entre las dos córtes española y romana, así como tambien restablecer el tribunal de la Nunciatura; en fin, llegó á conseguir el ansiado capelo, y pudiendo ya presentarse á la faz de la Europa con la brillantez que deseaba, se hizo nombrar por Felipe primer ministro.

Ocurrió precisamente esta mudanza, cuando todos juzgaban llegado el momento de la caida de Alberoni: enemistado por sus intrigas con los estraños, despopularizado entre los propios, contrariado por el rey y por sus consejeros, acababa de sufrir una derrota con el siguiente motivo. Unidas en triple alianza la Francia, la Holanda y la Inglaterra, á fin de mantener en toda su estabilidad las bases del tratado de Utrecht, dirigian todos sus esfuerzos á impedir que estallasen España y Austria en abierta lucha, lucha que iba siendo cada vez mas inminente, segun lo encontrados que andaban los intereses y pretensiones de una y otra potencia. Hallábase la córte austriaca recelosa, y no sin razon, al ver la polvareda que levantaban en Italia contra su influencia los agentes de Alberoni: de no menos recelo adolecia el gobierno español por los tratos iniciados sobre el cambio de Sicilia. De la desconfianza se cayó en la enemistad, y el emperador dió el primer paso para ella, haciendo prender en Milan á don José Molinés que venia á nuestra península con el carácter de inquisidor general, despues de haber desempeñado nuestra embajada en Roma. Este atentado contra el derecho de gentes vino á precipitar la marcha lenta y tortuosa de los negocios. Indignóse Felipe; secundaron su indignacion los que le rodeaban; el consejo de Castilla optó por la guerra, y esta quedó decidida, á pesar de la oposicion de Alberoni.

Hay quien crea que esta resistencia fue fingida, y que el privado era secreto preparador de todo aquel rompimiento; descubra la verdad quien se sienta con mejor inteligencia, aunque en este caso parece mas probable lo mas claro. De todos modos, este real ó aparente desaire, que á muchos pareció preludio de su caida, fue escabel de su futuro ensalzamiento, obteniendo á poco el capelo y de seguida la dignidad de primer ministro.

Empezó Alberoni, segun su carácter, halagando á todos, haciendo á cada cual esperar lo que le convenia, y ocupóse en los preparativos de la guerra con el mismo celo que habia desplegado para prevenir su estallido. Recia habia de ser aquella contienda, por cuanto los miembros de la triple alianza habrian de ponerse al lado del Austria, y España habria de verse sola en otra lucha europea: conocíalo así el cardenal, y ya lanzado en este peligroso sendero, procuraba despejarlo de peligros cuando

le fuese dable, previniendo cortesanamente los amagos de las demás naciones, y dando á su primer golpe toda la fuerza del asombro. Así fue que la espedicion destinada á aquella guerra se armaba con el mayor secreto sobre su destino: todos temian, y á todos daba Alberoni falsas seguridades ó satisfacciones equívocas.

A principios de agosto de 1717 salió por fin de Barcelona la misteriosa espedicion: dirigíala el marqués de Lede, y constaba de doce buques de guerra, ciento de transporte y casi nueve mil hombres de desembarco. Toda esta fuerza se dirigió contra Cerdeña, dividida en dos porciones, que por desgracia llegaron allá con diferencia de veinte dias, dando lugar á que el gobernador de Cagliari, que lo era el marqués de Rubí, reforzase su guarnicion y fortificase sus reparos, antes de que todo el golpe de las naves estuviese reunido delante de la plaza. Con todo, estaban en nuestro favor los habitantes, y Cagliari se rindió en breve: tomóse á Alguer y Castel-Genovés, únicas fuerzas que además de Cagliari ofrecieron alguna resistencia, y en tres meses quedó toda la isla sometida á Felipe, proclamándose una completa amnistía en favor de los imperiales. Volvió la espedicion á España, quedando el general Armendariz con cinco mil hombres en Cerdeña para sostener aquella conquista.

Causó gran júbilo en la córte de España la noticia de tan feliz principio á todos, menos al astuto cardenal que conocia los resultados de aquella agresion, á la cual no habia precedido ninguna declaracion de guerra, y sí solo un manifiesto que publicó despues



El cardenal Alberoni

nuestro gobierno, poniéndose en buen lugar ante las demás naciones, y justificando largamente su paso contra el Austria. Alberoni pues se lamentaba entre sus amigos de no haber podido contener á tiempo los bélicos impulsos de su señor, y de que se hubiese emprendido tan azarosa tentativa antes de que el cúmulo de lo preparado hubiese puesto fuera de todo temor á España. Causó el suceso general conmocion: viéronse todos burlados por la mañera astucia de Alberoni, y tornáronse en quejosos los mismos que, conduciéndose el lance de otra manera, hubieran podido quedar en obligacion: indignóse el emperador, trabado entonces con la guerra de los turcos, y reclamó la proteccion de los miembros de la triple alianza; el papa, amenazado por él como sospechoso de connivencia en aquella agresion, y resentido además por el engaño con que lo habian ido entreteniendo, haciéndole creer que las fuerzas de España iban á dirigirse contra los turcos, para cuyo objeto habia hecho concesiones pecuniarias á Felipe V, revocó dichas concesiones, y espedió sobre el caso un breve en términos muy duros, remitiéndolo á España con un nuncio: Alberoni logró impedir la presentacion oficial de dicho breve, y hacerlo caer en descrédito para con el rey, que habló de él en términos bastante desdeñosos.

Entretanto no descuidaba el cardenal los aprestos de una segunda espedicion destinada á dar un golpe decisivo contra la isla de Sicilia, cuya posesion tenia entonces el duque de Saboya, en virtud de cesion estipulada en el tratado de Utrecht. Secundaba la actividad del privado el súbito entusiasmo que habia cundido entre los españoles á vista del favorable resultado obtenido por los nuestros en Cerdeña: aprovechándose de este entusiasmo Alberoni, y previendo peligros que habian de venir tras aquellos primeros pasos, apretó el levantamiento de fuerzas con tanto ahinco, que en breve reunió diez y seis regimientos de infantería y ocho de caballería. Aprovecháronse, organizándolos y formando con ellos regimientos de tropas ligeras los migueletes de Aragon y Cataluña y los contrabandistas de Sierra Morena. Estableciéronse fundicion de cañones en Pamplona y en otras partes fábricas de objetos militares, que hasta entonces habiamos recibido de los extranjeros, y proporcionáronse, por via de compra ó de embargo, sendos buques de guerra y de transporte.

En esto cayó el rey enfermo, y de tanta gravedad,

que hubieron de administrarle los estremos auxilios de la religion. Privado temporalmente el cardenal de tan poderoso amparo, recrecióse contra él gran tumulto de quejas por parte de sus enemigos, acusándolo, así como á todo el partido italiano, de haber motivado tan ardua guerra y tan peligrosísima situacion por solo el afan de sus particulares intereses y con inevitable detrimento de la prosperidad nacional. Halló mala cabida en los ánimos la presunta regencia de la reina, y aun se la llegó á acusar de que intentaba dar veneno al príncipe de Asturias para colocar á su propio hijo Carlos en el trono de España. Entabláronse relaciones con el regente de Francia para que pusiese mano contra estas insidias cuando llegase el caso. Cortó el vuelo á estas murmuraciones y tramas el haber recobrado Felipe su salud, con lo cual, á despecho de sus adversarios, quedó Alberoni mas pujante que nunca, y para espresion de ello fue nombrado grande de España y obispo de Málaga, de donde subió mas adelante á obtener la mitra arzobispal de Sevilla.

Las potencias interesadas en mantener la estabilidad del tratado de Utrecht, alarmadas por el giro que iban tomando las cosas, deshacíanse en esfuerzos para restablecer la concordia entre España y el imperio, mientras el pontífice Clemente XI, débil y vacilante de carácter, fluctuaba indeciso y exasperado entre las amenazas del emperador y la inflexibilidad de nuestro gobierno. Esta complicacion, motivada por la doblez de Alberoni y por el juego de



Felipe V.

tantas pasiones é intereses, dió lugar á largas y difíciles negociaciones diplomáticas de muy prolija y fatigosa enumeracion. Baste decir que, despues de muchas tentativas de paz entre España y Austria hechas por Inglaterra, tibiamente secundadas por Holanda y Francia, y mañosamente dilatadas por Alberoni, despues de muchos arreglos no concluidos y de muchas promesas en vago, despues de muchos manejos contra el cardenal que todos quedaron frustrados por la superior destreza de este personaje, la Inglaterra, cansada ya de tanta lentitud y de tan inextricable laberinto de intrigas, se decidió á tomar cartas de hecho en el asunto, y sin tener en cuenta la exasperacion de nuestro gobierno, armó una es-

cuadra para proteger las costas de Italia. Tomó con esto nuevo aspecto el negocio; pero ni este arranque, ni las acusaciones directas que promovió el emperador ante la Santa Sede, bastaron á enflaquecer el bien templado espíritu de Alberoni. Entró en correspondencia con Ragotzky, ex-soberano de la Transilvania, ofreciéndole subsidios para que distrajese por aquel lado las fuerzas austriacas; suscitó obstáculos á la paz entre este imperio y el de Turquía; dió que hacer al regente promoviendo disturbios en el vecino reino; atrajo á los holandeses con el cebo de ventajas mercantiles, calentando su rivalidad en este punto con Inglaterra; amenazó al papa y despidió de España á su nuncio; distrajo con esperanzas á Victor Amadeo, y fomentó en la Gran Bretaña las discordias civiles, alentando á los parciales de Jacobo Stewart, y aconsejando á Felipe que enviase contra las islas Británicas la espedicion destinada contra Sicilia. En todas partes se hallaban la mano y la inteligencia de aquel hombre singular, cuyo elemento era la intriga y sus principales armas la paciencia y el engaño.

El 18 de junio de 1718 salió de Barcelona una escuadra compuesta de veinte y dos navíos de guerra, tres buques mercantes armados en corso, cuatro galeras, una galeota mallorquina, dos balandras y



El duque de Verwick.

hasta trescientos buques de trasporte: conducíanse en ellos treinta mil hombres, cien piezas de artillería de sitio, cuarenta morteros, y un gran repuesto de municiones y pertrechos. Despues de haber tocado la espedicion en Cagliari, donde se reforzó con alguna gente de la que antes se habia dejado allí para guarnecer la plaza, efectuóse el desembarco en Sicilia. El marqués de Lede iba de jefe de las tropas y de virey de la isla.

Nuestras armas jugaron allí prósperamente al principio, afiliándose á nuestro partido con grandes aclamaciones la mayor parte de los sicilianos. Palermo nos abrió sus puertas; su ciudadela se rindió al cabo de pocos dias de bloqueo, y sus contornos quedaron por Felipe sin gran dilacion ni resistencia. En Mesina se levantaron en nuestro favor los habitantes, y obligaron á la guarnicion piamontesa á encerrarse en el castillo, al cual se le puso sitio inmediatamente. Iban en fin viento en popa nuestros designios, cuando la intervencion inglesa vino á trastornar el empuje de nuestra fortuna.

El ministro inglés Stanhope, habiendo logrado por fin fijar la política de las demás naciones que estaban á la mira de los sucesos, determinó la formacion de una alianza entre su país, Francia y el imperio, que despues fue llamada cuádruple cuando los holandeses entraron tambien en ella. Estipulóse que el emperador no llevaria en adelante el título de rey de España; que la Sicilia le perteneceria, dándosele á Victor Amadeo en compensacion la Cerdeña; que la posesion de los ducados de Parma y Toscana seria reversible al infante don Carlos y la corona de España á la casa de Saboya, y que si los reyes de España y de Sicilia no prestaban su consentimiento á este arreglo en el término de tres meses, las potencias aliadas emplearian sus fuerzas para obligarlos á ello. Oyó nuestro gobierno con indignacion estas condiciones, y Alberoni recibió con mucha irritacion á Stanhope, pariente del ministro inglés, que vino á tratar sobre el asunto con Felipe V.

Pero al mismo tiempo que Stanhope, habia salido de Inglaterra una gruesa escuadra á cargo del almirante Byng para apoyar las proposiciones de los aliados. Al escuchar la negativa del cardenal, Stanhope

le dió por sola réplica la lista de los buques que componian dicha escuadra : Alberoni furioso la rasgó y pisoteó; pero tuvo cuidado de dilatar por espacio de nueve dias la contestacion oficial, para dar tiempo á nuestros buques de refugiarse en Malta. Pero todo fue en vano : habiendo recibido Stanhope por escrito la formal negativa de nuestro rey á las proposiciones que se le imponian, Byng, en conformidad á las órdenes que habia recibido, se presentó con su armada en las costas de Sicilia, donde estaban los españoles á la altura de ventajas que ya dijimos. Propuso primero una suspension de hostilidades, que no fue aceptada; embistió el dia 11 de agosto en las aguas de Siracusa á nuestra escuadra, mandada por Castañeda, buen marino. El resultado de la lucha era inevitable, puesto que los ingleses, sobre ser muy superiores en fuerzas, mezclaron sus buques con los nuestros, ayudando los efectos del viento á los planes del enemigo. Atacados así uno á uno los buques españoles, fueron todos destruidos ó capturados, salvo cuatro navíos y seis fragatas que se refugiaron en el puerto de la Valette. Castañeda quedó herido y prisionero despues de haber combatido con honor. Pasado el hecho, el almirante inglés, escribió al marqués de Lede acusando de la primera agresion á los españoles, y pretendiendo que el anterior accidente no debia considerarse como acto de guerra entre las dos naciones : falsedad lo primero y argucia lo segundo.

Seguian entretanto las negociaciones de paz, habiéndose unido en Madrid á Stanhope el ministro plenipotenciario francés, marqués de Nancré, y dando Alberoni oido á todos con su acostumbrado disimulo, si bien altivo y dispuesto siempre á la guerra. El rey de Inglaterra, primero por el arcaduz del regente y luego por boca de su ministro, ofreció restituir á Gibraltar con tal que Felipe accediese á la cuádruple alianza; pero este rechazó la oferta, manifestando su disgusto por lo que concluyeron los aliados. Estos presentaron para la final accesion un término de tres meses, amenazando con que al espirar dicho término recurririan á las armas, y Felipe por su parte prometió no dejarlas, interin no pasasen á su poder las islas de Sicilia y Cerdeña, y el emperador no limitase el número de sus tropas en Italia, é indemnizase á la casa de Saboya por la pérdida de la Sicilia.

De resultas de la espedicion de Sicilia y de su desastroso éxito, armóse gran tumulto de quejas y recriminaciones por una y otra parte : quejóse España á los ingleses de lo hecho por el almirante Byng; quejóse el Saboyano á los aliados de lo intentado por España; nuestro gobierno respondia con escusas y con nuevas acusaciones, y los espíritus se iban agriando cada vez mas con aquella cábala diplomática. Alberoni, resuelto con mucho vigor á la hostilidad, solicitó á las potencias del Norte contra la Inglaterra, uniéndolas para que mejor sirvieran á su encono, y concertando con ellas que harian una invasion en Alemania, acometerian por dos partes á la Gran Bretaña llevando la voz del pretendiente, y caerian luego sobre Francia para sostener allí los derechos que alegaba Felipe. Mientras no llegaba este caso, Alberoni, puesto en relacion con la duquesa del Maine, hija de Condé, formó en el vecino reino una vasta y bien concertada conspiracion, algo vaga en sus fines, pero muy poderosa en sus medios: proponíase por ella apoderarse de la persona del regente, poner en su lugar, ó tal vez en el trono, á Felipe V, remediar por medio de acertadas innovaciones la decadencia del vecino reino, y separarlo de la alianza de los ingleses é imperiales. Por una de esas casualidades tan comunes en semejantes casos, desdescubrióse la conspiracion precisamente cuando ya estaba próxima á estallar : hiciéronse muchas prisiones de muy altos personajes, estableciése un tribunal especial para conocer del hecho, pasáronse notas á todos los gabinetes, y Felipe V vió descubierta á la faz de la Europa la hilaza de sus planes. Conoció entonces que no le quedaba otro recurso sino el de seguir adelante, y continuar al descubierto el trabajo que habia emprendido en las tinieblas : publicó un manifiesto sobre las razones de su conducta, prendió y espulsó al embajador francés, y de allá le contestaron acusándolo de falsía y declarándole resueltamente la guerra (9 de enero de 1719.)

Aceptáronla con muy buen ánimo los nuestros, arrimando á la frontera su ejército repartido en tres divisiones, á cuyos frentes marchaban el rey, la reina y el cardenal. El regente por el contrario no halló en los suyos la decision que esperaba en pro de su causa : dolíale á muchos guerrear contra un soberano de nacion francés como ellos; muchos de los oficiales habian entrado en la pasada conjuracion, y si el duque de Berwick habia aceptado el mando de las tropas, era porque Villars, guerrero anciano y bien acreditado, se habia negado á dirigir las armas contra un miembro de la familia de sus reyes. El duque de Berwick era el mas apto para tal empeño, por cuanto habia estado otras veces en España, y conocia tan bien como el que mas, su terreno y su gente; pero á la verdad era indecoroso que viniera á lidiar contra españoles un general español, grande de España, y cuyo hijo el duque de Liria militaba por aquella sazon en nuestras filas.

Esperaba Felipe que su presencia y sus escritos bastarian para introducir la desercion en las huestes enemigas; pero á pesar de sus presunciones, bajo cierto punto de vista fundadas, no fue así. Los franceses pasaron la frontera en número de treinta mil hombres, y una escuadra inglesa favorecia sus operaciones costeando aquella marina : ocuparon el puerto de Pasages, y tomaron á Fuenterrabia y San Sebastian, despues de haberse defendido muy bien ambas plazas, y sufrido la segunda un bombardeo de cuarenta dias. En seguida, mientras Felipe estaba resguardado en Pamplona, entró de nuevo en Francia Berwick, y pasó otra vez la frontera por la parte de Cataluña, rindiendo la plaza de Urgel y amenazando la de Rosas; pero el ejército castellano, marchando en direccion paralela al suyo, salvó esta última plaza, y obligó al Francés á la retirada.

Fracasó asimismo por muerte del rey de Suecia é intimidamiento del Ruso la combinacion con las potencias del Norte contra Inglaterra, quedando tambien por este lado nuestra nacion aislada y comprometida. Los ingleses en venganza hicieron con su escuadra mucho estrago en las costas de Galicia. Alberoni por su parte habia dirigido contra las islas Británicas una espedicion en la cual iba el mismo pretendiente; pero que destrozada por una tempestad sobre el cabo de Finisterre, quedó reducida á dos fragatas que llegaron á su destino, y no hicieron cosa de momento. Tambien fracasó por recelos y amenazas del regente otro proyecto contra Bretaña.

En Sicilia estaba el marqués de Lede muy quebrantado por la pérdida de su armada y por el turbion de enemigos que se le venia encima: Victor Amadeo se habia adherido á la cuádruple alianza, y cedido la Sicilia al emperador, y este, desembarazado ya de su lucha contra húngaros y turcos, habia enviado considerables fuerzas á la península italiana. Ningun socorro podia ir de España que no cayese en poder de los buques ingleses que cruzaban sin cesar por aquellas aguas. Así fue que los nuestros desistieron del sitio de Melazzo, perdieron á Mesina y Trápani, y se encerraron en las plazas que quedaban por ellos en la isla.

Holanda, decidida por este cambio de la suerte, accedió tambien á la cuádruple alianza, y Felipe, á

quien se concedió con este motivo otro plazo de tres meses para aceptar el convenio de los aliados, se vió ya en el caso de promover negociaciones de paz. Pero aquellos se negaron á entrar en ellas, como no precediese á los tratos la caida de Alberoni, del cual desconfiaban para todo. Por influjo de los extranjeros y aun de sus mismos enemigos de por acá, armóse contra el ministro una gran máquina de maledicencia y de intrigas. El confesor Daubenton, resentido con el cardenal y esperanzado en conseguir un capelo, influyó mucho en el ánimo del rey contra el favorito, secundando sus esfuerzos Riperdá y otros muchos agraviados ó envidiosos. Hicieron lo mismo cerca de la reina Laura Piscatori, el marqués de Scotti, enviado para ello por el duque de Parma, y el mismo duque en fin, que movido por los ingleses, escribió á su sobrina la reina de España contra Alberoni. Este cayó en fin derribado á impulso de tantos y tan tenaces enemigos, y derribado por la intriga, como herido por la Providencia con la misma arma en cuyo manejo se mostró tan hábil. Despues de una conversacion con los soberanos, en la que no le dieron á entender nada del mal que se le tenía prevenido, recibió una órden el dia 5 de diciembre de 1719 para salir de Madrid en el término de ocho dias y del reino en el término de tres semanas. El espíritu público, que tan adverso le había sido durante su privanza, se tornó tan en su favor ahora, que receloso Felipe V lo hizo salir de Madrid un dia antes del término señalado, y alcanzarle en Lérida por un oficial que revolvió todos sus papeles, y le quitó algunos, con muy poco miramiento á su desgracia.

Despues de haber sido salteado por unos migueletes, y pasado todavía hartas penalidades en España, salió de ella á favor de un disfraz, huyendo el cuerpo de este modo al mal trato con que le amenazaba el odio de los catalanes. Embarcóse en Antibes para Génova, desde donde se le negó la entrada en los Estados Pontificios, no siéndole abierto aquel territorio hasta la muerte de Clemente XI. El odio de Felipe lo persiguió por todo el resto de su vida acarreándole muchos sinsabores: él respondió á la acusacion que ante la Santa Sede presentó contra él el rey de España, con una brillante apología. No se pudo lograr de los cardenales que lo exhonerasen de su dignidad. Permaneció por algun tiempo retirado en Lugano, pequeña aldea de los Apeninos, viviendo modesta y religiosamente. Asistió al cónclave donde fue elegido Inocencio XIII, y mas tranquilo de allí en adelante, obtuvo alguna proteccion de parte de Francia, y Benedicto XIV le confió por último la vicelegacion de Romania, donde terminó su vida haciendo ejecutar obras útiles, y haciendo brillar de cuando en cuando algun estallido de su anterior y maliciosa política.

Su administracion en España no mereció por cierto el encono con que lo trató Felipe V: le era muy servicial y adicto; tenia grandes dotes de gobierno y de diplomacia, á pesar de su doblez y supercherias; y en cuanto á lo malo que hizo, quéjense mas bien los estraños á quienes engañó repetidas veces; quéjense mas bien los súbditos á quienes ligó con mas fuertes lazos bajo el yugo del soberano, que no el rey en cuyo servicio y con la mejor intencion lo hizo todo. Su gobierno, desgraciado á la verdad, y fecundo en empresas desconcertadas, porque en Alberoni habia mas talento que grandeza, mas energía que magnanimidad y mas deseo de servir á los reyes que á la nacion, está señalado sin embargo por una porcion de reformas útiles. Fue sin duda el privado de mas capacidad y de mejores intenciones que habia manejado los destinos de España desde que entró á reinar en ella la dinastía austriaca. La nacion se portó con él con mas justicia que el rey.

CAPITULO XII.

Sucesos posteriores hasta la abdicacion de Felipe V.

Lisonjeábanse los aliados de que con la caida de Alberoni se habian removido todos los obstáculos para la paz; pero, lejos de eso, Felipe solo se avino á las propuestas de la cuádruple alianza con mucho trabajo, sintiendo perder en un momento todo el fruto de sus anteriores tentativas. Y así fue sin embargo: el rey de España, despues de haberse mostrado no menos exigente que lo habia sido su ministro, cedió al fin á la fuerza de la necesidad y al influjo que ejercian sobre él los aliados por medio de algunas personas de su cámara, entre ellas su mismo confesor el jesuita Daubenton, y se convino con la cuádruple alianza de un modo no muy ventajoso por nuestra parte. Renunció Felipe á la corona de Francia, á las islas de Sicilia y Cerdeña, que cada una de ellas se determinó volviese á poder de su monarca anterior, y en general á todas las tierras que por la paz de Utrecht habian sido segregadas de su dominio: en cambio se aseguró á los hijos de su segunda mujer la sucesion á los ducados de Parma y Toscana, con tal que estos no fuesen incorporados á nuestra corona, y el emperador renunció á su título y pretensiones de rey de España. En cuanto á Gibraltar, cuya restitucion habian ofrecido los ingleses y solicitado Felipe por conducto del regente, que era quien, con autorizacion de aquellos, habia empeñado su palabra para tal entrega, consideróla el gobierno británico como una plaza demasiado importante para deshacerse de ella sin mucho aprieto, y evadió la cesion, despues de haber sostenido sobre el asunto largas negociaciones y disputas. Tal fue el escaso fruto que se reportó de aquellas intentonas de engrandecimiento en Italia, sugestion de la reina y trabajo principal de la administracion. Quedó con esto España, si no contáramos entre sus pérdidas las de Gibraltar y la de Menorca, ceñida á líneas de posesion que eran casi sus límites naturales, y de las que nunca debiera haber salido, á no ser por las fronteras de Portugal y por la parte del Estrecho. En el congreso de Cambray, celebrado en 1722, se afianzaron las disposiciones antedichas por una parte, y por otra estalló Felipe en comedida queja contra el emperador, el cual, si bien reconocia el derecho de sucesion eventual de los hijos de Isabel Farnesio al dominio de los estados de Parma y Toscana, consideraba no obstante dichos estados como feudatarios de su corona imperial, contra lo capitulado en los acuerdos de la cuádruple alianza. Así quedó por entonces el asunto.

Otro de los que ocuparon por estos tiempos la atencion de nuestro gobierno, ya fuese empresa de conveniencia ó de consuelo, fue una espedicion contra los moros de Africa, que hacia muchos años no dejaban de hostilizar á Ceuta, y aun tenian establecido sobre ella un largo y molesto sitio en número de cuarenta ó cincuenta mil hombres. Ayudaban á los africanos algunos ingenieros de Europa, con lo cual iban mejor encaminadas sus operaciones y trabajos, y el cerco tomaba cada vez un carácter mas alarmante. A fines de 1720, salió de Cádiz una espedicion mandada por el marqués de Lede y compuesta de diez y seis mil hombres de armas, los mismos que en Sicilia habian hecho guerra contra piamonteses y alemanes, y despues habian salido de allí en virtud de los pactos admitidos por nuestro rey: efectuó el desembarco en tierra de Africa, forzó el campamento de los sitiadores, y en breves dias toda aquella inmensa caterva de moros se vió forzada á desalojar y retirarse á Tetuan y Argel, perdiendo todos sus trabajos y dejando en poder del vencedor todos sus pertrechos, víveres y habitaciones. Supo Felipe la noticia con grande alegría, que espresó remitiendo al

papa un estandarte de los ganados á los bárbaros, y asistiendo por primera vez á un auto de fe, de cuya ceremonia habia abominado mucho en otro tiempo. Cumplia despues de lo hecho avanzar sobre Tetuan; pero sea porque el rey de España no tuviese confianza en la cantidad de fuerzas dispuestas para aquel empeño, sea porque Inglaterra interviniese para cortar nuestros progresos en este sentido, temerosa de que con nuestro ensanchamiento por la parte de Africa, quedase Gibraltar demasiado apretada entre posesiones españolas; ello es que la espedicion de Africa se limitó á lo conseguido, y á fortificar con nuevos reparos la plaza de Ceuta, sin contar con que de este modo se perderia un gran trozo de terreno adquirido en el litoral hasta Túnez, y que solo una tempestad prestó la salvacion á las costas meridionales de España, destrozando una escuadra de moros que contra ellas se dirigian estimulados por la afrenta de la pasada rota. Baste lo dicho sobre el armamento en cuestion, venturoso á la verdad, si bien no tan brillante en sus efectos como debiera.

Continuaban entretanto las negociaciones diplomáticas, las luchas y las evasivas, sin que á Felipe V valiese el haber satisfecho todas las condiciones que se exigieron de él, y mirábanse las córtes de rebjo, temerosa cada cual de las otras, cuando un acontecimiento inesperado, seguido de otro mas inesperado aun, vino á dar distinto giro á las cosas, dirigiendo segun otro rumbo los temores y las esperanzas. Aunque el rey de Francia Luis XV habia llegado á su mayoría segun las leyes francesas, como estas la fijan en una edad muy temprana, y el nuevo rey no pecaba tampoco de precoz, el duque de Orleans seguia ejerciendo la misma autoridad que antes, no ya bajo el título de regente, sino bajo el mas modesto de ministro de la corona. Pero avínole la muerte, y con él murió su política de rivalidad con Felipe V, quedando el cetro del vecino reino encomendado sin mas ayuda á las flojas manos de un adolescente enfermizo y torpe.

Hasta entonces las dos córtes de España y Francia habian estado separadas por una barrera de frialdad, no solo por el desapego que reinaba entre el de Orleans y Felipe V, cuanto por mútuo interés en no escitar con su union los zelos de la Inglaterra. No habian sido parte á establecer una sincera reconciliacion entre uno y otro los matrimonios concertados de don Luis, príncipe de Asturias, con doña Luisa Isabel, hija del regente, y de Luis XV con la infanta María Ana, hija del rey de España y de Isabel Farnesio. Efectúose el primer matrimonio, con grandes festejos y demostraciones de alegría por parte de Felipe; pero con alguna disciplicencia de la nacion, á quien sabia mal ver que la sangre de sus reyes habia de correr mezclada con la de una rama bastarda. En cuanto al segundo matrimonio, siendo de muy tierna edad los dos prometidos, era muy probable que no llegara á consumarse, á pesar de las ambiciosas ilusiones de la reina, gozosa de ver á su hija destinada á colocarse en el trono de Francia; con cuyo motivo el sagaz Villars cumplimentó irónicamente al duque de Orleans en estos términos: «Permitidme, señor »duque, que os felicite como al príncipe mas diestro »de la tierra. Richelieu y Mazarini, esos dos grandes »hombres de estado, no pudieron concebir un pro»yecto como el vuestro. Cumpliendo el 10 de diciem»bre de 1721 el príncipe de Asturias catorce años y »diez la señorita de Montpensier, prometen una su»cesion mas numerosa que la que podemos esperar »de la infanta.

En nuestra córte habia sucedido á Alberoni, si no en el cargo á lo menos en el poder, el P. Daubenton, que despues de haber secundado una porcion de intrigas y servido mal la causa que tuvo á su cargo, fue sorprendido por la muerte al mismo tiempo que por la noticia de su desgracia. Sucedióle en la autoridad con mejores títulos el marqués de Grimaldo, hombre de oscuros principios y de modales complacientes, no muy capaz, pero tampoco muy malvado; de la condicion en fin de las medianías. En tiempo de este fue cuando ocurrió la abdicacion de Felipe V: comunicó su proyecto en primer lugar al príncipe de Asturias su hijo, y en segundo lugar al consejo de Castilla. Pronto fue hecha pública la renuncia y aceptada por el príncipe en igual forma, que desde entonces empezó á reinar con el título de Luis I, siendo proclamado rey de España en Madrid el dia 9 de febrero de 1724. Su padre se reservó una pension anual de cuatrocientos ochenta mil duros, reversible despues de su muerte á la reina: la pension de los infantes se habia fijado en ochenta mil duros y en cuarenta mil la de las infantas, destinándose además una gruesa suma para concluir los trabajos de San Ildefonso. Este real sitio es uno de los recuerdos mas bellos que nos quedan del reinado de Felipe V: construyólo en competencia con el Pardo y demás reales sitios construidos y frecuentados por los reyes de la casa de Austria, y solíalo llamar con razon el pequeño Versalles. Descubrió un dia, cazando por los contornos de Balsain un ameno sitio llamado la Florida, cercano á una hacienda, conocida con el nombre de la Granja, y perteneciente á los Gerónimos de Segovia. Compró el rey la Granja en 1720, y empezó á hacer allí las construcciones para su futura residencia, que hoy admiramos por la feliz combinacion que reina en ella de la naturaleza y del arte. Lleváronse adelante los trabajos con tanto ardor, que en menos de cuatro años se consumieron allí mas de veinte y cuatro millones de duros, y el complaciente Alberoni solia decir á la reina doña Isabel Farnesio al acceder á sus exigencias pecuniarias, que en mas estimaba ella ser condesa de San Ildefonso que reina de España. El nombre de San Ildefonso le habia venido al nuevo palacio, de resultas de una pequeña iglesia que allí se hallaba con la advocacion de este santo.

Mucho y de diferentes maneras han hablado los historiadores sobre esta abdicacion de Felipe V, hecha poco despues de la muerte del regente: atribúyenla unos á las esperanzas que él no dejaba de mantener de sentarse en el trono de Francia, y que para ello habia querido remover el estorbo de la corona de España: otros, á mi parecer con mas fundamento, hacen datar el proyecto desde mucho tiempo antes, suponiendo que Felipe tuvo idea de renunciar su corona en el archiduque, movido por los escrúpulos de que hubiese sido ilegal el testamento de Cárlos II, y dicen que en la presente ocasion bajó el rey del trono, impulsado á ello por su carácter apático y melancólico y la enfermedad de languidez que hacia tiempo le aquejaba. Probable es tambien que todas estas causas se reuniesen para trabajar en pro de un mismo efecto. Así satisfacia á la vez las tentaciones de su ambicion, los escrúpulos de su conciencia y el fastidio de su carácter. De todos modos, la resolucion de Felipe V, aunque hubiese sido sincera en el acto de consumarla, no duró mucho: desde su retiro de San Ildefonso, solicitado á la verdad por su esposa, conservaba frecuentes relaciones con sus amigos de Francia, declaraba intenciones de suceder á Luis XV en la soberanía de aquel reino, y en la misma España, despues de la muerte de Luis I, no anduvo muy reacio para volver á ocupar el trono.

En los últimos años del reinado de Felipe V, resintióse la marcha de los negocios de la indolencia é hipocondría del monarca. Miéntras este hacia una vida solitaria y monótona, los ministros acumularon sobre sí todo el poder dándole visos de arbitrariedad, decayó la influencia de los consejos, y la grandeza de España se vió mas apartada que nunca de los negocios. La autoridad no fue ya cuestion de clases,

sino de personalidades, y se fue aflojando el gran nudo del interés comun.

CAPITULO XIII.

Reinado de Luis I.—Empieza á reinar segunda vez Felipe V.

Valió á Luis I para ser bien acogido por sus nuevos súbditos la circunstancia de ser él español de nacimiento y simpático por naturaleza: así fue que desde su proclamacion lo saludó el pueblo con el epiteto de *bien amado*. No pasaba el nuevo rey de diez y siete años, y aunque su educacion no habia sido tan esmerada como fuera de desear, y su carácter era mas liviano y jugueton de lo que convenia al prestigio de la corona, tenia sin embargo muy buenas dotes, que justificaban el afectuoso título con que fue saludado. Mostrábase jovial, afable y aplicado; no escaso de inteligencia ni bondad de sentimientos, y muy atento y respetuoso á las insinuaciones de su padre y hasta de su madrastra, de quien ciertamente no esperaba buena correspondencia, por cuanto esta mujer lo aborrecia como á obstáculo para el engrandecimiento de su propio hijo Carlos, el cual, siendo habido en las segundas nupcias de Felipe, carecia de los derechos que Luis á la corona de España.

Por lo demás, aunque Luis tuviera poca gravedad y suficiencia para el supremo cargo que sobre él recaia, lo efímero de su reinado, que no llegó á siete meses, lo hubiera librado ante la historia de toda tacha, sin contar con que el papel del monarca era enteramente pasivo, pues el fundador de San Ildefonso era el que desde allí manejaba poderosamente los destinos del reino, siendo Luis I su primer súbdito. Y á la verdad, durante aquel tiempo de su primera juventud, necesitaba Luis la tutela paterna para ir corrigiendo la petulancia y frivolidad naturales á sus pocos años, hasta que corriendo estos fuesen menguando aquellas, y dando cada vez mas lugar á la asiduidad y prudencia, garantías de una feliz direccion. El carácter del nuevo rey era demasiado infantil todavía para presentarse á la Europa de otro modo que un niño cargado con el molesto peso de una corona, y tan poco apegado se mostró desde el principio á la fatiga de los negocios, que á no ser por la intervencion de su padre, el peso y definitiva resolucion de todos ellos, con la autoridad consiguiente, hubiera venido á manos de un valido, renovándose así las adversas temporadas de Lerma y Olivares.



Moneda de la proclamacion de Luis I.

Felipe V en efecto, desde el momento mismo de su abdicacion, dió á entender bien á las claras que no habia renunciado mas que á su título de rey. Acompañólo á San Ildefonso el marqués de Grimaldo, estraña compañía si no hubiera querido seguir en el manejo de los negocios, y Luis I fue rodeado de personas no muy largas de talento, y sí muy dóciles á las inspiraciones del antiguo monarca. Tales fueron el arzobispo de Toledo, el marqués de Mirabal, el obispo de Pamplona, don Miguel de Guerra, don Antonio Sopeña, y el conde de San Esteban del Puerto, ausente á la sazon, y nombrado gran chambelan por pura fórmula. Animaban las muertas ruedas de toda esta máquina de gobernacion y consejo, dos personas, mas visibles que las ya nombradas; pero no menos adictas á la causa de Felipe V: estas eran, el marqués de Lede, flamenco de nacion y de quien ya se ha hecho mérito en el presente relato, y don Bautista Orendayun, que habia sido paje de Grimaldo, y que fue despues marqués de la Paz. El primero, nombrado presidente del consejo de la guerra, era un hombre sagaz y honrado, muy enemigo del Austria, y muy reconocido á la antigua córte por los favores que habia recibido de ella. El segundo, ministro de Estado, era un dócil agente de Grimaldo, y como tal recibia diariamente sus instrucciones. Así de los demás: todos estaban sujetos á la influencia de Felipe, y Grimaldo era en realidad el primer ministro.

El principal objeto de los manejos de Felipe en la época á que nos referimos, solicitado en esto como en todo por Isabel Farnesio, fue el reconocimiento de su hijo el infante don Carlos por sucesor en los ducados de Parma y Toscana, sin dejar de abrigar por eso miras ulteriores y de mas alta trascendencia. Para el arreglo de este negocio fue comisionado el marqués de Monteleon, conocido ya ventajosamente en el mundo diplomático, y que en esta ocasion desempeñó su cometido con habilidad y fortuna. A pesar de la oposicion de Mirabal, aceptóse el plan propuesto y combinado en San Ildefonso por Monteleon para el viaje de don Carlos á Italia con la aprobacion de las córtes de Francia é Inglaterra, y su reconocimiento como sucesor á los ducados de Parma y Toscana, tomando en el acto el título de *gran príncipe*. El mismo Monteleon fue encargado de ejecutar este proyecto.

En la vida interior del monarca ocurrian entretanto sucesos, que de privados pasaron escandalosamente á públicos. Su mujer la reina Luisa Isabel, hija del duque de Orleans, que reunia al natural desembarazo de su carácter la licencia que habia aprendido en la corrompida córte del regente, sobresalia mas de lo regular por sus maneras desenvueltas y caprichosas en la córte de España, grave y afecta al decoro hasta rayar en la nimiedad. Por otra parte, no reinaba la mas buena armonía entre los dos consortes, y aun dicen que no habia llegado á consumarse su matrimonio. El rey, aconsejado

por su padre, echó por el camino del rigor para corregir las libertades de su esposa, y en un público paseo la hizo arrestar y conducir al alcázar viejo. Doblegó esta humillacion de tal modo la altivez de la reina, que cuando á los seis dias de su arresto fue á visitarla el mariscal de Tessé, embajador de Francia, la halló en vez de irritada confusa y suplicante, reconociendo sus faltas, aunque afirmando que no la habian arrastrado á ningun esceso contrario á su honor, y dispuesta á pedir perdon y ofrecer reforma de ellas á su marido. Satisfizo á este aquella muestra de arrepentimiento, y prévia una ceremonia de conciliacion, la volvió á su gracia, despidiendo del servicio de la reina á las damas que mas habian encubierto y favorecido sus imprudencias. Aquella reconciliacion sin embargo no fue mas que aparente: el pasado escándalo atropelló los prometidos respetos; la antipatía entre los dos esposos siguió cada vez mas terca y enconada, y Luisa Isabel, niña de quince años, á quien el referido tratamiento no habia hecho mas efecto que una correccion aplicada á un escolar travieso, dejó de justificar de allí á poco con su conducta las promesas que habia dado de reformarla. Felipe y su mujer, siempre de acuerdo con Luis, y arrepentido aquel de haber proporcionado á su hijo tan desgraciado matrimonio, trataron de decidir el divorcio, suponiendo que la reina estaba demente, y ya tenian dados con gran secreto muchos pasos para conseguir tal fin, cuando todos fueron cortados por la temprana muerte del jóven rey, sobrevenida el dia 31 de agosto de 1724, de resultas de las viruelas.

A tiempo fue su muerte, que tal vez evitó males de mayor trascendencia. Es el caso que, como la posicion de la nueva córte iba siendo cada vez mas insostenible, y los que habian gustado los halagos del poder no podian resignarse á aparecer como simples agentes de las inspiraciones de otro, empezó á trabarse entre una y otra córte, la de San Ildefonso y la de Madrid, una lucha sorda, pero violenta. Reinaba la mayor escasez en el erario por efecto de los gastos hechos en el anterior reinado; el pueblo miraba con disgusto las pretensiones sobre Italia y el dominio de la ambiciosa Parmesana; los ministros se escusaban de todas las faltas diciendo que ellos carecian de poder para remediarlas, y que no hacian mas que obedecer forzados á una influencia superior; y los cortesanos por su parte iban divirtiendo su atencion del ex-monarca para fijarla mas cada vez en el que de presente lo era. Los miembros de la junta de gobierno procuraban mañosamente afirmar su autoridad suscitando zelos contra la vieja córte, é incitando á Luis para que, segun el voto general, se hiciese cargo de la direccion de los negocios por su persona, y rompiese las trabas de tutela que le unian con su padre y con su madrastra. Orendayn fue el que en aquella ocasion se mostró fiel á los intereses de Felipe; por lo que contra él especialmente se dirigieron los tiros de la junta. Redujeron primero sus funciones á las insignificantes de recoger, presentar y efectuar las determinaciones de los demás vocales en junta; pero los de San Ildefonso consiguieron que estos pareceres se recogiesen personalmente, con lo cual les hicieron perder su fuerza moral, y devolvieron su vacilante autoridad al ministro. En efecto, en el primer caso no era este mas que el arcaduz por donde pasaban á la sancion real las disposiciones del gobierno, mientras en el segundo las relaciones eran puramente individuales, y podrian presentarse segun y como mejor conviniera. Quisieron en seguida reducir la pension que se habia señalado Felipe al abdicar; pero tampoco lo consiguieron por espresa negativa del mismo rey, que consideró este acuerdo de la junta como un insulto hecho á su padre. Todo esto no era mas que los barruntos de una tempestad inevitable: así lo conocian todos. Luis, aunque muy despegado de la aridez de los negocios y muy respetuoso para con su padre, habia de querer al fin ser rey de hecho, que es cosa que á todos tienta el apetito, y mas incitándolo é intrigando sin cesar para ello las personas que en torno de él lo aconsejaban. Llegadas las cosas á este terreno, habria de estallar una lucha entre padre é hijo: lucha cuyo éxito seria dudoso; pero cuya prosecucion nos haria sufrir, ya por el desgobierno si se redujese á los límites de gabinete, ya por las desgracias si tomase el carácter de guerra civil. La prematura muerte del rey puso término á esta difícil situacion, y valió tambien á su esposa para no sufrir la humillacion de un divorcio.

Muerto Luis I, y solicitado Felipe por todos los que le eran adictos para que volviese á sentarse en un trono á que tan poco calor habia dado su hijo, mientras otro partido, al frente del cual se hallaban su mismo confesor Bermudez y el marqués de Mirabal, trabajaba con todas sus fuerzas para que no volviese á tomar el título de rey, hervian San Ildefonso y Madrid en intrigas y esperanzas. Deseos tenia en verdad Felipe de volver á su perdido rango, y su mujer lo incitaba enérgicamente; pero teníalo vacilante un escrúpulo de conciencia, porque, segun dicen, habia hecho voto de no volver á reinar. Por fin, conocida ya la voluntad de la nacion, que con pocas escepciones y á pesar de algunas dificultades, preferia ver reinar á su antiguo rey á engolfarse otra vez en los desórdenes del tiempo pasado, remitiéronse los escrúpulos de Felipe á una junta de teólogos, la cual por influjo de Bermudez y contra la esperanza del mismo rey y de todos, opinó que este no debia volver en conciencia á empuñar el cetro, sino gobernar como regente en nombre de su hijo Fernando. Recibió Felipe este dictámen con gran despecho, y el Consejo de Castilla, á quien fue remitido, lo censuró duramente, y reclamó por su rey al padre de Luis I. Por fin, destruido el dictámen de la junta de teólogos por otra junta nueva, y por el mismo nuncio que habló sobre el asunto al monarca, este vencido por sus razones ó afectándolo al menos, envió el 6 de diciembre de 1724 un decreto al Consejo de Castilla, en el cual declaraba que volvia á tomar la riendas del gobierno, y se reservaba, para cohonestar su anterior resistencia, el derecho de abdicar otra vez cuando su hijo Fernando hubiese llegado á edad de poder reinar por sí solo.

CAPITULO XIV.

Principios del segundo reinado de Felipe V.

Inauguró Felipe su reinado con venganzas contra los que habian maquinado contra su influencia en el reinado anterior. Despues de haber asegurado el rey la sucesion de su corona, haciendo reconocer en córtes del reino como príncipe de Asturias á su hijo don Fernando, privó de su alto empleo al marqués de Mirabal, desterró con igual privacion al secretario de Estado Montenegro, y trató al marqués de Lede con tanta aspereza que este murió de allí á poco de despecho. A todo esto, iba decayendo el favor de Grimaldo, y levantándose en su lugar Orendayn, que esta vez no tuvo escrúpulo de sacrificar á su bienhechor. Valióle á aquel por algun tiempo el aprecio que le profesaba el rey, y la costumbre que tenia de despachar con él; pero minaban este influjo los ataques del partido francés y el desvío de la misma reina. Con todo, no llegaron por entonces á derribarlo de su elevado puesto: limitáronse solo á nombrar á Orendayn secretario de la seccion de hacienda, y superintendente de los negocios generales del Estado, cuando Grimaldo estuviese impedido por su vejez y achaques.

Seguian, y llenaron en gran parte el hueco del presente reinado, las pretensiones en Italia, efectos del dominio de la reina sobre el ánimo de su esposo, las cuales, como objeto primordial, estaban discutiéndose á la sazon en el largo é infructuoso congreso de Cambray. Pero los deseos de Isabel Farnesio se veian frustrados con gran impaciencia y despecho de su parte: Francia, Inglaterra y Holanda, faltando á las promesas que habian hecho á nuestro gobierno, y á las aspiraciones de su antigua política la primera, no coadyuvaron al éxito del plan en cuestion que habian prometido favorecer, Francia por tibieza y por zelos de nuestro logro las dos potencias marítimas. La reina con esto, impaciente é irritada, rompió las negociaciones con estos gabinetes, y las estableció inesperadamente con el emperador, enviándole sobre el caso por agente al baron que despues fue duque de Riperdá. Era este el hombre que podia encontrarse mas apto para aquella comision delicada: era holandés de nacion; habia sido católico en su origen; pero despues se hizo protestante por ambicion, y merced á este cambio logró medrar en su patria con el desempeño de importantes destinos. Su amistad con el cardenal Alberoni, quien hacia de él mucho aprecio, y sus proyectos de economía y administracion lo dieron á conocer en la córte de España, y le valieron algunas confianzas de parte de la reina, hasta el punto de que le confiaron la mision á que aquí se hace referencia, y para la cual él mismo no tuvo empacho en ofrecerse. De todos los gobernantes de Europa se habia hecho conocer y estimar en su carrera. Su carácter era flexible y atractivo, su deseo de medro patente á todos, su entendimiento despejado y fácil, aunque mas perspicaz que reflexivo; su amor propio considerable, si bien sabia disimularlo á tiempo; su gusto por la magnificencia grande y desenfrenado. No perdonaba para sostenerla medio alguno, ni hallaba empleo bastante indecoroso con tal que fuese productivo. Su audacia le empujó á los puestos mas elevados, y su ingratitud le hizo coadyuvar á la caida de su mismo amigo Alberoni, á quien debia cuanto era y fue en adelante. Tanto cuidado tenia en dejar bien sujetos todos los cabos de que podia pender su fortuna, que antes de partir para su comision, dejó espuesto un vasto plan de reformas, aumento de recursos y fomento de los intereses creados, con la esperanza de que á su vuelta le darian poder suficiente para poner en práctica dicho plan.

Riperdá partió para Viena, donde se alojó de incógnito, y empezó sus negociaciones muy favorecido en ellas por la fortuna. Era su objeto principal establecer una alianza entre las dos naciones, cimentándola en el casamiento del infante don Carlos con la archiduquesa María Teresa. Conveníale al emperador la alianza, no tanto por hacer cesar una antigua y embarazosa enemistad, cuanto por cortarle de este modo los medros á Francia, cuyo poder le hacia sombra. Hubo oposicion sin embargo al convenio proyectado, de parte de algunos personajes, y aun de la misma emperatriz y archiduquesa; pero estos obstáculos fueron desapareciendo sucesivamente en beneficio del interés comun, gracias por un lado á las enormes sumas que prodigaba Riperdá por cuenta de su gobierno, y por otro á un incidente notable que sobrevino entonces, y que alteró la situacion de las relaciones de casi todas las potencias. Fue el caso que el duque de Borbon, ministro en aquella sazon de Francia, deseando que el rey tomase una esposa impuesta por su mano y que por lo tanto le fuese adicta, eligió para ello á María Leczinki, hija de Estanislao, rey que habia sido de Polonia, y que destronado ahora, vivia como un particular bajo el amparo de la Francia. Era esta princesa, cuyo matrimonio con Luis XV llegó á verificarse, y á quien siempre profesó el monarca francés mas respeto y amistad que verdadero cariño, persona muy digna de estimacion y de muy buenas prendas: su real matrimonio la hizo por otra parte mas desgraciada que orgullosa.

Pero habia un obstáculo para el logro de aquel proyecto del duque de Borbon: consistia dicho obstáculo en que, segun convenio hecho con el regente al mismo tiempo que se determinó el casamiento de su hija con Luis I, se determinó asimismo el casamiento de Luis XV con la infanta de España María Ana, que no tenia en aquella sazon mas que cinco años y en la que se refiere nueve, y se hallaba en Francia esperando llegar á edad núbil para que se consumase el matrimonio. Los esponsales debian haberse verificado cuando cumplió la princesa siete años; pero Borbon, que ya entonces abrigaba en sus mientes el referido proyecto, despues de haber dilatado con especiosos pretestos esta ceremonia, alarmado por una enfermedad que le sobrevino al rey, y temiendo muriese sin sucesion y viniese la corona de Francia á poder de su rival el duque de Orleans, resolvió echar por el camino mas breve decidiendo el matrimonio de Luis XV con la Polaca, y cortar bruscamente el lazo que lo sujetaba á España, remitiéndonos acá á la infanta so pretesto de que su edad era muy tierna para realizar todavía en algunos años el matrimonio, y que las circunstancias exigian que el rey de Francia tuviese descendencia inmediata. Mucha indignacion causó en nuestra córte este mensaje: la viuda de Luis I salió de España; todos los agentes de Francia fueron echados precipitadamente de nuestro territorio; el embajador español se retiró asimismo de París, y las dos naciones quedaron incomunicadas y en tren de hostilidad. Inglaterra siguió unida con Francia, y Felipe, poniendo toda su confianza en las negociaciones con el imperio, retiró sus plenipotenciarios del congreso de Cambray.

En efecto, halagado el emperador y sus ministros por la desavenencia que habia estallado entre los Borbones y por el nuevo giro que en general tomaban las cosas, se mostraron mas dóciles á las insinuaciones de Riperdá, y zanjadas en breve todas las diferencias, concluyóse en Viena, el dia 30 de abril de 1726, un tratado entre una y otra potencia, por el cual, y por otros dos que le fueron adjuntos, se confirmaban los artículos de la cuádruple alianza; se aseguraba por el emperador al infante don Carlos la investidura de los estados de Parma, Plasencia y Toscana; se hacia renuncia de los derechos de Felipe á las Dos Sicilias, y se reconocia y garantizaba por cada una de las partes el derecho de sucesion establecido en los dominios de la otra. El segundo tratado era puramente mercantil, y ofrecia muchas ventajas al comercio austriaco y de las ciudades anseáticas. El tercero y último tratado quedó secreto, dando campo á muchas dudas y cavilaciones: llamóse *tratado de defensa*, y dícese que lo principal que en él se contenia eran prevenciones para un caso de ataque, y convenio para reponer en el trono de Inglaterra á la dinastía de Stewart, motivando el rompimiento por nuestra parte á favor de una demanda de restitucion de Gibraltar y Menorca. En cuanto al matrimonio del infante don Carlos con la archiduquesa, si bien se negoció entonces, no llegó á término de verificarse.

Tan inesperado suceso dejó atónitas y recelosas á las demás naciones, pero, borrada la primera impresion del asombro, se prepararon todas para lo que pudiese suceder. España, enorgullecida con lo gananciosa que habia salido á su parecer de aquella negociacion, aunque no tanto como lo vociferaba el imprudente Riperdá, á quien le valió mucho para su

fortuna él haber sido intermediario en ella; España, decimos, reclamó de los ingleses á Gibraltar con tal premura y hasta insolencia, que estos, no hallando válidas ni dignas ya en aquel caso las escusas que pensaban aducir para estorbar ó aplazar cuando menos dicha restitucion, se negaron resueltamente á ello, y obtuvieron una declaracion de Francia, por la cual se ofrecia á mantener á la Gran Bretaña á todo trance en la posesion de Gibraltar y en el goce de sus privilegios mercantiles. En consecuencia de todo esto, púsose la Europa en tren de lucha, haciéndose á una parte España y Austria, con las que se unieron la Rusia y varios estados pequeños, mientras que para destruir esta union del imperio con nuestra monarquía, formaban una alianza la Inglaterra, la Francia, la Prusia y el Hannover. Empezaron á fomentarse por do quiera disensiones é intrigas. En esto Riperdá, terminado su trabajo en Viena, fue llamado á Madrid, donde llovió sobre él con singular profusion el favor de los reyes: fue nombrado duque de su nombre, secretario de Hacienda é Indias, Guerra y Marina, y revisador de las decisiones de los tribunales. Encomendósele por fin el cargo del Estado, advirtiendo á los ministros extranjeros por su propio conducto que no tuvieran relaciones oficiales sino con él, y quedando Grimaldo reducido á la nulidad.

Pero esta autoridad tan brillante fue no menos que brillante efímera: la cabeza de Riperdá era demasiado pobre para poder resistir á la embriaguez de tantos honores. Crecieron con la autoridad su hinchazon y su petulancia, y á poco tiempo se vió despreciado y aborrecido por los mismos que casi lo habian divinizado cuando su ensalzamiento. La intencion del ministro no era realmente mala; pero la hacia parecer tal la falta de tino. En cuanto se vió en el caso de ponerlas en práctica, desaparecieron las brillantes reformas de que habia hecho mencion en sus escritos: sus reformas económicas en especial llevaron la marca del desacierto; si reforma puede llamarse el haber aumentado el valor de la moneda de oro, suspendido todos los pagos y saqueado á muchas clases de funcionarios públicos so pretesto de dilapidacion. Con el odio que suscitaban contra él estas medidas; con el disgusto que empezaba á mirarle el rey por haber visto cuán incapaz era de cumplir sus promesas de mejora, con los mil compromisos á que le esponian diariamente su indiscrecion y su falta de habilidad, veíase Riperdá en su alto puesto en una posicion bien difícil y precaria. El tipo que él se habia propuesto imitar, si no superar, era Alberoni, á quien, á pesar de toda la presuncion y autoridad del aventurero holandés, se hallaba muy lejos de igualar ni en poder ni en inteligencia. El plan favorito de su política fue la destruccion de la contra alianza convenida por la Francia y las potencias marítimas: valióse para ello ya de las amenazas, ya de los alhagos; ora haciendo preparativos de guerra, ora revelándole al ministro inglés lord Stanhope en son de amenazadora confidencia los artículos secretos del tratado de Viena. Esto fue lo que causó su perdicion, ó por mejor decir, esto fue lo que dió pretesto á ella: el embajador aleman, que estaba enemistado con Riperdá, y que ya desde el principio lo habia puesto mal con las dos córtes, haciendo ver que en cada una de ellas habia ponderado mas de lo conveniente los efectos de su propio trabajo y los recursos de la otra, y quejádose de él porque despues de haber dicho que Felipe V era el rey mas poderoso del mundo, no tenia ahora con qué costear los preparativos de la guerra que pensaba hacer el emperador; despues de haber movido sobre esto una porcion de quejas, contestaciones y réplicas, todas perjudiciales al malhadado ministro, le dió por fin el último golpe quejándose formalmente y en nombre del emperador de que Riperdá hubiese comprometido la causa de los aliados, revelando á lord Stanhope los artículos secretos del tratado de Viena. Ya en esta sazon el crédito de Riperdá estaba profundamente destruido; todos, hasta el mismo rey, deseaban su caida, y solo la reina lo apadrinaba, mas por pertinacia que por conviccion. Ahora ella fue la primera que se volvió indignada contra su hechura, y el presuntuoso Riperdá fue obligado á dimitir, reservándosele una pension considerable para mitigar el rigor de su desgracia. Aun esto perdió el ex-ministro por su torpeza, pues, aturdido por no sé qué imaginaciones de persecucion de los grandes y enfurecimiento del populacho contra su persona, se refugió en casa del embajador inglés, á quien en pago de su hospitalidad reveló con desordenado aumento todos los secretos de estado de la córte de España, y despues de haber dado este paso tan atentatorio á la seguridad é interés del rey y de la nacion, aun tuvo ánimo para escribir á aquel una carta recordándole sus servicios, y aconsejándole que abandonara la alianza del emperador por la de Francia é Inglaterra.

Desde aquí empiezan las estrañas aventuras de Riperdá. Felipe lo reclamó al embajador inglés, y este se negó á entregarlo de un modo tan flojo, que dió ánimos al rey para quebrantar el derecho de naciones, y apoderarse de la persona del ex-ministro en el mismo palacio de la embajada. Esto no dió lugar mas que á una fria protesta del embajador, y á algunas notas diplomáticas cruzadas entre ambos gabinetes y que no tuvieron ninguna consecuencia. Riperdá fué trasladado al alcázar de Segovia, donde pasó en prision quince meses, hasta que halló medio de evadirse, y pasó á Portugal, Inglaterra, Holanda y Rusia. Pero hallándose acosado en todas partes por la persecucion del gobierno español, que se mostraba ansioso de haberlo á mano para castigar sus criminales indiscreciones, pasó á Marruecos, abrazó la religion mahometana, desempeñó elevados cargos y peleó contra huestes españolas. Por fin, ya retirado en Istria, en 1737, la muerte puso fin á los azares de su vida, habiéndose al morir, segun dicen, reducido á nuestra religion. En cuanto á su carácter, si bien amenizado por el talento, no muy digno de detenido estudio, baste para conocerlo lo que queda dicho: quiso sobrepujar á Alberoni, y fue á él lo que Jerjes á Alejandro.

CAPITULO XV.

Sucesos posteriores.

Los años subsiguientes, desde el de 1726 hasta el de 1733, fueron muy vacios de mudanzas y aventuras, siendo pobreza para la historia el moderado bienestar de los pueblos. Grimaldo, sucesor de Riperdá, y Orendayn, ya nombrado marqués de la Paz, dirigieron los negocios despues de la caida de aquel: el primero escudado con su respetabilidad, su honradez, su esperiencia, y su adhesion al rey; el segundo con su servicialidad, sus lisonjas y su obediencia á los menores caprichos de la reina. Habia adquirido el partido aleman tanta preponderancia en nuestra córte, que no se veia sino por los ojos del embajador austriaco, ni se rechazaba ninguna de sus exigencias; Grimaldo, Arriaza, ministro de Hacienda, y Bermudez, confesor del rey, cayeron en desgracia por haber querido contrarrestar esta influencia. El conde de Konigseg, embajador de Austria, tenia tan en alto grado posesionada la voluntad de la reina, que esta mujer, á quien se sometia como siempre todo el giro de los negocios, creia que no habia nada bueno para sus intereses fuera de la córte de Viena, y fueron considerados como perjudiciales enemigos cuantos mantenian buenas relaciones con las córtes de Francia é Inglaterra.

En la primera empezó á ejercer las funciones de primer ministro, no sin que para ello mediasen intrigas de nuestro gabinete, el cardenal Fleury, varon de edad provecta y de carácter honrado y tímido, que sin abrigar, ni con mucho, las tendencias ambiciosas de su antecesor el duque de Borbon, dedicó todos sus cuidados al restablecimiento de la paz. En Inglaterra tambien empezó por entonces á dirigir los asuntos sir Roberto Walpole, que así como Fleury dirigia todas sus miras al mantenimiento de la paz. Gracias á esta concordancia de opiniones, quedaron inutilizados los planes de Felipe para introducir division entre estas dos potencias. Cimiento poco seguro era por otra parte para la alianza entre el emperador y Felipe V la antigua enemistad que habia mediado entre los dos; así que, á pesar de la influencia austriaca, solia alguna vez aflojarse la estrechura de este lazo, y dirigirse nuestras miradas amistosas á Francia ó á Inglaterra; siempre con mas frecuencia á la primera que á la segunda, á pesar del desaire que en ella hicieron quebrantando la promesa de casamiento de Luis XV con la infanta Mariana. A todo esto Felipe no perdia la esperanza de sentarse con el tiempo en el trono francés, esperanza á que daba algun fundamento la poca salud de Luis XV, y sobre lo cual envió á París al abate Montgon con instrucciones secretas, que no le impidieron malograr por su indiscrecion el negocio.

Por otro lado empezaban ya á hacer ruido los aprestos militares. Burlada España en sus planes de separar á la Francia de las potencias contra-aliadas y en especial de la Inglaterra, y no queriendo perder los enormes sacrificios pecuniarios que ya habia hecho á instancias del gobierno de Viena, decidióse que las armas reemplazasen á las demandas y esplicaciones, é hiciéronse preparativos para establecer el sitio sobre la plaza de Gibraltar. El emperador, obligado como se hallaba á segundar nuestros movimientos, se agregó una porcion de pequeños estados para que coadyuvasen al plan comun; se granjeó el apoyo de la Rusia y la neutralidad de la Prusia; intrigó con los jacobitas ó partidarios de la dinastía de Stewart que estaban en el continente, é incomodó á la Inglaterra por cuantos medios pudo. El rey de España emprendió mas francamente las hostilidades, y á la verdad que fueron estas dirigidas con poca fortuna y peor destreza. La captura de un buque inglés, ricamente cargado y perteneciente á la compañía del mar del Sur, en Veracruz, y un proyecto de invasion por nuestra parte en las Islas Británicas, dieron la señal de la lucha. Siguióse el sitio de Gibraltar con un ejército de veinte y cinco mil hombres por la parte de tierra, alarde infructuoso mientras los ingleses tuvieran el mar por suyo. En vano espuso esta misma razon contra el proyectado ataque el marqués de Villadarias, que durante la guerra de sucesion habia intentado semejante empresa, y estaba tan convencido de su imposibilidad por esperiencia propia, que habiéndosele encargado ahora este empeño, prefirió dimitir sus cargos á echar sobre sí la responsabilidad de un nuevo fracaso. Fue nombrado entonces para efectuar el proyecto el marqués de Las Torres, hombre mas presuntuoso que prudente, que contrastando el parecer de los mas espertos militares, dijo que respondia de dejar la plaza por nuestra en el término de seis semanas.

Empezó el sitio el dia 11 de febrero de 1727; pero á pesar de la temeraria promesa del marqués de Las Torres, siguió por mucho tiempo sin que los nuestros consiguiesen ventaja alguna. Los ingleses no se descuidaron ni en enviar refuerzos por la vía del mar á la plaza, ni en contener con mano fuerte las intentonas de los jacobitas, ni en facultar al gobierno por conducto de su parlamento para organizar un ejército de consideracion, ni en tomar á sueldo gran número de soldados extranjeros. Sus buques recorrieron nuestras costas del antiguo y nuevo continente, bloqueando á menudo nuestros puertos, asaltando nuestras flotas y causando en todas partes mucho daño á nuestro comercio. El emperador se vió comprometido tambien á causa de haber sido espulsado su embajador en Inglaterra por haber publicado un manifiesto subversivo contra el gobierno británico. Todo se volvia contra los aliados: Holanda, Suecia y Dinamarca accedieron á la liga de Hannóver; Francia arrimo un ejército á las fronteras de Alemania, sin que la arredrasen las amenazas de Felipe; Prusia empezó á cejar en sus compromisos con el imperio; Rusia dejó de ofrecerle su poderoso apoyo por la muerte de la emperatriz Catalina I, y los pequeños potentados alemanes que se habian unido al Austria con el cebo de los subsidios españoles, volvieron atrás en cuanto faltaron estos. Comprometido así el emperador, se vió en el caso de negociar la paz y privar de su cooperacion á España. Inició los tratos el pontífice, é intervino para su conclusion la Francia, en cuya capital se firmaron los preliminares el dia 31 de mayo, y fueron aceptados despues, no sin trabajo por el embajador español en Viena.

En virtud de estos preliminares, por los que se decidió que las cosas quedasen en el mismo estado que antes de 1725, y las diferencias de mas cuantía se arreglasen en un congreso que se habria de reunir en Aix-la-Chapelle, cesaron las hostilidades y fueron mútuamente resarcidos los daños. Así de esta guerra, aunque breve, no nos resultaron mas que gastos y pérdidas. Pero no siendo el ánimo de nuestro gobierno desistir con tanta facilidad de sus pretensiones, se fue dilatando mañosamente la ratificacion de los preliminares. Ocurrió en esto la muerte de Jorge I y la subida al trono inglés de su hijo Jorge II, continuador de la política del padre; con cuyo motivo Felipe V, siempre enemistado con los ingleses y deseoso de recobrar sus posesiones de Gibraltar y Menorca, empezó de nuevo á fomentar disturbios y á solicitar á los jacobitas, para que tomasen las armas. El emperador asimismo volvió sin escrúpulo á las andadas, atrayendo á su alianza al rey de Prusia y á muchos estados alemanes, y proyectando ataques contra el Hannóver, las Provincias Unidas y aun la Francia. Jorge II supo prevenir estos golpes destruyendo el ascendiente imperial, y obligando á la córte de Madrid, como menos comprometida, á buscar medio de proseguir por su cuenta las negociaciones. No podia la guerra ser en ningun caso destructora habiendo timidez por una parte y deseo de paz por la otra.

El ministro francés Fleury, interesado en este negocio y deseoso de terminarlo á satisfaccion de todos, procuró entrar en buenas relaciones con España, no perdonando para ello medio alguno, ni aun el de desacreditar al emperador en sus cartas confidenciales. Como esto convenia igualmente á Felipe V que á Luis XV, y como ayudaban al dicho fin los lazos de familia y de patria, consiguió el prudente cardenal establecer una reconciliacion entre los dos reyes, tras lo cual se dedicó á conciliar al de España con el de Inglaterra. Esto fue mas difícil por el interés que tenia el emperador en impedirlo, como lo procuraba hacer secretamente, por el poco acierto del embajador holandés, Mr. Vandermeer, que era quien andaba de una á otra parte llevando proposiciones y suavizando réplicas, y sobre todo por el poco deseo que tenian los reyes de España de concluir la paz y las largas dificultades que ponian de intento para embarazar la cuestion. Comprobacion de estas malas disposiciones era, que apenas retirada de nuestras costas la escuadra inglesa, habian dejado subsistentes las obras hechas para el sitio de Gibraltar, con buen golpe de tropas por aquellos contornos en apa-

rato de bloqueo, y habian retenido las mercaderías inglesas que venian en la flota de América, y el navío Príncipe Federico, valiéndose para esta retencion de pretestos especiosos, contra la letra de los preliminares aprobados. Los ingleses por su parte bloquearon á Cádiz, y no dejaban de cruzar con sus buques por nuestras aguas. Para precipitar la marcha de las transacciones vinieron á Madrid Mr. Keen, embajador de Inglaterra, y el conde de Rottembourg, embajador de Francia; ambos muy bien convenidos entre sí, y enviado el segundo con el pretesto oficial de felicitar á los reyes por el nacimiento del infante don Felipe. Largo y fatigoso fuera entrar ahora en pormenores sobre todos los embarazos que ocurrieron en el curso de esta negociacion, con gran impaciencia de todos los paises interesados. La principal sostenedora de dificultades era la reina, tanto por su carácter imperioso y tenaz, cuanto por las sugestiones que sobre ello le hacia el Austriaco por medio de su embajador Konigseg. Todo se volvia conferencias en las cuales nada se determinaba, siendo las dos dificultades capitales que cada cual oponia, el uno la retencion del *buque Príncipe Federico* y efectos de la flota, y el otro la de la plaza de Gibraltar. Por fin, dieron tal vuelco las cosas, que la misma reina allanó los pasos para la reconciliacion, de la cual habia sido hasta entonces el principal impedimento: valió para tanta mudanza, mas bien que el aunado esfuerzo de todos contra ella, en primer lugar, el haberle faltado el incentivo del emperador, por cuanto este se hallaba temeroso por las amenazas de los de la liga hannoveriana y la poca adhesion de los que se le mantenian unidos, y en segundo lugar, y mas particularmente, por haber caido el rey en aquella sazon gravemente enfermo, con cuyo motivo temia ella que le faltara tiempo para sus planes de establecimiento en Italia. Hizo que su esposo se retirara al Pardo, á fin de prevenir ambiciones ocultando á la vista del público los progresos de la enfermedad; hizo entrar en el consejo al príncipe de Asturias, y obtuvo para sí el nombramiento de regente. Desde entonces, en lugar de oponerse al arreglo que se deseaba, se mostró mas solícita que nunca por su conclusion. Determinóla un escrito firmado por Felipe y conocido con el nombre de *acta del Pardo*, por el sitio en que fue firmada: en ella se declaraba la aceptacion de los preliminares con algunas modificaciones de no mucha importancia, y se trasladaba á Soissons el congreso diplomático que se habia proyectado celebrar en Aix-la-Chapelle para resolver todas las diferencias que mediaban entre aquellas naciones. El motivo de la mencionada traslacion no fue otro que la mayor facilidad del cardenal Fleury para asistir y dirigir la marcha del congreso en el primer punto, sin desatender los negocios de la administracion del reino que le estaba encomendado.

El congreso de Soissons se abrió el dia 14 de junio de 1728, y fue tan inútil como el de Cambray: gastóse mucho tiempo en pretensiones y disputas, y finalmente se deshizo aquella junta por cansancio y sucesiva retirada de los que la componian. La córte de España, segun su política habitual, habia sido la que mas habia puesto de su parte para entorpecer los tratos, hasta el punto de retirar á su agente, Mr. de Bournonville, cuando se estaba en el lleno de las discusiones. La reina, incitada por el partido austriaco, persistia en su odio contra la Inglaterra, y seguia, como desde el principio de aquellos disturbios, pagando subsidios al emperador, dejándose gobernar por el agente de aquel, Mr. Konigseg, y molestando en cuanto le era dable con crecientes vejaciones el comercio de los de la liga hannoveriana. Maldecian los españoles la gravosa influencia del Austriaco; pero no por eso era menos real ni menos grande el poder de la reina; salido su esposo de la enfermedad que la habia puesto en cuidado, pero sujeto á frecuentes achaques y melancolías que le privaban á menudo de toda accion en el manejo de los negocios, ella era la que en nombre del rey despachaba con los ministros y firmaba las actuaciones con la estampilla de su marido. Ella era la que sacrificaba al Austria los intereses españoles por la esperanza de que su hijo don Carlos quedara heredado en Italia; ella la que consumia enormes capitales en proyectos desconocidos y en aprestos militares que no llegaron á emplearse en el misterioso objeto para que se les destinaba; ella la que concertó el doble casamiento del príncipe de Asturias con la hija del rey de Portugal, y de la infanta María Ana con el príncipe del Brasil, por quitarle á los hannoverianos un aliado; ella, en fin, fue la que detuvo á duras penas la abdicacion que queria repetir su melancólico esposo, cuyo decreto habia ya sido enviado al consejo de Castilla, y no fue ejecutado porque su presidente, el arzobispo de Valencia, suspendió su publicacion, y dió tiempo á la reina para que acudiera á destruirlo.

A pesar de estos deseos de abdicacion, y lo triste y solitariamente que pasaba su vida, una esperanza vino por este tiempo á conmover el ánimo de Felipe. El rey de Francia adoleció de viruelas, y el de España, contando ya con realizar la halagadora idea de sentarse en el trono que aquel iba á dejar vacío, y maquinando los medios de vencer á los que le saliesen al opósito, pasaba sus dias en grande agitacion y cuidado, cuando el restablecimiento de su sobrino desvaneció otra vez aquella halagüeña ilusion. Sin embargo, este suceso tuvo un influjo favorable en el ánimo del monarca, cuya hipocondria habia llegado á tomar el carácter de demencia, pues sacudido por la ambicion, logró dominar su apatía y dedicarse, ya que no al cumplimiento de sus altos deberes, por lo menos á los cuidados indispensables de la vida comun. Por este tiempo pasó la córte á Andalucía con objeto de ver la llegada de los galeones á Cádiz y el estado de aquel puerto, fijando el rey su residencia en Sevilla, donde permaneció por espacio de cuatro años, volviendo á establecerse en Madrid el centro del gobierno en 1733.

La conducta del emperador con respecto á la reina no era sincera: por mucho que abultase sus promesas, escocíale en el alma que en Italia dominase un Borbon. El marqués de Monteleon, de quien ya tienen conocimiento los lectores, fue quien para fortuna de nuestra nacion empeñada en aquellos interminables debates, reveló á la alucinada reina la doblez de su aliado. Este en efecto habia ofrecido á franceses é ingleses abandonar la alianza de España, con tal que le asegurasen una garantía de la pragmática-sancion; habia solicitado de Antonio, duque de Parma, que se casarse con una princesa de Módena para privar al infante de España de la sucesion eventual de aquellos estados, y habia procurado en fin estorbar este hecho por cuantos medios quedaban á su alcance. Por otra parte, el ministro de Hacienda, don José Patiño, clamaba contra los austriacos que con sus continuas demandas tenian siempre exhausto el tesoro, y á él imposibilitado por falta de recursos para plantear las reformas que tenia en el pensamiento: á fin de remediar este mal, corroboró los asertos de Monteleon y adujo pruebas sobre lo mismo. Siguió la voz el tropel de cortesanos, propensos á herir á quien ven próximo á caer; penetróse de la verdad la reina, y habiendo obtenido del emperador una respuesta evasiva cuando le pidió que espusiera sus intenciones con respecto á lo que se habia tratado entre ellos, dirigióse en son de amistad á los aliados que no deseaban otra cosa, y en breve se ajustó un tratado que se firmó en Sevilla el dia 9 de noviembre de 1729, por el cual se unian en

alianza defensiva España, Francia é Inglaterra, y mas adelante Holanda; se reparaban mútuamente los daños hechos y se devolvian las presas con empeño de no hacerlas para en adelante; se restituia á los ingleses sus privilegios mercantiles, derogándose los concedidos á los austriacos por el tratado de Viena; y se consentia que don Carlos pasase á Italia con alguna hueste española, obligándose las potencias firmantes á asegurar su derecho de sucesion contra quien quiera que se lo disputase. Suprimíase asimismo la llamada compañía de Ostende, que el emperador estaba empeñado en sostener como beneficiosa. Clamó altamente el Austriaco contra este tratado, y rehusó acceder á sus cláusulas, retirando á su embajador en Madrid, amenazando con una guerra general á todo trance, haciendo entrar tropas en el Milanesado, y ocupando con ellas el ducado de Parma, cuyo poseedor acababa de morir, so pretesto de que habia quedado en cinta su viuda: pero por último, obligado por la necesidad y reducido por la intervencion de la Inglaterra, accedió al tratado de Sevilla, con tal que las potencias firmantes de él le aseguraran la pragmática-sancion, y en un tratado con fecha del 22 de julio, quedaron zanjadas las cuestiones particulares entre el emperador y el rey de España. El efecto principal de estos tratados fue apretar la amistad que naturalmente debia existir entre nuestra nacion y la francesa.



Luis I.

El infante don Carlos, niño aun en aquella época, pasó á Italia con algunas tropas, segun lo estipulado, se posesionó de los ducados de Parma y Plasencia, y fue reconocido sucesor del gran ducado de Toscana. Así quedó terminado aquel largo y enfadoso asunto, blanco de tantas intrigas y debates, y colmada por este lado la ambicion de la reina, tanto mas, cuanto que habiendo nacido en 1729 un heredero al rey de Francia, debió aquella perder las esperanzas de colocar á su hijo en el trono de la nacion vecina.

CAPITULO XVI.

Reconquista de Oran y guerra de la sucesion de Polonia

La reconquista de Oran, llevada á cabo despues de lo que queda referido, fue empresa mucho mas útil para nosotros que cuantas se intentaron en aquella

época. Habiánse apoderado de dicha plaza los moros en 1708, capitaneados por un renegado español de baja esfera, conocido por el apoyo de *Bigotillos*, á quien aquel hecho granjeó la dignidad de bey de Oran. Cumplia al honor de nuestra nacion remediar inmediatamente aquella pérdida y castigar á los agresores; pero ocupado con los aprestos de la guerra de sucesion, y despues con los empeños en que lo metió, ya la propia, ya la ajena política, no pudo Felipe V trabajar en el recobro de Oran hasta este tiempo, zanjadas ya todas las diferencias que habian llamado la atencion de la Europa. Verificáronse los preparativos con el sigilo que en caso semejante acostumbraba usar nuestro gobierno; sigilo que, como en otras ocasiones, despertó recelos en las demás potencias, aleccionadas ya por lo que sucedió cuando la espedicíon de Sicilia. Concluido todo el trabajo preparatorio, pasó á Africa el conde de Montemar con un ejército de treinta mil hombres en una escuadra compuesta de doce navíos de guerra, dos fragatas, dos galeotas, doce faluchos armados y sobre cuatrocientos buques de trasporte: apresto formidable, y cual hacia muchos años no se habia visto aportar á las playas de Berbería. Por una estraña combinacion de los sucesos, fue Riperdá, de cuyas aventuras se ha hecho sucinta mencion en uno



D. José Patiño.

de los capítulos anteriores, quien puesto ahora á la cabeza de los moros guerreó con buen ánimo contra las tropas de Montemar. Efectuaron estas en buen órden el desembarco, y despues de algunas escaramuzas de poca monta, trabaron batalla con las huestes de Riperdá, que eran en número de veinte y dos mil moros y dos mil turcos, además de una gran muchedumbre de combatientes indisciplinados, y fueron vencidos con bastante pérdida los bárbaros, quedando por nuestra la plaza de Oran el dia 1.° de julio de 1732. Conseguido esto, volvió Montemar á España con la mayor parte de la armada, habiendo antes intentado inútilmente establecer el sitio de Argel, y habiendo asimismo aplazado la toma de Mostagan, encomendada al marqués de Villadarias, porque el viento impidió que las naves cooperasen con las fuerzas terrestres al logro de aquella tentativa, segun estaba dispuesto en el plan de las operaciones. Quedó por gobernador de Orán el marqués de Santa Cruz de Marcenado, quien tuvo que sufrir mucho por la continua lid de los indígenas, que lo tenian estrechado en la plaza é infestaban los contornos bajo la conducta de Ali-Den, renegado francés, y al fin murió peleando contra ellos en una accion de la que sus tropas reportaron la mas completa victoria. Sucedióle en el cargo el marqués de Villadarias.

Mientras teníamos este logro por la parte de Africa, por otra se nos preparaba una guerra en la que mas habian de jugar nuestras armas que nuestros intereses. Era el motivo de ella la sucesion de Polonia. Murió el rey de esta nacion Augusto III, y Luis XV se empeñó en volver á colocar la corona en las sienes del destronado Estanislao Leczinski, su suegro; los emperadores de Alemania y Rusia sostenian en igual pretension á Augusto, elector de Sajonia é hijo del difunto rey de su mismo nombre. Estanislao atravesó encubiertamente la Alemania, se presentó en sus antiguos estados, y fue elegido rey en dieta parcial celebrada por sus adeptos en la llanura de Vola. Pero aun no habia tenido tiempo para encargarse del gobierno, cuando los dos emperadores metieron sus tropas de el territorio polaco, hicieron salir de allí al protegido de Luis XV, declararon nula la eleccion, y en segunda dieta hicieron que Augusto resultara nombrado rey. Cundió por Europa la noticia de este trastorno, despertando en todos los ánimos encontrados sentimientos: despues de haber perdido mucho tiempo en negociaciones diplomáticas, apelaron unos y otros á las armas, haciéndose á un lado franceses y españoles contra rusos y austriacos. La reina de España era la que mas habia levantado en esta ocasion el espíritu de su marido, y contrarestado las tendencias pacíficas del ministro de Luis XV,

para que se decidiese la guerra, no tanto á la verdad por el interés que tuviera en sostener los empeños de la nacion vecina, ni en dar á los polacos rey á su gusto, cuanto por acrecentar en Italia el poderío de su hijo don Carlos, segun se fueran proporcionando los sucesos, y para imponer al emperador de Alemania que no cesaba de promover pleitos y dificultades sobre el modo de posesion de los ducados de Parma y Plasencia. Sobre Italia, pues, se dirigió el lleno de nuestras fuerzas, que en cualquier otra parte hubieran sido mejor empleadas. La Cerdeña se unió para el efecto á la familia de los Borbones.

El conde de Montemar pasó á Italia, conduciendo un ejército de veinte mil hombres, que efectuó su desembarcó en la costa de Génova, y pasando desde allí á Toscana, asentó su campo en los contornos de Siena. Los franceses, que además de haber traspasado la línea del Rin con un ejército á las órdenes de Berwick, habian enviado sobre el Milanesado otro bajo la conducta de Villars, al que se habia incorporado una division sarda, esperaban que las tropas de Montemar vinieran á cooperar con ellos para la ocupacion de la Lombardía; pero no sucedió así, porque de otro modo lo habia dispuesto la ambicion de la reina.

El infante don Carlos, que tenia entonces catorce años, bien fuese por propia inspiracion ó por secreto consejo de su madre, se hizo declarar mayor de edad y gobernante de hecho como de derecho, y tras esto, salió de Parma, se reunió al ejército español en Siena, y se tituló su generalísimo. Toda aquella fuerza se dirigió al punto y con giro inesperado hácia Nápoles, reino donde los españoles conservaban algunas simpatías, y se habian granjeado los imperiales la aversion popular. Hizo Carlos á los napolitanos en un manifiesto sendas promesas, á nombre de su padre y suyo, de aligeramiento de tributos, estension de franquicias, gobernacion suave, y no establecer en aquellos dominios la inquisicion ni otro tribunal nuevo, y con esto logró que aquella gente se declarase tan en su favor, que ya desde entonces dieron los austriacos tan buena posesion por perdida. El virey se retiró á Roma, y los dos generales Carafa y Trann resolvieron mantenerse á la defensiva, mientras, como si no fuesen bastantes las fuerzas que dirigia Montemar, vino á la costa una escuadra con una division de ocho mil hombres conducida por el conde de Clavijo, el cual ocupó las islas de Ischia y Procida, facilitando así el ataque de la capital.

El ejército español emprendió la invasion con tan buena suerte, que en breve se vieron reducidos los



Vista del peñon y ciudad de Gibraltar, tomada durante el sitio.

imperiales á las dos únicas plazas de Capua y Gaeta. El 10 de abril de 1734 empezaron á efectuar los españoles su entrada en Nápoles, haciéndola de allí á poco don Carlos con gran pompa y aclamaciones del pueblo afecto á novedades y esperanzado de mejoras: el infante se declaró rey de las Dos Sicilias por la autoridad de su padre, y empezó de seguida á parar mientes en las ciudades de su nuevo gobierno.

Montemar entretanto, puesto en persecucion de los austriacos que se habian reforzado hasta el número de nueve mil hombres, los atacó con doce mil cerca de Bitonto, donde habian tomado una posicion bastante fuerte, y los batió con tanto vigor que cayó prisionero casi todo el ejército imperial, escepto cuatrocientos hombres que debieron su salvacion á haber sido mas listos ó mas afortunados en la fuga. Siguió á esto la toma de Capua y Gaeta, á pesar de la mucha energía con que sostuvo el general Trann este último punto, y la solemne coronacion de Carlos, purgado de alemanes todo el reino de Nápoles. La reduccion de Sicilia no se hizo esperar mucho ni costó ningun trabajo, habiéndose repetido en Palermo la ceremonia de la coronacion el dia 3 de julio. El papa, temeroso de los españoles, se mantuvo neutral en aquel caso y rehusó el homenaje que como rey de Nápoles solia tributarle el emperador, lo cual fue dar una muestra tácita de aprobacion. Montemar, en premio de sus buenos servicios, fue elevado á la categoría de duque y grande de España.

Al año siguiente desembarcó con nuevas tropas en Toscana, y uniéndose al ejército franco-sardo, que habia conseguido por su parte grandes ventajas en el Norte de Italia; redujo á Orbitello y fue establecido el bloqueo de Mántua. Unos tumultos suscitados contra los españoles en los Estados Pontificios, dieron á aquellos ocasion para ejercer rigores y exacciones, y aun para que se declarasen preliminares de guerra entre ambas córtes, á no ser porque el papa se allanó á dar humildes satisfacciones á la nuestra, dando para congraciarse el capelo de cardenal y la adminis-

tracion del arzobispado de Toledo al infante don Luis, de edad á la sazon de diez años.

En tal estado seguian los asuntos de Italia, cuando Inglaterra y Holanda mediaron para terminar las hostilidades, y obtenido el consentimiento de Francia y Cerdeña, acordaron un armisticio para la conclusion de un tratado de paz cuyos preliminares fueron la garantía de la pragmática-sancion por Francia; el reconocimiento de don Carlos como rey de las Dos Sicilias por el emperador; la adquisicion de Parma y Toscana hecha por este para indemnizarse de la pérdida anterior, y otros artículos de menor importancia. Llevó muy á mal la córte de España este acomodo hecho sin participacion suya; pero colocada en una posicion muy crítica por su propio aislamiento y por las amenazas de los demás, despues de mucha dilacion y resistencia, firmaron el rey de España el 18 de mayo de 1736, y despues su hijo el rey de Nápoles, los referidos preliminares. A estos siguió el tratado definitivo, que no sin que antes ocurriesen muchas diferencias, demandas y altercados, se concluyó en 1739, y fue aceptado el dia 2 de abril por los reyes de España y Nápoles. Cedió la Francia de sus pretensiones, consintiendo en que Augusto ocupára el trono de Polonia, motivo de la pasada guerra; don Carlos recibió del pontífice la investidura del reino de las Dos Sicilias; muerto en 1737 el gran duque de Toscana, pasaron sus dominios á poder del duque de Lorena, yerno del emperador, incorporándose la Lorena á la Francia, y todo lo demas quedó arreglado segun se dispuso en los preliminares.

En este intermedio habian sucedido dos cosas notables para nosotros. Fue la primera la desavenencia que de leves principios estalló entre nuestra córte y la de Portugal, y creciendo con mas rapidez de lo que podia esperarse, dió lugar á quejas y malos tratamientos de una nacion á otra, y á un ataque contra la colonia del Sacramento, tenida por los portugueses. Estos fueron espelidos (que era tal vez el objeto principal de aquella disension estudiada) de las colonias que habian fundado ilegítimamente en nuestro territorio. Tras esto vino la paz, solicitada por las demas potencias, y aceptada con facilidad por las dos disidentes.

El otro suceso mas lamentable y trascendental para España fue la muerte del ministro don Jose Patiño, ocurrida el 3 de noviembre de 1736, á los pocos dias de haber sido hecho grande de España. Fue á la verdad un hombre muy honrado, celoso é inteligente, que dió gran impulso al comercio, á la marina, y en general á la prosperidad de nuestra nacion, si bien lo culpan algunos por haberse sujetado demasiado á los interesados planes y caprichos de la reina su protectora. Mucho se ha estraviado á nuestro parecer la opinion de los historiadores sobre este ministro: quién halla pequeño en su comparacion á Colbert; quién lo asimila á un cortesano de baja esfera. De todos modos tiene nuestra nacion motivos para felicitarse de la administracion de Patiño, y eso que fue desempeñada en circunstancias muy difíciles y en medio de la mas árdua lucha de intereses y de intrigas.

Creóse á la muerte de Patiño un ministerio cuyo presidente fue don Sebastian de la Cuadra, page que habia sido del marques de Grimaldo, acompañado del marqués de Torrenueva para hacienda, del duque de Montemar para guerra, y don Francisco Varas para marina é Indias.

CAPITULO XVII.

Nuevas guerras contra el Austria y la Gran Bretaña.

Habia entre nosotros y la Gran Bretaña una tan marcada discordia de intereses, que á las frecuentes disputas sobre arreglos mercantiles no podia menos de suceder un rompimiento. Miraba por una parte aquel gobierno con recelosa antipatía todo aumento de la casa de Borbon, á la que, pese á sus protestas, consideraba como su natural enemiga, y escocíale además á Felipe V la pérdida de Gibraltar y la de Menorca. Habia empero entre una y otra nacion esta diferencia: el choque de los ingleses era dirigido especialmente contra el gobierno de Felipe V, sin comprender á la masa de sus vasallos, y Felipe tenia que resistir al pueblo inglés por entero, tan liberalmente entremetido en los negocios públicos, sin cuidarse mucho de su rey ni de las individualidades de su gabinete. En fin, sea como fuere, ello es que la artificiosa alianza que se habia establecido entre las dos naciones, carecia de bases sólidas, y á poco de fundada amenazaba por todas partes ruina.

Los ingleses habian obtenido de nosotros grandes ventajas en el comercio de América; pero siempre se habia eludido por nuestra parte el cumplimiento de estas ventajas, lo cual dió lugar á prolijos altercados. El ministro inglés, Mr. Walpole, hubiera deseado arreglar por via de paz todos aquellos negocios; pero contrariábalo la impaciente energía de las cámaras y la tenaz resistencia de nuestro gobierno. Hiciéronse dos arreglos sucesivos, y ambos fueron inútiles; el primero en Lóndres, á cuya ratificacion se negó nuestra córte, y el segundo se concluyó en el Pardo, bajo buenas condiciones, y fue rechazado por las cámaras inglesas. Walpole, á pesar de sus instintos pacíficos, se vió obligado á ceder á las ardientes escitaciones del pais, y despues de una fórmula de conferencia para ver si todavía podia hallarse alguna manera de convenio, declaróse por ambas partes la guerra.

Esta tomó un carácter singular, siendo vasto teatro de ella el océano Atlántico y nuestras posesiones de América. Salió de nuestros puertos muchedumbre de buques armados en corso, y sacó de los enemigos considerable número de presas. De Inglaterra salió con una regular escuadra el almirante Vernon, y despues de haber intentado en vano apoderarse de unos buques cargados de azogue y otras materias preciosas, que estaban surtos en el puerto de La Guaira, tomó por capitulacion á Portobelo, que por inútil á sus fines hubo de abandonar en seguida despues de haberla desmantelado, y cuyos habitantes para burlar la codicia británica, habian retirado de antemano la mayor parte de sus riquezas. Todo esto mas que nada contribuia á agriar recíprocamente los ánimos, y á afirmar escitándola la enemistad de las dos naciones.

Guarneciéronse y fortificáronse los puntos de mas importancia que nos pertenecian en el Nuevo-Mundo, y envióse allá una escuadra á las órdenes de Pizarro, descendiente del conquistador del Perú. Nuestros enemigos equiparon otra escuadra de veinte y dos navíos de línea, en la que iba fuerza de ocho mil hombres, y que, destinada á hostilizar nuestras plazas sitas en la costa de Cantabria, torció su rumbo por oposicion de los vientos y nuevo acuerdo de los jefes, uniéndose á las naves de Vernon, que tomó el mando general marítimo, así como lord Wentworth el terrestre, y volviendo á Europa sin haber hecho nada, por haber entrado ya la mala estacion y haber perdido mucho tiempo los ingleses en temores y preparativos. Salió de nuevo al mar la misma espedicion, é hizo rumbo á Cartagena de Indias, que ya habia tenido tiempo de ponerse en buen estado de defensa, y cuya espugnacion dificultaba aun mas el esfuerzo de su guarnicion y el generoso denuedo del virey de Nueva Granada, don Sebastian de Eslava. Así fue que los ingleses, á pesar del arrojo con que se lanzaron al ataque contra la plaza, y de la seguridad que tenian de tomarla (como que tenian acu-

ñada moneda para celebrar en Lóndres esta victoria), fracasaron en la empresa, despues de haber perdido mucha sangre en ella, y de haber llegado á trance de desembarco y de asalto, retirándose desconcertados y perseguidos por los sitiados, que les hicieron sufrir mucho con salir tras ellos. No tuvo mejor fin otra tentativa que hicieron contra la isla de Cuba. Entraron en el puerto de Santiago de Cuba, al cual dieron el nuevo nombre de Cumberland; pero careciendo de fuerzas para llevar adelante la empresa, se recogieron á Jamaica, terminando así todos los hechos de esta malograda espedicion, y quedando desavenidos los jefes, perdidos ó estropeados los buques, exhaustas las municiones y pertrechos, y menguado en dos mil hombres el número de la gente útil por causa de las enfermedades y de las armas españolas.

Con mejor fortuna, aunque sin lograr tampoco ventajas de mucho bulto, recorría las costas americanas del mar del Sur, el comodoro inglés Anson, en cuya persecucion fue con sus naves el general de marina don José Pizarro. A unos y otros afligieron mucho los tempestuosos vientos que les asaltaron al doblar el cabo de Hornos, y el mortífero escorbuto que se desarrolló en ambas tripulaciones. Anson efectuó algunos saqueos por aquellas costas del Perú y Chile, entre otros el de la villa de Paita, y despues de haberse detenido algun tiempo en la isla de Juan Fernandez para remediar las fatigas y dolencias de su gente, se hizo de nuevo al mar, y capturó el rico galeon titulado Nuestra Señora de Covadonga, que viajaba en la línea de Acapulco á Manila, y que fue la presa de mayor consideracion que en toda aquella temporada hicieron los enemigos. Así terminaron por entonces aquellas tentativas, frustradas unas, y destinadas otras mas bien al enriquecimiento de los apresadores que al provecho nacional, ni á establecer por armas el predominio de una potencia sobre otra.

Mientras esto pasaba en las apartadas regiones de allende el Atlántico, suscitábanse en Alemania grandes conmociones y peligros. Murió el emperador Carlos VI, y aunque la sucesion en sus estados hereditarios correspondia á su hija María Teresa, segun estaba arreglado por la pragmática sancion, la esperanza de añadir cada cual á sus dominios un pedazo de las estensas posesiones que tenia la casa de Austria, y la poca resistencia que creian hallar en la flaca mano de una mujer, hicieron que la pragmática-sancion no fuera respetada como debiera, y como habian prometido casi todos los príncipes de Europa, y una porcion de pretendientes se alzaron de consuno, con motivos mas ó menos livianos y derechos mas ó menos reales, contra los dominios de la casa de Austria. Esta se habia suscitado desde muy antiguo la aversion de la Europa. Dió la señal del ataque el elector de Baviera, á quien despues nombró emperador la Dieta, y lo fue bajo el nombre de Carlos VII: siguieron el arranque el rey de Polonia y algunos príncipes alemanes; la Prusia y la Francia hicieron alarde de sus esperanzas ambiciosas, y el mismo Felipe, como ligado con lazos de parentesco á la descendencia de Carlos V, espuso á la Dieta pretensiones sobre la Hungría, la Bohemia y los demás estados de la casa de Austria. No eran en verdad estas exorbitantes pretensiones el objeto sobre que tenia fija la vista Felipe V, y solo esperaba que le allanasen ellas el camino para realizar el proyecto que hacia tiempo tenia fijo en el ánimo, y que le habia sugerido la reina en favor de su hijo Felipe. Hecho ya Carlos rey de las Dos Sicilias, como va dicho en estas páginas, restaba lograr para su hermano Felipe algun otro estado en la península italiana, y las posesiones del Austria en Italia parecian á los reyes de España lo mas á propósito para el caso, recomponiendo con ellas el reino de Lombardía.

Así las cosas, la guerra era inminente é inevitable: el Austria, hostigada tan de cerca y tan directamente acometida, fue la que dió un paso decisivo, protestando contra la eleccion del de Baviera, su inveterado enemigo, para emperador. Dicha eleccion se habia debido á la influencia francesa. Entonces se lanzaron de hecho los pretendientes sobre los estados de María Teresa: el rey de Prusia, que lo era á sazon el célebre Federico II, metió de pronto sus tropas en la Silesia, y se apoderó de toda ella con mas facilidad que justicia; derrotando despues dos veces al ejército austriaco. Francia, España y Cerdeña se unieron asimismo contra el Austria, de la que se declararon protectores los estados de Inglaterra, Holanda y Hannover. El ejército francés, unido con el del emperador, avanzó con buen éxito: María Teresa, débil contra tantos enemigos, pero abrigando siempre la confianza en su buen derecho y en los efectos de su simpática fortaleza, se retiró á Hungría, y presentándose á los nobles de aquella tierra en traje de guerra y demandándoles proteccion, los interesó en su favor, los fascinó con su marcial hermosura, y les arrancó el juramento de sostener á todo trance á su reina, juramento que supieron cumplir con entusiasta lealtad, debiendo á ellos mas que á nadie María Teresa la conservacion de su trono. Pero no es nuestro ánimo ni seria propio de tan compendiado resúmen, entrar á referir los acontecimientos de aquella guerra tan general y porfiada, de la que puede decirse que reportó la Prusia, gracias al genio de Federico II, toda la importancia que hoy tiene: limitémonos á decir la parte que tuvo nuestra nacion en aquella baraja de hechos, ya circunscritos á la esfera de los gabinetes, ya verificados á viva fuerza en los campos de batalla.

Aprovechándose del desórden que reinaba en Europa y del aprieto en que se veía el Austria contra tantos enemigos, envió Felipe V una escuadra á Italia, que protegida contra los ingleses por la cooperacion de otra escuadra francesa, condujo á la costa de Génova un ejército de quince mil hombres acaudillados por el duque de Montemar, cuyo nombre era temible á los austriacos desde la jornada de Bitonto. Era el objeto aparente de esta espedicion conquistar los ducados de Parma, Plasencia y Guastala para el infante don Felipe; el verdadero, la adquisicion del Milanesado en pro del mismo infante. Así se granjeaban enemistades y se gastaban las fuerzas de nuestra nacion no mas que por favorecer intereses privados de la familia real. Acudió el rey de las Dos Sicilias á apoyar las pretensiones de su hermano, enviando un buen golpe de tropas de su reino que se reunieron á las huestes de Montemar, formando todos un total de cuarenta mil hombres. Tiempo era de que se verificara esta reunion. Montemar, despues de haber empezado con fortuna sus progresos en aquel territorio, se habia visto detenido por circunstancias que no entraban en su cálculo. En primer lugar, el rey de Cerdeña, con quien Felipe V habia celebrado previa alianza, se separó de ella en cuanto descubrió que la mira principal de los españoles era apoderarse del Milanesado, sobre el cual tenia él mismo sus pretensiones, y sin renunciar á ellas, celebró un convenio provisional con el Austria, y se nos declaró hostil. Además, ya por este tiempo, María Teresa, mas desahogada por otra parte, habia enviado á Italia refuerzos austriacos bajo la direccion de Trann. Añádase á esto que una escuadra inglesa se habia presentado delante de Nápoles, y habia obligado á su rey á hacer promesa solemne de mantenerse neutral. Este cúmulo de circunstancias hizo que perdiese Montemar la superioridad que tenia al principio, y que despues de haber perdido el territorio de Módena, que ya contaba por suyo, tuviese que retirarse con

gran pérdida á las fronteras de Nápoles. Colmó su malestar la retirada de las tropas napolitanas, y la córte de Madrid, injusta en esta ocasion con el vencedor de Bitonto, atribuyó á impericia de este lo que sólo habia sido combinacion desgraciada de los sucesos, y habiéndole relevado de su cargo, envió á Italia para sucederle en él al conde de Gages, no desmerecedor del buen concepto en que se lè tenia. Contribuyó tambien á la desgracia de Montemar el desafecto con que lo miraba el ministro de la guerra, que á la sazon lo era don José de Campillo.

El conde de Gages maniobró no con mejor fortuna que el duque de Montemar, porque seguian militando las mismas circunstancias que habian decidido los últimos movimientos de este. Sin embargo, para corresponder a su reputacion de actividad, antes de retirarse á cuarteles de invierno, ejecutó un movimiento insignificante sobre Módena. Al año siguiente (1743), obedeciendo á una órden terminante é irreflexiva de la reina, que con el deseo que la abrasaba de que su hijo D. Felipe tomara posesion de la Lombardía, le prescribió que, si dentro de tres dias no habia entrado en batalla con el enemigo, resignase en mejores manos el mando del ejército, trabó accion el general español con las tropas que acaudillaba el austriaco Trann, en Campo Santo, durante la tarde y parte de la noche del 3 de febrero. Larga y reñida fue la pelea: Gages hubiera querido sorprender al ejército contrario, y para ello habia tomado sus medidas con singular acierto y sigilo; pero frustradas por la vigilancia de Trann, tuvo que retirarse con mucha pérdida y no poca gloria despues de la pelea, atribuyéndose ambas partes la victoria, y quedando en realidad el honor para nosotros y las ventajas para al adversario. Verdad es que Gages en prueba del buen éxito de la jornada, remitió á su córte banderas que habia ganado al ejército austro-sardo; pero tambien quedó muy reducido el número de sus soldados, y él desde entonces se vió forzado á permanecer en inaccion.

Entretanto la Francia se unia cada vez mas íntimamente con España, ayudando á ello una negociacion que confirmó las disposiciones del rey de Cerdeña: procuraba el gobierno francés atraerlo á sí por cualquier estilo, ó cuando no, reducirlo á viva fuerza á permanecer inofensivo, para lo cual se hacian grandes alistamientos de gente en la Provenza, el Delfinado y la isla de Córcega, y se organizaba un considerable ejército cuyo mando habia tomado el infante D. Felipe. Pero el monarca sardo, atento solo á su interés, y sin doblegarse á promesas ni amenazas, despues de andar en tratos secretos con todos y ver el partido que mas le convenia, se adhirió al Austria, que era la que con mas largueza pagaba su amistad, y se obligó á sostener la guerra en Italia, al frente de cuarenta mil piamonteses y treinta mil sardos (estos últimos mantenidos á sus espensas). Inglaterra le daba para ello un subsidio, y ademas una gruesa suma para rescatar el marquesado de Final que tenian en hipoteca los genoveses, y sobre el cual le habia cedido sus derechos Maria Teresa. En vista pues del fomento que iban tomando sus enemigos, pensaron los Borbones que convenia á su interés comun unir estrechamente sus fuerzas, por lo que, segun tratado concluido en Fontainebleau, se declararon las dos naciones de Francia y España en alianza perpétua, ofensiva y defensiva, ofreciendo Luis XV declarar la guerra al rey de Cerdeña y á la Inglaterra, sin hacer paz con esta última hasta no haberse efectuado la restitucion de Gibraltar, asegurar á don Carlos la posesion del reino de las dos Sicilias, y ayudar al rey de España para la recuperacion de Menorca y la adquisicion de los estados de Milan, Parma y Plasencia.

La fuerza de estos convenios, y el haber pasado á Italia el infante don Felipe con un ejército de cincuenta mil hombres, no bastó á dar calor á las operaciones de la campaña de 1743, ni á impedir que los españoles tuviesen que salir de Rimini. No fue tampoco mas feliz el año siguiente: reunidas las fuerzas navales de españoles y franceses, fueron destinadas parte á destrozar la escuadra del almirante inglés Matews que se habia enseñoreado del Mediterráneo, é imposibilitaba el trasporte de nuestras tropas á Italia, y parte á efectuar un desembarco en las costas de Inglaterra con el pretendiente Stewart á la cabeza, para encender en aquellas islas la hoguera de la guerra civil. Pero este plan fracasó: la escuadra espedicionaria fue ahuyentada por las fuerzas superiores del almirante Nonis, y en cuanto á los buques de trasporte casi todos fueron maltratados ó echados á tierra por el viento. La otra escuadra destinada á purgar el Mediterráneo de las naves inglesas sostuvo contra las de Mr. Matews un choque en las aguas de Hyeres, el dia 14 de abril, choque del que no resultaron mas que pérdidas para una y otra armada, quedando en balanzas la victoria, si bien los españoles la celebraron como suya con tanto ardor, que dieron el título de marqués de la Victoria al general de marina de su nacion que habia asistido á la lucha, don Jose Navarro, y que fue el único de los jefes que se hallaron en ella que salió bien parado. El general francés, Mr. Court, desavenido con su colega y desacreditado ante su gobierno, cayó por algun tiempo en desgracia, lo que ciertamente no merecia. El almirante Matews, que si no salió gananncioso del combate, fue por la flojedad con que le acudió su segundo Lestock, fue llamado así como este, por su gobierno para dar cuenta de su conducta, despues de haberse entretenido mucho tiempo en reparar las averías de sus buques.

Por la parte de Italia habia penetrado un ejército hispano-francés, de sesenta mil hombres, comandado por el infante don Felipe y el príncipe de Conti, el cual, despues de haber logrado algunas ventajas y padecido no pocas privaciones, perdió mucho tiempo y mucha gente delante de Coni, sin poder decidir la rendicion de la plaza, merced á que el rey de Cerdeña logró introducir en ella un refuerzo de seis mil hombres. Retiróse al fin el ejército borbónico, precipitando su retirada hasta el punto de hacerla parecer fuga, por el temor de la hueste sarda que no cesaba de amagar ataques, por la mala estacion que se venia encima amenazando cerrar la via de los Alpes, y por lo muy fatigada y enfermiza que andaba nuestra gente. En el mediodia de Italia, el rey de Nápoles se unió á nuestras armas, quebrantando la promesa de neutralidad que le habia arrancado la coaccion inglesa, y llevando al conde de Gages un refuerzo de diez y siete mil hombres. El general austriaco Lobcowitz, sucesor de Trann, estuvo á punto de apoderarse de la persona de don Carlos y de deshacer por sorpresa al ejército hispano-napolitano en Velletri; pero este, repuesto en breve del impensado ataque, rechazó con mucho denuedo á los agresores. Continuaron por ambas partes algunas tentativas hasta que Lobcowitz, alarmado al ver la mucha gente que perdia, tanto por el hierro enemigo cuanto por las mortíferas exhalaciones de aquel terreno pantanoso, emprendió aceleradamente su retirada, sin que valiera á cortársela Gages, por mas que para el efecto tomó por asalto á Nocera.

El año siguiente (1745) fue mas fecundo en sucesos militares. El rey de Prusia, celoso de la preponderancia austriaca, y temeroso de que así que esta nacion hubiera acabado de reducir á la inaccion á sus actuales enemigos, volviera contra él sus armas para castigar los pasados desmanes y la ocupacion de la Silesia, declaró de nuevo la guerra á Maria Teresa, divirtiendo así por aquel lado las fuerzas impe-

riales. Los genoveses, malcontentos con que se les quitara el marquesado de Final en pro del rey de Cerdeña, se unieron á los Borbones, ofreciendo poner á disposicion de estos un cuerpo de diez mil hombres. Organizóse por aquellos un brillante plan de campaña fundado en la reunion de los dos ejércitos, el del infante y el de Gages; plan cuyo buen éxito aseguraban tantos elementos de victoria. En cumplimiento de órdenes espedidas en este sentido, Gages, que iba ya á invadir el Milanesado, se dirigió á Alejandria, punto de reunion de todas las fuerzas, sufriendo mucho en el tránsito, mas por los rigores de la naturaleza que por los estorbos que oponian á su marcha los enemigos. Despues de haber conseguido cada cual una porcion de ventajas, maniobrando ya de acuerdo los dos ejércitos, que, con los genoveses auxiliares, reunian un total de sesenta y dos mil hombres, se apoderaron de Parma, Plasencia, Pavía y otras muchas plazas, pusieron en fuga al ejército sardo, sin que valiera la tardia llegada del Austríaco, ocuparon en seguida á Alejandría y Asti; poniendo sitio á sus respectivas fortalezas, y por último, quedando la mayor parte de su gente acantonada en buenas posiciones, entró don Felipe en Milan, donde fue recibido como triunfador. A la terminacion de la campaña no poseian los imperiales en el Milanesado mas plaza que la de Mántua, el castillo de Milan y las ciudadelas de Asti y de Alejandría bloqueadas y próximas á rendirse.

Al año siguiente cobró el Austria nuevos bríos en Italia, porque la paz ajustada con el rey de Prusia en diciembre de 1745 la puso en estado de oponer mas refuerzos al ejército de los Borbones. Estos dominaban en una gran estension de terreno, y se preparaban á nuevos logros, cuando la noticia de la paz mencionada abatió de tal manera los brios del gabinete de Versalles, que entró en tratos con el rey de Cerdeña. El astuto Sardo aparentó acceder á ellos, no mas que para despertar los zelos y la liberalidad del Austria, y para dar tiempo á que de allá le llegasen refuerzos; pero España llevó muy á mal estas negociaciones, que consideraba como defeccion, y estuvo muy desavenida con Francia, hasta que esta, convencida de que no habia hecho mas que perder tiempo y victorias con el rey de Cerdeña, volvió á solicitar la amistad de su aliada. Entretanto la suerte de las armas se nos habia tornado adversa. Los sardos pusieron en grande aprieto á Maillebois, director del ejército francés, y los españoles, no menos estrechados por una gran masa de gente austriaca, perdieron á Parma, cuyo gobernador Castelar y casi toda la guarnicion se salvaron á costa de mucho arrojo y fatiga, rompiendo por las filas de los sitiadores, y por fin, puso el colmo á nuestras desgracias la funesta batalla de Plasencia trabada á orillas del rio Trevia el dia 16 de junio de 1746; batalla porfiada y sangrienta que nos ganaron al fin los austro-sardos, y en la que perdimos siete mil hombres entre muertos y prisioneros, y una gran porcion de cañones y banderas.

LIBRO TERCERO.

REINADOS DE FERNANDO VI Y DE CARLOS III.

CAPITULO I.

Muerte de Felipe V y coronacion de Fernando VI.

En esta situacion se hallaban las cosas, y Felipe V cada vez mas atormentado por su hipocondría, cuando un ataque aplopético puso fin á su vida, á poco de haberse efectuado su reconciliacion con la Francia por conducto de Mr. de Noailles, el dia 9 de julio de 1746. Contaba en aquella sazon poco mas de sesenta años de edad, habiendo abarcado un período de cuarenta y seis años desde su primera coronacion hasta su muerte. Hubo en sus dos mujeres varios hijos, á saber: de la primera á Luis, de cuyo brevísimo reinado queda ya hecha mencion; Felipe y Felipe Pedro Gabriel, ambos muertos en edad muy tierna; y Fernando, que fue jurado príncipe de Asturias inmediatamente despues de la muerte de Luis I, y que ahora sucedió á su padre en el trono: de su segunda mujer nacieron Carlos, rey de las Dos Sicilias y despues de España bajo el nombre de Carlos III; Felipe, duque de Parma y Plasencia, á quien dejamos en Italia ocupado en adquirir á fuerza de armas dichas posesiones, que al cabo murió de muy mala muerte, arrastrado un dia de caza por su caballo y despedazado por sus perros; Luis, que continuó anejo á la familia real en calidad de infante de España, y cuya hija, andando los tiempos, casó con el príncipe de la Paz; María Ana, desairada por Luis XV, y casada luego con el príncipe del Brasil; María Teresa que lo fue asimismo con el delfin de Francia, y María Antonia Fernanda, con el duque de Saboya, Victor Amadeo. Larga y feliz sucesion, puesto que los que de ella no tuvieron la equívoca suerte de morir demasiado pronto, se vieron en una posicion acomodada y libres de combates de la desgracia, á no ser el malogrado duque de Parma y Plasencia.

Fue Felipe V llamado por sus vasallos el *Animoso*, y bien pudo merecer este renombre, tanto por su valor personal cuanto por su energía gubernativa en los dias en que se hallaba mas oprimido por la adversidad. Pero el carácter de este rey, cuyas buenas cualidades estaban ocultas bajo su habitual indolencia, la afeminacion de sus escrúpulos y el encogimiento de su porte, necesitaba una fuerte presion de desventuras para aparecer en su vigor, como apareció en los mas estrechos apuros de la guerra de sucesion, cuando sin córte y sin recursos, supo despertar en sus vasallos tanto entusiasmo y tan alhagadoras simpatías. Su segunda mujer, altiva, ambiciosa, disimulada y sagaz, halló medio de adquirir sobre él tan desmesurado predominio, que le enajenó las voluntades de una gran parte de sus súbditos, y estimulada por el deseo de colocar á sus hijos ventajosamente en Italia, divirtió con este objeto estraño á los intereses nacionales todos los recursos que España se hallaba en el caso de suministrar, suscitándonos enemigos en el Austria y tibios amigos en el vecino reino. Favoreció á la influencia de la reina, primero el amor de Felipe á sus esposas y el respeto con que miraba los lazos del matrimonio, y mas adelante, cuando la edad de ambos cónyuges privó á Isabel Farnesio de este poder, cuando llegó á verse en algunas ocasiones malquerida y aun maltratada por Felipe, todavía llegó á conservar su dominio, acrecentando por medio del aislamiento el sombrío humor del monarca, y estimulando el aborrecimiento que este por su hipocondría profesaba á los negocios, á fin de conservar siempre en sus manos las riendas del gobierno. Así era que los ministros, entre los cuales muchos, como Patiño y Alberoni, hubieran podido ir regenerando nuestra postrada monarquía, no lo hicieron cumplidamente, porque se veian forzados á secundar las miras de la reina y á entender mas en la adquisicion de tierras en Italia, que en la prosperidad de los españoles. Mejor se hallaban estos de seguro cuando la tutela de Luis XIV y la preponderancia de la princesa de Ursinos, puesto que entonces su rey, no helado por la vejez ni debilitado por los achaques, recibia consejos y los aplicaba con mas vigor.

De todas maneras, con el advenimiento de Felipe V puede decirse que se inauguró una nueva era para nuestra monarquía. Esta, en efecto, varió repentinamente de forma, de tendencias, de relaciones; sufrió la guerra de sucesion como un síntoma de su

metamórfosis, y salió de ella con menos brillo, pero con mas solidez que en tiempo del emperador Carlos V. En toda la primera parte del reinado en cuestion, veíase por do quier estampado el vigoroso sello de Luis XIV; por do quier, y mas que en ninguna parte en la cabeza del monarca español, acogidas las ideas de Francia, la libertad eclesiástica y la abolicion del Santo Oficio. Verdad es que contra estas novedades pugnaba el espíritu de intolerancia arraigado desde muy antiguo en el ánimo de los españoles; verdad es tambien que la segunda esposa de Felipe hizo dar tal vuelco á la política de su marido, que España retrogradó sensiblemente hasta los tiempos de Felipe III: pero, de todos modos, no se perdieron las semillas de las nuevas ideas, sino que germinaron á su debida época, como no podia menos de suceder, y fueron trayendo los sucesos al estado en que en la actualidad los vemos.

Cundió la ilustracion en el reinado de Felipe V, medrando las ciencias y las artes á la sombra y bajo la proteccion del trono. Creáronse las academias de la Lengua y de la Historia, la de Medicina en Madrid, la de Historia en Barcelona y la de Medicina y Ciencias en Sevilla: institutos desconocidos antes en España, á lo menos bajo el pie que entonces. Por aquel tiempo tambien empezaron á figurar y obtuvieron gran boga los escritos periódicos, y las letras en general recibieron considerable empuje. Ilustraron la marina y las ciencias don Jorge Juan y don Antonio Ulloa; don Gerónimo Ustariz popularizó con regular acierto las mas altas teorías del comercio y de la navegacion; Martí introdujo en España la arqueología; Luzan arregló á nuestra literatura las reglas aristotélicas del clasicismo francés; Ferreras escribió nuestra historia con infatigable celo, gran prolijidad y poca elegancia; Miñana continuó asímismo la narracion que casi siglo y medio antes habia emprendido Mariana; Macanaz hizo en el entendimiento de sus paisanos no menos reformas que Orri habia hecho en la hacienda y Alberoni en la marina, y el ilustre benedictino, Feijóo, en su *Teatro crítico para desengaño de errores comunes*, llevó á cabo un trabajo de erudicion y perseverancia, que si bien hoy no es gran cosa por el fondo ni por el estilo, pudo ser en aquellos años una copiosa fuente de conocimientos para el pueblo. La poesía no estuvo á la verdad representada muy felizmente: entre los poetas dramáticos descollaron don Antonio de Zamora y don José de Cañizares, continuadores con poca variedad del gusto reinante en el siglo anterior; como poeta satírico figuró con merecida ventaja Jorge Pitillas, mientras Gerardo Lobo y don Diego de Torres sobresalian por su ingénio entre una turba de rimadores.

Las tres nobles artes se hallaban en un estado lastimoso: la arquitectura, cuando no copiaba en San Ildefonso las creaciones francesas bajo la direccion del rey, caia en las caprichosas manos de Churriguera ó de Ribera, ó bien venia á morir torturada por el poco génio y desatinado gusto de los discípulos de aquel. En cuanto á pintura y escultura, no floreció por desgracia en todo este largo período ningun artista nacional cuyo nombre merezca ser conservado por la Historia.

La academia de Nobles Artes, proyectada en este reinado y realizada en el siguiente, si bien no creó génios, refrenó por lo menos las exageraciones del mal gusto.

Fernando VI, que contaba treinta y cuatro años de edad cuando subió al trono por muerte de su padre, era un príncipe tímido, reflexivo, melancólico como aquel, con menos energía latente, de poco arranque é inteligencia limitada; pero honrado, bondadoso, y mas afecto á la paz que á la gloria de las armas. La historia de su reinado corre parejas con su carácter personal: narracion suave, sin crísis, desastres ni victorias; tranquila medianía cifrada en el bienestar interior y en la poca ambicion de enagenar lo de fuera; falta de sacrificios porque no habia sobra de pretensiones; impuestos moderados porque la paz no es dispendiosa, y anhelo de reformar porque no habia temores de perder. Tal es en resúmen la historia del reinado de Fernando VI. Estaba casado con María Teresa Bárbara, hija del rey de Portugal, á la cual profesaba el mismo cariño y dejaba tomar la misma preponderancia que Felipe V á Isabel Farnesio: ella ciertamente no se aprovechaba tanto de estas disposiciones de su marido como lo habia hecho la parmesana; tímida, débil, suave, de salud quebrantada, muy sumisa á Fernando y tan aficionada como él á la paz, hubiera merecido que la Historia la mirara con respeto, ya que no con admiracion, á no haber manchado sus buenas cualidades con el vergonzoso defecto de la avaricia.

En cuanto á la reina viuda, que nunca habia profesado grande afecto á Fernando, como hijo que era de la primera mujer de Felipe V, y poseedor de una dignidad que ella hubiera ambicionado para los suyos, se retiró poco despues de haber muerto su esposo á San Ildefonso, cuyo retiro le cedió Fernando, confirmándole al mismo tiempo las donaciones que le habia hecho su padre. Isabel Farnesio se retiró pues al palacio que habia construido Felipe V, pasando allí los veinte y un años que sobrevivió á este, pues si bien á la muerte de Fernando VI, quedó encargada de la direccion de los negocios mientras no viniera de Italia Carlos III, aquella mujer, abatida por la edad ó desengañada de los sinsabores del mundo, apenas hizo mas que un uso nominal de sus facultades.

CAPITULO II.

Administracion del marqués de la Ensenada.

Desempeñaban el ministerio á la muerte de Felipe V, y tenian mucho influjo en el interior del Palacio, el marqués de Villarias, á quien ya conocemos con el nombre de don Sebastian de la Cuadra, y don Zenon de Somodevilla, marqués de la Ensenada, que habia sucedido á Campillo en su cargo. Villarias fue depuesto de allí á poco, y reemplazado por don José de Carvajal y Lancaster, hombre que con su honradez y firmeza se hacia perdonar la cortedad de sus alcances. Tenia el monarca gran deseo de terminar por medio de algun buen acomodo los disgustos de Italia, y para allanar el camino de la paz, empezó quitando todo poder militar al infante don Felipe, y enviando al marqués de la Mina en reemplazo de Gages, á quien se suponia demasiado adicto á los intereses de Francia. El objeto de este primer paso era irse apartando de la alianza con dicha potencia, á fin de esquivar su influjo, y simplificar cada vez mas las discordias. El marqués de la Mina llegó á reunirse con el ejército, cuando este habia tenido que evacuar á Plasencia, quedando vencido por el ejército austro-sardo, y perdiendo en la refriega seis mil hombres entre muertos y prisioneros y un gran número de piezas de artillería. El nuevo general, sin que fueran parte á detenerle las instancias del infante don Felipe ni del general francés Maillebois, condujo las huestes españolas en retirada á la Provenza, obligando así á los franceses á que hicieran lo mismo, por considerarse débiles para luchar solos contra el enemigo, y dejando á los genoveses en la triste necesidad de abrir sus puertas al ejército austro-sardo, y de rendirse casi á merced de los vencedores. Verdad es que las inmoderadas exigencias de estos hicieron que los habitantes de la ciudad apelaran otra vez á las armas y echaran á la guarnicion austriaca: volvió otra vez á establecerse el sitio de Génova; sitio á cuya pro-

longacion cooperaron el desacuerdo que reinaba entre los sitiadores y los socorros que recibian de Francia los sitiados, hasta que el gobierno español, temiendo que si el Austria quedaba muy preponderante en Italia, podria despojar á don Carlos de su reino de las Dos Sicilias, mandó al marqués de la Mina que acudiese con sus tropas en auxilio de Génova, con lo cual esta ciudad quedó libre del cerco y honrada con su resistencia. Animados los franceses con esta cooperacion de los españoles, y con las grandes ventajas que habian obtenido en Flandes, ya en las batallas de Fontenoy, Rocoux y Lanfeld, ya en la adquisicion de casi todos los Paises Bajos, quisieron tomar la ofensiva en Italia y aun tuvieron proyecto de hacer una invasion en Inglaterra. Pero la necesidad de la paz se hacia ya sentir tras de una lucha tan porfiada, y no era España la que hacia ménos gestiones para ello: contrariaba estas gestiones con su habitual terquedad la reina viuda, adicta como antes al partido francés, y favorecíalas la mujer de Fernando VI, naturalmente aficionada á los ingleses, como hija que era del rey de Portugal. La inclinacion característica del rey hizo que el gusto de la esposa prevaleciera sobre el de la madrastra, y coadyuvando á la paz el cansancio de las demás potencias, previas algunas intrigas y formalidades diplomáticas, puso fin á la guerra el tratado concluido en Aix-la-Chapelle el dia 18 de octubre de 1748. Adjudicáronse al infante don Felipe los ducados de Parma, Plasencia y Guastala, con reversion del primero y tercero al Austria y del segundo á la Cerdeña, en caso de que don Felipe pasara á ocupar el trono de Nápoles. Reclamó don Carlos contra esta cláusula, y negó su accesion al tratado; pero esta negativa no influyó sino como dilatoria en el curso de las negociaciones. El tratado del *Asiento* se renovó por cuatro años, difiriéndose la solucion de este punto y de otros pendientes con Inglaterra para un contrato ulterior: suscitáronse con este motivo una porcion de dificultades, fundadas en la inflexibilidad de las pretensiones de los ingleses, y en el afan de nuestro gobierno por impedir que los extranjeros se aprovecharan de las riquezas de América, hasta que las dos naciones se convinieron en un arreglo definitivo, dos años despues de la conclusion del tratado de Aix-la-Chapelle, recibiendo la Inglaterra cien mil libras esterlinas á título de indemnizacion por ciertas reclamaciones, y renunciando por su parte al *Asiento*. De este modo entró España en el pacífico carril de que no se apartó durante todo el reinado de Fernando VI, por mas que la Europa estuvo despues ardiendo en guerras y disensiones, y por mas promesas que se hicieron á nuestra nacion para que tomara parte en ellas.

Eran entonces las personas que se repartian la gobernacion y la influencia sobre el ánimo de los reyes, además de Carvajal, de quien ya se ha dicho algo, y del marqués de la Ensenada, de que habrá que hacer mencion mas despacio, un cantante de mucha nombradía llamado Carlos Broschi, y mas conocido por el sobrenombre de Farinelli, y el padre Rávago confesor del rey y muy dueño de su confianza. La presencia de aquel en palacio era debida al saludable efecto que habian hecho sus cantos en el ánimo de Felipe, á quien distrajera de su humor tétrico, sucediendo lo mismo con Fernando VI, muy semejante en este punto á su padre: por lo demás Farinelli era un hombre sencillo, inteligente y benévolo, muy adicto á los soberanos que lo protegian y muy poco aficionado á abusar de su singular influencia. Pero el personaje principal que descuella en aquella época entre tanta gente apegada al palacio, y dotada por lo comun de buenos instintos, pero de capacidad ceñida á reducidos límites; la personificacion de aquel reinado, como creador que fue de casi todas las ideas y agente de casi todas las mejoras que en él surgieron, era don Zenon de Somodevilla, marqués de la Ensenada, que de modestos principios se fue elevando á tan grande altura, y creciendo al par en diligencia y conocimientos. Fernando VI fue el corazon, Ensenada el alma de nuestra monarquía, y los laudables deseos del monarca hubieran sido estériles sin los servicios del ministro. Este se sobrepuso á Carvajal en breve, resultando entre los dos una viva disidencia, que con varias alternativas se sostuvo hasta la muerte de Carvajal, acaecida en el año 1754. Sintió el rey esta desgracia, y no pudo menos de ser así: su ministro lo habia servido muy bien y con mas destreza de la que habian esperado todos durante los pocos años que tuvo á su cargo la direccion de los negocios extranjeros. Su carácter se diferenciaba en muchos puntos del de Ensenada: este disimulado é insinuante, aquel franco y enérgico; el primero cortando en todos los negocios por lo mas breve, el segundo rodeando para mayor seguridad; Carvajal obrando por instinto y sin gran profundidad de miras ulteriores, Ensenada trabajando con inteligencia y sin descuidar nunca las satisfacciones de su ambicion personal; pero ambos igualmente dispuestos á defender los intereses del país y el honor de su soberano; ambos acordes en la prosecucion del fin, si bien desavenidos en la eleccion de los medios. Las principales negociaciones llevadas á cabo en estos años con la cooperacion de los dos ministros fueron: el tratado definitivo con la Gran Bretaña; el cambio intentado (y no realizado primero por resistencia de los jesuitas y despues por denegacion del monarca portugués) de la colonia del Sacramento por la provincia de Tuy y las misiones jesuíticas del Uruguay; la abrogacion de un tratado de comercio con Dinamarca, paso dado contra el parecer de Ensenada; el tratado de Aranjuez, concluido el dia 14 de junio de 1752, entre el rey de España, el emperador de Alemania, María Teresa, el rey de Cerdeña y el duque de Parma, para asegurar en todo evento la tranquilidad de Italia, segun las cláusulas del tratado de Aix-la-Chapelle; y algunas otras transacciones de menos importancia. Por lo que hace al tratado de Aranjuez, el rey de Nápoles le negó su accesion, juzgándolo contrario al derecho que reconocia en sí de disponer de la corona de Nápoles en caso de que le tocara ceñirse la de España: tampoco se hizo sino á despecho de Ensenada. Todos estos pasos eran promovidos por Carvajal, que propendia mas de lo conveniente en favor de Inglaterra, así como su rival propendia mas de lo conveniente en favor de Francia, si bien ambos anteponiendo á todo el interés de España: así estaban formados en nuestra córte dos partidos, el francés y el austriaco, á la cabeza de los cuales habia colocado la opinion á los dos ministros. Los embajadores de una y otra nacion andaban maquinando con nuestro gobierno, á fin de torcer sus favores cada uno en pro del monarca á quien representaba; porque Francia é Inglaterra, aun no bien enjuta la sangre que derramaron en sus últimas guerras, amagaban ya declarársela de nuevo, como lo hicieron sin que tardara mucho. Fernando VI, solicitado en diversos sentidos, ya por sus ministros, ya por los embajadores, escuchando las razones que cada uno aducia en pro de los derechos de su nacion á ser apoyada por la nuestra, permanecia sin decidirse, ó mas bien resuelto á permanecer en su línea de neutralidad, cuando la muerte de Carvajal robó á Inglaterra su mas celoso partidario y libertó á Francia de su mas acérrimo enemigo. Añádase á esto que Carlos, el rey de Nápoles, indispuesto con su hermano por haber concluido sin contar con él los anteriores convenios, y excitado por el gabinete de Versalles, no dejaba de intrigar en Madrid por conducto de sus agentes en

favor del partído francés, y luego, con gran disgusto del rey de España, se dirigió al gobierno inglés con buenas proposiciones para celebrar su convenio, particular, proposiciones á que la prudente Inglaterra solo contestó con buenas palabras; pero què escitaron hasta lo sumo la susceptibilidad de Fernando VI.

Muerto Carvajal, hubiera quedado dominando sobre todos el marqués de la Ensenada, á no ser porque entonces fué cuando mas tiros descargaron contra él sus adversarios. Aspiró á reunir al ministerio que desempeñaba de Hacienda y Marina, el de Estado que habia quedado vacante por la muerte de su colega: se habló tambien de proponérselo interinamente; pero esta interinidad disgustaba al marqués, que preferia colocar una hechura suya en aquel despacho, de modo que le quedase á él la verdadera direccion. Con todo, á propuesta del duque de Huescar, hijo del de Alba, y del conde de Valparaiso, muy adversos á Ensenada y al partido francés, fue nombrado don Ricardo Wall, irlandés al servicio de España, que se hallaba entonces desempeñando nuestra embajada en Inglaterra, por lo cual se remitió aviso, y el duque de Huescar quedó mientras aquel no viniera encargado del ministerio. Este fue el mas duro golpe que recibió Ensenada, y que sirvió como de preliminar á su caida: sus dos principales amigos la reina y Farinelli, no lo apoyaban con la suficiente eficacia, aquella porque se disgustaba de que el ministro anduviese en compromisos tan íntimos con los franceses, y este por su desapego á intervenir en los negocios públicos. El confesor del rey estaba tambien unido á Ensenada, y fue por eso blanco de las mismas enemistades. Empezó la lucha contra el marqués, y reavivándose con el peligro la energía, el padre Rávago se defendió muy bien. La reina se interesó por el ministro, y el mismo Farinelli, echando á un lado su circunspeccion, empleó todo su influjo en provecho de su amigo. Pero en vano: la caida de este estaba preparada muy de antemano y con muy poderoso empuje, y resuelta ya en el ánimo del monarca. La llegada de Wall la decidió. Este hombre estraordinario, á la vez honrado y artero, de miras profundas y agradable trato, se insinuó con tanta facilidad en el ánimo del rey, que le hizo decir que la destitucion de Ensenada era nada menos que una inspiracion divina. Achacósele á este su amistad con Francia, y los perjuicios que por cumplir con ella habia querido causar á España, lo poco que habia hecho para evitar todo caso de rompimiento entre ingleses y españoles, las intenciones hostiles que habia tenido con respecto al comercio británico y los establecimientos de esta nacion en la costa de los Mosquitos; no se perdonó en fin acriminacion ni sospecha. En vista de estos cargos, mas ó menos fundados, pero nunca terminantes, el rey no se contentó con destituir al marqués, sino que lo arrestó y envió desterrado á Granada, sin darle tiempo para hacer ningun preparativo. Intentóse asimismo sujetarlo á causa criminal, é hízose un prolijo é indecoroso inventario de todos los efectos hallados en su casa, y hasta de los comestibles que contenia su despensa: la suntuosidad de aquellos sirvió de pié para nuevas acusaciones, achacándose á malos medios la acumulacion de tanta riqueza. Wall, que solicitado por el astuto M. Keen, embajador inglés, fue el autor de esta caida, apeló para conseguirla á medios tan poco francos que salió de su empresa triunfante pero no lucido.

Así terminó el valimiento del justamente célebre marqués de la Ensenada, cuyo destierro no fue levantado hasta que entró á reinar Carlos III. Mucho le debe España sin duda, y de ninguna manera, á pesar de lo que pudieron decir sus enemigos, pensó nunca en hacerla depender de influencias transpirenáicas. La bien entendida economía que introdujo en la Hacienda, el fomento que dió á todos los ramos, y en especial á la marina, no demuestran ciertamente intenciones de dejar á nuestra nacion postergada: muy largo fuera entrar en la enumeracion de todos los bienes que llevó á cabo: bástenos decir que á su actividad, inteligencia y buen celo debió toda su prosperidad España durante el reinado de Fernando VI. El mismo rey que lo apreciaba sin quererlo, solia despues de su caida citarlo por modelo á los ministros que le sucedieron. Los diversos ramos que había dirigido Ensenada se repartieron entre varios despues de su desgracia: el conde de Valparaiso fue nombrado ministro de Hacienda; don Sebastian de Eslava de la Guerra, y don Julian de Arriaga de Marina é Indias. A la desgracia de Ensenada acompañó la de algunos de sus amigos y sucedió con breve intérvalo la del P. Rávago. Quedó Wall siendo el alma del nuevo ministerio, sin que valieran para hacer menguar su influencia el oculto rencor de los *ensenadistas*, ni las disensiones que hubo entre él y el duque de Huescar, ya duque de Alba por la muerte de su padre, y que se hallaba muy poco satisfecho del estado de las cosas.

CAPITULO III.

Fin del reinado de Fernando VI.

No por haber decidido la desgracia del marqués de la Ensenada y la caida del partido francés, sacó Inglaterra el fruto que esperaba de sus intrigas. Wall, ya colocado en el ministerio, bien fuese porque el rey le hubiese manifestado sobre este punto su terminante voluntad, bien porque sacrificase á los deberes de su ministerio sus afecciones y hasta sus promesas en favor de la Gran Bretaña, negó al ministro inglés, á pesar de toda la porfía que este sostuvo por medio del embajador de su nacion, Mr. Keen, todo favor directo ni indirecto de España en la guerra cuyo estallido se hacía ya sentir entre ingleses y franceses. Estos por su parte sostuvieron el mismo empeño con nuestra córte; pero tampoco salieron mejor librados, siendo los esfuerzos de una y otra potencia mas bien que ayuda, rémora para que España se decidiese por ninguna.

Empezaron entretanto las hostilidades, primero en ambas Indias, y despues en el mismo continente, uniéndose ingleses y prusianos contra franceses y austriacos: hiciéronse á la parte de estos la Rusia, la Suecia y una porcion de estados alemanes; Dinamarca y Holanda conservaron prudentemente su neutralidad; de modo que el gobierno británico se halló fuertemente apurado con tantos enemigos, y no menos Federico II, cuyo reino ofrecia tantas entradas al invasor. Con todo, era tan grande su arrojo y su destreza, que sin dejarse amilanar por las circunstancias, tomó la ofensiva, se hizo dueño de Sajonia, y rechazó á los austriacos en Praga; pero obligado despues á cejar ante la superioridad numérica de sus contrarios, se recogió á Silesia, mientras rusos y suecos entraban sin resistencia por el territorio prusiano. Los franceses por otro lado derrotaron al ejército inglés en Hastembeck, ocuparon el Hannover y la parte prusiana del círculo de Westphalia, y una espedicion de los suyos, al mando del mariscal de Richelieu quitó á Inglaterra la importante isla de Menorca. Así empezó la famosa guerra llamada por su duracion *de siete años*, en la que despues, volviéndose las cosas del estado en que estaban al principio, adquirió el reino de Prusia la importancia que ha conservado hasta nuestros días, y quedaron los franceses con poca honra.

En tal situacion, Inglaterra debia tener un gran interés en atraerse la cooperacion de España: lo tuvo en efecto, y lo demostró entre otras cosas ofreciendo formalmente el célebre lord Chatham, padre

del no menos célebre Pitt, y que era á la sazon el ministro de mas influencia y popularidad en Londres; la restitucion de Gibraltar á Fernando VI con tal que nuestra nacion comprometiera sus armas con las de Prusia y la Gran Bretaña. No aceptó nuestro gobierno esta oferta, tanto mas cuanto que venia acompañada de muchas restricciones, entre otras la de que habíamos de ayudar nosotros mismos al gobierno inglés para la recuperacion de Menorca. Mas generosos fueron los franceses, ó por mejor decir, á mas alto precio quisieron pagar nuestra ayuda, pues ya nos habian ofrecido cedernos dicha isla sin restricciones, ayudarnos al recobro de Gibraltar, é influir juntamente con la córte de Viena para que el infante don Felipe fuese colocado en el trono de Polonia á la muerte de su rey Augusto, la cual no se haria esperar mucho segun lo quebrantado que andaba de salud este monarca. El proyecto fue muy sostenido por la viuda de Felipe V, atenta siempre al engrandecimiento de sus hijos; pero el rey lo rechazó, así como todas las demás ofertas, mas deseoso de mantener la paz en sus reinos que de nada. Mas de estas intrigas resultaba que el partido francés iba creciendo en número de dia en dia, y que el partido inglés, mal visto por la generalidad de los españoles, se iba reduciendo cada vez mas en torno de Wall, que aburrido de aquellas luchas llegó á pensar seriamente en abandonar el ministerio, y á quien el público empezaba á mirar con malos ojos por su mucho apego á Inglaterra.

El *borbonismo*, como llamaban los agentes ingleses á nuestras simpatías con Francia, iba haciendo singulares progresos, y complicándose las intrigas con gran disgusto de todos, y en especial del rey, cuando dió nuevo giro á los asuntos y á las esperanzas el fallecimiento de este, ocurrido con el siguiente motivo. La reina María Bárbara, aquejada hacia tiempo por una enfermedad crónica, murió de resulta de ella el dia 27 de agosto de 1758. El sentimiento por aquella desgracia influyó con tanta energía en el ánimo de su esposo, que encerrado en el castillo de Villaviciosa, negándose á toda comunicacion sobre asuntos políticos y á recibir á nadie, sin esceptuar á veces á su mismo hermano don Luis, descuidando la satisfaccion de sus mas perentorias necesidades, víctima en fin de la mas negra melancolía y de las mas estrañas alucinaciones, pasó Fernando VI cerca de un año en este estado de desesperacion, hasta que su pena y el mal trato que se daba acabaron con su vida el dia 10 de agosto de 1759, á los cuarenta y siete años de edad y trece de reinado.

El pueblo sintió mucho su muerte y lamentó la brevedad del tiempo que habia ocupado el trono, porque la templanza de su gobernacion, el esmero con que habia subvenido á todas las necesidades, y el patrocinio que habia dispensado á todos los méritos eran suficiente motivo para que Fernando VI se hiciera querer de sus vasallos, á pesar de que su persona no fue simpática, ni su carácter amable, ni su inteligencia despejada, ni sus maneras seductoras. Compensaba la falta de estas prendas con las buenas dotes de su corazon: era económico en sus propios gastos; pero liberal para remediar las necesidades ajenas; mas sensible á los afectos de la humanidad en general que á los de la amistad en particular; su amor á la paz lo hizo enérgico para resistir las instigaciones de los extranjeros y hasta el apremio de los individuos de su familia, y á esta paz tan bien sostenida durante casi todo el reinado de que vamos tratando, así como á la inteligente direccion de Ensenada, se debió el desarrollo de nuestra monarquía y las mejoras de nuestra situacion material proyectadas en el reinado de Felipe V, emprendidas en el de Fernando VI, y llevadas á feliz término en el de Carlos III. Nuestras rentas estaban en muy buen estado; las cajas de nuestro tesoro henchidas de riquezas; ninguna deuda se contrajo, y á pesar de todo (cosa estraña) no solo no se pagaron los créditos de Felipe V, sino que tambien se exigió á algunos particulares (por lo general funcionarios públicos) que cediesen al erario una parte de sus rentas. Favorecióse al comercio facilitando los cambios por la intervencion del mismo gobierno en los descuentos, y considerando á la moneda y los metales preciosos como cualquiera otra mercancía: gran adelanto en nuestra administracion.

Siguieron en esta época cultivándose las letras con mas erudicion que gusto, figurando entre los prosistas Sarmiento, el P. Isla y el eruditísimo don Gregorio Mayans y Ciscar, y entre los poetas don Agustin Montiano y Luyando, que inauguró entre nosotros con poca ventura la tragedia pseudo-griega que corria con mucha boga entre los franceses. La música fue muy cultivada, y tuvo por su mejor representante á Farinelli, aunque extranjero. Las nobles artes, si bien favorecidas por el rey con la creacion de la Academia de San Fernando, no tuvieron tampoco mucho medro, siendo el recuerdo mas considerable que de allá nos queda el real monasterio de las Salesas de Madrid, en cuya construccion se invirtieron considerables sumas, y en cuya iglesia descansan los cuerpos de los régios consortes. Baste con lo dicho sobre el reinado de Fernando VI.

El monarca en su testamento habia declarado por sucesor de sus reinos á su hermano Carlos III, y por regente, mientras este no viniese á tomar posesion de la corona, á su madrastra Isabel Farnesio, la cual, contra lo que de ella se esperaba, tomó en el gobierno la menor parte posible. Dicen que para estorbar la coronacion de Carlos, se formó su partido oculto y bastante poderoso, muy apoyado por la Francia, en favor del infante don Felipe; pero este plan, sea de ello lo que fuere, no llegó á hacerse manifiesto. De todos modos, Carlos, sabida la noticia de lo que por acá pasaba, tomó el título de rey de España, y determinó venir á ejercerlo en cuanto acabara de arreglar los negocios de su antiguo reino. En primer lugar el duque de Parma pretendia suceder á su hermano Carlos en el trono de las Dos Sicilias, y lo apoyaban el Austria y la Cerdeña, por tal de agregar á sus propios dominios la primera los ducados de Parma y Guastala, y la segunda casi todo el de Plasencia, segun quedó convenido cuando la paz de Aquisgran. Pero Carlos repugnaba esto, por cuanto queria dejar á uno de sus hijos en el trono de Nápoles: opúsose pues, y gracias á que Cerdeña estaba muy debilitada entonces, y el Austria muy ocupada en sus guerras con la Prusia, logró frustrar la ambicion de su hermano, dando al rey de Cerdeña una suma para indemnizarlo por la pérdida de las tierras que esperaba, y satisfaciendo al Austria con algunas consideraciones y con el ajuste del doble casamiento de Leopoldo, presunto heredero del gran ducado de Toscana, con una infanta de España, y del archiduque José con una princesa de Parma. Zanjada esta primera dificultad, colocó Carlos III en el trono de Nápoles á su hijo Fernando, escluyendo á Carlos, que era el primero por su incapacidad mental, resultado de unos ataques epilépticos que padecia; arregló la sucesion de aquel trono, llamando á él á sus dos hermanos Felipe y Luis y sus descendientes, en caso de que faltase descendencia directa de Fernando; y ciñó á este su propia espada diciéndole: «Luis XIV, rey de Francia, dió esta espada á Felipe V vuestro abuelo: de él la he recibido y os la doy. »No la saqueis nunca, si no en defensa de la religion »y de vuestros súbditos.» Palabras que, por buenas que fueran, no pasaban de ser una ceremonia, puesto que la persona á quien iban dirigidas, ni las comprendió bien entonces, ni se aprovechó de ellas en

adelante. Hecho esto, y establecido un consejo de regencia para que gobernase durante la menor edad de Fernando, Carlos III se despidió de los que habian yá dejado de ser sus súbditos, y que lo vieron partir penetrados de cariñosa tristeza por los buenos recuerdos que dejaba en aquel país. Despues de una próspera travesía aportó á Barcelona, donde restituyó a los catalanes algunas de sus antiguas prerogativas, y el dia 9 de diciembre entró en Madrid. Uno de sus primeros actos fue levantar el destierro á Ensenada y á su confidente Ordeñana, que tambien habia participado de la desgracia de su señor; pero dejó menguadas las esperanzas del marqués, el cual esperaba subir otra vez al ministerio. En cuanto á Farinelli, aunque se le conservó la pension que se le habia señalado por Fernando VI, fue espulsado inmediatamente de España á solicitud de la reina madre. Retiróse muy afectado á Bolonia, donde vivió en paz hasta la edad de setenta y ocho años, acaeciendo su muerte en 1782.

Carlos III efectuó su entrada ceremonial el dia 16 de julio de 1760, recibió el homenaje de sus súbditos, é hizo jurar por príncipe de Asturias á su segundo hijo Carlos, escluyendo al primero por la misma causa que lo hizo en Nápoles. En cuanto á los ministros, conservó á Wall y á los demás que habian servido á su hermano, escepto al conde de Valparaiso, ministro de hacienda, en cuyo lugar puso al marqués de Esquilache, que habia servido á Carlos, por mucho tiempo en Italia; hombre honrado, activo y no desprovisto de inteligencia, si bien su calidad de estranjero revolvió contra él los ánimos de casi todos los españoles.

CAPITULO IV.

Principios del reinado de Carlos III.

Era el nuevo rey, aunque no muy sobrado de instruccion, de inteligencia fácil y de buena memoria; muy metódico tanto para coordinar sus ideas como para distribuir sus ocupaciones; muy celoso de su autoridad, aunque sin hacer uso de ella hasta casos estremos; algo desconfiado, y con un teson á toda prueba. Manifestaba constancia en sus odios y en sus amistades; era afectuoso y benévolo, á no ser cuando creia que la espresion de sus afectos era contraria á su dignidad. Tan apegado estaba á las magestuosas esterioridades de la corona, que su carruaje no se paraba nunca, aunque tuviera que pasar sobre el cuerpo de uno de sus servidores, porque juzgaba esta detencion indecorosa para el tren de un rey. Su energia natural y su desconfianza adquirida á fuerza de desengaños, habian determinado en él un gran imperio sobre sí mismo, y héchole tener muy á raya sus sentimientos. Era piadoso hasta la supersticion, justo hasta el rigor, casto hasta la intolerancia; confió en sus ministros, pero los tuvo subordinados á su respeto; simpatizó con la Francia, pero nunca se dejó gobernar por ella. En cuanto á los ingleses, jamás los quiso bien, y menos desde el dia en que, siendo rey de Nápoles, se presentó una escuadra inglesa en su puerto para imponerle perentorias condiciones y reducirlo á una forzada neutralidad. Mostró además mucha aficion á los ejercicios corporales, y en especial á la caza, para lo que le ayudó muy bien su robusta complexion. En suma, fue mejor rey que Fernando VI; pero se le quedó inferior como hombre de sentimientos.

Entretanto la guerra de siete años habia tomado un nuevo giro: las armas inglesas y prusianas, que al principio se habian movido con desventaja, ya habian traspasado toda su desgracia á los contrarios. El rey de Prusia derrotó á los franceses en Alemania; los ingleses echaron al mar sus escuadras, y con no menos brio obtuvieron por do quiera inmensas ventajas contra las fuerzas de Luis XV, en Alemania combinándose con las huestes de Federico II para echar al Francés de los estados de Hannover y Brunswick; en Francia bombardeando á Havre de Grace; estableciendo bloqueo sobre los puertos de Dunkerke, Brest y Tolon, y estorbando á fuerza de destrozos el desembarco proyectado en las costas de Inglaterra so pretesto de entronizar al pretendiente; en América apoderándose del Canadá, de la isla de Guadalupe y demás adyacentes, y en Africa haciéndose dueños de Gorea y del Senegal. Carlos III decidió romper la política de neutralidad que en tiempo de su antecesor se habia seguido por nuestra parte, y tender una mano amiga á la postrada nacion francesa, estimulado á ello por sus instintos borbónicos y por la aversion con que miraba á los ingleses. Dió empuje á tal determinacion la altaneria de estos, que ufanos con las victorias adquiridas, mantenian con nosotros en tono de superioridad frecuentes disputas, escuchaban con desden nuestras reclamaciones, y molestaban mucho nuestro comercio con sus cruceros y sus contrabandos. Unase á esto el carácter un si es no es belicoso y poco sufrido de Carlos III, el afecto que mostraba á su familia, y hasta el interés que tenia en separarse de la prudente línea de conducta que habia seguido sin vacilar su hermano. Púsose en relaciones con los agentes de Francia, que entonces pensaba en abrir negociaciones de paz con las potencias enemigas: ellos sometieron á la aprobacion de Carlos el cuadro de las proposiciones que pensaban hacer á la Inglaterra, y él les prometió su cooperacion armada en caso de que fueran rehusadas por el gobierno británino. A la sazon habia acaecido en este una gran mudanza: muerto Jorge II, le habia sucedido Jorge III; con su advenimiento se habian alterado las influencias dominantes y penetrado en los ánimos un sincero deseo de terminar aquellos trastornos: el único que sostenia con todas las fuerzas de su genio el partido favorable á la guerra era el ministro lord Chatham, grande aborrecedor de la Francia, no menos que su hijo el célebre Pitt lo fue tiempo adelante de Napoleon. Lord Chatham entorpeció los preliminares de la paz. y sabiendo la inteligencia que reinaba entre las córtes de Madrid y Versalles, pidió cuenta por medio de su embajador en aquella del destino que se iba á dar á los preparativos militares dispuestos por Carlos III. El ministro Wall, que por mas que la opinion pública lo tuviese por partidario de la Gran Bretaña, obró en este caso segun el gusto de su rey, entretuvo á los ingleses, y entretanto las relaciones de amistad entre las dos naciones separadas por el Pirineo fueron sancionadas por un tratado conocido con el nombre de pacto de familia, que se firmó en Versalles el dia 15 de agosto de 1761, y en el que se aseguraba entre los dos monarcas, Luis XV y Carlos III, una alianza ofensiva y defensiva. Asi quedaron trabadas las dos naciones de modo que el que fuera enemigo de la una lo habia de ser simultáneamente de ambas, y los tratados de paz no habian de hacerse si no por previo concierto de una y otra. Comprendiéronse en este pacto, aunque con algunas limitaciones, el rey de Nápoles y el duque de Parma, como miembros que eran de la familia borbónica. En cuanto á España, no le corria obligacion de suministrar socorros á su aliada, sino en el caso de que interviniese en las guerras *una potencia marítima*, ó se viese aquella atacada en su mismo territorio. Alusiones todas muy directas contra la Gran Bretaña.

Inútil es decir, porque ya el lector lo habrá comprendido, que Carlos III al firmar el mencionado pacto no hizo mas que sacrificar los intereses nacionales á los de familia y á sus particulares resentimientos, sin que de aquellas negociaciones debiera reportar nuestro país mas que pérdidas sin ninguna ventaja.

Ciertamente, si este hubiéra sido el único acto del monarca en cuestion, no hubiera sido su recuerdo mejor para nosotros que el de Felipe IV, el cual esquilmó los recursos de sus vasallos en provecho de su pariente el emperador con motivo de la guerra de treinta años.

Tuvo lord Chatham alguna noticia de este pacto: quiso en el primer ímpetu empezar de hecho la agresion contra nosotros apoderándose de los caudales que nos venian de America, y efectuar despues un ataque contra nuestras colonias; pero sus colegas se mostraron remisos en aprobar sus proyectos, y él despechado hizo dimision de su ministerio, sucediéndole en él el conde de Egremont y en la influencia el conde de Bute. Pero poco despues se hizo público lo sucedido y se justificaron las advertencias de Pitt: reanimóse la Francia; enorgullecióse el Austria; activó España sus preparativos; mediaron entre nuestro gabinete y el de Saint-James contestaciones primero evasivas y luego agrias; y por fin quedó declarada la guerra, así como tambien contra Portugal, como potencia contraria á los Borbones en cuanto se resentia del influjo británico.

Adherida España á su malhadada vecina, empeoró su propia suerte sin mejorar la ajena. Mientras el rey de Prusia mejoraba su posicion por las mudanzas acaecidas en Rusia, por la derrota de los austriacos en Freyberg, y por la amistad entablada con Suecia, una escuadra inglesa de veinte y nueve velas, al mando del almirante Pococke; condujo á la



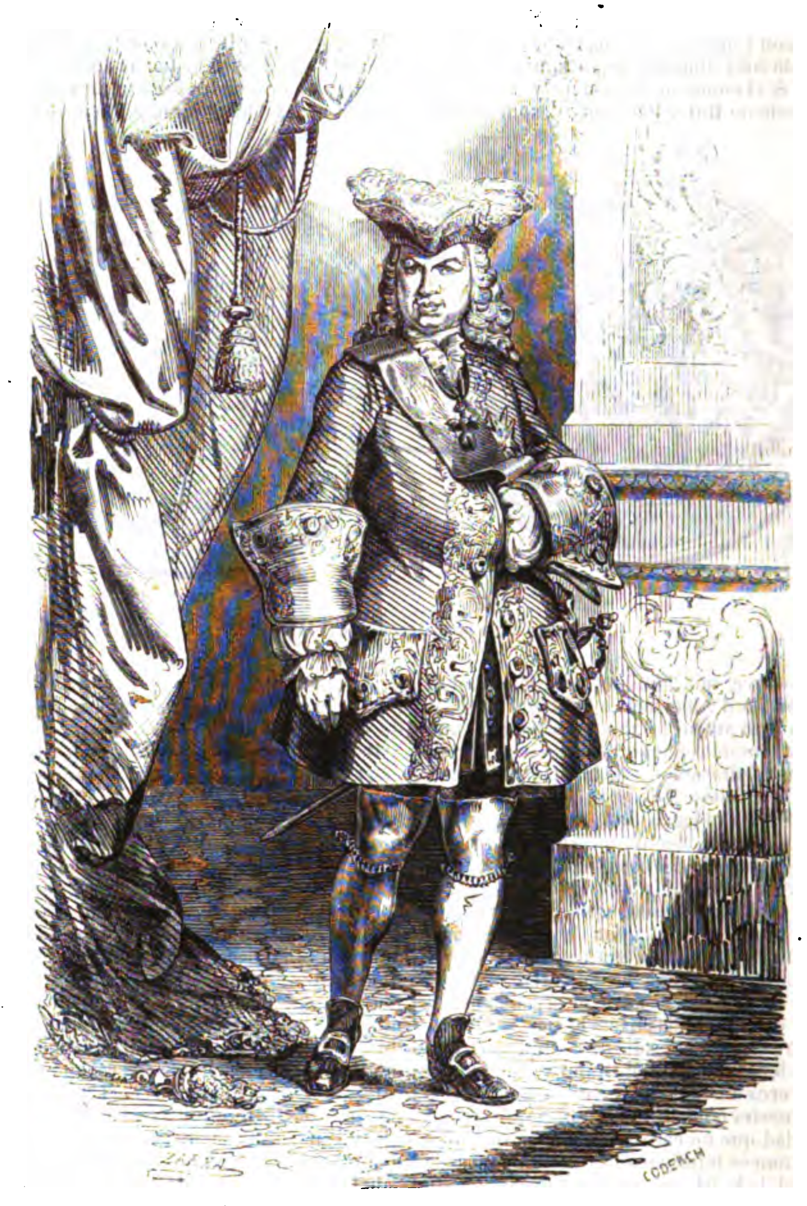
Moneda de la promulgacion de Fernando VI.

isla de Cuba catorce mil hombres de desembarco capitaneados por lord Albemarle. El gobierno español, previendo este ataque, habia enviado allí una escuadra con gente de refuerzo, y dispuesto que se aumentasen las fortificaciones de la isla, y se levantasen milicias de criollos. No fueron estos preparativos parte á impedir el logro de la espedicion inglesa: los soldados de esta efectuaron su desembarco, se apoderaron por asalto del castillo del Morro, á pesar de la generosa resistencia que les opuso su gobernador don Luis de Velasco, que al cabo murió heroicamente sobre la brecha con la mayor parte de la guarnicion; entraron sin grandes obstáculos y previa una capitulacion admisible en la Habana, y se enseñorearon de todo el país adyacente, en la estension de ciento ochenta millas hácia el Oeste. Al mismo tiempo, otra espedicion salió de las Indias Orientales, á las órdenes del general Drapper, efectuó su desembarco cerca de Manila, y ocupó uno de los arrabales de nuestra ciudad. El arzobispo, que por una singularidad que no carece de ejemplares, desempeñaba entonces interinamente las funciones de capitan general de la isla, se aprestó vigorosamente á la resistencia, poniendo en armas á los indígenas, y valiéndose para contrarrestar á los agresores de cuantos recursos le suministraba su triple autoridad, civil, militar y religiosa. Todo fue en valde: los ingleses arrollaron á los indígenas que les salieron al opósito; penetraron en la ciudad, y se entregaron al pillaje por algunos dias, hasta que el arzobispo, que á la entrada del enemigo se habia encerrado en la ciudadela, propuso capitulacion, y ofreció entregar á los ingleses dos millones de duros y un libramiento de otros dos contra el tesoro de España. No fue este el único producto que reportó el vencedor de aquella empresa, pues, entre otras cosas, se apoderó de los dos navios *Manila y Santísima Trinidad*, el valor de cuyas dos presas ascendia á tres millones de duros.

Débil compensacion de las dos pérdidas mencionadas fueron las ventajas obtenidas por nosotros contra Portugal. Hallábase esta nacion en un estado lastimoso de abatimiento y discordia: su ministro Pombal, imbuido en las ideas filosóficas de los enciclopedistas franceses y acérrimo enemigo de los jesuitas, cuya espulsion determinó, habia suscitado contra su persona un gran turbion de quejas y enemistades, aflojándose así, por lo desavenidos que andaban el gobierno y los súbditos, la lazada que unia á estos con la patria, y los debia escitar con generoso ardor al sostenimiento de lo creado. El ejército se hallaba sin vigor ni disciplina; el pueblo sumido en la miseria, y la capital, como otras muchas ciudades, llena de ruinas, de resultas del espantoso terremoto que sobrevino en 1755, y que, segun cuentan, se hizo sentir á distancias muy considerables de su centro de accion. En vista de estos precedentes, podian lidiar los españoles casi seguros de salir aventajados: antes de que hubiesen llegado á los portugueses auxilios de Inglaterra, entró por la provincia de Entre-Duero y Miño un ejército nuestro que constaba de veinte y dos mil hombres, bajo la conducta del marques de Sarria, el cual se apoderó de Braganza, Miranda y Torre de Moncorvo, á pesar de la resistencia que opuso á su marcha el paisanaje portugues, organizado en guerrillas bajo la direccion de oficiales ingleses. Llegaron los nuestros hasta la provincia de Beira, y habiendo sucedido al marqués de Sarria en el mando de las tropas el conde de Aranda, tomaron á Almeida, despues de un sitio bastante porfiado, aunque no se alargó su duracion á mas de nueve dias, quedando su guarnicion pri-

sionera de guerra. En América vino á nuestro poder la colonia portuguesa del Sacramento, y con ella veinte y seis buques ingleses que estaban al abrigo de su costa, y un gran ácopio de municiones y pertrechos navales destinados á una espedicion contra Buenos Aires, que pensaban emprender algunos aventureros ingleses y portugueses, y que quedó frustrada por la captura de estos efectos.

Pero á este punto llegaron nuestras ventajas, para convertirse de aquí en adelante en pérdidas: mientras el conde de Aranda estaba ocupado en la toma de Almeida, llegaron de Inglaterra tropas auxiliares, de cuya direccion se encargó el general aleman conde de La Lippe. Este destrozó dos destacamentos españoles, contuvo el progreso de estos; que, siendo ya la estacion avanzada y lluviosa, tu-



Fernando VI.

vieron que retirarse fatigados y hostilizados, casi á modo de fugitivos.

Sublevóse el patriotismo español con estos desastres, tanto mas cuanto que se esperaba que el enemigo no se limitaria á lo hecho, y nos devolveria invasion por invasion cuando volviese á abrirse la campaña. Es notable el escrito que dirigieron al rey los nobles aragoneses en representacion no solo de su provincia, sino tambien de las de Murcia, Valencia, Cataluña y Granada, en el cual, recordando con cierto pomposo énfasis sus antiguas glorias, pedian que los pusiesen sin demora en trance de combate contra Inglaterra. Pero la pérdida de las colonias, ó á lo menos la falta de comunicacion con ellas, habia dado tan grave golpe á nuestra riqueza, que nuestro gobierno, por muy empeñado que se hallase en la lucha, no podia menos de desear una paz honrosa que pusiese término á sus apuros. No era esta menos apetecida en Francia, puesta en mayor estrecho que nosotros, y mas que nosotros esquilmada á fuerza de guerras y

de pésima gobernacion. El pueblo se lamentaba en voz alta de su miseria, y clamaba por la cesacion de aquel estado de cosas; los hombres de mas valer miraban con malos ojos la alianza de Alemania, y aun empezaban á sentir haberse ligado inútilmente con Carlos III por el compromiso del pacto de familia. Ambas potencias pues tendian á llevar á feliz terminacion aquellos disturbios, y para mayor comodidad de las negociaciones, el ministro ingles, lord Bute, muy al reves de su antecesor, lord Chatham, se mostraba aficionado á la paz y tibio en su amistad con los prusianos. Entabláronse tratos amistosos entre el gobierno británico y los Borbones, y dejando al Austria y á la Prusia, como mas empeñadas y menos dispuestas á ceder, que dilucidasen á solas su contienda, firmóse el tratado de paz en Paris el dia 10 de febrero de 1763. Hízose por parte de los Borbones paz de vencido: la Gran Bretaña obtuvo de Francia la Nueva Escocia, el Canadá, parte de Luisiana las islas Dominica, San Vicente y Tabago, el Senegal, las posesiones adquiridas en la costa de Coromandel, y otras concesiones de menor importancia. España recobró á Manila y la Habana; pero tuvo que ceder como en pago á los ingleses las Floridas y algunos terrenos sobre el Misisipí, restituir á los portugueses la colonia del Sacramento, y abandonar su derecho á la pesca en el banco de Terranova. Este fue el fruto que reportamos de aquella guerra. Austria y Prusia, viéndose aisladas una contra otra, tardaron poco en suspender las hostilidades, y en firmar el tratado



Carlos III.

de paz de Hubertsburg, por el cual no ganó ni perdió casi nada ninguna de las dos partes contratantes. Así quedó otra vez pacificada la Europa.

Don Ricardo Wall, terminado el compromiso de la guerra con ingleses y portugueses, en que habia entrado, no sabemos si por necesidad ó por conviccion, decidió dimitir el cargo que ejercia, y por el cual se habia atraido muchos odios y enemistades, ya del partido frances que le tildaba de muy apasionado por la Inglaterra, ya de los napolitanos que habian venido de Italia con Carlos III, y que consideraban al político irlandes como un obstáculo para su propia elevacion, ya en fin del pueblo mismo á quien descontentaba su calidad de extranjero. De-

terminado por todos estos motivos, y cansado además del trabajo que habia echado sobre sus hombros, solicitó del rey que admitiese su separacion de los negocios, y lo obtuvo en fin, no sin mucho esfuerzo ni sin tener que simular enfermedades para lograrlo. Pasó el resto de su vida en el soto de Roma, posesion real en las cercanias de Granada, y murió en 1778, despues de haber recibido muchas pruebas de la estimacion que le profesaron siempre tanto Carlos III cuanto la mayor parte de las personas que conocieron su ameno trato. Entró tras él en el ministerio el marqués de Grimaldi, genoves de nacion, muy versado en asuntos diplomáticos, y que cuando se espidió su nombramiento se hallaba en París sirviendo nuestra embajada. Era Grimaldi apasionado en pro de la Francia, lo que unido á la amistad é íntima correspondencia que sostenia con el duque de Choiseul, ministro á la sazon de Luis XV, hizo que se atribuyesen á los dos gobernantes intenciones hostiles y maquinaciones ocultas contra Inglaterra: sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la buena armonia entre esta nacion y la francesa no halló en el tratado de París fundamentos bastante estables, y á cada paso fue turbada por pequeñas disputas.

CAPITULO V.

Sucesos posteriores hasta la retirada de Grimaldi.

La política de Carlos III tendia mas que nada á proteger los intereses de su familia, y en este sentido, á lo menos, en la parte que de tales afecciones correspondia á Francia, no le iba en zaga su ministro Grimaldi, que en poco tiempo llegó á tener mucha cabida para con él. Así fue que, aun no bien cimentada la paz, ya estuvo otra vez á pique de venir por tierra: entre Inglaterra y Francia no cabia por entonces amistad muy larga ni muy sincera, y teniendo cada cual de estas dos naciones su grupo de aliados, hallábase Europa como dividida en dos masas, cuyos movimientos vacilaban entre transacciones y disputas, figurando de una parte los Borbones trabados por medio del pacto de familia, y de otra las potencias marítimas unidas por comunidad de intereses contra la masa borbónica. Esta se afirmó por medio de matrimonios proyectados y alianzas contraidas con mas ó menos trabajo en Alemania y en Italia; pero, circunscrita á los límites de la familia, no quiso que se le incorporase la emperatriz de Austria, que así lo habia solicitado. Entretanto, Grimaldi y Choiseul, ministros el uno en nuestra córte y el otro en la de Versalles, puestos particularmente de acuerdo, y aguijados por el odio que profesaban á los ingleses, lograron que Carlos III se mostrase como arrepentido de haber ajustado la paz con estos, y que embarazase, á fuerza de torcer el sentido de lo capitulado ó de dilatar indefinidamente lo prometido, la realizacion de las cláusulas del tratado anterior. Dícese tambien que Choiseul tuvo proyecto de destruir por mano de incendiarios los grandes acopios navales reunidos por los ingleses en Plymonth y Porsmonth, dándole así un golpe mortal á la marina británica: proyecto indigno de un hombre de su carácter, y del cual se susurró tambien que no estaba ajeno Grimaldi. Felizmente no pudo llegar á término de ejecucion este plan, y así se ahorraron los franceses de que la historia tuviera que revelar este oprobio de sus gobernantes. Fueron tomando cuerpo las disputas entre nuestra córte y la británica; llegó el caso á punto de hacerse preparativos militares por nuestra parte; pero al cabo quedaron terminadas mejor que se esperaban estas diferencias, con gran satisfaccion de los españoles.

Otra de las causas permanentes de entorpecimiento en la máquina de nuestro gobierno era la sorda enemistad que reinaba entre Esquilache y Grimaldi, á quienes el público á su vez aborrecía de todo corazon, en especial al primero. Una de las pocas veces que estuvieron de acuerdo los dos ministros fue para tomar una medida que levantó en nuestras colonias trasatlánticas grandes rumores de descontento. Consistió esta medida en la adopcion de un plan propuesto por Carrasco, fiscal de Castilla, y muy apoyado por Choiseul y los agentes de Francia, para facilitar el comercio de importacion y esportacion en aquellas tierras, é imponer un tributo sobre ciertos licores espirituosos de que se hacia por alli considerable consumo. El objeto principal de todo este proyecto era introducir en las colonias un sistema de administracion que proporcionara mas réditos al estado, y remediar los desórdenes y malos manejos, que alli se ejercian por parte de nuestros funcionarios. Fue á América para la ejecucion de lo dispuesto D. Andres de Gálvez y por si los colonos se resistian mas allá del punto de quejas inofensivas, fue enviado simultáneamente un destacamento de dos mil soldados extranjeros á cargo de D. Juan de Villalba. Sucedió lo que se temia: en América fueron muy mal recibidas las providencias de nuestro gobierno: Villalba empezó por tener una disputa con el virey de Méjico, de resultas de lo cual hubo de suspenderse el pago de las tropas, con cuyo motivo estas empezaron con murmullos y acabaron con desercion de gran parte. Galvez, que no carecia de prudencia, apaciguó al virey y á Villalba, y cediendo á las instancias de muchas personas principales, aplazó la ejecucion de las medidas proyectadas por Carrasco. Pero, apresurandose el cumplimiento de estas por nuestro gobierno, y establecidas aduanas segun el nuevo sistema, estalló el descontento popular de un modo muy alarmante, declarándose sublevaciones en varios puntos de América á la vez: en Quito, fueron despedidos los empleados y ofrecida la corona de la provincia á uno de los principales agitadores; en Méjico, fueron espulsados Galvez y sus compañeros, muy maltratadas nuestras tropas por el paisanaje armado, y demolidas las nuevas aduanas; hasta en la isla de Cuba, con motivo de una contribucion sobre el tabaco, se exasperó el pueblo y destruyó una gran parte de las plantaciones. Quedaron estas comociones contenidas, pero no sofocadas, habiéndose el gobierno detenido en su marcha, y aflojándose sobremanera los lazos de connacionalidad y subordinacion que unian á nuestras colonias con la metrópoli.

A estas alteraciones sucedió otra promovida en el centro mismo de la monárquía. Rayaba tan alto la impopularidad de Esquilache, efecto de su procedencia extranjera, y del poco conocimiento que tenia de nuestros gustos y carácter, que no se proveia por él medida alguna de que no se originasen una porcion de murmuraciones. Entre muchas disposiciones, unas desacertadas, otras útiles, pero todas respirando cierto desprecio á nuestras cosas, ordenó que se limpiasen y alumbrasen las calles, que no llevasen los vecinos armas ocultas, y que se suprimiesen las antiguas capas y chambergos, que aquellas por su vuelo y estos por sus anchas alas, favorecian al criminal y al revoltoso ocasionando una especie de disfraz. Todas estas providencias eran dictadas indudablemente por un espíritu de mejora: pero el público se revolvió contra ellas, tanto porque de este modo se ponia cierta cortapisa á sus diversiones y galanteos, cuanto porque se procedió á su ejecucion de una manera inoportuna y violenta, sin respetar, aun al destruirlas, las antiguas costumbres, ni evitar con suave tacto la pública exasperacion. Aumentó esta el mismo Esquilache, concediendo el monopolio de la provision del pan, aceite y otros artículos de primera necesidad, para Madrid, con lo cual subió desmedidamente el precio de dichos géneros. A pesar de ser este el motivo mas poderoso, la sus-

presion de las capas y chambergos fue el pretesto para la insurreccion que estalló en la capital el domingo de ramos, dia 26 de marzo de 1766. Reunióse un gran tumulto delante de la casa de Esquilache, pidiendo á grandes gritos su cabeza, rompiendo los faroles de las calles, y matando á muchos de los soldados extranjeros, conocidos con el nombre de walones, que procuraban apaciguar á la plebe. Duró esta descompostura toda la noche de aquel dia y la mañana del siguiente, con gran consternacion de la córte y del mismo monarca, el cual tuvo al fin que transigir con el pueblo, y prometerle la destitucion de Esquilache, la abolicion del decreto sobre las capas y chambergos, y la del privilegio de provision de que ya se ha hecho mérito. Proclamóse una amnistia general, el rey fue saludado con grandes aclamaciones, y el motin parecia apaciguado del todo.

Una circunstancia lo hizo renacer muy en breve: Carlos III, temeroso sin razon de lo que pudiera acontecer con gente que acababa de desmandarse con tanta resolucion, y airado además por haber tenido que ceder á las exigencias del populacho, salió á media noche para Aranjuez con su familia, Esquilache, sus guardias y muchas personas de la servidumbre real. Los soldados walones los siguieron con el mismo sigilo. Este paso cobarde fue interpretado de mala manera por el pueblo, que creyó violada la capitulacion que acababa de concluir: renovóse el tumulto, que duró cuarenta y ocho horas, sin que (cosa notable!) en todo este tiempo cometiera el populacho muertes ni destrozos, limitándose á gritar *viva el rey y muera Esquilache*, á hacer descargas de fusilería sin bala con las armas de que se habian apoderado en los cuarteles, y á destrozar con esquisita ferocidad los cadáveres de los walones que quedaron del motin anterior.

Diputóse á Aranjuez un cochero, elegido entre los principales alborotadores, para que, con autoridad de representante del pueblo, fuese á exigir del rey que volviera á Madrid y cumpliera lo estipulado en la capitulacion. Fue recibido con singular miramiento por la córte el grosero enviado, y en la respuesta que trajo por escrito se espresaba que el retorno del rey era imposible á causa del quebranto de su salud, y se anunciaba la dimision de Esquilache y el nombramiento de don Miguel Muzquiz para el ministerio de hacienda. Con esto el pueblo se apaciguó, trocando su aparato de furor en desmedidas muestras de regocijo, entregó las armas, pagó por conducto de sus jefes los pocos daños que habia hecho, y la revolucion no dejó tras sí mas huellas que el recuerdo de haberse turbado la tranquilidad pública por algunas horas, y el desprestigio de nuestro gobierno transigiendo como débil, huyendo como cobarde y humillándose como derrotado. Carlos III permaneció por algun tiempo en Aranjuez, y aun habló de trasladar la córte á Sevilla; pero Grimaldi logró disuadirlo con un argumento singular: díjole que, habiendo en Castilla abundancia de palacios, en los cuales se habian invertido considerables sumas, no debian estas desperdiciarse por el desuso de aquellos, ni apurar el tesoro para las nuevas construcciones que exigiria en Sevilla su permanencia. Efectuóse el mencionado trasiego de ministros: Grimaldi quedó en el poder, si bien tan intimidado con el suceso de su colega, que de aquí en adelante se descartó de figurar cuanto pudo.

Aquel motin tuvo consecuencias mediatas de mas importancia que la que el hecho en cuestion prometia. En primer lugar, Carlos III, que siempre fue muy celoso de su autoridad, quedó tan desabrido con aquellos alardes de sus vasallos, que su carácter varió de todo punto, y se hizo mas austero, tímido y suspicaz que antes. Además, la especie de órden que habia reinado en el anterior motin, lo enfrenada que estuvo en medio de sus espresiones la cólera popular, el desinterés de que habia dado muestras la turba en lo mas crítico de su efervescencia; todo esto le hizo pensar al monarca que se habia movido en aquel lance la mano de altos y misteriosos agentes. Sospechó del partido francés; sospecha desprovista de buen fundamento. El marqués de la Ensenada, objeto tambien de cavilaciones, fue desterrado de la córte á Medina del Campo, donde permaneció algunos años hasta su muerte. Algunas otras desgracias patentizaron aun la sombria cólera del monarca. Pero el hecho de mas cuantía que surgió de esta situacion de su ánimo; el hecho de que con mas variedad de pareceres se han ocupado los historiadores, y que basta por su importancia á darle carácter al reinado en cuestion, fue la espulsion de los jesuitas. La decision que la determinó, y de la que vamos á ocuparnos brevísimamente, si bien ocasionada tambien por otras causas de mas recóndito orígen, tuvo sin duda raices en el motin suscitado contra Esquilache.

No faltaron personas graves que atribuyesen á la Compañia de Jesús mucha parte en este movimiento sedicioso. Aquella, espulsada ya de Portugal y de Francia, como corporacion opuesta al espíritu de la época y bastante poderosa para hacer sombra á los gobiernos, se hallaba en nuestra nacion muy crecida en número, riquezas y poderios. No profesaba Carlos mucho afecto á los jesuitas, por varias causas, y entre otras porque estos, siendo él aun rey de las Dos Sicilias, habian seguido la parte de Fernando VI, cuando medió rivalidad política entre los dos hermanos. Además, la Compañia de Jesús, cuerpo demasiado poderoso y temible por su sólida union y por su egoismo colectivo, habia suscitado contra su influencia gran número de adversarios, entre ellos los individuos de las órdenes religiosas, que se rebelaban contra su desmesurado prestigio: la opinion tambien se habia declarado en su contra, tanto mas cuanto que desde el advenimiento de los Borbones los destinos de España se habian visto siempre confiados á miembros de aquella sociedad, tales como Daubenton y Rávago. Empezaron á formarse nubes de odio contra los jesuitas, los cuales con su conducta temeraria las provocarón en lugar de desvanecerlas. Murmurábase de sus grandes riquezas, de sus ambiciosos proyectos, de sus conjuraciones abortadas, y acumulábanse con este motivo recias acusaciones que no por llegar á un estremo de exajeracion dejaban de tener algun fundamento. Fermentadas estas hablillas con las opiniones filosóficas, á la sazon muy en boga por todas partes y no estrañas en nuestra península, fueron subiendo de punto, y cundiendo del pueblo á los gobernantes. Era uno de estos don Manuel de Roda, nombrado ministro de Gracia y Justicia en 1763, por muerte del marqués de Campo Villar, y gran aborrecedor del tribunal de la Inquisicion y de la Compañia de Jesús: no lo eran menos el conde de Aranda, presidente del Consejo Real, Campomanes, y el padre Tavira, capellan del rey.

Estos fueron los instigadores del golpe que se dió contra los jesuitas: empezó la lucha con la ocasion de haber pretendido Carlos III que se canonizase al obispo Palafox y á un donado conocido con el nombre del hermano *Sebastian del niño Jesús*, que habian muerto en olor de santidad; pretension que esquivaron en Roma por influencia, segun se dijo, de los jesuitas. Atribuyóse igualmente á estos la sedicion de Madrid, y recordóse la insurreccion que habian fomentado en las misiones del Uruguay, para estorbar la cesion que de ellas quiso hacer nuestro gobierno á los portugueses. En fin, formóse contra los discípulos de San Ignacio nada menos que una con-

juracion por parte de los gobernantes, y el conde de Aranda fue el encargado de dar el golpe: era este un hombre arrebatado y resuelto aunque franco y honrado, no de tanto mérito como han querido atribuirle algunos, si bien en ciertas ocasiones le obligaba á hacer esfuerzos su misma vanidad. Empeñose pues el conde de Aranda en el asunto, escudada su responsabilidad con un real decreto, y lo llevó á cabo con tanto sigilo, que nadie presintió el amago antes de que las víctimas hubiesen esperimentado el golpe. El dia 31 de marzo en Madrid, y el 1.º de abril en los demás lugares de España, fueron á las doce de la noche sorprendidos todos los jesuitas en sus conventos, y prévia lectura del decreto á que se ha hecho alusion, espulsados inmediatamente de los dominios españoles, sin permitírseles llevar á cada uno de ellos mas que su breviario y los efectos de mas absoluta necesidad.

Salieron de España en gran número los infelices desterrados, poco ha tan pujantes, y empezaron á sentir por mil maneras la amargura de su posicion. La escuadra que los conducia zarpó de Cartagena y aportó á Civitavecchia, donde el papa se negó á recibirlos pretestando la exigüidad de sus recursos para hacerse cargo de aquella gente desvalida. Fueron con esto los jesuitas provisionalmente establecidos en Córcega, hasta que recibieron de Cárlos III la asignacion de un pequeñísimo socorro, y del pontífice á



El conde de Floridablanca.

consecuencia el permiso de establecerse en sus dominios. Pasado el hecho, murmuró de él la gente, y aun dicen que se manifestó tan adversa la opinion pública contra aquella disposicion de nuestro gobierno, que hay quien diga que una vez que Cárlos III se mostró á su pueblo, este le dirigió en lugar de vivas, súplicas para que volviese á llamar á los jesuitas. La Santa Sede asimismo desaprobó aquel duro proceder; pero cuidóse tan poco de aquella desaprobacion nuestro monarca, que en vez de pensar en ponerse bien con el papa, movió de allí á poco sus armas contra él, para castigarlo por las censuras que habia fulminado contra el duque de Parma, y unidos los Borbones, se apoderó el Francés de Aviñon y el Napolitano de Benevento: con lo cual amedrentado el pontífice, que á la sazon, por muerte de Clemente XIII, lo empezó á ser Clemente XIV, retiró sus censuras contra el de Parma y consintió en la abolicion de la Compañía de Jesús. Tales fueron las principales consecuencias políticas que acarreó la espulsion de los jesuitas; medida cuya conveniencia no nos meteremos á discutir; pero que de todos modos fue llevada á cabo de una manera harto despótica y rigorosa.

Coincidió con dicha disposicion una suma de providencias destinadas á menguar la autoridad del Santo Oficio: resultado de la general disposicion de los ánimos contra el ultramontanismo y la potestad de los eclesiásticos, y las raices que habian echado las modernas doctrinas filosóficas, especialmente abrigadas por el ministro español, conde de Aranda, á quien se debieron á la verdad muchas importantes mejoras. Abatiéronlo al fin los enemigos que le habian suscitado su genio áspero y algunas de sus disposiciones: empezó el monarca á mirarlo con despego, y por fin admitió su dimision con gran regocijo de su rival Grimaldi. Siguió el conde de Aranda preocupado con la política palpitante hasta que, reducido por algun tiempo á prision de resultas de una disputa que habia tenido con el conde de la Alcudia, aprovechó el recobro de su libertad para restituirse á su país natal, donde murió en 1794. Grimaldi, despues de haber enviado contra Argel una espedicion, frustrada con gran pérdida para nosotros, cayó tambien del ministerio, y salió de España para desempeñar nuestra embajada en Roma.

CAPITULO VI.

Fin del reinado de Cárlos III.

La caida de Grimaldi determinó el encumbramiento del célebre conde de Floridablanca, recien decorado con este título: era hombre dotado de mucho despejo y de buenas intenciones, segun mas ade-

lante tuvo ocasion de darlo á conocer. En gracia de las circunstancias tuvo que adoptar una política guerrera: halló la hacienda y la administracion de todos los ramos en muy buen estado; el ejército muy mejorado por el conde de Aranda, y arreglado segun el sistema prusiano, con gran disgusto de algunas personas superficiales. En cuanto á los asuntos esteriores, veamos cual era su estado: Francia, en pugna con la Gran Bretaña, tendia á envolver á España en las mismas enemistades, y nuestra nacion á la verdad no se mostraba muy reacia para obedecer á este impulso. Ya habian mediado entre ingleses y españoles algunas querellas y hasta violencias en nuestras posesiones americanas, y el punto de rompimiento de las hostilidades parecia ya solo cuestion de tiempo. Con Portugal seguian nuestras largas querellas sobre las colonias: con motivo de una agresion del gobernador de Buenos Aires, los portugueses acometieron á mano armada nuestros dominios trasatlánticos, lo cual suscitó una réplica vigorosa por nuestra parte: en breve una escuadra salió de nuestras costas, y se apoderó de la colonia del Sacramento y de otras varias que tenian los portugueses en las orillas del Rio de la Plata. Por otra parte, la Luisiana nos habia sido cedida por los franceses, no sin grave disgusto de sus moradores. Por este tiempo tambien se efectuó, á pesar de la apática reprobacion de las potencias occidentales, la reparticion de la Polonia entre la Rusia, la Prusia y el Austria.

Uno de los primeros cuidados de Floridablanca fue establecer un asiento en nuestras diferencias con Portugal, lo cual consiguió en breve, quedando por nosotros la colonia del Sacramento y las islas de Fernando Pó y Anuoben, y mediando entre los dos gobiernos algunas otras estipulaciones. Determinóse tambien una alianza con el emperador de Marruecos y con Hider Ali, soberano de las Indias y en general fueron mejoradas nuestras relaciones esteriores. En cuanto á la gobernacion interior, la administracion de Floridablanca es de la que la historia señala como mas fecunda en mejoras y establecimientos útiles, demasiado conocidos de todos los españoles, como que de la mayor parte de ellos se están actualmente disfrutando los beneficios.

Ocurrió en aquella época un acontecimiento memorable, que fijando la atencion del mundo entero, determinó un estallido de desavenencia entre nuestra nacion y la británica: se quiere hablar de la revolucion anglo-americana. Despues de algunos preliminares que no atañen al objeto de nuestra historia, los Estados Unidos de America se declararon independientes el dia 14 de octubre de 1746. Francia reconoció la independencia de los Estados, y España asimismo se declaró contra los ingleses, despues de una serie de tortuosas negociaciones. Uniéronse pues Luis XVI, rey á la sazon de Francia por muerte de Luis XV, y Carlos III, contra la Gran Bretaña; coalicion inmotivada y perniciosa para nosotros. La guerra tomó desde su principio carácter de marítima: la escuadra de los aliados, á pesar de su fortaleza y superioridad numérica, no hizo nada notable mas que la captura de un buque enemigo, mientras que el almirante inglés Rodney se apoderaba sin trabajo de un convoy que navegaba en direccion á Cadiz, cargado de pertrechos de guerra. Estos incidentes y las diversas intenciones de los gobiernos español y francés introdujeron entre ellos algun desacuerdo: aquel queria proceder ante todo al recobro de Gibraltar y Menorca, y este pretendia que antes se cumpliese el objeto primordial de la guerra, asegurando la independencia de los anglo-americanos. A todo esto se habia establecido por nuestra parte el bloqueo de Gibraltar, al auxilio de cuya plaza acudió Rodney con una regular escuadra: el mal concierto que reinaba entre los aliados, y la tibieza con que nos acudieron por el lado de Francia, causaron en nuestras fuerzas gran pérdida y desperdicio, y alentaron la fortuna de Rodney. Este, hallando al paso la escuadra de trece navios que mandaba el general de marina don Juan de Lángara, la forzó á combatir lo que hicieron los españoles con singular denuedo, y la derrotó completamente, gracias á la desigualdad de fuerzas. En cambio la escuadra aliada se apoderó mas adelante de un riquísimo convoy inglés de sesenta velas. La llegada de Rodney habia destruido nuestras esperanzas de la inmediata toma de Gibraltar, sobre cuya restitucion mantuvo poco despues nuestro gobierno con el de la Gran Bretaña secretas é inútiles negociaciones.

En América empezaron á jugar nuestras armas como en los mares de Europa: el hecho mas notable por aquella parte fue la toma de Pausacola y de toda la Florida occidental; empresa llevada á cabo por don Bernardo Galvez, gobernador de la Luisiana y general de las tropas, y el marques del Socorro, que dirigia las fuerzas de mar. Otra espedicion salida de Cadiz en 1781, cuyas fuerzas combinadas estaban á cargo del duque de Crillon, recobró la isla de Menorca, sin que valiera la defensa del gobernador inglés Murray.

Ufanos con estos logros tanto franceses como españoles, proyectaron nada menos que desalojar á los ingleses de todas sus colonias en ambas Indias. Para ello los franceses proporcionaron por una parte socorros á Hider Ali, rebelado contra el imperio británico en el Indostan, y por otra parte, enviaron á América una escuadra á las órdenes del almirante Grosse, destinada á obrar en combinacion con nuestras fuerzas: pero el gobierno inglés tuvo noticia de estos designios, y logró con hábil resistencia desbaratarlos, convirtiéndolos en pérdida para los agresores.

El último hecho de que haremos mencion entre los que constituyen la historia de esta guerra fue el ataque dirigido contra Gibraltar con tan buenos principios como malaventurado fin. Efectuóse el ataque por mar y por tierra dirigido por el duque de Crillon, terriblemente caracterizado por los fuegos de una especie de buques gruesos y de poco movimiento llamados *baterías flotantes*, y preparados contra los disparos de bala roja. Debíase este invento á Mr. d' Arzon, ingeniero francés. Elliot, gobernador de la plaza, se veia ya á punto de capitular por no poder resistir al nutrido fuego de los sitiadores, cuando la casualidad de haberse incendiado uno de los flotantes, y de haber comunicado el fuego de él á los demás, puso término al ataque con pérdida de mas de dos mil de los nuestros. La llegada de lord Howe al Estrecho con una escuadra de treinta navios y un considerable convoy, acabó de desbaratar todos nuestros proyectos. Así fracasó lastimosamente nuestra última tentativa contra Gibraltar.

Vencida así sobre este punto la resistencia española, y deseosa Inglaterra de poner fin á aquella lucha que amenazaba encerrarla dentro de un círculo de enemigos, no se hizo esperar mucho el tratado de pacificacion. Firmáronse los preliminares de este el 30 de enero de 1783, y por ellos obtuvo España la restitucion de la isla de Menorca y la posesion de las Floridas, así como Francia las islas de Tabago y Gorea, y el derecho de pesca en el banco de Terranova. La independencia de los Estados-Unidos quedó formalmente reconocida.

Pocos sucesos militares pueden contarse desde este punto en el reinado de Carlos III. Los principales acontecimientos de esta naturaleza son: la rebelion del Perú, suscitada en 1781, por don Jose Gabriel Condorcaugui, descendiente de los antiguos incas, que tomando el nombre de Tupac Amaru, intentó

reconstituir el antiguo imperio de Manco Capac, y fue vencido, preso y ajusticiado en breve; el bombardeo de Argel, repetido dos veces sin mucho daño, no con otro objeto que el de obligar á aquella regencia á que nos pidiese la paz, y alguna que otra disputa de menor cuantia. En cuanto á las transacciones diplomáticas, las mas dignas de memoria son: el tratado de paz y comercio celebrados entre España y Turquía el 24 de diciembre de 1783, que puso término á los antiguos odios y violencias entre las dos naciones; los tratados de la misma naturaleza celebrados sucesivamente con las regencias de Trípoli, Argel y Túnez: la alianza con Portugal cimentada por medio del doble matrimonio de doña Carlota, hija del príncipe de Asturias, con don Juan, príncipe del Brasil, y del infante don Gabriel con la infanta portuguesa Maria Victoria; el tratado definitivo y algo ventajoso para nosotros, concluido con los ingleses el dia 14 de julio de 1786; nuestras disputas con Holanda sobre el establecimiento de la compañia de las Islas Filipinas, y los disgustos de Carlos III con la emperatriz de Rusia, que solicitaba la adquisicion de un puerto en la costa de Nápoles. Entre las desgracias que acaecieron durante aquel período en el seno de la familia real, merecen referirse particularmente la muerte del infante don Gabriel, muy querido del monarca por su aficion y aptitud para el cultivo de las letras, que murió de viruelas, poco despues que su esposa.

Carlos III falleció el dia 14 de diciembre de 1788, á los setenta y dos años de edad y veinte y nueve de reinado. Fue su muerte muy sentida, como de quien habia regenerado con útiles instituciones la faz de España, causando á sus súbditos mas provecho que daño. Acaeció su muerte en la aurora de una época de trasformacion social, y por poco que se le hubiera prolongado la vida, algo hubiera podido ver de los providenciales desórdenes de la revolucion francesa. Sobre su carácter personal ya hemos dicho algo en otra ocasion, sin que haya habido en él otra mudanza que la que ocasiona la esperiencia con el trascurso de los años. En este reinado adquirieron gran fomento nuestra industria, comercio y agricultura, fundándose en muchas ciudades escuelas de náutica, consulados y otros institutos de reconocida utilidad. Amplióse el comercio de América, si bien no prosperó mucho el nuestro con otras naciones: fundóse el banco nacional de San Carlos, y destruyóse en cuanto era posible, el desprecio con que se miraban las artes mecánicas y ciertas profesiones liberales.

Los estudios florecieron mucho á la sombra del patrocinio real, y descollaron en ellos muchos varones eminentes, tales como Tofiño, Flores, Nicolas Antonio y Jovellanos. La literatura nacional, modelada entónces sobre la francesa está representada honrosamente por los nombres de Isla, Jovellanos, Cadalso, Gonzalez, Samaniego, Iriarte, los Moratines, Ayala, Huerta, Melendez Valdes y otros muchos. La arquitectura se enriqueció con una porcion de monumentos, mayor que en ningun otro reinado, y demasiado conocidos para que nos detengamos en su enumeracion: la escultura siguió la misma marcha que su compañera; pero la pintura, á pesar de la proteccion que se le dispensó, no está representada en este periodo por genios superiores.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

LIBRO VIGESIMOSESTO.

LIBRO VIGESIMOSETIMO.

LIBRO VIGESIMO-OCTAVO.

LIBRO VIGESIMONONO.

CONTINUACION

DE LA

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA,

POR

EL P. FR. JOSÉ DE MINIANA.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

LIBRO QUINTO.

LIBRO SESTO.

LIBRO SETIMO.

LIBRO OCTAVO.

LIBRO NONO.

CONTINUACION

DE LA

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

